

Historia de Lanzarote del Lago

Ciclo Lanzarote en prosa I



ANÓNIMO

Lectulandia

Sin duda la novela artúrica más importante de cuantas se escribieron en la Edad Media, LANZAROTE DEL LAGO, anónima recopilación en prosa concluida antes de 1230, constituye el núcleo central, la parte más extensa del denominado Ciclo de la Vulgata. La obra narra la biografía del caballero desde su nacimiento hasta que Galaz, su hijo, cumple quince años y se encuentra en edad, por tanto, de dar comienzo a sus propias gestas. La abundancia de personajes que intervienen en la narración, así como la variedad de peripecias y aventuras que quedan en suspenso para ser retomadas más adelante, confieren a la obra la estructura característica de un complejo entramado. La presente edición —traducida, prologada y anotada por CARLOS ALVAR— modifica la división clásica del texto («Libro de Galahot», «Libro de Meleagant o de la Carreta» y «Libro de Agravaín»), subdividiéndola, por razones técnicas, en siete volúmenes: LA REINA DEL GRAN SUFRIMIENTO, que narra la infancia de Lanzarote, «El Libro de Galahot» (AT 196), «El Valle sin Retorno» (AT 213). «El Libro de Meleagant» (AT 214), «El Libro de Agravaín» (AT 221), «El Bosque Perdido» (AT 223) y «La locura de Lanzarote» (AT 226). La magia y los encantamientos dominan las primeras páginas de este relato en el que doncellas y caballeros, hadas y magos, ermitaños y enanos intervienen en innumerables aventuras entremezcladas con episodios de intenso contenido dramático. El padre del héroe muere al ver arder su castillo máspreciado, mientras que su madre se encuentra entre la vida y la muerte. Será la Dama del Lago, surgida de las aguas y conocedora de los secretos de Merlín, la que críe al mejor de los caballeros, el que parece destinado a alcanzar el Santo Grial. Otras partes del Ciclo de la Vulgata publicadas en esta misma colección: «La muerte del rey Arturo» (AT 61) y «La búsqueda del Santo Grial» (AT 181).

Lectulandia

Anónimo

Historia de Lanzarote del Lago

Vulgata III

Ciclo Lanzarote en prosa I

ePub r1.0

Joselin 06.08.13

Título original: *Lancelot*
Anónimo, 1230
Traducción: Carlos Alvar
Diseño de portada: Joselin

Editor digital: Joselin
Texto facilitado por: Prpikachu
Corrección de erratas: Prpikachu
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Introducción

Galeotto fu 'l libro e chi lo scrisse

En un conocido episodio del *Infierno*, Dante se encuentra con una pareja de enamorados de Rímíni, Paolo Malatesta y Francesca da Polenta, cuyo amor tuvo un dramático final a manos de Giannotro Malatesta, marido de Francesca y hermano de Paolo. Al verlos, el poeta les pregunta acerca del origen de su desgracia, y la joven le cuenta que un día, ajenos a sus propios sentimientos, para entretenerse, estaban leyendo la historia de Lanzarote. Al llegar en la lectura al primer encuentro amoroso del valiente caballero y de la reina Ginebra —encuentro propiciado por Galahot, que impulsa a la reina a que bese a Lanzarote—, los jóvenes de Rímíni se dieron cuenta de sus propios sentimientos: las miradas se quedaron fijas y bastó un beso para que la lectura quedara interrumpida. Por pudor, Francesca no dice nada más, pero es suficiente. Ambos murieron a la vez, con una sola muerte.

*Noi leggiavamo un giorno per diletto
di Lancialotto come amor lo strinse;
soli eravamo e sanza alcun sospetto.
Per più fiate li occhi ci sospinse
quella lettura, e scolorocci il viso;
ma solo un punto fu quel che vi vinse.
Quando leggemmo il disiato riso
esser baciato da cotanto amante,
questi, che mai da me non fia diviso,
la bocca mi basciò tutto tremante.
Galeotto fu 'l libro e chi lo scrisse:
quel giorno più non vi leggemmo avante.*

[Estábamos leyendo un día por gusto cómo el amor oprimía a Lanzarote, estábamos solos y despreocupados. Aquella lectura hizo que levantáramos la mirada en varias ocasiones y nuestro rostro palideció, pero fue un solo pasaje el que nos venció cuando leímos que la deseada sonrisa fue besada por el enamorado, éste, que ya nunca será separado de mí, me besó la boca tembloroso. El libro hizo de Galahot, y quien lo escribió: aquel día no seguimos leyendo.]

Los versos del *Infierno* se refieren de forma clara a uno de los episodios más conocidos de la *Historia de Lanzarote del Lago*, en el que Galahot arranca a la reina

Ginebra el primer beso que le da a Lanzarote:

Se juntan los tres y hacen como si estuvieran hablando en voz baja. La reina ve que el caballero no se atreve a más; lo coge por la barbilla y, delante de Galahot, lo besa durante un buen rato... (cap. LII).

La *Historia de Lanzarote del Lago* (*Lancelot*) constituye la parte central de un extenso ciclo en prosa dedicado a las hazañas de los compañeros de la Mesa Redonda y a los caballeros del rey Arturo: es el denominado ciclo de la *Vulgata* (o *Lancelot-Graal*, o de Pseudo-Map), que está constituido por la *Historia de Lanzarote del Lago* (*Lancelot en prosa*), *La búsqueda del Santo Grial* (*Queste del Saint Graal*, traducido en Alianza Tres, 181), y *La muerte del rey Arturo* (*La mort Artu*, traducido en Alianza Tres, 61). A estos tres libros, escritos entre 1215 y 1235, se les añadieron más tarde la *Historia del Santo Grial* (*Estoire del Saint Graal*) y la *Historia de Merlín* (*Estoire de Merlin*), concebidos *a posteriori* como inicio de todo el ciclo.

El conjunto es anónimo, aunque las distintas partes se atribuyen a autores ficticios o que habían muerto cuando la obra fue compuesta: así *La búsqueda del Santo Grial* y *La muerte del rey Arturo* se adjudican a Walter Map, escriba de la corte de Enrique II Plantagenet, y la *Historia del Santo Grial* y la de *Merlín* se atribuyen a Robert de Boron. En todos los casos se trata de una ficción literaria, que intenta dar verosimilitud a las proezas narradas; en definitiva, es una ficción similar a la que hace que sean los propios caballeros los que cuenten sus aventuras en la corte del rey Arturo y que éste ordene a sus clérigos que las pongan por escrito en latín (cumpliendo la labor de cronistas e historiógrafos) y que los textos sean custodiados con el mayor esmero. Del latín habrían sido traducidos al francés. Todo ficción.

Al parecer, al menos así piensa gran parte de la crítica siguiendo a Jean Frappier, la *Historia de Lanzarote del Lago*, *La búsqueda del Santo Grial* y *La muerte del rey Arturo* fueron diseñadas por un «arquitecto» único, aunque su realización se encomendó a varios autores: es ésta la forma más lógica de explicar coincidencias sorprendentes, que a veces chocan con extrañas contradicciones.

La *Historia de Lanzarote del Lago* es muy extensa, pues constituye aproximadamente la mitad del ciclo: en ella se nos narra gran parte de la vida del héroe, desde su nacimiento hasta que Galaz, hijo del protagonista, tiene quince años y está en edad de ser armado caballero y, por tanto, de emprender las aventuras de *La búsqueda del Santo Grial*.

La obra que nos ocupa pone en movimiento alrededor de cuatrocientos personajes con sus propios nombres y a otros tantos caballeros, ermitaños, enanos, damas y

doncellas anónimos: muchos de ellos no son más que presencias momentáneas, pero son muy numerosos los que aparecen y reaparecen cuando sus huellas y sus recuerdos ya se habían borrado, estableciéndose de este modo un complejo trenzado de aventuras y situaciones, que confieren a la obra una estructura muy característica, difícilmente divisible.

A pesar de todo, dada la extensión de la *Historia de Lanzarote*, ya desde la Edad Media se llevaron a cabo algunas particiones, basadas, fundamentalmente, en razones prácticas: dejando a un lado otras posibilidades, son varios los manuscritos que presentan una división tripartita de la obra: *Libro de Galahot, de Meleagant* (o *de la Carreta*) y *Libro de Agravaín*. En la presente traducción de la *Historia de Lanzarote* hemos respetado esta división, aunque con subdivisiones, para una mejor distribución de la materia, ante la imposibilidad de publicar la obra completa en un solo volumen.

La realización de la larga tarea que supone traducir al castellano el *Lancelot* ha sido posible gracias al constante y afectuoso apoyo moral del Prof. Martín de Riquer, a la incesante solicitud de Juan Manuel Cacho Blecua y a la amable hospitalidad de Maite Pacheco e Ignacio Ballarín. Vaya a todos ellos mi agradecimiento. He realizado esta versión sobre el texto en francés medieval publicado por A. Micha (*Lancelot*, vols. VII-VIII, Droz, París-Ginebra, 1980 y 1982). En general he mantenido los nombres propios, unificando las grafías, de acuerdo con la forma original, aunque he castellanizado los más conocidos. A esta primera parte deben seguir otras dos, una dedicada al *Libro de Meleagant* y la otra al *de Agravaín*, con lo que quedará concluida la versión al castellano del *Lanzarote* en prosa, sin duda una de las más importantes obras de la literatura medieval, base de nuestros libros de caballería.

Carlos Alvar
Madrid, 1986

LIBRO 1.

La Reina del Gran Suprimiento

En las marcas de Gaula y de Bretaña la Menor había dos reyes que eran hermanos y que estaban casados con dos hermanas. Uno se llamaba Ban de Benoic y el otro Bohores de Gaunes. El rey Ban era viejo, pero tenía una mujer joven, hermosa, buena y querida por todos; sólo habían tenido un hijo, que era ya muchacho, al que habían bautizado con el nombre de Galaaz, aunque lo conocían por Lanzarote. El porqué de que lo llamaran Lanzarote lo contará la historia más adelante, pues ahora no es el momento ni el lugar.

La tierra del rey Ban limitaba por la parte de Betty, llamada en aquel tiempo Tierra Desierta, con la de Claudás, señor de Bohorges y de todas las tierras de alrededor, que era rey valeroso, pero traidor, vasallo del rey de Gaula, ahora llamada Francia. Las posesiones de Claudás se llamaban Tierra Desierta porque habían sido arrasadas por Uterpandragón y por Aramón —al que se conocía como Hoel—, que era señor de Bretaña la Menor y dominaba sobre Gaunes, Benoic y toda la tierra hasta la marca de Auvernia y de Gascuña, y pretendía tener también el reino de Bohorges, pero Claudás no lo aceptaba y no quería servirle y por eso se había hecho vasallo del rey de Gaula, que en aquel tiempo era tributaria de Roma y nombraba a sus reyes.

Cuando Aramón vio que Claudás no lo quería como señor, emprendió guerra contra él, aunque éste contaba con la ayuda del rey de Gaula y todo su poder; Aramón perdió mucho en aquella guerra que duró demasiado. Algún tiempo después fue a ver a Uterpandragón —que era rey de Gran Bretaña— y se hizo vasallo suyo para que le ayudase en la guerra. Uterpandragón atravesó el mar con todas sus fuerzas y recibió la noticia de que el rey de Gaula con sus nobles se había puesto en marcha para ayudar a Claudás contra Aramón. Uterpandragón y Aramón atacaron a Claudás, lo derrotaron y le quitaron toda la tierra, expulsándolo de ella; sus posesiones fueron destruidas hasta el punto que no quedó piedra sobre piedra en ninguna fortaleza, a excepción de Bourges, que se libró del fuego y no fue arrasada por orden de Uterpandragón, de este modo quiso honrar el recuerdo de que había nacido allí. Uterpandragón estuvo en Bretaña la Menor cuanto le apeteció y después pasó a Gran Bretaña; desde entonces, Bretaña la Menor está bajo el reino de Logres.

A la muerte de Aramón y de Uterpandragón, la tierra de Logres pasó a manos del rey Arturo; esto dio lugar a guerras en varios sitios de Gran Bretaña, en las que combatían al rey la mayor parte de sus nobles. Así empezó el reinado del rey Arturo, cuando todavía no conocía a la reina Ginebra. Tuvo muchas trabas por todas partes.

Claudás reemprendió la guerra después de mucho tiempo, porque había conseguido recobrar toda su tierra al morir Aramón. Empezó a combatir contra Ban de Benoic, que era vecino suyo y que había sido vasallo de Aramón, causante de la pérdida

de sus posesiones, y enemigo que le había perjudicado gravemente.

Por entonces llegó de Roma un refuerzo considerable, con Poncio Antonio al frente: le prestó ayuda a Claudás y le entregó el poder de Gaula y de las regiones que estaban bajo ella. Le arrebataron la ciudad de Benoic al rey Ban y no le dejaron más que el castillo de Trebes, que se encontraba en un extremo de sus posesiones y era tan fuerte que no se podía conquistar sino por hambre o mediante traición. Un día los enemigos de Ban tomaron un castillo que distaba de Trebes menos de tres leguas, por lo que el rey fue en su auxilio e intentó entrar; cuando vio que los asediantes ya lo estaban ocupando a la fuerza, atacó con sus caballeros, algunos de los cuales eran muy valientes, como él mismo, que tenía fama de realizar grandes hazañas. Murieron muchos y mataron a más, de forma que en un momento cesó el asalto porque todos los enemigos se unieron contra el rey Ban, al que defendieron sus hombres, poniéndolo a salvo. Pero se habían entretenido demasiado, y Poncio Antonio, que se había retirado al bosque con sus hombres, volvió con tantos refuerzos que ni el rey Ban, ni los suyos pudieron resistir: todos cayeron muertos o fueron apresados, menos tres. El rey Ban acabó con Poncio Antonio y consiguió hacer huir a los romanos, persiguiéndolos hasta que llegó Claudás, rápido en el contraataque.

Cuando el rey Ban lo vio, dijo palabras propias de quien ha sido privado de sus posesiones:

—¡Ay, Dios! Aquí veo a mi enemigo mortal. Señor, vos que me habéis concedido tanta honra, permitidme que lo mate o que muera yo con él, buen Señor Dios, antes de que se vaya con vida: así se aliviarán mis dolores. Entonces se enfrentaron; el rey Ban lo derribó con tanta fuerza que todos pensaron que había acabado con él; y él mismo se alejó muy contento, pues creía que se había cumplido su ruego. Y, picando espuelas, regresó a Trebes.

A los cuatro días, tomaron el castillo en el que estaba Claudás y cuando el rey Ban supo que no había muerto, se afligió tanto en el corazón que ya no le abandonó la tristeza nunca, como se pudo comprobar después. Claudás permaneció ante Trebes mucho tiempo, y a pesar de que el rey Ban pidió reiteradamente ayuda al rey Arturo, éste no se la prestó, pues tenía trabajo abundante en diversos lugares, de forma que no podía comprometerse con las necesidades ajenas. Mientras tanto, el rey Bohores, que era hermano suyo y le había ayudado mucho, estaba mortalmente enfermo, con lo que los furrieles de Claudás le corrían la tierra a diario, pues limitaba con Benoic por la parte de Trebes. Cuando Claudás se dio cuenta de que no podría tomar el castillo sin dificultades, decidió entrevistarse con el rey Ban y para ello acordaron concederse todo tipo de seguridades, para ir y venir. El rey Ban acudió a las vistas con dos más: el senescal y un caballero; Claudás hizo lo mismo. El encuentro se fijó que fuera delante de la puerta del castillo, a cuyo pie se habían establecido los asediantes: la colina sobre la que estaba el castillo era empinada y resultaba ardua de subir.

Claudás, al encontrarse con el rey Ban le recriminó el haber dado muerte a Poncio Antonio, y Ban se quejó porque le había arrebatado la tierra sin tener motivos para hacerlo.

—Yo no os la he quitado —contestó Claudás— por el odio que os pueda tener, ni por nada que me hayáis hecho, sino porque sois vasallo del rey Arturo, cuyo padre, Uterpandragón, me privó de mis posesiones. Si lo deseáis, podemos llegar a un acuerdo: entregad el castillo y yo os lo devolveré al punto si os convertís en vasallo mío y aceptáis que sea yo quien os invista con vuestras tierras.

—No haré tal cosa —respondió el rey Ban—, pues sería perjuro con respecto al rey Arturo de quien soy vasallo ligo.

—Entonces, os diré qué podéis hacer: pedidle a Arturo que venga a socorreros antes de cuarenta días; si no acude en vuestra ayuda en ese plazo, entregadme el castillo y haceos vasallo mío con todas vuestras tierras, que os acrecentaré con ricos feudos. El rey contestó que reuniría al consejo y que por la mañana le haría saber qué decisión había tomado. Después de hablar así, se marchó el rey Ban, pero su senescal se quedó un poco retrasado, y Claudás le dijo:

—Senescal, bien sé que este desgraciado no tendrá suerte, pues el rey Arturo no vendrá en su ayuda, con lo que va a perderlo todo por su vana esperanza, y siento que vos estéis al lado de un hombre así, del que no recibiréis ningún bien, y lo siento porque he oído muchas cosas buenas de vos, por eso os aconsejaría que os vinierais conmigo. Os prometo lealmente que os concederé este reino en cuanto lo conquiste y seréis para siempre su señor, mientras yo pueda. Si tengo que apresaros a la fuerza lo sentiré, pues os tendré que perjudicar bastante, pues he jurado sobre sagrado que todos cuantos sean apresados en esta guerra morirán o serán encerrados en prisión, y no volverán a salir nunca más.

Hablaron hasta que el senescal prometió ayudarle con toda su fuerza, si no tenía que traicionar o vender a su señor. Claudás le aseguró que, en cuanto tuviera Trebes, le haría entrega de las tierras y lo convertiría en vasallo suyo.

A continuación, se despidieron y Claudás volvió con los suyos. El senescal regresó a Trebes y dijo al rey Ban que Claudás había hablado con él mucho tiempo, y que deseaba su amistad.

—¿Qué me aconsejáis? —le pregunta el rey Ban.

—Señor, me parecería lo mejor que fuerais a pedir ayuda al rey Arturo; no os preocupéis por nada, pues mientras tanto será bien protegido lo que tenga que ser custodiado hasta vuestro regreso. El rey Ban fue entonces a ver a la reina, a la que le contó que Claudás le había pedido que entregase el castillo, «y me juró —añadió— que tan pronto como lo tenga, me investirá con él y con el resto de la tierra que pertenece al castillo. Pero es tan desleal que si tuviera la fortaleza, no me la devolvería nunca; debo contestarle mañana porque me ha dicho que le pida ayuda al rey Arturo, y me

concede cuarenta días de tregua. Si me socorre el rey mi señor, daré gracias a Dios, y si no viene en mi auxilio, le entregaré el castillo».

La reina, que teme que se quede sin posesiones, así se lo aconseja, «pues si os falla el rey Arturo, ¿quién os podrá ayudar?».

—Señora, ya que estáis de acuerdo, lo haré. Pienso ir en persona a la corte del rey Arturo y le pediré ayuda. Él tendrá más compasión así que si yo no estoy, pues me verá delante, mientras que si le envío un mensajero no me serviría de nada, pues el mejor modo para que se crean las malas noticias es llevarlas uno mismo. Preparaos ahora, pues vendréis conmigo, y no nos acompañará nadie más, sino vuestro hijo y un escudero que nos servirá en lo que necesitemos: quiero que el rey Arturo se compadezca de nosotros cuando nos vea; nos pondremos en marcha esta misma noche. Procurad coger todas las riquezas que podáis, tanto en joyas como en vajilla; metedlo todo en grandes cofres, pues no sé qué pasará con el castillo antes de mi regreso, y por nada desearía que os quedarais desamparada; no es que tema que consigan tomar el castillo con la fuerza, pero nadie puede evitar la traición. La reina se prepara siguiendo las instrucciones del rey; cuando ya está dispuesta, el rey le dice que procure que no falte de nada en su rocín, pues tendrán que cabalgar esa misma noche. El criado, que quería mucho a su señor, cumple las órdenes de inmediato, y apresta un animal grande, fuerte y rápido. Entre tanto, el rey fue a ver al senescal y le reveló sus intenciones de ir a la corte del rey Arturo, «y confío más en vos que en nadie, pues siempre os he amado: os encomiendo que guardéis el castillo, como si fuera el corazón de mi vientre. Mañana le diréis a Claudás que he enviado a buscar a mi señor el rey Arturo; aseguradle que, si no soy socorrido antes de cuarenta días por el rey Arturo, le entregaré el castillo tal como él desea. Pero procurad que no se entere de que me he ido, pues poco le importaría la posesión del castillo si no estoy yo en él».

—Señor —le responde el traidor—, no os preocupéis, pues me encargaré de hacerlo todo.

El rey Ban durmió poco aquella noche, porque las noches eran cortas: según dice la historia era el quince de agosto. Estaba nervioso por la preocupación del viaje que iba a emprender; se levantó tres horas antes de amanecer, y cuando estuvieron ensillados los caballos y preparado todo lo demás, encomendó a Dios al senescal, el castillo y a sus gentes. A continuación, salió por una pasarela de zarzas que atravesaba el río: el castillo sólo estaba sitiado por una parte, a unos tres tiros de allí, pues por esta otra parte había muchos desniveles y malos terrenos, de forma que al otro lado del río no se podía establecer nadie: el pantano era grande y profundo y sólo había una senda estrecha de más de dos leguas de larga.

El rey Ban toma el sendero con su mujer, que cabalgaba en un hermoso palafrén, grande y cómodo, acompañado por un escudero fiel y buen servidor, que llevaba al niño delante de él en un gran rocín. El rey Ban montaba un palafrén que ya había

probado, mientras que un muchacho le llevaba su veloz y resistente corcel. El escudero tenía el escudo, y un muchacho llevaba la acémila y la lanza del rey. La acémila iba muy cargada por las joyas, la vajilla y el dinero.

El rey llevaba puestas las calzas de hierro y la cota de mallas, ceñía la espada y se cubría con una capa pluvial; iba el último de todos. Cabalgaron hasta atravesar el pantano. Luego, entraron en el bosque; a la media legua, llegaron a una hermosa pradera a la que el rey había ido en muchas ocasiones; se dirigieron a un lago que había en un extremo, junto a una alta colina, desde la que se podía ver toda la región. Ya había amanecido. El rey dijo que no continuarían hasta que hubiera más claridad. Descabalgó, pensando subir a una colina para contemplar su castillo, al que quería más que a ningún castillo del mundo. Al cabo de un rato, el rey vuelve a montar y deja a la reina con su acompañamiento junto al gran lago, que desde tiempos paganos se llamaba lago de Diana. Diana fue reina de Sicilia en la época de Virgilio, el buen autor, y la loca gente que había entonces la consideraba diosa; era la dama que más disfrutaba en el bosque, y se pasaba los días cazando, por lo que los paganos la llamaban «diosa del bosque».

El bosque en el que estaba el lago era más pequeño que los de Gaula y Bretaña la Menor, pues apenas tenía diez leguas galesas de largo y seis o siete de ancho. Se llamaba Bosque del Valle. El rey Ban subió la colina para ver el castillo que tanto quería; pero la historia deja de hablar de él durante un poco de tiempo, y lo hace del senescal, al que le había encomendado el castillo.

Cuenta ahora la historia que cuando el rey Ban se fue del castillo de Trebes, el senescal, que no había olvidado las recomendaciones del rey y de Claudás, salió de la ciudad y fue a ver a Claudás, a quien le dijo:

—Señor, os traigo buenas noticias; nunca hubo hombre tan afortunado como vos. Cumplid ahora con vuestra promesa, pues podéis entrar en el castillo sin que se os pongan impedimentos.

—¿Cómo? ¿Dónde está, pues, el rey Ban?

—Lo ha abandonado y se ha ido con mi señora la reina y con un escudero, sin nadie más.

—Entregadme el castillo ahora y, a continuación, os investiré con él y con toda su tierra. El domingo, después de misa, os haréis vasallo mío ante todos mis nobles. Será el día quince de agosto.

—Señor —contesta el senescal muy contento—, saldré del castillo dejando las puertas abiertas y avisaré a los de dentro, diciéndoles que hemos conseguido buenas treguas. Todos descansarán con gusto, pues han pasado grandes penalidades. Cuando vos y vuestra gente estéis dentro, manteneos en silencio hasta que hayáis llegado a la torre del homenaje; así podréis adueñaros de todo sin que os lo impidan.

De este modo habló el traidor a Claudás, regresando luego al castillo, donde se encontró con un caballero que era ahijado del rey Ban y que todas las noches vigilaba bien armado. Al ver que el senescal venía de fuera, le preguntó que de dónde venía y por qué había salido.

—Vengo de ver a Claudás —contestó el traidor—, de confirmar las treguas que le había concedido a nuestro señor el rey.

Al oírlo se le estremece todo el cuerpo por el miedo de la traición, y le dice:

—Senescal, ciertamente no se va a confirmar unas treguas en el campamento de un enemigo mortal, yendo a estas horas, si se obra con lealtad.

—¿Cómo? ¿Me consideráis desleal?

—Que Dios os proteja —le respondió el caballero, que se llamaba Banín—, para que ni hayáis cometido, ni cometáis deslealtad.

Todo eso le dijo, y le hubiera dicho más, de haberse atrevido, pero el senescal tenía más fuerzas y hubiera hecho que lo mataran; por eso se calló. El senescal les avisó a los que estaban de guardia, diciéndoles que había conseguido treguas favorables, gracias a Dios. A continuación hace que se vayan a acostar todos, cosa que cumplen de buen grado, pues estaban muy cansados.

Pero Banín no tiene deseos de ir a dormir: se queda alerta y sube a un torreón para averiguar qué van a hacer los de fuera, y si los de dentro les abrirán la puerta; pero se

equivocaba, pues las puertas no están cerradas. Desde lo alto de la torre vio cómo avanzaban veinte caballeros con el yelmo atado; después se adelantaron otros veinte, y, así, hasta doscientos. Sospechó entonces que la ciudad sería entregada a traición: baja de la torre gritando «¡Traición, traición!», sin saber que las puertas estaban abiertas.

La alarma se extiende por el castillo; los que estaban desarmados corren a equiparse; pero mientras tanto, los caballeros de Claudás pasaron la primera puerta. Cuando Banín los vio, siente tal dolor que por poco no pierde el juicio; se dirige contra ellos a pie y golpea con tanta fuerza al primero en el escudo, que se lo atraviesa, le rompe la cota y le mete la lanza en el cuerpo, derribándolo muerto. Los enemigos lo persiguen a caballo y se da cuenta de que si huye a la torre del homenaje, lo alcanzarán dos o tres veces antes de que llegue. Se sube entonces al camino de ronda y corre por él hasta llegar a la torre mayor, levanta el puente levadizo tras él y encuentra allí a los servidores de guardia, uno de los cuales les había franqueado el paso. Todos los demás estaban en el recinto durmiendo, pues pensaban que todo estaba seguro. En esto llegaron un grupo de caballeros de Claudás, que le habían perseguido a lo largo de toda la muralla, con la intención de apresarle: al ver que no lo conseguirían, se volvieron, mientras que los demás habían logrado tomar el castillete antes de que los defensores se pudieran armar. El griterío era tan grande que no se hubiera oído a Dios tronando; ante las voces, subió el senescal, e hizo como si se defendiera, aparentando no saber nada del asunto y exclamaba lamentando la ausencia de su señor. Banín, que lo vio desde lo alto de la torre, le comenzó a gritar:

—Hijo de puta, asesino, todo esto nos ocurre por vos; habéis traicionado a vuestro señor natural, que os había sacado de la nada para alzaros a su gran altura; le habéis privado de la esperanza de recuperar su tierra. Ojalá acabéis como Judas —que traicionó a Aquel que vino a la tierra a salvarle a él y al resto de los pecadores—, pues os habéis comportado como el mismo Judas.

Así hablaba Banín al traidor desde lo alto de la torre. Al poco, fue tomado el castillete y todos los bastiones de la parte de fuera de la torre. Pero Claudás estaba encolerizado, pues no sabía cuál de sus hombres había prendido fuego en la ciudad: la riqueza de las hermosas casas ardió y se fundió. Los de la torre resistieron y se defendieron con valentía, y consiguieron matar a numerosos enemigos, a pesar de que no eran más que cuatro: tres servidores y Banín; al quinto día, el rey Claudás ordenó levantar una catapulta y no pudieron resistir más, pero ni siquiera con la catapulta habrían sido vencidos, de no ser porque no tenían de beber ni de comer: se seguían defendiendo valerosamente, sobre todo Banín, que acabó con muchos hombres de Claudás utilizando palos afilados y piedras agudas. Todos se admiraban por la resistencia y por el valor de Banín, y cuando Claudás oyó su nombre y vio las hazañas que hacía, dijo que si él tuviera un noble tan leal, lo apreciaría más que a sí mismo.

A partir del momento en que les faltó alimento razonable, resistieron los de la torre

tres días más, hasta que fueron vencidos por el cansancio y por el hambre. La tercera noche consiguieron cazar una lechuza en un agujero de la torre: no había ninguna otra clase de aves, pues habían huido de la catapulta. Todos estaban sorprendidos de su resistencia, pues el ingenio de guerra les había atacado tanto que les había destruido los muros, de forma que apenas se sostenía.

Claudás vio un día a Banín y le dijo:

—Banín, ríndete, porque no podrás resistir. Te daré a cambio numerosos castillos, armas y autorización para que vayas donde quieras; si quieres quedarte conmigo, te juro por Dios y por los santos de esta iglesia —y tiende la mano hacia una capilla— que te querré más que a ninguno de mis caballeros, por tu gran valor y por tu fidelidad.

Así le rogó Claudás muchas veces, hasta que Banín le dijo un día, entristecido y cansado:

—Señor Claudás, señor Claudás, sabed que cuando me rinda a vos será porque estaré en tal situación que nadie me lo recriminará. Y ni a vos ni a otro me rendiré como un traidor.

Banín y sus compañeros resistieron allí hasta que se encontraron muy débiles por el hambre. Todos los días les pedía Claudás que se entregaran, pues los apreciaba mucho por el valor que había visto en ellos.

Cuando Banín se dio cuenta de que no podían resistir más, y que tendrían que rendirse por falta de carne y por los destrozos causados por la catapulta, lo sintió mucho. Sus compañeros, que ya no aguantaban el hambre, le sugirieron la rendición, a lo que él les respondió:

—No os desaniméis, pues voy a entregar la torre entre tales honores que no se os recriminará, y yo no estoy menos cansado ni menos hambriento que vosotros, pero cuando una gran necesidad impulsa a que el hombre cometa una mala acción, al menos éste debe conservar el honor.

Aquel día volvió Claudás y le preguntó qué pensaba hacer, si rendirse o resistir.

—Señor —contestó—, he tomado consejo de mis compañeros; me recomiendan que permanezcamos en la torre, pues no debemos preocuparnos ni de la catapulta, ni de ningún otro ingenio. Pero no quiero soportar la responsabilidad durante más tiempo, pues muchos más nobles y más ricos que yo han abandonado la carga. Hemos decidido entregaros la torre, pues no se la podríamos dejar a nadie más valeroso y vos nos mantendréis a vuestro lado, pero tenéis que asegurarnos que nos vais a proteger de todos y que nos vais a hacer justicia en vuestra casa frente a cualquiera, de forma que si alguien nos acusa, en vos encontraremos la ley y si acusamos a algún vasallo vuestro, haréis justicia.

Claudás lo juró así sobre los Evangelios, prometiendo mantenerlo lealmente. Entonces salieron de la torre; Claudás hizo que una guarnición la ocupara y tributó honores a Banín, por quien tuvo un gran afecto en el corazón, por su valor y por la

fidelidad que había visto en él.

Al tercer día, el senescal le pidió a Claudás que cumpliera lo prometido, y éste le respondió que lo haría con gusto. Empezó a buscar excusas y la noticia llegó a Banín, que se presentó a Claudás y a sus nobles, y les dijo:

—Señor, quiero que estos nobles sepan que me rendí a vos porque vos me prometisteis que mantendríais mi derecho frente a todos los que me acusaran de algo y que me haríais justicia si yo acusaba a alguien.

Claudás así lo reconoció;

—Señor, ahora os pido y requiero que me hagáis justicia del senescal aquí presente, a quien acuso de traidor y perjurio hacia Dios y hacia su señor natural. Y si él lo niega, estoy dispuesto a demostrárselo ahora o en el día que vos señaléis.

—Señor —contestó—, no hay caballero tan bueno y tan apreciado bajo el cielo contra el que no me atreviera a defenderme si me acusara de traición hacia vos.

—Señor —dice Banín—, aceptad mi prenda, pues le acuso porque he visto y oído la traición que cometió contra su señor natural.

A Claudás le gustó lo que acababa de oír, pues odiaba al senescal por la traición que había cometido, y buscaba el modo de evitar el cumplimiento de la promesa que había hecho. Le preguntó al senescal qué iba a hacer:

—Señor —contestó éste—, aconsejadme vos mismo, pues Banín me odia por vuestra culpa y por eso me ha acusado de traición, y no por otra cosa.

—Os daré mi consejo: si os consideráis inocente, enfrentaos a él, pues sois tan fuerte, corpulento y valeroso como Banín. Si pensáis que su acusación es falsa, defendeos inmediatamente; al menos, así lo haría yo, si hubiera sido acusado de forma ofensiva. Ni vos ni él os debéis preocupar por nadie más. Si no os defendéis, os reconoceréis culpable de traición.

Claudás lo convenció y ambos aceptaron entregarle los gajes; después, se dirige al senescal diciéndole:

—Senescal, hasta ahora os he considerado muy leal y así lo demostró también vuestro señor, el rey Ban. Acercaos y tomad, os invisto con el reino de Benoic, con sus rentas y feudos y todo lo que de él depende, a excepción de las fortalezas, que no se las daré a nadie. Si os podéis vengar de Banín, defendiéndoo de la acusación, me rendiréis vasallaje y el homenaje que se me debe. Pero si os vence, le otorgaré esta tierra y él se convertirá en vasallo mío.

Así invistió Claudás al senescal con el reino de Benoic, pues no quería perjurar, ni faltar a la promesa que había hecho; sospechaba, además, que no duraría mucho, pues Banín era valiente y muy leal. ¿Qué más os voy a decir? El combate se celebró cuatro días más tarde, en la pradera de Benoic, entre el Loira y el Arsía: Banín le cortó la cabeza al senescal. Entonces, Claudás le ofreció toda la tierra como feudo y propiedad, a lo que Banín le contestó:

—Señor, me rendí a vos pensando no quedarme a vuestro lado más tiempo del necesario; ahora quiero irme: ante todos vuestros nobles os pido que me concedáis licencia, pues gracias a Dios ya he cumplido lo que deseaba entregándome a vos. No aceptaré ninguna tierra que me otorguéis, pues Dios no ha hecho una tierra tan buena como para que yo la tenga a cambio de no causaros daño. No lo soportaría yo mismo.

Con estas palabras, se marchó. Claudás se quedó entristecido, pues se había esforzado en retenerlo por todos los medios a su alcance, porque nunca había visto un caballero tan noble y leal.

La historia ya no había más ni de Banín, ni de Claudás, ni de su compañía, sino que vuelve a Ban, sobre el cual ha guardado silencio durante mucho tiempo.

III

Cuenta ahora la historia que cuando el rey Ban se marchó del castillo, subió a una colina para contemplar la fortaleza que tanto quería. Ya empezaba a haber claridad y se veían los muros blanquecinos, la torre mayor y la muralla. No hacía mucho tiempo que lo estaba contemplando, cuando vio una gran humareda que salía del castillo y, poco después, empezaron las llamas, de forma que en breve espacio de tiempo cayeron las ricas salas, se derrumbaron las iglesias y monasterios, y el fuego volaba de un lugar a otro: las odiosas llamas se alzan hacia el cielo y el aire se enrojece y llena de cenizas, y la tierra se ilumina alrededor.

El rey Ban ve cómo arde su castillo, en el que tenía depositada toda la esperanza de recobrar sus tierras; al verlo, pierde su ilusión y se siente vacío y roto. Su hijo aún no le puede ayudar ni socorrer y su mujer es muy joven, ha sido criada en la abundancia y procede de un alto linaje, cuyo origen fue el del rey David; Ban siente entonces compasión porque su hijo tendrá que irse de Francia en medio de pobreza y de dolor, y su mujer caerá en poder de otro y bajo la tutela de muchos; él mismo será viejo y pobre, y pasará entre sufrimientos el resto de su vida, él, que fue tan rico y temido, a quien tanto le agradó la compañía gentil y alegre en su juventud. Pensando todas esas cosas y representándose las ante los ojos, le llegó al corazón un dolor tan grande, que las lágrimas se le detuvieron y el corazón se le encogió en el vientre, y cayó desmayado del caballo, de forma que casi se rompió el cuello; sangra por la nariz, por la boca y por las orejas, y así yace mucho tiempo; cuando volvió en sí, empieza a hablar como puede y, mirando hacia el cielo, dice:

—Ay, Señor Dios, gracias; os agradezco, dulce Padre, el que deseáis que yo muera en la pobreza, pues vos vinisteis a padecer en la tierra como pobre y necesitado. Señor, ya que no voy a estar mucho tiempo en este mundo, os pido perdón, pues sé que me ha llegado el fin; y Vos, buen Padre, que me rescatasteis con vuestra sangre, no dejéis que se pierda el espíritu que pusisteis en mí; aceptadme en este último día y libradme de la carga de mis pecados, que son tan grandes y espantosos que no puedo enumerarlos. Y si he cometido alguna falta en la tierra, por la que nadie pasa sin pecar, buen Señor, tomad venganza de forma que el alma sea atormentada cuando se separe del cuerpo, pero que al cabo del tiempo se encuentre en compañía de aquellos que gozarán de la claridad eterna de tu morada. Buen Padre misericordioso, compadeceos de mi esposa Elena, descendiente del alto linaje que establecisteis en el reino venturoso para ensalzar vuestro nombre y ensalzar vuestra fe y para conocer vuestros grandes misterios; linaje al que disteis la victoria ante los pueblos extranjeros. Señor, aconsejad a la desaconsejada descendiente de ese linaje, que ama vuestras creencias y no se ha apartado nunca de vuestros mandamientos. Acordaos, Señor de mi pobre hijo, que tan joven quedará

huérfano, pues no disponéis del poder de mantener a los huérfanos.

Cuando el rey Ban terminó de hablar, miró al cielo, se golpeó el pecho con arrepentimiento y lloró sus pecados ante la mirada de Nuestro Señor; después arrancó tres briznas de hierba en nombre de la Santa Trinidad y las usó con fe firme. Se le encoge el corazón entonces por el dolor que siente por su mujer y por su hijo, pierde el habla, se le ofusca la vista y cae con tal golpe que se le rompen las venas del corazón. El corazón le estalla en el vientre y queda muerto en el suelo, con los brazos extendidos, el rostro mirando al cielo y la cabeza girada hacia Oriente. El caballo se espantó y bajó la colina, yendo a donde estaban los demás caballos. Cuando la reina lo vio, le ordenó al criado que lo sujetara; éste deja al niño en el suelo y corre hasta el caballo; sube la colina y encuentra al rey tendido, frío y muerto, como habéis oído.

El criado descabalga; al ver muerto al rey Ban, su señor, lanza un grito tan fuerte que la reina lo oye sin dificultad y se asusta tanto, que deja al niño en el suelo, delante de los pies de los caballos y sube la colina corriendo, a pie: encuentra entonces al criado, inclinado sobre el rey, haciendo tal duelo que no se podía hacer mayor. Al ver a su señor muerto, la reina se desmaya sobre el cadáver. Cuando volvió en sí, se lamenta y maldice las grandes calamidades que tiene que soportar, rasga las vestiduras y se araña y maltrata el tierno rostro, de forma que la sangre le corre por las mejillas: lamenta las hazañas realizadas por su señor y sus virtudes y grita tan fuerte que retumban la colina, el valle y toda la tierra de alrededor. Agotada de gritar, pierde la voz y se queda sin palabras por el gran dolor que le oprime el corazón. Se desmaya y pierde el conocimiento con frecuencia. Tras lamentar las hazañas que su señor no realizará ya, y después de haber llorado su gran desgracia, no desea otra cosa que la muerte, a la que recrimina su mucha tardanza. Así estuvo durante tiempo; al cabo, se acordó del niño, único consuelo que le quedaba.

Teme entonces que los caballos lo hayan pisado: gritando, da un salto como mujer desquiciada y corre hacia donde lo había dejado. Pero es tal el miedo que tiene de que haya muerto, que cae desmayada al suelo antes de haber descendido de la colina. Cuando vuelve en sí, baja corriendo, arrancándose los cabellos y rasgándose los vestidos. Ve a su hijo fuera de la cuna, junto a los caballos, al lado del lago. El niño estaba desnudo y lo tenía en brazos una doncella, que se lo apretaba al pecho, besándole los ojos y la boca continuamente: con razón lo hacía, pues era el niño más hermoso de todo el mundo.

Había hecho frío al amanecer, y ya era de día. La reina le dijo a la doncella:

—Dulce amiga, por Dios, dejad al niño, pues a partir de ahora tendrá suficientes tristezas y dolores, porque se ha quedado huérfano, con lo que perderá la alegría: su padre acaba de morir y él ya no tiene posesiones, que no eran pequeñas. Ojalá Dios se las hubiera conservado para que las recibiera como debía.

La doncella no le contesta ni una palabra. Cuando la dama se le acerca, la doncella

se pone en pie con el niño en brazos y se vuelve hacia el lago, junta los pies y salta dentro.

La reina se desmaya al ver a su hijo en el lago; cuando vuelve en sí ya no estaban ni el niño, ni la doncella. Entonces empezó a lamentarse profundamente, y se hubiera lanzado dentro, si no se lo hubiera impedido el criado, que había regresado a reconfortar a la dama, dejando al rey en la montaña. Sería imposible contaros el dolor que siente la reina.

Mientras que se lamentaba así, pasó por aquel lugar una abadesa piadosa, con dos novicias, el capellán, un lego y dos escuderos. La abadesa oyó las quejas de la reina, y le entró una gran compasión; volviéndose hacia ella, dijo:

—¡Dios os dé alegría!

—Señora, bien la necesito, pues soy la mujer más desgraciada del mundo: en el día de hoy he perdido todo el honor y toda la alegría que tuve en abundancia antaño.

—Señora —dijo la abadesa, viendo su gran belleza a pesar del dolor que padecía—, ¿quién sois?

—Así me ayude Dios, ¿qué importa quién soy? Sólo me importa que ya estoy viviendo demasiado.

El capellán la mira y dice a la abadesa:

—Señora, estoy seguro de que es la reina, la esposa del rey Ban.

Cuando la abadesa se cerciora, empieza a llorar, diciendo:

—Señora, por Dios, decidnos si sois mi señora la reina.

La dama se desmaya y cuando vuelve en sí, la abadesa le repite:

—Por Dios, señora, no lo ocultéis; sé que sois la reina.

—Que Dios me ayude —contesta—, en verdad soy la reina del gran sufrimiento. (Y por el nombre que se puso, esta parte de la historia se llama «Historia de la reina del Gran Sufrimiento»). Señora, por Dios, nombradme novicia, pues no deseo otra cosa.

—Ciertamente, señora, lo haré con gusto, pero contadnos qué os ha ocurrido, pues estamos incómodos sin saberlo.

La reina le cuenta todo, cómo ha perdido la tierra, cómo ha muerto su señor en la colina y cómo un diablo con forma de doncella se ha llevado a su hijo.

Le pregunta entonces la abadesa cuál fue la causa de la muerte del rey, pero no le puede contestar porque no lo sabe.

—Señora, quizás haya sido por el dolor de ver que Trebes estaba ardiendo.

—¿Cómo —pregunta la reina—, arde?

—Sí, señora; pensaba que ya lo sabíais.

—No lo sabía; ahora ya conozco la causa de la muerte del rey. No quiero seguir en el siglo. Señora, haced que recojan esta riqueza, oro, vajillas y joyas, y ordenad que construyan aquí un pequeño convento en el que cantarán y rezarán por la salvación del alma de mi señor.

—Señora —le dice la abadesa—, no sabéis lo duro que resulta mantener los votos, pues en ellos están todos los esfuerzos, todos los dolores y todos los peligros de las armas. Venid con nosotros a la abadía, pero continuad siendo reina, como es vuestro deber, pues los antepasados de mi señor el rey la fundaron y la dotaron.

—Señora, por Dios, os pido por Dios y por vuestra alma que me hagáis monja, pues ya no me importa el siglo y el siglo ya no me necesita. Si no lo hacéis, me iré por el bosque como una desgraciada y una perdida, de forma que pronto perderé el cuerpo y el alma.

—Señora, ya que lo habéis decidido, adorad a Dios y agradecédselo, pues nos alegramos mucho de vuestra intención y de que Dios nos envíe la compañía de una dama tan buena y de tan alta reina.

Sin esperar más, allí fueron cortadas las hermosas trenzas de la reina, que tenía la cabeza más bella de todo el mundo. Después le dieron los hábitos y la velaron. Al ver el criado que su reina ya había tomado el velo, decidió no permanecer más tiempo en el siglo, ya que su señora se había salido de él: se hizo lego y tomó los hábitos antes de que se marcharan de aquel lugar. Llevaron el cuerpo del rey a la abadía, que no estaba lejos de allí, y le hicieron las exequias que correspondían a un rey, enterrándolo en la misma abadía hasta que estuviera construido el convento en el lugar en que había muerto.

La reina se quedó en la abadía y la abadesa mandó construir un hermosísimo monasterio con bellas dependencias, que estuvo terminado al cabo de un año; entonces, llevaron al rey allí. La reina y otras dos novicias, dos capellanes y tres legos ingresaron en aquel monasterio.

Cada día que amanecía, después de oír la misa que se cantaba por el rey, la dama iba a la orilla del lago, al mismo lugar en el que había perdido a su hijo, leía el psalterio y rezaba, llorando amargamente.

Pronto se supo que la reina Elena de Benoit se había hecho monja y el sitio se llamó Monasterio Real. El lugar creció, se ensancharon sus límites, y las buenas mujeres de aquella tierra iban allí a menudo por amor de Dios y de la reina.

La historia deja de hablar de la reina y de su compañía y vuelve al rey Claudás de Tierra Desierta.

IV

A continuación cuenta la historia que Claudás consiguió hacerse con toda la tierra del reino de Benoic y de Gaunes, porque el rey Bohores no vivió más que dos días, al saber que había muerto el rey Ban; en muchos sitios se cree que murió de pena por su hermano, y no a causa de la enfermedad que padecía.

El rey Bohores tenía dos hijos, Lionel y Bohores; eran extraordinariamente hermosos, pero eran muy pequeños todavía, pues Lionel sólo tenía veintiún meses y Bohores nueve. Los nobles y los caballeros de Gaunes defendieron la tierra tanto como les fue posible, y la reina Evaine —esposa de Bohores— se refugió en un castillo de su dote que se llamaba Montlair. Claudás conquistó toda la tierra menos este castillo, en el que estaban la reina y sus hijos, al que puso sitio cuando tuvo todo el país en su poder.

Cuando la reina vio su castillo asediado, no se atrevió a quedarse en él, temiendo que la afrentara si conseguía apresarla; huyó con sus dos hijos, pasó al otro lado de un río que corría al pie del castillo y llegó a un bosque que había sido suyo. Allí montaron a caballo la reina y su séquito y con poco acompañamiento se puso en marcha, dispuesta a no detenerse hasta que hubiera llegado al monasterio en el que estaba su hermana, la reina de Benoic. Llegó así a una hermosa landa con sus dos hijos.

En este lugar le ocurrió una gran desgracia, como os contaré: el rey Bohores había desheredado a un caballero porque le había causado la muerte a otro, que era hombre justo. El caballero que había sido desheredado por el homicidio, se pasó al lado de Claudás, pues conocía las alianzas y la fuerza de los dos hermanos. El rey Claudás lo estimaba, lo enriqueció y ensalzó, y le dio una partida de hombres para que fuera donde quisiera. El afecto fue mutuo y el caballero se esforzó en servir bien al rey y en mantenerlo como amigo.

El día que la reina iba de Montlair al monasterio en el que estaba su hermana, pasó por un bosque en el que estaba el rey Claudás cazando un jabalí muy grande en compañía del caballero desheredado; éste esperaba en un seto a Claudás, cuando se encontró con la reina y con sus dos hijos: rápidamente corrió a sujetar el caballo de la dama por el freno, y ella empezó a llorar con desconsuelo. El caballero toma a los dos niños, que iban en sendas cunas sobre una acémila, y se los lleva a su señor. No es necesario preguntar si la dama se afligió: sería imposible describir una tristeza mayor; se desmayaba con tanta frecuencia que todos los que la veían pensaban que no tardaría en morir.

Cuando el caballero vio tal dolor, se compadeció y le dijo:

—Señora, grandes males me produjisteis vos y el rey, que ha muerto, pero el corazón no me toleraría que os entregara a malas manos, pues en cierta ocasión me prestasteis

un servicio que ahora os voy a recompensar: vos me salvasteis una vez de la muerte y sentisteis que yo fuera desheredado; os voy a devolver el favor sacándoos a salvo de este bosque, pero tenéis que dejarme a los dos niños: yo los protegeré y criaré hasta que sean mayores y si recobran la tierra, me beneficiará. Si no lo hacéis así, seréis afrentada si caéis en manos de Claudás el de Tierra Desierta.

La reina duda: piensa que no volverá a ver a sus hijos al dejarlos allí, pero teme —a la vez— la vergüenza y el dolor si cae en manos de su enemigo. Decide que más vale tener del mal, el menor y no padecer los dos males: siendo afrentada, sin duda, no evitará la muerte de sus hijos y, por eso, encomienda a los dos niños a Nuestro Señor y se los entrega al caballero, diciendo que prefiere entregárselos a ver cómo los descuartizan ante sus propios ojos; añade que los deja bajo la tutela de Dios y suplica al caballero que los cuide como debe, «pero, por Dios, sacadme de este bosque, para evitar que otro me aprese o moleste».

El caballero tomó a los dos niños, se los dio a aquellos en quienes confiaba más y acompañó a la dama fuera del bosque, a una abadía de legos. La deja allí, diciéndole:

—Señora, quedaos aquí hasta que un mensajero mío os diga que Claudás se ha ido.

La reina se quedó y cuando el caballero se marchaba, ella le cayó a los pies, rogándole por Dios que tuviera compasión de los dos niños y que no los entregara por codicia a sus enemigos; él se lo jura y promete por su fe que si reciben algún daño será porque no los habrá podido defender. A continuación se marchó; cuando llegó al lado de Claudás, el jabalí ya había sido cazado y había llegado la noticia de la toma de Montclair. Claudás estaba muy contento; cabalga sin detenerse hasta el castillo y se encuentra con que ya se había rendido a su gente, pues al irse la reina nadie se atrevió a resistir. Grande fue la cólera de Claudás porque no encontraron ni a la reina ni a los niños; se apoderó del castillo y así se hizo con los dos reinos.

La historia se calla y no dice nada más, y vuelve a la reina Evaine, mujer de Bohores de Gaunes.

V

Cuenta la historia que cuando el caballero desheredado oyó las noticias del castillo de Montlair y vio que Claudás montaba para ir allí, llamó a un escudero que era sobrino suyo y lo envió a la reina, para que la condujera al monasterio en el que estaba su hermana. Al verse las dos hermanas no es necesario que digamos que tuvieron pena y alegría: sería imposible contarlo. Se afligieron porque se veían pobres y desterradas y no rodeadas de honores y con gran poder; pero se alegraron al verse juntas, pues habían tenido miedo la una por la otra. Así, decidieron pasar el resto de sus vidas en llorar y lamentar las grandes pérdidas y dolores que habían padecido, y en servir a Nuestro Señor, pues en él encontrarían el alivio necesario.

Después de haberse lamentado un rato por la muerte de sus señores, la reina de Benoic sintió una gran tristeza en el corazón y empezó a sollozar, diciendo:

—¡Ay, desdichada de mí! Mucho he perdido al quedarme sin tierras, sin marido y sin hijo, que era la rosa de todos los niños. ¿Dónde están los vuestros?

Al oír estas palabras se desmaya su hermana y al verla sin sentido, se desmaya ella también; todos los que estaban allí sintieron una gran tristeza por ellas. Al fin, la reina de Gaunes empezó a contar a su hermana cómo había perdido a sus dos hijos.

—¡Desdichadas! —dice la de Benoic—. Nos hemos quedado sin hijos.

Y le cuenta cómo había muerto su señor y cómo había perdido a su hijo Lanzarote cuando la doncella se metió en el lago con él en brazos.

Grande fue el dolor de las dos hermanas por las pérdidas que habían sufrido y, si no hubieran estado juntas, su tristeza sería mayor aún. La abadesa hizo tonsurar y velar a la reina de Gaunes inmediatamente, pues temía alguna deslealtad de Claudás.

La historia no vuelve a hablar de ellas por ahora, y cuenta lo ocurrido con Lanzarote cuando lo metieron en el lago.

VI

Cuenta ahora la historia que la doncella que se había llevado a Lanzarote al lago era una hada. En aquel tiempo se llamaba hada a la que sabía de encantamientos, y abundaban más en Gran Bretaña que en otras tierras. Conocían estas hadas —según dice el libro de las Historias Bretonas— el poder de las palabras, de las piedras y de las hierbas, con lo que conseguían mantenerse jóvenes, hermosas y con riquezas. Esto ocurría en tiempos de Merlín, el profeta de los ingleses, que conocía toda la sabiduría diabólica, por lo que fue temido por los bretones, que lo honraban llamándolo santo profeta, y los pobres lo consideraban su dios.

La doncella de la que habla la historia había obtenido de Merlín, con gran astucia, todos sus conocimientos de nigromancia. Merlín fue engendrado en una mujer por el mismo diablo y por eso lo llamaron el «hijo sin padre». Esa clase de demonios son abundantes en el mundo, pero no tienen fuerzas ni poder para hacer su voluntad con creyentes o paganos, pues son ardientes y lujuriosos. Según hemos encontrado escrito, cuando eran ángeles, eran hermosos y agradables y se deleitaban contemplándose unos a otros, llegando a tener apetencias lujuriosas. Cuando cayeron con su malvado señor, mantuvieron en la tierra la lujuria que había comenzado en el otro reino.

De uno de esos diablos procedió Merlín, según cuenta el libro de las Historias, y os voy a decir cómo fue. En la marca de Escocia y de Irlanda hubo una doncella de gran belleza, hija de un caballero pobre. La joven llegó a la edad de casarse y dijo a sus padres que no le dieran marido, pues no estaba dispuesta a recibir en su lecho a un hombre al que viera con los ojos, pues su corazón no lo soportaría. Sus padres intentaron quitarle esta idea de muchas maneras, pero ella se mantuvo firme, advirtiéndoles que si la forzaban, moriría o perdería el juicio en cuanto lo viese. Su madre le preguntó a solas, hablando de madre a hija, si pensaba abstenerse de hombre y de relación carnal durante toda la vida, y ella le respondió que no, si podía tener la compañía de un hombre al que no viera, pues su deseo era sentirlo y oírlo, pero no verlo. Los padres de la doncella no tenían más hijos y la amaban como se ama a un hijo único, y por eso no querían arriesgarse a perder a la joven: se conformaron y esperaron a que cambiara de parecer. Mientras tanto, murió el padre.

Después de la muerte del padre, la madre le aconsejó en varias ocasiones a la hija que tomara marido, pero no tuvo suerte, pues no aceptaba a ningún hombre al que pudiera ver con los ojos. No pasó mucho tiempo antes de que un diablo de los que he dicho fuera al lecho de la doncella una noche; le habló con insistencia, asegurándole que no lo vería nunca. Ella le preguntó quién era.

—Soy un extranjero y como no queréis a ningún hombre visible, vengo a vos, pues yo tampoco puedo ver a ninguna mujer con la que me acueste.

La doncella lo tocó y comprobó que tenía un cuerpo hermoso y bien proporcionado, al parecer; sin embargo, el diablo no tiene ni cuerpo ni miembros que se puedan tocar, pues los espíritus no son tangibles, y los diablos son espíritus; pero, en ciertas ocasiones, pueden tomar cuerpo del aire, de forma que a los que los ven les parece que son de carne y hueso.

Cuando la doncella sintió y tocó al diablo con el cuerpo, con los brazos, las manos y otras partes, le pareció que podía ser hermoso, se enamoró de él y cumplió su voluntad, guardando el secreto a su madre y a otros.

Al cabo de cinco meses, engordó y llegado el momento, dio a luz, ante la perplejidad de todos que no sabían quién podía ser el padre, ni lo supieron nunca, ni ella lo quiso revelar.

El niño se llamó Merlín, pues así lo ordenó el diablo a la doncella antes de que naciera, pero no fue bautizado y cuando llegó a los doce años, lo presentaron a Uterpandragón, según cuenta la historia de sus obras. Después, el duque de Tintagel murió por traición de Uterpandragón y de Merlín, pues el rey amaba a Igera, la duquesa. Fue entonces cuando Merlín se fue a vivir a los bosques oscuros y espesos, en los que su padre lo instruyó sobre los secretos de la naturaleza, de forma que aprendió todo cuanto se puede llegar a saber de la perversa ciencia.

Había en la marca de Bretaña la Menor una doncella hermosísima, llamada Niniana. Se enamoró Merlín de ella y frecuentemente iba a verla por la noche y durante el día, pero ella se guardaba de él, pues era discreta y cortés, hasta que un día le pidió que le dijera quién era, y él le dijo la verdad. La joven aceptó hacer su voluntad a cambio de una parte de su saber. Y él, que la amaba tanto como se puede amar, le otorgó enseñarle todo lo que le preguntara.

—Querría que me enseñarais cómo podría cerrar un lugar con palabras, dejando dentro a quien yo quisiera e impidiendo que nadie entre o salga. Enseñadme también cómo puedo dormir para siempre a alguien, sin que vuelva a despertar.

—¿Para qué queréis saber esas cosas?

—Porque si mi padre llegara a saber que vos o cualquier otro os habéis acostado conmigo, me mataría de inmediato; así estaré a salvo, pues jamás volveríais a tener mi amor ni mi compañía.

Merlín le enseñó todo lo que ella deseaba, y la joven lo escribió en pergamino, pues sabía de letras; de este modo engañaba a Merlín cada vez que iba a hablar con ella, pues hacía que se durmiera; mientras, la joven había hecho conjuros para que ningún hombre pudiera desflorarla, ni acostarse con ella carnalmente. Mucho tiempo tuvo engañado a Merlín de este modo, que cuando se iba de su lado creía haber yacido con ella. Y conseguía burlarlo así porque era, en parte, mortal; si hubiera sido diablo en toda su naturaleza, no habría conseguido engañarlo, pues los diablos no duermen. Tanto aprendió de Merlín que lo encerró en una cueva, en el bosque peligroso de

Danantes, junto al mar de Cornualles, por la parte de Sorelois. Allí quedó prisionero, sin que nadie lo supiera y sin que lo haya visto nadie.

La doncella que lo durmió y lo encerró fue la que se llevó a Lanzarote al lago. Dentro del lago le tomó un gran cariño y lo cuidaba mejor que lo podría hacer su propia madre. No vivía sola, sino que estaba acompañada por caballeros, damas y doncellas. Buscó una nodriza para el niño que fuera buena, y llegado a la edad, tuvo maestro que le enseñó a comportarse; nadie de la mesnada de la doncella conocía su nombre, a excepción de ella misma, y lo llamaban de las formas más variadas: Hermoso Encontrado, Hijo de Rey —la joven lo llamaba así frecuentemente—, o Rico Huérfano.

Tres años estuvo Lanzarote bajo la custodia de la doncella, tan bien cuidado que pensaba que fuera su madre; en ese tiempo creció más que cualquier otro niño en cinco años y se hizo más hermoso que ninguno. La dama que lo criaba vivía en el bosque espeso y tupido, pues el lago en el que había saltado con el niño— al llevárselo— era sólo un encantamiento; era una llanura al pie de una colina bastante más baja que la colina en la que había muerto el rey Ban. Y donde parecía que el lago era mayor y más profundo, la dama tenía palacios ricos y hermosos. Por la llanura corría un río con muchos peces. Todo el lugar estaba oculto y era difícil de encontrar, pues daba la impresión de que era un lago, de modo que nadie lo podía ver. Así queda Lanzarote custodiado por la doncella, crece y aprende, tal como habéis oído. Pero la historia deja aquí de hablar de él y vuelve a sus primos Lionel y Bohores, hijos del rey Bohores de Gaunes.

VII

Cuenta la historia que cuando el caballero que le había quitado a la reina de Gaunes los dos hijos llegó a su tierra —que se la había entregado el rey Claudás con un gran trozo de otra tierra—, guardó a los niños, protegiéndolos con todo tipo de honores y procuró que tuvieran todo lo necesario y sólo deseaba honrarlos hasta que llegaran a la mayoría de edad, en que recuperarían su tierra: de todo ello esperaba obtener gran provecho, si los niños llegaban al poder.

Así los mantuvo ocultos en su casa, sin que nadie supiera quiénes eran, menos su mujer, que era buena, hermosa y discreta. Por la gran belleza de esta dama, Claudás se había enamorado de ella, y por amor a ella había nombrado a su marido senescal de toda la tierra de Gaunes, aumentando sus posesiones y enriqueciendo sus rentas.

El caballero era muy noble y valiente, y se llamaba Farién. Tanto duraron los amores del rey y de la mujer del caballero que éste se enteró: no es necesario preguntar si lo sintió, pues nada amaba tanto como a su dama. Y desconfió, estando alerta muy a menudo, de forma que un día Claudás lo envió a un asunto suyo y él hizo como si se fuera, pero no se marchó, sino que se escondió, deseando probar a su mujer, y por la noche la encontró con Claudás; quería matarlo, pero no pudo, pues éste se lanzó por una ventana, fuera de la habitación, y de este modo consiguió escapar.

Farién reconoció al rey Claudás y sintió no haberlo matado, aunque ahora temía que el rey intentara acabar con él: meditó cómo podría salvar la vida, pues le sería menester. Se acercó a Claudás y, llevándosele aparte, le dijo en secreto:

—Señor, soy vasallo vuestro y por eso debéis hacerme justicia con los demás y a los demás conmigo. Quiero que sepáis que aquí me ha traicionado uno de vuestros caballeros con mi mujer, como ya he podido comprobar una vez.

—¿Quién es? —preguntó el rey Claudás al caballero.

—Señor —contestó—, no sé quién es, pues mi mujer no quiere decirme su nombre, pero me ha confesado que es uno de los vuestros. Aconsejadme ahora, como mi señor que sois, qué debo hacer si lo vuelvo a encontrar.

—Ciertamente —le respondió Claudás—, yo lo mataría si lo encontrara tal como habéis dicho.

Y hablaba así porque pensaba que Farién no sabía que era él.

Con esto, Farién pidió permiso para retirarse, y volvió a su castillo, tomó a su mujer y la encerró en una torre muy inhóspita, sin más compañía que la de una vieja que le llevaba la comida y la bebida, pero Farién no le explicó ni una sola vez por qué la trataba tan mal. Al cabo del tiempo, la dama no podía seguir sufriendo y consiguió hablar con un primo suyo, criado pobre, al que ella le había hecho mucho bien. Le habló desde la ventana de la torre, un atardecer, y le encargó que fuera al rey Claudás,

lo saludara y le dijera cómo la había encerrado su señor por su culpa, y que hiciera lo posible para ir a hablar con ella, pues así le explicaría su vergonzosa situación y las calamidades que pasaba —y que él no podía ni imaginarse—, y que si no hablaban pronto, se podría producir una desgracia, porque morirían tanto él como ella.

El criado fue a Claudás, habló con él y le contó todo lo que la dama le había encargado y, al acabar, le dio ricas prendas que ella le enviaba.

No mucho tiempo después, Claudás estaba cazando en el bosque de Gaunes y sintió deseos de ir a ver a la dama. Envió a un escudero a que dijera a Farién que iría a cenar a su casa; éste, al oírlo, puso muy buena cara al mensajero de su señor, de forma que parecía que estaba muy contento. Ordenó que sacaran de la torre a la dama, y la engalanaron y vistieron con toda riqueza, e hizo que prepararan la mejor comida que se pudo encontrar.

Cuando Claudás estuvo cerca, salió a su encuentro con cara alegre, recibéndolo con gran fiesta en su casa.

Después de la cena se sentaron el rey y la dama en unos cojines, y ella empezó a lamentarse de sus infortunios diciendo:

—Señor, deberíais dar una solución, pues recibo estos males por vos.

—Ciertamente, con mucho gusto pondría remedio si supiera cómo hacerlo.

—Os diré cómo me podréis —y os podréis— vengar de él, si es que me amáis tanto como correspondería a los sufrimientos que he tenido por vos.

—Tened por segura tal cosa, y si llegara la ocasión os vengaré, pero decidme cómo, si es que lo sabéis; os juro como rey que lo haré a vuestro gusto.

—Señor, mi marido sabe que fue a vos a quien encontró conmigo en mi cama, pero no se atreve a manifestarlo porque os tiene miedo. ¿Sabéis cómo podréis destruirlo? Durante más de tres años escondió a los dos hijos del rey Bohores de Gaunes en una habitación que hay bajo esta torre, esperando que tuvieran edad y fuerza suficientes para mataros. Si ha hecho eso contra vos, bien merece la muerte en justicia.

—¿Cómo, es eso cierto?

—Sí, no lo dudéis, y no podréis encontrar motivo mejor, pues ha hecho lo bastante como para morir y para ser privado de sus bienes, por lo menos.

—Con esto hay suficiente; no lo digáis a nadie, pues quiero pensar en el asunto.

Claudás se despidió y se marchó, dirigiéndose a Gaunes, donde pasó la noche. Entre los de su mesnada había un enemigo de Farién, que lo odiaba a muerte. Claudás le dijo que se podría vengar de él, si quería y se atrevía.

—¿Cómo, señor?

—Os lo voy a decir, pero me tenéis que prometer que haréis lo que yo os aconseje. Él lo prometió.

—Farién tiene escondidos —dijo Claudás— en una fortaleza suya a los dos hijos del rey Bohores de Gaunes: lo sé por unas personas que conocen mejor que yo sus secretos.

¿Sabéis qué es lo que tenéis que hacer? Lo acusaréis de traición ante mí, por ser vasallo mío y tener escondidos a mis enemigos mortales. Si lo niega, lo mantendréis frente a él, retándolo. A cambio, yo os entrego en este mismo momento a vos y a vuestros herederos la senescalía de Gaunes, para siempre.

Contento con tal promesa, le da las gracias sin cesar al rey y se ofrece para hacer lo que sea necesario.

Pasó el tiempo sin que se volviera a hablar del asunto, hasta que Farién decidió ir un día a la corte, y como era prudente y no sabía qué le podía pasar por el odio que le tenía Claudás, y porque nadie está seguro de no ser traicionado, encomendó a todos los que estaban a cargo de cosas suyas, que hicieran por un sobrino suyo que era caballero tanto como harían por él mismo, pues era el hombre de quien más se fiaba, y obligó a que todos lo juraran.

Se puso en marcha para ir a la corte con su sobrino. Claudás se alegró pensando en la traición. El día siguiente llegó el caballero que lo odiaba y a la salida de la iglesia dijo a Claudás ante todos los que estaban presentes:

—Señor, señor, hacedme justicia de Farién que está aquí, porque es un traidor: lo sé como si lo hubiera oído y visto. Si lo niega, lo demostraré ante vos, cuerpo a cuerpo, porque tiene a vuestros enemigos, a los dos hijos del rey Bohores de Gaunes.

—Farién, escuchad —dijo Claudás— la acusación. Si sois traidor, lo sentiré mucho, pues mucho os honré y elevé.

—Señor —intervino Farién—, he de tomar consejo al respecto.

—¿Cómo —exclamó su sobrino—, tenéis que tomar consejo? No será necesario, pues no hay ningún caballero que al ser acusado de traición tenga que oír a sus consejeros; si se siente culpable, se pone la soga al cuello viendo de inmediato lo que le espera; si cree que ha obrado con justicia, se defiende sin temor contra el mejor caballero del mundo, pues, llegado el momento, la deslealtad hace que el buen caballero sea malo y la lealtad hace buen caballero al que nunca lo fue.

Entonces se dirige a Claudás y le dice:

—Señor, yo defenderé a mi tío y señor frente a esta acusación, pues no es traidor.

Su tío se adelanta con ímpetu diciendo que nadie se pondrá el escudo al cuello si no es él mismo, y añade:

—Señor, tomad mi gaje, como prueba de que nunca hice traición contra vos.

—¿Sabíais —le pregunta Claudás— que teníais escondidos a los hijos del rey Bohores?

—Señor, señor —dice el sobrino de Farién—, si lo hizo, basta con que diga que os traicionó. Ya que ha sido retado, está dispuesto a defenderse.

—Pero ha sido retado —dijo Claudás— por haber escondido a los hijos de Bohores; si lo niega y mantiene su postura, todo está preparado para que lo demuestre.

—Señor —dice el sobrino de Farién—, si los tuvo escondidos, no lo hizo para traicionaros; si hay aquí un caballero tan atrevido como para mantener que eso es

traición, estoy dispuesto a sostener lo contrario, pues nunca abandonó el vasallaje que tenía con el rey Bohores: por mucho que su señor hubiera hecho contra él, él debía proteger a su señor mientras estuviera vivo, y a sus hijos.

Y continuó, dirigiéndose a su tío:

—Id, señor, a defenderos de la acusación que os ha hecho este caballero, y yo os defenderé de la injusticia, pues nada reprobable hay en proteger a los niños.

Ante estas palabras, nadie se atrevió a decir nada, incluso el caballero que había presentado la acusación atemperó un poco su actitud.

—¿Cómo —preguntó Claudás al acusador—, no vais a hacer nada más?

Al ver que su señor lo deseaba, le ofreció un gaje para demostrar la traición de Farién, y éste tendió el suyo, para sostener lo contrario. Y, sin esperar más, ambos fueron a armarse. Farién llamó a su sobrino y le dijo:

—Buen sobrino, id a mi castillo y, me pase lo que me pase, suerte o desdicha, tomad a mis dos señores y llevadlos sin demora al Monasterio Real, en donde está mi señora, y entregádselos, pues yo ya no podré protegerlos frente a este traidor.

El sobrino de Farién fue al castillo, tomó a los dos niños y se los llevó tal como le había encomendado. Farién consiguió matar al caballero ante los ojos de Claudás, cuando su sobrino ya se había ido. A Claudás le llegaron las noticias de que había perdido a los niños y al oírlas se dirigió a Farién con gesto afable y le pidió que se los entregara, «y os juraré sobre los Evangelios que los protegeré de tal forma que cuando sean mayores y tengan edad de ser nombrados caballeros, les devolveré sus posesiones. Si muero antes, os los encomendaré y os quedaréis como protector suyo, de la tierra de Gaunes y de Benoic, que les pertenece, pues he oído decir que hace tiempo que murió el hijo del rey Ban, y lo he sentido mucho; yo ya estoy en una edad tal que no me debe preocupar nada, sino la salvación de mi alma, y si despojé de sus posesiones a su padre fue porque no quiso hacerse vasallo mío y no hubo nadie que le ayudara».

Claudás ordenó que trajeran los Evangelios y juró ante toda su nobleza que no haría ningún daño a los niños y que protegería su tierra con toda lealtad, hasta que llegaran a la edad de tenerla ellos. Farién se lo creyó por el juramento; montó a caballo, picó espuelas y galopó en busca de su sobrino; cuando lo encontró, se volvió con los dos hijos del rey Bohores. Al verlos, Claudás les mostró una gran alegría y todos los contemplaron con gusto, pues eran muy hermosos: el rey decidió entregárselos a Farién y a su sobrino para que los criaran; pero no había pasado mucho tiempo cuando ordenó que los encerraran a los cuatro en la torre de Gaunes, pues —según decía— los niños eran aún demasiado jóvenes para ser armados caballeros y quería que fueran custodiados allí.

Así quedaron encerrados Lionel y Bohores en la torre de Gaunes con sus dos maestros. El rey Claudás les expresaba gran amor y ordenó que tuvieran todo lo que quisieran.

Pero la historia deja de hablar de ellos y vuelve a referirse al rey Claudás.

VIII

Cuenta ahora la historia que el rey Claudás obtuvo así los reinos de Gaunes y de Benoic, sin que nadie se le opusiera, y fue muy temido por sus vecinos y por otras gentes. Sólo tenía un hijo, que era muchacho gentil y hermoso, de cerca de quince años, llamado Dorín; era valiente, atrevido y fuerte, tanto que su padre aún no quería hacerlo caballero, pues temía que le atacara en cuanto pudiera, porque era tan derrochador que nada le podía durar mucho. Claudás, por el contrario, fue el príncipe más tacaño y avaro del mundo, que sólo gastaba cuando tenía que mantener a su gente.

Según cuenta la historia, el aspecto de Claudás era temible, pues tenía fácilmente nueve pies de alto (de los pies de entonces); su rostro era negro y ancho, las cejas espesas y los ojos grandes y negros y muy separados el uno del otro. Tenía la nariz corta y afilada, la barba pelirroja y el pelo medio moreno y medio pelirrojo; tenía el cuello ancho y la boca grande, con dientes blancos y afilados; sus hombros, su pecho y el resto de su cuerpo eran tan bellos y proporcionados como los del hombre más hermoso. Y tenía costumbres buenas y malas.

Amaba a los pobres, si eran buenos caballeros, pero no quería que fueran buenos caballeros los ricos; odiaba a cuantos tenían más poder que él, pero amaba a los que estaban por debajo, pues esto le permitía ser generoso. Iba a la iglesia de grado, pero no favorecía a los pobres. Se levantaba temprano y comía, pero ni jugaba al ajedrez, ni a las tablas ni a ningún otro juego, a no ser los de poca importancia. Le gustaba ir al bosque durante dos o tres días cuando estaba de viaje, pero no lo tenía por costumbre. No cumplía con gusto sus deberes y sus promesas, sino que frecuentemente intentaba engañar. Sólo amó con auténtico amor una vez, y cuando le preguntaban por qué lo dejó, decía que porque deseaba vivir mucho tiempo.

—¿Cómo, señor? ¿Entonces —le decían sus hombres— no puede vivir mucho tiempo el enamorado?

—No, en absoluto.

—¿Por qué, señor?

—Porque el caballero que ama lealmente no debe pensar más que en superar a todos; y nadie, por valiente que sea, podría soportar sin llevarlo a cabo todo aquello que su corazón emprendería; si la fuerza del cuerpo fuera tan grande como para cumplir los mandatos del corazón, yo amaría con auténtico amor durante toda mi vida, y superaría en hazañas al resto de los caballeros, pues no puede haber nadie que sea valiente si no ama lealmente. Y yo sé que mi corazón me obligaría a amar por encima de todos los hombres que han amado con auténtico amor.

Así le hablaba Claudás a su gente, y decía verdad, pues él fue extraordinariamente valiente cuando estuvo enamorado y consiguió premios y recompensas en muchos

sitios por sus hazañas caballerescas. Tenía otras cualidades, además: si alguien le contaba un secreto, no lo revelaba a nadie; le gustaba ir al río más que ningún otro entretenimiento, y apreciaba más a los halcones que a los azores; sólo cabalgaba si tenía un caballo grande y fuerte, a no ser que tuviera que hacer viajes largos: en ese caso siempre llevaba un buen caballo a su lado, tanto en tiempos de paz como de guerra.

A los dos años de haberse adueñado de los reinos conquistados, pensó llevar a cabo una importante acción, pero no se lo reveló a nadie, sino a su propio corazón, diciéndose a sí mismo:

—Soy muy rico, tengo fuerzas de sobra y soy temido por muchas gentes; ni siquiera el rey Arturo se atreve a enfrentarse conmigo, a pesar de que durante más de dos años he tenido un par de reinos que eran feudos suyos. Arturo me teme y me tiene miedo; no volveré a considerarme valiente hasta que consiga hacer que se reconozca vasallo mío: iré a combatir contra él de inmediato. No obstante, ya que todos dicen de él que es noble y valeroso, deseo saber si es cierto, pues me parece que nadie puede ser censurado o alabado sin que haya algo de verdad, por eso, quiero verlo y aprender una parte: si es tal que lo pueda atacar, lo haré de inmediato, pero si veo que no puedo vencerlo, dejaré estar mi loca idea y no seguiré más adelante.

Así hablaba Claudás consigo mismo; al acabar, fue a ver a un tío suyo, que era más viejo que él y le contó su idea, haciéndole jurar sobre los Evangelios que no la revelaría a nadie; después le dijo:

—Buen tío, me voy en secreto a la corte del rey Arturo, porque quiero saber si hay alguien que pueda vencerle; y si esto es posible, seré yo quien lo venza. Si veo que es una locura atacarle, dejaré estar el asunto; quedaos vos con mis tierras, pues no quiero que mi hijo las gobierne hasta que vos sepáis que he muerto. Si al cabo de un año yo no hubiera vuelto, consideradme muerto y entregadle a mi hijo todas mis posesiones. Así haré que lo juren todos mis vasallos de los tres reinos.

Y, en efecto, Claudás lo hizo tal como había pensado, diciéndoles:

—Señores, sois vasallos míos; yo me voy de peregrino y no me acompañará nadie más que un escudero; quiero que me prometáis que haréis durante un año por mi tío — que está aquí presente— lo que haríais por mí; si al cabo de un año yo no hubiera vuelto o supierais que había muerto, los del reino de la Tierra Desierta entregaréis a mi hijo Dorín el reino de Berry; los del reino de Benoit y de Gaunes les devolveréis a los hijos del rey Bohores la tierra que les pertenece, que es la que conquisté, pues he oído decir que el rey Ban y su hijo han muerto, y no quiero que mi alma se pierda por quitarles las posesiones a otros; mi hijo tendrá bastante, si es valiente y noble; y si es malvado, no empleará nada como es debido; y no quiero que posea ni un solo surco de mi tierra antes de un año. Juradme que lo haréis así. Y vos, buen tío, seréis el primero en jurar que mantendréis realmente mis deseos, tal como os los he expresado.

Así, fue el tío el primero en jurar y lo hizo con gusto, pues siempre había sido noble

y leal con él. Se llamaba Patricio y era señor de un castillo cerca de Gaunes, por la parte de poniente, que le había entregado Claudás, pero por herencia era señor de un castillo llamado Charrot y de otro que estaba al lado, y que se llamaba Duns, pero que en tiempos de Esount, hijo de Patricio, era llamado Esouduns, pues su nombre era demasiado corto para un castillo tan grande y tan rico, y decir Esouduns era como decir «duque Esount». De aquellas tierras era señor Patricio cuando hizo el juramento a Claudás. Después de él, juraron todos los demás.

Cuatro días después, Claudás se puso en marcha llevando a un servidor que era muy prudente y discreto, valeroso y colmado de buenas cualidades. El rey cabalgó hasta llegar a Gran Bretaña, donde encontró a Arturo en su ciudad de Logres, en guerra con varios de sus nobles; hacía poco que era rey y no habían pasado más de siete meses y medio desde que se casó con la reina Ginebra, que era la mujer más hermosa de las conocidas en tiempos del rey Arturo. Y tened por cierto que en aquel entonces en el reino de Logres no había ninguna que se le pareciera en belleza, a excepción de la dama del castillo que hay en la marca de Norgales y de Frans: el castillo se llama Gazevilte y la dama, Elena la Sin Par; y esta historia hablará de ella más adelante. La otra mujer hermosa del reino de Logres era la hija del Rey Tullido, que era el rey Pelés, padre de Amita, que sería madre de Galaaz, que fue el que vio claramente las grandes maravillas del Grial, ocupó el Asiento Peligroso de la Mesa Redonda y llevó a cabo las aventuras del reino Peligroso y Venturoso, que era el reino de Logres. Amita fue su madre, y era tan hermosa que ninguna de las historias dice que se le pudiera comparar otra mujer en belleza. Aunque la llamaban Amita, su auténtico nombre era Isabel.

La reina Ginebra era muy hermosa, pero su belleza era poca en comparación con sus muchas cualidades, pues era la más discreta y prudente de todas las mujeres; además, Dios le dio tanta virtudes, que ninguna otra fue tan querida ni tan apreciada por quienes la conocían.

Por aquel entonces, el rey Arturo estaba en guerra con el rey Yon de Irlanda la Menor y con el rey Aguisent de Escocia, primo suyo; y después se tuvo que enfrentar con el rey de Más Allá de las Marcas de Gales y con muchos otros nobles vasallos suyos; a todos los veneró con la ayuda de Nuestro Señor, que se la concedió en muchos sitios, y gracias al apoyo de los valientes hombres que acudían a ayudarle, por su valor, desde todas las tierras de la cristiandad; e incluso de muchas tierras paganas fueron a servirle y se hicieron cristianos por él, siendo de los que después realizaron grandes hazañas en su hueste.

Así estuvo Claudás en la corte del rey Arturo desde mediados de agosto hasta final de mayo del año siguiente, aparentando ser un mercenario extranjero; observó el comportamiento del rey Arturo, su generosidad, su amabilidad, su buen sentido, su bondad y su valor; y se dio cuenta que tenía tantas virtudes y cualidades en el cuerpo y en el corazón, que en comparación con el rey Arturo no apreciaba en nada a ninguno

de los hombres de los que había oído hablar.

Pasado este tiempo, Claudás y su escudero se fueron de la corte. Cuando llegaron a Wuichent, pasado el mar, Claudás empezó a hablar con su escudero, que se había mostrado muy valiente y discreto en muchas ocasiones y le dijo:

—Te he dado muchos bienes, te he encontrado bueno y leal en muchas cosas: ahora te exijo, por el juramento de vasallo que me hiciste, que me aconsejéis en lo que te voy a decir.

—Señor, si os puedo aconsejar, lo haré con mucho gusto.

—Escucha, pues. No sabes por qué he venido a la corte del rey Arturo, y no se lo he dicho a nadie, ni a ti, ni a ningún otro, pero ahora te diré toda la verdad. Yo estaba convencido de ser uno de los hombres más fuertes del mundo y que, si pudiera tener el reino de Logres, sería el rey más temido y podría conquistar tanto que al final sería rey de todo el mundo: entonces pensé enfrentarme con el rey Arturo hasta vencerlo. Tú que eres prudente y lo has visto todo, dime si lo haré sin esfuerzo, dime qué me aconsejas.

—Señor, lo mejor es fácil de saber para quien tenga un poco de conocimiento. Me parece que debe querer superar todo quien piense vencer y derrotar al rey Arturo, pues no creo que Dios le haya dado lo que tiene para que sea deshonrado o humillado, sino para vencer y conquistar a todas las gentes: a unos, por las altas cualidades suyas y de su compañía; a otros, con su generosidad y su amabilidad. Bien sabemos que tiene numerosísimas tierras y que en su mesnada está la flor de la caballería terrenal. Es tan buen caballero que no se puede pedir mejor. Es valeroso y tiene tantas cualidades que supera a cualquiera, tanto de los suyos como extranjeros. Es tan generoso y magnánimo que nadie podría pensar en lo que gasta. Es tan afable y tan amable, que por los grandes no deja de mostrar gran afecto y gran alegría a los caballeros pobres, dándoles regalos ricos y buenos, y así se gana los corazones de ricos y pobres, pues honra a los ricos como a compañeros y a los pobres, por sus hazañas y por su valor; y su honor crece ante Dios y ante los hombres, pues bien gana mérito y honra ante los hombres y gracia y amor ante Dios quien hace en este mundo todo lo que debe con lo que Dios le dio. Y aunque el rey Arturo fuera felón, malvado y cobarde, no veo el modo ni sé la manera en que podría ser vencido, por lo mucho que valen los hombres que están con él: el que quisiera derrotar al rey tendría que ser más rico que él y tener mejores caballeros a su lado, cosa que no creo que tenga ninguno, y que, además, tuviera mayores cualidades que el rey Arturo, lo que difícilmente sucederá, pues no creo que nadie pueda reunir tantas virtudes como me parece que él tiene. Por eso no creo que pueda ser privado de su tierra por nadie y yo no me atrevería a aconsejarle a ningún amigo mío que le atacara. Y Dios no hizo al rey Arturo para que nadie olvidara lo que vos habéis dicho de él; Dios tampoco hizo a nadie, por íntimo amigo mío que fuera y por mucho bien que me hubiera hecho, que si intentara ir contra el rey Arturo, que yo

no se lo impidiera con todo mi poder, aunque después tuviera que pagar por ello.

—¿Cómo? ¿Le ayudarías contra mí, que soy tu señor natural, que te he enriquecido y honrado por tu servicio?

—Señor, si os atacara sin motivo, yo os ayudaría hasta la muerte, tuviera razón o no; pero si vos tuvierais la fuerza para quitarle sus tierras, y lo quisierais hacer, si yo pudiera evitarlo, lo evitaría.

—Entonces, serías desleal y traidor conmigo, tal como tú mismo reconoces, pues eres vasallo mío y, sin embargo, ayudarías contra mí a un extraño.

—Señor, no sería ni desleal ni traidor, pues antes de ir contra vos, os pediría la anulación de mi juramento, para evitar que el resto del mundo sufriera dolor y pobreza y para mantener en alto la orden de caballería, pues si el rey Arturo muriera no sé quién podría mantener a la caballería y a la gentileza en el elevado lugar que ocupan. Y sería mejor que vos, que no sois más que un solo hombre, fuerais alejado de vuestra loca empresa antes de que todo el mundo empobreciera o sufriera, pues sin duda alguna, todo el mundo moriría o perdería sus tierras, si fuera privado de sus posesiones quien gobierna a todos. Si vos, o cualquier otro, decís que es deslealtad o traición lo que he dicho, estoy dispuesto a defenderme allí donde se me rete, pero cuando el señor pide consejo a un vasallo, éste debe decir lo que el corazón le aconseja, razonablemente y con lealtad. Si el señor lo cree y le va bien, el honor será para quien le haya dado el buen consejo. Si el señor no le hace caso y le sobreviene algún daño, el vasallo no recibirá ninguna afrenta, sino que su honra quedará a salvo.

Al oír hablar con tal firmeza a su servidor, Claudás sintió un gran aprecio por él, pues sabe que lo dice por sus altas cualidades, pero por deleitarse aún más con sus palabras, que tanto le agradaban, le responde violentamente, como si estuviera enfadado, y le dice que cuando vuelva a tener poder, lo castigará por las traidoras intenciones que ha expresado.

—Señor, por Dios —le responde con altivez—, en este mismo momento os devuelvo el homenaje que os hice; os pido y exijo que me deis un plazo para que ante vuestra corte me defienda ante cualquiera que se atreva a acusarme, sea servidor o caballero. Estoy dispuesto a hacerlo, por la Santa Cruz, pues me obligáis a ello.

—No pienso retractarme y demostraré contra ti que has cometido deslealtad y felonía, y nadie conoce mejor que yo la verdad de esas palabras. El combate tendrá lugar ahora mismo, y que Dios le dé alegría al que tenga razón.

El criado empuña la espada, y Claudás también lo hace. No llevaba ninguna otra arma con que pudieran cubrirse, aunque Claudás había conseguido muy buenas armas en Bretaña, pero las había dejado en Wuichent, pues deseaba volver de incógnito a su país. Estaban lejos de todas las gentes, Claudás, que no tenía intención de combatir, se encontró ante su servidor que le atacaba con la espada desenvainada, y sabía que era valiente y atrevido; por eso le pesa haber llegado tan lejos en aquello que había

empezado como un juego; no sabe qué hacer, pues si le grita pidiéndole merced, teme que luego se sepa y que las gentes que lo oigan contar lo consideren una cobardía, cosa que él siempre odió. Así, se mantiene en su locura, esperando como un insensato al que viene contra él con la espada desenvainada, exigiendo su derecho. Siente miedo, pues sabe que uno de los dos morirá o quedará herido si las espadas llegan a golpear: el rey Claudás nunca tuvo tan gran miedo de la muerte, ni la había visto antes tan de cerca.

Se aproximan ambos. Claudás aún espera un poco, y cuando ve a su criado dispuesto a golpearle, le grita diciéndole que se detenga un momento, hasta que haya hablado con él. El servidor se detiene y, entonces, Claudás le dice:

—Escucha, yo te he criado y te he hecho mucho bien; si te mato, quiero que me perdones, pues nadie sabe tan bien como nosotros cómo se ha entablado este combate.

Cuando éste lo oye, se tiene por loco, porque su señor le había pedido lo que él debía haberle pedido al rey:

—Señor Claudás, señor Claudás, hay más nobleza en vuestro corazón que en todos los corazones del mundo: ahora me habéis enseñado tanto que no lucharé contra vos, pues es cierto que si yo os diera muerte aquí donde estamos, siempre se me consideraría como asesinato y como traición, y lo mismo ocurriría con vos si fuera al revés.

Ahora oye Claudás algo que le gusta: le concede lo que pide y su servidor se despide de él, diciendo que se encontrarán tres días más tarde ante el rey de Gaula.

—¿Cómo? —exclama Claudás—. No te he concedido eso para que te vayas, pues tu juramento sería vano, ya que yo te habría llevado a un país extraño para que me sirvieras y tú me habrías abandonado en el momento en que yo más te necesitaba, que no me gustaría por nada que me encontraran con tanta pobreza; te ruego que te quedes conmigo y que me sigas sirviendo.

Le contesta que no servirá ni un solo día más a su enemigo mortal, ni seguirá a su servicio.

—Escucha —le dice Claudás—, bien sabes que hemos sido nosotros dos los que hemos aplazado el combate hasta que estemos ante el rey de Gaula. Cuando tome las armas tendré que luchar contra uno mejor que yo, pero se cansará quien me derrote. Y te concedo un honor que no daría a cambio de toda mi tierra, aunque combatiera contra el mismo rey Arturo, y es que me doy por vencido en el encuentro.

—Debes saber —continúa Claudás— que hablé en broma todo el tiempo, pero hemos llegado a una situación en que yo preferiría estar más allá del mar de Grecia, con tal de que no se hubiera producido la discusión.

Estoy dispuesto a jurarte por los Evangelios en la primera iglesia que encontremos que estoy contento de cuanto he dicho, y por el valor que hay en ti, te nombro condestable de mi casa para el resto de mi vida, y te armaré caballero el día de San

Juan, pues no querría haberte perdido a cambio de mi mejor castillo.

Así le iba rogando Claudás mientras cabalgaban. Llegaron a una iglesia que habían visto cerca del camino, a la derecha, que era una ermita. Descabalgan allí; el rey jura lo que le había prometido y después lo besa como prueba de buena fe. Así hicieron las paces y cabalaron juntos hasta Bourges: grande es la alegría que muestran las gentes de Claudás por él. Al cabo de tres días llegó Patricio, su tío, que le contó cómo Dorín había cometido grandes maldades en la tierra, arrasando ciudades, robando, hiriendo y matando a las gentes.

—Eso me preocupa poco —dice Claudás—, pues tiene razón, porque el hijo de un rey no debe ser impedido si quiere ser generoso, pues los reyes no pueden ser pobres a la hora de dar. He visto tanta generosidad al irme de aquí, que no creo que haya nada comparable en todo el mundo; esa es la más alta virtud que se puede tener, la de ser generoso tanto si se tiene necesidad como si no se tiene, y tal es la generosidad del rey Arturo.

Después les cuenta a sus gentes cómo había ido a Bretaña, por qué había ido, la forma de ser de la reina, la admirable reunión de caballeros que hay en su corte, tanto de tierras próximas como de países lejanos. A continuación les explica la disputa con su servidor, y se lo cuenta de principio a fin, sin omitir ningún detalle, ni siquiera el del miedo que había pasado. Todo ello produce gran regocijo en la corte, el servidor siente una enorme vergüenza y se tiene por loco.

Llegada la fiesta de San Juan, Claudás lo armó caballero y lo nombró condestable de su casa; éste fue después caballero valeroso, igual que había sido noble servidor. Se llamaba Arcois el Flamenco. Así volvió el rey a su tierra, pero la historia deja aquí de hablar de él y vuelve a Lanzarote, que está en el lago.

IX

Cuenta ahora la historia que al cabo de los tres años que Lanzarote estuvo bajo la custodia de la doncella, tal como habéis oído, era tan hermoso que cualquiera que lo viera pensaría que era tres veces mayor, pero además de ser grande, era prudente, discreto y avezado, virtudes que no suelen poseer los niños de su edad.

La doncella le puso un maestro que le enseñó cómo debía comportarse para hacerlo como un noble, aunque de todos los que estaban allí ninguno sabía quién era, a no ser por la doncella y una criada suya; y todos lo llamaban el niño, tal como la historia ha contado más arriba.

Tan pronto como tuvo fuerza para usarlo, el maestro le hizo un arco de su tamaño.

Cuando ya supo manejarlo, hizo que tirara flechas, y disparaba a las liebres, a otros animales pequeños y a los pájaros grandes que encontraba. Cuando ya pudo montar a caballo, le preparó uno muy bueno, con rico freno y bella montura. Cabalgó alrededor del lago por todas partes, sin alejarse demasiado de la orilla, y nunca iba solo, sino que solía llevar muy buen acompañamiento de criados jóvenes y viejos y, sobre todo, de nobles; y él se comportaba tan bien en su compañía que todos los que lo veían pensaban que era uno de los más nobles del mundo, y en verdad era así.

Aprendió a jugar al ajedrez, a las tablas y a todos los juegos que veía con tanta facilidad que cuando llegó a la adolescencia no le faltaba nada por saber. Y, según cuenta la historia, fue el niño más bello del mundo, el más proporcionado de cuerpo y de miembros. La descripción de su aspecto no la olvida la historia, sino que la cuenta para que la oigan todos los que quieran oír hablar de la belleza del niño.

Era de un color de piel muy hermoso, pues no era ni completamente blanco, ni muy moreno, sino que tenía mezcla de los dos colores y bien se podría decir que era claro oscurecido. Su rostro estaba iluminado por un natural color rojo, de modo que parecía que Dios había puesto en él juntos el blanco, el moreno y el rojo: su palidez no se apagaba ni empeoraba con el moreno, ni el moreno con el blanco, sino que uno quedaba atemperado con el otro, y el color sonrosado, que se les superponía, iluminaba la mezcla de los otros, de manera que el conjunto se mantenía perfectamente equilibrado, mejorando con la mezcla de los tres.

Tenía la boca pequeña, los labios rojos y bien trazados; sus dientes eran menudos y blancos, y estaban bien juntos; la barbilla la tenía bien formada, con un hoyuelo; la nariz suficientemente larga, un poco más alta en la parte del puente; ojos glaucos, vivos y llenos de alegría, igual que él, pero que cuando se enfadaba parecían carbón encendido y era como si de los pómulos le brotaran gotas de sangre; y cuando estaba airado fruncía el ceño, como hacen los caballos, y apretaba los dientes, de forma que le crujían con fuerza y parecía que el aliento que le salía de la boca fuera rojo: entonces

hablaba con tanta dureza como si fuera un clarín y destrozaba todo cuanto tenía entre los dientes o entre las manos. Cuando se le pasaba, no recordaba más que el motivo por el que se había enfadado, tal como después se vio en varias ocasiones.

Tenía la frente alta; las cejas morenas, separadas y bien pobladas; su pelo era rubio y brillante cuando niño, que no se podía encontrar de color más hermoso; pero cuando llegó a la edad de llevar armas —tal como oiréis más adelante— le cambió de rubio a castaño y así lo tuvo el resto de su vida, rizado y agradable.

No hay que preguntar por su cuello, pues si lo tuviera una dama muy hermosa, resultaría bello a la vista y proporcionado con el cuerpo y los hombros, que no era ni demasiado delgado, ni excesivamente robusto, ni largo, ni corto. Los hombros eran anchos, y no los tenía caídos; su pecho era tal que en ningún cuerpo se encontraría uno tan ancho, tan fuerte ni tan resistente: no había en él nada en defecto; antes bien, decían los que lo veían que si fuera un poco más débil de pecho, resultaría más agradable; pero la que más lo vio, que fue la apreciada reina Ginebra, decía que Dios no se había equivocado dándole aquel pecho grande, ancho y fuerte, pues el corazón que había dentro reventaría por la angostura si no hubiera estado alojado a sus anchas, «y si yo hubiera sido Dios —decía la reina— no le hubiera dado a Lanzarote ni más ni menos».

Así eran sus hombros y su pecho. Tenía los brazos largos y rectos, de anchos huesos, bien dotados de nervios y de músculos; sus manos serían de dama si los dedos hubieran sido un poco más menudos. En cuanto a la cintura y a las caderas, no os podría decir nada que fuera mejor en otro caballero. Tenía rectos los muslos y las piernas y bien alineados los pies, que nadie estaba tan erguido cuando se mantenía en pie.

Cantaba maravillosamente bien cuando quería, pero eso no ocurría con frecuencia, pues no solía ponerse contento si no tenía un gran motivo; pero cuando había una razón para alegrarse, nadie podía ponerse tan contento como él, y solía decir entonces que su corazón no se atrevería a emprender nada que su cuerpo no pudiera llevar a cabo: tanto confiaba en la alegría, que después le permitiría salir airoso en muchas situaciones difíciles. Y por hablar con tal seguridad, muchas gentes se lo tomaban a mal, pues pensaban que lo decía como fanfarronada y vanagloriándose, pero no era así, sino que lo decía por la seguridad que tenía en aquello de donde le llegaba toda alegría.

Tal era la constitución de Lanzarote y su aspecto, y la hermosura de su rostro, de su cuerpo y de sus miembros. Y las virtudes del corazón no se olvidaron de aposentarse en él, pues era el niño más dulce y el más agradable con diferencia. Contra la felonía era riguroso, y nunca se vio a un niño de su edad tan generoso, pues repartía todo entre sus compañeros, con el mismo gusto que si se lo dieran. Honraba a los nobles como si no pensara en otra cosa; jamás se vio a un niño con sus modales, pues nunca puso mala cara sin motivo justo, de forma que nadie se lo podía reprochar. Cuando se

enfadaba por alguna cosa que le hubieran hecho, no era fácil apaciguarlo. Tenía tan despierto el sentido y tan rectas intenciones que apenas cumplidos los diez años no hacía cosas que no correspondieran a un buen joven. Si pensaba hacer algo que le pareciera en el corazón bueno y razonable, difícilmente se le podría convencer en sentido contrario y no hacía caso a su maestro.

Un día que iba persiguiendo a un cervatillo, seguido por su maestro y por sus otros compañeros, corrieron tanto que todos empezaron a quedarse rezagados. Él y su maestro, que llevaban mejores monturas, dejaron atrás a los demás; pero no pasó mucho tiempo antes de que el maestro cayera al suelo con su rocín, que se rompió el cuello; el niño no se dio cuenta, y en vez de detenerse picó espuelas hasta que dio alcance a su presa y la mató con una saeta en un camino ancho. Descabalgó entonces para colocar el cervatillo en la grupa de su caballo, y delante llevaba a su perro, que durante todo el día había seguido a la presa por delante de los demás.

Cuando ya se volvía hacia sus compañeros que estaban muy preocupados por él, se encontró con un hombre que iba a pie, y llevaba un rocín cansado y agotado; era un joven muy hermoso, en quien apuntaba la primera barba. Su cota estaba arañada y rota; del cuello le colgaba un manto y las espuelas las tenía completamente llenas de sangre del caballo, al que había hecho galopar tanto que ya no podía más.

Mucho se avergonzó el joven al ver al niño, tanto que inclinó la cabeza y empezó a llorar con ternura. El niño lo esperó a un lado del camino y le preguntó quién era y a dónde iba así. El recién llegado se dio cuenta de que era de elevada condición, y le dijo:

—Buen señor, que Dios os dé honor; no os preocupéis por quién soy, pues ciertamente soy muy pobre y mucho menos de lo que tengo ahora tendré dentro de tres días, si Dios no me ayuda de forma distinta a como lo ha hecho hasta ahora; antaño tenía riquezas y más bienes que en el momento actual, con diferencia.

—¿Y qué os ha ocurrido?

—Soy noble por parte de padre y de madre y por eso sufro mucho más con las desdichas que me sobrevienen, pues si fuese villano, con mayor gusto soportaría mi corazón cualquier desgracia que me ocurriera.

El niño sintió una gran compasión por él, pero siguió preguntándole:

—¿Cómo es que siendo noble lloráis por las calamidades que os sobrevienen, no siendo la pérdida de un amigo, o una afrenta que os hayan hecho y que no podáis vengar? Ningún alto corazón debe desmayar ante una pérdida que se pueda recuperar.

El joven se queda sorprendido porque aquel niño de tan corta edad le había dicho palabras profundas, y le responde:

—En verdad, buen señor, no lloro ni por la pérdida de un amigo, ni de mi tierra, sino porque tengo que estar mañana en la corte del rey Claudás para probar la traición de uno que mató hace algún tiempo a un pariente mío, caballero noble y honrado: lo asesinó cuando estaba acostado, por su mujer. Cuando yo iba anoche a la corte, me

tendió una emboscada y fui atacado en el bosque por el que tenía que pasar. Mi caballo fue mortalmente herido, pero me sacó de allí, salvándome. Este otro me lo dio un noble caballero, a quien Dios honre; por esquivar la muerte he hecho que corriera durante tanto tiempo que ya no puede servirme ni a mí ni a ningún otro: estoy triste por la pérdida de mis amigos, ocurrida en la emboscada, pues todos resultaron heridos o muertos; por otra parte, siento que no llegaré dentro del plazo a la corte del rey Claudás; si pudiera llegar, gran parte de mi tristeza se disiparía, por la justicia que espero; pero ahora quedará afrentado por mi retraso.

—Decidme, ¿si tuvierais un caballo fuerte y veloz, llegaríais a tiempo?

—Sí, sin dificultad, aunque fuera a pie la tercera parte del camino.

—Por Dios, no seréis deshonorado por falta de caballo mientras yo lo tenga; ni vos, ni ningún noble caballero sería afrentado por ello, si yo tuviera caballo y lo supiera.

Desmonta y le entrega el caballo sobre el que estaba sentado, toma el otro, coloca la caza en la grupa y se lleva al perro atado con una correa. Al poco rato, tiene que descabalar, pues el rocín no podía caminar de agotamiento, desmonta y lo lleva de la rienda, pero no había caminado mucho cuando se encontró con un vasallo que iba montado en un palafrén, con una vara en la mano y acompañado por dos lebreles y un braco. El vasallo ya era mayor y el niño, tan pronto como lo vio, lo saludó. Él responde que Dios lo guíe y le pregunta que de dónde es, a lo que el niño le contesta que de otra tierra.

—Ciertamente —le dice el vasallo—, quienquiera que seáis, sois hermoso y bien educado. ¿De dónde venís así, mi buen niño?

—Señor, de cazar, según podéis ver: he conseguido esta pieza que os regalo, dignaos en aceptarla, pues pienso que la emplearéis bien.

—Muchas gracias, querido niño, no la rechazaré, pues me la habéis ofrecido con buen corazón y con gusto; en verdad que debéis ser de tan alto linaje como de noble corazón. Necesitaba la caza, pues hoy he casado a una hija mía y había venido a cazar, en busca de algo con que se quedaran contentos los que han acudido a las nupcias, pero se me han escapado todas las piezas.

El vasallo descabala y toma la pieza; entonces le pregunta al niño que cuánto quiere que se lleve.

—Señor —le dice el niño—, ¿sois caballero?

—Sí.

—Llevaos, entonces, toda la pieza, pues no podría emplearla en nada mejor, ya que será comida en las nupcias de la hija de un caballero.

Cuando el vasallo lo oye hablar así, se pone muy contento, toma el cervato, lo coloca en la grupa y le pide al niño que vaya a su casa y que se quede con algo de caza, y le dice otras muchas cosas, pero el niño le contesta que no irá con él, «pues mi compañía no está lejos de aquí».

—Entonces os encomiendo a Dios.

Y, así, se marcha el vasallo pensando en quién puede ser el niño, pues le parece que le recuerda a alguien, pero no sabe a quién; dándole vueltas durante mucho tiempo, cae en la cuenta de que se parece más al rey de Benoic que a ninguna otra persona. Espolea entonces a su palafreñ y vuelve al galope en busca del niño; no tarda en encontrarlo, pues iba al paso, montado en el rocín que lo podía llevar porque estaba aligerado del peso del cervato que le habían quitado de encima. Al llegar a su altura, le dice anhelante:

—Buen niño, ¿me podríais decir quién sois?

—No, por ahora, pero ¿por qué lo queréis saber?

—Porque os parecéis a un señor mío que era hombre de gran nobleza más que a ningún otro. Si me necesitáis, estoy dispuesto a poner en peligro por vos mi cuerpo y mis tierras; contad conmigo y con unos sesenta caballeros que tengo a cuatro leguas de aquí.

—¿Quién fue el noble caballero al que me parezco?

—Ciertamente —le contesta el vasallo entre sollozos—, fue el rey Ban de Benoic: todas estas tierras eran suyas y fue desposeído de ellas con injusticia; y su hijo, que era el niño más hermoso de su edad que había en el mundo, desapareció.

—¿Quién le quitó las tierras?

—Buen amigo, un rey rico y poderoso que se llama Claudás, de la Tierra Desierta, y cuyo reino limitaba con éste. Si fuerais el hijo del rey Ban, decídmelo, pues mucho se alegrarían todos los hombres y todas las mujeres de esta tierra. Yo os defendería como a mi cuerpo y mejor aún, pues me entregaría por salvaros y protegeros.

—Que yo sepa, no soy hijo de rey, aunque muchas veces me han llamado así; por lo que me decís, os estimo más, porque habláis como hombre leal.

Cuando el vasallo ve que no conseguirá saber nada más, y como no podía sacarse del corazón la idea y como estaba seguro de que el niño es hijo de su señor, le dice:

—Buen y dulce señor, quienquiera que seáis, parecéis de elevada condición tanto por vuestro aspecto como por vuestro comportamiento. He aquí a dos de los mejores lebreles que he tenido en toda mi vida: os ruego que aceptéis uno, y que Dios os haga crecer y os dé buen juicio, que guarde a nuestro señor —si sigue vivo— y tenga piedad del alma del noble que os engendró.

El niño, al oír hablar de la calidad de los lebreles se alegra mucho y dice que no renunciará al perro y que con gusto le corresponderá, cuando pueda, «pero dadme el mejor», añade.

El vasallo le entrega la cadena y lo da por bien empleado.

Con esto, se encomiendan a Dios, el niño se va por un lado y el vasallo por otro, sin dejar de pensar en él. No había transcurrido mucho tiempo, cuando el niño se encontró a su maestro y a tres de sus compañeros; extrañados le preguntaron por su

flaco rocín y por los dos perros, y por qué llevaba el arco al cuello y el carcaj en la cintura; él —a todo esto— había espoleado tanto al rocín que llevaba la sangre hasta la pantorrilla. El maestro le pregunta entonces qué le había ocurrido a su montura, y él responde que la había perdido.

—¿Dónde habéis cogido este rocín?

—Me lo han dado.

El maestro no se lo cree y le conjura, por la fe que le debe a la dama, para que le diga qué ha hecho con él; el niño, que no cometería perjurio con ligereza, le cuenta toda la verdad acerca del rocín y del cervatillo que le había dado al vasallo.

—¿Cómo? —le dice el que quería enseñarle—. ¿Habéis regalado vuestro rocín, que no hay bajo el cielo otro semejante para vos, y la caza de mi señora sin mi permiso?

Se le acerca más el maestro y le amenaza con dureza, y el niño contesta:

—Maestro no os enfadéis, pues este lebrel vale por lo menos como dos rocines tan buenos como el que yo tenía.

—¡Por la Santa Cruz! ¡En mala hora os lo habéis creído! No volveréis a cometer una locura semejante sin recordarla.

Entonces, alza la mano y le da tal bofetada que lo derriba del rocín al suelo. El niño no llora, ni grita por el golpe, sino que le dice que prefiere el lebrel a dos rocines. Cuando el maestro oye que sigue hablando en contra de su voluntad, levanta un bastón que llevaba y golpea al lebrel en el costado: el palo era delgado y flexible, y el perro era tierno y empezó a gritar con dolor. El niño sintió entonces gran tristeza, le deja el perro a los otros, se saca el arco del cuello y lo toma con las dos manos. El maestro que lo ve venir, intenta sujetarlo y tenerlo; el niño fue más rápido y veloz, saltó a un lado y golpeó al maestro en medio de la cabeza, abriéndole la piel y la carne, y dejándolo en el suelo aturdido. El arco se hace pedazos y al verlo roto se encoleriza y jura que en mala hora se le ha roto: toma los trozos y con ellos lo vuelve a golpear en la cabeza, en los brazos y en el cuerpo, de forma que no quedó de todo el arco un solo pedazo con el que pueda darle un golpe.

En ese momento, intentan sujetarlo entre los otros tres. Como no sabe con qué defenderse, saca del carcaj las flechas y se las arroja con deseos de matarlos; las esquivan y huyen como pueden, y uno escapa corriendo a lo más espeso del bosque. El niño toma el caballo de uno de los tres servidores del maestro, monta y se va así, llevándose sus dos perros, uno delante y otro detrás, y de tal forma llegó a un gran valle. Vio entonces un rebaño de corzos que pastaban; fue a tomar el arco, pensando que aún lo tenía al cuello, y entonces recuerda que lo había roto en la cabeza de su maestro. Se encoleriza y jura, airado, que si encuentra a su maestro, le hará pagar muy caro el haber perdido por su culpa uno de los corzos, que sin duda lo hubiera alcanzado, pues tiene el mejor lebrel y el mejor braco del mundo.

Entristecido, cabalga hasta llegar al lago; entra en el patio pasando por la puerta,

desmonta y va a enseñarle a la dama el lebrel, que era muy bello. Cuando llegó a su presencia se encontró con su maestro, lleno de sangre, que ya se había quejado. Saluda a la dama y ella le devuelve el saludo con todo el amor con que se puede amar a un niño que no es de la propia carne, aunque hace como si estuviera enfadada, y le dice:

—Hijo de rey, ¿por qué habéis ultrajado, golpeado y herido al que os di por maestro y guía?

—Señora, no era ni mi maestro ni mi guía cuando me golpeó, porque yo no había hecho nada malo y no era necesario que me pegara. Además, golpeó con crueldad a mi lebrel, que es uno de los mejores del mundo, y por poco no lo mató delante de mí, sabiendo que yo lo quería. Y añadiré que me ha causado otro pesar, pues ha impedido que matara una de las corzas más hermosas del mundo.

Y cuenta a continuación cómo había dado su rocín y su cervato y cómo se encontró con los corzos; y, de haber tenido el arco, hubiera cogido por lo menos uno.

—Y estad segura —le dice a la dama— de que dondequiera que lo encuentre, lo mataré de inmediato.

Cuando la dama lo oye hablar con tal dureza, se alegra, porque ve que será noble caballero, con la ayuda de Dios y con la suya, pues vale mucho. Y, no obstante, hace como si estuviera enfadada. Al verla así, el niño se marcha muy entristecido y amenazando al que la ha enfadado con él. La dama lo vuelve a llamar y le dice:

—¿Cómo se os ha ocurrido dar vuestro rocín y mi caza, y golpear a vuestro maestro, al que yo os había puesto para que os alejara de toda locura y para que os enseñara a hacer buenas obras? No quiero que volváis a hacer ninguna de estas dos cosas.

—Señora, tendrá que custodiarme como a un muchacho mientras yo desee estar con vos; cuando ya no quiera seguir aquí, me iré y marcharé por donde sea, pero antes de irme quiero que sepáis que un hombre no puede llegar a gran honra si está durante mucho tiempo bajo la tutela de un maestro o de una maestra, pues tiene que temblar de miedo con frecuencia: por lo que a mí respecta, no necesito más maestros, señores, damas o juegos. Mal haya el hijo de rey que no se atreva a dar sus cosas con toda libertad.

—¿Cómo —le dice la dama—, creéis que sois hijo de rey porque yo os llamo así?

—Señora, soy llamado hijo de rey y he sido tenido por hijo de rey.

—Sabed que mal os conocía el que os tuvo por hijo de rey, pues no lo sois en absoluto.

—Señora —contesta suspirando—, lo siento, pues mi corazón estaba dispuesto a serlo.

Y a continuación, se da la vuelta muy triste, sin poder decir ni pronunciar una sola palabra.

Entonces, la dama se pone en pie, lo toma por la mano, lo lleva hacia atrás y comienza a besarle los ojos y la boca, que cualquiera que la viera pensaría que era hijo

suyo, y le dice;

—Buen hijo, no os disgustéis: quiero que regaléis rocines y otras cosas, y tendréis lo suficiente para hacerlo. Así me ayude Dios. Si tuvierais cuarenta años, haríais bien alabando el rocín y la caza que habéis regalado. A partir de ahora, quiero que seáis vuestro propio señor y maestro, ya que sabéis por vos mismo lo que es bueno para un niño. Seáis hijo de quien seáis, os habéis comportado como hijo de rey y si tal fuerais, sería del más alto rey del mundo por el valor de vuestro cuerpo y de vuestro corazón.

Así reconforta y tranquiliza la Dama del Lago a Lanzarote, tal como cuenta la historia en este acontecimiento, sólo por sus valiosas palabras. Pero ahora deja de hablar de él y vuelve a su madre y a su tía, la reina de Gaunes, que están en el Monasterio Real tristes y desconsoladas.

X

Cuenta ahora la historia que la reina Elena de Benoic y su hermana, la reina de Gaunes, estaban juntas en el Monasterio Real. La reina de Benoic llevaba una vida honesta y santa, igual que su hermana. Enriqueció el lugar y creció, de forma que a los siete años de que entrara en él la reina había treinta monjas, todas ellas damas nobles de aquella tierra; después, trabajó tanto que consiguió que aquel lugar se convirtiera en el primero de la abadía.

La reina de Benoic tenía la costumbre de ir todos los días después de la misa mayor a la colina en la que había muerto su señor y al lago en el que había perdido a su hijo: allí rezaba todo lo que sabía por el alma de su señor —que Dios tenga piedad de ella— y por su hijo, pues estaba segura de que había muerto.

Un lunes por la mañana hizo que se celebrara muy temprano una misa cantada, pues no quería retrasarse en ir a hacer su duelo. Tan pronto como subió a la colina, empezó a llorar y a lamentarse con amargura; después fue al lago en el que había perdido a su hijo y lloraba con dolor, sin prestar atención a ninguna otra cosa.

Estaba llorando y lamentándose cuando pasó por allí un religioso a caballo, con su escudero. El religioso llevaba hábito negro, cerrado; al ver a la reina que expresaba tal dolor, se sorprendió pensando quién sería y por quién sufría. Cabalga hacia aquel lugar, pero la reina estaba tan ensimismada con su llanto que no lo vio, ni se dio cuenta hasta que lo tuvo delante. Él la mira y la encuentra hermosa y de alta condición, según le parece. Se quita la capucha y la saluda:

—Señora, que Dios os dé alegría, pues creo que no tenéis tanta como necesitaríais.

La reina mira al buen religioso, le devuelve el saludo y siente no haberse dado cuenta antes de tenerlo tan cerca.

Al ver al monje, la reina lo mira con atención: lo encuentra anciano y le parece hombre de santa vida. Y, realmente, fue uno de los caballeros más valientes que hubo en el mundo, y entonces era vasallo de Nuestro Señor, pues aunque había sido caballero esforzado, abandonó la caballería terrenal hacía ya tiempo y se había retirado a una ermita, en la que llevaba una vida tan santa que habían ido a su lado numerosos novicios para seguir la regla y la orden de San Agustín. Era grande y corpulento, con el cabello entrecano y los ojos grises, grandes, que le daban un aspecto fiero; tenía el rostro, la cabeza y el cuerpo lleno de cicatrices que no se habían borrado; sus puños eran huesudos y grandes, con abundantes venas que le sobresalían; su espalda era ancha, y se apoyaba con firmeza en los estribos.

—Señora —le dice a la reina—, por Dios, ¿quién sois y por qué os lamentáis de esa forma? Cuando una dama se entrega a servir a Nuestro Señor no debe dolerse por ninguna cosa —según creo— si no es por sus propios pecados, y debe olvidar todas las

pérdidas que tuvo en este mundo.

Cuando la reina lo oyó hablar así, tuvo por cierto que era un santo varón, de sabio consejo, y le dijo:

—Señor, me lamento todo lo que puedo, no por haber perdido tierras o riquezas, sino porque soy una desdichada y desgraciada que antaño era señora de la tierra de Benoic y de toda la región que la rodea, perdí aquí a mi señor, que era el hombre más noble del mundo; perdí aquí a mi hijo, el niño más hermoso de todos: se lo llevó en brazos una doncella que saltó al agua, no sé si era mujer o diablo, aunque tenía cuerpo y aspecto femeninos. Temo por el alma de mi señor porque murió de dolor y temo como si fuera mi propia alma, pues desde que fuimos unidos en leal matrimonio, fuimos una sola carne, tal como manda la Santa Iglesia y yo así lo creo. Por el alma de mi señor lloro y me lamento pues no sé si Nuestro Señor Dios tendrá compasión las lágrimas de una pobre pecadora como yo soy. Por mi hijo se me viene al corazón un gran dolor, porque lo perdí de tal forma: si hubiera muerto ante mis ojos lo hubiera olvidado antes, pues todos tenemos que morir; pero cuando me acuerdo de que mi hijo murió ahogado, siendo hijo legítimo y de un alto linaje —escogido por Dios para que viera sus grandes maravillas y honrara los lejanos lugares de su venida, alabando su nombre y ensalzando su fe—, me parece que Dios me privó del padre y del hijo por algún odio contra mí, aunque no creo haberle ofendido con ninguna falta grave. Por eso lloro, por miedo a Nuestro Señor, temiendo que el alma de mi señor haya recibido muerte eterna y me lamento angustiada por la fea muerte de mi hijo.

—Señora, señora, ciertamente hay motivos para vuestro duelo, pues habéis perdido mucho, demasiado, y no sois vos la única, pues otras muchas gentes han sufrido con esa misma desgracia. No obstante, podríais hacer algo, porque todas las cosas tienen un límite y conviene conservar la razón: ya que os habéis alejado de la vida y habéis tomado hábitos religiosos por amor de Dios, no resulta honesto que os lamentéis en cualquier lugar; debéis llorar vuestros pecados y los ajenos, pero no a la vista de la gente, sino en vuestra clausura, lo más oculta que podáis. Creo que no os lamentáis para que os vean, ni por vanagloria, sino para aliviar vuestro corazón, que se siente angustiado y a disgusto. Dios tenga piedad del alma del hombre de quien fuisteis mujer, pues para él fue el daño, y vos no podéis hacer nada para recuperarlo, y eso es una gran lástima. Estad tranquila por vuestro hijo, pues de verdad os digo que está sano y salvo, y bien cuidado.

Cuando la reina lo oye, se queda tan sorprendida que no puede decir nada en un buen rato y cuando recobra la palabra, le cae a los pies diciéndole entre sollozos:

—Ay, buen señor, por Dios, ¿decís de verdad que mi hijo Lanzarote está sano y salvo?

—Os digo por mi hábito que está sano y salvo.

Ella tiene tal alegría que se desmaya al instante. Acuden a sostenerla una monja que

allí estaba y el venerable anciano, con gran compasión. Al volver en sí, la reconforta asegurándole que es verdad lo que le ha dicho.

—Buen señor, por Dios, ¿cómo lo sabéis? Me habéis dado la mayor alegría que ha tenido mi corazón. Si no fuera cierto, lo sentiría mucho más que antes.

—Lo sé gracias a alguien que lo ve por la mañana y por la tarde. Si se hubiera quedado con vos, y vos hubierais seguido siendo señora de Benoit, no hubiera estado tan a gusto como está ahora en el sitio en que lo están criando.

—Ay, señor, decidme dónde está y si es un lugar donde yo no pueda verlo, miraré hacia allí frecuentemente y así me aliviaré, aunque no lo vea.

—Señora, no os lo puedo decir; sólo os diré que está sano y salvo. Y no hubierais sabido ni siquiera eso —y yo tampoco lo sabría— si no fuera porque los que lo cuidan quieren que vuestro corazón esté tranquilo y a gusto.

—Ay, señor, por Dios, decidme, si podéis, si está en poder de enemigos suyos o si por el contrario está en manos de gente que sólo quieren el bien para él.

—Señora, tened la seguridad de que está en buenas manos y de que quienes lo tienen lo guardarán de todos los males mientras puedan, y sus enemigos no conseguirán apresarlos.

Entonces la reina recibe una gran alegría, tanta que no puede creer que el anciano le esté diciendo la verdad:

—Señor, ¿conocéis a alguna de las hermanas que hay en el monasterio?

El monje le dice que cree que sí; mira a ver si conoce a la que estaba allí con la reina, y ella lo reconoce sin dificultad; entonces la reina se queda más tranquila y le dice:

—Señor, por Dios, venid con nosotras a ver a nuestras hermanas, que os recibirán con gusto.

Así lo lleva la reina a su convento y entran en él. Cuando las damas oyen que va a verlas un noble anciano, salen todas a su encuentro: son muchas las que lo conocen y le expresan su alegría. La reina les pregunta en voz baja si puede fiarse de lo que le diga.

—Sí, señora —le contestan—, pues no mentiría por nada, que fue noble intachable en el mundo y ahora es hombre de santa vida al servicio de Dios Nuestro Señor.

Le suplican todas que coma, pero les responde que Dios sabe que no comería más de una vez diaria, «pues nuestra orden nos lo prohíbe. Sin embargo, esta dama me ha producido una gran compasión hoy y en otra ocasión me hizo un gran servicio y quería recompensárselo, y os voy a decir en qué consistió; creo que ella lo recordará. Su señor el rey —que Dios tenga su alma— había reunido una brillante corte con motivo de la fiesta de San Esteban: regaló vestidos e hizo ricos y hermosos regalos a los caballeros. Yo llegué el día anterior de la fiesta tan tarde que era casi hora de vísperas, y el rey había regalado ya todos los vestidos, pues eran muchos los caballeros que allí había. Cuando mi señora, aquí presente, vio que yo me quedaba sin vestido, dijo que parecía hombre

valiente y esforzado y que no debía quedarme sin regalo en aquella fiesta: ordenó que me hicieran un vestido a medida, de tela muy rica de seda que era suya, e hizo que me lo pusiera, siendo el caballero más ricamente vestido. Ése fue el servicio que me hizo mi señora y yo no lo tuve en poco con razón, y por eso se lo pagaré como pueda y lo único que puedo hacer es ayudarla con el trabajo de mi cuerpo y con mi lengua, que ha sido escuchada y oída por muchos rico-hombres».

—Señora, señora —añadió el monje—, es una gran alegría para el mundo y un gran honor para con Dios que una dama tan alta y gentil como vos y descendiente de un linaje tan elevado, se haya entregado al servicio de Dios Nuestro Señor: el premio lo recibirá vuestra alma, si Dios quiere. Lo siento por la tierra de Benoit y por la de Gaunes, que han caído en manos del desleal Claudás, para desdicha nuestra y de nuestros amigos y para vergüenza del rey Arturo, pues hace tiempo que debería haber vengado esta afrenta. Ahora voy a un convento de nuestra orden que hay cerca de aquí: tan pronto como haya cumplido lo que tengo que hacer allí, iré a la corte del rey Arturo y le presentaré esta queja en vuestro nombre y en el de vuestro hijo, que debe seguir siendo señor de esta tierra, si Dios quiere, y será noble y honrado si Nuestro Señor le da vida.

A estas palabras, la reina de Gaunes salió de una habitación en la que había estado durmiendo, pues no había pasado una sola noche sin que ella y su hermana se levantaran por lo menos tres veces para hacer sus oraciones y sus rezos. Al oír hablar de su sobrino Lanzarote, que estaba vivo, se puso tan contenta que no pudo mantenerse en pie y cayó desmayada. Entre la reina y las otras damas la vuelven a levantar, mientras que el anciano monje pregunta quién es y qué le ocurre.

—¿Cómo? —le dice la reina de Benoit—. Señor, es mi hermana, la reina de Gaunes, que por la alegría que ha tenido por su sobrino se ha desmayado.

—Por Dios —dice ésta, que ya había vuelto en sí—, no ha sido por eso. No lloro ni me he desmayado de alegría, antes bien, me reíría contenta, sino que me desmayé de dolor por mis hijos perdidos: me ha llegado al corazón una debilidad tan grande que poco ha faltado para que se me partiera.

—Señora —dice el monje—, no sufráis por vuestros hijos, pues Nuestro Señor todo lo puede y los puede mantener salvos, igual que lo ha hecho con vuestro sobrino que, según pensabais vos y vuestros amigos, estaba muerto; yo sé que vuestros hijos están sanos. En medio de vuestras tristezas debéis reconfortaros por estar juntas bajo la custodia de Nuestro Señor, después de haber pasado por tantas desgracias y traiciones. Alegraos mutuamente y mostrad juntas el gozo por los bienes que tenéis ahora; pensad en la gran riqueza que no tendrá fin, pues ya habéis tenido suficientes riquezas terrenales y bien os podéis dar cuenta de qué poco valen; Nuestro Señor no os olvidará, pues es piadoso y tiene más misericordia que la que cualquier lengua podría contar. Se compadecerá de vosotras y os sacará del dolor en el que estáis sumergidas, dándoos

gozo eterno; yo, por mi parte, que soy hombre mortal y pecador, he sentido tal compasión por vosotras que no estaré a gusto —Dios lo sabe— si no es oyendo el servicio divino, hasta que haya ido a la corte del rey Arturo y haya presentado vuestra queja porque os han quitado las tierras, y haya expresado la gran vergüenza que deben sentir el rey y toda la corte por ello; y no hay lugar en todo el mundo en el que no me atreviera a decirlo, por muchos nobles ricos y hombres sabios que haya. Sé también que el rey Arturo ha tenido tanto que hacer hasta ahora que no debe extrañar si ha abandonado un poco vuestro asunto, pues muchos de sus nobles le han hecho la guerra deseando que se fuera desterrado, y quizás no le han llegado noticias de lo que ocurría en vuestras tierras, y en ese caso no se le podría reprochar nada.

El venerable monje se marcha inmediatamente después, tras haber encomendado a Dios, primero a las dos reinas y, luego, a las otras damas. Cabalgó sin detenerse, con largas jornadas, hasta que llegó a Gran Bretaña; allí encuentra al rey Arturo en Londres con mucha de su gente.

Era la primera semana de septiembre —según cuenta la historia— cuando el rey volvió de Escocia, de combatir contra su propio primo, el rey Aguisant, que se enfrentó con él por tres feudos: acordaron una paz buena y segura para ambas partes. El rey Arturo había conseguido treguas hasta pascua del rey de Más Allá de las Marcas, y había regresado con su hueste a descansar a la tierra que le era más agradable, y con él iba una gran multitud de caballeros.

Según cuenta la historia, aquel día era domingo. El rey Arturo se había sentado a comer rodeado por gentes de costumbres muy diversas y de tierras lejanas. El monje que llegaba de Benoit entró en la sala y, a grandes zancadas, se acercó al estrado en el que estaban el rey y muchos de sus nobles. Echó hacia atrás la capucha; su aspecto era el de una persona valiente, honrada y de santa vida; tenía lengua fácil y hablaba con dignidad; su rostro era firme. Entonces, empieza a expresar sus quejas en voz alta, para ser oído sin dificultad:

—Rey Arturo, que Dios te dé salvación porque eres el hombre más noble y mejor que ha habido, pero has faltado en una cosa.

El rey contempla atónito al anciano que lo está acusando así y alaba su valentía ante todos; a la vez que siente una gran vergüenza, todos los allí presentes se quedan sorprendidos. El rey, que era prudente y cortés, le devuelve el saludo, diciéndole:

—Que Dios os bendiga, buen señor, independientemente de cómo sea yo, bueno o malo. Y ya que me habéis acusado así, descubridme qué es lo que me falta para ser el mejor rey y el más honrado hombre del mundo, pues me gustaría saberlo.

—Os lo voy a decir. Vos sois el rey —entre todos los que ahora son o de los que se ha oído hablar— que más os esforzáis en defender las virtudes de la caballería y en mantenerlas en gran honor; y sois el rey que habéis hecho tanto por Dios como por el mundo más cosas buenas, más que ningún otro rey de los que se haya podido oír

hablar hasta ahora. Pero sois demasiado perezoso en el momento de vengar las grandes afrentas y los grandes daños que se os hacen, pues quien causa daño a uno de vuestros vasallos, a vos os lo causa y la afrenta, a vos revierte. Vos honráis, tenéis y servís a aquellos que os combaten deslealmente y os atacan, pero os olvidáis de quienes os han servido con lealtad y sin engaño, y los postergáis; éstos han perdido tierras y honores, las vidas y quizás pierdan también las almas por mantenerse en vuestro servicio. Ya os he dicho qué es lo que os falta para ser el mejor de cuantos han existido.

Cuando el rey le oye hablar así, siente una gran vergüenza, mientras que en la sala todos se quedan perplejos, a la vez que se dicen unos a otros que nunca habían oído a un monje que hablara tan bien, ni con tanto atrevimiento ante nobles tan altos; la mayoría de ellos han dejado de comer y lo contemplan atónitos. Entonces, se acerca Beduier, el condestable, y ve que por las palabras de aquel monje han dejado de comer más de la mitad de los caballeros, de forma que no prestan atención a nada sino a lo que dice. Beduier increpa al anciano:

—Señor monje, dejad de hablar hasta que mi señor el rey haya terminado de comer; entonces, podréis hablar cuanto queráis con él, pues con lo que habéis dicho se ha perturbado toda la corte y todos, ricos y pobres, han dejado de comer.

—¿Cómo? Señor caballero, ¿tengo que callarme y dejar de decir algo que puede ayudar a muchos, para que se solace un vasallo tan malo y tan enojoso como es el vientre, en el que no entra alimento —por rico o hermoso que sea— que no se convierta en materia sucia y vil? No me callaré antes de haberle dicho lo que tengo en el corazón; cuando haya terminado, no habrá caballero que se atreva a decir que son falsas mis palabras, que quedarán claras antes de que la noche que se aproxima se mezcle con el día de hoy. Habéis puesto cara de niño, y como tal os habéis comportado al intentar impedirme que siguiera hablando ante tan probados y valientes nobles. E ignorabais la importancia de lo que iba a decir y el provecho que podía desprenderse de mis palabras; no creo que seáis más valiente ni más esforzado que dos caballeros que conocí en la corte del rey Uterpandragón de Bretaña: eran Hervis de Rivel y Canés de Occire; ambos eran tan valerosos que no los cambiaría por nadie y nunca permitieron que un hombre necesitado fuera expulsado de la corte; antes bien, lo apoyaban con todo su poder, y eso que no pertenecían a la casa del rey Uterpandragón —cuya alma tenga Dios— como vos, que sois de la del rey Arturo, hijo de Uterpandragón.

Se levantó entonces Hervis de Rivel, que presidía la mesa de los suyos, pues el rey Arturo tenía en su corte caballeros de todas las edades, viejos y jóvenes bachilleres. Cuando Hervis reconoció al anciano monje, tuvo una gran alegría y le hizo grandes honores, pues con dulzura lo abrazó y lo besó muchas veces; después, lo tomó por la mano izquierda y, llevándolo ante el rey, dijo:

—Señor, creed todo cuanto os diga, pues sus palabras las deben recordar reyes y príncipes. Sabed que su corazón fue tan valeroso que Dios no hizo a ningún caballero

contra el que yo no lo dejara enfrentarse confiando en él en caso de necesidad para mantener mi honor y para tener a salvo mi cabeza.

—¿Cómo? —pregunta el rey—, ¿quién es?

—Señor —contesta Hervis—, es Adragaín el Bruno, hermano de Mador el Negro, el buen caballero de la Isla Negra. En aquel tiempo vivía el rey Urién, que honró mucho a este hombre por amor a su hermano Mador, pues ambos habían sido compañeros de armas durante largo tiempo.

Al reconocerlo, le mostraron todos una alegría enorme y le hicieron grandes honores, tanto que nadie podría contarlos. El mismo rey Arturo lo había visto muchas veces, hacía mucho; lo honró como sabía y Beduir se quedó preocupado por lo que había dicho, pero el rey le pidió que siguiera:

—Buen señor, seguid hablando, sea en mi honor o en mi vituperio, pues sois tal —y lo sé bien— que no hay en el mundo ningún hombre por alto que sea, que no os deba escuchar con atención.

—Señor, os acabo de decir que sólo se os podía reprender una cosa: la muerte del rey Ban de Benoic, que no ha sido vengada, a pesar de que murió cuando venía a vuestra corte. Su mujer quedó viuda, sin posesiones, y fue privada de uno de los niños más hermosos que han existido. Es éste un asunto tan feo y tan vil con respecto a vos, que extraña que podáis y que os atreváis a mirar a la cara a nadie. Ningún pecado os impedirá tanto como éste el que estéis por encima de todo lo demás. Y os diré, además, que he venido aquí sólo por la compasión que sentí por la mujer del rey Ban, que por el miedo que tiene a ser deshonrada y por tristeza, se ha hecho monja en un monasterio. Mientras tanto, Claudás de la Tierra Desierta es temido en la tierra, pues no hay nadie que se haya atrevido a venir ante vos a presentar la queja.

—Noble señor —le dice el rey—, estoy de acuerdo con vos y tenéis razón, pero la verdad es que yo nunca oí ninguna queja. Hace tiempo me enteré, pero aunque hubiera recibido alguna protesta, no habría podido reparar el daño, pues he tenido mucho que hacer, porque ha habido numerosos vasallos míos que me han combatido, obligándome a retirarme, hasta el punto que oí en varias ocasiones que, al final, tendría que abandonar mi propia tierra. De todas formas, el mal que he hecho lo tengo que reparar cuando Dios me dé poder suficiente, pero estoy dispuesto a hacerlo de tal modo que nadie podrá reprocharme con razón, pues bien sé que tengo que hacerlo por ser señor de Ban de Benoic y de Boores de Gaunes, y porque ellos eran mis vasallos. Ojalá me dé Dios en breve el poder para reparar tal daño.

—Pues con mucho gusto lo haré.

Tras estas palabras del rey, el monje se marchó, sin que nadie pudiera retenerlo; volviendo al lado de la reina de Benoic, le contó las nuevas y la reconfortó, «pues si Dios quiere, señora, pronto recibiréis buenas noticias». Ella se lo agradece de todo corazón. El anciano dejó a la reina después de haber cumplido con su misión de

mensajero y se marchó al monasterio del que había salido.

Pero aquí deja de hablar la historia un rato de él y de las dos reinas que están en el Monasterio Real y vuelve con el rey Claudás de la Tierra Desierta, aunque antes habla un poco de la doncella del Lago y oiréis por qué.

XI

Cuando la doncella del Lago supo que Lionel y Boores, los hijos del rey Boores de Gaunes, estaban prisioneros en la torre de Gaunes, lo sintió mucho y de grado se hubiera esforzado —de haber podido— en sacarlos de manos de Claudás: muchas veces pensó el modo y considerando los proyectos de Claudás, se enteró de que iba a reunir cortes en Gaunes y de que daría una gran fiesta, siguiendo la costumbre que por entonces tenían los reyes. En efecto, las cortes más fastuosas y más ricas se reunían el día de su coronación y debían ser similares los demás días mientras llevaran corona.

La fiesta que Claudás se disponía a celebrar era el día de la Magdalena. Llegada la víspera, la doncella del Lago llamó a una sirvienta suya, muy hermosa y prudente, cuyo nombre era Saraida.

—Saraida, tenéis que ir a Gaunes —le dijo— para estar allí el día de la Magdalena, con encargo mío que no os pesará, pues os traeréis —según creo— a dos niños de alto linaje, hijos del rey Boores de Gaunes. Os diré cómo tenéis que hacerlo.

Entonces le explica todo el asunto lo mejor que pudo, tal como lo oiréis más adelante, y ordena que preparen las cosas que necesitará.

La criada monta y se despide de su señora, que le tiene un gran amor y que confía plenamente en ella, como ya había podido comprobar hacía mucho. Era sobrina del monje que había presentado la queja por la muerte del rey Ban de Benoit.

Llevaba consigo a dos escuderos y hasta diez servidores a caballo; cabalgaron y llegaron a la pradera que hay junto a Gaunes el día de la Magdalena, pasada la hora de tercia. Cerca de la pradera había un bosquecillo espeso, por su parte de la izquierda: allí se escondieron la doncella y sus acompañantes, y la joven envió a un escudero para que se enterara si el rey Claudás todavía estaba sentado a la mesa. Tan pronto como se sentó a comer, la doncella lo supo; entonces, reemprende el camino con un rápido palafrén, acompañada sólo por dos escuderos que llevan sendos lebreles y cañas de plata.

Llegaron así a la fortaleza, donde se informaron de si los hijos del rey Boores estaban en la corte o si seguían en prisión, y les dicen que siguen en prisión.

Mientras tanto, Claudás está sentado a comer con toda su nobleza; enfrente tiene a su hijo Dorién, al que iba a armar caballero: era muchacho hermoso, noble, magnánimo y muy atrevido; Claudás no tenía otro hijo.

La corte era brillante y numerosa tanto por ser el día de la coronación de Claudás, como porque iban a armar caballero novel a su hijo; el rey se había portado con más generosidad que nunca entre la víspera y ese día, y aún pensaba seguir regalando cosas hasta que se disolviera la corte, pues le había servido de ejemplo la gran liberalidad que había visto en la corte del rey Arturo. Pero la corte se perturbó con un suceso

extraordinario, que ahora vais a oír.

Estaba Claudás sentado a comer tan alegre y con tal fiesta como estáis oyendo, cuando entró en la sala la doncella que iba del Lago; Claudás sólo había comido el primer plato. La doncella se dirigió hacia Claudás que estaba en un estrado más alto y, sujetando en la mano a los dos lebreles y las dos varas de plata, le dijo en voz lo suficientemente alta para ser oída:

—Rey Claudás, Dios te salve; te saludo de parte de la dama que más vale en el mundo, y la que hasta hoy te había apreciado más, por encima de cualquier: otro hombre. Pero ahora cree y piensa que no tienes ni la mitad de la sensatez, ni de la cortesía que dicen; y no le falta razón, pues aquí hay más cosas dignas de censura que de alabanza, y yo no esperaba que hubiera tantas. Me voy a ir de inmediato y le contaré a mi doncella lo que he visto y cómo te comportas.

El rey mira a la doncella que ha hablado con tanto atrevimiento y que quiere irse sin decir nada más, y, llamándola, la saluda:

—Doncella, sed bienvenida y que vuestra doncella o vuestra dama, sea lo que sea, tenga buena ventura. Es posible que haya oído decir de mí más bien del que en realidad hay, pero ya que me ha enviado su saludo, si me dijera cómo corregirme, lo haría por mantener su amor. Por la fe que le debéis a lo que más queráis, decidme la verdad, pues me gustaría saber algo para corregirlo.

—Tanto me habéis conjurado, que no os lo seguiré ocultando. Yo sirvo —tal como habéis oído— a una de las damas que más valen y más ricas del mundo, y está por casar; le habían dicho tantas cosas buenas de vos, que no estimaba en un dinero a ningún cristiano, al compararlo con vos, pues le habían dicho que erais el rey más gentil y agradable del mundo, el más vigoroso, el más magnánimo y el de mayor valentía, y que teníais tanto sentido común que aunque tuvierais enfrente al resto del mundo, sabríais mejor que nadie lo que se debería hacer. Por eso me había enviado mi dama aquí, para saber si las palabras que había oído sobre vos eran verdaderas o falsas. Y he visto que falláis en tres de las mejores cualidades que puede tener un caballero, pues no tenéis ni sensatez, ni amabilidad, ni cortesía.

—Doncella, si esas tres cosas me faltan, poco puede valer el resto, pero no creo que haya habido nadie con esas tres cualidades sin que en alguna ocasión le sobreviniera un daño por haber olvidado que había hecho algo por lo que le consideraran loco, villano o traidor. Pero decidme qué es lo que habéis visto en mí —si es que me lo podéis decir—, que os haya hecho pensar que no tengo ni sensatez, ni amabilidad, ni cortesía.

—Os lo voy a decir, ya que así me lo pedís. Vos tenéis a los dos hijos del rey Boores de Gaunes y los tratáis tan mal como si estuvieran prisioneros, mientras que todo el mundo sabe que no os han causado ningún daño y no podéis decir que no hay en eso felonía, pues nada necesita tanto la dulzura y el cariño como los niños, y nadie puede ser muy amable si es cruel o envidioso con los niños: por todo ello me parece que

habéis despreciado la amabilidad.

Y a continuación os voy a demostrar que carecéis de sensatez: no hay nadie bajo el cielo a quien se le diga que tenéis a los hijos del rey Boores, y que no piense de inmediato que los acabaréis matando; y no hay nadie que no sienta compasión y que no os odie con todas sus fuerzas, como si le hubierais hecho algún daño. Una persona que se hace odiar por todos tiene que ser muy loca.

Por otra parte, si fuerais cortés, hubierais cogido a los dos niños, que, como saben muchos, son más nobles y más gentiles que vos, los hubierais cuidado y vestido como a hijos de rey, y estarían, delante de vos, en vuestra fiesta y vos os sentiríais honrado con su servicio. Todo el que supiera tal cosa diría que erais el rey más gentil y más cortés del mundo, que tenéis a los huérfanos con honra y les guardáis las tierras. Así os hubierais ganado el corazón y el amor de todas las gentes y no se os podría tener por traidor, sino por sabio, por cortés y amable.

—Doncella, por Dios, decís verdad, tenéis razón y estoy de acuerdo. Quien cree un mal consejo acabará obteniendo mal resultado. Me habéis dado una lección por la que pienso que valdré más el resto de mi vida.

Entonces llama a su senescal mayor y le dice:

—Senescal, id a buscar inmediatamente a los dos hijos del rey Boores y traedlos aquí con un acompañamiento de caballeros, criados y servidores como corresponde a quien va en busca de hijos de rey; y haced que vengan con ellos sus dos maestros.

El senescal cumple la orden de su señor, toma numerosos caballeros, servidores y escuderos, y va a la torre en la que estaban —a disgusto— los dos niños y sus maestros, pues habían llorado, se habían lamentado y habían sufrido porque Lionel les había causado preocupación la noche anterior y el día.

En efecto, Lionel tenía el corazón infantil más violento y era el que más se parecía a Lanzarote. Galahot, el noble, señor de las Islas Extrañas, hijo de la Bella Jayana, lo llamó corazón sin freno el mismo día en que el rey Arturo lo armó caballero, pues no podía domarlo con consejos ni castigos, tal como contará la historia más adelante. Ahora oiréis por qué los preocupó Lionel, de forma que estuvieron lamentándose y llorando la víspera y el mismo día.

XII

Cuando llegó la hora de vísperas, en que la cena estaba dispuesta, los dos niños se sentaron a la mesa, para comer juntos, acostumbrados como estaban a comer ambos en una sola escudilla Lionel comía con buen apetito, de forma que su maestro Farién estaba asombrado, y con asombro lo contemplaba. Al cabo del rato, cuando ya había terminado, Farién empezó a llorar con amargura, de forma que las lágrimas le caían por el vestido y llegaban a la mesa en la que estaban comiendo. Lloró durante un buen rato, y Lionel se dio cuenta y le dijo con buenos modales y discretas palabras:

—¿Qué os ocurre, buen maestro? ¿Por qué lloráis con tanta amargura en vez de comer?

—Dejadlo estar, buen señor; ¿qué más os da? No ganaríais nada sabiéndolo.

—Por Dios, no lo dejaré estar por nada, pues quiero saberlo, y os conjuro por la fe que me debéis para que me lo digáis de inmediato.

—Ay, señor, por la misericordia de Dios, ¿por qué me conjuráis obligándome a decir una cosa con la que nada ganaréis al saberlo y con la que es posible que después os entristezcáis más y os lamentéis?

—Por la fe que debo al alma de mi padre, el rey Boores, no comeré con la boca hasta que sepa por qué habéis llorado.

—Mi buen señor, os lo diré antes de que dejéis de comer.

—Hablad, pues.

—Señor, lloro porque me he acordado de la elevada situación que ocupó vuestro linaje durante mucho tiempo, y mi corazón se encuentra a disgusto pues vos estáis en prisión mientras otros tienen su corte y su señorío en el lugar en que vos deberíais tener el vuestro.

—¿Cómo? ¿Quién es el que tiene su corte donde yo debería tener la mía?

—¿Quién, señor? El que está por encima de los demás, Claudás, el de la Tierra Desierta, que ha reunido su corte en esta ciudad que pertenece a vuestro reino, se ha coronado aquí y ha armado caballero a su hijo: siento un gran dolor en mi corazón al ver ahora sin posesiones al alto linaje que fue tan elevado por Dios, y que ése, que es el hombre más desleal del mundo, manifiesta aquí su poder.

Cuando el niño lo oye, el corazón le crece, tira la mesa de una patada, salta en medio de la habitación airado y los ojos se le enrojecen de ira y el rostro se le acalora; a los que lo están contemplando les parece que la sangre le va a salir por toda la cara. Como no quiere ver nada, ni que nadie le vea, se sube a una ventana para pensar más a su gusto. Entonces se le acerca Farién y le dice:

—Ay, señor, ¿qué hacéis, que os habéis levantado de la mesa en una noche tan importante como es ésta, y lo habéis hecho por tristeza? Volved a comer. Si no lo

deseáis, debéis disimular por amor a vuestro hermano, que sin vos no comería.

—Maestro, no voy a comer, pero id a comer con él, pues ahora me apetece estar un rato en esta ventana, antes de seguir comiendo.

—Ay, señor, por la misericordia de Dios, no comeremos sin vos, pues si vos dejáis de comer por ira, nosotros lo dejaremos también.

—¿Cómo? ¿Acaso no estáis por debajo de mí, vos, Boores y su maestro?

—Sí, por supuesto.

—Entonces, os ordeno que os lo comáis todo, pues yo no volveré a comer hasta el día en que haya cumplido una idea que se me acaba de ocurrir.

—Buen señor, si es una idea en la que podamos aconsejaros, decídmelo, pues nos esforzaremos al máximo, si es que es una idea que debáis y podáis realizar.

—Ciertamente, no os lo voy a decir.

—Por Dios, no volveré a estar a vuestro servicio a partir de hoy si no me lo decís, pues me parecería que ocultabais algo y que sospechabais de mí y en verdad que nunca encontrasteis motivo para dudar de mí.

Y entonces Farién aparenta estar muy enfadado y que se quiere marchar. Lionel, que lo quería mucho por el cariño que había encontrado en él, comienza a llorar diciendo:

—¡Ay, maestro! No os vayáis, pues me causaríais la muerte; os diré mi pensamiento con tal de que no me lo desaconsejéis y de que me ayudéis de buena fe.

Farién le contesta que lo hará así.

—He pensado vengarme del rey Claudás antes de volver a probar bocado.

—¿Cómo os vais a vengar, mi buen señor?

—Os lo diré. Haré que venga mañana a hablar con nosotros, y entonces me podré vengar de él, pues estoy dispuesto a matarlo e incluso lo intentaría si fuera más fuerte de lo que es.

—Señor, y cuando lo hayáis matado, ¿qué vais a hacer?

—¿Qué? ¿Acaso no son todos los hombres de esta tierra vasallos míos? Me defenderán con todas sus fuerzas y pondrán en ello su sabiduría y su poder. Y si su sabiduría no les basta, Dios les ayudará, pues ayuda a todos los faltos de consejo. Si muero por recobrar mi derecho, que sea bien venida la muerte, pues más vale morir con honor que vivir afrentado, sin las propias tierras; y mi alma estará más a gusto cuando me haya vengado, pues quien le quita las tierras al hijo de un rey, ciertamente le quita la mayor parte de su vida.

—Buen señor, por la misericordia de Dios, no lo hagáis, pues no podréis escapar con vida: no se debe emprender nada semejante sin tomar consejo; esperad a que Dios os dé más virtudes de las que ahora tenéis, de forma que os podáis vengar, y yo os ayudaré con todo mi poder, pues a nadie amo tanto como a vos.

Farién le da numerosos consejos y Lionel acepta su opinión y decide esperar hasta

que pueda vengarse.

—Mientras tanto —concluye—, procurad que no vea ni a Claudás ni a su hijo, pues no podría evitar la venganza en cuanto viera a alguno de los dos.

Así pasaron aquella noche. Farién tenía mucho miedo por su señor, al que veía tan enfadado que en toda la noche ni en el día siguiente puso buena cara, por más que se lo rogaron; Farién sabía que difícilmente conseguirían que abandonara su idea. Se esforzó en apaciguarlo, pero no logró que se alegrara.

El día siguiente, cuando el senescal de Claudás fue a buscar a los niños, Lionel no había vuelto a comer: estaba acostado en una habitación y decía que se encontraba enfermo. El sobrino de Farién estaba haciendo que Boores comiera, aunque a grandes penas lo conseguía, y no lo hubiera hecho si Lionel no lo hubiera forzado a ello y aún así, le resultaba difícil. En aquel momento estaba sentado Farién delante de Lionel y lloraba con amargura.

Fue entonces cuando llegó el senescal, que al ver a Lionel se arrodilló ante él, como noble y valiente:

—Señor —le dice—, mi señor el rey os envía sus saludos y os pide y ruega que acudáis a su corte vos, vuestro hermano y los dos maestros, pues no es justo que tenga una corte tan rica sin que estéis vos.

Tan pronto como lo oye Lionel se pone en pie y le contesta al senescal que irá con mucho gusto; pone cara de estar muy contento, pero su maestro, que lo conoce, sospecha gran parte de lo que está pasando, y por la desgracia que espera, se encuentra tan a disgusto, que sería difícil contarle en su totalidad.

—Buen maestro —le dice Lionel—, acompañad a estos señores que han venido a pedirme que acuda a la corte y que están en esa habitación; yo vuelvo de inmediato.

El niño va a su habitación, llama al chambelán y le pide un gran cuchillo que tenía, muy rico, que le habían regalado como si fuera una joya. Cuando se lo estaba escondiendo debajo del vestido, entra su maestro que quería saber qué estaba haciendo. Al verlo con el cuchillo, se lo arranca de las manos y le dice que no lo llevará.

—¿No? Entonces no iré, y ahora estoy seguro de que me odiáis de muerte, pues me priváis de la alegría que tenía.

—Señor, no sois nada prudente, porque si lleváis ese cuchillo todos se darán cuenta. Yo lo llevaré que lo puedo esconder mejor que vos. Y tened la certeza que quiero tanto vuestro bien como el mío.

—Prometedme, entonces, que cuando os lo pida me lo entregaréis.

—Así será, si vos me prometéis antes que no haréis nada por encima de mis fuerzas.

—No haré nada por lo que pueda ser censurado.

—Con eso me basta. Prometedme lealmente que no haréis nada que se os pueda volver en censura o daño.

—Buen maestro, ¿sabéis qué podéis hacer? Si así lo deseáis, dejad el cuchillo y si

queréis, escondedlo vos mismo, pues todavía lo podríais necesitar.

Vuelven a la sala en la que esperaba el senescal: montan Lionel y Boores en sendos palafrenes y detrás de ellos cabalgan sus maestros, y van directamente al palacio donde estaba reunida la corte. Todo el pueblo salta fuera a ver a su auténtico señor y lloran los jóvenes y los viejos, rogando a Nuestro Señor que les devuelva el honor con poder y autoridad. Farién aconseja a Lionel y le pide por Dios que no vaya a hacer una locura de la que salgan dañados él y todos los que están con él allí, pues nadie podría salir peor.

—Ahora, no os preocupéis, maestro, pues no estoy tan loco como para emprender una locura que no pueda llevar a término. Y si la quisiera emprender, bien me habéis impedido, pues no me habéis dejado nada más que las manos desnudas.

Mientras hablaban así, llegaron a la corte; fueron muchos los que les ayudaron a descabargar. Los dos hermanos, cogidos de la mano, se presentan a Claudás acompañados por numerosos caballeros y criados: dentro eran muchos los caballeros del reino de Benoic y del de Gaunes y hubo quienes no pudieron evitar las lágrimas por nada, al ver venir a sus señores, niños tan hermosos y tan agradables, y que, sin embargo, estaban en poder de otro y bajo su dominio. Lionel iba con la cabeza alta, bello, mirándolo todo con orgullo en el palacio: por el aspecto y por su rostro parecía noble y de alta condición.

Delante del rey, son contemplados con asombro por todos. El rey estaba a la mesa, sentado en su alto trono de oro, rico y hermoso; ante él, estaba la corona, puesta en un atril de plata, del tamaño de un hombre y que parecía un candelabro; al lado de la corona, en un pedestal de plata también, había una recta espada desenvainada, cortante y bien templada; una parte estaba por encima y la otra, por debajo; sobre la corona, en alto, estaba sujeto el cetro de oro y piedras preciosas de mucho valor. Claudás estaba comiendo con el vestido de rey con el que había sido consagrado: en verdad, parecía noble y valiente, pero su rostro revelaba a un hombre cruel y traidor.

Cuando los niños llegaron a la corte, Claudás les puso muy buena cara y se dirigió a Lionel, cuyas maneras y comportamiento le gustaban mucho, pues le parecían superiores a las de cualquier niño. Lionel se acercó al rey, poniéndose allí donde estaban la corona y la espada; Claudás, que quería honrarlo y que no deseó nunca tenerlo prisionero, le tiende su copa, hermosa y rica, y le ordena que beba, pero Lionel ni lo mira, sino que está pensando en la espada que ve allí, tan bella y resplandeciente: le parece que en buena hora había nacido quien tuviera una igual, si tuviera la fuerza y el poder de asestar grandes golpes. Mientras tanto, Claudás, piensa que no bebe por vergüenza, porque hay mucha gente.

En esto, se adelanta la doncella que había venido del Lago; con las manos le acaricia las mejillas, diciéndole:

—Venid, buen hijo del rey, que os voy a mejorar.

Y entonces le pone en la cabeza una bellísima corona de flores, recién hecha y de suave olor; en el cuello le coloca un colgante de oro y piedras preciosas. Hace lo mismo con Boores y después le dice a Lionel:

—Ahora podéis beber, hermoso infante, pues ya tenéis el albergue que necesitabais.

Lionel, enfadado y colérico, le contesta:

—Doncella, beberé, pero alguien lo pagará.

Y entonces ambos hermanos deciden cometer una locura y lo desean con más ganas que si nunca lo hubieran pensado: esto se debía a la virtud de las hierbas que formaban la corona y de las piedras del collar; en efecto mientras los tuvieran puestos, ninguna arma les podría hacer sangre, herir ni golpear.

Lionel toma la copa y Boores le grita que la arroje al suelo, pero no lo hace, sino que la levanta con las dos manos, de forma que una parte del vino cae sobre el vestido del rey. De inmediato, golpea con la copa con todas sus fuerzas al rey Claudás, en medio de la cara y el resto del vino se lo derrama por encima y le da en los ojos, en la nariz y en la boca. El filo de la copa le golpea en la frente y le corta la piel y la carne; Lionel, entonces, toma la corona con tanto ímpetu que hace caer el cetro y la espada. Tira con ambas manos la corona contra el suelo del palacio, haciendo volar las piedras preciosas y rompiendo el oro, luego la pisotea como puede.

Se produce entonces un alboroto en la sala; se levantan de las mesas unos para sujetar a los niños y otros para dejarlos libres. El rey está en el suelo desmayado por el vino que le ha entrado en el cuerpo por la nariz y la boca, y sangrando por la copa que le había herido en la frente. Su hijo Dorién se pone de pie para vengar a su padre, pero Lionel, que ya había cogido del suelo la espada, la levanta con las dos manos con todas sus fuerzas. Boores toma el cetro que estaba en el suelo y entre los dos hermanos empiezan a repartir grandes golpes, ayudados por muchos de los que había allí, pues de otra forma no habrían podido resistir mucho tiempo, aunque hubieran sido dos de los mejores caballeros del mundo. Y a pesar de todo el esfuerzo, no pudieron resistir, pues el rey volvió en sí y, poniéndose en pie, juró que en mala hora escaparía uno.

Dorién corre tras Lionel que se dirige a la puerta hacia donde lo llevaba la doncella para escapar fuera. Al verlo venir, Lionel se vuelve, levanta la cortante espada y lo golpea con las dos manos; Dorién intenta protegerse con la mano izquierda, pero la espada se la corta y le corta la mejilla izquierda, la oreja y el cuello hasta la mitad, y se lo hubiera cortado todo si la espada no se hubiera detenido en los huesos, que eran demasiado duros y el niño no tenía suficientes fuerzas para cortarlos. Boores, mientras tanto, levanta el cetro y le descarga un golpe en la frente con todo el vigor de sus dos manos, de forma que el cráneo no puede dejar de romperse. Dorién, herido de muerte, cae al suelo gritando; el rey acude rápidamente y se da cuenta de que allí hay mucha gente que le amaba poco, pero descuidando su propio cuerpo y su corazón, corre tras los niños con una espada desenvainada, que le había entregado uno de sus caballeros, y

con el manto enrollado en el brazo.

La doncella del Lago que lo ve venir así, se asusta, pero recuerda la orden de su señora: lanza el hechizo y hace que los dos niños parezcan dos lebreles y los lebreles toman el aspecto de niños, y así les pareció a todos los que lo vieron. En esto, llega el rey, corre contra los dos niños, que los tenía la doncella, y levanta la espada para golpearlos. Ella avanza hacia el rey para evitarlo, con gran atrevimiento; el golpe le alcanza en el rostro, tan cerca del puño del rey, que es herida con el puño de la espada: le corta piel y carne desde la ceja derecha hasta la mejilla, de forma que se le notó el resto de la vida.

La sangre cubre a la doncella, que lanza un grito y dice al rey:

—Señor Claudás, mal he pagado el venir a vuestra corte, pues queréis matarme a dos de los más hermosos lebreles del mundo y me habéis herido a mí misma.

Entonces el rey se detiene a mirar y le parece verdaderamente que los dos niños son dos perros y un poco más allá ve a los dos lebreles que huyen hacia un establo por el ruido y el movimiento que los ha espantado. Corre tras ellos pensando que son los niños. Los lebreles se han refugiado en una habitación y el rey, que les persigue, empuñando la espada, la levanta y da un golpe al umbral de la puerta, con tanta fuerza que toda la espada vuela hecha pedazos. Se detiene, contempla la espada durante un rato y dice que Dios sea adorado, pues se ha partido, «y pienso —añade—, buen Señor, que lo habéis hecho por mi honor, pues hubiera dado muerte con mi propia mano a esos dos niños, reprochándomelo para siempre y siendo recriminado por ello en todas las cortes. Ahora los haré morir de forma más honrosa para mí y que sirva de escarmiento para los que pretendan hacerme daño».

Arroja lo que le queda de espada y salta hacia ellos atrapándolos, y está convencido de que tiene a los dos niños: se los entrega para que los guarden a los nobles en quienes más confía, hasta que decida cómo actuará. El rey está triste por la muerte de su hijo que está en el suelo; los maestros no están menos afligidos por los dos niños, que piensan que morirán.

Pero la historia no habla más ni de ellos, ni de Claudás y vuelve a la doncella del Lago que había ido a la corte en busca de los dos hijos del rey Boores de Gaunes; gracias a su esfuerzo se los lleva, librándolos de la muerte; ahora oiréis cómo los conduce al lugar del que había salido.

XIII

Cuando la doncella del Lago, la que había salvado a los niños —tal como habéis oído—, vio que toda la corte se había alborotado y que ya había cumplido gran parte de lo que se le encomendó, se puso muy contenta, preocupándose poco por el golpe que había recibido en el rostro. Se lleva a los dos niños lejos de la corte: cuando los dos escuderos, que estaban esperándola fuera, la vieron herida en el rostro, se asustaron; le vendan la cara siguiendo sus instrucciones con su propia toca sin ponerle nada más, pues ella no quiso, por miedo a que se le empeorara. Después, monta sobre su palafrén y coloca a Lionel delante de ella, mientras que uno de los escuderos se pone a Boores delante. Así bajan por todas las calles y se alejan de las lamentaciones que el pueblo está haciendo ante el Palacio Real; todos cuantos lo ven piensan que llevan dos lebreles y lo mismo piensan los escuderos.

Cabalaron hasta llegar al bosque en el que estaba esperándolos su gente, pero nadie sabía por qué había ido la doncella a la corte del rey Claudás. Dejan aquel lugar y galopan por los atajos más cortos que conocen; pasaron la noche en el mismo sitio que habían pasado la del día anterior, y Lionel seguía sin probar bocado, aunque el peligro le había hecho olvidar el hambre y el malestar. Cuando llegaron a su albergue ya era noche cerrada.

Fue entonces cuando la doncella decidió revelar su hechizo y mostró a los caballeros los dos niños:

—Señores, ¿qué os parece? ¿No ha sido una presa hermosa y rica?

—Sí, ciertamente, la presa es hermosa y rica.

Y todos se quedan sorprendidos, pensando dónde los había podido encontrar, y se lo preguntan a la doncella sin cesar, pero ella no les dice la verdad, sino que les contesta que se ha esforzado mucho y que por eso los tiene.

No es necesario preguntar si los niños se saciaron aquella noche: la doncella se ocupó de ellos como si fueran sus propios hermanos, porque su dama se los había encomendado tan encarecidamente, y no les faltó nada, sino sus maestros. La doncella los reconforta y tranquiliza, diciéndoles:

—No temáis, mis niños, pues vuestros maestros no sufrirán ningún daño.

Y les decía esto por animarlos, aunque poco le importaba el resto, teniéndolos a los dos. La doncella reconforta a los niños y les prohíbe que digan de quién son hijos, por lo que más quieran, «pues os matarían y acabarían con vosotros. Os voy a llevar a un lugar en el que tendréis cuanto os podáis imaginar y pedir, y vuestros maestros no tardarán en llegar allí».

Así les hablaba la doncella a los dos niños, que pasaron la noche acostados con ella.

La mañana siguiente, tan pronto como hubo claridad, la joven se levantó y se puso

en marcha con todo su acompañamiento: no descansaron hasta llegar ante su dama, que estaba esperándolos. Al ver a los niños, muestra una gran alegría y se pone tan contenta que más sería imposible; alaba a la doncella por su labor y le dice que le ha dado todo lo que deseaba. Cuando llegaron los niños no estaba Lanzarote, pues se encontraba en el bosque, pero a su regreso se alegró por los niños, pues pensaba verdaderamente que eran sobrinos de la dama y ella así lo simulaba.

Lanzarote se sintió muy contento con la compañía de los dos niños y comoquiera que fuese, o por naturaleza, o por la gracia de Dios, o porque pensaba que eran sobrinos de la dama, su corazón lo arrastraba más hacia ellos que hacia cualquier otro niño, aunque eran muchos los que allí había: desde entonces no pudo ser amigo de nadie, a no ser de ellos; a los demás los consideraba como si fueran sus servidores, mientras que a estos dos los tenía por compañeros. Y desde el primer día comieron en el mismo plato y durmieron en el mismo sitio. Y así se juntaron los tres primos bajo la custodia de la doncella del Lago.

Pero la historia se calla en cuanto a ellos se refiere y vuelve con el rey Claudás.

XIV

Cuenta ahora la historia que cuando el rey Claudás tomó a los dos lebreles creyendo que eran los niños, se volvió hacia su hijo, que estaba muerto, y empezó a mostrar un gran dolor, a pesar de que no estaba acostumbrado a sentir aflicción, pues era hombre de corazón duro y vigoroso, que no le importaban nada las desgracias; sin embargo, no se pudo consolar por esta pérdida —y no lo podría haber hecho fácilmente—, pues sólo tenía ese hijo, que era tan generoso, cortés y valiente como ha contado la historia.

Mientras se lamentaba, no estaba a salvo, pues todos los habitantes de Gaunes se habían alborotado y puesto en movimiento porque Claudás quería matar a sus dos señores delante de ellos: corrieron a las armas los caballeros y los burgueses, que eran muchos, ricos y acomodados, y se armaron sus hijos tan pronto como oyeron la noticia de que los dos niños iban a morir.

Farién y su sobrino, totalmente desconsolados, se refugiaron en la torre, llamaron a una parte de los caballeros del reino que habían acudido a la fiesta, y a algunos burgueses de la ciudad: todos juntos acuerdan que si Claudás quiere destruir a los niños, que morirán antes si no los rescatan. Los caballeros piden sus armas, que estaban en la fortaleza, pues en aquel tiempo era costumbre que los caballeros fueran a la corte o que cabalgaran lejos de su tierra siempre con las armas.

Cuando estuvieron armados, se apoderaron de toda la torre, que era fuerte. Claudás, que seguía lamentándose por su hijo, lo oyó decir, pero no aparentó preocupación, como hombre valiente y esforzado en todas sus desgracias. Abandona el duelo, convoca a su consejo, manda escribir cartas y ordena que vengan todos sus vasallos de la Tierra Desierta y de las fortalezas del reino de Benoic que él había guarnecido; y aunque con él había un gran número de nobles de su tierra y del reino de Benoic, no se fiaba mucho, pues eran numerosos los que lo habían dejado, yéndose con Farién y con los que se habían apoderado de la torre.

Después, Claudás vuelve junto al cuerpo de su hijo, lo llora y se lamenta con tanta amargura que todos sienten compasión, incluso los que lo amaban poco. Continuamente se desmaya el rey, pues no puede resistir el dolor; cuando vuelve en sí, habla como hombre con sufrimiento y angustia en su corazón:

—Buen hijo Dorién, caballero noble y extremadamente bueno, si hubierais vivido el tiempo normal, no sé de nadie —si no uno sólo— en el mundo que después de vuestra muerte se hiciera amar y temer tanto por todos los hombres; y hubierais sido más amado y temido que el que ahora supera a todos, buen hijo, si hubierais vivido más tiempo; y hubierais tenido valor, fuerza y poder para conquistar todo el mundo, pues el hombre sólo necesita tres cosas para dominar: amabilidad, generosidad y valentía. La

amabilidad consiste en dar grandes fiestas, agradar y entretener a los que están por debajo. Generosidad es dar con gusto y con cara alegre a todos aquellos que puedan emplear bien los regalos: a unos por su valor, y a los malos, por el valor que hay en el dar, pues quien quiere ser auténticamente generoso, debe hacer dones al noble necesitado, porque es noble, y al malvado que lo necesita, porque es generoso, ya que el hombre generoso no se debe ocupar de si uno es bueno o malo, sino solamente de los regalos y de los dones. Pero de nada valen amabilidad y generosidad si no está presente la tercera virtud, que es valentía. Valentía es una gran virtud que hace amar y querer a los amigos como si fueran el propio cuerpo, y odiar a los enemigos sin compasión y sin misericordia, y sólo puede vencerse con amabilidad.

Quien reúne estas tres cosas, buen hijo, puede superar a todos los demás; y vos las teníais, pues desde que el mundo existe no ha habido nadie que se os pudiera comparar en cuanto a compañerismo y hospitalidad, ni entre propios, ni entre extraños. Con respecto a vuestra generosidad, no eran nada los más generosos, pues a vos os alegraba el regalar más que a nadie el recibir. Y no temíais sino que vuestros regalos no agradasen a aquellos a quienes se los dabais con amor, y que los rechazaran.

Por otra parte, la valentía se albergaba en vos con tal naturalidad, que nadie os podía obligar a amar a los orgullosos o creídos. Erais felón contra los felones, a quienes no podíais ni mirar y decíais que no se deben emplear los ojos para ver cosas malas, pues por los ojos se resentía del mal olor el corazón en el vientre. Buen hijo, ésas han sido las mejores palabras que he oído decir a ningún niño. A pesar de la cara que os ponía, yo os amaba más de lo que podría contar y no tanto porque fuerais mi hijo como por el gran valor de vuestro corazón. Y el hecho de que yo os alejara de mí, buen hijo querido, no se debía a que no quisiera ver vuestra generosidad o las acciones extraordinarias de vuestro corazón, pues no creo que nadie se atreviera a contemplarlo sin alegrarse.

Buen hijo, por vos había cambiado yo todas mis antiguas costumbres, pues nunca fui generoso y no podía serlo por mi propia mano, pero lo era a través de la vuestra. No creo que a partir de ahora pueda salir victorioso gracias a mi valor, pero si vos estuvierais vencería a todo el mundo. Buen hijo dulce, Dios os había purificado y limpiado de todas las malas cualidades y os había llenado de virtudes, igual que el oro es puro y limpio por encima de todos los metales, y que el rubí es más rico y precioso que cualquier gema. Pero no creo que Dios os hiciera así, ni tan bueno, hermoso y agradable si no fue para privarme de vos cuando más a gusto me encontrara con vuestra compañía, y para hacerme morir de dolor y tristeza por la angustia de vuestra muerte. Pero, ciertamente, no voy a morir todavía, sino que viviré mucho más de lo que desearía, y tendré que consolarme con el único consuelo que puedo encontrar, la contemplación del mundo. Y cuanto más lo contemple, menos lo estimaré, pues cada vez me parecerá peor: hoy ha empeorado más de lo que un corazón podría pensar y de

lo que una boca podría decir, pues esta mañana tenía el mundo dos pilares en que sostenerse, y ahora sólo le queda uno; uno de ellos habría podido soportar tanto peso encima que el otro se habría roto. Buen dulce hijo, vos fuisteis uno de esos dos pilares, el otro es el rey Arturo. Si hubierais vivido el tiempo normal, se hubiera roto. Ahora puede vanagloriarse de que hoy soporta todo el peso del mundo porque la muerte ha acabado con vos; pero ya que no hay ninguna fuerza que pueda resistirse frente a Dios, hay que soportar los sucesos que sobrevienen, ya sean buenos o malos. De esta desgracia no le daré las gracias a Nuestro Señor Dios, ni quiero que nadie me consuele por vuestra muerte, por muy amigo mío que sea, pues nunca lo volvería a amar: quiero que todo el mundo sepa que es una pérdida de la que no nos podremos consolar.

Así llora el rey Claudás a su hijo y se lamenta con amargura, desmayándose frecuentemente sobre el cuerpo de forma que todos los que lo ven piensan que va a morir muy pronto. Él es el primero en admirarse por la resistencia de su corazón y se extraña de que no se le parta en el vientre; se desprecia y se insulta con tanta dureza que muchos de los que no lo querían sienten compasión. Pero las noticias, que corren rápidas, llegan a Farién, el maestro de Lionel, y a los demás caballeros que le obedecen en todo: se han enterado de que Claudás ha enviado sus cartas a la Tierra Desierta para reunir a sus hombres, pues a la fuerza desea llevarse de allí a los niños, para matarlos cuando estén en un sitio seguro.

Piensan qué pueden hacer y al fin decide Farién que atacarán a Claudás en su propio palacio y que lo incendiarán si no les entrega a los niños, «pues nosotros tenemos mucha más gente que ellos y la razón está sobradamente de nuestra parte, ya que quieren matar a nuestros señores; si morimos por ellos, será un acto honroso con respecto al mundo y nos considerarán nobles y valientes, pues por librar al señor de la muerte se debe arriesgar el cuerpo sin ningún titubeo. Quien muera por ello, se salvará como si muriera combatiendo contra los sarracenos, que son enemigos de Nuestro Señor Jesucristo».

Todos están de acuerdo con esta decisión y van armados al palacio donde Claudás está haciendo su duelo; son cerca de treinta mil entre caballeros y sirvientes, burgueses e hijos de burgueses, a pie y a caballo. Cuando estuvieron todos reunidos ante el palacio, eran notables el ruido y el tumulto.

Claudás pregunta qué es aquel alboroto y le dicen que son gentes del reino y de la misma ciudad, y que van armados. Al instante se pone una loriga, se ata el yelmo con toda rapidez, se cuelga del cuello el escudo, ciñe una espada clara y cortante, toma un hacha grande y pesada, de hoja aguda y bien afilada y de mango fuerte y bien recto, reforzado con hierro: era el hombre del mundo a quien más le gustaba luchar con hacha en los encuentros de numerosos combatientes y sabía utilizarla con habilidad para descargar grandes golpes.

Cuando ya estaba preparado, y su gente también, se acercó a las ventanas del

palacio y vio a Farién al frente de todos, montado en un gran caballo, y bien armado; le pregunta qué es lo que quieren. Farién le responde que piden que les sean entregados sus dos señores, los hijos del rey Boores, que están allí dentro y que exigen que se los devuelvan.

—¿Cómo, Farién, no sois vasallo mío igual que todos los que están con vos?

—Señor Claudás, no hemos venido a discutir aquí como si fuera un pleito; devolvedme a mí y a los demás a los niños que yo estaba guardando. Después, si tenéis algo que preguntarnos, estamos dispuestos a que se haga justicia en todo con vos y con los demás.

Claudás era prudente y se dio cuenta de que no podría enfrentarse con los de la ciudad y que tendrá que entregar a los niños; pero lo hará con gran rabia, pues era muy valeroso y si fueran igual los que con él estaban, no temería enfrentarse a nadie. De todas formas, a pesar de que al fin tendrá que devolverlos, no está completamente decidido y quiere retenerlos tanto tiempo como pueda, y si los tiene que entregar, lo hará de tal manera que no podrá ser acusado de cobardía.

Entonces, le dice a Farién que recuerde su juramento de fidelidad y de vasallaje, y que vuelva a su lado.

—Señor, entregadnos a los niños, pues así debéis hacerlo. Si así lo hacéis nadie de los que están aquí os deseará ningún mal. Si no los entregáis de grado, moriréis todos, vos y vuestra compañía, pues todos los que aquí veis están dispuestos a perder la vida antes que ver morir a sus señores.

—Pues que cada cual haga lo que mejor pueda, porque no los entregaré hasta que se me fuerce a ello.

Apenas ha pronunciado estas palabras, comienza el ataque al palacio: fue duro y violento, con arcos y ballestas y con hondas reforzadas; vuelan piedras, flechas y cuadrillos con tal abundancia como si lloviesen del cielo.

Claudás y sus gentes se defienden con valor las ventanas y las almenas están protegidas por caballeros y servidores. Los de fuera van en busca de fuego para lanzarlo al palacio con las hondas. Al verlo Claudás, se olvida de su cuerpo y de su corazón, como hombre valeroso que era; hace abrir la puerta, se pone en mitad del patio con el hacha en el puño y da grandes golpes, peligrosos, allí donde piensa que serán más efectivos. Los arqueros y ballesteros disparan contra él por el daño que ven que ha hecho y que sigue haciendo: le alcanzan, hiriéndole en muchos lugares, pero él no se mueve ni por los flechazos ni por las heridas, sino que se mantiene guardando la puerta e impidiéndoles el paso con la cortante hacha, con la que descarga tremendos golpes: en poco tiempo ha dado veinte hachazos, sin que el más fuerte pudiera hacerle ningún daño; la mayor parte de los hombres de Farién le tienen miedo y no se atreven a acercársele, antes bien, retroceden y le dejan libre el camino.

Así defiende Claudás la puerta con el hacha que corta con suavidad. Cuando el

sobrino de Farién, que era valiente y esforzado, vio que maltrataba de tal forma a su gente y que les causaba tanto daño, se encolerizó en su corazón; montaba un caballo extraordinario e iba completamente armado: el yelmo en la cabeza, el escudo al cuello, empuña una lanza de asta corta y gruesa, y de punta afilada. Pica con las espuelas al caballo y galopa directo hacia Claudás, que está en la misma puerta; ha apuntado bien y lo hiere, pasando y rompiéndole la loriga en el hombro izquierdo. El hierro, que era agudo, y cortante, le entra atravesándole el hombro de parte a parte, a pesar del otro doblez de la loriga, de forma que la punta y parte del asta le salen por el otro lado. Le empuja con toda la fuerza de su brazo y con el ímpetu del caballo lo derriba, pero antes de caer se apoya en una pared junto a la puerta. El sobrino de Farién lo golpea con tanto vigor que la lanza entera vuela hecha pedazos, y el caballo, que no pudo detenerse porque iba muy veloz, chocó contra el muro con la cabeza, el pecho y las patas, partiéndoselo todo, cabeza, cuello y pecho, y por poco no se mató también el jinete. El caballo cae muerto y el sobrino de Farién queda aturdido en el suelo. Claudás estaba herido, apoyado en la pared, con el asta que le sale por delante y por detrás, y la roja sangre que le mana por los dos lados y por los dos agujeros, hasta el suelo; antes de que pudieran cogerlo del sitio en el que está, lo hieren más de cuarenta con flechas, cuadrillos y piedras grandes y pequeñas, de modo que cae de rodillas.

El griterío y el ruido de los burgueses se elevan al verlo caer. El sobrino de Farién vuelve a él corriendo, después de haberse levantado, y le ataca con la espada desenvainada dispuesto a darle un gran tajo, y en verdad que tenía corazón y valor para hacerlo y no odiaba a nada tanto como a Claudás. Cuando éste lo vio llegar, se vuelve a poner en pie sintiendo gran vergüenza porque sus enemigos lo habían visto en tal situación. Con las dos manos alza el hacha con la fuerza de los brazos, mientras que el sobrino de Farién, que no lo odiaba poco, llega a él con precipitación, la espada en la mano y el escudo puesto sobre la cabeza, y le da un tajo con el temple de toda su fuerza, de forma que le parte el yelmo y la ventana y la espada continúa descendiendo por la mejilla de forma que le corta todo el lado por la parte de la oreja izquierda, hasta los dientes.

Claudás, que había levantado el hacha para dar un golpe grande y pesado, le alcanza en el pico del yelmo, rompiendo cuanto encuentra a su paso hasta la cofia, de forma que tres dedos más abajo se podían ver las mallas por el golpe. El hacha atraviesa el escudo —del que quedó desprotegido por el gran golpe—, partiéndolo hasta la bocla y por poco no le cortó el brazo con que lo sujetaba. El sobrino de Farién esquivo un daño mayor saltando hacia atrás y hacia un lado, con gran agilidad y rapidez.

Por el gran golpe que recibió Claudás a lo largo de la mejilla, quedó maltrecho y no hacía falta que contribuyera a ello la herida del hombro; las heridas que tenía por las flechas y cuadrillos que volaban abundantes lo debilitaron y empeoraron mucho. De nuevo vuelven a dispararle los cuarenta que no se atrevían a ponerse al alcance de las

manos; en medio de todo, se dirige a él un caballero montado en un veloz caballo y le golpea con una lanza en el pecho, con tanta fuerza que por poco no se la metió en el cuerpo, pero la loriga resistió sin romperse y la lanza se partió, volando en pedazos. El caballero, que iba rápido, choca con el rey con tal violencia que lo derriba al suelo, y se desmaya. Acude entonces el sobrino de Farién, contento con la situación, le levanta las faldas de la loriga y se dispone a clavarle la espada en el cuerpo, pero las gentes de Claudás salen del palacio a rescatar a su señor y cuando lo ven en tal estado, se exponen al peligro, atacan a los que se habían metido en la puerta para impedirlo, los obligan a retroceder y consiguen volver a levantar a Claudás en pie, pero estaba tan malherido que apenas se podía sostener.

Se produce entonces, alrededor de él, un encuentro muy peligroso, y es tan grande el ruido de las espadas y de las hachas sobre los yelmos y los escudos, que toda la ciudad retumba. Sus enemigos lo derriban continuamente y sin cesar entre las patas de los caballos, por los grandes golpes que le dan con espadas y hachas; y sus hombres lo vuelven a levantar con rapidez, exponiéndose a morir por él. El combate duró mucho tiempo, hasta que Farién acudió espoleando, bien armado, como corresponde a caballero que lleva buen caballo. Tras él entran en combate numerosos jinetes de aquella tierra e hijos de los mismos burgueses, que eran muchos y valientes. Farién ve a las gentes de Claudás defendiéndose con rapidez y agilidad, y puede contemplar al mismo rey, que ha perdido mucha sangre, y sin embargo recobra las fuerzas y el aliento y el valor y se defiende con todo el vigor que el cuerpo le permite: todos lo admiran y Farién se dice que en mala hora tuvo tierras aquel hombre, pues en él había deslealtad y felonía.

En esto, el sobrino de Farién volvió a atacarle con ímpetu, pues le tiene un gran odio. Claudás lo ve venir, dándose cuenta de su gran odio. El rey era corpulento, robusto y sería muy fuerte si no hubiera perdido tanta sangre; se dirige hacia su enemigo, pues prefiere —si tiene que morir— morir con valor y no aparentando o mostrando cobardía. Aquél le ataca con la espada desenvainada: los dos estaban encolerizados y, así, se dan tremendos golpes sobre los yelmos con las claras espadas tajadoras, de forma que se hieren fácilmente. El sobrino de Farién no lo tiene a broma, pues el rey lo ha golpeado con tanta fuerza como si no estuviera débil, aturdiéndolo hasta el punto de que tuvo que apoyar las manos en el suelo.

En ese momento, Claudás se le echa encima, le arranca el yelmo de la cabeza y se dispone a cortarle la cabeza cuando Farién avanza empuñando la lanza, rompe la barrera de combatientes con el buen caballo que montaba y golpea a uno de los caballeros de Claudás que se había parado al lado del rey para matar al sobrino de Farién. Farién le golpea con tanta fuerza que la loriga no puede resistir, y le mete por el costado el cortante hierro de la lanza junto a la tetilla izquierda, de modo que lo derriba muerto delante de Claudás, dejándole la lanza metida en el cuerpo, y a

continuación desenvaina la blanca espada y descarga un gran tajo sobre el yelmo de Claudás, haciendo que apoye en el suelo las manos y las rodillas, completamente aturdido. Su sobrino, que era valeroso y decidido, lo sujeta por los brazos y lo hace caer a tierra bajo su propio cuerpo e intenta clavarle la espada. Allí hubiera acabado la guerra para Claudás, pero Farién salta del caballo y se lo impide, diciéndole:

—Buen sobrino, ¿qué queréis hacer, vais a matar al mejor caballero del mundo y al mejor príncipe de su edad? Aunque me hubiera quitado todas las tierras, si pudiera evitar que muriera, lo haría, pues nadie podría reparar la muerte de hombre tan valiente y no hay ningún hombre valiente y noble que no reconozca, agradecido, el bien y el honor que se le hace en caso de necesidad.

—¿Cómo? Hijo de puta, traidor, ¿queréis evitar la muerte de éste que os ha hecho todo tipo de afrentas y que pretende matar delante de vos —sin juzgarlos— a los hijos de nuestro señor natural? Ciertamente, tenéis un corazón vil y malvado en el vientre y mejor os conoce quien os humilla que quien os honra, pues el corazón de un caballero auténticamente valeroso recuerda siempre la humillación y la afrenta.

—Callad, buen sobrino; por nada se debe intentar la muerte del propio señor, ni su deshonor, y menos cuando se le tiene vencido, si antes no se han roto los vínculos de vasallaje con lealtad y de forma justa. Éste es mi señor y yo soy vasallo suyo: debo protegerlo de la muerte y evitarle las afrentas en la medida de lo posible, por respeto a la promesa que le hice y el juramento que le presté. También debo proteger a los hijos de mi señor, de quien soy vasallo con anterioridad, y debo custodiarlos porque le juré que así lo haría y que los criaría.

En esto, Claudás se ha levantado el nasal del yelmo y ha podido oír las palabras de ambos, y entonces grita como quien tiene gran miedo a la muerte:

—Farién, buen amigo, gracias; procurad que yo no muera y en buena hora habréis dicho las palabras que dijisteis. Tomad mi espada, os la entrego por ser el más leal caballero que he visto nunca e inmediatamente os voy a devolver los dos niños. Sabed que si os tuviera a todos en Bourges, a ellos y a vos, no les haría ningún daño, antes los defendería, pues en este instante os habéis ganado mi corazón y mi amor para siempre por la gran lealtad que he encontrado en vos en un momento de tanta necesidad.

Con estas palabras termina el combate; Farién hace que se separen unos y otros y les dice a los nobles más importantes del reino que le esperen, pues les va a pedir los niños. Entonces entra en el palacio con Claudás y éste ordena que se los traigan; apenas ha dado la orden, se desmaya por la sangre que ha perdido: saltan hacia él sus hombres, temerosos de que haya muerto, le quitan el yelmo de la cabeza con rapidez y le echan agua hasta que vuelve en sí; él siente gran furor y vergüenza por haberse desmayado delante de su gente. En esto, traen a los dos lebreles y todos piensan que son los niños; Claudás se los entrega a Farién. Con gran aflicción por el recuerdo de su hijo, se vuelve a desmayar entre los brazos del maestro.

Farién toma a los dos niños y se los lleva pensando que realmente son ellos, y lo mismo piensan todos los demás; jóvenes y viejos muestran una gran alegría, los acompañan a la torre entre honores, mientras que censuran, irritados, a Farién por no haber golpeado a Claudás en la cabeza o no haber permitido que otro lo matara. Él se defiende diciendo que hubiera sido una gran desgracia, pues es muy valiente, «y sabed que no tenía a los niños con intención de hacerles ningún daño».

Así se lo reprochan todos los que están allí y su sobrino más que nadie, pues era el que más odiaba a Claudás, y está tan encolerizado que poco falta para que pierda el sentido.

Mientras tanto, Claudás está en su palacio y vuelve a empezar el duelo por su hijo, al que ve muerto. Antes de que le quiten la loriga de la espalda, llegan los médicos y le arrancan el trozo de asta que el sobrino de Farién le había clavado en el hombro, le limpian la herida de la mejilla, que era grave, y lo curan y arreglan como buenos conocedores del oficio; él soporta todo lo que le hacen con valor y buen ánimo.

Después de limpiarle la herida de la mejilla y de haberle vendado muy bien la del hombro, vuelve a su duelo, sin que nadie se atreva a impedirselo y realmente extraña que pueda resistir tanto. Como no sabe qué puede ocurrir, se vuelve a poner la loriga a la espalda y ordena que ninguno de sus hombres deje las armas, pues ignora lo que va a pasar y están entre gentes que no los quieren, como bien ha podido experimentar y comprobar hoy mismo. Después hace que cubran de hierro tres caballos buenos y fuertes, que había en la sala, y en los que él confiaba para escapar si aumentaba el peligro.

Así se prepara el rey Claudás y dispone a sus hombres, pero no revela a nadie su pensamiento, ni deja de llorar a su hijo, pues lo amaba tanto que no podía olvidarlo.

Por su parte, Farién y sus gentes han vuelto a la torre, con gran alegría, porque pensaban haber recuperado a sus señores. Pero tan pronto como anocheció, justamente a la misma hora en que la doncella del Lago les mostró a los niños a los que estaban cenando con ella, en ese mismo momento, adquirieron los lebreles su auténtica apariencia y así los vieron en la torre de Gaunes. Todos se quedaron más sorprendidos y asustados que nadie, y vuelve a empezar la preocupación, la angustia y el dolor de los caballeros de Benoic; todos a una gritan que irán a matar a Claudás, o que morirán ellos, pues ya están seguros de que ha dado muerte a sus dos señores. La aflicción de Farién es muy superior a la de todos los demás, como si ya nunca fuera a ver a sus señores, a los que amaba y quería por encima de todo en este mundo: teme y piensa haber perdido cuanto ha estado cuidando y criando. Siente tal dolor en el corazón que por poco no se le parte.

Se retuerce las manos y se golpea con ellas continuamente, se arranca los cabellos en abundancia, rasga sus vestidos con tanta violencia que los trozos caen a su alrededor, lejos y cerca, se araña el rostro y el cuello de forma que la roja sangre le cae por el

cuerpo hasta el suelo, grita y se lamenta dando voces tan altas que se le puede oír a la distancia de un tiro de arco. Ante tales muestras, el pueblo se reúne y todos cuantos lo ven tienen gran compasión por él, y lloran con tanta amargura como si estuvieran viendo morir al ser más querido.

Es grande el duelo que hacen Farién y los que con él están: es tanto el ruido y el tumulto que Claudás lo oye sin dificultad desde su palacio. Se pregunta admirado qué puede ser, hace que se enteren y le contestan que procede de la torre. Al punto envía allí a un servidor y poco después ve a su mensajero que regresa huyendo con gran miedo de morir, pues los de la ciudad lo persiguen con hachas y espadas, lanzas y cuchillos agudos y cortantes, que le arrojan a la espalda: le han hecho tres heridas para las que necesitará médico si quiere curarse.

El rey se admira al ver a su servidor que vuelve de tal forma. Le pregunta qué ha ocurrido y le dice gritando como puede, débil por la sangre que ha perdido por las heridas:

—Ay, señor, marchaos a uña de caballo lo más deprisa que podáis, pues todo el pueblo de Dios viene hacia aquí dispuesto a destruir el palacio y a despedazar vuestro cuerpo, porque dicen que habéis dado muerte a los dos hijos del rey Boores y que les habéis entregado dos lebreles atados con cadenas, en vez de darles a los niños: nunca visteis a gente tan dispuesta a hacer daño. Nada más reconocerme, me atacaron y me han dejado tal como podéis ver antes de que me diera tiempo a explicarles nada: sé que estoy herido de muerte.

Cuando Claudás oye estas palabras, se pone en pie de un salto, pide la espada, el yelmo y el escudo, y ordena que se preparen todas sus gentes; después dice, para que lo oigan todos:

—¡Ay, reinos de Benoic y de Gaunes, me habéis costado tantos esfuerzos y tantas penas! Gran locura comete quien deshereda de sus posesiones a otro, quitándole la tierra, pues no volverá a estar tranquilo ni una sola hora, ni de día ni de noche. Poco puede gobernar a un pueblo el que no está en sus corazones. Verdaderamente, la naturaleza del hombre manda sobre todas las cosas, pues hace que se ame al señor natural por encima de todo. Por eso, es un loco y un temerario quien por deseos de poder terrenal, que dura tan poco, se carga de pecados y de la pestilencia de haber desheredado a otro, pues el mayor dolor que puede entrar en el corazón es el de haber sido desposeído de las propias tierras; este dolor sólo es comparable a la pérdida de un amigo íntimo, que no tiene consuelo posible, y me he dado cuenta de ello.

Se ha ceñido la espada, se ata rápidamente el yelmo y hace que le pongan unas parihuelas, que acaban de construir, a dos palafrenes: levantan el cuerpo de su hijo, pues no quería dejarlo allí. Después, sale por la puerta, monta en uno de los caballos que había recubierto de hierro, y atraviesa la calle con cuarenta caballeros bien elegidos, dispuestos todos ellos a defender su vida si les atacan. Claudás, su hijo y los

demás consiguen salir de este modo. Entonces, llega Farién con su acompañamiento, formado por numerosos caballeros del reino, por todos los burgueses de la ciudad y sus hijos capaces de llevar armas.

Ya se había mezclado la noche con el día, pero había antorchas y luces abundantes, de forma que se podía ver la calle como durante el día.

Farién cabalgaba el primero, con la lanza recta y el escudo embrazado: bien parece valiente y esforzado montando el caballo rápido y fuerte, y bien parece que todos le deben obedecer, y así lo hacen, pues saben que es leal y noble, como ha demostrado en varias ocasiones. Pero se lamenta con tristeza, recordando en su llanto las buenas cualidades de su señor Lionel y las de su hermano Boores.

—Señor —iba diciendo—, qué gran dolor y qué gran desgracia es que hayáis muerto a tal edad, vos que erais el espejo del mundo y a quien todo el mundo admiraba por encima de todos los niños que hay; teníais poco menos de diez años y parecíais mayor por vuestro cuerpo, y por vuestro buen sentido y valor, semejabais a un anciano canoso, aunque os faltaba un poco de mesura. Erais más hermoso y mejor formado que ningún niño, erais prudente y aceptabais los consejos que se os daban con lealtad, a no ser que fueran en contra de vuestro propio honor. A pesar de las desgracias que pudieran suceder al defender vuestra honra, nadie os podía impedir con sus consejos que la intentarais recuperar o que le hicierais caso: vuestro corazón era tal que nadie podía ponerle freno con sus enseñanzas: vos os habéis dado cuenta antes y nosotros después del daño que llega por rechazar y despreciar un consejo leal.

Así llora Farién y lamenta la muerte de Lionel; grandes lágrimas le corren por la cara. Poco después llegan al lugar en el que Claudás y su gente estaban defendiendo la calle. Cuando el rey ve a Farién, empieza a hablarle, y éste hace que se retiren sus hombres, caballeros y burgueses, hasta que haya hablado con Claudás. Con gusto evitaría Farién el combate —si pudiera hacerlo— pues estaba seguro de que las gentes de Claudás no chocarían con ellos sin que hubiera grandes daños por ambas partes, y temía sobre todo por su sobrino Lambegue, que odiaba ciegamente al rey: sabía que si combatían, uno de los dos moriría; y Claudás era tan buen caballero que Lambegue no le podría resistir mucho tiempo; si el rey lo mataba, el propio Farién lo sentiría tanto que no podría evitar, ni por juramento de fidelidad, ni de vasallaje, acabar con la vida de Claudás, si encontraba la ocasión, y así lo creía. Y entonces cometería una deslealtad, cosa que quería impedir en lo posible.

Todas estas cosas está pensando Farién con gran congoja y preocupación. Claudás se dirige a él, diciéndole:

—Farién, ¿qué queréis, que venís de tal forma con esos vasallos míos? ¿Es para bien mío o en contra de mí? Decídmelo, pues yo no esperaría sino recibir bien de vos y de los otros: por afecto a vos he hecho cuanto me habéis pedido, tanto si era en honor mío como si no.

—Señor Claudás, vos nos prometisteis entregarnos a nuestros dos señores, que eran los hijos del rey Boores, y en cambio nos habéis entregado dos lebreles atados con cadenas; nos parece que es un gran despecho. Si no me creéis, mirad aquí los dos perros.

Y entonces se los enseña. Cuando Claudás los ve, se queda sorprendido y al recobrar la palabra, dice:

—Ay, desdichado, estos son los dos lebreles que trajo la doncella esta mañana cuando yo estaba comiendo: ella se ha llevado a los dos niños, estoy seguro, pero no sé si lo hizo para mi bien o para mi mal. Esto me causa una gran aflicción.

Farién se vuelve a convencer entonces de que Claudás le había dicho la verdad, y el rey insiste:

—Buen amigo, no creáis que os miento por los dos niños, pues ni los he matado, ni los tengo prisioneros: estoy dispuesto a hacer por vos y por este pueblo todo cuanto me pidáis lealmente, y lo que me digáis que debo hacer. Y esto no lo digo tanto por ellos como por vos, porque tengo pruebas de vuestra lealtad y fidelidad incluso en los momentos de mayor apremio: no habrá cosa que me aconsejéis hacer, que yo no haga de inmediato; y que Dios no me ayude si confío más en otro caballero que en vos a partir de ahora, si queréis formar parte de mi consejo. Decidme, qué queréis que haga para que creáis en mi buena voluntad: lo llevaré a cabo sin replicar, ya sea un juramento o una promesa mía y de mis gentes, o me entregaré a vos como prisionero, si así lo deseáis, pero sólo consentiré ser prisionero vuestro y no aceptaré a ningún otro, pues sois vos el más fidedigno y leal de cuantos conozco. Cuando sepáis que los niños están sanos y salvos, y que ni yo ni los míos tenemos nada que ver en el asunto, me dejaréis libre igual que lo estoy ahora, y me protegeréis frente a todos mientras continúe bajo vuestra custodia.

Farién escucha a Claudás, que se le está entregando sin condiciones y entonces siente una gran compasión por él: piensa y cree que no tiene ninguna culpa de la muerte de los dos niños y que bien se los pudo llevar la doncella; comienza a pensar cómo hacer con Claudás y el pueblo para que cumplan su voluntad; sabe, además, que si toma a Claudás bajo su protección y se lo lleva, no podrá defenderlo de su sobrino Lambegue, que tanto odio le tiene, ni de la gente de Gaunes y de Benoic que no lo quieren y teme que lo maten ante sus propios ojos. Considera a Claudás tan noble, tan valiente y tan esforzado, que desea aceptarlo como prisionero, cosa que Claudás no toleraría fácilmente, pues no consentiría ser tenido por cobarde o por miedoso y sobre todo en aquel preciso momento en que aún no estaba en una inferioridad tan manifiesta como para llevar a cabo una acción así de despreciable y vergonzosa. No lo haría si no fuera por amor a Farién y por la confianza que tenía en él, pues sin duda muchas gentes se lo censurarían como cobardía, y no lo verían como acto de buena voluntad. Farién, por su parte, está seguro de que si se le entregaba como prisionero, y

moría por su mala custodia, se lo recriminarían el resto de sus días y sabe que no podrá tenerlo en sitio seguro: así está que no sabe qué hacer y medita en su corazón durante mucho tiempo. Al fin, dice:

—Señor Claudás, es cierto que soy vasallo vuestro, igual que los que están aquí conmigo: no tenemos ningún deseo de haceros daño, si os portáis de forma leal con nosotros; estas gentes creen que los habéis engañado y, sin embargo, vos estáis dispuesto a hacer tales cosas que no parece que seáis culpable de nada. Voy a hablar con ellos, entre los que hay muchos que son más valientes y nobles que yo. Os diré qué quieren hacer, pues no deseo que me acusen sin razón de que os ayudo, pero tampoco deseo que os traten con dureza en contra de toda justicia, aunque sean mis amigos y mis pares, y aunque hayáis privado injustamente de sus tierras a mis señores naturales.

Al punto se dirige hacia los nobles de Benoic y de Gaunes, de los cuales, los más poderosos y los mejores estaban esperándole en la calle, con yelmos atados y los escudos al cuello; entonces, Farién les expone la propuesta de Claudás:

—Decidme ahora —acaba—, ¿qué queréis hacer?

Todos acuerdan aceptarlo como prisionero, si él lo tolera. Farién toma de nuevo la palabra para decirles:

—Entonces, yo querría que me prometierais lealmente que ninguno de vosotros le causará daño ni le molestará hasta que tengáis la certeza de que mató a nuestros dos señores: aun entonces, sólo lo destruiréis mediante un juicio. Y quiero, ya que no acepta ponerse bajo la custodia de nadie a no ser bajo la mía, quiero que lo dejéis en la prisión que yo le dé. Yo seré su único guardián, pues si lo matáis con mala muerte a mí se me reprochará, porque le prometí protección.

—¿Cómo —dice su sobrino Lambegue—, buen tío, queréis proteger al traidor que ha matado a nuestros señores naturales después de haberles quitado las tierras, y que os ha afrentado burlándose de vos de tal forma que si todo el pueblo lo supiera igual que yo lo sé jamás se os volvería a prestar atención, ni a escuchar?

—Mi buen sobrino, tus palabras no me asombran y no me extraña que te falte razón, pues no es frecuente en ninguna tierra que el buen sentido y el valor estén juntos en el corazón de un niño. Y no cabe duda de que tú eres valiente para la edad que tienes y por eso ves con menos claridad en el espejo de la sabiduría: te voy a enseñar algo de buen sentido, pues veo con más claridad que tú muchas cosas; si retienes mis enseñanzas, aprenderéis mucho tú y los niños que quieren lograr prestigio mediante las proezas. Mientras seas niño, si están en un lugar en el que se trate de asuntos graves, procura que tus palabras no sean oídas hasta que hayan hablado los más viejos que tú. Si estás en un combate o en escaramuzas de guerra, o en cualquier otro lugar en el que haya abundancia de buenos caballeros, no esperes ni a los más jóvenes, ni a los más viejos que tú: pica espuelas antes que los demás para dar los primeros golpes allí donde puedas, pues en cuestión de mérito y de honra con las armas no se

debe esperar a nadie, pero sí cuando se trata de aconsejar, entonces los niños deben esperar a los más ancianos. Ya sabes que es un gran honor morir como valiente y como esforzado, pero grandes afrentas y reproches derivan de decir palabras necias y de dar malos consejos. Te he hablado así porque me has censurado delante de todos estos hombres que saben mejor que tú qué es el buen sentido y la razón. Muchos de los aquí presentes estarían de acuerdo con la muerte, justa o injusta, de Claudás: si lo mataran sin causa evidente, estarían deshonrados para siempre, pues no veo a ninguno que no le jurara lealtad y vasallaje con las manos juntas: unos lo hicieron de buen grado y otros a la fuerza, pero todos lo juraron. Cuando un caballero se entrega como vasallo, debe proteger a su señor feudal, como a su propio cuerpo, contra todos los peligros. Dios no ha hecho aún una corte tan alta en la que no me atreva a mantener mi punto de vista, pues por defender la lealtad no debe ser afrentado nadie: por eso, que sepan todos los caballeros aquí presentes que tienen que proteger el cuerpo de Claudás como a los suyos propios, por el juramento que le hicieron; no conozco peor deslealtad que la de matar a su propio señor. Pero si el señor maltrata a su vasallo o le causa daño, el vasallo debe hacerle entrar en razón mediante sus familiares en el término de cuarenta días y si en ese tiempo no consigue justicia, que le devuelva el juramento delante de todos los pares, no en secreto, pues lo que se hace abiertamente es testimonio de lealtad y lo que se hace en secreto indica maldad y felonía. Si el señor no quiere rectificar su conducta con respecto al vasallo, ni hacerle justicia, a partir del momento en que haya roto el juramento, puede responderle y quitarle cosas suyas, sin que en ello haya nada malo. Pero debe evitar darle muerte o entregarlo para que lo maten, pues no debe recibir la muerte de sus manos, a no ser que haya cometido asesinato, felonía o traición contra él. El que derrame la sangre de su señor por cualquier otro motivo, es traidor, perjuro, asesino y fementido y en él se encuentran los siete pecados peores. Por eso, señores, os pregunto qué vais a hacer en este asunto, y si me aseguráis que Claudás no tendrá que preocuparse por ninguno de vosotros, por mucho mal que haya hecho, que no le daréis muerte antes de que haya sido juzgado en la corte del rey Arturo, si me lo aseguráis, lo aceptaré bajo mi protección. Si no lo hacéis así, que cada uno haga lo que mejor pueda, pero yo no me dejaré deshonrar en la tierra para siempre por la muerte fea y vergonzosa de un solo hombre y no estoy dispuesto a perder mi alma durante la eternidad sin posibilidad de salvación, pues no sé cómo podrá tener la honra del otro mundo —que no tiene fin— quien la haya perdido en éste por su propia deslealtad y culpa. Decidid ahora entre todos y decidme qué vais a hacer.

Farién se retira entonces a un lado y los otros hablan juntos. Al fin acuerdan no aceptar a Claudás como prisionero mediante un pacto, pues lo pueden coger a la fuerza pues no tiene ni la tercera, ni la quinta parte de hombres que ellos, y están dominados y en sus tierras. Todos los jóvenes bachilleres aceptan a una voz esta propuesta y es Lambegue, el sobrino de Farién, el que con más fuerza la sostiene: dice y jura que

Claudás no puede hacer nada contra ellos y que antes de que anochezca será hecho prisionero, o habrá muerto, con todas sus gentes, si es que tiene tantas. Así, terminan el consejo, se dirigen a Farién y le dicen que no lo aceptarán de tal forma, pero que si se quiere rendir y entregarse a ellos, que ellos lo apresarán, pero que no permitirán que lo haga ningún otro.

—Por Dios —dice Farién—, yo no aconsejaría tal cosa. Ahora os tendréis que poner de acuerdo vosotros y él: yo no estoy dispuesto a causarle una humillación mayor y él es lo suficientemente valeroso como para enfrentarse en combate con vosotros. Ya que os ofrece más de lo que es razonable, se defenderá con fuerza y perderéis el doble de lo que pensáis ganar antes de que termine el combate.

Después, vuelve al lado de Claudás y le dice:

—Señor, señor, preparaos para defenderos lo mejor que podáis, pues os va a ser necesario: no he podido hallar la paz con mi gente, si no os entregáis a ellos.

—¿No? ¿Qué me aconsejáis vos, mi buen amigo, en quien tengo toda mi confianza? Haré lo que vos me digáis.

—¿Cómo? ¿Os fiáis más en mí que todos ellos? Os aconsejo que os defendáis como valiente, pues el encuentro será duro; y que me cuelguen del cuello si por uno de los vuestros ellos no pierden dos de los suyos.

—Así lo haré, ya que vos me lo aconsejáis; y tengan por seguro que no estoy dispuesto ni siquiera a entregarles el cuerpo de mi hijo, aunque me prometieran dejarme ir libre y salvo, antes bien, pienso llevármelo ante sus ojos, por medio de sus tierras. Y quien se atreva a impedírmelo, lo pagará caro. Os ruego y os pido que ante todo os acordéis de vuestra lealtad y que la mantengáis tal como debéis. No sé qué más deciros, pues vos sabéis mejor que yo qué es lealtad.

—Por la Santa Cruz, yo soy vasallo vuestro y es justo que os ayude todo lo que pueda —mientras lo aceptéis— mediante mi consejo y obrando de buena fe, y así os ayudaré hasta la muerte, pero vos me tenéis que jurar antes como leal rey, que los dos hijos del rey Boores —que era señor natural mío— no han recibido muerte ni daño por vos; prometedme también que en el momento que yo lo diga y cuando os lo pida, que cumpliréis lealmente lo que me habéis ofrecido, ser mi prisionero: no os lo digo para forzaros, sino porque así os entregaré mi corazón con más franqueza, pues no temeré que me vayáis a hacer ninguna deslealtad.

—Por Dios, en modo alguno me siento humillado por hacerlo, antes al contrario, me parece muy bien. Así os lo prometo. Entonces le tiende la mano y se lo jura; después tiende la mano derecha hacia la capilla y le dice:

—Por los santos de esta capilla, sabed que los niños no han recibido la muerte por mí, ni han sido dañados, ni sé nada de ellos. Si los tuviera en mi prisión de Bourges, no les haría ningún mal, mientras vos los protegierais, aunque me han causado tal dolor en el corazón, que me durará para siempre. Os juro, también, que en el

momento en que me lo pidáis, me entregaré como prisionero bajo vuestra custodia, con tal de que me prometáis la protección frente a todos aquellos contra quienes no he cometido ningún mal.

Así lo prometen y juran Claudás y Farién mutuamente y éste vuelve al lado de los suyos.

Inmediatamente después comienza el combate encarnizado y peligroso: vuelan flechas y piedras sin cesar, producen gran estrépito y gran ruido las lanzas al romperse contra los escudos, cuyos trozos y astillas saltan por los aires; y las espadas tintinean sobre los yelmos. El ruido se extiende y se puede oír por todas las partes de la ciudad, lejos y cerca. Claudás se defiende con valor en medio de la calle, tranquilo porque Farién está a su lado, no por perjudicar a los del reino de Gaunes y de Benoic, sino con la intención de conseguir la paz para las dos partes, si puede ser, aunque piensa que no escucharán su consejo: se comporta de forma que no perjudica a nadie, y tampoco beneficia a ninguna de las partes, si no es con su pensamiento.

Los que van contra Claudás son tantos y están tan apretados que no pueden llegar hasta él, ni a sus gentes, y se atacan desde lejos, matándose e hiriéndose unos a otros, y a los caballos, pues están demasiado amontonados todos. La noche es oscura y negra, y esa también les perjudica. La calle es estrecha y difícil, Claudás la mantiene defendiéndola con sus caballeros, sin que los otros puedan hacerles retroceder, ya que el hecho de ser tantos les obstaculiza. Además, están demasiado desmoralizados porque Farién les ha dejado y se niega a dar golpes en el combate; no saben qué hacer, pues se les ha ido.

Mucho tiempo dura el ataque y la defensa; son abundantes los muertos y los heridos entre los de Gaunes y los de la región, pues Claudás y su gente se defienden con valor, pues saben actuar de forma adecuada en los momentos de necesidad. Mientras que se mantiene así el combate, encarnizado y adverso para los de la propia tierra, Claudás piensa cómo hacerles un daño mayor, y ordena que arrojen fuego en la calle. El viento soplaba hacia ellos con fuerza: el fuego encontró al pueblo amontonado y obliga a abandonar el lugar a los más valerosos, que tienen que huir a la ciudadela para estar a salvo, y aun así, hubo muchos que ardieron. El fuego causó gran daño a los de la tierra, pues no podían dedicarse a apagarlo por miedo a las gentes de Claudás, y bastante tenían ocupándose de sí mismos. Claudás los ataca dentro mismo de la fortaleza, pero tan pronto como el fuego cesó un poco, que no pudo trepar por la muralla, ni alcanzar a las casas fortificadas que eran abundantes en la ciudad, salieron de nuevo a la ciudadela y dividieron a las gentes en dos cuerpos: uno, salió fuera para coger por sorpresa a Claudás, pues el palacio estaba fuera de la ciudad, en el prado junto al río. Este cuerpo se encontró con la gente de Claudás que se defendieron y resistieron con energía; el segundo cuerpo se quedó dentro y atacó a las gentes de Claudás que estaban en la calle, pero no las encontraron descuidadas, antes bien,

estaban todos preparados, vigilando el paso. Claudás iba de un combate al otro picando espuelas, dispuesto a vencer. Cuando se iba de un sitio, Farién ocupaba su lugar, pero no daba golpes ni con la lanza, ni con la espada, ni con ninguna otra arma, y no hirió a ningún caballero, ni a ningún burgués, pues quería poner paz entre todos y bien sabía que Claudás no tenía gente suficiente para resistir mucho tiempo a los de la ciudad y de la región; Farién estaba seguro de que pronto necesitaría de toda su habilidad para calmar a los del reino de Gaunes y Benoic, porque se había puesto en contra de ellos y temía que lo trataran de forma humillante si quería salvar a Claudás, y no olvidaba que a ellos también les debía fidelidad.

Así duró el combate toda la noche, a la luz de antorchas y lámparas y de las casas que ardían. Los de la tierra perdieron más que Claudás y los suyos. Cuando ya empezaba a amanecer, hicieron llamar a Farién para hablar con él: acudió y ellos se le quejaron de que en vez de ayudarles los perjudicaba, y que eso era deslealtad y felonía.

—Por Dios, no hay en ello ni deslealtad, ni felonía, pues vosotros habéis desoído mi consejo, y ya que no deseáis creerme, parece que sospecháis de mí y que receláis. Además, el rey Claudás es señor mío, con razón o sin ella. Pero no le falta la razón y tengo que mantener el juramento que le hice y no puedo abandonarlo cuando más me necesita, y no haría tal cosa ni aunque acabara de causarme un grave perjuicio; y vosotros no tenéis ninguna razón al actuar como lo hacéis y mucho menos cuando él estaba dispuesto a entregarse como prisionero mío. Yo os ofrecí esa posibilidad y vosotros no quisisteis escuchar nada de lo que os decía; no me parece haber hecho nada malo volviéndome hacia alguien que confía y cree más en mí que en ningún otro hombre, y mientras yo desee ayudarle no seré vencido por vosotros, pues mi castillo no está demasiado lejos de aquí y se lo entregaré por la mañana como lugar seguro para que se defienda, ya que no queréis seguir mi consejo; lo llevaré allí ante vuestros propios ojos con tanta tranquilidad que no perderá una moneda sin que vosotros perdáis tres o cuatro. Cuando esté en mi castillo, podrá esperar a salvo y a gusto los socorros de su tierra, pues yo podría tenerlo allí un año entero frente a vosotros. Y si puede escapar sano y salvo de ésta, os destruirá a todos, a uno tras otro, y nadie se salvará: por eso os hubiera sido mejor creer un consejo bueno y leal, en vez de emprender algo que no podréis llevar a cabo. Y en cuanto a lo que decís de que cometo deslealtad y felonía, y de que lo apoyo, mentís todos y no había entre vosotros ninguno que se atreva a probar que dice verdad sin que yo me enfrente a él ahora mismo o cuando llegue el día, sin esperar más.

Al oír a Farién que se reafirma en ayudar y socorrer a Claudás, todos sintieron miedo. Se retiran a un lado los más prudentes y hablan durante un largo rato, preocupados porque si Claudás consigue irse a su tierra a salvo, sin duda volverá, «y entonces seremos todos destruidos y no podremos evitarlo; sin Farién no lograremos nada, pues es valiente y tiene buen sentido». Con esta observación están de acuerdo los

más prudentes y los más altos, y están decididos a aceptar una oferta similar a la que hizo ayer por la noche, si es que vuelve a hacerla. Pero Lambegue, el sobrino de Farién, en modo alguno quiere que el rey quede bajo la custodia de su tío, «pues sé que lo protegería frente a todos los hombres, aunque lo debería odiar más que nadie, el hijo de puta, traidor, vil. Procurad que se entregue prisionero; después dádmelo y haré que nunca más os vuelva a causar preocupaciones».

Se adelanta entonces un alto noble, señor de un castillo muy rico, que estaba a menos de siete leguas galesas de allí. El castillo se llamaba Altos Muros y estaba asentado a orillas del Loira, en una escarpada colina, por el lado de la Tierra Desierta. El señor, llamado Graier, era valiente, ingenioso, noble y atrevido; era primo del rey Boores de Gaunes y de Ban de Benoic. Avanzó al oír las palabras del sobrino de Farién para pedir que le jurasen que si tomaba a Claudás bajo su custodia, todos le ayudarían contra quien intentara cualquier acción violenta; «y cuando esté en prisión, dejadnos a Lambegue y a mí realizar el resto. Cuando hayamos acabado con él y estemos en mi castillo de Altos Muros, os dejaré que hagáis conmigo lo que queráis, o que le deis la muerte».

Todos aceptan este consejo. Van al encuentro de Farién y le dicen que si quería tener prisionero a Claudás, tal como había ofrecido la noche anterior, que lo aceptarían, «y vos mismo os deberíais esforzar por vuestro honor en conseguirlo; os juraremos por los santos Evangelios que os lo permitiremos con mucho gusto, y si alguno intenta impedirlo, nos opondremos a él con todo nuestro poder».

—A fe mía, señores, cuando os lo propuse de su parte, no lo quisisteis aceptar y ahora que conoce vuestras fuerzas y vuestro poder lo hará con desgana. No obstante, se lo voy a preguntar no en secreto, sino delante de todos vosotros.

Se dirige entonces a Claudás y le dice, de forma que todos lo oyen, lo que pedían, y Claudás le contesta que bien sabe cuáles son las conveniencias de ambos, pero que no hará nada si él no se lo aconseja.

—Y vosotros, señores —le pregunta a los de la ciudad y de toda aquella tierra—, ¿qué vais a hacer?

Se adelanta el señor de Altos Muros y dice que todos ellos aceptan lo que él decida.

De esta forma encargan el asunto a Farién ambas partes, y éste cree que los de la tierra obran con lealtad como él, pero no lo hacen, sino que no piensan más que en matar al rey Claudás, mientras que él sólo se preocupa en protegerlo y en portarse realmente con su pueblo para no ser traidor con ellos o perjuro hacia su señor. Llama a Claudás a una parte y le dice en secreto:

—Señor, siento gran pena por haceros retroceder, obligándolos a reconocer su locura, pero no me extraña que estén afligidos y tristes por los dos hijos del hombre que querían más en el mundo, que era su señor natural; piensan que vos los habéis matado y sorprende que no estén todos dispuestos a morir por daros muerte, y yo

mismo lo haría —tenedlo por cierto— si pudiera mataros conservando mi honor y obrando de forma justa. Pero a pesar de todos los daños y de todas las tristezas se debe preservar el honor y mantener la honra en la tierra, pues ningún hombre afrentado puede vivir en el mundo, por poco que se dé cuenta. Y el que no actúa de acuerdo con la justicia, pierde la entrada en el paraíso y no podrá volver a recuperarla: por eso conviene soportar las tristezas, los dolores y los daños antes que hacer felonías o deslealtades, con las que perdería el honor en este mundo —que es por lo que se realizan las proezas— y pierde también el otro mundo —que nunca terminará— y que es la alegría del paraíso. Por eso, si Dios quiere, no moriréis por mi culpa, mientras yo me mantenga en vuestro homenaje, y no os puedo dar mayor seguridad. Pero escuchad ahora por qué os he dicho eso, pues me piden que os tenga prisionero hasta que sepan noticias de los dos niños y vos me habéis prometido que entraréis en la prisión tan pronto como yo os lo pida. Ya veis que no podéis mantener la fuerza contra ellos en esta tierra: eso no se lo he dicho a ellos, pero en cualquier caso os convendrá entrar en mi prisión y que yo os proteja y os defienda frente a todos.

—Ciertamente, no lo considero una humillación, pues me prometéis con lealtad que me protegeréis con toda justicia. Antes de nada, tomad, os entrego mi espada.

Cuando lo oye Farién, empieza a llorar de compasión, pues le dice que quiere ser prisionero suyo, a pesar de que lo odia más que a nadie y de que lo mataría si fuera justo. No sabe cómo llevarlo, temeroso de que los de la ciudad y los de aquella tierra lo maten entre sus propias manos, con lo que quedarían afrentados para siempre; y si ocurriera así, se mataría de dolor, según cree. Por otra parte, si lo deja ir, se lo considerarán maldad y falta de valor, y se cometerán tales desmanes que nadie podrá repararlos, por muy poderoso que sea, pues los que lo odian se le echarán encima e incluso llegarán a arriesgar la vida por acabar con él: y de todos los peligros ése es el que más teme y no deja de pensar cómo protegerá al rey Claudás cumpliendo en parte la voluntad del pueblo.

Al fin, le dice al rey:

—Señor, mucho confiáis en mí en este asunto y temo que si os llevo a mi prisión no os podré defender, pues son muchos los que os odian con gran odio. Os diré lo que vais a hacer: me entregaréis a tres de vuestros vasallos más ricos; uno de ellos vestirá vuestras armas y todos pensarán que sois vos. Los tres tendrán que quedarse en la prisión hasta que tengamos noticias verdaderas de los niños. Uno de los tres será el señor de Saint Chirre, el otro será el señor de Dun y el tercero será quien vos queráis de entre todos vuestros caballeros y vestirá vuestras armas. Cuando yo os llame ante el pueblo, me prometeréis lo que os pregunte y lo haré de tal forma que vuestra fe quedará a salvo y mi situación quedará libre ante nuestras gentes.

Claudás le otorga su voluntad entera, seguro de que le aconsejará con lealtad; después, se han acercado los que estaban esperando, y Farién les ha dicho:

—Señores, he hablado con el rey señor mío y vuestro, pues deseáis que sea vigilado por mí hasta que se sepan noticias fidedignas de los niños, si están vivos o muertos. Él ha aceptado hacerlo así por mí: debemos reconocer su buena disposición.

Y después añade:

—Avanzad, señor; prometedme, como rey investido y leal, que en el momento en que yo lo desee entraréis en mi prisión, de acuerdo con el pacto acordado.

El rey tiende la mano y lo promete así.

—Ahora, quiero que con vos haya otros dos, los nobles de mayor dignidad de vuestra tierra, el señor de Saint Chirre y el del castillo de Dun, pues un rey no debe estar prisionero en compañía de bribones, sino que debe tener al lado a sus mejores nobles.

Claudás responde que irá a hablar con los dos delante del palacio, donde están ambos, pues uno estaba guardando su arnés y el otro estaba a la entrada de la calle, vigilándola. Llega al palacio, se desarma y entrega sus armas a uno de sus caballeros y viste las de éste: los dos eran del mismo tamaño y grosor.

A continuación se vuelve; le ha encargado al caballero que tenía sus armas que haga todo cuanto le pida. Farién, sin que nadie llegue a darse cuenta de que es otro que el rey Farién, cuando los ve a los tres que vienen armados, les dice a dos que irán a prisión con su señor y le contestan que el rey no estará sin ellos.

—Prometedme ahora que no saldréis de mi prisión si no es con mi permiso.

Ambos se lo prometen; después le toma la promesa al que lleva las armas del rey Claudás, y que todos piensan que es el mismo rey Farién coge las espadas de los tres y a continuación pide a los de Gaunes que le juren que no le obligarán a llevar fuera de la ciudad a los tres prisioneros: así hace que juren los doce nobles más poderosos de los dos reinos.

De este modo se llegó a la paz y a un acuerdo por ambas partes, y Claudás y sus gentes se van a salvo. Farién y los otros se vuelven a la Torre de Gaunes, y encierra allí a los tres prisioneros: en la entrada de la Torre estaban los doce que habían hecho el juramento a Farién, y Lambegue; cuando habían subido, el sobrino de Farién no se pudo contener y se lanzó contra el que llevaba las armas de Claudás, pues no odiaba a nada tanto como a la persona de Claudás; lo golpeó con una lanza que había cogido de un armero, le dio en medio del pecho, le rompió la loriga, el hierro le entró en el cuerpo y la sangre le brotó abundantemente después del golpe. Lambegue era fuerte y ágil, lo tira al suelo por el violento golpe, desmayado y con el hierro en el cuerpo. Cuando Farién lo ve, toma un hacha que había tenido guardada durante mucho tiempo en la torre, corre hacia su sobrino empuñándola en alto con las dos manos; al verlo venir, le grita:

—Ay, hijo de puta, traidor, ¿queréis matarme porque he herido a un traidor? Dejad que lo mate primero y después acabad conmigo, pues no querría tanto ninguna vida

como la muerte de éste.

Farién no le contesta a nada de lo que dice, pero le ataca airado y furioso. Su sobrino se protege con el escudo que todavía tenía al cuello, y se lo pone sobre la cabeza. Farién descarga un gran golpe que le parte la bocla del escudo y que sigue cayendo hasta el hombro izquierdo: le corta las blancas mallas de la loriga, corta la piel del caballero y su blanca carne, y llega hasta el hueso del hombro, en el que entra más de tres dedos. El golpe fue grande y había sido dado con furia, el bachiller que era muy joven no pudo resistir el golpe de su tío que era un caballero grande y fuerte: cayó en tierra totalmente ensangrentado.

El ruido se oyó en la torre; el señor de Saint Chirre, que no tenía espada, tomó la pica con la que Lambegue había herido a su compañero, y el señor de Dun se hizo con la lanza del armero. Farién desenvaina la espada y se la arroja a sus prisioneros, diciéndoles:

—Señores, defendeos por vosotros mismos, pues mientras yo tenga vida en el cuerpo, no cometeré ninguna falta contra vosotros, porque ya me pesa haberos traído a la muerte: no creía haber venido entre traidores, sino entre nobles y leales. Ahora se verá quiénes son leales y quiénes perjuros, pues nosotros somos más numerosos porque somos leales. Por muchos traidores que vengan, seremos más.

Así habla Farién furioso, y de los otros doce sólo se atrevió a moverse uno, Graier, señor de Altos Muros, que con orgullo se había vanagloriado de que mataría a Claudás. Tomó un hacha parecida a la de Farién y se dirigió hacia él como lo haría un valiente lleno de atrevimiento.

Farién lo ve venir y se vuelve hacia él con rapidez. Ninguno de los dos tenía escudo y se dan tan grandes hachazos, y tan fuertes, sobre los yelmos, que se los abollan con el acero, a pesar de que eran muy buenos y resistentes. Los dos caballeros eran valientes y esforzados, y sus golpes caían con fuerza y acierto: a Graier se le rompió la cervellera y quedó tan aturdido, que se cayó y dio un fuerte golpe en el suelo con el hombro. Después, también cayó Farién, que hincó una de las rodillas en tierra. El caballero al que había herido Lambegue con la pica se puso en pie, pues no estaba herido de muerte, y es tal el miedo que siente por los enemigos que ve a su alrededor, que —si pudiera— se defendería, pero la sangre que le cae del cuerpo como un torrente, hace que se sienta débil; a pesar de todo, toma la lanza que había dejado el que tenía la espada de Farién y se dispone a defenderse, aunque no encuentran a nadie que quiera atacarles, pues los otros diez dicen que no romperán su juramento por dos estúpidos. Y todos ellos, que no pensaban en cometer la traición, no tenían yelmo.

Farién se había vuelto a poner en pie y se dirigía con el hacha levantada hacia Graier, que estaba aturdido en el suelo. Los otros diez se adelantan rogándole que no lo mate, por Dios, pero antes de que hubieran pronunciado sus palabras, le había dado un tremendo hachazo cuando se estaba levantando: alcanzó perfectamente el yelmo,

pero no dio con el filo del hacha, pues se le volvió en las manos; no obstante, lo volvió a derribar tan aturdido que llegó al suelo con el nasal y en la tierra se le hundieron la nariz y las mejillas: queda cuan largo era, sin conocimiento. Antes de que se recobrara, lo han tomado los otros, poniéndolo a salvo entre ellos y su acompañamiento.

En esto se levantó Lambegue; cuando Farién ve que se marcha, le grita:

—¡Ay, muerto seas, hijo de puta, traidor! En mala hora me afrentasteis y me tuvisteis por traidor.

Y va hacia él corriendo, pero llegó antes su mujer que odiaba mucho a Lambegue, porque Farién le había causado muchos disgustos por su culpa. Cuando ve que Farién va contra él con el hacha dispuesta a matarlo, empieza a implorar misericordia y poniéndose delante de él, le dice:

—¡Ay, gentil hombre, no matéis al mejor caballero del mundo! Si puede vivir lo suficiente, lo será, y sería una gran pérdida para la caballería si él muriera, y para vos sería una deslealtad. Si no queréis hacerlo de otra forma, matadme a mí y dejadlo a él, que no muera delante de mis ojos.

Cuando Farién ve que por él se expone su mujer a la muerte, a pesar de que le había causada tantas desgracias, lo deja estar y se dirige contra Graier, a quien habían levantado los otros con gran esfuerzo: lo golpea entre sus manos y vuelve a derribarlo. Entonces se enfadan la mayoría de ellos y juran que no tolerarán que les mate de aquella forma a quien ha ido con ellos. Atacan a Farién y lo golpean con lanzas y espadas, por delante y por detrás, haciéndole tan grandes heridas en el cuerpo que la roja sangre cae y gotea, pero ninguna de ellas es mortal, y en eso ha tenido suerte. Al ver Lambegue la sangre y las heridas de su tío, no lo puede soportar su corazón, pues la naturaleza del amor a quien era de su propia carne le obligaba a tener compasión de él que era su señor y su tío.

Toma la espada y les ataca, herido como estaba, dándoles grandes golpes allí donde los alcanza, con su fuerza y su valentía; y también les atacan los que estaban en la prisión por Claudás y se produce un encuentro entre todos. Cuando los diez vieron que Lambegue arriesgaba la vida por su tío, al que creían que odiaba tanto, sienten una gran compasión por ellos mismos y se dicen que está muy loco quien se mete en los asuntos de amigos carnales. Se adelanta entonces el más rico y poderoso de todos ellos, que era señor de un castillo llamado Lambrión, y que era hombre prudente y valeroso, y que había realizado grandes proezas. Se puso entre Farién y los que le atacaban: era muy amigo de aquél y se amaban desde hacía mucho tiempo; consiguió que el combate cesara sin que muriera ningún hombre, aunque algunos de los más apreciados quedaron heridos.

Así se separaron, alejándose de la torre todos, menos Farién y su mesnada. Farién se desarma y le miran las heridas los dos pasioneros que habían quedado, que eran conocedores de esa clase de golpes; el tercero estaba muy malherido y se ocupa de él la

mujer de Farién, que cuando se entera de que su señor no tiene ninguna herida peligrosa, poco se preocupa por los demás, a excepción de Lambegue, al que cuida más de lo que se podría imaginar. Lambegue no había querido salir de la torre, pues temía que los de la ciudad volvieran a atacar a su tío, y prefería morir con él, si llegaba la ocasión, que estar a salvo con los otros.

Farién, por su parte, estaba mucho menos airado con su sobrino de lo que le había manifestado en el combate pues sabe que no le toleraría que lo afrentaran, o le hicieran daño. Pero, sobre todo, está sorprendido con su mujer que había odiado tanto a Lambegue y, sin embargo, ahora había ido corriendo a ayudarle con tanto valor que llegó a arriesgarse a ser herida o a morir. Por eso, se ha ganado su corazón de modo que no quiere recordar ninguna maldad de las que hizo anteriormente y la perdona en todo; a su sobrino le perdona la tristeza que le había producido al herir a un caballero que estaba bajo su custodia.

Farién se quedó de este modo en la torre y los que le habían atacado se marcharon, sintiendo no haber dado muerte a Farién: a algunos, que eran leales, no les pesa en absoluto, pues sabían que si hubieran acabado con él, habrían sido tenidos por desleales el resto de sus días, y los afrentarían.

Ahora deja la historia de hablar de ellos y vuelve a los dos niños que están con su primo Lanzarote bajo la protección de la buena Dama del Lago.

XV

Cuenta la historia que a los tres días de haber llegado los niños al Lago, donde los llevó la doncella, estaban mucho peor que cuando llegaron, porque no tenían a sus maestros, a los que querían mucho. Cuando la Dama del Lago los vio que empeoraban tan deprisa, sintió una profunda preocupación y un gran temor, y les preguntó qué les ocurría pues tenían tan mal aspecto; le responden que no saben, porque no se atreven a decírselo por el miedo que le tienen. Ella se lo vuelve a preguntar por medio de Lanzarote, a quien le contestan que no estarán a gusto mientras no estén con ellos sus maestros, pues no se atreven a decirle a nadie su voluntad como a sus maestros, en los que había tanta dulzura y comprensión que, según creen, en nadie pueden encontrar nada semejante.

Lanzarote les pregunta que quiénes son y Lionel le dice que fueron hijos del rey Boores de Gaunes y que habían conseguido escapar en un momento de dificultad: le explica de principio a fin cómo había golpeado al rey Claudás mientras comía y había herido a su hijo. Lanzarote entonces siente un gran afecto por él y lo aprecia más; después le pregunta si murió Claudás y le responde que no, «pero su hijo sí, y me alegro más aún que si hubiera muerto Claudás».

—Ciertamente, habéis tenido suerte; procurad a partir de ahora ser tan valiente y esforzado como lo habéis sido hasta este momento, pues pienso que los hijos de reyes deben ser más valerosos que los demás.

Todo lo que Lionel le contó a Lanzarote se lo contó éste a la Dama y le dijo, además, que estuviera segura de que nunca comerían los dos hermanos mientras no tuvieran a sus maestros. Ella siente una gran pena, los llama y ve que tienen las mejillas delgadas y caídas, y los ojos enrojecidos e hinchados de lo mucho que habían llorado, y el color se les había hecho más pálido. Ambos están tan ensimismados y pensativos que no pueden poner buena cara ni aparentar alegría.

—Niños —les pregunta—, ¿qué os pasa?

No se atreven a contestarle, y ella les vuelve a decir:

—Sé que no estáis a gusto y conozco el motivo: es porque no están con vosotros vuestros maestros. Si mando a buscarlos, ¿estaréis mejor? Decídmelo, pues mandaré por ellos, si me lo decís.

Lionel, que era el que peor se encontraba, le responde que a partir de entonces no tendrían ningún malestar.

—Por Dios —exclama la doncella—, no volveréis a padecer por eso, pues esta misma noche irán a buscarlos.

—Señora —dice Lionel—, no es tanto por la prisa en estar con ellos como el miedo que tengo de que hayan muerto, pues temo que el rey Claudás los haya hecho morir,

porque los odia mucho.

—No os desaniméis, pues en breve tendréis noticias verdaderas; procurad no tener cara triste a partir de ahora, porque no os amaría y comed y alegraos con mi hijo, pues por nada querría que vuestros maestros os encontraran tan mal cuando vengan. Si dentro de tres días no estáis tan gordos y tan guapos como cuando os trajeron, vuestros maestros no vendían, pues pensarían que se os ha dejado morir de hambre aquí dentro.

—Ay, señora —dice Lionel, con gran miedo por la amenaza—, por Dios, muchas gracias. Si nos ven delgados y con mal aspecto pensarán que es porque nos faltaba su compañía: no obstante, comeremos tanto cuanto vos queráis, si nos prometéis que enviaréis a buscarlos esta noche mismo.

La Dama se ríe con gusto y después les promete que mandará por los maestros.

—Señora —dice Lionel— enviadles algunas pruebas y se pondrán bastante más contentos; tomad nuestros dos cinturones, que se los enseñe quien vaya a buscarlos, y vendrán de inmediato, no me cabe ninguna duda.

La Dama toma los dos cinturones que eran iguales y de un mismo material y se vuelve a sus habitaciones: llama a una doncella distinta de la que había acompañado a los niños, y le dice:

—Vais a ir a Gaunes y os vais a enterar vos misma y los que vayan con vos de la situación del rey Claudás y de los del reino de Gaunes; según lo que veáis, procurad ocultaros de las gentes de Claudás y mostráros a los maestros de nuestros dos niños. Tal como os voy a decir os enteraréis de todo lo ocurrido, de qué se dice de los niños y de sus maestros, y dónde están. Si podéis hablar con ellos en secreto, hacedlo y decidles que sus señores los saludan: dadles como prueba estos dos cinturones, gracias a los que os creerán cuando les digáis que están sanos, salvos y a gusto. Después pedidles que os crean al menos por el testimonio de los cinturones, y que os acompañen para ir con sus señores, que no quieren comer ni beber porque no están ellos. Pero en todo momento evitad que los demás sepan quién sois o el lugar del que habéis ido.

La doncella le contesta que no necesita más recomendaciones.

—Ahora os diremos —continúa la dama—, qué debéis hacer: les diréis que vengan lo más secretamente que puedan y que no traigan ningún acompañamiento. Traedlos por unos caminos que nadie sepa hacia dónde os dirigís. Creo que allí o por el camino os encontraréis con una espía mía que envié para que se enterara de todo y que preguntara lo que fuera necesario: así tendréis menos trabajo del que tendríais si lo tuvierais que hacer todo vos misma.

Con esto, se marcha la doncella, acompañada por dos criados a caballo; cabalgaron hasta que se encontraron con la espía de su dama, que les cuenta cómo se había hecho la paz entre Claudás y los habitantes de Gaunes, que lo tienen en prisión, y les cuenta también las maravillas que habían realizado los dos maestros, uno intentando proteger a Claudás y el otro queriendo matarlo. Les contó todo tal como había ocurrido en el

ejército, según los datos que podía saber y recabar una persona de fuera.

Continuó la doncella su camino hasta que llegó a Gaunes, donde se encontró con la ciudad muy alterada, porque habían sitiado a Farién en la Torre, pues ya se habían enterado de que Claudás no estaba prisionero allí. La doncella vio que era un asedio muy estrecho y sintió miedo por los dos maestros; preguntó y se enteró de por qué sitiaban la Torre de tal forma, como si no supiera nada, y se lo explicaron todo. A continuación preguntó quién era el más leal y más noble de los que estaban fuera, y se lo indicaron; entonces consigue hablar con él y le dice:

—Buen señor, se os tiene por muy prudente y leal. Os voy a decir una cosa, pero debéis prometerme que no le diréis a nadie que yo os lo he dicho. Tened por seguro que será una gran alegría para vos e irá en provecho de vuestros dos señores.

Cuando el caballero la oye, se pone todo lo contento que puede y le corre la sangre al oír que será una gran alegría para él y que irá en provecho de sus dos señores.

—¿De qué dos señores me habláis?

—Os hablo de los hijos del rey Boores, que fue señor de esta ciudad y de toda la tierra que hay alrededor.

—Ay, doncella, antes de que me digáis nada más, decidme si están vivos.

—Sí, sabed que están sanos y salvos, y por eso he venido, pues querían que su gente supiera cómo están; y les envían a sus dos maestros unas pruebas que, según creo, no tendrán dificultad en reconocer. Por eso os pido y ruego que me dejéis hablar con ellos, pues es muy necesario.

—Doncella, procuraré que lo podáis hacer. Pero, por Dios, decidme —si puede ser— en qué lugar están mis dos señores, y si están en manos de Claudás o de otros enemigos suyos.

—Sólo os puedo decir que están sanos, salvos y a gusto, en un lugar donde los quieren tanto como vos los querriais o más, y no tienen que estar preocupados por nadie que les desee hacer daño. Pero no podéis saber en qué sitio están.

—Doncella, voy a intentar que habléis con los dos maestros, pero si no os importa, les diré a mis gentes, para que se alegren, que he oído noticias fidedignas de nuestros señores, y el gozo será grande.

—Señor, me parece bien, pero que nadie intente preguntarme nada más, pues os he dicho como secreto cuanto os he revelado.

—Nadie os obligará a decir nada más.

Entonces la abraza y vuelve con su gente, a los que les dice que tiene noticias de los dos niños, que están sanos y salvos, y que se encuentran fuera del poder de Claudás y de sus enemigos.

Pronto se extendió la alegría por toda la ciudad, pues la noticia no tardó en difundirse. El noble caballero con el que había hablado la doncella consiguió que las gentes retrocedieran y la acompañó hasta la Torre para que hablara con Farién y con su

sobrino Lambegue. Cuando les enseñó los cinturones, se alegraron mucho, y después les dio a conocer lo que su dama le había dicho, que no comían ni bebían y que estaban mal porque echaban de menos a sus maestros. Estos se alegraron con las noticias que les dio la doncella y porque les ha prometido llevarlos al lugar en el que ha dejado a los niños.

Mientras tanto, Farién se acerca a las ventanas de la Torre, llama a los nobles más importantes de la ciudad y del reino, y les cuenta las noticias tal como las ha oído. Le contestan que si lo puede demostrar, lo aceptarán. Vuelve a donde está la doncella y le dice:

—Doncella, la situación es tan grave como vos misma podéis apreciar, pues mis gentes y yo estamos prisioneros aquí, y a mí no me dejarán libre hasta que una parte de este pueblo vea a los dos niños, pues temen que yo les haya dado muerte o los haya traicionado.

—Por Dios, yo no me atrevo a tomar una decisión al respecto, pero si venís conmigo vos y vuestro sobrino, los podréis ver. No les serán mostrados a nadie más, pues me lo han prohibido.

—Doncella, os voy a decir qué podéis hacer, y os entregaré a mi sobrino, que aquí está, para que vaya con vos, pues es el maestro del más pequeño: si puede conseguir que el que tiene a los dos niños acepte enseñárselos a los nobles de esta tierra, yo podré salir de aquí; pero en caso contrario temo que no podrá ser, y no querría por nada que se os reprochara: ya que se os ha encargado que nos llevéis a mí y a mi sobrino, permitiré que vaya él, pero debéis jurarme antes sobre los Evangelios que no se lo entregaréis al rey Claudás.

La doncella se lo otorga. Entonces, vuelve a los de fuera y les dice que vaya una parte de los nobles con su sobrino y con «esta doncella, que os mostrará a los niños; yo me quedaré prisionero hasta que los hayáis visto, pero tan pronto como sepáis que están sanos y salvos, y fuera de las manos de Claudás, me tendréis que dejar libre a mí y a los otros que están prisioneros conmigo: me lo debéis jurar por los Evangelios antes de que mi sobrino se ponga en marcha».

Así se lo prometen los nobles, pues les tarda ver a los niños sanos y salvos. Traen los Evangelios, la doncella jura a Farién lo que le había prometido, después lo hacen los nobles de Gaunes, pero como no saben qué puede ocurrir, si habrá traición o no, deciden que sólo irá uno de ellos a quien creerán en todo lo que les diga: eligieron al mismo con el que había hablado la doncella, que era el más rico del reino y el más leal; era primo hermano del rey Boores y se llamaba Leonches de Paerne, tenía unos cincuenta años o más. Antes de ponerse en marcha, le pregunta a la doncella que por dónde irían, si van ir a la tierra de Claudás o no, y ella le contesta que Claudás no tiene ningún poder en el lugar al que ella lo va a conducir.

Ya han montado Leonches y Lambegue, y siguen a la doncella que les va indicando

el camino. Cabalgan hasta llegar al extremo de un valle, en la parte de Neorange, a la entrada del bosque llamado Briosque: en aquella parte del bosque estaba el Lago en el que se encontraban los niños a los que iban a ver. Han llegado a un río que había allí, de aguas tranquilas: entre el río y el bosque se extiende un hermoso prado muy grande. Entonces, la doncella dice a Leonches:

—Buen señor, pertenezco más a otra persona que a mí misma; cuando fui a Gaunes se me prohibió por mis ojos que llevara a donde están los niños a nadie más que a sus dos maestros; no osaré transgredir la orden que se me hizo. Por eso, conviene que esperéis aquí hasta mañana; mientras, iré con este caballero adonde están los niños y procuraremos que vos podáis venir. Mañana uno de estos escuderos os traerá un mensaje diciéndoos qué hemos encontrado.

—Doncella, ya que tengo que quedarme, decidme dónde puedo tomar alojamiento.

—Con mucho gusto lo haré, seguidme.

Remontan el río hasta que ven a lo lejos, a la derecha, el Castillo de Charosque que limitaba con el de Brions: por eso el bosque se llamaba con justo nombre Briosque. La doncella le indicó a Leonches el castillo y éste va a alojarse allí con sus escuderos, mientras que la doncella y Lambegue vuelven al Lago cabalgando; entran en él cuando ya era de noche y Lambegue se sorprende de que la doncella se atreviera a entrar a aquella hora en el agua que parecía profunda, pero antes de que dijera una sola palabra se vio delante de unas grandes puertas, a la entrada de una casa alta. Mira a su alrededor, pero no se ve nada del Lago que acababa de contemplar y se queda muy sorprendido. Entra la doncella y el caballero la sigue, y llegan a una habitación en la que están los niños.

Cuando éstos se enteran de que la doncella había regresado, salen fuera. No es necesario decir la alegría que tuvo Boores al reconocer a su maestro, al que besa más de cien veces. Pero cuando Lionel oye decir que su maestro no ha venido, no pide más noticias, se vuelve a la habitación y se dirige a un ropero: ve entonces a la doncella que los había llevado allí, que se estaba curando la herida del rostro, que todavía era muy grande. Al verla, se sorprende por la herida, pues no se había fijado antes en ella:

—Doncella, ¿quién os ha hecho esa herida? Realmente empeora y afea vuestro rostro.

—Así es, Lionel; ¿no me debería amar mucho el que me la hizo recibir y por quien yo la recibí con gusto, y que gracias a esta herida él salvó su vida?

—Ciertamente, sí; os debería querer como a su propio cuerpo y cualquier cosa que le ordenéis la tendrá que hacer sin discutir ni oponerse.

—Si alguien la hubiera recibido por vos, ¿qué recompensa le daríais?

—¿Qué? Que Dios me ayude, lo amaría sobre todas las cosas, lo querría y lo respetaría.

—Ciertamente, Lionel, no querría no haberla tenido, pues la recibí por defenderos

y salvaros de la muerte, cuando la espada se alzó sobre vuestra cabeza para golpearos. Considerad ahora la recompensa que me debéis.

—¿Cuánto? Os debo amar tanto como a mi vida misma, y en vos hay más generosidad, bondad y amor que en mi maestro Farién, a quien hice llamar porque no me encontraba a gusto, y sin embargo no ha venido, a pesar de que lo amaba mucho y de que creía que si yo tuviera todo el mundo en mi poder, él sería más el señor que yo. Vos os arriesgasteis a morir por mí, aunque no me conocíais; que Dios no vuelva a ayudarme si tengo un maestro que no seáis vos, mientras vos queráis enseñarme, pues no podría encontrar mejor maestro: en nadie se debe confiar tanto como en el que lo ama a uno más que los otros.

Cuando la doncella lo oye, siente tal compasión que las lágrimas le van del corazón a los ojos; lo abraza y empieza a llorar con ternura, besándole los ojos y la boca. Entonces entra Lambegue en la habitación y cuando Lionel lo ve, lo saluda y él se arrodilla y le pregunta que cómo le ha ido.

—Mal, pero gracias a Dios, ahora me va mejor, pues he olvidado algunos de mis dolores y mis penas.

Mientras tanto, la doncella sigue teniéndole abrazado por el cuello. Lambegue le dice:

—Señor, mi tío y maestro vuestro os saluda.

—Ya no es maestro mío, aunque vos seguís siendo maestro de Boores, pues habéis acudido a darle alivio en su malestar. ¿Qué tal está Farién?

—Señor, gracias a Dios está sano y salvo.

Y a continuación le cuenta las penas y tribulaciones que había pasado para salvar a los nobles de su tierra.

—Y Dorién, el hijo de Claudás, ¿se ha repuesto del golpe que le dio mi hermano Boores?

Lambegue empieza a reír y le dice que se ha curado como quien llega a su fin.

—¿Cómo? ¿Decís que ha muerto? ¿De verdad?

—Señor, yo lo vi yacer en un ataúd, sin alma, frío.

—Que nadie me combata ahora disputándome mi herencia, pues será rechazado. Y que Dios evite que Claudás muera antes de que yo le haya podido enseñar las penalidades que debe sufrir quien se apodera a la fuerza de la tierra ajena.

Así habla Lionel y todos cuantos lo oyen se quedan admirados por la fiereza de las palabras que dice; la Dama del Lago está más contenta que nadie y lo escucha con tanto gusto que no se ocupa de ninguna otra cosa. Lambegue le cuenta a continuación cómo había acudido y según qué trato, y que Farién no saldrá de la prisión hasta que Leonches, el señor de Paerne, los haya visto a él y a Boores.

Entonces le pregunta la Dama del Lago a Lionel qué va a hacer, si irá o no.

—Señora, haré lo que me aconseje mi doncella, que está aquí conmigo.

—¿Cómo? ¿Sois suyo?

—Sí, así es. ¿De quién debería ser si no? Ella me ha comprado pagando un precio tan alto que por el dolor que ha tenido debo ser suyo.

Y él mismo descubre entonces el rostro y lo destapa, de forma que todos puedan ver la herida sin dificultad. Y la dama vuelve a hablar:

—Ciertamente, ha empleado bien la herida si la ha recibido por vos; y que Dios no me vuelva a ayudar si no llegáis a ser un esforzado y noble caballero, si es que llegáis a la edad de ser un hombre.

De esta forma hablan a Lionel unos y otros. La Dama del Lago se dispone a ir el día siguiente al río, junto a Charosque, a donde llevará a los dos niños para que los vea Leonches de Paerne, que los está esperando.

Lambegue y los niños aceptan la decisión; la dama no dejaba que los otros fueran a verlos porque no quería que supieran dónde estaban los niños, pues podrían estar al acecho sin que éstos se dieran cuenta, y los cogerían fácilmente si iban un día a jugar al bosque o cuando volvieran.

Mientras que hablaban así, entró Lanzarote, que acababa de levantarse de dormir, pues se había pasado todo el día en el bosque y había madrugado. La dama tenía por costumbre no comer o cenar sin haberlo visto antes, si estaba en la casa: cuando se sentaba a la mesa no permitía que empezaran a servir, ni probaba nada hasta que él hubiera trinchado algo de carne y se hubiera puesto un poco de vino en su copa; después, hacía que se sentara. Y la dama se deleitaba tanto en contemplarlo como lo haría aquella que lo amara con todo el amor con que se puede amar a un niño al que se ha criado, e incluso lo amaba más, pues ninguna dama amaría tanto a un niño que no hubiera llevado en el vientre.

Lanzarote atravesó la sala. Llevaba en la cabeza una corona de rosas rojas resplandecientes, que le quedaba muy bien sobre el rubio de sus cabellos. Era ya el mes de agosto, y normalmente no hay razón para que las rosas duren tanto tiempo, pero dice la historia que mientras estuvo en el lago no hubo un solo día —ya fuera invierno o verano— que no tuviera una corona de rosas rojas por la mañana, recién cortadas, para que se la pusiera en la cabeza, y así ocurría aunque se levantara muy temprano, pero no la tenía los viernes, ni la víspera de fiestas solemnes, ni durante la cuaresma. Todos los demás días encontraba Lanzarote la corona de rosas y por mucho que intentó saber quién se la llevaba, no lo consiguió. Desde que los dos niños llegaron, todas las mañanas, en cuanto se levantaba, deshacía la corona y hacía tres con ella, dándoles las otras dos a los niños: todos los que lo veían lo consideraban como una gran muestra de la gentileza de su corazón.

Atravesó la sala, tal como habéis oído, y cuando supo que su dama estaba en la habitación de los miradores, que así se llamaba, se dirigió allí con gran acompañamiento de criados, como de costumbre. El primero que lo vio llegar fue

Boores, que estaba echado en el regazo de su maestro, y al verlo corrió a él diciendo:

—Señor, éste es mi maestro, que ha venido.

Y todos se dirigen a él: la dama, un caballero muy apuesto, que era amigo suyo, y otros dos caballeros que estaban con él, todos haciéndole grandes honores a Lanzarote. La dama lo abraza y le besa los ojos y la boca con dulzura. Cuando Lambegue ve cómo lo tratan, se pregunta extrañado quién será.

Después, Lanzarote saluda a Lambegue mostrando mucha alegría, de forma que éste dijo que no había visto a ningún niño de su edad al que se pudiera estimar tanto y siente no saber quién es, pero está dispuesto a enterarse lo antes posible. Se sentaron a cenar y cuando Lanzarote cumplió con su deber, fue a su sitio: nadie se había atrevido a sentarse antes de que él se sentara, a pesar de que había hijos de reyes y los dos niños también lo eran. Al principio, Lionel no quería sentarse al lado de ninguno de ellos, hasta que lo obligó la dama a cuyo servicio se había puesto, que le dijo que quería que hiciera lo que le ordenaba, «pues por nada de lo que yo os obligue a hacer seréis tenido por villano».

Tal como habéis oído más arriba, decidieron ir la mañana siguiente al río de Charosque. Después de cenar se acostaron, pues el día siguiente tenían que madrugar. Se levantaron muy temprano y después de oír misa, montaron: la Dama del Lago llevaba a los dos niños, a Lanzarote, que iba muy contento, a su amigo y a los otros dos caballeros, que iban armados con todas las armas; los acompañaban alrededor de treinta escuderos y servidores. Lanzarote cabalgó todo el tiempo al lado de su dama; detrás de él iba un escudero, que le llevaba el arco y las flechas, mientras que él sólo tiene una pequeña espada, hecha a su medida y colgada en el arzón delantero de su silla, y en la mano sostiene un bastón o alguna otra cosa para tirarles a los animales o a los pájaros, y nadie tenía más tino que él.

Lambegue no cesa de mirarlo, y le pregunta a Boores que quién es, pero éste no sabe qué decirle sólo que cree que es verdaderamente hijo de la dama. De este modo caminaron hasta llegar al río.

Una vez allí, enviaron por delante a un escudero al castillo en el que el señor de Paerne había pasado la noche: lo recoge y lo acompaña de regreso adonde estaban esperándole los hombres armados. Cuando los vio el señor de Paerne, tuvo miedo recelando la traición, y le dijo al escudero:

—Hermano, ve a decirle a Lambegue que venga a hablar conmigo.

El escudero así lo hace, y Lambegue no tarda en llegar. Mientras tanto, el señor de Paerne había desmontado del palafrén en el que iba, y lo había cambiado por un caballo más resistente. Al ver a Lambegue le pregunta que por qué estaban aquellas gentes armadas allí. Éste le responde:

—Para proteger a los niños.

—¿Puedo estar seguro de que no hay traición?

—Sí, tenedlo por cierto; pero odian a muerte a Claudás: creedme, pues bien sabéis que nunca me gustaron las traiciones.

Entonces se vuelven los dos juntos hasta donde estaban los niños, y cuando los ve el señor de Paerne corre a ellos para besarlos, mientras lloraba tiernamente por el cariño que siente. Al enterarse de que aquélla es la dama que los ha cuidado, descabalga y se arroja a sus pies, diciendo:

—Señora, por Dios, guardad bien a los dos niños, pues son hijos del que fue el hombre más noble, leal y valiente de cuantos he visto con mis ojos, a excepción del rey Ban, que era hermano y señor suyo, que fue más esforzado en las armas, como bien se sabe. Si vos supierais, señora, de dónde descienden tan bien como yo lo sé, sin duda los protegeríais y mantendríais a salvo con todo el poder que pienso que tenéis: por muy altos que sean por el linaje de su padre, eso no es nada en comparación con el de su buena madre, pues sabemos por el testimonio de la Biblia que ella y sus antepasados descienden del alto linaje del rey David, aunque ignoramos a dónde llegarán, porque en Gran Bretaña todos esperan ser liberados, de las maravillas y aventuras que allí ocurren, por uno que será del linaje de la madre de estos niños: por eso podrían llegar a un lugar más alto de lo que se cree. Y si vos no pensáis seguir cuidándolos y protegiéndolos, ahora y después, de las manos de sus enemigos, entregádnoslos a mí y a sus maestros, pues huiríamos con ellos si no pudiéramos guardarlos con todo nuestro poder. Si Dios quiere, no vivirán siempre sin heredades: Nuestro Señor se apiadará, y si en valor salen al noble linaje del que proceden, causarán miedo a sus enemigos. Tan pronto como puedan llevar armas volverán a tener sus posesiones y no habrá nadie que haya nacido en sus tierras que por ellos no arriesgue el cuerpo y los haberes: así podrán recuperar sin dificultad sus herencias.

Al oír estas palabras, Lionel empieza a pensar y las lágrimas grandes y cálidas le llegaban a los ojos. La doncella de la herida en el rostro lo mira y, tomándolo de la mano, le dice:

—¿Qué ocurre, Lionel? ¿Qué pensáis? ¿Ya queréis dejarme, y ayer por la noche decíais que no queríais un maestro que no fuera yo?

Él la contempla avergonzado y le contesta:

—Mi dulce doncella, lo que dije estaba bien; ahora pensaba en la tierra que fue de mi padre y que yo querría recuperar —si pudiera ser— de inmediato.

Lanzarote, que se había dado cuenta de la mala cara que tenía Lionel, se adelanta y con gran dolor le dice:

—Buen primo, no lloréis por miedo a no recuperar vuestras tierras, pues tendréis suficientes, si no os las quita alguien de malvado corazón; si las conquistáis sin esfuerzo nadie os criticaría que las perdierais de inmediato; pero procurad ser valiente y esforzado y conquistadlas gracias a vuestro valor y a vuestra fuerza.

Todos se quedaron sorprendidos al oír las palabras de Lanzarote y se preguntaban

admirados cómo un niño podía haber dicho unas palabras tan sabias pero, de todos, es la dama la que se ha sorprendido más, no por el profundo sentido que hay en las palabras, sino porque ha llamado a Lionel «buen primo»: le han subido las lágrimas del corazón a los ojos, como todos han podido ver; pero ella no se ha callado y dirigiéndose al señor de Paerne le ha dicho:

—Buen señor, no temáis por los niños, pues pienso protegerlos frente a todos, y no se irán con vos porque yo los abandone, pues tengo dos o tres fortalezas en las que no deberán temer a Claudás ni a sus ejércitos. Marchaos ya y decidles a cuantos lo quieran saber que sus señores están sanos y salvos, entre buenos amigos y muy a su gusto. Por lo que a mí respecta, no os voy a decir quién soy, y no me preguntéis nada más: amo a los niños más que ninguna mujer, a excepción de su madre, y no porque piense quedarme con sus tierras, y sus dominios —pues gracias a Dios tengo suficiente— sino por ellos mismos, que se hacen querer, y por otro más que por ellos.

—Y vos —continúa, dirigiéndose a Lambegue—, decidle a vuestro tío de mi parte, que venga a ver a sus señores y que no luche en su tierra por defenderlos, pues tendrán con gran honra sus posesiones y otras, si viven.

—Señora, iré a decírselo a mi tío, pero los caminos por los que hemos ido y venido son intrincados y difíciles de seguir, según me parece.

—Pondré a vuestra disposición a uno de mis criados para que os acompañe y vuelva con vosotros. Pero procurad no venir más de tres o cuatro.

Entonces la dama le entrega a uno de sus servidores; Lambegue se despide de ella primero y de todos los demás después y se lleva con dificultad al señor de Paerne, que no podía dejar de contemplar a Lanzarote y tenía sus ojos fijos en él como si estuviera loco, pues sospechaba quién era.

La dama se vuelve al Lago con los niños. Al cabo de un rato, llama a Lanzarote aparte, fuera del camino, y le dice con bondad:

—Hijo de rey, ¿cómo os habéis atrevido a llamar a Lionel primo vuestro siendo él hijo de rey y hombre de más alta condición y más noble de lo que se piensa?

—Señora —le responde avergonzado—, así me llegaron las palabras a la boca sin darme cuenta.

—Decidme, por la fe que me debéis, ¿quién creéis que es más noble, él o vos?

—Señora, me obligáis a contestar, pues a nadie le debo tanta fe como a vos que sois mi señora y mi madre, pero yo no sé si mi linaje era noble o no. Por la fe que os debo, yo me afligiría por el motivo que a él le ha hecho llorar. Me han contado que de un hombre y de una mujer proceden todas las gentes; no sé por qué razón ellos son más nobles que los demás, pues creo que la nobleza se debe conquistar con esfuerzo, igual que las tierras y los demás honores. Tened por seguro que si tener un gran corazón hiciera nobles a los hombres, yo creo que sería uno de los más nobles.

—Ciertamente, buen hijo, ya se verá eso; os digo que seréis uno de los hombres más

nobles del mundo, a no ser que os falte corazón.

—¿Cómo, señora? ¿Lo decís de verdad, como señora mía?

—Sí, sin lugar a dudas.

—Señora, que Dios os bendiga por habérmelo dicho tan pronto, pues con eso me obligáis a ir a donde yo nunca pensé llegar: de nada tenía tan gran deseo como de alcanzar la nobleza. No me pesa que éstos me hayan servido y honrado, aunque sean hijos de rey, pues podré llegar a su altura, valer tanto como ellos e incluso sobrepasarlos.

Por estas palabras que nacen de un alto corazón y que tienen profundo sentido, Lanzarote cautiva el corazón de su dama, que lo quiere más que nunca y más de lo que se puede imaginar, y crece su amor y se fortalece de día en día; y si no fuera porque deseaba por encima de todo su bien y su perfeccionamiento, no había cosa que no le causara más dolor que el que Lanzarote estuviera creciendo y que cada vez fuera más fuerte, pues se da cuenta de que pronto estará tan grande y tan bien formado que tendrá que armarse caballero e ir en busca de maravillas y aventuras lejos, a tierras extrañas, y entonces, según le parece, casi lo habrá perdido, pues no lo verá con frecuencia y no sabe cómo se podrá consolar por no verlo. Piensa tanto en esto que todos los demás pensamientos quedan relegados. Y con estas ideas cabalga la dama hasta el Lago y considera que si antes quería a los niños y los amaba, a partir de ahora se esforzará más que antes en que hagan su voluntad; y así lo piensa por amor a Lanzarote: tendrá a los niños con ella cuanto pueda y cuando Lanzarote sea caballero, le quedarán Lionel y Boores; y cuando Lionel se entregue a la caballería, por lo menos Boores se quedará con ella. De este modo piensa reconfortarse de la pérdida de uno con la permanencia del otro.

La historia los deja estar aquí a ella, a los niños y a su compañía y vuelve al señor de Paerne y a Lambegue, que se han puesto en marcha.

XVI

Ya se van Leonches de Paerne, Lambegue y sus escuderos. Después de seguir un poco el río de Charosque, Leonches le pregunta a Lambegue que si conocía al niño que había llamado primo suyo a Lionel, y le contesta que no.

—Ciertamente —dice Leonches—, será valiente y sabio si vive, sea quien sea: no he oído nunca a un niño de su edad pronunciar palabras tan llenas de sentido; contenta puede estar la dama que lo ha criado, pues si no fuera más sabia y más discreta que las demás mujeres no lo podría haber conseguido; y no se equivoca el niño llamando primo suyo a mi señor, pues creo que lo es por parte de padre y de madre, y pienso estar más que seguro.

—¿Cómo? ¿Creéis de verdad que es su primo? ¿Por parte de quién? De todos los hombres del mundo no había ninguno que fuera hermano del rey Boores, y mi señora la reina sólo tenía una hermana, que era la reina de Benoic.

—Sabed que ese niño era hijo del rey Ban de Benoic y nadie se le parecía tanto como él.

—Loado sea Dios. ¿Qué habéis dicho? De todos es sabido que murió a la vez que su padre; en cualquier caso, sea quien sea, llegará a ser valiente y noble.

—¿Cómo? ¿Creéis que murió? Tened por seguro que éste era el niño. Lo sé por su rostro y me lo dice el corazón.

Y Lambegue se queda admirado. En esto, llegan a Gaunes y encuentran que la Torre está vigilada día y noche, y que Farién y los prisioneros no pueden salir de ella. Cuando llegaron los dos mensajeros y dijeron las noticias, hubo una alegría tan grande que apenas se podría contar. Se fueron los vigilantes de la Torre y a partir de entonces Farién pensó que no debía preocuparse más. La mañana siguiente piensa devolver los prisioneros al rey Claudás, y Farién en persona los acompañará hasta que estén a salvo: tal es la voluntad de Farién, pero los de la ciudad y los habitantes del país piensan de otra forma, pues temen —y están seguros de ello—, que el rey Claudás volverá a atacarles y que sin duda morirán todos o serán desterrados y destruidos, y «si dejamos que se vayan los prisioneros, podemos considerarnos muertos. Hagamos algo para estar a salvo. Farién nos ha hecho mucho daño y lo hemos descubierto como perjurio y fementido, pues nos prometió custodiar al rey Claudás en su prisión: detengámoslo primero a él y a los otros después, y si Claudás los ama tanto como parece, depondrá su ira hacia nosotros para que no les demos muerte delante de sus propios ojos».

Todos aceptan esta idea, pues creen que así será segura la paz con Claudás; deciden apresarlos por la mañana, cuando se quieran ir, o incluso durante la misma noche, si ponen los pies fuera de la torre. De este modo preparan la traición los que están de acuerdo con el señor de Altos Muros. Se arman cuarenta caballeros y doscientos

servidores de los mejores que tenían; hacen vigilar las tres puertas de la ciudad y colocan en cada una alrededor de ochenta hombres, entre caballeros y servidores.

Farién, por su parte, piensa que si puede poner a salvo a sus prisioneros, lo hará con gusto: evitará que los vean salir de la ciudad, pues ignora las ideas de la gente. Así, decide cambiar lo que había pensado antes: se los llevará a un castillo esa misma noche y cuando estén allí, no le preocupará que alguien les pueda hacer daño y está seguro — además— de que Claudás no atacará a aquella tierra y menos aún cuando tenga a los prisioneros en su poder, pues entonces el rey hará lo que él diga y no va a permitir en modo alguno que los habitantes de la ciudad y los nobles del reino sean destruidos, si es que le permiten dar consejo, pues sería tanto como si él mismo los hubiera entregado a la muerte.

Así piensa actuar Farién; cuando llega la noche, después del primer sueño, salió de la torre con los tres prisioneros, uno de los cuales estaba gravemente herido por la herida que le había causado Lambegue, que también estaba con ellos. Cuando llegaron a la puerta bretona, llamada así porque daba a Bretaña, fueron atacados y ellos se defendieron valientemente. Pero de nada les sirvió la defensa, pues fueron apresados y heridos, y al fin encarcelados en la torre.

Así queda Farién prisionero, con su sobrino Lambegue y con los otros tres, que eran rehenes, por el rey Claudás.

La historia deja de hablar de ellos un poco y vuelve al rey Claudás.

XVII

Según cuenta la historia, el rey Claudás no se había olvidado de la afrenta que le habían hecho los de Gaunes, ni de la muerte de su hijo, por la que aún sentía dolor en el corazón, y piensa tomar cruel venganza: ha convocado a todas sus huestes para que antes de que acabe el mes se reúnan ante la ciudad de Gaunes.

Cuando los nobles que no estaban de acuerdo en cometer traición para apresar a Farién oyeron que Claudás se dirigía hacia allí, empezaron a temer, pues sabían que serían destruidos y muertos si no encontraban algún modo para hacer las paces. Pero, por otra parte, serían perjuros por no mantener el juramento que le habían hecho a Farién, según el cual tenían que ayudarlo contra cualquiera que quisiera cometer daño injustamente. Entonces deciden sacarlo de la prisión a él y a todos sus compañeros: van a Gaunes y se dirigen a la torre aparentando odiar mucho a Farién; los guardianes los dejan entrar sin ponerles trabas, pues pensaron que lo odiaban tanto como quienes lo habían encarcelado.

No tardaron en dejar libre a Farién; después le pidieron perdón arrojándose a sus pies y rogándole por Dios que se apiadara de ellos y de la tierra, pues Claudás se dirigía hacia allí con un gran ejército, «y no nos concederá paz ni tregua si vos no queréis. Nosotros no estuvimos de acuerdo con que se os hiciera esta traición, y para que nos creáis, os entregaremos los cuerpos de los que la planearon».

—Si me los entregáis, me tendré por bien pagado.

—Así lo haremos, si no huyen; pero si escapan no podremos hacer nada.

De este modo quedan de acuerdo por ambas partes: le entregarán los malhechores a Farién, si no huyen. Se lo prometen lealmente y él les promete ayudarles cuanto pueda para conseguir la paz con Claudás, y en caso de que no lleguen a tener paz, hará lo que ellos hagan. Con esto quedan más tranquilos, pues sabían que el rey lo quería mucho.

No tardaron en llegar los traidores y le imploraron piedad, poniéndose a su disposición: así lo hicieron aconsejados por Leonches de Paerne, que era hombre de gran saber. Farién no quiso hacerles ningún daño ni ninguna afrenta, pues se siente muy honrado con que aquellos que eran mucho más grandes por linaje que él fueran a pedirle clemencia: les perdonó su culpa por el ruego de los otros nobles.

Después, abastecieron la ciudad lo mejor que pudieron. Cuando Claudás llegó, Farién aconsejó a los altos hombres que había allí, y les dijo:

—Señores, quiero ir a hablar con Claudás, para ver si puedo conseguir la paz.

Le responden que temen que el rey ordene matarlo o encarcelarlo.

—No creo que lo haga, aunque las personas nunca son tan buenas ni tan malas como uno se imagina. Me he portado lealmente con él cuando se encontraba en

dificultades: no debería, pues, pensar deslealtad y felonía contra mí. No obstante, quiero que vosotros, que sois los más poderosos, me juréis sobre los Evangelios que si Claudás me mata, mataréis de inmediato a los tres prisioneros que tenéis.

Así se lo juran, y él se marcha solo de la ciudad, armado con todas sus armas y con buen caballo, y se dirige hacia el ejército enemigo. Las gentes de Claudás lo reconocieron y lo recibieron con grandes muestras de alegría. Cabalgó hasta el pabellón del rey. Allí se quita el yelmo y cuando Claudás lo ve le muestra un gran júbilo, pues desde tan lejos como lo reconoció, se dirigió a él corriendo con los brazos abiertos, y le besa la boca con afecto, como haría cualquiera que tuviera cariño. Al punto, le dice Farién:

—Señor Claudás, no os besaré de grado —sabadlo— hasta que no sepa si seré tratado con justicia.

—¿Por qué lo decís?

—Porque habéis venido a asediar esta ciudad, según creo, y dentro de ella están mis amigos, que son muchos, mis iguales y mis deudos, a los que acepté el juramento para protegerlos de vos; si mueren o reciben daño ahora, será por mi culpa.

—¿Por qué me han cerrado la ciudad, que es mía, siendo ellos vasallos míos también?

—Os lo voy a decir: es normal que al ver venir gente armada, se defiendan o protejan hasta saber qué pueden esperar, paz o guerra; y como no sabíamos de qué gente se trataba, la ciudad se puso en guardia. Si prometéis entrar en ella como señor, manteniendo la paz, haré que os la abran de inmediato, y podréis entrar.

—No entraré si no es causando un gran daño a los de dentro.

—Señor, los he aceptado bajo mi protección: os pido y suplico como vasallo vuestro que no hagáis que me avergüence; recibidlos en paz y si han hecho algo malo contra vos, lo repararán de acuerdo con vuestra voluntad.

Claudás le contesta que no hará nada de eso, a la vez que sus mejores nobles le dicen que si no venga sobre los de la ciudad la muerte de su hijo «y la gran afrenta que os hicieron, no volveréis a ser honrado en la tierra».

Avanza un poco Farién y le dice:

—Señor, señor, soy vasallo vuestro y mientras me necesitasteis no os abandoné. Ahora estáis por encima y ya no os hago falta: os devuelvo el homenaje, pues no aceptáis mi consejo, ni queréis escuchar mis súplicas; lo hago así porque me parece que me estimáis en poco y que sospecháis y dudáis de mí; me iré a algún sitio donde se me quiera y ame. Y vosotros, señores nobles y caballeros, que consideraréis a vuestro señor como afrentado y deshonorado si no toma venganza de los de dentro, ahora se verá cómo le vais a ayudar a vengarse. No hablabais así cuando estaba en peligro de muerte ante el palacio, que yo lo salvé con mis propias manos cuando ya había una espada dispuesta a clavarse en su cuerpo. Tened por seguro, vos y él, que dentro estaremos

tantos caballeros como para mantener un duro combate. Pero si uno solo de vosotros se atreve a decir que los nobles de Gaunes han cometido alguna falta en contra de su señor, aquí presente, y que por ella merecen ser desheredados y morir, estoy dispuesto a defenderlos ahora mismo.

Farién se ofrece a combatir de este modo delante del rey Claudás y tiende su gaje, pero ningún caballero se atrevió a lanzar acusación alguna. Claudás, con rostro de hombre airado, le dice a Farién:

—¿Cómo, Farién? ¿Siendo vasallo mío intentáis que me alíe con mis enemigos mortales y estáis dispuesto a combatir por ellos contra los caballeros de mi casa?

—Por Dios, no soy vasallo vuestro, ni ellos son todavía enemigos mortales vuestros; procurad que no lleguen a serlo. Yo os pido por ellos que obréis con justicia y a cambio están dispuestos a hacer lo que les pidáis: perdonadlos como se perdona a los vasallos.

Claudás le responde que en modo alguno lo hará, ni escuchará ninguna súplica más.

—Señor, he deshecho el juramento que os hice y a partir de ahora quiero que sepáis que no tenéis peor enemigo que yo. Me voy sin pedir os permiso y sin amaros, pero antes os exijo que cumpláis la promesa que me hicisteis como leal rey de que seríais mi prisionero cuando así os lo pidiera. Así os lo requiero ahora, por vuestra fe.

Claudás le contesta que nunca le prometió tal cosa y Farién le responde que estaba dispuesto a demostrárselo allí mismo, si se atreve a defender lo contrario.

—Farién, estás loco al desafiarme de ese modo delante de mi gente; pero no conseguirás combatir, pues si te mato se me volverá a mal, y no a bien. Te exijo que conserves tu vasallaje hacia mí —como debes—, ya que no te he hecho nada malo, ni nunca te lo hice, que yo sepa.

—Señor Claudás, si yo no hubiera sido vasallo vuestro y vos hubierais intentado impedirlo, os lo hubiera hecho pagar caro, pero yo tenía que mantener la promesa que os hice, fuera buena o mala; ahora os exijo que cumpláis la vuestra. Tened por seguro que soy vuestro peor enemigo y que no entraréis en la ciudad, pues habrá bastantes que lo impidan: no hay un solo hombre, que pueda llevar armas, que no desee vuestra muerte y os mataría si pudiera; a partir de ahora, si yo no muero, tendréis que estar atento día y noche, y no dormiréis tranquilo, pues oiréis frecuentemente ruido y gritos cerca de vos y veréis cómo rompen vuestros pabellones y los arrasan, y cómo matan e hieren sin cesar a vuestros hombres.

—¿Cómo, Farién? ¿Tengo que estar en guardia por ti?

—Así es; mientras yo pueda golpear con la espada no estaréis seguro, y deberéis temer algo más que la prisión. Cuando me haya ido, si seguís vivo, no esperéis de mí otra cosa que la muerte, por poco poder que tenga mi alma. Y si amasteis en algo al señor de Saint Chirre, se lo tendréis que expresar a su alma y no a su cuerpo, pues antes de que yo vuelva a probar bocado, su cabeza y las de sus compañeros estarán a la

distancia de un tiro de catapulta de sus cuerpos.

Inmediatamente pica al caballo con las espuelas y se aleja de Claudás, regresando hacia la ciudad. Entonces salen al galope tras él los veinte caballeros, con los escudos al cuello y las lanzas apoyadas en el arzón. Al ver que lo persiguen, se escapa y llega a la puerta. Entonces empieza a gritarle su sobrino a Farién, que estaba encima de la puerta:

—¿Cómo, buen tío, os van a atacar y perseguir sin que se dé un solo golpe?

Farién se vuelve y golpea a uno de los que le seguían, y lo hace con tanta fuerza que el hierro y el asta de la lanza le entran en el cuerpo, y caen a tierra él y el caballo de forma que se rompe la pata derecha y la lanza vuela en pedazos. Desenvaina la espada con rapidez y corre contra los otros que venían detrás; mientras tanto, los de dentro abren la puerta y están ya montados a caballo para ir en su socorro.

En esto, Claudás había llegado al galope, con un bastón en la mano; hace que se retiren los que habían iniciado la persecución dándoles con el bastón hasta que lo rompe, y los maldice e insulta:

—¡Hijos de puta, cobardes, haré que acaben con todos vosotros!

Y poco faltó para que lo afrentaran y mataran allí mismo. Claudás, en el momento en que los separó e hizo que retrocedieran sus hombres, llevaba una cota corta de duras mallas y un capelete en la cabeza, tenía ceñida la espada y montaba un caballo fuerte y veloz.

Salieron entonces numerosos caballeros de dentro, con Lambegue al frente, que iba perfectamente armado sobre un caballo al que apreciaba mucho; llevaba la lanza enfilada e iba a galope tendido hacia Claudás, contra quien dirige caballo y lanza, cuerpo y corazón, pero le grita desde lejos, de forma que pueda escapar huyendo o defenderse. Claudás vuelve la cabeza del caballo hacia el que le daba tan grandes voces.

Lambegue le grita:

—Claudás, por la Santa Cruz, habéis llegado demasiado lejos en la persecución y os volveréis con deshonra o sabréis si el acero de mi lanza sirve para cortar.

Cuando Claudás ve que contra él se dirige el hombre que más lo odia, no se siente seguro, pues está sin lanza, sin yelmo y sin escudo: tiene miedo de morir si espera. Y, sin más, se da a la fuga. Lambegue galopa tras él y acercándosele le grita: «¡traidor!». El rey desenvaina la espada y vuelve la cabeza: estaba completamente solo, pues sus gentes le temían y habían retrocedido tan pronto como vieron que obligaba a que se volvieran los que acosaban a Farién.

—¿Qué te ocurre —sigue gritándole Lambegue—, malvado traidor? ¿Vuelves hacia tu enemigo mortal que no quiere nada tanto como tu muerte, cobarde sin palabra, que pretendes que maten deslealmente a mi tío?

Cuando Claudás oye al que lo odiaba más que nadie que lo llama cobarde y traidor, y que va al galope tras él, siente, gran temor. Sabe que corre gran peligro si lo espera,

pues tendrá que esquivar el hierro de la lanza sin escudo; pero si se va sin hacer nada, se considerará deshonorado para siempre. Sin embargo, teme más una vida sin honra que una muerte digna; se encomendará a Nuestro Señor: levanta la mano derecha y se hace el signo de la cruz en el cuerpo y en la cara; después, toma la espada y vuelve la cabeza del caballo hacia el que le persigue y lo hace como si no le importara la muerte y como un valiente, y entonces empieza a gritar:

—¡Lambegue, Lambegue, callad; no es necesario que vayáis tan deprisa, pues en breve me alcanzaréis y lo mismo que puedo defenderme de ser llamado traidor, sabrás que no soy cobarde!

Cuando Lambegue lo ve venir, se alegró más que nunca. No tardó en llegar a donde estaba el rey, pues ya llevaba un rato galopando con un caballo fuerte, rápido y veloz. Claudás no va a su encuentro, sino que le espera con la espada desenvainada. Lambegue lo golpea en el pecho, un poco alto, apoyándose con toda su fuerza: si lo hubiera alcanzado un poco más abajo, con la rabia que llevaba y la fuerza con que iba, lo hubiera matado sin remedio. A pesar de todo, lo golpeó con vigor y él pensó que moriría rápidamente derrotado; pero los arzones lo sostuvieron derecho y no se movió con el choque; las mallas de la cota resistieron sin ceder. El rey tenía mucha fuerza: la lanza voló en pedazos y al paso de Lambegue le dio un tajo con la espada en el rostro: el yelmo no pudo evitar que la espada llegara hasta las mallas de la cota y a la cofia que había debajo. Lambegue se quedó aturdido: con la espada dio contra el arzón de atrás y los ojos le hicieron ver chispas en la cabeza. Claudás, por su parte, cayó del arzón después del golpe que había recibido y quedó así durante un buen rato.

Empieza el combate; los más valientes montan en los arzones. Mientras, Lambegue vuelve al rey y lo encuentra como desmayado sobre el arzón delantero y sujetándose con las dos manos al cuello del caballo. El sobrino de Farién desenvaina la espada dispuesto a cortarle la cabeza, pero el caballo que tenía Claudás era fuerte y empezó a correr, de forma que el golpe cayó sobre el capelete que tenía en la cabeza; cortó la orla hasta la base y el filo siguió descendiendo por el cuello por encima de la cofia de estrecha malla: muchas mallas entraron en el cuello y en la cabeza. Si el rey había quedado malherido con el golpe de la lanza, este nuevo golpe no lo sanó: durante mucho tiempo no oyó nada y perdió el dominio de la cabeza y de todo el cuerpo, y voló al suelo.

Lambegue se dispone a desmontar, pero las gentes de Claudás se precipitan rápidamente hacia allí y le obligan a desistir de su propósito. Al verlos siente un gran enfado, y por poco no pierde el sentido; le gustaría cumplir al precio que fuera la venganza que no ha podido cumplir sobre Claudás, muy a pesar suyo.

Se coloca el escudo delante del pecho, espolea el caballo y se dirige con la espada desenvainada contra uno que viene delante de todos los demás, a un tiro de piedra. Venía con la lanza bajada, a galope tendido: al chocar con el escudo el asta se hizo pedazos. Lambegue le da con la espada en el rostro con tanta fuerza que le rompe el

nasal un poco por encima de los ojos, y al recuperar la espada la ve llena de la roja sangre de su enemigo, que al punto cae a tierra. Lambegue se dispone a enfrentarse con los demás, que ya llegan; sujeta con fuerza la espada y se apoya firme en los estribos, se acerca el escudo al pecho y quiere dirigirse a ellos, pero su tío Farién llega hasta él al galope y le sujeta el caballo por el freno y se lo lleva hacia la puerta. Las gentes de Claudás no tardan en darles alcance: los golpean en el yelmo y rompen las lanzas contra sus cuerpos, pero a pesar de todo, consiguen refugiarse en la ciudad el tío y el sobrino y otros muchos que habían salido en su auxilio. Pero Farién y Lambegue no se han retirado de forma fea, pues sin cesar han ido derribando a los más veloces y han dado buenos golpes el uno por el otro, y ambos tienen la espada teñida de rojo.

Han regresado a la ciudad; se cierran las puertas y caen rastrillos. Lambegue y Farién se dirigen a la torre, pero no van como caballeros descansados que no han hecho nada, pues a ambos se les conoce el esfuerzo porque han perdido sangre en muchos lugares, tienen los yelmos destrozados y abollados y los escudos agujereados por las gruesas lanzas y cortados y rotos por todas partes por los golpes de las espadas. Cuando los tres caballeros que estaban en prisión por Claudás los ven llegar así, sienten gran miedo por ellos mismos, sobre todo al oír que Lambegue le dice enfurecido a su tío:

—Señor, por Dios, dejadme matar a estos traidores a despecho del desleal Claudás, que quería que nos dieran muerte.

—No, buen sobrino, pues no merecen morir por las culpas de otros, y su señor sólo ha cometido una traición en contra de mí y eso no es suficiente para dar muerte a ningún noble.

Así apacigua con gran esfuerzo Farién a su sobrino. A continuación se quita el yelmo, pero no tarda en llegar un escudero que les dice que vayan a la puerta donde ha tenido lugar el combate, pues Claudás quiere hablar con Farién, y los nobles de la ciudad lo habían mandado porque les tardaba oír lo que el rey quería decir. Vuelven ambos a montar a caballo, hacen que les lleven el yelmo y cuando llegan a la puerta, se la abren. Se acerca a ellos de parte de Claudás un caballero completamente desarmado y le dice a Farién que el rey le espera fuera, sin compañía, y que le pide que vaya solo, pues ha hecho que se retiren todas sus gentes, cosa que era cierta, tal como decía el caballero.

Farién va allí solo. Cuando el rey lo ve le pregunta por los tres prisioneros y le pide que le diga la verdad como caballero leal. Farién le contesta que los tres están sanos y salvos. El rey temía que los hubieran matado, pues sabía que Farién era hombre riguroso y que Lambegue era felón; por eso, le dice a Farién:

—Farién, sin motivo has roto el juramento de vasallaje que te unía a mí; te exijo — como a hombre leal— que lo vuelvas a mantener como debes, pues no te he hecho ningún daño por el que debas abandonarlo.

—No lo haré, pues no os podría amar y entonces sería traidor y desleal.

Claudás intentó convencerlo de muchas formas, y al final dijo:

—Farién, procura que mis prisioneros no sufran ningún daño; y ahora márchate ya que no deseas oír mis súplicas. Estoy dispuesto a ofrecerte lo que me pedías hace poco: ir como prisionero a donde quieras llevarme, como te prometí.

—¿Cómo?

—Te prometí como a vasallo mío que en cuanto me lo pidieras me entregaría a ti como prisionero: en el momento en que vuelvas a ser vasallo mío lo haré, después de que me prometas que no tendré que temer a nadie y que no habéis tenido noticias de los hijos del rey Boores. Si no queréis hacerlo así, tendrás que irte, pues no volveré a aceptar ningún consejo tuyo, ni bueno ni malo, ya que no te podré considerar vasallo mío. Diles a los nobles más importantes de ahí dentro que vengan a hablar conmigo.

Y a continuación le da los nombres de hasta diez caballeros.

Farién vuelve y envía los nobles a Claudás. Al verlos, éste les dice, sin dirigirles ningún saludo:

—Señores, todos vosotros sois vasallos míos; yo os amaba mucho y vosotros os habéis portado tan mal que difícilmente lo podríais recompensar, si yo pusiera la pena a la altura que vuestro comportamiento exige; pero no quiero hacerlo, y sabéis que tengo fuerzas y poder como para cogeros ahí dentro y que no podáis resistir. Habéis hecho que Farién venga a solicitar la paz, pero me ha devuelto su homenaje y ya que no quiere ser vasallo mío, no voy a hacer nada por él, pues no tengo por qué ayudarlo. Os diré cómo podréis obtener la paz y treguas de mí; os juro por los santos de esta ciudad que no lo conseguiréis de otro modo, y si os puedo tomar por la fuerza, haré que os maten y descuarticen a todos: primero, me debéis jurar que mi hijo Dorién no recibió la muerte por vosotros, ni por consejo vuestro; después, me entregaréis a algún habitante de la ciudad para que yo haga lo que quiera. Si no lo aceptáis, marchaos y preparaos para defenderos con todo vuestro poder, pues seréis atacados con violencia y de forma incesante, y no cesaré aunque esté aquí todo el poder de mi señor el rey de Gaula. Y si no consigo tomar la ciudad a la fuerza, no aceptaré compensación alguna si no es la de vuestros propios cuerpos, y así lo juro por Dios.

Al oírlo se muestran a la vez contentos y tristes; contentos porque pueden conseguir la paz, y tristes porque uno de ellos se tiene que quedar y saben que, pase lo que pase, morirá.

—Señor —dice Leonches de Paerne—, hemos oído vuestros deseos y los cumpliremos con gusto; decidnos ahora a quién queréis que os entreguemos, y si es alguien a quien os podamos dar, así lo haremos.

—Os lo voy a decir: entregadme a Lambegue, el sobrino de Farién.

—Señor —le contesta Leonches—, eso no puede ser porque nosotros nos convertiríamos en traidores al entregaros para que le dierais muerte al mejor bachiller

de todo el reino, y en el que tenemos la mayor confianza. Si Dios quiere, no obtendremos la paz mediante asesinato, ni mediante traición; independientemente de lo que quieran hacer los nobles del reino, por mi parte, yo no doy el consentimiento.

—Y vosotros, los otros once, ¿qué decís? ¿Os dejaréis destruir y atrasar esta ciudad por no entregarme a sólo un caballero?

Le responden que no harán nada en contra del consejo de Leonches, pues es el más noble caballero del reino.

—Ya os podéis marchar, pues a partir de este momento no conseguiréis treguas ni paz, pero antes os exijo como a vasallos míos que me devolváis los tres prisioneros que tenéis, o que me juréis sobre los Evangelios que no sabéis nada sobre los hijos del rey Boores, y que ignoráis si están vivos o muertos.

—Señor —responde Leonches—, no sabemos nada de los niños, pero además, no fuisteis vos quien nos entregó a los prisioneros, sino que fue Farién y le juramos que le ayudaríamos contra quienes intentaran causarle daño sin razón. Y ya que se lo juramos así, no podemos ni debemos ir en contra de él, pues cometeríamos deslealtad: cuando alguien es desleal, queda deshonrado.

—Tened por seguro que los tendréis que entregar, o no os volveré a amar de todo corazón; procurad que no muera ninguno de ellos, pues moriríais todos vosotros. Ahora, marchaos y que cada uno obre lo mejor que pueda.

Los doce caballeros regresaron muy afligidos, pues saben que la ciudad no podrá resistir frente a Claudás.

Apenas llegaron junto a los demás, Farién vio la mala cara que traían con sorpresa. Les pide noticias del rey Claudás y le contestan que son muy malas.

—¿Qué oculte?

—No podremos obtener paz ni treguas si no le entregamos a Lambegue, vuestro sobrino, para que quede totalmente a su disposición: así llegaríamos a un acuerdo.

—Y ¿qué habéis decidido?

—¿Qué? Por Dios —responde Leonches de Paerne—, no estaré yo presente cuando un caballero como él, que nos ha ayudado tanto, sea entregado a la muerte, y no seré yo quien dé tal consejo.

Estaban allí reunidos los hombres más prudentes de la ciudad y del reino, y Farién, dirigiéndose a todos, dijo:

—Señores, ¿qué os parece lo que ha solicitado Claudás a estos nobles?

Todos aceptan la decisión de Leonches, y no hay uno solo que no diga que sería gran daño lo contrario; acuerdan resistir cuanto puedan resistir y cuando no puedan más —y si Dios no quiere ayudarles— saldrán fuera de la ciudad a vender su vida tan cara como puedan, pues la gente honrada no debe cometer asesinato ni deslealtad para salvarse.

Al oírlos, Farién siente gran aprecio por ellos y se alegra; querría recompensarlos si

pudiera por la lealtad que le han demostrado. Y así se disponen a defenderse: se separan y cada cual va a su alojamiento, y Farién y su sobrino se dirigen a la torre. Cuando estuvieron desarmados, Farién sube a las almenas y contempla por todos los lados la multitud de gente que hay en el ejército enemigo: sabe que la ciudad no puede ser defendida, y será tomada, pues tienen muy pocos alimentos para todos los que están dentro; empieza a llorar con amargura y suspira en el corazón. Mientras lloraba y suspiraba así, llegó su sobrino Lambegue: al oír que se queja y lamenta de tal modo, se dirige hacia él en silencio, despacio, para que no se pueda dar cuenta, y escucha y oye que se está diciendo a sí mismo:

—¡Ay! Buena ciudad, honrada desde antiguo, poblada de hombres nobles y leales, casa y sede real, hostel de justos jugadores, refugio de gozo y alegría, corte llena de buenos caballeros, ciudad honrada por valiosos burgueses, país lleno de leales vasallos y buenos señores, tierra repleta de todo tipo de cosas buenas, ay, Dios, ¿quién podía soportar el dolor de ver la destrucción de todo esto por salvar la vida de un niño? ¡Ay! Buen sobrino Lambegue ¡Ojalá quisiera Dios, que por vosotros padeció muerte, que yo me encontrara en tu lugar! Por Dios, me gustara o no, yo iría al rey Claudás para evitar el dolor del feliz reino de Gaunes, pues sería una muerte muy noble y buena la que produjera tanto provecho en la tierra.

Tras estas palabras guarda silencio, no dice nada más y empieza a llorar con amargura. Lambegue se le acerca y le dice:

—Señor, señor, no os lamentéis, pues por la fe que os debo, os aseguro que a cambio de salvar mi vida no se perderá la ciudad y si voy a conquistar tan gran honor como habéis dicho, me entregaré a la muerte con tranquilidad y alegría.

—Buen sobrino, te equivocas, pues a pesar de lo que estaba diciendo, no deseo tu muerte ni recomendaré tal cosa: que Dios no me permita verla; esperaremos la misericordia divina y si no nos llegan socorros, lo peor que nos puede ocurrir es que salgamos a enfrentarnos con la hueste enemiga; tal vez tuviéramos la suerte de vernos libres para siempre.

—Todo eso no será necesario, ya que al entregarme yo, la ciudad podrá quedar en paz sin que haya ningún herido.

—¿Cómo?, buen sobrino, ¿de verdad te vas a entregar a Claudás?

—Sí, mi buen tío, de verdad. No volverá a cometer daño; ya que mi muerte puede salvar a una ciudad tan hermosa y a tantos valientes como hay en ella, debo hacerlo; y a vos mismo os he oído decir que si estuvierais en mi lugar, iríais, decidido, a la muerte. Del mismo modo que vos lo haríais, yo quiero hacerlo, pues bien sé que no haríais nada deshonesto.

—Buen sobrino, ya veo que estáis decidido a ir: lo siento mucho, pero me parece bien. Lo siento porque nada podrá guardarte de la muerte; me parece bien porque ningún caballero habrá muerto con tanto honor como tú, pues por ti quedará a salvo

todo el pueblo de este país.

Inmediatamente después, Lambegue va a donde están los nobles, los llama y reúne, diciéndoles:

—Señores, si me entregáis al rey Claudás, ¿cómo estaréis seguros de obtener la paz y de ganar su amistad?

Le preguntan por qué lo dice.

—Porque si os asegura las dos cosas, no será difícil lograrlas, pues estoy dispuesto a entrar ahora mismo en su prisión.

Al oír tales palabras empiezan todos a llorar y le responden que en modo alguno lo permitirán, pues sería una gran calamidad que recibiera muerte siendo tan joven, ya que aún podría lograr grandes honores. Él contesta que por más que le aconsejen no podrán quitarle del corazón su deseo, «y no temáis que Claudás me mate, pues sé que quiere retenerme en su prisión».

Una vez más le responden que no lo permitirán, porque si Farién lo supiera, perdería la razón y daría muerte a todos los que estaban en el consejo.

—Por él —contesta Lambegue— no os preocupéis, pues he tomado mi decisión con su consentimiento.

Al punto van a buscarlo y le cuenta lo que su sobrino acababa de decirles. Farién responde que si tanto deseo tiene, que no se lo impedirá, pues no podría morir de muerte más honrosa. Ante tal decisión, envían a Leonches de Paerne para que le pregunte a Claudás cómo les asegurará que, cuando Lambegue sea su prisionero, no tomará represalias por la discusión que habían tenido.

El rey le contesta que lo hará como ellos quieran.

—Desean que se lo juréis —le dice Lambegue— delante de ellos y ante los más nobles de vuestra corte.

Claudás lo acepta y añade:

—Ellos me jurarán que no dieron muerte a mi hijo, ni aconsejaron que lo mataran.

—Lo harán con mucho gusto.

Fijan para el día siguiente el encuentro y para mayor seguridad así se lo promete Leonches a Claudás y el rey al mensajero.

Por la mañana se hicieron los juramentos por ambas partes, y devolvieron los prisioneros de Claudás, pues tal era el acuerdo. Entonces, se dirigió Farién a su sobrino y le dijo:

—Buen sobrino Lambegue, vais hacia la muerte más alta que ha recibido ningún caballero; antes de marcharos os confesaréis, pues así lo deseo.

—¿Por qué, señor, acaso teméis que muera?

—Sí, ciertamente; estoy seguro de que no podrás librarte.

—Así me ayude Dios, no temeré a la muerte mientras vos podáis llevar escudo; más atormenta mi corazón el tener que estar a merced de mi enemigo mortal. Esa es la

angustia que supera a todos los dolores, pues la muerte no es más que alegría y solaz en comparación con el tener que hacer y decir cosas que van en contra de mi corazón. De todas formas, como vuestra voluntad es que me confiese, lo haré, pues nada que vos queráis será dañino para mí.

A continuación llama al obispo y se arrepiente ante Nuestro Señor Dios confesando todo lo que el corazón puede explicar por medio de la lengua. Después pide sus armas y su tío le dice:

—Buen sobrino, no las necesitaréis; lo que os será necesario será pedir compasión.

—Por Dios, no pienso hacerlo. Yo no me hubiera apiadado de él ayer, si lo hubiera vencido, y —si Dios lo permite— no me humillaré ante grandes señores, pues parecería ladrón o asesino condenado a muerte; iré como caballero, con el yelmo atado y el escudo al cuello: le entregaré mi espada y las armas, sin decir nada; no tengáis ningún miedo, pues por el respeto que os debo porque sois mi tío y mi señor, no golpearé a nadie, ni cometeré ningún acto reprobable.

Después de hablar así, le han entregado sus armas. Tras armarse y montar a caballo, encomienda a Dios a todos y se marcha sin permitir que nadie lo acompañe, y con la cara tan alegre que la gente se admira. Farién y los otros que están con él no están nada contentos, antes bien, manifiestan tal dolor por toda la ciudad de Gaunes que parece que han perdido lo que más querían en el mundo.

Lambegue cabalga hasta llegar al pabellón de Claudás; desmonta y se encuentra al rey armado con todas sus armas, pues sabía que el sobrino de Farién iba a ir del mismo modo; a su lado estaban unos cuantos caballeros suyos armados también, porque Claudás no se consideraba muy seguro si Lambegue llevaba armas, pues los tres prisioneros le habían contado cómo lo había hecho todo por su propia voluntad, ya que nadie se atrevió a pedirselo.

Lambegue llegó delante de Claudás y sin arrodillarse ni decir ninguna palabra, desenvaina la espada, la contempla y suspira. A continuación, la arroja a los pies del rey sin decir nada, se quita el yelmo de la cabeza, pues no se lo había atado, y lo arroja también a los pies de Claudás, y hace lo mismo con el escudo después. El rey recoge la espada y la levanta haciendo ademán de golpearlo con ella en la cabeza. Entonces sintieron todos los que estaban allí gran compasión, y hasta a los más felones se les saltan las lágrimas, pero Lambegue no se mueve en absoluto. Entonces, Claudás ordena que le quiten la cota y las calzas de hierro: de inmediato se acercan los criados y lo desarman; luego, se puso una cota fina de color rojo: era un caballero hermoso, bien proporcionado en el cuerpo y en los miembros, y no tenía ni bigote ni barba. Se mantenía en pie delante del rey, sin decir una palabra y sin mirar al rey cara a cara, sino de través y con el puño derecho apretado.

—Lambegue —le dice Claudás—, ¿cómo has sido tan osado que te has atrevido a entrar aquí? ¿Acaso no sabes que te odio más que a nadie?

—Claudás, ahora sabes que te temo poco.

—¿Cómo? ¿Ves aquí preparada tu muerte y aún me ofendes?

—Es una cosa a la que no tengo ningún miedo.

—¿Tan compasivo y misericordioso me consideras?

—Te considero el más felón y cruel de cuantos han existido; pero no te atrevas a matarme, si quieres vivir.

—¿Por qué dejaría de matarte? ¿Acaso no me matarías tú si me tuvieras en tu poder?

—No te tendré en mi poder en mucho tiempo, pues Dios no quiere, pero nada había deseado tanto.

—De una cosa se puede pavonear —le dice Claudás riendo y cogiéndolo por la mano — quien os tiene por compañero: de que conoce al caballero más atrevido de los que se han levantado hoy de la cama y el que tiene el corazón más duro. Si vivieras largo tiempo, llegarías a ser valiente y esforzado: Dios sabe que te hubiera dado muerte por conquistar medio mundo, y no deseaba otra cosa que tu muerte, pero no volveré a querer tal cosa, pues nadie mostró el valor que tú has tenido entregándote para morir por salvar a los demás. Y lo mismo que antes deseaba tu muerte, ahora te estimaré por el afecto que le tengo a tu tío Farién —si quiero ser justo— pues no puedo negar que me salvó de morir a manos de los que están en la ciudad.

Entonces, Claudás ordena que le entreguen ricas ropas, que eran suyas, pero Lambegue no las quiere tomar por nada. El rey le ruega que se quede con él, a lo que responde que no se hará vasallo de nadie sin que su tío lo haga antes que él.

Apenas ha dicho estas palabras, Claudás envía en busca de Farién: el que fue a por él lo encontró en la puerta, completamente armado, con el yelmo atado en la cabeza, y pensando cómo mataría a Claudás si éste daba muerte a su sobrino. No tardó en llegar ante el rey, que le dice:

—Farién, ya os he devuelto una parte de los servicios que me habéis hecho, pues he dejado libre a vuestro sobrino que se me había entregado dispuesto a morir: lo he hecho así por el afecto que os tengo y por su gran valor: esta mañana mismo no hubiera aceptado el resto del mundo a cambio de su vida. Tened por cierto que vosotros sois los dos caballeros cuyos servicios y compañía preferiría tener. Acercaos y aceptad mi ofrecimiento: os devolveré vuestras tierras y os las aumentaré con ricos feudos de grandes rentas.

Farién, que era sensato, no quiso dejar de hablar al rey Claudás, pues consideraba un gran favor el que le había hecho con su sobrino perdonándole el odio que le tenía por afecto hacia él.

—Señor —le dice al rey—, os doy las gracias como a uno de los hombres más valientes y nobles del mundo, por lo que habéis hecho por mí y por lo que me queréis dar; no rehúso ni vuestro servicio ni vuestro ofrecimiento, antes al contrario, los aprecio mucho. Pero hay una gran traba para cumplir lo que me pedís, pues he jurado sobre

santas reliquias que no recibiría tierras de ningún hombre mortal sin haber tenido antes noticias fidedignas de los hijos de mi señor el rey Boores.

—Os voy a decir qué podéis hacer por mi amor: quedaos con vuestra tierra, sin rendirme homenaje ni haceros vasallo mío, y marchad en busca de los niños cuando queráis; es más, si así lo deseáis os daré una parte de mis hombres para que vayan con vos. Cuando los hayáis encontrado, traedlos aquí o llevadlos al lugar que os parezca, y yo os investiré con toda la tierra hasta que estén en edad de ser armados caballeros. Entonces, me rendirán homenaje y yo les daré sus tierras y vos lo haréis cuando los hayáis encontrado.

—Señor, no lo haré así, pues podría ocurrir que tuviera que enfrentarme con vos y entrar en vuestra tierra antes de que os lo pudiera hacer saber y entonces actuaría mal siendo feudatario vuestro y en mala hora os habría rendido homenaje. Os voy a proponer otra cosa: os prometeré como caballero que, ocurra lo que ocurra con los niños, los encontremos o no, no le rendiré a nadie homenaje sin hacéroslo saber antes, si estáis vivo; con eso bastará, no haré ninguna otra cosa.

—Bien sé por qué no queréis ser vasallos míos ni vos ni Lambegue: me habéis dicho que nunca me amasteis y que nunca me podríais amar.

—Señor, os lo he dicho y no os mentí, pues nunca os amé; pero ahora habéis hecho más por mí que lo que yo hice por vos y con ello os habéis ganado nuestros corazones. No puedo ni debo obrar de otra forma, pues ya habéis oído el impedimento; no obstante, estemos donde estemos mi sobrino y yo, no tendréis que preocuparos por nosotros, pues os lo haremos saber antes. Y ahora nos vamos a ir a cumplir con nuestra búsqueda, si nos lo permitís.

Cuando Claudás ve que no puede retenerlos, les da permiso por los nuevos acuerdos. Lambegue se vuelve a armar y monta a caballo; entonces Claudás hace que le entreguen una lanza de acero muy cortante y de fuerte asta, pues no tenía cuando entró en su pabellón.

Con esto, se van los dos y regresan a la ciudad, donde se despiden de todos los nobles. Farién reúne a su mujer y a sus hijos para llevárselos.

Así queda hecha la paz entre los nobles del reino de Gaunes y los de Claudás. Pero la historia deja aquí de hablar de ellos y vuelve a Farién y a los hijos del rey Boores de Gaunes que están en el lago custodiados por la buena dama que los criaba con cariño.

XVIII

La paz hecha entre Claudás y los nobles de Gaunes, cuenta la historia que Farién y su sobrino fueron en búsqueda de los niños; los guió el criado que había ido con Lambegue, que se lo entregó la Dama del Lago para que lo acompañara al regreso. Al tercer día llegaron al lago: grande fue la alegría que les mostraron, pero Boores estuvo más contento con la llegada de Lambegue que Lionel con la de Farién, pues estaba muy enfadado con él porque había tardado tanto y además, le tenía tanto cariño a la doncella que se lo había llevado de Gaunes, que no quería ninguna otra compañía y no temía nada ni amaba a nadie como a ella. No obstante, por mandato de la doncella, fue corriendo a Farién con los brazos extendidos, y abrazó también a su mujer, a la que estimaban mucho él y su hermano. Pero después, le regañó a Farién con dureza, hablándole como si tuviera gran formación:

—Señor Farién, no estoy contento con vos, pues no vinisteis a mi lado; en cambio, Boores debe amar a su maestro que vino a reconfortarle en sus tristezas; si no hubiera sido por mi señora, no os hubieran ido a buscar, porque yo me puedo pasar de vuestro magisterio a partir de ahora.

Lionel no dijo nada más, ya había dicho suficiente. Cuando lo oyó la doncella que tanto lo quería, se adelantó y le juró que no lo volvería a amar si seguía diciendo tales estupideces y que procurara hacer lo que le dijera Farién. Éste se entristeció mucho con lo que había oído, pero respondió con más cortesía de la que tenía escrita en su corazón:

—Señor, no debo tomar a mal nada de lo que me digáis, por grave que sea, pues un señor joven no puede alejarse de su servidor por haberle dicho palabras inoportunas. Si tuvierais la edad de Lambegue, tarde os arrepentiríais. Muchos conocen el trabajo que he tenido para evitar que vuestra tierra fuera destruida y aniquilada, y para que no murieran o perdieran sus bienes muchas personas.

—¡Bien la habéis protegido defendiendo a Claudás y salvándolo de la muerte!

—Lo defendí porque debía hacerlo y así lo haría mañana también si fuera mi señor como era entonces.

En ese momento se adelanta el criado que los había acompañado y le dice a Lionel:

—¡Ay, señor, no le digáis tales palabras a vuestro maestro, pues por la Santa Cruz, lo considero como a uno de los caballeros más leales de cuantos han llevado escudo y aún diría mucho más si no estuviera él aquí, pues se me podría tener por adulación.

Así dejaron de hablar Lionel y su maestro, y el criado, que había estado en Gaunes, contó las proezas que vio realizar a Lambegue y a Farién, y cómo Lambegue se puso en peligro de muerte para salvar al pueblo y a la ciudad, y que Claudás se los quería dar como feudo si se hacían vasallos suyos. El criado contó tantas hazañas de ambos que la

Dama del Lago los contemplaba con admiración, como todos los demás que estaban allí.

No pasó mucho tiempo antes de que Lanzarote volviera del bosque, y al regresar mostró una gran alegría a sus compañeros por los maestros; Lambegue le contó a Farién las profundas palabras que había dicho cuando Lionel estaba llorando por su tierra a orillas del Charosque y después le contó cómo Leonches, el señor de Paerne, pensaba que era el hijo del rey Ban.

Por la noche, Farién observó el comportamiento de Lanzarote, sorprendiéndose por su forma de ir y venir, y por sus palabras, que resultaban agradables de oír: lo apreciaba en el corazón más que a ningún niño de los que conocía.

Así estuvieron juntos los tres jóvenes mucho tiempo, hasta que murió Farién, a quien le hicieron gran duelo, pues era considerado como hombre noble y valiente. Su mujer y dos hijos suyos se quedaron con la Dama del Lago; Lionel los armó caballeros más tarde: uno de ellos se llamaba Anguins y el otro, el más joven, Tataín; fueron hermosos y muy valientes.

Pero aquí deja la historia de hablar de ellos, de los tres primos y de su séquito durante un tiempo y vuelve a hablar de las dos reinas que eran hermanas y que vivían juntas en el Monasterio Real.

XIX

Cuenta ahora la historia que las dos hermanas estaban deshechas de velar, ayunar, llorar y meditar día y noche. La reina de Gaunes había oído la noticia de la desaparición de los dos niños: que Claudás los quería matar y que una doncella se los llevó con gran habilidad. Como ignoraba dónde estaban y si estaban bien o a disgusto, sufría mucho ella y también su hermana, la reina de Benoic, con gran dolor en sus corazones, aunque a la de Gaunes le pesa más porque era la madre; por eso empezó a debilitarse rápidamente, pero no dejaba de asistir a maitines todos los días. Y a pesar de que llevaba una vida santa, de auténtica religión, no superaba a su hermana la reina Elaine de Benoic, que vestía en todo momento la áspera estameña por debajo de la camisa blanca y delgada; no había comido carne desde que entró en la orden, aunque estuviera enferma, y se levantaba todas las noches dos veces: una, para antes de maitines o poco después, según los cantaran temprano o tarde; entonces rezaba todo lo que sabía, sin lámparas, pues no quería que nadie la viera, y esto lo hacía todas las noches de invierno, levantándose dos veces. Sólo comía en el refectorio y dormía siempre en el dormitorio común. Nunca estaba tan bien calzada como para no ir tocando el suelo con la planta del pie; mantenía orden y silencio dentro y fuera del claustro y no hablaba sin el permiso de su abadesa, a no ser que estuviera lamentándose y pidiendo compasión a Nuestro Señor, y eso lo hacía a solas, sin acompañamiento de nadie. Pasó muchos días sin comer más que hierbas y hubo muchos días que no comió nada. Cuando se encontraba aturdida de cantar, de estar en el claustro, de velar, de ayunar o rezar, descansaba pero lo hacía de hinojos o de rodillas, y entonces escuchaba vidas de santos de boca de un capellán, de los tres que había allí de su casa.

Tal era la vida que llevaba la reina Elaine de Benoic en el Monasterio Real y Nuestro Señor le mostró que le agradaban sus servicios, pues ella se mantenía relativamente gruesa en el rostro, blanca y sonrosada, y tan hermosa que cualquiera pensaría que no llevaba a cabo ni la séptima parte de los sacrificios que hacía. Mantuvo este tipo de vida durante mucho tiempo, mientras que su hermana Evaine, que era de complexión más débil y peor, tenía que acostarse enseguida y cuando se levantaba parecía que se fuera a morir; otras veces se levantaba a maitines y a cantar las demás horas, pero se le notaba en el rostro el cansancio del cuerpo, pues lo tenía delgado y pálido, y tenía la voz tan apagada y débil que cuantos la oían pensaban que moriría de inmediato.

Cuando supo que sus hijos habían desaparecido y que no se había vuelto a tener noticias de ellos, empezó a empeorar día tras día, y no pudo levantarse de la cama, pero todos los días le rogaba a Nuestro Señor que, antes de que abandonara este mundo, le permitiera saber noticias ciertas de sus dos hijos, y si estaban vivos; si habían muerto

no quería saberlo, pues deseaba morir con el espíritu tranquilo, de modo que ninguna calamidad de la tierra acelerara su fin.

Estando en estas oraciones y en estos rezos, tuvo una visión; se quedó adormecida y su espíritu se alegró y se fue en poco tiempo muy lejos: le pareció que estaba en el extremo de un hermosísimo jardín, en el límite con un bosque grande y tupido. Alrededor del jardín había casas bellas y bien construidas; contempló todo esto y vio a numerosos niños que salían de las casas, pero entre ellos había tres que parecían ser señores de los demás; uno de los tres era más grande y más hermoso, e iba en el centro; los dos que estaban a sus lados tenían dos hombres que les daban protección. De inmediato reconoció a Farién y a Lambegue, su sobrino, pues entonces todavía estaba vivo Farién. Supuso que los dos niños eran sus hijos, pero no sabía quién era el otro, e incluso de sus propios hijos no podía distinguir nada. En ese momento se le acercó un hombre al que no conocía y se la volvió a llevar a la abadía rápidamente, entristecida y preocupada porque no había podido reconocer a los tres niños.

Cuando se despertó, sintió la tristeza que había tenido en el sueño; se miró la mano derecha y encontró escritos en ella tres nombres: Lionel, Boores y Lanzarote. Entonces se puso muy contenta y lloraba de alegría. Llamó a su hermana y le contó la visión «y sabed, buena hermana, que vuestro hijo es mucho más hermoso que cualquier niño; nunca vi a ninguno tan bello ni tan agradable».

Entonces le cuenta cómo lo había visto, con lo que la reina de Benoic siente una gran alegría.

—Buena hermana —le dice la de Gaunes—, ahora veo que Nuestro Señor quiere que me vaya de esta vida, pues ha cumplido todos mis deseos; a Él encomiendo mi espíritu.

A continuación se confesó de todos sus pecados y tardó mucho en irse el alma del cuerpo. Le hicieron grandes honores, como correspondía a una reina, y su hermana la reina de Benoic sufrió gran pena.

Pero la historia, ya no sigue hablando de ellas ni de su compañía, y vuelve a hablar del rey Arturo.



Cuenta ahora la historia que a principios de abril, el día de Pascua, estaba el rey Arturo en Carahaís, que es una ciudad suya muy buena y bien suministrada de muchas cosas. Después de misa mayor, se había sentado a comer: era costumbre en aquel tiempo que el rey Arturo se mostrara más espléndido durante todos los días de Pascua que durante cualquier otra fiesta y os diré por qué. No estaba obligado por la corte a ponerse la corona nada más que cinco días en todo el año: en Pascua, para la Ascensión, en Pentecostés, el día de Todos los Santos y el de Navidad. En otras ocasiones reunía a la corte, pero no eran cortes solemnes; así ocurría para la Candelaria, la Virgen de agosto o el día de la fiesta de la ciudad en la que se encontrara, y muchos otros días, cuando se le presentaba gente a la que quería honrar y festejar. Así pues, el rey Arturo reunía a la corte en muchas ocasiones, pero de todas, era la Pascua la fiesta más importante y cuando más honor hacía a Nuestro Señor Dios, y Pentecostés era la más esperada.

La Pascua era la fiesta más importante y más celebrada porque en ella fuimos salvados del sufrimiento eterno, pues ese día resucitó Nuestro Salvador, que muriendo acabó con nuestra muerte y rehizo nuestra vida, dándole mayor sentido con su resurrección. Por esta razón era la Pascua la fiesta más importante del año y la más celebrada en la casa del rey Arturo y en muchos otros lugares.

Pentecostés era la fiesta más esperada y la más alegre pues la subida de Jesucristo Nuestro Salvador al cielo después de Pascua, fue nuestra salvación: había prometido que enviaría al Espíritu Santo para reconfortarnos, cosa que era muy necesaria, pues los hombres en aquel tiempo eran como rebaño que hubiera perdido a su pastor. Dios cumplió su promesa enviándoles al Espíritu Santo para darles algún alivio porque no estaba en carne entre ellos, pues se encontraba en forma de espíritu. Con la llegada del Espíritu Santo se reafirmó su alegría y, así, el día de Pascua fue el comienzo de nuestro gran gozo y el día de Pentecostés fue su renovación: la Pascua fue la fiesta más importante y más celebrada de todo el año, porque por ella fuimos rescatados del pecado y nuestra vida fue reparada; Pentecostés debe ser la fiesta más deseada porque es la continuación de nuestra alegría.

Según os estaba diciendo, el día de Pascua estaba el rey en Carahaís con muchos nobles y caballeros de su reino. Después de la comida muchos de los jóvenes bachilleres tuvieron ganas de divertirse y entretener a los otros, y empezaron a jugar de muchas maneras: unos jugaban a las tablas y al ajedrez, y a otros juegos; otros bailaban al corro y miraban las danzas de las damas y de las doncellas; pero unos cuantos, propios y extraños, fueron a bohordar. Levantaron un castillo, como era habitual en aquel tiempo, y lo golpearon con gran habilidad muchos de aquellos jóvenes, pero no hubo

ninguno de la casa del rey Arturo entre ellos, pues no era costumbre ni uso hacerlo así, aunque muchas mañanas bohordaban contra escudos o contra armaduras, yendo completamente armados.

El día que bohordaban los forasteros era el mismo día de Pascua, y venció a todos un caballero —del que habla la historia más arriba— que se llamaba Banín y era ahijado del rey Ban de Benoic. Era un caballero pequeño, pero muy hábil y rápido, y de extraordinaria fuerza. Había combatido contra el rey Claudás durante mucho tiempo, causándole grandes daños y apoderándose de tantas cosas suyas, que se marchó enriquecido y bien provisto, igual que la cuarta parte de sus hombres. A pesar de lo joven que era, había acudido a la corte del rey Arturo, en donde todos mejoraban su situación: pobres, ricos y cuantos deseaban obrar bien y valer más, pues nadie era tenido por noble y valiente —fuera de la tierra que fuera— si antes no había estado en la corte del rey Arturo y si no conocía a los de la Mesa Redonda y a los de guardia: sólo entonces era tenido por caballero andante.

Cuando Banín venció a todos con los bohordos, fue admirado por muchos, pues en aquel tiempo las proezas eran más consideradas que después, y era costumbre siempre que el rey Arturo llevaba corona que el extranjero vencedor con los bohordos, servía el primer plato de la cena en la Mesa Redonda, porque era el principio de su fama y porque gracias a su proeza podría llegar más lejos. Al acabar de servir, iba a sentarse a la mesa del mismo rey Arturo, a su lado, pues aunque todos los días el rey se sentaba en su mesa, y sólo tenía caballeros a un lado, ese día tenía a su lado al vencedor en los bohordos para que lo conocieran mejor todos.

Así, cuando Banín terminó de servir el primer plato en la Mesa Redonda, mi señor Galván y Keu, el senescal, lo llevaron ante el rey y lo sentaron allí. El rey lo contempló con dulzura, pues estimaba más que nada a los buenos caballeros. Acabado el primer plato, empezaron al hablar el rey y sus nobles, pues las fiestas en que llevaba la corona no se sentaba en su mesa ninguno de los reyes que había en la corte, porque cada uno tenía una mesa, sino que ponía en la suya a los nobles que conocía, para honrarlos más.

El rey habló con sus caballeros, sin dejar de mirar a Banín, que no dijo una sola palabra y se mantuvo con la cabeza baja como si estuviera asustado por estar ante una persona tan alta como era el rey Arturo y porque estaba sentado sirviendo como de espejo a toda la gente y sin duda era eso lo que le asustaba. El rey, queriendo sacarlo de su vergüenza, le dijo de forma muy cortés:

—Señor caballero, no estéis tan asustado a la hora de comer, pues según me parece no tenéis miedo al llevar las armas. Os están mirando muchos nobles valientes, pero todos lo hacen por honraros.

Entonces levanta Banín un poco la cabeza y, de vergüenza le sube el color a la cara y se ruboriza, y le quedaba muy bien, pues resultaba muy hermoso. El rey le pregunta

cómo se llama.

—Señor, me llamo Banín.

—¿Dónde nacisteis?

—Señor, en el reino de Benoic.

—¿De Benoic? ¿Decís del Benoic que tenía el rey Ban cuando vivía?

—Señor, así es.

—¿Conocisteis al rey Ban?

—Señor, fue padrino mío.

El rey lo mira y ve que las lágrimas le han llegado a los ojos, y siente gran compasión por él y se queda pensativo durante un rato, de forma que a él también le cayeron las lágrimas por el rostro, llegando a la mesa en la que estaba apoyado. Mientras tanto, se dieron cuenta mi señor Galván y Keu:

—Señor —le dice uno al otro—, temo que si le hacemos que abandone su meditación, nos lo tomará a mal.

—Por Dios —dice Keu—, así lo haría si estuviera pensando en algo que le gustara, pero no debemos dejar que siga, pues su pensamiento parece demasiado grave.

—Os prometo que lo sacaré de esas ideas, aunque me odie el resto de la vida.

Entonces se acerca a él e iba a zarandearlo, pero Keu lo sujetó por el brazo y le dijo:

—Esperad, que ya sé cómo lo haremos.

—¿Cómo?

—Os lo voy a mostrar, no os mováis de aquí.

Toma un cuerno de caza que estaba colgado, por la correa, de una cornamenta de ciervo; se lo pone en la boca y lo toca con tanta fuerza que parece que toda la sala tiembla, igual que las habitaciones de la reina.

El rey se sobresalta y le pregunta a mi señor Galván, que estaba delante de él, que había sido aquello.

—¿Qué ha sido? Que habéis estado tanto tiempo pensativo que no hay nadie que no lo haya tomado a mal, pues deberíais hacer fiesta a todos los que han acudido a vuestra corte, mostrándoles alegría; y, sin embargo, os quedáis meditabundo de tal forma que las lágrimas os corren por el rostro. Sería fea cosa si os compararan con un niño, pues se os ha tenido por uno de los hombres más sabios de cuantos existen.

—Galván, buen sobrino, mis pensamientos han tenido como resultado una cosa mala y una buena: mala, porque estaba pensando en la mayor vergüenza que he tenido desde que llevo corona, y que fue por el rey Ban de Benoic, que era de mis mejores vasallos y murió cuando venía a verme; ya se me han quejado por eso, pero no lo he reparado: así, tengo la mayor vergüenza.

—Señor, ciertamente es razonable que de vez en cuando penséis en ello, pero hacedlo cuando sea útil; en cualquier caso, no es ahora el momento de lamentarse: acordaos del rey Ban y de su muerte cuando podáis sumar a vuestro pensamiento

vuestro esfuerzo y decisión.

El rey se da cuenta y reconoce que su sobrino le está diciendo lo mejor; se frota y se seca los ojos y se esfuerza en poner buena cara, pero no consigue alegrarse tanto como antes, pues el corazón no le responde. Después de cenar llamó a Banín a un lado y le pidió noticias de la mujer del rey Ban y de su hijo. El joven le respondió que su señora se había hecho monja velada, y que del hijo no se tenían noticias ciertas, pero que la mayoría de las gentes pensaban que había muerto. Por tales testimonios el rey Arturo le dio a Banín joyas y muchas riquezas. Y la reina lo entretuvo aquella noche por su gran proeza: siempre lo hacía con el vencedor de los bohordos y del castillo en las fiestas mayores, y le daba joyas y regalos en prueba de su amor y a partir de entonces lo tenía por caballero suyo.

Aquel año Banín realizó tales hazañas que fue uno de los ciento cincuenta caballeros de la guardia y lo colocaron en el lugar de Gravadaín de los Valles de Galorra.

Pero la historia no sigue hablando de él, aunque sí lo hace su propia historia, que cuenta sus proezas y hazañas. Esta historia vuelve a hablar de Lanzarote, de su Dama del Lago y de su compañía.

XXI

Cuenta ahora la historia que Lanzarote llevaba tanto tiempo con la Dama del Lago que cumplió los dieciocho años: era un muchacho hermosísimo, imposible de encontrar otro igual en todo el mundo; era prudente, pues no se le podía recriminar ni censurar por nada de lo que hacía; además, era grande y corpulento. La Dama que lo había criado se dio cuenta de que ya era el momento de que recibiera la orden de caballería, aunque ella lo querría retrasar, a pesar de que sabía por sus suertes —que se las había echado con frecuencia— que llegaría a alcanzar gran honra. No obstante, si pudiera retrasar el armarlo caballero lo haría con mucho gusto, pues difícilmente se podría consolar de su ausencia, porque en él había puesto todo su amor y cariño al criarlo. Pero, por otra parte, si lo retenía más allá de la edad adecuada, evitando que se armara caballero, cometería pecado mortal igual que si hiciera traición, pues lo privaría de algo que no podría recuperar con facilidad.

Cumplidos ya los dieciocho años, poco después de Pentecostés, Lanzarote fue un día al bosque y encontró al ciervo más grande que había visto en su vida: dispuesto a mostrar tan extraordinaria maravilla, lo persiguió y lo mató. Al limpiarlo encontró que tenía tanta grasa como si fuera el mes de agosto y todos lo contemplaban admirados. Le envió el ciervo a su dama mediante dos criados y ésta se sorprendió de cómo podía tener tanta grasa en aquella estación y de su enorme tamaño. El ciervo fue contemplado con admiración y la dama se alegró mucho. Lanzarote se quedó en el bosque y durante un largo rato estuvo tumbado sobre la verde hierba a la sombra de un roble, pues hacía mucho calor. Cuando empezó a refrescar volvió a montar sobre su caballo de caza y regresó al lago, y bien parecía que volviera del bosque, pues llevaba puesta su cota de caza, corta, de color verde, y un gorro de hojas en la cabeza para evitar el calor, el carcaj colgando de la cintura —pues no se lo quitaba nunca, fuera donde fuera— y el arco, que se lo llevaba uno de sus criados. Llegó a su alojamiento erguido sobre el gran caballo de caza, bien sujeto en los arzones y firme y así se dirigió al patio donde estaba su dama esperándolo, y al verlo le subió el agua del corazón a los ojos, se tuvo que retirar de allí sin esperar más y entró en la sala mayor; apoyándose en un extremo, empezó a pensar. Lanzarote entró detrás de ella, pero ésta, al verlo, se metió en una habitación.

Él se queda sorprendido, pensando qué le puede pasar, la sigue y la alcanza en su habitación principal, echada en una gran cama. Se acerca a ella rápidamente y se da cuenta de que solloza y llora con amargura. La saluda, pero ella no le contesta ni le dirige la mirada, y esto le extraña mucho, pues ella solía salir a su encuentro para abrazarlo y besarlo, viniera de donde viniera. Por eso, le dice:

—Señora, ¿qué os ocurre? ¿Os ha airado alguien? No me ocultéis nada, pues nunca

hubiera pensado que alguien se atreviera a enfadaros estando vivo yo.

Cuando ella lo oye, estalla en sollozos, de tal forma que no puede decir con la boca una sola palabra, pues los sollozos se lo impiden; al cabo de un rato le dice:

—Ay, hijo de rey, marchaos de aquí o se me partirá el corazón en el vientre.

—Señora, me iré, pues malo será que me quede, ya que os molesto tanto.

Y con esto, el muchacho se vuelve, recoge el arco y se lo cuelga del cuello, se pone de nuevo el carcaj y regresa a donde estaba el caballo: le coloca el freno y lo saca al patio. Mientras, la dama, que lo quería por encima de todo, piensa que ha hablado demasiado y que el joven se marcha enfadado; lo consideraba tan valiente y tan fuerte que no creía que nada le pudiera hacer daño en el corazón o en el cuerpo.

Rápidamente se pone en pie la dama, se seca el rostro y los ojos, enrojecidos e hinchados, y va muy deprisa al patio, en donde encuentra al muchacho que iba a montar de nuevo, con semblante de estar muy triste. Se le acerca, y le sujeta el caballo por el freno, diciéndole:

—¿Qué es esto, señor vasallo? ¿A dónde vais?

—Señora, quiero ir al bosque.

—Desmontad de inmediato, pues no vais a ir.

Así lo hace y ella le sujeta el caballo y lo da para que lo lleven a la cuadra. Le da la mano al joven y se lo lleva a su habitación; ella se sienta sobre una cama y le dice al muchacho que haga lo mismo a su lado y le pide que le diga —sin mentir en nada— a dónde quería ir.

—Señora, me pareció que estabais enfadada conmigo, pues no queríais dirigirme la palabra; y ya que me iba así de mal con vos, no tenía ningunas ganas de quedarme.

—¿Qué pensáis hacer, pues, hijo de rey?

—¿Qué, señora? Por mi fe, pensaba ir en busca de mi curación.

—¿A dónde iríais?

—Señora, iba a ir a la corte del rey Arturo, para ponerme al servicio de algún noble hasta que me armara caballero, pues se dice que todos los nobles valientes están en la corte del rey Arturo.

—¿Cómo, pensáis, buen hijo de rey, que os hagan caballero? Decídmelo.

—En verdad, señora, ésa sería la cosa del mundo que yo más querría.

—¿Seríais capaz de recibirla? Pienso que si supierais lo importante que es, nunca os atreveríais a tanto.

—¿Por qué, señora? ¿Acaso son todos los caballeros más fuertes de cuerpo y miembros que los demás hombres?

—No, en absoluto, hijo de rey, pero el caballero tiene unas cualidades que no tienen los demás. Si os las digo, vuestro corazón temblará.

—Señora, esas cosas que caracterizan al caballero, ¿se pueden encontrar en el corazón y en el cuerpo de los otros hombres?

—Sí, pues Nuestro Señor Dios hizo a unos más valientes que a otros, o más nobles, o más agraciados.

—Señora, entonces se debe considerar muy malo y privado de cualquier buena cualidad quien por miedo deja de armarse caballero, pues hay que procurar ser cada día más fuerte, aumentando las virtudes, y es despreciable quien por pereza pierde lo que todos pueden lograr, que son las virtudes del corazón, mucho más fáciles de alcanzar que las cualidades del cuerpo.

—¿Qué diferencia hay entre las del cuerpo y las del corazón?

—Señora, os diré lo que pienso al respecto. Me parece que las virtudes del corazón las pueden tener muchos que no alcanzarán las del cuerpo, pues cualquiera puede ser cortés y prudente, agradable y leal, noble, generoso y valiente (y todas éstas son virtudes del corazón), pero no todos pueden ser grandes, corpulentos, ágiles, hermosos o bien proporcionados: y éstas son cualidades del cuerpo; creo que estas cualidades las lleva uno al salir del vientre de su madre, desde el momento en que nace; sin embargo, las del corazón creo que se pueden alcanzar si pereza no lo impide: a vos misma os he oído decir muchas veces que sólo el corazón hace al noble. Por eso, os pido que me habléis de la importancia de la orden de caballería y que me digáis por qué nadie debería ser tan atrevido como para convertirse en caballero; os escucharé con mucho gusto.

—Yo os lo diré, aunque no os lo podré contar todo, pues no tengo el talento suficiente para ello. Escuchad, y cuando lo hayáis oído, esforzaos en actuar realmente con el corazón y la razón, pues aunque penséis ser caballero no debéis desearlo con tanto ahínco que no conservéis el juicio, porque para eso se le dio al hombre el buen sentido y el entendimiento, para que mantuviera la rectitud y observara lo justo antes de hacer nada. La dignidad de caballero no fue establecida o creada como un juego: al principio, los caballeros no eran más nobles, ni de linaje más alto que los demás, pues del mismo padre y de la misma madre descendemos todos; cuando envidia y codicia comenzaron a extenderse por el mundo, y cuando fuerza empezó a vencer a justicia, todos los hombres eran iguales, en linaje y nobleza; pero cuando los débiles no pudieron sufrir ni soportar durante más tiempo a los fuertes, surgieron unos protectores y defensores para guardar a los débiles y a los pacíficos, para mantener la justicia y para evitar a los fuertes que engañaran y ultrajaran a los demás.

Tal labor se les encargó a los que más valían según la mayoría de la gente; y eran grandes, fuertes, hermosos, ágiles, pero también leales, nobles, valientes; es decir, tenían cualidades y virtudes tanto del cuerpo como del corazón. A pesar de todo, no los hicieron caballeros de cualquier manera, sino que sobre sus hombros se colocó un pesado fardo. ¿Sabéis cuál? Cuando empezó la orden de caballería, se le exigía al que deseaba ser caballero y que podía serlo porque había sido elegido por los demás, que fuera cortés sin villanía, agradable sin doblez, misericordioso con los que sufrían, generoso y bien dispuesto para socorrer a los necesitados, rápido y preparado para

castigar a los ladrones y asesinos, juez recto sin inclinación hacia el amor o el odio, sin deseos de ayudar al injusto dañando al justo, pero sin tendencia a perjudicar al justo para favorecer la injusticia.

Por miedo a morir, el caballero no debe hacer nada de lo que se le pueda derivar o suponer alguna afrenta; antes bien, más debe temer la deshonra que la muerte. Del mismo modo, la caballería se creó para proteger a la Santa Iglesia, que no puede vengarse empuñando las armas, ni puede devolver mal por mal; por eso, el caballero debe guardar al que pone la mejilla izquierda cuando le han golpeado en la derecha.

Según atestigua la Sagrada Escritura, nadie se atrevía a montar a caballo si no era caballero, y por eso fueron llamados caballeros.

Las armas que llevan, y que no debe llevar nadie que no sea caballero, también tienen su razón de ser y un profundo significado: el escudo que se cuelgan del cuello y con el que se cubren por delante significa que igual que el caballero lo coloca entre su cuerpo y el golpe, así debe colocarse el caballero entre la Santa Iglesia y sus enemigos, sean ladrones o poco creyentes; y si la Santa Iglesia es atacada o está en peligro de recibir golpes, el caballero debe adelantarse y soportar el ataque como hijo suyo que es, pues la Iglesia tiene que ser protegida y defendida por su hijo, porque si golpean o tratan mal a la madre delante del hijo y éste no la vengá, es justo que le prohíba el pan y le cierre la puerta.

La cota que viste el caballero y con la que se protege todo el cuerpo significa que, del mismo modo, la Santa Iglesia debe estar encerrada y rodeada por la defensa de sus caballeros, para evitar que el malhechor llegue en mala hora a la entrada o a la salida de la Santa Iglesia sin que esté el caballero despierto y dispuesto a defenderla.

El yelmo que se coloca en la cabeza y que está por encima de las demás armas, indica que del mismo modo debe estar el caballero por encima de las demás gentes frente a los que pretendan perjudicar o hacer daño a la Santa Iglesia, y debe ser como vigía que está de guardia en la casa, a la vista desde todas partes por encima de las demás casas para asustar a los malhechores y a los ladrones.

La lanza que lleva el caballero y que si la baja se clava antes de que puedan alcanzarle a él, significa que igual que por miedo a la lanza —cuya asta es bien recta y la punta muy cortante— se retiran los que van desarmados temiendo morir, así el caballero debe ser noble, valiente y fuerte, de modo que por miedo a él ningún ladrón o malhechor se atreva a acercarse a la Santa Iglesia, y que se alejen ante él, contra el que no pueden hacer nada, como los que van desarmados no pueden nada contra la lanza de cortante hierro.

La espada que se ciñe el caballero tiene filo por las dos partes, con razón. Entre todas las armas, la espada es la más honrada, la más importante y la de mayor dignidad, pues puede hacer daño de tres formas distintas. Se puede clavar, matando con la punta, con golpe de estoque; o se puede dar tajos a diestro y siniestro, utilizando los dos filos.

Estos filos indican que el caballero debe ser servidor de Nuestro Señor y de su pueblo: uno de los filos debe golpear a los que son enemigos de Dios y de su pueblo, y que desprecian a la Cristiandad, mientras que el otro corte debe caer sobre los que desprecian la compañía humana, es decir, los que roban a los demás y los que matan al prójimo. Los dos filos deben utilizarse así. El empleo de la punta es distinto: la punta significa obediencia, pues todas las gentes deben obedecer al caballero; y el significado es muy claro, pues la punta se clava y no hay nada que se clave con tanta dureza en el corazón como obedecer en contra de la propia voluntad: ni siquiera la pérdida de tierras o de bienes resulta tan dura. Tal es el significado de la espada.

El caballo que monta y que le ayuda en todas las necesidades es el pueblo, que del mismo modo debe ayudar al caballero cuando lo necesita y el caballero debe estar sentado por encima del pueblo. En efecto, el pueblo sustentará de tal forma al caballero, buscándole y consiguiéndole todo lo que necesite para vivir honradamente, ya que él, a cambio, lo guarda y protege día y noche. Y el caballero debe estar sentado por encima del pueblo, pues igual que espolea al caballo y lo lleva por donde quiere, así debe llevar al pueblo con recta sujeción, porque está y debe estar encima de él.

Así queda claro que el caballero debe ser señor del pueblo y servidor de Nuestro Señor Dios, pues debe proteger, mantener y defender a la Santa Iglesia: al clero que la sirve, a las viudas y a los huérfanos, mediante los diezmos y las limosnas que están establecidas. Y del mismo modo que el pueblo mantiene materialmente al caballero y le suministra todo lo que necesita, así la Santa Iglesia debe mantenerlo espiritualmente, consiguiéndole la vida eterna mediante oraciones, rezos y limosnas, para que Dios lo salve igual que él protege y defiende a la Santa Iglesia de sus enemigos en la tierra.

Así pues, todas las necesidades materiales que pueda tener el caballero debe cubrirlas el pueblo y todas las espirituales son tarea de la Santa Iglesia.

El caballero debe tener dos corazones: uno, duro y frío como el diamante; el otro, suave y blando como cera caliente. El duro como diamante debe emplearlo contra los desleales y los felones, pues del mismo modo que el diamante no tolera ningún tipo de talla, así debe ser el caballero, duro y cruel con los traidores que desprecian la rectitud y la ofenden cuanto pueden; y del mismo modo que la cera blanda y caliente puede moldearse y hacer con ella lo que se quiere, así las gentes buenas y misericordiosas deben conducir al caballero a la amabilidad y a la dulzura. Pero tienen que evitar que el corazón de cera caiga en poder de los felones y de los desleales, pues el bien que les haga será bien perdido; y la Santa Escritura nos dice que se condena al juez que salva de la muerte al culpable dejándolo ir libre, y si emplea el corazón duro de diamante con los buenos que sólo necesitan misericordia y compasión: en este caso también pierde su alma, pues la Escritura dice que el que ama deslealtad y felonía odia su propia alma, y Dios mismo dice en el Evangelio que lo que se le hace al necesitado es como si se lo hicieran a Él mismo.

Todas estas cosas debe tener presentes quien se atreve a recibir la orden de caballería, y si no desea obrar tal como os he dicho más arriba, debe guardarse de ser caballero, pues si sale del camino recto, debe ser afrentado primero por la gente y luego por Dios Nuestro Señor, pues el día que recibió la orden de caballería prometió ser tal como le había dicho que fuera quien lo armó caballero, y que conoce la materia mejor que yo, añade la dama. Al ser perjuro con Dios Nuestro Señor, pierde el honor que esperaba recibir con gran alegría. Y debe ser afrentado por la gente con razón, pues los nobles y valientes no lo admiten entre ellos, por ser perjuro con su Creador. Por eso, el que quiera ser caballero debe tener el corazón más puro y más limpio. Y si no es así, que no se meta en tal cosa, pues más le valdría a un muchacho vivir toda la vida sin ser caballero, que ser afrentado en la tierra y perder a Nuestro Señor Dios: más pesada es la carga de lo que se imagina.

Ahora, hijo de rey, ya os he contado una parte de los asuntos que corresponden al caballero leal, pero en modo alguno os los he expuesto todos, pues no los conozco. Decidme ahora si queréis ser caballero o preferís dejarlo.

—Señora, desde que existe la caballería, ¿ha habido algún caballero que reuniera todas esas cualidades?

—Sí, señor, bastantes, y lo atestiguan las Sagradas Escrituras de antes de que Jesucristo muriera, cuando el pueblo de Israel servía a Nuestro Señor con lealtad y fe, combatiendo para aumentar y ensalzar su ley contra los filisteos y contra otros pueblos paganos que eran vecinos suyos. De aquel tiempo era Juan Iscariote y Judas Macabeo, el buen caballero que prefirió morir antes que abandonar la ley de Dios Nuestro Señor, y no volvió la espalda vergonzosamente ante los paganos. También Simón, su hermano, y el rey David y muchos otros de los que no voy a hablar fueron buenos caballeros antes de la llegada de Nuestro Señor. Después de su pasión ha habido unos cuantos que poseían todo tipo de virtudes: así, José de Arimatea, noble caballero que bajó a Jesucristo de la cruz con sus propias manos y lo metió en el sepulcro; y su hijo Galaad, rey de Hoselice, que se llamó después Gales en su honor, y los reyes que descendieron de él y cuyos nombres ignoro; y también el rey Pelés de Listenois, que fue el más importante del linaje mientras vivió, y su hermano Elaín el Gordo. Todos ellos fueron verdaderos caballeros corteses, auténticos hombres nobles y valientes, que apoyaron la orden de caballería con todo tipo de honores ante este mundo y ante Dios Nuestro Señor.

—Señora, ya que ha habido tantos que tuvieron todas las virtudes y cualidades, tal como me habéis contado, sería malvado el que no tomara la orden de caballería y temiera recibirla por miedo a no alcanzar todas las virtudes. No censuro a los unos que no se atreven a ser caballeros, ni a los otros les reprocho que lo sean, pues cada cual debe emprender —según creo— lo que su corazón le diga: unas veces será bueno y otras malo. Por lo que a mí se refiere, estoy seguro de que, si encuentro quien me quiera

armar caballero, no dejaré de serlo por miedo a dar mal asentamiento a la orden de caballería, pues Dios puede haberme dado mejores cualidades de las que sé y bien puede darme más sentido común y más valor, si los necesito. Y sea como sea, no abandonaré mi intención por temor a nada, si encuentro quien me quiera armar caballero y quien me haga tal honor. Si Dios quiere concederme buenas cualidades, bueno será, pero yo procuraré poner corazón y cuerpo, esfuerzo y trabajo.

—¿Cómo?, hijo de rey, ¿vuestro deseo sigue siendo el de haceros caballero?

—Señora, de nada tengo más ganas, si encuentro quien haga realidad mis deseos.

—Por Dios, no debéis preocuparos, pues seréis caballero dentro de poco. Sabed que era por eso por lo que yo estaba llorando cuando vinisteis a verme y os dije que os fuerais, porque si no se me rompería el corazón en el vientre, pues en vos he puesto todo el amor que puede poner una madre en su hijo: no sé cómo me consolaré de vuestra ausencia, pues me va a resultar duro en el corazón. De todas formas, prefiero sufrir mi tristeza a que vos perdáis por mi culpa la alta orden de caballería, con toda su importancia y honor, y creo, además, que vos la serviréis dignamente. Si supierais quién fue vuestro padre y el linaje al que pertenecéis por vuestra madre, no temeríais ser noble y valiente, perfecto en todo —tal como creo—, pues nadie de ese linaje será malo. Pero no os voy a decir más y no me preguntéis nada, pues no lo deseo. Seréis armado caballero muy pronto, de mano del más noble y valiente que existe en el mundo, es decir, de mano del rey Arturo. Nos pondremos en marcha esta misma semana, de forma que llegaremos a su corte el viernes, víspera de San Juan, lo más tardar, pues la fiesta será del domingo en ocho días; yo quiero que os armen caballero en la festividad de San Juan, y no dejaremos pasar más tiempo. Dios, que de la Virgen nació para rescatar a su pueblo, y San Juan, que por su mérito fue el más alto hombre de cuantos han sido concebidos en ayuntamiento carnal, os concedan el don de que podáis superar en bondad y virtud a todos los caballeros que hay ahora. Sé, en gran parte, cómo os irá.

Así lo prometió la Dama del Lago al niño que sería caballero en breve y éste tuvo la mayor alegría que podría tener.

—Ahora —continúa la dama— procurad que nadie sepa nada; yo prepararé todo lo que vais a necesitar de modo que nadie se dé cuenta.

La dama hacía tiempo que tenía preparado todo lo que se necesita para ser caballero: una cota blanca, poco pesada pero muy resistente; un yelmo plateado muy rico y precioso; un escudo blanco nuevo, con la bloca de plata, pues no quería que hubiera nada que no fuera blanco. Le había preparado una espada que fue probada muchas veces antes de dársela: cuando la tuvo, la probó mucho también, era grande, de acuerdo con el tamaño del joven, cortaba de maravilla y pesaba poco. Dispuso una lanza de asta blanca, corta, gruesa y recta, de punta blanca, cortante y aguda. Junto a todo esto, la dama había preparado un caballo grande, fuerte y veloz, cuya rapidez y

valor habían comprobado: era completamente blanco como nieve recién caída. Para la ceremonia la dama tenía para el joven ropa de jamete blanco, cota y manto; el manto estaba forrado de armiño, para que no hubiera nada que no fuera completamente blanco, y la cota tenía un forro, por dentro, de blanco cendal.

De tal forma le preparó la dama al muchacho todo lo que necesitaba para ser armado caballero. Tres días más tarde se pusieron en marcha; era un martes, muy temprano: del domingo a la fiesta de San Juan había ocho días. La dama emprende el camino y se dirige a la corte del rey Arturo bien acompañada, pues llevaba con ella hasta cuarenta caballos todos blancos y los que montaban también iban todos vestidos de blanco. Se pusieron en camino quinientos caballeros con el amigo de la dama, que era bello, valiente y noble; acompañaban a la dama tres doncellas, la que recibió la herida por los niños y otras dos, y con ellas iban Lionel, Boores y Lambegue y numerosos criados.

Cabalaron hasta el mar; lo cruzaron y llegaron a Gran Bretaña, al puerto de Floudehug, un domingo por la noche. De allí cabalaron siguiendo el itinerario del rey Arturo, hasta que les dijeron que el rey estaría en Camelot el día de la fiesta. Reemprendieron el camino y llegaron el jueves por la noche a un castillo llamado Lawenor, que está a veintidós leguas inglesas de Camelot. El día siguiente se pusieron en marcha muy temprano, para cabalar por la mañana, pues hacía un calor grande y duro de soportar; después entraron en un bosque y lo atravesaron, hasta que estuvieron a dos leguas inglesas de Camelot.

La dama iba pensativa y meditabunda, pues le dolía en el corazón que el muchacho se fuera de su lado, y suspira y llora con ternura. Pero ahora deja la historia de hablar de ellos durante un poco y habla del rey Arturo.

XXII

Según cuenta la historia, aquel día estaba el rey en Camelot, pues se encontraba allí con muchos de sus caballeros porque la corte se reuniría la fiesta de San Juan. El viernes por la mañana el rey se levantó en cuanto vio luz, pues quería ir al bosque a cazar con el arco. Oyó misa lo antes que pudo y después montó, saliendo de la ciudad por la puerta de Gales con una parte de sus compañeros. Iba con él mi señor Galván, sobrino suyo, que todavía tenía el rostro vendado por una herida que le hizo Gasoain de Estragot hacía menos de tres semanas, pues se enfrentaron el uno con el otro ante el rey porque ante toda la corte lo había acusado de deslealtad. Iban también mi señor Yvaín el Grande, hijo del rey Urián, y Keu el senescal, Tors, hijo de Ares, rey de Altice, Lucano el Botellero, Beduier el condestable y otros muchos nobles de la casa del rey.

Cuando el rey ya estaba a menos de tres tiros de arco del bosque, ve salir de la espesura una litera a lomos de dos palafrenes que la llevaban con rapidez y suavidad. El rey se queda mirando y ve que la litera va hacia él directamente.

Cuando ya la tenía cerca se da cuenta de que dentro iba un caballero armado con todas las armas, pero sin yelmo ni escudo; estaba herido y aún tenía clavados en el cuerpo dos trozos de asta de lanza, con la punta que salía por el otro lado del cuerpo a través de la doble cota; en la cabeza tenía un tajo de espada, de cuya hoja aún se podía ver más de la mitad por encima de la ventana y, según parecía, los restos de la espada estaban teñidos de sangre y completamente rojos. El caballero era grande, bien parecido y proporcionado. Aunque la historia no dice su nombre, más adelante se sabrá cómo se llamaba, cómo fue herido y por qué había llevado durante tanto tiempo en las heridas los hierros y las astas.

El caballero de la litera, al encontrarse con el séquito pregunta por el rey y muchos fueron los que le indicaron quién era. Detuvo la litera, saludó al rey, que se detuvo con gusto a escucharle, y lo contempló admirado.

—Rey Arturo —le dice—, Dios te salve como al mejor rey que existe, según el testimonio de todas las gentes, y también porque eres el más leal y el más poderoso, que aconsejas y mantienes a los afligidos, y los socorres y ayudas.

—Buen hermano, que Dios os bendiga y os dé salud, pues bien la necesitáis según me parece.

—Señor, vengo a pedir os socorro y ayuda, porque se dice que los prestáis a quienes los necesitan: os pido por Dios que me deis auxilio.

—¿Para qué cosa me pedís auxilio?

—Os pido que hagáis que me saquen del cuerpo estos hierros que me están dando la muerte.

—Lo haré con mucho gusto.

El mismo rey se dispone a sacárselos, pero el caballero le grita:

—¡Ay! Señor, no os precipitéis, pues no conseguiréis nada haciéndolo de ese modo.

—¿Cómo lo debo hacer entonces?

—Señor, es necesario que el que me vaya a quitar los hierros me jure sobre los Santos Evangelios que me vengará de todos los que digan que amaban más a quien me lo hizo que a mí.

—Señor caballero —dice el rey, que se había retirado al oír las palabras del herido—, es una cosa muy grave la que habéis pedido, pues el que os hizo eso puede tener tantos amigos que ni uno, ni dos, ni tres caballeros llevarían a cabo lo que pedís. Si queréis, os vengaré del que os hizo esto, si es que le puedo dar muerte sin deshonrarme. Si es vasallo mío, muchos de estos caballeros tomarán tal carga para conquistar méritos y recompensas.

—No me vengaréis del que me hizo esto, pues yo mismo me vengué cortándole la cabeza después de que me hiriera así.

—Por Dios, creo que os vengasteis bien; yo no me atrevo a aseguraros nada más, pues temo no poder cumplir con mi promesa y no creo que ninguno se atreva a hacerlo.

—Señor, me habían dicho que en vuestra corte se encontraba todo tipo de socorro y ayuda, pero ahora veo que me he equivocado. No obstante, no me moveré hasta ver si Dios se acuerda de mí, pues si en vuestra corte hay tan buenas cualidades como se dice, no me iré sin tener el remedio.

—Me parece muy bien que os quedéis en mi séquito el tiempo que os plazca y cuanto queráis.

Y así se va el caballero de la litera a Camalot y, dirigiéndose hacia las casas del rey, hace que sus escuderos lo suban al salón de arriba y que lo acuesten en la cama más hermosa y más rica que pudo escoger: ninguno de los servidores se atrevió a contradecir al caballero, ni a impedirle que entrara en el palacio, ni a negarle una cama para que se acostara, por rica que ésta fuera.

De tal modo tomó alojamiento el caballero herido, mientras que el rey estaba en el bosque. Mucho hablaron entre ellos los caballeros que acompañaban al rey Arturo, coincidiendo todos en que nunca habían oído una petición tan descabellada. Y mi señor Galván dice que, de todas formas, no se irá de la corte sin el remedio.

—No sé quién se lo va a dar —le contesta el rey Arturo—, pero que sepan todos mis compañeros que si a alguno se le ocurre emprender tal locura, perderá mi amor, pues no es una aventura que puedan llevar a cabo ni uno, ni dos, ni tres, ni veinte, ni treinta caballeros; y tampoco sabemos por qué tal ultraje, ni si es en provecho o en detrimento de nuestra casa.

Así iban hablando, el rey y sus compañeros, del caballero herido.

El rey se pasó todo el día en el bosque y cazó hasta el atardecer; después, regresó

por un sendero que se unía al camino: entonces vio a su derecha a la comitiva de la Dama del Lago; a la cabeza iban dos muchachos a pie que conducían dos acémilas blancas; encima de una había un pabellón ligero, que era de los más ricos y hermosos que se podían ver; la otra llevaba la ropa del muchacho que iba a ser armado caballero, un vestido para mudarse y unas calzas. Después de las dos acémilas avanzaban dos escuderos montados en sendos rocines blancos: uno, llevaba un escudo blanco, nuevo; el otro, un yelmo hermoso y bello. Tras ellos cabalgaban otros dos, uno de los cuales llevaba la blanca lanza. A continuación, numerosos servidores y escuderos; luego, las tres doncellas y los caballeros, todos ellos montados en blancos caballos. Los de la comitiva marchaban de dos en dos por el camino y, al final, los últimos eran la dama y el muchacho; ella le iba enseñando cómo debía comportarse en la corte del rey Arturo y en todas las demás cortes a las que fuera, y le pide por su amor que sea armado caballero el domingo, pues así lo quiere ella y si no, recibiría un gran daño. Él le contesta que no lo retrasará, pues también lo desea.

El cortejo se acerca adonde está el rey, que con su acompañamiento lo contemplan muy admirados porque iban todos vestidos de blanco y montaban caballos blancos. El rey se los indicó a mi señor Galván y a mi señor Yvain diciéndoles que nunca habían visto un séquito de tanta gente que cabalgara de modo tan acompasado.

La dama se entera de que es el rey y entonces acelera el paso, adelanta a toda la comitiva con el muchacho y se detiene ante el rey que la estaba esperando desde que había visto que empezaba a adelantar a los otros, pues pensaba que quería hablar con él. La dama vestía un blanco jamete, con cota y manto de armiño y montaba en un palafrén pequeño de dulce caminar, que era tan hermoso y bien proporcionado que resultaría difícil encontrar uno mejor. El animal iba enjaezado ricamente: el freno era de fina plata pura, igual que el petral y los estribos; la silla era de marfil y estaba tallada con habilidad, representando imágenes de damas y de caballeros; las gualdrapas eran blancas, llegaban casi al suelo y estaban hechas con el mismo jamete de la dama.

Tal aspecto tenían la dama y su palafrén cuando se detuvieron ante el rey. A su lado iba el muchacho, vestido con una hermosa blanqueta de Bretaña: era hermoso, bien proporcionado, y cabalgaba sobre un caballo de caza fuerte y veloz.

La dama se retira la toca de la boca y saluda al rey, pero no lo hace lo bastante deprisa, y el rey se le adelanta.

—Señor —le dice ella— que Dios os bendiga como al mejor rey de la tierra. Arturo, he venido de muy lejos a veros y a pedir os un don que no me debéis negar, pues por concedérmelo no tendréis daño, afrenta, ni mal, y no os costará nada.

—Doncella, aunque me costara mucho, si no me causa afrenta, ni daño a mis amigos, os lo concedería. Decidme de qué se trata, pues tendría que ser algo demasiado grande para negároslo.

—Señor, muchas gracias. Os pido que arméis caballero a este servidor mío, dándole

todas las armas y el arnés que ha traído, y que lo hagáis cuando él diga.

—Doncella, sed bienvenida a mí, y muchas gracias por habérmelo traído, pues es bello y con mucho gusto lo armaré caballero en cuanto él quiera. Pero me acabáis de decir que no me ibais a pedir un don por el que yo fuera afrentado o recibiera daño y mal: con lo que me pedís sí que seré afrentado si lo hago, pues no tengo costumbre de armar caballeros si no les doy yo las ropas y las armas. Dejadme a vuestro servidor y lo haré caballero con mucho gusto, poniendo de mi parte lo que me corresponde, es decir, las armas, el arnés y la ceremonia; que Dios ponga el resto, que es el valor y las buenas cualidades que debe poseer un caballero.

—Señor, es posible que no tengáis la costumbre de armar caballeros si no es dándoles vos todo, pues aún no se os había presentado otra posibilidad; ahora os pido que lo hagáis así y me parece que no recibiréis ninguna afrenta. Y sabed que este criado no puede ser caballero y no debe serlo si no lleva las armas y los vestidos que están aquí. Si queréis, lo armaréis caballero; si no lo queréis hacer, me iré pero yo misma llevaré a cabo la investidura.

—Señor —interrumpe mi señor Yvaín— no os neguéis a armarlo caballero tal como pide la dama, ya que así lo desea ella. Y aunque tengáis que romper en algo vuestra costumbre, no debéis dejar que se vaya un muchacho tan hermoso como éste, pues no recuerdo a ninguno que se le pareciera.

El rey concede entonces a la dama sus deseos y ella se lo agradece; le entrega al muchacho las dos acémilas y los dos mejores palafrenes del mundo, que son completamente blancos, y le deja, además, cuatro criados para que le sirvan.

Con esto se despidió la dama, aunque el rey le pidió y suplicó que se quedara, pero ella le respondió que no podía ser de ninguna manera.

—Señora —le dice el rey— ya que a pesar mío no queréis quedaros, decidme quién sois y cómo os llamáis, pues me gustaría saberlo.

—Señor, a un hombre tan noble y valiente como vos no debo ocultarle mi nombre, y os lo voy a decir: me llaman la Dama del Lago.

El rey no se extraña, pues nunca había oído hablar de ella. Inmediatamente después, deja la dama al rey y el muchacho la acompaña a la distancia de un tiro de arco, y ella empieza a hablarle diciéndole:

—Bello hijo de rey, os vais a ir y quiero que sepáis que no sois hijo mío, sino que fuisteis hijo de uno de los hombres más valientes que ha habido en el mundo, y de los mejores caballeros; vuestra madre era una de las damas más hermosas y bellas de cuantas han existido; pero no os voy a decir quiénes fueron, aunque lo sabréis en breve. Procurad ser tan hermoso de corazón como sois de cuerpo, pues tenéis toda hermosura que Dios puede darle a un niño: sería una gran desgracia si vuestro valor no es igual. Mañana por la noche pedidle al rey que os arme caballero; después, no os quedéis ninguna noche en su casa: marchaos por el país en busca de aventuras y de cosas

maravillosas, pues sólo así lograréis méritos y recompensas; deteneos en cada lugar el menos tiempo posible, pero procurad obrar de tal modo que nadie vuelva a emprender una labor que vos hayáis dejado. Si el rey os pregunta quién sois vos o cómo os llamáis, o quién soy yo, decid que sólo sabéis que soy una dama que os ha criado; a vuestro escudero también le he prohibido que lo diga. Antes de irme, quiero que sepáis que no os obligué a cometer ninguna villanía al hacer que sirvierais a los dos infames que había con vos, pues vos no sois más noble que ellos y los dos son primos vuestros; igual que en vos puse todo el amor que se puede tener a un niño al que se ha criado, lo mismo haré con ellos y los mantendré a mi lado cuanto pueda como recuerdo vuestro. Cuando Lionel tenga que armarse caballero aún me quedará Boores.

Al oír Lanzarote que los dos niños eran primos suyos se alegra mucho y le dice a la dama:

—¡Qué bien habéis hecho diciéndomelo, pues ahora estoy mucho más a gusto porque pronto os consolaréis y porque me habéis dado una gran alegría!

Entonces la dama se quita del dedo un anillo, se lo pone al niño y le dice que tiene la virtud de descubrir y hacer visibles todos los encantamientos. A continuación, lo encomienda a Dios, lo besa con ternura y le dice al marchar:

—Buen hijo de rey, ya sólo me queda por deciros que cuantas más aventuras peligrosas o llenas de engaños llevéis a término, más fácil os será emprender las siguientes, y las que dejéis sin acabar a pesar de vuestro valor y nobleza, todavía no ha nacido quien las realice. Y aún os diría más, pero no puedo, pues el corazón me oprime y le falla la palabra. Marchaos ya, bueno y hermoso, noble y agradable, deseado por todas las gentes y amado más que todos los caballeros por todas las damas: así seréis, bien lo sé.

Con esto, le besa la boca y el rostro, y los dos ojos, y se va con tal dolor que no se puede expresar. El niño siente gran pena y las lágrimas le brotan de los ojos. Corre hacia sus primos y, besándolos, le dice a Lionel:

—Lionel, Lionel, no estéis apesadumbrado ni desesperado porque Claudás tiene vuestra tierra, pues para recuperarla podréis contar con más amigos de los que creéis.

Después besa a los demás, uno por uno, y se aleja al galope hasta que alcanza al rey y a su séquito que estaban esperándolo para verlo. El rey lo sujeta por la barbilla, y comprueba que es hermoso y bello en todas sus facciones, y que no se le puede poner falta alguna. Mi señor Yvaín le dice:

—Señor, miradlo bien, pues no creo que volváis a ver una cara tan bella en ningún muchacho. Dios no se habrá mostrado tan avaro con él si le ha dado tan buenas cualidades como hermosura.

El muchacho está asustado de las palabras que oye a Yvaín y a los demás, y el rey se da cuenta, por lo que no le pregunta nada, sino que lo deja para otra ocasión; pero le dice a mi señor Yvaín:

—Yvaín, os encomiendo al muchacho, pues nadie mejor que vos le podría enseñar cómo comportarse.

Entonces se lo entrega dándoselo por la mano, e Yvaín se lo agradece profundamente. Mientras tanto llegan a Camelot. Es grande la multitud que se reúne en torno al joven, tanta que apenas se puede girar el pie. Desmonta con su séquito en el alojamiento de mi señor Yvaín, y todos los que lo estaban viendo decían que nunca habían tenido ante sus ojos un muchacho tan bello.

La mañana siguiente, el sábado, el joven se dirigió a mi señor Yvaín y le dijo:

—Señor, decidle a mi señor el rey que me arme caballero, tal como le prometió a mi dama, pues quiero que lo haga mañana, y que no lo retrase.

—¿Cómo, buen amigo dulce? ¿No sería mejor que esperarais y que mientras aprendierais el manejo de las armas?

—Señor, no seguiré siendo escudero durante más tiempo. Os ruego que le digáis a mi señor el rey que me arme caballero mañana, sin demorarlo más.

—Así lo haré, con mucho gusto.

Mi señor Yvaín va ante el rey y le dice:

—Señor, vuestro muchacho os manda, a través de mí, que lo hagáis caballero.

—¿Qué muchacho?

—Señor, el muchacho que os entregaron ayer y que vos me encargasteis que guardara.

En esto, llegó la reina acompañada de mi señor Galván, el sobrino del rey Arturo mira a Yvaín y le dice:

—¿Os referís al muchacho que me entregó la dama y que iba vestido de blanco?

—A ése me refiero.

—¿Cómo? ¿Ya quiere ser caballero?

—Así es; mañana mismo.

—Oís, Galván, nuestro muchacho de anoche ya quiere ser caballero.

—Ciertamente —responde mi señor Galván—, tiene razón para ello y creo que honrará a la orden de caballería, pues es muy hermoso y parece de alto linaje.

—¿Quién es ese muchacho?, pregunta la reina.

—¿Quién, señora? Es el muchacho más bello —le contesta Yvaín— de cuantos habéis visto con vuestros ojos.

Y entonces le cuenta cómo se lo había llevado al rey el día anterior y cómo iba la dama que lo acompañaba.

—¿Cómo —pregunta la reina—, ayer llegó a la corte y quiere ser caballero mañana?

—Así es, señora —le contesta mi señor Yvaín—, pues tiene un gran talento.

—Me gustaría verlo, dice la reina.

—Por Dios —añade el rey—, os parecerá el más hermoso y mejor proporcionado de cuantos conocéis, según creo.

A continuación le pide a mi señor Yvain que vaya a buscarlo, «y que se vista de forma tan rica como corresponde; pienso que tendrá qué ponerse». Mientras tanto, el rey le cuenta a la reina cómo la Dama del Lago le había exigido que lo armara caballero con las armas y con los vestidos que llevaba. La reina se queda admirada y le tarda verlo. Mi señor Yvain va en busca del muchacho y hace que se vista lo mejor posible, y cuando ve que ya no le falta nada, lo lleva a la corte en su mismo caballo, que era muy bueno, pero no lo puede llevar en secreto, pues tenían tanta gente alrededor que la calle estaba completamente llena.

Se extiende por la ciudad la noticia de que el hermoso joven que había llegado la víspera iba a ser armado caballero el día siguiente, y que había ido a la corte vestido con las ropas de la ceremonia. Salen a las ventanas los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres, y se dicen al verlo pasar que nunca habían visto un muchacho tan hermoso.

Por fin, llegan a la corte y desmontan. La noticia de su llegada se extiende por la sala y por las habitaciones, y salen fuera a verlo caballeros, damas y doncellas. Incluso el rey y la reina se asoman a las ventanas.

Mi señor Yvain toma por la mano al muchacho y lo lleva a la sala. El rey le da las dos manos a la reina y van a sentarse en una cama; el muchacho se sienta delante de ellos, sobre la hierba con que estaba tapizado todo el suelo. El rey lo contempla con mucho gusto: le había parecido hermoso cuando venía, pero eso no era nada en comparación con la belleza que tenía ahora; no le cabe duda de que ha crecido y se ha criado en medio de gran abundancia. La reina, mientras tanto, ruega que Dios le conceda todas las buenas cualidades que debe tener un caballero, ya que le ha dado tanta belleza. Lo mira con dulzura y él la contempla igual siempre que puede dirigir hacia ella los ojos sin que nadie se dé cuenta, y se pregunta sorprendido de dónde procederá tanta belleza como hay en ella, pues a su lado ni la Dama del Lago, ni ninguna otra mujer valen nada, a su parecer. Y no le faltaba razón, pues la reina era dama de damas y fuente de belleza; pero si supiera sus otros méritos, la contemplaría con más gusto, pues no había nadie, pobre o rico, que se le pudiera comparar.

Al fin, la reina le pregunta a mi señor Yvain cómo se llama el muchacho y él responde que no lo sabe.

—¿Sabéis —insiste la reina— de quién es hijo, o dónde nació?

—Señora, no; sólo sé que es del país de Gaula, pues habla la lengua de allí.

Entonces la reina toma por la mano al muchacho y le pregunta que de dónde es. Al oírla se sobresalta, como si acabaran de despertarlo, pues estaba tan ensimismado pensando en ella que ni siquiera sabe lo que le ha preguntado. La reina se da cuenta y le vuelve a preguntar:

—Decidme, ¿de dónde sois?

Él la mira con sencillez y le contesta suspirando que no lo sabe; la reina le pregunta que cómo se llama y el muchacho le responde que tampoco lo sabe. Entonces se da

cuenta la reina de que está ensimismado y pensativo, pero no se atreve a pensar que sea por ella, aunque lo sospecha un poco; y por eso, deja de hablarle y —como no quiere que llegue a mayor locura— se levanta y, para que nadie piense una bajeza o advierta lo que ella se estaba imaginando, dice que este muchacho no le parece que esté en su cabal juicio y que, sea como sea, sabio o loco, que ha sido mal educado.

—Señora —le interrumpe mi señor Yvaín— ni vos ni yo sabemos cómo es y quizá tiene prohibido decirnos quién es y cómo se llama.

Ella le responde que tal vez, aunque había dicho todo lo anterior en voz tan baja que el muchacho no lo había oído.

La reina vuelve a sus habitaciones y, a la hora de vísperas, mi señor Yvaín fue a oírlas con el muchacho; al volver, el rey, la reina y los demás caballeros se dirigieron a un jardín muy hermoso que daba a la parte de detrás de la sala, a orillas del río que pasaba por la casa del rey. Mi señor Yvaín fue acompañado por el muchacho, seguidos de numerosos jóvenes que iban a ser armados caballeros el día siguiente. Al regresar del jardín, subieron a la sala por unas escaleras que daban al río y tenían que pasar por la habitación en la que estaba acostado el caballero herido con las dos lanzas y la espada; sus heridas olían tan mal que los caballeros se tapaban la nariz con los mantos y se alejaban de allí corriendo. El muchacho le pregunta a mi señor Yvaín por qué se tapaba la nariz.

—Buen amigo, por un caballero herido que hay ahí dentro.

—Señor, ¿por qué está acostado ahí? ¿No estaría mejor en una vivienda?

—Así es, pero se ha quedado ahí en espera de que alguien le ayude, si es que Dios le manda tal auxilio.

Y le cuenta a continuación que, el que quisiera quitarle del cuerpo los dos trozos de lanza y la espada, tenía que jurar sobre los Santos Evangelios que lo vengaría, y le dice, también, cuál debía ser la venganza.

—Señor, con gusto lo vería, si no os parece mal.

—Por supuesto, venid.

Mi señor Yvaín lo lleva ante el caballero, y el muchacho, dirigiéndose al herido le pregunta:

—Señor caballero, ¿quién os hirió así?

—Hermano, un caballero al que maté.

—¿Por qué no os hicisteis curar?

—Porque no encuentro un caballero que se atreva.

—¿Cómo es eso? Por Dios, yo mismo lo voy a hacer, si queréis y si no hace falta tener mucha fuerza para sacaros esos trozos de lanza.

—Querría que lo hicierais, por la promesa.

—¿Qué promesa?

—Es una promesa —interrumpe mi señor Yvaín— que no hay en el mundo dos, tres

o veinte caballeros que la puedan llevar a término.

Y entonces le explican en qué consiste, de principio a fin, y el muchacho se queda pensativo. Mi señor Yvaín, que era muy prudente, lo toma de la mano:

—Vamos —le dice—, no debéis pensar ahora en cosas tan graves.

—¿Por qué, dulce señor?

—Porque aquí hay muchos nobles que no quieren meterse en eso; menos aún debéis hacerlo vos que todavía no sois caballero.

—¿Cómo —pregunta el herido—, no es caballero?

—No —responde mi señor Yvaín—, pero lo será mañana: ya se ha vestido para la ceremonia, como podéis ver.

Cuando el muchacho oye que comentan que no es caballero no se atreve a decir nada y se limita a encomendar a Dios al herido, y éste le responde que Dios lo haga noble y valiente. Después, mi señor Yvaín lo lleva a la sala donde han puesto las mesas con los manteles, y se sientan a comer. Cuando acabaron de cenar, Yvaín se fue con el muchacho a su alojamiento y al anochecer fueron a un monasterio, en el que el joven estuvo velando las armas durante toda la noche. Por la mañana, volvieron a la casa: Yvaín dejó que el muchacho durmiera hasta la hora de la misa mayor; entonces, lo acompañó al monasterio con el rey, pues en las fiestas solemnes el rey oía misa mayor en el monasterio más importante y más rico de la ciudad.

Cuando llegó la hora de ir al monasterio, hicieron traer las armas de todos los que iban a ser armados caballeros y se las vistieron, tal como era costumbre en aquel tiempo. El rey les dio el espaldarazo, pero no les ciñó la espada porque lo haría a la vuelta de la misa. Fueron al monasterio y oyeron el oficio armados según el hábito de aquel tiempo. Después, acabada la misa regresaron, pero el muchacho se separó de Yvaín y subió a la sala donde estaba el caballero herido; cuando se encuentra ante él le dice que le va a sacar los trozos de lanza que aún tiene clavados y la espada, si quiere.

—Claro que sí —le contesta el herido—; me parece muy bien por la condición que hay.

Entonces le vuelve a contar todo y el muchacho le responde que está dispuesto a jurar; se dirige a una ventana y tiende la mano hacia un monasterio que ve desde allí y jura ante los escuderos del caballero que lo vengará, con todo su poder, de aquellos que digan que amaban más al que lo había herido. El caballero se alegra mucho y le dice:

—Buen señor, ya me podéis sacar los trozos. ¡Sed bienvenido!

El muchacho coge, en primer lugar, la espada que tenía metida en la cabeza el caballero y se la saca con tanto cuidado que el herido no siente casi nada, y a continuación le saca los trozos de lanza.

Mientras estaba haciéndolo, lo vio un escudero y baja corriendo al patio, delante del salón, donde estaba el rey ciñendo las espadas a los caballeros noveles; de inmediato se lo cuenta a mi señor Yvaín, que acude rápidamente a la habitación y se encuentra

con el herido que ya no tiene ni los trozos de lanza ni la espada; entonces le dice al muchacho:

—Ay, buen caballero, que Dios te haga noble y valiente, y llegarás a serlo, si vives.

—Pronto sanaré —interrumpe el herido— si viene un médico que se ocupe de mí.

—Señor —le dice el muchacho a Yvaín—, por Dios, pedid un médico.

—¿Cómo, le habéis arrancado los trozos de arma?

—Señor, como podéis ver lo he hecho, pues sentía una compasión tan grande que ya no podía soportarlo más, si no era estando a disgusto.

—No habéis obrado con prudencia y puede convertirse en algo peor: aquí están algunos de los mejores caballeros del mundo y no se atrevieron a hacerlo porque no podrían llevarlo a buen término y vos os habéis empeñado en realizarlo, muy a pesar mío. Yo hubiera preferido —bien lo sabe Dios— que el caballero se hubiera marchado sin remediarlo, aunque el rey y su gente recibieran afrenta a cambio y aunque el caballero sufriera, pues si vivierais largo tiempo podríais llevar a cabo grandes hazañas, pero así no viviréis mucho.

—Señor, más vale que yo muera en esto —si es que debo morir— en vez de este caballero, que es firme esperanza de grandes hazañas, mientras que todavía no se sabe lo que yo puedo valer, y no he hecho nada que pueda deshonar a mi señor el rey o a su hueste. Pero, por Dios, señor, ya que está hecho, pedid un médico que lo cure.

Mi señor Yvaín le contesta angustiado que no faltará el médico, y al momento envía por uno; mientras, él se lleva al muchacho a la sala donde estaba el rey, que ya había oído las noticias.

—¿Cómo, Yvaín, vuestro muchacho le ha arrancado los trozos de lanza y la espada al herido?

—Señor, así es.

—Os debe pesar tal cosa, y yo no os lo agradezco pues habéis permitido que el muchacho más hermoso del mundo se haya comprometido en un asunto en el que sólo puede encontrar la muerte.

—Señor, por la fe que os debo porque sois mi señor, os prometo que yo no estaba delante y ya se lo he recriminado; más le valía haberse roto un brazo.

—Tenéis razón, y nunca vi a nadie a quien tal acción pudiera resultarle más dañina que a él, pues se ha metido en un asunto del que no podrá salir.

—Señor, por Dios —dice el muchacho—, agradezco vuestras palabras; es mejor que muera yo en vez de uno de los mejores caballeros de vuestra corte, pues valgo poco.

Entonces el rey baja la cabeza tan triste que las lágrimas le llenan los ojos.

Corrieron las palabras allí dentro y la reina se enteró y sintió un gran pesar, pues teme y tiene miedo de que la ame tanto que lo haya hecho por ella, y dice que es una gran pena y desdicha. Todos se compadecen por el muchacho y éste —en vista de la aflicción de todos— no se atreve a recordar al rey ni a nadie que le ciñeran la espada.

Mientras, han puesto las mesas y los caballeros noveles, que se han quitado las armas, se sientan a comer.

Al cabo de un rato, entró un caballero completamente armado, pero sin yelmo y con la ventana bajada, echada sobre los hombros. Va ante el rey y lo saluda:

—Rey Arturo, que Dios os salve a ti y toda tu compañía; te saludo de parte de la dama de Nohaut, de la que soy vasallo. Mi señora me envía a ti para que te diga que el rey de Northumberland le ha atacado y está asediando un castillo suyo. El rey le ha causado graves humillaciones, ha dado muerte a muchos de sus hombres y ha destruido sus tierras, y le exige unas promesas que mi señora no está dispuesta a aceptar. Ha habido embajadas por ambas partes, mediante caballeros y religiosos, y el rey sostiene que mi señora le hizo unas promesas que no ha cumplido, como reconocerá si hay un juicio. El rey está dispuesto a demostrarlo en un combate, en el que mi señora se tendrá que defender como pueda, o enfrentando a un caballero contra otro, o contra dos, o tres contra tres, o cuantos desee. Por eso mi señora te pide que la socorras, pues es vasalla tuya y tú eres su señor, y que le envíes un caballero que pueda mantener el honor de mi señora; está decidida a que el combate sea de uno solo.

—Buen amigo —le contesta el rey—, le mandaré auxilio con mucho gusto, y bien sé que lo debo hacer, pues le entregué la tierra que tiene; pero aunque no le hubiera dado nada lo haría porque es mujer valiente, agradable y noble.

Con esto, los que servían la comida hacen que se siente el mensajero, y no se vuelve a hablar más del asunto. Cuando empezaron a quitar los manteles, el muchacho de mi señor Yvaín se pone en pie y se dirige al rey, se arrodilla ante él y le dice:

—Señor, vos me habéis armado caballero, y os lo agradezco; ahora os pido un don: que me concedáis que sea yo quien lleve el auxilio que ha pedido este caballero.

—Buen amigo, no sabéis lo que estáis pidiendo, pues sois tan joven y tan niño que desconocéis gran parte de las dificultades que entraña la orden de caballería: el rey de Northumberland tiene muchos caballeros buenos y sé que hará combatir al mejor de todos. Vos no estáis todavía en edad de cargar tan pesado fardo y sería una gran desgracia que fuerais vencido, pues aún podríais realizar grandes hazañas; sois tan bello, tan noble y de tan gran corazón que me parece que debéis pertenecer a un alto linaje; con gran nobleza de corazón os habéis presentado a mí, pues estáis dispuesto a conquistar honor y mérito: sentiría mucho que murierais por un don que yo os hubiera concedido. Por otra parte, ya os habéis comprometido en un asunto que debéis llevar a término: que Dios os ayude porque es grande el peligro.

—Señor, lo primero que os he pedido después de que me armarais caballero no me lo deberíais negar. No faltéis a vuestra honra rechazándome algo que os pido de forma razonable. Por eso insisto en mi petición: enviadme como socorro; si me lo negáis, decaerá mi prestigio y todos me tendrán en menos, y yo mismo me despreciaré si vos no me enviáis como auxilio para llevar a término algo que puede realizar un caballero

solo.

Entonces se acercan mis señores Galván e Yvaín, su primo, y le dicen al rey:

—Señor, por Dios, concedédselo, pues estamos seguros de que lo hará muy bien y no hay un motivo justo para que se lo neguéis.

—Yo también pienso que lo hará bien —dice el rey—, que Dios se lo permita; yo se lo concedo. Tomad, buen amigo, os otorgo el auxilio de la Dama de Nohaut; que Dios os conceda que podáis realizarlo de modo que alcancéis mérito y prestigio y que a mí me sea honroso.

—Señor, muchas gracias.

Con esto se despide del rey, de mi señor Galván y de los demás compañeros y se dirige acompañado por Yvaín a armarse en su alojamiento. El mensajero se vuelve ante el rey y le dice:

—Señor, me voy, según me parece habéis concedido a vuestro caballero novel que combata; espero que hayáis tenido en cuenta que puede estar a la altura de las circunstancias.

—Me lo pidió como don; si no hubiera sido por eso yo os habría enviado a uno de mis mejores caballeros; de todas formas, creo que he hecho bien.

—Señor, me voy, con vuestro permiso.

—Id con Dios; saludad de mi parte a vuestra señora y decidle que si tiene miedo por el resultado de su batalla, que le enviaré dos, tres o cuantos caballeros desee.

—Muchas gracias, señor.

Se marcha de la sala y va a reunirse con el muchacho en el alojamiento de mi señor Yvaín, donde se estaba vistiendo las armas. Cuando ya estaba dispuesto, que sólo le faltaban el yelmo y los guantes, le dice a mi señor Yvaín:

—Ay, señor, se me ha olvidado una cosa muy importante.

—¿Qué?

—Señor, no me he despedido de mi señora la reina.

—Tenéis razón. Vamos.

—Señor —dice el muchacho al mensajero—, id andando, yo os alcanzaré en cuanto me haya despedido. Y vosotros —dice a sus escuderos— id con él y llevaos mi arnés.

Entonces ordena a uno de ellos que lleve una espada, pues piensa que se la ciña una persona distinta del rey.

—Señor —le dice el caballero que estaba esperando—, iré delante hasta la entrada del bosque, y me quedaré allí.

—De acuerdo, enseguida os alcanzaré.

Así se separan el caballero y los escuderos del muchacho, y éste vuelve con mi señor Yvaín a la corte; pasan por la casa y por el salón donde estaba el rey con muchos buenos caballeros. El muchacho llevaba la ventana bajada, echada sobre los hombros. No tardan en llegar a la habitación de la reina. Cuando el joven la ve, no le cuesta

trabajo reconocerla; se arrodilla ante ella y la contempla con gusto mientras se atreve, pero cuando le entra vergüenza, clava los ojos en el suelo. Entre tanto, mi señor Yvaín dice a la reina:

—Señora, este es el muchacho de ayer por la tarde, al que el rey ha armado caballero, y viene a despedirse de vos.

—¿Cómo, ya se va?

—Sí, señora; va a prestar auxilio, de parte de mi señor el rey, a la Dama de Nohaut.

—Ay, Dios, ¿por qué permite mi señor que vaya? Ya tenía suficiente con la aventura del otro caballero.

—Ciertamente, señora, al rey le pesa mucho, pero él lo ha pedido como don.

Y, mientras, todos comentan:

—Es el muchacho que le ha arrancado los trozos de lanza y la espada al herido, ¡Dios, qué gran atrevimiento!

—¡Dios —exclaman damas y doncellas— qué bello es!; parece noble y apuesto, bien proporcionado en todos sus miembros. Debe ser digno de grandes hazañas.

Entonces lo toma por la mano la reina y le dice:

—Levantaos, buen dulce señor, pues no sé quién sois. Creo que sois más noble de lo que parece; si os he permitido que os arrodillarais ante mí fue por cortesía.

—Ay, señora —dice suspirando—, ¿me perdonaréis la locura que he cometido?

—¿Qué locura habéis hecho?

—Señora, que me he marchado sin despedirme de vos.

—Mi buen amigo, sois tan joven que se os debe perdonar y lo hago con mucho gusto.

—Señora, muchas gracias. Señora —añade—, si os parece bien me gustaría ser vuestro caballero en cualquier lugar en que yo estuviera.

—Por supuesto que me parece bien.

—Señora, ahora me iré, con vuestro permiso.

—Adiós, mi buen amigo.

—Muchas gracias, señora —dice sin que las palabras le pasen de los dientes—, por querer que sea vuestro caballero.

La reina lo pone en pie tomándolo por la mano y él se alegra al sentir su mano desnuda. Se despide de todas las damas y doncellas, y regresa con Yvaín atravesando la sala. Cuando llegan al alojamiento, éste le arma la cabeza y las manos, y al ir a ceñirle la espada se acuerda de que el rey no se la había puesto, y entonces le dice:

—Señor, por mi cabeza, vos no sois caballero.

—¿Por qué?

—Porque el rey no os ha ceñido la espada. Volvamos a que lo haga.

—Señor, esperadme aquí, que voy a ir tras mis escuderos que se han llevado la mía: no querría que el rey me ciñera otra.

—Iré con vos.

—No, señor, pues iré a galope tendido; volveré a buscaros.

Así, mi señor Yvaín se queda esperando, pero el muchacho no tiene intenciones de volver, pues no quiere que el rey le ciña la espada porque piensa que lo haga otra persona por la que valdrá más. Yvaín lo espera durante un largo rato y al ver que no regresa, se va al rey y le dice:

—Señor, nuestro muchacho nos ha engañado yendo a Nohaut a prestar socorro.

—¿Cómo?

—Vos no le habéis ceñido la espada.

Y le cuenta al rey cómo debería volver después de haber ido a buscar la espada. El rey se queda admirado y se extraña de que no haya vuelto, ya que Yvaín le había dicho que no era caballero.

—Sin duda —dice mi señor Galván—, pienso que es hombre de alto linaje y creo que se ha sentido despechado porque mi señor el rey no le ciñó la espada antes que a los demás, y por eso se ha marchado.

La reina dice que es posible y muchos otros caballeros coinciden con esta razón.

Pero la historia deja ahora al rey, a la reina y a todo su acompañamiento y vuelve con el muchacho que va a salvar a la Dama de Nohaut.

XXIII

Va el muchacho a reunirse con el mensajero y con sus escuderos, y los alcanza a la entrada del bosque. Cabalgan juntos hasta la hora de nona, en que hacía mucho calor. El muchacho se quita el yelmo y se lo entrega a un escudero, y luego se queda meditabundo. El caballero, que iba delante, se salió del camino y tomó un sendero estrecho; al cabo de un rato, una rama golpeó en el rostro al muchacho, que abandona sus pensamientos y ve que están fuera del camino.

—¿Qué significa esto? ¿No era el camino más bello y más recto que este sendero?

—Sí, pero no era tan seguro.

—¿Por qué, señor?

—No os lo voy a decir, si no quiero.

—Por Dios, sí que lo vais a hacer, pues me habéis causado un daño y una molestia mayor de lo que pensáis al tomar este camino.

—¿Qué molestia?

—Una que no podréis reparar. Pero decidme por qué no es seguro el otro camino.

—No os lo diré.

Entonces Lanzarote toma la espada que le llevaba un escudero y vuelve al lado del caballero rápidamente.

—Ahora me lo vais a decir y si no, daos por muerto.

—¿Muerto? ¿Creéis —le pregunta riendo— que me vais a matar tan fácilmente?

—Sí, daos por muerto si no me lo decís de inmediato.

—No se me puede matar con tanta facilidad como pensáis, pero os lo diré para que no tengáis que luchar contra mí, pues flaco servicio le rendiría yo a mi señora si me enfrentara con vos. Volvamos por el camino y os enseñaré por qué nos hemos desviado.

Regresaron por el mismo sitio todos, hasta que vuelven a encontrar el camino principal. No habían cabalgado mucho por él cuando se encontraron a la derecha un pozo junto a una fuente muy hermosa. El muchacho se acerca y desde allí ve a cierta distancia un bellissimo pabellón en medio de un gran prado.

—Buen señor —le dice el caballero al muchacho— ahora os voy a decir, si queréis, por qué abandoné el camino principal.

—Hablad.

—En ese pabellón hay una doncella guardada por un caballero que es más de medio pie mayor que cualquiera, y es más fuerte y más corpulento que nadie; es traidor y cruel con los vencidos, es decir, con todos los que han combatido contra él, pues tiene tal fuerza que nadie puede resistirle; por eso os desvié del camino.

—Quiero ir a verlo.

—No lo hagáis, creedme.

—Sí que lo voy a hacer.

—Por mi fe, me pesa; no obraréis con prudencia, y no pienso seguir avanzando con vos.

—Si queréis acompañarme, hacedlo; si no, no lo hagáis, pues lo mismo me da una cosa que otra.

Entonces desmonta, toma la espada en una mano y el yelmo en otra y deja al caballero y a sus escuderos en el poyo de la fuente, mientras que él va al pabellón con la espada desenvainada en la mano. Iba a abrir la puerta del pabellón, pero el gran caballero estaba sentado delante en un sillón muy rico, y le dice al muchacho en cuanto lo ve:

—En mala hora lo haréis, buen señor; no debéis entrar.

—¿Quién, yo? Sí que voy a entrar, pues quiero ver a una doncella que hay dentro.

—No está abandonada para que la vean todos los que lo deseen.

—No sé a qué está abandonada, pero la voy a ver.

Y se dispone a entrar a la fuerza.

—Deteneos, buen señor, no entréis, pues la doncella está dormida y yo no querría que se despertara si no lo desea. Ya que estáis tan dispuesto a verla, no me voy a enfrentar con vos, pues no me honraría mucho dándoos muerte, pero os dejaré que la veáis cuando se despierte.

—¿Por qué no os honraría mi muerte?

—Porque sois demasiado joven y yo soy mucho más grande y más fuerte que vos.

—Me da igual por qué lo hacéis, si prometéis dejarme ver a la doncella cuando se despierte.

—Así os lo prometo.

El muchacho se aleja del pabellón y se vuelve hacia una cabaña galesa que estaba a menos de un tiro de arco de allí; ante ella estaban sentadas dos doncellas muy bien vestidas. Se dirige hacia ellas con la espada en la mano derecha y el yelmo en la izquierda; no se movieron al verlo, pero una le dijo a la otra:

—¡Dios, qué hermoso caballero es el que viene!

—Ciertamente, el más bello del mundo; sea en mala hora por lo cobarde que es.

—Por Dios, tenéis razón, y no es caballero ya que no se atrevió a ver a mi señora, que es la más hermosa del mundo, por miedo a su guardián.

El muchacho oye perfectamente lo que están diciendo, se detiene y les responde:

—Es cierto, tenéis razón.

Entonces se vuelve al pabellón que estaba en el lindero del bosque y al llegar a la puerta no encuentra al caballero. Abre, pero dentro no hay ni hombre ni mujer. Se queda sorprendido y con admiración se pregunta a dónde puede haber ido; mira a su alrededor sin encontrar nada. Vuelve a donde estaban las doncellas, pero no las ve.

Entonces se siente afligido y encolerizado, y regresa al poyo en el que se habían quedado el mensajero y sus escuderos. El caballero le pregunta que cómo le ha ido.

—No he hecho nada —le responde—, pues la doncella se me ha ido muy a pesar mío.

A continuación le cuenta todo, «pero no cesaré hasta haber visto a la doncella».

Vuelve a montar y entrega la espada y el yelmo al escudero.

—¿Qué ocurre, buen señor? ¿Vais a seguir a la doncella?

—Sí, la buscaré hasta encontrarla.

—¿Cómo? Debéis prestar socorro a mi señora.

—Y lo voy a hacer; llegaré a tiempo, antes del día del combate.

—¿Qué sabéis de cuándo va a ser?

—Sé, porque se lo dijisteis a mi señor el rey, que aún no se había fijado, la fecha, ni el número de caballeros. Id a vuestra dama, saludadla de mi parte y decidle que voy en su ayuda, y que llegaré pronto.

—A Dios os encomiendo. Me voy, pero en cuanto hayáis visto a la doncella venid a Nohaut.

—Así lo haré.

Se va el caballero por una parte y el muchacho por otra, con sus escuderos. Poco después de la hora de vísperas, se encontró con un caballero completamente armado, que le pregunta que a dónde va.

—Voy de viaje —contesta el muchacho— a un lugar en el que tengo trabajo.

—Decidme a dónde.

—No lo haré.

—Yo sé a dónde vais.

—¿A dónde?

—Vais en busca de una doncella a la que guarda un caballero.

—Así es. ¿Quién os lo dijo?

—Yo lo sé.

—Yo también lo sé.

—¿Quién?

—Un caballero que se acaba de ir de mi lado y se dirige a las tierras de la Dama de Nohaut.

—Quienquiera que haya sido, veis que lo sé y os conduciría a ella, si quisiera.

—Llevadme a donde está.

—No lo haré esta noche, pues no llegaríamos hasta el amanecer; mañana iremos y también os llevaré a que veáis a una de las doncellas más hermosas de cuantas habéis visto: no está lejos de aquí y está en el camino de la que buscáis.

—Me parece bien.

—Pero sólo os llevaré con una condición.

—¿Cuál?

—Os la voy a decir: la doncella está prisionera en un lago, en un prado que hay bajo un sicómoro; allí está todo el día en una isla tranquila, sin ninguna compañía. Al anochecer van allí dos caballeros armados, con el yelmo puesto; la sacan de la isla y se la llevan, y por la mañana la vuelven a dejar en el mismo sitio. Si hubiera dos caballeros que quisieran luchar contra sus guardianes, la doncella quedaría libre, si los vencían. Yo seré uno de los que combatan, si vos queréis ser el otro.

—Con mucho gusto, con la condición de que por la mañana me llevéis al lugar donde está el caballero grande que tiene a la doncella del pabellón.

—Ya que ponéis condiciones, yo os pondré otra. Si conquistamos a la doncella que hay en el lago, será mía.

—Lo acepto.

—Yo también acepto vuestra petición.

Así se van los dos cabalgando hacia el lago. Cuando llegaron allí estaba anocheciendo y vieron llegar a los dos caballeros que venían del otro lado.

—Ahí están los dos caballeros que quieren llevarse a la doncella. Tomad el escudo y la lanza, ataos el yelmo y ceñid la espada.

El muchacho tenía tal deseo de emprender el combate que no se acordó del escudo, aunque el yelmo sí que se lo ató uno de sus escuderos. Empuñó una lanza y se dirigen contra los otros dos. Eran ágiles y llevaban buenos caballos, de forma que se dieron grandes golpes en el escudo quienes lo llevaban; uno de los caballeros que guardaba a la doncella alcanzó al muchacho en la cota, rompiéndosela en el hombro izquierdo y clavándole entera la punta de la lanza en la carne; pero el muchacho, a su vez, lo golpeó derribándolo al suelo y rompiendo la lanza. Los otros dos también estaban combatiendo mientras tanto.

El muchacho desmonta y cuando el caballero que lo había llevado allí vio que no llevaba ni lanza, ni escudo, ni espada, se quedó sorprendido y se preguntaba qué haría. Se acerca a él y le dice:

—Dadme vuestra espada, pues mis escuderos están demasiado lejos.

—Con mucho gusto.

Entonces le dice el muchacho a los otros:

—Ahora entregadme vuestras espadas y rendíos.

Cuando el caballero que lo había herido lo oyó, comenzó a reír, se acercó a él y le dijo:

—Buen señor, os entrego mi espada, si queréis; no combatiré más contra vos.

—Ni yo.

—Por la Santa Cruz, ahora dejaréis libre a la doncella.

—Así lo haremos; ¿sabéis por qué? Porque vemos que tenéis un corazón demasiado grande y llegaréis a realizar notables proezas. Pero estáis tan malherido que moriréis si os agraváis un poco. Por eso os hacemos este favor.

—No me importa por qué lo hacéis, sino que la doncella quede libre. Entregádmela, pues así lo deseo.

—Con mucho gusto.

Uno de ellos saca una llave, la arroja al prado y dice:

—Doncella, soltad esa barca y venid en ella, pues este caballero os ha conquistado.

Ella lo hace así, soltando la cadena que tenía atada a la barca y sale del lago. Los dos guardianes se marchan sin más. En esto, llegan cuatro criados con un pabellón cargado en una acémila: lo montan cerca de allí y preparan abundante comida; eran servidores del caballero que había acompañado al muchacho. Cenaron y, después, la doncella ordenó que prepararan tres camas. El muchacho la mira y le pregunta que por qué manda que haga tres camas.

—Para vos, para este caballero y para mí.

—¿Para mí? Yo me acostaré a vuestro lado.

—No.

—Sí.

—Bueno, si queréis.

—Os dejo libre.

Se acuestan y duermen hasta el día siguiente.

Por la mañana, después de levantarse, le dice el muchacho al caballero:

—Buen señor, llevadme a donde me tenéis que llevar.

—Con gusto, con la condición de que si la conquistáis, que sea para mí.

—De acuerdo.

Montan ambos y llevan también a la doncella; de este modo llegan al poyo.

—Ahí está el pabellón, pero tenéis que hacer una cosa que os ruega esta doncella y yo también os suplico.

—¿Qué es?

—Que os ciñáis la espada y os pongáis el escudo al cuello, y que empuñéis la buena lanza que esta doncella le ha entregado a uno de vuestros escuderos.

—Con gusto llevaré el escudo y la lanza, pero no puedo ni debo ceñirme la espada hasta que reciba tal encargo de otra persona.

—Permitid al menos que la cuelgue del arzón de vuestra silla, y así la podréis desenvainar si la necesitáis, pues os vais a enfrentar con un hombre muy cruel.

El caballero y la doncella se lo ruegan hasta que acepta: cuelga del arzón la espada, se pone el escudo al cuello y toma la lanza; después se dirige hacia el pabellón y allí encuentra al caballero grande, como la otra vez.

—Vengo a que me mostréis a la doncella, según me prometisteis ayer.

El guardián le responde que no la verá sin combatir.

—Si tengo que luchar, lo haré antes de verla; armaos, pues me tengo que ir pronto.

Entonces se pone en pie el caballero y empieza a reír porque el muchacho le había

dicho que se armara.

—Hijo —le dice—, ¿por vos me voy a armar?

Salta sobre un caballo que había cerca de allí, toma un escudo y una lanza, y el muchacho hace lo mismo.

Van el uno contra el otro al galope de los caballos, y se dan grandes y pesados golpes en los escudos. El caballero rompió la lanza y las astillas volaron. El muchacho le da con tal fuerza que le rompe el cuero del escudo, abre los ejes y la punta lo atraviesa, golpeando al caballero en el costado izquierdo: le quiebra una costilla y le empuja con tal fuerza que las riendas se le quedan en la mano y rompe el arzón trasero, derribándolo de forma que lo deja aturdido, y al caer, se le quiebra la lanza. El caballero se desmaya, pues está malherido, aunque el muchacho piensa que está muerto. Al poco, se reincorpora el joven le dice:

—Ahora voy a ver a la doncella.

—Hacedlo, buen señor; yo os la entrego. Maldita sea la hora en que la vi. Me doy por muerto.

Así le entregó a la doncella, pero antes de que el muchacho lo deje ir, le hace prometer que no combatirá con ningún caballero, si no es para defenderse. Se acerca entonces el caballero que había acompañado al muchacho, que estaba sorprendido con las proezas realizadas por el joven. Éste entra en el pabellón, toma a la doncella —que acababa de levantarse— por la mano y se la entrega al caballero.

—Tomad —le dice—, señor caballero, ahora tenéis dos.

—Señor, no me las quedaré, pues son demasiado hermosas y no he sido yo quien las ha conquistado, sino vos; deben ser vuestras.

—Yo no las quiero, pues acordamos que os quedaríais con las dos.

—Señor, si no las queréis, decidme qué debo hacer con ellas, pues cumpliré vuestra voluntad.

—¿Sí?

—Sí, os lo prometo lealmente.

—Llevaldas a la corte de mi señor el rey Arturo y decidle a mi señora la reina que se las envía el muchacho que va a socorrer a la Dama de Nohaut; decidle que para ganarme para siempre, que me haga caballero y que me envíe una espada, como corresponde a quien va a ser caballero suyo, pues mi señor el rey no me la ciñó al armarme caballero.

Al oír que era caballero novel, se quedó sorprendido:

—Señor, ¿dónde os encontraré al regresar?

—En Nohaut; venid directamente allí.

El caballero va a la corte llevando su mensaje; le cuenta a la reina las maravillas que ha visto hacer al muchacho, y ella se alegra mucho; le envía una espada muy buena y muy rica, con su vaina y tahalí. El caballero regresa con la espada y va directamente a

Nohaut, pues conocía bien el camino. Cuando ya estaba cerca de la ciudad, alcanzó al muchacho, que aún no había llegado a ella; le entrega la espada de parte de la reina, y «os ordena que la ciñáis».

El muchacho lo hace con mucho gusto, y da al caballero la espada que llevaba colgada del arzón, y añade que ya es caballero, gracias a Dios y a su señora. Por eso la historia lo ha llamado «muchacho» hasta aquí.

El caballero que había ido a buscar socorro para la Dama de Nohaut había llegado hacía tres días y había alabado tanto al caballero novel ante su señora, que ésta lo espera con gran expectación y no quiere que nadie libre la batalla, si no es él. Cuando llegó le manifestaron gran alegría, pues el caballero que lo acompañaba se adelantó para dar la noticia de su llegada. La dama y muchas de sus gentes montaron y fueron a su encuentro, haciéndole todas las muestras de alegría que se pueden hacer a un caballero que no se conoce. Cuando él vio a la dama no se sorprendió por su gran belleza, ni se preocupó demasiado de si era bella, pues en su corazón no caben todas las beldades.

—Señora —le dice—, mi señor el rey Arturo me envía a vos para que libre vuestra batalla; estoy dispuesto a combatir cuando queráis.

—Señor, bendito sea mi señor el rey; sed bienvenido, os recibo de muy buen grado.

Se detiene entonces a contemplarlo y ve su cota rota en el hombro, en el sitio en que había sido herido cuando conquistó a la doncella del lago; la herida se le había empeorado mucho, pues no le había prestado ninguna atención.

—Señor, estáis herido.

—Señora no tengo ninguna herida que me impida cumplir con mi deber en el momento que queráis; os propongo que sea ahora mismo o mañana.

La dama ordena que lo desarmen y ve que la herida era muy grande y profunda; entonces le dice:

—Por Dios, no es necesario que combatáis hasta que estéis curado; puedo aplazar la batalla.

—Señora, tengo mucho que hacer en otros sitios; debemos darnos prisa.

Le responde que en modo alguno permitiría que combatiera en tal estado; hace que vengan varios médicos y lo acuesta en una habitación; así lo retiene durante quince días, hasta que se repuso totalmente.

Al cabo de este tiempo llegó a la corte del rey Arturo la noticia de que la Dama de Nohaut no había sido liberada aún. Keu, el senescal, le dijo entonces al rey:

—¿Creéis que un hombre tan joven puede cumplir con su deber en una situación tan apremiante? Enviadme a mí, pues es necesario un hombre valiente y esforzado.

El rey se lo concede y Keu cabalga hasta llegar a Nohaut, a donde envía por delante a un escudero. Al enterarse de su llegada, la dama y sus gentes montan, salen a su encuentro y lo reciben con mucha alegría. El caballero novel iba también en la

comitiva, ya completamente restablecido.

—Señora, mi señor el rey me envía para que entre en combate por vos; me hubiera enviado a mí o a otro hace tiempo, pero un caballero novel le pidió ese don y él tuvo que concedérselo. Cuando el rey se enteró de que vuestra situación seguía igual, me envió para que yo la resolviera.

—Señor, muchas gracias a mi señor el rey, al caballero que envió antes y a vos. El otro caballero no abandonó su deber; al contrario, lo hubiera cumplido el primer día, pero a mí no me corría prisa, pues él estaba herido y ya está curado. Ahora cumplirá con su deber.

—Señora, eso no puede ser; ya que he venido, seré yo quien combata, si no me consideraré afrentado y el rey mi señor no se tendrá por honrado.

Cuando la dama lo oye, se queda muy preocupada y no sabe qué hacer, pues deseaba que fuera el caballero novel el que librara el combate, pero no se atreve a rechazar al senescal porque estaba muy vinculado al rey, y podía perjudicarla o ayudarla. Entonces, toma la palabra el caballero novel y le dice al senescal:

—Señor Keu, yo hubiera combatido el primer día, si mi dama me hubiera dejado hacerlo; estoy dispuesto a luchar ahora mismo y así se lo pido, antes de que nadie libre la batalla en mi puesto, pues yo vine el primero.

—Buen amigo, eso no puede ser así, porque yo he venido.

—Sería una gran calamidad que mi dama fuera engañada y que no combatiera el mejor.

—Tenéis razón, le contesta Keu.

—Entonces, lucharemos los dos, y el que venza libraré el combate.

—Estoy de acuerdo.

—Por Dios —interviene la dama—, si Dios quiere no será así; pondré paz en honor de mi señor el rey, que os ha enviado, y para mayor honra de vosotros dos: por mí pueden combatir un caballero, dos o cuantos yo desee. Iré a hablar con el rey de Northumberland, y le diré que librarán la batalla dos caballeros.

De este modo los apacigua la dama, como mujer de gran prudencia.

Por la mañana fueron, del castillo en el que estaban, el rey y su gente a un prado, cerca de Nohaut, en el que se iba a librar el combate. Por su parte, acudieron la dama, los dos caballeros y todos los demás. Tras recordar las condiciones ante todas las gentes, se retiraron. Los cuatro combatientes se alejaron y después fueron unos al encuentro de los otros. Mi señor Keu y el suyo se golpearon en el escudo, quebrando ambas lanzas, pero no cayó ninguno de los dos; desenvainaron las espadas y volvieron a atacarse.

El caballero novel y su enemigo fueron el uno contra el otro; el de Northumberland le golpea con fuerza, de modo que el escudo le da en la sien, pero la lanza vuela hecha pedazos. Por su parte, el caballero novel lo alcanza en la bocla, empujándole el escudo contra el brazo, el brazo contra el cuerpo y el cuerpo hacia atrás, de forma que las

riendas se le quedan en la mano, la espalda le golpea contra el arzón posterior y cae al suelo por la grupa del caballo; entonces se le rompe la lanza al joven. Pero el caballero no estuvo mucho tiempo en el suelo, pues pronto se puso en pie. Al verlo, el caballero novel le dice a Keu:

—Señor Keu, ocupaos de éste y dejadme el otro.

Keu no le responde, sino que sigue combatiendo con dureza contra su oponente.

El caballero novel retrocede un poco, descaburga y se dirige a su contrincante; se colocan el escudo sobre la cabeza, la espada en la mano. Comienzan a darse grandes golpes en los escudos y en los yelmos, en los brazos y en los hombros, y en todos los sitios donde pueden alcanzarse. El combate dura mucho tiempo, hasta que el de Northumberland no puede resistir más y va perdiendo terreno poco a poco, mientras que el otro se lo gana a pesar de que el caballero se mantiene como puede, pero eso no le vale de nada, pues lo acosa sin cesar, de forma que se da cuenta de que está en inferioridad y muy por debajo.

Mientras tanto, Keu y el suyo se habían matado a los caballos y estaban combatiendo a pie. Entonces el caballero novel le vuelve a decir a Keu:

—Venid aquí, señor Keu, pues ya veis la situación; dejadme a éste, que tengo más cosas que hacer que pasarme aquí todo el día.

Keu, con gran vergüenza le responde airado:

—Buen señor, conformaos con el vuestro y dejadme el mío.

Entonces el caballero novel vuelve al suyo, que se hubiera defendido si hubiera podido, pero de poco le sirve. Al verlo en tal situación, lo entretiene sin hacerle daño, porque no quería afrentar a Keu acabando demasiado pronto y deseaba que se hicieran las paces. Por fin, tras mucho combatir, Keu vence al suyo, y el rey de Northumberland se da cuenta de que no tiene nada que hacer.

Le pide la paz a la dama y le hace saber que se irá de allí con sus gentes, dejándole libre toda la tierra y que nunca más volverá a hacerles daño a ella o a sus posesiones; así lo confirma con juramentos y rehenes. De tal forma queda restablecida la paz. La dama va al campo de batalla en el que están los dos caballeros combatiendo por ella y les dice que ha conseguido una paz a su gusto, y los separa. El rey de Northumberland abandona el lugar con sus gentes y la dama queda en calma. Por la mañana se marcha Keu a la corte; allí le cuenta al rey cómo había ido todo, y le da las gracias en nombre de la Dama de Nohaut.

El caballero novel se había quedado en Nohaut, pues la dama lo retuvo cuanto pudo y cuando ya no pudo más, lo sintió mucho. Se marchó un lunes por la mañana la dama lo acompañó con numerosos caballeros durante un buen rato, poniéndose a su servicio ella y su tierra. Al fin, el caballero hizo que se volvieron a la fuerza.

Regresaron todos menos el caballero que le había llevado la espada de la reina; éste siguió a su lado con mucho gusto, pues le tenía gran amor y lo apreciaba en su corazón.

Hablando con el caballero novel le dijo:

—Señor, estoy a vuestras órdenes y quiero que no os enfadéis por una cosa que he hecho contra vos.

—¿Qué ha sido?

—Que os llevé a combatir contra los dos caballeros que tenían a la doncella del lago, pero lo hice para mayor honra vuestra, y os voy a decir cómo fue. Mi señora dijo que quería probar al caballero que le enviara el rey antes de que entrara en combate por ella; la prueba nos la encomendó a mí y a los dos caballeros que lucharon contra nosotros, y por eso no se atrevieron a llevar más lejos el combate, sino que cesaron cuando os presté mi espada y vos me dijisteis que os los dejara a ambos, porque ellos pensaron que estabais más malherido de lo que en realidad era.

—Y, ¿quién era el caballero grande?

—Señor, era un caballero de gran valor, llamado Autragáis: se había ofrecido a mi señora para librar el combate por ella, a cambio de su amor; ella le respondió que así haría si era mejor caballero que el que le enviara el rey. Él deseaba el amor de mi señora por encima de todas las cosas y por eso no se dignó a combatir armado; si os hubiera vencido, hubiera librado la batalla. Ya os he dicho por qué se tendieron estas pruebas; os ruego que me perdonéis por Dios el daño que os he causado.

—Ciertamente, no encuentro daño alguno, y si lo hubo, os lo perdono.

—Señor, muchas gracias. Tened por seguro que estaré a vuestra disposición en todo lugar.

El caballero novel se lo agradece; después, se encomiendan a Dios y se separan el uno del otro.

Se marcha con sus escuderos el caballero novel y decide ir en secreto, de forma que nadie lo pueda reconocer, para conseguir mayor fama y honor. Entra en un gran bosque y cabalga por él durante todo el día sin encontrar aventuras que merezca la pena contar o de las que se deba hablar. Pasó la noche en una casa de religión, en la que le hicieron grandes honores. Por la mañana, deja allí a sus escuderos, encomendándoles que le esperen y que no se muevan antes de un mes, a no ser que lo vean en persona.

Y así se aleja de la casa, que estaba a unas treinta leguas inglesas de Nohaut. Había en aquel monasterio una sepultura que llamaban de Lucano.

Lucano fue sobrino de José de Arimatea, del que saldría el gran linaje por el que fue iluminada Gran Bretaña, pues fueron los portadores del Grial y conquistaron la tierra de los infieles a Nuestro Señor. El cuerpo de Lucano yacía en el monasterio que acabáis de oír.

Cuando el caballero novel se marchó del lugar, cabalgó a la ventura, sin destino fijo, hasta que salió de las tierras de Nohaut. Un día cabalgó hasta mediodía y le entraron muchas ganas de beber; se dirigió hacia un río y al llegar a él, desmontó y

bebió; después, se sentó en la orilla y empezó a pensar muy ensimismado. Poco más tarde llegó a la otra orilla un caballero completamente armado, que entró en el vado con ímpetu, de forma que hizo que el agua salpicara al caballero pensativo y lo mojara. Abandona entonces sus pensamientos, se pone en pie y le dice al otro;

—Señor caballero, me habéis mojado y me habéis causado otro enojo al alejarme de mis pensamientos.

—Poco me importáis vos y vuestros pensamientos.

Entonces monta el caballero novel, que quería irse sin pelear con éste, pues intentaba recuperar el dulce pensar en que se encontraba. Entra en el vado para atravesar el río, pero el caballero le dice:

—En mala hora pasasteis, señor vasallo, pues mi señora la reina me ha encomendado la guardia de este vado, para que nadie pase.

—¿Qué reina?

—La mujer del rey Arturo.

Al oírlo vuelve a la orilla y empieza a alejarse. El caballero lo sigue y le sujeta el freno de su caballo.

—Esperad, tenéis que dejar el caballo.

—¿Por qué?

—Porque entrasteis en el vado.

Saca uno de los pies del estribo y al ver que el otro se calla, lo mira:

—Decidme, ¿quién lo ordena?

—La reina.

—¿Lo decís como leal caballero?

Entonces le responde que no hay más órdenes que las suyas propias.

—¿Las vuestras? ¡Por mi cabeza, no os quedaréis con el caballo!

Pero mientras tanto el otro le sujetaba el freno.

—Soltad el freno.

—No lo haré.

Entonces el caballero novel desenvaina la espada hasta la mitad, el otro lo deja y le dice:

—En mala hora habéis desenvainado.

Se aleja un poco, embraza el escudo, se pone la lanza bajo la axila y galopa a su encuentro, golpeándole con tal fuerza que la lanza vuela en pedazos; el caballero novel, por su parte, lo alcanza tan de lleno que lo derriba al suelo; coge su caballo, se lo lleva al vencido, y le dice al entregárselo:

—Tened, vuestro caballo; obré con justicia al derribaros, pues fue en mi propia defensa.

El otro considera una gran afrenta el que lo haya derribado, pues no sabe quién es; vuelve a montar y le dice:

—Caballero, decidme quién sois.

—No os lo diré.

Y el caballero novel se aleja remontando el río. El otro vuelve a sujetarle el freno y le dice:

—Sabré quién sois antes de que os escapéis.

—Eso no será hoy.

—Tendréis que combatir conmigo.

—No voy a combatir con vos, pues tenéis muy buena guía, ya que os guía mi señora; pero un hombre valiente y noble no debería causar molestias a los caballeros andantes escudándose en las altas damas.

Y añade que por la reina no quiere luchar contra él. El caballero le responde:

—No soy caballero suyo, por eso debéis combatir contra mí o decirme vuestro nombre.

—Si me prometéis que no sois caballero suyo, yo haré una de esas dos cosas.

—Así os lo prometo.

—Ahora combatiremos, si queréis, pues no os voy a decir quién soy.

—Con eso me conformo.

Toman las espadas y empiezan a golpearse. Era un caballero muy valiente; se llamaba Alibón y era hijo del vasallo del Vado de la Reina, lugar que había recibido este nombre porque fue la reina la que lo encontró antes que nadie, antes de que hubieran pasado dos años desde que la tomó el rey Arturo: fue cuando los siete reyes atacaron a los tres, el día en que Arturo se había alojado cerca del Humber; todos fueron derrotados y cada cual huyó por donde pudo; el rey consiguió reunirse con ella, con mi señor Galván, con el rey Urián, con su hermano el rey Loth de Orcania y con mi señor Yvain, que aún era muy joven, poco conocido y no había sido armado caballero todavía, y con mi señor Keu, que aquel día realizó la gran proeza con la que alcanzó gran fama, y lo llamaron senescal antes de que lo fuera. Aquel día ocurrió la aventura, pues llegaron al vado y la reina pasó el río huyendo, mientras que Keu dijo que no continuaría corriendo hasta que no supiera por qué. Entonces aparecieron los siete reyes, a la distancia de dos tiros de arco de toda su gente, que iba pensando en el gran botín que había en las tiendas.

El rey Urián aconsejó que atravesaran el río, pues no tendrían nada que temer estando al otro lado; pero Keu dijo que maldito fuera quien pasara sin haber combatido con un rey, «pues son tantos como nosotros».

—Son siete y nosotros somos seis.

—A mí no me importa, pues yo mataré a dos. Que cada uno de vosotros se ocupe del suyo.

Y no mintió, pues mató a uno con la lanza y a otro con la espada; los demás dieron muerte cada uno al suyo. Fue la aventura de mayor honra que tuvo el rey Arturo. Tal

fue la aventura del Vado.

Pero ahora hablaremos de los dos caballeros que estaban combatiendo. Es dura la batalla y se han herido en numerosos lugares, pero al fin Alibón no pudo resistir; cuando se da cuenta de que no puede nada, dice que no seguirá combatiendo, pero el otro le responde que no se podrá ir libre.

—¿Por qué? No combatíamos por una querrela en concreto, y si la había os perdono.

—Sí que había una querrela —contesta el caballero novel—, pues me mojasteis y me causasteis una afrenta.

—Lo repararé a vuestro gusto.

—Os dejo libre.

—Muchas gracias; ahora os ruego que me digáis vuestro nombre.

—No os lo diré.

—No os pese si voy a algún lugar y consigo averiguar cómo os llamáis.

El caballero novel le responde que le parece bien que vaya por donde quiera.

Así se separaron el uno del otro. El caballero del Vado va directamente a la corte del rey Arturo, donde era muy conocido; se presenta ante la reina y le dice:

—Señora, vengo de lejos a veros; os ruego que me digáis, si lo sabéis, quién es un caballero de armas y caballo blanco.

—¿Por qué lo decís? Decídmelo, por Dios o por lo que más queráis.

—Señora, porque os tengo que dar las gracias por lo que él hizo.

—¿Cómo es eso?

Entonces le cuenta lo ocurrido, y todas las palabras, «y pienso, señora, que si le hubiera dicho que lo ordenabais vos, me hubiera entregado su caballo».

—Habría obrado como un loco dándoos su caballo por una mentira, pues nunca os dije que guardarais el vado.

—Señora, aún hizo más: me devolvió mi caballo después de haberme derribado, y eso os lo tengo que agradecer. Luego, combatimos durante un largo rato.

—¿Quién llevó la peor parte?

—Señora, yo, no os quiero mentir. Pero decidme quién es.

—Por Dios, no sé su nombre, ni quién es; sólo sé que mi señor el rey lo hizo caballero el día de San Juan y que después ha realizado grandes hazañas en muchos lugares, ante gente de aquí y de fuera. Decidme si está sano y sin heridas.

—Señora, sí.

Mientras tanto se ha extendido la noticia por la corte y todos se han enterado; el rey está muy contento y también la mayoría de los que la han oído.

Pero la historia no sigue hablando del rey ni de la reina, sino que vuelve al caballero de las armas blancas, que se alejaba.

XXIV

Al separarse de Alibón el Caballero Blanco marchó todo el día sin encontrar aventuras de las que merezca la pena hablar. Pasó la noche en casa de un leñador, que lo trató muy bien. Por la mañana se levantó temprano y cabalgó hasta la hora de tercia, en que se encontró a una doncella que iba montada en un palafrén y que lloraba y se lamentaba con amargura.

Le pregunta qué le ocurre y ella responde que tiene la mayor tristeza.

—¿Por qué?

—Mi amigo está muerto en un castillo de aquí cerca. Era uno de los caballeros más hermosos del mundo.

—Doncella, ¿cómo ha sido?

—Señor, por las malas costumbres que hay allí. Maldita sea el alma del que las instituyó, pues todos los caballeros andantes que han entrado en el castillo han muerto.

—¿Puede entrar alguno sin morir?

—Sí, si logra llevar a cabo las exigencias de la aventura, pero tendría que ser mejor caballero que nadie.

—Doncella, ¿en qué consiste la aventura? Decídmelo.

—Si queréis saberlo, id allí; éste es el camino.

Y reemprende la marcha, lamentándose con tanta amargura como al principio. El caballero galopa hasta que ve el castillo y cabalga hacia la puerta sin detenerse. Contempló el castillo y lo ve altivo y hermoso, bien asentado, pues toda la fortaleza está sobre una alta roca escarpada, que no es nada pequeña, pues tiene de lado a lado más de un tiro de ballesta.

Al pie de la roca, por un lado, corre el río Humber, y por el otro pasa un gran río que nace de más de cuarenta fuentes, que están a menos de un tiro de arco del pie de la torre. El caballero cabalga directamente a la puerta del castillo y cerca de ella se da cuenta de que está cerrada y bien atrancada, pues esa puerta no se abría nunca.

El castillo se llamaba de la Guardia Dolorosa, pues todos los caballeros andantes que llegaban allí morían o eran hechos prisioneros en cuanto entraban, porque ninguno podía resistir como era debido con las armas, ya que había dos pares de murallas y en cada una había una puerta; en cada puerta tenía que combatir con diez caballeros, pero tenía que ser de forma harto extraña, porque cuando uno de los diez se cansaba y no quería seguir combatiendo, era sustituido por otro, que cuando se cansaba era reemplazado por otro: así no podía vencer el que iba al castillo, a no ser que fuera tan valeroso y tan fuerte que pudiera matar a los otros sin tardanza.

Sobre la puerta de la otra muralla había un caballero de bronce, grande, corpulento, montado a caballo y armado completamente; sujetaba con las manos una

enorme hacha y se mantenía en aquel lugar por un encantamiento: mientras estuviera en pie, no debían preocuparse los del castillo por nadie, pero en cuanto pasara la primera puerta el caballero que conquistaría el castillo, y en cuanto tuviera a la vista la estatua de bronce, ésta caería al suelo y desaparecerían todos los encantamientos del castillo, que eran muy numerosos; pero todo esto no podría ocurrir sin que el que fuera a conquistar el castillo pasara cuarenta días seguidos en él, sin dormir fuera una sola noche: tal era la fuerza de los encantamientos.

Pasadas las murallas estaba el burgo, bien abastecido, en el que se podían encontrar todas las cosas necesarias a cualquier caballero andante; el burgo se llamaba Chanevinche y estaba situado cerca del río Humber.

Cuando el caballero de las armas blancas llegó a la puerta y la encontró cerrada, sintió un gran malestar. En ese momento se le acercó una doncella bellísima, que lo saludó y él le devolvió el saludo.

—Doncella, ¿podrías decirme algo acerca de las costumbres de ahí dentro?

La doncella iba bien tapada, pues de lo contrario la hubiera reconocido con facilidad. Ella le explica todo y le deja claro cómo debe combatir y en qué condiciones si quiere entrar dentro.

—Pero hacedme caso, no penséis en ello, ni siquiera en entrar.

—Doncella, no me quedaré aquí: o conoceré las costumbres de ahí dentro o moriré como todos los demás que han entrado, pues de lo contrario no lograría mayor honra.

Con estas palabras la doncella se marcha. Era ya tarde, cerca de la hora de vísperas. En ese momento oyó el caballero a un hombre que desde encima de la puerta le preguntaba:

—Señor caballero, ¿qué deseáis?

—Querría estar ahí dentro.

—Cuando estéis os pesará.

—No sé lo que me puede pasar, pero —por Dios—, buen amigo, daos prisa en atenderme, pues ya empieza a anochecer.

Apenas ha terminado de hablar cuando el otro toca un cuerno de caza pequeño; al poco, sale un caballero por el portillo; iba completamente armado y sacaron su caballo detrás de él.

—Señor caballero —interpela al de las armas blancas—, conviene que os volváis ahí abajo, pues aquí no hay sitio para combatir a gusto.

El caballero novel le responde que le parece bien.

Van al pie de la torre y se atacan al galope de los caballos, dándose los mayores golpes que pueden en los escudos. El caballero del castillo quiebra la lanza, mientras que el del escudo blanco lo alcanza por encima de la boca: rompe el cuero, abre los tirantes con un golpe duro y cortante; la cota no puede resistir el ímpetu y las mallas se abren; el hierro de la lanza atraviesa al caballero y lo derriba muerto por encima de los

arzones.

Al verlo en el suelo, el Caballero Blanco descabalga, pues no pensaba que estuviera muerto; se dirige a él rápidamente con la espada desenvainada; como no se mueve, le arranca el yelmo y al verlo muerto lo siente mucho.

En esto, suena el cuerno y sale otro caballero. El de las armas blancas vuelve a montar, saca del cuerpo de su enemigo la lanza y galopa contra el otro. Yerra el golpe el del castillo, pero el Caballero Blanco lo alcanza en el escudo, rompiéndoselo, aunque la cota resiste entera; no obstante, lo empuja con vigor y ánimo, lo arranca del caballo y, por encima de la grupa, lo derriba de forma que al caer se rompe el brazo derecho y se desmaya. El que lo había derribado, desmonta, le arranca el yelmo y cuando vuelve en sí lo amenaza con cortarle la cabeza si no se le entrega como prisionero.

El cuerno volvió a sonar y salió otro caballero armado, que ya iban bajando la cuesta. El Caballero Blanco se apresura a atacar a su enemigo y lo vence, acercándosele tanto que temiendo morir le promete ser su prisionero. Mientras, se mantiene a caballo, vuelve a tomar la lanza que aún estaba clavada en el escudo del caballero y se dirige contra el siguiente, derribándolo con ímpetu: entonces quebró su lanza. Poco tiempo estuvo el otro en el suelo; rápidamente se pone en pie; desmonta el de las armas blancas, se pone el escudo por delante y con la espada en la mano empiezan a darse grandes golpes allí donde creen que pueden hacerse más daño. No pudo resistir mucho tiempo el caballero del castillo, y pronto empezó a ceder terreno; al ver que llevaba la peor parte, hizo señal con la espada al vigía y éste volvió a tocar el cuerno.

Acude otro caballero al galope: era grande y corpulento y al parecer hábil en el combate. A pesar de todo, el caballero de las armas blancas no abandona al suyo, sino que sigue atacándole hasta que lo hiere en muchos lugares: se cubría con el escudo lo mejor que podía, sin preocuparse por ninguna otra cosa, mientras que el que acudía en su socorro venía gritando:

—Señor, dejad a ese caballero, que yo vengo en su lugar.

—No me importa saber cuántos sois; lo que quiero es venceros a todos.

—No tenéis derecho a tocar más a ese caballero, pues yo respondo por él.

—¿Cómo respondéis por él si no podéis responder por vos mismo?

Toma entonces la lanza del caballero contra el que había combatido, vuelve a montar y se dirige al galope hacia el otro, golpeándolo con tal fuerza que lo tira al suelo a él y a su caballo, derribándolos en el río de una fuente; después va al otro caballero, que ya quería montar de nuevo: lo golpea con el pecho de su caballo y lo derriba; luego le pasa tantas veces por encima que le rompe todos los huesos, de forma que no se puede volver a levantar. Ve después al del río de la fuente, que se estaba poniendo en pie; se dirige a él con la espada desenvainada y lo golpea con toda la velocidad que llevaba, de modo que lo vuelve a tirar al suelo y hace que su caballo lo pise igual que había hecho con el otro, dejándolo malherido y desmayado por el dolor. Vuelve al otro:

desmonta y le desata el yelmo y la ventana, y lo amenaza con cortarle la cabeza si no se le entrega como prisionero.

Mientras tanto volvió a sonar el cuerno y salió el quinto caballero. Al verlo venir, el Caballero Blanco corrió al que estaba en el riachuelo, le quita el yelmo y le da un gran golpe con la hoja de la espada, de modo que antes de que llegara el otro, ya le había prometido ser su prisionero. Poco le preocupa el resto, al ver que había derrotado a cuatro: vuelve a su caballo, monta de nuevo y galopa contra el otro, con la espada desenvainada, pues no tenía lanza. El enemigo quiebra su lanza por lo deprisa que iba, y el Caballero Blanco le asesta tal golpe, con la rabia y la fuerza que llevaba, que le rompe el yelmo y la ventana en el lado izquierdo, de modo que el acero le baja por la oreja, cortándosela toda hasta el cuello, junto con la mejilla, y dejándole el cuello en tal mal estado que a duras penas puede soportar el yelmo: no se puede mantener en la silla y cae al suelo, golpeando con el casco al caer, de forma que por poco no se rompe el cuello; la sangre le vuela de la boca, de las narices y de las orejas, y se desmaya.

Ya empezaba a ser noche cerrada y desde la muralla no se veía casi lo que estaba ocurriendo. Cierran el portillo, mientras que los de la ciudad coinciden en que nunca habían visto un caballero tan rápido y tan seguro. Ha vencido al quinto, que le ha prometido mantenerse como prisionero suyo donde él quiera.

En ese momento llega la doncella que había hablado con él ante la puerta, y le dice:

—Entrad, señor, pues esta noche no tendréis que combatir más.

—Doncella, todavía quedan muchos por vencer.

—Es cierto, pero no vendrán más hoy, pues han cerrado el portillo; mañana por la mañana podréis continuar.

—Siento, doncella, que no sigan saliendo, pues así me quedaría menos que hacer, al haberme librado de la mayor parte. Decidme, si lo sabéis, si es justo que cese de combatir ahora.

—Sí, pues el combate no debe continuar porque ya es de noche, pero mañana seguirá en el punto que quedó hoy; y si no fuera porque no debe detenerse aquí durante mucho tiempo el caballero que venga dispuesto a combatir, no hubierais dado un solo golpe esta noche, pues era demasiado tarde cuando llegasteis: alegraos, porque debéis estar cansado.

—¿Cansado? Ya lo veríais si fuera de día.

Entonces siente una gran rabia y vergüenza, temiendo que la doncella lo haya visto hacer alguna cosa indebida.

—Entrad conmigo.

—Doncella, ¿a dónde?

—Al lugar en el que os voy a dar muy buen alojamiento.

Le dice a los vencidos que le sigan y así lo hacen, volviendo a montar los caballos de los que habían sido derribados. La doncella lleva al caballero a un buen alojamiento en

la parte de abajo del burgo. Ya lo estaba necesitando, porque se encontraba muy cansado. Entró el caballero con la doncella en una sala, donde ésta le quitó las armas sin destaparse en ningún momento. Mientras tanto, él contempla la sala y ve tres escudos colgados en alto, completamente envueltos. Le pregunta a la doncella que de quién son y ella le responde que pertenecen a un solo caballero.

—Doncella, me gustaría verlos al descubierto, si no os parece mal.

Hace que los destapen y ve que los tres son de plata: uno tiene una banda roja cruzada que lo atraviesa, otro dos y el otro tres. El caballero los contempla durante un rato y, mientras, la doncella vuelve de otra habitación, vestida con gran riqueza y con el rostro descubierto y desnudo, como se puede ver por la gran cantidad de lámparas que había.

—Señor caballero, ¿qué os parecen los escudos?

—Señora, muy bien.

La mira entonces y al verla destapada, la reconoce con facilidad y salta hacia ella con los brazos extendidos, diciendo:

—Ay, buena y dulce doncella, sed bienvenida más que cualquier otra doncella. Por Dios, decidme qué hace mi señora.

—Está muy bien.

Se lo lleva a un lado y le dice en secreto que la Dama del Lago la ha enviado allí, «y mañana conoceréis vuestro nombre y sabréis el de vuestros padres; todo ocurrirá en ese castillo, del que seréis señor antes de que toquen a vísperas, pues lo sé con certeza, de la boca misma de mi dama. Los tres escudos que habéis visto son vuestros, y tienen poderes maravillosos, pues tan pronto como os pongáis al cuello el escudo que sólo tiene una banda, recobraréis la fuerza y la valentía de un caballero, además de las vuestras propias. Si os colgáis el de dos bandas, obtendréis el valor de dos caballeros, y con el de las tres, llegaréis a ser tan fuerte como tres caballeros. Haré que los lleven mañana al campo de batalla: procurad no confiar tanto en vuestra juventud y tan pronto como sintáis que os disminuyen las fuerzas, tomad el escudo de una banda; después el de dos, si lo necesitáis; y si queréis terminar con todo y que todo el mundo se quede admirado con vuestras hazañas, tomad el de tres bandas, y veréis las cosas más admirables que habéis visto y que jamás os podríais imaginar. Procurad no quedaros después en la corte del rey Arturo, ni en ningún otro lugar, hasta que se os conozca por vuestras hazañas en muchas tierras, pues así quiere mi dama que lo hagáis, para que ganéis mérito y fama».

Durante mucho rato estuvo hablando la doncella con él; se sentaron a cenar juntos, cuando estuvo preparada la cena. Por la noche fueron a ver al caballero los de arriba y los de abajo, y rogaban a Nuestro Señor que le diera fuerzas y poder para acabar con todos los caballeros del mismo modo que había vencido a los otros cinco, pues deseaban que terminaran para siempre los encantamientos y las malas costumbres del

castillo.

Así pasaron aquella noche; por la mañana, la doncella hizo que el caballero oyera misa. Después, se armó y la doncella lo acompañó a la puerta, donde le dijo:

—¿Sabéis qué es lo que tenéis que hacer si queréis vencer al señor de este castillo y terminar con los encantamientos? Antes de que anochezca tendréis que haber vencido a diez caballeros en esta puerta y a otros tantos en la segunda puerta.

—¿Dónde? ¿No he vencido ya a cinco de la primera?

—No, pues nada de lo que hicisteis ayer os servirá hoy más que si no hubierais dado un solo golpe. Aunque hubierais vencido a nueve de una puerta, si llegara la hora tendríais que volver a empezar con todo, pues tenéis que terminar antes de que anochezca. Tened por seguro que los venceréis y, os diré algo más, no moriréis en combate ni por la acción de las armas mientras tengáis el yelmo en la cabeza o la cota sobre los hombros: es una cosa que os debe dar gran tranquilidad.

—Ciertamente, pues así estoy seguro de que no moriré de forma ignominiosa.

Mientras hablaban así, sonó el cuerno y salió un caballero, con todas las armas menos el yelmo, y le dijo al Caballero Blanco:

—Señor, ¿qué queréis?

—Vengo por la aventura del castillo.

—No encontraréis quien os responda mientras tengáis prisioneros a nuestros caballeros, pero tan pronto como los dejéis libres, la tendréis a vuestra disposición.

—Por los caballeros no me quedaré sin mi aventura; procurad cumplir debidamente, pues si no sería deslealtad.

—Señor caballero, tenéis que dejarlos en libertad, pero ni pueden ni deben tomar las armas en contra de vos; si lo deseáis, podéis hacer que os lo juren, así os lo aconsejo. Yo querría que fueseis tan valiente como para haber conquistado ya el castillo, pues este dolor hace mucho que dura; pero debo mantener mi lealtad y cumplir con mis deberes.

Entonces deja libres a los cuatro prisioneros, que regresan al castillo. Al punto, sale un caballero completamente armado; al pasar el portillo salta sobre su caballo y desciende al pie de la cuesta y comienzan las justas lo más cerca posible de la puerta. El que acaba de salir golpea al otro con toda su energía, de forma que se da con el escudo en la sien, pero no llega a romper la lanza, que era demasiado fuerte. El Caballero Blanco también alcanza a su contrincante, de forma que, atravesando el escudo y la manga de la cota, le llega al brazo y hace que el escudo le golpee en el costado con tal vigor que el filo se pliega contra el arzón y el caballero vuela al suelo por encima de la grupa del caballo, y cae hiriéndose gravemente.

Descaburga el Caballero Blanco y cuando se dispone a atacarle, ve que nueve caballeros han salido del portillo y que empiezan a descender por la cuesta. Uno de ellos se ha separado de los demás y se ha dirigido al campo de batalla, entrando en él un poco lejos. Al verlo, el Caballero Blanco teme que sea una traición. Monta de nuevo

y toma la lanza; dirigiéndose contra el que había visto venir, se golpean con fuerza y las lanzas vuelan en pedazos, pero no cayó ninguno de los dos caballeros. Cuando ve que el otro se mantiene y que las lanzas se han quebrado, el Caballero Blanco se enfada y maldice a quien hizo las lanzas, porque no supo hacer una que no se rompiera. Desenvaina la espada; mientras, el primer caballero se ha puesto en pie, aunque ha perdido el caballo y ha tenido que arrojar el escudo, pues el brazo no se le podía sostener, y se iba retirando hacia la roca lo mejor que alcanzaba; el Caballero Blanco galopa hacia él; al oírlo, el otro se vuelve y va a desenvainar la espada, pero no tiene tiempo, pues el caballero llega hasta él y le da tal golpe sobre el yelmo que hace que se tambalee y por poco no cae. Vuelve a él y le da un tajo en el brazo derecho, antes de que pudiera esquivarlo, que lo deja malherido y hace que se le caiga la espada en medio del campo.

—¿Cómo, señor caballero —dice otro de los que bajaban picando espuelas— queréis combatir contra nosotros dos?

—Sí, y con un tercero si viniera.

—Nosotros no nos atreveríamos a atacaros a la vez si no nos dierais permiso.

—Ya que venís a socorreros unos a otros, hacedlo lo mejor que podáis, pues a mí no me resultará más difícil si sois dos que si sois uno solo, o que si sois tres: lo mismo venceré a muchos que a pocos.

Al oírlo, el caballero se desanima mucho, pues se da cuenta de que es valeroso y esforzado. Se atacan entonces con las espadas desenvainadas y se dan grandes golpes en el yelmo. Cuando el Caballero Blanco ve que se aleja el caballero al que había herido en los dos brazos, galopa hacia él, le arranca el yelmo de la cabeza y le obliga a huir corriendo cuesta arriba. Vuelve a él y le da un tajo enorme sobre la cofia con toda la rabia que llevaba, de forma que le abre la cabeza hasta los hombros, y cae. El otro caballero se dirige hacia el Caballero Blanco y le descarga un gran golpe en el yelmo, obligándole a inclinar la cabeza; cuando ya pasaba por su lado, el Caballero Blanco acertó a darle un tajo del revés en el nasal del yelmo y se lo corta hasta las mejillas: por el dolor que siente cae por la parte de atrás del arzón y se desmaya. Vuelve a él, le arranca el yelmo y le grita que se reconozca prisionero suyo, pero el otro no puede hablar: entonces le golpea con la espada en los dientes, que los tiene al descubierto y llenos de sangre, y se los rompe hasta las orejas diciendo que Dios no le vuelva a ayudar si siente compasión por ellos y no les da muerte, pues de otro modo no podrá vencerlos a todos; mientras tanto, el otro sigue en el suelo. Los demás se dan cuenta de que está muerto; se adelanta uno de ellos, que ya estaban al pie de la pendiente, y rompe la lanza contra el Caballero Blanco; después desenvaina la espada y le golpea donde puede. El Caballero Blanco le ataca con tal furia que todos se quedan sorprendidos y en poco tiempo lo deja en situación de no poderse defender más; llama a otro. El que ya no podrá resistir huye hacia el castillo y acude otro, completamente fresco, a

sustituirlo: así estuvieron combatiendo al Caballero Blanco hasta que pasó la hora de prima, que podría ser hora de tercia.

Entonces llegó un escudero que llevaba el escudo de plata con la banda roja cruzada: el del Caballero Blanco estaba ya tan deshecho que se había quedado demasiado pequeño, y el mismo caballero se encontraba cansado, con poco aliento y sin fuerza, y había perdido abundante sangre, pues tenía muchas heridas, aunque él también había causado numerosas heridas, pero sus enemigos se ponían a salvo en el castillo y enviaban a combatir a otros que estaban frescos. Cuando el Caballero Blanco ve que de este modo no podrá dar fin, lo lamenta porque ya tardaba demasiado en alcanzar el honor que esperaba. Tira lo poco que le quedaba de escudo y toma el que le había llevado el escudero: entonces siente redoblada su fuerza y se encuentra tan veloz y tan ligero que no nota ninguno de los golpes y de las heridas que tiene.

Se lanza contra todos sus enemigos, golpeando a diestro y siniestro, y realiza tales maravillas que todos cuantos lo ven se quedan admirados. Les rompe los yelmos, parte los escudos y corta las cotas en los brazos y en los hombros. También ellos le golpean y lo hieren, pues tan pronto como alguno se cansa, lo reemplaza otro, y eso es lo que más le perjudica. De este modo mantiene el combate hasta pasada la hora de tercia, y él tiene numerosas heridas, grandes y pequeñas.

Se le acercan entonces la doncella que lo había acompañado a la puerta, y el escudero, que le llevaba el escudo de las dos bandas. Mientras, el caballero había combatido sin cesar, obligándoles a retirarse a la cuesta, y empezaban a ir hacia la puerta, para tener más cerca los socorros. Las gentes del castillo contemplan desde la muralla cómo el caballero solo los domina: están admirados y suplican a Dios que lo mantenga en lo que ha comenzado.

Los otros han ido cediendo terreno ante los golpes y han llegado a la puerta; entonces vuelven a atacarle todos juntos, apoyados por los socorros que les llegan sin cesar, por lo que él no puede dar fin. La doncella le sujeta el caballo por el freno, le quita el escudo del cuello y le pone el de las dos bandas. Los caballeros se preguntan por qué lo hace, y no querrían que siguiera combatiendo con el mismo valor, pues están avergonzados de enfrentarse a un caballero solo que los domina.

Vuelve a la batalla y los trata de tal modo en tan poco tiempo, que nadie se atreve a esperar un golpe, incluso los más valerosos se retiran: no hay en el castillo caballero que no haya estado en el combate, que no haya probado sus golpes, y todos están de acuerdo en que nunca vieron a nadie con tal fuerza. Pero más que nadie, está admirado el señor del castillo, que lo contempla desde la muralla y tiene tal dolor que no puede resistir la rabia de no estar en el combate, pero no puede ni debe hacerlo según las costumbres del castillo hasta que todos los demás hayan sido vencidos: teme ver su gran desgracia, pues nunca había pensado que un solo caballero pudiera vencer.

El Caballero Blanco los trata de forma vergonzosa y ellos se dan cuenta que no

podrán resistir por más cambios que hagan, pues está tan cerca de ellos que los que se cansan no pueden llegar al portillo, ni los de dentro pueden salir. En poco tiempo ha dejado a cinco sin que se puedan levantar: dos están muertos y tres están heridos de muerte, además de los dos que murieron al principio. Cuando ve que no le quedan más que tres, les da poca importancia. Los ataca con vigor y ellos le ceden el terreno, huyendo como pueden. Entonces se adelanta el mayor, el más fuerte y corpulento de los tres y dice que no se dejará matar, pues muchos más esforzados que él han perdido la vida: le tiende la espada y le promete ser su prisionero. Al verlo, los otros dos hacen lo mismo.

Entonces presta atención el Caballero Blanco y oye un gran ruido; mira hacia arriba y ve que es la puerta, que se, ha abierto: siente una gran alegría, pues no esperaba verlo, porque era cerca de la hora de nona. Sube la cuesta, y ve al otro lado de la puerta a diez caballeros, dispuestos a combatir.

La doncella lo retiene, le desata ella misma el yelmo, que de poco le servía ya, y se lo entrega a un criado; toma otro resistente, ligero y hermoso, y se lo ata. Después le quita del cuello el escudo y le pone el de las tres bandas. Entonces él dice:

—Ay, doncella, así me afrentáis, pues los venceré sin necesidad de mi valor. Bastaba con el que me habéis quitado.

El criado le entrega una lanza de asta extraordinariamente fuerte y de hierro cortante como cuchilla de afeitar. La doncella le dice que quiere ver cómo lucha con lanza, pues ya ha visto que se sabe defender con la espada. El caballero ha tomado la lanza y pasa la puerta; la doncella le dice que mire encima de la otra puerta: así lo hace y ve al caballero de bronce, que era grande y admirable. Apenas lo ha contemplado, cuando cae desde la altura en que está y alcanza en su caída a uno de los caballeros que estaban bajo la puerta, rompiéndole el cuello y derribándolo muerto del caballo.

Pero el Caballero Blanco no se asusta por nada, deja correr a su caballo contra todos los demás, golpea al primero que encuentra y lo derriba muerto. Cuando los otros ven a esos dos muertos y que el caballero de bronce ha caído, no saben en qué confiar: se tiran de los caballos y se refugian dentro, pasando el portillo lo más rápidamente que pueden. El Caballero Blanco va tras ellos a pie y con la espada desenvainada les da grandes golpes cuando los alcanza; los tres últimos le prometen ser sus prisioneros, porque no les ha dado tiempo de entrar. Persigue a los otros cinco más allá del portillo, pero no logra alcanzar a ninguno.

Entonces se encuentra con numerosas damas, doncellas y burgueses que expresan una gran alegría, diciéndole:

—Señor, no es necesario que hagáis más de lo que habéis hecho, pues os han dejado libre la puerta.

Una doncella le entrega las llaves y le abre la puerta, que lanza un gran grito causando la admiración del caballero. Éste pregunta a los que tiene alrededor si hay

algo más que hacer allí que pertenezca al dominio de las aventuras. Los burgueses, a quienes ya les tardaba verse libres, le contestan que tiene que combatir contra el señor del castillo antes de quitarse el yelmo o cualquier pieza de la armadura.

—Eso me alegra. ¿Dónde lo podré encontrar?

—Señor, no lo encontraréis, pues se va al galope de su caballo, lamentándose tan amargamente que por poco no se da muerte a sí mismo.

Mucho sienten los del castillo tales noticias. A continuación llevan al caballero a un cementerio que había fuera de la muralla: se admiró al verlo, pues estaba cerrado por todas partes con muros almenados; sobre muchas de las almenas había cabezas de caballeros con sus yelmos y ante cada almena estaba la tumba correspondiente, con letras que decían: «Aquí yace tal y ahí veis su cabeza»; ante las almenas en las que no había cabezas, las letras de las tumbas decían: «Aquí yacerá tal». Y tenían nombres de muchos caballeros buenos de la tierra del rey Arturo y de otros lugares, de los mejores sitios que se conocían.

En medio del cementerio había una lámina metálica, trabajada en oro, piedras preciosas y esmaltes, y tenía unas letras que decían: «Esta lámina no será levantada por ningún hombre si no es por el que conquistará este doloroso castillo, y cuyo nombre está escrito debajo».

Habían sido muchas las gentes que habían intentado levantar aquella tumba, utilizando la fuerza y usando máquinas, para conocer el nombre del buen caballero; y el señor del castillo se había esforzado mucho en saber quién era, y hubiera hecho que lo mataran, de haber podido.

Acompañan al caballero hasta la tumba, armado con todas las armas como estaba, y le indican las letras, que lee con facilidad, pues había estudiado durante mucho tiempo. Tras leerlas, mira la lámina por todas partes, por arriba y por abajo, y piensa que si estuviera en medio de un camino, tendrían trabajo para levantarla entre cuatro de los más fuertes caballeros del mundo, aunque la tomaran por el lado más pequeño. La toma entonces con las dos manos por la parte más gruesa y la levanta a un pie por encima de su cabeza. Debajo ve las letras que dicen: «Aquí yacerá Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benoic». Vuelve a bajar la lámina, seguro de que ése es su nombre. Mira entonces a la doncella que servía a su dama, y que había visto igual que él su nombre.

—¿Qué habéis visto? —le pregunta la doncella.

—Nada.

—Sí que habéis visto algo; decídmelo.

—Ay, os suplico por Dios.

—Por Dios os ruego yo, pues lo he visto igual que vos.

Entonces se lo dice al oído, y él se entristece, le pide y le conjura por lo que más quiera que no lo diga por nada.

—Lo haré como deseáis, no tengáis miedo.

Luego se lo llevan las gentes del castillo a uno de los edificios más hermosos del mundo, aunque era pequeño; lo desarman y celebran una gran fiesta con él. Ese palacio era del señor del castillo, y estaba bien provisto de todas las cosas necesarias en la corte de un hombre rico y poderoso.

De este modo conquistó el caballero blanco la Guardia Dolorosa; la doncella se quedó con él ahí dentro para curarle sus abundantes heridas. Los del castillo sienten que se les haya escapado el señor, pues si lo tuvieran preso podrían llegar a conocer todos los secretos del lugar, que ahora se perderán para siempre, pues temen no poder retener a aquel caballero durante los cuarenta días necesarios, al cabo de los cuales cesarían todos los encantamientos y todas las maravillas que ocurrían por la noche y por el día, pues nadie podía comer o beber a gusto, ni acostarse o levantarse tranquilo.

Por eso están los de la ciudad alegres y tristes: están tan contentos como es debido por su nuevo señor. Aunque la historia no habla más de él, y vuelve por otro camino, como vais a oír.

XXV

Cuando el Caballero Blanco conquistó la Guardia Dolorosa y levantó la lámina, había allí un criado, de noble familia, valeroso y ágil, hermano de un caballero de la mesnada del rey Arturo, que se llamaba Aiglín de los Valles. El criado sabía que si las noticias se conocieran en la corte, que las escucharían con mucho gusto, pues se pensaba que nadie llevaría a cabo tales aventuras. Se sentó en un caballo de caza muy bueno y salió del castillo entre nona y vísperas, dispuesto a llevar a la corte las nuevas, pues él mismo había visto todo cuanto había hecho el caballero el día y la noche anteriores, y sabía qué armas llevaba.

Durmió aquella noche lo más lejos que pudo. El día siguiente se levantó muy temprano y cabalgó sin cesar. Al cabo de tres días llegó a Carlión, y la víspera se había encontrado a Alibón, el hijo del vasallo del Vado de la Reina. Al verlo, Alibón le pregunta:

—Vasallo, ¿a dónde vas tan deprisa? ¿Tienes alguna necesidad?

—Sí pues voy a la corte del rey Arturo con noticias extraordinarias.

—¿Cuáles son?

—La Guardia Dolorosa ha sido conquistada.

—Es mentira, no puede ser.

—Es verdad, pues con mis propios ojos lo vi pasar las dos puertas y vencer a todos los caballeros. Tenía armas y caballo blancos.

—Criado, lleva esas noticias a la corte, pues encontrarás a quien se alegre con ellas.

El joven llega a la corte y nada más ver al rey Arturo le dice:

—Rey Arturo, Dios te salve. Te traigo las noticias más extraordinarias que han entrado nunca en tu casa.

—Decidlas, pues, buen señor, que serán oídas con agrado ya que son tan extrañas.

—Os digo que la Guardia Dolorosa ha sido conquistada y que un caballero ha pasado las dos puertas usando las armas.

—Eso no puede ser, dicen todos.

—Es cierto, que yo lo vi con mis propios ojos, y vi cómo vencía a los caballeros.

—Criado, no digas nada más si no es verdad.

—Señor, colgadme si miento.

En ese momento entró Aiglín, que llegaba de su alojamiento, y al ver a su hermano de rodillas ante el rey Arturo, le dice:

—Buen hermano, sé bienvenido. ¿Qué necesidad te trae a la corte?

Se pone en pie y le cuenta las noticias.

—¿Cómo? —pregunta el rey— ¿Aiglín es hermano vuestro?

—Sí, señor, así es.

—Entonces lo podemos creer, pues no mentiría.

—Por mi fe —dice Aiglín—, no se atrevería a hacerlo, pero es una cosa tan importante que yo mismo lo dudaría hasta verlo.

Entonces le preguntan al criado qué armas llevaba el caballero. Él contesta que su caballo y sus armas eran blancas. Mi señor Galván dice que es el caballero novel, y muchos son los que se disponen a ir para ver si es cierto y se preparan a armarse, pero mi señor Galván lo impide diciendo que no es bueno que vayan tantos, que basta con que sean diez, y no más. El rey y todos los demás lo aceptan y entonces el rey designa a los diez que deberán ir, que son, por este orden: Galván, Yvaín, Galegantín el Galés, Galescondes, Tors el hijo de Ares, Caradós Rompebrazos, Yvaín el Bastardo, Gasoain de Estragot, Galantín el Alegre y Aiglín de los Valles.

Con tal acompañamiento sale de Carlión mi señor Galván; pasaron la noche con un ermitaño que fue de la corte del rey Arturo cuando éste era rey recién nombrado. El ermitaño les preparó un buen alojamiento porque pertenecían al séquito del rey. Después de cenar le preguntó a mi señor Galván:

—Señor, ¿a dónde vais?

—A la Guardia Dolorosa.

—Señor, ¿qué buscáis allí?

—Se nos ha dicho que un caballero ha conseguido entrar combatiendo.

—Eso no puede ser.

—Sí que es —responde el criado—, pues yo lo vi con mis propios ojos.

—Sabed que aunque fuera allí todo el mundo —dice el ermitaño— no conseguirían entrar hasta que no haya entrado uno, que será el hijo del rey que murió de pena, según dicen los viejos.

Pasaron la noche allí; salieron por la mañana después de oír misa y cabalgaron durante tres jornadas. El cuarto día, hacia la hora de tercia, se encontraron en su camino a un hombre que montaba un mulo y llevaba puesta una capa azul.

Mi señor Galván lo saluda y le dice:

—Buen señor, ¿de quién sois vasallo?

—Señor, soy un novicio.

—¿Sabéis leer?

—Señor, sí, gracias a Dios.

—¿Conocéis el camino de la Guardia Dolorosa?

—Sí, señor, bien. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque conviene que nos acompañéis.

—¿Que os acompañe, señor? ¿Quiénes sois?

—Yo soy un caballero.

—¿Cómo os llamáis?

—Señor, me llamo Galván.

—Ay, señor, ¿sois vos? Con vos iré con mucho gusto, aunque no sé qué es lo que buscáis allí.

—Nos han dicho que la ha conquistado un caballero.

—Yo no sé nada, pero ésa es una cosa difícil de creer.

Siguieron cabalgando hasta la atalaya; desde allí vieron que la primera puerta estaba abierta; entraron y se encontraron con la otra cerrada; sobre ella había un guardián, al que mi señor Galván le dice:

—Buen señor, ¿podríamos entrar?

—No, pero decidme quiénes sois.

—Soy Galván, el sobrino del rey Arturo, y todos éstos son compañeros de la Mesa Redonda.

—Señor, id a alojaros en el burgo por esta noche, y volved mañana.

Así lo hacen y bajan al poblado. El Caballero Blanco se entera de que Galván ha estado en la puerta con nueve caballeros y prohíbe que la abran esa noche o el día siguiente, los del castillo, que querían que el rey Arturo fuera con todo su poder a terminar con las malas costumbres, van al cementerio y escriben en las tumbas en las que no había nada escrito y a las almenas de cada una de ellas le ponen un yelmo.

Por la mañana vuelve mi señor Galván y sus compañeros, y se encuentra la puerta cerrada, como la noche anterior. Le pregunta al guardián que si pueden entrar.

—No, señor; pero si hay en vuestra compañía alguien que sepa leer, decídmelo. Le responden que sí.

—Entonces, esperadme.

El vigía desciende de la muralla, se dirige al cementerio por el portillo y le abre la entrada a mi señor Galván, que pasa de inmediato con los suyos. El clérigo empieza a leer las letras que hay sobre las tumbas y se encuentra que en una está escrito: «Aquí yace Fulano y ésta es su cabeza»; en otros muchos lugares dice lo mismo, nombrando a muchos caballeros de la corte del rey Arturo y de su reino. Cuando mi señor Galván oye que han muerto, empieza a llorar de pena, pues piensa —como sus compañeros— que es verdad, y aunque en unos casos era cierto, en otros era falso, pues habían escrito las letras la noche anterior.

Tras llorar un largo rato, se dirige el clérigo a otra tumba que estaba en un extremo; lee las letras y empieza a llorar de nuevo.

Mi señor Galván le pregunta qué le pasa.

—¿Qué, señor? Es una gran lástima.

—¿El qué? Decídnoslo.

—Aquí yace la maravilla.

—¿Quién es?

—Es el mejor de los buenos, el que conquistó la Guardia Dolorosa.

Cuando lo oyen los demás caballeros, se golpean con las manos, se lamentan

amargamente y se dicen unos a otros:

—Buen Señor Dios, ¿quién puede ser?

Todos dicen que no saben, a no ser que fuera el caballero novel al que armó el rey el día de San Juan, «pues este criado lo vio entrar aquí. Ya sabemos que ha muerto». Mucho se lamentan todos y especialmente mi señor Yvaín, y todos lo recuerdan con dulzura, diciendo que nunca habían visto a nadie con tan buen principio, y que si hubiera vivido, su valentía habría causado admiración.

Después de un buen rato, salen del cementerio y vuelven por delante de la puerta que estaba cerrada, pero encuentran abierto el jardín: entran en él y llegan ante la galería de una bellísima sala y ven a una hermosa doncella llorando amargamente y, según les parece, es muy bella. Mi señor Galván le pregunta con amabilidad qué le ocurre que llora de tal modo.

—¿Qué me ocurre? Lloro con razón, pues ha muerto el caballero más hermoso del mundo y el más esforzado de cuantos han existido, a pesar de que era joven imberbe.

—Doncella, ¿qué armas tenía?

—Armas y caballo blancos.

Entonces vuelven a lamentarse todos y dicen que no se irán de allí hasta que conozcan alguno de los secretos del lugar. De este modo se disponen a quedarse y a ver cómo irán las cosas.

Pero ahora deja la historia de hablar de ellos, del castillo y de los que están en él hasta que sea el momento de volver a hablar de ello.

XXVI

Cuando mi señor Galván hizo leer las letras que decían que había muerto el caballero de las armas blancas, envió Aiglín de los Valles a su hermano para que le contara al rey las noticias. Éste cabalgó hasta que llegó a presencia del rey, al que le dijo:

—Rey Arturo, llevé a tu sobrino y a sus compañeros a la Guardia Dolorosa, donde encontraron un cementerio en el que yacen muchos buenos caballeros de tu corte y de tu tierra. Está después de la primera puerta. El caballero novel que prestó auxilio a la Dama de Nohaut y que conquistó la atalaya de defensa de la Guardia Dolorosa, también yace muerto allí.

Cuando lo oye el rey siente un gran dolor y llora con amargura por éste y por los otros, y toda la corte se queda perturbada. El rey decide ir allí y le dice a la reina:

—Señora, tomad las damas y doncellas que más os plazca, pues vendréis conmigo.

Por la mañana se pusieron en marcha y cabalaron durante dos días; el tercero, acamparon en tiendas y pabellones junto a un río. Hacía mucho calor y el rey fue a sentarse a la orilla, con las piernas dentro del agua y cuatro caballeros tenían una tela de seda para que le hiciera sombra en la cabeza. De este modo se quedó pensativo.

Entretanto, llegó de la otra parte del río un caballero, completamente armado, que se metió en el agua; cuando llegó ante el rey les preguntó a los otros:

—¿Quién es este caballero?

—Soy el rey Arturo, contesta él mismo.

—Ciertamente, os estaba buscando.

Entonces pica espuelas al caballo y baja la lanza para golpearlo, pero el río era profundo y el caballo estuvo a punto de ahogarse. Cuando se acercó al rey, los caballeros lo defienden, le sujetan la lanza y se la quitan; y el que ahora la tiene le da un golpe tal con ella que por poco no se queda dentro del agua. Otro se mete en el río y le coge por el freno el caballo.

—Ay —dice el rey—, en mala hora lo habéis hecho, pues se habría ahogado.

Entonces el otro deja el freno. Y el caballero se vuelve y dice:

—Es verdad, era cierto.

Mientras, consigue salir del río y se va tal como había venido. Era el señor de la Guardia Dolorosa, que tenía tal dolor por el castillo que había perdido, que poco le importaba lo que pudiera pasar: había pensado matar al rey Arturo, pues creía que por su culpa había perdido el castillo, porque era el que hacía justicia y gobernaba en sus tierras; ahora tendrá que vivir bajo otras gentes.

Cuando la víspera se vanagloriaba de que mataría al rey, un caballero le contestó que el rey Arturo no podría ser desposeído de sus tierras, y que no moriría de mala muerte, pues tenía un gran honor y había hecho mucho bien en toda su vida. Por eso

dijo: «es verdad, era cierto», y se tuvo por loco por haber intentado matarlo.

El rey pasó aquella noche junto al río. El día siguiente se levantó muy temprano y cabalgaron sin cesar, y el otro día llegaron a la Guardia Dolorosa. Suben hasta la primera puerta y se la encuentran cerrada: el rey lo siente y les dice a la reina y a sus hombres que pensaba que encontraría abierta aquella puerta.

—No sé qué ha podido ocurrir con mi sobrino y mis compañeros.

Y dirigiéndose al criado que había llevado las noticias, le pregunta:

—Hermano, ¿no me dijiste que esta puerta estaba abierta?

—Señor, sí, y lo estaba cuando yo me fui de aquí; si no, preguntádselo al guardián que hay encima.

Entonces el rey mira hacia arriba y ve a un hombre que parecía estar de guardia.

—Buen señor —le pregunta—, ¿ha estado abierta esta puerta?

—Sí, señor.

—Y, buen señor, ¿nos podríais decir cómo entrar?

—¿Quién sois?

—Soy el rey Arturo.

—Señor, a vos os diría todo lo que supiera, pues sois el hombre más noble del mundo. ¿Quién es esa dama?

—Es la reina.

—Señor, por vos y por la reina haré todo lo que pueda.

Entonces se aleja de la muralla, pero no tardó en volver con un anciano canoso; cuando el rey lo ve le dice:

—Noble señor, dejadnos entrar.

—Señor, ahora no; tomad alojamiento y mañana, a la hora de prima, enviad un caballero: si le puedo abrir la puerta, se la abriré; pero si no puedo, enviadme otro hacia la hora de tercia; si entonces no se abre, enviad otro hacia mediodía, otro a nona y otro a vísperas, hasta que pueda abrir.

—Con mucho gusto, pero, por Dios, decidme si sabéis algo de mi sobrino Galván.

—Señor, tendréis noticias tuyas dentro de poco.

Desciende entonces el rey y acampa en la llanura que había al pie del castillo, por encima de las fuentes que brotan en el llano.

Por la mañana, a la hora de prima, envió el rey un caballero a la puerta, y regresó sin novedad después de que el anciano le preguntara que a quién servía y cómo se llamaba. Al volver al lado del rey, le dijo:

—Señor, no conseguiréis entrar con mi ayuda, pues no quieren abrirme la puerta.

A la hora de tercia ocurrió lo mismo, igual que a mediodía, a nona y a vísperas. Y tal situación se mantuvo durante tres días.

Pero la historia deja de hablar ahora del rey, de la reina y de su acompañamiento y vuelve a hablar de mi señor Galván y de sus compañeros, y de las aventuras que les

ocurrieron desde que llegaron al castillo.

XXVII

Cuenta ahora la historia que al conocer mi señor Galván y sus compañeros la muerte del Caballero Blanco y de los otros caballeros del rey, tanto por las letras de las tumbas como por la doncella de la galería, con la que hablaron, lo sintieron de forma extraordinaria, tal como ha contado la historia. Se quedaron en aquel lugar hasta que atardeció, y entonces bajaron del castillo para ir a alojarse; cuando habían emprendido el regreso, se encontraron con un vasallo entrecano, que parecía hombre muy noble, que le preguntó a mi señor Galván quién era.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Señor, sabed que sólo lo pregunto en vuestro propio beneficio.

—Os lo voy a decir, pues me parecéis noble. Soy Galván.

El vasallo ve las lágrimas que aún le caen por las mejillas, y le pregunta que por qué llora. Le responde que por la muerte de los caballeros del rey que están enterrados arriba, en el castillo.

—Señor, no os lamentéis tanto sin saber por qué lo hacéis, pues sois hombre muy noble para desmayar tan pronto. He venido de mi casa por vos, pues esta tierra no es suficientemente segura para estar fuera de fortalezas, ya que el señor del castillo está encolerizado: por eso os aconsejo que vengáis a alojaros conmigo esta noche y todo el tiempo que permanezcáis en este país. ¿Sabéis en qué sitio? En un castillo fuerte en el que tendréis todo lo necesario; todas las mañanas podréis venir aquí después de misa, o antes o después de comer, durante el tiempo que queráis. Sabed que la mayor parte de lo que habéis visto ahí arriba no es más que mentira y encantamiento. Yo os mostraré la verdad, pues os voy a llevar ante una parte de los compañeros del rey, que están sanos y salvos, a pesar de que las letras de arriba dicen que están muertos.

Mucho se alegra mi señor Galván al oírlo y dice que irá, pues no hay tierra a la que no fuera por encontrar a tantos hombres valerosos. El vasallo cabalga por delante y los diez compañeros lo siguen. A la distancia de un tiro largo de ballesta de la Dolorosa Guardia, le habla al oído a un hijo suyo que estaba con él y que al punto se aleja al galope. Mientras tanto, los demás cabalgan tranquilos hasta que llegan a un castillo pequeño, construido en una gran roca en medio de una isla del río Humber: era el lugar más fuerte que se conocía de su tamaño. Cuando llegaron a la orilla, se acerca una barca, entran en ella y navegan hasta la isla.

El vasallo los lleva a una habitación para que se desarmen y, después, van a ver la roca por todas las partes y la hermosa fortaleza. Al llegar al pino de en medio se encuentran con más de cuarenta caballeros y servidores que se les echan encima completamente armados: intentan salir, pero les han cerrado muy bien las puertas a sus espaldas, y se dan cuenta que de nada sirve intentar defenderse: mi señor Galván les

prohíbe a sus compañeros cualquier resistencia, pero Galegantín el Galés se lanzó contra uno de ellos derribándolo al suelo y arrancándole la espada de las manos; tuvo que matarlo por la resistencia que ponía y el mismo Galegantín quedó herido: mi señor Galván corrió a sujetarlo. Entonces les ataron las manos a todos ellos a la espalda. Gasoaín de Estragot —que era valiente y de buenas palabras— dice al verse atado que Galegantín tenía razón al preferir la muerte antes que la prisión, «pues no vi nunca una traición más ignominiosa: vinimos como huéspedes y ahora somos presos y estamos atados, antes de haber comido ni bebido».

En esto, los bajan e Yvaín el Bastardo ve al vasallo que los había llevado aquí dentro, que estaba dando órdenes en la cocina para que prepararan la cena, y le dice:

—Ay, hijo de puta, traidor, buen albergue nos habéis dado.

—Señor caballero, no os prometí nada que no vaya a ser cumplido, pues os voy a dar alojamiento en una de las casas más fuertes que hay en toda Bretaña y estaréis con vuestros compañeros, tal como os prometí.

—Maldito sea —dice Gasoaín—, quien quiera tener otro alojamiento, pues es como si éstos hubieran resucitado.

Y pasan de largo, pero Galegantín no ha olvidado el odio contra quienes le han herido y poco le importa lo que le pueda ocurrir, pues cree que morirá en la prisión y preferiría vengarse en vida.

Entonces ve al vasallo al que Yvaín le había reprochado la traición; se lanza contra el que estaba delante de los demás, junto al fuego y le da una patada con tanta fuerza que lo tira en medio de la hoguera. Si no hubiera tenido las manos atadas, el otro no habría podido levantarse hasta estar completamente abrasado. Rápidamente se extiende la alarma y caen sobre Galegantín con hachas y espadas, y de no haber sido por el señor de aquellos soldados, le hubieran dado muerte. Por fin, los meten en un subterráneo que tenía puertas de hierro y espesos muros de bloques unidos con hierro y plomo. Allí estaban prisioneros el rey Ydrés, Guivrés de Lambale, Yvaín de Lionel, Karadoaín de Karmuraín, Kehendís el Pequeño, Keu de Estrós, Giflete hijo de Don, Dondinel el Salvaje, el duque Tablante, Mador de la Puerta, Lohot hijo del rey Arturo y de la hermosa doncella llamada Lisanor, que lo tuvo antes de casarse con la reina; en esta cárcel contrajo Lohot la enfermedad de la que murió. Con ellos estaba también Gaherís de Kareheu.

Cuando mi señor Galván y sus compañeros los vieron, tuvieron una gran alegría, pues habían estado perdidos durante mucho tiempo. Y, del mismo modo, los que estaban dentro se pusieron tristes y alegres al verlos: alegres porque pensaban que nunca más los volverían a ver; y tristes porque entraban en una mala prisión.

Pero ahora deja la historia de hablar de ellos y vuelve al caballero que había conquistado el castillo.

XXVIII

Después de que fueron hechos prisioneros mi señor Galván y los demás, pasó algún tiempo sin que el caballero de la Dolorosa Guardia supiera una palabra de ellos; cuando tuvo noticias lo sintió tanto que más era imposible. Un día estaba sentado a la mesa en una alta torre, en uno de los extremos del palacio; comía atendido por un gran número de servidores y con una vajilla riquísima; entró entonces un criado que lloraba con amargura. La doncella del Lago, que estaba comiendo con el Caballero Blanco le preguntó qué le ocurría.

—Doncella, he sentido la mayor pena del mundo por una doncella que iba por aquella roca con la mayor aflicción.

—¿Por qué? —le preguntó el caballero.

—Se lamentaba por mi señor Galván, por mi señor Yvaín y por no sé qué otros caballeros.

—¿Hacia dónde va?, pregunta el caballero.

—Señor, sigue el camino galés.

—Señor Yvaín —exclama el caballero—, fuisteis buen maestro y buen compañero, y hacíais lo que yo deseaba. Mi señor Galván me consiguió el primer don que pedí al rey mi señor y dijo que pensaba que yo lo haría muy bien, y tuvo bastantes testigos. Que Dios no me vuelva a ayudar si vuelvo a estar a gusto antes de saber en qué sitio os encontráis.

Se levanta de la mesa y pide sus armas; se las traen y se hace armar de pies a cabeza. La doncella le pregunta que a dónde va a ir.

—Iré tras la doncella para saber dónde están mi señor Galván y su acompañantes.

—Iré con vos para saber qué ocurre.

—No, no vendréis; esperadme aquí a que regrese; y os conjuro por la fe que le debéis a mi dama, a que no salgáis hasta que me hayáis vuelto a ver, que no tardará en ocurrir.

Así lo acepta la doncella y él cabalga en busca de la otra, que iba llorando por mi señor Galván, y la alcanza a la entrada de un bosque. Le pide que le dé por Dios noticias de mi señor Galván.

—Os diré que no pueden ser peores, pues con sus nueve compañeros está en la prisión del que fue señor de la Dolorosa Guardia.

—Doncella, ya que me habéis dicho tanto, decidme dónde está esa prisión.

Esta lo mira y le dice:

—Quitaos el yelmo para que os vea.

Así lo hace y ella se le echa encima con los brazos tendidos; él la reconoce, pues es una doncella de la Dama del Lago, y le muestra una gran alegría. Entonces le cuenta

que su dama la había enviado para que dijera una cosa que se había olvidado decirle a la otra doncella, «pero me dijeron en el sitio donde está prisionero mi señor Galván que estabais muerto en la Dolorosa Guardia; por eso no entré, porque no quería ni verla».

—¿Qué es lo que se le había olvidado decir a mi dama?

—Que no pongáis vuestro corazón en un amor que os haga ser peor, sino en uno que os haga mejorar, pues el corazón que por amor se hace perezoso no puede alcanzar altas cosas, pues no se atreve; pero el que todos los días se esfuerza en mejorar, alcanzará grandes cosas ya que se atreve a emprenderlas.

—Mi buena dulce amiga, ¿dónde está prisionero mi señor Galván?

—Os voy a llevar allí.

Entonces dan la vuelta ambos y regresan a un bosquecillo que hay cerca de la isla en la que estaba prisionero mi señor Galván; la doncella le dice:

—Aquí os esconderéis y no saldrá nadie sin que lo veamos, pero nosotros no seremos vistos.

Lo hacen de ese modo. Al cabo de un buen rato vieron salir por lo menos a quince caballeros completamente armados, que pasaron el río en una gran barca y tomaron el camino de la Dolorosa Guardia. El caballero deja que se acerquen un poco más y después se lanza contra ellos al galope de su caballo, con el escudo de las tres bandas delante del pecho, pues la doncella que se había quedado en el castillo había hecho que lo llevara. Nada más verlo, no hubo nadie que se atreviera a esperar: todos volvieron la espalda, y el señor de la Dolorosa Guardia fue el primero. Cuando llegaron al río no les dio tiempo de entrar en la barca, pues él los seguía de cerca: con la lanza mató al primero que alcanzó; después tomó la espada y atacó a los demás; cuatro quedaron muertos o heridos y los otros se pusieron a salvo en la isla, atravesando el río.

Así volvió a escapar Brandís de las Islas, señor de la Dolorosa Guardia, que tal era su nombre. El caballero regresó al castillo sintiéndolo mucho, y entró por un portillo falso.

El día siguiente hacía cuatro días que había llegado el rey. A la hora de prima, envió a un caballero a la puerta, de acuerdo con las condiciones que le habían impuesto, pero nadie se atrevió a abrir sin que lo mandara el Caballero Blanco. El enviado regresa con la noticia al rey, que se entristece mucho; va entonces a la orilla del río y se sienta allí muy pensativo hasta la hora de tercia pasada. El séquito le dice a la reina:

—Señora, la hora de tercia pasa y el rey no envía a nadie. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Yo no me atrevo a mandar a nadie sin una orden suya, y ahora está ensimismado.

Mientras tanto, el caballero que había conquistado el castillo había vuelto a salir por el portillo falso a ver a las gentes del rey y había ordenado que si el rey enviaba a alguien a la hora de tercia, que abrieran la puerta, pero que no saliera nadie de allí

dentro. Los del castillo estaban asomados a la muralla, deseosos de que terminaran las tristes costumbres del lugar. El portero no se atrevía a decir nada, ni dejaba salir a nadie, pero hace señas al viejo para que llame al rey Arturo, y éste le grita:

—¡Rey Arturo, la hora pasa, la hora pasa!

Y lo mismo gritan todos los demás, de forma que el valle retumba. Cuando la reina y los caballeros oyen la voz, acuden a la puerta, preocupados porque el rey no abandona sus pensamientos.

Les sale al encuentro el caballero que había conquistado el castillo y que llevaba al cuello el escudo de plata con banda roja; llega al galope a la puerta. Al ver a la reina, le dice:

—Señora, que Dios os bendiga.

Ella le responde que Dios lo bendiga a él.

—Señora, ¿aceptaríais entrar?

—Sí, con mucho gusto.

—Por Dios, por vos se abrirá la puerta.

—Muchas gracias, caballero.

El caballero llama al vigía y le ordena:

—Abre la puerta.

—Sí, señor.

Así lo hace y entra el caballero, pero está tan abstraído con la reina que se olvida de todos y no se ocupa de nada, sino de mirarla: sube a la muralla y desde allí la contempla. Volvieron a cerrar la puerta en cuanto él entró, e hizo tanto ruido al cerrar que el rey volvió en sí, pregunta qué había sido, y muchos se dispusieron a contárselo. Le dice entonces a Keu el senescal que vaya a ver si puede entrar; éste cumple la orden y encuentra allí a la reina que ya se volvía, pues pensaba que el caballero se había burlado de ella, y le cuenta de qué modo.

Mira entonces Keu hacia arriba, ve al caballero encima de la puerta y le dice:

—Señor caballero, habéis obrado como villano al burlaros de mi señora.

Pero él no lo oye; entonces se le acerca la doncella que lo había acompañado a la Dolorosa Cárcel (pues así se llamaba el lugar donde estaba prisionero mi señor Galván), y al oír los reproches de Keu, lo sacudió diciéndole:

—¿No estáis oyendo los insultos de ese caballero?

—¿De quién?

Ella se lo indica.

—Señor, ¿qué decís?

—Digo que os habéis burlado de mí y de mi señora, pues no os habéis dignado en abrirle la puerta habiéndoselo prometido, y tampoco os dignáis en hablar conmigo.

—¿Quién sois vos?

—Soy Keu, el senescal.

Entonces mira el caballero y ve a la reina que se marchaba enojada; lo siente tanto que por poco no pierde la razón, pues se da cuenta de que la reina se ha enfadado. Vuelve al guardián y le dice:

—¿No te ordené que dejaras entrar a mi señora la reina?

—No dijiste nada.

Desenvaina la espada y jura sobre ella:

—Ten por cierto que si no fueras tan viejo te cortarían la cabeza ahora mismo por tu locura y por tu sordera; la vejez te ha salvado. Abre la puerta de inmediato y procura que no vuelva a estar cerrada.

Mientras tanto le han traído su caballo; monta pensativo y triste, y vuelve a salir por el postigo falso. La doncella le preguntó que a dónde iba y él respondió que ya volvería, «y no me sigáis ni un solo paso». Ella lo deja y el vigía abre la puerta.

Llega la noticia al rey, que acude rápidamente al lugar, y entra con la reina y con todos los demás, sin que se guardaran los honores: el que podía entrar primero, primero entraba. Dentro se encontraron con que la otra puerta estaba cerrada; entonces se dirigen al cementerio, donde el rey pide a sus clérigos que le lean las letras: empiezan a leer y a nombrar a bastantes caballeros de su mesnada y de otras tierras, hasta que llegan a una tumba en la que estaba escrito el nombre de mi señor Galván, y ponía: «Aquí yace mi señor Galván y ésta es su cabeza», y lo mismo decían otras tantas tumbas de todos los que habían ido con él.

Cuando el rey los oye nombrar, casi pierde la razón del dolor que siente, igual que la reina y todos los demás. Después de lamentarse durante un rato, le pregunta el rey al guardián de la muralla si aquella otra puerta se les mantendría cerrada siempre, y él responde que no.

—¿Y cómo podremos entrar?

—Señor, haced lo mismo que habéis hecho estos tres días.

Al atardecer volvió el rey a su alojamiento con su séquito y durante toda la noche hubo una gran pena entre todos, y nadie comió ni bebió.

Ahora vuelve a hablar la historia un poco del Caballero Blanco, desde el momento en que se fue del castillo, cuando se le impidió la entrada a la reina.

XXIX

Cuenta ahora la historia que el Caballero Blanco cabalga triste y pensativo por su dama la reina a la que ha enfadado, pues la amaba con tan gran amor desde el primer día que fue tenido por caballero, que ni a él mismo ni a nada quería tanto. Y porque temía el odio de la reina para el resto de su vida, decide en su corazón luchar hasta conseguir rescatar a mi señor Galván, o morir en el intento; de este modo, si lo consigue, piensa recuperar el amor de su dama.

Cabalga triste y pensativo hacia la Dolorosa Cárcel y vuelve a esconderse en el bosquecillo; debía ser mediodía pasado. Estuvo allí hasta que empezó a hacerse de noche. Entonces ve venir a un ermitaño montado en un gran asno, que entra en el bosque muy cerca de donde él estaba; iba cantando sus horas y se dirigía a la ermita que no se encontraba lejos. Era un hombre anciano y había sido caballero: en tiempos fue uno de los más bellos, pero entró en religión cuando estaba en su mejor edad, pues había perdido a los doce hijos que tenía: los vio morir a todos en un año.

Cuando entró en el bosque le salió el Caballero Blanco al encuentro y le pregunta que de dónde viene. El anciano deja de decir lo que iba diciendo y le contesta con dulzura que viene del castillo que hay en el río.

—Señor, ¿qué hacíais allí?

—He ido porque me necesitaban dos caballeros que están muy enfermos.

Le enseña entonces el cáliz que llevaba bajo la capa. El caballero le pregunta que quiénes son y le responde que son de la mesnada del rey Arturo: uno se llama Galegantín el Galés, y está enfermo de lo que le han hecho allí, y el otro es Lohot, el hijo del rey Arturo, que está enfermo de una enfermedad que ha cogido en aquella cárcel.

El Caballero Blanco empieza entonces a suspirar y a llorar con amargura, y pregunta por mi señor Galván y por Yvaín su primo. El ermitaño le contesta que los vio sanos y salvos.

—Y vos, señor, ¿quién sois?

—Señor, soy un caballero andante.

—Sé quién sois. Vos sois el que conquistó la Dolorosa Guardia. ¿Qué esperáis aquí?

Le contesta que querría hacer lo posible para liberar a los caballeros del rey, si pudiera ser.

—Os aconsejaré muy bien, si queréis seguir mi consejo.

—Lo seguiré con mucho gusto.

—Cuando iba a montar, hace poco, oí a dos escuderos que estaban hablando de mi arnés y no se dieron cuenta de mi presencia. Uno le dijo al otro que montaría a la hora del primer sueño para atacar al rey Arturo durante la noche. Sé que el antiguo señor de

la Dolorosa Guardia odia más al rey Arturo que a nadie, a excepción de a vos, pues teme que se esfuerce y se preocupe de dar fin a las peligrosas costumbres de este castillo, y piensa que no ha venido a otra cosa. Por eso, yo os aconsejaría que avisarais al rey mi señor, pues así podrían ser apresados todos; si no le avisáis vos, lo haré yo.

—Le avisaré yo, pero quiero saber antes dónde está vuestra ermita.

—Me parece muy bien.

Entonces empieza a caminar seguido por el caballero, hasta que llegan a la ermita. El caballero ve que está en un lugar muy bueno, sobre una colina alta y redonda, rodeada por una alta empalizada y con zanjas galesas alrededor; por fuera, los matorrales son espesos y abundantes. Después de verla, el caballero se despide del ermitaño diciéndole que va a avisar al rey.

—Buen señor —le dice el anciano —si nos necesitáis, venid a buscarnos.

Le responde que así lo haría. Y a continuación se marcha volviendo al lugar donde había encontrado al ermitaño, y allí espera durante mucho tiempo. La noche se acerca y piensa que no avisará al rey, pues cree que podrá remediarlo él solo. Y no se mueve de allí hasta bien entrada la noche; la luna empieza a brillar a la vez que los del castillo se levantan, se preparan, salen y atraviesan el río. Él los deja cabalgar hasta que han pasado todos y los sigue a distancia hasta que están cerca de la Dolorosa Guardia: entonces se ponen a cubierto de la colina y cabalgan tranquilos, sin ser vistos y sin que los del otro ejército pudieran ponerse en guardia antes de que ellos les hubieran atacado.

Cuando ya estaban tan cerca que bastaba con picar espuelas, desmontan para apretar las cinchas a los caballos; después vuelven a montar y van a atacar a la hueste del rey. Pero el caballero los seguía de cerca con un caballo fuerte y rápido; lleva una lanza de asta gruesa y corta, y de cortante hierro. Era valeroso y pensaba poder derrotarlos, aunque eran unos ciento cincuenta. Se dirige contra ellos gritando con fuerza, de forma que piensan que han sido traicionados: llenos de miedo ninguno se preocupa por su propia defensa. Golpea al primero que encuentra, y lo deja muerto con la lanza dentro del cuerpo; desenvaina la espada y da grandes tajos a diestro y siniestro alcanzando a los que se han atrevido a esperarlo, aunque no se quedan durante mucho tiempo, pues la hueste del rey se ha despertado con los gritos. Los centinelas, que han visto armas, empiezan a gritar: «¡A las armas!». Entonces, los otros se dan a la fuga pasando junto al castillo, perseguidos por el caballero, que les da grandes golpes, partiéndoles escudos y yelmos, rompiéndoles las cotas en los brazos y en los hombros, acercándose a ellos con el cuerpo y con el caballo los derriba al suelo empujándoles en el escudo, o por el cuello, o tirándoles del yelmo.

De este modo los trata el Caballero Blanco y están tan espantados con las maravillas que hace, que piensan que es todo el ejército del rey Arturo. Llegan entonces a la puerta del castillo; el vigía de la muralla empieza a gritar: «¡A las armas, a las

armas!», mientras que el caballero que los persigue avista al que le parece más rico de todos, el armado con mejores armas, y cree que debe ser el señor de los demás, y así era. Se dirige a él y le da tal tajo con la espada en el yelmo que lo deja totalmente aturrido y cae sobre el cuello del caballo, con los brazos colgando.

En ese momento llegan las gentes del rey Arturo; al oírlas venir, los atacantes pican espuelas y huyen al galope. Pero el que ha sido golpeado por el Caballero Blanco sigue aturrido y su caballo se dirige hacia el río Humber que corría al otro lado del castillo, llevándose muy deprisa. El Caballero Blanco lo sigue de cerca, pues no quiere dejarlo; lo alcanza, pero está tan aturrido que no ve ni gota: el Caballero Blanco lo sujeta por el cuello, lo tira al suelo y lo pisotea con su caballo hasta que le rompe todos los huesos. A continuación, desmonta, le arranca el yelmo y lo amenaza con cortarle la cabeza, pero éste no le puede responder, pues está desmayado. El caballero piensa que le ha dado muerte y se aflige pensando en mi señor Galván y en los otros, pues cree haberlos perdido al matarlo.

Mucho tiempo estuvo desmayado el otro caballero y, mientras, el Caballero Blanco se lamentaba llorando de los ojos y diciendo que nunca más volvería a atacar a un caballero a no ser que quisiera darle muerte, pues está seguro que a éste le ha reventado el corazón.

Al cabo de un rato vuelve el caballero en sí, quejándose con amargura. El Caballero Blanco hace como si no lo sintiera y le dice que le va a cortar la cabeza: le baja la ventana y levanta la espada. Le suplica piedad, que está muy herido, y reconoce al caballero por el escudo que lleva, que era el de una sola banda.

—¡Ay! Noble caballero, no me matéis, si es que amáis al rey Arturo, pues cometeríais una locura.

—Entonces prometedme ser mi prisionero donde yo os diga.

—Con gusto; en cualquier lugar menos en ese castillo, a donde no iré de ningún modo.

—Sí que lo haréis pues yo os llevaré a la fuerza.

—Si lo hacéis, me tendréis que llevar muerto, pues no entraré en él vivo. Y ¿sabéis qué perderéis? Perderéis a mi señor Galván y a otros veintidós compañeros del rey Arturo. Si me metéis en cualquier otra prisión, os los entregaré mañana mismo, antes de que anochezca, pues veo que sois el mejor caballero del mundo y el más venturoso.

Al oír que están vivos tiene la mayor alegría y le promete no llevarlo al castillo. El otro, a cambio, le asegura cumplir con lo que ha dicho, y le entrega la espada.

—Señor, ¿a dónde me vais a llevar prisionero?

—A una ermita que hay cerca de aquí en el bosque, a la que me vais a conducir.

Le contesta que con mucho gusto, que irán por el camino más corto. El Caballero Blanco hace que monte detrás de él, y éste lo hace, aunque con gran esfuerzo porque estaba muy herido. De este modo se dirigen a la ermita. En esto, las gentes del rey

Arturo regresaban de la persecución sin haber logrado nada, pues los que huían se habían conseguido esconder en el bosque. El rey salió a recibirlos y volvían todos juntos.

El Caballero Blanco había pasado por el lugar del combate y había recogido la lanza abandonada por uno de los que huyeron; en ese momento vio al rey y a sus compañeros y el rey también los vio a ambos.

—Ay, señor —dice el caballero vencido—, ahí están las gentes del rey; de ninguna manera querría ser prisionero suyo; procurad que no caiga en otras manos, pues en vos he confiado.

—No temáis, pues si os lleva, me tendrá que llevar también a mí, o quedará en tal estado que no me podré valer a mí mismo.

Siguen cabalgando por su camino y Keu los sigue y les dice:

—Deteneos, señores caballeros, pues mi señor el rey quiere saber quiénes sois.

Él no contesta y sigue cabalgando. Keu se le acerca y le increpa:

—Señor caballero, sois demasiado orgulloso pues no os dignáis en hablar conmigo.

—¿Qué queréis?

—Quiero saber quiénes sois.

—Soy un caballero.

—Y el que va detrás de vos, ¿está prisionero?

—Sí, ¿por qué?

Entonces se dio cuenta Keu de que estaba hablando con el que había hecho abrir la puerta.

—Ah, vos sois el que se burló ayer de mi señora a la puerta del castillo y el caballero al que lleváis es el que anteayer intentó matar a mi señor el rey. Lo reconozco perfectamente por las armas.

El caballero no le responde, sino que sigue cabalgando; Keu lo considera un desprecio y le dice:

—Señor caballero, ése es enemigo del rey y yo soy su vasallo: sería perjuro si permitiera que os lo llevarais así. Entregádmelo y se lo daré al rey mi señor.

—Aún no ha llegado quien se lo lleve a la fuerza.

—Seré yo.

Entonces intenta coger al prisionero, pero el otro le dice que si lo toca, le cortará la mano.

—Pues dejadlo en el suelo y quien se lo pueda llevar por la fuerza, que se lo lleve.

—Así me ayude Dios, por vos no bajará al suelo.

Keu se marcha y luego vuelve al galope. El Caballero Blanco lo ve a la luz de la luna. Keu quiebra la lanza y el caballero lo alcanza por debajo del arzón delantero y le mete en el muslo izquierdo el hierro y la madera de su lanza, de forma que lo hace caer violentamente del arzón de la silla; lo empuja con fuerza, derribándolo, y al caer se

rompe la lanza; entonces le dice el Caballero Blanco:

—Señor Keu, ahora podéis comprobar que la dama de Nohaut no habría perdido mucho si hubiera combatido yo solo.

Con esto, se aleja de allí, a la vez que el rey y sus gentes se acercan al lugar en el que está Keu; lo encuentran desmayado y se lo llevan a las tiendas sobre su escudo. Mientras tanto, el Caballero Blanco entra en el bosque y cabalga hasta llegar a la ermita; el prisionero llama a la puerta y el ermitaño le abre. Descabalgaron y fueron a la capilla, donde el Caballero Blanco puso al corriente de los acuerdos al ermitaño, e hizo que el vencido jurara que los cumpliría con lealtad, «y os juro que si veo que me queréis engañar, os cortaré la cabeza».

Al salir de la capilla, el prisionero envió al ermitaño a la Dolorosa Cárcel, para que fuera a buscar a su senescal, pero antes el Caballero Blanco jura sobre el evangelio que se esforzará en conseguirlo. El ermitaño monta a un asno y se dirige al castillo, consiguiendo volver a solas con el senescal gracias a las pruebas que llevaba. Al verlo, su señor le dice delante del Caballero Blanco que traiga a Galván y a los demás compañeros del rey Arturo, y que vayan todos completamente armados. Y a continuación hace que el senescal jure que así lo hará.

Luego, se marcha el senescal a cumplir las órdenes de su señor. Hacía rato que había amanecido. Cuando llegaron era ya la hora de prima pasada; el señor le pregunta al senescal:

—¿Cómo habéis podido traer a estos caballeros?

—Me prometieron que no se alejarían de mí sin vuestro permiso.

—Señores —les dice el señor—, os pido que hagáis lo que os ordene este caballero, pues ahora sois prisioneros suyos; ya estáis libres con respecto a mí.

El Caballero Blanco está cabizbajo, pues no lo han reconocido a pesar de que no tenía el yelmo puesto. Se le entregan todos como prisioneros a la vez que el señor los libera de todas sus obligaciones; después, se marcha.

—¿Cómo, señor? —le dice el ermitaño al Caballero Blanco—. ¿Vais a dejar que se vaya Brandís? Lo habréis perdido todo, pues los encantamientos de la Dolorosa Guardia sólo terminarán por su intervención.

—No debo hacer más que lo que he prometido.

El ermitaño empieza a llorar con amargura al oír estas palabras. Mientras, el caballero reúne a todos los compañeros del rey y les dice:

—Señores, os pido por vuestro provecho y por vuestro honor que no os mováis de aquí antes de que me volváis a ver, que será esta misma noche o mañana.

Así se lo prometen. Se va a la Dolorosa Guardia, y era cerca de la hora de tercia.

El rey había enviado a un caballero a la hora de prima a la puerta, que se había tenido que volver sin conseguir nada. El Caballero Blanco volvió a entrar por el portillo falso y se dirigió al palacio, donde estaban esperándolo las dos doncellas. Al

verlo llegar le dice la que le había dado los escudos:

—Señor, ¿he sido prisionera ya durante suficiente tiempo?

—Mí dulce amiga, todavía no; seguiréis aquí hasta que haya terminado con el asunto de mi señor Galván, y hasta que el rey entre: entonces vos y yo nos iremos juntos.

Al acabar de hablar se quita el escudo del cuello y se pone el de las dos bandas; después va al portero y le pregunta si el rey ha enviado a alguien para que le abran.

—Sí, desde la hora de prima.

—Cuando vuelva a venir uno, di que sólo le abrirás a Keu, el senescal.

Después, sale de nuevo del castillo, rodea la colina y se presenta ante el ejército del rey. Pasaba la hora de tercia. Los del castillo empiezan a gritar:

—¡Pasa de la hora, pasa de la hora!

El rey estaba apoyado a la orilla del riachuelo de una fuente, pensativo. Al oír los gritos, envió a un caballero, al que el portero le dijo que sólo le abriría a Keu, el senescal. Regresó a decírselo al rey y éste dijo que lo llevaran, para poder entrar, pues estaba enfermo por la herida que había recibido por la noche. Así lo hacen; lo llevan a la puerta acompañado por la reina y por muchos caballeros. El del escudo de plata con las dos bandas rojas se acerca a la reina, la saluda y ella le corresponde:

—Señora, ¿a dónde vais?

—Señor caballero, voy a aquella puerta para saber si mi señor el rey podrá entrar.

—Y vos, señora, ¿queréis entrar?

—Sí.

—Entraréis.

Se dirige a la puerta, llama al portero y éste le abre. Mientras tanto, el caballero no hacía más que mirar a la reina a la vez que iba subiendo la colina y, pensando en ella, se olvida de todo. El portero le obliga a entrar y él sigue mirando hacia atrás, hasta que vuelven a cerrar la puerta con un gran ruido.

El rey, que estaba pensando en la fuente, pregunta qué ha sido lo que ha oído. Mientras, llegan a la puerta cuatro criados llevando a Keu en un escudo. Ve al guardián sobre la muralla, que le pregunta quién es, y él le dice su nombre.

—Entonces, podéis entrar.

Abren la puerta cuando estaban llegando el rey y su compañía. El de arriba le pregunta:

—Señor, ¿queréis entrar?

Él responde que sí.

—Entonces, tenéis que prometer como rey que ni vos, ni nadie de vuestro séquito obligaréis a hablar a ningún hombre ni a ninguna mujer de aquí dentro.

Así lo promete.

Abren las puertas y entran todos: contemplan el hermoso castillo; todas las casas

tenían galerías por la parte delantera, abajo o arriba, y todas las galerías están llenas de damas y doncellas, de caballeros y de otras gentes; todos lloran y nadie dice una palabra en el castillo.

Esto lo hacían para desmoralizar al rey, y que luego le resultara más agradable que le hablaran, pues no esperaban que nadie pudiera solucionar su angustia, a no ser el propio rey, y por eso le habían hecho prometer que ni él ni nadie de su séquito les obligarían a hablar.

El rey baja a una sala muy bella y muy grande, y no encuentra a nadie allí, pues así lo habían preparado intencionadamente los del castillo. Todo esto le sorprende, y por eso les dice a la reina y a sus caballeros:

—Ahora estoy dentro y no sé más de los secretos de aquí que cuando estaba fuera.

—Señor —le dice la reina—, no queda más remedio que esperar, pues el que hasta ahora nos lo ha mostrado todo, seguirá haciéndolo.

—Señor —dicen los demás—, mi señora tiene razón.

Mientras, el Caballero Blanco entra en la sala, se quita del cuello el escudo y se pone el de las tres bandas, dejando allí el de las dos; después vuelve a salir, para ir a buscar a mi señor Galván; va a la calle y empieza a gritar la gente: «¡Detenedlo, detenedlo!». Salen el rey, la reina y los demás y ven que han cerrado las puertas.

Cuando el Caballero Blanco ve que cierran las puertas, mira a donde está el rey y ve a la reina a la entrada de la sala; entonces decide no irse sin contemplarla más de cerca. Se dirige allí y cuando ya está a su lado, desmonta y la saluda. Mientras tanto, todas las gentes gritan: «¡Rey, detenedlo! ¡Rey, detenedlo!». El rey va hacia el caballero y lo saluda; él le devuelve el saludo:

—Estas gentes —dice el rey— me piden a gritos que os aprese.

—Señor, haced que les pregunten por qué, pues creo que no he hecho nada malo.

El rey envía a saber la razón, pero las gentes se retraen. Entonces les dice el rey a la reina y a los caballeros:

—Estoy completamente perdido, pues ignoro los secretos de este lugar.

—Señor —le dice el caballero—, ¿queréis saberlos?

—Sí, naturalmente.

—Señor caballero —dice la reina—, sí que desea conocerlos.

El caballero está angustiado, pues no tiene tiempo ni es el momento de hacérselos saber. Le brotan las lágrimas en los ojos y le dice al rey:

—Señor, dejadme ir, por favor.

El rey obró con cortesía y le dio permiso para que se fuera; cuando ya había montado, le dice a la reina:

—Y vos, señora, ¿querríais conocer los secretos de aquí?

—Claro que sí.

Entonces empieza a marchar.

—Ay, señor caballero —repite la reina—, me gustaría conocerlos.

Él le responde llorando:

—Lo siento, señora; mucho me duele ocultarlos, pero ahora no es el momento oportuno para contároslo.

Tras hablar así, vuelve a salir por el portillo falso y pica espuelas, yendo al bosque y entrando en él. Mientras tanto, los mensajeros del rey han regresado de preguntar a las gentes por qué gritaban que detuviera al caballero. Al presentarse al rey, le dicen:

—Señor, según la gente, podéis conocer los secretos del castillo mediante el caballero.

—¡Ay! —exclama el rey—, hemos sido burlados, pues lo he dejado marchar.

En esto, entran caballeros, damas y doncellas con la comida del rey preparada: eran las gentes de la ciudad, los que habían gritado para que detuvieran al caballero, pues ellos no debían hacerlo, y pensaban que el rey lo había hecho. Al enterarse de que lo había dejado ir, manifestaron un gran dolor, a lo que el rey les dijo que no le pesaba menos que a ellos, «pero tendré cuidado la próxima vez».

El rey fue muy bien alojado y atendido aquella noche, con todas sus gentes. Por detrás de la sala en la que durmió había un guardián que tocó muy temprano el cuerno, indicando que llegaba el día. Se levantaron todos y salieron al patio.

Pero ahora la historia habla del Caballero Blanco y de cómo se marchó del castillo con permiso del rey, que lo había detenido.

XXX

Al dejar a los reyes, el Caballero Blanco cabalgó directamente en busca de mi señor Galván y de sus otros compañeros, y al estar con ellos, les dijo:

—Señores, os dejo en libertad con la condición de que esta noche la paséis aquí y que mañana vayáis a la Dolorosa Guardia; allí encontraréis al rey y a mi señora: saludadlos a ambos de mi parte y dadles las gracias, pues por ellos habéis salido de la prisión, porque ha sido por ellos, sabedlo.

—Ay, señor —dice Galván—, decidnos quién sois.

—Señor, soy un caballero; no os puedo decir nada más ahora, y os ruego que no lo toméis a mal.

Los encomienda a Dios y cabalga cuanto puede durante la noche hacia el monasterio en el que había dejado a sus escuderos. Durmió en casa de un vasallo y por la mañana, muy temprano, volvió a ponerse en marcha, tomando el camino que le indicó el vasallo.

Ahora no se hablará más de él. La historia vuelve a mi señor Galván y a su tío el rey.

XXXI

Cuando el rey se levantó por la mañana y salió al patio delante de su alojamiento, no sabía qué hacer. En el torreón del guardián que había avisado de la llegada del día había dos doncellas que estaban en una sala debajo del puesto de guardia: eran las que había enviado la Dama del Lago. La que había llevado los escudos se acercó a las ventanas y al ver a la reina la llamó, diciéndole:

—Señora, tuvisteis un buen alojamiento esta noche y yo lo tuve muy malo.

La reina levanta la cabeza y la ve.

—Doncella, no sabía que estuvierais aquí. ¿Os puedo ayudar?

—Señora, sí, muy bien.

—¿Cómo?

—No os lo voy a decir ahora.

Le contestó así porque sospechaba que el Caballero Blanco estaba enamorado de la reina y pensaba que ella le correspondía; su sospecha se apoyaba en que él no había querido irse del castillo sin verla y en que la otra doncella le había contado que lo había visto completamente abstraído en ella el día que el rey pasó la primera puerta.

Mientras que la reina y la doncella estaban hablando, llega una gran comitiva de caballeros y pasa la puerta: era mi señor Galván y sus compañeros. Fue grande la alegría que tuvo entonces el rey; besa a su sobrino y a todos los demás y le pregunta que en dónde han estado.

—Por mi fe —contesta Galván—, no lo sabemos; fuimos llevados a un castillo pequeño pensando que nos iban a dar alojamiento allí, pero nos hicieron prisioneros. Pero nos ha liberado un caballero diciéndonos que os lo agradeciéramos a vos y a mi señora.

—¿Sabéis quién es? —pregunta el rey.

Le contesta que no, pero que llevaba un escudo de plata con tres bandas rojas.

—Oh —dice la reina—, es vuestro caballero, el que se fue ayer por la tarde cuando gritaban las gentes.

—¿Lo habéis visto desarmado? —le pregunta el rey a Galván.

—No, pues nunca se quitó el yelmo, por eso sospecho que lo conocía alguno de los que estábamos allí.

—Ahora ya me puedo ir —concluye el rey.

La doncella del torreón lo oye y le grita:

—¿Cómo, rey Arturo, te vas a ir dejándome prisionera y sin saber ninguno de los secretos de aquí dentro?

—Doncella, siento no conocerlos.

Mi señor Galván le pregunta que en qué consisten y el rey se lo cuenta, para su

gran sorpresa.

—Doncella —le pregunta el rey—, ¿os puedo liberar?

—Sí, señor, pero será necesario un gran esfuerzo.

—¿Esfuerzo? Lo haré con mucho gusto, si puedo.

—Doncella —dice Galván—, ya que lo ha dicho mi señor el rey, se esforzará, pero decid cómo y por qué medio podéis ser liberada.

—Sólo puedo ser puesta en libertad por el caballero al que él dejó ir.

—¿Cómo lo reconoceremos? —pregunta mi señor Galván.

—En el primer torneo que tenga lugar en el reino de Logres oiréis noticias de él, y en el segundo, y en el tercero.

—Doncella, ¿si él os ordenara que os fuerais, saldríais de ahí?

—En absoluto, si no lo veo en persona.

—Señor, no volveré a dormir en poblado una sola noche, a no ser que esté prisionero o enfermo, hasta que sepa quién es el caballero.

Cuando el rey oye estas palabras, lo siente mucho, pero mi señor Galván le dice:

—Señor, el rey de Más Allá de las Marcas ha entrado en vuestras tierras y os combate. Hacedle saber que estaréis en su tierra dentro de un mes, tres días después de la fiesta de la Virgen de septiembre: que se disponga a defenderse, pues le será necesario. El día del combate —si Dios quiere y lo desea— tendréis noticias del caballero.

—Sea como queréis —le contesta el rey—, pero os quedaréis aquí hasta entonces.

—Eso no puede ser.

El rey envía a sus mensajeros al rey de Más Allá de las Marcas de Galone, haciéndole saber la fecha del encuentro, tal como habían acordado. Después, se marcha de la ciudad y Galván se despide de él para emprender la búsqueda.

Pero ahora deja la historia de hablar de él y del rey Arturo y vuelve a hablar del caballero que conquistó la Dolorosa Guardia.

XXXII

Al marcharse de la casa del vasallo que le había dado alojamiento la noche que dejó a mi señor Galván y a sus compañeros en la ermita del bosque, cabalgó hasta el monasterio en el que se habían quedado sus escuderos. Sólo estuvo allí una noche, y ya habían oído hablar del caballero que había conquistado la Dolorosa Guardia, aunque nadie sabía quién era.

Al amanecer se marchó de allí y cabalgó hasta la hora de tercia, en que se encontró a una doncella que montaba un palafrén completamente empapado de sudor. El caballero iba con la ventana bajada, sin guantes y con las mangas abiertas; sus escuderos le llevaban la lanza, el yelmo y el escudo cubierto con una tela. Saluda a la doncella y ella a él.

—Doncella —le dice—, ¿por qué vais tan presurosa?

—Señor, llevo noticias que deben placer a todos los caballeros que quieran obtener méritos y fama.

—¿Cuáles son?

—Mi señora la reina hace saber a todos los caballeros que tres días después de la fiesta de la Virgen de septiembre tendrá lugar la gran asamblea del rey Arturo y del rey de Más Allá de las Marcas de Galone; el lugar será la tierra que hay entre sus dos reinos, limitada por el Godorsone y el Maine.

—¿Qué reina lo hace saber?

—La mujer del rey Arturo. Si tenéis noticias del caballero que conquistó la Dolorosa Guardia, por Dios, decídmelo, pues mi señora quiere que sepa que debe ir, si quiere tener su afecto alguna vez, o su compañía, pues lo vería con mucho gusto.

El caballero se quedó sorprendido y no dijo una sola palabra en mucho tiempo y ella le repite que si tiene noticias del caballero, que se lo diga; él teme que lo reconozca y baja la cabeza, preguntándole:

—Doncella, por lo que más queráis, ¿conocéis al caballero?

Ella le responde que no.

—Anoche dormí en el mismo sitio que él —dice entonces—: que sepa mi señora que estará en ese encuentro, a no ser que muera antes, pues ninguna otra cosa podrá retenerlo.

—¡Dios, ahora me encuentro a gusto!

Sin hablar más se marcha y el caballero vuelve a su camino; cabalgó durante toda la semana hasta el sábado a la hora de prima, en que se encontró con una gran muchedumbre en medio de un bosque; entre la multitud había mucha gente a pie y mucha a caballo. Entre los demás vio a un gran caballero montado a caballo que llevaba atado a un hombre por el cuello a la cola de su palafrén con una cuerda muy

delgada. Iba el hombre en camisa y calzas, descalzo, con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda; era uno de los hombres más bellos que se pueden encontrar.

De tal modo lo llevaba el gran caballero y le había colgado del cuello la cabeza de una mujer, atándosela con las trenzas. El Caballero Blanco lo ve, lo para y le pregunta quién es.

—Señor, soy caballero de mi señora la reina; estas gentes me odian y me llevan a la muerte de esta forma tan ignominiosa, pues no se atreven a matarme en combate.

El Caballero Blanco le pregunta que de qué reina habla y él responde que de la de Bretaña. Entonces dice:

—Ciertamente, no se debería llevar a un caballero de forma tan vergonzosa como vosotros lo lleváis.

—Sí que se debería —contesta el caballero grande—, pues ha sido traidor y desleal, y ha renegado de la caballería.

—¿Por qué lo lleváis así? ¿Qué os ha hecho?

—Me ha hecho tantas cosas malas que lo he apresado a traición para hacerle la justicia que le corresponde.

—Buen señor, no es propio de un caballero destruir así a otro; si os ha traicionado, demostradlo en cortes y de ese modo conseguiréis la venganza para vuestro honor.

—No lo tengo que demostrar en más cortes que en la mía, pues lo he sabido todo.

—¿De qué?

—De su relación con mi mujer, con la que me afrentaba; por eso lleva su cabeza colgada del cuello por las trenzas.

El caballero que iba preso responde y jura con ahínco que creía no haberle hecho nunca ninguna afrenta.

—Señor —dice el Caballero Blanco—, ya que lo niega así, no tenéis derecho a acabar con él; os pido por Dios y por vuestro honor que lo dejéis ir libre; os lo ruego también por mí, que nunca os pedí nada. Si os ha hecho algo malo, perseguirlo con la justicia, tal como os he dicho.

El otro le contesta y le jura que no irá en búsqueda de la justicia, puesto que ya lo tiene.

—Por mi fe —dice el Caballero Blanco—, gran mal haríais acabando con él, porque es caballero de la reina.

Le responde que por la reina no dejará de matarlo.

—¿No? Sabed que hoy no morirá por vos, pues yo lo protegeré y defenderé frente a todos los que hay aquí.

Y a continuación le arranca las vendas de los ojos y rompe la cuerda que tenía al cuello. Las gentes que iban con el caballero grande toman los arcos y las flechas, y hacen como si fueran a matarlo. Entonces, le dice al otro:

—Buen señor, retirad a vuestras gentes, pues si me hieren o si hieren a mi caballo,

os mataré primero a vos y luego a todos ellos.

La mayor parte estaban desarmados. Entretanto, el caballero se ata el yelmo, se arma las manos y empuña la lanza y el escudo. Había muchos dispuestos a atacarle, no por darle muerte, sino por cumplir las órdenes de su señor, aunque no estaban de acuerdo con él, pues sentían que muriera.

Se da cuenta de que no quieren matarlo y él tampoco quiere causarles ningún daño. Entonces se dirige contra su señor, que les ordena que se retiren, y lo golpea con la contera de la lanza en medio del vientre con tal fuerza que lo derriba al suelo y por poco no le rompe todo.

En ese momento huyen todos los demás. Toma el caballo del derribado y se lo entrega al caballero que iba preso, y le dice:

—Montad, señor caballero; os vendréis conmigo.

Así lo hace y se dirige hacia el otro:

—Señor, estoy muy cerca de mi salvación, pues cerca de aquí hay una roca fuerte; si estuviera en ella no temería nada. Si os parece bien, me gustaría ir allí.

—Me parece muy bien.

—Señor, ¿de parte de quién debo darle las gracias a la reina? No sé vuestro nombre.

—Decidle cómo es mi escudo, pues no podéis saber mi nombre: decidle también que por ella habéis sido liberado.

El caballero se va, dándole las gracias. A la reina le contó cómo era su escudo y de inmediato supo que era el que había conquistado la Dolorosa Guardia, y tuvo una gran alegría.

El Caballero Blanco siguió su camino hasta que fue de noche. Era sábado, según dice la historia. Pasa junto a un seto, en el que oye cantar a una doncella con voz alta y clara. Entonces, empieza a pensar muy ensimismado, de forma que el caballo lo lleva por donde quiere. Aquella tierra era pantanosa, aunque se había secado porque el verano había sido largo y caluroso, y aún lo seguía siendo, pues era la semana de mediados de agosto; el suelo estaba resquebrajado con grietas grandes y profundas y el caballo estaba cansado, pues había hecho una larga jornada: tropezó con las patas delanteras y cayó en una de las grietas, de forma que el caballero quedó debajo del animal un buen rato, hasta que sus escuderos fueron a levantarlo. Se sintió malherido y a pesar del dolor consiguió volver a montar, aunque con gran esfuerzo; el arzón posterior se rompió y el escudo se le partió en tres trozos.

Después de mucho cabalgar, llegan a un cementerio, donde ve a un religioso, arrodillado ante la cruz; se saludan.

—Buen señor —le dice uno de los escuderos—, este caballero está malherido; por caridad, decidme dónde puede alojarse esta noche, pues el cabalgar le agrava las heridas.

—Os lo voy a indicar, si Dios quiere. Seguidme.

Se pone en marcha y ellos van detrás. Entonces le pregunta al caballero cómo ha sido herido, y él se lo cuenta.

—Señor —dice el religioso—, os daré un consejo muy bueno, si queréis escucharme.

—Con mucho gusto lo haré.

—Os aconsejo y recomiendo que no cabalguéis nunca más los sábados después de la hora de nona, a no ser que sea por un asunto vuestro personal; si así lo hacéis, os ocurrirán menos daños y más bienes.

Él le promete que nunca más lo volverá a hacer, si puede.

—Y vos, señor, ¿qué habíais ido a hacer a tal hora en un lugar como en el que os encontramos?

—Señor, mis padres descansan allí, pues aquello es un cementerio, y yo voy todos los días a rezar un Padrenuestro y las demás oraciones que sé, y a rogar por sus almas.

En esto, llegan a una casa de religión a la que pertenecía aquel hombre; fueron recibidos con gran alegría, y el caballero se quedó allí diez días enteros, a ruegos de los frailes; lo bañaron y le dieron las medicinas que necesitaba, pues estaba malherido.

El undécimo día se marchó de allí, dejando el escudo de las tres bandas, pues no quería ser reconocido en una ciudad que había cerca de la ermita en la que estuvo enfermo. El escudo nuevo era de sinople cruzado por una banda blanca.

De este modo, el caballero cabalgó durante algún tiempo, hasta que un día se encontró con un caballero armado, que le preguntó quién era.

—Soy caballero del rey Arturo.

—¿Del rey Arturo? Bien podéis decir que sois caballero del rey más felón del mundo.

—¿Por qué?

—Porque su corte está llena de loco orgullo.

—¿Por qué lo decís?

—Porque en cierta ocasión un caballero le juró a otro que estaba herido que lo vengaría de todos aquellos que dijeran que amaban más al que le había causado aquellas heridas que al caballero. El que así juró necesitaría tener el valor de mi señor Galván y de otros cuatro.

—¿Por qué? ¿No sois vos de los que aman más al muerto que al otro?

—Así es.

—Eso os debe pesar.

—¿Por qué? ¿Acaso sois vos el caballero que lo juró?

—Yo haré en ese asunto lo que pueda. Antes de combatir con vos, os ruego que me digáis que preferís al caballero herido en vez de al que lo hirió.

—Mentiría; que Dios no me vuelva a ayudar si lo hago.

—Entonces tendré que combatir contra vos.

—No quiero nada mejor.

Se separan y se atacan al galope de los caballos, dándose tal golpe en los escudos

que a los dos se les abolla el extremo contra el arzón. El caballero que había estado enfermo lo alcanza con tal fuerza que ni el escudo ni la cota pueden defenderlo: le mete en el cuerpo hierro y madera de la lanza. El otro consigue atravesarle el escudo con su lanza. Ambos eran fuertes y valerosos; se empujan con vigor, derribándose al suelo; en ese momento se rompieron las lanzas.

El caballero que había estado enfermo no había sido herido de gravedad. Volvió a montar, teniendo por muy valiente a su contrincante, pues es el que le ha dado mejor golpe, ya que hasta entonces nunca había sido derribado. Se esfuerza en mostrar su valor y se acerca al otro con la espada desenvainada, pero es en vano, pues está muerto porque la herida le pasaba las entrañas del cuerpo. Al verlo muerto llora de pena, pues le parecía uno de los caballeros más esforzados.

Intenta montar de nuevo y, aunque lo consigue, no puede cabalgar; va con gran esfuerzo hasta un bosque que había cerca y allí le hacen sus escuderos una litera preparándosela con todo lo que podría necesitar y cubriéndosela con una tela de seda que le había dado la Dama del Lago: era el lecho más hermoso que podía tener cualquier caballero. Cuando ya estaban preparadas las parihuelas, acostaron en ellas a su señor y siguieron su camino: el caballero iba cómodo, pues la litera estaba puesta sobre dos rocines tranquilos y de paso calmo. De este modo va el caballero.

Pero ahora deja de hablar de él la historia durante un poco tiempo y vuelve a mi señor Galván, que lo estaba buscando.

XXXIII

Cuenta ahora la historia que cuando mi señor Galván se puso a buscar al caballero que había conquistado la Dolorosa Guardia, estuvo errando durante quince días sin conseguir noticias suyas, hasta que un día encontró a una doncella que iba montada en un palafrén. Se saludan.

—Doncella, ¿tenéis noticias del caballero que conquistó la Dolorosa Guardia?

—Sé que eres Galván, el sobrino del rey Arturo; tú dejaste a la doncella en la prisión.

—Así fue, lo siento. Pero, doncella, por Dios, decidme si sabéis algo del que estoy buscando.

—No, pero sin duda os informarán en la Dolorosa Guardia.

—¿Me podéis decir algo más?

—No.

Con esto se separan y él sigue hasta las afueras de un bosque. Esta doncella era la última que había sido enviada en busca del caballero de parte de la Dama del Lago.

Al salir del bosque, mi señor Galván se encontró en un prado en el que habían levantado hermosos pabellones, suficientes para albergar a doscientos caballeros. Mira hacia la derecha y ve salir del bosque a los dos palafrenes que llevaban al Caballero Blanco en la litera; van por un camino que se junta con el suyo. Mi señor Galván espera que llegue la litera, que le llama la atención porque nunca había visto una tan rica. Entonces les pregunta a los criados qué es aquello.

—Señor, un caballero herido.

El herido hace levantar la cortina de seda y le pregunta a mi señor Galván quién es, a lo que le contesta que es un caballero de la mesnada del rey Arturo. Al oírlo, teme que lo reconozca, y se vuelve a tapar. Mi señor Galván le pregunta quién es, y responde que es un caballero que va a sus propios asuntos. Así, sigue de largo, mientras que mi señor Galván se queda a la entrada del bosque para saber de quiénes son aquellos pabellones. Le responden que del rey de los Cien Caballeros que va a tomar parte en la asamblea del rey Arturo.

—¿De parte de quién estará?

—De parte del rey de Más Allá de las Marcas. ¿Quién sois vos?

—Soy un caballero que va a sus propios asuntos.

Ese rey era llamado de los Cien Caballeros porque nunca salía de su tierra sin llevar ese número; cuando quería tenía muchos más, pues era rico y poderoso; era primo de Galahot, hijo de la Bella Jayana, y era señor de la tierra de Estrangor, que limitaba con el reino de Norgales y con el ducado de Cambenync.

Mi señor Galván deja a los dos caballeros, encomendándolos a Dios. Después, ve a

unos escuderos que sacan del bosque a un caballero muerto. Se dirige hacia allí y les pregunta que quién le ha dado muerte; le contestan que es un caballero que tiene un escudo de sinople con una banda blanca; le cuentan también que fue porque no quiso decir que prefería a un caballero que había sido herido en vez de preferir al que lo había herido, «él mismo ha quedado gravemente herido».

Entonces piensa que debe ser el caballero de la litera y está seguro de que lo hizo por el caballero al que le sacó del cuerpo los trozos de lanza y la espada en Camalot. Va, sin esperar más, por delante de los pabellones del rey de los Cien Caballeros; los que estaban acampados allí piensan que iba buscando hechos de armas, y le envían a un caballero completamente armado; al verlo, le dice que no es eso lo que busca, y que tiene cosas que hacer.

Sigue de largo y al cabo de un rato ve un pabellón completamente aislado, muy hermoso, y con muchas lanzas apoyadas alrededor; fuera hay numerosos criados y, por lo menos, cinco escudos invertidos también apoyados en él. Les pregunta a los criados de quién es el pabellón.

—Señor, de un caballero que yace dentro. Descabalgá, entra y ve a cuatro caballeros que yacen en dos lechos, y en otro, más grande, hay un caballero solo, sobre una colcha dorada y cubierto con un cobertor de armiño.

—¿Quién sois —le pregunta—, señor caballero, que ahí yacéis?

Éste se incorpora: «y vos, ¿quién sois, que lo preguntáis?».

Entonces mi señor Galván se dio cuenta de que era Helís el Rubio; le dice su nombre y Helís se levanta diciéndole:

—¡Sed bienvenido!

Se manifiestan una gran alegría como compañeros que se querían mucho.

—¿A dónde vais? —le pregunta a Galván.

—Seguía a una litera que acaba de pasar por aquí.

—Es muy tarde; conviene que os alojéis.

Mi señor Galván lo acepta. Mientras hablaban de este modo, los escuderos de Helís entran:

—Señor —dicen—, no os extrañéis, pues por este camino pasa todo el mundo; si esto fuera un poblado no se vería tanta gente.

Desarman a mi señor Galván.

—Señor —le dice Helís—, vamos a ver a esos caballeros que pasan sin que ellos nos vean.

—¿Cómo?

—Nuestros escuderos nos harán un refugio de hojas y nosotros nos meteremos dentro.

Mi señor Galván dice que le parece bien. Así lo hacen y ven a cuantos van por el camino. Mientras estaban mirando, llegan dos comitivas de caballeros armados,

formadas por diez caballeros cada una; entre ambas, cuatro criados sostienen un palio con sendos mástiles: bajo el palio cabalgaba una dama con gran riqueza en el palafrén y en su propio atuendo; iba vestida de jamete rojo, cota y manto de colas de armiño; estaba descubierta y era de una extraordinaria belleza.

Entonces le dice Helís a mi señor Galván:

—Ved ahí a una de las más hermosas mujeres que conozco; no sé si es dama o doncella, pero verdaderamente es muy hermosa.

Detrás vienen veinte caballeros del rey de los Cien Caballeros, que le dijeron a los que la acompañaban:

—Señores, el rey os ordena que le llevéis a esta dama para verla.

Le responden que no lo harán.

—Sí que lo haréis si no queréis combatir contra nosotros.

Al oír que no les queda más remedio, se enfrentan con los otros veinte: unos llegaron a luchar cuerpo a cuerpo, otros rompieron las lanzas sin caer. Desenvainan las espadas y combaten a pie y a caballo. Mi señor Galván y Helís salen de su refugio para verlos y al cabo de un rato dice mi señor Galván:

—Helís, separémoslos, pues el rey ha enviado a sus mejores caballeros y los dos de la dama no combaten demasiado bien.

Se dirigen entonces a ellos y los separan diciéndoles que abandonen la lucha, que ellos dos llevarán a la dama ante el rey. Así cesa el enfrentamiento. Mi señor Galván y Helís montan a caballo, acompañando a la dama a presencia del rey, que sale de su pabellón a recibirlos: al verla tan hermosa le parece dama importante.

—Señor —le dice Galván—, os hemos traído a esta dama para que la veáis, y nos la vamos a volver a llevar.

—Señora, decidme antes quién sois.

—Soy la Dama de Nohaut.

—Bien debéis serlo; si lo hubiera sabido, habría ido yo mismo a buscaros.

A continuación se la llevan del pabellón Helís y mi señor Galván, y la dama los despide, quedándose ellos en aquel lugar mientras que la Dama de Nohaut sigue su camino hacia la asamblea, pues en aquel tiempo iban a las asambleas las damas importantes.

Pero ahora la historia deja de hablar durante un poco de ella y de mi señor Galván, y vuelve a hablar del Caballero Blanco que va en la litera.

XXXIV

Cuando el caballero de la litera se separó de mi señor Galván, cabalgó hasta una hermosísima landa que apenas estaba a tres leguas de allí. En aquel lugar manaba una fuente de gran belleza bajo uno de los sicómoros más grandes que se han visto. El caballero descendió para dormir y descansar un poco; y desde allí envió a dos escuderos a una ciudad para que le prepararan el alojamiento. Al despertarse era ya la hora de vísperas. Volvió a subir en la litera y en ese momento pasó por delante de él un escudero montado en un rocín, al galope. El caballero oyó el ruido y levantó la cortina de seda para preguntarle que a dónde iba tan deprisa.

—Voy en busca de ayuda, pues el rey de los Cien Caballeros acaba de apresar a la Dama de Nohaut.

Entonces, el caballero hace que den la vuelta con la litera, diciendo que quería ayudar. Después de cabalgar un rato, se encontró con la dama, que le preguntó a sus escuderos quién iba en aquella litera.

—Señora —le responden—, es un caballero herido que había oído que estabais prisionera e iba en vuestra ayuda.

Entonces levanta ella misma la cortina, pero el caballero se cubre muy bien para que no lo reconozca.

—Señor, ¿ibais a ayudarme?

—Sí, señora.

—Os lo agradezco. Quedaos conmigo.

—Señora, no lo haré, pues vos iréis más rápidamente que yo, que estoy impedido.

La dama se va sin reconocer al caballero, mientras que la litera sigue despacio su camino, hasta que al caer la tarde llega a la ciudad de Orkenise. En esa ciudad tomó un escudo rojo, dejando el suyo, pues no quería ser reconocido en la asamblea, que tendría lugar a menos de una jornada de distancia. Por la noche le miraron las heridas con atención, pues lo hizo un caballero viejo que sabía mucho. Faltaban cinco días para la asamblea, y el caballero los pasó en la ciudad por consejo del anciano, y sus heridas se mejoraron mucho. El quinto día se puso en marcha en la misma litera, y llegó al final de la tarde a Godosaire. Estaba todo tan lleno de gente que no se podía encontrar alojamiento, pero a las afueras había un monasterio en el que lo albergaron porque estaba enfermo; le dieron una habitación grande y espaciosa.

Por la mañana, después de oír misa, se hizo armar. El rey Arturo había llegado a marchas forzadas y no pudo alojarse en el castillo, sino que tuvo que quedarse fuera; al amanecer hizo saber a los de su hueste y a los que le habían acompañado que no debían llevar armas durante todo el día.

Mucho lo sintieron numerosos buenos caballeros de su hueste, aunque había

abundantes caballeros que no habían acudido con él ni en su hueste, sino que unos habían ido buscando fama y otras riquezas. Todos ellos se armaron por la mañana y fueron a la liza.

El rey de Más Allá de las Marcas salió de la tienda dispuesto a combatir, pero cuando vio que el rey Arturo no llevaba armas, se volvió atrás. Muchos de los jóvenes bachilleres de su hueste fueron a participar en las justas frente a los que estaban esperando en la liza. Empiezan el torneo que estuvo muy bien porque en la parte del rey Arturo había muchos caballeros valientes que no se habían dado a conocer para poder combatir: mi señor Galván fue uno de ellos, y Helís el Rubio, el bueno y el bello, su hermano, Gales el Alegre, Tors hijo de Ares, y muchos otros buenos caballeros; por la otra parte estaban Malaguine, rey de los Cien Caballeros, Helaín el Dragón y el duque Galos de Yberge, y muchos otros que eran muy valientes. Así empiezan las justas. La reina entra en el castillo y sube a las murallas para ver desde allí los combates; con ella había damas y numerosas doncellas, y caballeros, contemplando a los que luchan muy bien.

Llega entonces el caballero de la litera con el escudo rojo al cuello; pasa delante de la reina y después se pone en la fila dispuesto a combatir contra un caballero: se golpean con tanta fuerza que las lanzas vuelan en pedazos y chocan con cuerpos y rostros. El caballero de la litera se mantiene en los arzones, pero el otro vuela por encima de la grupa de su caballo.

—Ahora he visto —admiten la mayoría— a un caballero novel realizando una hermosa justa.

Regresa el caballero y toma otra lanza que le da su escudero; luego vuelve a la fila y derriba a otro y empieza a vencer a caballeros, a quitarles del cuello los escudos, y a romper lanzas. Lo hace tan bien que todos se admiran y le dicen a mi señor Galván:

—¿Conocéis a ese caballero?

—No, pero lo hace tan bien que he dejado de combatir por verlo, pues realiza hazañas muy dignas, a mi parecer.

Los de la muralla dicen que el de las armas rojas supera a todos los demás. El rey de los Cien Caballeros pregunta quién es, y le dicen que es un caballero que está venciendo a todos y que tiene armas rojas. El rey toma su escudo, pide una lanza y galopa a lo largo de la divisoria del campo hasta que encuentra al del escudo rojo: se golpean con fuerza, rompiendo en pedazos las lanzas, pero no llegan a derribarse. Mucho sintió el rey no haberlo tirado al suelo y a él también le pesó mucho no haber derribado al rey. Vuelven a tomar lanzas y galopan el uno contra el otro; los caballos corren veloces, y se golpean con violencia. El caballero del escudo rojo alcanza al rey atravesándole su escudo, los dobleces de la cota y el costado, pero no lo hirió gravemente. El rey lo hiere al descubierto, directamente sobre la cota, entre la tetilla y el hombro, y le mete por ahí la punta de la lanza. Se quiebran las lanzas, chocan los

cuerpos y los caballos, y caen ambos al suelo. El rey se vuelve a poner en pie, se coloca el escudo delante y desenvaina la espada. Al caer el caballero, la punta de la lanza le atraviesa y le sale por la espalda: empieza a sangrar por esta herida y a la vez se le abre la herida vieja, sangrando también. Cuando ve que el rey abraza el escudo y que desenvaina la espada, se pone en pie y hace lo mismo, se dirige hacia el rey y se dan grandes golpes.

El caballero de las armas rojas sangra abundantemente; las gentes del rey se dirigen a ellos y también mi señor Galván y los suyos obligando a que se retiren los caballeros del rey; después le dan al del escudo rojo su caballo para que monte, y cuando va a hacerlo cae desmayado. Al ver la sangre que hay a su alrededor, se dicen todos: «Ha muerto». Descabalgan y le arrancan la punta de la lanza, y entonces ven que tiene dos heridas muy grandes.

Al rey de los Cien Caballeros le llega la noticia de que ha dado muerte al buen caballero, y lo siente mucho; arroja el escudo y la lanza diciendo que no volverá a llevar armas en todo el día y nunca más, pues ha sido una gran desgracia la suya al dar muerte a un caballero semejante.

Mientras tanto, desarman al caballero que estaba desmayado, y le vendan las heridas. La reina y todos los que están con ella se dan cuenta de que ha cesado el combate por el caballero que estaba herido, y decide ir a verlo; monta y sale del castillo, y a su paso levanta un murmullo, porque todos dicen:

—Volveos, aquí viene la reina.

El caballero vuelve en sí y oye lo que dicen, abre los ojos y ve a la reina: se esfuerza hasta que consigue incorporarse y quedarse sentado.

—Buen señor —le dice la reina—, ¿qué tal estáis?

—Señora, muy bien; no tengo ningún dolor.

Mientras hablaba así, se le rompen las vendas, le empiezan a sangrar otra vez las heridas y él se vuelve a desmayar.

—Ha muerto, dicen de nuevo.

La reina se va al campamento de su hueste, donde los caballeros le preguntan por el albergue del herido, los escuderos les dicen que estaba alojado «en una casa de religión». Buscan un buen médico y se lo mandan allí.

El médico le examina las heridas y dice que no morirá, pero prohíbe que vayan a verlo, pues necesita tranquilidad. Se marchan todos, menos Galván, que piensa que no ha tenido noticias de lo que busca y esperaba haberlas tenido en esta asamblea:

—No he visto ni oído nada, a excepción de este caballero que ha superado a todos; debo quedarme a su lado para averiguar si sabe algo de lo que busco.

Vuelve al hostel y le pregunta al médico qué tal está el enfermo:

—Pienso que se curará, aunque han sangrado mucho sus heridas.

—¿Sus heridas? ¿Cuántas tiene?

—Tiene dos muy grandes, una de hoy y otra anterior.

Cuando mi señor Galván oye hablar de la otra herida, piensa un poco y le dice al médico:

—¿Estáis seguro de que tiene dos?

—Sí, sin lugar a dudas.

—Maestro, enteraos cómo llegó aquí.

Se lo pregunta a sus escuderos, que no se atreven a ocultárselo; le confiesan que fue en una litera; él se lo dice a mi señor Galván. Éste ruega entonces que le permitan hablar con él, y lo llevan a su presencia.

—Señor —le dice el médico—, aquí está mi señor Galván, que os viene a ver.

Mi señor Galván se sienta delante de él y le pregunta si tiene noticias del caballero que hizo entrar al rey Arturo en la Dolorosa Guardia. El herido le habla poco, y dice sin cesar:

—Buen señor, estoy enfermo y poco me importa lo que me preguntáis.

Cuando mi señor Galván se da cuenta de que podrá enterarse de poco, se levanta y se va, pues lo ve tan enfermo que no puede mantener una conversación con él; pero piensa volver mañana y le seguirá preguntando. Regresa a su alojamiento.

Cuando anocheció, el caballero herido llamó a su médico y le dijo:

—Maestro, no puedo quedarme aquí durante más tiempo, pues si alguien me reconociera me causaría un gran daño: os ruego por Dios que os vengáis conmigo; si no queréis, decidme qué debo hacer, pues pienso irme esta misma noche.

—¿Os quedaríais por algo?

—No.

—¿Cómo os pensáis marchar?

—En litera, pues tengo una buena y bella.

—Me iré con vos, pues si no fuera os moriríais pronto y sería una gran desgracia.

Se alegra mucho, y se preparan lo más rápido que pueden, yéndose en secreto.

Pero ahora se calla la historia un poco por lo que a él y a su compañía se refiere, y habla del rey Arturo y de mi señor Galván.

XXXV

Por la mañana fue mi señor Galván a hablar con el caballero, y le dijeron que se había ido a medianoche. Lo siente mucho; regresa y se encuentra al rey armado y a todos sus compañeros; entonces va a vestirse las armas sin que nadie se entere de lo ocurrido. Salieron del castillo y fueron a reunirse con los otros, aunque el combate duró poco, pues no pudieron resistir la fuerza de los caballeros del rey Arturo. Cuando llegó Galván al campo de batalla, eran pocos los que aún se defendían sin huir; el rey los persigue hasta el castillo y allí los obliga a entregarse. Al volver al campamento, el rey se encontró con mi señor Galván que llevaba desenvainada en la mano la espada; reconoció su espada y le pregunta:

—Galván, buen sobrino, ¿qué tal os ha ido en vuestra búsqueda?

—Señor, todavía no he encontrado nada.

Mientras hablaban así, se acercó un caballero al rey y le dijo:

—Señor, los reyes de Más Allá de las Marcas y de los Cien Caballeros se despiden de vos, pues saben que no pueden resistir vuestro ímpetu, y os hacen saber que si deseáis tener otra asamblea, que vayáis con caballeros que puedan llevar armas: os dan de plazo siete semanas.

—No me voy a ocupar de eso ahora.

—Buen señor —le dice Galván al mensajero—, la mesnada de mi señor aceptará combatir contra ellos dos más tarde, el lunes antes de adviento.

El mensajero contesta que le parece bien, y mi señor Galván envía a Lucano el Botellero ante los dos reyes para ver si están de acuerdo, y ellos lo aceptan.

El rey Arturo se volvió a su tierra con la reina; los ejércitos se separan y los caballeros quedan emplazados para el día fijado. Mi señor Galván reemprende su búsqueda. Nada más dejar al rey se encuentra con una doncella que cabalgaba veloz en una mula rápida. Se saludan y él le pregunta si se encuentra en apuros:

—Sí, estoy en situación triste. ¡A dónde vais vos?

—Señora, voy a un asunto del que no he conseguido aún lo que desearía. Bella dulce amiga, ¿podrías darme noticias del caballero que hizo que entrara el rey Arturo en la Dolorosa Guardia?

—Decidme, y os orientaré si es que lo sé.

—¿Es cierto que ha muerto el caballero de las armas rojas, el que venció en la asamblea?

—No, en absoluto; su médico me dijo que sanaría sin dificultad.

Al oírlo, se le desvanece el corazón y se desmaya sobre el cuello de la mula, y Galván corre a sostenerla. Cuando vuelve en sí, le pregunta por qué se ha desmayado.

—Señor, de alegría.

—Doncella, ¿conocéis al caballero?

—Sí, señor.

—Contestadme a lo que os pregunté.

—Es el mismo, sabedlo. ¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Galván.

—Ay, señor, ¡sed bienvenido! ¿Me permitís que vaya con vos?

—Eso me alegrará mucho. Así cabalgan juntos.

—Doncella —le dice él—, ¿jamás a ese caballero?

—Sí, señor, más que a ningún hombre, pero no lo amo con el amor que os imagináis. No querría que se casara conmigo y eso que no estará mal casado quien se case conmigo, pues soy bastante rica; pero, si Dios quiere, él se casará mejor. Señor, ¿os acordáis de una doncella que os encontrasteis el otro día?

—Sí, ¿erais vos? Me reprochasteis haber dejado a la doncella en la Dolorosa Guardia; después vi al caballero que estamos buscando.

—Es cierto; en aquella ocasión casi morí porque me dijeron que había sido gravemente herido, y me tuve que acostar enferma. Después me dijeron que tomaría parte en esta asamblea y hoy me ha vuelto a decir un escudero que había muerto.

—Doncella, ya que lo conocéis, decidme cómo se llama, quedaré libre de seguir buscándolo.

—Por Dios, no lo sé, pero lo sabré tan pronto como esté donde él está; entonces os lo diré.

—Muchas gracias. ¿Habéis obtenido alguna noticia en el lugar del que venís?

—No.

—Yo tampoco; yo aconsejaría ir por otro camino.

—Está bien.

No tardaron mucho en encontrar un camino viejo que atravesaba el bosque y pasaba al lado de un monasterio en ruinas y de un cementerio. Toman ese camino y cuando llegan al monasterio descabalgan y entran a rezar. Junto a las ruinas vivía una ermitaña encerrada entre cuatro paredes, con una ventana que daba al altar, por la que leía el salterio. Al verla, le preguntan si tiene noticias.

—No —le contesta a mi señor Galván—, no sé nada que os pueda servir, a no ser que si vais con esta doncella, debéis abandonar el camino que lleváis.

—¿Por qué?

—Porque cerca de aquí hay un caballero que os la quitará y pronto os dará muerte.

—¿Quién es?

—Es Bruno el Despiadado.

—Señor —le dice la doncella—, tomemos otro camino.

—¡En buen lugar he entrado si cada vez que oiga una palabra voy a abandonar mi camino!

Pero ahora deja la historia de hablar de ellos durante un poco y vuelve al caballero de la litera.

XXXVI

Cuando el caballero de la litera se marchó de la asamblea por la noche, caminó con su médico y su compañía por los lugares más extraños que encontró, pues temían ser reconocidos. El día siguiente hizo mucho calor; después de la hora de tercia descabalaron en un cruce, a la sombra de un gran olmo para que el herido pudiera dormir. Pasó entonces por allí una dama con gran acompañamiento de caballeros, que al llegar a donde estaban le preguntó al médico:

—¿Quién es este caballero?

—Señora, es un caballero enfermo.

La dama descaburga, le descubre el rostro y empieza a llorar de inmediato con amargura.

—Buen amigo, ¿se curará?

—Sí, señora, estad segura de ello.

En esto se despierta el caballero y ella le besa los ojos y la boca; él la mira y se da cuenta de que es la dama de Nohaut, e intenta taparse de nuevo.

—No es necesario —le dice la dama—, os vais a venir conmigo y estaréis más ocultos que en ningún lugar del mundo. Vos, señor —le dice al médico—, aconsejádsele, por Dios.

Al ver que no puede escapar, el caballero lo acepta, con lo que ella se alegra mucho. Entonces vuelven a subirlo en la litera y cabalgan todos juntos. La dama le cuenta cómo lo estaba buscando y que no hubiera dejado de recorrer la tierra hasta encontrarlo.

De tal modo cabalgan en jornadas cortas, durmiendo la mayor parte de las noches en pabellones, pues la dama tenía dos muy hermosos. Pasaron por delante de la Dolorosa Guardia y la dama pensó en dormir en el burgo de abajo, pero el caballero dijo que por nada entraría.

—¿Por qué?, le pregunta.

Él no le contesta, sino que mira hacia la puerta y empieza a llorar con amargura, diciendo:

—Ay, puerta, puerta, ¿por qué no fuiste abierta a tiempo?

Y lo decía de la puerta en la que dejó a la reina esperando cuando él se quedó ensimismado en la muralla, y temía que la reina supiera lo ocurrido como él lo sabía, y que lo odiara por ello para siempre.

—¿Habíais estado aquí?, le pregunta la dama.

Él se pone tan nervioso que no puede contestar. Entonces, ella piensa que fue él el que conquistó la Dolorosa Guardia, pero no se atreve a hablarle porque lo ve triste. Mientras tanto siguen cabalgando, hasta que llegan al castillo de la dama, que estaba a

unas diez leguas de Nohaut. Allí le dio compañía la dama al caballero el tiempo que éste estuvo enfermo, y tuvo todo cuanto necesitó.

Ahora deja la historia de hablar de él durante un poco, y vuelve a mi señor Galván y a la doncella.

XXXVII

Mi señor Galván y la doncella dejaron a la emparedada y cabalgaron hasta que salieron del bosque; entonces se encontraron en medio de una landa un rico pabellón. No se detuvieron en él, sino que pasaron de largo, pero no mucho tiempo después les dio alcance un escudero que montaba un veloz caballo de caza.

—Señor caballero —le dice a Galván—, mi señor os ordena que le enviéis o le llevéis a esta doncella.

—¿Quién es tu señor?

—Bruno el Despiadado.

—Ni se la voy a enviar ni la voy a llevar, si no va ella por su propia voluntad.

—Prefiero ir a que combatáis contra él, dice la doncella.

—No iréis hoy.

El escudero se vuelve y al cabo de un rato, llegó tras ellos Bruno, completamente armado, gritando muy alto:

—Dejadme la doncella o lo pagaréis muy caro.

—No lo haré.

Se enfrentan en medio de la landa. Bruno golpea a mi señor Galván con tanta fuerza, que la lanza le vuela en pedazos; mi señor Galván lo derriba, pero le sujeta el caballo y, devolviéndoselo, le dice:

—Tomad vuestro caballo, pues tengo otras cosas que hacer y me voy a ir.

—¿Quién sois vos que me devolvéis el caballo después de haberme derribado?

—Soy Galván.

—¿Qué es lo que buscáis?

—Buscamos al caballero de las armas rojas que venció en la asamblea.

—No os diré nada de lo que sé, pues voy a resolver mis propios asuntos, pero si dentro de quince días estáis en este mismo lugar, —os daré noticias fidedignas.

—Estando, si antes no nos enteramos de nada.

Sin decir más se separan. Mi señor Galván pasó toda la quincena sin tener noticias; volvió al lugar con la doncella, y allí encontraron a Bruno.

—¿Qué me ibais a decir?

—Os daré noticias, con tal de que me concedáis lo que os voy a pedir.

—Os lo otorgo, si es algo que yo os pueda y deba otorgar.

—Sabed que está en un castillo que la dama de Nohaut utiliza porque se lo han concedido dos hermanos, sobrinos suyos, que son sus dueños. He estado en él tres veces: la primera, lo vi ejercitándose en las armas, y al poco le dijo su médico: «Ya es suficiente, señor». El día siguiente lo vi allí mismo, y le cansaba el esfuerzo. Hoy ha sido el tercer día que lo he visto: había salido del castillo, llevaba un escudo al cuello y una

lanza en la mano, y estaba probando a llevar armas. Basta con que vayáis a comprobarlo, y si es así, me tendréis que dar mi recompensa, y si no, no me deberéis nada.

Se van y cabalgan hasta llegar al castillo. Bruno se queda fuera, mientras que ellos se dirigen a las casas de la dama. El caballero herido oyó que llegaba mi señor Galván, y le dijo a su médico:

—Maestro, mi señor Galván viene; os ruego que le digáis que estoy muy enfermo.

—Con gusto, señor.

Lo acuesta entonces en una cama en una habitación oscura, y él vuelve a salir. Llegan en ese momento mi señor Galván y la doncella: la señora del castillo los recibe muy bien; después, mi señor Galván le dice al médico en secreto que le muestre al caballero, por lo que más quiera.

—Señor, no puede ser, pues está muy enfermo.

—Si yo no puedo verlo, al menos enseñádselo a esta doncella.

—Con gusto, le contesta sin preocuparse de más.

La lleva a la habitación y ella abre una ventana; cuando el caballero la ve, se tapa el rostro; ella corre hacia él para descubrirselo, pero él la agarra con la mano; lo sujeta por el brazo y ve la mano del caballero, la reconoce y empieza a besarlo, cayendo desmayada encima de él. Al volver en sí le dice:

—No hace falta que os tapéis.

Saca entonces unas cartas, rompe los sellos y lee que la doncella que se quedó en la Dolorosa Guardia saluda a Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benoic, y que seguirá en prisión el tiempo que él quiera, pero que sepa que se ha portado de forma villana con ella, mientras que ella le ha sido leal.

Cuando oye esto, siente una gran pena, llama a la doncella y le dice:

—Mi dulce hermana, id inmediatamente y decidle que le pido perdón, pues le he causado un grave daño; que salga ya, porque así lo deseo.

—Eso no puede ser, pues no saldrá si no os ve en persona o si no recibe el anillo de vuestro dedo.

—No se equivoca, pues donde está este anillo es como si estuviera yo. Tomad, llevádselo.

La doncella sale de la habitación riéndose, mientras que él le ruega que no revele a nadie su nombre. Al salir le pregunta mi señor Galván:

—Amiga, ¿qué me podéis decir?

—Algo.

—¿Me vais a decir el nombre del caballero?

—Os llevaré a un lugar en el que os enteraréis; es el mismo que venció en la asamblea.

Se marchan, encontrándose a Bruno que estaba esperándolos en la puerta.

—Señor Galván, ¿me debéis una recompensa?

—Sí; os seguiré hasta que os pueda dar algo de mi gusto.

De este modo se van los tres, y al cabo de tres días llegan a la Dolorosa Guardia. Mi señor Galván reconoce el castillo.

—Bien sé a dónde me lleváis, le dice a la doncella.

—Lo hago sólo por vuestro bien.

Se encuentran con la puerta cerrada; se dirigen entonces hacia la torre; desde fuera llaman a la doncella, pero el portero advierte que no entrarán.

—Entonces —dice la doncella—, tomad este regalo; llevádselo a la doncella que hay en esa torre.

Abre el postigo y ella le entrega el anillo del caballero de la litera. Vuelve a cerrar el postigo y va a ver a la doncella de la torre:

—Señora —le dice— ahí fuera hay una doncella y un caballero que os envían este regalo para poder entrar.

Contempla el anillo y dice:

—Volved con ellos y dejadlos entrar.

Regresa a la puerta y la abre para que pasen; la de la torre les sale al encuentro, diciéndoles:

—Sed bienvenidos. Me iré con vosotros cuando queráis.

Bruno se había quedado en la puerta.

—Doncella —le dice Galván—, aún no sé el nombre del caballero que permitió que mi señor el rey Arturo entrara aquí dentro.

La doncella que lo había acompañado aconseja a la otra, que le dice:

—Señor, os voy a revelar el nombre del caballero, pero tendréis que venir conmigo a donde yo os lleve.

Lo lleva entonces al cementerio y le enseña las tumbas.

—Aquí habéis estado en otra ocasión.

—Así es.

—Sobre esta tumba —le dice acercándolo a una de ellas— estaba escrito: «Aquí yace Galván, sobrino del rey Arturo; ésa es su cabeza»; con todos vuestros compañeros ocurría lo mismo, pero no había nada de eso, al menos cuando vos vinisteis.

—¿Cómo fue posible entonces?

—Ésos son los encantamientos de aquí.

—Decidme el nombre del caballero.

—Lo encontraréis escrito bajo esa lámina de metal.

Se acerca a ella e intenta levantarla, pero no consigue nada, muy a pesar suyo.

—Doncella, ¿podré saber el nombre del caballero de otra forma?

—Sí, si me acompañáis hasta que lo encuentre; entonces os lo diré.

—¿Cómo puedo estar seguro de ello?

—Os lo prometo con lealtad.

—Os acompañaré.

Salen entonces del cementerio; la doncella monta un palafrén que le habían llevado. Al pasar la puerta se encontraron con Bruno.

—Señor Galván —le dice—, os reclamo mi don.

—¿Cuál?

—La doncella que habéis encontrado ahí dentro.

—Bruno, no la puedo entregar porque no es mía, y además os prometí sólo algo que yo os pudiera y os debiera dar.

—No hubo ninguna condición.

—Sí que la hubo: ésa. Y si queréis estoy dispuesto a someterme al juicio de los compañeros de mi tío; que sea lo que ellos digan, o combatiremos o haremos cualquier otra cosa.

Bruno le responde que no hará nada de eso, sino que lucharán inmediatamente, pero las doncellas le suplican tanto que al fin lo aplaza hasta la próxima asamblea, en que preguntarán a los caballeros qué deben hacer, pero con la advertencia de que si la decisión no le agrada a Bruno, volverá a combatir; mi señor Galván se lo concede. Pero ahora la historia no habla más de ellos, hasta haber hablado del caballero de la litera.

XXXVIII

El caballero herido estuvo bajo la protección de la dama de Nohaut hasta que se encontró un poco mejor; entonces, empezó a querer llevar las armas, de las que había descansado durante mucho tiempo.

Se dirige a la dama, se despide de ella y se marcha con su médico, al que la dama le pagó con largueza por su servicio.

—Maestro —le pregunta el caballero—, ¿no estoy suficientemente fuerte todavía para llevar armas?

—No, no podéis hacerlo, pues tendríamos que empezar de nuevo con todos los cuidados.

—¿No? Maestro, eso no se puede calcular si se presenta la ocasión.

—Tened cuidado al principio.

—Si me puedo valer de todos mis miembros es que estoy sano.

—¿No pensaréis ir a la asamblea?

—Sí.

—Y qué preferís, ¿estar sano en el combate y mientras tanto consideraros enfermo, o estar entonces enfermo y, mientras, sano?

—Por nada dejaría de llevar armas en la asamblea.

—Entonces, os aconsejo que os mantengáis en paz hasta ese momento; así estaréis sano y salvo, y con plena fuerza.

—Ya que me lo aconsejáis, lo haré, pero no volveré al lugar de donde venimos, sino que iremos a casa de un ermitaño, muy buen hombre, que conozco.

Toman juntos el camino, pues el médico no lo quiere dejar hasta la asamblea; de ese modo llegan a casa del ermitaño Plaisseis, que tal era su nombre, que fue el que había tenido prisionero a Brandín de las Islas, señor de la Dolorosa Guardia.

El ermitaño se alegró al verlo, recibéndolo con grandes honores, pero se preocupó mucho al ver las heridas del caballero. Allí se quedaron hasta que el médico le dijo que ya estaba más sano y salvo de cuerpo y de miembros de lo que nunca había estado, y aún faltaban quince días para la asamblea.

Y ahora la historia vuelve a dejar de hablar de él y de su acompañamiento y vuelve a mi señor Galván.

XXXIX

Cuando mi señor Galván se fue de la Dolorosa Guardia erró con las dos doncellas y Bruno sin Piedad hasta que llegaron al castillo en el que había estado el caballero herido. Al no encontrarlo lo sintieron mucho, especialmente Galván, que dijo que no esperaba tener noticias suyas antes de la asamblea.

—¿Cómo —pregunta la doncella que había estado prisionera—, hay fecha fijada para la próxima asamblea?

—Sí —le contesta Galván—, falta menos de un mes.

—Allí estará, si el cuerpo se lo permite.

Siguen cabalgando guiados por Bruno, que dice que conoce mejor que nadie los caminos.

—Quiero que sepáis una cosa —le dice a mi señor Galván—, os resultaría muy difícil que os quitaran estas dos doncellas si yo os ayudara.

—Es cierto, y si no lo hicierais, seríais desleal.

Cabalaron hasta el atardecer; vieron un pabellón y, cerca de donde estaba, un río. En el río había un ciervo que iba huyendo de los perros que lo acosaban en la orilla. Tras ellos llegaron un caballero con un cuerno de caza al cuello y un montero: ambos tocaron el cuerno en señal de que habían dado alcance a la presa.

Mi señor Galván y su compañía se dirigen hacia allí, y el caballero los saluda al verlos.

—Señores —les dice—, si queréis parte del ciervo os la daré, y si deseáis alojamiento, ese pabellón es mío y os podéis albergar en él, si queréis.

—Señor —contesta Galván—, muchas gracias; así lo haremos.

Descabalgan y los criados les toman las armas. Cuando estuvieron desarmados, Bruno habla en secreto con el caballero, y después se dirigen juntos a mi señor Galván.

—Señor —le dice—, os daré alojamiento; esta noche no tenéis nada que temer, pero no os doy garantías para mañana, cuando os hayáis ido.

—Buen señor, si me causáis algún daño, lo sentiré.

El caballero los acoge con gran abundancia y riqueza.

Por la mañana se van mi señor Galván, Bruno y las dos doncellas, y cabalgan gran parte del día, hasta que se encuentran con dos caballeros completamente armados, que, sin mediar palabra, embrazan los escudos y galopan contra mi señor Galván, que al verlos se prepara igual, pensando que Bruno haría lo mismo, pero éste se queda quieto. Uno de los caballeros golpea a mi señor Galván en el escudo, volándole la lanza en pedazos; Galván lo derriba al suelo. El otro le hiere el caballo y se lo mata, de forma que queda a pie; al verlo en esta situación, el que le ha matado el caballo descabalgua y, así, están los tres en igualdad. Van los dos contra mi señor Galván, que se defiende con

valor, causándoles más daño que el que ellos le hacen. Así combaten durante un buen rato sin que entre los otros dos pudieran ganarle terreno a mi señor Galván, que frecuentemente consigue obligarles a retroceder.

Cuando la doncella que lo había llevado a la Dolorosa Guardia ve que lo atacan de tal modo, teme por él, y empieza a gritar con fuerza. Se tira del palafrén y se mete entre ellos gritando como mujer sin seso:

—¡Hijos de puta, parad, que vais a matar deslealmente al caballero más valeroso del mundo!

—Doncella, ¿quién es?

—¿Quién? Es mi señor Galván, el sobrino del rey Arturo.

—Por Dios —dice mirando a su compañero—, no seguiré combatiendo con él; maldito sea el que nos hizo venir.

—Señor, por lo que más queráis, ¿sois mi señor Galván?

—Sí.

—Ay, señor, por Dios —le dicen los dos—, perdonadnos por haberos causado daño, pues igual que ahora os consideramos el mejor caballero del mundo, así os habíamos tenido hasta ahora como el más desleal; os dejaremos estar de inmediato.

—Me dejáis estar de una forma curiosa, pues le habéis dado muerte a mi caballo.

—Señor —dice el que se lo había matado—, os daré el mío a cambio del vuestro.

Éste lo toma. El caballero era el que les había alojado, pero Bruno le había dado a entender que era el hombre más desleal del mundo.

Montan los dos caballeros en un solo caballo y Bruno los acompaña un rato; después vuelve al lado de mi señor Galván y hace como si fuera a continuar con él. Mi señor Galván lo mira y le dice:

—Bruno, no vais a venir conmigo, pues os habéis comportado deslealmente; no necesito vuestra compañía y estoy dispuesto a acusaros de traidor: de este modo tendréis el combate que tanto deseáis.

—No lucharé ahora. Habéis pasado miedo.

Se marcha, y mi señor Galván y las dos doncellas siguieron cabalgando hasta que encontraron un río, en el que había un puente algo estrecho; en la cabeza del puente, al otro lado, había un torreón con la puerta cerrada, delante de la cual estaban dos criados con hachas danesas. Mi señor Galván hace que las dos doncellas pasen primero, y él entra en el puente a continuación. Entonces le dicen los servidores:

—No vengáis por nada del mundo. No pasaréis.

—¿No voy a poder?

Descabalga y hace pasar por delante a su caballo y luego sigue él a pie. De pronto, oye ruido, mira y ve a veinte caballeros que lo siguen y le parece que están dispuestos a causarle daño. Va a la cabeza del puente y los espera, colocándose el escudo por delante y empuñando la lanza. No tardan en llegar; los primeros le golpean en el escudo y le

atacan a pie y a caballo, aunque él se defiende tan bien que consigue herir a varios y matar a muchos caballos con la lanza; mientras que la lanza resiste, nadie se le acerca. Cuando se le rompe, desenvaina la espada y los ataca haciéndoles retroceder en el puente. Al ver lo bien que se defiende y el daño que les está causando, se marchan.

Entonces, se abre la puerta del torreón a sus espaldas; salen varios caballeros, toman a las doncellas y se las llevan.

Cuando mi señor Galván ve esto, se encoleriza:

—Señores, es una gran vileza y cobardía lo que habéis hecho: por una parte me combatís con veinte caballeros y por otra se me quitan las doncellas.

—Con justicia lo hemos hecho —le dice un caballero—, pues os habéis portado de forma desleal conmigo, al negarme lo prometido.

—Ay, Bruno, mentís como traidor, y os lo probaré, si queréis, ante todos los que están aquí, porque los habéis traído vos.

—Ciertamente —dice la doncella que lo había llevado a la Dolorosa Guardia—, es un traidor y si no fuerais el mejor caballero del mundo os habría dado muerte dos veces hoy.

Entonces preguntan los que llevan a las doncellas;

—¿Quién es ese caballero?

—Es mi señor Galván, contesta una de ellas.

Se acerca a él uno y le dice:

—Mi señor Galván, id ahora por donde os plazca, pero no os quedéis aquí. Si os vais, os aseguro en mi nombre y en el de éstos que no os pasará nada esta noche. No os preocupéis por las doncellas, pues os prometo por mi alma que defenderemos su honor como si fueran mis hermanas. Si os las pudiera devolver sin ser perjuro, no me las llevaría.

Mi señor Galván le da las gracias; el caballero le da lanza y ordena a todos los demás que se retiren. Después, se va tras las doncellas.

Mi señor Galván deja el puente y remonta el río por la orilla. Rápidamente sigue unas huellas de herradura que le llevan a la entrada de un bosque, donde se encuentra a una doncella que sostiene entre sus brazos a un caballero herido. Mi señor Galván la saluda y le pregunta si ha visto a dos caballeros que llevaban a otras tantas doncellas.

—Sí —le contesta—, para mi desgracia los vi, pues le han dado muerte a mi amigo.

—Doncella, ¿por dónde han ido?

—Señor, esperad un poco y os indicaré dónde están.

En esto llegó allí un escudero con un hacha en la mano y montando un caballo de caza.

—¿Qué ocurre, señora?

—Temo que muera tu señor. Cuida de él, que le voy a indicar a este caballero dónde está el que le ha dado muerte.

Monta en su palafrén y va con mi señor Galván, hasta que llegan a un gran río, en el que no había puente, pero sí que encontraron una barca y un barquero. Metieron en ella los caballos y después entran ellos y navegan hasta la otra orilla.

Al otro lado les espera un caballero completamente armado, que le dice a Galván:

—No desembarquéis, pues tendríais que combatir conmigo, porque soy el guardián de este puerto.

—Si tengo que combatir, lo siento, pues tengo mucho que hacer.

—¿Quién sois?

—Soy un caballero de la casa del rey Arturo.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Galván.

—Os dejaré pasar. ¿A dónde vais?

—Sigo a unos caballeros que se llevan a dos doncellas.

—Por mi fe, van directamente a aquel puerto de allí.

Y mientras se lo dice le indica un castillo a lo lejos, sobre una colina y añade que en el castillo hay muy mala gente.

—Pero si queréis ir a él, iré con vos y os ayudaré en todo lo que pueda.

Mi señor Galván le da las gracias.

—Mi señor Galván, si queréis os diré las costumbres del castillo: tendremos que combatir con tantos caballeros como seamos nosotros. Si los vencemos, no por eso habremos terminado.

—No es una costumbre buena.

De este modo cabalgan juntos con la doncella.

Ahora la historia deja de hablar un poco de ellos tres y vuelve al caballero de la litera.

XL

El caballero de la litera estuvo con el ermitaño hasta que se encontró completamente curado y sano, y con grandes deseos de llevar las armas de nuevo; hasta la asamblea faltaban aún quince días. Se despidió entonces del ermitaño y se marcha con su médico —que lo había cuidado muy bien— y con sus cuatro escuderos. A unas seis leguas de la ermita llama a su médico y le dice:

—Maestro, ahora tengo que ir a un asunto al que vos no podéis venir, pues está lejos y quiero ir solo: os ruego que no os lo toméis a mal. Os agradezco profundamente la amistad que me habéis mostrado y contad conmigo siempre que me necesitéis.

El médico se marcha y el caballero va de un lugar a otro durante todo el día, como quien no quiere ser conocido: por eso despidió al médico, porque no quería que lo conocieran por su culpa; del mismo modo, hace que tapen su escudo —que era el rojo— para que no lo vea nadie.

De tal forma, toma un camino distinto del que llevaba al lugar de la asamblea para despistar al médico. Después de haber cabalgado hasta la hora de nona, lo alcanzó un escudero que montaba un gran caballo de caza, completamente empapado de sudor.

—Criado, ¿a dónde vas tan deprisa?

—Estoy en una situación muy triste.

—¿Qué te ocurre?

—Mi señora la reina está prisionera en la Dolorosa Guardia.

—¿Qué reina?

—La mujer del rey Arturo.

—¿Por qué está prisionera?

—Porque el rey Arturo dejó que se marchara el caballero que había conquistado el castillo; mi señora fue a la asamblea y ayer por la tarde se alojó en el castillo: la han apresado y dicen que nunca, a pesar del rey Arturo y de su poder, la dejarán libre hasta que ella haga volver al caballero al que el rey dejó marchar. Mi señora ha enviado por todos los caminos a sus mensajeros, y ordena al caballero que vaya en su socorro para que no sea afrentada, pues si no la entregarán al que fue señor del castillo si pone fin a los encantamientos; y que éste, con mucho gusto, la deshonorará para afrentar al rey Arturo.

—Buen amigo, ¿quedará libre la reina si acude el caballero a la Dolorosa Guardia?

—Sí, por supuesto.

—Así será. Ve y dile a la reina que por la mañana o antes estará allí el caballero, que esté completamente segura de ello.

—Señor, yo no me atrevería a volver sin haber hablado con él.

—Vete y dile que has hablado con él.

—¿Sois vos? Si no estuviera seguro no se lo diría.

—Vete. Soy yo; me has obligado a hablar como villano.

El criado se marcha lo más deprisa que el caballo lo puede llevar. El caballero acelera el paso tras él y llega cuando ya es de noche. Al pasar las puertas ve que todas las calles están alumbradas con gruesos cirios y antorchas, y que la puerta continúa cerrada. Entonces le sale al encuentro el escudero que había ido a buscarlo y cuando lo ve el caballero, le dice:

—¿Dónde está mi señora la reina?

—Señor, os llevaré ante ella.

Lo conduce al palacio, que estaba sobre una roca cortada a pico y que sólo tenía una entrada, con puerta de hierro tan grueso que nada lo podía romper. El caballero se quita el yelmo, pero no se baja la ventana; el escudero le entrega un montón de velas diciéndole:

—Alumbrad delante de vos, que yo voy a cerrar la puerta.

Piensa que es cierto lo que le dice, pero no es así: ha sido traicionado, pues la reina no estaba allí. Cierra la puerta tan pronto como puede y cuando el caballero se ve apesado, lo siente mucho, pues sabe que no podrá salir cuando quiera.

Toda la noche estuvo allí el caballero; por la mañana se le acercó una doncella de cierta edad y habló con él a través de una ventana:

—Señor caballero, ya sabéis las condiciones: no podréis salir sin llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo, señora?

—Vos conquistasteis el castillo: lo debíais haber dejado en paz, pero os fuisteis.

—Señora, ¿ha sido puesta en libertad mi señora la reina?

—Sí, y vos os habéis quedado en su lugar: es necesario que pongáis fin a los encantamientos del castillo.

—¿Cómo podré hacer que cesen?

—Jurando que haréis cuanto podáis cada vez que se presente una aventura.

Así lo otorga; entonces le llevan los Evangelios a la ventana y él jura lo que la doncella le había pedido; a continuación le abren la puerta de hierro para que salga. Le dan de comer muy bien, pues no había comido desde el día anterior por la mañana. Cuando ha terminado, le revelan los secretos del castillo y le dicen que tiene que permanecer en él durante cuarenta días, o ir a buscar las llaves de los encantamientos; contesta que irá en busca de las llaves, si le dicen dónde están, «pero procurad que todo termine pronto, pues tengo que hacer en otros sitios».

Le dan sus armas y, una vez armado, lo llevan al cementerio en el que estaban las tumbas; allí entran en una capilla que había en un extremo, en la parte de la torre. A continuación le enseñan la entrada de una cueva subterránea y le dicen que allí dentro están las llaves de los encantamientos. Se persigna y entra con el escudo delante del rostro y con la espada desenvainada, aunque no ve ni gota a no ser la luz que le llega de

la puerta, pero delante de él hay una claridad. Se acerca a la otra puerta y oye un gran ruido a su alrededor, pero continúa avanzando a pesar de todo. Entonces le parece que toda la cueva se va a hundir y que la tierra daba vueltas. Se sujeta a la pared y así llega a una puerta que hay al otro lado y que da paso a otra habitación. Al llegar ve a dos caballeros recubiertos de bronce que se mueven por magia, con enormes y pesadas espadas de acero, que serían necesarios dos hombres para levantar una sola de ellas: guardan la entrada dando tajos tan seguidos que no podría pasar nada sin recibir un golpe.

El caballero no teme: se coloca el escudo sobre la cabeza y se lanza. Uno le da tal tajo que le parte el escudo y la espada sigue bajando, de forma que le alcanza el hombro derecho atravesándole las mallas de la cota y haciendo que la roja sangre le brote abundante y le caiga por el cuerpo; por fin, la espada se hunde dos palmos en el suelo. Pero inmediatamente él se vuelve a poner en pie, toma su espada que se le había caído, recoge el escudo y sin detenerse ni mirar continúa avanzando. Llega a otra puerta y encuentra un pozo que olía muy mal, y del que salía todo el ruido que se oía allí dentro: tenía de un lado al otro siete pies largos. El caballero ve el pozo negro y asqueroso en una parte y en la otra a un hombre de cabeza negra como la tinta que lanzaba llamas por la boca, con ojos que le brillaban como ascuas y dientes por el estilo. Tenía en la mano un hacha y al ver que el caballero se acerca, la empuña con las dos manos y la levanta para impedirle el paso. El caballero no encuentra el modo de entrar, pues si sólo fuera por el pozo, ya sería un paso malo para un caballero armado. Vuelve a envainar la espada, se quita el escudo del cuello y lo sujeta por las abrazaderas con la mano derecha. Retrocede al centro de la habitación y después corre lo más deprisa que puede para saltar el pozo a la vez que arroja el escudo al rostro del que sujetaba el hacha, golpeándole con tanta fuerza que el escudo se hace pedazos, aunque el otro no se mueve. Él, por su parte, salta con el impulso que llevaba y se sujeta al del hacha para no caer dentro del pozo. Se le cae a éste el hacha, pues el caballero se le ha agarrado al cuello con sus fuertes y vigorosos puños, apretándole con tanto vigor que no se puede mantener en pie y cae al suelo sin poder levantarse. El caballero lo arrastra por el cuello hasta el pozo y lo arroja dentro. Entonces vuelve a desenvainar la espada y ve delante de él a una doncella ricamente recubierta de bronce que sostiene las llaves de los encantamientos en la mano derecha. Las toma y se dirige a un pilar de bronce que había en medio de aquella habitación, y en el que lee unas letras que decían: «Abre aquí la llave grande y la pequeña abre el cofre peligroso».

El caballero abre el pilar con la llave grande y, al llegar al cofre presta atención y oye dentro tal ruido y unos gritos tan enormes que hacían temblar el pilar. Se persigna y se dispone a abrir el cofre: de él salían treinta tubos de cobre y de cada tubo procedía una horrible voz, a cual peor. A esas voces se debían los encantamientos y las maravillas de allí. Pone la llave en el cofre y al abrirlo salió de dentro un tremendo torbellino,

acompañado de tal ruido que parecía que todos los diablos hubieran estado encerrados en aquel lugar, y ciertamente eran diablos.

El caballero cayó desvanecido y al volver en sí toma de nuevo las llaves del cofre y del pilar y se las lleva; de regreso al pozo se encuentra que ha desaparecido y que el lugar está tan llano como el centro de la habitación; mira hacia atrás y ve cómo se derrumban el pilar, la doncella y los caballeros de bronce, quedando completamente destruidos. Sale fuera con las llaves y se encuentra con todas las gentes del castillo que van a recibirlo. Al regresar al cementerio no ve las tumbas, pues han desaparecido también, igual que los yelmos que estaban sobre las almenas.

Entonces expresan todos una gran alegría; él ofrece las llaves al altar de la capilla y regresa, acompañado por los del castillo, al palacio: no sería fácil de decir la alegría que tienen por él y le cuentan cómo habían hecho que le siguiera el escudero que debía decirle que la reina estaba prisionera, «pues pensábamos que vuestra dignidad de caballero os empujaría a entrar en la cárcel para que ella quedara libre».

Cuando se entera de que la reina no estaba allí, se considera engañado y lo siente mucho. Pasó la noche en la Dolorosa Guardia y se marchó por la mañana, sin que lo pudieran retener más tiempo. Desde entonces se llama el castillo de la Alegre Guardia.

De este modo se va el caballero y se dirige en jornadas cortas a la asamblea. La historia no cuenta nada de lo que le ocurrió entretanto, y sólo dice que le hicieron un escudo blanco con una banda negra en la misma ciudad que le habían hecho el escudo rojo, y ése fue el que llevó a la asamblea.

Ahora vuelve la historia a mi señor Galván.

XLI

Mi señor Galván, el caballero del puerto y la doncella que había dejado a su amigo herido van al castillo que el caballero les indicó. A la entrada encuentran un puente muy estrecho y muy mal puesto sobre un río negro y profundo. El que iba con mi señor Galván echa pie a tierra y le dice:

—Señor, yo iré por delante, quedaos aquí; si os llamo venid en mi ayuda.

Le responde que así lo hará. El caballero pasa a pie el puente, completamente armado; cuando llegó al otro lugar se le acercan dos caballeros sin armas y le dicen que tiene que luchar. Entonces abren la puerta y sale un caballero armado que galopa contra él: empiezan a combatir y así resisten durante mucho tiempo. El caballero del castillo que ya no podía más le dice al otro:

—No seguiré combatiendo contra vos.

—Me parece bien.

Hace que le den un caballo:

—Montad, le dice.

Entonces sale un caballero a caballo y le ataca: se golpean con fuerza, caen al suelo y vuelven a levantarse con las espadas desenvainadas y de nuevo se atacan. Sale en ese momento otro caballero, a pie, para ayudar al del castillo. El compañero de mi señor Galván se defiende de ellos dos con valentía.

Después de combatir contra ellos un buen rato, el caballero mira a mi señor Galván y le dice:

—Buen hermano, venid a ayudarme.

Pasa el puente a pie, dispuesto a prestarle auxilio, y apenas llega, los otros no esperan: se meten por la puerta y la cierran. El caballero que acompañaba a mi señor Galván siente calor, se quita el yelmo y entonces lo reconoce con gran alegría, pues es Gueheriet, su hermano. Mientras tanto, el caballero que le había dicho «no seguiré combatiendo contra vos» seguía en el campo de batalla. Mi señor Galván le pregunta:

—¿Qué haremos para pasar nuestros caballos y el de esa doncella?

—Traed primero el palafrén de la doncella, y los caballos vendrán después.

Así lo hicieron. Entonces mi señor Galván le pregunta al caballero si sabe algo de las doncellas que le habían quitado.

—Están ahí, en la sala principal de ese castillo.

Gueheriet le entrega el caballo, monta y la doncella sube en su palafrén y de este modo se dirigen los cuatro hacia el salón.

Al entrar ven a un caballero de edad sentado en un trono que estaba recubierto de una riquísima cota pintada, y delante de él estaban las doncellas, que cuando ven a mi señor Galván se alegran mucho. Entonces, le dice al caballero del trono:

—Buen señor, me quitaron sin motivo estas doncellas; ahora me las voy a llevar.

—Señor, cometeríais un ultraje.

—Señor, somos tres caballeros; aquí hay dos doncellas: combatidnos con otros tres caballeros y si nos vencéis, quedaos con ellas.

—No haré tal cosa. Alojaos en mi casa, os ofrezco un hospedaje bueno y hermoso.

—Con gusto lo aceptamos.

El caballero los alberga con riqueza; a la mañana siguiente, se marchan con las doncellas.

—Buen señor —le dice el señor del castillo a Galván—, os lleváis por la fuerza a esas doncellas; en cuanto pueda, me vengaré.

—Al contrario, pienso que me las llevo con razón, pues son mías y os he concedido demasiado a cambio de ellas.

Se van y cabalgan hasta llegar a la entrada de un bosque; entonces encuentran a diez caballeros armados que atraviesan una landa y se dirigen hacia ellos. La doncella del amigo herido los reconoce y le dice a mi señor Galván:

—Esos son los traidores que mataron a mi amigo y os quitaron las doncellas.

Ellos siguen acercándose y uno dice:

—Galván, Galván, dejad las doncellas, pues os las lleváis con maldad. Ya os lo he dicho dos veces: una, ahora; la otra, cuando no cumplisteis lo que me habíais prometido.

Entonces mi señor Galván se dio cuenta de que era Bruno sin Piedad.

—Bruno —le dice—, no soy como vos, que habéis intentado que me mataran a traición. Si lo negáis, estoy dispuesto a mostrarlo en combate ahora mismo.

Y le cuenta a Gueheriet cómo le habían atacado los dos caballeros y Bruno no quiso ayudarle.

—¿Cómo —dice Gueheriet—, Bruno, no os atreveréis a negar vuestra traición?

—La negaría ante un caballero mejor que vos.

—Por Dios —dice Gueheriet—, lo vais a tener que hacer.

Pero Bruno y los suyos empiezan a retirarse.

—Os desafío —le dice— y si no regresáis, os atacaré por la espalda, para vergüenza vuestra.

Entonces va tras él, que al oírlo da la vuelta: se golpean con fuerza en los escudos. Bruno rompe su lanza y Gueheriet consigue atravesarle el escudo y la cota, alcanzándole en la tetilla y empujándole con tanto vigor que lo derriba al suelo. En ese momento atacan los otros nueve a Gueheriet, golpeándole el caballo y el escudo: matan al animal y a él lo hacen caer. Después se dirigen contra mi señor Galván y el caballero que lo acompañaba; los golpean a ambos, pero ellos consiguen matar a los otros dos. Gueheriet vuelve con Bruno, descabalga y se dispone a golpearle cuando éste le dice que no combatirá con ninguno de los tres.

—Yo combatiré contra vos —dice Gueheriet—, si os atrevéis, ante el rey Arturo. Entonces se verá quién es el mejor.

Bruno lo acepta.

—Prometed que lo mantendréis.

Así lo promete. Le devuelven su caballo y se va, mientras que ellos se quedaron con el caballo del que se enfrentó con mi señor Galván; montan todos y la doncella que tenía al amigo herido se despide de ellos encomendándolos a Dios, pero antes de que se vaya mi señor Galván le entrega el caballero prisionero, al que le hace prometer que se comportará con ella como prisionero.

—Señor —dice la doncella—, ahora me habéis vengado a mi gusto, pues éste fue el que le dio el golpe mortal a mi amigo.

Después, se separan. Mi señor Galván y su compañía llegan a la asamblea el día mismo que iba a tener lugar, y habían acudido ya numerosos caballeros.

Las dos doncellas entran en el castillo, y mi señor Galván, Gueheriet y el otro caballero no se pusieron las armas en todo el día. El torneo fue muy lucido, pues había numerosos caballeros por ambas partes.

En eso, ven al Caballero Blanco que llevaba escudo de plata con banda negra: empieza a combatir con tanta fuerza que todos los que no tenían armas lo contemplan admirados y lo mismo hacen muchos de los que estaban armados. Tenía abundantes lanzas fuertes y consigue vencer a cuantos se le enfrentan.

Gueheriet se dirige a mi señor Galván para decirle:

—Señor, ahí hay un caballero que combate con extraordinario valor y en la otra parte hay dos de nuestros hermanos y se encuentran con frecuencia y uno acabará teniendo que enfrentarse con él. Decidle al caballero que, por nuestro amor, no combata con nuestros hermanos, yo le diré lo mismo a ellos.

Pero los dos hermanos de mi señor Galván no estaban del otro lado porque quisieran combatir contra los compañeros del rey Arturo, sino porque en las asambleas ocurría muchas veces que los bachilleres ligeros y los hombres pobres se enfrentaban los primeros, y el día siguiente y el tercer día combatían todos, nobles y bachilleres.

Mi señor Galván se dirige al caballero y le dice:

—Señor, os ruego, y pido que no os enfrentéis con aquellos dos caballeros.

Se los señala y el caballero le responde que así lo hará, a no ser que se tenga que defender de ellos o que no le quede más remedio que hacerlo. Gueheriet, se dirige a sus hermanos y les dice lo mismo:

—¿Por qué no nos vamos a enfrentar a él?

—Porque es pariente nuestro.

—Por Dios —dice Agravaín—, tendremos que recompensarle por lo bien que lo hace.

A pesar de las palabras de Gueheriet, no le hacen caso: Agravaín se dirige contra el caballero, lo golpea y la lanza le vuela en pedazos a la vez que él lo derriba al suelo.

Toma su caballo y se lo entrega a mi señor Galván diciéndole:

—Tomad, señor, no puedo hacer otra cosa.

—Ya lo he visto.

Cuando Guerrehet ve caer a su hermano, galopa contra el caballero, picando espuelas y avanzando lo más deprisa que puede. Los caballos van veloces, las lanzas son gruesas y cortas, y los caballeros fuertes y vigorosos: se golpean en los escudos de modo que las lanzas vuelan hechas pedazos, pero no cayó ninguno de los dos, con lo que se enfadan y entristecen porque los dos querrían haber derribado a su compañero. Vuelven a alejarse, toman nuevas lanzas más gruesas y se dirigen el uno contra el otro, dándose grandes golpes en el escudo. Guerrehet vuelve a quebrar su lanza, pero el caballero lo golpea con tanta fuerza que lo derriba a él y a su caballo en un solo montón. Guerrehet lo ve y se lo enseña a mi señor Galván diciéndole:

—Mirad, señor, ahora vuelve a estar descansado.

Venció en hazañas a todos los caballeros aquel día. Cuando mi señor Galván ve que ha derrotado a todos y que ha derribado a sus dos hermanos, piensa que es el caballero que está buscando. Va al castillo, llama a la doncella que le tenía que decir el nombre del caballero, y ésta va a su encuentro fuera de las murallas montada en un palafrén:

—Doncella —le pregunta Galván—, ¿qué pasa con el nombre del caballero que me teníais que decir?

—Pienso que es el caballero que ha vencido a los otros.

—Tengamos cuidado ahora para saber a dónde se dirigirá tras el torneo.

—Tenéis razón.

No pasó mucho tiempo antes de que terminara el torneo; era pasada la hora de vísperas. El caballero vencedor se va, entrando en el bosque, a casa de un caballero viejo retirado. Pero mi señor Galván y la doncella lo siguen, alcanzándolo en el bosque:

—Dios os guíe, señor, le dice Galván.

Éste lo mira y lo reconoce; le responde entonces que Dios lo bendiga y que siente mucho que lo haya alcanzado.

—Señor —le dice mi señor Galván—, decidme quién sois.

—Señor, soy un caballero, como muy bien podéis ver.

—Caballero sois, sin lugar a dudas, uno de los mejores del mundo, pero decidme cómo os llamáis.

—No os lo diré.

—Buen amigo —dice entonces la doncella—, decídselo, pues si no se lo decís vos, lo haré yo, porque ha padecido tanto que merece saberlo.

No contesta, sino que se mantiene callado.

—Señor —le dice la doncella a Galván—, veo que no os lo va a decir, pero yo sí, pues no pienso ser perjura: es Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benoic. Él ha sido el vencedor en la asamblea de hoy; venció también en la del otro día, llevando armas

rojas; y fue él el que hizo que el rey entrara en la Dolorosa Guardia.

—Eso me alegra mucho.

—Vos —le sigue diciendo la doncella— le tenéis que guardar un gran amor, pues os sacó de la prisión y por eso estuve yo tanto tiempo en la Dolorosa Guardia.

Se humilla entonces mi señor Galván ante él, diciéndole:

—Señor, por Dios, decidme si es verdad lo que acaba de contarme.

Él enrojece de forma que todo el rostro se le enciende; mira a la doncella encolerizado y le contesta a mi señor Galván:

—Señor, os ha dicho lo que ha querido, y bien podría haberse callado; con respecto a mí no os voy a decir nada, pues no quiero confirmar ni desmentir sus palabras.

—Ciertamente, señor, aunque no lo digáis, estoy convencido de que me ha contado la verdad. Ahora me voy a ir, pues ya he encontrado lo que iba buscando, gracias a Dios.

Mi señor Galván se vuelve al castillo, donde hace saber a mucha gente que había llegado al término de su búsqueda. El caballero y la doncella se van por otro lado: él con mala cara y ella siguiéndolo. Dos de sus escuderos que habían estado todo el día con él en el torneo se adelantaron para preparar el alojamiento.

Así, lo conoció mi señor Galván y él no se atrevió a volver al día siguiente a la asamblea, pues temía que lo reconocieran. Y ahora la historia deja de hablar de él y de su compañía y vuelve a mi señor Galván, que estaba muy contento por haber dado fin a su búsqueda.

XLII

Al día siguiente, mi señor Galván se armó y combatió muy bien, aunque la historia no dice nada más, sino que los compañeros del rey Arturo se llevaron la mejor parte del torneo y que en él perdió mucho el rey de Más Allá de las Marcas, y que él mismo quedó gravemente herido.

Por eso, terminó la asamblea sin que se hicieran grandes proezas. Guerrehet ganó el premio de ambas partes.

Después, mi señor Galván fue a la corte de su tío el rey, llevando a la otra doncella que se había quedado con él. Se encontró con el rey en Carduel; al verlo, el rey se puso muy contento, igual que la reina y todos los de la corte.

—Buen sobrino —le pregunta el rey—, ¿habéis dado fin a vuestra búsqueda?

—Sí, señor.

—¿Quién fue el caballero que hizo que entráramos en la Dolorosa Guardia?

—Fue Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benoic; fue el mismo que venció en la asamblea del rey de Más Allá de las Marcas, con armas rojas. También ha vencido la asamblea de la que ahora venimos, y he hablado con él: es uno de los caballeros más hermosos del mundo, el mejor proporcionado en sus miembros y uno de los mejores que existen; si vive lo suficiente, será el mejor.

La noticia se ha difundido y la conocen todos, caballeros y damas. Lo primero que se supo en la corte fue que se llamaba Lanzarote del Lago y que era hijo del rey Ban de Benoic; que estaba sano y vivo, para gran alegría de muchas gentes, pues durante mucho tiempo habían pensado que murió siendo niño. De tal modo llevó mi señor Galván su nombre a la corte.

Pero ahora la historia no habla más de mi señor Galván, ni del rey, sino que vuelve al caballero cuyo nombre ha sido revelado en la corte.

XLIII

El caballero, después de que lo conociera mi señor Galván, pasó la noche en el bosque, en casa del vasallo. El día siguiente se levantaron temprano él, la doncella y los escuderos; cabalgaron en dirección contraria a la asamblea, pues no se atrevía a ir temiendo que lo reconocieran. Cabalgaba completamente armado, aunque no lleva puesto el yelmo ni el escudo, que lo siguen teniendo los escuderos cubierto con la tela.

La doncella le cuenta las proezas de mi señor Galván, tal como las ha visto. Así cabalgan durante mucho tiempo, hasta que un día llegaron a un río caudaloso y hondo: no ven puente alguno, pero había un vado y en la otra orilla había una alta fortaleza, rodeada a la distancia de un tiro de arco por el agua de una presa hecha con una alta empalizada.

Se dirigen al vado; lo atraviesan primero los escuderos; luego, la doncella y, por último, el caballero, y pasan a la otra orilla. Cuando llegan a la fortaleza, el vigía deja pasar a los escuderos y a la doncella, y a continuación cierra la puerta.

El caballero pregunta si podrá pasar como los otros.

—¿Quién sois?

—Soy un caballero del rey Arturo.

—Entonces no pasaréis, ni vos, ni nadie que sea del rey Arturo.

—Si no puedo conseguir otra cosa, haced que vuelvan mis escuderos y la doncella.

Le contesta que no lo hará. El caballero, en vista de que no logra nada, se vuelve. En la ventana de la fortaleza había una dama, que llamó al criado que llevaba el escudo del caballero; la dama le sale al encuentro y le dice al portero:

—Ve rápidamente tras el caballero, pues es el mejor del mundo.

Salta sobre un caballo fuerte y rápido, atraviesa el río y regresa acompañado por el caballero; la dama le sale al encuentro y le dice antes de que llegue a la fortaleza:

—Señor caballero, por lo que más queráis, aceptad el alojamiento aquí esta noche, a menos que tengáis algo que hacer para lo que pueda ser deshonroso que os alberguéis temprano.

—Señora, me lo pedís de tal forma que no me queda más remedio que hacerlo.

Entra en la fortaleza y ella lo lleva a unas habitaciones hermosísimas que hay en la parte de arriba. Le quitan las armas y se queda completamente desnudo: era bello y agradable de ver, y la dama lo contempla a gusto. Les preparan comida y a la hora de sentarse a la mesa, llegó un caballero armado, que era el señor del lugar. La dama se levanta y le dice:

—Señor, tenéis un huésped.

—¿Quién es?

—Es el caballero vencedor de la asamblea del otro día.

—No os creo, si no veo su escudo.

La dama lo toma de un colgador en el que estaba y se lo enseña al descubierto. El dueño del escudo muy enfadado le dice:

—Señora, apenas me habéis dado albergue y ya me estáis causando enojos y afrentas.

—Señor, pensaba honraros con ello.

—Señor —dice el caballero de la fortaleza—, no os pese, pues sois el caballero del mundo al que yo más deseaba conocer.

Entonces se hace desarmar, se sienta a su lado y le cuenta que los había derribado a él y a su caballo en la asamblea, golpeándoles con tanta fuerza que por poco no se le reventó el corazón a él.

Hablaron hasta que la comida estuvo preparada; comieron y, después le preguntó el caballero de fuera al de la casa que de dónde venía armado de tal forma.

—Señor, de un puente que hay ahí abajo; todos los días lo guardo frente a los caballeros del rey Arturo.

—¿Por qué?

—Señor, para saber si pasa por él un caballero que juró a un caballero herido que lo vengaría de todos aquellos que dijeran que amaban más al que lo hirió. El herido era enemigo mío y nos odiábamos a muerte; el que lo hirió era el hombre del mundo al que yo más amaba, pues era hermano de mi madre; me gustaría que viniera por aquí el que juró tal cosa, pues querría morir con tal de darle muerte.

Cuando el caballero lo oye, siente mucho lo que dice, y deja de hablar. Las camas ya estaban preparadas; van a acostarse, pero el caballero no se encuentra a gusto, sino que llora y se lamenta profundamente, pues tendrá que combatir el día siguiente contra el hombre del mundo que le había tributado mayores honores y mejor compañía, y no puede dejar de combatirlo, porque sería perjurio: está tan a disgusto que no sabe qué hacer, si enfrentarse con su huésped o perjurar; con tal preocupación se debate durante más de media noche.

Al día siguiente se levantó muy temprano y se vistió las armas, dejando al descubierto la cabeza y las manos; después, se dirige al señor del lugar que se estaba armando, y le dice:

—Buen señor, me habéis servido y honrado mucho; por vuestra hospitalidad os pido un don en beneficio vuestro y con el que me tendréis ganado para siempre.

Le cae a los pies y él corre a levantarlo, pues le desplace la situación, diciéndole que le concederá lo que le pida si no es algo deshonroso. El caballero le responde que es en su provecho si se lo concede, a lo que el otro se lo otorga para tenerlo ganado para siempre.

—Muchas gracias. Os suplico que digáis, mientras que yo esté aquí, que amáis más al caballero herido que al que lo hirió.

—¡Ay, Santa María! ¿Sois vos el que debe vengar al herido?

—Sí —le responde llorando—, así es.

Se desmaya, y al volver en sí le dice al caballero:

—Buen señor, marchaos. Os digo que amo más al herido que al muerto.

Y vuelve a desmayarse. Entonces se van el caballero, sus escuderos y la doncella.

Al cabo de un rato, ve llegar al que los había hospedado, que los sigue picando espuelas, completamente armado. Cuando los alcanza, le dice al caballero:

—Señor, no me tengáis por desleal, pero no os prometí mantener lo dicho sino mientras estuvierais en mi casa. Ahora sabed que yo amaba más al muerto, y que no podéis iros sin combatir contra mí.

Al ver que no puede ser de otra forma, se separa de él y chocan dándose grandes golpes, de modo que se derriban de los caballos al suelo, con los animales encima. Vuelven a montar, se quitan los escudos del cuello, desenvainan las espadas y combaten con grandes tajos: ambos pierden sangre por muchos lugares, pero al fin no puede resistir el que le había dado alojamiento, pues nadie podría resistírsele, y empieza a cederle terreno a su pesar. El buen caballero le combate de cerca y continuamente le suplica que diga que ama más al herido que al muerto; pero no quiere hacerlo, al contrario, lo amenaza más que al principio y jura que no lo hará.

Entonces se enfada el buen caballero, le ataca, lo acosa y descarga tantos golpes contra él que lo obliga a apoyarse en el suelo con ambas palmas de las manos y se le echa encima, le arranca el yelmo y le vuelve a suplicar que lo diga para poder salvarse, pero no quiere hacerlo. Entonces, el buen caballero se aflige mucho y dice que —si Dios quiere— no lo matará con armas: lo arrastra hasta el río y lo echa dentro. Cuando ve que se está ahogando empieza a llorar amargamente.

Pero ahora deja la historia de hablar de él y de las aventuras que le sobrevinieron y vuelve a hablar del rey Arturo, desde el momento en que lo dejó.

LIBRO 2.

El libro de Galahot

XLIV

Según cuenta la historia, el rey Arturo estuvo durante mucho tiempo en Carduel, y no ocurrían muchas aventuras, con lo que se aburrían los compañeros, porque llevaban mucho tiempo allí sin ver nada de lo que estaban acostumbrados a ver. Y al senescal Keu le molestaba más que a nadie: hablaba frecuentemente y decía ante el rey que aquella inactividad era muy aburrida y que ya duraba demasiado.

—Keu —le pregunta el rey—, ¿qué queréis que hagamos?

—Yo aconsejaría que fuéramos a Camelot.

Al día siguiente se iban a poner en marcha, pero por la noche le ocurrió al rey una cosa extraordinaria, pues soñó que se le caían todos los pelos de la cabeza y de la barba; esto le asustó mucho y por eso se quedaron en la ciudad. Tres noches más tarde volvió a soñar que se le caían los dedos de las manos; se asustó más que antes, y se lo dijo a su capellán:

—Señor —le contestó—, no os preocupéis, pues los sueños no son nada.

Después se lo dijo a la reina que le respondió lo mismo.

—Por Dios —exclamó—, no me conformo con eso. Convoca a sus obispos en Camelot veinte días más tarde, y que lleven a los clérigos más sabios que conozcan.

Entonces se va de Carduel, deteniéndose en sus castillos y fortalezas, de modo que llega a Camelot quince días más tarde y cinco días después acudieron los clérigos.

Les pide que le aconsejen acerca de su sueño; ellos eligen diez de los más sabios y le dicen que serán éstos quienes le darán consejo, si es que alguien puede hacerlo. El rey hace que los encierren y les dice que no saldrán de la prisión hasta que le expliquen el significado de sus sueños. Durante nueve días comprobaron sus conocimientos, y al cabo le dijeron al rey que no habían llegado a ninguna conclusión.

—Me da igual —les dice el rey—, no os dejaré salir. Le piden entonces un nuevo plazo, y él se lo concede. Vuelven a decirle que no han conseguido averiguar nada, «pero dadnos tres días más, igual que vos soñasteis con tres noches de diferencia».

—Os daré ese nuevo plazo, pero no tendréis ninguno más.

Al cabo de los tres días le dijeron que no habían llegado a ninguna conclusión.

—Me da igual. Haré que os maten a todos si no me decís la verdad.

—Podéis hacer con nosotros lo que queráis, pues no os diremos nada más.

Entonces piensa el rey que hará que teman por sus vidas; manda que preparen una gran hoguera y ordena que arrojen a ella a cinco, y que los otros cinco sean ahorcados. Así lo ordenó ante ellos, pero les dijo en secreto a sus alcaides que no lo fueran a hacer, sino que sólo los asustaran. Llevaron a cinco a la horca y cuando tenían las cuerdas al cuello temieron por sus vidas y dijeron que si los otros cinco querían decir algo, que ellos también hablarían. La noticia llegó a los que iban a ser quemados, que dijeron que ya que los otros se habían ofrecido a confesar la verdad, que ellos también lo

harían.

Se reunieron ante el rey, y el más sabio tomó la palabra:

—Señor, os vamos a decir lo que encontramos, pero no queríamos que nos consideraraís malos ni mentirosos si las cosas no ocurren del modo que os diremos; deseábamos y deseamos que, sea como sea, nos prometáis que no nos sobrevendrá ningún daño.

El rey se lo promete. Y el sabio continúa:

—Señor, estad seguro de que perderéis todos los honores terrenales y aquellos en los que más confiáis os tendrán a su merced, pues así tiene que ser.

Ante estas palabras el rey se asusta y les pregunta:

—Decidme si hay algo que me pueda salvar.

—Señor, hemos visto una cosa, pero sólo pensarlo es una gran locura, y por eso no nos atrevemos a decíroslo.

—Hablad tranquilamente, pues no me podríais decir nada peor de lo que ya me habéis dicho.

—Os lo revelaré: nada os puede salvar de perder todo el honor si no lo hacen el león acuático y el médico sin medicina aconsejados por la flor. Esto nos parecía tal locura que no nos atrevíamos a decíroslo.

El rey se queda muy sorprendido con esto.

Otro día decidió ir al bosque a ejercitarse; se puso en marcha muy temprano y le dijo a mi señor Galván que iría con él y con Keu, el senescal, y con otros tres de su agrado.

Ahora, la historia deja al rey y a su compañía y vuelve al caballero cuyo nombre había llevado mi señor Galván a la corte; y habla a partir del momento en que se fue del lugar donde había combatido contra el caballero que le dio alojamiento.

Cuando el vencedor de la asamblea se marchó, después de combatir contra el caballero que lo había albergado, cabalgó durante todo el día sin encontrar ni una aventura. Pasó la noche en casa de una dama viuda, a la salida del bosque, desde donde no había más de cinco leguas a Camelot. El caballero se levantó temprano, se fue de su alojamiento y cabalgó con su doncella y sus escuderos hasta que se encontró a otro escudero.

—Criado, ¿a dónde vas? ¿Conoces alguna noticia?

—Sí, mi señora la reina está aquí, en Camelot.

—¿Qué reina?

—La mujer del rey Arturo.

El caballero se va y cabalga hasta una fortaleza: en la ventana ve a una dama en sobrecota y en camisa, que estaba contemplando el campo y el cercano bosque. La dama se había cubierto, y con ella estaba una doncella cuyas trenzas le caían por los hombros. El caballero comienza a contemplar a la dama, olvidándose de todo. En ese momento pasa por allí un caballero completamente armado:

—Señor caballero, ¿qué estáis mirando?

El otro no le contesta, pues no lo había oído.

El caballero le golpea y vuelve a preguntarle lo mismo.

—Miro lo que me da la gana y vos no sois nada cortés al sacarme de mis pensamientos.

—Por la cosa que más queráis del mundo, ¿sabéis quién es la dama a la que estáis mirando?

—Creo que sí sé quién es.

—¿Quién?

—Es mi señora la reina.

—Por Dios, sí que la conocéis bien ¡Los diablos del infierno os han hecho mirarla!

—¿Por qué?

—Porque ahora no os atreveréis a seguirme pasando por delante de la reina.

—Si vais a un lugar al que yo no me atreva a seguiros, habréis superado a los más atrevidos del mundo.

—Eso lo vamos a ver ahora.

Entonces se vuelve, seguido por el caballero y al cabo de un rato, le dice el otro:

—Buen señor, esta noche os albergaréis conmigo y mañana os llevaré al lugar que os he prometido.

El otro le pregunta si tiene que ser así, a lo que le contesta que sí; entonces le dice que lo hará de ese modo.

Se albergó aquella noche en casa del caballero, que estaba a la orilla del río de Camelot; y allí estuvieron desde mediodía. Por la noche le dieron una habitación buenísima, igual que a la doncella y a sus criados.

Pero ahora la historia no hablará más de él, sino que vuelve al rey Arturo.

XLVI

Aquí dice la historia que el rey volvió del bosque pasada la hora de nona. Por la noche, cuando estaba sentado a cenar entró un caballero de edad que parecía hombre sabio y de santa vida; iba completamente armado, a excepción de la cabeza y de las manos; se dirigió al rey con la espada ceñida y, sin saludarlo, empieza a decir ante su misma mesa:

—Rey, a ti me envía el más valiente de cuantos son de su edad: es Galahot, hijo de la Bella Jayana. Te ordena que le entregues tu tierra o que aceptes recibirla de él, como vasallo. Si quieres ser vasallo suyo, te estimará más que a todos los reyes que ha vencido.

—Buen señor, mi tierra no la he recibido, ni la recibiré de nadie, sino de Dios.

—Lo siento, pues perderás el honor y la tierra.

—No me importa nada lo que decís, pues, si Dios quiere, no podrá hacer todo eso.

—Rey Arturo, mi señor te desafía; de su parte te digo que el encuentro tendrá lugar dentro de un mes en tu propia tierra; cuando llegue no volverá a marchar sin haberla conquistado, te quitará a Ginebra, tu mujer, cuya belleza y valía ha oído ponderar por encima de todas las damas del mundo.

—Señor caballero, he oído lo que habéis dicho. A pesar de vuestras grandes amenazas no conseguiréis asustarme. Que cada uno haga lo que mejor pueda. Cuando vuestro señor me haya quitado la tierra, lo sentiré; pero no podré hacerlo.

Con esto, se va el caballero y en la puerta de la sala se vuelve hacia el rey y le dice:

—¡Ay, Dios, qué dolor y qué desgracia!

Monta un caballo y se va con otros dos caballeros que estaban esperándole en la puerta. El rey le pregunta a su sobrino, mi señor Galván, si conocía a Galahot y le responde que no, igual que la mayor parte de los caballeros que había allí. Pero Galegantín el Galés, que había recorrido muchas tierras, avanza un poco y le dice al rey:

—Señor, yo conozco a Galahot; es más de medio pie más alto que cualquier caballero; es el hombre más querido del mundo por su gente, y el que más batallas ha vencido de su edad, pues es joven, y quienes lo han tratado dicen que es caballero de noble corazón, de agradable trato y muy generoso. De eso, no puedo decir nada, pues no creo que nadie os supere, pues si lo creyera, preferiría estar muerto antes que seguir vivo.

El rey deja de hablar del asunto y dice que por la mañana quiere volver a ir al bosque; avisa a los que desea que le acompañen, advirtiéndoles que saldrán temprano, tras oír misa. Y así lo hizo el día siguiente.

Pero la historia no sigue hablando de él, sino que vuelve a hablar del vencedor de la asamblea, desde el momento en que se alojó con el caballero al que debía seguir por la mañana.

XLVII

Después de que el caballero vencedor de la asamblea pasara la noche en casa del que lo había sacado de sus pensamientos, se levantó muy temprano y siguió a su huésped por donde lo llevó, aunque dejó a la doncella y al escudero en la casa, pues pensaba volver por allí. El huésped va por delante y él lo sigue, y de este modo llegan a Camelot. El buen caballero contempla la ciudad y le parece que ya había estado en ella en otra ocasión. Mira el asentamiento de la ciudad, su torre y las iglesias, hasta que se da cuenta de que es Camelot, donde fue armado caballero; empieza a recordar y su marcha se hace más lenta. Mientras, su huésped va por delante muy deprisa, pues quiere saber si él se retrasa por cobardía o porque está meditabundo; de este modo llega a los alojamientos del rey, que tenía la costumbre de que su albergue estuviera siempre a orillas de un río y que el río rodeara sus aposentos. Al llegar, el caballero mira las casas y ve en la galería a una dama, que era la reina, que había ido allí acompañando al rey que se iba al bosque; se había quedado apoyada en la galería porque no tenía ganas de dormir: llevaba una sobrecota y un manto corto y se había envuelto en él porque ya empezaba a hacer frío.

Cuando vio llegar al caballero, se suelta el manto; él se detiene al otro lado del río y dice:

—Señora, ¿quién sois? Si sois la reina, decídmelo.

—Sí, buen señor, lo soy, ¿por qué lo preguntáis?

—Señora, porque sin duda lo debéis ser y si no lo fuerais, os pareceríais mucho a ella. Os miro por el caballero más loco que conozco.

—¿Quién es, señor caballero? ¿Sois vos?

—No, señora; es otro.

Entonces empieza a dirigirse hacia el bosque y la reina lo vuelve a llamar y le ruega que le diga quién es el caballero por el que la miraba; no quiere contestarle, pues temía que el otro se avergonzara y se lo tomara a mal, y que la reina reconociera al que iba tras él. Por eso, se vuelve y toma un sendero distinto del que había tomado el rey.

No tardó mucho en llegar el otro caballero, que bajaba por la orilla del río. Se detuvo en una represa en la que había mujeres lavando ropa, y les pregunta:

—¿Habéis visto pasar a un caballero?

Le responden que no, y era verdad, pues acababan de llegar y no habían visto al que pasó. Cuando la reina ve que no encuentra quien le dé noticias, le grita:

—Señor caballero, yo he visto al que vais buscando: va hacia el bosque.

El caballero levanta la cabeza, ve a la reina que estaba en la galería, y la reconoce por la voz.

—¿Es cierto, señora? ¿Hacia dónde va?

—Va hacia el bosque —se lo señala—, id de prisa, pues hace ya un rato.

El caballero pica espuelas y va hacia donde le ha indicado, aunque deja ir al caballo por donde quiere, porque no cesa de contemplar a la reina. El caballero tenía ganas de beber, se dirige hacia el río y entra en él. La orilla era alta y el río hondo, pues no había un vado en el sitio donde estaba la reina, sino que el agua daba en la pared de las casas. Cuando el caballo llega allí, no puede salir, se vuelve hacia atrás y nada hasta cansarse. El río era tan profundo que el caballo empieza a perder el aliento: el agua llega a los hombros del caballero, que no hace nada para salir, sino que deja que el animal vaya por donde quiera. Cuando la reina lo ve en semejante peligro, empieza a gritar: «¡Santa María!». Entonces se presenta Yvain, hijo del rey Urién, preparado como estaba para ir al bosque, porque pensaba haberse levantado temprano, pero se había entretenido demasiado. Mi señor Yvain se dirigió a él montado en un caballo de caza fuerte; llevaba arco y carcaj, y el sol estaba ya alto y calentaba, como puede calentar el sol entre los días de Todos los Santos y de Navidad.

Había ido a la sala y había preguntado por el rey; cuando le dijeron que ya se había marchado, pregunta que dónde está la reina, y le dicen que en la galería. Mi señor Yvain fue allí entonces; cuando lo ve la reina, le empieza a gritar:

—¡Señor Yvain, en el río se está ahogando un caballero!

—¡Por Dios! ¿Cómo?

—Buen señor, su caballo se ha metido en el agua con él, y se va a ahogar.

Cuando mi señor Yvain lo ve en tal peligro, siente una gran compasión, se dirige hacia allí y entra en el agua —así lo cuenta la historia—, metiéndose hasta el cuello; el caballo estaba tan cansado y tan aturdido que no le servía de nada, y el agua ya se había cerrado una vez por encima del yelmo del caballero. Mi señor Yvain le sujeta el caballo por el freno, lo lleva a la orilla y lo saca del agua; el caballero estaba completamente mojado, cuerpo y armas.

Mi señor Yvain le pregunta:

—Buen señor, ¿quién sois, y cómo os habéis metido en el río?

—Señor, soy un caballero, y estaba abrevando a mi caballo.

—De mala manera lo hacíais, pues por poco no os habéis ahogado. ¿A dónde vais?

—Señor, seguía a un caballero.

Mi señor Yvain lo reconocería si llevara el escudo que tuvo en la asamblea, pero lo había dejado en casa del caballero al que iba siguiendo, y había tomado uno viejo y oxidado, y por ése pensó su huésped que sería conocido en la corte del rey Arturo. Mi señor Yvain lo tuvo en poco, pensando que era un caballero de escasa calidad. Le pregunta si va a seguir al caballero, a lo que le responde que sí; lo acompaña al vado; atraviesa y empieza a contemplar a la reina, y la corriente arrastra a su caballo.

Después de salir del río no había cabalgado mucho cuando se encontró con Dagenet el Loco, que le pregunta que a dónde va, pero él está pensativo y no le

contesta. Daguinet le dice entonces:

—Consideraos prisionero.

Se lo lleva sin ninguna oposición por parte del caballero.

Mientras tanto, mi señor Yvaín había vuelto al lado de la reina, y ella le dice:

—Ciertamente, ese caballero se hubiera ahogado si no hubierais estado vos.

—Señora, en mala hora sería, pues era muy hermoso.

—Es admirable que se haya ido en busca del otro.

No había pasado mucho tiempo cuando lo vieron llegar con Daguinet.

—Mirad —dice la reina—, no sé quién ha apresado a nuestro caballero.

Se dirige entonces mi señor Yvaín hacia el vado y al reconocer a Daguinet se asusta.

Lo lleva ante la reina.

—Señora, Daguinet ha apresado al caballero.

—Daguinet —le pregunta la reina—, por la fe que le debéis a mi señor el rey, ¿cómo lo habéis apresado?

—Lo encontré junto al río y no quiso decirme ni una palabra; le sujeté el freno y no se defendió, y me lo he traído prisionero.

—Aquí podría estar bien —dice mi señor Yvaín—; yo le daré alojamiento, si vos queréis.

—De acuerdo —contesta Daguinet.

Entonces, se echan a reír Daguinet, la reina y todos los que están oyéndolo, pues ya se habían reunido numerosos caballeros, damas y doncellas.

Daguinet era un caballero sin tacha, pero muy simple y el más cobarde de cuantos conocían. Todos se burlaban de él por las grandes locuras que hacía y que decía, pues buscaba aventuras y, cuando regresaba, decía que había matado a un caballero, a dos o a tres; y por eso se alegró tanto con éste.

La reina contempla al caballero y lo ve bien proporcionado de cuerpo y de miembros, mejor que ningún otro.

—Daguinet —dice la reina—, por la fe que le debéis a mi señor el rey y a mí misma, ¿sabéis quién es?

—Señora, por Dios, no; y no me dijo ni una palabra.

El caballero llevaba la lanza del través y al oír hablar a la reina levantó la cabeza, abre la mano y se le cae la lanza de forma que la punta rasga la seda del manto de la reina.

Ella lo mira y le dice a mi señor Yvaín en voz baja:

—Este caballero no parece muy en su juicio; desde luego no tuvo mucho seso al dejarse apresar así por Daguinet, pues al menos podría haberse defendido un poco, y todavía no nos ha dirigido la palabra.

—Le voy a preguntar quién es. ¿Señor, quién sois?

El caballero mira a su alrededor y se encuentra en medio de una sala.

—Señor, soy un caballero, como podéis ver.

—¿Qué buscabais aquí?

—No lo sé, señor.

—Estáis prisionero —le dice Yvain—, y yo respondo por vos.

—Eso me parece.

—Señor caballero, ¿me diréis algo más?

—Señor, no sé qué deciros.

—Señora —le dice Yvain a la reina—, yo respondo por él; si vos me avaláis ante Daguenet, lo dejo ir.

—¿Sí?, le pregunta riéndose. De acuerdo, os avalaré.

—Entonces, lo dejo en libertad.

Mi señor Yvain le devuelve la lanza, lo acompaña por las escaleras y le indica el vado:

—Buen señor, ése es el vado y ése es el camino que tomó el caballero al que ibais siguiendo.

Atraviesa el vado y toma el camino del bosque tras el caballero. Mi señor Yvain regresa a su albergue con prisa y monta sin calzarse las espuelas, para seguir de lejos al caballero por el bosque, pues no quiere que se dé cuenta.

El caballero entra en el bosque y allí ve al caballero al que iba siguiendo y sobre una cuesta ve el gonfalon de una lanza: se dirige hacia allí y, al llegar, empieza a hablar con el caballero:

—Señor caballero, os he seguido hasta alcanzaros, decidme, ¿qué queréis?

—Quiero que me entreguéis vuestro caballo y vuestras armas.

—No lo haré.

—Sí que lo haréis, queráis o no, pues os los quitaré a la fuerza.

—No lo conseguiréis, mientras yo pueda.

El caballero baja la pendiente, se aleja en medio de la pradera, toma el escudo y la lanza, y se dirige contra él. Éste se da cuenta de que quiere golpearle y se prepara. Ambos pican espuelas a los caballos; el que estaba en la cuesta alcanza al otro en el escudo, y la lanza le vuela hecha pedazos; el otro lo golpea con tanta fuerza que lo tira por encima de la grupa del caballo. Le sujeta el caballo por el freno y se lo entrega:

—Tomad, vuestro caballo; ahora me voy a marchar, pues tengo otras cosas que hacer en vez de quedarme aquí.

El caballero se vuelve a poner en pie, diciendo:

—No os iréis así; tenéis que combatir conmigo.

—¿Con vos?

—Sí, conmigo.

Se retira un poco, descaburga y saca la espada; colocándose el escudo delante, ataca al caballero que, por su parte, desenvaina. Se golpean con violencia en el yelmo y en los

escudos. El caballero que había sido apresado por Dagueneet lo acosa sin cesar y le ataca con rabia. El otro le cede el terreno, pues ve que no podría resistir mucho y le dice:

—¡Deteneos! No seguiré combatiendo contra vos; venid conmigo y os enseñaré cosas extraordinarias.

—¿A dónde tengo que ir?

—No está lejos.

—Entonces, iré con gusto.

Montan los caballos: el caballero de Dagueneet no había roto su lanza, y sigue al otro.

Mi señor Yvain oyó todo lo que habían hablado y decide ir tras ellos. Al cabo de un rato, el caballero que iba delante le dice al otro:

—Ahí tenéis a los dos gigantes que dominan esta tierra desierta: nunca se atrevió a pasar cerca de donde viven nadie que amara al rey Arturo, a la reina o que fuera de los de su mesnada. Id contra ellos si queréis: ahí está uno y allí el otro.

El caballero no dice nada, sino que embraza el escudo, se coloca la lanza bajo el brazo, pica al caballo con las espuelas y dirige la cabeza del animal hacia uno. El gigante lo ve venir y desde lejos le grita en voz alta:

—Caballero, si odias al rey Arturo, a la reina y a la gente de su corte, ven tranquilo, pues no tienes que preocuparte de nosotros; si los amas, considérate muerto.

—Los amo.

El gigante levanta una gran maza y piensa golpear con ella al caballero, pero era tan grande y tenía el brazo tan largo que el golpe cae más allá del caballero y del caballo, y la maza se hunde en el suelo. El caballero lo alcanza en mitad del cuerpo y lo deja muerto al atravesarlo con la lanza. El otro gigante levanta su maza y golpea encima de la grupa del caballo, partiéndole las patas traseras. El caballero salta en pie, desenvaina la espada, enfadado por la muerte de su caballo, se coloca el escudo delante, y se dirige hacia el gigante, que vuelve a levantar la maza para golpear: lo alcanza en el escudo y después llega al suelo. El caballero hiere al gigante con la espada en el brazo, haciéndole volar maza y puño al medio del campo. El gigante levanta el pie e intenta golpearle, pero el caballero le da un tajo en la pierna, cortándole el pie y haciendo caer al gigante.

En esto, una doncella pasa por donde estaba mi señor Yvain mirando el combate; era hermosa y estaba bien vestida.

—Señor caballero —le dice—, es la tercera.

Mi señor Yvain no entiende nada, sino que se dirige hacia el caballero que, al verlo, le dice:

—¿Habéis visto, señor caballero, que esos villanos me han matado el caballo? Ahora tendré que ir a pie.

—Señor, no lo haréis, por Dios, pues yo os daré el mío, pero decidle a ese caballero que me lleve a la grupa del suyo a Camelot.

Entonces le dice al otro caballero:

—Desmontad.

Así lo hace; a continuación, le dice a mi señor Yvaín:

—Señor, montad en la silla; él montará detrás de vos.

Mi señor Yvaín obedeció y el otro montó en la grupa, armado como estaba.

De este modo se va a sus asuntos el caballero vencedor de los gigantes. Mi señor Yvaín y los otros vuelven a Camelot. Cuando llegaron, la reina estaba vestida y arreglada y había oído misa; mi señor Galván la acompañaba de la iglesia, y la sala estaba llena de caballeros. Los que estaban asomados a las ventanas en las galerías empiezan a decir:

—Mirad algo extraordinario; mi señor Yvaín regresa con un caballero armado.

Mi señor Yvaín llegó al pie de la escalinata, y allí descabalgó.

—Señor —le dice el caballero—, yo me voy a ir.

—Id con Dios, que os dé buena ventura.

El caballero se marcha y mi señor Yvaín sube a la sala, donde encuentra a mi señor Galván y a la reina, que han regresado de la iglesia.

—Señor Galván —dice—, se habla de las muchas maravillas que ocurren en Camelot, según dicen, y dicen verdad, pero no creo que haya aquí ningún caballero que haya visto tantas como he visto yo hoy.

—Contadnos, dice mi señor Galván.

Empieza a contar, ante la reina, mi señor Galván y ante los demás, todo cuanto había visto referente al caballero: cómo había combatido contra el otro, al que hubiera vencido si hubiera querido, cómo había dado muerte a uno de los gigantes y cómo le había cortado al otro un puño y un pie.

Daguenet se adelanta y dice:

—Es el caballero al que he apresado, es el caballero al que he apresado el que ha hecho todo eso.

—Así es —dice Yvaín—, es el mío.

—Por Dios —dice Galván—, a ese caballero lo tengo que coger. Ahora me encuentro muy mal. Por Dios, si lo hubierais retenido estaríais todos contentos.

—Aún os diré más —añade Yvaín dirigiéndose a mi señor Galván—: después de que venciera a los gigantes, llegó a mí una doncella que dijo: «Señor caballero, es la tercera».

Mi señor Galván lo oye, baja la cabeza y sonríe; la reina se da cuenta; toma por la mano a mi señor Galván y se van a sentar junto a una ventana; entonces le dice:

—Por la fe que nos debéis al rey y a mí, decidme por qué os habéis reído.

—Os lo voy a decir: porque la doncella dijo que «es la tercera». ¿Os acordáis de lo que os dijo la doncella que estaba prisionera en la torre? Vos lo oísteis tan bien como yo.

—No me acuerdo.

—Os dijo que tendríamos noticias del caballero que nos hizo entrar en la Dolorosa Guardia en la primera asamblea que tuviera lugar en el reino de Logres, en la segunda y en la tercera. Ésta ha sido la tercera. El caballero que ha dado muerte a los gigantes es Lanzarote del Lago, tenedlo por seguro.

—Os creo.

Mientras tanto, Daguenet hace tal ruido que no se puede soportar, diciéndoles a todos que él había apresado al buen caballero que había dado muerte a los gigantes, «y a un caballero así vosotros no lo apresaréis jamás».

De este modo esperan hasta el atardecer; cuando regresa el rey le cuentan la noticia de que un caballero había matado a los gigantes. El rey, sus compañeros y todas las gentes de aquella tierra se alegraron mucho. Daguenet se dirige al rey y le dice:

—Señor, por la fe que os debo, he apresado a ese buen caballero.

El rey se ríe mucho, y todos los demás también.

Pero ahora deja de hablar de ellos la historia, pues no sigue hablando del rey ni de sus compañeros, y vuelve a hablar del caballero que había matado a los gigantes.

XLVIII

Cuenta la historia ahora que después de matar a los gigantes el caballero cabalgó hasta atravesar todo el bosque. Entonces empezó a faltarle la luz; se encontró con un vasallo que volvía del bosque sin ningún acompañamiento más que el de un escudero que llevaba un corzo envuelto en un fardo que había cogido en el bosque.

Cuando el vasallo ve al caballero, lo saluda diciéndole:

—Señor, es ya hora de pensar en el albergue; tengo un alojamiento bueno y hermoso a vuestra disposición, si queréis, y os ofrezco de cena corzo de éste.

El caballero ve que ya es momento de tomar albergue, lo acepta y sigue al vasallo. En esto, llega la doncella que le había dicho a mi señor Yvain que «es la tercera»: así, se van los cuatro a casa del vasallo.

Aquella noche fueron bien hospedados. Por la mañana, después de oír misa, el caballero volvió a tomar su camino, como quien busca aventuras. Un día iba cabalgando él y la doncella, y llegaron a la hora de tercia a una calzada que tenía más de una legua de larga; había zanjas grandes y profundas a ambos lados. A la entrada de la calzada había un caballero armado con todas las armas. Cuando se acercó el caballero al que había apresado Daguenet, el otro avanzó hacia él y le pregunta que quién es, a lo que le contesta que es caballero del rey Arturo.

—Por Dios, no pasaréis por aquí, ni vos ni nadie que sea del rey Arturo, pues lo odio más que a nadie y no amaré a quien lo ame.

—¿Por qué?

—Porque los de su corte me han causado un gran daño en mi parentela.

—¿Qué daño?

—Un caballero herido fue a él hace mucho tiempo: tenía tres trozos de lanza en el cuerpo. Rogó que se los sacaran y así lo hizo un caballero que le juró sobre los Evangelios que le vengaría de cuantos dijeran que amaban más al que lo hirió que al herido. Después mató a un primo mío que era caballero muy valiente y esforzado. Pero el que ha emprendido tal acción tiene mucho más que hacer de lo que piensa, pues todavía le quedan muchos amigos del muerto.

—¿Cómo, sois vos de los que amaban más al muerto que al herido?

—Naturalmente, pues era tío mío.

—Lo siento, porque voy a tener que combatir contra vos, en vez de irme tranquilamente como pensaba.

—Entonces, ¿sois vos el que debe vengar al herido?

Él le contesta que hará lo que pueda.

—Me mataréis o vengaré a mi primo.

Van el uno contra el otro tan deprisa como pueden los caballos. El de la calzada

rompe la lanza y el otro golpea con tanta fuerza que lo derriba al suelo, pero era joven y ágil, y se puso en pie de inmediato; colocándose el escudo delante desenvaina la espada y de nuevo se atacan ambos; se descargan grandes golpes sobre los yelmos que les obligan a bajar la cabeza, y se destrozan las lorigas en muchos lugares. El combate continúa de forma que el caballero de la calzada empieza a cansarse y a ceder terreno cada vez más. El otro lo acosa, pues aún tiene fuerzas y suficiente aliento, y le hace volar en pedazos parte del escudo. Ha perdido mucha sangre y tiene roto uno de los lados del yelmo; el otro no lo deja: salta a él y le arranca de la cabeza el yelmo, arrojándolo tan lejos como puede; después le dice:

—Ahora tendréis que aceptar que preferís el herido al muerto.

—No veo por qué lo voy a tener que decir.

—Porque si no, moriréis.

Se le echa encima, mientras que el otro se coloca sobre la cabeza lo que le queda de escudo y se defiende con valentía durante un rato, pero no puede resistir mucho y vuelve a ceder terreno. El otro le ruega que diga que ama más al herido que al muerto, pero se niega. Entonces, le da un tajo que le alcanza el brazo izquierdo, hiriéndole gravemente: deja caer el escudo y tenía la cabeza al descubierto, pues no llevaba yelmo y acababa de perder el escudo. El otro le da un golpe con todas sus fuerzas y cuando se echa hacia atrás le descarga otro sobre la cabeza, abriéndosela hasta la boca, y cae muerto. El buen caballero lo siente mucho y le gustaría haberlo podido evitar. Vuelve a su caballo, que se lo sujetaba la doncella, y monta; de este modo empiezan a cabalgar por la calzada, hasta que se acercan a una ciudad llamada el Puy de Malohaut. Entonces los alcanzan dos escuderos: uno con el escudo y el otro con el yelmo; pasan a su lado sin decir una palabra y continúan al galope.

El caballero y la doncella se dirigen hacia la ciudad y cuando ya estaban cerca de la puerta, se levanta un gran griterío y salen a su encuentro más de cuarenta personas, entre caballeros y servidores. Le dan voces y le atacan todos juntos, rodeándolo con sus lanzas a él y a su caballo y derribándolos al suelo a ambos. Le matan el caballo, pero él se mantiene en pie, defendiéndose con la espada: les corta las lanzas y les mata los caballos que se ponen a su alcance pero cuando ve que no va a poder resistir, se sube a las escaleras de una casa fuerte que ve, y desde allí se defiende como puede, hasta que llega la señora de la ciudad. Lo habían acosado tanto que dos o tres veces había caído de rodillas. La señora le dice que se le rinda.

—Señora, ¿qué mal he hecho?

—Habéis dado muerte al hijo de mi senescal, que está aquí.

—Señora, lo siento, pero así tuve que hacerlo.

—Rendíos a mí: así lo quiero y así os lo aconsejo.

Le entrega la espada y ella se lo lleva a su casa, y nadie se atrevió a tocarlo después. La dama lo mete prisionero en una jaula que había en el extremo de la sala. Era una

jaula de piedra, ancha por abajo y estrecha por arriba, medía dos toisas por cada lado de la base y llegaba en altura hasta el techo de la sala. En las paredes de la jaula había dos ventanas tan transparentes que el que estaba dentro podía ver sin dificultad a los que entraban en la sala.

Era una jaula muy hermosa, cerrada con rejas altas y fuertes. Dentro, el caballero podía caminar.

La doncella no sabía nada de todo esto, pues había escapado de la puerta en la que se había hecho fuerte, y pensaba que había muerto: tuvo tal dolor que no se atrevió a volver al lado de su Dama del Lago, sino que entró en la primera casa de religión que encontró.

Ahora la historia deja de hablar de ella, del caballero y de la dama que lo ha apresado, y vuelve a hablar del rey Arturo.

XLIX

Según cuenta la historia, un día le envió la Dama de las Marcas un mensajero al rey Arturo a Camelot, lugar habitual de su residencia, diciéndole que Galahot, el hijo de la Jayana, había entrado en su tierra y se la había conseguido arrebatarse, a excepción de los dos castillos que tenía en el extremo más alejado.

—Rey Arturo —añade el mensajero— por eso os pido que acudáis a defender vuestra propia tierra, pues no podrá resistir por más tiempo si no acudís en su ayuda.

—Iré pronto. ¿Hay muchos combatientes?

—Sí, señor. Por lo menos cien mil caballeros.

—Mi buen amigo, decidle a vuestra señora que me pondré en marcha esta misma noche o mañana, para ir a combatir contra Galahot.

—Señor —le advierten sus gentes—, no lo podréis hacer, pues hay que esperar refuerzos; el enemigo tiene una gran tropa y vos tenéis muy pocos hombres aquí. Señor, no debéis arriesgaros.

—Que Dios no me vuelva a ayudar si permito que alguien entre en mi tierra dispuesto a causar daños, y permanezco en la ciudad tanto tiempo como he estado aquí.

Por la mañana se puso en marcha el rey; cabalgaron hasta el castillo de la dama, y allí plantan los pabellones para los más de siete mil caballeros que había reunido el rey, que además había dado órdenes para que acudieran los de lejos y los de cerca, a caballo o a pie, con tantos hombres como cada cual pudiera reunir.

Galahot estaba asediando el castillo con una gran cantidad de hombres a pie, que llevaban saetas envenenadas, y estaban bien armados. Con carros y carretas habían transportado hasta allí redes de hierro en tal cantidad que la retaguardia de su hueste quedaba rodeada, sin que tuvieran nada que temer.

Galahot supo que el rey Arturo había llegado, pero que todavía no tenía mucha gente; ordena entonces que acudan a su presencia los treinta reyes que había vencido y numerosos nobles.

—Señores —les dice—, el rey Arturo acaba de llegar, pero tiene pocos hombres según me han informado; sería poco honroso para mí atacarle en tal situación, pero quiero que algunos de mis hombres le den batalla.

—Señor —le dice el rey de los Cien Caballeros—, enviadme contra él mañana.

—De acuerdo.

Cuando empezaba a despuntar el alba, el rey de los Cien Caballeros se dirige a examinar la hueste del rey Arturo. Cerca del castillo donde está el rey, había una fortaleza denominada Pozo de Malohaut, y que distaba por lo menos siete leguas galesas del castillo. Entre el campamento del rey Arturo y la fortaleza había una elevada

colina, más próxima del campamento que de la fortaleza; allí subió el rey de los Cien Caballeros para contemplar la hueste del rey Arturo y le parece que debe tener más de siete mil caballos; a continuación, regresa al lado de Galahot y le dice:

—Señor, he visto su gente; no tiene más de diez mil caballeros.

A sabiendas incrementa el número de los enemigos, pues no quería ser criticado por la gente de Galahot.

—Tomad diez mil de vuestros caballeros —le dice éste—, los que queráis, y atacadles.

—Con gusto lo haré, señor.

Los escogió y se armaron con todo su equipo; después, se dirigió contra la hueste del rey Arturo, que estaba aún sin prepararse ni organizarse.

En el campamento se supo que los caballeros de Galahot se dirigían hacia allí: se arman rápidamente y mi señor Galván se presenta a su tío el rey y le dice:

—Señor, los caballeros de Galahot vienen a combatir contra nosotros, pero no viene el grueso de su ejército y, por tanto, tampoco vos combatiréis.

—Está bien, pero vos iréis a enfrentaros con ellos, llevando cuantos hombres tengáis; divididlos y ordenad vuestras fuerzas, procurando hacerlo con habilidad y prudencia, pues ellos tienen más gente que nosotros.

—Señor, lo haremos lo mejor que podamos.

Mi señor Galván y los otros caballeros atraviesan el río por el vado, pues la hueste había acampado en la orilla; después de atravesarlo, ordenan las fuerzas.

La gente de Galahot se dirige contra ellos; mi señor Galván envía un cuerpo de su ejército para que les haga frente. Iban frescos, deseosos de entrar en combate y los otros los reciben con ganas, de forma que empieza la batalla. Los hombres de Galahot eran tan numerosos que los de mi señor Galván no pudieron resistir y éste, al ver la situación, envía un segundo cuerpo, después el tercero y luego el cuarto. Cuando ya estaban todos enfrentándose a los diez mil caballeros, acude él mismo a combatir también. Sus siete mil hombres luchan con valor, pero él los supera a todos. Había caballeros muy valerosos entre los hombres de la mesnada del rey Arturo, pero también los hay en el bando de Galahot.

El combate duró mucho tiempo y hubo abundantes hazañas por ambas partes. Las gentes de Galahot no pudieron resistir a la mesnada del rey Arturo, a pesar de que eran más numerosos: fueron derrotados por los siete mil y tuvieron que abandonar el campo.

Cuando el rey de los Cien Caballeros vio que sus gentes se estaban dando a la fuga y que han sido vencidos, lo sintió mucho en el corazón, pues en el fondo era muy buen caballero. Entonces envía un mensajero a Galahot pidiéndole socorro, pues no pueden resistir por más tiempo a la mesnada del rey Arturo.

Galahot manda treinta mil combatientes que acuden con gran rapidez, levantando una abundante polvareda, como es normal con tanta gente. Mi señor Galván los ve de

lejos, igual que el resto de los hombres del rey Arturo: si sienten miedo no es de extrañar. El rey de los Cien Caballeros y sus gentes también los vieron venir, y tuvieron una gran alegría; vuelven las cabezas de los caballos y atacan de nuevo al ejército del rey Arturo con extraordinario ímpetu, y éstos les responden igual de bien o mejor aún.

Mi señor Galván y los suyos se retiran, temerosos de la fuerza que les viene al encuentro.

—Señores caballeros —les dice mi señor Galván a sus hombres—, vamos a ver ahora quién combate mejor, pues no nos queda más remedio. Se verá ahora quién ama al rey Arturo y su honor.

A continuación cargan contra el frente del ejército que se aproxima y se golpean unos y otros con tanta fuerza que las lanzas vuelan en pedazos y son muchos los que se derriban. Extraordinario fue el combate de lanzas y espadas. Los hombres del rey Arturo resistían con valor, pero la fuerza de la otra parte es tan grande que, de no haber sido por las proezas de mi señor Galván, todos habrían sido apresados y ninguno podría haber escapado; pero el sobrino del rey Arturo combate tan bien que nadie le puede superar.

Sin embargo, es inútil la habilidad: son tantos los otros que al fin les obligan a retroceder hasta el vado. Allí resistieron valientemente, pero al cabo les hacen entrar en el río.

El combate se produjo delante de la puerta; allí se defendió mi señor Galván hasta que las gentes del rey Arturo lograron entrar; pero tuvieron grandes pérdidas, pues la mesnada de Galahot les hizo numerosos prisioneros. Cuando regresaron había caído ya la tarde. Mi señor Galván no entró por la fuerza en el castillo, y aunque había tenido que combatir tanto y había recibido tal cantidad de golpes, sintió que se retiraran las gentes de Galahot, y desvanecido cayó del caballo sin que nadie le atacara: por el cansancio de todo el día y el esfuerzo realizado lo tuvieron que llevar en tal estado a su albergue. El rey, la reina y los demás temieron por él, y pensaban que podría estar destrozado por dentro por el esfuerzo y las proezas realizadas frente al enemigo.

Cerca de allí estaba la fortaleza de Malohaut. Era señora del lugar una dama que había estado casada, pero su marido había muerto y tenía hijos. Era una mujer muy buena y discreta, y era muy querida y apreciada por cuantos la conocían. Sus súbditos la amaban tanto que si alguien les preguntara: «¿Quién es vuestra señora?», ellos responderían que era la reina de todas las demás.

Esta dama tenía prisionero a un caballero; lo tenía encerrado en una jaula, hecha de piedra tan transparente que él veía a todos los de fuera y los de fuera lo veían a él. La jaula era estrecha y lo suficientemente alta como para que se pudiera poner de pie; tenía de largo la distancia que se alcanza con una piedra gruesa. Allí era donde la dama tenía prisionero al caballero.

La noche del combate se refugiaron en la fortaleza los caballeros de aquella tierra y

le contaron las noticias a la dama, que les preguntó que quién fue el que mejor había combatido. Le respondieron que mi señor Galván, y que según su parecer nadie le había superado.

El caballero de la jaula oyó estas noticias y cuando los servidores que lo custodiaban le llevaron la cena, preguntó que quién había sido el caballero de la mesnada de la dama que mejor se había comportado, entre todos los que estaban allí.

—Señores —añade—, que venga a hablar conmigo.

—Así se lo diremos —le responden los servidores.

Se acercaron al caballero y le dijeron:

—Señor, el caballero preso quiere hablar con vos.

Se dirige a la jaula y el prisionero se dirige a él al verlo:

—Señor, os he hecho venir porque os quiero pedir que le roguéis a mi señora que me permita hablar con ella.

—Con mucho gusto lo haré, buen señor.

El caballero se va de la jaula y se dirige a la dama, diciéndole:

—Señora, concededme un don.

—¿Cuál?

—Concedédmelo y os lo diré.

—Decidlo sin preocuparos. ¿Necesitáis alguna cosa? Os lo concedo.

—Gracias, señora; me habéis concedido el que hablaréis con vuestro prisionero.

—Traedlo.

El caballero va a buscarlo y lo acompaña ante la dama; después se retira, dejándolo con ella.

—Buen señor —le dice la dama—, según me han dicho queréis hablar conmigo.

—Así es, señora; soy prisionero vuestro y quería pedir os que me dejéis en libertad, pues he oído decir que el rey Arturo está en estas tierras: yo soy escudero pobre, pero me conocen algunos de la mesnada del rey que me darían de inmediato lo suficiente para pagar mi rescate.

—Buen señor, no os tengo prisionero por codicia, sino por Justicia. Sabéis que cometisteis un gran ultraje y por eso os encarcelé.

—Señora, no puedo negar los hechos, pero me vi obligado a actuar así por mi propio honor. Si me pusierais en libertad, obraríais bien, pues he oído decir que hay un combate en esta tierra dentro de tres días, según comentaban esos caballeros en la sala. Si no os parece mal, os rogaría que me permitierais ir; os prometo que regresaré a vuestra prisión al anochecer, si no me lo impide mi propio cuerpo.

—Os lo concedo a condición de que me digáis vuestro nombre.

—No lo puedo hacer.

—Entonces no iréis.

—Dejadme ir y os prometo que os lo diré tan pronto como sea momento de decirlo.

—¿Lo prometéis?

—Sí.

—Id, pero me tenéis que prometer que regresaréis a mi prisión al anochecer, si no os lo impide vuestro propio cuerpo.

Así se lo prometió; ella aceptó la promesa. Regresa a su jaula y allí estuvo aquella noche y todo el día siguiente y su noche...

Las gentes del rey Arturo crecían sin cesar, acudiendo de todas partes. Los hombres de Galahot le preguntan:

—Señor. ¿Se enfrentarán mañana nuestras fuerzas con el ejército del rey Arturo?

—Sí —les contesta Galahot—, escogeré a quienes desee que vayan.

—¿Los elegiréis? Nada de eso, pues si queréis enviar a los mismos de la otra vez, todos los demás irán también, os guste o no, porque están deseosos de combatir y nadie podrá retenerlos. Enviad a los que todavía no han luchado y que los otros se queden con vos.

—Está bien. Esta vez irán los nueve mil que no han entrado en combate aún, y de mañana en tres días iré yo mismo.

Pasó la noche y al amanecer el rey Arturo ordenó que ninguno de sus caballeros atravesara el río, que se armaran en el mismo campamento, que organizaran a sus hombres, y que cuando vieran a la gente de Galahot pasaran el río.

Los caballeros de aquella región, los de la ciudad del Puy de Malohaut y los de las tierras de alrededor acudieron al campamento. La señora de la fortaleza le dio a su prisionero un caballo, un escudo rojo y las mismas armas que tenía antes de ser apresado, pues no deseó tener otras. Por la mañana salió de la ciudad y se dirigió hacia donde estaba la hueste del rey Arturo; vio los caballeros de ambos bandos armados y se detuvo en el vado, sin atravesar el río. Por encima del vado había un lugar oculto desde el que el rey Arturo, la reina, sus damas y doncellas contemplaban el campamento; y allí se había hecho llevar también mi señor Galván, a pesar de estar tan débil como estaba. El caballero del escudo rojo se detuvo junto al vado y se apoyó en la lanza; al poco tiempo llegaron al galope las gentes de Galahot.

En el primer cuerpo del ejército viene el rey al que había vencido antes que a ningún otro; cuando ya estuvieron cerca, éste se aleja de su gente, abraza el escudo y se adelanta completamente solo. Los cobardes de la hueste del rey Arturo y los que hablaban demasiado de proezas empezaron a gritar: «¡Vienen sus caballeros!, ¡ahí están!». El rey Primer Vencido se acerca mucho, y los cobardes le dicen al caballero del escudo rojo: «Señor caballero, ahí viene uno de los suyos. ¿A qué esperáis? Viene completamente solo». Se lo repiten muchas veces, pero no les responde ni una palabra. El rey Primer Vencido se acerca con rapidez.

Los muchachos le han dado tantas voces sin éxito al caballero del escudo rojo que están enfadados. Uno se le acerca, le quita el escudo del cuello y se lo cuelga a sí

mismo, sin que el caballero se mueva. Otro joven, que iba a pie, piensa que el caballero estaba loco: baja al río y toma un puñado de arena; se lo arroja al nasal del yelmo.

—Maldito cobarde —le grita—, ¿en qué pensáis?

La arena estaba mojada y el agua le entra en los ojos: los cierra, luego los vuelve a abrir y oye todo el ruido que hay a su alrededor. Presta atención y ve al rey Primer Vencido que está muy cerca. Pica espuelas a su caballo, baja la lanza y va contra él. El rey le golpea en medio del pecho: su loriga era fuerte, no puede pasarla y la lanza vuela hecha pedazos. Por su parte, el caballero le golpea con tanta fuerza que lo derriba al suelo, a él y a su caballo. Cuando el caballo se vuelve a levantar, el muchacho que le había quitado el escudo y se lo había puesto al cuello, lo sujeta por el freno.

El caballero ni siquiera lo miró: si hubiera querido podría haberlo cogido antes que el joven, pero no le interesaba eso. Entonces se acerca el muchacho que le había cogido su escudo y se lo pone al cuello:

—Tomad, señor —le dice—, será mejor empleado de lo que yo creía.

El caballero presta atención y ve que el joven le está poniendo el escudo; no se extraña de nada, sino que se limita a cogerlo. Los compañeros del rey vencido pican espuelas al ver a su señor en el suelo. Las huestes del rey Arturo se preparan, llegan al vado y atraviesan el río.

Se enfrentan unos caballeros con otros. El del escudo rojo galopa hacia uno de los hombres del rey vencido; lo golpea, derribándolo, y su lanza vuela hecha pedazos. Tras él se acerca un muchacho y toma el caballo.

Es duro el combate por ambas partes. Las huestes del rey Arturo atraviesan el río sin cesar, y las gentes de Galahot llegan desde el otro lado, deseosas de combatir contra los del rey Arturo. Estos los reciben con las puntas de las lanzas: ese día hubo muchos muertos y muchos heridos, y por ambas partes se esforzaron en guerrear bien, aunque los hombres del rey Arturo lo hicieron mejor; no les quedaba otro remedio, pues eran menos, ya que no son más de veinte mil, mientras que los otros son cuarenta mil.

Duró mucho el combate y la batalla fue extraordinaria: numerosos caballeros realizaron grandes proezas; los compañeros del rey Arturo se esforzaron y destacaron especialmente los caballeros más famosos de su mesnada. Pero entre todos destacó el caballero de las armas rojas, que al anochecer desapareció sin que nadie supiera qué había sido de él.

El rey teme perder sus tierras y su honra; sus hombres le han fallado —tal como le habían advertido los clérigos más sabios— y él se siente lleno de temores. Galahot, por su parte, habla con sus gentes, diciéndoles que no ha ganado ningún honor al combatir contra el rey Arturo tal como lo ha hecho, ya que el rey tiene muy pocas gentes, «y si yo conquistara su tierra —añade—, no ganaría honra, sino vergüenza».

—Señor —le preguntan sus hombres—, ¿qué queréis decir?

—Os lo voy a explicar. No me agrada seguir combatiéndole así, y le voy a conceder

tregua por un año, para que traiga aquí a todas sus fuerzas; entonces ganaré más honra que ahora al combatirle.

Así pasa aquella noche hasta que amanece. Al alba llega al campamento del rey Arturo un hombre de santa vida y sabio. Cuando el rey se entera de su llegada, se sintió muy reconfortado y le pareció que Dios le enviaba socorros. Montó el rey y salió a recibirlo acompañado por mucha gente; lo saludó con humildad, pero el santo varón no le devolvió el saludo, sino que contestó como hombre enfadado:

—No me importáis ni vos ni vuestro saludo, y en poco lo estimo, pues sois el más viejo pecador de todos los pecadores: podréis comprobarlo en breve, pues estáis a punto de perder todo honor terrenal.

Entonces se apartan un poco y cabalgan juntos el rey y el anciano.

—Buen maestro —le pregunta el rey—, decidme por qué no os importa nada mi saludo y por qué soy el más viejo pecador.

—Te lo voy a decir, pues sé quién eres bastante mejor de lo que tú lo sabes. No ignoras que fuiste engendrado y que naciste fuera del matrimonio legal, y tu origen fue un pecado tan grande como es el del adulterio: debes saber que ningún hombre mortal te concedió el poder que tienes, sino que fue Dios quien te lo dio como muestra de su buena voluntad. Sin embargo, tú lo has conservado mediante la destrucción, pues no haces justicia ni al pobre ni al indigente, que no se pueden acercar a ti, y escuchas y honras al rico desleal porque tiene riquezas, pero para el pobre recto no hay ley por su pobreza. Los derechos de las viudas y huérfanos han perecido en tu señorío; Dios te pedirá cuentas con severidad por todo ello, pues Él mismo dijo por boca del profeta David que es el protector de los pobres, sostén de los huérfanos y que destruirá los caminos de los pecadores.

—Así has guardado al pueblo que Dios te había dado para que lo gobernaras en la tierra; por eso serás destruido, pues Dios aniquilará a los pecadores y, por tanto, te aniquilará a ti, pues eres el más viejo pecador de todos los pecadores.

—Ay, mi dulce maestro, por Dios, aconsejadme, pues siento gran temor.

—Es sorprendente que pidas consejo y que pienses seguirlo.

—Mi buen maestro, crearé todo lo que me digáis.

De este modo fueron hablando los dos hasta la tienda del rey. En este momento volvió a tomar la palabra el rey, y dijo:

—Buen maestro, aconsejadme, por Dios, pues me es menester.

—Los consejos llegarán a tiempo, si los queréis creer, y te indicaré el camino de Nuestro Señor. Ve ahora a tu capilla y llama a tus más altos nobles y los clérigos más sabios de los que tengas noticia entre los que están en el campamento. Después, confiésate a todos ellos juntos de todos los pecados que la lengua pueda descubrir con el recuerdo del corazón; considera que tu corazón está siempre contigo, igual que tu boca, y la confesión no es válida si el corazón no se arrepiente de lo que la lengua dice.

Tú estás muy alejado del amor de Nuestro Señor por tu pecado y no volverás a acercarte si no es mediante la confesión de la lengua y el arrepentimiento del corazón, en primer lugar y, después, por los sacrificios del cuerpo y por las limosnas y por las obras de calidad. Tal es el camino recto que lleva a Nuestro Señor. Confiésate de ese modo y recibirás la penitencia de manos de tus confesores, como muestra de humildad. Si yo pudiera confesarte, lo haría, pero nadie debe hacerlo si no ha sido ordenado, a no ser en caso de necesidad; por eso no debo oír tu confesión, pues tendrás suficientes confesores de la Santa Iglesia. Después de confesarte volverás a mí y Dios te enviará consejo, si no te lo impide la falta de fe. Vete ahora y haz lo que te he dicho, y no dejes de confesar nada de lo que tu conciencia te pueda reprender.

El rey hizo llamar entonces a sus arzobispos y obispos, de los que había muchos en la hueste. Cuando ya estuvieron reunidos en la capilla, el rey se presentó ante todos desnudo, en calzas, llorando y lamentándose; llevaba muchas varas delgadas en las manos; las arrojó delante de ellos, diciendo entre sollozos que tomaran venganza sobre él en nombre de Dios, «pues soy el pecador más vil y desleal del mundo».

Cuando lo oyeron se quedaron admirados, y le empezaron a preguntar:

—Señor, ¿qué es esto? ¿Qué os ocurre?

—Me presento a vosotros como ante mi padre; quiero confesar ante Dios mis grandes culpas, y que las oigáis vosotros, pues soy el pecador más vil de cuantos han existido.

Sintieron entonces una gran compasión por él y empezaron a llorar. El rey se mantuvo arrodillado ante ellos, desnudo y descalzo, hasta que confesó a su parecer todos los grandes pecados que pensaba haber cometido. Después le pusieron penitencia y él la recibió con gran humildad.

Luego, volvió al lado de su maestro, que le preguntó al punto cómo lo había hecho. Le respondió que se había confesado de todos los grandes pecados que creía haber cometido y que podía recordar. El anciano le dijo:

—¿Te has confesado del pecado que cometiste con Ban de Benoit, que murió a tu servicio y su mujer quedó desheredada tras la muerte de su señor? Y no hablaré de su hijo, al que perdió igualmente, pues una pérdida es bastante más ligera que la otra.

El rey se quedó sorprendido y respondió:

—Ciertamente, maestro, de eso no me he confesado y es un pecado muy grande, pero me olvidé.

Volvió el rey a la capilla y encontró a los clérigos que aún seguían allí, hablando de la confesión que acababa de hacer, y se acusó de su pecado. Pero no le pusieron penitencia ni por éste ni por otros pecados, pues no conseguían llegar a un acuerdo entre todos: decidieron aplazar la decisión hasta después de la guerra, en que se aconsejarían con más tranquilidad.

Regresó el rey con su maestro y le contó todo:

—Mi buen maestro, por Dios, aconsejadme y os prometo cumplir todo lo que me digáis; os creeré en todo, pues estoy preocupado porque me abandonan mis propios hombres, a los que tanto había querido.

—Ay —le contesta el anciano—, no es extraño que te abandonen tus hombres, pues es la primera manifestación que te ha hecho Dios para que te dieras cuenta de que te iba a desposeer de tu poder, y por eso te privaba de los que lo han mantenido durante tanto tiempo; unos te han abandonado por su propia voluntad: les debíais haber hecho grandes honores, haberles concedido extensos dominios y abundantes compañías; es la baja nobleza de tu tierra la que te debe sostener, pues el reino no puede mantenerse si la mayor parte de la gente no está de acuerdo. Éstos te han abandonado por su propia voluntad. Los que te han dejado en contra de tu voluntad son los miembros de tu séquito, a los que les has concedido grandes riquezas y los has nombrado señores de tu casa, te han dejado en contra de su voluntad porque Dios lo ha querido así y a los designios de Dios no puede resistir nadie. De este modo te abandonan todos; otros acuden por los bienes que les concedes y que les concederás: así, unos vienen a la fuerza y los otros de grado. Los que vienen por la fuerza no te valen más que si estuvieran muertos, pues no puedes contar con sus corazones, y cuerpo sin corazón nada vale. Piensa ahora qué utilidad tienen escudos, lorigas, espadas o fuerza de caballos sin el corazón de los hombres: no valen para nada. Si estuvieran a tu lado todos los reyes que han existido desde los comienzos del mundo, y estuvieran todos armados, te servirían tan poco como éstos si su corazón estuviera fuera de ellos. Lo mismo ocurre con los que acuden a la fuerza a ayudarte: sólo dominas los cuerpos, pues no posees su corazón, antes bien, lo has perdido. ¿Te parece que miento?

—Ciertamente, maestro, bien me doy cuenta de que decís la verdad; pero, por Dios, aconsejadme, ¿qué puedo hacer? Los que conocen mis preocupaciones me han dicho que así ocurriría. Y ya que me habéis aconsejado en tantas cosas, por Dios, dadme consejo también en ésta, para que yo pueda recibir socorro, si puede ser.

—Te voy a decir qué debes hacer. Vas a recibir consejo y socorro en breve; pronto verás lo que hace Dios para reparar tu falta hacia Él y hacia el siglo. Debes regresar a tu país; te detendrás en todas las buenas ciudades, en unas más, en otras menos tiempo, según los deseos de cada ciudad. En cualquier caso, permanecerás hasta que conozcas las razones justas y las injusticias grandes y pequeñas de cada lugar, pues los pobres se alegrarán mucho más si el derecho le concede su reclamación estando tú delante que si estuviera cualquier otro, y por todas partes irá diciendo que tú le has impartido justicia favorable. De tal modo tiene que obrar el rey que desea alcanzar el amor de Dios y del mundo: el amor del mundo con humildad; el de Dios, con justicia. Así empieza a conquistarse el honor y el amor. Después de esto te voy a decir qué deberás hacer. Mientras permanezcas en las ciudades, convocarás a los más altos hombres de tu tierra y a todos los caballeros, pobres y ricos, que acudirán con gusto y de grado. Saldrás a su

encuentro, los recibirás con gran acompañamiento, con grandes honores y fiestas, y les darás un hermoso séquito. Cuando veas a los escuderos pobres ocupando el lugar correspondiente a su pobreza, y que a pesar de las proezas realizadas, están abajo con las demás gentes pobres, no olvides que tras su miseria y su bajo linaje hay una gran riqueza de corazón, mientras que muchas veces se envuelve con gran abundancia de oro y de tierras la pobreza de corazón.

Pero como por ti mismo no podrás reconocer a los buenos y a los malos de cada lugar al que vayas, llama a tu lado a los caballeros más leales y destacados con las armas; con su testimonio repartirás el bien y el honor en su tierra, pues nadie conoce a los buenos tan bien como el que está lleno de valor y de virtudes. Cuando te indique quién es el bueno pobre que se había colocado lejos entre los demás pobres, por mucho que te agrade la compañía del alto noble, levántate y ve a sentarte junto al pobre, pregúntale por su situación y habla con él, y que él hable contigo.

Entonces dirán todos: «¿Habéis visto al rey, lo que ha hecho, que ha dejado a los rícohombres por éste, que es pobre?». De este modo te ganarás el amor de la gente baja, pues será una gran muestra de humildad. La humildad es una virtud con la que se puede acrecentar y aumentar el honor y la fama; no verás a un hombre de elevada posición con buen sentido y virtuoso, que si tú te levantas de su lado para darle compañía a uno más pobre, que no lo considere como un gesto de buen sentido y lleno de mérito. Si los locos lo interpretan mal, eso no debe importarte, pues el vituperio del loco se olvida, y la alabanza del sabio da prestigio y valor. Después de haber permanecido al lado de los pobres, les darás compañía a los nobles, que son miembros de tu reino, y por los unos no se debe agraviar a los otros.

Después de haberte quedado en la ciudad el tiempo que hayas querido, te marcharás con todo tu séquito. Entonces se prepararán los buenos caballos y las buenas armas, los ricos tejidos de seda, la rica vajilla de oro y plata, la abundancia de dinero; monta un caballo de los tuyos que consideres adecuado para el pobre bueno del que te hablaron durante tu estancia: cuando lo veas, acércate a él, exprésale alegría, descabalgá y haz que monte, diciéndole que quieres que lo monte por tu amor. Después ordena que le den de tus dineros cuanto consideres oportuno. Le regalarás el caballo por sus méritos y el dinero para que sea generoso en sus gastos. De este modo te comportarás con el pobre, pero también debes hacer regalos a los vasallos pobres, aunque tengan lo suficiente en sus casas. Les darás vestidos y caballos que los lleven en casos de necesidad, pero procura que sean siempre los caballos en que tú estarás montado en ese momento, pues así dirán por todas partes que tienen el caballo que estabas montando. Así obrarás con respecto a los vasallos pobres; pero además debes socorrer sus necesitados feudos con buenas rentas y tierras ricas, a cada uno según su categoría, pues no por ello vas a perder nada, sino que ganarás sus corazones, pues las tierras estarán mejor guardadas si son muchos hombres que si eres tú solo: tu poder se apoya

en ellos y por eso debes preferir que tus nobles tengan con honor una parte de tus tierras en vez de que pierdas vergonzosamente lo uno y lo otro.

Después harás regalos a la alta nobleza, a los reyes y a los duques, a los condes y a los barones; les darás las ricas vajillas, las bellas joyas, los hermosos tejidos de seda, las aves bien adiestradas y los caballos, no es tan importante hacerles regalos de mucho valor como el regalarles cosas bellas y agradables, pues no se les debe regalar a los ricos cosas caras como si fueran agradables, sino cosas agradables como si fueran caras, pues resulta absurdo fundir una riqueza con otra.

A los pobres se les debe regalar cosas más valiosas que bellas y más útiles que agradables, pues la pobreza necesita mejorar, mientras que la riqueza sólo necesita deleite; y además, no se debe dar a todos lo mismo, pues no se le regalará a nadie algo de lo que tiene mucho.

Así deberás comportarte, si quieres obrar con justicia; y del mismo modo deberá hacerlo la reina con respecto a las damas y a las doncellas de la tierra a donde vaya: seguiréis las recomendaciones del sabio, que dice que tan alegre debe estar el que da como el que recibe; no se debe dar con mala cara, sino con gesto alegre, pues en ello hay doble mérito, mientras que el dar a regañadientes no tiene valor. Y, además, hay otra razón por la que no deberías cansarte de hacer regalos: bien sabes que nadie te atacará ni te vencerá mientras seas generoso. Al contrario, por reservarte demasiadas cosas te puede ir todo peor: nadie fue destruido por su generosidad, pero son muchos los que han perdido sus tierras por avaricia. Regala siempre y siempre tendrás para regalar, pues todo lo que des quedará en tu tierra y de muchas otras tierras llegarán regalos a la tuya; y no te faltará de nada para regalar, mientras así lo desees, pues no gastarás el oro y la plata de tu tierra, sino que te servirán como el agua sirve a la rueda del molino; por eso debes ser generoso. Si lo haces así, ganarás honra en el mundo, te ganarás los corazones de tus gentes y el amor de Nuestro Señor: éstas son las recompensas establecidas y nadie debe pensar en alcanzar ningún otro premio. ¿Te parece que te aconsejo de buena fe?

—Mi buen amigo, ciertamente me habéis aconsejado bien y lo haré todo según me lo habéis ordenado, si Dios me lleva de nuevo a mi tierra con honra. Pero, por Dios, dadme algún consejo sobre el significado de mi sueño, pues los que me lo interpretaron me dijeron que nada podría impedir que yo perdiera mi tierra, a no ser el león acuático y el médico sin medicina con el consejo de la flor. Explicadme estas tres cosas, si puede ser, pues no las entiendo y vos me las aclararéis si tal es vuestra voluntad.

—Escucha. Ya te he dicho por qué has perdido el corazón de tus gentes y cómo lo podrás recuperar. Ahora voy a explicarte las tres cosas que quieres saber, de forma que las verás y reconocerás con toda claridad, a pesar de que ellos ignoraban lo que te habían interpretado, igual que el loco ignora lo que dice y no sabe si lo que dice es

verdad o no. Te voy a decir la verdad: con razón te dijeron todo, pues el león es Dios. Dios está simbolizado por el león, ya que la naturaleza de este animal es muy distinta de la de los otros animales; resulta sorprendente que lo llamaran acuático. Lo denominaron así porque pensaron haberlo visto en el agua; pero esa agua era el mundo, pues del mismo modo que el pez no puede vivir sin agua, así nosotros no podemos vivir sin el mundo, es decir, sin las cosas del mundo, que rodeaban a los que te dijeron que habían visto al león: por eso les pareció que estaba en el agua, pues si hubieran sido como deberían ser, leales, castos, caritativos, piadosos, religiosos y llenos de todas las virtudes, no habrían visto al león en el agua, sino arriba, en el cielo; pues el cielo es el mundo duradero preparado para el hombre que viva de acuerdo con los preceptos de su Creador. El que vive de este modo, no es terrenal, sino celestial, pues aunque su cuerpo pertenezca a este mundo, su corazón es del cielo por sus buenos pensamientos. La tierra es fosa y enterramiento del hombre que vive contra razón, es decir, con orgullo, crueldad, traición, avaricia, codicia, lujuria y con otros pecados dignos de condena. Tales eran los clérigos que interpretaron tu sueño y por eso creyeron haber visto al león en el agua, que es símbolo de pecado. Sin embargo, no estaba en el agua, pues Dios no vivió nunca en pecado, sino que siempre estuvo en su glorioso trono, pero el aire era tan espeso entre Él y los clérigos que éstos lo veían como si estuviera donde ellos estaban, es decir, en el agua: su gran sabiduría les permitió ver la figura del león después de mucho estudio, pero como era una sabiduría totalmente terrenal, sólo gozaron de la vista del león, y no llegaron a saber qué era, pues ellos eran terrenales y el león era celestial. Por eso no veían lo que significaba y pensaron que estaba en el agua, y por eso se equivocaron, llamándolo acuático. El león es Jesucristo, que nació de la Virgen, pues del mismo modo que el león es el señor de todos los animales, así Dios es señor de todas las cosas. El león tiene además otra cualidad y por eso simboliza también a Dios; pero no voy a hablar ahora de esa cualidad. Basta que sepas que de ese león recibirás auxilio, si alguna vez lo recibes. ¿Has comprendido quién es el león y por qué fue llamado acuático?

—Maestro, lo he entendido muy bien, y me lo habéis explicado con toda claridad, pero por Dios, habládme del médico sin medicina, pues nunca hubiera pensado que pudiera existir un médico sin medicina y no llego a imaginar qué simboliza.

—Cuanto más te miro, más loco me parece, pues si tuvieras un poco de sensatez podrías comprender esas dos cosas a la vez. Pero ya que he comenzado a enseñarte y a aconsejarte a partir de lo más alto y noble, como sería la corona real, ahora seguiré por la cabeza. No lo voy a hacer porque tú lo merezcas, sino por tu pueblo; por eso te voy a decir quién es el médico sin medicina: es Dios, y no existe ningún otro médico que cure sin medicinas, pues todos los demás reciben de Él sus habilidades, el poder de conocer las enfermedades del cuerpo y su corazón. Todo esto se debe a los conocimientos que tienen los médicos, que los reciben de Dios, igual que las virtudes

de las hierbas que curan el cuerpo; pero sólo pueden sanar los cuerpos, y no siempre, pues muchas veces sucede que tras haberse esforzado en sanar a alguien, éste muere. Y aunque puedan curar las enfermedades del cuerpo, no pueden hacer nada con las del alma. Pero Dios es poderoso, pues tan pronto como se le acerca un hombre que se haya confesado, por muchos pecados antiguos que tenga, Dios no dejará de mirarlo; y tan pronto como lo mire, no necesitará ninguna otra medicina, ni más médico, ni precisara de emplearlos, sino que la herida quedará curada y limpia tan pronto como lo haya mirado. Ése es el médico sin medicina que no utiliza ningún medicamento para las heridas del cuerpo y del alma y lo cura todo con su dulce mirada. Los médicos mortales no obran así, pues tras ver las heridas tienen que buscar las hierbas adecuadas y las medicinas convenientes para esa enfermedad; y a veces todo está perdido, pues la muerte manifiesta su poder. El auténtico médico es el que con su mirada da salud a las enfermedades del alma y del cuerpo, aleja la muerte cuanto quiere y evita para siempre la muerte del alma. Tal es el médico sin medicina. Ten por cierto, si te has confesado de todo corazón, que tu alma ha quedado curada, igual que tu cuerpo; no serás deshonrado en la tierra, ni tu alma caerá en la muerte eterna, pues Él te guardará de todos los peligros. Éste es llamado, con justo nombre, médico sin medicina.

—Bien puede ser así—dice el rey—, pero ahora me encuentro más perdido que antes, con respecto al consejo de la flor, pues es evidente que las flores no pueden aconsejar ya que no hablan, y no se me ocurre cómo puede llegar a hablar.

—Ciertamente, lo vas a ver de forma clara: ni verás al león, ni puedes esperar al médico sin medicina sin el consejo de la flor; y si alguna vez logras vencer el dolor que te aflige, será por el consejo de esa flor. Así pues, voy a decirte quién es esa flor y de qué modo te salvará su consejo. Esta flor es la flor de las flores; de ella nació el fruto que alimenta a toda la gente, el fruto con el que se mantiene el cuerpo y se nutre el alma; es el fruto que salvó a las cinco mil personas en el campo, cuando los doce cestos se llenaron de pronto; es el fruto que sostuvo a los hijos y al pueblo de Israel durante cuarenta y cinco años en el desierto, cuando, según dice la escritura, comieron el pan de los ángeles; es el fruto que mantuvo a José de Arimatea cuando vino de la Tierra Prometida a esta extraña tierra por orden de Jesucristo y guiado por Él mismo; es el fruto que nutre diariamente a la Santa Iglesia, es Jesucristo, el Hijo de Dios. De la flor que dio ese fruto debes recibir el consejo y el socorro, si es que alguna vez llega a obtenerlos. La flor es la dulce madre de Jesús, la gloriosa Virgen, de la que nació contra las normas de la naturaleza. Esa señora, con razón es llamada flor, pues ninguna mujer, antes que ella, tuvo un hijo sin haber sido desflorada mediante la relación carnal. Pero esta virginal dama y doncella fue virgen antes y después, sin perder en ningún momento su virginidad. Por eso debe ser llamada flor de las flores, pues guardó su gloriosa flor sana y entera en el momento en que todas las demás flores perecen, es decir, en la concepción y en el parto, y de ella nació el fruto que da vida a todas las

cosas. Esta flor te dará el verdadero consejo, pues te recordará a su dulce hijo y te enviará el auxilio necesario para que recibas el honor que has empezado a perder. Y si no salvas tu alma y tu cuerpo gracias a esta flor, nadie podrá salvarte, pues nadie ocupa un lugar tan próximo al Salvador como ella. Ella no cesará de interceder por los pobres y si honras a esta flor, su ayuda te protegerá de todo peligro. Ésa es la flor que te dijeron los clérigos, aunque ignoraban su significado; esa es la flor por la que el auténtico león y el alto médico sin medicina evitarán que pierdas tierra y honor, si quedan a tu lado. ¿Qué te parece? ¿Piensas que he sido un buen intérprete de tu sueño?

—Ciertamente, maestro, me lo habéis explicado muy bien y habéis conseguido reconfortarme de tal modo que me parece haber escapado ya de todos mis miedos, pues ahora está más a gusto mi corazón; te prometo por Dios que obraré según me has dicho, si es que regreso con honra a mi tierra.

Mientras que hablaban de este modo llegaron dos caballeros de la mesnada de Galahot. Al verlos venir, el rey ordenó que se le presentaran, y así lo hicieron. En primer lugar habló el rey llamado Rey de los Cien Caballeros; el otro era el rey Primero Vencido, que fue el primero derrotado por Galahot. El rey Arturo, que sabía mucho de honrar a los valientes, los recibió con honores y se levantó ante ellos sin saber quiénes eran.

—Señor rey —dijo el rey de los Cien Caballeros—, Galahot, señor de las Extrañas Islas, de quien somos vasallos, me envía aquí para que os digamos que le sorprende que, a pesar de vuestro poder, hayáis venido tan pobremente a defender vuestras tierras contra él, pues había oído decir que erais el rey más poderoso del mundo. Por eso le parece a mi señor que no recibirá gran honra al vencer a un rey como vos, teniendo tan poca gente, pues estáis en desventaja. Mi señor os concede tregua por un año, para que reunáis en este mismo lugar todo vuestro poder, y él convocará a todas sus fuerzas, que tampoco están aquí. Entonces, tenedlo por seguro, no se irá hasta que os haya derrotado y sometido toda vuestra tierra; para dentro de un año, le cueste lo que le cueste, tendrá en su mesnada al caballero de las armas bermejas que ha vencido en el primer encuentro.

—Señores, he oído bien lo que habéis dicho, pero si Dios quiere, nunca tendrá poder ni dominio sobre mí ni sobre mis tierras.

Tras estas palabras se marcharon los mensajeros y el rey se quedó muy contento y muy temeroso: contento por las treguas que le habían concedido, y temeroso por el buen caballero que Galahot pensaba tener en su mesnada, a pesar de que había combatido en defensa de la tierra del propio rey Arturo.

Entonces lo llama el anciano y le dice:

—Ya puedes ver que la alta flor te lleva hacia el alto león y hacia el médico sin medicina que te salvará si tú no lo pierdes, por pereza.

—Maestro, bueno ha sido el comienzo, pero siento miedo por el buen caballero que

ha defendido mis tierras y que, según fanfarronea Galahot, se convertirá en hombre suyo. Maestro, ¿quién es? No lo conozco.

—Dejadlo estar, pues ya se verá en qué quedan las fanfarronadas.

—Ay, maestro, decidme al menos si estará con él dentro de un año.

El anciano le responde que sí. Con eso el rey se quedó tranquilo y a gusto. Entonces empezaron a marcharse las gentes de Galahot, y el rey Arturo despidió a las suyas, pidió licencia a su maestro y regresa a su país, llevando en una litera a mi señor Galván, que estaba gravemente enfermo.

Pero ahora la historia deja de hablar del rey Arturo, de Galahot y de sus mesnadas y vuelve a hablar de la Dama del Puy de Malohaut, que tenía prisionero al Buen Caballero.

L

Según cuenta la historia, la misma tarde que terminó el encuentro —tal como ya habéis oído—, el Buen Caballero regresó a Malohaut sin detenerse; ya era de noche cuando llegó. Entró lo más silenciosamente que pudo en el patio, donde la dama había ordenado que lo esperaran, pues estaba segura de que volvería. Tras quitarse las armas entró en su jaula y se acostó con un dolor tan grande que le impedía comer. Aquella misma noche regresaron los caballeros que la dama de Malohaut tenía en el ejército del rey. Ésta les pidió noticias del encuentro y les rogó que le contaran cómo se habían comportado ambos bandos, a lo que le respondieron que el vencedor en todos los combates había sido un caballero de armas rojas. Al oír estas palabras, empezó a mirar a una doncella, que era prima hermana suya y dama de la casa; le tardaba que se marcharan aquellos caballeros, y en cuanto pudo se libró de ellos. Entonces se dirigió a su prima, diciéndole:

—¿Podría tratarse de nuestro caballero?

—Señora, no lo sé.

—Me gustaría saberlo; si es el vencedor, sin duda se notará en su cuerpo y en sus armas.

—Señora, lo averiguaremos con gusto.

La dama hace que todos abandonen el lugar, a excepción de ellas dos. La doncella llevaba en la mano velas abundantes; se dirigieron a la cuadra, y allí vieron al caballo que tenía heridas en la cabeza, en el cuello, en el pecho y en las patas; los huesos se veían en varios sitios y estaba tumbado delante de su pesebre con muy mal aspecto, sin comer ni beber.

—Por Dios —dijo la dama entonces—, parecéis el caballo de un valiente. ¿Qué os parece?, le pregunta a su prima.

—Señora, ¿qué me parece? Creo que el caballo ha tenido más trabajo que descanso, pero no es éste el que se llevó.

—Sabed que ha utilizado más de uno. Vayamos a ver sus armas y veremos qué tal se encuentran.

Se dirigen entonces a la habitación donde estaban las armas: allí ven la cota falseada, llena de grandes rotos en los hombros, en los brazos y en muchos otros lugares del cuerpo; el escudo estaba rajado y despedazado por los golpes de la espada y los tajos iban desde los lados y desde el travesaño de arriba hasta la misma bocla, de forma que era poco lo que había quedado, y en el resto había agujeros de los lanzazos, que por ellos se podía meter el puño. El yelmo estaba roto y abollado, tenía el nasal partido y el cerco se había soltado y colgaba, de modo que ya no le serviría a nadie.

—¿Que os parecen estas armas? —le pregunta la dama a su prima.

—Ciertamente, no parece que haya estado ocioso quien las llevaba.

—Bien podéis decir que las ha llevado el más valiente que vive en el mundo.

—Señora, bien puede ser, si vos lo decís.

—Venid ahora, que vamos a ver al caballero, pues no he visto nada que me lo confirme; su cuerpo nos lo verificará.

Se acercan entonces a la puerta de la mazmorra y se la encuentran abierta. La dama toma las velas y mete la cabeza: ve al caballero que estaba acostado sobre la cama, completamente desnudo; se había tapado hasta el pecho con la colcha y tenía los brazos fuera por el calor; estaba profundamente dormido. La dama lo contempla y ve que tiene el rostro hinchado, lleno de golpes y de marcas de las mallas; el cuello y la nariz desollados y la frente hinchada, las cejas llagadas y los hombros con heridas y cortes en muchos sitios; los brazos llenos de golpes y los puños abotargados y ensangrentados. Entonces lo mira la doncella y le dice a su prima, riendo.

—Ciertamente, vais a ver algo digno de admirar.

Entra en la mazmorra y la joven mete la cabeza y mira por todas partes, a la vez que le entrega las velas; la dama avanza un poco, mientras que la doncella le pregunta, mirándola:

—¿Qué queréis hacer, señora?

—No estaré a gusto si no lo beso.

—Quitad, señora, ¿qué decís? No hagáis tal estupidez, pues, si se despierta, os despreciará a vos y a todas las mujeres; no cometáis locuras que se os puedan volver en afrenta.

—Por Dios, no puede haber afrenta en nada que se haga por este valiente.

—Señora, no, si él quiere; pero si no lo desea la afrenta será doble; y además, puede haber uno que sea muy valiente de cuerpo y carecer de algunas de las virtudes del corazón. No deberíais mostrarle gran alegría, si os la pudiera tomar como ultraje y villanía, pues entonces habríais perdido vuestro amor y vuestro buen servicio.

La doncella consiguió convencer a la dama, y se la llevó de aquel lugar. De regreso a sus habitaciones, empiezan a hablar del caballero; la doncella le rebate todo lo que su dama le dice, deseando que deje de pensar en él, pues se da cuenta del amor que siente. Al fin le dice la doncella:

—El caballero piensa más en otra cosa que en vos; no sigáis pensando, que el pensamiento ha engañado a mucha gente.

—Por Dios, creo que piensa en una cosa tan importante que ningún hombre pensó en nada igual. Que Dios, que lo ha hecho tan bello y mejor que los demás, le conceda que pueda llevar a cabo su pensamiento.

Durante mucho tiempo hablaron aquella noche del caballero; la dama se preguntaba con admiración por qué había realizado tales proezas, y pensaba en su corazón que, sin duda, amaba a alguien de muy elevada condición. Deseaba saber

quién era y en quién tenía puesto su corazón, y le gustaría que fuera en ella, aunque se daba cuenta que el gran valor del caballero y su esforzado corazón debían pertenecer a alguien más importante. Piensa que lo llegará a saber, si es posible, y deja de hablar del asunto.

Ahora la historia se calla en lo referente a la dama, a la doncella y al caballero, pues no habla más de ellos, y vuelve al rey Arturo, que ha regresado a su tierra.

L1

Cuenta la historia a continuación que el rey Arturo fue primero a Carduel, en Gales, que era el lugar más cercano y era un castillo bien abastecido de todo. Estuvo el rey veintitrés días en aquella ciudad, y durante todo este tiempo reunió a la corte, cumpliendo con las enseñanzas que había recibido de su maestro. Al cabo de quince días, mi señor Galván se restableció de sus heridas, con gran alegría por parte de toda la corte. El día vigésimo tercero estaba el rey sentado a la mesa y cuando llevaba un rato comiendo empezó a pensar completamente ensimismado; bien se veía que su corazón no se encontraba a gusto. Se le acercó mi señor Galván, que estaba con los demás, y le dijo:

—Señor, demasiado estáis pensando durante la comida, y se os volverá en mal, pues aquí hay muchos caballeros que os censuran por ello.

Encolerizado, el rey le respondió:

—Galván, Galván, me habéis sacado del pensamiento más cortés que he tenido nunca; nadie me censuraría con justicia, pues estaba acordándome del mejor caballero, el que venció en el encuentro que tuvimos con Galahot, y del que dijo Galahot que lo tendría en su mesnada. En otros tiempos, cuando yo deseaba algo y se enteraban los caballeros de mi casa y mis compañeros, iban de inmediato, en su búsqueda, aunque estuviera en la más extraña tierra; y se decía que en mi séquito estaban los más valientes, pero eso ya no es así, pues el mejor caballero del mundo está fuera.

—Es verdad —responde mi señor Galván—, tenéis razón; si Dios quiere, el caballero será vuestro, si es que se puede encontrar en algún lugar del mundo.

Mi señor Galván regresa a su sitio y al llegar a la puerta de la sala en la que estaban sentados muchos caballeros destacables, se vuelve hacia el comedor y dice tan alto que todos le puedan oír:

—Señores caballeros, el que quiera emprender ahora la búsqueda más importante de cuantas han existido, a excepción de la del Grial, que venga conmigo, pues hoy están dispuestas la fama y la honra del mundo para quienes Dios les conceda la felicidad del hallazgo y el que no venga no podrá gloriarse nunca de haber logrado la fama.

Entonces se marcha mi señor Galván y tras él empiezan a salir caballeros, dejando vacías las mesas.

El rey se entristece porque no se quedaba nadie; hace llamar a mi señor Galván y cuando se presenta, le dice:

—Buen sobrino, me causáis una gran tristeza y me habéis avergonzado al querer llevaros de tal modo a mi compañía, justamente en un momento en que debo tener reunida a mi corte, esté yo donde esté, manifestando un mayor prestigio del que suelo

mostrar. Nunca se había visto tal reunión de fuerzas para ir en busca de un solo caballero. ¿Es que queréis apresarlo con todos los caballeros de mi tierra? Cuanta menos gente lo haga venir, mayor será vuestra gloria.

Mi señor Galván se da cuenta de que el rey tenía razón, y le contesta:

—Señor, sólo irán los que vos queráis; no lo hice porque pretendiera llevarme a vuestra compañía, pues pensaba buscarlo a solas, pero si muchos caballeros van en su búsqueda, cada uno por su cuenta, lo encontrarán antes que si va uno nada más.

—Es cierto. Que vayan los cuarenta que vos elijáis, pues tampoco quiero que se alteren en nada vuestras palabras.

Entonces escogió mi señor Galván a cuarenta de los que más amaba, y todos ellos se alegraron de poder acompañarlo. Fueron a armarse y después se presentaron al rey; trajeron los evangelios, pues era costumbre que no se marchara en busca de aventuras ningún caballero de la corte real sin haber jurado contar a su regreso toda la verdad de lo que le ocurriera; y si al ponerse en marcha no lo juraban, debían jurar al regreso para que les creyeran. Se arrodilla mi señor Galván ante el rey para prestar juramento, pero éste toma la palabra y les dice:

—Señores caballeros, os vais; procurad que no sea en vano, pues sois todos tan buenos caballeros que no hay nada, por grande que sea, que no podáis llevar a cabo.

Mi señor Galván se quedó pensativo y luego, de rodillas como estaba, dijo a los caballeros armados:

—Señores, que cada cual jure en los mismos términos que yo voy a jurar.

Los otros así lo conceden.

—Ahora —continúa—, jurad lo que yo tendré que jurar, y después lo juraré yo.

Así lo hacen. A continuación mi señor Galván juró que diría la verdad al regresar y que no volvería sin el caballero que iba a buscar o sin tener noticias ciertas de él, y que regresaría con todos sus compañeros, a excepción de los que estuvieran muertos.

Todos los caballeros que iban a emprender la búsqueda se quedaron sorprendidos ante tal juramento, pero fue el rey el que más se asombró, acordándose del día en que debía celebrarse el encuentro con Galahot.

—Buen sobrino, habéis hecho mal al no salvar en vuestro juramento el día del encuentro.

—Señor, ya no tiene remedio.

Se ata el yelmo, monta a caballo y se marcha de la corte con todos sus caballeros. Con él iba mi señor Ivaín, hijo del rey Urién, Kay el senescal, Sagremor el Desmesurado, Lucano el Botellero, Ider hijo de Nut, Giflete hijo de Don, Ivaín de Lionnel, Iván el de las Blancas Manos, Iván el Doncel, Ivaín el Contrahecho, Galegantín el Galés, Gasoain de Estragot, Galantín el Alegre, Caradigáis, Magloás, el duque Tablante, Quemés de Caree, Guerrehet, su hermano Agravaín, Cadoaín, Kay de Etraus, Dodinel el Salvaje, Karandel Quiebrabrazos, el rey de Génova, el rey de Marés,

Helaín li Blois, mi señor Brandín y Adaim el Bello, Osoaoín el Atrevido, Aiglín de los Valles, Gueheriet, Blioberís, el Alegre Atrevido, Gales el Calvo, Aguisacán de Escocia, Hervis de Rivel, Conoaín el Atrevido; el cuadragésimo era el escudero de Benoic. Esos eran los cuarenta que emprendieron la búsqueda; después no hubo uno solo tan osado o tan valiente que no se tuviera por loco, pues todos ellos fueron llamados perjuros por el mismo rey: erraron durante un año, hasta el día del encuentro con Galahot, en que mi señor Galván regresó con ellos.

Pero la historia ahora deja de hablar de mi señor Galván y de sus compañeros y vuelve a la dama de Malohaut, que está a disgusto, pues desea saber el nombre del Buen Caballero y su condición, pues lo ama todo lo que puede.

LII

Cuenta ahora la historia que un día la dama hizo que lo sacaran de la mazmorra para hablar con él. Cuando estuvo delante de ella, fue a sentarse a sus pies en el suelo; la dama, que deseaba honrarlo, hizo que se sentara a su lado y en alto, y le dijo:

—Señor caballero, durante mucho tiempo os he tenido prisionero por el daño que cometisteis; os he honrado en contra de mi senescal y su parentela: debéis agradecerme y así lo haréis si sois tan noble como pienso.

—Señora, os lo agradezco de tal modo que me consideraré caballero vuestro siempre que me necesitéis, en el lugar que sea.

—Muchas gracias, tendréis ocasión de demostrarlo. Ahora os ruego que me deis en recompensa lo que os voy a pedir: decidme quién sois y a quién pertenecéis; si es cosa que queráis ocultar, tened por seguro que nadie lo sabrá.

—Señora, por Dios, por la misericordia divina, eso no lo podréis saber, pues a nadie se lo diría.

—¿No? ¿No me lo vais a decir de ningún modo?

—Señora, haced conmigo a vuestro antojo, pero aunque me golpeéis en la cabeza no lo diré.

—Ciertamente, en mala hora lo ocultáis, pues os prometo, por lo que yo más amo, que no saldréis de mi casa antes del enfrentamiento de mi señor el rey Arturo y de Galahot. A partir de ahora se os afrentará más y os molestarán continuamente, pues hasta el día del combate queda cerca de un año. Si me lo hubierais revelado, habríais sido puesto en libertad hoy mismo. A pesar de vos, llegaré a saberlo, pues voy a ir a un lugar en que me lo dirán.

—¿A dónde, señora?

—Por Dios, a la corte del rey Arturo, donde se conocen todas las noticias.

—Señora, no puedo hacer más.

Lo reenvía entonces a la mazmorra con cara de estar muy enfadada con él y de odiarlo mucho, pero no es así en realidad, sino que lo ama más de lo que se imagina con un amor que crece y refuerza cada día. A continuación llama a su prima y le dice:

—Advertidle al caballero que lo odio más que a nadie y que le causaré todos los sufrimientos que un cuerpo humano pueda soportar.

Así le habla la dama a su prima para cubrir su verdadero pensamiento. Mientras tanto se dispone a ir a la corte del rey Arturo para saber el nombre del caballero, y desea ir con gran riqueza. Cuatro días más tarde se pone en marcha, dejando a su prima en su lugar.

—Bella prima, voy a la corte del rey Arturo, donde tengo mucho que hacer; le he manifestado mi odio al caballero porque no quiso revelarme su nombre, pero no le

odio en absoluto, pues es muy valeroso; os ruego y suplico, por mi amor y vuestro honor, que le entreguéis todo lo que pueda desear su corazón, a excepción de vuestra honra, de forma que me lo podáis devolver a mi regreso.

La doncella se lo promete así. A continuación, la dama se pone en marcha y cabalga hasta encontrar al rey en Logres, capital del reino. Cuando el rey se enteró de que llegaba, salió a su encuentro con la reina y la recibieron con gran alegría: antes de que entraran en la ciudad todos los caballeros recibieron regalos del rey y la reina hizo lo mismo con las damas y doncellas del séquito; esto lo hacían en honor de la dama de Malohaut, a la que no permitieron descabalar hasta que llegaron a la casa del rey; toda la estima se debía a la gran ayuda que le había prestado en las continuas guerras.

El rey y la reina le hicieron grandes fiestas a la dama. Por la noche, después de cenar, se sentaron los tres en una alfombra y el rey le dijo a la dama:

—Señora, realmente habéis realizado un gran esfuerzo viniendo desde vuestras lejanas tierras. No ha podido ser sino por una gran necesidad, pues no es costumbre vuestra alejaros de vuestros dominios.

—Así es, señor. Me encuentro en una gran necesidad, y os lo voy a decir. Tengo una prima a la que le quitó las tierras un vecino suyo; no encuentra a ningún caballero que quiera dirimir su querella, pues su vecino es valiente y de una familia fuerte, mientras que mi prima sólo cuenta con mi ayuda. Por eso he venido a vos, para que me ayudéis mediante el buen caballero de las armas rojas que venció en el combate, pues me han dicho que si estuviera de mi lado, nadie mejor que él saldría airoso en un enfrentamiento con el vecino de mi prima. Por eso he venido a vuestra corte. Socorredme, pues me encuentro en situación muy apurada.

—Mi dulce amiga, por la fe que le debo a mi señora la reina, aquí presente, a la que amo más que a nadie, os aseguro que no conozco al caballero, al menos así lo creo, y no pertenece a mi casa ni a mi tierra, y tengo muchas ganas de verlo. Mi señor Galván y treinta y nueve caballeros más de los mejores de mi casa, han ido en su búsqueda; salieron hace unos cuarenta días y no regresarán hasta que lo hayan encontrado.

Entonces empieza a sonreírse la dama pensando en los caballeros que lo buscaban, pues perseguían una loca empresa. La reina se da cuenta y supone que por algo se estaría sonriendo:

—Ciertamente, pienso —le dice— que vos sabéis mucho mejor que el rey y que yo dónde se encuentra el caballero.

—Por la fe que debo a mi señor el rey, de quien soy vasalla, y por vos, que sois mi señora, sólo vine aquí para saber quién es, pues esperaba oír algunas nuevas.

—Lo supuse al veros sonreír mientras os hablaba mi señor.

—Señora, eso ha sido porque me tenía por burlada y porque pensaba que me había esforzado inútilmente. Y ya que aquí no puedo conseguir noticias tuyas, os pido permiso para retirarme; me iré mañana por la mañana, pues tengo mucho que hacer en

mi país.

—¿Cómo —le pregunta el rey—, ya os pensáis ir? No os marcharéis tan pronto; le daréis compañía a la reina durante una o dos semanas y os llevaréis uno de mis caballeros, el que más os plazca, para que libre vuestro combate: vos sois una de las damas a quien más me gustaría honrar, porque siempre me habéis ayudado cuando lo necesitaba.

—Señor, muchas gracias por lo que decís, pero en modo alguno puedo quedarme durante más tiempo; tampoco me llevaré a ningún caballero, ya que no puedo tener al que deseaba y de los demás ya tengo suficientes.

Tanto le suplican el rey y la reina que al fin se queda tres días, al cabo de los cuales se marcha con consentimiento de ambos. Regresa a su tierra a marchas forzadas, porque le tarda estar allí y ver al caballero en cuya búsqueda están metidos los mejores del mundo: se alegra de tener en su poder al que todos buscan.

De este modo regresa contenta y feliz; le dice a su prima que había ido a la corte del rey Arturo porque pensaba que el prisionero era de la casa real o de su tierra. Y, a continuación le pregunta a la doncella:

—¿Cómo os ha ido a vos y a él?

—Señora, muy bien. Tuvo cuanto necesitó.

No pasó mucho tiempo hasta que hizo que lo sacaran de la mazmorra, y habló con él como si estuviera encolerizada:

—Señor caballero, el otro día os negasteis a decirme vuestro nombre y quién sois; desde entonces me he enterado de tantas cosas sobre vos, que os voy a dejar libre si así lo deseáis.

—Señora, muchas gracias. Acepto la libertad si puedo pagar la recompensa que pedís.

—¿Sabéis cuál es la recompensa que pido por vos? Os voy a preguntar tres cosas; si no me contestáis al menos a una de ellas, os aseguro por Dios que no saldréis de mi prisión ni por dinero ni por súplicas.

—Señora, descubridme vuestro pensamiento y, ya que he venido a eso, os contestaré.

—Os digo que si me reveláis quién sois y cómo os llamáis, os dejaré en libertad. Si no me lo queréis decir, respondedme, ¿a quién amáis? Si no me contestáis a ninguna de esas dos preguntas, decidme si pensáis continuar haciendo las proezas que hicisteis el otro día en el encuentro del rey Arturo con Galahot.

Al oír estas palabras, empezó a suspirar profundamente, y al fin dijo:

—Señora, ahora veo lo mucho que me odiáis, ya que queréis dejarme en libertad tan deshonorado. Señora, por Dios, cuando me hayáis hecho revelar mi gran dolor y hayáis obtenido vuestro placer, ¿qué garantías tendré de poder ir en libertad?

—Os lo prometo lealmente; tan pronto como os hayáis decidido por una de las tres

recompensas que os pido, os podréis marchar completamente libre. Ahora queda en vuestra mano el ir o el permanecer aquí.

Entonces empieza el caballero a llorar con amargura:

—Señora —dice—, veo que sólo podré irme si pago un vergonzoso rescate, si es que pretendo abandonar este lugar. Ya que es así, prefiero descubrir algo que vaya en deshonra mía, y no de otro. En modo alguno os descubriré quién soy, ni cómo me llamo; si estuviera enamorado, por Dios, no os diría de quién, mientras pudiera ocultarlo. Entonces, sólo me queda decirlo, y os lo pienso decir, sea cual sea la deshonra que ello me provoque. Sabed, pues, que pienso realizar mayores proezas que las que he llevado a cabo hasta ahora, si se me pide. Ya habéis logrado que os descubra una cosa que me causará vergüenza continua; permitid que me vaya, si tal es vuestra voluntad.

—Ya es suficiente. Marchaos cuando queráis, pues ahora os conozco mejor que nunca. Por haberos tenido en forma honrosa, os ruego que me concedáis un favor que no os pesará, y lo digo más por vuestro provecho que por el mío.

—Señora, decid cuál es vuestra voluntad y obtendréis lo que deseáis, si puedo dar con ello.

—Muchas gracias, os ruego que os quedéis aquí hasta el día del enfrentamiento; os prepararé un buen caballo y las armas que queráis: de aquí podréis ir al combate; ya os diré qué día tendrá lugar.

—Señora, haré vuestra voluntad.

—Os voy a decir qué es lo que tenéis que hacer. Permaneceréis en vuestra mazmorra con todo cuanto deseáis; mi prima y yo os daremos frecuente compañía. No quiero que nadie sepa que hemos llegado a ese acuerdo. Decidme qué armas desearíais llevar.

Le responde que querría armas completamente negras. Después, regresa a su mazmorra y la dama encarga en secreto un escudo negro, un caballo del mismo color, igual que la cota y las gualdrapas.

De este modo se queda allí el caballero. Mientras tanto, el rey sigue en su tierra, obrando tal como le había enseñado su maestro: honraba a la gente de forma que antes de que hubiera pasado medio año, había recuperado sus corazones hasta el punto de que entre unos y otros habían construido más de mil casas en aquel lugar, y estaban dispuestos a morir con dolor en el combate antes que el rey perdiera su tierra estando ellos vivos. Así le entregan al rey sus corazones, por la magnanimidad que han hallado en él; quince días antes de que finalizaran las treguas acudieron a su lado con el mayor número de fuerzas que pudieron reunir.

Fue por entonces cuando regresó mi señor Galván con sus compañeros sin haber logrado nada: estaban avergonzados, pero la angustia que sentían por la situación del rey les hizo volver. Mi señor Galván decía que más valía ser afrentados por mantener la honra de su señor, antes de que el rey, encontrándose solo, fuera deshonrado y privado

de sus posesiones, «y no será afrentado —continuaba— sin que estemos nosotros, mientras que nosotros podríamos ser afrentados sin él, pues podemos ser privados de nuestras tierras sin que a él le llegue afrenta alguna, pero él no puede perder sus dominios sin que nosotros no recibamos deshonra por ello».

Las palabras de mi señor Galván convencieron a los caballeros, que se presentaron dispuestos a combatir. El rey los recibió con gran alegría, pues temía que no regresaran a tiempo. De este modo se preparó a defender su tierra, a la vez que Galahot se presentó con numerosas fuerzas, pues por cada hombre que llevó la otra vez, ahora llevaba dos, de forma que la red de hierro con que habían rodeado el campamento la primera vez sólo servía para cerrar la mitad de la extensión que ocupaban.

Acabadas las treguas, estaban todos deseosos de entrar en combate. Los consejeros de Galahot le preguntaron que quiénes irían a combatir el primer día, y con cuánta gente, y él les contestó que él no se pondría las armas a no ser por una auténtica necesidad, «y ahora no combatiremos, sino que contemplaremos a los hombres del rey Arturo; después iniciaremos la batalla: estad seguros que uno de los dos quedará vencido». A continuación ordenó que el rey Primero Conquistado entrara en combate el primer día al frente de treinta mil hombres, para ver el comportamiento de las gentes del rey Arturo, y si quería más hombres, que los pidiera.

Así habló Galahot a los suyos. Mi señor Galván, mientras tanto, habla con su tío, diciéndole:

—Señor, si Galahot no se arma mañana, vos tampoco.

—Buen sobrino, tenéis razón. Vos os armaréis y estaréis al frente de una parte de mi gente: procurad hacerlo bien, pues es necesario.

—Señor, como queráis.

El día siguiente se levantaron temprano ambos ejércitos; después de haber oído misa, fueron a armarse. Los hombres del rey entraron poco a poco en el campo de batalla y comenzaron los enfrentamientos con los otros: hubo reñidos combates y duras peleas en varios sitios. Al poco rato se sumó a los combatientes un compañero de Galahot que era muy valeroso, y que con el tiempo pasó a formar parte de la mesnada del rey Arturo; se llamaba Estorel el Pobre: era hombre valiente con las armas y muy querido de Galahot porque era pobre.

Este caballero, completamente solo, atacó a un grupo en el que había más de cien caballeros. Fue contra ellos con tanto ímpetu que todos lo miraban maravillados. En el grupo aquel había hombres valientes y esforzados, y le permiten que ataque por donde desee. Rompió la lanza combatiendo en el sitio en que pensaba que estaría mejor empleada; sin que nadie se lo impidiera, fue por medio del grupo dispuesto a golpear a un caballero muy valiente, llamado Galeguinán, hermano bastardo de mi señor Ivaín, que iba al combate picando espuelas con el deseo de alcanzar más fama y honor de los que ya tenía.

Cuando galopaba de este modo se encontró con Estorel: al quebrarse las lanzas chocaron con tal dureza con el cuerpo, la cara y los caballos, que cayeron al suelo aturdidos, con los caballos encima, y estuvieron un buen rato sin poder levantarse. Siete caballeros del rey Arturo acuden veloces a apresar a Estorel; y cuando sus hombres se dan cuenta, van también hacia el mismo lugar, y se juntan unos treinta, que levantan a Estorel y vencen a los otros siete, apresando a Galeguinán; pero entonces llega Ivaín el Contrahecho seguido por una parte de sus amigos.

Allí se produjo un enfrentamiento duro: los caballeros de Galahot se defienden muy bien, pero no pueden resistir mucho tiempo, pues ni eran tantos, ni tan buenos como los otros; consiguieron rescatar a Galeguinán y a los otros siete, y Estorel volvió a ser derribado. Allí se reunieron todos en apoyo de Estorel y de Galeguinán: en poco tiempo se juntaron entre unos y otros más de cincuenta mil hombres.

Las gentes del rey Arturo combaten con habilidad y valor, pues los enemigos eran treinta mil, mientras que ellos sólo eran veinte mil y, sin embargo, llevan la mejor parte en la batalla. El rey Primero Vencido —caballero bueno y seguro— reúne a sus hombres y les renueva el ánimo; pero cuando llegó la gente de mi señor Galván, los de Galahot pudieron resistir poco tiempo y empezaron a irse de forma vergonzosa. Cuando Galahot vio que huían, envió tantos caballeros que quedaron cubiertos. Al ver mi señor Galván que llegaban, reúne a sus gentes a su alrededor y les ruega que luchen con valor. Entonces llegaron los enemigos y atacaron con toda la furia que pudieron; ellos los recibieron con la mayor fuerza, pues allí había muchos valientes.

Mi señor Galván hizo maravillas, y todos sus compañeros recuperaban ánimos y atrevimiento sostenidos por él. Pero era inútil el esfuerzo, pues por cada uno de los suyos había tres de Galahot: resistieron durante un rato, pero al cabo tuvieron que ceder la plaza y fueron obligados a retroceder hasta sus propias lizas. Mi señor Galván mostró allí una parte de su valor, pues se esforzó tanto que todos los que tenía alrededor se admiraban y los de Galahot se quedaban espantados.

Cuando el rey Arturo se dio cuenta de que no podían resistir por más tiempo, dijo que ya había tolerado bastante al permitir que los maltrataran de aquel modo. Envió al campo al resto de sus caballeros y puso a mi señor Ivaín al frente, recomendándole que fuera con prudencia. Cuando llegó al campo de batalla, todos los suyos se habían retirado ya por detrás de las lizas, el caballo de mi señor Galván había muerto, él estaba herido y todos tenían gran necesidad de auxilios. Al verlos llegar los enemigos no se atrevieron a seguir avanzando, sino que permanecieron en el lugar que ocupaban hasta que vino picando espuelas el rey de Más Allá de las Mareas, con veinte mil hombres. Grande fue el choque que se produjo, y combatieron bien ambos ejércitos. Mi señor Ivaín luchaba con valor, mejor que nunca, y consiguió montar a mi señor Galván en un caballo del que derribó al rey Primero Vencido. Mi señor Galván había recibido ya tantos golpes que ningún día, en el resto de su vida, se sintió peor. Los dos, Ivaín y

Galván, realizaron grandes proezas.

Así duró el combate durante todo el día; cuando unos llevaban la peor parte, los apoyaban los suyos y poco a poco fue atardeciendo y empezaron a abandonar el campo los dos bandos: todos estaban agotados, por muy fuertes que fueran. Mi señor Galván permaneció en el lugar, y acudió en ayuda de un compañero suyo que se llamaba Gaherís de Carahán. Mi señor Ivaín no lo sabía y se estaba alejando con los otros, pero entonces llegó al galope un escudero y le gritó que apresarian a su amigo y a su compañero si no se daba prisa. Regresó mi señor Ivaín lo más rápidamente que le llevó el caballo: iba tan preocupado que no avisó a nadie, a pesar de que aún le quedaban muchos y valientes. Cuando llegó al campo de batalla se encontró a mi señor Galván sangrando por la boca y por la nariz, y pensando que iba a morir sin poder confesarse, aunque aún permanecía sobre el caballo. El combate volvió a recrudecerse y se produjeron más daño que hasta entonces, pues abundaron los caballeros muertos, apresados y heridos. Fueron los hombres del rey Arturo los que llevaron la mejor parte en esta ocasión y derrotaron a los otros; después regresaron con numerosos prisioneros.

El rey se asustó al ver a su sobrino malherido y cuando le dirigió la palabra delante de su tienda no pudo contestarle en modo alguno, sino que cayó al suelo desvanecido, sin que nadie pudiera sostenerlo. El dolor del rey y de la reina fue grande; llamaron a todos los médicos, lo acostaron y se encontraron con que tenía dos costillas rotas, y temían que estuviera reventado por dentro, pero no se atrevieron a decirlo para que el rey no se preocupara demasiado; afirmaron que no era grave y que sanaría sin dificultad. En el campamento del rey son grandes las lamentaciones que se hacen por mi señor Galván; los valientes caballeros lloran, diciendo que no habrá ningún otro tan noble y valeroso como él. Pero hay otros muchos que se alegran: cuando cayó desmayado delante de su tienda, lo vieron los caballeros de Malohaut y oyeron decir que había muerto. Al regresar a Malohaut la dama les pidió noticias del combate y ellos le contestaron que mi señor Galván había sido el más destacado, pero que estaba herido de muerte.

La dama se afligió con tales noticias:

—¡En mala hora —dijo— tomó parte en el combate mi señor Galván! ¡Nunca murió un caballero tan bueno!

Las noticias corrieron por el lugar y no hubo ni un muchacho que no hablara de él, de forma que se enteró también el caballero que estaba en la mazmorra: si los otros lo habían sentido, él se lamentó más que nadie, diciendo:

—Si muere, será una pérdida irreparable.

Cuando se marcharon los caballeros que habían llevado la noticia, el prisionero se esforzó hasta que consiguió hablar con la dama:

—Señora, ¿es cierto que ha muerto mi señor Galván?

—Sí, está mortalmente herido y no tiene curación posible, según he oído decir.

—Por Dios, es una gran desgracia para todo el mundo; el día que muera tendrá que desaparecer la alegría. Señora, señora, ¿por qué me habéis traicionado de forma tan fea? Me habíais prometido que me avisaríais el día del combate.

—Si os lo prometí, ahora lo cumpliré pues ya han perdido bastante los nuestros.

—Señora, ya es tarde.

—No, pues todavía podréis llegar a tiempo; el combate continuará de hoy en tres días y os tengo dispuesto un caballo y las armas que me dijisteis, pero os aconsejo que no os pongáis en marcha hasta el día mismo del combate; entonces os iréis directamente al campo de batalla, bien conocéis el camino.

—Señora, que sea según vuestra voluntad.

A continuación se marcha el caballero y la dama se va por otro lado. El día siguiente después de comer la dama se presenta al caballero, lo encomienda a Dios y le dice que se va a resolver unos asuntos; el caballero le da las gracias por los honores con que lo había tratado y le repite que se considera su caballero y que lo será toda la vida.

La dama va al campamento. El rey y la reina le muestran la alegría de que son capaces debido a su aflicción, y la acompañan a presencia de mi señor Galván, pues quería verlo. Lo encontró con un aspecto mucho mejor de lo que le habían contado, y se puso muy contenta. Así pasaron la noche. El rey Arturo tenía miedo, porque había perdido muchos caballeros.

La prima de la dama de Malohaut, que se había quedado en el castillo, le preparó las armas al caballero aquella noche y lo acostó en el lecho de su señora: la doncella permaneció allí hasta que el prisionero se durmió, pues la dama le había ordenado que le hiciera todo tipo de honores, salvo su honra.

Por la mañana, el caballero se levantó muy temprano y la doncella le ayudó a armarse. Tras encomendarla a Dios, se puso en marcha y cabalgó, de forma que llegó al campo de batalla cuando estaba saliendo el sol. Se detuvo junto al río y se quedó apoyado en la lanza, en el mismo lugar en el que estuvo cuando el otro enfrentamiento. Reconoció el torreón en el que estaba mi señor Galván por las damas y doncellas que había: allí estaban la reina y la dama de Malohaut y otras muchas damas y doncellas.

Las gentes del rey Arturo ya se habían armado y estaban cruzando el río en gran número los que querían comenzar el combate, y los hombres de Galahot estaban haciendo lo mismo. Y no pasó mucho tiempo hasta que los prados se cubrieron de combates singulares y de peleas multitudinarias. Mientras tanto, el caballero seguía pensativo, apoyado en la lanza y mirando con dulzura hacia la tienda en la que estaban las damas. La dama de Malohaut lo vio, lo reconoció sin dificultad y empezó a decir, de forma que lo oyeron la reina y las otras damas:

—Dios, ¿quién puede ser aquel caballero que hay junto al río? No nos perjudica, pero tampoco ayuda a los nuestros.

Entonces miran hacia allí todos, y dice mi señor Galván:

—¿Lo puedo ver?

La dama de Malohaut le contesta que ella haría que lo viera.

A continuación le preparó un asiento frente a una ventana y lo acostaron de forma que podía ver abajo toda la pradera. Al mirar ve al caballero del escudo negro que estaba pensativo apoyado en la lanza, y le dice a la reina:

—Señora, ¿os acordáis que cuando fui herido hace tiempo en este mismo lugar, había un caballero pensativo junto al río? El otro llevaba armas rojas y fue el que estuvo por encima de los demás en el combate.

—Buen sobrino, bien pudo ser, pero ¿por qué lo decís?

—Señora, porque querría que fuera ése, pues nunca vi hazañas semejantes a las que hizo.

Estuvieron hablando de él mucho rato, y en ese tiempo no se movió. El rey Arturo —mientras tanto— había dispuesto en orden a sus gentes formando cuatro cuerpos de quince mil hombres cada uno, y un quinto cuerpo de más de veinte mil. Al frente del primero iba el rey Idier, que era un caballero muy valiente y que luchó con valor aquel día. El segundo lo llevaba Hervis de Rivel, uno de los caballeros más entendidos del mundo en cuestiones de guerra. Conducía el tercero Aguisacán, rey de Escocia, primo del rey Arturo: no iba al frente del primer cuerpo porque no había participado en tantos combates como el rey Idier. El rey Yon dirigía al cuarto, y mi señor Ivaín, hijo del rey Urién, conducía al quinto, en el que había más de veinte mil caballeros, que debían entrar en batalla los últimos.

Así dispuso el rey Arturo sus cinco cuerpos; lo mismo hizo Galahot, aunque éste tenía veinte mil hombres en los cuatro primeros, y cuarenta mil en el quinto. El primer cuerpo tenía al frente a Malauguín, el senescal, que era el rey de los Cien Caballeros, noble y valiente. Al frente del segundo estaba el rey Primero Vencido. El rey del Vadoán dirigía al tercero; el rey Clamadeus de las Lejanas Islas llevaba el cuarto. El quinto, en el que había cuarenta mil hombres, estaba bajo la dirección del rey Bandemagus de Gorre, que tenía gran fama por sus hechos de armas y por sus consejos. Ese día Galahot no se vistió armas de caballero, sino que se puso un lorigón corto de servidor y un capellete de hierro; llevaba ceñida la espada y una estaca gruesa y corta en la mano; montaba a caballo como convenía a un valiente y esforzado: era el hombre con más virtudes y mejores cualidades de todo el mundo.

Van al campo de batalla dispuestos a combatir. El caballero negro sigue pensativo en la orilla. La dama de Malohaut se dirige a la reina y le dice:

—Señora, obrad de forma adecuada y ordenadle a aquel caballero que combata por vuestro amor, que os diga a qué bando pertenece, si es de los nuestros o de los suyos: después sabremos qué desea y si es valiente.

—Buena señora, tengo otras cosas en que pensar, pues mi señor el rey se encuentra en situación de perder toda su tierra y su honor; mi sobrino yace en el estado que

habéis visto, y tengo tantas desgracias que no me apetece ahora hacer lo que en otros tiempos hacía, pues bastantes preocupaciones tengo. Decídselo vos y las otras damas, si quieren.

—Señora, estoy dispuesta a ir si se me ordena. Si queréis, hacedle venir, y yo le daré compañía.

—Señora, no pienso meterme en ese asunto. Hacedlo venir vos y las otras damas, si así lo deseáis.

Entonces dice la dama de Malohaut que si las demás quieren, ella también querrá. Todas le dicen que sí. La reina les presta una de sus doncellas para que lleve el mensaje, que la dama de Malohaut le dice. Mi señor Galván aprovecha para enviarle al caballero dos lanzas suyas y un escudero que las lleva. Entonces le dice la dama a la doncella:

—Doncella, vais a ir al caballero que está allí pensativo; decidle que todas las damas y las doncellas de la casa del rey Arturo lo saludan, menos mi señora, y le hacen saber que si piensa tener bienes y honra allí donde cualquiera de ellas esté y tenga poder, que vaya a combatir por su amor, para que se lo puedan agradecer. Presentadle, además, estas dos lanzas que le envía mi señor Galván.

Monta la doncella en un palafrén y va con ella el escudero que lleva las dos lanzas; se acercan al caballero y la doncella le expone el mensaje. Al oír hablar de mi señor Galván, preguntó dónde estaba, y la doncella le responde:

—Está en ese torreón acompañado por numerosas damas y doncellas.

Entonces se despide de la doncella y ordena al escudero que le siga; se mira las piernas y ajusta los estribos. A mi señor Galván, que lo estaba viendo, le pareció que había crecido medio pie.

El caballero mira hacia el torreón y atraviesa los prados picando espuelas. Cuando mi señor Galván lo ve marchar, le dice a la reina:

—Señora, señora, ése es el caballero mejor del mundo; nunca vi a otro que llevara las armas con tanta dignidad como él.

Corrieron todas las damas y doncellas a las ventanas y a las almenas a verlo. Él galopa tan rápido como puede el caballo; a derecha y a izquierda ve hermosos combates singulares, y duros enfrentamientos, pues muchos de los jóvenes caballeros rápidos del rey Arturo habían pasado las barreras para realizar hechos de armas; del campamento de Galahot iban llegando, diez por aquí, veinte más allá, treinta por otro lugar, cuarenta, cincuenta, por unos sitios más y por otros menos. Nuestro caballero evita todos los combates y pica espuelas, dirigiéndose a un grupo que vio venir, en el que había fácilmente cien caballeros. Se lanza en medio y golpea a uno con tanta fuerza que lo derriba al suelo con su caballo. Cuando se le quiebra la lanza, sigue golpeando con los trozos rotos hasta que no le quedan más que los pedazos que tiene en el puño; luego va en busca del escudero que le llevaba las otras dos lanzas: toma una, vuelve a atacar y combate tan a descubierto que todos dejan de luchar para contemplarlo. Lleva

a cabo tales proezas mientras le duran las tres lanzas, que mi señor Galván asegura que nadie podría hacer nada semejante.

Cuando se le quebraron las tres lanzas regresa a la orilla y, desde el lugar en el que había estado, vuelve el rostro hacia el torreón y mira con dulzura.

Mi señor Galván toma la palabra, diciendo:

—Señora, ¿veis aquel caballero? Tened por seguro que es el hombre más valeroso y noble del mundo. Vos despreciasteis el mensaje que le enviaron no queriendo ser nombrada; seguramente lo ha considerado como rasgo de orgullo, pues se da cuenta que vos os encontráis en peor situación que las otras damas; quizás piense que lo tenéis en poco y que por eso no os dignasteis en ordenarle que tomara las armas por amor vuestro.

—Por mi fe —exclama la dama de Malohaut—, ahora está mostrándonos que no va a hacer nada más por todas nosotras. Que le dé órdenes quien debe dárselas, pues ya ha dado por cumplidos nuestros deseos.

—Señora —le dice mi señor Galván a la reina—, ¿os parece que es razonable lo que os he dicho?

—Buen sobrino, ¿qué queréis que haga?

—Señora, os lo voy a decir. Mucho tiene quien dispone de un hombre noble y valeroso, pues muchas cosas son llevadas a buen término por gente así, y de no haber sido por ellos, habrían quedado en nada. Os voy a decir lo que debéis hacer: enviadle saludos y decidle que le suplicáis que tenga compasión del reino de Logres y del honor de mi señor el rey, pues si Dios no se apiada las cosas irán mal. Si él desea alcanzar honra y alegría en cualquier lugar sobre el que vos tengáis poder, que realice proezas y hazañas para que le estéis agradecida y que se vea por sus obras que presta ayuda para salvar el honor del rey y el vuestro. Tened por seguro que si entra en combate, el rey no será vencido, por más fuerzas que tenga Galahot. Le enviaré diez lanzas de cortantes puntas y de astas gruesas y rectas, y gracias a ellas podréis contemplar hermosos combates. Le voy a mandar también tres caballos muy buenos y hermosos, que irán cubiertos con mis armas. Si quiere luchar con todo su ánimo los utilizará a los tres.

Así habla mi señor Galván, y la reina le concede que envíe en su nombre lo que quiera, que ella lo acepta. La dama de Malohaut casi vuela de alegría, pues considera que ha conseguido lo que había perseguido durante tanto tiempo. Mi señor Galván llama a la doncella que había llevado el otro mensaje y la envía otra vez con la misiva que le había expresado a la reina; después llama a cuatro servidores y les ordena que le lleven al caballero tres caballos suyos con gualdrapas blasonadas y otro caballo cargado con diez lanzas, las más fuertes que tenga. La doncella se presenta al caballero, le dice el encargo de mi señor Galván y de la reina y le entrega los regalos. El caballero le pregunta a la doncella:

—¿Dónde está mi señora?

—Señor, en aquel torreón, con numerosas damas y doncellas, y con mi señor Galván, que está enfermo. Sabed que os contemplarán con gusto.

—Doncella, decidle a mi señora que lo haré todo como ella desee; a mi señor Galván dadle muchas gracias por el regalo.

Toma entonces una lanza de las que llevaba el criado, y les ordena a todos que le sigan.

La doncella se despide, vuelve al lado de la reina y le dice a mi señor Galván las palabras que el caballero le había encomendado. La dama de Malohaut se sonríe sin cesar mirando a todos.

Mientras tanto, el caballero vuelve al campo de batalla, evita los enfrentamientos multitudinarios y galopa a través de la pradera hasta un lugar en donde estaban luchando muchos buenos caballeros. El ejército de Idier había pasado ya las barreras y combatía contra los hombres del rey de los Cien Caballeros. El caballero continúa evitando los enfrentamientos de muchos hombres y aparenta no ver nada; llega junto al ejército que llevaba el rey Primero Vencido, en el que había fácilmente veinte mil caballeros. Dirige hacia ellos la cabeza de su caballo, ataca al galope y se mete allí donde piensa que serán mejor utilizados sus golpes; ante su lanza no queda nada, ni caballeros ni caballos, todo lo derriba en un solo montón, hasta que se le rompe la lanza.

Muchos caballeros del rey Arturo vieron el choque: mi señor Keu el senescal, Sagremor el Desmesurado, Giflete hijo de Don, Ivaín el Bastardo, mi señor Brandeliz y Gueheriet, hermano de mi señor Galván. Acudían rápidamente a combatir, pues les impulsaba a ello el deseo de lograr fama por amor, y los más veloces pensaban que no llegarían a tiempo. Después de ellos llegaron otros cien por lo menos, con los yelmos atados, empuñando las lanzas y dispuestos a luchar lo mejor posible. El senescal Keu, que había visto combatir al caballero, llama a los cinco que estaban con él y les dice:

—Señores, acabáis de ver el encuentro más hermoso de los realizados por un solo caballero; todos nosotros estamos aquí para conquistar honor y fama; nunca encontraremos mejor ocasión que ésta para llevar a cabo nuestras hazañas, si es que las realizamos. Ahora estoy dispuesto a imitarlo, pues tiene que ser un hombre valiente y noble. El que quiera lograr honor, que me siga; no pienso dejarlo solo, a no ser que me den muerte o sea herido.

A continuación pica con las espuelas, y todos le siguen. El caballero de negro, que había quebrado la lanza, salió del combate, tomó otra de las que le guardaba su escudero y regresó rápidamente. Se le suman los otros y entran en liza tras él. Derriba a caballeros y caballos, se lleva escudos a fuerza de golpes, arranca yelmos de las cabezas, y realiza tales proezas que todos los que están con él se quedan admirados; los que van en contra se espantan. Al fin, ha combatido tanto que todas las lanzas se le han roto y bajo él ha caído muerto uno de los caballos que mi señor Galván le había enviado. El escudero le entregó otro caballo en medio de un duro acoso: cuando estaba luchando a

pie atacaron los cien caballeros y pudo saltar sobre el caballo que le había traído el escudero. De este modo vuelve a combatir tan fresco como si nunca lo hubiera hecho, con la espada desenvainada en el puño. Cuando sus compañeros lo vieron montando un caballo que llevaba las armas de mi señor Galván, se quedan admirados y se convencen de que era un hombre valiente y noble; lo siguen todos, dispuestos a realizar hazañas o a morir con honor en su compañía.

Empezaron entonces a combatir con furia: en aquel tiempo no se sujetaban unos caballeros a otros por los frenos, no se enfrentaban de uno en uno, o de dos en dos, o de tres en tres, sino que el que podía hacer más, hacía más; y así un caballero luchaba contra dos o tres o contra tantos como pudiera. De este modo actuaban el Caballero Negro y sus compañeros, pero estaban en situación desventajosa y no habrían podido resistir mucho tiempo de no haber sido por una casualidad: el ejército del rey de los Cien Caballeros fue derrotado, pues no pudieron mantenerse frente al rey Idier. Huyeron precipitadamente y en la huida arrastraron a las gentes del rey Primero Vencido. El rey de los Cien Caballeros sintió un profundo pesar y una gran vergüenza, pues era muy buen caballero y hombre firme.

Los vencidos corrían buscando ayuda, a pesar de que eran más numerosos que los otros, pues entre los dos ejércitos sumaban unos cuarenta mil, mientras que los compañeros de mi señor Galván no pasaban de quince mil: los hubieran derrotado en batalla. Entonces empezaron a verse las grandes proezas del Caballero Negro pues no había caballero al que alcanzara, al que no derribase a pesar suyo. Con lanzazos y tajos de espada hacía caer a caballeros y caballos, y no cesaba de arrancar yelmos y astillas de escudos, y de atacar con su caballo. Allí donde llegaba con la espada desenvainada, frecuentemente no encontraba dónde golpear, pues todos le huían, porque ni hierro ni madera podían resistir a sus golpes, y no había hombre que pudiera hacerle frente. Luchaba tan bien y con tanto valor que él solo sostenía a todos los suyos y atendía a todos los que iban contra él. Los suyos mejoraban imitándolo, por las proezas que realizaba; y ante tales hazañas todos se preguntaban admirados quién era.

El Caballero Negro combate con gran valor y destreza. La noticia va por todas partes y en la hueste del rey Arturo no se habla de otra cosa, sino de él; y lo mismo ocurre en la hueste de Galahot. Cuantos han visto sus proezas dicen que no era nada en comparación suya el caballero de las armas rojas.

Combatió de este modo durante mucho rato y siempre se mantuvieron a su lado los seis compañeros que ha nombrado la historia más arriba. Le mataron el caballo y volvió a montar en otro que le trajeron. Pero su compañía empezaba a debilitarse, después de haberse esforzado en ayudarlo durante todo el día. Entonces llama el senescal al escudero que le había entregado el caballo, y le dice:

—Amigo, ve deprisa a Hervis de Rivel, que está allí donde se ve la bandera con tantas franjas de oro como de sinople. Dile que a partir de ahora debe lamentarse por

sí mismo, como nos lamentaremos yo y todo el mundo, pues deja que muera el mejor caballero que ha llevado escudo al cuello. Y que tenga por seguro que si muere, con él morirá la flor de los compañeros del rey Arturo y él, que debería haberlo socorrido, será considerado un malvado el resto de su vida.

Se marcha el escudero; va ante Hervis y le transmite el mensaje, de principio a fin. Al oírlo, se asusta y, avergonzado, responde:

—Por Dios, jamás cometí una traición y no voy a hacerla ahora, pues ya soy muy viejo.

A continuación les ordena a sus hombres que cabalguen decididos, «y tú irás delante —le dice al escudero—, y dile de mi parte al senescal que si puede resistir hasta que yo llegue al campo de batalla, que no me tendrá por traidor».

El criado se presenta a Keu y le hace saber las palabras de Hervis; Keu se ríe, a pesar de encontrarse mal, y después le pregunta al criado que quién era el Caballero Negro, a lo que éste le responde que no lo sabe.

—Entonces, ¿por qué le ha enviado mi señor Galván sus caballos?

El criado le contesta que no sabe nada más de lo que le ha dicho. Keu vuelve a ponerse el yelmo, que se había quitado, y regresa al combate con nuevo vigor.

Llega entonces Hervis de Rivel con toda su bandera; cuando ya se aproximaba, empiezan a gritar sus hombres con tanta fuerza que en todos los prados no se oye más que a ellos. Mi señor Galván se ríe, a pesar de lo enfermo que está.

Entran en combate con las lanzas sujetas bajo las axilas. El choque fue duro: muchos caballos erraban o estaban muertos, y había muchos caballeros derribados, muertos o heridos; allí veríais muchos caballos que huían por todas partes, pisando los cuerpos de los caballeros, y muchas armaduras hermosas tiradas por el suelo, sin que hubiera quien se las llevara. Hervis de Rivel empezó a combatir ante el senescal Keu por las palabras que había dicho: aquel día hizo más de lo que convenía a su edad, pues había pasado los ochenta años.

Los hombres del rey Arturo combatieron con valor, pero el Caballero Negro lo hizo mucho mejor que todos. A partir del momento en que llegó Hervis, las gentes de Galahot duraron poco en el campo, a pesar de que tenían una cuarta parte más de hombres que los otros. Tan pronto como el rey de Vadoán vio que sus gentes llevaban la peor parte, fue a ayudarles con toda su bandera, galopando lo más rápidamente que podían. Los hombres del rey Arturo se encontraron en desventaja, pues por uno de ellos había dos de Galahot; pero no tardó mucho en llegar el rey Aguisacán y entonces las fuerzas quedaron igualadas, de forma que unos y otros resistían. El sol estaba ya muy alto. En ese momento entraron en el campo el rey Clamadeus y el rey Yon, que iba contra él.

Así se mezclaron cuatro ejércitos por ambos bandos, y habían causado numerosas pérdidas a los de Galahot, pues las gentes del rey Arturo no habían cesado de acosarles

desde el principio. A mediodía se defendían muy bien las gentes de Galahot y eran veinte mil más que los otros, pero en todo momento llevaban la peor parte, gracias al Caballero Negro: de no haber sido por él no conseguirían superarlos, pues causaba terror entre los enemigos por su valentía y habilidad, de forma que a éstos les parecía que los contrarios necesitaban tener mucha gente para vencerlos.

Se espantaron tanto con las maravillas que hacía, que la mayor parte de ellos volvió la espalda y se fueron vilmente a las tiendas. Galahot, al verlos, se preguntaba sorprendido qué podía estar ocurriendo, pues sabía que sus hombres eran más numerosos. Salió al encuentro de los que huían y les preguntó qué pasaba.

—Señor —le contesta un caballero que no tenía intenciones de seguir combatiendo—, confieso que el que quiera ver cosas dignas de admiración, que vaya al lugar de donde venimos, y verá las mayores cosas que han sido y serán.

—¿Cómo? ¿Qué maravillas son ésas?

—¿Cuáles, señor? Allí abajo hay un caballero que ha vencido a todos él solo; no hay hombre que pueda resistir sus golpes; el caballero de las armas rojas no valía ni siquiera lo que una malla, en comparación con éste; nada puede hacer que se canse, no ha cesado de combatir desde esta mañana y se mantiene tan fiero y tan fresco como si no se hubiera puesto las armas.

—En el nombre de Dios, ¡eso lo tengo que ver de inmediato!

Entonces se dirige a su gran séquito, escoge diez mil hombres y deja treinta mil, y luego le dice al rey Bandemagus:

—Procurad, por vuestro honor y por mí, que mi séquito no se mueva de aquí a no ser que yo mismo venga a pedíroslo. Y vosotros —les dice a los diez mil—, manteneos ocultos, alejados de los demás, hasta que venga a buscaros.

A continuación se dirige al campo de batalla con las armas que llevaba y obliga a que vayan a su lado los que huían. Los suyos estaban ya a punto de darse por vencidos, pero cuando el rey Clamadeus lo vio venir, recobró ánimos, gritó su seña con mucha fuerza y atacó con ímpetu a sus enemigos. Galahot ordenó a los que llevaba que empezaran a combatir desde el primer momento con todo su valor, «y no os preocupéis, pues en caso de necesidad acudirán a socorremos». A las órdenes de su señor pican espuelas y se meten entre los enemigos. Recobran el terreno perdido y al grito de la seña de Galahot todos los combatientes piensan que han llegado muchos hombres en su auxilio: las gentes del rey Arturo se hubieran vuelto de inmediato, de no haber sido por el Caballero Negro, que toma sobre sí mismo toda la carga, de forma que recurren a él en tan gran apuro, y él estaba dispuesto a defenderlos y a apoyarlos. Allí le mataron el caballo y él quedó a pie: era el último de sus caballos, y empezó un gran acoso alrededor de él, de modo que no pudieron darle otro para que montara de nuevo. A pesar de ir a pie combatía tan bien que no podía ser considerado cobarde ni perezoso, sino que todos lo rodean como si fuera un estandarte. Mientras tanto él

golpeaba a diestro y siniestro sin descanso y no se podía ver su espada sin que estuviera dando golpes. Partía yelmos, hendía escudos, rompía lorigas por los hombros y arrancaba brazos de caballeros. Hacía cosas admirables de ver.

Galahot se quedó maravillado de cómo un solo caballero podía hacerlo, y se decía a sí mismo que no querría conquistar todas las tierras que hay bajo el firmamento a cambio de que un hombre tan valiente muriera por su culpa. Pica espuelas y, con el cetro en la mano se mete en el combate dispuesto a poner fin a la lucha que se estaba produciendo en torno al que iba a pie; tras gran esfuerzo logró que sus gentes retrocedieran; a continuación se dirigió al caballero, diciéndole:

—Señor caballero, no os preocupéis a partir de ahora.

Le contesta de forma muy orgullosa que no estaba preocupado.

—¿Sabéis —le pregunta Galahot— lo que os digo? Quiero enseñaros una parte de mis costumbres; he prohibido a mis hombres que os pongan la mano encima mientras vayáis a pie, y he ordenado que no os persigan. Si huyerais o dejarais de combatir por cobardía no os garantizaría que no fuerais hecho prisionero; mientras llevéis armas no habrá quien se enfrente con vos: si vuestro caballo ha muerto, no debéis preocuparos, pues os voy a regalar tantos caballos como podáis utilizar hoy, y me tendréis por escudero todo el día. Si no os dejo mi caballo, nadie os lo dejará.

Descabalga y le entrega su caballo al caballero, que monta sin entretenerse y vuelve al combate como si aún no hubiera dado ningún golpe. Galahot monta en un caballo que le traen y vuelve con su séquito; se reúne con los diez mil y les ordena que avancen, «y vos —dice al rey Bandemagus— entraréis en combate después. No lo hagáis nada más llegar éstos, sino cuando los últimos ya estén luchando: entonces será el momento, pues al ver a estos diez mil pensarán que ya están ahí todas mis fuerzas. Yo mismo vendré a buscaros.

Se va entonces con los diez mil hombres, a los que hace cabalgar separados y esparcidos, lejos los unos de los otros, para que parecieran más numerosos. Cuando ya estaban cerca del campo de batalla, hace sonar los cuernos y las bocinas, que eran tantos que todo el país tembló. Al oírlos, el caballero pensó que se acercaba gran cantidad de gente; se retira junto a los suyos y los convoca para decirles:

—Señores, todos vosotros sois amigos del rey; no sé cómo os llamáis, pero se os considera valientes y nobles. Ahora se verá quién es alabado con razón.

En esto, empezaron a llegar los que venían dispersos por todas partes. Mi señor Yvaín, viéndolos venir, ordenó a sus hombres que avanzaran en silencio y tranquilos, «pues no seremos vencidos a pesar de la mucha gente que acabo de ver». Hablaba así porque pensaba que aquéllos eran todos los hombres de Galahot, pero mi señor Galván se dio cuenta —desde su lecho— de que allí no estaban todos. Cuando empezaron a luchar los diez mil se produjo un enorme estrépito. Los recibieron tan deprisa como pudieron, pero los de Galahot venían con gran fuerza y derribaron a

muchos en su primer choque. La llegada de los hombres de mi señor Yvain los reconfortó, pues los estaban necesitando, porque ya empezaban a ceder terreno, que recuperan gracias a la gente de mi señor Yvain. Galahot regresa al lado de los suyos para ordenarles que atacaran con una violencia tal como nunca habían conocido:

—Golpeadles de forma que no quede nadie a caballo; todos vosotros sois valientes y fuertes, y estáis descansados, pues no habéis tomado las armas desde que llegasteis. Que se vea ahora de lo que sois capaces.

Descendieron por un valle; sus compañeros llevaban ya la peor parte, pues los hombres de mi señor Yvain luchan con valor, y él mismo supera a todos los demás. En cualquier caso, no hay nada que se pueda comparar con el Caballero Negro. Cuando llega la gente de Galahot, cambian las cosas, pues eran muy numerosos: en el primer encuentro son derribados el Buen Caballero y los seis compañeros que siempre se habían mantenido junto a él. Entonces se acercó Galahot picando espuelas y le dio su caballo para que volviera a montar, pues el otro no le parecía suficientemente bueno. Apenas estuvo sobre el caballo, volvió a combatir, como había hecho la otra vez; según Galahot, luchó con más fuerza y habilidad que cualquiera, de modo que todos se quedaban espantados.

Continuó sus proezas hasta la noche y no hubo momento en que él y los suyos no llevaran la mejor parte. Cuando anocheció se separaron unos y otros; él se fue lo más oculto que pudo, remontando los prados entre la colina y el río. Galahot, que estaba pendiente de él, vio que se iba; pica espuelas y lo sigue de lejos, al amparo de la colina, hasta que llegó al valle. Entonces se le acerca y le dice:

—¡Dios os bendiga, señor!

El caballero lo mira de través y con esfuerzo le devuelve el saludo.

—Señor —le pregunta Galahot—, ¿quién sois?

—Buen señor, soy un caballero, como podéis ver.

—Es cierto, sois caballero; el mejor de cuantos hay, y sois el hombre al que más desearía honrar en el mundo: he venido a suplicaros que os alberguéis en mi casa.

El caballero, como si no lo hubiera visto nunca o no lo conociera, le pregunta:

—¿Quién sois vos, señor, que me queréis dar alojamiento?

—Señor, soy Galahot, hijo de la Bella Jayana, señor de todas esas gentes contra las que habéis combatido en defensa del reino de Logres que yo pretendía conquistar y lo hubiera logrado de no ser por vos.

—¿Cómo? ¿Sois enemigo del rey Arturo y queréis darme albergue? No me alojaré con vos, si Dios quiere.

—Ay, señor; por vos haría más de lo que pensáis, y estoy dispuesto a hacerlo desde este mismo momento. Os ruego, por Dios, que vengáis a mi albergue esta noche, y os prometo que haré lo que me pidáis.

Entonces se detiene el caballero, mira a Galahot con dureza y exclama:

—¡Verdaderamente, señor, sois bueno haciendo promesas. No sé cómo seréis a la hora de cumplirlas!

—Señor, sabed que soy el hombre que menos gusta de prometer. Os digo, además, que si venís conmigo os daré lo que me pidáis y estaréis tan seguro como deseáis.

—Señor, sois considerado como hombre noble; no sería mucha honra para vos prometer una cosa que luego no podríais cumplir.

—Señor, no temáis, pues por nada mentiría, aunque con ello fuera a ganar todo el reino de Logres. Os lo prometo como leal caballero que cumpliré lo que me pidáis; no os lo puedo prometer como rey, pues no lo soy: quiero que me acompañéis esta noche y haré lo que sea para teneros conmigo. Si no tenéis bastante con mi promesa, os lo manifestaré del modo que deseáis.

—Señor, me parece que realmente queréis que os acompañe, si es vuestro deseo, igual a vuestras palabras. Me albergaré en vuestro alojamiento esta noche, a condición de que me prometáis que me concederéis lo que os pida y de otra cosa más que ya os diré.

De este modo fijan las condiciones y Galahot le promete respetarlas.

Se retiran entonces a las tiendas, donde ya estaban las gentes del rey. Mi señor Galván vio al caballero que se marchaba y lo sintió mucho, porque si hubiera estado sano habría ido tras él esforzándose en hacer que regresara. Llamó al rey para que acudiera a su lado, pues quería decirle que fuera en busca del caballero y que lo retuviera. Mientras esperaba al rey, mira hacia la parte alta del campo y ve venir a Galahot con el brazo derecho por encima del cuello del caballero, que lo traía entre la colina y el río para que los vieran las gentes del rey Arturo. Cuando mi señor Galván se dio cuenta de que eran ellos, tuvo por seguro que Galahot había conseguido retenerlo, y le dijo a la reina que estaba allí, a su lado:

—Ay, señora, ahora podéis decir que vuestros hombres están vencidos y muertos. Mirad, Galahot ha vencido a ése gracias a su sabiduría.

La reina mira y ve al caballero que traía Galahot y siente tanta rabia que no puede decir ni una palabra. Mi señor Galván siente tal dolor que se desmaya tres veces en menos tiempo que dura el tiro de una piedra pequeña.

En ese momento entra el rey y oye las lamentaciones de todos, que estaban diciendo: —¡Ha muerto, ha muerto!

Se le acerca, lo abraza llorando y lo llama con dulzura. Mi señor Galván vuelve en sí y al ver al rey empieza a decirle entristecido:

—Señor, ahora se cumple el plazo que os dijeron los clérigos. Mirad el tesoro que habéis perdido. Os privará de vuestra tierra el que durante todo el día de hoy os la ha defendido con su propio cuerpo; si fuerais valiente y noble lo habríais retenido a vuestro lado como ha hecho el mejor caballero del mundo, que lo trae a vuestra presencia y eso que no ha cesado de perjudicarle en todo el día. ¡Vos se lo habéis

dejado para que le ceda el honor y la tierra! Así se ve dónde están los valientes.

Entonces ve el rey al caballero que llevaba Galahot y poco faltó para que se cayera por el dolor que sintió, y no pudo dejar de echarse a llorar, aunque para tranquilizar a su sobrino procuró poner la mejor cara. En cuanto pudo, se fue a su pabellón, donde manifestó el mayor dolor, igual que todos sus valientes hombres. Es grande la aflicción en la hueste del rey por el Buen Caballero al que lleva Galahot. Ambos, mientras tanto, siguen cabalgando y cuando ya están cerca del campamento, le dice el caballero a Galahot:

—Señor, iré con vos, pero os pido, antes de entrar en vuestro campamento, que me permitáis hablar con los dos hombres en quienes más confiáis del mundo.

Galahot se lo concede. Va en busca de dos de sus vasallos y les dice:

—Venid conmigo, pues vais a ver esta noche al hombre más rico del mundo.

—¿Cómo, señor —le dicen—, no sois vos el más rico?

—En absoluto, pero lo seré antes de acostarme hoy.

Los dos que acompañaban a Galahot eran el rey de los Cien Caballeros y el rey Primer Vencido, que eran los hombres en quienes más se fiaba del mundo. Cuando vieron al caballero le manifestaron una gran alegría, pues lo habían reconocido por las armas. Les pregunta quiénes eran y ellos le dicen los nombres que acabáis de oír. Entonces les dice:

—Señores, vuestro señor os ha hecho un gran honor, pues os ha traído porque sois en quienes más confía, cree y ama; él y yo hemos hecho un pacto que quiero que conozcáis: me ha prometido que si me albergo en su campamento esta noche, me concederá lo que le pida. Podéis preguntárselo.

Galahot les dice que es verdad.

—Señor —añade el caballero—, quiero que me lo prometan también estos dos valientes nobles.

—Decid cómo pueden hacerlo.

—Me prometerán que si vos faltáis al pacto se irán de vuestro lado y se vendrán conmigo a donde yo desee; a partir de entonces irán en contra de vos y en mi apoyo, y mantendrán conmigo los mismos vínculos que ahora tienen con vos y a vos os tratarán como a mí ahora que soy su enemigo mortal.

Galahot les ordena que lo prometan. El rey de los Cien Caballeros, que era senescal y primo hermano suyo le responde:

—Señor, vos sois tan noble, valiente y lleno de sabiduría y prudencia que bien debéis saber lo que nos hacéis prometer, pues es una cosa muy grave.

—No os preocupéis, pues así lo deseo y sé bien lo que hago. Prometédse tal como yo lo he hecho.

Se lo repite y los dos lo prometen.

A continuación Galahot se dirigió al rey Primer Vencido y llevándolo aparte le dijo:

—Id y decidle a todos mis nobles que se reúnan de inmediato en mi pabellón, engalanados de la forma más honorable que puedan. Decidles también lo que he ganado esta noche, y procurad que haya en mi pabellón todo tipo de entretenimiento.

Éste se marcha picando espuelas y cumple las órdenes de su señor. Mientras tanto, Galahot y su senescal entretienen con palabras al caballero, en espera de que todo pudiera estar dispuesto. No había pasado mucho tiempo cuando salieron a su encuentro doscientos caballeros, vasallos de Galahot, de los que veintiocho eran reyes y todos los demás eran duques y condes. Allí honraron al caballero y le mostraron una alegría tan grande como nunca se hizo a un solo hombre poco conocido. Y todos, grandes y pequeños, exclamaban: «¡Sea bienvenido la flor de los caballeros del mundo!», con lo que el caballero se sentía avergonzado. De tal modo llegan al pabellón de Galahot: no se podrían contar los entretenimientos y placeres que hubo allí aquella noche.

Con tal alegría recibieron al caballero y lo honraron. Tras quitarle las armas, Galahot hizo que le dieran un vestido hermoso y rico, y él se lo puso con gusto. Cuando ya fue hora de cenar, cenaron. Después, Galahot ordenó que prepararan en su cámara cuatro camas: una, muy grande, ancha y alta; otra más pequeña, y las dos restantes mucho menores. Cuando la cama mayor ya estuvo preparada con todo tipo de riquezas, en honor al caballero que debía acostarse en ella, Galahot lo acompañó allí y le dijo:

—Señor, vos os acostaréis en la cama más alta.

—¿Quién dormirá en las otras?

—Señor, servidores míos que os darán compañía; yo dormiré en una habitación, ahí, junto a mis gentes, que se alegrarán y se retirarán a gusto; vos os quedaréis aquí porque estaréis más tranquilo y nadie os molestará.

—Ay, señor, no me hagáis dormir más alto que los caballeros que me acompañarán, pues podrían tomarlo como una gran villanía por mi parte.

—No os preocupéis por nada; lo que hagáis por orden mía no se os considerará villanía o maldad.

A continuación se va Galahot. El caballero empezó a pensar en el gran honor que le había tributado y se lo agradece con todo el afecto de su corazón. Apenas se acostó se quedó dormido, pues estaba muy cansado. Cuando Galahot supo que ya estaba dormido, se acostó a su lado lo más silenciosamente que pudo, acompañado por dos caballeros. No había nadie más allí.

El caballero durmió profundamente durante toda la noche y toda la noche estuvo lamentándose entre sueños. Galahot lo oyó, pues no se había dormido porque estaba pensando cómo podía retenerlo.

Por la mañana se levantó el caballero y oyó misa. Para entonces Galahot se había levantado en silencio, pues no quería que el caballero se diera cuenta de que había sido

él el que había dormido en la otra cama. Después de misa, el caballero pidió sus armas; Galahot le preguntó por qué las quería y él le respondió que se iba a marchar.

—Mi dulce amigo —le suplicó Galahot—, quedaos más tiempo; no penséis que os voy a engañar: lo que pidáis os lo daré para que os quedéis. Os acompañara un hombre más rico y poderoso que yo, si lo deseáis, pero nunca habrá a vuestro lado nadie que os estime como yo. Y ya que estoy dispuesto a hacer por vuestra compañía más que nadie, bien la merecería más que los demás.

—Señor, me quedaré pues no pudo tener mejor compañía que la vuestra. Os voy a decir a cambio de qué favor seguiré aquí: si no me lo concedéis, en vano seguiréis pidiéndome que permanezca por más tiempo.

—Os lo otorgo; si es algo que está en mi poder.

El caballero llama a los dos que le habían servido de garantía y dice delante de ellos:

—Señor, os pido que en cuanto hayáis vencido al rey Arturo no sigáis combatiéndole, y cuando yo os lo pida iréis a pedirle merced, poniéndoos a su entera disposición.

Al oírlo, Galahot se queda sorprendido y empieza a meditar. Entonces le dicen los dos reyes:

—Señor, ¿en qué pensáis? No es necesario pensar mucho: ya habéis llegado tan lejos que no podéis volveros atrás.

—¿Cómo? ¿Creéis que voy a arrepentirme? Si todo el mundo fuera mío, sería capaz de darlo todo. Estaba pensando en las ricas palabras que acaba de decir; nadie pronunció otras semejantes. Señor, que Dios no vuelva a prestarme su ayuda si no os concedo el don que me habéis pedido, no hay nada que yo pudiera hacer por vos, aunque fuera para deshonra mía, que no lo hiciera si me lo pidierais; pero os suplico que no me privéis de vuestra compañía para dársela a cualquier otro, ya que he hecho más que nadie para permanecer a vuestro lado.

El caballero le prometió no irse. Se queda con él; cuando la comida estuvo preparada, fueron a comer con gran alegría para la hueste de Galahot porque se había quedado el caballero, mientras que en el campamento del rey Arturo sienten una gran aflicción, pues ignoran el pacto.

De este modo pasaron aquel día. La mañana siguiente Galahot y su compañero se levantaron y fueron a oír misa. A continuación le dice Galahot:

—Señor, hoy es día de combate. ¿Queréis poneros las armas para luchar?

Le responde que sí.

—Entonces, os ruego que utilicéis las mías, como principio de nuestra buena compañía.

—Con mucho gusto.

—Pero no os vais a armar como si fuerais un vasallo cualquiera, en modo alguno.

Ordena que traigan las armas y se las visten al caballero todas a excepción de la loriga y de las calzas, que eran demasiado grandes. Después se armaron las gentes de Galahot, como era normal, y también lo hicieron los hombres del rey Arturo y entraron en el campo de batalla todos los que eran. El rey les había prohibido que atravesaran el río, temiendo ser vencido, pues el Buen Caballero le había abandonado. Pero no hubo prohibición capaz de impedir el paso a los más jóvenes: en poco tiempo se produjeron numerosos combates singulares y duros choques; de tal modo llegaron a luchar por ambos lados, y las gentes de Galahot llevaban la peor parte; entonces les socorrieron los suyos y, del mismo modo, cuando los del rey Arturo estaban peor eran auxiliados por sus compañeros. Así se reunieron en el campo de batalla todos los combatientes, y los hombres del rey Arturo luchaban con gran valor. El rey se mantenía junto a su estandarte con otros cuatro caballeros, a los que les había ordenado que fueran a poner a salvo a la reina si veían que iban a ser derrotados.

Cuando ya estaban combatiendo todos los hombres del rey Arturo, llegó el Buen Caballero armado con las armas de Galahot y todos exclamaban: «¡Es Galahot, es Galahot!». Pero mi señor Galván lo reconoció y dijo:

—No es Galahot, sino el Caballero Negro, el que anteaer llevaba las armas negras. Lo reconozco bien.

Desde el momento en que empezó a combatir fue poco el tiempo que resistieron los del rey Arturo, pues no podían hacer nada frente al Buen Caballero que luchaba contra ellos: rápidamente fueron empujados hasta las barreras del campo, pues eran muchos por parte de Galahot. Pasadas las barreras de la liza, fueron numerosos los que resistieron, pero de nada valía el esfuerzo pues estaban en gran desventaja.

Fue grande la angustia de las gentes del rey Arturo, pues el Buen Caballero los había ido acosando; cuando consiguió que se retiraran a la fuerza, él permaneció en el paso para impedir que los otros los persiguieran. Entonces, miró en torno suyo y empezó a llamar a Galahot a voces; éste acudió al galope y le preguntó:

—¿Qué deseáis, mi buen amigo?

—¿Qué? Quiero algo digno de admirar.

—Decidlo tranquilamente.

—Señor, ¿es suficiente?

—Sí. Decid, ¿qué queréis?

—Señor, que cumpláis vuestra promesa, pues ahora es el momento.

—Por Dios, no me pesa en absoluto, pues a vos os agrada.

A continuación pica espuelas y va al galope hacia el estandarte donde estaba el rey, a punto de que el corazón le reventara de dolor porque veía a sus hombres vencidos. Mientras tanto, la reina ya había montado a caballo y se la llevaban al galope los cuatro caballeros, pues no había salvación posible; y querían haberse llevado en una litera a mi señor Galván, pero éste les dijo que prefería morir en aquel momento antes que ver la

muerte de toda la alegría y la deshonra de todo honor; y mientras hablaba se desmayaba con tanta frecuencia que todos los que lo veían pensaban que iba a morir de inmediato.

Cuando el caballero vio que Galahot se iba, dispuesto a llevar a cabo por él una acción tan vergonzosa, se queda pensativo, diciéndose que nunca había tenido un amigo tan bueno, ni un compañero tan leal. Siente una gran compasión que le hace suspirar del fondo del corazón y llorar de los ojos de la cabeza dentro del yelmo; y entre dientes murmura:

–Buen Señor Dios, ¿quién lo puede abandonar?

Mientras tanto, Galahot cabalga hacia el estandarte; al llegar allí pregunta por el rey Arturo, que avanza apesadumbrado, como quien piensa estar a punto de perder todos los honores terrenales. Cuando Galahot lo ve, le dice:

–Avanzad sin cuidado, pues quiero hablar con vos. Entonces empezaron a decir todos:

–¡Es Galahot!

El rey se queda sorprendido, preguntándose quién puede ser. Galahot avanza y, a una distancia en que ya lo puede distinguir el rey, descabalga, se arrodilla y junta las manos diciendo:

–Señor, vengo a que hagáis justicia conmigo por todo el daño que os he hecho, y del que me arrepiento. Me entrego a vuestra voluntad para todo lo que deseáis.

Cuando el rey lo oye siente una gran alegría; tiende las manos al cielo, tan contento que no se lo puede creer; se le alegra la cara y se muestra humilde con Galahot. Éste se pone en pie, pues hasta entonces había permanecido arrodillado; en ese momento empiezan a abrazarse, dándose grandes muestras de gozo. Galahot le dirige la palabra al rey:

–Señor, haced conmigo lo que queráis y no temáis nada en absoluto, pues me pondré a vuestra disposición cuando así lo deseáis. Si lo preferís, ordenaré que mis gentes se retiren y volveré a vuestro lado.

–Id, pero volved luego, pues tengo muchas ganas de hablar con vos.

A continuación, Galahot va a donde están sus hombres y hace que retrocedan. Mientras tanto, el rey envía en busca de la reina que se alejaba entre profundas lamentaciones. Los mensajeros van tras ella hasta que logran alcanzarla y le cuentan el feliz suceso que ha ocurrido. Apenas puede creerlo hasta que comprueba la autenticidad de las enseñas que le envía el rey; entonces se vuelve con gran alegría.

Las nuevas de la paz corren tanto que mi señor Galván llega a conocerlas, pues el mismo rey se las dice con su boca.

–Señor, ¿cómo ha sido eso?

–No lo sé. Tal ha sido el deseo de Nuestro Señor.

Grande es la alegría del rey y todos están admirados de cómo pudo llegarse a la paz.

Mientras, Galahot ha hecho que sus gentes se alejen y le está diciendo a su compañero:

—Mi dulce compañero, ¿qué más queréis que haga? Ya he cumplido vuestra orden; el rey me ha pedido que vuelva junto a él, pero os acompañaré hasta nuestro pabellón y estaré un rato con vos, pues he estado poco tiempo a vuestro lado; ya habrá lugar para que regrese con el rey.

—Señor, id con él y llevaos el mayor acompañamiento que podáis, pues ya habéis hecho bastante por mí y habéis hecho más de lo que yo podría hacer. Lo único que os ruego, por Dios, es que nadie sepa dónde estoy.

Galahot le promete que no lo dirá, y hablando de tal modo llegan al pabellón. Se hizo saber por todo el campamento que se había establecido la paz y los términos de la misma: la mayoría lo sintió, pues habría preferido la guerra.

Descabalgan los dos compañeros y, tras desarmarse, Galahot se pone sus mejores vestidos para ir a la corte gracias al permiso que le ha dado su amigo. Hace saber por todo el campamento que el que se quiera ir lo puede hacer, a excepción de los de su séquito. A continuación llama a los dos reyes en quienes tanto confiaba y les entrega a su compañero, rogándoles que hagan por éste tanto como harían por él mismo. Después va a la corte.

El rey ya se había desarmado y sale a su encuentro acompañado por la reina, que había regresado, por la dama de Malohaut y por otras muchas damas y doncellas. Luego se dirigen al torreón donde estaba mi señor Galván enfermo, que al enterarse de que llegaba Galahot, se esforzó en tener buen aspecto, pues no lo había visto ni contemplado nunca.

Cuando se le acercó, mi señor Galván le dijo:

—Señor, sed bienvenido: sois el hombre del mundo que yo más deseaba conocer de cerca, como ahora. Debéis estar contento pues con razón se os alaba más que a nadie, a la vez que sois el hombre más querido por sus gentes. Pienso que nadie conoce a ningún noble y valiente como vos, según se ha podido apreciar.

De tal modo le habla mi señor Galván a Galahot; éste le pregunta que cómo está, a lo que le responde:

—Señor, he estado a punto de morir, pero me ha curado la gran alegría que se ha producido por el amor y la paz que Dios ha puesto entre vos y mi señor el rey, pues no era posible la salud ni el gozo mientras duraba el odio entre los dos hombres más nobles y valientes del mundo.

El rey y la reina y mi señor Galván le muestran una gran alegría a Galahot; a lo largo del día han hablado de muchas cosas con gran familiaridad, pero no han dicho una sola palabra del Caballero Negro, pues sería demasiado pronto, y pasan el día en tratarse cortésmente hasta que empieza a caer la tarde. Entonces, Galahot pide licencia al rey para ir a ver a sus gentes. El rey se la concede, «pero volveréis».

Le responde que sí. Vuelve junto a su compañero; le pregunta que cómo ha ido

todo, a lo que contesta que muy bien. Galahot le dice a continuación:

—Señor, ¿qué hago? El rey me ha suplicado que vuelva con él, pero me parece mal dejaros solo.

—Ay, señor, por Dios. Gracias. Debéis hacer lo que el rey quiera, pues nunca hallaréis un hombre más valioso que él. Os voy a pedir un favor, hacedlo por mi provecho y el vuestro.

—Pedid lo que deseáis y lo que queráis, pues no os negaré nada, ya que os amo más que a cualquier honor de la tierra.

—Señor, muchas gracias. Me habéis concedido el no preguntarme mi nombre antes de que yo os lo diga o antes de que os lo diga cualquier otro por mí.

—Así lo haré pues vos lo queréis, a pesar de que es la primera cosa que os iba a preguntar; ahora no deseo saberlo hasta que no sea tal vuestra voluntad.

A continuación, el caballero le pregunta por el rey Arturo y su séquito, sin nombrarle en ningún momento a la reina. Galahot le contesta que el rey es hombre noble y valiente «y siento mucho no haberlo conocido hace tiempo, pues me hubiera comportado mejor. Mi señora la reina tiene tantas buenas cualidades que supera a todas las mujeres creadas por Dios.

Al oír hablar de la reina, el caballero se quedó meditabundo y empezó a pensar tan ensimismado que se olvidó de todo. Galahot lo contempla y se da cuenta de que las lágrimas le han llegado a los ojos y que poco falta para que se eche a llorar. Se queda sorprendido y comienza a hablar de otra cosa. Al cabo de un rato le dice el caballero:

—Señor, id a darles compañía a mi señor Galván y al rey; prestad atención si hablan o cuentan algo de mí: mañana me lo diréis todo.

—Con mucho gusto, señor.

Se despide de él dándole un abrazo y un beso en la cara, y encomendándolo a Dios. Dirigiéndose a los dos reyes, les pide que lo cuiden como si fuera el corazón de su pecho. De este modo se va Galahot, mientras que el caballero se queda con los dos nobles, que le hacen la mayor honra posible. Galahot pasó la noche en el pabellón del rey, junto al mismo rey, a mi señor Galván que se hizo llevar allí, a mi señor Yvain y junto a muchos otros caballeros. La reina se acostó en el torreón en que mi señor Galván había estado durante su enfermedad; a su lado estaba la dama de Malohaut que no cesó de espiar pensando cómo transcurrirían las cosas; también había allí otras muchas damas y doncellas.

El caballero que se había quedado bajo la protección de los dos reyes fue más honrado y agasajado de lo que él mismo hubiera querido y sentía gran vergüenza por ello.

Aquella noche la pasaron los dos reyes en el pabellón de Galahot como prueba del afecto que tenían por el caballero, al que le dieron a entender que lo harían como la primera noche, cuando él no se dio cuenta, pues de lo contrario no lo habría

permitido.

Al principio, el caballero durmió profundamente, pero después del primer sueño, empezó a moverse y a dar vueltas, y no tardó mucho en comenzar a gemir con tanta amargura que despertó a los dos que estaban durmiendo con él. Lloraba con frecuencia y las lágrimas no cesaban de acudirle a los ojos; pero siempre que podía procuraba no ser oído y entre sollozos decía:

—¡Ay, desdichado, pobre de mí! ¿Qué puedo hacer?

Pero eso lo decía en voz muy baja.

Toda la noche duró el sufrimiento y la angustia. Al amanecer se levantaron los dos reyes lo más silenciosamente que pudieron, y admirados se preguntaban qué le ocurriría al caballero que se había lamentado con tanta amargura. Mientras tanto Galahot se había levantado muy temprano y había ido a su pabellón para ver a su amigo. Se encontró en pie a los dos reyes, a quienes les preguntó qué hacía su compañero. Le contaron las lamentaciones que había proferido durante toda la noche, y al oírlo, se queda sorprendido y preocupado. Se dirige a la habitación donde dormía, pero el caballero, que lo oye llegar, se seca los ojos, pues estaba llorando con más amargura que por la noche. Al ver que no decía ni una palabra, Galahot volvió a salir, pensando que estaba dormido.

No tardó mucho en levantarse el caballero. Entonces, Galahot fue a buscarlo y vio que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y estaba tan ronco que apenas podía hablar. Las sábanas de su cama estaban tan mojadas por la parte de la cabeza como si acabaran de sacarlas del agua, por lo mucho que había llorado. Sin embargo, procuraba mostrar la mejor cara. Se adelantó al encuentro de Galahot, que lo coge por la mano y se lo lleva a solas a un lado, diciéndole:

—Buen amigo, ¿por qué os atormentáis así? ¿A qué se deben las lamentaciones de toda esta noche?

Él se lo oculta con habilidad y le contesta que eso le ocurre muchas noches mientras duerme.

—Ciertamente —dice Galahot—, vuestro cuerpo y vuestros ojos dan a entender que habéis llorado mucho.

Por Dios os suplico que me digáis el porqué, y tened por seguro que no hay infortunio por grande que sea del que no os ayude a salir, si para ello sirven mis consejos.

Al oírlo, siente tal angustia que no puede decir ni una palabra: se pone a llorar amargamente como si hubiera visto muerta la cosa que más quería en el mundo, y se lamenta con tanto dolor que poco falta para que caiga desmayado. Galahot lo sujeta con los brazos y le besa la boca y los ojos a la vez que lo reconforta diciéndole:

—Mi dulce amigo, contadme cuál es vuestra desgracia, pues no hay en el mundo un hombre de tan elevada condición como para que no seáis vengado de él si os ha

causado algún pesar.

El caballero le responde que nadie le ha hecho ningún daño.

—Mi dulce amigo, entonces, ¿a qué se debe vuestro sufrimiento? ¿Os pesa el que yo os haya hecho mi señor y compañero?

—Ay, señor, vos habéis hecho por mí mucho más de lo que podré devolver: en todo caso es mi corazón el que se sentiría preocupado, con todas las preocupaciones que un corazón mortal puede soportar, porque teme que vuestra bondad se dé la muerte.

Galahot se siente mal al oír estas palabras, e intenta tranquilizar por todos los medios a su compañero.

Después fueron a oír misa. Cuando el sacerdote hizo las tres partes con el cuerpo de Nuestro Señor Dios, Galahot avanzó y, tomando por la mano a su compañero, se las mostró diciéndole:

—Señor, ¿no creéis que ése es el cuerpo de Nuestro Señor?

—Sí que lo creo, sin ninguna duda.

—Mi dulce amigo, no me temáis por nada, pues nunca haría cosa alguna que os pudiera pesar o que os causara enojo; antes al contrario, siempre procuraré hacer lo que vos deseáis.

—Señor, muchas gracias. Ya habéis hecho bastante, y me pesa, pues no tengo el poder de corresponderos.

Luego, se callan hasta el final de la misa. Cuando acabó, Galahot se vuelve a preguntar a su amigo qué podía hacer.

—Señor, no dejaréis a mi señor el rey, sino que lo acompañaréis en todo momento. Si oís hablar de mí, no me descubráis, como ya os he dicho.

—Señor, no temáis, pues no revelaré nada que queráis tener oculto.

A continuación Galahot se despide de él, encomendándolo a los dos nobles que tanto lo estiman, y se va a la corte del rey Arturo. Al verlo llegar, le muestran todos la mayor alegría que pueden. Después de cenar, Galahot, el rey y la reina, estaban apoyados en el lecho de mi señor Galván y éste le dijo a Galahot:

—Señor, que no os pese una cosa que os voy a preguntar.

—No me pesará en absoluto.

—Señor, la paz que se ha producido entre vos y mi señor el rey, ¿a quién se debe?, decídmelo por lo que más queráis del mundo.

—Me habéis obligado de tal forma antes de hacerme la pregunta, que no os puedo mentir: se debe a un caballero.

—¿Quién es?

—Así me ayude Dios, no sé quién es.

—¿Fue el caballero de las armas negras?, pregunta la reina.

—Basta con que contestéis a eso —interviene mi señor Galván—, si queréis quedar libre de la promesa que me habéis hecho.

—Señor —contesta Galahot—, he quedado libre de la promesa al decirnos que fue un caballero; no os voy a responder nada más y no os hubiera dicho nada de no haberme conjurado por lo que más quiero. Sabed que fue la persona que yo más quiero la que hizo la paz.

—Por Dios —dice la reina—, fue el Caballero Negro. Haced que lo podamos ver.

—¿Quién, señora, yo? Señora, de verdad que no puedo hacerlo, pues no sé nada de él.

—Callad —le interrumpe la reina—, se quedó con vos y ayer llevaba vuestras armas.

—Señora, es cierto, pero no lo he vuelto a ver desde que dejé a mi señor el rey la primera vez.

—¿Cómo —pregunta el rey—, no conocíais al de las armas negras? Yo pensaba que fuera de vuestra tierra.

—Por Dios, no lo es.

—Señor —dice el rey—, tampoco es de la mía, pues hace mucho que no oigo hablar de un caballero valeroso del que no se sepa algo más.

El rey y la reina apremian a Galahot con la intención de saber el nombre del caballero, pero no consiguen sacarle nada más. Mi señor Galván teme que acaben enojándolo, y por eso le dice al rey:

—Señor, dejad por ahora el asunto, pues sea quien sea el caballero es noble y valiente, y en este mundo no hay un caballero más esforzado que él con las armas.

Cuando todos se habían callado, vuelve a hablar Galahot, y le dice al rey:

—Señor, señor, ¿visteis alguna vez un hombre más valeroso que el del escudo negro?

—Verdaderamente, no hay caballero al que quiera conocer tanto como a él, por las muchas hazañas de que lo vi capaz.

—¿No lo hay? Decidme, pues, por mi señora que aquí está y por mi señor Galván, ¿qué daríais a cambio de tener siempre su compañía?

—Por Dios, dividiría por la mitad todo lo que tuviera, a excepción del cuerpo de la reina, que no lo puedo partir.

—Es mucho, realmente. Y vos, señor Galván, que Dios os dé la salud que deseáis, ¿qué haríais a cambio de tener siempre un hombre tan valiente?

Mi señor Galván se quedó pensativo un momento, como si no pensara recuperar nunca la salud.

—Que Dios me conceda salud; me gustaría ser la doncella más hermosa y sana del mundo, con tal de que me diera su amor sobre todas las cosas, durante toda su vida y la mía.

—Ciertamente, habéis ofrecido mucho. Y vos, señora, por lo que más queréis, ¿qué haríais para que un caballero semejante estuviera siempre a vuestro servicio?

—Por Dios, mi señor Galván ha ofrecido todo lo que puede ofrecer una dama y no hay mujer que pueda dar más.

Y se echan a reír todos.

—Y vos —le dice mi señor Galván—, Galahot, que a todos nos habéis preguntado, por el juramento que os he hecho, ¿qué haríais vos?

—Por Dios, yo convertiría mi honor en deshonor con tal de poder estar siempre tan seguro con él como querría que lo estuviera él conmigo.

—Que Dios me dé alegría —exclama mi señor Galván—, habéis ofrecido más que cualquiera de nosotros.

Entonces pensó mi señor Galván que ése había sido el caballero que había conseguido la paz entre los dos, y que por él Galahot había convertido su honor en deshonor, cuando vio que iba a vencer la batalla. Le dijo en voz baja a la reina que era tal como ella había supuesto, y Galahot fue más estimado por eso. Durante mucho tiempo estuvieron hablando del Caballero Negro; al cabo del rato, la reina se puso de pie y dijo que quería irse al torreón de mi señor Galván, pues allí estaban sus habitaciones. Galahot sale a acompañarla. Cuando ya estaban arriba, la reina le dice en voz baja a Galahot:

—Galahot, os quiero mucho y por vos haría más de lo que imagináis. Estoy segura de que el Buen Caballero está con vos y en vuestro poder; a él lo conozco bien. Os ruego, si es que en algo estimáis mi amor, que a cambio de que haga siempre por vos todo lo que esté en mi poder, os ruego que hagáis lo posible para que lo vea.

—Señora, no tengo ningún dominio sobre él, y no lo he visto desde que hicimos las paces el rey y yo.

—No puede ser que no sepáis dónde está.

—Si estuviera en mi pabellón, sería necesaria otra voluntad distinta de la vuestra y de la mía para que lo vierais; más aún teniendo en cuenta que no está en esta tierra.

—¿Dónde está? Me lo podéis decir.

—Señora, creo que está en mi país. Tened por seguro que por lo mucho que me habéis suplicado y conjurado para que haga todo lo que pueda, lo haré.

—No me queda duda de que si hacéis todo lo posible, lo veré. A vos me encomiendo, procurad que el resto de mis días os esté agradecida, pues es uno de los hombres que con más gusto conocería, y no porque espere obtener de él sólo cosas buenas, sino porque nadie debe enojarse por conocer a un hombre bueno, noble y valiente.

—Muchas gracias. Marchaos ahora y procurad que lo vea lo antes que podáis. Si está en vuestro país, enviad en su busca: que cabalguen día y noche para que llegue aquí tan pronto como pueda.

Después, Galahot se marcha y vuelve al lado del rey, de mi señor Galván y de los demás caballeros que están allí.

Al verlo, le dice el rey:

—Ya se han ido nuestras huestes; sólo nos quedan los más allegados. Haced que

vuestras gentes se acerquen más a las nuestras, o haré que los míos se aproximen a los vuestros, para que estemos todos más cerca.

—Señor, haré que mi gente avance hasta la orilla del río, de forma que mi pabellón quede frente al vuestro; ordenaré que aparejen una barca que vaya y venga. Voy a dar las órdenes ahora mismo.

—Verdaderamente, habéis hablado muy bien.

Galahot regresa a su tienda, donde se encuentra a su compañero pensativo; le pregunta cómo iba todo, a lo que el caballero le responde que muy bien si no fuera por el continuo tormento del miedo.

—Señor —le pregunta Galahot—, por Dios, ¿de quién tenéis miedo?

—Temo ser conocido.

—Señor, no os preocupéis que, por la fe que os debo, no seréis reconocido, a no ser que así lo queráis.

Entonces le cuenta las ofertas que habían hecho el rey y mi señor Galván a cambio de tenerlo siempre a su lado; luego, le comenta lo que había dicho la reina, cómo le había suplicado que le dejara ver al caballero, y cómo le había respondido a su petición.

—Tened por seguro —siguió— que no hay cosa que desee tanto como conoceros. Mi señor el rey me ha rogado que acerque mis gentes a las suyas, de forma que mi pabellón quede frente al suyo, pues ahora estamos todos muy lejos. Decidme qué queréis que haga, pues dependerá de vuestra voluntad.

—Señor, os aconsejo que hagáis lo que mi señor el rey os pide, pues ello irá en vuestro beneficio.

—Mi buen amigo, ¿qué le debo contestar a mi señora acerca de lo que os he dicho?

—Ciertamente, no lo sé.

Entonces empieza a suspirar y las lágrimas le llegan a los ojos; se vuelve a un lado y se encuentra en tal estado que no sabe ni dónde está.

—Señor —le dice Galahot—, no os apesadumbréis por nada; decidme en secreto qué queréis y será como vos deseáis. Prefiero ser censurado por medio mundo antes de que me censuréis vos; por vuestro amor tienen el mío. Decidme qué queréis.

—Señor, lo que vos me aconsejéis, pues a partir de este momento me pongo bajo vuestra custodia.

—Por Dios, no sé qué daño le puede sobrevenir a nadie por ver a mi señora.

—Ciertamente, me ocasionará muchos pesares y muchas alegrías.

En ese momento se dio cuenta Galahot de su secreto, y lo acosa tan de cerca que no puede dejar de concederle lo que le pide.

—Pero tendrá que ser —añade el caballero— tan en secreto que no se entere nadie. Decidle a mi señora que habéis enviado en mi busca.

—Ya me ocuparé de todo, pues tengo que meditarlo con los detalles.

A continuación llama a su senescal y le ordena que tan pronto como se haya ido a

la corte, que haga recoger el pabellón, las tiendas y la red de hierro, y que lo lleven todo hacia las gentes del rey, acampando tan cerca de ellos que no quede por medio nada más que el río. Luego, se aleja con un séquito muy pequeño.

La reina estaba fuera del torreón y vio llegar a Galahot; le sale al encuentro y le pregunta qué tal ha ido su asunto.

—Señora, he hecho tanto por vos que temo que vuestro ruego me prive de la cosa que más quiero de este mundo.

—Por Dios, por mi culpa no perderéis nada sin que a cambio os dé el doble, por lo menos. ¿Qué vais a perder?

—Señora al mismo que me pedís, pues temo que le ocurra algo que le aflija, y entonces lo perdería para siempre.

—Sería irreparable. Si Dios quiere, no os causaré tal pérdida, pues no sería cortés produciros algún daño con mi petición. ¿Cuándo vendrá?

—Señora, en cuanto pueda, pues he enviado a buscarlo a uña de caballo.

—Ya lo veremos, porque si quisierais estaría aquí mañana.

—Señora, no puede ser, aunque se ponga en marcha ahora mismo; querría que estuviera ya aquí.

Mientras hablaban así llegaron las gentes de Galahot a la orilla del río, y empezaron a plantar el pabellón frente al del rey; todos lo contemplan admirados, pues es muy hermoso y rico. Cuando estuvieron asentados colocaron la red de hierro, ante la extrañeza de las gentes del rey Arturo, pues nunca habían visto tal cantidad de riquezas, y fueron muchos los que se acercaron a verlas con la luz del día. Por la noche, Galahot volvió para estar con su compañero, al que le contó todo y le dijo que la reina estaba deseando verle. El caballero sintió en su corazón miedo y alegría. Después de hablar juntos un buen rato, Galahot volvió al lado del rey. La reina se le dirige y le pregunta si ha recibido noticias del caballero, a lo que él responde que todavía no.

—Mi dulce amigo —le pregunta la reina riéndose—, ¿no me estáis retrasando lo que podríais abreviar?

—Señora, por Dios, yo no lo vería con menos gusto que vos.

—Por eso tengo miedo, pues es habitual que lo que más se desea es lo que más se suele prohibir; y hay quienes a otros procuran ocultarles lo que más aman. No temáis, pues por mi culpa no perderéis nada.

—Señora, muchas gracias, pues pienso que me podréis ayudar más que yo a vos.

Hablando de tal modo pasaron el día; por la noche, Galahot volvió al pabellón del rey, pues el rey no quería que se fuera de su lado. La mañana siguiente, muy temprano, regresó Galahot junto a su compañero y le dijo las palabras de la reina, de forma que se sintió muy aliviado del miedo que tenía y no volvió a pasar los malos ratos que había estado pasando. Se le mejoran el cuerpo y el rostro, que se le había empaldecido y demacrado, y los ojos, que tenía enrojecidos e hinchados, también se le mejoran: y él

recupera una parte de su belleza.

Galahot se alegra mucho al verlo así.

—Señor —le dice—, mi señora volverá a preguntarme por vos, ¿qué le debo responder?

—Señor, lo que mejor os parezca, pues todo depende de vos.

—Sé que os querrá ver mañana y os aconsejaría que así lo hicierais.

—Señor, me gustaría haber pasado ya ese día con honor y gozo.

Entonces se le entenece el corazón, y Galahot se da cuenta: lo deja a solas y regresa al pabellón del rey.

Apenas lo ve la reina, le pide noticias, a lo que él le responde:

—Señora, todavía es demasiado pronto, pero sabremos algo entre hoy y mañana.

—¿Qué decís? Vos sois el causante de los retrasos y de las demoras. Tratadme como deseáis que yo os tratara, si de mí dependiera.

Galahot empieza a reír. La dama de Malohaut, mientras tanto, se mantiene cerca, espía y escucha sus palabras, pues desea saber qué pretenden, porque de lo contrario se considerará afrentada.

Galahot volvió al lado de su compañero por la mañana y por la tarde, y cada vez que regresaba la reina le preguntaba si había encontrado alguna cosa. Por la noche volvió Galahot a su pabellón. Al amanecer se levanta y dirigiéndose a su compañero, le dice que no puede pasar más tiempo.

—Hoy os tiene que ver la reina.

—Señor, por Dios, haced que no lo sepa nadie, sino nosotros dos y ella, pues en la corte del rey Arturo hay gentes que me reconocerían sin dificultad si me vieran.

—No os preocupéis, ya me ocuparé de eso.

Se despide de él, una vez más, y llama al senescal:

—En caso de que os avise, venid con mi compañero, pero procurad que nadie se entere de que es él.

—Señor, que sea como queráis.

Entonces regresa Galahot al pabellón del rey, y la reina le pregunta qué noticias trae.

—Señora, muy buenas. Ha venido la flor de los caballeros de todo el mundo.

—Dios, ¿cómo puedo verlo? Quiero verlo de forma que nadie, más que vos y yo, sepa que es él, pues no deseo que otras gentes tengan ese gusto.

—Por Dios, así será, pues me ha dicho que no quiere que le reconozca nadie de la casa del rey.

—¿Cómo, es conocido aquí?

—Señora, hay quien lo podría reconocer si lo viera.

—Dios, ¿quién es?

—Por Dios, no lo sé, pues no me ha revelado su nombre todavía, ni me ha dicho

quién es.

—¿No? Eso es admirable. Ya me tarda el verlo.

—Señora, en breve lo veréis, y os diré de qué modo. Iremos conversando hacia allí — y le indica un lugar cercano al prado y lleno de matorrales—, llevaremos el menor séquito posible: allí lo podréis ver un poco antes de que anochezca.

—¡Ay, qué bien habéis hablado ahora, mi dulce amigo! ¡Ojalá quisiera el Salvador del mundo que anocheciera ahora de inmediato!

Y se echan a reír los dos; la reina lo abraza dándole grandes muestras de alegría. La dama de Malohaut los ve y piensa que la cosa está más a punto que nunca: se mantiene en guardia y mira el rostro de todos los caballeros que llegan. Mientras tanto, la reina está muy contenta por el regreso del caballero y espera ansiosa la caída de la tarde; para olvidar al enojoso día, que le aburre, se dedica a hablar y a conversar.

De este modo pasa el día y empezó a anochecer después de la cena. La reina toma por la mano a Galahot, llama a la dama de Malohaut, a la doncella Lore de Carduel y a una doncella suya que había estado siempre a su lado, y se dirigen hacia la parte baja del prado, al lugar que le había indicado Galahot. Al poco tiempo, Galahot mira y ve a un escudero; lo llama y le ordena que vaya a su senescal, a decirle que acuda a su presencia en aquel sitio.

Cuando la reina lo oye, lo mira y le pregunta:

—¿Cómo? ¿Es vuestro senescal?

—No, señora; pero vendrá con él.

Mientras tanto, llegan bajo los árboles; Galahot y la reina se sientan a cierta distancia del séquito; las damas se quedan admiradas del secreto que guardan ambos. El criado va en busca del senescal y cumple el encargo.

El senescal recoge inmediatamente al caballero, atraviesan el río y descienden por el prado hasta el lugar que les había indicado el escudero: eran los dos caballeros de tan hermoso aspecto que difícilmente se podría encontrar en su país a otros que los superaran.

Cuando ya estaban cerca, las damas los contemplan; al punto reconoció la dama de Malohaut al caballero y al que había tenido en su poder durante tanto tiempo; como no deseaba ser reconocida, inclinó la cabeza y se ocultó tras la señora Lote. Los dos caballeros pasan de largo y el senescal los saluda. En ese momento Galahot le dice a la reina:

—Ved ahí al mejor caballero del mundo.

—¿Cuál de los dos es?

—Señora, ¿quién creéis?

—Verdaderamente, los dos son bellos, pero ninguno me parece que sea la mitad de valiente que el Caballero Negro.

—Señora, tened por seguro que es uno de los dos. En eso, llegan ante la reina. El

caballero tiembla tanto que apenas puede saludarla; ha perdido el color, con gran sorpresa por parte de la reina. Entonces, se arrodillan los dos; el senescal la saluda y el otro hace lo mismo, pero en voz muy baja y clavando los ojos en el suelo, como hombre tímido. La reina piensa que es él. Galahot, dirigiéndose al senescal, le dice:

—Id a dar compañía a esas doncellas, que están muy solas.

El senescal cumple las órdenes de su señor, mientras que la reina toma al caballero por la mano, pues aún estaba de rodillas, y hace que se siente delante de ella; con cara alegre, le dice riendo:

—Señor, hemos deseado mucho vuestra presencia; gracias a Dios y a Galahot os podemos ver ahora. Sin embargo, no sé si es éste el caballero que yo quería ver, aunque Galahot me ha dicho que sí erais vos. Desearía saber quién sois y que me lo dijerais vos mismo, si no os molesta.

Le responde que no sabe quién es, pero en ningún momento le miró el rostro a la reina. Ésta se pregunta admirada qué le puede pasar, aunque sospecha una parte de lo que tiene. Galahot, que lo ve tímido y asustado, piensa que será más fácil que le descubra su pensamiento a la reina si está a solas con ella; mira hacia donde están las damas y dice en voz alta, para que lo oigan:

—Es cierto, soy un villano, pues todas esas damas sólo están acompañadas por un caballero, como si estuvieran solas.

Entonces se pone en pie y va a donde las damas estaban sentadas. Al verlo llegar, se levantan, pero él hace que se vuelvan a sentar y empieza a hablar de cosas variadas.

La reina entabla conversación con el caballero, y comienza diciéndole:

—Dulce señor, ¿por qué os ocultáis de mí? Realmente, no hay motivo; decidme al menos si sois vos el que venció el combate de anteayer.

—No, señora.

—¿Cómo? ¿No llevabais armas negras? ¿No fue a vos a quien le envió tres caballos mi señor Galván?

—Señora, sí.

—¿No sois el que anteayer llevaba las armas de Galahot?

—Señora, es cierto, sí.

—¿Sois vos el que venció en los combates del primer día y del segundo?

—Señora, no fui yo; de verdad.

La reina se da cuenta entonces de que no quería reconocer que había vencido en los combates, y por ello lo estima más.

—Decidme, ¿quién os armó caballero?

—Señora, vos.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Señora, ¿recordáis que un caballero se presentó a mi señor el rey Arturo en Camalot, y que estaba herido en el cuerpo y tenía un tajo de espada en la cabeza? Aquel

viernes por la tarde se presentó también un muchacho y fue armado caballero el domingo.

—Lo recuerdo bien. Pero, por Dios, ¿era a vos a quien llevaba la doncella vestida de blanco?

—Señora, sí.

—¿Por qué decís que os armé caballero?

—Porque es verdad, pues era costumbre en el reino. Señora, no sé quién me prendió, pero fui hecho prisionero.

—¿A dónde ibais?

—Señora, seguía a un caballero.

—Cuando nos dejasteis la última vez, ¿a dónde os dirigisteis?

—Señora, tras el caballero al que iba siguiendo.

—¿Combatisteis?

—Sí, señora.

—¿A dónde fuisteis luego?

—Señora, encontré a los gigantes que le dieron muerte a mi caballo, pero mi señor Yvaín —que tenga suerte— me dio el suyo.

—¿Ay! Ya sé quién sois; os llamáis Lanzarote del Lago.

Se queda callado.

—Por Dios —añade la reina—, hace tiempo que se sabe en la corte. Fue mi señor Galván el primero en decirlo.

A continuación le cuenta cómo mi señor Galván había dicho que era el tercer combate, cuando mi señor Yvaín dijo que la doncella había dicho: «Es el tercero». Luego, le pregunta por qué consintió que el peor hombre del mundo le llevara sujeto por el freno.

—Señora, como si no tuviera poder sobre mi cuerpo y mi corazón.

—¿Estuvisteis en el primer combate?

—Sí, señora.

—¿Qué armas llevabais?

—Unas completamente rojas.

—Por mi cabeza, es cierto. Y en el combate de anteayer, ¿por qué realizasteis tales proezas?

Empieza a suspirar profundamente y la reina insiste, a sabiendas de lo que le ocurre:

—Decidme qué os pasa; no se lo descubriré a nadie. Sé que lo hicisteis por alguna dama; decidme quién es, por la fe que me debéis.

—Señora, veo que no me queda más remedio que decirlo. Fue por vos, señora.

—¿Por mí?

—Así es, señora.

—No fue por mí por quien quebrasteis las tres lanzas que os dio mi doncella, pues yo me quedé al margen del envío.

—Señora, por ellos hice lo que debía, y por vos todo lo que pude.

—Y todo lo que habéis hecho, ¿por quién lo habéis hecho?

—Por vos, señora.

—¿Cómo? ¿Tanto me amáis?

—Señora, no amo tanto ni a mí mismo, ni a cualquier otro.

—¿Desde cuándo me amáis así?

—Señora, desde el momento en que me llamasteis caballero sin serlo.

—Por la fe que me debéis, ¿de dónde procede tamo amor?

En ese momento, la dama del Puy de Malohaut tosió a caso hecho, y estiró la cabeza, que había mantenido inclinada. Él la oyó al punto y la reconoció, pues la había oído en otras muchas ocasiones. La mira y no le queda ninguna duda: sintió tal miedo y tal angustia en su corazón que no pudo responder a lo que la reina le preguntaba; empezó a suspirar profundamente y las lágrimas le brotaron de los ojos con tal abundancia que el jamete que llevaba puesto se le mojó hasta las rodillas. Cuanto más miraba a la dama de Malohaut, peor se encontraba su corazón. La reina se da cuenta de que contemplaba entristecido el lugar donde estaban las damas, e insiste:

—Decidme, ¿de dónde procede ese amor? Os estoy preguntando.

Se esfuerza en hablar y, al fin, responde:

—Señora, procede de donde os he dicho.

—¿Cómo?

—Señora, vos fuisteis la impulsora, pues me convertisteis en vuestro amigo, si no mentía vuestra boca.

—¿Mi amigo? ¿Cómo?

—Señora, fue ante vos después de pedir permiso a mi señor el rey; yo llevaba puestas todas las armas a excepción de las que cubren la cabeza y las manos; os encomendé a Dios y os dije que sería vuestro caballero en cualquier lugar en que me encontrara, a lo que vos me contestasteis que deseabais que fuera vuestro caballero y vuestro amigo. Luego, os dije: «Adiós, señora», y vos me respondisteis: «Adiós, mi dulce amigo», y esas palabras no me han abandonado el corazón; serán las que harán de mí un caballero noble y valiente, si lo llego a ser. Nunca se me olvidarán vuestras palabras, aunque me encontrara en las peores situaciones. Vuestras palabras me dan ánimo en los momentos de aflicción; vuestras palabras me han protegido de todo daño y me han sacado del peligro; vuestras palabras me han enriquecido en mis grandes pobreza.

—A fe mía, dije esas palabras en buena hora. Que Dios sea adorado, pues me hizo que las pronunciara. Sin embargo, yo no me las tomé tan en serio como vos; a muchos caballeros les he dicho lo mismo, sin pensar más que en las palabras. Vuestro pensamiento no se portó con villanía, sino que fue dulce y agradable, y habéis tenido

suerte de convertirlos en un caballero lleno de nobleza y valentía. Pero no es frecuente que los caballeros muestren a muchas damas grandes elogios, sin que ello les importe poco. Vuestro rostro me indica que amáis a una de aquellas damas más que a mí, pues habéis llorado de miedo al verla y no os atrevéis a mirar allí directamente: me doy cuenta de que vuestro pensamiento no está conmigo, en contra de lo que pretendéis aparentar. Por la fe que le debéis a lo que más queráis, decidme a cuál de las tres es a la que tanto amáis.

—Señora, por Dios, os juro que ninguna de las tres fue dueña de mi corazón en ningún momento.

—No es necesario que juréis, no lo podéis disimular: muchas veces he visto cosas semejantes y me doy cuenta de que vuestro corazón está allí, igual que vuestro cuerpo está aquí.

Esto lo hacía la reina para causarle malestar, pues no dudaba que no había pensado en amar a otra más que a ella, como probaban las hazañas realizadas el día de las armas negras; pero se divertía viendo y contemplando su malestar.

Él estaba tan angustiado que por poco se desmaya, pero resiste por miedo a las damas que veía. La misma reina temía que se desmayara: vio que se le mudaba el color y que le cambiaba; lo sujetó por los hombros para que no se cayera, y llamó a Galahot. Éste se puso en pie de un salto y acudió corriendo; al ver en tal estado a su compañero, preguntó:

—Señora, decidme, ¿qué ha pasado?

La reina se lo cuenta.

—Ay, señora —dice Galahot—, por Dios tened compasión: podríais privarme de él y sería una gran calamidad.

—Realmente, querría que fuera mío. Pero ¿sabéis por quién realiza tales proezas?

—Señora, no.

—Señor, si es cierto lo que me ha dicho, es por mí.

—Señora, por Dios, os lo debéis creer, pues del mismo modo que es más noble y valiente que cualquiera, así su corazón es más verdadero que todos los demás.

—No os equivocaríais al decir que está lleno de nobleza y valentía si supierais las hazañas que ha llevado a cabo desde que fue armado caballero.

A continuación le cuenta todas las proezas tal como él se las había ido diciendo, y añade que Galahot lo conocía ya, pues fue el que llevó las armas rojas en el primer encuentro, «y sabed que todo ello lo hizo como resultado de tres palabras»: le cuenta cómo había sido, tal como ya habéis escuchado.

—Ay, señora, tened compasión de él, igual que yo hice lo que me pedisteis.

—¿Cómo puedo tener compasión?

—Señora, sabéis que os quiere más que a ninguna cosa, y por vos ha hecho más que cualquier caballero por su dama. La misma paz de mi señor el rey y yo a él se debe.

—Ya sé que ha hecho por mí tanto que nunca se lo podré pagar, sin contar la paz que ha conseguido. No hay cosa que me pida que no le dé de grado. Pero no me ha pedido nada, y está tan triste y desconsolado que no ha cesado de llorar desde que miró hacia aquellas damas; no pienso que sea por el amor de ninguna de ellas, sino porque teme que alguna lo conozca.

—Señora, de eso no es necesario hablar; tened compasión de él, pues os ama más que a sí mismo: yo ignoraba su secreto cuando vino, pero me advirtió que temía ser reconocido, y no me descubrió ningún otro sentimiento.

—Tendré compasión de él de la forma que vos me digáis, pues vos habéis hecho lo que os pedí. Él no me ha suplicado nada.

—Señora, no se atreve, porque no hay cosa que se desee que no cause miedo. Yo os lo voy a pedir por él, y si yo no lo hiciera, vos misma deberíais hacerlo, pues nunca llegaréis a alcanzar un tesoro más rico.

—Bien lo sé; estoy dispuesta a hacer todo lo que me ordenéis.

—Señora, muchas gracias. Os ruego que le concedáis vuestro amor y que lo aceptéis como caballero vuestro para el resto de la vida; sed su leal señora y lo habréis hecho más rico que si le hubierais dado todo el mundo.

—Acepto que sea mío y yo seré suya; vos castigaréis las violaciones de esta promesa.

—Señora, muchas gracias. Ahora es necesaria una señal que indique el comienzo del pacto.

—No diréis nada que yo no esté dispuesta a hacer.

—Señora, os lo agradezco: besadlo en mi presencia como prueba de vuestro verdadero amor.

—No es hora ni momento, ni lugar para darle un beso. Tengo tantos deseos de hacerlo como él, pero esas damas ya están sorprendidas por lo mucho que hemos hablado: no podríamos impedir que nos vieran. Sin embargo, si él lo desea, con mucho gusto le daré un beso.

Galahot está tan contento y admirado que no puede contestar nada, y se limita a decir:

—Señora, muchas gracias. Señora, no dudéis de sus deseos, pues todo él lo quiere. Nadie se dará cuenta: los tres juntos nos acercaremos un poco, como si estuviéramos hablando en voz baja.

—¿Por qué me hago de rogar? Lo deseo más que vos y que él.

Se juntan entonces los tres y hacen como si estuvieran hablando en voz baja. La reina ve que el caballero no se atreve a más; lo coge por la barbilla y, delante de Galahot, lo besa durante un buen rato, de forma que la dama de Malohaut se da cuenta de que está besándolo.

Luego, la reina empieza a hablar con prudencia y discreción, pues sabía comportarse de forma adecuada.

—Mi dulce amigo —le dice al caballero— ya soy vuestra, lo habéis logrado, y estoy muy contenta. Procurad que se mantenga en secreto, como es debido, pues soy una de las damas de mayor prestigio en el mundo y de la que se han contado las mayores bondades: si por culpa vuestra empeora mi fama, mi amor se hará feo y malvado. A vos, Galahot, que sois prudente, os ruego discreción, pues el daño que me puede sobrevenir es por vos. Si recibo alegría y gozo, vos me los habréis proporcionado.

—Señora —le responde Galahot—, no se os volverá en mal, y he cumplido con lo que me ordenasteis; ahora deberíais escuchar una súplica mía: ayer os dije que me podríais ayudar más que yo a vos.

—Hablad sin miedo, pues haré lo que me pidáis.

—De acuerdo; si le falláis en algo habrá sido en vano el daño cometido por vos para mantenerlo a vuestro lado.

Entonces toma al caballero por la mano derecha y dice:

—Galahot, os entrego a este caballero para siempre, a excepción de lo que lo he tenido yo antes. Prometed que lo aceptáis.

El caballero lo promete.

—¿Sabéis —le pregunta la reina a Galahot— a quién os he entregado?

—No, señora.

—Es Lanzarote del Lago, el hijo del rey Ban de Benoic.

De tal modo se lo da a conocer a Galahot, que se alegra mucho, con un gozo como nunca hubo otro mayor, pues había oído hablar mucho de él: las palabras corren y le habían contado que Lanzarote del Lago era el mejor caballero del mundo, que era pobre y que el rey Ban había sido un hombre de gran nobleza.

Así se produjo el primer encuentro de Lanzarote y la reina gracias a Galahot, que no lo conocía más que de vista, y por eso Lanzarote le había hecho prometer que no le preguntaría el nombre hasta que él se lo dijera, o hasta que se lo dijera otro por él.

A continuación se levantaron los tres, cuando ya se estaba haciendo noche cerrada, aunque había claridad porque había salido la luna: se podía distinguir sin dificultades todo el prado. Los tres empezaron a subir a través del prado hacia el pabellón del rey; el senescal de Galahot y las damas los siguieron hasta que llegaron a las tiendas de la gente de Galahot; en ese momento, Galahot le dice a su compañero que regrese al pabellón. Lanzarote se despide de la reina y se retira acompañado por el senescal. Mientras, Galahot acompaña a la reina al pabellón del rey; cuando éste los ve llegar, les pregunta que de dónde vienen.

—Señor —responde Galahot—, venimos de contemplar los prados con este pequeño séquito.

Se sientan y empiezan a hablar de muchas cosas. Galahot y la reina están muy a gusto.

Al cabo de un rato, se levanta la reina y va al torreón para acostarse; Galahot la

acompaña hasta allí, la encomienda a Dios y le dice que va a acostarse con su compañero.

—Señora —continúa—, le daré ánimos.

—¡Ay, qué bien habéis hablado! Así se quedará más a gusto.

Galahot se va, se despide del rey diciéndole que no se lo tome a mal, pero que va a ir a acostarse al otro lado del río con su gente, pues hace mucho que no está con ellos, «y me conviene hacer su voluntad, pues me aman mucho».

—Ciertamente, señor —le dice mi señor Galván—, tenéis razón, porque hay que honrar a los propios nobles, cuando se tienen.

Galahot se marcha y regresa al lado de su compañero; ambos se acuestan en una misma cama y hablan durante toda la noche por la gran alegría que tienen en el corazón.

Pero ahora dejaremos estar las palabras sobre Galahot y su compañero, y os hablaremos de la reina, que había regresado al torreón muy contenta y muy a gusto. Piensa que ha actuado de forma oculta, pero es de otro modo, pues la dama de Malohaut ha visto todo lo que ha hecho. Cuando Galahot se alejó, la reina se dirigió a una ventana y empezó a pensar en lo que más le agradaba. La dama de Malohaut se le acercó en el momento en que la vio más sola y le dijo muy en secreto:

—Ay, señora, qué buena es la compañía de cuatro.

La reina lo oye, no responde ni palabra y finge no haber oído nada. Poco después la dama volvió a repetir las mismas palabras, y entonces la reina la llamó:

—Decidme, ¿por qué habéis dicho eso?

—Señora, salva sea vuestra gracia; no voy a contestar, porque ya he dicho más de lo que me convendría, pues no se debe intentar ser confidente de la propia dama o del señor, a menos de exponerse al odio de la dama.

—Por Dios, no me podéis decir nada que provoque mi odio, pues os tengo por tan prudente y tan cortés que no diríais nada que fuera en contra de mi voluntad. Hablad sin miedo, pues así lo deseo y os lo ruego.

—Señora, entonces os lo voy a decir. Afirmo que es muy buena compañía cuatro pues he visto el encuentro que le habéis concedido al caballero que ha estado hablando con vos en el campo. Sé que a vos es a quien más ama en el mundo, y tendréis razón si le entregáis vuestro amor, pues no encontraréis a nadie mejor.

—¿Cómo? ¿Lo conocíais?

—Sí, señora. Hubo días en que yo os podía haber hecho tanto daño como vos a mí, pues durante mucho tiempo lo tuve prisionero: es el de las armas rojas que venció en el enfrentamiento, y es el que anteayer llevaba armas negras. Yo le di tanto las unas como las otras. El otro día, que se quedó pensativo junto al río, cuando yo me esforzaba en que luchara, lo hacía porque sospechaba que os amaba, aunque yo querría que hubiera estado enamorado de mí: alejó de mí tales ideas descubriendo parte de su

pensamiento.

A continuación le cuenta cómo lo había tenido prisionero durante año y medio, por qué motivo lo había apresado y por qué había ido ella a la corte del rey. Y le contó todo, hasta que salió de la prisión.

—Decidme ahora —le interrumpe la reina—, por qué decís que más vale la compañía de cuatro que de tres. Más fácil es que tres oculten una cosa, que no cuatro.

—Señora, es cierto.

—Entonces será mejor la compañía de tres que la de cuatro.

—Señora, no ocurre así en este caso, y os diré por qué. Es evidente que el caballero os ama; lo sabe Galahot, y a partir de este momento irán siempre juntos, estén donde estén, pues ya se quedarán aquí por poco tiempo. Vos os quedaréis sola, sin atreveros a descubrirle vuestro pensamiento a nadie: no os encontraréis a gusto y tendréis que soportar a solas el peso. Pero si aceptarais que yo fuera la cuarta de la compañía, nos solazaríamos juntas, igual que harán ellos dos; y de este modo os sentiréis más a gusto.

—Decidme, ¿sabéis quién es el caballero?

—Por Dios, no; ya os he contado cómo me ocultó su nombre.

—Realmente, señora, sois buena observadora. Tendría que ser muy prudente quien os quisiera ocultar algo; ya que es así, puesto que me pedís que os acepte como compañera, os lo concedo; pero tendréis que soportar la carga igual que yo.

—Señora, ¿qué deseáis? Haré lo que queráis con tal de obtener vuestra compañía.

—Por Dios, la obtendréis, pues yo no podría tener mejor compañía que la vuestra, aunque sí más rica. Nunca os dejaré a partir del momento en que estéis a mi lado, porque cuando empiezo a amar, nadie ama más que yo.

—Señora, estaremos juntas todas las veces que lo deseéis.

—Dejadme obrar ahora según mi voluntad, y mañana confirmaremos la unión de los cuatro.

A continuación la reina le cuenta las palabras de Lanzarote y cómo empezó a llorar cuando miró hacia donde estaban ellas, y «estoy segura de que os reconoció. Era Lanzarote del Lago, el mejor caballero del mundo».

De este modo hablaron las dos durante mucho tiempo con gran alegría por su nueva relación. Por la noche, la reina no permitió de ningún modo que la dama de Malohaut se acostara con nadie que no fuera ella, y a pesar de que la dama tenía cierto miedo a dormir con la reina, se vio obligada a hacerlo. Cuando se acostaron empezaron a hablar del nuevo amor. La reina le pregunta a la dama de Malohaut si ama a alguien, a lo que ésta responde que no, «y sabed —añade— que sólo estuve enamorada una vez, y aun en aquella ocasión no pasé del pensamiento». Lo decía por Lanzarote, al que había amado todo cuanto puede amar un corazón, pero del que no había recibido ninguna correspondencia; no le dijo a la reina que se trataba de él. Entonces la reina piensa en conseguir que se enamoren su compañera y Galahot, pero no quiere hacer nada antes

de saber si Galahot tiene amiga, en cuyo caso no lo requeriría para que amara a la dama de Malohaut.

Por la mañana, se levantaron las dos y fueron al pabellón del rey, que se había quedado allí por acompañar a mi señor Galván y a los demás caballeros. Lo despertó la reina y le dijo que era un holgazán por estar acostado todavía a aquella hora.

Las dos damas se fueron al prado acompañadas por otras tres damas y muchas doncellas de su séquito. Se dirigieron al lugar del encuentro de la víspera, y la reina le dijo a la dama de Malohaut que amaría aquel sitio más que ningún otro el resto de su vida. A continuación le contó toda la entrevista con Lanzarote, cuál era su aspecto y cómo la escuchaba completamente atónito. De este modo, no dejó de contarle nada de lo que podía recordar. Luego, empezó a alabar a Galahot, diciendo que era el caballero mejor enseñado y que mejor sabía tratar a las personas de valor, «y tened por seguro que le voy a contar la nueva relación que ha surgido entre nosotras dos, y ya veréis cómo se alegra mucho. Vámonos ahora, pues no tardará en llegar».

Cuando las damas regresaron, el rey ya se había levantado y había enviado a buscar a Galahot, que no tardó en acudir. Al verlo, la reina le contó de inmediato su nueva relación con la dama de Malohaut, pero antes le dijo:

—Galahot, no me mintáis en lo que os voy a preguntar, por la fe que me debéis.

—Señora, así lo haré.

—¿Estáis enamorado de alguna dama o doncella?

—Señora, os juro que no.

—¿Sabéis por qué os lo pregunto? Porque yo he depositado mis amores según vuestra voluntad y deseo que vos os enamoréis de quien yo os diga. ¿Sabéis de quién va a ser? De una dama prudente y cortés, de alta condición y rica de todo tipo de méritos.

—Señora, podéis hacer lo que queráis, tanto con mi corazón como con mi cuerpo. ¿Quién es la dama a la que debo pertenecer?

—Es la dama de Malohaut, que es ésa que está ahí.

Y se la señala.

A continuación le cuenta cómo los había estado observando la noche anterior y cómo había tenido prisionero a Lanzarote durante más de un año y medio, hasta que llegaron al pacto que le permitió la libertad; por fin, le cuenta las palabras que la dama de Malohaut le había dicho a Lanzarote y que éste se había puesto a llorar acordándose de la reina: «por todo eso sé —concluyó la reina— que es la dama mejor del mundo y por eso quiero que gracias a mí os enamoréis vos y ella, pues el mejor caballero del mundo debe tener por dama a la mejor. Cuando estéis en lejanas tierras vos y mi caballero, nosotras podremos reconfortarnos mutuamente en nuestros pesares y aligerarnos con nuestras alegrías, de forma que la carga será más fácil de soportar».

—Señora, aquí tenéis mi cuerpo y mi corazón, haced con ellos lo que deseéis, igual que yo he hecho con los vuestros.

Entonces llama a la dama de Malohaut y le dice:

—Señora, ¿estáis preparada para lo que voy a hacer con vos?

—Sí.

—Por Dios, voy a entregar vuestro corazón y vuestro cuerpo.

—Señora —le contesta a la reina con discreción—, obrad a vuestro antojo.

La reina la toma por una mano y a Galahot por la otra y le dice a éste:

—Señor caballero, os doy en cuerpo y corazón a esta dama como auténtica amiga, leal y dispuesta a amar.

Así lo aceptan ambos y la reina consigue que se besen; después acuerdan en ir a hablar los cuatro juntos, «ya pensaremos de qué modo lo vamos a hacer». A continuación se levantan y le dicen al rey que debe ir a misa, a lo que les responde que las estaba esperando.

A continuación van todos a la iglesia mayor. Después de misa, les prepararon la comida y se sentaron a la mesa. Luego, el rey, la reina y Galahot fueron a sentarse un rato junto a mi señor Galván y, pasado algún tiempo volvieron al lado de los demás caballeros, entre los que había muchos heridos, a los que visitaron de uno en uno. El rey llevaba de la mano a la dama de Malohaut y Galahot a la reina. Allí se pusieron de acuerdo para ir a hablar los cuatro al anochecer, igual que habían hecho la noche anterior, y decidieron que fuera el mismo lugar.

—Pero lo haremos de otro modo —dijo la reina—, pues dejaremos que venga mi señor el rey y vos llevaréis a vuestro caballero, y que no se preocupe por nada, porque no lo conocerá nadie, ya que quiere ocultarse y esconderse. Cuanta más gente haya, habrá menos comentarios, y de ese modo podremos mantener la relación el resto del tiempo que mi señor se quede aquí: sería difícil continuar hablando a escondidas, porque no se podría esconder el lugar.

De este modo fijan el encuentro. Al atardecer, Galahot fue a ver a sus gentes y le dijo a su compañero cómo habían quedado citados; él así lo aceptó. A la hora de cenar, Galahot ordenó a su senescal que cuando viera que pasaba el prado con el rey y la reina, que atravesara el río con su compañero y fuera a su encuentro. A continuación se va acompañado por numerosos caballeros y se presenta ante el rey que estaba esperándolo para sentarse a la mesa.

Cuando acabaron de cenar le dijo la reina al rey:

—Señor, vayamos a pasear por los prados.

El rey acepta y se dirigen hacia el lugar con Galahot y con otros muchos caballeros. La reina iba con la dama de Malohaut y con numerosas damas y doncellas. Cuando el senescal los vio, atravesó el río con Lanzarote y se metieron en el séquito del rey. Al cabo de un rato, se sentaron todos y empezaron a hablar; mientras estaban en esto, el rey Yon se acercó al rey Arturo para decirle que tenía que ponerse en marcha, pues habían llegado mensajeros de su tierra con noticias. El rey se apartó con él y habló en

secreto durante un buen rato.

Entonces se levantaron la reina, Galahot y la dama de Malohaut, llamaron a Lanzarote y se fueron los cuatro juntos a hablar alejados de los demás y fueron a los arbustos: allí se sentaron y la reina le presentó a Lanzarote la dama que lo había tenido prisionero durante tanto tiempo; él sintió mucha vergüenza y la reina le dijo riendo que aquella ladrona había sido la que se lo había ocultado para que no lo conociera antes. Estuvieron mucho rato allí, sin hablar ni discutir, sino besándose y abrazándose con gusto. Al cabo de mucho tiempo, volvieron a donde estaba el rey, luego regresaron al pabellón y el senescal acompañó a Lanzarote a su tienda.

Y de modo semejante hablaban todas las noches los cuatro, sin plantearse otro tipo de deleite.

Permanecieron en aquel lugar hasta que mi señor Galván se mejoró bastante y empezó a encontrarse mejor de lo habitual, de forma que ya echaba de menos regresar a su tierra, donde tenía a la dama amada. Entonces le dijo al rey que deseaba marcharse, a lo que éste le respondió:

—Buen sobrino, estoy aquí por vos y por Galahot, al que mucho quiero.

—Señor, rogadle mañana que se vaya con vos y nos iremos pasado mañana. Si os acompaña, será un gran honor, y si no viene, lo volveréis a ver en su momento, si Dios quiere.

El rey se muestra de acuerdo. El día siguiente le pide a Galahot que lo acompañe a su tierra, pero éste le responde que no puede ser, «pues tengo mucho que hacer en mi lejano país, señor, y me he quedado aquí por vos y sé que vos os habéis quedado por mí».

—Es cierto —le responde el rey—, pero os ruego, mi dulce amigo, que me permitáis volver a veros lo antes posible.

Galahot le dice que sí.

Por la noche volvieron a estar juntos los cuatro, y a la hora de la despedida fue grande la tristeza. Se dieron de plazo para la nueva cita hasta el primer torneo que hubiera en el reino de Logres.

De este modo se despidieron los dos caballeros de sus damas, que tanto los querían. Galahot se quedó con su compañero, que tenía un aspecto distinto al de la noche anterior, y lo reconforta como puede. La reina volvió con el rey, al que le dijo que le había rogado a la dama de Malohaut que fuera con ella y que a partir de aquel momento se quedara siempre en su compañía, «pues me gusta mucho estar con ella y me parece que a ella le pasa lo mismo conmigo, de forma que no serán necesarias grandes súplicas».

—Me parece muy bien —contesta el rey. A continuación se lo pide y ruega a la dama y a ésta no le queda otro remedio. Por la mañana, el rey emprende la marcha por su lado y Galahot por el suyo y regresa cada cual a su tierra.

Pero aquí deja la historia de hablar del rey, de la reina y de su compañero.

LIII

Cuenta ahora la historia que Galahot y su compañero cabalgaron las jornadas precisas hasta que llegaron a la tierra de la que era señor Galahot: era Sorelois, que está entre Gales y las Extrañas Islas. No la había heredado de sus antepasados, sino que la había conseguido mediante conquista, arrebatándosela a Gloier, sobrino del rey de Northumberland. El rey Gloier murió en el combate y no había dejado más que una hija pequeña, que era muy bella, y cuya madre murió en el parto. Galahot había ordenado que la cuidaran con todos los honores hasta que fuera mayor; entonces, pensaba dársela como esposa a un sobrino suyo que aún era muy pequeño, al que le había cedido toda la tierra de Sorelois a partir del momento en que fuera armado caballero.

Sorelois era la tierra más agradable que había en el mar de Bretaña; era la que tenía mejores ríos y abundaba en buenos bosques y en fércas tierras, y no estaba demasiado lejos de los dominios del rey Arturo. A Galahot le gustaba mucho estar allí, pues le agradaban los perros y las aves y sobre todo porque el reino de Logres estaba más cerca de allí que de las Extrañas Islas, que era su tierra principal.

Por la parte de la tierra del rey Arturo, el reino de Sorelois estaba rodeado por un solo río que era ancho, caudaloso y profundo: era el río Assurne. Por la otra parte, Sorelois estaba rodeado por el mar y tenía castillos y fortalezas agradables, con buenas murallas, y abundantes bosques y montañas, con numerosos ríos que iban a dar en el Assurne y éste, a su vez, iba al mar. Resultaba así que desde la tierra del rey Arturo no se podía entrar en Sorelois si no era atravesando antes el río Assurne, que no era de agua dulce, pues por un extremo empezaba en el mar y por el otro desembocaba en él.

De este modo, la tierra de Sorelois quedaba cerrada con respecto al reino de Logres, y los caballeros andantes sólo podían pasar por dos sitios, pues no hubo más mientras duraron las aventuras del reino de Logres y de las islas de alrededor. Estos dos pasos eran bastante difíciles y peligrosos, pues ambos habían sido construidos en una calzada estrecha y escarpada, que no medía ni tres toisas de lado y tenía más de siete millas de largo, y en algunos lugares estaba a más de setenta sobre el agua. Así eran las dos calzadas. Por la parte de Sorelois había en ambas una torre alta y fuerte, custodiada por el mejor caballero que se había podido encontrar y por diez servidores armados con hachas, espadas y lanzas: en las dos torres se mantenían por lograr fama y honores, y por las elevadas recompensas que esperaban obtener. Si llegaba un caballero desconocido dispuesto a pasar al otro lado, tenía que combatir con el caballero que guardaba la torre y con los diez servidores; si lograba seguir adelante por la fuerza, ponían por escrito su nombre y a partir de ese momento podía pasar por el lugar el resto de sus días sin necesidad de combatir. Pero si era vencido, quedaba a merced del

caballero y de los diez servidores que custodiaban la calzada. Esta guardia duraba un año completo, y según cuenta la historia, fue en los tiempos en que Merlín profetizó las aventuras que debían suceder, cuando el rey de Lohoz, padre del rey Gloier, ordenó construir aquellas calzadas, pues temía la destrucción de Sorelois, tierra de la que por aquel entonces era señor. Antes de que comenzaran las aventuras había varios pasos más sobre el río, unos eran de madera y otros eran simplemente vados por los que se podía atravesar a nado. Tan pronto como empezaron a ocurrir las aventuras, fueron derribados todos los pasos para que no pudiera entrar ningún desconocido si no era a través de aquellas dos calzadas.

Galahot, su compañero y los demás hombres de su séquito fueron a esta tierra que estaba tan bien protegida y que era tan fuerte. Pero fueron lo más en secreto que pudieron, ocultándose cuanto podían y evitando que los suyos llegaran a conocer sus secretos; nadie sabía el nombre de su compañero, a excepción de los dos reyes que habían servido de garantes. De tal modo estuvieron en Sorelois, deleitándose con los ríos y los bosques, pero ningún solaz le agradaba a Lanzarote porque no veía a la señora de todo su ser, y no pensaba en otra cosa sino en ella. Galahot estaba muy preocupado por su malestar y lo consuela tanto como puede, diciéndole que no se desanimara, pues en breve tiempo tendrían noticias de torneos.

Al cabo de un mes, la doncella del Lago le envió a Lanzarote un doncel, diciéndole que lo retuviera a su lado hasta que deseará ser caballero. Lanzarote así lo hizo, mostrando gran alegría y tratándolo con mucho afecto por su doncella, que le había pedido que lo amara como a su propio cuerpo. Y lo hizo así porque no había doncella a la que quisiera y temiera tanto; y de la misma forma lo trataba Galahot porque el muchacho era bueno y noble, era primo de Lanzarote e hijo del rey Boores de Gaunes, el que había sido tío de Lanzarote y hermano del rey Ban. Cuando Lanzarote se enteró de quién era, lo estimó mucho más y la alegría que sentía le hizo olvidar gran parte de sus males, y era enorme el gozo que sentían los dos primos al estar juntos.

El muchacho se llamaba Lionel por un hecho maravilloso que ocurrió cuando nació: tan pronto como salió del vientre de su madre, vieron que tenía en medio del pecho una mancha roja, con forma de león, y el niño lo tenía abrazado por el cuello como si quisiera estrangularlo. Este hecho fue considerado maravilloso y por eso llamaron al niño Lionel. Después realizó grandes proezas, tal como atestigua la historia de su vida, y la mancha le duró mucho tiempo en el pecho.

Lanzarote tuvo mucha alegría con la presencia de su primo, pero la historia deja de hablar de Galahot y vuelve con el rey Arturo, que había regresado a su tierra.

LIV

Según cuenta la historia, cuando el rey Arturo regresó a su tierra, se esforzó en honrar a sus gentes, dio grandes fiestas, reunió espléndidas cortes y se mostró bastante más generoso de lo que solía; visitó sus ciudades, permaneciendo algún tiempo en cada una de ellas; y, en definitiva, procuró seguir las enseñanzas de su maestro. Mientras tanto, la reina y la dama de Malohaut llevan una vida muy placentera. Era frecuente verlas juntas a las dos, pues el amor las obligaba a pensar en sus caballeros más que en ninguna otra cosa. Y si ellos dos estaban a disgusto en un país lejano, no deben quejarse por nada, pues ellas no están a gusto, ni se divierten con nada si no es en hablar de su amor cuando están juntas, o en pensar en su caballero cuando están separadas.

Poco tiempo después de que el rey regresara, mi señor Galván se encontraba bastante restablecido, de forma que podía cabalgar, ir al bosque y dedicarse a otros entretenimientos; había recuperado la fuerza y la belleza. Sin embargo, no volvió a tener tanto vigor y tan buena salud como antes, y a pesar de todo realizó grandes proezas y dio memorables golpes con la espada y con la lanza.

La alegría fue grande en la corte del rey Arturo al ver que se restablecía y que se encontraba curado.

El rey estuvo en Logres, Camelot, Carlion y en otras muchas ciudades y, al fin, su corazón le volvió a llevar a Carduel, pues era la ciudad en que más le gustaba estar por su situación y porque tenía de todo. Pero antes de ir allí hizo saber que no tardaría en presentarse, y que dirimiría los pleitos que le llevaran; y ordenó que acudieran a aquel lugar con todos los asuntos importantes.

Luego, llegó el rey con un gran séquito, y estuvo allí quince días enteros: todos los días reunía la corte con los honores correspondientes, que cada día iban a más. Nunca volvió a ser tan generoso: todo el mundo se preguntaba admirado de dónde podían proceder aquellas riquezas y él, mientras tanto, se mostraba cada día más pródigo en regalos y viandas.

Antes de que hubieran transcurrido los quince días, ya había resuelto todos los asuntos, pues en su séquito había gentes que se aplicaban con gusto a dirimir entre lo justo y lo injusto: apenas pronunciaban la sentencia, se tenía que cumplir según la ley.

El día decimoquinto era martes. Según cuenta la historia, la reina y la dama de Malohaut decidieron acordar un día y convocar un torneo para hablar con sus amigos. Pero se encontraron con un obstáculo, pues según cuenta la historia cuando el rey se sentó a comer y ya habían servido el tercer plato, se quedó pensativo y tan ensimismado que se olvidó de la fiesta, de la comida, y de todos los que estaban allí, y empezó a suspirar y a llorar de los ojos, apoyado en un cuchillo. Y de tal forma

permaneció durante mucho rato, hasta que mi señor Keu, el senescal, se dio cuenta: entonces se lo dijo a mi señor Galván y a mi señor Yvaín, a Lucano el Botellero, a Sagremor el Desmesurado y a Giflete, el hijo de Don. Estos seis eran sus servidores en el palacio, y cuando vieron lo que ocurría se quedaron muy preocupados. Mi señor Galván dijo que pensaría hasta saber qué tenía el rey; llama a continuación a un criado y le ordena:

—Ve inmediatamente a la doncella que tiene la copa ante mi señor y dile que venga a hablar conmigo; tú quédate con la copa hasta que ella regrese.

Por aquel tiempo había llegado a la corte una doncella llamada Lore de Carduel, pues había nacido en Carduel; era hija del rey de Northumberland y de la hermana del rey Arturo; su padre había sido copero mayor de la tierra de Logres y ella ocupó el mismo cargo al llegar a la corte; además, era una de las mujeres más hermosas del mundo. El escudero se dirigió a ella y le transmitió las palabras de mi señor Galván. La doncella le entrega la copa y acude a presencia de mi señor Galván, que le dice:

—Bella prima, id a mi señor el rey y decidle que le pedimos que nos cuente —por la fe que nos debe, ya que es nuestro señor y nosotros somos sus vasallos— por qué lleva pensativo tanto rato; que nos lo diga igual que a veces él desea saber nuestros pensamientos.

La doncella va ante el rey, se arrodilla y no sabe cómo empezar. Él seguía apoyado en el cuchillo, de forma que la hoja estaba completamente curvada. Todos los caballeros estaban preocupados por el ensimismamiento del rey, y muchos habían dejado de comer. La doncella coge el mantel y tira hacia ella, el cuchillo se escapa y la mano del rey golpea sobre la mesa. Entonces deja sus reflexiones y mira alrededor. La doncella aprovecha para decirle:

—Señor, vengo de parte de mi señor Galván y de los cinco caballeros que están con él: os piden —por la fe que les debéis— que les digáis por qué habéis estado pensando durante tanto tiempo, pues desean saberlo igual que vos queréis conocer sus pensamientos.

El rey la mira sorprendido, y contesta:

—Id y decidles que me dejen estar, pues si supieran en qué pensaba, preferirían no seguir preguntando.

La doncella regresó junto a los caballeros y les repitió las palabras del rey, con lo que se quedaron muy preocupados. Mi señor Galván dice que hará algo:

—Mi bella prima, volved y decidle a mi señor el rey que —por la fe que nos debe— nos diga en qué ha estado pensando.

La doncella vuelve al rey y se lo pregunta; éste pone peor cara que antes y contesta:

—Ya que no quieren dejarme tranquilo, lo van a saber. Id y decidles que estaba pensando en sus muchas afrentas.

La doncella regresa a decírselo. Cuando oyen la contestación del rey, se quedan tan

sorprendidos que no pueden decir ni una palabra durante un buen rato. Al cabo, había mi señor Yvain:

—Las cosas no pueden quedar así; vayamos a su presencia y escuchemos qué ha estado pensando sobre nuestras afrentas.

Todos aprueban su consejo y van ante el rey.

—Señor —le dicen—, nos habéis hecho saber que habéis estado pensando en nuestras muchas afrentas. Os rogamos y suplicamos, como señor nuestro que sois y por la fe que nos debéis, que nos digáis cuáles son nuestras grandes afrentas.

—Si me hacéis caso —contesta el rey—, lo dejaréis estar, pues el asunto es tan grave que no sacaríais ningún provecho de él.

Le responden que no están dispuestos a ceder mientras puedan, e insisten en que se lo diga.

—Os lo voy a decir, ya que no queréis dejarlo estar. Es cierto que estaba pensando en vuestras grandes afrentas. ¿Acaso habéis olvidado que fuisteis cuarenta de los mejores caballeros de mi mesnada, y que todos fuisteis elegidos mediante juramento para ir en busca del caballero de las armas rojas que venció en el combate que mantenían nuestras fuerzas contra las de Galahot, y que volvió a vencer después, según creo? Los cuarenta jurasteis que no regresaríais sin el caballero o sin datos ciertos sobre él: sin embargo, volvisteis los cuarenta sin haber cumplido vuestras promesas, y yo sigo sin tener noticias de él: os acuso a todos de embusteros, falsos y perjuros; en esas afrentas estaba pensando.

—Tenéis razón —contesta mi señor Galván— y decís verdad: no es justo que nos acojáis en vuestra compañía, ya que hemos sido afrentados; por mi parte, no os causaré ninguna otra vergüenza.

Se dirige a una ventana, tiende la mano en dirección a un monasterio que se ve, y dice en voz tan alta que lo oyen cuantos están en la sala:

—Por Dios y los santos, no volveré a entrar en la casa de mi señor el rey hasta que haya encontrado al caballero, si es que puede ser encontrado. A vosotros, señores caballeros que estáis aquí dentro, os pido por vuestro honor que me sigáis, pues estoy dispuesto a partir.

Mi señor Galván se marcha, regresando a su alojamiento; los otros cinco que iban con él hacen lo mismo. Rápidamente se extendió por la sala la noticia de por qué se había ido mi señor Galván: se enteraron algunos caballeros de los que estuvieron en la búsqueda, y no tardaron en abandonar el lugar hasta catorce caballeros, que eran todos los que se encontraban allí en aquel momento; los demás habían acudido a atender sus tierras y sus asuntos.

Estos catorce caballeros corrieron a armarse tras los otros seis que ya se estaban vistiendo las armas. El rey se quedó sorprendido y empezó a considerar que había hecho una locura: con gusto se arrepentiría si pudiera, aunque sabe que no conseguirá

retenerlos, y siente tal dolor que poco falta para que pierda el sentido; se levanta de la mesa de un salto y acude con toda prisa a la reina, le cuenta lo ocurrido y le pide que haga lo posible por retenerlos, a lo que ella responde que así lo hará.

A continuación, la reina se prepara y va al alojamiento de mi señor Galván, donde halla a éste completamente armado a excepción de las manos y de la cabeza. Al ver a la reina, corre a su encuentro con la cara llena de alegría, como si no estuviera preocupado.

—Buen sobrino —le dice la reina—, ¿vais a emprender esa búsqueda?

—Señora, así es.

—Os ruego, por la fe que nos debéis a mi señor el rey y a mí, que me concedáis el don que os voy a pedir.

—Señora, recuerdo un don que me pedisteis el día que mi señor prometió a la doncella pobre que la protegería durante un año y un día: me pedisteis que me quedara a su lado; así lo hice, como un insensato, y contemplé cosas que preferiría haber estado muerto o haber sido deshonrado. Tened por seguro que ahora nada me impedirá partir; e incluso aunque os hubiera prometido lo contrario, me marcharía.

Cuando la reina lo oye hablar así, se da cuenta de que cualquier súplica será inútil, y a pesar de todo insiste:

—Buen sobrino, os vais a buscar no sabéis a quién, y abandonáis a vuestro tío el rey lleno de pesar y de preocupaciones: su dolor supera el de todos los caballeros que parten con vos, y es el mayor que ha tenido hasta ahora. Y eso que no están aquí los caballeros que tomaron parte en la anterior búsqueda. Quedaos hasta que hayan llegado todos y tranquilizad al rey mientras tanto.

—Señora, aquí están algunos de los compañeros que participaron en la anterior búsqueda; están dispuestos todos a cumplir con su palabra, pues el rey mi señor nos ha acusado a todos de traidores; el que lo desee vendrá conmigo. Os prometo, por la fe que os debo, que moriré en mi empeño si es necesario, pero no volveré a entrar en casa del rey antes de haber encontrado al caballero y traeré tales pruebas que por fuerza se me tendrá que creer. Y es cierto que ignoro quién es y dónde lo puedo hallar.

—Presentaos ante el rey antes de poner os el yelmo, y él os dirá algo. Hacedlo por mí.

Acepta esta súplica de la reina, que mientras tanto llama a una doncella para que le diga al rey que no puede convencer a mi señor Galván de que se quede, y que debe pedírselo él con toda la corte. La doncella va a cumplir la orden.

Entonces, el rey reúne a sus caballeros y les cuenta sus preocupaciones, a la vez que les pide que cada cual intente retener a mi señor Galván con súplicas y alabanzas. Luego, se marchan de la sala y se encuentran con mi señor Galván que va completamente armado, a excepción de la cabeza y de las manos. El rey va a su encuentro y le ruega que se quede hasta que lleguen los otros que habían tomado parte en la anterior búsqueda, pues faltaban la mitad. Mi señor Galván no le hace caso; el rey

mira a los caballeros que iban detrás de él, y todos a la vez se echan al suelo a sus pies. Al verlo, le pesa tanto que poco falta para que pierda el sentido: todas las damas y doncellas hacen lo mismo que los caballeros, y le piden que tenga compasión y que se quede. Les contesta que en vano le ruegan, pues nada le retendría, a no ser que alguien pretendiera arrebatarse las posesiones a su señor el rey o que quisiera deshonorarlo.

—Sólo por esas dos cosas me quedaría, pero no es el caso de ninguna de las dos.

A continuación pide el yelmo, se lo dan y él se lo ata. Mientras, ya se habían preparado sus compañeros que iban a marcharse con él. Cuando el rey tiene por seguro que se va, teme haberlo perdido para siempre; vuelve a suplicarle que se quede y quiere, incluso, arrojarse a sus pies. Mi señor Galván lo sujeta entre sus brazos, gritándole:

—Por Dios, tened compasión de mí y no me retengáis en contra de mi honor; si queréis me quedaré, pero juro por los santos de esa iglesia —y tiende la mano hacia una capilla del rey— que me daré muerte mañana mismo si puedo; si me dejáis ir, volveré en cuanto tenga pruebas auténticas de quién es.

—Señor —interviene la reina—, dejadlo partir, ya que así lo desea. Ha participado en otras muchas búsquedas y siempre ha vuelto, gracias a Dios; lo mismo hará esta vez, si Dios quiere.

—Señora —dice el rey—, es cierto, pero el corazón me dice que nunca volveré a verlo.

Se retira a una habitación y se deja caer sobre la cama, con un pesar que no se le alivia de ningún modo. La reina se queda con mi señor Galván y cuando éste ya se dispone a partir, se lo lleva a un lado y le dice:

—Buen sobrino, os vais sin saber a dónde.

—Señora, así es.

—Os voy a decir cómo podréis encontrar al caballero, pero debéis prometerme que no se lo revelaréis a nadie, hombre o mujer, ahora ni nunca.

—Señora, así será.

—Id a donde penséis que os podréis encontrar a Galahot, y os encontraréis en su compañía al caballero, si es que se le puede hallar en algún sitio. Es Lanzarote del Lago.

Al oírlo, siente tal alegría que mucho le tarda estar montado, y dice que conoce bien a Lanzarote.

A continuación, deja a la reina, se cuelga del cuello el escudo, le coge la lanza a su escudero y se pone en marcha con los diecinueve caballeros que vais a oír; con él iban: mi señor Yvain el Grande, mi señor Brandeliz, Keu el senescal, Saigremor el Desmesurado, Lucano el Botellero, Garoain de Estragot, Giflete hijo de Don, Gladoain de Caermuzin, Galegantín el Galés, Karadeu Quiebrabrazo, Caradigaís, Yvain de Lionel, el duque Tarillas, Quenus de Carec, el rey caballero de Jene, Dains el Bello, Gales el Calvo, el criado de Nort y el rey Idier. De los cuarenta que habían participado en la otra búsqueda, no había más que éstos en la corte del rey, pues los otros estaban todos en sus tierras, atendiendo a sus asuntos, como debe ser.

La reina encomienda a Dios a mi señor Galván y tras él, a todos los demás. Los caballeros que se quedan están tristes y afligidos.

Mi señor Galván, pensativo, dice una cosa por la que después sería muy estimado, pues se comportó como buen conocedor de todas las virtudes; antes de partir les dijo a la reina y a los caballeros que se quedaban:

—Señora, señora, y vosotros, señores que permanecéis aquí, quiero que sepáis que emprendemos esta búsqueda todos los que estuvimos en la anterior, y acogemos como compañeros a nuestros anteriores compañeros, aun cuando no estén presentes aquí. Si llevamos a buen término nuestro propósito, queremos que consideréis que también lo han llevado a cabo los ausentes; si fracasamos, todos ellos serán responsables también y habrán arriesgado su honor. Aceptadlo así vosotros que sois los señores de esta búsqueda.

Los caballeros que iban a ponerse en marcha así lo aprueban.

A continuación se marchan, dejando al rey y a su séquito tan desconsolados que más sería imposible. Cuando ya se habían alejado de Carduel y no se veía la fortaleza, se dirigieron hacia una roca que recibe el nombre de la Piedra de Merlín, que era el lugar donde Merlín dio muerte a los dos encantadores. En aquella roca habló mi señor Galván, y dijo:

—Señores, hemos emprendido uno de los asuntos más difíciles de los que hemos iniciado; tenemos que procurar obrar de tal modo que no volvamos a ser deshonrados: creo que sería bueno que cada uno fuera por su cuenta; así podremos llevar a cabo nuestro propósito antes que si estuviéramos juntos.

Todos le dan la razón; en el cruce de caminos se van separando tal como mi señor Galván les ordena, pues lo consideran su señor. Cada vez que alguno se separa le dice que cuando tengan noticias de un caballero andante, que vayan al lugar de donde proceden las noticias, «pues así podremos encontrarnos unos con otros. Procurad asistir al primer torneo que haya en el reino de Logres; allí sabremos cómo nos ha ido a cada uno. Llevad el mayor tiempo posible las mismas armas que lleváis ahora, estén nuevas o estén viejas, aunque las gentes de mi señor el rey no sepan quiénes sois; para que nos podamos reconocer todos, llevaremos el escudo colgado del cuello con la parte de dentro hacia afuera: de tal modo nos reconoceremos».

Así, se separan de él hasta quince, mientras que a su lado siguen cabalgando mi señor Yvaín, Keu el senescal, Saigremor el Desmesurado y Giflete, hijo de Don. Durante largo tiempo cabalgan juntos los cinco, pues se querían mucho todos ellos, pero al fin no les queda más remedio que separarse.

Aquí la historia deja de hablar de ellos, aunque sigue contando las hazañas realizadas por Galván en esta búsqueda. No obstante cada uno de estos veinte caballeros tiene su propia historia, que son ramas de la historia de mi señor Galván, pues ésta es la base sobre la que tienen que apoyarse todas las demás, ya que todas salen

de la suya.

LV

Cuenta aquí la historia que mi señor Galván cabalgó solo y pensativo durante dos días enteros, sin encontrar ninguna aventura digna de mención. Ha recorrido tantas tierras que la lengua cambia y le cuesta trabajo entender a las gentes.

Dice la historia que mi señor Galván se levantó muy temprano el tercer día y cabalgó toda la mañana hasta la hora de prima. Era en verano, el mes de junio. Era una mañana muy hermosa; los árboles estaban verdes y frondosos, los prados cubiertos de hierba y de flores; el canto de los abundantes pájaros tintineaba en los arbustos. Mi señor Galván salió de un bosque y entró al trote en una landa ancha y hermosa que debía tener media legua galesa de un lado a otro. Atravesó la landa por un sendero que subía recto. Cuando miró al otro extremo de su camino vio a cuatro caballeros completamente armados, con el escudo al cuello, el yelmo atado en la cabeza y dispuestos a defender su cuerpo y a atacar a cualquiera.

Al ver a mi señor Galván se lo señalaron unos a otros y poco después se adelantó uno de los cuatro, dirigiéndose a galope tendido contra él, con la lanza recta: cuando se acercó más, se colocó la lanza bajo el brazo y se cubrió el pecho con el escudo, mientras avanzaba tan deprisa como le podía llevar el caballo, dispuesto a golpear con todo su vigor, mi señor Galván se prepara para la defensa.

Ya iba a descargar su golpe el caballero cuando tasca el freno con tanta fuerza que por poco no cayeron juntos él y su caballo. Mi señor Galván detiene a su caballo y reconoce al otro que es Saigremor el Desmesurado. Éste se siente avergonzado por lo que ha hecho y dice:

—Señor, gracias Señor, no os había conocido.

—Ya lo sé.

Entonces se abrazan con grandes muestras de alegría.

Los otros tres caballeros que estaban detrás se sorprenden por las muestras de amor, y se acercan riéndose unos con otros. Al verlos llegar, mi señor Galván le pregunta a Saigremor:

—¿Quiénes son éstos?

—Ay, buen señor, son mi señor Yvaín, mi señor Keu y Giflete.

—¿Cómo os habéis encontrado?

—Señor, ahí abajo hay un cruce y a él nos condujo la ventura de los cuatro; se pondrán muy contentos cuando os vean.

Mientras, se acercan los otros tres al galope, pues ya les tardaba saber quién era el caballero que se había descubierto a Sagremor. Apenas habían hecho esta reflexión, reconocieron a mi señor Galván y fueron a él con los brazos abiertos, considerándolo señor de todos ellos y dándole muestras de gran alegría; bromean bastante y se ríen de

las intenciones que tenían cuando lo vieron aparecer en la landa y les divierte estar ahora con él, «pues hace un momento todos queríamos derribaros», y Keu el senescal añade que nunca había visto que un combate estuviera tan a punto y fuera suspendido antes de que uno de los dos cayera o fallara el golpe.

De este modo estaban hablando y riéndose cuando mi señor Yvaín dice:

—Ya que Dios ha hecho que nos reunamos, no volveremos a separarnos, hasta que encontremos alguna aventura.

Mi señor Galván se lo concede.

Los cinco juntos emprenden la marcha, y cuando llegan al límite de la landa, suben una colina, descienden al otro lado y alcanzan un gran valle cerrado por un bosque en una parte y por tres cerros en las demás. El valle era hermoso y grande, lleno de hierba salpicada de flores, con un solo árbol, que era uno de los más bellos pinos del mundo: estaba justo en medio del valle y a su sombra brotaba una fuente abundante y hermosísima, llamada por los del lugar Fuente del Pino. De ella salía un riachuelo que hacía que aquel valle fuera aún más bello y agradable.

Los cinco compañeros se dirigieron hacia allí; al descender de la colina, mi señor Galván se detiene a contemplar el sitio: iba el primero, con mi señor Yvaín, su primo y compañero. Miran y ven a un escudero que va al galope, montando un rocín y con una gran cantidad de lanzas sobre el hombro: salía del bosque, atravesó la landa por el camino más recto, se dirigió hacia el pino, desmontó rápidamente y a toda velocidad, desató las lanzas y las colocó alrededor del árbol con las puntas hacia arriba; a continuación se quita un escudo que llevaba al cuello, que era completamente negro con abundantes gotas de plata. El criado lo cuelga por el tiracol a una de las ramas del pino y, luego, se marcha picando espuelas y vuelve a entrar en el bosque por el sitio que le parece más cercano.

Cuando mi señor Galván lo ve, tasca el freno, y como sus compañeros, se mete en el bosque semiculto por una colina y dice que no se moverá de allí hasta saber qué es aquello. Al cabo de un rato, ven llegar a un caballero armado, con el yelmo a la cabeza y montado en un gran caballo, fuerte y rápido; se dirige al pino muy deprisa y contempla las lanzas; a continuación descabalgua y se acerca a la fuente, se desata el yelmo, se arrodilla en el suelo y bebe abundantemente. Luego, se reincorpora, toma el yelmo y cuando se lo va a poner, tropieza con la parte baja del escudo que estaba colgado del pino. El caballero mira hacia arriba y ve el escudo: empieza entonces a lamentarse de tal manera que más sería imposible; llora, grita y se golpea con los puños mientras maldice la hora en que nació. Al cabo de un buen rato, se tranquiliza y se ríe por lo mucho que lo había sentido, y comienza a expresar una alegría tan grande como las lamentaciones que había hecho antes, o mayor. Después de mucho tiempo, vuelve a llorar igual que la primera vez; y no había transcurrido mucho rato, cuando recomienza con el júbilo. De este modo lo hizo siete u ocho veces, alegrándose o lamentándose de

forma alternativa.

Cuando lo ven los cinco compañeros, se preguntan admirados qué sería aquello. Keu el senescal exclama:

—Por Dios, si este caballero no está loco, no hay caballeros locos en el mundo: éste llora unas veces y otras veces ríe.

—Realmente —afirma mi señor Galván—, es una de las maravillas mayores que he visto desde hace tiempo; me gustaría saber a qué se debe su comportamiento.

Keu dice que irá a preguntarle y si no quiere dar respuesta, luchará contra él.

—Id —le ordena mi señor Galván—, decidle que somos cinco caballeros andantes que deseamos saber por qué ríe y llora, que nos lo diga por favor.

—Así lo haré. Si no me lo quiere decir, lo pagará caro.

Entonces se vuelve y Saigremor lo detiene sujetándole el freno a su caballo:

—Esperad, mi señor Keu; no iréis, pues bien sabéis que soy yo quien lleva a cabo las desmesuras en la corte del rey Arturo, y por eso me llaman el Desmesurado; es justo que yo me ocupe también de ésta.

Los otros dicen que tiene razón, Keu se queda sin poder evitarlo, mientras que Saigremor se dirige hacia el caballero que continúa bajo el pino, obrando como al principio. Al llegar a su presencia, le dice:

—Señor caballero, me envían aquí cuatro caballeros que están en aquella landa y que os piden que me digáis quién sois y por qué os lamentáis y os alegráis.

El caballero lo mira de reojo y, molesto, le responde:

—Buen señor, ¿qué más les da quién soy? No pienso decírselo ni a ellos ni a vos; dejadme estar, pues no necesito vuestra compañía ni la suya.

—Por Dios. Esto no quedará así.

—¿Cómo entonces?

—Tendré que luchar contra vos si no me lo decís de grado.

—¿Qué decís? Sería un ultraje tener que revelar a la fuerza mi pensamiento, y nunca oí que por una causa semejante llegaran a combatir dos caballeros. Ahora no veo a ningún caballero digno de que se lo diga.

—Por Dios, tendréis que combatir contra mí.

—No deberíais meteros en eso; de todas formas, lucharé contra vos antes que revelaros mi pensamiento.

Al oír estas palabras, Saigremor se aleja en el prado diciéndole que se prepare, porque le va a atacar. El caballero hace gesto de que le preocupa muy poco, pero se ata el yelmo y se quita del cuello un escudo que llevaba, blanco con un cuartel negro; lo cuelga en el pino al lado del otro escudo; toma el que estaba colgado y se lo pone al cuello, sujetándose con el tiracol mientras lloraba y se lamentaba tan amargamente que parecía que iba a perder el sentido. A continuación escoge la lanza más fuerte de las que había alrededor del árbol y se vuelve hacia Saigremor, al que ve acercarse

dispuesto a combatir. Se atacan al galope tendido de sus caballos. Saigremor es el primero en golpear, y quiebra la lanza. El caballero lo alcanza con tanta fuerza que lo derriba a tierra de inmediato; le sujeta el caballo y lo lleva bajo el pino; allí le quita el freno y golpea al animal en la grupa con el mismo freno, obligándole a marchar. El caballo galopa y se mete en el bosque. El caballero tira el freno bajo el árbol y vuelve a empezar a lamentarse y a reír como antes.

En esto, Saigremor se pone en pie y al ver que el caballero se ha ido, se siente avergonzado y burlado. Keu el senescal no lo siente, y le dice a mi señor Galván:

—Señor, en vano se precipitó Saigremor, pues podría haber llegado a tiempo yendo ahora.

A continuación, pica al caballo con las espuelas y pasa junto a Saigremor, al que le dice que ya puede regresar, que lo ha hecho bien. Este se avergüenza aún más al encontrar a todos sus compañeros preocupados por él y afligidos por su muerte; dirigiéndose a mi señor Galván le dice que el hombre noble y valiente debe guardarse de emprender estupideces, pues nunca se sabe cómo pueden acabar.

Mientras tanto, Keu llega a donde está el caballero y le habla en los mismos términos que Saigremor; al ver que no le quiere responder, le avisa que se prepare, pues está dispuesto a atacarle. Igual que con Saigremor, combate con Keu, hace que se vaya su caballo y deja el freno al pie del pino.

Luego, llega Giflete, y le dice lo mismo que sus dos compañeros, y al fin es derribado por el caballero como en las otras ocasiones. Mi señor Galván se siente afligido y dice que debe ser muy valeroso aquel caballero que había sido capaz de abatir a tres compañeros del rey.

—Señor —interrumpe mi señor Yvaín—, todo empezó de forma alocada. Ahora no lo podemos dejar, por nuestra honra: voy a ir a luchar, pues prefiero que me derribe a dejarlo estar.

Se dirige hacia él, que había vuelto a comenzar con sus lamentaciones junto a la fuente. Combatieron los dos y el caballero lo derribó igual que había hecho con sus otros compañeros. Entonces se entristeció tanto mi señor Galván que ya no podía más, por el mucho amor que sentía por mi señor Yvaín: está tan afligido que las lágrimas le bajan por la cara bajo el yelmo y dice que bien se puede alabar el caballero porque ha vencido a cuatro de los más valientes del mundo, «y ya no le queda más que derribarme; por Dios, ni la vergüenza a ser vencido, ni el miedo al dolor impedirán que luche contra él».

Sale de detrás de los arbustos y avanza al paso, con la lanza cogida por medio; mira hacia el extremo del valle y ve a un enano gordo y jorobado que avanza montado en un enorme caballo cuya silla era de oro; el enano llevaba sobre el hombro una gruesa rama de encina recién cortada. Se dirigía picando espuelas hacia el caballero que se lamentaba en la fuente.

Giflete también lo ha visto y corre a sujetar por el freno al caballo de mi señor Galván, al que le dice:

—Señor, por Dios, esperad hasta que veamos qué hace ese enano.

Se detiene para contemplarlo y ve que el enano se acerca al caballero, se para a su lado, se levanta sobre los estribos, alza con las dos manos la rama y golpea al caballero cuando lo estaba mirando, le da en el nasal con todas sus fuerzas de forma que se lo hunde completamente. El caballero sigue mirándolo. El enano vuelve a levantar el palo y descarga grandes golpes sobre los hombros, el cuello, el rostro y el yelmo del caballero, hasta que la nariz y la cara empiezan a sentirlo; golpea y vuelve a golpear a su gusto, sin que el caballero se moviera, antes bien, mantenía la cabeza inclinada por los golpes que había recibido en el rostro. Cuando el enano se cansó, lo sujeta por el freno y se lo lleva por el camino por el que había venido, sin que el caballero opusiera resistencia.

Al ver todo esto, mi señor Galván y su compañero se quedaron sorprendidos.

—Por mi fe —dice mi señor Galván—, ésta es una de las cosas más dignas de admiración de cuantas he visto, pues nunca un hombre tan valiente como ése fue escarnecido de modo semejante por un monstruo tan feo sin oponer ninguna resistencia. Por Dios prometo que no cesaré de vagar hasta que me haya enterado de quién era el caballero, por qué lloraba y reía, y por qué lo golpeó el enano y se lo llevó sin que se resistiera. Si lo hubiera podido alcanzar, no me iría sin haber combatido contra él hasta derribarlo o hasta que él me venciera; pero ahora está prisionero y quien ataca a uno que va prisionero, viola todas las leyes.

—Señor —dice Keu—, intentad recuperar alguno de nuestros caballos, pues si no tendremos que quedar a pie y no os podremos seguir hasta que volvamos a tener cabalgaduras.

Le entrega uno de los frenos que había bajo el pino, y mi señor Galván entra en el bosque y consigue recuperar el caballo de mi señor Yvaín; se lo devuelve y los encomienda a Dios, añadiendo que le sigan tan pronto como puedan. Le responden que así lo harán. De este modo se quedan allí los cuatro.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos y durante un buen rato se dedicará a mi señor Galván.

LVII

Cuenta aquí la historia que mi señor Galván se va tras las huellas del caballero y del enano, y que en todo el día no halló ninguna aventura. Por la noche durmió en el mismo bosque y por la mañana se puso a seguir, de nuevo, las huellas de los caballos y no se detuvo hasta la hora de tercia; entonces, salió del bosque y se dirigió hacia un gran prado en medio del cual había un pabellón rico y hermoso. Mi señor Galván se dirige hacia allí y llega a la entrada del mismo; mete la cabeza sin descabalar y ve, en el centro, una alfombra adornada con gran riqueza. Sobre ella había una doncella de extraordinaria belleza, con el hermoso cabello que le caía por los hombros; detrás de ésta había una doncella que la estaba peinando con un peine de marfil dorado, y delante otra le sostenía un espejo y una guirnalda.

Al ver a la doncella, mi señor Galván le dice que Dios le dé buen día, a lo que ella responde:

—Que Dios os bendiga, señor caballero, si no sois uno de los malvados y cobardes caballeros que vieron cómo era golpeado y ofendido el buen caballero y no acudieron en su ayuda.

Cuando mi señor Galván oyó estas palabras, entra en el pabellón con el caballo y dice:

—Ay, doncella, sea yo quién sea, os ruego por Dios que me digáis quién es el caballero y por qué se entristecía y se alegraba.

—Seguro, callaos pues no me queda duda de que sois uno de los malvados que no le ayudaron.

—Doncella, por la misericordia de Dios, decídmelo y os prometo que seré vuestro caballero el resto de mi vida.

—Sólo os diré que mala afrenta os dé Dios antes de que mováis vuestros pies de aquí.

Apenas había dicho esto, el caballo se agitó y mi señor Galván tiró de las riendas para sujetarlo, de forma que se le rompieron. Entonces ve detrás de él al enano que había golpeado al caballero: empuñaba con las dos manos una espada ensangrentada con la que había picado en los flancos del animal. Mi señor Galván se tira al suelo tan enfadado que casi pierde el juicio, zarandea al enano cogiéndolo por los hombros y luego por las sienes y lo levanta para golpearlo contra el mástil del pabellón. Entonces el enano empieza a gritar, diciendo:

—Me acaba de ocurrir lo que mi madre me predijo.

—¿Qué fue?, pregunta mi señor Galván.

—Me dijo que me daría la muerte una mala mierda y ahora me doy cuenta de que el peor cristiano del mundo me tiene sujeto con las dos manos.

—Ciertamente, os podéis dar por muerto, si no me decís ahora mismo quién era el caballero que lloraba y reía junto a la fuente, a qué se debía su actitud y por qué le golpeasteis y os lo llevasteis sin que opusiera resistencia.

—Te lo diré con una condición: que luches contra él y no dudes de que tendrás la razón.

Mi señor Galván piensa un momento y considera que lleva gran ventaja quien combate teniendo razón, y ya que se le presenta la oportunidad, luchará antes de saber lo que ha ido buscando; de este modo, le promete al enano que cumplirá su condición.

—Entonces —responde el enano—, te voy a contestar a lo que me has preguntado y te mostraré a uno de los más hermosos caballeros del mundo, y de los mejores que has visto en tu vida.

—A verlo.

El enano le ordena a la doncella del espejo y la guirnalda que vaya a buscarlo. Ésta levanta la tela del pabellón y entra en una gruta que había en el suelo.

Al punto sale de allí el caballero: era hermoso, apuesto y rubio; todavía llevaba puesta la cota de mallas y una loriga; daba la impresión de que estuviera avergonzado y asustado. El enano se dirige a mi señor Galván y le dice:

—¿Ves a ese caballero? Contra él tendrás que combatir, o contra uno mejor, si quiero. Se llama Héctor, y es uno de los más valientes del mundo. La doncella a la que están peinando es mi sobrina, hija de un hermano mío que era hombre de elevada condición, más viejo que yo. Cuando mi hermano se encontraba en el lecho de muerte, había sido herido durante la guerra que mantuvo la doncella de estas tierras contra uno de los mejores caballeros vivos, envió en mi busca, pues yo era su único hermano; luego, me encomendó que cuidara a esta doncella, que era la única hija que tenía y era lo que más quería de este mundo. Me rogó por su amor que la protegiera como si fuera mi hija y me invistió con todas sus posesiones, que eran muchas y ricas. Apenas hizo esto, mi hermano pasó de la vida a la muerte; después, mi sobrina se enamoró de este caballero, amándolo por encima de todas las cosas, y él, por su parte, también la quería más que a ninguna mujer. Cuando me enteré, le prohibí a mi sobrina, por el amor que nos tenía a su padre y a mí, y por su propio honor, que siguiera adelante con esta relación, a no ser que se lo indicara yo mismo. Le advertí que si no me hacía caso no llegaría a tener nada de lo que había pertenecido a su padre, y que la abandonaría, privándola de mi auxilio. La misma prohibición le hice al caballero. Si lo hacían como les había dicho, les prometí que yo conseguiría que fueran felices los dos juntos el resto de su vida. Los dos me aseguraron que cumplirían mis deseos.

La dama, por culpa de cuya guerra murió mi hermano, se llevaba mal con un vecino suyo que era el mejor caballero del mundo, el más decidido y el que daba más miedo, llamado Segurades. El odio entre ambos se debía a que él pidió a la dama que

fuera su mujer, y ella no quiso, pues era de más alta condición que él y bastante más joven. Al ver que lo rechazaba, Segurades sintió tristeza y vergüenza, y empezó a hacerle la guerra, apoyándose no en sus propias tierras o en sus parientes, sino en su prestigio de caballero bueno y generoso: por eso acudían a su lado los jóvenes más ligeros y dejaban a la dama por él, incluso los que eran de las tierras de la dama; y todos hubieran deseado que se casaran los dos.

Ella era huérfana de padre y madre, y una gran parte de sus amigos estaban muertos o heridos como consecuencia de su guerra y de la guerra del rey Arturo, de quien es vasalla. Reiteradamente le aconsejaron que se casara con él, pero ella no le concedió su amor y por muy alegre que estuviera, si oía hablar del asunto, no dejaba de afligirse de inmediato.

El caballero combatió contra la dama durante mucho tiempo, hasta que le destruyó la tierra, porque ya no le quedaban hombres, y mató a su gente; nadie se atrevía a salir de las fortalezas, y al fin el pueblo llano le hizo saber a voces que si no se casaba con él, se marcharían o se entregarían a merced del caballero. La dama les contestó que pediría consejo al respecto, pues se sentía muy afligida. Reunió a sus consejeros y les advirtió que no se casaría con él por todo el oro del mundo. Un tío suyo, de avanzada edad, le dijo que le iba a dar un consejo al respecto, que nadie se atrevería a darle, y que le suplicaba que le hiciera caso. La dama le contestó que así sería.

—Sobrina, ya que el matrimonio no os agrada, no tendrá lugar; no obstante, haréis saber al caballero que habéis estado aconsejándoos y que os casaríais con él si os diera un año de plazo. Para que nadie os censure que os casáis con él, que no es de tan alta condición ni tan poderoso como vuestros predecesores, pedidle que por vos y por vuestro amor luche contra todos los caballeros que en ese plazo se atrevan a defenderos contra sus pretensiones. Si es vencido por algún caballero, él y su tierra quedarán a vuestra merced; quizá muera en ese plazo o tal vez lo venza alguien, o puede que vos halléis la muerte. De este modo os libraréis uno del otro, y si derrota a todos los caballeros en el término de un año, no os quedará más remedio que casaros con él o entrar en una abadía.

La dama aceptó el consejo de su tío; el caballero y ella juraron cumplir el pacto y el caballero añadió, además, que si se hubieran casado, él se habría enfrentado con quien ella deseara, por su amor, con tal de que se lo hubiera pedido.

Así se hicieron las paces entre mi señora y Segurades. Sin embargo, sus caballeros y sus servidores custodian todos los pasos que hay en torno a las tierras de mi señora, para que no entre ningún caballero andante. Tras hacer el pacto, vi a mi sobrina y a este caballero que se miraban, pero no se atrevían a hablar juntos debido a mi presencia. Les dije que resistieran durante un año, al cabo del cual sabrían qué pensaba hacer para que se alegraran ambos. El plazo les pareció demasiado largo y mi sobrina le pidió a Héctor que combatiera contra Segurades, si quería; él le contestó que daría un

ojo de la cara con tal de encontrarse ya en el campo de batalla frente a él. Le hizo prometer que no combatiría sin su permiso, pero ha ido aplazando el día, y no cesa de rogar a mi sobrina que le dé permiso para enfrentarse a Segurades; pero ella no se lo da, pues teme perderlo. Ordenó que le hicieran el escudo negro salpicado de plata y le advirtió que, por todo el amor que tuviera a su cuerpo, no debía llevar ningún otro escudo mientras estuviera unido a ella. El negro es señal de tristeza y las gotas de plata son lágrimas, pues se llora de tristeza.

Cuando este caballero supo que no tendría a su dama hasta que Segurades fuera vencido, confiando plenamente en la fuerza del amor, pensó que lo vencería él mismo si lo hallaba en algún sitio. Con esta idea, una noche soñó que estaba en el pino de la fuente, donde le hice prisionero ayer. Había acudido allí a un gran torneo que debía tener lugar; esperaba encontrarse con Segurades y eso le alegraba y le ponía contento. Al llegar bajo el pino miraba hacia arriba y veía una oscura sombra y que el cielo estaba lleno de pequeñas estrellas que no daban ninguna luz: estaba tan oscuro que se veía muy poco; y a pesar de todo, vencía en el torneo. Este sueño le causó una enorme alegría, se lo contó a mi sobrina y ella le contestó que era una locura, pues bien sabía que no había nacido el caballero que pudiera vencer a Segurades. Él sintió una gran tristeza, pues el amor le daba valentía y atrevimiento, y se dijo en su propio corazón que con el tiempo lo comprobaría.

La mañana siguiente se levantó muy temprano; yo había ido a la iglesia. Tomó sus armas e hizo, sin que yo lo supiera, que le acompañaran fuera de un castillo mío en el que estábamos. Mi sobrina se enteró, vino a buscarme a la iglesia y me dijo que Héctor se iba a la Fuente del Pino. Yo no quería faltar a misa, pues hasta entonces no había faltado nunca, que yo recuerde; hice que uno de mis criados montara en uno de mis mejores caballos y que llevara al pino las lanzas que viste allí y el escudo negro, porque sabía que al ver las lanzas Héctor se detendría, y al encontrar el escudo no se atrevería a avanzar más. El criado llegó a la fuente antes que Héctor, que se había estado armando, apoyó las lanzas alrededor del árbol y colgó de una rama el escudo. Cuando Héctor llegó y vio el escudo se dio cuenta de que había obrado mal y que ésa era la negra sombra que había visto en su sueño; se asustó tanto que no sabía dónde estaba y fue consciente de que había provocado la cólera de mi sobrina y mía. Fue entonces cuando empezó a lamentarse, según viste. Al cabo de un buen rato, pensó que era despreciable por lamentarse tanto, pues se redimiría en cuanto encontrara a Segurades, al que no dudaba vencer: entonces obtendría el gozo que le había sido prometido. Así, le parecía que ya había derrotado a Segurades, y su júbilo era tan grande que le impulsaba a expresar la alegría. Cuando se acordaba de su amiga, que se había enfadado con él, y recordaba que tenía que llevar el escudo negro, sentía tal tristeza que volvía a las lamentaciones del principio. Luego, pensaba que su amiga y yo éramos tan nobles de corazón, que no le recriminaríamos por haber faltado a su promesa, y por eso volvía a

ponerse contento.

Tal era la causa del llanto y de las risas que viste. Me hubiera pesado mucho perder a un caballero semejante: monté en cuanto terminó la misa y lo encontré como bien pudiste apreciar; lo golpeé porque con él puedo hacer según mi voluntad, ya que me teme más que a nadie y me lo traje aquí sin que opusiera ninguna resistencia.

Ya has oído cómo se llama el caballero y por qué lo golpeé y me lo traje, y por qué se llevó el escudo. Tú me has prometido combatir contra él o contra uno mejor que él, pero temo que te escapes, pues bien sé que eres uno de los peores hombres del mundo.

Mi señor Galván no respondió y se quedó triste porque le habían matado su caballo.

En ese momento salió un criado de la cueva y dijo que ya estaba preparada la comida; el enano hace que desarmen a mi señor Galván y se sientan a comer. Al poco tiempo, el enano mira hacia el prado y ve a una doncella que se acerca velozmente montada sobre un palafrén empapado en sudor; se vuelve entonces hacia su sobrina y hacia Héctor y les dice que en breve tendrán noticias. En esto llega la doncella, y no faltó quien le sujetara el palafrén. Saluda al enano y a su sobrina de parte de su señora, y le entrega a aquél unas cartas. Al terminar de leerlas se echa a reír con descaro y a la vez maldice el corazón de las mujeres, en quienes no confía.

—Señor —le pregunta su sobrina—, ¿por qué lo decís?

—¿No sabéis que mi señora me comunica que se está acercando el término del plazo que dio; me ordena que debo ir picando espuelas a la corte del rey Arturo para traer a mi señor Galván, que luche contra Segurades? Piensa que eso se puede hacer tan fácilmente como parece: aun poniéndome en marcha ahora mismo, apenas regresaría justo en el momento en que acabara el plazo, y no es fácil encontrar a mi señor Galván, pues en cinco años apenas ha estado dos o tres veces en casa de su tío el rey Arturo, ya que va continuamente en busca de aventuras como uno que es de los mejores caballeros del mundo. A la doncella le voy a entregar en vez de a mi señor Galván, al peor caballero que ha llevado escudo, que es éste que hay aquí.

Mi señor Galván no dice nada y no le importa nada de lo que dice el enano, pero Héctor lo siente mucho.

A continuación, el enano hace que traigan las armas de Héctor y las de mi señor Galván y ordena a su sobrina y a sus doncellas que se preparen para ir también. Dirigiéndose a mi señor Galván, añade:

—Señor malvado caballero, os querríais quedar porque no tenéis caballo, pero no lo lograréis, pues os voy a dar uno mejor que el vuestro.

Hace que lo armen y que le entreguen un caballo. Él monta a la vez que Héctor, la doncella, los escuderos y las servidoras; uno lleva el escudo de Héctor, y otro las cinco lanzas rectas y robustas. Y todos se ponen en marcha, abandonando el pabellón. De tal modo cabalaron durante mucho tiempo, hasta que la doncella se dirigió a Héctor y le

dijo:

—Héctor, me tenéis que prometer como leal caballero que sólo combatiréis por mí. Si no lo hacéis, habréis perdido mi amor para siempre jamás.

Héctor promete hacer lo que la doncella le pide.

Luego, Héctor se dirige a mi señor Galván y le ruega y suplica que no haga caso a nada de lo que diga el enano; a lo que éste le responde que realmente no le importa en absoluto. Mientras, el enano llama a la doncella que había llevado las cartas y le pregunta que dónde está su señora; le responde que en uno de sus castillos, que recibe el nombre de Roteschi y que es una fortaleza muy resistente.

—Entonces —le dice a su sobrina—, no tendremos que dormir en el campo.

Cabalaron durante todo el día sin encontrar ninguna aventura que sea mencionada por la historia, y llegaron a su albergue. Madrugaron mucho el día siguiente y, tras oír misa, se ponen en marcha y cabalgan sin detenerse hasta que era casi la hora tercia. Ya estaban cerca de los dominios de la dama y de Segurades y no tardaron en llegar, pues bastó que pasaran un seto.

Entonces el enano vio que se acercaban dos caballeros y tres servidores: los caballeros iban completamente armados, pero llevaban capeletes en vez de yelmos; los servidores tenían hachas, espadas y lorigones.

El enano se dirigió a Héctor y le dijo:

—Héctor, éstos son de la mesnada de Segurades. Ahora va a ser necesario que nos defendáis vos, pues ese caballero no lo hará, ya que vale menos que una camarera.

—No os preocupéis, cabalgad tranquilos. Señor —añade Héctor, dirigiéndose a mi señor Galván—, no os enfadéis por sus palabras; soportadlas, pues tenéis mucho que hacer.

A continuación le pide permiso a su doncella, y ésta se lo concede. Luego, pide su escudo y se lo dan; se lo cuelga del cuello; toma una lanza que lleva uno de los escuderos, y va al extremo del seto, al encuentro de los caballeros que se acercan al galope. Éstos quiebran sus lanzas en el escudo de Héctor, que a su vez alcanza a uno de ellos con tanta fuerza que lo derriba al suelo con el caballo, y su lanza también se rompe. Empuña la espada y corre contra ellos tan rápidamente que se aterrorizan. Ceden terreno, y no se atreven a enfrentarse con él, sino que escapan campo a través los cuatro que quedan a caballo. Él los persigue un buen rato, hasta que se refugian en el bosque.

Entonces, decide regresar. El que había caído también se puso a salvo en el bosque tan pronto como pudo. Cuando Héctor ya estuvo al lado de sus compañeros, le dijo el enano, que lo tenía por muy valiente:

—Héctor, ¿no os lo había advertido yo? Si no hubiera sido por vos, nos hubiera ido muy mal, pues este desdichado caballero poco nos ha defendido.

Mi señor Galván se calla y Héctor siente dolor y vergüenza, y lo estima más por su

silencio.

Cabalgaron mucho tiempo, hasta que fueron a dar a una calzada que pasaba entre una empalizada y un terreno pantanoso. Al final de la calzada el enano vio a tres caballeros y cinco servidores: los caballeros iban armados del mismo modo que los otros. Entonces, le dice a Héctor:

—Héctor, si no nos defendéis vos, podemos darnos por prisioneros, pues éstos pertenecen a Segurades, y nuestro caballero no se atreverá a descargar un solo golpe.

—Señor, cabalgad sin temor.

Y, acercándose a mi señor Galván. Le ruega que no tenga en cuenta las palabras del enano; él le contesta que no le preocupan.

A continuación, Héctor vuelve a pedir el escudo, toma una lanza de las que lleva el otro escudero y pide permiso a su amiga, y entra el primero en la calzada picando espuelas al caballo: golpea a uno de los caballeros y lo derriba al suelo; pero mientras tanto, otro caballero le sujeta el freno y el otro le da grandes golpes con la espada sobre el yelmo, y lo mismo hacen los servidores. Héctor desenvaina la espada, y le da un tajo en la mano al que le está sujetando el freno, de forma que lo deja tullido; luego se dirige contra el tercer caballero: le alcanza en mitad del rostro, hundiéndole la espada hasta las orejas, y haciéndole caer. Los demás se dan por vencidos al ver semejante tajo y huyen rápidamente. Los persigue un rato; después vuelve a su camino, y se quita el escudo y el yelmo, pues era época de calor. Mi señor Galván lo contempla y lo estima mucho en su corazón, tanto como puede estimarse a un hombre discreto, cortés y valiente.

Siguieron cabalgando hasta que cayó la hora de nona. En ese momento se encontraban cerca de un puentecillo que cruza un riachuelo por el que tenían que pasar. Al otro lado del puente vieron a un caballero armado, con el yelmo en la cabeza, el escudo al cuello, la lanza en la mano, y acompañado por lo menos por treinta servidores que tenían lorigones, lanzas y espadas como si fueran gentes de baja condición. Al verlos, el enano le dice a Héctor:

—Es necesario que nos protejáis, o nos apresarán; éste no nos va a ayudar, pues es el hombre más cobarde de cuantos viven.

Héctor le responde que no tienen que preocuparse. A continuación le ruega a mi señor Galván que no tenga en cuenta nada de lo que diga el enano, «pues si sois mi señor Galván, bastante quehacer tendréis; de cualquier modo, os ruego que me ayudéis, si veis que es necesario».

Mi señor Galván le contesta que lo hará con mucho gusto.

A continuación, Héctor toma el yelmo y se lo ata, se pone el escudo al cuello y blande la lanza más fuerte de las que puede escoger. Se acerca al puentecillo y pica espuelas; los servidores que están delante, en alto, dirigen hacia él las puntas de sus lanzas, de forma que le llenan de golpes el escudo. Entre todos, consigue alcanzar al

caballero y lo derriba al agua, tirándolo del puente; pero los villanos le habían dado tantos golpes con las lanzas que consiguen hacer que caigan amontonados él y su caballo. Héctor se pone en pie rápidamente, deja que se aleje su animal, desenvaina la espada y ataca a los enemigos con tanta furia que, sorprendidos, no saben qué hacer y huyen. Héctor los persigue de cerca, y logra herir y dañar a muchos. Mientras tanto, el caballero que había sido derribado consigue recobrar su caballo y monta, escapando malherido en el brazo y en la tetilla. Tras la persecución, Héctor regresa al lado de los suyos; encuentra a mi señor Galván que le está sujetando el caballo, y le dice:

—Muchas gracias.

—¿Cómo? —pregunta el enano— Señor caballero, maldita sea la hora en que nacisteis. ¿De ese modo ganan los caballeros de vuestro país, sujetándoles los caballos a los que realizan proezas y hazañas?

Cabalgaron toda la tarde, hasta que llegaron a un castillo de la dama a la que iban a socorrer; allí fueron alojados para que pasaran la noche. La mañana siguiente madrugaron para oír misa, después se pusieron en marcha y cabalgaron sin detenerse hasta la hora de tercia. Entonces se encontraron con una fuente muy hermosa y allí se detuvieron a comer; luego, el enano le dice a la doncella que había llevado las cartas, que vaya por delante y que le diga a su señora que ya llegan y que en vez de llevar a mi señor Galván, va con el peor caballero que jamás existió.

A continuación le dice en secreto a la doncella:

—Decidle a mi señora que le pido que salga a nuestro encuentro y que le ruegue a mi sobrina que permita que Héctor luche en su defensa, pues ya habéis visto qué buen caballero es.

La doncella se pone en marcha inmediatamente y cabalgó hasta Roteschi sin detenerse. Allí se encuentra con el senescal delante de la gran sala, y le pregunta por su señora:

—No volvió a comer desde que os fuisteis. ¿Qué noticias hay de Groadaín el enano?

—Señor, viene con su sobrina, con Héctor y con un caballero al que el enano considera el peor del mundo.

Mientras tanto, el senescal la lleva a presencia de su señora. Ésta, al ver a la doncella no pudo decir una palabra del miedo que tenía de oír malas noticias.

—Señora —le dice la doncella—, Groadaín el enano os saluda, y su sobrina, prima vuestra, y Héctor que vienen hacia aquí con un caballero en lugar de mi señor Galván: no sé quién es, ya lo veréis.

—¡Ay, desdichada de mí, me doy por muerta!

—Señora, os pide en secreto que vayáis a su encuentro y que le roguéis a vuestra prima que le permita a Héctor combatir por vos, pues es uno de los mejores caballeros del mundo.

El senescal le aconseja que lo haga así.

La dama ordena que le ensillen un palafrén; luego, monta acompañada por el senescal y por numerosos caballeros y servidores. Salen de Roteschi y van al encuentro de los que llegan: los ven a unas dos leguas inglesas del castillo; delante van los escuderos y después llega mi señor Galván. Todos continúan su marcha, hasta que se encuentran con el enano y con su sobrina; entonces, se muestran una gran alegría.

—Señora —dice el enano—, me ordenasteis que fuera en busca de mi señor Galván, pero no era cosa que se pudiera hacer rápidamente, pues no suele estar mucho en la corte y el plazo que me dabais era demasiado breve. En cambio, os traigo al caballero que he podido hacer venir: es aquel que va cabalgando entre los escuderos.

—Bella prima —dice la dama dirigiéndose a su prima—, os agradezco que hayáis venido; confío mucho en vos, pues vos me tendríais que ayudar si todo me fallara.

—Bella dama, ciertamente os ayudaría cuanto pudiera, pero ¿por qué me lo decís?

—Porque os ruego que hagáis que Héctor combata por mí.

—Señora, no esperéis eso de mí; por Dios y por su verdadero cuerpo, preferiría renegar de Dios antes que hacer que Héctor combata contra Segurades, aun en el caso de que Héctor fuera completamente armado y Segurades desarmado.

Ante estas palabras, la dama tira del freno y se golpea un puño con el otro en señal de dolor, mientras dice:

—Ay, desdichada de mí; me puedo dar por muerta ahora que me ha fallado la cosa en que yo más confiaba del mundo.

Entonces el senescal la sujeta, sugiriéndole:

—Señora, ese caballero ha venido a ayudaros; yo os aconsejaría que os dirigierais a él y que le agradecierais el haberse puesto a vuestro entero servicio. Ya oiréis lo que os dice.

A continuación se acerca la dama a mi señor Galván y le dirige la palabra:

—Señor, sed bienvenido.

Él le responde que Dios le dé buena ventura.

—Señor, os agradezco que hayáis venido a librar combate por mí.

—Señora, tened por seguro que yo haría por vos esa y otras cosas.

—En verdad, señor, bien me habéis mostrado lo que seríais capaz de hacer por mí, pues estáis dispuesto a combatir contra el mejor caballero del mundo. Pero, por Dios, ¿qué os parece?

—¿Qué, señora? No lo sé.

—¿No lo sabéis? ¡Ay, desdichada de mí!

Vuelve a tirar del freno y comienza a expresar de nuevo su dolor, con la mayor aflicción que puede haber. El senescal se acerca picando espuelas y le pregunta qué le ocurre, a lo que ella contesta que está angustiada y triste.

—Señora, ¿qué ha dicho el caballero?

—¿Qué? Que no sabe combatir.

El senescal le dice que cómo ha sido eso; le explica que al preguntarle qué le parecía la situación le había respondido que no sabía.

—Señora, ¿cómo queréis que os diga que le vencerá?

—El caballero ha hablado como discreto y valiente, pero vos no habéis sido sensata pretendiendo morir por cualquier cosa, pues Nuestro Señor es muy poderoso y no os olvidará.

De este modo la reconforta y le da ánimo el senescal.

Cabalgan hasta Roteschi; allí, desmontan al pie de la gran sala y desarman a Héctor y a mi señor Galván, que al acabar regresan a esta sala, cuyo suelo estaba tapizado con juncos recién cogidos. Se encontraron a la dama recostada sobre una alfombra, y por el silencio que guardaba parecía que estuviera muerta o desmayada. El senescal estaba sentado a sus pies, esforzándose en reconfortarla. A un lado están el enano y su sobrina; allí ocupan su lugar Héctor y mi señor Galván: cuanto más mira Héctor a éste, más lo estima, pues nunca vio a ningún caballero de porte tan hermoso, ni tan firme; pero no se atreve a preguntarle acerca de su actitud, pues no deseaba que lo considerara villano.

De tal modo permanecieron allí durante mucho tiempo, hasta que la comida estuvo preparada y las mesas dispuestas; fue entonces cuando se sentaron la señora y su séquito. Mientras estaba a la mesa, se acercó un escudero grande y negro que montaba un gran rocín; sin descabargar, avanzó hasta la misma mesa. La dama, al verlo, sintió tanto miedo que no se atrevía ni a mirarlo. El escudero empieza a hablar, diciendo:

—Señora, mi señor me envía aquí, pues ha oído decir que tenéis un caballero dispuesto a ayudaros: mi señor os hace saber que está preparado para combatir ahora mismo, y quiere que sepáis vos y estos caballeros que están aquí, que de hoy en tres días finalizará el plazo que os dio.

A continuación toma la palabra el senescal en nombre de su señora, y le dice al mensajero:

—Buen señor, le podéis decir a vuestro señor que nuestro caballero está cansado y fatigado por las grandes jornadas y las muchas privaciones; necesita descansar, pero cuando cumpla el plazo lo encontrará en el campo de combate; que no tema, pues el caballero ni huirá, ni se fugará: si Dios quiere, cada cosa ocurrirá en su momento.

Mi señor Galván se alegra con las palabras que acaba de pronunciar el senescal, y las recibe con mucho gusto; igual le daba combatir en ese momento que tres días más tarde, pero le agradan las últimas palabras. Entre tanto, el escudero le dice al senescal:

—¿Cómo, señor? ¿Vuestro caballero está cansado y fatigado por haber vencido a uno, dos o tres de los nuestros?

—Buen señor, decidle a vuestro señor que mi dama le hace saber que se encuentra muy a gusto sin marido y que ha enviado a buscar a cuantos ha podido, para que contemplen el combate, pues no se debe librar en secreto el combate por una cuestión

tan importante; y decidle también que hay quien ha deseado durante mucho tiempo que se librara esa batalla; ahora podrán llegar en el momento oportuno.

El escudero se marcha, amenazando al senescal y al caballero, que siguen comiendo. Al terminar, mi señor Galván se levanta y se dirige a uno de los extremos de la sala, donde hay por lo menos sesenta lanzas; toma una, la que le parece más gruesa y fuerte; limpia la punta y el asta cuidadosamente a la vista de cuantos allí están, y después la raspa por lo menos dos pies. A continuación, se dirige a sus armas, mira que no falte nada, ninguna correa, el tiracol, las abrazaderas o cualquier otra cosa que sea necesaria en su arnés. Héctor y todos los demás consideran digna de estimación esta actitud, y al senescal le agrada y gusta lo que está haciendo mi señor Galván.

Pasa todo el día y el día siguiente. Cuanto más observan a mi señor Galván, más lo aprecian, pero en ningún momento le preguntan por su comportamiento, pues temen enojarle. Cuando llegó el tercer día, mi señor Galván madrugó y fue a la iglesia; al enterarse la dama va tras él y se lo encuentra arrodillado ante el crucifijo, con un bellissimo aspecto, y le gustó más que nunca. Entonces le dijo el senescal:

—Señora, señora, vos no sabéis quién es ese caballero, pero parece que es hombre noble y valiente. Yo os aconsejaría que le dierais alguna prenda de vuestro amor; quizás de ese modo aumentará su valor, pues las damas han ayudado a muchos valientes.

La dama acepta. Llama a una de sus doncellas y le ordena que le traiga un cofre del que saca una correa con las puntas de oro, bien labrada, y un broche de oro árabe con zafiros y esmeraldas. Luego, se acerca a mi señor Galván y le dice que Dios le dé buen día.

—Señora, que Dios os alegre; sea lo que sea de los demás días, sé que hoy deseáis que me vaya todo bien.

—Lo deseo ahora y lo desearé en otras ocasiones, pues por mí os habéis comprometido a hacer una cosa que nunca podré pagaros: aquí os traigo una prenda de mi afecto; os ruego que lo llevéis como recuerdo mío. Sabed que me considero completamente vuestra: combatid ahora valientemente por vuestra amiga.

A continuación le entrega la correa y el broche; él se ciñe la correa y se pone el broche en el cuello. La dama se le echa a los pies y le suplica; él se apresura a levantarla, mientras que le dice que esté tranquila y que no tiene por qué preocuparse. Cuando el enano oye estas palabras, comienza a reírse diciendo:

—Por Dios, si este, caballero no está borracho o loco, nunca conocí a un borracho o a un loco.

En esto, ha empezado la misa y se disponen a oírla. Luego, regresan a la corte, donde se encuentran con dos caballeros de avanzada edad que montan sendos palafrenes, y que le dicen a la dama:

—Señora, nuestro señor os espera fuera desde esta mañana.

El senescal, que es muy discreto, les responde que acudirán de inmediato.

A continuación se marchan los dos caballeros, y Héctor y el senescal se disponen a armar a mi señor Galván. Cuando ya estaba armado, a excepción de la cabeza y las manos, se pone por encima una capa aguadera; le traen su palafrén y monta; había allí unos criados que le llevaron el escudo y la lanza, y condujeron el caballo. Entonces montan también la dama, servidores, damas y doncellas, y salen de la ciudad. Mi señor Galván cabalga junto a la dama, mientras que el senescal no deja de mirarle hasta la saciedad, pues ve su decidido comportamiento; se acerca a la dama y le dice:

—No pensaba que este caballero fuera tan noble y valeroso; hemos hecho muy mal no preguntándole su nombre.

Mi señor Galván oyó estas palabras y avanza un poco, disimulando como si no hubiera oído nada. La dama le responde al senescal que se lo preguntaría antes de que se pusiera el yelmo en la cabeza. De este modo cabalgaron hasta la liza: allí se había reunido una gran multitud de ambos bandos para contemplar el combate. Se detienen la dama y los suyos, a la vez que mi señor Galván se le acerca y le dice:

—Señora, estoy aquí dispuesto a librar la batalla por vos, con la ayuda de Dios: os ruego y os suplico que a cambio de todos mis servicios me concedáis un don que os voy a pedir y que no os costará nada.

Ella se lo concede.

—Señora, me habéis otorgado, y así os lo ruego, que no me preguntaréis mi nombre antes de siete días.

Ella así lo acepta.

—Sabed —añade la dama— que es la primera cosa que os iba a preguntar.

Cuando el senescal lo oye, lo siente mucho, y la misma dama se considera bastante defraudada.

En eso, llegan tres hombres a caballo: dos de ellos vestían capas pluviales, y el tercero —que iba entre éstos— llevaba puestas las calzas, la cota de mallas y los guanteletes, y llevaba abierta la ventana. La cota tenía tantas bandas de oro como de azur. Este caballero era grande, corpulento y robusto; sus pies eran cavos y tenía piernas largas y rectas, fuertes los riñones y delgada la cintura; su pecho era ancho y bien alto; los brazos, gruesos, largos y bien provistos alrededor de los huesos; tenía puños cuadrados, hombros anchos y rectos; color adecuado al cuerpo; cabeza grande, morena, con algunas canas; rostro fruncido, lleno de heridas y con los dientes hacia afuera.

El caballero se dirige a la dama, mientras todos exclaman: «¡Es Segurades!».

Todos rodean lo mejor que pueden a la dama, intentando oír las palabras del caballero, que empieza a hablar en voz tan alta que una gran parte de los reunidos allí pudieron oírlo sin dificultad:

—Señora —dice—, quiero que sepáis vos y todos los que aquí están, que hoy termina y se acaba el plazo acordado, y tan pronto como yo haya vencido a vuestro caballero, deberán ser cumplidas las promesas que se me hicieron.

La dama está tan asustada que no puede hablar, tanto le aterra.

Entonces se adelanta mi señor Galván y dice:

—Buen señor, queremos que sean recordadas las condiciones ante mi señora y ante todas estas gentes que están aquí.

—No he sido convocado a juicio —responde Segurades—, y no pienso contestar.

—Por mi fe —exclama mi señor Galván—, obraréis mal si no repetís las condiciones; las conocerían quienes ahora las ignoran.

—Por Dios, vos no las conoceréis. ¿Qué más os da?

—¿Qué? Os aseguro que habéis tocado fondo si pensáis obtener por la fuerza una de las doncellas más hermosas del mundo, y una de las damas más importantes.

—Aunque os esforzarais por los Evangelios y por todos los de vuestra tierra, no devolveré los gajes.

—En nombre de Dios, en mi tierra hay quienes os podrían causar daño.

—A todos ellos los estimo en poco, incluso a Galván, hijo del rey Loth, si estuviera en aquella tierra.

Cuando mi señor Galván oye que lo nombra, se le enciende el rostro y se le ensancha el corazón: se incorpora sobre los estribos y le dice a Segurades que ya han escuchado suficiente, que no espere conseguir sus propósitos, pues habrá quien se lo impida.

Al oírlo, Segurades y los caballeros que iban con él, dan la vuelta; amenazan al otro, pero a éste le importa poco. Entonces, la dama se despide de mi señor Galván, pidiéndole entre llantos compasión para su tierra y su vida. Él la toma entre sus brazos y le dice que no tema, pues no va a perder cosa alguna a manos de ningún caballero que haya visto. A continuación, la dama se aleja y se queda a un lado, con las demás doncellas.

—Por Dios —dice el enano—, sólo este caballero se muestra contento estando ante su propia muerte.

Mientras tanto, mi señor Galván se coloca la ventana y se pone los guanteletes; Héctor le ata el yelmo y el senescal le entrega el caballo, que se apresura en montar. Héctor le lleva el escudo y el senescal la lanza, hasta que llegan a las marcas del lugar donde debía combatir. Al poco rato de estar allí ven llegar a Segurades: llevaba el yelmo atado y el escudo sujeto por las embrazaduras, como quien bien lo sabía hacer; avanza al galope a través de toda la landa, que era bien hermosa y grande, apresurándose como si llegara tarde. Cuando ya estaba cerca, Héctor le entrega a mi señor Galván el escudo, y el senescal le da la lanza.

—Nos vamos allí —le dice Héctor—, pues no podemos permanecer por más tiempo en este sitio. Ya llega Segurades; por Dios, recordad en todo momento vuestra honra y quién sois.

—Marchaos, marchaos, y perded cuidado.

Los abraza a ambos y luego los encomienda a Dios. Ellos dos se quedan admirados, preguntándose quién puede ser aquel hombre que se comporta con tanta firmeza.

Segurades se acerca más; mi señor Galván se prepara, se coloca el escudo ante el pecho, sujeta la lanza bajo la axila y pica al caballo con las espuelas; y otro tanto hace Segurades. Se atacan a toda la velocidad de los caballos, y con tanta violencia se golpean en los escudos que las lanzas vuelan hechas pedazos y no pueden evitar, a continuación, chocar cuerpo contra cuerpo y cara contra cara, de forma que los ojos les hacen ver estrellas y quedan desazonados; aturdidos caen en medio del campo y allí permanecen tanto tiempo sin moverse que por ambos bandos pensaban que habían muerto. Así lo hubiera deseado la dama para verse libre de su enemigo.

Mi señor Galván es el primero en ponerse en pie; echa mano a la espada y ataca a Segurades, pues piensa encontrarlo ya preparado, pero éste continúa en el suelo, completamente aturdido y herido por el violento choque, por el peso de las armas y por la dura caída: era uno de los caballeros más grandes y corpulentos del mundo. Cuando se pudo poner en pie de nuevo, se incorporó, desenvainó la espada, se cubrió con el escudo —pues lo sabía hacer muy bien—, y ataca a mi señor Galván, que hace lo mismo. Se destrozan los escudos por todas partes con las espadas, se rompen las blancas cotas de malla y abollan los yelmos en muchos sitios sin cesar, allí donde los golpean las espadas; la sangre les brota en varias partes por los continuos tajos: el combate es tan duro y violento que espanta a cuantos lo están contemplando.

El combate es muy violento, pero ambos son valientes y esforzados, y resisten por igual, hasta el punto de que nadie podía juzgar quién lo estaba haciendo mejor y quién peor, hasta un buen rato después de que pasara la hora de tercia.

Para entonces ya les habían menguado a ambos las fuerzas, tenían cansados los brazos y los hombros, se les entrecortaba la respiración y no les quedó más remedio que descansar, como le hubiera ocurrido a cualquier otro, por fuerte que hubiera sido. Tienen tan estropeadas las armas que por entre la cota de mallas se les ve la carne maltrecha y las heridas en los sitios a los que ha llegado la espada. Los yelmos se encuentran en tal estado que ya les sirven de poco: el cuenco y el cerco están destrozados en muchos sitios, el nasal está partido y roto, pues las espadas han caído muchas veces sobre ellos, dejando al aire el capuz; es digno de admiración cómo consiguieron resistir los duros golpes que se daban. De los escudos no les queda ni siquiera un trozo lo suficientemente grande como para cubrirse el rostro, que se les ha quedado desnudo y al descubierto: los escudos están rajados y hechos pedazos por la esgrima de las espadas, de forma que es muy poco lo que queda alrededor de la boca. Retroceden y avanzan sin cesar, según estén de fuerzas y aliento: los dos temen perder para siempre honor y vida.

De este modo se comportan uno mejor y el otro peor hasta cerca de mediodía. Entonces, Segurades empieza a ganarle terreno a mi señor Galván, que ha empeorado

mucho según el parecer de la gente, de forma que todos los de su bando tienen miedo y pesar, pues no puede hacer otra cosa que aguantar, según les parece. Pero tal era su naturaleza: siempre le menguaban las fuerzas al mediodía, y apenas había pasado esta hora, le volvían dobladas y recobraba valor, seguridad y fuerza. Bien se pudo ver entonces, pues tan pronto como pasó el mediodía, todos los que allí estaban pudieron contemplar cómo volvía a encontrarse tan fuerte y ágil como al comienzo del combate: entonces se quedaron tranquilos los que habían tenido miedo.

Ataca a Segurades con tanta rapidez que toda la gente se queda sorprendida, en especial los de su propia mesnada, que pensaban que su señor estaba a punto de darle muerte o causarle cualquier ultraje y, sin embargo, ahora se encuentra con un enemigo más fuerte y firme que antes, cuando aún tenía el cuerpo sano y las armas enteras: no le parece que esté combatiendo con un hombre de carne, sino con un fantasma, pues en el mundo no había caballero tan poderoso como para que él no lo hubiera vencido o al que no le hubiera dado la muerte en un plazo tan largo. No ve de qué modo podrá resistir, y descuidando el cuerpo y el corazón se defiende con energía mientras tiene fuerzas: aprecia en mucho la fama de su valor y teme perder lo que más quería del mundo, que era la dama de Roestoc, y tiene miedo de que le falle el corazón, que siempre le había tratado con generosidad. Todo ello le mantiene en combate, hasta que no le queda fuerza en el cuerpo y en los miembros: la sangre que había perdido en abundancia y el calor del sol, que era insistente, agravaron su cansancio; empezó a retroceder ante los golpes de mi señor Galván, abandonando terreno a su pesar. Mi señor Galván le acosaba tan de cerca que no le dejaba tiempo para recuperar el aliento, ni para que recobrara el terreno que había cedido, y ya estaba cerca la hora de nona.

Entonces le ataca mi señor Galván, le sacude sobre el yelmo grandes tajos con la espada, cargándole de golpes de tal modo que no puede mantenerse en pie, titubea y tiene que apoyarse con una de sus manos en el suelo. Cuando piensa reincorporarse, Galván le ataca de nuevo, golpeándole con su propio cuerpo y con el escudo, y lo derriba nuevamente, dejándolo tirado cuan largo era; a continuación, se echa sobre él, y sin más tardar le rompe los lazos del yelmo, se lo quita y le da grandes golpes con el pomo de la espada en el rostro y en la frente, de forma que numerosas mallas de la cota se le meten en la cabeza. Tenía los ojos tan llenos de sangre que no podía ver ni gota y se da cuenta de que de nada le sirve defenderse: clama merced a mi señor Galván, a lo que éste le responde que en vano lo pide si no se declara vencido o cobarde, «pues de otro modo yo no podría hacerlo salvando mi honor».

—Ah, noble caballero —contesta Segurades—, vos sois el mejor caballero de cuantos existen. ¿Quién tendrá compasión si no la tiene el más valiente de los caballeros que hay en el mundo? No permitáis que yo diga una sola palabra que pueda deshonrarme, pero, por Dios y por piedad, habladle de mí a mi dama, con lo que habréis hecho una gran obra.

Él le responde que así lo hará con mucho gusto. Se le pidió a la dama que acudiera y ella se presentó tan contenta que más era imposible. Al ver a mi señor Galván, se deja caer a sus pies y empieza a besarle las mallas de las calzas que recubrían sus piernas, diciendo:

—Ay, señor, bendita sea la hora en que nacisteis, pues me habéis devuelto mi gran alegría.

Mi señor Galván la levanta y le dice:

—Señora, este caballero os pide que tengáis compasión, y bien podéis ver en qué estado se encuentra.

—Señor, haced con él lo que os parezca, que yo no haré nada.

—Señora, en absoluto, pues la querella no me afectaba a mí, sino que yo he sido vuestro caballero, e intercedo por él. Sabed que es uno de los hombres más valientes que he visto en mi vida: no permitáis que se humille ante vos.

—Señor —le contesta la dama—, sois vos quien debe decidir, pues vos lo habéis vencido y, si Dios lo permite, no me meteré por medio: cuanto vos digáis, yo lo mantendré.

—Señora, si quiere entregarse a vuestra merced, os aconsejo que lo aceptéis sin más.

Ella responde que así lo hará con mucho gusto. Segurades se le entrega y mi señor Galván vuelve a hablar, diciéndole:

—Señora, no diréis que no he hecho en la batalla lo que debía; si no es de vuestro agrado, estoy dispuesto a hacer más.

—Ciertamente, señor, habéis hecho más de lo que pensaba, y me tengo por bien pagada.

A continuación mi señor Galván se pone en pie, y Héctor y el senescal sujetan a Segurades, llevándoselo rápidamente al castillo. La dama sale tras ellos corriendo, tan contenta que no le entristecería ninguna aflicción que hubiera tenido o que recordara. Gran parte del pueblo también corre tras ellos, para ver qué le ocurrirá a Segurades, de manera que son muy pocos los que quedan en el lugar al lado de mi señor Galván.

Había allí un criado de aquella misma tierra, hermoso y valiente, que era el que sujetaba el caballo de mi señor Galván, se lo llevaba y le ayudaba a montar. Cuando mi señor Galván ve que la dama y todos los demás se van con gran alegría, se da cuenta de que se han olvidado de él, de forma que regresa al bosque, que se encontraba a menos de dos tiros de arco del lugar. Entonces, le dice el criado:

—Señor, ahí están los demás.

—Amigo —le contesta mi señor Galván—, esperadme aquí, pues tengo cosas que hacer en este bosque; volveré por aquí mismo.

Se aleja, y el criado permanece esperándole y pensando que había entrado en el bosque por alguna razón que tuviera en él; pero al ver que no regresa, pica espuelas, siguiendo el rastro de los cascos alrededor de media legua galesa. Mira al fondo de un

valle y ve a mi señor Galván luchando contra un caballero armado: le ha dado tantos golpes en el yelmo, que el caballero está cubierto de sangre y clama compasión, como quien no puede ya más. Mi señor Galván le hace prometer que se pondrá a disposición de la dama de Roestoc, se considerará prisionero de la misma y le contará cómo ha sido derrotado. Así lo promete; le quita el yelmo y vuelve a envainar la espada, marchándose con toda rapidez. Cuando el criado lo ve venir, se esconde en el bosque para que no lo descubra. El caballero vencido pasa de largo, y toma el camino directo a Roestoc. Mientras tanto, la dama, que iba tras su prisionero, había alcanzado a los que lo llevaban. Héctor la mira y le dice:

—Señora, ¿dónde está vuestro caballero?

Ella mira por todas partes y no lo encuentra:

—¡Ay, desdichada de mí! ¡Qué gran vergüenza es haber olvidado a un caballero tan valiente!

Da la vuelta rápidamente, acompañada por numerosos caballeros y servidores; se encuentran a los que venían detrás, y les pide noticias del caballero que había combatido por ella, a lo que le responden que se había marchado.

—¿Se ha marchado? ¡Ay, pobre desgraciada!

Apenas ha dicho esto, se golpea un puño con el otro y manifiesta un dolor tan grande que no se puede tener mayor. Vuelve tras Héctor y tras los que llevan a Segurades; les cuenta su gran tristeza, y afirma que jamás volverá a tener alegría hasta que vuelva a ver al caballero. Héctor salta sobre un caballo, y lo mismo hacen servidores y caballeros, para ir en busca de mi señor Galván. En ese momento llega a la corte el caballero vencido, con el yelmo en la mano, herido como estaba, descabalgando y se presenta a la dama, ante la que se arrodilla, diciendo:

—Señora, soy prisionero vuestro, de parte de aquel que hace poco ha vencido a mi tío Segurades.

Cuando Segurades lo oye, abre los ojos y ve que era su sobrino Canagues. Héctor le pregunta cómo ha sido vencido.

—Ciertamente —contesta—, cuando vi que había derrotado a mi tío, decidí ir antes que él al bosque en el que iba a entrar, y allí le podría vencer sin dificultad, pues estaba cansado y sin fuerzas. Le atacé, rompí en él mi lanza, desenvainé la espada y me enfrenté cuerpo a cuerpo; él no se dignó ni en desenvainar su espada: me arrancó el yelmo de la cabeza y me dejó en el estado en que me veis, y luego me hizo prometer que, de su parte, me entregaría a mi señora como prisionero.

Al oírlo la dama, se santigua y dice:

—¡Ay, desgraciada de mí! Puedo considerarme muerta, pues por mi gran desdicha he perdido a aquel que me había devuelto la alegría y la honra.

Canagues le contesta que no lo encontrarán fácilmente, pues se marchó muy deprisa; no obstante, Héctor sale tras él, acompañado por más de cuarenta. Mientras

tanto, el criado que había seguido a mi señor Galván le da alcance y le dice:

—Señor, señor, que Dios os dé buena noche, pues en el día de hoy habéis tenido grandes esfuerzos y mayores honores.

Mi señor Galván le devuelve el saludo y le pregunta quién es.

—Señor —le responde—, soy el criado que hace un rato os devolvió vuestro caballo; soy natural de esta tierra, de un castillo mío que hay más allá, llamado Chaningues. Os ruego por Dios, y para mayor comodidad vuestra, que aceptéis albergaros conmigo esta noche y hasta que se os hayan curado vuestras heridas. Me parece que no tenéis intención de volver al sitio de donde venís; yo os albergaré en el lugar más oculto y más cómodo que hayáis visto: tenéis gran necesidad de reposo.

—Amigo, muchas gracias, pero todavía no es el momento de que busque alojamiento un hombre que tiene tantas cosas como yo; no tengo heridas que me obliguen a guardar reposo y mi caballo —gracias a Dios— es fuerte y está fresco: aún podré cabalgar durante mucho tiempo.

—Señor, el lugar en el que os albergaré no está cerca de aquí: será noche cerrada antes de que lleguemos. Os llevaré allí sin rodeos como si hubiera un cordel tensado, apartándonos del camino, de forma que no os podrá encontrar ni en el camino ni en la casa nadie que os vaya siguiendo. Os ruego, señor, que vengáis, pues será para mí un gran honor que hombre tan valiente como vos se albergue en mi casa.

Mi señor Galván se lo concede con tal de que lleguen allí a hora de albergarse. El criado lo lleva por medio del bosque, a través de lugares desiertos, como quien conoce el bosque mejor que nadie.

Cabalgaron tanto que llegaron con la noche bien cerrada a una casa fuerte suya que estaba a dos leguas de Chaningues, a orillas del río de Sauverne: era una de las casas mejor construidas del mundo y era tan fuerte como ninguna otra podría serlo, bien abastecida de leña y agua. Al acercarse, le dice el criado:

—Señor, mi casa está cerca de aquí; es cómoda y está lejos de los lugares frecuentados por la gente; ya es hora de que tomemos alojamiento. Tened por seguro que, mientras queráis estar en ella, no habrá hombre ni mujer cristiana que os puedan echar.

Él le contesta que lo considera tan discreto y tan cortés que se quedará a pasar la noche. El criado se lo agradece, muy contento.

Mientras, Héctor y sus compañeros cabalgan al galope, hasta que cae la noche y pierden las huellas de los cascos: regresan sin nuevas y se encuentran a la dama tan entristecida, que más era imposible: cuando oye que no traen ninguna noticia, dice que no volverá a tener alegría capaz de hacerle olvidar esta tristeza, mientras no sepa quién es el caballero.

—¡Ay, desdichada! ¡Qué grave equivocación cometí, pues teniendo al hombre más valiente del mundo no le honré, ni le di compañía! Buen Señor, Dios, ¿quién puede

ser? ¡Me gustaría tanto saberlo ahora!

Grande es el lamento que hace la dama por el caballero, y el senescal le dice:

—Ciertamente, señora, habéis podido comprobar que era un hombre valiente, pues no se asustó por nada de lo que oyó. Groadáin el enano le dijo tales villanías como nunca se le habían dicho a un caballero, según me han contado quienes le acompañaban, y yo mismo oí cómo le decía otras villanías hoy mismo, desde que amaneció el día.

—Oh, por eso lo he perdido, pero así me ayude el cuerpo de Dios, tomaré una cruel venganza.

Entonces, la dama ordena que apresen al enano y se lo entrega al senescal para que lo custodie, por todos sus bienes. La mañana siguiente rindieron homenaje a la dama Segurades y todos sus vasallos. Después dijo la dama que no podría estar contenta mientras no supiera la verdad acerca del caballero, y que tras meditarlo mucho, había decidido ir a la corte del rey Arturo en busca de sus noticias, pues allí acuden todos los buenos caballeros, «vos vendréis conmigo —le dice a Segurades—, y vuestro médico, pues iremos en jornadas cortas, y también me acompañaréis vos —le indica a Héctor—, y mi senescal, mi prima y Groadáin el enano; y que sepa éste que por la afrenta que le hizo al caballero, me vengaré de él: cada vez que me encuentre con alguien y a la entrada de todas las ciudades a las que llegue, haré que le pongan un cabestro al cuello, atado a la cola de mi palafren, y de este modo lo llevaré detrás de mí, y por nada reduciré mi marcha. Si no obtengo noticias del caballero en la corte del rey Arturo, lo buscaré por todas las tierras, hasta que lo encuentre, y por todas partes llevaré al enano tal como he dicho».

De este modo habla la dama de su viaje; el enano siente un gran miedo, pero a todos los demás no les pesa mucho, antes les tarda ya el ponerse en marcha, pues tienen grandes deseos de oír noticias del caballero, por saber quién es; y Segurades desea verlo más que ningún otro. Sin demorarse más, se ponen en camino el día siguiente por la mañana, con un gran acompañamiento de gentes, y va preguntando noticias del caballero por donde pasan.

Pero aquí deja la historia de hablar de ella y de su acompañamiento y vuelve a mi señor Galván.

LVII

Cuenta ahora la historia que mi señor Galván y el criado que lo guiaba llegaron a su alojamiento. El criado lo desarmó y le sirvió todas las cosas que necesita un caballero cansado y herido. Tenía el criado una hermana muy hermosa, que era doncella y que sabía tanto de sanar heridas, como la que más en el mundo: observa las de mi señor Galván con mucha dulzura y dice que no tiene ninguna que no sea fácil de curar; se las trata tan bien y con tanto cuidado, que le alivia mucho. Después de cenar, el dueño de la casa se pone a hablar con mi señor Galván, diciéndole:

—Señor, estoy muy contento de que Dios os haya permitido albergaros aquí, pues sois el hombre más valiente de todos; con mucho gusto os rogaría —por Dios—, que me dierais consejo en cierto asunto, pues soy criado y rico, y mi familia me reprocha el que no soy caballero, y lo mismo hace mi señora de Roestoc, de quien soy vasallo. Hace más de doce años estaba yo en la cama, cuando se me presentó el caballero más hermoso del mundo; me parecía que me sujetaba él mismo, y yo le decía:

—Señor caballero, ¡qué gran acción la vuestra, que sujetáis a un niño!

Él me levantaba y me decía:

—No os preocupéis por eso, pues os pondré en un lugar muy elevado, haciéndoos caballero.

—Señor —le preguntaba yo—, ¿quién sois, que me vais a nombrar caballero?

—Soy Galván, el sobrino del rey Arturo.

—Señor —le respondía yo—, sed muy bien venido.

Entonces me desperté, le conté a mi madre el sueño que había tenido y ella se alegró mucho, haciéndome prometer que no sería caballero si no era armado por él. Desde entonces he estado más de cinco veces en la corte del rey Arturo, y no lo encontré en ninguna ocasión. Apenas había pasado el tercer día de mi regreso, cuando me dijeron que buscaban a un caballero maravilloso, y que eran en total veinte compañeros. Ahora, os suplico por Dios que me arméis caballero, pues no podría suplicárselo a un hombre más valiente.

Mi señor Galván le responde que lo hará con mucho gusto.

—Pero —continúa—, vos sois muy rico y pienso que no querréis ser armado caballero con precipitación. No me quedaré aquí por seguro que me encuentre, pues he emprendido un asunto de gran importancia y conviene que me dé prisa en llevarlo a cabo.

—Señor, por Dios, no quiero más compañía que la vuestra, y aquí tenemos todo lo necesario: capilla y capellán, y armas ya dispuestas; tendré una gran alegría si sois vos quien me arma caballero, más que si me hiciera cualquier otro, pues quien reciba el espaldarazo de vuestra mano sin duda será un caballero valeroso.

—Sea pues ahora mismo, por Dios, porque mañana tendré que irme bien temprano a otro lugar.

A continuación ordena al criado que vaya a velar las armas, cosa que éste hace durante toda la noche, pues estaba muy contento con el honor que le había enviado Dios de forma tan repentina. Mi señor Galván pasó la noche a su gusto, pues la doncella se mantuvo en su presencia hasta que se quedó dormido. Al amanecer, estaba tan aliviado de sus heridas y de sus golpes que no los sentía, a no ser que los viera. Se levantó en cuanto vio que amanecía; la doncella volvió a untarle con un extraordinario unguento y, después, fueron a oír misa. Luego, mi señor Galván armó caballero al criado, ciñéndole la espada y calzándole la espuela derecha, según la costumbre; pero antes le pregunta su nombre, a lo que le responde que se llama Helaín de Chaningues.

Tras armarlo caballero, de acuerdo con las normas, después de oír misa, mi señor Galván pidió sus armas. El caballero novel le insistió para que se quedara hasta que hubiera descansado un poco, pero él no quiso concedérselo. Entonces le suplica que se quede e insiste tanto que se queda hasta después de comer. Cuando acabaron la comida, de nada valen nuevas súplicas: pide sus armas para irse. El caballero novel se le acerca y le dice:

—Señor, señor, os vais a ir. Os ruego por Dios que me digáis vuestro nombre, si os parece bien, para que yo pueda decirle a mi señora cuando la vea y a todos los demás quién me armó caballero; mi corazón se encontraría más a gusto.

—Decidles a todos aquellos que os lo pregunten que Galván, el sobrino del rey Arturo, os ha armado caballero.

Cuando Helaín oye estas palabras, siente tal alegría que sería imposible una mayor, y exclama que Dios le ha concedido todos sus deseos en una sola vez y que ya no teme no ser valiente, pues ha sido armado de mano del caballero más valeroso del mundo; y luego añade:

—Señor, bien sé que no os podré retener con facilidad, y lo siento, pero concededme el primer don que os pido después de haber sido armado caballero: es que me dejéis las armas que trajisteis de Roestoc, y que vos llevéis las mías que son muy buenas y bellas; ésa será la prueba de que vos me habéis armado caballero, y nada de lo que me pudierais dar me gustaría tanto.

Mi señor Galván se lo concede con mucho gusto.

Entonces trajeron las armas de Helaín. La cota era una de las mejores que había visto mi señor Galván en su vida; el escudo era completamente blanco, como la nieve, tal como era habitual en aquel tiempo, que el caballero novel debía llevar el escudo de un solo color el primer año; el yelmo era bueno y bello. Mi señor Galván quedó muy bien armado con aquellas armas, que le sentaban muy bien. Se quitó la correa y el broche que le había regalado la dama de Roestoc y le dijo a la doncella:

—Tomad esto que mi señora de Roestoc me dio en prueba de afecto; os lo doy como

muestra de afecto.

Ella los coge y se lo agradece mucho. Pide su caballo, monta y los encomienda a Dios; después, le dice a la doncella que sepa que él es su caballero y que lo será toda la vida; la joven se alegra mucho.

Entonces prepara otro caballo, y monta Helaín para acompañar a mi señor Galván. Después de haberle dado compañía un buen trecho, mi señor Galván vadeó el Severn para atravesar la tierra de Norgales, pues Helaín le dijo que era el camino más recto para ir a la tierra de Galahot. Helaín se despide de él y ambos se encomiendan a Dios. Helaín regresa a su casa y convoca a sus amigos y vecinos para celebrar la fiesta en su honor: les cuenta cómo Dios le ha enviado juntas todas las alegrías y que el caballero era mi señor Galván. Con motivo de tal fiesta estuvieron juntos todos durante dos días; el tercer día, se fue Helaín a Roestoc, pero no encontró allí a la dama, pues —le dijeron—, se había marchado a la corte del rey Arturo hacía dos días. Al oír tales noticias, regresa a su castillo de Chaningues.

Pero la historia deja ahora de hablar de él durante un poco y vuelve a la dama de Roestoc, que va en busca del caballero que combatió por ella contra Segurades, y dice que nunca tendrá alegría hasta que lo encuentre y sepa su nombre.

LVIII

Cuenta aquí la historia brevemente que la dama de Roestoc iba a la corte del rey Arturo, con su cortejo. Cabalgaron hasta encontrar al rey Arturo en Quincprecorentín. El rey y la reina la recibieron con grandes muestras de alegría y se esforzaron en honrarla, pues era dama de elevada posición. Por la noche, después de cenar, el rey, la reina y la dama se sentaron en una alfombra, y empezaron a preguntarle cuál era el motivo de su viaje desde un lugar tan alejado de la corte. Ella les dice la verdad:

—Señor, ese caballero que veis ahí me hacía la guerra —y les señala a Segurades y les cuenta lo ocurrido—; el otro día —continúa—, señor, Groadaín el enano, ese enano que está ahí, me trajo un caballero al que dijo todas las afrentas que se pueden decir a un hombre; el caballero combatió por mí contra Segurades, vencéndolo, y con ello recuperé el poder. Al verlo derrotado, tuve tal alegría que me olvidé del caballero que lo había vencido, de forma que se marchó sin que yo ni ninguno de mis hombres supiéramos a dónde iba. Sé que lo hizo por las afrentas del enano: he venido en busca de noticias tuyas, pues aquí acuden todos los hombres valientes.

Entonces le pregunta la reina por el aspecto y comportamiento del caballero; cuando le ha contestado, ella dice que no sabe quién puede ser si no es mi señor Galván, que hacía tiempo que se había marchado de allí en busca de uno de los hombres más valientes del mundo en compañía de otros diecinueve caballeros.

—Que Dios me ayude; si es mi señor Galván, será mayor mi afrenta, pues en ningún momento le honré; preferiría estar muerta a sufrir la vergüenza que voy a sufrir.

Ni el rey ni la reina pueden darle mayor seguridad, y dejan de hablar del asunto. La dama y su séquito se retiran a descansar en su alojamiento, pues ya estaba cansada. Groadaín el enano ruega al senescal que le acompañe hasta que hable con la reina, y éste lo hace así, pues era hombre noble y prudente.

Con esto, van a ver a la reina; el enano le clama piedad, diciéndole:

—¡Ay!, señora, socorredme, pues en vos están todo el socorro y el consuelo.

La reina le pregunta que en qué tiene que socorrerle.

—Señora, soy el enano que llevó ante la dama de Roestoc el caballero que venció en su batalla; yo pensaba que era el hombre más cobarde del mundo, y me burlé de él por la mala catadura que tenía. Ahora dice mi señora que lo ha perdido por mi culpa, y que irá a buscarlo por todas las tierras, hasta que lo encuentre; y además, dice que me llevará consigo y que hará que me miren todos los que nos encontremos en nuestro camino; yo llévale un cabestro al cuello atado a la cola de su palafrén, y me mostrará también en todas las ciudades en las que entremos. De tal modo me ha llevado desde que salió de su país, y moriré si me sigue tratando de esa forma. Os ruego, señora, por Dios, que intercedáis por mí, pues soy noble, a pesar de que me veáis feo de cuerpo.

La reina le dice que así lo hará, «y no os preocupéis, que si puedo quedaréis libre antes de que vuestra señora se vaya de este país».

—Señora, que Dios os lo pague.

A continuación regresan al alojamiento el enano y el senescal la mañana siguiente, el rey y la reina van a ver a la dama, y hablan con ella durante largo rato; entonces, la reina le pide un don, que ella le concede:

—Me habéis concedido y os pido que lo cumpláis, que le perdonéis al enano vuestra animadversión.

—Señora, no odio al enano por ser quien es, sino por una doncella sobrina suya y prima mía, a la que le rogué cuando me encontraba agobiada que permitiera que ese caballero que ahí veis, Héctor, luchara por mí; ella me respondió que renegaría de Dios antes de permitir que su amigo me defendiera. Por eso, pensaba hacerla sufrir tanto que se viera obligada a enviar a su amigo en busca del caballero para dejar libre a su tío, pues con gusto la haría sufrir con la cosa que ella más quiere.

—Por Dios —dijo la reina—, si en eso no ayuda a su tío, todo el mundo deberá odiarla.

Entonces llama la reina al enano, y le dice:

—Enano, me he preocupado por vuestra liberación; el único acuerdo posible es que vuestra sobrina acepte enviar a su amigo en busca del caballero que venció el combate.

—Ciertamente, señora, pienso que no lo hará, pero de todas formas lo intentaré.

El enano se dirige a su sobrina y le dice:

—Bella sobrina, voy a morir si no me ayudáis.

—¿Cómo?

Si no me prestáis a Héctor para ir en busca del caballero que derrotó a Segurades; si no lo hacéis, mi señora me arrastrará tras de sí, tal como ha empezado a hacer, hasta que lo encuentre.

Entonces ella dice que Dios no le vuelva a ayudar si Héctor va con su permiso o con su aceptación. Cuando el enano oye tales palabras siente un miedo tan grande que por poco no se desmaya; vuelve ante la reina y le dice que no encuentra ningún remedio.

—Señora —dice la dama de Roestoc—, yo ya lo sabía: es la criatura más desleal de cuantas han nacido.

—No os preocupéis —dice la reina—, haré que pague cara su felonía.

Y añade en voz baja:

—No os iréis mañana; esta noche le diréis a vuestra mesnada que os he rogado con insistencia que os quedéis: me vengaré de ella tal como oiréis.

La dama regresó a su alojamiento, y por la noche le dijo a su mesnada lo que la reina le había dicho, «pero no me quedaré». La mañana siguiente acudió a la corte y la reina, ante todos, le rogó que se quedara, pero la dama de Roestoc le contesta que no

puede ser. Se ponen en pie y van a ver al rey, que les sale al encuentro, le da la mano a la dama, a la vez que la reina lleva de la mano a la amiga de Héctor, a la que le dice:

—Si no me ayudáis a engañar a nuestra señora, jamás tendréis mi amor.

—Señora, ¿cómo?

—Me ha pedido que no interceda ante ella por el enano, pero de todas formas voy a hacerlo. Ella pensará que le ruego que se quede, a pesar de que me ha dicho que no va a quedarse si no os quedáis vos; me ha dicho también que si os pido un don y vos me lo otorgáis, que ella me concederá otro: pensará que le voy a pedir que se quede, pero haré que el enano sea puesto en libertad, tenedlo por seguro.

—¡Ay, señora! —exclama la doncella—, ¡qué bien habéis hablado!

Con esto se marcha y la reina se dirige a la dama de Roestoc y le pide un don, a lo que le contesta:

—Señora, no me pidáis nada que sea ultrajante; esta doncella tiene mucho que hacer por su tierra.

—No os lamentéis, pues todavía no sabéis qué es lo que os voy a pedir.

La dama de Roestoc dice que lo otorgará, si la doncella lo concede antes.

La reina hace que la doncella acepte, y a continuación hace que las dos prometan que cumplirán la palabra dada.

—¿Sabéis qué me habéis concedido?, pregunta la reina a la dama. Que el enano quede libre de vuestra animadversión y odio, y de lo que le pedíais que hiciera por el caballero que venció a Segurades. Y vos —se dirige ahora a la doncella—, me habéis prometido que le rogaréis a Héctor que vaya en busca del caballero, hasta que lo encuentre; le insistiréis hasta que vaya.

Al oírlo siente tal espanto que durante un buen rato no puede decir palabra, pero todos los que lo habían oído estaban contentos, sobre todo la dama de Roestoc. Cuando la doncella puede hablar, dice;

—Ay, señora reina, ciertamente no hay tanta bondad en vos como se afirma y es poco lo que habéis ganado ahora engañando a una doncella; sin embargo, no me habéis engañado completamente; que Dios no me ayude a partir del día en que se lo ruegue; no le suplicaré que se vaya ni aun por todos los santos de esta capilla, antes bien, me dejaría descuartizar viva.

—Verdaderamente —contesta la reina—, creo que no seríais sobrina del enano, si no fuerais más traidora y despiadada que ninguna otra mujer. Tened por seguro que mientras que no cumpláis con vuestra promesa, no recibiréis ninguna posesión de manos del rey, o de esta dama.

—Señora —le responde—, no haré otra cosa, de forma que nunca tendré posesiones, pues no pienso cumplir la promesa de aquí al día del Juicio.

—Si tenéis que hacerlo obligada, os pesará y lo sentiréis.

—Ya lo veremos.

A continuación se levanta, y la reina le dice a la dama de Roestoc que por nada, ni siquiera a cambio de su propia vida, le daría a la doncella ninguna cosa suya, y se lo jura por la fe que le debe al rey Arturo, de quien es esposa. La dama escucha estas palabras con cara triste, pero está muy contenta; luego, la dama le dice al enano que le entrega sus posesiones y le toma el juramento, advirtiéndole que si perjura, lo tratará de tal forma que no le quedará un surco de tierra, ni ninguna otra propiedad.

La doncella sale de la habitación, triste y llorando amargamente; se encuentra con Héctor, que le pregunta qué le ocurre, pero ella no le contesta, sino que mientras continúa la marcha dice para sí misma:

—¡Ay, desgraciada de mí! ¡Cómo me ha engañado la que siempre engaña!

Héctor no consigue sacarle más, a pesar de las súplicas que le hace, y de tal modo va tras ella hasta su alojamiento. La doncella se ha acostado sobre una cama, lamentándose tanto que nadie puede sacarle una palabra. Cuando Héctor ve que no quiere decirle el motivo de su tristeza, se dirige al enano y le pregunta qué le ha pasado. El enano le cuenta la verdad de todo y el juramento que había hecho.

—¡Ay —dice Héctor—, por Dios! Id a ella y pedidle que permita que yo vaya, pues iría sin que me lo ordenaran para evitar que ella perdiera su tierra, si supiera que no incurriría en su odio. Os ruego por vuestro prestigio y por el suyo, que se lo supliquéis, igual que yo le pediré que me lo permita, ya que así lo desea la reina. Pienso que ella misma me rogará que vaya, pues yo quiero ir.

El enano le responde que poco falta para que ambos se le arrojen a los pies, «pero sé que es tan traidora, que se negará a permitiroslo, pues ya antes se negó».

—Lo intentaremos —contesta Héctor.

Con esto, llegan ambos al alojamiento de la doncella, y se arrodillan ante el lecho en el que estaba acostada. Le ruegan por Dios que permita a Héctor ir en busca del caballero.

—Dime —le pregunta al enano—, ¿por eso hiciste que me engañara la reina? No conseguiréis vuestros deseos, y que Dios no me preste su ayuda el día en que Héctor se vaya con mi consentimiento, gracias a mis súplicas o a mis órdenes; si va sin mi consentimiento, que tenga por seguro que no me volverá a ver viva, y si me ve, no seré suya.

Cuando oyen tales palabras, los dos se sienten muy a disgusto; el enano se marcha y va con la dama ante la reina: les cuenta la gran tristeza que tenía su sobrina, y que Héctor no obtendrá nunca una súplica o una orden suya para ir en busca del caballero, y que si va sin permiso, no volverá a verla viva.

Al oírlo la reina, siente una gran compasión, y no duda de la gran congoja que está sufriendo la doncella; manda a la dama de Malohaut para que vaya a buscarla, y ésta le aconseja con insistencia que deje ir a Héctor, pues no se ausentará durante mucho tiempo.

—Señora —dice el enano—, habría ido con mucho gusto, si no se lo hubiera prohibido la doncella, pero la quiere y la teme por encima de todo.

Entonces, va la dama de Malohaut a hablar con la doncella, regresa afligida y preocupada con la joven ante la reina, aconsejándole y recomendándole que haga que Héctor vaya en busca del caballero que venció a Segurades, pues tardará poco en encontrarlo; la doncella ni lo otorga, ni lo rechaza, pero se dispone a escuchar.

Hablando de tal modo, llegaron a la corte; cuando la reina la ve, acude a hacerle los honores, pues bien sabe una gran parte de los sufrimientos que está pasando la joven. La abraza y dice:

—Doncella, no os preocupéis, reconfortaos, pues si Dios quiere, con el tiempo tendréis algo mejor de lo que el corazón os dice.

La joven se ha sentado; la reina le vuelve a pedir que le permita a Héctor ir en busca del caballero, que lo haga por la liberación de su tío, pero no consigue convencerla.

En estas palabras, entraron un caballero armado y una doncella de extraordinaria hermosura; ésta llevaba al cuello un escudo, con la parte de abajo hacia arriba: el caballero no podía llevarlo, pues tenía el brazo roto entre la mano y el codo; se lo había entablillado lo mejor que había podido, pero a pesar de las tablillas tenía tal dolor por el roce de los huesos, que poco faltaba para que se desmayara. El caballero desmonta en medio de la corte, con la ayuda de la doncella y de muchos otros. Cuando ya había descabalgado, pregunta dónde está la reina; se lo indican varios, pues todos avanzan alrededor de él, deseosos de ver al caballero herido y a la doncella del escudo. Cuando ya estaba en presencia de la reina, la saluda inmediatamente «de parte del caballero que os ama más que vos a él, y os hace saber que le habéis hecho a medias un favor que podíais haberle hecho entero; por eso, quiere que sepáis que sólo merecéis la mitad del regalo, y os lo dará en el primer lugar en que se presente la ocasión».

La reina empezó a pensar y le preguntó al caballero que quién era el que le hacía saber tal cosa, a lo que el caballero le responde que no sabe, «pero eso fue lo que me pidió que os dijera, y que os enterarais bien».

Al verlo tan herido, le pregunta la reina que quién lo había herido de aquel modo.

—Señora, el caballero que os he dicho me derribó con tanta fuerza, que caí rompiéndome el brazo de la forma que veis.

Luego, habló la doncella que llevaba el escudo, diciéndole a la reina:

—Señora, os manda saludos la doncella más sabia de cuantas viven, y la más hermosa, que yo sepa; os pide que guardéis este escudo por amor a ella y a otro a quien amáis más; me manda que os diga, además, que es la doncella que mejor conoce en el mundo vuestros pensamientos y que los comparte, pues ama las mismas cosas que vos amáis. Tened por seguro que si guardáis este escudo, quedaréis protegida ante el mayor dolor que jamás habríais tenido, y os proporcionará la mayor alegría de vuestra vida.

—Por Dios —exclama la reina—, resulta muy beneficioso guardar el escudo; sea bienaventurada la doncella que me lo envía, y vos, que lo habéis traído, sed bienvenida. Pero, por Dios, ¿quién es la doncella? Decídmelo, que con mucho gusto la conocería.

—Señora, os la nombraré según lo sé: es llamada Doncella del Lago.

Apenas lo había oído la reina, supo quién era la doncella, se pone en pie ante la joven que le había llevado el escudo y le expresa la mayor alegría que puede. Ella misma le quita del cuello el escudo, lo contempla por arriba y por abajo y se da cuenta de que está rajado desde la base hasta la piel que lo recubre, y las dos partes sólo se sujetan gracias a la abrazadera de la bocla, que es muy rica y bella; las dos partes están tan separadas una de otra que se puede meter la mano por medio, sin tocar ninguna de las dos piezas. En una de las partes del escudo había un caballero, armado con tanta riqueza como fue capaz de representarlo quien lo hizo; sólo llevaba desarmada la cabeza. En la otra mitad estaba representada una dama hermosísima; la más bella que se pudo pintar. Estaban tan juntos por la parte de arriba que uno abrazaba por el cuello al otro, y se estarían besando, de no haber sido por la raja del escudo; pero por la parte de abajo estaban tan separados como era posible.

—Ciertamente, doncella —dijo la reina—, este escudo es muy elegante y es lástima por la raja que tiene; por lo que más queráis, decidme qué significa esta hendidura, pues el escudo parece estar recién hecho; decidme también la verdad acerca del caballero y de la dama que hay representados en él.

—Señora —responde la doncella—, este caballero es el mejor del mundo, a mi parecer; ha realizado tantas hazañas por amor y por su propia valentía, que la dama le ha concedido su amor; sin embargo, no ha obtenido más que abrazos y besos, tal como se puede ver en el escudo: cuando el amor sea completo, tened por seguro que este escudo que ahora está dividido, se juntará, uniendo las dos partes. Entonces quedaréis liberada de la mayor tristeza que habréis tenido y alcanzaréis la mayor alegría. Todo eso no ocurrirá antes de que el mejor caballero que existe fuera de la corte del rey Arturo, se convierta en caballero de su mesnada. Si dijera que es el mejor dentro y fuera, no mentiría, tales cosas he oído contar de él, pues ha realizado en poco tiempo mayores hazañas que ningún otro caballero.

La reina se alegró mucho con estas noticias; retuvo a la doncella con grandes agasajos y pensó en el corazón quién podía ser el caballero. Después, tomó la palabra el caballero herido, pidiendo licencia a la reina, pues todavía tenía que cabalgar durante mucho tiempo. La reina le dijo que se quedaría allí hasta que tuviera curado el brazo, que no estaba obligado a montar tan pronto; él respondió que tenía que hacerlo, pues el caballero que le había vencido le había hecho prometer que tan pronto como hubiera visto a la reina, se presentaría a la dama de Roestoc, y que así lo haría si era leal cristiano y caballero, «y no sé, señora, dónde está Roestoc, y nunca estuve allí».

Cuando la dama de Roestoc lo oye, se adelanta rápidamente y le pide al caballero

más noticias, diciéndole que es a ella a quien tenía que presentarse.

—Señora —responde el caballero—, salva sea vuestra gracia, no lo creo, pero si mi señora la reina lo atestigua, lo aceptaré sin dudar.

A la reina ya le tarda oír noticias del caballero, por lo que inmediatamente corrobora que aquélla es la dama de Roestoc.

—Señora, es justo que os crea; bendito sea Dios que la ha traído tan cerca. Señora —añade—, el caballero que libró vuestro combate contra Segurades, os hace saber que si estuviera presente en un momento en que vos lo necesitarais, os olvidaría del mismo modo que vos os habéis olvidado de él, y que ni vos, ni ningún otro se lo podríais reprochar, pues vos lo habéis despreciado; ahora, yo vería con mucho gusto a vuestro senescal y a Héctor.

Avanzan los dos y piden noticias del caballero; él se las da tal como deseaban oírlas, y le dice al senescal:

—Señor, el caballero que combatió contra Segurades por esta dama, os saluda como a quien tiene por señor y amigo, y me envía a vuestra prisión, a sabiendas de que no me haréis daño, ni cometeréis villanía alguna conmigo.

El senescal lo recibe con gran alegría, diciendo que por el afecto que le tiene será muy bien acogido.

—Señor —se dirige el caballero a Héctor—, a vos os agradece que le llevarais la lanza cuando iba a entrar en combate.

Luego, el caballero hace que le descían la espada que llevaba colgada al lado de la suya, se la tiende a Héctor y le dice que es el caballero el que se la envía, porque piensa que la ha utilizado muy bien, «y os la hace llegar porque sabe que vos la necesitáis y porque ya la ha probado, si no, no os la enviaría; me encargó que os dijera que a noble vasallo se le deben enviar prisioneros, y a joven valiente, que aún no es caballero, y que va en busca de aventuras, se le deben regalar armas.

El senescal y Héctor tienen una gran alegría: uno, por su prisionero; el otro, por la espada. Sin embargo, ignoran quién es el que se los ha enviado.

—¿Qué es lo que envía a la dama de Roestoc? —pregunta la reina al caballero herido.

—Por mi fe, me dijo que le ha enviado dos caballeros, Segurades y su sobrino, del mismo modo que ella le hizo dos regalos, un cinturón y una hebilla; y para que no se considere engañada por él, le hace saber que no ha conservado sus regalos, sino que se los ha dado a una de las mejores doncellas que conoce; el caballero los había aceptado sólo como recuerdo de la dama de Roestoc; le parece que no hará nada malo olvidándola, pues ella ha sido la primera en olvidarse de él.

Cuando la dama lo oye, se desmaya, pues el cinturón y la hebilla eran las cosas que más quería del mundo después del caballero; ahora estaba completamente segura de haberlo perdido para siempre.

La reina y numerosas damas y doncellas acuden de inmediato a su lado y la llevan a

una habitación, para que no la viera toda la gente. Al volver en sí, la reina empieza a hablarle la primera, preguntándole —como buena conocedora que era de todos los bienes— si estaba enamorada del caballero, y pidiéndole que le respondiera sin mentir.

—Señora, no os lo ocultaría, pero mientras lo vi, no lo estimé en nada; cuando lo perdí me nació en el corazón un amor tal que sería incapaz de decíroslo, y cada día me aumenta y se me fortalece. No volveré a estar contenta en la vida, hasta que lo vuelva a ver: os ruego por Dios, como a señora mía que sois, que hagáis fuerza para que Héctor vaya en su búsqueda, si queréis salvarme la vida.

Entonces, se deja caer a los pies de la reina, llorando con ternura. La reina hace que se levante, y retrocede pensativa; sale de la habitación y llama a la sobrina del enano, a la que dice que es necesario que permita que Héctor vaya en busca del caballero. Ella le responde que Dios no le vuelva a ayudar a partir del día en que le pida u ordene tal cosa a Héctor. La reina le contesta que si quiere mantener su juramento, que no se lo pida, ni se lo ordene, «sino permitidle que se vaya y otorgádselo sin más»; si no lo hace así, que sepa que perderá su tierra y que ella misma será puesta en un lugar tal que no podrá tener dominio sobre su propio cuerpo. Cuando la doncella ve que no le queda más remedio que hacerlo, dice que si Dios quiere, Héctor no irá al peligro por una súplica o por una orden suya, pero que si quiere ir, ella lo tolerará. Héctor se alegra con estas palabras y afirma que irá con mucho gusto.

—Por Dios —le dice la doncella a Héctor—, no quiero estar en la misma situación que la dama de Roestoc; y ya que habéis prometido ir en su búsqueda, yo quedo libre. Señora —añade, dirigiéndose a la reina—, ¿quedo libre?

—Ciertamente, cuando haya jurado emprender la búsqueda.

—Así me ayude Dios, no será por falta de juramento; y que sepa que no se irá solo, pues yo iré con él.

Todas las damas se ríen de estas palabras, y la toman por loca, por lo que empiezan a darle consejos, pero ella no los necesita, pues mantiene su deseo de ir con él. La reina y la dama de Malohaut hablan con ella a solas, diciéndole que será afrentada si le ocurre alguna desgracia a Héctor, y que jamás volvería a tener alegría, «pues si ocurriera —dice la reina— que otro caballero venciera a Héctor, os haría su prisionera y realizaría con vos su voluntad. Más os valdría mantener a vuestro amigo, sano o tullido, pues valientes caballeros se han visto derrotados y siguen siendo nobles prestigiosos».

La doncella le contesta que después de la muerte de su amigo no desea vivir. Sin embargo, le insisten tanto que se calla, y la reina la acompaña afligida y triste. Ya le han dado a Héctor sus armas, y se las visten, menos las de las manos y de la cabeza.

La reina manda traer los Evangelios; el asunto llega al rey, y la reina le cuenta de principio a fin de qué modo se va Héctor a la busca, y por qué. Después, por orden del rey, Héctor se arrodilla ante los Evangelios y jura lo que el rey le indica, tal como era habitual en aquel tiempo: que buscaría al caballero con todas sus fuerzas tanto como

duraba una búsqueda, es decir, un año, y que no regresaría sin él o sin noticias verdaderas sobre él que permitieran ver que lo había encontrado; y que no mentiría en cosa alguna que le ocurriera en la búsqueda, ya fuera por proteger su honra, ya fuera para acrecentar su honor. Tal era el juramento que hacían todos los que emprendían una búsqueda en aquel tiempo en el que ocurrían aventuras maravillosas en el reino de Logres, según ya oísteis en otra ocasión en este mismo cuento.

Después de jurar, Héctor se armó la cabeza y las manos y se ató el yelmo. La doncella, que era su amiga, muestra un dolor tan grande que no hay nada que pueda reconfortarla: la dama de Malohaut la encierra en una habitación, para que la gente en general no viera las lamentaciones que hacía. Héctor pide licencia del rey; luego, se dirigió a la reina y la encomendó a Dios completamente armado, incluso con el yelmo, para que nadie pudiera ver las lágrimas que le caían de los ojos; se arrodilla ante la reina y le pide que tenga compasión con la doncella. La reina lo vio preocupado y le respondió para alegrarlo que no se afligiera, que si llevaba a buen término esta búsqueda, ella le prometía que formaría parte de los pares de la casa del rey, «mientras tanto, os considero de mi mesnada».

Era costumbre en la corte del rey Arturo que ningún caballero, por valiente que fuera, se unía al resto de los compañeros hasta que éstos o el rey conocieran sus hazañas; y ocurría frecuentemente que cuando gente ajena a la corte atestiguaba las proezas de algún caballero, si a la reina le resultaba grata su compañía, ésta lo consideraba de su mesnada, hasta que fueran demostradas sus hazañas: así le ocurrió a Saigremor el Desmesurado cuando llegó por primera vez a la corte.

Héctor se alegró mucho con las palabras de la reina, y lo condujo a presencia del caballero herido, para que le dijera dónde lo había hallado. Él les contestó que más allá del río Severn, en las landas de Brequeham, que están en el bosque que hay entre el ducado de Cambenync y el reino de Norgales. Al oírlo Héctor, sabe perfectamente en dónde es, pues había oído hablar muchas veces del lugar, aunque no había estado allí nunca. Se marcha de la corte un martes, entre la hora de nona y de vísperas, y se encamina lo más directamente que puede a la tierra de Norgales.

La historia deja aquí de hablar de él y de sus obras y vuelve con la reina y con su compañía.

LIX

Cuenta ahora la historia que cuando Héctor se fue de la corte, la reina volvió con el caballero herido; hizo que lo desarmaran con mucho cuidado, y aun así le resultó duro, pues se desmayó dos veces antes de que le quitaran de los hombros la cota; después hizo que lo cuidaran lo mejor posible. Ordenó que colgaran en su propia habitación el escudo que había llevado la doncella, de forma que lo podía contemplar continuamente, pues le agradaba mucho verlo y a partir de entonces la reina no fue a ningún sitio sin que antes llevaran el escudo y lo colgaran en su habitación: así lo hizo hasta que ocurrió la aventura que esta historia cuenta más adelante.

La doncella que había llevado el escudo se marchó, sin que la reina la pudiera retener por más tiempo. Después, la reina fue a reconfortar a la amiga de Héctor; ésta, apenas la vio, le dijo que ojalá, antes de morir, pudiera estar tan contenta con la cosa que más amaba, como ella estaba con aquel a quien amaba más que a ningún ser vivo; la reina se asustó mucho con estas palabras, y después desearía no haberlo hecho por nada, pues no pasó mucho tiempo hasta que sintió una tristeza igual o mayor que la alegría que había tenido.

La mañana siguiente al día en que se fue Héctor, a la hora de tercia se dispuso la dama de Roestoc a regresar a su tierra: acudió a pedir licencia del rey y de la reina; el senescal le dejó a ésta, por sus ruegos, el caballero herido, para que le curaran las heridas, y con la condición de que volvería a su lado cuando estuviera sano. El rey y la reina se esforzaron en retener a la dama algún tiempo más, pero no pudo ser, pues estaba muy triste y le molestaba ver a mucha gente. Así, pues, se despidió del rey y de la reina; ésta y la dama de Malohaut le insistieron tanto a la sobrina del enano, que decidió quedarse con ellas para oír noticias de Héctor, pues siempre llegaban nuevas y aventuras a la corte, y en ella encontraría mayor solaz y compañía que en ningún otro sitio.

Cuando la dama estaba despidiéndose de la reina, entró un criado que llevaba al cuello un escudo que no estaba entero, pues tenía grandes agujeros de lanza por encima y por debajo de la bocla, y estaba rajado y partido por golpes de espada, de forma que no quedaba en total ni una tercera parte: sin embargo, aún se podían reconocer bien los colores: el campo era de oro con un león de sinople. El criado pregunta por la dama de Roestoc; le dicen que está con la reina; va a la habitación en la que se encontraban, y allí desmontó. Cuando el enano y el senescal lo vieron entrar, dijeron:

—Mirad, señora, ése es el escudo de vuestro caballero, al que Héctor va a buscar.

Al verlo, le huye toda la sangre y se tiene que sentar, pues no se puede mantener en pie. El criado se acerca: no habría nadie en la mesnada que no lo reconociera, si no

estuviera en tan mal estado.

—Señora —dice el criado—, os traigo muy buenas nuevas de mi señor Galván, que está sano y salvo.

La reina no deja que siga hablando: toma el escudo, lo besa, lo abraza y muestra tal alegría con el escudo como con el criado que lo había llevado. Éste le dice a la dama de Roestoc:

—Señora, Helaín de Chaningues os saluda y os hace saber que tanto le habéis aconsejado que se armara caballero, que ya lo es, por mano de mi señor Galván, y que este mismo fue el que libró el combate por vos contra Segurades.

Cuando oye que fue mi señor Galván, no hay un dolor mayor que el suyo, y añade que —así le ayude Dios— nunca volverá a tener alegría; después le pregunta al criado cómo fue, y él les cuenta la verdad: «He aquí su escudo; todas sus armas se las entregó a mi señor Helaín y él se quedó con las armas de mi señor Galván».

Se habla tanto del asunto, que el rey se entera y acude en persona y con gran compañía de caballeros a oír las noticias. El criado recibió tantos honores como le pudieron hacer; el rey le pregunta por su sobrino, a lo que le responde que está sano, salvo y curado de las heridas que le hizo Segurades, «pues mi señora, que sabe mucho de heridas, se las ha cuidado. Y vos, dama de Roestoc, veréis como testimonio los regalos que le hicisteis: él se los dio a mi doncella, y se hizo caballero suyo porque le había curado las heridas».

Nadie os podría contar el dolor que sintió la dama en su corazón; se despide llena de congoja, a la vez que el criado, que también se marcha. El rey y la reina se habrían quedado con mucho gusto con el escudo de mi señor Galván, pero el criado les dijo que su señor le había hecho jurar que se lo devolvería, y que de no hacerlo, más le valdría no regresar ante su presencia, pues lo destruiría: por eso deja el rey que se lo lleve. El criado se fue con la dama, que le quitó el escudo a la fuerza y dijo que Helaín lo pagaría: nunca debía haber ocultado lo que sabía de mi señor Galván, pues era vasallo suyo.

Por el escudo y por otras cosas hubo después graves disputas que produjeron grandes males. Pero ahora la historia no habla más de ellos, sino que vuelve a mi señor Galván, del que ha estado callada durante largo tiempo.

Aquí la historia cuenta y dice que cuando mi señor Galván se marchó del lugar en el que hizo caballero a Helaín, anduvo errante durante todo el día, sin encontrar aventura alguna digna de mención. La casualidad le llevó por la noche a una casa de monjes, asentada junto a un riachuelo, al final mismo de unas manchas de bosque: la casa se llamaba Bienfais. Había sido una ermita muy antigua; el duque Escán de Cambenync la había acrecentado y protegido tanto, que ahora había allí un convento de monjes en hábito regular, pero no eran monjes negros, pues en aquel tiempo aún no se había difundido la orden negra por Gran Bretaña; se llamaban «abstinentes» todos los que profesaban en alguna regla religiosa.

Mi señor Galván se alojó allí por la noche, y el día siguiente se levantó muy temprano; la aventura le llevó a unas landas grandes y hermosas: mira a su derecha y contempla una ciudad rica y bellísima, era Cambenync; delante de él vio el bosque de Brequeham, del que ya ha hablado esta historia. Tenía fácilmente sesenta leguas inglesas de largo; en la parte más estrecha tenía más de treinta leguas; se extendía desde unas tres leguas de Cambenync hasta el comienzo del reino de Norgales; por medio del bosque corría un riachuelo, pequeño pero muy profundo, que era el mismo sobre el que estaba asentado el convento de Bienfais; el río dividía la tierra en dos partes, pertenecientes a dos señores distintos, el rey de Norgales y el duque de Cambenync; todo el bosque era del rey de Norgales y toda la tierra que había a su lado, hasta el río; la parte que quedaba del lado de Cambenync, hasta el río, pertenecía al duque.

Mientras mi señor Galván iba por la landa, cabalgando muy pensativo, oyó hacia su derecha una voz de mujer que cantaba en voz alta y clara. Mi señor Galván se dirige hacia allí y ve en un valle, por debajo de donde él estaba, a una doncella extraordinariamente hermosa, que llevaba colgada del cuello una espada cuya vaina era muy rica y bella. La saluda y ella le responde sin detenerse:

—Dios os bendiga, señor caballero, si os lo merecéis.

—¿Cómo, doncella?

—Ninguna doncella debe hablar con caballero, si éste no ha aconsejado antes a alguna doncella, habiéndosele presentado el lugar y la ocasión de hacerlo, y si la doncella lo necesitaba.

—Doncella, en ese sentido no debo perder vuestro saludo, pues pienso haberlo merecido.

—Entonces, que Dios os conceda buena ventura.

La doncella se calla, sin detenerse. Mi señor Galván vuelve a hablarle tan rápidamente como puede, intenta detenerla y le dice:

—¡Eh, doncella, esperadme! Quiero hablar con vos.

—No lo haré, señor caballero, pues sería una gran afrenta el detenerme con vos.

—¿Por qué?

—Ciertamente, voy tras el mejor caballero que existe después de uno que conozco; si me detuviera con vos dejaría de buscar al más valeroso, por vuestra culpa y no sé lo que valéis.

—Doncella, por lo que más queráis del mundo, ¿quiénes son esos dos buenos caballeros? Decídmelo.

La doncella tarda en responder:

—Decídmelo, y que Dios os conceda el llevar a buen término lo que vais buscando.

—Me lo exigís, conjurándome con insistencia; os lo voy a decir, si os atrevéis a oírlo.

—¿Si me atrevo? Poco atrevimiento sería el mío si no osara oír algo que estoy deseando.

—Por Dios, dentro de poco lo sabréis. Seguidme.

—Con mucho gusto.

La doncella se fue por delante y él iba detrás; abandonan el camino principal y toman un estrecho sendero; entran en un bosque bajo, espeso, por el que cabalgan hasta que ven una gran torre y, cerca de ella, una casa derruida; la torre y la casa estaban rodeadas por un seto alto y espeso. Le pregunta a la doncella que cuándo le dirá quiénes son los dos caballeros.

—Lo sabréis en esa casa.

—¿Y a quién le lleváis esa espada?

—Se la llevo al caballero que voy buscando.

Mientras tanto, se han ido acercando a la torre; al llegar a la puerta, la doncella entra, seguida por mi señor Galván. Cuando ya la ha atravesado, ve en medio del patio a un caballero completamente armado, que le grita que en mala hora entró: galopa contra él, y él hace lo mismo; se golpean en el escudo; la lanza del caballero se quiebra y mi señor Galván lo alcanza de forma que lo derriba a tierra.

Cuando mi señor Galván se vuelve para seguir a la doncella que se dirige hacia la sala principal, el caballero se reincorpora y le ataca de nuevo, empuñando la espada, y se precipita de tal modo a descargar su golpe, que no puede alcanzar a mi señor Galván, pero le da al cuello del caballo, cortándosele y llevándose una parte del arzón de la silla y la parte baja del escudo, a la izquierda. Cae el caballo, pero mi señor Galván se mantiene sobre los dos pies, desenvaina la espada y ataca al caballero, diciéndole a la doncella que se va:

—Doncella, decidme a qué lugar he de seguir, pues no me voy a quedar aquí.

—Me seguiréis a la habitación más hermosa y más rica que se pueda encontrar, si es que os atrevéis —le dice— a seguirme.

Se dirige contra el caballero y le descarga un golpe duro y pesado en la parte superior del yelmo: lo hace como quien tiene mucha valentía, y lamentándose por su

caballo, al que ve muerto; golpea de tal modo al caballero, que cae al suelo, apoyando la palma de una mano; cuando va a levantarse, mi señor Galván vuelve a golpearle con el pomo de la espada, dándole un golpe tal en la sien, que lo derriba completamente tendido. Entonces, le arranca el yelmo y le amenaza con cortarle la cabeza, diciéndole que en mala hora le ha hecho esforzarse. Cuando se dispone a cortarle la cabeza, oye a una doncella que grita, mira a una ventana que había arriba y ve a una joven de singular belleza que le dice:

—Señor caballero, yo respondo por él.

—Doncella, entonces no tiene que preocuparse, aunque me ha causado una gran molestia y daño.

Deja al caballero y se va hacia donde ha visto ir a la otra doncella. En medio de la sala, se encuentra con un caballero mayor que el otro, a pie y armado con todas las armas; tenía la lanza alargada: atacó a mi señor Galván en cuanto pudo, golpeándole en el escudo, de modo que se lo atraviesa con la punta y parte del asta, y alcanzando la cota. Mi señor Galván ataca con la espada, corta la lanza y va contra el caballero; éste se quita el tiracol, soltándose el escudo del cuello, y se cubre como mejor puede. Mi señor Galván le alcanza entre el cuerpo y el escudo, sobre el brazo izquierdo, de modo que le deja malherido y poco falta para que se lo corte. El caballero deja caer el escudo y, sin esperar un nuevo golpe, da media vuelta y huye a otra habitación, con el brazo pendulante, pues estaba cortado hasta la mitad. Mi señor Galván no lo persigue, sino que se va con el trozo de la lanza en el escudo, y entra en otra habitación, en la que oye hablar —según le parece— a la doncella de la espada y a otra doncella de extraordinaria belleza, que le grita:

—¡Señor caballero, socorredme!

—Doncella, con mucho gusto.

Tan pronto como entra, le atacan dos caballeros; él les responde con rapidez, golpea al primero en lo alto del yelmo, muy avergonzado porque ya se estaba retrasando mucho: le ha descargado tal golpe, que le ha roto la cervellera y ha alcanzado la cofia, de forma que muchas mallas se le han clavado en la cabeza; queda tan aturdido y tan fuera de sí, que va tambaleándose a apoyarse en una pared. Mi señor Galván se dirige a la doncella, que está sentada en un trono muy bello. Mientras tanto, el otro caballero le acosa por detrás, pero mi señor Galván no se vuelve en absoluto, pues le agrada contemplar a la doncella. El caballero le golpea tanto, que acaba hiriéndole; mi señor Galván lo mira y le da un golpe del revés con la espada, alcanzándole en el nasal y cortándole el nasal y más de la mitad de la nariz; lo derriba aturdido, y le dice a la doncella del trono:

—Doncella, ¿cómo os puedo socorrer?

—¿Cómo? Por Dios, me parece que ya me habéis socorrido un poco.

—No lo creáis, pues si todavía no he hecho lo que debía, haré lo que vos queráis,

aunque a estos dos ya no tengo que hacerles nada más, pues ya no necesitan de mi espada. Doncella —continúa, dirigiéndose a la de la espada—, me prometisteis que me diríais en esta habitación el nombre del buen caballero al que vais buscando y el del otro, que es mejor que él.

—Por mi cabeza, no estáis todavía en la habitación más bella; cuando lleguéis a ella, os lo diré.

—Doncella, entonces, seguid y yo iré tras vos; y no habrá lugar al que yo no os siga hasta que sepa el nombre de los dos caballeros más valerosos del mundo, pero antes querría saber si he socorrido debidamente a esta doncella.

—Ciertamente —contesta la de la espada—, no, pero lo habréis hecho cuando estéis en la habitación más rica.

A continuación, la doncella da media vuelta y se marcha, y él la sigue; entran en una gran sala, hermosísima, cuyo suelo estaba cubierto de hierbas y juncos recién cortados. En medio de la sala había una cama tapada por todas partes con una rica colcha y custodiada por diez caballeros completamente armados, salvo la cabeza. Al ver a mi señor Galván, se ataron los yelmos, desenvainaron las espadas y embrazaron los escudos, y se pusieron en pie, pues estaban sentados. Mi señor Galván se dispone a defenderse, a la vez que sigue a la doncella que va directamente a la cama, y que se sienta en el suelo delante de ella. Todos los caballeros corren a colocarse delante de mi señor Galván, gritándole:

—Esperad, señor caballero, no avancéis más hasta que sepáis cómo.

—¿Cómo debo hacerlo?

El más grande de todos ellos le contesta que si combate con todos a la vuelta, puede ir y ver lo que hay debajo de la colcha; en caso contrario, no pondrá los pies allí.

—Doncella —pregunta mi señor Galván—, ¿cuándo sabré lo que deseo saber?

—Lo sabréis cuando os vayáis de aquí con honra.

—¿Cómo, con honra?

—Ningún caballero andante —le contesta ella— que venga aquí se marcha con honra si no ve antes de irse lo que hay bajo la colcha.

—A fe mía, entonces lo veré.

Los caballeros retroceden y mi señor Galván avanza hasta la cama y levanta la colcha: debajo de ella ve a uno de los caballeros más hermosos del mundo y el más proporcionado en sus miembros, pero había sufrido tanto daño que no podía hablar y sólo podía estar echado boca abajo; tenía el brazo izquierdo tan hinchado y tan lleno de llagas, igual que la pierna derecha, que no podía moverse en absoluto y olía tan mal que apenas se podía permanecer en la habitación cuando la colcha estaba retirada.

—¡Ay, Dios! En qué mala hora —exclamó mi señor Galván— vivió un caballero tan bello como éste, nunca vi uno tan hermoso y perfecto.

—Verdaderamente —responde la doncella—, fue en mala hora, y eso que no sabéis su

gran valor.

La doncella vuelve a cubrirlo con la colcha, y el caballero grande que le había prohibido a mi señor Galván que siguiera avanzando, le dice que tiene que combatir contra ellos diez.

—¡Ay! No lo hagáis —dice la doncella de la espada— pagad el peaje que pagan los demás.

—¿Qué peaje, doncella?

—El yelmo lleno de vuestra sangre.

—Mala desgracia tenga el caballero o la doncella que lo han pedido, pues los caballeros no pagan peaje. Combatiré por Dios, aunque sean cuatro veces más que los que hay aquí.

Le atacan todos a la vez, y él se defiende con valentía. Entonces, se despierta el caballero de la cama, que estaba dormido, ve delante a la dama de la espada, y le dice:

—¡Ay, doncella! Os supliqué que fuerais al lugar que os dije, y vos os habéis vuelto.

—Es cierto, pero me encontré ahí fuera a un caballero que es muy valiente y lo traje, tal como se me enseñó: es ése que está combatiendo.

Hace que le levante la cabeza tanto como puede soportar y ve que mi señor Galván está manteniéndose ante los otros caballeros de forma admirable: le acosan con violencia, pero él ha dado muerte a uno y ha dejado heridos a otros dos. Cuando ve que no puede resistir a gusto, teme que le ataquen por la espalda, y empieza a retroceder hacia la puerta de una habitación que estaba cerrada; piensa que si se logra proteger la espalda con aquella puerta, no tendrá por qué temer que le ataquen de frente, aunque fueran más de los que son. Cuando consigue ponerse de espaldas a la puerta que estaba cerrada, se defiende con valor, de tal modo que el que estaba en la cama, que apenas podía hablar, empieza a reír. La doncella de la espada le pregunta que por qué se ríe, y él le responde:

—¿No os parece admirable que esos hijos de puta no puedan vencer a ese caballero solo? ¡Ay, Dios, que sea en mala hora para ellos!

Entonces se deja caer otra vez en la cama, y empieza a llorar.

Cuando mi señor Galván considera que está a salvo por la espalda, una doncella abre la puerta: era la doncella a la que había visto sentada en el trono. Al verla los caballeros, siguen atacándole igual que al principio; ella sujeta a mi señor Galván por el puño derecho e intenta quitarle la espada, a lo que él le dice:

—Ay, doncella, dejad mi espada, pues bien podéis ver que estoy en peligro de muerte.

—Dejad la espada —le responde ella—, pues quiero tenerla yo.

A continuación les hace señas a los caballeros de que lo deja, y vuelven a atacarle, golpeándole en el yelmo y en los hombros, y cuidando de no herir a la doncella, que tiene por el puño a mi señor Galván y no quiere dejarlo por nada que diga. Él no

quiere golpearla, pero siente cómo los otros le golpean; entonces, suelta la espada y se esfuerza con todo su valor: ataca a uno de ellos con el brazo y con el cuerpo, tirándolo al suelo, de forma que la espada le vuela de la mano; él la toma, y se lanza contra los demás; ahora les parece más fuerte y vigoroso que al principio, a pesar de lo mucho que le han golpeado y herido.

De nuevo acude la doncella, le sujeta el brazo para quitarle la espada, y él le dice:

—¡Ay, doncella!, según me parece, no os socorrí debidamente.

Abandona la espada y se dirige al caballero, le quita el escudo y lo toma con la mano derecha por la abrazadera, y con él golpea al más alto y más fuerte en medio de la cara, y era el que tenía la espada más hermosa; lo derriba al suelo desmayado, pues le ha aplastado el nasal y se lo ha metido en la cara; le arranca de la mano la espada y le dice a la doncella:

—¡Ay, doncella! Dejadme esta espada y os daré las de todos ellos, si las queréis tener, tardaré muy poco.

La doncella comienza a decir:

—Esperad, señor caballero, esperad un momento.

Entonces lo sujeta por el puño y les ordena a los caballeros que se retiren.

—Por Dios —dice mi señor Galván—, dejadme. Bien podéis ver que sólo quedan cuatro.

Sin embargo, ella se lo lleva a la habitación de la que había salido, y le dice que tendrá que pagar el rescate.

—¿Qué rescate?, pregunta.

—El que os han pedido los caballeros.

—¿El de la sangre?

—Así es.

—Que Dios no me vuelva a ayudar si no prefiero morir, pues no habrá día que no se me reproche.

—Entonces, no saldréis nunca de mi prisión.

—Por mi fe, no sé que voy a hacer, pero no pienso salir nunca pagando ese rescate.

—Por la ayuda de Dios, no os tendré como prisionero, pues sois muy valiente: os doy por libre, pero os quiero decir por qué os han pedido la sangre. Ese caballero está tan enfermo como habéis visto, y no sanará hasta que el mejor caballero del mundo —a excepción de otro que hay mejor que él— le haya ungido la pierna con su sangre, y hasta que el otro —que es mejor que él— le haya untado el brazo; entonces quedará sano y completamente curado. Sería un gran honor para vos si se salvara por vuestra sangre, pues conseguiríais honra y realizaríais una obra de caridad: honra, porque seríais considerado el mejor caballero del mundo; una obra de caridad, porque se curaría gracias a vos. No habría un día en que no os debiera una recompensa por haberle salvado la vida.

—Me gustaría que eso ya estuviera hecho y que fuera verdad, pero ciertamente sé que no soy el mejor caballero del mundo y que hay muchos mejores que yo. Pero ya que me ponéis a prueba, acepto, pues la salud del caballero no será aplazada por mi culpa.

La doncella se pone en pie y acuden criados y muchachas que le quitan el yelmo; una le suelta la calza derecha, tal como le había enseñado la doncella. Ésta, por su parte, le entrega la espada, y él se la clava en el muslo, de forma que la sangre vuela abundante, hasta que la doncella dice: «Ya basta». Acude entonces la doncella de la espada; él le pide que cumpla lo prometido, a lo que ella le responde que lo sabrá en su momento, pero que es necesario que el caballero sea ungido con su sangre. Luego, entra un criado, joven doncel, muy hermoso; cuando oye hablar a mi señor Galván, le parece que lo había visto en otra ocasión, pero no pudo reconocerlo, pues en la habitación sólo había una ventana abierta, y estaba muy oscuro.

Corrió el criado a abrir las demás ventanas. Mi señor Galván ve entonces que aquella era la habitación más hermosa y rica de cuantas había visitado en su vida, y que la doncella que le había llevado era mucho más bella de lo que él pensaba. La doncella del trono hace que mi señor Galván se quite todas las armas, para examinarle las heridas, pues estaba muy herido. Cuando el criado se las vio, se vuelve haciendo tales muestras de dolor que nadie podría hacer otras mayores; mientras, él va hasta el caballero que yacía en la cama, le unge la pierna con la sangre, y éste se queda dormido. Cuando regresa el criado, le hacen señas para que se vaya, pues el caballero está descansando: el muchacho se retira a una habitación, se deja caer en una cama y llora, se lamenta y se golpea con los dos puños a la vez, desgarrándose el vestido. La doncella del trono contempla las heridas de mi señor Galván con mucho detenimiento. Al cabo de un rato, el caballero se despierta y lanza un hondo suspiro.

Cuando oye al criado que grita en la habitación, se asusta y se pregunta admirado qué le puede ocurrir, de forma que se dispone a salir de la cama, y siente que tiene la pierna completamente curada; entonces exclama: —«¡Ay, Dios! Estoy curado de la pierna». Se levanta y, con el brazo apoyado en el pecho, va a la habitación en la que estaba el criado llorando; se lo encuentra arrancándose los cabellos y rasgándose el vestido. Cuando el muchacho ve a su señor delante de él, no se inmuta, ni deja de hacer duelo.

—¿Qué ocurre —le dice el señor—, hijo de puta, bastardo? ¿Por qué os lamentáis? ¿Acaso no veis que estoy curado?

—Es cierto, pero no me importa, pues a cambio de eso he visto un daño mayor.

—¿Qué daño?

—¡Ay, noble señor! Ahí dentro le han dado muerte a mi señor Galván, hermano vuestro y mío.

—¿Galván?

Al oír tal nombre, siente un dolor tan grande que se desmaya; acuden a su

alrededor todas sus gentes, que lo vuelven a poner en pie; también acudió la doncella del trono, que había oído que estaba curado, pero al verlo desvanecido, se sintió mal, pues no quería a nadie tanto como a él, y sin esperar más, lo tomó entre sus brazos.

Cuando volvió en sí, pregunta quién ha sido el que ha dado muerte a su hermano. Ella le pregunta que quién es su hermano, a lo que él responde:

—Galván.

—¿Cómo? ¿Está aquí?

—Sí, eso ha dicho Mordret.

—¡Ay, desgraciada de mí! Yo lo sospechaba. Ciertamente es el hombre más valiente del mundo y gracias a él estáis curado.

Y tras contarle de qué modo ha sido, añade:

—Pero no tiene ninguna herida mortal.

Entonces intentan sostenerlo, según era habitual.

—Dejadme, pues estoy completamente curado.

Va a la habitación en la que estaba mi señor Galván; éste, al verlo entrar, se pone en pie y se da cuenta de que es el caballero de la cama, pero no reconoce que es Agravaín, pues estaba delgado y pálido; éste le echa al cuello el brazo sano, y dice:

—¡Ay, mi dulce hermano, sed bienvenido, que me habéis curado la pierna!

Mi señor Galván lo reconoció entonces por el habla; se besan y se muestran tal alegría y tal pena uno por el otro, que se desmayan a la vez, pero mi señor Galván estuvo a punto de morir, de la alegría y de la pena.

—Buen hermano, ¿dónde habéis cogido esa enfermedad?

—Os lo voy a decir. Me ocurrió cuando os marchasteis de la última asamblea, en la que se hizo la paz entre mi señor el rey Arturo y Galahot, cuando os dejé enfermo en Carduel; me puse en marcha hacia esta tierra a ver a esta doncella, la del trono, pues la amo —dijo— más que a ninguna cosa. Tan pronto como emprendí el camino, me encontré con un caballero que iba en mi busca con gran apremio, pues venía de parte de mi doncella para decirme que por el amor que le tenía, que fuera en su socorro, porque su padre, Tradelmán, rey de Norgales, la había dado a un caballero al que ella no quería. Vine y conseguí vencerlo.

No había pasado mucho tiempo, cuando yo estaba cerca de aquí en un bosque, en el que había cazado durante toda la mañana, hasta que fue la hora de mediodía; tenía mucho calor. Había cazado dos corzos, que los llevaba por delante mi hermano Mordret. Me acosté en camisa a la sombra de un sicómoro sobre la hierba verde, junto a una fuente. Era el mes de agosto bien entrado, hacía mucho calor, y conmigo sólo quedaba un escudero que tenía mi caballo y que se había echado cerca de allí, junto a un matorral. Me quedé dormido por el calor y por el cansancio; entonces llegaron dos doncellas, montadas en sendos palafrenes; cada una de ellas llevaba en la mano una caja, según me contó el escudero que las vio, y pensó que eran mi doncella y una de sus

muchachas.

Las doncellas se acercaron a mí; una de ellas me colocó una almohada debajo de la cabeza, y seguí durmiendo; una me untó la pierna con no sé qué, y la otra, el brazo izquierdo. Cuando se marcharon, pasaron junto al matorral en el que estaba mi criado, y decían:

—Nos hemos vengado bien, no poniendo término para su curación.

—Así me ayude Dios —le contestó la otra—, pondré término a lo del brazo de aquí a que lo unte con la sangre del mejor caballero que exista.

—Entonces, yo le pondré término a lo de la pierna el día que se la lave con la sangre del mejor caballero, después del otro. Sabed que habrá que esperar mucho tiempo, pues es poca la gente que hay ahora en el mundo capaz de elegir a los dos mejores caballeros.

A continuación, se metieron en el bosque y mi escudero no pudo oír nada más, pero quedó bien claro que eran forasteras. Muy asustado, vino a mí, dispuesto a despertarme, pero yo no me habría despertado nunca, mientras tuviera la almohada bajo la cabeza; mi escudero no se dio cuenta de esto, y me zarandeó tanto que mi cabeza se cayó de la almohada: me desperté y sentí un dolor en la pierna y en el brazo, igual que el de esta mañana, y por todo el mundo me resultaba imposible montar a caballo; fue necesario que mi escudero viniera a mi lado y me preparara unas parihuelas, que usé para llegar aquí. Traía la almohada bajo la cabeza, para descansar, cuando un caballero completamente armado se acercó a las parihuelas, arrancándomela de debajo de la cabeza, con tanta violencia que me hirió. Vine enfermo de este modo. Y ya os he contado toda mi enfermedad.

—Señor, señor —dice la doncella—, ¿no os dije que mandarais a buscar a mi señor Galván, vuestro hermano pues era el mejor caballero del mundo? Vos dijisteis que había muchos más valientes que él: vos no hicisteis nada para evitar perder la pierna, pues pensabais que era mentira lo que os había dicho el escudero.

Agravaín se calla y no pronuncia una sola palabra, y siente una gran vergüenza por haber menospreciado a su hermano, según le parece.

—¿De quién es esta casa?, pregunta mi señor Galván.

—Es mía —le responde su hermano—, me la dio el duque de Cambenync, que se la conquistó el otro día al rey de Norgales, quien la había establecido a la fuerza en esta tierra.

Entonces empezó a sonreír la doncella, y mi señor Galván le pide y conjura, por lo que más quiera del mundo, que le diga por qué se ríe.

—Me río —contesta— por las locuras de este mundo, pues una hermana mía, más joven que yo, ha jurado que no entregará su virginidad si no a vos; mi padre no tiene más hijos que nosotras dos; por miedo a vos la ha mantenido oculta, que nadie la puede ver.

—Por Dios —responde mi señor Galván—, la guarda demasiado lejos y yo tengo muchas otras cosas que hacer. Sin embargo, si se presenta la ocasión, la veré con mucho gusto, si puede ser. Doncella —continúa diciendo, dirigiéndose a la de la espada—, decidme quiénes son los dos valientes caballeros, cuyos nombres me ibais a decir en secreto en esta habitación.

—Señor —le contesta—, parece claro que uno sois vos.

—¿Quién es el otro?

La doncella le responde que es el vencedor del torneo del rey Arturo y Galahot, «pero en verdad ignoro su nombre. Él os envía especialmente para vos la espada que yo llevaba, pues iba a la corte a buscaros cuando os encontré y os traje aquí, porque el corazón me decía que obraría como mujer sabia haciéndoos venir».

Entonces la doncella le entrega la espada; él la toma y la desenvaina, y le parece que es de gran belleza. Agravaín le dice:

—Señor, esa espada es tal como atestiguan las letras que lleva: es buena para un joven que todavía no sea caballero, pero no vale para un hombre valiente, pues según dicen las letras, no dejará de empeorar y el que la tenga mejorará continuamente. Cuando me la enviaron, y supe cómo era, pensé que nadie la emplearía mejor que vos, y por eso os la envié.

—Ciertamente —contesta mi señor Galván—, así es y pienso darle una buena utilización gracias a un joven doncel, diestro, que me gustaría que fuera ascendiendo.

—Señor —le dice la amiga de Agravaín—, ponedla en buen lugar, pues procede de una persona tan buena como mi hermana, que se la envió a vuestro hermano, porque le recordaba a vos.

—Así lo haré. Del caballero que venció el torneo, os puedo asegurar que es, sin lugar a dudas, el mejor caballero que he visto en mi vida, y hace más de un mes que me puse en marcha buscándolo, a la vez que otros diecinueve caballeros.

Se los enumera a Agravaín.

—Señor —le pregunta éste—, ¿dónde pensáis que puede estar?

—Sé dónde está, pero no puedo decirlo para no caer en perjurio; si lo encuentro, lo traeré aquí. Sabed que es Lanzarote del Lago, el hijo del rey Ban de Benoic.

Fue grande la alegría que se mostraron los dos hermanos, y pasaron todo el día en hablar, hasta que se hizo de noche, que se fueron a acostar. Por la mañana, mi señor Galván se levantó muy temprano, y después de armarse, fue a despedirse: Agravaín hizo que le dieran un buen caballo, por el suyo, que se lo habían matado. Mi señor Galván le pregunta al irse que por qué estaba tan custodiado, y de quién eran todos aquellos caballeros. Agravaín le responde que todos eran de su amiga, pues cuando su padre iba a casarla, dividió su tierra e hizo que los caballeros que le correspondieron en la división, le juraran vasallaje; todos ellos habían acudido allí por cumplir con su juramento y decidieron poner una doncella de vigía en el camino principal, para traer

aquí a los caballeros, de forma que viniera algún valiente que me curara. Y ha resultado que vos habéis sido el primero en venir.

—Y las que os causaron el daño —pregunta mi señor Galván—, ¿sabéis o sospecháis quiénes fueron?

—No; sólo sé que yo estaba combatiendo contra un caballero, al que le disloqué un brazo; entonces vino una doncella, que creo que era su amiga, y me dijo que si yo vivía un año, no me burlaría de lo que había hecho. Y os voy a decir quién creo que era la otra: seguí en busca de aventuras por la Bella landa, y me encontré con una doncella de extraordinaria hermosura y, tras ella, iba un caballero. Yo la sujeté por el freno del caballo en cuanto vi su aspecto, dispuesto a llevármela. El caballero quiso quitármela, combatimos y finalmente lo derroté. Entonces, tomé a la doncella y la llevé durante un largo rato, hasta que llegamos a unos matorrales espesos; allí, descabalgué, le dije que lo iba a hacer, y la bajé de su palafren. Ella se defendió, me senté junto a ella y me quité el yelmo; luego, a la fuerza, le descubrí la pierna derecha, hasta la altura del muslo; ella se lamentaba y se defendía como podía. Cuando lo iba a hacer, me di cuenta de que tenía tan sarnosa la pierna y el muslo, como nunca se había visto, a mi parecer. Le dije que en mala hora se había resistido, y aunque estuviera contrahecho, no le tocaría ni la mejilla. Me marché diciéndole que fuera afrentado el caballero que se acostara con ella. Me respondió que si yo vivía un año, preferiría dar todo lo que tuviera para que mi pierna no fuera más fea ni más sarnosa que la suya. Así, pues, pienso que no cogí mi enfermedad sino por estas dos.

Mi señor Galván le responde que bien puede ser así, y que es una cosa muy fea que un hombre valiente sea orgulloso y de malas maneras, pues de ahí derivan todas las desgracias. Agravaín era en su tiempo uno de los caballeros más orgullosos y con menos compasión.

Cuando le trajeron el caballo, mi señor Galván se despidió, montó y colgó del arzón de la silla la espada que la doncella le debía haber llevado; luego, se marcha. La doncella que hizo que fuera allí, también montó y lo acompañó hasta el lugar desde el que lo había traído; después, lo encomendó a Dios, que le evite todo mal, y él pide lo mismo para ella.

Mi señor Galván se va y cabalga durante toda la mañana, hasta la hora de tercia; entonces entra en el bosque de Brequeham por la parte más tupida y sigue el camino principal, hasta que llega a una landa muy larga y muy ancha: delante de él, en medio de la landa ve dos postes recién clavados, llenos de muescas de arriba hasta abajo, como si fueran un armero; están cargados de gruesas lanzas y al otro lado cuelga un escudo rojo. Cuando se acerca, ve bajo uno de los postes a un caballero armado con todas las armas, a excepción del yelmo. Mira más atentamente, y ve que bajo un árbol están tocando un cuerno y que al punto, el caballero se prepara, se ata el yelmo, se coloca al cuello el escudo rojo y monta sobre un gran caballo: lleva las armas con habilidad y

galopa contra mi señor Galván tan deprisa como puede el caballo.

Mi señor Galván hace lo mismo: se golpearon en los escudos cuando iban al galope tendido, de forma que las lanzas volaron en pedazos. Mi señor Galván toma la espada y ataca al caballero. Entonces, el caballero dice:

—¡Ay, señor caballero! Ya recurriremos a las espadas en su momento, y lo haremos bien y suficientemente, pero no hay mejor muestra del valor caballeresco que la de las justas por la fe que le debéis a la cosa del mundo que más queráis, justemos con esas lanzas que veis ahí, hasta que uno de nosotros caiga o hasta que estén todas rotas.

Mi señor Galván le contesta que tardaría demasiado y que tiene que ir a otro lugar.

—Por la fe que le debéis a Dios, hacedlo. Él lo otorga. Se acercan ambos al poste y toman la lanza que les parece bien. Vuelven a chocar y rompen de nuevo las lanzas sin detenerse; y a cada golpe el caballero intenta alcanzar a mi señor Galván bajo la gola, y de este modo llegan a la quinta justa. Entonces, mi señor Galván se aleja por la landa la distancia del tiro de una piedra pequeña, pica espuelas y va tan deprisa que saltan chispas. Se golpean con toda la fuerza de los caballos, alcanzándose con tal vigor, que las lanzas se quiebran y se hacen pedazos hasta las empuñaduras. Al cruzarse, mi señor Galván le golpea con el cuerpo, con el escudo y con el yelmo tan duramente que le parece que los ojos le van a saltar de la cabeza; lo arranca del arzón y lo lleva al suelo por encima de la grupa del caballo, de forma que las dos riendas le quedan en el puño izquierdo, y al caer se le rompe el brazo dentro del escudo, y se desmaya.

Entonces descabalga mi señor Galván, toma la espada y va contra él; pero éste no hace ningún esfuerzo por levantarse, sino que permanece desmayado durante mucho tiempo; al volver en sí, se lamenta con amargura y se pone en pie. Mi señor Galván le ataca de nuevo y le dice que si no se pone en guardia, le golpeará, a lo que le contesta que ya lo puede hacer, pues no tiene fuerza para defenderse.

—Así, no os mováis, porque os mataré, si no os dais por vencido.

Se reconoce derrotado, pues no puede hacer nada mejor.

—Ahora, prometedme que iréis prisionero a donde yo quiera.

Se lo promete. Entonces, mi señor Galván le exige que primero, vaya a la corte del rey Arturo sin detenerse: «Saludad a la reina de parte de un caballero al que ella le hizo medio favor, aunque podría haberlo hecho entero, si hubiera querido. Decidle que si se presenta el momento, le daré la recompensa demediada. Procurad —advirtió al caballero—, para mantener la promesa, no indagar cuál es mi nombre, pues no quiero que sepáis nada más. Cuando hayáis cumplido con mi mensaje, entregaos como prisionero al senescal de Roestoc, y decidle a su dama que si me olvido de ella cuando me necesite, como ella hizo conmigo, ni ella, ni nadie me lo podrán recriminar; decidle que soy el que venció el combate contra Segurades».

Después, toma la espada que lleva colgada del arzón de la silla, se la tiende al caballero y le dice que se la entregue a Héctor de su parte y que le diga que les agradece

al senescal y a él el haber sido escuderos suyos en la batalla.

Éste fue el caballero que habló con la reina en Quincprecorentín y con la dama de Roestoc el mismo día que Héctor se puso en marcha en busca de mi señor Galván. Todo esto le encargó, tal como ha contado la historia al referirse al encuentro en el que habló con la reina.

Mi señor Galván hizo que le entablillaran el brazo con la espada, pues era la persona del mundo que más sabía de esto, porque lo había hecho muchas veces, para sí mismo o para otros: se lo ató y preparó muy bien. Después de hacerlo, le preguntó por qué había colocado aquellos postes y las lanzas, a lo que respondió:

—Señor, amo a una alta dama de esta tierra; la requerí de amor muchas veces siendo muchacho, y ella me contestó siempre que jamás amaría a un escudero, pues ella era dama y se vería muy rebajada en su condición. Conseguí ser armado caballero, hace apenas un año. Volví a rogarle y ella me contestó que ignoraba que yo fuera caballero, pero que cuando hubiera oído hablar de mí lo suficiente a otros caballeros por mis hazañas, entonces sería justo que me amara. Me esforcé en hacer el bien y en obrar con valentía para agradarle, y realicé tales acciones que ella se me mostró más agradable y afectuosa que antes. Entonces, volví a requerirla de amor, y ella me respondió que me concedería su amor con tal de que guardara la landa de los Siete Caminos —que es esta landa— durante un mes: debía combatir contra todos los caballeros que pasaran por aquí. Cuando la hubiera guardado un mes sin ser vencido, ella se me entregaría a mi antojo. Por eso había levantado esos postes y había traído las lanzas, pues se me consideraba el mejor justador de esta tierra. Ya conocéis la razón.

—¿Cómo? ¿Es ésta la landa de los Siete Caminos?

—Sí, señor, sin dudas. Ahí, al final de la landa está la entrada a todas las maravillas del bosque.

—¿Sabríais indicarme el camino para ir a la tierra de Norgales?

—Sí, señor, muy bien.

Mi señor Galván le ayuda a montar, y el caballero lo lleva al cruce de los Siete Caminos; allí se encuentran con la doncella que se dirige a la corte del rey Arturo con el escudo partido. Mi señor Galván le pregunta que a dónde iba. Ésta le responde que va en busca de la reina Ginebra.

—¿De ella? —pregunta el caballero herido—. Yo también voy allí; os acompañaré si queréis; necesito en gran manera compañía y entretenimiento.

La doncella le responde que le agradará mucho su compañía. Luego, mi señor Galván le pregunta qué significa ese escudo y por qué lo lleva. Le contesta que eso no le importa a él, pues en nada le afecta:

—Si os afectara —añade— y tuvierais que seguir la aventura del escudo, no os bastaría con seguirla por toda Bretaña.

Doncella, bien puede ser; sin embargo, lo sabré, si no os molesta: os ruego que me

lo digáis.

—No lo sabréis en mucho tiempo, si no venís a la corte del rey Arturo a oírla.

—No iré allí de forma voluntaria. Será necesario, pues, que me conforme sin saberlo.

Emprende el camino que le había indicado el caballero, mientras que éste sigue su vía con la doncella del escudo.

Pero la historia no sigue hablando de mi señor Galván, ni de ellos, sino que vuelve a hablar de Héctor, que ha emprendido la búsqueda de mi señor Galván.

Cuenta aquí la historia que Héctor cabalgó sin encontrar aventura digna de mención hasta que atravesó el río Severn, luego continuó sin detenerse hasta la Landa de la Encrucijada pues allí había estado de escudero en una gran asamblea. Pero antes de llegar, mientras iba pensativo por el bosque, alrededor de la hora de tercia, en una mañana hermosísima, cuando iba pensando como quien no carece de amiga, llegó a donde estaba una doncella que había descabalgado de su palafrén bajo una encina; estaba desolada y tenía apoyado en su regazo a un caballero gravemente herido de espada: en los muslos había recibido estocadas, mientras que en la cabeza y en el hombro izquierdo tenía tajos. Con ellos había un escudero que sujetaba un trozo de lanza. La doncella y el escudero mostraban un profundo dolor, pues pensaban que iba a morir.

Héctor cabalgaba pensativo; ellos estaban en medio del camino, y el caballo de Héctor pasó tan cerca que poco faltó para que pasara por encima del caballero herido.

—Señor caballero —dice la doncella—, no sois tan cortés como deberíais, pues por poco no habéis pisado a este caballero que, quizás, es tan noble como vos o más.

Pero Héctor no lo oyó, y el escudero dijo entonces:

—Está dormido, que Dios no le vuelva a ayudar.

Y jura que si su señor no estuviera enfermo, lo derribaría del caballo. A continuación, levanta el trozo de lanza que tenía en la mano y golpea con él al caballo de Héctor en la frente, con tanta fuerza que hace volar en pedazos el asta; luego, sujeta al caballo por el freno y tira de él hacia atrás; de forma que por poco no lo hace caer al suelo. Es entonces cuando Héctor abandona sus pensamientos, ve al escudero, que le parece un malvado y que le está diciendo que siente mucho que no se le haya roto el cuello.

—¿Por qué, buen hermano? —le pregunta Héctor.

—¿Por qué?

El escudero empieza a jurar con dureza.

—Los diablos vivos —dice el criado— han hecho que os quedéis dormido y por poco no habéis pisado a un caballero que se está muriendo y a esa doncella que lo sostiene. Los diablos os hacen ir como caballero, cuando no hacéis más que dormir.

Al oírlo, se considera un villano, vuelve a la doncella y le suplica que le perdone, «pues sabed que iba pensando en la cosa del mundo que más quiero y me tarda el verla de nuevo: os ruego que me perdonéis a condición de que me convierta en vuestro caballero en el primer lugar en que me necesitéis».

La doncella que oye lo que deseaba, le responde que le perdona con esa condición, si le promete que la mantendrá. Él se lo promete como caballero. Entonces, la doncella

le pregunta que a dónde va, y él contesta que quería dirigirse a la Landa de la Encrucijada del bosque de Brequeham, pues así lo había prometido, «pero desconozco el camino, que sólo he estado allí una vez y hace mucho tiempo que no voy y es un camino difícil de seguir».

—¡Ay! Yo sabría llevaros bien —dice la doncella—, si os atrevierais a acompañarme, pues tengo mucho que hacer allí.

—¿Si me atreviera? No hay bajo el cielo ningún lugar al que no me atreviera a llevaros, de forma que no tuvierais daño alguno: de ese modo os acompañaré, si queréis.

—Muchas gracias; siendo así, iré.

Ordena al escudero que se acerque, le pone en el regazo al caballero y le habla en voz baja al oído, pero no sabe qué le ha dicho. Héctor le ayuda a montar en el palafrén y él también monta. Los dos juntos se alejan, cabalgando durante todo el día hasta la hora de nona, en que llegan a un río que divide el bosque de Brequeham, tal como ha contado la historia más arriba. Héctor se quedó admirado de que hubieran avanzado tanto, pues pensaba que aún estaban muy lejos del río, y no pensaba que estuviera yendo por aquella parte: le parece que la doncella le ha desviado del camino recto, y así era, ciertamente, de modo que él se lo dice, a lo que ella le jura que lo lleva bien y que no se preocupe.

—Doncella —insiste—, no sé qué es lo que pensáis, pero no me saquéis de mi camino para evitar las aventuras, pues no os lo agradeceré.

—No lo estoy haciendo —le responde—, no os preocupéis.

Mientras tanto, han entrado en una pradera muy hermosa, y Héctor pregunta a la doncella que estaba con el caballero que quién le había herido de aquel modo, y ella le cuenta:

—Señor, hay cerca de aquí un caballero perverso y cruel que se cree que es uno de los mejores del mundo, tal es su orgullo; el caballero que estaba conmigo es primo suyo y amigo mío, pues es la cosa del mundo que yo más quiero. Sucedió un día que ese caballero del que os estoy hablando, que es tan perverso, había ido al bosque completamente armado, porque no se atrevía a ir de otra forma, ya que estaba en guerra con el rey de Norgales y con el duque de Cambenync. Mi amigo fue al pabellón en el que estaba durmiendo la amiga del otro: ella dormía en el centro y él se acostó a un lado, sin pensar en nada malo. No pasó mucho tiempo antes de que llegara su amigo: dijo que ya otra vez le habían dicho que había yacido con su amiga, y que no había pensado nada bueno de ello. Cuando lo encontró de aquel modo, lo hirió de la forma que habéis visto, sin lanzarle ningún desafío.

—En verdad —responde Héctor—, lo hirió de mala forma y a traición.

Hablando de este modo fueron cabalgando hasta que vieron un pabellón hermosísimo. Al acercarse a él, distinguen en la parte de fuera a un caballero al que le

están atando las calzas, mientras que dentro grita una doncella, que da unos gritos tan fuertes que se pueden oír desde lejos. La doncella que va con Héctor le dice a éste:

—Señor, ése es el caballero que hirió a mi amigo; sé que intentará hacerme algún daño: me volveré si vuestra compañía no puede protegerme.

—¿Os preocupa alguien además de él?

—No, señor, pues sé que no me odia ninguno de sus compañeros.

—No tengáis ningún miedo ahora, porque con la ayuda de Dios pienso que os podré proteger frente a él.

—Señor, muchas gracias.

—Id por delante, pues me gustaría tener un motivo para poder emprenderme con él. ¿Quién puede ser el que grita de ese modo?

—Señor, pienso que es su amiga, una de las doncellas más hermosas y más valiosas del mundo, pero me sorprende que grite de esa forma.

Llegan ante el mismo caballero que estaba haciéndose armar. Héctor, sin saludarle, le pregunta por qué llora la doncella.

—¿Qué os importa?, le pregunta el caballero.

—Me gustaría saberlo, responde Héctor.

—No sabréis nada.

—Caballero, decídmelo, por favor. Así me ayude Dios, hoy habéis encontrado el momento de hacer favores.

—En verdad, por mucha fuerza que tengáis vos junto a vuestra puta que aquí habéis traído, no os lo diré.

—Señor caballero, me afrentáis y no me honráis, pues cuando un caballero maldice a otro de fuera, que a él se dirige, la afrenta es más para él que para el caballero de fuera, y lo siento más por esta doncella de la que decís cosas deshonorosas, que por mí mismo.

—Por Dios, digo la verdad.

—Mentís, le interrumpe la doncella.

Cuando el caballero oye que aquella joven le desmiente, siente vergüenza y enrojece por completo; salta del asiento en el que estaba sentado e intenta lanzarse contra la doncella. Pero Héctor se coloca entre ambos, diciéndole al caballero que la doncella está bajo su protección «y me apreciaríais en muy poco si la golpearais delante de mí, que estoy completamente armado, mientras que vos sólo tenéis cubiertas las piernas: os podréis vengar mejor cuando estéis completamente armado.

—¿Os creéis que me voy a armar por vos? Ciertamente, con que tuviera sólo el escudo al cuello, la arrojaría a unas letrinas y la colgaría por las trenzas de una de esas encinas, pues no la dejaría antes por vos que por un crío.

—Sin embargo, ella no se preocupa por vos, ¿no es así, doncella?

—Así es —responde— Ni le tengo afecto, ni le amo y desearía que le sobreviniera

cualquier afrenta, pues bien se la merece por su comportamiento ante Dios y ante todo el mundo, ya que es el caballero más traidor y más desleal de cuantos habéis visto.

Cuando el caballero lo oye, siente una gran cólera y se lanza hacia Héctor intentando coger a la doncella por las trenzas.

—Pienso —le dice la doncella a Héctor— que ahora también me defenderéis mal.

Héctor pica espuelas a su caballo y golpea al caballero con el pecho de su animal, de forma que lo tira al suelo y se le pone encima, diciéndole que si no le diera vergüenza, lo trataría de tal modo que no podría volver a ponerle la mano encima a ninguna doncella sin acordarse de ésta y de su amigo, por quien le ha causado una gran tristeza. Cuando el caballero se pone en pie, está encolerizado y dice que en mala hora pensó Héctor tal cosa, y que jamás se acostará en cama mientras viva, hasta que no cuelgue a la doncella.

—Id a armaros —le ordena Héctor— y si la doncella os ha ofendido en algo, venid a tomar venganza sobre mí, pues podréis hacerlo si conseguís vencerme.

—Así me ayude Dios, no me dignaré en armarme por ti.

Entonces le ordena a un escudero suyo que le lleve el caballo y el yelmo; éste lo hace, pues le temía más que a la muerte. Después de atarse el yelmo, salta sobre el caballo, se coloca uno de sus escudos al cuello, ciñe una espada y luego empuña una lanza y se aleja hacia el centro del campo. Héctor hace lo mismo, deseoso de justar. Van uno contra otro tan rápidos como pueden los caballos y se golpean en el escudo: el caballero rompe la lanza, mientras que Héctor le alcanza con tanta fuerza que hace que la suya se arquee contra las barras de la bocla del escudo, pero no llega a romperse y lo derriba al suelo; le había dado con la contera de la lanza, pues no quiso alcanzarle con la punta porque el otro iba desarmado y temía que le deshonrarían si hería o le daba muerte a un caballero inerte. Cuando iba a levantarse, Héctor le apunta al yelmo y le golpea de plano con la espada, dándole tal cintarazo que lo vuelve a derribar; luego, le golpea la piel que cubre el escudo, haciéndole una raja de más de medio pie, de forma que por poco no le corta también el brazo izquierdo. El caballero saca el brazo de las abrazaderas del escudo: mientras, a Héctor se le queda la espada clavada en el escudo y el otro desenvaina la suya, golpeándole con las dos manos.

Héctor no puede recuperar su espada, salta al suelo y cuando el caballero se da cuenta, se mete en el pabellón. Héctor arranca la espada del escudo y sale en persecución del caballero, diciéndole que se dé por muerto. Éste se quita el yelmo y arroja la espada, pero Héctor le dice que de nada le valdrá y que le dará muerte si no se considera vencido. El que va desarmado, temiendo morir, responde:

—Me doy por vencido como hombre desarmado; tendrás el honor que te mereces; pero si me concedes que me arme y me esperas para combatir conmigo, entonces, diré que eres caballero y tendrás honor, si me vences.

—Lo haré, pero dime antes por qué llora esta doncella.

—Te lo voy a decir: porque no pienso entrar de hoy en adelante en ningún lugar en el que ella esté, pues he probado su maldad.

—¿Es por lo mismo por lo que heriste al otro caballero, sin retarlo, al que era tu primo hermano y amigo de esa doncella?

—Así es, pero no lo herí sin haberlo retado, pues al ofenderme, quedó retado. ¿Está vivo aún?

—Sí.

—Lo siento mucho, pues me traicionó.

Entonces pide sus armas, y se las traen. Héctor se acerca a la doncella, que está muy triste porque ha permitido que se arme.

—Si os hubiera derrotado él —le dice la doncella—, tal como vos habéis hecho, os hubiera dado muerte, sin tener más compasión.

—No os preocupéis, pues con la ayuda de Dios estaré esta noche en tan buena situación como he estado hoy, y con más honor: no podía matarle ni vencerle así, sin verme afrentado, y el caballero armado que le da muerte a un caballero inerme, pierde todos sus derechos y es deshonorado en todas las cortes, si no lo hace en legítima defensa.

Mientras que Héctor y la doncella están hablando así, sale el caballero completamente armado: tenía una actitud orgullosa y amenaza a los dos. Héctor avanza, diciéndole que si quiere reparar la afrenta que le había causado al caballero y a la doncella que le había acompañado allí, se evitaría combatir. Le responde que aunque quisiera no combatir, no dejaría de hacerlo, pues en su vida estaría contento hasta que se vengara de él y que se guarde quien tenga que guardarse, pues está armado.

Héctor monta entonces sobre su caballo y toma una lanza gruesa y recta; vuelven a enfrentarse en justa los dos, y Héctor lo lleva al suelo tan fácilmente como antes; descabalga, pues sentía vergüenza de atacar a caballo al que iba a pie: ambos empiezan a esgrimir las espadas, combatiendo con violencia. Mientras tanto, la doncella que había ido con Héctor regresa al bosque, metiéndose por donde lo ve más espeso, para escapar mejor, por si le sobreviene una desgracia a Héctor; si es éste el que vence al caballero, podrá volver rápidamente. Los otros siguen combatiendo con fuerza durante un buen rato hasta que finalmente Héctor vence al caballero, que no puede resistir por más tiempo. Héctor le arranca el yelmo de la cabeza y le amenaza con cortársela.

Entonces acude la doncella que se había refugiado en el bosque, llega tan deprisa como le permite su palafren, gritándole a Héctor que le corte la cabeza; el caballero, por su parte, le clama compasión, a lo que él contesta que no tendrá más compasión que la que la doncella desee, pues es caballero suyo.

—¡Ay!, entonces moriré, porque ella me odia por su amigo; estoy seguro y creo que obré mal con él y que él no tuvo culpa en lo que dudé de él con mi amiga. Pienso que por eso me han llegado las desgracias: estoy dispuesto a hacer en todo vuestra voluntad

y os pido compasión, pues nunca hice nada malo contra vos; por eso, deberíais tener piedad. Tomad mi espada.

La doncella le dice a Héctor que en modo alguno la tome; éste dice que no hará sino lo que quiera la doncella. Al oír tales palabras, el caballero tuvo gran miedo de morir y se arrojó a los pies de Héctor. Cuando la doncella del pabellón vio a su amigo en tal peligro, no sabía qué hacer, pues le amaba por encima de todos los hombres y aunque se haya lamentado mucho, ahora ha cambiado de pensamiento. El caballero sigue de rodillas delante de Héctor; éste le pregunta a la doncella qué debe hacer con él, a lo que le responde:

—Señor, haced lo que queráis, pero vengad la afrenta de mi amigo, tal como me habéis prometido.

Héctor dice que entonces le cortará la cabeza.

—Por Dios —le ordena ella—, cortádsela.

Se baja la ventana, y entonces sale la doncella del pabellón, se deja caer a los pies de Héctor, pidiéndole compasión y que no lo mate. Héctor les dice que vayan los dos a clamar piedad a la doncella, y así lo hacen al punto. Cuando ésta los ve, empieza a llorar por la doncella, a la que quería mucho, y le dice a Héctor:

—Señor, haced vuestra voluntad, os lo concedo, pues habéis obrado muy bien.

Héctor le exige al caballero que le prometa que irá prisionero a donde él le diga, y éste así lo hace, prometiéndoselo como caballero. Luego, le manda ir a donde está el caballero al que hirió, que haga lo que éste le diga y que le perdone la animadversión a su amiga. Él le promete hacerlo todo tal como le ha ordenado, y que no amaría nada tanto como a la doncella.

Mientras, Héctor ha vuelto a montar, pues tiene aún mucho por hacer; manda al caballero que monte también, porque quiere que le acompañe hasta que encuentren un monasterio o una capilla en la que jurará mantener sus promesas. Monta y se pone en marcha con Héctor, con la doncella del caballero herido y con dos escuderos, y cabalgan hasta que encuentran una ermita.

—Doncella —le dice Héctor a la que le había llevado allí—, llevadme recto a la Landa de la Encrucijada.

—A fe mía —exclama el caballero—, no habéis venido directamente.

—No os preocupéis —dice la doncella—, os llevaré muy bien hasta allí.

Después de que Héctor ha hecho jurar al caballero lo que quería, a la puerta de la ermita, le hace jurar sobre los Evangelios que no faltará, ni se arrepentirá a la hora de cumplir las promesas que le ha jurado, sino que en todo hará según la voluntad del caballero, sin faltar en nada; y así lo jura. Luego, le indican el camino derecho para ir a la Landa de la Encrucijada. Les dice que regresen todos.

—Señor —habla el caballero—, iré con vos hasta allí, porque en esta tierra hay mucha gente y podríais encontraros con alguno que os malhiriera por vuestro caballo o por

vuestras armas, o que intentara haceros algún daño.

—No vendréis conmigo —responde Héctor—, marchaos y callad, yo caminaré por donde le plazca a Dios.

—Señor —dice uno de los escuderos, dirigiéndose a su señor—, decidle que al menos permita que yo le acompañe hasta la Encrucijada, y se albergará esta noche en casa de mi padre.

—¡Ay —le contesta—, qué bien has hablado ahora!

El caballero se lo dice a Héctor, y éste acepta, porque teme equivocarse de camino, dada la abundancia de senderos que hay. El caballero le pregunta entonces cómo se llama, y le responde que Héctor.

—Y ¿cómo os llamáis vos?

—Señor, me llamo Guinas de Blahestan.

Se encomiendan a Dios y se marchan el caballero y la doncella, por una parte, y Héctor y el escudero por otra. El escudero le lleva el escudo, la lanza y el yelmo, pues él estaba muy cansado y se iba refrescando y tomando el aire y la brisa de la tarde que se acercaba a la noche. Cabalgan con ganas, hasta que llegan a un gran valle; después de atravesarlo, suben la colina y entonces ven, delante de ellos, caballeros completamente armados y servidores dispuestos como para la guerra, y fácilmente eran, entre unos y otros, alrededor de ciento cuarenta. Pide el yelmo, la lanza y el escudo, que se coloca al cuello; pero el criado los reconoce y le dice:

—Señor, no os preocupéis por ellos, son gente nuestra.

Sin embargo, Héctor no se entretiene en armarse. El criado corre hacia ellos y los saluda, y ellos le devuelven el saludo, pues había muchos que le conocían; después, le preguntan:

—¿Es ése tu señor?

—No, es un caballero de fuera, muy valiente y muy atrevido.

El criado mira con atención y ve que es el señor de Falerne: es un castillo que hay en la marca del rey de Norgales y del duque de Cambenync; era la fortaleza del duque y de su feudo en aquella tierra, aunque todas sus posesiones pertenecían al rey de Norgales; el señor de Falerne era vasallo del duque de Cambenync y por eso servía al duque, mientras que una parte de sus hombres estaban al lado del rey de Norgales.

Le preguntan entonces al criado que de dónde es el caballero con el que va.

—Ciertamente, no lo sé, pero se llama Héctor.

Había allí un joven que todavía no era caballero, muy valiente y deseoso de participar en justas; era sobrino del duque. Llama a un escudero y le ordena que vaya al caballero y le diga que tiene que enfrentarse con uno de ellos. El criado lo hace así, y se lo dice tal como le había indicado. Héctor responde que prefiere enfrentarse a hacer otras cosas peores. El escudero regresa y se lo comunica al caballero, que se lanza contra él tan deprisa como puede su caballo, y Héctor hace otro tanto. Cuando ya se acerca, le

apunta debajo de la gola y le golpea muy acertadamente, derribándolo al suelo: el caballero se desmaya, pues poco falta para que se le rompa la garganta. Otro caballero, que era compañero de éste, pica espuelas para justar con él, y chocan; pero Héctor lo derribó con la misma facilidad con que había derribado al otro. Acude entonces otro, hermano del señor de Falerne, dispuesto a combatir con Héctor; cuando el señor lo ve, jura que ni él ni ningún otro pondrán sus pies allí para enfrentarse con el caballero recién llegado, pues éste ha sabido librarse «y es motivo de gran alegría —dice—, pues habían visto que el caballero se había defendido bien, como se podía apreciar en sus armas; y si los otros han escapado mal, ha sido de forma justa y eso me alegra». Entonces se dirige él mismo, sin yelmo ni lanza, hacia el caballero, se saludan, y le dice:

—Señor, no os preocupéis ya por ningún otro.

—Señor, eso ya lo sé.

—Quiero —le dice el señor— que sepáis que me agrada mucho que hayáis salido con honor —así me ayude Dios—, pues son jóvenes e insensatos.

Mientras tanto, han llegado los demás a donde estaba el sobrino del duque, y se lo han encontrado desvanecido. Cuando vuelve en sí, consigue hablar con grandes dificultades, pues está gravemente herido en la garganta, y lo ponen en pie, avergonzado. El señor de Falerne y Héctor cabalgan juntos; le pregunta que de dónde es, y él contesta que es del reino de Logres, y que es caballero de la reina Ginebra.

—Y ¿a dónde vais?

—Estoy buscando a un caballero al que no conozco, y me gustaría estar en la Landa de la Encrucijada.

—Hoy os vendréis con nosotros —le dice el señor— a una fortaleza que hay cerca de aquí; en ella encontraréis buen albergue para descansar, pues lo necesitáis, porque me parece que habéis combatido.

—Señor, tengo que continuar un largo trecho esta noche, hasta que obtenga noticias del caballero al que voy buscando.

El señor le pregunta que a qué tierra piensa ir, después de haber pasado por la Landa, a lo que le responde que no sabe, pero que irá a donde le puedan dar noticias del caballero.

—A fe mía, en esa tierra ha estado recientemente un caballero, y pienso que si vais allí obtendréis noticias.

—Señor, ya lo sabía, que ha estado en la Landa.

Y Héctor le cuenta cómo se enteró de que había pasado por aquella tierra. Después lo encomienda a Dios, y se aleja por el camino de la derecha, acompañado por su escudero. El señor de Falerne también se marcha con sus gentes, que le dicen que el escudero les ha contado que el caballero había vencido por las armas a su señor; se preguntan admirados quién puede ser, y se lamentan de no haber inquirido más acerca de su condición.

De este modo cabalgan Héctor y su criado hasta bien entrada la noche; para entonces ya estaban próximos a la casa de su padre, y Héctor le pregunta si hay por allí alguna casa o alguna ciudad o algún refugio en el que puedan alojarse, a lo que el criado le responde que la casa de su padre está muy cerca y que en ella será muy bien albergado, a su gusto. Héctor se alegra mucho. Cabalgaron hasta llegar a unas construcciones que había delante de la casa de su padre; el criado golpea la puerta y llama a un hermano suyo, más joven que él; éste le oye de inmediato, y le dice a su padre:

—Señor, he oído a mi hermano —gracias a Dios—, ¡qué hora de venir!

Va rápidamente a la puerta y abre; al ver al caballero, corre a sujetarle el estribo y le ayuda a desmontar; su hermano va al padre y le dice:

—Señor, aquí viene un caballero, el mejor que habréis visto en mucho tiempo.

—Buen hijo, ¿es vuestro señor?

—Por Dios, no; es mucho mejor que él. Ocupaos ahora de él, según sabéis, pues es muy bueno.

Entonces se pone en pie el señor y ordena que enciendan velas en abundancia; sale al encuentro del caballero, mostrándole una gran alegría, y se lo lleva a una habitación en la que hace que lo desarmen. Mientras, el señor va por la casa haciendo disponer y preparar todo lo que piensa que puede necesitar. Cuando ya está desarmado, lo llevan a una alfombra bella y hermosa. ¿Qué os puedo contar de todo aquello? Recibió un buen alojamiento y sus heridas y golpes fueron examinados con atención, y tuvo todo lo que pensaron que podría desear. Llegada la hora de acostarse, lo llevaron a la cama; luego, el criado le contó a su padre cómo había vencido a su señor dos veces y piensa que ciertamente es el mejor caballero del mundo y que si no fuera tan valiente, no hubiera buscado durante tanto tiempo la Landa de la Encrucijada, en la que ocurren muchas maravillas.

La mañana siguiente, Héctor se levantó temprano; el criado, que ya estaba dispuesto, le ayudó a armarse; después, Héctor se despidió del padre del escudero y de su madre, que era una dama muy bella. Así se marcharon, guiados por el criado, que conocía muy bien el camino, pues lo había recorrido muchas veces; cabalgaron hasta llegar a la Landa hacia la hora de tercia.

—Señor —dice el escudero—, ésa es la Landa.

—Buen hermano, ya os podéis volver, pues me habéis dado compañía durante mucho tiempo; saludadme a vuestro padre y a vuestra madre, a quienes aprecio mucho, y a Guinas, vuestro señor.

—Señor, por Dios, si voy a algún sitio en que os necesite, por Dios, no me ignoréis.

—No lo haré, tenedlo por seguro.

—Señor, a Dios os encomiendo, y si quisierais que continuara con vos, lo haría con mucho gusto.

—Lo sé, pero id con Dios, pues ya no necesito más compañía que la de Dios.

El criado se marcha y Héctor desciende hacia la landa: ve dos postes clavados y se pregunta para qué pueden servir. Llega a la encrucijada, y en ella se encuentra con un clérigo que llevaba pan y vino; Héctor le pregunta que de quién depende, y le responde que de un ermitaño que vive en una ermita del bosque que se llama la Encrucijada. Héctor le pregunta que por qué están esos dos postes en medio de la landa, y le contesta que un caballero había mandado ponerlos allí, para colocar en ellos lanzas. A continuación le cuenta cómo un caballero lo había derrotado el otro día, de forma que Héctor comprendió que era el caballero que fue a la corte del rey Arturo con el brazo roto. Le pregunta entonces si sabe alguna noticia del caballero que lo había vencido, y le responde que no, sólo que había pasado por delante de la ermita.

—¿Y a dónde va el camino que tomó?

—Señor, a Norgales.

Héctor se pone en marcha y cabalga fácilmente más de cuatro leguas antes de llegar a un gran valle; después sube una colina, desde la que ve altas y grandes empalizadas; delante aprecia un castillo muy hermoso y muy fuerte, que apenas está a dos leguas inglesas. Toma entonces el camino que lleva al castillo y ve que por delante pasan tres caballeros, que llevan a una doncella montada en un palafrén; la joven se golpea con los puños y parece que sufre un gran dolor en su corazón. Héctor pica su caballo y acude tan deprisa como puede a aquel lugar. Los caballeros aceleran el paso y cabalgan más deprisa. La doncella ve venir al caballero, pero no sabe quién es y teme que no pueda darles alcance; entonces, se deja caer del palafrén y huye hacia abajo, por donde viene el caballero, mientras grita: «Señor Dios, ¿qué haré?». Los tres que la llevaban, salen tras ella, la alcanzan e intentan volver a montarla en el caballo. Ella se tira al suelo y pide ayuda al caballero que viene. Los tres se dan cuenta que no es de los suyos, «pero no nos importa, pues nosotros somos tres y él no es más que uno».

Entonces, sujetan entre dos a la doncella, para subirla delante de uno de ellos al caballo, mientras que el tercero va al caballero y le pregunta quién es, a lo que le responde que se pongan en guardia él y los que están sujetando a la joven. Llega al galope y le golpea con fuerza, de modo que lo derriba al suelo y el caballo le cae encima, atravesado, cuando él tenía debajo una piedra, rompiéndole la pierna izquierda, a la vez que a Héctor se le quebraba la lanza. Desenvaina la espada y ataca al que se lleva a la doncella, diciéndole que en mala hora lo hizo: antes de que se diera cuenta, Héctor le ha descargado tal tajo sobre el yelmo, que se lo parte desde arriba hasta los dientes. Cuando el tercero ve que sus dos compañeros han muerto, siente un gran miedo y se da a la fuga, tan rápido como le permite su caballo. Héctor no lo persigue, sino que regresa a la doncella y la vuelve a montar sobre su palafrén, del que se había dejado caer. La joven le pide, por Dios, que no la deje hasta que esté a salvo, y él responde que no la abandonará.

Cuando se dirigían hacia el castillo, les sale al encuentro un escudero, armado como sirviente y gravemente herido en su cuerpo. La doncella lo reconoce y lo llama, y él muestra una gran aflicción, mientras dice:

—¡Ay, señora, estamos muertos, pues no tenemos a nuestra gente, que tardan mucho!

—¿Dónde está mi señor?, le pregunta la dama.

—El noble caballero, el valiente, está combatiendo allí abajo con veinte caballeros; si tuviera ayuda, los expulsaría a todos, pero ellos son tres y los otros son más de diecisiete.

—Señor —dice la doncella a Héctor—, dejadme e id a ayudar, pues haréis más por mí, me ocurra lo que me ocurra, evitando que él caiga prisionero o muerto, que salvándome cien veces: si escapa sano, yo quedaré salvada, aunque esté prisionera; pero si él muere o es apresado, será mi fin.

—Doncella, sólo temo por vos. Protégela tú —le dice al criado—, buen hermano, llévala a su casa y si no tenéis ningún contratiempo, ven a buscarme, pero antes indícame quién es el caballero.

Al oírlo, el criado se pregunta admirado quién puede ser éste que habla con tanta osadía; lo acompaña a la distancia de un tiro de arco y desde allí le muestra a los caballeros que combaten en un gran valle:

—Señor —le dice—, es el que lleva el escudo de oro con la cabeza roja.

Héctor pica espuelas a su caballo: había tomado una lanza que llevaba el escudero, y se mete en medio del combate con tantas ganas y tantos deseos como el que más; ve al más rico, que se había entretenido con uno de los caballeros a los que él estaba ayudando, y lo tenía sujeto por el nasal del yelmo. Héctor le golpea en el arzón de la silla, por detrás al bajar la lanza, que era recta y fuerte, con una punta bien afilada: le atraviesa la cota y el hierro le entra hasta los intestinos; vuela por delante del arzón y cae en el suelo, muerto, delante del caballero al que tenía sujeto por el nasal; éste, que no tenía caballo, salta sobre el del caballero derribado.

Los que estaban en aquel lugar y vieron cómo había caído, se espantaron, como quienes habían perdido a su señor.

El caballero que acaba de ser salvado derriba a numerosos enemigos, mientras que Héctor permanece en el centro del campo y retrocede, con la lanza en la mano, llevando al suelo caballeros y caballos y haciéndoles temblar y huir de forma que ninguno se atreve a esperar sus golpes, antes bien, se consideran derrotados porque su señor ha muerto. El caballero mismo al que Héctor servía se admira más que nadie, pues no conocía sus armas. Ahora iban mejor, tanto por las proezas del caballero, como porque se trataba de un asunto suyo y era muy valiente y firme. Sus tres compañeros tomaron nuevas fuerzas y mostraron más coraje del que habían tenido a lo largo de todo el día, pues se dan cuenta de que no pueden resistirles durante mucho tiempo, ya

que en poco rato Héctor les ha derribado a tres que no podrán causarles grandes perjuicios, ni pesarles especialmente, y además, ven que su señor ha muerto sin recuperarse. El otro caballero había herido a uno y dado la muerte a dos más y cada uno de los compañeros ha derribado a uno, de forma que no quedan más que ocho, cuando hace un momento eran diecisiete: sienten un profundo dolor y un extraordinario miedo; no se atreven a permanecer allí durante más tiempo, vuelven la espalda y buscan refugio, huyendo a donde mejor pueden.

Los otros los persiguen, sintiendo mucho no darles alcance, pero no debe extrañar, pues el caballo de Héctor había caminado todo el día y los del caballero al que socorría y de sus compañeros habían corrido bastante, mientras que los caballos de sus enemigos estaban más frescos, porque los habían montado en cuanto vieron que los perseguían. Al darse cuenta de que no iban a poder alcanzarles, regresan al castillo que Héctor había visto; entonces se encuentran con los caballeros que acudían a socorrerles, pero que no sabían dónde buscarlos; los reconocieron a lo lejos. El caballero dijo que no le agradaba que llegaran en aquel momento, pues los habían dejado solos durante todo el día «y si no hubiera sido —añadió— por este caballero, al que no conozco, no me hubierais vuelto a ver».

Les cuenta luego que fácilmente eran unos veinte caballeros enemigos los que se habían encontrado cuando ya estaban cerca; se enfrentaron con ellos de forma que en muchas ocasiones llevaron lo mejor del combate, y otras veces, lo peor, hasta que llegó un caballero de los suyos, que les dijo que habían perdido a la doncella que se llevaban y que venían tantos caballeros que serían hechos prisioneros si se quedaban allí. «Al punto volvieron las espaldas: nosotros los perseguimos con valor, de modo que, entre muertos y prisioneros, tuvieron ocho bajas, y de los nuestros hay tres muertos». Da los nombres, y todos comienzan a llorar con amargura, y el señor lloraba más que nadie, pues uno era primo hermano suyo, muchacho joven, que hubiera llegado a ser un valiente caballero, de haber vivido. Todos coinciden en que no murió sino por su gran valor, pues ningún otro se entregó tanto como él, «y todos nosotros nos habríamos perdido, si no hubiera sido por él».

—Ya no se puede hacer nada —dice el caballero—, que Dios tenga su alma; más han perdido nuestros enemigos que nosotros; contento debo estar de haber escapado vivo, y por ello le doy primero gracias a Dios y, después —dice señalando a Héctor—, a este caballero que está aquí.

En esto, he aquí que llega el escudero que se había llevado a la dama; cuando el señor lo ve, le pregunta que de dónde viene, a lo que responde:

—He estado con mi señora.

—¿Dónde está?

—Está en el castillo; me ha vendado y curado con mucho esmero la herida, y me envía a que me entere de cómo os va.

—¿Cómo fue rescatada?

—Por Dios, este caballero que está aquí la salvó.

Al oírlo, salta del caballo e intenta besarle el pie a Héctor, diciéndole que le agradece cien veces más lo de la doncella, que lo que ha hecho por él. Héctor también descabalga al verlo en el suelo y no permite que haga lo que intenta hacer.

Luego, Héctor lo encomienda a Dios, pues tiene que seguir cabalgando; cuando el caballero lo oye, le dice:

—¡Ay!, señor, no desearía ni por un castillo como que veis que os fuerais así, aceptad de algún modo quedaros. No obraréis bien yéndoos: si os quedáis sabréis quién soy, si así lo deseáis, y os verá con mucho gusto la doncella a la que habéis rescatado. Y si en algo os puedo informar en vuestro asunto, lo haré de grado.

Le suplican tanto él y sus caballeros, que accede a quedarse, con lo que se alegran mucho. El señor le pregunta que a dónde iba, a lo que responde que no sabe a dónde ir, «pero busco a un caballero muy valiente, que no sé quién es, ni cómo se llama». A continuación les cuenta todo. El caballero le pregunta que de dónde es, y él contesta que es del reino de Logres, caballero de la reina Ginebra. Le pregunta por su nombre y él se lo dice: y cuanto más lo miran, más lo aprecian todos. Héctor pregunta entonces qué relación tenían con la doncella a la que había salvado, y el señor le responde que es su mujer.

—¿Por qué se la llevaban los caballeros?

—Señor, os lo voy a decir. Toda esta tierra está asolada ahora por la guerra, pero nunca existieron en ella luchas como las actuales, que no hay hombre de elevada posición o poderoso que no combata a su vecino. Yo mismo estoy en guerra con los que deberían ser mis amigos, los parientes de mi mujer. Os diré cómo ha ocurrido: cuando el padre de mi mujer yacía en el lecho de la muerte y se dio cuenta de que no tenía curación posible, llamó a su hija y le hizo jurar sobre los Evangelios y por la fe que le debía, que no se casaría siguiendo el consejo de ningún pariente que no fuera vasallo suyo; y que cuando se casara, que tomara por esposo al caballero mejor en el manejo de las armas, aunque fuera pobre. La doncella lo juró así, y su padre hizo que todos sus leales juraran que aceptarían al mejor, sin ningún engaño. Durante mucho tiempo permaneció la doncella sin casarse; después, se enamoró de mí y yo de ella: había oído decir de mí más virtudes de las que había, de forma que me entregó su corazón y yo me esforcé en obrar bien por su amor, hasta que sus parientes decidieran casarla a la fuerza. Pero ella les respondió en contra de lo que pensaban, diciéndoles que no la casarían; se enfadaron mucho, la amenazaron, le devastaron la tierra y le robaban posesiones suyas todos los días. Yo estaba frecuentemente en su compañía, pues me había dado su amor, sin que hubiera una doble intención por mi parte.

Un día, atacaron propiedades de este castillo, se dio la alarma; al grito salieron todos los caballeros que había dentro, pues el castillo tenía aún ciento cuarenta

caballeros feudatarios. Quiso Dios que recuperáramos los bienes por el valor de los nuestros, aunque eran más los otros: la alegría que hubo en el castillo fue enorme. Cuando regresamos de combatir, me concedieron más mérito del que en realidad había tenido; dijeron quiénes habían sido los más valientes y que yo había sido el mejor, que de no haber sido por mí, todo se habría perdido. Le hablaron de matrimonio a mi señora y le aconsejaron que me tomara por marido. A ella le pareció muy bien, pero respondió como si lo sintiera, diciendo que pensaba que no obraba bien: les pidió a todos que dijeran bajo juramento lo que pensaban del asunto; ellos —y se lo debo agradecer— le contestaron todos que estaban de acuerdo conmigo. Ella lo aceptó como si la hubieran obligado.

Cuando sus amigos lo oyeron, pensaron que había sido afrentada y engañada, y le hicieron saber que nunca más la querrían, a la vez que me desafiaban, pero gracias a Dios, he conseguido salvarme siempre y he logrado esquivarlos con la ayuda de quienes me dieron a la dama y su tierra, que me han ayudado mucho de todo corazón, hasta que hoy nuestros enemigos nos tendieron una celada fuera del castillo. Yo estaba bañándome, pues me herí el otro día, que cayó sobre mí un caballo. Mi señora acostumbra a ir todos los días a un monasterio a oír la misa mayor y a rezar sus horas: la habían espiado y la cogieron tan pronto como salió del monasterio, pensando que teniéndola a ella, sería fácil llevar a cabo sus propósitos. Pienso que lo hicieron así, a sabiendas de que no podría dejar de perseguirles y que me sorprenderían en desventaja, con lo que podrían darme la muerte o prenderme vivo.

Al oír las noticias que me trajeron, salí fuera del baño y me armé antes que ninguno de mis caballeros, a excepción de tres, que eran los que estaban conmigo cuando vos llegasteis. De inmediato les atacé y ellos nos rodearon para cerrarnos el paso, mientras que tres de ellos se llevaban a la doncella. Vos la rescatasteis como el más valiente que he conocido, y bendito sea Dios que os trajo aquí y vos, sed bendito sobre todos los caballeros, pues al primero que golpeasteis era el más valiente y el más poderoso de esta tierra y con su muerte se reavivará la guerra; era primo de mi dama. Pero ya que es así, no queda más remedio que aceptar la parte buena, pues ningún hombre que sea valiente debe desanimarse o tener miedo cuando sucede algo imprevisible, ni debe enorgullecerse o despreciar a los demás cuando tiene suerte.

Entonces le pregunta Héctor cómo se llama, y él responde que Synadós y su castillo, Windsor. De este modo fueron hablando hasta el castillo. Héctor aprecia que está bien construido por todas partes y que su edificación es todo lo buena que puede ser la de un castillo, a excepción de que el río era pequeño; por lo demás, está en un buen lugar, agradable y bien fértil, como aconseja el sentido común: son escasos los castillos de este género en Gran Bretaña. El señor había enviado por delante un mensajero, para que hubiera alegría en el castillo y para que se preparara la dama. Ya se sabía por toda la ciudad cómo un caballero había socorrido a la dama y a su señor, y

todos salen a su encuentro, gritando: «Sea bienvenido el buen caballero que ha ayudado a nuestra dama y a nuestro señor frente a sus enemigos». Los caballeros y vasallos lo acompañan hasta el palacio de su señor; entonces, sale la dama muy bien engalanada y abraza a Héctor —que iba armado—, diciéndole:

—Señor, aquí tenéis este castillo, a mi señor y a mí misma: todo lo podéis considerar como vuestro; es justo que así sea, pues os lo habéis ganado.

Héctor se lo agradece mucho.

Mientras, los caballeros van a desarmarse, y son muy numerosas las damas y las doncellas que acuden a desarmar a Synadós y a Héctor. El señor ordena que se ocupen sólo de Héctor, y ellas cumplen a la perfección su orden, pues no se ocupan más que de obedecerle y honrarle, hasta el punto de que le parece que hacen demasiado por él. Cuando acabaron, ya era tarde y la comida estaba preparada; Héctor y la dama del castillo se sentaron a comer juntos. La dama contó, para que lo oyeran todos, cómo la había rescatado Héctor y el gran miedo que ella había pasado porque estaba sola. Fue grande la alegría que hubo en el castillo durante aquella noche por Héctor, que fue contemplado por damas, doncellas y caballeros. Synadós decía que nunca había visto un caballero de su edad que fuera tan valiente como él. A lo largo de toda la noche le rogaron la dama y Synadós que se quedara, pero los ruegos eran inútiles, de modo que lo dejaron estar y se acostaron.

Por la mañana, Héctor se despidió; luego, montaron Synadós y sus compañeros, le acompañaron y le pusieron en camino para ir a la tierra de Norgales. Después, Héctor los encomendó a Dios, y ellos a él. Synadós le suplicó que se acordara de él, si la ventura le llevaba a la corte del rey Arturo, y Héctor le respondió que en cualquier lugar que estuviera, sería para él igual que un amigo fiel; él se lo agradeció mucho y a continuación se separaron.

Héctor cabalga hasta el atardecer; entonces, ve delante de sí un castillo muy fuerte y bien asentado, pero que por la parte de fuera de la muralla no valían un dinero las casas que había, porque sólo se veían paredes rojas de casas quemadas, y la muralla del castillo estaba en condiciones parecidas. Pero el castillo estaba en un lugar tan fuerte, que no hay cosa que pueda temer, sino el asedio, pues se encontraba sobre una gran roca firme por una parte, por otro lado pasaba un río grande, profundo, caudaloso y veloz, y por otra parte había una empalizada alta y tupida, de muchos años, y un pantano en el que nadie se atreve a entrar. Por la parte por la que llegaba Héctor estaba la roca alta y escarpada, y por allí pasa el camino.

Al llegar al pie de la roca, descabalga y sube andando, llevando al caballo tras de sí; pasa mucho calor y se cansa mucho antes de llegar a la mitad de la subida, y no puede seguir a pie: con gran esfuerzo vuelve a montar sobre su caballo y de este modo llega hasta la puerta del castillo, entra en él y sin descabalgar pasa por todas las calles. Tan pronto como lo ve la gente, cierra las puertas, con gran admiración por su parte, que se

pregunta por el motivo de aquello; va hasta la otra puerta del puente y cuando iba a salir del lugar, se lo encuentra cerrado, golpea y llama a voces, pero nadie le contesta; maldice al castillo y a sus gentes como las más aborrecibles de cuantas ha conocido, diciendo que ojalá un mal loco incendiara la ciudad por dentro, igual que está quemada por fuera, y que «si Dios la odia tanto como yo la odio, quedará arrasada esta noche».

Vuelve a la puerta y llama con violencia, pero nadie contesta, y se sorprende. Cuando regresa a la otra puerta, como quien no sabe qué hacer, se encuentra con un villano, que vuelve de cortar leña: había entrado por un postigo falso y llevaba un hacha al cuello. Tan pronto como vio a Héctor, da la vuelta y escapa, huyendo a una casa que hay cerca de allí, a mano izquierda. Héctor pica espuelas tras el villano, y le da alcance antes de que pueda entrar en la casa, pues la puerta estaba cerrada. Héctor le golpea en las sienes, diciéndole que se dé por muerto si no le indica cómo salir del castillo; él le responde que no saldrá esa noche, y que no saldría ni siquiera el rey Arturo si estuviera allí.

—Y ¿por qué no quiere la gente hablar conmigo?

—Porque temen que les hagáis algún daño, y nadie es tan osado en este castillo como para albergar a un caballero andante, de forma que todos tienen que alojarse en la gran torre de aquel palacio.

—¿Cómo, tendré que quedarme esta noche en el castillo a pesar mío?

—Ciertamente, así es, pues no podéis salir.

—Pienso que lo lograré o que encontraré otra solución.

Entonces le arranca el hacha y va a la puerta, seguido por el villano, que le reclama su hacha; él dice que si no se va, lo partirá de arriba abajo con su propia hacha, pues un villano no debe morir por otra arma. Éste siente miedo y se marcha, y Héctor desmonta, y ata el caballo en un gancho en medio de la calle; después, va a la barra que cierra la puerta y comienza a darles grandes golpes a dos manos con el hacha, diciendo que saldrá a pesar de los criados traidores que le han cerrado la puerta. Entonces, se le acerca un escudero que le advierte que no hace bien golpeando la puerta, pues a pesar de todo no podrá salir, «pero venid ante el señor del castillo, ya que esta noche tendréis que albergar en su casa». Héctor, que teme ser traicionado, le contesta que no pondrá los pies allí, «y no me alojaré en ningún lugar a cubierto».

Cuando el criado ve esto, se dirige al caballo, se sube al arzón y dice que, por lo menos, se llevará el caballo. Héctor corre tras él, pero el animal va tan deprisa que no lo puede alcanzar, y lo siente mucho y exclama que no dejará de hacerle a la ciudad todo el daño que pueda. Regresa a la barra de la puerta y vuelve a comenzar con los golpes; presta atención y oye un gran ruido por encima; mira y ve que están dejando libre una puerta corrediza que había dentro; piensa que ha caído en una trampa: retrocede diciendo que los diablos tienen parte en tantas puertas, pues nunca había

visto que hubiera puertas corredizas dentro de los castillos, sino fuera.

Enfadado, arroja el hacha y se dirige al palacio que le había mostrado el villano. Tras subir las escaleras, se encuentra allí bastantes caballeros, heridos todos ellos con sus armas, y en medio de aquel lugar ve a un anciano que estaba sentado y parecía de aspecto valeroso y que había sido caballero de gran belleza. Héctor saluda al anciano y a su acompañamiento, pero no le devuelven el saludo, antes bien, el anciano le dice:

—Señor, ¿son como vos los caballeros de vuestra tierra, que os habéis convertido en caballero para golpear mi puerta? ¡Maldita sea la tierra en que lo aprendisteis! A otros tan prudentes como vos les hemos hecho pagar su locura, y así lo haremos con vos, antes de que os escapéis.

—Señor —responde Héctor—, soy caballero andante, tengo mucha prisa y desearía que hicierais que me devolvieran mi caballo, que un criado se ha traído aquí.

—Lo haré cuando me hayáis pagado los destrozos que me habéis hecho en la puerta antes de mostrarme vuestra prisa.

—Es cierto, y la volvería a golpear si tuviera ocasión, pues en este castillo habitan las gentes más desleales que he visto en mi vida, que no se preocupan en aconsejar a ningún hombre noble, y por eso, no odio a nadie tanto como a los de aquí.

El señor empieza a reír y le pregunta que de dónde es, a lo que responde que es caballero de la reina.

—¿De qué reina? —pregunta el señor del castillo.

—De la mujer del rey Arturo de Logres.

Se pone en pie el rey y va hacia Héctor, diciéndole que sea bienvenido; lo abraza a pesar de que está armado y dice que le sea perdonado todo lo malo que haya hecho, salvando el honor y la justicia del castillo, «pues vos podéis hacer en esta ciudad lo que queráis en cuanto de mí depende, ya que no os lo voy a reclamar, porque soy vasallo del rey Arturo, de quien recibí este castillo y todas sus posesiones». A continuación, el señor ordena que sea desarmado, pero Héctor protesta, diciendo que se iría esa misma noche si tuviera el caballo, a lo que el señor le responde que no lo tendrá, porque si el rey Arturo fuera por allí, tendría que alojarse una noche en el castillo, y no pretendería ir en contra de los principios y costumbres del lugar.

—¿Cómo son esos principios y costumbres?

—Os lo diré cuando estéis desarmado, pero estad tan tranquilo como si os encontrarais en casa de la reina, señora vuestra y mía.

Avanzan entonces unos criados y lo desarman; cuando el señor lo ve en esta situación, lo estimó más, porque era extraordinariamente bello y bien proporcionado, y parecía caballero valiente y atrevido; además, el señor pudo apreciar que era hombre de hermosas y prudentes palabras y de acertadas contestaciones.

Héctor le pide que le diga cuáles son las costumbres del castillo, pero el señor le exige que antes le diga cómo se llama, a lo que le responde que Héctor.

—Héctor, este castillo es mío, y es tan fuerte como habéis podido comprobar: por eso les ha causado grandes enojos a muchos nobles, porque limita con las tierras de tres barones, poderosos y combativos: uno es el rey Bernant de Norgales; otro, es Malauguín, el rey de los Cien Caballeros, rey orgulloso, fuerte y buen caballero, primo de Galahot, el hijo de la Jayana; el tercero es el duque Escán de Cambenync.

Los tres han considerado siempre este castillo como enemigo y me han guerreado sin cesar, pero gracias a Dios, aún no lo han conquistado, aunque he perdido bastante. Ahora ha surgido la guerra y el enfrentamiento entre el rey de Norgales y el duque de Cambenync, y hace más de tres años que no combaten contra mí, de forma que ahora sólo soy atacado por el rey de los Cien Caballeros; es decir, no por él, que está desde hace tiempo en la tierra de su primo Galahot, sino por un senescal suyo, que me causa grandes daños, pues es muy valiente y combate muy bien: se llama Marganor. No hay día que no venga y se presente ante la puerta del puente a quebrar sus lanzas contra ella, pero no encontrarán fuera del castillo nada que valga ni el precio de una malla: sólo lo hacen porque piensan que de este modo yo me azoraré y cometeré algún grave error frente a ellos. Pero si Dios quiere, nunca ocurrirá tal cosa, pues ya he resistido mucho.

Con tal angustia he vivido desde que llegué a esta tierra, y ahora soy viejo y no tengo en el mundo mayor dolor que el de saber que tras de mí no habrá quien mantenga el castillo tan bien como yo lo he mantenido, ya que sólo tengo una hija, hermosa y discreta, que por su edad ya podría tener tres hijos, pero a la que no quiero casar hasta que venga un caballero tan rico o tan valiente que se la merezca y que pueda defender el castillo con honor. Si hubiera querido casarla con algún familiar de mis enemigos, lo podría haber hecho de forma buena y conveniente, pero mi corazón no los podría amar, pues han matado a muchos de mi linaje y a numerosos amigos carnales míos. En repetidas ocasiones se lo he hecho saber a mi señor el rey Arturo, para que me diera consejo, pero tiene tanto que hacer con sus propias preocupaciones, que no puede aconsejarme. Yo no se lo recrimino, pues bien conozco los grandes sufrimientos y dificultades que ha pasado.

Yo puedo esperar, gracias a Dios, pues este castillo no teme asedios, mientras tengamos de comer; pero he perdido muchos hombres, y como no tenía casi caballeros, me vinieron los burgueses de la ciudad a decirme que tardaba demasiado en casar a mi hija. Les respondí que no veía con quién, a lo que me contestaron que si no seguía su consejo, me abandonarían a mí y a la ciudad y que se irían a otras tierras, pues ya habían padecido bastante esta desgracia. Les dije que lo haría, siempre que no fuera contra mi honor, y me respondieron que me aconsejarían de forma leal y sin avergonzarse, pero que les tenía que jurar que haría lo que me dijeran. Se lo juré y me aconsejaron que no entrara nunca un caballero en esta ciudad, que no se quedara a dormir por la noche en mi casa y permaneciera la mañana siguiente hasta mediodía

ayudando a la ciudad; y que cuando se fuera a marchar, antes de recuperar las armas, tendría que jurar sobre los Evangelios que siempre dañaría y sería enemigo de todos aquellos que combatieran contra el Castillo de la Estrecha Marca, que es como se llama este castillo, a no ser que fuera vasallo del atacante. Si no hacía este juramento, no podría salir.

—En verdad —dice Héctor—, es una malvada costumbre, pues la gente de fuera no tendría por qué tomar parte en una guerra de otros, sin haber sido ofendidos en nada.

—Por mi fe, lo hicieron así porque no podíamos recibir socorro del rey Arturo, que es mi señor natural. Dijeron, además, que podría venir algún caballero en ayuda del castillo cuando oyera hablar de los grandes males que ocurren en él, y que han ocurrido, pues es el castillo de Bretaña que sufre mayores calamidades; y dijeron que, de este modo, podría casar a mi hija con algún joven valiente a quien la ventura lo trajera por aquí y que así no moriría sin heredero.

Y no hace aún siete días que el rey Arturo ha perdido en este lugar dos caballeros de su casa, a mi pesar y sintiéndolo por él, pues la costumbre ya ha sido establecida, yo juré cumplirla y tengo que mantener mi juramento.

Cuando Héctor oye que dos caballeros del rey Arturo han sido apresados, le pregunta que quiénes son y cómo ocurrió.

—Os lo diré. Uno se llama Yvaín y el otro Saigremor, que vinieron y me dijeron que estaban buscando al mejor caballero de cuantos han llevado escudo, pero que ignoraban dónde podía estar, no sabían dónde buscarlo, no lo conocían y que mi señor Galván también era compañero en esta búsqueda. El día siguiente prestaron juramento con cierta dificultad, pues Saigremor decía que no iba a hacerlo y que moriría prisionero y no quería ceder, por más que le dijera mi señor Yvaín, que le recomendaba que lo hiciera porque yo y el castillo somos del rey Arturo: de nada sirvió, hasta que oyó a nuestros enemigos que estaban fuera, en esa puerta; mi señor Yvaín los oyó y juró. Saigremor dijo que ya que los combatientes estaban tan cerca, juraría; hice que le trajeran sus armas y se armó. Los dos, juntos con mis caballeros, fueron a la puerta y me rogaron con insistencia que les dejara salir, como quienes iban gustosos a combatir y eran valientes. Yo no quería, pues prefería evitar que se enfrentaran, temiendo que perdieran, ya que los de fuera eran más numerosos y muy valientes; así pues, les dije que me debían prometer que no pasarían un puentecillo que hay abajo, al final de esta calzada y que ninguno de ellos dos lucharía con más de un caballero y que si les atacaban más, que se retirarían.

Me lo prometieron y salieron sin más gente; les pidieron a los otros dos caballeros para justar con ellos. Marganor les mandó dos, uno de los cuales era el mejor justador que he visto en mi vida, y el más diestro. Se enfrentaron sólo los cuatro. Yvaín derribó al suyo al primer golpe, y Saigremor quebró cuatro lanzas con el mejor, hasta que al fin Saigremor fue derribado junto con su caballo. Entonces les recordé la promesa que me

habían hecho y regresaron. Mi señor Yvaín dijo que nunca había visto un combatiente tan bueno, a excepción del caballero que había golpeado al enano en la fuente, que derribó delante de mi señor Galván a cuatro de los mejores caballeros conocidos.

Cuando Héctor lo oyó, enrojeció de vergüenza, pero le pregunta al señor cómo fueron apresados.

—Ciertamente, estuvieron muy encolerizados, como valientes que son, de forma que si no los dejaba salir Saigremor hubiera enloquecido por estar recluso, y quería unirse a mis caballeros y combatir ante mi presencia; así pues, los dejé salir, entregándole a cada uno una lanza grande y fuerte. Se enfrentaron con los que había en el puentecillo; Saigremor derribó al primer golpe al buen justador y a su caballo, e Yvaín desmontó a otro; después, desenvainaron las espadas, realizando grandes proezas —os lo aseguro—, pero no fueron prudentes y se descuidaron demasiado, confiando en su gran valor. Pero no habrían perdido nada, si no hubiera sido por Saigremor, que debe recibir el nombre de Desmesurado, pues no pensaba lo que hacía, y nunca vi a un caballero solo que realizara tales hazañas, como las que él hizo sobre el puentecillo, de forma que al cabo yo mismo resulté perjudicado, pues tuve que enviar a algunos de mis caballeros a que les ayudaran, y yo mismo fui. Al vernos ir tras ellos, dejaron a los otros y nos atacaron, dando lugar a un combate que duró hasta el puente: yo perdí a tres de mis caballeros y ellos fueron apresados; más lo siento por ellos que por los muertos, porque a los muertos no se les puede recobrar y éstos, que son muy valientes, saldrán con dificultades.

Tras oír estas noticias, Héctor empezó a suspirar profundamente por los compañeros del rey, aunque no los conocía, pero había oído hablar muchas veces de mi señor Yvaín y de Saigremor, y a pesar de que nunca había sido amigo suyo, se esforzaría en pensar el modo de recuperarlos, si podía. Entre tales palabras, pasaron el día hasta que la comida estuvo dispuesta y preparada; se sentaron y el señor festejó mucho a Héctor, pues le parecía de gran valor y caballero de grandes condiciones. A la hora de acostarse, se acostaron; pero Héctor no consiguió dormir toda la noche, sino que la pasó pensando la forma de liberar a mi señor Yvaín y a Saigremor, si es que podía hacerlo un solo caballero: tendrá dificultades, pues él está completamente solo y sus enemigos son muy buenos caballeros.

Por la mañana, se levantó en cuanto vio luz; en la ciudad ya se había llamado a las armas, y todos los que no habían vigilado durante la noche, se armaron, y el señor también lo hizo. Cuando Héctor lo vio, le pidió sus armas, pero el señor le respondió que antes tenía que jurar; él contesta que está dispuesto, ya que no puede ser de otra forma, y que le tarda entrar en combate. El señor ordenó que se hicieran los preparativos para la misa, lo lleva, se la hace oír y después, jura: tenía ya las armas dispuestas y se armó. Luego, fueron todos a la puerta del puente, que estaba abierta, aunque la barbacana que había a la cabecera del puente estaba cerrada, con guardianes

dentro, que la custodiaban. Durante todo el día llegaban los de fuera a la barbacana, sin que los de dentro se atrevieran a salir, pues tenían mucho miedo. Los enemigos recomenzaron los ataques con ímpetu, como jóvenes inexpertos y como valientes caballeros; unos buscaban las ganancias y los otros la fama del combate. Marganor, señor de todos ellos, que era un caballero muy bueno y seguro, cabalgaba frecuentemente detrás, pues no se encontraba entre los primeros.

Cuando Héctor los vio llegar con tal ímpetu, le dice al señor:

—Señor, podemos ir hasta el puente, porque nada hay que temer yendo hasta allí, y más podremos ganar que perder: mirad qué gentes hay allí, son sólo pobres hombres y jóvenes sin experiencia que están deseando combatir. Hacedme caso, saldremos contra ellos y veremos qué daño nos pueden hacer. ¿Cuántos caballeros tenéis?

—Treinta y tres —responde el señor—, ninguno más, sin contaros a vos.

—Señor, entonces somos más de los que vienen ahí con tanto ímpetu; y aunque fueran tres veces más numerosos que nosotros, lo perderían todo antes de impedirnos pasar el puente, pues la calzada por esta parte es tan estrecha que no llegarán a ella sin grandes dificultades; y, además, nosotros contamos con nuestros servidores y caballeros, que nos socorrerán.

El señor le responde que teme mucho a la mesnada de Marganor, «y está allí, con aquella gran insignia».

—Aunque fuera el hombre más valiente del mundo, los de ahí serían derrotados antes de que pudiera ayudarles o socorrerles.

Héctor le habló tanto, que el señor le permitió salir, con la condición de que no pasará el puentecillo sin su autorización: se lo tiene que prometer lealmente.

—Señor, así lo haré, si no me veo obligado a pasarlo por la fuerza.

—No, no lo cruzaréis a no ser que os veáis obligado en contra de vuestra voluntad; pero si lo hacéis de forma voluntaria, seréis perjuro.

Héctor así se lo promete; avanzan hasta la barbacana y ordena que la abran. Los de fuera se precipitan hacia adelante, pues pensaban que nadie se atrevería a salir.

—Señor —dice Héctor—, si salimos todos a la vez contra ellos, darán la vuelta y los habremos perdido; saldré yo solo y tan pronto como hayan pasado el puente, les atacaré; si cae alguno no tardéis en retenerlo.

—Guardaos de cruzar el puente, pues ya sabéis que aunque fuera el rey Arturo el que pusiera su cuerpo en peligro por defenderme, yo no iría en su ayuda más allá del puente, que así lo he jurado.

En esto, pasa el puentecillo uno de los caballeros enemigos y se acerca galopando con estrépito; después, avanza otro, a una distancia de unas veinte toisas, y, a continuación, el tercero. Héctor había retrocedido hasta detrás de la barbacana y ordenó a los suyos que montaran, pues estaban a pie. El primero de los otros llegó a la barbacana, para golpearla con una maza, y tan pronto como se acercó, Héctor salió tras

él por la puerta tan deprisa como puede; acierta a alcanzarle muy bien por debajo de la gola y lo derriba al suelo, y en la misma cabalgada golpea al otro, tirándolo al suelo, con el caballo encima, y entonces se le rompe la lanza. Desenvaina la espada y ataca al tercero, al que encuentra justo encima del puente: quiebra su lanza contra Héctor, a la vez que éste carga contra él y le da un gran tajo con la espada sobre el yelmo, de forma que lo hace caer a tierra. Los caballeros de la barbacana salen a buscar a los dos que habían caído, apresándolos por la fuerza: al que estaba bajo el caballo lo hace prisionero y se lo lleva uno que pica espuelas y va a buscarlo.

Mientras tanto, Héctor ha regresado por una lanza; cuando iba a ir al galope hacia el puente para enfrentarse con los otros que avanzaban vigorosos, el señor lo sujeta por el freno del caballo y le jura que no pondrá allí los pies.

—Ya hemos ganado bastante, dejadlo estar. Cuando podamos, les venceremos de otro modo, pero no nos será provechoso el justar con ellos, pues Marganor es muy diestro. Bendita sea la hora en que vinisteis y bendito sea el que os enseñó a manejar la lanza.

Entonces, descabalgan y se reagrupan a la entrada de la barbacana, dispuestos a esperarles allí. Marganor ha recibido mientras tanto la noticia de los caballeros que han sido apresados, y lo siente mucho; le han contado también que allí dentro está el mejor caballero del mundo, que ha sido el que ha derribado a los tres. Marganor dice que si quiere justar, se enfrentará con él antes de irse, y que lo haría aunque fuera diez veces mejor de lo que es.

A continuación, ordena que cubran la calzada los de fuera. El señor del castillo, por su parte, manda a los arqueros de la barbacana que disparen, y éstos lo hacen, pues no disparaban hasta que recibían la orden. Cuando el señor se da cuenta de la gran fuerza de los asediados, que habían cubierto ya toda la calzada, hace que cierren la barra de la barbacana, para que Héctor no saliera, pues lo ve con intenciones. A pesar de los arqueros, los otros no dejan de acercarse, hasta que llegan a la barbacana misma, pues la mayoría de sus caballos estaban cubiertos de hierro. Cuando están debajo, los de dentro les arrojan grandes picas cortantes y agudas, y gruesas piedras, de forma que no se atreven a arriesgarse demasiado, pues los de dentro tienen muchos arqueros. Al ver que no pueden hacer más, se retiran hasta más allá del puente. Entonces, Marganor envía, del mismo modo que habían avanzado antes los tres caballeros, primero a uno, luego a otro y después a otro caballero. El señor, de nuevo, les prohíbe disparar a los arqueros; ordena que vuelvan a abrir la puerta, y Héctor sale tras prometerle al señor que no pasaría el puente.

Uno de los caballeros de fuera le ataca y Héctor hace lo mismo, golpeándole con tanta fuerza que le rompe el escudo, la cota y el brazo izquierdo; a través del brazo le alcanza la tetilla y la sangre vuela; el caballero cae y los de la barbacana lo recogen. Héctor mira y ve a un caballero al otro lado del puentecillo, al parecer dispuesto a

justar, pero que no se atrevía a pasar, pues Marganor se lo había prohibido por la aflicción que sentía por los caballeros que había perdido: falta poco para que pierda el sentido, y desea que el otro caballero pase el puente, pues si llega al otro lado no podrá regresar.

Cuando Héctor ve al caballero, pica espuelas hacia allí, pues su lanza seguía entera. El caballero que estaba esperándole retrocede poco a poco hacia su gente, que estaba un poco distante. Entonces, el señor del castillo le gritó a Héctor, recordándole la promesa que había hecho.

Héctor ya se encontraba en el puentecillo y le respondió al señor pidiéndole a voces permiso para llegar hasta el caballero; el señor le contesta que si pasa más allá del puente un solo paso, habrá faltado a su promesa. Héctor lo oye y se siente impedido, por lo que le pide al otro que pase, dándole garantías de que nadie le atacará, sino él. Le responde que no lo hará, «pero venid vos a este lado, y os garantizo que sólo yo os atacaré». Héctor le contesta que lo haría con gusto, si pudiera hacerlo sin faltarse a sí mismo.

—Así me ayude Dios —le dice el caballero—, eso no es más que cobardía.

Héctor siente una gran vergüenza y poco falta para que pase al otro lado, y lo hubiera hecho si no se le tuviera por deslealtad:

—Esperadme —contesta Héctor—, señor caballero, e iré a pedir permiso.

El otro le responde que lo haga, pero que vuelva él mismo a darle la contestación.

Héctor regresa a la barbacana y le ruega al señor del castillo que le permita ir a justar contra aquel caballero solamente: «os prometo, por el juramento que os he hecho, que volveré aquí sin hacer nada más; él me ha garantizado que no me atacará ninguno de sus hombres, si no es él mismo». El señor le responde que no irá con su permiso; Héctor le suplica, pero el señor no quiere acceder.

—Señor —dice Héctor—, iré a decírselo, pues así se lo he prometido.

—Seguro —dice uno de los caballeros— que pasará al otro lado, pues está deseando; si Marganor le promete que le protegerá de todos los suyos, dejadle ir, a condición de que regrese aquí si resulta vencedor.

El señor así lo otorga y envía a un caballero para que hable con Marganor, que había preparado una de las mayores trampas del mundo: tenía planeado y había ordenado que así lo hicieran, que cuando los dos caballeros estuvieran combatiendo, sus hombres irían al puente y lo destruirían, pero sin tocar al caballero en ningún momento. Después, enviaría a ochenta caballeros que tenía allí, en secreto, para que lo hicieran prisionero, ya que Héctor no podría regresar, pues el terreno era tan pantanoso que nadie que entraba en él podía salir: por eso quería destruir el puente.

Mientras tanto, llegó el caballero con Héctor al puente; pregunta por Marganor y éste acude. Le asegura que si le garantiza que no le atacará ninguno de sus hombres, a excepción de él mismo, habrá combate, si así lo desea. Marganor lo promete,

asegurando que no le atacará ninguno de los hombres que hay allí. El caballero que iba de acompañante no se da cuenta de la trampa y acepta la promesa, regresando a la barbacana, donde todos suben a la parte alta para contemplar la justa.

A continuación, los dos caballeros se acercan y vuelven a alejarse, dejando que los caballos corran tan deprisa como pueden; se golpean con las lanzas, que eran muy fuertes, con tanta violencia, que por el vigor de los brazos y de las lanzas se derriban al suelo, con los caballos sobre ellos; el de fuera era el mejor justador del mundo.

Cuando estaban en el suelo, corrieron los hombres de Marganor a destruir el puentecillo, que era de madera. Héctor se puso en pie antes que su compañero, pues era más ágil y su caballo más fuerte. Al levantarse, oyó el ruido que hacían detrás de él los que estaban derribando el puente: salta sobre su caballo y vuelve al puentecillo, descargando grandes tajos con el filo de la espada, de forma que mata o malhiere a los que se quedan esperando sus golpes.

Huyen todos, pues no se atreven a tocarle, por la promesa que ha hecho su señor: el puente queda abandonado, aunque le han arrancado no sé cuántas tablas. Marganor acude al galope, sin yelmo, y le dice a Héctor que le ha causado un mal injustamente al matarle a sus hombres.

—Vos —responde Héctor—, me habéis hecho un daño y habéis cometido una deslealtad, pues intentabais que me retuvieran vuestras gentes.

—¿Acaso os ha puesto la mano encima alguno de ellos? No os han cometido ninguna injusticia al destruir el puente, pues no es vuestro, sino de nuestros enemigos mortales.

—Buen señor, dejadme combatir: estoy dispuesto a hacer justicia en todo lo que consideréis oportuno.

—De acuerdo, si me prometéis hacer justicia en todo lo que os pida.

Héctor se lo concede a condición de que ninguno de sus hombres le haría nada ni a él, ni al señor del castillo, y que si vence al caballero, se lo llevará al castillo sin oposición, ni discusión. Marganor lo acepta, pensando que su caballero sería el vencedor.

Recomienza entonces la justa entre Héctor y el caballero. Héctor lo vuelve a derribar con gran violencia del caballo, que era muy bueno y fuerte; Héctor, que se dio cuenta de que era muy bueno, lo sujetó por las riendas y lo llevó al otro lado del puente, golpeándole en la grupa con la lanza, que seguía entera. El caballo huye por la calzada y lo cogen los de dentro. Por su parte, el caballero estaba gravemente herido, pues había caído dos veces y estaba levantándose lo mejor que podía. Héctor volvió a él, dejó caer la lanza y, sujetándolo por el yelmo con la mano derecha, se lo arranca con tal violencia que le rompe las correas y por poco no le parte los dientes con la gola, y le revienta las narices, de forma que sangra abundantemente.

Héctor habría desmontado con gusto para dejarlo completamente derrotado, pero

temía alguna traición, y por eso no descabalgó, sino que arrojó el yelmo del caballero lo más lejos que pudo, desenvaina la espada y lo golpea dos veces con la hoja, haciéndole caer de nuevo; sangra tanto como si estuviera mortalmente herido. Héctor vuelve la espalda hacia el puente y jura que si no se da por vencido, le cortará la cabeza; el caballero no puede decir ni una palabra, pues está desmayado. Entonces, Héctor desmonta, le baja la ventana hasta los hombros y hace como si le fuera a cortar la cabeza. Marganor acude picando espuelas, sin yelmo, pues no quería acercarse armado para que Héctor no pensara en una traición, y le dice que ya ha hecho bastante. Pero Héctor no quiso esperarle a pie, sino que salta sobre el caballo con la espada desenvainada. Marganor le grita que no mate al caballero, a lo que le responde que sí lo hará a menos que se rinda como vencido; a esto le contesta que en cuanto vuelva en sí hará que lo prometa.

Entre tanto, el caballero sale del desmayo y se dirige rápidamente al lugar en donde Marganor y Héctor estaban hablando: ha desenvainado la espada y se cubre la cabeza con el escudo, dispuesto a atacar y a defenderse.

—¿Cómo —le pregunta Héctor—, señor caballero, aún queréis seguir combatiendo?

—Claro que sí —responde—, pues estaba sano.

—No combatiréis contra él —le dice Marganor—, porque sois su prisionero; de lo contrario yo le habré faltado, pues le he prometido que os haría cumplir la promesa de ser su prisionero.

—¿Prisionero? Por Dios, no seré prisionero suyo mientras pueda defenderme.

—Sí lo seréis —le ordena Marganor—, pues yo se lo he prometido.

—Ya que vos lo queréis, no me resultará deshonoroso cumplir vuestra voluntad, porque sois mi señor natural.

Avanza y le entrega a Héctor su espada; éste la toma e intenta llevarse al caballero por delante de él al castillo. Marganor le dice entonces que no se ponga en marcha hasta después de haberle hecho justicia. Le contesta que no se moverá, «antes bien, estoy dispuesto, si me vais a acusar de algo». Marganor le recrimina porque le ha herido a sus hombres durante las treguas, a pesar de que le había prometido que no se preocuparan de él. Héctor le contesta que nunca había hecho tal promesa, «y si lo hubiera jurado, no habría cometido una falta, pues se estaban comportando deslealmente conmigo. Pero en modo alguno pienso que lo hicieran por orden vuestra —así me ayude Dios—, porque os tengo por caballero leal, ya que habéis obligado al caballero a cumplir el acuerdo que me habíais concedido».

A pesar de todo, Marganor le dice que vaya como prisionero suyo por ser culpable, o que se defienda si no lo ha hecho de mala fe, a la vez que lo llama fementido y desleal, y le dice que está dispuesto a demostrárselo enfrentándose personalmente contra él.

Héctor le responde que no hay corte en el mundo ante la que no se defendiera de

tales acusaciones, aunque el señor de la Estrecha Marca le recomienda que le haga caso y que no se defienda allí, pues Marganor tiene de su parte la fuerza.

—Y no os preocupéis —le dice a Héctor—, pues hemos visto que no habéis cometido ninguna deslealtad: llevaríamos ese testimonio a cualquier corte del mundo; y si os quiere acusar, que lo haga ante la corte del rey Arturo.

Marganor contesta que si no se defiende allí, irá por todas partes llamándolo desleal, con lo que su deshonra será mayor. Héctor se decide, y afirma que no será necesario que le acuse en otro sitio, por Dios; está preparado y se defenderá aquí.

—Hacedme caso —le vuelve a decir el señor de la Estrecha Marca—, no os enfrentéis aquí, pues hoy habéis llevado a cabo bastantes hechos de armas: que el combate tenga lugar mañana y que él se prepare para luchar, y así lo haréis vos también, ya que queréis defender vuestra inocencia mediante combate.

—No será así; no podrá contar nada que yo no haya hecho; y aún no he llevado a cabo ningún hecho de armas que me haya resultado difícil.

—Ciertamente, temo una traición, y sería una gran desgracia que os apresaran; temo que si lucháis ahí fuera, con su gente os podrá prender o vencer, si así lo desea.

—Quitad, no lo haré.

—¿Acaso no visteis que ordenó derribar el puente para reteneros? Tengo miedo de otra trampa, pues no podríais recibir nuestra ayuda, ya que él tiene mucha gente. Os diré cómo tenéis que combatir para no preocuparos por él, que es uno de los mejores caballeros del mundo y uno de los que más saben del manejo de armas: que haga que se desarmen todos sus hombres y que os prometa que no se moverá nadie para socorrerle o para estorbaros; luego, combatiréis en la calzada, entre el gran puente y el puentecillo. Cuando esté a este lado, el puentecillo será derribado, de forma que nadie pueda pasar hasta que uno de los dos sea vencido. Así podrá llevarse a cabo el combate; no os aconsejaría que lo hicierais de otra forma, si no queréis posponerlo por mí.

Héctor le responde que seguirá su consejo, si Marganor acepta.

Regresa completamente armado hasta el puentecillo y le plantea a Marganor sus condiciones. Éste le pregunta cómo puede estar seguro frente al señor de la Estrecha Marca y a sus gentes. Héctor le responde que hará que se lo juren y prometan. Marganor acepta, pues le tarda mucho la batalla. Juntos van al puentecillo, y Marganor ordena a los suyos, por el honor de cada uno de ellos, que no se muevan hasta que Héctor sea derrotado o hasta que él haya sido llevado dentro del castillo; hace que así lo prometa su condestable, que era vasallo suyo; después hace que lo juren todos los demás que también eran vasallos; a continuación, se ata el yelmo, y se dirige a la fortificación en la que estaba el señor del castillo. Héctor hace que el señor y sus gentes le prometan a Marganor que no debe preocuparse por ellos si antes no se mueven sus hombres; tras esta promesa, por orden de Héctor, todos los caballeros destruyen el puentecillo: el terreno era tan pantanoso alrededor y por debajo, que nada que entrara

en él podría salir.

Apenas había sido destruido el puentecillo, que nadie podía pasar de un lado al otro, Marganor se alejó de allí y Héctor abandonó la barbacana.

Se dirigen el uno contra el otro con el escudo al cuello, tan deprisa como pueden correr sus caballos: ambos eran valerosos y decididos; uno, estaba encendido por la cólera y el odio; el otro, estaba deseoso de conquistar honor. Los dos llevaban lanzas fuertes y recias, de cortantes puntas. Héctor iba montado sobre el caballo del caballero al que había vencido al otro lado del puentecillo, que era muy valioso. Chocan a gran velocidad, golpeándose en los escudos: Marganor rompe la lanza contra Héctor, y éste, con toda su fuerza y su valor, alcanza a Marganor, empujándole por encima del arzón, de forma que le hace volar en un solo montón con su caballo; cuando caen, se le quiebra la lanza a Héctor. Éste no puede detenerse, tan deprisa iba su caballo; Marganor estaba caído, atravesado en la calzada, que no era nada ancha: Héctor salta por encima de él; el caballo se mete con las cuatro patas en el río y vuela a la otra orilla, con Héctor encima. No se quedaron allí mucho tiempo, pues el caballo era muy fuerte y muy bueno, de modo que vuelve a saltar con su señor.

Entonces, Héctor toma la espada, hace una galopada hasta la fortificación y regresa con la espada empuñada: ve que Marganor se levanta y que su caballo huye por la calzada; vuelve a la otra orilla, pero cae en el pantano con las patas traseras, mientras que se sujeta por las manos en tierra firme; se hubiera perdido si las gentes de Marganor no lo hubieran sacado a la fuerza. Cuando Héctor se da cuenta de que su enemigo va a pie, no quiere atacarle a caballo, pues teme que le mate su animal: desmonta y se lo entrega a dos servidores de la fortificación, y quitándose el escudo del cuello, avanza con vigor y le acosa de cerca. Los de la barbacana ruegan por él; los del castillo lloran de miedo y de compasión. Al verlo llegar de tal modo, Marganor se prepara a la vez que se dice a sí mismo que nunca había visto un combatiente mejor que éste, aunque no piensa que Héctor pueda vencerle con la espada, pues se consideraba uno de los mejores caballeros del mundo, y sin duda era muy valiente.

Comienza el combate: se lanzan a menudo grandes golpes y se cubren lo mejor que pueden con los escudos. Marganor esgrimía con habilidad, pues hacía tiempo que había aprendido y le resultaba muy útil; se cubrió y protegió mientras le duró el escudo; no se cansa y no se precipita en golpear si no ve muy bien dónde dar el golpe. Héctor, por su parte, le respondía sin pensar en su valor que podría cansarse o ser vencido, de forma que le parte y le rompe el escudo a Marganor, dejándoselo muy reducido, ya que estaba despedazado por arriba y por abajo hasta la bocla. Todo el suelo estaba lleno de los trozos que vuelan, pues su espada era de gran calidad y con el uso mejoraba. Las armas de Héctor apenas se habían estropeado: sólo en el hombro derecho había recibido un golpe que le había afectado, porque la cota se le rompió y le cortó la carne hasta el hueso, haciéndole sangrar en abundancia. Hacía mucho calor, pues era

septiembre; el brazo se le había debilitado y ya no daba unos golpes tan grandes y vigorosos como antes. Cuando Marganor se dio cuenta de esto, se alegró mucho, pues aún se encontraba fresco: le ataca y le acosa con insistencia. Héctor se cubre muy bien, que su escudo todavía estaba bastante entero, de forma que Marganor apenas le alcanza más que en el escudo.

Así se comportan hasta pasado mediodía; entonces, Héctor recobró el aliento y sintió gran vergüenza por haberse permitido estar tanto tiempo sin realizar hazañas: ataca de nuevo a Marganor con mucho ímpetu y le golpea sin cesar, hiriéndole y debilitándole tanto que le entra un gran miedo; apenas puede hacer otra cosa que soportar los golpes, porque ha perdido mucha sangre y le parece que Héctor está más fuerte y más ágil que al principio; lo siente de corazón y desearía encontrarse en una dificultad mayor a cambio de no haber empezado la batalla; ya se encontraba muy débil, y entonces le dice:

—Señor caballero, sois un caballero muy bueno, y os aprecio mucho; nuestro enfrentamiento ha comenzado por una cosa de escasa importancia y sería una gran calamidad que cualquiera de nosotros dos muriera. No os causaré ninguna afrenta perdonándoos, si lo dejamos: prefiero haber perdido a mis hombres, a daros muerte en combate. Me gustaría saber vuestro nombre.

Héctor le responde que no dejará así el combate, «pues seré afrentado si no os dais por vencido».

—En modo alguno me daré por vencido, si Dios quiere. Y ya que habéis rechazado el honor que os ofrecía, reemprenderé el combate, y a quien Dios le dé el honor, que se quede con él.

Le ataca de nuevo, y la batalla duró mucho tiempo, hasta que Héctor siente gran pesar y gran vergüenza porque estaba durando tanto, porque pensaba que tenía que hacer más en su búsqueda de lo que estaba haciendo: le parece que de mala forma llevará a cabo sus propósitos. Entonces le ataca con gran rapidez, le da grandes tajos con la espada en los sitios que ve que está más débil, y le hiere gravemente. Marganor se cubre con lo que le queda de escudo y cede terreno con cada golpe, yendo hacia donde encuentra sitio. Héctor lo lleva por donde quiere, y todos se dan cuenta de que el otro lleva la peor parte. Héctor le acosa, dándole un gran tajo sobre el yelmo; vuelve a levantar la espada y con toda su fuerza repite el golpe, de forma que se lo rompe y le hunde casi la mitad de la espada, con tanta violencia que le hace hincar una rodilla en el suelo. Saca otra vez la espada con tanta fuerza que poco faltó para que Marganor tuviera que apoyar las palmas de las dos manos en tierra, y tarda mucho en ponerse en pie. Héctor lo sujeta por el yelmo e intenta tirarlo al suelo, pero se le queda el yelmo en la mano: lo levanta y lo arroja al pantano lo más lejos que puede. Después, salta sobre Marganor, que se cubre lo mejor que es capaz: Héctor le dice que se dé por vencido, porque le ha derrotado uno mejor que él, y que no intente defenderse. Marganor le

responde que no se dará por vencido, «pues estoy más fuerte que hace un rato, y el yelmo sólo me estorbaba, dándome mucho calor».

Héctor le ataca entonces con gran fuerza; se le ha refrescado a Marganor el rostro por el aire que le ha dado, y se defiende con valor con lo que puede cubrirse, aunque tiene miedo por su cabeza, que lleva descubierta y desnuda de yelmo, de forma que no le queda más remedio que retroceder. Así, Héctor le lleva por donde quiere, y va cediendo terreno a la fuerza, hasta que llega a donde estaba el puentecillo, y por poco no cae al agua. Cuando Héctor lo ve en esa situación, le grita:

—¡Marganor, te vas a caer en el pantano! ¡Sal de ahí!

Héctor salta entonces hacia atrás y Marganor se da cuenta de que si le hubiera acosado un poco más, habría muerto. Mientras tanto, Héctor vuelve al puentecillo y coloca a su enemigo entre la fortificación y donde él estaba, diciéndole que se dé por vencido, a lo que el otro le responde que preferiría morir.

—Por Dios —exclama Héctor—, entonces moriréis.

Le ataca con más ímpetu y le acosa de tal forma que no sabe por dónde va. Héctor se da cuenta de que Marganor está otra vez a orillas de la calzada y que falta poco para que caiga en el pantano; por eso le vuelve a gritar:

—Marganor, ¡vas a morir!

Marganor presta atención y ve que por poco no ha caído: aprecia a Héctor, porque le ha salvado la vida dos veces, y piensa que se comporta con él mucho mejor de lo que él lo haría con Héctor, si la situación fuera distinta. Héctor le repite que se dé por vencido, pues se da cuenta de cómo está, pero le responde que eso no ocurrirá. Héctor se enfada y le advierte que ya no se lo volverá a pedir.

Le ataca de nuevo y le golpea con violencia allí donde piensa que puede alcanzarle; vuelve a herirle, y a la fuerza lo lleva hasta la orilla de la calzada sin que se dé cuenta, porque no puede hacer otra cosa que defenderse. Héctor le acosa de tal forma que Marganor no se da cuenta de que está a punto de caer. Entonces, Héctor le dirige un golpe a la mitad de la cabeza, obligándole a saltar hacia atrás, porque teme que le alcance, y cae en el pantano de pie, hundiéndose hasta la cintura. Al verlo, Héctor grita: «¡Santa María!», y acude a ayudar a Marganor, sacándolo por el puño y diciendo que, si Dios quiere, no morirá de forma tan vil un caballero tan bueno como él. Lo saca fuera con gran esfuerzo, y de no haber sido por él, se hubiera hundido completamente en el pantano. Cuando ya lo tuvo fuera, le preguntó qué tal estaba, a lo que Marganor respondió:

—Bien, gracias a Dios y a vos; ahora veo y tengo la certidumbre de que sois el caballero más valiente del mundo; si tuviera tanto poder sobre vos, como el que vos tenéis sobre mí, no seguiría combatiendo con vos: me pongo a vuestra merced. Tomad mi espada, os la entrego; haré lo que me mandéis.

Héctor la acepta y a continuación arroja lo que le queda de escudo, se dan la mano

y se van directamente a la fortificación, de donde salen a su encuentro contentos por lo ocurrido, y acompañándolos con gran gozo, regresan al castillo. Todos corren a ver a Héctor y al caballero derrotado, pensando que no había en el mundo mejor caballero que él; el júbilo es enorme. La hija del señor, que era muy hermosa, se dirige a Héctor muy bien engalanada, tal como le ordenó su padre, le desata ella misma el yelmo y lo besa a la vista de todos los que habían ido a verlo, diciéndole que sea bienvenido, pues es el caballero del mundo al que más ama y al que más debe amar.

Así, van al palacio y la joven lleva a Héctor a su habitación, y hace que lo desarmen sobre un hermoso tapiz bordado: ella misma le quita una parte de la armadura, y no permite que lo toque nadie que no sea doncella. Cuando terminaron de desarmarlo, el agua ya estaba preparada y Héctor se lava las manos, la cara y el cuello: estaba tan bello que habría sido inútil buscar a otro más hermoso. La joven le entrega un manto corto y se lo coloca al cuello. Cuanto más lo contempla la muchacha, más le agrada, y se dice a sí misma que Dios fue muy generoso con él, ya que le concedió todas las bellezas del mundo y todo el valor. El señor del castillo va a verle en ese momento, examina sus heridas, pues sabía mucho, y dice que está mejor de lo que creía, «pues no tenéis ninguna herida peligrosa». Tras mirárselas y curarlas, van a ver a Marganor, que estaba desarmado y se quejaba de dolor, pues estaba gravemente herido, aunque no tenía ninguna herida mortal, para gran alegría de Héctor y también del señor. Era ya casi de noche y comieron un poco para seguir viviendo.

En esto, Héctor le dice a Marganor que tiene que mandar en busca de los dos compañeros del rey Arturo, pues quiere verlos. Marganor le responde que hará todo lo que le pida: llama a su condestable, que seguía al otro lado del puentecillo, con grandes muestras de dolor, acompañado por sus gentes. El condestable convoca a todos los suyos y, con los del castillo, rehacen el paso: lo atraviesa el condestable completamente solo y acude al lado de su señor, expresando gran dolor al verlo. El señor le ordena que vaya a buscar a los prisioneros y que los traiga rápidamente. «Y quedaos tranquilo por mí, pues estoy totalmente sano». Se va y al cabo de poco tiempo regresa con Yvaín y Saigremor, a quienes les cuenta la desgracia de su señor, que ha sido derrotado por un caballero, que es el mejor de cuantos han nacido. Piensan que se trata de mi señor Galván, y les tarda mucho llegar allí.

De este modo van con ellos otros cien prisioneros, y se dirigen al castillo, en donde hay una gran alegría por ellos: les salen todos al encuentro, incluso el señor, Héctor y todos los demás. Tras ser desarmados, mi señor Yvaín y Saigremor piden que los lleven en presencia del que ha preguntado por ellos. El señor les lleva a Héctor, se precipitan hacia él, preguntándose admirados quién es, pues no lo conocían, ni él a ellos, sino de oírlos nombrar. Tras decirles cómo se llama, ellos se admiran más aún, pues pensaban que todos los buenos caballeros estaban en la corte del rey Arturo. Después, les da el nombre de su tierra, que ellos ya conocían porque fue allí donde el Buen Caballero

derribó a Giflete y a Keu el senescal: al recordarlo, empiezan a reír los dos. Héctor les conjura por la fe que le deben al rey, si se trata de algo que se pueda decir, que le digan por qué se han reído, a lo que le responden que un caballero derribó en la fuente a cuatro compañeros del rey Arturo, y que un enano lo golpeó tanto, que por poco no le dio muerte: mi señor Galván había ido a combatir con aquel caballero.

Héctor les replicó que más valía que el enano le hubiera golpeado, y que mi señor Galván no luchara con él, pues el caballero podría ser derrotado; luego, le dicen los dos que nunca habían visto un justador tan bueno, y Héctor guarda silencio. Ellos le siguen hablando y preguntando, porque el señor les había dicho que era caballero de la reina Ginebra; le preguntan que desde cuándo, y él responde que no hace mucho. Entonces, les cuenta cómo va en busca de un caballero al que no conoce. Le preguntan qué escudo lleva, él se lo explica todo con tantos detalles que al fin piensan que es mi señor Galván, y así se lo dicen. Les contesta que no querría que fuera él, ni por uno de sus dedos, pues le dio pobre compañía.

Por la noche, Héctor estableció la paz entre Marganor y el señor de la Estrecha Marca. Marganor juró que haría que el rey de los Cien Caballeros dejara en paz para siempre el castillo, y si no quería hacerlo, él y sus hombres se pondrían del lado del señor del castillo, entregándole todas sus fuerzas y sus fortalezas, de forma que nunca podría entrar nadie que deseara hacerle daño, del que no lo defendiera con todo su poderío; como refrendo, les libró importantes rehenes. Después de jurar la paz, lo hicieron todos sus amigos.

Grande era la alegría en el castillo, y todos acuden a contemplar a Héctor, pues no se sacian por más que lo miran. Por la noche, cuando Héctor y todos los demás se sentaron a cenar, se presentó un criado ante el señor: lo saluda y le pregunta si hay allí un caballero de otra tierra, a lo que le responde que sí.

—¿Para qué lo quieres, buen hermano?

—Señor, ¿hay alguien que se llame Héctor?

El señor le contesta que sí. Le pregunta que quién es, y el señor se lo señala.

El criado se dirige hacia el lugar que ocupa Héctor, y le dice:

—Os saluda un caballero, Synadós de Windsor, que desea saber cómo os va, pues había oído decir que erais prisionero de la gente de este castillo y del rey de los Cien Caballeros; me ordenó que viniera al galope, para deciros que os enviará tantos hombres como pueda, para rescataros. Así lo hará y piensa que lo debe hacer, pues vos le devolvisteis sus tierras y su honor.

Cuando el señor del castillo lo oye, le pregunta dónde se habían visto, y el criado le cuenta cómo había salvado a su señora delante de él y de su señor; Héctor siente una gran vergüenza de que lo cuente, pero todos los que había allí sienten más aprecio por él que antes, de forma que la noticia no tarda en llegar a la hija del señor, que se alegra mucho, deseando tenerlo por marido, si pudiera ser; en esto, el señor va a donde ella

está y le pregunta que si lo querría —si puede ganárselo—, a lo que le responde que es el caballero del mundo que con más gusto tomaría por marido.

Entonces, el señor le habla a Héctor, y él le contesta:

—Señor, queréis hacerme un honor muy grande, al concederme a vuestra hija, pero no voy a tomar mujer, ni aceptaré ningún honor de este mundo, pues tengo mucho que hacer todavía y mucho que cabalgar hasta que encuentre lo que voy buscando. No la rechazo, pues hace mucho tiempo que no veo una dama ni una doncella con la que me casaría más a gusto, pero no me pertenezco a mí mismo, y bien sabéis cómo es eso.

El señor no se atreve a rogarle más; vuelve al lado de su hija y le cuenta la respuesta de Héctor, a lo que ella dice que ya no le preocupa encontrar marido, pues no ha podido obtener a éste. El señor le contesta que eso no puede ser, que hay muchas dificultades; ella contesta que esperaría y que lo amaría más —si eso fuera posible—, porque es un caballero valeroso y prudente, y que no querría más a otro que fuera más rico, pero menos valiente y menos discreto; que los quiere mucho.

Regresa al lado de Héctor, y lo tantea de todas las maneras, para ver cuál es mejor; pero de nada le sirve. A la hora de acostarse, la doncella manda que le hagan una cama a Héctor; como estaba cansado, lo pusieron en una habitación a él solo, que no había nadie más, sino otro caballero, bastante lejos de él. Después de que se acostaran las damas, la muchacha fue a la cama de Héctor, y se arrodilló delante de él, sin que éste se diera cuenta de su presencia hasta el cabo de un rato. Al verla, Héctor la toma entre sus brazos, y dándole la bienvenida, le dice:

—Hermosa doncella, ¿qué necesidad os ha traído aquí?

La doncella llevaba las trenzas sobre los hombros, sueltas y sin sujetar.

—Señor —le responde llorando—, no penséis mal porque he venido en secreto, pues sólo lo he hecho pensando en el honor. Vengo a presentaros una queja contra vos mismo, que no puedo apelar ante nadie más y sólo vos podéis hacer justicia, para ello no es necesario que seáis señor de vos mismo.

Le contesta que no piensa mal, «sed bienvenida, doncella. Si os he hecho algo malo, lo repararé con gusto, pero decidme qué ha sido».

—Señor, me quejo de que os he rogado a través de mi padre que me tomarais por esposa, y vos no habéis querido escuchar ni su ruego, ni el mío, y me habéis rechazado: me gustaría saber por qué, si me lo queréis decir.

—Por Dios, no se debe en absoluto a que no seáis suficientemente bella y valiosa para uno de los más altos caballeros del mundo; al contrario, sois mujer muy noble y rica. La razón es tan grande como le he dicho a vuestro padre, y os lo diré a vos también; no puedo tomar esposa hasta que no haya terminado la búsqueda que he emprendido. Si lo pudiera hacer ahora, y me casara con vos, y muriera en la búsqueda, ¿no sería una gran desgracia?

—Señor, ¡que Dios os defienda de la muerte! Preferiría quedarme soltera; si queréis,

os esperaré, pero tenéis que prometerme que no os casaréis sin decírmelo antes.

Héctor le responde que no puede prometérselo, pues si tiene que cumplir esa condición, teme encontrarse ante alguna dificultad y verse obligado a mentir a la fuerza.

—Ciertamente, por nada desearía que mintierais, pero haced lo que os voy a pedir, ya que os he perdido para siempre: prometedme que no os casaréis si no es con la mujer a la que queráis más que a todas las otras, y prometedme que no faltaréis a vuestra palabra ni por tierras, ni por heredades.

—Por Dios, esa condición sí que la puedo mantener; os lo prometo como caballero leal que así lo haré, y que Dios deje de ayudarme el día en que me case con una mujer que no sea la que más quiero.

Entonces se marcha la doncella muy contenta y sonriente, y le dice a la muchacha que iba con ella, que ha dado muy buen término a sus preocupaciones; luego, se dirige a donde está su padre y le cuenta lo que Héctor le acaba de prometer y asegurar, «y pienso que antes de que el año llegue a su fin, me amaré más que a ninguna mujer que haya en el mundo, tanto me voy a esforzar en ello». El padre le responde que nunca se había alegrado tanto como se alegrará si eso llega a ocurrir. Y así, dejaron de hablar del asunto hasta la mañana siguiente, en que la doncella fue a despertar a Héctor, diciéndole que Dios le dé honor, a lo que él le contesta que haga lo mismo con ella.

—Señor —dice la doncella—, quiero que os llevéis prendas de mi amor. Tomad este anillo; llevadlo con vos y de ese modo llevaréis más de lo que se ve, pues tenéis todo mi corazón.

Toma el anillo, se lo agradece mucho y se lo pone en el dedo, quedándole muy bien.

—Señor, os lo doy a condición de que no penséis mal.

Héctor pide sus armas y se las dan, pues el señor no pudo retenerlo más tiempo, a pesar de su insistencia. Yvaín y Saigremor, por su parte, también se arman. Héctor se despide de la doncella, que está triste y lo encomienda a Dios con alegría: está triste porque el caballero se va a la ventura; alegre, por el gozo que espera obtener de la piedra que hay en el anillo que lleva Héctor. Es de tal naturaleza esa piedra que si se le da a una mujer o a un hombre, desde el día que se le haya dado, crecerá y aumentará sin cesar su amor, si se lo ha otorgado, mientras lleve el anillo. La doncella le había pedido a Héctor que se lo pusiera por su amor, por eso había guardado su padre durante mucho tiempo el anillo y gracias a él, había querido siempre a su mujer.

Después se despide de Marganor, dándose mutuas pruebas de aprecio. El señor del castillo monta con una parte de sus caballeros y los acompañan a él, a Yvaín y a Saigremor, que también se marchan. Héctor pregunta por el camino más recto para ir a la tierra de Norgales, y el señor se lo indica. A continuación, Héctor le dice que regrese, y el señor así lo hace, tras darle muchas veces las gracias, como a quien quiere de todo

corazón.

Héctor lo encomienda a Dios, igual que los otros dos caballeros, y él hace lo mismo. El señor se va y regresa a su castillo, mientras que ellos tres cabalgan juntos, hasta que entran en un bosque muy alto y antiguo, que no era demasiado grande. Cuando ya hacía un buen rato que iban por el bosque, entran en una pradera, en la que ven a un caballero que lleva a una doncella a la fuerza, sujetando el freno de su montura; al otro lado había un caballero que estaba combatiendo él solo contra dos, y lo hacía con gran valor; después de luchar un rato, da la vuelta y huye tan deprisa como puede su caballo, perseguido por los otros que pican espuelas tras él: cuando ve que le va a dar alcance sólo uno, vuelve; sin embargo, no se atreve a esperar a que se acerque el otro, y se dirige tan rápido como puede a donde están Héctor y sus compañeros; lo han herido tan gravemente, que no es de maravillar que no se atreva a esperar a sus enemigos.

Mientras contemplan estas dos cosas, Saigremor el Desmesurado les dice:

—¡Ay, Dios! ¿Por qué no habrá aquí una tercera aventura, de modo que cada uno de nosotros tengamos una?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando oye detrás los gritos más grandes del mundo, que daba la sensación de que hubiera más de cien personas.

—Por Dios —le dice Héctor a Saigremor—, Dios os ha oído, pues la tercera aventura no está lejos. Ahora que cada cual tome la suya, porque ya no debemos retrasarnos.

—Por Dios —responde Saigremor—, yo socorreré a este caballero, que lo está necesitando.

—Yo —dice mi señor Yvain—, a la doncella, si puedo.

—Entonces —termina Héctor—, yo iré en busca de los gritos que he oído.

Se encomiendan a Dios. Héctor corre a donde había oído los grandes gritos y cabalga atravesando a lo largo el bosque que antes habían pasado a lo ancho; oye sin cesar los gritos delante, y en todo momento le parece que están muy cerca, y así recorre dos leguas inglesas. Cuando llega a otra llanura, ve una gran cantidad de gente, que llevan unas parihuelas entre amargos gritos y llantos. Galopa tras ellos hasta dar alcance a un enano que cabalgaba sobre un flaco rocín, que no podía ir más que al paso. Héctor llega a su lado y le pregunta qué le ocurre a aquellas gentes, pero el enano no responde una palabra, sino que le muestra su fea cara. Héctor le vuelve a preguntar por qué lloran, y no le contesta. Le pregunta por tercera vez, sin tener una respuesta.

—Eres —le dice al enano— un felón orgulloso, que no me quieres contestar a lo que te pregunto. Poco falta para que te dé una bofetada.

—Por Dios —le responde—, golpéame y te diré por qué lloran esas gentes; si no es así, no te lo diré.

—Que te golpeen los diablos, pues yo no pienso hacerlo. Dímelo y obrarás como prudente.

—Mala vergüenza me dé Dios, si te lo digo a cambio de nada.

—Te daré lo que quieras, dímelo.

—Te lo diré a condición de que me golpees después.

—No pienso golpearte. Prefiero realizar una proeza digna de caballeros: al golpearte sería afrentado, lo hiciera por la razón que fuera.

—Que no me vuelva a ayudar Dios si eres afrentado por ello. Pero, para dejarlo ya, si vives tres días más, recibirás tales afrentas como nunca recibió caballero alguno; yo así lo procuraré con todas mis fuerzas.

—¿Por qué?

—Porque eres —responde el enano— un mal traidor renegado.

Estira las manos y, sujetando a Héctor por el freno, le escupe en medio de la cara y golpea su caballo en la frente con un palo que llevaba, de forma que lo hace caer de rodillas. Héctor lo sintió mucho, pues quería mucho al caballo, que era el del caballero con quien se enfrentó en la Estrecha Marca, al otro lado del puentecillo, y era muy bueno. Así, le dice al enano:

—Enano, te golpearé, por Dios, si vuelves a golpear a mi caballo.

El enano vuelve a la carga, golpeándolo de nuevo. Héctor levanta la pierna completamente armada y le da un empujón con el pie, derribándolo al suelo junto con su rocín; luego, le dice:

—No me importa lo que puedas hacer, pero te voy a ayudar a montar.

Él mismo lo monta.

—Por Dios —le dice el enano—, si amas la vida, te hubiera resultado mejor darme la muerte, pues por mi vida tú perderás la tuya.

—No me importan tus amenazas; dime por qué lloran y gritan así esas gentes.

—Te lo voy a decir. Llevan unas parihuelas con un caballero muerto: era muy noble y gentil; por su muerte se harán muchos males.

—¿Murió en hecho de armas?

—Sí.

—¿Quién lo mató?

El enano le cuenta todo, hasta que Héctor comprende y se da cuenta de que es el caballero al que él dio muerte cuando fue a socorrer a Synadós de Windsor, que era primo de su mujer. Piensa qué puede hacer, pues está seguro de que habrá pelea si va allí; y si da la vuelta, tendrá que decirlo cuando regrese a la corte del rey Arturo, tal como lo juró. Por fin, decide que Dios no le vuelva a ayudar a partir del día en que retroceda por algo.

Deja al enano y avanza por delante de las parihuelas; saluda a los que lo llevan, pero no le responden una palabra. Cuando ya los estaba adelantando, las heridas del muerto, que olían mal, empiezan a sanar. Entonces, el enano se pone a gritar: «¡Coged al asesino, coged al asesino!». Alrededor de las parihuelas había hasta veinte caballeros:

unos no estaban armados y otros iban completamente armados, a excepción de la cabeza. Uno de ellos mira y reconoce a Héctor por sus armas; entonces dice:

—Por Dios, ése mató a mi señor.

Todos empiezan a gritar; los que no estaban armados, piden las armas, y los que las llevaban vestidas, toman los yelmos, a la vez que dicen que se dé por muerto. Héctor se dirige al centro del campo y ataca al primero que va contra él, golpeándolo de forma que lo derriba en el suelo; abate a tres antes de que se le quiebre la lanza; después de que se le rompiera, tomó la espada y se enfrenta con ellos violentamente, montando a caballo a su gusto.

El enano se dirige entonces a ellos, gritándoles que en mala hora se les escapará. Todos a la vez se le echan encima y le golpean por arriba y por abajo, cansándolo y agotándolo. Iba por el camino en ese momento un caballero andante, con una doncella a su lado: era el caballero al que Héctor había vengado de la deshonra que le infligió Guinas de Blahestan y la doncella que condujo a Héctor al pabellón de Guinas. Apenas vio la doncella a Héctor entre sus enemigos, le dijo al caballero que iba a su lado:

—Ay, señor, ése es el caballero que se enfrentó por vos con Guinas y estuvo en peligro de morir por vengar vuestra deshonra: lo van a matar, si no le ayudáis.

—¿Cómo? ¿Decís que es ése?

—Señor, sí, sin lugar a dudas.

—Entonces, no tiene que preocuparse.

Avanza y ordena que se retiren todos; al oírlo, le dicen:

—Señor, ese caballero es el que ha matado a vuestro hermano.

Apenas oye estas palabras, se desmaya. Los caballeros vuelven a atacar a Héctor, pero la doncella se mete entre ellos, diciéndoles que hará que mueran todos, pues su amigo le había prometido que lo dejarían a salvo. En esto, su amigo vuelve en sí, y la doncella le dice que si no socorre a Héctor, cometerá una traición; les ordena, si en algo estiman sus personas, que no lo toquen más, y así lo hacen. A continuación, le pregunta:

—Señor caballero, ¿cómo os llamáis?

Le responde que se llama Héctor.

—Héctor —le dice—, vos habéis matado a mi hermano; sé muy bien cómo fue. Por otra parte, habéis hecho tanto por mí, que no os puedo ser traidor ni desleal. Marchaos ahora, no tenéis que preocuparos por nada, pero no os protegeré en ningún otro sitio.

—Muchas gracias, señor.

Con esto, Héctor se aleja de allí; el enano, que era el más desleal de todos, les dice a los caballeros que se consideren muertos y afrentados si no hacen lo que les va a indicar, a lo que le responden que lo harán. Les pide un escudero, y ellos se lo conceden; entonces, lo envía a un paso estrecho que conocía: asegura que el caballero

pasará por allí sin más remedio; entonces, el escudero le saldrá al encuentro —al menos así debe procurarlo—, y le preguntará que a dónde se dirige, a lo que el caballero le contestará que a la tierra de Norgales. «Le dirás que lo conducirás allí sin rodeos; lo llevarás a la Fuente de la Ermita, que bien sabes dónde está: dile que es la mejor fuente del mundo y que cualquiera que beba de ella, se encuentra al punto tan fresco y sano como si nunca hubiera padecido enfermedad ni dolor. Él descabalará: apenas lo haya hecho, monta en su caballo y ve rápidamente a Marés; te seguirá sin duda, pues es un caballero muy esforzado, y nosotros lo apesaremos, ya que Ladomás —que así se llamaba el caballero, y su hermano muerto, Maltaillié—, no lo protegerá en ningún sitio. Llévate —añade el enano— un pan, con el que harás sopas en la fuente, pues quizás el caballero no haya comido hoy y se las comerá con gusto. De este modo, el escudero se marcha según le había indicado el enano; alcanza al caballero y le pregunta a dónde va; le contesta que querría ir a la tierra de Norgales.

—Señor, no vais nada bien.

—¿Por dónde debo ir, pues?, pregunta Héctor, sin recelar la traición.

—Os llevaré sin rodeos —responde el traidor.

Cabalga él delante y el caballero por detrás; abandonan el buen camino y toman una vieja senda, llena de hierba y apenas frecuentada. Héctor le dice que no piensa que vayan bien, pues esa senda es muy vieja.

—Señor, sea como sea, va derecha al camino ancho, del que os desviasteis hace mucho, pero os conduciré a él rápidamente.

El escudero sigue delante y Héctor va detrás, y cabalgan sin detenerse hasta que ven la Fuente de la Ermita: se llamaba así porque al pie de la montaña en la que estaba, había una ermita que no bebía otra agua. Al llegar a la fuente, le pregunta el escudero:

—Señor, ¿habéis comido hoy?

—No, en verdad.

—Señor, tengo un pan y mucha hambre. En mala hora tendríais qué comer si no bebierais, pues ésta es la fuente más saludable y más digna de admiración de Gran Bretaña: no hay ningún caballero, por enfermo o herido que esté, que si bebe en ella no reciba salud por todo el cuerpo. Ya que no habéis comido, descabalgad y tomaos dos o tres sopas, pues yo no puedo seguir en ayunas.

Le insiste tanto el escudero a Héctor, que al fin desmonta, mientras que él le hace unas sopas en la fuente. Héctor se quita el yelmo y el escudo, para colgarlos en una encina y el escudero le sujeta el caballo, atándolo cerca de la fuente. Héctor tenía mucha hambre y se puso a comer con muchas ganas; mientras estaba comiendo, el escudero coge el escudo, se lo pone al cuello, toma el yelmo y monta el buen caballo, yéndose de inmediato. Al verlo, Héctor se da cuenta de que ha sido traicionado y sale tras él, corre al rocín del escudero, salta encima de él y picando espuelas, persigue al escudero tan deprisa como puede el rocín. El otro huye sin esperar y Héctor espolea

tanto a su montura, que le gana terreno; pero cuando se le acerca, el escudero pica al caballo, alejándose mucho.

De este modo van durante mucho tiempo, hasta que se acercan a un castillo, que era el que el enano le había dicho al escudero para que llevase a él a Héctor. Se llamaba Marés, porque estaba rodeado de pantanos por todas partes. El escudero pasa la puerta, seguido por Héctor; el primero se mete con el caballo en una casa y sale por otra parte. Héctor no sabe qué ha sido de él, descabalga y continúa buscándolo a pie por la casa, pero no encuentra en ella nada vivo. Sube un peldaño de la escalera que llevaba a una torre, y se encuentra con un anciano canoso y de pelo blanco, que estaba sentado allí. Héctor se dirige a él y lo saluda; el anciano le devuelve el saludo.

—Señor —le dice Héctor—, haced que me devuelvan mi caballo, que un criado ha traído aquí, y mi escudo y mi yelmo, que también se ha traído.

El anciano le pregunta quién es, a lo que responde que es un caballero de la casa del rey Arturo. En esto, entra el escudero acompañado de cerca de quince caballeros y servidores completamente armados. Entonces, Héctor le dice al anciano:

—Señor, éste es el criado que se ha traído mi caballo robándomelo con maldad, como desleal.

—No ha sido así, sino que me lo traje con derecho, pues no se debe ninguna fidelidad ni lealtad a un asesino, y, eso es lo que vos sois. Señor —continúa hablando el anciano—, es él quien mató a Maltaillié, vuestro hijo, asesinándolo y de forma desleal.

Al oír tales palabras, Héctor siente un gran dolor y gran vergüenza; desenvaina la espada y corre al escudero, golpeándole en medio de la cabeza, y se la parte hasta los hombros. Tras hacer esto, salta hacia atrás y ve en un extremo de la torre un escudo que está colgado de un gancho: da un tajo con la espada y corta la correa, de modo que el escudo cae y él lo coge, defendiéndose con gran valentía frente a los que le atacan. El señor, que era anciano, siente una gran compasión, pues Héctor estaba muy herido desde antes de entrar allí; se pone en pie, levantándose del trono en el que estaba sentado, se dirige a Héctor, le dice que se espere un momento y ordena a sus gentes que se retiren, y así lo hacen. El señor le pide a Héctor que se rinda, a lo que éste le responde:

—Señor, ¿cómo me voy a rendir?

—Entregándoos a mi merced.

—Por Dios, no lo haré en modo alguno, pues ignoro cómo será vuestra merced, pero me rendiré a condición de que me permitáis defender la rectitud de mi acción ante los que intentan probar que asesiné a vuestro hijo, o que lo maté a traición.

En ese momento, llamaron a la puerta los que traían el cuerpo, avanzan con Lodomás, y al llegar a la torre, cuando Lodomás ve a Héctor, se encontró a disgusto, pensando que no iba a poder protegerlo según su voluntad.

—Ay —le dice a Héctor—, ¿por qué habéis venido aquí?

—Señor, me obligó un traidor que me quitó el caballo. Entonces, el señor corre hacia su hijo Lodomás, y siente un gran pesar al no ver vivo al que estaba muerto.

—Señor —le dice Lodomás—, no hagáis morir a este caballero, pues hace poco yo habría muerto de no haber sido por él.

La doncella empezó a llorar, y el señor le pide a Héctor que se rinda, pero él se niega.

—Héctor —le dice Lodomás—, entregaos a mi señor.

Entonces Héctor le responde que no habrá cosa que él le aconseje, que no la haga de inmediato: le entrega la espada al señor y éste la toma.

Todos los caballeros y servidores se van; Lodomás se acuesta sobre un tapiz y hacen desarmar a Héctor. Lodomás ordena que encierren a Héctor en una habitación donde no lo vean sus gentes, ni él, ni su padre, pues podría atacarle algún loco, contra el que no sería posible protegerlo. Lo meten en una habitación, bajo promesa de que no se moverá si no es con permiso del señor. Mientras, han bajado las parihuelas en el patio, renovándose el dolor al llevar el cuerpo a la sala. Han llamado a los sacerdotes y a los clérigos para que celebren los oficios que corresponden a un cuerpo presente, ya que el señor había hecho que lo trajeran de una distancia de dos jornadas largas, porque quería que lo enterraran en el castillo; y si no hubiera sido tan anciano como era, nada habría podido proteger a Héctor de que lo matara, pero ya sólo se preocupaba por la salvación de su alma. Le reconforta lo que Héctor había hecho por su hijo Lodomás, combatiendo con Guinas para salvarle.

De este modo, estaba Héctor en la habitación, con todo lo que necesitaba. La doncella por la que había combatido con Guinas, le da compañía siempre que puede escapar hasta allí. El día siguiente entierran a Maltaillié: sería imposible contar el duelo que hacen por él todas aquellas gentes, e incluso el mismo Héctor ha llorado mucho.

Ya está enterrado Maltaillié. Ahora deja la historia de hablar de él y de Héctor, de quien no habla más esta vez, y vuelve a Galahot y a su compañero, que llevarían una vida muy buena si tuvieran con ellos las cosas del mundo que más amaban, pero eso no podía ser, pues están muy lejos, y ellas no padecen menos.

LXII

Aquí cuenta la historia que Lanzarote está tan enfermo que ni bebe, ni come, a no ser muy poco, y no duerme. Galahot se encuentra a disgusto porque lo ve tan mal, le pregunta qué le ocurre y él le responde que está seguro de que va a morir.

—Mi buen compañero —le pregunta Galahot—, si pudierais ver a mi señora, ¿os encontraríais más a gusto?

—Señor, pienso que sí.

—Por Dios, procuraré que la veáis.

—Señor, ¿cómo será eso?

—Os lo voy a decir. Haremos saber a mi señora que nos tiene demasiado olvidados, pues no la hemos visto desde la entrada del mes de mayo y estamos en enero; que haga algo para que podamos verla.

—Señor, gracias. Pienso que mi señora es tan leal y tan valiosa, que si pudiera ser, nos vería con mucho gusto, pero no puede hacerlo. Temo que le resulte difícil y preferiría estar muerto antes que causarle dificultades; y prefiero soportar mi dolor mientras viva, pues sólo vivo por ella, y muriendo, yo no perdería tanto como ella. A pesar de todo, lo haremos tal como habéis propuesto.

—No os preocupéis ahora, que os garantizo que no pasará dificultades.

—Señor, ¿cómo lo sabrá ella?

—Enviaremos a vuestro primo Lionel, a quien le encargaré debidamente vuestro mensaje.

Llama entonces a Lionel y le dice:

—Lionel, irás a mi señora y tendrás que hablar con ella en secreto, sin que nadie te oiga. ¿Sabes qué tienes que hacer? Te enterarás dónde está el rey Arturo; después preguntarás por mi señora de Malohaut, a la que le dirás que te lleve a hablar con la flor de todas las damas que hay, y ella lo hará con mucho gusto. Ten cuidado de ser prudente y discreto y de comportarte bien, pues irás a ver la rosa de todas las damas del mundo. Si te pregunta quién eres, le dirás que eres hijo del rey Boores de Gaunes y primo hermano de Lanzarote. Si te pregunta qué hace su amigo, dile que no puede hacer nada bueno, puesto que no la ve. Dile que nos ha olvidado más de lo que nos merecíamos y que ponga rápido remedio para que la podamos ver, si es que quiere tener compasión de los dos caballeros más desgraciados que existen.

Galahot encargó a Lionel de las mejores palabras que se le pudieron ocurrir, y éste le dijo que las llevaría sin olvidar nada de lo que le había confiado. Luego, se despidió.

—Vete —le dijo Galahot—, y procura por tus ojos no decir a nadie de quién eres, ni a dónde vas, pues nos darías la muerte y para ti sería una afrenta.

Le responde que en mala hora se preocupaba, pues antes se dejaría sacar los ojos.

Lionel se va, tomando el camino directo a la corte del rey Arturo.

Pero la historia deja ahora de hablar de Galahot y de Lanzarote y del muchacho y vuelve a hablar de mi señor Galván.

LXIII

Cuenta ahora la historia que cuando mi señor Galván se separó del caballero al que le había roto el brazo, después de dejarlo en la Landa de la Encrucijada con la doncella que llevaba su escudo a la corte del rey Arturo, cabalgó durante todo el día, hasta que llegó al río que dividía el bosque en uno de los extremos. Cabalgó por el río hasta que empezó a oscurecer, en que vio en la orilla de la derecha a un hombre vestido de blanco que iba muy deprisa. Mi señor Galván ve que la noche se acerca y que no había comido en todo el día; el bosque es grande y peligroso, y está lleno de trampas: pica espuelas tras el hombre de blanco, que al oírlo, mira y ve que es un caballero. Lo espera, se quita la capucha blanca de la cabeza e, inclinándose, le dice: «Sed bienvenido».

Mi señor Galván piensa que es sacerdote o ermitaño; descaburga y se lo pregunta. Le responde que no, pero que es clérigo.

—¿A dónde vais?, le pregunta mi señor Galván.

—Señor, voy a ver a un ermitaño cerca de aquí, en un castillo que se llama Leverzep; llevo prisa porque no cantaré vísperas hasta que esté allí.

—¿Cómo? Pensaba que en este bosque sólo había una ermita.

—Señor, hay tres: la de la Encrucijada, otra que se llama la Ermita Oculta, porque está en el lugar más agreste que habéis podido ver, y la tercera, que se llama Ermita de la Cruz, pues en el lugar en donde está —según dicen los viejos— se levantó la primera cruz que hubo en Gran Bretaña y en todas las tierras que hay a este lado del gran mar.

—Y el castillo del que venís, ¿está cerca?

—Sí, señor, a unas dos leguas galesas.

—¿En qué parte queda?

—Señor —le dice señalando a la izquierda—, por ahí.

—Si fuera por ahí, ¿daría mucha vuelta? Os ruego que digáis si cerca de aquí hay algún refugio.

—No, señor, pues toda esta tierra ha sido destruida por la guerra del rey de Norgales con el duque de Cambenync; y aún esperan para mañana a las gentes del rey de Norgales en el castillo del que vengo. Si queréis hacerme caso, os vendríaís conmigo a la ermita, donde seréis bien honrado esta noche.

—Es verdad, iré con vos, ya que así me lo aconsejáis; montad detrás de mí e iremos más deprisa.

—Señor, no montaré porque puedo ir tan rápido como vuestro caballo si va al paso.

Mi señor Galván vuelve a montar y el clérigo va delante muy deprisa, seguido por mi señor Galván; cuando llegan a la ermita, llama a la puerta y el ermitaño le abre. Al ver al caballero, le muestra una gran alegría y lo lleva dentro de la casa. El otro toma su caballo, lo lleva al establo y regresa para desarmar a mi señor Galván. Después, el

ermitaño va a cantar vísperas y mi señor Galván a oírlas. Luego, el ermitaño hizo que prepararan comida con lo que pudo encontrar a toda prisa; era viernes, según la historia. Por la noche, después de cenar, le pregunta el ermitaño a mi señor Galván que quién es, y le responde que es del reino de Logres.

—Señor, ¿sois de la mesnada del rey Arturo?

—Sí.

—Señor, entonces pienso que el rey os manda aquí por el enfrentamiento que hay entre el rey de Norgales y el duque de Cambenync.

—No he venido por esa razón, sino que estoy buscando a un caballero al que no conozco; a vos no os mentiría.

—Señor, ¿habéis estado en la corte del duque mi señor?

—No he estado nunca allí.

El ermitaño empieza a mirarlo con atención, y le parece que es muy valiente; al cabo, le dice:

—Señor, ya que sois de la mesnada del rey Arturo, decidme vuestro nombre, pues he oído contar que en la casa del rey Arturo están siempre los caballeros más valientes.

—¿Quién os lo contó?

—Señor, aquí estuvo conmigo uno que era señor mío, que era compañero, un caballero muy piadoso y de santa vida hasta que el sufrimiento hizo que abandonara este mundo: tenía un hijo al que un vecino le había desheredado quitándole todas sus tierras, menos una torre que era muy fuerte. En ella seguían resistiendo sus gentes; el que combatía contra él era un caballero orgulloso, llamado Segurades: vivía en la salida de Bretaña, junto a Roestoc, cerca del río Severn. Cuando el hijo vio que lo había perdido todo, no supo qué hacer sino huir, pues todos sus hombres le habían abandonado por el miedo que tenían a aquel admirable caballero; acudió a su padre, que se llamaba Alier y —según dicen las gentes— había sido hombre de extraordinario valor y muy buen caballero. El hijo, llamado Marés, le dijo a su padre que iba a huir. Cuando el padre lo vio en una situación tan angustiada, le tembló todo el corazón, pues seguía siendo hombre de carne; me pidió que le aconsejara qué debía hacer, y le respondí que no sabía.

—Maestro —me dijo—, ¿no es peor que los sarracenos el que destruye esta vida sin sacar ningún provecho? Si yo fuera a Ultramar contra los destructores de la Cristiandad, se consideraría bueno, pues ya que soy cristiano, debo vengar en lo posible la muerte de Jesucristo. Así pues, iré a vengar a mi hijo, que es cristiano, y le ayudaré contra los que obran como infieles.

Tal fue el razonamiento que me hizo. Se marchó de aquí vestido con hábitos de religión, afirmando que no los abandonaría. Frecuentemente hablaba de la corte del rey Arturo y decía que había estado en ella durante mucho tiempo.

—Por Dios —exclama mi señor Galván—, decía verdad. ¿Cuándo se marchó?

—Señor, después de Pascua; desde entonces he oído bastantes noticias tuyas, porque ha llevado a término la guerra, y regresará aquí dentro de poco. Me pidió que le preguntara el nombre a todos los caballeros con los que me encontrara aquí o en cualquier otro lugar, si tenía ocasión para hacerlo; la ocasión se ha presentado y os pido que me digáis vuestro nombre.

Mi señor Galván le responde que su nombre no fue ocultado nunca, «y si se lo escondiera a alguien, no sería a vos. Me llamo Galván y soy el sobrino del rey Arturo».

—Ay, señor, ¡sed bienvenido por encima de los demás caballeros! Debéis ser bienvenido y siento que no os podemos hacer mayores honras. Que Dios os las haga, pues todo el mundo habla bien de vos. ¿A qué tierra vais y por dónde?

—Querría ir a la tierra de Galahot, el hijo de la Jayana.

—¿Estáis seguro de que se encuentra allí?

—Ciertamente, no.

—Buen señor, ¿qué vais a hacer allí?

—Os lo diré: estoy buscando al mejor caballero del mundo; es un joven muchacho y pienso que estará allí con Galahot.

—¿Cómo se llama?

—Señor, Lanzarote del Lago.

—Señor —le dice el ermitaño después de guardar silencio un rato—, que Dios os conceda lograrlo.

A continuación empieza a hablar el clérigo de la guerra del duque de Cambenync y el rey de Norgales, y le dice al ermitaño que las gentes del rey irán al castillo de Leverzep por la mañana, y el duque está allí con todas sus fuerzas, aunque —según dicen— el rey tiene más caballeros.

Mi señor Galván les pregunta entonces quién no tiene razón en esa guerra; el ermitaño le responde que el rey, pues fortificó en la tierra del duque un castillo muy fuerte cuando el duque estaba sirviendo al rey Arturo y se quedó sin él; mi señor el duque se lo ha concedido a un caballero muy bueno, que le había quitado la hija al rey.

Mi señor Galván se da cuenta entonces de que se trata del castillo de Agravaín; pregunta que quién lleva la mejor parte en la guerra, y le contesta que el duque la llevaría, si no fuera porque un hijo suyo había muerto, con gran dolor para toda esta tierra, «nunca visteis otro semejante, pues era un muchacho bello y muy valiente; si no hubiera sido por esto, el duque llevaría la mejor parte de la guerra; nunca hubo un caballero tan hermoso como él y que ame más a la Santa Iglesia».

Durante mucho tiempo estuvieron hablando el ermitaño y mi señor Galván, hasta que llegó el momento de irse a descansar: acostaron a mi señor Galván en un lugar muy bueno.

La mañana siguiente, después de que el ermitaño cantara maitines, se encontró con que mi señor Galván se había levantado; le deseó que Dios le diera un buen día, y mi

señor le respondió que Dios lo bendijera.

—Señor —le dice el ermitaño—, os aconsejaría que oyerais misa, pues es día.

—Con mucho gusto la oiré, pues no la oigo tan a menudo como querría.

El ermitaño va a cantar misa y mi señor Galván la escucha de todo corazón; luego, se arma y se despide del ermitaño antes de montar; éste se lo lleva a un lado y le dice:

—Señor, sois muy valiente y muy honrado; decidme por qué vais buscando a ese caballero que se llama Lanzarote; quizás os podría indicar un sitio en el que os informen.

—Señor, os prometo por el juramento de caballero, que sólo lo busco con buenas intenciones; sin conocerlo, es el caballero del mundo al que más amo.

Entonces le cuenta cómo se habían puesto en marcha veinte caballeros de la casa del rey Arturo para buscarlo.

—Señor —dice el ermitaño—, os diré cómo podéis tener noticias suyas. El otro día durmió aquí una doncella, sobrina mía, que va a la corte del rey Arturo, y me dijo que Lanzarote está con Galahot en la tierra de Sorelois.

Mi señor Galván responde que se la encontró, que llevaba un escudo.

—Así es; sabed que es prima carnal de Lanzarote.

—¿Dónde está Sorelois?

—Señor, al final de Norgales, en la parte de poniente; pero está tan oculto que no se puede ver yendo por esta parte. No se lo diría a otro, fuera quien fuera, pero a vos no se os debe esconder nada, pues sois hombre noble y leal.

—Señor, iría con gusto al castillo en el que está el duque de Cambenync.

—Antes os diré todos los puntos que os pueden interesar, ya que he comenzado a hacerlo. Iréis a través de la tierra de Norgales hasta el río Ausurne; para seguir, preguntaréis allí por el camino de Sorelois; encontraréis a muchos que os lo indiquen. Después de haberos alejado un buen trozo del río, hallaréis una colina muy alta, que las gentes del país llaman Montaña Redonda; queda a la derecha. Continuaréis por el camino recto hasta un río que corre hacia la parte de la montaña; allí giraréis y os dirigiréis a lo alto de una colina, en donde encontraréis una ermita y a un ermitaño, que es mi señor: saludadlo y decidle que le pido, por ser él quien me enseñó lo que sé, que os dé nuevas de Lanzarote, si es que tiene algunas; oiréis lo que sepa. Os ruego y aconsejo que permanezcáis una noche con él, y os estimará más, pues toda la gente que no os conoce quiere veros, por las cosas buenas que se cuentan de vos. En cuanto a lo que me habéis dicho de que iríais con gusto al castillo de Leverzep, os lo agradezco mucho, pues no me atrevía a pedirlo, para que no pensarais que lo hacía por otro motivo. Haré que os acompañe mi clérigo, hasta que veáis el castillo con vuestros propios ojos.

—Muchas gracias.

A continuación se despide; el ermitaño envía al clérigo con él hasta que vean

Leverzep. El clérigo se pone en camino, seguido por mi señor Galván, hasta que llegan al bosque de Brequeham. Al ver el castillo, el caballero le pregunta a su guía qué castillo era aquél.

—Señor, es Leverzep.

—Clérigo, ¿es éste el camino que lleva allí?

—Así es, señor.

—Ya os podéis ir, que me habéis acompañado suficiente.

—Señor, si quisierais, yo continuaría aún.

—No lo haréis. Id con Dios.

El clérigo da la vuelta y mi señor Galván le dice que salude a su señor.

Mi señor Galván se pone en marcha, temiendo haber tardado demasiado tiempo. Al llegar al castillo era la hora de prima bien entrada, pues los días habían acortado, como es normal en enero. En una plaza delante del castillo y a una distancia de tres tiros de arco, vio una gran reunión de caballeros: eran los del castillo, que habían salido fuera y no llevaban la mejor parte del combate. Luego, ve a un caballero completamente solo en medio del campo, que no lucha ni con unos ni con otros. Mi señor Galván se detiene, pues no sabe cuántos son, ni cómo están combatiendo, y no quiere tomar parte, pues teme que se le vuelva en mal.

El clérigo del ermitaño había pensado, mientras tanto, que sería una lástima no ver el choque: fue al castillo por un atajo y se subió a lo alto de la muralla. Cuando ve que mi señor Galván no se movía, lo siente mucho, pues le hubiera gustado verle combatir, y piensa que conseguirá que se decida: baja de la muralla, se dirige a la plaza y allí va a encontrarse con un hermano del duque que salía del combate, porque se encontraba en una situación delicada; después de haber luchado con gran valor, tenía que cambiar de yelmo.

—Señor —le dice el clérigo—, ¡en mala hora os vais! Os voy a indicar cómo pueden ser completamente derrotados vuestros enemigos.

El hermano del duque le pregunta de qué modo.

—Por Dios, ahí está el mejor caballero de cuantos han llevado escudo; si lo podéis convencer, habréis ganado.

—¿Cómo se llama?

—Es mi señor Galván, el sobrino del rey Arturo.

Al oírlo siente la mayor alegría.

—¿Quién es —pregunta—, pues veo a dos caballeros?

—El que lleva el escudo blanco.

El caballero tira entonces del freno, a la vez que le dice al clérigo que procure que no lo sepa nadie más; a lo que le responde que así será. Luego, se dirige a mi señor Galván al galope, lo saluda desde tan lejos como puede oírlo y él le devuelve el saludo.

—Señor caballero —dice el hermano del duque—, venid a ayudarnos, haréis bien y

obraréis de forma cortés. Podéis ver que tenemos gran necesidad de ayuda y que defendemos nuestro derecho y el de nuestros herederos frente a los que nos atacan.

—En verdad, no sabía cómo iba esto; he visto allí a un caballero que no se mueve, y me había parecido que lidiabais a fuerzas iguales.

—Señor, no lo hacemos así, pues somos muchos menos.

—Iré con mucho gusto, pero acercaos a aquel caballero y rogadle que os ayude, pues un valiente cuenta mucho.

El hermano del duque así lo hace, va y se lo ruega.

—¿Se lo habéis pedido a aquel caballero de allí?

—Sí.

—¿Contáis con él?

—Sí, señor.

—¿Sabéis quién es?

No lo sé verdaderamente, pero si no me descubris, os diré lo que he oído contar.

—Así me ayude Dios, no hablaré.

—Es mi señor Galván.

El caballero empieza a reír, pensando que era mentira, y creyendo que era algún caballero que se hacía llamar Galván. El hermano del duque le ruega que se ponga de su lado, pero el caballero le responde que si tiene a Galván, ya tiene suficiente, y que no irá con ellos.

—Que se quede Galván de vuestra parte.

Con esto, se vuelve el hermano del duque. El caballero era Giflete, hijo de Don, pero no llevaba sus armas, pues mi señor Galván lo hubiera reconocido: las había perdido en un combate en el que había caído prisionero (cuando mi señor Galván los dejó, que fueron derribados los cuatro por Héctor), durante la guerra de la que le había hablado el ermitaño a mi señor Galván, refiriéndose a Marés, hijo de Alier, y a Canagues, sobrino de Segurades; a este Canagues mi señor Galván le conquistó su propio yelmo.

El hermano del duque se dirige a mi señor Galván y le cuenta que el caballero no quiere ir con ellos porque está él, pero se calla que le había dicho al caballero cómo se llamaba y que sabía su nombre. Se van los dos; el hermano del duque sigue con el mismo yelmo que llevaba, esperando ver qué hace mi señor Galván. Giflete se vuelve hacia la otra parte. Mi señor Galván no se dirige en absoluto hacia donde ve el mayor tumulto, sino que observa un grupo que se había retirado y estaban preparando las armas y las correas de los escudos para entrar en combate. Mi señor Galván los ataca y, cuando Giflete lo ve, se dice que lo sentirá mucho si no es él el primero en golpearle, pues no piensa que sea mi señor Galván, y si es, que sea; en cualquier caso, si se enfrenta con él, recibirá honra: había deseado muchas veces combatir contra él sin ser conocido.

Pica al caballo con las espuelas, se coloca el escudo delante y se dirige al galope contra mi señor Galván, tan deprisa como puede su caballo. Mi señor Galván lo ve venir y se da cuenta de que es el caballero al que había visto en el prado; se dirige a él y se golpean con gran fuerza en los escudos, de forma que nada puede impedir que se les partan las tablas de los mismos. La lanza de Giflete se quiebra y vuela en pedazos; mi señor Galván lo alcanza muy bien y lo lleva al suelo con violencia. Entonces se le rompe la lanza; mira y ve que ya se van al combate los caballeros contra los que quería enfrentarse; pica espuelas, se mete en donde la batalla era más espesa, toma la espada, y lanzándose contra ellos, empieza a realizar tales proezas que todos los que lo ven se admiran. El hermano del duque permanece a su lado y se esfuerza en combatir lo mejor que puede, igual que había hecho antes.

Cuando Giflete estuvo montado de nuevo, acudió a combatir en el sitio donde estaba mi señor Galván, y al ver las maravillas que realiza, no le queda la menor duda de que es él, y lo contempla con mucho gusto. Al verlo en situación difícil, no lo puede tolerar, y le ayuda con todas sus fuerzas. Éste, que se da cuenta, se pregunta admirado quién puede ser. Entonces, va el hermano del duque al lado del propio duque y le dice:

—Mirad, señor, en qué situación tenéis aquel cuerpo del ejército de vuestros enemigos: eso lo ha conseguido un solo caballero.

El duque ya lo había visto, pero no sabía quién era; su hermano le dice que era de la casa del rey Arturo.

—¿Cómo se llama?

—Es mi señor Galván.

—Esperad, vayamos a verlo más de cerca y estemos más cerca de él.

Van a contemplar a mi señor Galván, y las gentes del duque, al verlo, se esfuerzan más, pues mi señor Galván les da valor a los más cobardes. El hermano del duque, por su parte, está sorprendido porque Giflete estaba en contra de él no hace mucho, y ahora le ayuda a desembarazarse en todos los sitios que puede.

Los que están al lado de mi señor Galván lo hacen muy bien, y acosan de tal forma a los del otro lado, que se dan por vencidos, aunque son más, y empieza la persecución. Los del castillo van tras ellos picando espuelas, y mi señor Galván y Giflete les siguen de cerca; mi señor Galván continúa preguntándose, admirado, quién puede ser. Llegan a una zanja; mi señor Galván siente que su caballo va con mucho brío, y lo deja saltar; luego, llegan a otra, pero mi señor Galván teme por su caballo y tira de las riendas con tanta fuerza que una de ellas se le rompe. Giflete le sujeta al animal por la rienda se lo detiene y le anuda la correa, mientras le dice a mi señor Galván:

—Señor, estoy sirviendo no sé a quién, pues estoy de este lado sólo por vos. Os conjuro por lo que más queráis del mundo, que me digáis quién sois.

Mi señor Galván le dice su nombre, y Giflete se pone muy contento.

—Señor —exclama—, sed bienvenido por encima de todos los hombres; que Dios no

me vuelva a ayudar, si no había sospechado que erais vos desde que me derribasteis.

—¿Quién sois vos?

—Señor, soy Giflete.

Al oírlo, mi señor Galván le abraza, armado como estaba, mostrándole una gran alegría. Mientras que se saludaban de esta forma, las gentes de Norgales se habían recobrado un poco y volvían a estar por encima de los hombres del duque. Giflete se da cuenta y le dice a mi señor Galván:

—Mirad, señor, qué mal nos va porque no estáis en el combate; pero tan pronto como volváis a él, serán derrotados los que ahora se recuperan. Quiera Dios que no encuentren refugio en el que se puedan cobijar, pues no logrará escapar uno que no sea hecho prisionero.

A continuación, regresan al combate ambos picando espuelas, con las espadas desenvainadas, con bastantes más deseos que antes de hacer lo mejor: podéis decir que no alcanzaban caballero en su recorrido que pudiera resistirles, y tenían espadas tan buenas, que no había arma que pudiera soportar sus tajos. Hacen tales proezas los dos, que todos los que los ven se admiran, y los suyos, que estaban derrotados hacía un momento, recuperan el valor y el ímpetu; las gentes del rey sienten tanto miedo, que no se atreven a permanecer allí durante más tiempo, vuelven la espalda y se inicia la persecución, a rienda suelta y galope tendido. Los persiguen picando espuelas: en la persecución cayó un sobrino del rey; el duque fue a él y, tras matarlo, dijo:

«Eso ha sido por mi hijo, al que él me le había dado muerte».

Quedaron tan derrotados, que no se preocuparon en regresar, poniéndose a salvo cada uno donde pudo. Las gentes del duque han retenido a muchos, entre heridos, muertos y prisioneros, y hubieran conseguido muchos más de no haberles sorprendido la noche, por lo que tienen que volverse. Mi señor Galván y Giflete se alejan lo más silenciosamente que pueden, cabalgando a la aventura por la noche durante mucho tiempo, hasta que llegan al lindero de un bosque. La luna empezaba a brillar con gran claridad; Giflete mira y ve a la entrada del bosque, a la luz de la luna, a dos doncellas, al menos eso le parecía.

—Señor —le dice a mi señor Galván—, ¿estáis viendo lo que yo veo?

—Veo a dos doncellas sentadas bajo aquellos árboles.

—Señor, es una hermosa aventura para esta hora.

Entonces se dirigen a las doncellas; la más hermosa se puso en pie y saliéndoles al encuentro, les dijo:

—Señores, sed bienvenidos. Nos habéis tardado mucho.

Ellos les responden que Dios les dé buena ventura.

—¿Cómo —pregunta mi señor Galván—, bella amiga, sabíais que teníamos que venir aquí?

—Estábamos seguras desde esta mañana.

Descabalgan ambos y se quitan el yelmo; mi señor Galván se retira a un lado con la más bella y Giflete se queda con la otra: eran tan hermosas las dos, que los caballeros decían que nunca habían visto jóvenes más bellas. Tras aligerarse de las armas, atan los caballos y se sientan a la entrada del bosque, requiriendo de amores cada uno a la suya. La de mi señor Galván le responde:

—Señor, en mala hora sería vuestro amor, si yo lo obtuviera, pues me sentiría perdida, ya que vos sois noble y valiente y yo soy una muchacha poco bella y pobre. Pero os conseguiré una amiga, la más hermosa que habréis visto nunca con vuestros ojos, y mujer más noble que yo.

Mi señor Galván le contesta que no puede ser más hermosa que ella.

—Por Dios, sí que lo es, y además tiene otras cien bellezas: cuando la veáis, no deseáis por nada del mundo haber hecho conmigo vuestra voluntad; yo no me atrevería a verla, pues es mi señora y preferiría estar muerta a que hicierais conmigo vuestra voluntad.

—¿Quién es?

—Por Dios, no lo sabréis hasta que la tengáis entre vuestros brazos, si os atrevéis a hacerlo, que ella no desea ninguna cosa del mundo tanto como a vos.

—¿Sabéis —le pregunta mi señor Galván—, quién soy yo?

—Claro que sí; sois mi señor Galván, y ese otro caballero se llama Giflete.

Mi señor Galván se echa a reír, la toma entre sus brazos y empieza a besarla con la mayor dulzura que puede, colocándola entre él y el suelo, quiere hacer su voluntad. Ella le dice que en vano lo intenta, que no lo conseguirá, «pero os entregaré a una más bella, os lo prometo, antes de tres días, si os atrevéis a seguirme; nunca veréis una más hermosa. Os ruego, si queréis tener alegría de la cosa que más améis en el mundo, que no me echéis más al suelo, pues os arrepentiréis».

Mi señor Galván se lo concede.

Giflete se ha esforzado tanto con la suya, que le ha otorgado su amor y que haga con ella lo que quiera; él le ha prometido que la seguirá a donde ella desee llevarle. Se van entonces a un lugar muy placentero, un poco distante de donde estaba mi señor Galván, y allí hacen cada cual su voluntad: Giflete se ha quedado atrapado en un amor tan grande por la suya, que no quiere a nada tanto como a ella.

Por su parte, la doncella que está junto a mi señor Galván le invita a que la siga, y él le responde que ya está dispuesto; llama a Giflete y le pregunta que si se irá de aquel lugar.

—Sí, señor, a donde quiera esta doncella, a quien pertenezco.

—Señor —le dice la doncella a mi señor Galván—, marchaos, que Giflete no os seguirá.

Mi señor Galván le pregunta a Giflete si será así, a lo que éste responde que sí y que se irá con ella a donde quiera llevarle.

—Que Dios os proteja, le dice mi señor Galván.

—Id con Dios. ¡A dónde vais?

—Seguiré a esta doncella a donde vaya.

—Por Dios —dice la doncella—, no debéis preocuparos, pues no os llevaré a ningún sitio donde no recibáis si no honra y en el que —según pienso— se os acogerá como sería de desear.

Con esto, se separan de Giflete y de su amiga y cabalgan durante toda la noche hacia donde la doncella va, que conoce bien el camino y no se detienen hasta que ven en el bosque un hermoso fuego. La doncella se dirige hacia allí y se encuentra con otra doncella y dos escuderos completamente armados. El fuego era muy grande y muy hermoso, porque el invierno ya estaba bien entrado, que era a final de septiembre y la nieve y las heladas se acercan, a la vez que las mañanas y las tardes refrescan.

La doncella se dirige sin detenerse al fuego, seguida por mi señor Galván; al verlos los que estaban junto al fuego, les salen al encuentro, le dan la bienvenida a la muchacha y le preguntan quién es el caballero. Ella responde que es el caballero del mundo al que más ama y aprecia. Corren a él, le muestran una gran alegría, lo desmontan y se ocupan muy bien de su caballo, pues tenían de todo; luego, toman su yelmo y cuelgan el escudo de una rama en un árbol alto; a continuación, lo desarman, siguiendo las órdenes de la doncella. Cuando ya estuvo desarmado, otra doncella le pone un manto al cuello: lo había sacado de un gran cofre que estaba en el pabellón, y por lo hermoso que era, parecía hecho para un hombre importante.

La doncella ordena que tomen unas brasas y las lleven al pabellón, en el que entra con mi señor Galván; éste lo contempla y ve en él una de las camas más hermosas que había visto en su vida, y se pregunta admirado por qué será tan rico y tan hermoso aquel lecho. Disponen asientos alrededor del fuego y extienden un mantel. Ellos se sientan a comer: todo estaba muy bien dispuesto. Mi señor Galván se queda muy sorprendido por la riqueza de los vinos y de los alimentos, extrañándose de que en un lugar como aquél estuviera todo tan a punto. Después de haber comido a su voluntad y según su gusto, la doncella y mi señor Galván se levantaron y fueron a entretenerse por el bosque, aunque no estuvieron en él mucho tiempo.

Al regresar, mi señor Galván pregunta que de dónde ha venido semejante pabellón y por qué había sido construida una cama tan hermosa. La doncella le responde que todo aquello era por él, tanto la cama como las demás riquezas, «y, sin embargo, nadie sabe quién sois, ni cómo os llamáis, a no ser yo».

Esto le parece muy bien.

—«La que más os ama de todo el mundo —continúa la doncella— me envió aquí para que os hiciera la mayor fiesta que pudiera. No sabréis quién es hasta que ella os lo diga; y sabed que piensa que sois más cortés de lo que en realidad sois, porque está convencida de que no hay dama ni doncella en el mundo a la que os dignarais en hacer

vuestra amiga, si no es de muy noble origen o de extremada belleza: no me hubiera gustado, por nada, descubrirle qué queráis hacerme. Por más que me hubierais insistido, no habríais conseguido que os amara; guardaos de hacerlo, tanto por vos mismo, como para evitarme un gran daño.

—No os preocupéis. Decidme ahora a dónde van Giflete y la doncella.

—Os voy a contestar: la doncella estuvo enamorada de un caballero hace mucho tiempo, y él de ella; pero al fin, la dejó y le entregó su amor a otra menos digna, a la que le dio todas las joyas que había recibido de ésta, y uno de los sombreros más hermosos que ha tenido cualquier doncella. Ella fue a pedirle sus joyas, y el caballero le respondió que nunca se las devolvería; además, se encontró con que la amiga del caballero llevaba el sombrero en la cabeza; entonces, le dijo que en el primer lugar en el que la volviera a ver, le quitaría el sombrero y las demás joyas. El caballero le preguntó que quién se lo iba a conseguir.

—Por Dios —respondió—, me acompañará un caballero mejor que vos, de la casa del rey Arturo: lo llevaré a donde estéis y ya veréis cómo haré con vos y con vuestra amiga lo que desee.

—Ay, puta —le contesta el caballero—, ya que os jactáis así, durante un mes no habrá día en que no esté aquí.

—Estoy segura —sigue diciéndole la doncella a mi señor Galván—, que lo trae aquí. Cuando ayer veníamos por el bosque, nos encontramos con una doncella (no sé quién será), que nos conjuró para que le dijéramos qué aventuras íbamos buscando; ella, a cambio, nos indicaría el buen camino para llevarlas a cabo, si lo sabía. Le dijimos que una de nosotras buscaba a mi señor Galván y la otra, a otro caballero de la casa del rey Arturo; a esto, nos respondió que nunca tal ventura tuvo ninguna mujer, «pues los encontraréis esta noche en el lindero del Bosque de los Valles: irán juntos mi señor Galván y Giflete, el hijo de Don; id a la parte que se llama la Gran Llanura; ellos llegarán por el camino que va de Mavaches a Winguesores, y los reconoceréis por las siguientes señas: mi señor Galván lleva un escudo de sinople y Giflete un escudo blanco con cabeza (o frente) de oro muy ancha.

Eso fue lo que nos dijo la doncella, para gran alegría nuestra, a pesar de que no sabíamos quién era.

Mi señor Galván se sorprende también, y se pregunta quién puede ser. Hablando de este modo llegan al pabellón, donde encuentran las camas dispuestas con gran riqueza para acostarse en ellas. La doncella hizo que descalzaran a mi señor Galván, y después lo acompaña para que se acueste en la cama más hermosa, permaneciendo a su lado hasta que se quedó dormido. Luego, ella y otra doncella se acuestan a los pies de la cama.

La mañana siguiente se levantaron muy temprano; cuando mi señor Galván se despertó, se levantó y le entregaron sus armas. Después de que estuviera armado, la

doncella llama a dos escuderos y les ordena que apresten su arnés y se vayan; a continuación, se retira con la otra doncella y le dice en secreto: «Decidle a mi señora que he hecho muy bien todo lo que me ordenó y que dentro de tres días estaré con ella, llevándole a quien ella ya sabe; pero tened cuidado de no hablarle más que a ella». La doncella le contesta que así lo hará.

Luego se ponen en marcha ella y mi señor Galván.

—Señor —le dice—; os voy a llevar de la forma más oculta que pueda, pues por nada me gustaría que fuerais visto por algún hombre o por alguna mujer; esta noche la pasaréis en casa de una tía mía, que es la mejor mujer que conozco con su riqueza, y mañana por la tarde estaremos en el lugar al que os llevo, que es el sitio más hermoso de cuantos habéis visitado en vuestra vida.

De este modo cabalgan durante todo el día por lugares ocultos que ella conoce, hasta que llegan bien entrada la tarde a casa de la tía de la doncella, que los recibe con gran alegría, pues sabe cómo hacerlo, y hace disponer todo lo que considera oportuno. Comieron en abundancia, pues habían ayunado durante toda la jornada; cuando terminaron, entraron dos criados: uno era hijo de la señora y el otro, sobrino. Al verlos, la dama les pregunta qué nuevas hay, a lo que le responden que muy malas.

—¿Cómo?

—Señora —le dice, su hijo llorando—, mi padre os hace saber que nunca más os volverá a ver, y os pide por Dios que os acordéis de su alma.

—¿Qué es eso?

—Señora, el duque ha ordenado que sea destruido mañana, y no será de otra forma.

Cuando la dama oye tales palabras, salta de la mesa y empieza a hacer un duelo que no podría ser superado por ninguna cristiana. Mi señor Galván la reconforta mucho y le pregunta a qué se debe eso.

—Señor, mi señor era vasallo muy valiente y noble, aunque de cierta edad; era muy amado por el duque de Cambenync y en su tierra. Ha surgido ahora una guerra en esta región; mi señor el duque tenía un hijo, muchacho muy hermoso y muy valiente: los del otro bando lo mataron aquí mismo, a la entrada del bosque; mi señor, que estaba en el bosque, sintió un gran pesar. Sin embargo, un senescal dio a entender al duque que mi señor lo había traicionado; el duque le preguntó cómo lo sabía. «Por aquellos ante quienes se jactaba por la guerra», y añadió que estaba dispuesto a demostrárselo. El duque sintió una gran angustia, pues amaba mucho a mi señor, porque le había servido durante toda la vida; pero sentía tal dolor por su hijo, que hizo prender a mi señor, diciendo que era necesario hacer justicia; y él no se defendió.

—¿Y no tiene ahora quien le defienda?, pregunta mi señor Galván.

—Señor, no ha encontrado a ningún caballero, por muy amigo suyo que fuera, que se atreviera a llevar armas contra el senescal, que es muy valiente y muy buen caballero. La cosa ha ido ya tan lejos, que el senescal ha conseguido la muerte de mi señor, por

envidia de que el duque lo quiso y lo creyó en todo, y —así ayude Dios a mi alma—, siempre le sirvió con lealtad, y pienso que hubiera preferido que muriera su hijo y el mío en vez del hijo de mi señor el duque.

Entonces, mi señor Galván, dirigiéndose al muchacho, le pregunta por qué va a ser juzgado mañana.

—Señor, ayer, cuando las gentes del rey de Norgales fueron derrotadas, fue el senescal al duque y le dijo que si no le hacía justicia, no seguiría en su casa. El duque le respondió que lo haría con mucho gusto, y le pidió que le dijera el asunto. El senescal contestó que se refería a su traidor, al que tenía en casa como si fuera un hijo, habiéndose merecido ser ahorcado, como traidor. De este modo quedó emplazado para mañana por la mañana.

—Si tuviera a alguien que combatiera por él, ¿le serviría de algo?

—Por Dios, el duque dijo que si entre hoy y mañana no encuentra a nadie que le defienda, será entregado a la muerte. Mi señor no puede hacer nada, y tampoco puede llevar armas debido a su vejez.

Mi señor Galván mira a la doncella que lo había llevado allí y la ve llorar con amargura; y lo siente mucho, pues —piensa— que quizás desearía que emprendiera este combate, «y tal vez no se atreve a pedírmelo»; teme que ella se lo tome como maldad y dejadez por su parte, si se comporta de ese modo, manteniéndose al margen. Se acerca al muchacho y le dice que vaya rápidamente a su padre y le diga que esté tranquilo, que ha encontrado un caballero que librará el combate por él; «y si Dios quiere, conseguiré que quede libre». Cuando el joven lo oye, está tan contento que más no puede. Montan a caballo él y su compañero, y van al vasallo, al que le dan la mayor alegría que ha tenido. Mientras tanto, mi señor Galván reconforta a la dama, tranquilizándola; le pide que le busque un escudo que no sea el suyo, pues las gentes del duque lo reconocerían sin dificultad. La dama no sabe cómo conseguirse, a no ser un escudo viejo que estaba colgado en la casa, feo y descolorido. Se lo enseña, y a él le parece que es muy fuerte, de forma que no desea llevar otro: está muy contento y llevará todas sus demás armas.

Con el caballo había tenido suerte, ya que no quería ser reconocido, pues no tenía el mismo con el que había estado combatiendo durante todo el día en Leverzep, sino el del sobrino del rey de Norgales al que él derribó y el rey le dio muerte. Le dice a la dama que no siga buscando más, que ya tiene todo lo que necesita.

—Señor —le dice entonces la dama—, si os parece bien, iré a ver al duque mi señor, y le diré que mi marido está dispuesto a defenderse frente a él —gracias a Dios—, mediante un caballero, por si hay alguien que se atreva a atacarle.

—Señora, me parece bien. ¿Está muy lejos?

—No, señor, no hay más de cinco leguas hasta allí.

La dama hace que saquen un caballo, monta en la silla, se marcha acompañada por

algunos servidores. Mi señor Galván le aconseja que no le dé a nadie noticias suyas, sino que es un caballero, «y mañana, tan pronto como sepáis que la batalla va a tener lugar, haced que vengan a buscarme al galope, pues querría ir lo más oculto posible».

Con esto, la dama se pone en marcha; su sobrina se le acerca y le dice que vaya tranquila, que es el mejor caballero de cuantos han llevado escudo. Se reconforta mucho, y menos preocupada que antes, llega al castillo, donde consigue hablar con su señor, al que se lo dice; al marcharse, exclama: «¡Señor Dios, ayudadnos, ya que no tenemos culpa!».

Por la mañana se enteró el duque de que Manasses había encontrado un caballero que combatiera por él, y se alegró mucho. Entonces, va la dama a su presencia, lo visita en el lecho en el que estaba, y le dice que el caballero de su señor estaba dispuesto para combatir. El duque hace llamar al senescal y se lo comunica; éste, responde que nunca estuvo tan contento, y que él también está preparado.

—Ciertamente —le dice la dama—, si Dios quiere, hoy se os dará vuestro merecido.

A continuación, la dama le pregunta al duque dónde tendrá lugar la batalla; a lo que éste responde que fuera de la ciudad, en una gran llanura que estaba recién rodeada de fosos, para mayor protección del castillo. Este castillo se llamaba Cicaverne, y era muy hermoso. Entonces, la dama envía en busca de mi señor Galván, que ya estaba armado, porque ignoraba a qué hora irían a buscarlo. Mientras tanto, el senescal preguntó dónde estaba el caballero que tenía que combatir con él, y le respondieron que se encontraba en el castillo de Manasses: si hubiera sabido que estaba en casa de la dama, hubiera enviado por delante de ella a que lo mataran, porque era un hombre lleno de una enorme traición.

Así, el senescal se ve alejado de sus intenciones. Mi señor Galván cabalga hasta llegar a Cicaverne: había tomado en la casa en la que había dormido una lanza vieja, sucia y con una gruesa asta de fresno; la punta también era vieja y estaba llena de herrumbre, pero era aguda y muy cortante. Ya estaba el senescal ante el duque, preparado para el combate. Mi señor Galván le dice a la dama que quiere oír misa; se la celebran y en ella le pide a Nuestro Señor, con todo corazón, que le dé honra en el día de hoy, pues combate por el derecho y por compasión. A la salida de la iglesia le llevan su caballo: pone el pie en el estribo, y en ese momento, una flecha le da en medio de la falda de la cota, de forma que rebota, yendo a herir al caballo en el flanco; lo siente mucho porque su montura está herida, pero a pesar de todo, monta y atraviesa la ciudad, protegiendo con el escudo el lado por el que le ha llegado el golpe. Se presenta al duque; el caballo sangraba abundantemente. Entonces, el duque les pregunta a los que con él estaban que quién le había herido de tal forma el caballo, y le cuentan cómo había ocurrido.

En esto mi señor Galván desmonta ante el duque y, saludándolo, le dice:

—Señor, pensaba estar a salvo, pues es costumbre en mi tierra que cuando un

caballero tiene que combatir con otro, tiene garantizada su seguridad con todos menos con el que tiene que enfrentarse; sin embargo, bajo vuestra protección me han matado el caballo, pues supongo que debía estar bajo vuestra protección, ya que voy a combatir ante vos. Sabed que se hablará de ello aquí y lejos de aquí, y no me quejo sino de vos, pues ha ocurrido bajo vuestra protección.

El duque siente una gran vergüenza y le contesta que si se entera de quién lo ha hecho, que ni a cambio de toda su tierra, por muy amigo suyo que sea, dejará de ahorcarlo por el cuello, «y os juro, señor caballero, que no sé nada y lo siento más que me agrada, porque me resulta vergonzoso y lo considero como asunto mío».

Hace que le traigan los Evangelios y jura todo lo que ha dicho, y después hace que lo juren el senescal y todos los que con él estaban. Algunos juraron que había disparado un hermano del senescal, que era un muchacho joven. El duque hizo que lo prendieran de inmediato, diciendo que no sería perjuro; a continuación, ordenó que le dieran a mi señor Galván el caballo más hermoso y mejor de cuantos tenía, y le dice que monte. Mi señor Galván se sube en contra de su voluntad, pero lo encuentra muy de su gusto; descabalga y se dirige al campo para prestar su juramento. Primero juró el senescal: que sabía bien que el vasallo había traicionado a su señor. Mi señor Galván juró después, que con la ayuda de Dios y de los santos, demostraría que el senescal había sido perjuro: «y que Dios no me vuelva a ayudar si no es perjuro y lo hace a conciencia». A continuación, montan los dos y se dirigen al lugar donde iba a ser el combate; les hacen entrar a través de una puerta y después cierran la plaza muy bien por todas partes.

Cuando llegaron adentro, todas las gentes habían acudido a verlos desde arriba de los fosos, que eran muy profundos, de forma que podían ver por todas partes a los dos caballeros que estaban encerrados en ellos. La mujer del vasallo y su sobrina permanecen, mientras, en una capilla, arrodilladas ante el altar y rogándole a Dios que le dé a su caballero la victoria en el combate.

Se deja correr cada caballero contra el otro y se golpean con toda la fuerza que llevan sus caballos, que van tan deprisa como pueden, dándose tales golpes con las lanzas que, a pesar de que eran fuertes, se hacen pedazos y se trocean hasta la empuñadura. Ninguno de los dos cae, sino que se cruzan con gran valentía; arrojan los trozos de lanza y echan mano de las cortantes espadas. No hay ningún caballero que esté contemplando la justa, que no se admire, pues es violenta y dura. Mi señor Galván vuelve hacia atrás, apreciando mucho en su corazón al senescal y diciéndose a sí mismo que es una gran desgracia que sea traidor, porque nunca pensó que un corazón traidor albergara tal valentía.

—Reconoce tu deslealtad —le dice al senescal— y me esforzaré para que te vuelvan a estimar el duque y el vasallo por el que estoy combatiendo. Me esforzaré tanto, yo mismo o a través de otro, que no perderás la vida, ni ningún miembro, ni la honra, ya

que la envidia hace que muchos hombres emprendan maldades.

—Eres tú quien debe considerarse vencido, pues no hay bajo el cielo caballero, por valiente que sea, al que no vencería o mataría si se encontrara en tu lugar. Debes saber que estás combatiendo por lo más desleal que ha nacido de madre.

—Ciertamente, la traición que ha cometido tu hermano hoy mismo, ha sido por tu culpa; por eso te considero traidor. Y como él juró, tú también eres perjuro.

El senescal lo desmiente con osadía, y a continuación, pica espuelas y se dirige contra él con la espada desenvainada: le descarga sobre el yelmo un golpe tan grande y pesado, que a duras penas lo puede resistir mi señor Galván, dándose cuenta de que el caballero se defiende muy bien. Entonces, le ataca con gran valor; le golpea con la espada, dándole tal tajo que todos se quedan espantados. Se cortan los yelmos, parten los escudos por arriba y por abajo, estropean las cotas en muchos lugares, de forma que la sangre brota después de los golpes de las espadas. Mi señor Galván encuentra una gran resistencia en el caballero, y el combate a caballo de los dos dura mucho tiempo. Han perdido tanta sangre que a duras penas se sostienen, y se les debilitan las fuerzas a ambos. Había en el lugar mucha gente, que deseaba que mi señor Galván fuera el vencedor, pues el vasallo era tenido por hombre muy honrado. La noticia del combate se extendió tanto, que llegó a la capilla: la doncella que había acompañado a mi señor Galván oyó decir que éste no llevaba la mejor parte y que el senescal se comportaba muy bien: lo sintió mucho: sale de la capilla muy angustiada y sube a un lugar muy elevado para ver cómo le iba a mi señor Galván; ve que ha perdido mucha sangre, y al ver la sangre, no se puede sostener sobre sus pies y cae desmayada.

LXIV

La historia deja de hablar por ahora del combate y cuenta una aventura de Lionel, el primo de Lanzarote, que se dirigía a la corte. La aventura le llevó al lugar en el que estaba combatiendo mi señor Galván, y vio a las gentes que iban a presenciar la justa; después de preguntar qué ocurría, fue también a ver el combate: llegó a donde estaba la doncella, que acababa de volver en sí de su desmayo, y la estaban poniendo en pie caballeros de la parentela del vasallo. Lionel, que no había visto nunca una batalla entre dos caballeros, se acerca montado para contemplarla: estaba tan interesado, que se metió con el caballo encima de los que tenían a la doncella. Uno de ellos le dijo que se echara para atrás, pero él sólo estaba pendiente de lo que veía, de forma que no se enteró de lo que le habían dicho. Entonces, un caballero le cogió el rocín por el freno y tiró de él hacia atrás, con tanta violencia que por poco no lo derriba. Lionel le mira y le pregunta:

—Buen señor, ¿qué me pedíais?

—Poco ha faltado para que os dé con este bastón en medio de la cabeza, pues eres un joven demasiado estúpido y maleducado.

Lionel saca la espada que le cuelga en el flanco y se dirige contra él, pero la doncella le grita que en mala hora lo hará, pues es caballero. El joven vuelve a envainar la espada, diciendo que no lo tocará, «pero, por la Santa Cruz, si no fuera caballero, lo hubiera pagado caro; sea desgraciado el caballero villano y que obra mal, quienquiera que sea».

Después, se aleja, diciendo:

—Señor caballero, quedaos con el combate y que sea para vos, pues ciertamente yo veo muy a menudo y veré siempre que lo desee a un caballero mucho mejor que cualquiera de esos dos.

Mi señor Galván oye la discusión, mira hacia el sitio y ve al muchacho, que monta con rapidez; admirado, se pregunta quién puede ser. El caballero con el que ha discutido lo tiene por loco, y le pregunta riendo:

—Buen hermano, que Dios te ayude, dime quién es el buen caballero al que ves con tanta frecuencia.

—Eso no os importa; y así me ayude Dios, él no valdría menos si vos supierais quién es, pero si os tuviera en este campo, junto a esos dos que están combatiendo, y hubiera que cortar la cabeza a los vencidos, ninguno de vosotros desearía estar aquí, ni a cambio de toda la tierra de Galahot. (Decía esto porque pensaba que no había nadie tan rico como Galahot).

Cuando mi señor Galván oye hablar de Galahot, se estremece de alegría y mira al muchacho, pero no sabe qué hacer, pues teme que se le vaya, y el corazón le dice que

sabe algo. Mientras tanto, la doncella que lo había acompañado no puede resistir más, y grita en voz alta, de forma que todo el pueblo la oye:

—¡Galván, Galván, se os tiene por el mejor caballero del mundo y vos permitís que un caballero solo os venza!

—Doncella —le pregunta Lionel mirando al que combate—, ¿decís que ese es mi señor Galván? Que Dios no me vuelva a ayudar si lo ha sido alguna vez; el Galván al que se tiene por valiente y esforzado no se entretendría ante tanta gente para vencer a un caballero solo; mientras que ése está tan derrotado como el otro.

Cuando la doncella lo oye, vuelve a desmayarse. El duque, por su parte, al oír que es Galván se sorprende mucho, pues conocía algo de cómo era su fuerza por lo que le había visto hacer en la batalla de Leverzep, que su hermano le había dicho que era mi señor Galván; pero ahora se da cuenta de que está pensando y distraído con lo que sea, y siente mucho no saber la razón, pues teme que le resulte perjudicial.

Mi señor Galván, al oír los reproches de la doncella y del muchacho, se avergüenza y ataca al senescal, con tanta valentía y rapidez, que se quedan admirados todos los que lo están viendo. Ahora lo lleva dos veces más a su gusto, pero le duele haber oído pronunciar su nombre.

En esto, llega una doncella sudorosa, montada en un palafrén, completamente cubierta por un velo, de forma que sólo se le veían los ojos; llega al foso y al ver al muchacho que estaba contemplando el combate montado a caballo, le pregunta de quién es servidor; le contesta que de un caballero. La doncella le sujeta entonces el freno a su caballo y le pide al muchacho que le diga el nombre del caballero.

—Doncella, no lo haré.

—Sí lo haréis, pues os tengo cogido.

—Sujetadme, que me soltaré cuando quiera.

—Decídmelo.

—No lo haré.

—Sí lo haréis por la fe que debéis a la que os salvó cuando teníais la espada encima de la cabeza.

Al oír tales palabras, Lionel siente tal angustia que no sabe qué hacer. La doncella da la vuelta y cuando ya se había alejado un poco, le dice:

—Muchacho, muchacho, ¿no me vas a decir lo que te pregunto ni siquiera al nombrarte a la cosa del mundo la que más debes amar?

—Doncella, os lo diré a condición de que os alegréis tanto al oírlo, como yo al decirlo, pues vais a hacer que cometa una deslealtad; por Dios, perdonádmela.

—Por Dios, si no me lo dices ahora mismo, llegará un momento en que preferirías no habérmelo ocultado, ni a cambio de uno de tus miembros.

—Os lo diré, pero no quiera Dios que nos oiga nadie. Sirvo a Lanzarote del Lago.

Al decirlo, siente tal dolor que poco falta para que se desmayera, y muestra una gran

aflicción. Entonces, la doncella le dice:

—Lionel, Lionel, te has portado de tal modo, que lo pagarás caro, pues me has maldito, cuando me deberías amar más que a ti mismo.

Cuando oye estas palabras, Lionel espolea su rocín, diciendo que sabrá quién es la doncella.

—Quitaos el velo.

—No lo haré.

—Sí lo haréis, por la cosa del mundo que más queráis; si no, os lo quitaré yo mismo.

—Entonces lo haré yo.

Se quita el velo; cuando la ve, se queda tan sorprendido que no puede ni hablar, pues era la cosa del mundo a la que más había querido.

—Mi dulce amiga —le dice—, ¿cuándo os he maldecido?

—Al decirme que me alegrara tanto cuando lo oyera, como tú te alegrarías de decirlo.

Siente tal angustia que por poco no pierde el sentido enloqueciendo de rabia.

—Vete —le dice la doncella—, al lugar del que viniste.

El muchacho no responde ni una palabra. La doncella, que quiere que se vaya, grita en voz alta, dirigiéndose a mi señor Galván:

—Galván, Galván, he aquí quien te puede informar acerca de lo que vas buscando; si se escapa, se prolongará tu búsqueda.

Cuando Lionel oye que aquel caballero es mi señor Galván, lo siente mucho más que antes, y picando de espuelas, huye hacia el camino tan deprisa como puede su rocín. Siente el mayor pesar, maldice la hora en que nació y ruega a Dios que le dé pronto la muerte. La doncella era la que le había salvado cuando tuvo la espada sobre la cabeza, a punto de matarle; se llamaba Celise, y su señora era Niniana, que fue la que crió a Lanzarote en el lago. Cuando la doncella ve que Lionel se marcha por un lado, ella se va por el otro.

Mi señor Galván se queda angustiado porque ve que la doncella se aleja así, sin decir nada más, y que el muchacho, que le podría informar, también se marcha. Entonces, ataca al senescal, le golpea en medio del yelmo con la espada, golpea y vuelve a golpear, hasta que corta la cofia y le alcanza la cabeza, haciendo brotar tanta sangre que le cubre el pecho y los hombros, y lo deja aturdido, de modo que poco falta para que caiga, pero se sujeta en el cuello del caballo abrazándose a él. Mi señor Galván le golpea otra vez con la espada en el yelmo y en los brazos: el senescal pierde el arzón y cae al suelo de cabeza, que por poco no se rompe el cuello; la sangre le sale por la boca, por la nariz y por las dos orejas.

Entonces desmonta mi señor Galván y, sin detenerse más, le corta los lazos del yelmo, le parte la ventana ensangrentada y le dice que se dé por vencido o lo matará de inmediato golpeándole la cabeza, pues tiene mucha prisa; el senescal no podía decir ni

palabra. Al ver que no responde, mi señor Galván lo siente mucho, pues no lo mataría por gusto, pero le acosa la prisa que tiene, y además sabe que está prácticamente muerto. Toma fuerza, levanta la espada y le corta la cabeza; a continuación, monta de nuevo, se dirige al duque y le entrega la cabeza, diciéndole que con el cuerpo haga la justicia que se debe hacer con un traidor. El duque le promete que así lo hará; después le ruega que se quede, a lo que le contesta que no puede, pues tiene mucha prisa. En esto, el vasallo se le echa a los pies, junto con su mujer y sus hijos, y se ofrecen para servirle con todas sus fuerzas. La doncella que lo había acompañado ha vuelto a montar, para irse con él, pero él le dice que tiene que seguir al muchacho hasta que lo encuentre.

El duque tiene una gran alegría y también el vasallo, al que todos se esfuerzan en retener. Mientras, la doncella se va con mi señor Galván, pero al ver que éste se aleja tan rápido, le dice:

—¿Cómo, señor Galván, me vais a dejar así?

—Ay, doncella, la premura que tengo es mucha, pues no volveré a estar contento hasta que no alcance a ese escudero que habéis visto. Haréis bien esperándome en algún sitio que queráis: os prometo lealmente que regresaré a buscaros.

—¿Me prometéis que regresaréis por mí, sin emprender otra persecución precipitada?

—Sí, si no es un asunto que afecte a mi honor, y si puedo esquivarla.

—Os esperaré en este castillo, en el que habrá una gran alegría por vos. Estáis muy herido, tendréis que alojaros en un sitio cómodo esta noche, en el que se os puedan ver las heridas con tranquilidad.

—Que sea tal como deseáis. Haced que lleven este escudo al castillo, pues no querría abandonarlo por nada del mundo.

Con esto, mi señor Galván se va y la doncella regresa al castillo, llevando el escudo; allí hace que preparen una gran acogida, pues el duque y el vasallo quieren esforzarse en honrarle y servirle. El duque ha ordenado que cuelguen al senescal al lado de su hermano, pues en aquel tiempo no había señor en la tierra más justiciero que él.

Mi señor Galván cabalga hasta llegar a un bosque alto; después de ir por él un buen rato, se encuentra a un hombre que va a pie, con una espada desnuda en la mano derecha y la vaina en la izquierda; habla consigo mismo, diciendo:

—«¡Ay, Dios! ¿Por qué no me hice matar antes? No quiero esta vida para nada».

Cuando mi señor Galván lo oye, se dirige hacia donde está; el hombre lo mira y se da cuenta de que es mi señor Galván; rápidamente se mete entre los árboles, huyendo a pie lo más deprisa que puede, pues teme ser reconocido. Mi señor Galván reconoce en él al muchacho al que va persiguiendo; pica espuelas y sale tras él, gritándole:

—Muchacho, en mala hora huyes; no temas, si alguien te hace algún daño y yo me entero, haré que lo pague caro, pues eres uno de los hombres que más amo del mundo.

El joven envaina la espada y, al hacerlo, le pregunta:

—Señor, ¿sabéis a quién sirvo?

—Sí que lo sé, a Lanzarote del Lago, al que conozco tan bien como tú.

—Señor, decidme antes de seguir, por vuestra lealtad, quién sois y cómo os llamáis.

—Mi nombre es Galván, y soy sobrino del rey Arturo.

—Señor, entonces os lo diré. Al alejarme hace un momento del combate que habéis vencido, entré en este bosque siguiendo el camino; me he encontrado con un caballero completamente armado, que iba a pie y me ha quitado el rocín; no he querido enfrentarme con él, porque era caballero e iba armado con todas las armas, pero me hubiera traído más cuenta luchar con él, a no ser porque se considera deslealtad que un escudero se pelee con un caballero.

—¿Por dónde se ha ido?

—Señor, mirad ahí las huellas del rocín; son ésas, las conozco bien.

—Sígueme; si no te devuelvo tu rocín, te daré este caballo.

—Señor, muchas gracias.

Entonces, pica espuelas y va a galope tendido durante un rato, hasta que entra en un valle, a cuyo pie ve una hermosa landa. Se dirige hacia allí, encontrándose con dos caballeros que están combatiendo a pie, y que tienen atados los caballos junto a ellos. Mi señor Galván reconoció el rocín del escudero, y les dice a los combatientes:

—Esperad un momento, señores caballeros, no sigáis hasta después de decirme quién de vosotros trajo aquí este rocín.

—Fui yo —contesta uno de ellos—, ¿qué queréis?

—Os digo que lo trajisteis como desleal y como cobarde, pues se lo quitasteis a un escudero que iba solo y desarmado: tenéis que entregaros como prisionero suyo para restituirle el daño.—

—Aún no me habéis llevado hasta allí.

—Por Dios, no está tan lejos.

—Señor —le dice el otro caballero—, venid a combatir conmigo.

Inmediatamente descabalga mi señor Galván y toma la espada, atacándole. Entonces, el otro caballero le dice:

—¡Cuidado, señor caballero! No hagáis tal cosa, pues me privaréis de mi batalla; dejadme que luche con él hasta que me haya vencido o yo a él.

—En absoluto —contesta mi señor Galván—, pues si es vencido, tendrá que ir a vuestra prisión; no lo haré, pero que venga a restituir lo del escudero, hasta que éste esté de acuerdo; en caso contrario, tendréis que luchar los dos conmigo. Si me vencéis, podréis hacer conmigo según vuestra voluntad, y si os venzo yo, tendréis que hacer lo que yo desee.

—¿Quién sois vos?, pregunta el caballero que estaba combatiendo con el del rocín.

—Ciertamente —le contesta el otro—, es el mejor caballero que habéis visto. Hoy ha

luchado contra Gloadaín, el senescal del duque de Cambenync.

—¿Y lo ha vencido?

—Bien lo podéis ver.

—Señor —le dicen entonces a mi señor Galván—, no combatiremos contra vos; nos ponemos a vuestra merced y a vuestra disposición.

—Haced conmigo —añade el que se había llevado el rocín— lo que queráis vos y el escudero, pues tomé su caballo en un momento de gran necesidad. Tomad mi espada, os la rindo.

El otro se queda admirado.

—Venid —le pide el otro caballero—, ya que me priváis de mi combate, decidme vuestro nombre.

—No digáis que os privo de vuestro combate; luchad con él, a condición de que responderéis por el daño que ha hecho y por el que vos hagáis, en caso de que resultéis vencedor.

—No lo haré; pero os ruego que me digáis vuestro nombre.

—Por Dios, nunca me encontré con nadie a quien le ocultaría mi nombre, y no lo esconderé por vos. Me llamo Galván y soy sobrino del rey Arturo.

—Señor, gracias. Ciertamente, sois tan noble y valiente que no cometeríais una afrenta tan grande como la de privarme de mi batalla; por eso, renuncio a ella con mucho gusto, ya que así lo deseáis.

A continuación, montan los tres; el caballero que había cogido el rocín iba delante, y es el primero en encontrarse con el escudero que venía a pie; mi señor Galván le dice:

—Buen hermano, ¿ves aquí al caballero que te quitó el rocín? Haz lo que desees, como recompensa.

—Señor, muchas gracias. Ahora estoy seguro de que sois vos mi señor Galván.

Entonces desmonta el caballero y se dirige a pie al escudero, suplicándole piedad de rodillas. El muchacho lo levanta y mi señor Galván le dice que haga con él lo que le parezca justo.

—Señor —dice el muchacho—, lo considero libre, pero debe prometeros como leal caballero que nunca más le pondrá la mano encima a ningún hombre que esté desarmado, a no ser que lo haga por defenderse; y añade que si lo necesita, le ayudará con todas sus fuerzas.

Mi señor Galván le toma la palabra, y luego les pregunta:

—Decidme, señores caballeros, ¿a qué se debía la batalla entre vosotros dos?

—Este caballero y yo —contesta uno de ellos— nos hemos jactado a la vez de nuestras buenas cualidades, hasta que él dijo que era mejor caballero que yo, a lo que me opuse; entonces me dijo que no sería capaz de seguirle a este bosque, y le seguí; de este modo, nos enfrentamos a la entrada del bosque, y yo lo derribé; como su caballo huía, salí tras él, intentando alcanzarlo; mientras tanto, creo, se encontró con este escudero, al que

hizo bajar del caballo: salió en mi busca y me encontró, volviendo a combatir el uno contra el otro, tal como visteis.

—¿Cómo? ¿Luchabais sin más motivo? Abandonad ahora vuestras jactancias y sed buenos amigos, os lo ruego.

Así lo aceptan. A continuación, mi señor Galván le pide al que tiene caballo que lleve al que va a pie, y así lo hace.

Luego, se despiden de mi señor Galván, y él de ellos, y lo encomiendan a Dios. Mi señor Galván acompaña al escudero durante un buen rato, rogándole que le dé noticias de Galahot.

—Señor, yo no estoy con él.

—Eso es cierto, pero tú tienes nuevas verdaderas.

—Señor, si las tengo, no las puedo decir, y no debéis obligarme a más.

—Es verdad; no querría que cometieras ninguna deslealtad por mí, pero al menos puedes decirme si está en Sorelois o no.

—Señor, si estuviera allí, no llegaríais fácilmente, pues hay muchos pasos traicioneros: hay dos calzadas largas y angostas, por las que no puede pasar ningún caballero sin que haya combatido antes con un caballero muy valiente y quince servidores suyos que están allí. Tal es el paso de esa calzada. El de la otra, es semejante y sin superarlos no puede llegar al otro lado ningún caballero andante. No os puedo decir nada más.

Con esto, mi señor Galván le encomienda a Dios y lo mismo hace el muchacho con él. No puede sacarle nada más, pero por sus palabras se da cuenta de que Galahot está en Sorelois. Regresa al castillo en el que había combatido: era bien entrada la tarde cuando llegó allí. Le salen al encuentro el duque, el vasallo y la doncella que le había acompañado, con la mayor alegría de que son capaces. Hacen que le miren las heridas y las llagas, y que se las curen, mientras que el duque le agradece el haber solucionado tan bien su asunto, al vencer el combate ante Leverzep.

Gran alegría tienen en el castillo por mi señor Galván. El vasallo queda en una situación más elevada que nunca, gracias a que mi señor Galván se lo ruega al duque con insistencia, pidiéndole además que vuelva a ser señor de sus tierras, como era antes. El duque lo concede, «y tened por seguro —añade— que haré todo cuanto me pidáis, sin la menor reticencia».

Mi señor Galván se lo agradece profundamente. Aquella noche le hicieron grandes honores al huésped, tanto los caballeros como las damas. Mi señor Galván le agradeció al duque lo que había hecho por su hermano Agravaín, que estaba muy contento con él.

—Señor —le contesta el duque—, Agravaín ha hecho mucho más por mí, que yo por él; es la persona que más me alegraría que estuviera sana, pues no hubiera pasado tan malos momentos en mi guerra, de no haber sido por su enfermedad: es uno de los

caballeros más valientes y esforzados del mundo, es de los más firmes y tiene todas las buenas cualidades que un caballero puede tener.

Como mi señor Galván estaba cansado y herido, se retiró algo temprano a descansar; durante aquella noche le sirvieron con todas las atenciones posibles, y sus heridas y llagas fueron cuidadosamente medicadas. La mañana siguiente, se levantó muy temprano y se armó, sin que pudiera ser retenido durante más tiempo. El duque le dijo que se llevara a su médico, que le fuera curando las heridas; él contestó que no lo haría, pues pensaba que no era peligrosa ninguna de ellas. Le pregunta a los médicos, que contestan que así es y que se puede ir con toda tranquilidad.

Mi señor Galván se marchó por la mañana, acompañado por la doncella; nadie sabe a dónde lo lleva, a no ser él mismo, que no ha querido decirlo. Después de haberles acompañado durante un trecho, el séquito del duque los encomienda a Dios, y ellos hacen lo mismo. Luego, se alejan él y la doncella, cabalgando durante todo el día. La joven no lo lleva a la tierra de Norgales por el camino recto, sino que lo desvía para suministrarle todo lo que necesita. Pasaron la noche sin que la historia diga que encontraron alguna aventura, y se alojaron en casa del padre de la doncella, que los recibió con gran alegría. Por la mañana, tras curarle las heridas, se despiden y vuelven a cabalgar hasta la hora de mediodía.

A esa hora entraron en el bosque más espeso y elevado de cuantos hay en el mundo: se llamaba Bleue, y pertenecía al rey de Norgales; en todo el bosque no había más que una casa, y eso que era un lugar muy grande y muy largo; además, a menos de unas cinco leguas alrededor del bosque, no había ninguna ciudad, pues aquella tierra era tan mala y tan desierta, que no podía vivir en ella ningún animal silvestre.

Después de cabalgar durante toda la mañana, hasta poco después de mediodía, llegaron a una gran landa, en medio de la cual vieron a un caballero en situación muy apurada, pues se estaba defendiendo frente a otros tres. Mi señor Galván siente un gran aprecio por él al verlo así, aunque no sabe quién es; había allí hasta cinco servidores a caballo, unos heridos y otros sanos, que no se atreven a acercarse, pues les ha causado tanto miedo que prefieren no tocarle.

—Señor —le dice la doncella a mi señor Galván—, creo que esos caballeros son del rey de Norgales; si es así, me reconocerán sin dificultad. Vayamos hacia allí y veámoslos un poco.

—Quitad, señora, ¿no voy a ir en ayuda de ese caballero que está solo y en situación difícil?

—Por Dios, no sé quién es, pero tendría que ser ayudado, pues se ha defendido muy bien: quedan todavía ocho y él está completamente solo. Quienquiera que sea, le doy mi amor desde aquí. Nunca dijisteis nada que os agradezca más que lo que acabáis de decir.

Mi señor Galván pica espuelas, y al acercarse se da cuenta de que es Saigremor el

Desmesurado. Ataca a todos con el mayor ímpetu que puede, alarga la lanza y golpea a uno de los tres con tal fuerza, que lo derriba al suelo junto con su caballo; después, arroja la lanza y toma la espada, atacando a los otros dos. Cuando Saigremor ve que tiene socorro, recupera el coraje y la fuerza, aunque todavía no ha reconocido a mi señor Galván.

Los servidores, que no se atrevían a participar porque Saigremor los había dejado maltrechos, al ver a mi señor Galván que combate tan bien, no se atreven a permanecer allí durante más tiempo, sino que vuelven la espalda y huyen; y los otros dos toman el camino a continuación.

Mi señor Galván y Saigremor los persiguen de cerca; mi señor Galván alcanza al último, lo sujeta por el cuello e intenta tirarlo del caballo, pero la mano se le engancha en el yelmo, arrancándosele de la cabeza. Saigremor va contra él, dándole un golpe tan violento con la espada, con todas sus fuerzas y con todas sus ganas, que lo hiende hasta los dientes, y cae. Cuando mi señor Galván ve que está muerto, lo siente, pues hubiera preferido retenerlo vivo; entonces, sujeta a Saigremor por el freno de su montura, diciéndole:

—Señor caballero, vayámonos, pues ya habéis hecho bastante, y podéis ver que aquellos que van por allí, ya se nos han escapado.

—Por Dios, los que yacen en el suelo no se nos han escapado, y ya no podrán recibir socorro.

—No seguiréis, por la fe que le debo a Saigremor el Desmesurado.

Al oír estas palabras, piensa que lo conoce.

—Señor, ¿quién sois, que me conocéis?

—Señor, soy un caballero, como podéis ver.

—Señor, por lo que más queráis del mundo, decidme quién sois.

—Soy Galván.

—Señor, sed bienvenido; ¡estáis delante de mí!

Entonces, corren a abrazarse con gran alegría.

—Saigremor, ¿cómo habéis venido a esta tierra?

—Señor, por las noticias que me dieron de vos en varios lugares. Hoy me han salido al encuentro en la landa estos caballeros, que me han atacado para conseguir mis armas y mi caballo. ¿Habéis visto recientemente a alguno de nuestros compañeros?

—Sí, a Giflete; estuve con él en un combate que tuvimos al lado del duque de Cambenync.

—¿Y os contó cómo estuvo prisionero?

—No habló nada de eso. ¿Cómo, ha estado prisionero?

—Ay, señor, eso ocurrió al irnos de la landa en la que vos no dejasteis, cuando el enano golpeó al caballero que se entristecía y se alegraba en la Fuente del Pino.

—No ha habido hombre que haya sido hecho prisionero tantas veces como Giflete,

y no es por culpa suya, pues —por Dios— es valiente, emprendedor y esforzado.

—Mi señor Yvaín y yo también hemos estado prisioneros, en un lugar del que pensábamos que no podríamos salir nunca.

—¿Dónde fue eso?

—Señor, en la prisión del rey de los Cien Caballeros.

—¿Cómo salisteis?

—Por Dios, gracias a un muchacho muy valiente, que realizó grandes proezas y obró con habilidad, según he oído decir, pues no lo vi.

A continuación, le cuenta todo, tal como lo había oído contar: que había justado mejor que nadie y que combatió con valentía y denuedo al senescal del rey.

—Y ¿cómo se llama?

—Héctor. Es caballero de la reina y de su mesnada. Cuando mi señor Galván oye el nombre, no tiene dificultad en saber quién es.

—¿Qué va buscando?

—Señor, busca a un caballero que combatió en defensa de su dama; yo pensaba que erais vos.

—Bien podéis decirlo, pues es un buen caballero.

—¿Sabéis quién es?

—Es el que os derribó a vos, a mi señor Yvaín, a Keu el senescal y a Giflete en la Fuente del Pino, cuando el enano lo golpeó.

—¿Cómo? ¿Es cierto lo que decís?

—Así es, de verdad.

—Por Dios, dijo unas palabras que me hicieron mirarlo con atención, y en las que pensé mucho: que era mejor para el caballero haber sido golpeado por el enano, que enfrentarse en justa con mi señor Galván, que le podía hacer un gran daño. Señor, ¿es a vos a quien busca?

—Por Dios, sí. Quiera Dios que lo encuentre, pues su compañía me resulta muy agradable.

De este modo van hablando mientras cabalgan, hasta que llegan al lugar en donde está la doncella. Cuando Saigremor se acerca, le pregunta quién es.

—Por Dios —responde mi señor Galván—, es una doncella que os ha entregado su amor, al ver lo bien que os defendíais frente a los tres caballeros. Sabed que es ciertamente muy bella.

—Que sea bienvenida.

Entonces llegan a donde estaba la doncella, que les esperaba a cubierto del bosque para que no la reconocieran los otros caballeros. Saigremor la saluda primero, y ella le da la bienvenida.

—Doncella —dice mi señor Galván—, ¿no le habíais entregado vuestro amor a este caballero?

—Ciertamente, señor; así es.

—Doncella —dice Saigremor—, quitaos el velo.

—¿Cómo, señor, no me dais vuestro amor?

—Quiero veros antes, pues ningún caballero debe dar su amor sin saber a quién.

—Señor, sabed que os tengo por más valioso que vos a mí, pues yo os di mi amor nada más veros, mientras que vos no queréis corresponderme si no me descubro antes. Me quitaré el velo y entonces, si os gusto, lo diréis. Pero a continuación, yo os contemplaré y si no me agradáis, quedaré libre y seré libre.

Saigremor empieza a reír; la doncella se quita el velo y se echa a reír también. Al verla, Saigremor dice:

—Ay, señora, por Dios, quiero ser vuestra voluntad, y me tengo por bien pagado.

—Por Dios —le responde ella—, un caballero tan valiente como vos me requirió de amores no hace ni ocho días, pero conseguirá algo mejor, si Dios quiere.

—Doncella, me vais a ver feo, renegrido y magullado.

Entonces, se quita el yelmo, y ella ve que tiene un rostro bellissimo, agradable y que está proporcionado en el resto del cuerpo. Mi señor Galván le pregunta:

—¿Qué os parece?

—Mucho mejor que antes.

Saigremor está muy contento, y la besa delante de mi señor Galván, y ella hace lo mismo con mucho gusto.

—Doncella —le dice mi señor Galván—, no habéis obrado mal con amor, pues tenéis por amigo a un caballero de la casa del rey Arturo, compañero de la Mesa Redonda, que se llama Saigremor el Desmesurado.

Ella se alegra mucho; ambos se miran con frecuencia, y cuanto más se contemplan, más se quieren; cabalgan de tal modo hasta que la noche les sorprende.

Saigremor no había comido nada en todo el día, y la víspera sólo había comido un poco. Tenía la costumbre de tomar las armas con mucho gusto, pero no era buen caballero, ni firme hasta que no se enardecía: a partir de ese momento, no temía a nada y no le importaba nada su misma persona; al cabo del rato, se enfriaba, y se convertía en un hombre débil, con unos dolores de cabeza que pensaba que se iba a morir: todo ello era resultado del hambre, que le hacía enloquecer vivo. Por el valor que demostraba cuando se enardecía, recibió el nombre de Saigremor el Desmesurado; la reina lo llamó así en Estreberes el día en que los treinta caballeros derrotaron a la hueste de los sajones y de los irlandeses, persiguiéndolos hasta el río Vargonche, donde Saigremor le cortó la cabeza al rey de los sajones, que se llamaba Brandague, y a Margan, rey de los irlandeses. Por la enfermedad que tenía, Keu el senescal lo llamaba Saigremor el Muerto Joven. Estaba tan afectado por la enfermedad, que pensaba que moriría sin confesarse; por eso, cuando mi señor Galván lo vio así, se preocupó mucho y le dijo:

—Saigremor, estáis gravemente enfermo.

—Señor, me estoy muriendo; por Dios, si alguna vez me amasteis, buscadme de comer para evitarlo.

La doncella le dice que no desmaye, que llegarán a tiempo a algún albergue. Cuando ve que ya no puede sostenerse en el caballo, mi señor Galván monta detrás de él, a la grupa, sujetándolo; pero tienen que ir más despacio. Han cabalgado sin detenerse, de forma que ya es hora del primer sueño, y la luna brilla muy clara. Llegan entonces a un río estrecho; lo cruzaba un tablón muy fuerte, de unos dos pies de ancho. La doncella lo atraviesa montada en su palafrén, tirando del caballo de mi señor Galván, que llevaba sujeto con la mano derecha, y lo mismo hacen los dos caballeros.

Al otro lado, Saigremor está en tal situación que apenas puede hablar. La doncella le dice que están muy cerca del alojamiento, en donde podrá comer todo lo que se le ocurra pedir por la boca. Mi señor Galván mira delante y ve una casa muy rica, cuyas dependencias son muy grandes y están muy bien abastecidas. Le pregunta a la doncella que de quién es aquella casa. «Os lo diré —le responde— cuando estemos dentro».

Cabalgan hasta llegar a una empalizada que hay por detrás; la doncella baja por una quebrada hasta un postigo falso; desmonta y lo abre, metiendo su palafrén y el caballo que llevaba. Mi señor Galván y Saigremor entran sin descabalgár.

—Señores —les dice la doncella—, ya podéis desmontar.

Así lo hacen, y estabulan a los caballos. Después los lleva por un pasadizo, debajo del suelo, al salón principal, en el que no encuentran absolutamente nada. Entonces, mi señor Galván le pregunta cómo conseguirá Saigremor comida.

—Por Dios —le contesta—, tendrá de sobra. Les lleva a una habitación a la derecha; la luna entraba por más de veinte ventanas, dando una gran claridad.

En la habitación de la doncella se sientan, mientras que la joven sale un momento, regresando inmediatamente con comida abundante y vino muy bueno. Saigremor se esfuerza en comer: al principio lo hace con dificultad, pero después come muy bien. Cuando acabaron los tres, la doncella volvió a salir y estuvo fuera durante un buen rato; al regresar, le dice a mi señor Galván:

—Señor, dejadme con Saigremor, me ocuparé de él muy bien, si Dios quiere. Vos vais a ir a ver a vuestra amiga, que es la mujer más hermosa de cuantas habéis conocido; os diré de quién es esta casa, pues lo he prometido: es del rey de Norgales, y vuestra amiga es su hija; sabed que no desea nada tanto como a vos, pero —por mi fe— está estrechamente vigilada.

A continuación, toma en la mano un montón de velas encendidas y lo acompaña a un establo, en el que ve unos veinte palafrenes hermosísimos, completamente negros. Del establo pasan a una habitación en la que hay aves de caza y azores en un total de veinte, que son los más hermosos del mundo, todos ellos en sus perchas; de allí pasan a otra habitación en la que hay hasta veinte caballos, los más hermosos que se podrían

encontrar. Mi señor Galván le pregunta de quién son los caballos y las aves.

—Son de veinte caballeros que están durmiendo ahí dentro; a partir de ahora dormirán todas las noches completamente armados, pues aunque mi señor el rey tiene treguas con el duque de Cambenync, teme que vos vengáis: no quiere que vigilen su casa, nada más que por si vos venís; así, debíais encontrar la sala completamente vacía y sin gente. Como ha oído decir que si veníais, nadie os impediría llegar a la habitación de su hija —o que moriríais en el intento—, a partir del momento en que anochece, nadie puede ir a esa habitación y sólo se puede llegar pasando por donde están los veinte caballeros. Mi señora sabe muy bien la palabra que disteis en casa de Agravaín: que si ibais a donde ella estuviera, la veríais, si era posible; me hizo jurar que si os encontraba os traería aquí.

Entonces, apaga las velas y entran en una habitación en la que hay una gran claridad.

—Señor Galván —le dice la doncella—, en esa habitación están los caballeros. No tienen otra cosa que hacer todas las noches, más que vigilar a la doncella; durante el día se van a distraer y a jugar a donde quieren, y supongo que duermen; en la otra habitación que hay más allá, está la cosa más bella del mundo: yo no me atrevo a seguir, pues temo ser reconocida: me vuelvo al lado de Saigremor, a la habitación en la que hemos comido.

Con esto, la doncella se marcha, y mi señor Galván entra en la habitación, con la espada desenvainada en la mano, y presta atención, escuchando, por si oye que alguno de los caballeros se mueve o habla; pero no oye nada. Asoma la cabeza y ve que en medio de la habitación hay un cirio grande y grueso: la habitación era cuadrada, y era tan larga como ancha; en cada uno de sus lados tenía cinco camas, en cada una de las cuales estaba durmiendo un caballero, armado con cota y calzas, y con el escudo, la espada y el yelmo en la cabecera.

Mi señor Galván permaneció durante un largo rato en la puerta, y le pareció que ninguno de ellos estaba despierto vigilando. Vio que la puerta de la otra habitación estaba abierta, y que salía una gran claridad. Avanza uno de los pies, y comprueba que nadie se mueve; sigue avanzando con grandes pasos hasta el cirio. Al llegar a él, lo apaga, dirigiéndose a la puerta de la otra habitación: entra y cierra tras de sí; en medio de la habitación ve una de las camas más hermosas de cuantas había visto, cubierta con una colcha de armiño, bajo la que está durmiendo una doncella de extraordinaria belleza que sería inútil buscar una más hermosa.

Había en la habitación cuatro cirios encendidos. Mi señor Galván se quita el yelmo, se baja la ventana y se dirige a la cama en la que estaba la doncella profundamente dormida. Empieza a besarla con dulzura; la joven se despierta, quejándose como mujer que está entre sueños. Al verlo, dice:

—Por Santa María, ¿qué es esto?

—Callad, mi dulce amiga, que es la cosa del mundo que más os ama.

—¿Sois caballero de mi padre?

—No.

—¿Quién sois entonces? —le pregunta temblando— Decidme vuestro nombre, pues me habéis causado el mayor miedo de mi vida, y podría ser que fuerais tal que nunca causarais miedo a las doncellas.

—Mi dulce amiga, soy Galván, el sobrino del rey Arturo.

—Encended, que quiero comprobarlo.

Mi señor Galván enciende un cirio; ella le mira la cara, y después contempla un anillo que ella misma llevaba en el dedo. Se echa a reír tan alto y tan a gusto, que se le puede oír sin dificultad, y le da la bienvenida. Lo abraza aunque iba completamente armado, y lo besa con la mayor dulzura posible.

—Quitaos esta vestimenta —le dice—, que es demasiado fría y volved a encender los cirios, pues ya tengo lo que siempre he deseado.

Mi señor Galván así lo hace; cuando ya estaba completamente desarmado, fue a la cama y se acostó con la joven, que se alegra con él lo más que puede, y ambos se deleitan sin ninguna traba. Mi señor Galván le cuenta cómo había entrado sin que le viera nadie, y de este modo hablan y juegan hasta que es casi medianoche. No tardó mucho en quedarse dormido mi señor Galván, después de haber luchado mucho antes de ser vencido por el sueño. Luego, la doncella, que era joven y fuerte, también se quedó dormida, con la dulzura de tener a su amigo entre sus brazos. De tal modo durmieron mucho tiempo brazo con brazo y boca con boca.

En una habitación que había al otro lado, dormía el padre de la doncella, que era el rey de Norgales; se despertó y se levantó para dirigirse a sus aposentos. Al llegar a su habitación, abrió una ventana que daba justo encima de la cama de su hija, pues las dos habitaciones se comunicaban de este modo. Abrió la ventana y asomó la cabeza, viendo a su hija abrazada al caballero.

—¡Ay, desdichado de mí! —exclamó—, ¿para qué la he guardado todos los días?

Sus chambelanes, que estaban levantados con él, le preguntan:

—Señor, ¿qué os ocurre?

—No os preocupéis, id a acostaros. Así lo hacen; él vuelve a cerrar la ventana y acude al lado de la reina, a la que se lo cuenta, y ella empieza a lamentarse con amargura.

—Callaos —le ordena el rey—; si decís una sola palabra, os mataré con mi espada, pues pienso vengarme de forma adecuada; escuchad lo que voy a hacer, y no digáis una palabra.

Entonces llama a uno de sus chambelanes, al que había criado desde pequeño; con él, llama a otro. Les dice que los nombrará dueños de su tierra para siempre y señor suyo, si hacen lo que les va a mandar. Le responden que no hay nada en el mundo que

no hicieran por él. Les cuenta lo que ha visto, «y he pensado cómo matar al caballero, para que no lo sepa nadie más que vosotros dos: uno llevará una pica, y el otro, una maza grande y pesada; le colocaréis la pica encima del corazón, sobre la colcha, que no la note, y cuando ya esté bien colocada, el otro la golpeará, de modo que morirá rápidamente, sin poder decir una sola palabra con su boca; así permanecerá oculta mi deshonra, pues sólo la conoceremos nosotros tres».

Los dos traidores aceptan; uno va en busca de una pica y el otro, por una maza gorda y pesada; luego se dirigen a la puerta que daba a la habitación, la abren y van a la cama: ven que los dos están dormidos, y comprueban que ambos son de extraordinaria belleza, lamentándose por el pobre caballero. Uno levanta la pica y la pone encima de la colcha y el otro se dispone a dar el golpe. En esto, mi señor Galván saca el brazo, y el acero que estaba frío, le roza; entonces, se despierta y desvía la pica con los brazos; el que iba a dar el golpe con la maza, no puede detenerlo, haciendo que la pica vuele a otra parte, clavándose a un lado de la cama: la madera se hace pedazos y la pica golpea contra la pared, hundiéndose en ella más de medio pie, con gran estrépito.

Ante el estruendo, mi señor Galván se despierta completamente y ve al que sujetaba la pica. Se lanza fuera de la cama, desnudo como estaba, arranca la pica de la pared y con ella atraviesa al que se la había apoyado, dejándolo muerto. Después, va tras el que tenía la maza, y que ya estaba en la puerta. La reina se había levantado, y no pudo evitar dar grandes gritos. Mi señor Galván ya había echado afuera al primero, al que había matado, y había cerrado la puerta; toma sus armas y se las pone. Mientras tanto, la doncella sale de la cama y le dice que no se preocupe, a la vez que le ayuda a armarse, de acuerdo con lo que él le va indicando. Los gritos han ido en aumento, de forma que los veinte caballeros se ponen en pie y ven que los cirios están apagados, y le ordenan que abra. Galván les responde que no pondrán los pies allí; le contestan entonces que romperán la puerta. La doncella dice que no tiene ningún miedo, pues la puerta es muy fuerte y resistente. Golpean y llaman, pero la joven les responde siempre que no entrarán hasta que haya hecho todo según su gusto. La reina, por otra parte, les grita:

—¿Qué hacéis, hijos de puta fracasados? ¿Por qué no matáis a ese traidor que está ahí dentro?

Grita como mujer enloquecida, que no puede ocultar su deshonra. Nadie puede entrar hasta que mi señor Galván está completamente armado. Entonces, toma la espada y le dice a la doncella que abra la puerta de golpe.

—Por Dios, no iréis por donde están los caballeros. Id a través de la habitación de mi padre: encontraréis menos resistencia que por el otro sitio.

—Que Dios no me vuelva a ayudar, si alguna vez se me recrimina haber escapado por miedo, saliendo por un sitio diferente al que usé para entrar; tengo ayuda suficiente, pues Saigremor está aquí dentro.

—Entonces, os diré lo que vais a hacer. Iré a abrir la puerta y apagaré los cirios; vos estaréis junto a ese arco abovedado; pensarán que huís a través de la habitación de mi padre, y cuando les abra la puerta irán todos corriendo hacia allá, de forma que podréis salir en ese momento. Si salís por donde están, mientras que ellos se encuentran en esta habitación, no os podrán alcanzar nunca, porque la puerta es estrecha y sólo pueden pasar de uno en uno.

Así lo hace la doncella. Cuando vieron abierta la puerta, se precipitaron a entrar en la habitación principal, y aumenta más todavía el clamor. La doncella les abre la puerta a los caballeros, diciéndoles que ya pueden entrar: avanzan todos a la vez y entran en la gran habitación. Cuando el último iba a cerrar la puerta, para que no saliera nadie, mi señor Galván le da un golpe, haciéndolo caer muerto a la vez que daba un grito. Los que iban delante lo oyen, se vuelven con velas y antorchas, y ven a mi señor Galván que ya había pasado el dintel. Entonces, empiezan a gritar: «¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ahí está!». Van todos corriendo a él, que había llegado al centro de la habitación, y, de pie, tenía la espada en la mano: golpea al primero que sale, con tanta fuerza que ya no vuelve a necesitar nada, pues rueda muerto por el suelo. Los otros, sienten un miedo tan grande, que ninguno se atreve a salir: desde la puerta le arrojan agudas picas. Al verlos, corre hacia la puerta por la que había salido y hace que todos se vuelvan a precipitar hacia atrás: cada vez que alcanza a uno, de nada le sirve tener una fuerte armadura, pues de inmediato le hunde una pica en el cuerpo; temen encontrarse con él.

Cuando ve que ninguno se atreve a salir, abandona la habitación, y entra en donde estaban los caballos; allí ve a Saigremor y a la doncella que era su amiga, que tenía un cirio en la mano. Saigremor estaba ensillando el caballo más hermoso de cuantos había allí y el que parecía mejor. Cuando la silla ya estuvo colocada, hace que mi señor Galván monte.

—Id al salón principal —le dice Saigremor— mientras que yo me pongo el yelmo.

Mi señor Galván lo hace así: deja estar a los caballeros del rey, si no asoman la cabeza. Muchos, han ido a ensillar sus caballos, pero mi señor Galván ya ve llegar a Saigremor completamente armado, montando un gran caballo: se había recuperado, pues había dormido.

—Señor —le pregunta Saigremor—, ¿dónde están?

—Ahí, pero no se atreven a salir.

—Por Dios, tienen mala salida. Poneos al otro lado de la habitación, y dejad que salgan; les esperaremos a nuestro gusto, y que Dios no me vuelva a ayudar si, antes de irme, no sé qué tales caballeros son.

Mi señor Galván se ríe dentro del yelmo. Los dos se retiran a un extremo de la sala, y Saigremor comprueba que no muestran intenciones de salir.

—Malvados cobardes —les grita—, miserables, fracasados, ¿por qué no salís? ¿No veis que nos llevamos vuestros caballos ante vuestros propios ojos y no hacéis nada?

Apenas ha dicho esto, ve llegar por la otra parte de la sala a diez caballeros montados.

—Por Dios —exclama mi señor Galván—, temo que nos corten el camino; si permanecemos aquí dentro, seremos vencidos, pues desconocemos las salidas, los pasadizos y los escondrijos; salgamos a ese patio: no podrán llegar sin que les veamos.

—Con mucho gusto, señor —responde Saigremor—, pero antes quiero golpear a uno de los que vienen.

—Ataquémosles, ya que así lo deseáis.

Sin más, se lanzan contra los diez que llegan y ellos hacen lo mismo; derriban a los dos primeros que encuentran: mi señor Galván mata al suyo con la pica, mientras que la lanza de Saigremor, que le había dado su amiga, se quebró; toma la espada y ataca. En esto, los de la otra habitación empiezan a salir. Mi señor Galván se dirige a ellos con la pica y golpea violentamente al primero, derribándolo a él junto con su caballo; se le rompe la pica y echa mano de Escalibor, atacando con nuevo ímpetu, de forma que les obliga a precipitarse otra vez dentro de la habitación, de la que habían salido. A continuación, acude en ayuda de Saigremor, que se defiende con gran valor.

Mi señor Galván empezó a hacer proezas, causando gran espanto a todos. A él y a Saigremor, les han matado ya tres caballos, pero están poco tiempo a pie, pues rápidamente recuperan alguno, ayudándose ambos con gran valentía. Mi señor Galván se da cuenta de que pueden resistirles mucho tiempo, y que ellos podrían ser cogidos por sorpresa: con gran vigor hacen retroceder a sus enemigos hasta el centro del patio del castillo, desde donde ven que la puerta del cercado está abierta; a la vez, oyen que se ha difundido la alarma y que entre unos y otros se han armado alrededor de cien. La amiga de Saigremor ha subido a la muralla, desde donde les grita a los dos que se vayan, que si no, morirán; «cuando estéis fuera, no habrá que temer ningún peligro».

Así, empiezan a irse, y al salir, ven que el rey ha ido tras ellos, y que les grita a sus gentes que en mala hora se irán. En torno suyo tiene más de cien soldados armados, entre caballeros, servidores y arqueros.

Ambos se retiran al paso, hasta que salen por la puerta; entonces, todos los hombres del rey se lanzan tras ellos. Mientras tanto, la amiga de Saigremor había subido por encima de la puerta, siguiendo un camino de ronda; nadie la podía ver. El camino llevaba hasta la habitación donde dormía. Cuando la doncella vio que los dos caballeros ya habían salido, corta una cuerda que sujetaba un rastrillo, haciéndolo caer: le causó la muerte a un caballero y le cerró la retirada a otro, que iba por delante, tras los dos caballeros. Después de hacer esto, se retira a su habitación, sin ser vista por nadie.

Saigremor vuelve contra el caballero que había quedado fuera y le golpea con la espada en el yelmo, arrancándoselo de la cabeza; éste le entrega su espada y Saigremor la acepta, pues le pide misericordia; luego, le promete ser su prisionero donde él quiera,

a lo que le responde que vuelva al castillo —cumpliendo su promesa—, y que se entregue como prisionero a la hija del rey, de parte de mi señor Galván.

—¿Os llamáis Galván?

—No, me llamo Saigremor el Desmesurado. Decidle al rey que no hay en su linaje mujer mejor casada que su hija, y que no le pese.

—Señor, estoy en deuda con vos, y voy a hacer lo que pueda para salvaros. Seguidme, y os sacaré de estos desfiladeros.

El caballero empieza a andar, seguido por los otros dos, hasta que llegan al tablón que hacía de puente; lo atraviesan y el caballero los encomienda a Dios, y ellos hacen lo mismo. Permanecen un buen rato al otro lado de la pasarela, para saber si los perseguía alguien. Saigremor se extraña de la tardanza de su amiga, y apenas lo ha dicho, la ve llegar y atravesar el tablón montada en un veloz palafrén.

—¿Qué es esto? —pregunta mi señor Galván—. Sed la bien venida. ¿A dónde os dirigís?

—¿A dónde? Por mi fe, espero que vos y Saigremor me pongáis en lugar seguro, pues si me quedo en el castillo seré afrentada, sin que me pueda salvar todo el oro del mundo.

—Por Dios, mal servicio habríais hecho si os fallara nuestra compañía. Pero, dadme noticias de mi amiga.

—Vuestra amiga no tiene que preocuparse por lo que ha hecho, pues mi señor el rey y la reina la aman más que a sí mismos, ya que no tienen más hijos —según creen—, porque a la otra ya la dan por perdida. A mí me hubieran matado, si me hubieran encontrado.

De este modo cabalgan los tres juntos; al poco rato, ven venir detrás de ellos caballos que se acercan muy deprisa.

—Saigremor —dice mi señor Galván—, voy a esperar, pues los oigo venir.

—No os preocupéis —le dice la doncella—, porque creo que son vuestros caballos, que he hecho que os los traigan.

—Se detienen y esperan, y comprueban que es así. Mi señor Galván le pregunta cómo se le había ocurrido tal cosa, y ella le responde que «si mataban vuestros caballos, podríais reemplazarlos por éstos». Mi señor Galván siente mayor aprecio por ella.

Han cabalgado sin detenerse y ya el día es claro. La doncella se dirige a Saigremor, diciéndole:

—Vos me acompañaréis, y mi señor Galván irá a sus asuntos.

—Mi dulce amiga —le contesta mi señor Galván—, os acompañaremos los dos, pues en modo alguno querría que tuvierais dificultades sin mí.

—Señor —le contesta la doncella—, tengo suficiente con Saigremor; le llevaré por un lugar en el que no seremos vistos por nadie, aunque nos busquen.

—¿A dónde iréis?

—Directamente a casa de mi padre; de allí, a casa de vuestro hermano Agravaín, pues no me podría refugiar en otro sitio.

Saigremor dice que con mucho gusto verá a Agravaín, a lo que mi señor Galván contesta que está muy enfermo, «ya os lo contará esta doncella».

—¿A dónde iréis vos? —le pregunta la joven.

—Me gustaría ir a la tierra de Sorelois.

—¿Pensáis que encontraréis allí —le pregunta Saigremor— lo que hemos estado buscando en esta tierra?

—Realmente, no sé qué voy a hacer allí, pero he oído decir que es una tierra de muchas aventuras.

—Señor —le dice la doncella—, Sorelois no está lejos; os entregaré uno de estos criados, que os llevará tan derecho como una línea.

Llama entonces al que iba a pie, le hace montar en el caballo de mi señor Galván y le ordena que le acompañe lo más directamente posible a la tierra de Sorelois. El criado ya está montado. Saigremor y su amiga se marchan por donde ella va indicando. El criado y mi señor Galván se dirigen hacia Sorelois por el camino más recto que conoce.

Pero la historia deja ahora de hablar de mi señor Galván y de Saigremor, y vuelve a Héctor, que está prisionero del señor de Marés, padre de Ldomás, al que Guinas de Blahestan había herido en el pabellón por su amiga, padre también de Maltaillié, a quien Héctor mató al socorrer a Synadós de Windsor.

LXV

Cuenta aquí la historia que cuando Héctor fue apresado en el castillo de Marés, se supo pronto en el castillo de la Estrecha Marca; al enterarse de ello, la hija del señor, que lo amaba mucho, fue a su padre a pedirle que lo socorriera. Le respondió que así lo haría en cuanto pudiera reunir gente. Entonces, la doncella envía un mensajero a Synadós de Windsor, para hacerle saber que está prisionero el que le libró de las manos de sus enemigos, que vaya en su socorro, pues también va a ir el señor de la Estrecha Marca. El mismo Marganor, que se encontraba en la Estrecha Marca, ordena a sus gentes que acudan a liberarlo: cuando se marcharon eran dos mil entre caballeros y servidores.

Héctor está prisionero; pero los que lo tienen no desean matarlo, ni hacerle morir, pues la dama lo estima mucho, ya que la había vengado de Guinas de Blahestan; e incluso el padre dice que no podría hacer que lo mataran, por nada malo que hubiera hecho, «pues lo salvé cuando entró aquí».

Mientras hablaban de este modo, llegó una doncella, que era muy querida por todos, sobrina del señor de Marés y prima de su hijo Ladomás. Cuando oyó decir que Héctor era tan buen caballero que había conseguido superar los pasos peores, se dirigió a su tío y a su primo, diciéndoles:

—Señores, encomendadme la prisión de este caballero, pues según me parece no deseáis su muerte; me lo llevaré a que libere a mi hermana, que se encuentra en una prisión que ya conocéis.

El padre lo concede.

—Que sea así —dice Ladomás—, si el caballero está de acuerdo; pero si no lo desea, no se lo entregaremos a ningún hombre, ni a ninguna mujer.

—Tenéis razón —le contesta el señor.

—Señor —añade la doncella—, muchas gracias; voy a ver si quiere.

La doncella va a donde está Héctor, acompañada por la amiga de Ladomás, que quería mucho, con buena fe, a Héctor.

—Héctor —le dice la doncella—, estoy intentando que seáis mi prisionero; ¿os vendrías de forma voluntaria como prisionero a donde yo os quiera llevar?

—¿Quién sois vos, doncella?

—Soy una doncella que os ha salvado de la muerte, si aceptáis venir como prisionero mío.

—¿Cómo es vuestra prisión?

—Os lo diré —interrumpe la amiga de Ladomás—. Mi buen amigo, os llevará a combatir contra el mejor caballero del mundo. Si le vencéis, quedáis libre. Id con ella, por favor; si no deseáis ir, no temáis que os den la muerte aquí. No vayáis si no queréis.

—¿Quién es el caballero? ¿Es de la casa del rey Arturo?

—No —contesta la amiga de Ladomás—, es de esta tierra.

—Entonces, iré con mucho gusto.

—Muchas gracias —le dice la doncella que se lo había pedido.

Regresa y comunica a los dos que Héctor acepta.

Les llevan a Héctor, y Ladomás le pregunta que si le apetece ir con la doncella.

—Señor —le contesta—, no hay bajo el cielo ninguna doncella con la que no vaya a donde ella diga, si me necesita y yo me entero. Pero os aseguro que no voy por quedar libre, pues parecería que soy un malvado, y me lo podría criticar el vasallo que se llevó mi caballo: no quiero ir de ese modo. Cuando se presente y me demuestre la acusación y yo me pueda defender con la ayuda de Dios, entonces iré con la doncella para ayudarle y lo haré gustoso.

—Por Dios —dice Ladomás—, habéis hablado como hombre valiente y sensato, y por eso debéis ser más amado. Señor —añade dirigiéndose a su padre—, dejadlo libre.

Así lo hace.

—Muchas gracias, señor —dice Héctor.

A continuación, ordenan que le traigan las armas, y Héctor se las pone sin esperar a más. Cuando ya está bien armado, la doncella se le echa a los pies, suplicándole que le ayude.

—Es mi sobrina —dice el señor de Marés—, pero no os sintáis obligado por ello, pues preferiría que muriera ella antes que vos: se pierde más con la muerte de un hombre valiente, que con la de todas las doncellas de una tierra.

—Ciertamente —dice Héctor—, iré con mucho gusto a donde quiera llevarme, tanto porque es doncella, como por vos, que me habéis honrado más de lo que me merecía.

La doncella se lo agradece mucho. Luego, salen fuera. Le traen el caballo a Héctor, que monta; lo mismo hace la doncella por su parte, montando en su palafrén. Héctor se despide del señor de Marés, de Ladomás y de la doncella que era su amiga. Cabalgan por donde la doncella quiere llevarlo. Cuando ya se habían alejado una legua del castillo, ven a la izquierda a las gentes que Synadós lleva para ayudarle: entre las suyas, las del señor de la Estrecha Marca y las de Marganor el senescal, había fácilmente dos mil hombres. Admirados, se preguntan quiénes pueden ser, pero continúan por su camino sin desviarse. Synadós, que era muy valiente, les dice a los suyos que sigan, «que conozco a aquel caballero que veo allí, cabalgando en solitario».

Se separa de los demás y va rápidamente al encuentro de Héctor, sin yelmo. Cuando éste lo ve, se reconocen con facilidad.

—Señor —le dice a Héctor—, que Dios sea adorado, pues estáis fuera de la prisión: había mucha gente apesadumbrada.

Héctor lo abraza y le da la bienvenida.

—¿Cómo sabíais que estaba en prisión?

—Señor, el señor de la Estrecha Marca me lo hizo haber, y yo venía con toda la gente que pude reunir, temiendo por vuestra vida, pues matasteis a Maltaillié.

—Por Dios, estaría muerto de no haber sido por un hermano suyo, llamado Ladamás, que me salvó en cuanto pudo: me considero en deuda con él, y le serviré si se da el lugar y la ocasión en que me necesiten él o su amiga, que es muy prudente, discreta y cortés. ¿Todas esas gentes son vuestras?

—Señor, una parte es mía; los demás son del señor de la Estrecha Marca y de Marganor: cada uno ha mandado cuantos hombres ha podido reunir con tanta precipitación. Tened por seguro que hubierais visto el mayor ataque de vuestra vida, toda esta gente contra el castillo: tenéis en esta tierra más amigos de los que creéis.

Héctor se lo agradece.

—Señor —le pregunta Synadós—, ¿a dónde vais?

—Voy con esta doncella, a ayudarle en un asunto. Pero marchaos, no sigáis más adelante, y saludadme al señor de la Estrecha Marca y a su hija, a la que mucho amo; decidle que la vería con más gusto que anteayer, si pudiera y tuviera ocasión, pues su compañía me resulta muy agradable. Saludad también a Marganor el senescal, y, por encima de todas las damas que he visto desde que dejé a la reina Ginebra, saludad a vuestra mujer, pues no he conocido a ninguna de su dignidad que valga tanto como ella.

A continuación; se encomiendan a Dios. Héctor se quita el yelmo, y se besan. Synadós le insiste que si ocurriera que fuera hecho prisionero, que se lo hiciera saber, y le responde que así lo haría.

Con esto, se marchan. Synadós se lleva a sus gentes y Héctor sigue a la doncella hasta que estuvo bien entrada la tarde; entonces, le pregunta de qué asunto se trata.

—Os lo voy a contar. Una hermana mía, la dama más hermosa de cuantas conozco y así piensan otros muchos, cuando era muy joven fue amada con auténtico amor por un caballero que parecía ser uno de los mejores del mundo; es de posición más elevada y noble que mi hermana. Se casó con ella a la fuerza, por lo que fue muy censurado por sus familiares y amigos; la enemistad de todos ellos con mi hermana duró mucho tiempo. Un día el caballero y mi hermana se acostaron en un pradillo junto a una fuente, y allí estuvieron como quienes mucho se amaban.

El caballero, para entonces, se había vuelto muy perezoso y muy dejado con las armas. Entró en el pradillo un tío suyo, hombre de mucha edad, y empezó a recriminarle, diciéndole que debía sentirse avergonzado, pues estaba en manos de su mujer, de forma que no podía vivir sin ella, por lo que había perdido a todos sus compañeros y que todo el mundo lo escarnecía. Mi hermana se lo tomó a despecho y habló un poco más de lo que era necesario, y después se ha arrepentido por ello muchas veces. «Señor —dijo—, ¿por qué? ¿Se debe avergonzar por mí, siendo noble de corazón? Yo no soy de bajo linaje y si ha perdido la compañía de la gente por mí,

también a mí me ha ocurrido eso, pues eran muchas las gentes que venían a verme todos los días. Ciertamente yo soy más bella que él, que no es ni tan bello, ni tan bueno como yo, y mi hermosura ha sido más alabada que su valor».

Cuando su señor la oyó, se lo tomó a mal, y juró sobre sagrado que nunca más volvería a dejarla salir de la torre mayor, hasta que uno de los dos venciera en la disputa y quedara de manifiesto que ella era la más hermosa o que él era el mejor caballero. «Tened por seguro —añadió, dirigiéndose a su tío— que si viene por aquí una dama que sea más hermosa que ella, no volveré a acostarme con ella; y si viene un caballero mejor que yo, la dejaré libre de su prisión». De este modo ha estado prisionera mi hermana durante cinco años; sus familiares han llevado a las damas más bellas que han podido conseguir, pero ninguna le era comparable. También han acudido numerosos caballeros, pero siempre ha sido el mejor. Ya os he contado la verdad: he ido a la corte del rey Arturo más de diez veces en cinco años, y no pude encontrar nunca a mi señor Galván, al que le hubiera hecho venir con mucho gusto, si lo hubiera podido encontrar.

De este modo van hablando, y a Héctor ya le tarda mucho ver a la dama que es de tal belleza. Cabalgaron hasta llegar a casa de una hermana de la doncella, que los recibe con grandes muestras de alegría, pues sabía que el caballero iba a liberar a la dama: Héctor fue muy honrado y bien acogido en la casa, y cuando la doncella contó qué clase de caballero era, todos se pusieron muy contentos y lo alojaron muy bien.

La mañana siguiente, se levantaron muy temprano, y reemprendieron su camino; cabalgaron hasta un castillo muy hermoso, que era al que le llevaba la doncella a combatir. Se llamaba Gazewilte y el señor era Persidés y la dama de tan extraordinaria belleza recibía el nombre de Elena sin Par. El castillo era hermoso y estaba construido en un lugar muy bueno.

La doncella avanza por delante, y Héctor la sigue; al verlos, todos exclaman: «¡Este viene a combatir por nuestra dama. Maldita sea la belleza que ha sido pagada tan cara!».

Héctor y la doncella llegan a la fortaleza en la que la dama estaba prisionera; descabalgan y suben las escaleras. Los que custodiaban a la dama les salen al encuentro, preguntándole a Héctor qué deseaba, a lo que responde que tendría mucho gusto en ver a una dama que estaba prisionera allí. Lo dejan pasar. Mientras tanto, la dama estaba acicalándose, pues había oído la noticia de la llegada de un caballero. Cuando estuvo arreglada, salió: su belleza era tan extraordinaria que Héctor se quedó admirado; se quita el yelmo para verla mejor, pues estaba encerrada en una habitación en la que sólo había una ventana por la que asomar la cabeza, y la puerta por la que entraba el caballero cuando quería hablar con ella, y cuya llave guardaba él mismo. Héctor asomó la cabeza por la ventana; la dama le dio la bienvenida, a lo que le responde que tenga buena ventura, como la dama más hermosa «de cuantas he visto y de cuantas hay en el

mundo, a mi parecer. Señora, he venido a ayudaros, pero en ningún momento pensé que emprendía el asunto con tanta razón como ahora veo. Estoy seguro que no hay ningún caballero, por valiente que sea, cuyo valor no superéis vos con vuestra belleza; y pienso que mi señor Galván, que es uno de los mejores caballeros del mundo, estaría de acuerdo, y lo mismo haría Dios».

Mientras hablaba así, se le acerca un caballero a Héctor y le pregunta si está dispuesto a probar que la dama es más hermosa que valiente su señor. Contesta que así es, sin lugar a dudas.

—¿Os atreveríais a probarlo?

—Por Dios, sí; y pienso que no hay nadie en el mundo que, después de haberla visto, no lo defienda con gusto y con toda seguridad.

—Venid, pues, señor caballero, que el señor del castillo os espera ahí fuera para sostener lo contrario.

—¿Está armado?

—Sí, con todas las armas.

—En verdad, siento que tenga tanta prisa, pues con mucho gusto contemplaría la belleza de esta dama, porque ahora me encuentro tan bien que valgo dos veces más que antes, al llegar aquí. Señora, para que sea siempre vuestro caballero, os suplico que me toquéis con vuestra mano desnuda: aunque hubiera perdido el yelmo, me encontraría más seguro con que me tocarais, que teniendo el yelmo.

La dama lo abraza, echándole los dos brazos al cuello y diciendo que Dios, que nació de la Virgen María, le otorgue la victoria para que ella pudiera abandonar aquel sitio en el que estaba apresada.

Héctor se despide de ella, se vuelve a atar el yelmo y baja al pie de la escalera de la torre, donde monta en su caballo; a continuación, el caballero le acompaña al sitio donde debía producirse el combate. Una vez allí, el señor del castillo le pregunta si piensa defender que su mujer es más hermosa que él buen caballero.

—Por Dios —dice Héctor—, si fuerais cortés no habría combate, pues aunque fuera la mujer de mi señor Galván, que es el mejor caballero del mundo, ciertamente debería ser considerada más hermosa que él buen caballero, pues no hay ninguna belleza de cuantas deben existir en una mujer bella, que le falte a vuestra mujer, a juzgar por lo que se ve pero hay cualidades relativas a los buenos caballeros, que no están presentes en vos, pues —por lo menos—, no se puede ser buen caballero sin ser cortés, y en eso fallasteis al enfadaros porque ella se consideró más hermosa. Dejad el combate y tomad a vuestra mujer, como la cosa más bella que hay.

Le responde que no puede ser.

—Por Dios, si no lo puedo demostrar —contesta Héctor—, no quiero seguir viviendo. Se alejan el uno del otro y van a enfrentarse tan deprisa como pueden sus caballos, dándose los mayores golpes. Persidés quiebra la lanza y Héctor le alcanza con violencia,

derribándolo del caballo en medio del campo.

—Señor caballero —dice entonces Héctor—, no sé cómo lo hacéis combatiendo, pero en la justa habéis llevado la peor parte. Portaos bien ahora, reconoced vuestra locura y sacad a vuestra mujer de la prisión, de donde tiene que salir hoy mismo. Y aún tendréis una vergüenza mayor de la que estáis pasando.

Le responde que eso no puede ser.

—¿No? La dejaréis libre, pues no podéis hacer otra cosa.

Entonces, deja correr a su caballo, aparentando que va a golpearle con la lanza en medio del cuerpo, Persidés saca la espada y le da un tajo a la lanza, haciendo que vuele en pedazos. Héctor desenvaina su espada y le ataca a caballo; el otro se cubre con el escudo y golpea al animal en la cabeza, dejándolo muerto.

—Maldito sea —dice Héctor— el que os tenga por mejor caballero del mundo, pues acabáis de obrar con un poco de maldad al matarme el caballo: no es costumbre de muy buen caballero; con ello vos habéis perdido más que yo, pues yo me iré con el vuestro, que está allí, o me llevaré uno mejor, si tenéis. Pero hacedme caso, haced lo que os ruego con vuestra mujer, antes de que tengáis que pasar por una vergüenza mayor.

Le responde que aún no ha nacido el caballero que le obligue a hacerlo, y que ahora cada cual actúe lo mejor que pueda, «pues los dos estamos bastante igualados».

Héctor le ataca con gran rapidez, le acosa y le golpea a diestro y siniestro, por todas partes en las que piensa poder hacerle algún daño, de forma que le hiere en varios sitios. Sin embargo, Persidés resiste lo mejor que puede, a pesar de que Héctor lo lleva por donde quiere, le destroza el escudo y se lo corta haciendo que los pedazos vuelen al suelo y que él ceda terreno. Héctor se da cuenta de cómo va retrocediendo; entonces, le lanza un golpe de esgrima, alcanzándole la mano derecha, de modo que le hace volar la espada y siente tal dolor que piensa que va a enloquecer. Cada vez le gana más terreno y él lo pone todo en resistir, pues no puede más. Le ha roto el escudo, está herido y magullado por todas partes y Héctor le sigue rogando que saque a su mujer de la prisión en la que la tiene, pero vuelve a responder que no. Héctor le advierte que lo matará.

—¡Será si podéis!

Héctor le vuelve a atacar y le golpea de nuevo; Persidés retrocede y esquiva, hasta que cae. Entonces, Héctor le salta encima y le arranca de la cabeza el yelmo, diciéndole que le va a golpear.

—Golpead.

Le baja la ventana hasta los hombros y levanta la espada, dispuesto a dar un tajo; al ver venir la espada, clama piedad.

—Por Dios —le dice Héctor— no obtendréis compasión si no me prometéis como caballero, con la mano desnuda, que haréis todo lo que yo desee.

Así se lo promete. Héctor se levanta, y toda la gente le rodea. Le pregunta a Persidés si toda esa gente es suya, y él le responde que sí.

—¿Debo preocuparme por ellos?

—No, señor. Todos han jurado que el caballero que combata conmigo no debe guardarse sino de mí, pues de otro modo no podría durar la costumbre que yo había implantado en esta tierra, porque los caballeros dejarían de venir si no se encontraran a salvo.

—Por la promesa que me habéis hecho —le dice delante de toda su gente—, os afirmo que vuestra mujer es más hermosa dama que vos buen caballero.

Persidés se lo concede.

—Además, os ordeno que de hoy en tres días vayáis a la corte del rey Arturo y le digáis a mi señora la reina que os envió a su prisión; llevaos a vuestra mujer, y contadle a la reina cuánto tiempo y cómo la habéis tenido prisionera; no ocultéis nada. Preguntad por una doncella, que es mi amiga: saludadla de mi parte y decidle que estoy sano y salvo, pero que no he logrado nada de lo que voy buscando.

—Señor, ¿cómo os llamáis?

—Me llamo Héctor. ¿Y vos?

—Señor, me llaman Persidés.

Héctor le pide que le lleve a ver a la bella dama.

Se marchan seguidos por todo el pueblo. Cuando ya están en lo alto de la torre, se levanta el faldón de la cota y le entrega a Héctor la llave con la que estaba cerrada la habitación de la dama.

—Venid —le dice Persidés—, sacadla vos mismo de su prisión.

—Señora, salid, pues por Dios, no debéis estar encerrada, sino que haréis mejor dejándoos ver.

Cuando la dama se encuentra fuera, lo toma entre sus brazos y él hace lo mismo; le da la bienvenida y empieza a besarle.

—Señora —dice Héctor—, ahora puedo jactarme de que me ha besado la dama más hermosa del mundo.

—Señor, pienso que desde hace mucho tiempo no recibisteis un beso que os costara tanto.

Héctor le dice las condiciones que ha puesto a Persidés, y ella se alegra mucho; luego, el caballero y la dama le piden que pase allí la noche, y le insisten tanto, que al fin accede. Héctor le pregunta cómo se llama, y le responde que su nombre correcto es Elena, pero que como todos la consideraban tan bella, le pusieron, cuando aún era doncella, el sobrenombre de Elena sin Par.

Héctor se pasó allí la noche, por la súplica que le habían hecho Elena y su señor. La doncella que le había acompañado es la que más contenta está, aunque todas las gentes del castillo también estaban muy alegres porque Héctor había vencido el combate y

porque la dama había salido de la prisión. Durante toda la noche Héctor fue muy honrado y agasajado por el señor, por la dama y por todos los del castillo. La mañana siguiente, cuando se hizo de día, se levantó y fue a oír misa; luego, se armó y Persidés le regaló un caballo muy bueno, el que él montaba cuando fue derribado. Se despide de ellos; la doncella también monta, acompañándole hasta un refugio, donde le pregunta que hacia qué parte desea dirigirse.

—Por Dios, no sé a dónde ir, pues estoy buscando a un caballero, que no sé ni cómo es, ni cómo se llama; iré a la ventura, a la espera de que Dios me envíe más indicaciones.

—Yo os aconsejaría que os dirijáis a donde os puedan dar información sobre caballeros andantes, pues si permanecéis en estos bosques os perderéis pronto.

Le responde que está de acuerdo.

—Ese camino —le dice ella— os llevará a la tierra de Norgales, siempre que lo mantengáis a vuestra derecha; cuando lleguéis allí, posiblemente oiréis alguna información antes que en este bosque. Si la guerra es demasiado grande, no sería raro que estuviera en ella el caballero al que buscáis, ayudando al rey.

Contesta que irá; encomienda a la doncella a Dios y ella hace lo mismo, volviéndose al castillo, mientras que Héctor emprende su búsqueda.

La historia ya no habla más de él, sino que vuelve a hablar de Lionel, el primo de Lanzarote del Lago, que va a ver a la reina Ginebra.

LXVI

Cuenta aquí la historia que Lionel se encontró a la reina en Logres, que era la ciudad más importante del rey Arturo, pues era la capital del reino; el rey también estaba allí. Nunca hubo tan gran alegría como la que tuvieron la reina y la dama de Malohaut al saber que era primo de Lanzarote del Lago y sobrino del rey Ban de Benoic. Les da noticias de mi señor Galván, al que había encontrado combatiendo, por una traición, contra el senescal del duque de Cambenync, al que venció. La reina le pregunta qué tal lo había hecho, y le responde que muy bien, «y además me devolvió mi rocín, que me lo había robado un caballero, y me acompañó durante mucho tiempo, intentando saber a dónde me dirigía, pero yo no se lo dije». Después de contarles todo lo que le habían pedido que dijera, la reina y la dama de Malohaut hablan en secreto, para decidir cómo pueden ver a sus amigos.

Entre tanto, llega a la corte la noticia de que los sajones y los irlandeses habían entrado en Escocia, destruyendo toda la tierra y dándole muerte a la gente, y que estaban asediando Aresbeth. El rey estaba preocupado con estas noticias, y convocó a todos sus hombres, próximos y lejanos, para que en quince días estuvieran dispuestos con sus armas, pues les saldrían al encuentro en los prados de Carduel. La reina le ordena a Lanzarote que esté allí sin excusas, junto con Galahot, que ella irá. Les manda también que se mantengan ocultos hasta que ella les haga saber sus deseos; Lanzarote debe llevar sobre el yelmo un penacho que le envía, hecho con una tira de seda roja; utilizará el mismo escudo que tenía en la última reunión de los caballeros, en el que debe añadir una banda blanca en diagonal. La reina le envía el broche de su cuello y un peine muy rico, cuyas púas están llenas de cabellos suyos, y el cinturón que tenía puesto, además de la limosnera. La reina ordena a Lanzarote que, por todo lo que la quiere, debe hacer lo que mi señor Galván desee, pues se ha esforzado mucho por él; únicamente, no deben llegar juntos a la reunión.

El muchacho abandona la habitación y toma su camino. Mientras, el rey le pide a la reina que le aconseje si debe ordenarle a Galahot que se presente, pero ella le recomienda que no lo haga hasta que no sepa las necesidades que va a tener, «pues le parecería que estáis espantado».

Aquí deja la historia de hablar del rey y de la reina, que han convocado a sus huéspedes para que se presenten en Carduel en quince días, con el propósito de mostrar su poder. La historia vuelve ahora con mi señor Galván, que se ha separado de la doncella y de Saigremor, que se fue con la hija del rey de Norgales, tal como os ha contado la historia.

LXVII

Cuenta ahora la historia que mi señor Galván cabalga sin encontrar aventuras que sean dignas de mención, hasta que llega a la ermita de la Montaña Roja, donde es recibido con grandes honores al decir su nombre. El ermitaño le indicó el camino con todos los detalles que pudo, gracias a las noticias que le había dado de su hermano, y le dijo que Lionel había sido huésped suyo al irse de Sorelois, «y me contó que Lanzarote y Galahot estaban en Sorelois, pero que resultaría difícil llegar a aquella tierra».

—Señor, ¿por qué?

Entonces, el ermitaño le habla del paso traidor de la calzada, el que atraviesa el río Ausurne, tal como ha explicado la historia.

Por la mañana, mi señor Galván se marchó, después de haber oído misa, acompañado por el criado que le llevaba el caballo; cabalgó hasta que llegó a la calzada a la hora de tercia: le pareció que pasaba por lugares abruptos, abundantes en bosques y peligrosos. El puente al que llegó mi señor Galván, que era el primero de los que había se llamaba Puente de Norgales. El puente que había en la otra calzada, del que ya ha hablado la historia, era el Puente Irlandés.

Mi señor Galván divisa una torre alta y grande, perteneciente a un castillo, que estaba hacia el lado de Sorelois, al extremo de la calzada. Tras cabalgar hasta que estuvo cerca, desmonta del caballo en el que iba y toma el que le llevaba el criado, al que le ordena que se vaya y se quede con el caballo, pues él ya tendrá suficiente con el otro. El criado se lo agradece mucho y se despide de él, pero no se alejará antes de ver cómo pasa la calzada. Da la vuelta y sube a una colina, para ver cómo lo hace. Mi señor Galván avanza hasta la calzada, en la que encuentra a un caballero que se dirige hacia él completamente armado y le pregunta si desea pasar al otro lado, a lo que le responde que sí.

—¿Cómo, señor caballero, pensáis pasar al otro lado? Tendréis que combatir conmigo.

—Combatiré antes que dejar de pasar.

—Además, os tendréis que librar de diez servidores, aun en el caso de que me venzáis.

—Me da igual, ya que tengo que combatir, pues no cejaré en mi empeño mientras pueda.

—Por mi fe, tendréis batalla.

—Quiero tener la seguridad de que no debo guardarme de nadie más que de vos y de los diez servidores que me habéis dicho.

El caballero los llama y acuden armados como villanos, con hachas, espadas y lorigones, y le prometen que no debe preocuparse de nadie más y que podrá pasar en

cuanto haya vencido al caballero y a ellos, pero que antes debe decir cómo se llama. «Y además hay otra cosa que se os debe decir: si os venciéramos yo y los otros, quedaríais a nuestra merced y tendríais que guardar este paso hasta que llegue un mensajero; tendríais que hacerlo igual que yo. Lo debéis prometer, por si no nos derrotáis».

Así lo promete, con gusto o a la fuerza, diciendo que más le molestaría tener que guardarlo, que el miedo a combatir.

Se reagrupan los diez en la calzada y empieza el combate entre el caballero del puente y mi señor Galván. El caballero perdió su escudo en el primer encuentro y falló, mientras que la lanza de mi señor Galván no llegó a romperse; galopa tan deprisa como puede su caballo, apunta bien y le golpea justo encima del pecho, en la clavícula, de forma que le deshace la cota y le mete la punta y el asta, atravesándole el cuerpo de un lado al otro y derribándolo del caballo al suelo: allí queda desmayado, pues está malherido. Mi señor Galván ve que toda la tierra a su alrededor estaba empapada por la sangre del caballero, y no sabe qué hacer, pues si desmonta, teme no poder recuperar su caballo, ni otro igual, y teme también que los villanos aprovechen la ocasión para atacarle, en cuanto vean que el otro ha sido vencido: toma la espada y se dirige al caballero sin desmontar; le dice que se dé por muerto si no se confiesa vencido. El caballero vuelve en sí y ve cómo la sangre le sale del cuerpo a grandes borbotones; teme estar herido de muerte y tiene miedo de morir allí: clama compasión a mi señor Galván, sin preocuparse de nada más. Mi señor Galván le dice que se dé por vencido.

—Señor, me entrego a vuestra merced para todo.

Le entrega la espada, él la toma y le hace prometer que se considera su prisionero.

En ese momento atacan los diez, golpeando a diestro y siniestro con las hachas y las espadas, matándole el caballo, pero procuran no dañarle. El criado que iba con él pica espuelas y va tan deprisa como puede contra ellos: toma la lanza del caballero herido, que aún estaba entera, y se cuelga su escudo al cuello, a la vez que les grita a los servidores:

—«¡Hijos de puta, ladrones villanos, no matéis al mejor caballero del mundo, pues es mi señor Galván, el sobrino del rey Arturo, y si muere, todos vosotros estaréis perdidos y seréis colgados en horcas!». Golpea a uno bajo la gola, con tanta fuerza que lo derriba muerto. Los demás, que han oído quién es, escapan para ponerse a salvo, unos en la torre, y otros bajando hacia el río. Desmonta el criado y le entrega a mi señor Galván el caballo, que se sube en él de inmediato; el criado toma el del herido, monta y va tras él, que está persiguiendo con dureza a los villanos. Cuando el caballero herido se entera de que es mi señor Galván, se siente muy aliviado. En ese momento, llega uno de los servidores y le entrega a mi señor Galván las llaves del castillo, diciéndole: «Señor, sed bienvenido; ya no tenéis que guardaros de nosotros, a partir de ahora, ya que sois mi señor Galván». Los demás se acercan, se quitan los bacines y dejan las armas; tres de ellos estaban muy heridos y uno había muerto, por la lanzada

del criado. Lo acompañan al castillo, con el caballero herido. El criado se despide de mi señor Galván, que le regala el caballo y la lanza y el escudo del caballero herido; luego, le dice y conjura, si quiere tener algún bien de su parte, que nadie sepa su nombre y que no se lo diga a nadie que lo pregunte, si antes no promete que es caballero de la Mesa Redonda o caballero de la reina Ginebra: le decía esto porque deseaba que Héctor lo encontrara lo antes posible.

Así se quedó mi señor Galván en el castillo, en el que le hacen grandes honores y ponen su nombre en una piedra, con letras que decían: «Aquí fue Galván, el sobrino del rey Arturo, el primero en entrar por fuerza de armas». Antes que él, habían estado allí, según la piedra, el rey Idier, después de hacer las paces con Galahot y con el rey Arturo, Dodinel el Salvaje y Melián de Lis. Mi señor Galván se quedó en la torre, en un extremo de la calzada, tal como habéis oído.

Pero ahora se calla la historia y deja de hablar de él durante un rato, y se ocupa de Héctor, que se había separado de la doncella que le acompañaba, al marcharse de Gazewilte, en donde había combatido por la dama bella.

LXVIII

Aquí cuenta la historia que la aventura le llevó de un lado a otro, hasta que finalmente llegó a Norgales, en donde oyó la noticia de que un caballero andante iba hacia Sorelois.

Tomó el camino y cabalgó sin detenerse, hasta que encontró al criado que iba montado en el caballo de mi señor Galván; lo saluda y él le devuelve el saludo.

—Buen hermano —dice Héctor—, ¿me podéis dar noticias de un caballero andante que va hacia Sorelois?

—¿Quién sois vos?

—Soy un caballero de la casa del rey Arturo.

—Sed bienvenido. Os daré noticias de un caballero que ha pasado la calzada de Norgales, que es la peor que habéis podido ver, y combatió delante de mí, contra un caballero y diez servidores. Lo dejé ayer por la noche, un poco antes de nona, cuando aún seguía en la calzada.

—¿Cómo se llama?

—Es mi señor Galván.

Héctor lo encomienda a Dios, y él hace lo mismo, y le tarda mucho en llegar a la calzada, deseoso de conocer a mi señor Galván, pues pensaba que no lo había visto nunca. Aquella noche la pasó Héctor en casa del ermitaño, con el que mi señor Galván había estado: le mostró una gran alegría y le contó que mi señor Galván había estado aquí, y que iba a la tierra de Sorelois: había tenido noticias suyas gracias a un criado que había pasado allí la noche, que le dijo que había vencido a los de la calzada. Héctor le pregunta si está lejos, y el ermitaño le responde que llegará antes de mediodía, lo más tardar.

La mañana siguiente, Héctor se levantó y emprendió el camino que llevaba a la calzada, tal como le había indicado el ermitaño. Una vez en ella, mi señor Galván envió a un servidor a su encuentro, para que le preguntara si deseaba atravesarla, y le dijera las condiciones; él contestó que sí. Entonces, apareció mi señor Galván, completamente armado, montado en el caballo del caballero herido, con una lanza gruesa y fuerte, de las que había muchas en la torre. Se acerca al caballero y le pregunta quién es. Le responde que un caballero de lejanas tierras.

—¿Sois uno de los compañeros del rey Arturo?

Responde que no.

—¿Queréis pasar de acuerdo con lo que os he hecho saber a través de ese servidor?

—Sí.

Entonces se separan y espolean a los caballos, golpeándose con toda la fuerza; iban tan deprisa que las lanzas de los dos vuelan en pedazos y se hacen trozos, pero ninguno

de ellos cayó al suelo, sino que pasaron de largo y echaron mano de las espadas; se dan tales golpes en los escudos, que los rompen y rajan, y se enfrentan con tal vigor, que no les queda un momento para reposar; han perdido sangre por muchos sitios, y se acerca el mediodía. Para entonces su ímpetu ha decaído bastante y sus fuerzas se han debilitado tanto, que los golpes valen poco. Uno de los lazos del yelmo de Héctor se ha roto, de forma que se le va hacia un lado y se le cae un poco hacia atrás; se tiene que parar un momento para enderezarlo. Mientras tanto, mi señor Galván se detiene para recuperar el aliento; ve que debe ser alrededor de mediodía; apoyado en uno de los pilares del arco de la calzada, a caballo, limpia su espada Escalibor, que está llena de sangre. Héctor, por su parte, hace lo mismo y mi señor Galván lo contempla: entonces reconoce la espada por la empuñadura, el pomo y las letras; se acerca a él y le pregunta cómo se llama.

—¿Para qué queréis saberlo?

—Me gustaría.

—Me llamo Héctor.

—¡Héctor, sed bienvenido!

A continuación, mete la espada en la vaina y se quita el yelmo; cuando Héctor lo ve, lo reconoce sin dificultad.

—Ay, señor, ¿qué he hecho? Por Dios, perdonádmelo.

—Por el nombre de Dios, obrabais con toda razón, y yo no; hace un rato que os debía haber preguntado cómo os llamabais, pues sabía que os encontrabais en esta tierra; por no haberlo hecho antes me siento culpable.

—Señor, gracias; no tenéis razón, pues no hay nadie que sea tan valiente y noble como vos.

—Por Dios, vos sois el caballero del mundo de vuestra edad con el que menos desearía combatir, tanto porque me habéis prestado buenos servicios, como porque tenéis bastantes condiciones como para ser temido.

Entonces le da la mano y juntos se dirigen a donde estaban los servidores, que se admiran, preguntándose quién puede ser aquel caballero, a quien mi señor Galván honra de modo semejante. Les dice que se considera vencido y que no seguirá combatiendo. Héctor no lo acepta, al contrario, dice que es él el vencido.

—Señor —le dicen los servidores a mi señor Galván—, le hicisteis un gran honor al quitaros el yelmo antes que él; suya debe ser la honra.

Héctor se siente muy avergonzado, pero a la fuerza mi señor Galván hace que inscriban su nombre.

Grandes honores le hacen a Héctor allí, y mi señor Galván le muestra una gran alegría, contándole cómo se había puesto a buscarlo y agradeciéndole mucho la espada que le había enviado.

LXIX

Cuenta ahora la historia que, cuando mi señor Galván estaba combatiendo con el caballero de la calzada al que hirió y se dio por vencido, y derrotó gracias a su valor a los servidores, que no se atrevieron a moverse, entonces un criado fue a Sorhaut, donde estaba Galahot con su compañero; se encontraban a las afueras de la ciudad, pues era allí donde tenían sus casas. El criado les contó que un caballero había conquistado la calzada de Norgales, derrotando a los guardianes, pero que ignoraba su nombre. Cuando Galahot lo oyó, se sorprendió mucho y le dijo a su compañero que, siendo así, un caballero andante había sido capaz de derrotar a uno de los mejores caballeros de su tierra y a diez servidores. Lanzarote responde que quiera Dios que vaya hacia allí.

—¿Por qué?

—Señor, porque nosotros estamos aquí prisioneros y hace mucho tiempo que no vemos justas ni combates, y estamos malgastando el tiempo y la edad. Por Dios, si viene por aquí, me enfrentaré a él.

Galahot empieza a reír, y los que estaban oyéndole dicen que nunca piensa en descansar; pero Galahot, mientras tanto decide que le impedirá combatir, si puede. Tenía un albergue muy hermoso y muy bueno en una isla, en el Ausurne, a una media legua río adentro. Este lugar se llamaba Isla Perdida, pues estaba en el agua, lejos de toda gente. Galahot piensa llevar a Lanzarote allí; por la noche le pidió uno de sus caballeros, que se llamaba Helies de Ragres y era hombre valiente y esforzado, que le permitiera custodiar la calzada. Galahot se lo concede. Esa misma noche, se llevó a su compañero a la Isla Perdida, mientras que Helies guardaba la calzada. En esto, llegó mi señor Galván, con gran alegría por parte del caballero que vigilaba, cuando se enteró de quién era. Mi señor Galván le pregunta que dónde estaba Galahot, y él le contesta que no tenía noticias.

—¿No? ¿No está en Sorhaut?

—Se fue ayer a medianoche, y no sabemos a dónde.

Lo siente mucho mi señor Galván, pues teme que su búsqueda se prolongue.

La mañana siguiente se despidieron mi señor Galván y Héctor, y se marcharon, pues ya había guardia en el puente; le recordó al caballero herido, que aún seguía allí, que debía ir a la corte del rey Arturo, según había prometido, y rendirse a la reina Ginebra, a la que debe decirle que lo ha encontrado Héctor y que irá a la corte tan pronto como pueda; que Héctor ya habría regresado «si yo no lo hubiera retenido para volver juntos. Decidme vuestro nombre, pues sabéis el mío». Le contesta que se llama Elinán de las Islas.

Elinán se marcha a la corte del rey Arturo, con gran disgusto, y cuenta las noticias,

con las que el rey se alegró mucho. La reina hizo que le curaran las heridas y después lo hicieron de la casa del rey Arturo, pues era un caballero muy valiente. Cuando la reina supo que Héctor había encontrado a mi señor Galván, se puso muy contenta: se lo cuenta a su amiga, que recibe una gran alegría y se tranquiliza mucho. Desde que se marchó de la corte, nadie había conseguido hacer que se riera, ni que jugara. Al rey le pesa más que a ninguno de sus hombres que mi señor Galván no haya concluido su búsqueda, ya que tiene gran necesidad de él, pues era incapaz de llevar nada a cabo sin su ayuda.

LXX

Vuelve ahora la historia con Lanzarote, que estaba en la torre de la Isla Perdida, angustiado y pensativo, deseoso de recibir las noticias que su dama quisiera enviarle. Ha dejado de reír, de jugar, de beber y comer; nada le gusta, sino pensar: pasa todo el día en lo alto de la torre, mirando de un lado a otro, ensimismado.

El día siguiente al que se fue mi señor Galván de la calzada con Héctor, cabalgan a la ventura, y no pueden obtener noticias de Galahot hasta que se encuentran con una doncella que iba montada en un palafrén. Mi señor Galván la saluda, y ella le devuelve el saludo y les pregunta que a dónde se dirigen. Le responden que no saben dónde pueden encontrar lo que van buscando.

—¿Qué buscáis?

—Doncella, estamos buscando a Galahot, señor de esta tierra, pero no lo encontramos.

—Os diré dónde está, si me concedéis el primer don que os pida.

Así se lo otorgan.

—Prometédme.

Se lo prometen.

—Seguidme, pues.

Suben a una montaña muy alta y desde allí les enseña la Isla Perdida: «Está allí, lo más oculto que puede». A continuación, la doncella se marcha, tras encomendar a los caballeros a Dios y después de que ellos hicieran lo mismo con ella. Se dirigen sin dar rodeos hacia la isla, y cuando ya estaban cerca aprecian que está llena de altos bosques espesos y que no se puede ver nada, sino las almenas y la cubierta de la torre, que es muy alta.

—Dios —dice mi señor Galván—, qué buena fortaleza tienen ahí, rodeada por este río torrencial, impetuoso y bravo; y sólo hay una entrada practicable, veo el puente levadizo alzado e ignoro con qué arte o ingenio podremos poner nuestros pies allí, pues los de dentro se ocultan y se protegen lo mejor que pueden.

De este modo se quedan en un extremo del puente, a la espera de que saliera alguien. Lanzarote, mientras tanto, está en lo alto de la torre pensativo, cuando ve al cabo del puente a los dos caballeros completamente armados. Llama a Galahot y se los enseña; éste envía a uno de sus escuderos para que averigüe quiénes son y qué desean, «pero ten cuidado —le dice—, no descubras que estoy aquí». El escudero va a ellos y les pregunta, a lo que mi señor Galván le responde que son dos caballeros de lejanas tierras y que les gustaría hablar con Galahot.

—Señor, no está aquí.

—Sé bien que sí está; dile que, si quiere, hablaremos con él, pero que si no lo desea,

no lo haremos. Si decide hablar con nosotros, estaremos aquí esperándole bastante tiempo. Tened por seguro que no sacará nada de ahí dentro, sin perderlo de inmediato; y le puedes decir también que es una gran villanía para consigo mismo encerrarse por dos caballeros.

El escudero se va y le cuenta a su señor lo que le han dicho. Galahot lo toma como una gran muestra de orgullo y dice que se verá dentro de poco si pueden quitarle tan impunemente sus posesiones. Hace que monten dos de sus mejores caballeros, aún tenía tres mejores que ellos, y los envía contra los que estaban fuera. «Si quieren realizar hechos de armas, procurad que no se vayan de vacío».

Cuando mi señor Galván los ve venir, dice:

—Héctor, al parecer vamos a tener que combatir, pues hemos ido a dar con el orgullo y con los mejores caballeros de Bretaña y del mundo; tened por seguro que el cuerpo del mejor caballero de Bretaña está en esta isla: por su valor, los caballeros de la casa del rey Arturo han sufrido muchas penas y soportado muchas afrentas, y es a él al que yo voy buscando. Y sabía que no iba a entrar por mis buenas palabras, y que tendría que mostrar alguna acción temeraria: prefiero que así sea.

En esto llegan los dos caballeros, y tan pronto como bajan el puente, se acercan a mi señor Galván y a Héctor, diciéndoles que se entreguen como prisioneros o tendrán que combatir contra ellos.

—Preferiría —responde mi señor Galván— ser hecho prisionero y estar dentro.

—No entraréis ahí, sino que seréis llevados presos a otro lugar.

—En esas condiciones, no me rendiré todavía, sin embargo, si fuerais vosotros dos los únicos guardianes del puente, entraría de inmediato.

—Eso habrá que verlo.

Entonces, se lanzan los unos contra los otros, tan deprisa como pueden ir sus caballos y se golpean en los escudos. Mi señor Galván derriba al suyo, junto con su caballo; Héctor envía al otro al suelo por encima de la grupa del animal, haciendo que caigan amontonados caballero y caballo; Galahot y sus compañeros afirman que combaten muy bien los dos caballeros que acaban de llegar.

Descabalgan mi señor Galván y Héctor y corren hacia sus dos enemigos con las espadas desenvainadas: el que fue derribado por mi señor Galván no puede valerse, pues tiene el caballo encima, de forma que poco ha faltado para que le reventara el corazón en el vientre. Mi señor Galván lo sujeta por el yelmo, se lo arranca de la cabeza, le baja la ventana y le amenaza con cortarle la cabeza si no se declara vencido; el caballero así lo hace. Mientras tanto, Héctor ataca al suyo con rapidez, pero lo encuentra gravemente herido, pues le habían entrado en el cuerpo la punta de la lanza y bastante trozo del asta; a pesar de todo, el caballero se levantó lo mejor que pudo: en ese momento se le acerca Héctor, dándole un gran golpe en medio de la cabeza, y lo deja completamente aturdido; no le costó mucho volver a derribarlo y tenerlo vencido:

le suplica merced, se declara derrotado y le promete ser su prisionero; luego, le entrega la espada. Después, les preguntan a los dos qué compañeros tiene Galahot allí, les responden que, esté donde esté Galahot, allí tiene a los mejores caballeros del mundo, aunque él no se encuentra en la torre. Mi señor Galván no les pregunta más.

Galahot siente que sus dos caballeros hayan sido apresados delante de él, por lo que pide que le den sus armas. Lanzarote se adelanta diciéndole que no se armará por ellos, «iré yo mismo».

—¿Quién irá con vos?, le pregunta Galahot.

—Nadie, hasta que no vea cómo va todo.

—Por mi cabeza —replica Galahot—, os acompañará el rey de los Cien Caballeros; no iréis solo.

Piden entonces sus armas y se las dan; después de ponérselas, Lanzarote se coloca el escudo de Galahot al cuello y sale de la isla por el puente. Mi señor Galván, que lo ve venir, les dice a los dos caballeros vencidos que ya se pueden retirar a donde piensen que estarán más a gusto, «pero de hoy en tres días regresaréis como prisioneros míos».

—No nos iremos, pues, porque no estaremos mucho tiempo en vuestra prisión, porque seremos rescatados en breve.

Mi señor Galván no duda de que Lanzarote es el que viene con las armas de Galahot, y por eso le dice a Héctor:

—Héctor, ése es el mejor caballero del mundo; vos justaréis con el que lleva el escudo de oro con el león de sinople; yo iré contra el del escudo de oro con coronas de azur. Por Dios, que todo vuestro valor se haga presente aquí, pues nunca fue tan necesario.

Héctor se muestra muy animoso, por lo que mi señor Galván lo estima más. Los caballeros se disponen a combatir, galopan dos contra dos. Mi señor Galván y Lanzarote se derriban a la vez, mientras que Héctor consigue desmontar al rey, que se reincorpora rápidamente, antes de que Héctor pueda retener a su caballo, con lo que choca contra él: aunque el rey era muy fuerte, volvió a caer hacia atrás y el animal, que se ve obstaculizado, también cae. Héctor se pone en pie y toma la espada; el rey hace lo mismo, y comienzan a darse grandes golpes, despedazando los escudos con gran violencia.

Entretanto, mi señor Galván y Lanzarote también se han vuelto a levantar, y se están descargando duros tajos: el combate se mantiene mucho tiempo, hasta que mi señor Galván lleva, con diferencia, la peor parte: era entre mediodía y nona. Héctor logra lo mejor en su encuentro, y lleva al rey a su voluntad. Galahot teme por todos ellos, y por eso sale, dispuesto a separarlos, si supiera cómo. Al llegar a ellos se encuentra con que mi señor Galván está muy mal y sus armas, destrozadas, y el rey está peor aún. Mi señor Galván sólo espera la muerte, pues nunca estuvo tan angustiado, ya que se podría meter el puño por varios lugares de su cota y es poco lo que le queda de

escudo. Lanzarote tampoco está completamente sano, que le ha perjudicado mucho la buena espada de mi señor Galván.

En esta situación, Héctor se adelanta y le dice a mi señor Galván.

—Señor, quedaos con este caballero y dejadme con el vuestro; me mantendré bien frente a él: aunque el mío se me resiste, no podrá con vos.

—Dejad al vuestro —le dice Lanzarote—, que yo combatiré contra vosotros dos.

—Haréis bien —responde Héctor—, si los cuatro combatimos juntos.

—El cuarto no lo hará —contesta Lanzarote—, pero vosotros dos combatiréis contra mí.

Entonces, Héctor piensa que se lo podrían recriminar como maldad si no vencía antes al suyo: le ataca, le acosa y le golpea a voluntad. La espada del rey se rompió por la mitad, y se lanzó contra Héctor con los brazos; era muy fuerte y consiguió derribarlo bajo él, pero no tardó en levantarse, pues era ágil y rápido.

Mi señor Galván ha resistido con esfuerzo, y ya ha pasado la hora en que solía empeorar, de forma que ha recuperado un poco el aliento y la fuerza se le va aumentando; por eso, dice que ya que no puede ser de otra manera y que no podrá establecer relación con el que va buscando si no es mediante la batalla, que sea así y que hará el mayor daño posible. Pero entonces recuerda las palabras que había oído, y siente dolor y vergüenza. Ataca a Lanzarote con tanto ímpetu que Galahot se espanta, pues se da cuenta de que su compañero lleva, con mucho, la peor parte y si combaten durante mucho tiempo, será inevitable que muera uno de los dos; mi señor Galván muestra tanta fuerza, que todos se sorprenden, y Héctor se alegra y se ríe de gozo, diciendo que concluirán la batalla con honor, porque ve que llevan la mejor parte.

Mientras hablaban así, llega Lionel, gracias a Dios. No reconoció a Lanzarote, pero sí a mi señor Galván, por las armas que llevaba, aunque estaban muy estropeadas. Le pregunta Galahot, que se encontraba en el lugar, que quién es el que está combatiendo con sus armas, a lo que le responde, entristecido, que es su compañero, «en mala hora emprendió el combate —añade—, pues lo pagará caro». Avanza y Lanzarote lo ve y siente una gran vergüenza por no haber vencido antes al caballero y, le parece, al verlo es como si lo hubiera visto la reina: ataca de nuevo mejor que antes, con redoblada fuerza, que le aumenta sin cesar.

Lionel le grita que, si en algo estima su propia vida, no continúe hasta después de haber hablado con él. Lanzarote retiene el golpe, retrocede, y Lionel le dice que está combatiendo contra mi señor Galván, «y la reina os ordena que hagáis lo que él desee, pues ha sufrido muchos daños y sacrificios por vos».

Al oír tales palabras, Lanzarote siente un gran dolor y una gran vergüenza, arroja la espada y dice: «¡Ay, desdichado de mí! ¿Qué voy a hacer?». Y sin decir nada más, da la vuelta y se dirige a su caballo. Mi señor Galván, sin preocuparse por el suyo, envaina la espada y va tras el caballero, diciéndole:

—Señor caballero, ¿cómo os llamáis?

Lanzarote llora con tanta amargura que no puede contestar, en vista de lo cual, mi señor Galván toma carrera y salta sobre la grupa del caballo de Lanzarote, completamente armado como iba, y sujetándolo con los brazos por los costados, le dice:

—Por la Santa Cruz, no me escaparéis hasta que sepa vuestro nombre, aunque tengamos que morir o yo o vos.

Mientras, Héctor y el rey se han separado; el rey lo necesitaba, pues estaba vencido. Galahot, por su parte, está sorprendido con Lanzarote: le pregunta a Lionel qué noticias le ha dado, y éste se las cuenta. Al oírlas, no sabe qué hacer, ni qué decir, pues ignora si Lanzarote querrá que lo reconozca; él no lo descubriría por nada, pero tampoco quiere comportarse como un villano con mi señor Galván, que ha padecido tantos males por él. Se acerca a Héctor y le pregunta quién es. Le responde que es de la tierra de Logres, caballero de la reina, y que se llama Héctor.

—¿Y quién es ese caballero?

Le contesta que es mi señor Galván.

—Por Dios, ya me lo suponía, pues es muy valiente.

De este modo van hablando mientras cruzan el puente; un criado les sigue con el caballo de mi señor Galván, y así llegan a la isla. Entonces, Galahot se dirige a mi señor Galván y lo abraza, diciéndole:

—Señor, ¡sed bienvenido! Yo no os conocía y, salva sea vuestra gracia, os lo habéis tomado muy a mal, pues por poco no habéis hecho morir a dos de los más valientes hombres del mundo en vano: deberíais haber dicho vuestro nombre.

—Señor, el miedo a perder el caballero que he estado buscando durante tanto tiempo me impidió decir mi nombre; sabía que no podría engañar vuestro buen sentido si no era mediante alguna temeridad: perdonádmelo.

—Estáis perdonado; os hemos causado más daño que vosotros a nosotros. ¿Sabéis quién es ése que va con vos?

—Estoy seguro de que es el caballero al que voy buscando.

Llegan a la torre; Lanzarote no quiso ser el primero en descabalar, y lo hacen los dos a la vez, mientras que mi señor Galván lo sigue sujetando.

—Señor —le dice Galahot—, dejádmelo, y os prometo que os lo devolveré más tarde.

—Señor, con gusto, pero sabed que va mi vida en ello.

Galahot se lo lleva a una habitación; luego, sale y ordena que honren a mi señor Galván y a Héctor en todo lo posible, y que los desarmen. Regresa a la habitación, donde se encuentra a Lanzarote lamentándose amargamente; le pregunta qué le ocurre, y le responde que ha perdido el amor de la reina, porque ha combatido contra mi señor Galván, «y ya nunca más volveré a poner un escudo al cuello».

—No os preocupéis por eso, pues lo arreglaré.

—Señor, si es así, me habréis devuelto la vida.

Galahot hace que lo desarmen y que le laven el rostro con agua caliente; a continuación le dice:

—Haré que venga mi señor Galván y vos le suplicaréis piedad, como si fuera a Dios mismo: se pondrá más contento que si le dierais una ciudad, y así haréis las paces; decidle también que estáis dispuesto a hacer en todo según su voluntad.

Entonces, Galahot va a buscar a mi señor Galván, lo toma por la mano y le pide que le acompañe; ordena a los demás caballeros que se queden dándole compañía a Héctor. Se dirigen a la habitación, mientras que Galahot le va preguntando que quién piensa que es.

—Estoy seguro de que es Lanzarote del Lago, el hijo del rey Ban de Benoic, el que consiguió hacer las paces entre el rey Arturo y vos.

Galahot se echa a reír y, luego, dice:

—Ciertamente, nadie tuvo nunca una aflicción ni una vergüenza como la que él siente por haberse enfrentado a vos. Ahora veréis cómo tiene los ojos, hinchados de llorar, pues vos lo habíais tratado muy bien.

De este modo, llegan a la habitación, y cuando Galahot dice «He aquí a mi señor Galván», Lanzarote se pone de rodillas y le suplica piedad. Mi señor Galván lo levanta, diciéndole:

—Señor, ciertamente os perdono, pues vos habéis hecho cien veces más por mí que yo por vos. Por Dios, decidme vuestro nombre.

—Es quien vos me habéis dicho —contesta Galahot.

—Me gustaría saberlo de su propia boca.

—Decídselo, señor.

Siente una gran vergüenza, se ruboriza y, finalmente, dice que es Lanzarote. Se produce entonces una gran alegría, y se pusieron a hablar de muchas cosas, y de Héctor. Galahot dice que nunca había visto un caballero de su edad que fuera tan valiente, ni mejor que él, a su parecer. El mismo Galahot va a buscarlo y regresa con él. Mientras, el rey de los Cien Caballeros está acostado en otra habitación, pues se encuentra gravemente herido; Galahot hace que le miren las heridas a él, a mi señor Galván y a Héctor, y los encomienda a buenos médicos.

Tres días más tarde llegó una doncella y, dirigiéndose a mi señor Galván, se lo llevó a parte y le dijo en secreto:

—Señor, vuestro hermano Agravaín me envía a vos, para que os diga que el rey Arturo se va a la tierra de Escocia, en la que han entrado los irlandeses y los sajones; debéis ir vos también. Hacedle saber cómo os ha ido en vuestra búsqueda.

—Me ha ido bien, gracias a Dios. Quedaos aquí, por ahora.

Por la noche, mi señor Galván le ruega a Lanzarote que le acompañe, y éste acepta con mucho gusto acompañarle y hacer cuanto desee. También Héctor promete

participar en la misma compañía, con ellos dos, que lo acogen por ser caballero de la reina y hombre valiente y esforzado. Luego, mi señor Galván dice que quiere permanecer allí durante una semana, «y mañana nos sangraremos el brazo derecho». Lanzarote responde que nunca se había sangrado, pero que lo haría por amor a él. El día siguiente por la mañana así lo hicieron; mi señor Galván le envió la sangre de Lanzarote a Agravaín, su hermano, mediante la doncella, y sanó nada más untarse el brazo enfermo.

Galahot manda que le hagan a Lanzarote un escudo como el que le había dicho la reina, y se lo entregó a uno de sus caballeros para que lo llevara. Mi señor Galván les habló de la hueste que iba a luchar contra los sajones, pues pensaba que no sabían nada, y les pide a Galahot y a Lanzarote que vayan con él; y así se lo otorgan. «Pero — dice Galahot—, vayamos de forma que no podamos ser reconocidos, llevemos todas armas distintas a las nuestras». Los otros se lo conceden.

Permanecieron allí durante toda la semana, al cabo de la cual se pusieron en marcha para acudir a la asamblea; fueron preguntando y buscando, hasta que se encontraron con la doncella que se habían encontrado mi señor Galván y Héctor, la que les enseñó dónde estaba la Isla Perdida. La saludaron, a lo que les contestó que Dios los bendijera.

—Doncella —le pregunta Galahot— ¿tenéis noticias del rey Arturo?

—Sí, y todas ciertas; sabed que ni hoy ni mañana tendréis noticias del rey, si no os las doy yo, y no lo pienso hacer de forma gratuita.

—Os daremos lo que queráis —contesta Lanzarote.

—Me tenéis que prometer en buena fe que cuando os lo pida cumpliréis vuestra promesa y me daréis hasta una legua de tierra de vuestras posesiones.

—En eso no os faltaremos.

Los cuatro se lo prometen.

—El rey está en Arestuel, en Escocia: tan pronto como lleguéis allí lo encontraréis, pues está asediando la Roca de los Sajones, según creo.

Se va de inmediato, tras encomendarse todos a Dios. Cabalgaron sus jornadas, hasta llegar a Arestuel, donde encontraron al rey en el asedio de la Roca, tal como les había dicho la doncella. La Roca era tan fuerte, que no temía nada, salvo que le cortaran el suministro de comida: había sido amurallada en secreto en el tiempo en que Vortiger se casó con la hija de Hangist el Sajón. Desde allí a Arestuel había fácilmente doce leguas escocesas; todo lo que había por medio, estaba destruido, menos el castillo en el que vivía una doncella llamada Gamille, que sabía más de encantamientos que ninguna otra doncella de aquella tierra, y era hermosa, del linaje de los sajones, pero amaba lo más que se puede amar al rey Arturo, sin que éste lo supiera.

Cuando los cuatro caballeros llegaron a la hueste, le dijo mi señor Galván a

Lanzarote:

—¿Qué hago? No me atrevería a entrar en la corte del rey Arturo sin llevar verdaderas noticias acerca de Lanzarote, pues así lo juré.

—Señor —responde Galahot—, si lo deseáis nos quedaremos por detrás del ejército y vos podréis soportar el no ir a la casa del rey; luego, que Lanzarote vaya a donde os parezca mejor.

Mi señor Galván lo acepta, y añade que todavía quedan en esa búsqueda veinte caballeros que prometieron «que en la primera reunión que tenga el rey Arturo estaremos todos, si podemos, con las mismas armas con que nos conocimos». Iré a ver si encuentro a alguien, y después regresaré a vuestro lado.

—Os esperaremos —contesta Lanzarote—; llevaos a Héctor.

—Que sea así —dice Galahot—; haremos plantar nuestra tienda entre el ejército y Arestuel, para no ser reconocidos; y todos los días, cuando abandonemos la hueste, lo haremos por la noche, y nadie sabrá quiénes somos.

Todos están de acuerdo con esto. Mi señor Galván y Héctor van al ejército, donde son contemplados con admiración, pues llevan los escudos vueltos, con la parte de dentro hacia fuera. Encuentran a todos los compañeros de la Mesa Redonda, menos a Saigremor, al que había retenido su amiga, pues lo amaba tanto que no podía estar sin él; a pesar de todo, llegó antes de que terminara la asamblea.

Los compañeros de mi señor Galván le preguntan si ha conseguido algo, a lo que responde que todo lo que buscaba, «pero no me voy a dar a conocer hasta que acabe la asamblea». A continuación, le dice a mi señor Yvaín que vayan a alojarse de dos en dos o de tres en tres, para que no los descubran, «y yo haré lo mismo con este caballero, al que no puedo dejar». Keu le pregunta quién es.

—Ciertamente, es un caballero que os derribó a los cuatro en la Fuente del Pino.

Todos se sorprenden, y mi señor Yvaín dice que debe ser buen caballero, pues sigue vivo. Luego, se despiden; mi señor Galván le aconseja que estén todos juntos el día siguiente cuando empiece la asamblea; después, se va a donde Galahot tenía plantada la tienda, en el lindero de un bosque, lugar muy agradable, cerrado alrededor con una alta empalizada, que sólo se podía atravesar por un portillo, pues era el jardín de un burgués de Arestuel. Allí dentro plantaron la tienda: había diez escuderos, uno de los cuales era Lionel, joven valeroso y prudente.

Mientras tanto, el rey Arturo hablaba todos los días con la doncella del castillo, la requería de amores, pero ella no le mostraba ningún interés, tratándolo de tal modo a pesar de que la amaba más de lo normal.

La mañana siguiente al día en que llegó mi señor Galván, comenzó el encuentro. Lanzarote llevaba el escudo negro con una banda blanca de través; Galahot tenía el escudo del rey de los Cien Caballeros y mi señor Galván, un escudo partido en blanco y azur, que era el escudo del mejor caballero de la casa de Galahot, que se llamaba

Galaín, duque de Ronnes. Héctor llevaba el escudo blanco, con un festón de sinople, que era el escudo de Aguinier, compañero de Galahot.

En esta ocasión hasta el mismo rey tomó las armas. Se enfrentaron a los sajones y a los irlandeses; aunque el rey Arturo no tenía muchos hombres, no le quedaba más remedio que hacerlo muy bien, y así fue, pues los suyos combatieron mejor que nunca, y él se esforzó más por la doncella que lo miraba desde la Roca, que por él mismo.

Cuando el ejército del rey ya había entrado en la batalla, acudieron mi señor Galván y sus veinte compañeros: Galahot y Lanzarote se quedaron en la retaguardia, para que no los descubrieran; pasaron los dos por la casa en la que estaba la reina, que había subido con la dama de Malohaut a las almenas más altas de la torre. Cuando la reina vio a Lanzarote, le preguntó a la dama:

—¿Conocéis a esos caballeros?

Ésta se echó a reír, pues los reconocía sin dificultad, tanto por el escudo de Lanzarote, como por el penacho que se había puesto sobre el yelmo: ésta fue la primera vez, en tiempos del rey Arturo, en que se llevó una señal en el yelmo para ser reconocido.

Los dos caballeros miraron hacia arriba y ven lo que tanto amaban: Lanzarote se queda tan emocionado que poco falta para que caiga al suelo, y se tiene que sujetar al cuello del caballo. Lionel cabalga a su lado, armado con bacinete y lorigón, como servidor, e iba con la cabeza baja, para que nadie le reconociera. Al mirar hacia arriba, ve a la reina y la reina lo reconoce, y lo hace llamar mediante un doncel. Descabalga, apoya en la torre las lanzas que llevaba y sube a la torre, encontrándose en las escaleras con la reina, que le dice:

—Procurad que el torneo sea aquí delante.

E inmediatamente, la reina vuelve a subir, y él monta de nuevo, picando espuelas para alcanzar a su señor, sin olvidarse de las lanzas. Le cuenta lo que le había dicho la reina, pero está tan ensimismado que sólo le contesta:

—Sea como quiere mi señora.

Llegaron al campo de batalla; estaba lleno de combatientes, que luchaban entre sí. Lanzarote comienza a realizar tales proezas que todos se quedan sorprendidos. No tardó mucho en enterarse mi señor Galván, que estaba combatiendo muy lejos de allí: le dijeron que un caballero estaba haciendo maravillas por delante. Acuden allí él y sus compañeros, persiguiendo a los otros hasta su propio terreno, y haciéndoles perder bastante. Cuando Lionel lo ve, le dice a Lanzarote que se esfuerce en hacer lo que le habían ordenado.

—Ve, dile a mi señora que no puede ser y por eso no voy junto a la torre; pero que si lo desea así, me los llevaré a todos delante de ella.

Lionel va a decírselo; apenas lo ve venir la reina, baja de la torre. Se lo dice, ella vuelve a subir, tras indicarle a Lionel que así lo quiere, «pero ten en cuenta que tan

pronto como vea mi manto colgado en las almenas con la piel hacia fuera, deberá venir hacia aquí; si el rey sufre persecución, tendrá que ayudarlo».

Se va y se lo dice a Lanzarote. Entretanto, Galahot llama a mi señor Galván:

—Mi señor Galván, sé cómo le gustaría al rey tener prisioneros a los hombres más ricos del castillo: si no volvemos hacia aquella parte y llevamos a las gentes del rey contra el río y nos detuviéramos allí, volviéndonos a continuación, no fallaríamos y haríamos prisioneros a todos los otros o morirían.

Mi señor Galván le contesta que hará lo que quiera, «pero ¿cómo podré ir contra mi tío y mi señor natural?».

—Por Dios —le contesta Galahot—, es en su propio beneficio.

—Siendo así, lo haré.

Vuelven al lado de los sajones: eran veintitrés caballeros muy valientes, más Galahot. Las gentes del rey tuvieron que ceder terreno, ya que los caballeros estaban del lado de sus enemigos; no se pararon hasta llegar al río, junto a la torre. Se habían replegado muy bien, sin sufrir grandes pérdidas, mientras que los otros sólo estaban pendientes de la persecución, y pensaban que lo habían ganado todo, por eso no cogían nada. Pero cuando llegaron al río, los hicieron caer a la fuerza: el rey siente tal dolor que poco falta para que pierda la razón, y mira con dureza a mi señor Galván y a sus compañeros.

En ese momento, Lanzarote dirige la vista a la torre, y se encuentra con el manto de la reina colgado con la piel hacia fuera; entonces, dice que ya han sufrido bastante. «¡A ellos!», exclama. Se vuelven y atacan a los sajones por detrás, cortándoles la retirada: los acosan con violencia, a la vez que dan grandes voces; los sajones se aturden y piensan que están rodeados por todas partes. Las gentes del rey también se vuelven para recibirlos, mientras que Lanzarote y sus compañeros se mantienen por detrás realizando tales proezas que la reina está espantada, por lo mucho que sufre al tenerlos cerca de la torre. Lanzarote y los suyos ocupan el paso del camino que daba al vado, y era el lugar por el que todos tenían que pasar: derriban y matan a tantos en el vado, que el agua se remansa. La reina dice que las penas que sufrió en la otra asamblea eran nada en comparación con las que estaba pasando, y todos se preguntan admirados quiénes son esos caballeros que están de su parte y lo hacen tan bien. Mi señor Galván y Héctor realizan maravillas, igual que todos los demás y no hay nadie que se les cruce en su camino, que no resulte muerto o derribado, ya que todos ellos se esforzaban en superar a los otros: era algo admirable de ver. Por la gran cantidad de caballeros que murieron en el vado, se llamó Vado de la Sangre, y tendrá ese nombre para siempre.

Lanzarote resistió tanto allí, junto con su compañía, que su yelmo estaba hendido y abollado, y llevaba el cerco colgando. La reina llama a una doncella y hace que le entregue otro yelmo muy rico, que había pertenecido al rey; «decidle que no puedo soportar por más tiempo esta matanza, que haga que empiece la persecución, pues así

lo deseo».

La doncella va, le entrega el yelmo y le dice lo que la reina le había encargado; Lanzarote le contesta que muchas gracias. Se quita el yelmo, se ata el otro y, luego, hace que los suyos se retiren un poco. De este modo, los sajones consiguen pasar el vado y se dan a la fuga, pues tienen gran miedo y han sufrido grandes pérdidas, y huyen. Lanzarote y los suyos los persiguen; las gentes del rey logran apresar a un caballero, llamado Aramont, que era hermano de Agleot, el rey de los sajones, y uno de los mejores caballeros; entre sajones e irlandeses apresan a más de doscientos, que eran poderosos; y habían muerto algunos de los mejores.

Durante la persecución, Lanzarote hizo que el rey Arturo volviera a montar en tres ocasiones, pues dos de sus caballos habían muerto bajo él, y el tercero cayó, rompiéndose el cuello: el rey se habría visto en apuros de no haber sido por él, pues se encontraba solo, ya que sus hombres estaban aplicados a la persecución, que era muy provechosa.

Ese día, los enemigos del rey quedaron maltrechos y fueron perseguidos hasta las defensas mismas de su campamento: durante todo el día la batalla fue tremenda, hasta que empezó a atardecer. Entonces, se acercó Galahot a mi señor Galván, y le aconseja que permanezca allí hasta que toda la gente se vaya, «después, nos iremos nosotros»; mi señor Galván se lo concede. Entonces, pasan él y Lanzarote por delante de la torre; la reina había bajado de las almenas: la saludan y ella les devuelve el saludo, y se da cuenta de que Lanzarote tiene todo el brazo ensangrentado, hasta el hombro, y teme que muera. Les pregunta que cómo se encuentran, a lo que le responden que bien.

—¿Y vuestro brazo, tiene algún daño?

—Señora, no.

—Quiero verlo.

Entonces abraza a Lanzarote, a pesar de que iba completamente armado, a la vez que la dama de Malohaut abraza a Galahot. La reina le dice a Lanzarote a la oreja que lo curará antes de mañana, si no tiene alguna herida mortal; él responde que no teme morir, si ella lo desea. La reina, que no se atreve a retenerlos por más tiempo, hace que monten de nuevo, y le dice a Lionel que le quiere hablar. Todos ellos se van a sus tiendas y se desarman. Ya empezaba a ser noche cerrada.

Al terminar el combate, el rey regresaba pasando al pie de la Roca. La doncella le dice que quiere hablar con él, lo cual le alegra mucho, y se detiene para esperarla. La joven baja y yendo a su lado, le dice:

—Señor, sois el hombre mejor y más valiente de cuantos viven, y me dais a entender que me amáis por encima de todas las mujeres: quiero probarlo, si os atrevéis, de una forma.

—No hay nada que no haga por vos.

—Quiero que vengáis esta noche a la torre, a acostaros conmigo.

—Eso no es difícil, si me prometéis que haré con vos lo que un caballero debe hacer con su amiga.

Ella se lo promete, y él le responde que irá, tan pronto como haya visto a todos sus caballeros y después de haber cenado con ellos. «Encontraréis a un enviado mío a la puerta, que irá a buscaros», le dice la doncella.

El rey se marcha muy contento, y regresa al lado de sus caballeros, que lo encontraron más alegre y feliz que nunca; hace saber a la reina que no pasará con ella la noche, y que esté tranquila, pues le ha ido muy bien en la batalla. La reina no se entristece en absoluto.

Por la noche, Lionel acudió a casa de la reina, y ésta le dijo que Lanzarote y Galahot debían ir a hablar con ella esa misma noche, y le indica dónde se encontrarán.

—Señora —le dice Lionel—, mi señor Galván y Héctor están con ellos. ¿Cómo van a hacer para marcharse?

Cuando la reina lo oye, se alegra mucho de que se hayan encontrado, «pero por ellos —dice—, no dejarán de venir; te diré qué deben hacer. Se acostarán a la vista de mi señor Galván, y cuando estén seguros de que se ha quedado dormido, se levantarán y vendréis los tres, pasando por aquí —y le muestra un jardín que daba a las fortificaciones de la torre—, nosotras habremos salido del recinto fortificado. Diles que vengan armados y a caballo».

Lionel se marcha y les cuenta lo que se le ha dicho, con lo que se ponen muy contentos por la noche, cuando ya se habían acostado en el pabellón del rey, éste se levanta lo más silenciosamente que puede y se arma junto con su sobrino Guerrehet, a quien le había descubierto sus pensamientos; van a la puerta del castillo y allí encuentran al enviado de la doncella. Lo siguen hasta la fortaleza, donde les estaba esperando la doncella, que los recibe con muy buena cara y hace que el rey se desarme. Guerrehet, por su parte, ve a una joven muy bella. El rey se acuesta en una cama muy hermosa con su amiga, mientras que Guerrehet pasó la noche en otra cama con la bella muchacha. Cuando el rey ya llevaba un buen rato con su amiga, y había hecho con ella según su voluntad, llegaron más de cuarenta caballeros armados, con las espadas desnudas, y abren por la fuerza la puerta de la habitación. El rey se pone en pie como puede, pues no tenía más que las calzas, y corre a su espada, pues pensaba defenderse. Los que entran traen gran cantidad de velas encendidas, y se ve con toda claridad; le dicen que no se defienda, y no lo hace, ya que está desarmado y se da cuenta de que sería inútil, y se deja prender. Luego, corren a la otra habitación y apresan a Guerrehet. Los visten a los dos y los dejan prisioneros en una habitación muy fuerte, en la que no había más entrada y salida que una puerta, que era de hierro.

De este modo son apresados Guerrehet y el rey. Mientras tanto, Galahot y Lanzarote se han levantado de sus camas; tenían delante de ellos a dos escuderos, a los que les prohíben moverse: si se despiertan los otros pensarán que han sido los

escuderos. Van al jardín completamente armados, y los escuderos se acuestan en sus camas. Se encuentran con la puerta sin cerrar y entran: la hueste sólo estaba vigilada por la parte de delante, pues por detrás, por el jardín, corría un río tan profundo que nadie se atrevía a poner allí los pies por el fango y por los pantanos. Una vez en el jardín, atrancan la puerta y se acercan a la fortificación, desmontan y se encuentran a las dos damas que estaban esperándoles; llevan los caballos a una dependencia que había allí: en toda aquella parte, sólo estaban alojadas la reina y sus doncellas, y al lado, en una casa más grande, estaba el resto de la gente, pues ella misma había hecho que le dejaran libre el lugar.

Cuando los dos caballeros estuvieron desarmados, los llevaron a sendas habitaciones, en las que cada cual se acostó con su amiga, como quienes se aman mucho, y tuvieron todos los gozos que pueden tener los amantes. Alrededor de medianoche, se levanta la reina y va al escudo que le había llevado la doncella del Lago, lo toca sin encender, y comprueba que está entero, sin la raja: se pone muy contenta, pues ahora está segura de que es más amada que cualquier otra amiga.

Por la mañana, un poco antes de que fuera de día, se levantan los dos caballeros y se arman en la habitación de la reina. La dama de Malohaut, que era muy prudente, contempla el escudo a la luz de las velas, y se da cuenta de que está completamente unido; entonces, le dice a la reina:

—Señora, ahora podemos estar seguras de que el amor es auténtico.

Luego, se dirige a Lanzarote y le sujeta la barbilla; él siente una gran vergüenza por ella, pues muchas veces había estado en su poder y siempre se había mantenido oculto. Para rescatarlo, dice la reina:

—Señora, si soy hija de rey, también lo es él; si soy prudente, discreta y hermosa, más vale él.

Galahot pregunta qué significa todo eso, y ella le cuenta cómo le habían llevado el escudo, de parte de la dama del Lago, y cómo siempre había estado separado por una raja, hasta ese momento. Lo contemplan con detención y durante mucho tiempo. La dama de Malohaut afirma que sólo falta una cosa para que el escudo sea completamente como dijeron, y es que Lanzarote no pertenece a la mesnada de la que debería ser. La reina le ruega que si mi señor Galván le ruega que se quede, que lo haga así, pues se encuentra tan atrapada por él y por su amor, que no sabe cómo podrá consolarse. Pero lo dice en voz tan baja, que Galahot no lo puede oír, por lo que lo sentiría mucho.

Con esto, se marchan y fijan la noche siguiente como término para volver. Por la mañana, cuando ya era de día, los de la Roca colgaron el escudo del rey y el de Guerrehet en las almenas de la muralla, y mostraban la mayor alegría. Al verlo, comienza en la hueste un dolor tan grande que no os lo podríais creer, hasta que la reina —que aún estaba acostada— se enteró; se quedó muy sorprendida y sintió un gran

pesar, y ya le tardaba mucho poder hablar con Lanzarote, para que le diera algún consejo. También mi señor Galván, por su parte, está muy angustiado, y Lanzarote lo tiene que reconfortar, diciéndole que no desmaye, «pues o todos nosotros seremos hechos prisioneros, o lo rescataremos».

Por la noche, Lionel volvió a ver a la reina, y ésta le dijo que hiciera ir a Lanzarote y a Galahot, pues tiene gran necesidad de los dos. Marcha a cumplir el encargo, pero se encuentra en la tienda con una doncella que les exige a los cuatro caballeros que cumplan sus promesas; era la joven que les había indicado que el rey se encontraba en Arestuel.

—Doncella —le pregunta Galahot—, ¿a dónde queréis que os acompañemos? Por Dios, no os canséis mucho, pues ya tenemos bastantes pesares.

—Os libraréis de este pesar en breve, si es que me queréis seguir, pues piensan llevarse al rey Arturo de ahí dentro, y conducirlo en secreto a Irlanda; si me seguís, lo podréis rescatar. Él ignora que se lo van a llevar.

Al oír tales palabras, saltan sobre los caballos, armados como estaban, y siguen a la doncella, que los conduce hasta una cueva, en la que entra la primera y, tras ella, todos los demás. Era ya de noche cuando llegaron allí, y apenas se veía. La doncella les dice que por allí se llevarán al rey, y dirigiéndose a Héctor, le dice:

—Guardadme esta salida, pues hay otras tres; si vienen por aquí, llamad a los demás.

Héctor se queda en aquel lugar, y ella continúa con los otros; un poco más adelante, le pide a mi señor Galván que se quede, y éste lo hace así. Después, va a otra salida, la pasa y deja en ella a Galahot. Cuando llega a la última, coloca en ella a Lanzarote, diciéndole:

—Esperadme aquí, pues pienso entregaros al rey y a Guerrehet.

Después de un buen rato, llega gritando: «¡Ay! ¡Ay!». Lanzarote se prepara, a la vez que la doncella grita: «¡Ahí está!». Ve llegar dos caballeros armados, uno con las armas del rey y el otro con las de Guerrehet: piensa que son ellos, pero no es así, pues la doncella los ha traicionado. Ve también que esos dos están combatiendo contra otros y que se defienden, aunque los contrarios son más de veinte; acude en su ayuda con toda rapidez. Los dos a los que iba a ayudar los sujetan por los costados, y todos juntos caen al suelo. Los demás les atacan, quitándole la espada a la fuerza y arrancándole el yelmo, a la vez que le dicen que le cortarán la cabeza. Él responde que le parece bien, por Dios, y se niega a declararse prisionero suyo. Lo prenden y lo retienen custodiado a un lado; después, van a Galahot, y hacen que un caballero se vista las armas de Lanzarote.

Cuando Galahot lo ve combatir les grita a los otros, que acuden a ayudarlo, pero se encuentran con las puertas muy bien atrancadas, y ninguno de los dos puede pasar la suya. Apresan a Galahot; desatranca la puerta y prenden a mi señor Galván, pero antes hubo un gran combate, pues hizo maravillas; por último, apresan a Héctor, llevándose prisioneros a los cuatro. Lanzarote se negó a declararse prisionero, y lo

amenazaron con arrojarlo a una mazmorra de la que no saldría nunca; y que si quiere, lo desatarán a cambio de su palabra; les responde que sólo desea la muerte. Los otros empeñan sus palabras, y los dejan en una habitación completamente desatados.

La reina estuvo muy intranquila aquella noche; cuando Lionel vio que no llegaban, fue a decirle a la reina que se los había llevado una doncella, y le cuenta todo según lo había oído contar. Al oírlo, suspira diciendo que han sido traicionados, y comienza a lamentarse amargamente.

Por la mañana, los de la Roca colgaron de las almenas los cuatro escudos al lado de los otros dos. Cuando la reina los vio, tened por seguro que lo sintió mucho y hubiera preferido morir a seguir viva. Era día de combate. Sólo hubo lamentaciones cuando la noticia llegó a los compañeros de mi señor Galván. Mi señor Yvaín dijo que era necesario darle consejo a la reina, pues estaba sufriendo mucho. Con el permiso de los otros diecisiete la hace salir y ella se presenta muy contenta al saber quién la llamaba.

—Señora —le dice—, habría ido a veros ahí dentro, pero no puedo entrar en ninguna de las casas del rey Arturo antes de que haya finalizado completamente nuestra búsqueda. Vengo a reconfortaros, no desmayéis, pues si Dios quiere, obtendréis buenos consejos. ¿Tenéis noticias de mi señor Galván?

—No.

—Está en ese castillo con tres de los mejores caballeros del mundo, aunque no sé quiénes son.

La reina cae entonces a los pies de mi señor Yvaín, suplicándole que tenga piedad de la honra del rey y de la suya. La levanta y se echa a llorar él mismo, al ver que está llorando, pues no hubo nunca dama tan querida por las gentes de su señor como la reina Ginebra.

Ese día, mi señor Yvaín ocupó el lugar del rey Arturo, pues hicieron todo lo que ordenaba. Keu, el senescal, llevó la gran enseña, como le correspondía, y se organizaron los distintos cuerpos del ejército. Se enfrentaron los irlandeses y los sajones con las gentes del rey de Bretaña, pensando que vencerían, pues tenían prisioneros al rey y a sus compañeros. El rey Idier montaba un caballo que, a su juicio, era el mejor del mundo, y por eso lo tenía en gran estima: mandó que se lo cubrieran de hierro y luego hizo una cosa que daría mucho que hablar para mal, aunque a la larga fue considerada buena; antes nunca se había visto tal y no volverá a ser hecha. Mandó que hicieran una bandera con sus armas, y dice que querría que fuera llevada a un lugar donde no pudiera llegar ninguna otra bandera; y consideraba que su caballo era tan bueno como para que los vencidos recuperaran sus fuerzas gracias a él. La bandera era muy bella, pues tenía el campo blanco con grandes rayas rojas: el campo estaba hecho de cordobán y las rayas escarlatas, eran de un tejido rojo de Inglaterra; en aquel tiempo, cuando se usaban gualdrapas, se hacían de cuero o de tela —según atestiguan los cuentos—, porque duraban más.

Aquel día combatieron muy bien los compañeros del rey, gracias a las arengas de mi señor Yvain: nunca se había dado una batalla tan buena sin la presencia del rey Arturo; todos realizaron grandes proezas. Pero todo lo que hicieron no era nada en comparación con las hazañas del rey Idier: fue el vencedor por ambas partes, y como se había empeñado en recuperarlo todo gracias a su propio mérito, sufrió tanto ese día, que el resto de su vida estuvo tullido, pues desde que empezó la batalla no se quitó el yelmo de la cabeza, no cedió terreno de donde tenía puestos los pies, y no huyó en ningún momento. Su caballo era tan bueno, que no podía haber uno mejor: sufrió tres heridas y toda la cobertura que llevaba estaba destrozada, de forma que estaba tan cubierto por su propia sangre y por la ajena, que iban teñidos de rojo tanto el caballero como el caballo.

Por todas partes, por arriba y por abajo, se hizo saber que el rey Idier había sido el vencedor en el combate. Mientras tanto, él pedía, montado en el caballo, que Dios le mantuviera en la empresa que había iniciado, sin que retrocediera o rehusara en ningún momento, y que, al final, le diera la muerte, pues nunca volvería a tener una jornada tan buena y tan hermosa. Resistió tanto el rey Idier aquel día, y realizaron tales proezas él y los compañeros del rey Arturo, que los sajones se dieron por vencidos y volvieron las espaldas. Así empezó la gran persecución, en la que tuvieron numerosas pérdidas, ya que las gentes del rey Arturo no les dieron ningún descanso. Todo el mundo contemplaba admirado el caballo del rey Idier, pues ningún animal que se hubiera pasado el día corriendo correría tan rápido y tan a su gusto como él lo hacía durante la persecución. La caza de los que huían fue larga, y en ella cayeron muchos de ambas partes. El rey Idier pasó por encima de un sajón que estaba en el suelo con la espada desnuda: hirió al caballo en el vientre, abriéndoselo completamente; aun así, siguió corriendo mucho tiempo, hasta que al final cayó encima del rey, que había perdido mucha sangre y quedó desmayado en el suelo. La reina Ginebra corrió allí, acompañada por sus damas, y se llevaron el cuerpo del rey Idier: todos pensaban que se había ido, sin remedio. Lo llevaron a la habitación de la reina y allí lo lloran y se lamentan las damas de más alta condición de este mundo.

La persecución duró hasta Malaguine, castillo muy fuerte que pertenecía a los sajones; después, las gentes del rey Arturo regresaron con gran abundancia de prisioneros, tras haberles dado muerte a otros muchos. Entonces, se estableció el ejército más cerca de la Roca que nunca, aunque manteniéndose a cierta distancia, pues era alta y no podrían haber resistido los dardos y flechas que les arrojaban desde arriba y desde todas partes, y tampoco podían asediarla, pues por el otro lado estaba el pantano, tan grande que nadie se atrevía a entrar en él. La hueste se mantuvo delante de la Roca mucho tiempo, sin que en ningún momento osaran atacar los sajones a las gentes del rey Arturo: al contrario, se esforzaron en enviar en busca de más hombres. Los del rey acudían de todas partes, pues ya se sabía que había sido apresado.

De este modo se situó el ejército delante de la Roca, vigilando día y noche, con doscientos caballeros de guardia en todo momento frente a la puerta que daba al río, para evitar que se llevaran al rey y a sus compañeros.

LXXI

Cuenta ahora la historia que Lanzarote se encontraba tan triste aquí dentro, que ni bebía, ni comía, por más que lo animan, y se lamenta tanto durante todo el día, que nadie puede consolarlo. Tenía la cabeza vacía, pues le había subido a ella una locura y una tristeza tal, que nadie podía permanecer a su lado: no hay compañero al que no le haya hecho dos o tres heridas. Por fin, el carcelero lo cogió y lo metió en una habitación y pudo comprobar que estaba loco y no fingía, sintiendo por él una gran compasión. Galahot le ruega al carcelero que lo meta con Lanzarote, pero no quiere, pues dice que lo mataría.

—Eso no os debe importar, buen amigo, pues preferiría que me matara a que esté separado de mí.

El carcelero es un felón, y no quiere hacerlo. La noticia de la locura de Lanzarote se extendió rápidamente, y la dama de la Roca se enteró: va a verlo en persona; le pregunta al carcelero quién es, y éste responde que los demás le habían dicho que no poseía tierras.

—Quitad, sería pecado mortal no dejar que se marchara. Abridle la puerta de arriba.

Esa puerta era la que daba al lugar en el que estaban las gentes del rey Arturo: estaba en la ladera de la Roca, muy por encima del río. Una de las puertas se cerraba de forma admirable, pues no tenía más pestillo que el aire, de forma que todos los que la veían pensaban que podían entrar sin impedimentos, pero sólo lo podían hacer los de dentro, que entraban y salían siempre que lo deseaban gracias al poder de los encantamientos. Ésa era la poterna que practicaban cuando salían contra el ejército, cosa que hacían con gran frecuencia, pues en cuanto pasaban por ella de nuevo, dejaba de preocuparles toda la hueste contraria.

Al enterarse Galahot de que Lanzarote había sido puesto en libertad, tuvo tal dolor, que poco faltó para que se volviera loco, y deja de comer y beber. Lanzarote ya está con el ejército: todos le temen y huyen delante de él, por las grandes maravillas que realiza; llega al alojamiento de la reina, que se encontraba en las ventanas. Cuando lo ve, se desmaya, pues todos lo siguen como a quien está fuera de su seso. Al volver en sí, le dice a la dama de Malohaut, que la sostenía entre sus brazos, que se va a morir.

—Señora, ¿qué os ha pasado?

Se lo cuenta.

—¡Ay!, señora, por Dios, tened compasión, ahora debemos ocultarlo, pues podría ser que se hiciera el loco para vernos; y si ha perdido el seso, lo tendremos con nosotras hasta que se haya curado.

La reina la envía a buscarlo y se mete en una habitación, pues temía volver a

desmayarse por él; pero no puede permanecer allí durante mucho tiempo, sino que sale a verlo. Mientras tanto, la dama de Malohaut va en su busca, intenta cogerlo por la mano; Lanzarote corre hacia las piedras para revolcarse en ellas, y la dama empieza a gritar como mujer. La reina le da una voz, y apenas la oye, se sienta y se pone las manos delante de los ojos, como avergonzado, y no quiere levantarse por nada del mundo, y la de Malohaut no se atreve a acercársele. La reina Ginebra sale, lo toma por la mano y le ordena que se levante. Así lo hace de inmediato, y se lo lleva a una de las habitaciones. Las damas preguntan que quién es, a lo que algunas responden que es uno de los mejores caballeros del mundo, al que sólo la reina es capaz de apaciguar. En efecto, tan pronto como la reina le manda estar tranquilo, él deja de moverse: todos están admirados. La reina llama a Lionel, que acude rápidamente, pero que no puede hacer nada, pues en cuanto tose, le ataca. De este modo, la reina no puede moverse de su lado.

Lanzarote está, pues, allí y yace delante de la reina; todas las noches, ésta hace que apaguen los cirios y las antorchas, pues según dice, la claridad lo mata. Luego, lo acuesta a su lado y se lamenta durante toda la noche, de forma tan amarga, que es admirable cómo puede durar. Todos piensan que es propiamente por el rey.

Mucho tiempo duraron las lamentaciones de la reina y la locura de Lanzarote, hasta que un día los sajones atacaron a la hueste, produciéndose grandes combates por ambas partes. Lanzarote estaba durmiendo, pues no lo había hecho en las últimas nueve noches; la reina estaba contenta al ver que se había quedado dormido. Se levanta lo más silenciosamente que puede y ve al ejército que lucha por todas partes. Al punto se desmaya, y la dama de Malohaut la toma entre sus brazos. Cuando vuelve en sí, ésta la reprende con dureza, diciéndole:

—Señora, ¿por qué os estáis dando la muerte?

—Tengo motivos, pues, por Dios, veo que todos han muerto, yo también debo morir.

Entonces, empieza a lamentarse de tal modo que nadie puede consolarla, ni tranquilizarla; vuelve al lado de Lanzarote y apenas lo ve, se desmaya de nuevo. Al volver en sí, dice:

—¡Ay, desdichado! Flor de los caballeros del mundo, ¡qué gran calamidad es que no estéis tan sano como estabais no hace mucho tiempo! ¡Qué rápidamente se acabaría esta mortal batalla!

Cuando Lanzarote oye que echa de menos sus hazañas, su modo de justar y de golpear, se pone en pie y va al extremo de la habitación a coger el escudo que la doncella del Lago le había llevado a la reina. Alarga las manos, lo toma, se pone el tiracol al cuello y las abrazaderas en el brazo; había una lanza en un armero, viejo y ahumado: corre hacia allí, la toma y, a continuación, se dirige a una columna de piedra y la golpea con la lanza con tanta fuerza, que el hierro vuela en pedazos. Después, se

encuentra tan cansado que apenas se puede sostener en pie, cae y se desmaya. Al volver en sí, pregunta que dónde está, a lo que le responden que en casa del rey Arturo y de la reina Ginebra. Cuando oye estas palabras, se vuelve a desmayar; al recobrar el sentido, la reina le pregunta que cómo se encuentra, y él pregunta dónde están su señor y mi señor Galván; le responden que en la Roca, prisioneros.

—¡Ay, Dios! —exclama—, ¿por qué no estoy yo? habría sido mejor que yo hubiera muerto con ellos, antes que estar aquí, pues no está mi dama.

Entonces se da cuenta la reina de que está otra vez en su sano juicio, lo toma entre los brazos con mucha dulzura, y dice:

—Mi dulce amigo, estoy aquí.

Abre los ojos al punto, la reconoce y exclama:

—Señora, ya puede ocurrir lo que sea, pues vos estáis aquí conmigo.

Todas las damas se quedan sorprendidas por lo que dice, pero él se refería a la muerte. Entonces, le pregunta la reina:

—Mi dulce amigo, ¿me conocéis?

—Sí, señora.

—Y ¿sabéis cómo os fue en la prisión de la Roca?

—Señora, la prisión de la Roca fue mi muerte, pues ni comí, ni bebí en todo el tiempo que estuve en ella.

Todas las damas empiezan a llorar.

—Mi dulce amigo —le pregunta la dama de Malohaut—, ¿me conocéis?

—Señora, os conozco muy bien, pues me habéis hecho mucho daño y mucho honor.

Entonces no les queda ninguna duda de que ya estaba completamente curado; le preguntan que cómo se encuentra y qué le ha pasado; responde que no lo sabe, pero que en modo alguno podía sostenerse en pie. Ve entonces el escudo que llevaba al cuello y dice:

—¡Ay, Dios! ¿Quién me ha puesto este escudo? Quitádmelo, pues me está matando.

Se lo quitan de inmediato y, apenas lo han hecho, se vuelve a poner en pie, tan loco como antes, y escapa corriendo de la sala. Al verlo la reina, se desmaya durante tanto tiempo que todas las damas se asustan.

Mientras que la reina estaba desmayada, entró una doncella, grande y muy bella, vestida con una tela de seda blanca como la nieve; tras ella entraron otras damas, tres caballeros y hasta diez criados. La doncella y sus servidores subieron a las habitaciones de la reina, que volvió en sí al oír el ruido, y que decían: «sed bienvenida, señora». Se frota los ojos y va a su encuentro; dándole un abrazo, le da la bienvenida. Luego, se sientan encima de una alfombra y empiezan a hablar juntas.

Habían cerrado las puertas de la habitación principal por Lanzarote, que de nuevo está enloquecido, e intenta romperlas: nadie se atreve a abrir. La doncella recién llegada

pregunta qué es, y la reina le responde entre suspiros y no pudiendo evitar que las lágrimas le acudan a los ojos, dice que es un caballero digno de gran compasión, «pues era uno de los mejores caballeros del mundo y ahora ha caído en una locura tan grande que nadie puede mantenerse a su lado».

—Señora, abrid la puerta y dejad que lo vea.

—Ahora es más cruel que en ningún otro momento.

Y la reina le cuenta cómo había llegado a un buen punto, y después volvió a enloquecer tan pronto como le quitaron el escudo del cuello.

—Señora —dice la doncella—, haced que abran la puerta, pues me gustaría verlo.

La reina ordena que abran la puerta. Lanzarote intenta salir, pero la doncella lo sujeta por el puño y lo llama con el nombre que le solía dar cuando lo criaba en el lago, pues era ella la que lo había criado, dándole el nombre de Bello Hallado. Apenas lo nombra, él se detiene y siente una gran vergüenza. La doncella pide que le traigan el escudo, y así lo hacen.

—Mi dulce amigo —le dice—, me habéis cansado tanto, que he venido de muy lejos a liberaros.

A continuación, le coloca el escudo en el cuello; Lanzarote soporta todo lo que ella le hace. Al ponerle el escudo, vuelve a su cordura. Ella le da la mano y lo acuesta en una alfombra. Lanzarote la ha reconocido y comienza a llorar con amargura, mientras que la reina se pregunta admirada quién puede ser. Cuando vuelve en sí, se ve el escudo al cuello y dice:

—Señora, quitadme este escudo, pues me está matando.

—No lo haré, y no se os quitará mientras yo no quiera.

Luego, llama a una de sus doncellas y le pide que saque de un cofre que llevaba un unguento muy rico: lo toma y se lo frota en las muñecas, en las sienes, en la frente y la nuca. Apenas lo ha hecho, Lanzarote se queda dormido. La doncella vuelve con la reina, y le dice:

—Señora, me iré encomendándoos a Dios; procurad que este caballero no sea despertado, y que duerma todo lo que quiera. Cuando se despierte, que le preparen un baño; haced que se meta en él; luego, se habrá curado. Procurad también que no lleve un escudo que no sea éste, mientras pueda permanecer en combate.

—Señora —contesta la reina—, decidme quién sois, pues me parece que conocéis bien al caballero, ya que habéis venido de lejanas tierras, a marchas forzadas, sólo para curarlo.

—Así es, señora; lo conozco bien, pues lo crié cuando era pobre, cuando perdió a su padre y a su madre, e hice tanto por él con la ayuda de Dios, que llegó a ser un joven hermoso y grande. Después, lo traje a la corte y conseguí que el rey Arturo lo armara caballero.

Cuando la reina oye estas palabras, la abraza por el cuello, diciendo:

—¡Ay, señora, sed bienvenida! Ahora creo que sé quién sois: sois la Dama del Lago.
Le responde que así es.

—Dulce amiga, os ruego que os quedéis algún tiempo aquí, tanto por mi súplica como por la curación de nuestro caballero: os debo amar mucho y sois la dama del mundo a la que más debo honrar. Tened por cierto que os amo tanto que no podría amar más a nadie, ya que vos me habéis hecho los mayores servicios, y que me enviasteis el escudo, que he podido probar y que todo lo que me habéis hecho llegar, he comprobado que era cierto.

—Señora, señora, tened por seguro que aún veréis maravillas mayores con respecto al escudo, pues yo conocía todo lo que iba a ocurrir con él, por eso os lo envié, segura de que no podía hacérselo llegar a nadie que lo estimara en más. Por las grandes proezas que realizaría lo crié hasta que fue caballero, hasta que estuvo tan bello y tan grande como era cuando lo conocisteis en la corte, y en ningún momento supo quién era: se lo oculté por un caballero al que amé con auténtico amor más que a ningún hombre que viva; temía que si lo hubiera sabido, habría pensado otra cosa, y por eso decía que era sobrino mío. Cuando regrese, diré que vine a sacar al rey Arturo de la prisión, cosa que ocurrirá dentro de ocho días. Será este mismo caballero quien lo saque, pero tened buen cuidado con que no lleve otro escudo, pues de lo contrario, ocurrirá todo lo que os dijo mi doncella, la que os lo dio en Quincprecorentín. A través de ella, os hice saber una cosa, de la que me arrepentí después, sintiendo mucho y temiendo que os hubiera molestado: que yo era la dama que mejor conocía en el mundo vuestros pensamientos y que estaba más de acuerdo con ellos, pues amaba lo mismo que vos amabais. No lo amo sino con el amor propio de quien lo ha criado, y por el amor que le tengo, os amo. Cuando me vaya os enseñaré una cosa, porque os quiero mucho; a continuación, me iré. Os ruego que lo retengáis, lo protejáis y lo améis por encima de cualquier cosa, pues él os ama más que a nada; deponed vuestro orgullo cuando estéis con él, pues él no quiere nada y nada le gusta sino vos; el pecado es fruto de la locura, pero su locura tiene una gran justificación, pues tiene motivo y le honra. Si hay locura en vuestro amor, es una locura más digna de honra que cualquier otra, pues amáis al señor, a la flor de este mundo. Os podéis alabar porque ninguna dama logró hacer lo que vos sí podéis, ya que sois la compañera del hombre más valiente, la dama del mejor caballero del mundo: con el nuevo señor que ahora tenéis, no es poco lo que habéis ganado, pues es a él a quien ganasteis, que es la flor de todos los caballeros, y me ganasteis a mí también, en todo lo que os pueda ayudar. Ahora ya me tengo que ir, que no puedo entretenerme. Me arrastra la mayor fuerza existente, que es la del amor, pues amo a uno que no sabe dónde estoy, aunque un hermano suyo ha venido aquí conmigo; no se enfadará conmigo mientras yo no lo desee. Hay que evitar enfadar a quien se ama, como si se tratara de uno mismo, pues no es amado verdaderamente quien no es amado por encima de todas las cosas del mundo, y quien

ama con amor auténtico, sólo recibe alegría del amado; por lo tanto, se debe amar la fuente de la alegría.

Durante mucho tiempo hablaron las dos, de forma que ya cae la tarde; se han hecho muy amigas y se ofrecen mutuamente sus servicios, hasta que llega un momento en que la reina no puede seguir reteniendo a la doncella. Al ver que es así, no se atreve a seguir rogándole, se encomiendan a Dios y la doncella del Lago se marcha con su séquito. La reina se quedó bastante más contenta de lo que estuvo en mucho tiempo; vuelve al lado de Lanzarote y no se mueve hasta que se despierta. Al despertarse, Lanzarote se lamenta mucho; la reina le pregunta cómo se encuentra, a lo que responde: «Bien, pero estoy muy débil y no sé por qué». La reina no le quiere decir que ha estado enfermo antes de que esté completamente curado. Disponen el baño, lo meten en él y se ocupan del caballero lo mejor que pueden, con todo cuidado, de forma que sana rápidamente, recobrando su belleza y su fuerza.

Entonces le cuentan que ha estado fuera de su seso, y que nada podía resistir a su lado, salvo la reina, «y la dama que os crió en el Lago —añade la reina—, que de no haber sido por ella, no hubierais sanado jamás». Responde que ya se lo imaginaba, pues la había visto, «pero pensaba que ya estaba curado». La reina empezó a reírse de buena gana, y él se siente culpable y muy avergonzado, pues sabe que todas aquellas damas conocen su mal comportamiento y teme que la cosa del mundo que más ama lo estime menos, pero todo el temor era vano, pues la reina no hubiera podido hacer tal cosa.

Al verlo desolado, la reina lo consuela, le da firmeza, diciéndole:

—No os preocupéis, mi dulce amigo, por Dios, que sois más señor mío y estáis más seguro de mí, que yo de vos; debéis estar tranquilo, pues no he emprendido esto para un rato, sino para todos los días que permanezca el alma en el cuerpo sin irse.

Lanzarote ya está curado y tiene todo cuanto pide por la boca; y no hay ninguna alegría de las que puede tener un enamorado, que él no la obtenga, pero el cuento no os descubrirá nada más.

Llevó tal vida hasta el noveno día, en que estaba tan bello que era admirable de ver. La reina lo amaba, que no sabía cómo podría estar sin verlo, y le pesa su arrojo y valor, pues duda el poder seguir viviendo sin estar a su lado cuando se vaya de la corte: preferiría que fuera menos atrevido y menos valiente.

El noveno día, los irlandeses y los sajones atacaron al ejército, y corrió la alarma por todas partes. Las gentes del rey se habían preparado bien durante toda la semana, y combatían bien, dentro de lo que cabe en quienes no tienen señor. Resistieron con valentía, y hubo combates por todas partes; los gritos se oían en cualquier sitio, pues los sajones intentaban caer sobre todo el ejército, para obligarle a replegarse, y así poder sacar al rey y a sus compañeros y llevarlos a un lugar más hacia el interior de sus dominios.

Cuando empezó la batalla, Lanzarote oyó las voces, pues estaba en la habitación de

la reina y se oían en las ventanas y en las almenas. Al ver lo que ocurría, no se sintió a gusto por no estar allí: se acercó a la reina y le pidió que le permitiera participar en el combate. Ella no supo protegerse de mejor modo, y le respondió que todavía no estaba completamente curado, «y los nuestros aún no llevan la peor parte».

—Señora, concededme que vaya, cuando lleven la peor parte.

Ella se lo otorga con gran pena, pero él se alegra mucho, y le ruega a Dios que no tarden demasiado en llevar la peor parte de la batalla.

—Señora —le dice a la reina—, no sabemos qué puede pasar, pero haced que me traigan armas.

Le dan unas muy buenas y muy bellas, hechas para el propio rey Arturo. Una vez armado, estuvo más hermoso, pues no había caballero en el mundo al que le sentaran mejor las armas que a Lanzarote.

Después de ponerse todas las armas, salvo las de la cabeza y de las manos, entró un caballero que venía de la batalla, que había perdido el yelmo y estaba gravemente herido en la cabeza. Descabalga, y se presenta a la reina que al verlo ensangrentado en los hombros y en el pecho, se asusta mucho; se arrodilla ante ella y le dice:

—Señora, mi señor Yvaín os saluda, y os comunica que le han dado a entender que todos los caballeros no están en la batalla. Sabed que tienen gran necesidad de socorro, pues tenemos muy pocos caballeros, ya que esta mañana fueron enviados a Arestuel. Mi señor Yvaín envió doscientos caballeros, pues anoche llegaron noticias de que los sajones iban a atacar esa ciudad; os pide que le hagáis llegar todos los refuerzos que podáis.

—¿Cómo? ¿Llevan la peor parte?

—Señora, lo estamos perdiendo todo. Los doscientos caballeros que guardan la puerta del río, para que no se lleven al rey, están soportando todo el peso de la batalla. Tened por seguro que necesitan ayuda, pues se están defendiendo las espaldas, mientras vigilan la puerta por delante; la mayoría de ellos está a pie, pues ya les han matado los caballos.

—¡Ay! Señora —dice Lanzarote—, permitidme ir, pues es el momento en que me necesitan.

La reina lo llama a una habitación y le pregunta qué piensa hacer contra tanta gente.

—Señora, preguntadle a ese caballero cuántos fueron enviados a Arestuel.

Así lo hace, y le responde que doscientos; la reina se lo dice a su vez a Lanzarote.

—Señora, preguntadle ahora, si hubieran regresado los doscientos caballeros, ¿tendrían la mejor parte en el combate?

Se lo pregunta, y le contesta que se defenderían bastante bien.

—Señora, ahora, hacedle saber a mi señor Yvaín que le enviaréis tantos caballeros como para que ocupen el lugar de los que se marcharon; cuando vuestro pendón

llegue, repararéis todo el daño que han recibido.

La reina se lo dice al caballero; después, hace que traigan un yelmo y se lo da, por el suyo, que lo había perdido. Se marcha muy contento, y le comunica a mi señor Yvain las noticias que lleva de parte de la reina; éste está muy angustiado por sus caballeros, a los que ve sufrir y que están desconsolados; entonces, exclama: «¡Ay, Dios!, ¿cuándo llegará el pendón de mi señora?».

De este modo se expresa mi señor Yvain, a la vez que amonesta a sus hombres, con gran valor y sabiendo cómo hacerlo: mi señor Yvain sufría mucho, con gran congoja, y de otro modo no habría sido buen caballero. Mientras tanto, Lanzarote ha enviado en busca de Lionel; hace que lo armen lo mejor posible como servidor; después les traen dos caballos: Lanzarote monta sobre el que parece mejor, más atrevido y más resistente, y Lionel cabalga sobre el otro. Cuando Lanzarote iba a atarse el yelmo, la reina lo abraza y lo besa con la mayor dulzura de que es capaz; luego, ella misma se lo ata y lo encomienda al Crucificado, para que lo proteja de muerte o prisión. La reina había hecho que colocaran uno de sus pendones en una lanza, entregándoselo a Lionel: el campo era azur y tenía tres coronas de oro y una sola águila; en todos los pendones del rey había tres lenguas y tantas coronas como se podían poner, y en eso se distinguían los pendones de ambos.

Ya estaban montados Lanzarote y Lionel; éste llevaba el pendón; Lanzarote, una lanza gruesa y corta, de punta clara y cortante y de asta fuerte y recta. Se ponen en marcha y van, picando espuelas, al combate. Mi señor Yvain ve llegar el pendón y consuela a su gente, diciéndoles:

—Señores, estad tranquilos, ahí llega el pendón de mi señora. Ahora veremos quiénes son los buenos caballeros, pues ya nos llegan socorros.

Mientras, los dos se meten en donde ven mayor abundancia de sajones, y empiezan a gritar en voz alta: «¡Clarence!», que era la seña del rey Arturo. Clarence era una ciudad muy buena, que limitaba con el reino de Sowailles, que perteneció al rey Thailais, antepasado de Uterpandragón, cabeza del linaje del rey Arturo.

Lanzarote y Lionel se metieron en donde había más sajones; cuando se le rompió la lanza, bien supo tomar la espada, llamada Segura, que el rey sólo llevaba cuando la batalla era a muerte. Allí se probaron las hazañas de Lanzarote, que golpea por igual a sajones que a irlandeses, caballos, cabezas, escudos, caderas y brazos. Vuela a diestro y siniestro por encima del caballo, que era tan bueno que no deseaba otro mejor. No se detiene en ningún lugar; va arriba y abajo, y nada se le escapa ni por delante, ni por detrás. Parece león hambriento metido entre corzos, no tanto por la gran hambre, como por mostrar su fiereza y agilidad. Lanzarote actúa de tal modo que sirve de estandarte a los demás: su escudo hace que se precipiten, su yelmo se le aparece a todos, todos conocen de cerca su espada; sus enemigos piensan que son iguales a él todos los que le siguen, pues les parece que sólo lo ven a él: ahora está aquí, ora allí; ya

a la derecha, ya a la izquierda. Le temen tanto que no se atreven a esperarle. De nada vale la gran abundancia de sajones, los más valientes le dejan el camino libre, pensando que ya estaban vencidos en la guerra contra el rey Arturo.

Mi señor Yvain le sigue picando espuelas, alegre con las maravillas que realiza, de forma que le parece que es rey, que ha sido coronado con todo el mundo; dice que no debe llevar armas sino quien sepa llevar a buen término las obras que emprende. Tras él, pican espuelas todos los que hace un momento estaban vencidos; los sajones y los irlandeses ya no pueden resistir por más tiempo, son incapaces de disputar el campo por más tiempo y se dan cuenta de que apenas podrán defenderse. Mientras tanto, los otros recuperan el valor y la iniciativa, e incluso los más cobardes se han convertido en buenos caballeros, realizando hazañas mayores que las que habían hecho antes los más valientes. Lanzarote va delante de todos, dirige su caballo hacia el más alto, el más poderoso y más fuerte de los contrarios, llamado Hargadabrán: era un palmo y medio pie mayor que cualquier otro caballero, y se veía sin dificultad por encima de todos los demás la punta de su yelmo, como si fuera una enseña; todos se reúnen a su alrededor. Era hermano de la doncella de la Roca, que por él había traicionado al rey Arturo y a sus compañeros, pues pensaba conquistar toda Bretaña ya que tenía presos al rey y a mi señor Galván.

Lanzarote se dirige hacia él con la espada en la mano. Los sajones, que habían contemplado sus hazañas, no se atreven a esperarlo, sino que huyen lo más rápido que pueden; pero el caballo de Lanzarote era más veloz que el suyo, y lo alcanza subiendo una landa: alza la espada para golpearle en mitad de la cabeza; el sajón se inclina sobre el cuello de su caballo, y le arroja el escudo. Lanzarote golpea en el escudo, alcanzándolo por medio y haciéndolo volar al suelo; el golpe cae sobre el muslo derecho de Hargadabrán, se lo corta de un lado a otro, atraviesa la protección de fieltro del caballo y le llega al flanco: derriba en un montón al jinete y a su montura, mientras que él continúa, sin detenerse a mirarlo. Galopa en busca del lugar de mayor número de combatientes, pero no lo encuentra, pues todos se han dado a la fuga, tanto irlandeses como sajones, al ver caer a Hargadabrán, en quien encontraban su principal socorro. Al verlo en el suelo, mi señor Yvain va a él: sabía quién era, pero no esperaba que estuviera tan grave; se detiene a su lado y lo hace prisionero, pues ya no puede defenderse y todos sus hombres lo habían abandonado, huyendo. Lo reincorpora y se da cuenta de que está gravemente herido, pues tiene cortada la mitad del muslo y su caballo también está malherido. Empieza a persignarse, diciendo que no es prudente quien espera a un hombre que da tales golpes, pues no es hombre, sino justicia y venganza de Dios.

De este modo fue hecho prisionero Hargadabrán; mi señor Yvain lo envía a las tiendas, pero no vivió mucho, pues se dio la muerte con un puñal: tal era su dolor que había enloquecido. Lanzarote persiguió a los sajones con poca gente, porque casi todos

se quedaban en torno a mi señor Yvain. Los sajones huyeron hasta los desfiladeros de Godelonte, donde se vio la cosa más digna de admiración de cuantas hizo Lanzarote, pues dio tales tajos, que el arroyo que corría bajo la calzada perdió su color, y no encontró a nadie que estuviera a la espera de sus golpes. Se metieron en el pantano más de dos mil, que allí murieron; los que avanzaron juntos fueron a través de la calzada, y aun entre éstos, fueron muchos los muertos por la aglomeración, y los que cayeron bajo los golpes de Lanzarote, de modo que está cubierto de sangre, propia y ajena, en el escudo, en la cota y en el caballo.

Cuando los sajones y los irlandeses consiguieron pasar al otro lado, miraron hacia abajo para contemplar el desfiladero y vieron que el único perseguidor, de toda la gente del rey Arturo, era Lanzarote, pues no vieron a nadie más en la calzada, y sintieron tal vergüenza que no se atrevían a hablar los unos con los otros.

Lanzarote estaba en el extremo de la calzada, con la espada desnuda en la mano: la hoja estaba completamente teñida de sangre. Al ver que todos estaban mirando hacia la calzada, quiso atacarles, pero Lionel lo sujetó por el freno, diciéndole:

—Por la Santa Cruz, no vayáis. ¿Queréis que os maten en un lugar en el que no podréis realizar ninguna proeza? Y aunque la hicierais, nadie se enteraría. ¿Acaso no habéis hecho ya suficiente, llevando a término lo que las gentes del rey Arturo eran incapaces de realizar?

Lanzarote le contesta que, a pesar de todo, irá; pero Lionel no le suelta.

—Vete —dice Lanzarote—, déjame ir.

—No lo haré.

Lanzarote jura por todo que nunca le dará su afecto, «y te golpearé si no me dejas».

—Entonces, os dejaré.

Lionel lo suelta y Lanzarote sube rápidamente. Lionel pica espuelas tras él, diciéndole:

—Os ordeno, de parte de mi señora que no avancéis más, por la fe que le debéis.

Al oírlo, tira del freno y empieza a suspirar profundamente. Los sajones ya le habían dejado libre el camino, pues no se atrevían a esperar los golpes.

—¡Ay! —le dice Lanzarote a Lionel—, ¿por qué has hablado tan pronto? Has visto que están tan derrotados que no se han quedado a esperarme.

Da la vuelta y ve venir a mi señor Yvain, que le dice:

—Señor, ya era hora de que vinierais.

—Ciertamente, señor, es en mala hora, pues regreso con gran vergüenza.

—¿Cómo?

—¿No es una gran vergüenza para mí el no haberme atrevido a avanzar? Si me hubiera atrevido, habría seguido adelante.

—Por Dios, el seguir no habría sido atrevimiento, sino locura. Sin embargo, os conozco tan bien que sé que por cobardía no habríais dejado nada por hacer.

Lanzarote no se detiene ante estas palabras, sino que se entristece y poco falta para que pierda el seso, y no puede decir ni palabra por la boca. De este modo regresa a la hueste, sin que mi señor Yvaín le diga nada más, pues se da cuenta de que no le agrada seguir hablando.

Cuando los sajones vieron a mi señor Yvaín, volvieron a ocupar la calzada, cosa que no se atrevían a hacer cuando Lanzarote iba a ellos, pues todos le dejaban el camino libre. Ni por mi señor Yvaín, ni por su gente se mueven, al ver que Lanzarote se marcha. Mi señor Yvaín se da cuenta de que pasar al otro lado no es nada seguro, y decide regresar con sus gentes. Cuando los sajones los ven dar la vuelta, les atacan; las gentes del rey los rechazan y les obligan a replegarse al otro lado de la calzada. Cada vez que mi señor Yvaín da la vuelta, los otros les atacan, de forma que estas escaramuzas de ambas partes duraron hasta el atardecer, en que los dos bandos se retiraron con la llegada de la noche.

Lanzarote fue a la puerta que daba al río, la del encantamiento, que estaba cerrada por una barrera de aire; su escudo tenía la virtud de que no había encantamiento que se le pudiera resistir. Mira la puerta, y ve a los doscientos caballeros que vigilaban día y noche para que nadie se pudiera llevar al rey; al verlo venir, éstos lo reconocen y se dicen unos a otros: «He aquí al buen caballero». Se adelantan hacia él y lo saludan de lejos tan pronto como lo reconocen, y él les contesta al saludo. Se acerca a la puerta tanto como es posible, pues debía mantenerse a cierta distancia para evitar los cuadrillos y las saetas, que volaban en abundancia. Entonces sale de allí dentro un caballero completamente armado, con un escudo negro con banda blanca, que era el que Lanzarote había llevado en el castillo, cuando fue hecho prisionero. Pide justa, y Lanzarote le responde:

—Señor caballero, si me concedéis treguas hasta después de haberos hablado, no tendré inconveniente en acercarme más, pues deseo hablar con vos.

El otro le da garantías hasta que acaben de hablar, Lanzarote se le acerca y le pregunta que dónde obtuvo ese escudo, a lo que le responde que fue del mejor caballero de la casa del rey Arturo, que está prisionero allí.

—¿Cómo se llama?

—Es Galván, el sobrino del rey Arturo.

—Mentís, nunca estuvo colgado del cuello de mi señor Galván, y tampoco tenéis prisionero al que fue dueño de ese escudo: en mala hora lo dejasteis escapar.

—¿Cómo? ¿Me desmientes? Guárdate de mí, pues ya no te garantizo nada.

Lanzarote mira a Lionel y toma la lanza que llevaba el pendón, se la coloca bajo el brazo y pica al caballo con las espuelas, contra el caballero del castillo. Éste, por su parte, mira hacia arriba y les dice a los arqueros y a los ballesteros que había en la muralla que disparen: así lo hacen, hiriendo el caballo de Lanzarote y a él mismo, aunque no le causan ninguna herida que le preocupe. Apunta al caballero y le alcanza

justamente debajo de la gola, con tanta fuerza que la punta de la lanza aparece por el otro lado, dejándole pendón y asta dentro del cuello; pica espuelas y atraviesa la puerta y, sin detenerse sigue cabalgando hacia el castillo, donde encuentra todas las puertas y todos los postigos abiertos. No se detiene hasta que llega al salón principal, en el que hay una gran cantidad de caballeros que se están armando por la alarma que han dado los de fuera al ver que el caballero había sido derribado. Lanzarote los ataca, cortándoles brazos, espaldas y costados, partiéndolos en dos y decapitando a cuantos alcanza; los demás, huyen poniéndose a salvo en la alcazaba. Lanzarote descabalga y se dirige a la vivienda de la dama: la encuentra sobre una alfombra, al lado de su amigo, que se llamaba Gadrasolaín; era un caballero joven y muy bello, y de gran valor; estaba completamente desarmado, pues no temía que ocurriera nada; con él había otros caballeros que se encontraban en la misma situación.

Lanzarote levanta la espada y golpea a Gradasolaín en medio de la cabeza, partiéndolo hasta los hombros; luego corre hacia los demás y los hiere allí donde los alcanza. Se dirigen a la puerta para huir, pero les corta el paso y ante ellos cierra la puerta y coloca la barra, y después los ataca. Huyen a las habitaciones que hay por arriba y por abajo, pero él los persigue y los hiere, haciendo que muchos de ellos se tiren por las ventanas. Cuando ya no encuentra a ninguno más, vuelve al patio con la espada desenvainada y se dirige al carcelero que custodiaba a mi señor Galván y a todos los otros, y le dice que se considere muerto si no le indica dónde están los armeros y los prisioneros; le responde que le llevará a ellos.

En efecto, lo lleva a un torreón que daba encima de la habitación en la que estaban presos el rey Arturo y su sobrino Guerrehet: hace que les abra, y los deja salir.

El rey no lo reconoce, y se pregunta, asombrado, quién es. Mientras tanto, Lanzarote y el carcelero los llevan a donde están las armas, y se las visten con toda rapidez; Lanzarote ve un hacha larga, clara y bien afilada, que está colgada de una clavija: la toma y vuelve a envainar la espada. Después regresa con el carcelero a donde estaban presos Galahot y sus compañeros, los deja libres y los lleva junto al rey y a Guerrehet, que estaban armándose: todos ellos se alegran mucho.

Cuando Galahot empezaba a armarse, exclama:

—¡Ay, desdichado de mí! ¿Para qué me armo, si hemos perdido la flor de los caballeros de este mundo, la cosa que yo más amaba? Que Dios no me ayude, si deseo seguir viviendo sin él, o si vuelvo a llevar yelmo en la cabeza, pues lo hemos perdido.

Entonces, comienza a lamentarse con gran amargura, y Lanzarote, quitándose el yelmo, le dice:

—Mi dulce señor, no os lamentéis tanto, que ése soy yo.

Galahot da un salto y corre a besarle. Luego, Lanzarote vuelve a atarse el yelmo, mientras que mi señor Galván le dice al rey:

—Señor, he aquí el caballero al que hemos buscado durante tanto tiempo. Ya lo he

encontrado, con lo que me considero libre.

—Por Dios —pregunta el rey—, ¿quién es?

—Es Lanzarote del Lago —contesta mi señor Galván—, el que venció en los dos combates en que os enfrentasteis vos y Galahot, que aquí está.

El rey se pone muy contento. Cuando ya estaban todos armados, el rey le cae a los pies a Lanzarote, diciéndole:

—Señor, pongo a vuestra merced mi persona, mi honor y toda mi tierra, pues vos me lo habéis devuelto todo.

Lanzarote lo levanta al punto y llora amargamente porque el rey se ha humillado ante él. Mientras tanto, ya se habían armado, y el carcelero, que tenía mucho miedo, les ayuda a prepararse y les suministra espadas.

Van a la torre mayor de la Roca, pero no pueden entrar en ella, pues los caballeros que la ocupan han atrancado muy bien la puerta. La torre estaba muy bien avituallada y nadie podría dominar en la Roca sin tener la torre. Cuando Lanzarote ve que no podrían entrar de este modo, coge al carcelero y le dice que le garantiza la vida, si le indica dónde se encuentra la dama y quién es. Le lleva al lugar en el que encontró a Gadrasolaín, pasan a una habitación que había algo más allá y se la muestra. Lanzarote la toma por las trenzas y la amenaza con hacerle volar la cabeza de encima de los hombros.

—¡Ay!, noble señor, tened compasión, pues ya habéis dado muerte a mi amigo.

—Por Dios —responde Lanzarote—, daos por muerta vos también si no me rendís de inmediato la torre mayor.

Ella le contesta que antes le cortará la cabeza; levanta la espada y hace como si fuera a cortársela; entonces, la dama pide piedad y le dice que hará que le entreguen la torre.

Va a la torre y les ordena a los caballeros que abran la puerta, pero le responden que no lo harán. Lanzarote les jura que le cortará la cabeza a la dama si no abren inmediatamente: al oír esto, contestan que lo harán, pero que el rey tiene que dejarles marchar. Así se lo promete; luego, hace que se desarmen todos y que salgan fuera. A continuación, el rey le ordena a mi señor Galván que entre en la torre; éste le pregunta: «Señor, ¿cómo os voy a dejar?». El rey se lo vuelve a mandar, y él cumple las órdenes. No había nada en el mundo que la doncella temiera tanto como a mi señor Galván.

Van después a la puerta trasera; los arqueros y los ballesteros empiezan a dispararles desde las almenas y desde las ventanas. Lanzarote se dirigió a la puerta de encima que era muy alta, y se deja ver desde allí: entonces gritan todos «¡Clarence!», que era la seña del rey Arturo. Los del ejército estaban muy a disgusto, pues pensaban que habían perdido a Lanzarote. La misma reina había oído las noticias que le dio Lionel, que no pudo entrar con él en el castillo, y había sentido tal dolor que poco faltó para que se diera la muerte. Al oír que el castillo había sido tomado, su alegría fue superior a la de cualquier otra dama.

El castillo estaba tan lleno de gente que apenas se podía entrar en él. Al revisar las habitaciones y los subterráneos, Keu el senescal entró en una habitación en la que se encontró a una doncella encadenada: había sido amiga de Gadrasolaín, que la tuvo prisionera durante tres años, porque la había amado, y le dijo que moriría allí.

Cuando Keu la desencadenó, le preguntó que dónde estaban los prisioneros, a lo que ella preguntó a su vez qué ocurría. Keu le respondió que el rey Arturo había tomado el castillo. La joven tiende sus manos a Dios y pregunta:

—Señor, ¿se os ha escapado la dama?

—No.

—Señor, si se lleva sus libros y sus cajas, lo habréis perdido todo, pues con sus libros es capaz de hacer correr el agua hacia arriba.

—¿Dónde están?

La muchacha le señala una gran gruta, y le dice que están allí. Mi señor Keu va al lugar que le ha indicado, arroja fuego dentro, quemándolo todo, de forma que quedó reducido a cenizas. Cuando se enteró Gamille, que era la señora de aquello, sintió tal dolor, que se dejó caer desde lo alto de la Roca, quedando muy malherida. El rey Arturo lo lamentó mucho, pues le tenía un gran amor. Ella hubiera preferido perder cuatro castillos antes que sus libros.

De este modo fue tomada la Roca; ya estaba el rey dentro con gran parte de su gente. Mi señor Galván salió de la torre y le dijo al rey:

—Señor, perderéis a Lanzarote si no tenéis cuidado, pues Galahot se lo llevará en cuanto pueda, pues siente más celos por él que cualquier caballero por una dama joven. Os voy a decir qué debéis hacer: ordenaréis que cierren la puerta, de modo que nadie pueda salir si no se dirige antes a mí; haced que así lo prometan Keu el senescal, mi señor Yvaín, Guerrehet mi hermano, y yo mismo: formaremos un grupo y nadie podrá salir, ni entrar.

El rey se dirigió a Galahot y lo tomó por la mano y a Lanzarote lo cogió con la otra mano; los tres juntos van a la torre mayor, se hacen desarmar y luego se sientan en una alfombra. El rey llama a mi señor Galván y hace que prometa lo que habían preparado; después lo hace mi señor Yvaín, y Keu y Guerrehet. Cuando Galahot lo oye se da cuenta inmediatamente de por qué lo está haciendo, y lanza un profundo suspiro del corazón, lleno de angustia, diciéndole a Lanzarote:

—Mi dulce compañero, hemos llegado al lugar en el que os voy a perder, pues estoy seguro de que el rey os va a rogar que os quedéis en su mesnada. ¿Qué haré yo, que he puesto corazón y cuerpo en vos?

—Ciertamente, señor —le responde—, os debo amar más que a ningún hombre del mundo, y así lo hago. Si Dios quiere, no formaré parte de la mesnada del rey, a no ser que me vea obligado por la fuerza. Pero ¿cómo me voy a negar a algo que me pida mi señora?

—No os obligaré a tanto —le contesta Galahot—, pues si ella lo desea, hay que hacerlo sin resistencia alguna.

Así hablaban cuando el rey les interrumpió; pusieron una cara mucho más alegre de lo que el corazón les pedía. El rey manda en busca de la reina, que acude muy contenta: al entrar en la torre, todos van a su encuentro, pero, sin hacerles caso, ella le echa los brazos al cuello a Lanzarote y lo besa a la vista de todos los que lo quisieron ver, pues quería engañarlos a todos y que nadie pensara lo que realmente había entre ellos dos. Todos cuantos la ven la estiman en mucho más, aunque Lanzarote siente una gran vergüenza.

—Señor caballero —le dice la reina—, no sé quién sois, y me pesa, y no sé qué regalaros. Por amor a mi señor, y por mi honor, que habéis salvado hoy, os otorgo mi amor y a mí misma, tal como debe hacer una leal dama con un caballero leal.

Cuando el rey la oye hablar así, le agradó mucho de que lo hubiera hecho sin que se le indicara. A continuación, la reina mostró una gran alegría a mi señor Galván y a Galahot, y luego, a todos los compañeros que habían participado en la búsqueda, pues todos estaban allí, salvo Saigremor: preguntaron mucho por él, y mi señor Galván contó cómo lo había dejado con una doncella de la que estaba enamorado.

Después, la reina contó cómo Lanzarote había sanado de la locura en sus habitaciones, gracias a una dama llamada Dama del Lago.

—Señora —le pregunta el rey—, ¿sabéis quién es el caballero?

—No.

—Pues sabed que es Lanzarote del Lago, el que venció en los dos enfrentamientos que tuvimos Galahot y yo.

Cuando la reina lo oye, hace como si le llegara de sorpresa, y se persigna varias veces. Luego, mi señor Yvaín cuenta las grandes proezas que ha realizado el mismo Lanzarote durante todo el día.

—Señor, señor, pensábamos que todos los caballeros no habían acudido al combate, y ella nos lo mandó a él solo, cuando había dicho que nos enviaría una ayuda suficiente como para reemplazar a los doscientos caballeros que estaban en Arestuel. En eso dijo verdad mi señora, pues —por Dios—, si hubieran estado los doscientos, sin él, no habríamos podido conseguir nunca lo que acabamos de lograr, y los sajones no habrían sido hechos prisioneros por doscientos, cosa que él ha hecho.

—Por mi fe —contesta el rey—, mayor hazaña ha realizado rescatándome, que con todas las demás proezas, pues ha conquistado un castillo como éste, que me había causado más daños que todos los castillos del mundo, y por eso debo amarlo más que a nadie.

Luego, se presentó Héctor ante la reina y le dijo: «Señora, ya he concluido mi búsqueda», y le mostró a mi señor Galván; la reina se lo agradece, con grandes muestras de alegría; mi señor Yvaín lo honra mucho, cuando Héctor cuenta que había sido él

quien los había sacado a él y a Saigremor de la prisión del rey de los Cien Caballeros, venciendo al senescal. Mi señor Galván contó cómo derribó a Keu, a Saigremor, a Giflete y a mi señor Yvaín en la Fuente del Pino: fueron muchos quienes se detuvieron a contemplarlo y a alabarlo, y su amiga fue la que más se alegró.

En esto, ya habían preparado la comida, y se sentaron a la mesa; al acabar, el rey llamó a la reina y le dijo en voz baja:

—Señora, quiero rogar a Lanzarote que se quede conmigo y que sea compañero de la Mesa Redonda, pues sus hazañas están bien probadas. Si no quiere quedarse, pedídselo vos arrojándoos a sus pies.

—Señor, está con Galahot y sus compañeros; conviene que le roguéis a Galahot que lo permita.

Entonces se dirige el rey a Galahot y le pide, como servicio, que permita que Lanzarote sea de su mesnada y que se quede con él como maestro y compañero.

—Señor —le contesta Galahot—, he venido a ayudaros con todas mis fuerzas, y es todo lo que puedo hacer; por Dios, no sabría vivir sin él, me quitaríais la vida.

Hablaba así porque no se imaginaba que la reina fuera a suplicárselo. Pero entonces, el rey la mira y le dice:

—Señora, rogádselo vos.

La reina se arrodilla ante él, y cuando Lanzarote la ve de este modo, siente un gran dolor en el corazón, y sin esperar a que Galahot se lo concediera, se adelanta diciendo:

—Señora, me quedaré con mi señor para su gusto y el vuestro.

A continuación la levanta.

—Señor —responde la reina—, muchas gracias.

—Señor —dice Galahot—, no os podréis quedar con él así; prefiero ser pobre y estar a gusto, que ser rico a disgusto. Retenedme con él, si es que alguna vez hice algo que os agradara; así lo debéis hacer por mí y por él, pues tened por seguro que todo el amor que siento por vos es gracias a él.

El rey se avanza, y dándole las gracias, dice que no los retiene como caballeros suyos, sino como sus compañeros y señores.

De este modo se quedó el rey con Lanzarote, con Galahot y, luego, con Héctor, teniéndolos como compañeros suyos. Para honrarlos se hizo la mayor fiesta que se puede contar en casa del rey Arturo. Después, el rey dijo que quería reunir a la corte en pleno el día siguiente en la Roca, para mayor alegría de Lanzarote; y así fue: se reunió la corte solemne y con gran riqueza. Era siete días antes de Todos los Santos, y desde entonces, mientras llevó la corona, cuando se reunían las cortes en pleno, eran cada vez más solemnes y mejores.

Ese día se sentaron los tres caballeros en la Mesa Redonda, y fueron llamados los clérigos que ponían por escrito las proezas de los compañeros de la casa del rey Arturo. Eran cuatro: Arodién de Colonia, Tantalides de Vergeles, Tomás de Toledo y Sapiens

de Baudas. Estos cuatro ponían por escrito todas las hazañas que realizaban los compañeros del rey Arturo, pues de otro modo no habrían sido conocidas. Escribieron las aventuras de mi señor Galván en primer lugar, pues era el principio de la búsqueda de Lanzarote; a continuación, escribieron las de Héctor, porque eran una rama de esa misma historia; y a continuación copiaron las aventuras de los otros dieciocho compañeros: todo ello formó la *Historia de Lanzarote*, de la que las demás eran ramas. La *Historia de Lanzarote*, a su vez, fue una rama del *Grial*, tal como se fue añadiendo.

En tal alegría permanecieron el rey y los suyos mientras duró la fiesta, que fue hasta tres días antes de Todos los Santos; después, se marchó de la Roca, en la que dejó guardias, y regresó a Bretaña tranquilamente. Cuando llegó a Karlión, Galahot se despidió de él, rogándole que le dejara llevarse a Lanzarote a su tierra. El rey se lo concede sintiéndolo profundamente; la reina así lo quiso, y le dijo al rey que regresarán para el tiempo de Adviento.

El rey les permite que se vayan, a condición de que le prometan lealmente que volverán el día de Navidad, que él estará en la ciudad en la que armó caballero a Lanzarote. De este modo se marchan Galahot y Lanzarote a la tierra del primero. El rey y su compañía fueron a Bretaña en cortas jornadas.

Fin del *Libro de Galahot*.

LIBRO 3.

Et valle sin retorno

LXXII

Galahot se fue de la corte, con una mezcla de alegría y tristeza, acompañado por Lanzarote: iba alegre, porque su compañero estaba con él; triste, porque habían hecho a su amigo de la corte del rey Arturo y teme perderlo para siempre por esta razón. Lo quería de todo corazón, más de lo que cualquier hombre podría querer a nadie: en este asunto no hacen falta más testimonios, pues quedó bien de manifiesto cuando el dolor que sentía le privó de todo gozo, hasta que le sobrevino la muerte, tal como lo contará la misma historia más adelante. Ahora no es necesario hablar más de su muerte, pues la muerte de un hombre tan valiente como era Galahot no hay que recordarla antes de tiempo. Todas las historias que se refieren a él coinciden en que era el más valiente de entre los príncipes que rodeaban al rey Arturo, y no había ninguno que se le pudiera comparar, entre los que vivieron en su época. Así lo atestigua el libro de Tantalides de los Vergeles, que es el que más habla de las proezas de Galahot, y afirma que ni siquiera el rey Arturo fue más valiente, y que si Galahot hubiera vivido el tiempo suficiente, con el arrojo que tenía cuando empezó a combatir al rey Arturo, hubiera sobrepasado a todos los que destacaban por ser superiores a los demás. Él mismo manifestó su propio valor a Lanzarote, cuando le dijo que, al empezar la guerra, pensaba adueñarse de todo el mundo: lo demostró bien, pues fue armado caballero con veinticinco años, y conquistó veintiocho reinos, y su vida terminó a los treinta y nueve años.

Lanzarote le hizo desistir en muchas de estas cosas cuando hizo que su gran honor se convirtiera en vergüenza, pues a pesar de que estaba venciendo al rey Arturo, fue a pedirle piedad; mucho tiempo después de esto, los dos hombres más cercanos a él por su linaje, le recriminaron la vergonzosa paz que había firmado con el rey Arturo por un solo caballero: esto ocurrió cuando los coronó reyes.

Galahot les respondió que nunca había ganado tanto, ni había conseguido mayor honra que en aquella ocasión, «pues no hay riqueza en la tierra, ni en los bienes materiales, sino en el valor y en la nobleza; las tierras no hacen a los hombres nobles, sino que son los nobles los que hacen sus tierras; el rico debe procurar siempre obtener lo que nadie tiene». De este modo, Galahot convirtió en enseñanza y en beneficio lo que los otros consideraban como pérdida y locura. Ninguno de ellos tenía valor suficiente para amar a un buen caballero como él lo amaba.

LXXIII

Pero la historia deja aquí de hablar de sus virtudes y vuelve a contar cómo se iban Galahot, Lanzarote y cuatro escuderos, sin llevar más compañía. Cabalgan tristes y pensativos, pues los dos están muy apesadumbrados: Galahot porque teme perder a su compañero por culpa del rey, que lo ha hecho de su mesnada; Lanzarote, por su dama, de la que se está alejando, y por el sufrimiento que está padeciendo su amigo por su culpa. Y están tan afligidos los dos, que pierden las ganas de beber y de comer: se ocupan sólo de pensar, de modo que va a menos su belleza y su fuerza. Es tal el respeto que tienen por su fiel amistad, que ninguno de los dos se atreve a dirigirle la palabra al otro, para evitar que se sienta a disgusto, como si hubieran hecho algo malo hacia el amigo.

Ningún sufrimiento es comparable al que padece Galahot, que había puesto en el amor a Lanzarote todo lo que se puede poner: corazón, cuerpo y honra, que es lo que más vale. Tenía en él su cuerpo hasta el punto que preferiría morir él mismo a que muriera Lanzarote; le había entregado el corazón de tal modo que no tenía alegrías si no estaba él. Por él pidió piedad al rey Arturo, a pesar de que lo tenía vencido y a punto de quitarle sus posesiones.

Así, iban cabalgando, hasta que estuvieron cerca del reino de Sorelois; Galahot se encontraba ya tan mal que no esperaba más que la muerte. Por la noche, antes de llegar a Sorelois, entraron en un castillo que era del rey de los francos y que se llamaba Guardia del Rey. El reino de los francos limitaba con el de Sorelois por el noroeste y por allí corre el río Humber.

Aquella noche estuvo Galahot muy enfermo, aunque mostraba un gesto más bello de lo que el corazón le indicaba. Lanzarote, que sentía mucho su malestar, le consuela cuanto puede, pero es en vano. Éste no se atreve a preguntarle por el motivo de su dolor, pues se acuerda de lo mucho que Galahot le había soportado con paciencia cuando él estaba triste, sin preguntarle nada, y fue entonces cuando se hicieron compañeros. Por otra parte, piensa que no podrá resistirlo mucho y que le preguntará la verdad, pues no toleraría que estuviera triste por algo relacionado con él, y sospecha que es por su culpa por lo que está así.

Después de acostarse, cuando pensaba que Lanzarote ya se habría dormido, Galahot empezó a lamentarse, quejándose y llorando; entre sollozos decía: «¡Ay, Dios! ¡Cómo me ha traicionado el que era tan buen caballero!». Durante toda la noche se dolió Galahot de este modo, hasta que se hizo de día: continuó con sus quejas un poco más, y Lanzarote se sintió mejor, pues había dormido toda la noche. Por la mañana, montaron y salieron del castillo, cabalgando por el camino recto hasta Sorelois. Galahot va detrás, con la capucha caída hasta los ojos y cabizbajo; de pronto, empieza a

galopar tan deprisa como puede su palafrén, de forma que adelanta a Lanzarote y a los escuderos. Entra en un bosque llamado Glorinde, que está entre la tierra de los francos y Sorelois, por la parte por donde corre el Humber.

Galahot cabalga ensimismado y pensativo, sin decir ni una palabra a Lanzarote, ni a ningún otro, hasta que su palafrén está completamente empapado en sudor. Toma un camino empedrado; el caballo iba muy cargado con el caballero, que era grande, pesado y estaba lleno de dolorosos pensamientos, de forma que el animal se sentía entorpecido por todo ello y por el mal paso que le obligaba a llevar: tropezó con una de las piedras, de las que había en abundancia en el camino, y cayó al suelo hincando las rodillas, de forma que las riendas le volaron de la mano a Galahot, que se sobresalta en medio de sus pensamientos: le molesta tanto el tropiezo del palafrén, que le clava las espuelas con mucha fuerza, haciendo que la sangre le brote de ambos ijares, y el palafrén se lanza al galope más allá de todas sus fuerzas. Galahot no consigue sujetar las riendas, que estaban encima del cuello del caballo, que en la galopada vuelve a tropezar y cae con la cabeza entre las patas, con tal violencia que se rompe el cuello. Galahot vuela fuera del arzón y cae atravesado sobre las piedras, en una caída tan mala que poco faltó para que el corazón le reventara en el vientre. Cuando Lanzarote lo ve caer de ese modo, teme que se haya matado, salta de su palafrén al suelo, y acude corriendo a su lado; al ver que no mueve ningún miembro, empieza a gritar lo más fuerte que puede: «¡Ay, Santa María!». Entonces lo abraza, y el gran dolor que siente en el corazón por el miedo que tiene de que haya muerto, le produce escalofríos, se coloca a su lado y cae desmayado al suelo; al caer, se da con el filo de una piedra en la frente, por encima de la ceja izquierda, le corta la piel y la carne, hasta el hueso.

Los cuatro escuderos están muy asustados, pues temen que ambos hayan muerto: retuercen los puños, se arrancan los cabellos y hacen el mayor duelo que se puede hacer. Pero no tardó mucho Galahot en volver en sí: se lamenta con amargura, abre los ojos y se queda admirado de ver a los escuderos alrededor de él. Cuando descubre a Lanzarote, y la sangre que le sale de la herida, tiene un dolor mayor aún que el que había sentido hasta entonces. Al ver que vuelve en sí, le pregunta qué le ha ocurrido, y Lanzarote le cuenta entre suspiros el miedo que había pasado, porque temía que estuviera muerto. Galahot se queda sorprendido y él mismo le cura la herida a Lanzarote; luego, un escudero le da un palafrén, pues el suyo había muerto. Monta y reemprenden la marcha, seguidos por los escuderos, que también han vuelto a montar.

La herida de Lanzarote ha asustado tanto a Galahot, que ha abandonado por completo sus pensamientos, y habla más que antes con él.

—Señor —le dice Lanzarote—, es una gran desgracia que un hombre tan importante como vos caiga porque el caballo haya tropezado, como os acaba de ocurrir; por poco no habéis muerto, porque no sujetasteis bien el freno. Si hubierais muerto, o hubierais quedado herido de esa forma, habría sido una gran desgracia.

—Ciertamente —le responde Galahot—, las desgracias no me empiezan ahora: soy el caballero del mundo que ha tenido mayor suerte, pero ahora ya es razonable que empiecen a ocurrirme desgracias, pues no me puede ir mejor de lo que me ha ido: Dios me concedió lo que yo deseaba; quien tiene todo lo que desea no puede ganar más, pero sí que puede perder; yo he entrado en el momento de perder.

Lanzarote siente una gran tristeza por estas palabras y un gran malestar, pues sospecha en qué puede acabar. Le pide y le conjura, por lo que más quiera en el mundo, que le diga de verdad por qué piensa que han empezado a ocurrirle desgracias y por qué ha ido pensativo durante tanto tiempo, pues nunca lo había visto tan preocupado como desde que tomaron aquel camino.

Os ruego, señor —añade—, si es que alguna vez hice algún servicio que os agradase, que me digáis la verdad, sin ocultar nada; no debéis disimular conmigo, pues bien sabéis que os amo más que a todos los hombres que han existido, y con razón: todos los grandes bienes que he obtenido ha sido gracias a vos.

—No hay corazón que se pueda ocultar ante vos; os voy a decir algo que nunca le he dicho a nadie. En mi tristeza y en la angustia que he pasado, me han causado gran miedo dos sueños terribles que tuve anteayer; mientras dormía me pareció que estaba en casa del rey Arturo, mi señor, con gran compañía de caballeros; de la habitación de la reina salía una serpiente, la mayor de cuantas he oído contar, y venía directamente hacia mí, echando fuego y llamas, de forma que yo perdía la mitad de mis miembros. Esto fue lo que me ocurrió la primera noche; la siguiente, me pareció que yo tenía dentro de mi vientre dos corazones, tan semejantes entre sí, que a duras penas se podía distinguir el uno del otro. Cuando me detenía a contemplarlos, perdía uno de ellos: entonces, aparecía un leopardo y atacaba una gran manada de animales salvajes. Al punto, se me secaba el corazón y todo el cuerpo, de modo que me parecía en el sueño que me moría. Esos son los dos sueños por los que he estado pensativo durante tanto tiempo, y nunca más volveré a estar a gusto, hasta que sepa de forma cierta su significado, aunque ya lo conozco en parte.

—Señor —le dice Lanzarote—, sois hombre tan prudente que no debéis creer los sueños, pues nunca llevan a la verdad; del mismo modo que era falso lo que ocurría en ellos, lo es con respecto al futuro, y no debéis tener miedo, ya que en el mundo no hay nadie tan poderoso que os pueda vencer, ya que vos sois el hombre más fuerte de cuantos viven ahora.

—Solamente un hombre puede hacerme daño; y si ése lo desea así, nadie podrá ayudarme. Si la ciencia me sirve, sabré el significado de mis dos sueños, pues nunca tuve tantos deseos de saber algo, ni siquiera cuando vos vencisteis en la batalla que nos enfrentaba al rey Arturo y a mí, que llevabais armas bermejas; ni siquiera entonces tuve mayores deseos de conocerlos que los que ahora tengo de saber esto.

—Señor, no creo que ningún clérigo os pueda decir nada de lo que está por venir.

—Sí que lo harán. ¿Acaso no supo el rey Arturo, gracias a buenos clérigos, la verdad y el significado de sus sueños? ¿No le dijeron que perdería todo honor terrenal?

De este modo hablaron durante largo rato Galahot y su compañero, mientras seguían el camino hasta el río de Ausurne; lo atravesaron por un puente que hacía de límite a dos reinos y un ducado: eran los reinos de los Francos y de las Marcas de Galone, y el ducado de Rivel.

Cuando estuvieron al otro lado, Galahot tomó un camino a la derecha, que llevaba a un castillo suyo, recién restablecido; estaba asentado en el lugar más fuerte de cuantos poseía, y él mismo le había dado el nombre de Orgullosa Guardia, por su belleza y fuerza, e incluso se había jactado al reconstruirlo de que allí tendría prisionero al rey Arturo. El castillo estaba edificado sobre roca viva, en alto, y por debajo corría un río rápido y ruidoso que iba a dar en el Ausurne, a menos de cuatro leguas de allí; ese río se llamaba Cerance.

Galahot se dirigió hacia ese castillo, pues deseaba pasar la noche en los hermosísimos aposentos que había en él, y estaban alrededor de una legua galesa del lugar: lo contemplaron sin dificultades; la torre del homenaje, su construcción sobre la roca y la muralla que lo rodeaba, fuerte y gruesa, y sus abundantes torrecillas bien almenadas.

Lanzarote empezó a hablar, diciendo:

—Ciertamente, señor, bien parece que este castillo fue construido por una alta razón, pues nunca vi uno tan hermoso ni tan bello.

—Mi dulce compañero —le responde Galahot suspirando—, mi bello amigo, si supierais con qué orgullo fue edificado os daríais cuenta de la verdad de vuestras palabras. Cuando lo construí, pensaba en llegar a ser señor de todo el mundo: es algo admirable, y al decíroslo os manifiesto mi locura, pues el orgulloso sube rápidamente y cae con la misma rapidez; yo pensaba llevar a cabo una gran desmesura con extraordinaria jactancia, y ha sido mucho lo que me ha quedado por hacer. En la muralla y en la torre hay ciento cincuenta almenas, contadas, y pensaba hacer vasallos míos a ciento cincuenta reyes; y cuando los hubiera vencido, me los hubiera traído a todos a este castillo, en el que me hubiera hecho coronar, y en honor mío todos los reyes habrían llevado sus propias coronas, de forma que mi corte sería más rica que la de cualquier otro rey y todo el mundo hablaría de mí después de mi muerte. Y pensaba haber hecho otra cosa además: sobre cada almena del castillo habría un candelabro de plata del tamaño de un caballero con muchos brazos; en lo alto de la torre habría hecho colocar un candelabro de oro de mi estatura. El día de mi coronación, a partir de la cena, todas las coronas de los reyes que habrían sido vencidos por mí serían colocadas sobre los candelabros, y la mía la pondría en el de la torre, que todavía se puede ver allí. De tal forma estarían todas las coronas en las almenas hasta la noche; entonces se colocaría un cirio en cada candelabro, tan grueso y tan bien encendido que

no podría ser apagado por ningún viento, y las velas de las almenas arderían hasta la llegada del día. Mi corte sería tan hermosa y tan rica, que se hablaría de ella durante el resto del tiempo, y mientras durara, las coronas estarían en los candelabros durante el día, y por la noche serían sustituidas por los cirios. Sabed que desde que se construyó el castillo no entré en él nunca tan triste como para no salir contento; por esa razón me dirijo ahora a él, pues necesito más que nunca que Dios me envíe alegría en esta ocasión.

De este modo van hablando los dos compañeros, y Lanzarote se queda sorprendido por lo que Galahot le cuenta.

—¡Ay Dios —se dice a sí mismo—, cuánto debería odiarme este hombre por haberle impedido realizar todas estas cosas! He hecho del hombre más emprendedor del mundo el más perezoso; todo esto le ha ocurrido por mi culpa.

Entonces siente Lanzarote un gran pesar; llora con tal amargura que las lágrimas le caen de los ojos al arzón de la silla, pero procura que Galahot no se dé cuenta. Mientras tanto, llegan ante el castillo. En ese momento le ocurrió a Galahot una cosa admirable, por la que se apesadumbró más que por nada que hubiera visto: la torre del homenaje se abrió por la mitad, de arriba a abajo y todas las almenas de una parte se cayeron. Galahot se detuvo en ese momento tan espantado que no podía decir una sola palabra; se persigna por la maravilla que acaba de ver y, apenas había avanzado un tiro de piedra, cuando toda la parte de las almenas cayó a tierra, tanto en el primer recinto amurallado como en la torre, haciendo tal estrépito al caer que pareció que toda la tierra se estuviera hundiendo.

Cuando Galahot vio que su castillo se hundía, no es necesario preguntar si sintió tristeza; se quedó espantado hasta el punto de que poco faltó para que cayera del caballo al suelo. Cuando recobró la palabra dijo entre suspiros:

—¡Ay Dios, qué mal empieza a irme todo!

Entonces vuelven las riendas y se meten campo a través por el lado de la izquierda. Lanzarote lo sigue picando espuelas, tan triste que no sabe qué hacer; sin embargo, se esfuerza mucho en reconfortar a Galahot, a quien dice:

—Señor, no suele ocurrir que un hombre de tan elevada condición como vos se desconsuele por cualquier desgracia que le ocurra en sus posesiones, siempre que él mismo y sus amigos permanezcan sanos. Es el malvado el que debe temer la pérdida de sus riquezas más que la de su propia vida, pues sólo vale por lo que tiene y un corazón malo no puede empeorar. Bien podéis ver ahora que Dios os ha mostrado un gesto de amor, ya que vuestro cuerpo, vos mismo, no estabais dentro.

Galahot al oír tales palabras lo mira y empieza a sonreír como con burla, y le responde:

—¿Cómo, mi dulce amigo, pensáis que me he sorprendido porque mi castillo se ha hundido? Ciertamente, aunque valiera tanto que lo pudiera oponer a todos los castillos

del mundo, no me entristecería más que ahora. Os mostraré algo de lo que piensa mi corazón, pues nadie me vio jamás ni espantado ni meditabundo por haber perdido tierras o riquezas; y del mismo modo nunca mostré alegría ni hice fiestas por nada de lo que gané, a no ser por una sola cosa: por vuestra compañía. Pero mi corazón desmaya porque adivina que me van a venir grandes males.

—Señor —contesta Lanzarote—, muchas veces ocurre que el corazón del hombre se encuentra más a disgusto en un momento que en otro, y del disgusto del corazón se pasa al cuerpo; el corazón de un hombre valiente no debe predecir nunca el miedo, sino la valentía, y debe impulsar a superarlo y a ir más allá.

—Mi dulce compañero, mi corazón no siente miedo por lo que pueda llegar, si no es por dos cosas: por vos y por mí, y tanto sentiría la desgracia del uno como del otro; mi amor es tal que después de vuestra muerte no desearía que Dios me dejara vivir un solo día. Temo perderos en algún momento y que seamos separados por la muerte o por cualquier otra desgracia. Tened por seguro que si mi señora la reina tuviera el corazón tan inclinado hacia mí como yo lo tengo hacia ella, no me privaría de vuestra compañía para dársela a otro, aunque yo no hubiera hecho más por ella que haber procurado su voluntad y vuestra alegría. Sin embargo, no debo recriminarle nada si quiere que su corazón esté más a gusto que el corazón de los demás: en cierta ocasión me dijo que no se podía mostrar gran generosidad con algo de lo que uno no pudiera privarse. Ahora me doy cuenta: quiero que sepáis que en el momento que yo pierda vuestra compañía, el mundo perderá la mía.

—En verdad, señor —responde Lanzarote—, si Dios quiere, la compañía de nosotros dos nos quedará rota, pues vos habéis hecho tanto por mí que yo no me atrevería a hacer nada que fuera en contra vuestra; me hice de la mesnada del rey Arturo sólo por cumplir vuestra voluntad, y sobre todo la de mi señora, pues nunca en mi vida lo hubiera hecho por propia voluntad.

De tal modo fueron hablando durante mucho rato y Lanzarote lo consolaba como podía, hasta que mostró mejor cara. Entonces le pregunta en qué lugar quiere quedarse a dormir.

—Iremos —le contesta Galahot— al campo que hay junto a Tesseline.

Tesseline era un castillo suyo, que tenía ese nombre, situado junto a un gran río, con un prado alrededor, grande y hermoso. Galahot ordena entonces a sus cuatro escuderos que vayan por delante para que preparen en el castillo todo lo que sea necesario de comida y otras cosas. «Pero procurad que encuentre el alojamiento bien dispuesto en la casa de religión que hay en el lindero del bosque, en la que me curaron antaño; después iré allí junto con mi compañero. Cabalgad ahora con rapidez y procurad que todo quede dispuesto».

Al punto se marchan los escuderos tal como su señor les había ordenado, mientras que ellos dos cabalgan tranquilamente hablando de sus asuntos y aconsejándose

mutuamente. Cuando llegaron a la casa de religión en la que iban a pasar la noche, ya era hora y momento de alojarse; encuentran que está dispuesto todo lo que necesitan, pero los frailes se admiran de que su señor venga tan solo: nunca lo habían visto cabalgar sin una gran compañía de caballeros. Esa noche Galahot tuvo mejor cara que habitualmente y comió más que ningún día desde que salió de la corte. A pesar de todo, se esfuerza en mostrar mejor aspecto de lo que el corazón le impulsa a hacer, para consolar a Lanzarote. Por la mañana, Galahot envió a uno de sus escuderos a Sorhaut, que era la ciudad principal del reino de Sorelois, e hizo saber a sus gentes que debían esperarle allí o que fueran en su búsqueda a Alantine, que es la primera ciudad que se encontrarían en el camino.

Cuando Galahot se levantó bien tarde, con el sol brillante, oyó misa de Espíritu Santo y de la Virgen María. Después, atravesó el río que corría por el extremo del bosque, pasando por el vado que había junto a la casa de religión, pues no deseaba seguir ningún camino ya que iba tan solo. Ese día no comieron hasta el atardecer, y Galahot llegó por la noche a casa de un vasallo suyo junto al mismo río. El día siguiente se levantó tarde, ya que hasta Alantine no había más de quince leguas inglesas. Después de oír la misa, cabalga sin detenerse llegando a Alantine entre la hora de nona y la de vísperas; a unas dos leguas de la ciudad se encontró con el señor de aquella tierra y los demás caballeros que lo acompañaban. El señor lo había criado de niño y era uno de los hombres más fuertes del mundo, y uno de los más leales y fieles de Galahot; al verlo empezó a llorar mientras lo besaba con la cara entristecida. Galahot se sorprende y le pregunta qué le ocurre, diciéndole que no le mienta por la fe que le debe.

—Señor —le contesta—, he tenido el mayor miedo que jamás tuve por vos, y esta mañana mismo no hubiera creído a nadie que me hubiera dicho que no estabais muerto o malherido, pues os han ocurrido esta semana más desgracias de las que pensáis.

Al oír tales palabras, Galahot se quedó sorprendido, tira del freno y siente gran miedo por las malas noticias que espera, de tal forma que durante un gran rato pierde el habla y el color. Cuando puede volver a hablar le dice al anciano:

—Mi buen maestro, ¿qué es lo que he perdido? Decídmelo. ¿He perdido a alguno de mis más íntimos amigos? Por la fe que me debéis, no me ocultéis ninguna cosa.

—No, señor —le contesta el anciano—, no habéis perdido a ninguno de vuestros íntimos amigos.

Galahot pica espuelas a su caballo y empieza a alejarse; y conforme encuentra a sus caballeros los saluda y abraza, expresándoles una gran alegría, pues quiere ocultarles a todos su pensamiento. Al ver al anciano vuelve a acordarse de todo y moviendo la cabeza dice:

—Buen maestro, hasta el día de hoy os había tenido por hombre fuerte, pero ya no

puede ser. ¿Cómo pensáis que cualquier pérdida iba a resultar grave al corazón, si no es algo que afectara directamente al corazón mismo? Ahora sé que la pérdida es de tierras o de riquezas, y vos deberíais conocerme lo suficientemente bien como para saber que mi corazón nunca sintió una gran alegría por ganar tierras, ni tuvo gran dolor al perderlas: ya podéis decir tranquilamente qué es lo que he perdido, pues nada me preocupa.

—Señor —le contesta el anciano—, no es una pérdida tan grande como admirable, pues resulta digna de admiración, ya que nunca en mi vida oí hablar de nada semejante: en todo el reino de Sorelois no ha quedado un sólo castillo en pie al que no se le haya hundido la mitad, y esto ha ocurrido en los últimos veinte días.

—Es una cosa que me preocupa poco, pues yo mismo he visto cómo se hundía la fortaleza que más estimaba en el mundo, y mi corazón no se sintió a disgusto entonces. Os diré el porqué ante mis gentes que aquí cabalgan. He sido el hombre más digno de admirar de cuantos han existido, y he tenido el corazón más admirable, de tal forma que de haber estado en un cuerpo pequeño no sé cómo lo habría podido resistir, pues no hubo una gran empresa ante la que me sintiera cobarde o perezoso, y siempre estaba dispuesto y deseoso de hacer más de lo que mi corazón concebía. Así debe ser el corazón que desea sobrepasar a todos los demás corazones en obras, y debe saber que del mismo modo que los demás corazones son más pobres que él, así también necesita más consejos. No os debe extrañar, pues, que las mayores maravillas de las que habéis oído hablar ocurran en mis dominios: ya que he sido el hombre más digno de admiración, así me deben ocurrir las cosas más admirables.

Galahot habla de tal modo al anciano, hasta que llegan a Alantine; salen a su encuentro las gentes de la ciudad muy contentas con su llegada, pues por toda la tierra se tenía gran miedo de lo que le podría haber ocurrido, debido a las maravillas que estaban pasando. Por la noche, Galahot se esforzó en mostrar buena cara, y la mañana siguiente ordenó a sus gentes de letras que escribieran cartas que hizo mandar a todos los nobles que habían recibido tierras por su mano, para que acudieran a presentarse antes de Navidades en la ciudad de Sorhaut, y que cada uno llevara a los mejores consejeros que pudieran encontrar, ya fueran clérigos o caballeros.

A continuación, envió cartas al rey Arturo en las que le pedía y rogaba, como a su señor y su amigo que era, que le mandara a los clérigos más sabios de su tierra y a los mismos que le habían revelado su sueño, pues tenía mayor necesidad de ellos que nunca hasta entonces.

Aquí, la historia deja de hablar de Galahot y de su compañero y vuelve al rey Arturo y a la reina Ginebra.

LXXIV

Cuenta ahora la historia que el rey Arturo estaba por aquel entonces en Camalot; allí fue el que llevaba las cartas de Galahot. El rey recibió las noticias con gran alegría; la reina y la dama de Malohaut se pusieron más contentas que nadie. Pero no pasó mucho tiempo antes de que su alegría se volviera en gran tristeza, pues apenas el mensajero le había contado las nuevas al rey, una doncella se presentó con gran altivez a éste ante todos sus caballeros. Tras ella iba mucha gente, pues entre caballeros y servidores había más de treinta, y eran todos de su séquito.

La doncella era de extraordinaria belleza. Se presentó al rey bien acicalada, con cota y manto de un rico tejido de seda. Llevaba una trenza larga y gruesa, resplandeciente y clara. Cuando los caballeros la ven llegar, le abren paso, y no hay ninguno, por noble que sea, que no se ponga en pie: todos piensan que es la dama de más alta condición del mundo. Una vez ante el rey, se quita la toca que aún llevaba cubriéndole la cabeza y la arroja al suelo a sus espaldas. Hubo muchos que intentaron recogerla, pues eran muchos los que la seguían, tanto de los suyos como de los otros.

Cuando se quitó la toca, todos los que la vieron se quedaron admirados por la gran belleza que había en ella. Empezó a hablar en voz tan alta que todos pudieran oírla, y dijo con orgullo:

—Dios salve al rey Arturo y a su compañía, salve el honor y la razón de mi señora. El rey Arturo sería el hombre que más vale del mundo, si no fuera por una cosa.

—Doncella —le contesta el rey—, sea como sea, que Dios os dé buena ventura; que el honor y la razón de vuestra señora queden a salvo en dondequiera que esté. Os agradeceré que me digáis cuál es la cosa mala que hay en mí, que me impide ser el hombre de más valía del mundo. Después, decidme quién es vuestra señora, y en qué la he ofendido, pues creo que nunca cometí agravios contra doncellas ni contra damas, y no querría cometerlos ahora, en modo alguno.

—Rey, si no os mostrara la razón de mi señora y la cosa por la que perdéis todas vuestras virtudes, habría venido en vano a la corte. No he venido aquí en busca de nada, sino por la aventura más extraña y maravillosa de cuantas han ocurrido en vuestra casa y que os asombrará a vos y a los vuestros, en cuanto conozcáis la verdad, más que ninguna cosa que hayáis oído.

En primer lugar os diré que mi señora, la que me envía a vos, se llama reina Ginebra y es hija del rey Leodagán. Pero antes de descubrirnos la justicia que le corresponde, os entregaré unas cartas que os traigo, selladas con su sello; tenéis que leerlas ante todos vuestros nobles.

La doncella se detiene a mirarlos a todos, y un caballero canoso, de mucha edad, se le acerca para entregarle una caja muy rica, adornada con oro y piedras preciosas. La

doncella toma la arqueta, la abre y coge unas cartas que llevaban pendiente el sello de oro, y dice:

—Señor, haced que lean estas cartas tal como os he indicado, pero con la condición de que no falte ninguna dama ni doncella de aquí: todas deben estar para oír lo que dirán las cartas, pues así os lo pido en justicia. Y sabed, además, que cartas de asuntos tan importantes como éstas contienen, no deben ser leídas a escondidas; aunque estuviera presente la mayor corte que habéis juntado en vuestra vida, no habría nadie tan osado que al punto no se espantara al oírlas. Sería necesaria, pues, una gran cantidad de hombres valientes y esforzados que dieran consejo ante cosa tan admirable.

El rey mira a la doncella que habla de forma tan altiva, y se asusta, igual que todos cuantos están con él. Al punto envía en busca de la reina, de las damas y doncellas que están en sus habitaciones y hace saber por todas partes que no queden servidores ni caballeros sin ir de inmediato a la corte a escuchar las extrañas nuevas.

Cuando todos estuvieron reunidos, la doncella recomienza sus palabras y pide al rey que haga leer las cartas que le ha llevado. Éste se las entrega al clérigo que considera que habla mejor y más lleno de sabiduría. El clérigo despliega el pergamino; al leer la carta de principio a fin siente tal angustia que las lágrimas le caen de los ojos por el rostro hasta el pecho. El rey, que lo está mirando, se sorprende más que antes y todos los que lo ven sienten gran miedo. «Hablad —le ordena el rey—, pues ya me tarda demasiado en oír tales noticias».

El clérigo mira a la reina, que estaba apoyada en el hombro de mi señor Galván, y al verla se le enfría todo el corazón por la angustia que siente, y el corazón le oprime el vientre, de tal forma que no podría decir una palabra por la boca aunque en ello le fuera la cabeza; y empieza a tambalearse.

Mi señor Yvaín, que era muy gentil y discreto, se da cuenta y piensa que ha visto en las cartas alguna desgracia referida al rey; se adelanta a sujetarlo y el clérigo se desmaya entre sus brazos. El rey se sorprende más aún y se pregunta admirado qué dirán las cartas; llama rápidamente a otro clérigo y se las entrega. Éste, tras leerlas, empieza a suspirar y a llorar con amargura, arroja las cartas al regazo del rey y se vuelve con grandes muestras de dolor; al pasar delante de la reina, exclama:

—¡Ay, señora, señora, qué dolorosas noticias hay ahí!

Luego se mete en una habitación, lamentándose tanto que no puede más. La reina se queda muy extrañada.

El rey no se olvida del asunto, sino que llama a su capellán y, cuando llega a su presencia, le dice:

—Señor capellán, leedme esas cartas; os requiero, por la fe que me debéis y por la misa que habéis cantado hoy, para que me digáis todo lo que encontréis escrito en ellas, sin ocultar nada.

El capellán toma el pergamino; después de mirarlo con detenimiento, suspira

profundamente y le pregunta al rey:

—Señor, ¿tendré que leer la carta en público?

—Sí, así tiene que ser.

—Ciertamente, siento tener que decir las palabras que causarán aflicción y tristeza a todos los de vuestra corte. Si pudiera ser, os pediría por Dios que se las hicieseis leer a otro. Pero me habéis conjurado de tal forma que no puedo rehusar.

—Señor, tenéis que leerlas.

Entonces, el capellán empieza a hacerlo en voz tan alta que toda la corte lo oye, y dice así: «Señor, la reina Ginebra, hija del rey Leodagán, saluda al rey Arturo, tal como debe, y a toda su compañía de nobles y caballeros. Rey Arturo, me quejo en primer lugar de ti mismo y, después, de todos tus nobles, y quiero que sepan todos que te has comportado deslealmente conmigo, mientras que yo he sido leal contigo. Y eres tal, que no deberías ser rey, pues no es propio de reyes tener mujer en concubinato, según haces: es verdad probada que fui unida y juntada a ti en leal matrimonio, ungida y consagrada como reina y compañera del reino de Logres, en la iglesia del mártir San Esteban, de la ciudad de Logres, capital de tu reino. Poco tiempo me duró tal dignidad, pues sólo fui señora un día y una noche; entonces, fui robada y llevada fuera, por consejo tuyo o por el de algún otro. Ésa fue colocada en mi lugar, aunque era camarera y servidora mía: ahora es la Ginebra que tú tienes por esposa y por reina. Buscó mi muerte y procuró que perdiera mis posesiones, cuando debería librar su cuerpo a la muerte con tal de salvarme. Pero Dios, que nunca olvida a los que esperan su misericordia, me sacó de sus manos gracias a unos a los que amo más que nada en el mundo; y a pesar de que he vivido en el destierro y sin mis posesiones, ahora —gracias a Dios— he vuelto a recuperar mi honor y mi heredad: te requiero que de forma leal y justa, con el juicio de tu séquito y ante él, se tome venganza de tamaña deslealtad, y que ésta, que te ha tenido en pecado mortal durante tanto tiempo, sea entregada al martirio y a la destrucción, igual que ella intentó destruirme.

»Todo ello te lo hago saber a través de mi carta. Dado que con la escritura no puedo recordar todo lo necesario, te he enviado mi corazón y mi lengua, que es Clíce, prima hermana mía, la portadora de estas cartas. Te pido que la creas en todo cuanto te diga de mi parte, pues sabe tanto de mis pesares como yo misma y los conoce bien. La acompaña una persona aún más digna de creer que nosotras dos: Bertholai el Viejo, que es el caballero más experto de su edad de cuantos existen en todas las islas del mar».

Con todo esto se calla el capellán, le entrega al rey las cartas y se retira triste y pensativo. El rey se sorprende con tales noticias, y todos los demás se han quedado mudos, y no se atreven a decir una sola palabra. El rey contempla a la doncella que estaba de pie delante de él, y le dice:

—Doncella, ya me he enterado de lo que vuestra señora me ha hecho saber, y si las

cartas no han sido leídas de forma adecuada, podéis aclararlas, pues me parece que sois vos la portadora del corazón y de la lengua de vuestra señora. Desearía conocer al caballero que vale más y es más experto que nadie en el mundo.

Entonces, la doncella retrocede y coge del puño al caballero que le había entregado la carta, lo lleva ante el rey, y dice:

—Señor, he aquí el caballero que mi señora os envía como testigo y defensor de su causa.

El rey lo mira y le parece de muy avanzada edad, pues tenía el cabello cano y blanco, el rostro pálido, arrugado y lleno de cicatrices, y los pelos de la barba le caían sobre el pecho; tenía largos brazos y hombros bien formados, y está tan proporcionado en todos sus miembros, que no podríais hallar otro mejor. Era digno de admirar por su tamaño y corpulencia; iba más erguido e imponía más de lo que se podría imaginar en un hombre tan viejo.

—Ciertamente —dice el rey—, doncella, me parece que éste es de edad tan avanzada que no debería presentar querrela en la que hubiera deslealtad o traición.

—Señor, así lo afirmaríais si lo conocierais bien. Aquí no es necesario ningún testigo de su mérito, pues Dios sabe quién es bueno. Ahora os diré lo que la carta no ha contado, y que mi señora quiere que sepáis a través de mí. Creo que habéis oído bien que mi señora se queja de vos, pues deberíais ser su fiel esposo y no lo sois: es cosa sabida que, cuando fuisteis coronado como rey de Bretaña, tuvisteis noticias del rey Leodagán de Carmelida que en aquel momento era el hombre más valiente del mundo, que vivía en las islas de Occidente y que era el que mantenía con mayor honra y atenciones a los caballeros.

Fueron grandes las alabanzas que hicieron de mi señor el rey, pero todo lo superó la gran belleza y el gran mérito que os contaron de mi señora, su hija, que era la doncella más justamente apreciada entre todas las jóvenes; y vos dijisteis que no cejaríais hasta ver por qué el rey y su hija eran tan recordados en todas partes. Abandonasteis vuestras tierras, poniéndolas en manos de otro, y os dirigisteis al reino de Carmelida como si fuerais escudero vos y vuestros acompañantes; allí servisteis al rey desde Navidad hasta Pentecostés, día en que trinchasteis el pavón en la Mesa Redonda, siendo alabado por los ciento cincuenta caballeros que allí estaban sentados. Cada uno recibió la cantidad que quiso y gracias a ello vos obtuvisteis la mejor dama de cuantas hay: mi señora la reina, y mi señor el rey os concedió el don más alto que nunca se había dado por un matrimonio: fue la Mesa Redonda, que es honrada por tantos valientes caballeros.

Después, vos os llevasteis a la dama a Logres, vuestra ciudad, y allí la desposasteis, tal como cuenta la carta, y os acostasteis con ella aquella noche. Cuando volvisteis a vuestra habitación, mi señora fue traicionada, abandonada, por aquellos en quienes ella más se fiaba. Fue entonces cuando se os dio por compañera esa dama que está ahí mediante tan malas artes, pues por ella fue traicionada y metida en prisión, y esa

Ginebra piensa que mi señora murió. Pero como a Dios no le agradó que la traición quedara en secreto, ahora se encuentra con ella, pues mi señora ha logrado escapar de su prisión gracias a Nuestro Señor Dios y con la ayuda de este caballero que, por ella, se convirtió en ladrón arriesgándose a morir al sacarla a hombros, con gran peligro, fuera de la torre.

De tal modo han estado en cautiverio durante mucho tiempo ella y su séquito, y gracias a Dios sus nobles la han recobrado ahora, devolviéndole sus tierras y sus posesiones. Y si mi señora lo deseara se casaría muy bien y con riqueza, pues no hay bajo el cielo un hombre tan notable que la rechazara por razones de honor o de linaje. Sin embargo, su corazón ha decidido que, si os pierde a vos, que sois su legítimo esposo, no se casará con ninguno de los otros, pues le parece que no estaría bien situada si no es con vos, y vos tampoco lo estaríais con nadie, si no con ella. Y si estuvierais juntos, no tendríais par entre todas las gentes, siendo vos el mejor de los reyes y ella la mejor de las reinas. Por eso, mi señora os pide que volváis a la fidelidad que le prometisteis cuando se casó con vos, y que le hagáis justicia con respecto a la que le causó tal situación, a la que vos habéis mantenido contra Dios. Si no lo queréis hacer, mi señora os prohíbe, por Dios, por ella y por sus amigos, que a partir de ahora sigáis conservando el regalo lleno de honor que se os dio por ella al casaros, la Mesa Redonda, y os exige que se la devolváis tan custodiada de caballeros como cuando os la trajisteis. Y, prestad atención, que a partir de ahora no continúe en vuestra casa la Mesa Redonda, pues es de tanta importancia que sólo debe haber una en todo el mundo. Vos, señores caballeros que sois llamados compañeros de la Mesa Redonda, no os podéis volver a nombrar de tal modo hasta que se haya decidido en justo juicio a quién pertenece tan honrosa Mesa: hasta el más esforzado se puede encontrar en situación de tener que pagarlo muy caro.

Vos, señor —añade, dirigiéndose al rey—, si vos o cualquier otro de vuestra casa queréis sostener que mi señora no fue traicionada tal como habéis oído contar, estoy dispuesta a demostrároslo en vuestra misma corte o en otra, ahora mismo o a plazo fijado; la demostración no se os hará deslealmente, o por alguien que no sea noble, sino que lo probará un caballero que ha oído y visto todo el asunto. El que diga lo contrario debe saber ciertamente qué es lo que defiende, pues de esa forma se debe demostrar o discutir un hecho tan importante como éste.

Cuando la doncella terminó de hablar se quedaron todos tan mudos que no dijeron una sola palabra, y el rey estaba sorprendido: mira hacia arriba y hace el signo de la cruz frecuentemente y a menudo, teniendo por gran maravilla lo que acaba de oír: siente tal dolor y tal vergüenza por los reproches que le ha lanzado la doncella, que poco falta para que enloquezca, y sin dificultad se puede apreciar por el aspecto de su rostro que el corazón no está a gusto.

—Señora —le dice a la reina—, avanzad, pues es justo que lo escuchemos de vuestra

boca. Defendeos de esta acusación, pues, por Dios, si sois tal como ha dicho la doncella, os habréis merecido la muerte más que todas las pecadoras que han existido, y además habréis engañado al mundo de forma muy fea, porque se os ha tenido como la dama de mayores merecimientos, mientras que erais la más desleal y la más falsa, si es verdad.

La reina se pone en pie, sin aparentar ningún miedo; hacia ella se dirigen reyes, condes y otros nobles. Mi señor Galván iba delante, con una vara en la mano, tan encendido por la gran cólera que tiene, que parece que la roja sangre le va a saltar por la cara.

La reina llega ante el rey y se mantiene en pie; mi señor Galván toma la palabra, dirigiéndose a la doncella que había contado estas noticias:

—Doncella, queremos saber si acusáis a mi señora la reina, que aquí está.

—No acuso a la reina —responde—, pues no la veo aquí, sino a esa dama de ahí, que fue la que traicionó a su señora y a la mía.

—Mi señora —contesta mi señor Galván— está libre de toda traición, por Dios, y será defendida. Y sabed que por poco no me habéis llevado a donde no puedo ser llevado por ninguna mujer, y de no haber sido más por la vergüenza de mi señor que por la mía propia, hubiera hecho que os dierais cuenta de que habéis cometido y realizado la mayor locura que hizo una doncella: aunque todos los de vuestra tierra lo juraran, no harían que fuera verdad lo que acabáis de atestiguar.

Señor —añade—, aquí estoy dispuesto a defender a mi señora frente a un caballero o más, según dispongáis, y estoy listo a probar que no tiene culpa en la deslealtad de la que la ha acusado la doncella, y que es vuestra esposa, vuestra compañera, ungida y consagrada legalmente como reina.

—En verdad —responde la doncella—, señor caballero, estáis dispuesto a defender lo contrario, pero sería razonable que supiéramos vuestro nombre.

Le contesta que su nombre nunca fue ocultado a ningún caballero y, mucho menos, a una doncella, y le dice que se llama Galván. Entonces, la joven se sonríe, contestando que Dios salve a mi señor Galván, «ahora estoy más a gusto que antes, porque conozco vuestro nombre y sé que sois tan valeroso y noble que no juraríais en falso ni a cambio de todo el reino de Logres. Y sé, también, que no combatiríais por nada del mundo después de haber jurado. Sin embargo, muchos hombres son más alabados de lo que merecen; con el tiempo veré quién se atreve a defenderlo: que se guarde bien quien lo haga. Y si vos tuvierais ahora más valor del que tenéis, combatirías cuerpo a cuerpo en batalla campal, llegado su momento, si os atrevierais a hacerlo». A continuación, la doncella coge de la mano al caballero que se llama Bertholai el Viejo y llevándolo ante el rey, le dice:

—Bertholai, en vuestro nombre y en el de mi señora retad personalmente a mi señor Galván o a cualquier otro caballero, si es que hay alguno que se atreva a

defenderlo en esos términos frente a vos.

Al punto se arrodilla el caballero ante el rey y se ofrece a combatir, tal como la joven le había dicho. Mi señor Galván lo mira y le molesta que sea tan viejo. Dodinel el Salvaje estaba sentado a los pies del rey; al ver al caballero tan anciano, lo tiene a despecho, y dice:

—Señor caballero, ¿queréis librar batalla a vuestra edad? ¡Sea afrentado el valiente que combata contra vos! Traed de vuestra tierra al mejor caballero que haya, y mi señor Galván luchará contra él. Si queréis os daremos otra ventaja más: si hacéis que vengan los tres mejores, mi señor Galván combatirá con mi ayuda, que soy el peor de los ciento cincuenta caballeros de la Mesa Redonda.

—Señor caballero —le responde la doncella—, porque pensé que era el mejor caballero de mi tierra lo traje; si teméis por mi señor Galván, luchad por él.

Dodinel se pone en pie y jura por Dios que no combatirá con el viejo más de lo que lo haría con un hombre muerto, «y no estaré en ningún lugar en el que mi señor Galván se enfrente con él». Se da la vuelta y escupe en el suelo a un lado, despreciándolo; apenas se ha alejado un poco, regresa y dirigiéndose al rey, le dice: «Señor, ya he pensado quién combatirá contra este caballero: Rioul de Caus, que no es demasiado joven, y que ya era apreciado por su valor con las armas antes de que vuestro padre fuera caballero, y hace más de diez años que no se levanta de la cama. Juntadlos, si queréis ver combatir a dos muertos».

Todos los que oyen estas palabras se echan a reír. Sin embargo, el caballero viejo se mantiene de rodillas ante el rey y exige su combate. El rey pondría paz en el asunto, si pudiera; lo levanta dándole la mano y le dice a la doncella: «Mi dulce amiga, he oído, y me doy por enterado, la queja presentada por vuestra señora mediante esas cartas que habéis leído. Pero no quiero llevar a cabo una cuestión tan importante como es ésa sin tomar consejo y sin juicio, pues no querría ser censurado por tratar bien a la reina, ni por hacer injusticia a vuestra señora. Os emplazaré para un día en que estén conmigo todos mis nobles, no será dentro de mucho tiempo. Decidle a vuestra señora que fijo como plazo el día de la Candelaria; estaré en Bredigán, en la marca de Irlanda y Carmelida; allí reuniré a mi corte y tendré el mayor consejo que pueda. Que ella acuda con todos los suyos, pues deseo que entonces termine el asunto mediante el juicio de mi corte y de la suya. Pero decidle que se guarde de acusar de algo que no pueda probar, pues por la fe que le debo al Creador del mundo, cualquiera de las dos que sea culpable de esta traición, por nada escapará a mis manos sin que tome la venganza correspondiente al daño realizado, y será tal que se seguirá hablando de ella después de mi muerte. Y vos, señora —le dice a la reina—, disponeos a defenderos».

Ella le contesta que no buscará mejor consejo, sino que está dispuesta a acatar el juicio de su casa, y añade que Dios le envíe honor, pues es inocente.

A continuación, la doncella se despide y regresa a su país; todos los que la ven

marchar la maldicen a la vez que ruegan que no quiera Dios que vuelva. El rey, por su parte, se queda con sus gentes muy preocupado; no hay nadie que haya oído las noticias que no tema que puedan ser verdad.

La mañana siguiente pidió licencia el mensajero de Galahot, y el rey le entregó los diez clérigos más sabios que le indicaron. Con esto, se marcha el mensajero acompañado por los clérigos.

La historia deja ahora al rey y vuelve con Galahot.

LXXXV

Cuenta ahora la historia que Galahot sigue en el reino de Logres con su compañero hasta que regresa de la corte el mensajero que le da la noticia de la acusación que se le ha hecho a la reina. Al enterarse, Galahot se alegra y lo siente: lo siente porque está seguro de que Lanzarote sufrirá pena y tristeza en cuanto oiga la verdad; por otra parte, se alegra porque gozará durante más tiempo de la compañía de Lanzarote, si el rey y la reina llegan a separarse. A todos los que están con él les prohíbe que descubran estas noticias a Lanzarote, pues siente gran miedo por la aflicción que le puedan producir. Pero no se las podrán ocultar durante mucho tiempo, pues se entera de inmediato: tuvo el mayor dolor de toda su vida.

Al punto le da la mano a Galahot y se lo lleva a una habitación para hablar en privado con él: se le ve bien en la cara que está muy afligido, y Galahot se da cuenta; por eso, le pregunta:

—Mi buen amigo, ¿quién os ha causado dolor?

—Señor, noticias que he oído y que creo que me darán la muerte.

Con estas palabras, Galahot no duda que Lanzarote ha oído las noticias de la reina, y siente un gran pesar, pues, de haber podido, se las habría mantenido ocultas. No obstante, le pregunta qué noticias son ésas, como si no las conociera. Él le cuenta la verdad de principio a fin, tal como había ocurrido todo.

—Ciertamente, mi dulce amigo —le contesta Galahot—, hace tiempo que lo sabía, pero no me atrevía a decíroslo, pues estaba seguro de que sentiríais un gran dolor: hasta tal punto conozco vuestro corazón. De todas formas, deberíais desear la separación del rey y de la reina, pues de ese modo alcanzaríais los dos el gozo completo para siempre.

—Ay, señor, ¿cómo podría estar alegre mi corazón si el de mi señora no está a gusto?

—No es eso lo que os digo; no os digo que podáis obtener alegría sin que ella esté contenta; pero su corazón en el fondo es tan sincero como por fuera, y estoy seguro de que preferiría ser dama de un pequeño reino con vos, a ser reina de todo el mundo sin vuestra compañía. Si queréis vos y ella, os aconsejaré lo mejor que pueda. Por ahora os digo que habéis sido los enamorados más afortunados que ha habido, y si seguís mis recomendaciones y mi consejo, aún llegaréis más arriba.

—En verdad, tengo tan gran necesidad de consejo como quien está completamente desesperado, y nunca me consolaré de las desgracias que le sobrevengan a mi señora, si ella no se consuela antes.

—Escuchad de qué modo puede alcanzar el consuelo si ocurre que mi señor el rey se separe de ella, que Dios no lo quiera, aunque vos lo deberíais desear: yo le daré el reino más hermoso y mejor abastecido de cuantos hay en los dominios de Bretaña, y de cuantos tengo: es el reino en el que estamos. Se lo entregaré, mediante juramento sobre

los Evangelios, la próxima vez que la veamos. Si todo ocurre tal como hemos dicho, que se venga aquí y que sea señora no sólo de Sorelois, sino de todas mis tierras. Entonces, podréis estar juntos frecuentemente, y gozar al descubierto de todo lo que ahora tenéis de tarde en tarde, y a escondidas. Y si deseáis que vuestra alegría dure siempre sin villanía ni pecado, os podréis unir en matrimonio, pues nadie encontraría mejor dama para casar, ni mejor caballero: tal es mi consejo para hacer que vuestro amor dure para siempre.

—Ay, señor, es el consejo que más me agradaría seguir, si mi señora lo quisiera igual que yo. Pero hay un gran peligro, que me preocupa: el rey ha jurado sobre los Evangelios que la hará destruir, en cuanto se pruebe que es culpable. Estoy dispuesto a que no muera ella sola, si Dios, a quien me he encomendado, así lo permite. Y os ruego por Dios, primero, y, después, por ella, que os ha amado tanto, y por el amor que me tenéis, que en un solo día os costó la posesión de treinta reinos que habéis conquistado con gran esfuerzo.

Con estas palabras se echó a llorar, y no pudo seguir hablando; con las manos juntas se arrodilló ante Galahot, que al verlo así no lo pudo tolerar y, levantándolo por los brazos, llora amargamente con él: sienten tal dolor los dos, que se desmayan a la vez sobre una alfombra y así permanecen durante gran rato. Al volver en sí, se lamentan con amargura. Galahot, que era más fuerte y que dominaba más sus impulsos, empieza a consolar a Lanzarote diciéndole:

—Mi dulce amigo, consolaos y no temáis por nada de lo que me habéis dicho, pues lo resolveré tan bien que ningún hombre mortal lo podría hacer mejor; y no habrá nada que quisierais que se hiciera, que al momento no sea hecho mediante ingenio o a la fuerza, aunque ello me costara perder primero mis tierras y luego a mis amigos más íntimos y, después, mi propia vida. Y ya que sabéis que no estimo ninguna cosa más que a vos, debéis intentar hacer algo que me agrade y esforzaros con todo vuestro poder para salvarme la vida; si queréis hacerlo, lo lograréis sin dificultad: os diré cómo. Es verdad, y bien lo sabéis, que he hecho muchas cosas por vos, que se me han reprochado como deshonorosas más que como algo digno de honor, como locuras más que como acciones de cuerdo. No digo —por Dios— que no haya hecho por vos nada que yo no considere honrado y provechoso, y no desearía tener todas las tierras que hay bajo el cielo a cambio de perder vuestra compañía y vuestro amor. Si me otorgáis lo que os voy a pedir, me recompensaréis de todos los trabajos; cuando os pierda, moriré sin remedio. Por eso os ruego por Dios que os esforcéis todo lo posible para que nuestro amor no se parta y para que cuando estéis con mi señora la reina, le digáis que nos deje estar juntos, pues así os lo he pedido, y yo se lo rogaré por mi parte. Si os amáis los dos, vos deberíais desear su compañía siempre, y así permaneceríamos juntos los tres, sin tener que separarnos. Y sabed que había pensado hacer una cosa en breve, aunque lo dejé por no entristeceros; nunca en mi vida he cometido ninguna traición, ni felonía,

pero hubiera hecho ésta impulsado por el miedo a morir y forzado por amor. Os voy a decir qué era lo que tenía pensado hacer.

Había pensado que la primera vez que el rey Arturo viniera hacia esta marca, yo cabalgaría tan rápido como me fuera posible, y sin detenerme ni de día ni de noche, le sorprendería antes de que recibiera noticias mías; iría a su casa con cien de mis mejores caballeros, y dejaría a los demás en el bosque más cercano que supiera, para tenerlos a mi disposición; los que fueran conmigo irían armados por debajo de los vestidos. Haría que prendieran por la fuerza a mi señora la reina, sin ser reconocido por nadie; luego, haría que la trajeran a esta tierra: de ese modo conseguiría teneros siempre a vos y a vuestro corazón. Pero después pensé que esta traición sería demasiado fea y si, por casualidad, se enfadaba mi señora, vos enloqueceríais y moriríais, pues os conozco bien y sé que nada os haría morir, sino su enfado.

—Señor —le responde Lanzarote—, por Dios, me hubierais dado la muerte, de haberlo hecho así; no se puede emprender tal cosa sin su permiso, pues si no lo deseara, yo no tendría gozo nunca más.

—Que Dios me salve —contesta Galahot—, no os habría hecho pasar tal sufrimiento, porque en cuanto hubiera visto vuestro dolor, habría abandonado mis propósitos y por nada del mundo los hubiera llevado a cabo: todo lo bueno que he hecho en mi vida se habría convertido en malo por esa maldad. El corazón lleno de malestar con frecuencia se deja llevar por malas tendencias para estar a gusto.

Los dos compañeros hablaron mucho de sus pesares, y se consuelan el uno al otro lo mejor que pueden. Luego, Galahot llama a los clérigos que le había enviado el rey Arturo, y hace que se presenten a él, para contarles sus preocupaciones. Cuando llegan se los lleva a la capilla, de forma que, de toda la gente, sólo queda Lanzarote. Después de cerrar bien las puertas empieza a hablarles como hombre discreto, pues es uno de los que mejor hablaban en el mundo, y de lengua más hábil: «Señores —comienza diciéndoles—, mi señor el rey Arturo os ha enviado aquí porque os necesito; se lo debemos agradecer: yo, porque os ha enviado a que me socorráis en mi necesidad; y vosotros, porque os tiene por los clérigos más sabios de sus dominios; os ha hecho el mayor honor que os podía hacer y a mí, el mayor servicio, pues en este momento lo único que necesito es consejo; todo lo demás ya lo tengo. Tengo bosques y tierras, y gran abundancia de bienes, suficientes para cualquiera que sea más noble que yo; mi corazón y mi cuerpo me bastarían, si estuvieran a gusto; tengo por amigos íntimos a muchos hombres valientes. Sin embargo, todas las riquezas que poseo de nada me sirven, al contrario, me perjudican, pues si sólo tuviera la vigésima parte, estaría menos a disgusto que ahora, que tengo una enfermedad contra la que no me pueden ayudar las riquezas. Es una enfermedad completamente distinta a todas las enfermedades, porque soy grande y fuerte, como podéis ver; pienso que estoy sano y bien en todos mis miembros, y nunca emprendí nada que tuviera que ver con la fuerza del cuerpo, que no

me atreviera a hacerlo ahora. Pero en el corazón me ha entrado una enfermedad que me destruye de tal modo que he perdido las ganas de comer, de beber y de descansar en cama; no sé de dónde me ha podido llegar, aunque creo que se ha debido al miedo que tengo por una noticia que recibí, si bien es cierto que no sé si ha sido antes el miedo que la enfermedad o la enfermedad que el miedo: todo me ha llegado a la vez. Os he hecho venir por eso; tal es el asunto en el que quiero que me aconsejéis, y que tanto me preocupa. Os ruego que me deis consejo por Dios, en primer lugar, y por amor al rey Arturo, después, y por vuestro honor, y para que os ganéis para siempre a un hombre como yo».

Luego, Galahot se calla. Entonces toma la palabra un sabio clérigo de avanzada edad llamado Heliés el Tolosano: «Señor —dice—, no será fácil que encontréis quien os aconseje sobre esa enfermedad, si no se presenta de forma más clara, pues muchas veces sucede que el corazón padece una enfermedad contra la que de nada sirven las medicinas del mundo, y entonces es necesario aplicar la medicina de Nuestro Señor, que son súplicas, oraciones, limosnas, ayunos, acercamiento a Dios y consejo de religiosos. Sin embargo, hay otra enfermedad que se puede medicinar con obras terrenales: es la tristeza de corazón. Cuando el corazón está enfermo y se cura mediante la venganza del daño que ha recibido, rápidamente cambia todo y se recupera la salud; es como si mañana se os hiciera una afrenta y os trataran de forma vil: vuestro corazón no volvería a estar a gusto hasta que recuperara la honra que le habían quitado; es devolver honra por honra; vengándose, quedaría libre de la suciedad y del veneno que tenía en sí, que lo convertiría en hombre desquiciado, ajeno a su propia cólera; cuando vuelve a su preocupación, el corazón se carga con todas las aflicciones y con todos los males del cuerpo: aunque se golpee el cuerpo, no es tan fácil castigar al corazón, que es tan orgulloso que se queda con toda la afrenta que se le hace al cuerpo. Y el cuerpo no es más que cosa del corazón y, como tal, es honrado por los buenos y vilipendiado por los malos. Cuando el cuerpo ha sido golpeado y maltratado, por pronto que se cure, el corazón no lo olvidará: siempre desea el mal, siempre recuerda la afrenta con la que se medica, y no sanará hasta que se haya vengado, tal como os he dicho. Esa es la fuerza y el poder del corazón.

»Ahora os hablaré de la tercera enfermedad que hace que el corazón se encuentre a disgusto; es un mal que afecta a las gentes jóvenes, y tiene tal fuerza que no hay medicina que lo cure, si no difícilmente: es el mal de amor. El amor es una cosa que sobreviene por el bienestar en que se encuentra el corazón y debido a la participación de los ojos y de los oídos. Cuando el corazón es atizado por ellos, en los que ha entrado el amor, entonces, persigue a su presa y, si la alcanza, sanará completamente o morirá. No es fácil volverse atrás, pues una vez alcanzada la presa, cae prisionero de tal forma como si hubiera fracasado en su intento y sólo se encuentra a gusto con lo que le ocurre en su prisión: siente alivio y alegría como si oyera dulces palabras y tuviera la

buena compañía que deseaba alcanzar. Ajeno a cómo se encuentre el corazón, el cuerpo sólo dispone de la vista y del oído; y entre todas las alegrías tiene sufrimientos y dolores que se lo repiten con frecuencia, temiendo perder lo que más quiere y con miedo a malas razones: esos son los dolores que padece el corazón y que impiden que el cuerpo se cure.

»Ya os he contado cuáles son las tres enfermedades del corazón. La primera de ellas se cura mediante limosnas y oraciones; la segunda, tomando honra por honra. La tercera es la más peligrosa, pues ocurre a menudo que el corazón no desea sanar, aunque pueda: por eso, pocas veces se cura, porque prefiere el daño a la salud. Como decís que padecéis del corazón, por eso os he explicado las tres formas posibles, y sólo podéis estar enfermo de una de ellas. Explicadnos algo más de vuestro mal, y cómo lo sentís; y si es tal que pueda ser sanado por los conocimientos del clero, os aliviaremos sin esperar a más, pues pienso que aquí están los clérigos mejores y más instruidos de cuantos hay hasta el mar de Bretaña, y los que han dado mayores muestras de santa vida y de sabiduría».

—Que Dios me ayude —dice Galahot—, buen maestro, os creo y aunque sólo supiera de vos el asunto que de forma tan admirable habéis explicado, seguiría cualquier consejo vuestro aun cuando de él dependiera mi vida o mi muerte. Os diré en qué consiste mi enfermedad y cómo me ha llegado; os lo diré primero a vos y después a los demás, pero debéis jurarme sobre los Evangelios que me descubriréis toda la verdad, sin ocultarme nada de cuanto lleguéis a saber mediante vuestros conocimientos, sea para alegría o sea para tristeza.

Entonces se lo juran sobre los Evangelios, tal como les había rogado, y a continuación, les dice: «Señores, he tenido un sueño que me ha causado un gran espanto, y no hace mucho he vuelto a soñar lo mismo por segunda vez». Y se lo cuenta a continuación, según lo habéis oído en otro momento. Al terminar, todos se admiran y se dicen que es un sueño muy extraño. Maestro Heliés toma la palabra y empieza a hablar: «Señor, para saber una cosa tan importante será necesario tomar el tiempo que haga falta y considerar qué sentido final podría tener: por eso, tenéis que darnos un descanso antes de que os expliquemos el sueño, para evitar que tomemos una decisión precipitada debido a la prisa, pues no hay en el mundo ningún filósofo tan lleno de saber, que no se viera obligado a estudiar mucho en este asunto».

Galahot les pregunta entonces qué plazo desean, y ellos le responden que sólo nueve días. Se lo concede, «a condición de que entonces me digáis, sin más retrasos, qué habéis descubierto». Así se lo prometen.

A continuación, los clérigos se van de la capilla. Pasan los días y se va acercando el término que Galahot había puesto para la reunión de sus nobles. Mientras, los clérigos se esfuerzan en descubrir el asunto: cada uno de ellos entra en una habitación vacía, tranquila y alejada del ruido de la gente. Ven que se trata de algo admirable y son

muchas las enseñanzas que de ello sacan. Llegado el noveno día se reunieron todos y cada uno de ellos dijo lo que le parecía y le contaron a Maestro Heliés sus hallazgos. Él les respondió que ya era el momento. De tal forma estuvieron hasta el fin del plazo, en que Galahot los llamó y les preguntó a qué conclusiones habían llegado.

El primero le contesta que no ha llegado a nada que sirva para explicar el sueño.

—Esto no puede quedar así —le dice Galahot—; bien sabéis que me jurasteis sobre los Evangelios que me diríais la verdad en todo, sin ocultarme nada. Tal como jurasteis sobre los Evangelios que me diríais la verdad en todo, sin ocultarme nada, ahora debéis cumplirlo cada uno, pues si no os tendré a todos por perjuros.

Entonces, el primero que había hablado vuelve a tomar la palabra y dice que en su interpretación había visto una gran maravilla, «pero ciertamente no sé a qué se puede referir, pues se trata de una visión admirable; os diré qué era. Me pareció que yo estaba viendo cómo llegaban desde las islas un león y un gran séquito de animales, y desde la parte de oriente se acercaba otro león con corona, también con un gran acompañamiento de animales, aunque eran menos que los que llegaban de occidente. Cuando se reunieron todos se atacaron los unos a los otros, y llevaban la peor parte los de oriente, hasta que bajó de una montaña un leopardo grande, fiero y valeroso; atacó a los animales de occidente y, apenas había llegado, los detuvo y paró a todos él solo. El león, que era señor de los otros animales, se acercaba al leopardo, dándole las mayores muestras de alegría que puede dar un animal a otro, y luego iba a donde estaba el león que llevaba la corona y le besaba el cuello; a continuación, el coronado pasaba por encima de él, y lo mismo hacían los demás animales de su séquito con los otros. Eso fue lo que vi, pero por más que busqué no he conseguido saber quiénes eran los dos leones y el leopardo.

—Decidme —le pide Galahot—, por vuestro juramento, si visteis algo más.

—Señor, sí. Vi que el león que era tan fuerte, y que se había humillado ante el pequeño, se llevaba al leopardo a la tierra de la que venía, y permanecían durante mucho tiempo juntos, hasta que el leopardo se iba: entonces, el león se quedaba triste que se hinchaba hasta morir. Eso fue lo que vi; mi visión no duró más.

Luego guardó silencio y no siguió hablando. Era muy buen clérigo, y se llamaba Bonifacio el Romano. Galahot se quedó pensativo durante un buen rato y permaneció así, como desvanecido, sin decir una palabra. Cuando volvió a hablar se dirigió a otro clérigo, que estaba sentado a su lado; se llamaba Maestro Elimás y había nacido en Radole, en Hungría.

—Decidme, Maestro, ¿qué habéis hallado?

Le contesta del mismo modo que el otro, «pero sé quién era el león de la corona: era mi señor el rey Arturo y vos erais el que llegaba de occidente. Sin embargo, no he podido averiguar quién era el que tenía el aspecto de leopardo, aunque sé qué ocurrirá con la compañía que os dais los dos. Ahora desearía que considerarais cumplido mi

juramento, si no tengo que hablar del resto.

—Eso no puede ser —le contesta Galahot—; contad lo que falta.

—Pues os digo que al final moriréis por él. Así será, o nunca supe nada de clerecía.

De este modo habló, y dijo que no había podido saber ninguna otra cosa.

A continuación, tomó la palabra otro, que era muy sabio, y lo explicó todo igual que éste, y lo mismo hicieron los demás, hasta siete. El octavo dijo más cosas. Había nacido en el reino de Logres, en un castillo que hay a siete leguas inglesas del lugar que Merlín llama Castillo del Vado de los Bueyes, a donde dice que descendería toda la sabiduría cuando se acercara el final: ese castillo se llamaba Sindenort. El clérigo recibía el nombre de Maestro Petronés; fue el que puso por escrito las profecías de Merlín, y el que tuvo la primera escuela en Oxford. Petronés era hombre sabio en las siete artes, aunque había aplicado su conocimiento, sobre todo, a la astronomía, que prepara al hombre para saber las cosas ocultas que han ocurrido o que van a ocurrir. Cuando los otros siete hubieron hablado, él tomó la palabra y le dijo a Galahot: «Señor, hemos estudiado vuestro sueño hasta que hemos sabido de él todo lo que nuestro conocimiento nos permite; ya habéis oído a uno de estos buenos clérigos que uno de los dos leones es mi señor el rey Arturo, y que vos sois el otro. Con respecto al leopardo, os voy a decir lo que sé. Sin duda, el leopardo es el animal más fiero de cuantos existen, después del león, y es el que puede hacer mayor daño con sus dientes y garras, y por la agilidad de su cuerpo; aquí, el leopardo representa al que hizo la paz entre vos y mi señor el rey, y fue el que consiguió que vuestras gentes se humillaran ante las nuestras. Y del mismo modo que no hay ningún animal más elevado que el leopardo, si no el león, del mismo modo no hay mejor caballero que éste, si no uno sólo, pero será sólo uno, y nacerá del hijo del rey que murió de dolor; tal es el leopardo que visteis en vuestro sueño. Además, he llegado a discernir otra cosa, pues él fue quien en una hora del día se quedó con vuestro corazón, y en una hora os privó de honores, y en otra hora os quitará la vida, si no os protege la serpiente que os quitaba la mitad de vos mismo. Y sabed que la serpiente es la reina o una dama o doncella que vive cerca de ella. Ya os he dicho tantas cosas que no sé nada más».

A continuación habló el noveno, que había nacido en Colonia, y era un clérigo muy sabio. Se llamaba Agarnice.

—Señor —le dice a Galahot—, Maestro Petronés ha hablado bien, y os ha explicado vuestro sueño sin ninguna reserva. Pero, ya que cada uno de nosotros debe cumplir su juramento, os contaré una cosa que he visto además, que los otros no os han dicho: he encontrado que tenéis que atravesar un río por un puente de cuarenta y cinco tablas; tan pronto como hayáis pasado la última, os veréis obligado a saltar al río, que será profundo y caudaloso, al fin de las tablas. No podréis regresar, pues os habrán quitado todas las otras tablas. Tan pronto como caigáis en el agua, os iréis al fondo y no volveréis a aparecer: por eso sé que está fijado el final de vuestra vida. Sin embargo,

ignoro si las tablas representan cada una un año, un mes, una semana o un día, pues pueden indicar cualquiera de estos cuatro términos. A pesar de todo, no digo que no podáis ir más allá: en mi estudio vi que el puente seguía hasta el otro lado del río; pero el leopardo que visteis en vuestro sueño quitaba más tablas que las que quedaban, y me parece que del mismo modo que se las llevaba, las podría volver a poner.

Galahot se asustó mucho con estas palabras, y Lanzarote, bastante. Entonces habló Maestro Heliés de Tolosa, que era el décimo, era el más sabio de todos ellos y el que conocía más cosas.

—Señor —le dice a Galahot—, habéis oído hablar a los hombres más sabios que hay en toda la tierra de Bretaña, y si alguna vez fue necesario un consejo, sois vos quien más lo necesita en el mundo; ya habéis oído cómo moriréis. Sin embargo, no sabéis cuándo ocurrirá, y no sería fácil que encontrarais quien os lo dijera, pues no hay corazón de hombre mortal que tenga la claridad de sentido suficiente como para saber y deciros la verdad, por más que estudiara, porque la divina Escritura nos dice que los designios de Nuestro Señor son tan inescrutables que no hay corazón humano que los pueda conocer, ni lengua mortal que los pueda contar. Mediante el estudio se puede conseguir que Dios se nos muestre, pues estamos hechos a su imagen, y que averigüemos a través de las Escrituras qué les sucederá a unas gentes o a otras, no a todas, pero sí a una parte: sólo puede saberlo todo el que todo lo puede comprender.

—Maestro —le dice Galahot—, estoy seguro de que éstos me han dicho lo que sabían, y han cumplido con su juramento, pero no he oído lo que vos habéis hallado, y, ciertamente, deseo más oír vuestro consejo que el de todos los otros; ya os dije anteayer que seguiría vuestro consejo (para mi vida o mi muerte) antes que el de todos los clérigos del mundo, pues del mismo modo que nadie ha sabido explicarme mi enfermedad tan bien como vos, así me parece que nadie sabría aconsejarme tan bien como vos. Por eso quiero que me digáis la verdad respecto a lo que habéis averiguado en este asunto; y me la diréis por el juramento que hicisteis, igual que han hecho todos los demás. Cuando me hayáis expuesto vuestras conclusiones, oiré los consejos, si Dios os ha dado conocimientos suficientes como para poner remedio. Y si vemos que de nada serviría ningún esfuerzo, que todo quede a la voluntad de Nuestro Señor, pues contra Él no vale ninguna fuerza. En cualquier caso, me parece que tendría el mayor alivio sabiéndolo por vuestra boca, ya fuera perjudicial o provechoso para mí.

—Señor —le responde el Maestro—, cuanto más me creáis que a los otros, tanto más os entristeceréis si os digo algo que os perjudique, y tanto más os alegraréis si en ello veis vuestro provecho. Por eso, será mejor que os conforméis con lo que ya habéis oído; con más gusto os diría algo beneficioso que perjudicial, si lo supiera.

—Hablad —le dice Galahot—, pues no me podéis dar peores noticias que las de mi muerte, y en ese sentido ya he oído una gran parte.

—Señor —le contesta el Maestro—, primero hablaré a solas con vos; será en secreto,

de forma que no debe quedar nadie aquí dentro.

A continuación, él mismo ordena a los clérigos que se vayan; así lo hacen, y no se queda ninguno de ellos.

—Señor, ¿no queréis que este compañero mío se quede conmigo? —le pregunta Galahot refiriéndose a Lanzarote.

—Señor —le contesta—, cuando hay que curar la herida de alguien, no se le puede tratar según sus deseos, sino de acuerdo con las exigencias de la curación: la buena voluntad del corazón no sirve para sanar; para eso se utilizan las buenas medicinas. Es necesario, pues, que hagáis lo que os voy a decir, o dejaré de ser vuestro maestro; no me gustaría de ningún modo que fuéramos tres los que oyéramos lo que os quiero decir; ya sé que vos no desearíais saber nada sin que lo supiera este caballero, pero mi voluntad es que no haya nadie oyendo nuestras palabras, sino Dios, yo y vos.

Entonces se calló el Maestro; Galahot mira a Lanzarote y éste se pone en pie y sale de la capilla, tan angustiado y dolido que no sabe cómo consolarse; entra en una habitación, cierra la puerta y empieza a lamentarse con gran tristeza, pues sospecha que Galahot sólo puede esperar a morir por su culpa. De tal modo, Lanzarote se queda sufriendo, mientras que Maestro Heliés le habla a Galahot en la capilla, y le dice:

—Señor, pienso que sois uno de los príncipes más prudentes que hay en estos tiempos en el mundo; estoy seguro de que, si habéis cometido alguna locura, fue más por bondad del corazón que por ignorancia; ahora os voy a enseñar una cosa pequeña, pero muy provechosa: ante hombre o mujer que améis con leal amor procurad no decir nada a sabiendas de que puede incomodarles en su corazón, pues cada cual debe alejar lo más posible de la persona querida la tristeza y la aflicción. Lo digo por ese caballero que acaba de marcharse, porque sé bien que le tenéis un amor tan grande como puede haber entre dos fieles amigos: os hubiera gustado que se quedara en esta reunión, pero no hubiera sido bueno, porque quizá habría oído palabras que le habrían llenado de vergüenza y de dolor el corazón; tal vez el dolor habría sido mayor para él que para vos. Sin embargo, no queríais menos que él su alegría y su provecho, aunque en vuestro corazón haya más sentido común que en el suyo.

—Maestro, parece que lo conocéis bien, por lo que habéis dicho.

—Ciertamente, pienso que lo conozco, aunque lo sé sin que me lo haya enseñado ningún hombre vivo: lo único que he oído decir de él es que el que consiguió la paz entre mi señor el rey Arturo y vos es el mejor caballero que ahora existe, y ése es el leopardo que visteis en vuestro sueño, y que nosotros hemos vuelto a ver al estudiarlo.

—Maestro, ¿no es el león más fiero que el leopardo y de mayor poder?

—Sí, sin lugar a dudas.

—Entonces, digo yo, que el mejor caballero no debe tener apariencia de leopardo sino de león.

—Por Dios, habéis hablado con mayor sutileza que nadie y os voy a responder según

la razón, de forma que lo podréis entender sin dificultad. Sé sin ninguna duda que es el mejor caballero de cuantos ahora hay; pero habrá uno mejor que él pues así lo dice Merlín en su profecía, que no se equivoca nunca.

—Maestro, ¿sabéis cómo se llama?

—No sé nada acerca de su nombre, pues no me he preocupado en buscarlo.

—¿Cómo podéis saber entonces que habrá un caballero mejor que él?

—Lo sé, pues el que lleve a cabo las aventuras de Bretaña será el mejor caballero del mundo y ocupará el último sitio de la Mesa Redonda, y ése es el que tiene la apariencia de león en la Escritura.

—Maestro, y de ese buen caballero que decís, ¿sabéis cómo se llamará?

—No.

—Entonces no sé cómo podéis saber que es el que llevará a cabo las aventuras de Bretaña.

—Lo que sé es que éste no puede concluir las, pues no llegará a la aventura del Grial ni al final de las demás aventuras, ni a ocupar el asiento de la Mesa Redonda en el que nunca se sentó ningún caballero sin recibir la muerte o quedar malherido.

—Ay, Maestro, ¿qué es lo que habéis dicho? No hay ninguna virtud de caballero que no tenga éste. ¿Por qué decís que no podrá llevar a cabo las aventuras del Grial? Sabed que se atreve a emprender y a realizar más aventuras de las que cualquier otro caballero se atrevería a pensar.

—Todo eso importa poco: os diré por qué. Éste no puede tener las virtudes que tendrá el que realice la aventura del Grial, pues en primer lugar es necesario que desde su nacimiento hasta su muerte sea virgen y casto, de forma tan perfecta que no haya tenido nunca amor de dama ni de doncella. Eso no lo puede tener ya este caballero, de cuya vida sé más de lo que pensáis.

Cuando Galahot lo oye se ruboriza de vergüenza y le dice al Maestro:

—Por Dios, Maestro, ¿pensáis que el que lleve a cabo la aventura del asiento de la Mesa Redonda será mejor caballero que éste en cuanto a las armas?

—Os voy a contestar. Sé que éste es el mejor caballero de los que ahora están vivos, e incluso es el mejor de todos los que ha habido en la Gran Bretaña; me atrevo a decir que nadie podría vencerle en combate cuerpo a cuerpo. Merlín, que no nos ha mentado hasta ahora en nada, nos dice que de la habitación del Rey Tullido del Devastado Bosque de las Aventuras que hay al final del reino de Liscés, vendrá la bestia admirable que será contemplada con estupor en las llanuras de la Gran Montaña; esta bestia será distinta a todos los animales, pues tendrá rostro y cabeza de león y cuerpo y miembros de elefante; su cintura y caderas serán como los de una doncella completamente virgen; tendrá corazón de duro acero, tan resistente que no le preocupará el que se doble o el que se ablande; hablará como una dama discreta y actuará con rectitud. Tal será la bestia ante la que todos huirán o mostrarán gran

alegría. Entonces acabarán las aventuras de Gran Bretaña y sus maravillas llenas de peligro. Además podéis estar seguro de que no habrá nadie tan valiente como esta bestia, pues no hay animal que tenga el aspecto tan fiero como el león; por su cuerpo, podéis estar seguro de que nadie realizará los hechos de armas que él sostendrá, pues no hay ningún animal que tenga un cuerpo tan fuerte como el elefante; por la cintura y las caderas podéis saber que será virgen y casto, ya que se parece a una doncella virgen e íntegra; gracias a su corazón podéis saber que será más atrevido y emprendedor que todos los demás, limpio de cobardía y de miedo, y será poco hablador, pues se asemeja a una dama discreta. Podéis saber además que a sus proezas no se le parecerán las proezas de los otros valientes.

—En verdad, Maestro, sus hazañas serán extraordinarias, puesto que las de este otro caballero no se le parecerán en nada, y yo no pensaba que pudiera existir caballero mejor que éste. Decidme ahora si conocéis alguna profecía acerca de ese buen caballero.

—Sí. Merlín dice que del rey que morirá de duelo y de la reina triste saldrá un leopardo admirable, será fiero, atrevido, decidido, valiente y alegre, y superará en valentía a todos los animales que habrán tenido valor antes que él en Bretaña; y sobre todos ellos será agradable y deseado. Si sabéis quién fue el padre de este caballero que acaba de salir de aquí, podéis saber sin dificultad que a él se refiere la profecía, pues ha demostrado que supera en valor a todos los que en Bretaña han llevado armas antes que él.

—Sé que su padre murió de dolor, y que era rey del reino de Benoic, y que su madre estuvo tan triste como era de suponer en quien había perdido todo en una hora, tierra, señor, rey e incluso a su hijo que aún estaba en la cuna. Por otra parte sé que este caballero es el más agradable y de mejor trato de todos, y que ha sido el más deseado; ha realizado tantas hazañas que bien puede ser llamado el leopardo de los caballeros; pero vos sabéis de él más de lo que yo pensaba: ahora veo que sois la flor de todos los clérigos, del mismo modo que el oro es la flor de todos los metales.

—Todavía encuentro otra cosa más en las profecías de Maestro Marabón, que nació antes de que los cristianos llegaran a Gran Bretaña, pues dijo: «Si el leopardo no es débil de cintura conseguirá superar a todos los animales de la tierra, a los leones y a los demás». Sé que esta profecía se refiere a nuestro caballero y que si se hubiera comportado de forma limpia, todo el mundo se habría admirado de sus obras y de sus hechos.

Galahot siente una gran tristeza entonces, y se queda pensativo; el Maestro le dice:

—¿Sabéis qué dijo Merlín antes de que la Dama del Lago entrara en relación con él? Dijo que del leopardo orgulloso y del linaje de Jerusalén saldría el temible león, superior a los demás animales, que haría tantas cosas que conseguiría tener alas con las que cubriría todo el mundo. Eso dijo Merlín; pero realmente no veo con claridad

quién es ese leopardo, si no es este caballero.

—Ay, Maestro, por Dios, bien podría serlo. Pero decidme ahora otras profecías de Merlín, que escucho con agrado, si es que hay alguna que se refiera a mí.

—Sí. Merlín nos dice que en la parte de las Islas de Jedares, de los dominios de la Bella, escapará un dragón maravilloso que irá volando por todas las tierras a diestro y siniestro, y todas temblarán a su paso. De este modo volará el dragón hasta el Reino Aventuroso y entonces será tan grande y tan corpulento que tendrá treinta cabezas, todas de oro, más hermosas y más ricas que la primera que tenía. Será tan grande que toda la tierra se cubrirá de sombras bajo su cuerpo y sus alas. Cuando llegue al Reino Aventuroso, que lo habrá conquistado casi todo, lo detendrá el leopardo admirable y lo hará retroceder, poniéndolo a disposición de aquellos a quienes estaba a punto de derrotar; después, ellos dos se amarán tanto que serán como una sola cosa, y no podrán estar el uno sin el otro, hasta que la serpiente de la cabeza de oro se lleve al leopardo y lo prive de su compañía para saciarse con él. De este modo, según Merlín, llegará el gran dragón y yo estoy seguro de que sois vos, y la serpiente que os lo quitará será mi señora la reina, que ama al caballero o lo amará, tanto como una dama puede amar al caballero que más ama. Y vos sabéis que lo queréis tanto que vuestro corazón no lo podrá soportar.

—Ciertamente, Maestro, yo podría soportarlo llegado el lugar y el momento, pero no podría hacerlo siempre, pues siento tal amor por él que mi corazón no tuvo otro comparable a ningún hombre que no fuera de mi familia. Pero no veo cómo puede darme la muerte, a no ser que sea con su propia muerte. Después de que él muera no creo que yo pueda seguir viviendo, pues no me quedaría en este mundo nada que me resultara agradable y por eso pienso que no podría vivir después de que muriera. Pero hay una cosa que me admira, y es lo que me habéis dicho de la reina, porque —según me parece— él no piensa ni en damas ni en doncellas, y si lo hiciera yo lo sabría de inmediato.

—Estoy seguro de que tiene que ocurrir todo tal como yo lo he contado, en cuanto ella se esfuerce y empiece a hacerlo así; y pienso que algo ha hecho ya, aunque todavía hará mucho más. Sabed que aún veréis cómo ocurre una de las mayores maravillas de vuestro tiempo, ya que mi señora ha sido acusada del más feo delito con que se puede acusar a una dama: pienso que se debe al pecado que ha cometido por la infidelidad con la que ha deshonrado al hombre más valiente del mundo, y no por ninguna otra culpa. Por estas palabras he hecho que saliera de aquí el caballero al que vos queréis tanto, pues prefiero que me odiéis por oír las villanías que digo de él a que él mismo las hubiera oído, y yo sé que sois tan valiente y tan discreto que las palabras que os digo se mantendrán en secreto. Por eso os ruego y os pido, por vuestro honor y por vuestra alta condición, que mi señora no sepa por vos nada de lo que os he dicho que pueda avergonzarla, del mismo modo lo debéis ocultar como desearíais que yo ocultara alguna

recomendación vuestra, si me lo dijerais, pues os he dicho muchas cosas que podrían volverse contra mí y convertirse en odio y afrenta si se supieran. Por eso os ruego que guardéis mi honor y mi fama como queráis que yo guardara la vuestra.

—Ay, buen Maestro, no debéis darme tales consejos, pues si me habéis descubierto algo que deba ser mantenido en secreto, jamás será contado. Por otra parte recordaré siempre la enseñanza que me habéis dado, y nunca diré a ningún hombre ni a ninguna mujer nada que pueda entristecerlos a sabiendas, a no ser que desee librarlos de alguna afrenta o daño: me habéis enseñado tanto que ocultaré esto a mi señora y a mi querido compañero para evitar su tristeza, pues conozco su corazón de tal modo que estoy seguro de que si se entera de que se habla de él y de la reina, no volverá a ser visto en la casa del rey, pues no piensa nada que pueda ser deshonoroso y no hay corazón humano que tema tanto la afrenta como él la teme, ni que la desprecie tanto como él la desprecia.

—Dejemos estar las palabras por ahora, porque las cosas ya se probarán en su momento. Tenéis razón al decir lo que decís y yo sé gran parte de cómo es. Siento saber tanto y no poder evitar que sea como será; pero del mismo modo que vos confiaríais en mí por un asunto importante antes que en ningún otro, así os he dicho lo que no hubiera deseado decir por nada, ni al rey, ni a la reina, ni siquiera a vuestro mismo compañero.

—Buen Maestro, ya me habéis enseñado la causa de todo lo que me habéis dicho, pero por Dios y por vuestra alma, aconsejadme en el asunto del mundo que deseo saber más: es con respecto al puente de las cuarenta y cinco tablas que tendré que pasar tal como me dijo el maestro que habló en último lugar; me dijo que cada una de las tablas simbolizaba o un año, o un mes, o una semana, o un día, pero que no sabía cuál de estos cuatro términos era el justo; por eso os lo pregunto, buen Maestro, y si queréis me diréis la verdad.

—Eso no debe preocuparos, pues no habría nadie entregado a la vida del mundo que al saber que su muerte está fijada en un plazo que no puede rebasarse, no perdiera para siempre la alegría y el gozo, porque no hay cosa tan espantosa como la muerte. Y ya que la muerte del cuerpo es tan temida, se debería tener el mismo miedo por la muerte del alma.

—Maestro, por la fe que os debo, ya que deseo evitar la muerte del alma con todas mis fuerzas, os pido que me digáis cuál es el término para la muerte del cuerpo, porque sabiéndolo podría protegerme frente a muerte tan terrible como es la del alma. Sabed que sea cual sea el dolor del cuerpo, si Dios quiere, el alma tendrá alegría, pues yo me esforzaría más en hacer el bien y lo haría más a menudo que si tuviera que vivir toda la vida; y me será muy necesario hacer el bien, pues he hecho muchas cosas malas durante mi vida, como destruir ciudades, matar gentes, desheredarlas y privarlas de sus posesiones.

—Bien sé que tenéis gran necesidad de enmendar vuestra vida, porque ningún hombre que haya conquistado tanto como vos, podría haberlo hecho sin una gran carga de pecados: y no es nada admirable por otra parte, si supierais el día de vuestra muerte y os esforzarais en salvar vuestra alma, haríais una buena cosa, pero hay un gran peligro que podía llegar por esto mismo, y de hecho ya ha ocurrido en algunos lugares, pues hemos encontrado en nuestras lecturas que en la tierra de Escocia hubo una dama muy rica que durante mucho tiempo llevó una vida alocada. En aquella tierra, cerca de allí, había un santo ermitaño que mantenía una vida muy religiosa en un profundo bosque. Conoció a la dama que a menudo iba a verlo y el ermitaño le decía tan buenas palabras, que consiguió que mejorara su vida, hasta que el ermitaño supo por una visión que aquella dama sólo viviría treinta días más: le rogó mucho y le suplicó que pensara cada vez más en hacer el bien, diciéndole que en aquella fecha le sobrevendría la muerte. Cuando oyó el día de su muerte le tembló la carne, se estremeció y tuvo tanto miedo que se olvidó de la salvación del alma por la debilidad del cuerpo y volvió a cometer locuras por su desesperación: el diablo entró en ella tan pronto como el miedo de la carne le hizo olvidar la salvación del alma. Cuando el santo ermitaño lo supo, empezó a llorar pidiéndole perdón a Nuestro Señor cuando lo tenía elevado entre sus manos, y le rogaba que no permitiera que el diablo dominara a la pecadora a la que Él había llamado a su servicio. Dios, que siempre está dispuesto a socorrer a los que lo llaman de buen corazón, escuchó al santo ermitaño, y una voz bajó a la capilla y dijo que Dios le había concedido el don solicitado, y que apenas tocara a la dama ésta se curaría. El buen ermitaño fue a buscarla y ella, apenas lo vio llegar, empezó a gritar; el diablo le obligaba a hacerlo por la llegada del santo hombre. Pero tan pronto como le hizo la señal de la cruz, y apenas había tocado su carne, el Enemigo salió haciendo ruido y aullando con tanta fuerza, que toda la tierra tembló. Cuando la dama volvió en sí y se dio cuenta de que la falta de fe la había llevado a esto, al punto abandonó el siglo, hizo que le cortaran sus hermosas trenzas y vistió hábito de religión, yéndose en compañía de una sola mujer a una alta colina entre dos rocas, donde vivió con pobreza hasta su muerte. De este modo podéis ver que el temor es muy importante y que la desesperación es mala, pues tan pronto como ella se desesperó, la abandonó el Espíritu Santo y fue a visitarla el diablo. Por la misma razón se hundió San Pedro en el mar, tan pronto como tuvo miedo, y tal es el peligro que puede ocurrir cuando se conoce el día de la muerte, por eso nadie debe apresurarse en saberlo, pues la carne está tan llena de maldad que se atemoriza y, por el miedo que tiene el cuerpo, cae en la desesperación. Os aconsejo que dejéis de buscar tales locuras y que sea de vos lo que Dios quiera, esforzaos además en hacer el bien como si pensarais que vuestra vida fuera a durar treinta años.

—Maestro, no temo caer en la desesperación, si Dios quiere; decidme, pues, la fecha de mi muerte: mi fe no es tan escasa y me vendrá muy bien el poder mejorar mi vida,

pues Dios me ha permitido hasta hoy el tener más honores y más riqueza que nadie de mi edad, ni siquiera los que fueron de un linaje más alto que el mío. Por eso me parece que Dios me amará mucho si me permite haber gozado de los deleites de este mundo, y que después pueda esperar la alegría que no tendrá fin; cuanto más cercano esté de morir, tanto más me esforzaré en conseguir la vida eterna. Por eso os ruego que me aconsejéis de acuerdo con lo que sabéis, ya que no seríais leal consejero si no me dijerais todas las cosas que corresponden a la salvación de mi alma. Si me ocultáis la verdad, presentaré vuestra alma en mi defensa ante el Salvador del mundo, para que la coloque en el punto en el que estaría la mía por haber pecado por vuestra culpa y porque no quisisteis decírmelo: me he entregado a vuestro consejo en todas las cosas, y Dios es un juez tan recto que a cada cual le devuelve según sus obras. Procurad, por la salvación de vuestra alma, aconsejarme rectamente y no me alejéis mediante palabras la fecha de mi vida por alegrarme más; yo sería más perezoso en hacer el bien si pensara que iba a vivir más tiempo.

—Señor —dice el Maestro llorando—, ya que habéis puesto en peligro mi alma, no hay ningún obstáculo para que os diga la verdad: me alegra por una parte, pero por la otra me pesa. Nunca debería morir un hombre tan valiente como sois vos, o como seríais si pudierais vivir vuestra edad normal; sin embargo no os diré ni el día ni la hora en que debéis morir, pues no encuentro una fecha que no podáis sobrepasar, y si fuerais más allá del día que os dijera, me tendríais por mentiroso, por eso no os voy a decir ni lo uno, ni lo otro. Os diré, sin embargo, lo suficiente como para que sepáis el día que no podréis pasar, a no ser de una sola forma, y bien podría acortarse ese término.

Entonces se pone en pie y se dirige a la entrada de la capilla, cuya pared era blanda y fresca, allí hace cuarenta y cinco redondeles de carbón completamente negros, cada uno de los cuales era del tamaño de una moneda; encima escribe con el carbón «esto son los años», a continuación dibuja debajo otros cuarenta y cinco redondeles más pequeños, con letras que decían «esto son los meses»; bajo éstos, hizo otros con letras más pequeñas que decían «esto son las semanas», y debajo quedaron otros más pequeños cuyas letras decían «esto son los días».

Cuando terminó de hacerlo le dijo a Galahot: «Señor, aquí tenéis representadas las cuarenta y cinco tablas que indicaban el final de vuestra vida, gracias a esto sabréis si representan años, meses, semanas o días». Entonces le enseña las cuatro partes que había hecho y dibujado en la pared y le cuenta el significado de cada una de ellas; luego le dice: «Señor, procurad no espantaros por nada de lo que vais a ver, pues os voy a mostrar una de las mayores maravillas que habréis visto nunca; sabed que si estos redondeles permanecen tan enteros como están ahora, viviréis cuarenta y cinco años en justo término; si se borra alguno de ellos os faltarán tantos años de vuestra vida como veáis que se borran delante de vuestros ojos. Lo mismo ocurrirá con los meses y las

semanas, pero no con los días porque no puede ser que no viváis tantos como tablas hay».

A continuación toma de su seno un librito y lo saca; lo abre y llama a Galahot diciéndole: «Señor, he aquí un pequeño librito; en él está el sentido y el aspecto admirable de todos los grandes conjuros que pueden producirse mediante palabras y, gracias a la interpretación que hay en él, conoceré la verdad de todas las cosas que temo. Si quisiera esforzarme en ello, podría hacer que los árboles se arrancaran, que la tierra se hundiera y que el agua corriera hacia arriba. Sabed que se pone en gran peligro quien quiere probarlo. Cuando mi señor el rey Arturo no pudo encontrar consejo e interpretación para sus sueños, corrieron a este librito todos los sabios clérigos y lo sacaron del armario en el que estaba; en aquella época yo me encontraba en Roma. El que abrió el armario para comprobar el sueño del rey, no supo protegerse de forma adecuada e ignoraba el sentido y la fuerza que era necesaria para ello: cuando estaba leyendo perdió la vista, el sentido y el poder de todos sus miembros, y fue justamente en el momento en el que iba a saber el significado del león acuático, del médico sin medicina y del consejo de la flor. Por eso os recomiendo que no os espantéis por lo que vais a ver, pues nunca visteis maravillas tales como las que os haré que veáis de forma evidente. Sabed también que no os marcharéis de aquí sin haber pasado miedo».

A continuación se acercó al altar, tomó una cruz muy ricamente adornada con oro y piedras preciosas y tomó la caja en la que estaba el Corpus Domini, se la entrega a Galahot mientras que él se queda con la cruz y dice: «Señor, tomad esta caja, pues dentro de ella está el más alto santuario de todo el mundo, y yo me quedaré con lo más elevado que hay después, que es la cruz. Mientras las tengamos con nosotros, no debemos temer ninguna desgracia que pueda sobrevenir». Luego, el Maestro va a sentarse en un asiento de piedra, abre su librito y comienza a mirarlo con atención, leyendo durante mucho rato hasta que el corazón empezó a encenderse y el rostro se le enrojeció; le cae sudor de la frente y del rostro abajo, y comienza a llorar durante largo rato. Galahot lo contempla y le parece que ha visto una cosa que no le resulta agradable. El Maestro ha leído tanto que se encuentra cansado y agotado; se lamenta con amargura, pues siente un gran dolor; después de reposar un poco, vuelve a leer y todo él tiembla de miedo. No había transcurrido mucho tiempo cuando entró una gran oscuridad allí, de tal forma que no se podía ver ni gota, como si se tratara de una profunda sima. Se elevó una voz tan odiosa y horrible que en toda la ciudad de Sorhaut no hubo hombre ni mujer que no la oyeran; Galahot se quedó aturdido; coloca delante de sí, en el suelo, la caja y se tumba boca abajo tomándola entre sus manos y manteniéndola delante de los ojos, pues no estaba tranquilo con las tinieblas; el ruido de la voz le ha causado tal aturdimiento en la cabeza que no puede oír ni ver absolutamente nada. Por otra parte, Maestro Heliés también está desmayado en la capilla, con la cruz sobre el pecho.

Se disipó entonces la oscuridad y volvió la luz del día; Maestro Heliés vuelve en sí y se queja con amargura, mira a su alrededor y le pregunta a Galahot cómo se encuentra, a lo que le responde que ahora bien, gracias a Dios. No pasó mucho rato cuando la tierra empezó a temblar «Señor —dice el Maestro—, apoyaos en ese asiento: la carne no os podría sostener frente a las grandes maravillas que vais a ver». Galahot se apoya entonces en el asiento y el Maestro se sujeta a un pilar de piedra, mientras que el caballero sostiene la caja. Entonces les pareció que toda la capilla daba vueltas; cuando esto terminó, Galahot mira y ve que entran a su alrededor, por la puerta que estaba muy bien cerrada, una mano y un brazo hasta el hombro, vestido con una manga ancha de jamete morado que arrastraba hasta el suelo y que le llegaba hasta más allá de la cota; aquel brazo iba vestido hasta el puño con algo como de seda blanca. Era un brazo extraordinariamente largo y la mano era tan roja como un carbón en ascuas; sujetaba una espada igualmente roja, de la que goteaba sangre roja desde el puño hasta la punta. La espada se dirige derecha al Maestro Heliés y hace como si lo fuera a matar, y como si quisiera golpearle en el cuerpo. Éste se coloca la cruz delante con gran miedo de morir, y la espada empieza a girar a su alrededor sin dejar de amenazarle de muerte, mientras que él mantiene la cruz frente a la espada. Al cabo del rato, ve cómo ésta se aleja de él y se dirige hacia Galahot, que coloca la caja delante, tal como había visto hacer al Maestro, hasta que por fin la espada se retira de él y se va con el brazo y con la mano que la sujetaba hacia el muro, donde estaban pintados los redondeles de carbón, y golpea con tal fuerza que se hunde medio pie en la piedra tallada y borra cuatro redondeles, aunque no completamente, pues la cuarta parte del último de ellos queda sin borrar. Después de hacer esto se vuelve por la puerta tal como había entrado.

Galahot estaba tan espantado como nunca lo había estado por nada. Cuando pudo hablar le dijo al Maestro:

—En verdad, Maestro, habéis mantenido muy bien vuestra promesa, pues me habéis mostrado de forma clara las mayores maravillas que nunca fueron vistas y habéis hecho tanto que ahora conozco abiertamente que todavía me quedan tres años y un poco más de vida: ahora me encuentro más a gusto, y sabed que a partir de este momento mi vida será mejor que la de ningún hombre de mi edad, pues nadie habrá hecho tanto bien como el que haré yo en estos tres años; además, os aseguro que en el resto de mi vida no pondré mala cara que me pueda descubrir, sino que me esforzaré en estar más contento que hasta ahora.

—Sabed —le dice el Maestro— que tenía gran miedo por vuestra muerte y por eso os la he hecho conocer mediante estos signos; vos podréis pasar el término, pero tendría que ser con la ayuda de mi señora la reina. Si pudierais hacer que este caballero se quedara en vuestra compañía, sin lugar a dudas pasaríais la fecha fijada, pues no moriréis sino por la falta de su compañía: ya no queda más que tener buena cara hasta que veáis cómo se desarrollan las cosas; no descubráis vuestro secreto ni a este

caballero, ni a ningún otro, pues no se le debe decir a toda la gente la verdad sobre el propio ser.

LXXVI

De este modo terminan su reunión y salen de la capilla; Galahot tiene la cara alegre pero el Maestro parece hombre cargado de peso y de trabajo. Galahot va a su alojamiento y allí encuentra a Lanzarote, lamentándose en una habitación; al oírlo llegar, se pone en pie y se limpia los ojos que están enrojecidos e hinchados. Galahot, que lo conoce bien, le pregunta al punto qué le ocurre, y él responde:

—Señor, no me pasa nada.

—Ay, mi dulce compañero, no estéis a disgusto por nada, pues he recibido tales noticias que me han alegrado mucho y vos también debéis alegraros, pues sé que estáis a disgusto por mi culpa.

Entonces Lanzarote se pone muy contento al verle con buena cara y piensa que dice la verdad.

—Por Dios, señor, decidme la verdad acerca del significado de las cuarenta y cinco tablas, y contadme el último consejo, por el que tuve que salir, pues sospecho que os ha podido decir algo que no era bueno escuchar: tengo gran miedo de que el Maestro sepa alguna cosa acerca del secreto que tenemos la reina y yo.

—Señor, no se os hizo salir por eso; tampoco dijo una palabra de mi señora, pues las palabras no fueron tan lejos. Sin embargo, sabe tan bien quién sois como yo lo sé, y me dijo que sois el hijo del rey que murió de dolor y de la reina de la gran tristeza; me dijo otras muchas cosas que no os afectan, pero el último consejo por el que os hizo salir fue porque quería que me confesara con él: pues de otro modo, según me dijo, no podría saber yo lo que iba buscando; ahora, gracias a Dios, me encuentro más a gusto que antes, cuando os marchasteis, porque sé por boca de Maestro Heliés que todavía me quedan cuarenta y cinco años de vida.

Decía esto para alegrar a Lanzarote.

—Y al final me dijo que la serpiente con la que había soñado, que me arrancaba la mitad de mis miembros, era la muerte que me alcanzaría o me privaría de un amigo íntimo o de una amiga. Nunca visteis nada que ocurriera en su momento tal como ha ocurrido con esto, y por eso creo en todo lo que me ha dicho: tan pronto como salí de la capilla, me encontré un mensajero que me traía noticias de mi señora madre diciéndome que ha muerto; ése era el amigo íntimo que debía perder. Si vos no me hubierais hecho tanto bien en este asunto, no lo habría sabido apreciar: ahora haría el mayor duelo del mundo y nunca más estaría contento si vos no lo estuvierais. Pero tan pronto como me acordé de vos, olvidé el dolor; nunca había amado a nadie tanto como a mi madre antes de conoceros. Y ahora que ya habéis visto que me encuentro en tan buen estado de ánimo con respecto a todo de lo que tenía miedo, bien debéis alegraros.

Lanzarote responde que no hay nada que pueda ponerle más contento que esto y que no temía ninguna otra desgracia, si no era ésa.

Galahot se consuela de este modo y muestra una cara más alegre y un rostro más contento de lo que le dice el corazón, pero lo hace para que su compañero esté a gusto.

Permanecieron en la ciudad hasta que llegó el día en que Galahot había convocado a sus nobles. La noche de la víspera de la reunión, Galahot se enteró de que todos sus nobles habían llegado, y llamó a Lanzarote a una habitación a solas, y comenzó a decirle:

—Mi dulce amigo, os amo tanto que no podría ocultaros nada: os digo, por la fe y por el amor que os tengo, que nunca —desde que estáis en mi compañía— os oculté ningún secreto que no supierais tal como yo, y desde luego no hubo nada por lo que pudierais sentir dolor o vergüenza al saberlo y que no lo pudierais arreglar. Pero un sabio maestro mío me enseñó en mi juventud que a ningún hombre o mujer que yo amara debía darle noticias por las que pudieran sentir vergüenza o tristeza: pues no se debe entristecer al amigo, ni decir nada que no se pueda reparar; por este motivo os he ocultado algo, y ahora quiero deciros por qué he empezado a hablaros del asunto. He hecho venir a mis nobles en una fecha indicada sin que supierais por qué, pero ahora os lo voy a decir, pues sin vuestro acuerdo no puedo ni debo hacer nada. Es cierto que vos sois de más alto linaje y más noble que yo, pues fuisteis hijo de rey y yo lo soy de un pobre príncipe. Ya que habéis hecho de mí vuestro compañero y yo os he hecho el mío, no debo tener dominio sobre vos, ni vos sobre mí, y si nos llegan riquezas y honores, vos debéis ser el primero en tomarlas y yo después, ya que vos sois más noble que yo. Ahora os diré qué es lo que he pensado. Yo quería coronarme rey: por eso hice que vinieran todos mis nobles el mismo día; pero de ningún modo seré rey si vos no lo sois antes, por eso os ruego y os pido que lo seáis de grado: os daré en señorío la mitad de las tierras que tengo, y haré que todos mis nobles os juren fidelidad: de este modo tendréis el juramento y la lealtad que os ayudarán a defenderlas frente a los que os quieran causar algún daño; todos mis nobles serán tan vasallos vuestros como míos. Seremos coronados a la vez el día de Navidad, cuando el rey Arturo, mi señor, reúna su corte. El día siguiente de nuestra coronación nos pondremos en marcha con todas nuestras gentes para conquistar el reino de Benoic, del que os desheredó el rey Claudás de la Tierra Desierta: mucho habéis aplazado el vengar la muerte de vuestro padre, vuestro desheredamiento y el gran dolor que vuestra madre ha tenido. Si podemos encontrar al rey Claudás no se quedará en esa tierra ni en ninguna otra; y si lo podemos coger, haremos justicia tal como se debe hacer con traidor y asesino. Sabed que nunca, desde que os conocí por primera vez, tuve deseos de luchar sino ahora; se ha aplazado mucho tiempo la venganza. Concedédmelo, mi dulce compañero, tal como os lo he pedido: tendréis mi tierra, que es rica y hermosa, y el dominio de veintinueve reinos. Yo conquistaré vuestra herencia por el amor que os tengo y la estimaré más que

si fuera la mía, y toda la tierra del rey Arturo.

—Señor, no puedo hacerme vasallo de nadie, si no es por mi señora la reina, pues ella me lo ha prohibido. Y, ¿cómo me atrevería a rendir homenaje a otro, cuando ella no quiso que lo hiciera al rey Arturo? Tampoco buscaré compañía para reconquistar mi herencia, por más agradable que me resulte, pues pienso recuperarla con más facilidad y con mayores honras.

—Buen señor, ¿cómo pensáis hacerlo con mayor honra? No conozco mayor honor que el conquistar la propia herencia mediante la fuerza.

—Os diré cómo pienso ser tan esforzado, con la ayuda de Dios y la vuestra, como para no tener ningún enemigo que se atreva a quitarme un pie de mi herencia; antes bien, todos huirán de miedo sin esperarme.

—Tal como lo habéis contado, le ruego a Dios que os lo conceda y que me permita verlo, pero al final yo haré algo más, pues si puedo, procuraré que mi señora la reina os obligue a aceptar mi propuesta. Conozco una parte tan grande de vuestro corazón y del suyo, que sé que ella no desearía que fuerais señor de todo el mundo, pues entonces pensaría no poder teneros tan a su voluntad como ahora os tiene, y temería que la codicia de las riquezas y de los honores la privara de vuestra compañía. También sé que vuestro corazón no os permitirá desear el poder si éste os hace perder el amor de mi señora la reina.

—En verdad, señor, bien conocéis mi corazón, pues preferiría seguir todos los días tal como estoy ahora, a ser rey y tener honores y riqueza perdiendo a mi señora la reina o que ella se alejara de mí, y no deseo tener más dominios de los que tengo o de los que ella quiera. Pero ya que me habéis amado tanto, estoy dispuesto a hacer lo que deseéis, salva sea la voluntad de mi dama. Creo que la conozco tan bien, que no habría ninguna cosa que os negara ella, si se lo pedís con insistencia. Os prometo que no aceptaré el honor que me queréis dar si no lo tomáis vos antes o si no me obliga a ello una fuerza a la que no me atreva a oponerme.

En esto dejan de hablar y pasan aquella noche con una gran alegría, pues todos los nobles comieron con Galahot, y eran treinta reyes y más de cien príncipes. El día siguiente, después de que la misa fuera cantada, Galahot llamó a sus nobles y les hizo saber por qué los había convocado «Señores —les dijo—, todos vosotros sois vasallos míos y me debéis lealtad y ayuda en todas las necesidades; os he hecho reunir para la mayor ocasión que nunca tuve, en ayuda de mi propia persona. Y esta preocupación que tengo se muestra de dos formas, pues temía no sólo perderme, sino también perder a mi amigo, y deseaba hacer algo que os diré a continuación. Me atemorizaron dos sueños terribles que tuve y por eso os pedí que trajerais todos los consejeros que pudierais. Pero, gracias a Dios, ya he recibido el consejo de los hombres más sabios del mundo, que me han explicado mis sueños, alejando de mí el miedo que tenía. Sin embargo, aún tengo gran necesidad de que me aconsejéis en otro asunto, pues me

preocupa extraordinariamente tal como os voy a decir. Es cierto que tuve grandes deseos de quitarle las tierras al rey Arturo, hasta que por la voluntad de Nuestro Señor se hizo la paz entre nosotros dos. Cuando el otro día os convoqué, deseaba que se me coronara en Navidad allí donde el rey Arturo tuviera su corte; pero ahora ha cambiado mi voluntad, y no seré coronado hasta que haya llevado a término un asunto que no vais a saber por ahora, y no es necesario que os lo diga, pues llegaréis a conocerlo en su momento. También sabéis que he conocido al rey Arturo, que es el más noble de cuantos existen, y en su casa vive el valor y el mérito de todo el mundo: ahora deseo pasar algún tiempo allí, pues de ese modo mejoraré mucho: nadie puede tener gran valor si no ha estado en la casa del rey Arturo; por eso deseo ir a su corte y ver a los más valientes. Cuando llegue el día en que haya realizado el asunto que quiero, que no podéis conocer, entonces haré que me coronen y sabréis el día de mi coronación. Os ruego y pido, por la lealtad que me debéis y por el amor que hay entre todos nosotros, que vengáis todos juntos y en tan gran número como deseo. Pero dado que mis tierras son grandes, extensas y abundantes, y que yo no podría estar en ellas tan frecuentemente como he estado hasta ahora, tengo que buscar a un noble anciano y prudente, que sea leal y virtuoso, y que odie la injusticia y ame la justicia: le entregaré mi tierra y él terminará con mis preocupaciones y mis asuntos en provecho mío y en honor suyo. Y ya que yo no soy tan sabio, ni puedo saber tanto como vosotros, por eso os llamo a mi consejo. Poneos de acuerdo para nombrar a uno tan noble que resulte honroso y provechoso para mí y para la tierra, que no sea codicioso, pues la tierra que se entrega a una persona así queda muerta y destruida. Quiero, además, que sea un hombre rico, tal que yo pueda hacerle responsable de cualquier mala acción que cometa».

Unos eligen al rey de los Cien Caballeros y los otros al rey Peneor, pero no se ponen de acuerdo entre todos ellos. Entonces toma la palabra el duque de Cloies, que era un caballero tan anciano que ya no podía cabalgar, aunque tan vigoroso y de tanto ánimo que no quería faltar en ningún momento que hubiera grandes necesidades, pues no deseaba que se decidieran cosas importantes sin su presencia: hacía que lo llevaran en litera a los grandes parlamentos en los que sabía que podía ser necesario un consejo importante, y sabía tanto que nadie le superaba, a no ser que fueran letrados.

Cuando este caballero vio que todos los nobles estaban en desacuerdo lo sintió mucho, se enderezó como pudo, apoyándose en uno de ellos y habló tan alto que fue bien oído por todos: «Ay, loca mesnada, ¡cómo os veo! Estáis contemplando la gran locura y no la reconocéis, habláis y no sabéis de qué. Si yo tuviera la fuerza y la edad de los hombres que veo aquí, la discordia hace tiempo que habría terminado, pues me habría enfrentado a todos en este asunto. Mi señor debe saber que en todos sus dominios no hay más que un sabio y medio, pero ése que no es más que medio hombre, en cuanto a sabiduría, tiene en sí tantas otras virtudes que debe ser

considerado sabio; si queréis hacer caso a mi consejo, os diré cómo se llama. Sé que es tal que mi señor es el que quiere y ninguno de vosotros sería capaz de superarlo».

No hubo nadie que se atreviera a contradecir estas palabras, pues el duque era hombre de gran valor: no hubiera sido considerado prudente el que le hubiera llevado la contraria; todos coinciden con él y prometen mantener su consejo. Entonces el duque llama a Galahot y, cuando llega, le dice:

—Señor, los nobles que están aquí me han encargado este asunto, porque yo he sido el que más ha visto y probado de todos ellos: desean que elija a una persona tal como vos pedís, y yo os lo voy a decir; vos y todos los demás estaréis de acuerdo. ¿Sabéis quién es? Es prudente, de buen entendimiento, y tal como corresponde a un juez leal, que no tuerce lo justo por nadie, y nadie recibe injusticias por su culpa; es vigoroso y diligente, y no aprecia en nada el esfuerzo si con él se consigue honor.

—Por Dios —dice Galahot—, tiene bastantes buenas cualidades. Decidme su nombre, y seguiré vuestro consejo.

—En el nombre de Dios —dice el duque—, os digo que es el rey Bandemagus de Gorre.

—Por la ayuda de Dios —dice Galahot—, siempre lo tuve por uno de los hombres más valiosos de mi tierra y debo alegrarme si un hombre tan noble acepta el dominio de este reino.

A continuación llama al rey Bandemagus y éste se acerca.

—Tomad —dice Galahot—, os revisto con toda mi tierra; os ruego por la salvación de mi vida y por vuestro honor que seáis tal como el duque de Cloies ha dicho.

—Buen señor —responde Bandemagus—, no necesito mayor gobierno que el que hay en mi propia tierra, y no la guardo tan bien como sería menester para mi propia alma: mal podría guardar la vuestra que es tan grande, cuando no puedo ni siquiera cuidar de la mía que es un pequeño territorio.

—No es necesaria ninguna defensa —le contesta Galahot—, pues yo así lo quiero; y ya que mi voluntad es ésa, no podéis negaros, pues es una cosa que podéis hacer y debéis cumplir.

—Señor, vuestra tierra está llena de gente orgullosa, y no podría dominarlos según mi deseo.

—Os prometo que no encontraréis a nadie tan atrevido que si incumple vuestras órdenes, yo no se lo haga pagar tan caro como desee vuestra voluntad, pues con la ayuda de cuatro nobles me esforzaré en combatir a todas las tierras que hay bajo el trono. Y a vosotros, señores, que habéis sido mis hombres ligios, os ordeno que acudáis en ayuda suya contra cualquiera, menos contra mí. Y ya que no conozco las cosas que van a ocurrir, y es posible que cuando me haya alejado de vuestro lado no vuelva a entrar en tierra mía, quiero que el rey Bandemagus me jure ante todos vosotros que se comportará lealmente conmigo y con mi pueblo; y si ocurre que paso de la vida a la

muerte, le entregará la tierra libre a Galehodín, que es sobrino mío y mi ahijado. Vosotros me juraréis que si falta a su promesa, le perjudicaréis en todo lo que podáis, ayudando al niño a recuperar sus derechos, tal y como los vasallos deben hacer con su señor.

Galahot ordena que traigan los Santos Evangelios y le toma primero el juramento al rey Bandemagus y a todos los demás a continuación; luego, hace jurar al rey de los Cien Caballeros y a todos sus amigos íntimos; el juramento era que no reclamarían ninguna parte de su herencia. Así se lo han prometido todos y lo han jurado después; Galahot tomó el juramento a sus hombres y le entregó la tierra al rey Bandemagus para que la guardara.

Bandemagus era señor de la tierra de Gorre, que limita con el reino de Norgales y es la tierra más fuerte de su tamaño de cuantas hay en todos los dominios de Gran Bretaña, pues está encerrada por una parte por un profundo río y por pantanos tan blandos que no podría entrar nada en ellos que no pereziese; por la parte del reino de Gales está cerrada por un río que se llama el Tember, que es ancho, profundo y lleno de fango. Mientras duraron las aventuras, hubo en esa tierra una costumbre muy mala, pues no entró en ella ningún caballero de la corte del rey Arturo que pudiera salir, hasta que Lanzarote los sacó gracias a su esfuerzo, pues fue allí a rescatar a la reina, pasando por el Puente de la Espada tal como lo cuenta el auténtico *Cuento de la Carreta*. Esa mala costumbre fue instaurada desde el primer año en que empezaron las aventuras, cuando el padre del rey Arturo combatió contra el rey Urián, que era tío del rey Bandemagus, pues quería que se le hiciera vasallo y éste no lo quiso hacer: la guerra duró mucho tiempo y Uterpandragón perdió más en ella que el rey Urián. Mientras tanto, éste fue a Roma a confesarse al Papa; iba en secreto, como pobre peregrino, con mala vestimenta; pero fue reconocido, hecho prisionero y conducido ante Uterpandragón, que lo hizo encerrar en su prisión. Urián no quiso entregarle su tierra, a pesar de las penalidades de la prisión, de tal forma que hizo que lo llevaran ante un castillo suyo; allí el rey Uterpandragón ordenó que levantaran unas horcas para colgar a Urián si no quería entregarle la tierra. Éste le contestó que no se la entregaría, pues preferiría morir por mantener y defender la justicia, que vivir pobre y afrentado. Su sobrino Bandemagus, que estaba dentro del castillo y que era el heredero, no quiso permitir la muerte de su tío y entregó la tierra para que quedara sano y libre: ésa fue una cosa por la que después adquirió gran fama, pues había sido su infancia muy hermosa ya que no permitió que su tío muriera por codicia de tierra. De este modo, obtuvo Uterpandragón la tierra de Gorre, la destruyó y arrasó de forma que quedó muy poca gente en ella. Después, la reconquistó el rey Urián, gracias a las gentes de la región que se la fueron entregando, y ahorcaron a todos los que Uterpandragón había dejado en ella. No pasó mucho tiempo, hasta que hizo coronar a su sobrino Bandemagus y le donó toda la tierra por la lealtad que había tenido y por el amor que le profesaba.

Cuando Bandemagus fue coronado, el rey Urián abandonó el siglo e ingresó en una ermita lejos de su tierra. El rey Bandemagus se hizo hombre fiero y de comportamiento orgulloso; tomó consejo de cómo podría repoblar la tierra y pensó que lo haría con la gente de Uterpandragón, que fue el que la había destruido: en la parte de sus dominios que limitaban con el reino de Bretaña ordenó que construyeran dos puentes estrechos, al cabo de cada uno de los cuales colocó una torre alta y redonda; estas torres eran guardadas por caballeros y servidores que el rey colocó allí, y tan pronto como un caballero, una dama o una doncella pasaban camino de Bretaña, eran apresados y tenían que jurar sobre los Santos Evangelios que nunca volverían a salir hasta que un caballero conquistara las torres con sus propias hazañas. De este modo quedaron muchas gentes de Bretaña en el reino de Gorre desterrados y destinados a la servidumbre. Cuando el rey Arturo llegó a dominar su tierra, después de la muerte de Uterpandragón, y cuando ya deseaba mejorarla, se tuvo que enfrentar a numerosas guerras, de forma que no pudo ocuparse de este asunto. Cuando empezaron las aventuras, la tierra de Gorre ya estaba poblada y sus habitantes habían aumentado mucho con los desterrados de Bretaña. Entonces, el rey Bandemagus ordenó que destruyeran los dos puentes que había ordenado construir, e hizo levantar otros dos puentes extraordinarios, pues uno era de madera y tenía tres pies de ancho e iba de una orilla a otra entre dos aguas de forma que había tanta agua por encima como por debajo. El otro puente era bastante más maravilloso, pues estaba hecho con una lámina de acero semejante a una espada y era tan brillante y tenía tanto filo como la que más; esta hoja sólo tenía un pie de ancho y estaba sujeta en las dos orillas a un gran tronco, protegida por todas partes, de forma que la lluvia no la alcanzaba.

El puente que estaba entre dos aguas era custodiado —desde el principio de las aventuras hasta que la reina fue rescatada, cuando se marcharon los desterrados—, por un caballero muy valiente. El puente de la espada lo guardaba Acadoes, caballero muy esforzado, que murió antes de que Galahot soñara el sueño que habéis oído; a partir de entonces lo guardó un hijo del rey Bandemagus, que se llamaba Meleagant.

Meleagant era un gran caballero bien proporcionado en el cuerpo y en todos sus miembros, rubio y pecoso, lleno de orgullo y de valor, de forma que era incapaz de abandonar algo que hubiera emprendido con decisión, ya fuera para bien o para mal, y no apreciaba en nada los consejos que se le daban: había abandonado todas las virtudes y cualquier cortesía; no había nadie más felón que él, ni más cruel, y no deseaba que hubiera alegría en su presencia. El día que Galahot le entregó la tierra a su padre Bandemagus, él estaba presente y deseaba conocer a Lanzarote por las grandes maravillas que le habían contado de él, aunque no había acudido por verlo, pues odiaba a todos los buenos de los que oía hablar, ya que le parecía que no había nadie mejor que él. Al verlo, no le tuvo ningún aprecio en el corazón; por la noche, cuando el rey Bandemagus su padre alababa a Lanzarote, dijo unas palabras que bien convenía a

un hombre felón y envidioso, pues sostuvo que Lanzarote no tenía un cuerpo y unos miembros capaces de superarle. Cuando su padre lo oyó, movió la cabeza diciendo:

—Buen hijo, por la fe que te debo, la grandeza del cuerpo y de los miembros no hacen al buen caballero, sino la grandeza de corazón. Y si tú eres tan grande de cuerpo como él, no por ello adquieres mayor honor ni lo tendrás nunca: ya que es bastante más valiente que tú y eso no debe extrañar, pues entre toda la gente de mi señor y del rey Arturo no hay un caballero capaz de enfrentarse con él por sus grandes hazañas.

—Yo —responde Meleagant— no soy menos apreciado en mi país que él en el suyo; que Dios me conceda vivir como para que numerosa gente vea cuál de nosotros dos es el más valiente. Y de no haber sido por vos, más que por ningún otro, se hubiera visto en breve; pero vos no me dejasteis que hiciera una cosa que deseaba hacer: por ello he perdido mucho más de lo que pensáis de mi mérito y mi fama.

—En breve —le responde el padre— podrás demostrarlo y probárselo a él y a los demás; y si eres apreciado en tu país, ése es todo el mérito que tienes. Pero él tiene más, pues es apreciado en su país, en el tuyo y en otros.

—Ya que es de tanto valor —le responde Meleagant—, ¿por qué no viene a nuestra tierra a liberar a los desterrados?

—Han ocurrido cosas mayores —contesta Bandemagus—, y ésa no es tan extraordinaria como para que no pueda suceder.

—Que Dios no me vuelva a ayudar —exclama Meleagant—, si él los libera mientras yo esté en la tierra sano y salvo.

—Dejémoslo estar —contesta Bandemagus—, pues cuando hayas visto tanto como yo, serás más mesurado de lo que ahora eres.

De tal forma dejaron de hablar el rey Bandemagus y su hijo.

El día siguiente, Galahot preparó el viaje para ir a la corte del rey Arturo, y dijo a sus nobles quiénes irían con él; ya que él lo ordena no hay ninguna discusión. Llegado el día siguiente, después de la misa, Galahot montó con su compañero y con los otros nobles, y de este modo se marcharon de Sorhaut.

LXXVII

Galahot se va a la corte con toda su gran compañía; cabalga con su amigo saliéndose del camino con frecuencia; estaba muy contento Lanzarote porque Galahot mostraba mayor alegría de lo habitual; piensa que es cierto lo que le ha dado a entender. Meleagant no se harta de ver a Lanzarote por el gran afecto que Galahot le manifiesta, y se admira tanto y siente tal envidia que su corazón se encuentra a disgusto. De tal forma cabalgan las jornadas necesarias hasta que se acercan a Carduel, adonde el rey había llegado la víspera. Cuando éste se enteró de que Galahot venía acompañado por tantos nobles, montó con todos los caballeros, con la reina y sus doncellas, y salieron dos leguas inglesas, y más, a su encuentro, con grandes muestras de alegría tanto los unos como los otros. Por encima del gozo de cualquiera fue grande el de la reina por Lanzarote y Galahot, y también el de la dama de Malohaut; ésta estaba tan contenta que no podía más; pero la reina estaba más alegre aún, pues no se le notaba ningún dolor de los que había padecido antes, a partir del momento en que éstos llegaron y pusieron cuerpo y alma en hacer que desaparecieran las vergüenzas y los daños de la reina.

Pasaron la noche en Carduel muy a disgusto, pues había demasiada gente, que nunca habían visto a tantos juntos, pues los hombres del rey Arturo ya habían llegado casi todos ellos porque era el cuarto día antes de Navidad. El rey había dicho que reuniría su corte en Camalot, que era ciudad grande y bien dotada de alojamientos: allí estarían todos más a gusto que en Carduel. Por la noche el rey habló con Galahot acerca de las noticias de la doncella de Carmelida, y Galahot excusó como pudo a la reina, diciendo que no deben hacer caso de tales palabras hasta que se sepa la verdad. Por la mañana se marcharon de Carduel y se dirigieron a Camalot: los prados quedaron cubiertos de tiendas y pabellones, pues los más nobles se habían albergado, todos, en la ciudad y los que no pudieron encontrar alojamiento se extendieron por los prados de las afueras de la ciudad.

Fue muy rica la corte que el rey reunió en Navidades, con muchos nobles gracias a los numerosos que llevó Galahot, quien en un sólo día hizo más regalos que en el resto de su vida. El día de Navidad, después de comer, pusieron el muñeco tal como era costumbre y le pidieron a Galahot que permitieran que sus caballeros se enfrentaran a los caballeros del rey Arturo, pero que fuera sólo con lanza y escudo y sin llevar ningún otro tipo de armadura. Así se lo concede. Corren las palabras tanto que Lanzarote se entera y le suplica a Galahot, por amor, que le permitiera y no le negara participar, puesto que así lo desea; eran trescientos por una parte, jóvenes todos ellos y deseosos de ganar fama; por parte del rey Arturo hubo otros tantos. Dispusieron las lanzas, pero Galahot no bohordó, pues temía que sobreviniera algún mal del que después se

lamentaría. Cuando estuvieron montados unos y otros, fueron a los prados delante de la ciudad y comenzaron las justas de todos ellos; el rey de los Cien Caballeros comenzó a quebrar lanzas con vigor: era uno de los caballeros del mundo que las rompía con mayor arte.

Llegó entonces Lanzarote por medio de las filas y comenzó a bohordar con tanta facilidad y tan bien que al punto le reconocen todos; derriba caballos y caballeros y todo cuanto alcanza, pero el caballo que montaba era demasiado rápido y no estaba bien frenado, de forma que lo llevaba un poco a su voluntad muchas veces, tan rápido y con tanta fuerza que no había nadie al que alcanzara que no lo derribara de inmediato al suelo; no quería descabalgarse porque le agradaba el juego y temía perder el honor logrado si lo abandonaba en ese momento. A pesar del caballo, no dejaba de derribar a cuantos encontraba, caballos y caballeros. Ocurrió entonces que el rey de los Cien Caballeros fue a justar con él y él le golpeó con tanta fuerza que lo derribó a él y a su caballo en un solo montón: al caer el rey quedó malherido en el muslo izquierdo y permaneció desmayado en el suelo durante un gran rato. Meleagant se dirigió entonces hacia Lanzarote rompiéndole la lanza en el escudo; éste le golpea con tanta fuerza que lo derriba atravesado en el camino junto con su caballo: a esto se debió el gran odio que a partir de entonces le tuvo a Lanzarote el resto de su vida. Meleagant se pone en pie de un salto, pues no estaba herido, pide una lanza fuerte y gruesa que estuviera bien afilada —no debía haberlo hecho si fuera leal caballero—, deja a Lanzarote que corra y apunta con mucho cuidado dónde va a golpearle, mientras que Lanzarote no le presta atención ni a él ni a su celada. Meleagant se dirige contra él y le golpea de través, metiéndole la lanza en el muslo y atravesándose de una parte a otra, alcanzando la cubierta de la silla y haciendo que se golpee con la parte de detrás del arzón, de forma que la lanza vuela en pedazos. Lanzarote se lleva el asta en el muslo durante más de una toisa: la roja sangre le va cayendo por la pierna y la hierba se tiñe. Cuando los de la mesnada de Galahot vieron a Lanzarote herido, se asustaron mucho por su señor, que lo amaba demasiado; se quitan los escudos del cuello y los arrojan a tierra diciendo que no continuarán bohordando. Galahot, al oír tal noticia, se desmaya, pues le dijeron que Lanzarote estaba herido en el cuerpo. Tampoco el rey Arturo se sintió a gusto y la reina tuvo tal duelo que poco faltó para que el corazón no le reventara dentro del vientre; no pudo mantenerse a la ventana de una torre en la que estaba y se desmayó, y al caer se hirió con una piedra afilada. Lanzarote continúa en el prado y ha conseguido sacarse el asta, vendándose el muslo, antes de que el rey llegue. Galahot continúa lamentándose y vuelve a desmayarse, y cuando recobra el conocimiento, se golpea con las manos, diciendo: «¡Ay Dios, que me llegue ahora la muerte anunciada!».

Pide entonces noticias de Lanzarote y le dicen que no tiene ningún daño, sino que ha vuelto a montar; y, aunque no quiere creer a nadie, lo ve venir junto al rey Arturo. Mientras tanto, Lanzarote le ruega al rey que no le diga a Galahot cómo es su herida,

«pues perdería el sentido, lo sé bien; y no tengo ninguna herida que me perjudique».

De este modo llegan a donde está Galahot, que al ver a su amigo se pone muy contento, pues piensa que no está herido. Los demás bohordadores se han separado y regresan a la ciudad. El rey Bandemagus está muy a disgusto por culpa de su hijo, que había herido a Lanzarote, y teme que le sobrevenga algún mal por ello; por eso, le dice y le insiste que a su pesar lo va a enviar a su tierra. Mientras tanto, llegan a la ciudad. Lanzarote le ruega al rey, por Dios, que procure que Galahot no sepa ni una palabra de su herida, a lo que el rey le contesta que intentará hacerlo lo mejor que pueda. Van a ver a la reina y se la encuentran herida en la cabeza; el rey pregunta qué ha ocurrido, y ella le contesta que, como no podía ver el combate por la multitud de caballeros que bohordaban, se había subido a las defensas de la muralla donde recibió noticias de que Lanzarote había muerto; entonces, intentó sentarse pero se cayó; y añadió que la herida no era grave. El rey le aconseja que retenga a Lanzarote y que haga que le curen su herida, pues no quiere que Galahot sepa una palabra. Cuando ella lo oye, se le enfría el corazón y le dice al rey:

—Ay, señor, ¿está, pues, herido?

—Sí —le contesta el rey—, un poco en el muslo izquierdo.

A continuación dejan a la reina; el rey se lleva a Galahot y ella dice que quiere quedarse con Lanzarote; le hace entrar en una habitación y los médicos se disponen a verle la herida: dicen que no hay gran peligro en ella, y la curan muy bien; Lanzarote tuvo esa herida durante quince días, sin que Galahot lo llegara a saber.

La mañana siguiente, Galahot despidió a toda su gente de forma que no quedó con él nada más que su escolta particular; antes de que los nobles se marchasen, les ordenó que diez días antes de la Candelaria estuvieran dispuestos con sus armas para ir a encontrarse con él en un castillo llamado Videbors, en el límite de su reino con las Lejanas Islas, por la parte de Irlanda.

De esta manera se quedó Galahot con el rey Arturo y con su escolta particular; se pusieron en marcha ocho días antes de la Candelaria, fecha en que el rey había convocado a toda su nobleza. Galahot había enviado a sus nobles por delante para que le esperaran en Videbors; les ordenó que fueran directamente a Bredigán, pues éste era el último castillo que tenía antes de llegar a Irlanda. De esta forma llegó el rey de Logres a Bredigán ocho días antes de la Candelaria, y se encontró allí numerosa caballería de la gente de Galahot; esperó las noticias de la doncella de Carmelida y durante toda la semana tuvo reunido al consejo, al que le preguntó cómo se comportarían con ella; se aconseja con los hombres más sabios y con los nobles más importantes que tiene, pues piensa que la doncella ha presentado su acusación con derecho y que ha sido desheredada tal como ha dado a entender. Pero no era así, antes bien, la doncella cometió una gran injusticia al promover la querrela, y luego oiréis cómo.

El rey Leodagán de Carmelida tenía un senescal al que quería mucho, que estaba casado con una de las damas más hermosas del mundo. El rey empezó a amarla con amor, y cuenta el cuento que la dama tuvo una hija hermosísima de él, que fue la que había presentado la reclamación acerca de la Mesa Redonda frente a la reina Ginebra; ésta se llamaba también Ginebra. Las dos se parecían tanto que apenas las podían distinguir a una de la otra allí donde fueron criadas. Cuando la reina Ginebra se casó con el rey Arturo, ésta puso en marcha el asunto y pensó cometer la traición que había promovido contra su señora pero se le adelantaron, pues los que se dieron cuenta la acusaron de traición de forma que huyó por miedo a ser destruida, y durante mucho tiempo permaneció en tierras extrañas, hasta que por consejo del viejo caballero que fue a la corte del rey Arturo, llamado Bertholai, volvió a poner en marcha este asunto, pues el anciano prometió que la ayudaría en todo lo que necesitara y estaba dispuesto, incluso, a arriesgar su propia vida: la llevó al reino de Carmelida e hizo creer allí a todas las gentes que era Ginebra, la hija del rey Leodagán, a quien el rey había rechazado por la hija del senescal a la que había tomado por mujer. Los nobles pensaron que verdaderamente era ella y la recibieron como señora por consejo de Bertholai el Viejo, que había sido el promotor de todo esto por odio al rey Arturo, que antaño lo desheredó por un homicidio que había cometido. No recordaba al rey Arturo, pues nunca lo había visto.

Llegado el día de la Candelaria, después de que el rey oyera misa tan importante como correspondía al día y a la fiesta de tal dama, se acercó la doncella con todos los consejeros y caballeros que pudo; no era la misma que había ido a la corte en la otra ocasión, sino que era la que había hecho llegar sus palabras ante el rey: iba muy bien vestida y llevaba consigo treinta doncellas tan engalanadas como ella misma. Se presentó al rey y habló en voz tan alta que pudo ser oída por todos: «Dios salve a Ginebra, la hija del rey Leodagán de Carmelida, y confunda a todos los enemigos y a todas las enemigas que tiene aquí dentro. Rey, he venido hoy ante vos a mostrar y probar la traición que se me ha cometido, tal como os hice saber con mis cartas y a través de mi doncella: estoy dispuesta a demostrarlo tal como vos decidáis, o con un caballero que lo sostenga frente a otro, o mediante el testimonio de los habitantes de mi tierra, de la que he sido desheredada y expulsada por vos, a pesar de que era vuestra leal esposa e hija de un noble tan importante como era el rey de Carmelida».

Al oír tales palabras, Galahot se puso en pie y habló con el permiso del rey y por amor a la reina, que le había dado la palabra; le dijo al rey:

—Señor, ya hemos oído lo que pide esta doncella, pero sería justo que dijera por su boca si esa traición le fue hecha a ella y quién se la hizo.

—Señor caballero —le responde la doncella—, yo soy la víctima de la traición y os digo que esa Ginebra, a la que el rey Arturo ha tenido por mujer hasta aquí, es la que hizo la traición; pienso que es ésa a la que veo ahí.

Al oír estas palabras, la reina se pone en pie, se dirige al rey y dice que ella nunca cometi6 ni pens6 en semejante traici6n, «y estoy dispuesta a defenderme ante vuestra corte mediante un caballero que combata cuerpo a cuerpo o mediante juicio».

Entonces Galahot llama al rey Bandemagus, que viene a su presencia, y el primero le pregunta qu6 le parece el asunto, a lo que 6ste responde:

—Señor, esta cosa es tan importante y delicada que no puede ser decidida sin juicio y sin consejo. Ya que hay que tomar una decisi6n sobre la batalla o el juicio, la querella deber6 ser examinada antes por esta corte; es razonable examinarla estando seguros de que esta doncella que est6 aqu6 tendr6 una sentencia justa, sea la que sea, para su honor o para su vergüenza.

A continuaci6n, se adelanta el caballero que la otra vez se ofreci6 para librar el combate y le dice al rey:

—Señor, mi doncella deber6 tomar consejo en este asunto; o espera vuestro juicio, o lo rechaza.

El rey le contesta que le parece muy bien. La doncella se retira acompañada por su consejo, y todos juntos hablan durante largo rato; cuando regresan, le dice el caballero al rey:

—Señor, mi señora os pide que se aplace la vista hasta mañana; no es un aplazamiento demasiado grave.

El rey se lo concede tras oír el consejo de sus nobles. La doncella se marcha de la corte acompañada por su mesnada y cabalga ese d6a alej6ndose todo lo que puede.

Por la noche, toma el consejo de sus nobles y el viejo caballero Bertholai le responde:

—Señora, si esper6is el juicio del rey Arturo no tardar6is mucho en recibir alg6n daño, pues querr6 que mañana mismo se cumpla la sentencia correspondiente. Y estoy convencido de que la sentencia dir6 que si la reina desea el juicio, que lo tenga; y si se celebra el juicio y ella queda a salvo, vos ser6is destruida, pues ser6is entregada a tal suplicio, si la reina queda a salvo, como recibir6a si fuera considerada culpable de la traici6n. La sentencia de la corte le permitir6 que se celebre el juicio, aunque no tenga derecho; y no es cosa f6cil falsear una decisi6n que todos los nobles del mundo podr6n ver, de forma que ser6a necesario que la falsearais mediante alg6n caballero; si se os concede el combate, tampoco tendr6is la mejor parte. Por eso ser6a necesario que tomarais alguna otra decisi6n; si mi consejo pudiera valer, yo os indicari6 algo que supera a todos los dem6s, pues cuando se empieza a hacer algo tan importante, no se debe dejar la recuperaci6n del honor por miedo a cometer alg6n pecado. No veo c6mo podr6is llevar a cabo este asunto, si no es mediante traici6n o mediante cualquier otro tipo de infidelidad. Aun as6, preferir6a cometer traici6n antes que no llevar a cabo una cosa que hubiera emprendido y que me har6a perder algo deseado siempre: os dir6 c6mo pod6is concluir con este asunto.

—Decidme, mi buen amigo.

—Os aconsejo que le hagáis saber mañana al rey que no os encontráis bien y que no se os ha aconsejado de la forma que consideráis conveniente para vuestro asunto; pedidle que os dé de plazo un solo día; él os lo dará, porque no va abandonar lo justo por tan poca cosa; entonces le enviaréis a uno de vuestros caballeros y le haréis saber lo que os voy a decir a continuación. Tened por seguro que si no es por algo extraordinario, mañana os lo entregaré como prisionero vuestro al atardecer. ¿Sabéis cómo apresaréis al rey? Haréis que le digan que en este bosque está el jabalí más grande de cuantos han sido cogidos. El que lo diga no puede dar a entender que es vasallo vuestro, pero dirá que es habitante de esta tierra y que le ha llevado la noticia para que se alegre. El rey caza con más gusto que ningún otro hombre y cuando oye tales noticias se pone muy contento: sé que al punto irá a cazar. Vos habréis colocado hasta treinta de vuestros caballeros en este bosque; de tal forma lo apesaremos y nos lo llevaremos de inmediato al reino de Carmelida, donde lo encerraréis en una prisión en la que se sienta contento, pero para ello debéis prenderlo antes de que se os pueda escapar. Así os aconsejo que lo hagáis, pues si os enfrentáis con él a la fuerza, no lograréis tanto como mediante la astucia.

La dama y su consejo están de acuerdo con estas palabras; ordena que monten tres de sus caballeros y que vayan a pedir el aplazamiento al rey Arturo. El cuarto era el que debía llevar la noticia del jabalí. Cabalgaron sin detenerse hasta que llegaron a Bredigán por la mañana bien temprano, y le pidieron al rey el aplazamiento, tal como su dama les había ordenado. El rey consultó a sus consejeros y decidió conceder el aplazamiento hasta el día siguiente, pero a condición de que si la dama no se presentaba no volvería a ser creída en nada de lo que dijera.

Con esto, los tres mensajeros se marchan y apenas habían salido de la ciudad, entró el cuarto en la corte y se presentó al rey, como si tuviera gran prisa, y le dijo en voz tan alta que todos le pueden oír:

—¡Dios salve al rey y a su compañía; Rey, te traigo noticias extraordinarias, tales como yo las he visto en este bosque, pues sé que en el bosque de Bredigán está el mayor jabalí que nunca ha sido visto; es tan fiero que no hay nadie que se atreva a atacarle, y ha destruido de tal forma toda la región de alrededor, que no hay nadie que se atreva a detenerse fuera de fortalezas. Si tú no liberas de él a esta tierra, no se podrá decir que eres un rey justo.

Lanzarote estaba sentado al lado del rey; al oír hablar del fiero animal, siente una gran alegría. Se pone en pie y va a Galahot que estaba en la balconada de fuera, y le cuenta la noticia del jabalí que es tan violento y tan grande que nadie se atreva a esperarlo. Entonces Galahot se pone en pie y acude a donde está el rey y éste le dice, apenas lo ve:

—Galahot, ¿habéis oído las noticias?

—Ay, señor, vayamos, pues son noticias muy hermosas de oír. Ciertamente, tendrá un gran honor quien mate al jabalí; y sé que los jóvenes ligeros de esta corte irán con mucho gusto.

Esto lo decía porque veía que Lanzarote estaba deseoso de ir.

El rey se dispone a ir al bosque; le traen el palafrén y monta, y se pone en marcha con Lanzarote y Galahot; mi señor Galván va con mi señor Yvain, el hijo del rey Urién, y con gran número de los otros caballeros de la corte. El que los guía va por delante, hasta que entran en el bosque; cuando llegaron, le dijo el caballero al rey:

—Señor, temo que perdamos el jabalí por el ruido de los caballeros, que es demasiado grande.

Entonces el rey hace que se queden todos sus caballeros y continúa sólo con dos de sus monteros y con otros tantos arqueros, y van hasta un seto que hay cerca de allí. Cuando el rey quiso darse cuenta, se vio rodeado de más de treinta caballeros, todos ellos con el yelmo atado; uno, le sujeta el caballo por el freno, a la vez que le dice que no intente defenderse frente a ellos, «pues moriríais de inmediato». Entonces se da cuenta el rey de que no tiene a su lado la fuerza y que ha sido traicionado; desenvaina la espada y se defiende con tanta violencia como puede; le matan el caballo bajo él, apresan a sus monteros, a los que atan y por último le apresan a él mismo, pero guardándose mucho de herirlo y de matarle. A continuación, lo montan en un palafrén y se lo llevan muy deprisa. El caballero que lo había guiado toma un cuerno de caza muy lejos de allí, y lo toca lo más fuerte que puede. Cuando Galahot, que ya estaba muy preocupado por el retraso del rey, lo oyó dice:

—Por Dios, allí está mi señor y bien oigo que nos llama.

Galopan todos hacia aquella parte, mientras que el caballero que había tocado el cuerno se marchó lo más deprisa que podía su caballo, regresando a donde piensa que los puede despistar más. Cuando ya se ha alejado bastante, vuelve a tocar el cuerno: de tal forma los lleva por el bosque durante todo el día, hasta que anocheció. Entonces se marcha, y va al castillo en el que estaba su señora: la ha encontrado muy contenta y muy a gusto.

Por otra parte, las gentes del rey Arturo están muy entristecidas, pues no tienen noticias auténticas de su señor y de los monteros; finalmente, regresan y se encuentran a la reina con muchos nobles, que estaban en las ventanas del salón principal esperando al rey, ignorantes de lo que había ocurrido. Al enterarse, se lamentan de forma extraordinaria, y la reina dice que teme mucho que el rey haya sido traicionado, «pues tiene muchos más enemigos de los que nosotros sabemos».

Todos, incluida la reina, muestran preocupación en el rostro; pero Galahot, que era de gran corazón y que se portaba muy bien en todas las adversidades los consuela a la vez que dice a la reina:

—Señora, no temáis que nadie intente hacerle mal a mi señor el rey. No deberíais

pensar que ha muerto, sino que le gusta cazar, y pienso que se habrá encontrado un jabalí tan grande y tan admirable como le han dicho: habrá ido corriendo tras él para matarlo, sin esperar a nadie, porque deseaba mostrarlo después a sus caballeros que estaban dispuestos a haberlo cazado. Pero el bosque es grande y largo y tiene numerosos valles, montes y otros obstáculos en los que puede haberse retrasado; sin lugar a dudas, sería extraño que no hubiera regresado mañana: si no es así, lo buscaremos y revolveremos todo el bosque por él, a lo largo y a lo ancho.

Tras estas palabras, los nobles se marchan, regresando a sus alojamientos; pero Galahot se queda hablando con la reina, mientras que Lanzarote está sentado más allá, con la dama de Malohaut. La reina le comenta a Galahot la aventura de la acusación de la doncella, y dice:

—Mi dulce amigo, ¿cómo podré rechazarla, cuando todo el mundo piensa que es verdad, y mi señor el rey me menosprecia más de lo que solía, a la vez que me muestra mala cara?

—Señora, quizá voy a decir una locura, pero los grandes deseos que tengo de cumplir vuestra voluntad me impulsan a decirla; os prometo que os ayudaré y no debéis tener ninguna preocupación, pues ciertamente vos tenéis más poder que el rey Arturo. Si estáis de acuerdo, nadie me impedirá que haga prender a la doncella dondequiera que sea encontrada; aunque eso sea una gran afrenta para mí, será tratada de tal forma que nunca más volverá aquí a promover querellas.

—Ciertamente, si Dios quiere, no lo haré así. No quiero ser defendida de la ofensa si no es de forma justa, y, si Dios así lo desea, no se me podrá acusar de ningún pecado; esperaré el juicio del rey hasta el fin. Os ruego por Dios y por el amor que me tenéis, que os esforcéis en guardar mi honor en todo este asunto, pues ya os dais cuenta de mi delicada situación, y vosotros dos no debéis volver a hablar con nosotras —según lo hacíais hasta ahora— hasta que no termine esta cuestión; será necesario que así lo soportéis y que cada uno aguante su disgusto.

De este modo le habla la reina a Galahot, que rápidamente se da cuenta de lo que quiere decir y le promete hacerlo según su voluntad; así pasaron aquella noche. Por la mañana, llegó a la corte la doncella de Carmelida, tal como había hecho la otra vez, pero no se encontró ni al rey ni a nadie que le respondiera, sino al rey Bandemagus, al que Galahot había dejado en lugar del rey para que hablara con ella. Cuando la doncella llegó a donde estaban los nobles, preguntó por el rey Arturo como si no supiera nada de él; el rey Bandemagus se puso en pie y dijo:

—Doncella, mi señor el rey no está ahora aquí, sino que está en un asunto de gran importancia que no puede dejar por esto; confía tanto en nosotros que nos ha dejado en su lugar, y estamos dispuestos a actuar con tanta justicia como si estuviera él presente.

La doncella, que sabe perfectamente qué ocurre, responde que no aceptará la

justicia si no era por boca del rey, «pues él me emplazó a que me presentara hoy».

—La tendréis que aceptar, doncella —le responde el rey Bandemagus—, por una cosa que os voy a decir. Os daré todos los caballeros que hay aquí, que son muchos, como rehenes y en prueba de que mi señor mantendrá lo que ocurra ante mí.

La doncella contesta que no hablará con nadie si no es con el rey Arturo, «pues bien sé que no haréis justicia como él la haría, puesto que se trata de un asunto que le afecta más a él que a ningún otro».

De este modo se marcha la doncella de la corte, a la vez que dice, de forma tan alta que todos los que allí estaban la pueden oír, que se va porque ha encontrado la corte del rey falta de justicia. Cuando iba a salir, su consejo le recomienda que espere hasta que haya pasado la hora del pleito y ella así lo concede; permanece allí hasta después de la hora de nona. Luego, se marcha, diciéndoles a todos los caballeros que se da cuenta de que el rey Arturo se ha comportado hacia ella como si se escondiera y que ella no ha podido encontrar justicia en la corte del rey. El rey Bandemagus y los otros nobles le ofrecen todas las alternativas que pueden, pero ella no quiere aceptar nada por más que se lo ruegan y suplican, sino que se marcha con aspecto de estar muy entristecida y apesadumbrada. Vuelve a su tierra y va a ver al rey Arturo a su prisión, donde está porque ella lo había ordenado, en el castillo de Catenieus; la doncella está muy contenta, porque sabe que tiene lo que siempre había deseado. Mientras tanto, los compañeros del rey Arturo se encuentran muy a disgusto, pues lo han buscado por todo el bosque sin haber obtenido ninguna noticia, y sólo han podido hallar su caballo muerto. El dolor que sienten es tan grande como si hubieran encontrado al rey sin vida delante de ellos; entristecidos regresan a Bredigán, donde la corte siente una gran turbación, sin saber qué hacer, pues nadie piensa que no haya muerto. Buscan por todas las tierras del mundo intentando encontrar noticias suyas, pero no logran saber más que si hubiera caído en un abismo.

La doncella fue a ver al rey, y empezó a asustarle —según cuenta la historia—, diciéndole:

—Rey, me he esforzado tanto que he conseguido teneros por la fuerza o por casualidad. Sabed que nunca más en vuestra vida volveréis a salir de mi prisión, hasta que yo tenga en mi poder a todos los de la Mesa Redonda, tal como los tuvo mi padre; y ya que no puedo obtener justicia por las buenas, parece razonable que me la tome por mí misma y lo haré de forma que se hablará de ello siempre, hasta después de mi muerte.

El rey Arturo permaneció de tal forma con la doncella, sin que sus gentes supieran qué había sido de él; la joven iba a verle frecuentemente, de modo que el rey la encontró cortés y de buenas palabras, lo que le agradó mucho, y se olvidó del amor que le tenía a la reina; mientras estuvo prisionero, la doncella se acostaba todos los días con él.

Cuando llegó la Pascua y el invierno hubo pasado, dijo el rey que no podría mantener durante más tiempo tal actitud y que haría todo lo que ella le pidiera pues no podría permanecer durante mucho tiempo, según le dijo, en la prisión.

—Y estoy más a disgusto —dijo— por mi gente que por mí mismo, pues no saben nada ni de mí, ni de mi persona, y ciertamente deben pensar que estoy muerto.

—Por Dios —le contesta la doncella—, no saldréis de mi prisión para perderos, pues bien sé que os perdería para siempre si estuvierais en vuestra tierra. Porque erais el hombre más valiente de vuestra edad, me entregó mi padre a vos: ahora os quiero tener por señor y por compañero, tal como la Santa Iglesia lo ha establecido. Y porque erais el hombre más noble del mundo, os he tomado a la fuerza, ya que no podía obteneros de buena gana, y no hay nadie con quien yo estuviera tan a gusto como con vos. Preferiría tener un poco menos de riquezas a que fuerais el señor de todo el mundo y perderos.

—Por Dios, dulce amiga, más os amo ahora que a ninguna mujer viva, y es cierto que he amado mucho a la que tenía antes, pero vos me la habéis hecho olvidar; os amo tanto que haré en todo vuestra voluntad; decidme cómo queréis que lo haga.

—Quiero que me prometáis que me vais a tomar por mujer ante toda vuestra nobleza y que me tendréis por esposa y por reina; y antes de que os deje ir, me juraréis sobre sagrado, delante de todos mis nobles, que respetaréis mis condiciones.

El rey se lo promete.

—Pero, para que yo no sea censurado por mi clero —añade el rey—, ni por mis nobles, deseo que hagáis una cosa. Haréis que vengan los más altos nobles de los que tenéis, como si supieran la verdad de este asunto, y atestiguarán que fuisteis hija del rey Leodagán y que sois la que debo tener por compañera según mi matrimonio; eso lo deben decir todos ante mis nobles; yo los habré convocado en un día establecido y se harán vasallos vuestros.

Ginebra responde entonces que está dispuesta a hacerlo así, «y deseo que sea el día de la Ascensión, pero antes de que hagáis que lo juren vuestros hombres, juraréis lo que os he pedido y que ya me habéis prometido».

Entonces hace traer los Santos Evangelios, y el rey hace el juramento ante todos los del lugar. A continuación, Ginebra ordena que escriban unas cartas y las manda por todo el reino de Carmelida, para que sus nobles estén el día de la Ascensión en una ciudad suya que era la capital de su reino, y se llamaba Zelegrebes. El rey, por su parte, también envía una misiva al reino de Bretaña: primero, a mi señor Galván, su sobrino, y después a los demás amigos, haciéndoles saber que está sano y salvo, y a gusto, y que el día de la Ascensión deben acudir todos a Zelegrebes, pues tendrá gran necesidad de ellos.

Pero la historia deja ahora de hablar del rey de la doncella y se ocupa de los nobles de Bretaña que piensan haberlo perdido para siempre.

LXXVIII

Cuenta ahora la historia que cuando el rey se perdió en el bosque de Bredigán, los nobles se marcharon de allí con tal dolor que no podían tener otro mayor. La reina se fue tan triste a Carduel que después no se movió hasta que tuvo noticias del rey. Cuando los nobles de aquella tierra vieron el país sin señor, comenzaron a luchar unos contra otros, y no lo pudieron soportar los más honrados y los de más elevada condición, que sólo deseaban el bien, y se dirigieron a mi señor Galván que estaba con la reina y con Galahot, con Lanzarote, con mi señor Yvaín y con Keu el senescal. Estos cinco no dejaron sola nunca a la reina, antes bien, le daban compañía todos los días, y todos ellos tenían bastante trabajo con sus preocupaciones.

Uno de los nobles que fue a mi señor Galván era el rey Aguisacán de Escocia; con él iban el rey de Irlanda, el rey de los Francos, el rey de las Marcas y el rey de Gales: fueron a verlo doce reyes en total. Cuando estuvieron ante la reina, le expusieron a ella y a mi señor Galván sus palabras, diciéndoles que a partir de ese momento no tolerarían que la tierra estuviera sin un protector. Galahot, que era muy prudente, les contestó:

—Señores, vosotros habéis sido amigos de mi señor el rey Arturo, y lo seguiréis siendo mientras viva; la corona no es sólo para defenderlo a él, sino a todos vosotros; y del mismo modo que vosotros estáis solos, así está solo él también, y por eso os pide mi señora la reina, un pequeño aplazamiento; mi señor Galván, que es el más íntimo amigo del rey, os ruega que esperéis a mi señor el rey hasta la Pascua; si Dios quiere, de hoy a entonces oiremos buenas noticias. Si por casualidad no llegáramos a saber nada, tendréis un consejo acerca de la tierra y del señor, y podréis hacer lo que deseéis.

Gracias al consejo de Galahot, concedieron el plazo hasta el día de Pascua. Llegada esta fecha, acudieron todos a la corte, con los más altos nobles. Cuando vieron que el rey no había regresado, dijeron que no querían dejar que la tierra siguiera sin señor; la reina y mi señor Galván contestaron que no irían en contra de su voluntad, sino que les concedían todo lo que desearan hacer.

Se reúnen entonces y toman consejo acerca de a quién podrían hacer rey: unos dicen que hagan a Lanzarote, pues es joven y tan buen caballero que gracias a su valor podrá conquistar todo el mundo. Otros dicen que eso no estaría bien, pues si fuera coronado y regresara el rey Arturo, no le devolvería la corona por nada ni por nadie.

—Pero hagamos rey a mi señor Galván, su sobrino, que es más adecuado y que con más gusto le devolverá la corona, si el rey regresa.

Todos dicen que está bien; lo eligen para este honor y le piden que acepte, a lo que él responde que Dios no le vuelva a ayudar si acepta este honor o cualquier otro antes de saber auténticas noticias acerca de su tío, si está vivo o muerto, «pues estaría lleno de

loco atrevimiento quien se colocara en lugar de un hombre tan valiente como fue mi tío. Pero os diré lo que vais a hacer, si os parece razonable: que para guardar la tierra pongáis al hombre más valiente de los que conozcáis de esta corte, y que se mantenga durante un año a partir de ahora, quizá, mientras tanto tengáis noticias de la muerte o de la vida del rey».

Le responden que no harán nada de eso y que si quiere tomar la corona, que la tome; él la rechaza, y entonces ellos vuelven a pensar a quién se la darán. Mientras estaban hablando, Galahot se lleva a parte a mi señor Galván; con él estaban la reina, Lanzarote y Keu el senescal. Entonces habla Galahot como hombre prudente que era:

—Mi señor Galván, veo sin dificultad que estas gentes no tienen muy buenos deseos hacia mi señor el rey Arturo, ni hacia vos, y estoy seguro de que os han ofrecido este honor porque pensaban que no lo aceptaríais. Os ruego que toméis la corona, así lo quiero, y cuando la hayáis recibido, buscaremos un aplazamiento hasta una fecha determinada; en ese término oiremos noticias de mi señor el rey, si está vivo o si está muerto. Sabed que si ha muerto, la noticia no se ocultará durante mucho tiempo.

Galahot le dice tantas cosas y le da tales consejos que mi señor Galván lo acepta, aunque con dificultad; le contesta que recibirá este honor que le han ofrecido, porque no desea que el reino caiga en manos extrañas por su culpa. Entonces habló el rey Aguisacán de Escocia, que era primo de mi señor Galván y era uno de los que más deseaban que mi señor Galván aceptara; era hombre muy poderoso en tierras y por su familia, y no tenía más de cuarenta y cinco años. Cuando oyó de qué forma quería Galahot que mi señor Galván aceptara, lo consideró como algo de gran sentido, y le dijo a mi señor Galván:

—Buen primo, aceptad este honor, tal como Galahot os dice.

Mi señor Galván llora con amargura, y sus palabras se entrecortan de forma que apenas se puede reconocer lo que quiere decir; finalmente acepta como los nobles querían. Entonces lloraron todos, hasta los de corazón más duro. Cuando mi señor Galván oye que unos y otros lo consideran su rey, se lamenta y pide a Dios, Nuestro Señor, que no le dé tanta vida como para llegar al atardecer. Los compañeros de la casa del rey se lamentan sin que nadie pueda consolarlos, y la reina siente el mayor dolor: se ha encerrado en una habitación y nadie puede verla; allí grita a voces, bien se puede oír desde la sala, diciendo:

—Buen Señor Dios, ¡ha muerto todo el valor y toda alegría se ha convertido en duelo!

Más de siete veces ha dicho estas palabras, y después de cada una de ellas se ha desmayado.

Cuando Galahot se entera de estas palabras, siente una gran tristeza, y Lanzarote que estaba llorando junto a mi señor Galván, se pone en pie de un salto. Los dos juntos se dirigen a la puerta de la habitación, que encuentran cerrada; Galahot golpea

en ella con tanta fuerza que la rompe y la reina se retira a un vestidor, donde se sienta y se enjuaga los ojos. Al ver a Galahot va a su encuentro, mientras que éste le recrimina por las lamentaciones que hace, diciéndole:

—Señora, cometéis una gran falta al tener tal dolor; si Dios quiere, mi señor el rey todavía está sano en dondequiera que esté. Si estuvierais segura de que ha muerto, no sería prudente quien os aconsejara que os lamentarais.

—Porque no pienso que haya muerto es por lo que me lamento de tal forma; desearía que Dios me lo devolviera lo antes posible. Sé que Dios ha escuchado muchas veces a mujeres más pecadoras que yo. Y no me lamento sólo por él, sino por el daño que le causa a todos los demás; no es necesario lamentarse por los valientes, si mueren con gran honra y con mérito, pues no son tan alabados en su vida como después de su muerte; lo único que no sé es cómo podrá haber alegría entre reyes ni entre caballeros después de un hombre tan valiente como éste.

Es grande el dolor que la reina Ginebra manifiesta, y los compañeros del rey lloran también con amargura. Pero la reina procura ocultar su tristeza cuando ve a Lanzarote, pues sabe que éste está tan entristecido que poco falta para que pierda el sentido común; en varias ocasiones estuvo a punto de ir en busca del rey Arturo, pero la reina le dijo un día:

—Mi dulce amigo, ¿queréis darme la muerte?

—En absoluto, señora.

—Entonces no os vayáis, pues con la pérdida que he tenido, vuestra ausencia me haría morir; vos sois mi consuelo.

En tal dolor han pasado los días hasta después de Pascua. Entonces llegaron los mensajeros que el rey había enviado desde Carmelida, que eran los dos cazadores que fueron hechos prisioneros con él en el bosque; preguntaron por mi señor Galván tan pronto como entraron en Carduel, y les contestaron que estaba con la reina en el palacio. Cabalgan sin detenerse hacia el salón principal, donde mi señor Galván estaba con gran acompañamiento de caballeros. Al verlos venir, sale a su encuentro antes de que éstos le hayan saludado, los abraza a ambos, uno después del otro, y les ruega por Dios que le den buenas nuevas. El primero que habla contesta:

—Señor, mi señor os saluda como a su vasallo fiel, como a su querido sobrino y como al que ama sobre todos los hombres, y os hace saber que está sano y salvo y a gusto en la tierra de Carmelida. Pero un asunto de gran importancia le acaba de surgir y por eso es necesario que sus nobles se presenten a él: os pide, por el amor que le tenéis, que reunáis a todos en su nombre y les ordenéis que vayan allí de forma que puedan estar el día de la Ascensión en Zelegrebes, la capital del reino de Carmelida.

Apenas habían llegado los dos mensajeros al palacio corrieron las noticias hasta la habitación de la reina; ésta, al oírlas, no esperó a que fueran a verla, sino que se dispuso a ir en su busca; Galahot fue con ella, pues siempre la acompañaba, muy

entristecido por sus desgracias y por su dolor, y fueron a donde mi señor Galván estaba sentado: llegaron cuando los dos mensajeros aún estaban contándole las noticias. Cuando mi señor Galván ve a la reina Ginebra, corre a tomarla entre los brazos, diciéndole:

—Señora, venid a escuchar estas buenas nuevas.

Ella está tan contenta que le tarda mucho oírlas; se sienta en la alfombra en la que mi señor Galván estaba y éste le cuenta desde el principio todas las noticias acerca del rey, que estaba en Carmelida, pero no le dice la verdad tal como es, pues no se atrevía por no entristecerla. Los mensajeros cuentan, de principio a fin, cómo fue hecho prisionero, cómo se lo llevaron y cómo era necesario que el día de la Ascensión estuvieran todos los nobles con él; «y para que se lo crean, voy a dar buenas muestras de que el rey ha enviado estas órdenes», le dice a mi señor Galván. Él reconoce inmediatamente las muestras que llevan, pues nadie más que el rey y él las conocían. Sin embargo, no le dice nada a la reina, y por eso la reina sospecha que el rey no está tan bien con respecto a ella como solía, y que la que lo tiene prisionero ha conseguido volver algo su corazón, alejándolo de como era: se encuentra muy a disgusto, aunque muestra la cara mejor que podía con las noticias que acaba de oír. Mi señor Galván envía por todas las tierras de Bretaña a sus mensajeros, ordenando a los nobles de parte del rey que estén quince días antes de la Ascensión en el mismo lugar donde se habían encontrado en la fiesta de la Candelaria: en el castillo de Bredigán, pues de allí tendrían que ir a donde estaba el rey, a unas siete jornadas, y deben saber todos que está sano, libre y en total dominio de sus facultades.

De esta forma mi señor Galván convoca a todos los nobles de la tierra del rey. La reina habla con Galahot en privado y le dice entre sollozos:

—Ay, Galahot, que Dios me ayude, ahora tengo la mayor necesidad de vuestro consejo que nunca tuve, y por eso os ruego que me aconsejéis, pues estoy segura de que la doncella que tiene prisionero al rey Arturo lo ha transformado tanto que sentiré un gran dolor; pienso y creo que esto me ocurrirá por mi pecado, porque le he faltado al hombre más noble del mundo. Pero la fuerza del amor que me impulsó a hacerlo era tan grande que mi corazón no pudo defenderse; y, por otra parte, me impulsaba a ello el valor de aquél que ha superado a todos los buenos. No obstante, no temo tanto que el rey se separe de mí, como que me entregue a la muerte, pues si me deja vivir, no habrá día en que yo no tenga en abundancia todo lo que necesite, pues no seré pobre si me deja vivir. Pero si hace que me den la muerte será una gran pérdida, pues fácilmente perderé el alma, después de haber perdido el cuerpo. No tengo a nadie que me pueda aconsejar tan en privado como vos; serán muchos los que sientan mi daño y vos también, que siempre habéis procurado que yo me encuentre a gusto.

—Señora, no temáis morir, pues morirán mil caballeros antes de que vos recibáis el menor daño. Si el rey quisiera destruirlos, no lo podrá hacer, pues os prometo que

enviaré en busca de toda mi gente, para que estén dispuestos con sus armas el día que mi señor Galván ha convocado a los demás. Y aunque con ello reciba el odio para siempre del rey Arturo, si se os condena a morir, seréis rescatada, pues yo perdería la vida y el cuerpo antes de que vos recibierais la muerte. Estad segura y tranquila, pues no debe preocuparos la muerte mientras yo viva. Si ocurre que sois separada del rey, yo os daré un reino, el más hermoso y el mejor de cuantos hay en mis tierras: seréis señora del mismo para el resto de vuestra vida; no debéis estar a disgusto ni por miedo a morir, ni por la separación, pues es muy posible que no veáis ni lo uno ni lo otro. Ocurra lo que ocurra tendréis suficientes ayudas.

De este modo consuela Galahot a la reina; y la fecha señalada se va acercando poco a poco: la reina, mi señor Galván y la gente más relacionada con su casa se ponen en marcha hasta llegar a Bredigán. Permanecen allí durante toda la quincena esperando a los nobles que aún no habían llegado. Por otra parte, acuden también todos los caballeros de Galahot; mi señor Galván se extraña mucho y le pregunta por qué ha ordenado la presencia de tal cantidad de gente, a lo que éste responde: «Porque si el rey está prisionero en algún sitio y tiene necesidad de ayuda, posiblemente será necesario derribar alguna fortaleza antes de que lo tengamos con nosotros; es justo que cada cual venga con todas sus fuerzas, pues con gran número de gente se podrá rescatar a un hombre tan valiente como es mi señor.

Cuando ya llevaban quince días se marcharon de allí hacia Carmelida y llegaron a Zelegrebes tres días antes de la Ascensión. Por su parte, la doncella ha hablado a todos sus nobles, que le han prometido mantener sus derechos, pensando ciertamente que era su señora: la aman tanto como deben amar a la dama y odian a la reina tan mortalmente como la gente del rey la ama con un gran amor.

El día de la Ascensión todos los nobles se reunieron, y el rey se dirigió a los suyos con gran dulzura, diciéndoles:

—Señores, os he convocado como a mis leales nobles, pues no se debe solucionar un asunto tan importante como éste sin el consejo de la nobleza. Oísteis todos la queja que presentó la doncella en mi corte el día de la Candelaria, y yo pensé que realmente no tenía razón. Pero las cosas han cambiado desde entonces y ahora estoy seguro de que tiene razón, y que la que ha sido reina contra derecho durante largo tiempo fue la autora de la traición: así os lo atestiguará toda la población de este reino, y os indicarán que la doncella era hija del rey Leodagán y de su mujer la reina, y que ésta con la que he estado era hija del senescal; por eso os he reunido, pues por ignorancia he pecado como un insensato. Os ruego ahora que me ayudéis a expulsarla.

Al oír estas palabras se quedaron todos muy sorprendidos y no hubo uno solo que se atreviera a decir nada; mi señor Galván llora con tanta tristeza como si viera a la reina muerta pero Galahot, que no se había sorprendido, avanza y empieza a hablar delante de todos los nobles:

—Señor, se os tiene por el más valiente del mundo; no convendría que hicierais nada que se os pudiera recriminar o que fuera considerado una locura, ni de lo que os pudierais arrepentir demasiado tarde. ¿Qué ha ocurrido para que mi señora sea acusada de esta traición?

—Me parece, señor —contesta el rey—, que no conocéis la verdad tan bien como los nobles de esta tierra: dicen que el rey Leodagán era muy sabio, muy sensato y que tenía muchos nobles en su séquito; los que estaban con él todos los días conocen mejor la verdad que los extraños.

—Ciertamente, señor —contesta Galahot—, se os tiene también a vos por muy sabio, pero no parece razonable que cosa que ha estado oculta durante tanto tiempo sea resuelta con facilidad; nunca hubo el más mínimo rumor al respecto ni en esta tierra ni en otra, y nunca fue visto nadie que no tuviera a mi señora por reina.

—Bien sé lo que ocurrió; y si no fuera por el gran pecado que hay en ello, la amaría más que a ninguna dama. Pero esto sería en contra de Dios, si la mantuviera durante más tiempo; no habrá juicio ni batalla por el abandono: será reina la que los nobles de este reino decidan.

De este modo termina el consejo, y son llamados los partidarios de la reina. Esta estaba a un lado y la doncella al otro; entonces el rey les dice a los nobles de aquella tierra:

—Señores, sois vasallos míos y me habéis prometido lealtad; estas dos damas han presentado ante mí una querrela: la que pertenece a esta tierra dice que fue mi esposa, que era hija de vuestro señor y de su mujer; y la que he tenido siempre por mujer dice lo mismo. Ya que la verdad no puede ser sabida si no es por vos, os he reunido: quiero que me juréis sobre los Santos Evangelios que no diréis nada movidos por el amor o por el odio, y que haréis reina a la que debe ser.

Entonces avanza Bertholai el Viejo, tiende la mano sobre los Evangelios que el rey había hecho llevar, y dice que, por Dios y los Santos, esta Ginebra era la esposa del rey Arturo, consagrada como reina, y que era hija del rey y de la reina de Carmelida; y mientras jura, la mantiene sujeta por la mano. Después de él juraron todos los nobles de la tierra, y los viejos caballeros que habían estado en la corte de Leodagán. También había bastantes por parte de la reina que habían vivido a su lado desde que fue hecha reina; pero nunca fueron escuchados ni oídos, pues el rey estaba contra ellos.

De este modo, la reina fue separada de su señor y la que no tenía ningún derecho fue considerada reina; ésta fue la cosa por la que el rey fue más censurado. Aquel día hubo un gran gozo por parte de los de la tierra, mientras que los del reino de Logres sintieron una gran pena. El rey habló con su gente y les pidió consejo acerca de cómo trataría a aquélla a la que durante tanto tiempo había hecho tener por reina sin serlo. Galahot, que se da cuenta de lo que el rey piensa, le aconseja que espere hasta Pentecostés, «y desde ahora hasta entonces recibiréis el consejo adecuado, pues una

cosa tan extraordinaria como ésta no puede quedar sin ser vengada».

Decía esto para que el rey se pusiera de su lado, y el rey así lo hace de buena gana, contestando que se atenderá a su consejo; luego, llama a mi señor Galván y le ordena que guarde a la reina, y que la presente el día de Pentecostés, «pero procurad que ese día aún siga con vos, pues os juro por los santos de aquí —y tiende la mano hacia una capilla— que no volveréis a tener mi amor si para entonces no la volvéis a llevar a mi presencia, y cometeréis una deslealtad hacia mí, que os la entrego por encima de todo lo que habéis podido recibir de mi propia persona».

—Señor —le responde Galván—, la custodiaré bien, pues así lo he hecho muchas veces desde que os vinisteis a esta tierra.

Entonces se van él y Galahot para llevarse a la reina, y la conducen a su alojamiento acompañada por numerosos caballeros. Galahot le dice riendo:

—Señora, quiera Dios que mi señor Galván os guarde bien, pues le habéis sido encomendada por encima de cuanto ha recibido de su tío el rey.

La reina se muestra tan alegre como si no hubiera ocurrido nada, y contesta sonriendo:

—Ciertamente, señor, me puede guardar sin gran dificultad, pues si debo morir por esto, querría que fuera sin que nadie, sino yo, sufriera daño, porque si muriera tal como ahora estoy, sólo una cosa me podría servir de consuelo.

LXXIX

Así, quedó la reina hasta el día de Pentecostés bajo la custodia de mi señor Galván, y entonces fue llevada ante todos los nobles. El rey les habló y les ordenó, como sus vasallos que eran, que juzgaran con rectitud qué tipo de justicia se debía hacer con aquélla que le había hecho vivir en pecado mortal durante tanto tiempo. Los nobles a los que les ordenó que llevaran a cabo tal juicio eran de la tierra de Logres, y el rey no pensaba que se atrevieran a hacer algo distinto de lo que él deseaba o que no hicieran nada; quería que la condenaran a muerte, hasta tal punto lo tenía convencido la otra, gracias a pócimas y a sortilegios: aquel mismo día se le había echado a los pies suplicándole que hiciera juzgar a la reina, si quería tener alguna vez alegría con ella.

Tras enviar a sus nobles al juicio, tal como habéis oído, salieron y hablaron juntos; mi señor Galván, que siempre había amado mucho a la otra reina dijo, el primero de todos, que no estaría en ningún lugar en el que la reina fuera condenada a muerte, y con él están de acuerdo todos los demás. Después habló Galahot, diciendo:

—Es necesario llevar al rey de buena forma, pues por el aspecto que le he visto, desearía la muerte de mi señora, aunque ninguno de vosotros la queréis, según me parece. Por eso, sería conveniente que le pidierais un aplazamiento del juicio hasta otro día, y en ese término mi señor el rey se marchará de esta tierra igual que todos nosotros; podría ocurrir que quien ha promovido esta acción, encolerizada, no se encuentre tan iluminada como ahora en la próxima ocasión. Si no podéis obtener el aplazamiento, decidle que no está bien llevar a cabo un juicio en un día de fiesta tan importante, sin que cada cual lo haya meditado profundamente y se haya aconsejado.

Todos están de acuerdo con él; salen de allí, se presentan al rey y piden el aplazamiento por boca del mismo Galahot, que recuerda siempre las palabras adecuadas y sabe presentar las razones por las que el rey les debe conceder el aplazamiento. Éste lo hubiera aceptado con gusto, pero la que era su dama le tiene tan espantado el corazón, que promete, por Dios, que no dará aplazamiento, y los conjura, por la lealtad que le deben, a que cumplan sus órdenes «¡Y si no queréis hacerlo, encontraré sin dificultad quien lo haga!».

Le contestan que no lo harán en absoluto, pues se dan cuenta de que en el juicio tendría que ser condenada, ya que la han privado de ser reina. Cuando el rey ve que no piensan hacerlo, lo considera un gran desdén y jura que será condenada antes de la noche, «y yo mismo lo haré».

Llama entonces a los nobles de Carmelida y les ordena, ya que son sus vasallos, que la juzguen. Bertholai el Viejo, que cumplía la voluntad de su señora en todo, le dice:

—Señor, queremos que estéis presente, pues es muy necesario, ya que nos lo habéis encargado porque la nobleza de Bretaña —que es tan importante— rehúsa a hacerlo.

Queremos que estéis presente en persona, pues sois hombre tan sabio que si fallamos al hacer justicia, podréis corregirnos a todos.

—Ya que así me lo pedís —responde el rey—, no os lo negaré.

Se pone en pie y va con ellos al juicio; por su parte mi señor Galván y los nobles de Bretaña se reúnen. Galahot, que quiere mucho a la reina, forma parte de su consejo y Lanzarote su compañero, que escucha siempre los consejos que su amigo le da, dice que si su dama muere, morirá. Galahot les pregunta a mi señor Galván y a todos los demás:

—Señores, si el juicio decide que mañana sea destruida, ¿qué haremos?

Mi señor Galván le contesta que él no estará presente, pues antes abandonará la casa de su tío y huirá como exiliado a tierras extrañas; lo mismo contestan mi señor Yvain el hijo del rey Urián, mi señor Keu el senescal y todos los reyes y condes. Todos están de acuerdo con estas palabras.

—Por mi fe —dice Galahot—, mi señora es tan querida por los valientes, que éstos no deberían permitir su muerte; por lo que a mí respecta, digo que preferiría perder el honor y la tierra antes de que la reina muriera. Pero ya que será necesario llevar el asunto con cuidado para que el honor de mi señora quede a salvo, desearía que le rogarais a mi señor el rey que por el amor de todos nosotros os conceda que viva: rogádselo cuando vaya a dictar sentencia; si no lo quiere otorgar, esperad la condena; cuando oigáis que ha sido condenada a muerte, pedidle licencia y decidle que en modo alguno os quedaréis.

Con esto terminan la reunión; Galahot se lleva a Lanzarote, que siente gran pesar, y le dice aparte:

—Mi dulce amigo, no desmayéis por lo que habéis oído decir acerca de mi dama; estad seguro que aún me veréis hacer una de las cosas más atrevidas que habéis visto en vuestra vida, pues podréis contemplar cómo se queda sorprendido aquél al que se tiene por el más noble del mundo.

—Señor, ¿cómo?

—Si el rey condena a mi señora a muerte haré algo de lo que se hablará para siempre, pues estoy dispuesto a invalidar su juicio, a discutirle y a combatir cuerpo a cuerpo contra el caballero que él desee.

—Señor, no lo haréis así, pues el rey no os volvería a amar nunca más y sería un gran daño si entre dos nobles tan valientes como sois vuelve a existir odio; no combatirá nadie si no soy yo, pues si el rey me odia, conseguiré que ese odio se convierta en gran mérito; el rey se molestaría más con vos que conmigo. Os ruego por lo que más queráis, que no haya ningún otro que lo discuta.

Galahot se lo concede, «pero será necesario que lo hagáis con mucho tiento, pues sois de la casa del rey y compañero de la Mesa Redonda: seríais recriminado si hacéis algo que vaya contra el rey».

—Decidme.

—Cuando oigáis que mi señora es condenada a muerte, miradme y tan pronto como yo os haga una señal, id ante el rey: abandonad la Mesa Redonda y pedidle que os licencie de su mesnada. A continuación, preguntadle quién ha tomado la decisión de la condena, y si dice que ha sido él, invalidadle el juicio a él si quiere defenderlo, o a cualquier otro.

Mientras que ellos dos hablaban así, el rey sale del juicio que ha mantenido con sus nobles de Carmelida. Bertholai el Viejo empezó a hablar por orden del rey, y lo hizo de forma tan alta que fue oído sin dificultad por todos:

—Señores nobles de Bretaña, la sentencia que hemos impuesto ha sido aceptada con el consentimiento de mi señor el rey Arturo, y se debe a que esa Ginebra lo ha tenido durante mucho tiempo en su compañía contra Dios y contra la razón; por eso, ha sido condenada tal como me oiréis, de forma que todas las cosas que la reina lleva en sacramento serán borradas de ella. Y ya que ha llevado la corona contra razón, por eso será borrado el lugar en el que la llevaba y deshonorado el mismo: se le cortarán los cabellos y se le cortará también la piel de las manos, pues corresponde a reina el ser ungida en ese lugar y perderá la piel de los dedos para que sea mejor reconocida después; luego, abandonará la compañía de mi señor el rey, sin poder regresar a ella.

Cuando los nobles de Bretaña lo oyeron sintieron gran tristeza y afirmaron que no estarían presentes cuando se hiciera tal cosa. Mi señor Galván dijo que si el rey no hubiera estado presente en el juicio, habría afrentado a todos los que participaron en él, y lo mismo dice mi señor Yvain. Mi señor Keu el senescal avanza entonces tan encolerizado que poco falta para que llame al rey falso juez; va ante él, como si quisiera entregarle un gaje. Entonces, Galahot mira a su compañero, le hace una seña y éste se lanza entre todos, se quita del cuello un manto de rico tejido de seda con orofrés y forro de armiño, que llevaba vestido, igual que Galahot. Cuando Lanzarote llega ante el rey hubo un gran murmullo alrededor para escuchar qué era lo que quería decirle, y fue contemplado por mucha gente, pues había acudido a cuerpo. Lanzarote era de gran belleza: tenía la cara clara y morena, afable; aún no tenía espesa la barba, pues hacía sólo tres años que había sido armado caballero, y tenía quince años cuando lo fue, no más; tenía la boca pequeña y bien dispuesta, la frente ancha, los cabellos pardos y encrespados; el cuello grueso y fuerte de acuerdo con el tamaño de la cabeza y del cuerpo; el pecho ancho, los hombros y los brazos proporcionados y repletos de carne, bien huesudos y con fuertes nervios; manos largas, rellenas y suaves; buen talle y caderas, y no se podía encontrar ningún caballero con un cuerpo más proporcionado para su edad; no era pequeño, pues según cuenta la historia de su vida, cuando se quitó el manto era mayor que mi señor Galván, al que le sacaba medio pie; le sentaba muy bien haberse quedado sólo en cota. Acudió, tal como habéis oído, atravesando la sala, y fue separando a la muchedumbre, encolerizado y molesto; alcanzó a Keu el senescal y en el momento en que se ofrecía para combatir contra el rey, lo sujeta y lo hace volver.

Keu considera un gran desdén el que Lanzarote lo haya apartado, y se mantiene delante de él. Este lo vuelve a apartar, diciéndole:

—Mi señor Keu, no pretendáis la batalla, pues ni vos ni ningún otro caballero de aquí la realizará, pues no os corresponde una batalla por un asunto tan importante.

—Señor, ¿por qué no la debo librar yo, ni ningún otro caballero de los que hay aquí?

—Porque lo hará alguien mejor.

—¿Quién es? —pregunta Keu, que lo tiene a gran despecho.

—Ya lo veréis —le contesta Lanzarote— en el momento en que ocurra.

Estas palabras le fueron muy mal consideradas a Lanzarote, pero a él no le importó, pues cuando estaba enfadado lo mismo le daba decir cosas sensatas que locuras; y al decir que lo haría alguien mejor que Keu no se refería a sí mismo, sino a la reina, pues todo lo que hacía le parecía que lo hacía más gracias a la reina que gracias a su propio valor.

Lanzarote se presentó ante el rey y le dijo:

—Señor, os pido por mí y por los nobles que aquí están que me digáis si fuisteis vos el que dictó la sentencia.

El rey responde que así fue ciertamente, «pero no lo hice yo solo, sino que hubo numerosos nobles conmigo». Y se los muestra, pues aún estaban allí.

—Señor —dice Lanzarote—, he sido compañero de la Mesa Redonda durante algún tiempo, gracias a vos que me concedisteis esa compañía; ahora yo la dejo y abandono vuestra mesnada, a la que he pertenecido, de forma que no deseo tener nada de vos de ahora en adelante.

—¿Por qué —le pregunta el rey—, mi dulce amigo?

—Porque no podría sostener nada en contra de vos mientras sea compañero de la Mesa Redonda o de vuestra mesnada.

—¿Qué es lo que queréis sostener en contra de mí?

—Os digo que el juicio y la sentencia que habéis dictado contra mi señora han sido malvados y desleales, y estoy dispuesto a defenderlo contra vos mismo o contra cualquier otro. Si hay más de un caballero, combatiré contra dos o contra tres.

Cuando Keu el senescal lo oye, no puede resistirse y se dispone a hablar, diciendo que la locura va en aumento y que Lanzarote ya tendría suficiente con un caballero, pues era demasiada la empresa que iba a comenzar, sobre todo después de haber sostenido que era más valiente que todos los demás.

—Eso no os importa —le contesta Lanzarote—, señor Keu, pues por la fe que le debo a Galahot, mi señor, que está ahí, al que amo más que a todos los caballeros del mundo, cuando se produzca el combate vos no desearíais ser el cuarto caballero en enfrentarse a mí ni aun a cambio de toda la tierra del rey aquí presente. Y ya que habéis hablado así combatiré contra tres, con razón o sin ella, pues bien sé que no es justo que ningún caballero combata contra tres si no es por propia voluntad del que desafía. Y yo

quiero hacerlo de propia voluntad para que la razón de mi señora sea reconocida en mayor grado.

—Lanzarote —le dice el rey—, es cierto que sois un valiente caballero y vuestras hazañas son conocidas en muchas tierras, pero os habéis empeñado en un asunto grave al impugnar mi sentencia. Nunca encontré caballero que se atreviera a tanto y además os habéis decidido a emprender una insensata batalla al retar a tres caballeros, y sería una gran desigualdad; dejad las cosas tal como están y seguid siendo compañero mío.

Le responde que no lo dejaría estar así por Keu el senescal y ruega que éste sea uno de los tres. El rey le responde que no permitirá que combata contra tres caballeros en su casa, si lo puede evitar.

Los nobles de Carmelida sienten una gran afrenta y un gran malestar porque Lanzarote ha impugnando así el juicio y porque se ha envanecido dispuesto a combatir contra tres de los mejores caballeros; se ofrecen a combatir contra él y le ruegan al rey que acepte los gajes de dos pares. Pero el rey está dispuesto a apaciguar el asunto y dice que desearía que la cosa no continuara, «pues debéis saber que es el mejor caballero de cuantos viven, y no querría por toda mi tierra que muriera de forma afrentosa».

Lanzarote, mientras tanto, dice que no se marchará si no es para combatir y está dispuesto a mostrar que la sentencia es falsa y que todos los que han participado en ella son desleales. El rey se esfuerza en aconsejarle que deje estar el combate: pero ninguna recomendación sirve para nada pues se mantiene delante de él de rodillas, tendiéndole su gaje. Por otra parte, los nobles de Carmelida salen dispuestos a contradecirle; al final el rey no tiene más remedio que aceptar los gajes que le ofrecen, con gran pesar, pues lo siente por Lanzarote ya que teme que lleve la peor parte.

De este modo le han dado los gajes por ambos lados; cuando recibe el último, mi señor Galván dice que no es razonable que un caballero luche contra tres; el mismo rey está de acuerdo con él, pues no desearía que Lanzarote combatiera. Pero Bertholai el Viejo, que conocía todo tipo de maldades, se pone en pie y se presenta ante el rey, diciéndole:

—Señor, ya se han dado los gajes por su parte y por la de los tres caballeros, y tal como lo ha pedido así debe ser el combate; si no desea llevarlo a cabo, estamos dispuestos a oír la sentencia de vuestra corte y que lo juzguen los que más lo quieren de entre los vuestros.

Cuando Lanzarote lo oye, jura por todo lo que puede jurar que no combatirá si no es contra tres caballeros y le ruega a mi señor Galahot que le permita realizar la batalla; éste no se atreve a llevarle la contraria, ya que él así lo desea, y le dice al rey:

—Señor, Lanzarote emprenderá el combate tal como se ha propuesto, y me entregará a mí o a vos vencidos a los tres caballeros el día que se fije para el combate, tal como es habitual: un caballero tras otro.

Los nobles de Carmelida dicen que no será así, sino que quieren que los tres

combatan contra Lanzarote a la vez. Lanzarote está dispuesto a saltar para otorgárselo, pero Galahot lo sujeta y le jura que no lo querrá si se empeña en combatir de forma distinta a la que él ha dicho:

—Dejadlos hablar y teneos a lo que yo diga.

—Señor —le contesta Lanzarote—, no me volveréis a oír hablar, pero vigilad mi honor.

—Será bien guardado.

Entonces Galahot se adelanta al lado de los nobles de Carmelida que estaban disponiendo el combate y le dicen que no será como él ha dicho. «Por mi fe —exclama Galahot—, por más que lo digáis no es esa la costumbre, pues en la casa de mi señor el rey nunca se hace como vos pretendéis; va en vergüenza vuestra el pedirlo, pues no parece que en esta tierra haya tan buenos caballeros como se dice».

Galahot ha hablado tanto que se le concede, por ambas partes, que sea como él quiere. El rey fija el plazo en la octava de Pentecostés, y acepta fianzas por parte de los de la tierra, pues no se atrevería a hacer nada que pensara que pudiera enfadar a Galahot.

La mañana de Pentecostés, el rey hizo que se aprestaran todos para ir a su tierra; el martes se puso en marcha. Se hizo a la mar con su compañía y llegaron a Bredigán el sábado. Los nobles de Carmelida ya habían decidido quiénes serían los tres caballeros que debían combatir: eran muy grandes, muy fuertes y muy apreciados en sus países, y el de más edad de entre ellos no tenía más de cincuenta años. El lunes por la mañana se hicieron los preparativos en los prados junto a Bredigán, y los tres caballeros se armaron lo mejor que pudieron según la costumbre de sus tierras; Lanzarote, por su parte, también se hace armar y con él bastantes nobles. Galahot y los suyos fueron los primeros; de casa del rey Arturo estaba mi señor Galván, que con sus propias manos le ató a Lanzarote las correas, los lazos y cuanto fue necesario. Ni él ni Galahot permiten que nadie más le ayude. Cuando ya estuvo armado, Galahot le ciñó a Lanzarote su propia espada, rogándole que la lleve por su amor; éste le responde que así lo hará, pues amaba a Galahot, su señor, por encima de todo.

Mientras, el rey se esfuerza en evitar la batalla, en la medida de lo posible; pero Lanzarote no quiere otorgárselo por más que se lo rueguen. Mi señor Galván le dice a Galahot y al rey que le permitan combatir, ya que tal es su voluntad, pues no piensa «que nadie conozca tan bien su fuerza como yo mismo la conozco». Entonces, el rey ordena que coloquen jueces en el campo: Galahot será uno, junto al rey Idier, al rey de los Francos, al rey de Más Allá de las Marcas, al rey Aguisacán, a mi señor Galván y a muchos nobles más, hasta un total de veinte designados por el rey.

El combate tuvo lugar al pie del alojamiento del rey, pues la mayor parte de sus casas estaban a orillas de ríos. Una de las reinas estaba a la ventana, mientras que aquella por la que Lanzarote combatía subió a lo alto de la torre, acompañada por Keu

el senescal, a quien se la habían entregado para que la custodiara hasta el final del combate; con ellos estaba Saigremor el Desmesurado, Giflete el hijo de Don y otros muchos caballeros. Galahot hizo que llevaran un cuerno a la liza, y se lo entrega a uno de sus caballeros para que lo toque cuando él lo ordene; adoctrina a los caballeros que deben combatir y les advierte que no se muevan antes de que haya sonado el cuerno.

Ya habían dispuesto quién de los tres iría el primero, y Lanzarote todavía estaba tan girado que tenía la cara vuelta hacia la torre en la que estaba la reina. Galahot se retira y se dirige a caballo ante el rey, pidiéndole un don entre lágrimas.

—Os otorgo —le contesta el rey— todo lo que deseéis, si no me deshonra.

—Señor, nunca oísteis que un caballero combatiera contra tres, y no deberíais permitir, ni por la mitad de vuestra tierra, que Lanzarote fuera deshonrado, pues os he oído decir que él os devolvió en un solo día el honor y la tierra; si le entregáis a la reina libre de sentencia pienso que nos portaremos bien con él, pues la batalla no tendrá lugar.

—¿Qué diríais —le pregunta el rey— acerca de mi honor o de mi vergüenza, pues ha impugnado mi juicio y se ha permitido decir que lucharía contra mí? No lo odiaré por nada malo que haga contra mí, pues bien ha merecido mi amor; incluso hoy he rogado, cuando se consagraba el cuerpo de Nuestro Señor, que Dios le diese el honor del combate; y no hay ningún caballero que no sea de mi sangre al que yo ame tanto como a él, y así se lo he mostrado.

Mientras tanto, se acercan a Lanzarote, que ya se había armado con todas las armas; le tarda mucho oír el sonido del cuerno. El rey le dice a Lanzarote:

—Mi dulce amigo, os ruego que abandonéis este combate y a cambio yo haré por vos más de lo que muchos pensarían, pues haré que se retiren también los que han aceptado combatir contra vos y haré que la reina quede libre de la acusación; todo eso haré por vos, si queréis.

—Señor, no haréis nada por mí, pues por Dios, no dejaré de combatir hasta que esté muerto o hasta que hayan sido vencidos esos tres; y ojalá quisiera Dios que los tres mejores caballeros de vuestra casa, aunque fueran los mejores caballeros del mundo, estuvieran en lugar de esos tres: aun así combatiría. Por Dios, alguno habrá que nunca conseguirá llevar corona en la cabeza.

Cuando el rey oye estas palabras, siente una gran vergüenza, pues se da cuenta que lo dice por él; da la vuelta y se marcha llorando con Galahot, mientras que Galván les dice que no teman: «Pues, por Dios, ni estos tres van a resistir frente a él, ni me gustaría que el cuarto tuviera mi cabeza, por todo el reino de Logres». En esto, Lanzarote le grita a mi señor Galván:

—¿Sonará alguna vez ese cuerno?

—Sí, ahora mismo —le contesta mi señor Galván—, mi dulce amigo, que bien sé que os tarda más por empezar a dar golpes que por ver cómo llega el final del día.

Galahot ordena entonces que toquen el cuerno; y apenas lo oye Lanzarote, se coloca la lanza bajo la axila y pica espuelas al caballo, que lo lleva veloz: tiene el escudo tan cerca de su cuerpo, y va tan rápido, que hace mucho ruido. Uno de los caballeros galopa hacia él: se golpean con tanta fuerza que se dan con los brazos contra el cuerpo, con los escudos agujereados por las lanzas, y el caballero rompe su asta que vuela en trozos, mientras que Lanzarote le alcanza con tanta fuerza que rompe los refuerzos del escudo, y atraviesa las mallas de la cota. Era fuerte y estaba enfadado el que le acometió, y la punta de su lanza era resistente y aguda: lo atraviesa por medio del cuerpo, de forma que la lanza le aparece por la otra parte, derribándolo muerto en medio del prado. Cuando los jueces ven que está muerto, hacen sonar el cuerno.

Mientras tanto, Lanzarote saca la lanza del cuerpo del caballero que había muerto y galopa contra otro, tan rápido como le puede llevar su caballo: se alcanzan en los escudos, por encima de las boclas, el otro rompe la lanza y Lanzarote atraviesa el escudo, pero la cota le resiste, aunque dobla al caballero por el fuerte golpe. Lanzarote, que iba con mucha fuerza, le empuja por encima de la grupa del caballo y lo derriba al suelo, hiriéndole gravemente al caer; apoya la lanza en un árbol, pensando que aún la necesitará, y acude al caballero que había quedado tumbado, pero que ya se había puesto en pie, y había desenvainado la espada y se había colocado el escudo sobre la cabeza. Lanzarote llevaba en la mano la espada, pica al caballo con las espuelas y cuando el otro lo ve a caballo, siente un gran miedo.

—Caballero —le dice Lanzarote— no temáis, pues no se me reprochará el haberos atacado a caballo.

Entonces descabalgua, ata su animal a un árbol y con la espada en la mano vuelve hacia el caballero, que ya se había quitado del cuello la correa del escudo: le ataca de tal manera que la sangre le brota por todo el cuerpo, y no puede resistir los golpes durante mucho tiempo, y así le obliga a abandonar el terreno cada vez más. Cuando ve que no podrá resistir, no sabe qué hacer, pues no se atreve a pronunciar la vergonzosa palabra de cobardía.

El prado en el que estaban combatiendo estaba cerrado por un río profundo por una parte y por la otra estaba rodeado de caballeros y de otra gente; por otro lado, por la parte del castillo, llegaba hasta la torre en la que la reina Ginebra estaba con Keu el senescal y con los demás caballeros. Cuando el que estaba combatiendo con Lanzarote vio que no tenía salvación posible, corre tan rápido como puede ir por la sangre que había perdido, e intenta arrojar al río dispuesto a ahogarse. Entonces pensó que si se ahogaba tendría una muerte vergonzosa, como fugitivo y cobarde: regresa y al ver venir a Lanzarote dispuesto a golpearle siente miedo a morir y dice:

—Ay, señor caballero, hombre franco, tened piedad de mí: no sé quién podría tener compasión, si vos que sois el mejor de todos los buenos no la tenéis.

—Ciertamente —le responde Lanzarote—, tendréis que reconocer por vuestra boca

que los que dictaron sentencia contra mi señora son traidores desleales.

—Así lo pienso —contesta el caballero—, y me parece que su gran pecado es la causa de mi deshonra.

—Por Dios —dice Lanzarote—, aún se verá muy bien que son traidores desleales, pues serán afrentados delante de los más valientes del mundo, y tú, igual que los otros caballeros que veo ahí, morirás por ello.

Entonces levanta la espada dispuesto a golpearle; el caballero no se atreve a esperar el golpe y huye por el prado. Cuando ya no puede correr más, se vuelve hacia Lanzarote y le pide con amargura que tenga compasión, a lo que éste le responde:

—Cobarde, espera a esta espada que corta tan bien, o di las malas palabras; mejor te valdría sufrir la muerte que tener una vida vergonzosa.

—Así me ayude Dios —contesta el caballero—, tenéis razón y prefiero esperar la muerte por vuestra mano, pues no podría morir por nadie mejor.

Entonces se queda a esperarle, se coloca sobre la cabeza el escudo y se defiende lo mejor que puede frente a él; pero de poco le vale, pues Lanzarote hace que vuelen los trozos de lo que le quedaba de escudo, y lo deja en tal estado que todos los que lo ven sienten una gran compasión; pero a Lanzarote no le importa, pues siente tal dolor por la afrenta que le han hecho a su señora que no quiere tener merced. Entonces, se acercó al caballero y le dio un golpe, que bien se vio que fue obra de su cólera, pues le hundió el yelmo, la ventana y la cabeza, haciendo dos trozos de cada uno, y su espada no se detuvo hasta que llegó al espinazo y el cuerpo cayó al suelo. Entonces empezó a lamentarse por la espada del caballero, que era buena y hermosa, diciendo que debía tener corazón de valiente quien la llevara. La vuelve a envainar y va a donde estaba su caballo, monta rápidamente y vuelve a tomar la lanza. Se dispone a atacar al otro caballero; pero mientras tanto, van al rey los nobles de Carmelida, y le dicen que se han dado cuenta de que el combate no se ajusta al derecho, pues batalla que se libra por un asunto de tanta importancia como la impugnación de un juicio, no debería llevarse a cabo sin haber jurado antes.

—Os requerimos, señor, para que toméis el juramento pues estamos seguros de que la sentencia ha sido justa.

El rey les responde que no le importa si el juramento ha sido tomado o no. Galahot lo oye, se acerca al que tenía el cuerno y hace que lo toque: hizo esto porque temía que la reina no tuviera razón y que la sentencia hubiera sido justa.

Apenas sonó el cuerno, los dos se atacan, los caballos no eran lentos, sino fuertes y rápidos, y el lugar era grande y llano; se alcanzan a gran velocidad. El caballero temía mucho a Lanzarote: decidió matarle el caballo cuando se encontraran, pues si iba a pie, él llevaría ventaja, con diferencia. Este caballero era muy valiente y muy esforzado; se llamaba Cardoas de Lanvale. Tal como lo pensó, así lo hizo; pero no se quedó encima del suyo, como había pensado, pues Lanzarote lo levantó de los arzones, golpeándolo

con fuerza y lo derribó abajo por encima de la grupa del animal. Luego, se ponen los dos en pie. Pues el caballo de Lanzarote estaba en el suelo y sacan las espadas; van el uno contra el otro con gran valor y se golpean en los yelmos; las espadas eran de gran calidad y los que las llevan son rápidos y ágiles; se alcanzan con tanta fuerza que no queda ni hierro ni madera, se hieren en la carne, de forma que brota la roja sangre y las cotas están tan destrozadas que la hierba queda cubierta de mallas que han volado. Pero Lanzarote da golpes más pesados que el otro y mi señor Galván se da cuenta de que no le duraría a Lanzarote hasta el final; todos lo alaban mucho. Durante largo rato combaten de aquel modo, y si uno lleva golpes, el otro tiene bastantes heridas; pero el caballero está en peor situación, pues los brazos de Lanzarote eran de extraordinaria fuerza.

Tanto duró la pelea que se hizo la hora de nona; el caballero había perdido tanta sangre que empieza a debilitarse, le falta aliento y a la vez cede el campo ante los golpes que Lanzarote le da; era muy ágil, pero estaba gravemente herido. Sin embargo, se esfuerza tanto como puede en defenderse y aunque retrocede, no da muestras de ser cobarde, antes bien, da grandes golpes con toda la fuerza que le queda. Lanzarote le acosa y le llega tan de cerca que lo lleva a su antojo por el campo ahora hacia atrás, ahora hacia delante: está tan debilitado que tres veces cae teniéndose que apoyar sobre las manos. Por fin, Lanzarote lo ha ido llevando hasta debajo de las ventanas de la torre en la que se encontraba la reina: para entonces, el caballero estaba tan cansado que no podía continuar. Lanzarote lo acosa, le arranca el yelmo de la cabeza, y el caballero, que teme por su cabeza, se cubre con lo que le queda de escudo. Lanzarote mira hacia la torre, ve a Keu junto a la reina y grita:

—¡Keu, Keu, esto ha terminado! No pienso que queráis ser el cuarto. ¡Este caballero no os causaría ninguna dificultad por todo el mundo, si fuera vuestro!

Dijo estas palabras en voz tan alta que muchos buenos caballeros las oyeron, y supieron que las había dicho porque Keu le había recriminado el emprender el combate contra tres caballeros. Luego, Lanzarote vuelve a su enemigo, que temía porque tenía la cabeza desarmada, y no quiso esperar, sino que arroja el escudo para enfrentarse con los brazos; Lanzarote lo abuza y así caen el uno y el otro. Pero Lanzarote era de mucha mayor fuerza y le aumentó el valor al oír a la cosa que más amaba cerca de él: el caballero cayó debajo y Lanzarote le dio grandes puñetazos y grandes golpes con la espada, de forma que la sangre empezó a salirle por las mallas de la ventana.

Cuando Galahot y los demás caballeros que custodiaban el campo lo ven en tan mala situación, sienten gran piedad, pues lo habían visto combatir con vigor; le piden al rey merced para que un caballero tan bueno no muriera de aquel modo.

—Verdaderamente —contestó el rey—, preferiría haber dado una ciudad antes que entrometerme en su liberación, pero veo que Lanzarote está tan enfadado conmigo que mi ruego no serviría más que para perjudicar.

—Señor —le dice Galahot—, os diré cómo podréis salvarlo y bastará con vuestra palabra.

—Por Dios —le dice el rey—, si es así, no morirá; decidme qué debo hacer.

—Señor —le responde—, si se lo pedís a mi señora, por la que está combatiendo, él lo declarará libre; ya sabéis que no ordenaréis nada a mi señora que ella no haga al punto.

—Si es así —contesta el rey—, no morirá.

El rey se dirige entonces hacia la reina, que al verla venir, baja a su encuentro; cuando la ve, le dice:

—Señora, estáis libre, pero el caballero que está combatiendo con Lanzarote morirá si vos no lo socorréis; sería una gran desgracia, pues es un hombre valiente: os rogaría que hagáis que Lanzarote lo deje libre.

—Señor —le contesta la reina—, haré todo lo que pueda, ya que así os place.

Entonces la reina se dirige a Lanzarote, que estaba combatiendo, y le dice:

—Mi dulce amigo, os pido merced, dejadme libre a ese caballero, pues mi señor el rey me ha pedido clemencia para él.

Cuando Lanzarote la ve, llorando y de rodillas, salta en pie y le dice:

—Ay señora, por la gracia de Dios, no lloréis más, pues si lo deseáis os concedo el que me haya vencido, ya que vos sois la dama del mundo que me ha hecho mayores bienes, aunque sólo fuera cuando me cuidasteis en vuestra habitación, aquella vez que yo había perdido el juicio en la Roca de los Sajones, cuando el rey aquí presente estaba prisionero.

Entonces, deja libre al caballero y le entrega cuanto le pertenece; y se esforzó en levantarlo, pues estaba gravemente herido. Frente a la gran alegría que tuvo esta reina, la otra sintió un gran pesar, y los nobles de Carmelida tuvieron bastante vergüenza, pues fueron alcanzados por la acusación de falsos jueces, y desde entonces no soportaron a los nobles de Bretaña y ninguno de ellos pudo presentarse en la casa del rey.

De este modo, Lanzarote ha liberado a la reina de su afrenta, y todos los que la quieren sienten una gran alegría. Por la noche van Lanzarote y Galahot al alojamiento de mi señor Galván, y Galahot le dice a la reina delante de éste:

—Señora, habéis sido separada de mi señor hasta que Dios quiera que volváis a ser juntada, y todos los nobles os deberían amar mucho, pues vos los habéis honrado y querido, y yo me considero por encima de todos los demás: os ofrezco, ante mi señor Galván que tanto os ama, la tierra más hermosa y la mejor de las que tengo, o de las que pertenecen a mi señor el rey. Si vos habéis sido reina, vuestro honor no disminuirá por falta de tierras, pues tendréis un reino hermoso, rico y lleno de tanta fuerza que el poder de esta nueva dama no servirá para nada, aunque sé que procurará todos vuestros males si os quedáis en sus dominios.

La reina y mi señor Galván se lo agradecen mucho.

—No tomaré —contesta la reina— esas posesiones sin el permiso de mi señor el rey, pues si él no hace lo que yo quiero, yo sí que voy a hacer lo que él desee en eso y en todo lo demás. Os doy las gracias, pues me habéis ofrecido un honor mayor que el de todos los nobles de mi señor el rey.

Hablaron juntos bastante de unas cosas y otras, hasta que por la mañana la reina fue a ver al rey, cuando éste salía de su capilla; se le echa a los pies ante numerosos caballeros, diciéndole:

—Señor, me voy porque así lo habéis ordenado, y no sé a dónde, pero por Dios os ruego que me digáis cuáles son vuestros deseos y qué queréis que haga, y si así lo deseáis, enviadme a un lugar en el que pueda salvar mi alma y en el que mi cuerpo no deba preocuparse por sus enemigos, pues no recibiríais gran honra si me hicieran daño mientras estoy bajo vuestra custodia. Si deseara tener tierras, encontraría sin dificultad quien me las diera, no por mí sino por vuestro honor; pero no aceptaré eso ni ninguna otra cosa sin vuestra autorización.

El rey le pregunta que de qué tierra se trata, a lo que Galahot, que estaba cerca, se adelanta y dice:

—Señor, así me salve Dios, le daré la tierra más hermosa de cuantas hay en vuestro poder y en el mío, la tierra de Sorelois; y sabed que es la tierra que yo más quiero, pues desearía que mi señora la reina estuviera en gran honor.

El rey le responde que pedirá consejo; llama a sus nobles, y mi señor Galván lo lleva a un lado y después de que todos los nobles hubieran hablado, le dice:

—Señor, bien sabéis que mi señora se va expulsada sólo por vos, y no ha perdido sus posesiones por ningún mal que haya cometido, sino por vuestra voluntad; nosotros todos somos desleales por haberlo tolerado, pero al propio señor se le debe permitir algún gran ultraje antes de obrar mal contra él pero, os aconsejo que tratéis a mi señora de forma honrosa, pues si se supiera que ha sido vuestra barragana, vos no tendríais ningún honor al ser ella deshonrada; y si teméis más a otra de lo que la amáis a ella, sé que no la mantendréis en vuestra tierra; si así lo deseáis, podéis enviarla a la tierra de Yvaín mi primo, donde será muy honrada; y si no deseáis hacer eso, ordenad que se vaya a la tierra de mi padre en Leonís; y si no queréis ni lo uno ni lo otro, permitid que vaya a la tierra que Galahot quiere darle.

Mientras hablaban así, entró un caballero, que era muy partidario de la nueva reina, sin que nadie lo supiera, y que conocía muy bien sus intenciones. Al ver al rey, le dice:

—Señor, desearía hablar con vos.

El rey deja a mi señor Galván, pues no quiso quedarse más.

—Señor —le dice—, piedad por Dios.

El rey lo mira y ve sus lágrimas.

—Buen amigo, ¿qué os ocurre?

—Señor, mi señora la reina está encolerizada, porque queréis darle tierras a vuestra barragana, y sabed que si alguno de vuestros caballeros hace tal cosa, ella morirá de dolor.

El rey siente una gran tristeza por estas noticias, se le muda el color y le responde al caballero:

—Decidle que esté tranquila, pues no haré nada que pueda molestarle.

El rey vuelve al lado de mi señor Galván y le dice:

—Buen sobrino, Ginebra no puede permanecer en mi tierra, ni en la tierra de ninguno de mis hombres, pues podría ir a algún sitio en el que yo no tuviera la posibilidad de defenderla según mi voluntad, y no quiero que muera, pues la he amado con gran amor. Que vaya a la tierra que Galahot quiere darle; le entregaré tantos caballeros y servidores de mi casa como ella desee.

Con esto, se marchan el rey Arturo y Galván; el primero va a donde lo están esperando sus nobles y les cuenta cuál era su voluntad, tal como se lo había dicho a su sobrino; lo aceptan más por ser su voluntad que por ninguna otra cosa. A continuación, va al mirador donde estaba Galahot y le dice:

—Mi dulce amigo Galahot, he encontrado en vos amor y compañía, y os he tratado tanto que me parece, por vuestro rostro y por lo que he visto, que sois el hombre del mundo que, sin ser vasallo mío, haría más por ayudarme; me habéis ofrecido una tierra muy rica y bien abastecida para que se la dé a Ginebra, que está aquí, y estoy seguro de que lo mismo que sois capaz de decirlo, seríais capaz de hacerlo; pero no me atrevería a pedir tan gran cosa, y estamos ya en un momento en que Ginebra no puede continuar aquí; vos no sois vasallo mío, pero sois mi amigo y mi compañero: os la entrego como a amigo, para que la custodiéis como si fuera vuestra propia hermana, y os ruego que así lo prometáis por el gran amor que me tenéis.

El rey la toma entonces por la mano, se la entrega y siente tal lástima que las lágrimas le brotan en los ojos. Galahot la toma, aceptando las condiciones que el rey le ha dicho, y la guardará como si fuera su propia hermana. Entonces sintieron gran compasión todos los que allí estaban y no hubo ningún caballero que no se echara a llorar; a continuación, el rey indica quiénes de su casa irán con la dama.

Ginebra va a su alojamiento, mientras que el rey se queda con sus nobles; mi señor Galván le dice:

—Señor, sabed que continuáis cargado con este matrimonio, pues no se dice que lo hayáis hecho para salir del pecado, sino para entrar en él; y os ocurra lo que os ocurra a partir de ahora, ya habéis perdido bastante, pues habéis cometido una deslealtad ante todos vuestros hombres, y habéis perdido al mejor caballero de vuestra corte, a Lanzarote; le ha llegado de esta forma una gran afrenta a la Mesa Redonda, cosa que nunca había ocurrido, pues ningún caballero la había abandonado por su propia voluntad; antes bien, se tenía por afortunado el que podía llegar a ella. Ahora la ha

abandonado Lanzarote y tened por seguro que, si no os esforzáis en recobrarlo, os supondrá un gran daño, pues tiene todas las fuerzas de Galahot y ha hecho tanto, por vos y por los vuestros, que no podréis obtener ninguna honra si no es por él.

—Buen sobrino —le responde el rey—, comprendo vuestras razones y me esforzaré todo lo que pueda en recuperarle; le daría lo que quisiera pedirme, menos la separación de esta mujer, pues sería vergonzoso para todos mis nobles y no querría faltar a la promesa que le hice; os ruego, mi buen sobrino, que le supliquéis insistentemente por mí y por Galahot.

A continuación, montan ellos dos y los más importantes de los nobles, y se dirigen al alojamiento de Galahot, donde lo encuentran sentado con Lanzarote, hablando a solas sobre una alfombra. Al ver al rey, se ponen en pie. El rey le ruega dulcemente a Lanzarote que le perdone su cólera; a la vez, mi señor Galván y los demás nobles también le suplican:

—Lanzarote —le dice el rey—, habéis hecho por mí bastante más de lo que yo he hecho por vos; por mi amor y por amor a la orden de caballería os hicisteis compañero de la Mesa Redonda, pero ahora la habéis abandonado, enfadándoos conmigo, y odiándome; nunca tendré alegría si os marcháis de tal forma: regresad y perdonadme vuestra cólera: os daré la mitad de mi reino y haré lo que queráis, quedando a salvo mi honor.

—Señor —le responde Lanzarote—, muchas gracias, pero ahora no me preocupa vuestra tierra, ni estoy enfadado con vos; en modo alguno me quedaría, por más que me lo suplicaran; os lo juro por la misa que he oído cantar hoy.

Cuando el rey vio que no podía hacer nada más, se pone en camino con su compañía. Lanzarote y Galahot se han quedado, con gran alegría porque el rey se iba sin haber tenido éxito. El rey tuvo muy mala cara toda la noche y no pudo dormir, hasta que por fin recordó unas palabras que Lanzarote había dicho antes de la batalla de la reina: que no se negaría a nada que ésta le pidiera, pues lo había cuidado mucho cuando estuvo enfermo.

Por la mañana, llegó Galahot a pedir licencia, pues quería marcharse a su país; el rey monta a caballo para acompañarle. Después de un rato, el rey llamó a la reina y a mi señor Galván, y dijo:

—Señora, sé que Lanzarote os ama con tan gran amor que no os negaría nada, y vos sabéis que yo he apreciado mucho su compañía: os rogaría, si es que alguna vez pensáis en volver a mí, que le supliquéis que se quede conmigo tal como era antes, pues no conseguimos convencerlo, ni yo, ni ningún caballero que se lo ruegue.

La reina responde, no como mujer asustada, sino como prudente y discreta, pues teme que el rey se haya dado cuenta del amor que existe entre ella y Lanzarote:

—Señor, debo amar mucho a Lanzarote si él quiere hacer por mí lo que no haría por nadie, pues sería muestra de que me ama más que a ninguno; y ya que es a mí a

quien más ama, debo procurar no enfadarle; no se lo rogaré, pues tendré su compañía con más frecuencia que la vuestra, y prefiero amarle a él, que me libró por su propia voluntad cuando vos queríais destruirme por vuestra deslealtad: sabed que no os debe agradecer nada, pues aunque realmente yo me hubiera merecido la muerte, deberíais haberme librado de ella antes de dejarle combatir contra tres caballeros; bastaría con que os hubierais acordado del día en que os devolvió vuestra tierra y vuestro honor.

De este modo termina el parlamento, pues el rey ve que sus palabras de nada sirven, y deja de hablar; después de acompañar un rato a Galahot, se despide de él y de los nobles. No ve a Lanzarote, que se ha ido tan deprisa como su caballo lo podía llevar; envía a su sobrino Galván, al que quería mucho, para que acompañe a la reina. El rey se marcha triste y dolido por Lanzarote, al que no ha podido retener.

LXXX

Galahot se marcha a su país, llevándose a la reina; cabalgan sus jornadas hasta que llegan a Sorelois. Una vez allí, Galahot entregó a la reina todas sus tierras y tras revestirla con ellas, después de jurarle todos homenajes, mi señor Galván se marchó muy contento porque la veía a gusto. Lanzarote y la reina se quedaron hablando, pero no fue delante de mucha gente; con ellos sólo estaba Galahot, en quien la reina confiaba especialmente.

—Mi dulce amigo —decía la reina a Lanzarote—, tal como podéis ver, las cosas han ido de forma que he sido separada del rey mi señor por mis malas obras, lo sé: no porque yo no sea su mujer esposada, la reina coronada y consagrada tal como fui; soy hija del rey Leodagán de Carmelida, pero el pecado me ha perjudicado porque me acosté con otro que con mi señor. Sin embargo, no hay una mujer tan virtuosa en el mundo que no cometiera una gran villanía procurando que estuviera a gusto un caballero tan valiente como vos; pero Nuestro Señor no tiene en cuenta la cortesía del mundo, pues lo que es bueno para el mundo es malo a los ojos de Dios. Ahora os ruego que me concedáis un don que os voy a pedir, pues en este momento me encuentro en el punto en que me convendría guardarme más que nunca: os requiero, por el gran amor que me tenéis, que a partir de ahora no pretendáis acompañarme, ni besarme o abrazarme, por favor; no lo hagáis, os lo suplico. Os permitiré que me acompañéis cuando pase esta situación; y cuando sea el momento y la ocasión, si tal es vuestra voluntad, recibiréis aumentado el premio. Ahora mi deseo es que tenéis que aguantaros durante algún tiempo; no temáis por mí, que no sea siempre vuestra, pues os lo habéis merecido y si quisiera evitaros, no lo resistiría mi corazón. Sabed que más de lo que os acabo de decir le dije a mi señor el rey cuando me pidió que os rogase que permanecierais en su mesnada, pues le dije que prefería vuestra compañía a la suya.

—Señora —le contesta Lanzarote—, no me puede pesar nada si a vos os place, pues en todo estoy sujeto a vuestra voluntad, ya sea para mi dolor o para mi alegría, y haré lo que deseáis, como quien no puede recibir ningún bien si no es de vos.

De tal forma estuvo la reina en la tierra de Sorelois, acompañada frecuentemente por Galahot y su amigo, y siempre estaba a su lado la dama de Malohaut; de no haber sido por estos tres, no habría podido soportar la falta de entretenimientos y de séquito a que estaba acostumbrada. Permaneció la reina dos años en Sorelois, y mientras tanto el rey Arturo siguió en su tierra: si antes amaba a su mujer, después amó a ésta el doble. Las noticias se extendieron tanto que el Papa que entonces tenía la sede de Roma lo supo y lo consideró un gran despecho, pues un alto hombre como el rey de Bretaña había abandonado a su mujer sin el consentimiento de la Santa Iglesia: ordenó que la venganza de Nuestro Señor cayera por la tierra en la que tomó a su primera mujer,

hasta que volviera al seno de la Santa Iglesia. De esta forma quedó en entredicho la tierra del rey Arturo durante veintiún meses.

Pasado este tiempo sucedió que el rey estaba en Bretaña en un castillo suyo con gran séquito de caballeros y también estaba allí la reina y Bertholai el Viejo, que dominaba al rey y a la reina. Ésta había tratado al rey con filtros de tal forma que no podía negarle nada de lo que deseaba, y había conseguido que todos los nobles le odieran. Era la entrada de Adviento; el rey había tenido corte en Carlión, y la reina estaba allí también, pues la llevaba consigo a todas partes, en el ejército, en cabalgadas o en torneos; pero no se acostaba con ella sino cuando estaba a solas. Al cabo de algún tiempo hubo discordia entre la reina y los nobles, y ésta tuvo que refugiarse en sus habitaciones; aquella noche perdió la fuerza de todos sus miembros, de tal forma que no podía sostenerse ni utilizar sino los ojos, y empezó a pudrirse de los pies hacia arriba. Durante mucho tiempo duró la enfermedad, de forma que al final estaba tan mal y olía tanto que nadie podía acercársele. Aquella misma noche en que estaba en esa situación le ocurrió otro tanto a Bertholai el Viejo. El rey sintió un gran dolor por esto, y permaneció en Bredigán durante mucho tiempo desde que ocurrió, pero finalmente mi señor Galván se lo llevó para que estuviera en Camelot, pues no deseaba que fuera criticado por sus nobles, y le dijo que oiría noticias de la reina con frecuencia si se quedaba en Camelot.

Resultó difícil consolar al rey de los males de su mujer, pero la vergüenza que sentía le hacía mostrar una cara más agradable. Un día mi señor Galván empezó a hablar con él, diciéndole:

—Señor, todos piensan que estáis de mal humor porque mostráis poca alegría a vuestros nobles, vos que habéis sido el rey más jovial de cuantos han existido: os convendría tener más distracciones en el río o en el bosque, e ir en compañía de gentes, pues no hay nadie que haga esto que no olvide gran parte de su loco pensamiento, si lo tiene.

—Buen sobrino, estoy convencido de que me aconsejáis de forma recta y haré gran parte de lo que me recomendáis; mañana iremos al bosque, pues hace tiempo que no me distraigo en nada que me resulte consolador; pasado mañana iremos a cazar al río, pues tenemos abundantes riberos, buenos y bien suministrados, y tenemos perros y aves de caza suficientes.

Así tomaron la decisión, se despidieron hasta el día siguiente por la mañana en que el rey llama a sus hombres y les dice que desea ir al bosque. Al punto se prepararon y se pusieron en camino después de oír misa, entrando en un bosque muy abundante de animales salvajes; una vez dentro, después de haber avanzado un poco, encontraron un jabalí grande y fuerte, y lo persiguieron hasta la hora de nona. Entonces el animal se esperó al pie de una gran roca, cansado de los golpes que había recibido, y allí se revolvió y se enfrentó a los perros. El rey en persona desmontó y le dio muerte con una

pica que llevaba. Mientras despedazaban al jabalí, el rey oyó cantar a un gallo a la derecha, que parecía que no estuviera demasiado lejos. Como tenía ganas de comer saltó encima del caballo y se dirigió hacia allí; tras él va mi señor Galván y una gran parte de su gente. Al cabo de poco tiempo se encontró con una empalizada que rodeaba una casa.

El rey fue hacia la puerta el primero de todos; empezó a golpear y llamó con tanta fuerza que fue oído por los de dentro, y no tardó mucho en salir a la puerta y abrirla un hombre con vestido blanco. Cuando el rey lo vio con aquel hábito pensó que allí dentro había una ermita. Entra y le pregunta al que le ha abierto la puerta si allí hay sitio suficiente como para que pudieran comer él y sus compañeros. «Sí, señor —le contesta—, es una casa grande y hermosa, que fue construida para dar alojamiento a los caballeros que pasan de camino y a otras gentes que van por aquí». Entonces les abre una gran cabaña de madera, y rápidamente se disponen a encender fuego, pues necesitaban el calor. A continuación colocan las mesas y el rey y sus compañeros se ponen a comer lo que llevaban. Al tercer mordisco le entró al rey tal dolor que le parecía que el corazón le fuera a volar del vientre. Se tuvo que acostar; los ojos le dan vueltas en la cabeza, y el rostro le empieza a empalidecer hasta que se desmaya. Los caballeros dejan de comer y van hacia él; mi señor Galván lo toma entre sus brazos temiendo que haya muerto. Cuando recobra el habla, dice: «¡Ay, Dios, confesión, que ahora la necesito!». No reconoció ni a mi señor Galván ni a ninguno de los otros, hasta tal punto le ha privado de la vista el dolor. Entonces salen los caballeros en busca del ermitaño y se encuentran al que les había abierto la puerta; le preguntan si es sacerdote, para que confiese al rey, y él dice que no, pero que iría en busca del ermitaño que vivía en aquel monasterio. Corre entonces y todos los demás le siguen con gran prisa; en la capilla encuentran un ermitaño de avanzada edad; tan pronto como éste oye la gran necesidad, va en busca del lugar donde tenía el Corpus Domini y dice, de forma que le oyen todos los nobles: «¡Que Dios sea adorado por esta enfermedad!», pues bien sabe que Dios ha escuchado su oración.

Cuando el rey ve al ermitaño se incorpora lo mejor que puede, y el religioso le pregunta quién es.

—Ay, señor, soy un desgraciado, un desventurado, me llamo Arturo y durante un tiempo he sido rey de Bretaña, lo que me pesa, pues muero en tan mala situación por haber hecho daño a la tierra y a mi mesnada.

—¿Por qué has enviado en mi busca?

—Señor, porque deseo ser confesado por vos y recibir de vos a mi Salvador.

—Me parece bien; oiré con gusto tu confesión, pero no recibirás al Salvador de mis manos, antes bien, te prohíbo que lo recibas; y si lo recibes, no será bueno para tu salvación, sino que será motivo de la condena de tu alma.

—Ay señor, ¿por qué me prohibís que lo reciba?

—Porque eres el hombre desleal más vil del mundo, el más viejo de los pecadores; eres fementido, estás excomulgado y eres traidor. Fuiste desleal cuando abandonaste a tu legítima esposa por otra, a la que mantienes contra Dios y contra razón; fuiste fementido porque, al juzgarla y condenarla a muerte, faltaste a la promesa que habías hecho en la Santa Iglesia; por haberte alejado deslealmente de ella sin el permiso de la Santa Iglesia, has sido excomulgado, y no podrá llegarte ningún bien mientras estés en esta situación.

Entonces el rey empieza a suspirar y dice, cuando puede volver a hablar:

—Buen señor, vos estáis en lugar de Nuestro Señor, pues sois sacerdote; os ruego que me aconsejéis por Dios, pues tengo mayor necesidad que nadie ha tenido nunca de ello; estoy de acuerdo en que me he separado de mi mujer sin razón, y que mantengo a ésta contra Dios, pues nunca, desde que la tomé, tuve ningún bien y ella misma ha caído en tal enfermedad de la que no pienso que pueda sanar: pero no la tomé pensando pecar, sino porque todos los nobles del país decían que era mi legítima esposa y que tenía a la otra de forma injusta. Lo que creo que me ha perjudicado es que la dejé sin la autorización de la Santa Iglesia, pues es normal que lo que la Santa Iglesia une no sea separado sin la Santa Iglesia. Pero ya que he errado de forma mala, necesito consejo y no sólo para el provecho de mi alma sino también para el honor de mi cuerpo; haré lo que me aconsejéis si en ello veo la salvación.

—No te daré ningún consejo más que el de volver a la Santa Iglesia y si ésta considera que debes separarte, no será tuyo el pecado; pero si te ordena que sigas al lado de tu primera esposa, así deberás hacerlo.

—Señor, vos me dais un consejo para que me salve, y así lo veo; haré lo que me decís, pero os ruego y suplico por Dios que escuchéis mi confesión en todos los demás pecados, pues estoy aquí en situación del que piensa que es más fácil morir que seguir viviendo.

A continuación declara todos los pecados que recuerda, y el ermitaño llama a los caballeros y le dice al rey cuando todos pueden oírlo: «Arturo, te conozco mejor que tú a mí, aunque todavía me conocerás más cuando te haya dicho quién soy. Me llamo Fray Amustans, fui capellán tuyo durante siete años y medio y vine del reino de Carmelida con la reina Ginebra, hija del rey Leodagán; pienso que soy el hombre del mundo que conocerá mejor la verdad acerca de cuál de las dos Ginebras fue tu esposa, pues conozco más sus secretos que nadie: lo sé todo de ella, desde el primer día hasta el día en que dejé el mundo y entré en religión; reconoceré sin dificultad a la que la Santa Iglesia te ordenó que tomaras». Cuando el rey oye al ermitaño, que le acaba de decir su nombre, lo reconoce y da gracias a Dios y lo adora. Después de confesarse y arrepentirse, recibió a su Salvador y no pasó mucho tiempo hasta que empezó a aliviársele el dolor, según quiso Dios, y se quedó dormido: todas sus gentes se pusieron muy contentas al verle descansar. Tres días permaneció el rey allí hasta que mejoró,

comiendo con gusto; luego se dirigió al santo ermitaño y le dijo:

—Señor, me encuentro algo mejor, gracias a Dios, de mi enfermedad y me iré a Camalot que está cerca de aquí; venid conmigo y me sentiré más a salvo y más a gusto.

El ermitaño le contesta que lo hará de buena gana. A la mañana siguiente se pusieron en camino el rey, su séquito y el ermitaño, y fueron a Camalot, donde sus gentes mostraron gran alegría por su llegada, pues habían oído decir que estaba muriéndose. A la mañana siguiente le llegó al rey un mensajero de parte de su mujer que estaba enferma en Bredigán pidiéndole que fuera a su lado, o que nunca volvería a verla. El rey acudió al ermitaño y le dijo:

—Señor, esto me ordena mi mujer. ¿Qué me aconsejáis que haga?

—Os aconsejo que vayáis, pero no lo haréis sin mí, pues deseo que le hagáis a la Santa Iglesia un gran honor, comparable a la afrenta que habéis cometido contra ella; ordenaréis a vuestros hombres que vayan con vos a Bredigán.

El rey hizo lo que el ermitaño le había ordenado y convocó a sus nobles para que se dirigieran a Bredigán; pero él no fue a alojarse en donde estaba su mujer enferma, sino que lo hizo en la ciudad, en otras casas, de las que había muchas y muy hermosas; así se lo había recomendado el ermitaño, y aquella noche no habló con ella ni la vio. El día siguiente se levantó muy temprano y oyó la misa del Espíritu Santo cantada por el ermitaño. Después de salir de la capilla fueron a ver a Ginebra, que estaba enferma; pero el olor de su enfermedad era tan grande, que nadie podía soportarlo si no había humaredas de incienso y de hierbas aromáticas. El rey se acercó a la enferma con el ermitaño, y le pregunta cómo se encuentra; ésta podía hablar sin dificultad, y responde que muy mal:

—No hago más que empeorar, y los médicos no saben qué decisión tomar con respecto a mi enfermedad; os rogaría como a mi señor, que hagáis que me vuelvan a llevar a mi tierra, pues me han dado a entender que podría llegar fácilmente hasta allí por el agua, y no tendría que abandonar el río hasta haber llegado.

—Señora —le responde—, no es cosa que podáis hacer fácilmente, pues aunque pudierais soportar el ir por el río, no sería lo mismo después al entrar en el mar. Esperad aún un poco a ver en qué situación os pone Dios, procurad estar bien confesada, pues nadie puede estar seguro de sí mismo: en este sentido habéis tenido suerte, porque he traído a un santo hombre, de vida extraordinaria, para que habléis con él en privado y él os dará mejor consejo que nadie.

Así termina de hablar el rey, y el ermitaño se acerca hacia la dama para oír su confesión. En ese momento entra un caballero que pertenecía a la reina y le dice al rey:

—Señor, Bertholai el Viejo que está muriéndose pide que vayáis a verlo, por Dios, para hablar con vos antes de morir.

El rey va allí y cuando ya está ante el enfermo, éste le dice:

—Señor, he pedido que fueran a buscaros, pues quiero hablar con vos más que

nunca; pero querría, además, que acudieran todos vuestros caballeros para que escucharan lo que os voy a decir, pues es una de las cosas más agradables que jamás fueron dichas por boca ni pensadas por corazón; os ruego por Dios que les ordenéis que vengan.

El rey convoca a todos sus caballeros y mientras tanto el ermitaño se queda hablando con Ginebra, diciéndole:

—Señora, estáis en peligro de muerte, pues no hay ningún hombre mortal que os pueda curar; quien pierde el cuerpo y el alma pierde demasiado: vos habéis perdido ya el cuerpo, pensad en la salvación del alma y procurad no ocultar nada que pueda perjudicar a vuestra alma, pues no hay nadie que pueda considerarse bien confesado si no dice todas las cosas de las que se considera pecador, y nadie puede salvarse sin una verdadera confesión.

—Señor —le contesta la dama—, me aconsejáis para que salve mi alma, si puede ser, pero no veo de qué forma puede salvarse, pues soy la más desleal y la más pecadora, la más traidora de todas las mujeres, ya que he engañado y traicionado al caballero más valiente del mundo, al rey Arturo, obligándole a abandonar a su legítima esposa, que es la flor de todas las damas del mundo; Dios, al parecer, ha tomado venganza, pues no puedo valerme de ninguno de mis miembros, y aun así no ha tomado tan gran venganza como debería.

Entonces le cuenta de principio a fin cómo había cometido la traición, sin ocultar nada de la verdad de este asunto, ni de los demás pecados que podía recordar; después le dice:

—Noble señor, aconsejadme, pues lo necesito mucho y mi señor el rey me ha dicho que vos me daríais el mejor consejo que nadie podría darme.

—Señora, en esto no podría aconsejaros fácilmente, pues posiblemente no seguiríais lo que yo os dijera.

Ella le promete que sí que lo hará.

—Os aconsejo, entonces, que lo mismo que habéis cometido el pecado hacia el rey y hacia su pueblo, que lo reconozcáis ante el pueblo y el rey: de este modo vuestra alma se sentirá más aliviada y vos podréis llegar antes a la salvación. Si no lo hacéis así, perderéis el cuerpo y el alma.

La dama le promete que lo hará así. En esto llegan los caballeros a los que el rey había enviado a buscar para que oyeran las palabras de Bertholai el Viejo. Cuando ya estuvieron todos reunidos, éste reconoció cómo había cometido la traición, cómo había hecho apresar al rey, y todas las demás cosas, tal como las ha contado la historia; a continuación, le dice al rey:

—Señor, soy tan desleal y tan traidor como habéis oído; sabed que la desgraciada que está muriéndose ahí arriba no hizo nada sino por culpa mía. Por eso os ruego y suplico, por Dios, que toméis venganza de este desdichado cuerpo, que es tan traidor y

desleal; y que la venganza sea tal que no se oiga hablar nunca de otra mayor para quien ose emprender tan gran traición. Según pienso, mi alma sentirá alivio pues cuantos mayores sufrimientos pase el cuerpo en esta vida, menores tormentos tendrá el alma en la otra.

El rey hace la señal de la cruz sin cesar por la sorpresa que tiene. Muchos de los caballeros que estaban presentes se alegraron; pero fue mi señor Galván el que más alegría tuvo, y le dijo al rey:

—Señor, menos mal que no dimos muerte a mi señora, tal como yo lo advertí; pero fue gracias a Dios, primero, y a Lanzarote después. Ciertamente no puede durar una traición sin ser descubierta.

Mientras que el rey estaba oyendo los extraordinarios hechos que le contaba Bertholai el Viejo y las palabras de mi señor Galván, vinieron a buscarle para ir al lado del ermitaño que estaba ante la reina; acude allí acompañado por todos los caballeros. Cuando ésta lo ve venir, llora con amargura y pide compasión por Dios. «Señor, os suplico piedad como la cosa más pecadora de cuantas viven».

A continuación, le cuenta de principio a fin la traición tal como había sido realizada por el consejo de Bertholai el Viejo. Los caballeros que había allí tuvieron mayor alegría que hasta entonces, pues ahora están seguros de que era verdad; pero el rey está más sorprendido que todos los demás, pues no pensaba que el corazón de una mujer se atreviera a emprender semejante traición; le pregunta al ermitaño y a sus nobles qué puede hacer. «Señor —le responde el ermitaño—, esperaréis a vuestros nobles, que habéis convocado en esta ciudad, y luego obraréis según su consejo: será mucho mejor cuando oigan la verdad de boca de los dos mismos que os la han dado a conocer».

El rey siguió este consejo; así, espera a sus nobles, mientras que mi señor Galván hace venir a un mensajero y lo envía a la reina para que le anuncie cómo han cambiado las cosas, y para que esté segura de que nunca le hicieron tantos honores como recibirá en breve. La reina tiene tan gran alegría como debe.

Cuando los nobles estuvieron reunidos en Bredigán y oyeron las palabras por boca de Ginebra y de Bertholai el Viejo, que aún vivía, no hubo ninguno que dejara de admirarse, pues nunca habían oído un hecho tan sorprendente; le dicen al rey que se verá afrentado si no se venga de tal forma que se hable después del castigo ejemplar en todas las tierras. Unos dicen que deben ser arrastrados, pero fray Amustans no está de acuerdo con esto, sino que le aconseja al rey que no tome ninguna venganza más que la que Dios mismo ha enviado, y dice que no podrán soportar una angustia mayor de la que están soportando. Gracias a este consejo el rey hace que los echen fuera de Bredigán y los lleven a un viejo hospital; mientras tanto, reunieron a los nobles de Carmelida para que escucharan la verdad acerca de aquella a la que tenían por su justa señora; todos estuvieron reunidos en poco tiempo, antes de que murieran los dos, ya

que la enfermedad fue larga y duró mucho.

Cuando oyeron la verdad de Bertholai el Viejo y de Ginebra sintieron gran miedo de que la reina los hiciera destruir: todos de acuerdo deciden ir a Sorelois a pedir perdón, pues pensaban que volvería a ser la señora del reino del rey Arturo igual o más que lo había sido antes; y además, aunque no hubiera sido su mujer, bien saben que no puede perder su tierra una vez que le ha sido reconocida. De este modo, fueron a Sorelois y cuando estaban cerca de Sorhaut, donde residía la reina, descabalgaron todos, se cortaron la punta de los pies de las calzas, y las mangas hasta la altura de las cotas; se reparon las trenzas, que muchos de ellos tenían muy hermosas, y fueron a la reina, como señora suya qué era, suplicándole por Dios que hiciera justicia con ellos según su propia voluntad y que les perdonara o los expulsara fuera de la tierra para siempre jamás:

—Pues bien sabemos, señora —le dicen—, que hemos merecido un daño mayor que el que vos nos haréis, pues os hemos privado de vuestras tierras, a vos que erais nuestra señora natural, y os empujamos a ser afrentada, y lo hacíamos pensando que teníamos razón, pues todo lo que hicimos fue por consejo de Bertholai el Traidor, que se está muriendo con la muerte más vil de cuantas pueden hacernos morir.

De este modo le piden perdón los nobles a la reina; están de rodillas ante ella, que siente gran compasión, pues era dulce y benévola: empieza a llorar y acude a levantarlos a todos de uno en uno, perdonándoles su cólera.

Llegada la Navidad el rey reunió su corte en Carduel; fueron convocados todos los nobles, los de lejos y los de cerca, y se esforzó mucho el rey en alegrarlos y honrarlos más de lo que había hecho desde hacía mucho tiempo, para evitar las críticas por haber abandonado sin motivo a la reina, tal como sabía todo el mundo. La otra aún vivió y duró en su gran dolor hasta tres semanas después de la Navidad; el rey tuvo un gran dolor cuando murió, pues nunca había amado a una mujer tanto como a ella. Pero se esforzaba lo más que podía en consolarse y en mostrar buena cara ante el pueblo, y su tierra había quedado absuelta después del entredicho de la Iglesia. Luego envió en busca de la reina que estaba en Sorelois; fueron fray Amustans, el Arzobispo de Canterbury, el Obispo de Winchester, el de Logres, y otros obispos hasta un total de cinco más; con ellos iban otros diez entre reyes y duques: la reina los recibió con gran alegría, pero sobre todo mostró un gran gozo por fray Amustans, su maestro, tan pronto como lo reconoció; lloró bastante de alegría y de compasión, y el fraile le contó el gran milagro que Dios había hecho y le habló de la enfermedad que el rey había tenido en su ermita, y la muerte de la falsa reina. Ella le dio gracias a Dios y se lo agradeció repetidamente a Nuestro Señor.

Cuando oye que el rey envía a buscarla como su mujer, no pone cara de estar contenta, aunque lo estaba, pues tenía motivos. Ordenó que se reunieran todos sus hombres en Sorelois, e hizo que fueran a buscar a Galahot y a su compañero Lanzarote,

que se pusieron muy contentos cuando supieron la noticia, no por ellos, sino por la reina. Cuando llegaron, la reina habló a solas con ellos dos, y les preguntó qué debía hacer, «pues el rey me ha pedido que vuelva a él, y ahí está su mensajero», se lo señala, «pues ahora sabe que no se había casado con ninguna mujer sino conmigo, y ya habéis oído que ha muerto la otra. Yo os amo y estimo tanto a vosotros dos, que no haré nada en este asunto sin vuestro consejo: decidme cómo queréis que lo haga y así lo haré; ya sea para mi vergüenza o para mi propia honra».

—Señora —le dice Lanzarote—, aunque se os aconseje durante todo el día, haréis vuestra voluntad, pues no es necesario un gran consejo, porque no os amaría quien os aconsejara que rechazerais semejante honor como es el señorío de Bretaña y al rey Arturo, que es vuestro señor esposo y el más valiente del mundo; si lo rechazerais, seríais muy censurada. Los que os recomienden tal cosa no os aman; nosotros preferiríamos que siguierais en esta tierra, tanto yo como mi señor que aquí está. Pero aun así, preferimos soportar penas y disgustos, y conozco su corazón tan bien como el mío, pues no se debe aconsejar nada que pueda volverse en daño a las personas que se quiere. Por eso os aconsejo que lo hagáis así.

—Y vos, señor —le pregunta a Galahot—, que tanto me habéis honrado y que me habéis tratado mejor que nadie, ¿qué me aconsejáis que haga?

—Señora, os aconsejo lo que todo el mundo os aconsejaría, y estoy de acuerdo con ese consejo; si nos habéis amado hasta ahora, no nos olvidéis a partir de este momento, pues nunca entraréis en ninguna tierra en la que seáis tan bien servida de todo corazón y tan honrada como lo habéis sido en ésta. Tened por seguro que no ocultaré nada: si por casualidad no os marcharais, no lo sentiría en absoluto, pero en el momento de necesidad no se debe aconsejar mal a nadie.

Cuando la dama oye lo que los dos hombres en que más confía le aconsejan, que coincide con lo que ella desea, se encuentra más a gusto que antes y siente una gran compasión porque le han suplicado que no los olvide; los abraza y los besa a uno primero y al otro después; y lloran de pena los tres, y también la dama de Malohaut. Durante largo tiempo estuvieron hablando juntos; luego, vuelven a la sala en donde estaban los nobles del rey. Galahot les muestra una gran alegría y les pregunta por las noticias del rey; ellos le cuentan los sucesos tal como han ido ocurriendo, pues no pensaban que supiera tanto como sabía. De este modo pasaron aquel día, y el día siguiente se marcharon de Sorelois los nobles que habían ido a buscar a la reina; se despidió de los dos amigos y les agradeció los grandes honores que le habían hecho; después se marchó y fue mucho lo que lo sintieron las damas y doncellas de aquel país.

La reina había estado en Sorelois dos años, enteros y el tiempo que va desde Pentecostés a la última semana de febrero. Cuando se marchó, Galahot y su compañero y una gran parte de su gente la acompañaron un trecho; encontraron al rey Arturo a dos jornadas de Carduel, que iba a su encuentro. Galahot le había rogado a la reina

que impidiera que Lanzarote volviera a quedarse en la mesnada del rey Arturo; ella lo llamó y le dijo:

—Lanzarote, procurad no volver a ser del rey, por más que os lo rueguen, a no ser que yo me arroje a vuestros pies; tened por seguro que no os lo rogaré si puedo evitarlo por mi honor.

Cuando el rey los encontró fue grande la alegría que tuvo al ver a Galahot y a la reina, y sin embargo aún no había olvidado el dolor por la muerte de la otra, pero se esfuerza en mostrar buena cara por su gente. La reina se humilla ante él, por lo que la aman más todos los que la ven, y la aprecian más todavía. Pero por encima de la alegría que tuvo el rey y todos los demás, fue grande el gozo de mi señor Galván, pues corre con los brazos extendidos a la reina y a Galahot desde tan lejos como los ve y se muestra tan contento que ningún corazón humano podría estarlo más: y los besa a todos, uno tras otro.

Aquella noche la pasaron en la tierra del rey de Escalona y tras descabalgar, Galahot llevó a la reina al alojamiento del rey, tal como era costumbre; Galahot le dijo al rey:

—Señor, he aquí a mi señora, a la que me entregasteis para que la guardara; ahora os la devuelvo. Sabed que creo que os la he guardado tal como prometí, así me ayude Dios y los santos de esta iglesia —y tiende las manos hacia una capilla—, nunca fue tan bien protegida por vuestro honor, como si hubiera sido mi propia hermana.

—Mi buen amigo —se lo agradece el rey, y le dice riendo—, habéis hecho por mí más de lo que me merecía, pues aunque bien lo deseaba, no podía hacer nada. Pero aún tendréis que hacer otra cosa por mí que a vos os costará muy poco y, sin embargo, para mí sería mucho, aunque no lo vais a saber hasta que llegue el momento.

Esto lo decía porque quería rogarle por Lanzarote, que no se encontraba en aquella reunión del rey con la reina, sino que estaba en su alojamiento, encerrado en una habitación, triste y pensativo, sin encontrar nada que le pudiera consolar, pues le parece que ha perdido a su dama: ha ocultado muy bien su sufrimiento incluso a Galahot.

Aquella noche la reina fue unida al rey por los obispos y los arzobispos, y la alegría que se hizo fue muy grande. Después de esto Galahot permaneció en su compañía una semana por lo menos, pero Lanzarote se marchó a Sorelois con su permiso y con el permiso de la reina. Después de que se marchara Lanzarote, Galahot aún se quedó tres días con la reina, al cabo de los cuales fue a ver al rey para pedirle licencia. El rey se lo lleva a un lado junto con la reina y les dice que por la lealtad y por el amor que le deben, que hagan todo lo que puedan para que Lanzarote le perdone su enfado y que pueda volver a tener, tal como era habitual, su amor y su compañía. Galahot le responde que se lo rogará con mucho gusto, «pues lo voy a ver dentro de poco, pero mi señora no lo verá en mucho tiempo, ya que se ha ido a mi tierra hace tres días».

Cuando el rey lo oye, lo siente mucho y dice que ha sido engañado de forma muy

fea, «pues pensaba hacer las paces antes de que nos separáramos y ese era el don que os pedí, cuando me devolvisteis a la reina».

—Señor —le dice la reina—, en ese asunto no parecía que Lanzarote hubiera hecho tanto por mí como decíais, cuando me fui a Sorelois, pues se ha marchado de aquí sin haberse despedido de mí tampoco, y prefiero que se haya marchado sin permiso antes de que me hubiera negado mi petición.

—Ay, señora —dice Galahot—, un hombre tan valiente como es, tiene que soportar muchas cosas, y el que está triste no posee el dominio completo sobre sí mismo, y su corazón no olvida nada; cualquier servicio o maldad que se le haga, por pequeño que sea, no lo echa a las espaldas, por lo que se lo he censurado muchas veces ante vos y a solas: considera que fue un gran desprecio el que el rey mi señor no os dejara libre en cuanto él habló, de forma que no podrá hacer que su corazón vuelva a amarlo, y por eso me decía frecuentemente: «Señor, ¿cómo podría volver a servirle nunca si me ha mostrado que no me aprecia nada y que en nada estima los servicios que he hecho por él? Le he hecho tan grandes servicios que nunca volveré a hacer semejantes. Y sabed —me decía— que no se os parece en nada ya que un día cambiasteis el honor por la afrenta». Señor, eso fue lo que me dijo Lanzarote en varias ocasiones, cuando yo le daba consejos.

Cuando el rey oye que está tan enfadado le brotan las lágrimas en los ojos por la angustia que tiene, y se siente muy perturbado en su corazón, pues cada día amaba a Lanzarote con mayor amor, y era el que más lo quería, salvo Galahot. Después se lo demostró en muchas ocasiones, cuando los envidiosos de su casa le decían malas palabras y él contestaba que en vano se esforzaba en intentar enfadarlo con Lanzarote:

—Pues no hay ninguna mala acción de este mundo que me hiciera Lanzarote por la que yo pudiera odiarle. Sentiría mucho que se volviera a enfadar conmigo.

El rey está muy triste por el enfado de Lanzarote y le pide a Galahot que tenga compasión por todo su amor, y que se esfuerce lo más que pueda en conseguir las paces. «Y a vos, señora —le dice a la reina—, os ruego que por la lealtad que me debéis y por la cosa del mundo que más ame vuestro corazón, si queréis que alguna vez yo vuelva a estar a gusto, os ruego que también lo intentéis; ya me habíais jurado vos y Galahot, que los dos haríais mi voluntad; él hará lo que quiera conmigo y cuando así lo desee».

Después de decir esto se les echa a los pies y se ofrece a cumplir su voluntad, como si lo tuvieran que salvar de la muerte. Y les ha suplicado tanto que Galahot le promete que él y su compañero estarían juntos en la Pascua, si no hay algo que se lo impida físicamente. De este modo se marcha Galahot y deja al rey y a la reina después de haber recibido su permiso; la reina le ruega, por lo que más quiera su amor, que traiga a Lanzarote en Pascua. «Y no temáis —añade la reina—, mi dulce amigo, acerca de lo que pueda ocurrir más adelante pues os juro, por la gran fe que tengo, que no perderéis su

compañía por nada que suceda, antes haré que esté tan a menudo con vos como ha estado hasta ahora».

Galahot se marcha a su país, allí le contó a su compañero lo que la reina le había dicho. Permanecieron los dos en Sorelois hasta la semana de mediados de la Cuaresma; luego en etapas cortas fueron a encontrar al rey Arturo para Pascua Florida en Disnadarón, pues tenía la costumbre de no cabalgar ningún día de Semana Santa y tal era el hábito que tenían muchas gentes en aquel tiempo. Cuando el rey supo que Lanzarote había regresado tuvo una alegría muy grande, y también la reina se puso muy contenta, tanto por lo que le alegraba, como porque el rey lo había deseado mucho y le había rogado muchas veces que le ayudara a hacer las paces con él, en todos los sitios donde pensaba que estaría mejor con su compañía.

Toda aquella semana estuvieron en oraciones, y poco antes de la misa mayor del día de Pascua, el rey les recordó a la reina y a Galahot aquello que les había rogado, y les pidió que se esforzaran tanto como para que él pudiera ver su deseo cumplido. «No dejéis de hacerlo —les dice a la reina y a Galahot—, por nada que yo pueda hacer o tener; prometedle que le daréis todo lo que pida, tanto si de mí depende como si depende de vosotros».

Entonces Galahot y la reina envían a buscar a Lanzarote, que se encontraba en las habitaciones de la reina. Cuando llegó allí, la reina lo toma entre sus brazos ante todos los que estaban presentes: allí se encontraba la dama de Malohaut que había sido llamada a esta reunión. Luego, van los cuatro a sentarse en una alfombra, y la reina le dice a Lanzarote:

—Mi dulce amigo, la situación es tal que tenéis que hacer las paces mi señor el rey y vos, pues yo así lo quiero y también Galahot, que tanto os ama, como ya sabéis. Y debéis estar muy agradecido al rey, porque estima en tanto vuestra compañía; me ha ordenado que os prometa lo que deseáis tomar suyo y mío, y bien sé que preferís lo que tenéis a todo lo demás. Sin embargo, yo no os mando que cumpláis su voluntad tan pronto como se os ruegue; os lo suplicaremos yo y Galahot, y después os lo suplicarán todos los nobles: deseo que, al principio, os resistáis con toda vuestra fuerza. Resistid hasta que Galahot y yo nos echemos a vuestros pies y hasta que todos los caballeros, las damas y las doncellas lo hagan a continuación: entonces, id ante mi señor y arrodillaos, y concededle que haga en todo según su voluntad.

—Ay, señora —le responde Lanzarote—, no permitiría de ninguna manera que os arrodillarais delante de mí.

—Sí que lo haréis, pues así lo deseo y quiero que lo hagáis, y os conjuro, por el gran amor que me tenéis, para que así lo otorguéis.

Lanzarote lo acepta, pues no se atreve a llevarle la contraria, pues su dama lo desea; la reina se vuelve con Galahot a la sala en la que estaban el rey y sus nobles. Con Lanzarote se queda la dama de Malohaut; la reina y Galahot hablaron juntos al rey y le

dijeron que no podían conseguir la paz de Lanzarote.

—Pero ordenaremos —dice Galahot— que vayan a buscarlo, y si nosotros no podemos poner fin a su actitud, ordenad que vuestros nobles hagan lo mismo que nosotros hagamos.

A continuación, envían en busca de Lanzarote y todas las damas y las doncellas que están en las habitaciones salen fuera. Cuando ya estuvieron todos y todas presentes, la reina y Galahot le suplican a Lanzarote lo mismo que ya le habían rogado antes; éste se resiste tenazmente y dice que no tiene ningún deseo de permanecer en otra mesnada ni en otra compañía, sino en la que está. La reina le promete que le dará todo lo que quiera, tal como el rey le había dicho, pero él contesta siempre que no hará nada y dice en voz tan alta que todos pueden oírle:

—Señora, por Dios, no me supliquéis más, pues sería contra mis sentimientos; no penséis, ni vos ni nadie, que tengo contra el rey ningún odio, y os aseguro que no hay una tierra por lejana que sea de la que yo no vendría a ayudarle, si supiera que me necesitaba.

De este modo se defiende Lanzarote frente a las súplicas; entonces Galahot, la reina y todos los demás nobles, damas y doncellas, se echan a sus pies. Cuando Lanzarote ve a la reina a sus pies, hace gesto de estar muy enfadado, avanza y la levanta por la mano; a continuación, levanta a Galahot y después acude ante el rey, se arrodilla y le pide piedad con mucha sencillez; se humilla y dice que hará lo que desee. El rey lo toma por la mano, muy contento, y le besa la boca, diciendo:

—Muchas gracias, mi dulce amigo, os prometo una cosa delante de vuestros amigos y de los míos: os juro por la gran fiesta que es hoy, que no os volveré a causar ningún enfado por nada que yo pueda remediar.

De este modo hicieron las paces el rey Arturo y Lanzarote, y éste permaneció en la Mesa Redonda y siguió siendo de la mesnada del rey, tal como había sido antes; hubo entonces una alegría muy grande en la casa del rey Arturo, tanto por el gozo que tenía el rey, como por la permanencia de un hombre tan valiente. Luego, fueron a oír misa, que la habían retrasado por este asunto. Grande fue el júbilo ese día en la casa del rey Arturo; el rey permaneció en Disnadarón, donde anunció que reuniría cortes en Pentecostés, y que serían las más ricas de cuantas habían tenido. Al despedir a los que estuvieron presentes, cuando se marchaban ya todos los nobles, les ordenó a todos, si en algo estimaban su amor, que estuvieran con él en Pentecostés en Londres y que acudieran con las mayores honras que pudieran, más de lo que habían hecho nunca.

LXXXI

La corte se ha marchado; los nobles fueron a Londres el día que el rey les había indicado, y acudieron con tantas fuerzas como les había suplicado y dicho; con ellos regresaron también los nobles de Galahot. La corte fue muy rica el día de Pentecostés, pues había nobles, caballeros y gentes de toda clase, que nunca había habido una corte que hubiera tenido mayor número de personas. El rey reunió aquella corte primero por la alegría de la reina, a la que había vuelto a tomar como esposa, y por otra parte por la reconciliación con Lanzarote, según ha contado la historia: habían acudido a aquella corte desde todas las tierras que hay en los dominios del rey Arturo, e incluso muchos caballeros y nobles de otras regiones; nunca fue vista una corte tan grande como aquella, ni tan apreciada, de no haber sido por un hecho extraordinario que ocurrió, y que voy a contar.

La víspera de Pentecostés, después de cenar, sucedió que mi señor Galván se marchó del pabellón del rey; éste había hecho plantar tiendas y pabellones a orillas del río Támesis, pues quería mostrar su gran riqueza. Cuando mi señor Galván se marchó del pabellón del rey, se fueron con él mi señor Yvaín, el hijo del rey Urián, Lanzarote del Lago y Galescalaín, que era duque de Clarence y primo hermano de mi señor Galván por parte del rey Loth su padre. Este Galescalaín era un caballero pequeño, fuerte y bien proporcionado en el cuerpo y en sus miembros; era bastante valiente, lleno de extraordinaria habilidad, era hermano de Dodinel el Salvaje. Estos cuatro salieron de los pabellones para ir a pasear por los prados; Galahot se quedó hablando con el rey de sus grandes asuntos. Mientras tanto, los cuatro sin más compañía, se fueron a pie hasta el bosque que estaba próximo a las tiendas; era el bosque llamado Vreguegne, que era un bosque muy espeso, extraordinario y muy famoso en todas las tierras por las cosas maravillosas que en él sucedían. Los cuatro caballeros caminaron hasta llegar al bosque, bajo una encina alta, redonda, y de abundante follaje, como ocurre a final de mayo. Cuando vieron el lugar tan hermoso, tan agradable y tan acogedor, se sentaron y empezaron a hablar de las aventuras y de las maravillas que ocurrían en el bosque. Mi señor Galván dijo que con gusto pasaría dos o tres días en el bosque para saber si realmente era tan extraordinario como las gentes decían, y añadió que se pondría en marcha apenas pasara Pentecostés. Lanzarote le promete que se pondrá en marcha el lunes tan pronto como amanezca, y mi señor Yvaín dice que no se irá sin él, pues piensa que desea más que nadie ir en busca de esos hechos admirables, y lo mismo dice el duque de Clarence. De este modo se prometen ponerse en marcha el lunes los cuatro, sin que nadie sepa a dónde irán. Mientras que hablaban así, pasó un escudero por delante de ellos, montando en un rocín que iba empapado de sudor; se detiene y empieza a mirarlos desde el caballo, y mi señor Galván le pregunta quién es,

pero no le responde, sino que pica al rocín con las espuelas y se vuelve muy deprisa. Admirados, se preguntan quién será y lo consideran un estúpido.

No había pasado mucho tiempo después de esto, cuando oyeron un gran ruido de cascos de caballos, y pensaron que eran muchos; se pusieron en pie los cuatro y vieron venir a un caballero armado con todas las armas y montado sobre uno de los caballos más grandes del mundo. El mismo caballero era el mayor y el más corpulento de cuantos habían visto, y a su lado venía el escudero que no había querido contestar a mi señor Galván. El caballero se acercó y dijo:

—¿Quién de vosotros es Galván?

—Yo, señor caballero. ¿Para qué me queréis?

—Lo sabréis en breve.

Entonces se coloca la lanza bajo la axila y pica espuelas al caballo, con la intención de golpear a Galván en medio del cuerpo, pero falla. Cuando pasaba a su lado el caballero, mi señor Galván le sujeta el freno, y tira de lo de delante hacia atrás; luego, echa la mano por encima del caballo a la espada que el caballero llevaba ceñida, pensando desenvainarla, pues ya no sentía ningún miedo; pero el caballero se le adelantó, pues lo cogió por los dos brazos y —era el mayor y más fuerte del mundo— lo levantó sobre el cuello del caballo con tanta facilidad como otro caballero sube a un niño. Los otros tres corren a sujetarlo, pero era fuerte y su caballo rápido y veloz; corrió con tal ímpetu con las cuatro patas, que derriba a mi señor Yvaín al suelo, y los otros dos fallan en su intento. El caballero se marcha tan rápido como le puede llevar el caballo, llevándose consigo a mi señor Galván abrazado, sin que se pueda defender. Los otros corren tras él hasta que ven que el caballero se ha reunido con otros, hasta un total de unos veinte completamente armados. Mi señor Yvaín sujeta a Lanzarote que quería atacarlos; lo agarra por los puños, diciéndole:

—Señor, por la Santa Cruz, no iréis en este momento, ni debéis comportaros con tanto ímpetu para demostrar vuestro valor, pues sería cosa perdida. Os voy a decir, mi dulce amigo, lo que haremos: iremos a nuestros alojamientos, nos armaremos sin que el rey, ni mi señora, se enteren y saldremos tras ellos. Entonces haremos lo posible para socorrerle, o moriremos, pues no sólo se debe ayudar a los amigos en asuntos que no valgan nada, o que nada puedan valer, sino cuando es necesario el valor, entonces hay que demostrarlo.

Todos están de acuerdo con esta decisión, y se marchan tan rápidamente como pueden, corriendo y lamentándose por la gran pérdida que han tenido. Cuando llegan a sus alojamientos, hacen que les lleven inmediatamente las armas lo más en secreto que pueden; después de armarse, montan y van tras las huellas de los que se han llevado a mi señor Galván; y siguen las marcas hasta llegar a un gran camino, en el que hay abundantes huellas de caballos; lo siguen hasta dar con senderos que se bifurcan, y que también están muy pisados por los caballos. Lanzarote se detiene y les dice a los

otros dos:

—Señores, me parece que tendría sentido el que nos separáramos en estos caminos que aquí se dividen y que cada uno de nosotros tome uno, pues de otra manera no podremos saber hacia dónde ha ido el que nos ha causado tan gran daño.

Todos aceptan esta decisión; Lanzarote es el primero en tomar el camino que hay en el centro, mientras que mi señor Yvaín entra por el camino de la derecha y el duque de Clarence por el de la izquierda. Así se separan los tres.

Ahora la historia deja de hablar de mi señor Yvaín y de Lanzarote y continúa hablando del duque de Clarence.

LXXXII

Cuenta ahora la historia que el duque cabalgó hasta el anochecer, cuando la luna empezó a brillar con claridad. Entonces escuchó con atención y oyó sonar un cuerno cerca de allí, hacia la derecha; avanzó un poco y encontró un sendero que iba hacia aquella parte; cabalgó por él hasta salir del bosque. Mira entonces delante, a la luz de la luna, y ve una gran llanura muy hermosa. Avanza sin detenerse hasta llegar a una barbacana, que está abierta; entra en ella y ve, a derecha y a izquierda, grandes fosos llenos de agua; continúa y llega a una puerta alta y grande, a la entrada de una torre cuadrada; la puerta está cerrada y llama en ella tres veces. Entonces, le sale un criado, que va a la puerta y le pregunta quién es; el duque responde que es un caballero extranjero, que necesita albergue.

—Por Dios —le dice el criado—, sed muy bienvenido, pues tendréis alojamiento bueno y hermoso.

Le abre la puerta y cuando el duque entra, la vuelve a cerrar. Después lo lleva a una rica torre que se levantaba en medio del patio; era alta, fuerte, y estaba rodeada por una fortificación grande y alta. El duque descabalga y otros criados le toman el caballo y se lo llevan a la cuadra. Mientras tanto, el criado que le había abierto la puerta, lo acompaña hacia la parte alta de la torre, le quita el escudo y lo desarma; a continuación hace que se siente en una alfombra.

Al momento sale una doncella de una habitación, con un manto escarlata al cuello; el duque la ve venir sin dificultad, pues había allí abundantes velas de forma que se podía ver tan claro como si fuera de día. El duque se pone en pie, se levanta hacia la doncella y la ve de tan gran hermosura que le parece que debe ser la señora de aquel lugar; le da la bienvenida y ella responde que Dios lo bendiga.

A continuación, la doncella le pone el manto al cuello al duque, y vuelve a la habitación de la que había salido; éste se queda sorprendido por la gran riqueza que ve en la torre y quiere preguntarle algunas cosas al criado. Cuando mira hacia la habitación de la que había salido la doncella, ve venir a una dama de extraordinaria belleza, acompañada por caballeros y servidores, hasta cuarenta. Al ver a la dama, el duque va hacia ella y ésta le toma por la mano, le dice que sea bienvenido y le devuelve con buen gesto el saludo. Luego, se sientan los dos sobre una alfombra y la dama le pregunta con discreción acerca de su persona, en qué tierra nació y a quién pertenece, y él le responde que es de la casa del rey Arturo.

—Señor —le dice ella—, ¿cómo os llamáis?

—Señora, me llaman Galescaláin.

—Buen señor, ¿en qué lugar del reino de Logres nacisteis?

Él le contesta que nació en Escavalón, y que fue hijo del rey Arguel, «y ahora soy

duque de Clarence».

Al oír estas palabras, la dama se pone en pie por la alegría que tiene, le echa los brazos al cuello y lo besa muchas veces y con frecuencia, de forma que él mismo se sorprende, pero la dama le dice:

—Dios, sed adorado, y bendecido sea vuestro santo nombre, pues me habéis enviado al hombre del mundo que más deseaba ver y al que más quería —y a continuación añade—: Mi dulce amigo, debo mostraros alegría, pues sois primo hermano mío, hijo de mi tío; juntos fuimos criados en Escavalón; yo soy hija de vuestra tía, la dama de Corbalaín, a la que vuestro padre tanto quiso.

Cuando el duque lo oye, se sorprende y se da cuenta de que dice la verdad con respecto a que habían sido criados juntos; pero no había tenido noticias de ella desde que se casó, y pensaba que había muerto.

—Bella prima —le dice—, si estáis contenta por haberme encontrado, mucho más lo estoy yo: tened por seguro que pensaba que ya os había perdido; de no haber sido por eso, hace tiempo que os habría intentado ver, si hubierais estado en alguna tierra en la que se os pudiera encontrar.

La dama le pregunta entonces que a dónde va y por qué cabalga armado en una fiesta tan importante como es la víspera de Pentecostés; él le cuenta cómo un gran caballero se había llevado a mi señor Galván y cómo él y otros dos caballeros se habían puesto en marcha para socorrerlo, sin que lo supieran ni el rey ni la corte. A continuación, le describe las armas del caballero, le dice cómo era de grande y de corpulento, hasta que ella se da cuenta de quién es; y así, le dice al duque que reconoce al caballero, «y pienso que hoy mismo ha pasado por aquí delante; es el más cruel y el más desleal de cuantos han llevado armas. ¿Sabéis cómo se llama y de dónde es? Es Caradós el Grande, el traidor, de la Torre Dolorosa, el que nunca tuvo compasión de ningún caballero al que hubiera vencido. Y ya que es más fuerte que nadie, no os aconsejo que prosigáis, pues no lograréis nada, ya que aún no ha nacido el caballero que pueda vencerlo con las armas, pues es hombre de gran valor y de extraordinaria fuerza».

—Ya sé —le contesta el duque— que tiene una enorme fuerza, pero el valor y la bondad no están en la fuerza y ojalá quisiera Dios, pasara lo que pasara, que nos encontráramos en un campo de combate él y yo, armados con todas las armas, y que a quien Dios le diera la victoria y la alegría, pudiera quedarse con ella.

—Ciertamente —le contesta la dama—, no me gustaría veros juntos, por toda la riqueza del mundo, pues sé que si él os venciera, nada podría impedir que perdierais la cabeza, ya que a otros muchos caballeros les ha quitado la vida; no seré, yo quien os aconseje que continuéis. Si tenéis decidida alguna locura, abandonadla, pues vuestra esperanza carece de sentido, si es que pensáis dar término a lo que nadie ha conseguido poner fin.

—Mi dulce prima, no sigáis aconsejándome, pues de nada me servirán vuestros consejos; tened por seguro que siempre estaría triste si mi señor Yvaín o Lanzarote lo pudieran rescatar sin mi ayuda; os suplico que me recomendéis lo mejor que podáis, pues bien sabéis que lo voy a necesitar.

Cuando la dama ve que de nada valen sus súplicas, empieza a llorar con tristeza y deja de hablar. Las camas ya han sido preparadas; traen vino. Después de beber, el duque fue a acostarse, pero no pudo dormir durante gran parte de la noche, y estuvo pensando en mi señor Galván; finalmente, los esfuerzos de las armas y el haber cabalgando muy deprisa lo han cansado tanto que se queda dormido. No fue mucho lo que durmió, pues se levantó muy temprano.

Su prima fue a buscarlo antes de que estuviera preparado; le ruega con insistencia, llorando, que se quede, «pues nunca estaré a gusto si os marcháis». Durante largo rato le suplica, sin conseguir nada, a pesar de su llanto:

—Mi dulce amigo, de ninguna manera permitiría que os fuerais sin recibir consejo en algo que os pueda aconsejar, y soy una de las mujeres del mundo que más os pueden ayudar, y por eso lo voy a hacer con todas mis fuerzas. Os diré qué vais a hacer: os acompañarán de aquí a un camino ancho; cuando lleguéis a él, si así lo deseáis, mi mensajero os guiará hasta el castillo, pues los caminos son intrincados y difíciles de seguir si no se conocen muy bien por el uso. Os aconsejo que no rechazéis la compañía de mi mensajero, pues seríais incapaz de mantener el camino sin errar. ¿Sabéis qué debéis hacer al llegar al castillo de Caradós? Veréis que este castillo es más fuerte y alto que ninguno de cuantos habéis visto en tierra llana, pero no es fácil entrar en él por la primera puerta, pues está muy bien guardada y defendida frente a quienes quieren pasarla, ya que permanentemente hay en ella diez caballeros armados con todas las armas. Si llega algún caballero de otra tierra que desee pasar, no puede pagar más peaje que su propia cabeza, y no tienen compasión alguna. Tal es la costumbre de la primera puerta del lugar donde vive Caradós, según me han contado mis mensajeros, a quienes he enviado varias veces hasta allí; sabed que nunca entró ningún caballero que después pudiera salir: le cortaron la cabeza nada más entrar.

Pero no debéis ir a la puerta en la que están los diez caballeros, sino que debéis ir por detrás, entre el foso y la empalizada: allí encontraréis un postigo bajo y estrecho; delante, sobre el foso, hay un tablón largo y estrecho, peligroso de atravesar para cualquier caballero que vaya armado. Cuando lo hayáis pasado, entraréis en el primer recinto por el postigo que os he dicho. Después, os encontraréis otros dos recintos amurallados más.

Aun siendo el mejor caballero del mundo, tendríais allí bastante resistencia; si conseguís atravesar los tres recintos, ya no tendréis que preocuparos más que de un solo caballero; luego, hallaréis uno de los jardines más hermosos de cuantos habéis visto con vuestros ojos. En medio del jardín hay una torre y, al pie de la misma, mana una

fuelle: podréis entrar en la torre sin dificultades; en ella os encontraréis a una doncella que no os parecerá fea ni villana, pues es una de las más hermosas y corteses, a pesar de su bajo linaje. Saludadla de parte de su señora de la Blanca Torre, y decidle —por el gran amor y por la lealtad que me ha tenido desde la primera vez que la vi— que os ayude para que podáis llevar a cabo vuestro asunto. Para que os crea más en lo que le vais a decir, entregadle este anillo: lo reconocerá de inmediato, pues me lo dio con su propia mano el último día que la vi. Estuvo aquí de doncella conmigo durante mucho tiempo; hasta que mi señor murió estuvo a mi lado, y siguió aquí bastante tiempo más. No olvidéis decirle que sois primo hermano mío, el hombre al que más quiero del mundo; así se lo tenéis que decir. Tened por seguro que si conseguís llegar hasta allí, no moriréis si os reconoce.

Entonces, la dama le entrega el anillo y él lo toma; le pide permiso para marcharse de inmediato y su prima monta a su lado para acompañarle, y así lo hace hasta la entrada del bosque. Cuando llegaron a él, el duque hace que regrese a la fuerza y la dama le entrega a su escudero, que debe conducirlo hasta la casa del caballero que tiene a mi señor Galván en la prisión; pero antes de irse, la dama le ruega por Dios, si en algo la estima, que no deje en modo alguno de volver por allí, si Dios le permite librarse sano y salvo. Luego, se marcha la dama llorando con amargura por el miedo que siente por el duque, y éste toma el camino acompañado por el escudero.

Aquí deja la historia de hablar de él y de su prima y vuelve a mi señor Yvaín, cuando se separó del duque, y de Lanzarote.

LXXXIII

Cuenta ahora la historia que mi señor Yvaín cabalgó hasta bien entrada la tarde, que ya empezaba a anochecer; llegó entonces a un gran valle, lleno de alto arbolado. Después de cabalgar durante un rato por medio del valle, encontró una litera llevada por dos palafrenes. Sobre ella en la parte de atrás, iba sentada una doncella con el rostro y la cara descubiertos, y que mostraba ser de una gran belleza. Se puso contenta a pesar de que estaba muy triste, pues delante de ella llevaba a un caballero herido con gravísimas heridas que iba metido en un caja: las heridas las tenía por todo el cuerpo y en la cabeza; alrededor de la litera cabalgaban cuatro escuderos, dos a un lado y dos al otro. La doncella se lamentaba por el caballero, por el que sentía una gran lástima, pues era la cosa del mundo que más amaba.

Mi señor Yvaín saludó a la doncella apenas se había acercado a ella; ésta le responde que Dios lo bendiga, pero no deja de lamentarse.

—Doncella —le dice mi señor Yvaín— con mucho gusto vería qué lleváis, si es que deseáis descubrírmelo por amor.

—Ay, señor —le contesta—, no os debe importar por Dios, pues, ningún caballero andante lo verá sin recibir o mucho honor o mucha afrenta, y todavía no lo ha visto ninguno que no haya recibido vergüenza y aflicción.

—Doncella, decidme en qué consisten el honor y la vergüenza de este caballero.

—Señor, éste es un caballero herido y quien desea verlo, antes, tiene que sacarlo de la caja en la que está y debe jurar sobre sagrado, como leal caballero, que si lo puede sacar no se detendrá hasta haberlo vengado del que le ha causado estas heridas. Sabed que muchos buenos caballeros lo han intentado sin tener éxito y no lo podrá sacar nadie si no es el que lo vengará de quien le hizo las heridas, y ése será el mejor caballero de cuantos ahora hay. La afrenta que los caballeros han recibido es porque no lo pudieron sacar de la caja en la que está; si vos queréis intentarlo con esas condiciones, os lo mostraré.

—Doncella, ya que lo han intentado tan buenos caballeros, no dejaré de probar.

La doncella ordena entonces a los que iban junto al ataúd que lo bajen y que lo coloquen en el suelo, y así lo hacen. Entonces mi señor Yvaín mismo descubre al caballero y ve que está herido gravemente, pues tiene en el cuerpo dos heridas con dos astas de lanza y en el hombro derecho tiene un tajo de más de medio pie de hondo, y además tiene un golpe de espada en medio de la frente, entre las dos cejas que le cae hasta la mejilla derecha. El caballero se lamenta con dolor y mi señor Yvaín intenta levantarlo, pero antes tiene que jurar a la doncella, como leal caballero, que lo vengará de quien le ha causado tales heridas, si es que puede sacarlo de la caja; él así lo promete. Entonces, toma al caballero entre los brazos y tira de él, pero no puede

moverlo en absoluto; al verlo, lo deja angustiado y entristecido. La doncella lo mira y le dice:

—Señor caballero, ya lo sabía; no pasa nada.

—Por Dios —le responde mi señor Yvaín—, tenéis derecho a decirlo, pues yo estaba seguro de que no soy el mejor caballero del mundo; preferiría ahora estar herido con las heridas que ese caballero tiene, con tal de que un caballero que yo conozco estuviera aquí, y no hace mucho que se fue. Os diré qué podéis hacer: seguid este camino; encontraréis al caballero que pondrá fin a este asunto, si es que un caballero mortal debe acabar con él; si no lo encontráis, id directamente a la ciudad de Londres, donde mi señor el rey Arturo tiene su corte; allí podréis encontrar, si Dios quiere, el socorro que necesitáis, pues están en ella los mejores caballeros del mundo.

Con esto, se marcha mi señor Yvaín y los cuatro escuderos vuelven a colocar al caballero en donde estaba, y siguen el camino por el que había llegado mi señor Yvaín. Éste cabalga hasta que entra la noche, pero tiene la suerte de que la luna brillaba con claridad. Durante mucho tiempo cabalgó por el camino ancho gracias a la claridad de la luna, hasta que oyó tocar un cuerno hacia la izquierda, y por el sonido le pareció que no estaba muy lejos. Decide entonces cabalgar hacia aquel lugar para tomar alojamiento, y para ver si encuentra dónde pueda descansar su caballo, y comida para el animal, pues si cabalga durante toda la noche quizá no encontrará un sitio para quedarse a su gusto y como le sería necesario.

Deja entonces el camino por el que había ido durante tanto tiempo y cabalga hacia donde había oído el cuerno; no había avanzado un tiro de arco cuando volvió a oírlo con gran fuerza: le pareció que había una gran necesidad en el lugar donde estaban tocando el cuerno. En poco rato oyó que lo tocaban cinco o seis veces y mi señor Yvaín fue más deprisa, pues se da cuenta de que lo necesitan; avanza al galope y lo más deprisa que puede su caballo. De esta forma, cabalga hasta la barbacana que había al final de un puente levadizo, sobre un foso lleno de agua que cerraba el paso a una gran casa de madera; la empalizada que había alrededor era grande y ancha y, por encima del foso, las defensas eran altas y elevadas. Cuando llegó delante de la barbacana, oyó un gran estrépito por todas partes, de gentes que gritaban y voceaban con fuerza; el que había tocado el cuerno estaba en la barbacana y gritaba cada poco tiempo:

—¡Santa María!

Al ver a mi señor Yvaín completamente armado, se da cuenta de que es caballero y le grita:

—¡Gentil caballero, tened compasión, por Dios!

Mi señor Yvaín mira hacia arriba y le pregunta qué ocurre.

—Señor, aquí dentro hay una tropa de ladrones, que han abierto mi casa y le están dando muerte a mis servidores; temo que hayan matado a mi señora, una pobre dama noble, de avanzada edad; siento además un gran dolor en el corazón por una hermana

mía, que era doncella de gran valer y de extraordinaria belleza, pues temo que la hayan afrentado.

Mi señor Yvaín ve el puente bajado y la puerta abierta; pica el caballo con las espuelas y entra en el patio, donde ve a cuatro ladrones que subían por una escala a las ventanas de la parte alta de la casa; dentro, había otros dos que sujetaban a la hermana del que estaba en la barbacana; se la echan por la ventana a los que estaban en la escala, mientras que en el patio y en los demás edificios había otros ladrones, hasta cerca de veinte. Los ladrones estaban armados con pocas armas, con corazas galesas y capuchas de cuero hervido, y llevaban hachas, espadas y arcos galeses.

Cuando mi señor Yvaín vio a los que tenían a la doncella, se lanza contra ellos y golpea al primero con la lanza con tanta fuerza que lo derriba; luego, toma la espada y golpea a uno de los otros en medio de la cabeza, haciéndole pedazos la cabeza y la capucha; los otros dos se tiran abajo de la escala y huyen por medio del patio, mientras que él los persigue junto a los demás, cortándoles brazos y cabezas y maltratándolos tanto como puede. Le disparan desde lejos, le dan muerte al caballo y a él le hieren en varios lugares del cuerpo, pero ninguna de las heridas es mortal. Al verse a pie, se cubre con el escudo, pues sabía hacerlo bien, y ataca a los ladrones con la espada completamente desenvainada y les da grandes tajos: le temen tanto que ninguno de ellos se atreve a esperarle y huyen cada uno por un sitio. El vasallo que había en la barbacana ha tensado un arco que llevaba, fuerte y recio, y les dispara sin cesar. Eran fácilmente catorce; entre los dos han conseguido matar o apresarlos a todos menos a dos que han logrado escapar por encima de la empalizada lanzándose al foso. Mi señor Yvaín no se esfuerza en perseguirlos, pues rápidamente se habían metido en el bosque, que era muy espeso. Entonces, desciende el vasallo de la barbacana y le muestra una gran alegría a mi señor Yvaín, diciéndole:

—Señor no os preocupéis porque vuestro caballo haya sido matado, pues se os devolverá con creces, si Dios quiere.

Luego, entran los dos en la casa, en la que encuentran a la dama desmayada en una cama, por el gran miedo que había pasado. Cuando la doncella los ve venir, se esconde debajo de otra cama pensando que eran los ladrones; pero al darse cuenta de que era su hermano, se pone muy contenta y él también, viendo que había conseguido escapar sana, salva y con honor; entonces les dice que muestren gran alegría tanto ella como la dama, «pues aquí tenéis a un hombre muy valiente, que Dios nos ha enviado para socorrernos».

Fue grande la alegría que le mostraron los del lugar a mi señor Yvaín, tanto la dama, como el criado y su hermana; han convertido en gran gozo el pesar que habían pasado. Al criado le importa poco el haber perdido a muchas gentes, pues su madre y su hermana han escapado. Aquella noche, mi señor Yvaín fue muy bien alojado y después de acostarlo lo mejor que pudieron, el criado le pregunta si desea levantarse

temprano el día siguiente, a lo que él le responde:

—Sí, tan pronto como amanezca, pues tengo muchas más cosas que hacer de lo que se piensa.

—Señor, mañana será una gran fiesta, pues es el día de Pentecostés; y ya que tenéis tanto que hacer, no me atreveré a reteneros; pero por lo menos no debéis cabalgar sin haber oído misa y, si lo deseáis, haré que la podáis oír cerca de aquí, y permaneceré con vos hasta que hayáis terminado de oírla.

Mi señor Yvaín se lo agradece mucho y le contesta que ha hablado como hombre cortés, «pues con mucho gusto la oiría, pero procurad —por la fe que me debéis— que sea lo más temprano posible, pues mis obligaciones son muy grandes».

Le responde que será muy temprano. Luego, va a acostarse en su cama, que estaba a los pies de mi señor Yvaín.

Ahora la historia deja de hablar de mi señor Yvaín y vuelve con Lanzarote.

LXXXIV

Cuenta ahora la historia que, cuando Lanzarote se separó del duque de Clarence y de mi señor Yvaín, cabalgó mucho tiempo sin encontrar ninguna aventura que merezca la pena recordar hasta que el día empezó a caer y la noche estaba próxima. Entonces empezó a dejar su camino un poco hacia la izquierda y se dio cuenta de que iba hacia el mismo sitio que mi señor Yvaín; le parecía evidente que los dos caminos iban a dar al mismo lugar. Lanzarote llegó a un gran valle, por el que cabalgó hasta llegar a una colina. Después de subir a ésta, encuentra al caballero herido que estaba en la litera. Al ver a la doncella, le pregunta quién es el que yace en aquella litera y ella le responde lo mismo que a mi señor Yvaín.

—Destapadlo —le dice—, y lo veremos.

—No lo haré —le responde la doncella—, si no intentáis sacarlo de la caja según es la costumbre establecida.

Entonces le cuenta cuál es la costumbre con todos los detalles. Lanzarote le responde que no dejará de intentarlo; le promete y asegura como leal caballero que lo vengará con todas sus fuerzas de quien le ha hecho aquello, si consigue sacarlo fuera de la caja. Entonces los escuderos lo bajan al suelo y la doncella lo destapa; cuando Lanzarote lo ve, se queda sorprendido de cómo puede vivir con el gran dolor que sufre por las heridas.

Entonces, lo toma entre los brazos con la mayor delicadeza que puede y lo saca de la caja sin titubear; el caballero lanza un suspiro y mirando a Lanzarote dice:

—Ay, señor, sea bendita la hora en que nacisteis, pues nunca sufrió un desgraciado tantos pesares como yo he sufrido en esa caja, sin que nadie me pudiera sacar de ella; lo han intentado muy buenos caballeros, por eso me doy cuenta de que sois mejor que todos ellos. Y ya que Dios me ha concedido una aventura tan hermosa, ¿para qué voy a seguir buscando? Yo quería ir a la casa del rey Arturo; aunque hubiera pasado allí toda mi vida, no hubiera conseguido más de lo que he conseguido ahora; gracias a Dios me encuentro tan aliviado de mis grandes dolores, que me parece que no me pase nada. Ay, buen sobrino —dice el caballero dirigiéndose a uno de sus escuderos—, id con uno de éstos a nuestro castillo, tan rápidamente como podáis, y dadle a mi señor hermano las noticias, que le resultarán muy agradables al corazón. Este caballero que está aquí vendrá con nosotros, pues se ha merecido que le hagamos honores y le mostremos alegría.

A continuación le dice a Lanzarote:

—Señor, vendréis con nosotros, pues ya anochece y es hora de buscar alojamiento; vais a entrar en uno de los mejores castillos del mundo, en el que seréis más estimado desde que se sepa que he sido liberado de mi prisión por vos; os ruego por Dios que

vengáis, pues de ese modo estaremos más a gusto, yo y mis demás amigos.

Lanzarote se lo concede porque ve que tiene que alojarse, pues de otro modo tendría que pasar la noche en el bosque.

Con esto, se marchan los dos escuderos y van, tan rápidamente como pueden sus rocines, al castillo para dar las noticias que producirán una alegría muy grande. El mismo Lanzarote vuelve a colocar al caballero en la litera ayudado por la doncella; le arreglan la cama lo más cómodamente que pueden con hierba verde y ropa, de la que había bastante, con sobrecotas y cojines. Después de acostarlo, le echan por encima una colcha que era muy rica y hermosa; después, lo colocan sobre dos palafrenes que lo llevaban, se vuelven y dejan la caja en el camino porque el caballero así lo deseaba, pues dijo que cada vez que la viera se volvería a renovar su dolor.

Cabalgaron hasta llegar al castillo en el que les esperaba una gran alegría. Este castillo estaba construido junto al río Támesis, era muy hermoso y muy rico para su tamaño; había sido uno de los castillos mejor abastecidos del mundo y por eso lo llamaban el Alegre Castillo. El señor era de avanzada edad y se llamaba Trahán el Alegre; había sido uno de los caballeros más joviales del mundo mientras fue joven, pues nunca, cuando llevaba armas, se puso mangas sino las de la camisa y todos los días amaba con leal amor. Trahán era el padre del caballero de la litera, que se llamaba Drián el Alegre y que tenía otro hermano mayor llamado Melián el Alegre; ambos eran de gran valor. Cuando entraron en el castillo, encontraron a Melián el Alegre que salía a buscarlos con tanto séquito de gente como pudo reunir a caballo en la ciudad. Al verlos, corre a Lanzarote antes que a su hermano, y le muestra la mayor alegría que puede; luego, besa a su hermano en la litera y le pregunta qué tal se encuentra.

—Señor —le responde Drián—, bien, gracias a Dios y a este señor que está aquí pues nunca, desde que me sacó de mi dolorosa prisión, me ha parecido el haber pasado daños ni dolores, tan grave me fue; debéis quererlo más que a cualquier caballero extranjero de cuantos hay en el mundo: si Dios quiere y él lo desea, todavía me mejoraré más, pues me vengará como el mejor caballero del mundo que es; si no hubiera sido mejor que los demás, no me hubiera liberado, ya que tal era mi destino.

Mientras tanto, llegan al castillo y encuentran a toda la gente del lugar que bailaban por las calles con grandes puñados de velas y de cirios encendidos: parece que todo el castillo esté ardiendo. Cuando ven venir a los caballeros, corren a su encuentro, gritándole todos a Lanzarote:

—¡Sea bienvenido el buen caballero que nos ha curado a nuestro señor!

De este modo les acompañan hasta la torre, donde encuentran al padre que les salía a ver como puede, pues había sufrido tanto que no podía avanzar ni una toisa de distancia si no se hacía llevar. Al ver a su hijo, se puso muy contento, porque pensaba que no podría volver a sanar. Muchos fueron los que le ayudaron a bajar de la litera, lo echaron en unas parihuelas damas y doncellas, de las que allí había bastantes. Melián se

ocupa de desarmar a Lanzarote, esforzándose en alegrarle y en festejarle. Después de quitarle las armas, lo vuelve a llevar a la sala, delante de la cama en la que Drián estaba acostado, y todos procuran y se ofrecen para servir a Lanzarote con todas sus fuerzas. Cuando Melián lo ha contemplado durante un buen rato, le parece que lo ha visto ya en otra ocasión y le dice:

—Señor, no os pese lo que os voy a preguntar, pues sólo es para vuestro honor.

Lanzarote le responde que si es para honor le parece bien y que no le negará nada.

—Señor, os quiero preguntar si sois de la mesnada del rey Arturo.

—En efecto, soy de su mesnada. ¿Por qué lo decís?

—Señor, porque creo que os he visto, pues os parecéis más que nadie a un caballero novel que le sacó en Camalot el hierro de una lanza al caballero herido, al que nadie se atrevía a tocar.

—Ciertamente, yo he pasado muchas penas y numerosos sacrificios.

—Señor, ¿sabéis quién fue?

—No sé nada, pero por su culpa yo estuve prisionero durante año y medio, y no pude salir más que dos veces.

Cuando Melián lo oye, se da cuenta de que es él, le va al cuello y le muestra la mayor alegría que puede; luego, le dice:

—Señor, sed bendito sobre todos los caballeros del mundo, pues estoy seguro de que fuisteis vos el que le sacasteis la lanza al caballero, antes de haber realizado ninguna proeza con las armas, pues aquel mismo día os armaron caballero; sabed que yo soy el caballero al que le sacasteis la lanza.

Entonces, le muestra la herida de la cabeza y las otras dos heridas que había recibido en el cuerpo debido a dos astas de lanza; a continuación, le dice:

—Señor, mi hermano y yo os debemos tan gran recompensa como corresponde a nuestros cuerpos y nuestras vidas, pues vos nos curasteis cuando todos los demás fallaron; y no sólo me habéis sanado a mí y a él, sino a mi señor padre, que vale más que nosotros, y no ha tenido una enfermedad ligera: ha sido más grave que la que hemos tenido mi hermano y yo, como os diré a continuación. A la salida de este bosque, hay un caballero que es el más traidor y el más cruel del mundo; es el más grande de los que se conocen, pues es mayor que Galahot el hijo de la Jayana, que es medio pie mayor que los caballeros de la casa del rey Arturo. Este caballero se llama Caradós el Grande, señor de la Dolorosa Torre; tenía un hermano, que no era menos traidor ni menos desleal que él, que fue el que me causó las heridas de las que me sacasteis las astas y esta otra de la cabeza. Después de tratarme así, yo lo maté con su propia espada: por eso nos tiene su hermano un odio mortal, que ha durado mucho tiempo, hasta que hace poco atacó a Drián, mi hermano, que aquí está; éste se defendió con valor, pues es hombre valeroso y de gran esfuerzo, cuando está sano. Caradós lo malhirió tal como lo habéis visto, pues tiene tal fuerza que no hay cota que

pueda resistir los golpes de su lanza, si va montado en un buen caballo. Después de herir así a mi hermano, no lo mató, sino que decidió dejarlo vivir para mayor dolor suyo y despecho de todos aquellos que lo querían; hizo que lo llevaran a su castillo y que lo encarcelaran. Después de haber pasado en la cárcel mucho tiempo, hizo que lo sacara fuera la madre de este caballero que os estoy diciendo: es la cosa más traidora y desleal que ha existido, nunca tuvo compasión del daño que ha visto causar. Hizo que lo sacaran de la cárcel, pero no para su bien, sino para que viviera sin poder tener curación y para que todos los que lo amaban sintieran dolor sin alegría: hizo que lo metieran en la caja de la que vos lo sacasteis, de forma que por encantamiento y por sortilegios consiguió y estableció que el caballero herido que hubiera en ella no podría salir nunca fuera, a no ser que lo sacara el mejor caballero del mundo con sus propias manos, sin hacerle daño y sin estropear o despedazar la caja. Pero además, había otra cosa digna de admiración, pues era tal la aventura de la caja que mientras en ella estuvo mi hermano, no podía morir ni mejorar de sus heridas. Después de dejarlo en tal situación, hizo que lo trajeran por la noche a la puerta de este castillo. La mañana siguiente, el dolor fue grande entre nosotros y nuestro pueblo, de forma que nadie podría contar un dolor mayor. Pero aquello no fue nada con respecto al sufrimiento que mi señor padre tuvo, que cayó en una enfermedad extraordinaria, pues se quedó mudo, sordo y perdió la fuerza de todos los miembros, de modo que no podía salir de la cama si no era sacado de ella a la fuerza. Estábamos tan doloridos que habríamos preferido morir a seguir viviendo.

Después de esto no pasó mucho tiempo que yo iba cabalgando por el bosque, acompañado por dos tíos míos que eran caballeros y por tres caballeros de mi linaje. Cuando cabalgábamos así, empezamos a hablar de mi señor padre y de mi hermano, hechos que nos causaban bastante dolor, y empezamos a llorar todos; entonces yo dije llorando: «Buen Señor Dios, no sé si tendrán alguna vez curación». Mientras decía estas palabras, pasó delante de nosotros una doncella montada en un palafrén que la llevaba muy deprisa; apenas yo había terminado de hablar, ella me respondió: «Sí, Melián, el uno se curará cuando el otro». Después de decirme esto, nos quedamos sorprendidos y al volver de mi estupefacción, piqué espuelas tras ella, pero no pude alcanzarla y nunca volví a saber quién era; pero me di cuenta de lo que había querido decir: que la curación de mi hermano sólo dependía de que fuera sacado de la caja; tan pronto como vos lo sacasteis, mi padre se curó tal como veis, y eso que no había pisado el suelo hace más de siete meses. Yo sé bien que, si mi hermano tuviera médico, pronto se curaría igual que yo me curé, cuando me asistieron los médicos después de que vos me sacarais la lanza.

Grande es la alegría que Melián y los suyos muestran a Lanzarote; éste les pregunta por la verdad acerca del gran caballero del que le habían hablado, hasta que él se da buena cuenta, por lo que dicen, que es el gran caballero que se lleva a mi señor Galván.

Entonces les revela el motivo de su marcha y cómo mi señor Galván había sido hecho prisionero, y que lo iban buscando mi señor Yvaín y el duque de Clarence.

—Señor —le dice Melián el Alegre—, ya que me habéis dicho tanto, enseñadme algo más, por favor, pues con gusto me gustaría saber vuestro nombre.

Él le contesta que se llama Lanzarote del Lago, «y sabed —añade— que vos sois el primer caballero al que se lo digo».

Melián se siente entonces muy contento, pues había oído en muchos lugares hablar de las hazañas de Lanzarote. Cuando Drián, que estaba acostado oyó hablar de mi señor Yvaín, se acordó del caballero que intentó sacarlo de la caja, que le había dicho que otro caballero se había puesto en marcha, separándose de él, y que era el que le sacaría fuera de la caja o que nunca sería sacado por ningún caballero; se lo cuenta a Lanzarote, y le pregunta si ése era mi señor Yvaín; éste le responde que sí y le pregunta si tiene alguna noticia de él; pero no sabe qué contestarle ni él, ni su doncella, ni ninguno de los escuderos.

A continuación, Melián le dijo a Lanzarote:

—Señor, ¿cómo pensáis vencer al caballero que se ha llevado a mi señor Galván? No será tan fácilmente como creéis, y no lo podréis vencer, si el rey Arturo no os ayuda: sería necesario que fuera con todo su poder contra él y aun así necesitaría bastante esfuerzo, pues el castillo es tan fuerte que harían falta bastante hombres para tomarlo; el caballero es fuerte por las posesiones que tiene y por el linaje, y ha causado graves perjuicios a mi señor el rey Arturo cuando éste y Galahot se combatían. Por eso os aconsejaría que no os esforzais en poner fin a este asunto, pues pienso que no puede hacerlo un solo caballero, ni siquiera los cien mejores del mundo, pues el castillo es tan fuerte como se os ha dicho y su señor es felón y cruel. Es posible que no creáis esto tal como es, antes de que lo hayáis visto, dado que sois de alto corazón, pero cuando lo comprobéis, diréis que os dije la verdad. Tened por seguro que el caballero es tan desmesurado que cree que podrá conseguir toda la tierra del rey Arturo y después la de Galahot; por las malas costumbres que ha impuesto en el castillo, piensa que los buenos caballeros de la casa del rey Arturo acudirán todos a él para rescatar a mi señor Galván y que así los podrá hacer prisioneros, uno tras otro; por eso, cree que finalmente conseguirá apoderarse del rey. Ya os he dado bastantes razones para que abandonéis el camino que habéis emprendido, y vos sois tan sabio que debéis saber que es lo mejor, haced lo que vuestro corazón os aconseje. Sea lo que sea lo que deseéis realizar, tendréis todo nuestro apoyo a vuestra voluntad y yo mismo iré con vos con cuantos caballeros, hombres y amigos pueda reunir, pues debemos ofrecer nuestros cuerpos y nuestras riquezas para ayudaros más que a nadie.

—Por Dios —le contesta Lanzarote—, no permitiré que la cosa llegue tan lejos, pues dos hombres más valientes y mayores que yo se han metido en la búsqueda y apenas la dejarán; no seré yo el que haga que participen más caballeros; para nosotros sería

mayor honor morir en esta búsqueda que el volvernos atrás.

—Por Dios —le dice Melián—, si hay algún hombre que deba llevarla a cabo, sois vos, y no creo que él muera si no es por vuestras manos, pues sólo podía sacar a mi hermano de la caja el que debiera vengarlo.

Durante aquella noche hablaron mucho tiempo del caballero, y tanto el padre como los dos hijos se ofrecieron con insistencia a hacer lo que Lanzarote quisiera para siempre jamás; él se lo agradece mucho. Han hablado durante tanto tiempo que ya era hora y momento de acostarse; las camas están dispuestas y acuestan a Lanzarote con gran fiesta.

LXXXV

Aquí empieza la historia a hablar de mi señor Galván, a partir del momento en que el gran caballero se lo llevó. Dice la historia que cuando se había alejado una legua de donde lo había apresado, lo despojó dejándolo completamente desnudo, y le obligó a que montara un rocín de duro trotar; luego, lo entregó a dos servidores felones y crueles que tenían el puño lleno de correas atadas muy juntas, con las que le daban grandísimos golpes en los lados y en la espalda, por delante y por detrás, de modo que la sangre roja le corría cuerpo abajo y el rocín estaba completamente teñido, igual que el camino por el que iban. Él soporta y resiste sin decir ni una sola palabra, aunque a menudo añoraba al rey su tío y a sus compañeros, lamentándose por el gran dolor que tendrían por él cuando supieran la verdad: llora de los ojos de la cabeza con amargura, no tanto por los golpes que recibe, como por la compasión que siente por aquellos de los que ha sido separado con gran pesar. Con tal dolor de golpes y de heridas lo han llevado a la Dolorosa Torre: así se llamaba el castillo más importante de Caradós el Traidor. Cuando llegaron allí, se lo entregaron a la desleal madre del caballero y ella le dijo, en cuanto lo reconoció:

—Galván, Galván, por fortuna ya os tengo ahora; pienso venderos muy cara la muerte de mi hermano, al que matasteis; era Gadrás el Negro, uno de los caballeros más valientes de cuantos han llevado escudo: vos lo matasteis como traidor que sois y desleal.

—Ciertamente, señora —le contesta mi señor Galván, malherido por los golpes que había recibido—, nunca fui traidor ni lo seré.

—Sí que lo eres; en aquella ocasión fuiste traidor cuando lo mataste a traición, siendo un caballero como era mi hermano.

Cuando mi señor Galván se oyó llamar traidor otra vez más, siente tal dolor que poco falta para que no pierda el conocimiento de rabia, y olvide todo el miedo y todos los pesares; responde como hombre airado que ella miente como vieja traidora y desleal, «y si el malvado cobarde de aquí dentro que me ha hecho prisionero a traición se atreviera a presentarse, me defendería en su propia casa, como caballero leal, contra él personalmente o contra cualquier otro». Al hablar así la vieja llama a voces a los caballeros que había por allí y éstos acuden, pues le tienen gran miedo; les dice que nunca estará contenta mientras viva Galván el traidor, «y si no lo matéis, yo misma le daré muerte».

Corre entonces a tomar una pica que había en un armero, la saca y va como mujer enloquecida dispuesta a herir a mi señor Galván, cuando su hijo que salía de una habitación corre a su encuentro, la sujeta por los brazos y le quita la pica, diciéndole:

—Ay, señora, en mala hora lo hacéis, pues me habríais privado de todo lo que

deseaba hacer, y nunca lo podría haber recuperado.

—Dios —le responde ella—, nunca volveré a estar contenta, pues me ha menospreciado llamándome vieja traidora y desleal.

—Señora —le dice Caradós—, él querría que lo mataran ahora, pues sabe bien que sufrirá gran dolor y vergüenza, y que nunca podrá salir de mi prisión; pero no se debe considerar nada de lo que dice un hombre que odia su propia vida.

Con estas palabras consiguió evitar la locura de su madre; ésta toma a mi señor Galván y hace que lo acuesten cuatro servidores, completamente extendido sobre un gran estrado, y le llena de veneno todas las heridas. A continuación, le unta con un unguento ligero, para que el veneno no le descendiera hasta las entrañas; después de haber hecho todo esto, hace que lo acuesten aquella noche de forma que esté cómodo en una habitación muy rica; y fue muy bien custodiado para que no se escapara.

Por la mañana, cuando pensaba descansar y reposarse, fue tomado con la cama y llevado a una oscura mazmorra, profunda y llena de toda clase de reptiles. En esa mazmorra había un gran pilar de mármol que era por la parte de arriba tan ancho que un hombre grande podría acostarse y permanecer extendido en todos los sentidos, pero no tenía más de cuatro pies de alto. Bajo ese pilar estaban todas las culebras y sobre él fue donde mi señor Galván fue colocado en una cama muy pobre de colchón duro y áspero; se acostó con gran malestar, tenía poco para beber y de comer y menos mantas de las que hubieran sido necesarias, pues la mazmorra era profunda y de piedra gruesa y maciza, de forma que era fría y húmeda. Era tan grande el olor que había por las culebras, que nadie podría permanecer allí durante mucho tiempo, y hacían tan gran ruido que se podía oír desde lejos; nadie se sentiría seguro allí, pues si caía abajo, no podría salir.

La primera noche que mi señor Galván pasó en la mazmorra fue tan grande el ruido y el estrépito, que nadie habría tan atrevido como para no tener miedo: las grandes serpientes se lanzaban hacia arriba por el pilar que era bajo. Mi señor Galván pasó tanta preocupación antes de que llegara el día, que a menudo pensaba en arrojarse a las culebras que había bajo él; pero la vergüenza de una muerte vil le retiene, y el temor de perder su propia alma, pues se daría muerte a sabiendas: se consuela gracias al consejo de su vigoroso corazón y resiste esperanzado las penas y los males que le llegan, pues un corazón puro y fuerte prefiere morir entre grandes esfuerzos y con la esperanza de tener el bien, que sufrir como cobarde los males que le trae la aventura.

Entre tales sufrimientos permanece el noble caballero en la cárcel del tirano traidor; se ha esforzado tanto que sus heridas se han hinchado y se le han podrido, los brazos y los demás miembros los tiene abotargados por el veneno que se ha extendido en ellos, y la cabeza se le desvanece por lo poco que duerme y come; el cuerpo y todos los miembros se le han debilitado de forma que apenas se puede mantener en pie. El ataque de las culebras no cesa, ni el de las serpientes, que a menudo se lanzan hacia

arriba y no tiene con qué defenderse si no es con sus puños que le resultan pesados y que tiene ya hinchados: se defiende sentado durante la noche y el día, y utiliza también los pies que ya le duelen mucho.

Había allí una doncella de extraordinaria belleza a la que Caradós quería por encima de todas las mujeres, pero que no lo quería a él, sino que lo odiaba más que a nadie, pues le había privado de un amigo suyo, noble caballero, al que había querido mucho, y al que Caradós le había dado muerte: por eso lo odiaba tanto que siempre que lo veía sentía una gran cólera. Esta doncella había sido de la dama de la Blanca Torre durante mucho tiempo, que era prima de Galescaláin, el duque de Clarence; era muy prudente y cortés, pero no podía consolarse por el gran dolor que sentía por su amigo; si no hubiera estado bien custodiada, se hubiera ido cualquier día, pero la guardaban servidores y caballeros, de forma que no podía irse.

Un día ella iba solazándose por un jardín que rodeaba a la torre en la que estaba, cogía flores en un campo muy hermoso que había allí. Este campo llegaba hasta la mazmorra en la que se encontraba mi señor Galván; una ventana de la cárcel daba a esa parte, y era pequeña pero por ella se podían oír las lamentaciones y los suspiros del prisionero. Cuando la doncella llegó a la ventana, se acordó de mi señor Galván y sintió una gran compasión por las virtudes que le habían contado que tenía en muchas ocasiones. Al oír las quejas y suspiros, sintió una gran angustia en su corazón y empezó a llorar con tristeza. Se acerca a la ventana y empieza a escuchar; mi señor Galván estaba lamentándose por el gran dolor que tenía y decía frecuentemente:

—¡Ay, Dios, nunca merecí morir de tan malvada y vergonzosa muerte! ¡Ay, rey Arturo, mi bueno y dulce tío, qué gran dolor tendríais en vuestro corazón si supierais el mal que siento! ¡Ay hermosa señora, agradable reina Ginebra, cómo os empalidecería vuestro sonrosado rostro si supierais mis grandes dolores! ¡Ay, Dios, qué fea pérdida tendrá la rica Mesa Redonda por mi prisión y no tanto por mi muerte, sino por los nobles que me irán buscando y no podrán conseguir dar conmigo! ¡Ay, Lanzarote, mi dulce amigo, cómo se aliviarían ahora mis grandes sufrimientos si supiera que estáis sano, salvo y con todas vuestras fuerzas! Que Dios os proteja por encima de todos los demás, con la ayuda y el socorro de mi tío el rey Arturo, y que Dios no os permita llegar hasta aquí; sería en vano. Pero si alguna fuerza fuera necesaria, la vuestra me ayudaría, aunque no sé cómo, pues este castillo no teme a nadie y su señor tiene tan gran poder y está lleno de traición y de felonía, y no tiene compasión de nadie.

De este modo se queja y se lamenta mi señor Galván en su mazmorra, y la doncella que lo estaba escuchando mete la cabeza por la ventana hasta los hombros y lo llama en voz baja por su nombre. Cuando mi señor Galván se oye nombrar, respondió muy débilmente:

—¿Qué es eso, Dios?

—Soy yo, una amiga vuestra, que siente gran dolor por no poder ayudaros; nunca os

vi, según creo: pero la gran ayuda que habéis prestado siempre a las damas y a las doncellas os ha dado mi amor.

—Señora, ¿quién sois?

La doncella se lo cuenta, tal como ha dicho la historia, y llora con amargura al hablar de su primer amigo.

—Por Dios, doncella —le dice mi señor Galván—, si me vais a ayudar con toda vuestra fuerza, pensad en mí, pues me estoy muriendo aquí con la muerte más dolorosa que ha podido soportar el cuerpo de un hombre.

Entonces le cuenta cómo se le han envenenado las heridas, cómo se le han hinchado los miembros, la cara y el cuerpo, y piensa que es por culpa de las culebras y las serpientes.

—Si tuviera un palo con el que me pudiera defender, me tendría por bien pagado y, según creo, nadie me haría nunca tan buen servicio como sería ése.

—Por Dios, en seguida os daré un palo con el que os podáis defender, y os daté un ungüento que acabará con el veneno de vuestras heridas.

Luego, se marcha la doncella y sube a la torre de la que había venido, abre un cofre y saca de él una caja; después de metérsela en la manga, entra en su habitación que había más cerca del suelo. A continuación, toma una gran percha en la que tenía colgado su vestido cuando se acostaba y la arroja afuera por una de las ventanas lo más ocultamente que puede. Después, sale por una puerta que había al fondo de la torre y baja tras cerrar la puerta; va al jardín y mira con mucho cuidado por todas partes, que no haya nadie. Entonces, se pone la percha en el cuello, pues era ligera y no demasiado gruesa; la lleva a la ventana y cuelga en ella la caja inclinándola al final de la percha y tendiéndosela de este modo a mi señor Galván. Éste, apenas puede cogerla, pues en la mazmorra no había más claridad que la que llegaba desde la ventana, que era muy pequeña.

—Mi señor Galván —le dice la doncella—, coged esta caja y untaos con su contenido vuestro cuerpo, y no tendréis hinchazón que no se cure con él; después, tomad las maderas de esta percha para defenderos de las culebras que hay ahí con vos, hasta que Dios os envíe socorro. Tened cuidado, si en algo estimáis mi amor, mi honor y vuestra salvación, para que nadie sepa nada de lo que yo os he dicho y he hecho, pues vos moriríais y yo sería arrastrada.

Él le contesta que esté tranquila, que antes se dejaría arrancar la lengua. Entonces, ha cogido la caja y se la ha metido junto al pecho para no perderla e intenta romper la percha con las dos manos y las rodillas; ha tenido que esforzarse mucho hasta conseguir hacer tres trozos, y con ellos se defiende frente a las culebras que le atacan, hiere y mata a muchas, pues en cada una de las manos tiene un trozo de la percha y así se defiende hasta que se ve más libre.

La doncella se marcha temiendo ser vista. Al regresar a la torre se acuerda de una

enseñanza que había aprendido de la desleal vieja que era madre de Caradós: era una forma de pan que no podía comer ningún tipo de reptil sin que muriera de inmediato. Entonces llama a una doncella suya en secreto y le hace conseguir harina suficiente como para dar de comer pan a diez hombres en una cena. Ella misma buscó una hierba, hizo que le extrajeran el jugo y le añadió otra cosa que hacía falta. Después de prepararlo todo, tal como lo había aprendido, hizo cocer el pan y a continuación lo hizo despedazar en pequeños trozos sobre un mantel blanco; luego, fue a la puerta del jardín: tras comprobar que nadie la veía, acudió a la ventana y arroja al fondo de la mazmorra un tercio del pan desmigajado. Cuando las serpientes sintieron el olor del pan caliente que tanto deseaban, fueron hacia aquel lugar haciendo tan gran ruido que se podía oír sin dificultad desde el jardín, y al punto se comieron todo el pan. La doncella arroja a continuación el otro trozo, y también se lo comieron: comieron bastante porque aún estaba caliente, pues el reptil venenoso es de naturaleza fría y está lleno de gran frialdad. Después de haberse comido el pan se sintieron saciadas. Entonces, el calor del pan y la fuerza de las hierbas combatió contra el frío del veneno y al punto reventaron todas, sin que ninguna pudiera moverse después de haber comido. Fue entonces tan grande la pestilencia, que mi señor Galván hubiera muerto de no haber sido por la suavidad del ungüento con el que ya se había untado; ignoraba que las serpientes hubieran muerto, pues de lo contrario hubiera tenido una gran alegría.

La doncella conoció todas estas cosas y se puso muy contenta y luego se marchó sin decir nada más. Cuando llegó la noche, le llevó a mi señor Galván comida abundante; ató una cuerda al final de una lanza muy larga y al cabo de la cuerda puso la comida; a partir de ese momento no padeció necesidad de beber ni de comer, pues la doncella que sentía una gran compasión por su malestar le hacía llegar de esa forma todo lo que le era necesario. Aquella noche mi señor Galván no tuvo las tribulaciones que solía tener y se quedó muy sorprendido. Por la mañana vino a verle la doncella y le preguntó cómo había pasado la noche, a lo que él contestó que muy bien, «pues no he oído esta noche a ninguna de las serpientes que tanto me atacaban, ni he oído más el ruido que solía oír».

—Esta noche sabréis qué ha ocurrido, pero por ahora debo ocultarlo, pues pienso que os sanaré de los males que habéis tenido.

Luego, se marcha la doncella y espera a que llegue la noche para volver; lleva una pequeña linterna de cristal y dentro de ella un cirio grueso encendido.

—Mi señor Galván —le dice—, alumbrad a vuestro alrededor y veréis qué ha pasado...

Toma el cirio encendido y ve en una de las esquinas de la mazmorra todas las culebras muertas: se puso muy contento y se lo dijo a la doncella; ésta le cuenta que lo había hecho por él, y cómo había arrojado el pan en la mazmorra sin que lo supiera.

De este modo permaneció mi señor Galván en la prisión y cada día hablaba la doncella con él, ayudándole y dándole el solaz que podía; le sacó de la herida la

suciedad y el veneno mediante buenos ungüentos que le daba, y tenía bebida y comida según su necesidad. Contra el gran frío le entregó bastantes de sus mejores vestidos, para que no sufriera ningún daño: de este modo estuvo mucho más a gusto que antes, descansa y mejora de día en día, y recupera algo de su belleza y de su fuerza. Pero le molesta mucho la gran pestilencia de las culebras, se lamenta de ello a la doncella que viene a consolarle a la ventana, cuando le pregunta que cómo se encuentra y él se lo dice:

—Mi dulce doncella, tendría todo lo que necesito como prisionero, gracias a Dios y a vos, si no fuera por la gran pestilencia de todas estas culebras que me está dando la muerte, y creo que logrará acabar conmigo.

Al oírlo, la doncella empieza a suspirar y le contesta con gran dulzura:

—No desmayéis, mi dulce amigo, pues me ocuparé de ello muy bien.

Se marcha la doncella y regresa a la torre, donde prepara fuego de azufre con gran cantidad de incienso para quitar el mal olor; luego, regresa a la mazmorra acompañada por su prima y arrojan por la ventana lo que habían preparado contra las culebras. Mi señor Galván se encontró entonces a gusto por el buen olor; de esta forma ardieron las culebras gracias al buen sentido de la doncella, y desde entonces mi señor Galván no sufrió por nada, sino por la prisión, que tanto le molestaba. Nadie podría pensar que estuviera tan a gusto, pues le llevaban la comida a la hora de nona por una puertecilla que había en el techo de la mazmorra, en la parte más alta.

La historia aquí deja de hablar de esto por ahora, y vuelve a hablar de la corte del rey Arturo y de sus gentes, que están en los prados de Londres, junto al río Támesis, en la rica asamblea de muchas tierras.

LXXXVI

El día anterior a Pentecostés —según cuenta la historia— a la hora de vísperas, salió el rey de su pabellón y después de oír las horas propias del momento junto a Galahot, preguntaron por mi señor Galván por casualidad, pero nadie supo darles noticias ni de él, ni de los otros tres. Galahot, que algo sospechaba, no quiso dejar el asunto, monta a caballo y va al alojamiento de mi señor Galván, aunque no encuentra quién le diga nada de él, y lo mismo le ocurre en el alojamiento de mi señor Yvaín; tampoco las gentes del duque de Clarence pueden darle ningún dato cierto, pues los tres habían prohibido a las gentes de su casa que le dijeran a nadie a dónde se dirigían. Cuando regresaba a su alojamiento a preguntar nuevas de Lanzarote, vio al pasar por una estrecha calle a su primo Lionel, que iba montando un enorme caballo que lo llevaba rápidamente.

En esta fiesta Lionel debía ser armado caballero novel y ya se había puesto el vestido; Galahot que lo ve cabalgar tan deprisa, lo alcanza en un puentecillo y lo sujeta por el freno. Lionel lo mira muy avergonzado; Galahot ve que lleva la capa abrochada y se extraña mucho, porque era caballero novel. Entonces le pregunta que a dónde iba y mientras pregunta esto, le levanta la capa y ve que lleva vestida la cota de mallas y ceñida la espada.

—¿Qué es esto, Lionel? ¿A dónde vais?

—Señor, no me lo preguntéis, dejadme estar, por Dios.

—En modo alguno; quiero saberlo y no continuaréis antes de que yo lo sepa.

—Señor, por la fe que le debéis a la cosa del mundo que más queráis, no me preguntéis más, pues no ganaréis nada, antes bien perderéis mucho.

—Me habéis conjurado de tal manera que no os voy a seguir preguntando; pero por mi cabeza, tenéis que volver atrás.

Entonces hace que regrese y Lionel siente tal angustia que poco falta para que pierda el sentido. Prestan atención los dos y ven venir a un escudero que lleva al cuello un escudo y que se acerca tan deprisa como puede; Lionel reconoce el escudo como suyo, y se echa un poco hacia atrás para dejarle libre el camino y que Galahot no lo detuviera, y a continuación le ordena que se detenga un poco más allá; éste pasa el puente y no se para por nada que Galahot le diga.

Mientras que Galahot se ocupa de hacer que el escudero vuelva mediante amenazas, Lionel saca la espada lo más silenciosamente que puede y corta las riendas que Galahot le estaba sujetando, a la vez que pica con las espuelas y sale tras el escudero. Cuando Galahot ve que las riendas se le han quedado en la mano, empieza a suspirar y le grita a Lionel, que se aleja:

—¡Ay, ay, corazón sin freno, ciertamente, en verdad, los dos sois primos!

Entonces pica con las espuelas al caballo y sale tras Lionel, que no le espera, sino que va lo más deprisa que puede; Galahot llevaba un caballo muy bueno, pues tenía los mejores del mundo: alcanza a Lionel y lo sujeta con los brazos por debajo de la axila, lo levanta del arzón, pues era de gran fuerza, y lo coloca delante de él. Lionel no era débil y se bate y pone toda la fuerza en escapar, de forma que se suelta de los puños de Galahot y cae al suelo. Galahot se arroja del caballo sobre él y le dice;

—Ahora os vendréis conmigo, porque no podéis escapar.

Lionel está tan triste que las lágrimas le llegan a los ojos.

—Ay, señor, ahora sé lo que va a ocurrir: tengo que decir lo que pensaba ocultar. Yo iba tras mi señor, mi primo, que acaba de entrar en el bosque, pero no sé por qué lo ha hecho, pues iba armado con todas las armas; con él estaban mi señor Galván, mi señor Yvaín y otro caballero que es un hombre muy rico. Como se iban esta noche, sin que lo supiéramos, temía que el asunto fuera muy grave: os ruego por Dios que me dejéis ir.

—¿Cómo —pregunta Galahot—, es cierto eso?

Lionel le responde que lo sabe de forma cierta; pero Galahot no muestra cara de preocupación, sino que consuela a Lionel todo lo que puede, diciéndole:

—Buen amigo, no os preocupéis por eso, pues son tan valientes que nadie debe temer por ellos, y no os corresponde a vos emprender tal asunto, porque no debéis llevar armas de caballero, ni ceñir espada.

—¿Por qué, señor? ¿Acaso no soy caballero?

—No, por mi cabeza; hasta mañana no seréis caballero; mañana os ceñirá la espada mi señor el rey, y de ese modo os armará caballero. Posiblemente, ésos tras los que vais, regresarán esta noche, pues no dejarían a mi señor el rey en un día tan importante.

Todo esto se lo decía Galahot para retenerlo, aunque siente gran miedo y gran angustia; de todas formas, se esfuerza tanto que consigue hacer que Lionel se quede: vuelven a montar a caballo y regresan a los alojamientos, y el resto del día lo pasaron el uno con el otro, porque Galahot temía que Lionel se marchara. Ocultaron el asunto tan bien que el rey no lo llegó a saber hasta la mañana siguiente, en que se enteró, tal como oiréis.

Pero ahora la historia no cuenta más, sino que vuelve a hablar del duque de Clarence, que se había separado de su prima.

LXXXVII

El duque se va con el criado que la dama de la Blanca Torre le había ofrecido; toman la gran calzada en la que encuentran las huellas de los caballos tal como el duque las había dejado. Siguiéndolas cabalgan hasta bien entrada la hora de tercia, sin que den con ninguna aventura de la que se deba hablar en historia. Después, salen del bosque y entran en una gran landa, por la que cabalgan la distancia de tres tiros de arco. Entonces, se encuentran una gran matanza de caballos y de caballeros muertos, y todo el suelo cubierto de trozos de lanza y de pedazos de escudo: bien parecía que hubiera habido una gran batalla, pues un riachuelo que por allí corría estaba completamente enrojecido. El duque se detiene y se pregunta admirado quiénes pueden ser esas gentes que han muerto en aquel lugar y quiénes los han podido matar.

Mientras que estaba pensando así mira hacia adelante y vio por la parte de fuera de un seto que no estaba lejos, que salía un escudero con la cabeza vendada con un trozo de camisa, por una herida de espada que había recibido. El duque se dirige hacia el escudero, que al verlo venir vuelve a meterse en el seto; el duque corre tras él, desenvaina la espada y jura que le dará muerte si no espera. El escudero, temiendo morir, se arrodilla y clama piedad por Dios, mientras que el duque le ordena que diga quién era aquella gente que había sido derrotada, a lo que le responde que se lo dirá si no tiene que preocuparse; el duque le contesta que esté tranquilo.

—Señor —dice el criado—, la dama de Cabrión iba a Londres a ver la corte del rey que es primo suyo, al que hacía tiempo que no había visto; nos encontramos en esta landa hasta veinte caballeros armados, con los que nos cruzamos sin mediar palabra. Pero entre ellos había un caballero completamente desnudo, que iba en calzas y sin nada en los pies, montando un gran caballo, y era golpeado con correas de forma que la sangre le empapaba por todas partes. Después de cruzarnos con ellos, uno de nuestros caballeros le dijo a mi señora que era mi señor Galván y ella sintió tal dolor que se desmayó sobre el cuello de su palafren. Al volver en sí, dijo que prefería perderlo todo y morir antes que dejar de socorrerle. Entonces, se enfrentaron nuestros caballeros con los suyos; lo hemos perdido todo, pues los nuestros no eran más que quince, mientras que por la otra parte había un caballero enorme, con tanta fuerza que nadie podía resistirle. Así, todos los nuestros murieron o fueron heridos y no sé qué ocurrió con mi señora, pues se metió en el bosque cuando vio la gran derrota de su gente.

Mientras el criado hablaba así vieron a una doncella que salía de la espesura y se dirigía hacia el duque lo más deprisa que podía correr, llevando en la mano las trenzas, cortadas, que eran gruesas y rubias; tras ella corría un caballero completamente armado. La joven huye delante y mira frecuentemente hacia el que la persigue, con

gran miedo; le grita al duque, tan alto como puede, que la socorra. El duque va en su ayuda y cuando el otro caballero lo ve, retrocede y huye, metiéndose en la maleza.

—Señor —le dice la doncella al duque—, tened compasión por Dios, pues este ladrón que me persigue estaba dispuesto a afrentarme si no me hubierais protegido vos; ya me ha deshonrado cortándome las trenzas.

Al oír estas palabras el duque pica espuelas y el caballero corre en busca de su caballo, al que había atado a un árbol, por la doncella con la que quería acostarse. El duque lo sigue de cerca, reprochándole su deslealtad. El otro llega al caballo, se coloca el yelmo en la cabeza, pues se lo había quitado, y se esconde tras una encina, porque no le da tiempo a montar, a la vez que le pregunta al duque si debe guardarse de él; éste le contesta que se dé por desafiado, «pues no daré seguridad a ningún hombre que afrente a dama o doncella».

—Buen señor —le dice el otro—, no es una batalla razonable ni igual, ya que vos estáis a caballo y yo a pie; si estuviera montado, me defendería de vos y así obtendríais honra si consiguierais vencerme.

—Por Dios —contesta el duque—, no necesitaréis estar en situación de inferioridad, y cuando os vayáis no podréis decir que habéis combatido en desigualdad; descabalgaré. Haced lo que queráis: o yo iré pie a tierra o vos montaréis.

El caballero le contesta que montará.

Cuando ya lo ha hecho le pregunta al duque qué desea.

—Has afrentado a una doncella —le contesta el duque— en un día tan importante como es el de hoy, tanto deshonrándola en su cuerpo como en sus trenzas.

El caballero le contesta que no se ha acostado con ella.

—Si te pones bajo su poder, no combatiré contra ti.

Le responde que no lo hará de ninguna manera, antes bien, combatiría contra dos como el duque. Entonces éste le ataca y lo mismo hace el caballero, que era grande, fuerte y vigoroso, y bastante mayor que el duque; se golpean con las lanzas con golpes tan fuertes que atraviesan el cuero de los escudos y parten o abren las tablas; las cortantes puntas se detienen en la cota de mallas. El duque era extraordinariamente fuerte de brazos y atrevido como león; estaba encendido y encolerizado por la afrenta de la doncella a la que había acogido; empuja al caballero con tanta fuerza que lo derriba, a él y al caballo, haciéndolos caer en el barrizal de una fuente que allí había, de forma que el yelmo queda hundido en el lodo, que era blando y claro. Cuando el duque piensa golpear sin dificultad con la lanza, se cayó su caballo sobre los otros dos que estaban en el suelo y vuela al otro lado, cayendo de pie; desenvaina la espada y ataca al caballero; éste se retuerce y cae, pues ha bebido tanto cieno que ya no puede más: se ahogará si no le ayuda, pues tiene el caballo encima. El duque le levanta el caballo y saca del fango al caballero, que no puede tenerse; lo lleva al campo y lo deja de forma que el otro no puede mover pie ni mano; le arranca el yelmo de la cabeza y

hace como si se la quisiera cortar, pero el otro no se mueve nada, durante un gran rato. Cuando recupera el aliento, se queja amargamente y le dice al duque que tenga piedad de él; éste le contesta que no tendrá compasión, si la doncella no lo desea. «Señor —le dice—, reconozco que le he hecho gran daño; por eso me ha ido tan mal. Estoy dispuesto a pagarlo según vuestra voluntad».

La doncella se acerca entonces y el duque le pregunta:

—Doncella, ¿qué queréis que haga con este caballero? Ella contesta que haga lo que quiera; le muestra sus hermosas trenzas, que el caballero le había cortado.

—¿Os hizo algo más, doncella?

—No, señor. Gracias a Dios y a vos, que me habéis protegido, pues lo hubiera hecho de buen grado.

Entonces le pregunta el duque al caballero quién es y quiénes son los que han dado muerte a los caballeros de la dama de Cabrión. Éste se resiste a decirlo, pero al fin lo revela cuando el duque le ataca de nuevo con la espada desenvainada, diciéndole que se dé por muerto si no le confiesa lo que le ha preguntado y en qué lugar está mi señor Galván prisionero. El caballero, temiendo la muerte, que el duque estaba dispuesto a darle, le reconoce la verdad y dice que los ha matado Caradós el Grande, y que se ha llevado a mi señor Galván a la Dolorosa Torre.

—¿Pensáis que lo matará?

—No, señor; no temáis eso, pero le causará graves pesares, porque le dio muerte a su tío que era un caballero muy valiente; os ruego por Dios que tengáis compasión de mí, pues yo acudí a ayudarlo a pesar mío.

—Que Dios no me vuelva a ayudar —contesta el duque—, si tengo contigo más compasión que la que esta doncella desee.

A continuación le entrega a la doncella la espada que tiene, diciéndole que le corte la cabeza si quiere, y él mismo le baja la ventana. El escudero que tenía la herida en la cabeza toma la espada y dice que le cortará la cabeza antes de morir, «pues fue él el que me hizo esta herida porque defendía a mi hermana que aquí está».

Cuando la doncella ve sus trenzas siente una gran tristeza y empieza a llorar; cubriéndose la cabeza, mientras se aleja dice que prefiere que muera a que siga vivo. El escudero alza la espada y le da un gran tajo, de forma que la cabeza vuela en medio del campo.

Luego mira y ve a uno de sus caballeros en el lindero del bosque, montado en un rocín; le hace señas con la mano y éste acude picando espuelas: saluda al duque cuando ve al caballero muerto, y le dice al escudero que su señora está cerca de allí. El duque quiere verla por amor de mi señor Galván, pues era prima suya; la consuela todo lo que puede y, finalmente, recuperan los caballos de todos, menos el del escudero herido, al que hacen montar en el del caballero al que le habían cortado la cabeza. Después de que todos estuvieron montados, encomendaron al duque a Dios y la dama dijo que

continuaría hasta la corte del rey Arturo. El duque le ruega que no le diga nada de mi señor Galván, a lo que ella le responde tranquilizándolo, que así lo hará. Le pregunta cómo se llama; cuando éste le ha dicho su nombre se despiden unos de otros; la dama se dirige a la corte en compañía de un caballero solo, de tres escuderos y de nadie más.

El duque se va por otro lado, cabalga durante mucho tiempo junto con el escudero que le había dado su prima, hasta que llegan a un cruce de caminos. Entonces les sale al encuentro una doncella que montaba un palafrén de paso calmo; se detiene ante el duque y le dice:

—Señor caballero, ¿sois vos el que os habéis puesto en marcha para buscar a mi señor Galván?

—Doncella, me gustaría ser el que lo encontrara y haré todo lo posible para llegar al fin.

—Así me ayude Dios, de nada os servirá vuestra fuerza, pues no tenéis ni el atrevimiento ni el valor como para acabar una cosa tan importante.

—¿Cómo, doncella, estáis segura?

—Si os atrevierais a seguirme hoy y mañana a donde yo os quisiera llevar, entonces diría que tendríais corazón suficiente y valor como para llevar a término este asunto.

—Doncella —le dice el escudero que guiaba al duque—, no irá con vos, pues ya tiene quien lo conduzca a donde quiere ir y quien lo llevará por mejor camino que vos.

—Por Dios —dice la doncella—, ya sabía yo que no tendría el atrevimiento de seguirme; no lo iba a llevar a ningún sitio en donde tuviera que hacer la décima parte de hazañas de las que tendrá que hacer en el lugar en el que está prisionero mi señor Galván.

—Ciertamente, doncella —contesta el duque—, debe probarse antes quién quiere realizar tan gran empresa, y si no consigo llevar a cabo en otro sitio la mitad de las hazañas que tendré que soportar allí donde voy, habré perdido mi esfuerzo: os seguiré, me ocurra lo que me ocurra.

Cuando el escudero oye estas palabras siente una gran preocupación y se esfuerza todo lo que puede en que cambie de idea; pero es en vano, pues —según dice— seguirá a la doncella. Ésta comienza a avanzar y él va detrás; cabalgan de tal modo hasta que ha caído la tarde. Entonces, ya habían salido del bosque y habían entrado en una landa por la que cabalgaron hasta que empezó a anochecer. Llegan entonces a una cerca rodeada por un muro alto; entran uno tras la otra y cuando los de aquella casa ven a la doncella que llega, salen a su encuentro, pues la conocen bien, y le muestran una gran alegría a ella y a su acompañamiento. Aquella noche se alojaron a gusto y con honores; por la mañana se levantaron muy temprano, y el duque se armó y preparó. Pero antes de que montaran, la doncella llama al duque y le dice:

—Seguidme, señor caballero.

Entonces avanza la doncella seguida por el duque y entran en una habitación muy

grande y muy ancha; de allí descienden por unas escaleras a un subterráneo, cuyas puertas son gruesas y fuertes. La doncella abre la puerta y entra, seguida por el duque: en medio del subterráneo ve a cuatro hombres extraordinariamente grandes y corpulentos, de los que tres eran hermanos y el cuarto era su padre. Estos cuatro se entretenían en esgrimir, y de esto sabían más que nadie; tenían escudos fuertes y muy resistentes, de madera tallada y cuerno, y cubiertos de cuero hervido; llevaban corazas galesas y capuchas galas en las cabezas; sus lanzas eran de cuerno y la punta de cortante acero, bien afilada, y no eran demasiado pesadas sino ligeras y muy manejables.

Al ver al duque que llegaba armado, se van dos a un lado y los otros dos al otro, y sujetan los escudos bajo el brazo dispuestos a combatir, sin haber dicho una sola palabra por la boca. La doncella pasa y ordena al duque que la siga: éste se da cuenta de que los cuatro están dispuestos a causarle daño si pueden; pero quiere cumplir la promesa que le había hecho a la doncella y teme más la perfidia que la muerte; ve que la doncella se va a una puerta para salir y que él sólo puede llegar hasta allí pasando entre los cuatro. Entonces desenvaina la espada, que era clara y muy cortante, y se coloca el escudo sobre la cabeza; sabía esgrimir con habilidad: se cubre dispuesto a llegar al otro lado. Entonces avanza dando grandes pasos hasta que se acerca a los cuatro que le estaban esperando: esconden la cabeza bajo el escudo y atacan con toda la fuerza para herir mejor. Cuando creen que ya es el momento de descargar el golpe, y piensan encontrarlo dispuesto, comienzan a golpear los cuatro por los flancos. Él no espera a recibir los golpes, pues teme las lanzas cuyas puntas son muy agudas; salta hacia atrás y los otros lo siguen encolerizados y enfadados porque no le han alcanzado; el duque conocía bien el arte: se coloca entre ellos y la pared de la que se habían separado dos. Se pone el escudo delante del rostro, pues no debe temer nada por la espalda ni en la cabeza, porque tenía un yelmo bastante fuerte: se defiende con rapidez a pesar de que le lanzan grandes golpes, que de nada valen; su espada corta bien y les despedaza los escudos en cuanto los alcanza, pues da grandes golpes, de forma que en varias ocasiones la espada pasa a través de los escudos y de las corazas, llegándoles hasta el hueso a los que se le enfrentan.

Durante largo rato los soporta de esta forma, mientras que la doncella permanece apoyada en la puerta de la habitación, que da a un prado pequeño; los contempla y lo mismo hacen todos los del lugar que han acudido allí. Entonces la doncella le dice al duque:

—¿Cómo, señor caballero, os pensáis pasar aquí todo el día? No parecéis hombre dispuesto a poner fin a una cosa tan importante como la que habéis emprendido.

Cuando el duque lo oye siente gran vergüenza mientras que los otros cuatro van cediendo cada vez más; a ninguno le teme tanto como al padre de ellos, pues es el más fuerte y más diestro de todos, y es al que le resiste con más trabajo. El duque estuvo atento a un golpe que le lanzó y consiguió herirle con la blanca espada entre el costado

y el hombro, de forma que el brazo, con la lanza, le vuela al suelo. Al ver cortado su brazo da un grito y los otros tres se encolerizan por el dolor y con mucho gusto hubieran sujeta al duque por los brazos, si se hubieran atrevido, pero no era la costumbre, porque no podían sujetar a nadie por los brazos si éste no lo hacía antes. A partir de ese momento, el duque se encontró que los tres hermanos se hacían cada vez más hábiles que antes y le combatían con mayor fuerza. Se ocupa del que más daño le causaba, y hace como si le fuera a dar un golpe en la cabeza de forma que éste se cubre y el golpe le cae en la cadera, cortándole hasta el espinazo, de modo que el muslo izquierdo le queda separado del cuerpo y cae al suelo. Después de este golpe da otro y alcanza a uno de los dos hermanos por detrás del cuello, que lo tenía poco protegido; le hace volar la cabeza antes de que se haya dado cuenta. El cuarto no se atreve a esperarle, sino que da la vuelta y huye hacia la puerta del prado en la que estaba la doncella, y el duque lo persigue muy deprisa con la espada desenvainada, alcanzándolo en el campo. Cuando el otro llega a la pared que rodea el campo y no puede seguir huyendo, siente miedo por la espada que corta tan bien y pide merced, se tiene por cobarde y arroja el escudo y la lanza.

Entonces empieza el murmullo entre las gentes que los siguen, pues había muchos caballeros, damas y doncellas y gran abundancia de otras gentes; toman al duque y le muestran la mayor alegría que pueden. La doncella que lo había llevado allí abre entonces una puerta y entran en una gran llanura. Él mira y ve al fondo, a menos de cuatro tiros de arco, uno de los castillos más hermosos del mundo; presta atención y oye que en el muro tocan cuernos y bocinas hasta tal punto que el castillo y la llanura tiemblan. Mira y ve salir a mucha gente, tanta que se queda sorprendido, y se acercan a él con alegría, llevándose de tal forma hasta el castillo.

Al llegar al castillo empiezan a bailar y a danzar en corro y hasta los más pequeños hacen todo lo que pueden para expresar su alegría al duque. Cuatro criados llevan delante de él los escudos y las lanzas de los cuatro cobardes, y los viejos y las viejas del lugar gritan: «¡Sea bienvenido el buen caballero que nos ha sacado de nuestros sufrimientos y ha puesto en libertad a nuestros hijos apartándolos de la vergonzosa servidumbre en la que estaban!», y se arrodillan todos ante él cuando pasa, como si fueran sagradas reliquias.

Tal es la alegría con que lo reciben en el castillo; el señor de allí tenía tanta edad que apenas veía un poco y le insiste que se quede, pero él le contesta que tiene mucho que hacer.

—Señor —le dice—, si pudiera ser, las gentes de este castillo se pondrían muy contentas; os diré cuál es la costumbre de este castillo. Hace mucho tiempo juramos, primero yo y después mis hombres, que este castillo quedaría libre después de mi muerte a disposición de quien acabara con las dolorosas costumbres que tanto tiempo han durado en él. Por eso quiero cumplir mi juramento ofreciéndoo ante todos mis

hombres el dominio del castillo.

La doncella le aconseja que acepte y lo mismo hacen todos los demás caballeros que están presentes. Le han rogado tanto al duque que éste acepta el señorío y los nobles le prometen fidelidad y le rinden homenaje, igual que los caballeros que hay allí. El duque pregunta cómo se llama el castillo y le dicen que Pintadol. A continuación, el duque se despide y se marcha, y el señor le pregunta cómo se llama, a lo que le contesta que su nombre es Galescaláin y que es duque de Clarence: todos se ponen más contentos que antes.

De este modo se va el duque con la doncella y su escudero, y al cabo de un rato le pregunta a la doncella por qué estaban allí aquellos cuatro villanos, y qué hacían.

—Os lo diré —le contesta—, pero no lo haré antes de que os vayáis a separar de mí y al saberlo estaréis más contento o más triste que ahora.

De este modo cabalgan durante todo el día hasta que fue cerca de la hora de nona, en que llegaron a un castillo muy hermoso por fuera. Apenas habían llegado a la puerta ven tal oscuridad dentro que no se podía apreciar ni gota a la distancia de un tiro de arco. En el centro de la ciudad había una plaza junto a un monasterio derruido, que ocupaba tanto como el cementerio, y en donde se veía con la misma claridad que fuera de la muralla. La doncella descabalga delante de la puerta y hace que el duque y el escudero desmonten también; cada uno lleva su caballo: pasan la puerta y van a una cadena que iba desde ésta hasta el cementerio. Mientras avanzaban de este modo oyen por todas partes a mucha gente que se lamenta y llora con amargura, maldiciendo la hora en que el castillo fue fundado. En el cementerio ven la hierba grande y muy crecida por todas partes, que daba la impresión de que nadie fuera por allí. Después de atravesarlo llegan a la puerta del monasterio y la encuentran completamente abierta; entonces, la doncella le dice al duque:

—Señor caballero, habéis llegado a vuestra prueba y si podéis realizar la aventura de este monasterio, podréis estar seguro de acabar con las costumbres de la Dolorosa Torre, pues no hay mucho que hacer allí.

Le acompañan hasta la entrada de la puerta y el duque mira y ve que el monasterio es tan negro y tan horrible que no se ve absolutamente nada, como si fuera el fondo de un abismo, y de él sale un viento tan frío y tan angustioso que nada podría ser más helador, y olía tan mal que le causa daño. La doncella se tapa la nariz con la manga y el velo, y le indica al duque una grieta entre una puerta y una pared que hay al otro lado del monasterio, y le dice:

—Señor caballero, si podéis ir desde aquí hasta aquella grieta que allí veis, y conseguís abrir la puerta y pasar hasta el altar que hay delante, habréis realizado la más hermosa hazaña que ningún caballero hizo y habréis cumplido con mis condiciones. Sabed que la puerta en la que veis la grieta no está atrancada, y no hay ningún palo o barra ni ningún apoyo: solamente tiene dos goznes sobre los que se sujeta. Sin

embargo, os digo que el que la consiga abrir traerá a este castillo la mayor alegría que hubo en ningún castillo, pues todos los que hay dentro de las murallas, a los que habéis oído, hombres y mujeres que son muy numerosos, saldrán de la prisión en la que están y del dolor que sufren y se verá tan claro en el castillo como en este cementerio. ¿Sabéis de dónde procede esta pestilencia? Desde hace diecisiete años a todo hombre o mujer que muere en la ciudad lo entierran en este monasterio, pero a los del castillo no los traen sino que se los llevan —no se sabe—, o diablos o espíritus tan pronto como mueren; nadie que sea del castillo podrá llegar a este cementerio: han estado diecisiete años en tal clausura, sin poder salir de los muros, ni entrar en el cementerio en modo alguno.

Cuando el duque lo oye le parece algo extraordinario y le pide a la doncella que le explique de que viven y cómo.

—Os lo voy a decir —le contesta—, pues lo sé muy bien. Todos los que cultivan las tierras permanecen fuera de los muros; llegaron después de que sobrevinieran las tinieblas, pero son servidores de los que hay en la ciudad, y cultivan los campos y los árboles de los que viven; llevan una vida muy pobre y muy desgraciada, pues no tienen tanta comida como antes y han gastado los bienes que tenían por la gran necesidad que pasaron al principio.

—Doncella —le dice el duque—, sea como sea la aventura, la voy a probar, para saber si podré realizarla; pero como no estoy seguro de poder salir con vida y de no morir, me gustaría saber por qué pecado sobrevino al castillo tal desgracia, pues nunca oí hablar de un hecho tan admirable; os rogaría, por la cosa del mundo que más améis, que me digáis la verdad.

—Os lo diré, ya que me lo habéis pedido de tal forma. Este lugar, en el que veis claridad alrededor, es el cementerio en el que yacen los cuerpos de muchos hombres buenos que en su vida fueron santos y entregados a la religión. La tierra en la que está el castillo es la mejor y la más feraz de cuantas hay en Bretaña y por eso construyeron el castillo aquí. Hace diecisiete años hubo una semana desgraciada, la primera noche de las tinieblas, que las gentes vinieron al monasterio tal como es costumbre en la Santa Iglesia; el señor del castillo amaba con amor a una doncella, pero no podía hacer con ella según su voluntad, pues era custodiada estrechamente. Aquella noche la tomó en el monasterio y se acostó con ella tanto como duraron las tinieblas. El Espíritu Santo se lo hizo saber a un santo ermitaño que celebraba el servicio de maitines: Nuestro Señor escuchó su oración e hizo que el señor del Castillo y la doncella fueran encontrados muertos el uno sobre la otra, y a partir de entonces las gentes no pudieron abandonar este monasterio y tampoco hubo más claridad de la que hay ahora, y lo mismo ocurrió dentro de la muralla del castillo; sólo el cementerio se mantuvo limpio: posiblemente por los cuerpos de los santos hombres que en él yacen. Esa fue la desgracia que hizo que este castillo estuviera en tinieblas durante diecisiete años; hemos oído decir

muchas veces que el mejor caballero del mundo le devolverá la claridad que tenía antes y que ningún otro podrá hacerlo. Ya os he contado la verdad acerca del castillo, y cómo llegaron a él estas grandes tinieblas; sabed que aún se dice que el caballero que pondrá fin a esta aventura quitará las malas costumbres de la Dolorosa Torre a la que vos os dirigís para socorrer a mi señor Galván. Decidme si pondréis en peligro vuestro cuerpo, tal como os he dicho, y si os atreveréis a abrir la puerta.

El duque le contesta que sí, ocurra lo que ocurra.

A continuación entra en el monasterio y sigue la cadena, que va de una puerta a la otra, llevando la espada desnuda. Cuando ha pasado una cuarta parte de la nave del monasterio siente el mal olor, que es tan grande que poco falta para que el corazón se le parta dentro del vientre; se le desvanecen los ojos en la cabeza y le da vueltas todo; se apoya en la cadena como quien está muy aturdido. Al apoyarse así notó que caían sobre su yelmo tantos golpes que perdió la cuenta: se siente tan cargado por ellos que no puede mantenerse en pie, y cae de rodillas. Cuando va a levantarse, vuelven a herirle y a golpearle de nuevo, de forma que lo echan hacia atrás completamente tumbado y durante un rato yace aturdido, sin poder moverse. Al cabo de un buen rato, después de estar en el suelo, vuelve a levantarse como puede, se sujeta a la cadena y retrocede lo mismo que había avanzado hasta que llega a la puerta.

Cuando la doncella lo ve le pregunta:

—Ay, señor caballero, ¿cómo volvéis?

El duque está tan aturdido que no puede contestar, mientras que la doncella lo critica duramente llamándole cobarde y él siente una gran vergüenza: vuelve a entrar en el monasterio, con la angustia que llevaba. Después de haber avanzado un buen trozo, es tratado de la misma forma que antes y cae desmayado al suelo; al volver a levantarse se sujeta de nuevo a la cadena y regresa como puede hasta la puerta.

Cuando la doncella lo ve le grita y él siente tal angustia que a duras penas se puede tener en pie, y no piensa más que en quitarse el yelmo lo antes posible por el gran dolor que tiene en el corazón: apenas se lo quita, vomita a la fuerza. La doncella lo deja y regresa sin decir nada más. El escudero y el duque montan de nuevo; cuando salen del cementerio siguen la calzada hasta la puerta del castillo: el duque aún está aturdido y apenas puede mantenerse a caballo; el criado le lleva el yelmo, la lanza y el escudo.

De este modo se marcha el duque entristecido y avergonzado y vuelve con su escudero al camino principal, por el que cabalgan hasta que fue bastante tarde; el duque está algo aliviado del aturdimiento que había tenido en la cabeza y le pide noticias al criado acerca de la doncella, si sabe quién es, a lo que le contesta:

—Señor, durante mucho tiempo fue criada en casa de mi señora, vuestra prima, y era pariente cercana de su señor; pero en el castillo en el que hoy habéis combatido había una mala costumbre y por eso os ha llevado tras ella durante estos dos días: hace mucho tiempo que el señor del castillo en el que vencisteis a los cuatro esgrimidores

fue hecho prisionero por un enemigo mortal suyo, y durante mucho tiempo quedó en su prisión, hasta que lo liberó el primero de los que vos heristeis, que era el padre de los otros tres. El señor les juró sobre sagrado, y todos sus hombres con él, que por este servicio le concedería el don que pidiera, pero no pensaba que fuera a pedirle el gran ultraje que pidió: dijo que quería poseer un tercio de la tierra que tenía por haberlo liberado de la prisión; y porque había entregado al pueblo a su señor, le pidió a cada uno de ellos que le entregaran a uno de sus hijos para que le sirvieran, tanto doncellas como muchachos, y juró que mantendría esta renta hasta que él y sus tres hijos combatieran con todos los caballeros andantes que llegaran. De esta forma el castillo ha permanecido dominado durante mucho tiempo, las doncellas han sido afrentadas y los muchachos han sido sometidos a servidumbre y muchos valientes han muerto en él.

A continuación, el duque le pregunta si la doncella que le había llevado tenía algo que ver en todo esto.

—Sí, señor —le contesta el criado—, pues ella tiene una sobrina, hija de su hermana, que será una de las mujeres más hermosas del mundo, pero todavía no tiene más de doce años: sabía que sería liberada de los cuatro desleales a los que vos matasteis y por el gran dolor que tenía, fue tras vos para saber si Dios os concedería el gran honor que habéis tenido.

—Y el castillo de las tinieblas, ¿cómo se llama?

—Señor, se llama Escalón el Tenebroso, y la doncella os dijo verdad cuando os afirmó finalmente que nadie acabará con las malas costumbres de la Dolorosa Torre si no es el que abrirá la puerta del monasterio en el que habéis estado hoy. Pero ya que habéis visto que habéis fracasado en esta aventura, os podéis dar cuenta que no seréis vos el que llevará a cabo la empresa que habéis iniciado para rescatar a mi señor Galván. Por eso, os aconsejaría que os volvierais, pues cuanto más adelante vayáis, será menor el honor que recibáis, ya que no podéis conseguir vuestro propósito.

—Por Dios, ya que he iniciado esta búsqueda, y ya que he llegado hasta aquí, no sería honroso para mí volverme, antes bien se me podría considerar mal si dejara el asunto por algo que no he visto. Tú, si así lo deseas, vuélvete pues este camino en el que estoy me llevará cerca de donde deseo ir, según pienso.

—Ciertamente, señor, estáis todavía mucho más lejos de lo que pensáis. Jamás llegaríais hasta allí por este camino, a no ser por una gran casualidad; y ya que no deseáis regresar, yo no me iré sin vos, pues mi señora no volvería a quererme: seguiré a vuestro lado hasta que sepa cómo os ha ido.

De este modo cabalgan durante mucho rato los dos, hasta que ven un viejo sendero lleno de hierba que se separa del camino; el criado toma este camino y el duque le sigue.

La historia no habla más de ellos dos y regresa con mi señor Yvaín, que yace en casa del criado al que había rescatado de los ladrones la víspera de Pentecostés.

LXXXVIII

Cuenta ahora la historia que tan pronto como mi señor Yvaín vio la luz, se levantó; el criado, que se esforzaba en servirle, le llevó un caballo a cambio del suyo que había muerto, y le dijo:

—Señor, vuestro caballo ha muerto por mí, llevaos éste que fue de mi padre; sabed que no tengo ninguno mejor, pues os lo daría con mucho gusto, por Dios, aunque fuera el mejor del mundo; mi padre, que fue valiente caballero, aunque hombre pobre, lo tenía por bueno.

Mi señor Yvaín mira el caballo y se considera por bien pagado. Monta y van a oír misa; la dama de la casa y su hija también han montado, una delante del criado y la otra en un palafren: van con mi señor Yvaín a oír misa. Inmediatamente después de oírla, mi señor Yvaín se despide de ellos y el criado lo acompaña durante un gran trecho; en el camino habla de muchas cosas y se muestra muy contento ante mi señor Yvaín, al enterarse que era éste. Le acompaña hasta que se han alejado más de dos largas leguas de la iglesia. Entonces mi señor Yvaín hace que se vuelva y él sigue cabalgando hasta bien entrada la hora de tercia. Llega a un gran valle, pero la ladera por la que debe bajar es tan empinada que tiene que descabalgarse. Así lo hace y lleva al caballo por el freno hasta que llega al fondo del valle. Termina allí el bosque y se encuentra con una llanura hermosa, por la que corre un río grande y profundo. Junto al río, a menos de un tiro de piedra grande, había un pabellón muy agradable, pues no era ni demasiado grande ni demasiado pequeño. Alrededor del pabellón había hasta diez escudos apoyados en él y, delante de cada uno, un caballo con las riendas puestas y con una lanza encima.

Mi señor Yvaín cabalga hacia allí y se acerca a una gran encina que había a un tiro de arco del pabellón; lo contempla y ve que de una de las ramas de la encina estaba colgada por las trenzas una doncella y tenía las manos atadas a la rama y a dos trozos de cuerda, tan apretadas que la sangre le brotaba por entre las uñas. Mi señor Yvaín mira a la doncella y siente una gran compasión; cuando se dispone a cabalgar hacia allí mira a la derecha y ve a un caballero completamente desnudo, a excepción de las calzas, que estaba atado a un palo y que ha sido golpeado tanto que las calzas estaban rojas por la sangre que le había salido del cuerpo: mi señor Yvaín siente gran compasión y las lágrimas le caen de los ojos, por la cara, dentro del yelmo. Se dirige entonces a la doncella y la encuentra gravemente herida, que no puede hablar; por lo mucho que había gritado, la voz le fallaba y por lo que había llorado tenía los ojos rojos e hinchados; la cuerda le ha dañado tanto las manos, que eran tiernas y blancas, que las tiene cortadas hasta el hueso. La doncella está mal, tanto en el cuerpo como en la voz; apenas puede hablar y se queja y se lamenta amargamente, y al final de sus lloros

siempre protesta por mi señor Galván. Cuando mi señor Yvain oye que se lamenta por su señor, su primo, siente una gran compasión, mayor de la que había tenido hasta entonces. Se acerca a la doncella y le pregunta de buena manera por qué se lamenta tan a menudo por mi señor Galván.

—Señor —le contesta la doncella con grandes dolores—, ¿quién sois vos, que me habéis preguntado por mi señor Galván?

—Doncella, pienso que soy el hombre del mundo que más le quiere, salvando a su tío el rey.

—¿Cómo os llamáis, señor? —le pregunta ella cuando puede hablar.

—Me llamo Yvain, soy hijo del rey Urián y primo hermano del que vos os lamentáis.

—Señor, si me lamento por él no me falta razón, pues si estuviera aquí como vos, ya se hubiera esforzado en su persona y por su honor en socorrerme, apenas me hubiera conocido; dondequiera que esté sentirá un gran dolor en cuanto lo sepa: por un servicio que le hice, ahora soy entregada a la muerte, yo y uno de los mejores caballeros del mundo al que han sorprendido conmigo, y al que pienso que le han dado muerte.

Mi señor Yvain se da cuenta de que habla del caballero que estaba atado al palo, y le pregunta a la doncella cómo se llama.

—Mi señor Yvain —le responde—, si vierais al caballero lo reconoceríais sin dificultad, pues es Saigremor el Desmesurado.

Apenas ha dicho esto, siente tal dolor que se desmaya. Cuando mi señor Yvain oye que es Saigremor, lo siente mucho y lo tiene por gran desgracia, sufre gran angustia por el dolor de la doncella y no sabe a cuál de los dos poner en libertad antes. Decide liberar a la doncella, por mi señor Galván del que ella se lamenta. Desenvaina la espada y da grandes golpes en la rama hasta que la rompe y cae al suelo con la doncella que de ella estaba colgando. Cuando iba a desatarla llega un caballero completamente armado, picando espuelas, y le grita que en mala hora la pondrá en libertad, pues tendrá que pagarlo caro. Mi señor Yvain, que era muy prudente y cortés, se da cuenta de que es el dueño del pabellón, y le dice:

—Señor caballero, no sé quién sois, pero habéis cometido una gran falta al prender a uno de los más valientes caballeros de la corte del rey Arturo y al atarlo como si fuera un ladrón, y habéis cometido un gran ultraje al entregar a esta doncella a la muerte, cuando era del séquito de mi señor Galván.

—¿Cómo, sois de la corte del rey Arturo?

—Así es, no renegaré.

—Poneos en guardia, pues os desafío.

Entonces, pica al caballo con las espuelas desde la otra parte del campo y mi señor Yvain se aleja también. Vienen el uno contra el otro tan rápidamente como los caballos pueden y se golpean en los escudos por encima de las boclas. El caballero rompe su lanza, pero la de mi señor Yvain resiste y le empuja con fuerza, pues sabía utilizarla bien

y era valiente y fuerte: lo derriba al suelo a él y a su caballo en un montón. Sabe que éste no cesará en su locura, y aunque no desea continuar, pasa por encima del caballero cinco o seis veces malhiriéndole y pisoteándole de forma que no hay hueso que no lo sienta. Lo ha dejado en tal estado que no puede levantarse.

A continuación, se dirige a la doncella y vuelve a desatarla, pero en esto, sale otro caballero del pabellón, completamente armado, como el anterior; le grita a mi señor Yvaín y se dirige contra él tan rápido como le puede llevar su caballo. Cuando mi señor Yvaín lo ve venir, deja a la doncella, a la que le había desatado las dos manos, vuelve a montar a caballo y toma la lanza; corre contra el caballero que se acerca y se dan grandes golpes en los escudos. El caballero rompe la lanza y mi señor Yvaín lo derriba del arzón, arrojándolo al suelo por la grupa del caballo.

Lo deja estar y vuelve con la doncella, apoya la lanza en la encina de la que había estado colgada y desmonta; empieza a soltarle las trenzas, lo más delicadamente que puede. Pero estaba tan bien atada que no era cosa fácil desliarla en ese momento, pues tenía trenzas, largas y gruesas y llevaba los cabellos sueltos, de forma que se enredaban con más facilidad. La doncella le grita que se las corte, por Dios; pero él siente tal compasión, porque eran muy hermosas, que no se atreve a cortarlas y tampoco puede romper la rama por debajo de la cabeza, sin hacerle mucho daño. La doncella, que no se siente segura, le ruega que se las corte y él le contesta que, si Dios quiere, la dejará libre sin que pierda tan hermoso tesoro como son sus trenzas.

Mientras tanto, salieron los demás caballeros del pabellón, le gritaron a mi señor Yvaín y éste los mira y los ve venir a todos, uno tras otro, con los yelmos en la cabeza, los escudos embrizados y las lanzas apoyadas bajo las axilas. Al verlos venir de tal modo, abandona a la doncella porque ya no puede esperar, apoya la parte gruesa de la rama en el prado, que era blando, de forma que la joven pueda sentarse; luego monta a caballo, toma la lanza y corre contra los que se dirigen hacia él, los deja atacar: vienen a una distancia, uno del otro, de tres o cuatro lanzas; le cargan de golpes de tal modo que acaban derribándolos a él y a su caballo al suelo. Mi señor Yvaín se pone en pie rápidamente, como a quien le ha ocurrido frecuentemente esto, desenvaina la espada, que sabía utilizar bien, y se defiende con valor, aunque los otros no lo esquivan, sino que le atacan con toda su fuerza, hasta que uno de ellos les hace retroceder y les dice que serán afrentados si los encuentran combatiendo contra un solo caballero y a pie, «dejemos que vuelva a montar y si consigue irse gracias a sus hazañas, bien podrá vanagloriarse de ser el más valiente entre todos los de su tierra».

El caballero consigue convencerles y les hace retroceder; luego le dice a mi señor Yvaín que será muy valiente si consigue escapar, «y aún haré algo más, pues os daré mi caballo, que es el mejor de este lugar a cambio del vuestro porque estoy seguro de que no os servirá de nada, ya que os voy a dejar en la misma situación en que he dejado a aquél que está en el palo».

El caballero decía todo esto para dar a entender que deseaba el daño de mi señor Yvaín, pero prefería su salvación, pues deseaba en buena fe que mi señor Yvaín los hubiera hecho prisioneros a todos y a él también; los otros le hubieran dado muerte a Saigremor, de no haber sido por él: era el caballero al que Saigremor había vencido la noche que mi señor Galván se había acostado con Helient, la hermosa hija del rey de Norgales, cuando el mismo rey quiso matarlo con la espada; Saigremor lo había cogido cuando bajaron el rastrillo y se encontró cerrado fuera con él y con mi señor Galván; entonces le prometió el caballero que le ayudaría siempre. La doncella que colgaba de la encina era la que había llevado a mi señor Galván hasta la hija del rey de Norgales, tal como la historia lo explicó más arriba, pero no dice nada acerca de cómo y por qué los caballeros habían tratado de forma tan vergonzosa a la doncella y a Saigremor, aunque ya llegará el momento en que lo explique más adelante.

Cuando el caballero que había ido a ver a mi señor Yvaín descabalgó, éste tomó su caballo que era de gran calidad y el caballero montó en el de mi señor.

Entonces vuelve a empezar el combate de los otros con él, y el caballero hace como que le ataca, pero lo aplaza todo lo que puede y frecuentemente se coloca entre mi señor Yvaín y los golpes que le dan los demás, haciendo como que no puede dominar el caballo en el monta; actúa de tal modo que mi señor Yvaín se da cuenta de que le está ayudando, y extrañado se pregunta por qué lo hace. Mi señor Yvaín se defiende de este modo frente a los otros caballeros que no pueden sujetarle ni por los brazos ni por el freno, y tampoco pueden golpearle todos a la vez, aunque lo hacen uno tras otro con frecuencia.

La historia lo deja ahora aquí y vuelve con Lanzarote.

LXXXIX

Lanzarote se preparó por la mañana tan pronto como vio que amanecía y oyó misa completamente armado, a excepción de la cabeza y del yelmo. Después de misa, fue a despedirse del señor del castillo en el que había pasado la noche, que era padre del caballero al que había sacado de la caja. Melián lo acompañó durante un gran trecho, llevándolo por delante de la casa en la que mi señor Yvaín había dado muerte a los ladrones. Allí oyeron noticias de éste, pues la dama de la casa les indicó el camino por el que se había ido. Después de haberse alejado un poco de la casa, encontraron al criado que lo había acompañado; le indicó a Lanzarote el camino que llevaba y le contó cómo fue liberado de los ladrones. A Lanzarote le tardaba mucho verlo: se pone en marcha tras él y hace que Melián regrese con su séquito, pues no desea que nadie siga acompañándolo.

Melián regresa, aunque hubiera preferido continuar con él uno o dos días, si se lo hubiera permitido. Cuando llega al castillo, toma consigo tantos amigos como puede y se pone en marcha con el permiso de su padre y de su hermano para ir a la corte del rey Arturo. Una vez allí, se encuentra al rey y a toda la corte muy preocupados por mi señor Galván y los otros tres, de los que no han podido tener noticias.

Cuando Melián llegó a la corte, ya empezaba a atardecer; era el día en que Lionel había sido armado caballero, el mismo día que había combatido contra el león coronado de Libia, que había sido llevado a la corte como muestra de algo maravilloso, pues nunca había sido visto en la tierra de Bretaña un león coronado. Lionel le dio muerte por su gran valor, tal como lo cuenta la historia de éste, y ese mismo día le regaló la piel del león a mi señor Yvaín para que la llevara en su escudo, porque éste le había dado su escudo para que lo llevara en la víspera de Pentecostés, y había hecho que se lo pintaran de nuevo, con cuatro cuarteles: uno de color oro, otro azul, otro plata y el otro de sinople. Lionel llevó ese escudo durante muchos días, y a partir de entonces mi señor Yvaín llevó el escudo de sinople con la banda blanca por amor de Lanzarote, que lo llevaba blanco con la banda roja.

Ese día la corte estaba muy preocupada y no había nadie tan atrevido como para mostrar alegría.

Cuando Melián llegó ante el rey, lo saludó de parte de Lanzarote; al oírlo el rey, salta de alegría y toma a Melián entre sus brazos, mostrándole un gran júbilo. Las noticias fueron contadas rápidamente a Galahot, que estaba en su alojamiento tan triste que no había nada que pudiera consolarle; al saberlo, acudió de inmediato a la casa del rey, donde oyó a Melián que le contaba la aventura de Lanzarote y de su hermano al que había sacado de la caja. Entonces le pregunta el rey noticias de mi señor Galván y él le cuenta la verdad, cómo Caradós se lo había llevado y que

Lanzarote le había dicho que lo buscaría con mi señor Yvain y el duque de Clarence: el rey se puso contento y triste; contento, por haber recibido noticias, pues piensa que mi señor Galván será bien socorrido; y triste, porque todo ha ocurrido de ese modo. Fue grande el duelo que aquella noche se hizo en la casa del rey por mi señor Galván y sus otros compañeros, ya que el rey temía haberlo perdido para siempre jamás por la gran deslealtad del caballero, según le ha contado Melián. Lo trata muy bien y lo honra por las noticias que le había llevado: pero todo esto es nada en comparación con lo que Galahot hace, tanto por el honor que le muestra a Melián, como por la tristeza que siente por sus compañeros, ya que no puede soportar que Melián se aleje de su lado una sola hora y tiene tal tristeza por mi señor Galván y tal temor por Lanzarote que no puede poner buena cara, a no ser por su buen sentido.

Fueron a buscar a la reina para que oyera las noticias y cuando ésta estaba presente, dijo el rey:

—Señora, tenemos, noticias de mi señor Galván y de Lanzarote.

Entre él y Galahot se las cuentan y cuando las ha oído, siente tal dolor de que Lanzarote se haya alejado sin su permiso, que las lágrimas le corren por los ojos; no se pudo mantener en pie y se tuvo que sentar en una alfombra. Entonces le dice el rey para reconfortarla:

—Señora, no temáis, que los recuperaremos si Dios quiere: no debéis sentirlo menos por Lanzarote que por Galván, pues si los perdiéramos a los dos —que Dios no lo quiera—, no sé por cuál de ellos lo sentiría más.

La reina está tan entristecida que poco falta para que pierda el conocimiento y no puede abstenerse de decir una parte de lo que siente en el corazón: le responde al rey que Dios le devuelva a mi señor Galván, pero que no quiere que el otro regrese nunca más. Entonces se pone en pie y vuelve a sus habitaciones expresando tal dolor que nadie le puede sacar una sola palabra. Galahot, que conoce muy bien su malestar, corre tras ella y la encuentra desmayada en una alfombra, con la dama de Malohaut a su lado, que estaba también muy dolida; la toma con gran dulzura entre sus brazos, hasta que vuelve de su desmayo y entonces se lamenta con amargura; Galahot se esfuerza en consolarla, rogándole que le diga una parte de su pensamiento.

—No descubriré mi pensamiento —le contesta la reina— hasta que lo haya pagado caro.

Cuando Galahot ve que la reina no le dirá el motivo de su enfado, le pregunta a la dama de Malohaut, que no sabe qué decirle. Al ver que no conseguirá su propósito por ninguna de las dos, regresa triste. El rey se lo lleva aparte y le pregunta qué debe hacer en este punto, y ambos se ponen de acuerdo en que la mañana siguiente iniciarán la marcha para ir a socorrer a mi señor Galván con todas sus fuerzas.

Pero Melián el Alegre, que había llevado las noticias y que fue llamado al consejo, no le recomienda al rey que lleve a sus huestes por el bosque, pues es grande y resulta

fácil perder los caminos, y está lleno de aventuras extraordinarias; además, Caradós es hombre de gran poder en su país y es aquella una tierra llena de desfiladeros, pues está rodeada por todas partes de elevados bosques y de grandes setos vivos y espesos, y de profundos pantanos, «y si vuestras gentes van por el bosque a aquella tierra, sufrirán grandes daños y no podrán escapar por más que se protejan. Por eso os recomendaría que pasarais antes el Támesis y que hagáis que vuestra gentes bordeen el bosque, por donde yo os llevaré en cinco jornadas, a vos y a vuestro pueblo por un buen camino y a salvo».

El rey acepta el consejo y Galahot también; hacen saber por todas las tierras y por los pabellones, por toda la ciudad, que no se ponga en marcha ningún noble, ni joven o caballero de sus fuerzas y que estén dispuestos por la mañana y preparados para una necesidad tan grande como es atacar a otros y defenderse. De este modo el rey y Galahot han adoctrinado a sus ejércitos; por la noche el rey le dice a la reina que se disponga, pues debe acompañar al ejército, pero la reina le contesta que no pondrá los pies allí: de este modo se queda, mostrando aspecto de estar muy enfadada.

Por la mañana se puso en marcha el rey con Galahot y con toda su gente, y cabalgaron guiados por Melián el Alegre.

Pero aquí se detiene la historia y deja de hablar de ellos, volviendo a Lanzarote, cuando se marchó del Castillo Alegre de Trahán el Alegre y dejó a sus dos hijos, que Melián lo acompañó hasta que tuvieron noticias de mi señor Yvaín, gracias al criado al que había liberado de los ladrones que le atacaban.

Cuando Lanzarote dejó a Melián, cabalgó por el camino que le había indicado y durante todo el día siguió las huellas de mi señor Yvaín, de forma que cabalga hasta llegar a la bajada de la colina que daba a la llanura en la que mi señor Yvaín estaba combatiendo en gran desigualdad, pero no ve el combate hasta que llega al fondo del valle. Se dirige hacia el pabellón pequeño que parece ser muy hermoso y muy rico y ve al caballero que está atado en el palo y, a la vez, distingue bajo la encina a mi señor Yvaín, que se defiende con valentía; lo reconoce sin dificultad por el escudo que llevaba. Pica espuelas al caballo, haciendo que por los dos costados le brote sangre; se dirige hacia donde los ve: se coloca bajo la axila la lanza de asta recta y punta cortante. Al acercarse, ve al caballero que ayuda a mi señor Yvaín todo lo que puede: se da cuenta de que preferiría su provecho a su daño. Se mete entre ellos, tan rápido como su caballo le lleva, y golpea al primero que encuentra, después de haberles gritado: no lo alcanzó por detrás, sino por delante, de forma que no pudieron protegerle ni el escudo ni la cota, y le mete en el cuerpo la punta y el asta, derribándolo muerto al prado. Luego, sigue; deja la lanza en el cuerpo y desenvaina la espada que corta con suavidad; regresa veloz al combate y da grandes golpes, pesados, a los caballeros que encuentra en su camino; les corta los yelmos y las cofias, y hace que grandes pedazos de sus escudos vuelen al suelo, rompiéndoles con frecuencia las mallas de las blancas cotas, de modo que se les resienten los flancos y los hombros; actúa con gran rapidez y da tan duros golpes que en poco tiempo los ha dejado en mala situación: mucho le temen los más atrevidos y no hay ninguno tan fuerte como para esperar sus golpes, por el gran miedo que sienten ante su espada que corta, ella sola, más que las de todos los demás.

Por otra parte, mi señor Yvaín no está tan vencido como para que no le quede bastante fuerza e ímpetu; estaba muy herido, pero la ayuda de Lanzarote le da gran ánimo, pues no lo esperaba: crece su atrevimiento, porque sabe que por muchos caballeros que acudan, no serán vencidos; le alegra que Saigremor vaya a ser puesto en libertad y la doncella rescatada.

Los dos compañeros han dado tantos golpes que cuatro de los otros han muerto y el quinto huye a pie al bosque; a los otros cinco los han dejado en tal situación que ya resisten poco, aunque ellos dos procuran no hacer daño al caballero que había ayudado a mi señor Yvaín. Cuando los cuatro ven que no podrán seguir resistiendo frente a ellos dos, se vuelven y se dan a la fuga, porque ya no se atreven a permanecer más tiempo; el quinto, que había ayudado tanto a los dos compañeros, regresa muy deprisa al pabellón. Después de ver que mi señor Yvaín y Lanzarote han perseguido a sus compañeros hasta el bosque, se dirige a Saigremor y le corta con la espada las cuerdas con que tenía sujetas las manos y lo lleva al pabellón, donde hace que vista ropa suya

que tenía allí; estaban solos, a excepción de un escudero, que había permanecido dentro de la tienda cuando los demás huyeron, y que era sobrino del caballero. A continuación, el caballero corrió a desatar a la doncella, que estaba en peor estado, y siente gran compasión por las trenzas que tiene revueltas. La piel de la nuca se le ha separado de la carne con todo el cabello, que era tan hermoso, y las manos se le han desollado y no las puede levantar hasta la cabeza. Después de desatarla, la lleva en brazos al pabellón y Saigremor, que la ve, siente mayor pesar que ella por el sufrimiento que ha padecido, llorando de los ojos de la cara con gran ternura.

No pasó demasiado tiempo, hasta que volvieron mi señor Yvaín y Lanzarote; bien parecían caballeros que llegaban de una alta acción, pues sus yelmos habían perdido el cerco y los escudos estaban rotos y partidos, despedazados, y las cotas tenían mallas abiertas en varios lugares; los brazos les sangraban hasta el hombro y no por su sangre, sino por la sangre de los demás. Al encontrar a Saigremor y a la doncella desatados, se pusieron muy contentos; descabalgan y hallan muchos manjares dispuestos, que habían sido preparados para los caballeros; comieron, pues tenían gran necesidad. Estaban muy contentos y muy tristes: contentos por haber rescatado a Saigremor y a su amiga, tristes por los males que habían padecido.

Después de comer, le preguntan a la doncella y a Saigremor cómo habían sido hechos prisioneros y quiénes eran los caballeros que les habían tratado tan mal. Saigremor responde que son los caballeros del rey de Norgales que los habían sorprendido cuando iban a la corte a Londres; lo habían atado porque defendía a la doncella, «y sabed, que me hubieran dado la muerte de no haber sido por este caballero que me defendió con todas sus fuerzas».

Entonces le cuenta el caballero que fue a él al que había hecho prisionero la noche en que mi señor Galván fue a acostarse con la hija del rey de Norgales, pasando entre los veinte caballeros que la custodiaban. Lanzarote y mi señor Yvaín le preguntaron a la doncella quién era y ella les contestó que era hija del rey de Norgales, con la que mi señor Galván estuvo y que todos estos daños se los habían causado porque ella lo llevó allí. Entonces dicen que mi señor Galván está en peor situación que ella. Lanzarote les cuenta a la doncella, al caballero y a Saigremor toda la aventura de mi señor Galván, y cómo van en su busca ellos dos y el duque de Clarence, que es el tercero, y que es necesario que se pongan en marcha, «porque sólo hemos ido retrasándonos».

Luego, hacen que la doncella prepare su palafrén, que todavía estaba atado al pabellón, y el caballo de Saigremor; lo arman con todas las armas muy a disgusto, porque estaba herido. A continuación, lo montan en el caballo y a la doncella en su palafrén pues tenían gran necesidad de ayuda. El caballero que les había ayudado tanto les dice que irá con ellos, que no los dejará hasta que se hayan recuperado; hace plegar el pabellón a un sobrino suyo y ordena que recojan también una alfombra muy rica que era de tela pintada, y otras telas y cobertores; el criado lo coloca todo sobre dos

acémilas que le habían llevado, pues les iban a ser muy necesarias, y en ellas cargan también la cama y los pabellones, por si tienen que alojarse fuera de ciudad. Así se marchan del lugar Saigremor y sus acompañantes, y emprenden el camino por el que mi señor Yvain había llegado. Los dos le ruegan con insistencia que si el rey pide noticias de mi señor Galván, que no le digan nada y que le respondan solamente que no lo han visto.

De este modo se va Saigremor por el camino de Londres, pero la historia no habla más de él ni de su compañía, y vuelve a los dos compañeros que toman el camino hacia la otra parte y van a donde saben que Galván fue conducido por el gran caballero.

XCI

Cuando mi señor Yvaín y Lanzarote se separaron de Saigremor, cabalgaron unas dos leguas inglesas sin encontrar aventuras; mantuvieron largas conversaciones sobre las cosas que les habían ocurrido desde que se pusieron en marcha. Después de haber cabalgado alrededor de dos leguas, se encontraron con una doncella, hermana de la que había llevado al duque al castillo en el que combatió contra los cuatro esgrimidores, en el que estaban las tinieblas. Cuando Lanzarote ve a la doncella, la saluda y ésta le responde que Dios le dé buena ventura a él y su compañía. Entonces, le pregunta mi señor Yvaín si conoce el camino para ir a la Dolorosa Torre, y que si lo sabe, que se lo indique.

—¿Qué recompensa me daréis a cambio?

—¿Qué? —pregunta Lanzarote—. Nos habréis ganado a nosotros dos para todos los días de vuestra vida.

—No creo —contesta la doncella— que ninguno de vosotros dos se atreva a venir hasta la torre por la que me preguntáis, y mucho menos que se atreva a entrar en ella.

—Doncella —le contesta Lanzarote—, ¿por qué no nos vamos a atrever a entrar?

—Porque hay tantos peligros y tantas maravillas de aquí hasta allí, que os faltaría corazón para seguir adelante.

Al oírlo, siente tal dolor que por poco no pierde el conocimiento, porque teme que la joven le haya visto cometer alguna maldad, y le dice:

—Doncella, por la cosa que más améis, indicadnos el camino más recto hasta la torre, el camino en el que hay más peligros y maravillas, y veréis si nos atrevemos a seguir hasta el final ¡Sea afrentado el que se atreva a emprender un camino sin osar llegar hasta el final!

Cuando la doncella lo oye hablar con tanto atrevimiento, piensa que es de alto corazón. Entonces le pregunta que cuál de ellos dos se había puesto en marcha para rescatar a mi señor Galván, pero Lanzarote le pregunta antes si piensa que puede ser rescatado por alguien; ésta le contesta que sabe, por el testimonio de hombres sabios, que habrá un caballero que, gracias a su valor, conseguirá terminar con las malvadas costumbres de la Dolorosa Torre.

—Ciertamente —continúa la doncella—, os indicaré el camino de forma tan acertada, que yo misma os guiaré, a condición de que me digáis vuestro nombre.

Tarda en decírselo.

—Decídmelo —insiste—, si queréis que os lleve allí donde deseáis ir, pues de otro modo no podrá ser.

Lanzarote siente gran vergüenza, pero a pesar de todo, se lo dice. Cuando la doncella oye su nombre, le asegura que lo llevará hasta allí. Da la vuelta y se pone

delante; la siguen hasta que empieza a atardecer, en que la doncella se dirige hacia una ermita para que les den alojamiento. Cuando Lanzarote ve que se sale del camino principal, piensa que lo hace por no dar fin a alguna aventura, y le dice:

—Doncella, no nos avergoncéis haciéndonos abandonar el camino principal para evitarnos trabajos, pues no os lo agradeceríamos.

La joven empieza a reírse y le responde que en mala hora se preocupa, «pues tendréis suficientes trabajos antes de haber acabado con vuestro asunto».

—Que haya penas suficientes —le responde Lanzarote—, pues también hay caballero suficiente para sufrirlas.

De este modo van los dos tras la doncella, hasta que llegan a la ermita, donde los reciben con grandes honores. En este lugar había dos hombres de santa vida, uno que era sacerdote y otro que había sido caballero, del que era sobrina la doncella que los guiaba. Todo lo que pudieron hacer los dos santos hombres lo hicieron para servir a los dos caballeros andantes. El que había sido caballero les preguntó que por qué cabalgaban en un día tan importante, a lo que la doncella le cuenta que es por mi señor Galván, que ha sido apresado y que ellos dos van en su búsqueda.

—Este joven moreno —añade la doncella— se llama Lanzarote del Lago y es por ahora el mejor caballero del mundo.

—¿Y cómo se llama el otro?

La doncella le responde que no lo sabe. Entonces el mismo ermitaño le pregunta a mi señor Yvaín su nombre y después de que éste le contesta, le muestra mayor alegría que antes, y le dice:

—Señor, sed bienvenido, pues tenía muchas ganas de veros: os estimo mucho por vos mismo y por vuestro padre de quien fui muy amigo.

A continuación, le cuenta que había pertenecido a la casa de Urián, antes de que fuera rey y después de que lo fuera, durante mucho tiempo. Les dieron buen alojamiento aquella noche, sirviéndoles en todas las necesidades y con todas las comodidades que puede haber en una ermita. Por la mañana oyeron misa muy temprano y después se pusieron en marcha los tres; la doncella los llevó al castillo de Pintadol, en el que el duque había dado muerte a los esgrimidores, y del que había salido ese mismo día por la mañana. Cuando la doncella vio la gran alegría que había en el castillo, se extrañó mucho, hasta que le contaron la hermosa aventura que había ocurrido, pues ella no sabía nada: así se enteró de que la había realizado el caballero que había pasado la noche en la Blanca Torre, pues su hermana había dicho que lo seguiría hasta llevarlo a un lugar en donde pudiera mostrar su valor.

La doncella se va del castillo con los dos caballeros y cabalgan hasta llegar cerca del Castillo de las Tinieblas. Por fuera ven tierras muy buenas y cultivos muy hermosos; la doncella les pregunta a los campesinos, que estaban arando a derecha y a izquierda, si habían visto llegar a algún caballero andante al castillo, a lo que le contestan que no

hacía mucho que se había marchado uno, pero que no había conseguido nada de lo que iba buscando. La doncella se da cuenta de que éste es el caballero tras el que había ido su hermana.

Mientras tanto, han llegado a la puerta y ven por la parte de dentro de la muralla, hasta donde estaba el cementerio, tan gran oscuridad como la historia ha contado y explicado más arriba, y los dos caballeros lo consideran una gran maravilla. La doncella es la primera en descabalar y luego lo hacen los dos caballeros; Lanzarote no se atreve a preguntarle nada sobre el extraordinario hecho que contemplan, temiendo que lo considere cobardía, y sin preguntar entra por la puerta tras ella, mi señor Yvaín los sigue y cada uno lleva su caballo: siguen la cadena hasta llegar al cementerio, y en el camino se admiran por la cantidad de gente a la que oyen por todas partes en la calle, sin conseguir ver a nadie. De este modo llegan al cementerio y entonces encuentran tan gran claridad como no habían visto desde fuera de la muralla. A continuación, se dirigen a la puerta del monasterio y ven la gran oscuridad que hay dentro y huelen la pestilencia enorme que sale, tan grande que apenas pueden soportarla sin retroceder.

Mi señor Yvaín no puede seguir más tiempo sin preguntarle a la doncella de dónde procede la oscuridad y qué aventura es aquella, pues nunca había visto una cosa que le sorprendiera tanto. La doncella le responde:

—Señor caballero, vuestro compañero me ha pedido hoy mismo que no lo desviara de las aventuras extraordinarias por más trabajo que ello le pudiera acarrear, y me ha dicho que si había trabajos, también habría quien los soportara; ahora os digo, tengáis lo que tengáis que sufrir, que os habéis encontrado trabajos que realizar y tened por seguro que el más atrevido de vosotros pasará miedo antes de que os hayáis marchado de aquí, si es que deseáis poner fin a la aventura de este monasterio.

—¿Si nos atreveremos, doncella? —pregunta Lanzarote— Por mayor que sea el miedo, no hay cosa tan importante que no se atreva a emprender un corazón de hombre valiente. Contadnos en qué consiste esta aventura, pues el final no dependerá del valor ni del atrevimiento.

—Señor caballero —le responde la doncella perpleja—, sea cual sea vuestro valor, tenéis bastantes palabras, pero creo que esto es para un valiente que no se vanaglorie.

—Doncella —le contesta Lanzarote—, los valientes buscan la verdad en los hechos extraordinarios que les causan miedo, mientras que el loco malvado no teme nada hasta que siente el pescozón, y los prudentes y valerosos buscan la verdad antes de que ocurran los hechos.

Ella le hablaba de este modo a Lanzarote para darle más valor y más deseos, y que realizara hechos importantes, llegado el momento, pues sabía que era tan valeroso que si dejaba algo sin acabar por falta de virtud, nadie después de él se atrevería a emprenderlo. Entonces, le dice a mi señor Yvaín:

—Señor, os diré cuál es la aventura de este monasterio.

Le indica la aventura de la puerta que había junto a la cancela, que en aquella parte del monasterio no había más claridad que la que entraba por la grieta, que era tan estrecha como la historia ha contado al referirse a la aventura del duque de Clarence. La doncella le cuenta todo tal como su hermana lo había hecho con el duque y, finalmente, le dice a mi señor Yvain que él será el primero en ir, porque sabía que Lanzarote le pondría final, si es que alguien podía hacerlo. Por eso quería probar antes a mi señor Yvain, pues si fracasa y Lanzarote lo logra concluir será mayor la honra y la alegría que conquistará.

Después de contarles de principio a fin todo lo que el duque había sabido a través de su hermana, le señala a mi señor Yvain la cadena, que va desde una puerta a la otra, diciéndole que se sujete a ella, «pues si la perdéis, tendréis gran dificultad para regresar por los cuerpos que hay extendidos por todo este monasterio».

Entra en el monasterio y cuando coge la cadena, se hace la señal de la cruz sobre la cara y la cabeza, y a continuación, toma la espada y se quita del cuello la correa del escudo, separándoselo del cuerpo. Apenas ha avanzado dos pasos, siente el gran frío de dentro y la pestilencia que le angustia, pero a pesar de todo, se esfuerza en continuar: avanza siguiendo la cadena, de forma que continuamente la nota junto al muslo izquierdo; pero no había avanzado una tercera parte del camino, cuando sintió sobre el yelmo una gran cantidad de golpes duros y pesados, y le pareció que fueran mazas o trancas, hachas y espadas, y creyó que había sido herido por todas partes como por lanzas, llegando a pensar que el escudo se le había hecho pedazos y que recibiría heridas por la espalda y por los costados y por los flancos; pero por encima de todos los demás dolores, lo que más molestia le causaba era la abundancia de golpes sobre la cabeza, de forma que no puede mantenerse en pie y cayó al suelo desmayado, y así permaneció durante un gran rato. Cuando pudo volver a levantarse, aún estaba aturdido y no veía absolutamente nada; además, ha perdido la cadena; permanece en pie dando vueltas durante tanto rato por todas partes, que finalmente ve la claridad del cementerio a través de la puerta por la que había entrado y se dirige hacia allí, pero el frío y la pestilencia le angustian de tal forma que poco falta para que el corazón le vuele fuera del vientre; los montones de cuerpos con que tropieza le impiden el paso y le retrasan, de forma que cae más de siete veces antes de llegar a la puerta. Cuando se encuentra en el primer escalón dispuesto a salir fuera, no se puede sostener y cae, golpeando con el yelmo en el mismo escalón. Lanzarote lo ve y siente una gran vergüenza y compasión, se lanza en su búsqueda y lo saca por los hombros, acostándolo sobre la verde hierba.

Entonces, dice la doncella, por ver si puede desanimar a Lanzarote:

—Por Dios, bien sabía que aún no ha nacido el caballero que pueda abrir la puerta.

—Eso lo veré en breve —contesta Lanzarote.

Se cuelga la espada del brazo con una correa muy fuerte y se saca el escudo del

cuello, mientras que la doncella lo contempla y le dice:

—¿Cómo, señor caballero, queréis ir a morir como ha hecho éste? Este caballero vale ya poco más que un muerto: será mejor que viváis como cobarde antes de que muráis como atrevido.

—Doncella, sea como sea, tenga que vivir o morir, voy a enfrentarme a la aventura, pues no puedo recibir una gran afrenta si regreso después de que lo han hecho dos de los hombres más valientes de la casa del rey Arturo.

—No puedo hacer nada contra eso —le contesta la doncella—, pero lo siento, pues podríais morir y sería una gran lástima; ya que por mí no queréis abandonarlo y no me creéis, id y encomendaos bien a Dios.

Lanzarote hace la señal de la cruz e invoca a Dios y a su madre. Mira a continuación hacia Londres lo más derecho que puede y se acuerda de aquella a la que ama más que a sí mismo, diciendo:

—Señora, me encomiendo a vos en este peligro en el que me encuentro y en cualquier peligro que sea, siempre os recordaré.

A continuación, baja las escaleras y vuelve a empuñar la espada, siguiendo la cadena con pasos tan largos como puede: nota el frío y el mal olor que le llega a la nariz, pero aquella que le hace olvidar todos los grandes dolores, le da calor y le llena el corazón de tan buenos olores que con mucha facilidad soporta las cosas que siente; avanza dando grandes pasos hacia el monasterio, junto a la cadena; pero apenas había avanzado, cuando fue golpeado con gran abundancia tanto sobre el yelmo, como sobre el escudo y por todas partes del cuerpo, de forma que a la fuerza tuvo que arrodillarse. Pero no tardó mucho en ponerse en pie y en empezar a dar enormes golpes con la espada alrededor de sí mismo, a diestro y a siniestro, y se produce tal ruido que le parece que el monasterio vaya a derrumbarse. No se desanima por nada de lo que oye, ni se resiente de los golpes recibidos ni de las heridas que tiene, sino que continúa avanzando muy deprisa. Antes de que hubiera llegado a pasar dos partes de su camino, volvió a caer de rodillas otra vez y volvió a ponerse en pie, pues Amor le ayuda a levantarse; da grandes golpes con la espada y le parece que parte lanzas y rompe escudos y yelmos, y se esfuerza en hacerlo lo mejor posible, y nunca se encuentra tan aturdido como para abandonar la cadena, sino que avanza a la fuerza hasta que ha llegado ante la puerta en la que se veía la ranura.

Cuando pensaba salir fuera, volvió a ser golpeado con tal violencia por arriba y por abajo, por delante y por detrás, que le parece que los golpes le bajan hasta los sesos y el corazón: cae completamente tendido boca abajo, pero tuvo la fortuna de caer tan cerca de la puerta que pudo llegar hasta ella con el brazo y, sin asustarse, adelantó las manos y empujó la puerta y se arrastra con tanto esfuerzo que todo el cuerpo le suda y consigue abrirla a la fuerza: en ese momento, desapareció la oscuridad y llegó al monasterio una claridad tan grande como nunca había habido y lo mismo ocurrió en

el castillo. Cuando la doncella que estaba a la puerta lo vio, se sorprende y poco falta para que no se desmaye: siente tal alegría que no puede sostenerse y se tiene que sentar. Cuando vuelve a ponerse en pie, entra en el monasterio con mi señor Yvaín, que ya había vuelto en sí. Al ver que Lanzarote todavía estaba en el suelo, siente gran miedo de que haya muerto y lanza un grito muy alto; al oírlo Lanzarote siente una gran vergüenza. Se pone en pie y atraviesa la puerta al otro lado. Entonces empiezan a sonar todas las campanas que no habían sonado en los últimos diecisiete años.

Mi señor Yvaín y la doncella llegan a donde estaba Lanzarote de rodillas ante el altar y le preguntan antes que nada cómo se encuentra, a lo que responde:

—Muy bien, gracias a Dios.

Ella le desata el yelmo, pues sabe que tiene la cabeza aturdida, y lo sientan en una silla para que descanse. Al cabo de un rato, cuando se ha repuesto un poco, que ha recuperado el aliento, la doncella lo toma por la mano y lo lleva fuera de la iglesia. Allí, encuentran a toda la gente del castillo que venían a verlo por la gran maravilla realizada y le manifiestan tan gran alegría como le mostrarían a Dios mismo. Están todos tan delgados y tan pálidos como si hubieran permanecido en prisión y sin duda así había sido, pues habían estado en una cárcel tan dolorosa como es la que impide ver cualquier claridad. Aquella noche permaneció Lanzarote en el castillo y no se podría contar la gran alegría que se le mostró. Sin embargo, él se quedó a la fuerza, pues con mucho gusto se hubiera ido a cumplir con sus asuntos, pero era necesario que se atuviera en parte a los ruegos de los del castillo para que se quedaran a gusto, pues necesitaban consuelo en gran medida. Por la noche, la doncella le contó cómo había llegado esta aventura al castillo debido al pecado de su señor; y le explica todo lo que su hermana le había contado al duque de Clarence y lo que el escudero que lo guiaba le había explicado. Después de haber escuchado la aventura de principio a fin, dijo que nunca había oído nada tan extraordinario.

Fue grande el honor y la alegría que le hicieron aquella noche; se esforzaron y procuraron todos en curarle las heridas y las de mi señor Yvaín que estaba muy mal herido; luego, se acostaron, porque estaban muy cansados, y para poder levantarse al día siguiente temprano. La mañana siguiente, tan pronto como se pudieron levantar, oyeron misa y después se pusieron en marcha. Los acompañaron los que podían acompañarles; la doncella los lleva durante todo el camino, por donde había ido el duque.

Pero la historia ahora se calla, deja de hablar de ellos tres y vuelve a hablar del duque, que se va cansado y fatigado junto con el escudero que le guiaba.

XCII

Después de que el duque se marchó de Escalón el Tenebroso y de que el escudero le contara la causa de las maravillas que había visto, cabalgaron durante mucho tiempo sin hablar el uno con el otro, pues los dos iban pensativos y meditabundos. Al cabo de un gran rato, el escudero volvió a tomar la palabra dirigiéndose al duque, como el que mucho le amaba y buscaba su honra y su salvación; empezó a darle recomendaciones, más de lo que había hecho antes, pero el duque no iba a hacerle ningún caso por nada que le dijera.

—Señor —le decía el escudero—, sabed que estamos ahora en el lugar más frondoso y más peligroso de este bosque, y no podemos continuar por el camino que conozco para ir a donde deseamos ir, sin encontrar aventuras muy peligrosas; por eso la doncella os quiso probar y fue ella la que os guió. ¿Sabéis cómo se llama el camino en el que estamos ahora? Se llama Camino del Diablo y toda la tierra que se encuentra desde el castillo del que venías hasta el río que hay ahí se llama Bosque de las Malas Venturas: con razón recibe ese nombre, pues muchos males y muchas deshonras han llegado en él a caballeros andantes; y nunca hubo caballero, por bueno que fuera, que no fallara en este camino, si intentaba seguirlo sin rodeos, y moría de dolor o bien salía de él deshonorado y con desgracias. Por eso, os aconsejaría que regresarais a la Blanca Torre, pues estáis muy herido: mi señora se esforzaría en curaros, pues si caéis enfermo en un lugar extraño, nadie se ocupará de vos con tan gran corazón como lo haría mi señora, que os ama más que a nadie, bien lo sé. Y ya que sabéis, por esta última aventura en que habéis fracasado, que no podréis conseguir poner fin a la cosa que habéis emprendido, deberíais regresar, pues cuanto más lejos lleguéis, menos valdrá vuestro cuerpo.

—Ciertamente, si Dios quiere, no me volveré de tal modo, al contrario, avanzaré y llegaré tan lejos como pueda, pues más me valdría perder la vida con gran honor, que escapar de todos los peligros y ser deshonorado el resto de mi vida.

Durante mucho tiempo aconsejó y amonestó el criado al duque para que regresara, pero éste no quiso hacerle caso. Cabalgan así hasta caída la tarde, que el día ya está oscuro y la noche se acerca. Mira entonces el criado hacia la izquierda un poco por encima del camino y ve, al final del bosque, vacas y ovejas que pasan; llama al duque y le dice:

—Señor, os digo, porque estoy seguro de ello, que no estamos lejos de algún albergue, pues ahí veo pasar animales: si queréis, iré y les preguntaré a los que los guardan dónde podremos tener alojamiento, pues no creo que el ganado esté sin guardianes.

El duque responde que le agrada y el criado pica espuelas hacia allí, y se dirige a

donde había visto los animales, encontrando a los pastores sentados sobre dos acémilas delgadas que van detrás al paso; los saluda y ellos a él. Entonces, les pregunta si conocen algún refugio cercano, que se lo digan, pues tiene a un caballero andante herido que necesitaría alojarse esta noche, ya que está muy cansado y tiene heridas en muchas partes del cuerpo.

Los dos pastores eran de un vasallo, hombre de bien, de avanzada edad, que tenía una vivienda muy bella en este bosque, muy hermosa y muy agradable, y que daba alojamiento a los caballeros que pasaban, con mucho gusto y con gran alegría, si es que se le presentaba la ocasión. Cuando oyeron hablar del caballero andante, se pusieron muy contentos, pues bien sabían que su señor tendría una gran alegría. Uno de ellos le dijo al escudero que le llevara al alojamiento, muy bueno y muy hermoso, en el que tendrá todo lo que le sea necesario; luego, le dice a su compañero que lleve los animales él, «y yo acompañaré a este criado y a su señor al albergue y cuando los haya dejado allí, regresaré a tu lado».

Aquí, deja a su compañero y regresan él y el escudero a donde les estaba esperando el duque; se ponen en marcha y lo siguen hasta que llegan al albergue. Los reciben con alegría, y salen a buscarlos dos caballeros que eran hijos del señor de la casa. Dos criados, que eran hermanos suyos, desarman al duque y le proporcionan todas las cosas que puede llegar a necesitar.

Aquella noche el duque fue albergado según su voluntad, pues encuentra solaz y compañía en el señor y en la dama, que era muy buena, y que se esforzó en curarle con esmero las heridas; sin embargo, estaba menos herido de lo que pensaba, pues no tenía en todo el cuerpo ninguna señal ni de las lanzas que había sentido, ni de las espadas, aunque pensaba que había sido herido en varios sitios. Durmió bastante bien por la noche, tanto por el cansancio, como por la tranquilidad que tenía de las heridas, ya que no había recibido ninguna; se dio cuenta que había sido así por las fuerzas del diablo, al que había oído en el monasterio. Tan pronto como ve la luz del día, se levanta y el escudero le prepara las armas. Se armó y se despidió del señor y de toda su mesnada.

Pero el vasallo, que era hombre bueno y prudente, le dijo que lo acompañaría: montó con sus cuatro hijos y fueron con el duque durante un gran rato. El señor le pregunta por sus asuntos y él se los explica en parte y en parte se los oculta, pero en cualquier caso le hace saber que viene de la zona de Londres y que se dirige hacia la Dolorosa Torre.

—Gracias a Dios —dice el vasallo—, habéis llegado aquí mal, pues habéis dado un rodeo de media jornada con respecto al camino recto, y sabed que si lo hubierais seguido, habríais entrado en el lugar en que está el camino más peligroso de este bosque; si queréis ir a la Dolorosa Torre, encontraréis tantos peligros y obstáculos, que no hay cuerpo de caballero que pudiera soportar la mitad de ellos sin morir o sin

resultar malherido. Pero ya que sois caballero y que habéis pasado la noche en mi casa, os aconsejaré según lo que pueda y para salvación de vuestro cuerpo: las aventuras traidoras se deben evitar cuando no se pueden vencer, por más valor que tenga uno. Os diré cómo es todo esto. Aquí delante, a menos de quince leguas, hay un gran valle, tan grande y tan profundo como veréis, pues vuestro camino os llevará por delante de él. Ese valle es tan doloroso para todos los caballeros andantes, que ninguno que entra en él consigue regresar, y dicen quienes piensan saberlo bien, que han pasado tres años o más sin que saliera ningún caballero de los que han entrado en él. No os diré por qué motivo ocurre eso, pues sería largo de contar y tengo muchas otras cosas que hacer, pues debo regresar para un asunto de gran importancia y si no tuviera tanto que hacer, os acompañaría hasta que hubierais pasado el valle; sin embargo, lo que os voy a decir os servirá tanto, si lo seguís, como si os acompañara. Tomad el camino principal, sin abandonarlo a la derecha ni a la izquierda; cuando lleguéis por encima del valle, os encontraréis una capilla que se llama Capilla de Morgana. En esa capilla veréis dos caminos: uno por un lado de la capilla a la derecha y el otro a la izquierda. Abandonaréis el que hay a la izquierda y seguiréis el otro, que os llevará a la Dolorosa Torre sin rodeos y sin que encontréis obstáculos que no pueda vencer cualquier caballero gracias a sus acciones. Si os recomiendo que no entréis en el valle, más aún os recomiendo que no toméis el camino hacia la Dolorosa Torre, pues así me salve Dios, no creo que ningún caballero pudiera tener la gran fortuna de vencer en un caso o en el otro, ya que el valle es tan temible como para que lo llamen Valle sin Retorno, porque ningún caballero logró salir de él, y la torre se llama Dolorosa por las grandes desgracias que han sobrevenido en ella, ya que no hay caballero que entre allí que no muera. Ya habéis oído mi consejo, pero vos sois tan prudente, según creo, que podéis reconocer sin dificultad el sentido común frente a la locura; si habéis emprendido locura, abandonadla. Aún podéis arrepentiros con facilidad, pero si seguís avanzando, llegaréis a lamentarlo.

—Buen huésped —le responde el duque—, bien sé que sería gran alivio para mi cuerpo el regresar, pero no vine a estas tierras para estar a gusto, y sé que si me vuelvo será una gran vergüenza para mí y si continúo recibiré gran honra. ¿Qué me aconsejaríais si os pidiera consejo por vuestra alma?

Éste le contesta que le aconsejaría que continuara si fuera cosa que pudiera ser llevada a cabo por un solo caballero, «pero ya que no puede ser así, nunca habréis recibido tan gran afrenta, según me parece, como la que recibiríais esquivando una aventura que pudiera ser realizada por un solo caballero».

—Sea lo que sea lo que me ocurra, lograr el triunfo o fracasar, deseo ir, pues prefiero quedarme por sufrimiento de mi cuerpo que por falta de valor.

—Id pues con Dios, y que Él os proteja de todo mal, pues frente a vuestro corazón de nada sirven los consejos.

De este modo se encomiendan a Dios y el vasallo regresa con sus cuatro hijos a sus asuntos, mientras que el duque sigue con su escudero; cabalgan hasta la hora de tercia sin encontrar ninguna aventura que sea mencionada en historia, y mantienen el camino recto, sin abandonarlo y sin desviarse, y de este modo llegan a la Capilla de Morgana que está entre los dos caminos: allí ven el camino que sale a la derecha por la parte de la landa, y el camino de la izquierda que va a la entrada del valle, según le había dicho el vasallo: era fácilmente una tercera parte mayor que el otro, pues era un camino ancho muy antiguo; el otro, había sido hecho para esquivar el gran paso y los dos iban a dar al final a un mismo sitio.

Al llegar a la capilla, el criado tira del freno, se le pone delante y dice:

—Señor, ese es el valle tan peligroso como os ha dicho el vasallo; mirad en esta parte el camino que os llevará salvo, si así lo deseáis. Tened compasión de vos mismo, pues si entráis en el valle, os perderéis para siempre jamás; si pensáis ir hacia allí, no os seguiré, pues no seguiría a nadie, por más que lo amara, a un lugar del que no pensara volver. Mirad en esta otra parte el camino que no tiene peligro, por el que os conduciré a salvo hasta el lugar al que queréis ir.

—No iré en modo alguno por ese camino, pues aunque quiero más que tú mi salvación, sería considerado cobarde y fracasado.

—Señor, os juraré sobre los santos de esta capilla que no se lo diré a nadie, ni a hombre ni a mujer.

—Bien sé que no harías fácilmente nada que pensaras que podría causarme deshonor. Pero aunque tú no lo dijeras, lo diría yo, porque tendré que decir la verdad, si es que alguna vez puedo regresar a la casa de mi señor el rey Arturo, y si no lo hago así, sería perjurio: el hombre valiente debe temer más las deslealtades que la muerte, y si yo fuera perjurio a sabiendas, sería desleal. Ya que quiero evitar toda deslealtad, lo diría; y por eso, sería deshonorado, por haber evitado esta aventura: no la evitaré, iré hasta donde pueda llegar. Te ruego que me esperes aquí durante algún tiempo para saber qué me ocurre. Cuando sepas si me he quedado o he conseguido escapar, podrás regresar a mi prima para contarle cómo han ido las cosas.

El criado le promete que esperará tanto como pueda, pues no deseaba dejarlo si podía. El duque se separa de él y emprende el camino que hay a la izquierda, que baja hacia el valle.

Ahora dejaremos de hablar de él durante un poco y de sus aventuras, hasta que la historia haya contado cómo era el valle y por qué era conocido con dos nombres distintos y a qué se debía que ningún caballero pudiera salir de él una vez que había entrado.

XCIII

Cuenta la historia a continuación que el valle se llamaba Valle sin Retorno y Valle de los Falsos Enamorados. El Valle sin Retorno recibía este nombre porque ningún caballero volvía de él; y se llamaba Valle de los Falsos Enamorados porque todos los caballeros se quedaban allí, si habían faltado a sus amigas en algo, incluso de pensamiento, y oiréis cómo ocurría esto.

Morgana, la hermana del rey Arturo, sabía de encantamientos y de sortilegios más que ninguna mujer; por el gran empeño que puso en ello, dejó de frecuentar a las gentes, y vivía día y noche en grandes bosques solitarios, de forma que muchas gentes, de las que abundaban en aquel tiempo por toda la región, decían que ella no era mujer, sino que la llamaban Morgana la Diosa. En la época en que empezaron las aventuras, ella amaba mucho a un caballero: había puesto todo su corazón en él, pues lo quería por encima de todos los hombres y ella pensaba que le correspondía amándola por encima de todas las mujeres. Pero el caballero estaba enamorado de una doncella a la que quería más que a Morgana; era una joven de gran belleza y no encontraba lugar ni momento para hablarle tan frecuentemente como desearía, pues aquella a la que él más temía, y a la que no amaba, lo mantenía vigilado tan de cerca que apenas se podía separar de ella. Un día ocurrió que el caballero y la doncella a la que amaba se juntaron en este valle, que era uno de los lugares más agradables del mundo. Mientras estaban aquí, se lo dijeron a Morgana, que estaba en guardia: ella misma los sorprendió en pleno hecho y sintió gran pesar, tanto que poco faltó para que perdiera el juicio. Extendió entonces por todo el valle sus encantamientos, de tal forma que nunca pudiera entrar en él ningún caballero y luego salir, si le había faltado a su amiga en cualquier cosa, incluso en voluntad; todos los que hubieran faltado en algo se quedarían hasta la hora en que entrara un caballero que nunca hubiera cometido ninguna deslealtad hacia su amiga ni de pensamiento, ni de intención; y aún hizo más del caballero que era su amigo, pues lo destinó para que no pudiera salir nunca del valle, ni siquiera después de que entraran otros. Con la doncella hizo una gran crueldad, pues la encerró en una cárcel tan mala que le parecía, tanto de noche como de día, que estuviera metida en hielo de los pies hasta la cintura, mientras que en la parte de arriba le parecía estar en fuego ardiente. Tal era la fuerza de los encantamientos del valle: nunca entró ningún caballero enamorado o que hubiera amado que no se quedara en él, y esta prisión duró diecisiete años. Pero cuando entraba algún caballero que no amara con amor, ni hubiera amado, podía salir del valle sin ningún daño; y todos los encantamientos del lugar, tanto relativos a la doncella como a las otras cosas, terminarían en el momento en que llegara un caballero que no hubiera faltado nunca hacia su amiga, tal como habéis oído. Morgana no pensaba que

podiera existir ningún caballero que no hubiera faltado a Amor; por eso estableció así el encantamiento, pues quería tener a su amigo prisionero para siempre jamás. Esta mala costumbre había alcanzado fama por muchas tierras, hasta el punto de que el valle era tan temido que nadie, por muy buen caballero que fuera, se atrevía a poner el pie en él, antes bien, unos y otros lo esquivaban.

El valle era grande y profundo, y estaba rodeado por todas partes por grandes colinas elevadas; en él crecía la hierba verde grande y espesa, y en medio, hacia la derecha, manaba una fuente bella y clara; el gran camino pasaba por la cabecera del valle hacia la parte de arriba hasta el otro lado, por donde salía. El día que el duque bajó al valle había ya tantos caballeros prisioneros en él, que sumaban un total de doscientos cincuenta y tres. El valle estaba cerrado y bloqueado por un cierre admirable, pues el muro era tan delgado y ligero como es el aire; tan pronto como un caballero llegaba a él podía entrar sin encontrar ninguna resistencia; pero tan pronto como estaba dentro, no podía salir y tampoco podía encontrar el lugar por el que había entrado. Allí dentro había caballeros de muchas tierras; había también casas muy hermosas en las que vivían; por la parte de fuera, junto a la entrada de la cerca, había una capilla en la que oían todos los días la misa, de forma que ellos estaban dentro y el sacerdote fuera, pues la misma Morgana lo había establecido así. Entre los caballeros, había muchos que estaban a gusto y otros muchos sentían pesar: el que podía llevar a su amiga allí, se quedaba con ella o llevaban a sus escuderos quienes los tenían. Sin embargo, también muchos habían muerto, por el gran dolor que sentían, por la larga prisión o por alguna otra enfermedad.

Si llegaba alguna doncella que nunca hubiera faltado al amor, no era suficiente para que salieran las que ya estaban en el valle, sino que se quedaban allí tanto como deseaban y luego se iban según su voluntad. No les ocurría lo mismo a los escuderos, que se tenían que quedar allí para siempre si habían cometido alguna trampa en el amor, hasta que llegara el momento en que sus señores salieran de allí o murieran. Si llegaba algún escudero que nunca hubiera amado, podía irse libre cuando quisiera: había muchos escuderos de todo tipo, que habían entrado allí por amor a su señor. La prisión en aquel lugar era algo más soportable de lo que se puede imaginar, pues tenían bebida y comida según sus necesidades y cuanto querían, y tenían solaz en los prados y en las mesas, podían jugar al ajedrez y bailar y danzar durante todo el día con el entretenimiento de violas, de arpas y de otros instrumentos. Tal como habéis oído era el valle y por tal razón fue cerrado a todos aquellos que entraran en él.

Pero ya es momento y ocasión de contar cómo entró el duque en el valle y la aventura que en él le sobrevino.

XCIV

Cuenta ahora la historia, que cuando el duque se separó del criado, al que dejó en la capilla, empezó a descender de la colina que era muy empinada; tuvo que echar pie a tierra, pues no se atrevía a fiarse de su caballo que estaba muy cansado; temía fatigarlo y dañarlo más aún, pues la colina era alta y escarpada. Por eso desmontó el duque, llevando a su caballo tras de él; cuando llegó abajo, no vio nada más que un humo espeso alrededor del centro del valle, y esa era la cerca del valle, que era de aire. Entonces, vuelve a montar y cabalga siguiendo el camino recto hasta que llega al muro que parecía humo y se pregunta admirado qué puede ser. Entra y avanza hasta que ve numerosas cosas hermosas a derecha y a izquierda. Un poco después, no consigue apreciar el lugar por el que había entrado, antes bien, le parecía que un gran muro estaba tan cerca de él que poco faltaba para que le golpeará en las espaldas; y lo mismo le ocurre a la derecha y a la izquierda, y son tan grandes esas paredes que no puede dar la vuelta ni salirse del camino que lleva.

Continúa avanzando de este modo hasta que llega a una puerta tan baja y estrecha que en modo alguno podría pasar por ella su caballo; descabalga, lo deja y se quita del cuello el tiracol del escudo, se lo coloca sobre la cabeza y desenvaina la espada después de haber arrojado la lanza al camino; a continuación, entra inclinando la cabeza con la espada desenvainada y ve ante sus ojos una avenida larga y estrecha en la que hay poca claridad. El duque sigue avanzando y poco después se encuentra con dos dragones grandes y bien crecidos que lanzan fuego y llamas a borbotones por la boca; estaban atados a dos cadenas por el cuello, y las cadenas estaban fijadas a los dos muros: una, a una parte, y la otra, a la otra. Cuando el duque va hacia ellos se da cuenta de que son animales fieros y temibles: mira hacia atrás y ve la puerta, que había encontrado abierta, que se ha vuelto a cerrar muy bien detrás de él. Entonces sabe que no le queda más remedio que pasar entre estos dos animales, y se dice que no abandonará por eso: sigue avanzando tal como le lleva el camino hasta que llega a ellos. Ambos le arrojan el aliento, y uno le parte con los dientes y las uñas el escudo que le había arrojado el duque, mientras que el otro le rompe la cota de estrecha malla, de forma que siente las zarpas que le atraviesan la carne hasta el hueso.

Los dos dragones le han herido gravemente, pero no se queda sin defenderse, sino que les da enormes tajos con la espada en la cabeza y en las orejas. Por más golpes que les dan, no aprecia ningún daño en ellos; y se ha esforzado tanto que por fin escapa y corre lo más deprisa que puede. Al ver que se les ha ido, regresan a su sitio y se lamen la sangre que les había provocado; con la cresta bajada vuelven a tumbarse en su lugar. El duque desciende asustado, presta atención y apaga el fuego que le habían producido en el cuerpo. Llega después a la otra puerta; cuando la pasa se da cuenta de que ha

llegado a un río grande, caudaloso y ruidoso: se queda sorprendido y se dice a sí mismo: «Gracias a Dios, no pensaba, ni parecía, que en este valle hubiera un río semejante». Lo mira y ve que encima del agua hay una tabla estrecha y larga; se da cuenta de que por allí tiene que pasar, pues no hay otro lugar de paso. La teme mucho pues es mala, pero a pesar de todo dice que pasará.

Se acerca a la tabla y cuando quería poner encima el pie, vio en la otra parte a dos caballeros completamente armados, con el escudo delante del rostro y la espada desenvainada, que dan la impresión de que defienden la tabla. El duque se quedó sorprendido y admirado por ello; les teme porque son dos y porque tienen la fortaleza de estar en tierra firme. Si lo derriban en el agua, nadie sino Dios lo puede salvar de la muerte, pues el río es profundo, caudaloso y tan negro que fácilmente sería como caer en un abismo. A pesar de todo, dice que no dejará de atravesarlo por eso. Sube a la tabla y avanza hasta que llega a la mitad; no tiene vena en todo el cuerpo que no le bata, y el corazón le tiembla dentro del vientre por el miedo del río, que ve bajo sus pies y que le hace temer. Al acercarse a los dos caballeros, mira y ve que son tres y que el tercero tiene una lanza, y está dispuesto a golpearle en el cuerpo. Uno de los otros dos se dispone a golpearle con la punta de la espada en la visera, mientras que el tercero le da un gran golpe en el yelmo; titubea tanto que no puede mantenerse en pie, y cae al río con todo el cuerpo; le parece que no tardará mucho en ahogarse y que ya siente la angustia de la muerte.

Ha permanecido con tal dolor mucho rato: preferiría estar muerto, si pudiera ser, hasta que le pareció que le sacaban del agua con una cruz de hierro y que él seguía desmayado. Le arrastran con el garfio hasta que le parece que lo han sacado del agua; cuando puede abrir los ojos, se ve en una gran pradera y que un gran caballero se acerca a él completamente armado, gritándole y diciéndole que está muerto si no se defiende; pero se encuentra tan débil y tan aturdido que con gran dolor se levanta sobre las rodillas; y al hacerlo, el caballero va a él, grande, fuerte y fiero, con una gran hacha pesada en la mano; le descarga un enorme golpe en el yelmo y hace que vuelva a desmayarse, tan aturdido que no sabe si está muerto o vivo. Luego, el caballero va a él corriendo, le salta encima del cuerpo y le arranca el yelmo de la cabeza, diciéndole que se la cortará si no se declara prisionero suyo. Pero el duque no lo quiere hacer por nada, aunque le haga daño, y sufre hasta desmayarse y quedar como muerto. No tardaron mucho en tomarlo cuatro servidores, que lo desarmaron a la fuerza y, después de quitarle las armas, lo llevaron a un jardín hermoso en el que había abundantes caballeros. Cuando lo ven llegar en tal estado, les preguntan a los servidores si está muerto y ellos le contestan que poco falta, «pues ha sufrido grandes dolores». Todos los caballeros sienten una gran compasión y lloran con ternura, diciendo que maldita sea la hora en que se estableció tal aventura. No pasó mucho tiempo hasta que el duque volvió de su desmayo, quejándose de dolor, pues se sentía malherido. Los caballeros

que estaban allí lo consuelan como pueden, diciéndole que debe reconfortarse por la gran abundancia de buenos caballeros que hay con él.

Cuando el duque recobró la memoria, le preguntaron los demás quién era, a lo que contestó que era de la corte del rey Arturo, compañero de la Mesa Redonda. Al decir su nombre, se adelantan otros tres caballeros que también eran compañeros del rey: uno era Aiglín de los Valles, el otro Gaherís de Kareheu y el tercero Quehedins el Bello. Estos tres reconocieron al duque y empezaron a llorar, y Quehedins le dijo:

—Ay Galescalaín, qué gran daño es para vos, y no sólo por vos, sino por nosotros los compañeros que todavía tendremos grandes desgracias. Bien podéis decir que si mi señor Galván conociera esta aventura, tendría gran pesar.

Los tres compañeros le expresaron un gran dolor al duque antes de que éste los hubiera reconocido; cuando por fin los reconoció, el dolor y la alegría fueron grandes: el dolor, porque se veía a sí mismo y a sus compañeros en prisión, de la que pensaba no poder salir nunca; la alegría, porque los había encontrado con vida, pues por la casa del rey Arturo se pensaba que hubieran muerto. Le preguntaron entonces cuál era el motivo de su marcha y él les cuenta que mi señor Galván había sido arrebatado por un caballero y que se habían puesto en marcha él, y mi señor Yvaín en su búsqueda. No hay entonces quien no llore con los ojos de la cabeza por lástima que sienten de mi señor Galván y dicen que les parece sin lugar a dudas que la alegría de la Mesa Redonda y la dignidad de la casa del rey Arturo van a faltar. Grande es el duelo y las lamentaciones por mi señor Galván. Ellos le cuentan por qué todos los caballeros permanecían en el valle y nadie podía ser de tan gran valor como para no tener que quedarse, si había faltado al amor en alguna ocasión. Él duque contesta que si hubiera sabido que no era necesario otro mérito, no habría puesto el pie allí en su vida, pues bien sabía que nadie puede amar durante largo tiempo sin faltar al amor o de palabra o de voluntad. Pero ahora la historia deja de hablar del Valle y de los que en él están hasta que llegue otra vez el momento, y vuelve a Lanzarote.

XCV

Cuenta ahora la historia que fue grande la alegría y la honra que le hicieron a Lanzarote en Escalón el Tenebroso, cuando conquistó la gran gloria debido a su valor como caballero sobre las tinieblas, a las que consiguió hacer desaparecer y que volviera la claridad al monasterio y al castillo. Por la mañana —según cuenta la historia—, después de que él, mi señor Yvaín y la doncella oyeron misa, se pusieron en marcha y cabalgaron, tal como ella les llevaba, lo más recto posible hacia el Valle de los Falsos Enamorados, y les ocurrió que se encontraron con el vasallo que le había dado hospedaje al duque; éste les cuenta las noticias tal como las conocía. Cuando se alejaron de él, cabalgaron muy deprisa, pues mucho les tarda alcanzar al duque; llegaron a la hora de nona a la capilla que separaba los dos caminos y encontraron al escudero que esperaba al duque allí: les contó que se había separado de él y a qué hora había ocurrido. Cuando lo oyen, se quedan sorprendidos, y les pesa no haberlo alcanzado. Lanzarote le pregunta que durante cuánto tiempo había ido con él.

—Señor —responde—, dos largas jornadas.

Al ver a la doncella, la reconoce muy bien y ella a él, mostrándose ambos una gran alegría.

—Bueno, señor —pregunta el vasallo—, ¿qué vais a hacer con el duque? ¿Vais a dejar el Valle sin saber noticias de él? Él no os hubiera dejado, aun a riesgo de morir.

—Así me salve Dios —contesta Lanzarote—, no se quedará de tal forma, pues iremos tras él y veremos por qué no puede salir ningún caballero del Valle.

Lanzarote toma entonces el camino de la izquierda, con mi señor Yvaín y la doncella, que deseaba aumentar la fama de Lanzarote con todas sus fuerzas. Cuando llegaron a la entrada de la cerca que parecía ser humo, la doncella le dijo a Lanzarote:

—Superad las aventuras que encontréis, y no sintáis vergüenza, pues algunos de vuestros compañeros no han logrado llevarlas a término; ésta es una de las más difíciles de cuantas hay en todos los dominios del rey Arturo, ya que no ha conseguido salir de aquí ningún caballero que hubiera entrado. Si queréis, vos —añade, dirigiéndose a mi señor Yvaín—, intentad antes esta aventura o Lanzarote se ocupará de ella, y después tomad vos la que venga y Lanzarote se quedará con ésta.

Mi señor Yvaín teme mucho a la doncella y tiene miedo de que si rechaza esta aventura, ella se lo tome como maldad y que sólo lo diga para probarle: le contesta que con mucho gusto se ocupará primero de esta aventura; Lanzarote no se atreve a hablar contra la voluntad de la doncella, pues teme que ésta se lo recrimine, igual que lo había hecho cuando se vanaglorió de llevar a cabo todas las aventuras que encontrara y de soportar las penas y los sufrimientos.

Mi señor Yvaín entra entonces por la puerta, mientras que la doncella le dice a

Lanzarote:

—Esperadme un poco hasta que os traiga noticias ciertas, buenas o malas, no tardaré mucho.

Y va tras mi señor Yvaín para saber cómo lo hace. Pero del mismo modo que le había ido al duque, así fue tratado mi señor Yvaín, hasta que la doncella vio que lo desarmaban y que los servidores se lo llevaban al mismo lugar en el que estaba el duque con los otros, haciendo por él el mayor duelo que podían.

Regresa la doncella al lado de Lanzarote y al verlo, le dice:

—Franco caballero, ahora veréis qué gran honor os espera, pues así me ayude Dios, según me dice el corazón, vais a sacar de aquí, fuera de este valle, a todos los que están prisioneros en él por las malas costumbres que fueron establecidas; no lo conseguiréis por ninguna proeza que realicéis, sino por otra virtud que hay en vos.

—Doncella, ¿de qué virtud habláis? Tengo muchas menos virtudes del mundo de las que debe haber en todo caballero y menos de las que yo desearía.

—Os los voy a decir. No saldríais nunca en vuestra vida si hubierais faltado o engañado a vuestra amiga en obra o en pensamiento.

Al oírla, empieza a reír y luego le dice:

—Doncella, y si viniera un caballero que nunca hubiera faltado, ¿qué pasaría con él?

—Tened por seguro que pondría en libertad a todos los que están aquí dentro y no sería un honor pequeño, porque hay más de doscientos caballeros que piensan que no saldrán jamás. Vos sois tan valiente que sería un daño muy doloroso que cayerais en tan mala prisión: os aconsejo que vayáis a donde pensáis que encontraréis a mi señor Galván, pues no creo que haya nacido todavía el caballero que, amando con amor, no haya faltado alguna vez a su amiga.

—Eso lo veremos en breve, pero ahora seguidme.

Entra con gran valor, seguido por la doncella que siente gran miedo por él. Lanzarote ha avanzado hasta llegar a los dos dragones, ya había dejado fuera su caballo. Los dragones le atacan y él atina muy bien al primero, golpeándolo entre los dos ojos, pero la espada le salta hacia atrás y lo siente tanto que poco faltó para que arrojara la espada lo más lejos posible; pero piensa que todavía podría necesitarla, y la vuelve a meter en la vaina; sacándose el escudo del cuello, se lo coloca delante del rostro, porque teme que el fuego le quemé la cara. Entonces se dirige contra el dragón que tiene más fuerza y comienza a darle puñetazos; el dragón salta, le golpea con las garras en el escudo y lanza de la garganta llamas ardientes. Lanzarote adelanta la mano y lo sujeta contra la pared que estaba cerca y después de agarrarlo con los puños, le aprieta con tanta fuerza que le rompe la garganta por el vigor de sus brazos. Después de darle muerte a éste, ataca con agilidad al otro, como el que no teme ningún daño que le pueda sobrevenir. Cuando el dragón lo ve, le salta a los ojos, pero él se cubre con el escudo para evitar la llama que vuela espesa y caliente. ¿Qué más cosas os podría

contar? Del mismo modo que mató al primero, así le dio muerte al otro; la doncella que lo ve se pone muy contenta. Lanzarote regresa a donde había dejado la lanza, la toma y continúa su camino hasta llegar al profundo río en el que la doncella había visto caer a mi señor Yvain; la joven siente gran miedo, más que el que había tenido hasta entonces.

Cuando Lanzarote llegó al río y vio la tabla larga y estrecha y a los tres caballeros en la otra parte, se detiene y les pregunta si el paso le está prohibido, pero no le contestan. Al ver que no dicen nada, decide que no dejará de intentarlo por ellos, si es que alguna vez debía ir al otro lado un fiel enamorado. Adelanta el pie derecho; se había quitado el escudo del cuello, va al otro lado de la tabla poco a poco, como si fuera un sendero, y como si fuera el más ágil y firme de todos los caballeros. Al llegar a la mitad de la tabla, vio al caballero que tenía la lanza dispuesto a golpearle en el cuerpo, pero se quedó callado; separa el escudo del cuello tanto como le permite el brazo y coloca su lanza bajo la axila. La lanza del caballero golpea contra su escudo y él se sujeta en la tabla lo más firmemente que puede y arroja el escudo contra la lanza hasta que se le queda clavado en ella. Entonces tira el escudo fuera del camino, para que no le moleste, dejándolo caer al río. Calcula muy bien su golpe y corre tan rápido como los pies le pueden llevar hacia los tres que le están esperando; golpea al de la lanza con la suya bajo el cuello, derribándolo tan aturdido que no puede levantarse; a la vez ataca a los otros dos con tal fuerza que los derriba al suelo y cae encima de uno, pero tarda poco en volver a levantarse pues tenía agilidad y fuerza. Se pone en pie con rapidez y coge al que había debajo de él tumbado y aturdido, lo lleva hasta la tabla y lo arroja al río; luego, desenvaina la espada y regresa para atacar a los otros dos que había dejado en el suelo, pero no consigue encontrar a ninguno y se admira de forma extraordinaria.

Mira a la doncella, que está muy contenta:

—Por mi fe, doncella, y por la cosa que más queráis, decidme a dónde han ido, si lo sabéis.

Le contesta que no lo sabe, así le ayude Dios. Entonces Lanzarote se enfada pues teme haberlo perdido todo porque se le han escapado y se mantiene pensativo durante un gran rato en pie. La doncella le pregunta qué espera:

—Esperaba a esos dos malvados cobardes que han huido de aquí, pues temo que vuelvan cuando yo me haya ido y que digan que huí de ellos.

—Teméis una locura. ¿No os parece que es mejor que las aventuras huyan ante vos a que vos huyáis ante las aventuras? Continúa en busca de otras, pues en esta habéis fracasado. Del mismo modo me gustaría que fracasara en todas las demás.

—Que no me vuelva a ayudar Dios, doncella, en modo alguno lo desearía: me habríais privado del gran honor que me prometisteis no hace mucho.

A continuación, se baja la manga izquierda de la cota, contempla el anillo, y deja de ver el gran río y la tabla que había visto y había pasado, dándose cuenta de que era un

encantamiento. Vuelve a colocarse la manga, toma el escudo allí en medio y avanza hasta llegar a una gran hoguera que ocupa el camino por el que debe pasar. El fuego era tan grande que daba la impresión de que ninguna cosa que entrara en él dejaría de quemarse, y llegaba desde el muro de la derecha hasta el de la izquierda; por encima del fuego había una escalinata de piedra tallada que subía a una sala muy rica que había arriba. La escalinata estaba curvada y era muy alta, de forma que tenía más de un pie de lado y en la puerta de la sala había dos caballeros completamente armados, cada uno de los cuales sostenía una hacha grande y maravillosa; uno estaba arriba y el otro abajo, un poco más alto que donde empezaba la escalinata. Cuando Lanzarote ve el fuego se admira y se pregunta qué puede significar, pero al contemplar que su camino seguía por la escalera se puso muy contento, pues estimaba en poco el obstáculo que veía. Se dirige a la escalera y sube hacia el primer caballero que ve. Éste, cuando lo tiene cerca, se dispone a darle un grandísimo golpe; Lanzarote se coloca el escudo sobre la cabeza para recibirlo y finge seguir subiendo: el caballero se precipitó al dar el golpe, pensando alcanzar a Lanzarote en medio de la cabeza, pero falló pues Lanzarote se echa hacia atrás; el hacha golpea contra el escalón con tanta fuerza que se mete en la piedra más de medio pie. Cuando intentó volverla a sacar, no lo consiguió; Lanzarote le ataca con la espada en la mano y le da un gran tajo en el hombro derecho, de forma que se lo corta y le hiere también el izquierdo. El guardián deja caer el hacha y se desmaya sobre la escalera, Lanzarote recoge el hacha que estaba metida en la piedra y vuelve a envainar la espada; cuando el caballero iba a levantarse para ponerse a salvo, que ya estaba de rodillas, Lanzarote levanta el hacha y le da un golpe tan grande sobre el yelmo que lo vuelve a derribar en la escalera, y le fallan las manos, que no puede apoyarse en ellas.

Cuando el otro caballero que estaba en la puerta, en la parte de arriba, vio que su compañero estaba a punto de caer en el fuego, fue en su ayuda y se adelantó para sujetarlo, pero no lo consiguió, porque Lanzarote le atacó con el hacha en la mano y le hubiera dado un gran golpe en la cabeza, pero éste no esperó, sino que se volvió a la puerta y allí aguardó a Lanzarote empuñando una hacha. El caballero al que Lanzarote había herido cayó en el fuego y murió en poco rato.

A continuación, al ver al otro caballero que le está esperando en la puerta, va hacia él con valentía, mientras que éste le aguarda firme sobre los dos pies para dar un golpe más fuerte. Ya estaba Lanzarote tan cerca de él que sólo faltaba golpearle, y lo puede contemplar muy bien; se quita el escudo del cuello, lo toma con la mano derecha y empuña el hacha con la izquierda: mira al caballero y le arroja el escudo lo más atinadamente que puede, alcanzándole en el nasal. Luego, cuando lo ve cubierto de sangre, le arroja el hacha y se la mete por el nasal en la cara, derribándolo al suelo completamente extendido. Lanzarote no se quedó parado, sino que con rapidez se acerca a él y lo encuentra desmayado; le arranca el yelmo de la cabeza. Presta atención y ve salir por la puerta de una habitación a un caballero armado con todas las armas, con

la espada ceñida, con un escudo en la mano izquierda y una lanza empuñada, de corta y gruesa asta; en la mano derecha sujeta una hacha de filo claro y cortante. Al verlo llegar dispuesto de esta forma, le pregunta:

—¿Qué venís a buscar, señor caballero?

—Vengo más por vuestro daño que en vuestro provecho.

—Está bien.

Entonces se dirige hacia él con el hacha que tenía en la mano derecha y el escudo en la izquierda; se le acerca y le arroja el escudo a la vez que el caballero descarga el golpe, con tal fuerza que el hacha le entra hasta la bocla y cuando intenta recuperarla, no puede. Lanzarote le da un golpe con su hacha sujetándola con las dos manos, y hace que caiga de rodillas; mira en ese momento y ve que el otro caballero ya se había levantado y se le acerca con el hacha, cubierto de sangre como estaba, le golpea en lo alto del yelmo y hace que se tambalee, y falta poco para que lo tire al suelo.

Al verse golpeado con tanta fuerza, Lanzarote sintió vergüenza por haberse aturdido. Levanta el hacha y demuestra que está enfadado al dar el golpe al caballero, pues lo ha alcanzado de tal forma que le ha partido el yelmo hasta la ventana y no se ha detenido en su golpe hasta llegar a los hombros, de modo que lo derriba muerto al suelo y, sin esperar más, ataca al otro; éste lo estaba esperando, y se dan grandes y pesados golpes peligrosos sobre los yelmos. Pero Lanzarote golpeaba con mayor fuerza, y le partió al caballero el yelmo un palmo, haciéndole caer de rodillas. Al intentar recobrar el hacha, no lo consigue pues estaba clavada con fuerza; se retira a una parte y el caballero a otra, hasta que la logra arrancar, y lo ha hecho con tal fuerza que por poco no se ha golpeado contra una pared que había allí. Vuelven otra vez a enfrentarse; Lanzarote sujeta el hacha con las dos manos para golpear al caballero, que al verlo venir no se atreve a esperarlo más y se da a la fuga hacia una habitación. Lanzarote lo persigue tan de cerca que poco falta para que lo tire al suelo. Viendo que no podrá resistir, el caballero va hacia una ventana baja que daba a un prado y se arroja por ella; cuando Lanzarote lo ve en el suelo le grita que así no se le escapará. Se arroja también él por la ventana, mientras que el caballero huye por el prado, sin atreverse a esperarlo, hasta que llega a un río caudaloso de orillas altas y escarpadas: el caballero se mete dentro y llega a la otra orilla antes de que Lanzarote haya alcanzado el río.

Cuando ve a Lanzarote en la otra parte con el hacha, le dice:

—Señor caballero, os tendría por valiente y atrevido si atravesarais el río y vinierais a esta orilla a cambiar contra mí.

—Decidme, como leal caballero, por dónde habéis pasado tan rápidamente.

—Como leal caballero os digo que he pasado justamente por donde vos estáis.

—Nunca vi a ningún caballero que realizara alguna proeza sin pensar hacerla después que él; me arriesgaré a ir a la otra orilla, si me prometéis que me vais a esperar.

—Os lo prometo lealmente.

Al ir a saltar, la doncella lo sujeta por el faldón de la cota, lo lleva hacia ella y le dice que no entre en el agua, pues se ahogaría.

—Doncella —le responde Lanzarote—, ya que ha entrado él, ¿no sería una vergüenza que yo no pasara? La misma ventaja que tiene él en el agua pienso tenerla yo, pues en el agua me crié.

Se mete en el río completamente armado, con el hacha en la mano, y pasa a la otra orilla sin dificultad, pues todo era un encantamiento. Cuando el caballero lo ve venir por el agua, y que alcanza la orilla a salvo, se da cuenta de que es de gran valor y que ha llegado a donde ningún caballero se atrevió a llegar por la fuerza, pero a pesar de todo quiere saber qué ocurrirá después. Va a su encuentro y le golpea con el hacha, de forma que le estropea y le rompe el yelmo. Lanzarote se quedó aturdido por el golpe; el caballero, nada más golpearle, no esperó, sino que dio la vuelta y se fue tan deprisa como pudo; Lanzarote va tras él corriendo hasta que entran los dos en una gran sala.

La sala era larga y ancha, y en el centro tenía una gran tarima puesta de través; el caballero llegó hasta allí y saltó encima; cuando iba a bajar por la otra parte, que Lanzarote estaba a punto de alcanzarle, éste le golpea con el hacha en el hombro derecho, le rompe la cota y le corta la piel y la carne hasta el hueso. Temiendo morir, no se lamenta por nada, porque puede escapar; se vuelve muy deprisa y se mete en un jardín. En el jardín había plantado un pabellón muy hermoso y muy rico. El caballero entra en él seguido por Lanzarote, y ve dentro doncellas numerosas y caballeros sentados a su lado. En medio del pabellón había una cama de madera que estaba preparada con gran riqueza, y en ella dormía Morgana el Hada. El caballero va corriendo hasta la cama y por el miedo que tiene a Lanzarote se mete debajo; Lanzarote no quiere hacer lo mismo y coge la cama como si no se diera cuenta de que en ella estuviera una dama o una doncella y la arrastra con toda su fuerza, volcándola. Cuando la que dormía se sintió debajo de la cama, lanza un grito y Lanzarote se pregunta sorprendido qué ha sido eso: mira y se da cuenta de que es el grito de una mujer; se tiene por villano, vuelve a coger la cama y la coloca otra vez en su lugar, y entonces ve al caballero que sale muy deprisa; lo persigue y todos los que estaban en el pabellón corren detrás de ellos para ver lo que va a ocurrir. El caballero huye hasta que llega a la sala donde estaba el gran estrado, seguido de cerca por Lanzarote, que lo odia profundamente. Ha perdido tanta sangre que está muy debilitado y cuando pretende subir al estrado, Lanzarote lo alcanza por la espalda y lo golpea con el hacha con tanta fuerza que le corta el muslo izquierdo haciéndole caer al suelo. Pero Lanzarote no quiere dejarlo ahí, salta tras él, lo encuentra desmayado y le da con el hacha grandes golpes hasta que le hace volar la cabeza; la coge con el yelmo y la lleva al pabellón en el que Morgana estaba acostada. Entonces encuentra caballeros y doncellas en abundancia que lo contemplan admirados; entra en el pabellón con la cabeza en la mano derecha. Morgana estaba lamentándose por el golpe que había recibido en la

cama.

Lanzarote, que la oye quejarse, se da cuenta que es sobre ella sobre quien ha volcado la cama: siente gran vergüenza y apenas se atreve a mirarla, pues era uno de los caballeros del mundo que más a disgusto les causaba daño a las damas o a las doncellas. Se arrodilla delante de ella y, mostrándole la cabeza, le dice:

—Señora, os vengo a pagar el daño que ese caballero me hizo cometer, al esconderse debajo de la cama.

Cuando Morgana lo ve, siente gran miedo y lanza un grito; una doncella que era amiga del caballero muerto acude lamentándose como mujer enloquecida y, sujetando una pica en las manos, golpea con toda su fuerza a Lanzarote entre los hombros, de tal forma que le rompe la cota y le mete en la carne la punta, haciendo que salte la roja sangre, que le gotea por la espalda abajo.

Al sentir el golpe salta con rapidez y desenvaina la espada, y cuando ve que es una doncella, se sorprende y vuelve a meter la espada en su forro. La joven jura, por todo lo que puede jurar, que nadie impedirá que lo mate o que él le dé muerte a ella, «pues no desearía vivir después de la cosa a la que más he amado, a quien vos le habéis dado muerte como desleal que sois».

—Así me salve Dios, doncella, ninguna doncella de valor debería amarlo, pues era el caballero más cobarde y el más malvado de cuantos he visto, a pesar de la hermosura de su cuerpo y de lo grande que era.

Cuando la doncella lo oye siente tal dolor que poco falta para que se encolerice, le ataca y va contra él; Lanzarote la sujeta entre sus brazos y le arranca la pica de las manos.

No tardó mucho en llegar un criado allí, y ante Morgana dijo:

—Señora, os traigo noticias bastante extrañas.

—¿Cómo son? Habla de inmediato.

—Señora, los encantamientos de aquí han cesado y las cercas han sido derribadas: podéis encontrar a más de cien caballeros a la puerta que habían estado durante mucho tiempo prisioneros.

—¿Cómo, eso acaba de ocurrir? ¿Quién lo ha hecho?

—Señora, ha sido este caballero que hoy ha realizado tantos hechos de armas como nunca había llevado a cabo ningún caballero.

Después de decir esto el criado, entra el caballero que era amigo de Morgana, por quien los hechos maravillosos habían sido establecidos; al ver a Lanzarote, lo saluda diciéndole: «Señor, sed bienvenido, como la flor de los caballeros del mundo», y a continuación se deja caer a sus pies.

—Por Dios —dice Morgana—, sea malvenido como el caballero del mundo que ha hecho el mayor daño.

—Ay, señora —dice la doncella que había llegado después que Lanzarote—, ¿qué es lo

que habéis dicho? Es el mejor caballero y el más firme que ha nacido de mujer y es leal en el amor como bien se ve, y vos habéis podido apreciarlo.

—Doncella —le responde Morgana—, si es leal en amor, es para honor y alegría de su amiga; pero en otros la honra y el gozo no se debe a la amiga, que recibe daños, pues aquí dentro hay muchas doncellas hermosas y enamoradas que han estado durante tiempo con sus amigos a gusto porque éstos no podían salir de aquí. Pero en cuanto salgan cambiará mucho su relación, pues nunca más volverán a estar tan a menudo en su compañía. Este caballero ha merecido ser honrado y apreciado en todas las tierras por la gran lealtad que hay en él, pues su amiga, quienquiera que sea, se puede alabar de que es la más amada; yo no pensaba ver nunca a ningún caballero que no hubiera faltado en algo al amor. Que Dios lo tenga, tal como es ahora, para siempre.

A continuación se levanta y se dirige a Lanzarote mostrándole gran alegría y gran júbilo. En ese momento entran mi señor Yvain y los demás compañeros de la casa del rey, y gran abundancia de caballeros que habían estado presos allí durante mucho tiempo. Cuando lo vieron los que lo conocían, corren a él con los brazos extendidos para mostrarle la alegría, como al que es compañero y a quien les ha sacado de tan dolorosa prisión. Morgana hace que lo desarmen con grandes honores y cuando supo que era Lanzarote, sospechó que amaba con amor a la reina; decide que le causará a ésta alguna tristeza y piensa hacerlo de tal manera que nunca más vuelva a tener alegría si la reina lo ama tanto como él a ella, pues Morgana odiaba a la reina por encima de todas las mujeres.

Este odio surgió entre las dos tal como vais a oír. Morgana era hija del duque de Tintagel y de Igerne su mujer, que después fue reina de Bretaña y mujer de Uterpandragón; de ella nació el rey Arturo, que fue engendrado en ella mientras vivía el duque, gracias a la traición que cometió Merlín. Cuando Igerne fue al lado de Uterpandragón, que se casó con ella, se llevó a Morgana, su hija, y dejó a un criado en el ducado de Tintagel, que era hijo del duque y de otra mujer que había estado con él antes que Igerne. El duque era un caballero muy feo y Morgana se le parecía, pues era muy fea también; cuando llegó a la edad, era tan apasionada y lujuriosa que no era necesario buscar a ninguna mujer tan apasionada. El rey Arturo acababa de casarse con la reina y había en su casa un caballero, sobrino de Ginebra, llamado Guiamor de Tarmelide, que era un caballero muy hermoso y valiente. Por aquel entonces Morgana era doncella de la reina y se enamoró de Guiamor de Tarmelide con un amor tan grande que no podía apartarse de él y dejar de verlo. Un día estaban acostados juntos los dos y la reina ya había sido advertida y hacía que los vigilaran, pues quería apartar a Morgana de cualquier locura para evitar la afrenta del rey y de Guiamor, y por otra parte para esquivar cualquier daño, pues el rey la hubiera odiado si se hubiera enterado. El caso es que la reina los sorprendió juntos y Morgana no pudo ocultarse. Ginebra se dirigió a Guiamor y le dijo que se considerara muerto si el rey se enteraba y

se esforzó tanto, mediante ruegos y mediante amenazas, que él juró abandonarla; y así lo hizo con facilidad, pues no la amaba con tal amor como para no poder separarse fácilmente de ella. Cuando Morgana vio que la había dejado por culpa de la reina, lo sintió mucho, pues estaba embarazada de él, y eso le causó mayor dolor; al ver que había fracasado decidió huir en busca de Merlín por todas partes hasta encontrarlo, pues pensaba que nadie podría encontrar solución para su dolor si no era él. Lo buscó tanto que lo encontró; llevaba consigo grandes riquezas y una cabalgadura hermosísima; se juntó a Merlín, y lo amó más que a nada, y éste le enseñó todos los encantamientos y sortilegios que llegó a aprender y después permaneció con él durante mucho tiempo. El niño que tuvo con Guiamor después fue caballero muy valiente. A eso se debía el odio que tenía a la reina Ginebra y que le duró el resto de su vida.

Al ver a Lanzarote pensó que por él podría conseguir entristecerla más que por ninguna otra cosa, pues creía saber que la reina lo amaba, porque él había realizado más hazañas que ningún otro caballero por ninguna dama. Pero para que no se diera cuenta de nada de lo que había decidido, le mostró la mejor cara que pudo. Cuando Lanzarote oye que Morgana ordena que lo desarmen, dice que tiene que cabalgar y ella jura que sólo debe permanecer allí esa noche, pues desea honrarle y festejarle.

—Cuando os vayáis —añade Morgana— de este valle, quedará tan abandonado por los caballeros, que no quedará ni uno sólo para albergarse en él, y todas estas hermosas casas se hundirán en la tierra y se convertirán en nada, y el valle quedará tan destruido y desierto como antes: esta noche habrá una gran alegría por parte de los caballeros que aquí están, pues no tendrán que volver a dormir en este lugar.

Le ha dicho tanto y le ha suplicado tanto, que al final se queda; le muestran gran alegría y le hacen gran fiesta, y Morgana cuanto más lo mira, más lo aprecia; él no quería quedarse al principio, hasta que ella le hubiera prometido que todos los caballeros saldrían de allí cuando quisieran, y ella le aseguró aún más, que cada uno de ellos podría irse con su caballo y con las mismas armas con que llegó allí dentro. Fue grande el júbilo que hubo aquella noche, que hicieron los caballeros en espera del día siguiente, y no es necesario hablar de la riqueza de la comida, pues fue como hubiera sido en la ciudad más rica del mundo. Llegado el momento de ir a dormir, las camas fueron dispuestas y acostaron a Lanzarote con gran riqueza, y a mi señor Yvaín y al duque a su lado, y a los otros tres compañeros de la casa del rey. Morgana fue entonces a preguntarle a Lanzarote que por qué se había puesto en marcha con los otros dos. Cuando oyó las noticias de mi señor Galván, lo sintió mucho y le dijo a Lanzarote: «Si el caballero que tiene a mi señor Galván prisionero os tuviera a vos y os conociera tanto como yo, tendríais mal alojamiento en su casa, pues bien os lo habéis merecido». Él le responde que quizás ocurra así en breve, si vive tanto como para llegar hasta allí.

—Pero cómo —añade Lanzarote—, ¿caso he merecido que me dé muerte, si llega a apresarme?

—Así es —contesta Morgana—, pues le habéis matado hoy a su sobrino, cuya cabeza me habéis traído.

—Dios, ahora estoy más contento que antes, pues mi señor Galván ha sido vengado un poco. Ojalá estuviera ahora con él en un lugar en el que no tuviera que preocuparme nada más que de él.

Morgana se echa a reír. Luego, se marcha y hace como que va a acostarse, pero se dispone a realizar lo que ha empezado a hacer; cuando lo tenía todo dispuesto, se acuesta. Cuando piensa que Lanzarote ya se había dormido se acerca a él y le pone un anillo en uno de los dedos de la mano derecha; este anillo tenía la virtud de que si se ponía a un hombre dormido en la mano, seguiría durmiendo mientras lo tuviera puesto. Después de hacer esto, se acostó y al cabo de un rato volvió a levantarse y fue a donde estaba Lanzarote acostado e hizo que cuatro de sus servidores lo pusieran en una alfombra y se lo llevaran al prado, allí lo colocaron en una litera sobre dos caballos muy rápidos y fuertes que se lo llevan muy deprisa; Morgana va con él y sus amigos también. De tal forma lo llevan lejos, a un bosque en el que Morgana tenía un albergue muy rico y una casa hermosísima. Cuando amaneció, lo bajaron a una profunda cárcel y lo dejan allí de tal forma.

Pero ahora la historia no habla más de Lanzarote ni de Morgana, sino que vuelve a mi señor Yvain y a los demás caballeros que todavía se encuentran en el valle.

XCVI

Al amanecer, todos los caballeros se encontraron al raso en medio de un prado. Cuando mi señor Yvaín y el duque no vieron a Lanzarote, se sorprendieron; y tan pronto como se dieron cuenta de que Morgana se había ido en secreto, supieron que se había llevado a Lanzarote. Entonces fue grande el duelo y las lamentaciones, y si habían tenido una gran alegría por la liberación, se convirtió en dolor por Lanzarote, al que piensan que han perdido sin lugar a dudas. Por encima del dolor de todos fue mayor el de mi señor Yvaín y el del duque de Clarence, quienes decían que ya habían fracasado en poner en libertad a mi señor Galván, pues han perdido al que era capaz de llevar a cabo todas las salvaciones. Se disponían a montar y encontraron dispuestas sus armas y sus caballos: se armaron y cabalgaron. Mi señor Yvaín le dice entonces al duque:

—Señor, sois vos el mejor caballero, el más valiente y el más alto de todos nosotros: aconsejadnos qué podemos hacer en un asunto tan importante como éste que hemos emprendido.

—Ciertamente, hemos perdido al mejor hombre del mundo y no podemos recuperarlo porque no sabemos dónde está, pues si lo supiéramos, sólo faltaría o perderlo o recobrarlo, y por él podríamos llegar a mi señor Galván, si es que alguien debía llevarnos hasta allí. Pero ahora que nos falta Lanzarote, yo aconsejaría, si os parece bien, que regresemos al lugar del que vinimos. Si estos caballeros a los que ha puesto en libertad quieren venir, harán un gran honor, pues yo desearía que hubiéramos realizado algo antes de que el rey llegara al lugar al que nosotros vamos, porque estoy seguro de que irá, en cuanto lo sepa, con tanta gente como pueda llevar.

Todos aceptan el consejo que ha dado el duque y se afligen por mi señor Galván, dispuestos a rescatarlo cuando puedan o a morir por ayudar a poner en libertad a quien les libró de tan mala prisión. Luego, se van todos juntos; son doscientos cincuenta y tres caballeros en total. Quehedins el Bello dice que esa noche la pasarán en uno de los castillos más hermosos del mundo, «y sabed que llevaremos allí las noticias más importantes y más alegres de cuantas han entrado, llegaremos pronto y a una hora muy buena». A continuación llama a un escudero suyo, y le dice:

—Ve inmediatamente al castillo de mi señor tío, en Roevent, y dile que lo saludo y que voy a él con mi señor Yvaín, el hijo del rey Urián, el duque de Clarence y todos los caballeros que estaban en el Valle de los Falsos Enamorados, y ya sabe cuántos pueden ser: dile que muestre buena cara y que prepare una fiesta tan grande como debe, pues nunca he tenido huéspedes que le llevaran tan buenas noticias.

El escudero se marcha tan deprisa como puede y cabalga hasta llegar al castillo de Roevent, donde encuentra al tío de Quehedins sentado sobre una alfombra, jugando al ajedrez con una dama de extraordinaria belleza, que estaba sentada frente a él. Al ver al

criado, que pensaba que todavía estuviera con Quehedins en el Valle, se queda extrañado y se levanta ante él antes de que diga nada; le echa los dos brazos al cuello y le besa en la boca con gran dulzura y, luego, le pregunta qué noticias trae de su sobrino y del Valle Doloroso que en mala hora fue fundado.

—Señor —le responde—, os traigo noticias buenas y hermosas, porque vuestro sobrino está sano y salvo y os hace saber que se alojará con vos esta misma noche.

Cuando el señor lo oye siente tal alegría que no puede hablar en un buen rato; luego dice: «Ay, señor Dios, ¿cómo ha sido eso!». El criado le cuenta todo, cómo había visto que Lanzarote había conseguido pasar todos los peligros gracias a su proeza y después le cuenta cómo lo habían perdido por la traición de Morgana: el señor, que lo escucha, siente una gran pena porque se ha perdido un hombre tan valiente. Luego, el criado le cuenta que el Valle ha quedado libre y que todos los caballeros que estaban prisioneros en él llegarán por la noche a su casa.

Al oírlo, el señor tiene tal alegría que canta y salta, y por la cara que pone da la sensación de que nunca tuvo una alegría mayor. Pero la dama que estaba con él no tuvo tanto gozo, sino que se muestra angustiada en cuanto lo oye, pues se desmaya sobre la alfombra y permanece así, tanto que pensaron que había muerto. El señor mismo corre a levantar a la dama, y cuando ésta vuelve en sí dice antes que nada:

—Ay, Lanzarote del Lago, jamás te deje Dios salir de la prisión en la que estás y si sales, que tu cuerpo muera por malas armas en la primera ocasión en que te encuentres. Me has sacado de la gran alegría, me has metido para siempre en el sufrimiento y en el miedo de perder algo que yo pensaba que sólo me quitaría la muerte.

Durante largo rato se lamentó la dama de tal forma, llamándose desgraciada con frecuencia; el señor siente gran compasión y la consuela lo mejor que puede, diciéndole que esté tan tranquila como si el Valle de los Enamorados no hubiera quedado vacío. Pero de nada sirve; tanto se ha lamentado y dolido, que se siente cansada y fatigada, tiene los ojos rojos e hinchados de llorar y la voz ronca y quebrada por lo mucho que ha gritado; y la noche se acerca.

Llegaron entonces los caballeros que Quehedins traía; salen a su encuentro todas las gentes del castillo, que ya conocían la noticia de que el Valle de los Falsos Enamorados había quedado vacío, y estaban tan contentos que iban cantando y bailando hacia los caballeros. El señor sale a la puerta de su recinto, pues no se atreve a poner el pie fuera; les muestra la mayor alegría que puede al duque de Clarence primero y a mi señor Yvaín después, y luego a todos los demás. Las casas eran hermosas y grandes y habían llenado el suelo con hierba verde y fresca; desmontan los caballeros y los caballos son llevados a los establos, pues hubo muchos que se ocuparon de ello. Después de desarmarlos, cada cual se sienta donde mejor le gusta, pues había abundancia de casas y habitaciones. La dama está tan triste que no los puede ver, se ha

encerrado en una habitación. Al no verla, Quehedins pregunta por ella y su mismo tío le dice dónde está y le cuenta el gran dolor que ha padecido durante todo el día. Quehedins desea estar con ella, pues la amaba mucho, y lleva consigo al duque y a mi señor Yvaín, y otros que también van con él; la encuentran como muerta. El señor del castillo le dice:

—Señora, aquí está Quehedins, mi sobrino, que viene a veros para alegraros, porque Dios lo ha sacado de la prisión dolorosa en la que se encontraba.

La dama se incorpora, se sienta y dice como mujer triste:

—Ciertamente, señor, si está fuera, me alegra, pero también lo siento.

—¿Lo sentís, señora? —le pregunta Quehedins— En verdad no pensaba que os pudiera pesar mi bienestar, pues nunca merecí tal cosa.

—Vuestro bien no me pesa, pero es mi daño, pues nunca jamás volveré a estar contenta, y nunca había estado tan feliz como cuando vine por primera vez a este castillo.

—Señora, el daño de una sola dama no vale tanto como el daño de doscientos cincuenta y tres caballeros que estaban perdidos.

—No tendría gran dolor por esos caballeros, pues se lo habían merecido con sus locuras, ya que habían sido condenados en el Valle por su propia maldad, y a los desleales no les debe socorrer ninguna persona leal.

De esta forma se debate y discute la dama con Quehedins, y éste se ríe con los demás; le han suplicado tanto que finalmente se levanta y sale con ellos, mostrando cara tan alegre como puede, pues se da cuenta de que no puede ganar nada con su dolor. Es grande la alegría que todos tienen, menos la dama.

La comida fue buena, agradable y estuvo dispuesta a tiempo; comieron todo con gusto. Después de cenar le preguntó el caballero al duque y a mi señor Yvaín cómo fueron apresados en el Valle de los Falsos Enamorados, cómo se libraron y a dónde iban. Les preguntó todas estas cosas con gran discreción, como quien bien lo sabía hacer; el duque, a quien mi señor Yvaín dejó hablar, le contó todo: cómo iban tras mi señor Galván y que ignoraban cuál era la costumbre del Valle. Cuando el señor oye la gran pérdida de mi señor Galván, suspira tan profundamente que las lágrimas le llegan a los ojos, a la vez que lo siente por Lanzarote: nunca lo había visto, pero había oído hablar tanto de sus grandes hazañas, que era el caballero del mundo al que más deseaba conocer.

Mientras que hablaban así, la aventura llevó allí al criado que había dejado al duque en la capilla junto al Valle, y a la doncella que había llevado a mi señor Yvaín y a Lanzarote al mismo Valle. Al verlos, fueron a ellos mostrándoles gran alegría, pues pensaban que ya los habían perdido, y luego les preguntan si tienen alguna noticia de Lanzarote, a lo que el escudero les contesta que no sabe nada que pueda agradales.

—Señor —dice la doncella a mi señor Yvaín—, Morgana hizo que se lo llevaran

anoche a traición, cuando yo estaba durmiendo en la misma habitación que una de sus doncellas; tan pronto como me di cuenta salí tras ellos y tuve la suerte de que encontré dispuesto mi palafrén, monté rápidamente y corrí hasta bien entrado el día. Entonces me descubrió Morgana y vio que yo mostraba un gran dolor; sé que sintió gran compasión, se acercó a mí y me dijo a la oreja con dulzura: «Mi dulce amiga, ¿sois algo de este caballero?, decídmelo por la fe que me debéis». Yo le contesté: «En absoluto, pero lo llevé al Valle por las hazañas que le había visto realizar, y me pesa verle padecer daños o afrentas». Entonces le conté lo que yo y vos le habíamos visto hacer en Escalón el Tenebroso; y cuando lo oyó comenzó a persignarse, diciéndome: «Así me ayude Dios, doncella, bien podéis decir que no hay mejor caballero que él; os aseguro que llevará a cabo el asunto de mi señor Galván. No temáis por él, pues os prometo lealmente que no sufrirá daño, como si fuera mi propio cuerpo. Volved con sus compañeros, que están muy a disgusto y decidles que está sano y salvo, pues lo verán mañana por la tarde delante de la Dolorosa Torre». Yo le dije que tenía tal miedo que no podía creerla, a lo que ella se echó a reír y tendiéndome la mano me prometió como leal cristiana, que sería tal como ella había dicho. Luego, me abrazó con dulzura y me rogó que volviera, y así lo hice; no hace mucho me encontré con este criado y hemos venido los dos siguiendo vuestras huellas.

Con estas noticias se pusieron muy contentos todos y dieron de comer a la doncella y al escudero. El duque vuelve a tomar la palabra y dirigiéndose al señor del castillo, le dice:

—Buen señor, decidnos una cosa que deseamos saber.

—¿Qué es?

—Explicadnos a qué se debe el dolor que esta dama ha sufrido por la liberación del Valle.

—Con mucho gusto, no os mentiré en nada. Gracias a Dios yo pertencí a la casa del rey Arturo cerca de diez años, y fue compañero de la Mesa Redonda y sigo siendo y seré de la misma, si Dios quiere, el resto de mi vida; os conozco muy bien y a mi señor Yvaín que está aquí, al que le debo grandes recompensas, pues una vez fue herido por mí en el muslo izquierdo de un lanzazo.

Cuando mi señor Yvaín lo oye, se da cuenta de que es Keu de Etraus, lo dice y reconoce que así es.

—Ciertamente —añade mi señor Yvaín—, estoy muy contento porque nos hemos encontrado, y es verdad que tuvimos gran miedo cuando fui herido por la lanza; ¿sabéis dónde fue?

—Sí —contesta Keu—, bien lo sé: fue en casa de la Orgullosa Doncella que quería dar muerte a todos los que rehusaran acostarse con ella y hacía matar a quienes con ella dormían. Sin embargo, vos os acostasteis con ella y no recibisteis la muerte, aunque tuvisteis gran miedo; os he recordado desde entonces muchas veces por el favor que me

hicisteis al arriesgaros a morir con tal de salvar a vuestros compañeros.

—Dejémoslo estar, pues es cosa pasada; contadnos por qué esta dama ha hecho tan gran duelo.

—Hace más de siete años —contesta Keu— que no he pasado esa puerta, pues amaba a esta dama sobre todas las cosas del mundo, desde antes de ir a casa de mi señor el rey; le había suplicado siempre y requerido de amor, pero en vano, hasta que finalmente me hizo saber que en modo alguno sería mía si no le prometía un don que debía realizar en el momento en que me pidiera que lo realizara. No pude rechazárselo, ni negarle nada de lo que ella deseara, pues la amaba demasiado, y así se lo prometí lealmente, pues no sabía qué estaba pensando. Después de acostarme con ella, esperó el momento en que fuera más mía de lo que nunca había sido, y eso que siempre me había dominado: entonces me conjuró, por la fe que le debía, que le jurara cumplir las condiciones que me había puesto, y yo así cumplí su voluntad. Me pidió por el juramento que le había hecho, que no pasara nunca la puerta hasta el momento en que fuera vaciado el Valle de los Falsos Enamorados, pues deseaba tenerme en su prisión del mismo modo en que yo la había encerrado en la mía. No pude abandonarla, ya que se lo había jurado, y siempre he temido cometer deslealtad, bien lo sabe Dios, más que morir; la promesa me ha causado dificultades y me ha resultado pesada, por haber tenido que permanecer aquí dentro y aún me hubiera pesado más si no la hubiera querido: pero los pesos son más ligeros cuando se soportan gustosos. De esta manera he permanecido siete años enteros aquí, y tanto como hay desde el comienzo de la Cuaresma hasta hoy; esta dama muestra su pesar, tal como habéis visto, porque ahora he de irme, pues teme perder mi amor, porque ya no tendrá mi compañía tan frecuentemente como antes. Pero estoy muy contento de que Dios os haya traído por aquí, pues no iréis a rescatar a mi señor Galván sin mí, y tengo que ir por lo mucho que lo quiero a él y por Lanzarote, que me ha liberado igual que a todos vosotros. Iré con las mayores fuerzas que pueda reunir, tengo abundantes riquezas y viandas que nos llegarán de aquí y de mi castillo de Etraus y de toda mi tierra que es muy grande.

Al oírlo todos, se alegran mucho y le dan las gracias. Keu ordena que le lleven alimentos de toda su tierra y convoca a los caballeros de los alrededores que eran vasallos suyos: el día siguiente antes de la hora de nona había más de cien dispuestos a entrar en combate. Después de comer se marcharon el día siguiente con todas las gentes y abandonaron Roevent; el escudero que había llegado con el duque y la doncella que la noche anterior había llevado noticias de Lanzarote van con ellos; atraviesan la tierra de Keu de Etraus, seguidos por gran abundancia de alimentos de Etraus, que era el lugar más importante de toda la tierra de Keu y de todas sus ciudades, que tenía muchas. De este modo cabalgan tranquilamente y a gusto, conducidos por aquéllos, que les dicen que el día siguiente llegarán ante la Dolorosa Torre.

Pero a continuación la historia deja de hablar un poco de ellos, de su camino, y vuelve a hablar de Lanzarote al que se ha llevado Morgana.

XCVII

Cuando Morgana y su compañía llevaron a Lanzarote al bosque, tal como la historia ya ha contado más arriba, hizo que lo sacaran de la litera dormido como estaba y que lo bajaran a un lugar profundo y negro, que había sido tallado muy bien para servir de cárcel enojosa. Descendieron a Lanzarote allí, y le ataron las manos y los pies mientras dormía; luego, le quitaron el anillo que Morgana le había puesto en el dedo para mantenerlo dormido. Al punto se despertó y se vio en aquel lugar negro y odioso, y se quedó sorprendido. Empieza a lamentarse entonces con amargura por mi señor Galván, por mi señor Yvaín y por el duque, pues le parecía que todo lo que había hecho en el Valle de los Falsos Enamorados no era más que sueño; piensa que mi señor Yvaín y el duque han sido traicionados como él, y los llama a menudo, se lamenta y mira a su alrededor, pero no ve ni oye a nadie que pueda responderle una sola palabra: admirado se pregunta cómo le ha podido ocurrir aquello.

Al cabo de un buen rato, Morgana fue a él, llamándolo por su nombre, y le dijo:

—Lanzarote, ahora os tengo prisionero, tendréis que cumplir una parte de mis deseos.

Al reconocerla, Lanzarote le contesta:

—Ay, señora, ¿cuándo merecí que me hicierais prisionero?

—No os tengo en prisión por nada malo que me hayáis hecho, sino porque esa es mi voluntad ahora.

—Señora, ¿qué habéis hecho con mis compañeros?

—Vuestros compañeros —le contesta dispuesta a angustiarse más—, están sanos y salvos y me han prometido tantas cosas que los he dejado marchar; si vos queréis pagar el rescate, también os dejaré ir, pues mientras estéis en mi prisión posiblemente otro gane honores y vos los perdáis.

—Señora —le responde al oírla muy angustiado—, no me matéis, pues tened por seguro que si mi señor Galván fuera socorrido sin mí por alguien de la casa del rey Arturo y yo no estuviera presente, lo mismo me daría estar muerto. Si en el mundo hay algo con lo que pueda pagar mi rescate, lo pagaría con mucho gusto.

—Habéis tenido suerte, pues no os voy a pedir nada que no podáis conseguir.

—Decídmelo y lo tendréis, pues si no me tuvierais ahora prisionero, no hay en el mundo cosa por cara que sea, que siendo mía, si vos me la pidierais, no la recibirais sin resistencia alguna.

—Os pido que me prometáis decir la verdad en lo que os voy a preguntar.

—Así lo haré con gusto.

Le tiende la mano y entonces se da cuenta y la retira, añadiendo que no le dirá nada que vaya en contra de su honor, pues siendo así preferiría morir en la prisión.

—Os diré —dice Morgana— qué quiero que me prometáis: tenéis que decirme a quién queréis con amor, y os contaré lo que la Dama de Malohaut me ha contado de vos.

—Señora, señora —le contesta—, nunca quise tanto a nadie como para decirle, antes de que lo supiera por ningún otro, a quién amo con amor. Si yo amara, no sería yo quien os lo diría.

—Ciertamente, lo sabré por vuestra propia lengua.

—Así me ayude Dios, no ocurrirá tal cosa.

Morgana le responde que tendrá que decírselo. Lanzarote, al oírlo, se entristece y se le encoleriza el corazón, le enrojece el rostro y contesta:

—En verdad, señora, antes de que lo sepáis, habrán pasado todos los días de vuestra vida.

Morgana se da cuenta de que está enfadado cuando lo oye, se echa a reír y le dice que no saldrá nunca de la prisión, a lo que él le contesta que no saldrá.

—Así me ayude Dios —dice Morgana—, os dejaré ir con más facilidad si me prometéis que regresaréis a mi prisión tan pronto como hayáis llevado a término el asunto de mi señor Galván; dejadme en prenda ese anillo que lleváis en el dedo.

—Señora, os puedo asegurar tanto como queráis que regresaré, mediante promesa o con juramento, pero el anillo no lo tendrá nadie que no tenga mi corazón, con él irá mi vida.

Morgana pensó entonces que la reina se lo había dado, y siente mucho no haberlo visto bien para saber si lo conocía, y sin lugar a dudas lo hubiera reconocido de haberlo examinado, pues la reina se lo dio el día que le dio su amor: era un anillo pequeño con una piedra plana brillante que tenía la virtud de acabar con los encantamientos del que la llevaba, en cuanto la contemplaba.

Al ver que no quiere quitarse el anillo, le dice Morgana que no desea que mi señor Galván deje de ser puesto en libertad por su culpa, «os dejaré ir, pero me prometeréis como leal caballero que vais a volver a mi prisión tan pronto como mi señor Galván sea puesto en libertad por vos o por otro; no daréis a conocer a nadie a qué lugar os dirigís, pero apenas veáis a mi mensajero, vendréis y volveréis a entrar en una prisión como la que ahora tenéis».

Lanzarote se lo promete a Morgana tal como ella le pide; entonces, lo deja en libertad y le obliga a comer, porque él no quería hacerlo, ya que le tardaba reemprender el asunto. Después de comer, le había preparado el caballo y le trajeron las armas. Morgana le dice:

—Buen señor, si os atrevierais a acompañar a una de mis doncellas, os la entregaría para que os condujera hasta la Dolorosa Torre, pues os será muy necesaria para no perder el día en los caminos; si os atrevéis, procurad no llevarla al galope.

Al oír que Morgana le habla de atreverse, siente gran vergüenza y le contesta que se

atrevería a llevarla incluso a la casa del rey Arturo, aun cuando la odiaran de muerte allí.

—Entonces —le responde Morgana— os entregaré a ésta.

Y hace que se acerque una de sus doncellas, la más hermosa de las que tenía. Antes de montar, habla un poco en secreto con ella y luego hace que monte, diciéndole a Lanzarote que tan pronto como esta doncella se lo ordene, debe regresar a cumplir su promesa, y Lanzarote así se lo asegura.

Lanzarote y la doncella se marchan y cabalgan siguiendo el camino que ella indica, pues muchas veces lo había utilizado; la joven intenta hablarle de muchas cosas, tal como su señora le había enseñado; se esfuerza en servirle y en agradecerle todo lo que puede, le dice hermosas palabras, ríe y bromea y juega mientras cabalgan. Hace todo lo que ella piensa para excitarlo, se descubre frecuentemente para mostrar el rostro y la cabeza, que era de gran hermosura, y canta *lais bretones* y otras canciones agradables y amenas: tenía la voz alta y clara y la lengua diestra en bretón, en francés y en otras lenguas. Cuando ve un lugar agradable se lo señala y le dice:

—Mirad, señor caballero, ¿no sería afrentado quien pasara por un lugar semejante con una hermosa dama o con una doncella sin detenerse?

Así la doncella intenta todo lo que puede, pero su esfuerzo es vano, pues Lanzarote no tiene ni intención ni voluntad de hacer nada de lo que ella dice, antes bien, le molesta tanto que ni siquiera la puede mirar. Cuando ya lo ha molestado y no puede callar por más tiempo, le dice:

—Doncella, ¿estáis segura de lo que decís?

Ella le contesta que así es, ciertamente.

—Que Dios me salve —responde Lanzarote—, no sabía que una doncella pudiera hablar de tal forma, pues ella misma se escarnece al decir ante un caballero al que no conoce cosas que ningún caballero se atrevería a decir por vergüenza.

—Señor caballero, a veces ocurre a algún caballero hermoso y prudente que se enamora de una bella doncella cuando están a solas; si el caballero no la requiere, porque teme o porque tiene su pensamiento en otra, la dama debe aconsejarle y rogarle en todo lo que desee si puede hacerlo. Y si él se niega, entonces es él el que queda deshonrado en la tierra y pierde todo derecho en cualquier corte. Ya que sois buen caballero y yo soy hermosa doncella, os requiero y os pido que os acostéis conmigo ahora: mirad un lugar hermoso, agradable y placentero; si no lo hacéis, no seguiré con vos, y en cualquier corte en que os encuentre, os acusaré de cobardía, de forma que seréis deshonrado por todas partes.

—Doncella, podréis seguirme tanto como deseáis; y cuando queráis os volveréis, pero en cualquier caso no conseguiréis de mí lo que me habéis pedido. Estoy seguro de que no lo decís convencida, pues ninguna doncella requirió de amor a caballero alguno, sino que lo decís por probarme. Vuestra señora os ha puesto en mi compañía y

yo os acompañaré. Si queréis seguir conmigo, decídmelo ahora; y si debéis volveros, volvedos.

Al oír que de nada le vale todo lo que hace, le contesta que no lo dejará, sino que irá con él para cumplir las órdenes de su señora. De este modo cabalgan los dos y la doncella sonrío bajo la toca, porque él se resiste con tanta fuerza. Al cabo de un rato de cabalgar de tal forma, la doncella vuelve a dirigirle la palabra en el mismo sentido que antes y él le pregunta que si está dispuesta a deshonorarse a sabiendas.

—Es costumbre —contesta la doncella— por todo el reino de Logres, que ningún caballero debe dejar de hacer lo que una dama o una doncella le pidan, si puede ayudarlas.

—Es cierto, y es justo que los caballeros las socorran en todo lo que puedan socorrerlas; y si tienen poder para ello, ¿no deben evitar la deshonra?

—Sí —contesta la doncella—, sin lugar a dudas.

—Entonces no seré deshonrado por nada de lo que me requerís, mientras no lo haga.

—¿Por qué?

—Porque no puedo, ni quiero hacerlo.

—Señor caballero, la vergüenza es mayor, reconocedlo, si os declaráis vencido por una doncella.

—Doncella —le contesta Lanzarote al oírla, mirándola airado— soy más tolerante con vos que vos conmigo, pues me decís eso para enfadarme, mientras que yo no os digo nada que deba enojaros. ¿Sabéis qué haremos? Yo partiré dos divisas, tomad la que preferáis: o venís conmigo y no volveréis a hablarme más de tal locura, o regresaréis y os considero libre de vuestra obligación de llevarme a la Dolorosa Torre.

—Yo no os considero libre —le contesta la doncella—, sino que os llevaré si lo deseáis; si no lo deseáis, decídmelo: entonces regresaré con mi señora y le diré cómo no he podido realizar lo que me pidió, porque no os atrevisteis a que fuera en vuestra compañía.

Lanzarote se da cuenta de que si se negaba a su compañía sería criticado; por otra parte las palabras de la doncella le molestan tanto que le resultan desagradables de escuchar. Pero su corazón, que es tan puro que no puede más, y el gran valor que hay en él lo mantienen limpio de maldad y villanía, de forma que en poco tiene las penas y las molestias; teme más la crítica de la doncella, si se negara a su compañía, que la molestia de sus palabras, por más pesadas que le resulten: le dice que no le negará la compañía, «y si os mostráis villana, yo seré con vos cortés».

Siguen los dos y cabalgan hasta el atardecer, sin que el uno le hablara al otro nada si no era para preguntarle por el camino. Cuando ya había atardecido, la doncella le dirige la palabra, diciéndole:

—Señor caballero, ya es hora de que busquemos alojamiento, y vos no me habláis

nada en absoluto.

—Doncella —le contesta—, no soy yo el que debe pedir os alojamiento, pues sois vos quien debéis pensar en llevarme a donde voy y de proporcionarme todo lo que necesito, que para eso vuestra señora me os entregó, y yo os debo proteger frente a todos los hombres.

—Realmente, ahora veremos cómo es vuestra protección, pues pienso daros alojamiento agradable esta noche, en un lugar en el que un rey se tendría por bien pagado, si es que daba con él.

Hablando así cabalgan hasta que anochece. Entonces, entran en una landa muy grande y hermosa; la luna ya había salido y brillaba con claridad. Tras cabalgar un buen rato de noche, vieron al rayo de luna un pabellón muy hermoso y muy rico; se acercan hasta que pueden ver la calidad de la obra y Lanzarote se da cuenta de que es el pabellón en el que Morgana estaba alojada en el Valle de los Falsos Enamorados cuando él iba persiguiendo al caballero que se escondió debajo de la cama; se lo dice a la doncella que lo guía, pero ésta no muestra haberlo reconocido, sino que continúa cabalgando hasta que llega delante de él. Salen entonces siete criados que le ayudan a descabalar y ella les ordena que la dejen estar, «pero ocupaos de ese caballero y procurad que sea honrado y bien servido».

Apenas lo ha ordenado, nadie le discute ni se retrasa, todos corren a Lanzarote, lo desmontan y desarman su cuerpo con cuidado, poniéndolo sobre una alfombra rica y hermosa en medio del pabellón; nada más desarmarlo, dispusieron la comida abundante y agradable. Mientras hablaban de esto y de otras cosas, llega un mensajero y se dirigen con él al pabellón. Lanzarote mira dentro y ve una de las camas más hermosas que había visto en su vida, pues no faltaba ninguna de las riquezas que puede haber en colcha, sábana y cobertor; en la cabecera, por arriba, había dos almohadas para adornar más la cama, cuyas fundas eran de una tela de seda muy ricamente bordada. En los cantos había abundantes piedras preciosas llenas de virtudes y en cada uno de los extremos de las almohadas había un gran broche de oro, lleno de bálsamo, que daba un olor tan grande y dulce que no podía existir otro mejor. Las almohadas eran hermosas y de gran riqueza; sobre estas dos había otras dos con fundas de seda blanca, hechas para estar encima. Tal era la riqueza de la cama. Por otra parte, cerca de donde estaba Lanzarote, había otra cama baja, pequeña y muy pobre en comparación con la que había en el centro. La doncella hace que Lanzarote se desnude y que se acueste en la cama rica.

—Doncella, ¿dónde os acostaréis vos?

—No os preocupéis por eso, pero haced lo que yo os diga, porque tengo sitio para acostarme.

Lanzarote se acuesta siguiendo la orden de la doncella, aunque bien parece que se preocupa por ella, pues no se quita ni las calzas ni la camisa, sino que se acuesta como

hombre que tiene alguna preocupación. Cuando la doncella ha hecho que se acuesten todos los criados en las tiendas que había alrededor, regresa al pabellón en el que Lanzarote estaba acostado, y en el que se veía muy claro, porque delante de la cama había dos grandes cirios encendidos. La doncella toma los cirios, los retira de encima de la caja en la que estaban, los aleja y los pone en un lugar bajo, para que la claridad no llegue hasta donde Lanzarote estaba acostado. Éste mira todo lo que está haciendo la doncella, como quien está más pendiente de pensar que de dormir, y ve que se quita los vestidos, menos la camisa; luego, va al lado de Lanzarote, levanta las sábanas de la cama y se mete en ella. Al notarla a su lado, Lanzarote siente gran vergüenza y le dice:

—Doncella, verdaderamente habéis perdido toda vergüenza, pues nunca oí hablar de dama o de doncella que quisiera tomar por la fuerza a un caballero.

Y entonces Lanzarote salta de la cama.

—Ay, malvado cobarde, mal haya si alguna vez fuisteis leal caballero, maldita sea la hora en que os alabasteis de ir a rescatar a mi señor Galván, pues habéis abandonado la cama por una sola doncella. Y no soy menos bella que vos ni menos valiosa, pero no soy tan desleal como vos.

—Doncella, decid lo que queráis, pero no se levantaría hoy un caballero tan bueno como para que no me defendiera de él si me llamara desleal.

—Ahora veremos cómo os defendéis, pues os lo voy a demostrar.

La doncella entonces intenta cogerle por la nariz, pero falla y la mano le cae al cuello de la camisa rasgándosela entera hasta abajo. Al verlo, Lanzarote siente gran vergüenza; la sujeta por los brazos y sentándola en el suelo lo mejor que puede, le dice que no le permitirá que se levante hasta que le haya prometido que no se acostará en la cama en la que él esté, ni le pedirá nada que vaya contra su propia persona.

—Os prometeré —le contesta la doncella— una cosa que os voy a decir.

—Decidme, ¿qué es?

—No os diré nada si no es al oído, pues no sé quién puede estar escuchándonos y si vos me rechazais y se oyera, la vergüenza sería mayor.

Lanzarote se baja, y pone su oreja derecha delante de la boca de la doncella, que empieza a suspirar diciendo muy bajo:

—Ay, Dios, ¿cómo lo diré?

A continuación, se extiende con tanta fuerza que Lanzarote pensó que se había desmayado, se le acerca a contemplarla y en este momento ella adelanta la boca y lo besa, con tan gran pesar por parte de Lanzarote que poco falta para que pierda el sentido de rabia. La deja y se va al centro del pabellón, donde empieza a escupir de despecho por la doncella que lo ha besado. Ella va hacia él, que cuando ve que no va a poder resistirla, corre a su espada que estaba colgada en el mástil del pabellón la desenvaina y jura que la golpeará si vuelve a tocarlo. La doncella está segura de que no lo hará por nada, y le contesta que lo va a ver; cuando Lanzarote ve que a pesar de todo

quiere cogerlo, no se atreve a esperarla, tira la espada y sale corriendo, y ella detrás, hasta que se van fuera del pabellón. Al ver la doncella que Lanzarote no la espera, empieza a gritarle:

—Regresad, señor caballero, como cobarde y desleal que sois, que ya no debéis guardaros de mí, ni yo os perseguiré ya más.

—Como desleal —le contesta— no regresaré.

—No podéis volver más que como desleal, pues habéis sido desleal al faltarme y al dejar vuestra cama por mí, y cualquier caballero que le falta a una dama en lo que ésta le pida, debe ser deshonorado.

—¿Cómo, doncella, es lealtad hacer todo lo que quiere una doncella?

—Sí —le contesta ella.

—Ay Dios, no me des tal lealtad, porque sería muy perjudicado.

—¿Por qué? ¿Acaso no soy bastante hermosa a vuestro parecer?

Le contesta que para él no podía ser nunca suficientemente hermosa, «pues ningún leal enamorado podría faltar a la cosa del mundo que más amara, ni lo haría de corazón».

—Os dejaré estar, si me decís la verdad en una cosa que os voy a preguntar.

—Puede ser una cosa a la que os conteste, pero también podría ser algo por lo que perdería la vida antes de responderos.

—Os dejaré si me decís a quién amáis con amor, y si no es así, no os podréis ir sin haber hecho mi voluntad u os afrentaré en la corte más alta del mundo.

Cuando Lanzarote oye estas palabras, siente tal preocupación que no sabe qué contestar, pues difícilmente podrá decir que ama o que es amado; pero siente tanto miedo de los ataques de la doncella, que le molesta confesar que está dispuesto a decirlo todo para escapar de esta prisión.

—Doncella —le dice—, os diré como leal caballero que soy amado por una amiga tan leal, que temo faltarle a ella más que temería cualquier peligro de muerte, de vergüenza o cualquier deslealtad.

Cuando la doncella lo oye, se echa a reír y le contesta que ya ha visto bastante, «y a partir de ahora no os preocupéis, pues así me ayude Dios, no volveré a hacer nada por lo que vuestro corazón se sienta a disgusto, a no ser que me obligue a ello algún otro. Venid ahora y acostaos como el enamorado más leal y el mejor caballero del mundo, y sabed que todas las molestias que os he causado eran para probar vuestro corazón, pues así me lo habían ordenado; he hecho tanto que me ha resultado agradable y que me pesa ahora: me ha resultado agradable por la gran lealtad que he encontrado en vos; me pesa porque temo mucho que me odiéis. Os pido perdón por Dios». A continuación se echa a los pies de Lanzarote, que la levanta; vuelven ambos al pabellón y Lanzarote se acuesta en su cama, mientras que la doncella va a la suya y duermen de este modo hasta que llega el día.

Se levantan por la mañana y la doncella hace que carguen el pabellón y todos los demás arneses, y les indica a los escuderos en qué lugar se alojarán, como quien bien conoce todo el país. Le dice a Lanzarote que debe oír misa, porque en una semana tan importante no debe dejar ningún caballero de oír la misa si puede. Éste le contesta que le agrada mucho; la doncella le lleva a una ermita que no estaba demasiado lejos de allí y hace que canten la misa del Espíritu Santo. Después, come la misma comida que tenía el ermitaño y, luego, se marchan, cabalgando durante todo el día hasta la hora de nona, en que entran en una landa muy hermosa, ancha y agradable al corazón de cualquiera, si hubiera estado verde y florida como las otras, pero estaba extraordinariamente seca, de forma que allí no había de todas las hierbas del mundo, ni una sola que pudiera servir de pasto a un cordero. Lanzarote se sorprende y le pregunta a la doncella que cómo puede ser aquello.

—Señor, os lo diré, pero antes veréis algo extraordinario.

Cabalgan hasta llegar a un río estrecho y muy profundo que corría al pie de la roca más alta de cuantas habían visto, y que les corta el camino, como si fuera una pared, durante dos largas toisas, de forma que se ve la tierra del fondo con tanta facilidad como si estuviera fuera del agua. En medio de este tajo había un caballero muerto, armado con todas las armas, y a su lado había una doncella muerta también y al parecer de gran belleza. Entonces, le dice la doncella a Lanzarote:

—Señor, ahora podéis ver lo que me habíais preguntado. El caballero que ahí veis amó con amor a esa dama que yace junto a él; la dama tenía un señor traidor, que era el más cruel del mundo, y ésta quería al caballero sólo con buen amor, pues él se hubiera dado la muerte en varias ocasiones si la dama no le hubiera concedido su amor. Su señor se dio cuenta y pensó que el amor de los dos le afrentaría: espía al caballero y lo mató a traición arrojándolo con sus armas a este río. Cuando regresó junto a la dama, no le ocultó nada y ella le reconoció que lo amaba de verdad, pero que no pensaba en cometer ninguna villanía con él, y le dijo que no dejaría de buscarlo hasta que lo hubiera encontrado. «Id, pues tendréis que buscarlo durante el resto de vuestra vida». La dama llegó a esta roca y le rogó a Nuestro Señor, oyéndolo su propio marido que estaba allí y otras muchas gentes, que del mismo modo que nunca le había faltado a su esposo, ni con este caballero ni con otro, que le concediera que fuera de todos conocido el hecho y que todo el mundo llegara a saberlo. Apenas había terminado su súplica, el río se abrió tal como veis; y al ver al caballero volvió a recomenzar su oración. Se arrojó de lo alto de la roca que había a su lado. De este modo han permanecido aquí; y, desde entonces hasta ahora, en toda la tierra del caballero no ha crecido ni un puñado de trigo ni de hierba, todo se ha agostado y se han ido sus habitantes.

A continuación, lo lleva a una cruz de piedra, se la enseña y le dice que los dos enamorados no saldrán de allí hasta que los saque el que debe poner fin a los hechos

maravillosos de este bosque.

—Y sabed —añade la doncella— que muchos caballeros lo han intentado y algunos se ahogaron.

Antes de que la doncella se diera cuenta, Lanzarote descaburga al oír tales palabras, y se lleva al caballero entre los brazos con tanta facilidad como si estuviera en medio del camino y, a continuación, hace lo mismo con la dama. Cuando la doncella lo ve, admirada le dice:

—Por Dios, vos no fuisteis nunca hombre.

—¿Qué soy pues, doncella?

—Sois un fantasma.

Lanzarote se ríe y le pregunta qué debe hacer con esos dos cuerpos, a lo que ella le contesta que cerca de allí hay un castillo por el que pasarán y contarán las noticias, y allí serán enterrados los cuerpos. Se marchan y cabalgan hasta llegar al castillo. Lanzarote pasa de largo sin detenerse y la doncella les cuenta a las gentes la noticia de la dama y el caballero que habían sido sacados del agua, para que fueran a enterrados. Los del castillo, extrañados, corren en gran procesión y hacen con ellos lo que se debe hacer a cristianos. Lanzarote y la doncella cabalgan hasta llegar, ya tarde, al lugar donde estaba levantado el pabellón, y allí encuentran dispuesto todo lo que necesitan; por la noche estuvieron muy a gusto, pues la doncella se esfuerza en servir a Lanzarote lo mejor que puede.

A la mañana siguiente, se ponen en marcha y cabalgan juntos hasta que llegan a una casa de religión, en la que oyeron misa y comieron; luego, continuaron hasta que se encontraron con el duque de Clarence, con mi señor Yvaín y con los otros que habían salido del Valle sin Retorno: todos ellos tuvieron una gran alegría. El duque había enviado al escudero que iba con él a la doncella para que le llevara las palabras que su prima le decía y el anillo que le había entregado, para que le ayudara en todo lo posible.

Mientras que Lanzarote y los otros se mostraban tal alegría, plantaron la tienda de Morgana y todos dijeron que Lanzarote había estado en buena prisión, ya que había salido con semejante riqueza. No tardó mucho en regresar el criado, que le dijo al duque que tuviera por seguro que la doncella iba a ayudarle con todo su poder, «y sabed, además, que Caradós se ha ido con doscientos caballeros y con unos diez mil hombres de a pie a la entrada de su tierra, al lugar que se llama el Paso Traidor, para enfrentarse con el rey Arturo que viene con todas sus fuerzas; la corte de Caradós ha quedado tan desprotegida que tiene poca gente que resista, si se les ataca».

Cuando el duque oye estas noticias, se pone muy contento y le dice a Lanzarote:

—Señor, ¿qué aconsejáis que hagamos?

—Señor, vos sois más valiente que yo, y debéis decidirlo vos y mi señor Yvaín, pues habéis visto grandes cosas; por eso debéis decidir lo que os parezca mejor.

—Así me salve Dios —responde el duque—, nos parece que hemos tenido suerte, pues podemos encontrar el castillo en tan pobre situación como es la de estar desprotegido; yo aconsejo que lo ataquemos, por Dios.

—Y vos, señor —le dice a mi señor Yvaín—, ¿qué aconsejáis?

—En verdad estoy de acuerdo con vuestro consejo, pues es justo que nos esforcemos en socorrer a mi señor Galván, ya que por él se ha puesto en marcha nuestro ejército y el del rey.

Todos los caballeros aceptan la decisión, y entonces le dice el duque a Lanzarote:

—Señor, ¿qué consejo nos daríais vos?

—Señor, mi señor Galván, que es el más valiente del mundo, no se merece ser rescatado a traición ni con emboscada, sino mediante grandes proezas; y así debe ser, si Dios quiere. Por lo que a mí respecta, sé que no desearía ponerlo en libertad sin ninguna resistencia, y no voy a ir allí —si Dios quiere—, hasta que encuentre a alguien que me dispute la entrada: iré a donde podrán realizar proezas los que tengan ánimo de emprenderlas; preferiría que hubiéramos dado muerte o apresado al señor del castillo, antes que conquistarlo con todo lo que tiene dentro.

A continuación, Lanzarote se marcha y Quehedins dice que irá con él y lo mismo afirma Queherín de Kareheu, Aiglín de los Valles y Keu de Etraus, quien añade que llevará consigo todos los caballeros que han ido con él; y lo mismo dicen todos los demás caballeros que habían estado prisioneros en el Valle. Pero ni el duque de Clarence ni mi señor Yvaín están de acuerdo con esto, sino que aseguran que es mi señor Galván el que necesita ayuda, y que dejarán que Lanzarote se vaya: ese día hicieron algo que después les fue censurado durante mucho tiempo.

Lanzarote se marcha con todos estos caballeros, y con los de Keu de Etraus, y se dirigen hacia el Paso Traidor; los guía la doncella que había acompañado a Lanzarote y la que llevó las noticias a la casa de Keu de Etraus, pues conocía muy bien toda aquella tierra.

Pero la historia no habla más de ellos por ahora, sino que se ocupa del duque y de mi señor Yvaín, que se han quedado para intentar rescatar a mi señor Galván.

XCVIII

De este modo se quedan mi señor Yvaín, el duque y sus escuderos; cuando se acercan al castillo, un escudero se separa de ellos, pues teme ser conocido; los dos continúan cabalgando hacia la puerta principal. Cuando llegan a la entrada de la primera muralla, les sale un enano al encuentro, con una espada ensangrentada en la mano, y les dice:

—Señores caballeros, ¿queréis entrar aquí?

—Ciertamente, sí.

—Podréis hacerlo, en breve. Pero no os precipitéis, pues el señor de aquí todavía está acostado; no se ha dignado en levantarse por vosotros. No entraréis los dos juntos, sino que uno de vosotros tendrá que esperar al otro hasta que haya sido hecho prisionero o haya conseguido pasar. Si lo deseáis, se puede hacer de otra forma: combatiréis contra dos caballeros de aquí.

—¿Cómo —pregunta el duque— se puede hacer eso?

—La costumbre es tal que un caballero andante debe combatir contra diez; si viene más de uno, cada uno de los que llegan debe enfrentarse con otros diez.

Al oír estas noticias, se asustan, y ninguno de los dos es tan atrevido que no desee estar con los que se van hacia el Paso Traidor; sin embargo, el duque le contesta que no quedarán así las cosas, pues no cree que haya dentro del castillo ningún caballero, según le había dicho el escudero; añade que, sea como sea, quiere entrar; y le dice a mi señor Yvaín:

—Señor, he aquí un paso desleal; hay otro que es tan malo como éste: os doy a escoger el que preferáis de los dos.

Mi señor Yvaín no sabe cómo es el otro; si no acepta éste, teme que el duque lo considere cobarde y por eso dice que acepta el paso de los diez caballeros, pues sea lo que sea lo que piensa, no quiere rehusar para que el duque no le lleve a entrar por otro sitio. El duque le contesta que se quedará con el otro paso.

Se separan los dos y mi señor Yvaín vuelve con el enano, al que le dice que haga que abran la puerta.

—Ahora mismo la abrirán.

A continuación, se marcha el enano; pasa la primera puerta y entra en el primer recinto por un postigo; no tardó mucho que empezó a sonar un cuerno encima de la puerta, pero tocó una sola vez. Al punto abrieron la puerta y aparecieron en la entrada diez caballeros completamente armados, cinco por una parte y cinco por otra, montando grandes caballos, con las lanzas empuñadas, de gruesas astas y afiladas puntas; llevaban las espadas ceñidas. Mi señor Yvaín se acerca a la puerta y les dice a los caballeros:

—Buenos señores, cuando un caballero es hecho prisionero así, ¿qué pierde?

Le contestan que no pierde menos de la cabeza.

—Y ¿qué ocurre si consigue pasar al otro lado a la fuerza?

Un caballero le contesta con dulces palabras:

—Señor caballero, nosotros guardamos esta puerta por los grandes y ricos feudos que hemos recibido y no deseáramos que viniera ningún caballero, pues han muerto muchos a nuestras manos, y bien nos pesa. Ahora, os diré que vuestro provecho está en que os volváis, pues si sois hecho prisionero o vencido por nosotros, os cortaremos la cabeza; si vos nos vencéis a nosotros y a otro caballero que guarda la salida de la torre principal, habréis conquistado el castillo y todos los dominios que dependen de él, que son muy grandes. Pero ciertamente es una gran cosa, difícil de emprender y mucho más difícil de acabar. Haced ahora lo que más os guste.

—¿Cómo estaré seguro de que no debo preocuparme más que de vos y del caballero que guarda la torre?

—¿Preocuparos? Todos nosotros lo hemos jurado, y os lo juraremos si queréis.

—Mal haya quien os tomó juramento, pues si os venzo no debo temer a nadie del mundo.

—Otros más valientes que vos han pasado miedo.

—No me volveré sin haber probado esta aventura.

—Ya que la queréis probar, así será.

A continuación, todos se disponen a atacarle, él retrocede un poco, mira al cielo y ruega a Nuestro Señor que tenga piedad de él, pues algo le llega del corazón. Encomienda al rey y a la reina a Dios, y a mi señor Galván, al que piensa que nunca más volverá a ver, y luego dice:

—Ay, Lanzarote que sois el mejor caballero del mundo, qué loco está quien se precipita a combatir cuando vos lo dejáis. Nadie recibirá afrentas en vuestra compañía, pues Dios destinó todos los bienes para vos y para quienes estén en vuestra compañía.

Luego, se persigna, se coloca la lanza debajo de la axila, y pica espuelas contra los que están esperándole en la puerta; no hay ninguno de aquellos que no le dé con la lanza tan gran golpe como puede, de forma que hacen que doble el espinazo contra el arzón de atrás y le arrancan del cuello el escudo a la fuerza: por el choque se le había roto el tiracol y las abrazaderas. El caballo era rápido y de gran fuerza, lo había conquistado cuando rescató a Saigremor y a la doncella: lo llevó, entre los caballos de sus enemigos, hasta el patio del castillo, sin que él cayera del arzón, sino que se mantiene sentado, aunque malherido. La angustia de la muerte que piensa que va a probar en breve le hace incorporarse rápidamente y se apresura a desenvainar la espada; sin esperar que le ataquen los caballeros, se dirige contra ellos y realiza grandes proezas; pero todo es en vano, pues finalmente le han cargado con tantos golpes que lo derriban al suelo; a la fuerza lo hacen prisionero y se lo llevan para darle muerte en un lugar en

el que mataban a los vencidos, e hicieron que dijera su nombre. Al oírlo, no se atrevieron a darle muerte porque era de la casa del rey Arturo; lo encierran en un subterráneo hasta que regrese su señor.

El duque, por su parte, había ido al postigo del palacio y atravesó el tablón con gran miedo; cuando pasó el postigo le atacaron dos caballeros, uno por un lado y el otro por el otro; él se defiende con gran valor, pues era muy valiente; se esfuerza tanto que finalmente queda libre, pues ha malherido a uno y el otro no se ha atrevido a espejarlo, sino que le ha abandonado el terreno. Se dirige a la otra muralla y tan pronto como pasa el postigo mira y ve que la puerta se ha cerrado tras él; entonces le atacan cuatro caballeros que le descargan grandes golpes rompiéndole el escudo y causándole heridas en varios lugares, por delante y por detrás, pero a pesar de todo se defiende con valor, y lo encuentran más resistente de lo que los caballeros pensaban. Pero finalmente no puede resistir, lo apresan y lo encarcelan con mi señor Yvaín hasta que llegue su señor: grande es el dolor que muestra cada uno de ellos, pues sólo esperan la muerte.

Aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve a Lanzarote y a su compañía.

XCIX

Cuando Lanzarote y los suyos dejaron al duque y a mi señor Yvaín, que abandonaron su compañía, y cabalgaron guiados por las dos doncellas hasta llegar al Paso Felón, vieron el gran combate de las gentes del rey Arturo que intentaban atravesar hasta el otro lado y de las gentes de Caradós que resistían; habían muerto ya bastantes hombres del rey, pues se entregaban con valor. Les gritaron entonces por detrás y se meten entre ellos con gran atrevimiento, derribando a una gran cantidad en el primer ataque. Lanzarote realizó grandes hechos de armas, y aún hubiera hecho más, pero ve que ya están derrotados. Caradós resiste, porque era de gran valor, pero al final, se vio obligado a volver la espalda; escapa tan deprisa como puede su buen caballo. No se dieron cuenta de esta huida todos los que estaban allí, pues escapaba a cubierto del bosque; pero Lanzarote no lo perdió, ya que estaba más atento, sino que lo persiguió picando espuelas y reprochándole a menudo su maldad y su cobardía. Uno huyendo y el otro persiguiéndolo, llegan a un profundo valle semioculto. Caradós mira y ve que no lo sigue nada más que Lanzarote y entonces se vuelve con la espada en la mano. Lanzarote se alegra, porque pensaba que no llegaría hasta él; se descargan grandes golpes en los yelmos, en los brazos y en los hombros, y en poco rato han quedado en tal situación que al más fuerte le vuela del cuerpo la roja sangre, y las mallas de la blanca cota se enrojecen.

De este modo se combate un buen rato, pero Caradós no se atreve a permanecer más, pues teme ser sorprendido, y se vuelve hacia el castillo lo más deprisa que puede su caballo, perseguido por Lanzarote que no volverá a tener alegría si se le escapa. Cuando Caradós ya estaba cerca del castillo, ve el combate extraordinario de las gentes del rey y de Galahot con los de dentro: estos caen y tropiezan a menudo. Caradós siente miedo por sí mismo y por el castillo, y retrocede para refugiarse lo mejor que puede. Cuando el vigía que había sobre la muralla los ve venir, desciende para bajar el puente y dejar libre la puerta. Pero Lanzarote que lo sigue de cerca le da grandes tajos con la espada cuando consigue alcanzarle. Caradós se ha puesto el escudo a la espalda, cubriéndose con él, y Lanzarote no puede alcanzarle más que en el escudo. Ya cerca del puente levadizo, Lanzarote está tan molesto que poco falta para que pierda la razón de cólera, porque piensa que se le va a escapar. Hace que su caballo galope más deprisa de lo que nunca pensó y se acerca tanto a Caradós que consigue cogerle el escudo por arriba, y tira de él con toda su fuerza, que era mucha, y lo lleva hasta el arzón trasero.

Al sentirse sujeto de esta forma, baja el cuello y suelta las abrazaderas, y el escudo cae; Lanzarote lo tira al suelo y Caradós se le escapa de esta forma hasta el puente levadizo. Los diez caballeros que custodian la puerta tienen las lanzas bajo la axila para chocar contra Lanzarote; éste, al ver que ha perdido al caballero, se mete entre ellos a la

fuerza y sujeta por el cuello a Caradós, que iba a levantarse. Tenía tanta fuerza Caradós y sentía tanto miedo de morir que se agarra con toda su fuerza. Lanzarote suelta las abrazaderas del escudo y lo coge por el brazo izquierdo. Cuando se ve sujeto, tira con toda su fuerza, con el corazón y con el cuerpo, de modo que arranca a Lanzarote de los arzones. Lanzarote lo tenía muy bien cogido y vuela tras él sobre la grupa del caballo y entonces se acuerda que mi señor Galván había hecho un salto semejante el día que combatieron juntos ante el puente de la Isla Perdida.

El caballo les llevó de este modo atravesando las tres puertas; los diez caballeros que le esperaban no han conseguido alcanzar a Lanzarote. Éste sujeta muy bien a Caradós con las dos manos por debajo de las axilas, de forma que pierde las riendas. Van hasta la torre seguidos por los diez caballeros; los atacantes oyen el gran ruido de los que llegan: ya habían dado muerte o apresado a muchos de los de dentro y el foso ha sido ocupado por numerosos defensores, que han ido a él unos por miedo y otros a la fuerza. Corren a cerrar las puertas y suben a las torres, ocupándose más de los de fuera que de los que tienen ya dentro. Lanzarote y Caradós llegan ante la torre del homenaje; Caradós era fuerte, pues era uno de los mayores caballeros del mundo: se remueve con tanta fuerza que cayeron él y Lanzarote al suelo, con la cabeza por delante los dos, que poco faltó para que a Caradós no se le rompa el cuello por lo grande y pesado que era; así se le va el uno de las manos al otro y quedaron durante un buen rato completamente aturcidos. Lanzarote es el primero en ponerse en pie, toma la espada y le ataca; Caradós también se ha levantado y rápidamente desenvaina la suya, y se dirige a Lanzarote, pero no tiene escudo, y lo siente mucho, y tampoco puedo coger uno, porque Lanzarote le ataca de cerca dándole grandes golpes con la espada sobre los brazos para dejarlo en la peor situación lo antes posible. Pero su enemigo es de gran fuerza y le devuelve duros tajos, haciéndole volar grandes pedazos del escudo, partiéndole y abollándole el yelmo: el combate dura tanto que no hay ninguno de los dos que lleve la mejor parte y pierden mucha sangre.

La doncella de la torre los mira, sorprendida; piensa que Lanzarote es el duque de Clarence y se dispone a ayudarle con toda su fuerza. Caradós tenía a esta doncella en la prisión, después de habérsela quitado a un caballero muy hermoso, muchacho joven al que ella quería por encima de todos los hombres, y por eso no podía amar a Caradós, aunque Caradós estaba enamorado de ella y la quería más que a nada en la tierra: estaba tan dominado por la doncella que le había dado para que guardara una cosa que no se la entregó nunca ni a hombre ni a mujer: era una espada mágica; su madre, que era una gran hechicera, había hecho un encantamiento a Caradós, para que no muriera si no era por esa espada, y la guardó durante mucho tiempo. Ahora Caradós se la había dado a esta doncella convencido de que ella lo amaba tanto como él a ella. La muchacha piensa de qué modo podrá hacer que Lanzarote coja la espada, pero no sabe cómo. Mientras tanto, Lanzarote y Caradós combaten, pues ambos tenían fuerza;

Lanzarote le ha dado golpes en los hombros y en los brazos, que ya los tiene hinchados y dolidos, y devuelve golpes débiles y sólo piensa en que no se le escape Lanzarote, protegiéndose de sus manos, pues ve que es fuerte y que tiene todavía vigor: sólo le preocupa cogerle con las manos. Lanzarote era ágil y bastante fuerte, de gran resistencia, y se aplicaba sobre todo cuando veía que Caradós tenía debilidad. Durante largo rato, combate de esta forma hasta que Caradós está tan cansado que ya sólo puede preocuparse en protegerse; poco a poco se dirige a la torre, aunque por otra parte está sorprendido por el gran ruido que oye de los que asaltan el castillo. Ha ido abandonando tanto terreno por miedo a morir y por temor de perder algún miembro, que llega a las escaleras de la torre; sube y empieza a ascender de espaldas; cuando iba a pasar la puerta, piensa que será vencido si entra.

Lanzarote le sigue de cerca, acosándolo y reprochándole su cobardía.

Caradós se revuelve con ímpetu; cuando Lanzarote lo ve venir, se aparta y salta de la escalera al suelo; vuelven al prado otra vez juntos y luchan, pero Caradós no puede resistir durante mucho tiempo; otra vez vuelve a retroceder por los golpes y llega hasta el arco de la escalera y allí Lanzarote le ataca por todas partes y le lanza un duro tajo para herirle en el cuello. Caradós retrocede con miedo y el tajo cae sobre uno de los pasos de la escalera y se le parte la espada a medio pie de la empuñadura, volando la hoja sobre el escalón. La doncella había llegado a la puerta de arriba con la espada que tenía; vio a la hueste del rey Arturo en la parte de arriba de la torre, que se van colocando alrededor del castillo; y por otra parte ve que Caradós puede darse por muerto si este caballero tiene buena espada; la levanta y le hace señas para que vaya a cogerla. Cuando la doncella sabe que la ha visto, la coloca en la escalera y cierra la puerta de la torre: se ha arriesgado a morir por conseguir la muerte del caballero al que odia más que a nadie. Caradós no se dio cuenta de que a Lanzarote se le había roto la espada, pues no pensaba más que en escapar. Lanzarote salta el escalón, toma la espada y arroja a la puerta de la torre lo que le había quedado de la suya. A continuación, se coloca delante del rostro lo que le queda de escudo y vuelve a atacar al caballero, que echa los puños por delante para cogerlo, pero falla, pues Lanzarote salta a otro lado y le da un tajo en el brazo derecho, con tal fuerza que se lo corta de una parte a otra y hace que caiga al suelo el puño con la espada. Caradós lanza un grito tan grande que todo el recinto retumba.

Tres servidores acuden a socorrerle, pero se encuentran con que la puerta está bien cerrada, porque la doncella había pasado la puerta corredera para que el caballero no pudiera ser sorprendido por ninguno de ellos. Cuando Caradós se da cuenta de que no recibiría ayuda, lo deja todo con tal de defenderse: intenta sujetar a Lanzarote por la mano izquierda, pero éste lo esquiva con agilidad y vuelve a atacarle; levanta la buena espada para golpearle y al verla, Caradós la reconoce y grita:

—¡Ay Dios, ahora me ha llegado la muerte! Me ha traicionado la que yo más quería.

Siente miedo de morir y no se atreve a esperarla, sino que se vuelve a la escalera intentando entrar en la torre, pero se encuentra con la puerta muy bien cerrada y con Lanzarote que lo sigue muy de cerca; baja las escaleras con la espada en la mano izquierda. Lanzarote salta tras él, temiendo perderlo. Caradós huye hasta un postigo falso que llevaba por debajo de tierra desde el pie de la torre hasta la otra parte del recinto donde estaba la mazmorra, y piensa ir a matar a mi señor Galván ya que se ve él mismo entregado a la muerte. Lanzarote corre tras él y lo ve intentando abrir la puerta del postigo falso; Caradós, que ve a su enemigo tan de cerca, abre la puerta y entra lo más rápidamente que puede seguido por el otro. Llega a un profundo foso que tenía dos toisas largas, al fondo del cual había una gran reja de hierro que era la mazmorra en la que estaba mi señor Galván. Caradós piensa entrar, aun a riesgo de morir, pues cree que alcanzará a mi señor Galván; querría que Lanzarote fuera tras él, pues sería fácil que pudiera matarlo antes de que lograra escapar porque no conocía el sitio.

Salta Caradós al foso y se rompe uno de los muslos, pero la gran traición que hay en él le hace olvidar una gran parte de su dolor; se arrastra hasta la puerta, que era baja y con la mano izquierda arranca las llaves que le colgaban del cinturón, y se dispone a abrir. Lanzarote está en el filo del foso, arriba, y cuando oye abrir la reja, piensa que quizá es demasiado profundo y que seguirá la pista de su enemigo; se encomienda a Dios, se persigna y se lanza al foso, cayendo encima de Caradós. Éste lanza un grito por el dolor que le angustia y se desmaya; Lanzarote le quita el yelmo de la cabeza y le baja la ventana sobre los hombros; le da golpes al azar, como el que no ve nada, hasta que le corta la cabeza: luego, lo arroja al fondo de la mazmorra por la reja, y al caer se le rompen todos los huesos.

Cuando mi señor Galván oye el ruido, se pregunta admirado qué puede ser; lanza un gemido y Lanzarote le pregunta quién es, a lo que le contesta que es un desgraciado que tiene grandes males y pesares. Lanzarote lo reconoce por el habla, y le dice:

—Ay dulce compañero, ¿cómo os va?

—Todavía estoy vivo, pero vos, ¿quién sois que habláis conmigo y me llamáis señor y compañero?

Le dice su nombre y mi señor Galván se queda tan sorprendido y tan contento que no puede hablar durante un gran rato por la alegría que tiene; luego, dice:

—Sin lugar a dudas sois ése, pues nadie se atrevería a emprender ni a hacer lo que habéis hecho, bien puede alabarse la Mesa Redonda de que tenéis todas las virtudes de la caballería y aún más.

Mientras que Lanzarote estaba en el foso, la doncella de la torre fue a los caballeros del otro recinto, les cuenta con rostro lleno de dolor lo que había ocurrido:

—Y sabed —añade— que todos nosotros moriremos, pues el rey Arturo conquistará este castillo por la fuerza.

Al oírla, se asustan todos y le preguntan, como mujer discreta que era, qué podrían

hacer; ella les contesta que vayan a pedir piedad al buen caballero que ha conquistado el derecho al castillo, pues debe ser su señor: todos aceptan esto. La doncella los lleva al foso y hace traer una escalera; entra la primera y a continuación ordena que unos criados lleven un puñado de velas. Cuando Lanzarote la ve, le muestra gran honor y se arrodilla delante de ella, otorgándole su voluntad en todo. Toman entonces la escala, la colocan en el pilar en el que mi señor Galván estaba y lo sacan fuera: nadie podría tener, ni contar, mayor alegría que la que hicieron el uno por el otro. Luego salen del foso; todos se arrojan a los pies de Lanzarote, caballeros y servidores, y se ponen a su merced, tanto a sí mismos como al castillo y después lo llevan a donde estaban prisioneros mi señor Yvain y el duque: sienten tanta vergüenza al verlo que no pueden tener mayor, pero a la vez se muestran contentos porque mi señor Galván ha sido liberado.

A continuación, Lanzarote hace que abran las puertas del castillo y se dirige al rey; le presenta primero a mi señor Galván su sobrino y después la cabeza del que lo había hecho prisionero: la alegría es tan grande como debía ser y todos alaban y aprecian la hazaña de Lanzarote. Entonces llegaron los caballeros a los que había puesto en libertad en el Valle, los tres compañeros de la Mesa Redonda y Keu de Estrasus; fueron bien recordadas las proezas que había realizado durante esta búsqueda. Fue grande la alegría de Lanzarote, pero Galahot y su primo Lionel superaron a todos, y las dos doncellas también se ponen muy contentas. Aquella noche el rey Arturo la pasó en el castillo, y Galahot y una parte de los más nobles fueron a ver la mazmorra en la que mi señor Galván había estado, mientras que éste alababa ante el rey a la doncella por los grandes favores que le había hecho.

Por la noche se acercó a Lanzarote la doncella que Morgana había enviado en su compañía, y que le había guiado, y le dijo que tenía que cumplir con las condiciones de su dama y —según añade— ella lo siente, pero no puede ser de otra manera porque si no ella misma sería perjura.

—No seréis perjura —le contesta Lanzarote—, ni yo mentiroso, pues mañana por la mañana o esta misma noche, como mejor queráis, regresaré.

La doncella le contesta que conoce bien las condiciones y le recuerda que debe volver a la prisión tan pronto como ella se lo pida. Luego, entra en la habitación en la que la doncella de la torre había colocado sus armas, se apresta y le pide que saque el mejor caballo de los que encuentre, «pues iré a esperaros a la entrada del bosque; procurad, si en algo estimáis mi amor y vuestro honor, que nadie lo sepa». La doncella le contesta que no se preocupe.

Después de salir lo más oculto posible, hizo que la doncella fuera en busca de mi señor Galván, para que éste acudiera a hablar con él en secreto. Cuando se reunieron, Lanzarote le dijo:

—Señor, sois tal que no se os debe ocultar nada: os descubriría un asunto al que me

veo obligado a acudir, pero no os puedo decir de qué se trata, ni en qué lugar; no estaré mucho tiempo ausente: os ruego que tranquilicéis al rey y a mi señor Galahot, pero os conjuro, por la fe que me debéis, para que no sepan nada esta noche y que no me hagan fracasar; decidle que regresaré pronto.

Mi señor Galván empieza a llorar entonces diciendo:

—Ay, señor, por Dios, decidme si vais a un lugar en el que debamos temer algo.

—No, no temáis.

Se encomiendan a Dios; luego, Lanzarote se dirige a la doncella que estaba esperándolo donde le había dicho con los que le habían traído el pabellón, y todos se van lo más directamente que pueden hacia el lugar del que habían venido. Lanzarote regresa a la prisión de Morgana, y el cuento aquí deja de hablar de él y vuelve al rey Arturo, a Galahot y a los otros que estaban en la Dolorosa Torre.

Lanzarote fue echado de menos aquella noche en la Dolorosa Torre; cuando mi señor Galván vio que el rey estaba tan preocupado, le dijo que no estaría ausente mucho tiempo; les hizo saber que él estaba delante cuando se puso en marcha, con lo que el rey se enfadó, diciéndole que no debería haber ocultado una cosa tan importante del caballero más valiente del mundo:

—Y tened por seguro —añadió— que nunca más alcanzaréis honra, si él se pierde y no volvemos a recibir noticias suyas.

De este modo recrimina el rey a mi señor Galván, pero es Galahot el que más sufre y se preocupa, convencido —se dice a sí mismo— de que Lanzarote no lo quería, pues ha revelado a otro su secreto y se ha ido sin que él lo supiera: por eso tuvo una gran tristeza, cuyo negro dolor le alcanzó el corazón y ya no lo abandonó. Pero no es el momento de hablar de ello.

El rey se marchó de la Dolorosa Torre por la mañana, después de concederle su dominio y posesiones a la doncella, por el servicio que le había hecho a mi señor Galván; cabalgó sus jornadas hasta llegar a Londres, donde la reina yacía enferma. Cuando ésta se enteró de las noticias, se puso más enferma aún, pero lo cubre lo mejor que puede para que no se dé cuenta nadie. De este modo, el dolor de la reina es doble, y no puede disimular tanto como para que su corazón y su rostro no sean auténticos testimonios de los sufrimientos que padece.

El rey y Galahot, con su mesnada personal, se quedan en la ciudad de Londres, donde esperan algunas noticias buenas y verdaderas de Lanzarote.

C

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote regresó a la prisión de Morgana, ésta se esforzó en alabarle mucho, para que le dijera su secreto, si podía ser; pero todo fue en vano, pues no llegó a saber nada y sólo vio en su dedo un anillo con una esmeralda muy rica. Era un anillo pequeño y extraordinariamente hermoso; tan pronto como lo vio, se dio cuenta de que había sido de la reina, el mismo que le había visto cuando lo dejó ir a la Dolorosa Torre, y es cierto que la reina se lo había dado.

Morgana deseaba hacerse con el anillo, y se lo pidió muchas veces a Lanzarote, pero no lo pudo conseguir; piensa que, ya que no lo puede obtener por las buenas, lo conseguirá por la fuerza. Tenía Morgana otro anillo que también había sido de la reina; no había nada en el mundo que se pareciera tanto al de Lanzarote, pero no tenía ninguna virtud contra los encantamientos, mientras que el de Lanzarote no se podía conseguir ni con hechizos, ni con sortilegios. En el engaste de la piedra había dos extrañas figuras, que nadie sabía decir qué significaban, ya que sólo podían verse con gran esfuerzo.

Cuando Morgana vio que Lanzarote no le daría el anillo ni a la fuerza, ni mediante súplicas, dejó de hablar del asunto y durante mucho tiempo hizo como que no le interesaba, diciéndole que todo lo había hecho para probarlo. Morgana intentó conseguir el anillo con todo tipo de encantamientos, pero de nada le sirvió. Tomó entonces una hierba llamada sopita: no hay nadie que, después de probarla, no se quede dormido hasta que lo despierten a la fuerza. Se la dio de beber, macerándola en fuerte vino y, fingiendo que deseaba que estuviera más cómodo, le colocó bajo la cabeza la almohada que le puso cuando se lo llevó del Valle de los Falsos Enamorados a su prisión.

Aquella noche Lanzarote durmió profundamente; Morgana le quitó el anillo del dedo y le puso el otro en su lugar, haciéndolo lo más en secreto que pudo, pues sabía que si se daba cuenta, nadie podría evitar su enfado. Por eso, lo estuvo contemplando un buen rato, para ver si lo había notado y, luego, hizo que se mirara el dedo en varias ocasiones: Lanzarote, que no esperaba el engaño, no se dio cuenta. Entonces, Morgana llamó a una doncella suya muy discreta, para que fuera a la corte del rey Arturo, y le dijo las palabras que debía repetir allí, tal como oiréis. La doncella emprende el camino a Londres, donde estaban el rey, la reina y Galahot, que esperaba aún las noticias que mucho le tarda oír.

En el momento en que la doncella llegó a la corte, el rey, la reina, Galahot y mi señor Galván estaban hablando a solas en una alfombra, discutiendo qué harían con el asunto de Lanzarote, pues sentían gran miedo de que hubiera muerto: habían pasado ya diecisiete días desde Pentecostés y, unos por otros, habían sufrido tanto que todos

estaban muy desmejorados.

La doncella descabalga y se dirige a donde estaban hablando los cuatro, tristes. Saluda al rey y a sus acompañantes, y dice:

—Señor, he venido aquí desde lejanas tierras y os traigo extrañas noticias; antes de nada, quiero que me deis todo tipo de garantías, vos y todos vuestros hombres, que por nada que diga recibiré daños ni afrentas: no sé si alguien de aquí me querrá mal por las nuevas que traigo.

El rey le promete bajo juramento que no deberá preocuparse ni por él, ni por ninguno de sus hombres:

—Hablad, doncella —le ordena—, pues nunca el mensajero fue censurado en mi corte por las noticias que traía, y, desde luego, ninguna doncella tendrá que preocuparse, en cualquier sitio en donde yo tenga poder.

Entonces la doncella comienza su razón, diciendo en voz tan alta que todos y todas la oyen:

—Rey Arturo, os traigo noticias de Lanzarote del Lago: sabed que nunca lo volveréis a ver en vuestra casa, ni vos ni ninguno de vuestros compañeros, pues se ha ido a un sitio en el que no podrá ser encontrado fácilmente. Y aun en el caso de que fuera encontrado, de nada serviría, pues me atrevo a afirmar que nunca volverá a colgarse escudo del cuello.

Al oír estas palabras, se le enfría el cuerpo a Galahot, el corazón le aprieta en el vientre y cae desmayado entre los demás. El rey se pone en pie y lo toma en brazos con la ayuda de mi señor Galván. La reina está extraordinariamente angustiada y no puede seguir allí, temiendo que le ocurra alguna desgracia; se pone en pie para retirarse a sus habitaciones, pero la doncella se lo impide, gritándole al rey:

—Señor, si permitís que la reina se vaya, no sabréis por mí más de lo que ya os he dicho.

El rey, que desea saberlo todo, promete bajo juramento que no se irá. Mi señor Galván va a ella y la retiene, diciéndole:

—Señora, por amor de Dios, nos privaréis de todo si os marcháis.

La reina regresa con gran angustia; cuando Galahot vuelve en sí, se queja con dolor y le dice a la doncella:

—Por Dios, decidnos la verdad acerca del mejor caballero del mundo, por qué no se volverá a colgar ningún escudo del cuello y si está vivo o muerto, pues nos traicionaríais si no dijerais nada más.

—En el nombre de Dios, lo diré todo ya que el rey y vosotros me ordenáis que así lo haga. Lanzarote, cuando se marchó de la Dolorosa Torre, combatió con uno de los caballeros mejores del mundo; fue herido por una lanza en el cuerpo, y perdió tanta sangre por la herida que pensó que moriría. Por eso, confesó públicamente el vil y horrible pecado de haber deshonrado durante mucho tiempo a su señor, que aquí está,

con su mujer, y me ordenó que lo dijera en esta corte, pues yo me encontraba presente cuando se confesó. Después de acusarse ante todos por sus villanías, prometió por Dios que no volvería a pasar más de una noche en cada poblado y que el resto de sus días vestiría camisa de lana e iría descalzo; nunca más volverá a colgarse escudo del cuello, ni a vestir armas. Como quiere ser creído, le recuerda a mi señor Galván las palabras secretas que se dijeron la noche que se marchó de la Dolorosa Torre, pues éste le preguntó si iba a algún sitio en el que sus amigos debieran temer por él y él le respondió: «Señor, no os preocupéis, pues me voy a un buen sitio».

Mi señor Galván reconoció sin dificultad las pruebas y siente una gran angustia, a la vez que muestra la mayor tristeza. La doncella se vuelve hacia la reina y le tiende, a la vista de todos los presentes, el anillo que Morgana había quitado del dedo de Lanzarote, y luego dice:

—Señora, sea hermoso o feo, tengo que presentar mi mensaje —y lo siento—, pues de otro modo caería en perjurio, ya que le juré a Lanzarote que os entregaría en propia mano este anillo que os devuelve.

La reina lo toma, pero no puede responderle, porque la gran angustia que siente en el corazón hace que se desmaye; son muchos los que tienen lástima de ella, corren a sujetarla los más importantes y los más ricos. Cuando volvió en sí, empezó a quejarse amargamente, y no deja de dolerse con cálidas lágrimas y hondos suspiros por Lanzarote, a pesar de las súplicas del rey y de los demás, y dice que quien quiera hablar mal, que hable, pero que ella piensa y desea que todos sepan que nunca oyó noticias que más le pesaran en el corazón, excepto la vez de la prisión de la Roca de los Sajones:

—Sepa Dios —añade— y todo el mundo, que nunca sentí por Lanzarote amor vil, ni él por mí; era el más bello, el más bueno y el mejor de los buenos, pues Lanzarote hubiera sobrepasado a todos los valientes si hubiera llevado armas durante mucho tiempo; ya los había superado, a pesar de que no hace ni siete años que es caballero. No hay ninguna virtud de cuerpo o de corazón en que fuera superado, si no en una sola: en hablar mucho; pero esto era por su gran corazón, que no toleraba las maldades ni las traiciones. Si no me dedicara a otra cosa que a contar las buenas cualidades que había en Lanzarote, me faltaría antes la lengua que la materia. Que Dios no tenga compasión de mi alma si Lanzarote no se hubiera dejado sacar uno de los ojos de la cabeza antes de cometer tan gran ofensa como la que ha contado esta doncella, incluso aunque existiera entre él y yo lo que ha dicho; no rechazaré el anillo, ni ninguna otra cosa, pues a él le daría el anillo y todo lo que les niego a otros caballeros: quiero que me lo censuren quienes vean razones, porque será una censura sin consuelo posible.

De este modo se disculpa la reina ante todos; muchos la aprecian más y ni siquiera el rey se siente a disgusto por nada y considera que es mentira todo lo que le dice la doncella, a la vez que responde a las palabras de la reina diciendo que, por Dios, desearía que Lanzarote se hubiera casado con ella, con tal de tenerlo por compañero

durante toda la vida y que viviera el tiempo que tuviera que vivir. Al oír estas palabras, la doncella se despide y le ruega al rey que haga que la protejan; el rey se la entrega a mi señor Yvain para que la ponga a salvo.

La reina vuelve a sus habitaciones con Galahot, Lionel y la dama de Malohaut; juntos se lamentan, y la reina le dice a Galahot:

—¿No me ha traicionado bien vuestro compañero? Por mi fe que o está muerto o es traidor mortal, pues nunca pensé que nadie pudiera obtener mi anillo sin su ayuda. Si vive, se dará cuenta de su deslealtad, porque no volverá a tener mi amor; si ha muerto, lo pagaré más caro que él, pues se sabrá por todas las tierras.

Durante largo rato se han lamentado, y Galahot dice que se pondrá en marcha tras la doncella que se va, y que no dejará de cabalgar hasta que sepa si Lanzarote está muerto o vivo. Lionel le contesta que irá con él, pues lo mismo iría solo; Galahot responde que no desea más compañeros. Se despiden de la reina, que los besa llorando; luego, se presentan al rey y le piden licencia. Galahot vuelve a su alojamiento y envía a toda su mesnada a Sorelois; hace que le preparen un pabellón pequeño y ligero, y que se lo carguen en una acémila; después se pone en marcha con cuatro escuderos, sin más gente.

Al salir de la ciudad él y Lionel, se encontraron con mi señor Galván, que también estaba armado, y que les dijo que no se irían sin él. Galahot se alegra mucho: salieron de Londres por el lugar por el que les indicaron que se habían ido mi señor Yvain y la doncella; cabalgan rápidos tras ellos con todo su arnés.

Van de este modo hasta que anocheció, sin perder las huellas en ningún momento; entonces, plantaron los pabellones y se alojaron en el bosque durante la noche; cenaron pastel de carne que habían llevado de Londres y vino de barril; los caballos tuvieron lo necesario. Por la mañana se levantaron muy temprano y siguieron las huellas, extrañándose de que mi señor Yvain acompañara durante tanto tiempo a la doncella; ya era casi la hora de tercia, cuando llegaron cerca de un castillo pequeño y muy bello, asentado a orillas del Targejure, que se llamaba Duiche. Los escuderos tomaron en ese castillo todo lo que necesitaron para la comida y los caballeros pasaron de largo. Al llegar a la pradera de delante, vieron a mi señor Yvain y a la doncella. Cuando los alcanzaron se pusieron muy contentos; mi señor Yvain les dice que se alegra mucho de tener su compañía, pues no pensaba regresar hasta haber obtenido señales de Lanzarote, si podía ser.

Llegan entonces a un seto que había en la pradera; descabalgan y se ponen a comer; después, le piden a la doncella que los lleve hasta Lanzarote, y que ellos se considerarán caballeros suyos durante toda la vida. Por más ruegos y promesas que le hacen, la doncella no acepta ni se lo indica, a lo que le juran que no se alejará ni un pie de ellos hasta que llegue al lugar del que había salido para ir a la corte. Al ver que a la fuerza tendrá que descubrirlo, decide engañarlos a todos. Les promete que los llevará a donde

Lanzarote se separó de ella, «pero a partir de ese momento no sé nada más, ni qué fue de él». Así se lo promete y ellos la creen; dejan de hablar y cabalgan hasta el atardecer, en que la doncella hace que abandonen el camino, tomando un poco hacia la derecha; después de cabalgar más de una legua, llegan a la casa de un vasallo, en el lindero del bosque, a orillas de un riachuelo que nacía cerca de allí en unas fuentes muy hermosas. La doncella los llevó a que se alojaran en aquel lugar, en el que fueron recibidos con gran alegría y honor. Se acostaron, pero la doncella no lo hizo, sino que se quedó con dos hijos del vasallo, que eran primos suyos: hizo que la guiaran a esa hora y cabalaron durante toda la noche, hasta que llegaron al albergue en el que estaba Lanzarote prisionero.

Después de que la doncella le contó a su señora lo que había oído en la corte, ésta sintió una gran cólera, pues pensaba que la reina fuera deshonrada y se daba cuenta, por las palabras que le había dicho la doncella, que la reina amaba a Lanzarote y éste a ella, y siente que tenga al más leal de todos los amigos. Morgana no retenía a Lanzarote porque le tuviera odio, sino porque odiaba a la reina más que a ninguna mujer: piensa mantenerlo allí durante mucho tiempo, pues quiere que la reina sufra tanto pesar por su prisión, que acabe enloqueciendo o que muera.

Pero la historia deja de hablar por un poco de Lanzarote y de Morgana y vuelve a los cuatro caballeros que cabalgaban en su búsqueda.

Cl

Cuenta la historia que cuando Galahot y su compañía se levantaron por la mañana, en el lugar en el que los había alojado la doncella de Morgana, y no la encontraron, se lamentaron y lo sintieron. Con gran dolor y con gran pesar abandonaron aquel hostel, pues el vasallo no les supo indicar el camino que había tomado; cabalgaron durante todo el día con tal angustia, hasta la hora de tercia. Entonces, se separaron siguiendo el consejo de Galahot, para buscar mejor por el país y la región; pero su búsqueda no tendría éxito, pues aunque fueran mil caballeros no podrían encontrar a Lanzarote mientras estuviera en la prisión de Morgana, porque los encantamientos, que bien conocía, no les habrían permitido descubrirlo. Sin embargo, la historia habla de las aventuras que les ocurrieron a los cuatro caballeros, y, en primer lugar, a Galahot, que está más a disgusto que todos los demás.

Galahot se iba con sus cuatro escuderos; no encuentra a ningún hombre, ni a ninguna mujer a los que no les pregunte si saben noticias de lo que va buscando, pero nadie le puede decir la verdad; cabalga dos días enteros sin hallar aventura alguna de la que se deba contar en historia. Cuando llegó el tercer día, estaba muy empeorado tanto en el cuerpo como en la cara, pues se le habían ido las ganas de beber y de comer por el miedo que tenía por Lanzarote. Después de cabalgar hasta la hora de tercia, llegó a un bosque grande, alto y, antiguo; el sol era caliente como corresponde al mes de junio, y ya era mediodía: le entraron deseos de dormir, y por nada habría continuado sin echarse un rato. Descabalgó y se acostó en la sombra más hermosa que vio, y allí estuvo durmiendo profundamente durante un buen rato. Mientras que dormía, empezó a soñar y le pareció que estaba en un jardín, bajo un gran árbol cargado de hojas y flores, admirable de ver; iba a descansar bajo el árbol, pues se encontraba fatigado: se acostaba sobre la verde hierba y cuando prestaba atención veía caer del mismo las flores y las hojas; entre sueños se espantó y se despertó, volviendo a montar de inmediato.

Vuelve con sus escuderos y se dirigen a donde los lleva la aventura, se quita el yelmo y se baja la ventana, cabalga pensativo recordando en su corazón el sueño que acababa de tener, y en el corazón se responde y explica lo que puede, preguntándose por el significado del resto. Piensa tanto en estas cosas, que se olvida de lo demás; del dolor que tiene en el corazón, le caen grandes lágrimas de los ojos por la cara abajo. Mientras pensaba de esta forma, una rama le golpeó en medio del rostro, haciendo que la sangre le brotara por el golpe.

Galahot se sobresaltó, abandonó sus pensamientos y miró a su alrededor, viendo venir a una doncella que montaba en un palafrén rápido y de suave caminar; llega con la toca desabrochada y con el pelo revuelto, llorando con amargura y golpeándose con fuerza un puño con el otro, mientras se lamenta como ninguna desgraciada se

lamentaría. Al verla, Galahot siente gran compasión, y le pregunta qué le ocurre.

—Y a vos, señor caballero, ¿qué os pasa? También vos lloráis.

—Doncella, ciertamente, si hay tanta razón para vuestro dolor como para el mío, será justo que os lamentéis mucho, pues yo siento dolor por el mejor caballero de cuantos han llevado escudo, que está perdido.

—Ay, gracias a Dios —exclama al momento la doncella—, todo el mundo teme por Lanzarote.

—Dulce doncella —le pregunta admirado Galahot—, por la compasión de Dios, decidme si tenéis alguna noticia suya.

—Sé sólo que creo que no volveréis a verlo con los ojos, pues está en una prisión tal que no podréis encontrarlo.

Al oír estas palabras, Galahot se desmaya encima del cuello del caballo por la angustia que tiene, y la doncella se marcha, porque no puede esperar durante largo tiempo: era la que llevó a Lanzarote y a mi señor Yvain a Escalón el Tenebroso; iba lo más deprisa que podía en busca de la Dama del Lago, que había criado a Lanzarote, porque éste había dicho que sólo lo podría liberar la Dama.

Galahot permaneció desmayado sobre el cuello del caballo durante largo rato; los escuderos acuden a él para sujetarlo hasta que vuelve en sí: iba a hablarle a la doncella, pero ésta estaba ya muy lejos y ni siquiera puede llegar a verla. Reemprenden el camino y cabalgan hasta que ha pasado la hora de nona, en que llegan a un castillo por el que tenían que pasar; entran y lo atraviesan sin detenerse, y cuando llegan a la otra parte, Galahot ve, justamente en frente, una casa fuerte muy hermosa, fortificada con fosos galos y empalizadas. Al llegar a la puerta, encuentra en medio del patio gran abundancia de damas, doncellas y caballeros que cantan y bailan con gran alegría. En el centro, había un gancho, sujeto a una estaca, del que colgaba un escudo que parecía de algún valiente caballero, pues tenía enormes agujeros de lanza por encima y por debajo de la boca, y estaba cortado y despedazado por grandes tajos de espada por todas partes, roto y partido. Aún se veía algo de la pintura del escudo: el campo era de plata, con una banda cruzada de color rojo. Colgaba delante de los que estaban bailando, y cuando los caballeros y las damas pasaban ante él, se inclinaban como si fuera un relicario.

Galahot contempló durante un largo rato el honor que le hacían al escudo; reconoció, sin dudar, que era el escudo que Lanzarote había llevado en Londres, cuando fue tras mi señor Galván: se alegra mucho porque espera obtener algunas noticias. Pasa la puerta y se dirige a caballo hacia el escudo, completamente armado; un caballero de edad le sale al encuentro, y Galahot le pregunta de quién es el escudo y por qué se inclinan todos y todas de tal modo ante él.

—Señor —le contesta el anciano—, fue del mejor caballero del mundo, y por eso le mostramos tan gran alegría y honor.

Galahot le ruega por Dios que le dé algunas noticias del caballero, si tiene; el anciano le responde que no sabe nada cierto, «pero hemos recibido nuevas de que ha muerto, y por ello este castillo ha estado de luto durante tres días con tan gran dolor que no hubo nadie en él que se atreviera a mostrar alegría. Ayer por la tarde, para consolarnos, nos trajeron su escudo, y por eso estamos tan contentos como podéis ver».

Galahot piensa que ya que no puede tener al caballero, desearía llevarse su escudo; lo toma y se lo lleva del patio, entregándoselo a uno de sus escuderos.

—¿Cómo —le pregunta el caballero anciano—, os lo queréis llevar?

—Sí, o moriré.

—Ciertamente, moriréis pronto, pues aquí hay bastantes caballeros valientes que os lo impedirán.

Galahot no sigue hablando sino que reemprende su camino muy deprisa, y le encomienda a su escudero que vaya tan rápido como pueda su rocín y que se esconda en el bosque cercano. Éste hace lo que le ordena, mientras que Galahot cabalga al paso tras él; apenas ha avanzado un poco, cuando vio que le seguía un caballero armado, montado sobre un caballo que lo lleva con rapidez. Al acercarse, le grita con fuerza que en mala hora se llevó el escudo. Galahot pide el yelmo, se coloca al cuello el escudo, y toma una lanza de las que llevaba de gruesa asta y cortante punta. Deja correr al caballero, que va enfurecido, como quien aprecia por igual la muerte y la vida; al llegar le da un gran golpe por encima de la bocla; la punta era cortante y el que sujetaba la lanza, valiente y estaba enfadado: le atraviesa el cuerpo y el corazón, derribándolo muerto a tierra. Galahot mira hacia el castillo y ve venir a más de veinte caballeros completamente armados, pero no muestra en nada haberlos visto, sino que sigue cabalgando hacia el bosque. Le alcanza uno de los que van tras él; le grita amenazándolo: se vuelve y lo golpea con tal fuerza que derriba en un solo montón al caballo y al caballero, y a éste se le rompe la pierna derecha al caer.

Después, ve al tercero, que va por delante de los otros, con un caballo extraordinario; se coloca bajo la axila la lanza, que aún estaba completamente nueva y entera, y lo golpea derribándolo en medió del camino. Uno de los escuderos, que teme por su señor, dada la fuerza de los caballeros que le siguen, le dice:

—Señor, hacedme caballero y os ayudaré, junto con alguno de mis compañeros, pues no podréis durar mucho frente a todos esos caballeros.

—Si Dios quiere, no te haré caballero por miedo.

—Si lo hacéis, seré lo que nunca fui.

—¿Qué seréis?

—Buen caballero.

De este modo, los alcanzan en desorden los que los van siguiendo, y Galahot los recibe de uno en uno, tal como van llegando, y derriba a cuatro en poco tiempo. Entonces, se le rompe la lanza y toma otra, disponiéndose a justar; abatió a otros tres

con esta lanza antes de que se le rompiera: con las dos lanzas había derribado a diez caballeros. En esto, le golpeó por el costado un gran caballero, rompiéndole la cota y causándole una grave herida. Al sentirlo, se enfadó, arrojó la lanza que aún estaba entera, y desenvainando la espada, se dirige contra el que le había herido, dándole tal tajo, que hizo que la cabeza le volara en medio del campo. Gran dolor muestran entonces todos los que le siguen; le atacan a diestro y siniestro, y le golpean a menudo. Galahot resiste como hombre valeroso, y es ayudado por el escudero que le había pedido que lo armara caballero, que les ha matado los caballos a los que iban a caballo, de forma que no tienen en qué montar. Los demás ven que Galahot tiene tan gran fuerza que no hay golpe que dé que no mate o derribe al contrario: a pesar de estar herido, lo hace tan bien que todos se espantan. De esta forma se comporta el que había terminado y puesto fin a grandes batallas.

No tardó mucho en llegar el caballero anciano que había hablado con él cuando fue a tomar el escudo; al ver a los caídos, heridos y muertos, empezó a santiguarse maravillado por lo que veía; cuando descubre la sangre que le cae del cuerpo al suelo, siente gran compasión por él y no está dispuesto a que muera. Se adelanta y le dice que se rinda antes de que lo mate, a lo que Galahot le contesta que no ve el motivo, pues todavía lleva la mejor parte de la batalla. «Por Dios —dice el anciano—, aun después de rendiros seguiríais siendo de gran corazón; yo no querría que murierais en mi poder, tras haber hecho tal proeza». Les ordena a sus caballeros que retrocedan, a la vez que le promete a Galahot toda clase de seguridades; él mismo le mira la herida y se la venda tal como era menester. Galahot le ruega por Dios que le diga si sabe algo de Lanzarote y, si está muerto, dónde yace su cuerpo. El anciano le contesta que no le puede decir más de lo que ya le ha dicho.

Con esto se separan de buena manera, pero antes le suplica el viejo caballero a Galahot que le diga su nombre, y éste así lo hace. Luego, se despiden el uno del otro, pues por más que le ruega el anciano, Galahot no quiere quedarse, a pesar de que el anciano lo hubiera retenido de haber podido hacerlo. Galahot se marcha triste y angustiado por la muerte de Lanzarote: tiene tan gran dolor que sería imposible uno mayor, y en ello piensa, considerando que no podría vivir después de él, de forma que está dispuesto a poner su cuerpo en peligro ante todos los riesgos que pueda, siempre que no sea en detrimento de su alma. Cabalga con tal dolor hasta la hora de vísperas en que la aventura lo llevó a una casa de religión; se alojó allí, donde los monjes le hicieron grandes honores. Un caballero que se había hecho monje se ocupó de su herida con gran esmero, pues sabía mucho: Galahot permaneció en aquella casa hasta que se repuso algo de la herida, pero su cuerpo no cesaba de empeorar. Y porque teme morir de mala manera, piensa en regresar a su tierra y fundar iglesias y hospitales, dando limosnas elevadas por el alma de su compañero, primero, y por la suya propia. De este modo se marchó de la casa en la que había estado enfermo, enriqueciéndola

hasta que se convirtió en una abadía grande e importante.

La historia vuelve ahora con Lanzarote.

CII

Lanzarote permaneció prisionero tanto tiempo —cuenta la historia— que estaba desmejorado con respecto a como era, y nada de lo que veía le daba alegría. Un día Morgana hizo que lo sacaran de la prisión. Lanzarote le preguntó si pensaba tenerlo de aquel modo para siempre, a lo que ella le contestó que si no le decía lo que le había preguntado en la otra ocasión, lo tendría así durante mucho tiempo.

—Entonces —contestó Lanzarote—, me tendréis el resto de vuestra vida y de la mía; si me tenéis durante mucho tiempo, me daréis la muerte, porque no podré resistir mucho en esta angustia.

—¿Cómo diablos? ¿No os tuvo la Dama de Malohaut prisionero un año y medio?

—Sí, señora, sin duda: entonces mi cuerpo era distinto que ahora, pues ahora no podría soportar tanto tiempo en prisión como estuve entonces, aunque me dieran todo el mundo. Aunque tengáis el cuerpo prisionero, no podéis apresar el corazón. Os ruego por Dios que me dejéis ir, como a quien no ha cometido ninguna falta; si no queréis ponerme en libertad, pedidme un rescate, que por grande que sea no dejaré de pagarlo, si lo llega a saber un hombre al que conozco.

—Por Dios, no saldréis antes de que vuestra prisión haya entristecido a muchas gentes.

—Señora, no puedo más.

Con esto, dejan de hablar. Vuelven a meterlo en la celda, que era una de las habitaciones más hermosas del mundo, y de las más agradables. A partir de ese día no quiso comer nada en los tres días siguientes, hasta que no podía mantenerse en pie. Cuando Morgana vio que sería necesaria la fuerza, le dijo:

—Lanzarote, ¿es cierto que os dejaríais morir aquí?

—Señora, es la cosa que más deseo ahora.

—¿Querriais que os pusiera en libertad?

—Señora, en otros momentos lo deseaba más que ahora, pero entonces vos no quisisteis hacerlo; ahora que estoy muerto queréis ponerme en libertad. Estoy dispuesto a pagar mi rescate, si así lo deseáis: decidme cómo.

—Os lo diré, y si no queréis hacerlo, no volveréis a salir de la prisión, a no ser que me juréis sobre sagrado que no entraréis en la casa del rey Arturo antes de un año; y que no tendréis compañía de hombre ni de mujer de su casa durante una sola hora.

—Señora, lo mismo me daría que me matarais. Si queréis podéis hacerlo, según me parece; que Dios no os vuelva a ayudar, si no me cortáis la cabeza como la mujer más traidora y desleal que sois de cuantas ha habido.

—¿Cómo, Lanzarote —le dijo Morgana al ver que estaba tan enfadado—, no soportaríais ningún sacrificio para salir de mi prisión? Por la cosa que más amo, si no

aceptáis el primer rescate que os voy a proponer, no podréis ir de aquí hasta que os haya retenido tanto como la dama de Malohaut. ¿Sabéis qué es lo que tenéis que jurarme? Que no entraréis desde ahora hasta Navidad en ningún lugar en el que esté la reina.

Tuvo entonces tal dolor, que poco faltó para que el corazón no se le partiera en el vientre, y maldijo la hora en que nació. Luego, le dice a Morgana que haga con él como prisionero, pues en la vida jurará tal cosa. Ésta le promete que se pudrirá en prisión. Vuelven a encerrarlo, y pasó toda la noche sin comer, mientras que Morgana no hace más que pensar en cómo engañarle; pero como no puede hacerle comer, le prepara un bebedizo hecho con conjuros y sortilegios: le perturbó el cerebro tanto, que le pareció por la noche entre sueños que se encontraba con la reina, que estaba acostada con un caballero. Lanzarote corría a su espada y quería matarlo, pero la reina se ponía en pie y le decía:

—Lanzarote, ¿por qué queréis matar a este caballero? No seáis tan osado como para tocarlo, pues yo soy suya. Procurad, si en algo estimáis vuestro cuerpo, no ir nunca a un lugar en el que yo esté.

Eso fue lo que Morgana le hizo soñar para que odiara a la reina y para que pensara el día siguiente que su visión había sido cierta, hizo que lo llevaran a medianoche fuera de la habitación y que lo colocaran en una litera, como cuando lo trajo del Valle Sin Retorno, e hizo que lo llevaran completamente dormido a una de las landas más hermosas del mundo, que estaba a unas tres leguas de allí; ella misma acudió y ordenó que sus gentes lo vigilaran de cerca. Por la mañana, le pareció a Lanzarote que se encontraba en uno de los pabellones más hermosos del mundo, y vio delante de él una alfombra igual que la que había visto por la noche, con la reina y el caballero; aún tenía la espada con la que quería matarlo. Entonces, siente tal dolor que falta poco para que pierda el juicio, pues pensaba que había sido cierto todo lo que había soñado, pero siente más todavía la prohibición que le había hecho la reina, más que por el caballero, porque ignora cómo hacer para no atreverse a poner el pie donde esté. Al ver a las gentes de Morgana sintió vergüenza y tristeza; la misma dama se le acercó y le dijo:

—¿Cómo, Lanzarote? ¿Sois tan poco leal que os hubierais ido sin mi permiso?

Al oír estas palabras, Lanzarote piensa que lo acusa de deslealtad, y siente un profundo dolor; toma la espada, que pensaba que aún tenía, e intenta metérsela por medio de su propio cuerpo, pero Morgana lo sujeta, le da consejos y le dice que muchas gentes cometen deslealtades, pero después viven de forma leal el resto de la vida.

—Yo no podría resistir mucho tiempo de tal modo, y más me convendría abandonar el mundo y dejarlo todo, muriendo. Ayer por la tarde me dijisteis que me dejaríais ir si os juraba que no entraría en ningún lugar en el que estuviera mi señora la reina, desde ahora hasta Navidad: estoy dispuesto a cumplir el juramento.

—Os lo acepto, pero procurad no faltar a vuestra promesa, pues os deshonraría en la casa del rey Arturo, mi hermano.

Lanzarote le contesta que preferiría morir.

—Os voy a decir —responde Morgana— lo que haréis, pues estáis tan delgado y tan débil, que de nada serviría que cabalgarais. Permaneced conmigo hasta que hayáis recobrado vuestra fuerza, entonces, me lo juraréis y después os podréis marchar a vuestros asuntos.

Lanzarote lo otorga; entonces, Morgana se lo lleva y hace que coma todo tipo de comida que piensa que le puede agradar, y que es buena; lo retuvo hasta que había recuperado en parte su belleza y su fuerza. Luego se despide de ella tras hacer el juramento que le pidió. Se marcha triste y pensativo, como quien no sabe a dónde dirigirse, y no hay nada que le sirva de consuelo sino el llorar y meditar durante noche y día. De este modo cabalga armado con armas muy ricas y buenas que Morgana le había entregado.

Pero la historia aquí deja de hablar de él y vuelve con Lionel, que cabalga tan a disgusto como quien piensa que su primo ha muerto, según las noticias que ha oído.

CIII

Cuando Lionel se separó de Galahot y de los demás, cabalgó durante tres días sin tener noticias de Lanzarote y de los otros en ningún momento. El cuarto día se levantó temprano y oyó misa en una ermita en el camino. Al salir de la capilla, el ermitaño lo acompañó hasta la puerta y cuando vio las lágrimas que le caían de los ojos sintió una gran compasión por él. Le pregunta de muy buena manera qué le ocurre, a lo que le contesta que tiene todos los dolores de corazón que puede tener un hombre.

—Buen señor —le dice el ermitaño—, sea lo que sea, me lo podéis decir y confesar, pues soy sacerdote y quizás es cosa en la que os puedo dar buen consejo.

—Señor, lloro por un señor mío, que no sé si está vivo o ha muerto; era el mejor caballero del mundo, el que tenía toda la fama de la casa del rey Arturo, en donde viven los caballeros más valientes.

—Señor, sé muy bien de quién habláis, es Lanzarote del Lago; va buscándolo también un gran caballero, hombre muy rico, que está enfermo cerca de aquí en una casa de religión, en la que algunos de vuestros compañeros nos han contado sus hazañas.

Lionel se da cuenta de que habla de Galahot. «Por Dios, señor —le dice—, ¿dónde está enfermo?». El ermitaño se lo indica. Lionel le pregunta si yace enfermo por enfermedad o por heridas. Le responde que es por las numerosas heridas que le han causado en todo el cuerpo.

—Pero está sanando rápidamente.

—Señor, por Dios, haced que me lleven allí, pues no volveré a estar a gusto hasta que no haya llegado.

El ermitaño pone a su disposición a su clérigo, ordenando que lo lleve a la Limosna de Nuestra Señora, que así se llamaba el lugar en el que Galahot yacía enfermo. Antes, Lionel le preguntó si sabía alguna noticia de Lanzarote, a lo que le respondió que no tenía ninguna cierta, y que ignoraba si vivía o estaba muerto, y que está tan perdido como si se hubiera hundido en la tierra.

Lionel empieza a llorar y se despide del ermitaño. Se marcha con el clérigo y no se detienen hasta llegar a la casa; en un patio encontraron a uno de los frailes, que estaba trabajando la tierra. Lionel le pregunta qué tal está Galahot, a lo que le responde que se cura rápidamente.

—Señor —le dice Lionel—, ¿cuándo pensáis que podrá volver a cabalgar?

—Señor, según uno de nuestros hermanos, que sabe de heridas, podrá hacerlo dentro de quince días, y llevar armas.

A continuación, le cuenta las proezas que había realizado, según le habían dicho los escuderos, cuando se llevó el escudo de Lanzarote a la fuerza.

Lionel decide no entrar a verlo hasta que no haya llevado a cabo algún hecho de armas importante y piensa que sería una gran afrenta para él si entrara sin haber combatido desde que se separó de Galahot. Encomienda a Dios al clérigo que le había acompañado, y al otro fraile. Marcha a donde la aventura le lleve; siente dolor por la muerte de Lanzarote, y cabalga de este modo durante cuatro días sin encontrar aventuras que merezca la pena contar.

El quinto día, cabalgaba a la hora de prima: hacía una mañana muy hermosa. Llegó a una bellísima landa, en la que encontró a una doncella de extraordinaria hermosura, de gran belleza, que se lamentaba con pesar. Lionel le pregunta por qué llora. «Por el mejor caballero del mundo —le contesta—, que yace muerto cerca de aquí: lo ha matado un traidor, un desleal».

Al oír estas palabras piensa que es su primo y se desmaya entre los brazos de la doncella, que le pregunta por qué se ha desmayado, cuando vuelve en sí.

—Doncella, creo que es Lanzarote.

—Él es, sin lugar a dudas.

Lionel vuelve a desmayarse y, cuando se recobra, le pide a la doncella, por Dios, que lo lleve al lugar en el que yace. «Con mucho gusto lo haré».

La doncella se pone en marcha, y él la sigue. Cabalgan hasta llegar a un monasterio viejo y antiguo, que tenía un cementerio dentro, muy grande y hermoso, en el que yacían los cuerpos de muchos caballeros. Allí ve una tumba nueva, y la doncella le dice: «Aquí yace Lanzarote». Lionel se desmaya y al volver en sí ve en la parte de la cabeza de la tumba una gran cruz de madera, de la que colgaba un escudo de oro con una banda azul que lo atravesaba. Pregunta si es el escudo del caballero muerto; la doncella le responde que sí. Lionel piensa que es el de Lanzarote, pues nunca llevaba escudo que no estuviera cruzado por una banda, y aquel parecía recién pintado. Mira entonces y ve llegar a un caballero, que atraviesa una empalizada a caballo. La doncella le grita: «Malvado traidor, no seréis tan atrevido como para conseguir disfrutar de la muerte de un buen caballero, y la vais a pagar cara». El caballero le responde que no ve cómo se lo pueden impedir.

Al oír estas palabras, Lionel le ataca, y él se vuelve para defenderse; se dan grandes golpes y las lanzas se les quiebran; al pasar el uno junto al otro se golpean con los cuerpos y con las caras, de forma que ambos se derriban de los arzones, permaneciendo durante un gran rato en el suelo. Lionel, que es más ágil y rápido, es el primero en ponerse en pie. Se quita el escudo del cuello y se lo coloca delante de la cabeza; luego, desenvaina la espada y ataca al caballero que había quedado malherido al caer. Cuando iba a ponerse en pie, Lionel le ataca, dándole tal tajo sobre el yelmo, que no podría darle otro mayor: hace que pierda el conocimiento. Pero era un caballero de gran fuerza y admirable; vuelve en sí y se levanta, desenvainando su buena espada y defendiéndose con vigor, como quien había combatido en muchas ocasiones. Sin embargo, estaba

herido por el golpe y por la caída; no se encontraba tan fresco como Lionel, y retrocedía por los golpes que recibía a diestro y siniestro, retirándose a donde se veía más seguro. Mucho tiempo duró el combate; los escudos están destrozados por arriba y por abajo; los yelmos, rotos y abollados; las cotas, saltadas y desmalladas; se han herido en varios sitios, de forma que el caballero se cansa mucho y se debilita.

Lionel es tan ágil y resiste tanto, que el otro se asombra, pero no puede hacer nada, sino resistir. Lionel le acosa de cerca; el caballero se va retirando hacia una tumba. Cuando Lionel lo ve cerca de la tumba le da un golpe muy grande sobre el yelmo, le rompe el cerco, y el yelmo le cae sobre los ojos; luego, le empuja por los hombros, haciéndole caer al otro lado de la tumba. Se le echa encima y le arranca el yelmo, dándole grandes golpes con el pomo de la espada en el rostro y en la cabeza, hasta que queda completamente cubierto de sangre. A continuación, le baja la ventana sobre los hombros y alza la espada, como si fuera a cortarle la cabeza. La doncella, que está contemplándolo, se pone muy contenta.

En esto, llega otra doncella, en una mula empapada de sudor; al ver al caballero en peligro siente una gran compasión. Baja al suelo y corre a Lionel, preguntándole qué daño había causado el caballero; éste le responde que ha matado a traición al mejor caballero del mundo.

—¿Cómo se llamaba?

—Lanzarote del Lago.

—Por Dios, señor Lanzarote está sano y salvo, como nunca, pues anoche lo vi en donde está, que todavía estaba prisionero.

Tan pronto como Lionel oye estas palabras se pone en pie de un salto y pregunta:

—Doncella, ¿es eso verdad?

—Os digo, por la salvación de mi alma, que lo he dejado esta mañana salvo y sano, y voy a la corte del rey a contar estas noticias.

Lionel le contesta que no creerá ni a la doncella, ni a nadie, mientras no lo vea. La doncella, que estaba dispuesta a salvarle la vida al caballero, se detiene a pensar, y luego le pregunta a Lionel si Lanzarote le toca algo; él le contesta que sí, que es primo hermano suyo. «Ciertamente, lo veréis y os lo mostraré antes de que anochezca. Para que no creáis que quiero engañaros vendrá con nosotros este caballero completamente desarmado. Si no puedo mostraros a Lanzarote, que vuelva a encontrarse en la situación que ahora está».

Lionel se lo concede y el caballero acepta. La doncella que lo había llevado hasta allí se queda sorprendida y lo siente mucho. Lionel le dice entonces:

—Doncella, ¿no me dijisteis que este caballero le había dado muerte a Lanzarote?

—Señor, ciertamente no conozco a Lanzarote, pero lo dije porque había matado a mi amigo.

Montan y cabalgan por donde la doncella los conduce, hasta que, a la hora de

vísperas, llegaron al lugar en el que se encontraba Lanzarote; entonces, la doncella le dice a Lionel:

—Señor caballero, si queréis ver a Lanzarote, me tenéis que prometer que no os daréis a conocer, pues moriríais y yo sería afrentada.

Así se lo promete. Hace que se desarme, lo lleva a un jardín muy hermoso, que había por la parte de atrás, al que Lanzarote iba a deleitarse todas las noches. Cuando ya caía la tarde salió Lanzarote con diez servidores armados de hachas y espadas, que así lo custodiaban. Lionel lo vio de forma tan clara que no le quedaron dudas de que era él; luego, la doncella le ordena que se arme de nuevo, montan los tres y cabalgan durante más de dos leguas. Entonces, llegan a una casa de monjas, en la que se alojan gracias a la doncella.

Se marchan por la mañana y al cabo de poco tiempo la doncella hace que quede en libertad el caballero vencido. Lionel le pregunta su nombre y él le contesta que se llama Suagueres de Hungría. Luego se marcha. La doncella le pregunta a Lionel que hacia dónde piensa dirigirse; éste le responde que tiene que ir a una casa de religión llamada Limosnas de Nuestra Señora.

—Sé bien —le dice la doncella— dónde está; os guiaré hasta allí para que no os perdáis; de allí iré a ver al rey Arturo.

De este modo lo lleva, cabalgando juntos durante dos días. El tercer día, la doncella le indica el camino y se despide de él. Lionel cabalga hasta llegar a la casa, pero no encontró a Galahot, que ya se había marchado: le dijeron que se había ido, enfermo aún, muy despacio. Le indican el camino que había tomado, y va tras él hasta que lo alcanza. Fue grande la alegría que mostró Galahot al saber que Lanzarote estaba sano y salvo. Luego, cabalgan hasta llegar a Sorelois, donde Galahot llevó a cabo las limosnas que había prometido por el alma de su compañero y por la suya misma. Hizo construir hasta treinta abadías e iglesias.

Pero la historia no habla más por ahora de él, ni de Lionel, sino que vuelve con mi señor Galván, del que ha guardado silencio durante mucho tiempo.

CIV

Cuando mi señor Galván se separó de los otros —cuenta la historia— cabalgó durante todo aquel día y el siguiente sin encontrar aventuras. El tercer día iba pensativo siguiendo su camino y se encontró a un caballero armado al cabo de una landa; éste, tan pronto como lo vio venir, le gritó:

—Deteneos, señor caballero, las armas y el caballo que lleváis son míos.

—¿Por qué, buen señor?

—Porque soy el guardián de esta landa.

—¿La guardáis? ¿De parte de quién?

—De parte de Morgana, el hada, a la que le entregaré vuestro caballo y las armas.

A continuación le ordena que desmonte, pero mi señor Galván le contesta que aún no lo ha vencido; el caballero le responde que pronto lo habrá hecho. Pica espuelas al caballo y galopa hacia mi señor Galván, dándole tal golpe en el escudo que la lanza le vuela en pedazos. Mi señor Galván lo alcanza con tanta fuerza que los derriba en un montón a él y a su caballo, de forma que el animal le cae encima de la pierna derecha. Mi señor Galván se marcha, dejándolo. El caballero empieza a gritarle:

—¿Cómo, señor caballero, me dejaréis así? ¡Parece cobardía! Ayudadme a levantar y me iré a mi castillo, pues estoy muy herido.

—No dejaré de hacerlo.

Va entonces a una encina, que había cerca, a atar su caballo y a apoyar la lanza; luego regresa junto al caballero y le quita el caballo de encima, ayudándole a montar de nuevo. El caballero finge estar malherido. Después de ayudarle, vuelve a su caballo, dispuesto a montar. En esto, el caballero pica espuelas y lo golpea con el pecho del caballo, antes de que hubiera llegado a darse cuenta, derribándolo al suelo completamente extendido pero mi señor Galván no permaneció así durante mucho tiempo, sino que saltó rápidamente en pie, desenvainó la espada y atacó al caballero, que no se quedó a esperarlo, sino que escapó. Mi señor Galván monta y pica espuelas, persiguiendo al que huye tan rápido como puede: se ha alejado tanto que no puede darle alcance. Le ocurrió, además, una gran desgracia, pues tropezó el caballo cayendo, y él mismo resultó tan herido que pensaba que el corazón le hubiera reventado en el vientre. Cuando el caballero que huía vio a mi señor Galván en el suelo vuelve con la espada desenvainada; al acercársele se dio cuenta de que estaba desmayado, y entonces le pasa con el caballo dos o tres veces por encima del cuerpo.

En esto, he aquí un caballero andante completamente armado, que ve al que huía; cuando el caballero cayó lo vio volver y contempló todo lo que había hecho y que se llevaba el caballo del caballero desmayado. Entonces le corta el paso y le grita:

—¡Malvado cobarde, no os llevaréis el caballo, sino que lo pagaréis muy caro!

Le ataca y el caballero escapa por otra parte, abandona el caballo y huye hacia el bosque. El caballero andante sujeta el caballo y regresa, llevándolo al lugar donde mi señor Galván estaba volviendo en sí: el caballero lo reconoce de inmediato, salta del caballo y empieza a llorar amargamente.

Mi señor Galván lo mira y reconoce a mi señor Yvaín, su primo y le echa los brazos al cuello, a pesar de lo mal que estaba. Mi señor Yvaín le pregunta si está herido, y él le responde que sí, por dentro del cuerpo. «¡Ciertamente —exclama mi señor Yvaín—, si hubiera sabido que erais vos, el caballero no se me hubiera escapado así!». Ayuda a montar a mi señor Galván y reemprenden el camino que éste llevaba, cabalgando hasta el atardecer, en que encuentran a un vasallo que iba atravesando el bosque, y que les ruega con afecto que se hospeden en su casa, cosa que le agradecen los dos. Con el vasallo había un escudero que cargaba con un gamo y dos liebres y que llevaba atados un par de lebreles. El vasallo le ordena que se adelante y que prepare el albergue y la comida; el escudero así lo hace. Mientras, el señor se queda con sus huéspedes, con los que cabalga sin detenerse hasta que llegaron, bien entrada la tarde, a su alojamiento donde fueron servidos con gran riqueza. Mi señor Galván permaneció allí hasta que estuvo completamente restablecido y mi señor Yvaín se quedó con él, que no quiso dejarlo en ningún momento. Cuando ya se encontraba bien curado se marcharon los dos juntos y no volvieron a separarse.

Un día iban cabalgando pensativos y tristes, porque no habían podido oír ninguna noticia de lo que buscaban, cuando vieron en una hermosísima pradera a un gran número de caballeros que luchaban. Se dirigen a un lado y le preguntan a un escudero qué tipo de combate era aquél, a lo que les responde que era a ganar caballos y a apresar a los caballeros.

—¿Participa quien quiere? —pregunta mi señor Galván.

—Sí —contesta el escudero—, y puede ponerse de la parte que desee.

Mi señor Galván mira y ve a un caballero que llega con rapidez; tan pronto como se mete entre los combatientes, no pueden resistirlo los de su lado y escapan; pero cuando el caballero se retira, son los suyos los que llevan la mejor parte. Después de combatir durante un rato, al ver que los suyos se dan por vencidos, se marcha y los deja solos. Al cabo, cuando ve que los suyos llevan la mejor parte, entra de nuevo en el combate: así lo ha hecho cinco o seis veces ante sus ojos. Entonces, los dos compañeros se dirigen al torneo y realizan tantas proezas que todos se quedan sorprendidos. Al ver esto el caballero bueno, siente tal dolor que poco falta para que pierda el juicio, deja de combatir y se retira al bosque, envaina la espada y arroja el escudo, y se aleja golpeándose los puños, llorando y gritando con fuerza, que de muy lejos se le puede oír. Mi señor Galván se da cuenta de esto y le pregunta a mi señor Yvaín:

—Bello primo, ¿sabéis quién es ese caballero?

Le responde que no lo conoce.

—Así me ayude Dios —exclama mi señor Galván—, no creeré a nadie si no es Lanzarote.

Pican espuelas tras él; mi señor Yvaín recoge el escudo que había arrojado al suelo el caballero y dice que no quedará en el camino escudo de hombre tan valiente, ocurra lo que ocurra. Lo siguen hasta que llega al bosque; entonces, miran a ver qué hará, y ven que descabalga, se quita el yelmo y ata el caballo, lamentándose lo más que puede; se llama «mal cobarde» y maldice la hora en que nació y lo mucho que vive. Después de lamentarse de tal modo, se desmaya y cae al suelo. Se le acercan al galope y descubren que es Lanzarote; lo tienen en brazos hasta que vuelve en sí. Mi señor Galván se ha quitado el yelmo y, cuando lo ve Lanzarote siente gran vergüenza, a pesar de que lo consuelan los dos, diciéndole: «Señor, os estamos buscando desde hace mucho tiempo, pues en la corte se dijo que no volveríais a ser visto por nadie que os conociera». Y no le dicen el resto. Lanzarote les responde que no entrará en la corte por ahora, «y no me lo roguéis, porque no podrá ser; dejadme y decid a los que creáis que se van a alegrar al saberlo, que estoy sano y salvo en mi cuerpo y en mis miembros».

Cuando mi señor Galván ve que de nada servirán las súplicas, le dice:

—Dulce amigo, por la cosa que más hayáis amado en vuestra vida, contadme, si puede ser por qué os habéis lamentado de ese modo.

—Ciertamente, mi señor Galván, tengo mucha razón al hacerlo, pues nunca vi nada tan extraordinario: siempre que he tomado parte en combates, por grandes que fueran, los he llevado a la victoria. Hoy he sido vencido en un pobre torneo: me pesa porque, si alguna vez hubo virtudes en mí, ya me han abandonado.

Entonces, se pone en pie, pues no puede permanecer más tiempo entre ellos por el dolor que siente en el corazón: vuelve a ponerse el yelmo y monta de nuevo. Mi señor Yvaín le pone el escudo al cuello, y se marcha a continuación. Los dos compañeros se alejan por otro lado y cabalgan hasta llegar a la corte, donde cuentan lo ocurrido para gran alegría de todos, que creían que estuviera muerto.

Pero la historia se calla aquí y no habla más de la corte sino que vuelve a Lanzarote, que se marcha afligido, sin saber a qué tierra dirigirse.

CV

Al separarse de mi señor Galván y de mi señor Yvaín, Lanzarote pensó en su corazón y meditó a dónde podría ir, y finalmente decide marcharse con Galahot, que le había hecho toda clase de bienes, y así se pone en camino para dirigirse a Sorelois; si hubiera sabido que Galahot estaba buscándolo, no hubiera ido hacia allí, pero a mi señor Galván se le olvidó decírselo: después lo sentiría mucho.

Cuando llegó a Sorelois fue recibido con grandes muestras de alegría, aunque no encontró a Galahot, que se había ido con Lionel en su búsqueda. Lanzarote enloqueció y perdió la cabeza, y no había remedio posible, ya que todas las cosas que le hacían le desagradaban.

Una noche se escapó a las gentes de Galahot a medianoche llevándose sólo la cota, la camisa y las calzas. Por la gran angustia que padecía, se le había reventado la nariz en la cama, sangrando lo suficiente para llenar una escudilla. De tal modo se marchó. Por la mañana, cuando encontraron la sangre, pensaron que se había matado: el duelo fue el mayor imaginable.

Pero la historia no habla más de él por ahora, y vuelve con Galahot que iba buscándolo.

CVI

Cuando Galahot y Lionel se fueron de Sorelois se dirigieron a la corte, encontrándose con mi señor Galván, que les contó las noticias de Lanzarote, y les dijo que pensaba que había ido a Sorelois, «pues se me olvidó decirle que estabais buscándolo». Entonces, Galahot regresó a su tierra; al oír de qué modo se había marchado y la sangre que habían encontrado en su cama pensó que había muerto y que él mismo se había dado la muerte. A partir de entonces nada pudo consolarle, aunque le hubiera bastado con saber que su amigo seguía vivo, si no pensara que estaba muerto: esto le hacía desesperar tanto que no se dignaba en comer, ni en beber. El único consuelo que le quedaba era el escudo de Lanzarote, que siempre tenía delante de los ojos.

Tanto hizo por la muerte de su amigo que —según cuenta la historia— estuvo once días y once noches sin comer ni beber, hasta que las gentes de religión que le veían a menudo le dijeron que si moría de tal modo perdería el alma. Le hicieron comer a la fuerza, pero fue en vano, pues el largo ayuno le había hecho mucho daño.

Además, le sobrevino otro mal, ya que la herida que recibió al conquistar el escudo se le pudrió, porque había sido mal curada: la carne se le corrompió. Luego cayó enfermo, todo el cuerpo y los miembros se le secaron. De esta forma estuvo languideciendo desde la Magdalena hasta la última semana de septiembre, en que abandonó este mundo como el hombre más virtuoso —según el testimonio de las historias— de su tiempo y de su edad; las limosnas que hizo no se podrían enumerar con facilidad. Ordenó que invistieran a su sobrino con la tierra y los honores, y realizó otras muchas buenas obras.

La historia termina de hablar de él aquí y vuelve a Lanzarote.

LIBRO 4.

El libro de Meleagant

CVII

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se fue de Sorelois, alejándose de aquella región, se lamentaba diariamente, y comía y bebía poco; por eso, la cabeza se le vació y enloqueció, permaneciendo en tal estado durante todo el verano y el invierno, hasta Navidad: iba por todas las tierras con su locura. Después de Navidad, la Dama del Lago, que lo había criado y que había salido en su busca por todas partes, preguntando por él y siguiéndolo, lo encontró la víspera de la Candelaria, cuando estaba descansando bajo un seto en el bosque de Tintagel, en Cornualles. Se lo llevó, lo curó y lo retuvo a su lado el resto del invierno y la Cuaresma: embelleció y se fortaleció más que nunca, pues la Dama le había prometido una alegría semejante o mayor a la que había tenido hasta entonces.

Lanzarote no supo nada de la muerte de Galahot mientras permaneció con la Dama, pues ésta se la ocultó e hizo que se la ocultaran con todas sus fuerzas. Estuvo con su señora hasta quince días antes de la Ascensión, en que se dirigió a la corte del rey Arturo; su dama le dio caballo y armas y le dijo:

—Lanzarote, ya ha llegado el momento de que recuperes, si así lo deseas, todo lo que has perdido. Debes saber que tienes que estar el día de la Ascensión, antes de la hora de nona, en Camelot; si no estuvieras allí a esa hora, preferirías haber muerto a seguir vivo.

—Señora, decidme por qué.

—Porque la reina será llevada allí a la fuerza; si estás, podrás socorrerla cuando nadie se atreverá a hacerlo.

—Os juro que estaré, a caballo o a pie.

La Dama hizo que Lanzarote se pusiera en marcha quince días antes de la Ascensión, de forma que llegó justo antes de mediodía a Camelot, donde Keu, el senescal, había sido derribado y herido mientras acompañaba a la reina, según explica el *Cuento de la Carreta*.

Ese día, el rey Arturo había reunido a su corte en Camelot, que era la ciudad más extraordinaria de las que tenía, y una de las más agradables. No era aquella corte tan importante como las que se reunían en vida del buen Galahot y cuando Lanzarote del Lago estaba allí —todos creían que había muerto—, sino que era una corte triste y apesadumbrada; durante la misma se derramaron muchas lágrimas antes de que llegaran a despedirse, pues cuando el rey regresó de misa se presentó Lionel, el primo de Lanzarote, que venía de buscarle por muchas tierras. El rey salió a su encuentro, a la vez que la reina se alegraba más que nadie; también se puso muy contenta la dama de Malohaut, a la que nada alegraba desde que murió Galahot, pues con su muerte había perdido el poder ser señora de treinta reinos, ya que iba a casarse con él ese mismo año.

Fue grande la alegría que le mostraron a Lionel, pero rápidamente se cambió en tristeza, cuando éste dijo que su primo había desaparecido y que pensaba que estuviera muerto; el rey empieza a llorar, diciendo que —sin duda— fue por el dolor que sintió ante la muerte de Galahot. «Ciertamente —contesta mi señor Galván—, tenía razón si fue por eso, pues después de la muerte de un hombre como Galahot, nadie debería dignarse en seguir vivo». La reina sintió gran tristeza con estas palabras, pues no aceptaba que Lanzarote hubiera muerto; le contesta a mi señor Galván:

—¿Cómo, Galván? ¿No ha quedado ningún hombre en la tierra que valga tanto como Galahot?

—Señora, ciertamente, no lo sé.

—Está, por lo menos, vuestro tío.

Mi señor Galván se pone en pie, el corazón se le hincha y las lágrimas le acuden a los ojos; se da la vuelta y dice mientras se va: «En verdad, señora, debería serlo». Y así quedan las palabras. Entonces llega Keu el senescal, con un bastoncillo de oro en la mano, sin el manto, y le dice al rey que ya estaba dispuesta la comida y que era hora de comer, «y bien lo podéis hacer, pues no será por falta de aventura». El rey se sienta a la mesa, no porque tenga intención de comer, sino para alegrar a su corte. Hubo quienes comieron poco. Lionel estaba en la habitación de la reina, consolándose los dos por su gran pesar. Después de que el rey acabara de comer, se sentó sobre una gran alfombra, tan triste que no le interesaban las distracciones y no hacía más que pensar ensimismado, con gran asombro de sus nobles.

Mientras pensaba de tal modo, entró un caballero armado con cota y con calzas, con la espada ceñida, sin yelmo; era muy grande y estaba muy bien proporcionado en todo; atravesó la sala a grandes pasos, manteniendo la mano derecha en el puño de la espada. Cuando llegó ante el rey, habló con orgullo, diciendo:

—Rey Arturo, vengo para hacer saber que soy Meleagant, hijo del rey Bandemagus de Gorre. Vengo a acusar de deslealtad y a enfrentarme con Lanzarote del Lago, a quien le hice una herida el año pasado bohordando, porque he oído decir que se queja de que le herí a traición. Si mantiene tal queja, que avance, pues estoy dispuesto a defenderme.

—Señor caballero —le contesta el rey—, Lanzarote no está aquí, y hace mucho tiempo que no sabemos dónde se encuentra; es una gran pena. Si estuviera, sin duda mantendría lo que dijo, aquí, en vuestra tierra o en cualquier otro sitio, bien lo sabemos.

En esto, las noticias de la llegada del caballero fueron conocidas en la habitación de la reina. Lionel, que estaba allí, acudió rápidamente ante el rey y se apresuró a ver al que había herido con maldad a Lanzarote. El rey no permitió que hubiera combate, y la reina tampoco lo quiso, evitándolo con todas sus fuerzas.

Meleagant se marcha. Al llegar a la puerta de la sala, se vuelve ante el rey y dice:

—Rey, me voy de tu corte sin haber combatido, pero procuraré luchar contra cualquier valiente que haya aquí. Sabed que en la tierra de mi padre, Bandemagus, y en la mía, hay muchos caballeros vuestros que están prisioneros, y también hay damas, doncellas y criados: no parece que aquí haya tan buenos caballeros como se dice, pues no vienen a buscarlos y a ponerlos en libertad, a pesar de que nuestra tierra no está demasiado lejos, y que no debe ser difícil para caballeros esforzados atravesar el puente y, después, combatir contra un solo caballero. Si se atreven a hacerlo, podrán conquistar honra sin dificultades: si valéis tanto como para confiarle la reina a uno de vuestros caballeros, la acompañaré hasta el bosque; si puede arrebátarmela, dejaré en libertad a los prisioneros y a las prisioneras que hay en la tierra de Gorre, y me convertiré en vasallo vuestro, junto con mi padre. Me podréis tener en prisión, cuando el caballero me haya vencido, hasta que cumpla las condiciones que me pongáis. Si yo venzo al caballero, podréis continuar haciendo lo que queráis y yo también.

—Buen señor —le contesta el rey—, si tenéis a mi gente, no me queda más remedio que tolerarlo hasta que pueda resolverlo; pero no serán puestos en libertad mediante la reina, ya que no fueron apresados por ella.

Meleagant se marcha, monta a caballo y cabalga hasta la entrada del bosque, donde se detiene a mirar, por si alguien va tras él.

A menos de dos tiros de arco le estaban esperando más de cien caballeros armados. Meleagant no entra en el bosque, sino que se queda parado. En la casa del rey Arturo lo comentan, y todos hablan de su arrogancia y de su gran orgullo, hasta que se entera Keu el senescal, que estaba comiendo en las salas de abajo: se levanta de la mesa, va a su alojamiento, se arma y regresa ante el rey, al que le dice:

—Señor, os he servido durante mucho tiempo; ya no me agrada seguir haciéndolo: os pido licencia para irme.

—¿Cómo —le pregunta el rey sorprendido—, senescal, lo decís de verdad?

—Sí, señor; sin lugar a dudas.

—¿Por qué?

—Señor, tal es mi voluntad ahora.

—No lo haréis; si es un capricho, abandonadlo; os ruego, por el amor y la lealtad que me debéis, que os quedéis.

—Señor, no me lo roguéis, pues no hay nada en este mundo que me haga renunciar, salvo una cosa que no os voy a decir.

El rey quería mucho a Keu, y se esforzó todo lo que pudo en retenerlo, pero el senescal no quiso decir la cosa por la que se quedaría. Cuando el rey ve que no conseguirá saberlo, le dice a la reina que se lo pregunte, y ésta lo hace de forma muy dulce.

—Sabed —le dice la reina—, sea cual sea la cosa, que haré que la tengáis.

—Señora —le responde Keu—, si estuviera seguro de eso, os lo diría.

El rey, muy contento, se lo promete y le entrega a la reina como garantía.

—Señor —dice entonces Keu—, me habéis otorgado a mi señora la reina para que la lleve tras el caballero que acaba de estar aquí; vuestra corte sería afrentada si no hubiera nadie que se atreviera a llevarla tras el caballero.

El rey siente tal angustia por esto, que más sería imposible; le entrega a la reina, y no hay ningún caballero que no llore con los ojos de la cabeza y también la reina llora con tanta amargura que nadie puede sacarle una palabra. Trajeron su palafreñ. Cuando Dodinel el Salvaje oyó que Keu se la llevaría, lo siente mucho y dice al rey:

—Señor, ¿dejaréis que se lleven a mi señora de tal modo?

—No puedo hacer otra cosa.

—¿No? Que Dios no me vuelva a ayudar si la lleva lejos. Es mejor que se la quite yo, a que lo haga alguien más desconocido.

—No haréis nada; y si Dios quiere, no debe pensarse que haya traición en nada que yo prometa. Keu se la llevará, pues yo se la he entregado; Meleagant no debe tener miedo de mis fuerzas antes de que haya llegado a su tierra, pues lo que ha sido prometido por rey no debe ser desmentido.

—¿No? Entonces afirmo que nadie es afrentado sino el rey, y que sea afrentado quien quiera serlo.

Y a continuación se marcha tan enfadado que no puede más; la reina monta a caballo haciendo grandes muestras de dolor. Keu le dice entonces:

—Señora, no os preocupéis.

La reina mira a mi señor Galván que se lamenta con un dolor que le mata, y no puede privarse de decir:

—Ay, mi señor Galván, hoy me daré cuenta de que después de Galahot ha muerto toda valentía.

Keu se la lleva y cabalgan hacia el bosque sin detenerse; Meleagant la ve venir y se dirige a los cien caballeros que le esperan; les cuenta los hechos y todos se alegran mucho. Meleagant regresa al sitio donde había estado esperando y cuando Keu llega a él, le pregunta al senescal si es la reina. Éste le responde:

—Sí.

—Y vos, ¿quién sois?

—Keu, el senescal.

—Señora —le dice Meleagant a la reina—, descubríos.

La reina siente tal dolor que desearía estar muerta, y no le responde una palabra. Meleagant le descubre el rostro y la reconoce.

—Keu —dice—, iremos a la landa más hermosa del mundo, que os voy a enseñar, allí estaremos más a gusto que en la espesura de este bosque.

El senescal acepta.

Entonces emprenden el camino y se encuentran con un caballero armado: era

Lanzarote que custodiaba el camino tal como su Dama del Lago le había ordenado. Pregunta que quién es esa dama.

—Es la reina —contesta Keu.

—¿Qué reina?

—La mujer del rey Arturo.

—No la llevaréis más lejos.

—¿Frente a quién —pregunta Keu— la queréis defender?

—Frente a todos aquellos que intenten llevársela más lejos.

—¿Quién sois?

—Soy un caballero andante. Y vos, ¿quién sois?

—Soy Keu.

—¿Y os lleváis así a mi señora?

—Buen señor —contesta Keu sin reconocerlo—, tengo que defenderla frente a este caballero.

A continuación, Keu le cuenta cómo ha ocurrido todo. Lanzarote decide que va a ir a ver cómo lo hace Keu. Entonces se marchan y la reina se queda sorprendida, pues piensa que Lanzarote la ha reconocido.

—No me atrevo a pensar que sea él.

Lanzarote los sigue oculto por el bosque, hasta que llegan a la landa. Meleagant sujeta a la reina por el freno del caballo y dice:

—Venid, señora.

—Aún no la habéis conquistado —responde Keu—, quitad la mano pues en breve vais a tener que pagarlo.

Se distancian los dos, colocan las lanzas bajo las axilas y juntan los escudos a las cotas, pican a los caballos con las espuelas y se dan grandísimos golpes en los escudos, Keu rompe su lanza y Meleagant le golpea con tanta fuerza que lo dobla sobre el arzón trasero, de forma que le atraviesa los cueros, del escudo y las tablas, y la cota no puede resistir ante tan gran golpe; se rompen las mallas y la punta de la lanza le atraviesa por el costado, le rompe una de las costillas y le empuja tan duramente que junto al espinazo le pasa la punta por un pliegue de la cota y lo derriba a él y al caballo juntos, cayendo Keu con tanta fuerza contra el suelo que el arzón se le despedaza. El senescal se desmaya y Meleagant, que era muy desleal, va con el caballo por encima de su cuerpo rompiéndole los huesos, sin que se pueda defender. Los caballeros de Meleagant, que estaban esperándolo, acuden y recogen a Keu, herido como estaba, echándolo sobre una litera y llevándose.

De este modo se llevan a la reina. Lanzarote, que había estado mirando cuál sería el final, vio que se llevaban a su señora, y no se sintió a gusto. Pica espuelas a su caballo y les grita. Meleagant lo ve venir, se dirige hacia él, pues era bastante valiente, aunque desleal. La landa era llana, los caballos veloces y los caballeros fuertes y

malintencionados; galopan desde lejos y se dan grandes golpes en los escudos; Meleagant quiebra la lanza y Lanzarote lo golpea en medio del escudo. El caballero era fuerte y resistió, el golpe fue duro: tambaleó al caballero hasta que le hizo caer al suelo, con tanta fuerza que quedó aturdido. El caballo se le marcha y Lanzarote ataca a los demás, llevando consigo la lanza y golpeando al primero que alcanza, de forma que lo derriba muerto; luego, vuelve al campo de combate y ataca de nuevo a los demás: con la lanza mata a cuatro y, después, desenvaina la espada y los ataca como quien no teme la muerte, cortándoles los escudos, hundiéndoles los yelmos y falseándoles las cotas cuando los alcanza. Meleagant volvió a montar a caballo y contemplaba las maravillas que realizaba; el corazón le dice que aquel era Lanzarote. Pica espuelas a su caballo, se dirige hacia él con una lanza y golpea el caballo de Lanzarote en medio del cuerpo, matándolo. Los caballeros se le echan encima, pero Meleagant teme que le hagan algún daño y les dice:

—Marchaos todos, dejadlo, pues no es cosa dispuesta.

Entonces se marchan todos. Meleagant se queda atrás pero no se esfuerza en matar ni en apresar a Lanzarote, pues teme ser sorprendido; tenía valor suficiente como para acometer una gran empresa. El caballo de Lanzarote está muerto, que no puede conseguir nada de él; Lanzarote lo siente tanto que poco falta para que no se dé la muerte. Se detiene a mirar y ve venir a mi señor Galván que llega completamente armado, pues había visto el caballo de Keu que huía hacia la ciudad, y allí pensaban todas las gentes del rey que el senescal había muerto; mi señor Galván se había armado para socorrer a la reina y para seguirla hasta la tierra de Gorre, llevando dos caballos a su diestra. Cuando Lanzarote ve a mi señor Galván, lo reconoce de inmediato, pero éste no lo conoce a él. Cuando ya está a su lado, Lanzarote le dice:

—Señor caballero, podéis ver que mi caballo ha muerto, por Dios, dadme uno de los vuestros o prestádmelo hasta que os lo pueda devolver, seréis recompensado.

Mi señor Galván dice que con mucho gusto lo hará, «tomad el que preferáis». Lanzarote salta sobre uno de los caballos sin preocuparse sobre cuál y mi señor Galván le pregunta quién es.

—No os preocupéis —le contesta Lanzarote—, da igual quien sea, pues vuestro caballo os será bien devuelto.

Mi señor Galván se siente como un villano y le pesa el haberle preguntado quién era.

Lanzarote se marcha, pica espuelas tras Meleagant siguiendo sus huellas hasta que le alcanza y éste se pregunta admirado dónde ha podido conseguir un caballo tan pronto. Entonces les dice a sus hombres que le mate el caballero que primero pueda llegar hasta él. Él mismo se vuelve hacia Lanzarote y, al verlo sin lanza, arroja al suelo la que llevaba y saca la espada; se dan tan grandes golpes sobre los yelmos que quedan completamente aturdidos. Lanzarote va contra los que llevan a la reina, golpea al

primero que alcanza cortándole el brazo derecho, pero le matan el caballo y cae a tierra, él y el animal. Al verse a pie, lo siente mucho; va hacia Meleagant, que estaba tan aturdido que se había tenido que sujetar al cuello del caballo con los dos brazos. Lanzarote vuelve a darle tal golpe que no puede quedarse en los arzones, sino que vuela al suelo y Lanzarote salta sobre el caballo, ataca a los demás, que vuelven a matarle el caballo y que ayudan a Meleagant a que monte y se van tan deprisa como pueden, picando espuelas. Lanzarote se queda a pie bastante dolorido y camina tras ellos con la espada desenvainada; después de haber marchado tanto que se encontraba ya cansado, mira a su derecha y ve una carreta por un gran camino lleno de hierba. Se dirige hacia allí y distingue a un enano jorobado, que era muy buen carretero.

—Ay, enano —le dice Lanzarote—, si sabes alguna noticia de los caballeros que van por aquí delante llevando a una dama, dímelo y a cambio seré caballero tuyo para siempre.

—¿Preguntas por los que se llevan a la reina?

—Así es.

—¿Deseas saber a dónde van?

—Sí, por encima de todas las cosas.

—Sube, pues, en esta carreta y te llevaré a un lugar en el que tendrás verdaderas noticias.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Salta a la carreta. En aquel tiempo había la costumbre de que el que quería acabar con alguien o avergonzarlo en todas las tierras, hacía que montara antes en una carreta, y a partir de ese momento no era escuchado en la corte, sino que se consideraba que había perdido todo tipo de derecho.

De este modo montó Lanzarote en la carreta. Después de haber avanzado durante un gran rato, les alcanzó mi señor Galván, que había estado en todos los lugares en los que Lanzarote había ido realizando proezas, y había visto a todos los que habían muerto; se preguntaba admirado quién había hecho tal cosa. Cuando vio al caballero en la carreta, le pesó mucho y le dijo al enano:

—Enano, dame noticias de los que llevan a la reina, si sabes.

—Si quisieras montar en la carreta como éste, te llevaría a un sitio en el que oiríais noticias.

—Si Dios quiere no me montaré en carreta.

—Entonces no tienes tantos deseos de ser afrentado como este desdichado caballero.

Mi señor Galván cabalga tras la carreta hasta que empieza a atardecer. Llegan entonces a un castillo y tan pronto como entran, empiezan todas las gentes a gritarle a Lanzarote, lo maltratan, le tiran piedras y le preguntan al enano qué delito ha

cometido. El enano atraviesa el castillo; cuando ya han llegado a la otra parte, mi señor Galván le dice a Lanzarote:

—Señor caballero, ¿no iríais a caballo más honrosamente que en esta carreta? Aquí tengo dos caballos: tomad el que queráis, será para vuestro honor y para el mío.

—Por Dios —responde el enano—, no montará, pues debe ir en la carreta hasta donde yo voy a pasar la noche.

Lanzarote dice que así lo hará.

Continúan y al cabo de unas dos leguas, llegan a otro castillo, en el que entran. Si le dijeron bastantes afrentas a Lanzarote en el primer castillo, ahora le dicen bastantes más, y no hay personas grandes o pequeñas que no corran tras él. Así lo acompañan hasta una gran cerca construida por muro de cantería; la carreta entra en ella.

—Bajad —ordena el enano a Lanzarote.

—Antes me darás noticias de mi señora.

—Ya las sabréis.

—Las sabré de otra forma.

—¿No os queréis quedar a dormir aquí esta noche?

—No, prefiero seguir adelante.

—Si queréis saber lo que vais buscando, os tendréis que quedar a dormir aquí. Pero si no sois valiente y atrevido, no os quedéis, pues de aquí no escapa nadie que no sea valiente.

Lanzarote siente una gran angustia por esto, pues si se queda, sabe que mi señor Galván le reconocerá; y si se va, está seguro de que el enano lo tendrá por cobardía: se apea y ve venir dos doncellas que salían de una alta torre, y que le muestran una gran alegría a mi señor Galván. Lanzarote las saluda: una de ellas le dice:

—Por Dios, señor caballero, os deberíais guardar mucho de saludarnos.

—Doncella, ¿por qué?

—Porque habéis estado en carreta: estáis deshonorado en todas partes.

Al oírlo, Lanzarote siente tal dolor que poco falta para que se mate con su propia espada; pero cuando piensa que lo ha hecho por su dama, vuelve a meter la espada en la vaina y abandona su dolor.

Lanzarote se dirige directamente a la torre de la que habían salido las dos doncellas, entra y llega a una habitación muy hermosa en la que había una alfombra riquísima; se quita el escudo del cuello y se tumba sobre la alfombra armado como iba, con el yelmo. No pasó mucho rato hasta que llegaron las dos doncellas; le habían preguntado a mi señor Galván quién era el caballero, pero éste no supo qué decirles. Cuando lo vieron acostado en la alfombra más hermosa, se preguntaron con admiración, más que antes, quién era. Entonces, una de ellas le dice:

—Eh, señor caballero afrentado, maldita sea la hora en que os acostasteis ahí.

—¿Por qué?

—Porque es una cama demasiado rica para un hombre como vos.

—Si fuera más rica, más me hubiera atrevido a acostarme en ella.

—Así me ayude Dios, en breve lo podremos comprobar.

Llegan en ese momento criados que lo desarman, y uno de ellos le abrocha un manto de piel. Dispusieron la comida para él y para mi señor Galván, pues todos los demás ya habían cenado; pero Lanzarote dice que no comerá, porque se encuentra mal. Mi señor Galván, que está deseoso de saber quién es, va a la habitación y le recomienda que coma. Lanzarote tiene la cabeza cubierta por el manto, para que no lo reconozcan; y contesta que no cenará.

—Ciertamente —dicen las dos doncellas—, hacéis bien, pues valdríais más muerto que vivo. No os preocupéis por él —le dicen a mi señor Galván—, que nosotras os daremos compañía; si comiera con vos, nosotras no nos quedaríamos.

Mi señor Galván le suplica tanto, que Lanzarote le responde que cenará, pero será en su habitación y completamente solo; a mi señor Galván le pesa mucho, pero se va con las dos doncellas aunque preferiría ayunar junto a Lanzarote, con tal de poder saber quién es.

Mi señor Galván cenó poco, y estuvo pensando en el caballero de la carreta; pero en modo alguno puede pensar ni imaginarse que es otro sino Lanzarote, por su elevado comportamiento y por su constancia. Después de cenar, una de las doncellas fue a Lanzarote y le dijo:

—Señor caballero, si queréis ver cosas dignas de admiración, os las mostraré.

Lanzarote piensa que se refiere a la reina; se pone en pie de un salto y le contesta que va por todas las tierras en busca de maravillas, y que no ha conseguido ver ninguna todavía.

La doncella se pone en marcha, seguida por Lanzarote, y van a una gran sala en la que había un candelabro muy hermoso; allí se encontraban también mi señor Galván y la otra doncella. Lanzarote se oculta bajo el manto con que tiene cubierta la cabeza. La doncella que lo había llevado le dice:

—Señor caballero, ¡mirad!

Mira y ve tres camas, dos de ellas en el extremo de la habitación: una era alta, mientras que la otra era baja y en el centro de la sala había otra, tan hermosa y tan rica como nunca se había visto nada semejante.

—Doncella —dice Lanzarote—, ¿dónde está la maravilla que me ibais a enseñar?

—¿Cómo? ¿No la veis aquí?

—¿Es eso? Abundan las camas ricas.

—Jamás veréis una tan rica ni tan elegante; mirad, por lo que más queráis en vuestro corazón, y procurad no acostaros en ella; en todo caso, os acostaréis en esa baja o en la de más allá: ésta es demasiado rica para vuestra persona.

—¿Por qué me prohibís que me acueste en esa cama?

—¿Por qué? Así me ayude Dios, porque no es justo ni que habléis: menos justo es todavía que os acostéis en ella. Guardaos, pues si lo hacéis arriesgaréis vuestro propio cuerpo.

—No sé qué puedo arriesgar, pero me acostaré en ella esta noche.

—¡Ah! Los hombres más valientes del mundo —dice la otra doncella— y los más honrados tendrían mucho que hacer si se acostaran en esa cama, y pretendéis hacerlo vos, que sois el más afrentado.

—Ya veremos quién será el afrentado, pues me acostaré en ella.

—Ya lo veremos —dicen las doncellas—, si es que vuestro vil corazón se atreve a hacerlo.

Luego, se van, llevándose a mi señor Galván. Lanzarote tuvo abundantes criados que le descalzaron y, tan pronto como estuvo desnudo, se metió en la rica cama. No tardó mucho en volver mi señor Galván con las dos doncellas, que decían que en mala hora se acostó allí. A él le importaba poco y las doncellas se marcharon. Mi señor Galván se acuesta, pensando ahora más que nunca que es Lanzarote el que está en la rica cama. Lanzarote, que estaba cansado por las armas y por la tristeza de su señora, durmió profundamente. A media noche, empezó a temblar toda la casa y se formó un gran estrépito allí dentro, tan grande que parecía que todo fuera a hundirse. En esto, cae una lanza, cuya asta era totalmente blanca y la punta, bermeja; de ella sale una llama completamente roja. La lanza cae sobre la rica cama haciendo tanto ruido como si fuera un rayo; atravesó la manta y las sábanas y alcanzó a Lanzarote en el costado izquierdo, pasando por los pies hasta el suelo. Lanzarote se pone en pie de un salto, y la ve clavada en la cama completamente recta; la saca y la arroja tan lejos como puede, diciendo que sea maldito como cobarde quien la lanzó, pues no le hirió inmediatamente. Apaga el fuego de la alfombra y coloca su espada junto a él. Mi señor Galván también se puso en pie y sintió gran miedo de que Lanzarote hubiera resultado mortalmente herido; le pregunta cómo está.

—Bien, señor —le contesta—, id a acostaros.

Mi señor Galván se acuesta y permanece así hasta que llega el día. La sala era oscura y no podía ver la luz. El enano, que había llevado en la carreta a Lanzarote, entró y gritó desde la puerta:

—Caballero que fuisteis en la carreta, ahí están los que se llevan a la reina.

Lanzarote, que se había acostado con la camisa y las calzas, se pone en pie y se echa la cota sobre los hombros, sin más y rápidamente sube a la torre; ve numerosas doncellas asomadas a las ventanas que daban al prado; se acerca allí y ve a los caballeros del día anterior, que se llevaban a la reina y, a su lado, ve a Keu el senescal en una litera.

Al ver a la reina, se queda tan sorprendido que no puede hablar. Cuanto más se aleja, más se asoma Lanzarote a la ventana para verla mejor. Mi señor Galván, que

había acudido también, se da cuenta de que es él y que asomaba por la ventana hasta el muslo; lo sujeta entre sus brazos y tira de él hacia atrás. Al verle el rostro, reconoce a Lanzarote y, besándolo le dice:

—Ay, buen y dulce amigo, ¿por qué odiáis vuestra vida? Por poco no habéis muerto.

—Ciertamente —dicen las dos doncellas—, hacía bien, pues nunca tendrá honor.

—Entonces —responde mi señor Galván—, no habrá honor en el mundo, si él no tiene. ¡Poco conocéis al caballero!

Piden a continuación sus armas y se hacen armar. Las doncellas le preguntan a mi señor Galván quién es el caballero y él les contesta que no se lo diría a nadie sin su permiso.

—Pero os puedo asegurar —añade—, que es el mejor de los buenos, y no me preguntéis más, pues será vano esfuerzo.

Después de armarse, las doncellas hicieron que les llevaran los caballos y las lanzas. Pero mi señor Galván dice que Lanzarote no montará aquel caballo, «sino que tendrá uno de los dos míos, y eso le gustará más». Toma la lanza Lanzarote y monta en uno de los caballos, marchándose los dos. La más importante de las doncellas le pregunta a Lanzarote su nombre.

—Doncella —le contesta—, ¿para qué lo queréis saber? Soy un caballero que ha montado en la carreta.

—En verdad —contesta la doncella—, es una gran lástima.

Llama entonces a una doncella suya y le dice en secreto lo que quiere. La doncella monta y acompaña a los dos caballeros durante un gran rato, indicándoles el camino tras la reina y después regresa.

Los dos compañeros se marchan y cabalgan hasta mediodía. Entonces se encuentran con una doncella que montaba un mulo de paso tranquilo, que iba cansado y empapado en sudor. La saludan y ella les devuelve el saludo; le preguntan noticias de la reina.

—Os podría dar noticias, si lo deseara.

Se lo ruegan los dos y ella responde:

—¿Qué me daríais?

—Doncella —contesta mi señor Galván—, seré toda mi vida caballero vuestro.

—Por el nombre de Dios —dice Lanzarote—, pedid lo que queráis y lo tendréis, si es que lo puedo encontrar en el mundo.

—Os lo diré.

Entonces la doncella les cuenta quién es el que se lleva a la reina y lo orgulloso que es.

—Eso —dice mi señor Galván— ya lo sé; pero decidnos cómo podemos entrar en su tierra.

—Ciertamente, no es fácil entrar, pues hay dos pasos muy traidores —y se lo cuenta

—, aquí está el camino de la derecha que lleva al Puente de la Espada, y a la izquierda el camino que va al Puente Sumergido, que las gentes de la tierra llaman Puente Perdido.

—Señor —le dice Lanzarote a mi señor Galván—, tomad uno de esos dos caminos, puesto que habéis entrado en esta búsqueda.

 Mi señor Galván toma el Puente Perdido.

—Yo iré al Puente de la Espada —dice Lanzarote.

—Señores caballeros —les advierte la doncella—, cada uno de vosotros me debe un don, y será el que yo pida.

Así se lo conceden; la doncella se marcha y los dos compañeros hablan juntos durante un largo rato. Pero mi señor Galván no le dice a Lanzarote nada de la muerte de Galahot, ni del enfado de la reina, ni le pregunta en qué sitio ha estado pues lo ve pensativo y a disgusto. Se despiden el uno del otro y mi señor Galván toma su camino.

 Pero la historia deja de hablar ahora de él y habla de Lanzarote.

CVIII

Cuando Lanzarote se separó de mi señor Galván en el camino de los dos puentes, cabalgó hasta la hora de vísperas sin encontrar aventura que merezca la pena recordar y entonces alcanzó a la doncella que les había indicado el camino: era la joven con la que había hablado en secreto por la mañana la doncella en cuya casa habían dormido. Ésta le había enviado por delante de los dos caballeros para que Lanzarote tuviera un alojamiento adecuado en un lugar al que lo llevaría y le indicó cómo podría reconocerlo, pues pensaba que era él. Cuando la doncella lo ve, lo saluda y él le devuelve el saludo.

—Señor caballero —le dice la doncella—, os daré alojamiento esta noche en un lugar muy agradable, si así lo deseáis; está en vuestro camino y llegaréis a él justo a la hora de albergaros.

—Tomaré alojamiento esta noche.

—¿Me lo prometéis?

—Sí.

Se van, él por delante y ella tras él, hasta que llegan, bien caída la tarde, a un lugar muy bueno para alojarse, que estaba rodeado por un alto muro almenado. Cuando pasaron la puerta, dijo la doncella:

—Señor caballero, me habéis concedido un don, que es el primero que os voy a pedir.

El caballero así lo reconoce.

—Os pido —le dice la doncella—, que os acostéis esta noche conmigo.

—Ciertamente, doncella —le contesta angustiado al oírla—, podréis pasar sin que me acueste con vos, pues tengo otras muchas preocupaciones.

La doncella le responde que no lo tolerará en absoluto.

—Entonces, tendré que cumplir mi promesa —contesta Lanzarote—, pues no seré llamado desleal.

Mientras tanto, han subido a la torre y la doncella le ayuda al caballero a desarmarse. Luego, le dice que espere un poco y se va a una sala, regresando en seguida.

—Venid —le dice la doncella.

Él la sigue hasta que llegan a la sala, en la que encuentran dispuesta muy buena comida, como corresponde al viernes, pues era el día siguiente de la Ascensión; pero no ve allí ni criados ni servidores. Se lavan ellos mismos y se sientan; entonces les llega a través de una ventana todo lo que necesitan. El caballero se queda sorprendido y mira su anillo, pues estaba seguro de que todo aquello era encantamiento: lo mira, pero el anillo no tenía virtud de reconocerlo, pues Morgana se lo había cambiado cuando estaba prisionero.

Después de comer la doncella le dice al caballero:

—Señor, id a distraeros un rato ahí fuera, hasta que os llame, entonces tendréis que cumplir la promesa de acostaros conmigo.

Sale preocupado y permanece fuera hasta que oye a una mujer que grita con mucha fuerza. Acude rápidamente y al llegar a la sala en la que había comido, oye el grito en una habitación vecina. Va allí y oye que la doncella le grita:

—Por Dios, noble caballero al que he albergado, ayúdame, pues este desleal quiere deshonorarme y tú debes acostarte conmigo.

Al oír estas palabras, se siente muy a disgusto, pues ve a un gran caballero que la tiene tumbada sobre una alfombra y está entre sus piernas intentando hacerlo; la doncella se defiende con fuerza y pide compasión a su huésped. Este ve a la entrada de la puerta a dos hombres que tienen sendas espadas desenvainadas y detrás de ellos a otros dos con hachas. Al ver esto, decide ir a buscar su espada y su escudo, pero cuando va a volverse, se dice a sí mismo que su doncella será afrentada antes de que él haya podido regresar; por otra parte, si se mete en medio de las espadas y las hachas, no podrá escapar vivo, si valen algo los guardianes de la puerta. Luego, se dice que si se queda, su dama no será nunca rescatada por él, «y mi señora del Lago me dijo que yo la rescataría; nadie que fuera en su búsqueda debería cometer cobardía. Pero lo tengo que hacer, porque si muero aquí será por ella, y si consigo escapar, también será por ella. Socorreré a esta doncella, porque no puedo quedarme aquí sin más».

Se envuelve el brazo izquierdo con el manto que llevaba al cuello, se lo coloca delante de la cabeza y se lanza a atravesar la puerta. Las dos espadas fallan con él, caen con tanta fuerza que ambas se clavan en el suelo y vuelan en trozos. Lanzarote no se detiene a mirar nada, sino que avanza y golpea con todo el cuerpo a uno de los que tenían las hachas, derribándolo al suelo. El otro da un golpe y lo alcanza con el filo, de modo que le corta cuatro dobleces del manto; el golpe sigue hacia el hombro izquierdo, le corta la camisa y la piel y hace que la roja sangre caiga al suelo. Pero Lanzarote no se desmoraliza por el golpe, sino que coge por los cabellos al que tenía a la doncella, lo levanta y lo arroja contra el hacha que tenía el que había derribado y que intentaba golpearle. El hacha alcanza al malvado caballero en medio de la cabeza y se la parte completamente; Lanzarote la sujeta por la parte del hierro y la arranca de los puños de aquel que la tenía; se lanza hacia la otra parte y dice que se le acerquen ahora quienes se atrevan, pues no habrá nadie que vaya hacia él dispuesto a combatir. Los otros se agrupan fuera de la habitación y la doncella empieza a reír diciendo:

—Ciertamente no quedan más.

A continuación, la doncella lo toma por la mano y le dice:

—Venid, buen huésped, pues bien me habéis defendido.

Se van a una gran habitación en la que el caballero ve una cama muy rica en el centro. La doncella le dice:

—Señor, quiero acostarme, procurad cumplir con las condiciones.

—Doncella, ¿tiene que ser así?

—Sí.

—Me acostaré, pues.

La doncella se acerca a una ventana y golpea con un martillo de hierro, de modo que toda la sala resuena. Al punto acuden caballeros y servidores en abundancia; al verlos llegar, Lanzarote se endereza, pues se había sentado a descalzarse. Se arrodillan todos ante él y éste les pregunta qué desean, a lo que le responden que vienen a descalzarle. Después, cuando ya lo han hecho, le suplica a la doncella que no le obligue a acostarse, pero ésta le responde que tiene que hacerlo si no quiere ser perjuro; a lo que él contesta que se acostará. Tarda mucho en desnudarse; los servidores se han ido y las velas han sido apagadas; por fin, se acuesta angustiado, sin quitarse la camisa ni las calzas. La doncella ve que se echa vuelto sin decir una palabra; ella empieza a hablarle y a acariciarle donde más resiste. Cuando ve que no podrá encenderlo, le dice:

—Buen señor, ¿haríais algo más?

—Doncella, creía haber hecho lo suficiente como para enfadaros, al menos tanto como vos a mí.

—¿Cómo, señor? ¿Os enfado tanto? ¿Acaso no soy bastante bella?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué os enfado?

—Porque mi corazón lo quiere y yo pertenezco a mi corazón.

—Ciertamente, el corazón es bastante leal y no os quiero enojar más: habéis hecho tanto que ya sé quién sois.

—¿Quién soy?

—¿Quién? El mejor de los buenos.

La doncella se levanta.

—Dormid —le dice al caballero—, que Dios os dé buena noche.

La doncella se marcha y se acuesta en otra habitación en la que estaba preparada su cama, pues sólo quería probar al caballero; si hubiera querido éste acostarse con ella, ella no lo hubiera tolerado. Ahora piensa que es Lanzarote y que si algún hombre puede realizar lo que éste ha emprendido, será él mismo quien lo haga. Durante un largo rato piensa en él.

Cuando amaneció, se levantó la doncella nada más ver luz y fue en busca del caballero, al que le dijo que Dios le diera buen día; él respondió que Dios le dé buena ventura. La doncella desea probarlo un poco más, por ver mejor sus hazañas, y le dice:

—Buen señor habéis cumplido muy bien con mis condiciones: no sé qué más pedir. Pero si os atrevierais a llevarme con vos según los usos y costumbres del reino de Logres, yo iría, pues tengo mucho que hacer en este camino.

El caballero le pregunta que cuáles son esos usos y costumbres.

—Os lo voy a decir —contesta la doncella—; los usos y las costumbres del reino de Logres son que si una dama o doncella va sola, no debe temer nada; si va en compañía de caballero y la puede conquistar otro caballero, el vencedor puede hacer de la dama o de la doncella según su deseo, sin recibir afrenta ni reproches. Si os atrevéis a acompañarme así, yo iría tranquilamente.

—Amiga, venid; no recibiréis ningún daño ni ninguna afrenta, mientras yo pueda valerme.

—Entonces lo haré.

En esto, llegan los servidores y le ayudan a armarse; la doncella monta con él. Cabalgan hasta la hora de tercia en que encuentran un río ancho y profundo. Lo bordean hasta que llegan a un castillo que había a la entrada de la tierra de Bandemagus, llamado Wandehenches y era extraordinariamente fuerte. Sabed que la tierra de Bandemagus estaba rodeada por la parte de Bretaña por dos grandes ríos sobre los que habían construido los dos puentes peligrosos; si un caballero andante conseguía pasarlos, después podía ir sin oposición y a su gusto por la tierra que había entre los dos ríos. Bandemagus había conquistado aquella tierra después de ser rey; cuando vio que los desterrados de Bretaña crecían, los envió a aquella tierra, que se llamaba Tierra Foránea. En ella había cuatro salidas y cuatro castillos: habían sido construidos sólo para que los desterrados no pudieran salir, aunque les preocupaba poco. El caballero de la carreta y la doncella que lo llevaba entraron en el castillo; por todas partes se había difundido la noticia de que un caballero que había montado en una carreta venía a liberar a la reina, y por todas partes sabían ya qué armas llevaba.

El caballero y la doncella entran en el castillo. Al punto, empiezan a gritar todas las doncellas y las damas del castillo:

—¡Huid, huid por este caballero deshonorado que viene, que ha sido llevado en una carreta! —cierran los ojos y maldicen la hora en que nació.

Incluso los niños pequeños de la ciudad iban gritando:

—¡Éste es el vencido! ¡Éste es el vencido!

De esta forma cabalga el caballero hasta las afueras del castillo. La doncella llora con ternura y maldice la hora en que se hizo la carreta. Salieron del castillo cuando ya había pasado mediodía. Llegan a una calzada de piedra que iba entre dos ríos; al extremo de la misma ven a un caballero completamente armado. Cuando se acercan al puente, el caballero de la calzada se adelanta y al reconocer al de la carreta, le grita:

—¡Fuera, fuera, tú que montaste en la carreta! No pasarás por aquí, pues tu mal olor me matará.

—Pasaré porque éste es mi paso.

—Obrarás como un loco.

—¡Por qué?

—Por la fe que le debo a Dios, tendrás que dejar aquí lo que yo prefiera de lo que

llevas o tendrás que combatir conmigo.

—¿Cómo? ¿Te lo dan todos los que pasan por aquí?

—Ciertamente, sí; incluso si pasara Arturo de Bretaña lo tendría que hacer. De su propia mujer recibí el pontazgo hoy mismo, fue abundante y hermoso.

—¿Y qué fue?

El caballero le indica un poyo junto a la calzada.

—En verdad —le contesta el caballero de la calzada—, sobre ese poyo puedes ver el peine más hermoso de cuantos has visto; todos sus dientes están llenos de cabellos de la reina, que son de gran belleza; pero no pueden ser vistos por nadie que haya subido en carreta, como tú has hecho.

—Quienquiera que sea yo, pienso verlo.

—Entonces me tendrás que entregar el caballo sobre el que vas montado.

—No tendrás fácilmente el caballo, antes combatiré.

—¡Bah, bah! No combatiré contigo si Dios quiere, pues buen caballero no debe combatir contra hombre vencido.

—Entonces pasaré con más facilidad.

Cuando iba a subir a la calzada, el guardián le sale al paso diciéndole que si quiere avanzar, perderá por lo menos la cabeza. El caballero de la carreta no muestra que le preocupe, sino que sigue avanzando; el otro lo sujeta por el freno y le dice:

—Caballero, no sigas, pues tienes que luchar contra mí. Sabed que si te venzo, te cortaré la cabeza.

El de la carreta se detiene. El otro se aleja toda la calzada y luego regresa al galope, tan rápido como puede su caballo, y lo mismo hace él; se golpean los escudos. El caballero de la calzada quiebra la lanza, mientras que el otro le alcanza de forma que lo lleva del caballo al suelo. Descabalgua él también, se saca el escudo del cuello, se lo coloca ante la cabeza, desenvaina la espada y ataca al otro, que ya se había puesto en pie; se dan grandes golpes en el yelmo, en el escudo y en la cota. Pero finalmente, el de la calzada se ve obligado a abandonar terreno y no puede resistir el combate: le deja libre el paso. El de la carreta, sin embargo, dice que no basta con eso, sino que tiene que darse por vencido.

—Decidme antes —le responde—, si es cierto que montasteis en la carreta.

Le contesta que es verdad.

—Ciertamente —dice el de la calzada—, no seré vencido por hombre que ha estado en carreta.

—Entonces morirás.

—Prefiero muerte honrosa que derrota vergonzosa.

—Ay, desdichado —dice la doncella—, no fue afrentado en la carreta, pues subió por propia voluntad y para mayor honra suya.

—Pienso que lo hizo por su propio corazón, pues es un buen caballero. Tomad

señor, mi espada, pues me considero vencido por vuestra mano.

—Antes me tienes que dar el peine de la reina e irás prisionero a donde yo te ordene. Si no quieres hacerlo, perderás la cabeza, del mismo modo que me has amenazado con cortármela.

Al caballero de la calzada le cuesta gran esfuerzo, pero al final se lo otorga; lo lleva al poyo y le entrega el peine. El de la carreta lo contempla con tanta dulzura que se olvida de todo; luego, levanta el faldón de su cota y se guarda en su seno el peine con los cabellos, a la vez que le dice al caballero que se vaya libre, pues ha pagado un rico rescate; el otro, muy contento, se marcha.

El caballero y la doncella siguen su camino hasta que entran en un bosque. Después de cabalgar hasta la hora de nona pasada, toman un sendero tan estrecho que apenas podría volverse en él un caballo, pues estaba excavado profundamente y el bosque crecía espeso a diestro y siniestro. No tardaron mucho en encontrar a un caballero armado con todas las armas. Cuando ya estaba cerca de la doncella, ésta lo reconoció y le dice al caballero de la carreta:

—Señor, he aquí un caballero que me requirió de amores hace mucho tiempo, pero no lo amo. Ahora veremos cómo me protegéis.

—Continuad hacia adelante, no os preocupéis: ya sabéis lo que os he dicho.

La doncella se calla. Cuando el caballero la reconoce, bate palmas de alegría y dice:

—Dios, ahora he encontrado todo lo que iba buscando.

—¿Cómo? —pregunta la doncella.

—Así me ayude Dios, porque os he encontrado acompañada: ahora os llevaré como mía. Entonces la sujeta por el freno.

—Dejadla, buen señor —le dice el de la carreta—, pues yo la protejo.

—Ciertamente eso debería pesarle, pues doncella de tanto mérito no debería ser protegida por hombre que hubiera estado en carreta; no podréis defenderla frente a mí.

—Buen señor —le responde el de la carreta—, todavía no la habéis conquistado, pues hay quien os la defenderá; volved a un sitio cualquiera, y si queréis hacerlo, lo veremos.

El caballero le responde que le agrada mucho, pues prefiere obtenerla mediante batalla que como regalo.

Luego, deja a la doncella y se vuelve con el caballo, yéndose tal como había venido, hasta que salen del bosque y llegan a un gran prado que estaba lleno de damas, doncellas, caballeros y criados que bailaban y cantaban unos mientras que los otros se entretenían en bohordar y jugando a las tablas y al ajedrez. Tan pronto como el caballero que amaba a la doncella salió del bosque, picó espuelas y fue a los que estaban jugando y les dijo:

—No juguéis más, pues acaba de llegar el vencido de la carreta.

Al punto dejan el juego y empiezan a gritar todos, menos los que eran del reino de Logres, que eran numerosos y que no jugaban sino que se limitaban a mirar, pues no

les apetecía entretenerse. Cuando todos abandonaron el juego, el caballero sujetó a la doncella por el freno y empezó a llevársela. Un vasallo viejo le salió al encuentro, diciéndole:

—¿Qué es esto, buen hijo? ¿De dónde vienes?

—¿De dónde? ¿Acaso no veis lo que he ganado?

—¿Dónde la has ganado? ¿Te la ha entregado este caballero?

—Lo mismo me da que me la entregue como que me la discuta, y ya veis cómo se resiste.

A continuación, le dice al otro:

—Dejadla, señor caballero, pues la doncella no necesita vuestra custodia.

Éste no se digna ni en contestarle; entonces le repite que si no la deja ir, lo pagará caro.

Desenvaina la espada y el padre le dice a su hijo:

—¡Para, loco desdichado, déjala! Bien sabía yo que no la tendrías sin reto.

—Señor —le dice al otro caballero—, envainad vuestra espada, pues pensamos que sabéis golpear bien con ella; y sean cuales sean los hechos, vos no sois ni demasiado loco ni villano en demasía, y la doncella no será retenida contra vuestra voluntad.

—Por la Santa Cruz —dice el hijo—, no se la llevará sin pelear.

—Por mi fe —responde el padre—, si eres estúpido, no cometerás tus estupideces delante de mí, y ya que eres mi hijo, debes cumplir mis órdenes y no quiero que combatas contra este caballero.

—Sí lo haré, así lo juro.

—Calla —le ordena el padre—, pues no tienes ningún poder donde yo esté.

—Entonces, ya que no me dejáis combatir delante de vos, lo seguiré hasta que nadie me lo impida.

—Ahora has hablado bien y me iré contigo; si veo algo por lo que debas combatir, lo harás; y si veo un motivo por el que debas dejarlo, lo dejarás.

Su hijo así se lo concede; toman los dos el camino tras el caballero y cuando los que habían abandonado el juego ven que el caballero se va con la doncella a pesar de todo, lo sienten mucho, mientras que los desterrados tienen una gran alegría.

Cabalga el caballero con la doncella hasta que cae la tarde, en que llegan a una casa de religión; la doncella le dice:

—Señor, si me creéis, os albergaréis aquí esta noche, pues no podríamos llegar antes de medianoche a mi alojamiento. Os honrarán mucho por mí y porque sois caballero; aquí hay un tío mío entregado a la religión, que antaño fue caballero muy valiente. Albergaos según mi consejo.

Así lo concede. Entonces van al monasterio y se encuentran con tres monjes que los reciben con grandes muestras de alegría. Descabalgan y acuden varios a desarmar al caballero. Luego, pasan una gran cerca cerrada por un alto muro, que era un

cementerio. En él yacía el cuerpo de Galaad, el hijo menor de José de Arimatea, el que fue engendrado en Sorelice, que después sería llamada Gales por él, pues fue él el que llevó allí la ley en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Con él yacían veinticuatro de sus compañeros. Había dos losas sobre sendas tumbas, admirables de ver, pues nadie sabía de qué eran: una estaba en alto, en medio de un hermosísimo prado, y la otra estaba bajo tierra, en una cueva muy profunda. La que estaba en el prado tenía unas letras que decían que el que la levantara sacaría a todos los prisioneros del Reino sin Retorno; la que estaba en la cueva tenía unas letras que decían que el que la levantara acabaría con los encantamientos del Reino Venturoso y pondría fin a las aventuras, y que ocuparía el último asiento de la Mesa Redonda. En la tumba del prado yacía el cuerpo de Galaad y en la que estaba en la cueva yacía el cuerpo de Symeu, que fue padre de Moysi, cuyo cuerpo yacía en la Dolorosa Tumba en la sala de los grandes miedos, de la que habla la gran historia del Grial. Tal como habéis oído eran las dos tumbas del monasterio en el que se alojó el Caballero de la Carreta: era necesario que el que las levantara fuese de un linaje escogido. El monasterio se llamaba Santo Cementerio, por los santos cuerpos que en él yacían; Merlín había profetizado que tan pronto como fuera levantada la losa de Galaad, su cuerpo sería llevado a Gales; y tan pronto como su cuerpo saliera, se produciría la liberación de los prisioneros.

El caballero fue muy honrado allí; no tardó mucho en llegar a albergarse el vasallo que no había dejado que su hijo combatiera contra él. Los frailes lo querían mucho y era señor de una gran parte de aquella tierra; entró, pero no se dejó ver por el caballero. Por la mañana, el caballero oyó misa antes de armarse; luego, tras vestirse las armas, le dijo el fraile más importante:

—Señor, sabemos que habéis emprendido el camino para socorrer a la reina; los que intentan hacerlo deben probarse primero aquí.

—¿Cuál es la prueba?

El monje se lo cuenta, tal como ha dicho la historia más arriba.

—Entonces lo intentaré —responde el caballero. Lo llevan al cementerio, y cuando ve las tumbas se acuerda de la Dolorosa Guardia. Se acerca a la gran losa y la contempla admirado, pues no puede decir de qué está hecha, sólo que la tumba está construida sobre cuatro pilares. Coge la losa y la levanta, sin que le pese, hasta que ve dentro de la tumba el cuerpo de un caballero completamente armado: la cota está tan blanca como el primer día que se la vistió y el yelmo y el escudo están tan limpios y relucientes como el día en que fueron hechos; la espada estaba desnuda encima de él, a lo largo, y parecía estar ensangrentada con sangre fresca en varios sitios; el escudo era de oro con una cruz roja. Empieza a leer las letras de la tumba, que decían: «Aquí yace Galaad, el conquistador de Sorelice, el primer rey cristiano de Gales».

Durante un buen rato sostuvo el caballero la losa, y de dentro de la tumba salía un olor tan agradable y tan suave que no podía cansarse de olerlo y de contemplar aquella

maravilla, y se olvidó de todo lo que había a su alrededor. En aquel tiempo no era enterrado ningún caballero sin sus armas, si moría en un lugar en el que las pudieran obtener. Cuando el caballero dejó la losa, ocurrió una gran maravilla, pues se mantuvo levantada tal como la había tenido, tan firme como si todavía la sujetara.

En esto, llegaron muchos monjes que venían de Gales en busca del cuerpo del rey que yacía en la tumba que el caballero acababa de abrir. El señor de allí les preguntó cómo sabían que la tumba había sido abierta y ellos le contestaron que les había sido descubierto mediante una visión nueve días antes: todos se quedaron admirados.

El cuerpo del alto rey fue sacado de la caja y llevado a la tierra de Gales. Cuando el Caballero de la Carreta se marchaba, oyó un ruido enorme en la cueva en la que estaba la tumba de Symeu, y salía de ella un humo tan denso y tan oscuro que apenas se podía soportar de cerca. Pregunta que de dónde proceden el humo y el ruido, y el monje más importante le contesta que proceden del lugar peor y más odioso de cuantos ha visto, y le cuenta la aventura de principio a fin.

—Quiero ver esa aventura —dice el caballero.

Lo llevan por un sótano negro y oscuro hasta que llegan a una escalera. Allí lo dejan todos, pues no se atreven a continuar. El caballero desciende por los escalones hasta donde se oía el gran ruido; se detiene y ve una gran claridad por todas partes, pero no sabe de dónde procede, pues estaba cegado como quien llegaba de fuera. No tardó mucho en aclarársele la vista y distinguió que se encontraba en una gran habitación, en medio de la cual había una tumba tan grande o mayor que la que había levantado; ardía por todas partes con tan grandes llamas que subían más de una lanza y apestaba extraordinariamente. El caballero contempla admirado la tumba, pero le espanta una voz que oye dentro, pues nunca había oído una tan odiosa, ya que gritaba y voceaba, lanzando grandes quejidos, tan espantosos que nadie los oiría sin sentir gran miedo: y así le ocurrió a él, pues retrocedió sin espera más. Cuando ya estaba en la escalera, se detiene y empieza a pensar un poco; luego, suspira y se echa a llorar con amargura, maldiciendo la hora en que nació, mientras decía: «¡Ay Dios, qué gran desgracia!». Entonces vuelve a dirigirse a la tumba y se tapa el rostro con el escudo para evitar las llamas. Cuando ya estaba cerca, la voz que salía de la tumba le grita; él presta atención y oye que dice:

—¡Vete, retrocede, pues no tienes poder ni permiso para concluir esta aventura!

—¿Por qué?

—Te lo voy a decir, pero antes dime por qué has dicho «¡Buen Señor Dios, qué gran desgracia!».

El caballero empieza a llorar con dolor y vergüenza.

—Dime —le ordena la voz—, no me mientas en nada.

—Lo dije porque he traicionado y engañado al mundo con villanía, ya que me tienen por el mejor de los buenos caballeros: ahora estoy seguro de que no lo soy, pues

no es buen caballero quien tiene miedo.

—No dices bastante; tienes razón al afirmar que un buen caballero no siente miedo, pero no dices bastante al exclamar «¡Qué gran desgracia!», porque no eres el mejor de los buenos, aunque un cuerpo de una fuerza como la tuya será necesario para realizar esta aventura; el que será buen caballero no ha llegado todavía, pero su venida está cercana. Será bueno y hermoso y de virtuosas cualidades; tan pronto como ponga el pie en esta habitación, apagará la angustiosa llama que aquí está ardiendo y que consume mi alma y mi cuerpo. Te conozco muy bien a ti y a todos los de tu linaje; en el bautismo te pusieron el mismo nombre que tenía el santo hombre de la tumba que has abierto; yo soy su primo hermano; tu padre te llamó Lanzarote en recuerdo de un abuelo suyo que se llamaba así; de vuestro linaje será el que me saque de aquí y el que realizará la aventura del Asiento Peligroso y pondrá fin a las aventuras de Bretaña.

El caballero le pregunta entonces cómo se llama.

—Me llamo Symeu, soy sobrino de José de Arimatea, el que trajo el Grial a Gran Bretaña desde la tierra de promisión. Pero por un pecado que cometí hacia mi Creador padezco tormento en alma y en cuerpo dentro de esta tumba, pues Dios no quiere que sea atormentado en la otra vida: sufriré este dolor hasta el día en que Dios nos envíe a aquel que nos salvará de la prisión. Pero ahora marchaos, buen primo, no sintáis vergüenza, pues tenéis todo el valor y la valentía que puede haber en un hombre corrompido. Si no fuera por eso, tened por seguro que realizaríais las hazañas que vuestro descendiente llevará a cabo; todo eso lo habéis perdido por el pecado de vuestro padre, pues una sola vez faltó hacia mi prima, vuestra madre. Era casto y virgen cuando se unió a ella, y había pasado más de un año cuando le faltó. Por ese pecado habéis perdido lo que os he dicho; las grandes virtudes que hay en vos las habéis recibido de vuestra madre que ya las tenía y que aún las tiene.

Cuando el caballero oye que su madre estaba todavía viva, se pone muy contento, pero no quiere marcharse de allí sin intentar levantar la losa. Al oírlo, Symeu, que no lo podía disuadir, le dice:

—Buen primo, ya que es así, haced lo que os voy a decir, pues de otra forma os tendríais que marchar: de la piedra de mármol que hay encima de mí a la derecha, tomad el agua que encontraréis, pues es de lavarse las manos el sacerdote después de haber levantado el cuerpo de Jesucristo. Tomad ese agua y rociad con ella vuestro cuerpo, pues de otro modo pereceríais; quitaos el escudo, ya que sólo os servirá de estorbo.

El caballero lo hace tal como le indica la voz; luego, regresa a la tumba, pero por más que se esfuerza no consigue levantarla nada, a la vez que las llamas le llegan tan de cerca que su cota se cae en trozos antes de que haya conseguido subir un escalón. Toma el escudo en la mano hasta que vuelve al cementerio en donde estaba esperándole todo el pueblo. Al verlo vivo, sienten una gran alegría; pero él está muy triste por haber

perdido la cota. El vasallo que no había dejado a su hijo combatir contra él, le dice:

—Buen señor, no os preocupéis por vuestra cota, pues yo os daré una muy buena y muy nueva.

Luego, hace que le traigan la cota de su hijo; el caballero le da las gracias y la coge. Le preguntan entonces por la tumba de Symeu, cuál es su opinión.

—¿Qué? —pregunta—. Ciertamente será hombre de gran valer el que la levante, y sabed que aún no hay ningún buen caballero.

Después de vestirse la cota, monta y el más importante de los frailes le pregunta su nombre, a lo que él responde que es un caballero, y nadie consigue sacarle nada más. Se marcha con la doncella, mientras que el vasallo se va por otra parte y todos quedan sorprendidos por las cosas extraordinarias que le han visto hacer. Cabalga pensativo y meditabundo, y la doncella le ruega que le diga su nombre, a lo que él le responde que es de la casa del rey Arturo, y no quiere decirle nada más. La doncella se despide de él y se vuelve. El caballero cabalga triste y meditabundo por la aventura en la que ha fracasado, hasta que es mediodía pasado.

CIX

El caballero llega a un bosque y se encuentra a la entrada a otros dos caballeros completamente armados, juntos ambos, al otro lado del camino. Llega un escudero y le dice:

—Señor caballero, esos dos que ahí están os hacen saber por mí que os prohíben seguir adelante, si vos sois el que montó en la carreta.

El caballero está tan triste que no podría estarlo más, no contesta al escudero y éste se lo repite otra vez; el caballero se enfada.

—¿Por qué —pregunta— no debo seguir adelante?

—Porque son los guardianes del bosque y no quieren que entre en él ningún caballero que haya subido a carreta.

—Vete y diles que de grado o a la fuerza pasará el caballero de la carreta.

El escudero se marcha y se lo dice así. Al punto uno de los caballeros toma el escudo, se lo sujeta por las abrazaderas y se coloca la lanza bajo la axila; pica espuelas y se dirige contra él a la vez que le reprocha el haber subido a la carreta y le llama hijo de puta, deshonorado en el suelo. Cuando el caballero lo ve venir, lo estima en poco, le ataca enfadado y lleno de enojo, golpeándolo con tal fuerza y con tal valor que el escudo no puede resistir y la cota se le rompe ante la punta de la lanza que le entra por el cuerpo, lo levanta de los arzones y lo lleva al suelo muerto, y al caer se le rompe al caballero la lanza; no se detiene ni siquiera a mirarlo, sino que va a herir al caballero que acudía a vengar a su compañero; lo alcanza a descubierto en medio del vientre, pero consigue apoyarse con tanta fuerza que se le rompe el arzón trasero. El caballero cae de rodillas y el caballero vuela por encima de la grupa del caballo a tierra. El Caballero de la Carreta continúa de largo, diciendo:

—Ahora pasaré —sin pensar que estuviera muerto.

El escudero que había visto los golpes, hace la señal de la cruz, pues está sorprendido.

El Caballero de la Carreta sigue su camino hasta la hora de víspera en que sale del bosque. Al poco rato, ve venir por la parte de la derecha a dos hombres a caballo; uno de ellos llevaba el escudo al cuello y el otro tenía un arco y un carcaj, con un perro faldero detrás de él y llevaba un cuerno colgando del cuello. El que tenía el cuerno de caza era entrecano y era noble vasallo que volvía de cazar del bosque en el que había matado a un corzo. Saluda al caballero y éste le devuelve el saludo:

—Señor —le dice al caballero—, si lo deseáis, os daré buen alojamiento esta noche, como corresponde a la casa de un vasallo, y podréis tomar algo de esta caza; os ruego que aceptéis.

El caballero acepta y le da las gracias; el vasallo le ruega al otro, que era hijo suyo,

que vaya por delante tan deprisa como pueda su caballo de caza. Así lo hace para preparar el alojamiento, mientras que los dos caballeros se van solos, hablando juntos; el de la carreta se entera de que su huésped es uno de los desterrados y que había nacido en el reino de Logres: se pone muy contento y le dice que él es caballero del rey Arturo y que va a la tierra de Gorre a liberar a la reina.

—Señor, ya hemos oído hablar de vos y por toda esta tierra ya se sabe; estamos todos dispuestos a ayudaros con todas nuestras fuerzas.

El caballero le pregunta cómo llegó a aquella tierra.

—Vine siendo pequeño, porque mi padre estaba aquí; tuve que pagar tributo sufriendo y haciendo de siervo: todos los que hay aquí no pertenecen a un linaje tan alto.

El vasallo le cuenta así cuáles eran las costumbres de aquella tierra. Y hablando juntos llegan al albergue, después de encontrarse en el camino a dos caballeros que eran hijos del vasallo y que habían salido a buscarlos. Cuando llegaron a la casa, la señora salió a su encuentro, pues era mujer buena y prudente; y hubo muchos que se prestaron a desarmar al caballero. Se dispuso la cena y se sentaron; y no tardó mucho en empezar a anochecer. En eso entró un criado montado sobre un rocín cansado y sudoroso. Al verlo el señor, le dice:

—Buen hijo, sed bienvenido, aunque habéis tardado mucho.

—Por Dios, soy bienvenido porque traigo noticias extrañas, pues la lápida del Santo Cementerio ha sido levantada.

—¿Cuál?

—La del prado, por eso he tardado tanto, porque fui a decírselo a mis dos tíos y a vuestros demás amigos.

—¡Loado sea Dios! ¿Quién lo ha hecho?

—Por Dios, un caballero que va a rescatar a la reina. Lo intentó también en la tumba de la habitación oscura, pero no lo consiguió, y se le quemó completamente la cota que llevaba puesta, pues lo vi con mis propios ojos.

Después de decir esto vuelve a su caballo para llevarlo a la cuadra y ve el escudo del caballero, reconociéndolo sin dificultad. Cuando levantaron la mesa, llama a su padre y le dice:

—Señor, ese escudo, ¿es del caballero?

—Sí.

—Sabed entonces que ese caballero fue el que levantó la losa, tal como dije. ¿Y sabéis qué ha hecho además? Ha matado a los dos caballeros que guardaban el Camino Galés del bosque, según me dijo un escudero que vio cómo les daba muerte con la lanza, a uno con la punta y al otro con un trozo que le quedaba.

Cuando el padre oye estas palabras, se pone muy contento, acude al caballero y le dice:

—Señor, me quejo de vos.

—¿De mí?

—Porque habéis evitado darnos una gran alegría y habéis ocultado vuestro honor, ya que sois el que ha levantado la losa del Santo Cementerio.

El caballero, fuera de sí, responde:

—¿Por qué os lo tendría que decir? Tuve más vergüenza que honor.

—¿Cómo, señor?

—Pues fallé en la tumba de la cueva.

—¡Ay! Ésa no tiene ninguna relación con vuestra aventura, pues el que la levante no dejará libertad a los prisioneros del reino de Gorre; era al levantar la otra cuando los prisioneros quedarán libres y por eso es grande nuestra alegría. Sabed que lo han intentado muchos buenos caballeros, y no pudieron ni siquiera moverla; debéis estar muy contento, porque llegaréis con toda seguridad a donde os dirigís.

—Decidme, buen huésped, ¿es cierto que el que levante la otra losa llevará a cabo la alta búsqueda del Grial?

—Sí, señor.

Entonces el caballero se pone tan triste que más sería imposible y le llegan las lágrimas a los ojos. Se vuelve hacia una ventana para que no lo vean y dice:

—Ay, buen padre, ¿por qué pecaste?

Entonces, llega a él el hijo mayor del vasallo y le dice:

—Señor, tenéis un largo camino, muy pesado; os acompañaría con mucho gusto, si lo deseáis, y sería lo mejor.

El caballero dice que le parece bien. Lo mismo le pide el otro hermano, pero contesta que sólo quiere la compañía de uno.

De tal modo pasaron aquella noche y se levantaron por la mañana; los dos caballeros se arman y se disponen a marchar acompañados por el que había llevado las noticias de la losa que había sido levantada; se marchan y el criado lleva las dos lanzas de los caballeros. Cabalgan sin detenerse hasta que a la hora de nona llegan a los Padrones, que era un paso que recibía este nombre y oiréis por qué. El paso estaba entre dos montañas y era tan estrecho que por él sólo podía ir un caballo; a la derecha y a la izquierda había grandes piedras, del tamaño de un hombre; a cada uno de los lados había tres piedras y en cada una de ellas había tres agujeros grandes y anchos de tres pies de alto en los que habían sido colocadas grandes barras que se podían correr y que iban de una piedra a la otra de forma que nadie podía pasar sin encontrarse el obstáculo; en cada una de estas piedras había un servidor armado a pie, que protegía el paso. Había canteras en la montaña en las que se refugiaban cuando les iba mal; por la parte de atrás había un caballero armado que defendía el paso también, pero no estaba siempre allí, sino cuando algún caballero extranjero entraba en la tierra. Al acercarse al Paso de los Padrones, un vigía empezó a tocar el cuerno desde un monte y aparecieron

los villanos. El caballero que era hijo del vasallo los vio y le dijo al de la carreta:

—Señor, no sé quién ha traído aquí noticias vuestras, pero os conocen bien en esta tierra.

Mientras, llegan al paso, a la vez que los villanos colocan las puntas de las lanzas en el suelo esperando así a los que llegan. El caballero de la carreta no se preocupa por las barras, ni por los villanos que están en el paso, sino que se dispone a picar espuelas y a atacar al caballero que hay en el extremo, dirigiéndose hacia él tan rápido como le puede llevar su caballo. El animal era valiente y veloz; los dos primeros villanos golpean con las lanzas al caballero en el escudo, y les vuelan hechas pedazos por la gran fuerza que llevaban. Él, por su parte, alcanza a uno con su lanza en medio del cuerpo, derribándolo muerto y su caballo entra contra la barra con tanta fuerza que se destroza el pecho y los hombros y el caballero vuela al suelo tendido. Pero rápidamente se pone en pie, deja la lanza en el cuerpo del villano, desenvaina la espada y ataca a los otros. El criado empieza a gritar:

—¡Ahora se verá, gentil caballero! Levantasteis la losa del Santo Cementerio.

Se mete entre los villanos golpeando a diestro y siniestro, los mata, los tulle y los maltrata de tal forma que en poco tiempo les quita las barras; se han tenido que refugiar, por miedo, en las canteras. Continúa hacia donde ve al caballero que debía guardar el paso, que está por fuera de la última barra, y le dice:

—Señor caballero, si desmontáis, yo pasaría la barra y podríamos combatir a pie.

El caballero le contesta que no lo hará.

—Entonces os mataré vuestro caballo —le responde Lanzarote—, y habréis perdido más.

—Si podéis matarlo, matadlo.

—Así me ayude Dios, nunca maté a sabiendas un caballo, a no ser que viera peligro de muerte o de un gran daño; os dejaré que avancéis.

Avanza entonces el hijo del vasallo y el guardián le dice:

—Señor, quitaos de ahí, pues no combatiré contra vosotros dos.

—Os garantizo —le contesta el de la carreta— que no os hará nada ni él ni nadie, salvo yo mismo.

Monta en el caballo del caballero que estaba con él, toma la lanza y pasa la barrera. El guardián galopa hacia él y le da tan gran golpe que quiebra la lanza sobre su escudo, volándole en trozos. El de la carreta lo alcanza de tal forma que lo derriba al suelo por encima de la grupa del caballo, haciéndole caer contra una de las piedras con tal fuerza que se hiere gravemente. El caballo va hacia donde está el criado, que lo coge y se lo entrega a su hermano que estaba montado en un rocín. El caballero que había caído estaba malherido, permaneció tendido en el suelo y el de la carreta se le echó encima, descabalgando y con la espada desenvainada. Al verlo venir, el guardián se levanta como puede y se dispone a defenderse; pero es en vano, pues no puede resistir como el

otro: le deja libre el paso, diciéndole que no seguirá combatiendo.

—Señor —dice el caballero que había llegado con el de la carreta—, no dejéis que se vaya así, pues si lo vencéis, es vuestro y ya veis cómo es.

Entonces vuelve contra él, y en poco rato lo trata de tal forma que hace que se dé por vencido y que le prometa ser prisionero suyo. Luego, hace que se entregue como preso al vasallo en cuya casa había estado durmiendo: el hijo le dice el nombre de su padre y dónde vive. Después, se marchan; el hijo del vasallo monta en el caballo del caballero vencido y el de la carreta cabalga sobre el suyo, y de este modo continúan su camino hasta que es la hora de vísperas.

Llegan entonces a casa de un hermano del vasallo con quien habían pasado la noche, que les mostró una gran alegría al ver a su sobrino y al caballero, dándoles un albergue muy bueno para aquella noche. Por la mañana, cabalgaron hasta la hora de prima sin detenerse, en que llegaron a una ermita y en ella oyeron misa y desayunaron, pues el ermitaño había nacido en el reino de Logres. Después de comer cabalgaron hasta la hora de tercia en que se encontraron con un criado que cabalgaba en un rocín y que parecía que tuviera mucha prisa. Era un joven muy hermoso, y tenía todo el cabello cortado de forma que se le veía completamente el cuello, hermoso y blanco y esto era la señal de que era uno de los desterrados, pues todos ellos llevaban los pelos rapados, mientras que los de la tierra aquella tenían trenzas. El hijo del vasallo saluda al criado y le pide nuevas.

—Señor, son muy buenas, gracias a Dios, acabamos de recibir las noticias de que un caballero de nuestra tierra viene a socorrer a la reina; es el mejor de los buenos y sabemos que ha levantado la losa del Santo Cementerio y ha realizado otras muchas proezas. Meleagant el Grande ha puesto vigías en los caminos para que lo maten y nuestras gentes vienen a ayudarlo: se han enfrentado aquí a los de esta tierra y hay bastantes muertos y heridos, tanto de los nuestros como de los suyos. Voy de un sitio a otro para reunir a nuestra gente, pues los suyos crecen por todas partes. Id en su ayuda, por Dios, pues yo me tengo que marchar.

A continuación, se va tan rápidamente como puede su rocín y ellos aumentan la marcha hasta que llegan a una alta colina desde la que pueden divisar en el valle a los que están combatiendo; los desterrados lo hacen muy bien, pues son muy valientes y arriesgan mucho ya que son menos que los otros. Descienden de la colina y reconocen por las almas que los suyos son los de esta parte y que llevan lo peor del combate. El hijo del vasallo le dice entonces al Caballero de la Carreta:

—Señor, nuestras gentes están aquí y tienen gran necesidad de ayuda.

—No os preocupéis —le contesta—, pues por la otra parte no hay gente que me parezca que puedan mejorar mucho.

Se atan el yelmo y el hijo del vasallo toma una lanza de las que llevaba el escudero; van al combate y se meten en medio del tumulto. El Caballero de la Carreta mató al

primero que alcanzó y el otro derribó al suyo; luego, el de la carreta empieza a gritar:

—¡Clarence! —que era la señal del rey Arturo. Cuando se le rompe la lanza, toma la espada y golpea a diestro y siniestro, pues bien sabe hacerlo, y empieza a realizar tales hazañas que todos se quedan sorprendidos, unos y otros. Los desterrados se recuperan gracias a su habilidad, su valor y a su fuerza, cuando ya llevaban lo peor, y recobran en poco tiempo el terreno, haciendo que los otros retrocedan; los que antes iban persiguiéndolos ahora llevan la peor parte. El criado que era hijo del vasallo se acerca al caballero al que había dado muerte el de la carreta, se pone sus armas lo mejor que puede y monta en el caballo que había cogido, quitándoselo al caballero caído, toma la espada en su mano y cuelga la vaina del arzón, acercándose al caballero que realizaba tales proezas y manteniéndose a su lado, prestándole ayuda como si fuera su padre, sin que nadie sepa quién es.

Los desterrados lo hacen muy bien, pero ninguna hazaña supera a las que realiza el de la carreta. Él y su compañero combaten con valor, se mantienen cerca de los enemigos que no pueden resistir más y que empiezan a volver la espalda hasta los más atrevidos, dándose a la fuga; tras ellos van los que poco los aman: matan y hieren a muchos. Allí cayó el caballo del Caballero de la Carreta, que fue herido de muerte en el tumulto. El criado que se había puesto las armas se acercó a él y le dijo:

—Señor, montad en este caballo, pues soy de los vuestros: debéis montar en éste mejor que en ningún otro.

—¿Quién sois vos?

Él le dice su nombre y añade:

—Señor, hago esto para ayudaros. Por Dios, ceñidme ahora la espada, que no muera como escudero.

El de la carreta se la ciñe y luego monta en el caballo, picando espuelas tras los otros; se encuentra entonces que todos los suyos retroceden porque no lo ven ni a él ni las hazañas que hacía. Se mete entre ellos y alcanza al primero de los que venían con la espada, golpeándole entre el escudo y el hombro, de forma que el brazo vuela con el escudo al suelo; el golpe baja con tal fuerza que lo corta hasta el arzón de arras. Luego tira de la espada hacia sí y el otro cae al suelo; toma el caballo y se lo lleva a su caballero novel, que iba a pie; regresa al combate y empieza otra vez con las proezas, de forma que en poco rato no hay nadie que le espere, sino que todos vuelven a huir; hay muchos muertos y heridos, pues nadie se preocupa en hacer prisioneros.

Vuelven después al camino y honran al buen caballero en todo lo que pueden; ya era más de la hora de nona; no hay nadie que no esté seguro de que es el caballero que va en socorro de la reina: todos se ofrecen a acompañarle, pues temen que Meleagant haga que lo maten pero les responde que nadie le acompañará sino los dos que ya iban con él; a pesar de sus recomendaciones, no dejan de seguirle, y él lo siente. Un caballero muy prudente que había entre ellos le dice:

—Señor, por Dios, no os pese si os cuidamos con gusto, pues es por nosotros mismos: lo mismo nos gustaría nuestra muerte que la vuestra porque si vos morís, ¿quién nos pondría en libertad?

—¿Quién? Mi señor Galván, el sobrino del rey que es más valiente y esforzado que yo.

—Nosotros consideraremos más valiente y esforzado al que nos libere, y ese seréis vos, si Dios quiere.

De este modo lo llevan hablando hasta que empieza a atardecer y el caballero que había conversado tanto con el buen caballero, le dice:

—Señor, mi casa está en vuestro camino; os ruego que toméis alojamiento en ella por esta noche.

Le contesta que no beberá ni comerá mientras haya tanta gente tras él como hay.

—Señor —le contesta el caballero—, haré que se vuelvan y no vendrán con nosotros más que mis primos y mis parientes.

Así lo acepta. Entonces llama a todos los caballeros y hace que se vuelvan menos cuarenta que eran familiares suyos. Cuando llegaron al alojamiento era de noche. Había tanto tumulto en la región que por todas partes se refugiaban en las fortalezas. Aquella noche el caballero recibió un buen alojamiento y por la mañana le dijo su huésped que los que habían ido con él lo acompañarían hasta el Puente Peligroso: así se llamaba el Puente de la Espada. Pero el buen caballero jura que no aceptará más compañía que la de los que con él habían llegado. Cuando el otro oyó que se enfada, le responde que así será, ya que es lo que él quiere. Lo encomienda a Dios y él hace lo mismo, se marcha con sus dos caballeros; el huésped los sigue de lejos con los cuarenta caballeros de su linaje completamente armados.

Llegan a la entrada de un bosque donde se encuentran a los lados del camino hasta treinta villanos con arcos, lanzas y espadas; con ellos hay diez caballeros, cinco de un lado del camino y cinco al otro lado; el camino tiene empalizadas por todas partes, de forma que nadie puede moverse si no va a pie. Los villanos dejan pasar a los caballeros hasta que están entre ellos; entonces empiezan a gritarles y a atacarles hiriéndoles en muchos sitios y causándoles la muerte a sus caballos: los tres se encuentran a pie y se defienden como pueden. En esto llegan los cuarenta caballeros que iban siguiéndolos, y cuando los villanos los ven, huyen a la espesura del bosque. Descabalgan y entran tras ellos en el bosque con las espadas desenvainadas, dándoles muerte a muchos; los villanos también han herido a muchos de los caballeros. Los tres caballeros vuelven a montar en sendos caballos y combaten contra los diez caballeros, causándoles dos muertes y un derribo al primer choque; los otros siete les atacan y les golpean con fuerza y vigor, y ellos se defienden bien. Cuando estos siete se detienen a mirar y ven que los villanos han sido rechazados y que no se atreven a mostrarse, y ven que los otros llegan, no los esperan sino que emprenden el camino como pueden. Los tres caballeros

los persiguen tan de cerca que matan a otros cuatro, y los restantes se meten en el bosque, escapando. Se adelanta entonces el caballero que le había dado albergue al de la carreta y le dice:

—Señor, ahora os podéis dar cuenta de lo necesaria que es nuestra compañía, pues en esta tierra hay mucha deslealtad.

El Caballero de la Carreta está de acuerdo con él.

—Señor —le dice el caballero que le había dado albergue—, os pido que me permitáis ir con vos hasta el Puente de la Espada, donde estaremos mañana a la hora de nona o antes.

El Caballero de la Carreta así se lo concede. Se vuelven y cabalgan hasta que encuentran a un criado que montaba en un gran caballo, e iba tan rápidamente como podía. Los saluda a todos y ellos le preguntan qué prisa tiene, a lo que contesta que mucha, «pues ha llegado a esta tierra un caballero que va a poner en libertad a mi señora la reina, y los nuestros temen que lo detengan en algún paso, porque Meleagant así lo ha ordenado: han llegado cartas de Bandemagus para que nadie se atreva a estorbarle el camino». El caballero que había socorrido al de la carreta le pregunta al criado si sabe alguna noticia o si sabe dónde podrá encontrar al que va a socorrer a la reina; el criado le contesta que no, «pero cabalgaré hasta que el caballo caiga agotado bajo mí y aun así tendré otros muchos caballos, pues es necesario que mañana por la tarde esté en la entrada de Gales».

—Buen amigo —le dice el caballero—, vuélvete pues tu camino se ha acortado.

—¿Cómo?

—Este es el caballero.

Se lo señala.

—Ciertamente es éste, pues me habían dicho que llevaba esas armas. Señor —dice dirigiéndose al caballero—, sed bienvenido; esta noche seréis muy honrado, mucho más de lo que yo os podría decir, pues sois más deseado que ningún caballero lo fue nunca.

De este modo cabalgan hasta que llegan al lugar en que tanto lo esperaban. El criado se adelanta y cuenta las noticias que agradan mucho a los señores. No pasó demasiado tiempo hasta que el Caballero de la Carreta encontró a doscientos entre caballeros y criados que lo llaman señor y protector.

No se detienen hasta que llegan a un castillo muy hermoso, muy grande y muy rico; entran en él por la puerta y cabalgan hasta la otra parte. Todo el mundo viene a ver al caballero por las maravillas que de él cuentan. Cuando han atravesado el castillo entran en un burgo muy hermoso, en el que estaban los desterrados, que no había otra gente; en el castillo que habían pasado estaba la gente de la tierra. El caballero fue honrado, pues todo el pueblo salió a su encuentro cantando y mostrando alegría, y todas las calles fueron cubiertas con las cosas más queridas que tenían. Descabalgó en la mejor casa del burgo; los otros fueron también objeto de grandes honores por amor hacia él.

Cuando aún era de día prepararon la comida; comieron y estuvieron sentados un buen rato a la mesa; entró un caballero armado con todas las armas, a caballo, pues la casa era de planta baja, y le dijo al señor del lugar que le indicara quién era el buen caballero que venía a socorrer a la reina.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque lo vería con mucho gusto.

—No lo conoceréis.

—¿Por qué se esconde? Un buen caballero como él no debe ocultarse, sino que debe darse a conocer a todas las gentes. Si se atreve a pasar el Puente de la Espada, que lo diga...

—Señor caballero —responde Lanzarote—, pienso pasarlo.

—¿Tú? ¿Cómo te atreves a emprender un asunto tan elevado, cuando todos los caballeros del reino de Logres no lo consiguieron llevar a cabo? Deberías dejarlo, aunque fuera por la vergüenza de que has sido llevado en carreta, pues entonces perdiste toda la honra y toda la alegría. Debes saber que los desgraciados de esta tierra no podrán ser puestos en libertad por ningún hombre deshonorado, sino que tendrá que ser uno valiente, leal y más atrevido y emprendedor que ningún otro. Un corazón así es el que debe emprender tan elevado asunto, y no uno deshonorado y cobarde como es el tuyo. Sin embargo, pasarás el Río Doloroso con más facilidad si quieres, que el Puente Peligroso. Cuando hayas llegado a la otra orilla te quitaré lo que más me guste.

El caballero le contesta que no piensa pasar por allí.

—¿No? Entonces procura no ponerte a pasar el puente, pues yo te lo prohíbo. Si a pesar de mi desafío te atreves a hacerlo, tendrás que combatir conmigo. Si no me puedes vencer, ¿cómo vas a vencer a Meleagant después de pasar el puente, que es uno de los mejores caballeros del mundo?

Cuando el señor de la casa lo oye le dice que no combatirá por ahora, pues tiene otras cosas que hacer. Pero el buen caballero salta de la mesa, pide sus armas y le dice que ya que le ha provocado al combate, lo tendrá. Los otros sienten gran pesar, pero no pueden hacerle cambiar de pensamiento.

Después de armarse lo llevan fuera del burgo a un campo; todos los desterrados se arman, pues temen alguna traición. Se reúne el pueblo, tanto los habitantes del burgo como del castillo, y sienten gran miedo los que habían acompañado al caballero hasta allí. Les dice a todos que tengan fe, «no os preocupéis». Pica espuelas, empuña las abrazaderas del escudo, se coloca la lanza bajo la axila y se dirige al caballero, y éste a él. El campo era hermoso y los caballos galopan rápidos y derechos uno contra otro. Los dos caballeros tienen bastante valor y se dan tan grandes golpes que se parten los escudos. Las puntas de las lanzas se detienen en las cotas, que son muy fuertes; ambos rompen las lanzas y los caballos chocan cabeza con cabeza, pecho con pecho y caen al suelo muertos por el golpe. Los dos caballeros se ponen en pie, pues no están heridos,

aunque han quedado aturdidos y se tambalean. Al recuperarse, toman las espadas y se dan grandes tajos en donde mejor pueden: el Caballero de la Carreta encuentra al otro muy resistente, y lo aprecia más, pues era valiente aunque traidor y desleal. Mucho rato duró el combate; se hieren y maltratan los dos, pero al final el de la carreta acosa tanto al otro que no puede resistirle y se debilita mucho: cede terreno más y más, sin otra preocupación que la de defenderse. Cuando el de la carreta lo ve tan inferior, lo acosa y lo carga de golpes, de modo que lo hace caer sobre una rodilla. Al ir a levantarse lo sujeta por el yelmo, se lo arranca de la cabeza y lo arroja en medio del campo. El otro se coloca el escudo delante de la cabeza y se esconde, pero es en vano, pues al fin tiene que pedir piedad y le tiende la espada al caballero. Éste le contesta que no la tomará, ni tendrá compasión de él si no monta antes en una carreta. El vencido le responde que en modo alguno lo hará.

—Entonces te cortaré la cabeza.

—Podéis hacerlo.

Mientras hablaban así llega al lugar una doncella, viene muy deprisa en un palafrén negro; saluda al Caballero de la Carreta, y éste le devuelve el saludo. Se baja del palafrén y dice:

—Noble caballero he venido a ti lo más deprisa que he podido, pues tengo gran necesidad de tu ayuda. Te ruego y conjuro, por la cosa del mundo que más ames, que me concedas el don que te voy a pedir, por el que tendrás más honor y mérito de los que nunca tuviste por ningún servicio que hayas hecho.

El caballero se lo concede, ya que le dará mérito y honor; la doncella le cae a los pies por la alegría que tiene.

—Franco caballero, me has concedido la cabeza de este caballero, córtasela.

El Caballero de la Carreta piensa que la doncella le pide la vida del caballero para salvarlo y le dice:

—Doncella, os la doy, pues no lo mataré ya que así me lo rogáis, si Dios quiere, aunque me ha causado un gran daño; no le negaré a una dama o a una doncella nada que no se me convierta en vergüenza.

—Caballero, me habéis concedido su cabeza: dádmela en mi mano, pues es el mayor traidor de cuantos han existido.

Al oírlo el de la carreta se queda sorprendido. El caballero le cae a los pies y le pide piedad, diciéndole:

—No la creáis, pues me odia, cuando yo pensaba que me amaba.

El de la carreta no sabe qué hacer, pues la doncella sigue de rodillas delante de él, pidiéndole que cumpla la promesa que le hizo por la cosa que más amaba. El caballero le pide compasión por Dios y por piedad. Él tenía la costumbre de no matar a ningún caballero que le pidiera piedad, si no había jurado antes hacerlo, o si no le quedaba más remedio. Desea cumplir la voluntad de los dos y le dice al caballero:

—Caballero, si te devolviera el yelmo y el escudo, ¿seguirías combatiendo conmigo? Si te venzo haré según mi voluntad; si vuelves a ser vencido no tendré piedad de ti.

—Señor, si así lo hacéis, diré que sois el mejor de todos los caballeros.

—Así lo haré, con la condición de que si te venzo no salvarás la cabeza.

—No desearé salvarla.

Entonces ordena que le entreguen al caballero un escudo bueno y entero, pues el suyo estaba destrozado, y le vuelve a entregar el yelmo; recomienzan el combate, pero lo derrota y lo vence más rápidamente que antes; le arranca el yelmo de la cabeza, le baja la ventana sobre los hombros. El caballero le vuelve a pedir piedad. Por otra parte, la doncella le vuelve a pedir la cabeza por la cosa del mundo que más ame.

—Franco caballero —dice la doncella—, sabed que será un servicio bien recompensado; recibiréis honor, pues es el cristiano más desleal de cuantos viven.

El caballero levanta la espada, lo golpea cortándole la cabeza y entregándosela a la doncella. Ésta monta y se la lleva muy deprisa, sin detenerse hasta que llega a un viejo pozo muy profundo y la arroja dentro.

Aquella doncella era hermana de Melegant, hija del rey Bandemagus de Gorre y de su última mujer. El caballero del que se llevaba la cabeza era un caballero al que Melegant quería mucho; éste amaba a la doncella y la había requerido varias veces de amor. Ella no quiso escucharle, pues estaba enamorada de uno de los caballeros más hermosos del mundo, joven muchacho. Cuando el caballero vio que no obtendría su amor le dijo al rey que la había visto preparar veneno para matarlo a él y a su hijo y para convertir en rey a su amado: el rey y su hijo la odiaron mucho por eso. El desleal les dijo además que la había encontrado acostada con el caballero. El rey le otorgó que si volvía a encontrar al muchacho en la habitación de la doncella que lo matara. Y así lo hizo, pero fue a traición, pues él mismo lo llevó: el joven no pensaba en nada malo. De tal manera le dio muerte sin que tuviera culpa. La doncella a partir de entonces empezó a pensar cómo vengarse; cuando supo que el buen caballero venía a librar a la reina, fue al caballero que había matado a su amigo y le dijo que si iba a combatir contra aquel caballero que acababa de llegar a la tierra, sería suya.

—Pues lo odio —le dijo la doncella— más que a nadie.

El caballero fue de inmediato, pues estaba enamorado de la doncella; ella fue tras él, dispuesta a perderlo. Cuando lo vio vencido, conjuró al caballero, por la cosa que más amaba, pues sospechaba a quién amaba. De tal modo se vio vengada de su enemigo.

El de la carreta y sus compañeros regresaron al albergue; todo el mundo lo contempla admirado. Acudieron a desarmarlo y fueron bien miradas sus heridas. Su huésped se ocupa de que nada le falte a su arnés, ni lazos, ni correas, ni tiracoles, ni abrazaderas: todo lo mira y no se deja nada. Aquella noche el caballero tuvo a su gusto todo lo que quiso. Por la mañana, cuando se levantó, oyó misa y, luego, se armó y lo

mismo hicieron muchos de los desterrados. Cabalgan sin encontrar ninguna aventura de la que se deba hablar hasta la hora de nona, más o menos.

Llegaron entonces al Puente de la Espada; no había nadie tan atrevido que no llorara de miedo por él. Los consuela a todos diciéndoles:

—No tengáis miedo por mí, pues si Dios quiere os pondré en libertad; si no quiere, no podrá ser. Debéis consolaros mucho por las aventuras que he tenido: los sabios han dicho que después de que el cuerpo de Galaad saliera de su tumba, saldríais todos de la prisión; ya está fuera. Estad seguros de que si alguna vez tenéis que salir será ahora.

Les ha hablado tanto que empiezan a reconfortarse. Entrega el caballo a su huésped que estaba con él; luego, se acerca a la pasarela y la ve peligrosa y arriesgada; le consuela que el río no era ancho, aunque era muy profundo. Mira al otro lado y ve una ciudad muy hermosa y muy rica: era Gorrún, que era la ciudad principal de aquella tierra, y por ella se llamaba todo el reino Gorre. La reina Ginebra estaba en aquella ciudad, dentro de la casa del rey, y salió a la ventana con el rey, con Meleagant, con sus caballeros, damas y doncellas: vieron a los caballeros en el puente y ellos los ven igualmente bien. De inmediato le avisan al Caballero de la Carreta varios de que allí estaba la reina prisionera. Se queda contemplando con dulzura la torre y, luego, se hace preparar. Sus compañeros le quitan los faldones de la cota de entre los muslos y le atan correas de cuero de ciervo y, con alambres gruesos, le cosen las mangas y luego se las untan con pez caliente para que se pueda sujetar con mayor firmeza en la tabla.

Cuando ya estuvo bien dispuesto encomienda a todos a Dios y se dirige al tablón. Mira a la torre, se persigna y se inclina; se sube en el acero con una pierna por cada lado y se arrastra por encima con gran dolor, pues sus armas le estorban ya que de nada le sirve ni siquiera el escudo. Con gran angustia se arrastra a lo largo, de través, sentado, a caballo, hasta que llega al otro lado; le sangran los pies y las manos. Se limpia la sangre con la verde hierba y con los faldones de la camisa. Cuando mira hacia atrás ve que sus compañeros van río abajo para pasarlo en barca, pues así lo atravesaban siempre que querían.

Por otra parte, el rey Bandemagus se dirige a la reina diciéndole:

—Señora, señora, por vuestro honor y por todos los grandes servicios que os he hecho y que os podría hacer, os ruego que me digáis el nombre de ese caballero que ha pasado el puente, pues bien sé que lo ha hecho por vos.

Ella le responde que no le ocultaría nada en lo que hubiera honor; y luego añade:

—Señor, no lo sé seguro, pero pienso que es Lanzarote del Lago.

—Señora, si supiera que está vivo no os lo hubiera preguntado, pues nadie sino él se habría atrevido a pasar. Ahora creo que está vivo y que es él al que veo ahí. Tened por seguro que es el caballero al que más amo del reino de vuestro señor y a vos os amo más todavía por él que por el rey Arturo, pues los antepasados del rey le hicieron grandes daños a mis antepasados.

—Señor, muchas gracias por los honores que me hacéis, pues me halagan mucho; ya se lo agradeceré a él, si es que es Lanzarote, y lo amaré más por lo que habéis hecho por él. Quienquiera que sea, ya sea Lanzarote o cualquier otro, procurad que si cae en vuestro poder, no se os pueda reprochar nada, porque se os tiene por uno de los nobles más valiosos del mundo.

—Señora, no os preocupéis, pues lo protegeré por mi propio honor.

CX

Entonces, baja de la torre y monta a caballo, acompañado por sus consejeros, llevando un buen caballo a la derecha y va a donde Lanzarote está limpiándose la sangre de las heridas. Al ver al rey, se pone en pie ante él; el rey descabalgua, lo abraza y le muestra una gran alegría, antes de verlo sin el yelmo.

—Buen señor —le dice a Lanzarote—, os habéis puesto en un gran riesgo por el gran honor que esperáis; que Dios os lo conceda y que no haya más dolor, así lo deseo. No veo quién sois, pero lo sospecho, porque mi señora la reina de Bretaña me lo ha dicho; tened por seguro que no debéis preocuparos de nadie sino solamente de mi hijo; yo os protegeré frente a todos los demás.

—Señor, muchas gracias; voy buscando a vuestro hijo: que se adelante ya que tiene que combatir conmigo y no querría retrasar tal asunto, porque ya ha durado mucho esta prisión.

—No os apresuréis a combatir ahora, mi dulce amigo, pues necesitáis descansar; haré que os curen las heridas y los cortes.

—Señor, no tengo corte ni herida que me obligue a descansar, gracias a Dios, pero me corre prisa combatir, porque tengo muchas otras cosas que hacer.

—No podrá ser esta misma noche, pues quiero que haya gentes mías y vuestras: tenéis que esperar hasta mañana, ya que no podéis esperar más tiempo.

Lanzarote se lo concede con gran pesar, pues mucho le tarda. El rey hace que monte en el caballo que le había llevado y lo acompaña a su casa, donde él mismo duerme, y allí hace que lo desarmen; al verlo sin yelmo, lo reconoció muy bien. Le muestra entonces tan gran alegría como puede y después de haberlo hecho durante un rato, se vuelve a su hijo y le dice:

—Buen hijo, ahora se acerca un momento importante; te he oído preguntar varias veces: «¿Por qué no viene Lanzarote a liberar a los desgraciados de esta tierra, que no los pondrá en libertad en toda su vida?». Ahora ha pasado el puente que ningún caballero pasó y por su gran valor deberías dejarlo y ceder una gran parte de tu empeño, pues bien sabes que viene a liberar a la reina sobre la que no tienes ningún derecho. Si se la entregas con buenos modos, ganarás prestigio y mérito, y él no tendrá más que lo que ya ha hecho, pues ha pasado los mayores peligros: se dirá que le has entregado a la reina porque has querido, que así le habrás dado lo que habías conquistado a la fuerza; si, por el contrario, la consigue por su valor, tú perderás toda la honra que te digo. Por eso te aconsejo que le entregues a la reina y él te lo agradecerá de corazón: no habrás hecho nada por él, pues la podría conquistar perfectamente frente a cualquiera que fuese mejor que tú y él preferiría tenerla mediante combate que como favor, pues bien sabes que no hay mejor caballero que él.

Meleagant le responde entonces:

—Señor, ahora es necesario que yo sepa contestar, pues me habéis atacado duramente de palabra y atemorizado con Lanzarote. En verdad, nunca tuve tantos deseos de combatir con ningún caballero como los tengo con él; si es valiente, también yo pienso que lo soy igual o más, y no soy menos grande que él ni menos corpulento, y los que me han visto en situaciones arriesgadas no me tienen por cobarde. Ya que él es valiente y tiene fama, mayor honor y fama tendré yo cuando lo haya vencido. No seré bondadoso con él, ni le entregaré a la reina por la que me arriesgué a morir, pues se me consideraría más cobardía que bondad. Ya que ha venido, ¿a qué esperar para combatir, siendo tan buen caballero como es y tan apreciado?

—No lo hace porque yo no le dejo, pues si fuera por él lo hubiera hecho con mucho gusto; a duras penas espera a mañana. Te ruego por Dios y por mí que le devuelvas a la reina, sobre la que no tienes ningún derecho.

Meleagant le contesta que no lo hará.

—Mañana será el combate.

—Ojalá fuera ahora mismo, pues nunca deseé tanto ninguna cosa.

El rey, muy triste, deja a su hijo y vuelve al lado de Lanzarote, esforzándose en honrarle, pero no le habla de Galahot por miedo a entristecerle, pues pensaba que supiera la verdad. A Lanzarote se le hizo larga la noche y cuando llegó la mañana, el rey se levantó muy temprano y lo acompañó personalmente a la iglesia. Después de misa le prepararon las armas y acudieron varios a armarle, pues los desterrados habían llegado de todas partes; ya que en todos los sitios se conocían las noticias. Meleagant también se hace armar; luego, van los dos al campo de combate. Era delante de la casa del rey, un terreno grande y muy ancho. El rey vuelve a hablar con su hijo, aconsejándole lo mejor que puede, pero es en vano, pues jura por todo lo que puede jurar que irá a combatir a muerte o a derrota. Al ver tal cosa, el rey les dice a Meleagant y a Lanzarote.

—Os ruego a los dos y os ordeno que no os atacéis hasta que hayáis oído la orden.

Sube a la torre, recoge a la reina y la acompaña a las ventanas del salón para que contemple el combate, pues quería hacerle muchos favores. Ella no le pregunta nada sobre Lanzarote, y el rey se queda sorprendido; le pide al rey que haga que lleven a Keu el senescal arriba, para que también vea la batalla. Así lo hacen y le ponen la cama junto a una ventana, al lado de la reina, con las damas y las doncellas, de las que había un gran número. Luego, el rey ordena dar la señal y, al punto, corren los dos caballeros armados; los caballos galopan veloces, pues el rey le había dado a Lanzarote el mejor que tenían. El campo era hermoso, llano y los dos caballeros galopaban desde lejos; se colocan las lanzas bajo la axila: eran lanzas cortas, rectas y de afiladas puntas; se dan grandes golpes en el escudo. Meleagant alcanza a Lanzarote de forma que le rompe los tirantes y la punta de la lanza se detiene sobre la cota, empujando con tanta fuerza que la lanza vuela hecha pedazos. Lanzarote lo golpea por arriba, bajo la bocla, de modo

que hace que el escudo le golpee contra la sien y la punta de la lanza, que era muy cortante, le atraviesa el cuero y los tirantes del escudo, y las mallas de la cota, entrándole el hierro en el pecho, cortándole el hueso principal del hombro y empujándole con tanta fuerza que lo derriba al suelo por encima de los arzones, pero la lanza se le rompe al caer: la punta le ha quedado dentro con un pedazo de asta en el hombro. Lanzarote desmonta y se acerca a él con la espada desenvainada y el escudo delante de la cabeza; estaban en un sitio en el que Lanzarote vio de inmediato a la reina delante de él.

Meleagant, mientras, se vuelve a poner en pie, se arranca el asta del hombro y saca la espada, volviéndose a cubrir con el escudo. Lanzarote le dice:

—Meleagant, Meleagant, ahora os he devuelto la herida que me hicisteis cuando bohordábamos, pero yo no lo he hecho a traición.

Luego le ataca y el otro hace lo mismo; se cortan los escudos y hacen volar las mallas de la cota por todas partes; se despedazan y rompen los yelmos con pesados golpes que se dan en ellos y hacen brotar la sangre del cuerpo, del rostro y de los brazos.

Combaten durante largo rato de tal forma, y si uno es rápido, el otro lo es más; ambos han perdido bastante sangre: les falta el aliento y los brazos se les hacen cada vez más pesados. Meleagant ha sangrado en abundancia, y el calor que hacía le resultaba más agobiante, debilitándolo mucho a pesar de la fuerza que tenía, tanto que empezó a perder terreno. Lanzarote lo llevaba según su gusto. El calor era grande; la reina se retira el velo delante del rostro y Lanzarote la puede ver al descubierto, pues tenía siempre sus ojos puestos en ella. Se quedó tan sorprendido que poco faltó para que la espada le volara de la mano; no hace más que mirarla y se olvida del combate y pierde todo lo que había conseguido: los presentes se preguntan admirados y él no parece sino que va de mal en peor, mientras Meleagant le da grandes golpes donde puede alcanzarle, hiriéndole en muchos lugares. Entonces, la reina le dice a Bandemagus:

—Señor, he olvidado preguntaros una cosa; si era ése Lanzarote.

—Señora, sí, sin lugar a dudas.

—Ciertamente —dice Keu el senescal—, es una gran lástima que sea él, pues le serviría de mayor honor el estar muerto, tal como se pensaba.

El rey dice que no cree que todavía haya acabado, y que lo hace por su propia voluntad, según él piensa. Durante mucho rato Lanzarote ha ido por debajo; los que alguna vez lo habían visto lloraban de lástima. Keu no se puede sostener y enloquecido saca con esfuerzo la cabeza por la ventana y empieza a gritar:

—Ay, Lanzarote, ¿qué ha sido de vuestro gran valor, con el que vencíais a los cobardes y a los exaltados? Acuérdate de los tres caballeros a los que venciste en el prado de Bredigán cuando me dijiste que de poco me valdría ser el cuarto. Aquí estás siendo vencido por un solo caballero.

Estas palabras las oyó Lanzarote sin dificultad y entonces corre contra Meleagant, y lo ataca tanto que en poco lo deja como quiere y parece más fácil que antes: ahora están muy contentos todos los que estaban tristes. El rey le dice a la reina:

—Señora, ¿no os lo decía?

Keu dice también:

—Ciertamente, todas mis heridas se me han curado por Lanzarote, al que veo vencedor.

Meleagant estaba en tal situación que no hacía más que sufrir y todos veían que ya estaba vencido. Entonces se dirige el rey a la reina y le dice:

—Señora, os he honrado mucho, pues nunca hice nada en contra de vuestra voluntad; deberíais recompensármelo en aquello donde tenéis poder.

Ella le contesta que así lo hará, que esté tranquilo.

—Pero ¿por qué me lo decís?

—Señora, lo digo por mi hijo que está en peor situación de la que yo querría y de la que él desearía. A mí me agrada, por Dios, con tal de que no muera o quede humillado: os ruego que vuestra voluntad sea que esto quede como está.

—Ciertamente, me agrada. Siento que haya habido combate; id a separarlos, pues así lo deseo.

Mientras hablaban de este modo, Lanzarote tenía a Meleagant en tal estado que ambos estaban bajo las ventanas y que podían oír las palabras del rey y la reina; Lanzarote no volvió a tocarlo, sino que envaina de nuevo la espada. Meleagant le da tan grandes golpes como puede, de forma que le hiere, pero a pesar de todo Lanzarote no le vuelve a tocar. El rey desciende corriendo y se lleva a Meleagant, que le dice:

—Dejadme concluir mi combate, no os entremetáis.

—Sí lo haré, pues veo que te mataría si te dejara.

—Todavía sigo llevando la mejor parte y bien se ve.

—Nada de lo que digas te vale, pues ya hemos visto cómo iba todo: ahora tienes que aguantarte.

—Vos me podréis privar de mi batalla, pero seguiré procurándola con todas mis fuerzas allí donde piense conseguir justicia.

Luego le dice a Lanzarote, que si se va de ese modo lo tendrá por vencido. El rey se lo lleva a un lado y le ordena que abandone el combate a condición de que, cuando quiera, vaya a la corte del rey Arturo y le exija a Lanzarote que continúe combatiendo, y él combatirá. La reina le jura sobre sagrado que volverá con él si vence a Lanzarote en la batalla.

De esta forma lo han establecido el rey y la reina; primero lo jura la reina y Lanzarote a continuación. Después, se llevan a Lanzarote a las habitaciones de la reina para desarmarlo; Keu el senescal se siente afligido por esta paz y preferiría que Lanzarote hubiera continuado combatiendo en vez de haber abandonado de tal

manera. A la reina le pesa mucho, pero estuvo de acuerdo con Keu para que no se diera cuenta de nada. La reina va a sus habitaciones, pues todo el día había estado en las salas. Cuando Lanzarote se hubo desarmado, después de lavarse el rostro y el cuello, el rey lo llevó a ver a la reina; ésta al ver entrar al rey se pone en pie hacia él; Lanzarote se arrodilla nada más verla y se inclina. El rey dice:

—Señora he aquí a Lanzarote, que ha pagado un alto precio por vos, pues ha tenido que pasar muchos sitios peligrosos para llegar ante vos.

—Ciertamente, señor —contesta la reina volviendo la cabeza—, si lo ha hecho por mí, se ha esforzado en vano, pues en modo alguno se lo agradezco.

—Señora, os ha hecho grandes servicios.

—Pero también me ha hecho otras cosas por las que nunca lo amaré.

—Señora —le pregunta Lanzarote—, ¿en qué os he faltado?

Ella, por hacerle más daño, entra en sus habitaciones y él la mira mientras la puede ver. El rey le dice a la reina:

—Señora, señora, este último servicio ha superado todos los daños que os ha hecho.

Luego, el rey toma a Lanzarote por la mano y lo lleva a donde Keu estaba acostado, que nada más verle, se levanta como puede y dice:

—Bienvenido sea el señor de los caballeros. Ciertamente está muy fuera de su razón quien ante vos emprende hechos de armas.

—¿Por qué?

—Porque vos habéis llevado a término lo que yo emprendí como loco.

En esto, el rey se marcha. Lanzarote le pregunta a Keu por qué su señora le había retirado la palabra.

—¿Cómo? ¿Os la ha retirado?

—Sí, ante el rey y ante todos los demás.

—Ciertamente, no sé el motivo.

—Dejémoslo; que sea como quiera. ¿Cómo os ha ido a vos?

Keu le cuenta el gran amor que el rey le ha mostrado y le dice que en ningún momento permitió que su hijo tuviera a la reina en su poder, antes bien él mismo dormía allí, en aquella sala que era fuerte cuando se cerraban las puertas, de forma que nadie podía entrar.

—Pero mi señora, ha tenido que soportar todo tipo de dolor, pues Meleagant quería acostarse con ella desde la primera noche y ella le decía que en modo alguno se acostaría ni con él ni con otro sin casarse antes; Meleagant le contestó que se casaría con ella con mucho gusto; ella le respondió que sería después de haber esposado a su padre y que entonces podría hacer todo lo que quisiera como su legítima mujer. De este modo fue retrasándolo hasta ahora y cuando su padre vino a vernos, mi señora le cayó a los pies del palafreñ gritando y llorando tanto que poco faltó para que muriera. Entonces el rey la levantó con mucha dulzura y le dijo:

—Señora, no os preocupéis, pues os protegeremos bien.

—Señor, os lo ruego como al hombre más valiente del mundo, no me dejéis afrentar.

—Señora no os preocupéis, pues os protegeré contra todos en eso.

Su hijo le dijo que a pesar de todo la quería tener por mujer. Yo, que aún estaba en el martirio de mis heridas, no pude dejar de hablar y dije que sería un curioso cambio el dejar al hombre más valiente del mundo por un muchacho. Por la ira que sintió se ha negado a curarme las heridas y hacía que me pusieran en ellas todo lo que más me las pudiera agravar: pienso que ha hecho que me las envenenen, pues siento un gran dolor.

Después de haber hablado un buen rato, Lanzarote se levantó y le dijo que se pondría en marcha el día siguiente para ir en busca de mi señor Galván al Puente Sumergido. Lanzarote se va y sube con un gran acompañamiento de gente de la tierra y de desterrados que le tributan grandes honores.

Por la mañana se puso en marcha para ir al Puente Sumergido y fueron con él siete desterrados, pues todos los demás se quedaron con su señora hasta que mi señor Galván regresara; cabalga hasta que se acerca al puente; allí fue sorprendido por los de la tierra, que pensaban que el rey lo quería y él ni siquiera se defendió, pues iba desarmado, creyendo que no tenía que temer nada. Cuando fue hecho prisionero lo llevaron al rey y la noticia, que va rápida, llegó a la corte de Bandemagus dando a entender que había muerto. Cuando la reina lo supo sintió tan gran dolor que por poco no se dio la muerte; pero espera hasta que se sepa la verdad. Decide no volver a comer nunca más y aún lo siente más pensando que es la culpable de su muerte, por no haber querido hablar con él: se lamenta y se recrimina diciendo: «Ya que tal caballero ha muerto por mi culpa, de nada me servirá seguir viva». Tal es su queja y es tan grande que se acuesta en la cama, y no quiere que nadie vea su gran dolor. El rey siente una gran compasión y la consuela como puede, pero todo es en vano, pues según dice la historia, estuvo dos días sin beber y sin comer: su gran belleza ha emporado mucho y ya se acercan a la corte los que llevan a Lanzarote.

Por la noche, cuando llegaron a alojarse, les dieron noticias de que la reina había muerto; el primero en saberlo fue el vasallo en cuya casa Lanzarote se había quedado a dormir cuando combatió contra el caballero traidor; no se atrevió a decirlo, pero no pudo dejar de llorar en modo alguno, y se tuvo que levantar de la mesa en la que estaba sentado. Cuando Lanzarote lo vio, se dio cuenta de que no era por nada, y apenas levantaron la mesa, lo llamó a parte y le conjuró por todo lo que pudo para que le dijera por qué lloraba. El vasallo no se atrevió a ocultárselo y le dijo lo que había oído. Las noticias han ido tan lejos que todos lloran y los que habían sido puestos en libertad dicen que jamás había muerto una dama tan buena. Se lamentan por ella unos y otros, pero Lanzarote no dice nada, pues no puede, y le tarda mucho acostarse. Cuando ya

estuvo en la cama, piensa de qué modo se dará la muerte, que no resulte evidente, pues no quiere seguir vivo un solo día, después de aquélla que le hacía vivir, y que la seguirá a dondequiera que se encuentre.

Lanzarote estuvo pensando mucho tiempo en esto. Delante de su cama había siempre diez hombres armados, para no perderlo, y además, las puertas estaban bien cerradas en la habitación donde dormía. Así llegó la medianoche, él pensaba que todos estaban dormidos; en la habitación había dos cirios ardiendo y se veía tan claro como si fuera de día. Se dispone a ir a apagarlos, pues tenía intención de ahorcarse; pero después pensó que aquella era una muerte vil y no quiere morir de vil muerte, si Dios quiere. Se acerca entonces a uno de los guardianes e intenta quitarle la espada de la vaina con mucho cuidado pero éste le sorprendió y le sujetó las manos aunque no consiguió hacerlo tan bien como para que no se hiriera con la espada en el costado izquierdo, de forma que le hizo un tajo y si hubiera continuado el golpe, habría muerto sin poder evitarlo. Se extiende la alarma, se ponen todos en pie y lo atan, y a partir de aquella noche no pudo valerse por sí mismo. Por la mañana lo custodiaron mejor que habían hecho hasta entonces y cuando ya estaban a quince leguas inglesas de los prados de Gorrún, llegaron noticias de que Lanzarote estaba sano y salvo. Cuando la reina lo supo, se pone tan contenta que más es imposible, se cura y come y bebe, pues había ayunado bastante. El rey, al enterarse de que Lanzarote está cerca, monta a caballo y va a su encuentro, mostrándole una gran alegría y le cuenta en secreto el gran dolor que la reina había tenido por él.

—Sabed, que no creo que os haya retirado la palabra, ni que os la retire cuando os vea.

Al oír Lanzarote que no ha muerto, se pone lo más contento que puede.

Llegan a la ciudad y la reina se enteró de cómo Lanzarote había querido suicidarse. El rey ordena que encarcelen a todos los que lo habían apresado y afirma que los hará morir. Lanzarote, al ver al rey tan enfurecido se le echa a los pies y le ruega por Dios que los perdone en su ira, y éste así lo hace. Luego, lo lleva a ver a la reina que se pone en pie a su llegada, toma a Lanzarote entre sus brazos y le pregunta qué tal está, a lo que contesta:

—Señora, muy bien.

Se sientan los tres sobre una alfombra, pero el rey, que era discreto, permaneció poco tiempo, pues dijo que iba a ver cómo se encontraba Keu. La reina y Lanzarote se quedaron hablando juntos; la reina le pregunta a Lanzarote si está herido, a lo que éste le contesta:

—Señora, no tengo ningún mal.

Luego éste le pide por Dios que le diga por qué no quiso hablar con él el otro día y ella contesta que se había marchado de Londres sin su permiso; el caballero le responde que había actuado mal.

—Hay además —dice la reina— otra falta mayor.

Le pregunta por el anillo y Lanzarote contesta:

—Señora, miradlo —y le enseña el de su dedo.

—Por Dios —contesta la reina—, me habéis mentido, no es éste.

El caballero jura por todo lo que puede jurar que sí es y piensa que está diciendo la verdad. La reina le muestra el que tenía en su dedo, de forma que Lanzarote reconoce que es ése: tiene un gran dolor porque ha llevado otro anillo, lo saca del dedo y lo arroja por una ventana tan lejos como puede. Después, la reina le cuenta cómo se lo había llevado la doncella y lo que le había dicho, que era digno de admiración, hasta que Lanzarote se da cuenta, dice y reconoce que lo había hecho todo Morgana la traidora; le cuenta toda la verdad, tanto del sueño como del rescate. La reina se admira mucho.

Cuando oyó lo que había soñado, dijo:

—Buen amigo, por mucho que viva, ningún otro más que vos tendrá parte en mí, pues escogería demasiado mal y no creo que haya nadie que deba acostarse en lugar de vos.

—Señora —pregunta Lanzarote—, ¿me serán perdonados mis grandes errores?

—Buen amigo, os lo perdono todo.

Lanzarote le ruega por Dios, si puede ser, que acepte encontrarse con él esa noche, pues hace mucho tiempo que no habla con ella; le responde que ella lo desea más que él.

—Vayamos a ver a Keu —dice la reina—; veréis cerca de mi lecho una ventana con rejas a la derecha; por esa ventana podréis hablar conmigo esta noche, pero no entraréis; vendréis por este jardín de aquí detrás y os indicaré por qué lugar podréis entrar mejor.

Lo lleva entonces a una ventana de la sala y le muestra la pared vieja y derruida diciéndole que entre por allí. Luego, van a ver a Keu, pero el rey aún estaba hablando con él; la reina le indica a Lanzarote el lugar por el que tiene que entrar, y nadie se da cuenta de lo que hace. Después de haber estado allí durante un gran rato, el rey se los lleva. A Lanzarote le tarda mucho la llegada de la noche; cuando por fin anochece, se acuesta antes que de costumbre y dice que no se encuentra bien. Llegado el momento, se levanta y sale por una ventana de la sala en la que estaba acostado; se lanza al jardín y llega a la ventana. La reina no dormía y se acerca allí; echan los dos los brazos y se acarician por donde pueden.

—Señora —dice Lanzarote—, si pudiera entrar, ¿os agradecería?

—¿Cómo, buen amigo, podría ser?

—Señora, si quisierais, sería fácil.

—Ciertamente lo querría por encima de todas las cosas.

—Por Dios, así será, pues no me retendrá el hierro.

—Esperad a que me acueste, no sea que hagáis algún ruido.

La reina se acuesta y Lanzarote arranca las rejas del vano con tanta suavidad que no hace ningún ruido y no las rompe; después pasa por la ventana; en la habitación no había ni cirios ni candelas, pues Keu el senescal se quejaba de la claridad.

Cuando Lanzarote entró en la cama, la reina notó la sangre que le caía de las manos, pues se había cortado la piel con el filo de la reja, pero pensó que era sudor y ninguno de los dos se dio cuenta. La reina le contó la muerte de Galahot, de la que no sabía ni una palabra: tuvo un gran dolor, aunque no era el momento de mostrarlo sino que la alegría que tuvieron los dos fue bastante grande. Cuando ya se acercaba el día, se separaron y Lanzarote vuelve a salir colocando en su sitio la reja que había quitado; luego, encomienda a su dama a Dios y va a acostarse tan silenciosamente que nadie se entera.

Por la mañana fue Meleagant a ver a la reina, tal como acostumbraba. Ésta estaba durmiendo todavía; Meleagant vio las sábanas manchadas de sangre de Lanzarote y entonces acude a la cama de Keu: sus heridas se habían vuelto a abrir y había sangrado bastante, cosa que le ocurría la mayor parte de las noches. Regresó al lado de la reina y le dijo.

—Señora, señora, esto es peor.

—¿El qué?

Meleagant le enseña la sangre en una cama y luego en la otra, y le dice:

—Señora, mi padre os ha guardado bien de mí, pero mal de Keu el senescal: es una gran deslealtad que una dama, como vos mostráis ser, deshonréis al hombre más noble del mundo por el más malvado; lo considero un gran despecho, ya que me rechazasteis; por lo menos valgo más que éste, pues os conquisté frente a él gracias a las armas; y ciertamente Lanzarote vale más aún, que ha sufrido tantos males por vos; y todo ha sido en vano, pues vergonzosamente se recompensan los servicios prestados a las mujeres y al diablo.

—Bueno, señor, decid lo que queráis, pero Dios sabe que Keu no trajo esta sangre a mi cama, sino que frecuentemente se me revientan las narices.

—Así me ayude Dios, eso no os vale de nada, pues estáis toda ensangrentada; no saldréis de mi poder y seréis tenida aquí por desleal.

Keu siente tal dolor que poco falta para que pierda la razón y le dice que está dispuesto a defender las palabras de la reina o mediante juicio o en batalla. Meleagant envía a buscar a su padre que aún estaba acostado y que, al oír las noticias, se pone en pie encolerizado y hace que Lanzarote se levante para que vaya con él. Entonces Lanzarote se dio cuenta por primera vez de que se había cortado la piel de las manos con la ventana; va con el rey. Al llegar a la habitación, Meleagant le dice a su padre:

—Señor, mirad la sangre en las dos camas; hacedme justicia con esta dama por la que me he arriesgado a morir. Me rechazó y ahora tengo las pruebas de que se ha

portado mal conmigo y nadie podrá defenderla.

—Señora —le pregunta el rey—, ¿qué es esto? ¡Qué falta habéis cometido!

—Señor —contesta la reina—, no lo creáis, y que Dios no me vuelva a ayudar si Keu tuvo alguna parte en mí; Lanzarote, bien sabéis si me consideran desleal los que me conocen.

—Señora —contesta Lanzarote—, que Dios os defienda, pues ciertamente Keu no lo hizo y vos ni siquiera lo hubierais pensado, y no hay en este mundo ningún caballero frente al cual yo no os defendiera.

—Ciertamente —dice Meleagant—, bien lo va a necesitar, pues si vos os atrevéis a defenderla, yo estoy dispuesto a demostrarle su deslealtad.

—¿Cómo —pregunta Lanzarote—, ya estáis curado de vuestra herida?

—Por Dios —le contesta Meleagant—, no tengo ningún dolor que me impida combatir por mi derecho.

—En verdad —añade Lanzarote—, habláis como valiente, pero creo que debería bastaros con un combate; si queréis más, id a armaros, pues la reina tiene quien la defienda.

Meleagant le contesta que no hay nada que le agrade tanto.

Van a armarse los dos y el rey le aconseja a Meleagant que abandone el combate. Pero es todo en vano, pues piensa saber con certeza que Keu se había acostado carnalmente con la reina. Van al campo de combate y Lanzarote le dice al rey:

—Señor, batalla sobre asunto tan importante no se debe emprender sin juramento.

El rey ordena que traigan los Santos Evangelios, se arrodillan ambos y Meleagant jura, por Dios y los Santos, que la sangre que vio en la cama de la reina era de Keu. Lanzarote se levanta y dice que por Dios y los Santos, es perjuro y se lo hará reconocer por su propia boca, si no se lo impide, o morirá como perjuro. Luego, montan los dos a caballo; el rey intenta por todos los medios que su hijo abandone el combate, pero no lo consigue.

Meleagant monta en su caballo y el rey y la reina suben a las ventanas. Galopan los caballos desde lejos, se quiebran las lanzas y se golpean con los caballos, con el cuerpo, con el rostro, de manera que a los dos les saltan chispas de los ojos en la cabeza, les vuelan las abrazaderas de la mano y saltan las boclas de ambos escudos; de los yelmos sale fuego ardiente y las espaldas les golpean contra los arzones traseros. Meleagant empieza a sangrar de nuevo y Lanzarote empuña la espada, colocándose el escudo delante de la cabeza y ataca a aquél a quien odia a muerte, que se defiende como puede, pues es muy valiente a pesar de que es traidor y despiadado. Pero toda resistencia es en vano, pues al final Lanzarote lo puso de tal situación que era peor que antes. Cuando el rey ve que la batalla se convierte en afrenta para su hijo, no puede soportarlo, pues la compasión por la propia carne le aconseja como a padre; se dirige a la reina y le dice:

—Señora, por Dios y mis servicios, os ruego que hagáis que la batalla quede aquí.

Ella le contesta:

—Id a separarlos vos mismo.

El rey se acerca a Lanzarote y le dice:

—Dejad de combatir, pues así lo desea mi señora.

—¿Es cierto, señora?

—Sí —contesta la reina.

Le pregunta a Meleagant si se conformará por ahora y éste contesta que sí, pues puede reemprender el combate cuando quiera.

—Ciertamente —le dice Lanzarote—, lo siento y sabed que lo hago a la fuerza.

Se separan sin más; Meleagant siente una gran vergüenza y su padre lo consuela, pero él dice que matará a Lanzarote con sus dos manos antes de que salga del país.

—Debes saber —le dice su padre—, que si muere por ti, no obtendrás ni un pie de mi reino, pues no me heredará ni un traidor ni un asesino.

Meleagant salió por la noche de la ciudad y se fueron de la tierra todos los que quisieron irse, pues el rey ordena que nadie sea detenido. Por la mañana, Lanzarote va en busca de mi señor Galván acompañado por cuatro caballeros armados, entre los del país y los desterrados, y lleva sus armas consigo. El rey hace saber por toda su tierra que lo traten como si fuera su propia persona.

Cuando ya estaba cerca del puente, a menos de siete leguas, se encontró con un enano que montaba un caballo de caza blanco. El enano pregunta por Lanzarote y se lo muestran.

—Señor —dice—, mi señor Galván os saluda.

Lanzarote le muestra una gran alegría y le pregunta que cómo está.

—Señor —contesta el enano—, muy bien, pero conmigo os envía unas palabras privadas.

Se retiran a un aparte y el enano le dice:

—Señor, mi señor Galván está en el lugar del mundo que más le gusta y tiene todo lo que desea; estaba seguro, señor, de que iríais a buscarle y a saber por qué permanecía allí: os pide que vayáis con él, acompañado por un séquito pequeño y que acudáis junto con la reina.

—No sé qué hacer con toda esta gente.

—Señor, decidles que os esperen aquí, haciéndoles saber que no os vais a alejar mucho y, después, decidid lo que sea mi señor Galván y vos.

—¿A qué distancia está?

—A una legua escasa.

—Entonces iré solo. Señores —les dice a sus gentes—, esperadme un poco aquí, pues os reuniréis conmigo cuando recibáis la orden.

Se marcha entonces acompañado por el enano y entran en un bosque que no tenía

ni cuatro tiros de arco de ancho; cabalgan hasta que llegan a un castillo pequeño muy fuerte, que estaba rodeado por una empalizada alta y tupida y, además, por dos pares de fosos, delante de una alta muralla. Encontraron la puerta abierta y se dirigieron a una gran sala baja; allí descabalgan. La sala estaba alfombrada de fresca hierba; Lanzarote avanza a grandes pasos, pues ya le tarda ver a mi señor Galván. Pero cuando llega al centro de la sala, la hierba se hunde bajo sus pies y cae en un gran foso que tenía más de dos toisas de hondo, pero no se hiere, pues habían puesto bastante hierba debajo para que no se hiciera daño ni en los brazos ni en las piernas.

Cuando se sienta en el foso, se da cuenta de que ha sido traicionado y de que lo ha hecho Meleagant. Toca por todas partes, pero no encuentra ni escalones ni nada por donde se pueda salir. No tardaron mucho en llegar veinte caballeros armados, entre los que estaba el senescal de Gorre, que era el dueño del castillo. Éste empieza a hablar con Lanzarote, diciéndole:

—Señor caballero, estáis prisionero y bien os podéis dar cuenta de que cualquier resistencia sería en vano: rendíos y no tendréis mala prisión.

—¿Por qué me prendéis?

—Por ahora no sabréis nada más.

—¿Por qué no me habéis apresado por las armas? Tendríais menos afrenta ya que sois tantos y todos armados.

—Sabed que no queríamos ser heridos, ni morir; rendíos si queréis salir alguna vez de la prisión.

Lanzarote se da cuenta de que tiene que hacerlo, le entrega la espada y se quita el yelmo dentro del foso; luego, lo sacan. Al salir pregunta:

—¿Dónde está Meleagant, el traidor que me ha hecho apresar?

Le contestan que no ha sido él quien ha ordenado que lo hagan; pero sí que fue y estaba en aquella misma casa, aunque no quería mostrarse. Cuando Lanzarote estuvo desarmado, lo metieron en prisión en una torrecilla muy fuerte.

Pero la historia deja ahora de hablar de él y vuelve a los que con él habían emprendido la búsqueda de mi señor Galván.

CXI

Cuenta la historia que cuando los compañeros de Lanzarote vieron que no volvía y que tardaba tanto, sintieron una gran angustia y esperaron allí hasta la noche. Luego, fueron a alojarse a un castillo que había cerca, donde tuvieron noticias de mi señor Galván, que había pasado el Puente Sumergido y estaba acostado allí. Por la mañana fueron a su encuentro y lo hallaron cuando regresaba con gran compañía de prisioneros que habían quedado libres, pero estaba malherido por los golpes que el caballero del Puente le había dado, ya que se lo encontraron aturdido por la cantidad de agua que había tragado y que poco faltaba para que se hubiera ahogado. Les preguntan a los que iban con él qué tal le había ido en el combate, a lo que contestan que muy bien, «pero el agua le había perjudicado mucho, a pesar de que combatió mientras estuvo fuerte: no hizo más que resistir hasta mediodía». A partir de entonces, mostró su gran fuerza y cuando todos pensaban que ya había sido vencido, persiguió al caballero por todas partes, «y lo ha dejado en tal situación que sólo espera la muerte; mi señor Galván también tiene numerosas heridas».

Entonces mi señor Galván pide noticias de Lanzarote, y le cuentan cómo el enano se lo había llevado, diciendo que iba de parte suya. Al oírlo, se golpea con los puños y empieza a llorar:

—¡Ay, Dios, el buen caballero ha sido traicionado! Eso se lo ha hecho Meleagant el desleal.

Mi señor Galván continúa hasta que llega a la corte, donde el rey Bandemagus le muestra gran alegría; también la reina está tan contenta como puede. Pero cuando oyen que Lanzarote ha sido perdido, el gozo se convierte en dolor, pues el rey está como fuera de sí y la reina tiene un enorme sufrimiento; y le pesa más de lo que se atrevería a descubrir, porque no quiere que mi señor Galván se dé cuenta; sin embargo, hasta los más necios pueden notarlo. El rey dice que irán en su búsqueda por toda su tierra y que él mismo lo hará, en cuanto pase ese día. Por la mañana, el rey envía a reunir todas sus fuerzas y manda cartas por su tierra para que el que sepa algo de Lanzarote se lo diga, pues nada impedirá que ahorque al que sepa algo y lo oculte.

La reina y mi señor Galván permanecieron en tal espera durante quince días, sin que el rey supiera en todo este tiempo nada de lo que había intentado saber; ordena con nuevas cartas que sus nobles se reúnan con él tan pronto como vean el sello, acompañados de caballeros, servidores y todos cuantos puedan llevar armas. Pero el que conocía todos los males, su hijo Meleagant, hizo unas cartas para engañar al rey y a los nobles: tenían un sello falso, el del rey Arturo, y fueron llevadas a la reina diciéndole que el rey la saludaba y que fuera a la corte con mi señor Galván; que no esperaran a Lanzarote, pues se encontraba en su compañía sano y salvo. Fue grande entonces la

alegría de todos, pero la de la reina fue la mayor y mucho le tarda el irse. Por la mañana se pusieron en marcha; la acompañó el rey hasta el Puente Peligroso, que ha sido derribado: ya se puede pasar por donde se desee. Cuando llega a los límites de la tierra de Gorre, el rey Bandemagus se despide de la reina, que le agradece mucho el gran honor que le ha mostrado. El rey se vuelve y la reina cabalga directamente a Camelot, donde encuentra a su señor el rey Arturo y a todos sus nobles que iban en su búsqueda; el rey la besó y después besó a su sobrino y a Keu el senescal, que había mejorado un poco. Luego, pide noticias de Lanzarote.

—¿Lanzarote? —pregunta la reina—; lo tenéis vos.

—¿Cómo?

—¿No me hicisteis saber que estaba en vuestra compañía sano y salvo?

—Por la fe que os debo, no lo he visto desde la gran corte de Londres, y no eran más las cartas que visteis.

Cuando la reina lo oye, no puede decir una palabra: se le estremece el cuerpo, el corazón le oprime y se desmaya; mi señor Galván corre a sujetarla, con gran sufrimiento, llorando de los ojos de la cabeza. Pero ningún duelo que haga nadie puede compararse con el de la reina, que no se oculta, sino que dice de forma que pueden oírla todos que nunca volverá a tener alegría ya que ha muerto estando a su servicio el mejor caballero del mundo. Es grande la aflicción de todos en casa del rey Arturo por Lanzarote, pues piensan que ha muerto. El rey permanece en Camelot a la espera de noticias, porque estaba cerca de Gorre, y la reina gustaba de esta ciudad porque su amigo fue caballero novel en ella.

Un mes después del regreso del destierro, llegaron al rey los caballeros que habían sido puestos en libertad y le rogaron que hiciera una asamblea, pues hacía mucho tiempo que estaban en el exilio y que no habían visto realizar hazañas de armas, como acostumbraban a ver.

El rey les responde que no habrá ningún torneo hasta que tenga noticias de Lanzarote, si está vivo o muerto. Todos están de acuerdo con él y dicen que por más que deseen ver proezas, no volverán a llevar armas mientras que Lanzarote esté perdido. De esta forma toda la corte está perturbada y nadie tiene alegría; el dolor de la reina no cesa ni de día ni de noche, y su gran belleza se estropea y no apela ni a Dios ni a nadie más que a la Dama del Lago, pues sabía que era ella la que le socorría en todas las necesidades.

Desde Pentecostés fueron las cosas así hasta mediados de agosto en que el rey tuvo que reunir a su corte, llevando la corona, tal como era costumbre en las fiestas mayores; lo hizo en Roevent, y aún la hubiera reunido en un lugar más pobre, de haberse atrevido, pero temía la censura de sus nobles, pues estaba muy desanimado y no le apetecían las grandes alegrías y las grandes fiestas que solía realizar.

Llegado el día de la fiesta, después de misa, el rey estaba apoyado en una ventana,

con la cabeza girada hacia el campo; no tenía ganas de comer porque aún no se había producido ninguna aventura. Mira hacia fuera y ve venir una carreta entre cuyas varas había un caballo con la cola cortada y con las dos orejas de la cabeza también cortadas; sobre la carreta iba sentado un enano gordo y corpulento, de gran barba y cabeza gruesa, de pelo entrecano; en la carreta había un caballero que tenía las manos atadas a la espalda, con camisa sucia y hecha jirones, atadas las dos piernas a las varas de la carreta, con el escudo colgando por delante; el escudo era blanco y el tiracol de seda blanca; a su lado llevaba el yelmo y la cota; en el extremo de la carreta iba atado por las riendas su caballo, con el freno a la cabeza y la silla al lomo; era blanco como la nieve y extraordinariamente hermoso.

Cuando el caballero ve al rey y a sus nobles, dice:

—Ay, Dios, ¿quién me liberará?

Todos los caballeros salen a verlo, y el rey le pregunta al enano que lleva la carreta:

—Enano, ¿qué falta ha cometido este caballero?

—La misma que el otro.

El rey no sabe qué quiere decir y vuelve a preguntarle a lo que el enano le contesta lo mismo. El rey guardó silencio durante un gran rato, igual que los caballeros; luego, le preguntó el rey al caballero:

—¿Cómo seréis liberado?

—Señor, si un caballero monta aquí, en donde estoy, por mí.

—No encontraréis hoy a quien lo haga.

—Ni Dios lo quiera —contesta el enano.

Atraviesa la ciudad y baja por todas las calles, mientras le gritan y le arrojan boñigas y cagajones.

El rey dice que ya puede irse a comer, pues ha visto una aventura extraordinaria. Mi señor Galván salía en ese momento de las habitaciones de la reina en las que había estado durmiendo, pues por la noche había velado en la capilla: le contaron lo ocurrido y él empezó a llorar, diciendo que maldito fuera quien estableció las carretas para tal uso, y se acordaba de que Lanzarote montó en una.

El rey se sienta a comer acompañado por todos los demás; cuando prestan atención, ven que la carreta entra en medio del patio, y el caballero se apea de ella y entra a donde están comiendo los demás; todos ellos dicen:

—He aquí al caballero de la carreta.

Se va a sentar con los demás caballeros pero todos lo rechazan, diciéndole que no debe sentarse entre ellos. Va por todas las filas, pero nadie le tolera que se siente a su lado, sino que lo rechazan. Después de haber buscado por todas partes, toma un mantel y va a sentarse en el banco de los escuderos. Al verlo tan atrás, mi señor Galván deja de comer y se acerca a él; sentándose a su lado, le dice que le dará compañía ya que es caballero. Todos hablan de esto, hasta que el rey se entera, y le parece muy mal;

ordena venir a mi señor Galván, al que tiene por afrentado por ello, y le hace saber que ha obrado mal con su puesto en la Mesa Redonda. Mi señor Galván le responde que si está afrentado por haber montado en una carreta, también lo estará Lanzarote y que después de la afrenta de éste, él no desea tener ningún honor. El caballero escucha las palabras sin decir nada, mientras que el rey se queda sorprendido de lo que Galván le ha hecho saber. Después de comer, el caballero se levantó y le dijo a mi señor Galván:

—Muchas gracias, ahora veo bien que es cierto lo que se dice.

A continuación, se marcha y va a un bosquecillo que había cerca de allí, en donde estaba esperándolo su escudero; se arma con todas las armas y vuelve con el escudero hasta la cuadra del rey, donde encontró ensillado uno de los mejores caballos del rey. Monta en él y se dirige a la sala, ante el rey, a quien le dice:

—Rey Arturo, si viniera ahora aquél que le afeó la conducta a mi señor Galván, teniéndolo por afrentado por haber comido conmigo, yo lo defendería frente al mejor de todos vosotros y frente a vos mismo, mejor que contra cualquier otro. Sabed que sois el más cobarde y temeroso de cuantos han existido; me voy a ir, pero llevaré este caballo vuestro y si puedo tener algo más, lo cogeré; no habrá en esta casa ningún caballero capaz de traérselo por sí mismo.

El caballero se marcha y se encuentra con mi señor Galván, al que le dice:

—Mi señor Galván, ¿os acordáis de que habéis comido conmigo?

—Id con Dios —le contesta mi señor Galván—, pues no tenéis que preocuparos por mí.

En la sala todos se quedan asustados al ver al rey enfurecido con tal rabia que poco falta para que pierda el juicio y que dice que nunca tuvo una afrenta semejante, que un ladrón se le llevara el caballo delante de sus propios ojos. Saigremor salta de la mesa, corre a su alojamiento a armarse y sale tras el caballero muy deprisa; lo mismo hacen Lucano el Botellero, Beduier el Condestable, Giflete el hijo de Don y Keu el senescal, que venía de ver a la reina y había oído cómo los otros se habían armado para ir tras el caballero. Saigremor va por delante de los demás, ve que el caballero descende río abajo hasta llegar al Vado del Bosque, que así se llamaba un vado cercano a Roevent, y el bosque estaba a dos tiros de arco de aquel lugar. El caballero se detiene en el Vado, y al otro lado había fácilmente cuarenta caballeros más que lo esperaban y eran de gran valor. Saigremor llega picando espuelas; cuando el caballero lo ve venir, va contra él y se descargan grandes golpes en los escudos; Saigremor rompe su lanza, mientras que el caballero lo golpea de tal manera que lo derriba en el Vado, sujeta su caballo por el freno y se lo lleva al otro lado, donde lo cogen los que allí había dispuestos. Luego, el caballero le dice a Saigremor:

—Señor caballero, decidle al rey Arturo que ahora tengo más cosas tuyas, y que todavía tendré más.

—¿Cómo, no seguiréis combatiendo contra mí?

—No, y pienso que ya tenéis bastante, pues yo llevo ventaja porque voy a caballo y vos a pie.

Saigremor regresa avergonzado y triste; llega entonces Lucano el Botellero; el caballero sale del Vado a su encuentro y corren el uno contra el otro: Lucano el Botellero fue derribado en el paso y el caballero se le llevó el caballo diciéndole:

—Señor caballero, decidle al rey que ahora tengo suyos tres caballos más que ayer.

Llega Beduier y el caballero lo derriba igual que a los otros, y después, Giflete. Con cada uno le hace saber al rey lo que la historia ha dicho más arriba. Luego, atraviesa el Vado y hace como si quisiera marcharse. Pero no tardó mucho en llamarlo Keu el senescal; el caballero toma una lanza corta y gruesa que le da su escudero y regresa encontrándose con Keu en medio del Vado. Éste lo alcanza de forma que su lanza vuela en pedazos, y el caballero lo golpea en medio de la cota y del escudo, derribándolo del caballo al Vado, con los pies hacia arriba; le coge el caballo y se lo lleva. Keu se pone en pie aturdido, después de haber tragado bastante agua; se siente malherido y se vuelve. El rey siente tal dolor y culpa de todo que no puede más, y mi señor Galván le dice:

—Los hay más afrentados.

Mientras hablan así, llega la carreta con el enano que la llevaba, y en ella va sentada una doncella. El enano va directamente al patio; la doncella ve al rey en las ventanas y le grita:

—Rey Arturo se solía decir que nadie, hombre o mujer, que necesitara consejo y viniera aquí, dejaría de encontrarlo; ahora parece que es mentira, pues el Buen Caballero se ha ido sin encontrar a nadie que quisiera montar por él en la carreta: es mayor vuestra vergüenza que vuestra honra, ya que se ha llevado seis de vuestros caballos a pesar vuestro. No sé si encontraré quien me saque de aquí.

Llega en esto mi señor Galván abajo y le pregunta:

—Doncella, ¿cómo se os puede sacar de ahí?

—Si alguien sube, yo podré bajar.

—Por Dios —contesta mi señor Galván—, subiré por el buen caballero que en ella se montó.

Salta a la carreta y la doncella se baja. En esto, llegan diez caballeros completamente armados y descabalgan para ayudar a la doncella a que monte en uno de los palafrenes más hermosos del mundo, que con ellos traían. Llega la reina y la doncella le dice al rey:

—Rey Arturo, me voy a ir; pero antes quiero que sepas que tu corte está cerca de la liberación y terminarán pronto las aventuras que en ella ocurren: no deberías haber abandonado al caballero, sino que tendrías que haber subido a la carreta, en la que él se había montado por amor a Lanzarote, que se subió a ella por esta dama, haciendo lo que tú no te atreviste a emprender por ella, que es tu mujer, y gracias a Lanzarote todas las carretas deberían ser motivo de honor para siempre. ¿Sabes quién es el caballero que

ha derribado a tus compañeros? Es un joven muchacho de veintiún años, que fue armado caballero novel en Pentecostés y es primo hermano de Lanzarote y hermano de Lionel. Quien busque a Lanzarote actúa como un loco, pues no conseguirá nada.

Mientras hablaba así se acercó el caballero de la que ella había hablado y tras él llegó su escudero, llevando a la diestra todos los caballos que su señor había ganado. El caballero se quita el yelmo y se dirige al rey; arrodillándose, le dice:

—Señor, tened vuestros caballos, no me los llevaré de tal manera.

La reina se pone en pie y el rey muestra una gran alegría por su primo; la doncella monta y se marcha sin decir nada más. El rey retiene al caballero, como compañero de la Mesa Redonda, preguntándole su nombre, a lo que contesta que se llama Boores el Desterrado. La reina le pregunta quién es la doncella que se marcha; le responde que es la Doncella del Lago, que crió a Lanzarote, a Lionel y a él mismo. Al oírlo la reina, siente el mayor dolor que puede pues ninguna alegría le sirve de consuelo. Monta a caballo, diciendo que no dejara hasta que la haya alcanzado. El rey va con ella y se encuentra en la ciudad a mi señor Galván, al que el enano se llevaba en la carreta. La reina salta en ella y mi señor Galván se apea; el rey monta al lado de la reina y no hubo caballero de la casa del rey que no se subiera de inmediato: a partir de entonces, mientras vivió el rey, ningún reo fue metido en carreta, sino que había en todas las ciudades un rocín viejo, sin cola ni orejas, en el que montaban al que se quería deshonorar y lo llevaban por todas las calles.

La reina va tras la Dama del Lago con mi señor Galván y cabalgan hasta que le dan alcance. La reina le pide piedad, diciéndole que está muy avergonzada por no haberla reconocido y le ruega que regrese; mi señor Galván también se lo suplica, para gran alegría suya; pero les contesta que no puede ser. La reina se retira a hablar a solas con ella y le pregunta si tiene noticias de Lanzarote, que le diga lo que sepa y ella le responde que está vivo, prisionero, pero que lo tratan bien y con honra; que ha sido fijado el momento para que escape, y que si lo hiciera antes perdería la gran alegría y el gran honor que espera, «pero sabed que lo podréis ver, si estáis en el primer torneo del reino de Logres».

La reina se pone muy contenta con estas noticias, se despide y regresa, al ver que no puede hacer que la dama se quede. Vuelve y le cuenta al rey las noticias de Lanzarote, pero no le dice que va a estar en el primer torneo; el rey se alegra mucho, pues temía que hubiera muerto, pero la tardanza le resulta pesada. La reina le dice:

—Señor, convocad una reunión en la marca de Gorre, con la gente de vuestra tierra y quizá oiréis noticias de Lanzarote; en cualquier caso, se acerca el momento de hacer una reunión, y os lo han rogado los que han salido de la prisión en la que estaban.

El rey lo concede y convoca por todas partes a una gran asamblea que tendrá lugar quince días después en Pomeglai, y así lo hace saber mediante sus cartas y sus mensajeros.

Pero la historia no habla más por ahora ni de él, ni de su compañía, sino que vuelve a Lanzarote.

CXII

Cuenta la historia que Lanzarote está prisionero del senescal de Gorre, que lo tiene en gran estima, y le da todo lo que desea menos el que pueda marcharse. La noticia de la reunión de Pomeglai se extiende tanto que Lanzarote la conoce y lamenta no poder asistir. El senescal no estaba mucho en el castillo, pero su mujer estaba siempre y era dama hermosa y cortés. La prisión de Lanzarote era suave, pues todos los días salía de la torrecilla y comía con la dama; ésta lo quería por encima de todos los hombres por las maravillas que había oído contar de él. Cuando ya estaba cerca el día de la reunión, Lanzarote estaba más triste y pensativo que de costumbre. La dama lo veía beber y comer de mala gana y su belleza empeoraba; le pregunta qué le ocurre, pero él no quiere decírselo; ella le conjura por lo que más quiera.

—Señora, me lo habéis pedido con tanta insistencia, que os lo voy a decir: sabed que no comeré nunca, ni beberé nada que me siente bien, si no estoy en esa reunión; por eso no me encuentro a gusto. Ya habéis oído la causa de mi pesar, y lo siento, pero lo he tenido que decir a la fuerza.

—Lanzarote, ¿le daríais una gran recompensa al que os permitiera ir?

—Sí, señora, todo lo que pudiera.

—Si me dais un don que os voy a pedir, os dejaré que vayáis, y os entregaré armas y un buen caballo.

Lanzarote se pone muy contento y acepta.

—¿Sabéis lo que me habéis concedido? Vuestro amor.

No sabe qué decir, pues si se niega, teme no poder asistir a la reunión que tanto desea; si le otorga su amor, la engañará, pues la dama querrá más, ya que ha pensado en ello durante mucho tiempo.

—¿Qué me decís? —le pregunta la dama.

—Señora, no os negaré nada de lo que tenga, pues lo habéis merecido.

—¿Me otorgáis vuestro amor?

—Señora, os concedo lo que pueda hacer sin oposición.

La dama lo ve avergonzado y piensa que por la vergüenza no se atreve a decir nada más; y se esfuerza en servirle para que sea suyo al regresar. Luego, le prepara caballo y armas. Cuando ya es momento de que se ponga en marcha, se lo dice y Lanzarote se alegra mucho. La mañana siguiente, apenas amanece, hace que se marche, armándolo ella misma con sus propias manos; él le jura por la cosa que más ama que regresará de la asamblea en cuanto pueda y que no podrá retenerlo nada sino la muerte; y así se lo promete.

Luego, se marcha y va a la asamblea, llevando las armas del senescal y su buen caballo; se aloja muy lejos del lugar, a unas siete leguas, en el sitio más escondido que

puede, de forma que nadie lo reconoce. Por la mañana va a la asamblea; la reina había subido a una fortificación que había fuera de Pomeglai, acompañada de numerosas damas y doncellas. Empiezan las justas muy vistosas en muchos sitios, y grandes peleas, y entre todos destacan Beduier, Dodinel el Salvaje, Guerrehet, Gueheriet, Agravaín su hermano, Yvaín el Bastardo y Boores el Desterrado. Lanzarote se detiene bajo la fortificación y mira con gran dulzura; con él iba un criado del lugar en el que había dormido, que le lleva la lanza. La reina contempla a todos los que combaten bien, pero no reconoce a su amigo. Entonces Lanzarote se mete en la fila, con un escudo rojo con tres bandas de plata; galopa a lo largo de la fila y va contra él un caballero llamado Herlión el rey, era hermano del rey de Northumberland y bastante valiente; se golpean con gran fuerza. Herlión rompe la lanza y Lanzarote lo alcanza con tal fuerza que lo derriba al suelo. Entonces se eleva el ruido y el murmullo, pues Herlión había realizado grandes proezas ese día: están muy contentos los de Logres y los otros están tristes.

Lanzarote empieza entonces a derribar caballeros y a romper lanzas; le ataca un caballero que golpeaba con gran fuerza, llamado Godez de Más Allá de las Marcas. Lanzarote se enfrenta con él lo golpea y los derriba en un montón a él y a su caballo; realiza tales hazañas que todos se quedan sorprendidos y ha combatido tanto que ya sólo le queda una lanza; la toma y ve que viene hacia él un caballero que era senescal del rey Claudás de la Tierra Desierta, y se golpean. El senescal hace volar su lanza en pedazos y Lanzarote lo alcanza bajo la garganta de forma que la punta se le cuelga por el cuello y lo lleva al suelo a la distancia de la lanza: se desmaya y toda la tierra se cubre de sangre; todos gritan «¡Ha muerto! ¡Ha muerto!». Cuando Lanzarote lo oye, le pesa mucho, arroja la lanza y dice que se marcha; le pregunta a su escudero que quién es el herido y si morirá, a lo que le responde que es el senescal del rey Claudás y que ya está muerto, pues tiene la garganta cortada. Lanzarote responde entonces que Dios le ha vengado sin que él lo supiera; saca la espada, como quien sabe utilizarla con habilidad y da grandes golpes a diestro y siniestro, derribando caballos y caballeros con los tajos de la espada y con los puños, cortando cofias y trozos de escudo, arrancando yelmos de las cabezas, hiriendo, tirando, empujando y golpeando con los miembros y con el caballo como quien está dispuesto a hacer todo cuanto cualquier buen caballero debe emprender. Los que participan en la asamblea están sorprendidos y realmente piensan que no puede ser más que Lanzarote; mi señor Galván se admira y va a decírselo a la reina. Pero ésta ya lo sabía, pues muchas veces lo había visto hacer cosas semejantes: está muy contenta, pero piensa engañar a mi señor Galván y a todos los demás. Llama a una doncella suya, pues no se atrevía a confiar en nadie, ni a descubrir su pensamiento: la dama de Malohaut estaba enferma en su tierra con el mal de la muerte y la reina no tenía a quién decirle su pensamiento; se dirige a la doncella:

—Id a aquel caballero de allí y decidle que a partir de ahora lo haga lo peor que pueda, igual que hasta ahora lo ha hecho lo mejor posible; como prueba de lo que le

digo debe mostrar gran dolor donde hasta ahora tuvo su gran alegría.

La doncella va al caballero y se lo dice; él toma una lanza que sujetaba su escudero, y se pone en marcha para justar contra un caballero, pero falla y el caballero lo golpea y lo tira por encima de la grupa del caballo, de modo que se levanta con gran esfuerzo. Vuelve al combate y cuando va a dar grandes golpes, se tiene que sujetar a la crin de su caballo, haciendo como si fuera a caerse, y a partir de ese momento no espera los golpes de ningún caballero, sino que baja la cabeza y huye cuando los ve venir dispuestos a golpearle; lo hace de tal modo que todo el mundo le grita y maldice. El criado que había venido con él está más sorprendido que nadie.

Lanzarote se comportó durante todo el día de ese modo, hasta que se marcharon: todos están avergonzados por haberlo tenido por valiente. Él va a su alojamiento y nadie se atreve a hablarle por lo mal que lo ha hecho. Por la mañana se levantó y acudió a la asamblea sin yelmo; una doncella lo alcanzó y lo reconoció; era la doncella que lo había llevado al monasterio en donde levantó la losa de Galaad; lo siguió hasta la asamblea. Cuando se puso el yelmo, empieza a gritar tras él por las filas: «¡Acaba de llegar la maravilla!». Cuando los habladores y maldicientes en cuanto a las armas lo ven, comienzan a abuchearle con fuerza. Lanzarote empieza a derribar caballeros, de forma que todos los que lo ven se admiran. Durante mucho rato duró la actitud de Lanzarote, hasta que la reina le vuelve a pedir que lo haga lo peor posible y se lo ordena a través de su doncella. Empieza a hacer lo peor que sabe y la doncella que había gritado entre las filas se queda tan sorprendida que no se atreve a hablar más. Lanzarote lo hace de mala forma hasta que fue mediodía; entonces la reina le vuelve a pedir que lo haga lo mejor posible, para que venza: a partir de ese momento no se habló más que de él. Al atardecer, arrojó su escudo en el combate y se fue a su alojamiento. Por la noche todos supieron que el que había estado en la asamblea era Lanzarote y también supieron que lo había hecho tan mal para burlarse de ellos.

Lanzarote cabalga las jornadas necesarias hasta que llega a la prisión; allí se encontró al senescal que le esperaba, temiendo que no regresara nunca; si hubiera sabido que se había marchado por su mujer, la hubiera matado. Al verlo, le dice que era el caballero más leal del mundo. Cuando Meleagant el traidor supo que había estado en la asamblea, lo sintió mucho y juró que lo encerraría en tal lugar del que no podría salir sin su permiso. Ordena construir una torre en la parte de la Marca de Gales, con el permiso de su padre y dice que aquella torre serviría de protección para todas las marcas de Gorre. La torre estaba construida en un pantano, de forma que no debía preocuparse ni de catapulta ni de ningún otro ingenio, y nadie se atrevería a meterse en el pantano sin perderse como en un abismo. Custodiaba la torre un siervo de Meleagant y Lanzarote fue metido dentro; por la casa del siervo corría un riachuelo que llegaba a la torre; le llevaban la comida en una barca pequeña y Lanzarote la recogía con una cuerda, pues en la torre no había puerta ni ventana, más que una

pequeña por la que le hacían llegar el pan y el agua, aunque no en cantidad suficiente como para que estuviera alimentado. De tal forma está Lanzarote en la torre y nadie más que Meleagant y el siervo lo saben.

Cuando Meleagant ve que está como él desea, se marcha de Gorre y va a la corte del rey Arturo; se encontró al rey en Londres, se presentó a él y le dijo:

—Rey Arturo, antaño conquisté a la reina frente a Keu el senescal, y Lanzarote vino a rescatarla, y hubo batalla entre nosotros dos; fue tal que al final dejé que se llevara a la reina y él me juró sobre sagrado que combatiría conmigo delante de ella, cuando yo viniera a pedírselo, y la reina me juró que vendría conmigo si él no la defendía; he venido a pedírselo, pero no lo veo aquí dentro; si está, que avance, pues un caballero como él no debe retroceder.

Cuando el rey reconoció a Meleagant, le hizo todo tipo de honores por el amor que le tenía a su padre, y le dijo:

—Meleagant, Lanzarote no está aquí, y hace tiempo que no lo veo, desde que fue en busca de la reina, hace casi un año; vos sois suficientemente sabio como para saber qué debéis hacer.

—¿Qué?

—Esperadlo aquí durante cuarenta días y si no viene entretanto, volved a vuestra tierra y regresad un año más tarde, y si no combate contra vos, o algún otro por él, tendréis a la reina.

Meleagant responde que así lo hará y permanece en la corte.

Pero la historia no habla más de él por ahora, ni del rey, ni de su compañía, sino que vuelve a una hermana de Meleagant.

CXIII

Meleagant tenía una hermana de la que ha hablado la historia más arriba, que era a la que Lanzarote le dio la cabeza del caballero al que mató. Ésta sentía un gran pesar por la prisión de Lanzarote. Cuando se construyó la torre del pantano, pensó que Meleagant no la había hecho más que para emparedar en ella a Lanzarote. Esta doncella había sido criada por la mujer del siervo que guardaba la torre, a la que frecuentemente le hacía grandes favores. A partir de entonces, le hizo más de los que acostumbraba. Una noche se quedó en la casa del siervo, que estaba al comienzo del pantano, en el camino, y tuvo mucho cuidado de que nadie se diera cuenta de su presencia; vio cómo disponían la comida para Lanzarote y, de este modo, estuvo segura de que se encontraba en la torre: lo deja estar por ahora.

Regresó otra noche después de haber dispuesto todo lo necesario para sacar de la torre a Lanzarote; cuando todos se hubieron acostado, preparó su asunto en una habitación en la que estaba acostada con sus doncellas. Cuando todos se hubieron dormido, fue a la barca, metió un pico y una cuerda gruesa y entró también en la barca. Llega a la torre, donde se encuentra un cesto que cuelga de la ventana: tira de la cuerda del cesto. Lanzarote no dormía, pues estaba pensando en sí mismo; se levanta, se dirige a la ventana y saca la cabeza. La doncella lo llama con dulzura, y él pregunta:

—¿Quién sois? ¿Quién sois?

—Soy una amiga vuestra, que vengo a liberaros.

Al oírlo, tiene una gran alegría; la doncella ata la cuerda gruesa a la más pequeña y ata también el pico. Lanzarote lo sube, y rompe la ventana lo suficiente como para poder salir por ella; luego ata la cuerda por dentro y se descuelga, llegando lo más silenciosamente que puede hasta el pantano. La doncella volvió a acostarse en una habitación y Lanzarote junto a ella.

Por la mañana, Lanzarote se levantó y se vistió el mejor vestido de la doncella; ésta lo montó en un palafrén y se lo llevó, ante todos los de la casa, cabalgando hasta su propia tierra, que había recibido de su madre. Cuando llegó allí, la doncella suministró a Lanzarote de todo lo que necesitaba, aunque éste tenía gran menester de estar a gusto, pues la prisión había sido muy dura. Luego, la doncella envió un mensajero a la corte del rey Arturo para saber noticias de Meleagant.

Cuando llegó a la corte el mensajero de la doncella, preguntó por qué Meleagant se había quedado tanto tiempo; le contaron que esperaba los cuarenta días para combatir con Lanzarote, y le dijeron cuándo se cumpliría el último día del plazo. El mensajero volvió junto a su señora y le contó lo que había oído en la corte; la doncella se lo transmitió a Lanzarote, que ya se encontraba algo mejor y había recobrado su fuerza y su belleza. Lanzarote le pide que le dejara ir, pues le tarda mucho el vengarse del

hombre del mundo al que más odia.

—Buen amigo —le contesta la doncella—, antes os daré armas y caballo; después, os podréis ir. No temáis, pues todavía faltan muchos días hasta el término en que debéis estar, y que Dios os permita que os venguéis de mí, como cuando le cortasteis la cabeza al otro, pues es el hombre al que más odio del mundo, y no lo considero hermano mío, pues me ha quitado las tierras y me ha hecho más daño que nadie.

Lanzarote permanece así durante ocho días; la doncella le da caballo y armas; al cabo de estos días, se pone en marcha y cabalga, llegando al final del plazo a Escavalón, donde estaba el rey. Meleagant se había armado y decía que se marcharía, pues no había quien quisiera combatir por Lanzarote. Entonces, Boores el Desterrado se pone en pie y le dice que estaba dispuesto a hacerlo si se lo permitían. Meleagant le responde que preferiría que fuera Lanzarote, pero entonces mi señor Galván contesta que lo hará y no permitirá que lo haga nadie si no es él.

—Por Dios, señores caballeros —les dice Meleagant—, no sé de ningún caballero contra el que combatiría con más gusto que contra mi señor Galván.

Éste corre a armarse y Boores el Desterrado hace lo mismo. Lanzarote cabalga sin detenerse y lo ha hecho de forma que ya ha llegado a la ciudad, donde se encuentra a mi señor Galván que iba a su alojamiento a armarse: los dos se muestran gran alegría. Llega la noticia a la corte de que Lanzarote ya está y el regocijo es enorme; el rey corre a besarlo, seguido por la reina y por todos los demás. Cuando Meleagant oye estas noticias, se sorprende, pues ignoraba lo que había ocurrido, porque el siervo huyó al no encontrar a Lanzarote. Lanzarote llega al lugar y dice:

—Meleagant, me habéis llamado tanto que ya me tenéis: podréis tener la batalla que tanto deseabais, pues he salido del pantano, gracias a Dios y a la que me sacó de él.

Se dirige al campo, colocan testigos; dejan correr a los caballos y se dan grandes golpes. Meleagant hace que su lanza vuele en trozos y Lanzarote lo alcanza con tanta fuerza que le aprieta el escudo contra el brazo, el brazo contra el cuerpo y la espalda le golpea en el arzón, derribándolo a tierra. Lanzarote desmonta, sacan las espadas y se dan tajos en el yelmo y en la cota, haciéndose el mayor daño que pueden. La cruel y violenta batalla duró hasta la hora de vísperas, en que Meleagant empezó a retroceder, y el otro lo acosa con odio, dejándolo en tal estado que le sale sangre por más de treinta sitios, y le hace caer de rodillas tres o cuatro veces. Se sujetan por los brazos, cae el uno sobre el otro; Lanzarote lo tira y le arranca el yelmo, arrojándolo al prado y bajándole la ventana. El rey le grita que no lo mate, mientras que la reina le hace señal de que le corte la cabeza. Lanzarote le dice entonces al rey:

—Por vos, dejaré que se levante, pero no me roguéis nada más.

Meleagant se vuelve a levantar y Lanzarote lo golpea, haciendo que la cabeza le vuele al campo y que el cuerpo caiga en el suelo extendido. Luego, Lanzarote vuelve a envainar la espada.

En esto, Keu el senescal se adelanta, le quita el escudo del cuello y le dice:

—Señor, sed bienvenido por encima de todos los caballeros del mundo, pues sois la flor de la caballería terrenal. Lo habéis demostrado aquí y en otros sitios.

Tras el senescal, se acercó el rey Arturo, abrazó a Lanzarote armado como iba, le quitó el yelmo de la cabeza él mismo, entregándoselo a mi señor Yvaín y luego lo besó en la boca, diciéndole:

—Mi dulce amigo, sed bienvenido.

Luego, se acerca mi señor Galván y abraza a Lanzarote por el cuello con los brazos extendidos. A continuación, llega la reina, todo lo contenta que puede y, tras ella, los demás nobles, que le muestran tan gran alegría que no se os podría contar una mayor; se lo llevan en medio del gozo y de la fiesta a la sala principal del palacio. El rey ordena que pongan las mesas y así se hace: se sientan los caballeros, aunque todavía no era más que entre nona y vísperas. Entonces el rey hizo una cosa que fue un gran honor para Lanzarote, y nunca lo había hecho por nadie: hizo que se sentara en el estrado alto en el que él comía, justo delante de él; hasta entonces, ningún caballero se había sentado allí, sino en la cena de las grandes solemnidades; cuando alguna vez algún caballero extranjero vencía en los bohordos o en el castillete, lo sentaba allí, pero no era frente al rey, sino un poco más alejado; el rey hacía que se sentara allí para que todos lo vieran y lo reconocieran a partir de entonces. Pero nunca ningún caballero se sentó allí si no fue por esa razón, por muy importante que fuera. Aquel día Lanzarote lo hizo por el ruego del rey y por orden de su señora la reina; lo sintió mucho y pasó una gran vergüenza, pero por cumplir la voluntad del rey y de la reina, lo aceptó.

CXIV

Es grande la alegría y la fiesta que el rey hace por Lanzarote, pues hacía mucho tiempo que no lo había visto: habla con él y le pregunta cómo le ha ido. Éste le contesta que muy bien, gracias a Dios, pues está sano y salvo; pero el rey no se atreve a contarle la muerte de Galahot, pues pensaba que no sabía nada. Mientras que hablaban juntos, llega en medio de la sala un caballero armado con todas las armas, que había dejado su caballo en el patio, abajo. Era un caballero grande y corpulento, con armas rojas, que se acercó a las mesas sin saludar ni a uno, ni a otro. Después de contemplar un gran rato a los que estaban comiendo, habla en voz tan alta que todos le pueden oír, y dice:

—Ay, ¿dónde está el desleal, el traidor, el más afrentado de todos los caballeros, que ha matado a Meleagant el hijo del rey Bandemagus? ¿Dónde está Lanzarote? ¿Dónde está ése al que le habíamos hecho todos los honores del reino de Gorre y ahora nos ha cometido la gran deslealtad de darle muerte al mejor caballero del mundo?

Lanzarote lo mira y el caballero, que lo conoce bien, le dice al rey:

—¿Qué es esto que habéis hecho, señor? Se os tiene por el hombre más valioso del mundo y habéis sentado a vuestra mesa al caballero más desleal de cuantos viven. Ciertamente me admiro mucho.

Lanzarote salta fuera de la mesa, avergonzado por la villanía que el caballero acaba de decir, y le responde:

—Señor caballero, no sois muy cortés al afrentarme sin motivo.

—En verdad, no se os debería afrentar, sino que se debería hacer todo lo que se pudiera contra vos, pues habéis matado a mi primo Meleagant.

—Yo no lo he matado en emboscada, pues había más de doscientos viendo el combate.

—Desde el momento en que os pidió merced, y que vos no lo escuchasteis, dándole la muerte, fuisteis el más desleal y malvado: estoy dispuesto a probaros que sois malvado y traidor, en otra corte que no sea aquí, si os atrevéis a defenderlo.

—No hay corte en el mundo en la que no me defendiera contra vos, pues no hubo ni deslealtad ni felonía.

—Por el nombre de Dios si os atrevéis a defenderlo en la corte del rey Bandemagus, os probaré lo que he dicho.

Lanzarote le contesta que se defenderá.

—Entonces, estad allí del lunes en un mes, el día de la Magdalena, y os prometo lealmente que me encontraréis.

—Os aseguro que estaré el día indicado, si la muerte o la prisión no me retienen.

El caballero se marcha a continuación, sin esperar más y Lanzarote vuelve a sentarse

por orden del rey. Empiezan a hablar en la sala del caballero bermejo, diciendo que ha sido muy villano y ha hablado de forma alocada contra Lanzarote. No tardó mucho en entrar un escudero que le dijo al rey:

—Señor, el caballero bermejo hace que se lleven a Meleagant en las parihuelas más ricas que he visto nunca; lo acompañan más de veinte caballeros armados, nunca vi tan gran duelo como el que hacen todos juntos por él.

—Ciertamente —contesta el rey—, me hubiera gustado que todo esto hubiera ido de otra forma y hubiera preferido, por amor al rey Bandemagus, que Meleagant no hubiera muerto en mi corte; hubiera preferido que hubiera muerto en una corte que no fuera la mía. Pero ya que todo ha ido así, no queda más remedio que soportarlo.

Después de comer, levantaron las mesas y cada uno se fue a su albergue; el rey retuvo a Lanzarote en su compañía, llevándoselo a las ventanas de la gran sala; la reina estaba con él, y mi señor Galván y Boores el Desterrado, que le muestra una gran alegría a Lanzarote; se sientan todos ellos en una alfombra. El rey se esfuerza en tratar lo mejor posible a Lanzarote y le pide, bajo juramento, que le diga ante todos los compañeros qué aventuras había tenido desde que se marchó de la corte; Lanzarote le contó varias y ocultó otras tantas. El rey y la reina lo escuchaban con mucho gusto y rápidamente el rey ordenó que las pusieran por escrito, para que después de su muerte fueran recordadas. Luego, Lanzarote pidió noticias de Lionel.

—Ciertamente —contestó el rey—, hace más de medio año que no para de buscaros, pues se decía que habíais muerto, y no lo hemos visto desde entonces.

—Ay Dios —dice Lanzarote—, dondequiera que esté, protegedlo.

A continuación, el rey le cuenta cómo Boores había llegado a la corte y las hazañas que hizo frente a los de su casa, y cómo todos sus caballeros habían montado en la carreta.

Al oír estas noticias, Lanzarote se sonríe; le muestra una gran alegría a Boores y lo besa con dulzura, pues hace tiempo que no lo ha visto, y le dice:

—Buen primo, procurad hacer tanto que todo el mundo hable de vos a partir de ahora lo mismo que en este momento, y no emprendáis ninguna acción de caballero que luego abandonéis; procurad siempre mejorar y avanzar cada vez más. Procurad, por mi amor, que ninguna dama, ni doncella, se vaya sin la ayuda que os pida, socorred y ayudad a todas aquellas que penséis que lo necesitan.

El rey Arturo mantuvo a Lanzarote durante toda la semana entre alegrías y fiestas; no hay gozo ni deleite en todo el mundo del que no tenga una parte, pues además goza según su voluntad de su señora, de donde le llega toda alegría.

Al cabo de la semana, cuando Lanzarote tuvo que marcharse, no hubo nadie que no sintiera bastante su partida; la reina lloró con cálidas lágrimas, pero fue de forma tan secreta que nadie lo supo sino ellos dos. El lunes por la mañana, después de que Lanzarote oyera misa, se armó y montó a caballo, marchándose de la corte sin que lo

supiera nadie más que la reina; cabalgó durante todo el día sin encontrar una aventura que merezca ser contada y por la noche durmió en casa de un guardabosque que le dio un buen alojamiento. La mañana siguiente, apenas amaneció, reemprendió su camino y entró en un bosque que se llamaba El Abetal. Encontró a la derecha un estrecho sendero que le pareció que no era muy frecuentado por la gente y por eso se dirigió hacia allí; siguió el camino hasta la hora de tercia. Entonces, alcanzó a un caballero que iba cabalgando completamente solo, armado con todas las armas. Lanzarote lo saluda apenas lo alcanza y el otro le devuelve el saludo, preguntándole que de qué tierra es. Lanzarote le contesta que es de Gaula.

—Señor —le pregunta el caballero—, ¿habéis estado alguna vez en la corte del rey Arturo?

—Sí, he estado alguna vez en ella.

—¿Habéis visto alguna vez a la reina?

—Sí, ciertamente la vi.

—Si la habéis visto, bien podéis decirme que visteis a la mujer más desleal de cuantas existen.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo sé, y os diré de qué modo. Este mismo año fui a la corte del rey Arturo y entró una doncella que dijo que Lanzarote había muerto y que le había pedido perdón al rey Arturo antes de morir porque se había acostado con su mujer. La doncella llevaba tales pruebas de este asunto, que debió ser creída.

—¿Qué pruebas eran?

—El anillo que la reina le había dado a Lanzarote como prueba de su amor, y que la doncella lo entregó para ser creída. La reina no lo negó, sino que dijo, oyéndolo todos, que ciertamente había amado a Lanzarote y que ella misma le dio el anillo. Es evidente que la reina es tal como os he dicho, según me parece.

—Señor caballero —le contesta Lanzarote muy enfadado—, es una locura decir tal cosa, si no lo podéis demostrar antes.

—No hay caballero en el mundo contra quien no lo demostraría, menos contra uno solo.

—¿Quién sería ése?

—Lanzarote del Lago, el hijo del rey Ban de Benoic. Contra todos los demás caballeros me atrevería a demostrarlo, menos contra él.

—Pero se dice por todas partes, desde hace más de un año, que ese Lanzarote ha muerto.

—¿Es cierto?

—Yo no lo he visto muerto —contesta Lanzarote—, pero así se dice.

—Entonces no hay en el mundo ningún hombre contra quien no me atreviera a probar y a demostrar que la reina es la más desleal de todas las mujeres, pues dejó que

se acostara otro caballero en el lugar del rey Arturo, que es el hombre más valioso del mundo.

—Por Dios, hay muchos caballeros en esta tierra que si os oyeran decir tal cosa, se enfrentarían con vos por la ofensa que cometéis.

—Vos no sois de esos.

—Eso no lo sabéis vos.

—Si lo sois, demostradlo; estoy dispuesto a probar que es tal como yo os digo y más desleal todavía.

—Estoy dispuesto a defenderla.

—Entonces guardaos de mí.

—Y vos de mí, también.

Dejan galopar a los caballos y van el uno contra el otro, golpeándose con los escudos por la gran fuerza que llevaban los animales, de forma que se les rompen y los atraviesan. El caballero quiebra su lanza y Lanzarote lo golpea con tanta fuerza que los derriba a él y a su caballo al suelo y después recupera la lanza, la apoya en un árbol, pues piensa que todavía la necesitará; luego, descabalga, porque no quiere ir a caballo contra el otro, que va a pie. Ata el caballo y se dirige hacia el caballero que ya se había vuelto a levantar; le ataca con la espada en el puño y el escudo delante de la cabeza. El otro va hacia él con rapidez y se dan grandes golpes en el yelmo, los mayores que pueden, de forma que los dos yelmos hacen saltar fuego; Lanzarote encuentra gran resistencia en el caballero, que al final, no puede más y tiene que retroceder ante los golpes que Lanzarote le da; era de gran fuerza y de corazón valiente y allí muestra todo el valor que puede, resistiendo con algún esfuerzo hasta después de mediodía.

Lanzarote lo acosa más que antes y lo lleva de un lado a otro de tal modo que la sangre le brota por más de treinta sitios del cuerpo, y ya no puede seguir resistiendo. Lanzarote le ataca y lo lleva por donde le parece bien, un rato por una parte y otro rato por otra; al ver que ya no podría resistir, el caballero le pide piedad, pues tiene miedo de morir y entrega su espada a Lanzarote. Éste le dice que no la tomará si no le promete hacer lo que él desee; el caballero le contesta que no le ordenará nada que no lo haga de inmediato, pero que no lo mate.

—En primer lugar tenéis que aceptar que mi señora la reina es la dama más valiosa de todas las damas de la tierra.

El caballero lo admite, pues ve que no le queda más remedio, quiera o no.

—Además, tenéis que hacer algo más.

—¿Qué cosa?

—Tenéis que ir a la corte de mi señor el rey y pedirle perdón a mi señora la reina por la villanía que habéis dicho; si os pregunta quién os envía, decidle que su caballero: procurad, a partir de ahora, no hablar mal de tan valiosa dama como es ella, pues tened por seguro que no obtendríais ningún bien si lo hacéis. Antes de irme quiero

saber vuestro nombre.

El caballero le contesta que se llama Margondre del Castillo Negro.

—¿A dónde vais así?

—Iba a un torneo que tendrá lugar mañana por la mañana al otro lado de este bosque.

—¿Quiénes tomarán parte en el mismo?

—Señor, los caballeros del Castillo de las Damas combatirán frente a los del Castillo de las Doncellas, y habrá abundancia de gentes y hermosos combates de caballeros; ahora me marchó, pero antes querría pedirlos, por amor, que me digáis quién sois.

—Preguntádselo a mi señora la reina y ella os lo dirá.

El caballero se marcha al ver que ya no puede conseguir nada más, y Lanzarote reemprende su camino, cabalgando hasta que el sendero da en una calzada ancha; la sigue hasta que alcanza a un escudero que llevaba a un caballero herido delante de sí en un gran caballo albazano. Saluda al caballero apenas lo alcanza y éste le responde llorando que Dios lo bendiga.

—Buen amigo, ¿quién ha herido a este caballero?

—Señor, el Caballero de la Empalizada.

—¿Por qué lo hirió?

—Señor, porque dijo que era caballero de la reina Ginebra; no hubo ninguna otra falta.

—¿Cómo se llama?

—Señor, lo llaman Dodinel el Salvaje, hermano del duque de Clarence.

Lanzarote siente un gran dolor, pues conocía bien a Dodinel; le pregunta al escudero por dónde queda la Empalizada.

—Señor, no hay ni media legua desde aquí: ése es el camino que os llevará derecho, si deseáis ir.

Lanzarote no espera más al oír estas palabras, se vuelve rápidamente y apenas ha cabalgado un poco ve delante de sí una torre muy hermosa y muy rica que se levantaba en un pantano; delante de la torre, en un prado, había cuatro tiendas hermosas y ricas. Cuando Lanzarote se acerca a estos pabellones ve salir a un caballero armado con todas las armas que le pregunta de dónde es, a lo que contesta que pertenece a la casa del rey Arturo.

—Si sois de los caballeros de la reina Ginebra guardaos de mí, pues no os puedo dar ninguna garantía.

Lanzarote le contesta que sí es, y que lo será en dondequiera que esté.

—Entonces tenéis que combatir contra mí y contra todos los que están aquí dentro.

—¿Cómo? ¿Odiáis a mi señora la reina?

—Sí, más que a nada del mundo y por ella mato a todos los que se consideran suyos, si consigo vencerlos.

—Por Dios, ese odio os matará, si consigo vivir; no sería leal si no vengara a mi señora la reina con todas mis fuerzas frente a todos sus enemigos.

—Vengadla entonces, pues la odio y le hago el mayor daño que puedo.

—Entonces guardaos de mí, os desafío.

—Y yo a vos.

Corren el uno contra el otro golpeándose con las lanzas, que atraviesan los escudos. El caballero alcanza a Lanzarote partiéndole el escudo, pero la cota es tan fuerte que las mallas resisten, mientras que la lanza vuela en pedazos. Lanzarote lo golpea con tanta fuerza que por medio del escudo y de la cota le mete la cortante punta de la lanza en el cuerpo y lo derriba muerto al suelo, sacando luego la lanza completamente ensangrentada. Salen entonces de los pabellones hasta diez caballeros armados, con el escudo al cuello, empuñando la lanza. Cuando Lanzarote los ve venir dirige hacia ellos la cabeza del caballo y pone en ellos su corazón, su cuerpo y su voluntad, galopando con la lanza recta, cuya punta está ensangrentada. El primero que llega rompe su lanza en el escudo y Lanzarote lo golpea derribándolo al suelo desde el caballo; le pasa por encima con su animal y le quiebra los huesos, haciendo que se desmaye por el gran dolor que siente. Luego, Lanzarote va contra el siguiente, lo alcanza y lo derriba y al caer se le rompe la lanza. Desenvaina la espada y ataca a todos los demás, que hacen lo mismo contra él, no tanto por golpearle todos a la vez, sino dispuestos a atacarle uno tras otro.

De este modo empiezan a combatir; Lanzarote tiene la espada en el puño y les ataca; golpea con tanta fuerza al primero que alcanza, poniendo en ello todo su vigor, que le hiende el yelmo y la cofia de hierro, llevando la espada hasta el cerebro y haciéndole caer con las angustias de la muerte. Lanzarote se mete entre los demás y les despedaza escudos, yelmos y cotas; separa hombros y brazos y los divide con la espada que corta suavemente; es tan rápido y tan ligero que los hiere más que ellos a él y hace tales maravillas por su gran valor que todos se quedan sorprendidos y les parece que entre todos no podrán vencerle.

De esta forma se comporta Lanzarote durante un gran rato, sin que los otros puedan hacerle gran daño. Entonces salió de la torre un gran caballero, muy bien armado con armas negras, montado sobre un enorme caballo fuerte y rápido. El caballero llega muy deprisa al combate y al ver que los de las tiendas no pueden vencer al caballero, hace que se retiren, insultándolos y maldiciéndolos; se marchan de allí tan pronto como se lo ordena el caballero, que era su señor. Cuando Lanzarote se encuentra a solas con el caballero, éste lo llama y le dice:

—Decidme quién sois.

—Soy —contesta Lanzarote— un caballero de mi señora la reina Ginebra.

—Lo siento, pues a mi parecer soy muy buen caballero.

—¿Por qué lo sentís?

—Porque no podréis escapar sin la muerte, ya que estáis aquí.

Entonces se dirige a los pabellones él mismo y regresa con dos lanzas de asta corta y gruesa y de punta aguda y cortante; da una a Lanzarote y se queda con la otra. Luego, le dice que es necesario que combatan y Lanzarote acepta.

Galopan el uno contra el otro tan rápido como sus caballos pueden, se golpean en el escudo con todas las fuerzas. El gran caballero alcanza a Lanzarote con tanto vigor que, atravesándole el escudo y la cota, le hace sentir la punta de la lanza en el costado, pero no le entra en la carne. Lanzarote, por su parte, lo golpea con tanta fuerza que ni el escudo ni la cota le pueden proteger y le mete por el hombro el hierro de su lanza, empujándole con tanto vigor que lo derriba al suelo extendido, y, cuando cae, se le rompe la lanza, de manera que la punta con toda la madera se queda en el hombro del caballero. Lanzarote iba a desmontar para atacarle cuando vio que salían de los pabellones los que habían entrado en ellos; dirige hacia allí su caballo, con la espada en el puño golpea a uno, el primero al que alcanza, haciéndole volar de los arzones al suelo; luego, pica hacia los demás y se mete entre ellos, cortándoles las lanzas, partiendo escudos, yelmos y cotas, y se esfuerza tanto en tan poco rato que no queda ninguno que se atreva a esperar sus golpes, ya que a todos ellos les ha hecho sentir su espada con la sangre: huyen unos por aquí, otros por allá; los persigue mientras puede, y ellos se esconden en el bosque cercano.

Cuando el bosque se los oculta a la vista regresa al gran caballero con deseos de saber quién era y cuál era la costumbre en aquel sitio. Al llegar a su lado, descabalga; el caballero se había reincorporado, sentándose, y estaba herido. Lanzarote le arranca el yelmo de la cabeza y le dice que está muerto si no se rinde; levanta la espada y finge ir a cortarle la cabeza. El caballero, al ver la espada alzada teme morir y contesta:

—Noble caballero, por la gracia de Dios, no me mates. He aquí mi espada, os la entrego.

Lanzarote la toma.

—Dime ahora —le pregunta Lanzarote—, por qué odias a los caballeros que se reconocen de la reina.

—Señor, os lo voy a decir ya que lo deseáis oír. Hace ahora un año que yo y dos caballeros, hermanos míos, cabalgábamos un lunes por la mañana por el bosque; ese mismo día el rey Arturo estaba cazando, acompañado por la reina para mayor entretenimiento. Nos encontramos con un caballero al que odiábamos con odio mortal porque había matado a un primo hermano nuestro. Lo cogimos rápidamente y por tomar mayor venganza de él, y no solamente matarlo, lo atamos a la cola de uno de nuestros caballos y lo íbamos arrastrando, cuando nos encontramos a la reina Ginebra que llevaba consigo hasta diez caballeros completamente armados. Al ver a aquél que llevábamos de tal forma, sintió una gran compasión y nos rogó por su amor que lo dejáramos estar con lo que le habíamos hecho, y nosotros le contestamos que no

haríamos nada por ella; respondió que sí lo haríamos, a pesar nuestro. Entonces, ordenó a los caballeros que la acompañaban que nos lo quitaran a la fuerza. Así empezó el combate entre nosotros: mis dos hermanos murieron quedando el caballero a salvo de la muerte; a mí también me hubieran matado, si no hubiera huido. Por esta aventura sentí un gran pesar y una gran tristeza, me vine a esta torre que era mía y juré, ante todos mis hombres que nunca pasaría por aquí delante ningún caballero que se reconociera de la reina Ginebra que no fuera muerto o apresado para siempre, si no huía, con tal de que lo venciéramos. Desde entonces han venido varios a los que hemos matado o apresado, pero ahora hemos sido derrotados y vos nos habéis vencido: sois vos el que debéis dar la muerte o perdonar en este momento, pero me parece que lo mismo que sois el mejor caballero del mundo, así deberías ser el de mejor corazón y el más piadoso de todos, y tendréis humildad comparable a vuestro valor.

—No tendré compasión contigo, si no me prometes que harás lo que yo desee.

—Os lo prometo.

—Juradme, como leal caballero, que nunca más en tu vida atacarás a ningún caballero de mi señora la reina Ginebra, si no es para defenderte.

—Os lo juro.

—Ahora te ordeno, por la fe que me has prometido, que vayas a la corte de mi señor el rey Arturo y te entregues a mi señora la reina de parte de su caballero.

—Así lo haré de inmediato, ya que lo deseáis; pero alojaos esta noche conmigo, porque ya es pasada la hora de vísperas y es momento de buscar alojamiento.

Lanzarote le contesta que no puede ser, pues todavía tiene que cabalgar bastante; se marcha, pero antes le pregunta al caballero cómo se llama. Le responde que se llama Meliaduc el Negro.

—Y vos, señor, ¿cómo os llamáis?

—Decid cómo son mis armas en la corte y os dirán mi nombre.

Se marcha y va rápidamente a lo largo de toda la calzada, hasta que la noche le sorprende; encuentra entonces una ermita a la derecha, vieja y antigua; se dirige hacia allí, golpea en la puerta hasta que el ermitaño le abre; entra y lleva su caballo al patio, y luego se desarma. El ermitaño va al huerto a coger hierba para que el caballero se acueste en ella y el caballo coma. Esa noche el ermitaño atendió a Lanzarote con todos los bienes que tenía: pan y vino, pues no había otro alimento. Por la mañana le cantó misa apenas amaneció. Después de cantarle la misa, Lanzarote se armó y montó a caballo, encomendando al ermitaño a Dios y éste hizo lo mismo. Cabalga por el gran camino del bosque hasta que llega a la salida por la parte de Guendeborc; era la hora de prima. Entonces ve por delante de él, a media legua, una gran abundancia de caballeros armados, que le parecen en total más de dos mil. Al punto piensa que es el torneo que le había dicho Margondre del Castillo Negro, y dirige a su caballo hacia allí. Cuando llegó hasta ellos ve dos castillos, uno llamado Castillo de las Doncellas y el

otro, Castillo de las Damas; los dos estaban bien asentados y eran muy fuertes; entre ellos corría un río muy caudaloso que se llama río Oscuro.

Lanzarote contempla durante un buen rato los dos castillos y luego se vuelve hacia el torneo, viendo a mucha gente por ambas partes. El torneo ya estaba en plena acción, se realizaban hermosísimas justas, muy peligrosas y caían caballeros y caballos, de forma que a Lanzarote le parecía que era un combate cruel y duro, y que los del Castillo de las Doncellas eran muchos menos y a pesar de todo se portaban mejor. Lanzarote se queda admirado, pues ve que hay menos en una parte que en la otra. No tardó mucho en ver salir del Castillo de las Doncellas a dos caballeros armados con armas blancas. Apenas entran en el combate no pueden resistir los del Castillo de las Damas, pues estos dos lo hacen tan bien que, según el testimonio de Lanzarote, no lo podría hacer mejor nadie. Después de haber huido durante un rato, los dos compañeros se detienen y resisten haciendo que los que huían vuelvan y persigan a los otros, llevándolos hacia el Castillo de las Doncellas. Cuando los dos compañeros lo ven se meten entre los otros y realizan tales proezas que hacen que los del Castillo de las Damas salgan de las defensas, y lo consiguen por cuatro veces del mismo modo; pero la quinta vez, los del Castillo de las Damas no esperan nada, sino que huyen hasta la entrada del castillo y allí se detienen. Lanzarote estuvo contemplando el torneo con mucho gusto durante un buen rato por afecto a los dos buenos caballeros, a los que aprecia todo lo que puede.

En esto, llega un criado a él y le dice:

—Señor, las damas del castillo que están en aquellas almenas os ruegan, por la cosa del mundo que más queráis, que les mostréis a quién queréis más, a las damas o a las doncellas, pues con gusto os verían con las otras, y no hay ninguna que no haya hablado de vos, porque habéis estado contemplando el torneo sin hacer nada.

Lanzarote le contesta al criado:

—Buen amigo, id a decirles que en breve podrán saber a quién quiero más.

El criado regresa y al punto llega una doncella que le dice a Lanzarote:

—Señor caballero, entregadme vuestro escudo.

—¿Por qué, doncella?

—Porque tengo que hacer y a vos no os sirve de nada, mientras que a mí me resultará muy útil.

—¿Para qué os servirá?

—Lo ataré a la cola de mi caballo, y lo enviaré a la cuadra, cuando así me parezca, por amor de los buenos caballeros que contemplan los torneos y no se atreven a participar en ellos.

Lanzarote siente tanta vergüenza por estas palabras que no puede contestar nada e inclina la cabeza triste y pesaroso; luego va hacia el Castillo de las Damas y cuando llega a los que huían se aprieta el escudo contra el pecho, empuña la lanza y pica el caballo hacia donde ve la mayor abundancia de caballeros; golpea al primero que encuentra en

el escudo, y se lo atraviesa, le pasa la cota y le mete la lanza en el cuerpo, derribándolo muerto al suelo. Luego, desenvaina la espada y realiza tales proezas como no había hecho en toda su vida, al menos entre tanta gente. Los que estaban huyendo, al verlo, y al darse cuenta que combate con valor y que todo el torneo se ha detenido por él, regresan a ayudarlo. Vuelve a empezar entonces el torneo duro y peligroso; Lanzarote, que está tan apesadumbrado que por poco no pierde el sentido de dolor, golpea a diestro y siniestro, mata caballeros y caballos juntos, corta pies, puños, cabezas, brazos, hombros, muslos y derriba lo de arriba abajo, dejando un rastro muy doloroso tras sí, de forma que toda la tierra por donde pasa está cubierta de sangre.

De este modo los vencidos se recuperan de su pérdida, pues encuentran en él gran socorro y gran ayuda; él se esfuerza tanto que no hay caballero al que alcance que no lo derribe. Hace caer a los caballeros y caballos con los golpes de la lanza o con la espada, arrancando los yelmos o golpeando con su propio cuerpo o con el del caballo. Realiza tales maravillas que todos cuantos lo ven se espantan. Cuando llega a un combate con la espada en la mano, con frecuencia no encuentra en dónde golpear, pues nadie se atreve a esperar su tajo, y no debe sorprender, pues al que alcanza con un buen golpe, nada puede protegerle, ni madera, ni hierro, ni ninguna arma.

Lanzarote lo hace de este modo tan admirable que todos los que están frente a él no pueden resistir, y huyen tan rápidamente como sus caballos van. Cuando los dos compañeros, que lo habían hecho tan bien durante todo el día, ven que su gente huye, vuelven a entrar en el combate; Lanzarote, que los ve venir y los reconoce, no se vuelve hacia ellos: como está apesadumbrado, si los alcanzara —según le parece—, seguro que los heriría o los dejaría en mal estado, y no quiere hacerlo por las grandes hazañas que había visto que realizaban.

Uno de ellos galopa contra él con la lanza bajada, le golpea echándolo contra el arzón trasero y si no se hubiera sujetado bien, lo habría hecho caer. Lanzarote se enfada, levanta la espada y golpea al caballero sobre el yelmo, dándole tan gran golpe que se lo parte y la cofia de hierro no puede evitar que sienta la espada en la carne: lo aturde y hace que vuele de los arzones al suelo y los caballos le pasan por encima del cuerpo. Cuando el otro caballero ve caer a su compañero piensa que ha muerto, ataca a Lanzarote con rapidez y le da con la lanza a descubierto en medio del pecho, rompiéndole las mallas de la cota con la fuerza del golpe; si la lanza no se le hubiera quebrado lo habría herido de gravedad. Lanzarote va a él con la espada en la mano y le da tal golpe en el hombro izquierdo que le rompe las mallas de la cota y le cuela la espada entre la carne hasta el hueso más grande, y al sacar la espada hace que caiga a tierra por el dolor que siente. Entonces todos los demás se dan a la fuga, refugiándose en el Castillo de las Doncellas. En aquella ocasión no hubo más acciones relativas a torneo.

Cuando abandonaron la persecución, Lanzarote se dirigió al primer caballero que

había derribado, que se había reincorporado sentándose; estaba muy herido, tanto por el golpe, como por todos los caballos que le habían pasado por encima. Lanzarote le pregunta quién es y él levanta la cabeza reconociéndolo por la voz:

—¡Ay! —le contesta—, sed bienvenido como el caballero más valioso del mundo, que no os dignasteis en tocarme hasta que yo os atacué y me habéis dado la recompensa que se merece un estúpido.

—Buen señor —le dice Lanzarote—, si os he herido, lo siento.

—Señor, lo sé, no se debe acusar a nadie, sino a mí mismo.

—¿Quién sois? Buen señor, os ruego que me digáis vuestro nombre, si puede ser.

—Señor, no os lo voy a ocultar: soy de la casa del rey Arturo y me llamo Héctor de Mares, y el otro, mi compañero, se llama Lionel y es primo hermano de Lanzarote del Lago.

—¡Por Santa María —exclama Lanzarote—, desgraciado sea! He matado a Lionel mi primo.

Entonces pica espuelas hacia donde lo había dejado y se encuentra a Lionel, que ya se había levantado aunque con gran esfuerzo. Lanzarote descabalgua, lo abraza con dulzura y le pregunta:

—Mí dulce amigo, ¿cómo estáis?

—Señor, ¿quién sois?

—Soy vuestro desgraciado primo Lanzarote, que me daré la muerte, por Dios, si os he matado.

Al oírlo se levanta con tanta rapidez como si no padeciera ningún daño, lo abraza completamente armado y le dice que se encuentra muy bien; se quitan el yelmo y los dos primos se muestran tan gran alegría que no se podría contar ninguna mayor.

—Buen señor —le dice Lionel—, hace más de un año que no paro de buscaros, pero, gracias a Dios, ahora os he encontrado. Verdaderamente estuve loco al no reconocer por las maravillas que hacíais, pues debería saber que nadie podía hacer eso si no erais vos; que Dios no me ayude si no estoy muy contento por haber probado vuestros golpes, porque ya sé por mí mismo que ningún hombre os podrá resistir.

A Lanzarote no le importa nada esto que dice Lionel, porque teme haberlo herido de muerte y llora con gran ternura.

—Señor —le dice Lionel—, estad seguro de que no tengo ninguna herida de la que no pueda curarme con bastante facilidad; pero temo que le hayáis dado la muerte a mi compañero Héctor.

—No, acaba de hablar conmigo.

Se dirigen los dos a Héctor y lo encuentran menos herido de lo que pensaban. Todos los caballeros del Castillo de las Damas acudieron muy contentos porque los tres se habían reconocido. Montan y se dirigen al Castillo de las Damas; nunca se vio una alegría semejante a la que hicieron allí, pues todas las damas salieron a recibir a

Lanzarote, vestidas y engalanadas con tanta riqueza que sería imposible nada mejor, y todas decían:

—¡Bienvenida sea la flor de los caballeros! ¡Sea bienvenido el mejor de los buenos!

Lanzarote permaneció allí aquella noche; con gran alegría estuvo con Héctor y con Lionel, que le preguntaron a dónde se dirigía y él les contó cómo un caballero lo había acusado de traición en la corte del rey Arturo y que iba a defenderse en la corte del rey Bandemagus, pues allí había sido fijado el plazo.

—Me iré de aquí por la mañana al punto del día; vosotros iréis a la corte de mi señor el rey —le dice a Lionel—; allí encontraréis a vuestro hermano Boores, decidle de mi parte que ningún caballero acrecentará su fama quedándose durante mucho tiempo en un lugar y que no lo aprecio más, que lo sepa, por quedarse en la corte sin motivo.

En el castillo tuvieron durante toda la noche gran alegría y gozo, tanto unos como otros; las damas bailaron sin parar por la alegría de la victoria que habían tenido; había tal cantidad de luz y tan gran claridad como si la ciudad estuviera ardiendo; y si Lanzarote fue servido y honrado por todos los de allí, no es necesario comentarlo, pues lo fue tan bien que en ningún lugar del mundo sirvieron las damas de forma tan honrada a caballero como hicieron con él.

Por la mañana, tan pronto como amaneció el día, se levantó Lanzarote y vistió sus armas, dejando a Lionel y a Héctor, a los que encomendó mucho a Dios y ellos hicieron lo mismo; reemprendió su camino y cabalgó hasta llegar a la entrada de Gorre, a un bosque que se llamaba Sarpenic.

Pero la historia ahora deja de hablar de él y vuelve a Margondre, al que había vencido, que va a la reina tal como le había ordenado Lanzarote, según os ha contado la historia en otra ocasión.

CXV

Cuenta ahora la historia que Margondre cabalgó hasta llegar a la corte del rey, y eso fue a hora de prima. Cuando Margondre entró en el salón parecía hombre que saliera de un mal lugar, pues su escudo estaba cortado por arriba, por abajo y por los lados; tenía tales agujeros que se podía pasar el puño por varios sitios; su cota estaba rota, tanto por encima de los brazos, como sobre los hombros y las caderas; su cuerpo y su armadura estaban completamente ensangrentados.

Entra en el patio y todos van a su encuentro para oír lo que desea decir; desmonta del caballo y pregunta dónde puede encontrar a la reina, rogándoles a los que hay delante de él que la hagan venir, y así lo hacen. Al llegar la reina, el caballero la lleva a un lado, le cae a los pies y le pide piedad con mucha dulzura:

—Señora —le dice—, me envía vuestro caballero, al menos eso dice, que me ha vencido y derrotado en combate.

Luego le cuenta cómo comenzó la batalla y por qué.

—Señora, no quiso decirme su nombre, sino que me ordenó que os lo preguntara a vos.

—¿Qué armas llevaba?

El caballero se las describe y la reina reconoce inmediatamente a Lanzarote.

—Loco —le responde la reina—, ¿con quién pensáis haber combatido?

—Señora, no sé, más que con un caballero muy bueno.

—Por Dios, es caballero tan bueno que no hay en el mundo uno que se le pueda comparar; no fuisteis prudente al hablar mal de mí delante de él: me admiro cómo tuvo compasión de vos.

—Señora, ¿quién es?

—Es Lanzarote del Lago.

—Por mi cabeza, ahora me importa poco si he sido vencido, pues frente a él no podía resistir: es para mí un gran honor el haber sido derrotado por la mano de un hombre tan valiente; que Dios no me vuelva a ayudar si sabiendo que era él le hubiera golpeado, pero me dijo que Lanzarote había muerto.

Al oír estas palabras, la reina se rio abiertamente y le contestó:

—Ciertamente, por amor a él tendréis tan buena prisión que, en el momento en que estéis curado de vuestras heridas os podréis ir en libertad.

El caballero se lo agradece mucho.

De este modo se quedó allí Margondre; permaneció hasta sanar, pero antes de irse llegó a la corte Meliaduc y se rindió a la reina de parte de su caballero, contándole cómo había combatido con él y las maravillas que había realizado con las armas delante de la Empalizada. La reina se pone muy contenta y lo retiene consigo porque era buen

caballero. Después hizo grandes proezas por las que fue bastante alabado.

Cuando el rey regresó por la tarde de cazar y le dijeron las noticias de Lanzarote se alegró mucho y le mostró al caballero una gran alegría, reteniendo a Meliaduc en su mesnada porque había oído hablar de él en muchas ocasiones.

Antes de que acabara la semana llegaron Héctor y Lionel y contaron sus nuevas acerca del torneo, con gran agrado para el rey y la reina. Héctor dijo, oyéndolo todos, que nunca había nacido tan buen caballero como Lanzarote.

—Tened por seguro, señor —le dijo al rey—, que nunca pensaba que podía haber en el mundo un caballero tan bueno como él.

—A fe mía —responde el rey—, sé que no tiene semejante en el mundo, y nunca lo tuvo; pero siento que siempre esté fuera, pues temo que alguien le cause daño por envidia.

Cuando Lionel llegó a la corte no estaba Boores, pero fueron a buscarlo de inmediato; los dos hermanos se mostraron una gran alegría al verse. Lionel le dijo entonces a Boores lo que Lanzarote le había encargado; al oírlo contestó apesadumbrado, pues tenía gran vergüenza:

—Ciertamente, es verdad lo que dice, señores, pues quedándome mucho tiempo aquí no podré conquistar fama ni mérito.

Regresó a su alojamiento y tomó las armas; después de armarse completamente, menos la cabeza y las manos, fue al rey y a la reina a pedirles licencia. El rey lo encomienda con dulzura a Dios; la reina hace lo mismo y él se marcha. Lionel se quedó allí, pues necesitaba curar de la herida que Lanzarote le había causado.

De este modo se marcha Boores de la corte y sigue el camino más derecho hacia la tierra de Gorre, pues piensa encontrar a Lanzarote; cabalga el primer día sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada. Por la noche durmió en casa de un vasallo que le dio un rico albergue cuando supo que era de la casa del rey. El día siguiente por la mañana se marchó lo más temprano que pudo y entró en un bosque muy hermoso que se llamaba Landone, y cabalgó por él hasta la hora de tercia, sin encontrar a ningún hombre ni a ninguna mujer. El sol calentaba, como corresponde a las fechas en torno a la fiesta de San Juan; resultaba muy cansado cabalgar. Por el gran calor que hacía, Boores se quitó el yelmo de la cabeza y lo entregó a un escudero suyo que iba con él. Entonces se encontró una doncella de gran hermosura, la saluda y ella lo mira y le parece que es el caballero más hermoso de cuantos ha visto, y hombre muy joven; le dice que Dios lo bendiga:

—Por Dios —añade la doncella—, no sé quién sois, pero si tenéis en vos tanta bondad como belleza, seréis muy digno de apreciar y de alabar.

Y es cierto que era, sin lugar a dudas, uno de los caballeros más hermosos del mundo, de los de su edad.

—Doncella —le contesta—, no soy tan bueno como hermoso tal como me decís, y no

sé si me estáis tomando el pelo; mi belleza es mal utilizada.

—Por Dios, si os atrevéis a seguirme, os diré en breve de qué andáis mejor abastecido, de belleza o de bondad.

—Ciertamente, si tuviera bastante bondad en mí, no me gustaría saberlo, pues posiblemente me mostraría más orgulloso, y un caballero no debe tener orgullo por ninguna virtud que Dios le haya dado. Os seguiré a donde queráis, estoy dispuesto.

—Venid.

—Marchad, os seguiré.

La doncella se vuelve y regresa por el camino por el que había llegado. Cabalgan de este modo hasta después de la hora de vísperas; salen entonces del bosque que había durado todo el día y llegan ante uno de los castillos más hermosos y mejor asentados de los que había en el país. La doncella habla con Boores:

—Señor, ¿no es muy hermoso ese castillo?

—Doncella, sí. Es hermoso y agradable.

—Señor, ¿no debe estar muy afligida la que ha sido privada de él, debiendo ser señora y dueña del mismo, que ahora ha sido desposeída del castillo de forma injusta?

—Señora, sería una pérdida irreparable, como si fuera la de un amigo carnal, y ciertamente debería estar muy triste. Pero como ella sabe que Dios es todopoderoso para devolvérselo, en el momento en que ésa sea su voluntad, por eso no debe tener un duelo mayor; me gustaría saber por qué lo habéis dicho.

—Señor, lo he dicho por mí misma, pues debería ser señora y tenerlo en mi poder: he sido expulsada y privada junto con una hermana mía, que es mucho más valiosa y más bella que yo.

—¿Quién os ha hecho tal cosa, doncella? Decídmelo, por favor.

—Os lo diré con gusto, pues así deseáis saberlo. El conde Alouz, que fue señor de toda esta tierra, llamada Tierra de Bruyeres, no tenía más hijos que a mí y a mi hermana. Cuando abandonó este mundo nos entregó la tierra a mi hermana y a mí. Ese mismo año, como medio año después de la muerte de mi madre, Gallidés, el señor del Castillo Blanco, que está a la entrada de Gorre, vino a vernos y nosotras le mostramos una gran alegría, pues era tío nuestro. Nos llamó aparte a mi hermana y a mí y le dijo a mi hermana:

—Hermosa sobrina, os he buscado marido.

—Buen tío, ¿quién es?

—Mi senescal, que es muy buen caballero, y seréis bien casada y viviréis con riqueza.

Cuando mi hermana lo oyó dijo que preferiría arder a casarse con él, pues era el caballero más traidor del mundo y el más felón. Cuando mi tío lo oyó, lo tuvo como un gran desdén por haber rechazado su orden y dijo que a pesar suyo se casaría. Mi hermana, que estaba muy triste por estas palabras, respondió encolerizada:

—Por más fuerza que tengáis, no me casaré con él en toda mi vida.

Entonces mi tío juró que le quitaría toda su tierra: se fue con su mesnada y no pasó ni un mes que regresó a esta tierra con un gran ejército; no nos quedó más que un solo castillo, que es el que todavía tenemos. Cuando mi hermana se vio desheredada sin razón lo sintió mucho, pues era muy rica: convocó a caballeros y servidores para saber si podía recuperar su tierra mediante la fuerza. Pero no pudo ser: tuvimos que conformarnos durante mucho tiempo, hasta que nuestras gentes apresaron por casualidad al hijo de mi tío Gallidés y se lo entregaron a mi hermana. Cuando ésta lo tuvo en su poder dijo que nunca lo dejaría libre, por nada que ocurriera, hasta que le devolviera su tío toda la tierra. Al saber mi tío que su hijo estaba preso, convocó a toda la gente que pudo reunir mediante la fuerza o por afecto y vino a asediarnos al castillo que nos había quedado, jurando que no levantaría el asedio antes de recuperar por la fuerza o por las buenas a su hijo: desde entonces mantuvo el cerco casi medio año, y hemos perdido más de cien caballeros de nuestra parte, que han muerto; si el castillo no fuera tan fuerte como es, hace tiempo que hubiéramos perdido nuestros cuerpos y nuestras vidas.

Después de hablar así, la doncella se calló y Boores le contesta:

—Doncella, vuestro tío ha sido cruel y traidor con vosotras; que Dios no me ayude si no me gustaría estar ahora con vos en el castillo y con veinte caballeros armados, pues no dormiría a gusto antes de saber cómo llevan las armas los de fuera.

—Por Dios, señor caballero, si vuestra franqueza y vuestra bondad así os lo aconsejan, en breve haré que os encontréis a gusto.

—Ya me tarda el estarlo.

Entonces, la doncella gira a la izquierda para buscar alojamiento en casa de un vasallo suyo. Éste, al verla, hizo que desmontara y lo mismo hizo con el caballero: aquella noche fueron bien albergados por amor a la doncella. El día siguiente, al punto del alba, se levantó Boores y vistió sus armas; cuando ya estaba dispuesto, montó acompañado por la doncella y el escudero. Boores le pregunta cuánto hay hasta el castillo de su hermana.

—Señor —le contesta la doncella—, diez leguas inglesas. Estaremos fácilmente antes de mediodía si queréis, pero no podremos entrar hasta la noche, según pienso, pues el castillo está rodeado por todas partes salvo por un postigo que guardan por el día.

No han cabalgado durante mucho rato, cuando encuentran a cuatro caballeros armados con todas las armas, que montaban buenos caballos resistentes. Al reconocerlos la doncella le dice a Boores:

—Señor, estoy muerta y deshonorada.

—¿Por qué, doncella?

—¿Acaso no veis al primer caballero armado que viene?

—Sí.

—Sabed que es el senescal, por el que empezó esta guerra, tal como os conté y, sin

duda me matará si no soy defendida por vos.

—Así me ayude Dios, no pasaréis ningún mal sin mi ayuda, no os preocupéis. Así me dé honra Dios, me agrada mucho que haya ocurrido en este momento, pues antes de que se separe de mí, si no muero, estará en tal situación que no volverá a desheredar a ninguna doncella injustamente.

Toma la lanza que el escudero le lleva, se coloca el escudo al cuello y se dispone a combatir. El senescal, que era el primero que venía, grita tan pronto como ve a la doncella:

—Amide, Amide, por mi cabeza, haced que la guerra termine. Venid a la prisión de mi señor.

—Por Dios, señor caballero, no lo haré, pues hay quien os lo va a impedir.

—¿La vais a defender vos?

—Así lo haré, mientras pueda.

—A fe mía, entonces os desafío.

—Lo mismo os digo.

Al punto dejan correr los caballos, se dan grandes golpes en los escudos, rompiéndolos y agujereándolos. El senescal rompe la lanza al alcanzar a Boores y éste le golpea con gran fuerza, que a pesar del escudo y de la cota le mete la lanza en el hombro izquierdo, la punta y el asta; le hace caer al suelo tan herido que no puede levantarse. Luego, le ataca uno de los otros tres y Boores recupera la lanza que aún no se había quebrado; se dirige al caballero, que rompe su lanza en medio del pecho de Boores. Éste le golpea con toda su fuerza, de modo que la malla de la cota no es tan dura como para no abrirse y le mete en el cuerpo la cortante punta, derribándolo muerto al suelo; al caer se rompe la lanza. Boores saca entonces la buena espada cortante y ataca a los otros dos, que le rompen las lanzas en el cuerpo. A uno lo alcanza con la espada en el yelmo y le da tal tajo que hace que le salten chispas de los ojos en la cabeza. Queda tan aturdido por el golpe que cae de los arzones. Boores le pasa por encima del cuerpo con el caballo rompiéndole los huesos y haciendo que se desmaye por el dolor que siente. Cuando el cuarto se ve solo con aquél, que había derrotado a sus compañeros, le parece que no podría resistir mucho tiempo sin morir; por eso se vuelve huyendo tan rápido como su caballo puede ir.

Cuando Boores ve que no lo alcanzará tan rápidamente, regresa al senescal, al que había derribado el primero, y desmonta entregándole el caballo al escudero para que se lo guarde; luego se acerca a donde estaba y éste ya se había sentado. Boores lo sujeta por el yelmo, se lo arranca de la cabeza y le dice que se rinda o que lo matará. El senescal siente tan gran angustia que no puede contestar, y al ver Boores que no dice nada, le baja la ventana y la cofia de hierro. Al verse tan desprotegido, el senescal abre los ojos y ve a Boores que tiene levantada la espada; siente gran miedo a la muerte y pide piedad:

—Noble caballero, ¡no me mates! Que yo sepa no te hice ningún daño que merezca la muerte.

—No puedo dejar de matarte, si no me prometes que irás prisionero a donde yo te envíe.

—Estoy dispuesto a ir a cualquier lugar que digáis, salvo al castillo de Honguefort.

—¿Es ése el castillo asediado?

—Sí. Iré a cualquier lugar menos a ése.

—No irás a ningún otro sitio, irás allí; te entregarás a la doncella del castillo y si te pregunta que quién te envía, dile que un caballero que le ayudaría con gusto, si pudiera.

—Buen señor, prefiero que me matéis a ir, pues sé que allí me darán la muerte; que Dios me ayude, prefiero morir por vos a que sean ellos los que me maten.

—Escucha pues, te doy a escoger: o vas, o te mato.

Boores levanta la espada y hace como si fuera a cortarle la cabeza. Al ver venir la espada, el senescal piensa que va a morir sin remedio, y grita:

—Señor, iré antes de que me matéis; pero si me hacen algún daño o villanía, la afrenta será para vos y el daño será mío.

—No te preocupes, prométeme que irás.

El senescal así lo promete, con gran dolor por la herida que tiene. Luego, Boores se levanta de encima de él y corre al otro que había herido con la espada; en poco rato lo deja en tal estado que tiene miedo de morir y le promete ir prisionero igual que el senescal. Montan al senescal en su caballo, después de vendarle la herida para que no sangrara demasiado y el otro montó en el suyo; emprenden el camino hacia Honguefort. Boores se encamina tras ellos muy despacio. La doncella le dice entonces:

—Señor, nunca vi a ningún caballero del mundo que tuviera más fortuna que la que vos habéis tenido: debéis darle gracias a Dios porque os ha ayudado mucho. Si en todo lo hacéis tan bien como lo habéis hecho aquí, ciertamente con la ayuda de Dios y con la vuestra mi hermana quedará libre, si vos queréis esforzaros en ello.

Se marchan hablando de este modo y a la hora de tercia llegan a una abadía para comer. Cuando los frailes vieron a la doncella, le mostraron muy buena cara, porque sus antepasados habían fundado aquel lugar y lo habían dotado. El senescal, por su parte, cabalga con su compañero hasta llegar al castillo llamado Honguefort; cuando pasó por donde estaba su gente, fueron detenidos, ya que todos querían saber cómo les había ido; contaron, oyéndolos su señor mismo, cómo un caballero los había vencido y los enviaba al castillo prisioneros de su parte, y que el caballero iba en ayuda de la doncella. Cuando Gallidés lo oye, dice que no llegarán al castillo.

—Señor —le contesta el senescal—, entonces faltaríamos a nuestras promesas, cosa que vos no permitiríais, bien lo sé.

—Senescal, preferiría que faltarais a vuestras promesas, porque estoy seguro de que

os matarán en el castillo, pues la doncella no odia nada tanto como a vos.

—No puedo hacer otra cosa y tengo que ir.

Luego, se marcha con su compañero y entran en el castillo, pues les habían abierto la puerta; descabalgan delante del palacio principal. Le llegan a la doncella las noticias de que se habían presentado dos caballeros y que parecen ser prisioneros; ella va hacia allí para saber qué desean.

Cuando el senescal la ve, se quita el yelmo de la cabeza y lo arroja a los pies y lo mismo hace con la espada; después, le dice:

—Doncella, me envía a vos un caballero al que encontré hoy acompañando a vuestra hermana; nos ha vencido a mí y a este caballero que estaba conmigo; me hubiera dado la muerte, pero le prometimos que vendríamos a rendirnos a vos en este castillo y que nos entregaríamos como prisioneros vuestros: hemos cumplido nuestra promesa, pues nos tenéis aquí en vuestra presencia. Podéis hacer con nosotros lo que deseéis.

Al ver delante de sí al senescal, que era el hombre del mundo al que más odiaba a muerte, se le encendió a la doncella el corazón y se lo enrojeció el rostro; al momento le contesta con gran cólera, como mujer enfadada, y bien se vio que lo estaba por la rabia que tenía contra él, que le hizo llevar a cabo una acción de la que se arrepentiría después profundamente:

—Senescal, desde que tengo uso de razón no he visto nada que me causara mayor alegría que el teneros, pues pienso vengarme por haber sido desheredada y privada de mis posesiones.

A continuación, hace que le aten los pies y los puños, y también a su compañero, aunque sus hombres no sabían aún qué era lo que quería hacerles. Ordena que coloquen la catapulta frente al pabellón de su tío, «pues quiero que mi tío vea cómo hago que sus caballeros aprendan a volar».

Los del castillo lo hicieron tal como la doncella lo había ordenado y pusieron a los dos caballeros en la catapulta, lanzándolos al ejército contrario por encima de la muralla del castillo. El senescal cayó delante del pabellón de su señor y al caer se rompió los huesos y se estrelló de forma que murió en el acto. Cuando Gallidés vio aquello, lo sintió tanto que preferiría haber perdido la mitad de su tierra, y juró ante todos sus hombres que si podía prender a su sobrina, con la ayuda de Dios y de los santos, le haría tales cosas que nunca volvería a hacerle nada semejante a nadie a quien tuviera en su poder para darle la muerte de esa forma.

En el ejército hacen gran duelo por la muerte del senescal y lloran con amargura hasta los que no tenían ningún vínculo con él. Mientras, en el castillo están muy contentos y dicen que ya se han vengado bien de aquel que les hacía más daño que todos los demás. Hasta la hora de nona resisten los ataques de los de fuera. Entonces entró Boores en el castillo con la doncella.

Cuando la del castillo supo que su hermana había llegado con un caballero, salió a su encuentro, dándole la bienvenida a Boores; lo recibe lo más atentamente que puede y lo lleva a la sala de arriba, donde lo hace desarmar, le entrega un vestido de escarlata forrado de armiño, y ordena que se lo ponga. La doncella que había llegado con él le sirve lo mejor que puede, lo mejor que sabe y aplicándose con gran esmero; luego le dice a su hermana:

—Bella hermana, dadle las gracias a este noble caballero, que por su franqueza y por su bondad ha venido a ayudaros en vuestra guerra; por su valor, me ha defendido hoy frente a cuatro caballeros armados que me hubieran matado, de no haber estado él: es él el que os ha enviado como prisioneros al senescal y a su compañero.

Al oírlo la doncella, intenta echarse a sus pies, pero Boores no lo permite y la levanta rápidamente. Ella le ofrece hacer todo lo que él desee:

—Sabed, señor, que este castillo es vuestro, y está dispuesto a hacer lo que ordenéis.

Boores le da las gracias. La otra doncella lo lleva por las habitaciones y por los reductos de allí, hasta que llega a la torre del homenaje; desde ella ve con toda facilidad el ejército contrario. Entre el ejército y el castillo había una colina a la derecha en la que crecía uno de los pinos más hermosos y grandes del mundo; la colina no era muy grande, pero era extraordinariamente alta. Boores le pregunta a la doncella qué era aquello y ésta le contesta que es una atalaya.

—¿Sabéis para qué se utiliza? No hay día que Gallidés no envíe allí a alguno de sus caballeros a justar contra los de dentro: son derrotados frecuentemente y a menudo, y los nuestros vencen.

—Doncella, si yo o algún otro fuera de vuestra parte mañana, armado con todas las armas, ¿los del otro ejército enviarían a alguien a justar contra el que fuera?

—Sí, el que quisiera hacerlo.

—Por Dios, eso me agrada.

Desciende de la torre y va al salón donde encuentra preparadas las mesas y la comida dispuesta; se sienta, después de lavarse, con diez caballeros que había allí; son servidos con mayor riqueza que nadie. Después de levantar la mesa, las dos doncellas llevan a su huésped a una torre que había en un prado muy agradable; la hermana mayor contempla con gusto a Boores, y viéndolo se reconforta por su gran hermosura; le parece que Dios ha sido muy generoso al enviarle tanta bondad y belleza y se dice a sí misma que debería estar muy contenta la doncella que tuviera el dominio de tal caballero: no piensa más que en esto y cómo atraerlo hacia ella. Permanecen allí hasta que llega la noche; luego, regresan al palacio, donde ya estaban las camas dispuestas. Acostaron a Boores en una habitación muy hermosa, en una de las camas más ricas de cuantas había visto en mucho tiempo y las dos doncellas permanecen a su lado hasta que se duerme; después, van a acostarse.

CXVI

Por la mañana, en cuanto apareció el día, Boores se levanta y va a oír misa a una capilla de dentro del castillo; después, pide sus armas y se las traen; se armó lo mejor que supo. Mientras se ataba el yelmo, se acercó a él la hermana mayor y le dijo:

—Señor, buen día os dé Dios.

Él le devuelve el saludo, diciéndole que Dios la bendiga.

—Señor, ¿por qué os hacéis armar con tanta prisa?

—Porque querría acudir a la atalaya de este castillo.

—¿Tenéis ciertamente tal intención?

—Lo veréis en breve.

A continuación, ordena a su escudero que le traiga el caballo. Éste lo hace; Boores monta y se dispone a marchar, cuando la doncella lo llama de nuevo:

—Señor, esperad un poco hasta que vuelva de ahí arriba.

—Id, doncella, y volved pronto.

La doncella lo hace así. Cuando vuelve, trae una lanza de corta asta gruesa y de punta aguda y cortante; de ella colgaba una rica enseña de jamete blanco, que estaba sujeta con cinco clavos de oro.

—Tomad, señor —le dice a Boores—, esta enseña y llevadla por mí, y que Dios os dé hoy honor y alegría. Sabed que si fuerais tan valiente como el caballero para quien fue hecha, no tendríais que preocuparos de los diez mejores caballeros de esa hueste.

—¿Para quién fue hecha?

—Señor, para Lanzarote del Lago, pero no se dignó en tomarla.

Boores contesta que por amor a Lanzarote la llevará, «y tened por seguro, doncella, que os lo agradezco más que si me hubierais dado un regalo mucho más rico».

Luego, sale de allí por el postigo falso; está muy contento por la enseña que lleva, hecha para su propio señor; cabalga hasta que llega a lo alto de la colina; allí encontró bajo el pino hasta veinte lanzas apoyadas con la punta hacia arriba. Se alegra mucho, pues piensa que tiene lo suficiente para poder combatir. Cuando los del ejército lo ven, van a decírselo a Gallidés:

—Señor, en la atalaya hay un caballero; ¿a cuál de nosotros queréis enviar?

Mira a un sobrino suyo, buen caballero; le ordena que tome las armas y éste así lo hace; cuando ya está preparado, Gallidés le dice:

—Buen sobrino, tenéis que ir a combatir contra aquel caballero que hay allí arriba; pero quiero que no lo matéis; cuando lo hayáis vencido, traédmelo vivo y, por mi cabeza, haré la misma justicia que se ha hecho con mi senescal.

El sobrino le dice que con mucho gusto; se marcha del campamento y se acerca a la colina; allí le dice a Boores que se rinda o lo matará.

—Por Dios —contesta Boores—, aún no he llegado ni a la rendición ni a la muerte. Os precipitáis un poco.

—Hasta ahora no demasiado. Guardaos de mí, os desafío.

—Me guardaré con todas mis fuerzas.

Dejan correr los caballos que eran fuertes y veloces, se dan grandes golpes en los escudos, haciendo que se rompan las tablas y atravesándolas. El caballero del ejército golpea a Boores quebrándole el escudo, pero la cota era tan fuerte que no puede abrirle ninguna malla y entonces se le rompe la lanza. Boores pone su corazón y su fuerza en el golpe, de modo que ni el escudo, ni la cota le sirven para evitar que le meta en el cuerpo la blanca enseña; lo derriba del caballo al suelo; al sacarle la lanza, se desmaya, pues la angustia y la cercanía de la muerte le acosan. Cuando Boores da la vuelta, ve la enseña completamente roja, cuando era blanca, y se pone muy contento: va al caballero y desmonta del caballo; lo ata a una de las ramas del pino, apoya la enseña en el árbol, desenvaina la espada y ataca a su enemigo; al ver que no se levanta, le arranca el yelmo de la cabeza, diciéndole que está muerto si no se rinde. Éste apenas puede hablar, y responde:

—Señor, ¿para qué me voy a rendir?

—Porque si no lo quieres hacer, te mataré.

—No me podréis matar: ya estoy muerto. Podréis precipitar mi muerte, si así lo deseáis, pero si me retenéis por más tiempo sería una gran cobardía, porque ya me habéis dado la muerte.

Boores le contesta que no lo tocará, «pero os montaré en vuestro caballo y podréis ir a entregaros a la doncella del castillo, que me hizo grandes honores ayer por la noche, y se lo agradezco». El caballero acepta; Boores lo monta en el caballo del que había caído y le cierra la herida con un trozo del cendal que llevaba vestido; le hace prometer lealmente que se entregará en donde lo envía.

El caballero lo jura de buena gana, se marcha de la colina y se dirige al castillo entre grandes dolores, rindiéndose a la hermana mayor de su huésped. Ésta se pone muy contenta y le ruega a Dios con fervor que le proteja a tal defensor y le otorgue que no sea apresado ni herido, que le permita regresar sano y salvo, tal como ella desea; luego, ordena que el caballero sea desarmado; los criados se apresuran a cumplir la orden. Pero antes de que le hubieran quitado la cota de la espalda, murió entre sus manos. Cuando la doncella lo reconoció, se puso alegre y triste: alegre porque muchas veces le había hecho daño y triste porque era un familiar suyo cercano.

De este modo muere el sobrino de Gallidés, sin que los del ejército sepan nada, y pensando que está prisionero sienten tan gran dolor como si lo vieran muerto delante de ellos. Gallidés, que está enloquecido, pide sus armas, pues desea ir a combatir contra el caballero de la colina; pero los que están a su alrededor no lo permiten, sino que le dicen:

—Señor, dejadlo estar, pues habrá bastantes que irán en vuestro lugar; no debéis desconsolaros si vuestro sobrino ha sido apresado, pues si Dios quiere, antes de que llegue la noche, será vengado del que lo ha vencido; a veces ocurre por desgracia que un caballero malo derrota a uno valiente y luego éste es vengado bastante pronto.

A continuación van a armarse hasta diez caballeros, y deciden entre ellos quién será el primero en la atalaya. Luego, se dirige uno, al que se lo ordenan, adonde Boores estaba esperando, bajo el pino. Galopan los caballos antes de que los caballeros hablen; el recién llegado quiebra su lanza en el choque y Boores lo golpea con tanta fuerza que le hace volar de los arzones al suelo abajo, sin que reciba mayor daño. Los del ejército y los del castillo, que estaban en las almenas, dicen que es buen combatiente fuerte y seguro el caballero de la colina. La doncella había subido a la torre mayor para ver cómo lo hacía su huésped y con ella estaba su hermana, con la que habla sin cesar.

Boores desmonta, ata el caballo y apoya en el pino la lanza, que aún no se había roto; luego, desenvaina la espada y, cubriéndose con el escudo, ataca al caballero; lo acosa con tanto valor que el otro está espantado, y se defiende lo mejor que puede. No resistió durante mucho tiempo, porque Boores lo lleva de un lado a otro con la espada cortante, de forma que hace que la sangre le brote del cuerpo en más de diez sitios. El caballero va cediendo terreno, pues no puede resistir ni soportar los golpes que le da; y al retroceder, cae de espaldas boca arriba. Boores se le echa encima, le arranca de la cabeza el yelmo; el caballero pide piedad, viéndose en peligro de morir.

—No habrá piedad —le contesta Boores—, si no vas a entregarte a la doncella del castillo.

—Por Dios, si Dios quiere no iré, prefiero que me matéis, pues no me daríais la muerte de forma más cruel que ella.

—¿Qué sabéis?

—Bien lo sé, que no tendrían mayor compasión de mí que de los que ayer fueron enviados al castillo, a los que pusieron en la catapulta e hicieron que los lanzaran a nuestro campamento. Ciertamente, si vos los enviasteis allí y si sabéis lo que es la vergüenza, deberíais sentiros muy avergonzado, pues ni siquiera por amor a vos permitieron que no murieran con una muerte muy cruel.

—¿Cómo? ¿Murieron tal como dices?

—Por Dios, sí.

—Por mi cabeza, lo siento, pero ya que no puede hacerse nada, tendré que soportarlo; a pesar de todo, quiero que vayas a entregarte allí y si no deseas hacerlo, te tendré que matar.

Cuando el caballero ve que no podrá escapar, le contesta que irá, ya que así lo desea.

—Sabed, señor, que si muero la vergüenza será para vos, aunque sea yo quien salga perdiendo.

—Ve tranquilamente, pues creo que no debes preocuparte; si mueres, te prometo que serás vengado con todas mis fuerzas. Pero antes de ir, dime tu nombre.

Le contesta que se llama Petronés; luego, se va al castillo y se entrega a la doncella, que ordena que lo encierren como prisionero en una habitación.

Los del ejército lo sienten mucho, y Gallidés les dice:

—Por mi fe, si uno de vosotros no socorre al otro de forma distinta a como habéis empezado a hacerlo, ese caballero nos causará un gran daño, pues habría que evitar que descansara mucho tiempo antes de que otro fuera contra él, después de haber vencido a uno.

—Señor, ¿qué aconsejáis que hagamos?

—Os lo voy a decir. Diez caballeros os iréis de aquí, al pie de la colina y de allí iréis de uno en uno. Cuando el caballero haya derribado al primero, el siguiente lo socorrerá; si derriba a los dos primeros, el tercero no tardará en llegar y así podrá vencerlo con más facilidad. Pero os prohíbo que lo atacéis dos o tres a la vez, pues seríamos afrentados todos nosotros, ya que él está solo.

Los caballeros lo hacen tal como él les ha dicho: marchan diez, armados con todas las armas; al pie de la colina se quedan nueve, mientras que el décimo sube hasta encontrar a Boores. Galopan el uno contra el otro y se dan grandes golpes. Boores permanece en los arzones y el caballero vuela al suelo, donde queda tendido; Boores le pisotea con el caballo hasta que le hace reconocerse prisionero suyo; le ordena que se rinda a la doncella del castillo. De este modo derriba a tres con una lanza, hasta que llega otro caballero que era muy corpulento, y parecía hombre de gran resistencia. Boores le ataca con la lanza en el puño; se golpean con tal fuerza que las lanzas se rompen y vuelan en astillas; chocan los cuerpos y los escudos, como corresponde a caballeros de gran valor, de tal forma que quedan aturcidos y maltrechos. Boores se sujeta en los arzones, y el caballero se tambalea con tanto dolor y tan mal que al caer se le rompe la garganta por el peso de las armas que llevaba y porque el caballero le cae encima. Boores, que ya había dado la vuelta, desmonta, pues no quería atacarle a caballo, desenvaina la espada y va contra él; al ver que ha muerto, vuelve a montar y envaina la espada, toma una de las lanzas que había apoyadas en el pino y ve venir a uno de los que se habían quedado al pie de la colina.

Dirige hacia él la cabeza del caballo y lo golpea de forma que lo derriba al suelo, con el caballo encima; al caer se le quiebra la lanza que vuela hecha pedazos. Boores desenvaina la espada tras desmontar, ataca al caballero que intentaba levantarse y le golpea en el yelmo, obligándole a hincar en el suelo las dos rodillas y las palmas de las manos, tan aturcido que no sabe si es de noche o de día. Boores lo sujeta por el yelmo, le tira tan fuerte que le rompe todas las correas; se lo quita de la cabeza y lo arroja tan lejos como puede; luego, le dice que se dé por muerto si no se rinde, y le da en la cabeza con el pomo de la espada. Al verse en tal situación, el caballero teme morir, pues

desconfía de aquél que le amenaza con cortarle la cabeza; le pide piedad, diciéndole que no lo mate, porque está dispuesto a hacer su voluntad. Boores le hace prometer que irá a rendirse a la doncella del castillo. El caballero, así lo acepta, pues ve que no le queda más remedio que hacerlo: se marcha a pie, porque su caballo se había ido al campamento, entra en el castillo y se rinde a la doncella.

Al poco rato llega otro caballero tan deprisa como puede; Boores que lo ve venir, vuelve a montar y toma otra lanza; pica espuelas contra el que viene. Éste, que galopaba rápido, quiebra su lanza en el escudo de Boores; Boores coloca la lanza un poco más arriba de lo que desearía y lo alcanza justo bajo la barbilla; le rompe la cota y lleva la cortante punta por medio de la garganta, cortándosela como si fuera una cuchilla de afeitar. El caballero, que no puede resistir el golpe y que se siente herido de muerte, se deja caer entre los arzones y vuela del caballo al suelo. Boores pasa de largo con la lanza en el puño, desmonta y va hacia el caballero, porque no pensaba que hubiera muerto, pero así es. Al verlo, lo siente mucho, pues no desearía matar, por propia voluntad, a ningún caballero.

De esta forma Boores había vencido ya por su propio brazo a seis caballeros de Gallidés; no tiene ninguna herida ni ningún golpe que le cause dolor. En esto, ve venir a otro de los que estaban al pie de la colina; vuelve hacia él la lanza con toda su fuerza y le atraviesa el escudo, le rompe la cota, y le mete la punta de la lanza por el hombro izquierdo; al caer se le rompe la lanza, de modo que le queda en el hombro el hierro de la punta y una parte del asta.

En esto llegó una doncella montada en un palafrén hermoso y algo sudado, porque había ido con rapidez; estaba muy bien vestida, con una túnica riquísima de jamete y cubierta de forma que sólo se veían los ojos. La doncella se dirige derecha a Boores, al que ve con la espada desenvainada, dispuesto a atacar al caballero herido. Se le acerca y le dice:

—¡Deteneos, señor caballero, no lo toquéis!

—Doncella, ¿por qué?

—Porque yo lo protejo frente a todos los caballeros y soy su guardián.

—Por mi fe, si tiene tan buen protector como vos, doncella, cometería una grave falta poniéndole la mano encima; tendrá que prometerme, antes de que lo deje libre, que nunca intentará perjudicar a la doncella del castillo.

—Me parece bien y deseo que le toméis la palabra.

Boores así lo hace; a continuación, se marcha el caballero con la lanza en el hombro, agradeciéndole a la doncella el que lo haya protegido; la encomienda a Dios con gran dulzura. La doncella se queda con Boores y van a la sombra del pino, pues hacía gran calor; sin embargo, en ningún momento se descubre tanto como para que Boores pudiera reconocerla.

Las doncellas del castillo hacen gran fiesta por las victorias de su caballero; las que

estaban en las almenas decían que nadie debería llevar armas más que él, que sabe comportarse tan bien. Boores, por su parte, combate con la espada y con la lanza de forma que vence y derrota a los otros cinco: envió cuatro al castillo, mientras que al último lo retuvo a su lado, diciéndole:

—Señor caballero, os dejaré libre a condición de que me hagáis un servicio que os costará bastante poco.

El caballero le pregunta qué servicio.

—Iréis a vuestro señor de mi parte, le diréis que no vine a esta colina sino para combatir contra él; que sepa que no lo considero más valiente por haber enviado a sus caballeros. Si fuera tan atrevido y valeroso como se dice, hubiera venido él mismo en persona; entonces se le tendría como hazaña si me hubiera derrotado cuerpo a cuerpo. Decidle todo esto que os mando.

El caballero le contesta que se lo dirá; se marcha de la colina y desciende a su ejército. Se encontraba tan mal que la sangre le caía de la cabeza, de los brazos y de los hombros; su yelmo estaba estropeado y roto, en tal estado que podríais meter el puño por varios sitios; el escudo lo llevaba despedazado por arriba y por abajo, de modo que era poco lo que le quedaba; la sangre le caía por el cuerpo tan abundante que se ve la huella por donde pasa.

En tal estado llegó el caballero ante su señor, lo saluda y le dice:

—Señor, el caballero de la colina os hace saber que no vino a la atalaya más que para combatir con vos y se extraña mucho de que no hayáis acudido a vengar a vuestros caballeros, de los que ha vencido o matado hasta doce; dice que si fuerais tan valiente como se afirma, no habríais tardado tanto en ir, ni aun a cambio de toda vuestra tierra.

—Así me ayude Dios, tenéis razón; aunque haya tardado mucho, no voy a esperar más, iré de inmediato.

Ordena que le traigan sus armas y así lo hacen: lo arman con la mayor riqueza. Sobre la espada le colocan una cota blanca, fuerte y ligera, de doble malla; le atan en la cabeza un yelmo verde de acero duro y apretado; le ciñen una espada clara y cortante. Le traen su caballo, que tiene todas las virtudes que debe tener un caballo; salta al arzón, armado como estaba, pues era de gran agilidad y fuerza. Cuando ya estuvo lo mejor dispuesto posible, toma el escudo y la lanza y se aleja del campamento completamente solo; deja a sus caballeros afligidos y tristes, y no hay ninguno que no sienta gran miedo por él. Cabalga sin detenerse hasta que llega a la colina.

Cuando Boores lo vio, lo reconoció por su aspecto, pues era caballero muy orgulloso, y por las ricas armas que llevaba vestidas: en todo ello reconoció que era el señor del ejército; dirige hacia él el caballo, con el escudo al cuello, la lanza en el puño y le ataca lo más rápido que puede. Los caballeros, que eran de gran valor, se golpean con las rectas lanzas, fuertes, con tales golpes que los dos escudos quedan destrozados y rotos. El caballero golpea a Boores en la parte de arriba del escudo, bajo la boca,

atravesándosele y metiéndole la cortante punta en la carne a través de la cota; y si no se le hubiera roto la lanza, le hubiera causado una herida muy profunda. Boores, que siente el golpe, no le perdona nada; al contrario, le golpea por debajo de la bocla, le parte el escudo y le rompe la malla de la cota por el gran golpe que le da, metiéndole la lanza por el costado izquierdo, de forma que la punta sale por la otra parte. Los dos tenían mucha fuerza; las lanzas vuelan en astillas y luego chocan los cuerpos y los rostros, de forma que ambos sienten que se les nublan los ojos en la cabeza. El caballero no puede sujetarse en la silla y cae del arzón a tierra. El caballo de Boores pasa por encima de él, pisándole con las cuatro patas, y el golpe es tal que Boores vuela por encima del arzón y cae de espaldas en el suelo. Pero se levanta rápidamente, desenvaina la espada para atacar al caballero que mejor golpe le ha dado, según le parece, de cuantos ha recibido en toda su vida. El otro, ya se había levantado, a pesar de su aturdimiento, y al ver venir a Boores, saca la espada con rapidez y va a su encuentro encendido y encolerizado, con deseos de vengarse por su herida. Alza la espada y descarga un tajo con toda su fuerza, golpeándole con tal vigor en el yelmo que no puede evitar, por fuerte y duro que sea, que el filo de la espada no entre dos dedos en él. Boores, por su parte, le da tal golpe que hace que el fuego brote del yelmo y que los ojos le hagan chispas en la cabeza. Se despedazan los escudos, los yelmos y las cotas y se hacen sangre por todo el cuerpo con las cortantes espadas, maltratándose de tal forma antes de acabar el primer ataque, que la sangre les brota del cuerpo por varios sitios a los dos. El combate duró mucho tiempo con igual crueldad y dureza por ambas partes, hasta después de la hora de nona. Para entonces, los dos han padecido penas, esfuerzos y dolores, tanto por la sangre que han perdido como por el calor, que los ha cansado y agotado; a pesar de todo, siguen combatiendo con la espada mientras pueden resistir. Boores llevaba la mejor parte del encuentro y estaba muy por encima del caballero.

En esto se adelanta la doncella que estaba bajo el pino y le dice a Boores:

—Caballero, por la fe que le debéis a vuestra Dama del Lago y a vuestro primo Lanzarote, concededme un regalo.

—Por Dios, doncella, me habéis conjurado de tal forma que no hay nada en el mundo que no os dé, si lo puedo obtener.

—Entonces, dadme esa espada que tenéis.

—Por Dios, con gusto, aunque la necesito todavía; por amor a mi señora y a mi señor Lanzarote, os la daré; no dejaré de hacerlo aunque la necesite.

Entonces le entrega la espada; la doncella la toma y dice:

—Ciertamente sois de alto linaje.

Cuando Gallidés lo ve, se pone muy contento, pues piensa que lleva la mejor parte del combate; ataca a Boores con rapidez, que se cubre con el escudo como quien bien sabe hacerlo y resiste los golpes de éste hasta que ya está cansado. Cuando Boores lo ve

cansado, lo esquiva y lo golpea con el escudo en medio del rostro con tanta fuerza que le aplasta el nasal y hace que la sangre le salga de la nariz y de la boca. Gallidés queda tan aturdido con el golpe que cae con las palmas y las rodillas en el suelo y la espada le vuela de las manos; Boores la coge, pues la necesitaba. No tardó mucho en levantarse Gallidés; intenta coger la espada delante de sí, pero no la encuentra; al ver que Boores la tiene, retrocede doloroso y apesadumbrado, y se cubre con el escudo por los golpes que ve venir.

Boores le acosa con vigor, le corta el escudo y hace que vuelen los trozos al suelo; le despedaza el yelmo y se lo abolla, le rompe la cota en los hombros y en los brazos y lo maltrata de forma que no puede ya mantenerse en pie por la sangre que le cae abundante del cuerpo. Boores ha hecho que hinque las rodillas tres o cuatro veces y Gallidés sigue cediendo terreno por el temor a la espada. En eso, Boores le da un tajo tan grande, que le rompe las correas del yelmo y hace que se le caiga de la cabeza al campo. Se queda tan aturdido por el golpe, por el miedo y por el temor, que cae en el suelo boca arriba.

Boores se le echa encima del cuerpo, le baja la ventana y le dice que le cortará la cabeza si no se da por vencido y si no le promete hacer lo que le ordene. El caballero, cuando se vio derrotado, dijo que estaba dispuesto a hacer su voluntad.

—Me prometerás —le dice Boores—, como leal caballero, que le devolverás a tu sobrina toda la tierra que le has quitado y que nunca más en toda tu vida volverás a combatir contra ella, sino que le ayudarás con toda tu fuerza frente a quienes pretendan hacerle daño.

Le responde que así lo hará y se lo promete.

—Te mando además —añade Boores— que te presentes a ella y te declares prisionero suyo de mi parte; le dirás que me quejo de ella porque le envié prisionero al senescal tras haberle asegurado que no debía preocuparse por nada; ella lo ha matado y ahora cualquiera me podrá acusar de deslealtad. Que sepa que preferiría haber sido herido por una espada entre los dos muslos a enviarlo a la muerte. Todo eso que te acabo de decir se lo dirás a ella.

Le contesta que cumplirá con este mensaje; monta a caballo con gran dificultad y se dirige al castillo.

Boores va a la doncella que tenía la espada y le dice:

—Doncella, sed muy bienvenida, ya que conocéis a mi señora del Lago y a mi señor Lanzarote y a mí mismo.

Entonces, se descubre la doncella; de inmediato reconoce que es la doncella que se los llevó de Gaunes a él y a su hermano Lionel; corre a ella con los brazos extendidos y le muestra la mayor alegría que puede, diciéndole que sea bienvenida por encima de todas las doncellas que ha visto, desde que se fue su señora.

—¿Qué motivo os ha traído por aquí?

—Mi señora me ha enviado a vos para que os haga saber que tenéis que estar del domingo en siete días a la salida del bosque de Roevent por la parte de Lanvenic, a mediodía: entonces veréis qué aventura os sobrevendrá. Procurad no dejar de ir por nada y de estar allí a la hora.

Boores le responde que así será y que estará sin lugar a dudas, si no está muerto o prisionero antes de llegar.

—Incluso la prisión no me podría retener, ya que mi señora quiere que vaya.

—¿Sabéis por qué os pedí la espada cuando vi que más la necesitabais.

—No.

—No pensaba que me la fuerais a dar en ese momento ni por toda Bretaña; pero como no podía probaros en una ocasión mejor, y no sabía si lo haríais por mi señora, os la pedí en el momento que más la necesitabais. Ahora veo bien que mi señora empleó de forma adecuada sus cuidados con vos, y ciertamente se pondrá muy contenta cuando le cuente que, estando en peligro de muerte vos, me disteis por su amor lo único que os podía proteger; y no sabíais quién era yo.

Boores no hace más que reírse.

La doncella le da el caballo y él monta cansado y fatigado; descienden de la colina, pero no se dirigen hacia el castillo, sino que toman por el camino de la derecha hacia un bosque que había a menos de una legua inglesa y que se llamaba Lonvego. Se apresuran, pues Boores dice que quiere alejarse del castillo lo más posible. Cuando ya estuvieron bastante metidos en el bosque, ven dos pabellones muy hermosos plantados junto al riachuelo de una fuente; a la entrada de uno de los pabellones había un caballero al que estaban desarmando un enano y una doncella. Boores, que se dirige a él, lo saluda y éste le devuelve el saludo con cortesía.

—Buen señor —pregunta la que iba con Boores— ¿os agradecería darle alojamiento por esta noche a este caballero que está cansado y fatigado?

—Doncella —le contesta el caballero—, no ha habido nunca ningún caballero que me haya pedido alojamiento al que no se lo haya dado si podía; que sea bienvenido, pues con mucho gusto lo albergaré.

A estas palabras Boores desmonta, y salen de la otra parte del pabellón tres escuderos para desarmarle; lo encuentran ensangrentado bajo la cota y sienten gran compasión por él; se lo cuentan a su señor, que va a mirar de dónde le sale la sangre, viendo la herida del costado y otras muchas que habían dado abundante sangre; sabía mucho de sanar heridas y le colocó un unguento muy bueno, diciéndole que no se preocupara, pues no tenía ninguna herida que le obligara a perder un día.

Aquella noche Boores fue bien albergado; después de cenar, el señor le preguntó que a dónde iba, a lo que él le respondió:

—A la tierra de Gorre, tras un caballero al que desearía haber encontrado.

Le pregunta que quién era ese caballero.

—Señor, mi señor Lanzarote del Lago.

—¿Por qué lo vais buscando? ¿Es para su bien o para su mal? Si es para su mal por lo que lo buscáis, me gustaría que ya lo hubierais encontrado, pues rápidamente él habría tomado venganza. Si lo buscáis por su bien, sed bienvenido, pues por su amor os haré todo el bien que pueda haceros: tened por seguro que es el caballero más valioso del mundo, y por el que haría más.

—Señor, lo busco como a mi señor que es.

—¿Le pertenecéis de algún modo?

—Sí, es mi primo.

—Por Dios, ahora podréis hacer aquí lo que queráis, pues por su amor os serviré y os daré todo lo que pueda. Os ruego, si lo deseáis, que me digáis vuestro nombre.

Le contesta que se llama Boores el Desterrado.

—Y vos, señor, que me habéis preguntado mi nombre, no querría olvidar el vuestro y deseo saberlo si os parece bien.

Le contesta que se llama Maradós el Moreno.

Aquella noche Boores recibió un buen albergue, con todo lo que el caballero tenía. Cuando fue hora y momento de acostarse, el caballero ordenó que le pusieran una cama muy hermosa en medio del pabellón, y se acostó solo, mientras que la doncella del Lago había ido a otra cama; durmieron hasta por la mañana, cuando el día se mostró claro.

Pero la historia deja ahora de hablar de los del pabellón, que están muy a gusto, y vuelve a hablar de Gallidés, y de cómo se fue de la atalaya en la que Boores lo había vencido por las armas.

CXVII

Cuenta ahora la historia que cuando terminó el combate, los de Honguefort vieron que Gallidés había sido derrotado y supieron que iba al castillo como prisionero; no es necesario preguntar si se alegraron: no quedó ninguna campana en las iglesias del castillo que no sonara sin cesar; las doncellas comenzaron a bailar, a danzar y a girar en corro. La mayor de las hermanas ordenó que encortinaran el castillo por todas partes para recibir al que había puesto fin a la guerra y les rogó a todos los que estaban con ella que se esforzaran en mostrarle alegría y en hacerle honores. Los habitantes del burgo fueron de inmediato a sus viviendas para vestirse los mejores vestidos, diciéndose unos a otros:

—Ahora veremos quién le muestra mayor alegría al buen caballero que nos ha liberado de nuestros enemigos.

De esta forma estaban dispuestos a mostrar su gozo aquella noche. En esto, llegó Gallidés y entró en el castillo; estaba completamente cubierto por la sangre que le caía del cuerpo; no descabalgó hasta llegar delante del palacio principal y allí tuvo quien le sujetó los estribos. Después de desmontar, sube a la sala con dificultad, se arrodilla delante de su sobrina, entregándole la espada y declarándose prisionero suyo de parte del mismo caballero que había vencido a los otros.

—Buena sobrina —le dice—, aunque os he causado muchos pesares, ahora os devuelvo toda la tierra que os he conquistado y os prometo lealmente que no volveré a combatir contra vos en el resto de mi vida, y os ayudaré con todas mis fuerzas a partir de ahora, si alguien quiere haceros alguna injusticia.

La doncella se pone muy contenta, lo levanta del suelo y le perdona todas las iras y los enfados que hubo entre ellos; hace que traigan a su hijo y que lo saquen de la prisión en la que estaba, entregándoselo libre y sin ninguna atadura a ella. Luego, entra en una habitación, se viste y se engalana con los vestidos más ricos que tenía, ordenándole a su hermana y a las demás doncellas que se vistan lo mejor que pueda cada una.

Cuando Gallidés lo ve, llama a su sobrina, que se acerca a él.

—Buena sobrina, ¿pensáis que el caballero va a venir?

—Sí, señor; vendrá sin lugar a dudas, si Dios quiere y él.

—No lo hará, ni tiene intención de venir, sino que os hace saber por mí que se queja de vos, pues cuando os envió prisionero al senescal, le había prometido que no tenía que preocuparse de la muerte y le dio garantías; como lo matasteis a continuación, hicisteis que el caballero mintiera a la palabra que le había dado y faltara a su fe: me dijo que preferiría haber sido herido por dos lanzas entre los muslos antes de habérselo enviado.

Cuando la doncella oye estas noticias, contesta llorando:

—Ay, desdichada de mí, por mi locura he perdido al caballero más noble del mundo, que me había devuelto todos los bienes y todos los honores, mientras que yo le he dado todo tipo de preocupaciones y enfados. Por la gran villanía que he hecho por él, tomaré tal venganza de mí misma, como la de no volver a dormir en poblado una sola noche antes de encontrarlo muerto o vivo, ni vestiré suave ropa sobre mi carne, sino áspera lana, y no comeré carne ni pescado, sino pan y vino puro; no vestiré ropa que no esté destrozada ni cabalgaré caballo que no tenga cortadas la cola y las crines, y no llevará freno sino un simple cabestro de cuerda. De tal manera cabalgaré con toda mi mesnada hasta que haya encontrado al caballero que con su gran bondad me ha devuelto a la altura que había perdido. Y a vos, bella hermana, que me lo trajisteis, os entrego toda nuestra tierra para que la guardéis, pues mañana por la mañana me marcharé, al punto del alba; si muero en esta búsqueda, seréis la señora del castillo, tal como debéis serlo; si regreso, me dejaréis la parte que me corresponda.

Cuando los del castillo oyeron lo que la doncella dice, se echan a llorar de lástima, tanto los necios como los prudentes, pues todos estaban dispuestos a mostrar alegría y ahora están tristes y pesarosos. La doncella ordena que preparen caballos y elige a los de su casa que quiere que vayan con ella: eran cuatro caballeros, siete escuderos y tres doncellas. Luego, se pusieron de acuerdo los del campamento y los del castillo; y hubieran hecho una gran fiesta aquella noche si no hubiera sido por la doncella que no dejó de llorar en todo el tiempo.

Por la mañana, la doncella se puso en marcha y se fue de Honguefort, acompañada por su hermana y su tío durante un gran rato; cuando llegaron al bosque en el que Boores había dormido, regresaron. La hermana mayor se va con los catorce caballos, y no hay nadie de su comitiva que no lleve vestida ropa vieja y que no tenga caballo con la cola cortada y las crines rapadas.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos hasta que la materia vuelva a ese asunto y se ocupa de Boores, al que Maradós le había dado albergue.

CXVIII

Cuenta la historia que a la mañana siguiente, tan pronto como amaneció el día, se levantó Boores y se vistió con sus armas, montó a caballo y se despidió de su huésped que le había hecho tan grandes honores, encomendándolos a todos a Dios. La doncella del Lago también montó en un palafrén y emprendió la marcha con Boores. Cabalgaron hasta la hora de prima en que llegaron a un cruce de caminos. La doncella se dirige a él y le dice:

—Boores, he aquí dos caminos: tomad uno y yo tomaré el otro, pues no puedo continuar con vos. Procurad estar a la hora indicada el día señalado en donde os he dicho, que no os retenga ninguna cosa.

Boores le contesta que esté segura de que llegará, si no muere o lo hacen prisionero.

—Ahora os encomiendo a Dios, me voy. Quedad con Dios, doncella; saludadme a mi señora tan pronto como la veáis.

La doncella le contesta que así lo hará.

Se separan y Boores entra en uno de los caminos; cabalga hasta la hora de tercia y se encuentra con un escudero que montaba un escuálido rocín; lo saluda y éste a él.

—Buen amigo, ¿dura mucho el bosque todavía?

—Señor, por más que cabalguéis hoy, no llegaréis a atravesarlo.

Luego, el escudero se marcha sin decir más. Cuando Boores se da cuenta de que no conseguiría más información, reemprende el camino y no se detiene hasta la hora de nona en que ve llegar a su escudero montado en un rocín que iba cansado y empapado de sudor. Lo espera y le da la bienvenida.

—Pero ¿cómo, me has seguido?

—Por mi fe, señor, cuando supe ayer por la tarde que no regresaríais al castillo, salí tras vos pensando alcanzaros, pero no pude; anoche me alojé a la entrada de este bosque con un ermitaño y hoy he seguido el camino principal hasta que me he encontrado a un escudero que me ha dado noticias de vos. A partir de ese momento me he apresurado tanto que poco falta para que mi rocín no caiga agotado. ¿Quién era la doncella que anoche se fue con vos cuando os marchasteis de la atalaya?

—Era una de las doncellas de mi señora del Lago.

Hablando de este modo cabalgan el resto del día por el bosque, hasta que les anochece. Ciertamente el bosque tenía treinta leguas inglesas y aún más: no pudieron atravesarlo en todo el día. Cuando la noche los sorprendió, se dirigieron a una vieja casa destruida. Boores fue allí en busca de alojamiento, pues pensaba que encontraría a alguien; pero cuando vio el lugar tan pobre y destruido, se sintió desfallecido porque no había probado la comida en todo el día y allí no encontró más que la hierba para

comer: había abundancia de ésta, si la hubiera necesitado. A pesar de todo, no dejó de desmontar, pues pensaba descansar y —dijo— que estaría más a gusto allí que si cabalgara durante toda la noche. El escudero le quita los frenos a los caballos y los deja pastar; Boores se suelta el escudo, se saca el yelmo, baja la ventana y empieza a hablar con su escudero, pues no se le ocurre mejor manera de entretenerse por el hambre que tiene. Durante un gran rato permanecieron allí, hasta que Boores le dijo a su escudero:

—Por Dios, ahora podría comer bien quien tuviera algo.

—Señor, si queréis, montaré mi rocín e iré por el bosque a ver si encuentro alguna vivienda o algún pabellón en donde haya hombre o mujer, pues tengo más ganas de comer que vos.

—Ve, pues, pero procura regresar pronto.

El criado monta y se marcha por el bosque, aunque no tarda en volver.

Cuando Boores lo ve de nuevo, le pregunta qué ha encontrado.

—Por mi fe, he visto dos pabellones en los que hay gran claridad, por lo que pienso que debe haber gente en ellos. Vayamos, si queréis.

—Con mucho gusto, ensilla mi caballo.

El criado cumple la orden de su señor, que mientras tanto se ata el yelmo, toma el escudo y la lanza y monta, dirigiéndose hacia el lugar del que había venido su escudero. No había cabalgado mucho cuando vio los pabellones de los que le había hablado, pues había gran claridad allí. Al llegar, descabalga y le entrega la lanza y el escudo al escudero; luego, entra en uno de los pabellones y encuentra a dos caballeros, tres doncellas y dos escuderos que iban a acostarse, pues las camas ya estaban preparadas. Boores los saluda y ellos le devuelven el saludo con gran cortesía.

—Señores, ¿podrías darle alojamiento a un caballero andante que ha cabalgado durante todo el día por este bosque sin encontrar choza ni casa en la que poder albergarse?

—¿Tenéis alguna compañía?

—Sí, mi escudero.

—Entonces sí que podréis ser alojado, pasad.

Boores llama a su escudero y los criados se le acercan, para desarmarlo; las doncellas hacen que les traigan comida a él y al escudero.

Mientras comía, Boores escucha y oye en el otro pabellón a una doncella que se lamentaba con amargura; resiste hasta el final de la cena y luego les pregunta a los que con él están quién es la que se queja de tal modo.

—Señor —le contesta una de las doncellas—, es una joven que sufre gran daño.

—Por la merced de Dios —pregunta Boores—, ¿qué le ocurre, que se lamenta así?

—En verdad, tiene mayor dolor y mayor angustia que todas las doncellas que han nacido, a pesar de que es hija de rey y de reina.

—Por Dios, ¿por qué tiene tanto dolor? Me gustaría saberlo, por favor.

—La veréis, pues no es ocultada a ningún caballero que quiera verla.

La doncella que hablaba con Boores les ordena a dos escuderos que tomen sendas antorchas encendidas y que vayan delante de éste; en el otro pabellón, se encuentran con una cama de gran riqueza en la que estaba acostada la doncella que tenía tantos motivos de dolor: estaba delgada y pálida, tenía el rostro negro y oscurecido por el sufrimiento que padece.

—Señora —dice la doncella que había acompañado a Boores— he aquí un caballero que ha venido a veros por la compasión que ha sentido por vos, y no podía resistir sin visitaros.

—Que sea bienvenido. Señor caballero —dice dirigiéndose hacia él—, ¿quién sois?

—Doncella, un caballero extranjero, que he sentido gran compasión porque os lamentabais con tanta amargura.

—Señor, no debe extrañar que me queje, pues padezco todos los dolores que una mujer puede sufrir.

—Doncella, ¿por qué?

—¿Por qué? Os lo voy a enseñar.

Se quita entonces un jamete con que estaba cubierta y se desnuda hasta el ombligo; Boores la mira y ve que tiene vendado el pecho con una venda de hierro, que le aprieta con tanta fuerza que la carne se le ha cortado en varios sitios y tiene el pecho ensangrentado; en el ombligo tenía otra venda igual de estrecha o más.

—Señor, ¿hay aquí motivo para sufrir? Sabed que bajo estas vendas mi carne está podrida.

—Doncella, es grande el dolor y aunque fuerais tan fuerte como el más fuerte de los hombres del mundo, sufriríais; malditos sean quienes os lo hicieron, pues tuvieron gran crueldad. Os rogaría que me dijerais quién os lo ha hecho y por qué os lo hizo.

—Con gusto os lo diré. Hace ahora justamente un año que el rey Vadalón, el hermano del rey de Norgales, asedió en la Roca de Mabón al rey Agripa, mi padre, porque decía que le había matado a un hermano suyo. Después de apresar a mi padre por la fuerza, el rey de Norgales, su hermano, dejó en tal situación a nuestro castillo, que no podía llegar comida de ninguna parte, de forma que durante tres días padecimos gran hambre. Hacía tal calor que los ríos de nuestra tierra se secaron todos, menos una fuente que tenían los de la hueste enemiga: si les hubiera faltado el agua, habrían muerto o habrían tenido que abandonar el asedio. Cuando me enteré que los del campamento vivían gracias a esta fuente, pensé que si se les pudiera cortar, tendrían que marcharse de allí o morirían todos. Salí por la noche del castillo a solas, para no ser vista y me dirigí a la fuente; entonces pensé una cosa de la que se hablará durante mucho tiempo en otros lugares: me dije a mí misma que podría darles la muerte a todos mis enemigos envenenando la fuente. Así lo hice, pues tomé un frasco lleno del veneno más fuerte del mundo y lo eché en la fuente de forma que todo el que bebió,

murió: en menos de tres días murieron más de quinientos hombres, y tuvieron que abandonar el asedio y marcharse a sus tierras. Cuando vimos tal cosa, nos pusimos muy contentos y le dije a mi padre cómo había conseguido que se marcharan envenenando la fuente; lo supieron muchas gentes y, finalmente, se lo contaron al rey Vadalón. Éste, al enterarse, sintió tal rabia que dijo que no volvería a tener alegría hasta haber tomado venganza; pero lo dijo tan en secreto que sólo los de su séquito particular se enteraron. Después, yo iba cabalgando por la tierra del rey que os he dicho; fui espiada y sorprendida y llevada ante él, que cuando me vio dijo que no se vengaría matándome, porque sería demasiado rápido. «Haré que viva con gran dolor y con gran sufrimiento». Entonces hizo que cogieran estas dos vendas y que me ataran con ellas con tal fuerza como aquí veis. Al verlo, sentí gran angustia y preferiría haber muerto, como les dije a todos los de la corte de aquel rey:

—Rey Vadalón, ¿creéis haberos vengado de mí?

—No, pues esta venganza no es tan grande como los daños que me habéis hecho.

—Por Dios, sería demasiado grande si durara para siempre; pero no ocurrirá así, pues encontraré un caballero que se atreva a quitarme los hierros contra vuestra voluntad. Y porque quiero que sepáis que moriréis por esto, os prometo lealmente que no me dejaré quitar estas vendas de hierro si el que lo hace no me jura sobre sagrado que me vengará frente a vos.

Cuando el rey oyó tales palabras, lo tuvo como gran desprecio y preguntó cómo conocería a quien me quitara los hierros, a lo que yo le dije:

—Por Dios, lo podréis reconocer porque durante un año y un día llevará un escudo igual que el de vuestro hermano, al que decís que mató mi padre.

Me respondió que no hay caballero en el mundo contra el que no combatiría si me quitaba los hierros, en cuanto lo supiera; me lo juró sobre los Evangelios y después de él lo prometieron quince caballeros de su corte. A continuación, me marché pensando ir a la corte del rey Arturo por saber si encontraría allí a alguien que se atreviera a quitármelos: hace ya dos meses que me puse en marcha y he cabalgado en cortas jornadas hasta que he llegado aquí. Esta es la razón por la cual estoy vendada con estos hierros.

—Decidme, doncella, si encontrarais a algún caballero que quisiera quitaros los hierros, ¿se lo permitiríais?

—Sí, con tal de que me jurara sobre sagrado que me vengaría del rey Vadalón tan pronto como lo encontrara y frente a todos aquellos que dijeran que se alegraron con mi aherrojamiento.

—Por mi fe, estoy dispuesto a hacer todo eso, si queréis.

—Prometedme entonces que lo haréis con todas vuestras fuerzas.

—Con mucho gusto.

Boores así se lo promete a la doncella.

—Ahora es necesario que durante un año y un día no llevéis un escudo distinto a éste —y le señala uno—, y cuando lo necesitéis, mandad que os hagan otro igual.

Boores se lo concede.

—Ahora me podéis quitar los hierros, si así lo deseáis.

Entonces Boores le rompe las dos vendas de hierro con la fuerza de sus manos y la doncella se lo agradece mucho, diciéndole que Dios le dé una gran recompensa. Luego, hace que le pongan un buen unguento sobre la carne herida y asegura que se le curará en breve; después, le pregunta a Boores si había comido y él le contesta que sí. La doncella ordena que le preparen una rica cama y así se hace. Aquella noche Boores estuvo muy a gusto y descansó hasta por la mañana.

Por la mañana, al alba del día, se levantaron Boores y su escudero, que le preparó de inmediato las armas. La doncella le dijo:

—Señor, me habéis sacado del gran sufrimiento en el que me encontraba, y sólo lo habéis hecho por vuestra propia generosidad: querría suplicaros que me dijerais vuestro nombre, para que yo se lo pueda decir a mi padre cuando me lo pregunte.

Le contesta que se llama Boores el Desterrado y que es primo de Lanzarote del Lago. A continuación, se marcha y deja su escudo allí dentro, tomando el que la doncella le había indicado; emprende su camino y cabalga con el escudero hasta la hora de prima en que salen del bosque. Se encuentran entonces con un escudero que va al trote en un rocín; saluda a Boores cuando lo tiene cerca y éste le devuelve el saludo rápidamente.

—Buen señor, ¿sois de la casa del rey Arturo?

—Sí, buen amigo. ¿Qué deseas?

—Querría que fuerais al Castillo de la Marca, donde el rey Brandegorre tendrá mañana las octavas de su coronación; convoca a todos los caballeros que van en busca de fama y de honra para que acudan por su amor y por cortesía, pues mañana habrá un torneo en la pradera grande y espaciosa, de forma que allí se elegirá al mejor caballero ante las doncellas del castillo; se sentará en un trono de oro en medio del prado, en una mesa que se llama la Mesa de los Doce Pares. Después de él serán elegidos los doce mejores para que se sienten a la mesa y antes de que les sirvan a ellos le habrán servido al caballero del trono el primer plato; luego, las doncellas del castillo empezarán las danzas y los bailes alrededor de la mesa. El mejor conquistará tal prestigio que podrá tomar a la más bella de todas y darles las otras doce a los caballeros de la mesa, según él piense que corresponde. De esta forma se terminará el torneo y por eso mi señor el rey querría que acudiera alguno de los caballeros de la Mesa Redonda para que obtuviera este honor; me envía a mí y a otro para convocarlos y que estén mañana en el Castillo de la Marca.

—Buen amigo, ¿qué distancia hay hasta allí?

—Señor, podréis llegar antes de mediodía si queréis, pues no hay más que cuatro

leguas inglesas; ese camino os llevará hasta allí sin posibilidad de pérdida.

—Ya te puedes ir, pues acudiré si no me detiene un gran obstáculo.

El criado se marcha y Boores camina y cabalga hasta la hora de tercia, en que se encuentra con una doncella que iba en un palafrén moteado. La saluda y ella a él, a la vez que le pregunta que quién es.

—Soy un caballero andante.

—Señor, ¿sois de la casa del rey Arturo, de los caballeros que van en busca de aventuras por lejanas tierras?

Boores le contesta que sólo busca aventuras.

—Si queréis seguirme, os mostraré la aventura más extraordinaria de cuantas habéis visto; si podéis llevarla a cabo, bien podréis decir que sois el mejor caballero del mundo.

—Muy loco estaría si pensara ser el mejor caballero del mundo, pues hay tantos buenos que sería locura pensarlo; de todas formas, por cumplir vuestra voluntad, os seguiré.

—Venid, pues.

—Marchad con toda tranquilidad.

La doncella se pone en marcha y Boores la sigue; abandonan el camino y toman un sendero; cabalgan hasta llegar a una casa fuerte que estaba rodeada por murallas almenadas y fosos. La doncella se dirige a la puerta y llama hasta que le abren; entran por un puente levadizo y descabalgan en el patio. En esto, llega otra doncella con otro caballero armado con todas las armas igual que iba Boores y también descabalgan en el patio. Las doncellas se saludan y los dos caballeros también.

—Buenos señores —dice la primera que había llegado—, seguidme y os mostraré la aventura que no puede ser llevada a cabo si no es por el mejor caballero del mundo.

Suben las escaleras y entran en una sala muy hermosa; luego, llegan a una habitación que estaba encortinada con riqueza. En esta habitación yacía sobre una alfombra muy rica un gran caballero completamente vestido, pero estaba delgado y pálido, y parecía muy enfermo. Al ver a los caballeros, los saluda y ellos le responden.

—Señor —le dice la doncella—, mostradles la aventura por la que los he traído aquí.

—Retirad este jamete que cubre mi brazo.

Así lo hace la doncella y les muestra una espada que tenía empuñada por el pomo; pero no lo hacía por su voluntad sino porque le había quedado fija en la mano y no la puede soltar; la punta le había entrado en la otra palma saliendo por la otra parte más de medio pie.

—Señores, esta es la aventura más extraordinaria que habéis podido ver: si uno de vosotros es el mejor caballero del mundo, me quitará al punto esta espada que tengo empuñada y me sacará la punta que tengo en la palma de la mano, como veis. De todo esto me liberará el mejor de todos. Avanzad, que Dios os dé el honor.

Se adelanta entonces el caballero que había llegado en el último lugar y dice que lo intentará: toma la espada por la empuñadura y tira de ella todo lo que puede, haciendo que el caballero se mueva, pero sin conseguir quitársela.

—Señor —dice el herido—, retiraos, pues habéis fracasado en esta aventura. Dejad que se acerque el otro que no se ha precipitado tanto como vos.

A continuación llama a Boores y le dice:

—Señor, probad con esta espada, porque este caballero ha fracasado.

—Buen señor, ya sabéis que nadie os puede ayudar si no es el mejor caballero de todos.

—Sí, lo sé ciertamente.

—Por Dios, entonces no pondré la mano en la espada, pues sé que no soy el mejor de todos y aunque lo pensara, sería demasiado estúpido; si vos fuerais hombre sabio, no permitiríais que lo intentara más que un caballero, ya que todos los demás os causan daño y nadie os ayudará si no es él: ese caballero os liberaría sin lugar a dudas.

—Bien sé —dice el caballero que había fracasado— a quién os referís: habláis de mi señor Galván.

—Por todos los santos —contesta Boores—, nunca pensé en él y no es por desprecio, pero sé que hay en el mundo alguien que si tuviera que combatir contra mi señor Galván y contra vos, y hubiera que cortar cabezas, no me gustaría estar en vuestra situación ni a cambio de la tierra del rey Arturo.

—¡No decís la verdad! No ha nacido quien pueda vencer con las armas a mi señor Galván.

—Si no ha nacido, que Dios no quiera que nazca.

—Así os ayude Dios, ¿quién es ese al que consideráis tan buen caballero?

—Por mi cabeza, bien se le puede nombrar entre valientes: es Lanzarote del Lago.

—¡Lanzarote! —exclama el caballero, considerándolo un gran desprecio—. En mala hora es mejor caballero que mi señor Galván y, no me vuelva a ayudar Dios, señor caballero, si hacéis que os crean en lo que decís, pues eso no podríais probarlo.

—Por mi cabeza, lo probaré contra un caballero mejor que vos.

—¿Qué probaríais?

—Que Lanzarote es mejor caballero que mi señor Galván y estoy dispuesto a probarlo contra vos, si os atrevéis a defenderlo.

—Veremos en qué queda. Vamos a montar.

—Me parece bien.

—Señores —dice el de la cama—, dejad esa batalla, pues sería emprendida por poca cosa.

Le contestan que no lo harán, bajan de la sala y montan en los caballos; cuando están dispuestos a empezar a justar, Boores se dirige al caballero, diciéndole:

—Señor, antes de que continuemos, os querría rogar que me tuvierais por verdadero

en todo lo que he dicho.

—En modo alguno; sois mentiroso, pues nunca Lanzarote fue tan buen caballero como mi señor Galván, y eso lo veremos en breve.

Dejan correr los caballos y se golpean con las lanzas, dándose tales golpes que los escudos quedan atravesados, pero no se alcanzan las mallas de las cotas, y las lanzas se quiebran. El caballero ha sido alcanzado de tal forma que vuela al suelo por encima de la grupa del caballo, mientras que Boores permanece en los arzones; luego, desmonta y se dirige hacia donde estaba el caballero, que ya se había vuelto a levantar; recomienzan el enfrentamiento fuerte y duro, se atacan con las espadas por todas partes, hasta que están bastante cansados; el caballero se encuentra en tal situación, por la sangre que ha perdido, que poco falta para que el corazón le falle; cae al suelo como muerto y la espada se le va de las manos. Boores le salta encima, le arranca el yelmo y dice que lo matará si no se da por vencido. Él le contesta que no se dará por vencido en ningún día de su vida y Boores le dice que entonces lo matará.

—A fe mía, lo podéis hacer, pero no os llevaréis nada mío.

Boores levanta el puño de la espada y le da con él tal golpe en la cabeza que le hace brotar sangre; luego, le dice que se dé por vencido o que lo matará; le baja la ventana hasta que la cabeza le queda completamente desnuda, luego alza la espada para cortársela. Al verse tan cerca de la muerte, le pide piedad, que no lo mate, pues se da por vencido.

—Ahora tenéis que hacer mi voluntad, prometedlo.

El vencido lo promete de mala gana y Boores se levanta de encima de él y le dice:

—Ahora tenéis que otorgar que Lanzarote es mucho mejor caballero que Galván.

Se lo concede con mala cara.

Quiero, además, que tan pronto como estéis curado de vuestras heridas, vayáis en busca de mi señor Lanzarote y os rindáis a él, pidiéndole perdón por la villanía que habéis dicho.

Le contesta que así lo hará.

—Y ahora, decidme vuestro nombre.

Le contesta que se llama Agravaín el Orgullosa, pero no le dice que era hermano de mi señor Galván, y así era: lo hizo para que no fuera avergonzado por ello.

Se acercan entonces las dos doncellas y hasta cuatro escuderos, desarman a Boores y lo llevan a la habitación del caballero herido. Al verlo, le dice:

—Señor, los dos habéis emprendido esta batalla sin ningún motivo.

—Así me ayude Dios, señor, lo hemos hecho por el mejor caballero del mundo, y no sería sabio el contradecirlo: tened por seguro que si lo encontráis, curaréis de inmediato, si es que debéis curar gracias al mejor caballero del mundo.

—¿Cómo decís que se llama?

—Lo llaman mi señor Lanzarote del Lago, y es el caballero más hermoso del mundo.

Mientras tanto, habían desarmado a Agravaín, y le curan las heridas que tenía, que eran grandes; se las lavaron con vino, le pusieron un unguento muy bueno y lo acostaron; permaneció allí más de dos meses antes de sanar. Boores sigue hablando con el caballero y le pregunta cómo le había ocurrido aquello:

—Señor, no diré la verdad hasta que lo haga ante aquel a quien Dios le dará el honor.

Boores se calla y el caballero ordena que pongan la mesa, pues ya era entre nona y vísperas; se sientan a comer delante del enfermo, a quien le ayudaba una de las doncellas; Boores siente una gran lástima y a pesar de todo no deja de esforzarse y de intentar mostrar cara alegre. Aquella noche Boores recibió un alojamiento muy agradable, según su voluntad, pues le hicieron grandes honores.

El día siguiente por la mañana se levantó temprano y después de armarse completamente, salvo cabeza y manos, se dirigió al señor para despedirse de él, pues deseaba irse. Éste le concede licencia pero antes le pregunta por su nombre, a lo que contesta que se llama Boores el Desterrado; luego se marcha, tras encomendar a las doncellas a Dios.

Emprendió el camino y cabalgó hasta llegar al sitio donde debía ser el torneo, que era un prado de más de tres leguas de largo por una de ancho. Cuando ya estuvo cerca del Castillo de la Marca, vio unas tribunas levantadas en los prados, donde las damas y doncellas debían situarse para contemplar el torneo; la hija del rey, que era una de las doncellas más hermosas del mundo, ya había subido allí. Boores, que estaba abajo, no se dio cuenta; se quitó el yelmo de la cabeza y quería arreglarse mejor de lo que estaba. La doncella lo mira, y ve que es hermoso y elegante en todo, y que no era necesario buscar caballero más bello, que iba tan derecho en el caballo como si estuviera plantado en él.

—Mirad —le dice a una doncella que estaba a su lado—, mirad, qué os parece ese caballero, así os salve Dios.

—Ciertamente, me parece muy hermoso. ¿Qué decís vos?

—Por Dios, si es tan bueno como bello, no habrá caballero en el mundo que valga lo que él; Dios fue generoso dándole tanta belleza en abundancia.

Así hablaban de Boores las dos doncellas y comenzó el torneo; entre una parte y otra había mil caballeros. Boores le pregunta a su escudero de qué parte debe ponerse, si a favor de los del castillo o contra ellos. El escudero mira hacia arriba y ve a la doncella que estaba vestida con gran riqueza, y al punto reconoció que era la hija del rey; entonces, le dice a su señor:

—Señor, allí arriba está la dama más hermosa del mundo.

Boores mira, la ve y ella en eso le dice en voz tan alta que puede oírla:

—Señor caballero, hoy no seréis de los primeros. Fácilmente se puede ver que no tenéis amiga y si la tenéis, no os acordáis frecuentemente de ella.

Boores deja entonces que su caballo se ponga en marcha, va a las filas y golpea a un caballero de los que se encuentra, derribándolos al suelo a él y a su caballo; dicen entonces los del lugar que lo ha hecho muy bien, siendo caballero novel. La doncella le habla de ello a su séquito:

—A fe mía, debería haberme callado.

Boores toma una lanza, vuelve de nuevo frente a los otros y golpea al caballero que se encuentra delante, derribándolo al suelo. Luego, empieza a derribar caballeros y a quebrar lanzas, a arrancar yelmos de cabezas y escudos de cuellos; lo hace tan bien en todas las formas, que se admiran los que allí hay, y él no rehúsa frente a ningún caballero, por valiente que sea. Su escudo es entregado a todos, su espada es familiar a cuantos se acercan. No hay caballero, si lo alcanza bien, al que no derribe en cuanto recibe el golpe; hace tanto que todos dicen que el caballero novel vence siempre.

De esta forma combate Boores gracias a su valentía, y todos hablan de él; las doncellas que había en las tribunas se han fijado en él y dicen sin cesar que es caballero valiente y atrevido y que debe ser escogido como el mejor, sin lugar a dudas. La hija del rey le habla a su compañera:

—¿Qué os parece nuestro caballero novel?

—Señora, bien puede decir sin temor a equivocarse que Dios le ha dado dos hermosos regalos, valor y belleza, pues nunca vimos un caballero más hermoso que él, ni mejor, que sepamos.

—Tampoco yo.

Luego, llama a todas las damas y doncellas y les dice:

—Señoras, tenéis que elegir al mejor caballero de todos y después a los doce siguientes, que para eso se os puso en este lugar. Os ruego que penséis a quién le vais a conceder este honor.

Le contestan que el caballero del escudo atravesado ha vencido a todos y que lo pueden elegir a él; se lo dicen a la doncella, de común acuerdo, y ella coincide en todo.

Luego, vuelven otra vez a las ventanas y contemplan cómo huyen los que combatían contra el castillo, pues Boores los había acosado de tal forma que no les queda otro remedio; los que estaban a su lado, siguiendo su ejemplo, habían hecho prisioneros a más de cuarenta. En la persecución un caballero golpeó al caballo de Boores en el cuerpo, haciéndolo caer muerto. Boores saltó rápidamente con la espada desenvainada y el escudo levantado; intenta alcanzar al caballero, pero éste huye tan rápido como puede su caballo. El rey Brandegorre, que lo había seguido durante todo el día para retenerlo, desmontó tan pronto como lo vio a pie, entregándole su caballo y diciéndole:

—Tomad, señor caballero, pues ciertamente os lo habéis merecido.

Boores acepta y monta, dejando al rey a pie, pues no pensaba que fuera el rey, aunque le dio mucho las gracias; luego, fue tras los otros. El rey volvió a montar

rápidamente y regresó a la tribuna donde estaban las doncellas, para decirles que bajaran, y ellas así lo hicieron.

Mientras tanto, regresaron los que habían ido a la persecución con Boores, al que le mostraban tan gran alegría que le hacían sentir vergüenza y le pesaba más que le agradaba. De este modo lo llevan a las tribunas. El rey les pide a las doncellas que elijan al que lo ha hecho mejor según su parecer. De común acuerdo aceptan a Boores y después escogen a los doce mejores que habían visto. Empieza la alegría y la fiesta, hermosa de ver; las doncellas desarman a Boores y le lavan el cuello y el rostro, porque las armas se lo habían manchado un poco. La hija del rey hizo que le trajeran un rico vestido de jamete rojo, forrado de armiño e hizo que se lo pusiera a la fuerza. El rey ordena que coloquen las mesas en el campo, y así se hace; luego ordena que planten dos ricos pabellones junto a un pino. En uno de ellos pusieron el trono de oro y la mesa de los doce pares; en el otro, la mesa del rey, en la que comió éste con sus caballeros más ancianos; hicieron colocar los pabellones por el gran calor que hacía.

Llevaron a Boores al pabellón y lo sentaron en el trono de oro; éste tenía tal vergüenza que se ruborizó completamente y estaba mucho más hermoso. Empezaron a traer manjares de todo tipo; los doce pares sirvieron de rodillas a Boores el primer plato y, luego, fueron a sentarse a su mesa. Las damas le sirven el segundo plato y el rey y sus caballeros le sirvieron el tercero; las doncellas se ocuparon de todos los demás y la hija del rey le sirvió el último, que eran especias.

Cuando quitaron las mesas empezaron los bailes en el campo; no hay ninguna que no se haya engalanado con la mayor riqueza que podía. Eran más de cien doncellas, algunas muy hermosas, pero entre todas destacaba la hija del rey por su belleza y elegancia; todos afirman que nunca había nacido una cosa tan bella, salvo la hija del Rey Pescador.

CXIX

Después de comer, el rey se pone en pie y le dice a Boores:

—Señor, la grandeza de vuestro valor y de vuestra valentía os han llevado al lugar de haber sido elegido el mejor de todos los que han participado en este torneo; no es pequeña honra, sino grande, pues habéis ganado tanto que podéis tomar a la más hermosa de estas doncellas para vos, con todo honor y con toda la riqueza que tenga. Pero, además, podéis hacer otra cosa, ya que podéis conceder a cada uno de estos doce caballeros que están ante vos las doce doncellas que queráis.

—Señor —le pregunta Boores al rey—, ¿es ésa una costumbre que se tenga que hacer a la fuerza?

—Sí, así lo hizo mi padre durante toda su vida y yo no quiero abandonar el hábito.

—Señor, y si el caballero no quiere tomar mujer, ¿qué ocurrirá?

—Por mi fe, queda libre, pero tiene que cumplir su obligación con los doce caballeros.

—Ciertamente si no escoge bien a las doncellas recibirá afrentas a la vez que las jóvenes tendrán daño.

—Lo puede hacer tomando consejo de otros y así no será censurado.

—Señor, entonces os pido y os conjuro, por vuestra dignidad, que lo hagáis vos y que le asignéis a cada una un caballero de acuerdo con su linaje.

El rey se lo concede, llama a diez de sus caballeros y le dice a Boores:

—Señor, ahora podéis escoger el primero, pues os toca a vos.

—Buen señor, si pudiera ser, habría pedido consejo, pero estoy en una búsqueda: no puedo tomar mujer antes de haber concluido mi labor.

—Ella os esperará hasta que volváis.

—Señor, por Dios, no lo toméis como desprecio, pues no lo dejo por nada distinto a lo que os he dicho: que no os pese.

El rey le contesta que no lo toma a mal, «pero podéis decir cuáles serán las entregadas a los caballeros».

—Señor, vos conocéis a todos estos caballeros, según pienso, y también a las doncellas: concededlas vos, tal como es justo; sólo prohíbo que la doncella que me dio este vestido sea concedida a ningún caballero, pues sólo uno merece su gran belleza.

El rey acepta su voluntad y elige a las doce doncellas y a los doce caballeros, dándole a cada cual la suya. Cuando la hija del rey ve que no obtiene lo que pensaba, siente gran pesar, pero no se atreve a demostrarlo y se pregunta admirada por qué el caballero no la había tomado; lo mismo hacen todos los demás. Las doncellas se dicen unas a otras que este caballero debería llamarse el «Bello Malvado», ya que no ha querido quedarse con la cosa más hermosa del mundo. «Maldita sea la hora en que un

caballero tan hermoso fue tan valiente, siendo tan malvado».

Luego se acerca la doncella a la Mesa de los Doce Pares y le dice al primer caballero:

—Señor, ya os he servido. Si queréis, me gustaría saber qué recompensa me vais a dar.

Éste, admirado por la gran belleza de la doncella le responde ante todos:

—Doncella, por vos no combatiré durante un año contra ningún caballero sin ir con la pierna derecha sobre el cuello del caballo, y de cuantos consiga vencer durante ese plazo, os enviaré las cotas y las armaduras; os lo prometo lealmente.

Este caballero se llamaba Calcas el Pequeño.

—Y vos, señor —le pregunta al que estaba sentado a su lado—, ¿qué galardón me daréis por mi servicio?

—Doncella, será tal que a la entrada del primer bosque al que llegue haré plantar mi pabellón y permaneceré allí hasta que haya vencido a diez caballeros o sea derrotado; si los venzo recibiréis sus caballos.

Este caballero se llamaba Sabilor de las Duras Manos. De esta forma hablan los dos primeros. El tercero dice que no entrará en castillo ni en casa antes de haber derrotado a seis caballeros, «si venzo, tendréis sus yelmos». Este caballero era Arfusat el Gordo; después de hablar así, guarda silencio.

El cuarto dice que no se acostará con doncella, cuerpo con cuerpo, hasta haber vencido a tres caballeros, o hasta haber sido derrotado, «y si los venzo, doncella, tendréis sus espadas». Se llamaba Sarduc el Rubio.

El quinto dice que durante un año combatirá contra todos los caballeros que encuentre con alguna doncella, hasta conquistar a la doncella o ser vencido, «y a cuantas pueda conquistar os las enviaré aquí a que os sirvan». Este caballero se llamaba Malliés de la Espina.

El sexto dijo que no vencería a ningún caballero al que no le cortara la cabeza, o sería derrotado, «doncella, os enviaré la cabeza de todos los que derrote durante un mes». Éste se llamaba Agoier el Felón.

Luego, el séptimo dijo que a cuantas doncellas encontrara acompañadas de caballero las besaría a la fuerza a no ser que fuera derrotado. Era Patridés del Cerco de Oro. El octavo dijo que cabalgaría durante un mes sólo con la camisa y el yelmo a la cabeza, el escudo al cuello, la lanza en la mano y la espada al costado, «y combatiré contra todos los caballeros que encuentre, y os enviaré los caballos de todos los que derribe». Era Melidún el Agradable.

Luego dijo el noveno:

—Doncella, por vos iré al Vado del Bosque y lo guardaré impidiendo que ningún caballero abreve allí a su caballo, sin combatir con él; de todos los que venza os enviaré los escudos, doncella.

Éste era Garengaus el Fuerte.

Tras él, el décimo dijo que no cesaría de cabalgar hasta que hubiera encontrado a la doncella más hermosa de todas, «y sabed que esté donde esté, la tomaré; si alguien intenta impedírmelo, combatiré hasta conquistarla, o seré derrotado; si la puedo conseguir, os la traeré para que os sirva». Este caballero tenía por nombre Malquín el Galés.

Después dijo el undécimo:

—Doncella, por vos sólo vestiré mi camisa, de entre todos los vestidos que tengo, y llevaré el ceñidor y el velo de mi amiga en la cabeza, lo mejor puesto que pueda; además sólo llevaré lanza y escudo y cabalgaré de tal forma hasta que haya derrotado a diez caballeros, o ellos a mí; a todos los que derribe os los enviaré. Este caballero se llamaba Agricol el Donoso Hablador.

Luego habló el duodécimo:

—Doncella, por vos aseguro delante de todos los presentes que durante un año no montaré caballo que tenga freno o cabestro, sino que dejaré ir a mi montura por donde quiera y no le marcaré vía ni camino; combatiré contra todos los caballeros que encuentre, si no son más de tres, y lucharé a ultranza; os enviaré los cinturones, las limosneras y los broches de todos los vencidos.

Este caballero se llamaba el Feo Atrevido.

Cuando dejaron de hablar los doce caballeros, la doncella se acercó a Boores y le preguntó:

—Señor, ¿qué galardón debo esperar de vos?

—Doncella, en cualquier lugar en que yo esté libre y con toda mi fuerza podréis tomarme como caballero vuestro y acudir a mí para que defienda vuestros derechos. Y aún más: sabed que cuando haya concluido mi búsqueda, no cejaré hasta que vea a la reina Ginebra y por vuestro amor la apresaré aunque vaya protegida por cuatro caballeros, siempre que Lanzarote del Lago no esté entre ellos; si estuviera, no me enfréntate con él, pues sería gran locura.

—Señor, muchas gracias.

La doncella se retira y vuelven los bailes y las danzas que duran hasta la noche, hasta que el rey se va de las tiendas y se dirige al castillo, a su salón mejor; Boores se acuesta en una hermosa alfombra completamente solo, y el rey se acuesta en otra; después lo hacen todos los demás pero la hija del rey no se encuentra a gusto, pues le han contado la respuesta que Boores ha dado a su padre, y está muy dolida; le pregunta a su aya qué debe hacer.

El aya era una señora vieja, que conocía encantamientos y sortilegios en abundancia; cuando vio a su doncella que le pedía consejo, le pregunta qué le pasa, a lo que le contesta que no tiene lo que querría, «y tendré que aguantarme aunque ello me provoque la muerte».

—¿La muerte? Sí que sería una cosa grande. ¿Por qué moriríais mientras yo siga viva?

Decidme qué os pasa, pues no hay nada en el mundo que pudiendo ser resuelto por una mujer, no lo pueda hacer yo.

—Señora, no me atrevería a decíroslo.

—Hacedlo con toda tranquilidad, pues no descubriré nada que me digáis, si no lo deseáis, por mi cabeza.

—Señora —responde la doncella llorando con amargura—, si me aseguráis que me ayudaréis y después no lo hacéis, me habréis empujado a la muerte, pues me mataré si me falta vuestra ayuda; preferiría morir a seguir mucho tiempo con tal sufrimiento.

—Buena hija, me habéis encontrado dispuesta y leal en todas vuestras necesidades. No os fallaré por nada; decidme qué os pasa; si estáis enamorada por amor, os puedo ayudar más que ninguna dama del mundo.

—Por amor, amo —le contesta la doncella cuando puede hablar—; ninguna doncella amó tanto, y así se verá en breve, pues si me rechaza el que yo amo, me daré la muerte con las dos manos.

—¿Quién es al que amáis?

—Es el caballero más hermoso y mejor de cuantos he visto, al que en mala hora vi, si no es más cortés de lo que se me ha dicho; es el vencedor del torneo. Es mi cuerpo y mi corazón, mi pérdida y mi ganancia, mi dolor y mi alegría, mi mal y mi bien, mi riqueza y mi pobreza, mi Dios y mi fe, mi vida y mi muerte, y mi espíritu. Si me falla no deseo seguir viviendo.

—Decidme, ¿estáis dispuesta a abandonar ese amor de alguna forma?

—Por Dios, no, pues lo amo tanto que aunque yo estuviera en una alta torre de cien toisas y él al pie de la misma, me atrevería a saltar sobre él, pues el señor de todas las cosas terrenas, es decir Amor, me protegería y no recibiría ningún daño. Si alguna vez habéis tenido compasión de alguna doncella, tenedla ahora de mí o no esperéis más que la muerte.

—Id a acostaros, y ved este anillo que le entregaré de vuestra parte: tiene la virtud de hacer que os ame, quiera o no; yo os ayudaré con todas mis fuerzas, y haré que venga a vuestro alojamiento.

—Señora, no os burléis de mí, pues me daríais la muerte.

—No lo hago.

La doncella va a acostarse muy contenta por la promesa y muy preocupada porque piensa que no lo conseguirá. El aya toma un manto, se lo abrocha y se dirige a la habitación en la que Boores estaba acostado, que todavía no se había dormido por el cansancio de las armas; se veía bastante claro por cuatro velas que estaban encendidas; el aya le dice:

—Señor, buena noche os dé Dios.

—Señora, sed bienvenida. ¿Qué motivo os trae aquí a esta hora?

—Señor, me envía mi señora, la hija del rey Brandegorre, que os hace saber que se

queja mucho de vos, pues os honró bastante; en cambio, vos le habéis faltado en dos cosas: por eso se queja a vos mismo.

—Señora, por Dios, decidme cómo.

—Con gusto. Este torneo fue convocado en gran medida para casarla y se estableció que el que venciera la tomaría por mujer y sería el señor de esta tierra. Vos fuisteis el vencedor: así pues, debíais tomarla, según las condiciones que se establecieron. Al no hacerlo, no se podría decir que no le cometierais injusticia y afrenta, y por eso se queja. Por otra parte, le habéis causado graves males, porque ya está en edad de haberse casado; al casar a los demás, si hubierais sido cortés, ella no debería haber sido olvidada, pues era más hermosa que ninguna de las otras, y valía más: le parece que debería haber sido asignada la primera; ya que no ha sido así, piensa que debe estar enfadada con vos y no con ningún otro. Esos son los daños que le habéis causado sin que ella se los mereciera. A pesar de todo, no deja de enviaros un anillo suyo y os ruega que lo llevéis a partir de ahora, para que de vez en cuando os acordéis de ella y de vuestras malas obras.

Boores toma el anillo y se lo pone en el dedo; tan pronto como se lo puso todo el corazón se le muda de forma increíble, pues si antes era de naturaleza fría y virgen en voluntad y en obra, ahora es todo lo contrario; se siente mal por lo que la dama le ha dicho.

—Señora, por Dios, ¿podría conseguir el perdón por mi error? Verdaderamente me he equivocado con ella y os pido merced, haced lo posible para que la doncella se reconcilie conmigo y tome de mí una venganza tan elevada como quiera.

—Por mi fe, lo mejor que se me ocurre es que vayáis vos mismo a pedirle perdón y que os pongáis a su servicio en todo.

—Señora, no hay nada en todo el mundo que yo no hiciera por reconciliarme con ella.

—No sé otra cosa, sino que os pongáis a su servicio; yo os llevaré adonde está.

Boores se viste la camisa y las calzas y toma un manto, se lo pone al cuello y va tras la vieja. Ella lo lleva a la habitación de la doncella, que ya se había acostado, pero al verlo venir se sienta en la cama. Se veía muy bien; Boores se arrodilla ante ella y le dice:

—Doncella vengo a recompensaros por el daño que os he hecho, si es que mi poder es tan grande como para pagar la recompensa que debo: tomad la venganza que queráis.

Decía esto entre sollozos, pues se había visto mudado de tal forma por el anillo que llevaba, y su sentido había cambiado completamente. Le tiende el faldón del manto como paga y la doncella lo recibe, diciéndole:

—Señor, ya que os ponéis a mi merced en todo, sería demasiado villana si no tuviera compasión y piedad de vos: os lo perdono.

—Señor caballero —le dice entonces el aya—, me tendréis que pagar la recompensa a

mí.

—Señora, con mucho gusto.

—Os ordeno, pues, si en algo estimáis vuestro cuerpo que os quedéis ahora con ella. Vos, doncella, no lo rechazéis; recibidlo como vuestro que es y como suya que sois.

Los junta y luego se marcha cerrando la habitación con ellos.

De esta forma quedan juntos los jóvenes vírgenes, el hijo de rey y la hija de reina y rey. Lo que no habían aprendido hasta entonces se lo enseña la naturaleza: se acercan tan carnalmente que las flores de la virginidad se derraman entre ellos: en esta unión obró la gracia de Dios y la voluntad divina, de forma que la doncella concibió a Helaín el Blanco, que después fue emperador de Constantinopla y superó en virtudes a Alejandro, tal como cuenta la historia de su vida y aquí mismo, más adelante habla éste libro en la Búsqueda del Grial. Como esta unión fue debida a la ignorancia de los niños, aunque con pecado, Dios, que tuvo compasión, no admitió que su virginidad hubiera sido perdida de aquella forma y no permitió que de los dos troncos tan jóvenes descendiera en aquel tiempo un árbol más poderoso. Y de la misma manera que el campesino sólo puede darle la forma a su viña, así ocurre también cuando el hombre yace con la mujer y se une a ella con buena intención y buena voluntad, que debido a su unión, la semilla crece en el vientre de la mujer hasta que tiene huesos, carne y sangre y se le forma el cuerpo —pero es el Alto Señor el que añade el resto, que es el fruto—, por eso no pudieron los dos niños dar más que la forma y el Alto Señor puso el fruto y el espíritu. El diablo se alegró mucho porque pensó tenerlos atados, pero después se dio cuenta de su equivocación. E incluso la Dama del Lago, que lo supo bastante pronto gracias a sus augurios, se quedó sorprendida y decía que no sabía qué pensar, «pues creía —decía la Dama—, que Boores debía ser virgen toda su vida». Se entristeció bastante cuando lo supo, pues el mismo Boores había pensado ser virgen todos los días de su vida.

De ese modo estuvo con la doncella durante toda la noche, hasta que el aya volvió a ellos; hizo que Boores regresara a su cama. El joven estaba muy contento y se frotaba las manos, hasta que de pronto el anillo, que le quedaba un poco grande, se le cayó y se le perdió en la cama. Entonces se dio cuenta de que había sido engañado; lo sintió mucho y resistió hasta que llegó el día, en que se levantó para ir a oír misa. Después, tomó las armas y se despidió del rey. Su amiga se lo lleva a una habitación y le dice:

—Señor, bien sabéis lo ocurrido entre nosotros, y queréis iros. Como no sabemos qué ocurrirá cuando regreséis, quiero que llevéis este broche mío y os ruego que lo llevéis a vuestro cuello por mi amor. Regresad dentro de medio año y si por la voluntad de Dios me hubierais dejado embarazada, querría que atestiguarais que el niño es vuestro y que se conociera nuestra falta por vos.

Boores se pone al cuello el broche y le dice que regresará en el término fijado, si puede; se marcha y deja a la doncella muy triste; monta y cabalga solo, pues su escudero

había sido herido en el torneo y tuvo que quedarse. Él se marcha sin esperar más.

Cabalgó hasta la hora de prima en que llegó a la entrada de un bosque llamado Gloevén; cuando iba a entrar en él, mira y ve a la doncella de Honguefort acompañada por su mesnada. Se queda sorprendido al ver que todos llevan el vestido al revés y que les han cortado las crines y la cola a los caballos. Por la sorpresa se detiene y espera hasta que llegan cerca de él; entonces los saluda y le devuelven el saludo. La doncella se adelanta después de saludarlo y le dice:

—Señor, por Dios, ¿podríais darme noticias de un caballero que lleva un escudo blanco con armas blancas?

La doncella iba tan cubierta que Boores no pudo reconocerla.

—¿Por qué lo preguntáis, doncella?

—Señor, porque querría haberlo encontrado ya.

A continuación, le cuenta todo, tal como habéis oído más arriba, hasta que Boores se da cuenta de que lo va buscando a él. Pero por la tristeza que siente por la muerte del senescal, no quiere darse a conocer, y contesta.

—Doncella, no conozco a ningún caballero que lleve escudo blanco.

—Por Dios, señor, lo siento profundamente.

Boores no dice nada más, y se pone en marcha tras encomendarla a Dios. Cabalga de este modo hasta la hora de tercia en que llega al final del bosque; gira a la derecha, hacia un viejo camino antiguo; no tardó mucho en llegar a un río ancho y profundo, pero no encuentra ni puente, ni vado, ni ningún otro paso. Mira al otro lado del río y ve un castillo pequeño muy bien asentado, rodeado por todas partes de murallas almenadas. Contempla el castillo durante un buen rato, pues su aspecto le agrada mucho a la vista; luego, sigue el curso del río en busca de algún puente o vado, pero es en vano; cuando ve que no va a poder pasar, no sabe qué hacer, pues no desearía volver atrás.

En esto ve salir del castillo a una doncella que sólo tenía puesta la camisa; se la llevaban tres villanos de forma muy vil, armados con hachas; ella gritaba lo más alto que podía por la afrenta y los insultos que le hacían, pues la iban golpeando a lo largo del río. Cuando la doncella vio al caballero al otro lado, empieza a gritarle:

—Ay, gentil caballero, socorred a esta doncella a la que quieren darle muerte estos malvados. Ay, noble hombre, no me dejéis morir, si es que alguna vez habéis tenido piedad de alguna gentil doncella.

Al oír que le suplica de esta forma tan digna de piedad, no sabe qué hacer, pues le ayudaría si pudiera, pero ve el río que es negro y profundo, y tan peligroso que piensa que se ahogará si entra en él; por otra parte, ve a la doncella suplicándole compasión con tanta fuerza. Siente tal piedad que abandona todo miedo y hace el signo de la cruz en medio de la cara, embraza el escudo, pica espuelas al caballo y se mete en el río. El caballo era fuerte y empieza a nadar al perder pie, llevándolo al otro lado del cauce con

cierto esfuerzo, después de que bebieron agua uno y otro: si el caballo no hubiera sido tan bueno se hubieran ahogado los dos, porque el caballero era pesado por las armas que vestía.

Al llegar a la otra orilla del río no descabalgó, sino que corrió hacia los que tenían a la doncella, golpeando al primero que alcanza, y metiéndole la lanza por el cuerpo lo derriba a tierra; mientras tanto, los demás huyen de inmediato porque estaban desarmados. La doncella, que se ve libre, se arrodilla ante Boores y le dice:

—Noble caballero, sed bendecido por Dios, pues me habéis rescatado de la muerte; Dios sea adorado, porque os trajo hacia esta parte, pues de lo contrario estos malvados me hubieran dado la muerte.

—Doncella, ¿por qué?

—Señor, os lo diré, pero cuando me hayáis puesto a salvo.

—¿Cómo? ¿Tenéis miedo?

—No me encontraré tranquila mientras sepa que el señor del castillo está ahí dentro, pues es el caballero más felón y más traidor del mundo.

Mientras hablaban de este modo, ven salir del castillo a un caballero que al divisar a Boores le grita:

—Señor caballero, ¡dejad a la doncella, pues no os la llevaréis! Por mi cabeza, en mala hora la rescatasteis.

Corre hacia él con la lanza bajada; Boores retira la suya del cuerpo del que había matado; deja que el caballo corra y golpea con gran fuerza, derribándolo al suelo tan aturdido que no puede volver a levantarse, sino que queda desmayado, pues tuvo tan mala caída que poco faltó para que se le rompiera la caña del cuello. Boores le pasa con el caballo por encima del cuerpo hasta que le rompe los huesos. La doncella se pone más contenta que nada y le dice a Boores:

—Señor, ya no tenemos que preocuparnos de nada, pues no creo que ahí dentro hubiera más que este caballero; ahora os puedo contar tranquilamente lo que me preguntasteis no hace mucho.

—Decidme.

—Señor, esta mañana íbamos cabalgando yo y un caballero que era mi amigo y pasamos por este castillo; cuando me vio el hermano de éste al que habéis derribado, quiso tomarme por la fuerza, pues durante mucho tiempo me había amado; me sujetó el freno y quiso llevarme contra mi voluntad, pero mi amigo combatió contra él hasta que le dio muerte. Cuando éste que aquí está vio a su hermano muerto hizo que villanos y gentes diversas apresaran a la fuerza a mi amigo, y lo mató en venganza por su hermano. Pero de mí, por quien su hermano había muerto, dijo que se vengaría sin tocarme; ordenó que me prendieran esos malhechores a los que visteis y les ordenó que me ahogaran, «pues —dijo— no quiero que muera por las armas»; me llevaban, tal como visteis, a darme la muerte cuando acudisteis en mi socorro por la voluntad de Dios y

por la vuestra. Ya os he contado lo ocurrido; a partir de ahora querría, si es ésa vuestra voluntad, que me llevarais a salvo a un castillo mío que hay cerca de aquí.

—Con mucho gusto.

La toma por los brazos y la monta delante de él sobre el cuello del caballo; se echa el escudo a la espalda y se dirige hacia donde la doncella le indica, hasta que después de la hora de mediodía ven un hermoso castillo en una colina; alcanzan a dos escuderos que salían de una espesura y que llevaban cargadas de caza sus monturas.

Al ver a la doncella descabalgan y le muestran gran alegría, como a su dama que era, pero se admiran cuando la ven llorar, y le preguntan qué le ocurre. Les explica cómo había muerto su amigo, «y yo misma hubiera sido muerta, de no ser por este noble caballero que generosamente me rescató y se arriesgó a morir por salvar mi vida». A continuación habla a solas con uno de los escuderos, que al punto descarga la caza y se la da a su compañero para que la lleve, y se dirige al castillo tan rápidamente como puede su rocín. Boores le pregunta a la doncella el nombre del castillo en el que había muerto su amigo.

—Señor, se llama Galedón y el río por el que pasasteis recibe el nombre de Galede.

Hablan de este modo hasta que llegan al castillo, que Boores ve bien asentado y fuerte. Cuando empiezan a subir la colina ven salir de dentro damas y doncellas en abundancia, que bailan y danzan, y juegan a distintos juegos; se habían engalanado y vestido con riqueza, y llegaban acompañadas por diez caballeros que daban grandes muestras de alegría; al ver a Boores, gritan todos a la vez:

—¡Sed bienvenido, señor, pues habéis liberado a nuestra señora de la muerte y la habéis rescatado de las manos de sus enemigos!

Luego hacen que la dama descabalgue y también que desmonte Boores: nadie podría contar la alegría que mostraron.

Llevan a Boores en medio de tal alegría y de tal fiesta hasta el salón del castillo, lo desarman, de grado o a la fuerza y él lo acepta contra su voluntad, pues todavía no era la hora de buscar alojamiento. De esta forma se quedó Boores allí, y le hicieron grandes honras entre todos. Después de comer, la doncella le pregunta a Boores cómo se llama y él le contesta que Boores el Desterrado.

—Y vos, doncella, ¿cuál es vuestro nombre?

—Señor, me llamo Blevine de Glocedún, que así se llama el castillo en el que estamos.

Mientras hablaban de este modo entra un escudero y se arrodilla ante la doncella:

—Señora, os saluda vuestra prima la doncella de Honguefort y os hace saber que viene a albergarse a vuestra casa.

Al oír estas palabras se pone en pie tan alegre y tan contenta que sería imposible más y le pregunta al criado que dónde está.

—Señora, a menos de media legua de aquí.

Ordena que ensillen el caballo y dice que irá a su encuentro; monta con seis caballeros y deja a cuatro haciendo compañía a Boores; y sale de allí. Pero Boores, que ha oído las noticias de la doncella de Honguefort, no sabe qué hacer, pues si se queda allí, sin duda lo reconocerá, cosa que no querría de ninguna manera: durante un largo rato se queda meditando en esto.

Después de un rato se pone en pie y pide que le traigan rápidamente sus armas.

—Señor— le preguntan los que estaban con él—, ¿qué queréis hacer?

—Voy a ir a distraerme un poco en ese bosquecillo, regresaré pronto.

No se atreven a rechazar su orden, le traen las armas y él las toma; después de armarse monta en su caballo y se aleja por un postigo que daba hacia el bosque, sin permitir que nadie le hiciera compañía. Cuando ya estaba algo distante del castillo gira hacia la derecha, dirigiéndose a un bosque que ve alto y espeso y se va a él picando espuelas; se mete en el bosque y cabalga hasta que anochece; entonces presta atención y oye tocar una campana, que es de una ermita sin lugar a dudas: va hacia allí y descabalga a la puerta, llama y el ermitaño le abre, recibéndolo con buena cara, desarmándolo él mismo y recogiendo hierba para el caballo y para hacerle la cama al caballero.

Boores se queda de este modo con el ermitaño, mientras que la doncella de Glocedún había salido al encuentro de la de Honguefort; éstas se saludan, pero la de Glocedún se sorprende al ver a su prima y a toda su mesnada en tal estado: le pregunta el motivo y le cuenta de principio a fin lo ocurrido, diciéndole que no dejará de cabalgar hasta haber encontrado al caballero, «y tened por seguro, bella prima, que es el caballero más hermoso y mejor de cuantos he visto, y eso que sólo es un joven muchacho; tengo tal dolor al recordar la villanía que le hice, que falta poco para que el corazón se me parta en el vientre».

—Por Dios, bella prima, si fue aquella una hermosa aventura, no menos bella es la que me ha ocurrido hoy.

Le cuenta todo tal como le había ocurrido, diciéndole que le había dado alojamiento al caballero; «tened por seguro que es el caballero más hermoso de cuantos he visto y es extraordinariamente joven»; se lo describe, le dice qué aspecto tiene, la altura, su constitución, hasta que a la doncella de Honguefort le parece que es el caballero al que va buscando, y le tarda mucho verlo.

Cabalgan hasta el castillo y desmontan entre grandes honores y con gran alegría de los del lugar. Luego suben al salón; la doncella del castillo pregunta por su huésped.

—Por nuestra fe —le contestan sus caballeros—, acaba de marcharse del castillo completamente armado, pero nos dijo que regresaría pronto; no permitió por nada que le acompañáramos.

—¿Hacia dónde se fue?

—Señora, hacia el bosquecillo.

—Rápido, montad e id tras él, y traédnoslo.

Al punto montan los diez caballeros y van al bosquecillo, lo buscan por arriba y por abajo, pero es en vano, y se sienten tristes y dolidos; y le hacen saber a su señora que no lo encuentran.

—Por Dios —responde ésta—, no quedará así.

Monta con toda su mesnada y ordena que busquen por todas partes en el bosque, y cumplen sus órdenes, pero de nada vale pues no obtienen ningún resultado.

Al verlo, la doncella de Glocedún regresa a su castillo triste y pesarosa, y le cuenta a la de Honguefort cómo se había ido su huésped; luego les pregunta a los de allí:

—Buenos señores, ¿cuándo se marchó?

—Señora, tan pronto, como vio que os ibais y dijo que regresaría de inmediato.

—Por mi fe se ha burlado de nosotros.

La doncella de Honguefort pregunta entonces qué armas llevaba, y la del castillo se las describe:

—Por Dios, lo encontré esta mañana a la entrada de un bosque, pero no llevaba un escudo como el que yo deseo.

—Bella prima —le contesta la doncella del castillo—, puede haberlo cambiado; pienso que es el mismo al que vais buscando: os ruego que me permitáis ir con vos hasta que lo encontremos y entonces sabré el motivo por el que abandonó mi alojamiento en tal hora.

—Me parece muy bien que vengáis —le contesta la de Honguefort—, pues que así lo queréis.

De este modo pasaron la noche allí y, por la mañana, tan pronto como vieron el día, se levantaron y se marcharon del castillo, iniciando la búsqueda de su caballero.

Pero ahora la historia deja de hablar de ellas y de Boores y vuelve a hablar de Lanzarote, que acaba de entrar en el bosque de Sarpenic, tal como la historia contó más arriba.

CXX

Cuenta ahora la historia que hacía gran calor el día que Lanzarote entró en el bosque de Sarpenic, y a pesar de todo no dejó de cabalgar hasta la hora de nona. No se encontró a nadie hasta la hora de vísperas; entonces, cuando iba a salir del bosque que le había durado todo el día, se encontró con una doncella que se lamentaba profundamente y montaba un palafrén negro de ricos arneses y elegante silla hecha en Inglaterra. Saluda a la doncella y ella a él.

—Doncella, decidme si os place, ¿por qué lloráis?

—Señor, si pensara obtener algún beneficio de ello os lo diría.

—No tendréis daño, por Dios, pero decídmelo a cambio de que si os puedo ayudar a que os aliviéis, lo haré con todas mis fuerzas.

—Por Dios, señor, entonces os lo voy a decir. Meleagant, el hijo del rey Bandemagus, fue a la corte del rey Arturo a conquistar a la reina Ginebra, si podía; mientras tanto, una doncella hermana suya, sacó a Lanzarote de la torre en la que Meleagant lo había metido prisionero, no sé por qué. Después de dejarlo en libertad, lo tuvo a su lado hasta que sanó, pues había padecido mucho en la prisión y luego lo envió a la corte del rey Arturo donde le dio muerte a Meleagant, según sabemos con certeza. Tan pronto como los familiares supieron que ella había sacado a Lanzarote de la prisión, dijeron que lo había hecho para darle la muerte a Meleagant; la apresaron a la fuerza, acusándola de la muerte y diciéndole que si no encontraba defensor harían tal justicia con ella como se debe hacer con quien mata a su hermano. Contestó que encontraría quien la defendiera: se fijó plazo para que llevara un caballero en su defensa; ha ido a muchos sitios, pero sin encontrar a nadie que se atreviera a tomar las armas por ella frente a su acusador. El plazo va a cumplir hoy; la doncella no ha encontrado ningún defensor y por eso dicen todos que es culpable del delito del que se le acusa: me parece que la han condenado a arder mañana; al acordarme de ella me he echado a llorar, pues ciertamente era una de las doncellas más corteses del mundo y de mayor valía.

—Decidme, doncella, si encontrara mañana quien la defendiera, ¿no quedaría libre de la condena?

—Señor, no lo sé.

—¿Está lejos de aquí?

—Señor, no hay más que seis leguas inglesas. Si os levantarais mañana temprano llegaríais antes de la hora de prima.

—¿Dónde la podré encontrar?

—En el castillo de Floegs; este camino os lleva derecho allí, si lo seguís.

—Ahora os encomiendo a Dios, doncella.

Lanzarote se marcha a continuación y la doncella se aleja con su llanto. Cabalga Lanzarote hasta salir del bosque; delante de su camino encuentra una casa de religión y se dirige hacia allí para alojarse. Ante la puerta hay cuatro frailes que habían cumplido con las horas y habían salido fuera a tomar el fresco; se ponen en pie al verlo llegar para ayudarlo a desmontar y le dan la bienvenida; le hacen entrar y le preguntan si ha cenado, a lo que contesta que no; rápidamente hacen poner la mesa, aunque Lanzarote advierte que no cenará hasta después de haber ido a la iglesia, pues no había estado en todo el día. Entra en la iglesia a rezar y al arrodillarse mira a la derecha y ve unas rejas de plata labradas con gran riqueza, con florecillas de oro, pájaros y animales; al otro lado de la reja había cinco caballeros armados, con el yelmo a la cabeza, las espadas en la mano y dispuestos a defenderse como si fueran a atacarlos. Lanzarote se queda sorprendido; se pone en pie y se dirige hacia aquella parte, saluda a los caballeros y le dan la bienvenida. Pasa la reja por una puertecilla y la contempla por la riqueza que hay en ella, pensando que ningún rey podría hacer una comparable; luego ve junto a los caballeros la tumba más rica que se ha hecho por nadie, pues era toda de oro puro con caras piedras preciosas de más valor que un gran reino. Y aunque la tumba era de gran belleza, en modo alguno es comparable con la riqueza que tenía y además era la mayor tumba que Lanzarote había visto en su vida: se admira y se pregunta quién será el príncipe que hay enterrado en ella.

Les pregunta a los caballeros que están allí:

—Señor —le contestan—, guardamos el cuerpo que está en esta tumba, para que no sea sacado de aquí dentro; cinco lo guardamos de día y por la noche hacen otros cinco el mismo servicio que nosotros hacemos durante el día.

—¿Por qué teméis que se lo lleven?

—Señor, porque uno de los frailes de aquí, que es hombre valioso y de santa vida, nos dijo no hace mucho que vendría un caballero que lo sacaría de aquí a la fuerza y se lo llevaría de esta tierra. Nosotros, que somos de esta tierra, preferiríamos morir a que se nos lo llevaran: por eso lo guardamos tal como veis, pues el santo hombre nos dijo que no tardaría mucho en venir el caballero.

—Decidme, ¿no fue a un alto príncipe al que se le hizo esta sepultura?

—Señor, fue alto hombre y rico; y también fue el hombre más valiente de cuantos existieron en su tiempo.

—Dios, ¿quién fue?

—Señor, si sabéis leer, lo podréis saber, pues su nombre está escrito en la cabecera de aquella losa.

Lanzarote se dirige hacia donde le han dicho y mira las letras: «Aquí yace Galahot, el hijo de la Jayana, señor de las Lejanas Islas, que murió por el amor de Lanzarote». Al ver esto, cae desmayado y yace en el suelo durante un gran rato; los caballeros corren a levantarlo y se preguntan admirados quién será. Al volver en sí, exclama:

—¡Desdichado de mí! ¡Qué dolor y qué daño!

Luego, se golpea los puños, se araña el rostro, haciendo salir la sangre por todas partes, se tira de los cabellos y se da grandes golpes con el puño en la frente y en el pecho, mientras grita con tanta fuerza que no hay quien no se compadezca de él; se censura y maldice la hora en que nació:

—¡Ay, Dios! ¡Qué daño, qué pérdida la del hombre más valiente del mundo que ha muerto por el caballero más vil y por el más malvado de cuantos han sido!

Las lamentaciones de Lanzarote son tan grandes que todos los de allí acuden a verlo; admirados, le preguntan quién es, pero no puede contestar una palabra, sino que grita sin cesar, se debate y se araña. Al cabo de un buen rato lee las letras que dicen que por él ha muerto Galahot; entonces, dice que sería demasiado malvado si no muriera también por él: se pone en pie y atraviesa la reja pensando ir en busca de su espada para darse la muerte, pues aquella misma espada había sido de Galahot. Al salir de la iglesia se encontró con una de las doncellas del Lago, la que había hablado con Boores ante el castillo de Honguefort, lo reconoció y sujetándolo por el faldón de la cota, lo detiene.

—¿Qué ocurre? ¿A dónde vais así?

—Doncella, dejad que ponga fin a mi dolor, pues nunca tendré alegría ni reposo en este mundo.

—Contádmelo.

Lanzarote no le dice nada, sino que se lanza al otro lado, escapándosele de las manos. Cuando lo ve marchar, le grita:

—Os prohíbo, por la cosa que más queráis en el mundo, que sigáis adelante hasta que hayáis hablado conmigo.

Lanzarote se detiene, la mira y al reconocerla, le da la bienvenida.

—Por Dios, me deberíais mostrar mejor cara de la que me mostráis, al menos porque soy mensajera de vuestra señora del Lago.

—Ay, doncella, que no os pese por Dios, tengo tanto dolor que nadie, sino Dios, me podría consolar y no creáis que vuelva a tener alegría por nada que me pueda ocurrir.

—Por Dios, sí que la tendréis. Escuchad lo que os hace saber mi señora.

—Decídmelo.

—Quiere que saquéis el cuerpo de Galahot de aquí y que lo hagáis llevar en una litera a la Dolorosa Guardia, y que allí sea metido en la misma tumba en la que encontrasteis escrito vuestro nombre; quiere que sea así porque sabe que en aquel lugar se enterrará vuestro cuerpo.

Al oír la orden de la Dama del Lago, Lanzarote se pone muy contento y dice que estas noticias le son muy agradables y que así lo hará; luego, le pregunta a la doncella cómo le va a su señora.

—Por mi fe, ha estado ocho días muy preocupada, pues encontró en las suertes, tal

como ella misma me dijo después, que tan pronto como encontraríais la tumba de Galahot, os daríais muerte por el dolor, si no erais sujetado a tiempo. Por eso me envié muy deprisa y os ordena que dejéis estar el duelo, que no os puede servir más que para perjudicaros y os pide, por la cosa que más améis, que os consoléis lo mejor que podáis; si no lo hacéis así, tened por seguro que en la primera ocasión en que la necesitéis, os fallará.

Lanzarote le contesta que se consolará, pues así lo desea.

—Ahora tenéis que tomar vuestras armas, pues veo que no os van a permitir que os lo llevéis en paz, mientras lo puedan defender.

Lanzarote le contesta que moriría antes de no llevárselo. Va a armarse y la doncella, mientras tanto, se acerca a los caballeros que guardaban la tumba y les dice:

—Señores, ¿pretendéis evitar lo que tiene que ser hecho a la fuerza?

Le preguntan por qué lo dice.

—Lo digo por el cuerpo que guardáis, aunque sabéis que lo sacarán de aquí.

—No será así, mientras podamos.

—Por Dios, sí será y tened por seguro que ya ha llegado el que lo va a sacar. Si os oponéis, moriréis todos: por eso sería mejor que lo dejarais, antes de haceros matar.

Le contestan que mientras ellos estén vivos, no se llevarán el cuerpo.

—Y que sepa el caballero que ha venido a llevárselo, que aunque fuera más valiente que Lanzarote, no lograría sus propósitos.

—Ahora veremos lo que ocurrirá.

En estas palabras, entra Lanzarote completamente armado y cuando los caballeros lo ven llegar, le preguntan qué quiere hacer.

—Quiero quedarme con el cuerpo que hay ahí dentro.

—Por nuestra fe, no lo tendréis a cambio de nada. Moriremos todos nosotros antes de que os lo llevéis.

—Entonces, habéis llegado a la muerte, ya que no queréis conformaros con menos.

Atraviesa la reja y los caballeros le atacan, pensando que le harían retroceder ante el temor a la muerte; le golpean por donde pueden alcanzarle, y él tenía en el puño la espada desnuda; les da grandes golpes y pesados, alcanza al primero que encuentra con tanta fuerza que a pesar del yelmo y de la cofia de hierro no puede evitar meterle la espada hasta la cabeza y lo derriba al suelo; le atacan entonces airadamente los demás, le rompen el escudo, el yelmo, la cota y le hieren en varios sitios. Pero poco le importa lo que le hacen, pues está tan triste que no puede más; va contra ellos con cólera y les da tan grandes golpes con la espada que hace que todos retrocedan a su paso. Mira al que más daño le hacía de los cuatro, que era muy grande y fuerte; lo alcanza y le descarga tal tajo en medio del yelmo que hace brotar fuego y la espada, que no había dado con el filo, baja hasta el hombro izquierdo. El golpe fue grande y había sido dado con rabia: bien se vio pues la espada se hundió en el hombro del caballero, de forma

que el brazo con todo el hombro cae sobre el pavimento. Los otros tres flaquean y procuran defenderse, aunque poco convencidos, por el gran golpe que han visto y porque ya cada cual ha sentido la espada hasta la sangre. Lanzarote les ataca, y golpea a uno en el yelmo haciéndole apoyar en el suelo las dos palmas. Cuando los otros dos lo ven, huyen a ponerse a salvo en la puerta; Lanzarote alcanza al último y lo hiere entre el escudo y el brazo, cortándole el puño y haciendo que el escudo caiga al suelo: al verse tullido se da a la fuga. Lanzarote ataca al otro que se estaba levantando, le golpea con la espada y hace que el yelmo vuele sobre el terreno. Al sentir la cabeza desnuda, pide compasión y le dice que no lo mate, pues está dispuesto a cumplir su voluntad.

—Entonces tienes que prometer que llevarás el cuerpo de mi señor Galahot a la Dolorosa Guardia y allí harás que lo guarden hasta que yo llegue; si te preguntan que quién te envía, dirás que el que tenía las armas blancas el día que fue conquistado el castillo.

El caballero así se lo promete y le dice que lo hará de ese modo.

A continuación, Lanzarote toma la losa por la parte más gruesa y tira de ella con tanta fuerza que poco falta para que reviente, de forma que la sangre le brota de la nariz y de la boca y el cuerpo le suda de dolor. Pero a pesar de todo no deja de levantar la tumba; el sufrimiento que antes tenía no es nada en comparación con el que tuvo al ver el cuerpo de Galahot armado como estaba; a su lado encontró la espada que era blanca y clara; y sin duda, se hubiera dado la muerte con la espada misma si la doncella no se la hubiera quitado rápidamente.

Luego, Lanzarote ordenó que hicieran una caja de madera y mandó que la cubrieran con las mejores sedas de aquel lugar; después de engalanarla con la mayor riqueza que pudo, el caballero prisionero le dijo:

—Señor, sería prudente llevarlo de noche.

—¿Por qué?

—Porque si los caballeros de esta tierra se enteran de que se lo llevan, harán vigilar los pasos y podría ser detenido en algún lugar; por eso os aconsejaría que se pusiera en marcha ahora mismo, pues antes de que amaneciera, ya estaría lejos, a unas veinte leguas inglesas.

Lanzarote está de acuerdo con él; coloca la litera sobre dos palafrenes de paso calmo y se llevan de este modo a Galahot fuera de su tierra; los frailes muestran un gran pesar y están tristes y dolientes porque se lo llevan. Lanzarote lo acompaña durante una gran parte de la noche, llorando y lamentando su valor y su valentía y, de no haber sido por la doncella que estaba con él, hubiera hecho más de lo que hizo, pero ella se lo impidió y le prohibió al caballero que lo enterraran hasta que llegara Lanzarote. Se separan el uno del otro y Lanzarote regresa a la abadía, se acuesta sin comer ni beber por más que se lo piden, y llora y se lamenta sin cesar; le pesa que el día tarde tanto en llegar.

Por la mañana, tan pronto como apareció el día, se levantó Lanzarote, oyó misa con

la doncella y después se armó. Entonces ésta le contó las noticias de Boores y lo que había visto ante Honguefort, y Lanzarote se alegró mucho.

—Señor —le dice la doncella—, Boores está buscándoos y no cesará hasta haberos encontrado.

—Doncella, si pensáis encontrarlo antes que yo, os rogaría que, por mí, le llevarais esta espada que fue de mi señor Galahot, y que le dijerais que la lleve de mi parte, que es muy buena.

La doncella le responde que lo encontrará en breve y que cumplirá el encargo; luego, se separa de él, que va derecho al castillo de Floegs, al que llega a la hora de prima. Contempla los prados de fuera de la ciudad y ve una gran muchedumbre alrededor de la hoguera en la que debía arder la hermana de Meleagant; al ver el fuego, siente miedo por la doncella. Pica espuelas al caballo y acude a aquel lugar tan veloz como el caballo puede ir. Allí, mira y ve a la doncella que era llevada al fuego para su destrucción: sólo tenía puesta la camisa y la sujetaban seis inútiles, tres por una parte y tres por la otra; sólo esperaban la orden de los jueces para arrojarla a la hoguera, mientras que ella lloraba con amargura y se lamentaba por Lanzarote:

—Ay, noble caballero Lanzarote, ojalá quisiera Nuestro Salvador que supierais esta noticia y estuvierais a media legua de aquí. Ciertamente, con la ayuda de Dios y vuestra, yo podría ser rescatada a pesar de todos mis enemigos. Pero no sabéis nada y tendré que morir por la vida que os salvé ante Dios; no me pesa tanto por mí como por la tristeza que vos tendréis cuando lo sepáis. Me consuela mucho el saber que las doncellas ganarán tanto con mi muerte como para que ninguna os pida ayuda y que vos le falléis, pues os acordaréis de mí, ya que vuestro corazón es tan noble que no puede dejar de devolver con creces todo lo que las demás doncellas reclamen por mí: me parece que es mucho mejor para mi alma morir por haber sido leal y por haber sacado de la prisión a un hombre tan valiente como vos, a que vos hubierais muerto por la deslealtad de Meleagant que os apresó de forma traidora.

De esta forma hablaba la doncella con gran ternura mientras lloraba; en esto, llegó Lanzarote picando espuelas hacia el lugar en el que la vio; entonces les dice a los que la sujetaban;

—¡Dejad a la doncella!

—¡Por qué, señor —le pregunta un caballero armado que sale a su encuentro—, por qué la vamos a dejar?

—Porque no tenéis ningún derecho a hacerle daño.

—Sí que lo tenemos y muy grande, pues la hemos considerado culpable del asesinato del que yo la acusé y ella intentó defenderse, pero no encontró a nadie que tomara el escudo por ella y no debe extrañar que fuera así, pues todos saben que ha obrado con deslealtad.

—¿En qué?

—En que liberó a Lanzarote para causarle la muerte a Meleagant, su hermano.

—Si os atrevierais a demostrar que cometió traición o asesinato, yo estaría dispuesto a defenderla.

—¿Quién sois vos?

—Soy un caballero que ha venido aquí a defender a esta doncella.

—Por mi fe, si quisiera, no tendría que combatir, pues desde ayer es convicta ya que no pudo encontrar a nadie que la defendiera; pero considero que mi acusación es tan leal y tan justa que no hay caballero en el mundo contra el que no me atrevería a probarlo, gracias a la razón que tengo.

—Por Dios, ahora lo veremos, porque estoy dispuesto a defenderla frente a vos.

—Por mi cabeza, moriréis como traidor y desleal.

Retiran a la doncella del fuego y los caballeros se alejan el uno del otro; luego, se atacan tan rápidos como pueden sus caballos y se golpean con las lanzas con tanta fuerza que las hacen volar en pedazos; después, chocan con los cuerpos y con los rostros, quedando aturcidos y atolondrados. El caballero ha quedado en tal situación que no puede sujetarse en la silla y cae del caballo, golpeando con la esquina del yelmo en el suelo, de forma que por muy poco no se rompe el cuello. Cuando Lanzarote da la vuelta, descabalga, pues se le consideraría vergonzoso atacar a caballo a aquél que está a pie; desenvaina la espada y va a él, que ya se volvía a poner en pie, dándole tal golpe en el yelmo que le hace caer al suelo y tiene que apoyar las palmas y las rodillas; luego, le da otro tajo alcanzándole de modo que le hace caer: lo sujeta por el yelmo y lo arrastra hasta el fuego, arrojándolo dentro. El caballero estaba tan aturcido y había perdido tanta fuerza del cuerpo, que no podía levantarse y tuvo que quedarse en la hoguera y morir de aquel modo. Entonces acuden los que vigilaban el campo y le dicen a Lanzarote que ya ha hecho bastante: le entregan la doncella sana y salva; él hace que la vistan y luego le pregunta qué más quiere que haga.

—Señor, que me llevéis a mi castillo, a salvo.

Le responde que con mucho gusto: le hace montar y la acompaña hasta el castillo en el que ella lo guardó durante muchos días.

Se llamaba este castillo Galefort y estaba construido sobre un riachuelo, con abundancia de todo lo necesario y muy fuerte. Cuando Lanzarote llegó allí, no hay que preguntar si le mostraron gran alegría, pues los del castillo ya sabían que su señora había sido liberada por un caballero que iba con ella. Cuando lo vieron, los recibieron con tan gran alegría como si fuera Nuestro Señor Dios mismo y se arrodillan ante él, gritando a una sola voz todos juntos:

—¡Señor, sed bienvenido sobre todos los del mundo, pues habéis vuelto nuestro gran dolor en gran alegría!

Los del castillo recibieron con estas fiestas a Lanzarote; después de ayudar a la doncella a descabalgar ante la sala principal, Lanzarote intentó irse, pues no era todavía

más que la hora de tercia. La doncella lo sujetó por el freno y le hizo descabalgarse con energía y amabilidad, diciéndole:

—Por la Santa Cruz, no me os escaparéis así.

Ordena luego que lo desarmen y acuden varios criados a cumplir el mandato; apenas le habían quitado el yelmo, ella lo reconoció, corrió a él con los brazos tendidos y quiso besarle en la boca, pero él se retiró y la muchacha le besa el rostro, el cuello y la barbilla, ya que no puede alcanzar a otro sitio; llora de compasión y le dice:

—¡Noble caballero, os deseaba ver tanto antes de morir! ¡Cómo os ha ido?

—Bien, gracias a Dios.

—¿Cómo vinisteis hacia esta parte, de la que os marchasteis anteayer?

—Por mi fe, me trajo un gran motivo.

Le cuenta entonces cómo un caballero con armas rojas le había acusado de traición en la corte del rey Arturo por la muerte de Meleagant; tenía que defenderse en la corte del rey Bandemagus.

—Ah, ya sé quién es. Es Argodrás el Rubio, y el caballero al que habéis dado muerte y quemado era su hermano; no sé qué podéis hacer, pues si mi padre se entera de que matasteis a Meleagant, temo que os haga dar la muerte por el gran dolor que tendrá por esas noticias.

—¿Cómo, aún no lo sabe?

—Señor, no; Meleagant fue traído a esta tierra hace más de quince días y está en el Castillo de las Cuatro Piedras, donde lo custodian con tanto celo que el rey no se ha enterado todavía: tendréis que actuar con la mayor prudencia que podáis. ¿Qué día es el que debéis defenderos?

Le contesta que el día de la Magdalena.

—Que Dios os proteja, pues temo que Argodrás intente causaros algún daño mediante traición.

—No os preocupéis por eso. Que haga todo lo que pueda, no lo temo.

Aquella noche hablaron de muchas cosas y los del castillo le mostraron una gran alegría por su señora, a la que pensaban haber perdido y a la que tenían sana y salva. Por la mañana, tan pronto como el día apareció claro, se levantó Lanzarote y se separó de la doncella tras armarse; ésta lo encomienda a Dios y le ruega que regrese por allí a su vuelta; Lanzarote le contesta que así lo haría si podía. Reemprende el camino y cabalga durante todo el día hasta la hora de víspera en que se acerca a un río llamado Aglonde, que era muy profundo y muy negro. Cuando ya estaba cerca del río, vio tres tiendas plantadas cerca de la orilla; una de ellas era grande y hermosa, mientras que las otras dos eran más pequeñas. De la tienda mayor salió un caballero completamente desarmado que le da la bienvenida, y Lanzarote le devuelve el saludo.

—Señor, me parecéis caballero andante y amo a todos los que pasan su vida en ese oficio, pues yo mismo soy caballero andante y por eso quiero rogaros que os alojéis esta

noche conmigo; si continuáis, sólo encontraréis bosque, tan agreste que os perderíais rápidamente. Ya es hora de albergarse, bien lo veis: por eso os aconsejo que os quedéis y tendréis alojamiento bueno y agradable a vuestra voluntad.

—Buen señor, ya que os agrada, me quedaré tanto por vuestro ruego, como porque decís que sois caballero andante.

Desmonta y salen criados de las otras tiendas a desarmarle; le dan un manto de jamete cómodo de llevar por el calor que hacía; lo acompañan al gran pabellón con el otro caballero: allí hablan juntos, conversan y se preguntan el uno al otro por su vida. El caballero le pregunta a Lanzarote de dónde viene, a dónde va y qué aventura le lleva tan solo; éste le cuenta una parte de su vida y le oculta otra; en cualquier caso, le dice que le gustaría estar en la corte del rey Bandemagus para defenderse frente a un caballero que lo ha acusado de traición.

Mientras hablaban así, los escuderos pusieron la mesa; ellos tres van a lavarse; se sienta Lanzarote con el caballero y con una doncella que era muy hermosa, amiga del señor del lugar; comieron los tres juntos, pero la doncella, que mira a Lanzarote, no se sacia de verlo por lo hermoso que le parece, y no hay belleza de hombre comparable a la de éste: lo contempla de forma tan ostensible que deja de comer y no se dedica a otra cosa sino a mirarlo. Los escuderos quitan el primer plato de la mesa sin que la doncella lo hubiera probado, ensimismada todo el tiempo. Mientras está meditabunda, le baja al corazón un gran amor, y se enamora de Lanzarote mucho más de lo que cualquier mujer amó a ningún hombre; le parece que si él la amara sería afortunada.

Pero por ahora la historia no habla más de ello, pues más adelante lo contará y dirá cómo amó de forma extraordinaria y cómo le suplicó a Lanzarote y el hecho admirable que realizó su amigo al enterarse y cómo ella murió porque Lanzarote la rechazó: todo eso os contará la historia más adelante después de hablar de una aventura que les ocurrió en el pabellón en que se encontraban.

CXXI

Cuenta la historia que cuando les pusieron el segundo plato, apareció un caballero armado con armas rojas que llegó corriendo al pabellón con gran compañía de caballeros. El de las armas rojas, que venía delante, entra en el pabellón y ve a un escudero que estaba sirviendo la mesa y que era hermano del caballero del lugar. Se dirige corriendo hacia allí, lo sujeta por los hombros y lo levanta, colocándolo delante de sí mismo en el arzón de la silla, y se marcha. Cuando el del pabellón lo ve, le grita a Lanzarote:

—Buen señor, muerto soy si ése se lleva a mi hermano, pues lo matará si nadie lo socorre: os ruego por Dios que os esforcéis en ello.

Lanzarote salta de la mesa y pide sus armas; un escudero se adelanta y le dice:

—Por mi fe, señor, se lleva también vuestras armas y vuestro caballo.

—Por mi cabeza, aun así no dejaré de seguirlo.

Sale entonces del pabellón con el caballero y mira a los que se marchan, que ya habían pasado el río por un puente de madera; Lanzarote le pregunta al caballero si se va a quedar.

—Señor, no; iré con vos hasta que hayamos encontrado a alguien que os dé armas.

Emprenden el camino a pie y llegan al puente, lo atraviesan y se dirigen a una colina por la que van los caballeros; no habían caminado mucho cuando se encuentran con un caballero armado con armas negras, que venía al puente por un camino lateral. Al ver a Lanzarote, se detiene porque lo conocía y le pregunta a dónde va a pie y completamente desarmado.

—¿Quién sois, señor caballero, que me preguntáis que a dónde voy?

—Soy un caballero de tierras extrañas, y me admiro de veros caminar así.

Lanzarote le cuenta cómo le habían dado alojamiento y cómo había ido un caballero, mientras estaba cenando, que se llevó a la fuerza a un criado, poniéndolo sobre el cuello del caballo.

—Y aún me ha causado mayores daños pues los que venían con él se llevaron mis armas y mi caballo.

—¿Qué recompensa podría esperar de vos si me desarmara y os entregara mis armas y mi caballo?

—La que queráis.

—Si me prometéis que, en el primer lugar en que os encuentre armado, estando yo desarmado, me entregaréis las armas, os daré ahora las mías.

—Así lo haré, si no me encontráis combatiendo.

Al punto desmonta, se desarma y le entrega a Lanzarote todo el arnés; éste se prepara y monta, diciéndole a su huésped que regrese; pero éste le contesta que no lo

hará.

—Sí, lo haréis, pues reconoceré las armas del caballero al que voy buscando en cualquier lugar en donde las vea.

El caballero le contesta que ya que así lo quiere, regresará: se marcha llevándose al otro caballero, que está muy contento porque Lanzarote le debe una recompensa.

Lanzarote emprende el camino tras los que va siguiendo hasta que llega a lo alto de la colina y ve delante el bosque que se llama de los Tres Peligros; la historia contará luego por qué se llamaba así. Cuando llega a lo alto de la colina, mira delante, pero no consigue ver a ninguno de los que iba buscando, pues ya había entrado en el bosque. Sigue las huellas de los caballos hasta que llega al lindero del bosque; allí, se encuentra con una doncella completamente cana, que cabalgaba con gran elegancia e iba destapada, con las trenzas por encima de los hombros como si fuera una joven, y con una guirnalda de rosas en la cabeza, pues era cerca de la festividad de San Juan. Lanzarote la saluda y ella le contesta que Dios le dé buena ventura.

—Doncella, ¿sabríais decirme de qué parte va un caballero de armas rojas?

—Por Dios, os lo diría si quisiera.

—Decídmelo y a cambio seré vuestro caballero en el primer lugar en que me lo pidáis.

—Si me prometéis que me seguiréis en el momento en que yo os lo pida, os lo diré.

Lanzarote se lo promete, aunque después se arrepentiría de la hora en que lo hizo.

—Seguid este camino —le señala un sendero estrecho que atravesaba el bosque—, no os giréis hacia ninguna parte y cuando hayáis cabalgado cerca de media legua, veréis en una calva tres pabellones plantados. En uno de ellos está el caballero al que buscáis, que se llama Arramant el Gordo; lo reconoceréis porque tiene en la frente dos cicatrices. Ya os podéis ir, pero decidme antes vuestro nombre.

Muy a su pesar Lanzarote le dice su nombre.

—Id con Dios.

Lanzarote se marcha y sigue el camino que le ha indicado la doncella, tan deprisa como puede su caballo, hasta que alcanza a los caballeros que iba siguiendo. Les grita en voz tan alta que pueden oírle y uno de ellos se vuelve al galope con el escudo al cuello, la lanza en el puño y completamente armado. Lanzarote lo golpea de forma que, a pesar de la cota, la punta de la lanza le atraviesa el cuerpo: le empuja mostrando su valor y su fuerza, lo derriba del caballo al suelo y, luego, vuelve a sacar la lanza; en esto, ve venir a otro dispuesto a combatir, y él no lo evita, sino que vuelve la cabeza del caballo en el momento en que el que llegaba le da tal golpe en el escudo que la lanza le vuela hecha pedazos. Lanzarote, que llevaba la lanza un poco baja, lo golpea por encima del arzón de la silla y las mallas de la cota no pueden impedir que la lanza le vaya por el cuerpo y la punta aparezca por el otro lado; le empuja con tanta fuerza que los derriba al suelo a él y a su caballo.

Entonces dicen los que iban por delante que el caballero combate muy bien, pues ha derribado de aquella forma a dos de sus mejores compañeros. Lanzarote los ataca a todos, que eran nueve; llevaba la espada desenvainada porque la lanza se le había roto contra el caballero al que había derribado en último lugar; les parte los escudos, les rompe los yelmos y les abre las cotas por encima de los brazos y de los hombros; todos los que lo ven están admirados. Cuando descubre al caballero de las armas rojas, lo reconoce al punto y se dirige hacia él entre todos los demás, dándole tan gran golpe en el yelmo que lo deja aturdido y no se puede sujetar en los arzones, sino que vuela al suelo. Lanzarote le pasa por encima del cuerpo a caballo, hasta que pierde la fuerza y el vigor. Todos los otros se atemorizan, pensando que ha muerto el que era su señor; se disponen a vengarlo y atacan a Lanzarote como para que no esté preparado a defenderse; deja el escudo y sujeta la espada con la que da grandes tajos por donde puede, y por más fuerza que tengan los otros, no logran quitarle terreno, al contrario, Lanzarote se mete entre ellos, aunque no lo deseen: y tiene la fortuna de que no hay caballero al que alcance con un golpe certero, al que no haga sentir la espada en la carne desnuda o que no lo derribe del caballo al suelo: les arranca los escudos del cuello y los yelmos de la cabeza, les corta puños y brazos y los golpea en el cuerpo y con el caballo; a cinco los ha hecho caer a tierra sin que se puedan levantar.

Cuando los otros ven esto, les parece que si se entretienen no podrán escapar sin morir y por eso huyen lo más rápidamente posible hacia la parte del bosque que ven más espesa. Lanzarote no los sigue durante mucho rato, sino que regresa junto al caballero al que había derribado, el de las armas rojas, pues desea saber quién es. Cuando llega a él, encuentra al escudero que iba buscando, que había montado en un rocín con las manos atadas por detrás de la espalda; va a él y lo desata. El criado, al sentirse libre, le cae a los pies y le da las gracias por Dios; Lanzarote desmonta, le entrega el caballo para que se lo guarde y luego vuelve junto al caballero que ya se había sentado, aunque estaba tan aturdido que no ve ni gota. Lanzarote le arranca de la cabeza el yelmo con tanta fuerza que el otro se tiene que apoyar en el suelo con las palmas y con toda la cara; sangra de la nariz y de la frente con abundancia. Lanzarote le dice que lo matará si no se da por vencido; el caballero está tan mal que no puede contestar, sino que yace desmayado boca abajo. Lanzarote lo levanta y lo ve tan ensangrentado que piensa que esté muerto: entonces se arrepiente por haberle causado tan gran mal; se sienta a su lado pensando qué hará. Mientras, se empezaban a levantar dos de los que habían sido abatidos; Lanzarote va a ellos, diciéndoles que se den por muertos si no se rinden. Al verlo llegar, temen que los mate y le entregan las espadas, confesándose dispuestos a hacer su voluntad; Lanzarote los acepta y les asegura que no deben preocuparse de nada, pues se han dado por vencidos, «pero será necesario que hagáis lo que yo os ordene»; los tres caballeros están de acuerdo.

En esto, volvió en sí el caballero rojo; se sienta y abre los ojos. Lanzarote se dirige a

él a pie y hace como si no le importara nada su daño, levanta la espada y le dice que lo matará si no se da por vencido. Cuando el caballero ve venir la espada, teme morir y pide piedad:

—Noble caballero, no me mates, recibe mi espada, a cambio haré toda tu voluntad, pues me tengo por vencido.

Lanzarote toma la espada y recibe la fianza del caballero a condición de que haga todo lo que él le ordene; el caballero así se lo promete. Lanzarote le ordena que le diga por qué apresó de aquel modo al criado que estaba sirviendo la mesa.

—Señor, os lo diré. No hace mucho, yo tenía un hermano que era un joven criado, muchacho muy hermoso y valiente; cabalgaba un día completamente solo por delante del pabellón en el que estabais esta noche y se encontró, según me dijo después, con ese criado. El muchacho que era mi hermano, había oído noticias de que yo había muerto e iba pensando profundamente en eso, de forma que no saludó al criado que había delante del pabellón. Éste lo tuvo como un gran desdén, le atacó y me lo envió tan herido que luego no sobrevivió más que tres días. Mucho sentí esta aventura: le dije que sería bien vengado y que no me lo podría impedir todo el linaje del criado. Lo hubiera hecho de inmediato, pero tenía cosas que hacer en otra parte y esperé hasta hoy: envié un mensajero por delante, que os reconoció y me dijo que estabais a la mesa. Como os temía por encima de todos los hombres, hice que os quitaran las armas y el caballo, para impedir que vinierais tras nosotros; si no hubiera sido por vuestro amor, le hubiera dado muerte al caballero junto a vos mismo. No quiero matar al criado, porque se me consideraría deshonoroso ponerle las manos encima, pero le hubiera hecho meter en tal prisión de la que no podría salir nunca en su vida y de ese modo me habría vengado. Ya os he dicho lo que me habíais preguntado; os pido piedad como al hombre más valiente de todos.

Lanzarote le dice que no se preocupe.

—Decidme ahora —añade—, si sabéis mi nombre.

—Sí, señor; os llamáis Lanzarote del Lago. ¿Sabéis quién soy yo? Soy primo de uno de los hombres que más os ama en todo el mundo, Melián el Alegre, al que le sacasteis la lanza del cuerpo en Camalot el día que fuisteis caballero novel.

Cuando Lanzarote lo oye, siente una gran alegría, se quita el yelmo y corre a abrazar al caballero por amor a Melián, al que quiere mucho, y le ruega por Dios que le perdone el daño que le ha causado; el caballero lo hace con mucho gusto. Cuando los demás caballeros lo ven, se ponen muy contentos y corren a Lanzarote a abrazarlo y besarlo; su tristeza y su dolor se han convertido en gozo y paz. Los otros dos, que llevaban mucho tiempo desmayados se incorporaron, sentándose con algún esfuerzo, en tal estado que a uno le había cortado la mano y al otro el brazo entre el hombro y el costado. Cuando Lanzarote los ve tan malheridos, lo siente mucho y se le nota en el rostro. Como no desea ver su angustia, les dice a los que están con él:

—Señores, ya llega la noche y tengo muchas cosas que hacer, y no puedo quedarme de ninguna manera; antes de irme os ruego que me concedáis el regresar al sitio donde me encontrasteis y que me prometáis hacer la paz entre vos y el caballero; sed buenos amigos a partir de ahora. Llevadle este criado y devolvedlo tan sano como cuando lo apresasteis; saludadlo de mi parte. Vos, señor —dice dirigiéndose al caballero rojo—, tan pronto como veáis a Melián decidle que le envío saludos y amistad y que deseo verlo más que a ningún caballero de los que hay en el mundo. No tengo más que deciros, sino encomendaros a Dios.

—Buen señor, ¿os quedaríais de alguna forma?

—No.

—Id pues; que el Creador del mundo os guarde dondequiera que estéis.

Luego, Lanzarote se marcha; era ya noche cerrada pero la luna brillaba con claridad; va por el bosque, que era tan espeso que el camino le resultaba muy oscuro, hasta que llega a la casa de un guardabosques que estaba en medio de un prado, bien rodeada por buenas murallas almenadas y profundos fosos. Lanzarote llama hasta que le abren la puerta; cuando el señor lo ve armado, se da cuenta de que es un caballero andante; acude a desarmarlo con su mesnada y le pregunta si ha comido algo, a lo que contesta que sí. Entonces el señor ordena que preparen las camas y hacen todo según sus órdenes: acuestan a Lanzarote en una rica cama hecha sobre una alfombra.

La mañana siguiente, tan pronto como apareció el día, Lanzarote se levantó y se marchó de allí, encomendando a toda la mesnada a Dios; el señor lo acompañó. Después de alejarse un poco de la casa, le pregunta:

—Señor, ¿hacia dónde iréis?

—Querría ir a la corte del rey Bandemagus.

—¿Por qué señor?

—Porque tengo que defenderme frente a un caballero que me ha acusado de traición y eso debo hacerlo el día de la Magdalena.

—Entonces será de hoy en cuatro días: para entonces será la fiesta que decís y el rey Bandemagus reunirá su corte en Wissant, a las orillas del mar: no podéis retrasaros si queréis llegar a tiempo, pues de aquí hasta allí hay tres buenas jornadas y aún más; si queréis, os acompañaré, pues me parecéis hombre valiente.

—Señor, no os molestéis por mí, pero si sabéis el camino que va derecho hasta allí, mostrádmelo.

—Con mucho gusto.

Atraviesan el bosque y van hablando de muchas cosas, hasta que el señor le pregunta de dónde es y él le contesta que de la casa del rey Arturo.

—Señor, ¿sed bienvenido! Por Dios, decidme, ¿se han consolado por su gran pérdida?

—¿Qué pérdida?

—¿Cómo? ¿No lo sabéis?

—No, si no me lo decís vos.

—Por Dios, no debéis ser de la casa del rey Arturo, pues todos lo saben, y no debe extrañar, pues nunca tuvieron una pérdida comparable.

Lanzarote se queda sorprendido y le ruega que le cuente qué ha pasado.

—Por Dios, os lo voy a decir. El mejor caballero de cuantos han llevado escudo vino a esta tierra a liberar a la reina Ginebra de su prisión, pues Meleagant la había traído aquí; ese caballero, por su propio valor, consiguió atravesar todos los malos pasos de esta tierra. Después de hacer tantas proezas que nadie podría creerse, Meleagant lo atacó por envidia e hizo que lo encerraran prisionero en una torre y allí lo dejó morir. Después de eso he estado en la corte del rey Arturo y he visto al rey, que hacía tan gran duelo como debía; toda la corte estaba perturbada pues no sabían qué hacer y lloraban todos por la pérdida del buen caballero. ¿Sabéis quién era? Lanzarote del Lago, el hijo del rey Ban de Benoic. Ese fue, y después de su muerte todo el mundo debería morir; con su muerte deben desaparecer todas las virtudes de la tierra; tras él todas las bondades de la caballería murieron, y ningún buen caballero quedó después. Ahora podéis ver que fue una pérdida grave la que tuvo el rey Arturo; bien puede decir que lo perdió todo, y nosotros mismos, en esta tierra, perdimos bastante.

—¿Cómo, señor?

—Por mi fe, os lo diré. En este bosque hay una torre que se llama la Torre de Merlín, dentro de la cual ocurren las mayores maravillas del mundo, excepción hecha de las del Grial; los caballeros de esta tierra y los de otros sitios acuden a probarse allí, pero ninguno de los que han ido han conseguido volver, pues todos mueren o quedan presos, no sabemos cómo. Lo único que os puedo decir es que no regresa nadie y nadie sabe lo que ocurre allí dentro: sólo que delante de la entrada de la puerta hay una tumba con unas letras, que dicen: «Hasta que no llegue Lanzarote no cesarán las maravillas de aquí». Por eso sabíamos que la aventura era para él y que por él quedaríamos libres, si estuviera vivo: cada año perdemos con su muerte más de cuarenta caballeros entre una cosa y otra. Esa es la pérdida que tenemos los de esta tierra; y me sorprende que no lo sepáis desde hace tiempo.

—Verdaderamente no sabía nada. Esa torre que me decís, ¿sabéis en qué parte queda?

—Sí, está al final del bosque, por la parte de poniente, entre el Castillo Blanco y la ciudad de Gasán.

—¿Pensáis que si voy podré llegar a tiempo a la corte del rey Bandemagus?

—No, si no cabalgáis día y noche.

—Entonces, os encomiendo a Dios.

Se separan el uno del otro y el guardabosques regresa a su castillo.

Lanzarote cabalga todo el día por el bosque, que duraba dos jornadas o más; no

encontró ni casa ni cabaña en que pudiera cenar. Después de la hora de vísperas, vio a la parte de la izquierda dos pastores que guardaban bueyes y vacas. Se dirige hacia allí, los saluda y les pregunta si hay algún alojamiento cerca, en donde pueda tener albergue.

—Sí, señor, un sitio en el que os alojarán bien y de forma agradable.

Entonces, uno de ellos toma un sendero batido y le dice a Lanzarote que le siga, y éste así lo hace. Rápidamente van a una casa que había sobre una roca, rodeada por todas partes de grandes fosos y puentes levadizos; el señor del lugar, que era viejo caballero, estaba asomado a una ventana: cuando vio a Lanzarote que venía armado, supo que era un caballero andante: ordena bajar el puente y así lo hacen. Lanzarote entra a caballo; desmonta en el patio y el señor sale a su encuentro, dándole la bienvenida. Luego, hace que lo desarmen y lo llevan al salón, que era tan rico que un rey podría ir a él con gran honor; le muestra semblante alegre y le pregunta que de dónde es, a lo que le responde que de la casa del rey Arturo.

—Ciertamente, sed bienvenido. Ahora os amo más, por Dios, porque aquí hay un caballero herido que también es de la casa del rey Arturo.

—¿Quién es?

—No lo sé, sólo sé que es el mejor caballero de cuantos he visto, pues no hace mucho que lo vi vencer en un solo día a tres caballeros considerados como muy valientes y los derrotó él sólo; aún tiene las marcas de las heridas que le hicieron; está en mi habitación, pues es uno de los hombres más valientes que conozco.

—Buen señor, dejadme ver al caballero por si lo conozco.

—Con mucho gusto.

Lo lleva a la habitación en la que estaba el caballero, donde había mucha claridad porque estaban abiertas las dos ventanas. Lanzarote le pregunta si es de la casa del rey Arturo.

—Sí, señor, lo soy y compañero de la Mesa Redonda.

Lanzarote se da cuenta por su forma de hablar que no era del reino de Logres y por eso le pregunta en dónde nació, a lo que el caballero le contesta:

—En la tierra de Gaula, en el reino de Benoic; el rey Ban, señor de Benoic, fue padrino mío y por su amor yo llevo el nombre de Banín.

Lanzarote empieza a pensar y le brotan lágrimas de los ojos; el caballero le pregunta qué le ocurre.

—Me da pena por vos, pues os veo tan herido que no pienso que consigáis escapar; y será una gran lástima vuestra muerte, pues erais muy valiente, según se me dijo.

—Por Dios, no temáis eso, pues no voy a morir por ahora y si muriera tal como estoy, mi alma no volvería a encontrar la alegría, estoy seguro.

—¿Por qué, señor?

—Porque no me habría vengado del hombre al que más odio en el mundo.

—¿Quién es?

—Es Meleagant, el hijo del rey Bandemagus, que apresó a traición a mi señor Lanzarote del Lago y lo hizo morir en su prisión, según me han dicho; hace más de un año que no dejo de buscar a mi señor Lanzarote, pues me gustaría verlo más que a nadie; los de su tierra también desean verlo por encima de todos los hombres, pues aún esperan ser liberados, por su valor, del poder de Claudás. Pero me parece que eso no ocurrirá nunca, ya que ha muerto; bien sé que no habrá dolor tan grande como el que ellos harán cuando lo sepan.

Mientras hablaban así, entró un criado que le dijo al señor:

—Señor, la cena está dispuesta y ya es hora de sentarse, si así lo deseáis.

El señor se levanta y deja a Banín descansando; se lleva a Lanzarote que antes de salir le pregunta a Banín si puede acompañarles a la mesa.

—Señor, no por ahora, pero id, os encomiendo a Dios.

Sale Lanzarote de allí y se sienta con el caballero y con un hermano suyo y dos doncellas que había en la casa; fueron muy bien servidos y después de cenar, fueron a acostarse y durmieron hasta el día siguiente. Por la mañana, después de oír misa en la capilla del señor, Lanzarote se armó y acudió a despedirse de Banín, que lo encomienda a Dios; le llevaron el caballo al patio, monta y se despide del señor y de todos los que allí había.

Se marcha y cabalga durante todo el día sin encontrar ninguna aventura que merezca la pena recordar; antes de la hora de vísperas salió del bosque. Delante vio un castillo muy hermoso que se llamaba La Flecha, se dirige hacia allí para buscar alojamiento, entra en él y ve que es un castillo bien construido y asentado, pues por una parte tenía un brazo de mar y por otra parte estaba rodeado de prados, de bosques y de buenos rebaños; sin embargo, había pocas viñas, a pesar de que en Gran Bretaña abundaban, aunque después faltaron al descubrirse las maravillas del Grial, tal como este libro contará más adelante. Lanzarote entra armado en el castillo y desciende por las calles hasta que llega al edificio principal. Antes de descabalar le salen al encuentro más de diez escuderos que le acuden al estribo y le ayudan a desmontar. Luego, sale una dama de avanzada edad que era la que tenía el castillo; lo recibe con gran alegría, le da la bienvenida y le dice que Dios le dé buena ventura.

Aquella noche Lanzarote estuvo muy a gusto y fue bien alojado a su voluntad; por la mañana, se levantó tal como acostumbraba; después de oír misa, se marchó del castillo y cabalgó, de forma que el día de la Magdalena llegó al castillo de Wissant. Ese día estaba allí el rey Bandemagus, que había reunido a su corte fuera del castillo en una hermosa pradera; quería mostrar una gran fiesta, pues era en recuerdo de su coronación, ya que en ese mismo día había sido coronado: había convocado a todos los nobles de su tierra y había ordenado plantar en la pradera sus pabellones porque hacía mucho calor como ocurre en el mes de junio; todos habían comido ya. El rey se había

retirado a su pabellón, que estaba en el extremo del campo, alejado de los demás, y estaba acompañado por gran parte de sus nobles; estaba sentado en un trono de marfil muy rico y tenía delante a un músico que tocaba en el arpa el lai de Orfeo; le agradaba tanto al rey escucharlo que no había nadie que se atreviera a decir una palabra. Lanzarote se dirigió hacia allí y reconoció sin dificultad la tienda del rey entre todas las demás por el águila de oro que tenía encima; su caballo estaba fuera, suelto, pues en todo el día no lo había utilizado y empezó a relinchar de forma clara. Salen de los pabellones todos; al ver a Lanzarote, corren a su estribo para ayudarle a desmontar; luego, éste se presenta al rey sin quitarse el yelmo porque no quería que lo reconociera; lo saluda y dice en voz tan alta que todos le pueden oír:

—Señor rey, yo y un caballero combatimos el otro día en la corte del rey Arturo mi señor y yo le di muerte. Ese mismo día, yo estaba sentado a la mesa, vino otro caballero a presencia del rey y dijo ante todos que yo le había dado muerte al otro a traición y que lo probaría, si yo me atrevía a defenderme, en vuestra corte. Le contesté que lo haría así y él me convocó para hoy: por eso he venido a vuestra corte; si está aquí, que se adelante, pues estoy dispuesto a defenderme de lo que se me acusó.

Entonces se pone en pie un gran caballero y le dice a Lanzarote:

—Señor vasallo, aquí estoy; soy yo quien os acusó de traición por el caballero al que matasteis: no dije nada que no esté dispuesto a probar, si os atrevéis a defenderos.

—Ciertamente si no tuviera esa intención, no habría venido de tan lejos como he hecho.

Le tiende a continuación al rey su prenda ante todos y dice:

—Señor, tomad, estoy dispuesto a defenderme de la acusación de este caballero.

El otro también se ofrece a demostrarlo: Bandemagus recibe los gajes de los dos y, luego, hace que Lanzarote se siente a su lado y le pregunta quién es, pero él no se lo dice, pues temía ser conocido. El rey le pregunta entonces que por qué se le acusa y quién fue el caballero muerto.

—Señor, no lo sabréis por mí.

Deja el rey de hablar con él y, mientras, el caballero se había hecho armar con tal riqueza que nadie podría estar mejor: una buena cota fuerte y ligera, un buen yelmo, una espada cortante y un fuerte escudo; sujetaba en la mano una lanza corta y gruesa, de admirable asta y de punta aguda y cortante: colgaba un pendón rojo de ella y su escudo también era completamente rojo, igual que su yelmo y las gualdrapas del caballo. Como siempre llevaba esas armas, lo llamaban, quienes no conocían su nombre, Caballero Rojo. Cuando ya estaba dispuesto, monta su caballo, que era fuerte y rápido; luego, toma el escudo y la lanza. Lanzarote ya había montado y le habían dado una buena lanza fuerte, la mejor que pudo escoger. Los que estaban en la pradera acuden allí a ver la justa de los dos caballeros; se colocan alrededor y todos dicen que está loco el caballero que se enfrenta a Argodrás, «pues no conocemos a ningún

caballero tan bueno como él en esta tierra».

Corren el uno contra el otro tan rápidos como pueden los caballos, se dan grandes golpes y se atraviesan los escudos con la punta de la lanza, pasan las cotas y si las lanzas no hubieran volado en trozos, se hubieran herido de muerte. Lanzarote se mantiene en los arzones y choca contra Argodrás con el cuerpo y con el escudo, haciendo que vacíe la silla y derribándolo al suelo con los pies hacia arriba, a la vista de todos los que allí había. Pero se levanta rápidamente, pues tenía gran fuerza, desenvaina la espada y se coloca el escudo delante de la cabeza. Mientras. Lanzarote había dado la vuelta y regresaba; Argodrás levanta la espada y golpea el caballo de Lanzarote con tanta fuerza que le mete la espada medio pie en la cabeza; el caballo tropieza pues no podía soportar el gran peso. Lanzarote queda de pie y Argodrás le dice:

—Señor caballero, me parecéis muy cortés, pues habéis dejado vuestro caballo por acompañarme a pie.

Lanzarote no contesta nada a las palabras de Argodrás, sino que desenvaina la espada y se pone el escudo delante para cubrirse, y el otro hace lo mismo: se atacan y se destrozan los escudos y las cotas, y hacen saltar fuego de los yelmos. De esta forma se tratan durante un buen rato, según van recobrando aliento y fuerza; Lanzarote encuentra al caballero muy resistente y es difícil saber cuál de los dos lleva la mejor parte de la batalla. Se han tratado tan mal que no hay ninguno que no tenga pequeñas y grandes heridas; pero Lanzarote le da un golpe tan fuerte, que no hay arma que no despedace a su paso. El caballero se cubre y resiste aunque el escudo se le ha partido por todas partes y tiene la cota rota en muchos sitios, de forma que el campo está sembrado de mallas; su yelmo está en tal situación que poco le protege; Lanzarote continúa atacándolo como hombre de gran valor y fuerza; Argodrás sólo puede cubrirse, pues teme demasiado la espada que ya ha notado hasta la sangre en más de diez lugares. Lanzarote lo lleva a su voluntad todo el tiempo, y lo domina de modo que no hay nadie en la plaza que no vea de forma clara que está muerto, si Lanzarote no tiene compasión de él.

Pero Lanzarote no muestra ninguna compasión, sino que lo trata con tanta violencia que el caballero se da cuenta de que está vencido con la espada; aunque piensa que no será derrotado en la lucha a brazo, pues era uno de los caballeros más fuertes de toda la tierra; arroja el escudo al suelo y, luego, la espada y corre contra Lanzarote para combatir con los brazos. Éste, al verlo venir, hace lo mismo y se enzarzan con los brazos, dando vueltas uno y otro. Lanzarote, que era muy fuerte, lo levanta en alto a más de un pie del suelo y luego lo tira debajo de él con tanta fuerza que hace que se desmaye por el dolor que siente y poco falta para que el corazón no le estalle en el vientre. A continuación, Lanzarote le arranca el yelmo de la cabeza y toma la espada que estaba en el suelo; la levanta y golpea a Argodrás en medio del rostro con tanto vigor que le corta todo hasta las orejas y hace que caiga con la angustia de la

muerte; Lanzarote, sin esperar más, le corta la cabeza porque quería a Meleagant que era su primo; luego, coge la cabeza y va ante el rey Bandemagus, al que dice:

—Señor, ¿he hecho suficiente?

—Sí, señor caballero; pero os ruego, por la fe que debéis a todos los nobles del mundo, que hagáis una cosa por mí que os costará poco.

—Señor, con gusto; decid qué queréis.

—Quitaos el yelmo: así os veremos.

Se lo quita y cuando el rey lo ve, corre a él a besarlo; pero Lanzarote le dice:

—Señor, por Dios no os alegréis, pues realmente no debéis hacerlo, pues si supierais el daño que os he causado, me odiaríais más que a ningún hombre del mundo.

—Lanzarote, no sigas hablando, porque sospecho lo que quieres decir y no quiero saberlo todo, porque podría ser motivo por el que no os mostrara tanta alegría y por nada querría estar triste mientras vos estuvierais conmigo. A pesar de todo, no hay en el mundo más que una cosa que pueda entristecerme y pienso que ya ha ocurrido; por eso, no quiero saber la verdad y os ruego que no me habléis de nada, sino alegrémonos pues por vos deben aumentar las alegrías y ocultarse los dolores.

De este modo se consuela el rey Bandemagus con su gran corazón y piensa que su hijo ha muerto. Pero no se atreve a mostrárselo a Lanzarote, al que ama más que a nadie en el mundo: querría haber cometido todos los daños que pudiera sin afrentarle a cambio de tener a Lanzarote por compañero el resto de la vida, pero no se atreve a pensar que Lanzarote se dignara a serlo y por eso ni se lo pide. Cuando los altos nobles de Gorre reconocieron a Lanzarote, le mostraron la mayor alegría que pudieron y lo desarmaron con rapidez y un poco a la fuerza, pues decía que no se iba a quedar en modo alguno; pero el rey Bandemagus juró sobre sagrado que no se iría en toda la jornada, de manera que Lanzarote tuvo que quedarse de grado o a la fuerza.

Aquella noche Lanzarote recibió un buen alojamiento y fue muy honrado por todos y por todas. Por la mañana, después de oír misa, pidió licencia pues deseaba irse a la corte del rey Arturo. El rey ordenó que le trajeran el mejor caballo que tenía y se lo da a cambio del suyo que había muerto; lo hace montar y lo acompaña. Lanzarote se marcha y, cuando se separan, el rey le dice:

—Por Dios, sois el hombre del mundo al que más querría tener por compañero, si vos lo desearais. Pero bien sé que soy demasiado pobre para tener tan alta compañía como es la vuestra; concededme, sin embargo, en nuestra separación vuestra amistad mientras viváis y así me tendré por el más rico hombre, más que si tuviera la mejor ciudad del mundo.

—Señor, así lo haré, a condición de que me perdonéis el daño que os he cometido.

—Aunque me hubierais quitado las tierras y después me hubierais matado a todos mis amigos íntimos, os perdonaría a cambio de tener vuestra compañía.

—Señor, bien me gustaría vuestra compañía, por Dios, con tal de que vos aceptarais

la mía, si os la pudiera ofrecer; pero tened por seguro que pertenezco más a otra persona que a mí mismo: por eso no os la puedo dar ni otorgar yo solo; os ruego que no os pese. Sabed que en cualquier lugar que me encontréis, me podréis tomar como amigo y caballero.

—Mi dulce amigo —le responde el rey después de agradecerse—, ¿decís que me habéis causado un daño?

—Así es, señor, es cierto y lo siento mucho.

—Os ruego que me hagáis saber dentro de tres días qué es, pues no quiero oírlo de vuestra boca, porque temo que eso me haría enfadarme y entristecerme con vos. Id con Dios, que os proteja en todos los peligros y salve vuestro cuerpo y vuestra alma; y que Dios no me deje morir antes de estar con vos tanto como me gustaría estar.

A continuación, el rey se marcha llorando y Lanzarote se vuelve y emprende el camino más recto que conoce hacia la Dolorosa Guardia; pasó la noche en una casa de religión de monjas. Por la mañana, a la hora de marchar, se le acercó una doncella que había dormido allí y le dijo:

—Señor caballero, ¿hacia dónde vais?

—Doncella, hacia la Dolorosa Guardia.

—Señor, haced por amor y por vuestra nobleza una cosa que os voy a pedir.

—Con gusto lo haré, pero decidme qué es.

—Señor, acompañadme hasta allí protegiéndome.

—Ciertamente, no debéis preocuparos mientras yo pueda defenderos.

—Muchas gracias, señor, no os pido más.

La doncella hace que le traigan un palafrén que tenía allí y monta, emprendiendo el camino con Lanzarote; cabalgan de este modo hasta después de mediodía. Entonces, se encuentran con un caballero armado con todas las armas a la entrada de un bosque. Cuando la doncella se le acerca, lo saluda y él hace lo mismo; luego, el caballero va hacia ella, la sujeta por los brazos e intenta besarla a la fuerza, pero la joven se resiste lo mejor que puede y le grita a Lanzarote:

—Señor, no permitáis que se me deshonoré delante de vos.

Lanzarote se enfada y le dice al caballero:

—Marchaos, señor caballero, pues no sois nada cortés. Maldita sea la hora en que se os dio permiso para forzar a las doncellas que no tienen ningún interés por vos. Os prohíbo que sigáis intentándolo, si en algo estimáis vuestro cuerpo.

—Por mi fe, no dejaré de hacerlo por vos.

—Sí lo haréis, pues combatiré contra vos antes que continuéis intentándolo.

—Combatamos pues, ya que pienso besarla o me enfrentaré contra vos.

—Ya que no queda más remedio, no rechazaré combatir: guardaos de mí, pues os desafío.

—Y yo a vos.

Dejan correr los caballos el uno contra el otro tan deprisa como pueden, se golpean en los escudos los mayores golpes de que son capaces. El caballero rompe su lanza y Lanzarote le alcanza con tal vigor que le mete la suya a través del escudo y de la cota y la punta aparece por el hombro; le empuja derribándolo del caballo al suelo y luego descabalga sobre él y le retira la lanza; entonces, se desmaya el caballero por la angustia que siente; Lanzarote le arranca el yelmo de la cabeza y lo arroja tan lejos como puede; a continuación, desenvaina la espada y va a golpearlo, pero lo encuentra desmayado. Lanzarote se sienta a su lado, deseoso de saber quién es.

El caballero estuvo sin sentido durante gran rato y al cabo de un tiempo, empieza a quejarse con dolor. Lanzarote le dice que le cortará la cabeza si no se rinde.

—Señor, por Dios, no me matéis; tomad mi espada, os la rindo: me tengo por vencido en esta batalla.

Lanzarote le promete que no morirá, pero que le diga por qué quería besar a la fuerza a la doncella.

—Señor, tenía que hacerlo y os diré por qué. No hace aún quince días que estuve en un torneo en el que hubo muy buenos caballeros; se eligió a uno del que se dijo que era mejor que todos los demás, aunque era un muchacho joven. Después se eligió a los doce que habían realizado las mayores hazañas, según todos. A continuación, pusieron las mesas: el mejor caballero fue sentado en un trono de oro y los doce elegidos se sentaron delante de él. Después de comer, cada uno de los doce caballeros hizo el voto que quiso, de forma que el primero dijo ante todos, y prometió lealmente que lo sostendría, que combatiría con cuantos caballeros se encontraran durante éste año, con la pierna sobre el cuello del caballo. El segundo hizo otro voto, el tercero otro, y yo era uno de los doce y dije que no encontraría en todo el año ninguna doncella acompañada de caballero a la que no besara a la fuerza o combatiría contra el caballero si la doncella no me lo permitía, hasta que fuera vencido o derrotara al caballero. Tal fue mi voto, y cometí una locura; pero los hubo más locos todavía, pues un caballero se vanaglorió de tomar a la reina Ginebra cuando fuera acompañada por cuatro caballeros siempre que no estuviera entre ellos Lanzarote del Lago.

—Por Dios, ese caballero no fue muy prudente, ni vos que hicisteis tal voto, y sin embargo vos os habéis librado bien ya que os tenéis por vencido. Os declaro libre, con tal de que por mí vayáis a decirle al rey Bandemagus que Lanzarote del Lago le pide piedad porque mató a su hijo Meleagant. Querría saber vuestro nombre, si así lo deseáis.

El caballero le contesta que se llama Paridés del Cerco de Oro. Lanzarote corta el faldón de su jamete y con él le restaña la herida para que no sangre demasiado. Cuando van a separarse, Lanzarote le pregunta el nombre del joven caballero que fue elegido vencedor del torneo.

—Señor, lo llamaban Boores el Desterrado.

Entonces Lanzarote se pone más contento que nada; ayuda al caballero a montar y lo encomienda a Dios y él así lo hace también. Lanzarote hace que la doncella vuelva a montar, pues había descabalgado para descansar y cabalga de nuevo; reemprenden el camino. Lanzarote se va con la doncella hasta que llega a la Dolorosa Guardia, lugar que llamaban los de aquella tierra Alegre Guardia, aunque entre los extraños no cambió nunca de nombre.

Cuando Lanzarote llegó allí y vio el cuerpo de Galahot, no es necesario preguntar si hizo duelo, pues todos los que lo veían pensaban que iba a morir en aquel sitio. Al reconocerlo los del castillo, lo consolaron lo mejor que pudieron, pues sentían mucho su pesar; Lanzarote ordenó que hicieran la tumba más rica que se podría contar.

—Señor, ¿para qué? —le preguntan.

—Porque quiero que este cuerpo sea metido en ella.

—Por Dios, señor —le responde una dama anciana—, en este castillo está la tumba más rica que hay en todo el mundo, pero no sabemos en qué lugar se encuentra. Si deseáis dar con ella, haced venir a todos los viejos de aquí y os darán noticias ciertas, según pienso.

Lanzarote lo hizo tal como la dama le había aconsejado, pues ordenó venir a los hombres más ancianos del lugar, y que juntos le aconsejaran. Después de ponerse de acuerdo, fueron a él y le dijeron que se encontraba en la capilla principal, bajo un altar.

—Sabed —le dicen—, que es la más rica del mundo; fue hecha por el rey Narbaduc, que después de Mahoma compuso los artículos que los sarracenos observan. Como este castillo pertenecía a los mahometanos antes de que José de Arimatea llegara a esta tierra, enterraron a su rey allí y lo metieron en la tumba que tenían como santuario. Pero tan pronto como la Cristiandad llegó, sacaron el cuerpo y fue arrojado a los fosos fuera de la ciudad; se dejó la tumba en el lugar sin que nadie la tocara a partir de entonces.

Lanzarote se puso muy contento con esta noticia; hizo buscar la tumba y sacarla del lugar donde se encontraba. Cuando la vio, la apreció más que nada de cuanto había visto y no era extraño, pues no tenía ni oro ni plata sino que era toda de piedras preciosas unidas tan delicadamente unas con otras, que no parecía que fuera obra de hombre mortal. Tras llevar la tumba al lugar en el que Lanzarote encontró su nombre, la colocaron ante un armario de mármol y colocaron en ella el cuerpo de Galahot armado con todas las armas, tal como entonces era costumbre. El mismo Lanzarote lo acostó en la tumba, y luego, lo besó por tres veces en la boca con tanto dolor que por poco el corazón no se le partió en el vientre; después, lo cubre con un rico tejido de seda y oro con piedras preciosas y coloca la losa encima. A continuación, se marchó de allí encomendando a Dios a los del castillo; dejó en aquel lugar a la doncella que había llevado.

Lanzarote reemprendió su camino y cabalgó hasta que llegó a la corte del rey

Arturo, que entonces estaba en Camelot. Cuando el rey supo que venía, bajó de la sala con todos sus nobles, con la reina y las doncellas, y van a recibirlo con tal alegría como si fuera Dios en persona. Se adelantaron Lionel, Héctor y Meliaduc el Negro; le hicieron tan gran fiesta como debían. Después de desarmarlo y darle de comer, el rey hizo que acudieran los clérigos que ponían por escrito las aventuras de sus caballeros: escribieron los hechos de Lanzarote, tal como él se los contó. Cuando el rey oyó hablar del caballero que había prometido prender a la reina cuando fuera acompañada por cuatro caballeros, dijo que durante un año no iría al bosque sin la reina y que todo el tiempo iría acompañada por cuatro caballeros armados, «os ruego —le dice a Lanzarote—, que vos seáis uno de ellos». Así se lo concede; con él, el rey pone a Saigremor el Desmesurado, a Keu el senescal y a Dodinel el Salvaje. Esos cuatro tenían que escoltar a la reina por orden del rey siempre que fuera al bosque, durante un año: luego ocurriría que si Lanzarote no iba con los otros tres, la reina se quedaba, tal como la historia contará más adelante. Pero la historia ahora deja de hablar del rey, de la reina y de Lanzarote y vuelve con Boores, que sigue buscando a Lanzarote.

CXXII

Cuenta ahora la historia que cuando Boores se marchó del Castillo de Glocedún, la tarde que oyó las noticias de la doncella de Honguefort, tal como la historia os ha contado, y llegó a la casa del ermitaño en el bosque, se quedó allí durante toda la noche a descansar, hasta que amaneció el día claro, teniéndose por mejor pagado por haberse quedado allí que si lo hubiera hecho en el castillo del que se había ido. Por la mañana, tan pronto como el ermitaño cantó misa, se alejó de aquel lugar y cabalgó durante todo el día sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada. Aquella noche la pasó en casa de una viuda que le hizo grandes honores porque le parecía hombre noble. Por la mañana, antes de que se levantara el sol, entró en un bosque que le duró hasta mediodía; pero la historia no dice nada de aventura que le pudiera llegar, sino que cuenta que el día que la doncella le había indicado llegó al bosque de Roevent por la parte de Lanvenic, a la hora en punto que le dijeron. Al llegar a aquel sitio, vio delante de él, a menos de dos tiros de arco, una capilla muy hermosa. Se dirigió allí a rezar, ató el caballo fuera del edificio y colgó el escudo de un árbol; luego, entra. Al cabo de un rato, oye las mayores lamentaciones que había oído en su vida. Mira y ve llegar hasta veinte caballeros que llevaban una litera sobre dos palafrenes; en ella yacía muerto otro caballero con el rostro descubierto; tras él, entre los otros, iba un caballero anciano que lloraba profundamente y se lamentaba, de forma que nadie lo vería sin sentir compasión.

Boores se pone en pie y espera a que los que llevan el ataúd entren en la capilla y coloquen el cuerpo en el suelo. Empieza entonces el mayor duelo que se ha hecho por un caballero; el mismo Boores tenía gran lástima, pues veía que el anciano se tiraba de los cabellos, se arañaba la cara y la frente y se hacía brotar sangre: todos muestran tan gran dolor que sería imposible superarlo; el anciano grita y dice:

—Buen hijo, bueno y valioso con todos los valores, ¿cómo fue la muerte tan atrevida como para tomaros a vos y dejarme a mí, que a partir de ahora estoy como muerto?

Luego, se desmaya y durante un gran rato permanece en el suelo; cuando recupera la palabra, dice:

—Id rápidos, marchaos de aquí y traed al traidor, al desleal que ha matado a mi hijo.

Una parte de los que estaban con él se marchan y no tardan en regresar trayendo a un caballero desnudo, en calzas y camisa. Boores que los ve venir, mira al caballero que traen: reconoce que es Lambegue, su maestro. Siente entonces tal cólera que no puede esperar a que entren en la iglesia, sino que les ataca con la espada desenvainada y tomando el escudo que colgaba del árbol; les grita:

—¡Huid, buenos señores, dejad a ese caballero, pues no os lo llevaréis!

Le contestan que no lo abandonarán por él.

—Entonces, poneos en guardia frente a mí, pues os daré la muerte a todos o lo dejaréis.

A continuación, los ataca, golpea al primero que alcanza, partiéndolo hasta la barbilla, pues estaba desarmado; lo derriba muerto. Luego, se lanza contra los dos que tenían a su maestro, mata a uno y deja malherido del brazo izquierdo al otro. Se meten en la iglesia por el miedo que tienen de él, que ya ha derribado a tres. Boores habla con su maestro y le dice:

—Maestro, subíos a mi caballo, que yo montaré en ese que ha traído la litera; vayámonos de aquí, pues vos estáis desarmado y os podrían herir rápidamente por ventura.

Tal como le ha dicho, lo hacen: Lambegue monta el caballo de Boores y éste se sube al que había dicho, que era más negro que una mora, fuerte y rápido; se marchan de este modo y dejan las lamentaciones que están haciendo los otros en la capilla. Lambegue no había olvidado que Boores lo había llamado maestro; cuando han entrado bien cuatro tiros de arco en el bosque, Lambegue le dice:

—Por mi fe, señor, me debo alegrar porque os habéis arriesgado a morir por salvarme, y no creo haberlo merecido. Me gustaría haceros un favor semejante, si se presenta la ocasión; por eso, os ruego que os quitéis el yelmo, para que os pueda reconocer mejor en dondequiera que os vea.

Boores se quita el yelmo y cuando Lambegue lo ve, corre a él con los brazos tendidos y le dice:

—Mi dulce señor, ¿sed muy bienvenido!, ¿cómo os ha ido desde que os fuisteis de casa de mi señora del Lago?

Boores le contesta que muy bien.

—¿Qué aventura os ha traído tan a punto por esta parte?

—Por mi fe, mi dama del Lago me hizo saber anteayer que debía estar hoy a la hora de mediodía para ver la aventura que iba a ocurrirme. Y lo que ha ocurrido es que habéis sido rescatado de la muerte. ¿Cómo os habían apresado?

—Os lo diré. No hace aún tres días que yo y un caballero del reino de Logres habíamos estado juntos durante todo el día sin beber ni comer, y salimos al lindero de este bosque, donde descabalgamos para descansar bajo un pino: nos quitamos los yelmos y bajamos las ventanas, nos tumbamos a la sombra, sobre la verde hierba, y, cuando íbamos a dormirnos, vimos venir un jabalí perseguido por cuatro lebreles; tras él venía también un arquero que llevaba un arco en la mano y la saeta empulgada para disparar. Cuando el jabalí estaba cerca de nosotros, el arquero dejó volar la flecha e hirió en el cuerpo al caballero que estaba conmigo; éste, al sentirse herido, se dio cuenta de que la herida mortal; se incorporó y apuntó con la lanza al que le había herido, dándole tal golpe que le metió en el cuerpo la punta y el asta y lo derribó al

suelo. Acudió corriendo un caballero que era su señor; preguntó quién le había dado muerte a su arquero y mi compañero dijo que había sido él; el otro desenvainó la espada de inmediato y le cortó la cabeza por la muerte de su servidor. Sentí esta aventura, pues la vergüenza que había recibido yo era grande: fui a atacar al otro caballero, que se marchó tan rápidamente como pudo su caballo. Al ver esto, tomé mis armas y monté, después de haber colocado sobre el cuello de mi caballo al caballero muerto, al que llevé a una casa de religión para enterrarlo. Luego, me marché y juré que no dejaría de cabalgar hasta haber encontrado al caballero que me había causado tal vergüenza, matando a mi compañero delante de mí. Esta misma mañana lo encontré delante de una fortificación, armado con todas las armas salvo el yelmo. Como estaba desarmado, lo desafié y le atacé de inmediato; combatimos hasta que lo vencí y le di muerte con mis manos: él era el caballero al que habéis visto muerto en la iglesia. Cuando el anciano, que era su padre, vio que le había dado muerte a su hijo, envió tras mí a diez caballeros armados, que me apresaron y me traían tal como visteis, y me hubieran dado la muerte si vos no hubierais estado allí; pero gracias a Dios y a vos, no han podido hacerlo. Ya os he contado mi aventura tal como ocurrió. Ahora querría saber, si no os molesta, por qué motivo habéis venido aquí.

A continuación Boores le cuenta cómo va en busca de su señor Lanzarote:

—Y no regresaré —añade— a la corte del rey Arturo hasta que lo haya encontrado, a no ser que se me presente él mismo.

—¿En dónde pensáis que podéis encontrarlo?

—En la corte del rey Bandemagus tendremos noticias, según creo.

De este modo se cuentan sus aventuras y se preguntan el uno al otro por su situación. Cabalgaron hasta la hora de vísperas, en que salieron del bosque y se encontraron delante de ellos una fortaleza situada sobre una colina, de roca viva; se dirigen hacia ella para albergarse.

Cuando llegaron, se encontraron dentro a un caballero viejo que los recibió con gran alegría y les hizo el mayor honor que pudo: les hizo desmontar y él mismo ayudó a desarmar a Boores; luego, ordenó que le dieran a Lambegue ropa nueva de gran calidad; después, los llevó a los dos al salón de arriba, y les preguntó de dónde eran y ellos se lo dijeron. Cuando supo quién era Lambegue, le mostró la mayor alegría del mundo por amor a su tío Farién, que había sido compañero de armas suyo durante mucho tiempo.

Los tres caballeros hablaron juntos durante mucho tiempo, hasta que fue la hora de cenar; ya se disponían a sentarse, cuando entró la doncella que era criada de la dama del Lago, la que le llevaba a Boores la espada de Galahot de parte de Lanzarote. Al ver a Boores, le mostró una gran alegría y le dijo:

—Señor, tomad esta espada que os envía mi señor Lanzarote, vuestro primo; os pide que a partir de ahora la llevéis siempre por amor a él y a Galahot, de quien fue. Sabed

que es una de las mejores espadas del mundo.

Boores toma la espada y le contesta que está muy contento con este regalo; la desenvaina y ve que es tan hermosa y tan clara que no duda de su gran virtud.

Mientras tanto, se sientan para cenar; se entretienen y se divierten a su gusto. Después del primer plato, entró un criado, se arrodilló ante el señor del lugar y le dijo:

—Señor, dos de vuestras sobrinas están en el patio, y desean albergarse esta noche en vuestra casa, según me parece.

—¿Quiénes son?

—Son la doncella de Honguefort y la de Glocedún.

Se levanta de la mesa de inmediato para ir a recibirlas y le dice a Boores que le perdona, pero volverá pronto. Mientras hablaba así, las dos doncellas entran en la sala y el anciano corre a ellas con los brazos tendidos para mostrarles su alegría. Pero tan pronto como la de Honguefort ve a Boores, lo reconoce y corre hacia allí echándose de rodillas ante él y diciéndole:

—Noble caballero, por Dios, perdonadme el daño que os he causado, pues estoy dispuesta a pagároslo como queráis.

Boores se sorprende tanto al verla arrodillada ante él, que no se atreve a discutirle, sino que la perdona de inmediato.

Empieza entonces una alegría tan grande allí, que nadie vio una mayor; las dos doncellas cuentan cómo Boores les había ayudado. La de Honguefort se engalana más que antes, vistiendo ropa nueva. Después de contarle a Boores, ante todos los presentes, las penas que había sufrido por él, todos cuantos la oyen se quedan admirados y Boores más todavía.

—Sabed, señor —le dice la doncella—, que nunca cesaría de cabalgar hasta encontraros.

—Doncella, ya que habéis puesto fin a vuestra búsqueda, os ruego que nunca más hagáis matar a ningún caballero, si no tenéis una gran razón.

Ella se lo promete lealmente. Entonces, toma la palabra la doncella de Glocedún y le pregunta por qué abandonó su casa en tal hora, y él se lo cuenta: todos se echan a reír al oírlo. Aquella noche Boores recibió un alojamiento tan bueno como quiso y le hicieron tan grandes honores, que se sentía apesadumbrado, pues le parecía que no los merecía.

Por la mañana, tan pronto como pudo ver el día, se levantó y se armó después de oír misa. El señor del lugar le ofreció a Lambegue unas armas buenas y hermosas, y se las dio; éste se preparó lo más rápidamente que pudo. Los dos compañeros se pusieron en marcha encomendando a Dios a las doncellas; reemprendieron el camino llevándose a la doncella del Lago y cabalgaron juntos hasta después de mediodía. Se encontraron a un caballero desarmado, que montaba un gran caballo; llevaba puesto un vestido de cendal ligero por el calor que hacía. Saluda a los caballeros tan pronto como se le

acercan y ellos le devuelven el saludo.

—Buenos señores, me parecéis caballeros andantes.

Le contestan que lo son.

—¿Qué buscáis por aquí?

—Señor —contesta Boores—, buscamos a un caballero al que ya querría haber encontrado.

—¿Quién es?

—Señor, mi señor Lanzarote del Lago.

—Por Dios, os puedo dar noticias ciertas de él, si quiero.

—Buen señor, decídnoslas, por favor.

—Por mi fe, no lo haré antes de saber por qué lo vais buscando, pues si es por su mal, no os diré nada; si lo buscáis para su bien, os diré todo lo que sé.

Boores le promete que no lo busca más que para su bien.

—Sabed, entonces, que mi señor Lanzarote ha estado en la corte del rey Bandemagus y le ha dado muerte al caballero que lo había acusado de traidor; ayer se alojó en mi casa y esta mañana, al marcharse, le pregunté que a dónde iría y él me contestó «a la Dolorosa Guardia». Si queréis dirigiros hada allí y os apresuráis un poco, creo que podréis darle alcance.

Boores se puso muy contento con esta noticia y se la agradece profundamente. Luego, se encomiendan a Dios y se separan. Boores se dirige, con la doncella y Lambegue, a la Dolorosa Guardia aunque no conocen el camino más directo: pierden dos jornadas y cuando llegaron allí, les dijeron que Lanzarote se había ido hacía ya más de tres días.

Mucho lamentó Boores su fortuna; aquella noche la pasó en el castillo y se marchó por la mañana. Cuando llegaron al cruce de caminos, les dijo la doncella:

—Boores, os encomiendo a Dios.

—Doncella, ¿qué ocurre, os vais a marchar?

—Señor, voy con mi señora del Lago, pues ya he hecho todo lo que me ordenó y he estado demasiado tiempo en esta tierra.

Boores la encomienda a Dios y le ruega que le salude a su dama.

La doncella se separa de ellos. Boores le dice a Lambegue que la acompañe hasta el mar y le ruega tanto que finalmente así se lo otorga; de este modo, Lambegue se marcha con la doncella, mientras que Boores emprende el camino completamente solo, pensando que no regresará a la corte en un año, sino que irá en busca de aventuras.

La historia se calla ahora y deja de hablar de él durante algún tiempo y habla de Paridés del Cerco de Oro, que va a la corte del rey Bandemagus.

CXXIII

Cuenta ahora la historia que cuando Paridés se separó de Lanzarote, cabalgó durante todo el día herido como estaba y llegó por la noche a la abadía en la que Lanzarote había dormido. Había en ella un fraile, hombre anciano, que era muy entendido en sanar heridas. Examinó por la noche la herida de Paridés y puso un unguento que sabía que era bueno; luego, hizo que se acostara lo más a gusto que pudo. Por la mañana se levantó Paridés temprano y reemprendió el camino; cabalgó con cierto dolor hasta llegar a Wissant y allí se encontró al rey Bandemagus entre sus nobles. Se arrodilla ante él y le dice después de saludarlo:

—Señor, Lanzarote del Lago os hace saber que ha dado muerte a vuestro hijo Meleagant y os pide piedad a través de mí, a quien os envía para decíroslo.

Al oírlo el rey, tiene tan gran dolor en el corazón porque no tenía más hijos, que no puede seguir sentado, sino que cae al suelo desvanecido. Sus nobles corren a levantarlo y empieza entonces un duelo tan grande que no se oiría a Dios tronando: todos lloran por esta noticia. Cuando el rey vuelve en sí, le pregunta a sus nobles entre lágrimas si saben dónde se encuentra el cuerpo, a lo que le dicen que está en el Castillo de las Cuatro Piedras. El rey decide ir allí: hace que toda su gente monte, pero ordena que el caballero herido se quede, porque estaba gravemente dañado. Cabalga mientras dura el día y toda la noche, hasta que llega el día siguiente a la hora de nona al Castillo de las Cuatro Piedras; en la sala se encontró el cuerpo de su hijo, del que la cabeza había sido separada del tronco: en una litera yacían cabeza y cuerpo, pero estaba tan bien preparado con bálsamo y otras especias, que no podía salir mal olor.

Cuando vio el cuerpo de su hijo y tuvo entre las manos la cabeza tan llena de heridas, la besó mientras pudo mantenerse en pie; pero cuando el corazón no pudo soportar más la angustia que tenía, cayó el cuerpo desmayado entre sus nobles que lo retuvieron como pudieron. Permaneció en el suelo gran rato antes de recobrar el habla; al volver en sí, recomenzó el duelo y lamentó la muerte de su hijo con gran dulzura; durante todo el día hizo un duelo tan grande que yo no sería capaz de contároslo, pues no pudo ser consolado por nadie, y no bebió ni comió en todo el día, sino que lloró y se lamentó. La mañana siguiente, hizo que lo enterraran en una ermita con tan grandes honores como corresponde a hijo de rey. Después, se marchó de allí tan triste y dolorido que poco faltaba para que perdiera la razón. Cuando llegó a Wissant y vio a su mesnada alrededor, se acordó de su hijo, del que no había olvidado la muerte. Recomienza el duelo, tal que nadie de cuantos lo veían dejaba de sentir compasión, y no cesa ni de día ni de noche.

El rey Bandemagus llora de este modo, se lamenta y se duele por la muerte de su hijo Meleagant, censurando a la Muerte lo más que puede, diciendo:

—Ay, Muerte traidora y cruel, ¿cómo te atreviste a acercarte a mi hijo?

Por otra parte amenaza a sus nobles, diciéndoles:

—Si lo hubierais guardado bien, todavía no habría muerto, pero os habéis comportado de forma que os odiaré con odio mortal el resto de mi vida, y no tengáis la esperanza de que me consuele, pues esta pérdida es irreparable.

Pero ahora la historia deja de hablar de él y vuelve a Lanzarote del Lago y al rey Arturo.

CXXIV

Cuenta ahora la historia que un año después de la muerte de Meleagant, el hijo del rey Bandemagus, el rey Arturo fue a cazar al bosque de Camelot en la octava de Pentecostés. En aquella cacería participaban numerosos nobles del rey, pues estaban presentes el rey Yon, el rey Caradós Rompebrazos, el rey Malaquín de Escocia, el rey de Irlanda, el rey Carbaraconcín de Cornualles y el rey de Norgales. Había doce reyes coronados que todos ellos dependían del rey Arturo y eran vasallos suyos; también había duques y condes en tal cantidad que resultaba admirable: era tan grande la reunión porque el rey Arturo no había disuelto aún su corte de Pentecostés y ningún noble se había marchado todavía. Después de ellos iba la reina con gran acompañamiento de damas y de doncellas, con cuatro caballeros: mi señor Keu, Saigremor el Desmesurado, Dodinel el Salvaje, que tenía gran fama, y Lanzarote del Lago que era muy valiente; con ellos iba un escudero que llevaba un perro de compañía de la reina, que siempre lo llevaba consigo por amor a la Dama del Lago que se lo regaló; los cuatro caballeros iban armados porque el rey había dicho que la reina no entraría nunca en el bosque sin la compañía de cuatro caballeros con armas.

La reina cabalga con este séquito por el bosque e iban divirtiéndose tras los cazadores, de forma que hacia la hora de prima se encuentran con un caballero que montaba un gran caballo, iba armado con todas las armas, con el escudo al cuello, la lanza en el puño y el yelmo en la cabeza. El caballero llevaba un camino que atravesaba el bosque; al reconocer a la reina, se detiene y empieza a llorar con tristeza. Ella lo saluda y le dice:

—Dios os salve, señor caballero.

Pero está tan lleno de lágrimas y tan triste que no puede contestar una palabra; la contempla con atención y no deja de llorar. Cuando la reina ya se había alejado un poco, el caballero acude picando espuelas tan rápidamente como su caballo puede, se acerca a la reina y le dice llorando:

—Señora, he aquí mi prenda porque os he hecho un daño y porque aún os haré más, pues no me queda más remedio a pesar de mi voluntad.

En ese momento, alarga la mano y sujeta a la reina por el freno, diciendo:

—Señora, os he apresado y no podéis escapar fácilmente.

Mientras tanto, sigue llorando profundamente.

—Señor caballero —le contesta la reina—, dejadme.

—Señora, no puedo hacerlo.

—Por mi fe —exclama Keu adelantándose—, tenéis que dejarla o lo pagaréis muy caro.

—Keu, por vos no la dejaré, sino que me la llevaré a no ser que la defienda otro.

—Si no la dejáis, os arrepentiréis.

—No la dejaré.

—¿No? Lo veremos en breve. Quitad la mano —le ordena al caballero desenvainando la espada— u os cortaré el brazo.

—¿Así estamos?

—Sí, por mi cabeza.

—Por Dios, os arrepentiréis, ya que no podéis marcharos sin combatir contra mí.

—Eso me importa poco, pues no sois el primero contra el que combato: poneos en guardia frente a mí, pues os desafío.

—Y yo a vos.

Mi señor Keu se aleja del caballero y éste de él; van el uno contra el otro tan rápidos como pueden sus caballos y se golpean con tanta fuerza que atraviesan los escudos. Keu quiebra su lanza en el caballero y éste le da tan gran golpe que lo derriba del arzón al suelo por encima de la grupa del caballo. Cuando Saigremor ve que Keu ha sido derribado, pica su caballo hacia el caballero, que hace lo mismo; se golpean con tanta rapidez por los caballos, que los escudos se les parten y despedazan. Saigremor le atraviesa el escudo y le rompe la malla de la cota por la parte izquierda, pero no le llega a la carne. El caballero le alcanza de forma que lo derriba a él y a su caballo mezclados en un montón y, luego, le pasa por encima del cuerpo con el caballo, que por poco no le revienta el corazón en el vientre.

La reina está triste y apesadumbrada al ver que han sido derribados los dos caballeros. Dodinel el Salvaje, estaba lleno de cólera por la vergüenza de sus compañeros, dice que combate muy bien el recién llegado, pero que así le ayude Dios, no dejará de enfrentarse con él, «pues prefiero ser derribado a que mis dos compañeros no sean vengados en todo lo que yo pueda». Se dirige entonces contra el caballero que aún no había roto su lanza, pues era muy fuerte. Los caballos son resistentes y veloces y los caballeros valientes y esforzados; se golpean con rabia en los escudos con toda su fuerza, partiendo los ejes y rompiéndolos; las puntas de las lanzas llegan a las cotas, que no son tan resistentes como para que las mallas no se rompan. El caballero permanece entre los arzones y Dodinel el Salvaje vuela del caballo al suelo y cae con tan mala caída, por el peso de las armas que llevaba, que por poco no se rompe el cuello. La reina siente el combate y las doncellas lloran con pesar. Temiendo por Lanzarote, la reina le dice airada al caballero:

—Señor caballero, marchaos, por Dios. Si derribáis al cuarto, no volveré a tener alegría en toda mi vida.

—Señora, así me ayude Dios, no podré irme antes de ser derribado o de llevaros conmigo.

—Si me lleváis, me daré la muerte, pues después de que hayáis vencido al cuarto no tendré deseos de vivir.

En esto, el caballero se aleja para enfrentarse con Lanzarote, que hace lo mismo. Cuando iba a iniciar el galope, se acerca a Lanzarote una vieja corriendo en un palafrén, lo más deprisa que puede, lo sujeta por el freno y le dice:

—Señor caballero, cumplid vuestra promesa.

—¿Qué promesa? ¿Os prometí algo?

—Sí, por Dios, cuando ibais buscando al Caballero Rojo, me prometisteis que si os indicaba dónde se encontraba, me seguiríais sin discutir en la primera ocasión en que os lo pidiera. Ahora os lo pido: tenéis que venir tras mí sin hacer nada más y si no venís, habréis faltado a vuestra palabra y no volveréis a tener honra en el mundo.

—Señora, tened compasión por Dios, pues me habréis afrentado para siempre si me hacéis ir sin luchar con este caballero que me está esperando.

—Si os vence, seréis prisionero suyo; entonces yo no tendré ningún poder sobre vos, pues desde el momento en que estéis prisionero, dependeréis de otro.

—Señora, que Dios no quiera que sea vencido. Os ruego, para evitar esta vergüenza el resto de mi vida, que me deis de plazo hasta haber combatido contra él.

—No tendréis aplazamiento, venid inmediatamente conmigo.

—No, señora, ¿no vais a hacer nada por mí?

—No.

—Entonces poneos en marcha, pues os seguiré; pero tened por seguro que antes de que os hayáis alejado dos tiros de arco, me encontraréis muerto.

—¿Muerto? ¿Quién os matará?

—Yo mismo, pues después de haber recibido tan gran afrenta como la que me queréis hacer, no desearé vivir ni una hora más.

—No será así, os dejaré combatir: pero quiero que me prometáis antes que me seguiréis después del combate.

—Así lo haré, si estoy en mi poder.

—No quiero otra cosa.

La vieja lo deja; era de tanta edad que podría tener fácilmente setenta años y llevaba un sombrero de oro en la cabeza de pelo completamente cano; la llamaban Doncella de Avanzada Edad. Los caballeros se disponen a combatir, deseosos los dos; van el uno contra el otro rápidamente y con gran fuerza se golpean en los escudos, que se rompen de inmediato, y atraviesan las cotas por los golpes que se dan; las puntas les entran en las blancas carnes. El caballero alcanza a Lanzarote metiéndole el hierro de la lanza en el costado derecho. Pero tuvo la fortuna de que no fue una herida profunda y de que al golpearle la lanza se quebró, quedándole en el costado una gran parte con toda la punta, pero no lo ha derribado al suelo. Lanzarote, que se siente herido, le golpea con tal rabia que le mete en el cuerpo la punta y el asta, de forma que el hierro le aparece al otro lado de la espalda; lo derriba del caballo al suelo a la distancia de la lanza, que se quiebra cuando cae. Entonces la vieja se dirige a Lanzarote tan rápido

como el caballo la lleva y le grita:

—Ahora, Lanzarote, cumplid vuestra promesa.

Cuando Lanzarote da la vuelta, ve a la vieja que ya se había alejado más de un tiro de arco; pica espuelas al caballo para ir tras ella sin mirarse la herida, ni despedirse de nadie, y galopa tras la vieja.

—Keu —dice la reina—, id tras ellos. ¿No veis que tiene un trozo de lanza con la punta en el cuerpo? Morirá si se aleja.

—Señora —responde Keu—, iré con mucho gusto, pero no pienso que regrese por mí.

—Si no quiere regresar por vos, ayudadle, si podéis hacerlo.

—Con mucho gusto.

Se pone en marcha tras Lanzarote; después de cabalgar por el bosque alrededor de media legua, se encuentra en un valle a Lanzarote que estaba combatiendo contra dos caballeros, aunque al principio eran tres, pero ya le había dado muerte a uno y a los otros dos estaba obligándolos a huir a pie por el bosque. Él también iba a pie, pues le habían matado el caballo. Keu se quedó admirado ante esta aventura y se dijo que Lanzarote tenía gran fortuna en todas partes; se acerca a él y le dice:

—Señor, mi señora me envía a vos para saber cómo estáis, pues teme que hayáis sido mortalmente herido.

—¿Herido, señor? En absoluto. Podéis decirle a mi señora que no tengo ninguna herida que me obligue a detenerme una jornada, y que marchó. Por Dios, cuidad al caballero, para que se cure: haréis bien, pues ciertamente es noble y muy valiente.

—Decidme, ¿qué querían de vos esos caballeros contra los que estabais combatiendo?

—No lo sé, pero estaban escondidos en ese seto y me salieron al encuentro: maté al primero y los otros me atacaron causándome el mayor daño que pudieron. Gracias a Dios hemos escapado.

Entonces Keu desmonta y le pregunta a Lanzarote si soportará que le saque la punta del costado.

—Señor caballero —interviene la vieja—, no os metáis en eso, pues habrá quien esta noche se ocupe de él y sabe más que vos; volveos, porque sólo le causáis mal.

Lanzarote quiere marcharse entonces y Keu le dice:

—Señor, tomad mi caballo, pues no os iréis a pie.

—Con mucho gusto, ¿pero cómo os iréis vos?

—Yo me ocuparé de mí mismo.

Lanzarote monta y al marcharse le dice a Keu:

—Señor, saludadme a mi señora la reina y a todos los que pregunten por mí y decidle a mi señora que, por Dios, se ocupe del caballero herido.

—Así será.

Lanzarote y Keu se separan sin decir nada más, y Lanzarote va tras la vieja.

Keu se dirige a donde piensa que está la reina; cuando lo ven llegar a pie, se sorprenden todos. Saigremor va a su encuentro y le pregunta cómo es que viene a pie, a lo que le contesta que Lanzarote se lleva su caballo y, luego, le dice a la reina:

—Señora, Lanzarote os manda saludos y os ruega por Dios que os ocupéis del caballero herido.

—Ya lo hemos hecho.

Keu mira entonces y ve que el caballero estaba desarmado y tenía la herida vendada y ya le habían hecho una cura; estaba echado en una litera que Saigremor y Dodinel le habían construido. La reina habla con sus doncellas y les prohíbe que se atrevan a contar quién es el caballero, ni de dónde ha llegado, ni quién ha hecho la litera.

—Además, no quiero que nadie cuente las noticias en la mesa de mi señor el rey.

Así se lo otorgan todas.

Luego, toman el camino por el bosque y van tras el rey, haciendo cubrir la litera con dos tejidos muy ricos, poniéndole por debajo una capa de verde hierba; cabalgaron hasta llegar a una fuente que manaba bajo un sicómoro. Era llamada Fuente de las Hadas, porque las gentes que vivían en el bosque habían visto allí damas hermosísimas en varias ocasiones, sin que consiguieran nunca saber quiénes eran y por eso decían que eran hadas: ése era el motivo de que la fuente se llamara así. La reina se dirigió a la fuente, descabalgó y su séquito hizo lo mismo; después de descansar dijo la reina:

—Saigremor, este sitio está muy bien para comer.

—Señora, será para quien tenga qué comer.

—Lo tendréis que buscar.

—Por mi fe, no sé dónde ir por comida, a no ser a la Torre de Mathamás que está cerca de aquí en el bosque.

—Allí conseguiréis poco —le advierte Keu—, pues no hay caballero en el mundo que odie tanto a mi señor el rey como Mathamás.

—Por Dios —dice Dodinel el Salvaje—, entonces más vale ir para afrentarle y causarle daño; si Saigremor desea ir allí, estoy dispuesto a acompañarle y mi señora la reina nos esperará aquí.

—Vamos —exclama Saigremor—, maldito sea quien lo impida.

A continuación montan y toman una lanza y el escudo; iban doloridos por la batalla que habían librado, pero tenían tan gran corazón que no les importaba. La reina les ruega que regresen pronto, a lo que contestan que lo harán lo antes posible. Toman un estrecho sendero que atravesaba un zarzal y no tardaron mucho en encontrar ante ellos a un caballero armado con todas las armas, a caballo, apoyado en la lanza y situado a la entrada de un pabellón; cantaba una canción nueva con voz tan clara que todo el bosque resonaba. Saigremor se dirige a Dodinel diciéndole:

—A fe mía, ese caballero está muy a gusto.

—Bien puede estarlo, al menos eso parece.

Cuando el caballero los ve cerca se dispone a combatir y sujeta sus armas cerca del cuerpo.

—Compañero —dice Saigremor—, vamos a tener que combatir.

—Es cierto —le contesta Dodinel—, dejadme que vaya.

—No, por Dios, iré yo y vos esperaréis aquí hasta que hayáis visto cómo me va.

Se dirige entonces hacia el caballero, que va contra él tan rápido como puede su caballo; se dan grandes golpes en el escudo y quiebran las lanzas, pero ninguno de los dos cayó. Luego, sacan las espadas y se dan tales tajos en los yelmos que hacen brotar fuego; se rompen los escudos por arriba y por abajo y se alcanzan siempre que pueden, durando el combate un buen rato, sin que ninguno pudiera llevar la mejor parte ni la más hermosa.

Por casualidad pasó por allí una doncella en una mula; mira un poco el combate y después se dirige a Dodinel, que la saluda y le dice:

—Doncella, sed bienvenida.

—Vos también, caballero, si no sois de los malvados cobardes que no se atreven a seguir a una doncella.

—Doncella, no soy de éstos, pues no hay joven en el mundo a la que no me atreva a seguir.

—No lo creo. Ni siquiera a cambio de un ojo de la cabeza os atreveríais a ir a donde yo voy.

—Por Dios, sí, aunque muriera.

—Eso lo veré en breve. ¡Seguidme!

—Id tranquilamente, pues aunque fuerais al infierno, me atrevería a ir tras vos.

La doncella se aleja muy deprisa y Dodinel el Salvaje la sigue; cabalgan de este modo durante un buen rato sin decir una palabra ninguno de los dos.

Pero la historia deja de hablar de ellos por ahora y vuelve a Saigremor el Desmesurado, que estaba combatiendo contra el caballero.

CXXV

Cuenta ahora la historia que Saigremor combate sin cesar contra el caballero del pabellón, que ya se encontraba tan cansado que no podía defenderse: se vuelve huyendo por el bosque, ya que no encuentra otra posible salvación. Saigremor va tras él y al ver que no puede alcanzarlo lo deja y mira a su alrededor, pero no ve a Dodinel el Salvaje y se pregunta admirado qué ha podido ser de él; lo busca por todas partes; como no puede encontrarlo, decide que a pesar de todo no dejará de ir a casa de Mathamás: reemprende el camino muy deprisa. No tardó mucho en encontrar a uno de los monteros del rey que venía huyendo en un gran caballo: iba herido en el hombro y en la cabeza y estaba completamente ensangrentado. Al ver a Saigremor lo reconoce por las armas y le grita en cuanto lo ve:

—Buen señor, por Dios, ¡ayudadme!

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué huyes?

—Señor, porque dos caballeros me persiguen después de haberme herido como veis, y desean matarme.

—¿Por qué?

—Porque me han quitado un perro y yo se lo recliné; me han herido y golpeado y me han hecho todo tipo de villanías, y todavía me siguen para matarme.

—No temáis, llévame hacia allí.

—No os mováis de aquí, pues vendrán ellos.

—Entonces los esperaré.

Se detienen y en esto llegan los dos caballeros; cuando Saigremor los ve, les dice:

—Dejad el perro, no os lo llevaréis así.

Se lo entregan a un escudero que iba con ellos diciéndole que se vaya tranquilamente, «pues nos vamos a ocupar de este caballero». El escudero que tenía el perro se marcha y los dos caballeros van contra Saigremor, que hace lo mismo que ellos; golpea a uno con la espada en el yelmo haciéndole caer de la silla completamente aturdido; el otro le da tal tajo que le rompe un canto del escudo, pero Saigremor le paga con el mayor golpe que puede y el otro le responde. Mientras, el que había sido derribado se levanta y se dispone a montar de nuevo, pero Saigremor le ataca y le golpea con el pecho del caballo derribándolo de espaldas al suelo. El otro caballero le alcanza por la espalda y le da tal golpe que le hace inclinar la cabeza sobre el cuello del caballo, y lo sujeta por el yelmo intentando tirarlo al suelo; Saigremor, que tenía gran fuerza, no lo permite, sino que le da tal golpe con el puño de la espada que le hunde el nasal del yelmo; repite el golpe con tan gran fuerza que se lo hunde hasta los ojos y el caballero cae muerto. Saigremor desmonta y va contra el otro, al que le dice que se dé por muerto si no se rinde; el caballero le pide piedad y le tiende la espada. Saigremor la

toma diciendo:

—Tienes que prometer devolverle el perro al montero y ponerte a su merced.

El caballero así se lo otorga pues ve que no puede ser de otro modo; Saigremor acepta que le asegure que lo hará tal como le ha prometido.

Luego vuelve a meter la espada en la vaina, monta y encomienda al cazador a Dios; reemprende el camino y toma el sendero que estaba lleno de espinos, de majoletos y de zarzas; era un sendero tan estrecho que el caballo llevaba las patas arañadas y ensangrentadas. Saigremor, que estaba muy enfadado, maldice el camino y exclama que malditos sean los espinos y las zarzas, pues sólo valen para perjudicar al mundo. No tardó mucho en ensancharse el camino.

Mira a la derecha del bosque y ve un pabellón muy rico plantado bajo una encina; delante, a la entrada del pabellón, había un enano tan feo y tan odioso que a Saigremor le parece que nunca había visto a nadie tan horrible. El enano tenía en la mano un palo grande y pesado, y una maza de hierro. Cuando Saigremor se acerca, el enano le sale al encuentro con el palo levantado, golpea al caballo en la cabeza y lo deja aturdido. Saigremor, que estaba enfadado por el mal camino que había tenido y más por su caballo al que el enano había golpeado, le dice: «¡Vete de aquí, cosa desgraciada!». El enano vuelve a levantar el palo y golpea de nuevo al caballo en la cabeza, haciéndolo caer de rodillas. Saigremor se encoleriza, coge al enano por las sienes y lo levanta, y después lo tira contra el suelo con tanta fuerza que por poco no le revienta el corazón en el vientre; luego, le pasa con el caballo por encima del cuerpo hasta que le rompe uno de los muslos; entonces, el enano grita lo más fuerte que puede:

—¡Ayuda, ayuda!

En esto sale del pabellón una de las doncellas más hermosas de cuantas Saigremor había visto en mucho tiempo; acude gritando y diciendo:

—Buen señor, no sois cortés, por mi cabeza, pues a una cosa débil y desvalida le mostráis vuestra fuerza. Ciertamente os podría sobrevenir algún daño —y así hubiera sido si su señor hubiera estado allí dentro—; sea desgraciado el caballero malvado dondequiera que esté.

—Que así sea, doncella, que todo sea como vos decís, ¿pero por qué lo decís?

—Lo digo por vos, que habéis hecho lo que ningún valiente hizo nunca. Habéis cometido la mayor villanía al poner la mano sobre éste, y no podréis pagarlo con ninguna cortesía; si él tuviera tanta fuerza como vos, no os atreveríais a volver.

—Doncella, decid lo que queráis, pero por Dios, aunque hubieran sido mi señor Galván o Lanzarote del Lago los que me hubieran cometido esta villanía, yo me hubiera vengado con todas mis fuerzas; no os enfadéis, porque estoy dispuesto a recompensarlo todo según vuestra voluntad.

—No rechazo la recompensa.

Saigremor la contempla y ve que es muy hermosa, muy gentil y por la gran belleza que hay en ella dice que sería muy malvado si se marchara sin más; la acompaña al pabellón y en él se encuentra a Calogrenant, uno de los caballeros de la Mesa Redonda, que estaba encadenado con grilletes y yacía sobre una alfombra muy entristecido; Saigremor, que lo reconoce sin dificultad, lo saluda y le pregunta qué hacía allí.

—¿Qué, señor? Sed bienvenido; no hago nada, sino que estoy prisionero.

—¿Prisionero? Decidme cómo es eso.

—Por mi fe, esta mañana, cuando mi señor el rey llegó al bosque, yo iba tras él; pero era demasiado tarde y vine completamente solo hacia esta parte, según me trajo la aventura; me encontré con la doncella y con un enano en este pabellón; ella tenía un cuerno de marfil muy hermoso y rico, y me preguntó si me atrevería a tocarlo, a lo que yo le dije que sí; lo tomé y lo toqué con mucha fuerza. No tardaron en llegar dos caballeros completamente armados, que me atacaron y me apresaron con facilidad, pues yo iba sin armas.

—Ciertamente cometieron una gran bajeza y si supiera que regresarían al tocar el cuerno, yo lo tocaría ahora mismo.

—Por Dios, estoy seguro que vendrán si alguien toca el cuerno.

—Eso lo vamos a ver pronto.

Toma entonces el cuerno que le había indicado y se lo pone en la boca, tocándolo con la mayor fuerza que puede; luego, coge una lanza que había a la puerta del pabellón y espera hasta que ve llegar a un caballero montado en un gran caballo, con armas rojas como la sangre y le grita a Saigremor desde lejos:

—¡Por Dios, en mala hora lo tocasteis!

Cuando Saigremor ve que tiene que defenderse se junta el escudo al cuerpo y se dirige contra el caballero: se dan tales golpes en el escudo que se derriban ambos al suelo, con los caballos encima. El caballero se levanta primero, como hombre valeroso y echa mano a la espada; Saigremor hace otro tanto: se atacan, se cortan el escudo por arriba y por abajo con las afiladas espadas y arrancan mallas de las cotas en los hombros, abollan los yelmos con frecuencia y se hacen sangre en muchos sitios; la batalla entre los dos es tan dura y tan cruel que resulta admirable cómo pueden resistir tanto.

Durante largo rato combaten así el caballero y Saigremor, sin que ninguno pueda llevar la mejor parte de la batalla. En esto, pasa delante de ellos un caballero armado, montado en un caballo albazano. Después de haber contemplado el combate durante un largo rato se acerca a la doncella del pabellón, la sujeta, se la coloca delante de sí y se marcha. La doncella empieza a gritar como mujer asustada:

—¡Marlagán, Marlagán, no dejéis que me lleven así!

El caballero mira entonces y al ver que el otro se lleva a su amiga no sabe qué hacer, pues desea ir tras ellos, pero no puede hacerlo porque Saigremor le ataca de cerca; si la

pierde, nunca más tendrá alegría. Estas dos cosas le preocupan y no puede dedicarse a nada más; ahora combate mucho peor que antes y Saigremor se da cuenta, porque el caballero mira frecuentemente hacia el otro lado: hace con él lo que quiere, pues su contrario se limita a resistir y a cubrirse con el escudo. Cuando ya no puede más, le dice:

—Noble caballero, ¡tened compasión de mí, por Dios! Si te atacué locamente, te has vengado como valiente.

—Señor caballero, ¿qué queréis decir?

—Quiero que esta batalla termine, me pongo a vuestra merced, pero dejadme ir tras aquel que se lleva a mi amiga.

—Así lo haré con gusto, pero iré yo detrás de ellos, si queréis; vos os quedaréis aquí para liberar al caballero que ahí dentro está encadenado.

—Así me ayude Dios, me parece muy bien.

Saigremor se lo concede, monta en su caballo que se había detenido bajo un árbol y va tras el caballero que se llevaba a la doncella; lo sigue tan deprisa como el caballo puede llevarlo y al cabo de una media legua encuentra a un escudero sobre un rocín cansado y agotado, tan fatigado que apenas puede caminar. Lo saluda y le pregunta si ha encontrado a un caballero que se lleva a una doncella.

—Señor, sí, en ese valle; pero va tan rápido que no lo alcanzaréis jamás.

Saigremor no se pone muy contento con esta noticia; deja al escudero y pica espuelas al caballo; al llegar al valle ve al caballero por delante, en lo alto de la colina y galopa tras él. Cuando llega a la montaña ve hasta diez pabellones plantados en un prado que había junto a una fuente; cada uno de estos pabellones tenía colgados cuatro escudos y en ellos se apoyaban diez lanzas con las puntas hacia arriba.

Cuando llegó cerca de los pabellones vio salir a un caballero que le dijo que tenía que combatir o entregar sus almas; le contesta que no sería necesario y que prefería combatir a rendir las armas.

—Pero no tengo lanza.

—No os preocupéis por eso, pues os entregaré una buena.

Le da una lanza y entonces salen de los pabellones más de treinta caballeros para ver el combate. Saigremor se dirige contra el caballero, dolido como iba, pues había realizado grandes hazañas y muchas proezas en aquel día.

El caballero quiebra su lanza en él y Saigremor lo derriba del caballo, luego le dice que vuelva a montar pues no quiere causarle más daño; el caballero le pregunta quién es.

—Soy un caballero de esta tierra.

—¿Qué buscáis?

—Voy en busca de un caballero que se ha llevado a una doncella.

—Si yo así lo deseara, os daría noticias tuyas.

—Decídmelas, por favor.

—Lo voy a hacer, si me prometéis concederme el primer don que os pida.

—Así os lo prometo, si es algo que yo os pueda dar y deba hacerlo.

—Así es.

—Entonces os lo otorgo. Decídmelo ahora.

—Tomad este camino y un poco más adelante encontraréis un pabellón con un águila de oro encima del pomo del mástil. Dentro encontraréis al caballero y a la doncella que vais buscando; no vayáis a torcer por ningún sitio, pues este camino os llevará recto hasta allí. Si la doncella no está, os dejo libre en cuanto al don que me habéis concedido; pero si está, os reclamaré el don cuando yo así lo desee.

De este modo se separan los dos; Saigremor reemprende el camino sin que ninguno de los otros le detenga ni le diga una sola palabra. Continúa y cabalga hasta que ve el pabellón. Lo reconoció por las señales que le habían dicho. Al entrar en él encontró cuatro caballeros que estaban comiendo a la mesa y la doncella entre ellos, que lloraba con amargura. Cuando Saigremor la ve se dirige hacia ella sin saludar a los caballeros y le dice:

—Doncella, os han traído aquí sin motivo y yo os llevaré conmigo con toda razón.

Entonces uno de los caballeros coge un cuchillo puntiagudo que tenía delante de él en la mesa y se lo va a lanzar a Saigremor.

—¿Qué es eso, señor caballero? Así me ayude Dios, que si os movéis, os volaré la cabeza.

A pesar de estas palabras, el caballero no se retiene, sino que arroja el cuchillo contra Saigremor con tal fuerza que le rasga la cota en el hombro; la hoja le entra un palmo en la carne. Al sentirse herido, Saigremor se saca el cuchillo del hombro, desenvaina la espada con gran cólera y le da tal golpe en la cabeza que se la parte hasta los dientes, haciéndole caer muerto.

Se ponen en pie los otros tres e intentan ir corriendo a sus armas, pero Saigremor les va al encuentro, golpea al mayor de ellos cortándole la oreja y el hombro con el brazo; lo derriba al suelo tendido y los otros huyen del pabellón lo más rápidamente que pueden. Después de alejarse, que Saigremor no ve a ninguno, toma a la doncella y la monta sobre el cuello del caballo; la joven le pregunta que a dónde la lleva.

—Os voy a llevar con vuestro amigo, que me envió tras vos.

Ella lo acepta; de este modo se marchan la doncella y Saigremor, que la contempla sin cesar mirándole el rostro: le agrada tanto que si el caballero no le hubiera pedido lealmente que fuera, él la hubiera requerido de amores, pero por lealtad deja de hacerlo. Cabalgan hasta llegar a las diez tiendas en las que Saigremor combatió contra el caballero; cuando iba a dejarlas atrás le salen al encuentro doce caballeros completamente armados, que le dicen que no se puede llevar a la doncella.

—¿Por qué?

—Porque nuestro señor, el Duque de Tangingues, desea saber quién es.

—Por Dios, no sabrá nada.

—Sí que lo sabrá, pues os la quitaremos por la fuerza y nos la llevaremos.

—Bien me la podréis quitar si no puedo defenderla; pero por mi cabeza, mientras yo viva no os la llevaréis, ya que lo deseáis hacer por la fuerza.

—Entonces, poneos en guardia, pues tenéis que combatir.

—Me guardaré lo mejor que pueda.

Baja del caballo a la doncella y dice tan alto que todos lo pueden oír:

—Avanzad, aunque seáis cuarenta pues, así me ayude Dios, no os la llevaréis mientras tenga vida en el cuerpo, a no ser que caiga prisionero.

Cuando uno de los caballeros lo oye se acerca a él y le pregunta quién es.

—Soy de la mesnada del rey Arturo.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Saigremor el Desmesurado.

—Así me ayude Dios, de forma muy correcta os llamó quien os puso ese nombre por primera vez, pues sois desmesurado y estáis lleno de orgullo, ya que queréis combatir contra todos nosotros por esta doncella.

—Por mi fe, combatiré antes de permitir que os la llevéis, porque un caballero me envió para que se la devolviera: preferiría morir a no llevarla, pues tanta confianza ha puesto en mí.

Mientras hablaban de este modo llegó a ellos un gran caballero, armado con armas pintadas como tablero de ajedrez; al ver a Saigremor, que no quería entregar a la doncella frente a todos los demás, piensa que es de gran valor y que puede ser muy esforzado el que habla con tanta energía; contempla su escudo que estaba despedazado por las lanzas y por las espadas y ve la cota que lleva rota en varios lugares y que él está ensangrentado tanto por su propia sangre como por sangre de otros: siente gran aprecio por él, y a nadie lo apreciaría más, según le parece; a pesar de todo, le dice para saber si podría acobardarlo:

—Señor caballero, tenéis que entregar a esa doncella.

—Señor, a vuestro pesar, si la entrego no será de grado, y aunque tuviéramos que enfrentarnos vos y yo, no pensaría dejarla hoy frente a toda vuestra fuerza.

—¿No? Lo veremos en breve. Por Dios, ahora tenéis que luchar contra mí.

—¿Contra vos? Mal haya quien se acobarde, pues no sois el primero contra el que me he probado hoy.

Toma entonces una lanza que había delante de él y cuando el caballero ve que se dispone a combatir, lo llama diciéndole:

—Decidme vuestro nombre antes de que nos enfrentemos.

—Me llamo Saigremor el Desmesurado.

—Saigremor, mi buen amigo, ¡sed bienvenido! Ciertamente deseaba veros más que a

ningún hombre.

—¿Quién sois vos?

—Soy Brandebán de Tangués, por quien vos combatisteis contra Malduit el Negro en la Isla Seca y verdaderamente estaba tan dolido porque os marchasteis sin despediros de mí, que había decidido en mi corazón no detenerme hasta haberos encontrado. Esta misma noche pensaba ir a la corte del rey Arturo en busca de noticias vuestras, para encontraros: bien debía hacerlo, pues me habéis servido mejor de lo que yo podría recompensaros en todos los días de mi vida; que Dios sea alabado porque os he encontrado tan pronto.

—Señor, ¿sois vos? Me habéis hecho mayor honra que cualquier extraño de cuantos he encontrado; decidme, por Dios, cómo os ha ido.

—Sólo puedo deciros que me ha ido bien, pues estoy tan contento por vos, que no podría estarlo más: descabalgad y comed conmigo en mi pabellón, donde la mesa ya está dispuesta.

—Señor, no podría hacerlo de ninguna manera, pues tengo que llevar esta doncella a su amigo y después debo ir a un sitio al que me ha enviado mi señora la reina.

—Saigremor, vuestra negativa no vale nada, tenéis que hacer lo que os digo.

—Señor, no puede ser; aunque me cortaran la cabeza no lo haría, pues mi señora la reina está esperándome en la Fuente de las Hadas y tengo que regresar de inmediato. Por Dios, en otro caso, lo haría con mucho gusto y haría todo lo que desearais. Señor, por Dios, no os pese esta vez.

Cuando el duque ve que le suplica en vano hace que le entreguen a la doncella un palafrén, y le dice a Saigremor:

—Estoy a vuestras órdenes.

Éste le da las gracias y se marcha con la doncella, cabalgan hablando de varias cosas hasta el pabellón en el que había dejado a Calogrenant. Al llegar allí no encuentran a Calogrenant, ni al amigo de la doncella, ni al enano al que Saigremor había arrojado contra el suelo. Saigremor se sorprende y le pregunta a la doncella qué puede haber ocurrido con ellos.

—No lo sé.

—¿No? No sé a quién preguntar.

—¿Preguntar, qué?

—Yo le prometí a vuestro amigo que os traería y os pondría a su disposición, y no sé qué hacer.

—Por mi fe, vos habéis cumplido ya que me habéis traído y no falta nada que no me hayáis dado; me habéis puesto a su disposición, en su pabellón: podéis marcharos tranquilamente si tenéis prisa; aquí estoy tan segura como si me estuvierais protegiendo.

—En absoluto, pues si vinieran dos caballeros dispuestos a forzaros, ¿quién os

ayudaría?

—No temáis tal cosa, marchaos a donde queráis.

—Ya que así lo deseáis, os encomiendo a Dios.

—Id con Dios, que Él os acompañe.

Saigremor se marcha; era entre la hora de tercia y mediodía. Cabalga hasta que llega a casa de Mathamás. Era una casa fuerte y alta, con almenas de mármol que la cerraban y protegían; estaba rodeada por fosos grandes y profundos y por la parte de fuera había una empalizada de picas agudas y gruesas. Para llegar no había más que una entrada, que era una puerta toda de metal y de cobre, mejor trabajada y con más riqueza que ninguna, Saigremor se dirige hacia allí lo más derecho que puede y cabalga hasta entrar por la puerta; la contempla durante un buen rato, pues le parece muy hermosa, y luego sube a caballo a la sala principal, donde encuentra a Mathamás que iba a sentarse a la mesa con sus caballeros, de los que había más de treinta. Al verlo armado se callan todos para escuchar lo que va a decir; se dirige a Mathamás sin detenerse, pues lo conocía, y le dice sin saludarlo:

—Mathamás, la reina Ginebra, mi señora, te ordena a través de mí que le envíes de comer a la Fuente de las Hadas, donde está con sus doncellas.

—¿Qué es eso? Ya que tú le perteneces, ¿con qué permiso has entrado aquí dentro?

—Entré con su permiso.

—Pues ahora veremos cómo te defiende.

Entonces les grita a sus hombres:

—¡A las armas!

Corren unos por una parte y otros por otra; se visten las armaduras y regresan lo más rápido que pueden. Saigremor le dice a Mathamás:

—Guárdate de mí, pues te desafío.

Desenvaina la espada y le ataca; Mathamás huye a una habitación, se mete en ella y atranca la puerta tras de sí. Cuando Saigremor se da cuenta, ve venir a más de veinte caballeros completamente armados, que cierran la puerta de la habitación en la que están para que nadie salga. Entonces ve que ha obrado como un loco: se arrepiente por su propia tardanza, pues podría haberse marchado si hubiera querido; pero no está asustado, aunque se ve en gran peligro. Los caballeros le gritan que en mala hora entró; le atacan con hachas, con espadas y con lanzas; le matan el caballo y él queda a pie junto a un pilar que había en medio de la sala. Se defiende con vigor; les rompe y parte yelmos y escudos, hiere a muchos y realiza tales proezas que la espada se le rompe por el puño. No sabe qué hacer, pues tiene demasiado cerca a los demás, que le acosan de tal forma que le hacen caer de rodillas dos veces; le golpean por todas partes y apenas puede resistir con su escudo; si no fuera por el pilar que tenía detrás, le hubieran dado muerte.

En esto vuelve a la sala Mathamás y cuando ve que Saigremor no sabe cómo

defenderse, ordena a sus hombres que se retiren y le pide que se rinda.

—¿Rendirme? Maldito sea el que se rinda, mientras esté vivo.

—Te darán muerte.

—Pienso que lo harán si pueden.

—Si me crees, harás lo que te pido.

—Por Dios, no lo haré en absoluto; al menos, no me rendiré a vos, pues sois enemigo del rey Arturo mi señor.

Mathamás se enfada mucho y les dice a sus hombres:

—¡A él!

Al verlos venir, Saigremor corre hacia la puerta de una habitación en la que ve que cuelga un hacha, la sujeta con las dos manos y golpea al primero que encuentra, con tanta fuerza que lo derriba muerto, y luego hace lo mismo con otro. Se adelanta entonces un caballero, lo coge por los lados y caen ambos al suelo. Corren todos a Saigremor y lo sujetan antes de que pueda levantarse, dispuestos a matarlo, pero Mathamás les grita:

—¡En mala hora lo haríais! ¡No lo matéis! Me vengaré de él mejor de lo que pensáis: vamos, metedlo en mi prisión.

Así lo hacen, pero antes lo desarman y luego lo llevan a una celda que había junto al jardín. Era una habitación muy hermosa y bella, rodeada por todas partes de rejas, hechas de tal forma que se podía ver fácilmente a quien estaba dentro; el de dentro podía ver el jardín y a los que pasaban por fuera; pero era de tal forma la celda que nadie que hubiera allí podía comer más que pan y agua una sola vez al día. Saigremor fue encerrado allí dentro; la naturaleza de éste era tal que después de haber pasado calor por combate o por algún esfuerzo, luego, cuando se enfriaba, le entraba tal hambre que poco faltaba para que perdiera el juicio y alguna vez se desmayaba por la angustia que sentía. Estuvo hasta la hora de nona en la prisión y entonces le entró tal hambre que pensaba que moriría sin confesar y estaba tan agotado que no podía casi ni gritar.

En ese momento pasó por el jardín una doncella hermosa y elegante; era hija de Mathamás, que la quería mucho, pues no tenía más hijos. Al ver al prisionero le preguntó quién era; él apenas pudo responder, pues estaba aturdido por el cansancio y el esfuerzo; le dijo que era de la corte del rey Arturo.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Saigremor el Desmesurado.

—¡Saigremor! Por Dios, he oído decir de vos grandes cosas muchas veces: siento que estéis metido en una prisión como ésta.

—¿Por qué, doncella?

—Porque sólo podréis comer pan y agua una vez al día.

—¿Es ésa la costumbre?

—Sí.

—Por Dios, no me parece demasiado bueno. La doncella lo mira entonces y lo ve hermoso y bien proporcionado en todos sus miembros, y así era, en verdad, pues era uno de los caballeros más bellos de la Mesa Redonda: le agradó mucho contemplarlo y cuanto más lo hace, más hermoso le parece. Después de hablar un buen rato juntos, Saigremor le dice:

—Doncella, me muero.

—¿Cómo, señor?

—Tengo tal hambre que voy a morir.

—Señor, por Dios, resistid un poco hasta que vuelva.

—Así lo haré, pero tened por seguro que si tardáis un poco, me encontraréis muerto.

La doncella se marcha y regresa de inmediato:

—Señor, ya tenéis abundante comida.

—¿Dónde?

—Mirad, detrás de vos.

Se vuelve y ve por una ventana que hay un trapo blanco que cubre un gran pastel y también un jarro lleno de vino, y un capón gordo en dos escudillas.

—Señor —le dice la doncella—, en esa ventana está vuestra comida; la ventana da a la habitación en la que yo duermo: a partir de ahora podremos hablar todos los días sin que nadie nos vea. No lo digo más que porque he oído tan buenas cosas de vos que deseo honraros, si puedo.

Él se lo agradece mucho; la doncella le dice que coma y Saigremor así lo hace, pues tenía muchas ganas. De tal forma queda prisionero.

Pero ahora la historia deja de hablar de él y vuelve a Dodinel el Salvaje.

CXXVI

Cuenta ahora la historia que Dodinel cabalgó alrededor de media legua y aún más, tras la doncella que lo llevaba, hasta que encontró a un caballero armado con todas las armas y a una doncella montada en un palafrén de muy ricos arneses; delante de ellos iba un enano en un caballo fuerte de caza. Era un enano pequeño, retorcido y jorobado y tan feo que Dodinel se queda admirado; lo saluda, pero el enano no le contesta una palabra, sino que va hacia la doncella, la sujeta por los hombros e intenta besarla a la fuerza, por lo que la joven siente gran enfado y vergüenza: levanta la mano y le da un golpe con los cinco dedos que lo derriba aturdido del caballo al suelo y le dice:

—Vete, vieja cosa despreciable. Maldito sea quien os ordenó que tocarais el cuello de ninguna doncella.

El caballero se adelanta y dice:

—¿Qué es eso, doncella? ¿Por qué habéis golpeado a mi enano?

—Porque he querido y, si os pesa, me agrada.

—Por mi cabeza, en mala hora lo tocasteis.

Levanta la lanza que tenía en la mano y se la arroja, dispuesto a herirla en el cuerpo, pero la doncella se echa hacia atrás y falló el golpe. Dodinel el Salvaje acude entonces con la lanza en la mano, y mostrando gran cólera le dice al caballero:

—Poco falta para que os golpee, mal caballero falso. Maldita sea la hora en que nacisteis, pues sois el peor caballero y el más cobarde de cuantos he visto, porque os enfrentáis a una doncella. Así me ayude Dios, habéis merecido perder el puño con que le arrojasteis la lanza.

El caballero se enfada mucho por estas palabras y le dice a Dodinel muy airado:

—Vasallo, me habéis dicho mayores villanías que ningún caballero de cuantos he encontrado, y no sabéis quien soy; podríais tenerme por malvado si me conocierais; no sé por qué os lo debo ocultar más: tenéis que defenderos frente a mí, pues os desafío.

—Y yo a vos, porque no os quiero en absoluto.

Se separan y van a encontrarse con la intención de causarse daño el uno al otro; se golpean con la rapidez de los caballos, de forma que los ejes de los escudos se les rompen, y se detienen. Dodinel permanece entre los arzones, mientras que el caballero vuela al suelo por encima de la grupa del caballo; cae tan mal que por poco no se le rompe el brazo. Cuando Dodinel lo ve en el suelo, descabalga, porque no quiere ir a caballo contra él: le entrega el caballo a la doncella que lo acompañaba y luego desenvaina la espada y le ataca. El caballero se levanta dispuesto a defenderse; se cubre con el escudo lo mejor que puede y Dodinel levanta la espada para golpearle. Cuando el caballero ve venir la espada, pone la suya delante y se cubre con el escudo; Dodinel lo alcanza con tanta fuerza que le parte el escudo desde arriba hasta la bocla, pero no

puede recuperar su espada que se había quedado apresada con firmeza en el escudo. Entonces, el caballero se quita la correa del escudo y lo tira, atacando a Dodinel con rapidez, pues le parece que no podrá resistirle durante mucho tiempo, ya que ha perdido la espada; le descarga grandes tajos donde puede alcanzarle. Dodinel, que sabía mucho de este oficio, se cubre con el escudo y deja que el caballero se canse y se agote. Cuando lo vio fatigado y acalorado le golpea con el escudo en medio del pecho y le hace caer en el suelo obligándole a apoyar las dos manos; la espada le vuela del puño y Dodinel la coge, que ya la necesitaba mucho. Al verse tan desguarnecido, el caballero corre al escudo que se había quitado, pero cuando intenta levantarse, Dodinel le da tal golpe en el yelmo que lo deja aturdido; se tambalea y cae con una de las rodillas al suelo. Dodinel le arranca el yelmo de la cabeza y lo arroja lo más lejos que puede.

Cuando el caballero se siente al descubierto se pone en pie con rapidez, toma el escudo y la espada y dice que se encuentra más a gusto que antes, «pues el yelmo me daba tanto calor que por poco no me he quedado agotado». Dodinel le ataca y éste se defiende lo mejor que puede, cubriéndose con el escudo. Dodinel le da grandes golpes, destrozándole el escudo por todas partes, y arrancándole trozos, de modo que es muy poco lo que le queda. El caballero resiste como puede y retrocede ante los golpes, porque teme por su cabeza que nota desarmada. Dodinel le descarga un gran golpe desde arriba y el caballero, al verlo venir, no se atreve a esperarlo, sino que retrocede y cae de espaldas al suelo. Dodinel lo sujeta rápidamente, levanta la espada y le dice que está muerto si no se rinde. Éste, que tenía gran miedo, le entrega la espada, diciéndole que hará lo que le ordene y así se lo promete:

—Tienes que prometerme que vas a ir ahora mismo a donde está mi señora la reina Ginebra, que se encuentra con sus doncellas en la Fuente de las Hadas y allí te rendirás a ella de parte de Dodinel el Salvaje; le dirás que no he podido ir a casa de Mathamás pues una doncella me alejó de allí; dile que le contaré cómo ha sido todo y salúdala de mi parte.

El caballero le contesta que lo hará todo con gusto; va en busca de su yelmo, adonde Dodinel lo había arrojado, y se lo ata en la cabeza.

Luego, Dodinel le pregunta cómo se llama y él le contesta que Malruc el Pelirrojo; después se marcha con la doncella, que se lamentaba mucho y con el enano que había vuelto a montar en el caballo del que la doncella lo había derribado. Dodinel, por su parte, reemprende el camino y después de alejarse un poco, llama al enano y le dice:

—Dime, por Dios, ¿cómo fuiste tan atrevido que intentaste besar a la doncella delante de mí?

—Por mi fe, señor, tenía que hacerlo así.

—¿Cómo, por qué?

—Por Dios, mi señor me había ordenado por los ojos de mi cabeza que besara a todas las doncellas que encontrara, siempre que fueran acompañadas por caballeros, y

yo así lo hacía; cuando algún caballero se oponía, mi señor combatía con él hasta vencerlo. Ciertamente, en este año ha derrotado a más de cuarenta de ese modo y no pensaba que podría encontrar ningún caballero capaz de vencerlo con las armas. Ya os he dicho lo que me habéis preguntado; me iré cuando os parezca bien.

—Vete y saluda de mi parte a mi señora la reina Ginebra.

El enano le contesta que lo hará con mucho gusto; se marcha luego y Dodinel emprende su camino; Malruc cabalga hasta llegar a la Fuente de las Hadas, donde estaba la reina, y allí le indicaron dónde se encontraba. Al verla a ella y a sus doncellas, descabalgó un poco alejado de la reina, con su amiga y su enano; la saluda de parte de Dodinel y se rinde a ella, tal como le había sido ordenado; la reina lo recibe como prisionero con muy buen gesto.

Pero la historia ahora deja de hablar de la reina, de él, de Dodinel y de Saigremor y vuelve a Lanzarote del Lago.

CXXVII

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se separó de Keu el senescal, que le dio su caballo, reemprendió el camino tras la vieja. Le causaba gran daño el trozo de asta que llevaba en el cuerpo y a pesar de todo no deja de cabalgar; ha sangrado tanto que todo su vestido está ensangrentado y la sangre le cae a las calzas. La vieja no se detiene en ningún momento y él la sigue; cabalgan de este modo hasta la hora de tercia, sin que la mujer dijera ni una palabra y él tampoco. Se encontraron entonces a un caballero desarmado, que sólo llevaba la espada, montado en un gran caballo negro, de cuyo arzón colgaba la cabeza de un caballero recién matado. El del caballo negro era grande, corpulento y fuerte en todos sus miembros y parecía extraordinariamente fiero y orgulloso; al acercarse a Lanzarote lo saluda y éste le devuelve el saludo.

Cuando ya se habían alejado un poco, el caballero regresa a Lanzarote y le dice:

—Señor caballero, por la cosa que más améis, decidme cómo os llamáis.

—Con mucho gusto; me llaman Lanzarote.

—Por Dios, os iba buscando.

—Por mi fe, me habéis encontrado. ¿Qué deseáis?

—Quiero que os quitéis las armas y me las entreguéis.

—Por Dios, no me habéis puesto todavía en tal situación como para que yo me las quite y creo que no llegaré a ese punto, mientras pueda defenderlas, porque sería una gran afrenta si me fuera desarmado.

—Señor, tenéis que hacerlo o faltaréis a vuestra promesa.

—¿Mi promesa? ¿Os he prometido algo?

—Sí, ¿no me conocéis?

—No, si no me lo decís.

—Os lo diré. Soy Grifón del Mal Paso; os entregué mis armas a la entrada del Bosque de los Cuatro Peligros, porque no teníais ningunas, que os las habían quitado según me dijisteis; era la tarde que buscabais al caballero rojo que se había llevado a un escudero de la tienda donde estabais comiendo. Por el servicio que os hice me prometisteis que me daríais vuestras armas en el primer lugar en que os encontrara, si no estabais combatiendo. Ahora no estáis combatiendo y por eso os pido las armas que lleváis; si no me las dais, faltaréis a vuestra promesa.

—Señor, ciertamente os lo prometí, pero por Dios, esperad hasta otra vez, y obraréis bien y de forma cortés, porque bien podéis ver que voy con gran prisa en ayuda de esta dama.

—Lanzarote, no esperaré.

—¿No? Señor, por Dios, entonces os las daré, aunque tenga que morir en este mismo lugar, pues, si Dios quiere, no faltaré a la palabra dada ni siquiera por salvar mi

vida.

A continuación, Lanzarote se desarma muy angustiado y le entrega al caballero todas las armas, menos la espada. Cuando está completamente desnudo, el caballero lo mira y ve que está ensangrentado por delante y por detrás; lo siente mucho, pero se arma y luego le dice a Lanzarote:

—Señor, ¿a dónde vais?

—No lo sé, sigo a esta dama.

—Si queréis, iré por vos y vos os podéis volver, porque estáis en mal estado y muy herido.

—Por Dios, señor caballero —dice la vieja—, no quiero tal compañía como sois vos. No vendrá nadie más que él.

—Señora, no puedo hacer otra cosa entonces.

Lanzarote reemprende su camino, desarmado, pero con la espada. Grifón se va por el bosque tan rápido como lo puede llevar el caballo; no ha cabalgado demasiado cuando llega a la fuente en donde estaba la reina con sus doncellas. Al verlo venir de lejos, piensan que es Lanzarote y se ponen muy contentas, mientras que él se acerca bastante. Cuando ya está junto a las damas, reconocen el caballo, que no es el de Lanzarote, y la reina que ve la cabeza colgada del arzón de la silla piensa que es la de Lanzarote y se desmaya; al volver en sí, grita con dolor: «¡Ay, desdichada, ya ha muerto la flor del mundo!». Y vuelve a desmayarse; todos empiezan tal duelo que causa admiración; se golpean con los puños y se tiran de los cabellos mientras que todas a la vez le dicen a Grifón:

—¡Ay, caballero, que Dios te cause deshonor!

Y van hacia él para matarlo. Cuando las ve venir, no sabe a qué se debe y no las espera; tira del freno hacia la otra parte y se marcha tan rápido como su caballo puede huir. La reina hace que Keu monte con el caballero prisionero y les dice:

—Id tras él y procurad que no se os escape.

Se marchan al punto y van tras él lo más rápidamente posible, hasta que ven al caballero delante; le gritan y él se vuelve con el escudo y la lanza en el puño: golpea a Keu el senescal, que es al primero que encuentra, con tanto vigor que lo derriba al suelo con su caballo; luego, desenvaina la espada como hombre de gran valor y ataca a Malruc, golpeándolo en el yelmo, con tal fuerza que ni el yelmo ni la cofia de hierro pueden impedir que hunda la espada hasta el cerebro: lo derriba muerto del caballo. En esto, Keu el senescal se había levantado, pero Grifón lo golpea con el pecho de su caballo y lo derriba de nuevo al suelo, pasándole por encima del cuerpo con el caballo y pisoteándolo. Keu siente tan gran dolor que se desmaya más de tres veces por la angustia; el caballero que era muy fuerte, lo coge, armado como iba, lo pone en su silla y monta detrás de él; se lo lleva por el bosque a un refugio muy rico que tenía; una vez allí, hace que metan a Keu en prisión y, en prisión hace que lo desarmen.

Pero la historia deja ahora de hablar de él y vuelve a la reina y a su compañía que aún estaban esperando en la fuente.

CXXVIII

Cuenta ahora la historia que la reina esperó en la fuente durante mucho tiempo a que regresara alguno de sus caballeros, pero en ningún momento dejó de llorar y de lamentarse, maldiciendo la hora y el día en que había ido al bosque, pues nunca había tenido una pérdida comparable a la de hoy. Todas las damas que están con ella lloran profundamente. Después de la hora de nona, el caballero herido, el que había derribado a los tres compañeros, consiguió hablar y les preguntó por qué se lamentaban de aquel modo. La reina le contesta:

—Señor caballero, no debe admirar que nos lamentemos, pues la flor de los caballeros del mundo ha perecido hoy, no sé por qué desgraciada fortuna.

—¿Perecido? Dios, ¿cómo? ¿Quién era el que se consideraba la flor de la caballería terrena?

—Era el que os derribó.

—¿Cómo se llamaba?

—Era Lanzarote del Lago el hijo del rey Ban de Benoic; un caballero lleva su cabeza colgada del arzón, y ha pasado por delante de nosotros.

Cuando el caballero oye estas palabras se desmaya y se le rompen los vendajes de la herida, comenzando a sangrar con tal abundancia que la litera se le llena de sangre y las damas acuden a contenérsela. Al volver en sí, exclama:

—Ay, desdichado, ¿dónde está la Muerte que no viene a prenderme? No quiero seguir viviendo pues ha muerto el que debía superar todas las proezas de la tierra.

Vuelve a desmayarse y permanece inconsciente tanto tiempo que las damas piensan que va a morir entre sus brazos. Cuando vuelve en sí, se coge los cabellos con las manos y se los arranca con fuerza a la vez que se da grandes puñetazos en el rostro haciéndose sangrar, mientras dice:

—¡Ay desdichado, que gran desgracia! Nunca será reparada por nadie esta pérdida.

El caballero se lamenta mucho y siente una gran tristeza por estas noticias; la reina le pregunta:

—Señor caballero, ¿le conocíais?

—Señora —le contesta con gran esfuerzo el caballero—, lo conocía tanto que si ha muerto no deseo vivir después de él.

Las damas lo sujetan entonces y le vuelven a vendar la herida, haciéndolo lo mejor que pueden, según les indica una doncella de la reina que sabía más de curar heridas que ninguna mujer que se conociera en aquella época. En tal dolor y en tal tristeza permaneció la reina allí hasta después de la hora de nona y entonces regresó a Camelot, prohibiendo a sus acompañantes, cuando entraron en la ciudad, que hablaran de Lanzarote.

—Yo misma me callaré hasta que los compañeros de la Mesa Redonda estén sentados para cenar; entonces les contaré todo lo que nos ha ocurrido hoy; que no les alegrará, bien lo sé.

La historia se calla ahora con respecto a la reina y a su compañía, y vuelve a hablar de Lanzarote, que se había separado de Grifón después de entregarle sus armas.

CXXIX

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se separó de Grifón, tal como la historia ha contado, reemprendió el camino tras la vieja que le llevaba y cabalgó durante todo el día con tan gran dolor que hubiera muerto sin lugar a dudas si la vieja no le hubiera curado la herida, porque había empezado a sangrar mucho. Alrededor de la hora de nona, encontraron a una doncella que cabalgaba una mula blanca. Ésta se detiene nada más reconocerlo y le dice:

–Señor, sed bienvenido sobre todos los hombres del mundo, como el caballero más valiente de la tierra.

–Doncella, que Dios os conceda buena ventura, ¿pero sabéis quién soy?

–Bien sé que sois Lanzarote del Lago, el caballero más deseado de cuantos hay en la tierra.

–Doncella, ya que lo decís, no os lo voy a negar; pero ya que soy tan deseado, me gustaría saber quién es el que tanto me desea.

–En las tierras de Estrangorre os desean y esperan veros más que a ningún hombre del mundo; si por casualidad vais por allí, sabréis por qué; pero por ahora os diré que no hay cosa en la tierra que deseen tanto como vuestra llegada.

A continuación se marchó la doncella sin decir nada más, tomando el camino que traía Lanzarote; éste sigue cabalgando con algún esfuerzo hasta la hora de vísperas, en que llegaron a casa de un guardabosque que mostró gran alegría a la vieja que llevaba a Lanzarote. Cuando reconoció al caballero, se puso muy contento y muy triste: contento por su venida, pues deseaba conocerlo más que a ningún caballero del mundo; triste, por la herida que le vio, de la que no pensaba que pudiera curarse en modo alguno: está tan preocupado que bien se le nota en la cara, aunque no se atreve a decirlo. Después de descabalar, la vieja hizo que se acostara en una habitación lejos del ruido y allí le curó la herida, haciéndoselo tan bien que nadie podría hacerlo mejor, pues era mujer muy buena conocedora de aquel oficio, y le saca el trozo de lanza que todavía llevaba en el cuerpo.

Lanzarote estuvo tan grave por aquella herida que permaneció durante tres semanas allí antes de volver a cabalgar.

La historia deja de hablar ahora de él y vuelve a Dodinel el Salvaje, cuando se separó de Malruc el Pelirrojo, al que había vencido.

CXXX

Cuenta ahora la historia que cuando Dodinel el Salvaje dejó a Malruc el Pelirrojo, cabalgó tras la doncella hasta la hora de vísperas, en que llegaron a un río de agua profunda y negra; lo atravesaba un tablón tan estrecho que era muy peligroso de pasar. La doncella descabalgó y ata su caballo a un árbol que había en la orilla. Dodinel le pregunta qué va a hacer con el caballo.

—Tenéis que dejarlo aquí.

Así lo hace; la doncella sube al tablón con gran valor y lo atraviesa, como si estuviera acostumbrada a hacerlo; luego, le dice a Dodinel que la siga, y éste le contesta que así lo hará: sube al tablón, pero era tan estrecho que se asustó mucho y con el gran miedo que tiene empieza a pasarlo, aunque no estaba acostumbrado a hacer tal cosa. Por otra parte, ve por debajo el agua tan negra que no se encuentra a gusto, pero no se detiene, sino que continúa hasta llegar a la mitad de la tabla. Entonces le parece tan débil que cree que se va a hundir a su paso; y ciertamente crujía, pero era por el peso de las armas que llevaba: Dodinel siente tan gran miedo que cae al agua y se va al fondo.

Cuando vuelve a la superficie había bebido tanta agua que le parecía que iba a reventar, pero se esfuerza tanto por el miedo que tiene de morir que saca los brazos del agua y se sujeta con las dos manos. Por más fuerza que hace no consigue salir del río por el peso de las armas, que le resultan un gran estorbo.

Mira entonces hacia la orilla y ve a un villano que se disponía a atravesar el tablón, y le dice:

—Villano, ayúdame a llegar a la orilla, porque si me quedo un poco más aquí, me hundiré con las armas que me pesan demasiado.

—Señor caballero, ¿qué diablos veníais a buscar aquí? ¿Creíais encontrar aventuras en el río?

—He encontrado aventuras, que con gusto evitaría; por Dios, buen amigo, no me discutas durante largo rato, ayúdame.

—Por mi fe, los villanos no deben ayudar a los caballeros a poner fin a sus aventuras, pues los caballeros recibirían afrenta, por eso no os voy a ayudar en esta ocasión, y del mismo modo que entrasteis, salid.

—Ciertamente eres villano, maldito sea el que pida a un villano que le haga algún favor, pues nunca lo harán, mientras tengan el corazón que tienen.

Entonces se marcha el villano y deja a Dodinel en el peligro en que se encontraba; éste era tan fuerte de brazos que en toda la casa del rey Arturo no había ningún caballero que le superara: se esfuerza por el miedo que tiene a morir y consigue salir del agua, arrastrándose encima de la tabla; fue admirable que ésta no se rompiera cuando

tiró de ella para salir del río. Cuando lo consigue, se pone en pie y va hasta la orilla con algún esfuerzo, pero no encuentra a la doncella a la que iba siguiendo, y se entristece. Ve entre la maleza un castillo pequeño muy bien situado; de él sale un caballero armado con todas las armas y se dirige a pie a Dodinel, que se encontraba mal por el agua que había bebido y no se podía poner en pie. Le ordena que se rinda, pero Dodinel no puede contestar; le arranca el yelmo de la cabeza, le baja la ventana y le dice que le cortará la cabeza si no se rinde; pero Dodinel no tiene fuerzas para contestar. Cuando el caballero lo ve, hace que lo cojan sus servidores y que lo lleven prisionero al castillo que se llamaba Langue.

La historia ahora deja de hablar de él y vuelve a la reina, que había llegado a Camelot.

CXXXI

Cuenta ahora la historia que cuando la reina entró en sus salas, hizo que bajaran al caballero herido y que lo llevaran a una habitación alejada del ruido para que descansara; luego, entra en la habitación en la que Lanzarote acostumbraba a dormir y cierra la puerta tras de sí, dirigiéndose a la cama de Lanzarote. Comienza entonces a hacer tan gran duelo que, desde que Dios nació, ninguna mujer hizo uno mayor: se tira de las trenzas y se araña el rostro, de modo que la sangre le cae por la cara, y se lamenta lo más que puede por Lanzarote.

—¡Ay, noble caballero, en qué mala hora nacisteis! Ay, noble hombre en el que todas las hazañas de la tierra se alojaron, ¿cómo pudo haber una espada tan cruel y tan traidora como para apagar la gran fama de vuestro valor? Ay, noble hombre, ¿decíais que no podríais morir antes que yo para que no me entristeciera, y que después de mí no duraríais mucho! Ay, Lanzarote, caballero sobre todos los demás caballeros, virtuoso entre todos, cuando debíais serlo, erais sencillo, dulce y tierno cordero frente a aquellos que os mostraban amor, león frente a los traidores y a los orgullosos, corazón de leopardo contra todos menos contra mí, superior a todos y señor de todos por la gran fama de vuestros hechos, conmigo erais tan humilde que os habríais dejado despedazar y matar antes de llevar a cabo nada contra mi voluntad.

De este modo había empezado a lamentarse la reina por Lanzarote, y hubiera dicho cosas admirables antes de callarse si el rey, que había regresado de cazar y había desmontado en el patio con gran compañía de nobles, no hubiera subido a la sala alegre y contento como quien no había encontrado nada desagradable en toda la jornada. Cuando el rey entró en la sala, preguntó por la reina y le dijeron dónde estaba; ordena que vayan a buscarla y ésta se le presenta muy triste y pensativa, aunque mostrando la mejor cara que podía, con la toca liada y con el rostro lavado, pues lo tenía lleno de sangre. El rey se dio cuenta por la cara que tenía que estaba triste y le pregunta qué le ocurre.

—Señor, no me pasa nada malo.

—Sí que os pasa.

—No me pasa.

—Decídmelo, por la fe que me debéis.

—Señor, me lo habéis pedido de tal modo que no me queda más remedio que decíroslo, pero comeréis antes y, luego, os lo haré saber o por mí o por algún otro.

El rey deja de hablar del asunto y ordena que pongan la mesa; los condestables lo hacen de inmediato y los caballeros empiezan a sentarse. Cuando el rey no ve a Lanzarote a la mesa, ni a los otros que habían ido acompañando a la reina, se sorprende y se pregunta qué les ha podido ocurrir. Siente miedo de que les haya

sobrevenido alguna desgracia y tiene tal malestar en su corazón que no puede comer, sino que permanece sentado en su alto trono sin beber ni comer mientras las mesas estuvieron puestas. Cuando terminaron de cenar, el rey ordenó quitar las mesas y llamó a la reina, diciéndole:

—Señora, ahora quiero saber lo que os he preguntado.

—Señor, ya que así lo deseáis, os lo diré, o que os lo diga alguien, el que vos preferáis.

—Señora, no quiero oírlo sino de vos, pues a vos os preguntaré mejor y me lo sabréis contar mejor que nadie.

Y sin lugar a dudas la reina tenía la mejor lengua y la más hábil de todas las mujeres.

La reina empieza a decir:

—Señor, cuando esta mañana os separasteis de nosotras a la entrada del bosque, fuimos detrás de vos y nos encontramos un caballero armado que quería llevarme a la fuerza. Pero Keu se adelantó, dispuesto a socorrerme, y combatió con el caballero; éste lo derribó y después derribó a Saigremor el Desmesurado y a Dodinel el Salvaje. Cuando Lanzarote vio esto, combatió contra él y se golpearon con tanta fuerza que se metieron las lanzas en el cuerpo, pero a pesar de todo Lanzarote lo derribó; luego, fue tras una vieja, a la que tenía que seguir. Envié a Keu el senescal detrás de él para hacerlo volver, pero Lanzarote no quiso hacerlo. Todos nosotros nos lamentamos por esta aventura; fuimos tras vos, intentando alcanzaros y llegamos a la Fuente de las Hadas, allí descabalgamos para descansar. Saigremor dijo entonces que iría a buscarnos algo para comer; se fueron él y Dodinel el Salvaje, diciendo que se dirigirían a casa de Mathamás: se marcharon y nunca más volvimos a tener noticias de ellos; sólo Dodinel me envió como prisionero a un caballero, al que había vencido. No tardó mucho en pasar por delante de nosotros un caballero que llevaba vestidas las armas de Lanzarote y de cuyo arzón colgaba la cabeza de un caballero recién muerto, que tenía el cabello tan rizado como Lanzarote: empezamos todas a gritar y fuimos hacia él; pero al vernos venir, se dio a la fuga. Envié tras él a Keu el senescal y al caballero preso, pero no hemos visto volver a ninguno; esperamos allí mucho rato hasta después de la hora de nona y, luego, regresamos aquí. Ya os he contado todo tal como nos ha ocurrido hoy.

—Por mi fe, sí que es una gran desgracia y si es cierto que Lanzarote ha muerto, nunca en mi vida le habrá ocurrido una desgracia mayor a esta tierra.

Se queda pensativo el rey y mientras está ensimismado le llegan las lágrimas a los ojos; siente tanta tristeza que no puede decir una palabra y el corazón le oprime en el vientre por la angustia que siente, y el rostro se le oscurece y se le ensombrece: se desmaya y los nobles saltan de sus asientos para sujetarlo. Al volver en sí, dice:

—Ay, Lanzarote, ¿qué ha sido de vos?

Empieza allí un duelo tan grande que nunca se había oído uno mayor. Mi señor

Galván llora, se lamenta y dice:

—Ay, noble caballero, ay, valiente sobre los demás, que gran lástima por vos.

El rey y los condes se golpean con las manos y se tiran de los cabellos; los compañeros de la Mesa Redonda se lamentan diciendo que nunca murió un caballero tan bueno, pero es la reina la que tiene mayor dolor: no hay dolor que se pueda comparar al suyo, todos los dolores son alegrías y dulzuras frente al suyo; nadie os podría contar las lamentaciones que hace y nadie podría ser creído si lo contara. Está tan apesadumbrada que poco falta para que se mate; y sin duda se hubiera matado pero aún espera saber ciertamente que ha muerto: sólo eso la retiene.

Todos sienten gran dolor y es enorme la aflicción de la sala; todos están tristes por las noticias; el rey está tan apesadumbrado que piensa que nunca se volverá a consolar. Mi señor Galván, ante todos, dice que se pondrá en marcha por la mañana sin esperar nada más y que no cesará de cabalgar hasta que sepa noticias verdaderas de si ha muerto o si está vivo. Treinta de los caballeros más valientes de la Mesa Redonda prometen lo mismo y no regresar hasta que lo hayan encontrado vivo o muerto. De este modo se comprometen a ir en busca del cuerpo de Lanzarote, aunque el rey Arturo no querría permitir que fueran tantos caballeros y dice que no irán más de diez en la búsqueda, «y ya será bastante, si son valientes». Le concede a mi señor Galván el poder elegir a los que quiera llevarse consigo.

De los diez que eligió mi señor Galván fue mi señor Yvain el primero y después Guerrehet su hermano, Gueheriet fue el tercero; Mordret, el más joven de los hermanos de mi señor Galván, el cuarto: fue a él al que el rey Arturo mismo, su tío, mató con las manos en la batalla en que el rey fue herido de muerte; este Mordret acababa de ser nombrado caballero; el quinto fue Héctor de Mares; el sexto, Aglován, el hermano mayor de Perceval, que después llevaría a Perceval a la corte; el séptimo fue el Alegre Atrevido; el octavo, Gasoain de Estragot; el noveno se llamaba Brandeliz. Junto a todos ellos, mi señor Galván fue el décimo, porque así lo aceptó cada uno de los elegidos. Luego, mi señor Galván hizo que prepararan las armas y les ordenó que estuvieran dispuestos por la mañana para ponerse en marcha, y le responden que así lo harán.

Aquella noche hubo un gran duelo en Camelot; por la mañana, después de que el rey oyera misa, fueron a la sala los diez que debían ser compañeros en aquella búsqueda, muy bien armados a su manera: el rey hizo que trajeran los Santos Evangelios y sobre ellos juraron, según la costumbre, que buscarían a Lanzarote durante un año y un día, si no era encontrado antes, y que al cabo del año regresaría cada uno como pudiera, y contaría a todos los que había logrado, para su honor o para su vergüenza. Cada cual hacía ese juramento cuando se marchaba de la corte para ir a algún asunto importante.

Después de que juraron todos, tal como habéis oído, se marcharon de la corte y

pasaron dos años antes de que regresaran: grandes gritos y grandes lloros hubo tras su partida. Cuando llegó el momento de despedirse, la reina se acercó a mi señor Galván y le dijo, ante todos sus compañeros:

—Mi señor Galván, vais a buscar a Lanzarote y no sabéis si está muerto o vivo; la mayor esperanza de esta búsqueda está en vos: procurad hacer tanto que cuando regreséis sea para vuestro honor y que traigáis noticias auténticas.

—Señora, os prometo lealmente que no dejaré de cabalgar hasta que sepa la verdad; si está muerto, tal como vos decís, buscaré al caballero que lo mató hasta encontrarlo y haré todo lo que pueda para vengar su muerte; no regresaré a la corte de mi señor tío sin haberlo hecho.

Luego, se marcha del lado de la reina y de su tío y emprende el camino con sus compañeros; cabalgan sin detenerse hacia el bosque de Camalot. Cuando llegan al lindero, se detienen ante una cruz que se llamaba la Cruz Negra. Os voy a contar la razón por la que se llamaba así, pues si lo pasara por alto, no sabríais el por qué y por eso os lo contaré, pues es algo muy hermoso de oír.

Cuando José de Arimatea, el noble caballero que tanto amó a Jesucristo, vino a Gran Bretaña con todo el pueblo de cristianos que traía de tierras extrañas, se encaminó directamente a la ciudad de Camalot, que tenía el rey Agrestes; éste era el rey más cruel que había en aquel tiempo en el mundo. Al llegar a la ciudad, José comenzó a predicar el nombre del Alto Señor: en aquel tiempo no había en Gran Bretaña más que sarracenos. Ocurrió aquel día por la voluntad de Nuestro Señor que mil cincuenta sarracenos se convirtieron a la ley cristiana y abandonaron la mala fe que habían mantenido hasta entonces. Cuando el rey Agrestes vio que su pueblo se convertía tan abundantemente, sintió un gran dolor, hasta tal punto que ningún corazón humano podría tener mayor tristeza, pues era el hombre más desleal y más cruel del mundo: pensó que si quería recuperarlos, no podría, porque ya eran más los otros. Entonces decidió que fingiría convertirse y que cuando José se marchara, conseguiría volver a su pueblo a la primera fe.

Tal como lo pensó, lo hizo; recibió el bautismo y se hizo cristiano en detrimento de su alma, pues sólo lo hacía para engañar. El pueblo se puso muy contento porque pensaba que el rey lo hacía como buen cristiano pero no era así, porque siempre fue un falso cristiano y tuvo oculto dentro de su corazón al diablo, que no le permitió en ningún momento hacer buenas obras; el pueblo no pensaba que estuviera tramando un engaño y entonces se hicieron cristianos todos los de la tierra, los pobres y los ricos. José, después de pasar ocho días en la ciudad se marchó dejando allí a doce familiares suyos para adoctrinar a los de la ciudad y para aconsejarles todos los días, porque conocía la fragilidad del mundo y sabía que todos eran tan débiles que el enemigo podría esforzarse para hacerles caer, intentando llevarlos a su primera desgracia. Por eso dejó allí a sus familiares más sabios.

Cuando José se fue a Escocia, el rey Agrestes llamó un viernes por la mañana al vasallo más importante que tenía y que sabía tanto de sus secretos que no ignoraba que era falso cristiano. Le descubrió su pensamiento, diciéndole:

—Landoine, tenéis que ayudarme a concluir lo que he empezado.

—Señor, decidme lo que deseáis, pues estoy dispuesto a hacer vuestra voluntad, ya sea una locura o algo razonable.

—Os voy a decir lo que quiero hacer. Quiero que toda nuestra gente vuelva a nuestra primera ley, pues la que he recibido no me agrada en absoluto y la odio más que a nada en el mundo. Pero como sé que no podré convertir a mi pueblo si no es con la fuerza, llamaré a todos mis nobles, uno tras otro, y los llevaré a una habitación; a un lado, pondré a nuestros dioses y al otro la cruz de los cristianos, con la que dicen que se salvarán. A los que prefieran quedarse junto a la cruz, los mataremos vos y yo; los que quieran adorar a nuestros dioses, quedarán libres, pero les haremos prometer y jurar que nos ayudarán a cumplir con nuestra voluntad.

Landoine le contesta que estaba muy bien pensado y que con mucho gusto cumpliría su decisión.

Convocaron a los nobles de la tierra, tal como lo habían decidido, y los que no querían adorar a sus dioses, perdían de inmediato la cabeza, de forma que mataron a muchos pero dado que no tenían una profunda fe, sino que eran tiernos y noveles, otros muchos volvieron a su primera locura por el miedo que tenían de morir: forzaron al pueblo menudo de forma que lo hicieron volver a la ley de Mahoma y fueron infieles, como antes lo habían sido. Después de hacer esto, el rey hizo apresar a los doce compañeros de José y dijo que los mataría si no adoraban a los dioses a los que adoraba el pueblo; le contestaron que no lo harían por más miedo que tuvieran. Al oír estas palabras, el rey los hizo desnudar y arrastrar por la ciudad atados a las colas de los caballos y los hizo llevar a una cruz que José plantó a la entrada del bosque: ordenó que ataran al primero a la cruz y mandó que le golpearan en la cabeza con un gran mazo, de forma que le aplastó el cerebro contra la cruz.

De este modo hizo martirizar a los doce compañeros. De la sangre que se había derramado del cerebro, la cruz se puso roja, pues salpicó por todas partes.

Luego, Agrestes se marchó, habiéndose vengado bien según su parecer, y dejó los cuerpos delante de la cruz. Regresó a la ciudad y se encontró a un extremo del cementerio una cruz de madera: ordenó que la quemaran de inmediato, pero que antes la arrastraran por todas las calles de la ciudad. Apenas había dicho esto, perdió el sentido y enloqueció: comía con las manos y al encontrarse a un hijo suyo pequeño lo cogió con las dos manos por la garganta y lo estranguló, y lo mismo hizo con su mujer y con su hermano. Después, descendió por la ciudad gritando y dando alaridos, hasta que llegó a un horno que había al principio de la calle mayor, y que estaba encendido: se lanzó como loco dentro del fuego y murió allí.

Los de aquella tierra se quedaron tan espantados con esta aventura que no supieron qué hacer, porque se dieron cuenta de que había perdido la cabeza por el pecado cometido y que Dios se había enfadado con él: enviaron un mensajero a José de Arimatea, haciéndole saber todo lo que les había ocurrido, para que regresara lo más pronto que pudiera, porque tenían gran necesidad de su presencia. Cuando José lo supo, lo sintió mucho y regresó con lloros y lágrimas; hizo reunir a los mártires que había delante de la cruz y los enterraron en una capilla; luego ordenó que lavaran la cruz que se había oscurecido por la sangre, porque la sangre se ennegrece cuando se dejar estar alrededor de algo. Pero Dios mostró un gran milagro porque la piedra de la cruz no volvió a cambiar de color, sino que se quedó negra para siempre, en recuerdo de la sangre que había sido derramada sobre ella: por esta razón fue llamada la Cruz Negra por todos aquellos que supieron la verdad.

Pero la historia se calla después de haber contado lo que quería y vuelve a hablar de los que se habían detenido allí, es decir, de mi señor Galván y sus compañeros.

CXXXII

Cuenta ahora la historia que cuando llegaron a la cruz, se detuvieron allí para hablar juntos; mi señor Galván se dirige a ellos diciéndoles:

—Señores, habéis sido considerados como muy valientes y os habéis puesto todos en marcha en busca de noticias de Lanzarote: se os volverá en gran vergüenza si no lográis nada; por eso os aconsejo que durante toda la semana busquemos en este bosque y en los castillos que hay cerca de aquí, en las ermitas y en las casas de religión y en todos los refugios a los que creáis que pueden ir los caballeros, a ver si obtenemos noticias. Os ruego que de hoy en ocho días estéis todos a la hora de mediodía en la Cruz Blanca, que está al otro lado de este bosque, por la parte del Castillo de los Sajones.

Le contestan que así lo harán, si no están prisioneros o en algún asunto de gran importancia.

Mientras hablaban de este modo, oyen una voz que grita por la parte de arriba con gran angustia; mi señor Galván detiene su caballo y les pregunta si han oído el grito, a lo que le responden que sí.

—Vayamos hacia allá —ordena mi señor Galván—, y veremos qué es.

Pican espuelas y no han galopado mucho cuando se encuentran a una doncella, que monta un palafrén, haciendo tantas lamentaciones que sería imposible que hiciera más. Mi señor Galván se le acerca, la saluda y le dice:

—Doncella, ¿por qué lloráis?

—Señor, por uno de los mejores caballeros del mundo, al que han matado en ese valle de ahí.

—Doncella, llevadnos allí.

—¿Llevaros, señor? Ese es el camino que lleva al valle, vayamos rápidos a socorrerle.

Van hacia allá y al descender la colina, ven al fondo del valle a un caballero que combate contra otros diez, pero que resiste tan bien que ha herido a varios y les ha matado los caballos, de modo que la mayor parte de ellos iba a pie, igual que él, pues también le habían dado muerte a su caballo. Mi señor Galván deja que todos sus caballeros ataquen por delante de él y avisa gritándoles desde tan lejos como le pueden oír. Cuando los que iban a pie ven llegar a los caballeros, se dan a la fuga hacia donde mejor protegidos se piensan. Mi señor Galván golpea al primero que alcanza derribándolo al suelo y le mete la lanza por el hombro; mi señor Yvaín y Héctor derriban a otros dos. Los que pueden escapar se meten en el bosque, por la parte que ven más espesa. Cuando mi señor Galván ve que no los podrá alcanzar, regresa junto al caballero al que habían socorrido; se saludan.

—Señor —le dice el caballero a mi señor Galván—, no sé quién sois, pero me habéis ayudado en un gran aprieto: pienso que habría muerto de no ser por vuestro socorro.

Mi señor Galván lo contempla y ve que lleva dos espadas; se queda sorprendido igual que sus otros compañeros. Después de hablar un buen rato, mi señor Galván le dice:

—Buen señor, si no pensara que os podría pesar, os pediría un don.

—No os puedo conceder nada mientras no sepa vuestro nombre.

—Nunca le oculté mi nombre a nadie que me lo preguntara, y os lo diré a vos: me llaman Galván, hijo del rey Lot de Orcania.

—¿Sois vos mi señor Galván?

—Sí, sin lugar a dudas.

—Por Dios, entonces podéis pedirme lo que queráis, pues no había don que me pidáis que no os conceda, siempre que pueda hacerlo.

—Muchas gracias. Os pido que me digáis por qué lleváis dos espadas, pues no es uso ni costumbre que un caballero lleve dos.

—Por mi fe, os lo voy a decir.

Se desciñe entonces las dos espadas y ata una de ellas por el tahalí a una encina; luego, pone la otra sobre la hierba y se inclina ante ella, besando con dulzura el puño. Después la saca de la vaina completamente desnuda, pero sólo se ve la mitad, porque estaba rota por medio. Mi señor Galván y todos sus compañeros se quedan admirados; mi señor Galván le pregunta al caballero:

—¿Qué es eso, señor caballero? ¿Sólo tenéis ese trozo de espada?

—Sí, señor, en breve veréis la otra mitad.

Le da la vuelta entonces a la vaina y lo que quedaba de espada cae en la hierba, pero todos los que lo estaban viendo se quedan asombrados, pues ven que de la punta de la espada caen gotas de sangre sin cesar. Mi señor Galván se santigua por esto y lo mismo hacen los demás compañeros. El caballero le dice entonces a mi señor Galván:

—Señor, ¿qué os parece esta parte de la espada?

—¿Qué? Me parece que está ensangrentada.

—Por Dios, señor, así es. No creo que hayáis visto nunca nada tan maravilloso.

—Así es y por Dios, decidnos la verdad, si la sabéis, pues deseo oírla.

—Os la diré con mucho gusto, pero antes tendréis que probar vos y vuestros compañeros, por si podéis unir las dos partes de la espada.

—Lo intentaremos con mucho gusto.

Entonces el caballero se pone en pie y toma el jamete rojo que la doncella le da, y le dice a mi señor Galván:

—Señor, tenéis que envolveros las manos con este jamete, pues si por casualidad tocarais la espada al desnudo, sin conseguir unir las dos partes, os podría ocurrir alguna desgracia en poco tiempo.

Mi señor Galván se envuelve las manos y le dice al caballero:

—Buen señor, ¿se podrán unir estas dos partes?

—Sí, señor; se unirán ante la vista de todo el mundo, si sois vos el que debe llevar a cabo y culminar las altas aventuras del Grial.

Mi señor Galván se queda un poco pensativo y el corazón se le entenece tanto que las lágrimas le van a los ojos.

—Señor —le dice el caballero—, hacedlo en nombre de Jesucristo.

Mi señor Galván toma las dos partes de la espada, las pone juntas con gran miedo, pero no sabe cómo colocarlas para que se unan. Al ver esto, las vuelve a dejar en el suelo, como estaban antes; siente tan gran dolor y tal vergüenza que no sabe qué hacer.

El caballero empieza a llorar con ternura y le dice a mi señor Galván:

—Señor, ya que he fracasado con vos, no sé a quién dirigirme.

—Buen señor, no puedo hacer otra cosa. Ya que a Nuestro Señor Dios no le place, mi fuerza no puede hacer nada.

El caballero hace que se levante mi señor Yvaín y que intente unir la espada, pero es en vano; luego, llama a Héctor y a Guerrehet y a los demás compañeros, uno tras otro, pero no va ninguno que pueda cumplir su voluntad. El caballero le pregunta a cada uno de ellos cómo se llama y se lo dicen; al oír los nombres, se santigua.

—Por mi fe, ahora podéis ver que no hay tantas virtudes en vosotros como se dice. Así me ayude Dios, pensaba que en alguno de vosotros hubiera más virtud que en todos juntos.

Se echa a llorar con amargura y Héctor le dice:

—Señor, ahora podéis ver que han sido engañados todos los que nos tienen por valientes.

—Todos vosotros sois valientes, pero no os habéis guardado en muchas obras como debe hacer un valiente.

—Señor —le dice mi señor Galván—, por Dios, decidnos a qué se debe la maravilla de la espada, por qué sangra de ese modo, y cómo se rompió, pues lo deseo saber.

—Os lo voy a decir con mucho gusto, ya que me lo preguntáis. Escuchad cómo ocurrió. Mi señor Galván —le dice el caballero—, habéis oído y os habéis enterado en muchas ocasiones, por historias antiguas, que José de Arimatea, el noble caballero que descolgó a Jesucristo de la verdadera cruz, vino a esta tierra que se llama Gran Bretaña por orden del Creador del mundo. Después de estar durante mucho tiempo aquí con su hijo y con otros familiares y después de predicar y convertir a numerosos infieles, iba un día completamente solo por el bosque de Brocelianda; era un viernes por la mañana antes de la hora de prima. Iba por un estrecho sendero y lo alcanzó un sarraceno que montaba un gran caballo, armado con todas las armas, con el escudo al cuello, la lanza en el puño y la espada ceñida al costado. El sarraceno saludó a José y éste le devolvió el saludo; después de caminar un rato juntos, se preguntaron en dónde habían nacido y José le contestó que había nacido en Arimatea.

—¿En Arimatea? ¿Quién te ha traído aquí?

—Me trajo el que conoce todos los caminos y el que condujo al pueblo de Israel a través del Mar Rojo, cuando Faramón los perseguía para matarlos: ése mismo me trajo aquí.

—¿Y qué oficio tienes?

—Soy médico.

—¿Médico? ¿Sabe curar heridas?

—Sí.

—Entonces te vendrás conmigo, a un castillo mío que hay más adelante, porque mi hermano hace más de un año que está enfermo de una herida que tiene en la cabeza y no pudo encontrar ningún médico capaz de curarle.

—Por Dios, si quiere creerme, lo curaré con la ayuda de Dios.

—¿Con la ayuda de qué dios? Nosotros no tenemos más que cuatro dioses: Mahoma, Tervagán, Júpiter y Apolo y ninguno de ellos quiere ayudarlo. ¿Cómo podrás ayudarlo tú, o con cuál de estos dioses eres tan poderoso como para sanarlo?

—¿Con cuál? Con ninguno de ellos le ayudaré, pues su ayuda no vale nada y si crees que te pueden ayudar, estás equivocado y engañado.

—¿Engañado? No lo estoy en absoluto: no puedo estar engañado creyendo firmemente que me pueden ayudar, pues son dioses poderosos, que reinarán mientras el mundo dure.

Cuando José oyó las palabras del sarraceno, se enfadó mucho y el rostro se le enrojeció de cólera y le contestó de inmediato:

—¿Qué es eso? ¿Dices que las imágenes que han hecho los hombres mortales con sus manos son dioses y que tienen mayor poder sobre ti que tú sobre ellos?

—Sí, digo que las imágenes tienen poder, no por ellas mismas, sino por aquellos a quienes representan, que son los dioses a cuya semejanza han sido hechas y en cuyo honor las cuidamos y adoramos. Bien sé que las imágenes por sí no tienen ningún poder, pero pueden hacer cualquier cosa gracias a aquél de quien toman la forma: la imagen de Mahoma tiene poder porque lo representa a él y lo mismo ocurre con las demás imágenes y su dios.

—Por Dios, si me llevas a tu castillo te enseñaré hoy mismo que no pueden hacer nada, ni por ellas ni gracias a ningún otro y que tú has vivido engañado, al creer en ellas vanamente.

—Con gusto os llevaré allí, pero por mi cabeza, si me habéis mentido en algo, no podréis escapar vivo.

Entre tales palabras cabalgaron durante toda la mañana y a la hora de tercia, se acercaron a un castillo que estaba construido en una montaña. El castillo se llamaba La Roca, estaba rodeado de buenas murallas y de fosos grandes y profundos; el lugar estaba abastecido de todas las cosas que convienen a un buen castillo. José pasó la puerta del castillo con el sarraceno y encontraron un león que corría desencadenado

por la calle mayor; al ver al sarraceno armado, saltó a él y lo derribó del caballo, estrangulándolo. Las gentes del castillo que corría tras el león, al ver al sarraceno muerto, empezaron a lamentarse, pues era su señor natural; apresaron a José y le ataron las manos tras la espalda y de este modo lo llevaban a la torre; el senescal del castillo sacó la espada y golpeó con ella a José en el muslo, metiéndole la espada hasta el hueso; al sacarla se quebró la espada por el medio, de modo que la otra mitad quedó dentro del muslo de José.

De este modo fue herido José y los que lo llevaban atado lo arrojaron a la prisión. Cuando llegó a la entrada de la torre, José se dirigió a ellos diciéndoles:

—Señores, ¿por qué me lleváis así?

—Porque queremos.

—¿No tenéis otro motivo?

—Pronto lo tendremos.

—¿Y dónde me vais a meter?

—Os vamos a meter en un lugar del que no podréis salir jamás.

—Señores, antes de que me encerréis, traedme a todos los enfermos de este castillo.

—¿Por qué?

—Para que los cure.

—¿Sois médico?

—Sí, y tan bueno que los curaré a todos antes de que llegue la noche, si me hacen caso.

—Por nuestra fe, eso lo vamos a comprobar.

Entonces lo llevaron ante el hermano del señor del castillo, que tenía una herida incurable en la cabeza. Cuando José lo vio, le preguntó que desde cuándo estaba herido.

—Señor —le contestó el sarraceno—, hace más de un año que estoy herido y desde entonces no he podido sanar; si sabéis tanto como para curarme, os enriqueceré para siempre.

José empezó a sonreír y le contestó:

—¿Cómo podrías enriquecerme? Eres tan pobre que no tienes nada.

—Sí que tengo, pues tengo oro, plata y piedras preciosas en abundancia, tejidos de seda y vajillas de oro y de plata, en tal cantidad que no deseo más. ¿No es eso gran riqueza?

—No, sino que es pobreza; tú mismo lo puedes ver: dime, si tuvieras delante de ti todo tu oro y tu plata, tus vajillas y tus piedras preciosas, y llegara un hombre que te pudiera dar la salud, ¿no le concederías todo el tesoro a cambio de la salud?

—Ciertamente, así es; se lo daría sin discusión.

—Entonces puedes ver que eres pobre y que sufres porque a cambio de una sola cosa lo darías todo; el oro y la plata, y las piedras preciosas no hacen a nadie tan rico

como la salud; como no puedes obtenerla con riquezas, tienes que buscarla de algún otro modo, si es que deseas conseguirla.

—Es verdad y si supiera cómo, la buscaría de ese modo.

—Por Dios, si lo deseas yo te ayudaré.

—¿Cómo?

—Si crees en Dios, haré que te cures de inmediato.

—Creo ciertamente en Dios, pero no sólo en un dios, sino en cuatro.

—¿En cuatro? ¿Hay cuatro dioses?

—Sí, Mahoma, Tervagán, Júpiter y Apolo; creo en cada uno de ellos.

—Entonces tu vergüenza es mayor, pues esos que tú dices no te pueden ayudar ni a ti ni a nadie, como puedes comprobar fácilmente.

—¿Cómo?

—Te lo voy a decir. Haz que cojan a ése al que ha matado el león, tráelo ante tus dioses y si resucita, entonces podrás decir que son dioses poderosos los que hacen resucitar a las gentes pasándolos de la muerte a la vida. Si no se mueve, podrás ver que has sido afrentado y engañado porque creías en ellos.

—Por mi fe, no es cosa fácil el resucitar, pues nunca oí hablar de ningún dios que hiciera resucitar a los hombres; a pesar de todo lo probaré, ya que así me lo aconsejáis.

Hace que desaten a José; nadie sabía aún nada de la herida que tenía en el muslo. Van a la mezquita y cuando el sarraceno hace que lleven a su hermano ante Mahoma, se arrodillan todos los paganos y ruegan a los dioses que tengan compasión del muerto. Después de estar un buen rato entre oraciones que José los ha contemplado, les grita:

—Gente engañada, gente desdichada, ¿por qué sois de tan mala cabeza que creéis en esas imágenes que no os pueden ayudar ni valer? ¿No veis que no pueden caminar, ni hablar, ni responder, ni oír? ¡Mirad cómo ha resucitado ese muerto gracias a ellos!

A continuación, José se arrodilla y reza:

—Buen Padre que me enviaste a esta tierra para anunciar tu santo nombre, Señor, te ruego no por mí, ni en beneficio mío, sino para aumentar el número de los que creen en Ti, que muestres a este pueblo, desdichado, cómo han sido todos engañados al adorar a esos ídolos.

Luego, besa el suelo, se levanta y dice de forma que todos pueden oír:

—Señores, ahora veréis el poder de vuestros dioses.

Después de estas palabras, no tardó mucho en que se produjo un trueno muy grande y el cielo se abrió y la tierra empezó a hundirse, y los aires se espesaron; todos los sarracenos pensaron que iban a morir allí mismo. Descendió un rayo a las estatuas y las quemó y reventó todas; salía un humo tan maloliente que parecía que se les iba a partir el corazón a todos los que lo olieran; se desmayaron los que allí estaban, menos José.

Al cabo de un rato, cuando se tranquilizaron y volvieron en sí recobrando la

memoria, José vuelve a hablar:

—Señores, ahora veréis qué poder tienen vuestros dioses. Sabed que del mismo modo que uno de ellos le ha ayudado al otro, del mismo modo pueden ayudarse entre ellos: os digo que el que los ha destruido de ese modo os destruirá a vosotros también si no mejoráis vuestra vida y si no cambiáis vuestro comportamiento y vuestra fe.

Después de que José hablara así, le contestó Mategrant, el hermano del muerto, el que tenía la herida en la cabeza:

—Señor, decidme vuestro nombre.

—Me llamo José de Arimatea.

—¿No sois sarraceno?

—En absoluto, por mi fe; soy cristiano y creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo; no hay más que un Dios que es tan poderoso que puede hacer resucitar a los muertos y puede convertir a los malvados y traidores en buenos y virtuosos, y no hay nadie por pecador que sea que si se arrepiente, no le haga superar todas sus tristezas. Ante todos vosotros os ha mostrado que es Dios y más poderoso que nadie, frente a él nadie puede resistir, como habéis podido ver por esas estatuas a las que llamabais dioses y en las que creíais, a las que Él ha destruido y deshecho, quemándolas.

—Bien veo que es más poderoso de lo que yo pensaba y si hiciera que mi hermano resucitara, que pudiera hablar conmigo, nunca volvería a creer en otro dios más que en Él.

Cuando José oyó lo que Mategrant decía, se arrodilla en el suelo y dice:

—Dios, que creaste el mundo, que hiciste la luna, el sol y los cuatro elementos, que te dignaste nacer de la Virgen, que fuiste crucificado en la Santa Cruz y te dejaste escupir, golpear y herir por los traidores judíos y deseaste probar la muerte para rescatar a tu pueblo de las penas del infierno, Señor, igual que resucitaste de la muerte, haz un milagro con este muerto ante todos los que están aquí.

A continuación, José se pone en pie y no tardó mucho el muerto en levantarse sano y salvo, y corre hacia donde ve a José; le besa los pies y dice, de forma que todos lo oyen:

—Éste es el santo hombre que descolgó al hijo de Dios de la Vera Cruz; Dios lo ha enviado entre nosotros para que seáis bautizados, pues de otro modo no podréis escapar de la duradera muerte del infierno.

Cuando José ve al muerto resucitado, lloró de compasión y le dio las gracias a Dios de todo corazón; luego, dijo a los que estaban a su alrededor:

—Señores, ya podéis decir que ése, del que os he hablado, es Dios, más poderoso que los demás.

—Ciertamente —le contesta Mategrant—, es así y nunca creeré en otro Dios más que en Él, pues bien he podido ver que es Dios sin par, ya que ha resucitado a mi hermano Argón.

Todos los que estaban allí se dejaron caer a los pies de José, diciendo en voz alta:

—Señor, nos ponemos a vuestro albedrío en todo; si por equivocación hemos cometido locuras hasta ahora, estamos dispuestos a corregirlo siguiendo vuestro consejo y nunca haremos nada que vaya en contra de vuestra voluntad. Enseñadnos la ley que debemos mantener y decidnos de qué manera debemos hacerlo, y así lo haremos.

De este modo se convirtieron y fueron bautizados los del castillo. Cuando el senescal que había herido a José en el muslo vio que todos se hacían cristianos, reconoció ante todo el pueblo cómo había herido a José y cómo la espada se le había roto, «y creo que encontraréis la otra mitad en su muslo». Mategrant hace que lo comprueben y allí encuentran la espada; al verlo, quedaron todos sorprendidos.

—Señor —le pregunta Mategrant—, ¿cómo podréis curaros?

—Si Dios quiere, me curaré bien, pero antes sanaréis vos de la herida que tenéis en la cabeza.

Ordenó que trajeran el resto de la espada, que era el puño y el puente, hizo el signo de la cruz sobre la herida de Mategrant y al punto quedó curada. Luego, se sacó de la carne el trozo de espada que tenía dentro, con gran asombro de cuantos la vieron, porque al sacarla no cayó de la herida ni una gota de sangre, y la espada estaba clara y tan blanca como si no hubiera entrado nunca en un cuerpo.

El pueblo se admiró por esto y cuando José ya tuvo las dos mitades del acero, dijo:

—Ay, espada, no te soldarás hasta que te tenga en sus manos el que deba culminar las altas aventuras del Grial; pero tan pronto como te tenga, te soldarás a la fuerza. La parte que entró en mi carne, sangrará siempre que la miren, hasta que la sostenga el que debe unirla al otro trozo.

Así habló José sobre la espada y fueron bautizados todos los del castillo. Argón vivió ocho años desde entonces; cuando José se marchó del castillo, se quedaron con la espada y la guardaron con gran afecto, hasta que yo la he conquistado con gran esfuerzo. Y sabed que he tenido gran trabajo para conseguirla; e incluso desde que la he conseguido, no la saqué de la vaina más que ahora: la llevo siempre conmigo, porque pensaba que quizá encontraría al que la uniría; tenía gran esperanza en que vos la soldarais, pues no hay ningún caballero tan afamado como vos; habéis fallado y no sé a quién dirigirme. Ya habéis oído por qué sangra y por qué llevo dos espadas. ¿Sabéis por qué me arrodillé ante ella? Lo hice porque es santa, ya que por ella se concluirán las aventuras del Santo Grial y he visto muchos milagros desde que la llevo.

—¿Por qué la besasteis? —pregunta Héctor.

—Porque el día que la bese no recibiré herida mortal; al decirle a mi señor Galván que me había salvado de la muerte, no me acordaba de la espada.

—Decidme —le pregunta mi señor Galván—, ¿cómo os llamáis?

—Me llamo Eliezer y soy hijo del Rico Rey Pescador que tiene el Santo Grial en su

casa.

—¿Y qué vais buscando? —pregunta mi señor Galván.

—Os buscaba a vos para que me unierais la espada, porque creía que no fallaríais; ya que habéis fracasado, creo que ningún caballero lo conseguirá en mucho tiempo.

—Os diré —le contesta mi señor Galván— qué podéis hacer. Nosotros nos hemos puesto en marcha para buscar al mejor caballero del mundo, del que no sabemos nada, si está muerto o vivo; por eso os aconsejaría lealmente que vinierais con nosotros hasta que lo encontremos, lejos o cerca, si es que puede ser encontrado. Estoy seguro de que llevará a término esta aventura, si para concluirla es necesario la valentía de cualquier caballero mortal.

—¿Quién es el caballero que decís, de tan grandes méritos?

—Es mi señor Lanzarote del Lago.

—Por mi fe, no os acompañaré en esa búsqueda, pues no tengo permiso para hacerlo: regreso al lugar de donde he salido. Si lo encontráis en algún sitio, podéis decirle que si desea ver la espada, que acuda a la casa del Rico Rey Pescador, pues allí podrá encontrarla.

A continuación, los encomienda a Dios con la doncella y el escudero; mi señor Galván se separa de sus compañeros y emprende el camino completamente solo y los otros hacen lo mismo.

Pero la historia deja de hablar de ellos y se ocupa primero de Aglován.

CXXXIII

Cuenta ahora la historia que cuando Aglován se separó de sus compañeros, cabalgó durante todo el día sin encontrar ninguna aventura que merezca recordar. Pasó la noche en casa de un ermitaño, hombre de santa vida, que se esforzó para que estuviera a gusto. La mañana siguiente, se levantó temprano y cabalgó de nuevo; buscó el bosque por todas partes, y el quinto día llegó, un poco antes de vísperas, a un estrecho sendero. Allí se encontró con un caballero que trotaba montado en su caballo, armado con todas las armas, pero con el escudo destrozado, la cota rota y con las mallas abiertas, el yelmo despedazado y partido; la sangre le caía de la cabeza y de los brazos, de modo que la cota estaba completamente enrojecida. Al ver a Aglován se dirigió hacia él lo más rápidamente que pudo, diciéndole:

—Noble caballero, tened compasión de mí, no dejéis que me maten delante de vos.

—Señor, no veo a nadie que os quiera hacer daño.

—Buen señor, dentro de poco lo veréis, pues me persigue no sé qué caballero que quiere matarme, sin motivo, y ya me ha herido tal como podéis ver.

—No os preocupéis, dejad que venga y esperadle, y yo os prometo lealmente que no recibiréis ningún daño mientras os pueda defender.

Mientras hablaban así, ven venir a un caballero tan rápido como su caballo puede llevarle.

—Señor —le dice el caballero a Aglován—, ése es.

Entonces pica espuelas hacia él y galopa lo más rápido que puede; Aglován vuelve la cabeza de su caballo hacia el que llega, pues ve que va a su encuentro; se golpean con tanta fuerza que los escudos no pueden impedir el ser atravesados por las puntas de las lanzas. El caballero quiebra su lanza y Aglován lo golpea con tanto vigor que lo derriba al suelo junto con su caballo. Pero el otro era valiente y se pone en pie con rapidez; desenvaina la espada y se coloca el escudo delante de la cabeza, dispuesto a defenderse. Aglován le ataca tal como iba armado y le golpea con el pecho del caballo, volviendo a tirarlo al suelo. Luego, descabalga, porque no quiere seguir acosándolo a caballo, ya que el otro iba a pie; ata el caballo a un árbol, saca la espada y se dirige al caballero; pero lo encuentra en tal estado que no puede levantarse del sitio en el que ha caído: le arranca el yelmo de la cabeza, le baja la ventana y le amenaza con cortarle la cabeza si no se da por vencido. El otro abre los ojos, aunque se encuentra muy mal; al ver la espada con la que le quiere cortar la cabeza, teme morir y pide piedad:

—Noble caballero, no me mates, pues me doy por vencido; tomad mi espada, os la rindo.

Aglován la recibe y luego le pregunta por qué quería matar al caballero.

—Por mi fe, porque anteayer mató a uno de mis escuderos y no sé por qué lo hizo:

por eso le hubiera dado la muerte, si hubiera conseguido alcanzarlo. Y lo hubiera alcanzado en poco tiempo si no os hubiera encontrado a vos.

—Cometáis una gran desmesura al intentar matar a un caballero por un escudero; por esa ofensa quiero que os pongáis a su merced y os dejo libre en cuanto a mí se refiere.

El caballero le contesta que así lo hará, ya que no puede ser de otro modo; se dirige ante el otro y se arrodilla, pidiéndole merced por el daño que le había causado; el otro caballero se lo perdona. Vuelve a montar el vencido y le dice a Aglován:

—Señor, ya es hora y momento de tomar albergue, porque la noche se acerca con rapidez; cerca de aquí tengo un refugio muy bien abastecido: os ruego que vengáis a alojarnos conmigo esta noche y os sentiréis más a gusto que en cualquier lugar de los que podríais encontrar hoy.

Aglován lo acepta y luego le pregunta al caballero al que había socorrido que de dónde es; éste le contesta que es del castillo de Roguedón, que está a una legua galesa de allí.

—Si quisierais venir, haría que os honraran por encima de todos los hombres, y con motivo, pues me habéis salvado de la muerte.

—Os diré lo que podemos hacer —le contesta el caballero vencido—, venid a albergaros esta noche con nosotros dos. Así nuestra alegría será mayor que si fuéramos separados y tuviéramos que irnos cada uno a un lugar diferente.

Aglován también se lo ruega, y al final el otro caballero así lo acepta.

De este modo regresan los tres y cabalgan hasta llegar a unos prados que había en medio del bosque; en medio de esos prados había una torre fuerte y resistente rodeada de muralla y fosos; se dirigen a la torre y entran en ella.

Los de dentro les corren a los estribos y les ayudan a desmontar; luego, los desarman porque tenían gran necesidad de descanso. Cuando ya estaban aliviados de las armas, el señor del lugar los lleva a la sala principal. Aglován le pregunta cómo se llama y éste le contesta que tiene como nombre Grifón del Mal Paso.

—Y vos, buen señor, ¿de dónde sois?

Le contesta que pertenece a la casa del rey Arturo.

—¿Qué vais buscando?

Aglován le cuenta toda la aventura de la reina y de Lanzarote y cómo ésta vio que un caballero llevaba la cabeza de Lanzarote.

—Hemos jurado que si conseguimos encontrar y reconocer al caballero, le llevaremos la cabeza al rey; por eso nos hemos puesto en marcha, saliendo de la corte hasta diez caballeros.

Cuando Grifón oye las palabras de Aglován, se queda pensando qué puede hacer, pues sabe que si Aglován lo reconoce, no se creerá que no ha matado a Lanzarote; si se entera, lo matará. Le dice entonces que sería una gran desgracia que Lanzarote hubiera

muerto.

—Buen señor, ¿perdisteis a alguien más, además de Lanzarote?

—Sí, por Dios; perdimos a Keu el senescal, a Saigremor el Desmesurado y a Dodinel el Salvaje; pero la pérdida de todos ellos no nos resulta tan grave como la de Lanzarote.

—Buen señor, ¿se lo agradeceríais a quien os devolviera a Keu el senescal?

—Así me ayude Dios, sí y tendría una gran alegría.

—Sabed, pues, que si mañana estáis en la Ermita del Seto, lo encontraréis allí sin duda.

—Por Dios, señor, muchas gracias.

Aquella noche la pasó Aglován allí y se levantó la mañana siguiente tan pronto como vio luz, y tomó las armas; cabalga derecho hacia la ermita que le habían dicho. Cuando se marchó de la casa en la que había pasado la noche, Grifón fue a Keu el senescal, al que tenía prisionero y le dijo:

—Señor Keu, quedáis libre de la prisión.

Y le cuenta cómo ha sido todo.

—Quiero que os vayáis de aquí a la Ermita del Seto y os entreguéis a Aglován. Si os pregunta quién os envía, decidle que no lo sabéis; y porque no quiero que nadie tenga noticias mías, os pido que me prometáis que no diréis en ningún sitio a donde vayáis que habéis estado aquí, y que no se lo diréis a nadie.

Keu se lo promete, muy contento con su liberación; Grifón hace que le den de comer y luego ordena que le lleven las armas, y así lo hacen. El senescal se marcha y llega a la hora de tercia al lugar indicado; encontró a Aglován que se alegró mucho al verlo y le preguntó que de dónde venía. Pero Keu no le dijo nada que pudiera faltar a la promesa que había hecho.

Aglován le cuenta después cómo se habían puesto en marcha los diez caballeros para ir a buscar a Lanzarote y que nunca dejarán de cabalgar hasta que hayan oído noticias verdaderas sobre él.

—Y vos, ¿qué vais a hacer? ¿Queréis emprender esta búsqueda por amor a Lanzarote? Ciertamente él lo hubiera hecho por vos con mucho gusto.

Keu le contesta que emprenderá la búsqueda; jura sobre una cruz de madera que había delante de él y pronuncia el mismo juramento que habían hecho los demás. Luego, toman el camino los dos juntos.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos dos y vuelve a mi señor Galván, cuando se separó de sus compañeros.

CXXXIV

Cuenta la historia que cuando mi señor Galván dejó a los que le acompañaban, cabalgó completamente solo, triste y pensativo por la aventura de la espada en la que había fracasado; cabalgó durante todo el día sin beber y sin comer y sin encontrar ninguna aventura que haya que recordar. Del mismo modo cabalgó el segundo día y el tercero; el cuarto, iba a la hora de mediodía por delante de la casa de Mathamás, que tenía prisionero a Saigremor, y le entraron tales ganas de dormir que no sabía ni a dónde iba; pasó por delante de Mathamás que estaba a la puerta y no dijo una palabra, aunque éste lo había saludado. Al ver su actitud, Mathamás pensó que lo hacía por orgullo y que por eso no se dignaba en contestarle; entra en su casa y ordena que le den con toda rapidez las armas; sus escuderos se las llevan de inmediato. Le preguntan que a dónde quiere ir y él contesta que tras el caballero más orgulloso que ha visto, «pues lo he saludado y no se dignó en contestarme: sentiré mucho si no le rebajo hoy mismo gran parte de su orgullo».

Monta y se marcha siguiendo las huellas, hasta que alcanza a mi señor Galván a la entrada de unos setos; le grita desde tan lejos como lo ve:

—Señor caballero, volved hacia aquí vuestro escudo o os golpearé por detrás y vuestra vergüenza será mayor.

Entonces se despierta mi señor Galván, mira y ve llegar al caballero dispuesto a golpearle; se sorprende y se pregunta por qué es. Embraza el escudo, alarga la lanza y se vuelve hacia él, alcanzándole con tanta fuerza que lo derriba del caballo al suelo. Desmonta, porque no desea atacarle a caballo; ata el animal a un árbol, desenvaina la espada y va contra el caballero que ya se estaba levantando y le golpea con tal vigor que lo vuelve a derribar aturdido al suelo. Luego, le arranca de la cabeza el yelmo con tanto enojo que por poco no le ha arrancado también la nariz, y le hace sangrar en abundancia. Le dice que se rinda o que lo matará sin esperar más. El caballero está desmayado por el daño que le causó mi señor Galván al arrancarle el yelmo. Éste le repite que se rinda o le cortará la cabeza; con gran esfuerzo se recupera y le pide piedad, suplicándole que no lo mate.

—Vos no ganaréis nada con ello, señor caballero, más que caer en pecado mortal y matarme a mí. No creo haberos causado tanto daño como para que debáis matarme.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Mathamás.

—Mathamás, vos sois aquel a cuya casa fue Saigremor el Desmesurado con Dodinel el Salvaje. Por mi cabeza os mataré o me diréis lo que sabéis de ellos.

—Señor, tened compasión, por Dios. Si me dejáis, os devolveré a Saigremor antes de que anochezca.

—Por mi cabeza, os dejaré, pero quiero que me prometáis que lo haréis tal como me habéis dicho y que iréis prisionero a donde yo os envíe.

Mathamás así se lo promete. Entonces monta mi señor Galván y él también, aunque con gran esfuerzo, pues estaba cansado y agotado; regresaron por el camino que habían traído hasta que llegaron al castillo de Mathamás. Cuando los de allí supieron que su señor había sido vencido, querían atacar a mi señor Galván, pero Mathamás les prohibió por los ojos de sus cabezas que lo tocaran; había allí más de treinta caballeros, de forma que mi señor Galván no hubiera podido resistir si le hubieran atacado. Mathamás hizo que sacaran a Saigremor de la prisión; se lo entrega a mi señor Galván, sano como estaba. Al verlo, le dice que no ha tenido mala prisión: y decía verdad, pues la hija de Mathamás le había ayudado mucho y le había honrado en la prisión.

Cuando Saigremor vio a mi señor Galván, le mostró gran alegría y pidió sus armas porque deseaba marcharse; se las trajeron. Cuando ya estaba dispuesto a montar, se dirigió a la doncella para despedirse de ella y la encomienda mucho a Dios, diciéndole que es caballero suyo en dondequiera que esté, cosa que le agradece mucho la joven. Ya van a marcharse, cuando mi señor Galván llama a Mathamás y le dice:

—Os ordeno que vayáis a la corte de mi señor el rey Arturo y os declaréis prisionero suyo de parte de su sobrino Galván; a mi señora la reina decidle que he encontrado a Saigremor; y si os pregunta qué ha sido de él, podéis decide que ha emprendido la búsqueda de Lanzarote junto con los demás.

Así era en efecto, pues mi señor Galván ya le había contado a Saigremor la búsqueda que habían iniciado; Saigremor hizo el mismo juramento que habían hecho los demás. Mathamás le contesta que lo hará con mucho gusto. Los dos compañeros se marchan y emprenden juntos el camino.

Pero la historia ahora deja de hablar de ellos, porque ya ha hablado bastante esta vez y volverá en su momento, y habla de una aventura que le ocurrió a Héctor y que no hay que olvidar, sino que se debe recordar en el libro.

CXXXV

Cuenta la historia que cuando Héctor se separó de sus compañeros, anduvo errante por el bosque durante cinco días enteros, sin encontrar ninguna aventura que se os deba contar; todos los días preguntaba por Lanzarote por donde iba; nunca encontró a nadie que le pudiera indicar nada. El quinto día su camino le llevó al tablón del que Dodinel había caído al río. Al llegar a él, vio que no podría pasar al otro lado si no era a través de la tabla: desmonta y ata su caballo a un árbol, diciéndose que aunque pierda el caballo, no dejará de pasar al otro lado; «pues bien sé que esta tabla es así de estrecha para retener a los caballeros andantes». Se sube a la tabla completamente armado y la atraviesa con gran valor, como hombre tan atrevido que no había aventura que lo pudiera acobardar. Ya en la otra orilla, ve el castillo que había cerca de allí y se dirige hacia él, dispuesto a alojarse. Mira y ve salir de él a un caballero armado, montado en un gran caballo que le ataca con la lanza levantada, y que le dice que se rinda o morirá. Héctor no se acobarda, sino que alarga su lanza, se coloca el escudo delante de él y, cuando el caballero se le acerca, lo esquiva, pues no se atreve a esperar el golpe porque el otro era demasiado fuerte; golpea al caballero con tanta fuerza que lo derriba del caballo al suelo y, luego, desenvaina la espada golpeándole en el yelmo con tal vigor que lo deja aturdido, que no sabe si es de día o de noche; después le hace caer al suelo y Héctor le coge el yelmo arrastrándolo la distancia de una lanza, pues las correas del yelmo eran fuertes; lo golpea con el puño de la espada y hace que las mallas de la cofia le entren en la cabeza; lo deja en tal estado que la sangre le brota por las narices y las orejas luego, le rompe los lazos del yelmo y le amenaza con cortarle la cabeza si no se tiene por vencido, pero no le contesta pues aún estaba desmayado. Héctor lo deja descansar hasta que recobra el aliento; cuando ya puede hablar, le pide a Héctor que no lo mate, que se tendrá por vencido. Cuando estaba hablando así, levanta con cuidado el faldón de la cota de Héctor, para clavarle la espada en el vientre; pero Héctor lo sujeta por el puño, le quita la espada a la fuerza y le dice:

—Traidor, desleal, nada impedirá que muráis.

Levanta la espada y le corta la cabeza.

En ese momento ve salir del castillo hasta doce escuderos que se le echan a los pies, diciéndole:

—Señor, bendito seáis, pues nos habéis vengado del hombre al que más odiábamos en el mundo; venid con nosotros, porque el castillo es vuestro a partir de ahora ya que habéis vencido al señor. Cuando los de dentro conozcan la verdad, os amarán más que si les hubierais dado a cada uno cien marcos de oro.

Van cuatro escuderos al castillo y cuentan las noticias, que agradaron mucho a todos los que las oyeron; salen y le traen un buen caballo a Héctor, se lo entregan y

después lo llevan al castillo a la fuerza diciéndole que se quedará allí y se hará señor de todos ellos, aunque él les contesta que no lo haría de ninguna manera. A pesar suyo, lo desarman y lo llevan a la sala mayor, donde encuentra a la doncella que había seguido a Dodinel hasta el tablón. Al ver a Héctor, lo saluda con gran cortesía y él le devuelve el saludo. La doncella había sido amiga del caballero que había muerto, pero éste era tan desleal y tan traidor que no la amaba por nada. Por la noche, después de cenar, la doncella le preguntó a Héctor de dónde era y él le contestó que de la casa del rey Arturo.

—Por mi fe —exclamó la joven—, eso me agrada mucho. Aquí hay otro caballero de la casa del rey Arturo.

—¿Es verdad? Traedlo, lo veremos.

La doncella ordena que lo traigan y cuando Héctor lo ve, reconoce a Dodinel el Salvaje; se pone en pie y corre a él con los brazos tendidos, mostrándose gran alegría los dos. Héctor le pregunta qué aventura lo llevó al castillo y él le contesta cómo una doncella lo había llevado hasta el tablón en el que estuvo a punto de ahogarse; cuando llegó a la orilla, lo apresó un caballero que hizo que lo metieran en prisión. Ve entonces a la doncella delante de él, la reconoce y le pregunta por qué le había hecho ir por ese lado.

—Por mi fe, os lo voy a decir. Mi amigo, que ahora está muerto, os odiaba más que a nadie por una herida que le hicisteis en tiempos, durante un torneo; me dijo que nunca permanecería a su lado sin que me matara si no conseguía llevaros ante él. Me hizo ir a la corte del rey Arturo a buscaros y me había ordenado que no regresara sin vos. Por eso lo hice, y pasasteis el río. Cuando supo que erais vos, se hizo armar y os atacó tan pronto como pudo, haciéndoos apresar tal como visteis y diciendo que nunca saldríais de la prisión. Pero habéis tenido la suerte de que este caballero os ha vengado de él, porque le ha cortado la cabeza. Ya os he dicho lo que me habéis preguntado.

—Señor —le dice Dodinel a Héctor—, ahora tenéis que decirme, por favor, qué motivo os ha traído por aquí.

Le cuenta cómo los compañeros de la corte del rey se han puesto en marcha para buscar a Lanzarote del Lago y le dice las noticias que llevó la reina a la corte.

—Hemos jurado que nunca dejaremos de cabalgar hasta que tengamos noticias auténticas de si ha muerto o está vivo.

—Ya que es así —contesta Dodinel—, prometo lealmente que nunca entraré en la corte de mi señor el rey Arturo hasta que no lleguen los demás: en este momento me hago compañero de la misma búsqueda.

Héctor se pone muy contento. Aquella noche ofrecieron a Héctor el señorío del casillo pero no lo aceptó, sino que se marchó por la mañana con Dodinel y cabalaron hasta que llegaron el día fijado a la Cruz Blanca, a la salida del bosque.

Tuvieron la suerte de que todos los compañeros acudieron a la hora y en el

momento fijado; al verse, se pusieron muy contentos y tuvieron una gran alegría por los tres compañeros que pensaban haber perdido y que, sin embargo, ven sanos y salvos. Cada uno de ellos contó lo que había encontrado durante la semana, pero ninguno tuvo noticias de Lanzarote: lo sintieron todos mucho y se entristecieron. Mi señor Galván dijo que ya que no habían oído nada, podían separarse completamente; se quita el yelmo de la cabeza el primero y después hacen lo mismo todos los demás; se besan al separarse y lloran por la lástima que sienten, ya que piensan que no van a volver a verse en mucho tiempo, y que no volverán a estar juntos como ahora. Lamentan tener que separarse; mi señor Galván es el primero en partir, con gran dolor, como si estuviera muerto delante de él todo el mundo. Del mismo modo lloran los otros doce compañeros. Cada uno emprende su camino.

Pero la historia deja de hablar de ellos ahora y habla de mi señor Galván en primer lugar.

CXXXVI

Dice ahora la historia que cuando mi señor Galván se separó de sus compañeros, tal como el libro os ha contado, se marchó completamente solo y atravesó muchas tierras; todos los días, por donde pasaba, preguntaba por Lanzarote, pero nunca encontró quién le pudiera dar noticias y, de este modo, estuvo durante dos semanas y aún más sin encontrar ninguna aventura que merezca recordar; un sábado por la tarde llegó a una abadía blanca en la que dejó sus armas y tomó otras. El día siguiente permaneció allí, porque era domingo. El lunes por la mañana, tan pronto como oyó misa, emprendió el camino más directo que conocía hacia el reino de Estrangorre.

Llegó a una fuente de agua clara y fría, con gravilla que brillaba como la plata; alrededor había abundantes árboles verdes; la fuente estaba rodeada de árboles que le daban gran sombra al lugar y el agua no tenía que esconderse para que no le llegara el sol: era un manantial de los más agradables. Mi señor Galván llegó allí, vio la fuente tan hermosa y le entraron ganas de beber; descabalgó, se quitó el yelmo y se sentó junto a la fuente, bebiendo con gusto. Mientras estaba descansando allí, llegó por el camino una doncella montada en un palafrén que cabalga al galope. Al ver a mi señor Galván, lo reconoce, porque todavía no se había vuelto a poner el yelmo; lo saluda lo mejor que puede y él le contesta que Dios le dé buena ventura.

—Mi señor Galván, ¿hacia dónde vais?

—Así me ayude Dios, doncella, no lo sé.

—¿Qué vais buscando?

—Voy en busca de alguien que me pueda dar noticias de Lanzarote.

—¿Cómo? ¿Dónde está?

—Por mi fe, en la corte se piensa que ha muerto y nos hemos puesto en marcha trece caballeros para ver si es cierto: no podemos regresar a la corte hasta que sepamos la verdad.

—No sé nada de él; sólo que sería un grave daño si eso hubiera ocurrido. Si Dios quiere, no serán verdad esas noticias, porque la caballería decaería mucho. Os ruego por amor que vengáis esta noche a alojarnos conmigo, y os daré todo lo que queráis, para que os encontréis a gusto.

Le contesta que lo hará de grado, pero que aún no es la hora.

—Por la fe que le debéis a la cosa del mundo que más queráis, venid conmigo.

Mi señor Galván le contesta que lo ha conjurado de tal forma que irá; monta y reemprende el camino con la doncella. Cabalgan durante dos leguas inglesas y ven un castillo pequeño al final de un pantano.

—Señor, ese es el castillo en el que pasaréis la noche.

Llegan a esa parte y entran; les ayudan a descabalgarse con gran alegría, acompañan a

mi señor Galván a la parte de arriba y le quitan las armas para que esté más cómodo.

La doncella lo lleva a una habitación recién alfombrada de hierba fresca para paliar el calor que era muy grande. Después de llevar un rato sentados allí, entra un criado que le dice a la doncella:

Señora, mi señor ha regresado con treinta caballeros.

—Ve y dile que venga aquí y verá qué huésped le he traído.

Mi señor Galván le pregunta entonces que por qué llega con tantos caballeros.

—Señor, os lo voy a decir. Cerca de aquí, a dos leguas inglesas, habrá mañana un torneo ante el Castillo del Molino: será el mejor de cuantos habéis oído hablar; lo ha convocado el rey Nabaduc, que era pariente de Galahot, el hijo de la Jayana; se ha establecido que el mejor, elegido por todos, recibirá un águila y un halcón como reconocimiento por su victoria. Si lleva a su amiga con él, la amiga tendrá la corona más rica del mundo. Como mi amigo querría conquistar este honor, ha convocado caballeros de este país para que estén mañana con él, porque un caballero sólo no podría hacer muchas cosas en un torneo tan importante, si no es de gran valor: ha dicho que me llevará con él y que obtendré la corona, si la puede conseguir. Os ruego, mi señor Galván, por la fe que debéis al rey Arturo vuestro tío, que vengáis mañana y ayudéis a mi amigo. Sé que si queréis hacerlo, obtendremos la victoria y vos el honor, pues gracias a vos mi amigo vencerá en el torneo, si vence.

Mi señor Galván le contesta que participará con mucho gusto, ya que ella se lo pide; la doncella se lo agradece mucho.

Mientras hablaban así, entra en la habitación el señor, que era un gran caballero, proporcionado de cuerpo y rubio como la lana; se llamaba Tanaguín el Rubio, porque era uno de los caballeros más rubios de toda aquella tierra. Cuando su amiga lo ve llegar, se levanta ante él y le dice:

—He aquí a mi señor Galván, que nos ayudará mañana en el torneo.

Cuando lo oye, corre a mi señor Galván con los brazos abiertos y le da la bienvenida por encima de todos los caballeros del mundo. Luego, se sientan y empiezan a hablar de sus asuntos, tratándose lo mejor que saben. Mi señor Galván le pregunta cómo se llama y él se lo dice; a continuación, le habla del torneo que debía tener lugar, igual que se lo había contado ya la doncella, pero no pensaba que lo supiera todavía; después, le pide que le ayude y mi señor Galván le responde que lo hará con mucho gusto.

—Ciertamente —dice el señor del castillo—, por Dios, no temo no obtener el honor, ya que vos me ayudaréis; por Dios, os lo agradezco más que si me dieseis el mejor castillo de los que tiene vuestro tío el rey.

Luego, se sientan a cenar; comieron alegres y estuvieron muy contentos los de dentro por la promesa que les había hecho mi señor Galván, ya que tenían una gran confianza en él para vencer el torneo.

Por la mañana, cuando cada cual se dispuso a su manera, el caballero hizo que la doncella se vistiera y se preparara más ricamente que ninguna y nadie podía estar más elegante ni más hermosa, pues el señor estaba seguro de que su dama sería vista por altos hombres y ricos nobles: sin lugar a dudas era una de las doncellas más hermosas de toda la tierra. Después, se pusieron en marcha y cabalgaron hasta llegar a la cima de la colina; en el valle vieron el torneo que ya había empezado y que tenía lugar en una hermosa pradera de dos leguas de largo por una de ancho. El rey Narbaduc no se había puesto las armas aquel día, y había hecho levantar en medio del prado unas tribunas de madera para la reina su mujer, las damas y las doncellas que acudieron allí a contemplar el torneo. Una sobrina de la reina, que estaba también en la tribuna, dijo tan alto que lo pudieron oír todas las demás, que sería ella la que recibiría la corona, pues su amigo lo estaba haciendo mejor que nadie de los que habían acudido a aquella reunión; cuando la amiga de Tanaguín llegó y oyó la presunción de la doncella, le contestó que no sería cierto.

—¿Por qué?

—Porque hay un caballero mejor que él, que ya ha llegado.

—¿Quién es?

—Por mi fe, no sabréis su nombre por ahora, pero pronto lo conoceréis.

La sobrina del rey está muy enfadada; le dice a la doncella que vaya a apoyarse a su lado y le indicará el caballero que le dice; ella va y contempla a todos los caballeros que subían y bajaban. En esto, mi señor Galván le pregunta a Tanaguín de qué parte quiere ponerse; él le contesta que desea ir contra la gente del rey y, por tanto, se dirige al lado del Conde de las Brozas, que había emprendido el torneo contra la gente del rey.

Cuando ya se han puesto del lado del que quieren, pican espuelas para ir en ayuda de sus compañeros y mi señor Galván se coloca en las hileras para empezar a justar. No tardó en llegar a él un caballero muy valiente; se dirigen el uno contra el otro tan rápidos como pueden sus caballos. Mi señor Galván derriba al caballero con tanta fuerza que éste se rompe el brazo izquierdo al caer; luego, ataca a los demás con la espada desnuda en la mano; golpea y derriba a todos los que alcanza, hace caer a caballeros y caballos con los golpes de la lanza y de la espada, galopa arriba y abajo y no evita a nadie que quiera esperarle: lo hace tan bien de todas las formas que nadie niega que deba recibir el premio y el trofeo. La amiga de Tanaguín le dice entonces a la sobrina del rey:

—Doncella, ¿no os lo había dicho? Es ése del escudo blanco el que vence en todo.

—Por Dios, aún habláis demasiado pronto, pues quizá ahora lo esté haciendo bien, pero no la hará siempre tan bien: por eso no debéis hablar más de la cuenta, que no os tengáis que arrepentir.

—No me arrepentiré, pues estoy segura de que lo hará aún mejor de lo que lo está haciendo; si lo conocierais tan bien como yo, no discutiríais.

Mientras hablaban así, salieron del castillo unos doscientos caballeros armados; acuden en ayuda de la mesnada del rey que estaba desfalleciendo, porque mi señor Galván los acosaba demasiado. Cuando llegan al combate, lo hacen tan bien que ante las puntas de sus lanzas no queda caballero en silla al que no hagan volar al suelo, los atacan con tanta fuerza que la gente del conde no tiene más remedio que abandonar terreno, pues son demasiados los que van contra ellos; se hubieran dado a la fuga si mi señor Galván no hubiera comenzado a realizar tales proezas que todos se quedan admirados, pues se ha esforzado tanto que sus compañeros se quedan a su lado.

En esto, llegó al torneo el hermano del Conde de las Brozas, llevando consigo trescientos caballeros; cuando ya estaban tan cerca que sólo faltaba golpear, entraron en combate con tal fuerza que hicieron retroceder hasta sus defensas a la mesnada del rey; allí se mantuvieron como valientes y resistieron durante un buen rato a los que les atacaban de cerca, pero eran menos. Cuando se encontraban en tan grave situación, atravesó el campo un caballero armado con armas rojas, que iba tan solo que no llevaba ni escudero ni criado; empezó a mirar el torneo y vio que las gentes del conde se defendían muy bien, a pesar de su situación. El caballero se pone del lado de las gentes del rey y cuando los heraldos lo ven, empiezan a gritar:

—¡Noble caballero, ayuda a los que tienen más necesidad!

Y el caballero entra en las filas frente a los que eran ayudados por mi señor Galván; galopa contra ellos y derriba al primero que encuentra; luego, al segundo, y al tercero; con una lanza derriba a cuatro. Luego, empuña la espada y se mete en donde ve mayor tumulto, combatiendo tan bien que en el primer ataque hace que retrocedan todos más de un tiro de arco, y no hay nadie que al verlo no tenga gran miedo, pues al caballero que alcanza con un buen golpe, hace que vacíe los arzones; acosa a sus enemigos de modo tal que las fuerzas del rey se recobran gracias a su valor. Y los que hay al lado de mi señor Galván están tan espantados que poco falta para que huyan del campo de combate.

Los que estaban en las ventanas de la parte de arriba del castillo y en las tribunas dicen que el caballero de rojo, el que lleva el escudo rojo con león blanco es el que vence en todo; mi señor Galván lo oye en un momento que había ido a airearse fuera del torneo: un criado le dice que hay allí un caballero, el mejor de cuantos se han visto, pues él sólo ha sido capaz de derrotar a la gente del conde y gracias a él se han recuperado los hombres del rey que hasta entonces estaban tan vencidos que faltaba poco para la derrota total. Cuando mi señor Galván oye estas palabras, se pregunta admirado quién puede ser; se vuelve a atar rápidamente el yelmo y toma la lanza más fuerte que encuentra, dirigiéndose a las hileras para combatir con el caballero rojo que volvía de tomar una lanza. Apenas se ven, se dirigen el uno hacia el otro: los caballeros eran fuertes y rápidos y galopaban veloces. Los caballeros tenían gran fuerza y se golpearon con tal vigor en los escudos que las lanzas les vuelan hechas pedazos, pero

ninguno de los dos cayó, sino que se mantuvieron fijos y se cruzaron el uno con el otro. Mi señor Galván siente no haber derribado al caballero y éste lo siente también cien veces más por no haber abatido a mi señor Galván; siente vergüenza y no sabe qué será de él. Los que han visto el choque dicen que los dos caballeros tienen gran valor. Mientras, ellos toman lanzas. Se dirigen de nuevo el uno hacia el otro por medio de las filas que les habían dejado libres; renuevan los golpes sobre los escudos, atravesándolos y atravesando las cotas con las cortantes lanzas, pero ninguno de los dos queda herido. Chocan con el cuerpo y con el rostro tan violentamente que el cerebro se les turba y apenas pueden mantenerse en los arzones; el caballero está menos afectado que mi señor Galván y vuelve del aturdimiento antes, toma una lanza gruesa, la más fuerte que encuentra. Mi señor Galván hace lo mismo, aunque sigue aturdido; pican espuelas el uno hacia el otro para justar por tercera vez, y se vuelven a golpear en los escudos; mi señor Galván quiebra su lanza; el caballero lo golpea con tanta fuerza que lo derriba del caballo boca arriba y pasa de largo, continuando en otro sitio con su combate; desenvaina la espada y se mete entre la gente del conde, llevándolos hasta delante de las tribunas en las que estaban apoyadas las damas y las doncellas. Cuando los lleva hasta allí, éstos se dan a la fuga, porque ya no pueden seguir resistiendo.

Empieza entonces la persecución que duró mucho rato, de forma que las gentes del rey hicieron numerosos prisioneros. Cuando el caballero rojo ve que han sido derrotados y que no pueden recuperarse, reemprende su camino y entra en el bosque que había cerca de allí. Mientras tanto, mi señor Galván vuelve a montar, con tan gran dolor y tanta vergüenza que no se atreve a permanecer en el campo de batalla, sino que se marcha sin despedirse tras el caballero que lo ha derribado, diciéndose que no parará hasta alcanzarlo y si no es de la casa del rey, combatirá contra él hasta que uno de los dos sea vencido o muerto, ya que no puede ser de otra manera. Si supiera que Lanzarote estaba vivo, pensaría que fuera él; pero como cree que ha muerto, no sabe qué decir. Se dirige al bosque triste y apesadumbrado, lamentando su desgracia, que le ha alcanzado ya por dos veces en esta búsqueda.

Con este dolor y tristeza cabalga, viendo delante las huellas del caballero, y no duda de que lo sigue bien; cabalga hasta llegar a la casa de un guardabosques, casa construida junto a un vivero. Era casi de noche. Entra en el patio y los servidores le acuden al estribo para ayudarle a desmontar; luego, lo desarman y lo llevan dentro de la casa, que era grande y hermosa. Dentro se encuentra a Héctor de Mares que estaba sentado sobre una alfombra y que al verlo, va a abrazarle dándole la bienvenida; mi señor Galván le muestra la mayor alegría que puede, mayor que la que el corazón le permite. Héctor le pregunta de dónde viene a esa hora y él le contesta:

—De un torneo que ha habido en el lindero de este bosque. Durante todo el día he seguido a un caballero de armas rojas que lo hizo muy bien. Pero ahora me quejo, porque me ha hecho la mayor afrenta de cuantas he tenido.

—¿Cómo, señor?

—Por mi fe, combatimos ante todos los que había presentes y no puede derribarlo ni él a mí; pero me hirió un poco en la axila; en el tercer choque, me hizo caer del caballo y por eso lo siento tanto que poco falta para que el corazón se me parta en el vientre. Luego, he ido tras él durante todo el día pensando en encontrarlo, pues no puede quedar así y o él me vence, o lo venceré yo.

Cuando Héctor oye lo que mi señor Galván le dice, siente vergüenza, pues se da cuenta de que es a él a quien va buscando; lo siente tanto que preferiría haber sido herido por una espada entre los dos muslos, en vez de haberlo derribado, pues piensa que mi señor Galván le guardará rencor para siempre, y no querría tener su odio en modo alguno. Entonces, se arrodilla ante él y le dice:

—Señor, por Dios, perdonádmelo, porque ciertamente no os reconocí. Os juro por todos los santos del mundo que no lo habría hecho de ninguna manera, si hubiera sabido que erais vos: me pongo a vuestra merced como vencido y estoy dispuesto a resarciros de la forma que mejor os parezca.

Cuando mi señor Galván lo oye, lo perdona con mucho gusto.

Aquella noche la pasaron allí bien atendidos; por la mañana, tan pronto como vieron la luz, se marcharon dispuestos a ir juntos hasta que alguna aventura los separara; llegaron a unas landas desiertas, tan alejadas de refugio que no había ciudad ni castillo cerca de allí. Después de cabalgar alrededor de media legua, encontraron unas pequeñas brozas y en la parte de la derecha, cerca de un camino, una capilla vieja. Se dirigen hacia ella para oír misa, pues todavía no era la hora de tercia; cuando ya están cerca de allí, descabalgan y atan los caballos junto a un árbol; luego, entran. No encuentran ni hombre ni mujer, sino una capilla vieja y antigua, de modo que las paredes estaban agrietadas y desconchadas, como podridas. Se acercan al altar y lo ven abandonado y descuidado; por detrás hay una puerta que da a un gran cementerio. Entre el altar y el cementerio había una tumba de mármol rojo con letras blancas escritas con gran habilidad. Miran las letras durante un buen rato, diciendo que por algo han ido hasta allí y que no se marcharán sin tener alguna aventura. Héctor lee las letras que dicen: «Escucha, caballero andante que vas buscando aventuras, cuida de no entrar en este cementerio para llevar a cabo las aventuras que en él hay, pues sería vano esfuerzo, si no eres el desgraciado caballero que por su desdichada lujuria ha perdido el poder concluir las maravillosas aventuras del Grial, que nunca podrá recuperarlas».

Los dos se quedan admirados con estas palabras y dicen que no entienden bien su significado, pues resultan oscuras; a pesar de todo, mi señor Galván dice que no dejará de ver las aventuras del cementerio. Se dirigen a la puerta y ven al final del cementerio una tumba que ardía con fuerza y tenía unas llamas tan claras que subían a más de una lanza de altar. Alrededor había hasta doce tumbas que no ardían y encima de cada una de ellas, se levantaba una espada. Los dos compañeros se quedan sorprendidos ante

esto; después de contemplar un buen rato la tumba que ardía, mi señor Galván dice:

—Héctor, por mi cabeza, he aquí la aventura más maravillosa que he visto. Tendremos que probarnos, si queremos marchar de aquí con honor: os ruego que me permitáis ir hasta allí para saber qué es eso; esperadme aquí y no os mováis por nada de lo que yo haga, hasta que haya fracasado o concluido con la aventura.

—Señor, con mucho gusto.

Entra mi señor Galván en el cementerio con el escudo al cuello y la espada ceñida al costado; cuando se acerca a las tumbas, se sorprende más que antes, pues ve que las espadas se levantan sobre las mismas completamente solas y que se dirigen hacia él dándole tales tajos en el yelmo que los pies no le pueden sostener y queda tan aturdido que cae a tierra de rodillas y tiene que apoyar las manos. Cuando va a levantarse, nota que caen sobre su cabeza tal cantidad de golpes que no sabe cómo esquivarlos y vuelve a caer al suelo, permaneciendo un gran rato desmayado. Cuando vuelve en sí, abre los ojos y se encuentra en la otra parte del cementerio, junto a la puerta de la capilla, delante de Héctor. Siente una gran vergüenza; se pone en pie y dice que aunque tenga que morir, irá a la tumba: se coloca el escudo ante la cabeza, desenvaina la espada y se dirige hacia las tumbas de nuevo. Cuando ya está cerca, las espadas vuelven a ir contra él; se cubre lo mejor que puede, pero es en vano, porque esta vez le va peor que antes: se encuentra tan mal que la sangre le brota por la nariz, por la boca y por los ojos, y tiene tal dolor que cree que va a morir allí mismo; se desmaya y permanece mucho tiempo con ese daño. Al volver en sí, se encuentra de nuevo en la puerta de la capilla, tal como antes, pero tan cansado y agotado que apenas puede hablar. Héctor está padeciendo por él y le pregunta cómo se encuentra:

—¿Cómo, Héctor? Ciertamente, muy mal, pues tengo un gran dolor en el cuerpo y en el corazón. Tengo dolor en el cuerpo porque nunca pensé que llegara a sufrir tanto como ahora y me duele el corazón, porque soy el caballero más desdichado del mundo, cuando yo solía ser el más afortunado de todos.

—Señor, aún no ha nacido el caballero al que no le haya ocurrido alguna desgracia, por eso no debéis afligiros.

Luego, le quita el yelmo de la cabeza para que tome un poco de aire y lo deja tumbado junto a la capilla. Héctor toma el escudo, desenvaina la espada y entra en el cementerio dirigiéndose a grandes pasos hasta la tumba ardiente; pero no ha avanzado mucho cuando siente los golpes en el yelmo y en el escudo, y cae aturdido al suelo. Se levanta rápidamente, como hombre de gran valor, pero cuando iba a ponerse en pie, vuelve a caer al suelo, porque no puede resistir los abundantes golpes que descargan sobre él: se encuentra en tal estado que no puede enderezarse de ninguna manera y permanece tumbado en el suelo como si estuviera muerto. Si mi señor Galván había sido golpeado y pateado, más lo fue Héctor, porque permaneció más tiempo allí que mi señor Galván; luego, se encontró a la entrada de la capilla. Se quedó sorprendido, pero

no pudo hacer otra cosa, pues estaba tan cansado y agotado que apenas podía abrir los ojos. Al cabo de un rato, se levanta y mira a su alrededor, como si hubiera estado dormido, y ve a la entrada de la puerta unas letras que decían: «No entrará nadie en este cementerio que no se vaya afrentado, hasta que venga a él el hijo de la Reina Dolorosa».

Le enseña las letras a mi señor Galván, que las mira y dice que no sabe nada ni comprende nada del letrero, pues resulta oscuro y que tienen que irse a otro lugar, porque han fracasado en esa aventura. Héctor lo siente tanto que no puede contestarle ni una sola palabra, sino que sale de la capilla triste, apesadumbrado y llorando de los ojos; van a sus caballos, montan y cabalgan cabizbajos en los yelmos, pensativos y dolidos por la desgracia que habían tenido. De este modo marchan hasta después de mediodía, sin cruzarse una palabra.

Llegan a un bosque antiguo y viejo, alto y espeso de árboles. A la entrada del mismo hay un camino que se bifurca, con una cruz de madera en la que había escritas unas letras que decían: «Escucha, caballero que te encaminas a entrar aquí, mira estos dos senderos: uno, a la derecha; el otro, a la izquierda; si en algo estimas tu propio cuerpo, procura no entrar en el de la izquierda, pues ten por seguro que no saldrás de él sin vergüenza. No te digo nada del de la derecha, pues no presenta ningún peligro».

Después de leer las letras, Héctor le dice a mi señor Galván:

—Señor, os encomiendo a Dios, pues voy a entrar en el camino de la izquierda, ya que me lo prohíben las letras; tomad vos el otro.

—No lo haré; vos entraréis en ese camino y yo en el de la izquierda.

—Por mi fe, será como yo digo.

Se quitan el yelmo se besan y lloran al separarse. Héctor toma su camino y mi señor Galván el suyo.

Pero la historia ahora deja de hablar de Héctor y vuelve a ocuparse de mi señor Galván.

CXXXVII

Cuenta ahora la historia que cuando mi señor Galván se separó de Héctor, cabalgó por el camino del bosque hasta que fue después de la hora de nona. Vio entonces a la derecha un pabellón plantado junto al riachuelo de una fuente. Se dirige hacia allí para saber quién hay dentro; cuando llega a la entrada, ve hasta seis hombres que comían en el suelo sobre la hierba fresca. Mi señor Galván no había comido en todo el día y tenía muchas ganas; por eso descabalgó, ata su caballo a un árbol y cuelga el escudo de una rama; luego, entra en el pabellón y saluda a los que estaban sentados comiendo; pero nadie le contesta una palabra, sino que todos lo miran con felonía. Al ver que no le contestan, no deja de sentarse, con la espada ceñida, y se quita el yelmo de la cabeza colocándolo a su lado; después, empieza a comer con muchas ganas, como quien tenía gran hambre y le dice al que estaba sentado a su lado:

—Comed, buen señor, y alegraos.

—Por Dios, señor caballero, no puedo alegrarme por la comida que os estáis comiendo delante de mí; yo tenía tantas ganas de comer como vos: y os prohíbo que sigáis cogiendo, pues por mi cabeza lo pagaríais caro.

Los demás le dicen que si no se va, lo matarán; les contesta que no se moverá por todos ellos, «pero lo siento por mi caballo, que no tiene qué comer».

Entonces se ponen en pie todos y corren a las hachas y a las espadas, de las que había gran abundancia allí dentro. Al ver esto, mi señor Galván se ata el yelmo y corre al escudo. Los otros le atacan con las espadas desenvainadas, dispuestos a matarlo y él no evita a ninguno de los que le llegan, sino que golpea al primero que encuentra, aunque iba desarmado, con tanta fuerza que le parte la cabeza en dos mitades y lo hace caer muerto. Ataca a los demás, que hacían todo lo posible por herirle; a uno lo alcanza cortándole el brazo entre el hombro y el codo. Los demás se dan a la fuga cuando ven a su compañero en tal estado. Mi señor Galván no se molesta en perseguirlos, sino que monta en su caballo y reemprende el camino, cabalgando hasta después de vísperas, en que llega a un gran valle y contempla a sus pies el fondo del mismo; allí ve un castillo pequeño muy bien asentado, porque estaba rodeado de agua por todas partes y tenía buenas murallas almenadas. Dirige su caballo hacia allí, pues desea pasar la noche en aquel castillo; llega hasta el castillo y en él encuentra un puente de madera por el que se llegaba a la fortaleza.

Cabalgó por la calle mayor hacia la fortaleza; cuanto más se acerca más le gusta, pues es la más rica y la más fuerte que ha visto de su tamaño. Mira hacia la derecha y oye gritar a una mujer cerca de él, según le parece; pica espuelas hacia donde la oye y ve en una gran sala, en el suelo, a una doncella que estaba metida en una cuba de mármol y gritaba con fuerza:

—Santa María, ¿quién me sacará de aquí?

Mi señor Galván se dirige hacia allí y ve la cuba que está medio llena de agua, de forma que a la doncella le llegaba por encima del ombligo. Al verlo, la mujer le dice:

—Señor caballero, por Dios, sacadme de aquí.

Alarga las manos mi señor Galván y la sujeta por los lados, pero no puede moverla por más fuerza que hace; lo intenta dos o tres veces y cuando la doncella ve que no la puede mover, le dice:

—Señor caballero, habéis fracasado. Podéis decir que no os marcharéis de este castillo sin recibir afrenta.

—Doncella, si no os he liberado, lo siento; he hecho todo lo que podía, de manera que no puedo ser censurado. Ahora os querría suplicar que me dijerais cómo estáis ahí y por qué aventura y si podréis ser liberada.

—Por mi fe, yo estoy aquí de tal forma que padezco todo tipo de dolor y sufro toda clase de angustias, y no podré salir hasta que me saque el mejor caballero del mundo. El motivo por el que he sido metida aquí no lo vais a saber, ni yo se lo diré a ningún otro, hasta que llegue el que debe sacarme: su llegada está próxima, pues ocurrirá este mismo año.

—¿Cómo es que sufrís tantos dolores?

—¿Cómo? Tocad el agua y entonces lo sabréis.

Mi señor Galván mete entonces una mano en el agua, y piensa que no la ha sacado a tiempo, porque la encuentra tan caliente que cree haber perdido la mano para siempre.

—Señor caballero —le dice la doncella—, ahora ya sabéis qué dolor padezco.

—Ciertamente, doncella, no comprendo cómo podéis resistir.

—Por mi fe, si pudiera morir por el esfuerzo, hace tiempo que habría muerto; pero a Nuestro Señor Dios no le agrada todavía, pues aún no se ha vengado de un gran pecado que cometí y por eso padezco esta angustia y este tormento. Ya os podéis ir, señor caballero, cuando queráis pues en vano intentaríais sacarme ya que habéis fracasado, y no os diré nada más acerca de mí.

Mi señor Galván se marcha, en vista de que no puede saber nada más; se dirige hacia el palacio principal. Salen más de diez criados para ayudarle a desmontar; llevan el caballo a la cuadra y lo acompañan a él al salón de arriba para desarmarlo. Allí encuentra abundantes caballeros, los más bellos que había visto en la tierra; todos se levantan al verlo y le dicen que sea bienvenido; él los saluda con una inclinación. Le quitan las armas y le entregan un vestido de gran riqueza; luego, lo sientan delante y empiezan a preguntarle de dónde es, a lo que contesta que es del reino de Logres y de la casa del rey Arturo. Entonces le muestran la mayor alegría del mundo y le preguntan nuevas de la corte; él les cuenta lo que sabe.

Mientras hablaban así, sale de una habitación un gran caballero, que era uno de los

hombres más bellos que había visto mi señor Galván en mucho tiempo, y parecía de gran nobleza. Cuando lo ven venir los de la sala, le dicen a mi señor Galván que es el rey. Mi señor Galván se pone en pie y le da la bienvenida; el caballero le devuelve el saludo con cara muy alegre y le hace sentar a su lado, preguntándole quién es, a lo que mi señor Galván le dice toda la verdad. El rey se pone muy contento, pues deseaba conocerlo y verlo: hablan juntos y conversan lo mejor que pueden.

Mientras tanto, mi señor Galván ve a través de una vidriera una paloma blanca que llevaba en el pico un incensario de oro de gran riqueza. Apenas entró en la sala se llenó el lugar de todo tipo de aromas, los mejores que podría pensar un corazón mortal y decir la boca. Quedaron todos tan enmudecidos que no hubo nadie que dijera una palabra; se arrodillaron nada más ver a la paloma, que se fue directa a una habitación. Entonces se volvieron a poner en pie los de la sala y colocaron los manteles sobre las mesas; se sentaron todos sin decir una palabra y sin que se llamara a nadie. Mi señor Galván estaba sorprendido por este asunto; se sienta con los demás y ve que todos están rezando y orando. Después de que se sentaron no tardó mucho mi señor Galván en ver que de la habitación en la que había entrado la paloma salía una doncella, la más hermosa de cuantas había visto en su vida, y sin duda era la más bella de las que había en aquel tiempo y de cuantas nacieron después. La doncella iba descubierta, con el cabello trenzado y tenía la cabeza de extraordinaria belleza, de forma que todas las cosas hermosas que se pueden ver en una mujer las tenía ella: nunca se vio una más bella, a no ser la Virgen María, que llevó a Jesucristo en su vientre. Salió de la habitación llevando en las dos manos el vaso más rico de cuantos habían sido vistos por hombres mortales, semejante a un cáliz, y lo mantuvo por encima de su cabeza, que tenía inclinada de continuo.

Mi señor Galván contempla el vaso y lo estima más que nada de lo que ha visto, aunque no puede saber con qué ha sido hecho, ya que no era de madera, ni de ninguna clase de metal, ni de piedra, ni de marfil, ni de hueso, y le sorprende mucho. Luego contempla a la doncella y se admira más de su belleza que del vaso, pues nunca vio mujer de hermosura comparable a la de ésta: se queda tan atraído por ella que no piensa en ninguna otra cosa. Cuando la doncella pasa por delante de la mesa, se arrodillan todos ante el santo vaso y se llenan las mesas de los mejores manjares que se podrían contar; el salón estaba tan repleto de aromas agradables como si todas las especias de la tierra hubieran sido derramadas por él.

Después de pasar una vez por delante del estrado, la doncella se vuelve y entra en la habitación de la que había salido. Mi señor Galván la acompaña con los ojos mientras puede. Cuando ya no la ve mira delante a la mesa en la que estaba sentado, pero no ve nada que pueda comer, porque la mesa está vacía, aunque todos tienen tal abundancia de comida como si manara allí mismo. Al ver esto se sorprende, porque no sabe qué decir ni qué hacer, pues se da cuenta de que ha obrado mal en algo y por eso no ha

tenido el alimento como los demás; se resiste a preguntar hasta que las mesas sean levantadas. Después, cuando las mesas ya habían sido retiradas, salieron del salón y se marcharon unos por una parte y otros por otra, de modo que mi señor Galván no supo qué había ocurrido con todos ellos. Cuando fue a bajar al patio no pudo salir de allí, pues la puerta del salón había sido cerrada muy bien; entonces va a una ventana y empieza a pensar profundamente.

En esto, sale de una habitación un enano que llevaba en la mano un palo; al ver a mi señor Galván, le dice:

—¿Qué ocurre, malvado caballero? Mala ventura tengáis por apoyaros en nuestras ventanas. Marchaos, no debéis estar aquí, pues en vos hay demasiada villanía; entrad a esconderos en una de esas habitaciones, que no se os vea.

Levanta entonces el palo para golpear a mi señor Galván, pero éste adelanta el brazo y se lo quita; el enano le dice:

—Caballero, eso no te vale para nada. No puedes marcharte de aquí sin recibir afrentas.

Se marcha a una habitación y mi señor Galván mira al extremo de la sala y ve la cama más rica del mundo; se dirige allí pues desea acostarse. Al ir a sentarse en ella, una doncella le grita:

—Caballero, morirás si te acuestas desarmado, pues es el Lecho de las Aventuras. Tomad estas armas, ponéoslas y luego sentaos, si así lo deseáis.

Mi señor Galván corre a las armas, las toma y se apresta lo mejor que puede. Cuando ya tiene vestida la cota, el yelmo, el escudo y la espada, se sienta en el lecho, y apenas se sentó, oye un grito, el más horrible y odioso que había oído, y piensa que es el diablo. Ve salir de una habitación una lanza con la punta ardiendo, que lo golpea con tanta fuerza que ni el escudo ni la cota pueden impedir que la punta le entre por el hombro atravesándosele hasta la otra parte y cae desmayado. Entonces le sacan la lanza del hombro, pero él no sabe quién lo hace; sangra en abundancia y no se mueve de la cama: dice que morirá, quedando completamente frío, o verá más de lo que ha visto; se siente gravemente herido.

Mi señor Galván permaneció allí durante mucho tiempo, hasta que había anochecido tanto que se vería muy mal si no fuera por la claridad de la luna que entraba por más de cuarenta ventanas, todas ellas abiertas. Mira a una habitación, en la parte que había más cerca de él, y vio una serpiente, la mayor y la más extraordinaria que había visto hasta entonces: nadie en el mundo dejaría de sentir miedo al verla y no hay en esta tierra ningún color que no lo tuviera aquel animal, pues era rojo, morado, amarillo, negro, verde y blanco. Tenía los ojos rojos y gruesos, hinchados, y la boca ancha y grande; su pecho era grueso. Empezó a subir y a bajar por la habitación, jugando con la cola y golpeando el suelo. Al cabo de un rato, se da la vuelta y empieza a gemir y a gritar y a comportarse con un extraordinario furor. Después de debatirse un

buen rato así, se extiende como si estuviera muerta; mi señor Galván, que está contemplándolo todo con admiración, ve que arroja de su boca hasta cien crías de serpientes vivas. Después de hacer esto se marcha de la habitación y se dirige a la gran sala donde encuentra un leopardo, el más fiero del mundo; la serpiente lo ataca y el leopardo hace lo mismo con ella. Empieza la batalla más cruel del mundo, pues la serpiente intenta vencer al leopardo pero no lo consigue. Mientras que combatían de este modo, mi señor Galván tuvo la desgracia de no poder ver nada aunque la luna brillaba muy clara; al cabo de algún tiempo le fue devuelta la claridad de los ojos, de modo que podía ver al leopardo y a la serpiente que seguían combatiendo. Duró mucho la batalla de los dos animales, sin que mi señor Galván pudiera decir cuál de ellos llevaba la peor parte y cuál la mejor. Cuando la serpiente ve que no podría derrotar al leopardo se va a la habitación de la que había salido y apenas entró en ella le atacan las crías y la serpiente a ellas: se defienden con vigor y unas se ayudan a otras con todas sus fuerzas; la lucha de todas duró gran parte de la noche hasta que al final la gran serpiente mató a las crías y éstas a su madre.

Entonces empezaron a golpear todas las ventanas de la sala unas contra otras; hacen tan gran ruido y tanto estrépito que parece que todo el edificio vaya a hundirse. Entra un viento tan grande y tan fuerte que se lleva todos los juncos que habían puesto en el suelo de la habitación. Mi señor Galván se queda más admirado aún por esta aventura; espera a ver qué ocurrirá. Mucho tiempo después de los golpes de las ventanas, mi señor Galván oye los mayores lamentos del mundo y tremendos sollozos, que le parecen de mujer. Cuando va a levantarse para ver qué era, ve que de una habitación salen hasta doce doncellas expresando el mayor dolor del mundo; van una tras otra, diciendo entre lamentos:

—Buen Señor Dios, ¿cuándo abandonaremos este sufrimiento?

Al llegar a la puerta de la habitación por la que había pasado la paloma la tarde anterior, se arrodillan y comienzan a rezar y a orar, mientras que lloran incesantemente. Después de permanecer así un buen rato regresan al lugar del que habían salido.

Luego, mi señor Galván ve salir de una habitación a un gran caballero completamente armado, con el escudo al cuello, la espada en la mano, que le dice:

—Levantaos, señor caballero, id a una de esas habitaciones a dormir, pues aquí no podéis permanecer mucho.

Mi señor Galván contesta que seguirá allí o morirá.

—No lo haréis, buen señor, pues combatiré contra vos antes de que sigáis aquí.

—Preferiría no combatir, aunque lo haré antes que irme.

—Por mi fe, ya que no queréis hacerlo de grado, lo haréis a la fuerza: poneos en guardia, porque os desafío.

Le ataca con la espada desenvainada y el escudo delante de la cabeza; mi señor Galván se pone en pie y se defiende lo mejor que puede, pero el caballero le acosa con

energía; se destrozan los yelmos y los escudos y se rompen las cotas en los brazos y en los hombros y en las caderas, haciéndose brotar la sangre de los cuerpos. Pero mi señor Galván está muy debilitado por la herida del hombro, pues no le cesa de sangrar y el caballero le ataca de continuo; él resiste y aguanta mientras puede, cubriéndose con el escudo hábilmente. El caballero le acosa con la cortante espada y lo lleva por donde quiere, como hombre de gran valor. Mi señor Galván resiste tanto que recupera el aliento y ataca al caballero dándole grandes tajos con la espada en el yelmo y en el escudo, y el caballero le responde muy bien; la batalla dura tanto que los dos pierden la fuerza del cuerpo y el vigor y apenas pueden permanecer en pie: uno cae en una parte y el otro en otra; y habían combatido tanto que todo el suelo estaba cubierto con las mallas de las cotas y con trozos del escudo; están tan cansados y fatigados que no pueden ni levantar la cabeza y yacen en el suelo como si estuvieran desvanecidos. Durante mucho tiempo permanecieron de ese modo: mi señor Galván extendido delante del lecho y el caballero cerca de él.

Empieza entonces a temblar y a crujir todo el edificio; las ventanas golpean y baten y comienza a tronar y a relampaguear con fuerza, con la peor tempestad del mundo, sin llover. Mi señor Galván está sorprendido por todo ello, pero se encuentra tan cansado y fatigado que no puede levantar la cabeza, y además tenía el cerebro tan embotado por los truenos que había oído, que no sabía si estaba muerto o vivo y sigue echado como si fuera un cadáver. Se levanta entonces un viento tan dulce y tan suave que era admirable. Luego bajaron a la sala varias voces que cantaban de forma tan agradable que no habría cosa que se le pudiera comparar en todo el mundo, y serían alrededor de doscientas voces. Mi señor Galván apenas puede entender lo que dicen, aunque oye que cantan «Gloria y alabanza y honor sea al Rey del Cielo». Poco antes de oír las voces se extendieron por allí todos los buenos aromas de la tierra. Mi señor Galván oye las voces, que son tan dulces y agradables que no cree que sean de la tierra, sino celestiales, y así era sin lugar a dudas. Abre los ojos, pero no ve nada a su alrededor y entonces se convence de que no son voces terrenales las que ha oído, ya que no puede ver a los cantores; se levantaría con mucho gusto si pudiera, pero no puede, pues ha perdido la fuerza de todos sus miembros y la energía del cuerpo.

En esto ve salir de la habitación a la hermosa doncella que había llevado el rico vaso a la mesa; delante de ella iban dos cirios y dos incensarios. Cuando ya está en el centro de la sala coloca el vaso sobre una mesa de plata y mi señor Galván ve a su alrededor otros diez incensarios que no paran de echar incienso. Empiezan entonces todas las voces a cantar juntas con tanta dulzura que ningún corazón mortal sería capaz de pensarlo, y ninguna lengua terrenal de contarle; a una sola voz decían todas: «Bendito sea el Padre de los Cielos». Después de un buen rato, la doncella toma el vaso y se lo lleva a la habitación de la que había salido; luego, las voces se separan y se marchan. Se vuelven a cerrar todas las ventanas de la sala, que se quedó tan a oscuras

que mi señor Galván no podía ver nada, pero se encuentra tan a gusto que se siente sano y salvo, como si no hubiera padecido ningún daño ni dolor; ni siquiera le preocupa la herida del hombro, pues se encuentra curado: se levanta alegre y contento y va en busca del caballero que había combatido contra él, pero no puede encontrarlo.

Presta atención entonces y oye que una gran muchedumbre se acerca a donde él está; nota que lo toman por los brazos y por los hombros; por los pies y por la cabeza y lo sacan de la sala, atándolo muy bien a una carreta que había en medio del patio.

Por la mañana, cuando el sol se levantó, mi señor Galván se despertó encontrándose en la carreta más fea del mundo, y viendo que su escudo había sido atado a una de las varas de la carreta y su caballo había sido atado tras ella; entre las varas había un caballo tan delgado y tan malo que al parecer apenas valía tres monedas. Al verse en semejante lugar siente tal dolor que preferiría estar muerto a seguir vivo. Entonces llega allí una vieja con un látigo y empieza a golpear al caballo, llevándolo con gran rapidez por las calles de la ciudad. Cuando los ministriles ven al caballero en la carreta, van tras él gritando y voceando, arrojándole estiércol y boñigas, zapatos y todo tipo de basura que encuentran; de este modo lo acompañan fuera de la ciudad. Cuando ya ha pasado el puente de madera, la vieja se detiene y lo desata, ordenándole que salga de la carreta, pues ha estado demasiado tiempo sentado en ella. Se apea y monta en su caballo, preguntándole a la vieja cómo se llama el castillo, a lo que ésta le contesta: «Corbenic».

Luego, mi señor Galván se marcha con el mayor pesar del mundo, maldiciendo la hora en que nació y en que fue armado caballero, pues ha vivido tanto que se ha convertido en el más vil y deshonorado de todos los hombres.

Así se marcha mi señor Galván, llorando, lamentándose y quejándose, y cabalga durante todo el día sin beber y sin comer; por la tarde llega a casa de un ermitaño que se llamaba Segre; llegó antes de que el santo varón hubiera cantado las vísperas y mi señor Galván las oyó con mucho gusto. A continuación, el ermitaño entró en su celda y le preguntó a mi señor Galván quién era y de qué tierra, a lo que él le dijo toda la verdad.

—Señor —le dice el ermitaño—, sed bienvenido. Ciertamente, sois el hombre al que yo más deseaba ver de todo el mundo. Pero por Dios, ¿dónde habéis pasado la noche?

Mi señor Galván está tan afligido que no le puede contestar, sino que las lágrimas le acuden a los ojos. Entonces el santo hombre se da cuenta de su tristeza y deja de hablarle, diciendo solamente:

—Señor, por Dios, no sufráis por nada que os haya ocurrido, pues no hay nadie, por valiente que sea, al que no le haya ocurrido alguna desgracia.

—Señor, bien sé que a muchos valientes les oculten desgracias, pero nunca le ocurrieron tantas a un solo hombre como a mí desde hace quince días.

A continuación le cuenta todas las aventuras que le habían sobrevenido por la

noche. El ermitaño lo mira y se espanta tanto que no dice una sola palabra en un buen rato; cuando puede volver a hablar, comienza:

—Señor, realmente habéis tenido desgracias, pues lo visteis y no lo conocisteis.

—Buen señor, por Dios, si sabéis qué era, decídmelo.

—Era el Santo Grial, en el que la santa sangre de Nuestro Señor fue recogida y guardada. Al no mostrar humildad y sencillez, bien merecisteis que os prohibiera su pan, y así fue: bien lo pudisteis comprobar cuando todos fueron servidos y vos olvidado.

—Por Dios, buen señor, decidme la verdad y toda la verdad de las aventuras que vi, si la sabéis.

—No oiréis nada de mí, pero no tardaréis mucho en saberlo.

—Dulce señor, decidme por lo menos el significado de la serpiente, si lo conocéis.

—Os lo diré, pero luego no me preguntéis nada más, pues no os lo diré.

Es cierto que visteis en la habitación una serpiente que jugueteaba y de cuya boca echaba crías, que dejó allí dentro. Luego se marchó de allí para ir al salón principal; una vez en él encontró al leopardo contra el que combatió, sin poder vencerlo; al ver que no podría resultar vencedora regresó a la habitación, y entonces la atacaron sus crías y la mataron y ella mató a los pequeños. ¿Visteis eso?

—Así es.

—Os diré su significado. La serpiente que era tan grande y tan fuerte simboliza al rey Arturo, vuestro tío, que se marchará de su tierra como la serpiente se marchó de la habitación, dejando a sus hombres y a sus familiares allí, igual que la serpiente dejaba a sus crías. Del mismo modo que la serpiente atacaba al leopardo y combatía contra él sin poder vencerlo, así atacará el rey a un caballero, pero no podrá herirlo, aunque lo hará con todas sus fuerzas. Del mismo modo que la serpiente regresaba a su habitación al ver que no podría derrotar al leopardo, así regresará el rey a su tierra, al ver que no podrá vencer al caballero. Entonces os ocurrirá una aventura digna de admiración, pues del mismo modo que perdisteis la vista de las gentes, durante la batalla del leopardo y la serpiente, así se apagará la luz de vuestra fama. Después, cuando regrese el rey a su tierra igual que la serpiente volvió a la habitación, le atacarán sus hombres, como hicieron las crías de la serpiente, y la batalla durará mucho tiempo, hasta que él los mate y ellos a él. Ya habéis oído el significado de la serpiente: he cumplido vuestros deseos y ahora quiero que cumpláis con los míos en lo que os voy a pedir.

Mi señor Galván le promete hacerlo así.

—Entonces, tenéis que jurar sobre los Santos Evangelios que nunca en vuestra vida hablaréis de lo que os he dicho y que no se lo haréis saber ni a hombre ni a mujer.

Mi señor Galván lo jura sobre los Evangelios, muy apesadumbrado por las palabras que le ha dicho. Luego, lo deja estar y pone mejor cara que la que el corazón le permitiría. Permaneció allí durante aquella noche y tuvo a su gusto todo lo que un

caballero puede necesitar. Por la mañana, tan pronto como oyó misa por boca del ermitaño mismo, tomó sus armas y montó a caballo, tal como había hecho el día anterior.

Pero la historia deja ahora de hablar de él y vuelve a Héctor que ha emprendido su búsqueda.

CXXXVIII

Cuenta ahora la historia que cuando Héctor se separó de mi señor Galván, cabalgó por el bosque hasta la hora de tercia en que se encontró con un enano que llegaba al trote montado en un caballo de caza. El enano se le acercó y le dijo:

—Señor caballero, avanzáis demasiado.

—¿Cómo, buen amigo?

—No os diré nada más.

Y sin decir ni una palabra más se marcha. Héctor sigue cabalgando pues tiene en poco lo que el enano le ha dicho, y llega a dos poyos que había en medio del camino, con letras que decían: «Nadie pasará de aquí, si no desea su vergüenza»; reconoció las letras y supo lo que querían decir, pero no por ello se volvió, pues —según dice— nadie debe temer antes de saber por qué; toma el camino del bosque hasta que llega al final; llevaba el yelmo quitado de la cabeza porque hacía demasiado calor.

Se encuentra entonces a dos doncellas, las saluda y ellas le dicen:

—Señor caballero, qué gran desgracia es que hayáis venido hasta aquí.

—¿Por qué?

—Porque no podréis evitar morir y será una gran lástima, porque sois muy hermoso.

Héctor no se preocupa por nada de lo que las dos doncellas le dicen, sino que las encomienda a Dios y continúa por el camino hacia el castillo que ve delante de él. Cuando ya estaba cerca se tropieza con un río turbulento y profundo, sobre el que había un puente de cuatro toisas de ancho. Se dirige a un olmo a cuyo pie había una doncella sentada. La saluda y ella le dice:

—Señor caballero, en mala hora vais al castillo, pues os ahogaréis.

—¿Cómo, doncella?

—Os lo voy a decir. ¿Veis a aquel caballero en el puente, por la parte del castillo?

—Sí, lo veo bien.

—Sabed que es tan buen combatiente que no conozco a ninguno mejor en el mundo; tendréis que enfrentaros a él: estoy segura de que os pondrá en el mismo sitio en que ha puesto a los demás.

—¿Dónde los pone?

—Por mi fe, no encuentra a ninguno a quien no arroje al agua con su caballo; por eso os aconsejaría que no fuerais hacia allá, pues nada ganaríais combatiendo con él.

—Doncella, eso lo vamos a ver.

La encomienda a Dios y se dirige al puente; apenas llega a la entrada ve una lanza apoyada en un árbol; la toma, pues no llevaba ninguna, y sube al puente. El caballero que había al otro lado le grita que se guarde de él, a lo que le contesta que hará todo lo que pueda. Luego, galopan el uno contra el otro, con las lanzas bajadas y se golpean en

los escudos dándose los mayores golpes que pueden. El caballero hace que su lanza vuele en pedazos y Héctor le golpea con tanta fuerza que los derriba a él y a su caballo, haciéndolos caer en el río; si el caballero no hubiera encontrado un palo al que agarrarse, sin duda se hubiera ahogado. Héctor no lo mira más, sino que continúa hacia la puerta del castillo, pero cuando iba a entrar se la cierran; le pregunta a un hombre que hay sobre la muralla por qué lo han hecho.

—Porque no entra aquí ningún caballero extranjero si no jura antes que liberará este castillo de las malas costumbres que hay en él.

—Por mi fe, si hay malas costumbres, estoy dispuesto a hacer todo lo posible por acabar con ellas.

—¿Me prometéis lealmente que haréis todo lo que podáis?

—Sí, os lo prometo como leal caballero.

Le abren la puerta de inmediato; entra y pregunta por las costumbres que hay en el castillo.

—Os las vamos a decir. Hay un caballero, el más traidor y el más cruel del mundo, que es el señor de este castillo, pero es tan valiente con las armas que no conocemos a nadie capaz de superarlo. Como se sabe de tanta fuerza, combate contra todos los caballeros a los que la aventura trae aquí. Cuando vence a alguno, hace que se desnude y luego ordena que lo arrastren por todas las calles de esta ciudad. Tal es una de las costumbres de aquí, con los caballeros extranjeros. Pero hay otra peor, al menos así nos parece: no hay ningún mes del año que no tome a una de nuestras hijas, si es virgen, y se acuesta con ella a la fuerza, entregándola después a los muchachos para que la tengan por concubina. De este modo ha afrentado a más de cuarenta, para vergüenza y dolor nuestro, que preferiríamos morir a seguir viviendo. Esas son las malas costumbres del castillo: tenéis que esforzaros a acabar con ellas o seréis perjuro.

Héctor contesta que con mucho gusto hará todo lo que pueda.

—¿Pero cómo encontraré al caballero?

—Muy fácilmente, pues os llevaremos hasta él.

Lo llevan entonces a un jardín muy hermoso lleno de arbolitos, menos en el centro que tenía un alpende de largo y de ancho, rodeado por palos agudos y fuertes; le muestran un cuerno de marfil que colgaba de un pino y le dicen que tiene que tocar el cuerno si quiere que el caballero se presente. Al momento lo toca tan alto que su sonido se oye de lejos y no tarda en salir de una torre un gran caballero completamente desarmado, sobre un gran caballo blanco; el caballero era rubio, pecoso y tenía la nariz baja y gruesa: bien parecía hombre cruel y traidor. Al ver a Héctor lo saludó diciéndole:

—Dios os salve, señor caballero.

Héctor le devuelve el saludo con esfuerzo:

—Buen señor, ¿de dónde sois?

—¿Qué os importa de dónde soy? No os lo voy a decir si no me prometéis hacer lo

que yo quiera.

—No haré lo que queráis, a no ser que sea en honor y provecho mío. Decidme qué es lo que queréis.

—Si me jurarais sobre sagrado que no afrentaréis ni deshonraréis a ningún caballero después de vencerlo, cumpliríais con mis deseos; por otra parte, si me prometierais que nunca más deshonraríais a vuestros vasallos con sus hijas, lo haríais todavía mejor. Y entonces estaré de acuerdo con vos y os diré quién soy y de dónde.

—¿Y si no es así, no lo diréis?

—No, en absoluto.

—Sabed pues, que nunca afrentaré a ningún caballero antes de haberos afrentado a vos.

A continuación se marcha de allí y va a armarse; los que estaban en el lugar le dicen a Héctor:

—Señor, ¿sabéis por qué ha venido desarmado? Pensaba convencerlos mediante palabras para que hicierais la paz con él y os quitarais vuestras armas; en cuanto estuvierais desarmado habría hecho que os prendieran y que os afrentaran todo lo que se puede decir: de ese modo ha deshonrado a muchos valientes y a muchos buenos caballeros que serán vengados alguna vez, si Dios quiere.

Mientras hablaban de este modo salió el caballero de la torre muy bien armado con armas rojas, con un escudo rojo al cuello y una lanza en el puño; al ver a Héctor le dice:

—Señor caballero, debéis guardaros de mí, pues no os protegeré.

—Ni yo a vos, pues nunca vi un caballero al que odiara tanto como a vos.

Entran entonces en el arpende que estaba cercado, tal como os he dicho, y galopan el uno contra el otro con las lanzas bajadas, dándose en los escudos tan grandes golpes que las lanzas se quiebran; chocan con el cuerpo y la cara con tanta violencia que se derriban de los caballos al suelo y quedan completamente aturcidos. Pero Héctor se reincorporó el primero, desenvainando la espada y el caballero hace lo mismo, pues tenía mucha fuerza; se atacan de nuevo con las espadas levantadas y se golpean con grandes tajos en el yelmo, haciendo brotar fuego. Los ojos les hacen ver estrellas en la cabeza por los golpes que se dan; se rompen los escudos y las cotas, y así se mantienen durante un buen rato, haciendo brotar la sangre de los hombros, de los brazos y de las cabezas; en el primer ataque estaban tan igualados que no se podía elegir fácilmente al mejor, pues el menos valiente tenía gran valor.

Combaten durante tanto tiempo que se cansan y fatigan. El del castillo siente tal calor que poco falta para que muera de angustia: le falta aliento y fuerza, Héctor lo acosa con dureza obligándole a retroceder ante los golpes de la espada que en varias ocasiones ha probado hasta la sangre; se cubre con el escudo como puede y Héctor le acosa como hombre de gran aliento; le golpea en el brazo con el que sujetaba la espada y hace que le vuele el puño y la espada al suelo, lanzando un grito lleno de dolor.

Héctor mete la espada en la vaina, lo sujeta por el yelmo, se lo arranca de la cabeza y le dice que se la cortará si no se da por vencido, a lo que le contesta que no será así, por Dios. Héctor toma la espada y le golpea en el cuello haciéndole volar la cabeza a la distancia de una lanza.

Luego, les pregunta a los que había a su alrededor si queda algo por hacer, y le contestan:

—Sí, hay que liberar a la señora del castillo que está prisionera en una bodega, custodiada por dos leones.

Les contesta que está dispuesto a hacer lo que quieran.

—Venid, pues, tras nosotros.

Así lo hace, armado como estaba; lo llevan a una cueva que había bajo la torre, le indican la entrada y le dicen:

—Señor, ahí está la dama prisionera; la guardan dos leones tan bien que nadie se atreve a acercarse.

Cuando Héctor oye que allí está la señora, no sigue hablando con ellos, sino que se encomienda a Dios, hace la señal de la cruz en medio de su rostro y se mete en la cueva: se veía muy claro, pues la tierra había sido cavada por encima en varios lugares, de forma que la luz del día se extendía por dentro. Cuando ya había bajado a ella vio a los dos leones que estaban atados a dos buenas cadenas de hierro; uno, a la derecha y el otro a la izquierda: guardaban el camino para que nadie pudiera llegar hasta la doncella si no pasaba entre ellos. Al ver que tenía que pasar por medio, abraza el escudo, se lo coloca delante de la cabeza y saca la espada; luego se dirige a los leones que mostraban el peor aspecto del mundo, pues arañaban el suelo con las uñas y movían la cola. Se dirige al que estaba más cerca de él manteniendo el escudo delante de la cabeza; el león lanza la zarpa para coger el escudo y Héctor levanta la espada, golpeándole de modo que le corta las dos patas delanteras y luego le alcanza en la cabeza, partiéndosela en dos mitades: el león cae muerto, sin poder vivir más.

A continuación se dirige al otro, pues mucho le tarda en dejar libre a la dama. Cuando el león lo ve venir se levanta sobre las patas traseras y le sujeta el escudo con los dientes y las zarpas, arrancándoselo de las manos con tanta rapidez que hace que Héctor caiga de espaldas al suelo. Cuando el león intenta sacar las uñas del escudo no lo consigue, pues era un escudo muy fuerte. Héctor se vuelve a levantar, muy avergonzado por haber caído al suelo, ataca al león con tanto valor que cualquiera que lo viera lo tendría por valiente; lo golpea en el rostro cortándole el hocico y los dientes. El león intentó lanzarse sobre él, pero no lo consiguió, pues el escudo le sujetaba las patas. Héctor levanta la espada y le corta la cabeza y luego le alcanza las zarpas del escudo cortándoselas también; después, va hacia la dama. Cuando ésta lo ve llegar le da la bienvenida, a lo que le contesta que buena ventura le dé Dios; a continuación rompe la cadena de hierro con la que estaba atada y la saca de la cueva ante la gente que estaba

esperando. Al ver a su señora, le muestran la mayor alegría del mundo y lo mismo hacen con Héctor, llevándolos a la iglesia para dar gracias a Dios por el honor que les habían hecho.

Al salir de la iglesia ven venir a las gentes de la ciudad vestidas con sus mejores ropas, que iban a buscarlos para mostrarles su alegría y regocijo; bailan y danzan y se divierten con todos los juegos que conocen; cuando ven a Héctor le dicen:

—Sea bienvenida la flor de los caballeros del mundo que nos ha liberado de la gran vergüenza en la que estábamos.

Con tales muestras de alegría y de gozo llevan a Héctor al salón principal, que estaba cubierto de sedas y de ricas telas, tapizado de hierba verde bien oliente. Llegados a él, desarman a Héctor y le llevan un vestido de cendal para que se lo ponga por el calor que hace; a un lado se sientan él y la doncella. Héctor le pregunta cómo se llama.

—Señor, me llamo Angale de Raguidel: ése es el nombre de este castillo. Por Dios, señor, dadme noticias de Marigart el Pelirrojo. ¿Es cierto que lo habéis matado?

—¿Quién es ese que decís?

—Era el señor de este castillo.

—Ciertamente, ha muerto.

—¿Visteis cómo lo mataban?

—Sí, así es; yo mismo lo maté con mis manos.

—Por Dios, benditas sean las manos que le dieron muerte. Sed bendito sobre todos los hombres. Y que sea bendito Dios que os trajo aquí, pues me habéis producido la mayor alegría que nunca tuve en el corazón, ya que me habéis vengado del hombre que me causó más daño y más vergüenza en todo el mundo sin motivo; y os voy a decir cuál fue la razón de todo ello.

Me amaba profundamente cuando yo era joven y me requirió de amor; pero yo lo consideraba tan traidor que no lo amaría por nada. Me insistió varias veces e hizo que otros intercedieran por él; todos los días me enviaba a un hermano suyo a decírmelo. Tanto me molestaron sus palabras que le dije a su hermano que si volvía a venir haría que estuviera a disgusto. Aquel escudero también era traidor y orgulloso; le dijo grandes bajezas de mi propia gente y cuando un primo mío lo oyó se enfadó tanto que le dio muerte. Marigart el Pelirrojo, al saberlo, envió caballeros y servidores, todos los que pudo reunir, y entró por la noche en el castillo con su compañía; les dio muerte a todos los que encontró, que no quisieron convertirse en vasallos suyos. La mayoría de ellos continuaron vivos, pues le rindieron homenaje, ya que veían que no podrían resistir frente a él. Vino a la habitación en la que yo estaba acostada, me forzó y, después, no se dignó en tomarme por esposa, sino que hizo buscar dos leones jóvenes y los puso de guardianes en la cueva donde me encontrasteis; dijo que en venganza por su hermano, yo no saldría nunca de allí hasta que un caballero solo me sacara por su propio valor. Hizo que juraran lo mismo todos los del castillo, por si moría antes que

yo, que no me sacarían de ningún otro modo: en tal dolor he vivido cerca de doce años, sin comer más que pan y agua. Ya os he contado por qué fui encerrada en el lugar en el que me encontrasteis. Decidme ahora, por favor, quién sois y cómo os llamáis, pues tengo grandes deseos de saberlo.

Él le contesta que se llama Héctor, que es de la casa del rey Arturo y compañero de la Mesa Redonda.

—En verdad, debéis ser bienvenido ya que pertenecéis a la casa del rey Arturo. Ahora creo que podréis darme noticias de un caballero que también es de la casa del rey Arturo.

—¿Cómo se llama?

—Es mi señor Lanzarote del Lago.

—Por mi fe, no os puedo informar de él, pues en la corte no se sabe nada y nos hemos puesto en marcha para buscarlo trece caballeros, que no volveremos a la corte hasta que sepamos si está vivo o muerto.

—Buen señor, ¿dónde está?

Héctor le cuenta las noticias, tal como la reina las había dicho en la corte; al oírlas, la dama se desmaya, exclamando:

—¡Ay, desdichada de mí, qué gran daño será si ha muerto! ¡Nunca morirá un hombre tan valiente!

Muestra un gran dolor y Héctor le pregunta de qué lo conocía.

—Señor, no lo conozco de vista, porque desde que cumplió los dos meses no lo he vuelto a ver, aunque es primo hermano mío. Pero me han contado tantas cosas de él mientras estaba prisionera, que no dudo de que vive; por la gran fama que tenía lo amaba más que a ningún hombre del mundo.

—¿Cómo os contaron esas cosas? No se podía hablar con vos si no era entre los leones.

—Sí se podía, pues había otra entrada por la que venían los que me daban la comida.

—¿Cómo puede ser primo vuestro?

—Señor, mi señora madre era hermana del rey Ban de Benoit; se casó con ella el rey de esta tierra, pero mi madre no vivió mucho tiempo, pues murió a los dos años, de forma que yo no tenía más que seis meses cuando ella dejó esta vida. Después de su muerte mi padre sólo vivió un año; por eso perdí toda mi tierra menos este castillo: yo hubiera sido una alta dama si mi padre hubiera vivido, pero murió tan pronto que yo he sido pobre y he perdido mis posesiones.

Toda la noche estuvieron muy contentos los del castillo y hubo gran iluminación por toda la ciudad. Héctor hablaba con la dama, a la que le dijo que por amor a Lanzarote podía tomarlo como caballero suyo y ésta se lo agradece mucho. Héctor recibió buen alojamiento, con todas las cosas que pensaron que le resultaban

agradables. Por la mañana, tan pronto como amaneció, se levantó y vistió las armas después de oír misa; luego, se marchó de allí y reemprendió el camino como el día anterior.

Pero la historia deja ahora de hablar de él y vuelve a mi señor Yvain.

CXXXIX

Cuenta ahora la historia que cuando mi señor Yvaín se separó de sus compañeros — tal como ya se ha contado—, cabalgó cuatro días enteros sin encontrar ninguna aventura que merezca recordar. El quinto día, hacia la hora de prima, entró en un bosque y se quitó el yelmo porque ya empezaba a hacer calor. Se encontró entonces a una doncella que cabalgaba completamente sola en un palafrén moteado; la saluda cuando se le acerca y ella le devuelve el saludo; y apenas lo ve, la doncella empieza a sonreír, mientras que mi señor Yvaín piensa que sin duda se ríe de algo, y le pregunta:

—Doncella, por la cosa que más queráis, decidme de qué os reís, si es que podéis y debéis decirlo.

—Os lo voy a decir, si me concedéis un don que os costará muy poco.

—Os lo concedo.

—Os diré lo que me habéis preguntado. Acabo de pasar por delante de un pabellón que hay a la entrada del bosque; en él estaban un caballero y su amiga; me detuve y oí cómo la doncella le preguntaba qué sería capaz de hacer por ella en un sólo día, y el caballero le contestaba que hoy no pasaría delante del pabellón ningún caballero ni ninguna doncella de los que no le diera a su amiga el caballo; ella le contestaba que le parecía bien. Cuando yo ya pasaba de largo salió el caballero e intentó quitarme el caballo; lo hubiera hecho si la doncella no le hubiera ordenado que me lo devolviera. Cuando me marchaba le dije al caballero que ojalá llegara alguien que le hiciera faltar a su fanfarronada, a lo que me contestó que yo hiciera todo lo posible para que así fuera y le respondí que así sería y luego me marché. Nada más veros os he reconocido y por eso he empezado a sonreír, porque estoy segura de que haréis que quede como mentiroso si así lo deseáis. Ya habéis oído por qué me sonreía. ¿Sabéis qué don os he pedido?

—No, si no lo oigo.

—Quiero que me deis su caballo, ya que él pretendía quitarme el mío.

Le contesta que hará todo lo posible para dárselo.

—Entonces regresaré con vos y os llevaré adonde está el caballero.

La doncella se vuelve y mi señor Yvaín le pregunta:

—Doncella, ¿sabéis quién soy?

—Sí, sois de la casa del rey Arturo, de su corte, y os llamáis mi señor Yvaín, hijo del rey Hurián.

Él se ríe. Hablando de este modo cabalgan hasta llegar cerca de un bosque, y la doncella le muestra el pabellón.

—Miradlo allí, aquél es el lugar en el que está el caballero.

Mi señor Yvaín se pone el yelmo en la cabeza, abraza el escudo y baja la lanza,

dirigiéndose al galope hacia aquel lugar. El caballero del pabellón se pone en pie al oír el caballo, monta en el suyo, toma el escudo y la lanza, pues ya estaba armado. Desde tan lejos como ve a mi señor Yvaín, le dice:

—Señor caballero, tendréis que seguir a pie, pues mi amiga quiere vuestro caballo.

—Buen señor, si queréis que lo tenga, yo me llevaré el vuestro, pues no pienso seguir a pie.

—Tendréis que hacerlo a la fuerza, o combatiré contra vos; y entonces lo obtendré, sin agradecéroslo ni yo ni ella.

—Por mi fe, señor caballero, me da igual vuestro agradecimiento y el suyo, pues por ello no haré nada que pueda ser vergonzoso para mí. Se me debería tener por loco si os entregara mi caballo para ir a pie. No sois sensato si pensáis que lo voy a hacer.

—¿No lo haréis por mí?

—Ciertamente, no.

—Entonces tendréis que combatir, ya que no puede ser de otro modo.

Se separan uno de otro más de un arpende y vuelven lo más deprisa que pueden sus caballos. El caballero golpea a mi señor Yvaín, atravesándole y partiéndole el escudo, pero la cota es tan fuerte que las mallas no le ceden. La lanza vuela en pedazos, empujada por la gran fuerza del caballero. Mi señor Yvaín, que llevaba la lanza un poco baja, la golpea de forma que le atraviesa el escudo, la cota, y le mete la lanza en el lado izquierdo; empuja con fuerza y valor, lo derriba del caballo al suelo y recupera la lanza que aún no se había quebrado, sujetando con las manos las riendas del caballo de su enemigo: lo coge y se lo entrega a la doncella.

—Tomad, doncella. ¿Quedo libre de la promesa que os he hecho?

—Señor, así es.

—Ahora os encomiendo a Dios.

Se va, dejando a la doncella del pabellón que se lamenta por su amigo, que está herido y teme que muera.

Mi señor Yvaín reemprende el camino y cabalga durante todo el día hasta la hora de vísperas en que sale del bosque por el que había cabalgado desde por la mañana hasta aquella hora. Cuando llega al lindero, encuentra a una doncella que se lamentaba con el mayor dolor del mundo; mi señor Yvaín la saluda y le pregunta por qué está llorando.

—Por Dios, señor, porque tengo un gran dolor, ya que mi amigo me había dado para que le guardara el gavilán más hermoso del mundo, el que él más quería; lo llevaba a nuestro refugio que está bastante cerca de aquí, y al pasar por delante de una tienda, salió un caballero que me lo quitó. Mi amigo quería ese gavilán más que a nada: temo que me mate, pues pensará que se lo he regalado y no que me lo han quitado, y por eso me lamento de esta forma.

—Doncella, no continuéis lamentándoos, regresad y decidme quién tiene vuestro

pájaro; os prometo que haré todo lo posible para devolvéroslo.

—Señor, que Dios os bendiga.

La doncella regresa y lleva a mi señor Yvaín por el camino que ella iba, hasta que llegan a un valle. Entonces le indica un poco más abajo del camino, a la izquierda, la tienda de la que había salido el caballero del que se quejaba.

—Seguid tranquilamente y si veis el gavián, cogedlo, no lo dejéis por nada. Os prometo lealmente que os protegeré con todo mi poder contra aquellos que quieran impedirlo. Si el gavián no está, mostradme al caballero que os lo quitó y haré que os recompense según vuestra voluntad.

—Señor, que Dios os dé buena ventura. Preferiría que pudierais devolverme el gavián con paz a que lo hicierais mediante guerra.

—Por Dios, si no lo puedo obtener de grado, lo tendré por la fuerza.

Llegan entonces a la tienda; mi señor Yvaín entra el primero, seguido por la doncella. No saluda a nadie de los de dentro, sino que dice en voz tan alta que todos pueden oírle:

—Doncella, avanzad y coged vuestro gavián, si lo veis aquí dentro; lleváoslo con tanta razón como se os quitó sin motivo.

—Señor, con mucho gusto; ahí lo veo.

Se acerca a una percha en la que estaba, le desata las pihuelas y se lo intenta llevar, pero un caballero se adelanta diciéndole:

—Marchaos, doncella. No lo quitéis de ahí, pues por mi cabeza no os lo llevaréis. En vano habéis regresado, porque de nada sirven vuestros pasos ya que no os llevaréis el gavián ni en un puño ni en el otro; si queréis tener el pájaro, buscad otro, ya que con éste no volveréis a entreteneros.

—Dejadla, señor caballero —le ordena mi señor Yvaín—, se lo llevará y si intentáis impedirselo a la fuerza, tarde os arrepentiréis.

—¿Cómo? ¿Habéis venido para defenderla?

—Eso lo veréis si intentáis quitárselo.

El caballero alarga la mano para quitarle el gavián; mi señor Yvaín saca la espada y le advierte que le cortará el brazo si vuelve a tocar al pájaro o a la doncella.

—Por mi cabeza, en mala hora lo habéis dicho.

El caballero corre a su yelmo y se lo pone: ya estaba armado cuando lo hizo; salta sobre su caballo, que estaba dispuesto y toma el escudo y la lanza diciéndole a mi señor Yvaín que se guarde de él; galopa con la lanza bajada y mi señor Yvaín va a su encuentro del mismo modo; se dan tan grandes golpes en los escudos que los parten y atraviesan, y rompen y abren las cotas; en las carnes desnudas entran las cortantes lanzas y se golpean con los escudos, con el cuerpo y el rostro, derribándose al suelo con la punta de la lanza clavada. Mi señor Yvaín está herido en el costado derecho y el caballero tenía la herida en medio del cuerpo, que no puede levantarse del sitio en el

que está. Mi señor Yvain se reincorpora con el trozo de asta que tiene en el costado; desenvaina la espada y se dispone a atacar al caballero que le ha dado el mejor golpe de cuantos ha recibido en mucho tiempo; piensa que el otro se defenderá, pero ve que no se mueve; va a él, le arranca el yelmo de la cabeza y le amenaza con cortársela de inmediato si no se da por vencido. El caballero habla con tanto esfuerzo como quien está malherido, pide piedad y dice:

—Ay, noble caballero, no me mates; déjame vivir hasta que haya recibido a mi Salvador, pues bien sé que estoy herido de muerte; os ruego por Dios que vayáis a aquella colina en busca de un santo hombre, médico, que vive allí; hacedle traer el *Corpus Domini*.

Mi señor Yvain le contesta que lo hará con mucho gusto; ordena a la doncella que se vaya y ésta lo hace así. Pero se aleja lamentándose más que antes, pues ve a un caballero muerto y a otro herido por un motivo de poca importancia. Mi señor Yvain va en busca del ermitaño, tal como le había indicado el caballero, y lo trae.

Al regresar se encuentra con un escudero y una doncella que era amiga del caballero y lloraba amargamente. El caballero, después de confesarse y recibir a su Salvador, fue acostado en la tienda. Mi señor Yvain se marcha con el ermitaño, llevándose el caballo a la derecha, pues no se atrevía a montar yendo con un objeto sagrado tan grande como es Nuestro Salvador. Cuando llegaron a la ermita, que se llamaba Ermita del Monte, los tres frailes que había allí desarman a mi señor Yvain; uno de ellos sabía mucho de sanar heridas: se ocupa de él, cuidándolo con esmero; le arranca el asta que tenía en el costado y le restaña la herida; por aquella herida estuvo mi señor Yvain quince días en la ermita antes de poder volver a cabalgar cómodamente.

La historia deja ahora de hablar de él y se ocupa de Mordret, el hermano más joven de mi señor Galván.

Cuenta ahora la historia que el día que Mordret se separó de sus compañeros, cabalgó a solas durante toda la jornada, sin beber y sin comer; esto le dañó mucho porque hacía demasiado calor y él no sabía soportar grandes esfuerzos, pues aún era muy joven ya que no tenía más que veinte años. Sin embargo, era caballero grande y alto; tenía los cabellos crespos y rubios, y sería de rostro muy agradable si no tuviera mirada atravesada. En esto no se parecía a mi señor Galván, su hermano, que tenía la cara sencilla y afable y la mirada dulce. Mi señor Galván era el más hermoso de todos los hermanos por el tamaño del cuerpo, pero Mordret era pequeño. Y ya que no os he contado cómo eran los hermanos os lo voy a contar ahora, tal como la historia lo dice.

Mi señor Galván era el mayor de todos ellos, caballero muy hermoso por su tamaño y por la proporción de sus miembros; no era ni demasiado grande, ni demasiado pequeño, sino de tamaño justo; era el más atractivo de todos los hermanos; la historia dice que Gueheriet, su hermano, soportaría bien las armas, pero no se preocupaba de ellas como mi señor Galván hizo siempre y por eso no fue tan famoso como él. Lo que más fama le dio a mi señor Galván fue que siempre le tuvo gran afecto a los pobres y fue dulce y piadoso con ellos, haciendo gustoso todo el bien que podía a los necesitados, más que a ninguna otra gente. Esto le dio siempre gran fama, pues en la casa del rey Arturo había otros que eran tan buenos caballeros o mejores que él, cuando tenía aliento; le ocurría una cosa y es que alrededor de la hora de mediodía se le doblaba la fuerza y por eso nadie podía vencerle cuando combatía con la espada; con la lanza había otros más hábiles que él. No había nadie que fuera tan afable con los pobres. Mi señor Galván era muy hermoso y muy leal hacia su señor y así lo fue todos los días de su vida, y no hablaba mal ni sentía envidia, sino que fue el caballero más cortés de todos. Por su cortesía lo amaron varias doncellas que no lo estimaban tanto por su valor como por su cortesía. No se vanagloriaba entre los caballeros de nada de lo que hacía; era discreto y templado, sin criticar y sin cometer villanías y nunca se vanaglorió de sus propias hazañas.

Le seguía en edad Agravaín. Era de cuerpo grande, mayor que mi señor Galván; era un poco contrahecho pero buen caballero, aunque era orgulloso y estaba lleno de malas palabras, envidioso sobre todos los hombres, lo que le causó la muerte de mano del mismo Lanzarote, tal como la historia os contará más adelante. Era despiadado y carecía de amor, no tenía ninguna virtud, sino la de la belleza y el valor y la ligereza de lengua.

Después de él nació Gueheriet. Era el más agraciado de todos los hermanos; caballero valiente y atrevido, ágil, hermoso y gentil; tenía el brazo derecho más largo que el otro. Hizo grandes proezas, aunque nunca habló de ninguna de ellas, a no ser

que le obligaran a la fuerza. Era el más mesurado de todos los hermanos y también el más exagerado cuando se encolerizaba. De él fue del que menos se habló entre todos sus iguales.

Después de él venía Guerrehet. Era buen caballero, valiente y emprendedor; no cesó en toda su vida de buscar aventuras. Era de brazo fuerte y de cabeza hermosa; siempre fue el más elegante de todos los hermanos. Tenía tanta energía que podía aguantar un esfuerzo grande, pero a pesar de todo no realizó hazañas comparables a las de Galván. Amó a las damas y las damas lo amaron mucho; era muy generoso; hizo grandes bienes mientras vivió. Mi señor Galván amó a éste más que a ninguno de sus otros hermanos y él le correspondió más que todos los demás.

El más joven de los hermanos se llamaba Mordret. Era mayor de cuerpo que los demás y peor caballero; era muy valiente y estaba dispuesto a hacer más mal que bien, pero también llevó a cabo grandes hazañas. Era envidioso y traidor; nunca amó a los buenos caballeros desde que se puso por primera vez las armas. Mató a mucha gente; hizo gran daño en su vida y causó mayores calamidades que bienes hicieron en su familia, pues por él murieron después en un solo día más de mil hombres, y él mismo murió, y murió su tío el rey, cosa que fue una gran pena, tal como la historia os contará de forma clara. Era ciertamente el diablo; nunca hizo el bien, sino los dos primeros años que llevó armas. Era muy hermoso de cuerpo y de miembros. Empezó bien, pero no se mantuvo lealmente.

Así fueron mi señor Galván y sus hermanos, tal como os he dicho: ahora me callaré y volveré a la materia, pues ya es momento y ocasión.

Cuando Mordret dejó a sus compañeros, cabalgó durante todo el día, tal como os he dicho, sin beber y sin comer. Pasó la noche en casa de una dama, en el lindero de un bosquecillo; aquella noche recibió muy buen albergue y estuvo muy a gusto. Por la mañana se marchó y reemprendió el camino, cabalgando hasta mediodía. Llegó entonces cerca de un bosque, y vio junto al camino dos hermosos pabellones plantados, uno de ellos tenía un caballo ensillado y una lanza en la entrada con la punta hacia arriba, y había allí colgado un escudo completamente blanco. Mordret se dirigió cabalgando hacia aquel lugar; cuando ya estaba cerca de los pabellones, vio bajo un olmo a un enano que tenía un arco tensado y una flecha en la cuerda dispuesto a lanzársela a Mordret. Al verlo, éste le dice:

—Vete, enano, en mala hora dispararás, pues matarías a mi caballo.

El enano no contesta sino que deja volar la flecha y alcanza al caballo en el cuerpo, derribándolo muerto, que no se pudo mantener en pie por más tiempo. Cuando Mordret se ve en el suelo, corre a coger el caballo que había delante del pabellón; monta en la silla y le dice al enano que en mala hora le ha matado el caballo; galopa hacia donde está y lo sujeta por los pelos, arrastrándolo junto al caballo y diciéndole que poco falta para que lo cuelgue de un árbol. El enano, que se ve tan maltratado,

empieza a gritar hasta que sale de los pabellones un caballero desarmado. Éste, al ver que Mordret le arrastra al enano sin que los pies le toquen el suelo, le dice:

—Señor caballero, ¿qué es eso? Sed mal llegado. ¿Qué le reclamáis a mi enano?

—Le reclamo tantas cosas que poco falta para que lo cuelgue, pues le ha dado muerte a mi caballo.

—Por mi cabeza, si lo seguís maltratando, lo pagaréis con vuestro propio cuerpo.

—Podéis decir lo que queráis, pues estoy dispuesto a cobrarme en vos la afrenta y el daño.

El caballero le contesta que está de acuerdo. Mordret suelta al enano y ataca al caballero, diciéndole que si no estuviera desarmado le cortaría la cabeza.

—Por mi cabeza, voy a armarme y entonces haréis lo que podáis.

Entra en el pabellón, toma las armas y se las viste lo más rápidamente que puede; después de atarse el yelmo, monta en un caballo que el enano le entrega, toma el escudo y la lanza y le dice a Mordret:

—Señor caballero, podéis esforzaros todo lo que queráis para cortarme la cabeza, pero creo que no volveréis a tener ganas de golpear a mi enano si conseguís escaparos de mis manos.

Galopan el uno contra el otro y se dan grandes golpes en el escudo; si las lanzas no se hubieran roto, se habrían derribado. Se golpean con el cuerpo y con los escudos, quedando aturcidos, pero ninguno de los dos llega a caer en esta galopada. Sacan las espadas desnudas y se colocan los escudos delante de la cabeza, vuelven a atacarse, dándose grandes tajos donde se alcanzan; despedazan los escudos y los trozos vuelan al suelo; la sangre brota del cuerpo por las cortantes espadas; la batalla dura tanto que el caballero no puede resistir más, porque ya tiene siete heridas, la menor de las cuales podría producirle la muerte, según piensa: retrocede todo lo que puede y se cubre con el escudo. Mordret alza la espada y la baja con toda su fuerza, alcanzando al caballero con tanto vigor que el yelmo no puede impedir que le entre la espada en el cerebro; y cae muerto.

Cuando el enano ve esto, se esconde en la parte que ve más espesa del bosque, pues tiene gran miedo de que Mordret lo mate, si lo alcanza. Pero no es esa su intención, sino que entra en el bosque y sigue su camino hasta después de la hora de vísperas. Entonces ve delante de él un pabellón junto a una fuente; se dirige allí para alojarse, pues ya era la hora. Cuando llega a la puerta, ve dentro a una doncella de gran belleza que estaba acostada en una cama con colcha de seda roja. Descaburga al punto y ata su caballo; la saluda y ella le contesta que Dios le dé buena ventura.

—Doncella, ¿me podríais dar alojamiento esta noche?

—Señor, sí; si no temiera ser censurada.

—¿Quién os censuraría?

—Señor, mi amigo, que ha ido al bosque y no tardará en regresar.

—Doncella, dadme alojamiento a condición de que si no quiere que me quede, me marcharé cuando venga.

La muchacha así se lo concede. Mordret se quita el yelmo y baja la ventana; la doncella lo vio joven caballero, hermoso; lo contempla con gusto y se deleita mucho en ello. Él la ve de gran belleza, vestida ricamente y engalanada con elegancia, y joven doncella; la requiere de amor y ella lo rechaza, diciéndole que no es tan deshonesto como para entregarse a dos. A pesar de todo, le suplica tanto que al final consiente y se quedan a solas; él la deseaba y ella a él más todavía; no había nada que les estorbara: dejan de hablarse el uno y la otra; si el juego común fue llevado a cabo, eso sólo lo saben aquellos a quienes no se les pudo ocultar.

Al cabo de un rato llegó el amigo de la doncella; al ver a Mordret, lo saludó con cortesía.

—Señor —le dice la doncella—, este caballero se ha alojado aquí a condición de irse si no queréis que se quede.

—Doncella, me agrada mucho que se quede. Que sea bienvenido.

Luego, le dice a Mordret que se siente a su lado, y éste así lo hace; hablan el uno con el otro y el caballero le pregunta de dónde es y cómo se llama; a lo que contesta que es de la corte del rey Arturo, hermano de mi señor Galván, «y me llamo Mordret».

El caballero le muestra entonces la mayor alegría del mundo, diciendo:

—Señor, tenéis un hermano por el que os serviría en cualquier sitio, pues es el hombre que más bien ha hecho por mí en todo el mundo.

—Señor, ¿quién es?

—Es Gueheriet; os digo que es el mejor caballero que conozco y por él os permito que hagáis vuestra voluntad conmigo y con mis cosas.

Mordret se lo agradece mucho.

Entraron entonces dos escuderos y un muchacho a pie, que llevaba un corzo al cuello. Disponen la comida y cuando ya está preparada, colocan las mesas y Mordret se sienta junto a su huésped, al lado de la doncella. Después de cenar fueron a solazarse al bosque el caballero, su huésped y la doncella y llegaron bajo un olivo. El caballero se alejó un poco y Mordret quedó con la doncella, hablando de lo que querían, de forma que Mordret le dice que desea que después vaya a acostarse con él.

—Señor, no podría hacerlo, pues siempre tengo que dormir con mi amigo.

—Sí que podéis hacerlo; os voy a decir cómo.

—Decidme.

—Os acostaréis con él y cuando penséis que ya se ha dormido, levantaos y venid a mi cama; así lo podréis hacer sin que se dé cuenta.

—Señor, si se despierta, ¿qué creéis que hará conmigo? Me matará y a vos también.

—Estoy seguro de que no se despertará; si se despertara, os protegeré frente a él, aunque tuviera el valor de dos caballeros como él.

Mordret se empeña tanto que la doncella se lo concede, para gran alegría suya.

En esto regresó el caballero de donde había ido; acompaña a Mordret a su tienda. Al entrar, se encontraron con que los escuderos habían hecho un cobertizo con ramas de árboles y hojas para dormir dentro. Las camas estaban dispuestas y el caballero se acostó con su amiga, mientras que Mordret se acostó aparte; los escuderos se fueron a dormir al cobertizo que habían preparado. Mucho rato después de acostarse se levantó la doncella del lado de su amigo, pensando que ya estaba dormido, y así era, sin duda; y fue a acostarse con Mordret que aún no dormía, pues le tardaba mucho su llegada; la recibió entre sus brazos alegre y contento. Cuando estuvieron acostados juntos, se mostraron tal alegría como corresponde a gente que lleva semejante vida.

Se veía con claridad en el pabellón, pues había dos cirios ardiendo, y la doncella se había olvidado apagarlos y a Mordret no se le había ocurrido, pues no pensaba más que en aquella en la que tenía su alegría; y se solazan todo lo que pueden.

Después de estar un buen rato juntos, el caballero se despertó y alargó los brazos a su lado pensando encontrar a la doncella; al no notar su presencia, se sobresalta, lleno de cólera y de dolor, pues no duda de que se ha acostado con Mordret. Sale de la cama con cuidado para tomar las armas. Cuando se estaba vistiendo la cota, se despertó Mordret, que se había dormido; al ver que el caballero se estaba preparando; va adonde había dejado las armas, se echa la cota a la espalda, se coloca el yelmo en la cabeza antes de que el caballero se hubiera vestido adecuadamente la cota. Éste, al ver que Mordret estaba completamente armado, le dice:

—Ay, malvado traidor, eso no impedirá que recibáis la muerte como desleal y mentiroso, pues habéis dicho que erais hermano de mi señor Galván. Ciertamente, si lo fuerais, no hubierais cometido esa deslealtad; sois un villano que vais por esta tierra a guisa de caballero.

Corre al yelmo, se lo pone en la cabeza y toma la espada y el escudo; luego, le dice a Mordret:

—Vasallo, os he hecho todo el honor y toda la cortesía que he podido en mi alojamiento y vos me habéis deshonrado cometiendo la mayor villanía que podíais: por eso quiero que sepáis que no tendréis de mí sino la muerte; o me mataréis vos o yo os mataré.

Al punto le ataca, dándole con la espada en el yelmo tal tajo que le entra un dedo. Mordret le devuelve los mejores golpes que puede sacar de sus brazos; se dañan y se maltratan con las cortantes espadas; hasta que se sienten cansados. Pero Mordret lleva la mejor parte del combate, pues hace con el caballero lo que quiere y lo tiene a su merced, le quita el yelmo de la cabeza y le dice que lo matará si no le promete cumplir su voluntad. Éste al ver que no puede hacer otra cosa se lo otorga y le promete hacerlo así con la mano desnuda. Mordret le pide entonces que le perdone la cólera que le tiene y así lo hace. Luego, Mordret le dice que perdone, por la promesa que ha hecho,

la mala acción cometida por la doncella; el caballero le responde que así lo hará, pues no le queda más remedio, aunque en eso faltó a su promesa, pues no volvió a amar a la doncella por nada que ocurriera.

Por la mañana Mordret se marchó de allí, montó en su caballo, que le entregaron los escuderos, sorprendidos por el combate que había habido, pues no sabían el por qué; y no debe extrañar, pues el cobertizo estaba tan alejado de allí que no era fácil oír nada. Cuando Mordret estuvo montado, dejó al caballero y a la doncella y reemprendió su camino como el día anterior.

Pero la historia se calla ahora con respecto a él y vuelve a hablar de su hermano Agravaín.

LIBRO 5.

El libro de AGRVAÍN

CXLI

En este lugar cuenta la historia que cuando Agravaín se separó de sus compañeros –tal como habéis oído– erró dos días sin encontrar aventura que se deba recordar en libro. Y en todos los lugares a los que llegaba, fueran castillo o bosque, pedía noticias de Lanzarote a todo aquel que encontraba; pero en ningún sitio pudo saber nada, muy a pesar suyo. De tal manera erró una semana completa; el octavo día, cuenta la historia que estaba en casa de un guardabosque, en la que había pasado la noche; se levantó muy temprano. Cabalgó durante toda la mañana meditabundo, sin encontrar hombre ni mujer a quienes pedir noticias de lo que iba buscando.

Pasada la hora de prima, miró delante de sí y vio una colina muy grande y muy alta. Espoleó hacia aquella parte, con el deseo de llegar pronto al otro lado: se dirige al pie de la colina y allí encuentra una hermosa salceda verde, con abundantes arbustos; en ella distingue un pabellón bien situado, de cendal rojo con florecillas y leones y con un pomo de oro en la parte superior, obrado muy sutilmente, con una especie de serpiente volando.

Cuando Agravaín ve el pabellón piensa que no estará abandonado y le entran ganas de ir a él, pues quiere saber quién hay dentro; se dirige hacia aquella parte y, al llegar, encuentra un ataúd completamente cubierto de palios y jametes; a su lado había cuatro incensarios de plata, ocho cirios ardiendo y dos cruces que no eran muy ricas, pues no tenían ni oro, ni piedras preciosas. Junto al ataúd estaba sentado un caballero que hacía gran duelo y tenía el rostro vendado en cuatro sitios por las heridas que había recibido. A su lado estaba sentada una doncella, que había llorado tanto que ya no podía decir una palabra.

Agravaín entra a caballo en el pabellón y saluda al caballero, diciéndole:

–Señor caballero, que Dios os dé alegría, pues me parece que tenéis gran necesidad de ella, a juzgar por la cara que os veo.

–¡Ay, señor!, para que yo tenga alegría no debéis rogar a Dios, pues sería esfuerzo malgastado, porque no hay nadie tan poderoso, a excepción del mismo Dios, que pueda inculcar alegría en mi corazón: ayer por la tarde perdí todo gozo y toda felicidad y toda buenaventura, porque con mis propios ojos vi cómo le daban muerte al cuerpo de este caballero que aquí yace.

–Señor, os ruego que me digáis quién lo mató, por qué y en qué lugar. Os prometo que os vengaré del que lo mató con todas mis fuerzas, si es hombre con quien yo me deba enfrentar. Y si es tal que no me pueda emprender con él o que no deba hacerlo, procuraré que se os repare tanto como se puede reparar la muerte de un hombre, de forma que nadie me pueda censurar con motivo.

–Señor, siendo así, os lo diré; pero sabed que si hacéis eso, no ganaréis más de lo que ganó éste, que del mismo modo quería vengar a otro caballero, igual que vos

queréis hacerlo ahora por éste. Ya que os place saberlo, os diré la verdad, y haréis lo que vuestro corazón os aconseje, sea para bien o para mal. Este caballero que aquí yace —y es una gran desgracia— era hermano mío, y era considerado uno de los buenos caballeros de este país. Anteayer se puso en marcha para ir a la corte del rey Arturo, con quien tenía que hablar de un asunto; llegó a esta colina, que se llama Colina de los Desdichados, y con razón es llamada así, pues nadie viene sin tenerse por loco, porque todos hallan la muerte en ella. Cuando llegó a la colina, yo iba con él. Nos encontramos a Druas el Felón, que dio muerte a mi hermano antes de que pudiera armarse, y a mí mismo me hirió del modo que podéis ver, y me hubiera matado si yo no me hubiera dado a la fuga con esta doncella que aquí está.

—Buen señor, decidme ahora quién trajo este cuerpo aquí.

—Señor, lo hizo un servidor suyo, pues este pabellón es del otro al que mató allá arriba; los traen aquí para enterrarlos.

—Ciertamente, muy cruel es el caballero que mata a los nobles que pasan, sin causar otros daños, por el camino de su colina; que no me vuelva a ayudar Dios si me detengo antes de ir allí; si doy con él, combatiré hasta matarlo, o hasta que él me mate, si es que lo encuentro culpable de tan gran crueldad como decís.

—Que Dios os dé mayor alegría que la que yo tuve; en verdad, os aconsejaría que no fuerais, porque el peligro es demasiado grande; en cualquier caso, ya que no sabemos cómo os irá en el combate, os digo que si ocurre de forma que Dios os da la victoria en la batalla, que os abstengáis de tocar un cuerno de marfil que veréis que lleva un enano.

—¿Por qué, señor? ¿Qué peligro puede haber en tocar el cuerno?

—Por mi fe, no os lo voy a decir. Es cierto, y así lo creo, que ese Druas tiene, más allá de la colina, un hermano que es el mejor caballero conocido en este país; tiene tal valor, que podría combatir sin riesgo contra los dos caballeros más fuertes del mundo. Los dos hermanos han acordado que si el de la colina era vencido, el otro acudiría de inmediato al sonar del cuerno, y de este modo morirían todos los que vinieran. Por eso os he aconsejado que os abstengáis, si Dios os da el honor de la victoria.

Agravaín le responde que si llegaba a ese punto haría lo que su corazón le ordenara. Luego se marcha encomendando al caballero y a la doncella a Dios. Emprende el camino recto y no se detiene hasta que llega a la cima. Ve delante una fuente, y al caballero armado con unas armas partidas en blanco y negro, montado sobre un gran caballo, con el escudo al cuello y la lanza empuñada, con un pendón rojo. Tan pronto como vio a Agravaín se dirigió a él, diciéndole:

—Señor caballero, ¿con qué permiso habéis entrado en mi colina?

—Por mi fe, si os molesta, os resarciré lo suficiente para que estéis satisfecho.

—Por mi cabeza, os voy a pedir tal recompensa que pensaréis que os habéis arrepentido tarde: guardaos de mí, pues no os deseo sino la muerte.

—Y vos de mí, pues nunca odié tanto a ningún caballero como a vos.

A continuación van el uno contra el otro, sin decirse nada más; iban bien montados y bien armados, y los caballos eran fuertes y veloces; se atacan con más vigor que el rayo, con las lanzas bajas y los escudos junto al pecho; se golpean con tal dureza que atraviesan el escudo y rompen las mallas de las cotas; se hacen sentir las puntas de las lanzas en sus desnudas carnes, pero ninguno de los dos queda herido de muerte. Los caballos eran fuertes y los caballeros valerosos y de gran vigor. Vuelan las lanzas en pedazos; chocan los cuerpos y los escudos, y se derriban a tierra, heridos, con el hierro clavado en el cuerpo.

Vuelven a ponerse en pie y toman las espadas sin aparentar estar heridos. Druas el Felón tenía la punta de la lanza en medio del costado, aunque no se hallaba en peligro de muerte y se hubiera olvidado de ello con facilidad, pero no pudo ser, pues Agravaín le acometió con la espada desenvainada, dándole un gran tajo en el yelmo, donde mejor se lo puede asestar. Druas se defiende lo mejor posible: despedazan los escudos y desmallan las cotas. La cruel batalla duró hasta la hora de tercia; ambos habían perdido bastante sangre: Agravaín llevaba lo mejor del combate, pues el otro está malherido, y lo lleva un tanto según su voluntad, un rato por aquí, otro por allí. Druas, que había perdido tanta sangre que apenas se podía mantener en pie, retrocede y cae a la tierra. Agravaín le salta encima y le arranca de la cabeza el yelmo; le da numerosos golpes con el puño de la espada en el rostro, haciendo que le brote la sangre, a la vez que le dice que se dé por vencido. Este, que estaba herido de muerte, vio la espada desnuda sobre su cabeza, y, a pesar de todo, estaba tan repleto de felonía, que contesta que prefiere morir a clamar piedad. Agravaín le da tal tajo con la espada que hace que le vuele la cabeza. Luego, la recoge y la cuelga por los cabellos del arzón de su silla; después monta y vuelve al pabellón en el que había dejado el ataúd. Encontró allí varios frailes de una abadía blanca, que iban a tomar el cuerpo para enterrarlo.

Agravaín entra en el pabellón y saluda a los que ve allí; se dirige hacia el caballero y le entrega la cabeza, diciéndole: «Señor caballero, he aquí la cabeza del que mató a vuestro hermano». Cuando el caballero lo ve, la toma con más dolor que nadie, y dice: «Cabeza, maldita sea el alma a la que perteneciste, pues me ha empujado a tal dolor que mi corazón nunca podrá abandonar. Señor —dice a Agravaín—, muchas gracias; ahora me habéis producido un gran alivio, por lo cual seré vuestro vasallo el resto de mis días; os ruego que me digáis vuestro nombre, de forma que yo pueda contar quién me ha hecho este gran favor cuando vuelva a mi tierra».

Le responde que se llama Agravaín y que es hermano de mi señor Galván. «Sed bienvenido en nombre de Dios —exclama el caballero—; ahora os amo más que antes, por el amor que tengo a mi señor Galván, que antaño me hizo un servicio por el que le estaré agradecido todos los días de mi vida. Tened por seguro que os pagaré este favor, si vivo lo suficiente para hacerlo».

Agravaín se va de allí y emprende el camino de la colina. Cuando llega a la cima ve a una doncella y a un enano que hacían gran duelo sobre el cuerpo de Druas; va muy deprisa a ellos para saber quiénes son: al verlo llegar, lo reconocen. El enano, que tenía un cuerno de marfil, se dirige hacia Agravaín, diciéndole:

—Señor caballero, si tocarais este cuerno, diría que sois muy valiente.

—A fe mía, si me lo das y no lo toco, admitiré que me tengas por cobarde.

—Tomad, pues; ahora vamos a ver si os atrevéis a hacerlo.

Agravaín toma el cuerno y lo toca con tanta fuerza que se puede oír sin dificultad a más de media legua. Los caballeros de la región, que conocían el sonido del cuerno, supieron que Druas había muerto. Se sorprendieron mucho:

—¡Ay, Dios! —decían—, ¡qué gran proeza ha realizado el que ha dado la muerte a Druas!

—Es cierto —responden otros—, pero en modo alguno está a salvo, porque tendrá que luchar contra su hermano, que tiene cuatro veces más fuerza de la que tenía Druas.

Así hablaban los de la región, porque habían oído sonar el cuerno; la mayoría están contentos y gozosos, pues Druas era muy felón y cruel; pero aunque los demás estén contentos y alegres, Sornehan del Castillo Nuevo, hermano de Druas, no lo estaba en absoluto; antes bien, estaba tan encolerizado que no sabía qué decir; muestra tal dolor que nadie puede consolarlo y dice que, ya que su hermano ha muerto, él no quiere seguir vivo, si no lo venga de aquél que lo ha matado.

Entonces, se pone en pie, saltando de la cama en la que estaba, y pide las armas, pues quiere ir a combatir contra el que le ha dado la muerte a su hermano. Uno de sus hijos, muchacho de escasa edad, se le acerca y le dice:

—¡Ay!, Señor, por la misericordia de Dios, ¿qué vais a hacer? Hace dos meses o más que no os habéis levantado del lecho y habéis estado cerca de la muerte; hoy mismo habéis sido sangrado de ambos brazos. Ciertamente, no os podréis dar la muerte mejor que poniéndoos las armas ahora.

—Cállate, que por nadie dejaré de ir a ver al que ha metido en mi corazón el dolor que jamás saldrá; ten por cierto que por lo que has dicho te considero un desagradecido, pues si fuera yo el único pariente de mi hermano, y muriera, tú deberías procurar la venganza por amor a mí.

A continuación, hace que le traigan las armas de inmediato y se las viste en la habitación en la que había estado acostado. Después de armarse lo mejor que pudo, le prepararon el caballo; monta y toma el escudo, se lo pone al cuello y pide una lanza; le dan una tal como la necesitaba. Luego sale tan deprisa como puede su caballo y emprende el camino de la colina por la parte más recta.

Agravaín, mientras tanto, seguía arriba, viendo el duelo de la doncella sin poder hacer nada para aliviarla. Le pregunta al enano si deseaba que hiciera algo más. «Ciertamente —le responde éste—, no, pues me habéis servido muy bien con lo que

habéis hecho; os podréis ir cuando lo deseéis, pero os aseguro que nunca habréis tenido una jornada tan dolorosa como será ésta antes de que pase la hora de nona».

Las palabras del enano le preocuparon poco a Agravaín; se saca del cuerpo la punta de la lanza que le había hincado Druas al chocar con él; se venda y se aprieta lo más que puede, pues teme perder demasiada sangre; después, toma una lanza que había apoyada en un árbol y se aleja de la colina. Cuando la doncella ve que se marcha, va tras él gritando y mostrando, turbada, tal dolor que por poco no pierde el sentido: «¿A dónde vas —le pregunta—, tú que has matado a mi señor? Que nuestro Señor Dios no quiera que puedas marcharte hoy de aquí sin ser matado o vencido».

Tampoco le importó mucho a Agravaín lo que decía la doncella: se aleja muy deprisa, cansado y fatigado por el combate que acababa de mantener, y no es extraño, pues su enemigo le había resistido con gran valor. Baja de la colina, y cuando llega al pie, mira hacia delante y ve llegar a Sorneham completamente armado: por su forma de cabalgar no parece que haya estado enfermo, pues se acerca al galope, tan deprisa que parece rayo caído del cielo, y hace brotar fuego del empedrado por la fuerza de su caballo. Al verlo, Agravaín piensa que es de él de quien le ha hablado el hermano del caballero que yacía en la litera: se dispone a combatir, en vista de que no podrá marcharse de otro modo, aunque no siente grandes deseos de luchar de nuevo.

Cuando ya está cerca, baja la lanza, se coloca el escudo ante el pecho, dirige hacia él la cabeza de su caballo y le grita desde lejos que se tenga por muerto; le ataca levantando la punta de la lanza. Agravaín quiebra la lanza en el choque, y le vuela hecha pedazos. El otro, por su parte, le golpea con tanta fuerza que los derriba al suelo a él y a su caballo. Cuando Sorneham pasaba junto a ellos, su caballo, que era muy fuerte, tropieza con el de Agravaín con tan mala fortuna que se le rompe el cuello al animal; Sorneham cae por encima, a la distancia de una lanza, rompiéndose el brazo izquierdo al caer y desmayándose por el dolor que siente.

Al cabo de un rato, Sorneham vuelve a ponerse en pie, pues era de gran valentía, desenvaina la espada y se dispone a mostrar el mayor atrevimiento de que es capaz, aunque apenas logra valerse. Va hacia Agravaín y ve que no puede moverse, porque tiene el caballo encima con la lanza clavada en el vientre, y él mismo está herido en el costado o en el muslo: tiene tal dolor que se desmaya cuatro veces en menos de lo que tardaríais en recorrer un tiro de piedra pequeña.

Sorneham, que lo odia más que a nada en el mundo, le desata el yelmo y se dispone a cortarle la cabeza, deseando vengar la muerte de su hermano, según dice.

En esto, he aquí que llega casualmente una doncella por un estrecho sendero. Al ver a los caballeros armados y que uno de ellos iba a matar al otro, corre hacia allí asustada, desmonta del palafrén noruego que llevaba y empieza a hablar con Sorneham, diciéndole:

—Noble caballero, por la cosa del mundo que más queráis, concededme un don.

—Doncella, ¿qué queréis que haga? Si puedo hacerlo, lo haré.

—No os lo diré hasta que me lo hayáis concedido.

Sorneham se lo concede.

—Muchas gracias. Sabed que me habéis entregado el cuerpo de este caballero, completamente libre, de forma que no recibirá ningún daño de vos. ¿Sabéis qué habéis ganado a cambio? Habéis sido salvado de la muerte, pues si lo hubierais matado, nadie, sino Dios, os podría guardar de la muerte: pertenece a una familia más poderosa de lo que pensáis.

—Doncella, ¿quién es, pues?

—Es sobrino del rey Arturo y hermano de mi señor Galván; se llama Agravaín el Orgullosa.

—Doncella, ya que os lo he concedido, no le daré la muerte, pero por su hermano Galván, que es el hombre al que más odio, lo mantendré prisionero el resto de mi vida.

—¿Por qué odiáis a mi señor Galván?

—Porque mató a mi padre, y éste ha dado la muerte a mi hermano, causándome el mayor dolor. Pero ya que no le puedo poner la mano encima, lo encerraré en una prisión de la que nunca podrá salir.

—Si lo hacéis de ese modo podréis recibir grandes daños, pues mi señor Galván está en esta tierra con doce caballeros de la Mesa Redonda; están buscando a Lanzarote. Si oyen decir que tenéis prisionero a éste, nadie podrá impedir que os den la muerte.

—Por mi cabeza, me ocurra lo que me ocurra, lo tendré preso hasta que Galván venga a buscarlo.

—Que tengáis suerte, pues su prisión os causará más males que bienes.

A continuación, la doncella se marcha, dejando a Sorneham muy triste por la muerte de su hermano, y pesaroso porque estaba herido: de no ser por la doncella, en modo alguno habría dejado de matar a Agravaín. Monta en su caballo y se marcha del lugar en el que habían combatido; sube por la colina hasta que encuentra en el suelo el cuerpo de su hermano ensangrentado. Luego se dirige a la torre que Druas había mandado construir, y se hace desarmar por más de diez servidores que allí había: se encuentra tan débil —tanto por el brazo que se ha roto, como por la enfermedad—, que a duras penas puede mantenerse en pie, y se hace acostar. A continuación, llama a los criados, ordena que se armen y les manda ir en busca de Agravaín para que lo lleven allí, y les indica el lugar en donde lo había dejado y en donde lo encontrarán herido. Se marchan y, dirigiéndose al sitio señalado, hallan a Agravaín que sigue, asustado, en el suelo con el caballo encima del cuerpo. Lo levantan y dejan al caballo, que estaba mortalmente herido; se llevan a Agravaín con algún esfuerzo hasta la torre de la colina, y llega con tal dolor que cree que va a morir entre los brazos de quienes lo llevan.

Sorneham, al verlo, ordena que lo encierren en prisión, y así lo hacen. Luego, entierran a Druas, dándole sepultura en una capilla que había en la misma torre.

Después de esto, Sorneham hace venir a los médicos, que se ocupan con tal esmero de él, que en un mes ya estaba sano y salvo.

Cuando estuvo completamente curado, Sorneham reunió albañiles y les hizo rodear la colina con una muralla fuerte y alta, de forma que sólo había una entrada y una salida. Al pie de la colina, a la entrada, mandó poner letras que decían: «Nadie que venga sea tan atrevido como para subir allí arriba, si no quiere combatir contra Sorneham del Castillo Nuevo». Después de colocar este letrero tan a la vista que cualquiera que supiera de letras lo podía leer, mandó levantar una cruz al pie de la montaña, y en ella hizo que colocaran el mismo cartel.

La historia ahora deja de hablar de él y vuelve a Guerrehet, el hermano de Agravaín.

CXLII

Cuenta ahora la historia que cuando los compañeros se alejaron de la cruz —tal como ha contado antes—, Guerrehet, el hermano de mi señor Galván, cabalgó completamente solo hasta cerca de mediodía, en que entró en un bosque que tenía unas cuarenta leguas de largo y diez de ancho. Siguió a solas por un estrecho sendero hasta después de nona, que fue a dar en una calzada más ancha. Al llegar a ella, empezó a cabalgar más deprisa, pues deseaba atravesar el bosque antes de que anocheciera. Entonces se encontró a un villano, que llevaba un asno cargado de leña. Apenas lo ha visto, lo saluda de lejos, preguntándole:

—Villano, ¡cuánto dura este bosque?

El hombre, al ver al caballero armado, siente tal miedo que no se atreve a esperar, y se da a la fuga, pensando que quiere matarlo. Guerrehet le grita:

—Villano, maldita sea, no temas; contesta a lo que te he preguntado.

El otro no se detiene por nada y huye, temiendo morir.

Cuando Guerrehet se da cuenta de que no va a conseguir nada más, reemprende su camino y deja el asno del villano. En esto, oye por delante, en el bosque, algo distante de donde él está, a un hombre que grita a voces, pidiendo ayuda muy menesteroso. Guerrehet se dirige hacia donde oye la voz y, apenas había avanzado un poco, ve un hermoso prado, en medio del cual había hasta diez hombres que sujetaban a un anciano, al que habían desnudado por completo, dejándolo en camisa y en calzas, y se disponían a darle muerte. El viejo pedía piedad con gran angustia, pero era en vano. Al ver al caballero armado empieza a gritarle:

—Noble hombre, no permitas que me maten delante de ti; libérame, que así lo debes hacer, pues soy caballero como tú: si recibo la muerte ahora será para vergüenza tuya y perjuicio mío.

Cuando oye al anciano que le suplica piedad de forma tan digna de compasión, les prohíbe a los otros que vuelvan a ponerle la mano encima, pero le responden que por él no dejarán de matarlo.

—¿No? Por mi cabeza, entonces os lo impediré, si puedo.

Baja la lanza, pica espuelas y los ataca: la mayor parte de ellos estaban desarmados. Golpea a uno y le mete la lanza en el cuerpo; el resto se da a la fuga. Va tras ellos y mata a otros dos, mientras que los demás se refugian en la parte del bosque que ven más espesa. Como los ha perdido, vuelve al caballero al que ha liberado, deseoso de saber quién es y por qué querían matarlo; cuando llega a su lado, éste se arrodilla ante él, diciéndole:

—Noble hombre, por Dios, ponedme a salvo, pues si me dejáis aquí no podréis impedir que me den la muerte en cuanto me encuentren los que han huido.

—Decidme cómo queréis que haga, pues no dejaría de hacer lo que fuera para salvaros.

—Ay, señor, ¡que Dios os bendiga! Llevadme a un refugio que hay cerca de aquí.

Guerrehet hace que monte en la grupa y le ruega que le diga por qué lo habían apresado de aquel modo.

—Señor —le responde—, os lo voy a decir. Todos ellos son sobrinos míos, hijos de mi hermano. No hace aún ocho días que un hijo que yo tenía, muchacho hermosísimo, iba cazando con arco por este bosque; hirió con una flecha a una hermana de todos ellos, sobrina mía también, que estaba jugando delante de la puerta de su fortaleza, cerca de aquí. La doncella no pudo sanar, pues había sido alcanzada en la cabeza: murió y fue enterrada ayer. Cuando vieron que su hermana había muerto, nos acusaron a mí y a mi hijo; yo he intentado reparar el daño para restablecer la paz entre nosotros, pero ha sido inútil: han venido esta mañana a mi casa y han dado muerte a mi hijo en mi presencia, causándome tal dolor que creo que moriré de pesar. Después de hacer eso, no se han tenido por bien pagados con la muerte de mi hijo, y me han apresado tal como habéis visto y, como querían matarme de forma tan escondida que nadie supiera una palabra, me han traído aquí: me hubieran dado muerte si Dios no os hubiera hecho venir por esta parte. Ya os he contado cómo me ha ocurrido todo.

Cabalgan mientras tanto, hasta que llegan cerca de una torre fuerte y alta, rodeada por buenos fosos profundos. El caballero desmonta y se encuentra con la puerta cerrada; llama y una doncella acude llorando amargamente. Al ver a su padre, corre a él con los brazos abiertos, y le dice:

—Dulce padre, ¡sed bienvenido! En verdad, pensaba que mis primos os habían dado muerte.

—Por mi fe, así lo habrían hecho de no ser por Dios y por este noble caballero que me ha rescatado, gracias a su propio valor. Ahora debéis esforzaros en servirle y en mostrarle buena cara, como corresponde a quien os ha devuelto a vuestro padre.

La doncella va a Guerrehet, le sujeta el caballo por el freno y le dice que desmonte, pero él no quiere.

—Por Dios, señor, tenéis que hacerlo y que albergaros con nosotros.

—Doncella, por Dios, si fuera hora de tomar alojamiento, no sería necesario que me rogarais, pues lo haría con mucho gusto; pero falta mucho para que anochezca y tengo que ir muy lejos: me voy a marchar ahora mismo, porque no tengo intención de entretenerme por más tiempo.

—Por Dios, señor, en vano os negáis; tenéis que quedaros, porque ya es hora de albergarse.

Cuando ve que no le queda más remedio, desmonta, pues teme que la doncella lo tenga por villano si se sigue haciendo de rogar. Salen cuatro servidores que lo desarman y lo acompañan al salón, donde le dan un manto ligero por el calor.

Al cabo de un rato salió de una habitación el caballero al que Guerrehet había rescatado, vestido con un cendal rojo y acompañado por su mujer, que era dama muy discreta. Esta, al ver a Guerrehet, lo llama y se le echa a los pies, diciéndole:

—Noble caballero, que Dios os bendiga, pues me habéis devuelto a mi señor. Me entrego a vuestra disposición, para que hagáis conmigo lo que deseéis, y del mismo modo os doy todo lo que hay aquí dentro.

En esto se acerca la doncella que había abierto la puerta, tan bien arreglada que mejor sería imposible; era alta, esbelta, bien proporcionada en su cuerpo y tan hermosa que nadie dejaría de amarla por defecto de su belleza. Se dirige a Guerrehet y le dice:

—Señor, debería amaros y servirlos mucho, pues me habéis sacado de todos los sufrimientos en los que habría caído si mis primos, a quienes se lo habéis quitado, le hubieran dado la muerte a mi padre. Mandadme lo que queráis, pues no os negaré nada que pueda hacer.

Guerrehet le da las gracias. Gran fiesta le hacen los de allí y mucho se esfuerzan en servirle; mucho mayor habría sido la alegría si no hubiera muerto su hijo, que aquel mismo día lo habían matado, y no podían olvidar el dolor.

El señor ordena que preparen la comida y que el huésped sea atendido con todo esmero; y así lo hacen. Llegada la hora de la cena, el señor mandó que pusieran las mesas; hace que traigan agua y se sienten. El señor comió con la dama y Guerrehet con la doncella. Después, fueron a pasar el rato en un bello prado: el señor y la dama iban por una parte, y Guerrehet y la doncella por otra; hablan de muchas cosas, hasta que la requiere de amores, rogándole a la joven que le conceda su amor. Esta le pregunta quién es y él le responde que de la casa del rey Arturo y hermano de mi señor Galván.

—Muy loca estaría si os diera mi amor, pues nunca podría disfrutarlo, ya que vos sois demasiado rico como para amar a una doncella tan pobre como yo. Contestadme a lo que os voy a preguntar.

—¿Qué es?

—¿Quién es un hermoso caballero moreno que lleva tal escudo?

Se lo describe.

—¿Cómo se llama?

—Creo —indica la doncella— que se llama Lanzarote.

—Si supiera que está vivo, diría que es uno de los mejores caballeros del mundo, a excepción de mi señor Galván, mi hermano. Pero pensamos que ha muerto, y por eso no sé qué deciros.

—Que Dios lo proteja de morir, por encima de todos los hombres del mundo, pues sería un gran dolor que tal caballero muriera.

—Doncella, ¿acaso lo habéis visto?

—Sí.

—¿Y os parece tan bello como decís?

—Si no me lo pareciera sería admirable, pues según creo es el hombre más hermoso del mundo; estoy segura de no haber visto nunca uno tan bello. Ojalá quisiera Dios que estuviera aquí sano y salvo como vos y que me amara tan profundamente como yo a él. No lo cambiaría por ningún hombre de los que conozco, ni aunque me hicieran señora de todas las tierras que hay por el mundo.

Mientras hablaban de este modo, oyen que al otro lado de la puerta iba un hombre lamentándose y quejándose con tristeza:

—Ay, desdichado de mí, ¿qué puedo hacer? Lo he perdido todo.

—Señor —le dice Guerrehet a su huésped—, ¿habéis oído al que se lamenta? Por Dios, vayamos a verlo y sabremos quién es.

Abren la puerta y salen fuera. Guerrehet llama al que se quejaba y le pregunta qué le ocurre.

—¿Qué me ocurre, señor? Hace un momento iba yo por el bosque llevando leña con un asno que tenía; me encontré con un caballero y, como no sabía si me quería mal o bien, huí a la espesura del bosque, hasta que se marchó. Cuando volví adonde había dejado mi asno, me encontré con seis lobos que lo habían ahogado y se lo iban a comer. No sabía a dónde dirigirme, y voy a mi casa lamentándome de la forma que habéis oído. Y no me falta razón al hacerlo así, pues no tenía más ayuda para ganarme el pan, que la del asno. Ahora tendré que buscármelo de otro modo y pedir, porque no tengo nada de valor para comprar otro.

—Dime —le pregunta Guerrehet—, si tuvieras un rocín, ¿no te serviría igual?

—Señor, sí y más.

Entonces, Guerrehet le ruega al señor que le dé uno, por favor, «pues fue de mí de quien tuvo tanto miedo que huyó y por eso perdió el asno por el que se lamenta. Os ruego que le restituyáis su pérdida».

El señor le responde que lo hará de grado, y ordena que le den un rocín fuerte y rápido. El villano se marcha con su caballo, agradeciéndole a Guerrehet el que le haya restituido tan bien su pérdida, y al señor por haberle hecho tal don.

Los dos caballeros regresan a la torre. El señor manda que preparen la cama de Guerrehet y así lo hacen los servidores en una habitación muy bella que había al pie de la torre. El señor se esforzaba en servir a su huésped más aún que antes, pues sabía su nombre y a qué familia pertenecía, porque su hija se lo había contado todo, tal como él se lo había dicho.

Cuando ya había anochecido, el señor llevó a Guerrehet a la cama con una gran antorcha de cera, y esperó hasta que estuvo acostado; luego, se fue y lo dejó durmiendo. Después se acostaron todos los demás, que habían tenido abundantes pesares durante el día.

Alrededor de medianoche, se levantó un servidor para ir a la habitación y cuando llegó allí, se encontró hasta veinte hombres armados que habían agujereado la puerta.

Al verlo, regresa corriendo y cierra todas las puertas tras él, para que no los sorprendan; luego, va a la habitación en la que dormía su señor y lo despierta diciéndole:

—Señor, levantaos de inmediato y despertad a vuestra mesnada, que creo que hemos sido traicionados.

—¿Qué ocurre? ¿Has visto algo que no sea bueno?

—Por mi fe, la puerta ha sido rota y han entrado veinte hombres armados para mataros si pueden; y podrán hacerlo, pues nosotros somos pocos y ellos, bastantes: no podremos resistir.

El señor se pone en pie al punto, se echa la cota sobre los hombros, se ata el yelmo en la cabeza, manda encender velas y se dirige a la cama de Guerrehet, al que despierta, diciéndole:

—Señor, tenéis que levantaros, armaos rápidamente, pues han entrado vuestros enemigos.

—¿Es eso verdad?

—Por mi fe, ya me han roto la puerta y sólo espero a que lleguen hasta aquí; por eso he venido a despertaros, pues no querría que os sorprendieran en la cama.

Cuando Guerrehet oye estas palabras, salta de la cama y pide las armas, que le traen de inmediato. Tras ceñirse la espada y tomar el escudo, acude a la sala, donde el señor ha hecho que se armen seis hombres que había allí. Guerrehet ordena que abran la puerta de la sala, «que no la rompan delante de nosotros». El señor lo aprueba, pues está de acuerdo. Salen todos a la vez y se encuentran a los enemigos en el patio, que se disponían a prender fuego a unas balconadas. Los del lugar estaban junto a la sala, empiezan a gritarles y les atacan con las espadas desnudas; los otros se defienden bien, pues eran bastantes más. Guerrehet llevaba desenvainada la espada: golpea a uno y le corta el brazo entre el hombro y el costado; al sentirse herido, lanza un grito y se vuelve huyendo. Guerrehet ataca a los demás, diciendo que morirán todos y que ninguno podrá escapar. El señor y los otros se esfuerzan mucho.

El combate fue largo y no sabían quién sería el vencedor: los de dentro habrían sido derrotados si no hubiera estado con ellos Guerrehet, gracias a cuyas proezas los otros fueron vencidos, pues mató a cuatro con sus propias manos e hirió a seis, además del primero, al que le había cortado el brazo. Apresaron a ocho, los ataron y los metieron en prisión, mientras que los otros se dieron a la fuga, gritando y lamentándose por sus amigos, que unos habían muerto y los otros quedaban presos.

Después de perseguirlos un buen rato y cuando vio que no ganaría nada siguiéndolos por más tiempo, Guerrehet regresa contento y alegre porque les ha ido tan bien. Al volver, la alegría es mayor que antes y, al cabo de un rato, se acuestan otra vez. El señor mandó custodiar la puerta, para que no pudieran entrar sin resistencia si volvían; pero no tenían intención de hacerlo, pues habían recibido más daño del que les era menester.

El día siguiente por la mañana, antes de que se levantaran los de dentro, los prisioneros pidieron que fueran a buscar a sus amigos, pues harían las paces de grado. Cuando el señor lo supo, dijo que tomaría consejo y si se le recomendaba así, lo haría; luego, fue a ver a Guerrehet que estaba levantándose, y le dijo:

—Señor, buen día os dé Dios.

Él le devuelve el saludo.

—Buen señor, ya que habéis conseguido poner fin a mi guerra, y ya que me habéis servido tanto que no os podré recompensar, tenéis que darme un consejo a lo que os voy a preguntar.

—Decidme.

—Mi hermano y mis sobrinos me han hecho saber que harían gustosos las paces conmigo si así lo deseo; gracias a Dios y a vos, ahora me encuentro en un punto tal que puedo quitarles todas las posesiones si quiero; pero no habría logrado vencerles si Dios no os hubiera mandado aquí: por eso no haré nada sin vuestro consejo.

—Por mi fe, son amigos íntimos vuestros; no os aconsejaría en modo alguno que siguerais combatiendo contra ellos, pues si otros les perjudicaran, tendríais que ir en su ayuda. Por eso os recomiendo que hagáis las paces antes de que yo me vaya.

—Por Dios, señor, vuestro consejo es muy leal y así lo haré; os agradezco todo lo que habéis dicho.

A continuación, convoca a su hermano y a sus amigos para que vayan a hablar con él, y así lo hicieron en cuanto llegó el mensajero. Reunidos delante de Guerrehet, hablan hasta que se establece la paz por ambas partes, perdonándose la ira. Presentan a los prisioneros y todos juntos juran al señor que nunca le harán nada que le pueda desagradar y que le ayudarán contra cualquiera, salvo contra su señor natural. Él les promete amistad a partir de ese momento y ellos hacen lo mismo.

De este modo hacen las paces los que antes habían sido enemigos mortales y se entregan rehenes para mantener las promesas. A continuación, Guerrehet pide sus armas, pues no puede permanecer allí más tiempo, y aunque todos le suplican que se quede, él les responde que de ninguna manera seguirá allí. Le dan sus armas y le ayudan hasta que se las viste todas, salvo el yelmo. Luego, mira a la doncella y le pregunta:

—Doncella, ¿os acordáis de las últimas palabras que me dijisteis?

—Señor, ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque si Dios me concediera encontrar al caballero por el que lo dijisteis, no dejaría de ser buen mensajero vuestro ni por el mejor castillo de mi tío el rey.

La doncella se ruboriza, arrepintiéndose de habérselo dicho. Luego, Guerrehet se ata el yelmo y se marcha tras despedirse de todos, reemprendiendo su camino. Cabalgó hasta cerca de mediodía, en que llegó a un prado pequeño y muy hermoso. Allí, al pie de un sicómoro manaba la fuente más bella del mundo: se dirige hacia aquel lugar para

refrescarse, pues el sol le había cansado mucho por el calor que hacía. Al llegar, se encuentra con tres damas de diferentes edades, pues una tenía cuarenta años, otra sesenta y la otra no alcanzaba los veinte. Había extendido sobre la fresca hierba un mantel blanco y estaban comiendo pastel de corzo; con ellas no había ningún hombre, sino un enano que les servía con una copa de plata. Cuando ven al caballero se levantan y le dan la bienvenida, «pues estábamos echando de menos a algún caballero». El enano le lleva agua para que se lave las manos; luego, se sienta con ellas y empieza a comer y a conversar, contándoles quién es, mientras contempla a la más joven de las tres damas, que le parece muy hermosa, y en verdad lo era. Se da cuenta de que la doncella no está completamente a gusto; mira a las otras y ve que están más contentas que ésta. Entonces, le pregunta:

—Señora, ¿en qué estáis pensando tanto? Nunca vi una dama tan bella y tan agradable como vos. ¿Para qué ocultároslo? Me parece que estáis enfadada porque he comido con vos.

—Ciertamente, señor, no me pesa ni que hayáis comido, ni que hayáis venido; al contrario, me alegra mucho que lo hayáis hecho. Pero estoy pensando en lo que más me duele en el corazón y que no puedo solucionarlo según mi voluntad.

—Señora, ¿lo podría solucionar algún hombre llegado de fuera?

—Sí, si quisiera esforzarse en ello.

—Que Dios no me vuelva a ayudar si, conociendo el motivo por el que estáis a disgusto, no pongo en ello el mejor sentido que pueda. Os ruego que me lo digáis.

—Señor, con mucho gusto. Escuchad y os lo diré.

Hace ahora dos años que murió mi padre, el señor de la Bretesche, que es un castillo que hay en una montaña cerca de aquí. Al morir, mi madre que me vio huérfana y bella, tuvo miedo de que si no me casaba de inmediato, alguien me tomara a la fuerza. Pidió consejo a un senescal nuestro, que era hombre rico, aunque de origen villano, al que mi padre había nombrado caballero por su riqueza. Cuando oyó que mi madre quería casarme, dijo que con mucho gusto me tomaría por mujer, si ella lo deseaba:

—Tened por seguro, señora —le dijo—, que si queréis que me case con ella, la tomaré por mujer, honrándola en todo lo posible, y no me echaré atrás en ningún momento.

Le rogó tanto que mi señora me otorgó a él, a pesar mío. Después de esposarme, me quiso mucho al principio, pero no tardó en humillarme e insultarme con malas palabras. Si por casualidad acudía algún caballero a nuestra casa y yo lo miraba, decía que me había enamorado de él: cayó en tales celos que desconfiaba de todo el mundo, de forma que apenas hace un año, mi señor Lanzarote del Lago se alojó en nuestra casa; cuando mi marido supo quién era, le mostró el mejor semblante que pudo, porque había oído hablar mucho de su valentía. Estábamos sentados a cenar y yo empecé a contemplarlo por su gran belleza y por las virtudes que había oído de él;

luego, mi marido me dijo, como a quien todo hacía enloquecer:

—Señora, mucho habéis mirado esta noche a mi señor Lanzarote. Por Dios, decidme qué os ha parecido.

—Señor, no os lo diré, pues os lo tomaréis a mal.

—No lo haré, estad segura.

Tanto me acosó, que le contesté enfadada:

—Señor, ya que deseáis oír lo que me preguntáis con insistencia, os lo diré a condición de que me aseguréis que no recibiré daño alguno.

Así me lo prometió; yo estaba muy enfadada porque me vigilaba de cerca, y le dije:

—Señor, ¿queréis que os diga lo que pienso de ese caballero?

—Sí.

—Me parece que en él no hay tanto bien como mal en vos, y que debería tener tanto honor como vos afrentas; es el hombre del mundo que más merece bien y honor.

Al oír tales palabras, todos los de la mesa se quedaron sorprendidos, y cuando mi marido pudo hablar de nuevo, me pidió que le explicara lo que había dicho.

—Con mucho gusto —le contesté—. He dicho que no hay tanto bien en él como en vos mal, y lo podéis ver; considerad todas las virtudes que debe tener un caballero: valentía, atrevimiento, hermosura, nobleza, afabilidad, cortesía, generosidad, abundancia de riquezas y de amigos. Ese caballero está bien abastecido de todo ello, si es que algún mortal puede reunirlo: en valentía ha superado a todos cuantos ahora son; es más atrevido que nadie; en hermosura no encontraréis semejante; por nobleza no dejaría de ser rey de todo el mundo, pues pertenece a un linaje tan importante como es el del rey David y de un caballero tan alto como José de Arimatea; nadie podría negarme su afabilidad; en cuanto a su cortesía, no puedo decir que le haya faltado en ningún momento; y de la generosidad, nada puedo decir, ya que caballero sin tierras y privado de sus bienes no puede mostrar cómo sería de generoso si tuviera riquezas. En la abundancia de bienes y de amigos, me callo, porque en el mundo hay alguien más poderoso. Así, a este caballero le falta alguna virtud de las que os he contado. Sin embargo, vos tenéis todos los defectos contrarios a esas virtudes, pues carecéis de atrevimiento, de nobleza, de cortesía, de afabilidad y no sois generoso. Tenéis abundantes riquezas —que a él le faltan—, pero falláis en los amigos, que él tiene en abundancia. Y porque carece de alguna virtud y vos tenéis todos los vicios, dije que hay en vos más mal que en él bien. Por eso, quien quisiera recompensaros debidamente, según vuestros méritos, tendría que haceros más afrentas a vos que honores a él. Ya os he explicado porqué lo miraba de tal modo.

Al oír estas palabras, mi marido se encolerizó tanto que por poco no perdió el sentido. Aquella noche lo dejó estar, sin discutir, pero tan pronto como se presentó el momento y la ocasión, que mi señor Lanzarote se había ido, volvió al asunto y me dijo que no me mataría por mis palabras, pues así lo había jurado, pero que se vengaría de

forma que no volvería a estar con él como esposa, sino que me tendría por camarera: me quitó mis ricos vestidos y se esforzó para que yo no valiera nada, y así sigo. A partir de entonces, hasta ahora, me hizo comer con los criados de la casa, a pesar mío, que no he podido hacer nada para evitarlo. Por eso he empezado a llorar al veros comer con nosotros, pues hace mucho que no come en mi misma escudilla un caballero.

—Así me ayude Dios, señora —le contesta Guerrehet—, mal os ha tratado vuestro señor. En cuanto a lo que me habéis dicho, no debería habéroslo tomado a mal, ni causar daño por ello. Me habéis dicho tantas cosas que si se presentara la ocasión, le probaría que es desleal y fementido. Y que nadie me vuelva a tener por caballero si no consigo que la afrenta sea para él y el honor para vos y para mí.

Mientras estaban hablando de este modo, llegó corriendo un niño de diez años, y le dijo a la dama de más edad:

—Señora, tenéis que venir a casa, pues acaba de llegar un caballero que quiere hablar con vos.

—¿Un caballero, buen hijo? ¿Qué armas lleva?

—Señora, verdes y un león rojo, en el escudo.

—¡Ay, desdichada de mí —exclama entre lamentos al oírlo—, qué tristes noticias son ésas para mi corazón! ¡Preferiría estar muerta a seguir viva! Señor, por Dios —dice, dirigiéndose a Guerrehet—, aconsejadme, qué puedo hacer.

—Doncella, decidme qué ocurre y procuraré daros el mejor consejo que pueda.

—Señor, muchas gracias; os voy a decir qué es lo que me ha puesto así de triste. No hace mucho, yo iba cabalgando por estas tierras con un escudero mío, y un caballero me apresó a la fuerza y dijo que quedaría en su prisión para siempre si no prometía darle lo que me iba a pedir. Yo tuve miedo de morir, pues me parecía cruel y traidor, y me daba cuenta de que la fuerza estaba de su parte: le prometí hacer todo lo que pidiera, siempre que estuviera a mi alcance. Me contestó que, a pesar de todo, no estaba seguro de mi promesa, e hizo traer los Evangelios, obligándome a jurar sobre ellos que le daría, para que hiciera su voluntad cuando así me lo pidiera, a una hija mía que es la doncella más hermosa que se conoce en esta tierra. Yo temía su prisión y prometí hacer lo que me ordenara; me marché y hasta ahora no me lo había pedido. Ahora ha regresado y no sé qué hacer, pues preferiría que mi hija fuera arrastrada por caballos a que sea suya, porque es el hombre más traidor de cuantos hayáis oído hablar y pertenece a la familia de los peores villanos que hay por aquí. Por su valor, el conde de Valdón lo nombró caballero y le dio tierras; luego, realizó tales hazañas, que el señor del castillo lo casó con su hija, pero él se lo agradeció matándolo con sus propias manos para quedarse con su tierra. Después de investirse y recibir la sumisión de todos los que debían ser vasallos suyos, se mostró duro y cruel con su mujer, a la que apenas le hablaba y a la que colgó de un árbol por un motivo de poca importancia. Así se sirvió de su mujer el desleal; después de hacer esto, estoy segura de que haría lo mismo

con mi hija: no sé qué decir, sólo que preferiría que estuviera muerta a que viviera, pues olvidaría antes el dolor. Por eso os he pedido, buen señor, que me aconsejéis si podéis.

—Señora, os voy a decir lo que haré por amor a vos, por estas damas que aquí están y por la hermosa doncella que sería lástima que cayera en tales manos: iré con vos y oiré la petición del caballero; según lo que os diga, así os aconsejaré, si Dios quiere, para que todo salga según vuestra voluntad.

—Señor, muchas gracias por Dios. Vayamos, que temo que se la lleve a la fuerza antes de que lleguemos.

Guerrehet se pone en pie y se ata el yelmo; monta y le dice a la más joven de las damas:

—Señora, os ruego que me indiquéis cuál es vuestro albergue, pues tened por seguro que no me iré de esta tierra sin haber estado en él, a no ser que me surja algo muy importante.

La doncella le indica el camino de forma que no pueda equivocarse cuando vaya. Luego, se encomiendan a Dios; mientras, la dama mayor ha montado en un caballo que le han dado: se lleva a Guerrehet consigo y cabalgan sin detenerse hasta que llegan a una torre fuerte, aunque pequeña, que había en un terreno pantanoso. La dama llama a la puerta y salen ocho criados que les ayudan a desmontar. Entran y ven en el patio el caballo del traidor del que le había hablado la dama a Guerrehet:

—Señor —le dice—, ése es el caballo del desleal. ¿Qué puedo hacer?

—Señora, no temáis, estad tranquila y cumplid la promesa que hicisteis; entregadle vuestra hija. Os prometo lealmente que no se habrá alejado media legua cuando le saldré al encuentro; si no quiere dármele por las buenas, combatiré contra él, hasta que uno de los dos quede vencido.

—Señor, que Dios os dé una alegría como la que yo deseo tener.

—Si Dios quiere, así será.

A continuación, entran y se encuentran al caballero, completamente armado, que le dice a la dama nada más verla:

—Señora, he venido a que cumpláis la promesa que me hicisteis. Cumplidla ahora, según debéis.

—Buen señor —le dice Guerrehet—, ¿qué promesa es? Desearía que la recordarais, por favor.

El caballero responde con orgullo que no lo hará.

—Buen señor —dice la dama—, os juré sobre los Evangelios aún no hace un año, que os entregaría mi hija cuando vinierais a buscarla: voy a cumplir dándoosla ahora mismo. Pero antes de que os vayáis, os pido ante este caballero que aceptéis, por favor, esta torre y cuanto a ella pertenece, con tal de que me dejéis casar a mi hija donde quiera y pueda.

—¿Qué decís —le pregunta el caballero mirándola—, señora? ¿Pretendéis ponerme dificultades casando a vuestra hija? Soy más rico que vos y que ella, y más poderoso que toda vuestra familia. Si os agrada, me quedaré con ella y si no os agrada también: tened por seguro que por lo que habéis dicho recibirá más mal que bien.

—Noble señor, no os enfadéis, no lo he dicho por vuestro mal, sino porque la quiero tanto que no desearía que se separara nunca de mi lado.

Entra en su habitación y se encuentra a su hija, que se lamenta profundamente.

—¿Qué os ocurre, bella hija? ¿Por qué lloráis así?

—¿Por qué, desdichada de mí? ¿No debo lamentarme después de que me habéis criado hasta que he llegado a ser tan grande como soy y que he llegado a edad de casarme, y ahora voy a morir sin haberlo merecido y sin que nadie lo haya merecido por mí?

—Bella hija, estad tranquila, pues hay aquí un caballero, muy valiente a mi parecer, que está dispuesto a enfrentarse y vencer al desleal que os quiere llevar a la fuerza; por eso debéis estar tranquila.

—Señora, eso está por llegar y por eso tengo más miedo.

—De todas formas, quiero que os engalanéis lo mejor que podáis, pues cuanto más bella y elegante os vea el caballero, tanto más sentirá perderos: querría que se quedara sin vos y que muriera de dolor.

Para cumplir la voluntad de su señora, la doncella se arregla lo mejor que puede. Cuando ya se ha engalanado mejor que nadie, sale con su señora: estaba extraordinariamente hermosa. Al verla el caballero que había ido a buscarla, ya le tardaba hacerse con ella y llevársela.

—Mi doncella —le dice—, sed bienvenida. Decían verdad los que dieron la noticia, pues me parecéis más hermosa de lo que me dijeron, y me doy por bien pagado con vos. Encomendad a Dios a vuestra señora, que no quiero entretenerme más, pues ya os tengo.

—Señor caballero —le preguntó Guerrehet—, por Dios, ¿os la pensáis llevar así?

—¿Por qué la voy a dejar?

—Por mí, que la amo tanto que estoy dispuesto a combatir antes con vos.

—Poco me preocupáis provocándome a combatir. Por todos los santos, aunque fuerais tres caballeros como vos, me la llevaría.

—Ciertamente, señor vasallo, ya habéis hablado demasiado, y por lo que habéis dicho os aseguro que no os la llevaréis ahora a vuestra casa, por más fuerzas que tengáis. No os impediré que la saquéis de aquí, para salvar la promesa de la señora, pero apenas hayáis salido, haré lo posible para daros la muerte.

El otro le contesta que tiene en muy poco sus amenazas. Llama a la dama y le dice:

—Señora, cumplid con vuestra promesa.

La dama le responde que lo hará con mucho gusto, y le entrega su hija, diciéndole:

—Tomad la cosa que más quiero. Que Dios me envíe la alegría que espero.

El caballero la toma y le da las gracias. Ya estaba preparado el caballo para la joven, y la coloca en la silla; luego, monta en el suyo y se marcha llevándose a la doncella. Esta, al ver que es separada de su señora que la había criado con tanta dulzura y que se la lleva el caballero que —según cree— le dará la muerte, empieza a lamentarse; si va a disgusto, peor queda su madre, pues la quiere como madre a hija y siente tal compasión, que se arroja a los pies de Guerrehet, diciéndole:

—Noble caballero, id tras mi hija y traédmela; si podéis recuperarla frente al desleal, os la concedo para que hagáis con ella según vuestra voluntad.

—Señora, dejad de lamentaros —le contesta Guerrehet—, pues si Dios quiere, estaréis alegre y contenta esta misma noche.

Sale de allí y va tras el caballero que se llevaba a la doncella, alcanzándolo en la bajada de una colina:

—¡Señor caballero —le grita de lejos—, guardaos de mí, os reto!

El otro le responde que no le preocupa, vuelve hacia él la cabeza de su caballo y se dispone a justar. Se golpean con fuerza por la rapidez de los caballos y se derriban al suelo sin quebrar las lanzas, con los animales encima de sus cuerpos. Se ponen en pie, sacan las espadas y se dan grandes tajos. Guerrehet le alcanza de forma que le hace volar el puño con el que tenía sujeto el escudo. Al sentirse tullido, se da a la fuga, temiendo morir. Guerrehet le golpea de nuevo mientras huía: la cabeza le vuela y cae muerto. Luego, se dirige a la doncella y le dice:

—Doncella, ¿he hecho bastante?

—Señor, sí; que Dios os dé una alegría tan grande como la que me habéis producido al matarlo.

—Vayámonos y os entregaré a vuestra madre, que me ha suplicado mucho por vos.

—Señor, de vos depende hacerlo o dejarlo.

Guerrehet vuelve a montar, toma la lanza y el escudo, y reemprende el camino por el que había llegado. Entonces, contempla a la doncella y la ve tan hermosa que se admira, la requiere de amores y le ruega que se convierta en su amiga.

—Señor, ¿quién sois vos, que de amores me requerís? No sé si lo hacéis en broma.

Le contesta que es de la casa del rey Arturo, compañero de la Mesa Redonda y hermano de mi señor Galván.

—¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Guerrehet.

—Por Dios, he oído hablar bastante de vos y sé que sois buen caballero y que tenéis bella amiga, discreta y tan alta dama que no la dejaríais por mí; ahora sé que me lo habéis dicho para probarme.

Él le responde y le jura que no tiene ninguna amiga y que está dispuesto a amarla, si ella quiere.

—Sé que no hace ni un año teníais un amor en esta tierra.

—¿Quién era? Decídmelo.

Ella le nombra a la doncella de la Blanca Landa, y él le contesta que ciertamente la amó, pero que ya no la ama y que por eso le pide que sea su amiga.

—Si os concediera mi amor ahora, ¿qué seguridad podría tener de que no me dejaríais por otra?

—Haré lo que me pidáis.

—Señor, difícil es de creer que me seréis leal cuando habéis dejado a otra que es más hermosa y de mejor familia que yo: estoy muy contenta por lo que me habéis dicho, pues si no hubiera conocido la verdad, os hubiera dado mi amor, cometiendo una locura, pues apenas hubierais cumplido vuestra voluntad, me habríais dejado como habéis hecho con la otra, y me habría tenido por engañada.

—Todo lo que decís no vale nada. Tenéis que cumplir mi voluntad, pues estamos completamente solos y lejos de la gente.

—¿Cómo? ¿Me forzaréis?

—No, pero os ruego que lo hagáis de grado.

—Si quisiera, ¿qué pasaría?

—Que lo haría.

—¿Y si no quisiera?

—Que no lo haría.

—Entonces, ¿todo será según mi voluntad?

—Decís verdad.

—Contestadme ahora, ¿hay en el mundo alguna doncella a la que amaríais aunque pensarais que os odia y desprecia?

—No.

—¿Y desearíais hacer con ella como hombre con mujer, sólo por su belleza, aunque os odiara?

—Por Dios, no. En modo alguno la amaría, pues ella me odiaba.

—Por mi cabeza, entonces no me amaréis, porque os odio y desprecio pues habéis faltado al amor de aquella que os quería más que a sí misma, y no habrá quien os oiga contarle, que no os menosprecie al saber que estáis acostumbrado a engañar a las damas y a las doncellas de otras tierras. Bien sé que del mismo modo que me requerís hoy, requeriréis a otra mañana, si encontráis, y no conozco traición más pobre que la de engañar a las mujeres mediante la fácil conversación, pues no cuesta trabajo vencerlas. Me parece que obrando así lograréis más vergüenza que honra.

—¿Por eso me despreciáis?

—Así es.

—¿Y por qué me odiáis? Pensaba haber merecido más vuestro amor que vuestro odio.

—Por mi cabeza, os lo voy a decir. Hay en esta tierra un caballero que me ha amado con amor durante mucho tiempo; gracias a su valentía, le he concedido mi amor, sin que en ningún momento me haya tocado tan cerca como estáis vos ahora. Pero le he asegurado con promesas que sólo lo amaré a él, y que no habrá en el mundo ningún hombre por el que lo cambie, antes bien, que odiaría a todos los que me requirieran de amores, porque él busca mi honor y los demás mi vergüenza. Ya os he dicho por qué os odio y os desprecio. ¿Me afrentaréis ahora, haciendo lo que me pedíais?

—Doncella, ardía más por vos que por ninguna mujer que haya nacido; pero os habéis defendido tan bien con las palabras, que no os volveré a pedir nada que os pueda molestar: os aseguro que de todas las doncellas que conozco, ninguna me ha hablado con tanta lealtad como vos. Os ruego que me perdonéis el daño que os he causado con mis palabras.

La doncella lo hace de buena gana.

Cabalgaron hasta llegar a la casa de la doncella; cuando la señora ve venir a su hija sana y salva, corre a su encuentro y la besa más de cien veces, mientras llora de compasión por ella. Esta le pregunta:

—¿Qué ocurre, señora? No es a mí a quien debéis festejar, sino a este noble caballero, que ha hecho más por mí y por vos de lo que merecíamos, pues ha arriesgado el cuerpo por mí, sin haberme visto hasta hoy. Pensemos en servirle y honrarle, que no llegaremos a recompensarle el bien que nos ha hecho en esta jornada.

A continuación, salta del palafrén en el que iba y corre al estribo de Guerrehet, que dice que no desmontará en modo alguno, pues aún no es hora de albergarse y que falta mucho; además tiene tanto que hacer, que no puede entretenerse más y que se marchará encomendándolas a Dios. La doncella lo sujeta por el freno y le dice que no rehúse por nada, pues tendrá que quedarse a la fuerza, quiera o no.

—Entonces —contesta—, me iré cuando vos lo deseéis.

La doncella así lo concede. Guerrehet desmonta y entra en la casa a descansar, pues hacía mucho calor. Acuden a desarmarle, pero dice que por ahora sólo se quitará el yelmo, porque quiere irse a la hora de vísperas.

—¿Qué haréis? —le pregunta la dama—. Así me ayude Dios, preferiría haber perdido la mitad de mi tierra a que vos os marcharais hoy de aquí.

—Señora, me he quedado a condición de irme cuando me apetezca y mi voluntad es la de marcharme a la hora de vísperas, pues debéis tener por seguro que no pasaré esta noche en ningún hostel si no es en el de la joven dama de la que nos separamos en la fuente no hace mucho.

—Ciertamente no os aconsejo que os marchéis a su albergue, pues su señor es traidor y cruel y posiblemente os mataría pronto si viera que hacéis en su casa algo que no le guste.

—Señora, por nada dejaré de ir.

—Por mi fe, lo siento, pero ya que vuestra voluntad es ésa, no me queda más remedio que aceptarlo; que Dios os conceda que regreséis con honor y alegría.

A continuación, ordena a los de allí que preparen la comida, pues quiere que el caballero coma antes de marcharse. Cumplen sus órdenes tan pronto, que antes de la hora de vísperas estaba todo dispuesto, tal como ella había mandado. Tras poner las mesas, dieron agua al caballero para que se lavara, y comieron a gusto. Luego, jugaron un buen rato y se divertieron; Guerrehet le contó a la dama el requerimiento que le había hecho a su hija y cómo le contestó ella, con lo que la dama tuvo una gran alegría y le dijo a Guerrehet:

—Señor, no debe extrañar que sea discreta, pues en ello no se desvía de su linaje, ya que fue engendrada por el caballero más prudente que se ha conocido.

Al cabo de un rato, Guerrehet pidió sus armas y se las dieron; cuando ya se había preparado y estaba montado a caballo, encomendó a la dama y a la doncella a Dios, y ellas le ruegan que regrese a verlas por lo menos una vez antes de marcharse de aquella tierra; les responde que si la aventura lo lleva hacia allí, no dejará de hacerlo.

Después, se marcha y cabalga a lo largo del camino que le había indicado la más joven de las tres; no se detiene y ya es bien pasada la hora de vísperas. Entonces ve en un valle, delante, un castillo pequeño muy fuerte y bien situado, rodeado por murallas almenadas; por las indicaciones que le había dado la doncella, supo que era éste el lugar que iba buscando; se dirige hacia allí a galope tendido; encuentra en un puente a la señora del lugar que había ido a esperarle por si lo veía venir de alguna parte. Al verlo, lo reconoce sin dificultad y corre a su encuentro para ayudarle a descabalar. Ya sabía quién era, pues la dama en cuya casa había comido Guerrehet le envió un mensajero diciéndole de dónde era y cómo había puesto fin a sus dificultades. La dama lo sujeta por el freno y le dice:

—Señor, daos preso; tenéis que desmontar y guardar prisión hoy.

Le contesta que está dispuesto a meterse en su prisión, y descabala.

La dama llama a los criados: uno sujeta al caballo y lo lleva al establo y otro toma el escudo. La dama le da la mano y lo lleva al salón principal, donde lo hace desarmar y le da un vestido ligero por el calor que hacía; luego, hace que se siente en la hierba verde para refrescarse; lo mira con gusto por el valor que la vieja dama le había dicho que tenía; y lo sienta a su lado. No tardó mucho en llegar el señor, que venía del bosque en el que había estado durante todo el día; al entrar y ver al huésped que era tan hermoso, se enfadó por su llegada, pero no se atrevió a mostrarlo, pues era un caballero de tierra lejana; si supiera algún motivo razonable por el que pudiera echarlo, no dejaría de hacerlo por poco que pudiera, pues siente gran miedo de que haya venido por su mujer. Pero como teme que se dé cuenta, se dirige a él y le da la bienvenida. Guerrehet le contesta que Dios le dé buena ventura; luego, le pregunta a la dama si es el señor del lugar y ella le contesta:

—Sí.

—Ciertamente, señora, no sorprende que le temáis, pues nunca vi a nadie que pareciera tan traidor como él.

Mientras hablaban de este modo, se acercó un criado a la dama y le dijo:

—Señora, ahí fuera hay un caballero que pregunta si puede ser alojado.

—Sí, ve y tráelo antes de que lo sepa mi señor, pues si sale de su habitación antes de que haya descabalgado, no querrá darle albergue, pues ya hay un caballero aquí.

El criado se dirige al que estaba esperando fuera y le responde que tiene albergue; el otro entra y acuden los criados para desarmarlo. Cuando llega al salón, Guerrehet lo mira y reconoce a Saigremor el Desmesurado; corre a él dándole la bienvenida, y Saigremor le echa los brazos al cuello diciéndole:

—Señor, ¿qué aventura os trajo aquí?

Le contesta que acaba de llegar, y, entonces, la dama le pregunta a Guerrehet:

—Señor, ¿quién es este caballero?

—Por Dios, es uno de los caballeros de la casa del rey Arturo, mi tío, y compañero de la Mesa Redonda; es uno de los buenos caballeros que conozco.

La dama le entrega entonces una cota y un manto de blanco jamete y le pide que se los vista. Después de desarmarse y de lavarse el cuerpo y el rostro, estaba extraordinariamente hermoso y bello. En ese momento salió de su habitación el señor del lugar y le preguntó a un criado cuándo había llegado el otro caballero.

—Señor, hace un momento, cuando entrasteis ahí dentro.

Se acerca y les pregunta de dónde son, a lo que le contestan que son de la casa del rey Arturo. Al oír esto, siente miedo de que su mujer los haya hecho venir para matarlo; vuelve a entrar en su habitación y llama a un hermano suyo y a dos criados que eran sobrinos suyos también y les dice en secreto:

—Por mi fe, no sé qué intenta hacer mi mujer, que ha llamado a esos caballeros sin permiso mío; quizás quiere que me maten cuando esté acostado; si no pensara en algo malo, tampoco pienso yo nada bueno. Aconsejadme qué debemos hacer si intenta cometer alguna violencia contra mí.

—Os diré —le responde su hermano—, qué se puede hacer. Aquí hay bastantes servidores buenos y fuertes; haremos que se armen y que estén en silencio en una de las habitaciones; si los caballeros intentan emprender alguna afrenta, morirán de inmediato.

—Por mi cabeza, ese consejo es leal y haremos lo que habéis dicho.

A continuación, llama a diez servidores y ordena que se oculten en una habitación, mandándoles que si ven a los caballeros que se ponen en marcha para cometer algún agravio, que les ataquen y los despedacen, «los encontraréis desarmados y no podían resistiros nada». Los servidores le contestan que esté tranquilo, pues les darán muerte apenas se muevan.

De este modo el señor dispone a su mesnada; mientras, uno de los criados que había oído el consejo se dirige a su señora, a la que amaba mucho, y le cuenta todo según había ocurrido, «y tened por seguro, señora, que los caballeros no podrán irse de aquí sin recibir la muerte».

—Por Dios —dice la dama—, si es cierto lo que me has contado, nunca se preparó tan gran traición.

—Por mi fe, reventadme los ojos si no es cierto.

—Todo será en vano, pues protegeré a los dos nobles caballeros de tal forma que no deben temer recibir la muerte.

Se dirige la dama a los dos y les cuenta los planes de su señor, «os aconsejo que procuréis que no os encuentre desarmados, pues si no, podríais morir». Le contestan que si Dios quiere no recibirán la muerte a traición.

—Os voy a decir —añade Guerrehet dirigiéndose a Saigremor—, qué haremos. No hace mucho que he comido, por lo que no comeré nada más hoy, y fingiré que estoy enfermo, retirándome a la habitación en la que están nuestras armas; tan pronto como os hayáis sentado a la mesa, tomaré mis armas y si oigo que me necesitáis, acudiré de inmediato y me enfrentaré con ellos hasta que vos os hayáis armado. Si estuviéramos armados, no podrían resistirnos mucho, ni aunque fueran el doble de los que son.

Guerrehet se retira a la habitación para acostarse, fingiendo estar enfermo. Saigremor se queda con la dama; el señor, al no ver a uno de los caballeros, le pregunta a la dama que a dónde ha ido.

—Señor, está enfermo y ha ido a acostarse.

El señor guarda silencio y no pregunta nada más, pues no le importaba mucho si no comía; ordena que pongan las mesas porque ya es hora y así lo hacen; van a lavarse y se sientan. Como el señor no quería que Saigremor lo tuviera por villano en todo, no permitió que su mujer se sentara con el resto de la mesnada, sino que hizo que tomara asiento junto a Saigremor: lo hacía porque quería tener motivos para recriminar a la dama. Fueron bien servidos de comida y bebida. Al llegar al tercer plato, entró una doncella que llevaba dos diademas de rosas que había hecho en un jardín. La dama se las pide y ella se las da; la dama se pone una en la cabeza y le entrega la otra a Saigremor. Al ver esto el señor, levanta la mano y le da tan gran bofetada que la hace caer al suelo, mientras le dice:

—Putá, ésa es la recompensa que merecéis por las afrentas que cometéis en mi propia casa. Habéis sido demasiado atrevida al cometer vuestra falta en mi propia presencia.

—Señor —le contesta Saigremor—, mal habéis obrado golpeando a esta dama de tal forma y sin motivo.

—Por mi fe, lo hice a despecho vuestro.

—Por Dios, malvado sería si no la vengara de la bofetada que ha recibido por mi

culpa.

Le lanza el puño, que tenía grueso y cuadrado, y golpea a su huésped en la mejilla con tal fuerza que lo derriba aturdido junto a la mesa.

Se produjo entonces un gran tumulto allí porque el señor había sido golpeado; salieron, con las espadas desenvainadas, para matar a Saigremor. Guerrehet, que esperaba completamente armado, acude a ayudarlo, con un hacha fuerte y grande en las manos; golpea al primero que encuentra de tal forma que lo parte hasta los dientes; luego, corre al señor que se levantaba como podía, pues estaba aturdido; le da tal golpe con el hacha que llevaba, que hace que la cabeza le vuele al suelo. Cuando los demás lo ven, le atacan dándole grandes golpes donde pueden alcanzarlo y él se defiende con rapidez, hasta que Saigremor se arma y viene en su ayuda. Cuando ya están juntos, combaten tan bien que los del lugar son derrotados y huyen sangrando, heridos y medio muertos; en la habitación recibieron la muerte el hermano del señor y sus dos sobrinos.

Después, la dama convocó de inmediato a sus parientes, mediante un criado, para que se le presentaran y así lo hicieron. Al ver cómo han ido las cosas, están alegres y contentos, pues odiaban mucho al caballero y amaban a la dama como a familiar suya y como mujer agradable y cortés. Recogen el cuerpo del señor y lo colocan sobre unas grandes parihuelas cubiertas de tela de seda adornada con rosas, lo llevan al gran salón y allí lo velan durante toda la noche. Pero la dama no toleró que sus huéspedes lo velaran, sino que los hizo acostar. Por la mañana, cuando ya estaban armados, se despidieron de ella, y ella les rogó que regresaran por allí si alguna vez la aventura los llevaba por aquella parte, a lo que le contestaron que así lo harían.

Se marcharon y emprendieron el camino. Guerrehet le preguntó a Saigremor si había tenido noticias de lo que buscaban.

—En absoluto.

—Que Dios nos lleve a un lugar donde tengamos noticias ciertas.

—Que Dios lo haga.

Toman un sendero y deciden no separarse hasta que hayan encontrado alguna aventura; cabalgan hasta casi la hora de nona. Salen del bosque y miran por delante, donde ven doce pabellones todos iguales, plantados en un prado; de cada uno de ellos colgaban cuatro escudos y había diez lanzas.

—Por mi cabeza, Guerrehet —dice Saigremor—, tendremos que combatir. No nos iremos de aquí sin romper alguna lanza.

Guerrehet le contesta que si hay que hacerlo, lo hará, de forma que nadie podrá recriminarle. No tardó mucho en salir hacia ellos un enano que les dijo:

—Señores, tenéis que combatir. Elegid quién de los dos irá primero.

Guerrehet dice que será él.

—Esperad, pues.

Después de decirles esto, el enano regresa a los pabellones y entra en uno de ellos. Al momento sale un caballero armado y galopa hacia Guerrehet, quebrando la lanza, mientras que Guerrehet lo derriba al suelo. A continuación salen de los pabellones más de cuarenta caballeros y empiezan a abuchear al que había caído; el enano se acerca a Guerrehet y le dice:

—Señor, ahora os podéis ir tranquilo, pues lo habéis hecho bien; pero vuestro compañero tiene que combatir.

Saigremor le contesta que está dispuesto y que no es necesario esperar más.

Avanza un caballero dispuesto a combatir y Saigremor galopa hacia él, que hace lo mismo. El caballero rompe la lanza y Saigremor lo golpea con tanta fuerza que ni el escudo ni la cota de malla pueden impedir que le meta en el pecho la punta de la lanza; lo derriba al suelo por encima de la grupa del caballo y, al caer, rompe la lanza, quedándole el hierro en el pecho. El abucheo es entonces mucho mayor que antes y el enano le dice a Saigremor:

—Señor, os podéis ir también, pues no debéis preocuparos todavía por ninguno de los que hay aquí.

Saigremor le contesta que se irá, «pero no he ganado nada con este combate, pues he perdido mi lanza».

El enano le contesta que le dará otra; va a buscarla y se la entrega; luego, le pide que le diga quién es y cómo se llama, a lo que le contesta que es de la casa del rey Arturo y tiene por nombre Saigremor el Desmesurado.

—Dime ahora, por Dios, de quién son estos pabellones y por qué están plantados aquí.

—Son del conde Guinás, que es señor del Castillo —le indica un castillo a lo lejos—, y los ha hecho plantar aquí porque mi señor Galván está en esta tierra con once compañeros y buscan no sé qué aventura; a mi señor el conde le han descrito las armas de mi señor Galván de forma tan correcta que si lo trae aquí la aventura, lo reconoceremos sin dificultad. Mi señor es muy buen caballero y tiene grandes deseos de probarse frente a él: por eso ha mandado poner aquí sus pabellones.

A continuación, Saigremor vuelve junto a Guerrehet que estaba esperándole más allá de los pabellones y reemprenden juntos el camino, cabalgando hasta bien entrada la tarde. Llegan entonces a un valle y encuentran a una doncella bastante hermosa y joven, que cabalgaba sobre un pequeño palafrén. Cuando se encuentra cerca de ellos, los saluda y ellos le devuelven el saludo.

—Señores, ¿de dónde sois?

Los dos caballeros le contestan.

—Por Dios —dice la doncella—, estoy muy contenta, pues pienso que me aconsejaréis muy bien.

—¿En qué?

—Iba a buscar a un hermano mío que según me han dicho está en esa búsqueda.

—¿Cómo se llama, doncella? —pregunta Guerrehet.

—Se llama Aglován.

—Desde antes de ayer no lo he vuelto a ver y no he oído hablar de nadie que lo viera desde que nos dejó; pero por amor a él quiero que me toméis como caballero vuestro en cualquier lugar en que creáis que os pueda ser útil.

La doncella se lo agradece; Saigremor añade:

—Doncella si queréis a alguno de nosotros dos no me rechazéis y obraréis como mujer prudente, pues mejor podréis realizar vuestra voluntad conmigo que con este compañero mío que es demasiado noble. Yo soy un caballero pobre, de baja cuna, y os serviré más de grado que él; llevadme con vos si es que lo necesitáis.

La doncella le contesta que así lo hará, y le agradece mucho el que se haya ofrecido de forma tan afable para ponerse a su servicio; toma un sendero estrecho y encomiendan a Guerrehet a Dios. Este le dice que tenga buen camino con su acompañamiento y emprende la marcha solo, cabalgando a la entrada de unas brozas, cuando ya empezaba a anochecer.

La luna había salido y Guerrehet contempló los alrededores por si veía alguna casa en la que pudiera alojarse, pues no tenía ningún deseo de dormir fuera, porque no había comido en todo el día y porque no quería meterse en las brozas, temiendo no encontrar alojamiento y pensando que si se metía no podría salir nunca, porque había sin duda muchos caminos en los que se perdería a tal hora.

A lo lejos ve, según le parece, pabellones en los que ardían velas. Se dirige hacia allí pensando encontrar a alguna gente; al llegar ve que son cuatro pabellones. Desmonta y ata su caballo a una estaca; se quita el escudo del cuello y entra en el pabellón, en el que encuentra preparada la mesa con abundantes manjares en ella; a otro lado había avena para más de seis caballos. Cuando ve que ha encontrado lo que necesitaba tanto para él como para su caballo, lo considera don de Dios. Le quita el freno y la silla al caballo y le da abundante avena; luego pasa por los otros pabellones a ver quién hay: en el primero encuentra cuatro ricos cofres hermosos y un enano que estaba dormido sobre una cama; en otro halla a dos doncellas que duermen en una alfombra, y delante de ellas había dos velas encendidas. Abandona este pabellón y se dirige al otro, en el que encuentra a una doncella acostada completamente desnuda con su amigo. Contempla durante un buen rato a la doncella, que le parece muy hermosa, y no se da cuenta en ningún momento que su amigo estaba acostado con ella, aunque lo podría haber visto sin dificultad, pero la almohada le había caído sobre el rostro y por eso no lo vio. Regresa al lugar en el que había dejado su caballo, se quita el yelmo y la cota de malla y enciende dos grandes cirios encima de una mesa; luego se lava las manos y se sienta a cenar. Come bien, pues lo necesitaba mucho; después de haber comido y bebido en abundancia, le entran ganas de dormir. Piensa en ir a acostarse con la

doncella que estaba sola, pues no lo haría con las dos ni con el enano, y necesita dormir. Toma las armas y las lleva consigo, dejando a su caballo, que está comiendo la avena; se descalza y desnuda, colocando la espada a la cabecera; levanta la colcha, después de apagar las velas, para que la claridad no le molestara, y se acuesta. La doncella no se dio cuenta de que el caballero se había acostado a su lado; cuando ya está dentro de la cama, la joven, que estaba dormida, lo siente a su lado y piensa que es su amigo, pues en ningún momento se dio cuenta de lo ocurrido: le echa los brazos al cuello y éste empieza a besarla, haciendo con ella según su voluntad, sin que opusiera resistencia; los dos juntos vuelven a dormirse.

Al cabo de un rato se despertó el caballero que con ellos estaba en la cama y que era el marido de la doncella; toca a su mujer, que estaba a su lado, y le echa la mano por encima, encontrándose con Guerrehet, que la tenía abrazada. Siente entonces tal pesar que cree que va a perder el sentido, se pone en pie y sujeta a Guerrehet con las dos manos por las sienes, sacándolo de la cama, de forma que por poco no le rompe el cuello, y cogiendo a la doncella por las trenzas, le dice que en mala hora había llevado a su amante a dormir allí, pues va a vengarse de inmediato. La doncella grita, diciendo:

—Noble hombre, ¿de qué me acusáis?

No sabía cómo había ocurrido todo. Las dos doncellas y el enano, que habían acudido a los gritos, traían tres cirios encendidos y se encontraron con la doncella completamente desnuda. Guerrehet se puso en pie y tomó la espada que estaba a la cabecera, golpeando al caballero que tenía sujeta por las trenzas a la doncella: estaba muy enfadado por la afrenta que ésta había recibido por su culpa, porque estaba desnudo a su lado; golpeó con tal fuerza al caballero, que lo partió en dos mitades entre los hombros y las caderas, haciéndolo caer muerto.

Comienza entonces la doncella a mostrar el mayor dolor del mundo, desmayándose sobre él con frecuencia y a menudo, y lo mismo hacen el enano y las otras dos doncellas.

—Señor caballero —le dice el enano—, mal habéis obrado.

—Señor caballero —le dice la dama—, me habéis traicionado ante Dios y ante el mundo, pues le habéis dado muerte de tal forma a mi señor. Decidme por qué habéis venido tan pronto aquí a quitarme la alegría del mundo y de los cielos, matándome a mi señor, y habéis hecho que rompa la santa ley que Nuestro Señor mandó guardar a los casados y que es la alegría del cielo. Todo este daño me habéis causado.

A continuación vuelve a lamentarse, besa al caballero ensangrentado y se queja por su valor y su virtud. Las doncellas le dan su camisa, que no se había acordado de ponerse y aún estaba completamente desnuda. Guerrehet se viste y calza y consuela a la doncella, que estaba lamentándose tanto que había perdido la razón.

Por la mañana el cuerpo fue enterrado y sepultado cerca de allí en una abadía de monjes blancos. Después de que recibiera tierra y de que terminara el oficio, Guerrehet

se dirigió a la doncella y le pidió que montara, que se iría con él. Ésta le respondió que en modo alguno se iría con el que había dado muerte a su señor, si Dios quería.

—Señora —le responde Guerrehet—, de nada vale negar, pues os amo demasiado y no podría privarme de vos ni aunque lo intentara lo más posible: os ruego que no os pese, pues la fuerza del amor me impulsó a hacerlo.

—Buen señor, si me voy con vos, ¿a dónde me llevaréis?

—No sé bien a dónde, si no adonde la aventura nos lleve, pues voy buscando a quien me dé noticias de mi señor Lanzarote del Lago.

—¿Sois, pues, caballero andante de la casa del rey Arturo?

—Señora, sí.

—¿Cómo os llamáis?

Él le dice su nombre.

—Por mi fe, ahora os conozco: sois hermano de mi señor Galván.

—Es cierto.

—Os ruego, pues, por la fe que me debéis, que me dejéis ir por donde yo quiera.

Le contesta que no lo hará de ninguna manera.

—Entonces tendréis que llevarme a la fuerza, pues de grado no iré: sabed que tendréis algún daño antes de que haya pasado esta semana.

—No me importa nada de lo que digáis; montad en el caballo.

La dama le contesta que montará porque tiene que hacerlo; luego llama al enano y le hace prometer que hará lo que ella misma le va a decir.

Monta entonces la dama y el enano quita los pabellones; Guerrehet cabalga alegre y contento, detrás de la dama que le parecía muy hermosa, y así era; de este modo cabalgan hasta cerca de mediodía. Llegaron entonces a la entrada de un bosque y vieron bajo un olmo a un caballero armado que guardaba el paso. Cuando vio a la doncella que iba llorando, le preguntó qué le ocurría.

—¿Qué me pasa? Dios, este caballero me lleva a la fuerza y a pesar mío, y anoche mató a mi señor.

—Por mi cabeza, os dejaré aquí, pues ya os ha llevado demasiado tiempo; maldito sea yo si no paga caro todo lo que ha hecho.

Toma el escudo y la lanza y desafía a Guerrehet, golpeándole con tanta fuerza que la lanza vuela en pedazos. Guerrehet no le perdona nada y le mete la lanza en el pecho, derribándolo al suelo, tan herido que se desmaya por el dolor que siente, y no debe extrañar, pues está herido de muerte. Guerrehet pasa de largo y no vuelve a mirarlo.

Durmieron aquella noche en casa de un guardabosques, que les dio muy buen alojamiento; se acostaron en una cama Guerrehet y la doncella, mal que le pesara. Por la mañana se levantaron temprano y emprendieron el camino tal como habían hecho el día anterior y cabalgaron hasta la hora de prima. Cuando iban subiendo una colina, la dama vio venir a cuatro caballeros armados; se los mostró a Guerrehet y le dijo:

—¿Veis aquellos caballeros que vienen?

—Sí. ¿Quiénes son?

—Por Dios, los cuatro son hermanos míos: me tendréis que entregar de grado o a la fuerza, pues si no lo hacéis os matarán.

Él le contesta que mientras esté vivo no la dejará por miedo a la muerte.

—Y si vienen a buscaros es seguro que en todo el día de hoy no podrán llevaros a la fuerza, ni podrán hacerlo mientras os vea delante de mí; sabed que si estuviera desnudo, el amor que siento por vos me serviría de escudo.

Dirige su caballo hacia ellos, que le gritan que se dé por muerto. Corre contra el primero, que rompe su lanza, mientras que Guerrehet le mete la cortante punta en el cuerpo y le empuja como caballero valiente y fuerte: lo derriba, desmayado, y recupera la lanza, que no se ha roto, dirigiéndose contra otro que acudía a vengar a su hermano. De nuevo su contrario rompe la lanza y Guerrehet le golpea con el cuerpo y con el caballo, haciéndole volar al suelo. Los otros dos quiebran las lanzas en Guerrehet, pero no consiguen moverlo de la silla. Desenvaina la espada y vuelve a ellos, golpeando a uno de tal modo que le corta el brazo derecho, y al sentirse malherido, huye valle abajo. Cuando el otro se encuentra solo frente a Guerrehet se da cuenta de que no podrá resistir con facilidad: le entrega su espada y le pide misericordia, dándose por vencido. La dama se acerca a Guerrehet y le dice:

—Señor, ya que me habéis privado de tres de mis hermanos, no me afrentéis completamente: dejadme al menos a éste, que me servirá de consuelo por todos los demás.

—¿Así lo queréis?

—Sí, por favor.

—Lo haré si me otorgáis vuestro amor y vuestra compañía de grado.

—Cumpliré esas condiciones y después de dejaros no mantendré la compañía de ningún hombre.

La dama se dirige a sus hermanos que estaban en el suelo y encuentra malherido al primero que había sido derribado, mientras que el otro estaba aturdido; éste se levantó y desenvainó la espada para atacar a Guerrehet, pero los hermanos le dijeron que habían acordado la paz. Después, empezaron a cortar arbustos de los que había en el valle y construyeron un pabellón algo alejado del camino, donde acostaron a los hermanos que estaban heridos, para que no sufrieran cabalgando; luego les trajeron un médico que vivía en la misma montaña. Cuando vio la herida le dijo que no tenía que temer el morir y que quedaría sano y salvo antes de ocho semanas. El caballero le promete recompensarlo con abundancia si lo hace así.

A continuación Guerrehet y la dama reemprenden el camino, cabalgando durante todo el día sin beber ni comer. A la hora de vísperas llegaron a una abadía de monjas blancas; Guerrehet descabalgó, porque ya era tarde, y fueron acogidos de buena gana;

recibieron buen alojamiento aquella noche, bien provisto de todo lo que tenían allí. Por la mañana, antes de que Guerrehet hubiera oído misa, la dama, que había estado con él por la noche, se dirigió a la abadesa y le contó todo lo ocurrido con su señor, que había recibido la muerte, y con sus hermanos, que habían sido heridos; luego le dijo que el caballero la llevaba a su pesar.

—Mi dulce amiga —le contesta la abadesa—, ¿qué queréis que haga? No sé cómo resolverlo, a no ser que abandonéis el siglo y os quedéis con nos. Estoy segura de que el caballero no sería tan atrevido como para sacaros de aquí y así quedaríais libre de él.

La dama se le echa a los pies y le dice que no le pide otra cosa, sino que la admita en religión.

—Por mi fe —le contesta—, es grande el esfuerzo si no se tiene deseo de obrar de acuerdo con la religión; pero quien sirve de todo corazón, no se siente cansado por los trabajos, sino que cada vez le agradan más. Si yo pensara que os agradarían, ahora mismo haría que os trajeran los hábitos, de forma que seríais de nuestra orden antes de que el caballero hubiera oído misa.

La dama le contesta que nada le agradaría tanto como serlo, pues odia el siglo.

—Sea así —le contesta la abadesa— por Dios, pues yo no pondré más trabas a ese deseo.

A continuación la abadesa ordena que traigan hábitos nuevos y se cumplen sus órdenes: le cortan las trenzas a la bella dama y le visten los hábitos, que recibe con gran dulzura; la abadesa la lleva de la mano a la iglesia y empiezan las alabanzas a Nuestro Señor; la recibieron en compañía de todos los bienes de allí y todas las monjas se alegraron mucho con su llegada, y tenían razón para hacerlo, pues gracias a ella aquel lugar fue muy elevado después, ya que era mujer santa y religiosa, tal como la historia contará en varios lugares.

Cuando Guerrehet oyó misa, salió del monasterio y se dirigió a la habitación en la que había pasado la noche con la doncella. Al no encontrarla, pregunta dónde está a los que había allí, que no se atreven a reconocer la verdad. Entonces se dirige la abadesa a él y le pregunta a qué espera, a lo que le contesta que está esperando a la que había llevado consigo.

—Señor, si no esperáis más que eso, os aconsejo que os marchéis, pues no os la llevaréis de aquí.

—¿Por qué?

—Porque nunca volverá a tener compañía de ningún hombre, como con vos.

Luego lo acompaña hasta la reja del claustro y le señala a la que estaba sentada junto con las demás monjas; Guerrehet siente tal dolor que no puede más y dice:

—¿Qué es eso, señora? ¿Así es?

—Sí, señor; gracias a Dios que me ha dado tal deseo, pues yendo con vos no podía recibir más que afrontas: no soy de origen tan bajo como para ir de soldadera.

—Ciertamente, no parecéis de alto linaje.

—Aunque no lo parezca, lo soy, pues mi padre era rey y mi madre reina; y en mi familia hay mejores caballeros que en la vuestra.

—¿Quiénes son? Decidme al menos uno.

—Por mi fe, bien os lo puedo nombrar: mi señor Lanzarote del Lago, Boores el Desterrado y su hermano Lionel; los tres son primos casi hermanos míos, y si Dios los trajera por aquí y yo pudiera hablar con ellos, haría que os agradecieran la afrenta que me habéis hecho. De otra forma no podía librarme de vos: me resulta muy agradable que las monjas de aquí me hayan aceptado, pues preferiría que se me hubiera cortado la cabeza antes que permanecer en la villanía en la que me habíais situado.

Cuando Guerrehet ve que no podrá obtener nada más se arma y monta, marchándose de allí y cabalgando durante todo el día y el día siguiente en busca de noticias de Lanzarote, pero no encuentra a nadie que se las pueda dar. De ese modo cabalgó más de un mes sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada, avanzando unos días y retrocediendo otros, hasta que un lunes por la mañana llegó a la Colina de los Cautivos. Al llegar al pie vio el cartel que Sornehan había mandado colocar y empezó a sonreírse, diciendo que si su camino le había llevado no iba a dejarlo por un solo caballero, y que Dios le ayudara. Toma la senda de la colina y no tarda en oír un cuerno de caza. Mira y ve al enano que lo había tocado; lo saluda y le pregunta por qué había hecho sonar el cuerno de caza.

—Señor, porque quiero que mi señor, el caballero de la colina, sepa que habéis venido y que esté preparado antes de que lleguéis arriba.

—Dime, ¿hace mucho tiempo que está ese cartel ahí donde lo he visto?

—No —le contesta el enano—, no hace ni quince días.

A continuación se separaron los dos; el enano se quedó y Guerrehet cabalga hasta que llega a lo alto de la colina y ve a Sorneham completamente armado y montado a caballo. No se saludan, sino que se alcanzan con tales golpes que las cotas de mallas se rompen y ceden, y las puntas de las lanzas les entran en las tiernas carnes: se hubieran matado, pero las lanzas se quebraron y se derribaron al suelo tan heridos que ambos necesitan médico. El caballero de la colina no estaba gravemente herido, pero Guerrehet había sido alcanzado en el hombro, de forma que la punta de la lanza le había quedado dentro con parte del asta, y al caer se desmaya tres veces. Sorneham se levantó rápidamente, pues no sentía daño, desenvainó la espada y corrió hacia Guerrehet, que yace desmayado en el suelo: le corta los lazos del yelmo y le desarma la cabeza, tratándolo de tal forma que no puede decir ni una palabra, sino que permanece desvanecido como si estuviera muerto. Sorneham, que se da cuenta de que sería una gran maldad matarlo, llama a su mesnada y ordena que lo desarmen; luego hace llamar a su médico y le pregunta si el caballero podrá sanar. Le mira la herida, la encuentra fea y horrible, y a pesar de todo le quita la punta de la lanza y el asta. Sorneham le ruega

que lo cure si puede, «pues sé que es muy buen caballero y por eso sería una gran lástima que muriera por falta de ayuda». El médico le contesta que no morirá por falta de ayuda, sino que hará —según dice— todo lo que pueda para curarle, de modo que lo devolverá completamente sano antes de un mes, según cree.

Hace que lo lleven de inmediato prisionero a su torre y dice que hará que tenga todo lo que necesite. Después de que el médico miró lo mejor que pudo sus heridas, Guerrehet fue encerrado en la prisión con su hermano Agravaín, pero estaba tan dolorido que no podía hablar; Agravaín no lo reconoció, porque no se veía claro en la prisión. Por la mañana, cuando el médico le hizo la cura en las heridas y se marchó, Guerrehet abrió los ojos y dijo llorando:

—Buen Señor Dios, ¿dónde estoy?

—Buen señor —le contesta Agravaín—, estáis prisionero, pero por Dios, no sé dónde ni en qué lugar. ¿De dónde sois?

Él le contesta que es de la casa del rey Arturo y que se llama Guerrehet; Agravaín, al oírlo, comienza a llorar, diciendo:

—Buen hermano, ¿sois vos?

—¿Quién sois vos que me llamáis hermano?

—Soy Agravaín, que llevo prisionero más de siete semanas.

A continuación le cuenta cómo había sido hecho prisionero y herido, «y hubiera muerto de no ser por la sobrina del señor de este lugar, que vino a curarme desde el primer día y sólo ella me dio socorro».

Comienzan entonces a llorar de pena, pues pensaban que nunca saldrían de la cárcel. Mientras se lamentaban de este modo oyeron abrir la puerta.

—Señor —dijo Agravaín—, aquí viene mi doncella, la que me ha hecho tanto bien. Agradecédselo antes de que se marche.

Guerrehet le contesta que así lo hará. Entonces llega ante ellos la joven, que era cortés y prudente; Agravaín se levanta en su presencia y le da la bienvenida. Guerrehet hace lo mismo cuando puede hablar, agradeciéndole mucho los bienes que le ha hecho a su hermano; cuando lo reconoce, le muestra la mayor alegría del mundo, diciéndole:

—Señor, tened por seguro que todos los bienes que ha recibido aquí los he hecho por amor a vos, pues vos me prestasteis un buen servicio no hace mucho tiempo: fue cuando yo iba a la corte del rey Arturo, vuestro tío, no hace más de un año; un caballero me prendió en el bosque de Carlión y me llevaba a pesar mío, cuando vos me rescatasteis por vuestro propio valor y combatisteis hasta que el caballero resultó herido: así me liberasteis de una gran afrenta, por eso he ayudado a vuestro hermano todo lo que he podido y os ayudaré a vos mientras pueda. No os desconsoléis, pues debéis saber que si estuvierais curado me esforzaría en sacaros fuera; ni por miedo a mi tío dejaré de hacerlo y os prometo que, mientras estéis aquí, tendréis todos los bienes que puede tener un caballero prisionero.

Guerrehet se lo agradece. De esta forma los dos hermanos reciben socorro, en su situación y se encuentran muy a gusto por la bebida y la comida; si la prisión no les molestara, tendrían todo lo que un caballero puede desear.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos, pues volverá a hacerlo cuando sea necesario, y se ocupa de Gueheriet y de sus aventuras.

CXLIII

Cuenta ahora la historia que cuando Guerrehet se separó de mi señor Galván, su hermano, y de los otros compañeros, cabalgó durante mucho tiempo solo, hasta que llegó a la hora de vísperas a un bosque que llamaban los de aquella tierra habitualmente La Arboleda. Se disponía a entrar en él cuando se encontró con una doncella montada en un palafrén, la saludó y ella le devolvió el saludo.

—Señor —le pregunta la doncella—, ¿quién sois?

Gueheriet le contesta que es de la casa del rey Arturo.

—Entonces —continúa la doncella—, sabréis darme razón de lo que os voy a preguntar.

Él dice que qué desea.

—Voy buscando a mi señor Lanzarote del Lago.

—Por Dios, no sé nada de él, pero se dice que ha muerto; para saber la verdad nos hemos puesto en marcha más de diez caballeros de la corte, que vamos buscándolo.

—Que Dios lo proteja de la muerte sobre todos los demás del mundo, pues sería una gran lástima que muriera.

A continuación, la doncella reemprende el camino por el que había llegado y Gueheriet sigue cabalgando a su lado, mientras le pregunta que por qué busca a Lanzarote.

—Señor, porque si lo encontrara me haría justicia frente a un vecino mío, que a la fuerza ha vuelto a privarme de mis posesiones.

—Doncella, sin duda lo haría; pero decidme por qué os ha privado de vuestras tierras.

—Con mucho gusto. El conde de Valigués, señor de la Fortaleza, era mi padre y no tuvo más hijos que a mí y a una hermana mía que en vida suya casó con un caballero muy traidor. Hace cerca de un año, a la muerte de mi padre, obtuve mis tierras y yo se las entregué a mi cuñado, porque era hombre y más temido que yo: todos los que habían recibido tierra de mí le rindieron homenaje y yo hice que mi cuñado recibiera todas mis rentas tal como me llegaban. Anteayer, por consejo de mis nobles, iba a casarme con un joven caballero; después de investirle con la tierra que mi padre me había dejado, fui a mi cuñado y le dije todo lo que había hecho; éste, al oírlo, casi enloqueció y no me contestó, sino que espío al joven y lo mató a traición; luego vino a mí y me dijo que había sido demasiado atrevida al regalar la tierra ajena.

—Señor, no hice tal; nunca lo investí con una tierra de otro, sino con la mía propia.

Mi cuñado me preguntó que dónde estaba mi tierra, y yo se lo dije.

—Por el nombre de Dios —me contestó—, buscad otra, pues ésa la habéis perdido, porque me la quedará como señor y dueño, a pesar vuestro.

Cuando oí lo que me decía, le pedí consejo a un valiente caballero que era vasallo mío y que me aconsejó que reclamara ante la Dama de Roestoc, que era la señora de sus dominios. Así lo hice; ella le ordenó que fuera en su presencia y él acudió; presenté mi queja a la Dama por la tierra que me había quitado a la fuerza; él se adelantó y dijo que no me quitaba la tierra, sino que la tenía de parte de mi padre, que se la había dado cuando estaba muriéndose y que estaba dispuesto a demostrarlo ante cualquier caballero, si es que había alguno tan atrevido que quisiera comprobarlo. Cuando los caballeros que eran vasallos míos vieron que me retaba a combate, no hubo ninguno que se atreviera a armarse, pues lo consideraban buen caballero. Al ver esto, pedí un plazo de cuarenta días para encontrar un caballero que estuviera dispuesto a defender mi causa. Me marché de inmediato y pensaba ir a la corte del rey Arturo en busca de mi señor Lanzarote; sé que vendría con gusto en cuanto me reconociera, porque antaño le hice un servicio que todavía no me ha recompensado. Pero como no está en la corte, tendré que volverme tan dolida como Dios sabe, y volveré junto a mi cuñado, le pediré piedad para que me conceda por lo menos lo suficiente para vivir como doncella desheredada.

Apenas había terminado de decir estas palabras, empieza a llorar con amargura, de forma que Gueheriet siente gran compasión y le dice:

—Doncella, ¿podrías encontrar un testigo firme que atestigüe lo que vos decís?

—Señor, si supiera de alguien que quisiera defender mi causa ahora, le podría encontrar cien hombres fieles, entre caballeros y vasallos, que jurarían sobre sagrado que mi causa es tan justa como os la he contado.

—Por mi cabeza, no tenéis que hablar con ningún otro, pues yo entraré en el campo de batalla contra vuestro cuñado y lo venceré si es justo lo que decís.

—Señor, que Dios os bendiga. Me habéis aliviado en mi dolor. Estoy dispuesta a encontrar doscientos hombres que jurarán como verdadero lo que os he dicho.

—No pido más.

—Muchas gracias, por Dios.

Se marchan juntos y no se detienen hasta que les anochece en el bosque; entonces oyen una campana que toca a la derecha del camino y se dirigen hacia aquella parte, pues tenían gran necesidad de alojarse y era momento de tomar albergue. No han avanzado mucho, cuando ven delante de ellos una abadía de monjes blancos que estaba rodeada de murallas y de fosos, bien cerrada para evitar a los ladrones que abundaban en el bosque. Se dirigen a la puerta y llaman; dos frailes salen para saber quién es. Cuando ven al caballero armado con la doncella se dan cuenta de que es un caballero andante y le dan la bienvenida, recibéndolo con grandes muestras de afecto y llevándolo a una habitación para desarmarlo. Entonces se adelanta uno de los frailes, que había reconocido a la doncella, y apenas la ve, dice:

—Mi dulce sobrina, sed bienvenida.

La joven lo mira y reconoce a uno de sus tíos, que había sido un caballero muy bueno y valiente y que era hermano de su madre; lo abraza de alegría y llora, mientras que él le pregunta por su vida: le cuenta todo lo que habéis oído, hablándole del caballero al que acompañaba para que defendiera su causa. El fraile se dirige entonces al caballero y le dice:

—Señor caballero, no sé quién sois, pero en cuanto a la ayuda que le habéis prometido a esta doncella, os aseguro que no se puede combatir por una causa más justa; os aseguro lealmente que no hay en el mundo ningún hombre que por valiente que fuera, si estuviera mañana en el campo de batalla frente a vos, no fuera vencido o muerto antes de que terminara el día por la razón que tenemos. Os juro por todos los santos de aquí que si no me hubiera retirado de la vida mundanal no querría, ni por el mejor castillo del rey Arturo, que combatiera otro si no yo mismo. Por eso podéis ir tranquilamente al combate.

Gueheriet le contesta que ya que es así, poco le importa quién esté frente a él.

Aquella noche fueron bien servidos y al amanecer, después de oír misa, monta con la doncella, encomiendan a los frailes a Dios y se alejan, cabalgando durante todo el día y el día siguiente. El tercer día llegaron ante los pabellones que Guinás había hecho plantar en espera de mi señor Galván, tal como la historia ha contado. El enano estaba en el camino, y le dijo a Gueheriet:

—Señor caballero, tenéis que redimiros de la costumbre que hay aquí.

—¿Cuál es la costumbre?

—Ningún caballero de tierra extranjera puede pasar por este camino sin combatir con uno de los caballeros de estos pabellones.

—Por mi fe —contesta Gueheriet, contento con el combate—, desearía que el que tiene que venir estuviera ya aquí.

—No tardará mucho.

El enano se dirige a los pabellones y empieza a gritar: «¡Venid a ver el combate!». Entonces sale de los pabellones un caballero montado a caballo que se dirige a Gueheriet y lo golpea con tal fuerza que hace que la lanza vuele en pedazos; Gueheriet lo alcanza, derribándolo al suelo. Los de los pabellones empiezan a gritar por el que había caído, y el enano le dice a Gueheriet:

—Señor, ya podéis seguir, pues os habéis librado.

—Antes me dirás por qué han sido plantados estos pabellones.

—Por mi fe, con mucho gusto.

A continuación se lo cuenta, tal como se lo había contado a Saigremor; cuando Gueheriet lo oye decide que hará todo lo que pueda para que mi señor Galván no pase por allí. Luego le dice al enano:

—Ve y dile a tu señor que ha emprendido una gran locura, disponiéndose a combatir contra mi señor Galván; que venga a probarse conmigo, que soy el peor de los

ciento cincuenta caballeros de la Mesa Redonda; si me puede vencer, me quedaré a su disposición y si no puede resistirme, ¿para qué va a esperar a mi señor Galván? Ve y dile que estoy dispuesto a combatir con él y que si no viene, le derribaré el pabellón: entonces será mayor su vergüenza.

—Por Dios, llevaré el mensaje, pero creo que sería mejor para ti volverte.

—Eso poco te importa; haz lo que te he dicho.

El enano se dirige a su señor, que estaba muy contento por lo bien que lo hacían los caballeros andantes, y le decía a los que había a su alrededor que el caballero vencido hacía más de ocho días que no cesaba de pedir el primer combate y que, sin embargo, lo había hecho muy mal.

—Señor —le dice uno—, los caballeros andantes están acostumbrados a combatir y es imposible que no sepan más de esto que cualquier otro caballero.

—Bien puede ser —le contesta el conde.

En esto llega el enano y le dice a su señor, en voz tan alta que todos pueden oírlo:

—Señor, el caballero andante os hace saber que habéis emprendido una gran locura disponiéndoos a combatir contra mi señor Galván. Ida enfrentaros con él, que es el peor caballero de los ciento cincuenta de la Mesa Redonda, y si lo podéis vencer, quedará a vuestra merced; si os derrota, ¿para qué va a venir mi señor Galván? Por eso os reta a combatir; si no vais, os derribará el pabellón y recibiréis mayor afrenta.

Al oír esto, el conde dice que aquel caballero tiene mayor corazón que nadie y lo aprecia más que antes. Pide sus armas y acuden los criados con ellas. Después de armarse y montar a caballo, toma el escudo y una lanza recta y fuerte y se dirige hacia Gueheriet; éste avanza contra él más rápido que un gavián y se golpean con las lanzas, haciéndolas volar en trozos, chocando con los cuerpos y los escudos y quedando aturcidos los dos. El conde vuela al suelo por encima de la grupa del caballo, tan aturcido que no sabe si es de día o de noche. Gueheriet hace que su caballo siga; luego descabalga, pues no quiere atacarle a caballo, porque le da vergüenza que el otro esté a pie; entrega el caballo para que se lo guarde la doncella que iba con él y después va adonde estaba el conde, le arranca el yelmo de la cabeza y le da tal golpe en medio del rostro con el mismo yelmo, que hace que la sangre le brote de la nariz y de la boca. El conde, al sentirse tan mal, le pide piedad, diciéndole:

—Noble hombre, no me mates por Dios; toma mi espada, que me tengo por vencido.

Le tiende la espada y Gueheriet la toma, diciéndole:

—¿Sabéis qué tendréis que hacer? Quiero que mañana os pongáis en marcha y vayáis en busca de mi señor Galván hasta que lo encontréis; os rendiréis a él de parte de Gueheriet, y le contaréis cómo os habíais vanagloriado de combatir contra él; luego os pondréis a su disposición.

El conde así se lo promete y Gueheriet le acepta la palabra. Después, regresa a su

caballo, pues quiere marcharse, pero el conde le dice:

—Señor, no cometeréis tal villanía, si Dios quiere, como la de marcharos tan pronto. Quedaos hoy conmigo, pues ya es hora de tomar alojamiento. No penséis que os odio por nada de lo que me habéis hecho.

Gueheriet le contesta que no se quedará, si no quiere la doncella; el conde entonces le ruega tanto a la joven, que acaba otorgándolo. Gueheriet recibió buen albergue aquella noche y fue muy honrado por todos los caballeros, pues el conde les había ordenado que le mostraran gran alegría y que le hicieran fiestas:

—Os suplico que lo hagáis y recibiréis gran honra, pues es uno de los buenos caballeros del mundo: he tenido un gran honor al ser vencido por un caballero tan valiente.

Le mostraron gran alegría; llegada la hora de dormir le prepararon una cama tan rica como si el propio rey Arturo fuera a acostarse en ella. Al otro lado del pabellón se acostó la doncella.

Por la mañana, cuando apareció el día, se levantó Gueheriet e hizo ensillar su caballo, pues ya le tardaba reemprender el camino; ordenó a la doncella que montara y, después, encomendó al conde y a toda su compañía a Dios. El conde lo acompaña un buen trecho y luego se vuelve. Gueheriet toma el camino con la doncella; no han cabalgado durante mucho tiempo, cuando ven unas matas espesas por las que tenían que atravesar. Se meten entre ellas, pues no querían dejar el camino que iban siguiendo; delante de ellos ven a seis caballeros en un cruce del camino: tres iban golpeando a otro, al que llevaban con las manos atadas por detrás de la espalda; los demás llevaban a una doncella completamente desnuda, sólo en camisa, y la golpeaban con espinas menudas, de forma que la camisa estaba roja. Los caballeros que la golpeaban no decían nada, pero la doncella se lamentaba, exclamando: «¡Santa María, socorredme!». Al llegar al cruce, toman una senda los que llevaban al caballero y por otra parte se alejan los que llevaban a la doncella. Cuando Gueheriet ve de cerca al caballero golpeado reconoce a Brandeliz, uno de los que habían emprendido la búsqueda, pero no conoce a la doncella. Se detiene en el camino, porque no sabe a quién ayudar antes y oye a la joven que pide ayuda; se tiene por afrentado si no la socorre. Pero por otra parte, si no salva a su compañero habrá faltado a su fe, pues todos los caballeros de la Mesa Redonda juran y prometen ayudarse unos a otros sin dejarlo para un plazo posterior.

A continuación le dice a la doncella que iba con él:

—Doncella, decidme dónde os podré encontrar cuando deje a este caballero al que tengo que socorrer.

—Señor, un poco más allá del bosque hay un castillo muy hermoso, junto al camino: venid hacia allá.

—Marchaos y esperadme allí, pues iré tras vos en cuanto pueda.

Luego se dirige hacia donde ha visto que se llevaban al caballero; no ha cabalgado mucho cuando salió de las brozas y llegó al terreno llano. Vio entonces delante a los que llevaban a Brandeliz y les grita; éstos lo miran y, al verlo solo, lo tienen por loco, porque los sigue; envían a uno de ellos para que se entere qué pide.

—Si desea combatir, procurad que no le falte el combate.

Se dirige a Gueheriet y le pregunta qué desea.

—Guardaos de mí, os desafío.

Al oírlo se dirige hacia él con la lanza bajada y le golpea atravesándole el escudo; la lanza le vuela hecha pedazos. Gueheriet le alcanza alto, cortándole la garganta como si fuera una cuchilla de afeitar: el caballero cae muerto. Corre a los otros y golpea al primero que encuentra, metiéndole la lanza por el hombro izquierdo y, empujándole bien, lo derriba al suelo atravesado por la punta de la lanza. Cuando el tercero ve lo bien que había dado aquellos dos golpes, no se atreve a esperar, pues teme que lo mate y se da a la fuga tan rápido como puede su caballo. Gueheriet no se esfuerza en alcanzarlo, sino que se dirige a Brandeliz y le desata las manos. Este, al reconocerlo, le muestra la mayor alegría del mundo, y Gueheriet le pregunta cómo había sido apresado.

—Os lo voy a decir. Ayer por la tarde, después de vísperas, al salir de esas brozas por las que había cabalgado durante todo el día, encontré dos pabellones. Me dirigí hacia allá, porque ya era hora de tomar alojamiento; al desmontar entré en uno de los pabellones, pero no vi nada. Entonces me dirigí al otro y en él encontré a una doncella en una cama y le pregunté si me daría alojamiento. Me dijo que sí y me ayudó a desarmarme: después de quitarme las armas, me senté a su lado y la vi tan hermosa que la requerí de amores; ella me contestó que tenía un amigo tan valioso que no lo dejaría por mí. Le rogué tanto que acabó diciéndome que aunque lo deseaba no tendría ocasión de hacerlo, «pues, señor, mi amigo vendrá pronto, que está en el bosque». Mientras hablaba así entró el caballero que era su amigo y al verme con su amiga dijo que me mataría si no me iba de inmediato; él estaba armado y por eso hablaba con mayor orgullo. Cuando vi que me amenazaba, tomé mis armas y después de armarme le dije que no pensaba irme por él. De este modo llegamos al combate: me atacó y yo a él y luché hasta matarlo. Entonces, me desarmé, pues tenía ganas de comer; ordené que pusieran la mesa. Después nos acostamos la doncella y yo y dormimos hasta por la mañana. Hoy, antes de levantarme, los parientes del caballero muerto se enteraron de la verdad del combate que había habido entre nosotros dos; vinieron hasta seis al pabellón en el que estaba durmiendo y nos apresaron a la doncella y a mí, tal como vos visteis, diciendo que tres de ellos me llevarían a mí y los otros tres a la doncella y que de ese modo se vengarían.

Mientras que iban hablando de esta forma miran hacia un lado del camino y ven venir a Gasoain de Estragot, que traía a la doncella de la que hablaban, pues la había

liberado de los tres caballeros. Cuando los compañeros se vieron se mostraron la mayor alegría del mundo, diciendo que Dios les había concedido la más hermosa aventura al permitir que se encontraran. La doncella, que se encuentra muy mal por todo lo que le habían hecho, les ruega por Dios que la acompañen hasta un refugio que había cerca de allí, donde descansará, pues lo necesita. Los tres compañeros le contestan que lo harán con mucho gusto. Entonces los lleva consigo hasta que llegan a un valle en el que ven una torrecilla que hacía poco tiempo que había sido construida: era muy fuerte para el tamaño que tenía, y muy hermosa. Llegan a la puerta, llaman y les abren. Cuando los de la torre ven a su señora tan maltratada mostraron un gran dolor. Ella se acostó, pues estaba tan enferma que pensaba que no se curaría nunca, y así ocurrió, porque no vivió más que seis días. Le entregaron en la torre unas armas a Brandeliz, que se las puso, y los tres compañeros reemprendieron el camino. Gueheriet les pregunta, antes que nada, si tienen alguna noticia de lo que van buscando y le contestan que no.

—Si Lanzarote estuviera vivo —dice Brandeliz—, por muy lejos que estuviera, oiríamos algo de él; pero al no haber oído nada desde que nos fuimos de la corte pienso que está muerto.

—Ciertamente —contesta Gueheriet—, si ha muerto será una lástima muy grande: que Dios no me ayude si no sería mejor que hubieran muerto cuarenta caballeros de la Mesa Redonda antes que él; la desgracia sería mucho menor con la muerte de todos ellos que por la de Lanzarote.

—Por mi fe —añade Gasoain—, bien decís verdad, pero si a Nuestro Señor le parece bien que haya muerto, tendremos que aceptarlo.

De este modo van hablando hasta que llegan a un cruce del camino.

—Bueno, señores —dice Gueheriet—, que cada uno emprenda ahora su propio camino, pues yo seguiré por este mismo en el que estamos.

Era la senda que iba al castillo en el que estaba esperándole la doncella, que, al verlo llegar, salió a su encuentro saludándolo y él la saludó también; la doncella le pregunta cómo le ha ido y Gueheriet le responde que ha liberado al caballero.

—Dios, ¿y qué ha ocurrido con la doncella que iba gritando?

—Nunca hubo una doncella que tuviera tanta suerte como le ocurrió a ella, pues uno de nuestros compañeros la salvó de los que se la llevaban y después hemos ido juntos durante todo el día.

—Es admirable la suerte que han tenido los dos.

Hablando de este modo cabalgaron hasta la hora de vísperas en que llegaron a un prado muy hermoso en el que había plantados tres pabellones. Se dirigen a ellos para alojarse, pues ya era hora; Gueheriet entra en el primero y se encuentra a un enano que preparaba faisán y caza para cenar y se apresuraba para que estuviera todo dispuesto. Le pide alojamiento y éste le dice que sea bienvenido, a condición de que si su señor no

quiere darle albergue cuando llegue, tendrá que marcharse. Gueheriet acepta y hace que la doncella descabalgue mientras que él se desarma. No tardó mucho en llegar un gran caballero completamente armado, que parecía traidor y orgulloso, acompañado por dos doncellas, una de las cuales era su hermana y la otra era su madre. Cuando entró en el pabellón, Gueheriet se puso en pie y le dio la bienvenida, a lo que el caballero no le contestó ni una palabra, sino que miró al enano, preguntándole:

—¿Le has dado tú albergue a este caballero?

—Sí, señor.

—¿Con qué permiso lo hiciste?

—Señor, pensaba que os agradaría, pues de otro modo no le hubiera dado alojamiento.

—Por mi cabeza, en mala hora lo hiciste. Nunca, sin el permiso de tu señor, albergarás a ningún caballero, si consigues escaparme.

Lo coge entonces por las sienes y lo levanta en alto, golpeándolo contra el suelo con tanta fuerza que por poco no le revienta el corazón; y el enano se desmaya. Cuando Gueheriet lo ve se da cuenta que lo ha hecho para humillarle; desenvaina la espada y le dice al caballero:

—Señor caballero, me habéis afrentado sin que me lo mereciera.

El caballero le contesta que no le importa.

—¿No? Por mi cabeza, lo pagaréis caro.

Le ataca y el otro se da a la fuga por el miedo que tiene; Gueheriet, que está encolerizado por la afrenta que le ha hecho, lo alcanza y le golpea con la hoja de la espada de plano, haciéndole caer al suelo, aturdido. Luego se le echa encima diciéndole que lo matará si no le pide perdón al enano; el caballero, que teme morir, lo hace y le suplica que no lo mate, pues recompensará al enano según él le diga. Gueheriet acepta la palabra que le da y se levanta de encima, diciéndole que tiene que perdonarle al enano en todo; el caballero le contesta que así lo hará. Se dirigen entonces al pabellón en el que estaba el enano, que seguía aturdido, y se arrodilla delante de él, suplicándole que le perdone su cólera.

—Buen señor —le contesta el enano—, lo haré a condición de que nunca más volváis a ponerme la mano encima para causarme daño, y no estaréis enfadado conmigo por lo que hoy ha ocurrido por mi culpa.

El caballero le promete que será tal como le pide. Gueheriet toma sus armas y le dice a la doncella que monte, pues quiere irse, porque no se alojará en casa de quien le ha hecho tal afrenta. Cuando el caballero lo oye, le pide perdón, diciéndole:

—Dulce señor, no os pese el daño que os he hecho, pues estaba tan encolerizado con vos que no se me debería recriminar, ya que me habéis causado mayor daño de lo que os imagináis.

—¿Cómo?

—¿No os acordáis de los tres caballeros que llevaban a otro golpeándole, al que vos rescatasteis? Dos de ellos eran primos hermanos míos y yo era el tercero, que me di a la fuga; vine a estos pabellones, que son míos, y al veros no pude dejar de encolerizarme. Por eso os ruego que no os enfadéis y que os quedéis aquí esta noche y más tiempo si así lo deseáis.

Gueheriet le contesta que no puede ser.

—Que Dios no me vuelva a ayudar si os marcháis de aquí.

Le quita la espada que tenía ceñida y hace que desmonte la doncella que ya estaba a caballo.

Gueheriet recibió buen alojamiento aquella noche y fue servido y honrado, pues se esforzaron los del lugar, y el mismo caballero más que nadie, en agasajarlo. Cuando apareció el día, el caballero hizo que Gueheriet oyera misa en la capilla de un ermitaño que había allí cerca; después regresaron al pabellón. Mientras tanto, el caballero había hecho preparar comida, de manera que lo encuentran todo dispuesto al regresar de la misa. Después de comer en abundancia, Gueheriet montó en su caballo y encomendó a todos a Dios, reemprendiendo el camino y cabalgando durante todo el día y el día siguiente, por donde lo llevaba la doncella, hasta que llegaron a la tierra de la Dama de Roestoc dos días antes de que tuviera lugar la batalla acordada.

Cuando Gueheriet llegó a la corte y la dama lo reconoció no es necesario preguntar si le mostró alegría; al contrario, fue tal el gozo, que todos se admiraban; y lo hacía por amor a mi señor Galván, que por ella se había enfrentado a Segurades, tal como la historia ha contado. Después de que se desarmara, la dama hizo que le dieran un vestido escarlata y le dijo:

—Buen señor, mi señor Galván, vuestro hermano, me hizo un servicio que no le he pagado y desde entonces no he vuelto a verlo. Por ello os serviré en todo lo que pueda; sabed que os entrego todas mis riquezas.

Gueheriet se lo agradece mucho.

Por la mañana la dama mandó a buscar a Guidan, cuñado de la doncella, para que viniera a la corte, porque ya había llegado el caballero que quería defender la razón de la doncella. Cuando Guidan oyó al mensajero de su señora preguntó quién era el caballero con el que tendría que combatir, y éste le contestó que no sabía su nombre, pero que era muy hermoso, y parecía muy valiente.

—Ciertamente —dice Guidan—, en mala hora vio a la doncella, pues por ella morirá.

Convoca a todos los ricohombres que eran vasallos suyos y les dice que tienen que acudir a la corte a ver la batalla entre él y el que con él va a combatir. Todos se preparan a cumplir su orden, vistiendo los vestidos más ricos y poniéndose en marcha para ir a la corte. Se podían contar en unos cuarenta caballeros, que habían recibido sus feudos de él, y entre los que no había ninguno que no tuviera vestido de escarlata o de seda, y todos hacían llevar a la derecha hermosos caballos con armas. Con tal

compañía fue Guidan a la corte y descabalgó ante la sala principal, acompañado por todos los que con él iban. Subió al salón el primero, como quien se estimaba en tanto que no pensaba que en todo el mundo hubiera tres caballeros que pudieran vencerle por la fuerza. Era bastante hermoso, grande de cuerpo; iba vestido con una seda adornada con redondeles y grandes bandas de oro. Se presentó a su señora con la cabeza levantada y mostrando con su llegada que era caballero orgulloso, como sin lugar a dudas lo era. Al ver a su señora, la saluda y ella le contesta que Dios lo bendiga.

—Señora, he venido porque me habéis hecho saber que había llegado el caballero con el que tengo que combatir; si está aquí, que avance y oiremos si tiene algo que decir.

Gueheriet se adelanta, que estaba junto a la dama, y se dispone a contestar, pero la dama le hace señal de que se calle y dice en voz tan alta que todos puedan oírla:

—Buen señor, no está aquí el caballero, pero estuvo ayer y me dijo que estaría el día fijado, dispuesto a probar que tenéis de forma injusta y a traición la tierra de esta doncella.

—Si lo puede probar, no me quedará ni con un surco de tierra. Veremos lo que hace, pues mañana me encontrará dispuesto a combatir.

A continuación Guidan se marcha de la corte y va a alojarse en la ciudad; aquella noche tuvo una gran fiesta. El día siguiente, después de oír misa, se hizo armar y fue a la corte completamente armado, salvo el yelmo, que le llevaba uno de sus caballeros. En la sala se sentó a un lado y Gueheriet al otro, completamente armado, menos el escudo; a su lado estaba sentada la doncella por la que debía combatir. Cuando todos los nobles ya estaban sentados, la dama hizo adelantarse a los dos caballeros y le dijo a Guidan:

—Buen señor, esta doncella se me quejó de que le habíais quitado a la fuerza su tierra y vos dijisteis que no fue así, pues la tierra la recibisteis de su padre al morir y dijisteis que estabais dispuesto a probarlo si venía alguien que se atreviera a contradecirlo. Cuando oyó vuestras palabras esta doncella pidió un aplazamiento de cuarenta días y prometió traer a algún valiente caballero que la defendiera frente a vos; hoy es el día cuadragésimo y por eso ha hecho venir a su caballero. Considerad qué deseáis hacer, pues está dispuesto a defender que la tierra no os fue dada por su padre, ni por ningún otro.

—Señora —contesta Guidan— estoy preparado a defenderlo.

—Y yo a contradeciroslo.

Al punto traen los Santos Evangelios y Guidan jura por Dios y por los santos que el padre de la doncella le había dado la tierra que ella le reclamaba.

—Por Dios —afirma Gueheriet— y por los santos, sois perjuro en vuestra afirmación: os lo probaré como a traidor y desleal.

Se levantan y salen del pabellón, montando en sus caballos. La doncella les hace

conducir a una islita que había bajo la torre, rodeada por un río torrencial y rápido. Llegados a la orilla entran en una nave con los caballos y los marineros los llevan hasta la isla. En ella los dejan a solas. Cuando los caballeros se vieron solos en la isla montaron en sus caballos y tomaron los escudos y las lanzas: no podían más que atacarse; Gueheriet se dirigió a Guidan, diciéndole:

—Señor caballero, si dejáis de combatir obraréis como prudente, puesto que todo el mundo dice que no tenéis razón: seréis afrentado y por eso os aconsejo que le devolváis la tierra a la doncella.

Guidan le responde que Dios no le vuelva a ayudar si se la devuelve.

—Por mi fe, entonces guardaos de mí, pues no habrá paz de ninguna otra forma.

Dejan correr los caballos y se golpean, rompiendo las lanzas en pedazos; chocan con los cuerpos y los escudos con tanta violencia que quedan aturcidos; caen al suelo uno por un lado y el otro por otro y no pueden responder de sí mismos, permaneciendo durante un buen rato en el suelo, como si estuvieran muertos. Gueheriet fue el primero en levantarse, desenvainó la espada y se dispuso a mostrar el mayor valor posible, pues bien sabía que el caballero con el que se enfrentaba era muy bueno. Pero la razón que le asiste le da tan gran valor que no teme nada: le ataca con la espada levantada; Guidan se había puesto en pie y había desenvainado su espada, a la vez que se colocaba el escudo delante de la cabeza, y se dirige a Gueheriet, al que teme mucho más que al principio: le golpea por arriba, en el yelmo, y hace que de los ojos le salten chispas. Por su parte Guidan le devuelve tan gran tajo que Gueheriet se admira.

Empieza entonces el combate a espada entre ambos, que dura tanto que todos los que lo están viendo dicen que son valientes los dos caballeros; se despedazan los escudos y las cotas de malla cuando las alcanzan. De esta forma duró la batalla hasta después de mediodía y tuvieron que descansar a la fuerza para recuperar el aliento, pues han aguantado tanto que apenas pueden ponerse en pie; los dos han perdido bastante sangre y el menos herido tiene más de siete heridas. Justo a mediodía, en la hora en que el sol es más caliente, después de haber descansado un buen rato, se puso en pie Gueheriet para recomenzar la batalla, pues ya le pesaba que hubiera durado tanto tiempo: levanta la espada y se dirige adonde ve a Guidan. Iba a golpearle en medio de la cabeza, pero éste levanta el escudo y el tajo se lo parte hasta la bloca; al sacar la espada se le rompe por el puño, de forma que el pomo le queda en la mano. Cuando Gueheriet ve esto se espanta, mientras que el otro se pone muy contento, pensando que ya ha acabado con la batalla, y le dice a Gueheriet:

—Señor, bien podéis ver cómo van las cosas, y sería una gran lástima que os matase. Puedo hacerlo y por eso os ruego que os deis por vencido, os prometo que haré las paces con mi señora y podréis marcharos libre.

—Vasallo, haced lo peor que podáis, pues no seré vencido por vos, si Dios quiere.

—¿No?

—Por Dios, lo veréis en breve.

Guidan le ataca con la espada levantada y Gueheriet se le acerca tanto, que le golpea en pleno brazo con el filo del escudo y la espada le cae de la mano; Gueheriet la recoge, pues la necesitaba. Al ver esto, Guidan lo siente tanto que no puede más, pues sabe que morirá si no se da por vencido, cosa que no haría de ningún modo: preferiría estar muerto. Por otra parte, cualquier muerte le parece mejor que quedar en poder de su enemigo. Se dirige hacia el río, a la vez que le dice a Gueheriet que le siga si quiere, pues nunca se pondrá a su disposición; se arroja al agua y se hunde de inmediato por el peso del hierro, que lo arrastra hacia el fondo, y no volvió a salir después.

Cuando los que estaban a la orilla vieron esto entraron en las naves para ir en busca de Gueheriet. Luego, ante la Dama de Roestoc, dijo:

—Señora, ¿he hecho bien lo que debía para dejar libre a esta doncella?

—Señor, sí; muy bien, gracias a Dios. Bendito sea Dios, que os ha concedido la victoria.

—Investidla ahora con la tierra que reclama.

Así lo hace la dama, y la doncella le cae a los pies, agradeciéndoselo mucho. Luego, la doncella toma por la mano a Gueheriet y lo lleva al castillo, donde hace que lo desarmen para examinar sus heridas; pero no estaba gravemente herido, por lo que pronto podría quedar curado. La doncella hace venir a su médico y le ordena que cuide de él, y así lo hace; pone tanto interés que en cuatro días Gueheriet estaba muy aliviado de su dolor. Entonces pidió permiso a la dama, pues deseaba macharse y no permanecería más tiempo allí. Cuando la doncella ve que no puede retenerlo más mediante ruegos ni solicitudes hace que le traigan una espada muy buena, a cambio de la suya que se había roto en el combate; él la acepta y se lo agradece mucho.

Al día siguiente por la mañana, después de tomar las armas y de montar en su caballo, Gueheriet dejó a la dama y a su mesnada. La dama lo acompañó un buen trozo, junto con la doncella por la que había combatido, y se separaron a la entrada de un prado; la dama le rogó que tan pronto como viera a mi señor Galván, que lo saludara de parte de la Dama de Roestoc, y Gueheriet les respondió que lo haría con mucho gusto.

Regresa la dama a su castillo con su mesnada; Gueheriet emprende el camino y cabalga según lo lleva la aventura, hasta que un día llega a la hora de mediodía a dos pabellones; ve a una doncella que está sentada sobre una cama, que tenía en la mano un espejo en el que se estaba mirando. La saluda y ésta lo contempla sin decir una sola palabra. La vuelve a saludar y la doncella le contesta diciéndole:

—Por mi fe, señor caballero, en vano me saludáis, pues ni yo ni ninguna doncella del mundo debemos responderos.

—Doncella, decidme por qué.

—Porque no podéis ser más villano de lo que sois.

—¿Villano, doncella? ¿Cuándo cometí villanía?

—Por Dios, os lo voy a decir. ¿Puede un caballero hacer mayor villanía que la de fallarle a una doncella que tiene la mayor necesidad de ayuda?

—Ciertamente, doncella, no.

—Entonces bien podéis ver que no hay más villano ni más malvado que vos, que anteayer no ayudasteis a una doncella a la que visteis que llevaban tres caballeros golpeándola. Y ya que no la rescatasteis, no se os debe tener por caballero. Por eso os considero villano; y sois malvado por encima de todos, y os voy a decir por qué. Decidme si un caballero puede cometer mayor maldad que la de dejar a su hermano en prisión.

—No.

—Entonces, os digo que sois más malvado que nadie, pues dos de vuestros hermanos están presos desde hace más de un mes y en ningún momento habéis hecho nada para sacarlos fuera: por eso os digo que sois el caballero más malvado del mundo.

—Señora, permitidme que os conteste.

—Hablad.

—Es cierto que vi a la doncella tal como decís, pero había allí un caballero de la Mesa Redonda que tenía tanta necesidad de ayuda como la doncella: tuve que dejarla para ayudar al caballero, pues de otra manera hubiera faltado a mi promesa, ya que todos los compañeros de la Mesa Redonda tienen hecha promesa y juramento de ayudarse unos a otros en cualquier peligro que se vean: por eso dejé a la doncella y corrí en ayuda del caballero, pues tenía que hacerlo de esa forma. En cuanto a mis hermanos que están prisioneros, tal como decís, os aseguro que no sabía nada, porque hace más de dos meses que no he visto a ninguno de ellos. Os ruego, por Dios, que me digáis quiénes son los que están presos y dónde están, y seré vuestro caballero para siempre; me habréis servido más que si me dierais el mejor castillo de toda esta tierra.

—Os lo voy a decir: uno se llama Agravaín y el otro Guerrehet; los ha apresado Sorneham del Castillo Nuevo, uno de los mejores caballeros que conozco, y los tiene prisioneros en una colina que hay cerca de aquí llamada la Colina de los Cautivos.

—Doncella, ¿cómo los apresó? ¿Lo sabéis?

—Por mi fe, sí.

Luego le cuenta todo tal como lo ha dicho la historia, y cuando Gueheriet ve cómo ocurrieron las cosas, le contesta a la doncella:

—Ciertamente, tenéis razón considerando al caballero como muy valiente, pues lo es, ya que ha conseguido vencer a dos caballeros como mis hermanos. Que Dios no me vuelva a ayudar si me detengo antes de ir a su presencia. Prefiero morir y ser apresado a que ellos no queden libres.

Luego le pregunta que por dónde queda la colina de la que le ha hablado y la doncella le indica el camino, diciéndole:

—Ese sendero os llevará recto, si queréis ir hasta allí.

La encomienda a Dios y va muy deprisa por el camino que le había indicado, llegando a la colina a cuyo pie encuentra los carteles que Sorneham había ordenado colocar y los considera como muestra de gran orgullo; los arranca y dice que Dios no le vuelva a ayudar si deja que sigan los carteles allí: los arroja al camino y sube, encontrando al enano que toca el cuerno. Le pregunta por qué lo ha hecho sonar y éste le contesta lo mismo que ya habéis oído en otra ocasión.

Cuando llega arriba ve a Sorneham, que ya había montado en un fuerte caballo y que estaba esperándolo. No se dicen ni una palabra, sino que van el uno contra el otro, golpeándose en la parte alta de los escudos, de forma que las lanzas vuelan hechas pedazos; chocan con el cuerpo y con el escudo con tanta fuerza que caen al suelo; vuelven a ponerse en pie como hombres valientes y ágiles, desenvainan las espadas y se atacan, dándose grandes tajos en el yelmo, brota fuego y se despedazan los escudos y se cortan las cotas de malla, haciendo volar las piezas: resisten tanto los dos, por el gran corazón y la gran fuerza que tienen, que no se cansan de dar y recibir golpes; tienen las cotas completamente desmalladas y los yelmos de poco les servirían ya si se dieran tan grandes golpes como al principio; pero no lo hacen, pues las espadas se les vuelven en las manos; han perdido los escudos, que los dejan caer y se pelean con las manos, estando un buen rato juntos, sin poder hacer nada más, hasta que caen Gueheriet y Sorneham. Gueheriet estaba encima, pero no podía hacer nada; habían sangrado tanto que el lugar estaba completamente cubierto de sangre a su alrededor.

Estuvieron un buen rato de ese modo, uno encima del otro, hasta que Gueheriet recuperó el aliento y se puso en pie, tomando la espada que había dejado caer; luego sujeta a Sorneham por el yelmo y le corta los lazos, lanzándolo lejos y descargándole grandes golpes con el puente de la espada en la cabeza; le baja la ventana y le amenaza con matarlo si no se da por vencido. Este abre los ojos y ve la espada desnuda alzada sobre él; teme morir, porque se ve desarmado, y dice:

—Noble caballero, no me mates, por Dios, pues me doy por vencido.

—Entonces tendrás que ir prisionero a donde te envíe y tendrás que hacer lo que yo quiera.

Sorneham así se lo promete y Gueheriet lo deja, volviendo a envainar la espada. Sorneham se pone en pie, cansado y agotado hasta el punto que piensa que va a morir. Avanzan entonces los servidores de la torre, muy afligidos por su señor; le preguntan qué desea que hagan.

—Quiero que me llevéis ahí dentro y me quitéis las armas y que llevéis conmigo a este caballero, honradlo todo lo que podáis, pues es el hombre más valiente de cuantos habéis visto.

A continuación lo toman y se lo llevan a un gran salón, donde hacen lo que había ordenado; luego se dirigen a Gueheriet y se lo llevan dentro, desarmándolo y

honrándolo tanto que se queda sorprendido.

Cuando ya había sido desarmado, Gueheriet se dirige a Sorneham, diciéndole:

—Buen señor, me han dicho que tenéis dos caballeros prisioneros y por eso he venido. Os ruego que hagáis que los traigan.

Sorneham le responde que lo hará con mucho gusto, pues así lo desea; luego ordena a los servidores que traigan a los dos prisioneros y así lo hacen; van a la cárcel y sacan a los dos caballeros, a los que les dicen:

—Buenos señores, habéis tenido suerte, pues un caballero andante os ha puesto en libertad, venciendo por las armas al que os había derrotado.

Al oír la noticia se ponen muy contentos y bendicen a Dios que les ha socorrido. Van al salón y cuando Gueheriet los ve, corre a ellos con los brazos abiertos y los besa a uno tras otro, preguntándoles cómo les ha ido, a lo que le contestan que bien, gracias a Dios, ya que se encuentran libres.

—Y a vos, buen hermano, ¿qué ventura os trajo por aquí?

—Por mi fe, pienso que nunca habría venido de no ser por una doncella de aquí que me dio la noticia de que estabais prisioneros: vine tan rápido como pude, me tardaba mucho el llegar. Pero me parece que habéis estado enfermos desde que no os veo.

Le cuentan cómo habían sido apresados y cómo habrían muerto de no ser por la doncella del lugar, que les había ayudado tanto que no podrían agradecerse en toda la vida.

—Por Dios —dice Gueheriet—, habéis tenido gran fortuna, según lo que me contáis. Pero habéis sufrido tanto, que aún no estáis bien curados: tendréis que seguir aquí hasta que se os alivien las heridas, durante toda esta semana y aun más.

Sus dos hermanos le responden que permanecerán mientras él lo desee.

Fue grande la alegría de los tres hermanos, que volvían a estar juntos y poco les importaba el mal pasado. Cuando Sorneham se entera de que son hermanos de mi señor Galván siente menos el haber sido derrotado por Gueheriet que por cualquier otro. Los llama a su presencia y les ruega que le perdonen el daño causado, y ellos lo hacen con mucho gusto. Aquella noche hubo una gran alegría y diversión, y hubiera sido aún mayor, pero Sorneham se encuentra en tal estado que apenas puede hablar.

La mañana siguiente, Sorneham se levantó con esfuerzo y se hizo llevar a su salón; allí vio a Agravaín, completamente curado de sus heridas y se quedó sorprendido; le pregunta qué médico había tenido; él le cuenta que habría muerto si Dios y su sobrina no hubieran tenido compasión de él. Entonces se echa a reír y dice que ciertamente los de la Mesa Redonda son más afortunados que los demás caballeros, «pues si recibieran la muerte encontrarían —a mi parecer— quien les ayudara a resucitar», y lo dice por Agravaín, «porque estabais como muerto y os encerré en la prisión pensando que no viviríais más de cuatro días y habéis encontrado en mi propia casa quien os curó. ¡Tuvo

alguna vez un caballero una aventura más hermosa? Ciertamente no, que yo sepa».

Los tres hermanos se ríen de esto y le muestran un gran gozo a Sorneham, que así habla; permanecen allí quince días y en este plazo quedaron sanos y curados, deseando volver a llevar las armas. El lunes por la mañana Gueheriet se dirigió a Sorneham, diciéndole:

—Tenéis que ir a la Dama de Roestoc y entregaros a ella como prisionero de parte de Gueheriet; decidle que estoy muy contento por la buena acogida que me dio. Que sepa que se lo agradeceré cuando se me presente la ocasión.

Sorneham le contesta que con mucho gusto llevará el mensaje; ordena que le den sus armas y monta a caballo, marchándose y encomendando a los tres hermanos a Dios; emprende el camino y cabalga hacia Roestoc.

Los hermanos también emprendieron su propio camino y encomendaron a Dios a la doncella que le había hecho tanto bien a Agravaín. A partir de entonces la colina se llamó Colina de Agravaín, porque había conseguido quitar de ella la maldita costumbre que había entonces; todos los que conocieron la verdad estuvieron muy contentos por lo ocurrido.

Al marcharse del castillo los tres hermanos cabalaron juntos, diciendo que no se separarían más hasta que Dios les concediera alguna aventura; cabalgan durante todo el día y pasan la noche en casa de un ermitaño, en donde recibieron un poco de lo que tenía, pues había poco para comer. Al día siguiente por la mañana, apenas vieron la luz, se marcharon después de oír misa y cabalaron durante todo el día sin encontrar ninguna aventura; por la noche se alojaron en casa de un guardabosque muy rico, que les hizo grandes honores al conocerlos. Después de cenar los llevó a solazarse en un vergel muy hermoso y allí se sentaron los cuatro sobre la hierba verde. Les pregunta el guardabosque qué aventura les llevaba por allí y ellos le contestan que van buscando a quien les pueda decir nuevas de Lanzarote del Lago, al que no han visto en la corte desde hace tiempo y del que dice la mayor parte que murió hace tiempo también.

—Que Dios le proteja de la muerte, pues sería una gran lástima que abandonara este mundo; después de él no quedaría un hombre tan valiente. Este camino que habéis emprendido no deberíais seguirlo a partir de ahora.

—¿Por qué, buen huésped? —pregunta Gueheriet—. Decídnoslo.

—Por mi fe, con mucho gusto. En esta tierra hay una guerra mortal, la mayor de cuantas habéis conocido, según me parece, entre amigos íntimos, unidos como hijos y padres; y os voy a decir el motivo por el que comenzó, pues de otra manera no os enteraríais de nada. En esta tierra hay un hombre muy rico que es señor de toda ella, llamado duque Karlés, y que tiene seis hijos, caballeros valientes y atrevidos. Hace poco el duque iba a casar a una hija, que entregó a un noble, vecino de su tierra por la parte de poniente. Cuando ya estaba en la iglesia y su padre iba a entregarle la mitad de la tierra se adelantaron los hermanos y dijeron que no se dejarían desheredar por nadie.

—¿Cómo —preguntó el padre—, no voy a poder hacer según mi voluntad con la tierra que yo mismo he conquistado gracias a mi propio valor? Ciertamente, lo haré, y porque os habéis opuesto, ahora mismo entrego al caballero que se case con mi hija toda mi tierra, para después de mi muerte. Y si vosotros queréis tener tierras, conquistadlas como yo hice, pues, por mi cabeza, no recibiréis nada de lo yo conseguí.

Cuando los hermanos lo oyeron, dijeron que si el caballero se quedaba con la tierra que le había entregado su padre, podría estar seguro de que moriría. El padre no les quiso entregar nada y dio a su hija toda la tierra, invistiendo con ella al caballero que quería tomarla por esposa. Después de casarse se la fue a llevar a su país y le salieron al encuentro en un bosque que hay aquí delante, no demasiado lejos; le atacaron y lo mataron a él y a todos los que estaban con él. No sé de qué modo la doncella, que era hermana de aquellos tres, también murió. Después de haber hecho esto regresaron y fueron por todos los castillos de su padre, ocuparon las fortalezas y colocaron gentes de las que se fiaban; enviaron abundantes servidores y empezaron la guerra contra su padre, una guerra tan grande y tan admirable que desde entonces no se ha apaciguado, y en ella han perdido bastante unos y otros.

—Decidme —le pregunta Gueheriet—, ¿quiénes llevan la peor parte?

—Por mi fe, el duque, y es una gran lástima, pues es hombre muy valiente; recientemente ha tenido más daño, porque anteayer perdió a un hermano suyo en uno de los encuentros que tuvieron: era un caballero muy bueno y que le ayudaba mucho en su guerra; lo mataron sus sobrinos, según se dice.

—Ciertamente —contesta Gueheriet—, es una lástima que el duque pierda, por su valentía y su generosidad; en algún lugar vi que lo apreciaban como buen caballero. Os digo, en verdad, que me pesa el que no lleve la mejor parte de la batalla; así me ayude Dios, si se me presenta la ocasión, le ayudaré todo lo que pueda.

Con esto dejan de hablar y van a acostarse.

Por la mañana, tan pronto como vieron el día, tomaron las armas y cuando iban a montar, Gueheriet llamó a su huésped y le dijo:

—Buen huésped, si quisiera ir a ver al duque, ¿por dónde iría para encontrarlo?

—Señor, por ahí.

Le indica un camino que le lleva recto al castillo en el que el duque estaba con frecuente dolor y pesar, pues no había día en el que no fuera atacado, ya que sus hijos tenían muchos caballeros, mientras que el valiente anciano había gastado tanto en la guerra que casi todos sus hombres le habían abandonado y sólo podía mantener a muy poca gente, por lo que se sentía muy desconsolado, y además, sus hijos le habían robado todas sus riquezas.

Los tres caballeros se marcharon de casa del guardabosque y cabalgaron durante toda la mañana por el camino que les había indicado. Tuvieron la suerte de no encontrar a nadie que les preguntara nada hasta que llegaron a un vado que había

junto a un molino; allí se encontraron con dos caballeros armados que guardaban el paso. Al ver llegar a los tres hermanos, les gritan que se vuelvan, porque no podrán pasar por allí si no quieren pelear con ellos. Gueheriet les contesta que no desea tener ningún retraso; hace que se detengan sus tres hermanos y añade que se tendrá en muy poco si no consigue que uno de esos caballeros vuele al agua. Baja la lanza y pica a su caballo hacia ellos, golpeando de tal forma al primero que alcanza, que lo derriba, junto con su caballo, en el vado: sin lugar a dudas se hubiera ahogado, porque estaba armado y el río era profundo, pero un árbol que había en el agua, al que se sujetó, le salvó la vida. Gueheriet ataca al otro y lo golpea, vaciándolo de la silla y haciendo que con el yelmo golpee el suelo; él sigue sin detenerse y contempla al caballero que se bañaba en el agua, y empieza a reír.

Cabalgan hasta que llegan al castillo del duque, cuya puerta estaba cerrada y atrancada, pues los de dentro no se consideraban seguros en ningún momento; en las almenas había arqueros que les gritaron al verlos llegar:

—¡Buenos señores, retroceded! No sois de nuestra gente y por eso no os podemos garantizar la vida. Sabed que si seguís acercándoos os mataremos a vos y a vuestros caballos.

Gueheriet se quita el yelmo y le contesta al arquero al que había oído hablar:

—Buen amigo, no somos enemigos vuestros, sino que os ayudaremos siempre que podamos. Id a decirle al duque vuestro señor que venga a hablar con tres caballeros de tierras lejanas que aquí están esperándolo.

Le contesta que le llevará el mensaje:

—Esperadnos un poco, pues regresaré de inmediato.

Va a ver al duque y lo encuentra en su habitación con el médico, que le estaba viendo una herida que había recibido en la última batalla. Cuando el duque lo ve llegar, le pregunta qué desea y él le responde:

—Señor, me envían a vos tres caballeros que os esperan fuera, deseosos de hablaros, si os parece bien.

—Dios, ¿podrían ser de la Mesa Redonda, de los que van buscando a Lanzarote, según he oído decir? Si lo fueran y quisieran ayudarme, creo que podría ponerle fin a mi guerra, de forma que mis hijos, que ahora quieren quitarme mis tierras, se tendrían por locos y escarnecidos.

Acude el duque a la puerta para hablar a los que estaban esperándole. Cuando Gueheriet lo ve, lo reconoce sin dificultad, como a quien había visto en muchas ocasiones:

—Señor —le dice—, somos tres caballeros de tierras lejanas que con gusto nos quedaríamos con vos, si queréis, y os ayudaríamos a terminar con vuestra guerra; si nos queréis retener os prestamos toda nuestra fuerza.

—Buen señor, me parecéis muy valiente vos y los otros; sin duda sois valerosos y de

linaje más alto que yo: habéis aprendido a vivir con riqueza y a gusto: por eso os digo que no necesitáis quedaros con nosotros, porque si os quedarais tendríais para comer poco y tarde y frecuentemente vestiríais cotas de malla en vez de descansar; los pesares y los esfuerzos de cada día serán más que los que estáis acostumbrados a padecer. Por todo ello, no os aconsejo que os quedéis con nosotros, pues sé que no estaréis a gusto.

—Señor —le contesta Gueheriet—, los esfuerzos y los trabajos estamos acostumbrados a padecerlos, pues hace tiempo que sufrimos todo tipo de penas; no os preocupéis por eso: no hay hombre valiente que se sienta molesto padeciendo cuando pretende conquistar la honra.

—Por mi fe, si queréis, haré que os abran la puerta y os retendré con nosotros aquí dentro, y recibiréis los mismos bienes que yo reciba. Pero si no tenéis ese deseo, no os sorprendáis de lo que dentro ocurre.

Le responden que no lo harán, y el duque hace que les abran la puerta; entran y los lleva a su palacio, dándoles vestidos ligeros y rogándoles a los que están allí que los honren y les muestren alegría, «porque pienso que son hombres valientes y buenos caballeros».

El duque les pregunta de dónde son y Gueheriet, que no quería que los reconociera, le contesta que son de tierras lejanas.

—Señor —le pregunta el duque—, parece que sois hermanos; si es así, no me lo ocultéis.

—Ciertamente —contesta Gueheriet—, somos hermanos y por hermanos nos tienen los que nos conocen; os ruego que dejéis de preguntarnos por nuestra vida, pues en su momento lo sabréis todo.

El duque responde que no volverá a decirles nada más.

De este modo estuvieron allí durante todo el día hasta la hora de cenar, en que el duque ordenó que pusieran los manteles; los criados los colocaron e hicieron todo lo que se les ordenó. Se sentaron los caballeros a la mesa y el duque hizo que Gueheriet se sentara delante de él, porque era al que los otros hermanos le mostraban mayor honor y respeto, por lo que pensaba que en él había más valor y atrevimiento que en los otros. Cuando llegó la noche hizo que prepararan en la habitación mayor tres camas, en las que mandó que se acostaran los tres hermanos: descansaron durante toda la noche y fueron mejor servidos de lo que les habían prometido. Después se acostaron todos los demás del castillo, menos los que debían hacer guardia.

El día siguiente por la mañana, alrededor de la hora de prima, después de que hubieran oído misa los tres hermanos y de que salieran de la iglesia, vieron que muchos caballeros se estaban armando en el castillo. Le preguntan al duque por qué lo hacían, pues no veían a nadie que intentara atacar.

—Buenos señores, están tomando las armas y hacen bien, pues necesitarán buenas cotas de mallas hoy mismo: dentro de un rato podréis ver el orgullo de mis hijos y la

abundancia de caballeros que enviarán por delante.

—Por mi fe —contesta Gueheriet—, entonces aconsejaría que fuéramos a tomar vuestras armas y que saliéramos a su encuentro, pues si dejamos que vengan a atacarnos será cobardía.

—Por Dios, no me parece locura el esperar, pero es demasiado atrevido y me parece alocado el salir de aquí, y no veo qué ventaja puede tener, sino peligro y riesgo: por eso os recomiendo que estéis quietos hasta que llegue el momento de la necesidad. Sois tres hermanos y caballeros que —según me parece— cuando los demás se hayan cansado, aún podréis derrotar a un ejército. Por eso quiero que os quedéis detrás y no deseo que os pongáis en marcha antes de que hayan salido todos los de aquí, de forma que cuando estén cansados y fatigados, vosotros aún estaréis frescos y descansados; no creo que os puedan resistir después.

—Que Dios no me vuelva a ayudar —le contesta Agravaín—, si esperamos hasta el final, pues de ninguna otra forma mejor podríais hacer que nos tuvieran por cobardes, más que llegando fuertes y descansados a los que estarán cansados y fatigados por sus hazañas.

—Por Dios, buen hermano —añade Gueheriet—, decís verdad, pero el duque es tan valiente y honrado que no nos aconsejaría nada que pudiera convertirse en afrenta o villanía para nosotros: por eso quiero que hagamos según su voluntad.

—Por mi fe —contesta Agravaín—, haced lo que queráis, pero no lo haréis con mi consentimiento. Sea lo que sea lo que deseéis hacer, ir o esperar, yo saldré con los primeros y que Dios no vuelva a ayudarme si no aprendo cómo golpean con las lanzas los primeros que vayan.

—Por mi fe, buen hermano —le contesta Gueheriet—, haced lo que queráis, pero no me moveré hasta que vea salir a mi hermano Guerrehet.

Mientras hablaban así oyeron gritar en el castillo: «¡A las armas!». Todos los caballeros empezaron a reunirse ante el palacio del duque, pues no había nadie tan osado como para salir del castillo antes de que se le ordenara; al poco rato se habían armado más de doscientos hombres, todos cubiertos de hierro, entre arqueros, ballesteros y servidores de a pie. El duque va a armarse con sus cuatro sobrinos, que eran muy buenos caballeros, esforzados, hijos del hermano del duque que había muerto días antes en el último encuentro. También los tres hermanos se armaron, y le rogaron a Agravaín que no se separara de ellos, pero éste les contestó que en modo alguno les haría caso y que Dios no le volviera a ayudar si esperaba a salir con los últimos.

—Que Dios os conceda —le dice Gueheriet— que tengáis suerte, pues ciertamente temo que os hagan prisionero.

—No temáis, pues no será, según su voluntad.

El duque divide a sus gentes y hace cuatro grupos con cuarenta caballeros cada uno

de ellos y se los entrega a sus cuatro sobrinos, que eran los hombres del mundo en los que más confiaba; les indica cómo deben actuar y cómo socorrerán a los otros si ven que necesitan ayuda; después escoge a cuarenta caballeros entre los que más confiaba y hace que se queden a su lado, un poco alejados de los demás, y les dice que no se muevan hasta que salga él mismo en persona. Luego vuelve junto a sus sobrinos, que se llamaban Casibilans, el más joven; Abilás y Dionis, el segundo y el tercero, y Dión, el cuarto; los hace salir el castillo y les advierte que no deben temer el ser vencidos, pero que vayan con prudencia contra sus enemigos, y ellos le contestan que así lo harán.

Agravaín se separó de sus hermanos y salió para combatir con los primeros: ve venir caballeros por todas partes uno por un lado, dos por otro, tres por otra parte, tan deseosos de luchar unos como otros. Los seis hermanos, hijos del duque, que eran muy buenos caballeros y muy valientes, habían hecho seis partes en su ejército, en cada una de las cuales había cien caballeros; cada hermano guiaba a los suyos, aunque habían enviado por delante al senescal con cuarenta caballeros para que empezaran el combate. Llegaban tan rápidos que poco faltaba para que los caballos reventaran bajo ellos por lo de prisa que iban; el senescal iba delante, con el escudo al cuello, la lanza en el puño y el estandarte flameando al viento. Cuando Agravaín lo ve llegar se queda pensativo y considera que podrían ser derrotados fácilmente; escoge a diez caballeros y les dice: «Seguidme», a lo que le contestan que vaya tranquilo, que no lo dejarán hasta la muerte. A continuación ataca al caballero que venía delante de todos los demás, que le golpea rompiendo la lanza contra su pecho; Agravaín, que venía de lejos, le alcanza por bajo, por debajo del arzón de la silla y le golpea con tanta fuerza que ni el escudo ni la cota de mallas le pueden impedir que le meta en el cuerpo el hierro y la madera de la lanza y que lo derribe al suelo tan malherido que no necesita médico, pues vale poco más que un muerto; al caer se rompe la lanza. Cada uno de los compañeros de Agravaín derriba a su caballero. Luego, Agravaín desenvaina la espada, con la que sabía defenderse bien, y golpea a diestro y siniestro, realizando tales hazañas con los diez que estaban con él, que vencieron a más de cuarenta en menos de lo que tardaríais en volver la mano. Huyen y los persiguen tan de cerca que se tienen que meter en el primer cuerpo del ejército enemigo. Cuando los otros ven que huye la mesnada de su senescal les preguntan a dónde van tan rápidamente y contestan que no pueden más, «pues los otros —dicen— tienen un caballero como nunca vieron otro tan valiente y atrevido: ha matado a nuestro senescal y a más de diez de los nuestros». Los otros los hacen retroceder, diciendo que si el senescal ha muerto será vengado antes de que anochezca.

Salió entonces el cuerpo del ejército que conducía el sobrino del duque y se reunió con la hueste enemiga, que eran muchos más que ellos, porque los de dentro apenas llegaban a cuarenta y los de fuera eran cien; poco hubieran resistido los cuarenta de no ser por el valor y las hazañas de Agravaín, que daba arrimo y atrevimiento a los más

cobardes, actuando tan bien en todo momento que los enemigos se espantaron. Cuando el hijo del duque que mandaba el primer cuerpo del ejército vio que sus hombres quedaban tan perjudicados por culpa de Agravaín piensa que si vive mucho tiempo les causará gran daño. Llama entonces a diez de sus hombres y les dice:

—¿Veis aquel caballero que está allí? No sé quién es, pero nos ha causado gran daño. Seguidme, porque quiero enfrentarme con él y si lo derribo, lo haremos prisionero; si me derriba él, rodeadlo y que muera o sea apresado; de otra forma no podremos vengarnos.

Le contestan que así lo harán. Ataca a Agravaín, que también se dirige hacia él; se golpean con las lanzas, haciéndolas volar en astillas, y chocan con el cuerpo y los escudos, de forma que los dos quedan muy mal. Agravaín tropieza y, cuando iba a pasar de largo, es alcanzado en el escudo por más de diez lanzas; le matan el caballo y lo derriban al suelo. Al ver a todos juntos piensa que es algo que ya tenían preparado y que lo hacen para apresarlos; desenvaina la espada, se coloca el escudo sobre la cabeza y se dispone a defenderse, dando grandes tajos con la espada a su alrededor y matando caballeros y caballos; se defiende de forma tan admirable que no hay nadie que lo vea que no lo tenga por valiente. Pero los otros lo habían rodeado y tenía a su alrededor a más de veinte, que le atacaron y lo acosaron hasta que lo hicieron caer de rodillas dos o tres veces; finalmente lo apresan y le quitan la espada, desarmándole la cabeza de inmediato; le hubieran dado la muerte si uno de los hermanos no se lo hubiera prohibido, ordenándoles que lo llevaran prisionero al castillo; así lo hicieron aquellos a quienes se les había ordenado. Llevaron a Agravaín prisionero y no tardaron en derrotar al primer cuerpo del ejército, que volvió la espalda después de haber resistido durante todo el día por las hazañas de Agravaín: y hubieran sido muertos o apresados sin remedio, pero los de dentro les enviaron otro cuerpo del ejército, que los socorrió: los guiaba Ausiles, sobrino del duque, que acudió en su ayuda; la hueste enemiga no pudo resistir, pues eran muy valientes los que llegaban de dentro, y se dio a la fuga de grado o a la fuerza.

Acudió entonces en su ayuda otro cuerpo del ejército, que los socorrió del mismo modo que los de la otra parte habían socorrido a los suyos. De esta forma fueron chocando unos ejércitos contra los otros, hasta que estuvieron en el campo de batalla los seis hermanos; los de dentro no podían resistirles de ninguna manera, pues eran muchos menos que ellos y finalmente tuvieron que darse a la fuga a su pesar: perdieron mucho y hubo numerosos heridos y prisioneros, sin que pudiera escapar nadie más que un caballero que había sido herido de un lanzazo en el cuerpo y con una espada en la cabeza; éste fue ante el duque y le dijo:

—Noble señor, ¿por qué os dejáis matar ahí fuera a vuestra gente? Si no los socorréis pronto, no veréis regresar a ninguno de los que habéis enviado: vuestra será la vergüenza y suyo el daño.

—Ciertamente —contesta el duque—, si tienen tan gran necesidad de ayuda, no esperaré más para ir a socorrerles.

Se dirige entonces a Gueheriet y le dice:

—Señor, ya es momento que nos pongamos en marcha, pues mis hombres están desanimados porque no estoy con ellos; me han dicho que son abundantes los prisioneros y los heridos. Salgamos y vayamos contra ellos tan rápidamente que todos se sorprendan, pues de otra manera no podrían darse a la fuga nunca.

Gueheriet, al que le pesa no haber ido todavía, le contesta:

—Temo que hayan hecho prisionero a mi hermano por alguna razón.

Todavía no sabían que los otros lo tenían preso.

Salen alineados y juntos y ven cómo huyen los suyos, unos por una parte y otros por otra, pues habían sufrido tanto que no podían seguir. Gueheriet ataca el primero a los de fuera, con la lanza bajada y el escudo delante del pecho; golpea al primero que encuentra con tanta fuerza que lo derriba al suelo, mezclado en un montón con su caballo. No se detiene con éste, pues no había roto la lanza; se dirige contra otro que había causado gran daño a los suyos y lo golpea con tanta fuerza que le mete el hierro y la madera por el cuerpo y lo derriba del caballo, rompiéndole la lanza al caer. Gueheriet y el duque han derribado a dos y los que iban con ellos ya habían quebrado también sus lanzas, pues muchos de ellos habían abatido a los caballeros que encontraron en su camino. Lo hacen tan bien en sus encuentros que los compañeros que estaban huyendo regresan al verlos; descargan grandes golpes donde pueden. Gueheriet, Guerrehet y el duque combatían juntos, diciendo cada uno de ellos que no dejara al otro por temor a la muerte. Buscan a los enemigos y les causan el mayor daño que pueden. Gueheriet había desenvainado la espada y se había adentrado en donde más gente combatía; comienza a dar tajos a su alrededor, sube y baja y no encuentra a nadie tan fuerte ni tan resistente que no lo derribe al suelo; realiza tantas proezas que nadie que lo viera en el mundo dejaría de tenerlo por valiente. Guerrehet y el duque le ayudan en lo que pueden, pero ninguna hazaña se puede comparar con las suyas, pues lo hace tan bien que todos están sorprendidos; lo reconocen como valiente y atrevido en poco rato los que no lo habían visto nunca: no hay nadie tan valiente que no tema encontrarse con él.

Gueheriet realiza tales proezas que todos hablan de él, cerca y lejos, todos los que lo han probado; la noticia se extiende y los seis hermanos oyen que estaban combatiendo los de la otra parte; se juntan y dicen que si se les escapa será una lástima. Cuando el duque, su padre, los ve venir, los reconoce y se los señala a Gueheriet, diciéndole:

—Señor, ¿veis aquellos seis caballeros que vienen por allí?

—Sí.

—Son mis hijos, los que me han llenado de pobreza; quien consiga ponerme sobre ellos habrá dado final a mi guerra, pues los otros no podrán resistirnos a partir de ese

momento; quien caiga en sus manos puede considerarse muerto si no es muy valiente.

—Entonces aconsejaría que nos mantuviéramos juntos y que Dios nos ayude para que podamos librarnos de ellos y derrotarlos, poniendo fin a vuestra guerra.

—Por mi cabeza, tenéis razón. Vamos a ellos.

Galopan los tres contra los seis hermanos; Gueheriet derriba al primero y le pasa por encima del cuerpo con el caballo, rompiéndole los huesos y haciendo que se desmaye por el dolor que siente. Luego derriba a otro y el duque a un tercero: comienza el combate cruel y duro, pues los tres hermanos quieren socorrer a los otros que estaban en el suelo, pero no se lo permiten. Gueheriet, que no los ama, se mete entre ellos y le da tal golpe con la espada a uno que le parte el yelmo y la cofia de hierro, hundiéndole hasta los dientes la espada y haciéndole caer muerto al suelo. Ataca a los otros y mata a caballeros y caballos, derribando a muchos en poco rato, de modo que nadie se atreve a esperarle y todos se dan a la fuga, tanto los grandes como los pequeños, incluso los cinco hermanos, de los que Gueheriet apresa a uno y el duque a otro, llevándolos al castillo. Después empieza la persecución, en la que el duque y Gueheriet hicieron muchos prisioneros, mientras que los otros se refugian en una fortaleza suya y gracias a eso se salvaron, pues de otra manera hubieran muerto.

Luego el duque y su gente regresan; en el castillo, Gueheriet mira a su alrededor y al no ver a su hermano Agravaín le pregunta a Guerrehet si sabe dónde está.

—No, ¿y vos?

—No lo he visto desde esta mañana.

Hacen que lo busquen por todas partes y como no consiguen tener noticias suyas, Gueheriet piensa que ha muerto en el campo de batalla. Empieza a hacer un gran duelo y a lamentarse por su hermano en voz alta, diciendo: «¡Ay, Dios, qué gran pena es que haya muerto!». El duque le pregunta:

—Señor, ¿por qué os lamentáis de tal manera? Sabed que no ha muerto, sino que posiblemente lo han hecho prisionero; voy a enviar para saberlo: si está prisionero les daré tantos caballeros suyos que me lo devolverán con gusto.

Entonces envía a un escudero, que al llegar al otro campo les pregunta si tenían prisionero a un joven así, y le contestaron que sí y que se lo devolverían a cambio de los dos hermanos, si les interesaba. El criado regresa al duque y le dice lo que había encontrado. Toma a sus dos hijos y los devuelve, y al punto le entregan a Agravaín armado igual que cuando lo hicieron prisionero. Cuando llegó al castillo y lo vio Gueheriet no es necesario preguntar si se alegró, pues fue tal el gozo que tuvo que todos los que lo veían lloraban de compasión.

Gueheriet juró entonces ante todos los que estaban allí que no se iría hasta que hubiera terminado la guerra, si es que podía ponerle fin de algún modo. De esta forma Gueheriet se quedó en aquel lugar y el día siguiente el duque les envió caballeros y servidores haciéndoles saber que les daría todo lo que quisieran pedirle; se unieron a

ellos tantos caballeros de todas partes, que al final eran más de setecientos.

Pero la historia deja ahora de hablar del duque y de Gueheriet y vuelve con el rey Arturo y la reina Ginebra.

Cuenta ahora la historia que cuando los compañeros que habían emprendido la búsqueda —tal como ya se ha dicho— se marcharon de Camelot, el rey se quedó meditabundo y pensativo acerca de las noticias que había oído sobre Lanzarote, pues pensaba que había muerto según lo que le dijo la reina. Lloró y se lamenta como si fuera su padre, diciendo que en toda su vida no había tenido tan gran desgracia ni una pérdida comparable, por el afecto a un solo hombre, «y os prometo, señora —le dice a la reina—, que preferiría haber perdido el reino de Logres y haberme quedado sin ninguno de mis sobrinos, salvo Galván». La reina le contesta que no le extraña, «pues os digo, señor, que gracias a su fama y a sus hazañas vuestra corte tenía nombre y era temida más que si en ella estuvieran los diez mejores caballeros que existan».

Gran duelo hicieron todos, jóvenes y viejos; habían abandonado las risas y las diversiones, diciendo que ya no saben quién pondrá final a las aventuras del Santo Grial, pues ha muerto el caballero en el que confiaban. Ese mismo día, después de mediodía, se presentó Lionel, el primo de Lanzarote; al verlo, la reina volvió a empezar su dolor igual que todos los demás. Cuando Lionel ve que lloran de tal forma, se queda sorprendido. Y tened por seguro que no fue poco el miedo que tuvo.

—Señora —le pregunta a la reina—, decidme por qué estos nobles se lamentan así.

—Mi dulce hermano, lo sabréis en breve, pero desarmaos antes.

Lo desarman y le quitan el escudo y las armas; cuando ya estaba completamente desnudo, la reina lo toma por la mano y lo lleva a su habitación; iba a contarle las noticias, que todavía no conoce, cuando el corazón le aprieta por la gran pena que tiene y se desmaya, tomándola Lionel entre sus brazos. Al volver en sí, le pregunta el caballero:

—Señora, por Dios, decidme a qué se debe ese gran dolor.

—Mi buen amigo, ¿queréis que os diga cuál es vuestro gran dolor y la gran pérdida que tenéis? Ha muerto el hermoso, el bueno, el mejor de todos los caballeros, tras el cual toda valentía faltará: Lanzarote, vuestro primo.

Cuando Lionel oye a la reina, lo siente tanto que sería imposible contar: llora y grita tan fuerte que toda la gente se reúne a su alrededor y el rey lo consuela lo mejor que puede, pero él no abandona en ningún momento su tristeza; le pregunta a la reina cómo ocurrió y ésta le cuenta lo que había visto, cuando un caballero se llevaba la cabeza colgando del arzón de la silla y le cuenta que el caballero se la quería llevar a la fuerza y se la hubiera llevado, si Lanzarote no se hubiera adelantado, y le dice también que en una de aquellas habitaciones estaba el caballero enfermo.

—Señora —le pregunta Lionel—, ¿sabéis quién es?

—No, pues se cubre cuando entro; pero os puedo decir que a nadie he oído hacer

tan grandes lamentaciones como él hizo al enterarse que había combatido contra Lanzarote.

—Me gustaría verlo, por si lo conozco.

—Por mi fe, con gusto os acompañaré a donde él está.

Lo toma por la mano y lo lleva a la habitación en la que estaba el caballero enfermo, que se había hecho cubrir el rostro porque quería dormirse. Lionel entra y le pregunta a una doncella si el caballero está dormido.

—Señor, no; está demasiado enfermo y la herida se le ha vuelto a abrir hoy y le ha sangrado tres o cuatro veces.

Mientras hablaban de este modo, el caballero se despierta y se descubre; al ver a Lionel le grita:

—Dulce hermano Lionel, ¿qué podemos hacer? Ha muerto mi señor y el vuestro.

La herida se le vuelve a abrir, de forma que la cama se llena de sangre. La reina lo mira y reconoce a Boores, el primo de Lanzarote. Lionel lo toma entre sus brazos, diciéndole:

—Mí dulce hermano, no digáis tal cosa. Si Dios quiere, no tendrá la desgracia de morir. Por Dios, decidme si vos podéis sanar.

—Poco importa mi curación si él ha muerto; si está vivo, sanaré.

Cuando estaban hablando así, entró el rey y los otros nobles, que al ver a Boores se pusieron contentos y tristes: contentos porque está con ellos; tristes porque no podrá escapar, pues está muy herido, según les había dicho el médico. Le restañan la herida y pide que se vayan todos porque el ruido le perjudica. El rey se marcha acompañado por los demás nobles y sólo quedan con él Lionel y la reina.

De esta forma permaneció allí más de un mes enfermo, y hubiera estado más tiempo todavía, si el rey no hubiera puesto a su disposición a un médico que se ocupó tanto de él que antes de que hubieran pasado seis semanas podía pasear por la habitación; mientras estuvo enfermo, el rey se quedó en Camelot por amor a Boores y por las hazañas que había realizado, con grandes deseos de preguntarle por qué quería llevarse a la reina; pero no se atrevía a hacerlo porque no quería molestarle. Durante todos estos días la reina permanecía ante él tanto como podía, acompañándolo con el médico y con Lionel; todas las mañanas se lamentaban los tres a solas. La reina se dolía tanto que era admirable que no perdiera el sentido, porque debido al dolor bebía y comía muy poco y apenas dormía; antes de que Boores se hubiera curado, la reina tuvo que guardar cama más de quince días por su sufrimiento. El rey estaba muy preocupado con esto y en modo alguno pensaba que fuera por Lanzarote, porque siempre había procurado la reina ser discreta en ese asunto; no sabe a quién recurrir por su enfermedad, si no es a un médico suyo que la custodia.

De esta forma la corte está perturbada por Lanzarote y por los caballeros que se han ido en su búsqueda, y de los que no saben por dónde están; la corte también está

perturbada por la enfermedad de la reina: los ricos y los pobres están atormentados sin saber qué aconsejar los unos a los otros.

Poco después de la fiesta de San Juan, Boores estaba algo mejor y podía llevar armas; un lunes que el rey se sentó a comer en el estrado más alto y sus vasallos estaban sentados en la sala, pues eran muchos, después de que les sirvieran el primer plato, entró una doncella que saludó al rey de parte de la Dama de Galvoie; el rey estaba tan ensimismado que no oyó nada. Cuando la doncella lo vio, pensó que lo hacía por desdén: da la vuelta y va a marcharse cuando se encuentra de cara con Lucano el Botellero, que le pregunta qué le ocurre.

—Por mi fe, había venido a hablar con el rey de parte de la Dama de Galvoie, y no se digna en hablar conmigo.

—Doncella, por Dios, no lo ha hecho por desdén, sino porque está preocupado porque mi señora la reina yace enferma, y hace ya más de un mes que no se levanta. Perdonádselo, y creo que conseguiré que podáis hablar con él.

La doncella se detiene y Lucano se dirige al rey, diciéndole:

—Señor, estáis muy pensativo. Que Dios permita que sea para bien.

El rey levanta la cabeza y le pregunta qué desea:

—Señor, hay aquí una doncella que con gusto hablaría con vos.

—Hacedla venir.

Así lo hace; cuando está ante el rey, la doncella le dice:

—Señor, la Dama de Galvoie os saluda y os hace saber, como a su señor natural que sois, que debéis enviarle, para resolver una querrela que tiene, a mi señor Galván o a Lanzarote, pues si no le enviáis a uno de los dos, perderá su pleito sin lugar a dudas; el que quiere enfrentarse con ella en este asunto es tan buen caballero que no hay en el mundo nadie que pueda resistirle si no es uno de esos dos.

—Doncella, no están aquí ninguno de los dos.

—Dios, ¿dónde están?

—Por Dios, sólo sé que Lanzarote ha muerto; es una gran lástima para mí y para todos los hombres del mundo. Mi señor Galván ha emprendido la búsqueda de noticias auténticas sobre Lanzarote; con él iban diez caballeros de este castillo, que no regresarán hasta que tengan noticias ciertas. Pero como sé que tengo que ayudarle a la dama que os envía, para que mantenga su tierra, quiero que elijáis al caballero que preferáis de los que hay aquí.

La doncella se quedó pensativa un momento y, después, dijo:

—Señor, mi señora me prohibió que llevara a nadie que no fuera Boores de Gaunes, si no podía llevar a uno de los otros dos.

—Por Dios, vuestra señora tiene razón si lo pide, pues no conozco ningún caballero de su edad tan bueno, y habéis tenido suerte, pues está aquí desde hace más de seis semanas.

—¿Por qué ha permanecido tanto tiempo?

—Por una herida que le ha tenido en cama; pero ya está bastante mejor.

—Señor, por Dios, rogadle que se venga conmigo.

—Lo haré con mucho gusto.

Luego, le pide a Lucano que la lleve a las habitaciones de la reina para que coma; así lo hace. Después, el rey se dirige a Boores y le dice:

—Boores, una doncella que ha venido en busca de socorro me ha pedido que os suplicara que fuerais con ella a ayudar a su señora y yo lo haría así, pero todavía no estáis completamente curado.

—Si la doncella no hubiera venido, me marcharía mañana, pues ya me tarda tener noticias de mi señor; pero que la doncella se ponga en marcha cuando quiera, pues estoy dispuesto a seguirla.

—Mi dulce amigo —le contesta el rey—, habéis estado enfermo y no os conviene marcharos de aquí hasta que así lo deseáis; no vayáis, por Dios, si no os sentís completamente sano y curado.

—No tengo ningún daño por el que me vea obligado a dejar de hacer algo.

—Que Dios sea adorado —contesta el rey.

Después de que la doncella comiera, se dirigió al rey y le preguntó:

—Señor, ¿qué me decís de lo que he venido a buscar?

—Sólo falta que os pongáis en marcha, pues Boores está dispuesto a ir con vos.

—Ciertamente, ahora me encuentro bien.

El rey ordena que le lleven de inmediato las armas a Boores y así lo hacen. Lionel también hace que le entreguen las suyas, pues dice que no se quedará cuando se haya ido su hermano, sino que emprenderá una búsqueda igual que la que han emprendido todos los demás, «y no volveré —le dice al rey— hasta que sepa alguna noticia cierta de Lanzarote».

Cuando ya los dos están armados y sólo les faltan los yelmos, Lionel se dirige a Boores y le dice:

—Buen hermano, vayamos a despedirnos de mi señora la reina y agradezcámosle los grandes bienes que nos ha hecho, pues nunca una dama tan alta hizo tanto por caballeros de lejanas tierras como ella ha hecho por nosotros.

Entran en la habitación de la reina y tuvieron la suerte de que sólo estaba ella, que iba a acostarse. Al verlos armados, piensa que quieren irse, y les dice llorando:

—Buenos señores, veo que os pesa que yo sane, pues os queréis ir tan pronto.

—¿Cómo —pregunta Lionel—, señora?

—Bien sabéis que todo el mal que tengo me viene de aquel al que no olvidaré jamás; por el gran amor que le tenía, me parecía que mientras os viera, lo veía a él: me aliviabais gran parte de mis dolores. A partir de ahora, que os habréis ido, no tendré con quién lamentarme de mis males, y la muerte podrá tomarme pronto, pues tendré

que ocultar y esconder mis pesares, y será admirable si el corazón no me estalla.

—Señora —le dice Boores—, por la misericordia de Dios, no me pondría en marcha sin vuestro permiso; pero el rey me ha rogado que socorriera a una doncella.

—Ya que es así, tenéis que iros. Os encomiendo al verdadero cuerpo de Jesucristo, para que os guarde de toda desgracia.

Luego, la reina toma un anillo que tenía en el dedo y se lo entrega a Boores diciéndole:

—Buen amigo Boores, tomad este anillo que llevaréis con vos, y como sé que encontraréis antes que nadie a Lanzarote, si es que está vivo, os doy el anillo para que se lo entreguéis a él, apenas lo veáis. Creo que será en breve, pues el corazón me dice que no ha muerto. Decidle por todo lo que ha recibido de mí que no deje de venir en modo alguno, en cuanto vea el anillo.

Boores le contesta que llevará el mensaje, si Dios quiere, «y si Dios me lleva a un lugar en el que esté Lanzarote».

Luego, la reina los besa a los dos, que regresan a la sala y se atan los yelmos; descienden al patio, donde los caballos ya estaban preparados. El rey los despide besándolos y lo mismo hacen los demás nobles, que los encomiendan a Dios. Montan y se marchan de allí; la doncella que había ido en busca de socorro emprende el camino con los dos hermanos, que prometen mantener la búsqueda durante un año y un día, si no encuentran en ese plazo a Lanzarote. De esta forma emprenden la búsqueda los dos hermanos y cabalgaron juntos hasta entrar en el bosque.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos y vuelve con la reina, a la que han dejado muy triste y enferma en Camalot.

Cuenta ahora la historia que cuando los dos hermanos dejaron a la reina, tal como acaba de decir, ésta se quedó triste y afligida por su marcha, pues no había nadie allí a quien se atreviera a decir sus pensamientos, ya que ellos se habían ido. Le parecía que no encontraría ningún consuelo, pues no tiene ningún amigo tan íntimo como para descubrirle la verdad de sus amores: tiene que padecer y callar las angustias que su corazón siente y eso es lo que más le puede llevar a morir en su enfermedad, si es que debe morir. La noche que dejaron a la reina, ésta estuvo peor de lo acostumbrado, y sólo durmió en su habitación una doncella que era prima hermana suya y que se llamaba Elibel, en la que confiaba más que en nadie, si es que tenía puesta la confianza en alguna persona. Cogió el primer sueño con dificultad, pues estaba cansada de llorar y de ayunar. Cuando ya estaba dormida, le pareció que Lanzarote entraba en la habitación tan bien vestido y con tanta riqueza que más sería imposible; estaba tan bello que no se le podría encontrar en todo el mundo nadie comparable; tras él venía una doncella, la más hermosa de cuantas había visto en su vida. El rey le mostraba gran alegría a la doncella y la reina hacía lo mismo. Llegada la noche, cuando Lanzarote ya se había acostado en la habitación de la reina, y ésta iba a acostarse con él, se encontraba con la doncella en la cama: sufría tanto por esto que iba corriendo a Lanzarote, que le pedía piedad, jurándole por todo lo que había recibido de Dios que no sabía nada; pero todo era en vano, le prohibía que volviera a entrar en ningún lugar en donde ella estuviese, pues no volvería a amarle nunca. Lanzarote sentía tanto esto que huía desnudo, en calzas y camisa, y perdía el sentido.

La reina lo sintió mucho y se entristeció; al despertarse, estaba tan mal que apenas podía levantarse. Después de hacer la señal de la cruz en medio de su frente, empieza a llorar y a mostrar el mayor dolor del mundo, diciendo:

—Mi dulce amigo Lanzarote, sois bastante más hermoso de lo que os he visto en este sueño. Ojalá quisiera el Señor, que se dignó morir por nosotros, que estuvierais ahora sano y salvo, aunque os encontrara con la doncella a condición, mi dulce amigo, de que me cortaran la cabeza si ello me molestara; no querría que fuera de otra forma por todas las riquezas del mundo.

Empieza a llorar como si lo hubiera visto muerto delante de sí. Al cabo de un buen rato, empieza a pensar y mientras pensaba, se le aturde la cabeza sin acordarse de él; mira a su alrededor y ve una figura que parecía la de un caballero armado, era una estatua hecha de madera muy bien realizada. La mira un buen rato y tenía a los pies dos cirios que ardían y daban gran claridad.

Después de contemplar un buen rato la estatua, le parece que es Lanzarote. Se pone en pie y le echa la camisa por encima, tendiéndole los brazos y diciendo:

—Buen amigo, avanzad. ¿Dónde habéis estado tanto tiempo? Venid, buen amigo, y sacadme de la muerte en la que estoy por vos. Sacadme del mayor sufrimiento, de la mayor aflicción, en la que una noble dama ha estado nunca por un caballero.

Al ver que no se mueve a pesar de sus ruegos, le dice:

—Buen amigo, nunca fuisteis tan orgulloso conmigo; pero de nada os vale, ya que no queréis venir a mí, iré hacia vos.

Se incorpora y se dirige a donde estaba la estatua, echándole los brazos al cuello y mostrándole tan gran alegría como le mostraría a aquél por quien lo estaba haciendo. Tanto estuvo así que la doncella, su prima, se despertó y abrió los ojos y vio a la reina que aún tenía abrazada a la estatua. Se levanta entonces, temiendo que la reina hubiera caído en locura, corre al agua bendita, de la que tenían abundante allí, y se la echa al rostro, diciéndole muy asustada:

—Señora, que viene el rey, volved a vuestra cama.

La reina siempre había temido mucho al rey y sintió tal miedo porque la doncella le había dicho asustada «que viene el rey», que de inmediato vuelve en sí; se acuesta en la cama y se duerme, sin volver a despertarse hasta la mañana siguiente.

Por la mañana se encontraba bastante mejor y más sana que desde hacía mucho tiempo; comió un poco y después de beber y comer, vio que en su habitación sólo estaba su prima. Entonces, le dijo:

—Bella prima, si creyera que cumpliríais bien como mensajera, os enviaría. Pero si no fuerais discreta y prudente, pequeño provecho me haríais: si no vais, no sé a quién enviar, pues es una necesidad que me llega muy de cerca al corazón.

—Señora, no hay nada en el mundo que pudiera hacer y no hiciera por vos; no hay mujer que os ocultara mejor que yo vuestros asuntos, si quisierais decírmelos. Lo debo hacer así, pues soy la más cercana a vos de vuestro linaje y sois vos quien me daréis los bienes que espero, si alguna vez tengo algo. Si vos no lo hacéis, nadie lo hará: por eso os debo servir en todo lo que queráis, por vuestra gracia y vuestra buena voluntad.

—Si sois leal en todo, os haré mayores bienes de cuantos ha recibido una doncella de ninguna reina.

Su prima le contesta que lo hará tan en secreto como ella desee, y que la servirá lealmente durante todos los días de su vida.

Entonces la reina empieza a pensar y, al cabo de un rato, llama a su prima y le dice:

—Doncella, tendréis que ir mañana a Gaula, y cuando estéis allí, buscad un castillo que se llama Trebe; cerca de ese castillo hay una abadía llamada Monasterio Real, donde se construyó una iglesia por la muerte del rey Ban, que murió en aquel lugar; el monasterio está construido en una colina y a su pie, en un valle, hay un lago. Cuando lleguéis allí, entrad tranquilamente en el agua, sin ningún miedo, pues sólo es encantamiento. Si no tenéis tanto valor como para meteros, esperad hasta que veáis a alguien que entra en el agua y luego hacedlo; no dejéis de hacerlo, pues de lo contrario,

no cumpliríais bien con mi embajada. Cuando lleguéis adonde está el lago, encontraréis abundantes casas hermosas y palacios, gentes nobles y discretas. Preguntad entonces por la señora que se llama Niniana y tiene como sobrenombre Dama del Lago; cuando la veáis, decidle que sois mía y que os envío a ella para que por Dios y por la fe que le debe a aquél al que crió y al que ella no ama menos que yo, que venga a verme y que no lo deje por nada.

Luego, le dice cómo debe ir y qué camino debe tomar, pues se lo había preguntado muchas veces a Lanzarote cuando estaban a solas y él se lo había indicado tan bien que la reina no se podía equivocar. La doncella le contesta que lo hará bien, que se lo tendrá que agradecer.

—Ciertamente —le contesta la reina—, si lo hacéis bien, tal como os he dicho, os irá mucho mejor el resto de vuestra vida.

En esto entró el rey y al ver que la reina estaba sentada, se puso muy contento, pues se da cuenta de que no está tan enferma como le decía; le pregunta:

—Señora, ¿cómo os sentís?

—Señor, bien, gracias a Dios. No estoy tan enferma como ayer, sino que me encuentro algo mejor.

—¿Habéis comido algo?

—Señor, sí; un poco.

—Desearía, si puede ser, que os levantarais de la cama y vinierais a pasar un rato con los caballeros, por si hay noticias que os reconforten.

—Señor, todavía no, pues estoy demasiado débil.

—Entonces me iré, pues ya es hora de cenar.

Se marcha el rey a la sala y hace poner las mesas; entonces empezaron a llegar a la habitación de la reina damas y doncellas, muy contentas porque la veían mejorada; le mostraron muy buena cara y la consolaban todo lo que podían. Pero por más que se esforzaban y por todo lo que le decían, la reina no podía tener alegría en su corazón, pues no sabe si vive aquel de quien procede toda su alegría. Ese día estuvo la reina más contenta de lo habitual y mandó buscar el caballo más rápido y mejor que pudieran encontrar, hizo que lo prepararan con un rico freno y con unas jamugas que eran dignas de ver.

El día siguiente por la mañana, tan pronto como amaneció, se levantó la reina, y le dijo a la doncella que ya era hora de ponerse en marcha y de ir al asunto, y que Dios la condujera. Esta se viste y prepara; la reina le regaló un vestido nuevo de seda roja, una cota y un manto: todo ello era para cabalgar; hizo que en un baúl le pusieran otro más rico que vestiría en las ricas cortes a las que fuera y le entrega un enano, buen hablador, que sabe muchas lenguas, para que le dé compañía y un escudero valiente y noble para que vaya tranquila. Después, le ordena que cuando llegue cerca del lago no los lleve, sino que los deje en el Monasterio Real, y la doncella le contesta que así lo hará, sin

error posible.

A continuación la doncella deja a su señora, y va tan engalanada que nunca cabalgó una doncella con tanta riqueza. La reina la besó al despedirse, rogándole que vaya con prudencia para que se lo pueda agradecer, a lo que le contesta que así lo hará. Se marcha después y la reina sube a la torre más alta, desde donde ve a la doncella que se va hacia Gaula siguiendo el camino más recto que conoce; la ve mientras puede, hasta que el bosque en el que entró se la quita de la vista, de manera que ya no puede distinguir a la doncella ni a sus caballos: le falla el corazón y se tiene que sentar; empieza a llorar con tal dolor en su cuerpo que apenas puede mantenerse en pie.

Por casualidad mira su mano y ve un anillo de oro que solía llevar Lanzarote y que la Dama del Lago le había dado cuando lo envió a la corte para que fuera armado caballero novel. Después de contemplarlo un buen rato, se acuerda de aquel que se lo había dado y por quien sufre tantos males, sabiendo que es algo que estima en mucho. Comienza a besarlo y a alegrarse como si fuera una reliquia, diciendo:

—Buen dulce amigo Lanzarote, ya que no puedo tener alegría ni consuelo de vos por las noticias que me traen, me consolaré con este anillo que guardabais con tanta estima; y ya que lo amabais tanto, me servirá de consuelo, pues no habrá vez que lo vea que no me alegre. Que Dios, con su santa misericordia, me permita vivir tanto como para teneros de nuevo sano y salvo. Ciertamente ya no puede llegarme ningún daño que me preocupe.

De esta forma habla la reina consigo misma y se reconforta; baja de la torre y va a su habitación bastante más contenta de lo habitual, rogando a Nuestro Señor que le envíe en breve noticias del caballero al que tanto desea, de forma que pueda estar alegre y contenta.

Ahora la historia deja de hablar de ella y del rey Arturo y vuelve con Lanzarote, de quien ha guardado silencio durante mucho tiempo.

CXLVI

Cuenta ahora la historia que Lanzarote permaneció tanto tiempo en el sitio al que lo había llevado la vieja, que pasó seis semanas, y a partir de entonces se sintió sano y curado, deseoso de llevar las armas. Aunque todavía no estaba completamente bien, le aburría el descanso porque había estado en cama durante mucho tiempo, según le parecía. Se marcha de allí encomendando a Dios a todos; la vieja le había preparado unas buenas armas, bellas, y un escudo completamente nuevo; se puso en camino y lo emprendió tras la vieja. Después de cabalgar hasta mediodía, alcanzó a la entrada de un bosque a una doncella que iba cabalgando en un palafrén negro pequeño, profundamente ensimismada, y bien se veía que había llorado porque tenía los ojos rojos e hinchados. La saluda cuando está cerca de ella y ésta hace lo mismo.

—Doncella, me parecéis muy triste, y con gusto sabría el motivo de vuestra tristeza. Tened por seguro que pondría en aliviaros todo el entendimiento que pudiera.

—No hay hombre en el mundo, sino Dios, que pueda aconsejarme, pues lo que me entristece son cien mil preocupaciones, no es sólo una cosa que vaya a perder, sino todos los nobles del mundo, pobres y ricos, de Gran Bretaña y de otras muchas tierras.

—Por Dios, doncella, entonces no es asombroso que estéis afligida; os ruego que me digáis de qué se trata, pues ya que lo saben todas las gentes, bien podéis decirlo según me parece, sin cometer ninguna falta.

—Señor, os lo voy a decir, ya que tenéis tanto interés en saberlo; me asombra que no lo sepáis, pues todo el mundo lo sabe ya. Mi tristeza se debe a dos cosas: una, a mi hermana, a la que un caballero se llevó a la fuerza el otro día; y la otra, a un valiente que me hubiera vengado, si hubiera seguido vivo hasta ahora; pero está muerto y os diré cómo me he enterado. Cuando el caballero se llevó a mi hermana a la fuerza, no quería devolvérmela ni por súplicas ni a cambio de regalos, y entonces me puse en marcha a la corte del rey Arturo, para quejarme de lo que el caballero me había hecho sin motivo. Cuando llegué allí, no hace aún tres días, no encontré quién me ayudara en nada, pues todos se ocupaban de llorar y lamentarse. Al ver esto, me quedé sorprendida y le rogué a un escudero que me dijera por qué se lamentaban de tal forma y él me contestó que era porque Lanzarote del Lago había muerto. Como no podía conseguir nada de lo que me interesaba, ayer por la mañana me marché de allí triste y afligida por la muerte del buen caballero, que causará pena a todo el mundo, pues nunca volverá a haber un hombre que tenga tal misericordia con las pobres doncellas como él tenía. Además, estoy muy triste porque nunca tendré quien me haga justicia en la injusticia que se me ha cometido: desde que me enteré no he cesado de llorar por la gran lástima que tengo por él y por la pérdida que ha sido para mí; si estuviera vivo y supiera la injusticia que se ha hecho, me procuraría vengar, para que estuviera contenta

el resto de mi vida. Por eso he llorado tanto hoy.

Cuando Lanzarote oye que en la corte están tan tristes y afligidos por él, piensa que la reina debe estar enferma de dolor, y se disgusta: piensa que sólo podría ser sanada con su presencia; desearía regresar a la corte y así lo haría, de no ser por el asunto que acaba de emprender. Le dice a la doncella que le había contado la noticia:

—Doncella, si me queréis llevar un mensaje, yo me esforzaría en dejar libre a vuestra hermana.

La joven le contesta que no hay lugar tan alejado al que no vaya ella, a condición de que su hermana quede libre.

—Decidme por dónde se marchó el caballero y yo iré en su búsqueda.

—Está cerca de aquí.

—Id, que yo os sigo.

La doncella sale del camino ancho y toma un sendero a la derecha; Lanzarote y la vieja cabalgan tras ella hasta alrededor de dos leguas inglesas. Entonces ven en un pequeño valle una torre fuerte y alta. La doncella llama a Lanzarote y le dice:

—Señor, en aquella torre está mi hermana, si queréis llegar a ella, y estará también el caballero del que os he hablado.

—Vendréis conmigo y me lo indicaréis, y no temáis, pues os la devolveré si tengo salud para hacerlo.

La doncella le contesta que teme mucho al caballero, y Lanzarote la tranquiliza, diciéndole que la protegerá contra todos aquellos que le reclamen algo.

—Señor —le contesta entonces la joven—, así iré con vos.

Van hablando de este modo hasta la puerta; allí gritan y vocean hasta que les abren; entran a caballo, dirigiéndose a la sala que estaba a la altura del suelo; encontraron al caballero que estaba enfermo por las heridas que le habían hecho; la doncella, a la que iba buscando su hermana, estaba sentada en una alfombra. Cuando Lanzarote estuvo dentro, le dijo a la doncella por la que había venido:

—¿Veis a vuestra hermana?

—Sí, es la que está sentada allí.

Lanzarote la toma por la mano y se la entrega, diciéndole:

—Doncella, tomadla y lleváosla a donde queráis, pues no encontraréis a nadie que se atreva a deteneros mientras esté con vos.

—Señor, muchas gracias; no os pido más que me llevéis a salvo, pues ya habéis cumplido con lo que me habíais prometido.

—Estad tranquila, pues os acompañaré adonde queráis.

Toma a la doncella y la monta en su caballo delante de él; cuando el caballero enfermo ve que se la lleva, lo siente mucho, porque no puede levantarse, pues si tuviera toda su fuerza, no se la llevaría sin enfrentamiento. Entonces le dice a Lanzarote:

—Buen señor, me hacéis una injusticia llevándoos así a la doncella, y no tenéis

ningún derecho. Si estuviera sano y fuerte, no os la llevaríais. Sabed que si se presenta la ocasión, no habréis hecho nada de lo que os arrepintáis tanto como de esto.

—Buen señor, a la fuerza os llevasteis a la doncella y contra su voluntad; del mismo modo que vos os la llevasteis a la fuerza, así me la llevo yo con razón. Si pensáis que os he hecho alguna villanía, reclamad justicia cuando podáis.

—Por Dios, así lo haré, estad seguro.

Lanzarote se marcha de allí, y cuando ya se habían alejado un poco, le pregunta a la doncella que quién había herido de aquella manera al caballero.

—Señor, os lo voy a decir. Después de que me tomara a la fuerza, como bien sabe mi hermana, me traía por este camino y yo iba llorando amargamente; nos encontramos con dos caballeros de esta tierra que sintieron compasión de mí, de forma que se enfrentaron con él y le causaron las heridas que le hacen guardar cama; pero él se defendió tan bien que los mató a los dos y luego me llevó con algún trabajo, herido como estaba, hasta el lugar en el que me encontrasteis. Al descabargar, se encontró mal y pensaba que iba a morir: rápidamente ordenó que lo acostaran y no dijo ni una sola palabra más, hasta que hace un momento ha hablado con vos, al ver que me llevabais. He tenido suerte de que no me hiciera nada que me desagradara.

Cuando su hermana oye esto, se pone muy contenta.

Cabalaron hasta llegar a la entrada de un bosquecillo en donde encontraron una casa alta, rodeada de rejas y fosos. Las doncellas se apean y le dicen a Lanzarote que desmonte, pero éste les contesta que no lo hará, pues tiene mucho que andar.

—Señor, hacedlo para comer un poco, pues sabemos que hoy no habéis tomado nada.

Descabalgan él y la vieja. Después de comer y beber, Lanzarote le dice a la doncella a la que había encontrado por la mañana:

—Doncella, ¿he hecho lo que os prometí?

—Señor, sí, gracias a Dios y a vos.

—Os ruego, pues, por vuestro bien y por el servicio que os he hecho, que vayáis a la corte del rey Arturo y le digáis a la reina y a cuantos encontréis que sepan que Lanzarote del Lago no ha muerto, sino que está sano y salvo, y que vos bebisteis y comisteis con un caballero que ayer por la noche cenó con él y durmió en su misma cama.

—Señor, no seré creída si no lo sé más de seguro.

—Os digo que está sano y salvo y se lo podéis asegurar a mi señora la reina.

—Por Dios, entonces sin duda seré mujer rica y poderosa en cuanto haya contado esa noticia en la corte, pues seguro que el rey me dará un castillo o una ciudad, si puedo contar esta noticia antes que nadie.

Lanzarote le contesta que le parece muy bien.

A continuación, Lanzarote se marcha y deja a las doncellas, montando en su

caballo; cabalgan la vieja y él hasta que por la noche llegaron a una abadía de monjas blancas.

La doncella, por su parte, se separó de su hermana en cuanto Lanzarote se marchó y cabalgó hacia Camalot, alegre y contenta. Llegó al día siguiente a la hora de vísperas; el rey no estaba en la sala en ese momento, sino que había ido a un prado que había bajo la torre, acompañado por la mayor parte de sus nobles. La doncella descabalga y entrega a un muchacho su caballo para que se lo guarden; después, pregunta por el rey y por la reina, y le dicen que el rey está en el prado y la reina en su habitación. Encuentra a la reina muy pensativa por Lanzarote, del que no sabía absolutamente nada. Al reconocerla, la doncella se arrodilla ante ella y le dice:

—Señora, os traigo noticias de Lanzarote, que está sano y salvo.

La reina salta contenta:

—Mi dulce amiga, ¿cómo lo sabéis?

—Os lo voy a decir.

Le contó entonces cómo el caballero que le había devuelto su hermana le había dicho que la noche anterior había cenado y bebido con Lanzarote. La reina le pregunta si había visto al caballero desarmado.

—Señora, sí, pues ayer por la noche cenó en nuestro alojamiento.

—¿Cómo está?

—Señora, era uno de los caballeros más hermosos del mundo, un poco moreno.

Habla tanto que la reina no duda de que era Lanzarote.

Está tan contenta que nadie en el mundo os lo podría contar; se le echa al cuello a la doncella y le muestra tan gran alegría que ésta se admira.

—Doncella —le dice la reina—, en buena hora vinisteis, pues nunca le causó tanta alegría a mi señor una doncella como vos le vais a causar en cuanto os oiga esta noticia de vuestra boca.

La lleva entonces ante el rey y le hace repetir todo lo que le había contado. Cuando el rey la oye, se pone muy contento y le dice ante todos sus nobles:

—Me habéis alegrado mucho con lo que me habéis dicho; os doy en recompensa el castillo que más os guste.

La doncella se le echa a los pies y besa el suelo. Luego, le pide el castillo de Leverzep, pues había nacido en él; el rey se lo da de inmediato.

Comienza entonces una alegría tan grande que no se oiría a Dios tronando; entre todos se incitan al gozo y a la alegría; pero por encima de todos y de todas, la reina es la que está más contenta y feliz; se cura en su enfermedad de día en día y recobra su gran belleza, de forma que cada vez está más contenta: ríe y juega con los caballeros y sólo se ocupa de rogar a Dios que guarde de desgracia a aquél por el que ha sufrido tantos males.

La historia deja de hablar de la doncella y de la reina y vuelve con Lanzarote del

Lago.

CXLVII

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se marchó de la abadía de monjas blancas en la que había pasado la noche, después de enviar a la doncella a la corte, cabalgó alegre y contento por las noticias que había enviado a su señora la reina, pues estaba seguro de que se alegraría; luego, le pregunta a la vieja que a dónde lo lleva.

—Señor, no lo sabréis hasta que hayáis llegado.

Lanzarote deja de hablar. Cabalgan hasta un gran prado hermoso; hacía mucho calor, como corresponde a la festividad de San Juan. Allí, bajo la sombra de dos sicómoros, encuentran una hermosa fuente de agua clara en la que había dos caballeros y dos doncellas que habían hecho colocar un mantel blanco sobre la hierba y estaban comiendo muy a gusto. Al ver a Lanzarote, se levantan y le dan la bienvenida; hacen que descabalgue para que coma; se quita el yelmo, se lava las manos y se sienta. Había pasado calor y estaba enrojecido, pero tan hermoso que nadie se le podría comparar. Por la belleza que había en él, empezó a mirarlo una de las doncellas que era hermana de uno de los caballeros y que aún era muy joven, hermosa de cuerpo, que en toda aquella tierra no había una muchacha tan bella ni un caballero, por poderoso que fuera, que no la tomara por esposa con mucho gusto por su belleza; pero ella no tenía intención de casarse con nadie, pues todavía no había amado con amor ni había visto ni a rey, ni a conde, ni a caballero que le parecieran dignos de amar. Mira a Lanzarote sin cesar mientras come y contempla su boca roja; tiene tales deseos que no sabe qué hacer, pues nunca —según le parece— vio una dama o una doncella a nadie tan hermoso. Contempla sus ojos, que le parecen dos claras esmeraldas, ve la frente hermosa y el cabello crespo y rizado, con pelos que parecían de oro; hay en él tanta belleza, que la doncella no creía que en el paraíso hubiera un ángel tan hermoso. Al punto, Amor la hiere con tanta fuerza que la doncella se sobresalta y el caballero, su hermano, la mira y ve que está pálida y ensimismada, admirándose por ello; le pregunta qué le ocurre y le contesta que se encuentra mal, pero que sanará si Dios quiere.

Lanzarote, que había pasado calor cabalgando, mira la fuente y la ve tan hermosa que le entran ganas de beber; toma una copa de oro que había delante de él y la llena con el agua de la fuente, bebiéndosela entera y encontrándola buena y fresca, según le pareció, pues tenía gran calor; bebió más de la cuenta, creyendo que le hacía bien, de forma que antes de levantarse de la mesa, se encontró tan mal que pensaba que moriría allí mismo. Se desmaya por el dolor que siente en el corazón y durante un gran rato yace como si estuviera muerto. Al cabo, cuando puede hablar y el corazón le vuelve en sí, dice:

—Señora, moriré lejos de vos. Me parecería buena muerte si me hubiera llegado entre vuestros brazos.

Luego, vuelve a caer por el dolor que siente y se le vuelven los ojos en la cabeza, yaciendo desmayado de tal forma como si estuviera muerto.

Cuando la vieja lo ve en tal situación, empieza a gritar:

—¡Santa María, ayuda! ¿Va a morir acaso de esta forma el mejor caballero del mundo?

—Señora —le pregunta el caballero—, ¿quién es? Decídnoslo.

—Es mi señor Lanzarote del Lago el mejor caballero del mundo que se sepa. Por Dios, poned solución, si conocéis alguna, pues me parece que esta fuente está envenenada. Si muere así, nadie podría impedir que yo me diera la muerte, pues su pérdida no podrá ser reemplazada.

Mientras hablan de esta forma, ven salir de la fuente dos culebras grandes, horribles y largas, que iban persiguiéndose. Después de perseguirse un rato, vuelven a entrar en la fuente, una tras otra.

—Señor —dice la vieja—, ya sabéis que por estos dos animales la fuente está envenenada, y por eso este noble hombre ha muerto.

Entonces empieza a gritar, a dar voces y a lamentarse más que nada en el mundo. El caballero le dice a su hermana:

—Dulce hermana, ¿dejaréis que muera este caballero por vuestra culpa? Conocéis la fuerza de las hierbas más que ninguna doncella del mundo y no creo que haya nadie en el mundo que sepa tanto como vos acerca de quitar el envenenamiento de la gente. Por Dios, nunca os vi tan lenta a la hora de ayudar a algún hombre noble, como en este momento.

—Señor, por Dios, estaba tan sorprendida que no pensaba que mi conocimiento fuera necesario. Pero ya que lo necesita, haré todo lo posible por ayudarle.

Va por el prado y recoge las hierbas que cree que son buenas para quitar el veneno; luego, regresa y las machaca con el puente de la espada de Lanzarote, en la misma copa en la que había bebido, añadiendo triaca; después le abre la boca y le mete un poco. Lo bebe como puede, aunque ya estaba tan abotargado que sus piernas eran tan gruesas como el pecho de un hombre.

Después de beber lo que la doncella le había dado, empezó a hincharse cada vez más, hasta que estuvo tan gordo como un tonel. La doncella le dice a su hermano:

—Señor, id picando espuelas y traed toda la ropa que encontréis en mi habitación; acostaremos aquí a este caballero, pues pienso que si ahora intentáramos llevarlo, moriría.

El caballero salta sobre su caballo y la doncella le ruega que regrese pronto. Se marcha tan deprisa como puede el animal y no tardó mucho en regresar, haciendo llevar un rocín cargado de ropa, y llevando él mismo en la mano un frasco que su hermana le había pedido.

Al volver se encuentra con que Lanzarote no ve absolutamente nada, pues el

veneno le había subido ya tanto que le había hinchado el rostro. La dama hace que traigan una cama; acuesta en ella a Lanzarote, al que había hecho desarmar cuando empezaba a hincharse. Después, le echa encima toda la ropa que tenía allí, con la que un rocín quedaría bien cargado; luego, ordena que traigan un pabellón y que lo planten sobre ellos para que no le haga daño el calor. El caballero le pregunta a su hermana si cree que podrá sanar.

—Así me ayude Dios, no os lo aseguro, pues temo que el veneno le haya llegado al corazón; pero os digo que si Dios permite que escape sano y salvo, podrá dar buenos golpes con la espada y con la lanza.

De esta forma quedaron ante Lanzarote hasta después de la hora de vísperas. La doncella lo había cubierto muy bien para que sudara el dolor; por el calor que tenía, le parecía que le dañaba más el calor que el veneno, pero no podía moverse ni decir una palabra: estuvo tan débil durante todo el día que más parecía muerto que vivo, porque estaba padeciendo todo el dolor que puede padecer una persona. Pero a pesar de todo, no estaba tan afectado como para no pensar más en la reina que en sí mismo, pues sabía que tan pronto como se enterara de su muerte, moriría la reina y ésa era la cosa que más dolor le causaba; estuvo en medio de tal sufrimiento y de tal angustia durante todo el día y toda la noche, sin que en ningún momento se volviera ni dijera una palabra, ni se destapara: sudó durante todo el día tanto que nunca se había visto algo semejante; los que le acompañaban no se acostaron, sino que estuvieron siempre ante él, pues la doncella les había prohibido que lo movieran.

El día siguiente, alrededor de mediodía, Lanzarote empezó a lamentarse:

—Ay, Dios, este calor me mata.

—Señor —le dijo la doncella—, todavía tenéis que resistir hasta mañana, que quedaréis sano y curado, si Dios quiere.

Lanzarote se calla y no dice nada, y la doncella le dice a su hermano:

—Señor, si este caballero pudiera curarse, ¿no debería ser mío en justicia?

—Ciertamente, sí; bien sabemos que si escapa es por vos.

—Por Dios, os aseguro que en quince días estará tan sano y tan curado como nunca, si Dios me da salud.

Entonces se ponen más contentos que antes; hacen servir la mesa y cenan. Después, se duermen delante de Lanzarote, pues habían velado durante todo el día. De esta forma pasó la noche; la mañana siguiente, alrededor de la hora de prima, Lanzarote empezó a hablar, diciendo:

—Doncella, vais a matarme haciéndome soportar este calor.

—Señor, si os quejáis, bendito sea Dios, que os da las fuerzas para hacerlo. Por mi cabeza, aún no hace mucho que pensaba que no volvería a salir una sola palabra de vuestra boca.

Le quita entonces tres colchas forradas que tenía encima, y tres cobertores grises, y

le encuentra el rostro y los miembros deshinchados; pero no le ha quedado piel en el cuerpo, ni uñas en las manos ni en los pies, ni cabello en la cabeza, pues todo se le ha caído. A pesar de esto, se siente aliviado en su dolor: empieza a guardar y a meter en una caja los cabellos, porque quiere enviárselos a la reina para que crea mejor el hecho; cumplen sus órdenes.

Luego la doncella le hace comer un poco, mientras lo contempla con mucho gusto, pues le parece tan hermoso que cree que nunca se va a hartar de mirarlo; se tiene por loca y se critica continuamente, llamándose desdichada y preguntándose:

—Desgraciada, ¿por qué lo miro con tanto gusto?

—Porque es hermoso.

—¿Y para qué me vale la belleza, si no es mío?

—Sí que me vale, pues mirarlo me produce en el corazón una gran dulzura y una esperanza tan agradable que me bastaría para ser rica, si no pensara que me equivoco. Pero a menudo vemos que las cosas no ocurren como las gentes esperan y por eso no puedo confiar en la esperanza que esto me produce.

De esta forma discute la doncella consigo misma, se argumenta y responde hasta que Lanzarote termina de comer. Entonces la doncella ordena que le preparen la cama, y así se hace. Acuesta a Lanzarote y lo cubre ligeramente para que el calor no le haga daño; luego se queda delante de él hasta que piensa que se ha dormido. Al cabo de un rato, cuando ve que duerme, hace que los demás salgan de allí, pues no quiere que lo despierten. Se sienta a su lado y comienza a pensar y a contemplar a Lanzarote; después de un buen rato, se dice como mujer triste:

—Señor, en mala hora vi vuestra belleza, por la que languidezco y no puedo escapar si no es con la muerte; no me podrá salvar ni la virtud de las hierbas ni la de las piedras preciosas y será algo admirable; creo que si lo deseara podría hacer que mi corazón se arrepintiera, pero pensar en vos me resulta tan agradable y deleitoso que ninguna otra cosa lo es más; sin embargo, no sé cómo me ha llegado esta gana de pensar, pues nunca había amado con amor, aunque me habían requerido muchos nobles de alto linaje, a los que no me digné en escuchar. Ahora os amo tanto que no puedo quitar mi corazón de vos, y prefiero morir a alejarme. Nunca hubo doncella que amara tanto; os he servido de tal forma que no creo que os atrevierais a negarme vuestro amor, si os lo pidiera antes de morir, encontrándome en esa situación.

Pero si Dios quiere, no lo haré, sino que os dejaré, pues estoy segura de que no os dignaríais en amar a una doncella tan pobre como yo soy.

De este modo habla la doncella y se desdice y deja a Lanzarote; sale afuera, con la cara sombría y luego se pone contenta; vuelve a sentarse y contempla a aquél por cuyo amor no puede resistir, pues lo ama quiera o no; está muy preocupada y maldice la hora en que tal pensamiento, por el que se tiene por loca, le llegó. Estuvo tanto rato delante de él, que Lanzarote se despertó, la miró y vio que estaba llorando con ternura.

El caballero lo siente tanto que se estremece y le dice:

—Doncella, ¿quién ha sido tan osado que se ha atrevido a entristeceros en mi presencia?

—Señor, no os importe, pues no me lamento por nadie, porque nadie me ha hecho ningún daño, sino por mi propio corazón, que no tiene todo lo que desearía.

Lanzarote deja de hablar, pero a pesar de todo no le resulta agradable verla triste. La doncella se restriega los ojos y se esfuerza en poner la cara más alegre que puede. En eso entró el caballero que era hermano de la doncella y le preguntó a Lanzarote cómo se encontraba, a lo que éste le contesta:

—Bien, gracias a Dios.

Pronto se curará, según piensa. Mientras hablaban de esta forma llegaron a la puerta del pabellón dos caballeros armados y una doncella y preguntaron si les podían dar alojamiento, pues ya era hora. El caballero se adelanta y les dice que desmonten y que serán bienvenidos, que recibirán buen alojamiento incluso si fueran más; ordena que planten otro pabellón bajo los sicómoros. Cuando los dos caballeros han descabalgado y la doncella también, y se han desarmado, se sientan a descansar. El huésped les pregunta de dónde son y le contestan que de la casa del rey Arturo.

—¿Y qué vais buscando?

—A mi señor Lanzarote del Lago.

Cuando el caballero los oye no les quiere mostrar a Lanzarote antes de saber si éste desea hablar con ellos, pues de ningún modo haría nada que supiera que le podría molestar. Se acerca a él y le dice:

—Señor, aquí hay dos caballeros que son de la casa del rey Arturo y os van buscando, según dicen; les gustaría hablar con vos, si así lo deseáis. Decidme qué hago, si os mantengo oculto o si os muestro.

—Preguntadles quiénes son y después venid a decírmelo, pues pueden ser caballeros con los que hablaría con mucho gusto, pero también pueden ser caballeros con los que no querría hablar de ninguna manera y que supieran cómo me encuentro.

Regresa junto a los dos caballeros y les pregunta quiénes son; uno le dice que se llama Boores y el otro Lionel, su hermano. Regresa y se lo dice a Lanzarote, que cuando oye que son ellos, sus primos, siente una gran alegría y le dice:

—Buen amigo, hacedles pasar, pues son los dos hombres que más amo en el mundo.

El caballero los hace pasar y Lanzarote los saluda apenas los ve. Cuando lo reconocen sienten tal alegría que nadie os lo podría contar; se abrazan y besan, aunque están espantados, porque lo ven tan enfermo; le preguntan si podrá curarse y les contesta:

—Sí, si Dios quiere.

Les cuenta cómo le había ocurrido todo por culpa del agua que estaba envenenada,

de forma que poco ha faltado para que muriera; y sin lugar a dudas así le hubiera ocurrido de no ser por la doncella que lo había curado del envenenamiento. Empezaron a santiguarse, pues nunca habían oído cosa semejante.

—Señor, ¿tenéis alguna noticia de la corte?

—Señor —le contesta Boores— hace ocho días que nos fuimos de allí, y dejamos al rey y a los nobles muy preocupados por vos; pensaban que habíais muerto, y toda la corte está tan afligida que no hay nadie que se atreva a reír ni a jugar.

Entonces, Boores mira a su alrededor, pues no quería que escuchara nadie; cuando está seguro de que están los tres solos, le dice a Lanzarote:

—Señor, mi señora la reina padece un gran dolor por vos.

Le cuenta la vida que lleva y cómo guarda cama por el dolor que siente y el duelo que había hecho cuando se marcharon ellos; después, le entrega el anillo que la reina le había dado para que se lo hiciera llegar tan pronto como lo viera y le dice todo lo que ésta le había ordenado.

Lanzarote toma entonces el anillo y lo contempla, reconociéndolo bien. Empieza a llorar profundamente, mientras dice:

—Mi dulce primo, no podría cumplir esta orden aunque la hubiera jurado, pues estoy tan enfermo que no puedo cabalgar de ninguna forma. Cuando me cure tendré que ir en ayuda de la dama por la que me puse en marcha; por eso convendría que o vos o Lionel regresarais a la corte y le dijerais a mi señora cómo me encuentro y le contarais lo que me acaba de ocurrir, porque os creará mejor a vos que a cualquier otro que fuera. Y para que esté más segura de este asunto que me ha ocurrido le llevaréis los cabellos de mi cabeza, que he hecho guardar y recoger en una caja para llevárselos.

Recibieron muy buen alojamiento aquella noche, pues el caballero les dio cuanto pudo; por la mañana, Boores se despidió de Lanzarote, porque ya no podía quedarse por más tiempo; antes de montar le dijo:

—Señor, os he hecho más daño del que pensáis.

—¿En qué?

—Os lo voy a decir. ¿Os acordáis de aquél que en vuestra presencia intentó llevarse a la reina y os enfrentasteis con él, derribándolo?

—Sí.

—Señor era yo el que lo intentaba y el que combatió contra vos. Pero sabed que no os reconocí, y os pido perdón por todo lo que os hice.

—¿Cómo? ¿Erais vos? Por Dios, cometisteis una grave ofensa al ponerle la mano encima a tan alta dama: merecíais haber perdido la vida; os prohíbo que volváis a cometer tal ofensa, pues sabed que si lo hicierais yo sería enemigo mortal vuestro.

Boores le jura que tuvo que hacerlo a pesar suyo y le cuenta cómo lo había prometido, asegurándole que nunca, mientras viva, hará nada contra su voluntad.

Luego se marcha Boores y encomienda a todos a Dios; se aleja con la doncella que

lo llevaba ante la Dama de Galvoie. Lionel lo acompaña un poco y luego regresa al lado de Lanzarote. Al verlo, éste le dice que tiene que ir a la corte a consolar a su señora; le hace coger la caja en donde estaban los cabellos y se los entrega, diciéndole que tan pronto como haya estado en la corte, que regrese para sabe cómo va todo. Lionel toma la caja y se la guarda en el regazo y hace que le traigan las armas; después de montar se marcha y cabalga las jornadas necesarias hasta que llega a la corte alrededor de la hora prima.

El rey había ido a cazar ese día y la reina acababa de volver de la iglesia y estaba sentada a la ventana por la parte de los miradores, contemplando el patio: reconoció a Lionel por las armas y tuvo una gran alegría, pues estaba segura de que le traía noticias de aquél al que no ama menos que a sí misma. La reina entra en sus habitaciones y ordena que salgan todas sus doncellas, pues quiere recibirlo a solas.

Cuando Lionel descabalgó preguntó dónde podría encontrar al rey y le dijeron que estaba en el bosque con gran compañía de gentes.

—¿Dónde podré encontrar a mi señora la reina?

—Acaba de entrar en su habitación.

Se dirige hacia allí y entra completamente armado, pero sin el yelmo; la saluda de parte de Lanzarote. Al verlo, corre hacia él, con los brazos abiertos al cuello, y le dice que sea bienvenido.

—¿Cómo está Lanzarote?

—Señora, gracias a Dios, bien, teniendo en cuenta todo lo que le ha ocurrido desde que lo visteis por última vez.

—¿Cómo, no está sano y salvo?

—Señora, no, no tan bien como yo querría.

—Por mi fe es admirable lo que decís, pues no hace mucho que vino una doncella y nos dijo que estaba sano y salvo. ¿Ha caído enfermo desde entonces?

—Señora, así es, y ha estado tan grave que por poco no ha muerto.

Luego le cuenta cómo se había envenenado y con qué motivo, cómo se había hinchado, que creía que iba a morir sin confesar; y hubiera muerto sin lugar a dudas, de no ser por una doncella que se ocupó de él y ha hecho tanto que ha conseguido que se cure del veneno.

Cuando la reina oye estas palabras se queda sorprendida y no puede decir nada en un buen rato.

—Señora, y aún me he admirado más, pues se le ha caído toda la piel y ha perdido las uñas de las manos y de los pies, y todo el cabello.

La reina empieza a santiguarse y Lionel añade:

—Señora, para que creáis mejor que es verdad lo que digo, os traigo sus cabellos en una caja de marfil.

—Que Dios no me vuelva a ayudar si no os lo agradezco ahora más que si me

hubierais dado cien marcos de oro.

A continuación hace que lo desarmen dos escuderos; cuando ya está desnudo se saca el cofre del regazo y se lo entrega a la reina, diciéndole:

—Señora, ésta es la caja.

Al ver los cabellos empieza a besarlos, a ponérselos ante los ojos y a mostrar tal alegría como si fueran los cabellos de algún santo. Durante todo el día estuvo la reina con Lionel; llegada la hora de cenar se acercó un escudero a la reina y le dijo:

—Señora, mi señor no regresará hoy, pues se ha quedado en el bosque y no querría que os encontrarais a disgusto en su ausencia; por eso os pide que os alegréis y estéis contenta, reuniendo tan gran corte como si estuviera él presente.

La reina le contesta que así lo hará y, después, le dice a Lionel:

—Mi dulce amigo, ¿qué me aconsejaríais?

—Señora, ¿de qué?

—Tengo tales deseos de ver a Lanzarote que nunca deseé tanto ver nada. Creo que moriré si no lo veo en breve: desearía verlo y tenerlo de tal forma, si pudiera ser, que ni el rey ni los nobles se enterasen de nada, y que sólo lo supiéramos yo y vos.

—Por mi fe, os indicaré cómo llegará a vuestra presencia, sin que lo sepa nadie más que nosotros dos.

—Decidme, y lo haré según vuestro consejo.

—Por mi fe, la mejor forma que veo es que le roguéis al rey que haga convocar un torneo para la octava de la Magdalena y que acudan los caballeros de todas partes; seguro que viene mucha gente, y cuando estén todos juntos y el torneo esté completo, vendremos yo y él sin que nadie nos conozca, y de esa forma lo podréis ver y tener. Y para que la gente se entere todavía menos, os ruego que no digáis hasta entonces que habéis oído nada de él.

—Por mi fe, no lo haré.

De esta forma se ponen de acuerdo y juegan y se divierte durante toda la noche.

Al día siguiente regresó el rey del bosque; cuando la reina lo vio fue a su encuentro, dándole la bienvenida; él fue a oír misa. Después de comer, cuando retiraron las mesas, le dijo la reina al rey:

—Señor, siento mucho que mi señor Galván y sus compañeros no conozcan las noticias de Lanzarote que nos trajo anteayer la doncella.

—Por Dios, querría que las conocieran.

—Os voy a decir lo que podríais hacer. Hace mucho que no ha habido torneos en esta tierra: convocad uno para la octava de la Magdalena, que tendrá lugar en los prados de Camelot. Creo que si Lanzarote oye hablar del torneo acudirá y lo mismo harán todos los otros que han emprendido su búsqueda.

El rey le dice que ha hablado bien, pues él mismo tenía grandes deseos de hacerlo. Luego envía por toda aquella tierra a sus mensajeros y hace saber la noticia del torneo,

la fecha y el lugar donde será. La reina se dirige a Lionel y le dice:

—Yo os podéis ir cuando queráis, pues he hecho muy bien lo que me dijisteis. Saludadme a vuestro primo con tantos saludos como se pueda pensar y decidle que no deje de venir de ningún modo.

Lionel le contesta que así lo hará y que nadie le podrá censurar; toma las armas y se marcha tan sigilosamente que nadie lo reconoce; cabalga hasta que vuelve adonde estaba enfermo Lanzarote; bajo los sicómoros había cuatro pabellones plantados.

Lionel descabalgó, se desarmó y después se dirigió a Lanzarote, al que encuentra bastante débil, y le pregunta cómo está.

—Por mi fe, no me curo bien, pues la doncella que se ocupaba de mí está tan enferma que hace tres días que no se levanta de la cama; por eso estoy mal.

—Señor, lo siento mucho, pero ya que no puedo arreglarlo, tengo que aceptarlo y esperar la voluntad de Nuestro Señor Dios.

A continuación le cuenta lo que la reina le había dicho y le habla del torneo que había sido convocado para la octava de la Magdalena.

—Conviene —añade— que estéis en él, pues la reina ha hecho que se convoque sólo para veros.

—Dios, ¿por qué lo ha hecho mi señora? Estoy tan enfermo y el plazo está tan cerca, que sólo queda un mes para que se celebre: temo mucho no poder acudir a tiempo, y también lo temo por el asunto de esta dama, que tengo que llevarlo a cabo antes de ir a ningún otro sitio.

Entonces empieza a lamentarse y a quejarse de su enfermedad, Lionel se acerca a la doncella, que guardaba cama en otro pabellón; al verlo venir, le parece que es Lanzarote, pues se le parecía más que nadie; si no fuera porque era un poco más pequeño que él, apenas se podría distinguir a uno del otro. Cuando lo ve venir empieza a llorar con amargura, y Lionel le pregunta cómo se encuentra; la joven, que está tan prendida por el amor, le contesta que se está muriendo.

—Y lo siento más por otro que por mí, pues mi muerte hará que el mundo pierda al mejor caballero que ahora vive y al que yo hubiera dejado sano y fuerte si hubiera vivido mucho tiempo.

—Doncella, ¿cómo os ha sobrevenido este mal?

—Señor, no os lo diría ni a vos ni a otro, pero decidle a vuestro señor que se está dando la muerte y otro lo hace también por su belleza, pues en mala hora fue tan hermoso.

Entonces empieza a lamentarse y a decir lo más bajo que puede:

—¡Ay, desgraciada de mí, en mala hora vi su belleza, que tanto deseaba!

Lionel oyó bien estas palabras y se dio cuenta de lo que quería decir, pero no aparentó haberla oído; le contesta que se lo dirá según le ha pedido; iba a marcharse, cuando la doncella lo llama y le pide:

—Buen señor, decidle a vuestro señor que morirá en ocho días si no se cuida y cometerá un gran pecado si muere por dejadez.

Lionel regresa junto a Lanzarote y se sienta ante él, preguntándole cómo se encuentra.

—Por mi fe, estoy muy enfermo y me parece que no hago más que empeorar; me había mejorado un poco cuando la doncella que se ocupaba de mí tuvo que acostarse, porque se encontraba enferma.

Lionel le cuenta lo que la doncella le había dicho y Lanzarote se sorprende, pues se da cuenta del significado de las palabras.

—Señor —le pregunta Lionel—, ¿de qué os vale ocultarlo? Podéis morir o vivir, si lo deseáis. Sé que la doncella os ama como ninguna mujer amó y por vos está en la cama: sé que morirá si no le garantizáis vuestro amor; por eso os aconsejo que procuréis que se salve de la muerte y así os salvaréis, porque si no, moriréis los dos: será una gran lástima por ella, pues es una doncella muy buena, y por vos, que sois el mejor caballero del mundo.

—No hay nada que no haga por ella, quedando a salvo el honor de mi señora; todo lo haré por salvarle la vida a la doncella, pues es hermosa, discreta y valiosa, y es justo que lo haga, porque ella me ha salvado la vida y ha hecho más por mí que ninguna doncella por cualquier otro hombre. Pero lo que me pide resulta difícil, porque por más desdichas que puedan llegarle a mi cuerpo no faltaría a la promesa de amor que le he hecho a mi señora. Por eso, no sé qué decir, porque en modo alguno quiero mentirle, ya que ella me ha sido leal y más fiel que nadie en todo; por eso no le mentaré, si Dios quiere.

—Decidme, ¿jamás mucho a mi señora la reina?

—Sí, más que a mí mismo.

—Entonces, ¿no haríais nada a sabiendas de que podría molestarle?

—En absoluto, preferiría recibir la muerte.

—¿Dejaríais de hacer algo para salvarla de morir?

—No.

—Si morís, ¿qué creéis que hará ella?

—Sé que morirá, pues no me ama menos a mí que yo a ella.

—Así, pues, queda probado que si le negáis a esta doncella vuestro amor, preferiréis la muerte de mi señora a su vida y os lo voy a explicar. Bien veis que estáis a punto de morir si esta doncella no os ayuda, y no os puede curar si no le curáis el mal que padece, pues no está enferma sino por vos. De esta forma vos podéis curarla y curaros por ella; si no queréis hacerlo, morirá, y será la mayor pérdida ocurrida en vuestro tiempo; al morir vos, por vuestra propia maldad, mi señora la reina lo oirá decir y ya que os ama tanto, estoy seguro de que también morirá: de este modo mataréis a tres, a vos, a mi señora la reina y a esta doncella, con lo que se podrá decir después de que

hayáis muerto que cometisteis deslealtad, pues por vos murió la dama más hermosa del mundo y la más importante, sin haberlo merecido, y la más hermosa doncella, que os había devuelto la vida: tal será la recompensa que le vais a dar a cambio de vuestra vida, le daréis su muerte.

Al oír estas palabras, Lanzarote no sabe qué decir, pues la razón y la justicia le impulsan a hacer la voluntad de la doncella. Teme la muerte, de la que no puede escapar y bien lo sabe, si no lo cura aquella que por él está muriendo. Por otra parte, si le da su amor, tiene miedo de que la reina se entere y por eso no sabe qué hacer, si amar a la doncella o negarle el amor. Entonces le dice a Lionel, llorando:

—Mi dulce amigo, aconsejadme qué puedo hacer en esto.

—Señor, el consejo ya está decidido. Tenéis que hacer según la voluntad de la doncella, o moriréis.

—Ay Dios, ¿cómo voy a faltar en el amor a mi señora?

—¿Cómo vais a hacer algo que le produzca la muerte, que no merece, y vais a matar a esta doncella a la que deberíais salvar? Ciertamente nadie os podría acusar de traición si lo hicierais.

Lanzarote se calla, pues no sabe qué responder, y no dice una palabra, sino que llora con ternura maldiciendo la hora en que nació, pues se ve llevado a una situación en la que tiene que hacer algo que no desea. Después de llorar un buen rato, le dice a Lionel:

—Buen amigo, no haré nada sin el permiso de mi señora, aunque en ello vaya mi vida: tendréis que ir sin esperar más a la corte y le contaréis a mi señora lo que ocurre; decidle que moriré si no hago la voluntad de la doncella y decidle también que si ella quiere estoy dispuesto a morir.

—Por mi fe, iría con mucho gusto, pero os veo en tal situación que no creo que viviríais para cuando yo regresara, por eso tenéis que tomar una decisión rápidamente.

Lionel sale de la tienda y va a la de la doncella, que estaba muy grave, y la saluda de parte de Lanzarote, diciéndole:

—Doncella, mi señor os hace saber que lo habéis curado una vez de la muerte y os debe una recompensa como corresponde a la de devolver la vida. Si lo podéis sacar de la enfermedad en la que se encuentra, os promete que podréis hacer a partir de ahora con él como con vuestro caballero y vuestro amigo, si así lo deseáis.

Cuando la doncella oye estas palabras se pone tan contenta que le parece tener a Dios delante de ella, y responde, suspirando:

—Buen señor, ¿es cierto que me manda esas noticias?

—Doncella, sí.

—Entonces soy afortunada, pues ahora tendré lo que he deseado más en mi vida, y a partir de este momento dejaré de estar enferma, pues la alegría que me entra en el corazón sólo de oírlo lo supera todo.

Se sienta y se pone la camisa, arreglándose lo mejor que puede; luego va ante Lanzarote tan engalanada que resulta muy hermosa de ver. Lionel ya había montado a caballo, completamente desarmado, aunque llevaba la espada, y vestía un vestido de seda, con cota y manto; emprende el camino para ir a la corte y cabalga tan rápido como puede su caballo.

Mientras tanto, la doncella había ido ante Lanzarote, que estaba enfermo; éste, al verla venir, le mostró la mejor cara que pudo y le dijo:

—Mi doncella, que en buena hora os hayáis levantado. Tenía gran necesidad de que vinierais, pues estoy más enfermo y débil que antes; os ruego que os esforcéis por mí hasta que me cure, y a cambio seré caballero vuestro el resto de mi vida.

La doncella le contesta que no pide nada más. Mientras hablaban así entró el caballero que era hermano de la doncella; al verla con Lanzarote se puso muy contento, pues pensaba que su hermana aún estaba enferma. La joven ordena que le preparen la comida a Lanzarote y dice lo que se le debe dar. Se ocupa de él haciendo que duerma y descansa durante toda la noche, de forma que el día siguiente se encontró más ágil que la víspera. Le preparó un unguento maravilloso que le hizo usar, untándole con él las sienes y los brazos. Se quedó tan dormido que no volvió a despertarse hasta la hora de vísperas; cuando se despertó se encontró muy aliviado de su dolor.

La doncella le pregunta cómo está y Lanzarote le responde:

—Bien, gracias a Dios, pues pienso sanar en breve.

La doncella se pone muy contenta y hace que coma un poco, porque tenía la cabeza vacía. Después, vuelve a dormirse y no despierta hasta por la mañana; entonces mira por la puerta del pabellón y ve a Lionel que regresa a galope tendido y que había espoleado tanto al caballo que llevaba sangre hasta por la parte más gruesa de las patas. Lionel se acerca, descabalga y se dirige a Lanzarote, al que encuentra solo, pues aún dormían todos. Cuando ya está ante Lanzarote, éste le pide noticias de su señora.

—Señor, os envía más de cien mil saludos y os hace saber que si alguna vez la amasteis, que para salvaros de la muerte a vos y a ella, hagáis la voluntad de la doncella; si no lo hacéis habréis perdido su amor.

Lanzarote le contesta que lo hará para no ser censurado por su señora, ni odiado por la doncella.

—¿Cómo os encontráis?

—Por mi fe, me encuentro tan sano, gracias a Dios, que, según creo, podré cabalgar pronto.

Después de cenar, Lanzarote se quedó completamente solo en el pabellón, con la doncella que le había curado; estaba sentado en la cama y empezó a mirarla, viendo que era de gran belleza, y le agradó tanto que, si no amara a la reina con tan gran amor, no se habría podido abstener de hacer la voluntad de la doncella. Pero la ama con tanta lealtad que no faltaría en modo alguno. La doncella, que desearía que Lanzarote le

otorgara su amor, le dice:

—Señor, os he curado y salvado de la muerte, gracias a Dios. Ahora deseo que cumpláis con mis condiciones.

Lanzarote le pregunta que cuáles son.

—Por mi fe, os lo voy a decir. Os amo desde que os vi la primera vez, tanto que ninguna doncella amó igual a ningún caballero, y bien se ha visto, pues por vos he estado cerca de la muerte y hubiera muerto si no me hubierais hecho saber que seríais siempre mi caballero y mi amigo: por eso me curé; me levanté rápidamente y vine a vos, esforzándome tanto que os habéis curado y salvado, gracias a Dios; ahora os reclamo lo que me prometisteis y quiero que me juréis que a partir de ahora seréis mi leal amigo y que no amaréis a ninguna otra mientras yo os permanezca fiel.

Al oír estas palabras, Lanzarote se queda pensativo durante un breve momento y, después, le dice:

—Doncella, es verdad que habéis hecho por mí tanto que debo ser vuestro caballero y vuestro amigo, y lo seré con mucho gusto, pues si rehusara, mal habríais empleado vuestro trabajo. Os digo con lealtad que no hay ninguna doncella en el mundo a la que ame tanto como a vos, ni amaré a ninguna así, que yo sepa. Pero por lo que me prohibís que no tenga a otra, sino a vos como dama y amiga, lo siento mucho: y os voy a decir por qué, aunque nunca se lo dije a ningún hombre ni a ninguna mujer. Amo y no faltaré a mi amor, sino que amaré con tanta lealtad que ni la muerte, ni ninguna desgracia que me ocurra apartará mi corazón de la dama a la que amo; si lo quisiera alejar no podría hacerlo, pues mi voluntad está tan arraigada en ella que no puedo cambiar: mi cuerpo lo tengo allí mientras velo y cuando duermo, y mi pensamiento está con ella noche y día; mi espíritu sólo sabe de ella; mis ojos sólo miran hacia allí; mis orejas sólo oyen sus buenas palabras. ¿Qué más os puedo decir? Mi alma, mi cuerpo, mi oído y mi vista están con ella y de esa forma le pertenezco y no puedo hacer conmigo, sino como un siervo que no puede hacer otra cosa que lo que le ordena su señor. Por eso no sé qué deciros, si vos no me lo decís.

—Señor, habéis hablado como leal caballero y como hombre honrado, y sé que no queríais engañarme, por lo que os lo agradezco. Pero ya que sois el mejor caballero del mundo nos os dejaré fácilmente, sino que os pido que cumpláis con la promesa según os voy a decir. Amáis a una dama tan alta y tan valiosa que apenas os rebajaríais a amar a esta doncella tan pobre como soy yo, y no lo digo porque haya en el mundo una doncella que sea digna de amaros; por eso no os pido que vayáis contra vuestra voluntad y me améis. Os diré lo que podéis hacer: vos amáis a una alta dama, bien lo sé. Cometeríais una grave falta si le dierais vuestro amor a otra, pero si se lo dais a una doncella, salvando el honor que vuestra dama ha puesto en vos, nadie os lo podría censurar.

Lanzarote le contesta que eso no lo podría hacer nadie.

—Sí que lo podría hacer, y os voy a decir cómo. Os amo de forma distinta a como cualquier mujer ama a un hombre, pues el amor de hombre y de mujer viene a través de la relación carnal, con lo que la virginidad se echa a perder. Pero con nuestro amor la virginidad no se alterará, pues la guardaré de la forma que os diré el resto de mi vida. Prometedme que dondequiera que me encontréis a partir de ahora me tendréis por amiga vuestra, salvando el honor de vuestra señora; yo os prometeré que nunca, el resto de mi vida, amaré a otro sino a vos, y que no tendré relación carnal con ningún hombre, sino que me consideraré vuestra, de forma que por todas partes por donde vaya hablaré de vos como de mi amigo. De esta forma no faltaréis en nada a vuestra señora, pues podéis amarme como a doncella y a ella como a dama: y así podréis proteger el honor de una y de otra.

—¿Cómo os vais a poder guardar de relación carnal, siendo tan hermosa y discreta, si todavía encontraréis a muchos hombres de gran valía que os pedirán por mujer?

—Señor, más me estimaré y más me gustará si guardo mi doncellez por vos el resto de mi vida, que ser la dama de la tierra más rica del mundo, pues nunca podré encontrar a un hombre tan valiente como vos. Sabed que lo haré a partir de ahora tal como os he dicho.

Lo dejaron estar así ese día y no volvieron a hablar del asunto en toda la semana, hasta que Lanzarote se curó y fue ante el caballero, que se llamaba Carmadán, a darle las gracias por todo lo que había hecho.

—Por Dios, aunque tuviera el mejor castillo del rey Arturo no estaría más contento que lo estoy por vuestra curación. Ha sido para mí un gran honor el que hayáis estado en mi casa.

—Buen señor, desearía irme mañana y os pido permiso.

—Señor, os lo concedo, pues así lo deseáis, porque no os retendría en contra de vuestra voluntad. Id y que Nuestro Señor os guíe por dondequiera que vayáis.

—Que Dios lo haga.

Aquella noche el caballero hizo una fiesta mucho mayor que las que había hecho hasta entonces.

Por la mañana, cuando Lanzarote se levantó, la doncella fue a verle:

—Mi dulce amiga —le dijo Lanzarote—, sed bienvenida. Quiero irme, con vuestro permiso.

—Señor, ya sabéis las condiciones que hay entre nosotros dos, e ignoro cuándo os volveré a ver. Por eso os pido que me permitáis guardar por vuestro amor una de vuestras joyas, de forma que, cuando os hayáis ido, os pueda recordar mejor.

—Doncella, con mucho gusto.

Tomó un cinturón de cabos de oro que llevaba ceñido y que la reina le había regalado, y dijo:

—Doncella, tomad. Tened por seguro que no hay en el mundo una dama ni una

doncella a quien se lo daría.

La joven se lo agradece y lo toma alegre y contenta; luego le da un broche de oro, rogándole que lo lleve al cuello por su amor; Lanzarote le dice que lo hará gustoso.

A continuación pide las armas y se las dan; después de armarse bien se despide de todos los que hay y monta a caballo, marchándose con Lionel y con la vieja que los lleva de un lado para otro hasta que llegan al castillo que tenían los cinco hermanos que combatían contra su padre, el duque Karlés, a quien ayudaba Gueheriet. Cuando Lanzarote llegó allí, los hermanos habían perdido toda la tierra y sólo les quedaban dos castillos, de los que no se atrevían a salir, y en la última batalla habían perdido la mitad de sus hombres.

Después de que la vieja le llevara allí, Lanzarote le pregunta los motivos de la guerra; le cuentan las mayores mentiras del mundo y critican al duque, de forma que Lanzarote pensó que era cierto: juró sobre sagrado que no dejaría a los cinco hermanos hasta quitarle las tierras al duque, y Lionel hizo lo mismo. Cuando la vieja vio que lo habían jurado se dirigió a los cinco hermanos y les dijo:

—Bueno, señores, habéis tenido más suerte de lo que creéis, pues tengo aquí dos caballeros que pondrán fin a vuestra guerra antes de un mes.

Le preguntan que quiénes son.

—No podéis saber por ahora sus nombres, ni yo os los diré, pues me lo han prohibido; pero os digo que debéis ir ante ellos y mostrarles la mayor alegría, como se debe hacer a dos hombres tan valientes.

Van a verlos y hacen por ellos el mayor gozo del mundo, prometiéndoles ponerse a su servicio en todo; por la noche hicieron grandes fiestas.

La mañana siguiente los llevaron a oír misa a una capilla que había allí dentro; un poco después de la hora de prima empezaron a gritar en el castillo: «¡A las armas! Montad, señores caballeros, pues nuestros enemigos están en las murallas».

Los cinco hermanos se dirigen a Lanzarote y le piden que se ponga las armas, a lo que les contesta que no dejaría de hacerlo y de ir a ver cómo combaten los de fuera, «pero deseo que vayáis vosotros por delante, y si veo que necesitáis mi ayuda, os socorreré».

Hace que le entreguen las armas y después de armarse bien se dirige a la puerta del castillo, pidiendo su caballo; sube a las almenas, acompañado por Lionel, a ver cómo combaten los de fuera con los de dentro. Los cinco hermanos habían hecho que se armara su gente lo mejor que pudieron; a continuación salen contra sus enemigos, que los reciben bien. Los de dentro eran pocos y los otros tenían muchos combatientes; comenzó la pelea muy dolorosa, en la que murieron muchos caballeros y fueron derribados a tierra. Los del castillo se dieron a la fuga cuando Gueheriet y sus dos hermanos entraron en el combate con abundante gente. Tan pronto como los alcanzaron empezaron a dar golpes y a derribar caballeros, de forma que los cinco

hermanos no pudieron mantenerse y tuvieron que huir, lo quisieran o no: en este primer choque perdieron bastante. Cuando Lanzarote vio que los cinco hermanos habían sido derrotados, le dice a Lionel que ya había esperado bastante; desciende de las almenas y monta junto a Lionel; salen por la puerta. Lanzarote no mira hacia ningún sitio, más que hacia donde ve el mayor tumulto; se dirige allí, se mete en medio y golpea al primero que alcanza, derribándolo muerto; continúa y derriba a otro y lo mismo hace Lionel. Lanzarote desenvaina la espada y estaba dispuesto a realizar grandes proezas, pues hacía mucho tiempo que no combatía: comienza a dar grandes tajos a su alrededor, derriba caballeros y caballos y mata a cuantos encuentra; hace tanto en tan poco tiempo que nadie se atreve a esperarlo, pues mata a quien le espera. Por casualidad se encuentra con Gueheriet y le da tal tajo en el yelmo que se lo hace sentir en la cabeza, pero no lo hiere de muerte. Cae de los arzones y cree que va a perecer. Lanzarote pasa de largo, sin prestarle atención, y escoge al duque, que le habían dicho quién era, dirigiéndose hacia él con la espada levantada y golpeándole de tal forma en el yelmo que hace que la hoja de acero le entre más de dos dedos, pero no llega a herirle en la carne. Lanzarote no le ahorra nada, le golpea en el hombro derecho, cortándose y cortándole el puño izquierdo con el escudo. Le da otro golpe y hace que la cabeza le vuele, cayendo muerto: fue una gran lástima. Cuando los demás ven muerto al duque, se dan a la fuga y no se atreven a entretenerse más tiempo; Lanzarote y los suyos los persiguen, apresando a Guerrehet y a Agravaín, que no querían irse del campo, porque en él quedaba su hermano Gueheriet, y apresaron tantos de los otros como quisieron.

Los cinco hermanos, que habían visto caer a Gueheriet y que lo conocían bien, porque lo habían perdido todo por su valor, lo apresan y lo llevan al castillo. Nunca se hizo tan gran fiesta como la que hicieron por Lanzarote, gritando todos a su paso: «¡Sea bienvenido el mejor caballero del mundo!».

Así gritaban todos, grandes y pequeños, al paso de Lanzarote, que sentía una gran vergüenza por lo que decían y le pesaba que lo consideraran su señor, aunque bien lo había merecido. Cuando Lanzarote llega a la calle se la encuentra cubierta de telas de seda y de palios, encortinada para él y en su honor. Lo reciben con tan gran fiesta como pueden y lo desarman, dándole un vestido completamente nuevo de tela de seda roja. Después de vestirse y arreglarse, pide ver a los tres prisioneros que estaban armados de la misma forma, pues deseaba mirarlos durante todo el día, ya que lo habían hecho muy bien en el combate, y eran los tres hermanos. Van a buscarlos de inmediato y, al verlos llegar, los reconoce sin dificultad, pero como no quería que lo conocieran, ordenó que se los llevaran. Siente tanto haber estado contra ellos en esta batalla, que no sabe qué hacer: tenía un gran amor a Gueheriet, y por otra parte, lo siente mucho por el afecto que tiene a su hermano Galván; ordena que les hagan los mayores honores posibles, «pues os aseguro que son muy valientes, de alto linaje y

buenos caballeros. Sabed que si pensara que estaban contra vosotros, no hubiera tomado el escudo para causarles daño».

Entonces los sacan de la prisión y los ponen en una habitación elegante y hermosa, haciendo que le curen las heridas a Gueheriet y haciéndole todo el bien que pueden: por amor a Lanzarote, que así se lo había rogado, les hicieron grandes honores.

Aquella noche fue muy grande la alegría y la fiesta que hubo en el castillo, y no es necesario preguntar si Lanzarote fue bien servido; lo acuestan a gusto y con gran honor. Por la mañana, después de oír misa, fue a la vieja que lo había llevado a aquel lugar y le preguntó:

—Señora, ¿ya he cumplido con la promesa que os hice?

—Señor, sí.

—Os ruego, pues, por la cosa que más queráis, que no le digáis mi nombre a nadie que os lo pregunte, ni deis a entender quién soy. ¿Sabéis por qué lo digo? Esos tres caballeros prisioneros son hermanos de mi señor Galván y los quiero tanto que no querría que supieran que he combatido contra ellos, pues quizás me odiarían; por eso no quiero que sepan mi nombre.

La vieja le responde que no lo descubrirá a nadie. Se dirige a los cinco hermanos y les dice que los tres caballeros deben quedar libres y salir de la prisión y éstos le contestan que lo harán según su voluntad; «además, os ruego que cuando me haya ido, retengáis aquí a los tres hermanos y los honréis y améis tanto como para que yo os lo agradezca; sabed que son amigos míos». Le contestan que así lo harán, sin lugar a dudas.

Luego, Lanzarote pide sus armas y los del lugar le ruegan que se quede un poco más, pues ha estado demasiado poco tiempo con ellos; él les responde que no se quedará de ninguna forma. Después, se marcha con Lionel. Cuando ya habían montado, los cinco hermanos se dirigen a Gueheriet y lo sacan de la prisión, mostrándole toda la alegría que pueden a él y a sus hermanos. Gueheriet pregunta quién es el caballero por el que han sido derrotados, y le responden que no lo saben.

—Por mi fe —dice Gueheriet—, eso no puede ser, pues era de los vuestros y con vosotros vino aquí.

—No era de nuestra gente, sino que nos ayudó por el amor de una dama que hay aquí, pero no quiso decirnos su nombre, ni lo vimos en ningún momento. Nos rogó que os sirviéramos y que os honráramos en todo lo posible, y dijo que erais muy amigos suyos.

Se quedan sorprendidos y se preguntan admirados quién puede ser; preguntan cómo era físicamente y qué aspecto tenía.

—Es uno de los caballeros más hermosos del mundo; un poco moreno y no debe tener más de veintiséis años; estaba recién rapado.

Al oír estas palabras, se despistan todavía más y no saben qué decir. Permanecieron

una semana entera, hasta que Gueheriet se curó un poco.

Se marcharon los tres de allí, después de preguntar qué armas llevaba el caballero cuando se marchó; les dijeron: «negras y escudo blanco con león negro». Emprendieron el camino que les indicaron, porque creen poder encontrarlo por las armas que lleva.

Lanzarote, mientras tanto, había cabalgado con Lionel sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada, y pasaron aquella noche en casa de una viuda que les dio muy buen alojamiento.

Por la mañana, después de oír misa, reemprendieron el camino y entraron a la hora de prima en un bosque que tenía fácilmente tres leguas de largo y una de ancho y que los de la tierra llamaban Terique. Hacia la hora de mediodía, estaban cansados y fatigados porque el sol era caliente y quemaba y sus armas se habían calentado por el sol; estaban tan cansados y tan agotados que tuvieron que descansar hasta que pasara el calor. Echaron pie a tierra y les quitaron las sillas y los frenos a los caballos, dejándolos pastar en la hierba del bosque; luego, se quitaron los yelmos y se bajaron las ventanas para tomar aire; se echaron sobre la hierba a la sombra de un manzano.

Lanzarote no había dormido aquella noche, porque había tenido mucho calor. Se quedó dormido por el fresco de la hierba y la dulzura del viento. Lionel estaba despierto, pues no tenía intención de dormir y no tardó mucho en ver venir por el camino ancho, a alguna distancia, dos caballeros armados que llevaban a una doncella, e iban muy contentos. Cuando llegaron a la altura de Lionel, miraron tras ellos y uno dijo:

—Por mi cabeza, mirad un caballero que viene.

Lionel mira a lo lejos por el bosque y ve que viene detrás de ellos un caballero armado, montado en un caballo completamente negro; era el mayor que Lionel había visto en su vida tanto por el cuerpo como por sus miembros y parecía un rayo que caía del cielo. Uno de los caballeros se vuelve y el que llegaba le golpea de tal forma que le mete la lanza en el cuerpo y los derriba a él y a su caballo al suelo; luego, desenvaina la espada y ataca al otro, que no se atreve a esperarlo, sino que se da a la fuga. Le alcanza por detrás y levanta la espada para golpearle; el que huía vio el golpe y temió morir: se echa al suelo y el caballero, que no puede retener su golpe, alcanza el arzón delantero y corta al caballo por el espinazo, haciendo caer al caballero y al caballo; después, se dirige a la doncella que se lamentaba sin cesar gritando: «¡Ay desdichada de mí, mis hermanos!». El caballero la sube delante de él en su caballo y se marcha por el camino que había venido. Cuando la doncella se ve llevar así a pesar suyo, empieza a gritar: «¡Santa María, ayuda!», y se lamenta de tal forma que cualquiera que la viera sentiría compasión. El caballero se va, llevándose a aquella joven que no cesa de llorar y de lamentarse.

Lionel, que lo ve marcharse de aquella manera, dice que ya ha esperado demasiado tiempo, contemplando cómo el caballero se lleva a la doncella; no quiere dejar que se

vaya de esa forma, pero tampoco quiere despertar a Lanzarote, porque teme que lo tenga por cobarde, y no había nada a lo que Lionel temiera tanto como a Lanzarote. Después de armarse lo mejor que puede, monta a caballo, toma el escudo y la lanza y deja a Lanzarote durmiendo, y se va tras el caballero tan rápido como puede su caballo; lo alcanza al bajar una colina. Cuando ya está cerca de él, le grita que se dé por muerto. El caballero lo mira y ve que tiene que combatir; desmonta a la doncella, desenvaina la espada, se pone el escudo delante y dirige el caballo hacia el caballero. Lionel se acerca al galope y lo golpea metiéndole la lanza a través del escudo y de la cota de mallas, pero sin hacerle mayor daño. El caballero lo alcanza en el yelmo y le da tal tajo con la espada que se lo parte por la derecha: lo hubiera matado sin lugar a dudas, pero la espada se le giró en la mano, aunque el golpe fue grande y lo había dado con toda la fuerza: quedó aturdido y cayó al suelo desmayado. El caballero vuelve a envainar la espada y hace que la doncella monte en el caballo de Lionel, de grado o a la fuerza. Ésta se resiste bastante, pero al final tuvo que hacerlo; el caballero mira al suelo, sujeta a Lionel por los hombros, armado como estaba y lo levanta colocándolo delante de él y llevándose lo, con la doncella.

La historia deja ahora de hablar de él y vuelve con Héctor de Mares.

CXLVIII

Cuenta ahora la historia que cuando Héctor se marchó del castillo de Ragidel, liberando a la doncella del león, que era prima hermana de Lanzarote, cabalgó a solas según le llevaba la aventura, hasta que llegó al bosque que se llamaba Terique; era alrededor de la hora de nona. Se encontró entonces a una doncella que montaba un palafrén e iba lamentándose profundamente. La saluda y ella le devuelve el saludo.

—Doncella, decidme por qué lloráis.

—Señor, por uno de los buenos caballeros del mundo.

—¿Quién es ese buen caballero?

—Es Lionel, el primo de Lanzarote, al que se lleva uno de los caballeros más traidores del mundo.

—¿Quién es el caballero desleal?

—Teriquam, el señor de aquella colina, que se lo lleva en su caballo no sé a dónde; lo hizo desnudar delante de mí, dejándolo en calzas, y ordenó a sus servidores que lo golpearan con agudos espinos, lo recordaré el resto de mi vida; después, lo hizo meter en su prisión, tal como he visto: tengo tal pena por él que no puedo dejar de llorar.

—Doncella, decidme, ¿si fuera por allí, cómo reconocería al caballero que decís?

—No os entremetáis en ir, no os lo aconsejo, pues os mataría si os puede coger. Se puede reconocer al caballero en que es el mayor del mundo y lleva armas negras.

—Os encomiendo a Dios, que ya no quiero oír hablar más del asunto.

La doncella se marcha y Héctor cabalga hacia donde le había indicado; no se detiene hasta que llega a la colina, en la que encontró una torre alta y fuerte, rodeada de murallas buenas y elevadas, que tenía a menos de un tiro de arco de la puerta una fuente que manaba por un caño de plata y caía sobre una piedra de mármol y de la piedra iba a una pila de plomo, que era del tamaño de un tonel. Junto a la fuente había tres pinos, uno al lado del otro, que eran tan grandes y tan altos que la fuente quedaba cubierta por las ramas y las hojas; de ellos colgaban por el tiracol hasta cuarenta escudos, sesenta yelmos y sesenta espadas. Contemplaba los yelmos, los escudos y las espadas y se preguntaba admirado por qué los han puesto allí; luego, se fija en los escudos y reconoce el de Aglován, el de Saigremor el Desmesurado, el de Keu el senescal, y el de Gasoain de Estragot y el de Brandeliz, pero no conoce los demás. Va detrás de la fuente y encuentra unas letras escritas que dicen: «Estos son los nombres de los que están prisioneros aquí; éstas son sus armaduras». Empieza a leer y encuentra que continúa: «El vigésimo cuarto año después de la coronación del rey Arturo, Teriquam del Bosque ha vencido a todos los caballeros cuyos nombres están escritos aquí». Empieza a leer los nombres y reconoce a muchos, y a otros muchos no los conoce porque habían llegado de tierras lejanas: encuentra hasta veinticuatro caballeros de la

casa del rey Arturo, y faltaban los cinco que eran compañeros en la búsqueda y Lionel. Al ver el cartel, se queda más sorprendido que de ninguna cosa de cuantas ha visto; no cree que sea verdad que un sólo caballero pueda vencer a tantos hombres valientes, si no es mediante traición.

Vuelve a la fuente para dar de beber a su caballo que tenía gran necesidad; cuando se dirigía al pilón, oyó abrir la puerta de la torre y vio salir al gran caballero del que le había hablado la doncella, completamente cubierto de hierro.

—Señor caballero —le grita a Héctor—, os prohíbo el agua de la fuente. Por mi cabeza, en mala hora abrevasteis a vuestro caballo. Habéis hecho lo que ningún caballero se atrevió a hacer.

Deja entonces que su caballo corra, baja la lanza y va contra él tan veloz que falla el golpe. Héctor lo alcanza por bajo, pues había puesto toda su intención en ello, ya que le temía, y lo golpea de forma que lo derriba del caballo al suelo boca arriba. Cuando Héctor iba a pasar de largo, Teriquam se pone en pie y lo sujeta por los hombros con las dos manos, haciéndolo caer del caballo tan mal que por poco no se rompe el cuello; luego, lo levanta y se lo coloca delante en su caballo, llevándoselo a la torre y encomendándoselo a los de dentro para que lo desarmen, cosa que hacen de inmediato. Héctor estaba como muerto después de haber sido abatido. Cuando vuelve en sí y se ve desarmado y en manos de su enemigo, lo siente tanto que preferiría estar muerto, pues nunca tuvo una aflicción comparable a la de ahora.

Entonces, le dice Teriquam:

—Señor caballero, os considero muy valiente porque nunca había encontrado a nadie que pudiera hacerme vaciar los arzones: os aprecio más que a ningún caballero de cuantos he visto y por el valor que hay en vos no os encerraré en prisión, si me prometéis que no saldréis de aquí sin mi permiso.

Héctor le contesta que no se lo prometerá, pues prefiere estar a disgusto con sus compañeros, que tener todos los bienes del mundo con él.

Teriquam hace que lo encierren con los demás caballeros; al entrar en la prisión, los compañeros de la casa del rey Arturo lo ven y empiezan a llorar de compasión.

—Héctor —le dice Saigremor el Desmesurado—, ciertamente nunca pensé volver a veros y os he echado de menos muchas veces desde que vine a esta prisión. Por Dios, ¿tenéis noticias de Lanzarote?

—No.

—Dios —dicen los otros—, ¡cuánto perdemos con su muerte! Si estuviera vivo, tendríamos la esperanza de salir de esta prisión; pero al estar muerto, no saldremos nunca, pues este enemigo tiene mucha fuerza y tal poder que nadie le resistiría mucho tiempo. Si Lanzarote viviera, no podría durarle más que Caradós el Grande, el señor de la Dolorosa Torre que era hermano de este diablo.

—Por Dios —contesta Lionel— hoy he pagado cara la muerte de ese Caradós, pues

tan pronto como se enteró de que yo era primo de Lanzarote, hizo que me desnudaran y que me golpearan con espinos agudos, que bien me bañé en mi propia sangre. Pero que Dios me salve, pues seré vengado según mi voluntad por aquel del que me separé no hace todavía tres días.

De esta forma Héctor y sus compañeros quedaron prisioneros en la Colina de la Fuente.

La historia deja ahora de hablar de él y de los que con él están y vuelve con Lanzarote, al que Lionel había dejado durmiendo.

CXLIX

Cuenta ahora la historia que Lanzarote se quedó durmiendo después de que se fuera Lionel, y no tardó mucho en pasar por allí una hermosa dama que era reina de la tierra de Sorestán, que limitaba con Norgales por la parte de Sorelois. Llevaba un séquito de más de sesenta caballeros armados; cuatro criados a caballo llevaban sobre ella un tapiz en cuatro lanzas, para que el calor no le hiciera daño.

La dama ve el caballo de Lanzarote que estaba pastando y piensa que por allí debía estar durmiendo algún caballero, y cree que debe ser alguno de los caballeros andantes de la casa del rey Arturo. Llama a dos de sus damas, que recibían el nombre de Morgana, el hada, y Sedile, la reina, que con ella eran las tres mujeres del mundo que más sabían de encantamientos y de sortilegios, sin contar la Dama del Lago. Como no sabían tanto como ésta, se tenían gran afecto entre las tres y cabalgaban siempre juntas, comiendo y bebiendo en compañía. La reina de Sorestán les dice que quiere ir a ver de quién es el caballo: ordena que se detengan todos los caballeros y se lleva consigo a las dos nobles damas. Se dirigen hacia donde está el caballo y se encuentran a Lanzarote que estaba profundamente dormido. Lo contemplan durante un buen rato y lo ven de tan gran belleza que no les parece, según dicen, hombre mortal, sino cosa de hadas.

La reina es la primera en hablar y les dice a sus acompañantes:

—Por Dios, señoras, bien podéis decir que nunca visteis un joven tan hermoso. Así me ayude Dios, me parece que podría tenerse en mucho la dama que consiguiera ser dueña de ese joven; ojalá quisiera Dios que me amara como un caballero debe amar a una doncella. Me tendría por más rica que si fueran más todas las tierras del mundo.

—Señora —le contesta Morgana—, sería mejor empleado en mí que en vos, pues yo procedo de mejor familia que vos, aunque vos seáis reina; sé más de cortesía y de honores que vos y por eso me amaría más y me tendría con más riqueza que a vos.

—Por Dios —contesta la otra dama, que se llamaba Sedile—, mejor debería tenerlo yo que ninguna de vosotras, pues soy más hermosa, más elegante y más joven y sabría servirle mejor y tenerlo a mi voluntad, por eso me parece que debéis guardar silencio y dejarme hablar.

—Os diré —responde la reina— lo que vamos a hacer: despertémoslo y ofrezcámonos a su servicio, y que se quede con quien quiera mantener a su lado.

—Por Dios —contesta Morgana—, si lo despertamos quizás no querrá quedarse con ninguna de las tres y seríamos afrentadas si nos rechaza. Os voy a decir qué podemos hacer: hagamos que construyan unas parihuelas para llevar con los caballos, es lo mejor que se me ocurre; lo encantaremos para que no pueda despertarse hasta que nosotras queramos; lo acostaremos en las parihuelas y haremos que lo lleven con nosotras al Castillo de la Carreta; es lo mejor que se me ocurre, pues cuando lo tengamos en

nuestro poder, hará más fácilmente todo lo que deseemos.

—Por nuestra fe —le contestan las otras dos—, se os ha ocurrido lo mejor.

Ordenan entonces a sus caballeros que corten ramas para hacer unas parihuelas para los caballos, y así lo hicieron rápidamente, según les habían ordenado: construyeron las parihuelas y las damas llevaron a cabo su encantamiento. Dejan a Lanzarote en tal situación que no puede levantarse mientras ellas no lo deseen; hacen encortinar las parihuelas con una colcha forrada y le colocan el caballo de Lanzarote por delante y un palafrén atrás, llevándose lo de tal forma y cabalgando de modo que antes de que llegara la noche estaban en el Castillo de la Carreta, llamado así porque Lanzarote pasó por él montado en la carreta el día que Meleagant se llevó a la reina Ginebra al reino de Gorre, tal como la historia os ha contado.

Al llegar al castillo, después de apearse a Lanzarote, hicieron que lo pusieran en una hermosa habitación muy fuerte y oscura, en la que no había más que una puerta y dos ventanas enrejadas. A continuación, deshicieron el encantamiento y Lanzarote despertó, mirando a su alrededor y viendo abundantes velas; empezó a santiguarse y a preguntarse a sí mismo: «Santa María, ¿dónde estoy? Por mi fe lo que veo es encantamiento, pues hace un momento me acosté a la sombra de un manzano en un bosque y ahora me encuentro no sé en qué castillo o fortaleza o en un lugar en el que no conozco a nadie. Por mi fe, o soy víctima de los fantasmas o no sé qué decir de mí mismo». Se acuerda entonces de Lionel que estaba acostado junto a él y mira a su alrededor por si lo veía; al no encontrarlo, lo siente tanto que no sabe qué decir y exclama que los diablos lo han llevado allí.

Poco después vio que abrían la puerta de la habitación; entró una doncella que le llevaba abundante comida. La saluda al verla venir y ella hace lo mismo.

—Doncella, por la cosa del mundo que más améis, decidme dónde estoy.

—Señor, estáis en el Castillo de la Carreta, que está a la entrada de Gorre.

Lanzarote se santigua por lo extraordinario del hecho.

—Santa María, ¿quién me trajo?

—Señor, no os lo diré; pero comed y reconfortaos; acostaos cuando os apetezca en esa cama que es hermosa y rica.

—Señora, dadme noticias de Lionel, si las sabéis.

—Por Dios, señor, no sé dónde está Lionel ni, que yo sepa, oí hablar nunca de él; por eso, no os puedo decir verdad ni mentira sobre su persona.

Al oír que está así de perdido, no sabe qué decir; a pesar de todo, come y se sienta, porque no había comido en todo el día: estaba triste y preocupado. Cuando terminó, fue un criado a descalzarle y lo acostó en una cama que había preparada en medio de la sala. Durmió mal durante toda la noche, pues no dejó de pensar en sí mismo y en Lionel; toda la noche la pasó pensando y no durmió, ni descansó.

Por la mañana, después de la hora de prima, cuando el sol ya se había levantado,

fueron a verlo las tres damas que lo habían llevado allí; iban vestidas y engalanadas con tanta riqueza que sería imposible superarlas. En la habitación, empezó a hablar la que era reina:

—Señor caballero, sois prisionero nuestro, pero habéis tenido la fortuna de que el rescate será fácil.

—Señora, decídmelo y si puedo, lo pagaré.

—Señor, el rescate consiste en que toméis a la que más os plazca de nosotras tres; si no queréis hacerlo y sois tan orgulloso que no os gustamos ninguna, tened por seguro que no saldréis nunca de aquí y permaneceréis prisionero el resto de vuestra vida.

Al oír que aquella dama le propone un juego en el que no quiere tomar parte de ninguna forma, lo considera un gran despecho y contesta enfadado:

—Señora, ¿caso me tenéis tan dominado que no me queda más remedio que tomaros por amiga, me guste o no, o quedarme prisionero?

—Sí.

—Que Dios no me vuelva a ayudar si no preferiría estar prisionero durante veinte años antes que hacer amiga mía a cualquiera de vosotras tres, pues me rebajaría demasiado, y nadie, sino Dios, me lo podría reparar.

—Por mi cabeza, en mala hora dijisteis lo que habéis dicho. Nunca dijisteis nada que os costara tanto como os costarán esas palabras.

Lanzarote le contesta que no le importa y vuelve a acostarse en la cama bastante más enfadado que antes, diciéndose que preferiría morir a dejar a su señora la reina, que es fuente de belleza, por aquellas viejas. Las tres damas se marchan tristes y enfadadas porque las ha rechazado de aquel modo y lo amenazan diciéndole que no saldrá nunca de la cárcel en la que está. Morgana no lo había reconocido porque tenía el pelo recién cortado.

—Por mi fe —dice la reina— se pasará diez años sin salir, si no se decide por una de nosotras tres.

—Por nuestra fe —contestan las otras dos—, nos parece muy bien.

De esta forma permaneció Lanzarote tres días allí, tan apesadumbrado que dejó de comer y de beber. Una doncella que allí había lo sentía mucho, y le llevaba todos los días de comer, pues la habían puesto para que lo sirviera y custodiara. Esta muchacha le hacía todo el bien que podía y sentía mucho su preocupación.

El cuarto día regresaron los caballeros de un torneo que había tenido lugar la víspera, y empezaron a hablar por todas partes de tal forma que Lanzarote comprendió que volvían de un torneo. Entonces empieza a pensar y a entristecerse todavía más, diciendo que nunca hubo un caballero tan desafortunado como él, pues cuando ya estaba sano y fuerte para ir por todo el mundo llevando a cabo las peligrosas aventuras que los demás no se atrevían a esperar, y que cuando ya tenía fuerzas para llevarlas a cabo, entonces los diablos lo encierran en prisión, de forma que no hay momento en el

que no esté o enfermo o prisionero. Lamenta sus frecuentes desgracias y empieza a hacer un duelo admirable.

En esto, entra la doncella que se ocupaba de él; al verlo doliéndose de tal forma, lo siente mucho.

—Señor, ¿qué os ocurre que os quejáis así?

—Doncella, no debería quejarme, sino darme la muerte, pues soy el caballero más desgraciado del mundo.

—Señor, por la cosa que más améis, decidme quién sois y cómo os llamáis, y os prometo que no lo descubriré ni aquí ni en ningún otro sitio.

—Doncella, me habéis conjurado de tal forma que os lo voy a decir. Sabed que soy el caballero más desafortunado de cuantos han llevado armas, y mis desgracias no han empezado ahora, sino que comenzaron cuando yo estaba en la cuna: en una sola mañana perdí a mi padre, que era valiente, noble y buen caballero, y fui desheredado de toda mi tierra, de la que ahora tendría en gran abundancia si me hubiera sido guardada con lealtad. Puedo decir que me llamo Lanzarote del Lago, el Desdichado.

Al oír que es Lanzarote, al que se tiene por el mejor caballero del mundo, se pone tan contenta que más es imposible; entonces, le dice:

—Señor, esta prisión os molesta mucho, lo sé, y si pudierais saldrías con gusto.

—No hay nada que, pudiéndolo hacer, no lo hiciera para salir.

—Por mi fe, yo os sacaré si queréis hacer por mí lo que os pida.

—Decídmelo, pues lo haré si puedo.

—Escuchadme. La reina de Soreslán, señora de este castillo en el que estáis, me ha tenido durante mucho tiempo consigo y os diré de qué forma. Hace ya diez años, cuando era pequeña, mi padre el duque de Rocedón, empezó una guerra contra el rey de Soreslán, que era el marido de esta reina. Al final, hicieron la paz, pues mi padre me dio en matrimonio a un hijo pequeño del rey que no tenía más de seis años, cuando yo tenía cinco. Después de esto, no tardó mucho en morir mi padre y mi madre lo hizo poco después, entregándole mi tierra a esta reina para que la guardara. Este año, ocho días antes de Navidad, se puso en marcha el caballero que era mi prometido para ir a la corte a ser armado caballero novel, pero tuvimos la desgracia de que fuera matado a la salida del bosque de Carlión. Cuando me enteré de que había muerto, intenté irme de aquí y le pedí que me devolviera mi tierra. La reina no quiso hacer nada y me contestó que si la angustiaba un poco más, no me quedaría un pie de mis posesiones, por más fuerzas que yo tuviera. Dejé estar el asunto, pues no me atrevía a decir nada más y anteayer no hizo tres semanas que un hermano suyo me pidió por mujer y ella me concedió. A pesar mío hizo que me prometiera y lo invistió con todas mis tierras; las bodas serán del domingo en ocho días. Pero todo será en vano, pues no lo tomaré por marido ni por señor, y tengo motivos, pues es el caballero más desleal y más cobarde de cuantos existen. Si por mí quisierais acudir armado ese día para evitar el matrimonio y

si hicierais que el casamiento se rompiera, esta misma noche os sacaría de la prisión y os daría buen caballo y buenas armas.

—Por el nombre de Dios, doncella, si queréis hacer eso, os prometo como leal caballero que regresaré al castillo el día fijado, os libraré del caballero, y recibiréis vuestra tierra, si no hay más impedimentos que los que me habéis dicho.

—No hay más.

—Entonces os prometo que mantendré esas condiciones.

—Yo os prometo lealmente que esta noche os sacare de aquí.

De esta forma se dan garantías los dos; la doncella se marcha y Lanzarote queda alegre y contento por lo que la joven le había prometido. Cuando ya había anochecido un poco y los del lugar se habían acostado y dormido, la doncella abre la puerta de la habitación, se dirige a Lanzarote y le dice:

—Señor, seguidme.

Lanzarote se levanta, la sigue y la doncella lo lleva a una habitación, cerca de un jardín; le da comida y después le entrega buenas armas y buen caballo. Cuando ya estaba dispuesto a montar, le dice a la doncella:

—Decidme de qué torneo hablaban anoche los caballeros después de vísperas.

—Señor, con mucho gusto. El rey Bandemagus y el rey de Norgales habían prometido un torneo del uno contra el otro, de la gente del uno contra la gente del otro: hoy se han enfrentado en un campo que hay a dos leguas de aquí, del que han regresado los caballeros a los que oísteis hablar.

—¿Quiénes llevan la peor parte?

—Por mi fe, el rey Bandemagus ha sido expulsado del campo, pues no tenía ni la mitad de la gente que el rey de Norgales. Han fijado un nuevo encuentro para el jueves.

Sólo quedaba un día hasta la fecha establecida.

Cuando Lanzarote oyó que el rey Bandemagus había tenido que abandonar el campo, lo siente mucho, pues era uno de los hombres que más lo habían honrado y siente no haber podido participar en el torneo; si hubiera estado, tal como se encuentra, sano, fuerte y deseoso de llevar armas, no cree que el rey hubiera llevado la peor parte como le ha ocurrido. Monta a caballo y encomienda a la doncella a Dios, mientras que ésta le pide que no se olvide de la condición que hay.

—Así me ayude Dios, no me olvidaré.

Se marcha, entra en el jardín y del jardín pasa a un prado pequeño; allí encuentra un sendero estrecho que le lleva directamente a un bosque en el que había un pabellón plantado delante de un gran olmo. Dirige hacia allí su caballo, pensando encontrar a alguien, descabalga en la puerta y ve dentro tres velas encendidas y una gran cama cubierta por una seda de color púrpura. Se dirige a la cama, pero no encuentra a nadie, ni en el resto de la tienda. Al ver esto, vuelve a su caballo, le quita el freno y la silla y lo deja pastando; luego, se desarma y deja la espada en la cabecera de la cama, se desnuda

y se dispone a acostarse, ya que no encuentra a nadie; después, apaga las velas para que no le molestará la luz, se acuesta y se queda dormido de inmediato.

No tardó mucho en llegar un caballero, de quien era el pabellón; al ver las velas apagadas, pensó que su mujer estaba durmiendo y que las había apagado por la luz. Iba sin espada y sin armadura, y se desnudó sin esperar más, acostándose al lado de Lanzarote; se junta a él, lo abraza y empieza a besarlo, pensando que era su mujer, Lanzarote, que nota que aquel lo besa de tal forma, se pone en pie y piensa que se trata de una dama o una doncella: lo sujeta por los brazos, y el caballero se da cuenta entonces y piensa que es el amante de su mujer, se suelta de él y lo sujeta, sorprendiéndolo de tal forma que antes de que se hubiera dado cuenta lo tira al suelo debajo de él y le dice:

—Ladrón, en mala hora viniste a afrentarme y en mala hora os acostasteis con mi mujer en mi mismo pabellón.

Luego, le da un puñetazo en los dientes, que por poco no se los rompe en la boca, y la sangre le sale, ensangrentándole toda la barbilla.

Cuando Lanzarote se siente maltratar de esta forma, lo sujeta por la garganta y lo lanza por encima de él, haciendo que se golpee con una piedra que había en medio del pabellón. El caballero se hirió al caer y Lanzarote, levantándose, va a donde había dejado la espada y la desenvaina. La luna brillaba clara y se podía distinguir algo en el pabellón; cuando el caballero ve que Lanzarote se acerca con la espada desenvainada, no se atreve a esperarle, sino que se da a la fuga completamente desnudo y se esconde en el bosque. Lanzarote lo sigue, pues no desea dejarlo; va tras él sin vestido y lo alcanza, golpeándole en la cabeza con la espada y partiéndosela hasta los dientes: cae al suelo muerto. Lanzarote regresa al pabellón, se acuesta y se duerme hasta el día siguiente por la mañana, aunque se siente herido por el golpe que le había dado en los dientes.

Por la mañana, cuando los pájaros empezaron a cantar, se levantó, se vistió, tomó las armas y montó a caballo, marchándose de allí, sin saber en esta ocasión quién era el caballero al que había matado. En el bosque se encuentra con cuatro escuderos que llevaban a la derecha otros tantos caballos blancos, con jaeces blancos también; tras ellos iban dos que llevaban el arnés de un caballero, la cota de mallas, el yelmo, las calzas de hierro, rodilleras y una cota de seda blanca; el otro llevaba un escudo blanco como la nieve. Saluda a los escuderos y les pregunta que de quién es aquel arnés.

—Señor, de un caballero que mañana estará en el torneo de dos reyes.

—¿Cómo se llama ese caballero?

—Señor, lo llaman Galehodín y es sobrino de Galahot, el señor de las Islas Lejanas.

—¿Y a quién ayudará?

—Al rey de Norgales, porque es abuelo suyo.

—¿Dónde tendrá lugar ese torneo, buen hermano?

—En un campo que queda por donde habéis pasado.

Lanzarote los encomienda a Dios y se marcha. Cuando había cabalgado un poco, oye a su diestra que suena una campana; se dirige hacia allí y encuentra una abadía de monjas; descabalga a la entrada y le entrega el caballo a un muchacho para que se lo guarde; luego, entra en la iglesia completamente armado, salvo el yelmo, el escudo y la lanza. Allí se encuentra con la hermana de Meleagant, la que lo sacó de la dolorosa prisión en la que estaba. La joven lo mira y lo contempla hasta que reconoce que es Lanzarote, pero se pregunta admirada qué ha sido de sus hermosos cabellos, y piensa que ha estado enfermo y que por eso se le han caído; espera a que acaben las vísperas para hablar con él. Después de que el fraile cantó las oraciones y Lanzarote salió de la iglesia, la doncella lo sigue y le dice:

—Señor, sed bienvenido.

—Mi dulce doncella, sed bienvenida vos. ¿Cómo os ha ido desde que no os veo?

—Señor, bien, gracias a Dios y a vos.

—¿Qué aventura os ha traído aquí?

—Señor, he venido por un torneo que habrá mañana cerca de aquí; lo ha emprendido mi señor el rey Bandemagus contra el rey de Norgales, pero ha sido vencido ya una vez, pues el rey de Norgales tiene mucha gente.

Lanzarote le dice que él también ha acudido a verlo.

—Entonces, señor, ¿iréis mañana?

—Sí, si puedo.

—Entonces, querría rogaros por Dios y por amor que ayudéis a los nuestros.

Le contesta que lo hará con mucho gusto y que pondrá en ello toda su fuerza.

—Señor, cien mil gracias, por Dios. Ahora estoy segura de que el rey de Norgales lo perderá todo y mi padre alcanzará el honor. Os ruego que ahora os quedéis conmigo y que mañana vayáis al torneo. Así debéis hacerlo, pues si vais hoy no encontraréis tan buen alojamiento cerca del torneo como éste. Aquí seréis bien servido y tendréis todas las cosas que se os puedan dar.

Lanzarote le contesta que se quedará, ya que le agrada; se hace desarmar y la doncella llama a un criado y le dice:

—Ve ahora mismo al Castillo de la Herpe, en donde encontrarás a mi padre el rey Bandemagus; dile que estoy con mi señor Lanzarote del Lago, que mañana le ayudará en el torneo: que venga a verlo de inmediato, si es que puede.

El criado deja a su señora y va ante el rey Bandemagus, al que le dice lo que su hija había ordenado. Al oír las noticias de Lanzarote, se pone tan contento que no tiene límite; piensa en ir a verlo en secreto, pues quizás Lanzarote no quiere que lo conozcan en el torneo. Elige a tres de sus más íntimos amigos, uno era duque, otro conde y el tercero un caballero, aunque muy valiente:

—Tenéis que venir conmigo a una abadía que hay cerca de aquí.

Le contestan que lo harán con mucho gusto; montan y cuando ya han salido del castillo, el rey se dirige a ellos y les dice:

—Señores, ¿sabéis a dónde os llevo?

—No.

—Os llevo a ver algo maravilloso, pues os voy a mostrar ahora mismo a un solo caballero que tiene en sí todas las virtudes por las que el bueno es alabado, y no hay nadie que tenga tantas como él, porque es el caballero más hermoso del mundo y más valiente que cualquier mortal; no hay nadie comparable a él en valor y es el mejor caballero y el más deseado de cuantos conozco. ¿Qué os voy a ocultar? Nadie os podría contar todo lo bueno que tiene, sin que él lo sobrepase en cien veces. Sé que Dios lo hizo sólo para que fuera espejo de los demás caballeros.

—Por nuestra fe, decís algo admirable y si es tal como nos habéis contado, merecería la pena ir a cien leguas para verlo.

—Lo han hecho ya muchas veces: yo he visto llevar a cabo una búsqueda por él en la que participaron hasta sesenta y cinco caballeros, valientes y atrevidos; lo buscaron durante un año entero para verlo, y ninguno de ellos lo consiguió en esa ocasión. Todos cabalaron más de mil leguas y no lo encontraron.

Cabalgan hasta que llegan a la abadía en la que Lanzarote estaba; allí, desmontan. El criado se adelantó y le dijo a la doncella:

—Señora, ha venido mi señor el rey.

La joven sale a su encuentro y, tomándolo por la mano, lo acompaña a la habitación en la que estaba Lanzarote, que no dormía. Al ver llegar al rey Bandemagus, se pone en pie y corre a su encuentro echándole los brazos al cuello y dándole la bienvenida; luego, se dirige a los demás y les muestra buena cara. El rey se humilla y le dice que es su servidor y su amigo.

—Señor —le contesta Lanzarote—, por el amor de Dios, nunca me digáis tales palabras, pues de ninguna otra manera me podríais enfadar más, ya que un rey no debe ser servidor de tan pobre caballero como yo, sino su señor y su jefe.

—Señor, no sois tan pobre como para que yo no cambiara la mitad de mi riqueza por la vuestra, con tal de que me dierais compañía.

—Señor, dejemos esas palabras, pues no hay comparación entre un pobre caballero y un rico rey poderoso, pero decidme cómo os ha ido desde que no os veo.

—Señor —le contesta el rey—, desde entonces he tenido muchos deseos de veros. Ayer mismo, cuando mis hombres dieron la vuelta en el campo de batalla, os eché mucho de menos, pues si os hubiera tenido conmigo, sé que todos los otros habrían sido derrotados. Os ruego por Dios y por amor y para que sea amigo vuestro el resto de mi vida, que nos ayudéis mañana a vencer el gran orgullo.

Le contesta que lo hará con mucho gusto.

—Pero os pido —añade— que no me deis a conocer a ningún hombre mañana, pues

si fuera reconocido, me enfadaría pronto.

—Así me ayude Dios, nadie tendrá noticias de esto.

Lanzarote le contesta que irá, pues, muy contento.

El rey permaneció allí durante mucho rato, y les dieron de comer. Si sus tres compañeros estaban admirados y contemplaban gustosos a Lanzarote, no hay que preguntarlo, porque nunca habían visto a nadie al que apreciaran tanto como a él. Llegada la hora de nona, después de haber comido a gusto, el rey dijo que se iba a marchar y se despidió de Lanzarote, dejando en su compañía a tres caballeros, para que no fuera mañana solo al torneo. El rey regresó al Castillo de la Herpe, donde le esperaban sus hombres.

Después de descabalar, le preguntan dónde había estado tanto tiempo y contesta que en un lugar en el que había llevado sus asuntos como quería, «y os digo que he encontrado tal ayuda que los de fuera serán vencidos: lo sé sin lugar a dudas»; y no quiso decirles nada más.

Aquel día, los dos reyes hicieron levantar estrados en el campo, con ventanas y asientos para las damas y las doncellas. Era costumbre entonces que las reinas y las altas damas fueran a ver los torneos desde dos o tres jornadas de distancia, y todos los caballeros andantes que seguían los torneos, llevaban a sus amigas para que vieran a los mejores caballeros; por eso se levantaban los estrados allí donde iba a haber torneos.

Lanzarote fue servido y honrado aquella noche según pudieron los tres nobles que el rey había dejado en su compañía. Por la mañana, cuando el día apareció, antes de que Lanzarote se levantara, fue a buscarlo la doncella que había hecho que se quedara, y le dijo que Dios le diera buen día; Lanzarote al punto le devolvió el saludo. Entonces, la doncella le dijo:

—Señor, vengo a despedirme de vos para ir a los estrados del campo, pues no quiero esperar más por la abundancia de caballos que habrá y que me impedirá pasar.

—Id con Dios.

—Señor, procurad que os pueda ver, pues si no fuera por eso, no iría.

Lanzarote le contesta que así lo hará.

Se marcha la doncella con gran compañía de damas y doncellas y cuando llega al campo, ve que los estrados están ya llenos de damas y de doncellas que habían subido a las ventanas y que esperaban la llegada de los que iban a combatir. La hija del rey de Norgales, que había ayudado a mi señor Galván, según ha contado la historia, había acudido con gran compañía de damas y doncellas. Al ver llegar a la hija del rey Bandemagus, va a su encuentro y la recibe con gran alegría, haciendo que se siente a su lado y hablando de unas cosas y otras, hasta que la hija de Bandemagus le preguntó quién lo había hecho mejor en el otro encuentro. Una doncella que estaba sentada a su lado le dijo que Mador de la Puerta, uno de los caballeros del rey Arturo, y Mordret, el hermano de mi señor Galván, que ellos dos habían vencido en todo.

—¿Quién es ese Mador?

—Es uno de los caballeros mayores que he visto, y el que mejor golpea con la lanza.

De esta forma hablaban entre ellas de los caballeros. Mientras tanto, Lanzarote se viste, se prepara y oye misa; los tres caballeros enviaron a buscar sus armas al castillo, donde las habían dejado. El rey Bandemagus les hizo saber que no debían acudir al torneo antes de que hubiera pasado la hora de prima y le entregaron a Lanzarote cobertores blancos y a su caballo gualdrapas del mismo color y un escudo blanco también; así lo hicieron. Llegada la hora de prima, que ya se habían armado, salvo el yelmo, le dijeron a Lanzarote que comiera un poco para ir más tranquilo; pero contestó que no lo haría. Montan y se van de allí, cabalgando por el bosque hasta que llegan al campo de combate. Ya se enfrentaban entre los de una parte y los de otra más de veinte mil caballeros, que lo hacían muy bien por ambos bandos, pero el rey de Norgales tenía mucha más gente que el rey de Bandemagus.

Cuando Lanzarote ya estuvo cerca de los combatientes, se quedó a un lado con sus compañeros contemplando quiénes eran los que lo hacían mejor; ve tres caballeros por la parte del rey de Norgales que combatían muy bien, ya que daban valor a los suyos para seguir luchando: habían hecho tales proezas que la gente de Bandemagus había retrocedido más de un tiro de arco.

La hija del rey de Norgales les habla a sus acompañantes, diciendo de forma que todas lo oyeron:

—Por Dios, sería muy hermoso este torneo si los otros pudieran resistir a los nuestros; pero me parece que según van retrocediendo, pronto se darán a la fuga; por Dios, son muy dignos de aprecio aquellos tres caballeros que están de nuestra parte, pues gracias a ellos son vencidos los de Gorre.

—Doncella —le contesta la hija de Bandemagus—, ¿quiénes son los que deben ser apreciados?

—Por mi fe, uno es Mordret, el hermano de mi señor Galván, que lleva escudo rojo; el otro es Mador de la Puerta, el mayor caballero de los que hay aquí; y el tercero es Galehodín mi sobrino, el del escudo blanco. Son los que combaten mejor de cuantos hay en el terreno y por ellos son vencidos los vuestros.

—No os preocupéis, doncella —le responde la de Gorre—, pues si el rey vuestro padre no huye, verá golpes que no se atrevería a esperar uno sólo de ellos ni aunque perdiera toda su tierra.

—Dios, ¿quién los va a dar?

—Por mi fe, pronto lo veréis, pues ya ha llegado quien da tales golpes.

Mientras hablaban de esta manera, oyeron gritar contra los de Gorre, que huían, y los de Norgales les daban alcance. Lanzarote llama a los que estaban a su lado y les dice:

—Seguidme, pues ya hemos esperado bastante.

Corre por las filas tan rápido como su caballo puede y golpea con tanta fuerza al

primero que encuentra que lo derriba junto al caballo al suelo, y con el mismo golpe hace que otro vacíe la silla. Después de romper la lanza, echa mano a la espada, que sabía utilizar bien, y empieza a golpear a su alrededor, dando grandes golpes arriba y abajo, de forma que a todos cuantos alcanza los derriba al suelo. Arranca escudos de los cuellos y yelmos de las cabezas; hace tales proezas en poco rato que el torneo se detiene para ver las maravillas que lleva a cabo, y no queda nadie, por atrevido que sea, que ose esperar sus golpes: mata o hiere a los de Norgales, hasta que hace que retrocedan más de tres tiros de arco. Todos hablan de sus proezas lejos y cerca, y dicen que el caballero de las armas blancas supera a los demás; los tres compañeros que antes habían hecho que se retiraran los de Gorre, y que habían salido del torneo para descansar un poco, se sorprenden al ver huir a sus gentes, y preguntan qué ocurre.

—¿Qué ocurre? —les dice un criado—. ¿Acaso no habéis visto las maravillas que están sucediendo?

—¿Qué maravillas? —pregunta Mordret.

—Por mi fe, hay un caballero con armas blancas, un diablo, un demonio que mataría a más gente aquí de la que se puede enterrar en dos arpentas. No vayáis por allí, si no queréis morir. Que Dios no vuelva a ayudarme si el hierro o el acero pueden resistir frente a su espada.

Los tres compañeros se vuelven a atar el yelmo y montan, toman los escudos y las lanzas y galopan contra Lanzarote, delante del que huyen los de Norgales como las liebres delante de los perros. Lanzarote había cogido una lanza a uno de los que huían y se dirige contra uno de los tres caballeros, que era Mordret, golpeándolo de forma que le mete la punta de la lanza y toda el asta por el hombro izquierdo; lo empuja y lo derriba a tierra atravesado. El rey Bandemagus, que iba detrás de él, le entrega otra lanza, diciéndole:

—Señor, tomad y mostradnos cómo rompéis las lanzas.

Luego, galopa contra Mador de la Puerta, que le quiebra la lanza en el pecho; Lanzarote lleva la suya baja y lo golpea metiéndole la punta y el asta en el muslo, y derribándolos a él y al caballo en un solo montón al suelo; pasa de largo y desenvaina la espada, golpea a Galehodín en el blanco escudo, de forma que hace caer un gran trozo: la espada baja sobre el caballo, le corta el cuello por delante de los hombros y caen en un montón caballero y caballo.

Cuando el rey de Norgales, que ya había contemplado a Lanzarote por las maravillas que realizaba, ve aquel tajo, no se atreve a esperar más: se da a la fuga tan rápido como su caballo puede ir. Empieza entonces el griterío, pues los de Norgales huyen y los de Gorre los persiguen, apresándolos a su voluntad. Al ver que han sido derrotados y que no hace falta más que regresar, Lanzarote se mete en el bosque y se marcha muy deprisa, pues no desea ser retenido por nadie: lo buscaron y preguntaron por él, pero nadie pudo encontrarlo. Cuando el rey Bandemagus vio que se había

marchado de tal forma, y que no sabe qué decir ni qué hacer, se considera el hombre más desdichado de cuantos han existido, pues hacía poco que tenía a su lado al mejor caballero del mundo, al que debería hacerle fiesta y mostrarle alegría, y ahora lo ha perdido por su propia maldad.

Galehodín, al que Lanzarote había derribado, volvió a montar como pudo y se dirigió al rey Bandemagus, dándose a conocer; el rey le mostró gran júbilo. Galehodín le dijo:

—Señor, he venido a vos para que me digáis quién es el caballero que ha combatido hoy tan bien a vuestro lado.

—Dulce señor, ¿por qué me lo preguntáis?

—Señor, porque soy joven y todavía sé poco de armas: tendría que unirme a un hombre tan valiente como él para que me enseñara y para que yo aprendiera de él y de su compañía.

—Señor, si os conociera, os tendría gran afecto, pues ama mucho a mi señor, vuestro tío, y vuestro tío lo ama mucho a él, pues nunca ha amado más a otro. Es mi señor Lanzarote del Lago.

—¿Lanzarote? ¿No pensaba yo ciertamente que había muerto? Ya que está vivo, prometo a Dios que nunca dejaré de cabalgar, a no ser que esté muerto, preso o enfermo, hasta que lo encuentre. Cuando lo vea, le rogaré por el amor de mi tío, al que tanto quiere, que me retenga a su lado y me deje ir con él por lejanas tierras en busca de extrañas aventuras. Si no quiere, al menos me ayudará con sus consejos mejor que cualquier otro.

Deja al rey Bandemagus y se marcha, armado como estaba, sin decírselo a nadie y sin llevar a ningún escudero ni a ningún criado; se mete en el bosque tras Lanzarote y cabalga durante todo el día sin encontrar a ningún hombre ni a ninguna mujer que le dé noticias de lo que va buscando.

Lanzarote había cabalgado durante todo el día, cansado y agotado por el trabajo que había hecho, y su caballo se dolía por las espuelas que había recibido en toda la jornada, pues tenía heridas tan abundantes que apenas podía ir al paso. Mira hacia atrás y ve venir a un caballero armado y a una dama muy hermosa con él. Lo saludan cuando se le acercan y Lanzarote teme ser reconocido; les contesta en voz baja que Dios los bendiga.

—Buen señor —le pregunta la dama—, ¿quién sois?

—Soy un caballero, como podéis ver.

—Por Dios, sois un caballero a mi parecer que no tenéis parejo en el mundo: lo sé porque lo he oído decir y porque lo he visto; os ruego por la cosa que más queráis del mundo que vengáis a alojaros a un castillo mío que hay cerca de aquí, y os prometo que os mostraré mañana la cosa más bella que habéis visto en vuestra vida.

Lanzarote le responde que irá con mucho gusto con esa condición.

–Venid, pues.

–Marchad y yo os seguiré.

La dama pasa delante y él, que tenía más necesidad de descansar que de cabalgar, la sigue; no se detienen hasta que llegan a un valle, al fondo del cual hay un castillo bien hecho y bien asentado, con murallas fuertes y grandes y con abundantes almenas. Al llegar al castillo, era de noche; la dama llama al guardián de la puerta y le dice que les abra, cosa que hace. Entran y cabalgan hasta el salón; cuando los ven llegar con su señora, salen al encuentro con velas y antorchas, pues de otra forma no habrían visto, ya que la noche era demasiado oscura. Ayudan a la dama a desmontar y ella les dice que no se ocupen de ella, «os ruego que honréis y sirváis a ese caballero, pues os digo que es el hombre más valiente del mundo y el mejor caballero». Al punto le ayudan a desmontar, le quitan el escudo del cuello y se lo llevan arriba para desarmarlo. La dama lo mira y le ve el rostro hinchado y abotargado, la nariz desollada y sangrando por los golpes que había dado y recibido; ordena que le traigan agua caliente para que se lave el cuello y el rostro, que lo tenía ennegrecido por las mallas de la cota. Cuando la dama mira el escudo, dice en voz tan alta que todos los presentes la oyen:

–¡Ay, escudo, habéis sido tan contemplado hoy y tan deseado de tener por muchas hermosas doncellas! Así me ayude Dios, bien se puede alabar quien os lleva, pues nunca hizo un caballero en un solo día tantas proezas como éste ha hecho hoy. Bendito sea Dios que me ha permitido encontrarlo, pues no podría recibir mayor honor que el de que viniera a mi casa.

Luego, entra en su habitación y toma un vestido de seda para que se lo ponga Lanzarote; cuando ya se lo ha vestido, hace que se siente y le dice:

–Señor, descansad, pues tenéis que hacerlo, ya que os habéis esforzado mucho, por Dios.

Ordena que preparen algo de comer, porque ya es hora, y así se hace. Estaban sentados a la mesa, cuando entró un criado que le dijo a la dama:

–Señora, mi señor acaba de llegar.

–Por Dios, dile que venga a cenar y que no tarde mucho, porque hay aquí un caballero al que quiero que le muestre gran alegría.

El criado le dice al señor lo que su señora le había ordenado; éste se desarma al punto y lo mismo hacen todos los que iban con él; acude al salón con nueve caballeros más; la dama se levantó al verlo llegar, igual que Lanzarote. El señor le ordena que vuelva a sentarse de inmediato. Después, tras comer un poco, le dice la dama:

–Señor, festejad a vuestro huésped, pues no podéis honrar a nadie más valiente que él.

–¡Valiente, señora? ¿Qué decís? No digo que no sea valiente y esforzado, pero un hombre valiente tiene mucho más trabajo del que yo pensaba esta mañana. He aprendido tanto hoy, que pienso que en el mundo sólo hay un hombre valiente. El que

yo digo, he visto que lo demostraba entre caballeros y desde que se creó la caballería, no creo que ningún hombre mortal haya realizado maravillas como las que él ha hecho hoy.

La dama le pregunta entonces, como si no hubiera estado allí.

—Señor, ¿dónde visteis a ese caballero que decís?

—Fue en la reunión del rey Bandemagus y del rey de Norgales.

—Señor, ¿qué maravillas podía hacer mayores que los demás?

—¿Cuáles? En un año no os las contaría todas. Por mi fe, que Dios no me vuelva a ayudar si sé contar todo lo que le vi hacer; no me creeríais, aunque os lo jurara sobre sagrado, pues os parecería extraordinario.

A la dama le agrada escuchar lo que ya había visto, y delante mismo del que lo había llevado a cabo le dice a su señor:

—Buen señor, al menos decidme algunas de las hermosas justas que realizó, que las oiga este valiente caballero que aquí está alojado, para que las pueda contar cuando regrese a su tierra.

—Os puedo contar más de mil hermosos golpes, pues durante todo el día lo he seguido para ver las maravillas que realizaba: lo vi matar de cinco golpes a otros tantos caballeros y servidores con tanta rapidez que partía casi hasta la mitad a los caballos y a los caballeros; os puedo decir que partió en dos mi escudo y rebanó la silla, cortando a mi caballo por medio de los hombros, y todo eso fue un solo golpe.

—Señor, pienso que no habréis recibido más golpes.

—¿Cómo, señora? ¿Qué decís? Por Dios, no hubiera esperado otro golpe ni a cambio de toda la tierra del rey Arturo, pues después de probar su espada no habría necesitado médico, sino la muerte; no hay hombre tan atrevido en el mundo, según creo, que tras ver lo que hacía esperara un golpe suyo.

La dama se echa a reír.

—Y os diré mayores maravillas —continúa el señor—, porque le vi derribar con un trozo de lanza a cuatro caballeros: eso no lo había hecho nunca ningún hombre, ni diablo.

—Decidme, ¿qué haríais si lo tuvierais en vuestra casa?

—Señora, si pudiera, no permitiría que se marchara de mi lado y lo retendría conmigo, pues no podría tener tesoro más rico.

—Y si no lo reconocierais, ¿qué haríais?

—Nunca volvería a tener gozo; y si lo supieran en mi casa y no me lo dijeran, no dejaría de matar a quien me lo ocultó.

—Por Dios, no os lo ocultaré más tiempo y os lo voy a decir, porque no quiero tener vuestro odio: ése es el valiente que se sienta junto a vos.

El señor lo mira.

—Mostradme —le dice a la dama— su escudo, pues así lo podré reconocer.

La dama ordena que se lo traigan.

—Señora, señora —le dice Lanzarote— me habéis afrentado tanto como habéis querido en vuestra casa; nunca pensé que fuerais tan villana, y no hubiera entrado nunca en vuestra casa, de haberlo sabido, por más poder que tuvierais.

—Señor, ¿acaso os pesa?

—Señora, ciertamente sí.

—Entonces no se volverá a hablar del asunto, ya que os pesa, pero sabed que lo hacía pensando que os honraba y porque os estimo.

El señor va a una habitación donde estaba el escudo y apenas lo ve, lo reconoce y siente una gran alegría. Luego, regresa y le muestra a Lanzarote el mayor júbilo, diciéndole que se pone a su disposición para hacer lo que quiera. Lanzarote se lo agradece mucho.

Aquella noche se acostó a gusto y descansó, pues estaba cansado y agotado, y durmió hasta casi la hora de prima. Al despertarse, el sol hacía buen rato que había salido; la dama le preparó ropa de lino fresca y nueva, y él la tomó y se la vistió. Después, oyó misa y le prepararon comida. Luego, cuando terminaron de comer y levantaron las mesas, Lanzarote pidió las armas, y el señor le rogó que se quedara otro día más, a lo que le contestó que no lo haría de ningún modo. Después de armarse y de montar a caballo, toma el escudo y pide una lanza, que le traen. A continuación, le dice a la doncella del lugar:

—Señora, ¿os acordáis de la condición que había?

—Señor, sí.

—Entonces os ruego que la cumpláis, tal como debéis hacerlo.

La dama le contesta que lo hará con mucho gusto; ordena que ensillen un palafrén y le pide a un criado que la siga.

—Señora —le pregunta el señor—, ¿a dónde vais?

—Señor, voy a llevar a este señor a Corbenic, pues le he prometido mostrarle la cosa más bella del mundo.

—Id pues, y pensad en el regreso.

La dama se marcha y emprende el camino con Lanzarote; iba muy bien cubierta con velos para que el sol no le dañara. Cabalgan hasta después de la hora de nona en que llegan a un valle, al fondo del cual ven un castillo pequeño, muy bien asentado, rodeado por un río profundo y por buenas murallas almenadas. Cuando ya estaban cerca, encontraron a una doncella que le preguntó a la dama:

—Señora, ¿a dónde lleváis a ese caballero?

—A Corbenic.

—Señora, por Dios, entonces le amáis poco, porque lo lleváis a un lugar del que no podrá marcharse sin vergüenza y sin daño.

Continúan cabalgando hasta que llegan al castillo; se dirigen al puente por el que

se pasaba, entran y cuando llegan a la calle mayor, empiezan a decirle: «Señor caballero, os espera la carreta». Lanzarote contesta en voz baja que si tiene que entrar, no es la primera vez que lo hace. Cabalgaron hasta llegar a la torre mayor; la considera muy buena, pues es la más hermosa y la más fuerte de cuantas ha visto, que recuerde. Mira a la derecha y oye una voz de mujer bastante cerca de él, según le parecía. Se dirige hacia allá y ve que era la doncella a la que mi señor Galván intentó sacar de la cuba, pero no pudo; estaba gritando: «Santa María, ¿quién me sacará de aquí?». Al ver llegar a Lanzarote, dice:

—Señor, sacadme de esta agua que me quema.

Lanzarote se acerca a la cuba y tomando por los brazos a la doncella la saca. Al verse libre, se le echa a los pies y le besa la pierna y la planta de los pies, diciéndole:

—Señor, bendita sea la hora en que nacisteis, pues me habéis sacado del mayor dolor que tuvo ninguna mujer.

Mientras tanto, el salón empieza a llenarse de damas y de caballeros, y allí se reúnen todos los de la ciudad a ver a la doncella y la llevan a una capilla para dar gracias a Nuestro Señor. Acompañan a Lanzarote a un cementerio que había al pie de la torre y le muestran una tumba muy rica en la que unas letras escritas decían: «No se levantará esta tumba hasta que ponga en ella la mano el leopardo, del que saldrá el gran león, que la levantará con facilidad; entonces será engendrado el gran león en la hermosa hija del rey de la Tierra Foránea». Después de leer estas letras, no sabe lo que quieren decir, y los que hay a su alrededor le dicen:

—Señor, pensamos que sois vos el caballero del que hablan las letras, pues sabemos gracias a la doncella a la que habéis librado, que sois el mejor caballero de cuantos ahora hay.

—¿Qué queréis que haga? Estoy dispuesto a hacer según vuestra voluntad.

—Queremos que levantéis esta tumba y veáis lo que hay debajo.

Coge la parte más gruesa de la losa y la levanta con gran facilidad, viendo dentro la serpiente más horrible y más traidora de las que se ha oído hablar. Al ver a Lanzarote, le arroja fuego tan ardiente que le quema la cota de mallas y las armas; luego, sale de la tumba al cementerio, quemando todos los arbustos que había allí por el calor de su fuego. Todos se dan a la fuga, suben a lo alto de las ventanas para ver qué ocurre, y Lanzarote se coloca el escudo delante del rostro y se dirige hacia donde ve que está la serpiente, sin temer lo que le pueda pasar. La serpiente le arroja fuego envenenado, quemándole el escudo por la parte de fuera, mientras que Lanzarote la golpea en el pecho con la lanza y le mete en el cuerpo hierro y madera. Empieza a golpear el suelo la serpiente con sus alas, herida de muerte; Lanzarote toma la espada y le da grandes golpes allí donde puede alcanzarla, hasta que hace que le vuele la cabeza. Acuden entonces los caballeros, que se habían armado para ayudar a Lanzarote; al ver que ya la había matado, lo reciben con gran alegría y empiezan a tocar las campanas. Acuden

caballeros, damas y doncellas, en tal abundancia que resulta sorprendente y le dicen que sean bienvenido más que nadie en el mundo; se lo llevan al palacio mayor y allí lo desarman.

En esto, sale un gran caballero que llevaba abundante compañía y era uno de los hombres más hermosos que Lanzarote había visto nunca, desde que se marchó de Camelot, y parecía hombre muy noble. Al verlo llegar, se levantan todos y le dicen a Lanzarote:

—Señor, aquí llega el rey.

Lanzarote se pone en pie y le da la bienvenida; el rey le devuelve el saludo y le echa los brazos al cuello, diciéndole:

—Señor, hemos deseado tanto veros y teneros, que gracias a Dios ahora estáis con nosotros. Sabed que os necesitábamos mucho, pues nuestro país ha sido devastado y arrasado, y los pobres han perdido sus haberes: ya es hora que, si Nuestro Señor quiere, sus pérdidas sean restituidas y sus bienes devueltos, después de la gran escasez que han pasado.

Se sientan uno al lado del otro, y el rey le pregunta de dónde es y cómo se llama.

—Lanzarote del Lago.

—Decidme, el rey Ban, aquel valiente que murió de dolor, ¿no era vuestro padre?

—Señor, sí.

—Por mi fe, entonces estoy seguro que por vos o por vuestra descendencia será liberado este país de las extrañas aventuras que en él ocurren día y noche.

Se acerca en esto una dama de tanta edad que podría tener cien años; llama al rey y le dice:

—Señor, quiero hablar con vos.

El rey deja a Lanzarote y ordena a sus caballeros que le den compañía; y le contestan que así lo harán. Se marcha entonces con la dama a una habitación y ésta le dice, cuando ya se había sentado:

—Señor, ¿qué podemos hacer con este caballero que Dios nos ha traído?

—No lo sé, no sé qué se puede hacer, pero le daré a mi hija para que haga con ella su voluntad.

—Por Dios, sé que no querrá tomarla cuando se le ofrezca, pues ama tanto a la reina, a la mujer del rey Arturo, que no querría estar con ninguna otra; por eso tendremos que hacerlo con tanta discreción que no se dé cuenta.

—Haced lo que queráis, pues tiene que hacerse.

—No os preocupéis más, porque lo conseguiré.

Regresa el rey a la sala y vuelve junto a Lanzarote para darle compañía; hablan los dos y conversan lo mejor que pueden. Lanzarote le pregunta cómo se llama y éste le contesta que lo llaman Pelés de la Tierra Foránea. Mientras que hablan así, Lanzarote mira y ve entrar por una ventana la paloma que había visto mi señor Galván en otra

ocasión y que llevaba en el pico un incensario de oro muy rico. Apenas entró, el salón se llenó de todos los aromas que se podrían pensar. Guardaron silencio y nadie dijo una palabra; se arrodillaron todos al ver llegar la paloma. Volando entró en una habitación.

Entonces llegan los servidores y colocan los manteles en las mesas; se sientan unos y otros sin que nadie dijera una palabra, ni fuera llamado. Lanzarote se queda sorprendido y hace lo mismo que los demás, sentándose ante el rey; ve que todos están rezando y él también lo hace. No tardó mucho en ver salir de una habitación a una doncella, a la que mi señor Galván había contemplado largo rato, hermosa y elegante en todo, que el mismo Lanzarote decía que nunca había visto mujer de tan gran belleza, sino la misma reina y piensa que tenía razón la dama que allí lo había llevado. Contempla el recipiente que la doncella llevaba en las manos, pues le parece el más rico de cuantos ha visto cualquier mortal, y tenía forma de cáliz: le parece, y así lo cree, que debe ser algo sagrado y digno; junta las manos y se inclina ante él con piedad. Según iba pasando la dama por delante del estrado, se van arrodillando ante el sagrado recipiente y él mismo lo hace también. Al punto, las mesas se llenaron de los mejores manjares que se podrían contar y el salón se llenó de tan buenos aromas como si todas las especias del mundo se hubieran esparcido por allí.

Después de pasar una vez por el estrado, la doncella regresa a la habitación de la que había salido. Entonces, el rey Pelés le dice a Lanzarote:

—Señor, tenía mucho miedo de que la gracia de Nuestro Señor faltara esta vez, igual que pasó el otro día cuando mi señor Galván vino.

—Buen señor, no es necesario que Nuestro Señor, que es tan generoso, esté siempre enfadado con sus pecadores.

Cuando ya había comido el rey todo lo que quiso, se levantaron los manteles y Pelés le pregunta a Lanzarote qué le ha parecido el rico vaso que llevaba la doncella.

—Me parece que nunca vi una doncella tan hermosa; no digo nada de las damas.

Al oír estas palabras, el rey piensa inmediatamente en lo que le habían dicho de la reina Ginebra y cree que es verdad todo lo que le han contado. Se dirige a Brisane, el ama de su hija, con la que había hablado antes, y le cuenta lo que le había respondido acerca de su hija.

—Señor —le dice el ama—, ya lo decía yo. Esperadme un poco, que voy a hablar con él.

La anciana va a Lanzarote y empieza a preguntarle por el rey, a lo que él le contesta según sabe de la reina.

—Señor —le dice la vieja—, no os pregunto por eso, pues no hace mucho que la vi sana y feliz.

Lanzarote se sobresalta de alegría al oírla hablar y le pregunta que dónde la vio.

—Señor, cerca de aquí a dos leguas, en un sitio donde pasará hoy también la noche.

—Señora, os estáis burlando de mí.

—Por Dios, en absoluto; y para que me creáis mejor, venid conmigo y os la mostraré.

—Señora, lo haré con mucho gusto.

Pide sus armas y mientras tanto la anciana vuelve junto al rey que estaba esperándola en su habitación. Este le pregunta qué ha hecho.

—Haced que vuestra hija monte ahora mismo y enviadla a la Caja lo más pronto que podáis, iré con Lanzarote y le daré a entender cuando estemos allí que es la reina. He preparado un brebaje que le daré, y cuando haya bebido y su poder le haya subido al cerebro hará según mi voluntad y así podrá ocurrir lo que vamos buscando.

El rey hace que su hija se disponga y le entrega veinte caballeros para que la acompañen al Castillo de la Caja. Al llegar allí, después de desmontar, pusieron en una sala la cama más rica que se pudo y la doncella se acostó, porque tal fue el deseo de los que la habían llevado.

Mientras tanto, Lanzarote tomó sus armas, montó a caballo y salió de allí, dejando a la que lo había llevado, y cabalga con la anciana Brisane hasta que llegan al Castillo de la Caja. Cuando llegaron allí, era noche oscura y la luna todavía no había salido. Descabalgan y Brisane lo lleva a una habitación en la que estaban los caballeros, que al verle venir, se ponen en pie, le dan la bienvenida y lo desarman. Había gran claridad allí, pues tenían encendidas veinte velas. Brisane, que había avisado a una doncella suya de lo que deseaba hacer, le dio los bebedizos y le dijo:

—Cuando oigas que te pido de beber, trae la copa llena y dásela a Lanzarote no le des ninguna otra mientras quiera beber.

—Así lo haré, con mucho gusto.

Después de desarmarse, Lanzarote tuvo ganas de beber, pues había pasado calor al venir; luego, pregunta dónde está su señora la reina.

—Señor, está en esa habitación y creo que ya está dormida.

Pide vino y la doncella, a la que se lo habían ordenado, lleva la bebida que era más clara que el agua de la fuente y de color de vino. La copa no era grande y estaba llena; tenía ganas de beber y la dama le dijo:

—Señor, bebéoslo todo, pues os hará bien, porque creo que no habéis bebido nada comparable.

Toma la copa y se la bebe entera, encontrando el veneno bueno y dulce; después, pide más y se lo dan, bebiéndoselo entero.

Lanzarote se encuentra a gusto y más hablador que de costumbre; le pregunta a Brisane cómo puede ver a su señora la reina. La anciana lo mira y ve que ha cambiado y que no sabe dónde está ni cómo llegó, pues cree que se encuentra todavía en la ciudad de Camalot y le parece que está hablando con una dama que siempre acompañaba a la reina, desde que murió la dama de Malohaut. Al verlo en tal estado y sabiendo que

puede engañarlo con facilidad, le dice:

—Señor, mi señora debe estar dormida. ¿Por qué esperáis tanto, no queréis ir a verla?

—Porque no me ha llamado y no quiero ir si no lo hace; si me llamara, iría.

—Por Dios, en breve tendréis noticias.

Entra en la habitación y finge haber hablado con la reina; luego vuelve a Lanzarote y le dice:

—Señor, mi señora os espera y os pide que vayáis a hablar con ella.

Lanzarote se hace descalzar de inmediato y entra en la habitación en calzas y en camisa; se dirige a la cama y se acuesta con la doncella, pensando que es la reina. La joven, que no deseaba más que tener a aquél que iluminaba toda caballería terrena, lo recibe alegre y contenta, mientras que Lanzarote le muestra el gozo y la alegría que le hacía a su señora la reina.

De esta forma quedan juntos el mejor caballero y el más hermoso de cuantos existían y la doncella más bella y de linaje más elevado que había en aquel tiempo; se desean por razones distintas, pues ella no lo quiere tanto por su belleza, ni por lujuria ni por fuego de la carne como por recibir el fruto que restaurará la primitiva belleza de toda la tierra, que por el doloroso golpe de la Espada del Extraño Tahalí había quedado devastada y arrasada, tal como cuenta claramente la *Búsqueda del Grial*. Lanzarote la deseaba por otra razón, pues no la codiciaba por su belleza, sino porque pensaba que fuera su señora la reina y por eso se encendió y la conoció como Adán a su mujer, pero no exactamente del mismo modo, pues Adán conoció a su mujer lealmente y por orden de Nuestro Señor; y Lanzarote conoció a la doncella mediante el pecado y de forma ilícita, contra Dios y contra la Santa Iglesia; pero el Señor en quien habita toda compasión y que no juzga según los hechos de los pecadores, consintió esta unión para provecho de los de aquella tierra, pues no deseaba que vivieran siempre en el destierro: permitió que engendrara y concibiera tal fruto que por él la flor de la virginidad que allí se había corrompido y violado se recuperó mediante otra flor con cuya virtud y ternura se llenaron y saciaron muchas tierras; pues según nos cuenta la *Historia del Santo Grial*, de la flor que se perdió surgió Galaz el Virgen, el buen caballero, el que puso fin a las aventuras del Santo Grial y se sentó en el Asiento Peligroso de la Mesa Redonda, en el que ningún caballero se había sentado sin morir. Y del mismo modo que el nombre de Galaz se había perdido en Lanzarote por culpa de la lujuria, así fue recobrado en éste por razones carnales: pues fue virgen en voluntad y obra hasta su muerte, tal como cuenta la historia. De esta forma fue recobrada una flor por una flor, pues al nacer, la flor de la virginidad se apagó y quedó marchita; el que después fue flor y espejo de caballería, surgió en aquella unión; y si la virginidad fue marchita al ser concebido, tal falta quedó recompensada en su vida por la virginidad que él mismo devolvió sana y completa a su Salvador cuando abandonó la vida; y también lo hizo por

los grandes bienes que realizó mientras vivió.

Ahora la historia deja de hablar de él y vuelve a Lanzarote, que pasó toda la noche con la doncella; le quitó el nombre que no pudo volver a recuperar, pues si hasta entonces se podía llamar muchacha virgen, este nombre fue cambiado el día siguiente en el de doncella.

CL

Cuando apareció el día, Lanzarote se despertó y miró a su alrededor sin ver ninguna claridad, pues todas las ventanas estaban tan bien cerradas que el sol no podía entrar en absoluto. Se pregunta admirado dónde está y toca a su alrededor, encontrando a la doncella; le pregunta quién es: había recobrado la memoria, pues la fuerza del veneno se había acabado después de que conociera carnalmente a la doncella.

—Señor —le contesta la joven—, soy una doncella, hija del rey Pelés de la Tierra Foránea.

Al oírla, se da cuenta de inmediato de que ha sido engañado; salta de la cama tan pesaroso que más sería imposible, toma la camisa y las calzas, se viste, se calza y coge las armas. Después de armarse, regresa a la habitación en la que había dormido y abre las ventanas; cuando ve a la doncella por la que ha sido engañado, siente tal dolor que cree que va a perder el sentido; piensa en vengarse de inmediato sin esperar a más: desenvaina la espada y se dirige a la doncella, diciéndole profundamente encolerizado:

—Doncella, me habéis dado la muerte; tenéis que morir, pues no quiero que volváis a engañar a nadie del mismo modo que me habéis engañado a mí.

Levanta la espada, y la doncella, que siente gran temor de morir, le pide piedad con las manos juntas, diciéndole:

—Noble caballero, no me mates y ten de mí la misma misericordia que tuvo Dios de María Magdalena.

Lanzarote se detiene meditabundo y ve que es la cosa más hermosa que ha conocido; temblaba tanto de cólera y de ira que apenas podía sostener la espada; se calla y piensa qué puede hacer, si matarla o dejarla vivir. La doncella le vuelve a suplicar piedad, arrodillada delante de él, desnuda, sólo con la camisa, y Lanzarote le mira los ojos, el rostro, la boca, viendo tanta belleza que se sorprende. Le contesta entonces muy apesadumbrado:

—Doncella, me iré vencido y derrotado sin atreverme a vengarme de vos, pues sería demasiado cruel y desleal si destruyera tanta belleza como tenéis. Os ruego que me perdonéis por haber desenvainado mi espada sobre vos, pero la ira y la cólera me empujaron a hacerlo.

—Señor, os lo perdono a condición de que me perdonéis vuestro enfado.

Lanzarote así se lo concede, pues no le queda otro remedio; vuelve a meter la espada en la vaina y la encomienda a Dios.

Cuando desciende al patio encuentra su caballo ensillado: Brisane había hecho que se lo prepararan para que lo encontrara cuando fuera al patio, pues sabía que no querría quedarse allí en cuanto se diera cuenta del engaño. Monta, toma el escudo y

una lanza que encuentra apoyada en un árbol y se marcha triste y apesadumbrado, emprendiendo el camino, mientras piensa tan profundamente que se ignora a sí mismo.

El rey Pelés acudió muy temprano al Castillo de la Caja a ver a su hija, pues le contaron que Lanzarote se había ido. En el castillo, la encuentra enferma y muy debilitada por el miedo que ha tenido de que Lanzarote la fuera a matar; le cuenta a su padre todo lo ocurrido, y éste al saber lo que había ocurrido entre ella y Lanzarote, hizo que la cuidaran con todo esmero y que la honraran más a partir de entonces.

Apenas pasaron tres meses, el rey supo que su hija estaba embarazada, pues se lo dijeron los médicos y la doncella se lo corroboró: todos se pusieron tan contentos que más sería imposible, y los de aquella tierra se alegraron mucho.

Cuando Lanzarote dejó a la doncella, cabalgó durante todo el día muy triste y apesadumbrado, y fue preguntando continuamente por su primo Lionel. Después de la hora de vísperas miró delante de sí y vio un castillo muy hermoso en una montaña; se dirige hacia allá, pues ya era hora de tomar alojamiento. En el castillo se encuentra con un caballero que le dice:

—Señor caballero, no podéis pasar por aquí, a no ser que queráis combatir.

Lanzarote iba tan pensativo que no oyó lo que le dijo; sube al puente y no deja de pensar en ningún momento. El caballero le ataca con la lanza bajada y le golpea con tanta fuerza que lo derriba de la silla y lo tira boca arriba en el foso. Cuatro criados que estaban en la barbacana empiezan a gritarle: «Señor caballero, ¡bien os podéis bañar ahora!». El caballero del castillo toma el caballo de Lanzarote y entra en la ciudad, quedando la puerta cerrada a continuación. Cuando Lanzarote ve que ha caído en el agua, se queda sorprendido, pues no sabe cómo le ha pasado y siente que se hunde. Se sujeta con las dos manos a un árbol que había delante de él y se esfuerza hasta que consigue salir del foso y llegar a tierra seca, con el escudo al cuello y la lanza en el puño. Los de la barbacana le dicen entonces: «Señor caballero, tendréis que buscar alojamiento en otro sitio, pues aquí no podréis poner el pie; si volvéis mañana y si mañana se nos permite recibir caballeros pescadores, os acogeremos con mucho gusto». Al ver que se burlan de él de tal forma, lo siente mucho; entonces, les dice:

—Buenos señores, dadme noticias de mi caballo, si las sabéis.

—Por nuestra fe, no sabemos nada de vuestro caballo, pero del que habéis perdido sabemos que está aquí dentro, y maldito sea quien os dio alguna vez un caballo, pues no podía haberlo utilizado peor.

Como ve que no podrá conseguir nada más, lo siente más que antes; va al valle y se sienta cerca de una fuente bajo cuatro arbustos, coloca a su lado la lanza y se sienta sobre el escudo; dolorido y apesadumbrado permanece hasta que llega la noche. Cuando todo se había silenciado un poco y la luna ya había salido, Lanzarote mira y ve venir a tres caballeros armados, que descienden en la fuente y se quitan las armas

sentándose en la verde hierba. No tardaron mucho en llegar cuatro escuderos con la doncella con la que Lanzarote se había curado del envenenamiento que padeció en la fuente; lloraba con pesar y los llamaba ladrones traidores. Cuando Lanzarote la ve llorar, lo siente mucho, pues no amaba a ninguna mujer tanto como a ella, salvo a la reina.

Piensa en ayudarla, salvando su honor, pero luego piensa que esperará hasta ver lo que quieren hacer. La bajan del caballo y los tres caballeros se ponen en pie dándole la bienvenida; la doncella les responde que sean mal hallados como caballeros traidores y ladrones.

—Doncella —le contesta uno—, decid lo que queráis, pero no somos ni traidores ni ladrones.

—Sí lo sois. ¿Qué mayor deslealtad podéis hacer que la de prender a una doncella mediante asesinato y con emboscada y poner la mano sobre ella contra su voluntad? No podéis cometer mayor latrocinio y todo eso lo habéis hecho conmigo, pues vinisteis a prenderme con asesinato y traición en casa de mi hermano, y me habéis traído sin que él lo sepa. ¿Creéis que porque estoy en vuestro poder os voy a amar antes? En absoluto, preferiría que fuerais arrastrados a la cola de mi rocín, pues yo caería demasiado bajo si dejara al mejor caballero del mundo y al más valiente, al que le he concedido mi amor, a cambio de un caballero tan vil y tan cobarde como vos.

—Doncella, si no sois amada, ¿de qué os vale? No podría ser que el mejor caballero del mundo y el más valiente hubiera puesto su amor en vos, pues podría emplearlo mejor.

—Señor caballero, el que ahora es el mejor caballero del mundo no emplea mal su amor en mí, sino que me ama y me amará mientras sepa que vivo y yo le corresponderé de forma que ningún caballero podrá alabarse de mi compañía, mientras yo viva; si quisiera cometer tan gran deslealtad como la de poner a otro en su lugar, por Dios que no pondría a un caballero tan malvado como vos, sino que sería uno por el que no se me pudiera criticar.

El caballero se enfada entonces y le contesta a la doncella:

—Por Dios, decidnos quién es ese caballero que es tan valiente y que os ama con tanta lealtad.

—No es necesario nombrarlo ante un hombre tan malo como vos, pero a pesar de todo, para que lo sintáis más os diré quién es: es mi señor Lanzarote del Lago, al que no os atreveríais a esperar ni por todo el reino de Logres.

—¿Ese? En mala hora es el mejor caballero del mundo. Ciertamente, no lo podría ser, pues era hijo del rey más malvado y de corazón más débil de cuantos han llevado corona, y bien lo mostró al morir; pues mi primo el rey Claudás le quitó toda su tierra, de forma que él huyó y murió de dolor. Por eso digo que de un rey tan malo no podía salir el mejor caballero del mundo.

—Mal caballero, por Dios, si estuviera aquí, no habrían salido esas palabras de vuestra garganta, pues no os habríais atrevido a decirlas ni a cambio de toda la tierra del rey Arturo.

—Doncella, decid lo que queráis, os escucharé; pero os pido que hagáis mi voluntad por las buenas y que no seáis tan villana como para que os tenga que forzar, pues después no os amaría; bien podéis ver que tenéis que hacerlo, pues la fuerza no está de vuestra parte y ésa es mi voluntad.

—Vete, preferiría ser quemada o morir ahogada antes que recibir afrenta de un hombre tan malvado como vos, pues así me ayude Dios, no podría hacer nada peor.

A continuación ordena a los caballeros y a los escuderos que se retiren, pues quiere quedar a solas con aquella a la que ama y con la que piensa cumplir su voluntad sin discusión. Cuando ya se han ido de allí, coge a la doncella y la tira bajo él, diciendo que lo hará a la fuerza si no quiere concedérselo por las buenas. Entonces la doncella empieza a gritar: «Noble Lanzarote, ¿por qué no estáis aquí? Me vengaríais a mí y a vos mismo de la afrenta que este ladrón os quiere hacer».

Empieza a retroceder y a retorcerse lo mejor que puede, mientras que el caballero la sujeta entre él y el suelo. La doncella vuelve a gritar: «Lanzarote, mi dulce amigo, me parece que vuestro socorro tardará mucho».

Lanzarote, que había visto todo lo que habían hecho y oído todas las palabras que habían dicho, se pone en pie pensando que ya tardaba mucho; toma el escudo y desenvaina la espada, diciéndole a la que lo echaba de menos:

—Doncella, no temáis, pues no estoy demasiado lejos de vos y en mala hora os ha causado aflicción este caballero, pues va a morir por ello.

Se dirige hacia ellos dando grandes pasos, y cuando el caballero lo ve venir, teme que lo mate y empieza a gritar:

—¡Ayuda, ayuda!

—Por mi cabeza, de nada os servirá la ayuda, pues vais a morir y es justo que así sea, pues pretendíais deshonar a la fuerza a esta doncella.

Levanta la espada y el caballero intenta huir, pero no puede, pues Lanzarote le golpea en el hombro izquierdo cortándoselo y haciéndole caer a tierra mortalmente herido. Los otros corren a ayudarlo y Lanzarote los espera con la espada desenvainada: mata a tres de inmediato, pues los encuentra desarmados; los demás se dan a la fuga, temiendo morir, y corren hacia la montaña. Lanzarote toma el mejor de los tres caballos, pues había perdido el suyo, y deja que los demás se vayan por donde quieran; luego vuelve junto a la doncella, que estaba espantada, pues no sabía de dónde había salido Lanzarote.

—Buen señor —le pregunta—, vos que me habéis salvado, ¿sois Lanzarote?

Le contesta que sí y se quita el yelmo para que lo reconozca mejor. Cuando ve que es él, se pone muy contenta; le echa los brazos al cuello y le muestra la mayor alegría

que puede, preguntándole qué aventura le ha llevado allí y cuándo llegó. Le cuenta cómo había perdido el caballo y que no podía entrar en el castillo; por eso había ido bajo los arbustos hasta que amaneciera.

—Señor, no habéis cenado y no comisteis en todo el día de ayer.

—Así es.

—Os voy a decir lo que haremos. Montemos en nuestros caballos y vayamos a casa de una prima mía que vive cerca de aquí, a una media legua, y allí encontraremos comida, bebida y hermosas camas, según nuestra voluntad.

Lanzarote le contesta que le parece bien, pues no hacen nada allí.

Montan y se dirigen hacia la derecha del camino, cabalgando hasta que llegan a la entrada de un bosquecillo; allí ven una casa con almenas, rodeada por fosos; tenía el puente levantado. La doncella le da una voz al portero, que la reconoce y sale en calzas y en camisa a bajarles el puente.

—Ve de inmediato —le dice la doncella— y despierta a mi prima; dile que le traigo a un caballero por el que se pondrá muy contenta cuando lo conozca.

El portero corre a cumplir sus órdenes y Lanzarote y la doncella pasan el puente y desmontan en medio del patio. No pasó mucho rato hasta que el señor y la dama del lugar se vistieron y se prepararon; salen de la habitación y hacen encender velas, para ver con claridad. Acuden a la doncella y le muestran una gran alegría; ésta le dice a su prima que le permita entrar y que haga fiestas al caballero que ha traído, «pues tened por seguro que no podéis servir a nadie más valiente que él». Le pregunta quién es y la doncella le contesta que es Lanzarote del Lago. Se alegran mucho todos y hacen que lo desarmen. Luego, la doncella pide que les preparen algo de comer, pues no habían tomado nada aquella noche; el señor se lo dice a sus gentes, que cumplieron el mandato, diciendo que todo estaba preparado. Colocan las mesas y comen tanto como desean; después fueron a acostarse y durmieron.

La mañana siguiente se levantaron los de dentro poco después de la hora de prima y le preguntaron a la doncella qué aventura la había llevado la noche anterior a tal hora por allí; ella les contó lo ocurrido y cómo un caballero la habría afrentado de no ser porque Lanzarote la defendió; dijo que mucho le había ayudado Dios según las cosas ocurridas.

Cuando Lanzarote estuvo vestido y preparado fue a la sala y saludó a su huésped, diciéndole que Dios le diera un buen día.

—Señor —añade Lanzarote—, haced que me traigan mis armas, pues no quiero seguir más aquí.

El señor ordena que se las traigan, pero antes hace que coma algo; a continuación, le entrega las armas y Lanzarote las toma. Después de armarse, el señor le pregunta que a dónde quiere ir y Lanzarote le contesta que le gustaría estar en el castillo que hay sobre la montaña.

—Dios os guarde de ir allí; yo no os lo aconsejaría de ningún modo, pues hace más de cinco años que no ha entrado ningún caballero que no haya muerto o haya sido apresado.

—¿Cómo es eso? Tenéis que decírmelo.

—Con mucho gusto. Hace un año y más que un caballero guarda la entrada y no entra nadie que no haya sido vencido por las armas; por eso no os aconsejaría que fuerais allí, pues no os podréis marchar sin combatir.

—Por Dios, no dejaré de ir de ningún modo, pues allí perdí mi caballo ayer por la noche y no sé cómo fue.

—Ya que tenéis tales deseos de ir, os acompañaré y veré el honor que Dios os envía; de aquí a allí os contaré por qué la batalla no debe producirse.

Ordena a sus servidores que le traigan armas, pues quiere acompañar a mi señor Lanzarote al castillo. Después de armarse, cuando los dos están ya montados, la doncella le dice a Lanzarote:

—Señor, he oído decir que habrá un torneo en Camalot, ¿iréis?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque si pensara veros allí, no dejaría de ir.

—Iré si tengo dominio sobre mí mismo.

—Marchaos ya con Dios, pues os veré allí si no ocurre algún hecho extraordinario.

El caballero y Lanzarote se marchan. Cuando ya se han alejado un poco del castillo, le dice el señor a Lanzarote:

—Señor, sois de la casa del rey Arturo y compañero de la Mesa Redonda; por eso creo que sabréis quiénes son los compañeros.

Lanzarote le contesta que no va mucho por la corte, «y por eso no los conozco a todos, pero a los más andantes y a los que buscan aventuras con más frecuencia creo que sí los conozco; y si hay muchos a los que no conozco, lo siento, pues todos son valientes y esforzados».

—Decidme ahora si conocéis a un joven caballero que es compañero de la Mesa Redonda y que se llama Héctor de Mares.

—Por Dios, lo conozco bien.

—¿Y qué os parece? ¿Vale algo?

—Por la Santa Cruz, no conozco en el mundo a ningún caballero de su edad al que tema tanto como a él, si tuviéramos que enfrentarnos a ultranza, pues es valiente, rápido y hábil, y podría presentar gran resistencia, según creo.

—¿Sabéis quién es?

—Por Dios, no, sólo lo conozco de vista, pero os digo que es buen caballero, valiente y que aprecio más su virtud de caballero que la de mi señor Galván.

—Por Dios, debe ser buen caballero por naturaleza, pues su padre fue uno de los buenos caballeros del mundo, ya que fue el rey Ban de Benoic el que lo engendró.

Lanzarote se sorprende más que antes, y dice:

—Buen huésped, os equivocáis, quizás os han contado una mentira.

—Por Dios, sé seguro que el rey Ban de Benoic, que os engendró, engendró también a ese Héctor del que me habéis hablado, y os diré cómo fue.

—Decídmelo, pues hacéis que me sorprenda.

—No hace mucho tiempo, cuando el rey Uterpandragón murió y quisieron coronar al rey Arturo, que entonces era un niño pequeño, los barones que eran vasallos de Uterpandragón acudieron ante el rey Arturo para que les confirmara los feudos y para presentarle su homenaje; el rey Ban y su hermano el rey Boores de Gaunes acudieron a la fiesta y pasaron una noche en el castillo en el que vos quisisteis entrar anoche. En aquel tiempo era señor del lugar el Duque de Marés, que tenía una hija, la más bella de cuantas se conocían en la tierra. Cuando el rey Ban la vio, la codició tanto por su gran belleza, que se la hizo llevar en secreto, se acostó con ella y engendró al Héctor del que os he hablado. Cuando el caballero contra el que queréis combatir le dio armas para que fuera a la corte del rey Arturo, le prohibió que se os diera a conocer, si su valor no os ponía en relación y él le prometió que así sería. Me admira que siendo tan valiente como decís, no se os haya presentado, pues no debéis sentir ninguna vergüenza porque sea vuestro hermano.

—Por Dios, no siento ninguna vergüenza, al contrario, estoy contento y feliz porque es hermano mío; que Dios sea adorado, porque me lo habéis dicho, pues nunca volveré a estar a gusto hasta que sepa la verdad; y tan pronto como lo encuentre tendrá que explicarme por qué se ha ocultado tanto tiempo de mí.

Han ido hablando hasta que llegan cerca del castillo; entonces el huésped le dice a Lanzarote:

—Señor, esperadme un poco aquí hasta que vuelva con vos; no tardaré mucho.

Lanzarote se detiene y el caballero galopa muy deprisa hasta el castillo, donde encuentra al guardián de la entrada, que era hermano de la madre de Héctor. El caballero que llegaba al galope lo saluda y éste le devuelve el saludo, pues lo conocía bien, ya que era primo hermano suyo.

—Buen primo —le dice el huésped de Lanzarote—, tenéis que tomar una decisión vos mismo, sin ser traidor ni orgulloso, pues va a venir el mejor caballero del mundo a combatir contra vos y a pasar el puente por la fuerza; tiene tanto valor que no podréis resistir fácilmente; por eso he venido a deciros que hagáis con él la paz más honrosa que podáis.

—¿Quién es?

—Es mi señor Lanzarote del Lago.

—Por el nombre de Dios, no combatiré contra él, si Dios quiere, pues no recibiría más honra que los demás que se han enfrentado a él. Incluso si pensara vencerlo, no combatiría, pues lo dejaría por amor a Héctor, mi sobrino, que es hermano suyo.

Decidme qué armas lleva.

Se las describe y el guardián de la puerta ve que se trata del caballero al que derribó la vispera en el río.

—Buen primo, ¿qué es lo que me decís? ¿Creéis que es Lanzarote el que lleva esas armas blancas?

—Sí, estoy seguro.

—Por Dios, no es, nunca ha sido Lanzarote, el hijo del rey Ban al que se tiene por tan buen caballero, pues ayer por la tarde vino y yo combatí contra él, derribándolo en el foso; si hubiera sido el caballero cuya fama es tan grande por todas las tierras, estoy seguro de que no hubiera sido abatido por mí. Será algún bribón, algún débil de corazón, que va vestido como el buen caballero y se hace llamar como el valiente, para ser honrado por todas partes por donde lo conozcan.

Cuando el huésped oye estas palabras, se queda tan sorprendido que no sabe qué decir; el otro le pregunta cómo tiene el pelo.

—Por mi fe, no tiene pelo, pues está recién pelado.

—Por el nombre de Dios, no es Lanzarote, pues tiene la cabeza más hermosa, rizada y encrespada, que se ha visto. Dejadle venir tranquilamente a ése, que se hace llamar Lanzarote, pues si no le hago vaciar la silla, no volveré a llevar armas.

Regresa el huésped con Lanzarote y le dice:

—Señor, tenéis que combatir, pues de otra manera no podréis pasar.

—Tampoco quiero pasar de otra forma.

Baja la lanza, se coloca el escudo delante del pecho y deja correr al caballo hacia el caballero del puente, que se dirige contra él; se golpean con tanta fuerza que hacen volar en pedazos las lanzas, chocan con los cuerpos y los escudos, y ambos quedan aturcidos; pero se sujetan tan bien que ninguno de los dos cae. Lanzarote desenvaina la espada y vuelve a atacarle, pero el otro le dice:

—Buen señor, esperad; combatiremos con otra lanza o con dos lanzas más, hasta que uno de nosotros caiga.

Lanzarote le contesta que le parece bien. El caballero le entrega una lanza y él la coge; galopan el uno contra el otro y se golpean con toda la rapidez de los caballos, partiendo y atravesando los escudos. El caballero del puente quiebra su lanza a la altura del puño y Lanzarote lo golpea con tanta fuerza, porque le alcanza por bajo, que los derriba a él y a su caballo en el mismo lugar del foso en donde Lanzarote había caído; si no le hubieran ayudado, se habría ahogado por la abundancia de agua. Lanzarote espera a que lo saquen del foso y, luego, le pregunta si quiere seguir combatiendo.

—Señor —le contesta—, por la misericordia de Dios, no pensaba que fuerais vos; tomad mi espada, pues me rindo a vos y me pongo a vuestra disposición.

Lanzarote lo hace prisionero y le ayuda a montar detrás de él, entrando en el castillo, pues quiere saber la verdad del parentesco que tiene con Héctor, si puede ser.

Cuando llegó al palacio principal, el caballero descabalgó y le dice a la dama del lugar:

—Bella hermana, os traigo a mi señor Lanzarote, el mejor caballero del mundo, que es hermano de vuestro hijo Héctor. Mostradle la alegría que debéis.

La dama le ayuda a descabalgó y lo desarma; cuando lo vio al descubierto, le pareció estar viendo al rey Ban de Benoic, pues cualquiera que hubiera visto al rey Ban y luego a Lanzarote, diría que era hijo suyo. Cuando la dama ve a aquel al que tanto ha deseado conocer, le besa la boca y los ojos, y llora de alegría y de piedad; lo lleva al salón mayor y le dice entre sollozos:

—Señor, no me extraña que seáis buen caballero y valiente, pues sois hijo del mejor caballero que he conocido de su edad, el rey Ban de Benoic.

Se sientan en la hierba verde con que estaba alfombrada toda la sala; hablan juntos y Lanzarote le ruega por Dios que le cuente la verdad del parentesco que tienen él y Héctor:

—Me han dado a entender que es hermano mío, y si es cierto nunca habré tenido tal alegría como la que tendré por eso.

—Por Dios, es hermano vuestro, pues lo engendró el rey Ban de Benoic.

Entonces le cuenta cómo fue y le dice lo mismo que le había dicho su huésped, hasta que Lanzarote se cerciora de que era verdad.

—Señor, os enseñaré además algo por lo que lo reconoceréis.

Va a su habitación y abre un cofre, sacando fuera un anillo de oro con un zafiro, que tenía talladas dos serpientes; vuelve con Lanzarote y le dice:

—Señor, ¿veis lo que tengo?

—Señora, sí.

—Por Dios, el rey Ban me lo dio al marcharse de esta tierra, diciéndome que la reina vuestra madre se lo había dado y que ella tenía otro igual. Sé que me dijo la verdad, pues no hace mucho me fui por Gaula para hablar con un tío mío que es mensajero del rey Claudás y mi camino me llevó al Monasterio Real, en donde yace vuestro padre. Pasé una noche allí y me encontré con vuestra madre, la mejor dama que hay en el mundo y la más santa; me di a conocer a ella, diciéndole quién era y de qué tierra; me preguntó mucho por vos y yo le dije lo que había oído contar, pero que no os había visto nunca y le dije que erais el mejor caballero del mundo. Yo llevaba este anillo en el dedo y ella lo vio por casualidad; me preguntó quién me lo había dado y yo intenté ocultárselo; pero ella me explicó que lo sabía todo y de quién lo había recibido: luego me enseñó el suyo, que era igual que éste. Por eso supe que vuestro padre me había dicho la verdad.

Lanzarote se puso muy contento y muy alegre, más que si le hubieran dado la mejor ciudad del rey. Aquella noche hubo alegría y gozo en el castillo, por la llegada de Lanzarote; la dama tenía grandes deseos de saber cómo le iba a su hijo Héctor, pues

hacía ya dos años que no lo había visto; Lanzarote le contesta que no hacía dos meses que lo vio sano y salvo. Después de la hora de vísperas hicieron colocar las mesas y cenaron con gozo y felicidad, y cuando llegó la noche, prepararon una cama para Lanzarote tan bella y tan rica como correspondía a semejante hombre; lo acostaron y se quedó dormido de inmediato, que no volvió a despertarse hasta el día siguiente, bien entrada la mañana.

Por la mañana, Lanzarote se vistió y se preparó; fue a oír misa a una capilla que había allí dentro. Cuando regresó al salón encontró la mesa puesta, pues querían que comiera antes de marcharse. Se sientan todos y después de comer lo que desearon, Lanzarote se puso en pie y pidió sus armas.

—Señor, por Dios, si puede ser quedaos hoy.

Contesta que no puede ser, pues tiene mucho que hacer. Después de armarse y montar en el caballo, se marcha; la doncella cabalga a su lado y le ruega por Dios que cuide a su hermano Héctor; él contesta que si Dios le permite que lo encuentre, no se separará de él mucho tiempo, mientras pueda. Después de haberlo acompañado un buen rato, Lanzarote hace que se paren y les dice que no continuarán con él, encomendándolos a Dios a todos. Cuando la dama ve que se marcha, le dice llorando:

—Dulce señor, por Dios y por el alma de vuestro buen padre, acordaos de mi hijo Héctor, vuestro hermano.

Lanzarote le responde que así lo hará y que esté segura.

Después, la dama se vuelve, muy triste porque Lanzarote no se ha quedado más con ella. Lanzarote cabalga solo, triste y contento: triste, porque no tiene noticias de Lionel; contento, porque piensa encontrar pronto a Héctor. Empezaba a hacer mucho calor y le resulta pesado cabalgar; se quita el yelmo, que le molestaba, según le parece, y se lo entrega a un escudero que había encontrado en el camino. Cabalgó de esta forma hasta la hora de nona, en que entró en un bosque viejo y antiguo. A la entrada se encuentra con una capilla en la que había un ermitaño de vida muy santa; alrededor de la capilla había un cementerio y a la entrada una cruz y un gran poyo de mármol. Mira el poyo y ve unas letras rojas que decían: «Escucha, caballero andante, que vienes por aquí en busca de aventuras, si no quieres morir, no entres en este bosque, pues no podrías escapar de él sin muerte o afrenta».

El escudero leyó aquellas letras y le dijo a Lanzarote:

—Señor, ¿entendéis bien lo que las letras quieren decir?

—Sí.

—Entonces no seguiréis, pues el cartel lo prohíbe.

—Y tú, ¿a dónde vas a ir?

—Señor, a un castillo que hay al otro lado del bosque.

—Entonces seguirás este camino, pues no hay otro.

—Sí, si tengo que hacerlo.

—Pues ve tranquilo, que yo te seguiré.

—Señor, por Dios, no vengáis, pues sería una locura manifiesta. ¿No veis lo que dicen esas letras?

—No dejaré de ir por esas letras, a pesar de todo.

Mira hacia la derecha y ve al ermitaño que había abierto la puerta de la capilla e iba a cantar las vísperas. Se dirige hacia él y lo saluda; el santo hombre le devuelve el saludo, preguntándole quién es; él le contesta que es un caballero andante.

—¿Y qué buscáis?

Le contesta que busca a un primo suyo que se llama Lionel.

—¿Cómo os llamáis vos?

—Señor, me llaman Lanzarote del Lago.

—Por Dios, he oído hablar de vos en otra ocasión. Sois el mejor caballero del mundo, según muchos: sería una gran lástima si entrarais en un lugar del que no pudierais salir, pues serían muchas las gentes que saldrían perdiendo; por eso os aconsejo que regreséis por el camino que habéis venido, pues no veo de qué modo podríais salir del sendero que lleva por este bosque: desde hace dos años aquí han entrado más de doscientos caballeros, prometiéndome todos al marcharse que si Dios les permitía escapar de la muerte regresarían a contarme lo que habían encontrado y ninguno de ellos volvió; por eso estoy seguro de que todos han muerto. Señor, sois como pilar de la caballería; os aconsejo que no entréis, pues sé que no saldríais.

—Habladme de ese cartel que hay ahí; sin duda sabéis quién lo hizo.

—No.

—¿Hace mucho tiempo que está?

—Sí, más de seis años.

—Os encomiendo a Dios, pues ya he estado demasiado tiempo aquí.

—¿No vais a hacer lo que os digo, dejando el camino del bosque?

—En absoluto. Por nada que vea dejaré de pasar, pues sería una gran cobardía si tuviera miedo antes de saber por qué.

—Entonces os diré lo que haréis, ya que no vais a regresar. Quedaos aquí, porque está cerca la noche y es el mejor sitio que veo para vos, pues si os metéis ahora en el bosque, que es grande y espeso, quizás os anochezca antes de que hayáis caminado dos leguas: tendríais que dormir bajo un árbol o sobre la tierra desnuda, y no lleváis comida para vos ni para vuestros caballos. Aquí podréis dormir a gusto y tendréis comida y vuestro caballo tendrá heno y avena, y el criado descansará, que de otra forma no podría.

—Ya que así os place que me quede, me quedaré, aunque es un poco temprano.

Descaburga y el escudero le sujeta el estribo. Lanzarote le pide que se quede con él, «y te prometo que mañana te acompañaré a pasar el bosque».

El criado, que ve que no podría hacer nada mejor, se queda. Aquella noche

Lanzarote fue servido y abastecido de todo lo que el santo hombre pudo, pues envió a su clérigo a un castillo que había cerca de allí a que comprara pescado, como correspondía al viernes; comieron en abundancia. Después de cenar Lanzarote le preguntó al ermitaño cómo se llamaba el bosque.

—Señor, la gente de esta tierra lo llama Bosque Perdido, pues nadie sabe nada de él, y el que entra en él no puede saber tampoco absolutamente nada.

—Por mi fe, es admirable que nadie regrese de él; me parece que es el Camino sin Retorno; que Dios no me vuelva a ayudar si dejo de ir por algo y si no me entero qué ocurre con todo.

—Que Dios os ayude, pues nunca temí tanto por nadie de los que fueron como temo por vos.

Aquella noche Lanzarote estuvo lo más a gusto que el ermitaño pudo y por la mañana, cuando se levantó, éste le cantó la misa del Espíritu Santo; después, se armó Lanzarote y encomendó al ermitaño a Dios. El santo hombre, al verlo marchar, le ruega a Nuestro Señor que lo ponga a salvo.

Lanzarote entra en el bosque con el escudero, al que le pregunta que a quién sirve.

—Al rey Pelés de la Tierra Foránea, que me envía como mensajero al Duque de Oc.

Cabalgan hasta después de la hora de prima a la sombra del bosque, hasta que se encuentran a una doncella que llevaba un perro faldero en los brazos. Lanzarote se había quitado el yelmo por el calor que comenzaba y tenía el rostro al descubierto; saluda a la doncella cuando ya está cerca de ella y ésta no dice nada, sino que lo mira, pues le parece tan hermoso que se queda muy sorprendida, se detiene para verlo mejor y Lanzarote se pregunta, sorprendido, por qué lo mira de tal forma:

—Doncella —le dice—, ¿qué os parece?

—Señor, me parece que es una gran lástima que un hombre tan hermoso vaya hacia su muerte y su afrenta: creo que hay que reprochar lo que hace Dios, al traerlos hacia esta parte, pues no podríais ir a un lugar más peligroso.

—No os preocupéis, doncella, si Dios quiere no nos sobrevendrá todo el daño que pensáis.

—Que Dios lo otorgue, pues así me gustaría que fuera.

Se separan el uno de la otra y cuando ya se han alejado un poco, le dice el criado a Lanzarote:

—Señor, por Dios, seguid el consejo y tened misericordia de vos mismo; volveos. ¿No habéis oído que esa doncella, que nunca os había visto, está preocupada por vos y os ha dicho que vais a la muerte? Mucho les pesará a los que os conocen si a los que nunca os vieron les pesa. Por Dios, volved mientras tenéis la ocasión, y yo regresaré con vos para daros compañía, por el afecto que os tengo, hasta que hayáis salido del bosque.

Lanzarote le contesta que no lo hará en modo alguno, y se calla; asegura que no volverá a hablarle, pues le ha vuelto el corazón.

Cabalgan hasta que llegan a una pradera muy bella que había delante de una torre; en ella habían plantado hasta treinta pabellones, de los más hermosos y ricos que Lanzarote recordaba haber visto. En medio de los pabellones había tres enormes pinos, vueltos los unos hacia los otros como si estuvieran en un corro y entre ellos había un trono de marfil cubierto con una seda roja, encima de la cual había una corona de oro grande y pesada. Alrededor de los pinos había caballeros y damas; una parte de los caballeros estaba armada, mientras que los otros estaban sin armas; había quienes bailaban con los yelmos atados, como si se hubieran puesto de acuerdo, y había otros que bailaban en cota y con manto, sujetando a las doncellas por las manos; otros no tenían ni dama ni doncella, sino que sujetaban a caballeros, que eran mucho más abundantes que las doncellas. Lanzarote se dirigió hacia allí y vio los bailes que había alrededor de los pinos y se quedó sorprendido.

—Es hermoso el séquito que hay aquí —le dice al criado—, y se divierten. No aparentan que no se pueda pasar tranquilamente por el bosque; maldito sea si no voy a enterarme por qué están haciendo tan gran fiesta.

Se dirige entonces a los pabellones y nada más llegar al primero, le cambia la idea y se le muda la intención, pues si antes sólo quería realizar hazañas de ataques y combates, ahora su voluntad no es otra que la de bailar; olvida a su dama, a sus compañeros y a sí mismo, de forma que no se acuerda de nada: desmonta del caballo y se lo entrega al criado, arroja la lanza y el escudo al suelo y va al baile completamente armado, con el yelmo atado y se une a la primera doncella que encuentra. Empieza a cantar y a golpear con el pie, igual que los demás; se divierte y juega más de lo que había hecho nunca, tanto que el mismo criado lo mira y lo tiene por loco. Estaban cantando una canción sobre la reina Ginebra, en escocés, de forma que el criado no entendía bien lo que decía, aunque sabía que el sentido de las palabras era: «Ciertamente tenemos la reina más hermosa de todas».

Cuando el criado llevaba ya un buen rato esperando allí, empieza a aburrirse por la tardanza, pues le parece que pierde el día. Va a Lanzarote y le tira de la falda de la cota de mallas, diciéndole:

—Señor, vamos, que ya os entretenéis demasiado.

Lanzarote le contesta, enfadado, por las palabras del escudero:

—Vete de aquí, déjame, pues no me iré ni por ti, ni por nadie.

Al oír que no se irá, piensa que está enfadado porque lo ha llamado demasiado pronto; se retira y espera un poco más, a ver si se pone en marcha; pero no muestra ninguna intención. Permanece aquí hasta la hora de nona y cuando ve que el sol ya cae, se tiene por loco por haber esperado tanto tiempo. Vuelve a Lanzarote y lo llama otra vez, diciéndole que vaya. Lanzarote, que no se acuerda más que de jugar y de bailar, le contesta: «Realmente es agradable mantener el amor», y esa era la canción que estaban cantando.

El criado se da cuenta entonces de que Lanzarote había sido atrapado y engañado por el baile; empieza a lamentarse y a maldecir la hora en que vinieron por allí, pues el mejor caballero del mundo había quedado atrapado por la locura y por encantamientos: llora y se lamenta. Cuando ve que no podrá conseguir nada más, reemprende el camino y cabalga muy deprisa, dejando a Lanzarote en el baile.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos dos y vuelve a hablar de mi señor Yvain, pues hace mucho tiempo que ha guardado silencio sobre él.

Cuenta ahora la historia que mi señor Yvaín pasó quince días en la ermita, hasta que se encontró sano y curado de la herida que había recibido. Al cabo de este tiempo, se marchó alegre y contento, encomendando a los frailes a Dios, y cabalgó durante todo aquel día sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada, y lo mismo el día siguiente.

Por todas partes por donde pasaba preguntaba por Lanzarote, pero en toda la semana no encontró a nadie que le diera noticias. De esta forma cabalgó durante diez días, hasta que un lunes por la mañana se encontró con un enano que cabalgaba sobre un rocín trotón y que iba lamentándose profundamente. Mi señor Yvaín le pregunta si tiene noticias de un caballero al que va buscando. El enano no se detiene y le pregunta quién es el caballero y él le contesta que es mi señor Lanzarote del Lago.

—Por Dios —responde el enano—, os puedo dar noticias de Lanzarote, si a cambio me devolvéis un perro faldero que acaba de quitarme a la fuerza una doncella.

Mi señor Yvaín le contesta que si la doncella se lo enseña, le devolverá el perrillo, que esté seguro. Entonces, el enano le promete lealmente que le contará tales noticias de Lanzarote que será creído.

—Llévame, pues, adonde está la doncella de la que te quejas y te prometo lealmente que haré todo lo posible para devolvértelo.

El enano le dice que no desea nada más y vuelve muy deprisa por el camino que traía, seguido por mi señor Yvaín.

Cabalgan hasta llegar a la ladera de una colina; al bajarla ven ante ellos a un caballero armado y a una doncella con él.

—Señor —le dice el enano a mi señor Yvaín—, ésa es la doncella que se lleva mi perro, pues me lo ha quitado confiando en el caballero que está con ella.

—Ve y quítaselo de las manos a pesar suyo, y si el caballero dice algo, no me importa, que no temo, pues si quiere prenderte, yo te protegeré.

El enano se pone muy contento; va a la doncella y le quita el perrillo de las manos con tanta fuerza que por poco no la ha hecho caer del caballo. La doncella, al ver que se lo lleva, va tras él para quitárselo, pero mi señor Yvaín le dice:

—Doncella, no lo toquéis, pues está bajo mi protección; dejad el perro, que es suyo y lo debe tener con más razón que vos, porque vos no tenéis derecho a nada suyo si él no quiere.

Entonces, se adelanta el caballero que acompañaba a la doncella y le va a quitar el perro al enano, pero mi señor Yvaín le dice:

—Apartad, señor vasallo, pues no permitiría que le pusierais las manos encima.

—¿No? Por la Santa Cruz en mala hora lo habéis dicho. Guardaos de mí, pues tenéis

que combatir.

Le contesta que no le importa.

Se alejan el uno del otro, se colocan los escudos ante el pecho, bajan las lanzas y dejan correr los caballos fuertes y rápidos, golpeándose con tal violencia que saltan astillas. Chocan con los cuerpos y los escudos, y ambos quedan aturdidos en el cerebro de la cabeza, cayendo al suelo los dos por encima de la grupa de sus caballos, tan ofuscados que no pueden decidir nada. Se vuelven a poner en pie lo más rápido que pueden y desenvainan las cortantes espadas, dándose grandes golpes en los escudos y en los yelmos, hiriéndose en donde pueden y haciendo brotar, con las espadas, la roja sangre de la carne. El primer ataque dura tanto que se cansan y agotan. Mi señor Yvaín piensa que no va a poder escapar sin morir, pues tiene siete heridas, de las cuales, la más pequeña, es bastante peligrosa, y su enemigo es tan fuerte y tan resistente que cree que siete caballeros juntos no tendrían el vigor y la fuerza que tiene éste, y se da cuenta de que está en peligro de muerte y en situación de ser arrastrado a un combate a ultranza, si no consigue establecer las paces entre ellos dos.

Retroceden para recobrar aliento, pues el primer choque había durado mucho; el caballero estaba mirando su espada, completamente roja por la sangre de mi señor Yvaín, y la limpia con la falda de su cota de mallas. Mi señor Yvaín le dirige la palabra, diciéndole:

—Señor caballero, hemos combatido durante tanto rato que los dos nos hemos probado bien, y ya sabéis que en esta disputa yo tengo la razón y vos la culpa: por eso me parece que deberíais abandonar este combate, antes de que os ocurriera algo peor, pues de ir contra la justicia sólo podréis recibir daño.

El caballero le contesta que aún no considera oportuno dejar de combatir, que no lo hará mientras pueda sostener la espada.

—Por mi cabeza —dice mi señor Yvaín—, entonces tenemos que volver a empezar, pues defenderé mi derecho hasta la muerte; pero antes de que continuemos, os ruego que, por cortesía, me digáis vuestro nombre y luego que cada cual haga lo posible por tener el honor.

—Me parecéis tan valiente que no os ocultaré lo que me preguntáis. Me llamo Boores el Desterrado y soy primo de mi señor Lanzarote del Lago.

Al oírlo, mi señor Yvaín se pone muy contento. Arroja la espada al suelo y se quita el escudo del cuello, diciéndole a Boores:

—Señor, os perdono la batalla, pues sois primo de mi señor Lanzarote del Lago y me doy por vencido; os ruego que me perdonéis por haber combatido frente a vos.

—Señor, ¿quién sois vos que me hacéis tal honor que no merezco, dándoos por vencido si no lo estáis?

Le dice su nombre y cuando Boores oye que es mi señor Yvaín, le intenta rendir su espada, pero él no quiere cogerla de ninguna forma, pues era muy cortés, y le contesta

que no tendrá ese honor, pues no es justo; «sois vos quien debéis tener la mía, buen señor, pues me habéis hecho combatir hasta el final».

Se desatan los yelmos y se muestran gran alegría, como quienes mucho se amaban, sentándose en la hierba y examinándose las heridas uno a otro; mi señor Yvaín le pide noticias de Lanzarote y él le cuenta lo que sabe, diciendo que lo dejó muy enfermo, envenenado, y le dice el motivo del envenenamiento.

—Por Dios —dice mi señor Yvaín—, en la corte pensábamos que hubiera muerto, pues la reina nos lo ha dado a entender, y para saber la verdad nos hemos puesto en marcha diez caballeros de la Mesa Redonda, y hemos jurado sobre sagrado que no regresaremos a la corte hasta que sepamos noticias ciertas.

—Por Dios, no ha muerto, sino que está completamente curado, que yo sepa.

Entonces se les acerca el enano y le dice a mi señor Yvaín:

—Señor, sabed que Lanzarote está sano y salvo, que no hace todavía ni cinco días lo vi en un torneo que tuvo lugar ante el Castillo de la Carreta, en el que se enfrentaban los caballeros de Gorre y los hombres del rey de Norgales; lo hizo tan bien en ese combate que venció y se llevó el premio de las dos partes. Para que me creáis mejor, os diré que llevaba armas blancas y escudo blanco y que ayudó al rey de Gorre, de forma que todos los de Norgales fueron derrotados.

—Por Dios —dice mi señor Yvaín—, nos das tantos detalles que se te debe creer: puedo regresar cuando me parezca bien, pues veo que he concluido mi búsqueda, ya que he oído noticias ciertas.

—No podéis regresar a la corte —le contesta el enano— sin vuestros demás compañeros.

—Sí que puedo.

—Dime, enano —le pregunta Boores—, ¿tienes noticias de la corte?

—Sí, el rey ha hecho convocar por toda su tierra un torneo que tendrá lugar en las octavas de la Magdalena en el campo que hay bajo Camalot; ha enviado a todos sus mensajeros a los nobles de esta tierra para que acudan y yo mismo lo voy anunciando a todos los valientes que conozco, para que vayan allí, ya que todo el mundo estará.

—Que Dios permita —dice Boores— que yo haya concluido el asunto de esta doncella para entonces, pues me alegraría mucho el poder llegar a tiempo.

Mucho rato hablaron juntos, hasta que Boores le dijo a mi señor Yvaín:

—Señor, os voy a encomendar a Dios y me voy a ir, pues tengo que hacerlo, porque querría darme prisa en concluir este asunto para llegar al torneo a tiempo; estoy seguro de que mi señor estará en él, si Dios le protege de la muerte y de la prisión, y quiero ir para verlo.

—Señor, ya que os queréis marchar, os encomendaré a Jesucristo, que os acompañe adondequiera que vayáis.

Luego se marcha con la doncella que había hecho que saliera de la corte.

Mi señor Yvaín queda herido, necesita médico, pues había perdido mucha sangre; descansa junto al enano hasta la hora de nona; cuando pasó el calor y el sol ya había bajado, mi señor Yvaín volvió a montar en el caballo y cabalgó despacio hasta que llegaron a una abadía de monjas blancas. Descabalgó y pide alojamiento, y los servidores le van al encuentro, porque les parece enfermo: lo desarman con el mayor cuidado que pueden y lo acuestan en una habitación, donde hacen que una de las doncellas del lugar, que sabía mucho de ese oficio, le mire las heridas. Después de vérselas, dice que no tiene que preocuparse de la muerte, pues piensa poder dejarlo sano y recuperado en quince días. Allí queda hasta que se le curaron las heridas que le había hecho mi señor Boores. Cuando se recuperó un poco se marchó, encomendando a las damas a Dios, pues le habían servido muy bien durante su enfermedad.

Cuando mi señor Yvaín se marchó de allí cabalgó durante toda la semana tal como la aventura le llevaba, hasta que llegó a unas brozas. En el camino ve a una vieja montada en un pobre rocín que lleva junto a sí a un enano al que arrastra por los cabellos, que los tenía muy largos, y lo golpea con los puños en las mejillas, mientras éste grita: «¡Ayuda, ayuda!».

Mi señor Yvaín se apresura en ir a socorrer al enano y le dice al alcanzar a la vieja:

—Señora, por Dios, dejad al enano, os ruego que lo dejéis.

—Si queréis hacer por mí lo que yo os pida, haré por vos lo que me pedís con respecto a este enano.

—Haré por vos lo que pueda hacer, si lo dejáis libre.

—¿Me lo prometéis como leal caballero?

—Sí.

Lo deja y le pide a mi señor Yvaín que se quite el yelmo de la cabeza; ve que es un bello caballero, a juzgar por el rostro, aunque las mallas de la cota le cubrían el cuello.

—Buen señor —le dice la vieja—, os pido que hagáis lo que os voy a decir.

Mi señor Yvaín le contesta que lo hará.

—Besadme una vez y os consideraré libre.

La mira y ve que es fea y que está muy arrugada, y tarda en contestarle, pues se espanta por lo que le ha pedido. La vieja le repite otra vez:

—Señor caballero, si hay alguna lealtad en vos, tendréis que cumplir lo prometido.

—Señora —le contesta preocupado—, pedidme otra cosa, pues ciertamente no haría con gusto eso.

—¿No? ¿Sois tan leal? Malditos sean todos los caballeros del mundo por vos y vos también sed maldito por ser caballero. No creo que lo seáis, sino que sin duda sois algún vil ladrón perseguido por la gente, que os disfrazáis de caballero para que no os conozcan. Si fuerais caballero, no faltaríais a vuestra promesa, aunque en ello os fuera la vida.

A continuación le pregunta cómo se llama y él le contesta que se llama Yvaín, hijo

del rey Urián.

—¡Mentís! No fuisteis nunca ese Yvaín, hijo del rey Urián, pues él no fue ni mentiroso ni engañador; vos no sois ése.

Le contesta que es hijo del rey Urián y primo de mi señor Galván.

—Ciertamente —le responde la vieja— iré a la corte del rey Arturo y me querellaré contra vos, le contaré al rey vuestra lealtad.

Se marcha entonces, haciendo como si fuera a ir a la corte; mi señor Yvaín lo siente mucho y piensa que más le vale besarla que cometer una deslealtad que luego se conozca; la llama y la vieja vuelve, mostrando aspecto de que está muy contenta y se le acerca. Pero cuando iba a besarla, la vieja se detiene y le dice:

—Buen señor, esperad un poco.

Mi señor Yvaín lo hace con mucho gusto.

—Os voy a decir otra cosa que haréis por mí, pues veo que no tenéis muchas ganas de darme un beso. ¿Veis aquellos pabellones de allí? —le indica tres pabellones plantados en un campo, que él distingue sin dificultad—. Si queréis entregarme un yelmo y una espada que os voy a enseñar y si me tiráis al suelo un escudo que hay bajo un yelmo delante de los pabellones, os consideraré libre de vuestra promesa.

Le contesta que lo hará con mucho gusto, pase lo que pase a continuación.

—Seguidme, pues.

—Id y os seguiré.

—Por Dios —dice el enano—, noble caballero, no la creáis, pues es la mujer más traidora que habéis visto. Tened misericordia de los de esta tierra, que serán destruidos si hacéis lo que os manda. Nunca, por más poder que tengáis, podréis reparar la décima parte del daño que recibirán y vos mismo moriréis.

Mi señor Yvaín no contesta una palabra a lo que le dice, sino que cabalga muy deprisa tras la vieja, hasta que llegan a los pabellones y allí encuentra bajo la cama un yelmo muy rico y una espada muy hermosa.

—¿Es esto lo que decíais?

—Señor, no os pido más.

Mi señor Yvaín le entrega el yelmo y la espada, ella los toma y él le pregunta si queda libre.

—No, hasta que hayáis tirado el escudo.

Le señala un escudo y mi señor Yvaín pica espuelas y lo golpea, haciéndolo caer en un riachuelo.

—Ahora tenéis que recoger el escudo y dejar el vuestro, pues de otra forma diría el dueño del escudo que huisteis.

Toma el escudo que había tirado y deja el suyo; la vieja coge el yelmo y la espada, los anuda con una cuerda y luego los ata a la cola de su rocín, arrastrándolos por el barro y la suciedad.

Salen entonces de los pabellones hasta doce doncellas; al ver a la vieja que se marcha y al caballero que se lleva el escudo que había tirado, se golpean con las manos y se arrancan los cabellos, mostrando la mayor tristeza del mundo y gritando:

—Desdichadas de nosotras, desgraciadas, mal hemos guardado lo que teníamos que guardar. Señor caballero que os lleváis el escudo, habéis cometido un mal servicio, pues nos habéis afrentado y privado de nuestros bienes, poniéndonos en la dolorosa servidumbre de la que no saldremos jamás. Señor, mal podréis restaurar la pérdida que recibirán los de este país por lo que habéis hecho, y no habéis conseguido nada en provecho vuestro, pues moriréis como un pobre desgraciado. Los de esta tierra quedarán pobres y desterrados para siempre, y serán desgraciados y sufrirán todas las calamidades.

Cuando mi señor Yvain oye que se lamentan de esta forma siente una gran compasión y se arrepiente de lo que ha hecho, pensando que ha obrado mal, pero no sabe en qué; vuelve y se dirige a las doncellas, diciéndoles que les reparará todo lo que ha hecho mal.

—Señor —le contesta una—, jamás podréis repararlo, pues el daño ha sido demasiado grande: habéis cometido pecado mortal al producirles el dolor a las doncellas de esta tierra, que no os habían hecho ningún daño. Que Dios os dé vuestro merecido.

Lo siente tanto que casi pierde la razón y le dice a la que estaba hablando con él:

—Doncella, decidme en qué os he dañado tanto.

—Lo sabréis antes de lo que pensáis; hasta entonces, os digo que moriréis por lo que habéis hecho, si no huís.

Mi señor Yvain contesta que no se moverá y que esperará a ver si alguien acude a decirle algo. Mira y ve que a pesar de todo no dejan sus lamentaciones, y siente haber cumplido las órdenes de la vieja.

Espera hasta el atardecer y como no ve que venga nadie, se ata el yelmo y monta a caballo, decidido a irse, pues no quiere permanecer con aquella gente. Monta y encomienda a las doncellas a Dios, pero no le contestan. Cuando ya sale, le gritan:

—Señor caballero, marchaos con mala vergüenza.

Recomienzan entonces sus lamentaciones, mientras que él cabalga hasta la entrada de unas brozas, donde encuentra una ermita rodeada por hondos fosos. Se dirige a la puerta, llama y le abre un clérigo; entra en ella y descabalga. El ermitaño que había salido, y que ya había dicho sus oraciones, toma su escudo y hace que se quite las armas, llevándolo a su casa, que era grande y hermosa para dar alojamiento a los caballeros andantes que por allí pasaban; el lugar se llamaba Ermita de los Andantes. Cuando la cena estuvo dispuesta, mi señor Yvain se sentó en el prado donde habían colocado la mesa. Después de cenar, el ermitaño le preguntó a mi señor Yvain quién era y de dónde; él le contestó que pertenecía a la casa del rey Arturo, que era

compañero de la Mesa Redonda, y que se llamaba Yvaín, el hijo del rey Urián.

—Por Dios, entonces ya sé quién sois. Vi a vuestro padre muchas veces y lo traté a menudo cuando era caballero andante, antes de la coronación del rey Arturo; yo hubiera sido compañero de la Mesa Redonda, pero no quise entrar en ella por un caballero que ya era compañero al que odiaba a muerte, y al que después malherí en los brazos. Cuando el rey Arturo fue coronado me desheredó pero decidme ahora si los de la Mesa Redonda son iguales que los que yo conocí.

Mi señor Yvaín le pregunta cómo eran.

—Por mi fe, os lo voy a decir. Cuando el rey Uterpandragón reunía sus cortes en las altas solemnidades y los compañeros de la Mesa Redonda estaban sentados a comer, los clérigos que ponían las aventuras por escrito —tal como se las contaban los valientes a los que les habían ocurrido—, cuando ya estaban todos dispuestos, iban mirando por las mesas a ver si se había sentado alguno que no estuviera herido en el rostro: porque en aquel tiempo era costumbre que no se sentara nadie que no estuviera herido. Vi una aventura que tuvo que ser pagada muy cara, en una fiesta de Navidad. El rey había reunido la corte en Carduel, en Gales; el valiente Uterpandragón, que quería más a los pobres caballeros que nadie, había convocado a mucha gente; cuando ya estuvieron todos juntos y sentados a las mesas para comer, avanzaron los clérigos que se ocupaban de eso y encontraron que entre los demás había un caballero joven, valiente y esforzado de corazón y de alto linaje, pero que no tenía ninguna herida ni rastro de sangre. Cuando lo vieron se lo mostraron a los demás, que lo miraron, porque no debía sentarse, ya que no tenía el signo de la Mesa: hicieron que se levantara y que abandonara la Mesa. El caballero, al ver esto, sintió una gran tristeza y dijo que no sería apartado otra vez por carecer de heridas; fue a su alojamiento y tomó las armas; luego regresó a la corte y vio a una doncella que estaba sirviendo al rey: ante todos la cogió y la colocó en el cuello de su caballo, llevándosela. Nadie, por atrevido que fuera y ocurriera lo que ocurriera, a no ser que fuera el mismo rey, osaba levantarse antes de que las mesas fueran quitadas. La doncella tenía tres hermanos compañeros de la Mesa Redonda, que no esperaron hasta que los otros acabaron de comer, sino que se levantaron de sus asientos y fueron a buscar sus armas.

Cuando el rey vio lo que acababan de hacer, hizo que los tacharan de los escritos y dijo que jamás volverían a estar en la mesa en toda su vida. Mientras tanto, los hermanos siguieron al otro, alcanzándolo a la entrada de un bosque, y le atacaron. El joven era de gran valor y se defendió dándoles muerte a los tres, pero recibió tantas heridas que no pudo continuar y cayó desmayado, como muerto, por la sangre que había perdido en abundancia. Yo pasaba por allí armado y montado en mi caballo, y regresaba de Campercorantín; al ver al caballero que yacía en el suelo fui hacia allí y lo encontré cubierto de sangre, y su caballo muerto junto a él. Cuando me vio, me pidió por Dios que lo montara en mi caballo delante de mí y lo llevara a la corte, sentándolo

en la Mesa Redonda, «pues si muero allí, mi alma quedará más a gusto para siempre». Hice lo que me pedía y lo llevé a Carduel. Cuando Uterpandragón lo vio y supo la hazaña que había realizado y el don que pedía, dijo que lo había merecido muy bien; ordenó que lo colocaran en uno de los asientos de la Mesa Redonda y cuando los familiares de los que habían quedado muertos vieron el daño que les había hecho, intentaron matarlo, pero el rey les dijo que los destruiría si le ponían la mano encima: el caballero vivió después dos días y murió en la Mesa Redonda. Yo fui testigo de aquella aventura y por eso pregunto si siguen teniendo la misma costumbre.

Mi señor Yvain le responde que no, y que acabó el día que Lanzarote, Galahot y el valiente Héctor de Mares se hicieron compañeros de la Mesa Redonda y se sentaron sin estar heridos, porque no habían pedido un sitio, sino que el rey se lo rogó a ellos.

—Pusieron otra costumbre —continúa mi señor Yvain—, que no es menos enojosa que la que había antes: nadie puede sentarse en una solemne festividad si no jura sobre sagrado que ha vencido a algún caballero mediante alguna hazaña con las armas en esa misma semana.

Hablaron aquella noche bastante de la corte y mi señor Yvain le preguntó al ermitaño:

—Buen señor, he visto hoy, en un valle cerca de aquí, cinco pabellones delante de un árbol del que colgaba un escudo blanco moteado de negro; en los pabellones había doncellas que se lamentaban de forma extraordinaria. ¿Sabéis por qué lo hacían?

—No, a no ser que alguien le haya hecho algún daño a Maldito el Jayán.

—¿Qué daño se le podría hacer?

—Quien tire el escudo que visteis y se lleve su espada y su yelmo, que las doncellas deben guardar, le cometería un daño tan grande que él desterraría a toda la gente de su tierra.

—Por Dios, entonces ya puede desterrarlos, pues he tirado su escudo.

Entonces le cuenta cómo se había encontrado a la vieja y le dice todo lo que le había ordenado y lo que él había hecho, y cómo se marchó del lado de las doncellas que se lamentaban. Cuando el ermitaño lo oye, le dice:

—Señor, habéis obrado muy mal, pues de ese modo Maldito el Jayán quedará libre de su prisión y desterrará a toda la gente de esta tierra o los someterá a servidumbre, como ya hizo en otra ocasión.

—¿Y qué hará el señor de esta tierra?

—Señor, no hay más señor que él y os diré por qué. En tiempos de Uterpandragón sólo había en estas tierras jayanes, que vivían en el bosque y en estas montañas y vivían como bestias, matando a todos aquellos que venían por aquí. Cuando el rey Arturo vino a ocupar la tierra y oyó hablar de estos diablos que eran tan grandes, acudió aquí con mucha gente y les dio muerte a todos. A la entrada de un bosque, cerca de aquí, encontró a una doncella escondida en una roca, que era hija de uno de los gigantes y

era de gran belleza; entre sus brazos tenía a un niño pequeño, hijo suyo, y ella era extraordinariamente grande, aunque no tenía más de quince años. El rey fue a matarla, pero se adelantó un caballero que le había servido mucho tiempo y le pidió al rey que le concediera la doncella; éste lo hizo así y le dio todo el país, dejando que la gente poblara la tierra. El niño creció de tal forma que cuando tuvo catorce años era mayor que nadie en toda esta región. A los quince años, su padrastro lo armó caballero y tenía tal fuerza que no había caballero armado, por pesado que fuera, al que no lo colocara encima del cuello de su caballo tan fácilmente como se haría con un niño pequeño. Un día se enfadó su padrastro con él y lo golpeó, y él mató a su padrastro. Cuando la madre vio esto, fue a su hijo, que sacó la espada y la mató y se quedó con la tierra de esta forma. Al ver lo ocurrido, los de aquí le rindieron homenaje para estar más a salvo; y cuando él se sintió por encima de ellos, los sometió a servidumbre, tomando a la fuerza a las doncellas; y si alguien se lo recriminaba, lo mataba.

Esta vida duró mucho tiempo y la gente se hubiera ido a tierras lejanas de no ser por un hecho que ocurrió hace ahora un año: os diré qué pasó. Cabalgaba un día Maldito por medio de un bosque cercano y se encontró con una dama, la más hermosa de cuantas yo he visto, que iba con un caballero que se había casado con ella; éste se enfrentó con el gigante y el gigante lo mató rápidamente; luego se llevó a la dama a un castillo que se llama Castillo de la Colina; allí hizo que descabalgara y la honró mucho, requiriéndola de amores. Ella le contestó que no lo amaría mientras fuera tan cruel y él le respondió que repararía todo lo que había hecho anteriormente; entonces la dama preguntó cómo podría creerle.

—Os juraré —le contestó— sobre sagrado que no volveré a dañar a ningún hombre ni a ninguna mujer de esta tierra.

—Y que no saldréis de este castillo si no es para vengar alguna afrenta.

—Haré como queráis.

Se lo prometió así y permaneció en el castillo de tal forma que no volvió a salir desde entonces. Cuando ya llevaba más de medio año, estaba harto: buscó la forma y el modo de tener un motivo para salir y por eso hizo colgar el escudo en el árbol según visteis, hizo que llevaran su yelmo y su espada al pabellón y pensó que si el escudo era derribado por algún caballero podría salir sin faltar a su juramento. Los del país, al ver lo que había hecho, pusieron a doce doncellas que les prohibían a los caballeros andantes tocar el escudo; eran las doncellas a las que visteis lamentarse. Ahora el gigante quedará libre, en cuanto se entere de la noticia y saldrá sin encontrar a nadie a quien no lo mate: los caballeros se encerrarán en los castillos y estarán tan silenciosos que ni siquiera se moverán. Ya habéis oído por qué lloraban las doncellas y qué males caerán sobre esta tierra.

Mi señor Yvain contesta que lo siente por los habitantes de aquella región, que no se han merecido los males que les van a ocurrir.

Mi señor Yvain pasó aquella noche bastante a gusto. Por la mañana, después de oír misa, tomó las armas y montó; entonces el ermitaño miró y vio el escudo del jayán:

—Señor, por Dios —le dice el anciano—, dejad ese escudo, pues si lo lleváis no encontraréis a nadie en toda esta tierra que no os perjudique en todo lo que pueda.

Él le contesta que no llevará otro.

Se marcha y cabalga hasta llegar a la entrada de un bosque. Allí encuentra a dos doncellas que llevaban un perro faldero; éstas, al ver el escudo blanco moteado de negro, sienten tal miedo que dejan caer el perro y se dan a la fuga. Él pica espuelas y alcanza a una, sujetándole el freno del caballo:

—Doncella —le pregunta—, ¿por qué tenéis tanto miedo?

—Señor, por el escudo que lleváis. Al veros venir, pensé que era el señor de este castillo.

—No os preocupéis; no tenéis por qué asustaros.

—Señor, no de vos.

Se va y deja a las doncellas; cabalga hasta después de mediodía en que llega a un valle; en él había una hermosa fuente bajo dos olmos. Se dirige hacia allí y encuentra a dos doncellas y un escudero que estaban comiendo caza y pastel de corzo junto a la fuente. Las saluda y éstas se levantan al verlo y le ruegan que descabalgue y que se quede con ellas hasta después de comer; mi señor Yvain les contesta que no lo hará, que no necesita quedarse. A pesar de todo, le insisten hasta que consiguen que desmonte, se quite el yelmo y coma caza.

Llevaban un poco comiendo, cuando una de ellas le dice a mi señor Yvain:

—Señor, ¿veis lo que yo veo?

Le señala a un caballero que venía hacia ellos; cuando ya está cerca, las doncellas le dicen a mi señor Yvain:

—Señor, poneos el yelmo en la cabeza, pues ese caballero viene contra vos y si estáis armado, estaréis más seguro.

Se ata el yelmo y, mientras tanto, el caballero llegó hasta ellos. Al ver a mi señor Yvain, le dice:

—Ladrón, ¿por qué habéis destruido esta tierra, que el diablo ha quedado en libertad, perdiendo nosotros la paz? Ya que lo habéis liberado, es justo que perdáis la vida por ello.

Ataca a mi señor Yvain, que corre a su caballo y monta y galopa contra el caballero, derribándose ambos al suelo; vuelven a ponerse en pie, desenvainan las espadas y se golpean, haciéndose volar la sangre del cuerpo; dura tanto el combate que los dos quedan cansados y fatigados. Han dado tantos golpes y han recibido tantos, que el caballero no puede resistir más y pide misericordia, tendiendo la espada y diciendo:

—Noble caballero, piedad, haz conmigo lo que quieras, pero salva mi vida.

Mi señor Yvain recibe la espada y le contesta:

—Tienes que prometer que cumplirás mi voluntad.

El caballero se lo promete así. Vuelve a envainar la espada mi señor Yvaín y les pregunta a las doncellas qué hará con el caballero, a lo que éstas le contestan que haga según su voluntad.

—Te diré lo que vas a hacer: irás al Castillo de la Colina y si encuentras allí al gigante, le dirás que Yvaín, el hijo del rey Urián, ha derribado su escudo a despecho suyo y que no sea tan villano como para perjudicar a los del castillo ni a los de toda esta tierra, sino que vaya a combatir contra él si se atreve.

—¿Queréis que vaya allí?

Mi señor Yvaín le contesta que sí.

—Por el nombre de Dios, buscad a otro que vaya, pues no iré ni a cambio de toda la tierra del rey Arturo.

—Por mi fe, si no vas te mataré.

El caballero le contesta que prefiere que lo mate a ir. Yvaín finge ir a cortarle la cabeza y el caballero dice entonces que prefiere ir, a morir en ese momento; «pero si me ocurre algo que no deba, la afrenta será para vos y el daño para mí».

—Ve y no te preocupes de nada, pero antes de que vayas quiero que me digas tu nombre.

Le contesta que se llama Tridán de la Empalizada; a continuación, se marcha y cabalga hasta llegar al Castillo de la Colina.

Cuando llegó allí sería alrededor de la hora de vísperas, pues iba despacio como quien estaba muy a disgusto, porque había perdido tanta sangre que se encontraba muy débil; descabalgó en el poyo y se presentó al gigante, que no sabía una palabra de que su escudo hubiera sido tirado, pues nadie se había atrevido a decírselo, y a pesar de todo, los de la tierra pensaban que ya lo sabría. Cuando se presentó a él, Tridán le dijo:

—Señor, me envía a vos Yvaín, el hijo del rey Urián, que a despecho vuestro ha tirado vuestro escudo; si os peleáis con otro será cobardía; pero si queréis vengar la afrenta, id contra él, del que tendréis noticias porque lleva vuestro escudo.

Cuando el gigante oye las palabras orgullosas que Yvaín le ha hecho saber, se encoleriza tanto que cree que va a perder el sentido, y en un gran rato no dice nada, pero cuando habla, le pregunta a Tridán:

—¿Dónde has dejado al que me ha causado tal daño?

Tridán le contesta que lo dejó en la Fuente Baja.

—Te ofrezco —le dice el gigante— un juego con dos posibilidades, por el mensaje que me has traído: no te voy a matar, pero te voy a hacer vivir de tal forma que reciba reproches el que te envió aquí: o perderás el puño porque él se lleva mi escudo, o perderás el pie, por mi yelmo. Elige lo que prefieras, pues no puedes escapar sin una de las dos cosas.

Al ver que va a ser mutilado o que va a recibir la muerte, lo siente mucho y pide

misericordia, pero el gigante no se preocupa a pesar de que el caballero intenta conseguirlo con insistencia mediante súplicas; todo es en vano, pues el jayán pide su espada, se la traen, la desenvaina y le dice a Tridán que si no adelanta el puño, le cortará la cabeza. Al ver que tiene que hacerlo, coloca la mano sobre un tronco y el gigante le golpea, cortándole el puño; Tridán se desmaya por el dolor que siente. Al volver en sí, le dice al gigante:

—Señor, qué gran crueldad habéis cometido deshonrándome así, sin que yo os hubiera hecho ningún daño. Que Dios me dé tanta vida como para que mi corazón pueda verse aliviado.

Luego, se marcha tan dolorido que no puede más. El gigante pide sus armas y dice que tiene que ir tras aquél que le ha afrentado, y que no cesará hasta vengarse. Los del castillo cumplen sus órdenes y le dan unas armas buenas y ricas; después de que se armara, le llevan un caballo fuerte y rápido, más negro que la mora; monta y cuelga del arzón un hacha cortante y una maza de hierro macizo pesado; se pone al cuello la espada de buen acero. Después de prepararse de esta forma, que no le faltaba nada, se marcha de la montaña y galopa, que parece rayo por donde pasa; encuentra dos pabellones junto al camino. Pasa entre ellos y los derriba al suelo; en ellos estaban un caballero y una doncella juntos en la cama. Desenvaina la espada y les corta las cabezas, colgándolas del arzón de su silla, atadas por los cabellos; se dirige hacia donde piensa que puede estar su escudo. Cuando llega al lugar y no lo encuentra, se le enrojecen los ojos, se le apagan los dientes, mueve la cabeza encolerizado, de tal forma que no habría nadie que no sintiera pavor, pues era grande, negro y estaba dispuesto a hacer todo el daño posible. Desenvaina la espada y golpea en los pabellones; corta las cuerdas y derriba al suelo todo lo que encuentra a su paso. Pero no halló ni a hombre ni a mujer; como no hay nada que pueda matar, se detiene como el león tras haber dado muerte a los gamos, pero no puede mostrarle a nadie su enfado; mira al árbol en el que estaba colgado el escudo, que le recuerda su ira, de la que no podrá vengarse —según dice— hasta que haya matado al que le ha causado semejante afrenta.

Se dirige hacia donde cree que puede encontrarlo, tan enloquecido como el que persigue con gran rabia. Cabalga hasta que le sorprende la noche a la entrada de un bosque; mira a su alrededor por si hay algún castillo o casa en la que pueda albergarse, pero sólo ve un pabellón que había en un valle algo lejos de donde él está. Se dirige hacia allí como si los diablos fueran tras él; cuando llega, descabalga, entra y encuentra a dos caballeros que estaban cenando sobre la hierba fresca y hermosa con dos damas. Lo miran y al ver a Maldito el Jayán que viene tan rápido como su caballo podía, lo reconocen y se quedan espantados, pues no saben qué decisión tomar, porque ya se ven entregados a la muerte. Desmonta del caballo y no les dice ni una palabra, sino que le quita el freno al animal y le deja ir por donde quiere. Tenía muchas ganas el gigante de beber y comer; se sienta con ellos, pero ninguno se atreve a decir nada. Después de

saciarse, vuelve junto al caballo, monta y se mete en el pabellón derribándolo al suelo sobre ellos, que seguían sentados; luego, desenvaina la espada y mata a los dos caballeros y a las dos doncellas, y se ríe por el daño que ha causado.

Después, se marcha de allí; era ya noche oscura. Cabalga hasta donde cree que puede encontrar gente, derriba ante sí tiendas, pabellones y estrados y destruye todo lo que alcanza, matando caballeros, damas y doncellas, y no siente por nadie más compasión que si fueran perros. De tal forma va el gigante durante toda la noche sin cesar de dar muerte a todos cuantos encuentra. Ya cerca del día, se queda dormido junto a una fuente que manaba en un valle.

Mi señor Yvain había dejado a las doncellas que lo habían retenido en la fuente a cenar con ellas y cabalgó el resto del día sin detenerse hasta llegada la noche. Entonces fue a un terreno pantanoso en el que había una torre; se dirige allí en busca de alojamiento, pues ya era hora. En ella se encuentra con el puente levantado; llama hasta que un criado va a él y le pregunta qué desea.

—Buen amigo —le contesta mi señor Yvain—, soy un caballero andante que tengo necesidad de alojarme. Decídselo al señor o a la dama, por si me pueden dar albergue esta noche.

El criado le contesta que espere hasta que lo haya preguntado. Se dirige a su señor y le cuenta todo; el señor le responde que sí, si no es el desleal caballero que ha entregado la tierra a la destrucción.

—Por mi fe —le contesta el criado—, lleva un escudo blanco moteado de negro.

—Es el desleal caballero ladrón.

Corre a sus armas y hace que se arme un hijo suyo, joven caballero, diciendo que Dios no le vuelva a ayudar si no venga a su país del desleal que los ha afrentado de aquella forma. Después de armarse junto con su hijo, hace bajar el puente y le dice a mi señor Yvain:

—Señor caballero, ¿queréis ser albergado?

—Señor, sí, si queréis.

—Lo seréis de tal forma que no os alabaréis por ello, pues no podréis escapar sin morir o sin ser prisionero en recompensa por haber enviado esta tierra a la muerte y a la destrucción.

Le atacan con las espadas desenvainadas y él se defiende lo mejor que puede, como hombre valiente y atrevido; se cubre con el escudo y les devuelve grandes tajos donde puede alcanzarles, haciendo tanto que los daña más que ellos a él; resiste mucho y en ningún momento lleva la peor parte, hasta que a la fuerza les hace retroceder al puente, que estaba por encima del foso. Entonces se aplica cada vez más al padre, que le había causado grandes enojos; alza la espada para golpearle en el yelmo y éste no se atreve a esperar, sino que tira del freno y el caballo cae en el foso con el caballero. Mi señor Yvain lo deja y ataca con la espada alzada al hijo, golpeándolo con tanta fuerza en el

yelmo que le hace caer del caballo al suelo. Cuando ya se ve libre de aquellos dos que le habían atacado, se pone muy contento, pues está cansado y fatigado; se vuelve y piensa que tiene que buscar alojamiento en otro sitio, pues no lo han recibido demasiado bien. Por la noche fue a tres refugios de tres caballeros distintos; ninguno quiso albergarle, sino que todos le decían que tuviera mal camino, pues con ellos no se quedaría, mientras Dios quisiera.

Cuando mi señor Yvaín ve que no encontrará quien le albergue, se dirige hacia una fuente que había a su lado; en ella, descabalga bajo un manzano, se quita el yelmo, se desciñe la espada y echa el escudo en el suelo; se tumba en la hierba bajo un pequeño cerezo y se queda dormido inmediatamente, pues estaba cansado y fatigado por haber cabalgado y haber combatido durante todo el día.

Por la mañana, al despertarse, le pareció oír ruido de caballos; mira ante sí y ve llegar a Maldito el Jayán, y no venía tan silencioso como para no hacer mayor estrépito que el que harían veinte caballeros armados, destrozando a su paso todos los arbustos, como un rayo, y maldiciendo a Dios, jurando, pues no ve al que le había tirado el escudo.

Al verlo venir, mi señor Yvaín reconoce al punto, por el tamaño, que es el caballero que le habían contado; le grita de lejos, pues no desea que se vaya:

—Señor caballero, esperadme, soy yo el que vais buscando.

El gigante no lo oyó, pues estaba demasiado lejos y se iba tan deprisa como si le persiguieran los diablos. Mi señor Yvaín no quiere perderlo, si puede; va a su caballo, monta y persigue al gigante, hasta que llega a la salida de un bosque, donde ve delante de sí un pequeño castillo que se llamaba Castillo del Paso. Cuando llega allí, ve hasta quince caballeros, con las lanzas bajadas que le dicen:

—Ese es el ladrón que ha destruido este país.

Le gritan y le atacan todos a la vez, golpeándole y derribándolo a tierra, le matan el caballo y lo hieren a él en dos sitios; lo apresan a la fuerza y le arrancan el yelmo de la cabeza, diciéndole que lo matarán si no se da por vencido. Mi señor Yvaín siente gran dolor y no puede responder. Lo hacen desarmar y lo meten en prisión bajo la torre, diciéndole que lo guardarán hasta que llegue Maldito a aquella parte, y se lo entregarán para que haga su voluntad por la afrenta que le ha causado.

De esta forma reciben a mi señor Yvaín como prisionero en el Castillo del Paso, y estuvo allí tres días, sin que nadie fuera a verlo; pero el cuarto día, la señora del castillo fue a él y le habló a través de una ventana enrejada que daba al jardín; le pregunta quién es y cómo se llama, y él le contesta que pertenece a la casa del rey Arturo y es compañero de la Mesa Redonda, y que se llama Yvaín, hijo del rey Urián, que fue tan valiente.

—Ciertamente —le dice la dama—, por Dios, siento mucho que estéis en esta prisión, pues no creo que salgáis sin morir o sin quedar tullido, pues os odian

demasiado los de este lugar y los de toda esta tierra.

Mi señor Yvaín le contesta que lo siente, ya que no puede repararlo; que esperará a ver qué desean hacer con él, pues según le parece está en su poder.

—Señor —le dice la dama—, el rey Urián, vuestro padre, le hizo muchos favores a mi padre el Conde del Paso: os los recompensaré, pues al valiente rey no se le pueden devolver, porque murió hace mucho tiempo. Por eso os ruego que no os preocupéis por nada de lo que os digan, pues debéis saber que no toleraré de ninguna manera que recibáis afrentas ni daños en vuestro cuerpo, sino que os sacaré de aquí, si pienso que os van a hacer algún daño.

Mi señor Yvaín se lo agradece mucho.

La historia deja ahora de hablar de él y vuelve a Boores, el primo de Lanzarote, al que la doncella lleva a su dama de Galvoie.

Cuenta ahora la historia que cuando Boores se separó de mi señor Yvaín, con el que había combatido por el perro faldero, cabalgó durante toda la jornada por donde la doncella lo llevaba y la mañana siguiente hizo lo mismo, sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada.

El tercer día llegaron a un castillo que se llamaba Castillo de Galvoie, en el que se encontraba la doncella que estaba esperando a que su criada volviera de la corte del rey Arturo; le tardaba mucho su regreso, pues deseaba saber qué había logrado ante el rey de los socorros que necesitaba. Cuando la vio y reconoció a Boores de Gaunes, que venía con ella a combatir, no es necesario preguntar si tuvo alegría. Hizo que se desarmara y le entregó un vestido completamente nuevo de escarlata, con cota y manto, y ordenó a todos que le mostraran la mayor alegría y estuvieran contentos por amor al que había venido a ayudarles.

Después de comer con gozo y alegría, la dama y una doncella llevaron a Boores a que tomara el fresco en un jardín; se sentaron y la dama le dijo a Boores;

—Señor, gracias a Dios y a vos, habéis venido para llevar a término un asunto mío, pero no sabéis cuál es: os lo voy a decir. Heredé la tierra de mi padre; es grande y ancha, rica en caballeros y burgueses, y nadie me la disputó, ni siquiera un pie de ella; sólo lo hizo el hijo del duque Galenín, que me quitó un castillo que hay en una isla aquí delante, y os diré de qué modo lo hizo. El islote está completamente cercado, y el castillo está en el límite de nuestras tierras, de forma que antaño lo compartían mi padre y el duque Galenín, teniendo tanto uno como el otro. Después fue completamente de mi padre: el duque Galenín fue odiado por sus vecinos mientras vivió, pues los combatía sin cesar y les hizo tanto daño como pudo. Un día iba cabalgando con otros tres caballeros por un bosque, en tierra de sus enemigos; estaban espiándolo y fue apresado a la fuerza y hecho prisionero. Al ver que no podría salir con la ayuda de sus hombres, le pidió socorro a mi padre, diciéndole que se lo recompensaría bien. Mi padre tuvo compasión porque habían sido compañeros de armas en la infancia: convocó a su gente y fue con muchos hombres contra los que tenían prisionero al duque, destruyéndolos, quitándoles las tierras y llevándose al duque sano y salvo. Al ver el duque lo que mi padre había hecho por él, se hizo gran amigo suyo y mandó construir en la isla que os digo un castillo tan bello y tan hermoso como el que ahora hay, dándoselo a mi padre como recompensa por su servicio, ante todos los de esta tierra, de forma que mi padre lo pobló con la gente de su propia tierra. Después de que muriera mi padre y de que muriera también el duque Galenín, los del castillo fueron investidos por mí, de modo que nadie me reclamó nada. Pero hace ahora cuatro años que el hijo del duque vino con mucha gente y entró en él a la

fuerza, matando a todos aquellos que no querían ponerse de su parte. Cuando vi la gran afrenta que me había causado, hice que hablara con él el rey Pelés de la Tierra Foránea, a quien le contestó que nadie le criticaría con razón, pues el castillo era suyo por herencia, ya que lo había construido su padre. Yo le dije que mentía y que estaba dispuesta a buscar un caballero que lo probara frente a él, si es que se atrevía a defender lo que decía, pues el castillo ciertamente era mío; me contestó que lo buscara, si es que quería recobrar algo, pues de otro modo no podría poner el pie allí ni nadie que estuviera de mi parte; le respondí que así lo haría y que estuviera seguro. De esta forma nos separamos y envié a la corte del rey Arturo a mi doncella que os hizo venir aquí, gracias a su amabilidad y a la vuestra, que vinisteis. Mañana por la mañana, si os parece bien, iremos a la corte del rey Pelés y os ofreceréis allí a defender esta causa.

Boores le contesta que lo hará con mucho gusto.

Aquella noche, Boores fue muy honrado; por la mañana se levantó, oyó misa y comieron un poco. A continuación, la doncella se puso en marcha para ir a la corte del rey Pelés, llevando a diez de sus caballeros y a Boores que debía defenderla; cabalgaron hasta llegar a la corte del rey Pelés, que estaba en el castillo de Corbenic, según ha contado ya la historia en otra ocasión.

Cuando llegaron ante el rey, y la doncella presentó a su caballero, enviaron a buscar al hijo del duque, que acudió tan pronto como pudo, acompañado por unos cien caballeros. Se fijó el combate en un prado cerca de la ciudad. Cuando iban a abandonar la corte para regresar a sus alojamientos, el rey le preguntó a un caballero de Boores quién era y éste le contestó que era de la casa del rey Arturo y compañero de la Mesa Redonda, según pensaba, primo hermano de mi señor Lanzarote del Lago. Al oírlo el rey, se dirige a Boores y le muestra el mayor honor que puede en recuerdo de Lanzarote; luego, le hace saber a su hija, que estaba entretenida en la habitación, que tenía consigo al primo de Lanzarote del Lago y que acudiera a verlo. La doncella así lo hace, con gran alegría; hace que se desarmen y les dan alojamiento a la dama de Galvoie y a toda su compañía por amor a Boores, alojándolos en una habitación junto al prado en el que Lanzarote le había dado muerte a la serpiente. Después de cenar, llevaron a Boores a ver la tumba que Lanzarote había levantado y le mostraron la serpiente que había matado, y que aún estaba allí. Al verlo, Boores exclamó que ciertamente eran grandes los hechos de su señor y que sus obras destacaban por encima de las de todos los demás.

Boores fue bien servido y agasajado aquella noche con todo lo que pudieron ofrecerle los del castillo. Por la mañana fue a oír misa a una capilla que había allí dentro: le ruega a Nuestro Señor con gran piedad que le proteja el cuerpo de toda afrenta y de desgracias y que le dé fuerza y valor para vencer y defender la querrela de la doncella, y hacerlo todo de forma tan adecuada como corresponde a un asunto de tal justicia. Después de que cantaran la misa, salió acompañado por mucha gente y se

dirigió a la habitación en la que había dormido; pidió las armas y se las llevaron. Tras armarse, se presentó al rey, con quien estaba Mariale, el hijo del duque, que había acudido completamente armado. Cuando estuvieron los dos en la corte, el rey se esforzó y se aplicó para que hubiera paz entre ambos; tenía gran miedo porque Boores le parecía demasiado joven y el hijo del duque era caballero muy bueno y valiente. Al ver que el rey busca la paz, Boores le prohíbe a la doncella que la haga si no queda resarcida en su querrela. Entonces, la doncella le dice al rey:

—Señor, sabed que no habrá paz si no veo cumplida mi demanda y se me recompensa en el daño que me ha causado.

Mariale responde que no se marchará sin haber combatido.

—Por mi fe —dice el rey—, ya que la paz no puede ser hecha, no queda más que combatir; a quien Dios le dé el honor, que lo reciba.

Ambos contestan que así lo desean y que no será de otra forma.

A continuación se marchan del palacio y van al patio de abajo; montan en los caballos cubiertos de hierro y descienden por la ciudad, hasta que llegan al campo en el que el rey había hecho clavar picas y tensar cuerdas para marcar el lugar del combate; los jueces habían establecido que el primero que saliera de las cuerdas sería vencido, según la decisión común de todos los nobles. Cuando los caballeros entraron en el parque, les indicaron los límites que harían que fueran vencidos si los pasaban. Al punto galoparon el uno contra el otro, con las lanzas bajadas y los escudos delante del pecho; se golpearon con tanta fuerza que atravesaron y agujerearon los escudos, pero las cotas de mallas eran tan fuertes y estaban tan apretadas que no se rompieron; se chocan con tal fuerza que las lanzas vuelan en pedazos y se derriban al suelo con los caballos encima de los cuerpos. El otro caballero quedó malherido al caer; se levanta con algún esfuerzo, pues tiene que hacerlo; desenvaina la espada y se coloca el escudo ante la cabeza. Boores se dirige hacia él con el acero levantado y le da tan gran golpe en el yelmo que le hace hincar las dos rodillas en el suelo, aturdido por la caída del caballo y por los golpes que había recibido, de forma que no puede levantarse. Boores le asesta otro golpe y le alcanza en el yelmo, haciéndole caer boca abajo, tan dolorido y tan angustiado que piensa que va a morir sin confesión, y tiene menos fuerza para levantarse que si estuviera muerto. Boores le quita el yelmo de la cabeza y le da un gran golpe con la empuñadura de la espada, haciendo que le salga sangre; luego, le baja la ventana y le dice que lo matará si no se da por vencido. El caballero, que se ve en peligro de muerte, pide piedad, ya que no puede hacer otra cosa y le entrega la espada, que Boores recibe. En esto llegaron a ellos los que custodiaban el campo; hacen tender a Mariale y lo arrastran fuera del campo como vencido y cobarde; si los nobles no hubieran suplicado por él, el rey le hubiera privado de sus tierras y desterrado de allí para siempre; pero por amor a sus hombres que se lo rogaron, lo dejó.

Luego, Boores se dirige al rey y le pregunta:

—Señor, ¿he hecho lo que tenía que hacer con esta batalla?

—Señor, sí.

—Entonces, os ruego que entreguéis a la doncella el castillo que ha ganado en esta batalla.

El rey le contesta que lo hará con mucho gusto; la inviste y la dama se lo agradece mucho. Entonces hacen desarmar a Boores, quiera o no quiera, pues según dicen, no se irá de allí en el día, sino que le mostrarán una gran alegría por amor al combate que ha vencido; lo llevan al castillo y las doncellas van bailando y danzando, y lo hacían todo por Lanzarote, al que no le habían mostrado tan gran alegría como hubieran querido. Cuando ya estaban en el palacio, empezaron una fiesta mayor que la de antes; cantan y se divierten hasta después de la hora de vísperas, en que colocaron las mesas. Boores se sentó junto a la hermosa hija del rey Pelés, que ya no llevaba el Santo Grial por las mesas, pues había perdido la virginidad y por eso no podía realizar el servicio que antes hacía, ya que todos los ministros que servían al Santo Grial tenían que ser vírgenes y puros; por eso había sido quitada del servicio y había ocupado su lugar una prima hermana suya, sobrina del rey, virgen de carne y de voluntad.

Después de sentarse por las mesas, avanzó la doncella que llevaba el Santo Grial entre sus manos y entró con dulzura y humildad en la sala. Al ver el Santo Vaso, Boores lo adoró con piedad, inclinándose a su paso entre sollozos y lágrimas, pues pensaba que era el Santo Grial del que había oído hablar muchas veces. Después de que la doncella le diera una vuelta a la sala, las mesas se llenaron de todos los buenos manjares del mundo y empezaron a conversar vivamente los que hasta entonces habían permanecido pensativos y meditabundos. Aunque todos los demás hacían fiestas y estaban contentos, la doncella que comía junto a Boores no mostraba ningún gozo, sino que lloraba con ternura; Boores, preocupado le pregunta:

—Doncella, ¿qué hacéis? Por Dios que lo siento mucho.

La joven no le contesta ni una palabra, sino que le dice a su padre:

—Señor, eso me habéis quitado con vuestras obras.

—Hermosa, lo hemos hecho por obtener lo mejor y sólo a mí se me debe recriminar.

Después de comer, levantaron las mesas y el rey ordenó que le prepararan la cama a Boores en una habitación de abajo, pues no quería que durmiera en el gran salón por las abundantes aventuras que ocurrían en él. Después de acostarse, se durmió.

Por la mañana, al despertarse, fue a oír misa y luego tomó las armas; cuando ya estuvo armado, se marchó y el rey y sus compañeros lo llevaron hasta llegar a la entrada de un bosque. Entonces, Boores hizo que se volvieran todos, menos la doncella de Galvoie que lo acompañó con diez caballeros más. Llegado el momento de separarse, le rogaron con gran dulzura que si volvía por su tierra, que fuera a verla y no dejara de hacerlo por nada, pues debía estar seguro de que le haría la mayor honra que pudiera.

Boores se lo agradece mucho a la doncella de Galvoie.

Boores deja a la dama y cabalga hasta que por la tarde llega a casa de un ermitaño, a la salida de un bosque, por la parte del sol poniente. El ermitaño salía de su ermita, que no era muy grande, aunque era rica y bien proporcionada para su tamaño, y estaba cubierta con plomo; el religioso había cantado en ella las vísperas. Boores lo saluda y le pregunta si puede darle alojamiento.

—¿Quién sois?

—Soy un caballero andante de la casa del rey Arturo.

—Ah, ¿sois de los caballeros aventurosos que van por tierras extrañas en busca de aventuras maravillosas?

—Señor, decís verdad.

—Entonces podéis descabalar, pues os daré el mejor alojamiento que pueda y os proporcionaré todo lo que os pueda dar.

Le da las gracias, desmonta y el ermitaño hace que su servidor se acerque para ayudarlo a desarmarse. Luego, le pide al ermitaño que le cante vísperas, y éste lo hace, pero antes le ordenó a su servidor que pusiera la caza al fuego para que el caballero comiera. Después de oír vísperas, el ermitaño le preguntó cómo se llamaba, y él le dijo que era primo de Lanzarote y que se llamaba Boores de Gaunes. Al oírlo, el religioso le dice:

—Dulce señor, sed muy bienvenido. Así me ayude Dios, no hay en el mundo ningún hombre cuya llegada me alegrara tanto como la vuestra, pues durante mucho tiempo fui servidor de vuestro padre, que me hizo caballero con su propia mano: esta capilla y este recinto los mandó hacer él, tal como los veis, mientras vivió y él mismo dio una gran corona de oro que hay aquí dentro, por un honor que Nuestro Señor le otorgó en este mismo lugar, y que antes de que os vayáis os diré cuál fue.

—Por Dios, no pensé que hubiera venido por aquí: desearía saber cuál fue el honor que Dios le hizo aquí, y que lo llevó a fundar esta capilla.

El ermitaño le contesta que se lo contará, pero después de cenar.

Luego, se sientan en un prado y empiezan a hablar de muchas cosas, y el ermitaño le preguntó por Lanzarote. Boores le contesta que cree que está sano y salvo.

—Buen señor —le dice el ermitaño—, ¿qué os parece como caballero? ¿Es muy alabado por las proezas que realiza?

—Señor, mi señor Lanzarote es señor mío y primo mío, y no os voy a decir ni verdad ni mentira; si os lo alabara, pensaríais que es para enaltecerlo y si os lo criticara, me tendríais por mentiroso, pues nadie podría criticarlo con razón.

—Os diré por qué os lo he preguntado. Al nacer, yo estaba en casa del rey Ban, y era caballero novel, pues no hacía ni cuatro meses que había tomado las armas; el rey, que era muy prudente, me encomendó a mí y a otros diez caballeros que lo lleváramos a bautizar a un ermitaño, hombre de vida muy santa, que vivía en un bosque cercano a

Trebe. Fuimos y nos encontramos con el ermitaño a un hombre muy viejo que era clérigo y filósofo muy sabio, conocedor de las cosas que iban a ocurrir. Después de bautizar al niño, pidió verlo y se lo presentamos; lo tomó en brazos y empezó a besarlo con gran ternura; luego nos lo devolvió, diciendo:

—Buenos señores, ¿sabéis lo que os entrego?

—No.

—Sabed que esta pequeña criatura será el origen de algo tan grande por su proeza y su valor que toda la caballería terrenal se iluminará.

Nosotros nos quedamos sorprendidos por lo que decía y se lo contamos al rey Ban, que se puso muy contento. Después, me he acordado de aquello siempre que he oído hablar de él y por eso os lo he preguntado, para saber si era verdad.

—Ciertamente, señor, quienquiera que fuese el que lo dijo, debería ser tenido por sabio, pues realmente lo era y no mintió en este asunto.

Hablaron hasta que la comida estuvo preparada; se sentaron en el mismo prado y después de cenar, Boores le dijo al ermitaño:

—Señor, decidme qué aventura tuvo aquí mi padre, por la que fundó este lugar y esta capilla.

—Señor, con mucho gusto, pues así lo deseáis. Cuando la coronación del rey Arturo, todos los altos hombres de esta tierra estuvieron presentes para honrarlo y festejarlo; cuando el rey Boores, vuestro padre, regresaba con gran compañía de caballeros, le tendió una emboscada el rey Serses del Castillo Rojo, que lo odiaba con odio mortal porque vuestro padre, el rey Boores, le había dado muerte a un hermano suyo a la salida de Gaunes. Se encontraron en este bosque, corrieron unos contra otros, pero los hombres del rey Boores no fueron sorprendidos tan desprevenidos como para que no estuvieran todos cubiertos de hierro antes de que los atacaran: combatieron unos con otros y eran alrededor de doscientos, sin contar los que iban a pie. Duró la batalla tanto que les sorprendió la noche y se dieron treguas hasta el día siguiente por la mañana. Se alojaron unos por aquí, otros por allá y el rey Boores, que tenía un gran corazón, hizo saber al rey Serses que quería hablar con él y que fuera a su encuentro, con total seguridad, y que oiría lo que le deseaba decir. Este acudió de inmediato y cuando estuvieron juntos le preguntó el rey Boores por qué le había atacado, a lo que le contestó que por su hermano, al que había matado en Gaunes.

—Si vuestro hermano ha muerto, no deben pagarlo ni mis hombres ni los vuestros; si vos fuerais tan valiente como deberíais ser, vos personalmente me deberíais haber pedido combate por el daño que os hice, tal como habéis dicho, y así no lo habrían tenido que pagar todos los demás, sino yo sólo que lo habría merecido.

—Señor, sabía que evitaríais combatir y por eso os ataqué a vuestra gente con mi gente; si pensara que desearíais combatir, os retaría a un combate singular en el que no estaríamos más que vos y yo.

El rey Boores le contestó que le parecía bien; fijaron la batalla y la prometieron; luego se lo contaron a la gente cuando volvieron a sus alojamientos: fueron muchos los que lo sintieron.

Al día siguiente, a la hora de prima se encontraron los dos reyes en el mismo lugar en el que estamos nosotros ahora y combatieron hasta que el rey Boores le cortó la cabeza. Al punto atacaron sus gentes a los hombres del rey Serses, dándoles muerte a muchos y apresando al senescal que iba por delante, haciendo llevar gran riqueza que había pertenecido al rey Serses. Cuando lo apresaron, tuvo mucho miedo de morir y le pidió al rey Boores que lo dejara vivir a cambio de la corona más rica que habría visto. El rey no tenía deseos de que muriera, pues no tenía culpa en el daño causado por su señor y le dijo que trajera la corona y que lo dejaría libre; el senescal le contestó que lo haría con mucho gusto: entró en un bosque y fue a un foso delante de un sicómoro en el que había escondido la corona; luego, se la dio al rey Boores como recompensa por su liberación. El rey contempla la corona y ve que es muy hermosa y muy rica; les pregunta a sus nobles qué podría hacer con ella y qué podría dar a Nuestro Señor por el honor que le había hecho, permitiéndole que venciera de aquella forma al rey. Sus nobles le contestaron que no sabían, pero que hiciera según su voluntad.

—Os diré pues lo que haremos. Ya que no sabéis qué consejo darme, lo tomaré yo solo: por el honor que Dios me ha dado en este lugar, quiero que haya una capilla en la que Nuestro Señor sea servido y honrado para siempre, y que empiecen a construirla mañana. No nos marcharemos antes de que haya sido terminada.

Hizo venir entonces albañiles, de cerca y de lejos, de forma que antes de que hubiera pasado el mes, quedó construido todo esto, tal como podéis ver.

—Y para que no quede duda del honor que Dios me ha concedido —añadió—, la corona de Serses quedará aquí como testimonio de ello mientras dure la capilla.

Cuando la obra fue concluida, yo, que había sido herido en la batalla y pensaba morir, rogué por Dios a mi señor el rey que me dejara vivir aquí el resto de mi vida, pues había prometido al comienzo de la batalla que si Dios me libraba de ella sin morir, no seguiría en el mundo, sino que me entregaría a la religión para servir a Dios. El rey me quería mucho y a su pesar me dio lo que le pedía; pero tanto por el amor de sus nobles que se lo rogaban como porque vio que esa era mi voluntad, me lo concedió y dejó una buena renta para que pudiera vivir yo y que pudieran hacerlo los que vinieran después de mí. Cuando se marchó, busqué médico por esta tierra y me encontré uno muy bueno que me curó. Me hice ordenar y ahora soy sacerdote. He permanecido en este lugar desde entonces hasta ahora, sin moverme en ningún momento, y no había visto a nadie sino a un valiente caballero que fue ahijado del rey Ban y que se llamaba Banín. Él me contó bastantes cosas de vuestro padre y de mi señora, que murió en un lugar tan bueno como es un monasterio.

Siguieron hablando juntos el ermitaño y Boores hasta que se hizo la hora de

acostarse, pues la noche era negra y oscura; acostaron a Boores en una cama que había en una habitación de allí para alojar a los caballeros andantes que fueran de paso.

Por la mañana, después de oír misa, se marchó y cabalgó completamente armado hasta la hora de prima, en que se encontró a una doncella que cabalgaba sobre un palafrén negro; era a la entrada de un bosque por la parte de Norfou. La saluda cuando ya está cerca de ella y ella le devuelve el saludo y lo mira durante un buen rato. Después de contemplarlo bien, le pregunta quién es y Boores le contesta que es de la casa del rey Arturo y compañero de la Mesa Redonda y que se llama Boores de Gaunes, primo de Lanzarote del Lago.

—Por Dios, no hay ninguna honra en que seáis primo de Lanzarote, pues sois uno de los mayores cobardes que conozco.

—Doncella, ¿cómo?

—Por Dios, ¿no estuvisteis durmiendo anteayer en casa del Rey Pescador y pasasteis dos noches sin atreveros a quedaros en la sala principal por miedo a las aventuras? Desgraciado, desventurado, cobarde, ¿no habría sido mayor honor morir, si es que había que morir, que marcharos sin aventuras? Desgraciado, maldito, ya sabéis que las aventuras terminarán gracias a algún valiente de la Mesa Redonda y a vos os tienen por valiente muchas gentes que viven engañadas de mala manera pues sois tan malo que peor no podríais ser y ya que deben terminar gracias a algún caballero, podríais probar por si fuerais vos, y esforzaros todo lo posible en ello.

—Señora, por Dios, nunca oí hablar del salón de las aventuras, más que a vos y por eso me acusáis sin razón.

—¡Mentís! En muchos lugares habéis oído hablar, pero no os atrevisteis a quedaros por cobardía: en eso no os parecéis a Lanzarote, pues bien saben todos que es el caballero más atrevido del mundo y vos sois el más cobarde.

Luego se marcha la doncella y no quiso volver por Boores, ni quiso decirle nada más. Cuando éste ve que no va a conseguir nada, se marcha por otra parte pensando en lo que le ha dicho y considerando que si le sobrevenía alguna aventura por la parte por la que iba, no dejaría de enfrentarse a ella por nada, hasta que no supiera más de todo aquello de lo que sabía.

Boores cabalgó hasta que a la hora de tercia salió del bosque y se encontró una pradera muy hermosa. Toma un estrecho sendero que le lleva directo a una fortaleza rodeada por buenos fosos llenos de agua. Al llegar allí, se encuentra delante del puente que estaba levantado a una doncella que se lamentaba profundamente arrancándose los cabellos y arañándose el rostro mientras decía: «Ay, desdichada de mí, ¿qué puedo hacer?».

Cuando Boores ve el duelo que hace la doncella, siente gran compasión y va a su lado de inmediato:

—Doncella, por Dios, decidme qué os pasa, pues si os puedo ayudar no dejaré de

hacerlo por nada.

—Señor, tengo el mayor dolor que ha tenido ninguna desgraciada, pues hace poco llevaba un gavilán mío por esta pradera y se lo eché a una alondra: falló y empezó a subir libre en el aire; luego se posó encima de este árbol. Al verlo un caballero, hermano mío, que iba conmigo, corrió tras él, y atravesó el puente a caballo. Se hizo con el pájaro e iba a regresar cuando le salieron al encuentro dos caballeros que están ahí dentro y lo apresaron a la fuerza, metiéndolo en su prisión, por lo que estoy tan triste y afligida que preferiría estar muerta a seguir con vida: si lo matan, un caballero de esta tierra me quitará todas mis posesiones, que las he recibido de mi padre y de mi madre; por eso tendré que vivir pobre y sufriendo, y desdichada, yo que hasta ahora he sido tan rica y he tenido tantos bienes.

—Doncella, ¿estáis segura de que vuestro hermano está ahí dentro?

—Señor, sí, pues no he visto salir a nadie desde que lo vi entrar.

—No os preocupéis, pues pronto os lo devolveré, con la ayuda de Dios.

Se dirige entonces al foso y le enseña al caballo la distancia; vuelve y pica espuelas hacia la zanja: el caballo salta a la otra parte sin mojarse los pies. Boores se dirige a la casa, entra en ella y encuentra a dos caballeros que estaban desarmándose; no los saluda antes de saber si querrán responderle, sino que les dice:

—Buenos señores, vengo en busca de noticias de un caballero que entró aquí tras un pájaro, ¿sabéis algo?

Uno de ellos lo mira de través y le dice con orgullo:

—¿Por qué lo preguntáis, señor vasallo?

—Porque me pesa el ultraje que le habéis hecho, pues lo habéis apresado sin motivo, según me han hecho entender.

—¿Y queréis rescatarlo? —le pregunta el que estaba hablando con él.

—Por Dios, sí.

—Buen señor —le dice el otro caballero—, hay quien piensa vengar su afrenta y la aumenta; lo digo por vos, pues aumentará vuestro dolor más que la venganza.

—No sé a quién amenazáis, pero tened por seguro que o lo entregáis o lo pagaréis caro.

En esto desmonta del caballo, desenvaina la espada, se coloca el escudo delante y les ataca rápidamente, golpeando al primero que encuentra con el plano de la espada en la cabeza, haciéndolo caer al suelo; no quiso golpearle con el filo porque estaba desarmado. Al punto corren los servidores a las armas y Boores ataca al otro caballero con los brazos y lo derriba al suelo; éste, que no pensaba que tuviera valor de matarlo, le dice que no le entregará el caballero. Boores levanta la espada y le golpea en la cabeza, haciéndolo caer en el suelo oprimido por la angustia de la muerte. Luego, ataca al otro que ya se había levantado del suelo en el que había sido derribado y huía hacia las habitaciones, a salvo. Boores lo alcanza y le golpea con el puente de la espada en la

cabeza; luego levanta la espada y finge ir a cortarle la cabeza. Cuando el caballero ve venir el golpe, teme morir y le suplica misericordia:

—Noble caballero, no me mates, pero déjame vivir y te entregaré el caballero al que has venido a buscar.

—Promételo ahora mismo y te dejaré escapar.

El caballero se lo promete rápidamente.

Iba a envainar de nuevo la espada Boores, cuando miró y vio salir de una habitación hasta siete servidores completamente armados con buenas cotas de malla largas, capeletes de hierro y hachas cortantes; al punto le atacan y no lo dejan, a pesar de que el caballero se lo prohíbe, pues pensaban que era eso lo que quería su señor; pero a éste le desagradaba más que le agradaba. Al verlos llegar, Boores alza la espada, se coloca el escudo delante del pecho y les da grandes golpes allí donde puede alcanzarles; golpea al primero con tanta fuerza que a pesar del capelete de hierro que llevaba en la cabeza, la espada cortante le entra en la cabeza y lo derriba al suelo tan angustiado como quien está herido de muerte. Cuando los otros compañeros ven que había muerto éste, que era el más valiente y el más atrevido de todos, se acobardan porque ven al que está delante de ellos que da grandes golpes con frecuencia y a menudo allí donde los puede alcanzar y no esperan para darse a la fuga. Boores los persigue de un lugar a otro y mata a tres más; los otros tres se marchan al foso y lo atraviesan nadando y de ese modo escapan.

Boores vuelve con el caballero vencido, que ya había sacado de la prisión al hermano de la doncella, se lo entrega a Boores con el gavlán y éste se lo devuelve a su hermana sano y salvo. Cuando la doncella lo ve venir, se alegra mucho y muestra el mayor gozo, que ninguna mujer podría hacer uno superior, le corre con los brazos tendidos al cuello y lo besa más de cincuenta veces; luego, se deja caer a los pies de Boores besando el suelo y diciéndole:

—Señor, noble caballero, soy vuestra doncella para hacer vuestra voluntad en todo lo que pueda hacer en el mundo, dondequiera que me encuentre, pues por vuestro valor y vuestra generosidad he alcanzado la mayor alegría de mi vida. Os ruego por Dios, y si os parece bien, que me digáis quién sois, para que yo pueda decir de ahora en adelante quién es el caballero que me ha dado esta felicidad.

Él le contesta que es de la casa del rey Arturo y se llama Boores de Gaunes. Cuando la doncella lo oye, le ruega con gran dulzura que se quede con ella a pasar el resto del día y Boores le contesta que no puede ser.

A continuación, se marcha sin preguntar quién era el caballero y cabalga durante todo el día hasta que la noche le sorprende; llega a la casa de un guardabosque que había a la entrada de un bosque y preguntó si le podrían dar algún alojamiento aquella noche; le contestaron que sí: hacen que descabalgue y lo desarman. Por la noche, cuando llegó el señor y vio a Boores, le mostró gran alegría y le hizo grandes fiestas

pues sabía que era un caballero andante. El señor ordena que le traigan de cenar de inmediato y los servidores le contestan que estaba todo dispuesto; colocan las mesas y cenaron a gusto. Después, el señor le preguntó que hacia dónde iba.

—Señor, me gustaría estar en Camelot donde va a haber un torneo en la octava de la Magdalena.

—Por mi cabeza, tenéis razón; los estrados ya han sido levantados para que las damas y las doncellas vean a los caballeros.

Aquella noche Boores recibió buen alojamiento y durmió a gusto; por la mañana, tras armarse y encomendarlos a Dios, se puso en marcha, reemprendiendo el camino hacia Camelot, pues quería llegar a la reunión a tiempo, porque piensa que allí encontrará a Lanzarote.

Pero la historia ya no cuenta nada más de ninguna aventura que le ocurriera sino que lo lleva al torneo, aunque antes vuelve con mi señor Galván, del que hablará muy poco por esta vez.

CLIII

Cuenta ahora la historia que cuando mi señor Galván dejó al ermitaño Segre, que le había explicado el significado de la serpiente y el leopardo, cabalgó durante todo el día muy pensativo por lo que el santo hombre le había dicho: estuvo muy a disgusto por su muerte, que le había quedado emplazada; pero como ve que no puede saber ciertamente las cosas que van a ocurrir, no se lo cree demasiado: así se encuentra más a gusto. De esta forma cabalga mi señor Galván muchas jornadas, pidiendo noticias de Lanzarote, pero no encuentra a nadie que le diga nada. Cabalga por arriba y por abajo hasta que llega a Camelot en menos de seis jornadas.

Un día de los que iba cabalgando se acercó a un bosque, y galopaba muy deprisa; alcanzó a una doncella, a un caballero y a un escudero; los saluda y ellos le dicen que Dios lo bendiga.

—Buen señor —le dice al caballero—, ¿podríais decirme algo de lo que voy buscando?

—¿Qué buscáis?

Le contesta que busca a alguien que le dé noticias de Lanzarote del Lago.

—¿Por qué lo buscáis? —pregunta la doncella.

Él les cuenta todo, tal como la reina les había dicho:

—Porque tememos que esté muerto, hemos emprendido esta búsqueda más de diez caballeros de la casa del rey Arturo.

—Por Dios —le contesta la dama—, no hace ni seis días que lo vi sano y salvo en la parte del Castillo de Corbenic y hablé con él durante mucho rato y él lo hizo conmigo sobre tres caballeros que me hubieran forzado de no haber estado allí.

Esta era la doncella que había curado a Lanzarote del envenenamiento de la fuente. Luego le cuenta todo, tal como había obrado con Lanzarote, la enfermedad que había tenido, de la que hubiera muerto de no haber sido curado por ella. Cuando mi señor Galván oye estas noticias, siente una gran alegría y se pone tan contento que olvida gran parte de su pesar. Le pregunta a la doncella que hacia dónde se dirige.

—Señor —le contesta—, a Camelot, a ver el torneo.

Al oírlo, mi señor Galván piensa que irá también, pues cree que Lanzarote estará allí si ha oído hablar de esta reunión y por eso le dice al caballero y a la doncella que los acompañará hasta Camelot.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos y vuelve a hablar de Lanzarote y de sus aventuras, de cómo fue liberado del baile en el que había tomado parte.

CLIV

Cuenta ahora la historia que después de que el escudero dejara a Lanzarote en el baile, tomó su camino y marchó muy deprisa porque le parecía que se había entretenido demasiado: se lamentaba porque creía que Lanzarote se quedaría allí para siempre.

Mientras tanto, Lanzarote se divierte y canta, igual que los demás, y permanece en aquel lugar hasta después de la hora de vísperas. Cuando fue tiempo de cenar, se acercó una doncella y le dijo:

—Señor caballero, tenéis que sentaros en ese asiento y os pondremos la corona de oro en vuestra cabeza.

Lanzarote le contesta que no le preocupa nada la corona y que tampoco quiere saber nada de un trono, sino que sólo quiere divertirse y alegrarse.

—Tenéis que hacerlo —insiste la doncella—, pues gracias a eso sabremos si seremos liberados por vos. Si vos no nos liberáis, tendréis que quedaros aquí con nosotros y esperaremos a que Dios nos traiga al que nos liberará de la locura en la que estamos.

Lanzarote contesta que irá con mucho gusto ya que ella así lo desea: se sienta en el trono y la doncella le pone la corona en la cabeza diciéndole:

—Buen señor, ya podéis decir que tenéis la corona de vuestro padre en vuestra cabeza.

Lanzarote mira y ve caer de lo alto de la torre una imagen que representaba al rey y que había sido labrada con gran riqueza; golpeó contra el suelo con tanta fuerza que quedó hecha pedazos. Entonces terminaron los encantamientos y recobraron todos el sentido y la memoria, que les había faltado durante mucho tiempo.

Cuando Lanzarote se da cuenta de que tenía una corona de oro en la cabeza, la toma y la arroja, saltando del trono en el que no debía estar sentado, según le parece, porque era símbolo del rey. El caballero y las damas y las doncellas corrieron a besarlo mostrándole la mayor alegría y el mayor gozo que nunca se ha hecho a ningún hombre:

—Señor, bendita sea la hora en que nacisteis, pues nos habéis sacado de la mayor locura en la que nunca estuvimos, y de la que no hubiéramos salido sino muertos, si Dios no os hubiera traído por aquí.

Le hacen subir a lo alto de la torre y lo desarman. Acude un caballero viejo que le dice a Lanzarote.

—Lanzarote, buen hijo, ciertamente dije bien cuando advertí que los encantamientos no cesarían hasta que vos vinierais: ya ha quedado probado que sois el mejor caballero del mundo y el más hermoso; todos os deben querer y apreciar más a partir de ahora, pues no habrían salido si no hubiera sido por vos.

—Buen señor —le pregunta Lanzarote—; decidnos por qué razón ocurrían estas

maravillas, que hacían que todos los que entraban en el baile perdieran el sentido y la memoria y no podían abandonarlo.

—Señor, os lo diré con mucho gusto. Cuando el rey Arturo se prometió a mi señora la reina Ginebra y se iban a celebrar las bodas, todos los altos hombres vasallos del rey acudieron a esta tierra para recibir sus feudos y para rendirle homenaje. Unos quince días después de que se celebraran las bodas, el rey Ban, vuestro padre, iba cabalgando por este bosque con sus caballeros. Al llegar a esta torre encontró bajo los árboles que habéis visto a seis doncellas que bailaban y cantaban una canción nueva que acababan de hacer por la reina Ginebra. En medio del corro había un trono en el que estaba sentada una de las doncellas más hermosas del mundo, hija de rey y de reina. El rey Ban era de avanzada edad y a pesar de todo no había en toda su compañía ningún caballero tan alegre como él. Se detuvo para ver el baile, y tenía a su lado a un primo suyo que era clérigo muy bien proporcionado en los miembros, alegre, entretenido y que cantaba bien, pero que nunca había amado con amor y era el hombre que más sabía en el mundo de nigromancia y de encantamientos. El rey contempló a las doncellas que cantaban y el clérigo que era joven miró a la que estaba en el trono y vio que era hermosa y agradable, de forma que le pareció que en buena hora había nacido quien recibiera la alegría de esta doncella; se enamoró tanto que dijo que no volvería a tener gozo si no la poseía, pero no veía cómo podría conseguirlo.

Después de que el rey contemplara un buen rato el baile, dijo que estaría mucho mejor si cada dama estuviera con un caballero: mandó que descabalgaran seis caballeros que iban con él y les hizo tomar parte en el baile de forma que cada doncella tenía un caballero. Cuando la del trono vio esta compañía, dijo que en buena hora habría nacido quien mantuviera tal acompañamiento y tales bailes el resto de su vida en su presencia. Al oír hablar de esta forma a la doncella, el clérigo le contestó:

—Doncella, si queréis, tendréis una compañía mucho mejor que ésta y mejores danzas, pues durará siempre que haya buen tiempo, tanto en invierno como en verano.

—Por Dios, me gustaría mucho, y no hay cosa que yo no haría con tal de que fuera tal como vos decís, pues no podría tener mejor deleite ni más agradable que ése.

—Si quisierais darme vuestro amor y prometerme ante mi señor, que está aquí, que mientras yo viva no tendréis otro amigo, lo haría mejor aún de lo que decís y os diré cómo: mantendré a los que ahora están, de forma que el resto de su vida no se cansarán ni se hartarán de bailar y bailarán en invierno y en verano, siempre que haga buen tiempo y no les molestará más de lo que les molesta ahora. Como serían pocos, por si llegan más, haré que todos los que a partir de ahora entren en este prado, si aman o han amado con amor, se queden con ellos a bailar de modo que no se acuerden de nada más que de eso; en cuanto lleguen, se pondrán a bailar; si vienen armados, armados, y si vienen desarmados, desarmados; bailarán todos los días hasta la hora de vísperas y luego entrarán en la torre a cenar y a descansar durante todas las

noches. Nadie, que no ame o haya amado podrá quedarse, pues entre la gente que está contenta no debe haber nadie que no tenga alegría y no puede haber gran alegría si no se ama o ha amado. Este baile durará mientras vivamos y después de nuestra muerte continuará hasta que llegue el más noble caballero y el mejor, el más hermoso; el día en que llegue, terminará el baile, y acabará del mismo modo que comenzó, pues se comenzará por vos, doncella, que sois a mi juicio la doncella más hermosa del mundo y no terminará hasta que el caballero más hermoso venga. De esta forma empezará con la belleza y terminará por la belleza.

Cuando la doncella oyó esto, lo tuvo todo por mentira y pensó que no lo podría hacer de ninguna forma, por lo cual le prometió hacer lealmente lo que él quisiera y él le contestó que no pedía nada más. A continuación hizo el encantamiento y cambió a los caballeros que el rey Ban había hecho entrar en el baile, de forma que ninguno de ellos pudo marcharse y lo mismo hizo con las doncellas de la joven. El rey, al ver que la cosa era tan cierta, dijo que no podría emplear mejor su corona que dándola al mejor caballero del mundo y al más hermoso, y por eso la dejó en el trono, para que la tuviera aquel que pondría fin a los encantamientos. Después se marchó el rey y se quedó el clérigo con la doncella, con la que hizo todo según su voluntad, tal como ella le había prometido. Cuando los de esta tierra oyeron hablar del asunto, empezaron a venir para ver las maravillas y hubo muchos que no pudieron regresar, sino que quedaron retenidos por la fuerza del encantamiento, de forma que yo vi en un solo día a ciento cincuenta que se quedaron. De este modo duraron los bailes más de catorce años: eran extraordinarios, pero la doncella empezó a cansarse y le rogó a su amigo que deshiciera el encantamiento, a lo que él le contestó que no podía ser deshecho antes de que se cumpliera el plazo que había puesto.

—Os ruego, pues, si me amáis, que hagáis otro hechizo por el que podamos divertirnos; que sea hecho con tanta sutileza que todos los que lo vean lo tengan como gran maravilla.

Él le contestó que así lo haría, ya que ella se lo pedía.

Entonces construyó un ajedrez de oro y de plata, el más rico y el más hermoso que nunca se hizo ni se vio, y él mismo hizo el tablero con una piedra preciosa que valía más de mil libras. Cuando ya tuvo las piezas y el tablero, los llevó un día después de cenar ante la doncella y le dijo:

—Mirad este juego de ajedrez, doncella, nunca visteis otro igual.

—¿Por qué?

—Por Dios, os lo voy a mostrar.

Coloca entonces las piezas en su sitio, como si fuera a empezar a jugar y le dice a la doncella que tome las que quiera, pues iban a jugar.

—¿Contra quién voy a jugar? No será contra vos, que no sabéis nada en comparación conmigo.

—Jugad lo mejor que podáis, pues no conseguiréis hacerlo tan bien como para que no os dé mate en el ángulo.

Al oír estas palabras, adelanta un peón para ver qué pasaba; al instante se adelantó otro peón sin que nadie lo tocara. Al ver que las piezas mismas juegan contra ella sin ayuda de nadie, se esforzó en jugar con gran habilidad, para ver el final; sabía más del juego de ajedrez que ninguna mujer de aquel tiempo; pero no supo jugar tan bien como para no recibir mate en el ángulo. Cuando vio el juego, dijo que allí había una gran maestría y que había sido construido con gran saber; luego le preguntó si recibirían mate todos los que jugaran.

—No, pues vendrá un caballero agradable y discreto, amado sobre todos los demás y que sabrá tanto del ajedrez y de otros juegos que no encontrará a nadie que se le pueda comparar en el mundo en sutileza; por él recibirán mate estas piezas y todos los demás perderán, menos él; la virtud de este juego durará mientras él viva, pero cuando muera, dejarán de jugar las piezas por sí mismas.

De esta forma el clérigo hizo el baile que habéis visto por la razón que os he contando y le puso como término, según me parece, hasta que vos llegaraís. Después de que jugó la doncella mucho tiempo al ajedrez y el juego también fue muy utilizado, murió el clérigo y murió la doncella por quien había sido hecho y todos los demás quedaron retenidos por el encantamiento del que no podían salir y del que no hubieran salido si no hubiera sido por vos. Que Dios sea agradecido por haberos traído aquí, ya que han salido de la locura y han recobrado la memoria; aunque no hubierais hecho otra cosa buena en todo el mundo, nada más que por esto os debería alabar y apreciar toda la gente, pues habéis recibido un gran honor.

—Ahora, ya que esta aventura ha terminado, tengo que ver la del ajedrez, pues de otra manera no podría irme de aquí sin recibir afrenta.

El anciano ordena que traigan inmediatamente el ajedrez, y así lo hacen; lo colocan encima de una manta forrada. Lanzarote contempla las piezas un buen rato, pues eran bellas, ricas y labradas con gran habilidad; coloca las de plata en su sitio y luego hace lo mismo con las de oro. Después de poner las piezas, tal como debía ser, empieza moviendo el peón de delante de la reina, y los otros hacen lo mismo. Después de jugar con el peón, mueve otras piezas hasta que acosa al rey en el ángulo y le dice: «Mate con un peón».

Cuando los de dentro ven esto, lo tienen por admirable y le dicen a Lanzarote:

—Señor, el juego es vuestro, pues habéis ganado la partida. Y ya que no habéis sido vencido aquí, tened por seguro que nunca en vuestra vida recibiréis mate, ni seréis derrotado por las armas, igual que no lo habéis sido por estas piezas, pues habían sido hechas simbolizándoos a vos y a vuestra valentía: es una cosa que os debe tranquilizar mucho.

Contesta que le alegra mucho y que no había oído nunca nada que le tranquilizara

tanto.

Luego, empiezan a jugar y a divertirse todos los de allí, pues están muy contentos porque Dios los ha liberado gracias a Lanzarote; disponen la comida, porque ya era el momento. Aquella noche Lanzarote tuvo todo lo que deseó, que todos los del lugar se esforzaron mucho tanto por amor a él, como porque los había puesto en libertad. Después de cenar, le hicieron la cama en una habitación muy hermosa, un poco alejada de la gente para evitar el ruido, que no le molestara, pues querían servirle según su voluntad en todo.

Por la mañana, cuando se despertaron y después de vestirse, Lanzarote tomó las armas y le preguntó a un caballero del reino de Logres si podía llevar un mensaje.

—Por Dios, buen señor, no hay en el mundo un lugar por alejado que esté, si las gentes pueden ir a él, al que yo no vaya con mucho gusto por vos y por tener vuestro agradecimiento.

Lanzarote le da las gracias y le contesta:

—Os ruego como recompensa y como servicio que vayáis a Camalot, donde encontraréis a mi señor el rey, según creo, y a mi señora la reina. Saludadlos a los dos de mi parte y presentadle a mi señora este juego de ajedrez; decidle que se lo envío y contadle cuál es su virtud, y cómo he vencido.

El caballero le responde que con mucho gusto llevará ese mensaje.

Toma las piezas y el tablero y monta a caballo, dejando a Lanzarote y a los de allí, cabalga hasta que llega a Camalot, donde encuentra los estrados de madera que ya habían sido levantados para el torneo; tenían media legua de largo. Cabalga por la pradera, entra en la ciudad, que era muy rica y abundante de todos los bienes; continúa hasta que llega al patio y allí desmonta delante de la sala principal; entrega a un muchacho su caballo para que lo guarden y se dirige al salón, en el que encuentra al rey sentado entre sus nobles, tomando consejo de lo que podría hacer en el torneo, al que acudirán todos los altos hombres del mundo, según le han dado a entender. A su lado estaba la reina, vestida con tanta nobleza y tan bien engalanada que mejor sería imposible. El caballero, que conocía al rey y a la reina, se arrodilla ante ellos al acercarse, y los saluda de parte de Lanzarote del Lago. El rey se pone en pie de inmediato y corre a abrazar al caballero, pues se alegra mucho de la noticia; le pregunta qué tal estaba su amigo Lanzarote y él contesta que no hace mucho lo dejó sano y salvo.

Luego toma las piezas y el tablero del ajedrez, que estaban en un forro de seda, se arrodilla ante la reina y le dice:

—Señora, mi señor Lanzarote os envía este ajedrez convencido de que no habéis visto nunca uno tan admirable, aunque tal vez hayáis visto semejante en riqueza.

Cuando la reina oye esto, se pone muy contenta y toma el ajedrez para verlo; el rey y todos los demás nobles se vuelven a sentar, pues deseaban ver lo extraordinario del juego. El caballero les dice que es hermoso y rico, y en ello coinciden todos, diciendo

que nunca vieron otro semejante en belleza y riqueza. Luego, el caballero coloca las piezas tal como deben estar, y cuando ya están preparadas para jugar le dice al rey:

—Señor, escoged al que más sepa y haced que juegue. Os digo que no sabrá tanto como para que no reciba mate en el ángulo.

El rey le responde que jugará él personalmente.

—No lo hagáis, señor —le contestan sus nobles—, pero dejad que sea mi señora la reina la que juegue, que sabe más que todos los que estamos aquí dentro.

El rey lo acepta. Hace que la reina se siente a jugar y ésta comienza lo mejor que sabe; pronto se sorprenden los presentes al ver que las piezas juegan ellas solas contra la reina: lo consideran encantamiento, y así era sin lugar a dudas. La reina se esfuerza en jugar bien y pone todo su entendimiento en ello, porque habían venido a ver el juego muchos hombres importantes; pero a pesar de todo, no supo lo suficiente como para no recibir mate al final. Comienza a reírse todo el mundo en el salón al ver que la reina ha perdido el juego, el rey se burla de ella y la reina le pregunta al caballero que lo había traído si Lanzarote había jugado con el ajedrez.

—Señora, sí.

—¿Y cómo le fue? ¿Fue burlado?

—Señora, no, sino que ganó el juego.

—¿Qué puedo decir de Lanzarote? —dice el rey—. Ni en valor, ni en belleza, ni en ninguna virtud del caballero puede ser superado. Que Dios no me ayude, señora, si no os ha hecho un regalo muy hermoso enviándoos este ajedrez; agradecédselo cuando lo veáis, pues nunca ningún caballero hizo tan buen regalo a una reina.

Luego, hace que le den al que lo había llevado buenas armas y dos caballos, dos pares de vestidos y tanta vajilla como quiso. La reina por su parte también le dio tanto que quedó rico para el resto de su vida.

De esta forma esperan hasta las octavas de la Magdalena, en que el torneo debía tener lugar. Lanzarote, que dejó a los que había liberado del baile, tomó un criado y lo envió al ermitaño con el que había estado la noche anterior; le hizo saber la verdad, de cómo le había ido todo y le pidió que quitara el cartel que había escrito encima del poyo, pues ya había terminado la aventura en la que quedaban los caballeros. Cuando el santo ermitaño oyó la verdad, se puso muy contento y quitó de inmediato las letras, tal como Lanzarote le había pedido.

Lanzarote cabalgó durante todo el día por el bosque, hasta la hora de prima en que se encontró con un caballero armado con todas las armas, montado sobre un gran caballo veloz y fuerte. Lanzarote lo saluda al acercarse a él, pero éste no le contesta nada, sino que le pregunta:

—Señor caballero, ¿quién sois?

Le contesta que es un caballero de la casa del rey Arturo:

—Y me llamo Lanzarote del Lago.

—Por mi cabeza, en mala hora vinisteis por este camino, pues moriréis antes de que el día termine.

Después de hablarle así, se vuelve por el mismo camino que había traído, tan deprisa como su caballo puede ir y amenaza a Lanzarote, diciéndole que lo pagará caro antes de lo que piensa. Al oír que lo amenaza de esta forma, Lanzarote le grita:

—Señor caballero, por mi cabeza, en mala hora me amenazáis. Antes lo pagaréis vos, a pesar del daño que me pueda sobrevenir.

A continuación, lo persigue con la lanza bajada; cuando el caballero lo ve venir hacia él, no se atreve a esperarlo, sino que se da a la fuga; Lanzarote, al ver que no puede alcanzarlo, deja la persecución y el otro se marcha con miedo de morir.

Lanzarote cabalga hasta que llega a un terreno pantanoso junto a una torre: allí ve a una gran compañía de caballeros armados a la puerta: eran treinta o quizás más. Al verlos dispuestos en medio del camino, se pregunta sorprendido qué puede ser, pues no pensaba de ningún modo que lo hicieran por él: se acerca a los caballeros y éstos le gritan cuando ya está cerca, que se dé por muerto; todos a la vez le atacan. Lanzarote no los teme, pues nunca tenía miedo por nada de lo que pudiera ocurrir; se dirige al primero que venía y lo golpea, metiéndole la lanza en el cuerpo. Mientras tanto lo alcanzan más de diez, matándole el caballo y haciéndole caer al suelo; Lanzarote no aparenta preocuparse por el caballo; se pone en pie rápidamente y desenvaina la espada muy enfadado porque le habían sorprendido de aquella forma; empieza a golpear a su alrededor y destruye todo lo que alcanza, yelmos y escudos, mata caballeros y es tan rápido y tan ágil que no hay nadie que lo vea que no lo tenga por maravilloso: se defiende tan bien que nadie lo podía igualar. Pero los otros lo acosan de cerca, que no quieren dejarlo, y le golpean fuerte donde pueden, aunque no es frecuente, ya que se defiende de forma tan extraordinaria que no hay nadie que se atreva a acercarse, si no es en ataques rápidos. Pero a pesar de todo le han hecho tantas heridas pequeñas y grandes que pierde bastante sangre; no se encuentra cansado ni fatigado, sino que continúa dando grandes tajos por delante y por detrás, y defiende su vida de tal modo que no hay quien no lo tenga por maravilloso. A algunos de los que le atacan les pesa, pues ven que es muy valiente y no querrían hacerle ningún daño. Se adelanta un caballero, el mayor de todos ellos y el armado con más riqueza, coge a Lanzarote por los brazos y él hace lo mismo y caen los dos al suelo, de forma que Lanzarote queda encima y el otro debajo. Al punto, se le echan todos encima a Lanzarote y le quitan la espada de la mano a la fuerza, le arrancan el yelmo de la cabeza y lo desarman, diciéndole que se rinda o que lo matarán; él contesta que lo mismo le da que lo maten o que lo dejen. Le dan grandes golpes con el puño de las espadas en la cabeza haciéndole brotar la sangre por más de siete sitios, y le causan mucho daño; pero él no dice nada, ni aparenta que le importe mucho. En esto, se levanta el gran caballero que lo había cogido por los brazos y se le acerca con la espada desenvainada, fingiendo que va a

cortarle la cabeza. Lanzarote que ve la espada venir, no se mueve de su sitio, sino que no muestra ningún miedo.

Al ver a Lanzarote con tal actitud, le dice:

—Ladrón, ciertamente es verdad lo que se dice de ti, pues todos cuentan que eres el más atrevido que hay y bien lo veo, pues no te afliges por nada de lo que oyes, y te mantienes firme, como si no quisiéramos hacerte ningún daño: cualquier otro habría muerto de miedo. Pero de poco te sirve, pues morirás antes de escapar, aunque no te mataré con mi espada, ni con un cuchillo, sino que haré que mueras con la peor muerte que ha recibido ningún caballero.

Luego, hace que lo desnuden completamente y que lo dejen en calzas; ordena que cuatro servidores grandes y traidores lo golpeen con correas llenas de nudos, hasta que hacen que la sangre le brote por todas partes. Lanzarote no dice nada, ni aparenta que le estén haciendo daño; ya lo habían golpeado tanto que la sangre goteaba hasta el suelo. Cuando se sienten cansados y hartos, lo dejan, mientras que el caballero que había ordenado hacer todo esto, manda que lo bajen a un pozo profundo y negro, horrible, lleno de culebras y de gusanos, con el agua mala y envenenada.

Abajo, Lanzarote sintió el agua fría y profunda, maloliente por la presencia de los gusanos y por el veneno de las culebras; el agua le daña mucho en cuanto llega abajo, pues estaba completamente desnudo, ya que sólo tenía las calzas. Apenas llegó al agua, como estaba caliente por el esfuerzo que había pasado, se desmayó por el frío que había; se golpeó con fuerza contra una gran piedra, que le causó una herida en la cabeza. Cuando las culebras y los otros gusanos sienten la sangre fresca y cálida que salía de él, corren a las piernas y le muerden por todas partes, causándole tanto daño y tanto pesar que nunca tuvo otro mayor, y ahora sufre tanto como se podría pensar. Se defiende como puede y con las manos desnudas coge las culebras, las aprieta y les rompe la cabeza, matando a todas las que puede alcanzar. Pero está tan envenenado que cree que va a morir sin confesión, pues cuando piensa sacar las piernas fuera del agua, las nota tan hinchadas y tan abotargadas que le sorprende cómo el veneno ya le había empezado a hacer efecto. Se lamenta en su corazón por la desgracia que le ha sobrevenido de forma tan súbita y dice:

—Buen Señor Dios, ¿dónde os he causado un daño tan grande como para merecer morir con una muerte tan vil como la muerte que según me parece voy a tener? Ahora veo bien que nadie me socorrerá, ni me ayudará, pues no ha nacido quien me pueda encontrar aquí: moriré como desdichado y desafortunado y como el hombre más desgraciado que ha nacido. Dios, ¿por qué permitisteis que naciera de la buena reina de Benoit para morir con una muerte tan vil y tan mala que ningún hombre tuvo otra semejante, ni creyente, ni infiel? Al menos, cuando mueren, todos vuelven a su primera madre, la tierra, y son enterrados dentro sin que a los familiares les lleguen malas noticias. Pero yo, desdichado, desafortunado, estoy rodeado por todo lo malo que la

misma tierra tiene, según se dice, y se me tiene de forma tan vil que la tiente no se dignará en recibir mi mala carroña, sino que quedará entregada como pasto a animales tan bajos como son los gusanos. Dios, ¿hubo alguna vez un hombre entregado a peor martirio que el que yo padezco, a pesar de que procedo de la familia más alta que se conoce? Ay, Dios, ¡cuánto perderá la Mesa Redonda con esta muerte! ¡Ay, Boores, mi dulce amigo, vos que habíais empezado las más altas hazañas de todo vuestro linaje, cuánto perderéis con esta muerte! Si yo viviera mucho, haría que se os pusiera una corona de oro en la cabeza, pues en vos estaría mucho mejor que en mí. Y vos, mi señora la reina, que me habíais colocado en el alto lugar en el que estaba y por la que yo he hecho las grandes hazañas de las que había el mundo, ciertamente no sé qué deciros, sino que Nuestro Señor os tenga en la gran felicidad en la que os ha puesto y que os mantenga el gran poder que tenéis; señora, que nunca sepáis nada de esta vil muerte, ni vos, ni nadie que me haya visto en este mundo, pues ciertamente mi alma estaría más triste y más afligida para siempre.

Lanzarote se lamenta por su desgracia y se queja a sí mismo, hasta que la noche llega oscura y negra. Se sienta en una piedra que había en el pozo y acusa a la Fortuna:

—¡Ay, Fortuna, qué falsa y esquivada eres; cambias como el viento! Eres muy traidora y desleal, pues me habías hecho subir por encima de todos los hombres en belleza y en valor y en todas las demás virtudes por las que se debe ser alabado, y ahora me habéis hecho caer con tanta fuerza que no puedo morir sobre la tierra, como los animales mudos, sino que me habéis escondido en el lugar más profundo de todos los sitios desagradables que tenéis. Antaño me pusisteis en vuestra rueda mayor, y ante mí sujetabais el espejo de todas las felicidades en el que yo me miraba y me veía tan bien que no debía estimar en nada a cualquiera que se me comparara; ahora me habéis hecho todo lo contrario, pues me veo como el más desdichado y el más desafortunado que existe, pues no puedo tener ni siquiera mi propia voluntad, como tendría el más pobre de los hombres: por rico me consideraría y no me quejaría de mi destino si los pájaros del aire, las cornejas y las garzas o los animales del bosque, los leones o los osos hubieran comido de mi carne y se hubieran saciado, de forma que el resto no se hubiera perdido demasiado. Pero mi fin será tal que los animales más viles que salen de la tierra se comerán mi carne y mis huesos. ¡Ay, Dios, preferiría no haber sido concebido ni engendrado antes que llegar a tan desgraciado final!

Mientras se lamentaba de esta forma, se acercó a aquella parte una doncella y se apoyó en el pozo y dijo:

—Señor caballero que estáis ahí abajo y al que las gentes tanto odian, decidme cómo os llamáis.

Lanzarote levanta la cabeza y mira hacia arriba, pero no la puede ver porque el pozo era demasiado profundo y porque la noche era demasiado oscura.

—Doncella —le contesta—, me llamo Caballero Desventurado, que antaño fui el

mejor de todos los demás.

Cuando la joven oye estas palabras siente una gran compasión y dice:

—Ay, señor, por Dios no os preocupéis, pues Nuestro Señor os podría socorrer si quisiera. Si os parece bien, decidme vuestro nombre a pesar de todo, pues no recibiréis ningún daño por ello, si Dios quiere.

Le contesta que se llama Lanzarote del Lago.

—¿Lanzarote? ¿Qué decís? Por Dios, si sois el Lanzarote que fue hijo del rey Ban de Benoic, no permaneceréis más tiempo aquí, sea cual sea el daño que yo reciba.

Él le dice que fue hijo del rey Ban de Benoic.

—Por mi cabeza —contesta la doncella—, no seguiréis ahí, pues sería una gran lástima que murierais en un lugar tan vil.

La doncella se marcha entonces de allí y se dirige a una habitación suya, toma una cuerda gruesa, larga y fuerte y regresa al pozo donde Lanzarote estaba sufriendo y apesadumbrado por su desgracia, pues cree que no podrá salir jamás. La doncella le arroja la cuerda hasta que éste la puede tocar y la sujeta entre las dos manos; luego, la muchacha le dice:

—Señor, ¿cómo os puedo sacar si soy débil y de pocas fuerzas?

—Doncella, ya que queréis sacarme de este peligro, os diré lo que podéis hacer, porque sois tan débil que no podríais sacarme tirando de mí hacia arriba. Atad el cabo de la cuerda que tenéis a una de las encinas con tanta fuerza que no se pueda desatar y yo subiré por el trozo de cuerda que me quede.

La doncella le contesta que así lo hará. Anuda a una encina la cuerda y luego le dice:

—Señor, ya podéis subir, pues la cuerda está bien atada tal como dijisteis.

Lanzarote se sujeta a la cuerda y sube rápido y ágil como hombre de gran fuerza que era. Cuando ya se encuentra fuera del pozo, no siente ningún daño ni ningún dolor que haya pasado, pues está tan contento de su liberación que piensa que nunca verá nada que le desagrade; le da las gracias a la doncella de todo corazón. Cuando ésta lo ve desnudo completamente, salvo las calzas, siente gran compasión y le dice:

—Señor, id hacia esos árboles para que nadie os encuentre y esperadme, que volveré con vos.

Lanzarote le contesta que lo hará con mucho gusto. Pero antes de que la doncella se vaya, le dice:

—¿Quiénes son los de aquí, decídmelo, los que me han causado tales daños y pesares, sin haberlos merecido que yo sepa?

—Señor, os lo diré, pero cuando vuelva.

Entra la doncella en la torre y cierra el portillo por el que había salido, para que nadie saliera y pudiera ver a Lanzarote. Pero todo lo que había hecho lo vio uno de los servidores y supo que había sacado del pozo a Lanzarote. Entonces va a su señor y le

dice:

—Señor, vos odiáis a Lanzarote más que a nadie en el mundo por vuestro tío, el duque Karlés, al que mató y por uno de vuestros hermanos, al que hirió mortalmente, por eso lo habéis apresado a la fuerza con mucha gente y lo habéis puesto en un lugar del que pensáis que no podrá salir jamás.

—No saldrá ciertamente, tenlo por seguro; antes morirá, pues no podría atormentarlo con una muerte más cruel.

—Señor, sabed que ya está fuera, pues vuestra hija lo ha sacado con una cuerda que le llevó.

—Por Dios, eso lo voy a ver ahora mismo.

Llama a cuatro de sus caballeros, en los que más confiaba, y hace que se armen rápidamente; él mismo se armó y luego les dice que le sigan. En la puerta principal les pone al corriente de lo que el criado le había contado y les dice que su hija había sacado a Lanzarote del pozo en el que lo habían metido.

—Creo —añade— que ha vuelto a entrar para llevarle ropa y guarnición; cuando esté vestido y armado, pienso que se irán juntos: por eso quiero que esperemos aquí hasta que veamos lo que hace mi hija.

Los otros le contestan que les parece bien, ya que así lo desea. La luna había salido, de forma que se podía ver claro el camino, y la doncella que estaba vigilando no se dio cuenta de la emboscada que le había tendido su padre; se dirige al portillo por el que había salido la otra vez lo abre y sale, yendo hacia donde pensaba encontrar a Lanzarote.

Este, al verla, le va al encuentro desnudo como estaba; la doncella le da un vestido de seda roja, cota y manto; Lanzarote lo toma y la joven le dice:

—Señor, venid esta noche conmigo y podréis dormir a gusto en mi habitación; por la mañana, antes de que el día aparezca, os daré armas y caballo y yo tomaré un palafrén; nos iremos juntos, pues no quiero quedarme más aquí, porque mi padre es demasiado traidor y cruel.

Lanzarote le contesta que teme entrar desarmado, porque puede ser descubierto.

—No temáis, pues os acompañaré de forma segura.

—Id pues, que yo os seguiré a dondequiera que vayáis.

La doncella va al portillo y entra, y Lanzarote la sigue; se dirige hacia una pequeña habitación que había al pie de una torre; iban a entrar en ella cuando el padre de la doncella les ataca con otros catorce completamente armados; lo apresan a él y a la doncella; los golpean y maltratan tanto que por poco la doncella no muere, pues era tierna y no había aprendido a soportar el dolor. Lloro la joven y se lamenta diciéndole a Lanzarote:

—Buen señor, ciertamente lo siento más por vos que por mí, pues todos estos daños los tenéis ahora por mi culpa, que os he traído aquí, pero Dios sabe que no lo hacía

por causaros mal, sino por generosidad y por agradar a Dios.

Cuando Lanzarote la ve llorar tiernamente, el corazón le oprime, la sangre le sube a la cabeza y el rostro se le enciende; está airado, y le parece que perderá el sentido.

Entonces se desprende de los dos que le sujetaban y le quita a uno la espada, dándole al otro tal golpe que la cabeza le vuela a la distancia de una lanza y cae muerto. Vuelve y golpea a otro con tanta fuerza que le parte el yelmo y le mete la espada en la cabeza derribándolo muerto al pie de la torre. Cuando los demás ven este golpe, no se atreven a esperarlo, sino que se dan a la fuga y entran en el salón, encerrándose por miedo a morir; Lanzarote los sigue, pues no quiere dejarlos. La doncella le dice:

—Buen amigo, por Dios, regresad, os matarán si seguís.

—Doncella, no os preocupéis, pues si Dios me ayuda, los golpearé de tal manera que no habrá uno solo que no sienta miedo de morir y que no pierda el sentido y la fuerza.

Se quita el manto para ir más ligero y entra en el salón con la espada en la mano; allí se encuentra hasta veinte caballeros, que estaban contemplando a dos que jugaban al ajedrez. Se mete entre ellos encolerizado y airado por el dolor y por el sufrimiento que había pasado durante todo el día; empieza a cortar cabezas, brazos y hombros y los hace huir a uno por una parte, a otro por otra y mientras los va matando: es como el lobo que viene del bosque y cae repentinamente entre el ganado, matando y estrangulando a las ovejas antes de que se hayan dado cuenta de su presencia; del mismo modo hace Lanzarote, pues estaba en ayunas y hambriento de matarlos. Los caballeros se espantan, como corderos, y no piensan en defenderse, pues pierden los ojos y la memoria con el miedo de la muerte. Lanzarote mata y malhiere a su voluntad y en poco rato consigue dar muerte a catorce, cuyas almas han ido a su destino; corre por las habitaciones y por los pisos superiores para ver si encontrará a alguien más. Por fin, en la habitación principal encuentra al señor y le ataca la espada alzada pensando herirle en medio de la cabeza; éste no se atreve a esperar el golpe, pues siente pavor a la muerte y se arroja por una ventana para salvar la vida, cayendo sobre un montón de piedras y rompiéndose el cuello, con lo que muere de inmediato.

Al ver Lanzarote que éste se le ha escapado, regresa a la sala por si encuentra a alguien más al que pueda matar; pero cuando ve que no encontrará a nadie por ninguna parte, regresa adonde había dejado a la doncella; ésta le pregunta qué ha hecho.

—Por Dios, creo que no ha quedado nadie vivo, pues he matado a todos los que he encontrado.

—Ay, desgraciada de mí, qué malas noticias son esas. Creo entonces que habéis matado a mi padre, que entró delante de vos.

—Por Dios, no conozco a vuestro padre, porque creo que no lo he visto nunca, pero he matado a todos los que he encontrado; vamos a ver.

La doncella sube y encuentra la sala alfombrada de muertos, de forma que el lugar estaba completamente ensangrentado, por todas partes, con la sangre que se había extendido; se persigna por el miedo que siente. Busca por arriba y por abajo a su padre, y al no encontrarlo piensa que no ha muerto, sino que habrá huido y eso la consuela un poco. Luego, le pregunta a Lanzarote qué va a hacer con aquellos cuerpos.

—Eso lo veréis en breve.

Se dirige entonces a las ventanas de la sala, las abre y empieza a coger cuerpos, uno tras otro y a arrojarlos al foso. Después de haber limpiado el salón, la doncella le da de cenar, pues sabía que no había comido nada en toda la noche. Luego, hace que se acueste en una habitación, en una cama muy hermosa, y le dice:

—Señor, bien podéis descansar hasta que llegue el día, y cuando vaya a amanecer nos iremos los dos, porque no podemos permanecer aquí mucho tiempo, pues sé que mi padre se ha ido y no cesará de buscar ayuda por todas partes por donde pueda, cerca y lejos; si nos puede sorprender, hará todo lo posible para mataros.

Lanzarote le contesta que hará lo que ella desee, pues está a su servicio. Se duerme como quien había sufrido mucho durante todo el día y estaba envenenado, lo que le causaba gran dolor. La doncella cierra muy bien las puertas para que no fueran sorprendidos por alguien que deseara hacerles algún mal. Le preparó a Lanzarote buenas armas y un buen caballo, para que lo tuviera todo dispuesto cuando se despertara.

Después se acuesta y se queda dormida de inmediato; al dormirse tuvo un sueño, antes de despertarse, que le produjo un gran temor, y volvió a tener el mismo sueño antes de que hubiera pasado mucho tiempo, tal como la misma historia lo cuenta. Le pareció que salía de una casa tenebrosa y negra y que iba acompañada por un leopardo a una tierra que no conocía. La acompañó durante mucho tiempo a solas, hasta que ella lo dejó y se marchó. Entonces le llegaba un mastín horrible, de mal aspecto, que le decía:

—Doncella me habéis quitado mi caza, y es justo que perdáis la vida por ello.

Entonces arrojaba llamas de sus fauces, quemándole el vestido sin que ella pudiera evitarlo, pero el leopardo regresaba y apagaba el fuego. La doncella se quedó tan espantada con este sueño que salió completamente desnuda de la cama, se levantó y miró a su alrededor por si veía al mastín que la había quemado, según le parecía. Al darse cuenta de que era un sueño, se tuvo por engañada.

Se viste y se prepara y va junto a Lanzarote, pues ya era hora de ponerse en marcha según cree, lo despierta y le dice:

—Señor, levantaos, pues ya es hora de que nos vayamos. Que Dios nos lleve a salvo más de lo que estamos aquí.

Lanzarote se levanta, se viste y se prepara, pero se encuentra tan envenenado por los pies que apenas se puede mantener de pie. A pesar de todo, se arma y toma su propia

espada, pues el señor se la había dado a la doncella cuando Lanzarote fue apresado. Después de armarse, le dice a la doncella que monte, ya que quiere irse con él. Esta le había preparado toda la riqueza que había allí y la había guardado en dos cofres, y pensaba llevársela a donde fuera, pues ha dispuesto bien su viaje. Monta el mejor palafrén, Lanzarote tenía un caballo grande, fuerte y rápido; de esta manera se marcha mucho antes de que amanezca y cabalgan a la luz de la luna por el bosque, siguiendo el mejor camino que encuentran.

Poco antes de que sea de día llegan a una llanura que queda fuera del bosque. La doncella se detiene y le dice a Lanzarote:

—Señor, ¿habéis oído lo que yo he oído?

—Sí.

Prestan atención un poco más y oyen lejos de ellos una voz que necesitaba ayuda al parecer.

—Señor, id hacia allí a ver qué pasa; yo os esperaré aquí. Si es que necesita ayuda, por Dios, no dejéis de prestarla.

Lanzarote le contesta que así lo hará. Se marcha y deja a la doncella bajo un olmo a la sombra del bosque; va rápido hacia donde había oído la voz y no tardó mucho en oír otra voz: «¡Santa María, ayuda, ayuda!». Pica espuelas hacia allí, para ver qué es, pues le parece que es la voz de una mujer; llega a ver un pabellón plantado delante, cerca de una fuente. Ante el pabellón había un caballero armado, a caballo, que tenía a su lado a una doncella completamente desnuda, salvo la camisa, a la que golpeaba y arrastraba por las trenzas, haciéndole todo tipo de afrentas y villanías que podía sin matarla.

Los pájaros cantaban en el bosque, pues ya era la hora de prima. Lanzarote, que ve a la doncella de extraordinaria belleza, llorando con amargura y pidiendo ayuda todo lo que puede, se dirige al caballero y le dice:

—Noble caballero, tened piedad de esa hermosa doncella. Os debería censurar todo el mundo si le hacéis más daño del que ya le habéis hecho, pues nadie podría ponerle la mano encima sin cometer una mala obra, pues es demasiado hermosa. Os ruego que la dejéis en paz.

El caballero lo mira de través y le contesta:

—Así me ayude Dios, bien está eso, pero maldito sea quien me lo pide y quien lo haga por vos, sin hacer su voluntad.

—Buen señor, si queréis la dejaréis por mi súplica, y si sois cruel y orgulloso, que no queréis hacerlo, os prohíbo que volváis a ponerle la mano encima: si lo hacéis tarde os arrepentiréis.

—¿Me amenazáis por una mujer tan vil y tan desleal como ésta? Por mi cabeza, veréis cómo dejo de hacer mi voluntad por vos.

Entonces desenvaina la espada y le corta la cabeza, arrojándosela a Lanzarote al rostro y diciéndole:

—Señor caballero tomad, todo esto lo he hecho a despecho vuestro.

Cuando Lanzarote lo ve, siente un gran dolor, y está completamente encolerizado, pensando que la doncella ha muerto bajo su custodia, y nunca sintió tanta vergüenza por nada de lo que le había ocurrido como en esta ocasión; pero se dice que no volverá a tener honor ni alegría hasta haberla vengado del caballero que ha cometido semejante deslealtad. Desenvaina la espada y ataca al caballero para herirle en medio de la cabeza. Cuando éste ve el golpe, no le espera sino que se da a la fuga con el caballo fuerte y extraordinariamente rápido que tenía y se aleja picando espuelas.

Lanzarote lo sigue, porque no quiere dejarlo ni en el bosque ni en la llanura, hasta que lo alcance, pues no permitiría de ninguna forma que no fuera vengada la afrenta que le ha hecho.

De esta manera huye y Lanzarote lo sigue tan de cerca, que el otro suda sin cesar. Los dos tienen mucha fuerza y gran vigor, y no puede superar fácilmente uno al otro, pues el caballero era más ágil que Lanzarote; a pesar de todo, están tan cerca ambos que apenas los separa media lanza. El caballero tiene mucha suerte, pues su caballo no tropieza en ningún momento, porque si lo hubiera hecho habría sido alcanzado, y Lanzarote lo sigue con la espada en la mano y amenazándolo de muerte si puede alcanzarle; el otro no se preocupa, pues piensa que tiene un caballo que no se cansaría corriendo diez leguas. Lanzarote tiene buena montura, la mejor que podría tener. La persecución dura sin que el uno pueda dar alcance al otro, hasta que empezó a caer el día y el sol se escondía por las montañas; cabalgan de esta forma hasta que llegan a un valle en el que había un castillo muy grande y fuerte, rodeado de buenas murallas almenadas y alrededor del cual corría un río turbulento y ruidoso. El caballero que huía se dirige hacia allá, perseguido por Lanzarote; llegan al puente y lo atraviesan; y cuando se acerca a la entrada, el caballero empieza a gritar: «¡Baja la puerta corrediza!». Los que estaban en las almenas miran la puerta corrediza, creyendo que van a poder prender a Lanzarote, la dejan caer y baja como un rayo: sorprende a Lanzarote tan de cerca que le parte por el espinazo el caballo, de forma que la mitad queda fuera y la otra mitad dentro; pero él no recibe ningún daño, ni la silla que llevaba quedó perjudicada, ni la espada que sujetaba se le cayó de las manos, sino que la volvió a la vaina y corre tras el caballero a pie, se le echa armado sobre la grupa del caballo y lo sujeta por los costados diciéndole:

—Por la Santa Cruz, señor caballero, no me os escaparéis.

Lo hace caer al suelo y se echa encima de él. El caballero quedó malherido con la caída, pues se golpeó con la cabeza y tropezó de forma que por poco no se rompió el cuello, y además, le dañó mucho que Lanzarote le cayera sobre el cuerpo armado como estaba; se desmaya por el dolor que siente. Lanzarote le arranca el yelmo de la cabeza y le da un gran golpe en ella con el puente de la espada, dejándolo en tal situación que no puede decir ni una palabra, sino pedir misericordia. Pero Lanzarote no quiere

escucharle por amor a la doncella a la que había dado muerte a su despecho; a pesar de todo, el caballero le dice:

—Noble hombre, tened compasión de mí. Será una deslealtad y felonía si me das muerte, pues me doy por vencido y te pido misericordia.

Lanzarote sabe que tiene razón y piensa no matarlo, pues con su muerte no ganaría nada, aunque quiere ponerle una penitencia tal por la deslealtad que había cometido matando a la doncella, que se dará por bien pagado si la hace y sin duda la hará si no falta a su palabra. Le toma la espada y le dice:

—Me has causado tanto daño como ningún caballero me había hecho hasta ahora: tienes que prometerme, como pena, que harás lo que yo te mande.

El caballero así se lo promete, si es que puede hacer lo que le ordene y Lanzarote le toma la palabra.

—Has matado a esa doncella sin motivo y por eso quiero que hagas tanto que todas las doncellas que oigan hablar del asunto digan que has hecho suficiente. Te voy a decir cómo lo harás: irás adonde has matado a la doncella, recogerás la cabeza y el cuerpo y los colocarás delante de ti sobre tu caballo, llevándolos a la corte del rey Arturo. Cuando llegues allí, te presentarás a mi señora la reina, a las damas y a las doncellas y reconocerás el mal que has cometido, mostrándoles la dama que has matado y luego les entregarás tu espada; si ellas te quieren matar, tendrás que soportarlo y si te dejan libre, irás a la corte del rey Bandemagus y te presentarás a las damas de allí, del mismo modo y si quedas libre por común decisión, irás a la corte del rey de Norgales y te presentarás del mismo modo que en las otras; y si quedas libre del daño que has cometido, no volveré a pedirte nada, pues entonces habrás cumplido en todo mi voluntad.

El caballero le contesta que la penitencia le parece muy dura, pero que ya que tiene que cumplirla, se pondrá en marcha de inmediato sin esperar a más, pues querría concluir el asunto en su provecho y por su honor.

Luego le dice a Lanzarote:

—Vuestro caballo ha muerto aquí, se os debe devolver según me parece. Tomad el mío, pues no os puedo dar uno mejor y yo cogeré otro; me iré con vos hasta donde me encontrasteis.

Lanzarote le contesta que le parece bien, monta en el caballo del caballero y éste consigue otro bueno y hermoso, pues no había nadie allí tan atrevido que osara discutir al caballero, ya que la costumbre de aquel lugar era que no se atrevían a discutir por nada. Después de haber levantado la puerta corrediza, Lanzarote contempla su caballo, que había quedado partido en dos mitades y lo considera extraordinario, porque él no resultó herido.

A continuación se marcharon de allí juntos y cabalgaron hasta llegar a donde había muerto la doncella; Lanzarote tomó la cabeza y se la ató por las trenzas al cuello del caballero, de forma que le caía sobre el pecho y le ordenó que la llevará así, y él le

contestó que así lo haría. Luego, tomó el cuerpo y lo colocó delante de él, encima del cuello del caballo; cuando ya estaba dispuesto para ponerse en marcha, le dijo a Lanzarote:

—Señor, cuando llegue a la corte del rey Arturo, ¿quién diré que me envía? No sé vuestro nombre.

—Le dirás a mi señora la reina que os envía el caballero que le envió el juego del ajedrez y que te ha ordenado que cumplas esta pena por amor a las damas y a las doncellas.

Luego, se marcha el caballero y cabalga hacia la corte del rey Arturo siguiendo el camino más recto que conoce. Lanzarote se va por su parte hacia donde había dejado a la doncella; al llegar allí, no la encontró y la buscó por todas partes sin éxito. Al ver esto, teme que algunos de sus parientes se la hayan llevado para darle muerte, y lo siente tanto que no sabe qué hacer.

—Ay, Dios, ¿qué ha ocurrido con la más cortés y la más gentil de todas las doncellas que he conocido, la que me devolvió la vida hacia Dios, la que me sacó del mayor peligro en que he estado? Ay, Dios, qué pobre recompensa le he dado por los bienes que me había hecho.

Mientras se lamentaba de este modo, ve venir por una colina a un caballero completamente armado que galopaba muy deprisa. Lanzarote se dirige hacia él para preguntarle por la doncella; el caballero se detiene, se le acerca y le pregunta a su vez si ha visto pasar a dos caballeros y una doncella por el bosque. Lanzarote le contesta que si le daba noticias de lo que iba buscando, le aconsejaría en ese asunto según todos sus conocimientos.

—Decidme —le pregunta el caballero—, qué es lo que vais buscando y si sé algo, os lo diré con mucho gusto.

Lanzarote le cuenta que había dejado a una doncella a la salida del bosque y que no la puede encontrar.

—Por Dios, debe estar alrededor de media legua de aquí, pues la he encontrado en aquella colina, que se la llevaban cuatro caballeros.

Lanzarote le pregunta si estaban armados.

—Sí.

—¿Qué armas tienen?

El caballero se las describe.

—Os digo que los que estáis buscando no están lejos de aquí, pues los acabo de ver que pasaban por aquel camino.

Le señala el lugar.

—Ay, Dios —exclama el caballero—, estoy salvado.

Se separan y Lanzarote galopa por el camino que le ha indicado el caballero; pasa la colina y el valle, y llega a una gran llanura. Ve entonces delante de él a una legua de

distancia un castillo muy bien asentado, aunque pequeño. Se dirige hacia allí, pensando que encontrará a los que se llevan a la doncella. Cuando ya está cerca, ve delante de la puerta del castillo un gran fuego en medio del camino, que ardía con mucha claridad; se pregunta admirado por qué habrán encendido el fuego, se apresura deseando saber qué ocurre. Al llegar, se encuentra a la doncella a la que iba buscando, que había sido despojada de la ropa y le habían dejado sólo la camisa y pretendían lanzarla al fuego; había mucha gente alrededor para ver la justicia que se hacía de la doncella, aunque todos estaban desarmados, salvo cuatro. Cuando Lanzarote ve a la que iba buscando que la llevaban al fuego, lo siente mucho y saca de la vaina la espada, ya que no tenía lanza; ataca a los que la sujetan y golpea a uno haciéndole volar la cabeza, que cae al suelo; vuelve y golpea a otro, haciéndole rodar muerto. Cuando los demás lo ven, sienten miedo de morir y se dan a la fuga, unos por un sitio; otros, por otra parte, para salvar las vidas. Lanzarote los persigue, despedazándolos, abriéndolos y matándolos como si fueran animales mudos; deja tras de sí tan dolorosas huellas que hay más de veinte caídos, todos muertos; ha dejado tan vacía la plaza que no ha quedado nadie más que la doncella. Se dirige a ella y le pregunta cómo se encuentra.

—Señor, bien gracias a Dios; pero me hubiera ido mal si hubierais tardado más, pues pronto me habrían dado la muerte.

—¿Dónde están vuestro vestido, vuestro caballo y vuestros baúles?

—Señor, bajo aquel olmo.

Le indica el lugar y la lleva hacia allá, haciendo que se vista y que se arregle como estaba antes; luego la monta en el palafrén y se llevan las acémilas.

Se marchan de allí y reemprenden el camino.

—Señor —le dice la doncella—, os puedo contar la más extraordinaria aventura que he visto nunca; os diré en qué ha consistido.

Entonces empieza a contarle lo que había soñado la noche, de qué manera lo había soñado y el miedo que había tenido, que había hecho que se despertara.

—Ahora veo que todo lo que soñé me ha ocurrido, pues vos sois el leopardo que vi en mi sueño, que me daba compañía; el mastín era mi hermano, que me tomó a la fuerza cuando vos me dejasteis para ir en auxilio del grito que habíamos oído; el humo que de él salía era el fuego que había hecho encender, con el que me hubiera quemado y abrasado si vos no hubierais venido tan pronto, librándome gracias a vuestro valor.

Lanzarote se sorprende de todo lo que le dice; la doncella le añade que ciertamente todo le ha ocurrido despierta tal como le había ocurrido mientras dormía.

—Decidme cómo fuisteis traída aquí.

—Por mi fe, con mucho gusto. Cuando fuisteis a casa de mi padre, matasteis a todos los del castillo menos a mi hermano y a tres caballeros que habían acudido con él completamente armados; os espionaron durante toda la noche intentando cogeros por sorpresa. Cuando salimos esta mañana nosotros dos, no tuvieron tanto valor como

para atacaros, pues os veían armado. Os siguieron y dijeron que os seguirían hasta que vieran el momento para atacaros. Al ver que me dejabais completamente sola, vinieron a mí, me apresaron y me trajeron hasta un castillo que era de mi padre. Al punto mi hermano hizo que me desnudaran y dijo que moriría, porque había hecho matar a mi padre y que merecía la muerte más cruel que había recibido en mucho tiempo caballero o doncella.

Al punto ordenó que encendieran el fuego y que todos los del castillo vinieran a ver la justicia que iba a hacer. Acudieron y estaban reunidos, según visteis: no me podría ir de allí sin ser afrentada. Pero gracias a Dios, vos llegasteis a tiempo y me liberasteis a pesar de todos ellos. Ya ha llegado el momento en que me tenéis que aconsejar qué debo hacer, pues no podré seguir en mi tierra por la muerte de mi padre, de la que todos me criticarán por vos.

—No os preocupéis, doncella, pues os enviare pronto a un sitio en donde os darán tierra y honor, más de los que tuvo vuestro padre, si es que los queréis aceptar.

—Señor, sé que por vuestro amor encontraré a muchos hombres importantes que me darán tierra y honor, si queréis explicárselo.

Lanzarote le contesta que no será necesario que les ruegue, pues lo hará sin suplicar y ella se lo agradece mucho.

—Señor —le dice—, ¿qué era el grito que oímos esta mañana, por el que os separasteis de mí? Me parecía que era de dama o de doncella.

Lanzarote le cuenta toda la verdad, tal como había ocurrido, la doncella que había muerto, la puerta que le partió el caballo y la penitencia que le había impuesto al caballero que había matado a la doncella.

—Señor, por Dios, es la aventura más extraordinaria que he oído contar.

De este modo cabalgaron durante todo el día hasta que anocheció, entonces se alojaron en casa de una dama viuda que fue mujer de caballero. Desmontaron y, después de desarmar a Lanzarote los de dentro, corrieron a los caballos para quitarles los frenos y darles de comer. Lanzarote se mira entonces las piernas y se las encuentra hinchadas y tan enfermas que cualquiera que le viera se sorprendería de cómo había podido cabalgar, pues estaban muy feas por el veneno, que había hecho que la piel se hinchara completamente. Cuando la dama lo ve, le dice a Lanzarote.

—Señor, qué gran locura habéis hecho cabalgando hoy tan enfermo, como podéis ver. Así me ayude Dios, estáis en peligro de muerte, si no tenéis pronto socorro.

—Señora, he tenido que cabalgar quisiera yo o no, pues no me encontraba en un sitio en el que pudiera tomar alojamiento: ahora veo que ha sido una locura, y por Dios, si sabéis solucionarlo, procurad hacerlo y os serviré en todo lo que queráis.

—Por Dios, señor, yo no sé nada; pero una hermana mía sabe más —según creo— que nadie en el mundo; vive cerca de aquí, enviaré a que la busquen, si queréis.

—Señora, por Dios, enviad a por ella y apresuraos, si os parece bien, pues me siento

muy enfermo.

La dama hace que ensillen dos caballos; envía a un escudero que busque a su hermana y ésta acudió de inmediato, en cuanto supo que urgía. Descabalgó y fue a ver a Lanzarote, examinó sus piernas y no quiso preocuparle, porque no sabía cómo era su piel; vio que estaba muy enfermo y a pesar de todo lo tranquiliza, diciéndole que sanará en un breve término. Lanzarote se pone muy contento y le pide que se esfuerce, que la recompensará lo mejor que pueda.

—Eso me interesa poco, como si ya estuvierais curado.

Prepara lo que considera que es mejor para quitarle el veneno, le unta las piernas con un ungüento bueno y rico y se las envuelve para que el aire no le haga daño. De este modo lo tuvo durante tres días, hasta que se sintió aliviado de su enfermedad y vio que podría cabalgar más tranquilo; quiso darle a la dama que le había curado algunas de las riquezas de la doncella que iba con él, pero no quiso aceptar nada, sino que le dijo que estaba muy contenta por haber podido ir a un lugar donde servirle.

Lanzarote y la doncella se marchan de allí y cabalgan hasta que el día fijado llegan al Castillo de la Carreta, en el que Lanzarote había estado prisionero de las tres damas; ese día iban a ser las bodas del hermano de la reina de Soreslán con la hija del duque de Rocedón. Al llegar a la entrada del castillo, salió a su encuentro un niño que le dijo a Lanzarote:

—Señor caballero, por amor y por cortesía, decidme, ¿cómo os llamáis?

—¿Por qué lo preguntáis, buen señor?

—Señor, sólo lo hago para bien, decídmelo, por favor.

Le contesta que se llama Lanzarote.

—Sed bienvenido. Por Dios, os he esperado durante mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque quería llevaros a la iglesia en el momento oportuno para liberar a mi prima, la que os sacó de la prisión. ¿Sabéis cuál es el motivo para acusar al caballero que se va a casar con ella de traición mejor que antes? Nos han dicho, después de que os fuerais de aquí, que mató a su sobrino, el hijo de la dama de este lugar, lo hizo este mismo año en Navidades, cuando iba a Carlión; si lo acusáis, no habrá nadie aquí que no se ponga contento, pues lo odian porque es cobarde y no se atreverá a defenderse frente a vos.

—No temáis, buen amigo, pues antes de que sea de noche haré que la doncella quede libre según su voluntad.

Oyen entonces tocar las campanas en el castillo con mucha fuerza.

—Señor —dice el niño—, ahora la llevan a la iglesia.

—Vayamos, pues.

Lanzarote le dice a la doncella que estaba con él que le espere hasta que regrese, y ésta le contesta que así lo hará con mucho gusto.

—Buen niño —añade Lanzarote—, llevadme a la iglesia en la que se va a casar vuestra prima.

—Señor, seguidme.

—Id deprisa, que os sigo.

Marchan hasta que llegan a la iglesia en la que había muchos altos hombres y muchas damas importantes. El sacerdote ya se había vestido y estaba en la puerta de la iglesia para llevar a cabo todo lo que corresponde a los esponsales. Lanzarote, que había llegado montado hasta allí, no descabalga, sino que se acerca completamente armado y le dice al caballero que quería tener por esposa a la doncella, y al que reconoció por las señales que de él le habían dado:

—Señor caballero, vos que queréis tener a esta doncella por mujer, os prohíbo que hagáis más de lo que ya habéis hecho, pues sois tan malvado y tan desleal que no debéis tener por mujer a una doncella tan importante.

—Por Dios, eso no lo podréis probar.

—Sí que lo haré; eso y más, pues os probaré que sois desleal, ya que matasteis a vuestro sobrino, si es que os atrevéis a defenderlo.

El caballero contesta que fijen un día.

—Por nuestra fe —dicen los otros—, no tendréis un día fijado: ya que os acusa de traición, defendeos ahora mismo, y si no lo hacéis, la traición será reconocida y os tendremos por culpable de lo que se os acusa.

Al ver que no puede escapar sin batalla, no sabe qué hacer, pues piensa que es muy temible el que le acusa de este asunto; por otra parte, se siente culpable del daño y de la traición, y eso es lo que más le retiene: piensa que entregará su gaje a la vista de todos los que hay en el lugar, y cuando tenga que ir a armarse, montará a caballo y se irá fuera de la tierra y así quedará libre de ese combate, que no quiere emprender de ninguna forma pues era el más cobarde de todos los hombres.

—Buen señor —le dice a Lanzarote—, estoy dispuesto a defenderme de vuestra acusación, si es que os atrevéis a llevarla adelante.

Le da su gaje en la mano a la reina, su hermana, y ésta lo recibe. Lanzarote se adelanta y dice que esperará para todo, y que está dispuesto a probarlo; tiende su gaje y la reina lo recoge. Entonces, el caballero finge que va a buscar las armas, va al patio de su hermana y toma el mejor caballo, monta y se marcha dando un rodeo, de calle en calle, hasta que llega a la puerta del castillo. Cuando ya está fuera, galopa muy deprisa y se aleja de la ciudad tanto como puede, como quien no tiene intención de regresar. Un criado se dirige a Lanzarote, que estaba esperando con los demás a que volviera el caballero, y le dice:

—Señor, esperáis en vano al que tiene que combatir contra vos, pues hace mucho rato que se marchó y puede estar ya a dos leguas de aquí o más.

Al oírlo, la reina exclama que Dios le ayude, y que ha tenido suerte; los otros dicen

lo mismo. Lanzarote se dirige entonces a la reina:

—Señora, ya que hemos quedado libres del caballero que se ofreció a combatir ante vos, os ruego que le devolváis su tierra, libre, a esta doncella, que es hija del duque de Rucedón, de forma que ella pueda hacer según su voluntad y ser señora de sus posesiones, tal como debe.

La reina así lo hace y la doncella recibe la investidura muy contenta y alegre por el suceso. Lanzarote le pregunta entonces si desea que haga algo más.

—Señor, no por ahora, pues gracias a Dios y a vos, habéis hecho por mí todo lo que yo deseaba.

Lanzarote le contesta que le parece bien. Pide licencia a todos los del lugar, pues desea marcharse. Morgana, que estaba delante de él y que quería verlo para ver si lo reconocía, pues pensaba que era caballero de la casa del rey Arturo, su hermano, le dice:

—Señor, por Dios, decidme quién sois.

Lanzarote la mira y la reconoce, sintiendo gran miedo de que ella lo descubriera; era ésta la mujer que más temía del mundo, pues sabía que había causado daños muchas veces a él y a numerosos hombres valientes: no se atreve a descubrirse, pues teme que le sobrevenga algún mal, y a pesar de todo le contesta:

—Señora, soy un caballero andante de la casa del rey Arturo, compañero de la Mesa Redonda y caballero de la reina Ginebra, mi señora.

—Decidme vuestro nombre.

Le contesta que no lo sabrá por esta vez.

—¿No?

Morgana piensa entonces que es Lanzarote, el hombre del mundo al que más odiaba. Este se iba a marchar cuando Morgana lo llama de nuevo y él se vuelve, disgustado, pues no la quería mucho.

—Señor caballero —le dice—, ¿no queréis decirme vuestro nombre?

—No, señora.

—Os ruego por la cosa que más queráis en este mundo que os quitéis el yelmo, para que os pueda ver al descubierto.

Al oír estas palabras, Lanzarote lo siente tanto que no puede más y se quita el yelmo. Cuando Morgana lo ve, lo reconoce.

—Lanzarote, ojalá os hubiera reconocido anteayer tan bien como ahora. Pero no os reconocí, porque estabais con la cabeza rapada; fuimos engañados de mala forma.

—Señora, estoy libre; mala recompensa tengan todos a los que esto les pesa. Así me ayude Dios, si no fuerais mujer, tomaría tal venganza que jamás volveríais a perjudicar a un caballero andante ni a ningún valiente, pues en vos no hay más que deslealtad y traición.

—Lanzarote, eso ya me lo habéis dicho. Os prometo lealmente que no veréis pasar

este año sin arrepentiros de lo que habéis dicho, más que de cualquier cosa de las que habéis hecho.

—Señor, si vivís mucho tiempo, sé que haréis más daño que bien. Pero algún valiente, si Dios quiere, conseguirá teneros entre las manos y librárá al mundo de vos, y será una gran alegría, pues no habéis hecho más que daño.

—Gracias a Dios, bien lo habéis dicho. Marchaos y estad seguro de que os perjudicaré en el primer lugar en el que os pueda encontrar a gusto.

Lanzarote le contesta que se cuidará lo mejor que pueda.

A continuación, se ata el yelmo, pues desea marcharse, temiendo la deslealtad de Morgana y sus encantamientos; cabalga hasta que llega al lugar en el que había dejado a la doncella, que al verlo venir lo saluda y le pregunta cómo le había ido. Él le cuenta todo lo ocurrido y cómo el caballero con el que tenía que combatir se había dado a la fuga; le cuenta también que Morgana, la hermana del rey Arturo, ha hecho que lo reconocieran todos los del lugar y le dice cómo le había amenazado.

—Ahora —añade—; tenemos que irnos inmediatamente de aquí, pues si por casualidad nos sigue, temo que nos detenga mediante algún hechizo como la mujer más desleal de todas.

Se marchan entonces del Castillo de la Carreta y se dirigen por el camino recto hacia Camelot, en donde Lanzarote quiere estar para asistir al torneo, porque su señora la reina se lo había hecho saber, tal como la historia ya ha contado.

El caballero que llevaba a la doncella a la que había dado muerte a despecho de Lanzarote, cabalgó hasta que llegó a Camelot, a la hora de prima de un miércoles. Ese día había mucha gente allí, pues todos los caballeros de tierras lejanas ya habían llegado al torneo, que debía celebrarse el lunes siguiente; el gran salón estaba lleno de reyes, condes y de otros nobles. Cuando el caballero desmontó en el patio, tomó entre sus brazos a la doncella, que estaba completamente desnuda, tal como Lanzarote la había encontrado. Sube al salón y cuando lo ven llegar los que había dentro, le abren paso hasta el rey y lo siguen para oír lo que va a decir. El caballero saluda al rey y baja a la doncella, colocándola sobre el suelo, y dice:

—Señor, si mi señora la reina no está aquí, haced que venga, pues tengo que hablar con ella y con todas las damas que hay aquí; oirán una aventura que me ha ocurrido recientemente.

El rey ordena que la reina venga de inmediato a su presencia y que traiga consigo a todas las damas y doncellas que hay allí.

No tardó mucho en llegar la reina tras oír la orden del rey Arturo, sino que acudió muy deprisa, llevando un gran séquito de hermosas damas y doncellas. Al llegar a la sala, se levantaron todos en su presencia y el caballero se dirigió hacia ella, se arrodilló, con la cabeza de la doncella colgada del cuello, tal como Lanzarote se la había puesto, y con el yelmo en la cabeza; se desata el yelmo y lo coloca en el suelo y se quita la cabeza

que le colgaba del cuello, y, luego, saluda a la reina, diciendo:

—Señora, me envía a vos un caballero que me ha vencido por el valor de sus armas, porque yo tomé venganza sobre esta doncella a despecho suyo y ahora os voy a decir cómo ocurrió todo. A esta doncella que aquí yace muerta la amé tanto que por su amor me casé con ella, aunque yo era hombre rico de tierras y de amigos y ella era pobre muchacha. Mucho tiempo estuve con ella, manteniéndola con grandes honores y en un puesto tan alto como si fuera reina; por su amor y por honrarla más la había dejado en el castillo y me había ido en busca de extrañas aventuras, tal como hacen otros caballeros de aquí, y no había nada que yo pudiera hacer que no lo hiciera por su voluntad. El otro día, por casualidad, planté uno de mis pabellones en el lindero de un bosque y la dejé durmiendo a solas una noche; entré en el bosque, porque había oído una voz y quería saber qué era. Después de encontrar lo que iba buscando, permanecí mucho tiempo allí y volví al pabellón, encontrando acostado en mi cama a un caballero completamente desnudo con esta doncella. Al ver esto, me encolericé, tomé la espada de inmediato y maté al caballero, de lo que me he arrepentido, y saqué fuera del pabellón a la doncella, a la que arrastraba por las trenzas y golpeaba junto a mi caballo, cuando llegó un caballero y la socorrió, diciendo que me mataría si no la dejaba de inmediato. Al oír esto, me encolericé más y saqué la espada, le corté la cabeza a la doncella y se la arrojé al caballero en medio del rostro, diciéndole que lo hacía a despecho suyo: me atacó de inmediato, dispuesto a matarme y cuando vi que llevaba la espada desenvainada, no me atreví a esperarlo, pues parecía hombre al que se debía temer y me di a la fuga tan rápidamente como pude; pero me siguió hasta que me alcanzó en mi propio castillo y allí me venció y me hubiera matado si yo no le hubiera pedido piedad, y por eso me dejó. Me dijo entonces que como reparación ante las damas y las doncellas por haber matado de tal forma a esta doncella, debía traerla ante vos y si vos veáis que yo merecía la muerte, que os entregara mi espada y permitiera que vos o cualquier otro me matara, porque sería justo.

Entonces, desenvaina la espada y se la entrega a la reina, diciéndole:

—Señora, haced según vuestra voluntad.

La reina toma la espada y le pregunta al rey qué se debe hacer, matar al caballero o dejarlo vivir.

—Ciertamente —contesta el rey—, ha cometido tal daño a todas las doncellas del mundo que no debe escapar sin muerte, pero os lo ha enviado un caballero por el que quizás deberíais librarlo de mayores penas: os aconsejo que le preguntéis quién lo envía.

—Buen señor —le pregunta la reina—, ¿quién fue el que os venció y os envió a mi presencia?

—Señor, el que os envió el ajedrez de oro.

Entonces el rey se echa a reír y lo mismo hacen todos los demás que oyen estas palabras.

—Señora —le dice la reina al rey—, ya sabéis quién es el que os lo ha enviado. Haremos lo que vos queráis.

—Por mi fe, yo no estaría de acuerdo en que se le hiciera mayor daño en el cuerpo; vos tampoco deberíais permitirlo por amor a Lanzarote, que os lo ha enviado, pues es el hombre mortal que más nos ha servido a vos y a mí. Y aunque no nos hubiera hecho ningún servicio, es tan valiente que por su amor se debería dejar libre de pena al que haya cometido un gran delito: por eso quiero que el caballero quede libre de todo por vos.

La reina le devuelve la espada y lo deja libre ante la vista de todos los presentes.

El caballero se pone muy contento y le dice al rey:

—Señor, por Dios, decidme qué debo hacer.

—¿En qué, buen amigo?

Entonces le cuenta cómo tiene que llevar a la doncella a la corte del rey Bandemagus y a la corte del rey de Norgales y en cada una de ellas presentarse a las damas y a las doncellas para cumplir la pena.

—Tengo que hacerlo como lo he hecho hasta ahora, pero si llevo a esta doncella durante más tiempo, sé que la pestilencia que saldrá del cuerpo me hará morir, porque no podría resistirla mucho, y por eso os pido que me recomendéis algo.

—Por Dios, grave penitencia os ha puesto Lanzarote; os ha mostrado que prefiere el honor de las damas que la afrenta y que Dios no me vuelva a ayudar si alguna vez caballero mereció más el agradecimiento de las damas que él, pues lo ha conseguido más que nadie.

La reina se sonríe y le dice al rey:

—Señor, demasiado alabáis a Lanzarote. ¿Qué sabéis si no lo desearé por las grandes virtudes que contáis de él?

—Señor, señora —contesta el rey riendo—, por Dios, no os los debo alabar demasiado. Si fuerais otra dama y lo desearais, bien sabe Dios que no os lo criticaría, pues podríais hacer mayores locuras que las de amarlo con amor.

Entonces se sonríen todos los nobles que estaban delante y la reina también. El rey se dirige al caballero y le dice:

—Buen señor, pues ya que tenéis que llevar a esta doncella tan lejos como decís, haré que la preparen para que el mal olor que salga de su cadáver no os dañe.

Ordena entonces que la abran y que le saquen las tripas y todo lo que tuviera dentro del cuerpo; luego hace que la unjan con unguento bueno y rico y la preparen de tal forma que no pueda salir ningún mal olor; dijo que pusieran en ella tal abundancia de especias y de buenas hierbas, que salía un aroma muy agradable. El caballero se marchó el día siguiente por la mañana, aunque el rey lo hubiera retenido más tiempo, pero le contestó que no estaría a gusto hasta que hubiera terminado con el asunto; lleva el cuerpo de la doncella delante de él: marcha de esta forma y reemprende el camino

hasta que al tercer día llega a un castillo en el que encontró al rey Bandemagus con gran acompañamiento de caballeros que se habían puesto en marcha desde su tierra para acudir al torneo de Camelot, y con ellos había numerosas damas de sus países, que iban a ver el torneo. Cuando el rey oyó las noticias que le contó el caballero y supo que lo enviaba Lanzarote, hizo que le perdonaran el delito y que quedara libre. Luego, se marchó, pues no tenía intención de permanecer allí por más tiempo.

Cabalgó sin detenerse hasta que llegó al reino de Norgales, donde encontró a la reina y a sus hijas, y les contó lo ocurrido, tal como ya habéis oído. Le perdonaron por amor del valiente hombre que lo había enviado.

—Decidme —le pregunta el caballero a la reina de Norgales—, ¿he cumplido bien con la penitencia que se me había impuesto?

—Señor, sí.

Entonces hizo que enterraran el cuerpo de la doncella a la entrada de un bosque, en una capilla en la que vivía un ermitaño. Luego regresó a su tierra en las jornadas precisas, lo antes que pudo.

La historia deja de hablar de él y vuelve a Lanzarote.

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se marchó del castillo en el que Morgana lo había amenazado, tal como habéis oído, cabalgó por el camino recto hacia Camelot, pues no le quedaba mucho tiempo hasta el día del torneo. Estaba a una jornada de Camelot, y tomó alojamiento en casa de un ermitaño para pasar la noche; le dijo a la doncella que iba con él:

—Doncella, no puedo seguir llevándoos conmigo, pues tengo que ir a un asunto al que vos no podríais venir. Presentaos a mi señora la reina Ginebra llevándole una carta que os entregaré; os quedaréis con ella para darle compañía y ella os retendrá con mucho gusto cuando vea mi carta.

A continuación, le pregunta al ermitaño si tenía tinta y pergamino y éste le contesta:

—Sí, bastante.

Le da lo necesario y Lanzarote escribe lo que desea, como hombre instruido en el conocimiento, que en aquel tiempo no se podía encontrar ningún caballero más preparado que él. Después de escribir, sella la carta y la entrega a la doncella, que la mañana siguiente la llevó a la corte.

Por la mañana, tan pronto como amaneció, se levantaron Lanzarote y la doncella y se marcharon, encomendando al ermitaño a Dios; cabalgaron hasta un camino bien pisado que se dividía en dos. Lanzarote encomienda a la doncella a Dios y ella hace lo mismo con él, y cabalga hacia Camelot. Cuando llegó al patio de abajo, la doncella desmontó y le entregó a un criado su caballo y el arnés para que los guardara; luego sube a la sala de arriba, que estaba llena de reyes y de reinas, y en la que había nobles y caballeros de todas las tierras. Pregunta por la reina Ginebra y se señalan; se dirige a ella, se arrodilla y la saluda diciéndole:

—Señora, tomad esta carta que mi señor Lanzarote del Lago os envía.

Cuando la reina oye que es mensaje de aquél al que ama con todo su corazón, va a su encuentro para mostrarle mayor alegría y gozo, le echa los brazos al cuello y le da la bienvenida por amor a aquél de quien es mensajera. Luego entra en su habitación, toma la carta y se lleva a la doncella a su lado; despliega el escrito y encuentra que Lanzarote le envía a la doncella para que la reina la tenga consigo y le dice que es la mujer que le ha hecho mayor bien en el mundo, pues lo ha sacado del peligro de la muerte, del que no hubiera salido jamás de no ser por ella. Cuando la reina ve que su amado le ruega con tanta dulzura, se la queda a su lado, diciéndole que sea bienvenida.

—Sabed, doncella —le dice—, que por amor a Lanzarote, que os envió aquí, no os marcharéis nunca de mi lado, si queréis, hasta que os hayáis casado bien y muy dignamente; entonces, tendréis más tierra y honor que los que tuvo vuestro padre.

Al oír estas palabras, la doncella se tiene por bien pagada y se lo agradece mucho. Se queda muy gustosa con la reina.

Aquella noche llegó a la corte Boores, que se había apresurado en cabalgar para llegar a tiempo al torneo. Cuando el rey lo vio, le mostró una gran alegría y le preguntó por Lanzarote.

—Por mi fe, señor, no lo he visto hace mucho tiempo y cuando lo vi, estaba enfermo y débil; pero os puedo asegurar, sin duda, que ya se ha curado y ha vencido en el torneo que hubo entre el rey Bandemagus y el rey de Norgales, delante del Castillo de la Carreta, que está a la entrada de Gorre.

—Dios quiera que venga al torneo, pues tengo muchas ganas de verlo, por Dios.

La mañana siguiente llegó mi señor Galván y cuando el rey y los demás nobles lo vieron, tuvieron una gran alegría, y lo honraron todos los que estaban en la sala, ya que era uno de los hombres del mundo más amado por todas las gentes.

—Dios —dice el rey—, ojalá ahora estuviera aquí mi amigo Lanzarote: no desearía más para vencer a todos los que vengan contra la Mesa Redonda; si no acude, estaremos muertos, pues he oído decir que todo el mundo vendrá contra nosotros: temo que nos empujen a nuestras defensas y esa es la cosa que más daño podría causarnos.

—Señor —le pregunta el rey Idier—, ¿qué decís? Por Dios, veo aquí tantos hombres valientes, todos ellos compañeros de la Mesa Redonda, y con tantas fuerzas con ellos, que aunque Lanzarote estuviera frente a nosotros con la mitad del mundo, no podríamos ser derrotados, sino que estoy seguro de que Lanzarote y los demás serían vencidos.

—Rey Idier —le contesta la reina—, no pongáis a Lanzarote a la altura de nuestros demás caballeros, pues si se viera en la obligación de estar contra los de aquí dentro y si quisiera esforzarse, no creo que con un puñado de gente pudieran vencerlo los de aquí dentro con todo su orgullo.

—Señora —contesta el rey Idier—, bien sé que es el mejor caballero de los que conocemos, pero por la fe que os debo, si viniera al torneo y quisiera estar contra los de la Mesa Redonda, sé que saldría vencido, y os diré por qué. Hay ahora mismo aquí veintiséis caballeros tan valientes y tan esforzados que si tuviera que elegir a los más valientes del mundo, los elegiría a ellos y todos ellos son compañeros de la Mesa Redonda, caballeros jóvenes y de buen humor. Si Lanzarote por casualidad se enfrentara con ellos, bastaría con que fueran contra él tres o cuatro para apresarlo.

—Por la Santa Cruz —contesta el rey—, no lo conseguirían. Creo que conozco mejor la fuerza de Lanzarote que vos.

Por las palabras que dijeron el rey y la reina se sintieron dolidos y avergonzados todos los de la Mesa Redonda, salvo mi señor Galván; a éste no le pesó. Hablaron mucho del asunto y la mayoría se pusieron de acuerdo en que si Lanzarote quería

ayudarles, no pisarían el campo de batalla, «pues si vencemos y Lanzarote está con nosotros sin dar un golpe, dirán que ha sido él el vencedor y se llevará toda la fama, como ha hecho en todos los sitios por los que ha pasado». Ciento catorce estuvieron de acuerdo en mantener estas palabras, eran todos valientes y buenos caballeros y prometen que si Lanzarote viene, no irán con él, sino que lucharán contra la corte, disfrazándose de tal forma que nadie pueda reconocerlos y así podrán derrotar a Lanzarote; pero si no viene, no se cambiarán y vencerán a los de otras tierras que irán contra ellos.

Aquella misma noche se enteró la reina de estas palabras, se lo dijo a Boores y le preguntó qué se podría hacer.

—Estoy segura —le dice—, que todo lo han hecho por envidia: si pudiera ser, me gustaría que fueran derrotados y bastaría que fueran vencidos una sola vez para que no se atrevieran a levantar la cabeza nunca más.

—Señora —le contesta Boores—, si mi señor supiera que os agrada que vaya contra ellos, lo haría con mucho gusto, estoy seguro, y en cuanto lo haga, los vencerá con facilidad.

—Daría lo que fuera para que supiera mi voluntad, pues entonces combatiría contra ellos, pero no veo cómo se lo puedo hacer saber, porque no encontraré a nadie que se lo pueda decir hasta que venga vuestro hermano Lionel, que creo que no llegará hasta después del torneo.

—Señora, ¿por dónde creéis que vendrá cuando venga?

—Sé que llegará por el camino de Montignet, por delante de la Cruz del Jayán.

—Por mi fe, mañana por la mañana iré a una cruz que hay en ese camino, donde hay una ermita y esperaré ahí hasta que llegue y le diré lo que me habéis dicho, haciéndole saber lo que los nobles de la Mesa Redonda han decidido.

—Por Dios, no vayáis, pues pronto creo que tendremos noticias tuyas sin movernos de aquí.

—Señora, entonces esperaré vuestras órdenes.

—Me parece bien.

Por la mañana, la reina escribió con sus propias manos una carta y, después de hacerlo, se la entregó personalmente a la doncella que había sacado a Lanzarote del pozo y le dijo:

—Doncella, id a la Cruz del Jayán, que está al otro extremo de esta pradera, por la parte del castillo que se llama Montignet y colocad encima del poyo de la Cruz esta carta; cuando Lanzarote pase por allí, decidle que lo saludo y que no deje de hacer de ninguna forma lo que la carta le indica.

La doncella le contesta que así lo hará; toma la carta y se marcha de la corte, cabalgando hasta la Cruz del Jayán; pasó por el castillo del duque de Brocelianda y se encontró allí a todo el mundo reunido, pues había hasta seis reyes y un emperador,

hombre joven que era emperador de Alemania, doce duques y más de cuarenta condes; todos se habían reunido para ir contra la Mesa Redonda y para vencer a la gente del rey Arturo, si podían; allí sólo se alojaban los nobles más importantes, mientras que los caballeros menores se albergaban fuera, en el campo, en tiendas y pabellones.

Cuando la doncella llegó a la Cruz colocó la carta en el poyo y esperó hasta la noche; durmió en casa del ermitaño, que estaba a un tiro de arco de la Cruz. Al día siguiente esperó durante toda la jornada, pero no llegó a la Cruz nadie que tomara la carta.

Al tercer día debía tener lugar el torneo; entonces pasó por delante de la Cruz un caballero armado, que era Lanzarote, con armas rojas, pues la noche anterior había cambiado sus armas en casa de un caballero en donde había dormido, y lo había hecho para que nadie lo reconociera cuando llegara al torneo. Al ver a la doncella la reconoció sin dificultad, pero fingió que no la conocía, porque no quería ser entretenido ni por ella ni por nadie. Al ver la carta en el poyo, la coge, la abre y encuentra lo que su señora la reina le dice, saludándolo como al caballero que más ama en el mundo; lee el parlamento que habían tenido los de la Mesa Redonda contra él y que por eso la reina quería que estuviera contra la gente del rey y que ayudara a los de fuera, procurando hacerlo tan bien en todos los sentidos, que nunca más los de la Mesa Redonda se atrevieran a levantar la cabeza contra él. Después de leer la carta se pone muy contento, pues había deseado muchas veces probarse contra los que habían mostrado su valor por encima de los demás: piensa que lo hará tan bien que se hablará de ello para siempre, y si muere, prefiere morir haciendo su voluntad. En esto se le acerca la doncella y le pregunta quién es; Lanzarote no puede ocultarse a la joven y le dice que es él. Entonces la doncella lo besa y le muestra la mayor alegría que puede; Lanzarote le pregunta quién había llevado la carta allí.

—Señor, yo la he traído.

—Entonces, podéis decirle a mi señora la reina que haré todo lo que pueda en lo que me pide y que esté segura que si puedo, en mala hora decidieron tal cosa los de la corte, pues se les volverá en afrenta.

A continuación se marcha la doncella; era muy temprano todavía; cabalgó hasta que llegó a los estrados de la reina, que estaban en medio del campo, y la reina había llegado ya allí con más de quinientas damas y doncellas, que todas habían acudido a ver el torneo en el que estarían los caballeros más valientes del mundo; todas iban vestidas y engalanadas con tanta riqueza que era algo admirable ver. Cuando la reina vio llegar a la doncella salió a su encuentro alegre y contenta, pensando que le traía noticias que le iban a agrandar. La doncella descabalgó y la reina se la llevó a un lado y le preguntó por las noticias.

—Señora, he hablado con mi señor Lanzarote, que me ha dicho que hará todo lo que pueda en lo que le habéis pedido.

—Dios, qué ganas tengo de verle. ¿Cuándo llegará el más hermoso de todos y el mejor de los buenos?

Dijo esto en voz tan baja que la doncella no pudo oírla. Entonces le pregunta la reina cómo podrá reconocerlo.

—Señora, trae armas rojas y escudo del mismo color, y no creo que tarde mucho.

Entonces la reina vuelve a apoyarse en las ventanas y mira a las damas y a las doncellas que hay a su alrededor, hasta que ve a la doncella que había curado a Lanzarote del veneno de la fuente, que tenía puesto el cinturón que éste le había dado. Cuando la reina vio el cinturón, lo reconoció sin dificultad. Piensa que es la doncella de la que Lanzarote le había hecho saber, mediante Lionel, que convenía hacer lo que quisiera. Entonces se pone muy triste y pesarosa, pues ve que lleva el cinturón que le había dado con tanto amor a Lanzarote y piensa que se lo ha quitado a aquél al que no ama menos que a sí misma: le pesa mucho y medita cómo podrá saber la verdad antes de que se marche de allí, y, sin duda, oirá tales palabras que le resultarán agradables o de lo contrario nadie en el mundo podrá impedir que la lleve a la muerte.

La llama y hace que se apoye cerca de ella, y ésta así lo hace, pues no se atreve a rechazar los deseos de la reina. Mientras tanto, los caballeros habían llegado al campo y eran en total, por una parte y otra, alrededor de mil; ya había hermosos combates en varios sitios. Lanzarote, que había cabalgado hasta las lizas, se detuvo bajo cuatro arbustos, se quitó el yelmo para descansar un poco más. En eso pasó por allí el rey Bandemagus, que había acudido al torneo con más de dos mil caballeros. Al ver a Lanzarote tuvo una gran alegría; se quita el yelmo, se lo entrega a un caballero suyo para que se lo guarde y corre a él con los brazos abiertos, diciéndole:

—Mi dulce amigo, sed bienvenido.

Al verlo, Lanzarote le muestra la mejor cara que puede, pero siente que lo haya reconocido: le ruega, por Dios, que no le dé a nadie noticias suyas.

—Ciertamente, así lo haré.

Entonces, el rey dice a sus caballeros:

—Bueno, señores, ya os podéis marchar, pues en este torneo no haréis más de lo que habéis hecho; si este señor está contra nosotros, no podremos hacer otra cosa que ser vencidos; no hubiera venido con otros siete si pensara que iba a estar él. Ahora pueden estar tranquilos los caballeros del rey Arturo, pues no serán derrotados por más gente que vaya contra ellos, si tienen la ayuda de este hombre.

Los nobles piensan de inmediato que es Lanzarote del Lago, pero no se atreven a mostrarlo y sienten mucho que esté contra ellos, pues era el hombre que más temían del mundo. Entonces, Lanzarote le dice al rey Bandemagus:

—Señor, ¿pensáis quedaros al torneo?

—Señor, por Dios, nadie de los míos llevará armas mientras vos estéis contra nosotros, pues bien sé que no se marcharían sin vergüenza.

—Señor, por Dios, no estaré contra vos, en ningún momento, sino que formaré parte de vuestra mesnada y os ayudaré con todas mis fuerzas.

El rey piensa que se está burlando de él y le dice riendo:

—Señor, sé que no dejaríais al rey Arturo por ayudarme; a pesar de todo, me gustaría, aunque le desagradara a alguien, que prometierais lealmente ayudarme con todas vuestras fuerzas, aunque luego mostrara el rey las suyas. Por mi cabeza, que no abandonaríamos el campo por más poder que tuviera.

—Os prometo lealmente que os ayudaré y estaré contra la gente del rey Arturo, y por eso no quiera que ninguno de vuestros hombres se mueva antes de que me vean ponerme en marcha, y que entonces vengan conmigo; si puedo haré tanto que obtendrán el honor por encima de todos los demás.

Al oír estas palabras, el rey se puso muy contento, más que nunca había estado; se lo agradece de todo corazón y prohíbe a su gente que se mueva antes de lo que él les ha advertido, y todos se lo conceden. Luego se enfrentaron en los prados los reyes, duques, condes y caballeros en número tan abundante como si no quedara ningún otro caballero en el mundo. El gran orgullo de la Mesa Redonda salió de Camelot con mucha gente, pues eran más de diez mil, que todos se tenían por muy valientes. Cuando emprendieron el torneo llegaron con tanta fuerza que en el primer choque derribaron a mil hombres. Hicieron que las gentes del emperador de Alemania retrocedieran más de dos tiros de arco y entonces empezaron a golpear, a derribar y a realizar tales maravillas con las armas, que no había hombre tan atrevido en el lugar que no tuviera mucho miedo: lo hicieron de tal forma que no podían resistirles por más esfuerzo que ponían en ello.

Cuando el rey de Norgales y el rey Esbarantín de Cornualles los socorrieron con la gente que tenían, entraron en el torneo y fueron a golpear a los que tenían fama de valientes por encima de todos los demás, y derribaron a muchos, porque estaban cansados y fatigados; y hubieran hecho muchos prisioneros y retenido a otros tantos, pero los que eran valientes se defendían tan bien que cualquiera que los viera los apreciaría mucho. A pesar de todo, por más que se esforzaban, no hubieran durado mucho si el rey Arturo no les hubiera enviado socorro para que permanecieran sin volverse.

Mucho tiempo duró el torneo de esta forma, hasta que un poco después de la hora de prima salieron de Camelot mi señor Galván y Boores el Desterrado: ambos iban armados con buenas armas muy elegantes y muy bien; acudieron al torneo con gran discreción, pues eran hombres esforzados y famosos por su valor; Boores no creía que Lanzarote fuera a participar en el torneo, porque no había llegado a la corte la víspera. Cuando los dos compañeros salieron de la ciudad y los contrarios los reconocieron, se decían unos a otros:

—He ahí a mi señor Galván, huid, huid.

Los dos entran en las filas; mi señor Galván derriba a un caballero la primera vez y Boores, a dos. Desenvainan las espadas y Boores le dice a mi señor Galván:

—Señor, si me seguís, los veréis vencidos en muy poco rato.

—Id, que os seguiré adonde vayáis.

Se meten en donde más gente hay y comienzan a golpear por delante y por detrás, dando grandes tajos a todos los que encuentran, matando caballeros y caballos y arrancando yelmos de las cabezas y escudos de los cuellos; hacen tales proezas y gracias a los suyos, que ganaron en valor al verlos, que toda la fuerza que se enfrentaba con ellos quedó vencida, de forma que los reyes y los condes tuvieron que volver la espalda y dejar vacía la plaza, pues ven que los caballeros de la casa del rey Arturo son más valientes de lo que se imaginaban y que nadie podría creerlo sin verlo. Las damas y las doncellas que estaban apoyadas en las ventanas de los estrados hablaban mucho y decían que mi señor Galván era muy valiente y que merecía el premio del torneo.

—Y de Boores —pregunta la reina—, bellas damas, ¿qué decís? ¿No os parece que es más digno de alabanza, por su actos, que mi señor Galván?

—Señora, Boores es tan joven que no podemos contraponerlo a mi señor Galván.

Poco le importa a la reina lo que dicen las damas, pues no ve a aquél por el que el torneo fue emprendido y convocado; mira arriba y abajo, pero no lo ve ni cerca ni lejos; de esta forma espera hasta la hora de tercia más o menos.

Cuando Lanzarote ya había soportado durante mucho rato que los que estaban a su lado fueran derribados y aniquilados, le dijo al rey Bandemagus:

—Señor, ya hemos aguantado bastante. Vayamos a ayudar.

Entonces galopa delante de todos los demás, el primero, y se encuentra con Calogrenant, caballero de la casa del rey Arturo, lo golpea con tanta fuerza que, a través del escudo y de la cota de mallas, le mete la lanza en el hombro izquierdo y lo derriba del caballo al suelo, haciendo que la lanza vuele en pedazos. Con el trozo que le queda continúa golpeando, y lo hace de tal forma que al rey Bandemagus le parece que nadie conseguiría otro tanto por más fuerza que tuviera. Todos sus compañeros combaten lo mejor que pueden y derriban a bastantes en su choque, pues estaban tan confiados como si estuvieran en una torre fuerte, porque Lanzarote iba con ellos; gracias a eso, todos son más valientes y más esforzados. Lanzarote toma la buena espada y golpea a diestro y siniestro, como hombre que estaba más acostumbrado a entrar en combate que a permanecer ocioso; empieza a matar caballeros y caballos y a derribar a cuantos encuentra en su camino; llevaba un caballo fuerte y rápido, el mismo que el rey Bandemagus había llevado al encuentro y que había hecho que lo montara a la fuerza. Lanzarote hace todo lo posible para golpear cada vez mejor, intentando vencer a aquellos que por orgullo no lo aprecian en nada.

Bien se probaron entonces las grandes maravillas de su valor, que en muchos sitios ya habían sido manifiestas, pues cortaba caballeros y caballos, cabezas y brazos, lanzas y

escudos y derriba caballeros a diestro y siniestro y en poco rato realiza tales hazañas que los que antes iban persiguiendo ahora se han detenido por él y han dejado de hacerlo por contemplar y ver las proezas que realiza delante de los de la Mesa Redonda. Mete siempre a su caballo en los mayores tumultos y avanza golpeando y dando tajos, derribando hombres y caballos y matando a los que alcanza como si fuera el más admirable de todos; lleva a cabo tales proezas que todos los que lo ven lo temen, pues según creen nunca vieron un hombre de su valor. Se dan a la fuga ante él los locos y los prudentes; el caballo que monta era según deseaba, y eso le ayuda mucho, no se detiene en ningún lugar, sino que se mete por todas partes y consigue que nadie le escape, ni por detrás ni por delante, y se dirige a donde ve más abundantes caballeros de la Mesa Redonda, los reconoce sin dificultad, pues todos llevaban la misma enseña, y se mete entre ellos. Empieza entonces a repartir grandes golpes y a llevar a unos por un lado y a otros por otro. Es como el lobo que en ayunas y hambriento entra en el prado y mata a diestro y siniestro los animales que encuentra en él, devorando con dolor, de modo que tras él no queda nada: así lo hace Lanzarote, pues tan pronto como se mete entre ellos golpea y mata a cuantos alcanza. Y está en todos los lugares como el estandarte, su escudo está presente a todos, su yelmo aparece arriba y abajo, su espada es vista por todos: a los que lo miran le parece que todos los que lo siguen son iguales, pues creen que sólo lo ven a él, ahora aquí, ahora allá, ahora cerca, ahora lejos; lo temen tanto que no osan esperarlo, por más numerosos que sean y le abren camino los más valientes de la corte, que hace un momento pensaban haber vencido en el torneo.

Ha realizado Lanzarote tales proezas por su valor que hablan de él todos lejos y cerca y se refieren al Caballero Rojo diciendo que vence en todo. El rey Arturo, que no se había puesto las armas ese día, pregunta quién es.

—Señor —le contesta un criado—, es de la casa del rey Bandemagus, y nunca vimos maravillas comparables a las que él hace, pues mata a los caballeros y a los caballos y a todo lo que encuentra y ni siquiera Lanzarote del Lago, al que se tiene por el mejor caballero del mundo, realizó la mitad de las proezas que ha hecho éste hoy personalmente, pues no ha cesado de golpear desde hace mucho tiempo y en ningún momento ha retrocedido más que si enfrente tuviera un sólo enemigo.

Cuando el rey oye estas palabras se asusta mucho, pues le pesaría ver a su gente abandonando el campo de combate por miedo a sus enemigos. Echa de menos a Lanzarote y exclama dolido y triste.

—¡Ay, Lanzarote, mi dulce amigo, ahora me doy cuenta de que mi casa está vacía de valientes, pues vos no estáis en ella! Me parece que hoy la Mesa Redonda sufrirá por vos, pues aunque estuvierais vos solo, no caería de su gran fama por todo el poder de la gente que viene de fuera; por eso temo que perdamos la honra, porque vos faltáis. ¡Ay, Dios, hay mucho más valor en un hombre valiente de lo que se piensa!

De esta forma se hablaba el rey a sí mismo. Las damas y doncellas del reino de

Logres que veían a los caballeros de la casa del rey Arturo tan mal, lloraban cálidas lágrimas y maldecían cruelmente al de las armas rojas, diciendo:

—Ay, buen señor Dios, ay, qué desgracia es que no tengamos ahora a mi señor Lanzarote del Lago, pues si estuviera aquí podría mantener el combate frente a ese caballero que trata tan mal a los nuestros. Lanzarote, grave daño tenemos hoy porque la vieja doncella del Cerco de Oro os llevó de esta tierra: ella nos ha causado una gran pérdida, ya que no queréis estar nunca en la corte.

La reina, que oye estas quejas y estas lamentaciones y que ve lo que las otras piden, se sonríe y mira a su amigo que va y viene con tanta facilidad como si no hubiera un alma en el campo de batalla y ve que todos huyen delante de él como si se encontraran con la muerte. Ha perseguido a unos y a otros hasta que llega bajo la ventana en la que la reina estaba apoyada, mirándolo con mucho gusto, pues le agradaba mucho todo lo que había hecho. Lanzarote levanta la cabeza y mira hacia arriba, viendo a su señora la reina, la cosa del mundo que más quería y a la que no había visto en mucho tiempo; la ve tan hermosa y tan agradable entre todas las demás, como la que era la más hermosa del mundo, y se queda tan sorprendido que no sabe si duerme o está despierto, si va a caballo o a pie; le falla el sentido y la espada se le cae de las manos. Se sujeta al arzón de delante, pues ha perdido de tal forma el dominio y la fuerza del cuerpo, que teme no poder sujetarse en la silla. La mira más que a nada y al cabo de un buen rato lanza un suspiro profundo. Entonces le falla el corazón cada vez más; y al sentirse de tal forma, que ve que va a caer al suelo, no encuentra quien lo sujete; mira hacia atrás y ve al rey Bandemagus y le dice:

—Señor, por Dios, sujetadme entre vuestros brazos o me veréis caer al suelo, porque estoy tan enfermo que creo que voy a morir en este lugar.

Cuando el rey oye estas palabras teme que esté mortalmente herido; corre a él y lo sujeta entre sus brazos con gran dulzura y empieza a lamentarse, mientras pregunta:

—Señor, por Dios, ¿estáis herido?

Pero no puede ni siquiera contestar, pues yace entre sus brazos como si hubiera muerto. Cuando los demás ven esto, se reúnen a su alrededor pensando que ha muerto y hay muchos que lo sienten, aunque algunos no lo sienten tanto, porque les había causado graves pesares y daños ese día. El rey Bandemagus hace que lo lleven entre los brazos hasta un bosque que había cerca de allí; lo desmontan bajo dos sicómoros que había cerca de una fuente.

Mientras, los de la casa del rey Arturo persiguieron hasta el castillo de Montignet a los que iban contra ellos, porque desde que se llevaron a Lanzarote, los tenían vencidos, que no podían resistir mucho. Empezó la persecución que duró largo rato y algunos tuvieron que refugiarse en el castillo para salvar la vida y otros en el bosque, y fueron derrotados; los de la Mesa Redonda regresaron alegres y contentos, pues habían tenido la mayor fortuna que podían esperar.

La reina, que vio que Lanzarote era sacado del torneo, sintió gran dolor y tristeza, pues no sabía qué pensar, si estaría herido o si le habría sobrevenido una súbita enfermedad. Llama a la doncella que llevaba su cinturón, el que antaño le dio a Lanzarote, y le dice:

—Doncella, venid a mi habitación en Camelot, que tengo mucho que hablar con vos.

Esta le contesta que irá con mucho gusto y se pregunta admirada de qué querrá hablarle. La reina llama a Boores, que pasaba por delante completamente armado, y se dirigía a ella; se quita el yelmo, cuando ésta le pregunta:

—¿Sabéis quién es el caballero que ha vencido en el torneo?

—Señora, no.

—Es Lanzarote, vuestro primo; se lo han llevado en brazos y temo que tenga alguna herida mortal. Id tras él rápidamente, pues lo podréis encontrar en el alojamiento del rey Bandemagus: si está gravemente herido, volved a decírmelo y buscaré la forma, mediante arte o ingenio, para ir a verlo; si no está herido de gravedad, decidle de mi parte que no deje de venir a mi presencia al anochecer, a mi palacio, y que venga tan oculto que nadie pueda reconocerlo.

Boores le contesta que cumplirá con el encargo; la encomienda a Dios y cabalga hasta la entrada del bosque en que el rey Bandemagus había hecho plantar un pabellón, tiendas, cobertizos y enramadas para albergar a su gente, que era muy numerosa.

El rey Bandemagus hace que desarmen a Lanzarote y que lo desnuden; lo acostaron tan enfermo que pensaban que moriría entre sus manos. Cuando Boores llegó al pabellón del rey, le rogó por Dios a un caballero, y por cortesía, que le permitiera hablar con el caballero enfermo.

—Ciertamente, buen señor, está tan grave que no creo que os pueda contestar, aunque no tiene ninguna herida, ni sangre que le pueda causar gran dolor, pero pensamos que la enfermedad se le ha producido por el cansancio.

—A pesar de todo, quiero hablar con él.

El caballero le contesta que hará que hable con él, si puede; se dirige al rey Bandemagus y le dice:

—Señor, un caballero desearía hablar con el valiente que aquí yace.

El rey va a Boores y le pregunta qué desea y éste le contesta que quiere hablar con el caballero enfermo.

—No podéis hacerlo ahora, pues está muy enfermo.

—Señor, tengo que hablar con él y si no me lo permitís, perderá más de lo que podría recuperar el resto de los días de vuestra vida.

—Por Dios, no querría que perdiera nada y por eso os permitiré que habléis con él. Quiera Dios que no se enfade y que no le venga ningún mal.

Lo lleva al pabellón, donde encuentra a Lanzarote profundamente dormido; se sienta delante de la cama y espera tranquilamente a que se despierte. Cuando despertó, estaba sano y fuerte, aunque le dolían los golpes que había dado y recibido durante el día. Lanzó un gran gemido y dijo:

—Ay, Dios, ¿dónde estoy?

Abrió los ojos y al ver a Boores se pone muy contento, dándole la bienvenida, a lo que éste le contesta que Dios lo bendiga. Entonces Boores le pregunta cómo le ha ido y Lanzarote responde que gracias a Dios bien, pues está sano y salvo, aunque ha estado muy enfermo durante todo el día, pero no se atreve a decir porqué.

—Buen señor —le dice Boores al rey Bandemagus—, retiraos un poco hasta que le haya dicho por qué he venido aquí.

El rey se pone en pie inmediatamente y los deja hablando juntos; cuando estuvieron a solas, Boores le dice a Lanzarote lo que la reina le había encargado y le cuenta cómo desea que lo haga. Al oír estas palabras, que era lo que más quería Lanzarote, se pone tan contento que no habría corazón humano que pudiera pensarlo y tiene mayor alegría que la que había tenido hasta entonces; le contesta a Boores que lo hará, ya que la dama así lo desea, «pero para que no se preocupe por mí, regresad a su lado para decirle que estoy sano y salvo; cuando anochezca y quiera mi señora que vaya, venid a buscarme y preguntadle si tendré que ir armado o desarmado».

Boores le contesta que así lo hará; se marcha y cuando va a montar, Lanzarote le prohíbe, por todo lo que ha recibido de Dios y de él, que le dé a nadie noticias suyas, salvo a la dama; Boores le responde que ciertamente así lo hará.

Emprende el camino directo a Camelot y cuando llega a la corte se encuentra con bastantes que le muestran alegría, porque todos le consideraban hombre valiente y buen caballero, y así era; lo alabaron mucho por la jornada de hoy, pues lo había hecho muy bien, según afirmaban grandes y pequeños, todos los que habían visto el torneo. Se dirigió a la habitación en la que estaba la reina, que al verlo venir, se puso en pie y le preguntó qué noticias traía:

—Señora, buenas, gracias a Dios; bastante mejores de lo que pensaba. Mi señor está sano y salvo y os hace saber que vendrá a la hora que le habéis indicado, pero que tenéis que hacerle saber cómo queréis que venga, armado o desarmado.

—Quiero que venga completamente desarmado, pero que traiga la espada; entrará por este jardín de aquí abajo y pasará la puerta que da directamente a esta habitación.

Le indica la puerta y Boores le contesta que así lo hará. Luego, sale de la habitación y entra en la sala principal para jugar y divertirse con los demás caballeros.

Mientras tanto llega la doncella que había curado a Lanzarote del envenenamiento y pregunta dónde estaba la reina; se lo indican. Entra en la habitación y saluda a la reina arrodillándose ante ella y diciéndole:

—Señora, me habéis ordenado que venga a hablar con vos y yo he venido. Decidme

lo que deseáis y os escucharé como a mi señora.

La reina ordena que salgan todas las damas y las doncellas y se queda a solas con aquella joven.

—Os he hecho venir por una dama alta, que es muy amiga mía y con la que me llevo muy bien, que ha venido hoy a quejarse a mí de vos. ¿Sabéis por qué? Ha traído a un caballero noble y valiente al que ha amado durante mucho tiempo y él la correspondía. Pero ahora, según me ha dicho, le habéis quitado el caballero, de forma que sólo os ama a vos y ha dejado a mi amiga por vos: está enfadada y dolida, porque la habéis herido y sabe que cualquiera que la viera a vuestro lado, la apreciaría cien veces más que a vos, por su linaje, por su belleza y por su riqueza. Y para que no podáis negarlo, tiene pruebas que lo demuestran.

Entonces le señala la correa y le dice que «esta correa que lleváis ceñida se la dio la dama —según me ha dicho—, al caballero que os he contado y es la correa que os hará morir antes de que salgáis de esta tierra, tenedlo por seguro».

Cuando la doncella oye estas palabras, siente gran miedo de morir y se echa a los pies de la reina pidiéndole misericordia entre lloros y diciéndole:

—Señora, por Dios, tened piedad de mí y permitid, si os parece bien, que os cuente la verdad de este asunto, que no os mentaré en nada.

La reina ve a la doncella llorando con amargura y siente compasión:

—Doncella, juradme sobre los Evangelios que me contaréis la verdad de cómo ha ocurrido todo entre vos y el caballero y creo que conseguiré poner paz con la dama que de vos se queja.

La doncella mira hacia una capilla, se la señala a la reina y le dice:

—Señora, por Dios y por todos los santos que allí están, os diré la verdad de lo que me habéis preguntado, que no mentaré a sabiendas ni en una palabra.

—Por Dios, habéis jurado de tal forma que os creeré. Decid cómo ha sido.

—Señora, con mucho gusto. No hace mucho tiempo, un caballero de aquí, que se llama Lanzarote del Lago se envenenó de tal modo que pensé que iba a morir; a pesar de todo, me esforcé por él hasta que conseguí curarlo. Estuvo mucho tiempo conmigo porque no podía curarse con rapidez; lo vi tan hermoso y tan elegante en todo, que lo amé y pensaba morir por él y hubiera muerto, sin lugar a dudas, si un primo suyo no me hubiera asegurado que él también me amaba. Esta noticia me alivió bastante, y pensaba haber vencido curándolo de la muerte y por el dolor que había sufrido por él. Esperé de tal forma hasta que se restableció un poco. Un día fuimos a nuestro pabellón a solas después de cenar y empecé a hablarle de lo que me ocupaba el corazón y le dije que mantuviera la promesa y me diera su amor, tal como me había asegurado; me contestó que no lo podía hacer y me dijo por qué.

A continuación, la doncella empieza a contarle todo lo que Lanzarote le había contestado y cómo amaba tan fielmente que preferiría morir a faltar en nada.

Después de decirme esto, vi que estaba a disgusto para cumplir con su fidelidad, pues no quería mentirme, ni engañar a su dama; entonces le dije que no lo dejaría libre de su promesa de esa forma.

La doncella sigue contándole a la reina el voto que había hecho por él y todo lo que se habían prometido.

—Tened por seguro, señora, que mientras yo viva nadie obtendrá nada de mi persona, sino que guardaré por amor hacia él y a su nobleza mi virginidad hasta la muerte. Se lo prometí y lo mantendré. Después de que se curara y de que sanara se marchó y le pedí como recompensa por mi servicio alguna de sus joyas y él me dio esta correa, por lo que estoy muy contenta y la guardaré por amor mientras viva. Señora, ya os he contado todo rápidamente y mi relación con él y cómo lo amé tanto: sé ciertamente que no os he mentido en nada.

—Por Dios, entonces debéis quedaros con ese cinturón, pues lo habéis merecido con lealtad; maldito sea quien se enfade con vos por eso, porque por mi cabeza nunca hubo una doncella que amara tan fielmente a un caballero como vos. Si la dama os odiara por ello, cometería una gran villanía, porque no le hicisteis nada malo con su amigo, al contrario, defendisteis bien su amor hacia vos. Por la verdad que me habéis contado de forma tan correcta, os ayudaré a que hagáis las paces con la dama, que nunca os vuelva a reclamar nada.

—Señora, muchas gracias, por Dios.

—Quedaos hoy conmigo y mañana también; mientras estéis en esta tierra permaneced a mi lado, pues me agrada mucho vuestra compañía, tenedlo por seguro.

La doncella le dice que se quedará con gusto y le da las gracias.

Después de que el rey y la reina oyeron vísperas, ordenaron colocar las mesas en el salón y así se hizo; se lavaron y avisaron tocando el cuerno para que acudieran y no tardaron en llegar los caballeros a cenar. Iban a sentarse cuando el rey habló en voz tan alta que todos pudieron oírle:

—Buenos señores, bien conocéis las costumbres de los torneos: elegimos al que nos parece que lo ha hecho mejor por esta parte. Por eso os pido por nuestro juramento que elijáis al que mejor lo ha hecho de los que hay aquí.

Unos dicen que ha sido mi señor Galván y otros que no, que Boores el Desterrado. Finalmente se ponen de acuerdo todos por lo que el rey mismo dice, que Boores merece el honor como el caballero que lo ha hecho mejor de todos los de la corte. El rey ordena que se siente a su lado, en el estrado más alto, para que lo vean todos y así lo hace muy a pesar suyo, pues era el hombre más vergonzoso del mundo; para cumplir con la voluntad del rey se sienta, y porque todos consideraban que tenía que hacerlo.

Habían comido algo cuando empezaron a hablar del Caballero Rojo, el que era de la casa del rey Bandemagus y decían que nunca habían visto un caballero tan bueno ni que hiciera tales proezas, más que Lanzarote.

—Por Dios —dice Idier—, Lanzarote nunca hizo tales proezas, ni las podría hacer, porque nunca tuvo el valor de éste; a pesar de todo, ha estado tan mal al final que se lo han tenido que llevar en brazos, no sé si muerto o herido, y eso no es por mucho valor: si uno empieza realizando grandes hazañas y termina mal, se debe más a falta de corazón y a cobardía de brazos. Creo que si el torneo durara un día más, no pondría los pies en él, pues está tan cansado por los golpes que ha dado y recibido, que no creo que pueda levantarse de la cama en un mes.

Hablaron del Caballero Rojo durante mucho rato, diciendo unos y otros que nunca habían visto tan buen caballero, ni a nadie tan capaz de llevar armas como él, según pensaban. Mi señor Galván dice que nunca había visto a un caballero que realizara tales hazañas.

—Y no creo —añade—, que mi señor Lanzarote del Lago, al que se tiene por el mejor caballero del mundo hiciera nada comparable a lo que ha hecho éste hoy, pues he visto que daba cien golpes tales, uno tras otro, que con cada uno derribaba o a un caballero o a un caballo; nunca vi a nadie que golpeará tan bien con la lanza, porque después de haber roto la lanza, derribó con el trozo que le quedaba a dos o tres caballeros. Eso lo vi yo, que de otra manera no lo hubiera creído con facilidad.

Si mi señor Galván alaba al caballero, las damas y las doncellas lo hacen todavía más, pues afirman que nadie hizo tales maravillas, ya que habían visto que los caballeros caían por donde él pasaba como si lo hicieran a propósito.

Y no parecía —continúan diciendo— que fuera más que encantamiento, pues nadie lo esperaba, como si se tratara de la muerte.

—Por Dios —dice mi señor Galván—, no hay cosa que me gustara tanto, por más honra que me diera, que ver al Caballero Rojo y a Lanzarote en el mismo combate.

Hablaron durante mucho tiempo unos y otros y alabaron al caballero. El rey dijo que el rey Bandemagus era hombre de gran valía ya que tenía en su mesnada a tal caballero.

—Por mi cabeza —añade—, si no hubiera sido herido como fue, los compañeros de la Mesa Redonda habrían tenido que abandonar el campo a la fuerza; hubo un momento en el que tuve bastante miedo, pues vi que todos huían delante de él como la liebre delante de los perros; por su gran valor no estaré a gusto hasta que lo conozca.

Aquella noche Boores fue contemplado por su gran belleza y por el valor que tenía; todos los que lo veían lo apreciaban mucho, porque era joven y buen caballero: muchas hermosas damas lo miraron aquel día y muchos caballeros lo alabaron. Pero se hablara de quien se hablara, la reina mantuvo silencio y estuvo callada y se puso muy contenta cuando oyó que el rey Idier decía que Lanzarote lo había hecho muy mal al final; pensó que pagaría caras estas palabras antes de que pasara la semana; y espera a que levanten las mesas. Entonces le dice a Boores que vaya a su primo y le diga lo que el rey Idier había dicho, «y quiero que por estas palabras —añade la reina—, se reemprenda el

torneo dentro de tres días y que lo lleve a cabo el rey Bandemagus contra los de aquí. Marchaos y decidle que haga todo según le ordeno».

Boores le contesta que así lo hará.

Se marcha de la corte, monta en su caballo, vestido con una túnica de jamete rojo forrada de armiño, con cota y manto y con un gorro de oro y piedras preciosas que había costado más de cuarenta marcos. Vestido y engalanado de tal forma se presenta Boores al rey Bandemagus; lo contemplan todos por la gran belleza que había en él y por el rico vestido que llevaba puesto. Descabalga y va ante su señor que estaba sentado solo con el rey Bandemagus; le dice lo que la reina le ha ordenado.

—Así se hará —contesta Lanzarote—, ya que ella lo desea, pero temo que mi señor el rey pierda demasiado. Señor —añade dirigiéndose al rey Bandemagus—, os ruego que por mi amor emprendáis un torneo contra la gente del rey Arturo y os prometo que si Dios me ayuda, haremos que se metan en la ciudad de Camelot temiendo morir.

—Por Dios —contesta el rey Bandemagus—, ya que vos lo deseáis, así lo haré, pues no hay nada que pueda hacer, que no haga por vos. Así me ayude Dios, no estaría tan contento por el mejor castillo de los que tiene el rey Arturo, como por esta noticia; ya que lo deseáis, sé que obtendremos el honor y ellos quedarán avergonzados.

Entonces el rey Bandemagus llama a un duque y a un príncipe suyos, en los que se fiaba mucho, y les dice que vayan a Camelot, a la corte del rey Arturo, y fijen el torneo para tres días después contra los de la Mesa Redonda; éstos le contestan que lo harán con mucho gusto. Montan en los caballos y van a la corte; descabalgan y suben al salón, se presentan al rey que estaba apoyado en una ventana, lo saludan y dicen:

—Señor, el rey Bandemagus nos envía a vos y os hace saber a vos y a los de la Mesa Redonda que de hoy en tres días lo encontraréis en este prado dispuesto a enfrentar en torneo a su gente contra la vuestra.

—Por Dios —contesta el rey—, ya que así lo desea, así será.

Entonces llama el rey Arturo a mi señor Galván y le dice:

—Buen sobrino, id y prometedle que mantendremos nuestra parte.

Este se levanta y se dirige a los que acaban de llegar de parte del rey Bandemagus y así lo promete. Los dos caballeros regresan junto a su gente y les cuentan lo que han encontrado. Mientras, el rey Arturo le dice a mi señor Galván y a los demás compañeros:

—¿Habéis oído lo que el rey Bandemagus me ha hecho saber del torneo? Por mi fe, aunque sólo estuviera aquí mi mesnada personal, creo que lo podríamos vencer.

—Señor —le dice mi señor Galván—, por la fe que os debo, eso lo ha hecho por la tranquilidad que tiene con el caballero de las armas rojas, el que ha vencido hoy en el torneo.

—Por mi fe —contestan los demás—, mi señor Galván tiene razón.

Aquella noche estuvieron muy contentos los de la corte del rey Arturo, a la vez que

los de la corte del rey Bandemagus acudían numerosos a ver al caballero, pero no hubo nadie tan importante como para que se le dejara verlo. Por la tarde, cuando ya había anochecido, Lanzarote le dijo al rey Bandemagus.

—Señor, tengo que ir a Camelot a hablar con un hombre valiente, pero quiero ir tan en secreto que sólo me acompañará este primo mío, al que mucho amo; regresaré por la mañana, a tiempo para que me tengáis el día que se celebre el torneo.

—Mi dulce amigo, ya que no queréis que os acompañe, id con Jesucristo, que él os guíe y os lleve a salvo, de forma que yo pueda alegrarme con vuestro regreso.

A continuación se marchan los dos, montan y el rey los acompaña hasta que ellos lo desean. Después de que regresara el rey, entran en Camelot por la puerta y cabalgan hasta llegar detrás del palacio, donde encontraron el jardín del rey que estaba cercado por tapias bajas; descabalgan y atan los caballos a un árbol; saltan dentro del jardín por encima de las tapias y encuentran abierta la puerta que le había indicado la reina a Boores. Entran y la cierran, para que nadie pueda seguirlos a través del jardín y se detienen en un lugar oculto. El rey Arturo ya se había acostado en una habitación que daba al río y le había dicho a la reina que se acostara donde quisiera, pues él se encontraba un poco enfermo y por eso quería dormir solo.

—Señor —le contesta la reina—, ya que a vos así os place, yo lo quiero bien.

La reina mandó hacer la cama por la parte del jardín y cuando pensó que Lanzarote ya había llegado, hizo que todas las doncellas se fueran a acostar, unas a un sitio, otras a otro, diciéndoles que no quiere ruido y que por eso desea dormir sola para descansar mejor. Las doncellas, que no pensaban nada malo, se van a dormir a otras habitaciones; cuando la reina ve que ya se han marchado, se dirige a la habitación en la que estaba Lanzarote: al verse, corrieron el uno a la otra con los brazos abiertos, como quienes se habían deseado durante mucho tiempo, y que se amaban más que nadie que hubiera entonces en el mundo: se muestran tan gran alegría que no os podría contar una mayor; hablan juntos y se preguntan cómo les va. Luego, la reina le pregunta a Lanzarote qué tal le ha ido y éste le contesta:

—Bien, gracias a Dios.

—¿Y qué ha sido —le pregunta la reina en burla— de vuestra nueva amiga, la que os curó del veneno? ¿Cómo es que no la trajisteis a este torneo? Ciertamente la habéis abandonado, siendo tan hermosa y cortés y amándoos con auténtico amor, y vos a ella, que bien lo sé.

Cuando Lanzarote oye las acusaciones de la reina, lo siente tanto que no sabe qué hacer, pues teme que se haya enfadado con él, y le contesta:

—Señora, por el amor de Dios, no quiera Dios que yo me busque otra amiga más que a vos, en toda mi vida.

Entonces lo mira la reina y ve que está llorando con tanta ternura que las lágrimas le corren por la cara:

—Por Dios, mi buen amigo, no creáis que he pensado mal de vos, pues por Dios no podría creer a nadie que me dijera nada malo de vos.

Entonces se dirige a Boores, lo coge por la mano y lo lleva a acostar en una habitación en la que había hecho preparar una cama pensando en él. Después de que se acostó, la reina regresa a la habitación y cierra la puerta tras ellos dos, para que nadie llegara de improviso; se desnuda y se acuesta con Lanzarote, por el que había sufrido tanto, y le muestra tal alegría y tal gozo como a quien ama como a sí misma.

De este modo pasaron juntos toda la noche, haciéndose toda la alegría que habían deseado durante tanto tiempo; durmieron muy poco, pues preferían hablar; se preguntan por su situación y la reina le dice a Lanzarote:

—¿Cómo fue que después de haber vencido en todo, al llegar delante de mí, os tuvieron que sacar en brazos? ¿Os ocurrió eso por enfermedad o por el cansancio de los brazos? No me lo ocultéis por la fe que me debéis.

—Señora, me habéis conjurado de tal forma que os lo tengo que decir. Me esforcé en hacerlo todo muy bien, porque sabía que me estabais viendo y por los de la Mesa Redonda que habían hablado mal de mí, tal como me hicisteis saber. Cuando llegué ante vos, empecé a miraros, como a la que no había visto en mucho tiempo y a la que yo deseaba ver más que a nada. Me resultabais tan hermosa y tan atractiva al gran deseo que yo tenía, que a través de los ojos me llegó a lo más hondo del corazón vuestra belleza con tanta violencia que no pude mandar sobre mí mismo y hubiera caído a tierra si no me hubiera inclinado sobre el arzón de la silla. Entonces me encontré tan débil y tan enfermo como visteis.

—Por Dios, siento mucho que os ocurriera así, pues si os hubierais mantenido igual que comenzasteis, habríais acabado con todos los de la Mesa Redonda que habían dicho malas palabras de vos.

—Señora, ya se estaban dando a la fuga, pues no había ninguno que se atreviera a esperar mis golpes y si ahora han conseguido escapar, volverán el día en que nos enfrentemos de nuevo.

—Es cierto, pero procurad hacerlo tan bien ese día que no haya nadie que ose esperar vuestros golpes, y haced que huyan y se refugien aquí dentro temiendo morir, pero no seáis malvado ni os quedéis perplejo, pues si pienso que lo hacéis peor porque me amáis, nunca más os volveré a dar mi amor.

—Señora, no he empeorado por amaros, al contrario he mejorado más que ningún caballero que haya amado a ninguna dama, llegando a un lugar tan alto como el que yo ocupó, y no lo ocuparía si no fuera por vos. Desde que os amo desde la primera vez, no he emprendido nada que no haya logrado superar porque me acordaba de vos.

La reina empieza a reírse.

Estuvieron muy a gusto durante toda la noche; un poco antes de que llegara el día, la reina le dijo a Lanzarote que se marchara, porque el rey solía ir a verla por la

mañana, «y por nada querría que fuéramos encontrados juntos, pues yo sería destruida y vos deshonrado».

Lanzarote se levanta de inmediato, se arregla y la reina va a despertar a Boores, diciéndole que se levante pues así tiene que hacerlo. Se prepara y cuando ya estaban dispuestos a marcharse, le dice la reina a Lanzarote:

—Buen señor, volved aquí mañana por la noche, del mismo modo que habéis hecho hoy y por el mismo camino que trajisteis.

Le contestan que así lo harán. Entran en el jardín, llegan a la tapia por la que habían pasado, saltan al otro lado y encuentran los caballos en el mismo sitio en que los habían dejado, montan y cabalgan hasta llegar a la puerta, que encontraron cerrada. Llamam al portero que acude, les abre y se marchan dirigiéndose hacia el bosque en el que se alojaba el rey Bandemagus.

Mientras cabalgan de este modo, Boores le pregunta a Lanzarote qué ha sido de su hermano Lionel y éste le cuenta cómo se había quedado dormido en un bosque a mediodía y que cuando se despertó, se encontró en el Castillo de la Carreta, «pero después no oí hablar de él en ningún sitio y no sé qué ha sido de él. Si me voy de este torneo con el honor que espero, gracias a Dios, no dejaré de buscarlo hasta que lo haya encontrado».

Cabalgan hasta llegar al pabellón del rey Bandemagus, y ya era de día. El rey se había levantado y esperaba el regreso de Lanzarote; al verlo llegar, no es necesario preguntar si se puso contento: va a él para ayudarle a desmontar y cuando Lanzarote lo ve venir, se dirige a su presencia y echa pie al suelo, diciendo:

—Señor, madrugáis mucho.

—Pensaba que vendrías y no quería estar dormido cuando llegarais.

Descabalgan y van a oír misa en una ermita que había cerca de allí; después, regresan a los pabellones, y se encuentran con que el emperador de Alemania, los duques y los condes habían acudido ya a ver al Caballero Rojo. Cuando Lanzarote llegó y vio a los que estaban esperándole, lo sintió mucho, pues temía ser reconocido; pero tuvo la fortuna de que ninguno de ellos lo reconoció; el rey de Norgales le pregunta:

—Buen señor, ¿sois vos el que ayer llevaba las armas rojas?

—Señor, no, sino que fue éste que está aquí conmigo.

Les señala a Boores y todos le muestran el mayor gozo que pueden, diciéndole que son amigos suyos y que lo quieren bien. Al ver que quiere cubrirse con él, Boores no lo rechaza y finge que es él por el que todos preguntan; les da las gracias porque todos se ponen a su servicio.

Durante todo el día permanecieron los nobles con Lanzarote y comieron con él en el pabellón del rey Bandemagus. Después de la hora de vísperas, el emperador llevó a Boores al castillo de Montignet para cenar con él y Lanzarote se quedó en la tienda del rey Bandemagus acompañado por un duque y un conde que eran de gran valía y por

los que fue servido según su voluntad. Cuando llegó la noche, Boores regresó del castillo en el que había cenado con el emperador, acompañado por más de doscientos caballeros. Luego, el emperador se volvió y quedaron a solas en el pabellón, marchándose de inmediato Lanzarote y Boores, y yendo directamente a Camelot: se dirigieron al mismo lugar que la noche anterior; ataron los caballos donde ya los habían atado la otra vez y saltaron el muro dirigiéndose a la habitación en la que les esperaba la reina. El rey se había acostado hacía ya rato en la habitación que daba al río. Cuando la reina los vio llegar, les dio la bienvenida y los recibió con alborozo.

Aquella noche estuvieron muy a gusto Lanzarote y la reina, pues no hay gozo y fiesta que puedan tener los enamorados, que no tuvieran ellos. Poco antes del amanecer, se levantó la reina y le dijo a Lanzarote:

—Señor, os he preparado unas buenas armas y os armaré con ellas antes de que os marchéis de aquí, pues quiero saber y ver que no os falta nada; me apetece mucho armaros.

—Señora, ya que así lo queréis, me parece bien, pues sólo puedo mejorar por vos.

Se viste, se dispone y hace despertar a Boores; la reina había cerrado la puerta para que nadie entrara; enciende cuatro velas para que se pueda ver claro. Abre un arcón y le dice a Lanzarote que tome aquellas armas, y todo lo que necesite.

—Señora, ¿qué armas voy a llevar?

—Llevaréis unas armas blancas, y Boores rojas, para que nadie lo conozca.

Se arma al punto y la reina le ayuda, atándole ella misma el yelmo. Cuando ya está dispuesto y Boores también, salen de la habitación y la reina los acompaña hasta un portillo. Luego, ésta regresa encomendándolos a Dios y diciéndole a Lanzarote cuando se marcha que no acuda al torneo, si no es por algo muy necesario, hasta la hora de tercia; éste le contesta que esperará hasta que vea llegado su momento.

La reina vuelve a la habitación y se acuesta completamente sola; Boores y Lanzarote encontraron los caballos en el mismo lugar que los dejaron, montan y se dirigen a la puerta de la ciudad, haciendo que se la abran. Salen y emprenden el camino hacia el bosque en el que estaba el rey Bandemagus; a la hora de prima ya había amanecido. El rey se había levantado porque pensaba que Lanzarote llegaría temprano y quería salirle al encuentro cuando llegara. Al verlos venir tan elegantemente armados, los reconoció sin dificultad, porque Boores se había quitado el yelmo; les da la bienvenida. Descabalgan, entran en el pabellón y cambian los caballos porque los suyos no habían comido en toda la noche. Cuando ya el día era claro y el sol había salido, oyeron misa; los estrados del campo estaban llenos de damas y doncellas que habían acudido a contemplar el torneo y los prados estaban cubiertos por más de cuatro mil caballeros, contando los de una parte y otra; habían empezado los combates por todos los sitios y eran muchos los que habían caído y los choques eran grandes en todas partes.

Un poco después de la hora de prima, salió de la ciudad la reina acompañada por

numerosas damas y doncellas; llevaba vestida una túnica de púrpura y oro, con una cota y un manto forrado de armiño; se dirigió con elegancia a través de los prados montando en un palafrén noruego, pequeño y blanco como la nieve recién caída; descabalgó y se apoyó en una de las ventanas del estrado para contemplar las proezas que se realizaban delante de ella. En esto llegaron el emperador de Alemania y el rey de Norgales con otros reyes, hasta un total de cuatro más; llevaban consigo numerosos caballeros. Chocaron con los otros con tal fuerza que la gente del rey Arturo no pudo resistir y tuvieron que retroceder con cobardía, como quienes no podían hacer nada más, pero la caballería de la Mesa Redonda acudió en su ayuda con tanta gente que en aquel lugar había hasta cuatro mil, teniéndose el más cobarde por muy valiente y atrevido. Todos los de la Mesa Redonda llevaban como señales redondeles de cordobán encima de los ropajes, para ser bien reconocidos por los demás.

En el encuentro empezaron a derribar a caballeros y caballos y en el primer choque lo hicieron de tal forma que gracias a su valor cesó la persecución y regresaron los que iban huyendo. Empiezan a realizar tales proezas con las lanzas y las espadas, que durante buen rato sujetan a los otros, de modo que no se sabe quiénes llevan la mejor parte. En esto, llega mi señor Galván con Gueheriet, su hermano, que había vuelto por la mañana de la búsqueda. Los acompañaban unos doscientos caballeros de los más apreciados de la casa del rey Arturo, sin contar los de la Mesa Redonda. Mi señor Galván ordena que le sigan, «y venid tan rápidamente que no haya ningún caballero al que no derribéis a tierra cuando lo encontréis».

Le contestan que harán todo lo que puedan. Mi señor Galván se pone en marcha y pica espuelas hacia donde ve mayor tumulto, dirigiendo el caballo hacia allí y golpeando al primero que encuentra de tal forma que lo derriba al suelo, con el caballo encima, y su lanza le vuela hecha pedazos. Gueheriet derriba a otro y los demás compañeros lo hicieron tan bien que no hay ninguno que no haya quebrado la lanza. Unos derribaron a los caballeros y otros no consiguieron derribar a nadie.

Mi señor Galván y Gueheriet empiezan a realizar tales proezas que cualquiera que las viera los tendría por caballeros extraordinarios: pican espuelas arriba y abajo, derriban caballeros y caballos, y llevan a cabo tales hazañas que los enemigos se dan por vencidos a la fuerza, pues no podían resistir por más tiempo el ímpetu de mi señor Galván y de los caballeros de la Mesa Redonda; huyen por el campo tan rápidos como pueden ir sus caballos. Entonces les gritan, los abuchean y les censuran el comportamiento las damas que hay en los estrados, llamándolos cobardes huidizos. Cuando Boores ve que aquellos a los que debía ayudar se dan a la fuga, se lo indica a Lanzarote, diciéndole:

—Señor, estáis esperando demasiado. Vamos a ayudarles, pues bien lo necesitan.

—Vayamos, me parece bien. Seguidme —añade Lanzarote dirigiéndose al rey Bandemagus—, seguidme vos y vuestra gente, pues me parece que ya hemos esperado

demasiado.

—Señor —le contesta el rey—, id delante y os seguiremos.

Boores le señala a Lanzarote por dónde van mi señor Galván y Gueheriet:

—¿Veis a aquellos dos de allí?

—Por mi cabeza son los que hacen que nuestra gente vaya derrotada. Atacad a uno y yo iré contra el otro; si los podemos desmontar, estoy seguro de que terminará la persecución.

Boores se dirige contra Gueheriet y le golpea con tanta fuerza que lo derriba al suelo junto con su caballo en un solo montón, uno encima del otro; Gueheriet quedó herido porque el caballo le había caído encima, y se desmaya por el dolor que siente. Lanzarote ataca a mi señor Galván, sin reconocerlo, pues tenía las armas cambiadas; le golpea en medio del escudo y de la cota de mallas, de forma que le mete la lanza en el hombro izquierdo y le empuja con ánimo y fuerza, derribándolo del caballo con el asta en el cuerpo y haciendo que quede entre las patas del animal. Cuando los demás de la corte del rey Arturo ven a mi señor Galván y Gueheriet derribados, que eran los dos en los que tenían la esperanza de derrotar a sus enemigos, se espantan y no saben qué hacer. Pero Lanzarote no quiere dejar así las cosas; echa mano a la espada, que cortaba bien, y ataca donde ve el mayor tumulto, golpeando al primero que encuentra de modo que lo derriba muerto al suelo a pesar del yelmo y de la cofia de hierro. Luego, empieza a matar caballeros y caballos, a arrancar escudos de los cuellos y yelmos de las cabezas y realiza tales maravillas por su valor, ante todos los que se atreven a mirarlo, que no hay nadie que espere sus golpes, y huyen como si fuera la muerte: y ciertamente era la muerte para todos aquellos que lo esperaban, pues no había nadie al que alcanzara con un buen golpe, que no lo matara; se dan a la fuga sin atreverse a esperar y él los persigue hasta que encuentra a los compañeros de la Mesa Redonda.

Al ver a los compañeros de la Mesa Redonda, Lanzarote, que los reconoció de inmediato por las enseñas que llevaban, dirige hacia ellos la espada levantándola y empieza a dar grandes tajos, sin evitar a nadie que pueda alcanzar; los hace caer de los caballos, los tira al suelo, derriba escudos y rompe cotas de mallas en los brazos y en los costados. Boores va con él haciendo el mayor daño que puede, derribando y malhiriendo a los contrarios; los dejan en tal situación con la ayuda que tienen del rey Bandemagus y de su gente, que no pueden resistir por más fuerzas que tengan, sino que vuelven la espalda y abandonan el campo, de grado o a la fuerza. Cuando los presentes ven huir a aquellos en los que tanto confiaban, no les queda ninguna voluntad de combatir bien y ninguna esperanza más que la de ser vencidos; se vuelven y se marchan huyendo tras los otros, mientras que Lanzarote los persigue porque no quiere dejarlos así; montaba un caballo fuerte y buen corredor: los golpean y hacen caer en la persecución, que llega hasta la puerta de Camelot, y todos juntos se tienen que meter dentro. Los de la mesnada del rey huyen por las calles y los otros los persiguen, que no

los aman en nada, y los siguen hasta el palacio mismo del rey. Cuando ya los han perseguido bastante, se vuelven alegres y contentos por el honor que han tenido. El rey Arturo que estaba apoyado en una ventana viendo la persecución que llevaban a cabo los de fuera, se dio cuenta de quiénes eran los que mejor lo habían hecho y vio que Lanzarote había destacado por encima de todos y que nadie podría superarlo, pero no lo reconoció por las armas que llevaba diferentes, aunque a pesar de todo pensaba que era él.

Cuando los de fuera terminaron la persecución y vieron al rey, empezaron a mostrárselo unos a otros, diciendo todos: «Mirad, allí está el rey». El rey los oye, aunque no lo aparenta, sino que miraba al caballero que había vencido en todo. Al pasar cerca de él Lanzarote, el rey le dice:

—Señor caballero, os ruego que os detengáis hasta que haya hablado con vos.

—Por Dios, señor, con mucho gusto.

El rey descendió y fue a una ventana más baja:

—Buen señor, os vais aunque sois uno de los hombres del mundo que más desearía conocer, si ésa fuera vuestra voluntad, pues no os conozco que yo sepa; sé que sois el mejor caballero del mundo: os ruego que por amor y por cortesía me digáis vuestro nombre o que os quitéis el yelmo de la cabeza, para que os vea al descubierto.

—Señor, no sabréis mi nombre, pero me quitaré el yelmo ya que me queréis ver.

Lanzarote se desata entonces el yelmo, quitándoselo de la cabeza; cuando el rey lo ve, lo reconoce y tiene tan gran alegría, que no os podría contar yo una mayor; desciende y corre hasta abajo. Al verlo venir, Lanzarote salta del caballo y va a abrazarlo, armado como estaba. El rey lo abraza y lo besa y le pregunta cómo le ha ido:

—Señor, bien, gracias a Dios, pues estoy sano y salvo.

Luego, le pregunta quién es el caballero de las armas rojas, que le ha ayudado tan bien durante todo el día.

—Señor, es mi primo Boores.

—Ay, Boores, me habéis traicionado, pues sabíais que Lanzarote estaba en esta tierra y no me lo dijisteis. Por mi cabeza, si lo hubiera sabido, las cosas no habrían ocurrido así y no habríamos tenido la vergüenza que hemos recibido.

Entonces, el rey toma a un lado a Lanzarote y a Boores al otro y los lleva de la mano al salón, donde hace que se desarmen; después, llama a la reina para que acuda a hablar con él y van a buscarla; al llegar y ver a Lanzarote, la reina se puso lo más contenta que pudo, no es necesario preguntarlo, y le agradeció el juego de ajedrez que le había enviado. Mientras celebran tal fiesta, mi señor Galván fue llevado al patio con el trozo de lanza en el cuerpo; el rey baja a verlo con los demás nobles, para saber si estaba gravemente herido; lo encontraron débil y pálido como quien había sangrado demasiado. El médico llegó, le examinó la herida y le arrancó el trozo de lanza; después, le dijo al rey que no se preocupara, que lo dejaría sano y curado en un mes; le

pone un emplasto que sabe que necesita; luego lo acuesta en una habitación lejos de toda gente para que el ruido no le dañe. Cuando lo acostaron, mi señor Galván vio a Lanzarote y le dijo:

—Señor, sed bienvenido. Si hubiera pensado que erais vos, no me habría acostado, sino que os habría dado compañía como al mejor caballero del mundo y al más valiente, y al que más quiero: lo habéis puesto de manifiesto aquí y en otras partes; aquí lo habéis mostrado de tal forma que no habrá día que no lo recuerde, y lo tendrán que recordar también los de la Mesa Redonda, pues vuestro valor ha vencido a su orgullo, y su felonía ha sido aniquilada, acabando con todo lo que su orgullo había hecho contra vos.

—Ciertamente, sea lo que sea lo que han hecho contra mí, se lo perdono por amor a mi señor el rey y porque ellos son compañeros míos.

—Buen señor —le dice mi señor Galván al rey—, llevaos a mi señor Lanzarote de aquí y mostradle la mayor alegría que podáis; por él haced que vengan todos los que han estado a su lado: reyes, duques, condes y caballeros; procurad que no falte nadie y que el emperador de Alemania sea el primero.

El rey le contesta que así lo hará; coge a Lanzarote de la mano y se lo lleva al salón; luego, hace venir al emperador, al rey Bandemagus, a reyes, duques, condes y a todos los caballeros, tanto pobres como ricos. La fiesta fue rica y extraordinaria y duró hasta el domingo después de comer.

Mi señor Galván fue llevado entonces al salón en una alfombra bastante cómoda y yacía en ella como hombre enfermo; a su alrededor estaban sentados el rey Bandemagus, el emperador, Lanzarote y la reina. El rey ordenó que le llevaran el juego de ajedrez, para que jugara cada uno de aquellos caballeros. La reina hizo que lo trajeran de inmediato y el rey Bandemagus se puso a jugar una partida pensando que nadie sabía más que él; fueron muchos los que se admiraron al ver las piezas que jugaban contra el rey. Durante mucho rato jugó el rey Bandemagus, pero finalmente recibió mate, de forma tan mala que todos los que estaban presentes se burlaron de él. Después jugó el emperador y el rey de Norgales y fueron objeto de más burlas que el rey Bandemagus. A continuación, rogaron a mi señor Galván que jugara, y recibió mate de forma peor que todos los anteriores. Entonces, éste le dijo a la reina:

—Señora, jugad, pues vos sabéis bien.

Esta contesta que no jugaría, pero le rogaron tanto que se sentó ante el tablero; jugó de tal forma que todos dijeron que llevaba la mejor parte, y a pesar de todo recibió mate. A continuación, la reina le dijo a Lanzarote:

—Señor, yo he recibido mate, vengadme.

—Señora, con mucho gusto, pues así lo deseáis.

—Señor —le dice el rey—, por Dios no juguéis, pues sólo serviría para que os enfadarais.

—Señor —contesta Lanzarote—, no me enfadaré, por Dios, si recibo mate, y tampoco seré el primero en recibirlo y por eso no me importa ser matado.

Coloca las piezas delante de él y juega tan hábilmente que todos los que lo ven se sorprenden; lleva el juego de tal forma con fuerza e ingenio que hace que las piezas reciban mate y gana la partida gracias a su habilidad.

Se santiguan todos los que están presentes por lo sorprendidos que se quedan, pues no pensaban que nadie pudiera saber tanto. Ese mismo día después de comer, el rey Arturo llamó a todos los compañeros de la Mesa Redonda y cuando estuvieron todos presentes, hizo que se sentaran. Entonces, llamó a los clérigos que ponían por escrito las aventuras y después de que tomaran asiento, trajeron los Evangelios para que juraran y le dijo el rey a Lanzarote ante todos:

—Lanzarote, cuando os marchasteis de aquí no hicisteis ningún juramento por el que os debiéramos creer cuando regresarais y habéis encontrado numerosas aventuras desde que os marchasteis, que queremos oír. Pero antes juraréis sobre sagrado que no diréis nada que no sea verdad, y que por más vergüenza que podáis recibir por ello, no ocultaréis ninguna de las aventuras que os han ocurrido.

Lanzarote lo jura así mismo; luego, juraron mi señor Galván, Boores y Gueheriet.

A continuación, Lanzarote empezó a contar todas las aventuras que le ocurrieron desde que se marchó de la corte; les cuenta primero la de Grifón de Mal Paso, cómo se le llevó las armas y luego cuenta la aventura de la vieja que se lo llevó, y la de la doncella que lo había curado del envenenamiento de la fuente y cómo se enamoró de él, que casi murió y el voto que hizo por él, prometiendo que guardaría la virginidad por su amor; luego, les cuenta cómo ayudó en la guerra a los hijos del duque Karlés, derrotando a los tres hermanos, Guerrehet, Agravaín y Gueheriet porque no los conocía; luego, les cuenta cómo su primo Lionel le había dejado en el bosque y cómo fue encantado por tres damas que lo encontraron y cómo se lo llevaron al Castillo de la Carreta y cómo la doncella lo había sacado de la prisión; luego, les cuenta cómo acudió al torneo entre el rey Bandemagus y el rey de Norgales y les dijo que ayudó al rey Bandemagus lo mejor que pudo.

—Ciertamente —dice el rey de Norgales—, le ayudasteis bien, pues nunca vi a nadie que llevara a cabo tales proezas como vos aquel día y por vos fuimos desbaratados.

El rey Arturo se ríe y lo mismo hacen todos los demás.

A continuación, Lanzarote empieza a contar cómo llegó a casa del Rey Pescador y cómo le dio muerte a la serpiente que encontró sobre la tumba del cementerio y cómo el Santo Vaso llenó las mesas con los mejores manjares; pero no les cuenta cómo había sido engañado por la hermosa doncella, hija del Rey Pescador, y no dejó de decirlo por vergüenza que podría recibir, sino por su señora la reina, cuyo amor temía perder si hubiera conocido la verdad. Después, les cuenta por orden las aventuras que le habían ocurrido desde que se marchó de la corte; les da noticias de Héctor de Mares, que era

hermano suyo aunque él no lo sabía; luego les cuenta el baile en el que quedaban apresados todos los que participaban y les dice por qué razón y de qué forma extraordinaria ocurría, «allí encontré el juego del ajedrez y sus piezas que envié a la corte»; después les cuenta los dolores y desgracias que el sobrino del duque Karlés le había causado bajándolo al pozo que estaba lleno de culebras y de gusanos.

Mientras Lanzarote contaba esta aventura, el rey Arturo, la reina y muchos otros caballeros lloraban de compasión; Lanzarote les muestra la doncella que lo había sacado del pozo. Después les contó cómo había dado muerte a todos los del lugar que había encontrado y los había arrojado a los fosos, bajo la torre, por la mala aventura que habían llevado a cabo. Luego, cuenta sus aventuras, por orden, tal como le habían ocurrido hasta el momento en que llegó al torneo. Cuando el rey las oye, no se admira poco, y le dice a Lanzarote:

—Por mi fe, hacéis que me sorprenda, diciendo que Héctor de Mares es vuestro hermano, aunque él no lo había dicho; bien desearía que fuera cierta tal cosa, pues Héctor es uno de los mejores caballeros del mundo: sería mejor para la Mesa Redonda, que de esta forma sería más temida, porque tendría a los dos mejores caballeros que hay.

Tal como Lanzarote contó sus aventuras, fueron puestas por escrito y, dado que los hechos eran los mayores que los de cualquiera de los presentes, el rey hizo que escribieran sólo sus hechos, de forma que se encontró un gran libro sobre sus proezas y obras en el armario del rey Arturo, después de que éste fuera mortalmente herido en la batalla contra Mordret, tal como la historia contará de forma clara.

Después de que fueran escritas las aventuras de Lanzarote, mi señor Galván cuenta las suyas, pero no tuvo que jurar porque ya lo había hecho cuando se marchó de la corte. Dice todo lo que le había ocurrido en aquella búsqueda y cuenta lo de las tumbas que había encontrado en la Capilla Devastada, en la que las espadas estaban clavadas y la que había en medio que ardía con tanta claridad como si estuviera allí todo el fuego del mundo; cuenta las letras que encontró escritas, que decían que el fuego no se apagaría hasta que llegara el Caballero Desventurado, el que por su mala y fea lujuria había perdido las aventuras del Santo Grial; y que en otros sitios había letras que llamaban al caballero hijo de la Reina Dolorosa. Después les habla del torneo en el que Héctor lo había derribado y cómo llegó a casa del Rey Pescador, donde vio el Santo Grial con toda claridad, que lo llevaba la doncella más hermosa de cuantas había visto y las maravillas que contempló en el Palacio Venturoso; luego les cuenta la vergüenza que recibió en el castillo por la mañana y cómo fue llevado por toda la ciudad; a continuación les habla del ermitaño que le contó el significado de la serpiente y el leopardo y le señaló el plazo de su muerte, de tal forma que fue cosa que el rey Arturo no pudo olvidar nunca más, sino que sintió miedo y temor el resto de su vida por eso; si hubiera conocido el significado del leopardo, lo hubiera evitado, de haber podido.

Cuando mi señor Galván terminó de contar las aventuras que le habían ocurrido desde que se marchó de la corte, sin ocultar ni una palabra, ni para su honor ni para su vergüenza, el rey ordenó que lo pusieran todo por escrito con las aventuras de los demás caballeros de la corte.

Después contaron las suyas Boores y Gueheriet, y todo fue puesto por escrito. Luego, el rey ordenó a los caballeros de la Mesa Redonda que cada uno contara si habían sido derribados y por quién; lo dijeron todos, de forma que había sesenta y cuatro caballeros de la Mesa Redonda que habían sido derribados por Lanzarote. Entonces, el rey Arturo dijo que por el juramento que le habían hecho, que dijeran si alguno lo había derribado y ellos contestaron que no.

—Por mi fe —exclama el rey—, entonces él solo alcanzó más honra para la Mesa Redonda que todos vosotros y su ausencia haría que la Mesa Redonda cayera más baja que si faltarais la mitad de todos vosotros. Me parece que nunca debéis volver a hablar contra él, pues os ha demostrado lo que puede hacer: ha vencido vuestro orgullo para siempre jamás.

Estas palabras que dijo el rey Arturo fueron recibidas de tal forma que los de la Mesa Redonda odiaron a partir de entonces con odio mortal a Lanzarote para el resto de sus días, aunque no quisieron mostrarlo antes de que fuera probada la mala acción que llevaba él con la reina, y eso fue cuando Agravaín, que los había espiado, los encontró juntos completamente desnudos.

Pero la historia deja ahora de hablar de eso, pues tendrá que volver sobre ello en su momento y en la ocasión oportuna.

LIBRO 6.

El Bosque Perdido

CLVI

Cuando los que habían sido compañeros en la búsqueda hubieron contado sus aventuras, el rey dijo:

—Sólo habéis regresado cuatro y deberíais ser quince, pues me dijeron que ésos eran los que habían emprendido la búsqueda. Tenéis que ir a buscar a los que se pusieron en marcha con vosotros, hasta que los encontréis, si queréis ser compañeros como es debido.

—Señor —contesta Lanzarote—, tenéis razón y estoy dispuesto a emprender la marcha mañana o pasado mañana, y es justo que así lo haga, pues ellos lo hicieron por mí.

Mi señor Galván añade que tan pronto como mejore, se marchará de la corte en busca de sus hermanos, pues tres de ellos no han regresado desde que marcharon. Boores dice que también se pondrá en camino por su hermano. Gueheriet afirma que los acompañará, y que no podrán marcharse sin él. De este modo deciden darse compañía unos a los otros y acuerdan reemprender la búsqueda, que no cesaría luego en mucho tiempo.

Fue grande la alegría y la fiesta que hubo durante aquel día allí; hablaron de muchas cosas y, finalmente, la reina se dirigió a la ventana del palacio, acompañada por Lanzarote, a solas, y alejados de los demás para que nadie oyera lo que decían. Entonces, la reina le preguntó:

—Ay, Lanzarote, ¿oísteis las palabras que mi señor Galván dijo cuando se encontró con la aventura de la Capilla Devastada, que dijo que nadie podría llevarla a término hasta que llegara el desgraciado caballero que por su maldita lujuria había fracasado en las aventuras del Santo Grial? En otro lugar se llamaba a ese caballero hijo de la Reina Dolorosa. Decidme si sabéis quién es ese caballero.

—Señora, no.

—Por mi cabeza, las letras hablaban de vos, pues vos fuisteis el hijo de la Reina Dolorosa; lo siento mucho, pues por el ardor de la carne habéis perdido el poder llevar a término aquello por lo que todo el valor de la tierra se esforzará: bien podéis decir que habéis pagado caro mi amor, pues por mí habéis fracasado en lo que no podréis recobrar. Sabed que no lo siento menos que vos, sino más aún, pues es un gran pecado: Dios os había hecho el mejor y el más hermoso y el más agraciado de todos, y os había concedido además la felicidad de que vierais las maravillas del Santo Grial al descubierto; ahora lo habéis perdido todo por nuestra unión. Me parece que sería mejor que no hubiera nacido nunca antes de que quedaran sin hacer tantos bienes como ahora quedarán inconclusos.

—Señora, os equivocáis. Sabed que no hubiera llegado a un lugar tan alto como en el que estoy de no ser por vos, pues yo solo no habría tenido coraje suficiente al comienzo de mis hazañas para emprender las cosas que los demás iban dejando por

falta de fuerzas. Lo que encontraba en vos y en vuestra gran belleza empujó a mi corazón hacia el orgullo en el que me hallaba, de forma que no había aventura que no llevara a cabo; estaba seguro de que si no podía superar las aventuras gracias a mi valor, no podría presentarme a vos y moriría o tendría que superar las dificultades. Por eso os digo que el amor fue la cosa que más aumentó mis virtudes.

—Entonces no siento que me hayáis amado, pues habéis llegado a tal punto; pero siento que hayáis perdido el poder llevar a cabo las altas aventuras del Santo Grial, para las que se creó la Mesa Redonda.

—Me sorprende lo que decís, y os diré por qué. Creo que no habría llegado a tan alto lugar si no hubiera sido por vos, pues yo era un muchacho joven e inexperto, estaba fuera de mi tierra y sin gran valor no podría llevar a cabo esas aventuras de las que habláis y no hubiera hecho nada si no me hubiera encontrado tan a gusto con vos como estoy.

La reina le pregunta por Morgana, la hermana del rey Arturo que le había amenazado, y él se lo cuenta todo. Se quedó muy preocupada pensando que Morgana lo odia por su culpa, y le dice:

—Si Morgana os odia, os aconsejo que os guardéis de ella, pues es muy temible, ya que sabe tanto de encantamientos, que puede hechizar al hombre más valiente del mundo; no sé qué consejo daros, más que llevéis en vuestro dedo un anillo de oro que me regaló vuestra señora del Lago cuando fuisteis armado caballero novel, pues tiene la virtud de descubrir los encantamientos y de revelarlos, y eso es algo que necesitaréis contra ella.

Entonces Lanzarote toma el anillo y se lo pone en el dedo. Aquella noche el rey Arturo ordenó que le hicieran la cama a Lanzarote en la mejor habitación, de la que hizo quitar la suya; los que vieron esto dijeron que el rey mostraba mayor honor a Lanzarote que a todos los demás de la corte.

Por la mañana, a primera hora, llegó la noticia de que un caballero de la Mesa Redonda había muerto por las heridas que Lanzarote le había causado en el torneo; se llamaba Ganor de Escocia y había sido buen caballero, esforzado y de importante linaje. El rey Bandemagus se acercó a Lanzarote y le dijo:

—Señor, rogadle al rey Arturo para que me reciba en el lugar del caballero que ha muerto como compañero de la Mesa Redonda, si es que debo serlo por mi valor y por mis hazañas, no por mi riqueza.

—Señor, sé que sois tan valiente y tan discreto que más valéis por vuestro buen sentido que otro por su valor; con mucho gusto se lo rogaré, y creo que cumplirá mi voluntad.

Lanzarote va a la habitación del rey, que ya se había levantado y se disponía a ir a la iglesia, Lanzarote lo saluda diciéndole que Dios le dé un buen día.

—Por Dios, señor —le contesta el rey—, sed bien venido. ¿Por qué madrugáis tanto?

—Porque no podía dormir. Señor, uno de nuestros compañeros de la Mesa Redonda ha muerto hoy y el rey Bandemagus me ha pedido que os ruegue que lo recibáis como compañero en el lugar del caballero que ha muerto, si es que creéis que es digno por sus hazañas y no por su linaje, para formar parte de la Mesa Redonda.

—Ciertamente será según vuestra voluntad, pues es tan prudente y tan valeroso que es justo que se sienta en la misma fila que los demás, y vos sois tan compañero y señor como yo mismo, y por vuestro juramento, igual que por el mío, sabéis que no podéis hacerlo por amor que le tengáis, si no lo merece, y no podréis echarlo tampoco por odio que le tengáis.

—Por Dios, es tan valiente como siete; y aunque no fuera tan buen caballero como digo, es tan virtuoso que seremos más honrados por su compañía que por los hechos de armas de otros diez. Por eso digo con justicia y lealtad que debería ser compañero, pues aún está en plena fuerza y en buena edad, porque no tiene más de cuarenta y seis años.

—Por mi fe, lo será, pues así lo deseáis.

Convocaron a continuación a todos los compañeros de la Mesa Redonda, y cuando estuvieron reunidos, el rey dijo lo que Lanzarote le había pedido con respecto al rey Bandemagus. Al oírlo, se retiraron a hablar en secreto, y unos no estaban de acuerdo, pues las hazañas del rey Bandemagus no habían sido lo suficientemente probadas como para que fuera compañero, y no podía entrar por su riqueza, sino que debía hacerlo gracias a su valor y a sus hazañas. Se adelanta entonces Yvaín el Bastardo, que era hijo natural de Urián, y dice:

—Buenos señores, ¿por qué vais contra lo que tenéis que hacer? Si queréis, lo aceptaréis, y si no lo queréis, también será recibido, pues Lanzarote así lo desea; y ya que lo desea, el rey seguirá su voluntad, de forma que a pesar vuestro lo harán. Por eso os aconsejo que hagáis lo que se os pide, para que Lanzarote os lo agradezca y hagan lo mismo todos los altos hombres que aquí hay.

—Por Dios —contesta el rey Idier—, nos habéis dado el mejor consejo: así, cumpliremos la voluntad de Lanzarote, ya que tenemos que hacerlo.

Se separan y le dicen al rey que aceptan al rey Bandemagus como compañero por amor a Lanzarote y porque piensan que es digno.

Ese mismo día el rey Bandemagus se sentó a la Mesa Redonda con la aceptación de todos ellos y juró, igual que habían hecho los demás, que nunca negaría su ayuda a dama viuda, ni a doncella, ni a hombre pobre y desheredado, siempre que se lo pidieran y que fuera necesario.

Luego vino la reina y sentó a Lanzarote a su lado, diciendole:

—Señor rey Bandemagus, os amo mucho y por eso os doy por compañero a este hombre; le ruego que os conceda a partir de hoy su compañía y que os tenga por amigo y compañero más que a ningún otro que conozca.

—Señora, así lo acepto, ya que vos lo deseáis.

El rey Bandemagus se lo agradece mucho a la una y al otro.

Fue grande la fiesta que hizo el rey Arturo por el rey Bandemagus y se pusieron muy contentos todos los que se enteraron; duró dos días enteros la alegría y la diversión. El cuarto día, Lanzarote le dijo a la reina:

—Señora, si os pareciera bien, me iría mañana y emprendería la búsqueda de mi hermano Héctor y de mi primo Lionel, pues estoy muy preocupado porque no sé dónde están.

—Señor, si no fuera por una necesidad tan grande no permitiría que os marcharais de aquí, pues no estaré a gusto el día que no os vea; os ruego que os deis prisa en regresar lo antes que podáis, si es que queréis que alguna vez haga algo que os agrade.

Le contesta que volverá lo antes que pueda.

Aquella noche Lanzarote le dijo al rey que se iría por la mañana y que no se preocupara si no volvía en algún tiempo, pues no sabía cuándo podría regresar.

Al oír estas palabras, el rey Bandemagus les dice a los suyos que pueden irse a su tierra, pues él no irá, sino que seguirá a Lanzarote, acompañándolo mientras pueda; entrega la tierra a un sobrino suyo llamado Paridés, buen caballero y valiente, para que se la guarde, y ordena a su gente que hagan por él lo mismo que harían por su propia persona, «y tened por seguro que si alguien falta a esta orden, apenas lo sepa, lo afrentaré en su propia carne». Se lo entrega por señor y como dueño de todos ellos, que lo reciben con gusto, pues lo querían mucho y le tenían gran afecto.

Por la mañana, cuando amaneció, se levantó Lanzarote, oyó misa y se armó; Boores, Gueheriet y el rey Bandemagus hicieron lo mismo. A continuación, se marcharon de Camelot, y el rey, los duques y los condes montaron para acompañarles un trozo. Luego regresan llorando con amargura, y la reina lo hacía más que nadie, pues quería mucho a Lanzarote. En el salón principal se encontraron a mi señor Galván malherido de la herida que Lanzarote le había causado en el torneo, que apenas podía moverse, y lloraba profundamente. El rey le pregunta qué le ocurre.

—Señor, siento mucho tener que estar acostado contra mi voluntad, pues preferiría acompañar al valiente caballero que se marcha, en vez de quedarme de este modo.

—Ya que no estáis curado os tenéis que quedar hasta que Dios os dé salud. Cuando sanéis, podréis emprender la búsqueda tras los otros, si así lo deseáis.

—Señor, lo haré si me curo y en cuanto tenga fuerzas para irme de aquí.

Lanzarote, que había entrado en el bosque, cabalga durante todo el día sin beber ni comer, junto a sus compañeros, y sin encontrar ninguna aventura que deba ser contada. Por la noche durmieron en casa de un guardabosques que les dio buen alojamiento, pues eran hombres de grandes méritos. A la mañana siguiente, apenas vieron el día, se pusieron en marcha; reemprendieron el camino igual que antes. Salieron del bosque a mediodía, y vieron delante de ellos, no demasiado lejos, una

torre construida en un lugar muy bueno, que se llamaba Castillo de la Blanca Espina; se dirigen hacia allí y entran atravesando un puente de madera; oyen en la parte de la fortaleza un gran ruido, aunque no saben qué es. Se dirigen hacia donde oyen los gritos, deseosos de saber qué ocurría; después de avanzar un poco ven a un hombre que va en calzas, por medio de la calle, montado en un mal rocín flaco; el hombre llevaba atados los pies con una cuerda y tras él iban más de cien granujas que le voceaban y gritaban arrojándole estiércol, lodo y basura; lo llevaban de tal forma, que apenas se le podían ver ya los ojos y la boca. Se acercaron y lo contemplaron; Gueheriet lo mira y reconoce a Mordret, el más joven de sus hermanos, y lo siente más que nada; va a los que le golpeaban y le quita a uno de los villanos una gran hacha que llevaba, le entrega a Boores la lanza para que se la lleve y empieza a dar grandes golpes con el hacha a los que golpeaban a su hermano; los derriba y mata en la calle, como si fueran ovejas. Cuando lo ven actuar de este modo, los malvados se dan a la fuga hacia la fortaleza principal, encontrándose delante de la puerta del castillo a su señor, que se llamaba Mataín el Felón. Al verlos llegar ensangrentados unos, heridos otros, les pregunta quién lo ha hecho.

—Señor —contesta un criado—, íbamos acompañando al caballero vencido por la calle abajo y nos encontramos a cuatro caballeros armados, uno de los cuales nos ha atacado causando la muerte a más de cuarenta, que han quedado en la calle.

Cuando el señor oye esta noticia, ordena que las puertas sean cerradas de inmediato, y así se hace. A continuación, llama a todos los del lugar, diciéndoles:

—Buenos señores, tenéis que armaros porque han venido cuatro caballeros que han causado la muerte a más de cuarenta de nuestros hombres y quiero que sean vengados de tal forma que se hable de ello para siempre.

Le contestan que les parece bien; toman las armas mientras que Gueheriet, que había encontrado a su hermano, entraba en la casa de un caballero en donde no había nadie, pues todos estaban en el combate; allí encuentran vestidos y caballos abundantes, y se quedan con los que necesitan. Después de que Mordret se armara, salieron de la casa y le pregunta a su hermano quiénes eran los caballeros que iban con él, y éste le dice sus nombres. Al enterarse de que Lanzarote es uno de ellos, le muestra una gran alegría, lo saluda y se le da a conocer. Lanzarote se pone muy contento por haberlo encontrado, pero le pesa haber visto cómo lo afrentaban; le pregunta por qué iban golpeándole de aquel modo y Mordret le cuenta cómo lo habían apresado a la fuerza y lo habían afrentado porque había dicho que era compañero de la Mesa Redonda.

—Os aseguro, señor —le dice a Lanzarote—, que aquí vive la gente más desleal del mundo, pues lo mismo que me han hecho a mí se lo hacen a todos los que pueden apresar, si son de la casa del rey Arturo.

Lanzarote le ordena a Boores que incendie la ciudad, «ya que no podrían ser

destruidos de otra forma».

El escudero del rey Bandemagus entra en una cocina en la que hay un fuego abundante y lo extiende de inmediato por un gran granero que estaba lleno de heno: al punto la casa se prende y de allí salta el fuego a las otras; los del castillo no se dan cuenta, pues bajaban por las calles y eran más de sesenta, todos ellos armados. Al ver a los cinco compañeros les dan voces y Lanzarote apenas los ve va contra ellos delante de todos sus compañeros, con la lanza bajada; golpea al primero que encuentra, atravesándole el corazón y derribándolo muerto al suelo. Sus otros compañeros derriban sendos rivales; luego toman las espadas y se defienden tan bien, que no hay nadie que no los tenga por muy valientes. Lanzarote había desenvainado su espada y se mete entre los otros, empezando a repartir grandes golpes y a matar caballeros y caballos: realiza tales hazañas en tan poco tiempo, que todos los que lo ven lo temen por los grandes tajos que le ven dar; y nadie se atreve a esperar un golpe suyo. Boores, el rey Bandemagus y los demás hermanos le ayudan mucho.

Mientras tanto, el fuego se había prendido en el castillo, y era tan enorme que resultaba admirable. Los cinco compañeros que iban persiguiendo a los del castillo los golpean y matan hasta que tienen que meterse entre las llamas. Entonces Lanzarote cogió a uno de los caballeros, le arrancó el yelmo de la cabeza y, levantando la espada, le amenaza con matarlo si no le lleva adonde pueda encontrar al señor de allí.

—Señor, por amor de Dios, mirad dónde lo tiene uno de vuestros compañeros.

Lanzarote mira y ve que Boores lo tenía sujeto y le había arrancado de la cabeza el yelmo; pica espuelas hacia allí y lo golpea de tal forma que hace que le vuele la cabeza. Los otros, al ver muerto a su señor, se dan a la fuga, refugiándose donde creen que pueden salvarse. Cuando Lanzarote ve que los han derrotado, reemprende su camino con los otros compañeros y se dirigen a la puerta, que encuentran cerrada.

—Por Dios —dice Lanzarote—, creían que nos tenían encerrados, pero han pagado cara esta prisión.

Abren la puerta y salen; no habían avanzado mucho cuando el castillo quedó arrasado y reducido a cenizas, y sus hermosas riquezas convertidas en nada; hubo muchos hombres muertos, pues unos fueron matados y los otros se quemaron.

De esta forma fue destruido el Castillo de la Blanca Espina por Lanzarote, por las afrentas que los de aquel lugar les hacían a los caballeros de la Mesa Redonda. Cabalgan de este modo más de quince días, hasta que una tarde llegaron a un castillo en el que mi señor Yvaín estaba prisionero, y era el Castillo del Paso. Cuando estuvieron cerca se adelantó el escudero del rey Bandemagus para pedir alojamiento, y el señor del lugar, que estaba sentado a la puerta, le pregunta que a quién sirve.

—Señor, soy de cinco caballeros andantes de la casa del rey Arturo; os piden por amor y cortesía que les deis alojamiento hoy, pues no saben a dónde dirigirse si no los albergáis.

—Id a decirles que no dormirán aquí porque no los quiero ni aprecio a ellos ni a su rey, y que a despecho suyo tengo prisionero a uno de sus compañeros; si pudiera cogeros a ellos, podrían estar seguros de que no se escaparían según su voluntad.

—Por Dios, sería una gran lástima que los apresaraís, pues ninguno de ellos vale menos que cuarenta caballeros malvados como sois vos, y mal me vaya si no os arrepentís hoy mismo de las palabras que habéis dicho.

De inmediato regresa el escudero junto a Lanzarote y le dice:

—Señor caballero, no os aprecian tanto como para dignarse en daros alojamiento a vos y a vuestra compañía, pues el señor del castillo os odia a vos y a todos los de la casa del rey Arturo, y a pesar vuestro tiene prisionero a un caballero de la Mesa Redonda.

—Por Dios —responde Lanzarote—, ese caballero no es tan cortés como otros que he visto, y ya que nos prohíbe alojarnos, no quiero dormir allí; pero tendrá que devolvernos a nuestro compañero que tiene en su prisión, quiera o no lo quiera.

—Ciertamente —responde el rey Bandemagus—, hace mucho tiempo que no oía hablar de caballero más felón: estaría de acuerdo en hacerle pagar cara su felonía.

—Esperad —dice Boores— hasta que sepamos qué nos contesta, y según eso obraremos.

Entonces se dirigen al caballero, llegando a caballo hasta el mismo puente. Lanzarote no lo saluda, sino que le dice:

—Buen señor, os habíamos pedido mediante nuestro escudero que nos dierais alojamiento, pero parece que no os agrada. Por eso lo vamos a dejar estar; pero querríamos pedirnos que nos entregarais a uno de nuestros compañeros, y que lo hagáis de buena gana antes de que nosotros vayamos más lejos.

El caballero le contesta que no hará nada ni por miedo a ellos ni por súplicas que le hagan; intenta cerrar la puerta, pero Gueheriet pica espuelas al caballo y pasa la puerta tan rápidamente, que hace que el caballero caiga de espaldas; los demás entran tras él, sujetan al caballero y le dicen que lo matarán si no les entrega al prisionero. El otro les contesta que le importa poco que lo maten.

—¿No os importa? —le pregunta Boores—. Por la Santa Cruz, pues, vais a morir si no entregáis al prisionero ahora mismo.

Levanta la espada y se dispone a cortarle la cabeza, como quien no siente ninguna compasión; cuando el caballero ve venir el golpe le grita:

—Noble caballero, no me mates, pues te prometo que cumpliré tu voluntad y te entregaré al que me pides.

—Promételo.

El caballero así lo hace.

Lanzarote le pide que los lleve al lugar donde está el prisionero y éste los guía; llega a la habitación, la abre y le dice a mi señor Yvain que salga, y él sale, sano y curado de las heridas que había recibido, pues había sido cuidado mientras estuvo prisionero.

Cuando los compañeros ven que es mi señor Yvaín, le muestran una gran alegría, porque le tenían un profundo amor. Se quitan los yelmos y se le dan a conocer; al verlos se pone muy contento.

—¡Lanzarote, sed muy bien venido! Por mi cabeza, creía que habíais muerto, pues mi señora la reina nos lo había dado a entender.

—Señor —le contesta Lanzarote—, gracias a Dios no estoy muerto.

—Por Dios —dice mi señor Yvaín—, menos mal que no habéis muerto y eso he ganado hoy, pues salgo de la prisión, de la que no habría salido nunca, que yo sepa, si no hubierais venido aquí.

Lanzarote llama entonces al escudero del rey Bandemagus y le ordena:

—Ve a ver si encuentras armas para mi señor Yvaín, y nos marcharemos, pues no nos queda otra cosa que volver a cabalgar.

El criado hace lo que Lanzarote le manda; busca por todas partes hasta que encuentra armas y un caballo para mi señor Yvaín.

Cuando el señor del lugar ve que se van a ir le dice a Lanzarote:

—Señor, por la fe que les debéis a todos los hombres nobles, decidme cómo os llamáis.

Éste le contesta que le ha conjurado de tal forma, que no se lo ocultará; le dice su nombre, y el caballero se le echa a los pies rogándole que se quede, «y os prometo lealmente que si os hubiera conocido antes, como ahora os conozco, habría hecho con mi casa y con mi prisión según vuestra voluntad, pues bien sé que sois el hombre por el que se deben hacer las cosas mejores del mundo».

Lanzarote le contesta que no se quedará de ninguna forma, y, a pesar de todo, el caballero le ruega tanto y hace que le supliquen de tal forma, que finalmente acepta.

Aquella noche los seis compañeros recibieron el mejor alojamiento que el caballero pudo darles. Al atardecer, después de cenar, Lanzarote le preguntó a mi señor Yvaín por qué y cómo había sido apresado.

—Por mi fe, no sé por qué lo fui, pero cuando iba buscándoos, la aventura me trajo aquí y me encontré con seis caballeros que me atacaron, mataron mi caballo y me hicieron prisionero.

—Señor —contestó el huésped—, os diré cómo ocurrió todo.

A continuación empieza a contarles cómo mi señor Yvaín había derribado el escudo por el que el gigante provocaba todo tipo de calamidades en aquellas tierras, «y causaba grandes daños, que les sobrevinieron a muchos que no le habían hecho nada, de tal modo que nunca, por tan poca cosa, habían ocurrido tales desgracias como las que el gigante causaba en esta tierra. Cuando vi al caballero que había causado la cólera del gigante, dije que vengaría con todas mis fuerzas a los de aquella tierra. Tomamos las armas yo y otros cinco caballeros, lo apresamos y decidimos tenerlo hasta que el gigante viniera por aquí; entonces se lo entregaríamos para que hiciera con él la justicia que le

pareciera bien. Ha sido afortunado porque habéis llegado antes, de tal modo que el gigante, que ya había oído hablar de él, llegará aquí mañana».

—Por Dios —contesta Lanzarote—, si pensara realmente que va a venir por aquí no dejaría de ninguna forma de esperarlo y combatiría contra él para conseguir la paz para los de esta tierra.

—Ciertamente, quien pueda matarlo nunca habrá hecho una obra de misericordia tan grande ni una hazaña caballeresca tan importante, pues es el hombre más temible del mundo, según mi parecer.

Entonces le dice Boores a Lanzarote:

—Señor, por Dios, concededme un don.

Lanzarote lo hace con mucho gusto y él le pide a cada uno de los compañeros, uno tras otro, que se lo concedan también, y así lo hacen; luego, Boores se lo agradece mucho a todos, diciéndoles:

—Buenos señores, ¿sabéis qué don me habéis concedido?

—No.

—Me habéis otorgado el combate contra el gigante que vendrá mañana: os lo agradezco mucho y se lo agradezco a mi señor que fue el primero en concedérmelo.

—Boores —le dice Lanzarote—, me habéis engañado. Si hubiera pensado que era ése el don que deseabais no os lo hubiera concedido ni por todo el dinero del mundo, pues el gigante es temible según se lo he oído contar a muchas gentes: os ruego que me cedáis el combate, pues me sentiré más seguro que vos.

—Señor —le contesta Boores—, en modo alguno lo dejaré; antes llevaré a cabo el combate de tal forma que os alegraréis y os pondréis contento, si Dios quiere.

Lanzarote le responde que Dios permita que sea como él quiere.

Aquella noche hablaron de varias cosas hasta que llegó la hora de acostarse; entonces, el huésped ordenó que colocaran seis camas en dos habitaciones, y que cada caballero tuviera un lugar para acostarse, bueno y rico; la cama más hermosa fue la de Lanzarote, pues así lo quisieron sus otros compañeros: se acostó en medio de la habitación y a sus pies estaba Boores y el rey Bandemagus; lo hubieran hecho de grado o a la fuerza. Por la mañana, tan pronto como vieron el día, se levantaron y fueron a oír misa a una capilla que había allí; al regresar a la sala le entregaron a Boores sus armas, por orden de Lanzarote, y lo armaron lo mejor que pudieron. Luego, Lanzarote le pide al escudero del rey Bandemagus que le lleve su espada, y éste así lo hace; se la entrega a Boores, diciéndole:

—Buen primo, tomad esta espada; os la regalo.

Le da las gracias y le contesta que le agradece mucho el regalo. A continuación hace que le lleven el caballo de Lanzarote, que era el mejor y el más fuerte de toda la compañía; iba completamente cubierto de hierro hasta el suelo. Cuando ya estuvo todo bien dispuesto para montar, Lanzarote le dice:

—Buen primo, tengo gran miedo por vos, pues os vais a enfrentar con uno de los hombres más poderosos y más crueles del mundo; por eso quiero rogaros, antes de que sigáis más lejos, que me cedáis el combate en provecho vuestro y de vuestro amor.

—Señor, no lo haría de ninguna forma; antes preferiría morir. No temáis por mí, pues os aseguro que me resistirá poco tiempo.

Luego, monta en el caballo y el huésped le entrega el escudo del gigante que mi señor Yvain le había llevado; se lo cuelga al cuello y hace que abran la puerta, saliendo a esperar al gigante. Lanzarote le dice a sus compañeros que siente gran temor, pues es joven y tierno y el gigante es fuerte y duro, y el hombre más desleal del mundo: temía que lo matara si conseguía derribarlo «y por eso quiero armarme, dispuesto a salir cuando sea necesario». Le contestan que hace bien; le entregan sus armas y él las coge; luego suben todos a las almenas para ver desde allí el combate; esperan hasta que llega el gigante, que se acerca completamente armado en un gran caballo fuerte y rápido; llevaba armas rojas.

—Señor —dicen los compañeros de Lanzarote—, ahí está el gigante.

Lanzarote les contesta afligido y preocupado:

—Por mi cabeza, bien lo siento, pues temo mucho que nos cause gran dolor.

Entonces empiezan a caerle lágrimas de los ojos y se aflige mucho; los compañeros lo consuelan.

Cuando Boores ve llegar al gigante se dispone a combatir: va contra él con la lanza bajada y el escudo junto al pecho. El jayán le grita en cuanto ve el escudo:

—Ay, señor caballero, sois vos el que derribasteis mi escudo a despecho mío. Por mi cabeza, en mala hora lo hicisteis, pues moriréis por ello.

Dirige hacia él su caballo y van el uno contra el otro muy deprisa, golpeándose en los escudos con tal fuerza, que las lanzas vuelan en trozos y chocan con los cuerpos y los escudos tan violentamente, que se derriban a tierra, con los caballos encima y permanecen un buen rato en el suelo, tan doloridos y aturdidos que no pueden levantarse. Al cabo de un rato, Boores se pone en pie, como hombre ágil y esforzado, sintiendo gran vergüenza por haber caído en presencia de su primo, al que temía y amaba por encima de todos los caballeros del mundo: está dispuesto a vengarse si puede. Desenvaina la espada y ataca al gigante, que iba a levantarse, aunque estaba muy aturdido por la caída; Boores le da en el yelmo tal tajo, que le hace tambalear e hincar en el suelo una de las rodillas; luego, vuelve a él y le da otro golpe, alcanzándole con toda su fuerza de tal forma que tiene que apoyar las dos manos en tierra, tan aturdido que resulta sorprendente. Era de gran fuerza y se cubre temiendo morir, hasta que consigue ponerse en pie, aunque sigue tambaleándose por el aturdimiento.

Boores, que se da cuenta de que ha perdido algo de fuerza, le agarra el yelmo y se lo arranca de la cabeza arrojándolo lejos. Lanzarote, que tenía mucho miedo, al ver este golpe dijo:

—Ay, Dios, ¡ya me encuentro curado!

El gigante, cuando se notó la cabeza desnuda y desarmada, que no le quedaba más que la cofia de hierro, siente gran miedo, pues es muy valiente aquel caballero contra el que está combatiendo, según le parece; a pesar de todo, confía tanto en su propia fuerza y en su poder, que piensa que podrá escapar sin morir; saca la espada y sujeta el escudo por las abrazaderas; corre contra Boores y le da los mayores golpes que puede con la espada en el yelmo, de tal modo que se la hunde fácilmente dos dedos. Boores, que nota el golpe grande y pesado, piensa que si sigue recibiendo tajos semejantes le podría ocurrir cualquier desgracia, pues ve que tiene más fuerza que ningún caballero de los que ha combatido. Levanta la espada y va a darle un gran golpe en medio de la cabeza, pero el gigante, que lo ve venir, no se atreve a esperarlo y retrocede porque tiene la cabeza al descubierto, y Boores no consigne alcanzarle en aquel golpe.

Empieza una pelea violenta y dura, más de lo que Lanzarote podía imaginarse, pues el gigante se cubre tan bien que Boores no puede golpearle más que en el escudo; la batalla ha durado tanto tiempo que ambos han perdido bastante sangre. Lanzarote siente que sea tan larga y les dice a los que están con él:

—Por mi fe, nunca vi a nadie, fuerte o débil, que supiera de esgrima como este gigante, pues debe haber recibido más de cien golpes en el escudo, que a cualquier otro le habría causado la muerte: ciertamente os digo que si tuviera el yelmo en la cabeza no podría ser vencido por nadie de nuestra compañía.

Continúa el enfrentamiento hasta que Boores empieza a cansarse; entonces va contra el gigante y le lanza un golpe tan bien centrado que le corta la nariz y el labio, de modo que los dientes se le ven por debajo y por arriba. Al encontrarse en tal estado, lo siente tanto que se dispone a cobrar la sangre: arroja el escudo al suelo junto con la espada para sujetar a Boores con los brazos. Cuando Boores lo ve venir, tira también su escudo, y sujetando la espada, golpea al gigante con las dos manos, alcanzándolo al descubierto con tan gran golpe que le parte la cofia de hierro y le hunde la espada hasta la nariz, haciéndolo caer al suelo en medio de la angustia de la muerte.

Entonces baja Lanzarote de la torre con los demás compañeros y van al lado de Boores mostrándole la mayor alegría que pueden y preguntándole si está gravemente herido; éste les contesta que no tiene dolor ni herida que le haga sufrir. El señor del lugar hace que lo desarmen y que preparen la comida, a la vez que le dice que no dejará que se marche de allí, sino que se quedarán para celebrar con fiestas y alegría el honor que Dios les ha dado. Pero Lanzarote no quiere quedarse y le contesta que tiene mucho que hacer; a pesar de todo, se lo ruegan tanto todos los compañeros, que al fin se queda. Entonces el caballero convoca a todos los nobles de su tierra para que acudan a festejar al caballero que los había librado del gigante. Cuando se enteran de las noticias, se ponen todos muy contentos; acuden de una parte y de otra, y antes de que llegara la noche se habían reunido más de trescientos entre damas y caballeros, que se ofrecen a

servir a Boores diciéndole que están dispuestos a prestarle el servicio que necesite de la forma que puedan, «y es algo que os debemos hacer con gusto, pues nos habéis sacado del mayor dolor en el que estaban nuestras gentes; nunca nos guardó paz ese diablo de gigante al que habéis matado: habéis conquistado tal honor, que nadie que oiga hablar de ello dejará de temeros mucho más el resto de vuestra vida».

Aquella noche los compañeros estuvieron muy a gusto y fueron servidos y honrados. El día siguiente, Lanzarote les dijo que se armaran, pues él no pensaba quedarse más tiempo en modo alguno; así lo hicieron y se marcharon todos juntos. Mi señor Yvaín le pregunta a Lanzarote a dónde quiere dirigirse y éste le contesta que no sabe adónde, sino al lugar que le lleve la aventura.

—¿Qué buscáis? —pregunta mi señor Yvaín.

—Por mi fe, busco a Héctor, mi hermano, a mi primo y a los otros compañeros que no regresaron de la búsqueda.

—Señor —le pregunta mi señor Yvaín al rey Bandemagus—, ¿desde cuándo sois caballero andante?

Lanzarote le cuenta cómo los de la corte del rey Arturo lo habían elegido compañero de la Mesa Redonda, reemplazando a Ganor de Escocia. Mi señor Yvaín se pone muy contento:

—Por mi fe —dice—, ya que no pensáis volver, tampoco yo tengo intención de regresar; emprenderé esta búsqueda por amor a vos y a mis compañeros, que también la habrían emprendido por mí, según creo.

—Os diré lo que haremos —le dice Lanzarote—; somos seis compañeros, tan esforzados, que no hay ninguno de nosotros que no sea conocido como buen caballero en muchas tierras; separémonos y tomemos cada uno un camino distinto, pues si vamos juntos siempre, se podría tener por cobardía y no conseguiríamos mejor nuestros propósitos que yendo solos. Para saber cómo le va a cada uno, estaremos en la fiesta de Todos los Santos en el mismo castillo en el que hoy hemos dormido. Entonces cada uno les contará a los demás lo que ha encontrado; si podéis hallar a alguno de nuestros compañeros, decidles que acudan en el plazo fijado. Si Dios permite que regresemos todos, podremos volver a la corte del rey Arturo.

Todos están de acuerdo con estas palabras, pues no creían que tardaran más en volver a encontrarse.

Emprende cada uno su camino y se separan los compañeros yendo unos por un sitio y otros por otro; Lanzarote cabalgó solo durante todo el día y el día siguiente sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada.

Después de cabalgar de este modo durante quince días y aun más, decidió ir hacia el bosque en el que había perdido a su primo Lionel, pues quizá por ventura podría oír alguna noticia allí. Se dirige hacia aquella parte lo mejor que puede y cabalga los días necesarios hasta que llega al bosque a la hora de prima, yendo al lugar mismo en el que

había perdido a Lionel. Mira entonces por todas partes y dice:

—Ay Dios, aquí se separó Lionel de mí. Buen señor Dios, enviadme tales noticias que mi corazón se alegre y quede contento.

Mientras que Lanzarote se lamentaba consigo mismo, mira a lo lejos y ve venir a una doncella por el camino; se dirige hacia él y él la saluda. La joven le pregunta qué busca.

—Busco noticias de un caballero al que sigo.

—¿Cómo se llama el caballero?

—Se llama Lionel.

La doncella lo mira y le pregunta:

—¿Cómo os llamáis vos, por Dios?

—Me llaman Lanzarote del Lago.

—Por la Santa Cruz, he oído hablar de vos. Se os tiene por el mejor caballero del mundo y por eso os mostraré al que vais buscando, si me prometéis que me seguiréis en el momento en que yo os lo pida para darme la recompensa que os exija.

Lanzarote contesta que así lo hará, siempre que quede a salvo su honor, con todas sus fuerzas.

—No os pido más.

—Dadme noticias de Lionel.

—Con mucho gusto. Hay un caballero en este bosque, el mayor y más extraordinario de los que habéis visto, que lo tiene prisionero, y tiene prisioneros a muchos caballeros del rey Arturo; vive sobre aquella colina; lo llaman Teriquám del Bosque Perdedor; es el caballero más traidor del mundo a mi parecer; era hermano de Caradós el Grande, señor de la Dolorosa Torre, al que matasteis por mi señor Galván, según he oído decir después.

—Por Dios, no hice nada con su hermano que no sea capaz de hacerlo con él, si puedo encontrarlo.

—Por mi fe, si queréis venir os llevaré ante él, pues conozco bien el lugar en el que vive.

—Id, pues, ya que no dejaré de hacerlo por temor a la muerte, ni por miedo a él o a cualquier otro.

Entonces se aleja la doncella y Lanzarote la sigue: van por el camino ancho hasta que llegan a la colina, donde había una torre fuerte, alta y fácilmente defendible. Lanzarote le pregunta si es la torre del caballero del que le ha hablado y la doncella le contesta que sí. Cabalgan hasta que llegan a lo alto y ven la fuente que manaba por un caño de plata, cayendo en una pila de mármol, tal como la historia contó ya en otra ocasión. Contempla la fuente, que le parece muy hermosa porque estaba cubierta por ramas y hojas de pino; la doncella le muestra cuarenta escudos y más aún, junto a otras armas; Lanzarote mira y ve el escudo de Aglován, y el de Saigremor el Desmesurado, el

de Keu el Senescal, el de Gasoain de Estragot, el de Grandeliz y el de Lionel; sin embargo, Lionel no llevaba escudo cuando fue a la colina, pero el caballero había hecho uno a imitación del de Lionel, para que los que lo vieran supieran que Lionel estaba allí dentro prisionero.

—Señor —le dice la doncella—, todos esos de los que habéis visto los escudos están prisioneros del caballero y han sido vencidos por él gracias a su habilidad con las armas.

—Por mi fe, doncella, no podría creerlo, pues veo ahí escudos de hombres tan valientes que difícilmente podría vencerlos un caballero.

Mientras hablaban de esta forma, vieron al gran caballero que salía del bosque llevando delante de sí, en la silla de montar, a un caballero vencido que estaba tan gravemente herido que no se podía mantener a caballo, y lo llevaba sobre el arzón delantero de la silla, como si estuviera muerto. La doncella se lo señala a Lanzarote, diciéndole:

—Señor, por ahí viene el caballero del que os he hablado. Ahora podéis venir a ver qué diablo es y cómo lleva a los caballeros a prisión.

—Dejad que se acerque, pues si Dios me ayuda, el caballero al que lleva no quedará prisionero suyo hoy.

Comprueba entonces que no le falte nada a su caballo y que tenga bien puesto el freno; el otro sigue acercándose sin preocuparse por el que le espera. Cuando ya está cerca, Lanzarote le grita:

—Señor vasallo, bajad al caballero, pues por más fuerza que tengáis no seguiréis llevándolo.

Al oír hablar a Lanzarote, apea al caballero que llevaba y monta en su caballo, baja la lanza y galopa contra Lanzarote, y éste contra él, sin temerle en nada, pues no apreciaba el orgullo de ningún caballero al que no conociera; se golpean con tanta violencia por lo rápidos que iban los caballos, que ni las cotas de mallas, ni los escudos pueden evitar que se metan la punta de la lanza en la blanca y tierna carne; si las lanzas no se hubieran quebrado, ambos hubieran resultado muertos. Chocan con los cuerpos y los escudos tan violentamente, que se derriban al suelo por encima de las grupas de los caballos, malheridos de tal modo que necesitan ambos un médico; el caballero había sido alcanzado en el pecho por la lanza y Lanzarote en el lado izquierdo: ambos sangran abundantemente; pero en ese momento no sienten ningún dolor, pues la ira y el odio los tienen tan sujetos que no piensan en otra cosa sino en vengar el daño recibido. Desenvainan las espadas claras y cortantes y se descargan grandes golpes en los yelmos. A los que los contemplan les parece que brota fuego de ellos.

Comienza un combate violento y fiero, y peligroso en extremo; despedazan los escudos, hacen volar la sangre del cuerpo tras los golpes de las espadas y se hieren con frecuencia y a menudo, causándose heridas pequeñas y grandes. Dura tanto el primer

choque, que si el gran caballero no fuera tan ágil como era, habría muerto por la abundancia de sangre que había perdido, pues Lanzarote le había acosado de tal forma que nadie sufriría otro tanto. Lanzarote del Lago se esfuerza en atacarle y el otro en golpearle, de forma que los dos están tan cansados que tienen que reposarse a la fuerza; se separan el uno del otro, apoyándose en los escudos.

Al cabo de un rato el gran caballero habló y le dijo a Lanzarote:

—Señor caballero, os ruego que me digáis quién sois.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque querría saber y conocer vuestro nombre, pues sois el mejor caballero de cuantos he encontrado desde que llevé escudo por primera vez; he vencido y derrotado a más de mil caballeros con los que he combatido, pero a vos os concedo el mayor valor, pues no tenéis semejante y sois la flor de todos los caballeros del mundo: por eso querría saber vuestro nombre, pues quizá podría ponerme de acuerdo con vos o quizá no lo haría en modo alguno.

—¿Cómo, hay alguien en el mundo al que odiéis tanto que en modo alguno haríais la paz con él?

—Sí, un solo caballero.

—¿Quién es?

—Es Lanzarote del Lago. Con él no haría la paz en modo alguno, pues mató a mi hermano Caradós, el señor de la Dolorosa Torre, el hombre al que más amaba en el mundo: realmente os digo que preferiría dar todo lo que tengo en el mundo para que se encontrara en vuestro lugar, pues entonces me cuidaría mucho de vengar el dolor que me puso en el corazón.

—Sabed que ha llegado el momento de que os venguéis, si podéis, pues lo tenéis ante vos y ya habéis probado cómo corta su espada, según me parece, pues habéis perdido abundante sangre.

—Lanzarote, ¿sois vos?

—Sí, soy yo el que os va a hacer morir sin rescate posible, pues sois el hombre que más odio del mundo; y os lo voy a mostrar antes de separarme de vos. Poneos en guardia frente a mí, pues os desafío.

Levanta la espada, se coloca el escudo delante de la cabeza y se acerca a él a grandes zancadas, dándole en medio del yelmo un golpe tan grande que hace que vuele al suelo; pero el caballero se vuelve a poner en pie rápidamente, como hombre ágil y veloz, aunque ya estaba muy debilitado por la sangre que había entregado en abundancia, pues estaba tan gravemente herido, que cualquier otro habría perdido la vida; pero él tenía gran corazón. Mantenía la espada fuera de la vaina y daba grandes golpes a Lanzarote donde podía encontrarlo, pero esto no ocurría con frecuencia, pues Lanzarote se esforzaba en hacerle fallar muchas veces. Dura el combate violento y largo, que no habría nadie que lo viera que no tuviera por valientes a los dos, y era admirable

cómo podían resistir tanto, pues ambos tenían por lo menos diez heridas en el cuerpo, la menor de las cuales haría morir a cualquier otro hombre. Ellos no las notan, pues tenían gran valor y se odiaban a muerte; se golpean uno a otro como si fueran de hierro, y han batido tanto las cotas de malla en la parte de las caderas, en los brazos y en el costado, que ya no valen nada, pues están rotas, y si los combatientes siguieran dando tan grandes golpes como antes, se causarían la muerte, pues estaban desarmados. Pero se encuentran cansados y fatigados, hasta el punto de que las espadas se les vuelven en la mano cuando intentan golpear. El gran caballero se encuentra tan mal por el cansancio y por la sangre que ha perdido, y por las heridas que Lanzarote le ha hecho, que apenas puede mantenerse en pie, ya que la espada de Lanzarote era de gran calidad. Lanzarote aún no estaba tan cansado como para no seguir siendo ágil y diestro por encima de cualquiera que hubiera realizado un esfuerzo como él; acosa al caballero con la espada cortante, dándole grandes golpes con frecuencia y a menudo hasta que éste ya no puede resistir por el miedo que siente y empieza a retroceder gracias a los golpes que ha dado y recibido, que a cualquier otro le hubieran hecho morir hacía ya un rato.

Lanzarote había recobrado fuerzas y resultaba extraordinario; lo acosa sin cesar y le da grandes tajos con la espada llevándolo por donde quiere. El otro retrocede y resiste. Cuando Lanzarote ve que ya lo ha vencido, lo acosa cada vez más y le golpea llevándolo hacia un foso que había junto a la fuente. El caballero, que no se había dado cuenta, va retrocediendo y cae dentro, pero no puede salir, pues está tan cansado y fatigado y ha perdido tanta sangre que se da cuenta que ha llegado a la muerte. Lanzarote lo sujeta por el yelmo y tira de él con tanta fuerza, que se lo arranca de la cabeza y lo arroja lejos, golpeándole en la cabeza con tal violencia que se la parte hasta los dientes, haciéndole caer muerto en el foso. Luego, Lanzarote vuelve a meter la espada en la vaina.

Entonces le dice la doncella:

—Señor caballero, seguidme, tal como me habéis prometido.

—Doncella, esperad a que haya sacado de la prisión a los caballeros que aquí están presos.

—Este caballero herido los podrá sacar sin dificultad. Entonces Lanzarote se acerca al caballero y reconoce que es Gueheriet, el hermano de mi señor Galván, y bien lo conoce; éste, herido como estaba, se levanta en su presencia y le da la bienvenida. Lanzarote le pregunta si podrá curarse y él contesta que sí, si guarda reposo.

—Id, pues, allí y sacad de la prisión a nuestros compañeros y a todos los demás de tierras lejanas, que son muy numerosos; yo iré con esta doncella a donde quiera llevarme, pues así se lo prometí.

Entonces monta a caballo, pero antes se restaña las heridas para que no le sangren demasiado; marcha luego tras la doncella, que lo lleva por el camino por el que la joven había llegado.

Gueheriet entra en la torre de Teriquám y encuentra a un criado que llevaba las llaves en la mano y estaba sentado en una silla junto a un pilar de mármol. Entra completamente armado y saluda al escudero; éste se espanta tanto al verlo, que no sabe qué decir y pretende darse a la fuga, pero Gueheriet lo sujeta por las manos y le dice:

—Por la Santa Cruz, no os escaparéis así; antes tenéis que llevarme al lugar donde están prisioneros los caballeros.

El criado le contesta que no lo hará en absoluto. Gueheriet lo tira al suelo, debajo de él, y le dice que lo matará si no le indica lo que le está preguntando. El criado teme morir y le contesta que hará lo que le pide.

—Llévame, pues, adonde están los caballeros por los que te pregunto.

—Señor, así lo haré.

Lo lleva adonde están presos, abre la puerta: era una gran sala a la altura del suelo, en la que había más de sesenta ventanas enrejadas que abrían a un jardín y que daban una gran claridad. Después de abrir la puerta, Gueheriet entra y saluda. Los caballeros se ponen en pie al verlo, pues no lo habían reconocido; él les pregunta dónde están los compañeros de la Mesa Redonda. Entonces se adelantan Héctor de Mares y Lionel y los demás compañeros de la búsqueda, y cuando Gueheriet los ve se quita el yelmo de la cabeza y se da a conocer a todos ellos, que corren a abrazarle, mostrándole gran alegría. Entonces les dice:

—Señores, mi señor Lanzarote del Lago os saluda, tanto a los que no conoce como a los que son amigos suyos, y os hace saber que os podéis ir de aquí cuando deseéis, pues estáis libres, ya que ha vencido con las armas al que os tenía prisioneros; se ha marchado con una doncella que lo lleva. Me ha enviado aquí a que os deje libres: podéis iros cuando queráis, pues no encontraréis a nadie que os retenga contra vuestra voluntad, ya que el gran caballero yace muerto por la espada de Lanzarote delante de la fuente.

Cuando los compañeros oyen estas noticias tienen la mayor alegría que se os podría contar; salen alegres y contentos por la fortuna que han tenido y se marchan de la sala. Después de salir, Gueheriet los cuenta para saber cuántos eran, y resultó que eran sesenta y cuatro caballeros de la corte del rey Arturo y de otros lugares, así como los que iban en busca de aventuras por tierras lejanas.

Después de que quedaron libres, Keu, el senescal, dijo en voz alta, que lo pudieran oír todos:

—Ciertamente, ya decía que no seríamos liberados hasta que Lanzarote nos sacara, y que tan pronto como viniera por aquí quedaríamos libres.

—Bien claro deja lo valiente que es por donde va.

Luego, Héctor de Mares pregunta que hacia dónde se dirige Lanzarote, y Gueheriet le contesta que va a la Tierra Foránea.

—Dios —dice Héctor—, si tuviera caballo no me detendría hasta alcanzarlo, pues

deseo mucho verlo, como al más valiente de los que ahora llevan armas.

—Os tendréis que quedar —le responde Gueheriet—, pues creo que no tenéis en qué montar.

Hablan acerca de lo que pueden hacer, pues no podrían permanecer mucho tiempo allí. Mientras que hablaban de este modo, llegan tres criados que traían tres acémilas cargadas de caza.

—Por Dios —dice Gueheriet—, ahora podemos quedarnos con más tranquilidad, pues tenemos abundante comida.

—Os diré lo que podemos hacer —contesta Brandeliz—: estamos cansados y fatigados y hemos permanecido mucho tiempo prisioneros; vos mismo estáis herido —dice dirigiéndose a Gueheriet—, y lo mismo les ocurre a otros muchos compañeros nuestros, por eso aconsejaría que nos quedáramos aquí durante toda esta semana, hasta que nuestros compañeros que están enfermos y débiles, curen. Mientras tanto, Dios nos enviará caballos, por ventura.

—¿De dónde sacaremos la comida mientras estemos aquí?

—En esa torre abundan los comestibles, y cerca de aquí está el bosque, en el que podremos coger tanta caza como deseemos: os aseguro que aunque estemos aquí dos meses enteros no nos faltarán viandas.

Así, permanecen los compañeros; llegada la tarde, después de cenar, le preguntaron a Gueheriet si conocía algunas noticias de la corte, a lo que les contesta que no hacía mucho tiempo que se había marchado de ella; les cuenta el torneo, que fue el más rico de cuantos había habido en el reino de Logres desde que el rey Arturo fue coronado, y luego les cuenta la abundancia de gente y de grandes caballeros que acudieron y cómo los de la Mesa Redonda habían sido derrotados por Lanzarote, que se había puesto en el bando contrario, al lado del rey Bandemagus. Al oír estas palabras, dicen que ciertamente Lanzarote es el caballero más extraordinario del mundo.

—Por Dios —dice Keu—, bien mostró en ese momento que la Mesa Redonda es más honrada por él que por la mitad de todos los que en ella están.

—Por Dios, mi señor Héctor —dice Gueheriet—, Lanzarote se queja mucho de vos, pues sabíais que erais hermano suyo, según dice, y habíais estado frecuentemente con él en la corte: os habéis ocultado hacia él siempre, como si fuera enemigo mortal vuestro. ¿Cómo habéis podido ocultárselo tanto a él, que es la flor de la caballería y el más valiente del mundo?

Héctor empieza entonces a ruborizarse por la vergüenza que siente y contesta como hombre avergonzado:

—Buen señor, si hubiera dicho que era mi hermano, él, que es tan valiente y esforzado, quizá no se hubiera dignado en creerme y no pensaría que fuera verdad: yo hubiera tenido gran vergüenza si me hubiera rechazado como hermano. Pero ahora que sabe la verdad por otra persona distinta de mí, podré darme a conocer a él, si Dios

permite que lo encuentre temprano o tarde, y eso será pronto, pues en cuanto tenga caballo no me detendré hasta haberlo encontrado, y si se lo toma a mal, le recompensaré según su voluntad.

Cuando Lionel oye estas palabras extraordinarias, se pone muy contento; abraza a Héctor y le muestra una gran alegría, diciéndole:

—Por Dios, Héctor, mal primo tenía en vos, pues tanto me lo ocultasteis.

—Buen señor, vos sois noble e importante, ya que procedéis de reyes y reinas, mientras que yo soy pobre en comparación con vos, y de tan bajo linaje por parte de mi madre que no pensaría nunca que me reconoceríais como primo de no ser por vuestra propia amabilidad.

—Estáis bromeando —le contesta Lionel—; pero por mi cabeza, si lo hubierais dicho en algún momento no os lo hubiera agradecido, pues pensaría que lo decíais porque yo no tengo ni un pie de tierra. Si Dios quiere y mi primo, el rey Claudás se arrepentirá, según creo, y tendrá recompensa como traidor que le ha quitado la tierra a un noble.

Durante toda la semana permanecieron allí, y el conde del Parque, que estaba a tres leguas, fue a verlos: se puso muy contento cuando supo que Teriquám había muerto y encontró a un hermano suyo, al que no había visto desde hacía más de medio año: le mostró una gran alegría y un gran gozo. Cuando supo que los caballeros se habían quedado porque no tenían caballos, hizo que cada uno de los de la casa del rey Arturo recibiera un caballo bueno y fuerte, y a los demás también les dio caballos, pero no eran tan buenos.

Los compañeros de la casa del rey Arturo le dieron en recompensa por el servicio el castillo de Teriquám y todas sus pertenencias que quedaban dentro de la muralla. Luego se marcharon tan pronto como Gueheriet se curó y tomaron el camino por el que la doncella se había llevado a Lanzarote. Cabalgaron juntos hasta que llegaron a un camino ancho que había en el bosque.

—Buenos señores —dice Gueheriet—, aquí tenemos que separarnos, y como no sé si encontraremos todos a Lanzarote, os convoco para que estéis en la fiesta de Todos los Santos en el Castillo del Paso, que está a la entrada de la Tierra de los Jayanes, por la parte de Gorre; os digo que estéis ahí porque ese mismo día estará Lanzarote.

Todos dicen que estarán si pueden; luego se separan y emprenden cada uno su camino.

La historia deja ahora de hablar de ellos y vuelve a Lanzarote.

CLVII

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se marchó de la colina en la que había matado a Teriquám cabalgó cansado y fatigado como el que había tenido un gran esfuerzo y un gran trabajo en la batalla que había llevado a cabo. La doncella va por delante hasta que sale del camino ancho y emprende un estrecho sendero. Entonces le dice a Lanzarote:

—Señor, ¿sabéis a dónde os llevo?

—Doncella, no, si no me lo decís.

—Os llevo a combatir contra un caballero que vive en este bosque, cerca de aquí, que se ocupa de un mal oficio por el que todos deberían censurarle, pues afrenta a todos los que pasan delante de él si los puede derrotar.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo sé por mí misma, pues cuando pasé ayer por delante de él me quitó un palafrén, el más hermoso que habéis visto en mucho tiempo, y quiso cometer conmigo todo tipo de villanías porque me atreví a hablar.

—Os diré ahora lo que podéis hacer: iréis un buen trozo por delante de mí y yo os seguiré de lejos; cuando el caballero os vea sola, os quitará el palafrén, si es tan desleal como decís.

—Señor, decís bien y lo haré así.

La doncella va por delante y Lanzarote la sigue a alguna distancia; la joven cabalga hasta que llega a una torre fuerte y alta que estaba construida sobre un terreno pantanoso. El caballero estaba delante de la puerta a caballo, completamente armado; cuando vio a la doncella, decidió quitarle el palafrén: la sujeta por los brazos y la tira al suelo. Ésta empieza a gritar: «¡Ayuda, ayuda!». Se pone en pie y sujeta el caballo por el freno, diciéndole que no se lo llevará. Lanzarote, que no estaba muy lejos, vio cómo la había derribado; lo siente mucho, y picando espuelas acude tan deprisa como puede su caballo, a la vez que le dice al caballero que se dé por muerto. Entonces sintió miedo y quiso darse a la fuga, pero no pudo, pues Lanzarote fue a él con rapidez, golpeándole de tal forma que ni el escudo ni la cota pudieron proteger ni impedir que le metiera el hierro y la madera de la lanza en el cuerpo; lo derriba al suelo, boca arriba, y cuando saca la lanza se desmaya, acosado por la angustia de la muerte. Lanzarote desmonta y le arranca el yelmo de la cabeza, diciendo que lo matará si no se da por vencido. El caballero está tan angustiado que no puede ni contestar, y Lanzarote, que no tiene intención de permanecer más tiempo allí, le da tal golpe que lo derriba muerto en el suelo. Hace que la doncella vuelva a montar en el palafrén y él toma su caballo y se marcha del lugar. La muchacha le ruega que vaya a albergarse con ella, «y así lo debéis hacer, porque ya es tarde y es hora de tomar alojamiento; si os marcháis de aquí no

creo que encontréis ningún sitio donde alojaros, y por eso lo mejor, según creo, es que vengáis conmigo». Lanzarote se lo concede y la doncella se pone muy contenta; lo lleva por el bosque durante una legua, hasta que llegaron a un refugio que había a la salida del bosque, y allí descabalaron.

Lanzarote fue bien alojado aquella noche; una dama anciana que sabía mucho le examinó cuidadosamente las heridas. Más de ocho días se quedó Lanzarote allí hasta que estuvo completamente curado. Entonces, una mañana se marchó apenas vio el día, y reemprendió el camino pensando que no se detendría hasta que hubiera encontrado a su hermano Héctor. De esta forma entró Lanzarote en la búsqueda como quien no sabía que su hermano Héctor estaba en la fortaleza de Teriquám; cabalga durante muchos días sin camino fijo, preguntando donde se queda a dormir por noticias de Héctor, pero no encuentra a nadie que le pueda decir nada. Cabalga de esta forma durante más de un mes completo, sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada en esta historia. Pero un día que se había levantado muy temprano en casa de un guardabosque en donde había pasado la noche, cabalgó hasta que salió del bosque. Encontró una casa de religiosos que había a la entrada de un prado.

Mira hacia delante y ve a un santo hombre vestido con ropajes blancos, que lo saluda a él, y le devuelve el saludo; luego le pregunta si le puede dar noticias de un caballero que va buscando aventuras.

—Señor, ¿cómo se llama el caballero?

—Héctor de Mares.

—De él os puedo dar noticias, pues anteayer por la noche estuvo aquí sano y salvo; ayer mató a un caballero que quería darle la muerte a una doncella aquí mismo. Después de matarlo y dejar libre a la doncella, se marchó y no he vuelto a oír hablar de él desde entonces.

—¡Ay, Dios!, ¿cómo podré encontrarlo?

—Por mi fe, no os puedo decir más que se fue por ese camino.

—Ya que no me podéis dar más datos, decidme qué armas lleva.

El buen hombre le contesta que lleva armas blancas y escudo negro.

—Os encomiendo a Dios, ya que es así.

Lanzarote se marcha y se apresura a cabalgar en busca de más noticias; a la hora de vísperas llega a una alta colina grande. Al pie ve un castillo fuerte, grande, rodeado de un río que tenía un puente firme y ancho. Al acercarse hacia aquel lugar se encuentra con una doncella que montaba un palafrén blanco y llevaba un gavlán en el puño. Cuando ésta ya estaba cerca de Lanzarote, lo saluda y le pregunta que a dónde va.

—Me dirijo a ese castillo, en el que me alojaré esta noche si encuentro quien me quiera dar albergue.

—Noble hombre, por Dios, no vayáis, pues ciertamente no os podríais marchar de allí sin alguna desgracia.

Lanzarote le contesta que irá, ya que su camino se dirige hacia allí.

—Que Dios os dé entonces mejor fortuna que la que han tenido los demás, pues no he visto a nadie que se haya ido del castillo sin alguna desgracia.

Se separan y Lanzarote cabalga hasta llegar al puente, lo pasa y se dirige a la puerta del castillo; iba a entrar cuando un villano grande y horrible le sujeta el freno, diciéndole:

—Señor, caballero, descabalgad, pues este caballo es mío como pago por el paso del puente.

Lanzarote le contesta que no desmontará, pues no debe ningún pontazgo ni tributo alguno por la costumbre del castillo, pues es libre igual que todos los caballeros del mundo y no deben pagar peajes.

—Por Dios, aquí no quedáis franco; me quedaré con el caballo queráis o no, pues es mío ya que pasáis por aquí.

Sujeta al caballo por el freno y tira fuerte; Lanzarote le dice que si no lo deja se arrepentirá a pesar suyo. El villano le contesta que en absoluto y que se quedará con el caballo contra su voluntad. Lanzarote pica espuelas y golpea al villano de forma que le mete la punta de la lanza en medio del cuerpo y le hace caer muerto; luego saca la lanza, pensando que aún la necesitará. Entra en el castillo y al punto oye tocar un cuerno de caza con gran fuerza; ve a un anciano que le dice:

—Señor caballero, habéis hecho mal matando a mi portero, y ahora reconoceréis vuestra locura.

Lanzarote sigue adelante, sin temer nada de lo que le pueda ocurrir; cuando atravesaba el castillo oye que la gente le dice:

—Señor caballero, daos prisa, pues vais a la muerte.

Poco le importa lo que dicen, continúa su camino hasta que llega a la torre principal; allí desmonta delante de la puerta y ata su caballo a un olmo; luego abre el portillo y entra. Cuando ya había pasado ve bajar un rastrillo que le cierra el paso hacia la puerta; un criado lo había dejado caer, pero él no se preocupa, pues piensa que conseguirá abrirse camino cuando lo desee. El criado que había bajado la puerta le grita:

—Señor caballero, ya os tenemos en lugar de nuestro portero, al que habéis dado muerte.

Lanzarote no le contesta, como si no fuera con él el asunto.

No tardó mucho en ver llegar a dos gigantes grandes y extraordinarios, armados como paladines que iban a combatir, pues llevaban las cabezas desnudas y descubiertas y buenos escudos fuertes, con cotas de mallas buenas y de doble tejido; cada uno tenía en la mano una buena espada cortante. Al ver a Lanzarote le dicen que está muerto si no se rinde. Él los mira y se da cuenta de que no eran caballeros; les contesta entonces que poco le preocupan dos villanos: golpea al primero que encuentra con tanta fuerza

que le parte el escudo como si fuera de trapo y le hunde la cortante espada en la cabeza, haciéndole caer muerto. Luego se dirige al otro sin temor de ninguna clase; el gigante que ve muerto a su compañero, no se atreve a esperar al que lo ha matado, sino que se da a la fuga lo más rápidamente que puede. Lanzarote lo sigue de inmediato mientras le dice:

—Cobarde probado, no conseguiréis escapar; de nada os servirá huir.

Levanta la espada y le alcanza a la entrada de una habitación, golpeándole con tanta fuerza en la cabeza que se la parte hasta los dientes y le hace caer al suelo herido de muerte.

Lanzarote vuelve a meter la espada en la vaina, mira por todas partes en busca de alguna alma con quien hablar; no tardó mucho en salir de una habitación una dama vieja que le lleva las llaves del castillo y le dice:

—Señor, tomad las llaves de este castillo, pues habéis conseguido por vuestro valor ser señor y dueño del mismo; yo os lo entrego con el permiso de todos los de aquí.

Lanzarote toma las llaves y piensa que no se quedará demasiado tiempo, sino que hará su propia voluntad. Abrieron entonces la puerta del castillo y empezaron a llegar damas, doncellas y caballeros que le daban la bienvenida a Lanzarote, como al que a partir de ese momento sería su señor y su dueño; le muestran toda la alegría que pueden y él aparenta ir a quedarse durante mucho tiempo. Pregunta quiénes eran los dos gigantes a los que ha matado.

—Señor —le contesta un caballero—, este castillo era suyo y ellos eran nuestros señores, pues nosotros habíamos recibido los feudos y las rentas de sus manos.

—Y este castillo, ¿se lo dieron o lo conquistaron ellos?

—Señor, el duque Canoín se lo dio en recompensa porque lo sacaron de la prisión en que se encontraba; ellos, por la fuerza que tenían, no querían armarse de otra forma sino como los visteis. Habéis tenido la suerte de matarlos y así el castillo es vuestro y nosotros os tendremos a partir de ahora por señor y os rendiremos todo tipo de homenaje como merece un señor.

Lanzarote responde que los llamará cuando desee que acudan; pregunta cómo se llama el castillo.

—Señor, lo llaman Terraguel.

Lanzarote se quedó aquella noche allí; le preguntaron los que estaban con él cómo se llamaba y él contestó que lo llamaban Lanzarote del Lago. Entonces se pusieron todos muy contentos, pensando que tenía intenciones de quedarse; le mostraron la mayor alegría que pudieron y le hicieron todo tipo de honores.

El día siguiente, tan pronto como amaneció, se levantó Lanzarote y encontró a un criado al que había visto muchas veces en la corte del rey Arturo, aunque no lo conocía demasiado bien; le pregunta que a quién sirve, y éste se le da a conocer, diciéndole que es de su señora la reina, «pero me sorprendéis, señor, pues pensáis quedaros aquí

pudiendo tener grandes honores en otros sitios si así lo deseáis, cosa que aquí no lograréis».

—¿Piensas que quiero quedarme?

—Sí, al menos así lo aparentáis.

—En absoluto, no hay nada por lo que me quedaría, y por eso te ruego que tomes mis armas y mi caballo y que te vayas con todo y me esperes en una cruz que hay cerca de aquí, a media legua hacia el Bosque Perdido.

El criado le contesta que lo hará con mucho gusto; se dirige a la cuadra donde estaba el caballo, lo toma y toma las armas, emprendiendo el camino que Lanzarote le había ordenado hasta que llega a la cruz, y allí espera Lanzarote, después de oír misa, pide un caballo y se lo entregan, pues dice que quiere ir a pasear por el bosque; monta rápidamente, acompañado por tres caballeros. Cuando llegaron a la cruz encontraron al criado, que ya tenía dispuesto todo lo que le había pedido. Lanzarote descabalga, se pone las armas y luego, armado y con la espada ceñida y el yelmo atado, vuelve a montar a caballo. Los caballeros que habían ido con él le preguntan que a dónde piensa ir.

—Voy a ese bosque, en el que tengo que entrar, y volveré lo antes que pueda.

—¿Os tenemos que esperar, señor?

—No, podéis volveros.

Los caballeros regresan después de encomendarlo a Dios.

A continuación, Lanzarote entra en el bosque y cabalga durante todo el día, hasta que por la tarde llega a un profundo valle. Allí se encuentra con una doncella que lo saluda y le pregunta cómo se llama; él contesta que se llama Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benoic.

—Os iba buscando, por Dios. Sed muy bienvenido.

Lanzarote le pregunta por qué lo busca.

—Porque me habéis sacado de la mayor pena en la que nunca había estado una doncella, pues me había puesto en marcha para buscaros y no me habría detenido hasta haberos encontrado.

—¿Por qué me buscabais?

—Porque en este bosque está la aventura más extraordinaria del mundo y a la que sólo vos podéis ponerle fin; por eso os buscaba, para que vinierais aquí.

Lanzarote dice que irá con mucho gusto para saber de qué se trata. De este modo Lanzarote sigue a la doncella, pensando que hace bien, pero va tras su mal y su desgracia, pues la doncella lo lleva a traición a la cárcel de Morgana, que se había alojado en el bosque y en él había construido la residencia más hermosa del mundo, pensando retener a Lanzarote para siempre; había enviado a doce doncellas por tierras lejanas en busca de Lanzarote hasta que lo encontraran, y les había ordenado que lo trajeran con el engaño de que tenía que terminar algunas aventuras: la que llevaba a

Lanzarote era una de las doce.

Cabalgan juntos hasta que llegan a una casa fuerte y rica, rodeada de murallas y de fosos; entran en ella y la doncella le dice a Lanzarote:

—Señor, esta noche nos alojaremos aquí, pues ya es demasiado tarde y no podríamos avanzar mucho sin que nos sorprendiera la noche. Mañana, cuando amanezca, os llevaré al lugar que os he dicho.

Lanzarote acepta y descabalga.

—Esperadme aquí a que vuelva.

—Id, pero no tardéis mucho.

La doncella entra y va a buscar a Morgana a una habitación en la que estaba durmiendo y le dice:

—Señora, os he traído a Lanzarote. ¿Qué queréis que haga con él?

—Por Dios, sed bienvenida. Me habéis servido según mi voluntad; ahora os voy a decir qué tenéis que hacer: haced que se desarme, y cuando llegue la hora de cenar haced que ponga la mesa y dadle de comer abundantemente. Cuando casi haya terminado, coged esta pócima que he hecho para él y dádsela de beber; la notará dulce y la beberá con gusto; después de haberse tomado una buena cantidad, podremos hacer con él según nuestra voluntad.

La doncella acepta, pensando que así podrá engañarle.

Vuelve junto a Lanzarote llevando tres servidores, uno de los cuales toma el caballo y se lo lleva al establo, y los otros dos acompañan a Lanzarote y lo desarman bajo un olmo que había en el patio; luego lo llevan a la sala y le dan vestidos escarlata para que se ponga; a continuación colocan las mesas y se sientan; pero Lanzarote no pregunta nada acerca del lugar para que no lo tuvieran por villano. Cuando ya casi había terminado de cenar bebió la pócima que la doncella le había preparado en una copa de plata: encuentra que es buena y dulce y la bebe con gusto, sin saber que está siendo engañado tan dolorosamente como es. Después de comer y beber, le entran ganas de dormir y se pregunta sorprendido a qué se debe; le pide a la doncella que le hagan la cama, pues desea acostarse.

—Señor, está todo dispuesto, podéis ir a acostaros cuando lo deseéis.

Lanzarote se levanta como quien ha perdido la fuerza del cuerpo por la pócima que ha bebido; se acuesta y al punto queda dormido. La doncella va a Morgana y le dice:

—Señora, Lanzarote ya se ha acostado y se ha dormido.

—Por Dios, me resulta muy agradable.

Sale de su habitación y toma una caja llena de polvos que había preparado para Lanzarote; se dirige adonde estaba acostado, tan dormido que apenas lo podían despertar. Llena de polvos un tubo de plata y se lo mete en la nariz a Lanzarote, soplándole hacia el cerebro; Lanzarote se estira por el dolor que siente, pero está tan dormido por la bebida que difícilmente se puede despertar. Cuando Morgana hubo

hecho esto, le dice a la que estaba con ella que ya se había vengado bien de él, «pues ciertamente creo que no volverá a su buen sentido mientras le dure la fuerza de estos polvos en el cerebro».

Luego toma el resto de los polvos y el estuche, pues aún los necesitará según cree. La doncella le pregunta para qué.

—Os lo voy a decir. Cuando los compañeros de la Mesa Redonda no tengan noticias de Lanzarote, lo buscarán por todas las tierras; tiene dos primos que son muy buenos caballeros, uno de ellos se llama Lionel y el otro Boores; los odio tanto por el amor que le tienen a Lanzarote que si vienen por aquí, por ventura, me vengaré según mi voluntad: por eso guardo estos polvos, que les daré si vienen.

Hace que tomen a Lanzarote y lo lleven a una habitación fuerte, grande y ancha que tenía diez toisas de ancho y veinte de largo, con ventanas enrejadas que daban a su jardín; hace que le pongan una cama tal como si el rey Arturo fuera a dormir allí.

—Aquí permanecerá mientras viva.

Morgana pensaba que no saldría nunca de allí; luego se marcha de la habitación y deja a Lanzarote durmiendo, que en toda la noche no pudo despertarse. Por la mañana, cuando se despertó y se vio de tal modo, se quedó sorprendido, pues sabía que la noche anterior no se había acostado en aquel lugar: estaba admirado de cómo podía haber llegado hasta allí; se siente enfermo y débil y le parece que la casa da vueltas a su alrededor; no sabe qué hacer, pues piensa que no va a poder cabalgar, está seguro, porque se encuentra muy débil; pero no ve a su alrededor a nadie que le ayude, y se sorprende todavía más.

Lanzarote espera de esa forma hasta mediodía; no puede ni levantarse y permanece en la cama. Entonces se acerca Morgana a una de las ventanas enrejadas para ver si seguía durmiendo; al verlo débil, le dice a la doncella que lo había llevado hasta allí:

—Por mi cabeza, nuestras pócimas han tenido efecto; creo que Lanzarote no volverá a tener fuerzas para levantarse. Id a él y preguntadle cómo está; procurad no decirle que está prisionero, pues pienso que si lo supiera, moriría de dolor.

La doncella le responde que no le dirá nada; abre la puerta de la habitación en la que Lanzarote estaba y lo encuentra pálido y débil; le pregunta cómo está y él le responde que muy enfermo y desmejorado, hasta tal punto que no podría cabalgar en modo alguno.

—Descansad, pues no os iréis hoy si estáis tan débil como decís.

—Ciertamente, aunque quisiera no podría cabalgar.

Lanzarote permaneció de este modo durante todo el mes antes de enterarse de que estaba prisionero; al cabo de este tiempo estaba completamente curado. Cuando Morgana lo supo, se quedó sorprendida y se preguntaba cómo podría ser. Mientras tanto, Lanzarote le pregunta a la doncella cuándo lo llevaría adonde le había dicho, y ésta le contesta que en modo alguno puede salir, pues tiene que permanecer prisionero.

Al oír estas palabras, siente un gran dolor y responde:

—Doncella, ¿por qué me habéis traicionado?

—Por mi fe, tuve que hacerlo o de otro modo habría muerto.

—¿Por qué me tenéis prisionero?

—No os lo diré.

Lanzarote guarda silencio.

Permaneció allí desde el mes de septiembre hasta Navidad. Después de la Pascua, cuando el frío ya había pasado, Lanzarote se acercó a una ventana desde la que se veía sin dificultad el palacio. La abre y ve a un hombre que estaba pintando una historia antigua y bajo cada imagen ponía un letrero: vio que era la historia de Eneas, de cómo huyó de Troya. Entonces piensa que si la habitación en la que estaba estuviera pintada con sus hechos y sus dichos, le agradecería mucho ver el elegante aspecto de su dama y le serviría de gran alivio para sus males.

Le pide entonces al hombre que estaba pintando que le dé los colores para dibujar una imagen en la habitación en la que está y éste le contesta que con mucho gusto. Se los da y le entrega los instrumentos necesarios para llevar a cabo tal menester. Lanzarote lo toma todo y vuelve a cerrar la puerta tras él para que nadie vea lo que va a hacer. Empieza entonces a pintar primero cómo su Dama del Lago lo envió a la corte para ser caballero novel y cómo llegó a Camelot; cómo se quedó sorprendido por la gran belleza de su señora cuando la vio la primera vez y cómo acudió en socorro de la doncella de Nohaut. Tal fue el día de Lanzarote; las imágenes estaban tan bien hechas y con tanta perfección como si durante todos los días de su vida se hubiera ocupado de ese oficio. Morgana fue a verlo a medianoche, como hacía todas las noches, al quedarse dormido, pues lo quería tanto como cualquier mujer podría amar a alguien por su gran belleza; siente que no quiera amarla, pues ella no lo tenía prisionero por odio, y pensaba vencerlo por cansancio, después de haberle rogado muchas veces; pero Lanzarote no le hacía caso. Cuando vio las pinturas se dio cuenta de su significado, pues había oído decir cómo llegó a la corte y con qué vestidos.

Entonces le dice Morgana a la que había llevado a Lanzarote:

—Por mi fe, he aquí algo extraordinario de este caballero, que es tan hábil en las acciones correspondientes a la caballería como en todas las demás cosas. Realmente, Amor haría hábil e ingenioso al más duro hombre: lo digo por este caballero, que nunca en su vida hizo pinturas tan bien hechas, y no las hubiera realizado si no fuera porque amor lo ha empujado a ello. Ya que es así, nadie en el mundo podría discutirsele.

Le muestra las pinturas que había realizado y le cuenta el significado de cada una de ellas diciendo: «He aquí a la reina, éste es Lanzarote y éste el rey Arturo», de tal forma que la doncella aprende el significado de cada una.

—Ahora no dejaré en modo alguno de tener prisionero al pintor hasta que haya

terminado con toda la habitación, pues estoy segura de que pintará todos sus hechos y todos sus dichos y todas las obras habidas entre él y la reina; cuando lo haya hecho me esforzaré para que mi hermano el rey Arturo venga aquí y le mostraré los hechos y la verdad de la relación de Lanzarote con la reina.

Luego se marcha de allí y cierran la puerta tras de ellas.

Por la mañana, cuando Lanzarote se levantó y abrió las ventanas al jardín, entró en la habitación pintada y vio el retrato de su dama: se inclina, la saluda, se acerca a ella, la abraza y la besa en la boca, deleitándose bastante más que si fuera cualquier otra mujer. A continuación empieza a pintar cómo llegó a la Dolorosa Guardia y cómo conquistó el castillo gracias a su valor. El día siguiente pintó todo lo que hizo hasta el torneo en el que llevó las armas rojas, el día que el rey de los Cien Caballeros lo hirió. Luego pintó, de día en día, toda la historia no sólo suya, sino de todos los demás, tal como el libro ha contado. Se ocupó de ello durante toda la estación hasta que pasó la Pascua.

La historia ahora deja de hablar de él y vuelve a mi señor Galván.

CLVIII

Cuenta ahora la historia que cuando mi señor Galván se curó de la herida que le había causado Lanzarote en el torneo, se marchó de la corte, despidiéndose del rey, de la reina y de todos los del lugar, y emprendió la búsqueda igual que había hecho en la otra ocasión. Cabalga por muchas tierras preguntando por Lanzarote y por sus compañeros hasta que llega al Bosque Perdedor, donde se alojó en la torre que había sido de Teriquám, el caballero grande. Allí tuvo noticias de Lanzarote y de sus compañeros, pues el conde del Parque le contó cómo Lanzarote había derrotado a Teriquám, que era el hombre más temible del mundo, y lo había matado, y cómo había puesto en libertad a sesenta y cuatro caballeros que estaban prisioneros y cómo los de la corte del rey Arturo le habían dado el castillo en recompensa por los caballos que les había conseguido.

—Por Dios —dice mi señor Galván—, hermosas hazañas fueron y son dignas de alabanza. Decidme si lo visteis después de que se fuera de aquí.

—No —contesta el conde—, en absoluto.

—Que Dios me permita encontrar a alguien que me dé noticias de él. Tengo muchas ganas de oírlas.

—Que Dios os lo conceda.

Por la mañana, tan pronto como amaneció, mi señor Galván se marchó de allí y cabalgó durante la semana entera, según le llevaba la aventura, hasta que llegó a una abadía de monjes blancos. Descabalgó y lo desarmaron; luego le pregunta un anciano que de dónde es y le contesta que de la casa del rey Arturo.

—Por Dios —dice el santo hombre—, aquí hay un caballero enfermo de la casa del rey Arturo.

—Dejádmelo ver, por si lo conozco.

Lo lleva a una habitación que estaba junto a un jardín; mi señor Galván mira al enfermo y reconoce al rey Bandemagus, que intentó levantarse y quedarse sentado, pero mi señor Galván le dijo que no se moviera. Le pregunta si tiene noticias de Lanzarote.

—No, sólo he oído decir que había matado a dos gigantes en un castillo que queda por la parte de arriba y que se llama Terraguel.

—¿Habéis fijado alguna fecha para reuniros de aquí a Navidades?

—Sí, el día de Todos los Santos debemos estar en el castillo del Paso, pues así nos lo prometimos al separarnos después del torneo.

—¿Creéis que Lanzarote estará?

—Sí, si Dios lo protege de la muerte y de la prisión, pues así nos lo prometió.

—Entonces también iré yo ese día, si puedo, pues sé bien dónde está el castillo, ya

que he ido muchas veces a él. Decidme dónde fuisteis herido.

—Por mi fe, anteayer iba cabalgando y me encontré en un camino aquí cerca a Guerrehet, vuestro hermano, al que habían atacado cuatro caballeros; pienso que le hubieran dado la muerte si no hubiera acudido yo en su ayuda, pero fui a ayudarlo en cuanto lo conocí y conseguimos entre los dos matar a dos de los caballeros, y los demás se dieron a la fuga: nos libramos tal como habéis oído.

Mi señor Galván le pregunta qué dónde está Guerrehet.

—Por mi fe, esta mañana se marchó bastante mejorado, pues no había sido tan malherido como yo.

Aquella noche la pasó mi señor Galván allí, muy a gusto, pues cuando los frailes lo reconocieron, le mostraron una gran alegría. Por la mañana, después de oír misa, fue a ver al rey Bandemagus.

—Señor, ¿queréis que me quede aquí con vos hasta que estéis curado y que nos vayamos juntos?

—Señor, no, pues estoy tan herido que no sé cuándo podré irme y por eso no quiero que me esperéis, porque quizá tendríais que permanecer aquí más tiempo del que desearíais.

—Os encomiendo a Dios; me marcharé tras los otros, según me lleve la aventura, e intentaré encontrar a Lanzarote.

Toma sus armas a continuación y se prepara; luego se pone en marcha y cabalga durante muchos días según le lleva la aventura, y pregunta por sus compañeros por todas partes por donde pasa: frecuentemente le dicen cosas que le agradan mucho, pero no encuentra a nadie que le pueda dar noticias de Lanzarote, como si se hubiera perdido; se preocupa mucho y va por tierras lejanas en su búsqueda. Pero la historia no cuenta ninguna aventura que le ocurriera, sino que dice que siguió el camino y que el día fijado se reunieron todos los compañeros en el Castillo del Paso, pero faltaron Boores y Lanzarote, que no estuvieron, pues Lanzarote estaba prisionero de Morgana y Boores estaba en la Colina Prohibida, tal como la historia os contará de forma clara.

Cuando los compañeros se reunieron el día del plazo eran quince.

—Dios —dice mi señor Galván—, faltan los dos que son más valientes que todos nosotros.

—Esperémoslos —dice el rey Bandemagus—, pues pienso que llegarán antes de que toquen a vísperas.

Los compañeros esperaron durante todo el día hasta que llegó la noche oscura. Cuando vieron que Lanzarote no vendría, fueron a alojarse en el Castillo del Paso, donde fueron servidos y honrados, tan pronto como supieron quiénes eran. Por la mañana, al marcharse de allí, decidieron no ir a la corte sin Lanzarote, pues no lo podrían hacer, ya que eran todos compañeros de la búsqueda.

—Escuchad —les dice mi señor Galván—, ciertamente, si vamos a la corte sin

Lanzarote, todo el mundo nos deberá tener por cobardes y fracasados, por eso yo aconsejaría que lo busquemos durante todo el invierno y el verano hasta la fiesta de la Magdalena. Entonces, si estáis sanos y salvos, volved a este mismo lugar; si en ese término no lo encontramos podremos regresar a la corte, pues entonces habremos puesto fin a la búsqueda ya que habrá durado un año y un día.

Todos están de acuerdo con este consejo y dicen que así lo harán. Se quitan los yelmos y se besan de despedida; cada uno emprende su camino y cabalgan algunos durante todo el año y otros apenas cabalaron, pues fueron hechos prisioneros en la Colina Prohibida, que Boores conquistó gracias a sus propias hazañas. Pero como la historia sería demasiado larga si contara las batallas de cada uno y cómo Boores los venció uno tras otro, aquí se detiene la historia y sólo dice los nombres de los que allí estaban. Llegado el día de la Magdalena sólo acudieron al Castillo del Paso tres compañeros de la búsqueda: Mordret, el hermano de mi señor Galván, Aglován y el rey Bandemagus. Al ver que no eran más, quedaron muy preocupados. Mordret dijo que no sabía qué hacer, «pues no iré a la corte de mi tío el rey hasta que sepa noticias más ciertas de las que ahora tengo».

—Por mi fe —le contesta el rey—, creo que en la corte saben más de esto que nosotros.

—Bien puede ser —responde Aglován—, pues allí llegan caballeros todos los días con noticias y por eso ya aconsejaría que enviáramos un mensajero a la corte, que no diga de parte de quién va, y que se entere con cuidado si saben algo de Lanzarote y de los compañeros de la búsqueda; después, que venga a decirnos lo que haya conseguido saber.

Lllaman a un criado y le dicen que cumpla el encargo, «¿Sabes dónde nos encontrarás? Te esperaremos en este castillo hasta que regreses».

El criado se marcha y cabalga sin detenerse hasta que llega a Carduel, donde estaba el rey Arturo, que se puso muy contento y alegre pensando que traía noticias de Lanzarote y de los otros compañeros. Al no oír noticias ni buenas ni malas, no sabía qué decir y lo siente mucho, pero no se atreve a mostrarlo para no preocupar a su gente. Aunque está mudo y callado, la reina no puede guardar silencio y a menudo repite que siente gran miedo por mi señor Galván y Lanzarote, «pues nunca vi que estuvieran tanto tiempo fuera de la corte sin que recibiéramos alguna noticia». El rey le contesta que no sabe qué pensar, «pues si hubieran muerto, nos habríamos enterado, y por eso temo que estén prisioneros en alguna tierra lejana; quizá los tiene alguien en prisión y no se atreve a decirlo por miedo a mí».

Así lo piensa la reina, y se siente mal.

Al cabo de los días, el criado que había ido a la corte de parte de Mordret se marchó y regresó al Castillo del Paso, donde encontró a los tres compañeros y les contó las noticias de las que se había enterado en la corte.

—Por mi fe —dice Aglován—, sólo nos queda reemprender la búsqueda, pues por nada volvería a la corte sin nuestros demás compañeros.

Los otros dos están de acuerdo con él; la mañana siguiente se ponen en marcha y empiezan a buscar por todas partes, encontrando muchas hermosas aventuras que la historia no cuenta, pues resultaría demasiado extensa si lo contara todo. Por más lugares a los que fueron, no pudieron obtener noticias de Lanzarote ni de los demás compañeros.

La historia deja ahora de hablar de ellos tres y vuelve a Lanzarote, contando cómo salió de la prisión de Morgana.

CLIX

Cuenta ahora la historia que Lanzarote permaneció prisionero de Morgana durante dos inviernos y un verano, y llegó de nuevo la Pascua y él vio reverdecer el jardín que estaba junto a su habitación. Los árboles tenían hojas, se habían cargado de flores y las rosas se abrían delante de su ventana, pues Morgana había hecho que plantaran un vergel muy hermoso para que Lanzarote se encontrara más a gusto durante todo el verano. El invierno lo había pasado muy mal, pues le molestaba la prisión en la que llevaba ya tanto tiempo y le hubiera molestado más aún de no haber sido por las pinturas y los retratos que había realizado en la habitación, pues todas las hazañas que había llevado a cabo, pequeñas y grandes, habían quedado representadas allí de acuerdo con sus formas, de modo que resultaba extraordinario de ver.

Todas las mañanas, al levantarse, iba a ver las figuras que representaban a la reina y las besaba en los ojos y en la boca, como si fuera su señora la reina; lloraba y se lamentaba con amargura. Después de lamentarse y quejarse por su desgracia durante un buen rato, volvía de nuevo a las imágenes y las besaba mostrándoles el mayor honor que podía y así se consolaba a sí mismo, y era la cosa que más le agradaba.

Después de Pascua, a la entrada de mayo, Lanzarote vio los árboles llenos de hojas y de flores y vio el verdor que hacía que su corazón se alegrara, y veía las rosas que todos los días se abrían frescas y rojas, recordándole a su señora la reina, por el rostro claro y sonrosado, que la rosa le traía a la memoria; en efecto, cuando miraba la rosa, le parecía que tenía el color de su dama y no sabía si era más sonrosada la flor o su señora, y eso le hacía perder el sentido. El domingo por la mañana, Lanzarote se levantó al oír a los pajarillos que cantaban y se dirigió a una de las ventanas enrejadas, sentándose en ella a contemplar el verdor; permaneció allí hasta que el sol se extendió por el jardín. Mira entonces el rosal y ve una rosa recién abierta que era fácilmente dos veces más hermosa que todas las demás.

—Del mismo modo vi a mi señora más hermosa que las demás en el torneo de Camelot, y ya que no la puedo tener a ella, debo tener esta rosa que tanto me la recuerda.

Alarga la mano por la ventana y la tiende para coger la rosa, pero no alcanza en modo alguno, pues estaba demasiado lejos. Retira la mano y mira las rejas de la ventana, y las ve extraordinariamente fuertes.

—¿Qué es esto? ¿Acaso me podrá impedir una fortaleza que yo no haga mi voluntad? Ciertamente, no.

Coge entonces dos hierros con las manos y tira de ellos con tanta fuerza que los rompe y los arroja en medio de la habitación, pero se ha desollado la piel de los dedos y la sangre cae al suelo, aunque le duele poco. Al punto sale de la habitación y se dirige

hacia la rosa, besándola por amor a su dama, que se le parecía; la acaricia con los ojos y la boca y se la coloca en el pecho junto a la carne.

Luego se dirige hacia la torre, encontrando la puerta abierta; entra en ella y ve que hay yelmos, cotas de mallas y abundantes armas: se arma lo mejor que sabe y toma una espada que encuentra sobre un baúl. Desciende de la torre tan bien armado que no teme a nadie que le pueda atacar; va de habitación en habitación hasta que encuentra dos caballos fuertes y rápidos. Ensilla el que le parece mejor y le pone el freno; luego, monta. Era tan temprano que no había nadie levantado más que el guardián de la puerta. Cuando llega allí, éste se extraña al verlo venir, pues no pensaba que hubiera ningún caballero allí dentro. Lanzarote le pregunta quién es el señor del castillo.

—Señor, no hay ningún señor, sino que es una dama, a quien pertenece esto.

—¿Cómo se llama?

—Señor, se llama Morgana el hada y es hermana del rey Arturo.

Cuando Lanzarote lo oye, piensa que debería regresar a matarla, pero lo deja por amor al rey Arturo y porque era mujer; luego le dice al criado:

—Buen amigo, dile a tu señora que Lanzarote del Lago, que se ha marchado de aquí, la saluda como debe, pues es la mujer más desleal del mundo. Que sepa que si no fuera por amor al rey Arturo haría con ella lo que se debe hacer con cualquier mujer desleal y traidora. Dile todo lo que te he hecho saber.

El criado le contesta que llevará el mensaje; va a su señora, que aún estaba dormida, la despierta y le dice todo lo que Lanzarote le había encargado. Cuando ésta lo oye, lo siente mucho, se viste la camisa y acude a la habitación en la que Lanzarote se acostaba; al no encontrarlo, se lamenta diciendo:

—¡Ay, desgraciada de mí, qué mal hemos guardado lo que teníamos que guardar!

Y empieza a mostrar el mayor dolor del mundo, contemplando la reja de la ventana que Lanzarote había roto y estropeado; se la enseña a los demás y les dice:

—¿Alguna vez habéis visto algo tan extraordinario como lo que ha hecho este diablo rompiendo con la fuerza de sus manos esta reja que era tan fuerte? Por mi fe, nunca un hombre realizó tales diabluras.

Lanzarote, que se había marchado de allí, cabalga durante todo el día hasta que salió del bosque. Se encuentra entonces con una doncella y un enano que montaban sendos palafrenes hermosos. Saluda a la doncella y le pregunta si sabe algo de los caballeros andantes de la casa del rey Arturo.

—Por Dios, hay uno en esta tierra que se llama Lionel, a quien el rey Vagor tiene prisionero.

—Doncella, ¿cómo lo sabéis?

—Lo sé, porque el hijo de Vagor lo acusó de traición no hace mucho. Llegado el término en que debía combatir, fue herido en el muslo por un dardo envenenado, de modo que no ha podido volver a curarse. Cuando llegó el plazo del combate, no pudo

y pidió aplazamiento hasta el martes próximo. Pero como el rey tenía miedo de que regresara en el día fijado, hizo que lo apresaran y todavía no ha encontrado alivio. Estoy segura de que será maltratado si no encuentra a quien libre batalla por él, pues está tan débil que no podría combatir de ninguna forma.

—Doncella, ¿en dónde vive ese rey que decís?

—Señor, cerca de aquí, a menos de una jornada en la parte de poniente, donde hay un castillo que se llama Estranglot o Castillo de la Isla Lejana.

—Ahora os encomiendo a Dios, doncella, pues no dejaré de cabalgar hasta haberlo encontrado.

Se separan y Lanzarote cabalga hasta que le anochece a la entrada de un bosque; no quiso entrar porque ya era tarde y no sabría seguir el camino: desmonta bajo un olmo, se quita el escudo del cuello y le retira el freno al caballo y le quita la silla; luego se quita el yelmo de la cabeza, ya que no puede hacer nada mejor. No tardó mucho en quedarse dormido de cansancio; mientras dormía, pasó por allí delante un caballero en una litera llevada por dos palafrenes; iba herido y la litera estaba cubierta por un jamete muy rico. Con el caballero había dos escuderos. Al ver a Lanzarote que dormía, el caballero se dirige hacia allí porque quiere saber quién es; lo despierta y Lanzarote se pone en pie, saludándolo. El caballero le pregunta qué espera a aquella hora en ese lugar y él le contesta que no espera nada, «pero la aventura me ha traído hacia aquí y no quería entrar en el bosque porque ya había oscurecido y podía perder el camino».

—¿Qué buscáis?

—Voy buscando a alguien que me dé nuevas de los caballeros andantes de la casa del rey Arturo, de los que hay algunos en esta tierra según he oído decir.

—Por Dios, si me seguís os mostraré a uno que yace enfermo en mi casa.

—Por Dios, os seguiré ya que me decís tal cosa.

Marcha el caballero delante y Lanzarote tras él, después de arreglarse; entran en el bosque, que era espeso y alto. Lanzarote le pregunta al caballero por qué iba de aquel modo, y éste le contesta que está herido y que no podía soportar el esfuerzo de cabalgar.

—¿En dónde estáis herido?

—En el muslo.

—¿Quién os hirió con tan mala herida?

—Por mi fe, una doncella.

—¿Una doncella? Decidme cómo.

—Con mucho gusto. Anteayer, el día de Pascua, iba cabalgando por el Bosque Peligroso a solas, bien armado; me encontré con un caballero que me atacó y yo me defendí con todas mis fuerzas hasta que conseguí derrotarlo, y lo hubiera matado si no se hubiera dado a la fuga. Lo seguí hasta que lo alcancé en una fuente en donde estaban bañándose dos doncellas de gran belleza; la mayor tenía un arco tensado con la

flecha empulgada. Al ver que yo me disponía a matar al caballero, me disparó, alcanzándome con la flecha en el muslo, de forma que la punta salió por la otra parte. Al sentirme herido piqué espuelas dispuesto a matar a las doncellas, pero mi caballo cayó en un gran foso y yo fui por encima de él al otro lado: quedé en tal situación, por la herida y por la caída, que pensé que iba a morir allí mismo; estuve desmayado un buen rato. Cuando volví en mí, miré a la fuente, pero no vi ni a las damas ni al caballero, ni mi caballo, que había huido cuando yo caí. A pesar de todo, intenté levantarme, pero tenía tal dolor que no podía moverme ni aunque fuera a morir; me acosté bajo una encina y no tardó en llegar una de las damas más hermosas que he visto y que me preguntó qué hacía allí.

—Doncella, me muero.

—Por Dios, no os moriréis, pero estaréis débil hasta que la flecha se os quite.

—Tomé la flecha e intenté quitármela, pero no pude, y la dama me dijo que me esforzaba en vano, «pues no podrá ser sacada hasta que la coja el mejor caballero del mundo; tan pronto como ponga la mano en ella la podrá sacar y vos quedaréis curado; ninguna otra cosa os podrá ayudar».

La doncella se fue a continuación y yo me quedé enfermo y preocupado por las palabras que me había dicho, pues bien sabía que no era cosa fácil el encontrar al mejor caballero del mundo; permanecí allí hasta que por la tarde pasó delante de mí un escudero que me llevó a mi fortaleza, en la que estuve hasta que hicieron esta litera. Luego pensé en ir a la corte del rey Arturo, pues allí podría encontrar socorro más rápidamente que en ningún otro lugar; me puse en marcha con el consejo de muchas gentes. Cuando llegué allí encontré al rey Arturo muy preocupado por mi señor Galván, por Lanzarote del Lago y por los demás compañeros de la Mesa Redonda que están perdidos, según se dice, pues pronto hará dos años que no se ha oído hablar de ellos en ninguna corte y que nadie lleva noticias allí. Cuando me bajaron y me llevaron ante el rey, le conté mi situación; todos los presentes intentaron quitarme la flecha, pero ninguno de ellos lo consiguió. Entonces, el rey dijo que sólo Lanzarote podría quitármela; le pregunté que dónde podría encontrarlo.

—Buen amigo —me contestó—, no lo sé, pues hace más de un año que no ha sido visto por nadie que me haya traído noticias de él; es gran lástima, pues es el mejor caballero del mundo y el más valiente. Cuando oí lo que el rey me dijo permanecí allí durante todo el día, y la mañana siguiente me puse en marcha y regresé a mi casa, pues creo que cuando llegue podré soportar mejor el dolor que en ningún otro sitio. Por esa razón voy en la litera, tal como podéis ver, ya que por nada podría cabalgar.

—Señor caballero, decidme, ¿sabéis quién es el caballero que está enfermo en vuestra casa?

—No, pues en ningún momento le he preguntado su nombre.

Hablando de este modo pasan gran parte de la noche hasta que la luna sale bella y

clara y llegan a un prado hermoso y grande en el que había una torre fuerte y alta, rodeada de murallas y fosos. Los escuderos se acercan a la puerta y hacen que abran; luego apean al caballero con el mayor cuidado que pueden y lo llevan al palacio principal, como a quien no puede caminar por sí mismo; después encienden velas y antorchas para mayor claridad, regresan junto a Lanzarote, lo desarman y le visten un manto forrado de armiño, pues aún hacía frío, ya que era principios de mayo. Los de dentro estaban todos acostados. Al llegar el señor se levantaron y fueron a verlo, quedando muy preocupados, porque no había encontrado socorro en la corte del rey Arturo. El caballero les dice que pongan la mesa, pues iban a comer él y el caballero al que había llevado. Lanzarote le pide que le enseñe la flecha para intentar quitársela y el caballero le contesta que no lo hará.

—Bien sé que no lo conseguiríais y me causaríais tal dolor que no podría soportar uno mayor.

—Buen huésped, dejadme probar, por favor.

Le contesta que no pondrá la mano:

—No conseguiríais sacármela, bien lo sé, pues no sois el mejor caballero del mundo.

—¿Qué sabéis vos?

—Estoy seguro, y sería un loco quien pensara que sois el mejor caballero del mundo.

—Buen huésped, ya que no queréis que lo pruebe como han hecho otros, me aguantaré.

El caballero le contesta que le parece bien. Colocaron las mesas, comieron y hubieran estado muy a gusto de no ser por el caballero enfermo, que no podía poner cara alegre. A continuación prepararon las camas y todos fueron a acostarse. El día siguiente por la mañana se levantó Lanzarote, y después de armarse y atarse el yelmo en la cabeza, le dijo a uno de los escuderos que le había acompañado allí que le llevara a ver al caballero enfermo de la casa del rey Arturo. El criado lo lleva a una habitación y le muestra al que yacía en la cama. Lanzarote lo mira y ve que es el rey Bandemagus; le dice al criado que se marche, pues quiere estar a solas con el caballero enfermo, y el escudero sale de la habitación. Cuando Lanzarote se ve a solas con él, se quita el yelmo, pues no desea ocultarse ante el rey, que al reconocerlo se pone muy contento; se levanta desnudo, con las calzas y la camisa nada más, y le echa los brazos al cuello llorando de la pena que siente, mientras dice entre sollozos:

—Mi dulce señor, mi dulce amigo, ¿dónde habéis estado durante tanto tiempo? Pensábamos que habíais muerto, pues hace mucho que no os veíamos.

Lanzarote le dice que vuelva a sentarse, pues piensa que el estar en pie le perjudica. Luego, le cuenta cómo estuvo prisionero de Morgana el hada, pero que gracias a Dios ya estaba fuera. Después le pregunta si sabe algo de mi señor Galván y de los demás compañeros.

—Por Dios —contesta el rey—, no, pues están todos tan perdidos como si se hubieran

hundido en un abismo.

—¿Qué búsqueda han emprendido desde que estoy en la prisión?

—Señor, ¿os acordáis de que cuando os marchasteis del Castillo del Paso, el día siguiente al que Boores, vuestro primo, mató a Maldito el Jayán, que fijamos como plazo para reunimos allí mismo en la fiesta de Todos los Santos?

—Sí, ¿y acudisteis el día que fijamos?

—Señor, sí; acudimos de tal forma que no faltó nadie de los que estaban en la búsqueda más que vos y vuestro primo Boores, y si vos hubierais acudido, podríamos haber regresado a la corte todos juntos, y sin embargo fracasamos en nuestra búsqueda, ya que vos no vinisteis y por eso volvimos a empezarla y fijamos como término para regresar allí el día de la Magdalena. Llegado el plazo, sólo acudieron tres compañeros nuestros: Aglován, Mordret, el hermano de mi señor Galván, y yo mismo. Al ver esto, no nos atrevimos a regresar a la corte y reemprendimos una búsqueda que todavía dura y no sé si los demás han muerto o están prisioneros.

—Por Dios, bien veo que si se han perdido ha sido por mí. Pero si Dios quiere pronto tendré noticias, pues ya que ahora estoy libre, no cesaré de cabalgar hasta que los haya encontrado. Decidme dónde fuisteis herido de esa forma y quién os hirió.

El rey le contesta que había sido herido en un torneo y que hubiera muerto, pero tuvo un médico tan bueno que lo había curado.

—En breve podré cabalgar, según creo.

—Señor, ahora tengo que irme de aquí, pues hay un asunto que tengo que resolver; os encomiendo a Nuestro Señor para que os dé salud, y que no os pese, por Dios, si no me quedo a daros compañía, pues tened por seguro que lo haría con mucho gusto si pudiera.

El rey le contesta que le parece bien que se marche, ya que tiene tanta prisa; lo encomienda mucho a Dios. Lanzarote se ata de nuevo el yelmo, vuelve junto a su huésped, se despide de él, monta y se aleja, tomando el camino hacia el castillo que se llama Isla Lejana.

Tan pronto como se marchó, el señor del castillo le dijo a uno de sus escuderos:

—Ve al caballero enfermo y pregúntale quién es el caballero que ha pasado aquí la noche; él sabrá decírtelo bien, según creo, pues lo conoce.

Uno de los escuderos se marcha al punto, va ante el rey Bandemagus y le pregunta:

—Señor, mi señor quiere saber quién es el caballero que ha pasado aquí la noche.

—¿Cómo? ¿No lo sabéis?

—No.

El rey se santigua y dice:

—Por mi fe, nunca hubo nadie tan ignorante como vosotros, que habéis tenido al hombre más valiente del mundo y no sabéis quién es.

—¿Quién es, pues? —pregunta el criado sorprendido por lo que el rey le había

contestado.

—Por mi fe, es Lanzarote del Lago, el mejor caballero de cuantos ahora existen y llevan armas, y el más agraciado.

Entonces regresa el criado a su señor y le dice:

—Señor, el caballero que se ha marchado es mi señor Lanzarote del Lago.

—¿Lanzarote? ¿Es eso verdad?

—Sí, sin lugar a dudas.

Entonces el señor empieza a lamentarse, a llamarse desdichado y miserable, diciendo:

—Dios, ¿qué he hecho, que había traído conmigo mi curación y ahora la he expulsado? Ay, Dios, qué mal he actuado.

Después de quejarse durante un buen rato de esta forma, piensa que nada gana lamentándose, y que si quiere curar tiene que seguir a aquel que le curará, si es que alguien puede hacerlo. Con algún esfuerzo va ante el rey Bandemagus y le pregunta si sabe hacia dónde va Lanzarote.

—Señor, no.

—Por Dios, no dejaré de ir tras él, pues si no lo alcanzo hoy mismo encontraré a alguien que me dé noticias suyas en algún lugar.

A continuación ordena colocar la litera sobre los dos caballos mejores que hay; monta con esfuerzo y se lleva a dos escuderos para que lo acompañen por donde vaya; luego emprende el camino y sigue las huellas de Lanzarote tan deprisa como su cuerpo puede aguantar.

Lanzarote, que se había levantado temprano en su alojamiento, cabalgó durante todo el día hasta la hora de nona y llegó un poco antes de vísperas al castillo que se llamaba Isla Lejana; era un lugar fuerte, bello y extraordinariamente rico, construido en una colina sobre roca viva; sólo tenía una entrada, tan estrecha que apenas podían pasar por ella dos caballeros de frente. Cuando Lanzarote ya estaba cerca se dio cuenta por muchas señales que era el castillo que le habían descrito, ya que le había preguntado a mucha gente a lo largo de su camino. Entonces alcanzó a un escudero que se dirigía al castillo; lo saluda y éste le dice que Dios lo bendiga. Luego, Lanzarote le pregunta que a quién sirve.

—Señor, sirvo a mi señor de ese castillo.

—Decidme si sabéis quién es el caballero al que tiene prisionero y al que su hijo ha acusado de traición.

—Señor, ¿os referís a Lionel, el primo de Lanzarote del Lago?

—Por ése os pregunto.

—Por Dios, aún no se encuentra aliviado y mañana es el día del combate. Y vos, ¿de dónde sois?

Le contesta que es de la casa del rey Arturo.

—¿Y queréis llevar a cabo el combate por Lionel contra el hijo del rey?

—Sí.

—Que Dios esté de vuestra parte, pues, por Dios, la razón está a vuestro lado según he oído contar a muchas gentes, ya que Marabrón ha faltado y Lionel tiene razón.

Van hablando hasta que llegan a lo alto del castillo; Lanzarote descabalga en el patio, se quita el yelmo, se dirige hacia el rey y lo saluda. El rey, que piensa que es un caballero valiente, se levanta ante él y le devuelve el saludo.

—Señor —le dice Lanzarote—, tenéis prisionero a un caballero con el que me gustaría hablar, si os parece bien, pues nació en la misma tierra que yo y es pariente cercano mío.

—Señor, con mucho gusto se os permitirá hablar con él.

Entonces el rey ordena que lo lleven adonde está prisionero Lionel y así lo hacen. Estaba en una habitación muy hermosa bajo la torre; cuando abrieron la puerta y los dos primos se vieron, se mostraron una gran alegría, ya que deseaban verse más que a nadie: lloran los dos de forma extraordinaria por la compasión que sienten.

Entonces Lanzarote le dice a Lionel:

—Decidme por qué estáis prisionero y habéis sido acusado de traición.

—Señor, con mucho gusto. Este año, después de Navidad, yo iba cabalgando por esta tierra y pensaba tener algunas noticias sobre vos; la aventura me trajo a casa del hermano de Marabrón, que me dio alojamiento una noche. Tenía una mujer muy hermosa y muy elegante, a la que le parecí tan bello que me requirió de amores, aunque es algo que una mujer no debe pedirle a ningún hombre; entonces yo estaba pensando en otras cosas, pues no sabía qué decir de vos, que sois mi señor, y estaba preocupado por Boores, mi hermano, al que no había visto desde hacía más de un año: no pensaba en lo que ella me estaba pidiendo; por eso me porté con villanía, rehusando y diciéndole que no haría nada de lo que me pedía. Cuando oyó mi respuesta, puso tal cara que cualquiera que la hubiera visto pensaría que iba a perder el sentido; me contestó diciéndome que en mala hora la había rechazado, pues no podría irme de allí sin morir.

Luego se dirigió a su señor, mi huésped, y le dijo que yo la había requerido de amores y que quería conseguirla por la fuerza. Cuando lo oyó, pensó que decía la verdad y enloqueció de ira. Me desafió y me dijo que me guardara de él, pues me causaría daño en el cuerpo si conseguía vencerme; me atacó con la espada desenvainada y me defendí, y conseguí darle muerte. Cuando Marabrón, su hermano, hijo del rey Vagor, oyó que le había matado al hermano, me acusó de traición ante el rey su padre y yo me ofrecí a defenderme cuando él así lo deseara. Se fijó el día de plazo para el combate y me marché de allí; fui herido ante una capilla en el Bosque Peligroso, tan gravemente que no conseguí sanar en el plazo, y aún ahora no estoy tan curado como me sería menester. Llegado el día de la batalla, me presenté en la corte y se

aprobó que tuviera un nuevo aplazamiento hasta que curara, y así me lo concedieron de buena gana; pero como el rey no estaba demasiado convencido de que yo regresaría dentro del plazo, hizo que me metieran en prisión, y así me ha tenido hasta ahora; sería necesario, si os parece bien, que vos librarais el combate por mí y me defendierais, pues estoy tan enfermo que no creo que pueda volver a ponerme las armas nunca.

Lanzarote le contesta que así lo hará con mucho gusto, pues no había acudido allí por ninguna otra razón.

Después se dirigió al rey y le dijo:

—Señor, sacad de la prisión a este caballero, pues ya ha encontrado quien combata por él.

Marabrón se pone en pie al oír hablar a Lanzarote y le pregunta:

—¿Acaso sois vos, señor caballero, el que combatiréis por él?

—¿Sois vos el que lo habéis acusado de traición?

—Sí.

—Sabed entonces que por esa acusación os tendremos por loco y estúpido, pues ha sido un error y vuestras palabras son falsas.

—Dejadlo estar —dice el rey—, pues pronto veremos cómo va el asunto.

Ordena que saquen a Lionel de la prisión y que lo lleven a una habitación para que descanse. Luego, desarman con todo cuidado a Lanzarote, pues el rey no desea que vaya a alojarse a ningún otro sitio que no sea en su propia casa.

Aquella noche el rey le dio una buena acogida y le hizo gran honor y gran fiesta porque era caballero de otra tierra y le parecía hombre valiente. Por la mañana fueron a oír misa Lionel y Lanzarote; luego entraron en el palacio y encontraron abundantes caballeros y damas que habían acudido a ver el combate. Marabrón ya estaba completamente armado, salvo el yelmo, y estaba sentado junto a su padre el rey. Lanzarote se dirige a sus armas y las toma; cuando ya se había armado, que sólo le faltaba el yelmo, regresa al palacio con Lionel y dice:

—Señor, me han dado a entender que ese caballero que está sentado junto a vos ha acusado a este compañero mío de traición y hoy cumple el plazo fijado. Ya que él mismo no puede librar el combate, he venido a hacerlo por él y estoy dispuesto a entrar en el campo.

—Buen señor —le contesta el rey—, ved bien en qué querrela os metéis, pues os aseguro que ese caballero que está junto a vos mató a mi hijo a traición, asesinándolo, a pesar de que le había dado alojamiento de buena voluntad y con afecto.

—Señor, podéis decir lo que deseéis, pero no es tal como vos habéis dicho.

Entonces se levanta Marabrón y le dice al rey:

—Señor, he aquí mi gaje; estoy dispuesto a probar que el caballero mató a mi hermano a traición y asesinándolo.

Lanzarote se adelanta y contesta que está dispuesto a defenderlo; el rey toma los

gajes de los dos y los acompaña a un gran jardín que había al pie de la torre, y hace que entren en él. Luego pone hasta doce caballeros de los más prudentes de su casa para que guarden el campo.

Después de atarse los yelmos y de montar a caballo, tomaron los escudos y las lanzas y se dirigen el uno contra el otro tan rápidos como pueden ir sus animales; se golpean con tanta fuerza en el escudo que las lanzas vuelan en pedazos. Marabron cayó con tal golpe que por poco no se le rompe el cuello. Lanzarote se le echa encima con el caballo y le rompe los huesos, de modo que queda desmayado en el suelo, sin fuerza para levantarse. Luego, Lanzarote desmonta, ata el caballo a un manzano que estaba junto a él, y se dirige adonde Marabron está caído con tal dolor que creía que iba a morir. Lanzarote piensa no matarlo por amor a su padre, que le había dado tan buena acogida en su casa la noche anterior, pero que a pesar de todo le meterá miedo hasta que reconozca su locura. Lo sujeta por el yelmo con tal fuerza, que le rompe los lazos, y se lo arranca de la cabeza; saca la espada desnuda y le da tal golpe en la cabeza que hace que se tambalee hacia el otro lado, pero no fue con el filo, sino de plano, pues no quería matarlo. Marabron abre los ojos al ver la espada sobre su cabeza, que nota desarmada, sólo con la cofia de hierro, y teme morir y por eso pide piedad diciendo:

—Noble señor, por Dios, no me mates; déjame vivir y ruega a mi padre que me perdone por este combate: entonces habrás llevado, a cabo la mayor cortesía que ningún caballero ha realizado nunca.

Lanzarote siente pena y le dice que así lo hará con mucho gusto.

Se acerca entonces Lanzarote a los que guardaban el campo y les dice:

—Buenos señores, decidle al rey que venga a hablar conmigo.

Éstos lo traen. Entonces le dice Lanzarote al rey:

—Señor, dejaremos el combate en este momento, si lo deseáis, y haremos la paz, de forma que recibiremos honra los dos, si es que es eso lo que queréis; debéis desearlo, pues si muere no ganaréis nada.

El rey, que se da cuenta de la cortesía y la generosidad de Lanzarote, se sorprende de que le sea tan generoso aquél a quien hubiera matado de haberlo vencido; entonces le dice:

—Señor, bien podéis hacer las paces, que yo aceptaré vuestra voluntad.

—Entonces, avanzad y oiréis nuestras condiciones.

El rey entra en el campo y se dirige hacia su hijo, que estaba en tal situación que no podía levantarse por sí mismo.

—Marabron —dice Lanzarote— aquí está vuestro padre el rey, ante cuya presencia emprendimos el combate, que ha llegado ya a tal situación que los dos lo hemos padecido; ya que no sacaríamos ningún provecho en continuar, os ruego que me dejéis libre de la acusación y que la retiréis frente al caballero por quien yo he emprendido el combate, y yo os perdonaré la querrela que he movido ante vuestro padre.

Marabrón se lo agradece mucho y se perdonan de esta forma.

Entonces es grande la alegría y la fiesta; el rey lleva a Lanzarote a su palacio. Quiere que lo desarmen, pero éste dice que no se quedará de ningún modo. Monta a Lionel delante de él en la silla y él se sube detrás, sujetándolo por el costado, ya que no podía mantenerse en los arzones sin la ayuda de otro.

El caballero herido, en cuya casa estaba enfermo el rey Bandemagus, que se había puesto en marcha para seguir a Lanzarote, había cabalgado sin detenerse el día anterior y ese mismo día, hasta que la aventura le llevó a la Isla Lejana. Cuando estuvo allí preguntó si tenían noticias del caballero: describe sus armas y le cuentan cómo acababa de vencer una batalla y cómo se había marchado y que no debía estar a una legua de distancia.

Cuando el caballero oye estas noticias reemprende la marcha y entra en el camino, sigue a Lanzarote llamándose desgraciado, ya que no ha podido llegar a tiempo, «pero aunque tenga que cabalgar durante el resto de mi vida, lo encontraré, si Dios quiere».

Cabalga de este modo durante todo el día hasta la hora de nona. Entonces se encuentra a una doncella, la saluda y ella le devuelve el saludo.

—Doncella, ¿sabríais indicarme lo que busco?

—Señor, ¿qué buscáis?

—Voy en busca de Lanzarote del Lago, que anoche llegó a un castillo cerca de aquí y se ha ido de él no hace mucho, siguiendo este camino según creo.

—¿Qué armas lleva?

—Tiene armas negras y escudo blanco.

—Por mi cabeza, acabo de encontrarlo en un valle; llevaba a un caballero enfermo delante de él y no puede haberse alejado ni dos leguas.

—Os encomiendo a Dios, pues me habéis dado buenas indicaciones.

Se separan y reemprende el camino tras Lanzarote, rogando a Nuestro Señor que le conceda el encontrarlo esa misma noche.

Pero la historia deja ahora de hablar de él y vuelve con Lanzarote.

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se marchó del lado del rey Vagor de la Isla lejana, tras liberar a Lionel de la prisión en la que se encontraba y defenderlo de la traición, combatiendo contra el hijo del rey Vagor, al que venció, tal como habéis oído, se llevó a su primo enfermo y herido como estaba, que no podía mantenerse en la silla, pues se sentía débil por la enfermedad y la prisión, y por eso Lanzarote lo llevaba delante de sí. Cabalgan hasta que llegan bien de noche a una abadía que estaba situada en un valle: se llamaba Telite y estaba en la marca de Escocia, por la parte del sol poniente; según dice la historia, la abadía se llamaba Pequeña Limosna; la razón de por qué se llamaba así no quiero olvidarla, pues es necesario que se recuerde.

En tiempos de José de Arimatea había en la marca de Escocia un rey. José llegó a Gran Bretaña por orden de Nuestro Señor, cuando aquel rey era pagano; por la gracia de Jesucristo y gracias a la predicación de José, recibió el bautismo y se hizo cristiano, siendo leal hacia Dios, al que amó tanto que dejó toda su riqueza y su reino y se fue al exilio pobre, desnudo y descalzo. De tal forma caminó por Escocia y por otras tierras durante más de treinta años, empeorando tanto en ese tiempo, en el cuerpo y en el rostro, que nadie lo tendría por tan alta persona como era. Un día tenía muchas ganas de comer, y ocurrió un hecho extraordinario. Después de caminar dos jornadas por el Bosque Peligroso, sin encontrar casa ni refugio, llegó a una casa de religión que entonces se llamaba Socorro de los Pobres y le preguntó al portero si ya habían dado la limosna; éste, al verlo tan pobre, le dijo que sí y que se podía ir, pues no darían nada más.

—Portero, buen amigo, tened compasión de mí, por Dios. Si no me ayudáis, moriré delante de vos, pues tengo tanta hambre que poco falta para que el corazón se me parta.

El portero sintió una gran compasión y fue a ver donde estaban las sobras, pero sólo encontró una pequeña limosna que, a pesar de todo, le pareció muy buena al rey para aliviar su hambre: le dio gracias a Nuestro Señor y se lo agradeció porque se lo había mandado. Después de comerse el pan, tuvo mayor hambre que antes; entonces le dijo al portero que nunca había recibido una limosna tan pobre en ningún lugar de cuantos había visitado, y que mirara si podía darle un poco más.

—Ciertamente, con eso os tendréis que conformar, pues en mucho tiempo no volveré a tener nada para daros.

El rey se quedó muy afligido con esto y no supo a quién lamentarse por su hambre, y se quejó a quien se la había mandado, es decir a Dios, a quien rezó e hizo oraciones, de las que sabía muchas y buenas. Estaba cansado y fatigado de andar, y aturdido por el hambre que había pasado: se quedó dormido en un estercolero junto a la puerta de la

abadía y entonces se le apareció el Santo Salvador del mundo y lo llamó por su nombre de pila:

—Eliezer, he encontrado en ti a un buen servidor leal, pues nunca por desgracia que te sobreviniera en tu pobreza te desesperaste: ya es hora de que tengas tu recompensa y tu paga; te ordeno que regreses a tu alta tierra y vuelvas a ser tan rico como antes, o más; quiero que vayas porque sólo te quedan sesenta días de vida y el sexagesimoprimer día abandonarás este mundo. Entonces recibirás el alto reino que yo he prometido a los que soportan el mal para servirme. Para que sepas que te digo la verdad, he traído a tu hijo de una distancia de sesenta leguas, desde la hora de tercia; lo encontrarás delante de ti cuando te despiertes: debes saber que lo engendraste el día que saliste al exilio.

En esto se despertó el rey y vio delante de sí a un muchacho, el más hermoso de cuantos había visto en mucho tiempo en todas las tierras; estaba sorprendido porque lo había visto durmiendo. Se miran fijamente sin decir una palabra, pero el joven corre a él, lo abraza, lo besa y dice:

—Bendito sea Dios que ha cumplido mi voluntad de una sola vez, pues vos sois el que he deseado ver por tanto tiempo y no debe sorprender, pues sois mi padre y mi señor después de Dios.

Fue grande la alegría que tuvo el rey; llora de compasión y de gozo y besa a aquél que reconoce como a su hijo; le da las gracias a Dios de todo corazón, mientras dice:

—Buen hijo, es buen servicio el que se hace al que al final da como recompensa el cielo y la alegría que no terminará; yo querría entrar en ese servicio, si quisiera el que me hizo, por más pecador que yo sea, pues mi Padre me lo ha mostrado bien viniendo personalmente en mi búsqueda. Ciertamente, si no lo hubiera ordenado Él, nunca hubiera vuelto a entrar en mi reino; pero ya que así le place, no me entretendré más y me iré, pues deseo cumplir sus órdenes.

A continuación, el rey sale del estercolero, pero no quiere regresar a la abadía para que no lo reconozcan, ni quiso cambiarse los vestidos. Le preguntó a su hijo si era caballero y le preguntó también por su mujer, qué tal estaba.

—Buen hijo, quiero que me digáis todas esas cosas, sin ocultarme nada acerca de cómo se ha portado la reina vuestra madre, por la fe que le debéis a Aquél que os ha traído desde más de cuarenta leguas entre la hora de tercia y ahora, que apenas es mediodía. No conozco vuestro nombre y por eso quiero que me lo digáis.

—Señor, me llaman Lanvalés.

Ciertamente ese nombre le había sido escrito en la frente cuando salió del vientre de su madre, y vale tanto como «firme creencia», pues en su tiempo no hubo nadie de vida tan santa como él, y bien lo mostró Dios. Después de decirle su nombre a su padre, el rey se quedó sorprendido, pues nunca había oído nombre semejante. Entonces el hijo empezó a decirle:

—Señor, según he oído contar a mi señora madre, cuando vos os marchasteis del reino de la Tierra Foránea, vuestros vecinos empezaron a hacerle la guerra a mi señora madre, con todas sus fuerzas y la hubieran desheredado de no ser por el rey Makabrez, vuestro hermano, que le ayudó a mantener sus dominios frente a los enemigos. No pasaron seis meses cuando quedó de manifiesto que mi señora estaba embarazada y dijeron que el hijo que saliera de ella, fuera niño o niña, no podía ser legítimo heredero, pues había sido engendrado en adulterio, según les parecía, pues pensaban que no habíais dejado encinta a mi madre, y de ese asunto hablaron durante mucho tiempo a escondidas. Cuando nací, tal como Dios quiso, me apresaron los nobles de la tierra apenas fui bautizado, y dijeron que no les escaparía hasta que supieran si era el legítimo heredero. Fueron a mi señora madre y el que más sabía le dijo:

—Señora, tenéis un hijo según ha querido Dios y nos parece que el rey Eliezer, que nos dio nuestras tierras, y que se marchó no sabemos a dónde, no fue el que engendró este niño, pues hemos contado los días y los meses y pensamos que ha sido concebido y engendrado en adulterio y no tiene derecho al reino, y no lo tendremos por legítimo heredero, ya que es resultado del adulterio; por eso tenéis que hacer lo suficiente como para ser creída en que lo engendró el rey.

A esto respondió mi señora madre, que aún estaba muy enferma, diciendo:

—Señor, estoy dispuesta a hacer conmigo y con el niño lo que consideréis justo, pues os digo que el rey Eliezer lo engendró.

Entonces se adelantó el duque de la Rama, que era vuestro primo y dijo que ella se había acostado bajo él, haciendo como que lo amaba con legítimo amor. El duque se llevó a los duques a su lado y les dijo:

—Señores, ¿estáis dispuestos a saber si este niño es hijo de Eliezer? Os digo que haré que lo sepáis de verdad, si queréis hacer lo que os voy a decir.

Le contestaron que así lo harían.

—Os diré lo que podéis hacer. En esta ciudad hay dos leones en un subterráneo; el león es el rey y señor de todos los animales del mundo y tiene tan noble naturaleza y tan alta que si encuentra al hijo de un rey de padre legítimo y de madre legítima, si no tiene más de dos años de edad, no le causa ningún mal, aunque se le suba encima. De ese modo podréis probar si este niño es hijo del rey; si lo colocáis entre los leones, tened por seguro que todo el mundo no podría impedir que al punto lo estrangularan.

Grandes y pequeños aceptaron el consejo; me tomaron ante mi propia madre, que poco faltó para que perdiera el sentido por el dolor. Me llevaron al foso donde estaban los leones, antes de que yo hubiera cumplido tres días y allí me dejaron un día entero pero el dulce Señor, que está tan lleno de misericordia, no me olvidó, sino que me sirvió de escudo y defensa, protegiéndome tan bien que del mismo modo que me metieron me sacaron y así quedó demostrado que yo era hijo de rey: todos los de la tierra me amaron y cuando cumplí dieciocho años me hicieron caballero y me

coronaron rey en Pentecostés, recibiendo sus tierras de mí unos y otros.

—Decidme ahora cómo se ha portado vuestra madre.

—Ciertamente, se ha portado como la mujer más virtuosa, más religiosa y de mejor vida de cuantas ha habido en Gran Bretaña; es la señora de las señoras, la reina de las reinas de la tierra, pues, según creo, desde que os marchasteis no hubo un solo día que no llevara vestida sobre la carne la estameña; ha honrado a la santa Iglesia y la ha ensalzado todo lo que ha podido; ha vestido a los pobres en todas las estaciones y a los enfermos, y más a los pobres que a los ricos, y vive en medio de oraciones y plegarias.

El rey Eliezer se puso muy contento con estas noticias y le dio las gracias a Dios de todo corazón. Cabalgaron hasta que llegaron a un río turbulento, peligroso de pasar y allí se dirigen a un puente de madera para atravesarlo. Cuando el rey iba a subirse en el puente, mira río abajo y ve llegar la nave más hermosa de cuantas ha visto, a su parecer; se dirige hacia allí, pues cree que la nave va a llegar a la orilla. Ya junto a la nave, lee una carta que había en la borda, pero la historia no habla de la carta ni de las grandes maravillas de la nave, sino que el libro se detiene después de haber contado por qué la abadía se llamó Pequeña Limosna.

Cuenta ahora la historia que cuando el rey Eliezer llegó a su tierra no hubo día que no hiciera que todos los pobres de su reino fueran a comer a la corte, y él mismo les servía descalzo y en camisa de lana, sentando a la mayoría en las mesas. Un día, el rey, la reina y sus hijos y cuatro de los nobles más íntimos, estaban sentados en un prado y empezaron a hablar de varias cosas, hasta que la reina le dijo al rey:

—Señor, ¿dónde os encontró mi hijo Lanvalés y os vio por primera vez?

El rey no contestó, sino que guardó silencio, y Lanvalés respondió diciendo:

—Señora, lo encontré en la abadía que se llama Socorro de los Pobres.

Cuando el rey oyó el nombre de la abadía, empezó a sonreír y la reina se dio cuenta, preguntándole por qué lo hacía:

—Pues desde que llegasteis aquí no os he visto reír por nada de lo que habéis oído; os ruego que me lo digáis, por favor.

—Con mucho gusto. Hacía dos días que yo ayunaba cuando llegué a la abadía que se llama Socorro de los Pobres; tenía tales ganas de comer, que nunca tuve unas mayores; me dirigí al portero y le pedí limosna y él me contestó que no tenía nada que dar. Le supliqué tanto, que entró en una casa y tardó un buen rato. Cuando volvió, me trajo la limosna de pan más pequeña que he visto en treinta años que he pasado en el exilio; al verla tan pequeña, me quedé muy afligido y me dije a mí mismo que era un pequeño alimento y que la abadía se debía llamar más Pobre Socorro que Socorro de los Pobres. Por la pobreza del don y por la pequeña limosna que me dieron, quiero que la abadía se llame Pequeña Limosna o Pobre Socorro, si es que alguien quiere llamarla mejor.

Al oír estas palabras se echaron todos a reír, el rey lo dijo en tan buen momento que a partir de entonces la abadía se llamó Pequeña Limosna y de esta forma cambió el rey Eliezer su nombre; la historia la ha llamado así por si alguien no sabía de dónde había recibido el nombre de Pequeña Limosna, que fue cambiado de este modo. Por otra parte, algunos se lo hubieran tomado a mal si no se les hubiera explicado.

Pero ahora la historia deja de hablar de él y vuelve con Lanzarote, de cómo llegó a la abadía con Lionel.

CLXII

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote llegó a la abadía con Lionel ya era noche oscura. Llamó a la puerta hasta que los de dentro lo oyeron. Salieron cuatro frailes a abrir la puerta, ayudaron a apearse a Lionel con mucho cuidado y lo llevaron a una habitación, ocupándose de él y de su herida; luego desarmaron a Lanzarote y le muestran una gran honra porque era de la casa del rey Arturo. Por la mañana, tan pronto como amaneció, se levantó Lanzarote y oyó misa en la misma abadía; se armó y rogó a los frailes que tuvieran cuidado con el caballero enfermo, y le contestaron que así lo harían. Después de montar y prepararse, vio entrar en la abadía a un caballero recién muerto que iba en unas parihuelas seguido por cuatro escuderos que se lamentaban de tal forma que Lanzarote sintió compasión. Le pregunta a uno de los frailes si sabe quién era el caballero y éste le contesta que no lo sabe:

—Pero sé dónde ha recibido la muerte, pues apenas hace quince días que vino otro del mismo lugar de donde viene él.

—Por Dios, ¿de dónde viene?

—Si queréis quedaros para que os lo diga, tardaréis un buen rato en marcharos.

—Señor, esperaré durante todo el día para saberlo; os ruego que me lo digáis.

—Por mi fe, con mucho gusto.

Lanzarote descabalgó y se sientan los dos bajo un olmo y el fraile empieza a decirle:

—Señor, por ahí arriba, por la parte del Bosque Peligroso hay una colina que se llama Colina Prohibida y la razón de por qué se llama así os la voy a decir. Hace ya veinte años que hubo en esta tierra un caballero, el más fuerte, el más cruel y el más poderoso con las armas de cuantos se han conocido en el mundo. Al ser armado caballero se enamoró de una doncella, hija de Esclamor de la Ciudad Bermeja, y llevó a cabo tales proezas que la muchacha lo amó como si fuera rey, pero no lo dio a entender, sino que lo ocultó durante mucho tiempo; él la requirió de amores en varias ocasiones y se la pidió a su padre por esposa; pero el rey no quiso dársela, y dijo que si se enteraba de que su hija lo amaba, la metería en un lugar del que no podría salir por su propia voluntad. Al oír esto, lo sintió mucho, se dirigió a la doncella y le dijo:

—Doncella, me muero por vos y será una gran lástima si no ponéis una solución distinta de la que habéis dado. Creía haber hecho tanto por vos y por vuestro padre como para teneros por esposa de acuerdo con su voluntad; en vano he empleado mi esfuerzo, ya que vos me habéis rechazado.

—Eloides, ¿os ha rechazado mi padre?

—Así es, doncella; y me ha dicho que si se entera de que me amáis os hará encerrar en un lugar del que no podréis salir por vuestra propia voluntad.

Cuando la doncella oyó estas noticias sintió gran miedo de que su padre la matara,

pues sabía que era hombre traidor y orgulloso; y entonces le dijo a Eloides:

—Buen amigo, ciertamente habéis hecho tanto por mí que os habéis merecido mi amor y a pesar de lo que os haya podido decir en el tiempo pasado, nunca he amado a nadie más que a vos: en este momento os concedo mi amor y mi corazón, con la condición de que me protegáis frente a todos los hombres y me toméis por esposa de acuerdo con la ley de la santa Iglesia.

—Me ocuparé de eso de tal forma mientras viva que no tendréis que temer a nadie por poderoso que sea; por amor os haré construir un castillo en un lugar tan fuerte que no tema a nadie.

Entonces el caballero ordenó construir un castillo en aquella colina, tan fuerte y tan bien asentado que no teme ni asedio ni ataque a la fuerza; llevó allí a la doncella con todas las riquezas que pudo cogerle al rey. Para que estuviera más a salvo, hizo que todos los caminos de la colina dieran en uno solo, tan malo y estrecho que no podía pasar por él más que un caballero, y a pie. Luego, bajó el caballero de la colina y mandó levantar una cruz al pie del monte, donde colocó un cartel que prohibía subir y que decía que la colina se llamaría a partir de ese momento Colina Prohibida, «pues prohíbo a todos los que caminen por esta parte y a los que caminarán, que suban a ella. Si llega alguien armado, tenga por seguro que no podrá irse sin combatir, pues me enfrentaré con él hasta que me maten o hasta que yo lo mate».

El caballero lo ha llevado a cabo de tal forma, que a todos los que han ido allí los ha matado, a no ser que sean de la Mesa Redonda: desde entonces ha matado a más de cuatrocientos caballeros, que todos yacen en esta abadía.

—Decidme, ¿sabéis lo que hace con los de la Mesa Redonda?

—Por mi cabeza, los encierra en la prisión y nos envía sus escudos, tan pronto como los ha vencido. Si queréis os mostraré más de catorce escudos que están ahí abajo en una sala.

—Los veré con mucho gusto; llevadme allí.

—De acuerdo.

Se lo lleva de donde estaba y el fraile, seguido por Lanzarote, se dirige a la sala. Lanzarote reconoció los escudos: el de mi señor Yvain, el de Saigremor el Desmesurado, el de Giflete, que había emprendido la búsqueda después de los demás, y en otro lado estaba el escudo de Agravaín el Orgulloso, hermano de mi señor Galván, el de Dodinel el Salvaje, el del duque de Clarence y el de Héctor de Mares; en un extremo de la sala estaba el escudo del Alegre Atrevido, el de Galantín el Galés, el de Guivrés de Lambale, el de Mador de la Puerta, el de Blioblieris y el de Banín, el ahijado del rey Ban, y otros muchos.

Al ver los escudos, Lanzarote lo siente más que nunca y le dice al fraile:

—Señor, ¿todos éstos, cuyos escudos veo aquí, están prisioneros?

—Por mi fe, estoy seguro de que lo están, o están muertos o prisioneros.

—Por Dios, bien puede decir el que los ha vencido que es valiente con las armas, si es que los ha derrotado personalmente; que Dios no me vuelva a ayudar hasta que sepa quién es y cómo los vence, si lo hace a traición, mediante encantamiento o por su propia proeza.

Con esto Lanzarote se marchó de la abadía y emprendió el camino por el que habían llegado los otros, diciéndose a sí mismo:

—Por mi fe, no debería llevar armas más que el que ha vencido a los mejores caballeros del mundo, y, por mi cabeza, nunca pensé que hubiera en el mundo un caballero, por valiente que fuera, capaz de derrotar a tantos paladines como ha hecho éste.

Monta a caballo, se cuelga el escudo del cuello, pide una lanza y se la traen fuerte y resistente, de afilada punta. Se marcha y cabalga hacia el bosque muy decidido, hasta que llega al pie del monte, donde encuentra la cruz de la que le habían hablado. La mira y ve las letras recién escritas, según le parecía, que dicen: «Desde hace veinte años, no subió ningún caballero que no fuera muerto o apresado, al menos, salvo uno sólo, que sale del alto linaje del rey David».

Se queda sorprendido por estas letras y no sabe qué decir; a pesar de todo, emprende el camino. Todavía era temprano, la hora de prima. Mira a la derecha y ve un ermitaño en una casa muy pequeña, pobre y derruida. Se dirige hacia allí, lo saluda y él le contesta que sea bienvenido como el mejor caballero que nunca llevó armas:

—Bendito sea Dios que os ha traído por aquí, pues por vos serán puestos en libertad los de la Colina Prohibida. Lanzarote, salisteis de la cárcel de Morgana en tal momento que habéis venido a esta tierra a vencer al mejor caballero de cuantos serán vencidos por las armas, pues las aventuras más hermosas del mundo serán llevadas a término esta misma semana y ningún caballero podría soportar la mitad de las penas que vos soportaréis.

Después de decir esto, el ermitaño vuelve a cerrar la ventana por la que había hablado con él y Lanzarote le dice:

—Señor, si Nuestro Señor quisiera que vuestras palabras fueran ciertas, se lo agradecería más que cualquier otro pecador.

—Vete, que tienes mucho que hacer, no te entretengas.

Lanzarote se marcha y cuando llega al pie del estrecho sendero lo ve tan malo que a la fuerza tiene que desmontar; ata el caballo a un pino, del que manaba una de las fuentes más hermosas de la tierra; luego sube la colina con la espada desenvainada y el escudo al cuello: está completamente empapado en sudor antes de llegar arriba, pues las armas que lleva puestas le pesan mucho.

Lanzarote ha caminado hasta llegar arriba. Allí encuentra uno de los sicómoros más hermosos de cuantos ha visto en su vida; ve un caballo fuerte y rápido, cubierto de jaeces negros, atado a una de las ramas; a su lado había diez lanzas de puntas agudas y

cortantes, y bajo una rama pequeña colgaba un cuerno de marfil con cercos de oro y plata; cerca de allí había un pabellón hermoso y rico. Lanzarote deja la lanza que había llevado hasta la cumbre de la colina y se dirige adonde ve el pabellón plantado: allí encuentra a un enano que estaba acostado en una cama muy hermosa. Lanzarote lo saluda al verlo y el enano se pone en pie encolerizado y coge un palo que había a su lado, lo levanta y golpea con él a Lanzarote en el yelmo, sujetándolo con las dos manos, pues era débil y de poca fuerza. Lanzarote se adelanta y le arranca el palo de los puños; luego le pregunta por qué le ha golpeado.

—¿Golpeado? ¿Tenéis vergüenza?

—Por Dios, siento gran honor porque una persona tan importante como vos habéis puesto la mano encima de mí.

—Ciertamente hoy mismo tendréis mayor vergüenza que la que os he podido causar.

—¿Cómo lo sabes? Mala caída tengas.

—Bien lo sé. ¿No habéis venido aquí a combatir contra mi señor, el mejor caballero de esta tierra, que se llama la Colina Prohibida?

—Sí, querría que ya estuviera aquí.

—En breve llegaré, si sois lo suficientemente atrevido, pues sólo hace falta que toquéis ese cuerno que cuelga del árbol y vendrá tan pronto como lo oiga. Ese caballo que hay ahí está preparado para vos; montad en él. Si sois de la casa del rey Arturo no recibiréis ningún daño, sino que seréis encerrado en aquella torre. Si no lo sois, no dejará de cortaros la cabeza. Ya os he dicho cuál es la costumbre de la colina: os podéis ir si queréis o tocar el cuerno, haced lo que preferáis.

Lanzarote le contesta que en modo alguno se volverá; toma el cuerno, se lo coloca en la boca y toca tan alto que toda la colina retumba. Mira hacia la otra parte de la colina y ve una torre mediana, que estaba levantada como contra la gran fortaleza en la que vivía el señor del castillo. Después de tocar el cuerno, no tardó mucho en ver en las almenas de la torre mediana hasta catorce caballeros que le gritaban: «Caballero, tocas el cuerno para tu gran dolor. Por Dios, vuélvete y obrarás como prudente».

Lanzarote le pregunta al enano entonces:

—¿Quiénes son los caballeros que hay en las almenas de aquella torre mediana?

El enano le contesta que son los prisioneros de la casa del rey Arturo.

—Querrían que os marcharais, pues saben que habéis venido aquí para vuestra propia vergüenza, más que para vuestro provecho.

Mira Lanzarote a los que estaban en las almenas de la torre y le parece ver, entre otros, a mi señor Galván, con la cabeza vendada por las dos grandes heridas que tenía; junto a él no había nadie que no tuviera alguna herida en los brazos o en la cabeza. Lanzarote lo siente mucho; monta en el caballo que estaba atado al árbol, pero antes miró bien que no faltara nada que luego pudiera necesitar. Cuando ya estaba

preparado, toma la lanza que había llevado y espera bajo el árbol, hasta que el caballero salió tan bien armado y con tanta hermosura que nadie lo superaría: llevaba el escudo al cuello y la lanza empuñada. Al verlo, Lanzarote le pregunta al enano si es él el buen caballero contra el que tiene que combatir.

—Sí; por Dios bien podéis verlo como el mejor caballero del mundo, y nunca, que yo sepa, podréis encontrar a nadie tan generoso.

Después de oír estas palabras, Lanzarote no espera más; pica espuelas agudas y cortantes al caballo. El caballero galopa contra él tan rápido como puede su caballo; se dan grandes golpes con las lanzas, de tal forma que ni los escudos ni las cotas de malla pueden impedir que las puntas entren en las desnudas carnes. Pero han tenido suerte porque ninguno de los dos tiene herida preocupante, ya que no han sido profundas; las lanzas se quiebran y vuelan en pedazos; luego, chocan los cuerpos, los escudos y los yelmos con tanta fuerza que caen al suelo aturcidos, con los caballos encima. Durante un buen rato permanecen tan aturcidos que no saben si es de día o de noche. Cuando los caballos se vuelven a levantar, los caballeros permanecen en el suelo, maltrechos y doloridos, pues los dos sienten mucho dolor. Pero Lanzarote es el primero en ponerse de rodillas, mira a su alrededor y le parece que la colina se hundía, de lo aturcido que estaba. Al ver al caballero a su lado en el suelo, se pone en pie lo más rápidamente que puede, pues no se encuentra tranquilo porque tiene cerca a un caballero tan bueno, que además es enemigo mortal suyo; desenvaina la espada y se dispone a mostrar el mayor valor de que es capaz. El caballero se levanta con esfuerzo y saca su espada; van el uno contra el otro con las espadas desnudas en los puños y se dan tan grandes golpes en el yelmo que hacen brotar fuego; los ojos les tiemblan y les saltan chispas en las cabezas; a los dos les sale la sangre por la nariz y la boca, por el calor y el padecimiento que han soportado; se despedazan los escudos por arriba y abajo y los yelmos tampoco pueden resistir los grandes golpes que se dan; quedan en tal estado, que se podrían meter el puño por varios sitios; de las cotas hacen volar las mallas en los sitios más apretados. Se alcanzan de cerca y la sangre vuela del cuerpo, se cortan las cotas de mallas en los costados, sobre los brazos y las caderas.

El combate dura de este modo desde la hora de prima hasta mediodía; entonces estaba muy cansado el caballero de la torre y se sorprende de la resistencia del que combate contra él, pues por la mañana, viendo la fuerza que tenía, no creía que le pudiera resistir en batalla nadie tanto como había hecho aquél, y le parece que ahora es más rápido y ligero que al principio; retrocede un poco y hace como si fuera a descansar. Pero Lanzarote, al que la cólera y el enfado empujaban porque la batalla duraba demasiado, y que ahora no se encuentra menos ágil que al principio, le ataca y le da tal golpe en la piel del escudo, que se lo parte hasta la boca, y cuando saca la espada tira del caballero con tal fuerza que le hace caer de rodillas. Éste se pone en pie con mucha fuerza y recupera el escudo de tal forma que la espada de Lanzarote le vuela

de las manos, dejándole los puños vacíos.

Cuando Lanzarote ve que ha perdido la espada, siente gran vergüenza, pero no se aflige por nada que le ocurre. El caballero, que cree que tiene la mejor parte, le ataca con la espada levantada, dispuesto a golpearle en medio de la cabeza; pero lo esquivo y no puede detener el golpe, de forma que la espada entra en el suelo hasta el puente. Lanzarote le golpea en el rostro con el escudo, con tanta fuerza que le hace caer al suelo aturdido y corre a la espada, sacándola del suelo. Cuando la levanta, se da cuenta de que es la espada que Galahot, el hijo de la Jayana, le dio el día que derrotó a los tres caballeros de Carmelida. Entonces, Lanzarote retrocede sorprendido y le dice al caballero de la torre:

—Señor, por la cosa que améis más en el mundo, decidme cómo os llamáis, si podéis hacerlo.

—Señor, se lo oculte a quien se lo oculte, no os lo ocultaría a vos, pues bien sé que sois lo más admirable del mundo de los caballeros y no se debería negar a un hombre tan valiente como vos nada, sin sentir gran vergüenza: os lo voy a decir, me llamo Boores el Desterrado y soy primo de mi señor Lanzarote del Lago.

Cuando Lanzarote oye estas palabras se quita el escudo del cuello y lo arroja al suelo; corre a Boores con los brazos abiertos, lo abraza y lo besa diciéndole:

—Mi dulce primo, perdonadme el daño que os he causado. Soy Lanzarote del Lago, vuestro primo.

Al oírlo se quita el escudo del cuello y siente tan gran alegría que apenas se podría contar, diciéndole a Lanzarote:

—Mi dulce señor, mi dulce primo, sed bienvenido. Ciertamente no es necesario recordar lo que habéis hecho, pero os debo una gran recompensa por haberos herido; sería mayor el daño si vos fuerais herido, con peligro de muerte, que si lo fueran quince caballeros como yo, pues mi valor no se puede comparar con el vuestro, igual que la claridad de la luna no se puede comparar con la del sol. Bien se ha visto ahora, pues me habíais dejado en tal situación que apenas podía sostener el escudo: es justo que tengáis la victoria en este combate, pues no hay comparación entre vos y yo, y me considero vencido.

—Por Dios, no tendré esa gloria, si Dios quiere; buen amigo, sois vos quien os la habéis ganado y debéis tenerla; he aquí mi espada, os la rindo.

—Señor, por Dios, no podríais causarme mayor vergüenza, pues es cosa evidente que me habéis derrotado.

Quiso entonces echarse a los pies, pero Lanzarote no lo permite y lo levanta; se quitan el yelmo y se bajan la ventana, mostrándose gran alegría por haberse encontrado. Después de hablar un buen rato juntos, y después de alegrarse mutuamente, Lanzarote le pregunta a Boores cuánto tiempo ha permanecido en la colina y cómo llegó a ella.

—Señor, hace más de tres meses que vine por primera vez; os contaré qué aventura me trajo aquí. Yo estaba en el Castillo de Terraguel un poco después de la fiesta de Todos los Santos, cuando debíamos estar en el Castillo del Paso; me dijeron que vos habíais matado a dos gigantes y fui buscándoos por aquella tierra, ya que nadie conseguía tener noticias ciertas sobre vos, hasta que una doncella me dijo que os había visto por la parte del Bosque Peligroso. Cuando oí tales palabras, fui hacia allí lo más directamente que pude y mi camino me llevó a la cruz de esta colina, y se me dijo que no me atreviera a subir y pregunté por qué: «Hay un caballero tan valiente —me dijeron — que nadie puede resistirle y es tan desleal que mata a todos aquellos que puede tener». Cuando oí esto dije que no dejaría de venir aquí; até mi caballo a un árbol y subí a pie, igual que habéis hecho vos; ahí, donde habéis visto ese pabellón, había una empalizada de picas tan fuerte que no podía pasar al otro lado y tuve que jurar y prometer al caballero que si lo mataba por mi propia proeza que guardaría la colina por el resto de mi vida hasta que fuera vencido por otro que llegara después que yo. De esta forma obtuvo mi promesa en la que le dije que mataría a todos aquellos a los que yo venciera, si no eran amigos míos o parientes, que en ese caso no lo haría. Cuando fui a jurar, evité por vuestro amor y porque tenía que hacerlo a los compañeros de la Mesa Redonda, pero prometí que los metería en prisión hasta que encontrara a quien me venciera por la fuerza. Después de hacer este juramento me abrieron la puerta y me acompañaron a combatir contra el caballero, que era muy valiente, atrevido, fuerte de cuerpo, y luché contra él venciéndolo y dándole la muerte. Luego hice colocar abajo un cartel tan oscuro que nadie pudiera reconocerme con facilidad; de esta forma he permanecido en la torre, pues tal era el juramento, y no me alejé de ella, sino que estuve esperando durante todos los días a los caballeros andantes que acudían con frecuencia. Han venido a probarse más de cuarenta y los he matado a todos, salvo a catorce que están prisioneros, que han sido salvados de la muerte porque pertenecían a la casa del rey Arturo.

—Y ¿cómo sabíais que pertenecían a la casa del rey Arturo?

—Por mi fe, ahí abajo, en la pendiente, había una cadena de hierro que no podían pasar antes de que yo supiera quiénes eran y de esa forma sabía si pertenecían a la casa del rey Arturo.

—Por mi fe, me decís algo extraordinario. ¿Y sabéis quiénes son vuestros prisioneros?

—No, ninguno de ellos me quiso decir su nombre, y yo no los obligué demasiado, pues podrían considerarlo una villanía el que los tuviera prisioneros después de decirme sus nombres; pero tenía que hacerlo así, ya que lo había jurado y de otra forma no habría sido caballero leal.

—Decidme ahora cómo los vencíais.

—Señor, a uno tras otro. Hace mucho que llegaron los primeros y no hace aún dos

meses que vinieron los últimos. Os aseguro que entre ellos hay uno de los mejores combatientes del mundo y de cuantos yo he visto, pues nos enfrentamos más de seis veces hasta que uno derribó al otro, y por fin, nos derribamos mutuamente.

Lanzarote se pone muy contento con esta aventura y le dice a Boores:

—Buen primo, habéis conquistado tan gran honor, que nadie conquistó otro mayor y habéis tenido suerte, pues los que conozcan la verdad de este asunto os tendrán a partir de ahora por el mejor caballero del mundo, pues habéis vencido a todos aquellos que se consideraban los mejores caballeros, y sin duda lo eran.

—¿Quiénes son?

—Por mi fe, uno es mi señor Galván, mi señor Yvain el otro, Saigremor el Desmesurado, Giflete el hijo de Don, y mi hermano Héctor; a este último lo debíais haber reconocido por mi amor y porque es primo vuestro.

A continuación, Lanzarote le dice los nombres de todos los demás, de los que había visto los escudos. Cuando Boores lo oye siente tal vergüenza que el rostro se le enrojece, y dice:

—Ay, señor, por Dios, no digáis nunca que mi señor Galván y Héctor vuestro hermano están ahí, pues no querría por nada del mundo que ellos dos estuvieran, ya que son tan amigos míos que habría obrado demasiado mal con ellos y habría cometido villanía encarcelando a caballeros tan valientes como ellos. Y si los he tenido prisioneros, por Dios, decidme qué puedo hacer.

—Os lo voy a decir. Sacadlos de inmediato de la prisión y ordenad que sean vestidos con trajes nuevos y haced que los lleven a la puerta de la torre, donde tendréis vuestra espada sujeta por la punta y os habréis quitado el yelmo de la cabeza: arrodillaos ante ellos y pedidles perdón por el mal que les habéis causado y poneos por entero a su disposición.

Boores acepta. Se van a la torre; mi señor Galván y los demás compañeros se preguntan admirados quién es el caballero que ha combatido con el de la torre y cómo ha hecho las paces con él; hablan del asunto y Giflete dice, ante todos:

—Por mi fe, mucho me extraña esta aventura. No pensaba que hubiera un caballero en el mundo capaz de resistir las proezas que ha resistido éste. Me parece que el recién llegado ha obtenido la mejor parte del combate y que el de la torre ha sido vencido.

—Por mi fe —contesta mi señor Galván—, no me extraña que haya sido vencido, lo que me sorprende es que haya resistido tanto frente al caballero con el que ha luchado, pues estoy seguro de que es el mejor caballero del mundo y bien lo ha demostrado aquí y en otras partes.

—Señor —responde Yvain—, por lo que me decís, me parece que lo conocéis.

—Por mi cabeza —contesta mi señor Galván—, ciertamente lo conozco bien y debo conocerlo, pues en muchos lugares me ha ayudado a mí y a otros muchos hombres valientes: me sorprende que vos, que vais por tierras lejanas para conocer a los

valientes, no conozcáis aún a éste, a quien no se puede comparar ninguno.

—Señor —responde mi señor Yvain—, bien lo conozco y que Dios no me vuelva a ayudar si retiro de él mi corazón, que le he confiado: estoy seguro de que es mi señor Lanzarote del Lago, al que íbamos buscando; debemos estar muy contentos con su llegada, pues sabemos que hemos sido puestos en libertad por él. Ciertamente tenía razón siempre que he dicho que cuando viniera por aquí nos sacaría de la prisión y que hasta entonces no saldríamos.

Mientras hablaban así, llegaron dos servidores que abrieron la puerta, se dirigieron a los compañeros y les dijeron:

—Señores, os traemos buenas noticias, pues todos estáis libres gracias a un caballero que ha llegado a esta tierra y que me parece que ha vencido a nuestro caballero.

Lloran todos ellos de alegría y de lástima y uno de los escuderos los baja de la torre y los lleva a una habitación, donde encuentran a un anciano que les da ropas limpias y nuevas, forradas de armiño. Cuando ya están dispuestos, los lleva hacia la gran fortaleza. Entonces les sale al encuentro Boores, tal como Lanzarote le había dicho; se arrodilla delante de ellos y les tiende la espada, poniéndose por completo a su disposición y rogándoles por Dios que le perdonen el haberlos tenido prisioneros:

—Os aseguro —le dice a mi señor Galván— que si os hubiera conocido como ahora no hubierais sido encarcelado, aunque hubiera tenido que faltar al juramento que había hecho; os ruego por Dios que no os enfadéis, pues lo hice por ignorancia.

Todos juntos le echan los brazos al cuello y lo levantan del suelo, donde estaba arrodillado, perdonándole de grado todo el daño que les había hecho. Luego, le dicen que ha mostrado mayor amor teniéndolos prisioneros que el que ellos merecían. Cuando estaban diciendo esto Lanzarote salió de una habitación en la que lo habían desarmado, y, al ver a mi señor Galván, corre a él con los brazos abiertos y él hace lo mismo; se muestran tan gran alegría, que no os podría contar una mayor. Lanzarote corre a Héctor de Mares, al que tanto deseaba ver y le dice:

—Hermano, ¿no me conocéis?

—Señor, vos sois mi señor y mi hermano, pero ciertamente nunca pensé veros, y tenía mayor seguridad de que habíais muerto que de que seguíais con vida, porque os habíamos buscado durante mucho tiempo sin oír noticias vuestras.

Gran alegría se mostraron los dos hermanos, y cuando los otros compañeros, que no sabían nada de esto, los vieron, se quedaron tan sorprendidos como si fuera un sueño.

Grande fue la alegría y la fiesta que unos compañeros hicieron a los otros cuando se reconocen, aunque se sorprenden más que antes por haber sido vencidos por Boores, que es un muchacho joven, mientras que ellos son caballeros expertos y de gran fuerza: todos sienten gran pesar y gran rencor en el corazón por haber sido derrotados por él, y ésa fue una de las cosas que más odio causó en el parentesco de Lanzarote. Aunque los

demás están enfadados, a Héctor no le pesa, ni a Lanzarote, sino que dicen que no querrían por nada haber tenido tal honor:

—Pues estoy seguro, señor —dice Héctor a Lanzarote—, que nuestro linaje será más temido el resto de nuestras vidas.

Ese día, Banín, el ahijado del rey Ban, se dio a conocer a Lanzarote y a Boores y les dijo quién era y cómo el rey Ban lo amó mientras vivió, y que lo hizo caballero. Lanzarote tuvo una gran alegría y le dijo que quería ser su amigo y su aliado y que le ayudaría y auxiliaría siempre que pudiera, puesto que había servido tan lealmente a su padre.

—Señor —le pregunta Banín—, ¿tenéis alguna noticia de Lionel, mi señor y primo vuestro?

—Sí, señor, lo he dejado esta mañana enfermo en una abadía que está aquí abajo.

—Señor —le dice mi señor Galván a Lanzarote—, os hemos buscado por todo el mundo; decidnos dónde habéis estado tanto tiempo. ¿Habéis estado enfermo o prisionero?

—Señor, estuve en un sitio del que no habría salido nunca de no ser por una aventura extraordinaria que me ocurrió y que me permitió quedar libre.

—Dulce señor —le pregunta Boores—, ¿dónde fue donde estuvisteis prisionero durante tanto tiempo y en qué lugar ocurrió?

—No os lo voy a decir ahora, pero si estáis en la corte el día que tendremos que contar las aventuras que nos han ocurrido podréis saber cómo estuve prisionero y en qué lugar; antes no se lo diré a ningún hombre ni a ninguna mujer, a no ser que me vea muy obligado.

Entonces lo dejan estar.

Fue grande la alegría y la fiesta que hicieron en la colina ese día, y los compañeros dijeron que el sendero sería ensanchado el día siguiente, de forma que pudieran pasar por él hombres a caballo, si es que se podía hacer de alguna manera.

—Por mi fe —dice mi señor Galván—, cuando yo era escudero vi que había tres caminos tan buenos y tan amplios que por el peor de ellos podían pasar dos caballeros a la vez, y aún os podría indicar dónde estaban.

—Si hubo tres caminos —contesta Boores—, mandaré que los rehagan los de esta tierra, y que los dejen como fueron o mejor. Mañana quiero que traigan a mi hermano Lionel, si puede venir, pues aquí estará más a gusto, según mi voluntad, que en la abadía; pero, además, hace tanto que no lo veo, que con mucho gusto lo vería ahora.

Tanto hablaron aquel día, que se hizo la hora de cenar; se sentaron en un jardín y comieron con alegría todos juntos. Los tres compañeros —Lanzarote, Boores y Héctor— están más contentos que nadie; los otros no se alegraron tanto, y algunos lo sentían más. Cuando fue el momento de ir a acostarse, prepararon las camas en las habitaciones, que eran numerosas y bellas. Lanzarote durmió en una habitación solo,

con la única compañía de un escudero que durmió a sus pies para cuidar de él. Cuando los demás se acostaron en las habitaciones, de dos en dos, recibieron tanto honor como les pudieron dar; pero sin lugar a dudas a nadie se honró tanto como a Lanzarote.

Cuando ya estuvieron acostados, Lanzarote tuvo un sueño extraordinario, pues le pareció que a él llegaba un hombre viejo y anciano que lo llamaba por su nombre y le decía:

—Lanzarote, buen nieto, levántate y ve al Bosque Peligroso en el que encontrarás una aventura extraordinaria que no puede ser llevada a cabo más que por ti, y tú tampoco la terminarías si no fuera por la reina Elaine, tu buena madre, que ruega a Nuestro Señor por ti día y noche. ¿Sabes quién soy yo, que he venido a anunciarte esto? Soy Lanzarote; fui rey de la Blanca Tierra que limita con el reino de la Tierra Foránea y soy abuelo tuyo; por mi amor y por honor a mí te llamó el rey Ban, mi hijo, Lanzarote: aunque tu nombre de bautizo es Galaz.

Lanzarote se pone en pie muy contento, pero no ve al que le había dicho tales palabras. Se viste, se prepara y despierta al escudero que dormía delante de él, diciéndole que le prepare las armas; éste se levanta y reconoce a Lanzarote, pues se podía ver con gran claridad; lleva a cabo sus órdenes y le pregunta que a dónde quiere ir.

—Eso no te interesa, pero tráeme las armas, pues ya no puedo quedarme por más tiempo aquí.

—Señor, por Dios, no os vayáis antes de habérselo dicho a los de aquí, pues me matarían, tenedlo por seguro, si os fuerais sin que yo les avisara, y me acusarían por no habérselo dicho.

—No se enfadarán, pues regresaré antes de mañana por la tarde, si puedo. Vete y haz lo que te he ordenado; saca mi caballo de tal forma que nadie se entere.

El escudero le dice que cumplirá el encargo, ya que así lo desea. Le trae las armas y cuando ya está armado, Lanzarote sale de la habitación y abandona el palacio de tal forma que nadie se da cuenta. Entonces le dice al criado:

—Ve y tráeme un caballo.

—Señor, ¿para qué os voy a preparar un caballo? El camino de esta colina es tan malo y tan odioso que nadie puede pasarlo a caballo mientras no lo arreglen; si dejasteis vuestro caballo al venir al pie de la colina, allí lo encontraréis, o encontraréis otro.

—Ahora te encomiendo a Dios.

Se marcha armado con todas las armas, pero sin caballo; desciende la colina y llega al árbol en el que había atado su caballo y lo encuentra del mismo modo que lo había dejado; le quita la silla y el freno y lo deja pastar un buen rato, mientras que mira a lo lejos, que se veía con toda claridad por la luna que brillaba tan clara como si fuera de

día. Al cabo de un rato, después de que pastara el caballo le vuelve a poner la silla y el freno, monta y toma una lanza que había apoyada a un árbol y se encamina hacia el Bosque Peligroso. Cuando llega a él entra; ya era la hora de prima y empezaba a amanecer.

Pero la historia deja de hablar de él y vuelve a los compañeros que estaban en la colina.

CLXIII

Cuenta ahora la historia que cuando los compañeros de la colina se despertaron y no encontraron a Lanzarote tuvieron una gran preocupación; le preguntaron al criado que había dormido a sus pies si tenía noticias.

—Por Dios, sólo sé que me despertó antes de medianoche y me dijo que le diera sus armas; le pregunté que a dónde quería ir, pero no me lo dijo. Después de armarse me dijo que regresaría esta misma noche, si podía.

Cuando se dan cuenta de que no podrán saber nada más por el criado, llaman a la gente de la región que vivían más cerca; hacen que arreglen el camino de la colina de tal forma que se pueda pasar por él a pie y a caballo.

Cuando Lionel, que estaba enfermo en la abadía, oyó esta noticia, se puso tan contento que dijo que no sentía ningún dolor causado por enfermedad que hubiera padecido. Se vistió lo mejor que pudo y fue directamente a la colina, donde encontró a muchos de sus compañeros de la búsqueda, que le mostraron una gran alegría. Al no ver a Lanzarote, su primo, pregunta que dónde está y le contestan lo que saben. Cuando oye estas palabras, los consuela mucho diciéndoles que no se preocuparan, pues no debe temer a nadie que le cause dolor con las armas dondequiera que vaya, a no ser que sea sorprendido a traición. Los compañeros se reconfortan mucho con esto y permanecen allí de tal forma, diciendo que esperarán hasta que regrese.

La historia deja ahora de hablar de todos ellos y vuelve con Lanzarote.

CLXIV

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote entró en el Bosque Peligroso, cabalgó hasta que salió el sol; se encontró entonces a un enano que cabalgaba en un pequeño palafrén negro y que lo saluda preguntándole quién es, a lo que le contesta que es de la casa del rey Arturo.

—Señor —le dice el enano—, por Dios, sois uno de los caballeros más locos del mundo, ya que sois caballero andante, de los que van haciendo estupideces por el mundo y van buscando las locuras y muriendo de hambre y de incomodidad en tierras lejanas como si fueran animales mudos. Decidme, por Dios, qué buscáis.

Lanzarote le contesta que busca aventuras.

—Hay tantas aventuras en este bosque, que no podrá quedar liberado de ellas hasta que venga el buen caballero, que tiene todas las virtudes y todos los méritos. Ese caballero está representado en los textos por la figura del león; sin él nadie podrá entrar aquí que no salga cubierto de vergüenza y por eso os aconsejo que os volváis antes de emprender las aventuras, pues estoy seguro de que recibiréis mayor daño que mérito.

Lanzarote le contesta que no se volverá por nada, pues ello significaría una gran vergüenza y que no había entrado con la intención de volverse. Entonces se separaron los dos.

Lanzarote cabalga por el bosque hasta la hora de prima, en que llegó a un valle. Mira y ve delante de él unas casas viejas y bajas; se dirige hacia aquella parte deseando ver de qué se trata. Cuando llega mira delante de la casa y ve una fuente al pie de numerosos arbustos que manaba por un caño y caía en una pila de plomo y de allí iba a un cauce que corría cerca del bosque; había una tumba de mármol entre dos grandes pinos y en los extremos la tumba tenía grandes leones; guardaban la tumba de tal forma que nadie podía llegar hasta ella si no pasaba por medio de los dos, que estaban sentados en el suelo. Tan pronto como vieron llegar a Lanzarote se pusieron en pie y empezaron a golpearse con el rabo, para mayor saña, pues tal es la costumbre del león, que no hace daño ni al hombre ni a la mujer ni a ningún animal hasta que se ensaña y se enfada.

Cuando Lanzarote ve los leones, piensa que tiene que combatir con ellos y no quiere marcharse de allí sin hacerlo. Mira delante y ve una cruz vieja y antigua delante de la cual había un poyo de mármol de color gris parduzco. Se acerca al poyo y ve en él unas letras escritas que dicen: «Bajo esta tumba yace el cuerpo del rey Lanzarote, que fue padre del rey Ban de Benoic, y en esa fuente yace su cabeza; el cuerpo no podrá ser sacado ni la tumba bien construida hasta que el mejor caballero del mundo ponga su mano en ella». Tras ver las letras se acuerda del caballero que le despertó entre sueños y se dice que no debe esperar para atacar a los leones, pues quiere probar la tumba, si

puede. Desmonta del caballo porque no desea que se lo maten los leones y lo ata a la cruz; desenvaina la espada, embraza el escudo y va muy deprisa hacia los leones. Cuando éstos lo ven venir, corren hacia él con las fauces abiertas, pensando matarlo pronto. Lanzarote llevaba la espada levantada y golpea al primero con tanta fuerza que le parte la cabeza en dos mitades y lo hace caer al suelo oprimido por el dolor de la muerte. El otro que le atacaba lo sujeta con los dientes y las uñas, arrancándole el escudo del cuello a pesar suyo. Al ver esto, Lanzarote siente una gran vergüenza, levanta la espada con las dos manos y le da un tajo con tanta fuerza que lo parte hasta los hombros, haciéndolo caer muerto. Recupera su escudo y lo ata a la rama de un árbol, volviendo a guardar la espada en la vaina.

Luego, se dirige a la tumba, la contempla y se admira más que de ninguna cosa que ha visto, pues ve que en la parte de la cabeza caen gotas de sangre roja del mismo mármol por cinco lugares o seis, de tal modo que la tumba por el extremo más grande estaba completamente ensangrentada. Al ver esto piensa que no la tocará hasta que la sangre cese; se dirige a la fuente y contempla la pila de plomo, viendo dentro de ella una cabeza blanca de hombre, canosa y con el rostro tan rojo como si fuera el del hombre más hermoso del mundo. Mira el agua y ve que hierve como si todo el fuego del mundo estuviera a su alrededor y contempla letras escritas en el plomo que dicen: «Este calor no se apagará hasta que venga el mejor caballero del mundo, el caballero por el que la virginidad no recibirá corrupción ni afrenta. Entonces terminará este calor, porque en él no habrá existido el acaloramiento de la lujuria».

Cuando Lanzarote ve el cartel dice que a pesar de todo no dejará de intentar sacar la cabeza de la fuente; mete la mano dentro, armado como estaba, y encuentra el agua tan caliente que le parece que le quema las manos. A pesar de todo, se esfuerza tanto y resiste tanto el calor del agua que consigue sacar la cabeza. Mira entonces y ve a un ermitaño que le grita:

—Noble caballero, por Dios, traedla aquí. Ciertamente ésa es la cabeza del hombre más valiente que ha existido en esta tierra.

Lanzarote se la lleva y se la entrega en las manos; cuando el ermitaño la tiene, la besa con dulzura y le dice a Lanzarote:

—Señor, id a la tumba por si la podéis levantar, y si Dios quiere que la levantéis, encontraréis dentro el cuerpo al que perteneció esta cabeza.

Lanzarote se dirige a la tumba y ve que ya no sale ni una gota de sangre; coge la losa por el extremo más grueso, la levanta y la coloca a un lado, viendo dentro el cuerpo sin cabeza y junto al cuerpo una copa de oro muy rica; el cuerpo estaba completamente descalzo y tenía las manos y los miembros tan hermosos como si acabara de abandonar la vida.

Al ver el cuerpo sin cabeza, Lanzarote está seguro de que es el de su abuelo: siente gran compasión y querría saber, si pudiera ser, por qué fue matado; como no sabe qué

hacer, no quiere moverlo y lo deja en el suelo dirigiéndose al ermitaño que había regresado a la casa dejando la puerta abierta. Lanzarote entra y ve al santo hombre que está de rodillas ante el altar, con la cabeza inclinada; Lanzarote lo llama y le pregunta:

—Señor, ¿qué puedo hacer con el cuerpo que he encontrado bajo la tumba?

El ermitaño se levanta y le pregunta si ha levantado la losa.

—Sí.

—Decidme quién sois.

Le contesta que es de la casa del rey Arturo y que se llama Lanzarote del Lago.

—Señor, os conozco bien: sois hijo del rey Ban de Benoic, el más noble de cuantos he visto. Tened por seguro que el cuerpo que habéis encontrado en la tumba es el de vuestro abuelo y ésta es su cabeza. Vamos a ver si lo podemos sacar, pues si lo podemos traer aquí lo enterraremos delante de este altar con su mujer, vuestra abuela, que antaño se hizo enterrar aquí.

Le contesta que le parece bien. Salen de la capilla y se dirigen al cuerpo; lo levantan del suelo por los hombros y lo llevan a la capilla, colocándolo sobre el altar; Lanzarote va a la tumba que había en la capilla, la sujeta por el extremo más ancho y rompe a la fuerza las junturas que habían sido hechas con plomo, la arrastra delante del altar y mira en el foso, donde ve un cuerpo enterrado, envuelto en un jamete muy rico con una corona de oro en la cabecera y una almohada de seda bajo la cabeza.

—Señor —le dice el ermitaño—, sabed que ése es el cuerpo de vuestra abuela, la reina Marche. Colocad a su lado el cuerpo de vuestro abuelo, pues así lo pidió ella cuando pasó de este mundo al otro.

Lanzarote lo hace todo tal como el ermitaño le ha ordenado.

Cuando Lanzarote ve los dos cuerpos que todavía son tan hermosos como antes, piensa que en esto queda toda la alegría terrena; siente gran miedo por sí mismo y pena por aquéllos que allí ve yacer; pero como sabe que tiene que llegar a eso, se consuela y le dice al ermitaño:

—Señor, ¿tengo que hacer algo más?

—Sí, volved a colocar esa tumba en su sitio y dejad que los cuerpos yazcan juntos, pues no volverán a ser movidos de aquí, que yo sepa.

Hace lo que el ermitaño le ordena; se quita el yelmo y baja la ventana, pues siente gran calor, y luego le dice al santo hombre:

—Señor, me gustaría conocer la historia de mi abuelo, si es que vos la sabéis, y quién lo mató así, por qué razón, pues es una cosa que tengo muchas ganas de saber.

—Señor, sentaos y os diré la verdad de todo, tal como ocurrió; la sé de forma tan cierta como quien ha sido criado toda su vida en este país, y era muchacho pequeño cuando ocurrió la aventura de vuestro abuelo.

—Decídmela, pues, porque tengo muchas ganas de saber esas noticias.

—Señor, vuestro abuelo que aquí yace descendía de la familia de José de Arimatea;

cuando fue elegido rey, porque su padre sólo era duque, y él por su valor fue nombrado rey, se le dio la Tierra Blanca que limita con el reino de la Tierra Foránea. Cuando vino a ocupar su tierra, fue tan valiente y tan vigoroso que expulsó de aquí a los infieles y a los sarracenos que poblaban toda esta región, e hizo tanto que la ley cristiana se extendió por aquí. Había entonces en esta tierra un castillo llamado de la Blanca Guardia en el que había una dama, mujer de un primo del rey; era joven, hermosa y, además de ser muy bella, era tan buena mujer y tan religiosa que todos los días vestía áspera estameña sobre su carne; y del mismo modo que la claridad del cirio encendido sobre el candelabro no se puede ocultar ni se puede impedir que se vea, así ocurría con la bondad de la dama que tenía puesto su corazón en la Trinidad, es decir, en el Padre, el Hijo y en el Espíritu Santo. De esta forma la reconocieron los que eran hijos y herederos del Alto Padre, no siervos del desgraciado señor del infierno, hasta que el rey Lanzarote, que era uno de los hombres más bellos y valientes del mundo y de mejor vida, se empezó a relacionar con ella, como quien mucho la quería por la gran bondad que sabía que había en ella: amó mucho a la dama y la dama a él; frecuentemente iban a verse y se tuvieron tan gran amor gracias a las virtudes que veían en el otro, que apenas podían estar separados. Mantuvieron esta vida mucho tiempo hasta que las gentes locas y llenas de mal espíritu se dieron cuenta y dijeron, aquellos en quienes hablaba la lengua del diablo, que el rey tenía un amor malo por la dama, contra Dios y contra la santa Iglesia.

Hablaron una vez y otra de esto, hasta que el marido de la dama, que era primo del rey, se enteró cuando un hermano suyo le dijo:

—Señor, obráis mal al permitir que el rey vuestro primo os deshonre con vuestra mujer. Por Dios, no me parece bien; al contrario, me pesa gravemente, y si estuviera en vuestro lugar me vengaría tan pronto como pudiera.

—Por mi fe —le contestó el señor—, me sorprende que el rey mi primo busque una deshonra tan grande y tan villana como la que me habéis contado y os aseguro que si supiera que es cierto, nunca tendría alegría hasta haberme vengado.

—Entonces os podéis vengar, pues os digo que es verdad.

—Yo os digo que me vengaré tan pronto como llegue el momento y el lugar oportuno.

Así dejaron de hablar del asunto, y el duque de la Blanca Guardia no volvió a tener la misma cara que antes. Era cuaresma y la Pascua estaba tan cerca que el tiempo de Pasión ya había empezado. El rey veía entonces todos los días a la dama, y cuando no iba a verla, era la dama la que iba en su busca, y se entretenían en el servicio de Nuestro Señor, viviendo ellos dos de tal forma que sólo comían pan y poca agua. El día de la Adoración de la Cruz, el rey vino a este bosque desnudo y con pobres vestidos de áspera lana, acompañado por otros dos compañeros, y venía a oír el servicio en esta capilla en la que estamos. Cuando llegó, el duque de la Blanca Guardia, su primo, lo

había seguido armado con otros dos compañeros, dispuesto a vengarse de la gran afrenta que pensaba en su corazón. El rey se había confesado al ermitaño que aquí vivía, y después de oír el oficio del día, salió de la capilla con deseos de beber y se dirigió a la fuente que hay ahí delante. Cuando se dirigió a beber, el duque fue por detrás de él con la espada desenvainada y lo golpeó con tanta fuerza que hizo que la cabeza volara a la fuente. Al ver la cabeza en el agua, pensó que no se había vengado suficientemente y que haría con el cuerpo y con la cabeza tantos trozos que no se podría reconocer después.

Entonces, el duque metió sus manos en la fuente para sacar la cabeza, pero al punto ocurrió un milagro que bien conocen los de esta tierra, pues el agua de la fuente que antes era fría empezó a hervir a grandes borbotones: estaba tan caliente que al duque se le quemaron las manos antes de que pudiera sacarlas. Cuando vio esto reconoció que había obrado mal y supo que Dios se había enfadado con él, pues había matado a un santo hombre; entonces les dijo a los que estaban a su lado:

—Enterrad inmediatamente este cuerpo y volvamos al castillo, pues si se llega a saber que lo he matado nadie podrá impedir que yo muera: y no debe extrañar, pues he cometido el mayor pecado y la mayor deslealtad que cualquier caballero ha hecho nunca.

Cuando lo oyeron, enterraron al rey donde lo habéis encontrado y se marcharon al castillo; cuando ya estaba cerca, se encontraron a un muchacho de diez años de edad que huía rápidamente; se dirigió al duque y le dijo:

—Señor, os puedo contar el hecho más maravilloso del mundo.

—Decídmelo.

—Por mi fe, en vuestro castillo han empezado las tinieblas y son tan oscuras que nadie puede ver ni gota en él, y han caído a la hora de mediodía.

Cuando el duque oyó esta noticia dijo:

—Ay, desdichado de mí, qué mal he obrado.

—Señor —le dijo uno—, por Dios, no vayamos al castillo, pues no aconsejo que vivamos en donde las gentes mueren.

—Ciertamente, no dejaré de ir para saber si es verdad, pues es admirable lo que este muchacho nos ha dicho.

Fue directamente al castillo y cuando llegó a él vio la oscuridad que se había extendido por todas partes. Apenas llegó a la puerta, cayó un gran paño del muro sobre él y quedó aplastado, y lo mismo les ocurrió a los que habían estado cuando se cometió tal locura.

De tal forma murieron el duque y sus compañeros. En el castillo continuaron las tinieblas que aún permanecen y durarán hasta que venga el buen caballero que llevará a cabo las aventuras del Santo Grial. Pero tened por segura —le dice el ermitaño a Lanzarote— que vos no sois el buen caballero del que hablo, y no digo que no seáis el

mejor caballero de todos los que ahora llevan armas; pero el caballero al que me refiero valdrá más que vos en todo, pues será virgen, casto todos los días de su vida. No sois vos, porque vos sois vil, sucio y lujurioso y habéis empleado vuestra juventud en malas obras y en vicios.

Cuando Lanzarote oyó estas palabras, empezó a ruborizarse por la vergüenza y preguntó:

—Señor, ¿qué sabéis?

—Lo sé como quien os conoce mejor de lo que os conocía cuando vinisteis aquí. No os preocupéis por mí, porque no se lo diré a nadie por nada.

—Decidme, ¿qué fue de aquella santa mujer?

—Señor, abandonó el mundo el mismo día que supo que él había muerto y se quedó en el castillo sin que nadie supiera absolutamente nada de ella.

—Todavía tendréis que decirme por qué estaban los leones en el lugar en el que yo los encontré, que guardaban la tumba de la que vi salir las gotas de sangre. Ésa es la cosa que más me ha sorprendido y deseo saber la verdad.

—Os lo voy a decir, pues bien la sé; sabed que es uno de los milagros más hermosos de cuantos habéis visto. Según dicen los de esta tierra, cuando vuestro abuelo el rey Lanzarote fue enterrado, la noticia se extendió por toda la región, y cuando vuestra abuela lo supo, vino de inmediato y quería sacarlo de donde había sido enterrado y meterlo en la capilla. Pero no hubo ningún hombre, por fuerte que fuera, que pudiera moverlo, de modo que se dieron cuenta de que no le agradaba a Nuestro Señor que fuera sacado de allí; entonces colocaron encima la tumba que vos levantasteis. Todos los días ocurrían hechos admirables a la misma hora que había muerto y salían todos los días gotas de sangre que tenían la virtud de que cualquier caballero que hubiera sido herido, cuando llegaba allí y tocaba con la sangre sus heridas, al punto sanaba. Esto se supo por todo el país, de forma que todos los caballeros que eran heridos en este bosque, acudían y se curaban de inmediato. Un día, pasaba por aquí delante un león y perseguía a un ciervo, al que alcanzó delante de mí y lo mató; cuando se lo iba a comer, vino un león de otra parte, joven y hambriento de la carne que veía comer. El que había llegado primero no se lo permitió y defendió la carne con todas sus fuerzas. De esta forma empezó la pelea de los dos leones, que se atacaron violentamente con las zarpas y los dientes, recibiendo cada uno más de diez heridas. Después de herirse gravemente, cuando ya no podían resistir más, uno de ellos se acercó a la tumba de la que salían las gotas de sangre al mediodía. Cuando estuvo junto a la tumba, empezó a lamer la sangre y a untarse las heridas que lo tenían maltrecho; al instante se curó de las heridas y estuvo tan sano y fuerte como antes. Cuando el otro lo vio, hizo lo mismo que había hecho el otro; hicieron las paces, de manera que después no volvieron a pelearse ni a enfrentarse, y se acostaron uno a los pies y el otro a la cabeza de la tumba, custodiándola como si los enemigos fueran a atacarla. Muchas veces, cuando los

caballeros andantes venían para curarse, no podían acercarse a la tumba por los leones, y si lo intentaban a la fuerza, los leones les daban muerte, de forma que la tumba no estaba sin alguno de los leones de día o de noche. Cuando tenían hambre y ganas de comer, uno iba en busca de alimento y el otro se quedaba: la tumba permanecía custodiada en todo momento. Así fue la historia de los dos leones, tal como os he dicho, y la de la tumba de la que visteis salir las gotas de sangre.

—Decidme ahora, ¿habrá un día que la fuente deje de hervir?

—¿Cómo? ¿No ha dejado de hacerlo?

—No, sino que sigue hirviendo igual que antes, según me parece.

—Por mi cabeza, bien podéis ver que os digo la verdad cuando os afirma que estáis encendido por la lujuria y que un caballero más templado que vos vendrá, en vuestra vida y la mía: y podéis saber que es verdad, pues si fuerais vos el que deberíais llevar a cabo las aventuras del Santo Grial, el calor de esta fuente habría cesado con vuestra llegada. Pero ya que el fuego de la lujuria no se ha apagado en vos, a pesar de los méritos que tenéis como caballero, el calor de la fuente no se apagará. Ya os podéis ir de aquí cuando queráis, pues habéis puesto fin a las aventuras que podía terminar un caballero pecador; si vos fuerais tan sano e íntegro como será el buen caballero del que os he hablado, con las virtudes que hay en vos, estoy seguro de que esta aventura y las demás que hay difundidas por Gran Bretaña podríais llevarlas a cabo sin dificultad; pero habéis fracasado por los grandes pecados que os dominan.

—Ya que no puedo hacer nada más aquí, me voy a marchar encomendándoos a Dios. Os ruego, por la fe que le debéis a Dios, que no le deis noticias mías a nadie que por mí pregunte.

El ermitaño le contesta que así lo hará y se lo promete de buena gana. Ya iba a marcharse de allí cuando el ermitaño le dice:

—Señor, no habéis comido hoy y por eso os aconsejo que comáis un poco antes de marcharos, y cabalgaréis más tranquilo.

Entonces le lleva pan y agua solamente, pues no había allí otras viandas, y le dice:

—Señor, aceptad lo que Dios os presta, pues si os pudiera dar algo mejor, con mucho gusto os lo daría.

Lanzarote le contesta que se tiene por bien pagado con lo que le ha dado, y come gustoso.

Después monta a caballo y se despide, marchándose de allí, pensaba que seguía el camino directo hacia la colina en la que había dejado a sus compañeros; pero se equivoca de camino y entra en el bosque, cabalgando durante todo el día, y cuanto más piensa acercarse más se aleja. De esta forma cabalga hasta la noche, en que llega a un bosque peligroso de pasar, por los animales salvajes de los que estaba repleto. Se encuentra a un criado que corría a toda prisa gritando lo más alto que podía: «¡Santa María, ayúdame!».

Lanzarote lo detiene y le pregunta qué le ocurre.

—Señor, tened compasión de mí, por Dios; me persigue un oso que quiere comerme, y lo hará si no me socorréis.

—No temáis, pues no os hará ningún daño mientras que yo tenga salud.

—¿No, señor? Entonces esperaré aquí hasta que llegue y os lo mostraré.

Mientras hablaba de este modo, ven llegar al oso hacia ellos haciendo ruido y aspavientos como si fuera un diablo.

—Señor, ahí llega.

Lanzarote dirige su caballo contra él, baja la lanza y el oso le ataca con las fauces abiertas, pensando en devorárselo. Lanzarote lo golpea con tanta fuerza en la costilla principal que le mete la punta cortante hasta el corazón; lo derribó en medio del camino, entre rugidos y debatiéndose con el mayor furor del mundo, como quien estaba herido de muerte y no podía levantarse. Lanzarote recupera la lanza sin que se le rompa y deja al oso en el suelo; luego llama al criado y le dice:

—Buen amigo, ¿sabes dónde puedo alojarme?

—Señor, no; cerca de aquí no hay ni ciudad ni refugio, a menos de siete leguas; pero cuando venía por el bosque vi sobre aquella colina, a orillas de un camino, dos pabellones plantados en el espesor del bosque: si podemos llegar hasta allí y encontrarlos, creo que se os dará buen alojamiento, pues tienen camas.

—Llévame hacia aquella parte, ya que conoces el camino.

El criado le responde que lo hará; regresa por donde había venido. Cuando estaba al fondo de un valle, la luna ya había salido hermosa y clara y ven delante de ellos a un ciervo más blanco que la nieve recién caída, que lleva alrededor del cuello una cadena de oro y lo acompañaban seis leones: dos por delante, dos por detrás y dos que le daban compañía de forma tan afectuosa como la madre a su hijo; pasaron delante de Lanzarote sin causarles ningún daño ni a él ni al criado y entraron en la parte del bosque que vieron más espesa. Entonces le dice Lanzarote al muchacho:

—Acabo de ver la mayor maravilla de cuantas he visto, pues estoy seguro de que los leones que han pasado por aquí guardaban al ciervo para que nadie le haga daño, y me sorprende cómo puede ser eso, pues si no es por Dios o por algún encantamiento, no es posible que los leones tengan mayor sentido común que el que su propia naturaleza les da. Por eso estoy seguro de que cumplen ese servicio por orden de Nuestro Señor o por encantamiento. Para saber la verdad, ahora hago un voto, como puede hacer un caballero: no saldré de este bosque hasta que sepa la verdad del ciervo, si es que se puede saber por algún hombre o mujer, pues es una cosa que no me permitirá estar nunca a gusto hasta que la sepa.

—Por Dios, señor, no es raro que tengáis deseos de conocer la verdad, pues nunca oí hablar de una aventura tan hermosa y tan extraordinaria.

Hablan de tal forma hasta que salen del bosque. Suben la colina y dejan el camino;

cabalgan hasta que ven dos pabellones delante de ellos. Cuando ya están cerca, oyen a un escudero que toma un cuerno de marfil con mucha fuerza y ven a un caballero que se hace armar muy deprisa. Luego monta a caballo y sale, diciéndole al criado que era el primero que llegaba:

—Buen amigo, ¿qué deseas?

—Señor, venía para saber si podéis darle alojamiento a un caballero que va en busca de aventuras y que viene por ahí.

—Por Dios, podéis decirle que no puede ser alojado aquí si no combate antes conmigo. Tú puedes quedarte si así lo deseas.

El criado regresa a Lanzarote y le dice:

—Señor, tenéis que pagar vuestro alojamiento si queréis obtenerlo.

—¿Cómo?

—Por mi fe, no podréis ser albergado si no os enfrentáis con el caballero.

—¿No? Por Dios, en breve lo sabré, y combatiré antes que no ser albergado.

Se acerca al caballero y le dice:

—Señor, os ruego que por amor y cortesía me deis alojamiento hoy, pues estoy tan cansado y agotado que no podría dormir al raso.

El caballero le contesta que no lo albergará de ninguna forma si antes no se combate con él:

—Pues la costumbre de este pabellón es que nadie reciba alojamiento si no combate antes conmigo.

—Ya que esa es la costumbre, no dejaré de cumplirla, pero antes de que continuemos os rogaría que lo dejarais estar, pues no me agrada demasiado este asunto.

—Tenéis que combatir; de nada os sirve la astucia.

—Ya que no puede ser de otro modo, que sea así. Guardaos de mí, pues os desafío.

Se separan; Lanzarote tenía una buena lanza de cortante punta. El caballero va contra él tan rápidamente como puede su caballo y le da un golpe en el escudo, volándole la lanza en pedazos. Lanzarote lo golpea de tal forma que le atraviesa el escudo y la cota de mallas y le mete en medio del pecho la punta y el asta, derribándolo muerto al suelo. Entonces salen de los pabellones hasta doce doncellas, que al ver al caballero caído, se afligen mucho y acuden a él con cirios y antorchas, y le quitan el yelmo y la cofia de hierro. Al encontrarlo muerto, muestran el mayor dolor del mundo, se arañan el rostro, se arrancan los cabellos y dicen: «Ay, desdichadas de nosotras, desgraciadas, ¿qué podemos hacer?».

Cuando Lanzarote ve esto, siente mucho el que haya combatido contra él; desmonta del caballo y lo ata a una de las tiendas; luego vuelve junto a las doncellas y les dice:

—Nobles doncellas, por Dios, tened compasión de vosotras mismas y no os deis muerte por un caballero, porque ya está muerto, y llorando no conseguiréis nada.

—¿Por un caballero? Desgraciadas de nosotras, ¿qué decís? No era sólo un caballero, sino que era un rico rey, poderoso, y uno de los mejores caballeros del mundo: tened por seguro que esta pérdida no será reparada y vos mismo, señor caballero que le habéis dado muerte, moriréis por ello antes de un mes.

Las doncellas se echan a llorar y a lamentarse todas juntas, diciendo: «Señor caballero, ¡qué gran lástima es por vos!». Toman el cadáver entre los brazos y se lo llevan a uno de los pabellones. Lanzarote va al otro y se lamenta con la mayor pena del mundo, que por poco no se da la muerte, diciendo que le ha llegado una gran desgracia en este combate, «y por Dios, hubiera preferido ser herido de cualquier forma, salvo la muerte, a matarlo de ese modo». Mientras se lamentaba así, entraron cuatro caballeros, que al ver muerto a su señor se sorprenden y no saben qué decir. Inician un gran duelo y lloran mientras dicen a Lanzarote:

—Señor caballero, habéis obrado mal y le habéis causado un gran daño a muchos hombres buenos y a muchas doncellas que no os habían hecho ningún mal. Habéis dejado huérfanas muchas regiones del valiente caballero que era su señor. Ciertamente será difícil de reparar el gran daño que recibirán los pobres.

Recomienza una aflicción mucho mayor que antes. Una doncella dice que hagan una litera, «pues nos lo llevaremos ahora mismo al Castillo de Carnisi».

Van al bosque y cortan arbustos para hacer la litera; luego colocan dos caballos hermosos y fuertes en ella y acuestan al caballero con todo cuidado.

A continuación se marchan de allí los escuderos y las doncellas, de forma que en el pabellón sólo quedó Lanzarote y su criado. Lanzarote se lamenta con amargura y muestra mala cara, como hombre triste, afligido, a la vez que dice:

—Ay Dios, qué desgracia ha sido la de matar con mi propia mano a este rey. Ciertamente, mejor me hubiera sido no nacer, antes que dar tal golpe.

—Señor, ¿qué decís? Por Dios —continúa el criado—, podría haberos ocurrido algo peor si fuera él el que os hubiera matado; hizo todo lo que pudo para daros la muerte y por su orgullo ha muerto: por eso no os debe pesar tanto como si lo hubierais matado sin razón.

—Por Dios, hubiera preferido no dar ningún golpe con la lanza en un año a haber matado un rey con mi propia mano; no volveré a estar alegre hasta que sepa quién era.

Se quita el yelmo y el criado le ayuda hasta que se desarma. Luego se encuentran la mesa puesta en un lado del pabellón, con la comida preparada desde antes de que el caballero muerto se armara. Lanzarote se sienta y come con esfuerzo, pues no deja de pensar, aunque el criado se lo critica.

Mientras que Lanzarote estaba comiendo entró un caballero armado con todas las armas, acompañado por dos escuderos; le preguntan a Lanzarote si podrán alojarse allí aquella noche.

—Sí, pasad.

El caballero desmonta y los escuderos le quitan las armas; luego se lavan las manos y se sientan a comer.

Cuando ya se hubieron saciado, Lanzarote le pregunta al caballero de dónde era, y éste le contesta que de la casa del rey Arturo.

—¿Sois compañero de la Mesa Redonda?

—Señor, no, pero lo sería con mucho gusto si Dios Nuestro Señor quisiera, pues la cosa que más deseo es alcanzar a los compañeros de la Mesa Redonda.

—¿Cómo os llamáis?

—Sarraz de Logres.

—¿Cuándo os marchasteis de la corte?

—Señor, el día siguiente a la Pascua.

—¿Dónde tuvo el rey su corte?

—Señor, en la ciudad de Camelot, pero fue poca la alegría, porque Lanzarote, mi señor Galván y los compañeros de la búsqueda se dan por perdidos, ya que no se sabe de ellos absolutamente nada. Si hubieran estado en la corte, estoy seguro de que la alegría habría sido extraordinaria, pues un venerable anciano llevó noticias que produjeron gran gozo, ya que dijo que había nacido el que llevaría a cabo las altas aventuras del Santo Grial; es hijo del mejor caballero del mundo y de la hija del Rico Rey Pescador, que es la doncella más hermosa del mundo.

Cuando Lanzarote oye estas noticias se queda sorprendido, pues al oír hablar de la hija del Rey Pescador se acordó de que había dormido con ella en el Castillo de la Caja, cuando fue engañado por el bebedizo que le dieron. Piensa que podría ser hijo suyo ese niño y le dice al caballero:

—Buen señor, ¿qué buscáis por aquí?

—Señor, busco por si puedo encontrar en este bosque la Fuente de los Dos Sicómoros, pues en Pascua llegó un caballero a la corte que dijo que había estado en la fuente el día que Belyas el Negro derribó a mi señor Galván, a mi señor Yvaín, al duque de Clarence y a Osenáin el Atrevido; por eso, nos hemos puesto en marcha desde el día siguiente a la Pascua doce compañeros, entre los que no había ninguno de la Mesa Redonda; nos prometimos unos a otros que no dejaríamos de cabalgar hasta que encontráramos esa fuente, a ver si el caballero combate tan bien como se contó en la corte.

Cuando el criado que había llegado con Lanzarote oyó estas palabras, dijo en voz tan alta que todos pudieron oírle:

—Por mi fe, yo he estado en esa fuente de la que habláis y sé dónde se encuentra.

—¿Es cierto —pregunta Lanzarote— que es tan buen caballero?

—Por mi fe, no vi nunca al caballero, pero he oído decir muchas veces que Belyas el Negro, que guarda la fuente, es el mejor caballero y el más valiente de cuantos se conocen en esta tierra.

—Buen amigo —le dice Lanzarote—, ya que conoces la fuente, te ruego que como recompensa de lo que me debes me lleves allí mañana, pues deseo ver al caballero que se ha alabado de derribar a mi señor Galván.

—Por mi fe —le contesta el criado—, os llevaré ya que así lo deseáis.

Después de hablar un buen rato de esta forma, le dice Sarraz a Lanzarote:

—Señor, me habéis preguntado mucho de mí mismo. Me gustaría saber, si os parece bien, algo de vos.

Lanzarote le contesta que es del reino de Gaunes, pobre caballero desheredado. Luego, van a acostarse en las hermosas camas que había en el pabellón, ordenándoles a los escuderos que tuvieran cuidado con los caballos, y así lo hicieron con gusto.

Por la mañana, tan pronto como amaneció, se levantaron el caballero y Lanzarote y se vistieron de inmediato. Después de montar a caballo le dijo el caballero a Lanzarote:

—Señor, ¿hacia dónde iréis?

—Y vos, ¿hacia dónde vais?

—Señor —le dice el criado indicándole un sendero a la derecha—, irá por allí.

—Entonces —responde Lanzarote— yo iré por el camino de la izquierda, pues a dondequiera que vaya, quiero ir solo.

Se van entonces Sarraz, el criado y los dos escuderos por la senda de la derecha. Lanzarote emprende el camino de la izquierda, fingiendo no querer ir con ellos; pero tan pronto como se alejó un poco, regresa y los sigue despacio, pues no desea que se den cuenta de que va tras ellos, ya que quiere ver cómo le va a Sarraz en el combate contra el caballero de la fuente.

Cabalgan hasta llegar a una llanura en medio del bosque. Allí ven un castillo fuerte, bien asentado, rodeado de murallas y fosos, aunque no tenía río alrededor; al pie del castillo, a la distancia de un tiro de arco, había en un valle dos sicómoros altos y bien crecidos; bajo estos dos árboles manaba una fuente que se llamaba la Fuente de los Sicómoros y manaba al pie de uno de ellos por un caño de plata; cerca de allí había plantados dos pabellones, muy bien labrados, encima de los cuales había sendos pomos con águilas de oro.

Cuando Sarraz se acercó a los pabellones le salió un enano al encuentro y le dijo:

—Señor caballero, ¿qué queréis?

—Busco a Belyas el Negro, que guarda la Fuente de los dos Sicómoros, y que se ha vanagloriado mediante un mensajero, en la corte del rey Arturo, de que derribó a mi señor Galván y a tres compañeros de la Mesa Redonda.

—Por Dios —le contesta el enano—, no creo que se haya vanagloriado, y si lo hizo no mintió en nada, pues vi cómo derribaba a cuatro y los vencía hace medio año.

—Decidme si sabéis dónde está.

—Señor, está en uno de los pabellones que hay allí.

—Entonces, id a decirle que le espera un caballero de la casa del rey Arturo que ha

venido a esta tierra sólo para luchar contra él.

El enano se vuelve al punto y se dirige al primer pabellón; toma un cuerno de marfil y lo toca con gran fuerza. Entonces empiezan a salir caballeros y damas, viejos y jóvenes, del castillo, pues saben por el cuerno que va a haber combate; rodean los pabellones, de tal forma que en poco rato eran más de quinientas personas. No tardó mucho en salir de uno de los pabellones un caballero armado con armas negras, montado sobre un caballo, con un buen escudo y una buena lanza. Cuando el criado que había acompañado a Sarraz lo vio salir del pabellón, le dijo a Sarraz:

—Señor, ése es el caballero que buscáis.

Sarraz dirige hacia él su caballo y el otro hace lo mismo; se golpean en los escudos con los mayores golpes que pueden y con tal violencia que hacen que las lanzas vuelen en pedazos; chocan con los cuerpos y los escudos, de forma que Sarraz cae al suelo por encima de la grupa de su caballo. Belyas pasa de largo haciendo tanto ruido como si fuera un rayo.

Se oyen gritos a su paso con tanta fuerza que no se habría oído a Dios tronando. Belyas va al caballo del que había derribado a Sarraz, lo sujeta por el freno, se lo lleva y deja a Sarraz tan dolido como a nadie, pues todos se burlan de él y le gritan como si hubiera sido sorprendido cometiendo algún gran delito, y él se siente tan perdido y espantado que preferiría estar muerto. Vuelve a pie junto a su escudero, que le estaba esperando en el lindero del bosque, hace que desmonte y él se sube en su rocín. El griterío es entonces mucho mayor que antes, pues lo ven montando un rocín y le gritan:

—Señor, malvado caballero cobarde, gracias a Dios habéis sido recompensado de tal forma que habéis pasado del caballo al rocín.

Le tiran piedras y palos por la espalda y le causan tal vergüenza que no se podría contar.

Cuando Lanzarote ve lo que le estaban haciendo a Sarraz y que había tenido que montar en el rocín y que pensaba marcharse, sale del bosque completamente armado como iba y decidido a vengar a aquel caballero que era de la casa del rey Arturo. Se dirige a Belyas y le dice:

—Señor caballero, guardaos de mí, os desafío.

Al verlo venir pide una lanza fuerte y recta; se la dan y deja galopar a su caballo tan rápidamente como puede, golpeando a Lanzarote con tal fuerza que la lanza vuela hecha astillas. Lanzarote lo alcanza por bajo y le golpea con todo su vigor tan violentamente que le atraviesa el escudo, la cota de mallas y le mete la lanza por el hombro izquierdo, empujándolo como quien tenía valor y fuerza, y derribándolo al suelo lo deja completamente aturdido, que no puede ni levantarse. Cuando los del castillo ven el golpe, se quedan sorprendidos y se encierran en la fortaleza. Lanzarote se dirige al caballo del que había hecho caer a Belyas, lo sujeta por el freno, se dirige a

Sarraz y se lo devuelve a cambio del suyo que había perdido.

—Señor, ¿quién sois vos que me hacéis tal bondad?

—Os lo diré.

Lanzarote se lo lleva a un lado y le dice:

—Buen amigo Sarraz, por amor, por cortesía y por alegrar a mi señor el rey Arturo y a mi señora la reina, os ruego que vayáis a la corte y le digáis a mi señor el rey, cuando estéis allí, que Lanzarote del Lago os ha dado el caballo de Belyas a cambio del vuestro, que habíais perdido; saludadlo de mi parte y decidle que estoy sano y salvo y que no hace aún tres días dejé a mi señor Galván y a los demás compañeros en la Colina Prohibida, sanos y salvos; estaremos juntos en Camelot, si podemos, el día de Pentecostés, a no ser que nos lo impida de hoy hasta entonces algún asunto importante.

Cuando Sarraz oye estas palabras, le pregunta a Lanzarote:

—Señor, por Dios, ¿sois vos mi señor Lanzarote del Lago?

—Yo soy, el que fue hijo del rey Ban de Benoic.

—Por Dios, entonces iré a la corte y contaré a mi señor el rey estas noticias, y a mi señora la reina; estoy seguro de que se pondrán más contentos que por nada de lo que han oído en mucho tiempo.

—Id pues, y saludadme por encima de todos a mi señora la reina; decidle que tengo más ganas de verla que a ninguna dama del mundo.

El caballero le contesta que llevará su mensaje. Se vuelve por el camino que había llegado y cabalga hasta la hora de nona. Entonces se encuentra al caballero de la litera que iba buscando a Lanzarote, aquél en cuya casa yacía enfermo el rey Bandemagus.

Al encontrarse, Sarraz lo saluda primero y el caballero le pregunta por Lanzarote del Lago; éste le cuenta toda su aventura y por qué lo busca, cómo fue a su albergue sin que lo conociera ni supiera quién era.

—Por Dios —le contesta Sarraz—, si os apresuráis un poco tendréis suerte, pues os lo podréis encontrar en una llanura que hay junto a este bosque, delante de la fuente de los Dos Sicómoros, donde lo dejé no hace mucho.

Cuando el caballero herido oyó estas palabras, dijo:

—Dios, permitidme que lo encuentre y sanaré de esta enfermedad que tengo, por la que mi corazón padece.

Encomienda a Dios al caballero que le ha dado las noticias y se apresura en su marcha, tomando el camino lo más deprisa que puede. Sarraz, por su parte, cabalga con rapidez, pues desea llegar a Camelot para contarles al rey y a la reina todas las noticias.

Aquella tarde, después de vísperas, cuando ya estaba cerca del castillo, el criado que lo había acompañado a la fuente se separa de su lado y Sarraz cabalga noche y día hasta que llega a Camelot un domingo por la mañana. El rey y la reina se habían levantado

temprano y ya habían vuelto de oír misa en una abadía de la ciudad y estaban asomados a las ventanas con gran compañía de caballeros y damas. La reina ve a lo lejos a Sarraz, que cabalgaba al galope, y le dice al rey:

—Señor, mirad por dónde viene un caballero que debe traer algunas noticias.

—Dios quiera que sean agradables, pues tengo miedo por los compañeros de aquí que están en la búsqueda. Hace más de medio año que no los hemos visto.

—En mala hora le volveréis a creer si no trae buenas noticias, pues por mi cabeza, si fueran malas, no se daría tanta prisa en llegar y viene muy rápidamente: siempre llega a tiempo a la puerta quien trae malas noticias.

Mientras hablaban así, Sarraz descabalgó en el patio de abajo. Subió corriendo al palacio y se dirigió adonde veía al rey; se arrodilla ante él y le dice:

—Señor, mi señor Lanzarote del Lago os envía saludos a vos y a mi señora la reina que está junto a vos y a todos los nobles que hay aquí dentro.

Cuando el rey oye estas palabras, siente una gran alegría, como nunca había tenido otra igual; corre a Sarraz con los brazos abiertos, lo abraza y besa y le muestra tan gran alegría como hubiera hecho si se tratara del valiente hombre del que le había llevado noticias:

—Mi dulce amigo Sarraz, en buena hora trajisteis esta noticia, pues no habrá cosa que me pidáis que no obtengáis, pues os la debo dar en recompensa por este servicio, ya que hace tiempo que no oía noticias que alegraran tanto mi corazón como ésta que me habéis traído.

—Decidme si está sano y salvo, pues tengo grandes deseos de saberlo.

—Señor, no hace ni quince días que lo vi sano y salvo y me dio el caballo que he traído, que él había conseguido combatiendo contra uno de los mejores caballeros de cuantos he visto.

—¿Dónde fue eso?

—Fue en la Fuente de los Dos Sicómoros, donde mi señor Galván y tres compañeros suyos fueron derribados por el caballero que guardaba la fuente, según se nos contó el día de Pascua.

—Entonces, ¿es cierto que derribó a Galván mi sobrino?

—Así es, señor, según me dijo quien lo vio.

—¿Y visteis al caballero que lo hizo? Os pusisteis en marcha de aquí no sé cuántos caballeros noveles para ver si era cierto.

—Señor, lo vi y combatí contra él; me derribó y se llevó mi caballo a la fuerza, pero mi señor Lanzarote, que nos seguía, y que no sabía nada del asunto, se apresuró a combatir contra él y lo derribó sin dificultad, entregándome el caballo porque yo no tenía, y me lo dio generosamente, enviándome aquí como mensajero, y os hace saber que no os preocupéis por los compañeros de la búsqueda, pues están todos sanos y salvos en la Calina Prohibida, que está por encima del Bosque Peligroso.

A continuación Sarraz le dice a la reina:

—Señora, Lanzarote os saluda por encima de todas las damas a las que ha visto en un año y medio y desea veros más que a ninguna, pues hace demasiado tiempo que no os ve y le tarda el día en que pueda descansar en este palacio. Os hace saber que el día de Pentecostés estarán todos en esta ciudad.

Cuando el rey oye estas palabras dice:

—Lanzarote, buen amigo, ojalá fuera cierto eso y lo quisiera Nuestro Señor, a condición de que estuvierais conmigo más que nunca. Por Dios, nunca tuve tal alegría como la que tendré entonces, según creo.

La dama añade ante todos:

—Ay, Dios, ¿os agradecería concederme uno de mis deseos, que es el de ver sano y salvo al caballero que todo el mundo desea ver?

Otro tanto dicen todos los que hay allí, incluso los que lo odiaban envidiosos de su fama. El rey le pregunta a Sarraz si está seguro de que los compañeros de la búsqueda regresarán para Pentecostés.

—Señor, Lanzarote me dijo que estarían aquí y que lo tuvierais por seguro.

—Por Dios, entonces quiero que sea la corte más grande y más deseada de cuantas he convocado desde que fui coronado rey; quiero que acudan a ella todos mis nobles, los pobres y los ricos, para festejar y honrar a aquellos que pensábamos haber perdido.

A continuación el rey manda cartas y breves, enviándolas a todos aquellos que han recibido sus tierras de él y les hace saber que en Pentecostés hará fiestas en la ciudad de Camelot, que no dejen en modo alguno de asistir y que vayan con las mayores honras que puedan. La reina lo hace saber a todas las damas de la tierra, tanto a las pobres como a las ricas, para que acudan a Camelot a presenciar la gran corte que el rey ha convocado. El rey hace que le traigan preciosos vestidos de seda de Almería, hilados con oro y piedras preciosas, los mejores que pueden pedir los más entendidos, pues quiere regalar a los compañeros de la búsqueda los vestidos más ricos de cuantos han vestido los caballeros de su tiempo, si es que lo puede conseguir de alguna manera. De esta forma se disponen el rey y la reina para la fiesta, y todos los demás se preparan para la venida de los compañeros que habían tomado parte en la búsqueda.

La historia guarda silencio a partir de ahora de todos ellos y vuelve a la doncella que la reina había enviado de mensajera a la Dama del Lago, pues durante mucho tiempo no ha dicho nada de ella, y ahora contará por qué ha dejado de hablar de la doncella durante tanto rato.

Cuenta ahora la historia que cuando la doncella se marchó de Camelot cabalgó durante todo aquel día y la mañana siguiente. El tercer día hizo mucho calor, como es normal en el día de San Juan, en verano: a pesar de todo no dejó de cabalgar, sino que fue durante todo el día bajo el gran calor del sol. Por la tarde llegó a una abadía de monjas; descabalgó allí y se encontraba enferma y débil por el calor que había pasado durante todo el día. La mañana siguiente, cuando debía levantarse no pudo hacerlo, pues estaba tan débil que pensaba haber llegado a la muerte: permaneció allí quince días por la enfermedad. Un día se levantó, aunque estaba con pocas fuerzas, y vio llegar a un escudero. Fue a su encuentro y le preguntó que de dónde venía.

—Vengo de Camelot, donde el rey Arturo está alegre y contento, según me parece, igual que todos sus nobles, pues un caballero les ha llevado noticias de que Lanzarote está sano y salvo, y todos pensaban que hubiera muerto, tal como la reina decía.

Al oír estas palabras, la doncella se puso más contenta que antes. Permaneció en la abadía hasta que se curó de la enfermedad, de forma que podía cabalgar a gusto. Se marchó entonces y cabalgó hasta que llegó al mar. Obtuvieron un barco para ella y su mesnada, entraron en él y atravesaron el mar sanos y salvos. Arribaron al puerto al que les llevó el viento, salieron de la nave alegres y contentos por haber pasado el mar en calma, volvieron a montar los caballos y cabalgaron hasta que llegaron a la ciudad de Gaunes tres días antes de la festividad de San Remigio; allí estaba el rey Claudás, que es el más poderoso de cuantos se conocen, salvo el rey Arturo: es hombre prudente; veríais que todos los grandes asuntos de Roma se resuelven con su consejo y tenía la venia y la buena voluntad de los romanos que no hacían nada sin que él se lo hubiera aconsejado. De esta forma, el rey Claudás estaba por encima de todas las gentes de Gaunes, de Aquitania y de Berri por su sentido común, y había hecho tan buenas obras por su generosidad que era muy querido por sus nobles.

Cuando el rey Claudás vio a la doncella que cabalgaba de forma tan rica, con vestido de seda, que llevaba freno, silla y arnés, pensó que era mensajera de Gran Bretaña y que sin duda le daría noticias del rey Arturo y de Lanzarote, si es que ella así lo deseaba. Claudás quería tener y saber noticias de Lanzarote y de sus dos hermanos. Llama a dos caballeros suyos y les dice:

—Montad de inmediato en vuestros caballos e id a aquella doncella y pedidle que venga a hablar conmigo, que no deje de hacerlo en modo alguno, pues no me alegraría nunca si se fuera sin haber hablado conmigo.

Cumplen su orden, montan y van tras la doncella; cuando ya están cerca de ella, la saludan y les contesta que Dios les dé buena ventura.

—Doncella —le dice uno—, mi señor el rey Claudás os saluda a través de nosotros,

que somos caballeros suyos, y os pide que vayáis a hablar con él.

—Señores, que el rey Claudás tenga buena ventura, como rey rico y cortés. Ciertamente, iría con gusto a verle, pero tengo tanto que hacer, estad seguros de ello, que no puedo volver en modo alguno; os ruego que no os moleste.

—Doncella, no os podréis ir así: el rey quiere hablar con vos y por eso tendríais que regresar aunque tuvierais más prisa de la que tenéis.

Se da cuenta de que tiene que volver a la fuerza, quiera o no; si resistiera, posiblemente sería peor, y por eso contesta:

—Bueno, señores, ya que el rey Claudás quiere que vaya a hablar con él, regresaré; pero estad seguros que no es una gran cortesía el hacerme volver a la fuerza.

Regresan la doncella y su mesnada, atraviesan la ciudad y llegan ante el rey Claudás y su séquito. La doncella desmonta en la corte y le dice al escudero y al enano que esperen allí, «pues regresaré tan pronto como pueda».

Después de desmontar, se dirige a la sala de arriba; el rey Claudás la ve llegar, se levanta y la saluda, y ella le contesta que Dios lo bendiga.

—Señor, me habéis hecho venir a vuestra presencia; quiero saber por qué, si os parece bien.

—Os lo voy a decir, pero quiero que antes cenéis algo, pues no habéis comido en todo el día ni vos ni vuestra compañía, que yo sepa.

—Señor, no tomaré nada, porque no puedo entretenerme tanto tiempo.

—Tenéis que hacerlo, ya que así os lo ruego.

Al ver que el rey se lo pide, no se atreve a rehusar. Vuelve a su mesnada y hace que descabalguen; uno de los botelleros del rey Claudás los acompaña a una habitación y les da comida.

Después de que la doncella ha comido según su gusto, el rey hace que vaya a su presencia y le ordena que se siente a su lado. Ella lo hace con tanta tranquilidad como quien se consideraba de linaje tan alto como el mismo rey Claudás. Cuando ya estuvieron sentados encima de una alfombra, el rey Claudás le preguntó que de dónde era, y le contestó que del reino de Logres:

—Soy doncella de la reina Ginebra.

—¿Sois de la corte del rey Arturo?

—Señor, sí.

—Entonces bien me podréis dar noticias de un caballero que allí va frecuentemente y es compañero de la Mesa Redonda, según me han dicho. Ya que sois de la corte, estoy seguro de que lo conoceréis, pues es un hombre muy famoso, y he oído decir que se llama Lanzarote del Lago.

—Por Dios, señor, ciertamente lo conozco bien. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque me gustaría saber si es tan valiente como se dice.

—Señor, estoy seguro de que es el mejor caballero del mundo, el más agradable y el

más sobresaliente por sus virtudes.

—Si es buen caballero, no se aparta de su linaje, pues su padre fue uno de los hombres de su edad más discretos del mundo: me hubiera admirado mucho que no fuera más destacado que los demás. ¿Y qué podéis decir de sus dos primos? ¿Se le parecen en algo?

—Por Dios, sí; Lionel es uno de los caballeros más decididos y Boores, el más joven de los tres primos, es tan valiente que apenas se podría encontrar un caballero tan bueno como él en toda la casa del rey Arturo, salvo Lanzarote. Sabed que si hubieran regresado de una búsqueda que han emprendido, pasarían por aquí con tal cantidad de gente que no podríais resistir frente a ellos en combate una hora sola: me sorprende que os atreváis a permanecer en esta tierra, pues si vienen aquí y os pueden apresar, nadie en todo el mundo podría impedir que os dieran la muerte, pues están muy airados porque habéis tenido sus tierras sin razón durante mucho tiempo y se las habéis quitado a ellos desde que eran niños pequeños, por lo que os odiarán para siempre más que a nadie.

Cuando Claudás oye estas palabras, no sabe qué decir, pues le preocupa el que los niños hayan subido tan alto por sus méritos.

—Decidme, qué prisa lleváis, pues si no es por un motivo muy importante no hubierais salido de vuestra tierra.

—Señor, he venido por un asunto que no os diré; os ruego que no os pese.

El rey guarda silencio y piensa que la doncella ha acudido a espiar y ver cuántos caballeros tiene y si podría resistir a las fuerzas de la Mesa Redonda en combate.

—Señor, ya me he entretenido tanto que no puedo permanecer más aquí; os ruego que me deis permiso para que me vaya.

—Esperad a que haya hablado con mi senescal y entonces os podréis ir.

La doncella le contesta que ya se está entreteniendo demasiado, pero a pesar de todo se queda.

Cuando el rey Claudás la dejó, ella empezó a pensar que había oído decir a mucha gente que Claudás era traidor y desleal; siente miedo y teme que le cause algún pesar. Pero no le importa lo que haga con su cuerpo, ni que la mate, según dice, sino que le importaría que las cartas que lleva fueran vistas, pues piensa que en ellas están los mayores secretos de la reina y por eso no querría que las viera más que aquella a la que se las tiene que dar. Piensa que si Claudás hace que la prendan, lo primero que hará será quitarle las cartas y verá lo que hay escrito en ellas, con lo que la reina quedará en mala situación cuando la gente de otros lugares conozca su secreto.

Se dirige entonces al enano que está apoyado en una ventana, sobre un río que corría bajo el palacio, y le entrega las cartas diciéndole:

—El rey Claudás me ha traído aquí no sé por qué; tengo mucho miedo porque es traidor, desleal y fementido. Tomad estas cartas que mi señora la reina me dio,

prohibiéndome entregarlas, si en algo estimaba mi vida y su amor, y prohibiéndome que las viera nadie o que fueran abiertas antes de que las recibiera aquella a quien se las envía; por eso te las entrego para que las guardes de forma que si por ventura me registraran, no me las encuentren encima; si ves que nos sujetan y que se nos intenta hacer algún daño para saber qué llevamos, arrójalas inmediatamente al río, pues preferiría que se perdieran para siempre a que los de aquí conocieran los secretos de mi señora, pues se enfadaría mucho por ello.

—Por mi fe, eso me parece lo mejor: lo haré tal como me habéis dicho.

De esta forma se ponen de acuerdo el enano y la doncella. El rey Claudás, mientras, habla con un primo suyo, senescal, y le dice:

—Aconsejadme qué debo hacer en esto, pues estoy seguro de que los dos hermanos, Boores y Lionel, la han enviado aquí para que vea mi comportamiento y mis fuerzas y me ha encontrado en un momento en que no tengo ni la mitad de la gente que suelo tener, por lo que ella dirá cuando regrese a su país que tengo tan poca gente conmigo que no podría resistir un solo día en batalla; cuando oigan estas noticias, las creerán y pretenderán venir a estas tierras con todas las fuerzas del rey Arturo, trayendo a tantos hombres que no habría nadie, por poderoso que fuera, que no temiera su llegada, y no sólo por ellos, sino por las fuerzas del rey Arturo, con cuyo consejo emprenderán el asunto, estoy seguro. Decidme qué puedo hacer, pues deseo que vuestro consejo se crea, siempre que sea bueno y leal conmigo.

—Señor —le contesta el senescal—, os voy a decir lo que se hará. Creo que esta doncella lleva cartas de parte de los dos hermanos a alguno de los nobles de esta tierra. ¿Sabéis por qué? Os lo diré si no lo sabéis. Veréis tan pronto como los dos hermanos lleguen aquí que aquél a quien la doncella ha sido enviada vendrá con todos los de este país que han sido criados fuera y tienen sus orígenes aquí; los aconsejará y les rogará tanto que todo el pueblo se volverá a favor de los niños, en perjuicio vuestro. Por eso os aconsejo que hagáis registrar a la doncella hasta que veáis las cartas que lleva. Si es tal como yo digo, haced prender al caballero al que se las lleva, a la doncella y a toda su compañía y sean encarcelados en un lugar del que no reciba noticias nunca el que la ha enviado aquí. Por Dios, no sería capaz de daros mejor consejo en esto, y me parece que así podremos librarnos.

—Id, pues, a la doncella y traedme las cartas, que pueden ser tales que quizá queden libres, pero podremos encontrar algo que será admirable si no queda inculpada frente a vos.

Se dirige entonces el senescal a la doncella y le dice:

—Doncella, habéis venido como mensajera a esta tierra y como nadie puede saber si habéis venido para nuestro bien o para nuestro mal, queremos ver las cartas que lleváis; os ruego que las entreguéis por las buenas antes de que se os obligue a ello.

—Señor, no llevo cartas ni buenas ni malas. Si las llevara, fueran como fueran,

¿caso el rey Claudás os ha ordenado que me las quitéis contra mi voluntad? ¿Es tan cortés?

—Doncella —le dice el senescal—, si queréis, las veré; si no queréis, también las veré; si por las buenas no las queréis entregar, ordenaré que os registren a vos y a toda vuestra compañía hasta que las encuentre. Entonces las veremos a pesar vuestro.

—Señor, podréis obligarme si queréis mientras esté en vuestra corte; pero si Dios me saca de aquí, no conseguiréis hacer nada que no paguéis caro, si Dios me otorga la fuerza de toda mi familia. Ahora estoy en una tierra lejana con un séquito pequeño, pero no por eso dejo de pertenecer a una familia de reyes y de reinas y de gentes más poderosas y nobles que el rey Claudás, de quienes sois vasallos todos vosotros.

—Todo lo que decís de nada sirve. Tenéis que enseñar las cartas que lleváis.

—Ciertamente no llevo ninguna.

Llama el senescal entonces a dos servidores y les dice:

—Registrad a esta doncella y a sus servidores, las arcas que llevan y todo lo demás hasta que encontréis las cartas.

Le responden que así lo harán con mucho gusto. Registra a la doncella, pero no encuentran nada; luego van al escudero, y cuando la doncella ve en la mala situación en que están, le dice al enano que haga lo que le ha mandado; éste coge las cartas al momento y las arroja al río. El senescal vio lo que el enano había hecho, corre a la ventana y ve las cartas que se hunden por la caja de madera en que iban, ya que la madera se hunde siempre.

—Ladrón —le dice el senescal al enano—, por Dios, esto no os salvará, sino que os hará morir, pues ahora estoy seguro de que llevabais cartas más para vuestro mal que para vuestro bien.

Vuelve al lado de su señor y le cuenta cómo el enano había arrojado al río las cartas.

—Ciertamente no se salvarán por eso. Ahora estoy seguro de que las cartas iban dirigidas a alguno de mis nobles para traicionarme, por eso quiero que prendáis a la doncella y a su séquito y que sean encerrados en aquella torre hasta que sepamos a quién se enviaban las cartas y qué había escrito en ellas.

El senescal lo hace tal como se le ordena.

De esta forma la doncella queda en prisión dolida y pesarosa porque ha caído en manos de su enemigo. El rey Claudás, que quería saber del rey Arturo y del comportamiento de Lanzarote y de sus dos primos, llama a dos mensajeros y los envía a Gran Bretaña, diciéndoles:

—Quiero que estéis allí antes de que empiece el invierno y que permanezcáis hasta que tengáis noticias de la corte.

Se marchan y cabalgan hasta llegar al mar, y tuvieron que esperar allí mucho tiempo antes de poder atravesarlo, pues el viento era tan malo y violento como en pleno

invierno: no había marinero tan atrevido que osara hacerse a la mar. Permanecieron los dos criados en el puerto hasta que pudieron pasar al otro lado con algún esfuerzo y se apresuraron todo lo que pudieron para llegar en Navidad a Carduel, en Gales, donde el rey Arturo tenía la corte, grande y digna de admiración, pues regalaba a sus nobles tanto que cuando se marchaban no había ninguno que no se llevara abundantes dones. Cuando la corte se despidió, los criados preguntaron si el rey había tenido tan rica corte en alguna ocasión desde que había sido coronado.

—Buen amigo —le contesta un criado—, ¿qué decís?

—Os preguntamos si el rey ha tenido una corte tan rica como ésta alguna otra vez, pues nos parecen extraordinarios los regalos que ha hecho.

—Mi señor no ha tenido ahora una corte tan rica como acostumbra, pues todos sienten que mi señor Lanzarote del Lago y otros compañeros de la Mesa Redonda no están porque han emprendido una búsqueda, y no hemos recibido noticias suyas, como si estuvieran muertos; si hubieran estado aquí en esta fiesta, como ha ocurrido otras veces, mi señor el rey hubiera tenido tal corte que ningún otro rey se atrevería ni a mirarla.

Cuando los criados oyeron estas palabras, se quedaron admirados, pues nunca habían visto junto al rey Claudás fiestas semejantes ni tal generosidad como veían al lado del rey Arturo; hablaron los dos a solas para ver qué hacían.

—Por Dios —le dice uno a su compañero—, no sé qué quieres hacer tú, pero yo no me iré nunca de aquí, porque aquí está toda la riqueza del mundo, toda la virtud de la caballería, y quien quiera ver al hijo de Generosidad, que mire al rey Arturo, pues, por Dios, es tan generoso y valiente que no hay nada en el mundo, por mal que esté, que si va a su lado no se arregle. Por la gran generosidad que he visto en él no me iré nunca de su casa mientras viva. Vete tú si quieres, o quédate, pero haz lo que hazas, yo permaneceré aquí.

El otro le contesta que se marchará y así lo hace, cabalgando hasta que llega en medio de la Cuaresma a la ciudad de Gaunes.

Al ver al criado, el rey Claudás le pregunta por el rey Arturo y Lanzarote, y éste le contesta que el rey Arturo está sano y salvo y que es el hombre más generoso y discreto del mundo, a su parecer: le describe la gran corte que había tenido en Carduel el día de Navidad. De Lanzarote le dice que no saben nada en la corte, y que ha emprendido una búsqueda junto con sus compañeros, sus primos y muchos caballeros de la Mesa Redonda, de tal forma que están tan perdidos que no se han tenido noticias de ellos, como si estuvieran muertos.

—¿Y qué ha pasado con tu compañero? ¿Ha muerto en el camino?

—Por Dios, no; se ha quedado en la corte del rey Arturo, pues cuando vio la generosidad que allí había dijo que no se marcharía nunca.

El rey Claudás se preocupó mucho por esto, ya que había criado en su corte a aquel

servidor desde que era niño pequeño.

El criado del rey Claudás se quedó en la corte del rey Arturo, sirviendo de tal modo que la reina lo tomó en su séquito y se convirtió en uno de sus escuderos. Cuando hacía más de un año que estaba sirviendo allí, a mediados de Cuaresma, la reina le preguntó que de dónde era, y él le dijo que era del reino de Gaunes.

—Hermano, ¿qué te trajo aquí?

—Señora, vine hace tiempo, y si no pensara que me odiaríais, os contaría el motivo que me trajo y cómo vine.

—Dímelo con toda tranquilidad, pues no me desagradará.

El criado le cuenta entonces cómo lo había mandado el rey Claudás a Gran Bretaña junto con un compañero, cómo se había quedado allí por la gran bondad que había visto y cómo su compañero había regresado al lado del rey Claudás.

—Nos envió un poco después de apresar a una doncella que había ido a Gaunes con un enano y un escudero.

La reina piensa en su prima, que había enviado a la Dama del Lago y que no había regresado desde entonces. Pensaba que la tardanza se debía a alguna enfermedad. Al oír al criado, empieza a preguntarle por la doncella, qué vestido llevaba, y éste le cuenta tantas cosas que al final la reina no duda de que era su prima, y le dice al criado.

—¿Crees que el rey Claudás la tiene todavía?

—Señora, sí, pues es tan traidor y cruel que de mala gana le haría algún favor a una dama o a una doncella.

La reina llama entonces a un clérigo suyo y le pide tinta y pergamino; le dan tanto como desea; entra en la habitación y escribe una carta. Luego la sella con su propio sello, va al criado y le dice:

—Tienes que hacerme un servicio por el que recibirás provecho y honra, si lo haces bien.

—Señora, no hay nada en el mundo que no haga sabiendo que os agrada; decidme qué deseáis, pues estoy dispuesto a hacer lo que queráis.

—Ve al rey Claudás y dile que lo saludo, como debo saludarlo, pues nunca le hice ningún daño, ninguna fealdad, y él me ha causado afrenta y villanía sin que yo me la mereciera. A continuación le entregarás esta carta y le dirás que se la envió yo. Si hace lo que le ordeno en la carta, estará bien; pero que sepa, si no lo hace, que nunca se arrepentirá tanto de nada como por eso.

—Lo diré todo.

El criado se marcha de allí y la reina le entrega un rocín hermoso y fuerte, y le dio vestidos propios de escudero. Atraviesa el mar y va por tierra hasta que llega a la corte de Claudás al día siguiente de Pascua.

El rey Claudás había reunido la corte en la ciudad de Gaunes, porque le agradaba mucho. Cuando el criado llegó, casi habían terminado de comer. Se presenta al rey y le

dice:

—Señor, me envía a vos la reina Ginebra, la mujer del rey Arturo, y os saluda tal como debe, enviándoos esta carta para que cumpláis sus órdenes; si no lo hacéis, de nada os arrepentiréis tanto como por eso.

Después de entregarle la carta, Claudás no contesta por desdén; toma la carta y se la da a un clérigo suyo para que la lea, y éste la ojea de arriba a abajo y le dice al rey:

—Señor, mi señora la reina os ordena que le devolváis por su amor y por cortesía a una doncella suya que tenéis prisionera; si no queréis hacerlo, tened por seguro que recibiréis tal daño que preferiríais que no hubiera nacido, pues perderéis la tierra y nadie, más que Dios, podrá evitar vuestra muerte, si alguien os la puede dar. Mirad qué vais a hacer, pues todo eso está escrito en esta carta.

Al oír las amenazas que le hace la reina, Claudás lo siente tanto que poco falta para que el corazón se le parta, y contesta en voz tan alta que lo oyen todos:

—Por Dios, hemos sido cogidos.

Toma la carta y la arroja a los pies y la pisotea; luego le dice al criado:

—Tarquín, ve y dile a tu señora que no le devolveré a la doncella por más poder que ella tenga, y que la tendré prisionera deshonrándola por su amor y causándole mayores felonías y vergüenzas que hasta ahora, porque prefiero su tristeza a su alegría: te ruego que le digas que ni la amo ni la temo, y que la odio y la debo odiar como a la reina más desleal que conozco. Además, quiero que le digas que no la aprecio ni a ella ni a su amante más que a una espuela. Si hubiera quien se atreviera a hacerlo, deberían quemarla a ella más que a ninguna mujer, pues hace que se acueste con ella quien yo me sé, que es tan valiente y noble que no tiene ni un pie de tierra suya. Dile lo que te he ordenado.

El criado le contesta que, si Dios quiere, no llevará el mensaje.

—¿No? Por la Santa Cruz, si no lo haces haré que te corten la cabeza o el puño.

El criado contesta que entonces lo hará. Se marcha y no come ni bebe por más que le fuerzan a ello. Cuando emprende el camino, cabalga hasta que llega al mar y lo atraviesa. Al llegar a Londres pregunta por el rey y le dicen que lo puede encontrar en Camelot, pues no se movía mucho de allí. Se dirige lo más rápidamente que puede y cabalga hasta que llega a la corte ocho días antes de Pentecostés, un domingo por la mañana que el rey había ido a solazarse al campo fuera de Camelot al punto del alba, y aún no había regresado para oír misa. La reina ya se había levantado y había salido de la habitación, yendo a la sala. Cuando vio llegar al palacio a Tarquín, ni que decir tiene que se puso contenta y le dio la bienvenida. Éste se inclina ante ella y la saluda como a su señora; luego se retira con ella a un lado y le dice que desea hablar a solas. Lo lleva a su habitación y prohíbe que entre nadie; hace que se siente delante de ella y le pregunta las noticias que trae.

—Señora, son tales que no me agradan mucho.

Empieza a contarle entonces el gran orgullo del rey Claudás, sin ocultar ninguna de las palabras que le había ordenado decir, pues tal era su promesa. Cuando la reina oye las palabras tan villanas que le dice, lo siente tanto que más sería imposible; le ordena al criado que se marche y éste así lo hace tan pronto como se lo manda. Cuando ya se encuentra a solas, empieza a lamentarse:

—Ay, mi buen amigo Lanzarote, si el que ha dicho estas palabras de mí y de vos supiera que estáis vivo, ciertamente no se habría atrevido a insultarme de tal manera. Pero como piensa que estáis muerto, no teme nada, ni a mí ni a otro. Si Dios quiere, antes de que hayan pasado quince días os verán los de esta corte y los de otros lugares sano y salvo; los que estaban alegres y felices por vuestra muerte, ahora estarán tristes y preocupados por vuestra vida. Que Dios me permita veros sano y salvo como otras muchas veces, y entonces Claudás pagará caras las palabras que ha dicho de nosotros antes de que haya pasado un año. Mi dulce amigo, no deseo vuestra llegada sólo para quitarme los insultos, sino que la deseo lo más que puedo porque en el momento en que lleguéis no habrá nadie que se atreva a levantar la cabeza por nada que ocurra.

De esta forma habla la reina consigo misma y desea que llegue el día de Pentecostés, porque en esta fecha tiene que regresar a la corte Lanzarote.

Pero la historia deja ahora de hablar de ella y vuelve a Lanzarote, cuando se separó de Sarraz.

CLXVI

Cuenta ahora la historia que cuando Sarraz se separó de Lanzarote para ir a la corte, éste se dirigió a Belyas el Negro al que había derribado, pues quería saber si estaba muerto o si podría sobrevivir. Cuando llegó a él, éste se había incorporado, a pesar de estar herido, y estaba sentado en el suelo. Lanzarote oye entonces que toca una campana con mucha fuerza en el castillo. Mira hacia la muralla y ve damas y doncellas que acudían a verlo desde las almenas; se sorprende y se pregunta por qué lo hacen. En esto se le acerca el enano, el mismo que había hablado con Sarraz, y le dice:

—Señor caballero, habéis tenido una gran suerte, más de lo que creéis. Si me hicierais caso, os iríais mientras que os lo permite.

Estaba el enano diciendo estas palabras cuando salió del castillo un caballero armado del mismo modo que Belyas. Al ver a Lanzarote, le dice que se guarde de él, pues lo desafía. Lanzarote corre contra él, con la espada desenvainada, porque no tenía lanza, y el caballero llega con gran fuerza, tan rápido como su caballo le puede llevar, golpeándole tan violentamente que le hunde la lanza en el pecho; a pesar de la cota de mallas le causa una gran herida en el hombro y hace que golpee contra el arzón trasero, que poco falta para que lo derribe del caballo. Lanzarote se mantiene bien y no cae. Después de dar este golpe, el caballero pasa de largo y Lanzarote se endereza, sintiéndose herido por el golpe que le había dado; se dirige a él y se atacan uno contra otro: uno airado por la herida; el otro enfadado porque ha derribado a su compañero. Se colocan los escudos ante la cabeza y se descargan grandes tajos. Pero Lanzarote se adelanta, como hombre diestro, y golpea al caballero con tanta fuerza en el yelmo que le parte la cofia de hierro y hace que sienta la espada en la carne desnuda; la sangre le vuela abajo. Y ahí detiene su golpe, pensando que el caballero caería al suelo; pero éste era muy fuerte y valeroso: pareció que no le importara el tajo y atacó a Lanzarote de forma tan sorprendente que se quedó admirado, pues no pensaba que tuviera tanta fuerza como ve en él; se dan grandes golpes con las espadas donde creen que pueden causarse más daño. Se despedazan escudos y cotas de malla por arriba y por abajo y vuelan las mallas, por las buenas espadas cortantes. El combate entre los dos dura tanto que ya no hay necesidad de médico, pues el más sano tiene abundantes heridas.

Sin embargo, el caballero no puede resistir más, pues tiene tal cantidad de heridas pequeñas y grandes que no lo vería nadie sin sentir gran compasión, y ha perdido tanta sangre que es admirable cómo se puede mantener en pie. Cuando ve que no puede resistir sin morir, se da a la fuga tan deprisa como puede su caballo. Lanzarote, que estaba encendido por la ira y la cólera por la herida que le había causado, lo persigue de cerca porque no quiere dejarlo. El otro huye para salvar la vida y entra en el castillo, pensando que no se atrevería a ir tras él; pero Lanzarote lo hace como quien no teme

nada. Cuando se da cuenta, el caballero siente gran miedo y piensa que ya está muerto. Pica espuelas al caballo y se apresura en ir deprisa, galopando por las calles, seguido de Lanzarote, que lleva la espada en la mano y lo amenaza con matarlo si lo alcanza.

Cuando los del castillo ven esto, no se sienten a gusto, pues temen que Lanzarote mate al que huye delante de él; empiezan a gritar y a vocear con tanta fuerza que no se oiría a Dios tronando. Mientras, el que huye llega a la torre del homenaje y encuentra la puerta abierta; entra y sube por las escaleras a caballo. Al final de las escaleras había hasta doce caballeros armados, dispuestos a bajar en su ayuda. Al verlo llegar, lo dejan pasar por medio, y Lanzarote, que lo sigue de cerca, no desmonta, sino que sube las escaleras armado como iba. Los que estaban esperándolo le golpean y le matan el caballo, haciéndole caer escaleras abajo, a él por una parte y el caballo por otra. Pero Lanzarote se levanta al punto, sin preocuparse por nada de lo que le ocurre, a la vez que su gran corazón le impulsa a vengar la afrenta que le acaban de hacer matándole el caballo; corre contra ellos con la espada levantada para golpear mejor y va con tal decisión como si no tuviera ni sangre ni heridas; golpea con fuerza al primero que alcanza, de tal forma que ni el yelmo ni la cofia de hierro pueden evitar que le meta la cortante espada en el cerebro: cae sobre los escalones y rueda hacia abajo. Lanzarote ataca a los otros y da grandes tajos a diestro y siniestro; los otros no lo esquivan y se esfuerzan en causarle el mayor daño que pueden, dándole con las cortantes espadas a menudo y frecuentemente, atravesándole el yelmo y el escudo por arriba y abajo y cargándole de golpes hasta que le hacen caer. Va escaleras abajo, pero se levanta con rapidez como caballero de gran corazón y se dispone a ir a la sala de arriba a pesar de ellos. Se siente tan cansado por los golpes que ha dado y recibido que tiene mayor necesidad de descanso que de combate, pero no lo aparenta y vuelve a subir los escalones con la espada levantada y el escudo al cuello.

Cuando Lanzarote iba a entrar en la sala se le pone delante un caballero, el mayor y más fuerte de todos aquéllos; lo coge y sujeta por detrás por los lados, lo levanta del suelo a la fuerza y se lo coloca sobre el cuello, llevándose lo por el patio a un pozo, dispuesto a arrojarlo dentro. No había avanzado mucho cuando Lanzarote se deshace de él con tanta fuerza que le hace caer de rodillas en el suelo. Cuando va a levantarse, Lanzarote alza la espada y le descarga tal tajo en el yelmo que lo parte hasta los dientes y le hace caer muerto. Luego corre a los otros que seguían en lo alto de la escalera; va a ellos como enloquecido porque ya le han dificultado demasiado tiempo el paso. Al verlo venir aquéllos, que ya lo han probado en varias ocasiones y saben que no pueden dominarlo por más fuerzas que tengan, sienten miedo de esperarlo a él y a su espada, pues están seguros que no se salvará quien sea alcanzado por algún golpe. Se acerca a ellos dispuesto a golpear, pero no puede alcanzar a nadie, pues todos se dan a la fuga, unos por una parte y otros por otra. Así entra en el palacio, sin que nadie pueda impedirselo, y busca por las habitaciones, unas tras otras, dispuesto a encontrar al

caballero con el que había combatido. Va por una parte y por otra hasta que llega a un jardín al pie de una torre, en el que hay cuatro servidores armados con lorigones y capeletes de hierro, con buenas hachas cortantes, sentados junto a un pabellón. En medio de ellos estaba Mordret, el hermano de mi señor Galván, que tenía en los pies unas cadenas fuertes y pesadas y en las manos unos buenos grilletes de hierro.

Al ver a Mordret no duda de que lo tienen prisionero; les grita que se den por muertos y corre a ellos con la espada desenvainada. Al verlo venir se sorprenden tanto que no saben qué hacer y se dan a la fuga lo más rápidamente que pueden, ocultándose en una cámara que hay bajo la torre. Lanzarote no los persigue durante mucho tiempo, sino que regresa junto a Mordret, le quita los grilletes y las cadenas de hierro y se le da a conocer, diciéndole que es Lanzarote del Lago. Cuando éste lo oye, se pone más contento que nadie y le agradece el favor que le ha hecho; luego le pregunta qué aventura le había llevado a aquella parte. Lanzarote le cuenta cómo había estado en la Colina Prohibida y que había ido al Bosque Peligroso y cómo la aventura le había llevado a la Fuente de los Dos Sicómoros.

Mientras que Lanzarote estaba hablando con Mordret se les acercó una doncella muy hermosa y que parecía noble mujer. Al ver a Lanzarote se le echa a los pies y le pide piedad:

—Noble hombre, por Dios, tened piedad de mí, de este castillo y de los que en él están que os piden compasión; no me causéis mayor daño del que ya me habéis hecho y deteneos por Dios y por vuestra alma: me habéis causado tal pesar en este día, que me habéis matado a mi padre y a un hermano mío que era un buen caballero, y a otro lo habéis herido tan gravemente que no creo que pueda librarse de la muerte: por eso me parece que cometeríais un gran pecado si continuarais haciéndome daño.

Cuando Lanzarote ve a aquella que le pide piedad tan humildemente, llorando y echada a sus pies, siente gran compasión, la toma por los brazos y la levanta del suelo diciéndole:

—Doncella, si os he causado tan gran daño como decís, sabed que lo siento; os ruego por mi amor y por toda franqueza que me lo perdonéis a condición de que a partir de ahora no os dañaré más ni a vos ni a nadie de los vuestros, con tal de que los reconozca.

—Señor, gracias quinientas veces; os perdono todo, ya que no se puede reparar.

—Mostradme al caballero por el que vine aquí, pues quiero verlo desarmado.

—Señor, está tan malherido que no podrá venir, pues lo habéis dejado en tal situación que no creo que pueda volver a levantarse en la vida.

—Id y hacedle saber que tengo ganas de verlo.

La doncella se marcha y no tardó mucho en llegar un criado que le dijo a Lanzarote:

—Señor, por Dios, entrad ahí si podéis y veréis a todos los del castillo que vienen

dispuestos a mataros si pueden, pues están enloquecidos porque le habéis causado la muerte al señor del lugar y a sus dos hijos, que eran los mejores caballeros de esta tierra.

Cuando Mordret oye estas palabras, le dice a Lanzarote:

—Señor, por Dios, ya que me habéis sacado de prisión, haced que sea armado de tal forma que os pueda ayudar cuando lo necesitéis.

—No temáis, pues por Dios, no debéis preocuparos mientras esté a vuestro lado.

Le pregunta al criado que le había dado tales noticias que de dónde era.

—Señor, soy del país del que vuestro padre fue señor y rey.

—¿Qué sabes tú de mí?

—Señor, sé que sois mi señor Lanzarote del Lago.

Éste, ni lo afirma ni lo niega.

—Llévame —le ordena Lanzarote— a donde están las armas.

—Señor, con mucho gusto; seguidme.

Lanzarote así lo hace; el criado los lleva a una gran fortaleza donde encuentran escudos, yelmos y espadas tantos como desean. Mordret se arma rápidamente, como quien no quería hacer poca cosa; luego le dice a Lanzarote:

—¿Queréis que nos quedemos o que nos vayamos?

—Señor —le contesta el criado—, no os aconsejo que os quedéis, pues habéis dejado en tan mala situación a los de aquí que no será bueno que os quedéis con ellos. Os aconsejo que os marchéis.

—Su tuviéramos caballos —dice Lanzarote—, nos iríamos.

El criado le contesta que no será por falta de caballos si se quieren ir: «tendréis que seguirme». Le responden que así lo harán.

Salen armados como iban; encontraron mucha gente que mostraba el mayor dolor del mundo. Apenas ven llegar a Lanzarote, sienten gran miedo y se dan a la fuga, unos por una parte y otros por otra. Él no los persigue, pues no tiene intención de hacerles ningún daño; se dirige al patio, en cuya escalinata había combatido; encuentra allí veinte caballos buenos, todos ensillados, a falta de que los montaran. Se acercan a los dos que les parecen mejores, le da uno a Mordret y él se queda con otro, y le pregunta al criado si quiere ir con ellos.

—Señor, sí, si queréis.

Lanzarote le da otro caballo y el criado monta rápidamente y se marcha con los dos caballeros.

Salen de allí, atraviesan las calles del castillo, llegan a la puerta, que encuentran abierta, y salen. Cuando ya están fuera, Lanzarote le pregunta al criado por el lugar y por qué guardaban la fuente los dos caballeros que había encontrado.

—Señor, os voy a contar la verdad de todo, tal como yo la he oído en muchas ocasiones. Los dos caballeros a los que habéis matado eran hermanos; hace fácilmente

diez años que eran caballeros valientes y conocidos en muchas tierras por sus hazañas; quisieron pertenecer a la Mesa Redonda, y una fiesta de Pentecostés acudieron a la corte del rey Arturo. El rey no los conocía y tampoco los demás nobles que había allí; los rechazaron en su demanda y ellos preguntaron por qué se les negaba el ser compañeros:

—Buenos señores —les contestó el rey—, porque no os conocemos por vuestras hazañas y no sabemos nada de vosotros.

—Señor —le contestó uno de los dos hermanos, el mayor—, si no sabéis nada de nuestras hazañas, yo oiréis hablar de ellas, si Dios quiere.

Se marcharon de allí tristes y encolerizados y volvieron junto a Broadás, su padre, al que le dijeron lo que les había ocurrido en la corte:

—¿Y qué queréis hacer?

—Señor —contestó uno—, haremos tanto que nos conocerán los de la corte.

—Entonces os diré lo que podéis hacer. Delante de este castillo hay una fuente que custodiaréis a partir de ahora, de tal forma que combatiréis contra todos aquellos que lleguen a ella, tanto a los de aquí como a los de otras tierras, a no ser que sean del mismo castillo. Los de la corte del rey Arturo van en busca de aventuras por tierras lejanas; cuando oigan hablar de vosotros vendrán inmediatamente aquí y no podrá ser, si sois tan buenos caballeros como pensamos, que no se marchen derrotados a menudo, ya que llegarán aquí cansados y fatigados y vosotros estaréis frescos y descansados.

Al oír las palabras de su padre hicieron plantar dos pabellones en el mismo lugar donde los encontrasteis y guardaron la fuente para combatir contra todos aquellos que llegaran a ella. Desde entonces no hubo caballero que no se marchara derrotado, por muy valeroso que fuera; vino mi señor Galván con tres compañeros de la Mesa Redonda y pidió combatir; derribó a Belyas el Negro, al que vos también derrotasteis. Pero tan pronto como Briadás montó, al que vos perseguisteis al castillo, se dirigió al campo, combatió contra mi señor Galván y lo derribó, así os lo aseguro, y después se enfrentó con los tres compañeros, a los que hizo vaciar los arzones. De esta forma derrotó a los cuatro, pero les devolvió los caballos en cuanto supo quiénes eran. Cuando los de esta tierra se enteraron de la hazaña que había realizado al derrotar a cuatro caballeros tan buenos, lo llamaron Briadás sin Dueño, porque no había encontrado a nadie que lo venciera, y después no le estuvo de más el nombre que le habían puesto, pues pensaba que nunca encontraría quien lo dominara, ya que había derrotado a mi señor Galván. Pero ahora vos lo habéis vencido y le habéis dado muerte por vuestro propio valor; es lástima que hayan muerto tan pronto, porque eran caballeros muy valientes y buenos.

—¿Cómo? ¿Han muerto?

—Por Dios, les causasteis tantas heridas que apenas desmontaron murieron entre las

manos de los que los sostenían.

Lanzarote dice que lo siente mucho, ya que eran valientes y buenos caballeros.

—Aún habéis hecho algo peor, pues habéis matado a su padre.

—Dime cómo.

—¿No os acordáis del caballero que os quería arrojar al pozo?

—Sí.

—Ese era Broadás, su padre.

—Por Dios, lo siento, pero ya que es así, no lo podemos arreglar y tenemos que soportarlo. Sin embargo, o me has mentido o me engañaron anoche cuando se me dijo que Belyas había derrotado a mi señor Galván.

—Por mi fe, señor, no lo hizo, sino que fue Briadás; pero como llevaba puestas las armas de Belyas, algunos dijeron que lo había hecho Belyas, pero no fue así.

Hablando de este modo cabalgaron hasta llegar al bosque. Allí se encuentran al caballero de la litera, aquel que iba buscando a Lanzarote. Al verlo venir lo reconoce sin dificultad y le grita de tan lejos como puede oírle:

—Noble caballero, tened compasión de mí, por Dios, y sacadme del gran sufrimiento en el que estoy. No tengáis en cuenta la gran felonía que os hice en el castillo pues no os conocía, por Dios.

Le tiende las manos y se echa hacia él como si fuera Nuestro Señor Dios. Cuando Lanzarote ve esto, siente una gran compasión y le perdona con mucho gusto lo que le había dicho; luego toma la flecha que llevaba en el muslo y se la arranca al punto. El caballero, al verse libre de la causa de su gran dolor, le dice:

—Ay, señor, sed bendecido por Dios, pues me habéis devuelto la vida; si tuviera médico sanaría ahora mismo, pues ya me habéis aliviado tanto que podré cabalgar en breve.

—Me agradecería que os curarais, pues me hicisteis todo tipo de honores en vuestra casa. Habéis tenido suerte esta vez: dad gracias a Nuestro Señor, pues ha sido más por su voluntad y por vuestros méritos que por ninguna virtud que yo tenga. Os podéis ir a vuestro alojamiento cuando queráis y decidle al rey Bandemagus que he encontrado a casi todos los compañeros de nuestra búsqueda, y que nos iremos esta misma semana a la corte del rey Arturo. Pero como no quiero que se quede cuando nos hayamos ido, le pido que venga tan pronto como pueda cabalgar y que haga lo posible para estar en la corte del rey Arturo el día de Pentecostés o antes, si puede.

El caballero le contesta que cumplirá su mensaje; se marcha muy deprisa por el camino que había venido. Lanzarote le dice al criado que iba cabalgando a su lado:

—Buen amigo, si podéis cabalgar a la Colina Prohibida para llevar un mensaje, os lo agradecería.

—Señor, no hay lugar en el mundo al que no fuera por vuestro amor, si puedo ir. ¿Pero qué voy a encontrar allí? Nadie puede ir si no es con el permiso del Caballero de

la Colina.

—No encontraréis a nadie que os lo impida, y por eso podéis ir tranquilo; cuando lleguéis, decidles a nuestros compañeros que no me esperen, pues voy directamente a la corte del rey Arturo y que me podrán encontrar allí el día de Pentecostés, pues estaré en dondequiera que se reúna la corte, si puedo llegar.

El criado se marcha inmediatamente y le dice que en breve los verá si puede, pues conoce bien el camino para ir a la Colina Prohibida; cabalga mientras dura el día y gran parte de la noche, hasta que se cansó y agotó: desmontó en el bosque y se acostó bajo una encina. Al despertarse, vuelve a montar y cabalga hasta que llega a la Colina Prohibida cuando el sol estaba saliendo. Los caballeros de la Colina ya se habían calzado y vestido y estaban decidiendo lo que iban a hacer, si esperarían a Lanzarote o si reemprenderían la búsqueda; hay varias respuestas, pues uno aconseja el seguir buscándolo, mientras que otros desean regresar a la corte porque ya tienen ganas de estar allí. Estaban junto a las ventanas de la torre, y cuando vieron llegar al criado que venía con tanta prisa pensaron que traía noticias, aunque no sabían cómo eran. Mi señor Galván dice delante de todos:

—Sin duda ese criado trae noticias de mi señor Lanzarote del Lago.

—En absoluto —contesta mi señor Yvain—, no creo que sea así.

Mientras tanto, el criado llega al patio y ata el caballo a un árbol; sube a la sala y saluda a los compañeros de la Mesa Redonda de parte de Lanzarote del Lago:

—Me envía a vos y os hace saber a través de mí que no lo esperéis, pues no vendrá ahora, sino que irá a la Corte y estará allí el día de Pentecostés, dondequiera que el rey la convoque. Por eso os dice que os podéis ir cuando queráis, pues desearía que llegarais a la corte el día fijado.

—Por Dios —dice mi señor Galván—, deseaba mucho tener y oír tales noticias, pues ya me apetecía ir a la corte porque hace mucho tiempo que no estoy en ella.

—Me parece —añade mi señor Yvain— que no podemos volver porque nuestra búsqueda no ha sido bien llevada a término todavía, ya que alguno de nuestros compañeros que se pusieron en marcha con nosotros no han sido encontrados, y sin ellos o sin noticias tuyas no podemos regresar a la corte como caballeros leales, y con motivo.

—Me sorprende lo que decís —contesta mi señor Galván—; mirad cuánto hace que nos marchamos de la corte; contad el tiempo pasado, según os he oído en otras ocasiones y veréis que hace más de tres años, según creo, que nos marchamos; cualquier búsqueda no dura más que un año y un día, y por esa razón os digo que podéis volver a la corte cuando queráis sin preocuparos. Aunque no fuéramos más de la mitad, y aquí estamos dieciséis, podríamos volver; y, por otra parte, Lanzarote es tan discreto y valiente, que no volvería si pensara que podría ser censurado por ello: aconsejo que volvamos a la corte.

Todos están de acuerdo. Entonces, mi señor Galván le pregunta al criado:

—Buen amigo, ¿dónde dejaste a mi señor Lanzarote?

—Señor, en el Bosque Peligroso, cerca de la Fuente de los Dos Sicómoros.

Cuando mi señor Galván oye hablar de la fuente, no duda de dónde está, pues se acuerda porque fue derribado en ella; le pregunta al criado si ha puesto fin a la aventura de la fuente:

—Sí, gracias a Dios, y ha dado muerte a los dos caballeros que la custodiaban, entró en el castillo y mató a Broadás, y realizó tales proezas que nadie podría creerlas; liberó a Mordret, vuestro hermano, que estaba prisionero allí; yo los dejé ayer por la tarde juntos en el Bosque Peligroso.

Cuando mi señor Galván oye que Lanzarote ha sacado a su hermano de la prisión siente mayor alegría que antes y dice que está dispuesto a marcharse, si los otros están de acuerdo. Todos aceptan, se preparan y toman las armas que pueden obtener; se marcharon sanos y salvos unos, y otros no bien curados de las heridas que habían recibido. En cualquier caso, se pusieron en camino para ir a la corte todos juntos. Llegado el momento de marcharse, le preguntaron a Boores qué haría con el castillo en el que habían vivido tanto tiempo.

—Por Dios, no lo sé.

Entonces se adelanta un escudero y le dice:

—Señor, os he servido durante más de un año y no me habéis dado nada todavía, aunque me habéis prometido favorecerme muchas veces. Ahora queréis marcharos al reino de Logres y quizá nunca regresaréis por aquí. Por eso, antes de que os vayáis, os ruego que me hagáis caballero con vuestra propia mano, porque pienso que valdré más el resto de mi vida y que me deis como recompensa este castillo, a condición de que lo tendréis por bien empleado si Dios me da salud.

—Boores —le dice mi señor Galván—, otorgadle lo que os pide. Ciertamente tiene buen aspecto para ser valiente si vive mucho tiempo.

Los demás compañeros se lo ruegan también; aunque no le hubieran suplicado, se lo habría dado con mucho gusto, y el criado lo agradece. Hacen que le den unas armas buenas, hermosas, las mejores que se podían encontrar allí, y lo arman con riqueza a la manera y costumbre de Gran Bretaña. Boores le entregó el castillo y lo hizo caballero y éste se convirtió en su vasallo, pues le había dado tierra que él antes no poseía. Comieron los compañeros con gran alegría y entre fiestas, y el caballero novel los sirvió lo mejor que pudo. Después de comer con abundancia lo que quisieron, pidieron las armas y se las llevaron. Se armaron a continuación y se marcharon de la Colina Prohibida a la hora de mediodía. Llegado el momento de separarse, mi señor Galván le preguntó al caballero novel cómo se llamaba y éste le dijo que lo llamaban Acille le Blonc.

Después de salir del castillo, los compañeros cabalgaron juntos, y al cabo de un

buen rato el caballero novel regresó. Los demás no se detienen hasta la hora de nona, en que encuentran un castillo bien abastecido de todo, por el que corría un río caudaloso e impetuoso; por el otro lado hay un bosque y por la otra parte los campos grandes en los que trabajan los de la tierra. Los compañeros miran los prados y ven carpinteros levantando palcos con mucha prisa. Mi señor Galván le dice a sus compañeros:

—Sabed que aquí va a haber un torneo mañana seguramente, y por eso levantan los palcos.

Mi señor Yvain le pregunta a un carpintero por qué estaban construyéndolos y éste le contesta que porque va a haber un torneo.

—¿Cuándo será? —pregunta mi señor Galván.

—Señor, dentro de tres días.

—¿No os lo había dicho?

—Sí, sin duda.

A continuación, los compañeros entran en el castillo pasando por un puente de madera. Dentro, pregunta mi señor Galván:

—Buenos señores, ¿queréis ver a Lanzarote y tenerlo a vuestra voluntad?

—Sí —le contestan—, si puede ser.

—Os lo mostraré pronto. Lanzarote no debe estar muy lejos de aquí y no tardará mucho en conocerse por la región la noticia del torneo, y sin duda no dejará de saber las noticias en el momento en que las oiga y sé que vendrá, si sólo tiene que detenerse aquí dos o tres días; por eso os aconsejaría que esperarais hasta el día del torneo, al que vendrá. Luego, nos iremos todos juntos a la corte del rey mi señor.

Entran en el castillo y dicen que lo esperarán hasta el día del torneo.

—Entonces estaría bien —dice Boores— que ninguno de nosotros se diera a conocer a los del castillo ni a ninguna otra gente, para que podamos acudir a la asamblea de forma tan callada que nadie sepa que pertenecemos a la casa del rey Arturo, pues si Lanzarote se entera de que estamos esperándole no vendrá; es el hombre que lleva a cabo sus asuntos de forma más secreta de todo el mundo.

Se ponen de acuerdo todos para decir que son del reino de Norgales.

Mira entonces mi señor Galván y ve delante de él a un niño muy hermoso y le pregunta que de dónde es; éste le contesta que del castillo.

—¿Y cómo se llama este castillo?

—Señor, lo llaman Penigue.

—¿Quién es el señor?

—Señor, un caballero joven que se llama Galehodín y que fue sobrino de mi señor Galahot, el señor de las Lejanas Islas, que en su vida fue el hombre más poderoso que se conocía en el mundo, salvo el rey Arturo.

Cuando mi señor Galván oye hablar de Galehodín, sabe quién es, pues muchas

veces lo había visto. Llama a sus compañeros y les dice:

—Señores, ¿cómo nos vamos a alojar? Si vamos a albergarnos al castillo, seremos reconocidos, pues estoy seguro de que a algunos nos ha visto en alguna ocasión; por eso sería mejor, creo, que nos alojáramos fuera del castillo, en casa de algún noble, y de esa forma podremos ocultarnos, y no de ninguna otra manera.

Le contestan que prefieren albergarse dentro a hacerlo fuera, pues estarán más a gusto en el castillo y encontrarán mejor lo que necesitan que fuera. Entonces, mi señor Galván le dice al criado:

—Buen amigo, ¿podrías indicarnos cuál es el mejor albergue de la ciudad?

—Señor, sí; os llevaré a él, si queréis.

—Muchas gracias; llevadnos, buen amigo.

El muchacho se va por la calle mayor hasta que sale de la ciudad, y se dirige a una colina pequeña donde un burgués había construido una rica morada, en la que bien podría descabalgarse un poderoso rey.

Cuando llegaron a la puerta del albergue hicieron que un escudero preguntara si podría darles alojamiento a dieciséis caballeros de tierras lejanas.

—Que entren —contesta el burgués—, que pasen tranquilamente, pues les daré el mejor alojamiento que pueda.

El escudero regresa junto a los compañeros y les da la noticia. Descabalgan todos y el huésped sale a su encuentro, viendo que son gente hermosa, que parecen nobles y eso hace que se alegre con su llegada; ordena que los sirvan y honren lo mejor posible. Después de desarmarse, el huésped manda que le entreguen a cada uno un hermoso manto rico, pues se habían quedado en pura camisa y el burgués era hombre rico y poderoso, bien abastecido de todo.

Aquella noche recibieron muy buen albergue y el huésped se esforzó mucho en servirles con toda riqueza. Por la noche, después de cenar, les preguntó de dónde eran y mi señor Galván, que fue el primero en contestar, dijo que eran del reino de Norgales, pobres caballeros; habían acudido al torneo a ver si la aventura les podía ayudar tanto como para conseguir alguna riqueza gracias a su valor, pues tenían gran necesidad como caballeros sin tierras que eran.

—Veo que parecéis tan valientes, que me gustaría que fuerais conocidos por el señor del castillo, que es tan noble y de tan alto corazón, aunque sea muchacho joven, que si lo tratarais un poco no creo que os pudierais marchar de aquí, pues tiene tanta generosidad y cortesía que todos os quedaríais sorprendidos, si lo conocierais.

—Buen señor —contesta mi señor Galván—, somos tan pobres que nunca trataremos a un hombre tan alto como él y por eso tenemos que ir en silencio, pues no podremos conocerlo si no es nuestro mérito el que nos lo presenta.

De esta forma contestó mi señor Galván a su huésped y le dijo tales palabras que éste no pensaría que fueran hombres tan importantes como eran. A pesar de todo, no

dejó de servirles en todo lo que pudo. Llegada la hora de acostarse, prepararon las camas por las habitaciones y se acostaron los compañeros, durmiendo hasta la mañana. El día siguiente por la mañana, cuando salió el sol, se levantaron los compañeros y fueron a oír misa a una ermita que había cerca de allí, fuera del castillo. Después, regresaron al castillo, pues ya era hora de comer. Iban a comer, cuando mi señor Galván se acercó a una ventana y miró a los caballeros que pasaban y volvían a pasar por la calle, y mientras estaba allí, escuchó y oyó por la parte del bosque que se elevaba un gran griterío. Se sobresalta, pues teme que haya una pelea y tiene miedo de que esté alguno de sus compañeros allí. Entonces le pregunta a Héctor:

—¿Creéis que alguno de nuestros compañeros estará allí?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque acabo de oír un tremendo griterío por la parte de la torre, que sin lugar a dudas se debe a algún enfrentamiento, y temo que alguno de nuestros compañeros esté allí.

—No hay nadie de los nuestros.

Mientras hablaba así, ven llegar calle abajo a Aglován, un caballero de la casa del rey Arturo, compañero de la búsqueda; iba completamente desarmado, salvo la espada que llevaba en el puño desnuda y tenía el brazo envuelto en el manto; montaba un gran caballo fuerte y estaba herido en la cabeza y en el hombro, completamente ensangrentado; su caballo no estaba tan sano que no tuviera por lo menos veinte heridas y que no hubiera sido alcanzado por dos o tres lanzas, de forma que cojeaba de la pata izquierda, aunque el que iba encima de él le agujaba con las agudas espuelas y le hacía ir muy deprisa a la fuerza. Tras él iban hasta cuarenta hombres bien armados que sólo deseaban darle muerte si podían alcanzarle.

Cuando mi señor Galván lo ve llegar en tan mal estado y siente una gran compasión; se lo muestra a Héctor:

—Mirad a uno de los compañeros de nuestra búsqueda; tendremos que ayudarle o morirá sin remedio, pues hay demasiada gente tras él.

Héctor mira a sus compañeros y les grita: «¡A las armas!». Al instante saltan los muchachos, unos a caballo y otros corren a las armas y se arman rápidamente, pues saben que se trata de algo que corre mucha prisa. Cuando ya están armados y montados a caballo, salen a la calle. Mi señor Galván le dice a Aglován:

—Señor caballero, entrad aquí, pues por mi cabeza os defenderemos contra todos, de tal forma que no recibiréis más daño.

Aglován se queda sorprendido, pero como le aseguran que le van a ayudar, entra por la puerta. Llegan entonces los que le perseguían e intentan entrar a la fuerza, pero mi señor Galván les grita que no pongan el pie allí o morirán todos, que estén seguros de ello. Al oír estas palabras, corren a mi señor Galván más de diez y le golpean con las lanzas con tanta fuerza que lo derriban al suelo a él y a su caballo. Le hubieran dado

muerte muy pronto si Héctor no hubiera acudido en su socorro delante de los demás compañeros: golpea al que estaba más cerca de él con tal violencia, que le hunde la lanza en medio del pecho y lo hace caer muerto al suelo.

Entonces se adelantan los demás compañeros, al ver que, ciertamente, ha empezado la pelea y corren contra los de fuera, que fácilmente eran ya setenta, todos ellos con cotas de malla y vestidos de hierro. Empieza la pelea dolorosa y cruel, pues querían entrar a la fuerza a prender a Aglován. Pero los que están repletos de valor lo defienden. Boores tenía la espada fuera y va matando y golpeando, mientras pica arriba y abajo y hace que huyan delante de él como si fueran animales salvajes; causa tal dolor y tal matanza en cada golpe que da, que derriba a uno tras otro y consigue que su espada sea más temida que las de los demás compañeros. Héctor se esfuerza como quien está lleno de gran valor. Los del castillo, al ver esto, hacen tocar la campana de la fortaleza principal y toman las armas, tanto los pobres como los ricos, acudiendo al combate y encontrando la calle alfombrada de hombres muertos: ven a los que impiden el paso con tanto valor que resulta admirable. Mi señor Galván había montado un caballo que Boores le dio porque el suyo había muerto en el combate y también lucha con vigor por su parte.

Duró tanto la pelea en medio de la ciudad, que los del castillo no pudieron resistir más, aunque ya eran más de cien y ellos sólo eran dieciséis; se dan a la fuga por la calle mayor, a pesar suyo y dejan allí más de sesenta compañeros muertos o tullidos en medio de la calle. No dejaron por esto de perseguirlos un buen rato, derribando los compañeros con frecuencia a los que huían. Al cabo de un rato, que han derribado y dado muerte a muchos, Boores les dice a sus compañeros:

—Señores, ya es hora de que regresemos, pues les hemos causado una gran vergüenza y afrenta, y hemos vengado bien la deshonra que le han causado a Aglován.

Entonces se vuelven los compañeros y regresan a su alojamiento, donde encuentran al huésped muy dolido y preocupado. Después de desarmarse, le dice mi señor Galván:

—Buen huésped, ¿qué os ocurre?

—Señor, me habéis causado la muerte y me habéis afrentado vos y vuestros compañeros, dando muerte a todos los hombres valientes de esta ciudad: no podré escapar sin morir, pues tan pronto como el señor del castillo regrese del bosque, a donde ha ido hoy, y conozca esta noticia, hará que nos maten a mí y a toda mi familia por el daño que le habéis causado. Vosotros, que sois de tierras lejanas, regresaréis a vuestros países, estoy seguro, y me dejaréis en el río, importándoos lo mismo que yo muera o que escape con vida. Por eso puedo decir que en mala hora vi vuestra llegada, aunque seáis caballeros buenos y valerosos, pues seré destruido por vuestra culpa, sin merecerlo.

—Buen huésped —le responde mi señor Galván—, no os preocupéis, por Dios, os prometo como caballero leal que no nos marcharemos de aquí por nada que ocurra

hasta que hayamos conseguido hacer las paces con el señor del lugar, de tal forma que no perderéis nada que valga más que una espuela.

—Buenos señores, decidme si queréis de qué tierras sois, pues bien reconozco por vuestra forma de hablar que no sois del reino de Norgales.

—Ciertamente, buen huésped, os lo diré y no os lo ocultaré más. Somos del reino de Logres, de la casa del rey Arturo y compañeros de la Mesa Redonda; hemos estado prisioneros cerca de aquí alrededor de medio año, pero gracias a Dios ya estamos libres; ahora vamos a nuestra tierra, donde mucha gente piensa que hemos muerto; la ventura nos ha traído aquí, donde hemos oído hablar del torneo que va a haber, y por eso tuvimos intención de quedarnos hasta que lo hubiéramos visto; pensamos que uno de nuestros compañeros participará y deseamos verlo. Para encontrarlo vinimos aquí, al castillo. Ya os he dicho quiénes somos yo y mis compañeros; no os preocupéis por nada de lo que habéis visto. Os aseguro que aquí hay tres hombres de tan alto linaje que aunque hubiéramos matado a la mitad de los moradores del castillo, Galehodín nos lo perdonaría por afecto a ellos.

Cuando el huésped oye estas palabras se queda más tranquilo que antes y siente no conocerlos a todos, pues piensa que deben ser hombres muy valientes y poderosos, pero no se atreve a preguntarles cómo se llaman para que no se lo tomen por villanía. Se dirigen luego adonde está Aglován y encuentran que ya le habían vendado las heridas para que no sangrara demasiado. Se quitan el yelmo y cuando Aglován los reconoce siente una gran alegría y se le va el dolor de las heridas que tiene; los besa a uno tras otro y llora de alegría y lástima, diciendo:

—Buenos señores, ¿quién os trajo aquí? Por mi fe, si no me hubierais ayudado tan pronto creo que me habrían dado la muerte, pues estaban armados y yo desarmado. Pero gracias a Dios me habéis salvado con vuestro mérito y me habéis vengado tan bien que no habrá día que no lo recuerden los de este país.

Luego se sentaron a la mesa, alegres y contentos por la aventura que habían tenido; se regocijan y divierten entre todos. Después de comer le preguntaron a Aglován qué aventura lo había llevado allí.

—Por mi fe, os lo voy a decir. Hace mucho tiempo que no dejaba de buscaros; apenas hace ocho días, iba cabalgando por esta tierra y me alojé en casa de un caballero, donde el rey Bandemagus estaba enfermo por las heridas que había recibido. Después de hablar un buen rato juntos de unos y otros, el rey Bandemagus me dijo que viniera hacia acá y que encontraría pronto a mi señor Lanzarote, pues la víspera se había ido de su lado. Cuando me dijo esto, me vine a este castillo, pensando tener noticias suyas y verlo en el torneo. Esta mañana, yo estaba alojado en la fortaleza de ahí arriba con los demás caballeros; uno de éstos, pariente del señor del castillo, me odiaba con odio mortal porque le había dado muerte a un hermano suyo; me encontró y me sorprendió cuando yo estaba desarmado, hiriéndome de la forma que podéis ver; sin

lugar a dudas me hubiera dado la muerte, porque todos sus compañeros me perseguían armados, pero conseguí huir hacia aquí. He tenido la fortuna, por la voluntad de Dios, de que me hayáis rescatado de la muerte, pues hubiera muerto si Dios no os hubiera traído a esta parte.

—Decidme, Aglován —le pregunta mi señor Galván—, ¿creéis que el rey Bandemagus se puede curar de las heridas que tiene?

—Sí. Me dijo que podría cabalgar en breve.

—Por Dios —añade Boores—, hemos tenido mucha suerte, pues ya hemos encontrado a todos los compañeros de nuestra búsqueda, con lo cual podremos regresar tranquilamente a la corte cuando deseéis, con mi señor Lanzarote o sin él.

Entonces dicen todos los compañeros que se irán después de la asamblea, «pues si no encontramos aquí a mi señor Lanzarote lo encontraremos en la corte»; dicen, además, que irán por donde está el rey Bandemagus enfermo, y si se encuentra curado, lo llevarán con ellos a la corte en una litera, antes que dejarlo en unas tierras lejanas.

Aquel día hablaron los compañeros de muchas cosas, hasta que se hizo después de la hora de nona. Entonces se les acercó el huésped y les dijo:

—Buenos señores, tenéis que armaros rápidamente, pues pronto veréis que todo el mundo se reúne y que llega tanta gente que será algo extraordinario, pues mi señor Galehodín, el señor del castillo, ya ha vuelto del bosque; le han contado todo lo que habéis hecho y está apesadumbrado y enfadado, y está dispuesto a vengar la vergüenza que le habéis hecho matándole a sus vasallos. Los compañeros se arman rápidamente y hacen que les lleven al patio los caballos; montan de inmediato y sin esperar más; desean salir de allí, pero mi señor Galván les dice que no salga nadie, «pues pienso conseguir la paz con el señor de esta ciudad, de tal forma que no creo que nunca haya tenido tan gran alegría con la llegada de alguien como la tendrá con la vuestra, tan pronto como os conozca». Se detienen entonces los compañeros y esperan en medio del patio, con los yelmos atados y los caballos cubiertos de hierro.

Después de esperar un buen rato de tal forma, no tardó mucho mi señor Galván en ver llegar por la calle a Galehodín con gran abundancia de hombres armados a caballo y a pie; delante de todos ellos venía un caballero armado, que montaba un gran caballo. Cuando mi señor Galván ve llegar al caballero piensa que es Galehodín, pues sabía que era uno de los mayores caballeros del mundo; los demás se quedan quietos a la entrada de la puerta. Cuando ya están cerca, Galehodín hace que se detengan en medio de la calle, pues desea saber quiénes son los caballeros antes de continuar. Se dirige a mi señor Galván y le dice:

—Señor caballero, no os saludo porque no sé si sois de los que han matado a mis hombres en mi propio castillo. Ciertamente, nunca se causó tan gran afrenta a un príncipe de la tierra.

—Señor, esperad a que haya hablado con vos, por favor.

—Con mucho gusto, decid lo que queráis.

—Os digo que somos caballeros andantes de lejanas tierras; habíamos venido al torneo que habíais convocado en esta región; hoy, alrededor de la hora de prima, estábamos asomados a las ventanas y vimos que uno de nuestros compañeros huía de más de sesenta de vuestros hombres, que lo perseguían para darle muerte; nuestro compañero iba desarmado, lleno de heridas y cortes. Al verlo, sentimos una gran compasión y temimos que lo mataran; bajamos y corrimos en su ayuda tan pronto como pudimos, ya que él estaba solo y los que lo perseguían eran demasiados. Entonces nos atacaron y nos defendimos lo mejor que pudimos: matamos a varios, herimos a otros y obramos de tal forma, gracias a Dios, que nos vimos libres con algún esfuerzo. Si hay en este lugar alguien que se atreva a desmentir o a demostrar que tenemos culpa de lo ocurrido, estoy dispuesto a defenderlo con escudo y con palo en mi nombre y en el de mis compañeros, que ninguno ha cometido ninguna mala acción hacia vos, y que no se debe tener en cuenta.

Cuando Galehodín oye estas palabras piensa que es alguien muy noble el que habla de tal forma; le pregunta quién es y cómo se llama.

—Señor, nunca oculté mi nombre por miedo a hombre o a mujer, y tampoco lo haré por vos. Me llamo Galván, hijo del rey Loth de Orcania, sobrino del rey Arturo, de quien somos vasallos todos nosotros. Todos estos caballeros pertenecen a la casa de mi tío y son compañeros de la Mesa Redonda; todos son valientes y buenos caballeros. Tened por seguro que los del castillo no podrían resistir hasta la noche si tuviéramos que combatir contra ellos.

Cuando Galehodín oye que es mi señor Galván, arroja de inmediato el escudo y la lanza al suelo, se quita el yelmo de la cabeza con rapidez y corre a él con los brazos abiertos diciéndole:

—Señor, por Dios, no os pese si he obrado mal contra vos; no lo haría de ninguna forma si hubiera pensado que erais vos: os ruego por Dios y por vuestro amor que me lo perdonéis, del mismo modo que os perdono a vos y a vuestros compañeros todo el mal que habéis causado a mis hombres matándomelos.

Al oír la gran generosidad y el afecto que Galehodín le muestra, mi señor Galván se quita el yelmo de la cabeza y le entrega la espada diciéndole:

—Señor, os hemos causado mayor daño que vos a nosotros y por eso me parece que os debemos recompensar y lo haremos con mucho gusto, como vasallos vuestros. Los nobles de la corte de mi tío dirán qué os debemos a cambio.

—Señor, ya pensaremos en la recompensa, pero, por Dios, decidme si mi señor Lanzarote del Lago está en vuestra compañía.

—No, pero está en esta tierra y por eso esperaremos aquí, pues pensamos que vendrá al torneo.

—Por mi fe, porque había oído decir que estaba en esta tierra y que vendría en

busca de aventuras, hice convocar el torneo para dentro de tres días, que tendrá lugar aquí mismo.

Galehodín vuelve junto a sus hombres y hace que se retiren todos; los censura y crítica diciéndoles:

—Marchaos de aquí, mala gente villana. Poco ha faltado para que me afrentarais, pues si les hubierais dado muerte a estos valientes que hay aquí yo habría perdido mis tierras para el resto de mi vida y vos habríais sido destruidos. Habéis tenido suerte, más de la que pensáis, porque los he reconocido.

Retroceden apenas se lo ordena; recogen a sus amigos y parientes que yacen muertos en medio de la calle y se los llevan a las casas, donde los entierran maldiciendo la hora en que aquel día amaneció, ya que les ha causado tales desgracias, pues han recibido un dolor por el que nunca más volverán a sentir alegría. Galehodín regresa a su alojamiento, descabalga y se hace desarmar rápidamente junto a toda su mesnada que con él había vuelto; toma a veinte de sus caballeros, de los más valientes de la corte, hace que se vistan y se dispongan con elegancia y riqueza; él mismo se atavía como alto varón; de tal manera va a ver a los compañeros de la Mesa Redonda, dispuesto a honrarles en todo lo que pueda, a departir con ellos y a mostrarles su buena voluntad.

Cuando llega al albergue estaban todos los compañeros desarmados y vestidos con riqueza, pues su huésped, que era hombre de gran valía, se esforzaba en servirles en todo lo posible. Cuando vieron llegar a Galehodín, salieron a su encuentro corriendo, mostrándole una gran alegría; él les dice:

—Por vuestro amor, os ruego, para que a partir de ahora sea amigo vuestro, que me concedáis el don que os voy a pedir, que no os perjudicará en nada.

Le contestan que aunque les pesara se lo otorgarían, ya que se lo pedía.

—Muchas gracias. Os ruego que dejéis este albergue y que vengáis a alojarnos conmigo.

Los compañeros le contestan que lo harán con mucho gusto, ya que así lo desea:

—Pero si nos lo rogara cualquier otro no lo haríamos pues nuestro huésped es hombre muy valioso y cortés.

—Ya que lo alabáis tanto, le concedo, en recompensa por el servicio que ha hecho, este castillo para él y sus herederos el resto de su vida, y lo haré caballero en Pentecostés.

Cuando el huésped oye estas palabras se pone muy contento y se le echa a los pies; el señor le entrega el don que le había otorgado y hace que los compañeros monten, llevándoselos a su fortaleza; les dio buen alojamiento aquella noche y les proporcionó todo lo que pudo, de modo que se quedaron sorprendidos por el gran honor que les mostraba.

Pero ahora deja la historia de hablar de ellos y vuelve a Lanzarote y a Mordret.

CLXVII

Cuenta ahora la historia que cuando el criado que fue enviado a la Colina Prohibida se separó de Lanzarote, éste y Mordret cabalgaron hasta que llegó la noche por el bosque que era grande y admirable. Cuando la luna salió, llegaron a una pequeña colina y miraron delante de ellos y vieron que se acercaba el ciervo blanco y los seis leones que lo custodiaban; pasaron los animales delante de los dos caballeros sin causarles ningún daño y entraron en la espesura del bosque. Cuando los dos compañeros no pudieron verlos más, Lanzarote habló primero y le dijo a Mordret:

—Por Dios, ésta es la aventura más extraordinaria que he visto, y que Dios no me vuelva a ayudar si no voy a saber a dónde se dirigen los leones; podéis creerme.

—Por Dios, no hace mucho tiempo los vi y los hubiera seguido, pero iba tras un caballero que llevaba a un enano al que yo tenía que acompañar; por favor, estoy dispuesto a acompañaros, si queréis.

—Vayamos, pues.

Van tras los leones lo más deprisa que pueden, hasta que llegan a unas espesas brozas. Iban a atravesarlas, pero les salen por los lados dos caballeros: uno sorprende a Lanzarote de través, que no de frente, y lo derriba bajo el vientre del caballo, golpeando con el yelmo en el suelo. El otro alcanza a Mordret con tanta fuerza, que lo hace caer bajo una encina. Toman los caballos y se van rápidamente, dejando a Lanzarote y a Mordret a pie, tan sorprendidos que no saben qué hacer. Pero Mordret no se alegra, ya que siente más dolor que Lanzarote, más por Lanzarote que por sí mismo; dice que preferiría haber sido alcanzado en el cuerpo a que aquello les hubiera ocurrido. Lanzarote no hace más que reírse y le dice a Mordret entre risas:

—Por mi fe, de mala forma me habéis ayudado a defender mi caballo, que ése se lleva delante de nosotros.

—Por Dios, no creería que no nos hubieran encantado, pues nunca hubo dos caballos que fueran conseguidos con tanta facilidad como los nuestros: no hay nadie en el mundo que al oír hablar de esta aventura crea que es como ha ocurrido.

—Por Dios, no estamos encantados, pero nuestra maldad ha sido la que nos ha quitado los caballos: tendremos que buscar otros, pues éstos no nos volverán a servir; lo siento más por el camino que seguíamos, que ha quedado abandonado, que por otra cosa, pues con mucho gusto hubiera conocido la verdad acerca de los ciervos y los leones.

Mientras hablaban así llega un enano montado en un pobre rocín; cuando ya estaba cerca de ellos les dice:

—Dios salve a los valientes caballeros que van a pie por medio del Bosque Extraño, como si fueran muchachos. Ciertamente sois muy corteses al haber dado vuestros

caballos para ir a pie. Maldito sea quien os hizo caballeros de la Mesa Redonda, pues, por Dios, sois poco dignos, ya que dos caballeros os pueden quitar con toda facilidad vuestros caballos.

—Se los dimos —contesta Lanzarote— con la esperanza de que tú nos darías el tuyo, que es grande y fuerte y podrá llevarlos con facilidad.

—Ciertamente querría que tuvierais tantas ganas de montar en él como yo de prestároslo. Por Dios, montaréis, pero lo haré más por vuestra vergüenza que en honor vuestro, pues después no tendréis honor, cuando hayáis montado en semejante rocín.

—Por Dios —le contesta Mordret—, dinos dónde están nuestros caballos, si lo sabes.

—Si cada uno de vosotros me concediera un don os diría dónde podríais encontrar tanto a vuestros caballos como a los que se los llevaron.

—Por mi fe —le dice Lanzarote—, si me pides un don que yo te pueda y te deba dar, te lo otorgo desde este mismo momento.

—Yo también —le contesta Mordret.

—No os pido más: seguidme.

Regresaron por el camino por el que habían venido, hasta que llegaron a un valle en el que había cuatro pabellones. El enano les señala los pabellones y les dice:

—Ahí encontraréis vuestros caballos y a los que los tienen.

Avanzan hasta allí y ven los pabellones; en el primero encuentran a dos caballeros y dos doncellas que estaban comiendo a la mesa; delante, a la entrada, estaban los dos caballos sujetos por los frenos.

Al ver los dos caballos sujetos se ponen más contentos que antes; entran en el pabellón. Lanzarote toma la palabra y dice a los caballeros:

—Buenos señores, nos habéis quitado los caballos de forma tan repentina que no nos pudimos poner en guardia antes de que nos hubierais derribado. Os los trajisteis sin razón y nosotros nos los llevaremos de forma justa; os tendremos por buenos caballeros si los podéis conseguir de nuevo.

—Por Dios —contesta uno de ellos—, si os los lleváis creo que los entregaréis después a pesar vuestro.

Mordret saca la espada al punto y le dice que en mala hora ha pronunciado tales palabras; se dirige a él dispuesto a golpearle con la espada en la cabeza, pero Lanzarote lo sujeta y le dice:

—Retiraos, por Dios; yendo en mi compañía no lo tocaréis mientras esté desarmado; cuando se arme no me importará mucho que le atacéis a mi lado o con cualquier otro. Buen señor —le dice Lanzarote al caballero—, si creéis que os causamos alguna injusticia o sinrazón, obrad según la justicia cuando podáis.

Los dos caballeros contestan que lo harán antes de lo que piensa.

Ellos dos regresan a sus caballos y montan. El enano se dirige a ellos diciéndoles:

—Buenos señores, ahora os recuerdo que cada uno de vosotros me debe un don.

Le responden que es cierto y que lo cumplirán cuando se lo pida. Lanzarote le pregunta que dónde podrán alojarse.

—Por Dios, no lo sé, pues la noche ya está muy avanzada y no hay casa ni refugio a menos de siete leguas, a no ser una ermita que está a una legua de aquí.

—Llévanos hasta allí.

El enano le dice que lo hará. Lanzarote se retira y el enano los lleva hasta que llegan a la ermita; golpean la puerta y llaman hasta que el ermitaño les abre y pregunta quiénes son; ellos contestan que son caballeros andantes que desearían «que les dierais alojamiento, pues es tan tarde que no sabemos a dónde dirigirnos». El ermitaño les responde que con mucho gusto los albergará lo mejor que pueda.

Descabalgan los dos compañeros, y después de meter los caballos en la casa del ermitaño, que no era muy grande, entran y se desarman allí también. El enano los encomienda a Dios y les dice que se marcha.

—¿A dónde vas a ir? —le pregunta Lanzarote—. Es tan tarde.

—No tengáis miedo por eso —le contesta el enano—, pues encontraré buen alojamiento.

Los encomienda a Dios y se marcha, yendo por el bosque a la luz de la luna. Los que quedaron en casa del ermitaño se ocuparon de acomodar a los caballos y les dieron abundante hierba. El ermitaño les dio a los dos amigos pan y agua, pues no tenía ninguna otra cosa. Ellos, que habían ayunado durante todo el día y estaban cansados, lo tomaron con gusto.

—Señor —le dice Lanzarote al ermitaño—, explicadme una aventura que nos ha ocurrido hoy, si podéis.

—¿Qué fue?

—Señor, vi pasar delante de mí un ciervo más blanco que la nieve, que llevaba alrededor de su cuello una cadena de oro e iba acompañado por seis leones que lo seguían con tanto afecto como si fuera un relicario.

—Señor, ¿visteis al ciervo blanco?

—Sí, tenedlo por seguro.

—Sabed que es una de las mayores maravillas que habéis visto y no es cosa que podáis llevar a término ni vos ni ningún otro hombre más que el buen caballero que sobrepasará a todos los demás en virtud y en valor. Ese será el que lleve a término la aventura de los leones y del ciervo y hará saber al mundo de qué manera los leones se ocuparon de guardar al ciervo: tened por seguro que no ha sido encantamiento, ni oscura obra del diablo, sino extraordinario milagro que ocurrió antaño por la voluntad de Nuestro Señor.

—Señor, ya que no podemos saberlo ni por vos ni por nadie, más que por el buen caballero al que Dios le dará tal honor, no os obligaré a que me lo contéis, pues creo que sería esfuerzo vano. Decidme una cosa que os voy a preguntar, pues sé que

conocéis más cosas de este bosque que ningún otro hombre que viva en él y por eso os lo pregunto a vos con toda tranquilidad.

—No hace mucho —continúa Lanzarote— que yo iba cabalgando cerca de aquí y vi en un pabellón entreabierto a un caballero con el que tuve que combatir, a mi pesar; me enfrenté con él y lo maté. Entonces salieron de los pabellones hasta doce doncellas, que me dijeron que había obrado muy mal matándolo, «pues es un rico rey poderoso y uno de los valientes hombres del mundo». No quisieron decirme nada más y se marcharon con el cadáver, de modo que después no supe por dónde habían ido, aunque me dijeron que se vengarían y que yo recibiría la muerte y sería matado. Por eso me gustaría saber quién era, no porque tenga miedo, sino por saber si era hombre tan importante como me dijeron.

—Por Dios —contesta el santo ermitaño—, al decir que era rey no mintieron, pues era rey sin lugar a dudas, había nacido en una tierra que se llama la Marca de Escocia. Pero os aseguro que era el hombre más traidor y más desleal del mundo; hace dos días que colgó a su padre, que era hombre de gran valía, de una encina del bosque, y ésa fue la mayor crueldad que ha cometido un caballero contra su padre. Habéis tenido suerte matándolo, pues todos los de esta tierra os bendicen y os bendecirán el resto de vuestra vida por ello, desde el momento en que sepan que los habéis vengado. Aunque no hubierais hecho en vuestra vida otro bien ni hubierais dado más limosna que ésta, Dios Nuestro Señor os debería perdonar por todos vuestros pecados, al haber matado a ese diablo, porque a partir de ahora estarán en paz los de esta tierra y de muchas otras tierras que sufrían y padecían pobreza por su felonía.

—¿Sabéis cómo se llamaba?

—Cuando era niño pequeño lo llamaban Marlán el Simple; cuando se hizo rey era tan traidor que todos lo llamaban Marlán el Maldito, y luego no perdió este nombre.

—Entonces no me importa haberlo matado, ya que era tan desleal como decís. Por mi cabeza, me pesaba mucho porque creía que tenía otras virtudes.

Después de cenar, los caballeros fueron a acostarse y lo hicieron sobre abundante hierba verde que el ermitaño había llevado del bosque para hacerles de cama. Por la mañana, después de que oyeron la misa al mismo ermitaño, se armaron y montaron a caballo, encomendando al santo hombre a Dios, y volvieron a entrar en el bosque, siguiendo el camino. Ese día hizo mucho calor, pues ya había entrado y pasado medio mes de mayo. Los compañeros cabalgan y llegan a mediodía a un valle en el que manaba una fuente bajo un pino. Contemplan la fuente y la ven tan hermosa y clara que les entran ganas de beber; descabalaron los dos y bebieron cuanto les apeteció; luego se detuvieron a la sombra del pino y descansaron. Entonces, Lanzarote dice que comería con gusto.

—Por Dios —le contesta Mordret—, también yo lo haría, pero no tenemos qué comer.

Se quitan los yelmos para refrescarse y Lanzarote mira a Mordret y ve que sonrío y le pregunta por qué lo hace:

—No veo ningún motivo por el que debáis sonreír.

—Por mi fe, os diré por qué me he reído. Estaba acordándome de los dos caballeros que anoche se nos llevaron los caballos, sorprendiéndonos tan rápidamente que no pudimos mirar antes de que nos hubieran derribado, y después recuperamos los caballos con tanta facilidad que no tuvimos ni que combatir. Por mi fe, nunca oí contar una aventura semejante.

Mientras hablaban así, miraron hacia la colina y ven dos caballeros armados que vienen hacia ellos al trote.

—No me volváis a creer —dice Lanzarote— si no son éstos los dos caballeros que anoche nos derribaron y que piensan quitarnos fácilmente los caballos; si puedo, no se llevarán nada, como hicieron anoche, pues encontrarán más resistencia que la de ayer.

Mordret iba a atarse el yelmo, pero Lanzarote le dice:

—¿Qué hacéis, señor? ¿Os vais a armar por dos caballeros estando yo con vos? Mala hora me venga si no os libro de ellos ahora mismo y os devuelvo sus caballos como ellos tuvieron los nuestros. Por atarme el yelmo nadie me tendrá por malvado.

Se pone el yelmo en la cabeza. Mordret se ata el suyo, monta a caballo y toma la lanza, picando espuelas contra el primero que llega, golpeándolo con tal violencia que lo derriba al suelo por encima de la grupa del caballo; el pico del yelmo choca contra la tierra y el caballero queda herido al caerse, desmayándose por el dolor que siente, ya que golpeó con tal fuerza que por poco no se le partió la caña del cuello. Mordret toma el caballo por las riendas y se lo lleva a Lanzarote, diciéndole:

—Señor, tomad éste a cambio del vuestro que se os llevaron ayer.

Luego se dirige contra el otro que llegaba picando espuelas tan rápidamente como podía su caballo y golpea a Mordret por encima del filo del escudo, rompiendo en pedazos la lanza. Mordret, que le alcanza por bajo, por encima del arzón de la silla, lo golpea con tal dureza que le atraviesa el escudo y la cota de malla y le mete en el cuerpo la punta de la lanza, derribándolo al suelo tan malherido que ya no necesita médico. Toma el caballo por el freno y se lo entrega a Lanzarote, diciéndole:

—Señor, ya tenéis dos a cambio de los nuestros que se nos llevaron anoche. Haced con ellos lo que queráis.

—Hacedlo vos, Mordret, que los habéis ganado. Por mi cabeza, es ésta una de las proezas mayores que he visto hacer a cualquier caballero de vuestra edad: mi señor Galván bien puede decir que no habéis faltado al linaje; bien le parecéis en el valor.

Mordret se calla cuando Lanzarote lo alaba y luego le pregunta qué va a hacer con los caballos.

—Quitadles el freno —le contesta Lanzarote— y dejadlos ir por donde deseen, pues no quiero que vuelvan a hacerle ningún servicio a estos caballeros.

Mordret lo hace tal como le ordena y golpea a los caballos con los frenos y éstos se escapan por el bosque.

Luego, los dos compañeros cabalgan muy deprisa hasta el atardecer, en que se alojaron en casa de un vasallo que les hizo honores en todo lo que pudo cuando supo que eran compañeros de la Mesa Redonda. Después de cenar, el señor los llevó para que se entretuvieran en un prado; se sentaron y les preguntó que a dónde iban.

—Señor —contesta Lanzarote—, a la corte del rey Arturo, pues hace tanto tiempo que no hemos estado allí, que nos gustaría estar: hacia la corte nos tira el corazón más que hacia ningún otro sitio.

—¿Cómo, no vais a estar mañana en el torneo que tendrá lugar delante del Castillo de Penigue, al que acudirán todos los reyes, condes y altos hombres de esta tierra y de otras tierras?

—¿De qué torneo habláis?

—De un torneo que tendrá lugar mañana delante del Castillo de Penigue, que está a menos de dos leguas de aquí; vos sois, según me parece, valiente y buen caballero: será una lástima si no participáis, pues los torneos no deben ser evitados por los caballeros si pueden llegar a ellos a tiempo.

Mordret no dice nada, pues esperaba que Lanzarote hablara primero porque era más valiente y mejor caballero.

Cuando Lanzarote oye hablar del torneo se acuerda del de Camalot que habían convocado para verlo cuando él realizó las hermosas acciones delante de su señora la reina, que fue cuando vio a la dama más hermosa del mundo. Al oír hablar del torneo dice que irá y se queda pensativo; se siente a disgusto cuando piensa y pierde el color, y poco falta para que el corazón no se le parta; las lágrimas le llegan a los ojos y los que están con él se dan cuenta. Luego se pone en pie tan perturbado que no sabe qué hacer: piensa en lo que su corazón le ordena y nadie puede sacarle ni una sola palabra. El huésped, que había visto muchas cosas y que era joven atrevido en su juventud, se dio cuenta de lo que le ocurría a Lanzarote apenas lo vio: está seguro de que su pensamiento se debe a una dama o a una doncella, aunque no sabe a quién.

Cuando las camas estuvieron preparadas, fueron a acostarse los dos caballeros en sendas habitaciones. Lanzarote se acostó y entonces fue a verlo el huésped para preguntarle cómo se encontraba.

—Señor, bien, gracias a Dios; os ruego que si tenéis otro escudo me lo prestéis mañana, porque de ninguna forma querría llevar el mío, ya que no me gustaría ser reconocido, pues alguien podría ver el escudo que he traído aquí y sabría de inmediato quién soy.

—Señor, tengo uno más rojo que la sangre y que os podéis llevar si queréis.

Lanzarote le contesta que lo cogerá.

—Os ruego que por amor y cortesía me permitáis ir con vos. Tengo cuatro hijos que

os llevarán tantas lanzas como podáis romper.

Le contesta que le parece bien que vayan, ya que así lo desea.

Después, el huésped se marcha y va a ver a Mordret; le pregunta si mañana deseará llevar armas en el torneo y le contesta que participará si su compañero desea ir.

—Por mi fe, sé que irá.

—Entonces también yo iré.

—Os ruego que me digáis quién sois y cómo os llamáis y que me deis a conocer a vuestro compañero, pues es tan valiente que deseo mucho saber quién es.

—Señor, no os mentiré: yo soy sobrino del rey Arturo, hermano de mi señor Galván, y me llamo Mordret; mi compañero se llama Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benoic. Tened por seguro que es el mejor caballero del mundo y el de mayores cualidades, el más hermoso que habréis visto y es de tan alto linaje como quien procede de reyes y reinas, desde que la Cristiandad llegó a estas tierras.

—Por Dios, si hubiera sabido que era Lanzarote del Lago le habría servido y honrado más de lo que he hecho, pues he oído muchas veces decir que Lanzarote del Lago es el mejor caballero del mundo; por Dios, que no pensaba que fuera él.

Deja a Mordret y va a sus hijos y les dice:

—Señores hijos, mañana tendréis que ser muy valientes, pues tenéis aquí al mejor caballero del mundo, al que serviréis mañana llevándole las lanzas en el torneo que tendrá lugar delante del Castillo de Penigue.

Los hijos le contestan que harán todo lo que puedan para servirle según su voluntad; luego se van a acostar todos. Por la mañana, antes de que apareciera el día, se levantó el huésped y envió por delante una carreta de lanzas al Castillo de Penigue, indicando el lugar donde debían esperar; después se dirige a sus hijos y les hace montar en rocines grandes y fuertes, capaces de resistir cualquier esfuerzo si tienen que hacerlo.

Lanzarote, que había dormido y descansado poco por la noche, pensando más en su señora la reina y en el torneo que en otra cosa, se levantó muy temprano y salió de la habitación. Lo saludan todos y le dicen que Dios le dé buen día. Él devuelve el saludo y le dice a su huésped:

—Buen huésped, ¿hay cerca de aquí una capilla o un monasterio en donde podamos oír misa antes de ir al torneo?

—Señor, sí; cerca de aquí hay una ermita en la que podremos oír misa según creo.

—Haced que ensillen nuestros caballos.

Los servidores cumplen su orden; luego ellos toman los caballos, montan y cabalgan hasta llegar a unas brozas espesas, en donde hay una tumba muy rica; delante de la tumba había un hombre vestido con ropa blanca que parecía religioso y que estaba arrodillado diciendo sus oraciones y sus plegarias; es tan viejo y de tan avanzada edad, que todos los que lo ven dicen que nunca oyeron hablar de nadie tan viejo, pero a pesar de todo todavía era muy fuerte para su edad.

Al ver a los caballeros que se han detenido a contemplarlo, se pone en pie con más agilidad de lo que pensarían que podría hacerlo; les pregunta quiénes son y ellos le dicen la verdad, pues no desean burlarse y le dan sus nombres los dos.

—Por mi cabeza, bien podéis decir que os habéis juntado aquí dos de los caballeros más desgraciados que conozco y os diré por qué.

Entonces le dice al vasallo y a su escudero que se retiren un poco y éstos cumplen de inmediato su orden. Luego le dice a Mordret:

—¿Sabes por qué he dicho que eres uno de los caballeros más desgraciados del mundo? Lo he dicho porque causarás mayor daño que nadie en el mundo, pues por ti será llevada a la destrucción la gran fama de la Mesa Redonda y por ti morirá el hombre más valioso que conozco, que es tu padre. Tú morirás por su mano y así el padre morirá por el hijo y el hijo por el padre. Entonces se convertirá en nada toda tu parentela, que ahora es la que domina el mundo: te puedes odiar mucho, ya que tantos hombres valientes morirán por tus obras.

Al oír estas palabras, Mordret, muy avergonzado, dice:

—Señor, decid vuestra voluntad, pero es imposible que mate a mi padre, pues mi padre hace mucho tiempo que está muerto. Al decir que lo mataré no se debe creer nada de lo que digáis, pues habéis mentido claramente en lo que habéis dicho de mi padre.

—¿Cómo? ¿Dices que tu padre ha muerto?

—Sí.

—¿Crees que el rey Loth de Orcania te engendró como a tus otros hermanos?

Mordret le contesta que el rey Loth de Orcania lo engendró, ciertamente.

—En verdad no lo hizo; te engendró otro rey que vale más que él y que ha hecho más en todo que el que tú tienes por tu padre. La noche que te engendró le pareció ver en sueños que de él salía una serpiente que le quemaba toda la tierra y le mataba a todos sus hombres. Después de matarle a todo su pueblo y devastarle su tierra, le atacaba e intentaba devorarlo, pero se defendía de forma que le daba muerte a la serpiente; a pesar de todo, había quedado envenenado de tal modo que tenía que morir. Tal fue el sueño que tuvo mientras dormía. Para que me creas mejor, en el Monasterio de San Esteban de Camalot encontrarás una serpiente que tu padre hizo pintar allí para recordar siempre el sueño. ¿Y sabes quién es la serpiente que tu padre vio en su sueño? Eres tú sin lugar a dudas, que eres hombre despiadado y mezquino, pues del mismo modo que la serpiente es dulce al principio según sus deseos, así eres tú; al comienzo de tu vida como caballero no has sido demasiado traidor, sino que has sido bueno y piadoso, pero a partir de ahora serás como una serpiente y sólo causarás daño y matarás a todos los hombres que puedas. ¿Qué más te puedo decir? Causarás más daño en un solo día de tu vida que toda tu familia en el resto de sus días. Yo mismo, que soy tan viejo que no debería morir por las armas, padeceré tu crueldad,

pues me causarás la muerte con tu propia mano, como ciertamente sé.

—Por Dios, viejo, nos habéis mentido en algunas cosas y habéis dicho verdad en otras, pues en lo que decís de que moriréis por mi mano no habéis mentido, ya que ahora mismo vais a morir: habréis sido adivino de algo.

—Por Dios, espera hasta que haya hablado con Lanzarote, y después haz tu voluntad.

—Que Dios no me vuelva a ayudar si mentís más a mí o a otro.

Entonces, Mordret desenvaina la espada y lo golpea con tanta fuerza que le hace volar la cabeza, cayendo el cuerpo tendido, y no se mueve.

—Mordret —le dice Lanzarote—, habéis obrado mal y habéis cometido pecado mortal, matando sin razón a ese santo ermitaño. Por Dios, no obtendréis ningún bien con ello, sino afrentas y deshonras.

—¿Acaso no habéis oído las endiabladas palabras que me decía? Que Dios me ayude, siento mucho no haberlo matado hace tiempo.

Mira Lanzarote y ve que el ermitaño tenía una carta en la mano. Desmonta del caballo y se la coge con tanta habilidad que Mordret no se da cuenta; se la esconde bajo el manto, pues no desea que nadie más que él vea la carta.

Cuando el huésped ve que Mordret ha matado al ermitaño siente un gran pesar, pero no se atreve a manifestarlo por temor y miedo a Lanzarote. Dejan el cuerpo en el suelo y se dirigen a la ermita que estaba en una colina difícil de subir y escarpada. Allí encuentran a un ermitaño vestido y dispuesto para comenzar la misa; se alegran los que llegan de fuera. Después de misa, Lanzarote se aparta un poco de los otros y se arrodilla en una de las esquinas de la capilla. Saca del seno la carta que había cogido de la mano del santo ermitaño que Mordret había matado, mira las letras y ve que decían: «Escucha Mordret, por cuya mano debo morir, debes saber que el rey Arturo que te engendró en la mujer del rey Loth de Orcania no hará menos contigo de lo que tú has hecho conmigo, pues si me has cortado la cabeza él te atravesará el cuerpo con un hierro de tal forma que después del golpe el rayo del sol pasará a través de la herida. Este hecho lo mostrará Dios sólo en ti y entonces acabará con el gran orgullo de la caballería de Gran Bretaña, pues a partir de ese día no habrá nadie que vea al rey Arturo, a no ser en sueños».

Lanzarote mira la carta y siente una gran lástima por lo que oye del rey Arturo, pues lo quería por encima de todos los hombres del mundo que no fueran parientes suyos, porque había encontrado en él todas las virtudes y todo tipo de cortesía. Si pudiera encontrar un motivo razonable para matar a Mordret, sentiría una gran alegría, mayor que la de matar a cualquier otro hombre, pero no lo hace por amor a mi señor Galván.

De esta forma permaneció allí Lanzarote hasta que la misa fue cantada. Entonces se marchó con el acompañamiento y fue al albergue del vasallo. Les trajeron las armas, las toma, pero antes de atarse los yelmos comen un poco para ir más tranquilos. El vasallo

prepara unas gualdrapas rojas para Lanzarote y un escudo rojo; a Mordret le da un escudo blanco. Luego se marchan de allí y se dirigen al prado en el que se iba a celebrar el torneo. Lanzarote le pregunta a su huésped que en qué parte habrá más gente.

—Señor, por parte del castillo, pues sé que todos los valientes estarán del lado de Galehodín, mientras que del lado de los de fuera sólo habrá caballeros venidos de sitios lejanos, junto con el sobrino del rey de Norgales y el rey de los Cien Caballeros y el Conde de Sorestán. Éstos estarán junto a los de fuera, estoy seguro. Por parte de los de dentro está uno de los más valientes de esta tierra y de los mejores caballeros. Para que les pese a los venidos de fuera, mi señor Galehodín tiene de su parte a no sé cuántos caballeros de la casa del rey Arturo, a los que no sé qué aventura ha traído por aquí.

Cuando Lanzarote oye hablar de sus compañeros de la casa del rey Arturo, no duda de que son los de la búsqueda que han acudido allí, pero a pesar de todo no dejará de ayudar a los de fuera, pues son menos que los de dentro, según dice.

Han cabalgado hasta que llegan al pie de la colina y ven bajo ellos en el valle el castillo que se llamaba Penigue. El torneo ya había empezado y era grande y digno de admiración, pues se podían ver caballeros en el suelo que no tenían fuerzas para levantarse y caballos que erraban y huían por todas partes. Se habían reunido ya más de tres mil, todos cubiertos con ricas y caras gualdrapas de distintas formas y colores. Los compañeros de la búsqueda salieron para combatir contra los que tenían enfrente; el rey de Norgales y el rey de los Cien Caballeros combatían tan bien que los de dentro no podían resistirles y habían abandonado el campo, pues el rey de los Cien Caballeros era muy valiente y atrevido. Cuando mi señor Galván, Boores, Héctor de Mares y los demás compañeros entraron en combate no fueron tan osados los de la otra parte como para no tener gran miedo; los compañeros de la Mesa Redonda empezaron a dar golpes y a derribar caballeros con tal fuerza en el primer choque, que era digno de admiración.

En medio del prado habían levantado estrados en los que estaban las damas y las doncellas viendo el torneo. Sabían que mi señor Galván y los demás compañeros estaban combatiendo y habían preguntado por sus armas, de tal forma que los reconocieron en cuanto llegaron al torneo; empezaron a hablar de unos y otros y todas de acuerdo dijeron que los compañeros de las armas negras lo hacían mejor que los demás: Héctor era uno y Boores el otro; sin lugar a dudas lo hacían tan bien en todo que no había nadie que los viera sin tenerlos por buenos caballeros. Sus compañeros no eran lentos ni cobardes, sino que entraban en las peleas sin evitar a nadie y derribaban a todos los que encontraban por delante; se esfuerzan tanto por todas partes que los de fuera no pueden resistir y tienen que abandonar el terreno a la fuerza.

Cuando Lanzarote ve que se han dado a la fuga de forma tan violenta dice:

—Ay, Dios, hace tiempo que no he visto tantos caballeros valientes en un solo lugar como hay aquí Dios, en Camelot había otros tantos el último día que los compañeros

de la Mesa Redonda fueron derrotados, y bien se podría decir que mi valor ha desaparecido si no hago que se revuelva esta gente ante mis golpes.

Baja la lanza, embraza el escudo y le dice a Mordret que le siga; éste le contesta que vaya tranquilo, pues le seguirá. Lanzarote galopa a donde ve que hay mayor tumulto: se encuentra con Keu el senescal y lo golpea derribándolo al suelo junto con su caballo; pica espuelas y pasa de largo sin mirarlo. Derriba a otros dos caballeros en aquella galopada, antes de arrojar los trozos de la lanza: nadie podría haber hecho otro tanto.

Boores lo mira y ve que había hecho una galopada muy buena, pero no pensó que fuera Lanzarote, pues había cambiado las armas. Sujeta a Lionel por el freno y le dice:

—Buen hermano, ¿habéis visto a aquel valiente que ha llevado a cabo la cabalgada? Que no me vuelva a ayudar Dios si alguna vez vi tan hermosos golpes a otro que a mi señor Lanzarote, mi primo. Pienso que debe ser él y por eso os aconsejaría que fuéramos tras él, pues si es lo reconoceremos por sus obras; nadie se le puede comparar en valor.

—Estoy de acuerdo —contesta Lionel—, lo haremos tal como habéis dicho.

Los dos hermanos se ponen de acuerdo con estas palabras. Lanzarote, que había tomado otra lanza, corre por las filas y golpea a Aglován con tal fuerza que la lanza vuela hecha pedazos.

Había en el campo de combate cuatro hermanos, valientes y buenos caballeros, que ayudaban a los del castillo; Lanzarote golpeó con la lanza a uno en medio del hombro y lo derribó al suelo; los otros pensaron que había muerto. Entonces los tres, a la vez, golpean a Lanzarote, le matan el caballo y le hacen caer al suelo, cuando cae su caballo. Al ver Boores que Lanzarote ha sido derribado le dice a Lionel:

—Por Dios, buen hermano, ahora vemos que no es el que pensábamos, pues mi señor no cayó nunca por dos o tres caballeros. A pesar de todo, ése es muy valiente y buen caballero, quienquiera que sea, pero en cualquier caso su valor no es comparable al de mi señor.

Ataca entonces al rey de Norgales y lo golpea con tal violencia que lo hace caer al suelo; toma el caballo por el freno, se dirige a Lanzarote y le dice:

—Montad, señor caballero, pues un hombre tan valiente como vos no debe estar sin caballo. Antes os entregaría el mío a que estuvierais mucho tiempo a pie.

Lanzarote toma el caballo, monta y reconoce por la forma de hablar a Boores, que se lo ha dado; pero siente mucho el que lo haya encontrado a pie. Saca la espada y empieza a derribar caballeros y caballos, y a realizar tales proezas con las armas que todos los que lo ven se espantan y son muchos los que abandonan su combate para contemplarlo. Se encuentra bien montado porque tiene un caballo que le gusta y espolea por medio del tumulto, derribando a todos los que encuentra con tanta limpieza que nadie, por fuerte que sea, puede resistir sus golpes.

Se encuentra entonces con mi señor Galván y con Héctor, que habían apresado a

Mordret; Héctor le había arrancado de la cabeza el yelmo y se lo llevaba preso, a pesar suyo. Lanzarote se dirige hacia allí no dispuesto a dejar que se lo lleven fácilmente; levanta la espada y golpea a mi señor Galván en el yelmo con tal fuerza que se queda aturdido y tan perturbado que iba a caer al suelo, pero se sujetó al arzón de la silla y picó al caballo con las espuelas, marchándose. Lanzarote ataca entonces a Héctor y le da tal tajo con la espada en los brazos que le obliga a abandonar a Mordret; luego vuelve contra él y le da otro golpe con todas sus fuerzas, partiéndole el yelmo y la cofia de hierro, pero sin herirle la carne porque la espada se le volvió en la mano. El golpe fue grande y llegó de volea: Héctor quedó tan aturdido, que cayó al suelo sin conocimiento. Boores piensa entonces que es Lanzarote, por los dos grandes tajos que le ha visto dar; pero no está dispuesto a dejar que Héctor siga a pie, pues lo quería mucho de todo corazón; pica espuelas hacia allí y llega al campo, encontrándose a Héctor que ya se ha levantado, pues temía que hubiera quedado malherido por los caballos, que eran muy numerosos. Boores le devuelve el caballo, diciéndole:

—Señor, montad y procurad no encontraros más a ese caballero, porque creo que es mi señor Lanzarote, vuestro hermano.

Héctor piensa entonces que puede tener razón.

—Por mi fe —le contesta—, pienso que es él mismo, pero mal me ha demostrado que es mi hermano, a juzgar por los grandes golpes que me ha dado.

—Estoy seguro —contesta Boores— de que no os ha reconocido. Ahora tendréis que tener cuidado, cuando abandone el torneo, para saber hacia dónde se dirige, pues si al final lo perdemos nos habremos esforzado en vano.

De esta forma hablan los dos compañeros. Lanzarote no descansa hasta que consigue que Mordret se ate el yelmo en la cabeza entre todo el tumulto y le dice que le siga y que no lo deje de ninguna forma.

—Os lo recomiendo porque si os alejáis de mí temo que os prendan sin que yo me entere: si estáis cerca de mí no tendréis que preocuparos de que os apresen, mientras yo tenga salud.

Mordret le contesta que no lo dejará.

—¿Qué ha sido de nuestros escuderos, los hijos del buen hombre que nos dio alojamiento ayer?

—¿Cómo, señor? ¿Creéis que os pueden seguir en medio de este barullo? Por Dios, tendrían que ser muy valientes para poder seguiros durante todo el día en el torneo, pues vos entráis donde hay más combatientes con tanta ligereza como si no os costara nada.

Después de atarse el yelmo y de tomar una lanza, le entrega otra a Lanzarote y éste la recoge, pues bien piensa utilizarla; galopa por las filas. Se encuentra a mi señor Yvain que llevaba preso al rey de Norgales, sujetándolo por el yelmo; éste había sido tan golpeado, que ya no podía ni defenderse. Lanzarote, que sabe que el rey es de los suyos,

galopa hacia allí, pues no está dispuesto a que se lo lleve de esa forma; golpea a mi señor Yvain en medio del pecho con toda la fuerza que puede: la cota es fuerte y apretada y resiste sin que se le rompa ninguna malla. Lanzarote lo derriba al suelo con su caballo y en la caída la lanza se le hace pedazos. Alrededor del rey había muchos caballeros que estaban dispuestos a apresarle; de los compañeros de la búsqueda había seis, todos ellos valientes y buenos caballeros; se esfuerzan en apresar al rey entre los suyos, pues lo tienen por muy valioso. Pero Lanzarote, que llevaba la espada desenvainada, lo defiende de tal modo que todos se quedan sorprendidos: golpea a Dodinel el Salvaje en el yelmo haciéndolo caer a los pies del Duque de Clarence, tan aturdido que no ve ni gota. Lanzarote golpea a diestro y siniestro y hace que el torneo se revuelva por los grandes golpes que da; lo hace todo tan bien en todas partes que nadie se atreve a esperarle.

Lanzarote ha dado tales golpes, que logra vencer el torneo y llega a la puerta del castillo. Mira entonces pensando encontrar a Mordret, pero no lo encuentra. Guerrehet y Gueheriet, que habían acudido por la mañana al torneo, y mi señor Galván, su hermano, lo habían hecho preso y le habían golpeado tanto con las espadas y pisoteado con los pies de los caballos, que Mordret no pensaba poder escapar sin morir, pues se siente en tal estado que cree que va a perder la vida entre sus manos; a pesar de todo, tiene tan gran corazón y es tan felón, que se dice a sí mismo que prefiere morir a darse por vencido: resiste como puede, y tiene atadas tan fuerte las correas del yelmo, que mi señor Galván no se lo puede arrancar de la cabeza. Por eso no lo pudieron reconocer, y lo trataron de tal forma que resultó admirable que no lo mataran. Cuando ven que no conseguirían nada más de él y que lo matarían si quisieran, lo dejaron entre los pies de los caballos. Lanzarote, mientras tanto, ha combatido junto al rey de los Cien Caballeros y el conde de Sorestán de forma que los del castillo quedan derrotados y tienen que volver la espalda, quieran o no; se meten en el castillo tan apretados que, al pasar el puente, se ve a muchos que caen al agua con los caballos: el río era impetuoso y profundo; muchos se ahogan y mueren.

Cuando Lanzarote ve que los del castillo estaban vencidos y que ya no podían recuperarse de ninguna forma, vuelve a guardar la espada en la vaina y abandona el torneo lo más rápidamente que puede, yéndose sin que nadie se dé cuenta, más que Boores, que durante todo el día ha ido tras él. Boores ve que se marcha del torneo y pica espuelas para seguirlo, pensando que es Lanzarote: lo sigue hasta que llegan a un bosque, sin que Lanzarote se preocupara de que alguien le seguía, pues era el hombre que cabalgaba más tiempo sin mirar hacia atrás.

Lanzarote cabalga hasta que llega al bosque; tenía mucho calor y el sol quemaba mucho, por la parte de la hora de nona. Mira hacia delante y ve una fuente de agua clara y fría, y de gravilla reluciente; manaba en un valle, bajo cuatro pinos, que le daban una gran sombra alrededor de la verdeante hierba. Lanzarote mira la fuente y ve que el

lugar es tan agradable y hermoso que desmonta del caballo, le quita la silla y el freno y luego él se quita el yelmo y baja la ventana para tomar más aire; tenía muchas ganas de sentarse, por el calor que había pasado. Iba a dormirse cuando vio llegar a Boores armado como estaba. Se pone en pie de inmediato, dispuesto a defenderse, pues piensa que va a atacarle. Pero cuando lo distingue bien, se da cuenta de que es el caballero que le dio el caballo por la mañana, cuando los otros tres le habían derribado matándole el suyo. Piensa que no le va a atacar y que no tiene ganas de combatir. Boores, por su parte, lo reconoce apenas lo ve y tiene mayor alegría que antes. Lanzarote, que ya sabe que es Boores, va a su encuentro y le dice:

—Boores, sed bienvenido. Esperaba poder escaparme de vos, pero me parece que me habéis seguido tanto que finalmente me habéis alcanzado: me agrada, pues iremos juntos a la corte, si la aventura no hace que nos separemos. Desarmaos y descansemos, pues tengo mucho calor por el sol, que me ha resultado muy pesado hoy.

Boores se sienta junto a Lanzarote y se desarma.

La historia ahora deja de hablar de ellos y vuelve a mi señor Galván y a los otros compañeros de la búsqueda.

CLXVIII

Cuenta ahora la historia que cuando vencieron el torneo y los compañeros de la búsqueda fueron perseguidos hasta el castillo, entrando dentro lo quisieran o no, Galehodín, que era muy valiente, los retuvo a su lado e hizo que se desarmaran, diciéndoles que no se marcharían en todo el día. Al ver que no podían hacer otra cosa, lo aceptaron.

Al principio del torneo, Gueheriet y Guerrehet habían reconocido a mi señor Galván y éste a ellos, de tal forma que después se lamentaron mucho por no haber vencido. Galehodín hizo que se desarmaran y los llevó a su torre, donde les mostró mayor alegría que en la otra ocasión. Cuando Lionel y Héctor no encontraron a Boores empezaron a sentirse a disgusto, pues temían que hubiera sido muerto en el torneo; le preguntan a unos y a otros, pero nadie les sabe dar noticias.

Al ver que no podrán saber nada que les alegre, salen del castillo y se dirigen adonde se había celebrado el torneo; encuentran gran abundancia de caballeros unos con el brazo roto, otros que habían sido tan golpeados que no podían moverse del sitio; mientras que iban buscando a Boores, encontraron a Mordret, que se había quitado el yelmo y se había bajado la ventana por el calor que había tenido, que por poco no le causó la muerte. Lo vieron y lo reconocieron sin dificultad y le preguntaron quién le había llevado hasta allí. Les cuenta que había ido a descansar:

—Pues tres caballeros me han golpeado de tal forma en el torneo que por poco no me han causado la muerte.

—¿Qué armas llevaban? —pregunta Héctor.

Mordret se las describe, hasta que no les queda duda de que habían sido sus tres hermanos, y le dicen:

—De los tres que os quejáis, uno es Gueheriet; el otro, Guerrehet, y el tercero, mi señor Galván. Son vuestros tres hermanos los que os han golpeado de tal forma. Por Dios, si tenéis noticias de Boores, decídnoslo, pues no sabemos qué ha sido de él y tememos que haya sido herido.

—Si estuviera, lo habríais encontrado; quizá se ha ido tras algún caballero. Decidme si sabéis algo de mi señor Lanzarote.

—¿Cómo? ¿Ha participado en el torneo?

—Sí, por Dios; fue él el que me trajo.

—¿Qué armas llevaba?

—Armas rojas.

—Ay Dios —exclama Héctor—, es el vencedor de la batalla. Se ha burlado de nosotros de forma admirable, a pesar de que teníamos que haberlo vigilado si venía. Se nos ha escapado sin que pudiéramos hablar con él ni él con nosotros.

—Tened por seguro que Boores lo ha reconocido y ha ido tras él, pues de otra forma no se habría marchado sin haberse despedido al menos de nosotros.

A continuación toman a Mordret y lo suben a un caballo, llevándolo al castillo y presentándolo a sus hermanos. Éstos, al verlo, se ponen alegres y tristes: alegres porque está con ellos y tristes porque lo han maltratado, de tal modo que no creen que en mucho tiempo se cure; le preguntan cómo se encuentra y le contesta a mi señor Galván y a sus hermanos:

—Buen señor, me encuentro tan maltratado que por poco no me habéis tullido; durante todo el día los tres os habéis ensañado conmigo. Por mi fe, nunca fui tan apaleado como vos habéis hecho.

Le contestan que no se lo debe censurar:

—Pues si os hubiéramos reconocido, no hubierais recibido ningún mal de nosotros.

—Eso bien lo sé.

Luego desarman a Mordret y lo acuestan sobre una alfombra muy suave; hacen que le unten las heridas con un unguento bueno y rico para quitarle el dolor; le dan de comer un poco. Después de comer, se duerme nada más retirarse. Mientras, Héctor le dice a sus compañeros:

—Por mi fe, señores, mal hemos guardado al que teníamos que guardar, pues estaba con nosotros aquí aquel por el que nos habíamos quedado y no lo reconocimos.

—¿Cómo? —pregunta mi señor Galván—. ¿Ha estado Lanzarote en el torneo?

—Sí, por Dios —contesta Héctor—, y por él hemos sido derrotados: era el que llevaba las armas rojas, que durante todo el día de hoy ha combatido tan bien.

Se quedan tan tristes todos que no saben qué hacer; guardan silencio como si estuvieran muertos. Mi señor Galván entonces dice en voz alta:

—Por Dios, somos la gente más insensata del mundo, que hemos visto a Lanzarote durante todo el día sin reconocerlo. Bien veo ahora que podemos irnos cuando queramos, pues aquí no vamos a conseguir nada, ya que no volverá.

Los otros dicen que se irán por la mañana y dejarán allí a Mordret, hasta que esté curado.

—Por mi fe —contesta mi señor Galván—, si no puede cabalgar, haré que lo lleven en una litera, antes que dejarlo en este país, pues me pesaría mucho que no estuviera en la corte de mi tío el día de Pentecostés.

Cuando Galehodín se entera de que Lanzarote había asistido al torneo y que se había ido sin hablar con ellos, sintió un gran pesar, y nunca volvió a poner buena cara. Cuando toma la palabra, dice que preferiría haber perdido la mitad de su tierra a que Lanzarote se le hubiera escapado sin hablar con él. Deja de hablar de esto, ya que no puede hacer otra cosa y llama al rey de los Cien Caballeros y al rey de Norgales, pues eran vasallos suyos y habían recibido de él toda la tierra que tenían. Por afecto y por divertirse habían emprendido el torneo en el que habían resultado vencedores gracias

al valor de Lanzarote. Ese día, hasta que anocheció, tuvieron gran fiesta en el castillo de Penigue. Por la noche, cuando tenían que ir a acostarse, mi señor Galván le dijo a Galehodín:

—Señor, si queréis ver a Lanzarote, venid con nosotros a la corte, pues estoy seguro de que acudirá allí el día de Pentecostés, sea donde sea donde la tenga el rey.

Galehodín dice que irá ese día a la corte, a no ser que se lo impida algún hecho muy importante.

Por la mañana, cuando amaneció, se levantaron los compañeros y oyeron misa; tomaron las armas y montaron a caballo, marchándose de allí. Galehodín los acompañó durante mucho rato y los hubiera acompañado más todavía, pero le hicieron volver; cabalgaron hasta llegar a un bosque llamado Procaire. A la entrada, pensaron qué iban a hacer, pues mi señor Galván dijo que nadie los vería cabalgar a todos juntos sin considerarlo cobardía:

—Y por eso, sería bueno que nos separáramos y que cada uno fuera por su camino, de forma que no llegáramos juntos a la corte, sino todos por separado. Convendría que uno de nosotros acompañara la litera de Mordret.

Llevaban a Mordret en unas parihuelas.

—Os diré —añade mi señor Galván—, qué podéis hacer: elegid quién debe acompañarlo.

—Por mi fe —contesta mi señor Yvaín—, yo no lo haré; escoged entre los demás y yo estaré de acuerdo con lo que hayáis decidido.

Se retiran a un lado todos y dicen que tiene que ser prudente y discreto el que acompañe a la litera, pues si fuera orgulloso y desmesurado podría ocurrir que llegaran a un paso que les causara la muerte a él y a Mordret: por eso conviene que sea prudente y discreto.

Eligen a mi señor Yvaín y le dicen que es el más prudente y el más mesurado de todos ellos. Éste contesta que hará con gusto el servicio, ya que lo han decidido. A continuación se quitan los yelmos y se besan, emprendiendo cada cual su camino. Mi señor Yvaín entra en el suyo con Mordret, a través del bosque.

Pero la historia deja de hablar de ellos, que cada uno ha tomado su camino, y vuelve a Lanzarote y a su primo.

CLXIX

Cuenta ahora la historia que los dos primos estuvieron tanto tiempo descansando junto a la fuente, que el sol empezó a declinar y el calor desapareció. Entonces acuden a los caballos, los ensillan y les ponen los frenos, y ellos se atan el yelmo; montan a caballo y cabalgan por el bosque hasta que llegó la noche oscura y negra. Lanzarote le pregunta a Boores qué van a hacer:

—Pues no creo que encontremos ya ni casa ni refugio donde alojarnos, pues este bosque está deshabitado y solitario.

—Por Dios —le contesta Boores—, estoy seguro de que vamos a tener que dormir al raso, y no me pesa tanto por mí como por vos, que estáis cansado y fatigado de la jornada de hoy, ya que yo no estoy tan cansado como vos y eso no debe extrañar.

Mientras hablaban así, ven lejos de ellos, en un valle, claridad de fuego.

—Por mi fe —dice Boores—, tenemos suerte. Seguro que hay gente junto al fuego.

Se dirigen hacia allá y oyen entonces una voz que grita muy fuerte por la parte de la derecha, esforzándose cada vez más, de modo que bien se ve la necesidad que tiene.

—Señor —dice Boores—, ¿habéis oído la voz que grita?

—Sí, es voz de mujer.

—Por Dios, iré a enterarme qué es y, si puedo ayudar, me agradecerá hacerlo.

—Id y regresad al fuego, pues yo me dirigiré allí directamente.

Luego se separaron el uno del otro; Lanzarote va a la hoguera y Boores al grito, cabalgando hasta que llega a un prado: la luna había salido y se podía ver lejos y cerca. Boores mira delante de sí y ve dos hombres que sujetaban a una doncella, la arrastraban por las trenzas y la golpeaban con las espadas. A otro lado había seis hombres que arrastraban por el suelo a otro, después de haberlo desnudado completamente, menos las calzas; iban armados, aunque no como caballeros, pues ninguno de ellos llevaba yelmo, espada, ni escudo, aunque tenían buenos capeletes de hierro, picas y cuchillos.

Al verlos en tal actitud, Boores piensa que se trata de mala gente, les grita desde lejos y les dice que se den por muertos; deja correr su caballo hacia los que tienen a la doncella. Llevaba la espada desenvainada y ve que intentan huir: golpea al primero con tanta fuerza que el capelete de hierro no puede impedir que le meta la espada hasta los dientes y le hace caer muerto al suelo. Pica espuelas contra el otro y lo golpea con el pecho del caballo cuando huía, derribándolo en medio del prado. No quiere descabargar para matarlo y lo pisotea con el caballo, que bien piensa que va a morir. Al ver a la doncella libre, pica espuelas hacia los otros, que al verlo acercarse se dicen: «Matémosle el caballo y hagamos que vaya a pie; no podrá resistir mucho». Acuerdan hacerlo así. Boores se acerca con la espada fuera y se mete entre ellos, que le atacan

pensando matarle el caballo, pero fracasan porque llega muy deprisa. Había entrado entre ellos, haciendo caer a uno por la fuerza del caballo, matando a otro con la espada y atacando a los demás como quien no teme nada que le pueda ocurrir: los derriba y pisotea con el caballo, maltratándolos de tal modo que se tendrían por contentos si pudieran escapar, pero no puede ser, ya que mata a tres y deja a los otros en tal situación que no pueden valerse por sí mismos y quedan tendidos en el suelo, como muertos.

Luego, Boores se dirige al que tenían preso, le desata las manos que le habían atado y luego va a la doncella; le pregunta si se curará.

—Señor, estoy tan contenta de que me hayáis dejado libre que no siento ningún dolor de los que me han causado. Me hubieran dado la muerte si hubierais tardado un poco más, pues eran muy desleales: el resto de mi vida debo ser vuestra, ya que bien lo habéis merecido en esta ocasión.

Se le acerca entonces el que había sido golpeado tantas veces, se arrodilla delante de él y le dice:

—Señor, no sé quién sois, pero habéis hecho tanto por nosotros que debemos ser vuestros, pues nos habéis salvado de la muerte en la que estaríamos si Dios no os hubiera traído por aquí. Habéis hecho mucho más de lo que creéis, pues habéis dejado libres a un hijo de rey y a una hija de rey: y nos ha ido de tal forma que bien habéis ganado mil hombres, que nunca os vieron, pues todos los que son vasallos nuestros quedarán sujetos a vos a partir de ahora.

Boores le pregunta quién es.

—Señor, soy hijo del rey de los Cien Caballeros, y esta doncella es hermana mía e hija suya. Habíamos entrado en el bosque cabalgando delante de nuestra gente y nos perdimos, alejándonos del camino junto a una cruz que hay ahí delante. Cuando íbamos a volver donde estaban los nuestros, no pudimos, pues no conocemos los caminos de este bosque. Según nos llevaba la aventura, caímos en manos de estos ladrones que habéis matado; me atacaron al verme sin más armas que la espada. Me defendí todo lo que pude, pero me apresaron, me desarmaron y me desnudaron, tal como habéis visto y hace tiempo que me hubieran dado la muerte si lo hubieran deseado. Como les había herido, no querían matarme si no era de forma lenta; gracias a Dios nos habéis salvado por vuestro valor.

—¿Dónde está vuestra ropa?

—Señor, allí, junto con nuestros caballos.

Le indica bajo una encina, donde los ladrones habían puesto las ropas y Boores los lleva hacia allá, haciéndoles montar, y que se vista.

Cuando ya están dispuestos, les pregunta cómo se llaman.

—Señor, yo me llamo Marán y mi hermana Landoine.

—Por Dios, Marán, me sorprende cómo os han podido vencer, pues he oído hablar

tanto de vos, que bien sé que sois buen caballero y nunca hubiera pensado que os conseguirían batir.

—Señor, me encontraron desarmado, pues no tenía para defenderme más que la espada: me sujetaron por el freno del caballo y estaban tan bien armados que les podía causar poco daño.

—Decidme si conocéis un refugio o una casa donde podamos alojarnos.

—Sí, alrededor de una legua inglesa de aquí hay un refugio muy bueno y muy rico que mi padre mandó construir para dormir en él cuando lo deseara, pues viene frecuentemente al bosque a tirar con el arco y a cazar, y pasa por aquí cuando vuelve de los torneos, pues es un lugar agradable y bien abastecido. Nos dirigiremos hacia allá, si os parece bien, a alojarnos, pues estoy seguro de que este camino nos llevará directamente hasta allí, si queréis venir.

—Vayamos, pues.

A continuación se van. Era una torre muy fuerte y alta que el rey hizo construir porque acostumbraba a ir al bosque. Cuando llegaron, Marán descabalgó junto con la doncella; los habían buscado durante mucho tiempo y estaban intranquilos por la tardanza, pero se pusieron muy contentos al verlos, ya que deseaban que regresaran. Marán le pregunta a Boores por qué no desmonta.

—No lo haré todavía, pues he dejado en el bosque a mi señor Lanzarote del Lago, que me está esperando más adelante; os encomendaré a Dios y me iré hacia donde está, pues sin él no tomaré alojamiento, porque se podría preocupar por mí.

—Iré con vos —contesta Marán— y lo buscaremos hasta que lo encontremos; entonces lo traeremos para que se aloje con nosotros, pues esta noche no podría ser mejor albergado en el bosque.

—Vamos, pues, y apresurémonos, porque ya me tarda haberlo encontrado.

Marán le encomienda a su hermana que le espere y que haga preparar abundante comida; «quiero hacerle una gran fiesta a mi señor Lanzarote del Lago».

La doncella contesta que no tarde, y lo encontrará todo dispuesto cuando venga.

Luego se marchan y cabalgan por el bosque, por todas partes, gritando y voceando; pero por más que intentan no pueden encontrar a Lanzarote, ni éste a ellos: están tan afligidos y preocupados que no pueden más. Después de buscarlo durante un buen rato, regresan al refugio en el que habían estado antes, en vista de que no lo encontrarán y de que lo han buscado tanto que ya están cansados y preocupados, y por eso regresan. Cuando Landoine, la hija del rey de los Cien Caballeros, ve que vuelven sin Lanzarote, lo siente mucho, pues tenía grandes deseos de conocerlo. Todos coinciden, aunque sean de las tierras más distantes, en que Lanzarote era el mejor caballero del mundo y el más hermoso; y si la doncella los hubiera podido criticar porque no lo habían llevado, lo hubiera hecho con mucho gusto; pero bien sabe que se enfadarían y por eso no dice nada. Después de que se desarmaron, empezó la alegría y

la fiesta; le hicieron gran honor a Boores, pues la doncella había contado cómo los rescató de manos de los ladrones que los tenían presos. Luego colocaron las mesas, cenaron y fueron a acostarse, porque ya había pasado un buen trozo de la noche.

Por la mañana, tan pronto como apareció el día, se levantó Boores y tomó las armas; montó a caballo y se marchó de allí con dificultad, pues de mala gana le dieron licencia los hermanos y la hermana, porque Dios los había dejado libres gracias a su valor y les hubiera agradado que se quedara mucho tiempo con ellos, pero no pudo ser. Al marcharse de allí pensó que no se alejaría del bosque, sino que iría buscando por si encontraba a su señor, pues cree que él también lo debe estar buscando: hacía rato que lo estaba haciendo Lanzarote también, sin duda. Se buscaron el uno al otro durante todo el día, pero no pudieron encontrarse.

Cuando anocheció, Boores acudió a casa de un ermitaño y se alojó en ella. Después de cenar tan bien como le pudieron dar, le preguntó el santo hombre de dónde era y él dijo que de la casa del rey Arturo.

—¿Qué buscáis en este bosque?

—Busco a Lanzarote, al que dejé aquí y por eso pensaba que lo encontraría.

—¿Qué armas lleva?

—Señor, rojas.

—Os digo que lo vi pasar anoche por aquí delante, alrededor de la hora de nona; perseguía a un caballero con armas negras.

—¿Y sabéis qué fue de él?

—No, no he vuelto a saber nada, sino que un criado me dijo después que había matado a la salida del bosque al caballero del que os he hablado.

Boores se puso muy contentó con esto; pasó allí la noche. Por la mañana, nada más oír misa, reemprendió el camino y cabalgó hasta llegar fuera del bosque. Miró a la derecha del sendero y vio gente que enterraba un cuerpo en un cementerio delante de una cruz. Se dirige hacia allí y al llegar se encuentra con que hacen un gran duelo: pregunta quién lo ha matado y una vieja señora contesta:

—Lo mató Lanzarote del Lago, el caballero más orgulloso del mundo, que en mala hora vino a esta tierra; por la muerte de este hombre nos ha causado la destrucción y nos ha provocado la pobreza, cuando hasta ahora éramos ricos y poderosos.

Vuelven a recomenzar su duelo. Boores se marcha y decide ir a Camelot, pues ya no puede entretenerse si quiere llegar allí el día de Pentecostés.

De este modo Boores cabalga muchas jornadas sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada, y un martes por la tarde llega al castillo de Corbenic; al llegar a la puerta encontró bajo un árbol a un caballero armado con todas las armas, que le dijo desde tan lejos como podía oírle:

—Señor caballero, si sois de la casa del rey Arturo volveos, pues no pasaréis por aquí.

—¿Por qué no pasaré?

—Porque yo os lo prohíbo, pues nadie que sea de la casa entrará mientras yo esté aquí, y no lo ha conseguido nadie desde hace más de medio año.

—¿Por qué no queréis que entre nadie de la casa del rey Arturo?

—Porque los odio a ellos y a todos los que hay aquí, por un caballero que viene a veces llamado Lanzarote del Lago.

—¿Cómo, señor, odiáis a mi señor Lanzarote del Lago?

—Sí, más que a nadie.

—Entonces no podremos estar bien juntos yo y vos, pues al que tanto odiáis lo quiero yo más que a nadie, como a mi señor y a mi primo.

—Por mi cabeza, guardaos, pues, de mí, ya que os desafío y os aseguro que por su amor moriréis antes de que llegue la noche.

Galopan entonces el uno contra el otro y se golpean con toda la rapidez de los caballos, haciendo que las lanzas vuelen en pedazos. Chocan con los cuerpos y los escudos y quedan aturdidos; el caballero vuela al suelo por encima de la grupa, derribado. Boores pasa de largo aturdido también, pero a caballo, sin saber qué hace. Cuando recupera la fuerza y el poder, estima en mucho al caballero con el que ha combatido, pues es de gran fuerza y habilidad, según piensa. Mientras, el caballero se levanta avergonzado por haber caído; desenvaina la espada y dice a Boores, que todavía está a caballo:

—¿Qué hacéis, malvado caballero, acaso sois tan cobarde que no os atrevéis a desmontar y me vais a atacar a caballo a mí, que voy a pie? Ciertamente, si me matáis tal como estáis, el caballo recibirá la fama y no vos.

—Caballero, no temáis por eso. Por Dios, no os mataré a caballo mientras vos estéis a pie, pues sería una afrenta para mí.

Desmonta entonces del caballo y lo ata a un árbol; desenvaina la espada, abraza el escudo y se dirige hacia aquel que no lo quiere en absoluto. Empiezan los caballeros, las damas y las doncellas a salir del castillo para ver el combate. Tienen las espadas desenvainadas y se dan grandes golpes donde pueden alcanzarse, rompiéndose los escudos, los yelmos y las cotas de malla.

Boores le da un golpe pesado y el caballero no puede resistir con ninguna de sus armas. Boores lo tiene en tal situación que no puede resistirse por más tiempo, pues ya ha perdido mucha sangre. A pesar de todo, se defiende con todas sus fuerzas, ya que teme morir sin lograr piedad, cuando no pueda defenderse. Boores lo acosa con la cortante espada; el caballero retrocede temiendo el filo, que ya ha probado en más de diez sitios hasta la sangre y Boores lo persigue sin querer dejarlo por nada. El caballero retrocede hasta el puente, pues el miedo a morir y la pérdida de sangre le quitan el sentido y la fuerza: ha retrocedido tanto que poco falta para que caiga al río.

Cuando Boores, que lo había encontrado valiente y atrevido, ve que está en peligro

de muerte si continúa atacándole, siente gran compasión por él y piensa que no matará a un hombre tan valiente con sus propias manos, si Dios quiere, pues sería una gran lástima. El caballero ha retrocedido tanto que llega a la ruptura del puente, tan cerca que por poco no cae al agua. Boores no puede resistirlo y le grita:

—Caballero, avanza o caerás al agua.

Mira y se ve en tal peligro que se sorprende por no haber caído; reconoce la franqueza de Boores y la generosidad, pensando que él no hubiera hecho otro tanto de haber estado en su lugar. Entonces le dice:

—Noble caballero, tened merced de mí y no me matéis; dejadme vivir a condición de que me ponga a vuestra merced para hacer todo lo que queráis. Tomad mi espada, os la entrego.

Boores la toma de inmediato.

Cuando los que estaban allí ven que el combate ha terminado, regresan al castillo. Boores le pregunta al caballero cómo se llama.

—Señor, me llaman Brinol de la Empalizada.

—¿Por qué odiáis tanto a mi señor Lanzarote? Decídmelo.

—Señor, con gusto. Aquí está la doncella más hermosa del mundo, a la que amo y he amado siempre por su gran belleza. No hace un mes le dije que la amaba y le rogué que me concediera su amor. Me contestó que no me amaría, pues amaba a otro más valiente que yo y mejor caballero. Al oír esto, me enfadé mucho, pues le tenía gran amor; le pregunté quién era el que era más valiente que yo y me dijo que se llamaba Lanzarote del Lago. Le contesté que Lanzarote no había sido nunca mejor caballero que yo y que se lo iba a demostrar, pues no cesaría de cabalgar hasta que lo encontrara y combatiría con él; si me vencía por las armas, no volvería a requerirla de amores, y si lo vencía yo, deseaba tener su amor; me contestó que así sería.

Al oír la promesa que me hizo, me fui del castillo y acudí a la corte del rey Arturo, donde creía que podría encontrar a Lanzarote, pues allí habría combatido contra él si lo hubiera hallado. Cuando llegué me dijeron que no lo habían visto desde hacía más de medio año. Volví aquí y dije que como no lo había encontrado, guardaría el puente de tal forma que ningún hombre de la corte del rey Arturo pasaría por él sin enfrentarse conmigo, hasta que alguien le dijera de mi parte a Lanzarote que por él odiaba a todos los de su tierra. Dios os ha dado el poder de derrotarme, aunque hasta ahora no había encontrado a nadie que pudiera resistirme en combate. Ya os he contado porqué odiaba a Lanzarote y a los de la casa del rey Arturo. Ahora sois vos el que debe perdonar o matar; pero como me tengo por vencido y vos con mi muerte no tendríais ningún honor, ya que habéis aceptado mi espada, os ruego que me perdonéis por haber luchado contra vos.

—Os perdono con mucho gusto, pero tenéis que prometerme que el día de Pentecostés iréis a la corte del rey Arturo y allí os rendiréis a Lanzarote de parte de su

primo Boores de Gaunes; poneos a su merced y haced lo que quiera.

Así se lo promete. Boores vuelve a montar a caballo, pasa el puente y entra en el castillo, dirigiéndose por las calles hacia la fortaleza principal; allí descabalga delante del palacio, que ya había visto en otra ocasión. Salen a su encuentro criados que le dicen: «¡Señor, sed bienvenido!».

Les devuelve el saludo, mientras uno coge el caballo y el otro le acompaña al palacio para desarmarlo. Se le acercan caballeros, damas y doncellas y le preguntan quién es, a lo que contesta que es de la casa del rey Arturo y se llama Boores de Gaunes. Al oírlo, exclaman: «¡Señor, sed bienvenido!». Le muestran gran alegría y corre la noticia de boca en boca, diciendo uno a otro:

—El primo de mi señor Lanzarote del Lago ha descabalgado aquí.

No tardó mucho en salir el rey Pelés de una habitación, vestido con gran riqueza con una cota de seda, y con manto, acompañado por un gran séquito de caballeros. Boores lo reconoce apenas lo ve, pues lo había visto en muchas ocasiones. El rey, desde tan lejos como lo distingue, le dice:

—Boores, sed bienvenido.

—Señor, que Dios os bendiga.

Se sientan en medio de la sala sobre una alfombra de seda; empiezan a hablar el uno con el otro y el rey le pregunta por Lanzarote, qué tal está y cómo le va.

—Hace tanto tiempo que no lo veo —dice el rey—, y que no va a la corte del rey Arturo, que me sorprende mucho qué ha podido pasar con él. Por tener noticias tuyas he enviado a la corte del rey Arturo a mis mensajeros más de siete veces a lo largo de todo el año; me han contestado siempre que no ha vuelto a la corte en todo ese tiempo.

—Señor, mi señor está sano y salvo, según creo, y no hace aún ocho días que lo vi vencer un torneo delante del Castillo de Penigue, al que asistieron los mejores caballeros del mundo.

—¿Dónde ha estado tanto tiempo, sin acudir a la corte ni a vernos durante más de año y medio?

—Señor, estuvo prisionero de una dama durante año y medio, según me dijo; se separó de mí anteayer y va a la corte, donde estará el día de Pentecostés, si Dios le da salud.

—Ya que está sano y salvo, no me preocupa tanto que haya tardado; que Dios sea adorado porque ha salido de la prisión. Todo el mundo debe alegrarse, pues según creo, es el mejor caballero del mundo y ojalá quisiera Dios que ahora estuviera tan sano y fuerte como estáis vos. Me agradecería eso más que si me dieran cien marcos de oro.

Mientras hablaban de este modo, salió de una habitación la hija del rey Pelés, tan hermosa y ricamente vestida que era digna de admiración; pero por encima de todo destacaba su gran belleza, pues sin lugar a dudas era la doncella más hermosa que había

entonces. Cuando llegó al salón iba acompañada por mucha gente. Se ponen en pie todos, pero ella no se sorprende, como mujer muy cortés y prudente, sino que se dirige hacia Boores y lo saluda, dándole la bienvenida; éste le devuelve el saludo con la mayor gentileza que puede. Luego, la doncella se sienta a su lado y le pregunta por aquel al que no deseaba ver poco y él le dice todo lo que sabe.

Estaban hablando así cuando llegó ante ellos un caballero anciano que llevaba en sus brazos a un niño de tan poca edad que aún no tenía ni un año, sino que le faltaban dos meses para cumplirlo; el niño era tan hermoso como puede ser un crío y estaba envuelto en telas de seda. El caballero le pregunta a Boores:

—Señor, ¿no sabéis quién es el niño? Éste es vuestro pequeño pariente, al que nunca visteis. Tened por seguro que pertenece al más alto linaje de los cristianos y es primo vuestro, tenedlo por seguro.

Cuando Boores ve al niño le parece, nada más verlo, que es Lanzarote: sin lugar a dudas se le parecía tanto como un retrato puede parecerse a otro. Le pregunta quién es.

—Señor caballero —le pregunta a Boores—, ¿sabéis a quién se parece de vuestra familia? Miradlo bien y mucho me extrañaría que no lo reconocierais rápidamente.

Boores no se atreve a decir lo que piensa, pues le parece que es Lanzarote; pero como sabe la verdad de la relación que tiene con la reina no se atreve a decir ni a reconocer lo que piensa. A pesar de todo, como tiene que contestar a lo que el caballero le pregunta, dice:

—Señor, pienso que se parece más a mi señor Lanzarote que a nadie.

—Por Dios, bien se debe parecer, pues procede de él tan ciertamente como vos de vuestro padre.

Al oír estas palabras, Boores se pone más contento que de ninguna otra cosa de las que oye; pregunta cómo se llama y le contesta que se llama Galaz. Lo toma entre sus brazos y lo besa con más gusto que nada de cuanto entonces había, y llora sobre él de pena, diciendo:

—Señor, en buena hora habéis nacido, pues pienso que seréis guía y estandarte de vuestro linaje. Bendito sea Dios que me ha traído hacia aquí, pues, por Dios, no me habría puesto tan contento aunque me hubieran dado el mejor castillo del mundo; nada podría compararse a esta noticia.

Mientras hablan así entró la paloma que llevaba en el pico un inciensario de oro y se metió en la habitación en la que habitualmente entraba. Al instante quedó todo el salón lleno de buenos aromas. Los servidores pusieron los manteles y se sentaron a comer, sin que nadie fuera llamado, pues allí no había nadie que dijera una sola palabra, sino que estaban todos en oración y plegaria, tanto los viejos como los jóvenes. No tardó mucho en salir de la habitación la doncella que llevaba en sus manos el Santo Grial. Tan pronto como entró en la sala se arrodillaron todos los que estaban allí, diciendo en voz baja: «Bendito sea el hijo de Dios, amén, que nos llena con su gracia».

A la vez que la doncella pasaba por las mesas, éstas se iban llenando de los mejores manjares del mundo. Y cuando terminó de pasar, según estaban puestas las mesas, regresó a la habitación de la que había salido y entró en ella. Entonces empezaron a hablar todos los que estaban callados en el salón; después quitaron los manteles. El rey fue entonces a apoyarse en una ventana del salón, acompañado por Boores. Empezaron a hablar de aquel que era más cercano, es decir, de Lanzarote, hasta que Boores le preguntó al rey la verdad acerca del niño. El rey le cuenta todo lo relativo a Lanzarote y a su hija, cómo fue hábilmente engañado y conoció a la doncella según el hombre conoce a la mujer.

—Bendito sea Dios —exclama Boores—, bendito el que pensó en tal engaño, pues nunca surgió de un engaño tanto bien como de éste, ya que de vuestro linaje saldrá el verdadero caballero por el que las aventuras del Santo Grial serán llevadas a cabo y se sentará en el Asiento Peligroso de la Mesa Redonda: nadie se sentó allí sin morir. Si no es este niño, no sé quién puede ser, pues mi señor es el mejor de todos los caballeros del mundo; y a pesar de todo, sé que el niño será todavía mejor, y así lo afirman ciertamente los ermitaños.

—Señor —le pregunta Boores—, decidme, ¿se llama Palacio Venturoso este palacio en el que estamos?

—Señor, sí, y habéis oído hermosas aventuras desde que llegasteis a él, pues sin lugar a dudas es admirable que el Santo Grial nos dé cada día el alimento que queremos.

—Ciertamente, es extraordinario. Ya que he venido, por Dios, no me iré de aquí antes de pasar una noche y ver las maravillas que mi señor Galván contó de cuando vino.

—Señor —le contesta el rey—, no digáis eso jamás. Por la fe que le debo a Nuestro Señor, no os quedaréis esta noche, pues bien sé que no os podríais marchar sin afrenta o sin algún daño y no querría tal cosa ni a cambio de la mitad de mi tierra; si os puedo proteger, lo haré, pues de lo contrario sería criticado por mucha gente.

—Señor, cuando llegué no sabía nada y fui burlado y escarnecido en otros sitios por los que pasé: por eso os digo que nunca me iré, sino muerto, hasta que sepa más de lo que he aprendido hasta ahora.

—Por mi fe, no puedo evitar que cumpláis vuestro juramento; pero no os quedéis esta noche, sino mañana, ya que así lo deseáis; yo permitiré que os quedéis con la esperanza de que Nuestro Señor os conceda que podáis salir sin afrentas y sin daños.

—Os lo diré antes de que os marchéis.

Boores pasó aquella noche en una habitación bajo la torre; el rey le hizo todo el honor que pudo. Por la mañana, cuando iban a oír misa, el rey le dijo:

—Boores, ¿hoy debéis acostaros en el Palacio Venturoso?

—Señor, así es.

—Os digo, pues, que debéis ir a hablar con uno de nuestros capellanes; confesaos

muy bien antes de ir en presencia del Santo Grial, pues a partir del momento en que estéis limpio y purgado no creo que os ocurra ninguna desgracia, al contrario de si fuerais a su presencia sucio y manchado.

Boores considera este consejo bueno y leal. Tan pronto como oyó misa, salió y llamó a uno de los capellanes, se confesó con él de todos los pecados de los que se sentía culpable hacia Dios. El capellán le preguntó por su vida y él se la contó entera, sin ocultarle nada; lo encuentra tan virtuoso y de vida tan religiosa, que se queda sorprendido al saber que no había pecado más que con una mujer, la hija de Brandegorre, que había tenido de él a Elián.

Después de confesarse de corazón y de boca, recibió el Corpus Domini, pues no estaba muy tranquilo con las aventuras del palacio y no sabía si moriría o si escaparía; luego salió de la iglesia alegre y contento. Y durante todo el día no quiso comer más comida que la que había tomado al almuerzo. Por la noche se armó y subió al salón completamente solo; todos se alejaron de él y lo dejaron con gran miedo. Esperó allí hasta que anocheció y estuvo en las ventanas del salón mientras pudo ver la claridad del día. Cuando el día se oscureció por la llegada de la noche fue a sentarse en el Lecho de la Maravilla, que estaba al extremo de la sala. Apenas se había sentado, empezó el mayor ruido del mundo y se levantó un enorme vendaval, tan extraordinario que hizo que las ventanas, que eran más de cien, empezaran a golpear todas juntas: parecía, a quien las oía, que la sala se iba a hundir por el gran ruido que hacían.

Cuando todo esto se calmó, salió de la habitación una lanza grande y larga, con la punta ardiendo como si fuera el pabulo de un cirio; la lanza va directa a Boores tan rápida como un rayo y le golpea con tanta fuerza que, a través del escudo y de la cota, le entra medio pie en el hombro izquierdo. Al sentirse herido de esta forma se asusta, pues no ve al que sujeta la lanza que le ha alcanzado. No obstante, siente que se la quitan, pero no sabe quién es. Después de sacarle la lanza, ésta vuelve a la habitación de la que había salido. Boores permanece en la cama tan enfermo y doliente que cualquier otro pensaría estar muerto; no se mueve de la cama sino que piensa permanecer en ella durante toda la noche, ocurra lo que ocurra.

No tardó mucho en ver salir de una habitación a un caballero completamente armado con todas las armas, corpulento y fornido. Al ver a Boores le dice:

—Señor caballero, levantaos de esa cama e id a descansar en otra.

Le contesta que no se levantará ni por él ni por otro, mientras pueda mantenerse en pie.

—Si hacéis que tenga que combatir contra vos, no ganaréis nada —le contesta el caballero— si os mato o vos a mí; y tendré que combatir si no os levantáis.

Boores le responde que no le importa.

—Por mi fe, entonces os advierto que mientras pueda golpear con la espada no os dejaré tranquilo.

Cuando Boores ve que tiene que combatir se pone en pie, aunque está tan malherido que cualquier otro no habría tenido valor para defenderse en su situación; pero tiene tan gran corazón y tanto valor, que piensa que es mejor morir con honor que escapar con vergüenza, y a eso se dispone; desenvaina la espada y ataca al caballero dándole un gran golpe en el yelmo y el escudo. Éste, que era de gran valor, se defiende de forma extraordinaria. Y Boores, aunque está herido, sigue siendo ágil y diestro, y domina al caballero desde el primer ataque, de forma que no puede resistir y va abandonando el terreno y dirigiéndose a la habitación de la que salía el Santo Grial. Cuando ya está dentro, recobra fuerza y aliento: si antes estaba cansado, fatigado y herido, ahora se encuentra tan sano y fuerte y tan ágil como antes. Ataca a Boores con tal ímpetu que se asusta y se dice a sí mismo: «Por mi fe, esto es extraordinario. No sé qué decir de este caballero: hace un momento pensaba que estaba vencido, pues no podía ni defenderse, y desde que entró en esa habitación ha recobrado tanta fuerza que no creo que tenga menos que al principio de la batalla. Por mi fe, no sé de dónde le llega todo esto, si de Dios o del diablo».

De esta forma habla Boores consigo mismo y el caballero le ataca con la espada alzada, dándole un gran golpe allí donde puede alcanzarle. Boores se defiende bien y de forma adecuada, como quien no puede ser vencido fácilmente por un solo caballero, aunque sea de gran valor; se esfuerza tanto en tan poco rato gracias a su valor y a su agilidad, que el caballero se encuentra con lo peor del combate. Cuando piensa en ir otra vez a la habitación en la que había estado, Boores le corta el paso y le dice:

—Por la Santa Cruz, señor caballero, no volveréis a poner el pie ahí dentro.

Lo sujeta por el yelmo, se lo arranca de la cabeza, se echa sobre él y le baja la ventana, diciéndole que lo matará si no se da por vencido y le promete ir prisionero adonde él quiera. Boores levanta la espada y finge ir a cortarle la cabeza. Se veía con gran claridad, pues todas las ventanas estaban abiertas y la luna entraba por más de cien sitios. El caballero, que se ve en peligro de muerte, se da por vencido, pide piedad al que lo ha derrotado. Boores le responde:

—No sé quién eres, pues que yo sepa no te vi nunca; me tienes que prometer como leal caballero, que estarás el día de Pentecostés en la corte del rey Arturo, donde quiera que la reúna, y allí te rendirás al rey de parte de Boores de Gaunes.

Así se lo promete, pues ve que tiene que hacerlo; luego toma su yelmo y su escudo y regresa por donde había venido.

Boores va a sentarse en la cama; apenas lo había hecho, empiezan a caer desde las ventanas cuadrillos o flechas, golpeando en él de tal forma, que nota que le alcanzan en el escudo y en la cota, en más de cien lugares, con gran violencia. Pero no se mueve, sino que permanece sentado tan firme y seguro como si no tuviera ningún daño y espera las aventuras, pues piensa que aún le ocurrirá alguna más. Cuando los cuadrillos dejan de caer se vuelven a cerrar todas las ventanas, haciendo tal ruido como si la sala

fuera a hundirse. Había entonces muy gran claridad, pues la luna seguía entrando por no sé cuántas ventanas de marfil que quedaban abiertas.

Cuando la sala se calmó, salió de una de las habitaciones un gran león extraordinario, y se dirigió a Boores saltando con las fauces abiertas. Éste, al verlo venir, se pone en pie, adelanta el escudo y levanta la espada para golpearlo en la cabeza. El león lanza las zarpas y los dientes para prender a Boores por la cota, pero coge el escudo por encima y se lleva un trozo como si fuera de trapo y poco faltó para que hiciera caer a Boores al suelo; pero éste se mantiene tan firme como quien tiene gran fuerza y le golpea entre las orejas de tal forma que le corta el cuello del través y le hace caer muerto sobre el pavimento. Boores vuelve a sentarse y descansa. No tardó mucho en ver salir a la serpiente que mi señor Galván vio: era tan grande y espantosa que nadie la vería sin sentir miedo; no hay color que no se pueda ver en ella; tenía los ojos tan rojos y encendidos como si fueran dos carbones ardientes. Al salir de la habitación, atravesó la sala despacio arrojando fuego y llamas, aunque poco abundantes, y jugando con la cola como hacen los niños con sus juguetes. Llevaba letras escritas en la frente que Boores pudo reconocer a la claridad de sus propios ojos, y que decían: «Esto simboliza al rey Arturo».

Cuando la serpiente ya había llegado al centro de la sala, Boores vio que iba contra ella un leopardo fiero y orgulloso, pero no sabe de dónde ha podido salir. Al punto la serpiente le ataca arrojando fuego y llamas, y causándole el mayor daño que puede. El leopardo se defiende tan bien que es digno de admiración, la sujeta con los dientes y las uñas y no se vuelve, sino que avanza sin cesar, ganándole terreno a la serpiente; si tuviera tanta fuerza como ésta, no podría resistirle, por su vigor y por su gran valor. Boores contempla el combate durante un buen rato y se pregunta sorprendido qué es aquello, pues nunca vio dos animales salvajes con tanta crueldad como aquellos dos: piensa que sin duda representa alguna cosa. Después de que la batalla durara tanto que no pueden resistir más ni el uno ni la otra, la serpiente se marcha y el leopardo se desvanece, de tal forma que no sabe qué ha sido de él. Tan pronto como la serpiente llega a la entrada de la habitación, empieza a dar vueltas y a revolcarse como un animal que tiene dolores de parto, y se encuentra en esa situación: lo mismo hace la serpiente durante un buen rato. Cuando se calmó, empezó a echar crías por la boca hasta cien, que comienzan a pelearse dispuestas a matar a la serpiente de la que habían salido, pero ésta tenía tanta fuerza que no le pueden causar gran daño.

Dura tanto rato la pelea entre ellos, que todas las crías y la gran serpiente mueren. Boores se sorprende mucho más por esto que por nada de lo que ha visto, pues está seguro de que esto significa algo, aunque no sabe qué.

A continuación ve salir de la habitación a un hombre pálido, delgado y tan descolorido que más parecía muerto que vivo; llevaba al cuello dos culebras entrelazadas una con la otra. Le iban picando por delante y por detrás, en el cuello y en

el rostro. El hombre se lamentaba y se quejaba con angustia, diciendo:

—Ay Dios, ¿qué he hecho para padecer el dolor que tengo? Dios, ¿vendrá alguna vez el que tiene que sacarme de esta gran desgracia?

De esta forma iba lamentándose el hombre y se llamaba desgraciado, desdichado y desventurado; llevaba un arpa muy rica, de oro, plata y piedras preciosas, de gran belleza a la vista. Al llegar al centro de la sala, se sienta en un trono de oro que había allí noche y día; toma el plectro y comienza a afinar el arpa; luego empieza a tocar un lai, y mientras lo hacía lloraba sin cesar. Boores, que lo escuchaba con mucho gusto, reconoce que es el lai llamado el *Lai del Llanto*, y que en él se contaba cómo llegó José de Arimatea a Gran Bretaña, cuando Nuestro Señor le hizo que fuera por su voluntad. Boores pone toda su atención, pues le parece que hubo una discusión entre José de Arimatea y Orfeo el encantador, que construyó el Castillo de los Encantamientos en la Marca de Escocia.

Al terminar el lai se pone en pie y le dice a Boores:

—Señor caballero, en vano permanecéis en esta sala, pues debéis saber que las aventuras de aquí no cesarán ni por vos ni por ningún otro, hasta que llegue el buen caballero que debe poner final a las aventuras del Santo Grial y que terminará con todas las aventuras que os han ocurrido esta noche, liberándome de la pena en la que me encuentro: os podéis ir cuando queráis, pues ya no haréis más de lo que habéis hecho.

—Decidme, ¿cómo podéis mantener esas culebras alrededor del cuello, que os están causando tanto daño según me parece?

—Tengo que soportarlo, pues de esa forma se venga Dios del orgullo que le mostré antaño. Si gracias a esta pena terrenal no fuera castigado eternamente, me tendría por feliz, pues he hecho tantos males durante mi vida, que apenas podré ser perdonado por Dios mediante penas que sufra en este mundo. Tened por seguro que he merecido sufrir este tormento que sufro.

Sin decir nada más, se marcha el hombre; Boores quería preguntarle muchas cosas, pero el otro, que no puede quedarse más tiempo, se marcha a la habitación de la que había salido. No tardó mucho en entrar por la cristalera la paloma que llevaba en el pico el inciensario de oro; entró en la habitación de la que había salido el Grial el día anterior. La sala quedó en silencio, tranquila y llena de todos los buenos aromas del mundo, oliendo de forma tan agradable como si todos los buenos olores hubieran sido repartidos por allí. Salieron de la habitación cuatro niños de corta edad, tan hermosos que Boores los contempla y no cree que sean terrenales, sino espirituales; llevaban cuatro velas encendidas sobre cuatro candelabros; delante iba un inciensario y a continuación un hombre viejo y anciano, completamente canoso, vestido como sacerdote aunque no llevaba casulla y llevaba una lanza. Cuanto más lo contempla, más se sorprende Boores, pues ve que de la punta de la lanza salen gotas de sangre, que caen

una tras otra por el asta abajo, pero ignora qué ocurre con ellas después. Boores piensa que es una cosa santa y digna y se pone en pie a su paso e inclina la cabeza. El que llevaba la lanza se dirige al trono y se sienta en él, diciéndole a Boores:

—Señor caballero, sois el más limpio y el más valioso de cuantos han entrado aquí de la casa del rey Arturo. Ya podéis decir, cuando volváis a vuestra tierra, que habéis visto la lanza vengadora; no sabéis lo que esto quiere decir y no lo sabréis hasta que el Asiento Peligroso de la Mesa Redonda haya encontrado su dueño; gracias al que se sentará en él sabréis la verdad de esta lanza, quién la trajo a esta tierra y de dónde vino. Si Lanzarote, vuestro primo, se hubiera guardado tan bien como vos os habéis propuesto guardaros, al principio de su caballería, hubiera podido poner fin a todo aquello que os hace sufrir ahora a los demás; pues no tiene a nadie que se le pueda comparar en valor y en virtudes como caballero, pero ha perdido tanto en las demás virtudes que debería tener, que le han desaparecido y le han muerto por la debilidad de su carne.

Después se marcha con la lanza que había traído y regresa a la habitación principal. No tardaron mucho en llegar a la sala hasta doce doncellas vestidas y arregladas con tanta pobreza que sus ropas no valían nada; avanzaban despacio una tras otra, sin decir una palabra, y lloraban con tanta amargura que no habría nadie en el mundo, por duro que fuera, que no sintiera compasión. Avanzan hasta que llegan a la puerta de la habitación y allí se detienen, se arrodillan y hacen un duelo extraordinario, de modo que Boores puede oír las oraciones y plegarias que dicen. Sin embargo, no sabe qué hacer, pues de todo lo que ha visto ignora el significado y le gustaría conocerlo si pudiera ser; sin lugar a dudas, lo preguntaría con mucho gusto a aquellas que están junto a él, si no temiera que le podría sobrevenir algún mal a él o a cualquier otro. Pero piensa que aquellas damas no deben irse sin que él tenga alguna noticia, si puede ser.

Se acerca a una de ellas y le dice:

—Doncella, que Dios os consuele; decidme quién sois y por qué lloráis así, por qué vais tan mal vestidas, pues es una cosa que me gustaría saber, si pudiera ser.

—Señor, por Dios, quedaos en paz y dejadnos hacer lo que debemos, pues no sabréis nada de nosotras por ahora.

Boores deja a la doncella y vuelve a sentarse en la cama. El séquito de las mujeres no se queda allí, sino que se marcha. Un poco antes de medianoche, Boores se acercó a la habitación principal y vio tan gran claridad como si el sol hubiera establecido su morada allí, y la claridad crecía cada vez más. Se adelanta y se acerca a la puerta de la habitación; cuando se disponía a entrar, ve una espada clara y cortante preparada para golpearle si sigue avanzando. Retrocede al verlo, pensando que se trata de un asunto divino más que de otra cosa. A pesar de todo, mira en la habitación y ve una mesa de plata sobre cuatro patas de madera, muy hermosas y ricas, pues estaban rodeadas de oro y piedras preciosas; pero eran más extraordinarias aún, tal como la divina escritura

del Santo Grial lo contará cuando sea el momento y la ocasión. Encima de la mesa de plata está el Santo Grial, cubierto con un jamete blanco, y delante de la mesa de plata había un hombre vestido como un obispo, que estaba de rodillas. Después de permanecer un buen rato así, se pone en pie y se dirige al Santo Vaso, quita el jamete que lo cubre y entonces se hace una claridad que no podría contar yo una mayor.

En el momento en que el santo hombre quitó el jamete del Santo Grial se extendió por allí tanta luz que a Boores le pareció haber sido golpeado en los ojos por un rayo de sol: quedó tan deslumbrado que durante toda la noche perdió la vista y no pudo ver absolutamente nada. Oyó entonces una voz que le decía:

—Boores, no avances más, pues no eres digno de ver más de lo que has visto de las cosas secretas de aquí dentro. Si a pesar de esta prohibición eres tan osado como para seguir avanzando, ten por seguro que no escaparás sin perder la fuerza de los miembros, el poder andar y la vista; el resto de tu vida serás como un trozo de madera, y será lástima, pues eres muy valiente y santo.

Al oír estas palabras, Boores no siente un miedo pequeño, pues bien piensa que le dicen verdad: retrocede y vuelve a la cama en la que había estado sentado, pero no consigue ver nada. A pesar de todo, se siente sano y curado de la herida que le había causado la lanza flameante; va por todas partes buscando la cama, pero no consigue encontrarla. Al darse cuenta de que no la encontrará, se sienta en el suelo, cansado de buscar lo que no puede hallar. De esta forma permaneció Boores allí hasta que llegó el día, preocupado por haber perdido la vista para siempre jamás. Si mi señor Galván oyó en otra ocasión grandes cantos y grandes melodías de voces que cantaban las alabanzas de Nuestro Señor, mayor fue la alegría de esta noche y Boores se puso muy contento por haber ido. Permaneció durante toda la noche despierto, sin dormir ni descansar; estaba muy asustado de que Nuestro Señor se hubiera enfadado con él. Cuando empezó a amanecer y el día se extendió a través de las cristaleras abundantes y Boores vio la claridad, se puso muy contento, pues no tuvo nunca tan gran alegría como la de entonces.

En ese momento entró el rey Pelés con su hermosa hija y numerosos caballeros. Al ver a Boores sano y salvo, le muestran una gran alegría. El rey le dice:

—Por Dios, Boores, hemos estado muy a disgusto hoy por vos, pues no pensábamos veros ya sano y fuerte como ahora estáis, pues nunca hubo caballero que entrara aquí y permaneciera como vos, sin salir después afrentado o sin que fuera encontrado muerto: habéis tenido más suerte de la que nunca tuvo nadie, y estad seguro de que me alegro.

Boores permaneció todo el día allí, pues no le dejaron marcharse por nada que intentara: le hicieron gran fiesta y le mostraron grandes honores, pues estaban muy contentos de la hermosa aventura que Dios le había dado. El rey le pregunta entonces:

—Señor, por Dios, ¿visteis a mi padre?

—No lo conozco.

—Señor, es el rey tullido que se llama Rey Pescador, el caballero más valiente y de vida más santa que hubo en nuestro, tiempo.

—¿Cómo quedó tullido?

—Señor, fue por la fuerza que hizo al sacar la espada de la vaina: no debía ser sacada hasta que lo hiciera el que debía poner fin a las aventuras del Santo Grial; porque la sacó a pesar de la prohibición que había, fue herido por la misma espada entre los muslos, quedando tullido, y no tendrá curación hasta que venga el buen caballero y le unte las heridas con las gotas de sangre de la lanza.

—Señor, no lo vi, pero por Dios, decidme la verdad acerca de la lanza de la que me habláis, pues me ha sorprendido mucho, pues vi de forma clara que salían gotas de sangre de ella y es algo que me gustaría saber, si pudiera ser.

—No está permitido que se conozca la verdad de la lanza, ni que sea descubierta a vos ni a otro; cuando sea emprendida la última búsqueda del Grial, que todos los caballeros del mundo se esforzarán antes de saber la verdad, entonces se os descubrirá a vos y a los demás lo que ahora preguntáis, pero no lo podréis saber antes.

Boores contesta que se aguantará, ya que tiene que hacerlo. Permaneció allí durante todo el día y la noche. El día siguiente por la mañana se marchó armado y emprendió el camino, cabalgando sin detenerse hasta que llegó a Camelot; pero la historia no dice nada de las aventuras que le ocurrieron desde que se marchó de Corbenic, sino que lo lleva a la corte de Pentecostés.

La historia ahora deja de hablar de él y vuelve a Lanzarote.

CLXX

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se separó de Boores, cabalgó hasta que llegó a la luz que había visto, como quien necesitaba descanso, pues se había cansado y fatigado mucho durante todo el día. Al llegar allí encontró dos pabellones; en uno de ellos había dos velas encendidas, mientras que en el otro no se veía absolutamente nada; descabalga y entra en el que estaban las velas encendidas y encuentra a una doncella de gran belleza en una cama; delante de ella estaba sentado un pequeño enano, extraordinariamente feo. Lanzarote saluda a la doncella apenas entra y ella le devuelve el saludo con bastante cortesía.

—Doncella, soy un caballero andante cansado y fatigado de cabalgar y de errar; la aventura me ha traído aquí y por eso querría suplicaros que por afecto y generosidad me dierais albergue hoy, y mañana, tan pronto como amanezca, me iré.

—Señor, os daría alojamiento con mucho gusto si pudiera, pero no puedo, pues si lo hiciera, no tardaría mucho en llegar mi amigo y os echaría fuera si no le agradáis, y para mí sería una gran vergüenza: por eso no me atrevo a daros alojamiento y os ruego que os marchéis, por amor.

Lanzarote le contesta que eso no puede ser, pues si se marchara de allí no sabría a dónde dirigirse.

—Por mi fe, os podéis quedar por la fuerza, pero no os quedaréis de grado, pues temo que si viene mi amigo y os encuentra aquí se enfade conmigo.

—Por Dios, conseguiré establecer la paz entre vos y cualquiera que venga.

—Podéis hacer vuestra voluntad, pero si me ocurre algo malo por vos, me pesará.

Lanzarote se quita entonces el yelmo y lo echa en medio del pabellón; se acerca a su caballo, le quita el freno y vuelve a donde estaba la doncella; se baja la ventana, pero no quiso quitarse la cota de mallas hasta que llegara el amigo de la doncella. Luego le pregunta que de dónde es.

—Señor, soy de esta tierra, prima del rey de los Cien Caballeros. Cuando regresamos del torneo que ha tenido lugar esta mañana delante del castillo de Penigue nos anocheció aquí y por eso hicimos plantar las tiendas que llevábamos con nosotros.

Mientras hablaban así entraron dos caballeros completamente armados que venían a pie.

El primero que entró, mira a Lanzarote y le dice:

—Señor caballero, ¿con qué permiso habéis venido aquí?

—Señor, no tuve permiso de nadie más que de mi propia voluntad, que me hizo quedarme, pues así lo necesitaba, pues no habría encontrado dónde alojarme.

—Ya que no tenéis otro protector, tenéis que iros, pues no podéis permanecer aquí de ningún modo.

—Señor, dadme alojamiento hoy, y mañana, tan pronto como vea el día, me iré. Tened por seguro que un favor tan grande como ése os lo podría devolver en esta tierra o en otro lugar.

—Esas palabras son vanas. Por mi cabeza, tenéis que iros, queráis o no, pues no quedaréis aquí por más fuerzas que tengáis.

—Buen señor, ¿a dónde podría ir? Este bosque es tan grande y resulta tan fácil perderse en él, que sería incapaz de mantener una senda o un camino y por eso no puedo irme.

Cuando el caballero oye estas palabras empieza a encolerizarse como hombre orgulloso y fanfarrón, va al yelmo de Lanzarote, lo coge y lo arroja fuera del pabellón; luego corre a una maza de plomo, grande y pesada, y le dice que le dará con ella en la cabeza si no se va de inmediato y rápidamente, pues no le agrada que se quede allí. Lanzarote se enfada mucho y piensa vengar esta afrenta antes de irse. Sale del pabellón sin decir nada al caballero y va adonde ve su yelmo, lo toma y se lo ata en la cabeza; luego regresa a su caballo y le pone el freno. Cuando ya está dispuesto, lo ata a una encina, toma el escudo y regresa al pabellón y dice:

—Señor caballero que me habéis expulsado de vuestra casa, sabed que no me iré y me quedaré a pesar vuestro, queráis o no. En mala hora hablasteis con tanto orgullo, pues moriréis.

Levanta la espada para golpearle y el caballero esquiva el golpe, que le resbala por el yelmo y le cae en el hombro izquierdo, rompiéndole las mallas de la cota como si fuera de tela; la espada cortante se le mete en el hueso y en la carne y le hace caer el hombro con el brazo. Al sentirse en tan mal estado, lanza un grito dolorosísimo y dice: «¡Ay, Dios, muerto soy!». Se desmaya por el dolor que siente y cae al suelo. Empieza el griterío allí y la doncella inicia un duelo extraordinario, desmayándose con frecuencia y a menudo. Cuando el caballero ve muerto al otro, que era hermano suyo, se prepara a vengarle con todas sus fuerzas y dice:

—Señor, no sé quién sois, pero me habéis afrentado para siempre matando a mi hermano: me podríais tener por malvado y cobarde si no os hiciera que lo pagarais caro.

A continuación toma la espada. Cuando Lanzarote ve que quiere empezar la pelea, no espera a que le golpee, pues estaba enloquecido por el enfado que le había provocado, y levanta la espada golpeándole en la cabeza con tanta fuerza que le hace caer en el suelo completamente aturdido; luego vuelve a meter la espada en la vaina, lo sujeta por el yelmo y le tira de él con tanta violencia que le rompe los lazos y se lo arranca; empieza a golpearle con el mismo yelmo en la cabeza de tal modo que piensa que va a morir. Pide piedad, diciendo:

—Noble caballero, por Dios, no me mates; déjame vivir y harás bien, pues con mi muerte no ganarías nada.

—Si me quieres perdonar la muerte de tu hermano, te dejaré.

El caballero le perdona con mucho gusto, contento por haber podido escapar con vida.

—Ahora te ruego —añade Lanzarote— que si conoces algún refugio cerca de aquí me lleves para albergarme, pues aquí no me quedará en modo alguno si encuentro alojamiento en otro sitio.

—Señor, cerca de aquí hay una ermita a la que os puedo llevar si queréis. Creo que allí recibiréis buen albergue, si así lo deseáis, porque no hay caballero que acuda que no sea bien acogido.

—Llebadme allí, pues ya me gustaría estar.

Monta a caballo y emprende el camino hacia la ermita. Cuando llega, golpea a la puerta hasta que un ermitaño sale a un ventanuco que daba al camino y les pregunta quiénes son. Lanzarote le contesta que es un caballero andante que necesitaría descanso y albergue, si lo pudiera obtener. Le responde el ermitaño que le alojará con mucho gusto, ya que es caballero andante. Baja a la puerta y hace que la abra un clérigo suyo; Lanzarote entra y descabalgua. Entonces regresa el caballero al pabellón en el que había dejado a su hermano herido de muerte. Lanzarote permanece durante toda la noche con el ermitaño, que le proporciona a él y a su caballo lo mejor que puede. Por la mañana, después de oír misa, se marchó de allí encomendando a Dios al santo hombre y cabalgó por el bosque dando vueltas en busca de noticias de Boores; pero en todo el día no encontró quien le diera nuevas; lo buscó durante gran parte de la jornada igual que Boores había hecho con él.

Alrededor de mediodía hacía un gran calor extraordinario; Lanzarote encontró entonces un prado junto a una fuente en el que dos doncellas estaban comiendo cecina de ciervo a la sombra de dos olmos, bajo los que manaba la fuente. Saluda a las doncellas apenas las ve; éstas se levantan al verlo y le dan la bienvenida, rogándole que descabalgue y que vaya a comer con ellas, pues estaban solas, acompañadas por un enano que las servía. No se hizo de rogar, pues también deseaba descansar y no había comido en todo el día. Desmonta y se quita el yelmo; el enano le da agua para que se lave. Cuando ya estaba sentado con las doncellas, empezó a comer y a jugar y a hablar con ellas.

Después de comer, que Lanzarote descansó un buen rato, mira prado abajo y ve llegar a una doncella que venía corriendo lo más deprisa que podía, y que se dirigía hacia él. Cuando ya se encontraba cerca, le grita:

—Noble caballero, por Dios, tened compasión de mí y no me dejes matar delante de ti.

Al ver a la doncella que siente tanto miedo, Lanzarote tiene una gran lástima; se pone en pie, la toma entre sus brazos y le dice:

—Mi dulce doncella, no temáis. Por Dios, no debéis preocuparos de que nadie os

haga daño mientras yo esté con vos.

—Señor, mirad ese diablo, ese ladrón que quiere matarme sin motivo.

Mira y ve salir de la espesura del bosque a un caballero armado con armas negras, que se acercaba muy deprisa hacia ellos. Cuando ve al que se apresura en llegar, Lanzarote corre a su yelmo y se lo ata, pero no pudo darse tanta prisa como para impedir que el caballero matara a la doncella antes de que él tuviera tiempo de llegar al caballo. Al ver esto le pesa tanto que por poco pierde el sentido, pues se da cuenta de que la doncella ha muerto por su culpa, ya que si no le hubiera dicho que la protegería no se habría detenido y habría podido escapar del caballero: le aflige tanto esta aventura, que nunca sintió tal tristeza por nada que le ocurriera. Monta a caballo y sigue muy deprisa al caballero; va tras sus huellas y está seguro de que no se equivoca. Galopa hasta que sale del bosque y entonces ve al caballero de las armas negras delante de cuatro pabellones, y estaba hablando con sus doncellas.

Lanzarote le grita al caballero que se dé por muerto sin más. Las doncellas, al verlo venir corren a su encuentro:

—Señor, por Dios, tened piedad de este hermano nuestro al que queréis matar.

No las mira, pues poco le importa lo que le dicen y pica espuelas hacia el caballero con la espada desenvainada. Éste intenta darse a la fuga pero no puede, pues Lanzarote le sorprende tan de cerca que le da un golpe con la espada haciéndole volar la cabeza a más de una lanza del cuerpo. Ni siquiera lo mira, sino que se marcha triste y enfadado porque le había causado la muerte a la doncella que estaba bajo su protección.

Lanzarote cabalga con tal tristeza y enfado durante todo el día, hasta que sobrevino la noche y se alojó en casa de una dama que era muy rica y poderosa. Después de cenar, fue a acostarse. Por la mañana, tan pronto como el día apareció, se levantó Lanzarote sin ganas de permanecer por más tiempo allí y se marchó, cabalgando durante tres días sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada. Cuatro días más tarde se alojó a la entrada de un bosque en casa del guardabosques. Después de cenar, éste llevó a Lanzarote a una habitación muy hermosa que daba hacia el camino: se acostó e intentó dormir, pero no pudo, pues hacía mucho calor.

En vista de que no lo conseguía, se puso la camisa y las calzas y se acercó a una ventana con rejas para tomar el fresco. La luna había salido hermosa y clara y se podía ver bien a todos los que pasaban por el camino.

Mientras que estaba allí refrescándose, vio que llegaba al patio un caballero armado con todas las armas, montado en un gran caballo, que estaba empapado en sudor por la galopada que había dado. El caballero empieza a gritar: «¡Abrid, abrid!». Pero los de dentro no lo oyeron, pues ya se habían dormido. No tardaron mucho en llegar al patio dos caballeros que atacaron al otro con las espadas desenvainadas. El que había llegado primero les pregunta qué quieren y ellos le contestan que no podrá escapar sin morir.

—¿Sabéis quién soy?

—Os conozco bien —le contesta uno— por las armas que lleváis: sois Keu el senescal, el caballero más cobarde del mundo.

Le atacan y le dan grandes golpes, y él se defiende como puede. Cuando Lanzarote se entera de que es Keu el senescal, corre adonde había dejado las armas, se echa la cota de mallas a la espalda, se ata el yelmo, toma el escudo y la espada y se dirige a una ventana enrejada, la rompe y salta al patio con la espada desenvainada, atacando a los que iban contra Keu y golpeando al primero que alcanza en el yelmo de tal forma que le hace tambalearse, y sigue atacando, pues no quiere dejarlo sin más. El caballero estaba en el suelo tan aturdido que no podía levantarse. Lanzarote le arranca el yelmo de la cabeza con tanta fuerza que por poco no se lleva toda la piel; arroja el yelmo lejos y le da grandes golpes en la cabeza, haciendo que la sangre le brote. Al verse tan maltratado, y con la espada levantada sobre su cabeza, teme morir y por eso pide piedad, prometiéndole a Lanzarote ir como prisionero suyo a donde desee. Lanzarote le acepta la palabra y se levanta de encima de él; ve que Keu está combatiendo contra el otro lo mejor que puede, cansado y fatigado. Se acerca a él y le dice:

—Mi señor Keu, dejadme combatir, pues ese caballero os pesa demasiado y frente a mí no resistirá mucho.

Keu deja entonces al caballero, pensando que el que le habla es Lanzarote; aunque no está muy seguro porque no lo ve de forma clara. Lanzarote tenía la espada levantada, era rápido y estaba fresco; el otro estaba cansado y fatigado de forma que apenas podía sostener el escudo. Lanzarote le da un gran golpe en el yelmo y hace que le vuele en medio del patio. Al verse con la cabeza desarmada, y frente a frente con aquel al que reconoce como mejor caballero que él, siente tal miedo que le pide piedad.

—No tendré compasión contigo, si no me prometes ir como prisionero a donde te mande.

Éste se lo promete, viéndose muerto si no cumple con su voluntad. Luego, Lanzarote llama al otro caballero y les dice a los dos.

—Señores, sois prisioneros míos para ir a donde yo os ordene.

—Señor, así es.

—Os ordeno, por la promesa que me habéis hecho, que el día de Pentecostés estéis en la corte del rey Arturo mi señor y que os rindáis a él de parte de Keu el senescal.

—Señor —contesta uno de ellos—, no tendremos que hacerlo si no queremos, pues Keu no nos ha vencido, sino vos, a quien no conocemos.

—Tenéis que cumplir mi voluntad y mi voluntad es que quiero que os rindáis al rey de parte de Keu el senescal; si no lo queréis hacer, faltaréis a vuestra promesa.

Le contestan que así lo harán ya que lo desea; vuelven a montar a caballo y regresan por el camino por el que habían llegado. Los del lugar se habían despertado por el ruido del combate y se habían levantado y acudido a las ventanas, desde donde vieron la pelea, diciéndose unos a otros que era muy valiente el huésped. Cuando vieron que

los dos caballeros se habían marchado, corrieron a abrir la puerta, ya que Lanzarote no podía entrar fácilmente por donde había salido, pues la ventana quedaba demasiado alta. Entraron y encontraron abundantes cirios y antorchas que el señor había ordenado encender para recibirlos, pues era hombre rico y valiente. Se desarman los dos compañeros; el señor, que piensa que son de la casa del rey Arturo, le pregunta a Keu el senescal si había cenado y éste le contesta que no. Ordena que le den de cenar y después manda que le preparen una cama en la misma habitación de Lanzarote.

Cuando Keu ve a Lanzarote, siente una gran alegría y le dice:

—Señor, discretamente os marchasteis del torneo en el que nos habíamos quedado para veros.

—¿Acaso no me visteis?

—Sí, todavía siento el dolor porque me derribasteis con tal violencia que por poco no se me rompió el cuello, y aún me duele la caída.

—No debéis tomármelo a mal, pues no os reconocí; en esos sitios no se puede conocer ni al amigo ni a los parientes. Pero ¿visteis a Mordret, el hermano de mi señor Galván?

—Sí, después del torneo, en el mismo sitio donde había tenido lugar, tan maltrecho que no podía moverse y lo llevan a la corte en una litera.

—¿Sabéis quién le hizo eso?

—Sí, mi señor Galván, su hermano, Gueheriet y Guerrehet también lo derribaron en el torneo, cuando no pudo seguirlos.

Lanzarote se echa a reír al saber que los hermanos le habían golpeado tanto; le dice a Keu:

—Por Dios, eso se lo ganó por no quererme seguir, pues si se hubiera mantenido a mi lado, creo que no le hubieran maltratado tanto.

Después de cenar Keu, fueron a acostarse todos. Keu tuvo una cama muy rica en la habitación de Lanzarote. Lanzarote no le preguntó quiénes eran los caballeros que le habían atacado. Por la mañana, tan pronto como amaneció, se levantó Lanzarote y fue a despertar a Keu; pero estaba tan dormido que no lo consiguió. Lanzarote se calzó, se vistió y fue adonde estaban las armas. Pensando coger las suyas, tomó las del senescal. Después de ponerse el yelmo de Keu y sus cubiertas, fue al patio. Era tan temprano que el señor de allí casi no se dio cuenta, pero le dijo:

—Señor, habéis tomado las armas de vuestro compañero.

Al ver que era cierto, contesta:

—Por mi fe, ya que las he tomado, no me voy a desarmar ahora, pues sería un gran esfuerzo. Decidle a mi señor Keu que se lleve las mías, pues yo me he puesto las suyas; que sepa que no lo hice a sabiendas.

Monta a caballo y se marcha de allí, cabalgando hasta la hora de prima. Llega entonces a un puente que había encima de un río impetuoso y rápido; a la entrada del

pueblo había cuatro pabellones hermosos y ricos, trabajados con seda con gran riqueza; en cada uno de ellos había un escudo blanco y dos lanzas apoyadas, con las puntas hacia arriba. En uno de los pabellones estaban sentados cuatro caballeros armados con todas las armas. Al ver llegar a Lanzarote, le dice uno:

—Por mi cabeza, he ahí uno de la casa del rey Arturo.

—¿No sabéis quién es? No se preocupa de vos.

—No.

—Es mi señor Keu el senescal, el caballero más nulo de la casa del rey Arturo; si le atacamos, recibiremos más afrenta que honor, pues sólo se burlarían de nosotros por prenderlo.

—Dejémoslo ir tranquilo, pues sería más vergüenza que honor para nosotros por apresarle.

Lanzarote oyó estas palabras y empieza a sonreírse; como no le importa mucho que piensen que es Keu, pasa por medio de ellos de tal forma que no les dice ni una palabra, pero los mira atentamente. Después de haber pasado, cuando ya estaba en medio del puente, uno de los cuatro dice:

—Por Dios, mi señor Keu, sois demasiado orgulloso ya que pasáis entre nosotros y no os dignáis ni en saludarnos. Mal dolor me vaya por el cuello si no le devuelvo una buena recompensa por la villanía que nos ha hecho, pues no se llevará el caballo sobre el que va montado. Si su cota de malla no es fuerte, haré que sienta si la punta de mi lanza es fría o caliente, y tendrá que reconocer su locura.

—Por Dios, dejadlo, pues sería más para vuestra vergüenza que para vuestro honor el que lo derribarais, porque no crecerá vuestra fama por derribar a tal hombre. Ciertamente ha hecho lo que se dice, pues nunca oí hablar de él a nadie que lo conociera, que no dijera que es el caballero más maldiciente y peor de la casa del rey Arturo; por eso no debe extrañarnos que cometa villanías, pues ya ha hecho muchas desde que fue armado caballero: dejadlo ir, que tenga mal camino. Que se encuentre con un enano y una doncella que le golpeen, pues no merece ser castigado por otra gente.

—Por Dios, lo que decís no vale de nada, no dejaré en modo alguno de hacer lo que he dicho.

A continuación el caballero monta en su caballo y se va rápidamente por el puente tras Lanzarote, gritándole:

—Señor caballero, tenéis que combatir. Volved ese escudo u os golpearé por detrás y será mayor vuestra afrenta.

Lanzarote se sonríe porque el otro piensa que es Keu el senescal. Pica espuelas al caballo y se vuelve contra el caballero con la lanza en el puño. El otro le rompe la lanza en el escudo a Lanzarote, que venía lo más deprisa que su caballo podía y que le golpea con tanta fuerza que lo derriba a él y a su caballo al agua; luego, se da la vuelta y sigue

el camino por el que iba antes. Cuando los otros caballeros ven esto, montan y empiezan a gritar tan alto que Lanzarote los puede oír sin dificultad:

—Mi señor Keu, no os escaparéis así.

Galopan tras él y cuando Lanzarote los oye llegar, se detiene al cabo del puente y allí los espera. Cuando los ve tan cerca de él, pica espuelas y golpea al primero derribándolo del caballo, de manera que queda en el puente con el hierro metido en el cuerpo. La lanza se quebró entonces y Lanzarote echó mano a la espada que era clara y cortante. Cuando el cuarto, que había visto los tres golpes anteriores, lo vio venir, sintió tanto miedo de morir que no se atrevió a esperarle, y se dio a la fuga.

Lanzarote, que no quería que quedara así, lo persigue mientras puede; el otro huye con gran miedo, pero Lanzarote montaba en un caballo fuerte y rápido, no menos corredor que otro en caso de necesidad: alcanza bastante pronto al caballero y entonces le da tal golpe en el yelmo que lo derriba al suelo aturdido, sin fuerzas para levantarse; le pasa por encima con el caballo y lo pisotea de tal modo que no le queda miembro que no le duela. Luego, desmonta, le quita el yelmo de la cabeza y le dice que lo matará si no se da por vencido. El caballero se encuentra tan dolorido que no puede contestar, y permanece un buen rato desmayado, Lanzarote que ve que sería una maldad matarlo, deja que descansa hasta que recupere el aliento. Abrió los ojos y al ver a Lanzarote con la espada desenvainada amenazándolo de muerte si no se tenía por vencido, le pide piedad diciendo:

—Noble caballero, por Dios, no me mates; déjame vivir y te prometeré ser prisionero tuyo donde quieras.

—Promételo, pues.

El caballero así lo hace y Lanzarote lo deja; después le pregunta:

—¿Sabes quién soy?

—Señor, sí; sois mi señor Keu el senescal.

—Ya que dices que soy Keu el senescal, te ordeno que el día de Pentecostés vayas a la corte del rey Arturo mi señor y te rindas a mi señora la reina de parte de Keu el senescal, contándole esta aventura ante todos y cómo Keu el senescal os venció a los cuatro.

El caballero le contesta que así lo hará, ya que lo desea.

Luego Lanzarote monta y encomienda al caballero a Dios. Al pasar por los pabellones, encuentra una lanza corta, gruesa y extraordinariamente fuerte; la toma y pasa el puente; mira el río y ve a los dos que habían caído: uno se había ahogado y el otro había conseguido llegar a la orilla. Continúa por su camino y cabalga hasta la hora de nona. Entonces llega a un bosque alto y espeso. Pasa por un valle en el que se encuentra con mi señor Galván y mi señor Yvaín, a Héctor de Mares y a Saigremor el Desmesurado, que se habían encontrado por la mañana a la salida del bosque. Mi señor Yvaín había dejado a Mordret el día anterior en el castillo de Merlín, sano y

restablecido. Cuando vieron a Lanzarote, pensaron que era Keu el senescal; se detuvieron inmediatamente y se metieron en la espesura del bosque. Saigremor, que era siempre el más alegre y el menos serio de sus compañeros le dijo a mi señor Galván:

—Señor, ¿queréis ver un combate mío y de mi señor Keu, que viene por ahí pensando como si acabara de separarse de su amiga?

—Señor, en mala hora lo haríais; quizás os causaríais heridas y no querría que eso ocurriera de ninguna forma.

A Saigremor poco le importa lo que dice mi señor Galván y se dirige contra Lanzarote lo más deprisa que puede su caballo. Lanzarote, que no lo reconoció porque llevaba las armas cambiadas, le dirige el caballo apenas lo ve. Saigremor quiebra la lanza en el pecho de Lanzarote y éste le golpea por bajo, derribándolos a él y al caballo atravesados en el camino; al caer, Saigremor se rompió los huesos porque el caballo le cayó encima del cuerpo. Lanzarote continúa de largo sin detenerse a mirarlo. Cuando Héctor ve esto, piensa que no es Keu el senescal, sino algún caballero armado que había dado muerte a Keu llevándose sus armas, y le dice a mi señor Galván:

—Señor, esperadme aquí.

Se dirige contra Lanzarote y le golpea en el escudo, haciéndoselo volar en pedazos; Lanzarote le alcanza y le atraviesa el escudo, la cota de mallas y le pincha el brazo izquierdo haciéndole brotar sangre y derribándolo del caballo al suelo. Al ver los dos compañeros este golpe, lo sienten mucho y maldicen la hora en que empezó el combate. Mi señor Galván le dice a mi señor Yvaín:

—Señor, ¿qué podemos hacer? Hemos sido mal engañados, pensando que fuera Keu.

—Por mi cabeza, no lo es —contesta mi señor Yvaín—, no. No queda más que ponernos en marcha. Esperadme aquí e iré a combatir con él; poco me importa que me derribe.

Pica espuelas entonces hacia Lanzarote y le da tal golpe que le atraviesa el escudo, pero la cota es tan fuerte que no se le rompe ninguna malla. Lanzarote por su parte le golpea con tal violencia que le hace caer herido al suelo. Luego, Lanzarote continúa sin preguntar quién es.

Cuando mi señor Galván ve esta aventura, dice dolido y pesaroso:

—Dios, ya sólo falta que me derribe a mí. Es muy loco quien ataca a alguien sin conocerlo. Contra mi voluntad hubiera pensado que ese caballero era tan valeroso como es y ciertamente prefiero que me derribe, y hacerles compañía a los demás, a irme sin combatir con él.

Baja la lanza, abraza el escudo y se dirige hacia Lanzarote, tan pesaroso que no sabe qué hacer. Lanzarote, que nunca rehusó combatir contra él ni contra ningún otro, y que no le reconoció, se dirige hacia él diciéndose a sí mismo que si su lanza puede resistir esta vez sin romperse, le habrá servido bien, pues habrá conseguido derribar a

tres caballeros que bien pueden tenerse por fuertes. Se golpean con toda la fuerza y el ímpetu que tienen. Mi señor Galván que lo alcanza, le atraviesa el escudo, pero la cota era fuerte y apretada y soportó el golpe sin que se rompiera ninguna malla; la lanza vuela hecha pedazos por el aire. Lanzarote que ha puesto toda su fuerza en el golpe, le atraviesa el escudo, la cota y le clava la lanza en el costado izquierdo, pero no fue profundamente y por eso no lo hiere de gravedad. La lanza era extraordinariamente fuerte y Lanzarote se mantuvo en los arzones empujando a mi señor Galván con tal violencia que lo derriba a él y a su caballo al suelo; recupera la lanza y pasa de largo sin detenerse a mirarlo, dejándolo con el caballo encima del cuerpo.

Saigremor el Desmesurado, que fue el primero en caer, vio los combates de sus compañeros y no pudo callarse cuando vio que Lanzarote se iba sano y salvo, y le dice:

—Señor caballero, no sé quién sois, pero bien os podéis alabar cuando lleguéis a vuestra tierra, dondequiera que sea, de que habéis derribado con una sola lanza a mi señor Galván, a mi señor Yvain, a Saigremor el Desmesurado y a Héctor de Mares, pues eran ésos los cuatro caballeros a los que habéis derribado, sabedlo.

Al oír estas palabras que dice Saigremor, Lanzarote lo siente tanto que no sabe qué hacer, y no quiere volver, pues no le gustaría que supieran que había sido él. Si se lleva el escudo, piensa que lo seguirán y que pronto conseguirían saber noticias suyas. Arroja el escudo al suelo y se marcha por el bosque tan rápidamente como puede su caballo, lo espolea, lo pincha y lo golpea con las espuelas, alejándose al galope como si la muerte lo persiguiera; llorando y lamentándose, haciendo el mayor duelo del mundo, maldice la hora en que nació pues es el más desgraciado y el más desventurado de cuantos han existido, «y ciertamente, buen Señor Dios, ha sido una gran desgracia el haber conseguido la vergüenza y la deshonra para aquellos a los que debía honrar y servir con todas mis fuerzas».

Lanzarote se aleja huyendo al galope, llorando y lamentándose y maldiciéndose a sí mismo: bien parece por su tristeza que haya cometido algún delito. Se ha alejado triste y enloquecido por el dolor, hasta que llega a una alta colina. Mira a su caballo y lo ve tan bañado de sangre y de sudor por el esfuerzo que había realizado que si no hubiera sido tan vigoroso, hace rato que hubiera muerto. Se detiene entonces pensando que ya no lo alcanzarán; mira y ve dos pabellones plantados bajo un olmo, junto a los que había un estrado galés, recién hecho. Se dirige hacia allá, pues necesita descansar, desmonta y ata el caballo al árbol, apenas ha desmontado; entra en el primer pabellón y ve a una doncella echada sobre una alfombra, a la que según le parecía había visto en muchas ocasiones; pero no puede acordarse de quién es. La contempla tanto que finalmente se acuerda de que es la que le curó del envenenamiento que tuvo junto a la fuente, aquella que le había prometido guardar su virginidad toda su vida. Al verla, se pone muy contento, pues era la cosa del mundo a la que más quería; la saluda y ella a él, pues era joven de gran cortesía; se levanta y le da la bienvenida.

—Doncella, ¿me podríais dar alojamiento hoy?

—Señor, ¿quién sois?

—Soy un caballero andante de la casa del rey Arturo.

—Sí, entonces os alojaré por amor al hombre más valioso del mundo, que es igual que vos.

Le pregunta quién era ese caballero.

—Era el mejor caballero del mundo. Ojalá quisiera Dios que estuviera tan sano como estáis vos. Por Dios, me alegraría más si fuera así que si me dieran la mejor ciudad del rey Arturo. Pero no puede ser, pues hace más de año y medio que se ha perdido, y es lástima y pena, pues un hombre tan valiente como él no se encontrará nunca, según pienso.

—Doncella, os conozco mejor de lo que pensáis: sois la que por amor a él guardáis vuestra virginidad.

—Ciertamente, así lo prometí y lo mantendré, según creo.

—¿No es locura? ¿No sería mejor que hubierais tomado por señor a algún alto noble, de los muchos que os han pedido según pienso?

—Por Dios, muchos son los que me lo han pedido, más nobles que nadie en mi familia; pero así me salve Dios, no faltaré al voto que hice, pues amo tan lealmente al que se lo prometí, que preferiría morir a que alguien pudiera censurarme.

Al oír estas palabras, Lanzarote no puede ocultarse por más tiempo, se quita el yelmo y le dice a la doncella:

—¿Me conocéis?

Lo mira y reconoce que es al que desearía ver por encima de todos los hombres; le echa los brazos al cuello y le dice:

—Dulce señor, sed bienvenido. ¿Dónde habéis estado tanto tiempo?

Le contesta que ha estado en casa de una dama que lo ha tenido prisionero; luego le dice:

—Doncella, acabo de encontrarme con cuatro caballeros en el bosque, a los que no conocía; les he causado mayor daño del que debía y eran amigos míos. Pienso que me están siguiendo y que vendrán tras de mí; no querría de ninguna forma que me encontraran. Os ruego que me aconsejéis qué puedo hacer, pues si pensara que no puedo ocultarme a ellos, me iría de inmediato.

—Por Dios, no hay nada que pueda hacer, que no haga por vos. Os digo que no es necesario que os pongáis en marcha, pues si vienen aquí, os esconderé tan bien que nadie sabrá que estáis.

Mientras hablaban así, ven venir por el camino principal del bosque a caballeros, damas y doncellas. La que está con Lanzarote le dice:

—Señor, alegraos y regocijaos, pues vais a ver a un hombre de vuestra familia al que no habéis visto nunca.

—¿Quién es?

—Señor, lo sabréis antes de que os hayáis marchado.

Cuando ya estaban cerca del pabellón, los caballeros y los seguidores descabalaron y corrieron a ayudar a desmontar a una doncella que era suya, y la bajaron del carro en el que iba; era un carro cubierto de una seda roja para que el calor no dañara a los que estaban dentro. Después de apearse, llevaron a la doncella a que descansara donde estaba Lanzarote. Apenas la vio venir, se puso en pie, pues era de gran belleza y parecía mujer noble y alta dama.

—Dulce señor —le dice—, sentaos, pues quizás estáis más cansado y más fatigoso que yo.

Se sienta y la doncella hace lo mismo, diciendo a sus acompañantes:

—Traedme a Elián el Blanco.

Las muchachas van al carro del que habían bajado y toman a un niño pequeño al que sostenía una doncella en el regazo; se lo llevan a su señora. El niño es tan joven que no tenía más de dos años. La doncella lo toma y empieza a besarle los ojos y la boca y a mostrarle tan gran alegría como si fuera Dios mismo. Lanzarote lo contempla y le parece tan hermoso y agradable como nadie, y cree que nunca ha visto tan bella criatura; luego, pregunta de quién es el niño.

—Señor, mío. ¿No es hermoso?

—Sí, ciertamente; nunca vi a ninguno tan bello de su edad.

—Mi señor Lanzarote —le pregunta la doncella que le había dado alojamiento—, ¿qué os parece?

—Por Dios, me parece que es muy hermoso.

—¿Sabéis de quién es?

—No, más que de esta doncella, según ha dicho.

—Sabed que es primo vuestro, como engendrado por Boores de Gaunes, cuando venció el torneo que había convocado el rey Brandegorre, en el que se hicieron los diversos votos: no hay nadie en el mundo que vea a este niño, conociendo a Boores, que no diga que fue él quien lo engendró.

Cuando Lanzarote oye esta noticia, se pone muy contento, mira al niño y ve que se parece mucho a Boores; cree ciertamente que lo ha engendrado él y así era sin lugar a dudas. Empieza a besarle los ojos, la cara y la boca y a mostrarle una gran alegría. Al saber la doncella que era Lanzarote del Lago aquel caballero, del que se decían las mejores cosas del mundo y el primo del hombre al que más amaba en la tierra, no se pone poco contenta, sino que muestra un gran gozo y se ofrece a su servicio. Lanzarote se lo agradece y le responde de la misma manera.

La doncella que le había dado alojamiento a Lanzarote le contó cómo Boores se había acostado con la doncella y con qué motivo. Lanzarote cree que es cierto y piensa que lo mismo le había ocurrido a él con la hija del rey Pelés, que había tenido un hijo

de él, según le habían dicho.

Se pone en pie Lanzarote, se quita la cota de mallas que aún llevaba vestida y se desarma completamente, diciéndole a su huésped que teme que los cuatro caballeros lleguen allí y lo encuentren.

—¿Qué armas llevan?

Él se las describe.

—Sabed que si vienen por aquí, los despistaremos y no sabrán nada de vos.

Lanzarote le contesta que le parece bien; va a sentarse con la hija del rey Brandegorre, que le dice:

—Señor, cuando veáis a Boores, decidle de mi parte que aunque no haya despreciado nunca a una doncella más que a mí, ya ha sido mucho su desprecio, pues cuando me dejó, me prometió como leal caballero que vendría a verme en este mismo año; ha faltado a la promesa, pues no ha venido: os digo que no es tan recto como pensaba; y ha hecho por mí tales cosas que mientras yo viva, no querré a ningún caballero extranjero si antes no lo pruebo.

—Doncella, por Dios, tened compasión de él; os aseguro que ha tenido tanto trabajo, buscándome durante este año, y, con otros asuntos, que bien sé que no ha podido venir fácilmente; por eso no os debe pesar tanto como si hubiera podido venir. Os ruego que no os lo toméis a mal y que no se lo censuréis, y a cambio seré vuestro caballero durante todos los días de mi vida, pero perdonadle esa falta.

La doncella se la perdona con mucho gusto, ya que Lanzarote así se lo ruega.

La historia deja ahora de hablar de ellos y vuelve a mi señor Galván y a sus tres compañeros, a los que Lanzarote había derribado.

LIBRO 7.

La locura de Lanzarote

CLXXI

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se separó de los cuatro caballeros a los que había derribado, mi señor Galván, que había visto cómo había arrojado la lanza y el escudo, fue hacia el lugar donde estaba el escudo, lo recogió del suelo y dijo:

—Por Dios, escudo, habéis colgado del cuello de un hombre tan valiente que, por él, no se os debe dejar en el suelo, sino que se os debe llevar con todos los honores; maldito sea si os deajo: os llevaré a la corte y abandonaré aquí el mío; de tal forma llevaré buenas muestras para ser bien creído.

Se quita el escudo del cuello y lo arroja al suelo, colgándose el que había recogido y tomando la lanza; vuelve a montar a caballo, cuando los demás compañeros ya lo habían hecho.

Estaban todos dispuestos y sólo faltaba empezar a marchar, cuando mi señor Yvain dijo:

—Señores, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué queréis hacer? —pregunta Héctor.

—Aconsejo que vayamos tras el caballero para saber si lo podemos reconocer, porque si es de la casa del rey Arturo, será bueno que mediante las armas o halagos lo llevemos a la corte.

—Ay —pregunta Héctor—, ¿qué decís? Por la fe que os debo, ¿no sabéis quién es?

—No.

—Tened por seguro que es mi señor Lanzarote, mi hermano, pues no hay nadie en el mundo que pueda dar cuatro golpes seguidos como ha hecho él; por eso deberíais reconocerlo mejor de lo que lo habéis hecho, pues muchas veces lo habéis visto realizando hazañas como ésa.

—Así es —contesta mi señor Galván—, pero no creo que sea él, pues bien sabe que estamos en esta tierra y no hubiera combatido contra nosotros antes de saber quiénes éramos.

—Por Dios —contesta Héctor—, si hubiera rehusado combatir, habría obrado como cobarde, ya que Saigremor le atacó de forma tan insensata que sólo le quedaba devolverle el golpe o huir, y por eso no quiso preguntarnos que de dónde éramos. Estaba tan apesadumbrado, en cuanto supo quiénes éramos, que arrojó el escudo y la lanza y se dio a la fuga, porque en modo alguno quería que supiéramos que era él. Ya veréis, cuando lleguemos a la corte y hablemos de esto, que negará haberlo hecho, como el caballero más cortés de todos.

—Por mi cabeza —dice mi señor Galván— habéis dicho tales cosas, que pienso que es verdad; para que no pueda negarlo cuando lo contemos, llevaré su escudo y su lanza a la corte.

Hablando de esta forma llegan a un camino que se dividía en dos. Toman el de la

derecha; Lanzarote había ido por el de la izquierda, y por eso lo perdieron, de modo que no oyeron noticias suyas hasta que llegaron a la corte. Por la noche se albergaron en casa de un hombre valiente que les preguntó quiénes eran y les dio todo lo que pudo. Por la mañana se marcharon de allí y cabalgaron hasta llegar la víspera de Pentecostés a Camalot.

El rey se disponía a ir a la iglesia a oír el servicio; había gran alegría y enorme fiesta, pues ya habían regresado sanos y salvos diez compañeros de la búsqueda; por eso, el rey y los demás nobles no tenían poca alegría.

La corte era muy grande y los nobles que se habían reunido, muy numerosos, pues todos los altos hombres que habían recibido sus tierras del rey Arturo, acudieron, ya que habían sido convocados, y habían venido con las mayores honras que podían.

A mediodía, cuando el palacio estaba lleno de altos nobles, que era algo admirable, llegaron los cuatro compañeros al patio; el rey se dirigió a las ventanas para ver quiénes eran. Mi señor Galván les dice entonces a sus compañeros:

—Señores, mi señor el rey está ahí arriba y no debemos ir armados ante él: recomiendo que nos quitemos los yelmos.

Así lo hacen y suben al palacio. Cuando el rey los reconoce, tiene una gran alegría y corre a mi señor Galván con los brazos abiertos, besándolo más de cien veces; luego, corre a los otros y los besa uno tras otro, preguntándoles cómo les ha ido desde que se marcharon y ellos le contestan: «Bien, gracias a Dios». Pues están sanos y salvos y piensan haber puesto fin a su búsqueda.

Cuando la reina ve que mi señor Galván ha regresado con Héctor y los otros compañeros y que no está aquél por el que ella se pondría más contenta y más alegre que por todos los otros, lo siente tanto que por poco el corazón no le falla. Se marcha de la sala y va a una habitación, donde realiza el mayor duelo del mundo, diciendo:

—Ay, Dios, ¿no va a venir aquel por cuya venida esta casa mejoraría más que con la mitad de los que están ahora? Ciertamente, si no lo deseara tanto, pienso que hace tiempo que habría venido.

Es grande la alegría y la fiesta que hacen los de dentro a mi señor Galván y a los demás compañeros. Mi señor Galván ordena que cuelguen en la sala el escudo que había llevado, de forma que todos los que entren lo vean. El rey le pregunta por qué.

—Señor, porque quiero que todos los que vengan aquí tomen ejemplo, pues tened por seguro que el que lo llevó delante de nosotros es, a mi parecer, el mejor caballero del mundo, y pienso que era Lanzarote.

A continuación, le cuenta cómo un caballero solo los había derribado a los cuatro, uno tras otro, y cómo arrojó el escudo al suelo cuando supo que eran ellos. Al ver el escudo de un hombre tan valiente en el suelo, corrió a levantarlo «y dejé el mío, y dije que me lo llevaría y que me llevaría la lanza también». Entonces el rey hace que traigan la lanza junto con el escudo para bien y honor del caballero. Luego, les pide noticias de

Lanzarote.

—No lo vi desde que venció el torneo que tuvo lugar delante del castillo de Penigue —contesta mi señor Galván—, allí lo vi realizar tales proezas —y si no, que lo digan los de la búsqueda aquí presentes—, que hasta el último torneo de Camelot, cuando venció a los compañeros de la Mesa Redonda, no hizo nada comparable, que yo sepa.

Mientras hablaban así, descabalgaron en el patio de abajo los cuatro hermanos de mi señor Galván: Agravaín, Gueheriet, Guerrehet y Mordret. Después de que se quitaron los yelmos, cuando los de allí los reconocieron, fueron a decírselo al rey. Éste se pone en pie para ir a su encuentro.

—Galván, buen sobrino —le dice el rey—, vamos a ver a vuestros hermanos.

Llegan al palacio y el rey los besa y se alegra igual que todos los de allí. Mordret le pregunta al rey:

—Señor, ¿ha llegado ya mi señor Lanzarote?

—No, lo siento; que Dios nos lo traiga pronto, pues no hay cosa en el mundo que desee ver tanto como a él.

En esto, salió la reina de su habitación, triste y afligida porque Lanzarote no llega. Al ver a los hermanos de mi señor Galván, les pide noticias y éstos le dicen que no lo habían visto desde el torneo de Penigue.

—Señor —dice la reina—, ya es hora de ir a la iglesia.

—Vayamos.

Se viste la ropa real, se pone la corona de oro en la cabeza, con un cetro de oro en la mano cuyo pomo tenía encima un águila de oro. El rey era de extraordinaria belleza y bien parecía un hombre valiente; era de tal edad que no debía tener más de cincuenta años. Miró a sus nobles, muy numerosos allí, y dijo en voz tan alta que todos lo pudieron oír:

—Dios, esta gran fiesta que vamos a empezar debe retrasarse, pues no está aquí el caballero por cuya proeza esta casa ha sido iluminada. Buen Señor Dios, que me habéis cumplido tantas veces mis deseos, concededme, si os place, que llegue esta noche o mañana antes de la misa solemne.

El rey dijo estas palabras sollozando y se dirigieron a la iglesia de San Esteban, que entonces era la principal de Camelot: el rey tenía la costumbre de oír misa las fiestas mayores en la iglesia principal del castillo o de la ciudad en la que tenía su corte.

Después de oír misa, regresó al palacio y se encontró a Boores y Lionel, que habían regresado de la búsqueda llevando a los demás compañeros, de forma que, de todos los que habían emprendido la búsqueda, sólo faltaban mi señor Keu el senescal y Lanzarote del Lago. Cuando el rey vio a Boores, le mostró una gran alegría, ya que los compañeros de la búsqueda le habían hablado tan bien de él que estaba completamente admirado; le pregunta cómo le ha ido y Boores contesta que bien gracias a Dios, pues está sano y salvo:

—Pero, por Dios, decidme si ya ha regresado mi señor Lanzarote.

—No, y lo siento; pero llegará esta noche o mañana, si Dios quiere; no os desconsoléis, pues os pondréis muy contento en breve.

—Señor —contesta Boores—, que Dios nos lo traiga, pues no me encontraré a gusto antes de verlo.

Mi señor Galván se adelanta y dice:

—Boores, debéis darnos razones más que nosotros a vos, pues el día del torneo de Penigue nos dejasteis y os fuisteis con él, y luego, que sepamos, no volvimos a verlo.

—Así es, ese mismo día me separé de él.

A continuación, Boores dice cómo fue todo, y el rey añade que no le acompañó mucho después de que se marcharon los demás.

Boores se desarmó y lo mismo hicieron todos los que habían llegado con él. No sería fácil de contar la alegría que mostró Héctor a Boores y a Lionel, pues después de desarmarse se abrazaron y besaron durante mucho rato, y lloraban sintiendo que Lanzarote no estuviera con ellos. El rey y los otros nobles, a los que les pesaba mucho, los consolaban todo lo que podían. Pidió el rey que le trajeran vestidos que había mandado hacer para los compañeros de la búsqueda y dijo al rey Bandemagus que había participado con ellos:

—Señor rey, os ordeno por el juramento que hicisteis, que me digáis de qué forma serán mejor repartidos estos vestidos.

—Señor, pienso que le debéis dar el vestido más rico al mejor y más valiente caballero, si es que hay uno más rico que los demás.

—Por Dios, no sabremos quién es el mejor caballero de todos hasta que no hayamos oído las proezas realizadas por cada uno.

—Señor —contesta el rey Bandemagus—, en lo que estén de acuerdo la mayoría, aceptadlo.

—Me parece bien.

Entonces, les dice a sus compañeros:

—Señores, os ordeno por vuestro juramento, que digáis quién es el mejor caballero de todos vosotros.

Coinciden en que Boores es el mejor y así lo dicen por las hazañas que había realizado en la Colina Prohibida, donde venció con las armas a catorce.

Después, coinciden en Héctor; luego, en mi señor Galván, en Gueheriet, en Lionel y en el rey Bandemagus. Después, van nombrando por orden a cada uno, según los consideraban mejores que los otros. El rey les dio vestidos tan hermosos y ricos que un poderoso rey no podría pagar unos semejantes, y en aquel tiempo no había un caballero normal que fuera tan bien vestido; se guardó uno para Lanzarote y otro para Keu el senescal.

A continuación, pusieron las mesas y se sentaron los compañeros de la Mesa

Redonda; después de que cada uno ocupara su asiento, vieron que de los ciento cincuenta compañeros que debían ocupar todos los sitios faltaban doce: el rey lo sintió mucho, pues el día de Pentecostés deberían estar todos, a no ser que estuvieran enfermos o prisioneros.

Después del primer plato, descabalgó en el patio mi señor Keu el senescal. Llegó la noticia al rey de que había desmontado un caballero de armas rojas. Cuando los compañeros que habían participado en el torneo de Penigue oyeron estas nuevas, se pusieron todo en pie en la mesa donde estaban sentados y le dijeron al rey:

—Señor, es mi señor Lanzarote el que ha llegado, lo sabemos por las armas que lleva.

—Dios, bendito seáis por habérmelo devuelto. Ya no me preocupará nada de lo que ocurra. Id a él y traédmelo, pues si hay algún hombre por el que deba levantarme es él; aunque perdiera una ciudad por ello, no dejaría de ir a su encuentro.

Bajan corriendo y al ver que es Keu, se sorprenden y no saben qué decir. A pesar de todo, como es compañero de la búsqueda igual que los demás, le muestran la mejor cara que pueden.

Los enviados regresan al rey y le dicen:

—Señor, no es Lanzarote, sino Keu el senescal.

Al oír estas palabras, se aflige tanto que pierde el color y se pone negro como la ceniza. Luego, empieza a hablar diciendo:

—Ciertamente es una lástima que no regrese el valiente, pues esta casa mejoraría más con él que con cien de los que hay en ella. Sea bienvenido el senescal, pues mucho me agrada su llegada.

Después de desarmarlo en una habitación, le dan un vestido rico y caro, que valía más de cien marcos, y si antes era caballero hermoso, mucho más lo pareció entonces. Vestido con tal riqueza y elegancia, entró en la gran sala de arriba y saludó al rey apenas lo vio, y éste le devolvió el saludo, dándole la bienvenida; luego, va a sentarse en la Mesa Redonda, donde estaba su sitio.

Apenas habían terminado de comer, iban a quitar las mesas, cuando entró el caballero al que Lanzarote había derrotado en el puente, cuando los cuatro pensaron que era Keu el senescal; descabalga en el patio y se quita el yelmo de la cabeza, bajándose la ventana. Llega a donde están los nobles y se dirige hacia el rey, al que conocía bien, lo saluda y le dice que Dios lo bendiga.

—Señor, os ruego que me hagáis llevar ante mi señora la reina, pues soy un caballero vencido que he sido enviado a ella.

—¿Quién os envió?

—Señor, mi señor Keu el senescal.

A continuación, le cuenta cómo eran cuatro caballeros que tenían que guardar un puente y cómo se burlaron de mi señor Keu el senescal, que los derrotó a los cuatro:

«Me hizo prometer que hoy me rendiría a mi señora la reina, de su parte».

–Senescal, ¿es cierto lo que dice este caballero?

–Por Dios, señor, desde que marché no vencí a ningún caballero al que haya enviado a mi señora la reina, por eso estoy seguro de que este caballero no viene de mi parte. Que se guarde bien quien lo envió.

El caballero se queda sorprendido y dice:

–Por mi fe, mi señor Keu, me extraña lo que decís, pues estoy seguro de que el noveno día de mayo llegasteis muy pronto al puente y allí encontrasteis a cuatro caballeros a los que derribasteis: dos cayeron al agua; los otros dos quedaron sobre el puente. Yo soy el último de todos, al que hicisteis prometer que el día de Pentecostés, o la víspera, vendría a rendirme a mi señora la reina de parte de Keu el senescal; ya he venido, tal como prometí.

–Tened por seguro que no fui yo, pues no he visto el puente de Mariale desde hace más de diez años. Mirad a ver quién fue el que os envió.

–Por mi fe, entonces no sé quién fue, pero a pesar de todo haré lo que prometí.

El rey hace que lo lleven a la habitación en la que estaba la reina, acompañada por numerosas damas y doncellas. Cuando ya estaba cerca de ella, se arrodilla y se le rinde, contando todo lo ocurrido y cómo un caballero lo había vencido:

–Me ordenó que me rindiera a vos de parte de Keu el senescal. Pero no era él, ya que mi señor Keu está aquí y afirma que no estuvo en el puente en el que fui vencido desde hace más de diez años. Por eso no sé quién me ha hecho venir, pero como lo prometí, he venido y me pongo a vuestra disposición para que hagáis conmigo todo lo que queráis.

–Ya que no sabéis quién os ha enviado, tendréis que quedaros aquí hasta que sepamos quién fue, pues podría ser alguien por cuyo amor os dejaría yo en libertad, pero también puede ser cualquier otro y lo tendríamos que decidir.

Luego, le dice la reina al criado que lo había llevado hasta allí:

–Ve, haz que lo desarmen y llévalo con los otros caballeros. Ocúpate de él y de su caballo, de tal forma que mi señor sea honrado.

El criado así lo hace, tal como la reina le ordena. Después de ser desarmado, el caballero se sentó a la mesa con los otros y empezó a mirar por todas partes de la sala, hasta que vio colgando el escudo que mi señor Galván había llevado; lo mira y lo contempla; reconoce que es el del caballero que lo había enviado allí, y que éste lo llevaba el día que los derribó a todos. Entonces le dice al rey:

–Señor, podéis preguntarle al que trajo ese escudo, pues fue él el que me derribó.

Cuando mi señor Galván oye esta noticia, le dice al rey:

–A fe mía, señor, fue el caballero del que os he hablado.

Al ver el escudo, Keu sabe que hablan de Lanzarote, pues había sido su escudo y bien sabe cómo Lanzarote se lo llevó.

Entonces Keu le pregunta al caballero qué día fue derribado y él le cuenta todo, de forma que se convence de que era el día que Lanzarote se había llevado sus armas. Entonces le dice al rey:

—Señor, si no sabéis quién os envió a este caballero, os lo diré, pues lo sé bien.

—Por Dios, no lo sé y por eso deseo saberlo: os ruego que me lo digáis, ya que vos lo sabéis.

—Fue Lanzarote, que saltó de una ventana para ayudarme. Después de rescatarme de dos caballeros, nos acostamos; por la mañana, se levantó tan temprano que tomó mis armas por las suyas y se las llevó, pensando que eran las suyas. Era el noveno día de mayo, cuando este caballero dice que fue enviado aquí. Para que no os sintáis a disgusto, os digo que yo llevaba ese escudo en casa del anciano donde Lanzarote lo tomó.

—Por mi cabeza —contesta el rey—, eso me lo creo más que nada de lo que he oído en mucho tiempo.

—Señor —dice mi señor Galván—, es tan cierto, que así debe ser creído, pues nadie, sino Lanzarote, puede dar cuatro golpes tales como los que nos dio a nosotros cuatro; bien podemos decir que fuimos burlados y engañados por las armas de mi señor Keu y por la loca decisión de Saigremor el Desmesurado, pues fue contra Lanzarote contra quien nos enfrentamos, y no debíamos haberlo hecho. Pero lo hizo tan bien como el hombre más valiente del mundo y bien clara quedó nuestra locura.

Empieza entonces la alegría y la fiesta porque han conocido la verdad de todo; desean más aún que regrese Lanzarote. El rey dice que si no llega esa misma noche o el día siguiente por la mañana, nunca habrá estado tan triste por la ausencia de un caballero como le ocurrirá.

—No temáis —le contesta mi señor Galván—, pues estoy seguro de que llegará esta noche o mañana antes de la hora de tercia.

—No lo dudo, a menos que esté muerto o enfermo; si está vivo, estoy seguro de que no habrá prisión que lo pueda retener hasta ese punto.

De esta forma desean los de la corte el regreso de Lanzarote y dicen que si no pensaran que está a más de cinco o seis leguas, irían a su encuentro con gran séquito de caballeros. Pero como no saben si está lejos o cerca, no se pondrán en marcha, pues ignoran dónde encontrarlo. La corte está contenta por la esperanza que tienen de la llegada de Lanzarote y triste porque tarda tanto, ya que todos los demás han llegado sanos y salvos, mientras que el que debería haber llegado primero tarda tanto y temen por él, de modo que no están poco preocupados. Pero como el día que se fijó no ha pasado todavía y puede llegar a tiempo, se consuelan algo; van las cosas de tal forma que no hacen más que hablar de Lanzarote, dicen y se proponen hacer gran alegría, si Dios lo lleva el día siguiente antes de la cena.

De esta forma esperaron aquel día hasta la hora de vísperas. Después de que el rey

las oyera, mandó levantar un muñeco para golpear contra él; después de hacerlo, mandó que le pusieran dos escudos: algún caballero de fuera quiso probarlo. Y lo hubiera hecho, pero el rey les ordenó que no lo golpearan hasta que Lanzarote hubiera llegado. Mandó que trajeran el ajedrez que Lanzarote había llevado a la corte y jugaron, para aburrirse menos; pero todos los que lo hicieron, recibieron mate. Cuando el rey vio esto, dijo:

—¡Ay, Dios, por qué no estará aquí Lanzarote! Si estuviera, podríamos ver una de sus maestrías.

Esperaron buen rato a que llegara Lanzarote; cuando vieron que no llegaría, se fueron a acostar a sus alojamientos. El rey se quedó en una de las habitaciones y la reina en otra; no durmió mucho, sino que lloró toda la noche, hasta que llegó el día, con miedo de que Lanzarote hubiera muerto por alguna desgracia. Por otra parte, la reina tenía grandes deseos de verle, pues hacía mucho tiempo que no lo había visto y quería saber la razón por la que había estado durante tanto tiempo fuera del reino de Logres, pues cuando se separó de ella no pensaba que tardaría tanto, en modo alguno, a no ser porque muriera o por enfermedad. Durmió muy poco aquella noche, pensando si estaría muerto o vivo. Si está preocupada, mucho más lo está Héctor y está tan afligido que pensaba que iba a morirse. Lloró bastante aquella noche y lo mismo hicieron Boores y Lionel; de todos los que no eran familiares de Lanzarote, al que más le pesó fue a mi señor Galván, que era el hombre que más lo amaba en el mundo, sin contar al rey Arturo y a sus parientes. El rey quería tanto a Lanzarote que si éste lo supiera, se quedaría sorprendido, porque muchas veces había dicho a sus consejeros más próximos que no sabía a quién quería más, si a mi señor Galván o a Lanzarote, y ese amor no habría acabado en toda su vida, de no ser por Agravaín, el orgulloso, y por Mordret, que le contaron al rey, por envidia, que Lanzarote le afrentaba y deshonoraba con su mujer, a la que tenía siempre a su lado. Le dijeron tantas cosas que la gran familia del rey murió y fue destruida, y él mismo y todos los hermanos fueron muertos, y el rey que fue tan valiente murió, para gran lástima y desdicha, pues en aquel tiempo no había nadie tan poderoso como el rey Arturo, ni que tuviera su riqueza y que fuera tan generoso y cortés.

Por la mañana, tan pronto como amaneció el día, se levantó el rey y oyó misa con numerosos nobles y caballeros; cuando regresó al palacio, preguntó si Lanzarote había llegado y le dijeron que no.

—Dios, traédnoslo pronto.

—Vendrá —dice mi señor Galván— antes de la hora de tercia.

Deja el rey a sus nobles y va a la torre mayor, sube las escaleras y llega arriba; de allí se podía ver sin dificultad la tierra de alrededor hasta más de diez leguas, salvo por la parte que el bosque impedía que se viera. El rey mira un buen rato, sin ver a ningún caballero, ni cerca ni lejos, que se dirigiera hacia Camelot: pensaba poder reconocer a

cualquier caballero con tal de que lo hubiera visto cabalgar en alguna otra ocasión. Cuando iba a bajar de la torre se dijo a sí mismo: «Ay Dios, ¿no va a venir nunca ése, a quien deseo ver más que a los demás?».

Mira hacia el bosque de Camelot y ve salir a un caballero con armas rojas que se acercaba despacio y con orgullo, que bien parecía un hombre de mucha resistencia, pero no ve ni servidores ni escuderos con él. Al divisarlo, el rey no duda de que es Lanzarote; baja de la torre lo más rápidamente que puede, se dirige a la sala y dice a los nobles que le esperan:

—Montemos y vayamos en busca de Lanzarote, pues lo he visto venir y ya está cerca de aquí.

Montan todos los caballeros que tenían los caballos preparados; toman gualdrapas, lanzas y escudos y algunos incluso tomaron lorigones para debajo de las coberturas, para bohordar más seguros. Cuando mi señor Galván vio que querían bohordar, se echó a la espalda una cota de mallas fuerte y ligera, para protegerse el cuerpo; luego se vistió unas coberturas bellas y ricas, la mitad de color púrpura y de seda roja: montó en su caballo fuerte y rápido, del que se podía fiar en momentos de gran necesidad, y tomó dos escuderos, a los que les dijo que procuraran tener siempre lanzas dispuestas, y éstos le contestaron que así sería.

Salió el rey de Camelot con abundantes nobles y caballeros que tomaron lanzas y bohordaban unos contra otros; muchos lo hicieron muy bien, pero en cuanto llegó mi señor Galván, empezó a quebrar lanzas y a derribar caballeros con tanta fuerza, que nadie lo vería sin tenerlo por muy esforzado; lo hizo tan bien antes de que llegaran hasta Lanzarote, que hubo más de mil que le dieron el triunfo. Cuando vio llegar a Lanzarote, le gritó antes que los demás: «Mi señor Lanzarote, ¡guardaos de mí!».

Lanzarote lo reconoció por la voz y vio que era mi señor Galván; esperó el golpe sin detenerse. Mi señor Galván, que no creía que su lanza fuera tan fuerte como era, le golpeó con toda la fuerza en el escudo, y el choque fue grande y el caballo de Lanzarote era débil y estaba cansado de cabalgar y de las largas jornadas que había hecho, de modo que no pudo resistir el golpe y cayó en el camino; Lanzarote, que no pensaba que podría caer, se encontró estorbado por las armas que llevaba vestidas. Mi señor Galván no pudo retener al caballo, pasa junto a él sintiendo haberle dado tal golpe y sin saber qué puede hacer. El caballo seguía sobre Lanzarote, que no podía levantarse. El rey, que lo siente mucho, acude corriendo y todos los demás hacen lo mismo; levantan a Lanzarote y le quieren dar un caballo distinto, pero no acepta y le dice al rey que no dejaría aquel caballo a cambio de ningún otro.

Vuelve a montar, se quita el yelmo y se lo entrega a un caballero para que se lo guarde. El rey corre a besarlo y a darle la bienvenida, como al hombre al que más deseaba ver en el mundo. Empieza entonces la alegría y la fiesta, tan grandes que nadie os lo podría contar. Si mi señor Galván está triste y apesadumbrado por lo que había

hecho, no es necesario preguntarlo, pues era uno de los hombres más corteses del mundo; se dirige a Lanzarote y le dice muy afligido:

—Señor, por Dios, no os pese el golpe que os he dado, pues no lo hice a sabiendas.

Lanzarote le contesta que le perdona y que no le guarda ningún rencor.

Fue grande la alegría que los nobles le mostraron a Lanzarote, pero hay algunos que están más contentos que otros: no resulta fácil de contar el gozo de Héctor, que no puede dejar de llorar. Cuando lo ve, lo llama hermano y señor y le hace tales honores, como a señor, por el amor que tiene hacia él, que todos los que lo oyen sienten gran lástima. Con tal alegría y tal fiesta fue recibido Lanzarote en la ciudad de Camelot el día de Pentecostés, que fue cuatrocientos veintiséis años después de la Encarnación de Nuestro Señor. Cuando llegó a la calle principal, la encontró cubierta de telas de seda, de veros y petigrises, con tanta riqueza como si Dios fuera a bajar, y eso lo hacía el rey por amor y honra a Lanzarote.

Cuando llegaron al patio, desmontaron y acompañaron a Lanzarote al palacio mayor. La reina, al verlo llegar sano y salvo, se pone más contenta que nadie; corre a él con los brazos abiertos y lo abraza, mostrándole gran alegría y gozo ante todos los presentes y diciéndole que sea bien venido. El rey hace que lo desarmen rápida y velozmente; luego, ordena que le den un vestido tan hermoso y rico como convenía a semejante hombre. Después de desarmarlo, se desarman los caballeros que habían bohordado, y se cambian de vestido. El rey se engalanó y se preparó, poniéndose la corona de oro en la cabeza; a continuación, fue en procesión a la iglesia de San Esteban, que es la iglesia mayor de Camelot. Iban primero el rey y la reina, después los reyes y los duques, según valían más y eran de mayor linaje.

Cuando Lanzarote entró en la iglesia y vio la serpiente de la que había hablado el santo ermitaño, al que mató Mordret, piensa que es verdad lo que había dicho; entonces se entristece y se pone pensativo, considerando que un gran linaje como el que tiene delante irá a la destrucción por la muerte de un solo hombre; lo evitaría con mucho gusto si pudiera ser, pero no podrá hacerlo, según le parece, sin matar a Mordret, y si lo mata, se ganaría el odio de toda su familia, cosa que no desearía en modo alguno, y por eso no lo hace. Lanzarote pensó durante mucho rato en esto, y miraba a Mordret, luego al rey y después a la serpiente, de forma que no tenía en los ojos más que aquellas tres cosas. Estaba tan ensimismado que la reina se dio cuenta y pensó que no debía ser en vano; decide preguntárselo cuando esté a solas con él.

Después de misa, regresaron a la sala el rey y los condes y se encontraron las mesas puestas, sentándose tan pronto como se lavaron. Ocurrió entonces una aventura que les causó alegría, pues contaron a los de la Mesa Redonda y de los ciento cincuenta caballeros no faltaba ninguno, y eso alegró a propios y extraños. La noticia llegó al rey, al que le dijo un caballero:

—Señor, ocurre algo admirable.

—¿Qué es?

—Que todos los compañeros de la Mesa Redonda han llegado a punto, y no falta ninguno.

—Ciertamente, si Lanzarote no hubiera venido, aún no habrían llegado los doce que faltaban ayer: ahora me agrada mucho más, pues que yo sepa nunca los había visto a todos juntos.

Mucho hablaron los nobles de esto; Lanzarote, que estaba sentado junto al Asiento Peligroso, ve las letras que había recién escritas en él, que decían: «En el día de hoy tiene que morir aquí Brumante el Orgullosa, y si no muere, Merlín habrá mentido en sus profecías». Lanzarote llama a los clérigos y les hace leer las letras. Éstos las miran y le explican su significado a Lanzarote:

—Señor, es algo extraordinario; si os calláis, pienso que veréis alguna aventura. Tened por seguro que esas letras han aparecido hoy de improviso.

—No hablaré más, ya que me lo prohibís.

Después de comer, que iban a quitar los manteles, ven entrar a un caballero armado con armas blancas, que había dejado su caballo en el patio de abajo. Al ver al rey, le dice:

—Señor, he venido para morir o vivir, no lo sé, pero tengo que probarlo.

—Señor caballero, no querría que hubierais llegado para vuestra muerte, si puedo evitar que ocurra, o si lo puede evitar alguien de aquí, a no ser que os merezcáis el no poder iros sin morir.

El caballero se quita el yelmo y la cota de mallas y se desarma por completo. Cuando ya estaba desnudo, le miraron todos y vieron que era hermoso y bien proporcionado en el cuerpo, que parecía hombre que valiera algo; pero lloraba con tanta amargura como si tuviera muerto delante a todo el mundo.

El rey lo mira y siente una gran compasión por él, y le pregunta:

—Señor, ¿por qué lloráis?

—Señor, porque pienso que he llegado a mi muerte.

Pasa entre los que estaban sentados en la Mesa Redonda y va hasta el último asiento, que era llamado Asiento Peligroso. Al ver a Lanzarote, le dice:

—Lanzarote, para llevar a cabo la atrevida empresa que vos no os atrevisteis a realizar, tengo que morir, pues en este asiento en el que no os atrevisteis a sentaros, me sentaré sin esperar más.

Se sienta en donde nadie se había sentado sin arrepentirse; saca del seno una carta y se la entrega a Lanzarote diciéndole:

—Tomad, Lanzarote, tomad esta carta y si muero en el asiento, leedla ante todos los presentes, que sepan quién soy yo y de qué familia. Si logro escapar sano y salvo, estoy seguro de que me la devolveréis con mucho gusto.

Le entrega entonces la carta a Lanzarote y éste la toma. Todos empiezan a decir que

ha sido gran osadía la del caballero al sentarse en el Asiento Peligroso, y no tardó mucho en empezar a gritar:

—Dios, muero Lanzarote, de nada vale vuestro valor, pues no sois vos el que pondrá fin a las aventuras; si vos lo fuerais, podríais sacarme de la muerte en la que me encuentro.

Luego, empieza a gritar y a estremecerse de tal forma que no hay nadie que no sienta miedo. A continuación, cae un fuego tan repentinamente que nadie sabe de dónde ha llegado, y alcanza al caballero, que en poco rato quedó quemado y abrasado. Todos se sorprenden porque no ven ni carne ni huesos. Mientras que el caballero se estaba quemando, gritaba:

—Rey Arturo, con el orgullo sólo se puede ganar la afrenta; bien me he dado cuenta, pues por codiciar una cosa que no podía obtener, ni debía, muero con este fin tan vil, que nunca hubo venganza semejante con ningún caballero como conmigo, y creo no haberla merecido.

No había terminado de decir estas palabras, cuando sólo vieron puras cenizas suyas en el asiento; de él y del olor que dejaba salía tal pestilencia que todos sintieron dolor de corazón. Algunos no se alegraron en absoluto al ver al caballero arder, pues temieron que se le echara encima a Lanzarote: le dijeron que se alejara de donde estaba ardiendo, pero contestó que no se movería ya que la mesa estaba puesta. Resistió de este modo y tuvo la suerte de no recibir ningún daño, por lo que todos quedaron alegres y contentos.

Cuando terminó el asunto, que no quedaba nada del caballero, el rey dijo en voz tan alta que pudieron oírlo todos, que nunca había visto una aventura tan extraordinaria, «y siempre dije que este asiento no dejaría de sorprendernos, mostrándonos sus maravillas; ya hemos visto algunas y todavía veremos más, según pienso».

A continuación, le dice a Lanzarote que mire la carta que el caballero le había entregado y que vea qué hay en ella. Contesta que lo hará con mucho gusto; abre la carta que estaba envuelta en un trozo de seda y llama a uno de los clérigos, al que tenía por más entendido, y éste lee: «Sepan cuantos son compañeros de la Mesa Redonda que anteayer, día de Pascua, empezaron los jóvenes a hablar en la corte del rey Claudás de Lanzarote del Lago y dijeron que era el caballero más decidido del mundo, en lo que todos estuvieron de acuerdo menos Brumante, el sobrino del rey Claudás; y no quiso conformarse con eso, sino que además dijo que había otros más atrevidos. Le preguntaron que quiénes eran. «Os lo diré, y os mostraré que no es tan atrevido, pues junto al asiento donde él se coloca está el Asiento Peligroso, que sigue vacío, sin que nadie se siente en él. Y ya que está junto a Lanzarote y lo ve siempre vacío, si tuviera valor y osadía, se sentaría y daría a conocer a unos y otros lo que tanto disputan: pues unos dicen que es el mejor caballero del mundo y otros que no. Gracias a ese asiento

podría sacarlos de dudas y por eso se puede decir que no es atrevido, y que debía ser más apreciado que él quien se sentara en aquel asiento tan peligroso como se dice, y que supera en riesgo cualquier cosa que Lanzarote haya hecho nunca».

Cuando los de la casa de Claudás oyeron esto, contestaron que ya que no se había sentado por falta de atrevimiento, no habría nadie que se atreviera a hacerlo. Brumante dijo que lo haría, «y porque quiero que los de Gaunes sepan que soy más atrevido que Lanzarote, os prometo lealmente que el día de Pentecostés me sentaré en el Asiento Peligroso, aunque en ello vaya mi vida o mi muerte. Si Dios me da el honor, me parecerá bien; si muero, nadie podrá decir que haya sido por otra cosa que por atrevimiento». El rey Claudás se lo desaconsejó, pero por nadie quiso dejar la empresa y fue a Gaula, llegando para cumplir el juramento que había hecho. Le ha ocurrido tal como habéis visto. Esto es lo que encuentro escrito en la carta. Cuando el rey oye la carta, dice que es extraordinaria, «por Dios, no considero osadía lo que ha hecho este caballero, sino la mayor locura de la que he oído hablar, pues bien sabemos que este asiento sólo está dispuesto para uno, que pasará en bondad y virtudes a todos los que han llevado armas antes que él. Bien sé que tan pronto como entre aquí, su nombre será encontrado y escrito en el Asiento Peligroso, pero no ocurrirá hasta que llegue el Buen Caballero. Por eso digo que este otro ha sido más loco que osado y que debe ser criticado más que alabado».

Todos los demás dicen que es verdad. Levantan los manteles y se retiran de la mesa, montando a caballo.

Los jóvenes, que estaban deseosos de hacer algo bueno y de dar hermosos golpes, fueron a golpear en el muñeco y allí empezaron los bohordos tan violentos que antes de que terminaran hubo algún herido.

El rey subió a la muralla de la ciudad con la reina y los nobles más ancianos. Mi señor Galván, sus hermanos y muchos otros compañeros de la Mesa Redonda se cubrieron y armaron y tomaron parte en los bohordos. Lanzarote, que temía que hubiera alguna desgracia, no participó, ni quiso ir en todo el día, sino que retuvo a su lado a Héctor, a Boores y a Lionel y dijo que no quería que fueran. Se quedaron y mi señor Galván fue al prado y empezó a romper lanzas y a derribar caballeros delante de sí, haciendo tales proezas que el mismo Lanzarote, que estaba viéndolo, dijo que nunca había visto a un hombre desarmado hacer nada semejante.

Aquel día la reina se sentó junto a Lanzarote tan a solas que no había con ellos nadie de la parte del rey, sino que todos eran parientes de Lanzarote. Entonces, la reina empezó a preguntarle dónde había estado durante tanto tiempo y él le cuenta cómo había sido prisionero de Morgana durante dos inviernos y un verano.

—Lanzarote, tendréis que aprender. Ya os había dicho que os guardarais de ella: ya en otra ocasión estuvisteis prisionero suyo y no os puedo enseñar que no vayáis hacia donde ella está. ¡Cómo diablos caísteis entre sus manos esta última vez?

Lanzarote le cuenta cómo fue engañado por una doncella que le llevó para que pusiera fin a unas aventuras; era doncella de Morgana y él no lo sabía; de esta forma cayó prisionero suyo por desgracia.

—Y mientras estuvisteis prisionero, ¿qué hicisteis y cómo os trataron?

—Señora, no hay buenas viandas en el mundo de las que no me dieran en abundancia; mientras estuve allí, en todas las fiestas mayores me dieron vestidos nuevos, tan ricos como si fueran del rey Arturo. ¿Qué más os puedo decir? Me trató tan bien que nunca hubo caballero tan bien servido como yo, y no sé por qué lo hizo.

—¿Cómo escapasteis? ¿Fue por su voluntad?

—No, en absoluto.

Se sonroja por la vergüenza, pues no se atreve a decirlo.

—Os ruego, por la fe que me debéis, que me digáis cómo os escapasteis.

—Señora, me habéis conjurado de tal forma que os lo voy a decir. Sabed que no lo diría si no me viera obligado por una gran fuerza.

Entonces empieza diciendo:

—Señora, un día de mayo, me levanté temprano, cansado de la prisión, y fui a una ventana con rejas que daba al jardín junto a la habitación en la que yo estaba prisionero. Me senté a la ventana y vi en un rosal las rosas que se abrían por el sol; me agradaba mucho contemplarlas, sobre todo una que vi tan fresca y roja que todas las demás perdían su color al compararlas con ella. Entonces me acordé de vos, pues me pareció que del mismo modo que la rosa superaba a todas sus compañeras en belleza, así vuestra hermosura superaba a todas las damas que estaban con vos en los estrados el día del último torneo que hubo en el prado de Camelot. Eso me oprimió el corazón y me impulsó a ver a la rosa que me os recordaba, ya que no os podía ver a vos: tomé la reja de la ventana y la rompí con las manos. De tal forma me escapé: ya os he contado por qué he tardado tanto en volver a la corte. Sabed que si no hubiera sido por esta razón, no hubiera tardado tanto en modo alguno, pues deseaba regresar más que nadie.

—Por Dios, pensando que habíais muerto, se me han dicho tales afrentas de vos, que sin duda hubieran callado si pensarán que estabais vivo.

Al oír estas palabras, no se enfadó poco, pues amaba a la reina sobre todas las mujeres, y le dijo:

—Por Dios, decidme quién os contó tales afrentas, pues por poderoso que sea, no dejaré de vengarme de él según vuestra voluntad.

—Por Dios, fue el hombre que más daño os ha causado en el mundo y que os odia más y al que vos más deberíais odiar. Sabed que la afrenta que me dijo fue más por despecho hacia vos que por enfado que tuviera conmigo, ya que no le había hecho nada malo.

Al oír esto, Lanzarote lo siente más que antes y siente tal vergüenza ante su dama que no se atreve a hablar, y al cabo de un rato dice:

—Por Dios, señora, decidme lo que os he preguntado, pues no hay nada que desee saber tanto como conocer al que os ha causado y dicho afrentas por mi culpa.

—¿Para qué os lo voy a ocultar? Aunque no me lo preguntarais, os lo diría, pues me ha molestado mucho el que me dijera tales afrentas: es el rey Claudás de la Tierra Desierta, el que le quitó las posesiones a vuestro padre y por el que vuestra madre tomó el velo, temiendo que la matara.

Le cuenta entonces la afrenta que le había hecho saber y todas las palabras que el mensajero le había dicho; le explica de principio a fin lo que el rey Claudás le había dicho, de modo que Lanzarote se sorprende:

—Señora, no es la primera afrenta que me hace, pues desde que yo era niño de cuna, que debía ser heredero de Gaunes, de Benoic, de Aquitania y uno de los hombres más ricos del mundo en mi tiempo, me hizo caer en la pobreza y me quitó todo. Hubiera muerto de no ser por la Dama del Lago, que me crió con tanta riqueza como ningún hijo de rey fue criado. Y por el daño que me había causado a mí y a mi padre, y a mi tío el rey Boores, y a mis primos, estaba dispuesto a esperar hasta que viera el momento oportuno. Pero ya que las cosas han ido así, y vos, que no teníais culpa de nada, habéis sido molestada, nunca más volveré a estar a gusto hasta que os vengue de forma que no le quede un pie de la tierra que tiene. Y si es tan osado que me espera, que sepa que no dejaré de ir por mar, o por tierra, a cualquier sitio donde se pueda ir, hasta matarlo y enviaros su cabeza, por lejos que se oculte.

—Ya veremos lo que hacéis, pues nunca volveré a estar a gusto hasta que os hayáis vengado y me hayáis vengado; es justo que lo hagáis, aunque no me hubiera causado ningún daño, pues nadie puede ver vuestra vergüenza y lo mucho que habéis esperado, vos que sois el mejor caballero del mundo, el más afamado y que contáis con tan buena ayuda como es la de mi señor el rey y de todo su poder. Tened por seguro que no tendréis que pasar el mar para destruirlo, si no lo queréis, pues en esta corte están ahora los nobles más importantes del mundo y los mejores caballeros, dispuestos a ayudaros con gusto si se lo rogáis; incluso los compañeros de la Mesa Redonda, que os aman mucho y son los caballeros más temidos del mundo y que realizan mayores hazañas. Grande será la alegría de todos ellos si os disponéis a empezar la guerra, pues hace mucho que ha estado en paz; mayor será su alegría cuando se pongan en marcha, más que si se quedaran, pues no quieren en absoluto a Claudás. Si le rogáis a mi señor, irá mucho más gustoso de lo queríais y llevará consigo tantas fuerzas que Claudás no tendrá ninguna torre, por fuerte que sea, que no quede arrasada. Pensad por qué esperáis tanto en vengaros de ese desleal traidor; así me salve Dios, sois tan temido por vuestras proezas que bastaría que tuvierais a vuestro lado sólo a vuestros parientes y amigos y a los de los castillos que habéis conquistado: no creo que hubiera nadie en el mundo que os pudiera derrotar, sino mi señor el rey. Por eso os ruego que emprendáis el asunto o que hagáis que lo emprenda vuestro hermano Héctor o cualquiera de

vuestros dos primos. Convocad a vuestros amigos de esta tierra y de tierras lejanas, en las que habéis realizado tan hermosos hechos, para que vengan a ayudaros. Os digo que acudirán con gusto tan pronto como oigan vuestro mensaje.

—Señora, me habéis dicho tales cosas que cumpliré vuestra voluntad. Sabed que en mala hora vio a la doncella a la que tiene prisionera, pues la tendrá que devolver o será privado para el resto de su vida de la tierra que tiene.

Dejaron entonces de hablar de esto, pues ya volvían los bohordadores. El rey les dice:

—Vamos.

Bajan de la muralla, y tenían los caballos dispuestos; montan y van calle abajo hasta el palacio principal. Allí dio el rey un golpe del que se habló mucho, pues al alcanzar a mi señor Galván, le grita:

—Galván, guardaos de mí.

Pica espuelas hacia él, sólo con el manto como lleva, lo coge por el costado y lo levanta de los arzones, poniéndolo sobre el cuello del caballo y llevándolo hasta la puerta ante todos los que estaban allí; unos y otros ríen, diciendo que el rey es muy fuerte. Lanzarote le dice a la reina:

—Señora, nunca creí que mi señor el rey pudiera hacer eso, ni por todo el mundo.

—Lanzarote, sabed que mi señor ha sido el hombre más extraordinario de cuantos habéis visto y aún lo será, si tiene que hacerlo.

El rey desmonta a mi señor Galván y le dice:

—Buen sobrino, no veo a nadie en quien confíe tanto como en vos, y por eso os he mostrado que en caso de necesidad sería mejor de lo que se suele pensar.

Mi señor Galván se ríe y le dice que le parece bien. Luego, desmontan todos y suben al salón, donde encuentran las mesas puestas; se sentaron y fueron tan ricamente servidos como correspondía a semejante fiesta.

Cuando quitaron los manteles, Lanzarote llamó a su hermano Héctor y le contó los deseos de la reina.

—¿Qué decís vos? —pregunta a Boores.

—Os digo que le ataquéis con mucha gente; si no podéis cumplir con vuestras intenciones, iré tras vos y me esforzaré con la ayuda de Dios para que se arrepienta como desleal traidor se debe arrepentir de desheredar a niños pequeños, a jóvenes y a hijos de rey.

Al oír esto, tendieron las manos hacia los cielos diciendo que bendito sea Dios que le ha dado esta voluntad, «no queremos que vengáis, pues sin vos Claudás no se atreverá a esperarnos».

A continuación, Lanzarote envía en busca del rey Bandemagus, en el que confiaba mucho, y de otros compañeros de la Mesa Redonda, hasta cuarenta de los más famosos por sus proezas y en los que más confiaba. Cuando se presentan ante él, les hace sentar

en la hierba verde de la que la habitación estaba alfombrada. Al verlos, les cuenta la verdad acerca de la guerra que quiere empezar y les pregunta si le ayudarán en esa necesidad. Mi señor Galván, que no quiso responder por todos los compañeros, le dice al rey Bandemagus:

—Señor, ¿qué contestáis a lo que mi señor Lanzarote os pregunta?

—Por mí, puede hacer conmigo y con mis hombres, como si fueran sus propias cosas, pues le entrego mi cuerpo y mis riquezas y estoy dispuesto a convocar ahora mismo a mis hombres y que acudan el día que él desee. Entonces me pondré en marcha con él según su voluntad e iré en el ejército contra el rey Claudás de la Tierra Desierta, de tal forma que no lo dejaré, si no es porque muero, hasta que lo haya desheredado; eso haré por amor a Lanzarote, que es la persona a la que más quiero en todo el mundo, aunque matara a mi hijo Melegant, que era a quien más quería. Después ha hecho tantas cosas por mí, que le perdono aquella mala acción.

—Por Dios, señor —contesta mi señor Galván—, ya habéis dicho bastante; si yo fuera tan rico como vos, por Dios, lo haría saber como vos y yo le ofrezco para su servicio todo lo que tengo bajo mi poder, que es mi cuerpo: es lo único que puede dar un sencillo caballero; se lo entrego generosamente como quien pondría su cuerpo a cambio del otro. Y para que no se diga que voy solo, le doy para que le ayuden mis cuatro hermanos y todos los que yo podré conseguir mediante ruego. Os prometo que no me iré de Gaula, si no muero o estoy enfermo, hasta que vea al rey Claudás desheredado de toda su tierra.

Mi señor Yvain jura del mismo modo y lo mismo hacen todos los demás que están allí.

Entonces, dice mi señor Galván:

—Sería razonable que llamáramos al rey y le hiciéramos saber este asunto, para oír lo que dice.

Todos están de acuerdo y envían a Boores y a Héctor para que le lleven el mensaje. Éstos se presentan al rey y le dicen:

—Señor, algunos compañeros de la Mesa Redonda están celebrando un consejo ahí; no querrían que se enterara nadie antes de que vos lo hubierais oído; por eso desean que acudáis y que les aconsejéis según lo que os digan.

El rey se levanta y va a donde están los compañeros, que al verlo venir se ponen en pie y el rey hace que se vuelvan a sentar y se sienta entre ellos. El rey Bandemagus, que es el más prudente de todos, le cuenta lo que habían emprendido y cómo han prometido ir en hueste contra el rey Claudás de la Tierra Desierta y que harán todo lo posible para quitarle la tierra de forma que no le quede ni un solo pie de los dominios que tiene.

Cuando el rey oye estas palabras, alaba la decisión y dice que le parece muy bien, pues él mismo deseaba hacerlo así, «por eso quiero que vayáis lo más seguros posible; os

entregaré tantos hombres que el rey Claudás no se atreverá a esperaros, según creo. Pero me dejaréis a Lanzarote para que me acompañe; si Claudás os resiste, por el esfuerzo de su gente, os seguiremos yo y Lanzarote con todo mi poder».

Le contestan todos que ha hablado bien y deciden ir contra Claudás. Cuando el rey ve que están tan deseosos de hacerlo, convoca a los reyes y a los altos nobles que estaban en la sala. Luego, les cuenta las noticias de la guerra que los de la Mesa Redonda habían emprendido por amor a Lanzarote y cómo debían atacar a Claudás para quitarle la tierra y expulsarlo de Gaula, «y porque no quiero que lleven a cabo esto sin vosotros, os pido que vayáis con Lanzarote».

Todos a su vez exclaman que irán con mucho gusto a donde quiera.

El rey ordena entonces que se acerquen los clérigos para poner por escrito los nombres de los nobles que estarían al comienzo de esta guerra: el primero fue el rey Caradoc Rompebrazos, después el rey Bandemagus, el rey Yon y el rey Cabarantín de Cornualles; estos cuatro reyes fueron compañeros y pusieron por escrito que irían con todas sus fuerzas a la tierra de Gaula contra el rey Claudás, y no regresarían hasta que le hubieran quitado sus dominios, a no ser que murieran o se pusieran enfermos. El mismo juramento hicieron todos los demás, con lo que el rey dijo que bien podría llevar en el ejército veinte mil hombres y más aún, pues no hubo compañero de la Mesa Redonda que no jurara del mismo modo. Después de hacer los juramentos, Lanzarote les dio las gracias. El rey les dijo entonces:

—Buenos señores, a vosotros que sois compañeros en esta empresa, os ordeno que por el juramento que habéis hecho estéis el día de la Magdalena en mi ciudad de Londres, y allí encontraréis las naves dispuestas y todo lo necesario, de manera que ese día sólo faltará ponerse en marcha.

Le responden que así lo harán.

Mientras hablaban de este modo, entró Brinol de la Empalizada, al que Boores había vencido en el puente de Corbenic, y pregunta por Lanzarote. Le dicen quién es y se dirige hacia allí, se arrodilla y se declara prisionero suyo de parte de Boores de Gaunes. Lanzarote le pregunta a Boores quién es.

—Señor, es uno de los mejores caballeros del mundo y por eso os aconsejaría que lo retuvierais con vos para que os acompañara a Gaula.

Lanzarote lo retiene y el caballero se queda con mucho gusto, pues tenía grandes deseos de tratar a los nobles de la corte.

De esta forma empezó la guerra por la que el rey Claudás perdió sus dominios y fue desterrado de sus posesiones; en ella murieron mil hombres que no sabían nada. La noticia fue por todas partes y pronto se supo.

En la corte había dos criados que estaban de espías para saber lo que hacía el rey Arturo y cuál era su comportamiento, y para contar en Gaula si Lanzarote acudiría para la fiesta de la Magdalena. Al enterarse de que atacarían a Claudás, no se preocuparon

poco, se pusieron en marcha yéndose de la corte, y cabalgando día y noche hasta que llegaron al mar e hicieron que los pasaran al otro lado. En Flandes, se apresuraron a llegar a Benoit, donde el rey Claudás todavía estaba, desde que tuvo la corte de Pentecostés. Cuando los vio, los reconoció rápidamente y les preguntó qué ocurría, a lo que le contestaron que se lo dirían rápidamente; le apartaron a un lado lejos de la gente y él les preguntó cómo había sido la corte del rey Arturo.

—Señor —contesta uno de ellos—, desde que Nuestro Señor nació, no hubo rey que tuviera una corte tan rica como la del rey Arturo en esta ocasión, y que yo sepa nadie conseguirá reunir una comparable, a no ser él mismo. Pero bien podéis decir que en mala hora se reunió la corte para vos, pues os quitarán vuestros dominios y perderéis vuestras tierras antes de un año si Dios no os protege.

Cuando el rey Claudás oye estas noticias, se preocupa más que antes, y pregunta qué es eso.

—Señor —le dicen—, el día de Pentecostés, después de vísperas, Lanzarote del Lago, que es el hombre más cortés del mundo, se llevó para deliberar con ellos a los compañeros de la Mesa Redonda y cada uno dijo lo que quiso, acordando venir a este país después de la Magdalena con tanta gente que no creemos que podamos resistir una sola hora; eso es lo que más nos preocupa.

—¿Cómo? ¿Ha regresado Lanzarote? Se decía que había estado perdido durante más de año y medio, y que se pensaba que había muerto. Los diablos han hecho que regrese.

—Por Dios —contesta el criado—, ha vuelto y nunca hubo tan gran alegría como la que tuvieron los de la corte cuando llegó. Tened por seguro que es el hombre más temible por sus hazañas y por todo; y si hay alguien que os hará perder vuestras tierras, es él, si es que alguna vez lo perdéis todo.

Al oír estas noticias, Claudás se queda tan preocupado que no sabe qué decir, pues teme mucho a Lanzarote por sus hazañas y por su fortuna, que le hace superar a todos los demás. Entonces, le dice al criado:

—Poco me importa que vengan, pues me encontrarán tan preparado en ese plazo, que resultará admirable si no se arrepienten de haber venido.

A continuación, les pregunta por el rey Arturo y por su forma de ser.

—Señor —le contestan—, no es hombre terreno, sino hijo de Generosidad, pues Generosidad se aloja también en su casa, donde no se ve nada que no salga de ella misma.

—Por Dios —añade uno de ellos—, si todo el mundo fuera suyo, lo daría más rápidamente que si fuera una ciudad, y eso es lo que le hace tener mayor fama sobre los demás.

—¿Y hubo muchos caballeros en la corte?

—Señor, si hubiera querido ponerse en marcha con todos los que estaban, no creo

que hubiera nadie que pudiera resistirle durante un mes, pues había diez mil por lo menos, que eran jóvenes y buenos caballeros.

—¿Y qué os parece Lanzarote?

—Señor, no os podemos decir más que tiene la cara más sencilla que nadie y es el caballero más discreto que podéis haber visto. Pero quienes lo conocen dicen que no hay nadie que pueda enfrentarse a él con las armas y que ha superado en hazañas a todos cuantos existen ahora.

—¿Creéis que va a pasar el mar personalmente para venir en el ejército contra mí?

—Señor, no; ni el rey Arturo. Se quedarán al otro lado. Los demás nobles vendrán, pues no piensan que podáis resistirles durante una sola hora.

—Ya que Lanzarote y el rey Arturo no vendrán, pueden decir que serán vencidos, aunque sean el doble de los que son.

Luego hace que les den tantas riquezas a los mensajeros que le habían llevado la noticia, que no se sintieron cansados por haber ido; a continuación llama a sus familiares que estaban allí y a los caballeros en los que confiaba más y les cuenta las noticias de la corte del rey Arturo y cómo los compañeros de la Mesa Redonda y los demás se reunirán por amor a Lanzarote antes de la Magdalena y el día siguiente irán desde la ciudad de Londres a Gaunes, llevando tanta gente como puedan, «pero me consuela mucho que los dos hombres en quienes la Fortuna se esfuerza más, el rey Arturo y Lanzarote, no vendrán. Por eso creo que los otros que vendrán sin ellos, podrán ser derrotados fácilmente. Aconsejadme qué puedo hacer, pues quiero obrar en todo según vuestro consejo, con lealtad; cómo puedo reforzar la tierra para que no la encuentren desguarnecida; mucho me pesaría y tendríamos una gran afrenta, si perdiéramos tan fácilmente aquello que tuvimos tantas dificultades en conquistar; no dejaré de tenerlo durante toda mi vida por falta de riquezas, pues no deseo conservar ninguno de mis tesoros y tengo más que ningún rey del mundo. Pensad qué se puede hacer, pues estoy dispuesto a obrar en todo según vuestro consejo».

Después de decir estas palabras, se puso en pie su senescal y le dijo:

—Señor, debéis preocuparos poco por esta guerra de la que habláis que los de Logres quieren empezar contra vos, pues según me parece si se mira por todo el mundo, no se puede encontrar a nadie tan rico como vos, ni que tenga tanta gente y amigos; Gaula, en donde hay buenos caballeros por naturaleza, está bajo vuestro dominio. Aunque se tomaran todas las tierras que hay a este lado del mar, desde Grecia hasta el mar de Flandes, no se encontraría ninguna tierra cuyos hombres no estén bajo vuestro dominio, tal es lo que habéis hecho frente a los romanos. Por eso no debéis preocuparos si los de Logres vienen aquí; esperadlos tranquilamente y llamad a vuestros hombres. Aunque sólo vinieran los que han recibido tierras de vos, serían derrotados, pues no podrían resistir ni durar frente a vuestras fuerzas. Si vuestro consejo así os lo recomienda, haced venir a Tiberio César, emperador de Roma, que es tan amigo

vuestro, y os socorrerá con su propia persona y abundante gente. Estoy seguro de que cuando oiga la verdad de vuestras necesidades, acudirá; si no lo hace, enviará tanta caballería de Roma que podríais ir tranquilamente por todos los sitios en su compañía. Ése es mi consejo y me parece que podéis seguirlo; más os vale y más os valdría que salierais con honor de este asunto.

No hubo nadie que se atreviera a hablar contra estas palabras y todos dijeron que el senescal había dicho bien. Claudás contesta que ciertamente así lo había hecho. Manda escribir letras selladas con su sello y convoca al criado más rápido de su mesnada, al que le dan un caballo y le entregan las cartas; le ordena:

—Ve a Roma y cuando veas a Tiberio César el emperador, que es señor mío, salúdalo de mi parte y entrégale estas cartas.

El criado responde que cumplirá con el mensaje; toma las cartas y se pone en camino. Claudás, mientras tanto, toma consejo de su gente y les pregunta:

—¿Qué puedo hacer con mis hombres de esta tierra, pues temo que al final me fallen y me traicionen porque no soy su señor natural? Os ruego que me aconsejéis qué puedo hacer.

—Buen tío —le dice un sobrino suyo que era hermano de Brumante, el que había muerto en el Asiento Peligroso—, os aconsejo que reunáis en la ciudad de Gaunes el día de San Juan a todos los que han obtenido tierras de vos. Cuando estén todos ante vos, les podréis decir a aquellos en quienes confiáis poco que se vayan de vuestra tierra libremente, con sus cosas, si no tienen deseos de serviros con lealtad. Si se van, os agradecerá, pues habrá bastantes de los otros que se queden. Si se quedan, dadles tantos regalos que, si ahora son amigos vuestros, lo sean más todavía. Si tienen intención de fallaros cuando los necesitéis, y ven que les dais licencia tal como os he dicho, se irán, si no desean quedarse. Si tienen ganas de quedarse, dadles regalos y joyas, de forma que nunca encontraréis gentes más leales que ellos.

—Buen sobrino, así lo haré.

Envía mensajeros por toda su tierra convocando a los caballeros y a los nobles que habían recibido tierras de él para que el día de San Juan estén en la ciudad de Gaunes, pues quiere tener allí el parlamento más extraordinario de cuantos ha tenido en su vida: así se supo por toda Gaula, que ahora se llama Nueva Francia, que la guerra iba a ser emprendida por los del reino de Logres. Se ponen todos alegres y contentos, los que eran buenos caballeros y atrevidos, pues habían estado mucho tiempo en paz, según les parecía. Les pesa mucho a los malos y a los cobardes, que preferirían la paz a la guerra. La cosa va de tal forma por ambas partes que se disponen y no se ocupan más que en buscar armas y caballos.

El día que los mensajeros se pusieron en marcha para recorrer la tierra de Gaula, el rey Claudás llamó a los dos criados que le habían llevado las noticias. Cuando estuvieron en su presencia, les preguntó:

—¿Comisteis el día de Pentecostés en la corte del rey Arturo?

—Señor, sí; comimos en el mismo palacio en el que estaba el rey y en el que se encontraban los compañeros de la Mesa Redonda.

—¿Ocurrió ese día alguna aventura allí?

—Señor, sí, la más extraordinaria de cuantas habéis oído y os la hubiéramos contado, pero temíamos que os enfadarais con nosotros.

—Decídmela, tal como ocurrió.

—Señor, el día de Pentecostés, después de cenar, llegó al palacio vuestro sobrino Brumante, armado con armas blancas. Cuando vio al rey, le dijo: «Señor, he venido a morir o a seguir viviendo, no sé a qué». A continuación, se desarmó ante todos los que estaban en la sala. Cuando ya estuvo desnudo, empezó a llorar amargamente. El rey le preguntó por qué lloraba y él contestó que porque iba a morir, ya que su corazón le afirmaba lo que él sabía; pasó por delante de los caballeros de la Mesa Redonda y fue directamente al último asiento, que se llama Asiento Peligroso; le dijo a Lanzarote, al que vio a su lado: «Lanzarote, para llevar a cabo la osadía que vos no os atrevisteis a emprender, tengo que morir». Se sentó en el asiento y le entregó una carta a Lanzarote, diciéndole que si moría, que mirara la carta y en ella encontraría quién era y de qué familia. Al poco de estar en el asiento, empezó a gritar y a estremecerse de forma horrible. Cayó el fuego del relámpago y lo abrasó y quemó en poco rato, en el mismo asiento en el que se encontraba, de tal forma que sólo se pudo encontrar un poco de ceniza de su cuerpo. De esta forma murió vuestro sobrino Brumante, y ésa fue la aventura que ocurrió el día de Pentecostés. Os aseguro que fue llorado y se lamentaron y les pesó a los de la corte, según aparentaban.

—¿Supieron quién era?

—Sí, pues en la carta encontraron quién era y de qué familia.

—Ya os podéis ir de aquí, pues me habéis dicho lo que os había preguntado; ya que Brumante ha muerto, bien puedo decir que me falta el mejor caballero de mi familia, salvo Canart su hermano: es una gran desgracia la que me ha ocurrido, pues si ahora viviera, sería el hombre en el que más confiaría del mundo y que más rápidamente me ayudaría a mantener la guerra contra los de Logres.

Los criados se marcharon en cuanto tuvieron permiso y Claudás se quedó triste y pesaroso por la noticia que le habían dado; se la cuenta al senescal, pues no puede ocultar durante mucho tiempo su dolor, y éste, que era bueno y firme caballero, aunque era algo traidor como su propio señor, le contesta:

—Señor, es una desgracia la muerte de Brumante, pues era hombre valiente y buen caballero, pero aunque ahora os falte, no por eso estáis en desventaja, pues a pesar de su muerte tenéis a vuestro lado a otros mil, entre los que no hay ningún cobarde y son todos valerosos y buenos, y en ellos encontraréis seguridad y confianza, y no os fallarán hasta la muerte; dejad de hablar de él, que en poco os puede ayudar. Si lo amasteis en

algo, demostrádselo a su alma con limosnas y oraciones, pues ya no necesita otra cosa; estimad y honrad a los que os han quedado, que no os fallen cuando llegue el momento de la gran necesidad.

Claudás le contesta que así lo hará; hace venir a sus tres sobrinos, que eran hermanos de Brumante, y les cuenta la noticia que le han dado de la corte del rey Arturo. Al oír que su hermano ha muerto de aquel modo, lo sienten mucho y expresan gran dolor, pues era mucho lo que lo querían. A pesar de todo, por amor al rey Claudás y porque sabían que lamentándose no iban a ganar nada, dicen que no hay afrenta en esa muerte «pues nadie murió por probar su osadía, como él ha muerto: nos ha venido mayor honra que si el mejor caballero del mundo lo hubiera matado o que si hubiera muerto en combate».

El rey Claudás estuvo en la ciudad de Benoic hasta tres días más tarde; el cuarto día, se marchó a la hora de prima y cabalgó por distintos castillos suyos. En cada uno de ellos colocaba gente y vituallas; si no eran suficientemente fuertes, hacía que los reforzaran, para que no tuvieran que preocuparse de un gran ejército. Hizo reconstruir Trebe de forma tan extraordinaria que si el castillo había sido fuerte en tiempos del rey Ban, eso no era nada en comparación a cómo había quedado ahora; allí colocó el rey a sus mejores servidores, pues era lugar fuerte y de buena defensa, y lo abasteció con tanta riqueza que no temería el asedio durante diez años, a no ser que fuera sorprendido mediante engaño o traición. De esta forma fue guarneciendo el rey Claudás sus castillos, y no habría nadie que dijera que no había hecho todo con gran previsión frente a la guerra.

Cuando llegó la víspera de San Juan, volvió a la ciudad de Gaunes con gran acompañamiento de caballeros; allí estaba reunida toda la gente del país, deseosos de saber por qué los había convocado. Cuando ya estuvieron todos reunidos, mandó que fueran a su presencia nobles y caballeros, unos y otros, y les contó la noticia de la guerra que los de Logres querían empezar; «como no quiero que en mi compañía haya nadie que no esté de todo corazón, os ruego, buenos señores, a los que sois de esta tierra, de quienes yo no soy señor natural, que si no queréis servirme con lealtad os marchéis a donde queráis y que os llevéis con vosotros a vuestras mesnadas y vuestras riquezas, que nada quiero retener. Os aseguro que no recibiréis ningún daño por esto, si os marcháis, pues os prefiero lejos de mí y que hagáis todo lo posible por causarme daño, a que estéis conmigo y que seáis enemigos míos en secreto, pues no hay nada más temible que tener al enemigo noche y día con uno mismo».

Cuando los de aquella tierra conocieron la noticia, se pusieron muy contentos porque querían marcharse; se reunieron para decidir qué harían y acordaron casi todos los de la ciudad que abandonarían a Claudás y se irían a Gran Bretaña con su legítimo señor. Después de acordar esto, los nobles, los caballeros y los burgueses se prometieron unos a otros que no cambiarían de parecer; regresaron al rey Claudás y le

dijeron:

—Señor, ¿nos aseguráis que no nos vais a hacer ningún daño en nuestras personas y nuestros bienes? Mañana por la mañana veréis antes de prima quiénes se quedan y quiénes se marchan.

El rey Claudás les promete, como rey, que no tendrán ningún daño si se marchan, igual que si se quedan todos; se lo agradecen mucho. Luego, se van y mandan preparar los arneses y cargar las riquezas; se marchan llevándose toda su mesnada con ellos. Se ponen en camino en cuanto anocheció, llevando todo lo que pudieron, como las cosas de valor, e hicieron saber por todo el reino de Benoic que el que quisiera marcharse lo podía hacer con toda tranquilidad.

Cuando los de la tierra supieron que esta noticia era cierta, empezaron a ponerse en marcha pobres y ricos, para irse lejos, diciendo que no se quedarían con Claudás, si Dios quería, y que preferían morir en tierras lejanas yendo en busca de su legítimo señor. De esta forma vaciaron el país los que habían nacido en él y los nativos y emprendieron el camino por medio de Gaula y de Flandes hasta que llegaron al mar: alquilaron barcos y pasaron a Gran Bretaña.

Cuatro días después de que se marcharan de Gaula, preguntó Claudás cuánta gente se había ido de los dos reinos.

—Señor —contesta un pariente suyo—, no creo que os hayan quedado más de trescientos entre caballeros y servidores.

Empieza a hacer el signo de la cruz y se sorprende por lo que oye, diciendo que si todos los que se han ido se hubieran quedado, «no habría pasado mañana sin que yo hubiera perdido mis posesiones. Bendito sea quien me dio tal consejo: fue extraordinariamente prudente y previsor».

A los que se quedaron, el rey Claudás les dio tantos hermosos regalos y les aumentó de tal forma los feudos, que se tuvieron por sabios por haberse quedado. Claudás los estimó en mucho, los honró y los mantuvo a su lado porque sabía que podía confiar en ellos en momentos de gran necesidad. Luego hizo venir caballeros y servidores de cerca y lejos: acudieron tantos de todas partes, vasallos suyos y otros que necesitaban ganar dinero, que fue admirable la cantidad de caballeros que reunió, recibéndolos tan bien y con tantas honras, siendo tan generoso, que todos se preguntaban sorprendidos de dónde podía sacar todo lo que les daba. Les agradó tanto lo que veían en él, que decían a sus espaldas que no querían perderlo a cambio de nadie, pues nunca encontrarían a un rey tan generoso, ni que diera con tal largueza a sus hombres, y por eso lo aprecian tanto como pueden y aún más.

De esta forma se ganó Claudás el corazón de sus hombres; se prometen unos a otros dejarse despedazar antes que él pierda sus dominios mientras vivan. Por las grandes cualidades que dicen de él, acude mucha gente de todas partes, de modo que antes de que hubiera pasado el día de la Magdalena, podría haber ya más de mil

hombres en la corte, entre caballeros y servidores, de los que no había uno solo que no fuera bien valiente y estuviera dispuesto a resistir. El rey Claudás ya estaba preparado para la guerra. Como la ciudad de Gaunes era fuerte y rica, como corresponde a la principal fortaleza de dos reinos, estableció allí su sede con abundancia de gente y la guarneció con vituallas lo mejor que pudo. Luego, puso en ella muchas armas, caballeros y servidores. Y para que los de fuera no pudieran llegar a las murallas, si se ponía sitio, guarneció la torre y las almenas de arqueros y ballesteros, de tal forma que en aquel tiempo no habría nadie en el mundo que no temiera atacar la ciudad. Como no había nadie en quien pudiera confiar tanto como en un hijo suyo que era muy valiente, le concedió el mando sobre las gentes, después de él mismo, y éste las recibió con tan grandes honores como si fueran sus propios hermanos. Era un caballero alto, delgado, bien proporcionado en todos los miembros y de gran belleza; era tan joven que aún no tenía la edad de veintisiete años y se llamaba Claudín el Joven. Como no querían llamarle de la misma forma que a su padre, lo llamaban Claudín, pero era hombre de gran valor, pues en toda Gaula no tenía nadie que se le pudiera comparar, sino Canart el hermano de Brumante, el que había muerto en el Asiento Peligroso.

A estos dos caballeros entregó el rey Claudás el cuidado de su gente y los hizo jefes de ellos. Pensaron lo mejor que pudieron y esperaron en la ciudad de Gaunes hasta que regresó el mensajero que Claudás había enviado a Roma, y éste se puso muy contento; le preguntó qué noticias traía, a lo que le contestó:

—Buenas, gracias a Dios.

—Dime, ¿qué me hacen saber los romanos?

—Señor, os saludan tan alegres como pueden, según las aventuras que les han ocurrido desde hace dos meses.

—¿Cómo? ¿Han tenido alguna desgracia?

—Sí, señor, pues Tiberio César, el emperador de Roma, murió dos días antes de San Juan, de forma que los encontré desconsolados cuando llegué allí. A pesar de todo, nada más ver vuestras cartas, dijeron que harían todo lo posible para ayudaros; me entregaron éstos otras para que os las diera.

Le da entonces las cartas y Claudás las toma y se las entrega a un clérigo suyo. Éste las despliega, las ojea y luego le dice a Claudás:

—Señor, los romanos os saludan como al hombre que más quieren en tierras lejanas y os hacen saber mediante sus cartas que a pesar de la muerte de su señor no dejarán de socorremos en este asunto. Como no tienen todavía emperador, dicen que durante este invierno os enviarán al consejo principal de Roma con tanta gente como puedan reunir. Sabed que si podéis esperar hasta entonces, no tendréis que preocuparos ni del rey Arturo ni de todo su poder.

Cuando Claudás oye estas noticias, se pone mucho más alegre y contento que antes: le regala tantas cosas al criado que le había llevado las nuevas, que vivió rico el

resto de su vida. Luego, les dice a sus hombres que ya que los refuerzos de Roma deben venir tan pronto, no teme que los de Logres le puedan causar ningún daño.

Ahora la historia deja de hablar de él y de su gente y vuelve al rey Arturo y a Lanzarote, de los que ha guardado silencio durante demasiado tiempo.

CLXXII

Cuenta ahora la historia que el día siguiente de Pentecostés, el rey Arturo hizo que acudieran a su presencia todos los compañeros de la búsqueda. Cuando estuvieron sentados unos junto a otros, el rey llamó a los duques, a los condes y a los altos nobles que había allí y les dijo que acudieran a oír las aventuras que los compañeros habían encontrado durante todo el largo tiempo que habían estado fuera de la corte. Le ordena a Lanzarote que sea el primero en hablar, pues él había sido el motivo y el comienzo de la búsqueda. Éste, que ve que tiene que hacerlo, empieza diciendo:

—Señor, cuando nosotros cuatro, el rey Bandemagus, Boores, Gueheriet y yo nos fuimos de aquí, cabalgamos durante todo el día y el día siguiente, hasta que llegamos al castillo de la Blanca Espina, donde encontramos a Mordret, al que los muchachos de la ciudad habían tratado con bastante villanía; lo dejamos libre, quemamos el castillo y nos marchamos de allí al castillo en el que mi señor Yvaín estaba prisionero, de donde lo sacamos. El día siguiente, Boores, mi primo, combatió contra Maldito el jayán y le dio muerte; según creo, era uno de los hombres más fuertes del mundo. Esta batalla la vieron muchos de los compañeros que aquí están. Cuando nos marchamos de allí, fijamos plazo para regresar el día de Todos los Santos al mismo lugar. Nos separamos y yo me fui solo, pensando dirigirme a donde había perdido a mi primo Lionel, que era en el Bosque Perdedor; cabalgué hacia allí y encontré a una doncella que me llevó a una colina en donde combatí contra Tericán, uno de los caballeros más fuertes de cuantos he encontrado, y lo maté. Éste tenía prisioneros a varios caballeros, e incluso a alguno de los compañeros de nuestra búsqueda que quedaron libres. Me fui de allí seguido por los que había dejado libres; iba descuidado y una doncella me llevó sin que yo lo supiera a casa de Morgana el hada, la mujer del mundo que más me odia, que yo sepa, y me dio no sé qué veneno para beber, con el que perdí toda la fuerza y el poder durante mucho tiempo. Me tuvo prisionero durante dos inviernos y un verano; pero, gracias a Dios, conseguí escapar por una ventana enrejada que rompí con mis propias manos. Cuando me marché, me encontré con un caballero que estaba herido en el muslo por una flecha, en cuya casa encontré al rey Bandemagus enfermo, que me dijo que todos los compañeros de nuestra búsqueda habían desaparecido; le rogué al señor que me dejara intentar quitarle la flecha del muslo, pero no lo permitió y se arrepintió al enterarse de quién era yo. Por la mañana me marché de allí y fui a casa del rey Vagor de la Isla Extraña, que tenía prisionero a mi primo Lionel, al que liberé y lo llevé conmigo hasta una abadía que se llama la Pequeña Limosna; de allí me fui a la Colina Prohibida, donde combatí frente a Boores, que tenía prisioneros a catorce caballeros, que dejé en libertad.

Lanzarote cuenta a continuación cómo los dejó en la Colina y se marchó por la

noche al Bosque Peligroso, en el que encontró el cuerpo de su abuelo y la tumba que sangraba, cuidada por dos leones, la fuente que hervía y que todavía sigue hirviendo, de tal forma que no cesará hasta que llegue a ella el buen caballero para el que está dispuesto el Asiento Peligroso; tan pronto como llegue, el calor de la fuente desaparecerá. Después les cuenta la aventura del ciervo que llevaba alrededor del cuello una cadena de oro y que iba custodiado por seis leones que lo guardaban con tanto cariño como la madre a su hijo; aunque el significado de esta aventura no será conocido hasta que concluya la última búsqueda del Grial. Luego cuenta las aventuras que le habían ocurrido hasta que se encontró con mi señor Galván y los tres compañeros; cuando llegó esta aventura, le dijo al rey:

—Por mi fe, señor, un día que me levanté temprano, tomé las armas de mi señor Keu por las mías y cabalgué hasta un puente en el que encontré cuatro caballeros armados que lo guardaban; pensaban que yo era Keu el senescal y tuve que combatir contra ellos. Después de derribarlos, uno de ellos me tuvo que prometer que vendría a rendirse aquí de parte de Keu el senescal, y yo me marché y me encontré en un valle a cuatro caballeros armados, uno de los cuales me atacó dispuesto a combatir, luché con él y lo derribé. Luego vinieron el segundo, y el tercero y también los derribé; después me atacó el cuarto y también lo derribé. Cuando iba a irme, como quien ya no tenía nada más que hacer, me dijo el primero con el que había luchado: «Señor caballero, no sé quién sois, pero cuando lleguéis a vuestro país podréis decir que habéis derribado con una misma lanza a mi señor Galván, a Héctor de Mares, a mi señor Yvaín y a Saigremor el Desmesurado. Al oír esto, lo sentí y me pesó tanto que arrojé mi escudo y mi lanza y me marché tan rápidamente como pudo mi caballo, de modo que llegué a la hora de vísperas a un pabellón en el que encontré a una doncella que me alojó con mucho gusto; antes de que me marchara, llegó la hija del rey Brandegorre, con gran acompañamiento de caballeros, y me mostró un niño pequeño, la criatura más hermosa de cuantas he visto, y me hizo saber por detalles adecuados y por el mismo rostro del niño, que Boores lo había engendrado: nunca vi a nadie que se pareciera tanto como ellos dos; y ya que haría mal si no dijera el mensaje que la doncella me encargó, le digo a Boores, ante todos los presentes, que ella se queja porque él le prometió, cuando se alejó de allí, que iría a verla en el plazo de un año; ha transcurrido ya y no ha regresado. Esas son las aventuras que me han ocurrido desde que me marché. Que hablen ahora los otros, pues yo guardaré silencio a partir de ahora.

El rey hizo poner por escrito todas estas aventuras, para que los descendientes que llegaran después de él conocieran las maravillas que Lanzarote había realizado en su vida. Cuando los del país oyeron todo lo que había contado, empezaron a santiguarse, por lo bien que se había librado en todos los sitios. Y aunque todos estaban contentos, Boores quedó pensativo y cabizbajo al oír hablar de la hija del rey Brandegorre; si lo hubiera hecho cualquier otro que no fuera Lanzarote, nunca más le hubiera vuelto a

querer, porque sentía mucho que la doncella se quejara de él, pero como Lanzarote era su señor, tuvo que callarse; sin embargo, está dispuesto a devolverle la alusión a través de la hija del rey Pelés, en cuanto se le presente el momento.

Después de que Lanzarote contara sus aventuras y de que éstas fueran puestas por escrito, el rey le dijo a mi señor Galván que hablara; éste contestó que lo haría con mucho gusto, y comenzó:

—Señor, cuando me marché de aquí y entré en la búsqueda de Lanzarote, cabalgué durante muchos días sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada, hasta que llegué al Castillo del Paso el día de la fiesta de Todos los Santos, cuando tenían que reunirse los compañeros de nuestra búsqueda. Llegaron tan a punto que, de todos, sólo faltaron Lanzarote y Boores. Si Dios los hubiera hecho llegar ese día, hubiera terminado nuestra búsqueda y hubiéramos regresado todos juntos a la corte; pero como no se presentaron, tuvimos que reemprender la búsqueda y fijamos un plazo para volver allí mismo, y nos separamos unos de otros. Cabalgué durante muchas jornadas según me llevaba la aventura en busca de noticias de Lanzarote y llegué a la Isla de las Maravillas, donde mi hermano Mordret estaba prisionero; combatí contra un caballero de la isla, que me hubiera matado, o yo a él, si no hubiera sido por la doncella de la torre que puso paz entre nosotros; me llevé a Mordret quisieran los de la isla o no. En esa isla encontré la cama de Merlín en la que no se acuesta nadie sin perder el sentido y la memoria, pues es un lugar encantado; en cuanto sale de la cama, recupera sus cualidades. En esa isla hay tales maravillas que nadie podría creerlas sin ir a ella, pues allí se reúne toda la fuerza de los encantadores del mundo y se pueden ver tales cosas que si el mejor caballero del mundo va allí, encontrará a alguien comparable a él y no habrá aventura que desee que no pueda encontrar allí. En la isla encontré la espada venturosa que nadie, por grande que tenga la mano, puede empuñar de forma adecuada; un ermitaño, caballero, me dijo que esa espada me causaría la muerte y me mataría el hombre que más me quiere sin ser pariente mío y que sería por culpa de mi hermano Mordret. Cuando me marché de la isla, cabalgué durante muchas jornadas según me llevaba la aventura y me encontré con Héctor de Mares en la prisión del rey Elián, al que vencí por las armas, y dejé libre a Héctor. Cuando dejé a Héctor, el cuarto día, fui al Bosque Peligroso, donde encontré a Hasart, el senescal del rey de la Desierta Tierra Devastada, que había sido acusado de la muerte del hijo del rey. Al oír hablar al senescal, sentí tan gran compasión que me ofrecí a combatir por él. Gueheriet, mi hermano, tomó las armas contra mí, sin que nos reconociéramos; combatimos hasta que casi nos matamos, pero lo reconocí por la espada que llevaba y por eso hicimos la paz, afligidos y pesarosos porque nos habíamos herido el uno al otro. Cuando dejé a Gueheriet, cabalgué, herido como estaba, hasta que llegué a la Colina Prohibida, y allí oí noticias de que en la cima había un caballero frente al que nadie podía resistir con las armas; pregunté quién era y me dijeron que no se sabía su nombre; me encontré

entonces con Keu el senescal, que me prohibió que fuera; a pesar de todo subí y encontré arriba a Boores, contra el que combatí mientras pude resistirle y lo hice con todas mis fuerzas. No nos reconocimos. Después de combatir durante largo rato con él, ya no podía mantenerme en pie por la cantidad de sangre que había perdido, mi yelmo estaba despedazado, mi cota con todas las mallas rotas y yo tan cansado que no podía sostener la espada; entonces Boores me atacó, me arrancó el yelmo de la cabeza y dijo que me mataría si no me daba por vencido. Dije que no me daría por vencido, y al oír esto ordenó a sus servidores que me prendieran y me metieran en prisión. No pasó mucho tiempo hasta que varios compañeros de la búsqueda llegaron a la misma colina y combatieron contra Boores, que los venció a todos, de forma que catorce éramos los compañeros prisioneros, que no hubiéramos salido nunca de no ser porque la aventura llevó allí a Lanzarote; realizó tales proezas que nos dimos cuenta de que llevaba lo mejor del combate; pero se reconocieron e hicieron las paces, de forma que nosotros quedamos libres todos. Después de que me marché de la Colina Prohibida, no encontré ninguna aventura que merezca ser recordada; me callaré ahora, pues ya os he contado las aventuras que me ocurrieron desde que me marché de aquí.

Después de decir esto, pusieron las aventuras de Galván por escrito, según las contó. Después contó Héctor las suyas, que fueron escuchadas con mucho gusto, pues era el mejor caballero de su edad; las pusieron por escrito tal como él las contó. Tuvo mucho que contar, pues había dado hermosos golpes y realizado bellas hazañas desde que se marchó de la corte, y fue uno de los caballeros cuyas proezas más le agradaron al rey. Después de Héctor, Boores contó las suyas, y luego Lionel; a continuación, mi señor Yvaín. Después, Gueheriet contó las suyas, que fue el que contó las aventuras más hermosas de todos los que participaron en la búsqueda, menos Lanzarote; y con él disfrutaron más que con nadie, salvo Lanzarote y mi señor Galván: contó cómo después de san Juan, los del reino de Orcania se quejaban de que no tenían señor que los mantuviera y el rey quiso darle el reino a Gueheriet, diciendo que sería mejor que lo tuviera él que ninguno de sus hermanos y Gueheriet le contestó que en toda su vida tendría ninguna tierra o sería coronado hasta que terminara la búsqueda del Grial, «pues allí querría probarme y esforzarme en cuanto se emprenda».

Después de Gueheriet, Mordret contó las suyas y luego Guerrehet y Agravaín. A continuación siguieron todos por orden, según estaban sentados, uno tras otro; cuando terminaron, las escribieron y ya era hora de comer, pues había pasado mediodía; después de que fuera cantada la misa mayor, pusieron las mesas y se sentaron a comer.

Al terminar, Boores y Lanzarote se sentaron a la ventana y empezaron a hablar; Boores le dijo a Lanzarote:

—Señor, me he portado de forma vil con vos.

—¿En qué?

—La hija del rey Pelés me dijo que os saludara de su parte y no me acordé de

hacerlo hasta ahora mismo; es una de las mujeres que más os aman en el mundo, que yo sepa, con la que habéis estado muchas veces sin que lo supiera mi señora la reina. Os saluda por encima de los demás caballeros y os hace saber que podéis ir a ver cuando queráis a Galaz vuestro hijo, que me parece la criatura más hermosa del mundo y es igual que vos. Si me amarais tanto como decís, me hubierais contado todo eso hace tiempo; pero quizás temíais que se lo dijera a la reina, si yo me enteraba; pero eso es una locura, pues yo no quiero a mi señora la reina por sí misma, sino por vos, y no hay nada en el mundo que yo no dijera sabiendo que vos se lo queréis ocultar.

Cuando Lanzarote oye estas palabras, se queda tan sorprendido que no sabe qué decir, pues no puede ocultárselo a Boores y tampoco se atreve a negarlo; sin embargo, le contesta que nunca le dio compañía a ninguna mujer más que a la reina y que no lo hará mientras viva.

—Bien sé —contesta Boores— que no lo hicisteis a sabiendas, pero a pesar de todo fue hecho del mismo modo que yo fui engañado por la hija del rey Brandegorre. Si habéis sido engañado de esa forma, no debéis afligiros, sino estar alegre y contento, pues ese niño llevará a término las aventuras en las que vos habéis fallado: es para vos un gran honor el que de vos haya salido la flor de la caballería.

—De ninguna forma querría que mi señora lo supiera, pues no pensaría que lo hice contra mi voluntad. Por eso os ruego que lo ocultéis; si ocurriera que se hablara de ello, cargad vos con la acusación, de forma que yo quede libre.

Le responde que así lo hará, si se encuentra en esa situación.

Los nobles de la corte hablaron mucho aquel día de las aventuras de todos, pero lo hicieron especialmente de lo que Boores había contado y de las maravillas que había visto en casa del Rey Pescador, de la lanza que sangraba, de la mesa de plata y de las otras aventuras del lugar; y que además se fue sin haber recibido ninguna afrenta y sin daño para su cuerpo. Dicen que ha sido el más bienaventurado de todos los que han existido. Por eso le dieron el premio de la búsqueda a él y a Gueheriet.

Ese día, después de vísperas, Lanzarote entró en la habitación de la reina y se sentaron sobre una alfombra, a solas; la reina le dijo:

—Lanzarote, ayer estuvisteis más pensativo que nunca desde hace tiempo y mirabais frecuentemente a Mordret y a mi señor, y a una serpiente que está pintada en la iglesia. Decidme por qué lo hacíais, pues no creo que lo hubierais hecho sin gran motivo.

Lanzarote empieza a contarle cómo iba a morir Mordret, toda su familia y el mismo rey; luego le explica el significado de la serpiente. Pero no le dice que el rey haya engendrado a Mordret, pues estimaba tanto al rey que de ninguna manera quería decir nada que le fuera a afrentar. Cuando la reina oyó lo que Lanzarote le había dicho de Mordret, se sintió muy a disgusto y más lo hubiera sentido si hubiera creído que la cosa sería verdad, tal como ocurrió más adelante. Pero como no se creyó que Lanzarote supiera la verdad de lo que iba a ocurrir, antes de que pasara, la reina no dijo nada y

ése fue un gran daño para muchas gentes, pues si le hubiera dicho al rey lo que Lanzarote le había contado, el rey, que sospechaba algo, lo hubiera desterrado de la corte y de esa forma no se habría producido la guerra y la batalla que tuvo lugar después en las llanuras de Salesbieres, en la que murieron el rey y muchos hombres valientes; y el gran linaje que Dios había permitido que se elevara por encima de los demás quedó destruido. Todo eso fue por culpa de Mordret, tal como la historia contará palabra por palabra; pero como todavía no es el momento de decirlo, ahora la historia deja de hablar de él y dice que durante toda la semana el rey Arturo mantuvo la corte extraordinaria en la ciudad de Camelot, con tal número de participantes y tal generosidad que realmente se le debía tener por rey muy valioso.

En la octava de Pentecostés se marcharon los altos nobles a sus tierras, prometiendo que el día de la Magdalena estarían en Londres con todo su poder; el rey y Lanzarote se lo rogaron con insistencia. Se marcharon todos más alegres que afligidos por la guerra. Se quedó el rey, con grandes fiestas, y cabalgó por sus ciudades y buenas fortalezas, dejando descansar a los compañeros de la búsqueda, pues habían realizado grandes esfuerzos por tierras lejanas; tenía tan gran estima a todos los compañeros de la búsqueda, que si los hubiera engendrado a todos de su propia carne, no los podría querer más. Llegado el día de san Juan, el rey reunió la corte en Carduel, en Gales, que fue una corte muy hermosa y muy agradable; de allí se marchó a los tres días y cabalgó en pequeñas jornadas hasta que llegó a Carlión. Entonces le llegó un mensajero, que le dijo:

—Señor, vengo de Gaula y os traigo noticias del rey Claudás.

—Dímelas.

—Os digo que el rey Claudás ha reunido a toda la gente que ha podido y ha hecho guarnecer todos los castillos con gran fuerza, y ha pedido socorros a Roma: por pronto que lleguéis a su tierra, no dejaréis de encontrar más de veinte mil hombres.

—¿Cómo, sabe entonces que le voy a atacar?

—Señor, sí; el día de Pentecostés comieron dos de sus mensajeros en vuestra corte y durante ocho días escucharon todo lo que decidisteis. A partir de entonces empezó a preparar la guerra. Deberá tener cuidado quien le ataque, pues encontrará que se ha preparado para la defensa y tiene los castillos tan reforzados y bien guarnecidos de gente, que no hay nadie en el mundo, a mi parecer, a quien él temiera mucho.

Cuando el rey Arturo oye que Claudás estaba preparado, llama a Lanzarote y le cuenta las noticias que había oído.

—Tendréis que cuidaros frente a ellos; no llevéis demasiada gente, sino muchos menos de lo que deberíais; los que llevéis, que sean todos buenos caballeros y buenos servidores; cuando hayáis entrado en su tierra, si no podéis vencer a los que encontréis, os enviaré a mis hombres y os socorreré con tantas fuerzas que no creo que Claudás sea prudente si me espera.

—Ése es el mejor consejo —le responde mi señor Galván— que podíais dar: ir con poca gente; pero creo que hay que ir, pues aunque sólo tuviéramos al rey Bandemagus y a los demás nobles que prometieron ir a la guerra igual que nosotros, el rey Claudás nos duraría poco, y aunque resista, no lo hará tanto como para que al final no sea derrotado y desheredado, si podemos.

De esta forma el rey Arturo fue por el reino de Logres hasta que llegó la Magdalena; para esa fecha había hecho disponer armas y caballos por todos los lugares en los que tenía dominio y mandó buscar naves y galeras, y todo lo que era necesario. Mi señor Galván eligió doscientos caballeros valientes y atrevidos del reino de Orcania, que eran los de mayores méritos; los puso bajo las órdenes de sus hermanos Gueheriet, Guerrehet, Agravaín y Mordret. Estos cuatro iniciarían el combate por sí mismos en el lugar al que llegaron. Boores le hizo saber a Brandegorre todo acerca de la guerra que habían emprendido y le pidió mediante una carta que fuera en su ayuda o que le enviara a algunos de sus hombres. El rey se puso muy contento con el mensaje, pues quería mucho a Boores por las grandes virtudes que había oído contar de él y deseaba, si pudiera ser, que se casara con su hija; convoca a sus gentes por toda la tierra. Cuando se reunieron, eligió a doscientos de sus caballeros, los que le parecían más valientes y mejores; se marchó de su país y cabalgó hasta que llegó a Londres, cuatro días antes de la Magdalena. El rey Arturo le mostró una gran alegría, pues había oído a muchos que lo alababan por su prudencia y su valor. Pero por encima de los demás fue Boores el que le mostró mayor alegría y gozo, y Lanzarote, que le preguntaron por su hermosa hija y él les contestó que se había quedado en su país y que saludaba a Boores como a quien había faltado a la promesa, de forma vil.

—Señor, si le he causado algún daño, lo repararé según vuestro consejo, y según el de mi señor que aquí está.

El rey Brandegorre le contesta que ya hablarán de eso en otra ocasión.

Ese mismo día llegó a la corte el rey Bandemagus, llevando consigo a su sobrino Patridés, buen caballero, leal y de los más atrevidos del mundo, que iba acompañado por otros trescientos caballeros, la flor de la caballería de toda su tierra, tan bien armados y con tantos caballos y con todo lo necesario para la guerra, que no les faltaba nada de valor. Cuando ya estaba cerca de Londres, salieron a su encuentro los compañeros de la Mesa Redonda para honrarlo; lo llevaron con gran fiesta y lo alojaron lo mejor que pudieron.

La mañana siguiente llegó el rey Caradós Rompebrazos, que era sobrino del rey Arturo y llevaba quinientos caballeros escogidos de su tierra.

Aunque alguno querría haber llevado más caballeros, no lo pudieron hacer porque el rey les había prohibido que llevaran muchos, si no eran de gran valor, pues prefería que llevaran pocos y que fueran buenos caballeros.

Llegó después el rey Cabarantín de Cornualles, que trajo por mar mucha gente, ya

que tenía más de mil hombres entre caballeros y servidores.

De esta forma se reunieron en Londres gran parte de las fuerzas del rey Arturo por amor a Lanzarote y a los caballeros de la Mesa Redonda, que así se lo habían rogado. Cuando ya estuvieron juntos, encontraron los barcos y las galeras dispuestos para embarcar. El rey había ordenado que los abastecieran de vituallas, de modo que no faltaba nada. El día de la Magdalena, el rey hizo que avanzaran los nobles, los que eran señores y dueños de los demás caballeros; les rogó que fueran con prudencia cuando llegaran a la tierra de Claudás, «no debéis ir con orgullo, pues el orgullo no consigue nada que valga más. Si por casualidad me necesitáis, sabed que os seguiré con Lanzarote, al que retendré a mi lado, pues sin él me encontraría a disgusto, aunque preferiríais llevarlo con vosotros, pero vos tenéis tantos hombres y tan buenos caballeros que no creo que lo necesitéis. Si precisáis de nuestra ayuda, apenas lo sepamos iremos en vuestro socorro lo mejor que podamos».

Muchos habrían preferido tener a Lanzarote a su lado, pues estaban deseosos de su compañía; a pesar de todo, en vista de que el rey lo quiere, guardan silencio.

Después de reunirse, cuando ya sólo faltaba hacerse a la mar, se contaron diez mil entre caballeros y servidores. Aquella noche estuvieron pensativos los que se quedaban por amor al rey Arturo y porque ven que sus parientes se marchan. Y estuvieron contentos y alegres los que debían irse. Reforzaron las naves con armas y metieron en ellas los caballos y todas las cosas necesarias. Los marineros se prepararon y procuraron que no faltara nada de lo que podrían necesitar. Por la mañana, cuando amaneció, corrieron los caballeros a las naves, pobres y ricos, y entraron todos los que debían pasar a Gaula; llegado el momento de la separación, fueron muchos los que lloraron y se lamentaron; el rey lloró por mi señor Galván y por sus otros sobrinos; Lanzarote, por Héctor, su hermano, por Boores y por Lionel, y los besa, rogándoles que sean generosos con pobres y ricos, «y si la aventura —dice Lanzarote— os lleva al Monasterio Real, en donde yace el cuerpo de mi padre y en donde vive mi madre, dadle noticias de mí y decidle que iré a verla lo antes que pueda, en cuanto me separe de mi señor el rey».

Izaron las velas, y los marineros se pusieron al timón y a los remos. Se levantó el viento grande y favorable; se alejan de tierra encomendándose a Dios unos y otros. Cuando ya están tan distantes que no pueden reconocerse, el rey vuelve a Londres acompañado por Lanzarote; los dos llevan la mejor vida, y la más alegre que pueden, y no hay gozo y deleite que Lanzarote no tenga, pues si el rey va al bosque, lo lleva consigo y lo trata tan bien que no podría estar una hora sin él; si fuera cien veces hijo suyo, no sabe cómo podría amarlo más. Y si Lanzarote está contento con el rey, más contento está con su señora la reina, que no le prohíbe nada de lo que desea; y hace lo que quiere en el reino de Logres, como si fuera el rey. De esta forma están a gusto el rey, Lanzarote, la reina y todos los que están con ellos; van de castillo en castillo y se entretienen y deleitan todo lo que pueden.

La historia deja ahora de hablar de ellos y vuelve con mi señor Galván y los demás compañeros.

CLXXIII

Cuenta ahora la historia que los compañeros se armaron y se hicieron a la mar, y tuvieron buen viento favorable y llegaron a puerto bastante pronto. Cuando arribaron a tierra, y desembarcaron en el lejano país que nunca habían visto algunos, no preguntéis si se pusieron alegres y contentos; comieron a la orilla del mar, como reconociendo la tierra. Mientras tanto, sacaron de las naves las armas y las demás riquezas; todo el día permanecieron a la orilla con gran alegría. La mañana siguiente, entraron por la tierra de Flandes, que entonces se llamaba Flaingne, y colocaron en la vanguardia a los hombres del rey Bandemagus, completamente cubiertos de hierro, tan bien montados y tan ricamente que a ninguno de ellos le faltaba un fuerte caballo. En aquel tiempo era señor de Flandes el conde Arans, caballero bueno, prudente, firme, rico en haberes y en amigos, al que le habían dicho que los de Logres iban armados por su país: convocó a sus hombres y a sus amigos, a tantos como pudo reunir el primer día, pensando que habían ido a su tierra para destruirlo. Juntó hasta quinientos caballeros delante de un castillo suyo, lo mejor armados que pudieron. Cuando vio llegar al rey Bandemagus en la vanguardia, pensó que no iba nadie más y les dijo a los suyos: «A ellos, que serán derrotados».

Hizo cinco cuerpos de ejército con los quinientos hombres que tenía; envió el primero y luego el segundo. Cuando Patridés, el sobrino del rey Bandemagus, los vio venir y se dio cuenta de que no podrían marcharse sin pelear, dividió a sus hombres en dos, de modo que él quedó al frente de unos y el rey Bandemagus de los otros; hizo que contaran cuántos tenían y le dijeron que eran quinientos. Entonces les dijo a los hombres:

—Sois la flor y la mejor caballería de vuestra tierra y por la gran confianza que tenía en vosotros y porque quería que tuvierais honores, hice que os pusieran en la vanguardia. Procurad hacerlo tan bien como para que los de Logres, que os tienen por la flor de la caballería, no me consideren mentiroso, porque les he contado vuestras grandes virtudes.

—Señor —le contestan—, cabalgad tranquilo, pues no tememos tener que abandonar el campo por todos los que vemos allí.

El rey Bandemagus hace que el primer cuerpo de su ejército ataque a los dos del conde de Flandes; quebraron las lanzas y hubo muchos heridos en el primer choque, pues todos estaban deseosos de encontrarse con los otros. Los hombres del rey Bandemagus, que estaban más acostumbrados a llevar armas, tomaron las espadas y empezaron a matar caballeros y caballos, de modo que la tierra quedó cubierta de hombres muertos y de caballos, y lo hicieron tan bien en tan poco tiempo, que se dieron a la fuga los otros aunque eran más del doble. Patridés, que era tan valiente que

todos sus hombres tomaban ejemplo de él por lo bien que lo hacía, fue el motivo de la derrota, porque les causó más pesar con sus buenas proezas que los veinte compañeros mejores. Los que huían se quejaban más de él que de ningún otro, aunque no lo conocían.

De esta forma fueron derrotados los dos cuerpos del ejército del conde de Flandes gracias al valor de Patridés; huyeron hasta donde estaban los otros, colocados delante del castillo. Cuando el conde Arans vio que sus hombres huían, se dio cuenta que menos de la mitad de gente que ellos los habían puesto en fuga, y dijo:

—Por mi cabeza, han encontrado a los caballeros escogidos de Logres, los que van en busca de aventuras. Pensad en ayudarnos.

Junto con su hermano ataca en medio del combate; se encontró con Patridés y Patridés lo reconoció por las ricas armas que llevaba. Al acercarse, le grita en su lengua y él en la suya. Corren el uno contra el otro con los caballos fuertes y rápidos, y se golpean en los escudos, dándose los mayores golpes que pueden con las lanzas. Pero el conde no hirió a Patridés, pues la lanza voló hecha pedazos. Éste, que era fuerte y rápido, lo derriba muerto ante todos sus hombres. Al morir el señor, los demás fueron fáciles de derrotar, pues no sabían cómo recuperarse, ya que su señor había muerto. A pesar de todo, para salvar las vidas se defendieron todo lo que pudieron y fueron vencidos en cuanto el rey Bandemagus llegó, dándose a la fuga por llanos y bosques, donde piensan que pueden estar más a salvo.

De este modo fueron derrotados los de Flandes en aquella ocasión y su señor murió frente a la mesnada del rey Bandemagus. Cuando los nobles de Logres, que iban tras ellos, vieron la derrota y la matanza que habían realizado, preguntaron lo ocurrido y les dijeron que el rey Bandemagus con doscientos caballeros había vencido al señor de la tierra y a todos sus hombres, como podían ver. Al oír esta noticia, los compañeros de la Mesa Redonda dijeron que Dios les había dado un buen comienzo; luego, se preguntaron unos a otros qué harían. Mi señor Galván contestó:

—Ya que hemos obtenido la primera victoria en tierra extraña, yo aconsejo que nos quedemos hoy en este lugar en el que hemos vencido y le demos al vencedor una señal de su victoria, es decir, una corona de laurel.

Todos lo aceptan y pretenden coronar al rey Bandemagus con una corona de flores y de laurel, pero les contesta que en modo alguno recibiría semejante honor, pues no había dado ni un solo golpe. Le preguntan quién ha sido, pues, el que ha hecho que vencieran y los derrotados contestan que Patridés los había vencido. Toman a Patridés y le muestran tal alegría y tal gozo como se hacía en aquel tiempo a los vencedores. Boores, que había oído alabar a los compañeros, les ruega a los nobles que estaban presentes que le entreguen la tierra conquistada «y creo que estará bien empleada».

Invistieron a Patridés con la tierra de Flandes, y lo hicieron conde por su valor; le entregaron el premio con la aceptación de todos los que allí estaban: todos se pusieron

muy contentos porque Dios les había dado tan buen comienzo; se alojaron en aquel sitio, con gran alegría, y permanecieron allí durante toda la noche.

Por la mañana, tan pronto como apareció el día, enviaron a los furrieles por la región para que consiguieran vituallas para la hueste, aunque no las necesitaban porque llevaban bastantes alimentos. Según llegaban por la región, no encontraban castillo que no hicieran destruir, si es que los de dentro no querían rendírselo. No había lugar bien guarnecido de gente, ni castillo fácilmente defendible, pues todos los que se alojaban en ellos se habían dado a la fuga, poniéndose a salvo en el reino de Gaula, apenas habían oído que ya llegaban los de Logres. Así fue destruida la tierra con bastante facilidad, y con poco esfuerzo; se apresuraban lo más que podían, pues ya les tardaba llegar a la tierra de Claudás.

Cuando ya estaban cerca de Gaula, les llegaron unas noticias que les alegraron mucho, pues un caballero se presentó a mi señor Galván y le dijo:

—Señor, habéis sido muy afortunado, pues podéis pasar por medio de Gaula, ya que el señor ha ido a Roma hace más de dos meses; muchos dicen que ha muerto. Si estuviera tan sano y tan fuerte como antes, no podríais escapar sin combatir.

Se ríen unos y otros, diciendo que ahora están tranquilos frente a lo que más temían, pues los de Gaula eran muy temidos por toda la gente. Cuando los de la hueste oyeron esta noticia, se desarmaron todos, salvo los que formaban la vanguardia, porque todos pensaban que no encontrarían quien les atacara: atravesaron Gaula sin que les escasearan ni la comida ni otras cosas, y no encontraron a nadie que les reclamara nada, porque desde que estaban sin señor, no había nadie tan atrevido que osara emprender la guerra por su cuenta contra los de Logres. Por eso hubo paz y no se causaron ningún daño unos a otros.

Después de atravesar Gaula, cuando ya se acercaban a la tierra de Claudás los de Logres, mi señor Galván les dijo a los que cabalgaban delante que procuraran ir con prudencia. El rey Bandemagus dice que no se preocupen, pues no emprenderían nada que no pudieran llevar a cabo por sí solos; cabalgan hasta que llegan a un castillo llamado Pagón, que era del rey Claudás, quien lo había guarnecido de caballeros y servidores. Cuando los que habían llegado dispuestos a destruir el castillo lo vieron tan hermoso y fuerte como era, dijeron que no se marcharían hasta haberlo tomado. Le hicieron saber al señor del castillo, que se llamaba Sersés, que debía rendirlo a los de Logres, y éste contestó que no se rendiría mientras tuviera vida en el cuerpo, «pero que los de Logres hagan lo que puedan para tomar el castillo, ya que encontrarán mayor resistencia de la que creen».

Cuando los que habían sido enviados oyeron esto, regresaron al campamento y dijeron a los nobles que hicieran todo lo que pudieran para asaltar el castillo, pues no se les rendiría, a no ser que lo conquistaran a la fuerza. Se ponen de acuerdo para tomarlo al asalto. El rey Bandemagus hizo plantar tiendas y pabellones, de modo que el

castillo quedó completamente rodeado y nadie podía salir ni entrar en él. Cuando ya estaban alojados por todas partes, mandan colocar catapultas y manganeles para arrojar piedras a las almenas. Al ver los de dentro que fuera están dispuestos, corren a las armas, suben a las murallas y empiezan a defenderse de forma extraordinaria. Los ballesteros que había fuera, que eran muy abundantes, arrojaban cuadrillos y saetas con tanta frecuencia como si fuera lluvia que cayera del cielo; matan a los de dentro y los hacen caer desde lo alto de las murallas al suelo: en el primer ataque murieron una gran parte; el castillo era largo y ancho y tenía mucho sitio, de forma que la muralla era muy larga y no tenían bastante gente para proteger todas las almenas, pues los de fuera les habían matado a muchos. Tras el primer asalto que dieron los de fuera después de acampar, se encontraron con que por la parte de Gaula no había subido nadie a las murallas para defenderlas. Hicieron que colocaran por aquella parte escaleras y subieron rápidamente a las almenas, de modo que en poco rato había más de quinientos dentro, mientras que los otros, que estaban esperándolos para defenderse, no se dieron cuenta del ataque.

Luego, bajaron de la muralla los de fuera y corrieron a abrir una de las puertas, entrando muchos, mientras que los de dentro gritaban: «¡Traición, traición!».

Cuando el señor del castillo vio esto y se dieron cuenta los que estaban defendiendo la muralla, no os preguntéis si lo sintieron y se quedaron sorprendidos: se hubieran rendido con gusto para salvar las vidas si hubieran querido aceptarlo los otros, pero no quisieron, sino que los mataron casi a todos, arrojándolos desde las murallas a los fosos; causaron tal matanza de gente, que fueron pocos los que escaparon sin morir.

Mientras entraban por una de las puertas, Sersés se dirigió a un postigo, lo abrió y salió, montando un caballo fuerte y rápido. No tenía ninguna herida que le impidiera cabalgar bien: no se detuvo hasta que llegó la noche. Se encontró entonces a un criado que iba picando espuelas muy deprisa con una carta en la mano. Al verlo, Sersés le pregunta que a quién sirve y a dónde va tan rápidamente; el criado le contesta que pertenece al rey Claudás, que era el señor de aquel país, «y voy a Pagón a hablar con Sersés, a quien me envía mi señor y le hace saber por mí que ha oído decir que los de Logres están en esta tierra; por eso, no quiere que Sersés tenga graves sufrimientos ni que les rinda el castillo por temor a la muerte, ya que mañana estará en el castillo para socorrerle».

Cuando Sersés oye estas palabras, le contesta triste y pesaroso:

—Buen amigo, en vano vendrá, pues los de Logres lo han tomado ya y están dentro y han dado muerte a todos los que han encontrado, y no ha conseguido salvarse nadie sin morir, salvo yo solo, que he escapado por un postigo falso.

—¿Quién sois vos?

—Buen amigo, soy Sersés, a quien tu señor te envía, que he huido por un postigo,

saliendo de mi castillo, pues si me hubieran prendido nada habría podido impedir que me mataran. Por Dios, dime dónde podré encontrar mañana al rey Claudás.

—Lo encontraréis a tres leguas de aquí, acampado delante del castillo de Tors.

—Iré hacia allá.

—Yo también, pues sería una locura seguir hacia adelante, ya que nuestros enemigos están tan cerca como decís.

Se volvieron los dos y cabalgaron durante toda la noche hasta que llegaron al castillo de Tors, donde encontraron al ejército acampado a lo largo de más de una legua; había tantos pabellones de diversos colores que era una cosa bella a la vista. La tienda de Claudás estaba plantada en un prado y era extraordinariamente grande, hermosa, rica y de tan buena apariencia que bien se veía que era morada del rey. Cuando Sersés llegó allí, se dio cuenta de que el rey Claudás estaba alojado en ella; descabalga, se quita el escudo y el yelmo y se presenta a Claudás, saludándolo y diciéndole:

—Señor, os traigo noticias que me pesan mucho, pero ya que no se os puede ocultar durante mucho tiempo esto, os las voy a decir; los de Logres han dado muerte a toda mi mesnada y han tomado mi castillo; a mí mismo me hubieran matado si no hubiera logrado escapar por un postigo falso, por el que huí hasta que encontré a vuestro mensajero, que me dio vuestras noticias. He venido a vos pobre y desgraciado, cuando era poderoso y rico, a quejarme por el gran ultraje que me han hecho por vos. Tenéis que pensar qué vais a hacer, pues ciertamente han traído tal cantidad de hombres valientes y de buenos caballeros, que no creo que podáis ganar mucho si los esperáis en campo de batalla, pues son gentes muy temibles.

Al oír estas palabras, el rey Claudás se pone triste y no sabe qué hacer. Reúne a sus nobles y les dice:

—Señores, nuestros enemigos han empezado esta guerra con gran ímpetu y se han alojado más cerca de lo que creen; estaría bien que tomáramos una decisión para detenerlos en lo que han comenzado con tanto orgullo.

—Señor —le dice su senescal—, serán más fáciles de derrotar ahora que cuando hayan conquistado esta tierra; por eso, yo aconsejaría que montáramos tan pronto como anochezca y que vayamos mil hombres, que cabalgemos en silencio y les atacemos. Os aseguro que antes de que se hayan dado cuenta de que llegamos, si lo hacemos con discreción, podremos matar a la mitad y a otra gran parte con facilidad, pues los encontraremos desarmados, pues no se esperan tal ataque.

Cuando el senescal terminó de hablar, Claudás preguntó a sus nobles qué les parecía esto y le contestaron que estaba bien y que creían que podrían causarle gran daño a sus enemigos, si Dios les permite llegar a tiempo.

—Entonces —dice Claudás—, sólo queda prepararse, de forma que estemos todos montados para la noche, pues quiero que estemos dispuestos tan pronto como salga la

luna.

Todos estuvieron de acuerdo salvo Claudín, el hijo de Claudás, que mandaba el ejército; se pone en pie y le dice a su padre:

—Señor, hagamos lo que hagamos, ir, quedarnos, apresar o ser presos, no puedo estar de acuerdo en que vengáis con nosotros, pues vos sois nuestro jefe y nuestro sostén; si vamos quinientos caballeros o mil y fuéramos apesados todos, creo que nos dejarían libres por vos en poco tiempo, pero si vos solo fuerais hecho prisionero o muerto por alguna razón, y nosotros escapáramos, seríamos más fáciles de derrotar, ya que si os apresan lo harán con poca gente. Por eso os aconsejaría que os quedarais y que eligierais a los que queráis que vayan de vuestro ejército; estoy dispuesto a acompañarlos; nos pondremos en marcha cuando queráis, pues de otra manera no iré.

Todos están de acuerdo y dicen que Claudín ha hablado muy bien, y que prefieren que Claudás se quede a que vaya con ellos. Cuando el rey Claudás oye este consejo de su gente, elige a quinientos entre los mejores caballeros y les entrega servidores y arqueros, hasta que sumaron más de mil. Luego, les dice:

—Tendréis que esperar a que llegue la noche; entonces os iréis rápidamente a donde están los de Logres; los encontraréis acampados fuera de la muralla, como orgullosos que son y descuidados, pensando que no os atreveríais a atacarles. Al llegar, id contra ellos de tal modo que no quede tienda ni pabellón en pie que no tiréis por el suelo. Cuando estéis allí, no penséis en el botín, sino en matar y en apresar a todos los que podáis.

Le contestan que así lo harán.

Cuando llegó la noche oscura, después de cenar en la hueste, se armaron los que habían sido elegidos para ir a la emboscada, y esperaron hasta que Claudás les dio permiso y entonces se pusieron en marcha. Cuando los jóvenes de la hueste, que aún eran muchachos deseosos de llevar armas, vieron que se marchaban, pensaron que no se irían sin ellos. Montaron más de quinientos; como se pusieron en marcha uno tras otro, los primeros ya estaban a más de media legua del campamento. Al llegar los de delante a un valle cerca de los enemigos, se detuvieron y dijeron:

—Esperaremos aquí a nuestro mensajero.

En efecto, habían enviado por delante a un mensajero como espía, para saber qué hacían los enemigos y cómo estaban alojados. No tardó mucho en regresar el criado muy de prisa; le pidieron noticias de sus enemigos.

—Por mi fe, están acampados delante del castillo y tienen puestos vigías por esta parte, pero por el otro lado no hay nadie de guardia; si dividís nuestra gente, de forma que unos les ataquen por aquí y los otros por la otra parte, no encontraréis resistencia como para que no podáis adueñaros de ellos como si fueran vuestros prisioneros.

Se dividen entonces tal como el criado les había dicho; unos se detienen y los otros atraviesan el camino y cabalgan hasta que llegan al otro lado del campamento. De esta

forma fueron sorprendidos los de Logres, y fue una gran desgracia, pues aquella noche murieron muchos valientes. Cuando vieron llegado el momento, galoparon a través de los campos y empezaron a cortar cuerdas y a derribar pabellones, gritando a voces: «¡Traición, traición!».

Cuando sus compañeros, que estaban al otro lado del campamento, lo oyeron, dejaron correr los caballos soltándoles el freno. El rey Caradós Rompebrazos, que esa noche estaba de guardia con cuatrocientos caballeros atinados, al oír que llegaban por donde ellos estaban, no se dio cuenta de los otros que había por el otro lado y les dijo a sus gentes: «¡A ellos!».

Les atacan y golpea al primero que encuentra con tanta fuerza que le mete la lanza en el cuerpo y lo derriba al suelo; se dirige a otro, desenvaina la espada como hombre valiente y buen caballero. Los suyos también atacan a los demás y derriban a bastantes en su choque. Comienza un combate peligroso, pues las gentes de Claudás que se habían metido por la otra parte encontraron a los de Logres dormidos; empezaron a matarlos como si fueran animales mudos. Mi señor Galván, que era muy prudente y previsor, no estaba desarmado esa noche, ni sus hermanos, ni nadie de los que dormían en su tienda, Boores, Héctor, Lionel, Banín, Brandague, el Alegre Atrevido, Bliobierís y Brandeliz, los ocho compañeros que se querían tanto y eran jóvenes, todos ellos dormían en una sola tienda, y aquella noche no se habían desarmado. Pero cuando oyeron el griterío lleno de dolor de los que estaban muriendo alrededor de ellos, se dieron cuenta de que los atacaban a traición, se levantaron los que pudieron y tomaron las armas. Héctor se armó junto con Boores. Los que iban a caballo van a su encuentro con las espadas desenvainadas y empiezan a golpear y a combatir con la espada, de tal modo que nunca se vio mayor resistencia por parte de dos hombres. Mientras, los que habían atacado por aquella parte hacen prisioneros a Lionel, a Banín y a los demás compañeros que estaban en la tienda, pues no encontraron gran resistencia en ellos, que sólo se preocupaban de tomar las armas.

Después de apresarlos, los pusieron a buen recaudo y los enviaron a un castillo en el que estaba el rey Claudás; todos hubieran muerto o hubieran sido hechos prisioneros y pocos habrían escapado, pues los habían encontrado desarmados, de no ser por el rey Bandemagus que estaba en el castillo con toda su gente. Al oír los dolorosos gritos que daban los de fuera y el combate que se había producido, empezó a gritar: «¡A las armas, a las armas; hemos sido traicionados!».

Los de Logres salen rápidamente, corren a las armas, mientras que los criados les preparan los caballos y van a ensillarlos y todos se apresuran, de forma que se arman, montan y salen del castillo con los escudos al cuello y las lanzas bajadas. La luna brillaba con claridad, de modo que se podían reconocer bien. El viejo Bandemagus, que era buen caballero, ataca delante de sus hombres a los enemigos y golpea a uno de los contrarios metiéndole la lanza en el cuerpo y derribándolo del caballo al suelo.

Luego, toma la espada y grita: «¡Traidores, ladrones, no escaparéis!». Da grandes tajos por delante y por detrás, por donde puede ir, y lo hacen tan bien el rey Bandemagus y sus compañeros que finalmente llegan hasta Claudín, que estaba realizando verdaderas proezas por la gente que mataba, ya que era uno de los mejores caballeros del mundo, y derribaba caballeros y caballos, matando hombres en tal número como si fuera un monstruo y no temía encontrar a nadie, por más valiente que fuera; él solo, junto con un primo suyo, mantenían el combate y daban ánimos a sus hombres, defendiéndolos tan bien que los más cobardes se hacían atrevidos.

Cuando el rey Bandemagus ve las maravillas que Claudín está realizando, se dice a sí mismo que si vive mucho, les causará grave daño. Va hacia allá colocándose el escudo delante del pecho y levantando la espada para golpear. Al verlo venir, Claudín se adelanta y le da en medio del yelmo, haciéndole caer aturdido. Entonces dice a sus hombres:

—Ya podemos irnos, pues hemos hecho bastantes prisioneros y les hemos matado a muchos; si nos quedamos más tiempo, perderemos más que ganaremos, pues son muchos los que se han armado y pronto nos podrían causar daño.

—Vayámonos —dicen otros.

Se marchan picando espuelas y derribando todo lo que pueden; llevan más de quinientos prisioneros, todos ellos hombres ricos y poderosos, y dejan entre muertos y heridos más de cuatrocientos. Mi señor Galván, Boores y Héctor los persiguen y matan a muchos, pero se defienden con vigor y les devuelven los golpes; ninguno en el campamento pensaba haber perdido tanto como habían perdido.

Llegada la medianoche, cuando la luna empezaba a oscurecerse, se tuvieron que separar a la fuerza. Recomienza el combate fuerte y peligroso, pues mi señor Galván, que estaba enloquecido por la traición y pensaba que habían perdido mucho, no quiso dejar la persecución, sino que los va derribando y matando, junto con Héctor y Boores; les hubieran causado gran daño con la ayuda de los compañeros de la Mesa Redonda, si no fuera porque había oscurecido mucho y apenas podían reconocerse unos a otros. Por eso se retiraron los del campamento tristes y pesarosos por lo ocurrido. Mi señor Galván, que estaba muy enfadado, le dijo al rey Caradós:

—Señor, ¿cómo es que nos habéis guardado tan mal esta noche? Confiábamos en vos y vos habéis hecho mala guardia, de forma que seremos avergonzados el resto de nuestras vidas. Ciertamente, más os debemos criticar que a nadie, pues a pesar vuestro casi hemos muerto o nos han matado.

—Señor —contesta el rey Caradós—, no tenéis razón al criticarme antes de saber cómo ha ocurrido. No os causé ningún daño y os defendimos yo y mis hombres. Pero se dividieron en dos y una parte atacó por aquí y la otra por el otro lado. Ya que no encontraron ninguna resistencia por vuestra parte, os han maltratado: no debéis criticarme, pues no me habíais ordenado que vigilara por la otra parte.

Cuando ya se acercaban al campamento, oyeron grandes lamentos y gritos que daban los de Logres por sus parientes y amigos que habían muerto. Los compañeros se detuvieron, preguntándose unos a otros qué era aquello.

—Temo —dice mi señor Galván— que haya muerto algún noble rico, y no sería extraño, pues hemos sido sorprendidos de forma vil, y nos hemos custodiado mal, a pesar de que debíamos estar siempre con miedo y al acecho, pues estamos en tierras extrañas, entre nuestros mortales enemigos.

Cuando regresan junto a su gente, hacen encender cirios y abundantes antorchas; encontraron hasta doce compañeros de la Mesa Redonda gravemente heridos, y los buscan por todas partes; el rey Bandemagus estaba entre las patas de los caballos, en tal situación que no podía ni volverse ni levantarse del suelo; lo toman, lo desarman y lo llevan al castillo, junto con los demás compañeros heridos; tuvieron mucho trabajo hasta la llegada del día, separando a los vivos de los muertos. El día siguiente, apenas hubo claridad, vieron su gran desgracia y empieza el duelo, pues tenían más de setecientos caballeros de baja entre heridos, muertos y prisioneros; miran qué compañeros les faltan; ven que no está el rey Yon y un hermano suyo, hombre rico y poderoso; tampoco están, entre condes y duques, hasta veinte. Luego se encuentran con que falta Lionel y otros caballeros a los que se consideraba como de los mejores de todo el ejército. Al ver esto, sienten tal dolor que yo no os podría contar uno mayor. Boores se lamenta por su hermano Lionel, de tal modo que cualquiera que lo ve siente compasión; con cálidas lágrimas llora por Lionel diciendo; «Ay, hermano, qué desgracia es ésta que os ha ocurrido de forma tan repentina».

Los nobles lo consuelan como pueden, diciéndole que nada ganará con las lamentaciones. Pero ya que está su hermano prisionero, debe esforzarse en recuperarlo mediante sus proezas y hazañas. Boores contesta triste y pesaroso que nunca volverá a estar a gusto hasta que lo recupere:

—Pero temo que Claudás lo haga matar en cuanto lo reconozca, porque nos odia más que a nadie.

—No temáis eso —le contesta Héctor—, pues no se atreverá ni a tocarle un solo miembro.

Le dicen tales palabras y lo consuelan de tal forma que se tranquiliza un poco: deja de lamentarse, pero está mucho más triste de lo que creen.

Toman a los heridos, los llevan al castillo, los desarman y los acuestan, mirándoles las heridas y cuidándolos en lo que pueden. Ese día permanecen en el castillo tristes; entierran a los compañeros que habían muerto por la noche. Después de hacer esto, dicen que permanecerán allí durante todo el día, y así lo hicieron. Por la mañana se marcharon y atacaron al rey Claudás, diciendo que dejarían parte de la gente guardando el castillo y a sus compañeros enfermos, y en ello estuvieron todos de acuerdo. Unos se quedaron y otros se marcharon.

La historia se calla aquí y vuelve a Claudín.

CLXXIV

Cuenta ahora la historia que cuando Claudín se separó de mi señor Galván y de sus compañeros, que durante largo tiempo le habían perseguido, se fue con su séquito al castillo de Tors, llevándose gran número de prisioneros, por lo que iban alegres y contentos, pues sabían que sería considerado una gran proeza. Cerca del castillo, enviaron un mensajero por delante que avisara de su llegada. El rey ya se había dormido; va a él y lo despierta con el mayor cuidado que puede, contándole cómo le ha ido a su gente y la pérdida que han causado en el ejército contrario, con las grandes ganancias que han tenido y los numerosos hombres importantes que llevan prisioneros. Cuando Claudás oye esta noticia, se pone muy contento y se viste; hace abrir la puerta del castillo a la vez que pide que le traigan sus armas; así lo hacen, se las viste y ordena que sus hombres se armen, diciendo que quiere que los nobles prisioneros sean llevados a la prisión de Gaunes.

Cuando Claudín llega al castillo, se dispone a entrar en él; Claudás manda que todos los prisioneros, que eran doscientos y aún más, sean prendidos, los entrega a buenos guardianes y hace que los lleven a la torre de Gaunes, de manera que estaban allí por la mañana a la hora de prima. Allí, descabalgan y les hacen prometer que guardarán prisión; luego, los llevan arriba, sin cadenas ni grilletes, pues era entonces costumbre que ningún caballero que prometiera guardar prisión fuera encadenado o puesto en grilletes. El rey Claudás tenía a muchos nobles prisioneros, por lo que debería estar mucho más contento de lo que estaba si lo supiera. Reunió a sus nobles para tomar consejo y les preguntó qué podía hacer, si esperaría allí a los de Logres, en campo abierto, o si iría a la ciudad de Gaunes. Le dijeron todos a una voz que los esperara y que se enfrentara con ellos; él dijo que así lo haría, ya que era eso lo que deseaban. Permaneció durante todo el día en el castillo de Tors alegre y contento. Alrededor de la hora de vísperas se le presentó un espía, que le dijo:

—Señor, ¿qué pensáis hacer? Mañana a la hora de prima podréis combatir, pues los de Logres estarán aquí, enloquecidos porque los atacasteis por sorpresa; son todos tan buenos caballeros y tan valientes que será extraordinario que les podáis resistir una sola hora del día en el campo de combate.

Responde que los esperará aunque sean los mejores caballeros y más de los que son y que se enfrentará con ellos; que a quien Dios le dé la victoria, la tenga, pues por falta de valor o de atrevimiento no dejará de presentar combate el día siguiente por la mañana.

De esta forma los caballeros establecen el combate para el día siguiente y dividen el orden de los cuerpos del ejército; le preguntan al rey Claudás y éste dice que harán veinte grupos: en cada uno de ellos habrá quinientos caballeros y en el último habrá

dos mil, «pues pienso que somos unos doce mil hombres, entre caballeros y servidores».

A continuación elige veinte entre los mejores caballeros y les dice que cada uno de ellos tiene que guiar uno de los cuerpos. Luego establece quién será el que mande el primero, quién el segundo y así a cada cual le entrega uno para que sepa qué cuerpo del ejército debe guiar.

Aquella noche se ocuparon unos y otros de sus armas y de los caballos y miraron que no les faltara nada, pues piensan que lo necesitarán para poder combatir bien. Después de cenar, le dijo Claudín al rey:

—Señor, mañana nos enfrentaremos con gente famosa, de gran valor y de mucha astucia: temo que nos sorprendan en el combate, pues vos no sois tan ágil ni tan rápido como erais antaño; si os sorprenden y os apresan, seremos vencidos más rápidamente que si nos matan la mitad de los combatientes. Sea lo que sea de nosotros, si vos estáis a salvo, los de esta tierra se recobrarán. Por eso os aconsejo, con leal consejo, como el hombre del mundo al que más amo, que no toméis parte en el combate, sino que os mantengáis fuera, por si tenéis que marcharos, que podáis ir a Gaunes, vuestra ciudad.

Claudás le contesta que así lo hará. De esta forma esperaron en el castillo de Tors hasta el día siguiente.

El día siguiente, tan pronto como amaneció, se levantó el rey Claudás, se armó y puso en orden los cuerpos del ejército, tal como habían decidido la tarde anterior; cada uno de ellos tenía quinientos caballeros. Nabín mandaba el primero: era un caballero pobre de Gaula, buen caballero, de gran valor, era hijo de un vasallo; el segundo lo llevaba Marians, noble y de importante familia, primo del rey de Francia que había muerto, era valiente y buen caballero y famoso por sus hazañas; el tercero lo llevaba Nadién, caballero del reino de Benois, traidor y desleal, hermano del senescal del rey Ban al que mató Banín, era uno de los caballeros más famosos de todo el ejército por su valor; el cuarto lo guiaba Toadás, caballero que no era de gran belleza, pero al que se tenía por valiente y atrevido, y así era sin lugar a dudas; conducía el quinto cuerpo Esclamor, caballero corpulento, que en toda la hueste no había otro tan grande, bueno y atrevido; tenía veinte años y era tan ágil y ligero que resistía grandes esfuerzos; pertenecía a la familia del rey Ban, y Claudás, confiando en sus virtudes, lo había criado desde niño, armándolo caballero, y lo quería tanto como si lo hubiera engendrado de su propia carne, pues había encontrado un gran afecto en él. ¿Para qué os voy a hacer más larga la historia? Claudás puso, frente a cada uno de los cuerpos del ejército, un jefe según pensaba que debía ser. En el último puso a su hijo Claudín y a diez mil caballeros, pues Claudín era el hombre del mundo al que más quería, con razón, pues en toda Gaula no había tan buen caballero nacido en aquella tierra; con él iban tres primos, hermanos de Brumante, el que murió en el Asiento Peligroso: uno era Canart, el otro Cadant y el tercero Alibiaux; los tres eran buenos caballeros, famosos por sus hazañas. Después de poner en orden los cuerpos del ejército, Claudás retuvo a

su lado hasta doscientos caballeros para que lo protegieran y acompañaran, una vez que hubiera empezado el combate. Va de un cuerpo a otro incitándolos y exhortándolos a obrar bien, más a los caballeros de su tierra que a los otros, y recomendándoles que procuren proteger la vida.

Pero la historia deja ahora de hablar de él y vuelve a mi señor Galván y a los compañeros de su hueste.

Cuenta ahora la historia que aquel mismo día, tan pronto como salió el sol, se dispusieron los de Logres y tomaron las armas; apenas se habían armado, hicieron contar cuántos eran y vieron que sumaban diez mil o más. Se dividieron en cuerpos de ejército y deciden quién saldrá primero. El rey Bandemagus, que estaba más descansado, dijo que él formaría la vanguardia, y entonces le entregan la gente del rey Yon, que había sido apresado con los suyos; debían ser alrededor de mil hombres. Después de pasar revista al cuerpo, ve que hay tantos hombres valientes y buenos caballeros, que dice no deberían ser fácilmente derrotados a juzgar por el mérito de la gente que hay. El segundo cuerpo es mandado por el rey Brandegorre, hombre valiente y buen caballero, que tenía entre unos y otros mil hombres; mi señor Galván y Héctor, que habían sido nombrados jefes del ejército, les ruegan que procuren hacerlo lo mejor posible, mientras sollozan y les dicen:

—Buenos señores, estáis en tal situación que si hoy no conseguís hacerlo tan bien como para que el rey Claudás se vaya del campo de combate, sabed que perderéis vuestros cuerpos y la tierra que habéis venido a reclamar, y nunca os temerán los de este país por nada que hagáis.

El tercer cuerpo lo conducía el rey Cabarantín de Cornualles, hombre valiente y buen caballero, prudente en la guerra; llevaba en su compañía mil hombres entre caballeros y servidores, de los que el menos importante es tenido por muy valiente. El cuarto cuerpo lo manda el rey Caradós Rompebrazos y el quinto Limangín de Camalot, duque rico y poderoso y buen caballero. El sexto lo guía Melián, señor de Carduel, buen caballero y valiente. El séptimo, mi señor Yvaín. El octavo, Gueheriet: en este cuerpo había muchos hombres valientes, pues todos los hermanos de mi señor Galván estaban en él, y los caballeros del reino de Logres, junto con otros caballeros, habían acudido a este cuerpo, y eran en total, entre caballeros y servidores, mil. El noveno lo llevaba Boores de Gaunes, y en él había tantos hombres valientes y buenos caballeros que se atreverían a emprender con decisión cualquier combate frente al ejército de Claudás y a atacarlos sin miedo, pues los compañeros de la Mesa Redonda estaban todos en este cuerpo y los caballeros elegidos del reino de Logres: no podían esperar ser derrotados fácilmente, pues en este cuerpo sólo había hombres valientes y tan atrevidos que no se podía encontrar entre ellos un cobarde ni un malvado; iban tan bien montados y con tanta riqueza que no perderían nada por culpa de los caballos.

De esta forma ordenaron los cuerpos de su ejército los de Logres, con tanta prudencia que no se podría haber hecho nada mejor; se indican unos a otros cómo se seguirán, si llega el caso, y dejan en el castillo buenos vigías, junto a los compañeros que estaban enfermos. Después de prepararse, se ponen en marcha cubiertos de hierro

para ir al castillo de Tors, en el que el rey Claudás les esperaba con mucha gente, según les habían dicho. Los cuerpos iban unos tras otros, según habían quedado ordenados. Después de cabalgar hasta la hora de prima, llegaron delante del castillo de Tors, en donde el rey Claudás les estaba esperando fuera de la muralla. Cuando los ejércitos se vieron, no dudaron en enfrentarse, porque eran muy numerosos. Se acercaron y nadie dijo una palabra, sino que dejaron correr a los caballos con los escudos delante del pecho y las lanzas bajadas. Por delante de todos iba Nabín, que mandaba sobre el primer cuerpo del ejército de Claudás: iba bien armado, y con riqueza, para combatir. Patridés, el sobrino del rey Bandemagus, al verlo venir galopa hacia él armado como iba: se dan grandes golpes en los escudos, atravesándolos y agujereándolos, y rompen las cotas de malla y hacen que cedan; se clavan en la carne las puntas de las lanzas y si éstas no se hubieran roto, ambos hubieran muerto. Chocan los cuerpos y los caballos, y caen al suelo aturcidos.

Entonces, van unos contra otros para socorrer a sus señores y se dan grandes golpes con las lanzas y las espadas. Empiezan el combate grande y extraordinario sobre los dos caballeros, se matan y derriban con grandes golpes que se dan, pero no pudieron resistir durante mucho tiempo los de Claudás, pues eran demasiado valientes los del cuerpo del ejército de Patridés y los otros no eran tan buenos caballeros y ven que los van derribando y matando sin recibir grandes pérdidas a cambio, pues los de Logres sólo se ocupan en matar, poniéndolos en tal peligro que tienen que abandonar el campo de batalla y huyen junto al segundo cuerpo de los suyos, mandado por Marians con quinientos caballeros, de los que el peor era muy valiente y atrevido.

Cuando vieron que sus compañeros huían, no se preocuparon poco; pican espuelas a los caballos para ir en su socorro y golpean a los enemigos con todas sus fuerzas. Éstos los recibieron con valentía, como corresponde a hombres esforzados, y hubo en ese encuentro muchos caballeros heridos, derribados y muchos hombres muertos. Cuando los del rey Bandemagus vencieron a Nabín, lo hicieron prisionero, herido y maltrecho, lo desarmaron y lo pusieron bajo buena custodia. Patridés, que no estaba gravemente herido, se levantó con la ayuda que tuvo y montó a caballo, pero antes le tuvieron que vendar la herida para que no le sangrara demasiado. Emprende el camino y empieza a realizar tales proezas que nadie que lo viera no lo tendría por valiente y le ayuda mucho el tener al rey Bandemagus a su lado, que le saca de todo peligro. Realizaron tales hazañas y tan grandes proezas que los hombres de Claudás no pudieron resistirles.

Cuando Marians, que guiaba el segundo cuerpo, vio a su gente desmayar, pensando que eran tan valientes en los momentos de necesidad, se llama desdichado y desventurado porque tiene que mandar sobre tal gente. Mira delante y ve al rey Bandemagus que le mata a su gente por todas partes. Después de contemplarlo un buen rato, se dice: «¡Por mi cabeza, si éste vive mucho, nos derrotará!». Desenvaina la espada y pica su caballo hacia el rey Bandemagus, golpeándole en medio del yelmo con

tan gran tajo que le hace volar al suelo completamente aturdido, aunque no ha llegado a causarle ninguna herida, pues el yelmo, que era muy bueno, le había protegido. Marians sigue de largo sin mirarlo más, golpea a otro caballero del reino de Logres con tanta fuerza que le corta el brazo izquierdo, de modo que el escudo cae al suelo. Luego, hiere a diestro y siniestro y se mete en medio del combate; el murmullo era grande y extraordinario, pues los de Logres, que habían visto caer al rey Bandemagus, pensaron que había muerto: se reunieron todos a su alrededor gritando y lamentándose, mientras intentaban levantarlo del suelo, pero los otros no se lo permitían y de esta forma empezó un choque grande y peligroso sobre él mismo, por el que murieron muchos hombres valientes.

Cuando Patridés se enteró, pregunta quién lo había hecho y le señalan a Marians; se dirige hacia él, que al verlo venir lo reconoce, pues lo había visto dar hermosos golpes durante todo el día; van el uno contra el otro con las espadas desenvainadas y se dan grandes tajos en el yelmo; por valientes que sean, no dejan de quedar aturdidos: pronto se podría ver quién era mejor de los dos, pero sus gentes se metieron entre ellos porque no querían que se mataran. El rey Bandemagus, que se había puesto en pie y había recuperado la lanza, salta sobre un caballo que le habían preparado sus hombres; luego, corre a Marians, pues se tendrá en poco si no se venga del golpe que le había dado.

Aún seguían combatiendo Patridés y él, pues habían recomenzado su enfrentamiento; el rey, que llevaba la espada en alto, golpea a Marians con toda su fuerza, de modo que el yelmo no puede impedir que sienta la espada hasta la cabeza. Quedó tan aturdido por el golpe que pensó que había muerto; se tambalea en el caballo y cae. El rey hace que sus caballeros lo apresen con rapidez y ordena que lo guarden bien. Cuando los otros ven esto, se tienen por vencidos y se dan a la fuga tan velozmente como pueden, dejando en el campo de combate numerosos compañeros heridos y muertos, y parte de los que han apresado los de Gorre a la fuerza.

De esta forma vence el rey Bandemagus con sus hombres dos cuerpos de ejército de Claudás y se lanzan contra el tercero de frente, derribando a muchos en el choque, pues estaban encendidos, airados y deseosos de realizar proezas; atraviesan el tercer cuerpo y pasan de largo, llegando al cuarto: éstos los acosan de tal forma que sin duda los hubieran matado o derrotado de no ser por el rey Brandegorre que los socorrió con mucha gente. Al entrar en combate, el rey Bandemagus estaba prisionero junto con Patridés y otros muchos caballeros; nadie de los de Gorre podría escapar si el rey no les hubiera socorrido. Los nobles de Claudás, que querían llevarse al rey Bandemagus, encontraron una resistencia tan grande sin esperarla que se vieron morir y despedazar, quedando espantados, y no pudieron escapar más que unos pocos sin que los apresaran o mataran. Se defendieron tan bien que hubo muchos hombres muertos entre los del rey Bandemagus y los del rey Brandegorre. Pero finalmente vencieron y obtuvieron lo

mejor del combate, haciendo que los hombres de Claudás fueran derrotados por los de Gorre.

Cuando Claudín vio esto, dijo que la derrota estaba sobre ellos; se dirigió a su padre y añadió:

—Señor, id a Gaunes y enviadnos socorro, pues veo que vuestros hombres ceden y que tres de nuestros cuerpos han sido ya derrotados, mientras que los otros cabalgan con fuerza y poder, sin sentirse de nada de lo que han hecho; por eso veo que no podremos resistir fácilmente sin ser vencidos, como no recibamos socorro de alguien.

Claudás se sorprende mucho, pues no sabía que sus hombres hubieran sido derrotados. Sus nobles le dicen:

—Señor, no os entretengáis, id de prisa y enviadnos socorro, si no queréis que seamos muertos o apresados.

—Por Dios —les contesta llorando—, nunca abandoné un lugar por miedo a la muerte y tampoco lo haré ahora, mientras esté sano y salvo, como estoy; en vano habéis dicho eso, pues no os dejaré hoy en tal peligro, sino que os daré compañía. Para salvaros de la muerte enviaré a Gaunes en busca de socorro, de forma que llegue antes de que sea necesario; y no os preocupéis por mí, pues aunque soy viejo, creo que valgo tanto en caso de necesidad como el mejor caballero de aquí.

Al oír esto y que ésa es su voluntad, se animan, pues no se atreven a prohibírselo. Claudás toma dos caballeros y los envía a Gaunes, para que vayan tan de prisa como puedan, «y cuando lleguéis allí, decidles a los que encontréis que me vengán a socorrer con los mayores refuerzos que puedan reunir de su gente».

Se marchan los dos caballeros tan pronto como han oído sus órdenes y se dirigen a la ciudad de Gaunes. Los que debieron permanecer en el combate se disponen a defenderse lo mejor que pueden, pues saben que van a morir o que quedarán afrentados si los apresan aquellos en cuyas manos están. Van enfrentándose unos y otros y hasta después de mediodía no entran en combate todos los cuerpos del ejército.

Cuando llegó el último, se enfrentó con el séptimo, que era mandado por mi señor Yvain. Al verlo, mi señor Galván le dice a Héctor:

—¿Qué os parece esto?

—Me parece que todos los hombres de Claudás ya están en el campo de batalla, mientras que los nuestros todavía no, pues quedan dos mil y más que son los mejores caballeros del mundo y que si fueran a combatir, me parece que Claudás no podría resistir durante mucho tiempo a los que tiene enfrente.

—Os digo que no hemos visto aún a la mitad de los hombres de Claudás, pues por más que hayan venido al campo de combate, no han llegado más de diez mil y creo que debe tener más de catorce mil entre caballeros y servidores. Por eso aconsejo que los nuestros vayan con prudencia y que no se desordenen, pues si no son capaces de reorganizarse pronto, pueden perder mucho, según creo.

Entonces se dirige a Boores y a Gueheriet, que estaban al frente de los dos últimos cuerpos del ejército, y les dice que no se muevan por nada que ocurra hasta que venga a buscarlos; y éstos le contestan que así lo harán. A continuación, mi señor Galván y Héctor entran en combate, desenvainan las espadas y dan grandes golpes por todas partes, derribando a todos los que encuentran; matan caballeros y caballos y realizan tales proezas con las armas que nadie que los vea deja de temer encontrarse con ellos: los reconocen como muy valientes y buenos caballeros los que nunca los habían visto.

De esta forma van por el combate los dos compañeros, golpeando y matando, causando daño a la gente de Claudás como a los que no amaban por nada; los más valientes les abren paso, temiendo los grandes golpes que les ven dar y tienen suerte, pues no hay enfrentamiento al que vayan con el que no terminen rápidamente mediante las espadas cortantes; avanzan de tal forma que llegan al cuerpo del ejército mandado por Claudín, en el que estaba el mismo rey. Se acercan y Claudín ve las maravillas que realizan, y dice a su primo Canart:

—Mirad aquellos dos caballeros, qué bien conocen y llevan a cabo su oficio, que remueven a los nuestros con los golpes que dan. Por Dios, nunca vi dos hombres que hicieran proezas tan dignas de alabanza.

—Por Dios —contesta Canart—, cuanto más valientes son, más hundan en la derrota a los nuestros, y por eso debemos odiarlos. El rey Claudás nos deberá tener por cobardes, a mí y a vos, si no los desmontamos. Seguidme, pues si puedo, derribaré a uno al suelo.

—Vayamos, que no os fallaré.

Llevaban buenas lanzas con grandes puntas cortantes; se dirigen hacia los dos compañeros y Canart sorprende a mi señor Galván de través, golpeándolo en el costado izquierdo con tanta fuerza que si la cota de mallas no hubiera sido tan fuerte, lo hubiera herido; lo empuja con fuerza y lo derriba del caballo al suelo. Claudín, que viene con tanta fuerza como puede su caballo, golpea a Héctor en el pecho y lo derriba al suelo junto con el animal. Empieza entonces un choque y un gran murmullo, pues los hombres de Claudás se detienen junto a mi señor Galván y a Héctor para prenderlos a la fuerza, pero los de Logres no quieren permitirlo y arriesgan los cuerpos para socorrerlos, atacando y terminando el combate a la fuerza; golpean con las espadas a los enemigos. Claudín desenvaina la espada y le dice a Canart que le ayude, «pues si podemos apresar a estos dos, nos pagarán por la guerra»; luego, grita a sus hombres: «¡Cuidad que estos dos no se os escapen!».

Se han reunido todos junto a mi señor Galván y a Héctor; allí vierais dar golpes, separar, recibir. Pero los dos compañeros, que no eran cobardes ni perezosos y que se ven en peligro de muerte, se levantan, se ponen el escudo sobre la cabeza y se mantienen uno junto al otro. Mientras están así, le dice mi señor Galván a Héctor:

—Ahora veremos cómo lo hacemos; éstos creen que ya nos han apresado.

—No os preocupéis, pues, por Dios, no nos cogerán hoy mientras estemos sanos y salvos, como estamos ahora.

—Ahora os oigo hablar.

Empiezan a dar grandes golpes a su alrededor; Héctor arroja el escudo y sujeta la espada con las dos manos y mata caballeros y caballos, dejando vacío el campo de forma tan extraordinaria que no hay nadie tan atrevido que ose ponerle la mano encima para apresarlos. Mi señor Galván, que lo mira, se dice a sí mismo:

—Ay, Dios, qué buen caballero. ¿Quién pensaría que un hombre tan joven tiene tanto valor?

Se defienden de tal modo Héctor y mi señor Galván, uno por el otro, que mi señor Yvaín que estaba en el combate se entera de lo que ocurre, pues un caballero le dice:

—Señor, por Dios, socorramos a mi señor Galván y a Héctor que están cogidos entre los hombres de Claudás: van a pie y podrán ser apresados si no los socorren pronto, pues hay más hombres de Claudás que de los nuestros.

Al oír estas palabras, mi señor Yvaín se preocupa, llama a sus hombres y les dice:

—Ahora veré quién estima al rey Arturo, pues si quiere a alguien, se arriesgará en cuerpo y alma por aquellos dos.

Le dicen entonces que vaya tranquilo, pues no le fallarán hasta que mueran.

De esta forma se reúnen todos los que formaban parte del cuerpo de ejército de mi señor Yvaín. Los hombres de Claudás estaban en el lugar en el que mi señor Galván y Héctor habían sido derribados. Hubieran hecho prisioneros a estos dos gracias a las proezas de Claudín y de Canart, pero mi señor Yvaín llegó picando espuelas, armado en un buen caballo, y al ver a Canart, no deja de conocerlo, pues se lo habían mostrado, y dice que por él había caído mi señor Galván. Galopa hacia él con la espada desenvainada y le golpea en medio del yelmo, dándole tal tajo que lo derriba al suelo tendido. Cuando Claudín ve este golpe, se queda apesadumbrado, temiendo que los de Logres lo apresen; se dirige hacia mi señor Yvaín y le golpea, dejándolo aturdido. Regresa a él, lo golpea y vuelve a golpear, de manera que no puede mantenerse en la silla y vuela al suelo. Claudín toma el caballo y va a Canart, haciendo que monte delante de todos sus enemigos. Mientras, Héctor, que había visto caer a Canart, sujetó su caballo, puso el pie en el estribo y montó, a pesar de los otros. Tomó el escudo y con la espada desnuda en la mano fue hacia el viejo rey Claudás, que estaba realizando tales proezas como quien había sido de gran valor en su juventud; lo vio mejor armado y con más riqueza que ninguno de los otros y por eso supo que era algún alto príncipe, aunque no cree que sea Claudás. Va a él con la espada en la mano.

El rey al verlo venir no rehúsa el combate, pues tenía gran valor, y lo golpea en el escudo con tanta fuerza que le rompe una esquina y el tajo cae sin causar mayor daño. Héctor le golpea en el yelmo y hace que le salten chispas de los ojos, dejándolo en mal estado, pues la espada era de gran calidad. Cuando Esclamor, que era del linaje del rey

Ban y que guiaba el quinto cuerpo del ejército, vio el golpe, temió que Claudás hubiera sido herido; se dirige a Héctor y lo golpea con la espada, haciendo que se incline sobre el arzón delantero. Vuelve y se dispone a golpearle de nuevo, pero Héctor pica espuelas al caballo, pues estaba aún aturdido del golpe que le había dado y no quería que regresara tan pronto sobre él. Cuando se recupera un poco, lo ataca. Empieza entonces la pelea entre ellos dos, tan extraordinaria que si no se hubieran interpuesto otros, se podía haber visto en poco tiempo quién era el mejor; pero los del otro lado los separaron, cuando ya estaban tan aturdidos que bien necesitaban descansar. Héctor estaba mucho menos dañado que el otro y se dirige a Claudás, al que le da tantos golpes entre medio de sus hombres que le hace sacar de los estribos los dos pies y le obliga a caer al suelo. Toma el caballo y va a la fuerza junto a mi señor Galván, que se está defendiendo de forma extraordinaria, y le dice:

—Señor, montad y procurad no caeris mientras podáis, pues este combate no es un torneo, sino batalla y pelea a muerte. Os aseguro que por el otro lado hay mejor gente de lo que yo pensaba y sólo están dispuestos a matarme y a mataros: os lo digo para que vayáis con cuidado.

Le contesta que no tiene que rogarle tal cosa, pues se cuidará como es necesario.

Después de montar mi señor Galván, vuelven a combatir los dos junto al rey Claudás, con tal violencia que Canart no se atreve a mirar. Los de Gaula, que habían montado al rey Claudás, resisten lo mejor que pueden, pero es en vano, pues ya estaban derrotados de no ser por Claudín, Canart y Esclamor. Estos tres mantienen el combate contra los caballeros de Logres y realizan tales hazañas por todas partes que no hay nadie que los vea que no los tenga por muy valientes; resistieron tanto por su propio atrevimiento, que los tres llevan las mangas llenas de sangre hasta el puño; están teñidos de rojo tanto por su sangre como por la ajena. Mi señor Galván se lo enseña a Héctor y le dice:

—¿Sabéis quiénes nos mantienen este combate durante tanto tiempo?

—No.

—Son aquellos tres caballeros que hay allí delante, que mantienen a toda la gente del rey Claudás; si se les pudiera prender o matar, los hombres de Claudás no seguirían en el campo de combate, sino que se darían a la fuga de inmediato, pues si no fuera por las proezas de los tres, hace un buen rato que habrían vuelto la espalda.

—¿Cómo? ¿No se debe a otra cosa?

—No.

—Por Dios, pues entonces huirán en breve, si vos y yo valemos algo. Id contra uno y yo iré contra otro, y me consideraré malo si no derribo al mío al suelo.

—Vayamos pues.

Héctor toma una fuerte lanza y mi señor Galván otra, y galopan contra los dos compañeros; Héctor golpea a Claudín y lo derriba junto con su caballo; mi señor

Galván alcanza a Canart con tan mal golpe que por poco no le rompe el cuello; se desmaya por el dolor que siente. Cuando Esclamor ve este golpe, no se siente a gusto, pues sabía que los hombres de Claudás confiaban más en estos dos que en ellos mismos. Se dirige a Héctor y lo sujeta por el yelmo, tirando de él con tanta fuerza que lo derriba del caballo. Claudín, que se vio en el suelo, salta, sin sentirse tranquilo, y corre al caballo de Héctor, montando en él. Al verlo mi señor Galván, dice que nunca hubo caballero tan rápido y ligero, a su parecer, en un combate tan peligroso como éste; sujeta a un caballero por el yelmo y lo arroja al suelo, quitándole el caballo; se lo da a Héctor:

—Señor, montad.

Héctor monta. Recomienza el combate allí mismo, grande y peligroso. Apresan a Canart a la fuerza, pero antes habían pasado tales esfuerzos que ya tenían más necesidad de descanso que de combate; han realizado tales proezas por ambas partes que todo el campo está cubierto de hombres muertos. Claudín le dice al rey, su padre:

—Señor, por Dios, marchaos de aquí, pues vuestros hombres ya han sido derrotados. No estaréis ni a media legua de aquí cuando vuelvan la espalda; veréis, si os quedáis con ellos, que no harán nada para resistir, pues bastante tendrán con ocuparse de sí mismos, y desearán estar a cien leguas de distancia; os veo herido y dañado; y si os apresan los de Logres, nada podrá impedir que seáis muerto.

—Buen hijo, ¿qué queréis que haga? ¿Cómo os voy a dejar, cuando os tengo que proteger en cualquier lugar como a hijo mío y a vasallo? ¿Os voy a dejar en peligro de muerte entre vuestros enemigos? ¿Cómo lo podrá aguantar mi corazón?

—Señor, así tiene que ser. Marchaos de prisa y enviadnos socorro lo antes que podáis, porque si no moriremos o seremos afrentados.

El rey no está de acuerdo con lo que le dice Claudín; pero éste hace que se lo rueguen todos los altos nobles, de modo que se marcha dañado y herido en varios sitios; monta un caballo fuerte y rápido, uno de los mejores del mundo; va acompañado sólo por dos de sus caballeros.

Al marcharse del combate y ver que deja a su hijo entre tantos enemigos y en un lugar tal que no lo volverá a ver nunca, empieza a lamentarse y a acusar a la Muerte, «que tanto me dejas vivir».

—Señor —le dicen sus hombres—, dejad estar las lamentaciones, pues sólo os pueden perjudicar; no os preocupéis, pues si Dios quiere, aún podréis alegraros más que ahora por este asunto; ocupaos de cabalgar y enviadles grandes socorros de Gaunes lo antes que se pueda. Ciertamente, si reciben ayuda, no perderéis ni la mitad de lo que pensáis; si estuviéramos con toda nuestra gente, creo que los de Logres no conseguirían mover un pie sin ser apresados o muertos, pues no tienen ni la mitad de gente que nosotros.

El rey Claudás va lamentándose; galopa tan de prisa como puede su caballo, que

apenas podría encontrarse uno mejor. Sus dos nobles, que van bien montados, lo siguen como pueden; cabalgan de este modo hasta que llegan a la ciudad de Gaunes. Miran delante y ven el campo lleno de caballeros que habían salido de la ciudad. Al verlos, Claudás dice:

—Ay, Dios, pienso que todavía será socorrido mi hijo Claudín y los que están con él, pues ya están éstos más preparados de lo que yo pensaba.

Llega a ellos y les cuenta la necesidad de socorro que tienen sus hombres. Querían montar de inmediato e ir a donde les dice.

—En mala hora iréis así —les advierte Claudás—, pues si galopáis hasta allí, todos vuestros caballos estarán cansados antes de que lleguéis al campo de combate. Os voy a decir lo que haréis. Poned en orden a vuestra gente y formad veinte escuadras; id unos tras otros, con prudencia y astucia, no con orgullo y soberbia; cuando lleguéis, vuestros caballos estarán fuertes, ágiles y nada cansados.

Al oír este consejo, están de acuerdo todos, pues les parece que es eso lo que deben hacer; dividen la gente y los ordenan, viendo quién debe ir delante, quién en medio y quiénes formarán la retaguardia.

Después de ordenar a los hombres del modo que vieron que tenían que hacerlo, se dirigieron hacia el lugar de la batalla, cabalgando tranquilamente para que sus caballos no llegaran cansados en el momento de la necesidad. Habían cabalgado hasta la hora de nona, cuando ven por la parte de la montaña, delante de ellos, que empieza a manar gente huyendo tan deprisa como pueden, derrotados, pues de los diez mil que Claudás había sacado del castillo de Tors, habían sido apresados o muertos más de la mitad y los otros que huían, iban dañados, heridos y golpeados con tal violencia que sólo veían la muerte; y hubiera habido más presos y muertos de no ser por Claudín y Esclamor que los habían protegido de forma extraordinaria. Ellos dos habían resistido tanto durante todo el día y habían realizado tales proezas a la vista de todos los del reino de Logres, que mi señor Galván y Héctor los alababan, diciendo que nunca habían visto tanta resistencia en dos caballeros como la que habían encontrado en ellos dos. Los consideran los mejores del día, y aún hubieran combatido mejor, pero Héctor derribó a Claudín tres veces a lo largo de la jornada con golpes muy malos, y ello perjudicó bastante a Claudín; algunos pensaron que podía haber caído prisionero por eso. Pero Esclamor que lo quería mucho, se arriesgó por él y sufrió hasta que consiguió con esfuerzo que montara la última vez, dándole un caballo. Cuando ya estaba de nuevo entre los arzones, Claudín le dijo a Esclamor:

—Buen amigo, si no fuera por la gran pérdida de mi padre, no me importaría morir en esta batalla, pues no creo que nunca volvamos a hacer nada comparable a lo que hemos hecho vos y yo hoy.

A la hora de nona, los de Logres habían hecho que se dieran a la fuga y los de Gaula habían huido hasta que se encontraron con el gran socorro en el que tenían

puesta la esperanza y el consuelo: no hubo malo ni cobarde que no tomara valor al verlos. Se reunieron todos con la alegría que tenían. Un criado se dirigió a Claudín y le dijo:

—Señor, alegraos y poneos contento, pues ése es el socorro de Gaunes, y el gran poder de vuestro padre que viene a ayudarme a mí y a vos.

Al oír estas noticias, apenas las creyó; mira a ver si es verdad y ve valles y llanuras cubiertas de caballeros de Gaunes, en los que tanto confía y piensa que no le fallarán, si es necesario, hasta la muerte. Entonces, les dice a sus compañeros:

—¡Buenos señores, mirad!

Miran, ven el socorro y exclaman:

—¡Ay, señor, estamos salvados!

—Buenos señores —les dice Claudín—, ahora veremos cómo lo hacéis. Mirad el socorro que nos viene, ya no tenemos que preocuparnos de nada. Que cada uno procure vengar el mal que ha recibido.

Con estas palabras, toman valor y atrevimiento y van contra sus enemigos, atacándolos mortalmente y obligándoles a abandonar el terreno, después de derribar a muchos en el choque. Mi señor Galván, que no se ha dado cuenta del socorro, le dice a Héctor:

—Señor, sorprendeos; los que huían, han vuelto. ¿Qué pensáis de eso?

—Señor —le contesta Héctor—, ¿no os decía que la mitad de la gente de Claudás no había llegado todavía al campo de combate? Tened por seguro que el socorro está próximo y que han recibido noticias; por eso han recobrado el valor, pues bien sé que los habíamos vencido: os aseguro que han visto caballeros descansados y que por eso vuelven al combate, y bien los necesitarán; si encuentran socorro en ellos, no podremos vencerlos por todo el oro del mundo.

—No os preocupéis, Héctor, pues por Dios que tenemos tantos hombres en la retaguardia que será imposible que no los venzamos.

Miran entonces valle abajo y ven el socorro que llegaba por todas partes, y los dos cuerpos de ejército que iban por delante; van a atacarles de frente. Los reciben como valientes que son, sin perdonarles nada, pues si los de Gaunes les atacan, ellos saben defenderse con fuerza y los derriban al suelo; lo hacen tan bien, porque habían descansado un poco, que todos quedan sorprendidos. Claudín toma la palabra y dice a Esclamor:

—Por mi fe, es admirable esta gente, que no se han asustado por los que llegan, sino que están tan tranquilos como si ya hubieran vencido en todo.

Mi señor Galván y Héctor no paran ni se detienen, sino que van recorriéndolo todo, unas veces junto a unos, otras al lado de otros, golpeando y atacando a los enemigos, de modo que los temen a ellos más que a los otros compañeros. Los hombres de Claudás dicen que ellos dos son los que los derrotaron y que, de no haber

sido por su valor, no habrían vuelto la espalda de forma tan vil como habían hecho.

Cuando los cuatro cuerpos de ejército que venían delante se juntaron con las gentes de mi señor Galván, empezó la angustia y opresión de los caballeros, pues tuvieron que detener a los que iban persiguiendo, por la gran abundancia de gente que se les venía encima; y quedaron bastante igualados. Pero tan pronto como llegaron el quinto y el sexto cuerpo, empezó el mayor dolor. Comenzó la matanza por ambas partes, de modo que la montaña estaba cubierta de caballeros muertos. Los de Logres perdieron terreno y tuvieron que retirarse a la fuerza, pues eran muchos los de Claudín. Al ver esto, Héctor le dice a mi señor Galván:

—¿Qué ocurre, señor? ¿Vamos a huir? Por Dios, preferiría morir, pues de lo contrario nos considerarán afrentados y cobardes el resto de nuestra vida.

—Dejadlos que vayan y rompan sus lanzas, y que cansen sus caballos; mientras tanto, le diré a mi hermano Gueheriet que nos socorra con su parte del ejército, y que Boores espere hasta que llegue el momento en que lo necesitemos.

—Hacedlo así, pues.

Mi señor Galván le contesta que así lo hará.

A continuación, llama a un escudero y le dice:

—Ve a aquel bosque y dile a mi hermano Gueheriet que venga a socorrernos con todos sus hombres, pues la ayuda del rey Claudás nos resulta demasiado pesada; ve y dile a Boores que no se mueva hasta que yo vaya a buscarlo, porque en él está nuestro consuelo y nuestra esperanza, después de Dios, y nos debe auxiliar cuando tengamos una gran necesidad.

El criado se marcha, va a Gueheriet y le da el mensaje que le había sido encargado. Cuando éste oye que su hermano pide socorro, le dice a su gente:

—¡A ellos! Ahora veremos cómo lo hacemos. Hemos descansado tanto hoy, que seremos criticados por todos si no conseguimos hacerles retroceder.

El criado se marcha, se presenta a Boores y le dice lo que mi señor Galván le había ordenado. Al oírlo, Boores contesta que hará lo que le pide, pero que preferiría combatir en vez de descansar.

Cuando el cuerpo de ejército de Gueheriet se enfrentó con los hombres de Claudás, se produjo gran estrépito de lanzas rotas y de choques de espadas; allí veríamos caballeros caer, sin poder levantarse, y caballos que huían sin dueño por los campos. Gueheriet, que había descansado más de lo que deseaba, al entrar en el combate empezó a realizar proezas como hombre muy valiente, de tal modo que cualquiera que lo viera lo tendría por valeroso. Apenas se unió a Héctor y a mi señor Galván, empezaron a combatir cada vez mejor, unos por otros, y se esforzaron tanto entre los tres, gracias a la ayuda de los compañeros de Gueheriet, que detuvieron el empuje del rey Claudás y lograron que cesara la persecución que había empezado por la fuerza de su gente.

Cuando Claudín vio a aquellos tres caballeros que combatían tan bien, llamó a veinte caballeros suyos, en los que más confiaba, y les dijo:

—Estamos siendo maltratados por esos tres caballeros, pues habíamos hecho que se fugaran y se han recuperado con fuerza. Vayamos contra ellos tres, derribémoslos y veremos cómo se espantan todos, sin resistir nuestro ataque en absoluto.

Todos están de acuerdo. Atacan con Claudín al frente, que llevaba la lanza baja y que golpea a Héctor con tanta fuerza que le mete la punta y el asta en el muslo, clavando la lanza en el costado izquierdo del caballo, tan honda que no puede resistir el golpe, pues estaba herido de muerte: cae el caballo y Héctor, atravesado por la lanza, se desmaya por el dolor que siente. Los demás atacan a mi señor Galván con tal fuerza que lo derriban al suelo junto con su caballo; pero no lo hieren. Del mismo modo derriban a Gueheriet.

Entonces, empieza el combate alrededor de ellos, pues querían apresarlos o darles muerte; se defienden como el jabalí entre los perros, tan encolerizado que no teme morir; del mismo modo se ayudan los dos hermanos, protegiéndose en lo que pueden; no estuvieron mucho tiempo en el suelo, pues había en aquel lugar tantos hombres suyos y tantos amigos, que fueron muchos los que se arriesgaron por ellos: pronto volvieron a ponerse en pie y a montar en los caballos; pero cuando vieron que Héctor no podía levantarse, lo sintieron tanto como si fuera hermano suyo: lo sujetan y lo levantan, y se esfuerzan hasta que logran sacarlo armado del combate y le arrancan del muslo la lanza. Mi señor Galván llora con pena y lamenta el valor de Héctor; ordena que lo lleven adonde están los prisioneros y que lo cuiden como si fuera el rey Arturo.

Regresa mi señor Galván al combate, y se mete en él. Estaban ya en tal situación que los hombres de Claudás iban a ser derrotados y muertos por el poderío de Boores y de los caballeros de la Mesa Redonda, a pesar de Claudín; desde que se enfrentaron, los hombres de Claudás no consiguieron dominar el terreno y tuvieron que abandonar el campo de forma vil, y hubiera habido prisioneros si la retaguardia no los hubiera socorrido con rapidez. Cuando ya se habían enfrentado todos los hombres de Claudás, y todos los de Logres también habían acudido al combate, no hubo ninguno de los capitanes principales que no tuviera miedo, pues había tanta gente por ambos bandos, que no se podía saber a quién le daría Dios la victoria en aquella jornada.

Boores entró en combate en ese momento, quebrando la lanza; desenvainó la espada y empezó a realizar tales proezas, que cualquiera que lo viera lo tendría por buen caballero; esto no es de admirar, pues odiaba a Claudás y a su gente más que a nadie. Cuando mi señor Galván vio las hazañas que llevaba a cabo, le dijo a mi señor Yvain:

—Bien se le debería dar tierra a éste, pues no conozco a nadie capaz de defenderla tan bien como él, a mi parecer.

—Señor —contesta Gueheriet—, si quisiera, por Dios, atravesaría este ejército y no creo que los hombres de Claudás pudieran resistirle mucho, pues nadie le ha durado

desde que llegó.

De este modo combatieron hasta la noche; tuvo suerte Claudín de que anocheciera, pues sus hombres ya estaban derrotados; se marcharon a la ciudad de Gaunes y entraron en ella los que lograron llegar a tiempo. Los de Logres, que los habían perseguido durante mucho rato, y que los odiaban mortalmente, hicieron muchos prisioneros a la entrada de la ciudad. Sintieron que la noche cayera, pues de haber tenido la oportunidad, no se les habría escapado ningún hombre de Claudás sin ser hecho prisionero, al menos eso creen. Después de apresar a tantos como quisieron, pues los de dentro habían cerrado las puertas, se alejaron de la ciudad lo más posible, y dijeron que no se pondrían en marcha hasta tomarla, vencer a sus habitantes y desheredar a Claudás.

Aquella noche se esforzaron en descansar y en cuidar a los enfermos y a los heridos; pusieron como guardianes del campamento a Gueheriet y a su compañía, que lo hicieron tan bien que nadie se lo pudo censurar: toda la noche estuvieron armados y permanecieron cerca de la ciudad hasta que vieron clarear el día. Entonces, tomaron las armas los del campamento, pensando que saldrían los de dentro a combatir contra ellos, pero éstos no lo hicieron, sino que se reunieron en consejo, para ver qué hacían frente a los de Logres, pues les parecía que no podrían resistir durante mucho tiempo, ya que habían recibido la peor parte desde el principio.

Se reunieron en el gran palacio a la hora de prima; todos los nobles se sentaron allí, y el rey Claudás tomó la palabra, diciendo:

—Buenos señores, ¿qué aconsejáis que se haga en esta guerra que los de Logres han empezado de forma tan admirable contra nosotros? Mirad qué se puede hacer, pues yo no veo qué sería lo mejor; por eso quiero que cada cual diga lo que le parezca más conveniente; con mucho gusto aceptaré lo que todos decidáis.

Hablaron muchos en distintos sentidos, pues unos decían una cosa y otros, otra. Después de que cada cual dijera lo que pensaba, considerando que era lo mejor, el común acuerdo es esperar ayuda de Roma: bien lo podían hacer, pues la ciudad era tan fuerte que no tenían que preocuparse de los de fuera, y estaba tan bien abastecida, que no debían temer que les faltara comida en veinte años; y no les faltaría aunque fueran más de los que eran. Por eso deciden permanecer tranquilos, y esperar el socorro de Roma, que no tardará en llegarles. No les preocupa el no llevar la mejor parte, pues confían en los refuerzos que les llegarán, mientras que saben que no ganarán nada si salen y se enfrentan con los sitiadores, pues ya los han probado y no dudan que serían derrotados siempre que se enfrentaran con ellos, porque tienen mucha gente y mejores caballeros.

Le hicieron saber la decisión a Claudás y éste comprobó que todos estaban de acuerdo; accedió, pues no quería ir contra el común acuerdo; sin embargo, por su parte, habría preferido combatir y salir a enfrentarse, pues era hombre de gran valor; si

todos los demás fueran tan valientes como él, habrían muerto o habrían causado la muerte a todos, pero ya que desean permanecer dentro, él se quedará; le pesa mucho más que le agrada.

Después de guarnecer la muralla y las torrecillas de la fortaleza con caballeros, servidores y ballesteros, tal como vieron que convenía hacer, y después de contar la gente, miraron cuántas bajas habían tenido y comprobaron que habían perdido entre caballeros y servidores cuatro mil y más; había allí tantos muertos y tullidos que era admirable de ver. Cuando Claudás supo que Canart había sido hecho prisionero, que era el hombre más temible del mundo por su valor y decisión, dijo que no había tenido nunca noticias que le pesaran tanto en el corazón, desde que murió su hijo Dorién, como la de esa prisión, «por Dios, preferiría haber perdido el mejor castillo que tengo antes que perderlo a él».

Le pregunta a Claudín si estuvo presente cuando lo apresaron.

—Señor, vi cómo lo prendían, pero tenía tanto que hacer para mí mismo que no pude ayudarle; y yo habría sido hecho prisionero siete veces si Esclamor no me hubiera ayudado frecuentemente, sacándome del peligro de morir. De no ser por él, yo no hubiera escapado vivo, pues éstos son tan diestros con las armas y saben tanto, que no hay hombre mortal que pueda imaginarlo, y se mantienen en todo momento juntos, ayudándose tan bien que no creo que nadie pueda resistir frente a ellos. Ya que os pesa tanto, y así tiene que ser, por Canart, haced saber quiénes son los prisioneros que vos tenéis, entre los que creo que hay altos nobles. Si son tales que se puedan cambiar por los otros, cambiad caballero por caballero; si no son tan importantes que quieran devolvernos los nuestros a cambio de ellos, hagamos paces, o paguemos rescate o hagamos cualquier otra cosa para recuperar a Canart y a nuestros demás compañeros; así os aconsejo que lo hagáis.

—Por mi fe —dicen los otros—, tenéis razón y eso es lo que mejor nos parece.

Claudás hace saber entonces quiénes eran los prisioneros que habían hecho la tarde anterior: dijeron sus nombres todos, sin que ninguno de ellos quisiera ocultarlo.

Cuando Claudás supo que sus prisioneros eran tan importantes y poderosos, hizo que fueran a su presencia y los contempló; luego le pregunta a cada uno cómo se llama y no se lo ocultan, sino que todos dicen sus nombres. Al ver a Lionel, Claudás le dice:

—Lionel, vos sois el hombre que mayor daño me ha causado en el mundo, pues si mi hijo Dorién, al que matasteis vos, hubiera vivido ahora, sería el hombre más valiente del mundo, pues ya desde el principio mostraba su valentía; vos lo matasteis, por lo que yo quedé afrentado y empobrecido; si viviera, no me encontraría ahora en la situación en que estoy. Por eso os odio más que a nadie en el mundo.

—Señor, si lo maté, no debe extrañar, pues vos nunca quisisteis a mi padre el rey Boores, ni sus hijos os querrán a vos ni a los vuestros, y tienen razón, pues no hay nadie en el mundo que viéndose privar de sus posesiones ame al que se las quita; eso mismo

nos ocurrió con vos a mi padre y a mí, a los que vos desheredasteis.

—Ya habéis dicho bastante. No se puede ocultar la felonía donde está y tiene que salir fuera.

Hace saber a los de Logres que quiere hablar con los dos más importantes de la hueste, fijando treguas; le contestan que con mucho gusto hablarán. Sale desarmado junto con Claudín, su hijo. Mi señor Galván y Boores van a su encuentro vestidos con vestido de seda, cota y manto. Los demás retroceden por ambas partes, de forma que quedan a solas ellos cuatro. Entonces, Claudás empieza a quejarse por sus hombres, a los que tienen prisioneros, y por su tierra, que le han devastado y quemado, y por sus castillos, que ha perdido. Boores se queja porque hizo morir a su padre y expulsó a su madre pobre y desheredada, y porque sin motivo ha tenido su tierra desde que era niño pequeño de cuna.

—Mirad ahora —le dice mi señor Galván— quién tiene menos razón frente al otro, pues me parece —dice dirigiéndose a Claudás— que le habéis causado mayor daño que él a vos, ya que desheredasteis a su padre sin motivo y expulsasteis a su madre con felonía y habéis tenido su tierra contra derecho, y él lo ha soportado todo lo más que pudo. Y al ver que no se le devolvían sus posesiones, vino con gente a combatir a los que se las discutían. Y al ver que se las negaban, no debe extrañar que matara a vuestro hijo; no hay nadie que le pueda censurar con razón, pues os encontró a vos y a vuestros hombres en su propia tierra y en sus heredades. Y ya que le discutieron sus derechos sin motivo, nadie podría rendirse a vos, sino que todo el mundo tendría que enfrentarse con vos y deshonraros.

—Señor —contesta Claudás—, no vine aquí a hablar de esa cosa con vos.

—Señor, ¿a qué vinisteis entonces? Decídnoslo.

—Con mucho gusto. Entre nuestras gentes y las vuestras hubo ayer un combate grande y más peligroso que el que ha habido en ninguna tierra desde la pasión de Jesucristo, y duró hasta que llegó la noche, por lo que no se pudo ver el final del mismo, ya que podría haber durado mucho tiempo; hubo abundantes muertos por una parte y otra, pues tales asuntos no pueden resolverse sin gran mortandad. Me parece que tenéis caballeros nuestros por los que querría que se establecieran las paces de tal forma que nos devolvierais nuestros caballeros a cambio de los vuestros.

Le contestan que lo harán con mucho gusto.

Lo prometen por ambas partes; lo jura mi señor por parte de los de Logres y Claudás por los de Gaunes.

—Tenéis que enviarme —dice Claudás— todos mis caballeros hoy mismo.

Le contestan que así lo harán.

—Os exigimos lo mismo —dice mi señor Galván.

Le contestan que los tendrán. A continuación, se separan. Mi señor Galván regresa a las tiendas y Claudás a la ciudad. Mi señor Galván hace que se presenten todos los

prisioneros y le da a cada uno el vestido que necesita; luego ordena que pongan las mesas y hace que se sienten y que los sirvan con toda riqueza. Claudás, al regresar a su palacio, dice a los prisioneros:

–Buenos señores, podéis iros cuando queráis, pues estáis libres.

Al oír esto, no se pusieron poco contentos; colocaron las mesas y comieron. Después, Claudás le dio a cada uno de los prisioneros un caballo; cuando ya estaban montados, Lionel le dijo al rey:

–Señor, hay aquí una doncella que es nuestra. Enviadla con nosotros y haréis como hombre cortés.

–No lo haré, pues no debo hacerlo.

Así tienen que aceptarlo, pues ven que no hará nada más: van contentos con la liberación que Dios les ha dado tan pronto, ya que pensaban que no saldrían en mucho tiempo. Cuando ya están fuera y los del campamento los ven venir, van a su encuentro mostrándoles la alegría que pueden. Empieza entonces un gozo grande y maravilloso; se esfuerzan en servir a los prisioneros y les hacen tales fiestas que se quedan sorprendidos, pues no sabían que ya habían sido rescatados.

Después de comer, mi señor Galván hizo que les dieran a cada uno un buen caballo, iban vestidos con riqueza y ropas nuevas; serían muy agradables de ver, si no estuvieran tan heridos. Después de montar, mi señor Galván les dice:

–Señores, todos estáis libres: marchaos cuando os parezca bien; si quisierais quedaros aquí, tened por seguro que se os haría gran fiesta.

Le contestan que se irán, pues estarán mejor con su gente que en ningún otro sitio; les agradecen mucho los bienes y honores que les han hecho. Se marchan y cabalgan en orden uno junto a otro hasta que llegan a la ciudad de Gaunes.

Al llegar los prisioneros, Claudás los vio tan bien vestidos y tan bien montados, que les preguntó que quién les había dado todo aquello y éstos le contestaron «los de Logres»; alaban su cortesía y generosidad tanto que los de Gaunes se sorprenden. Si no confiaran más en el gran socorro de Roma que en su propio poder, harían las paces con ellos de la forma que fuera; pero como esperan ser socorridos, no hablan del asunto. De esta forma se establece el asedio, sin que los de dentro puedan salir ni mediante ataque ni de ninguna manera. Son atacados con frecuencia y a menudo, pero poco les importa porque la ciudad es tan fuerte que no temen ningún asalto y tienen muchos hombres. Cuando los del campamento saben que Héctor está tan herido, ponen en su lugar a Boores, que se convierte en señor de la hueste junto con mi señor Galván.

Diez días después de que la ciudad fuera asediada llegó al campamento la reina de Benoic con numerosas monjas. Al ver a sus dos sobrinos, lloró de alegría y de compasión. Cuando la reconocieron, le mostraron un gran gozo por amor a mi señor Lanzarote del Lago y porque era tía suya; la mantuvieron a su lado durante ocho días.

Ella les preguntó por Lanzarote y le contestaron la verdad. Cuando mi señor Galván y los demás compañeros de Logres supieron quién era, no es necesario preguntar si se pusieron contentos y alegres, pues le mostraron el mayor honor que pudieron. Al marcharse, les rogó por Dios que pudiera verlo por lo menos una vez antes de morir y ellos le contestaron que así sería, según pensaban. Después de acompañarla un buen trozo hasta el Monasterio Real, regresaron al campamento.

Ese mismo día fue a los pabellones la Dama del Lago con gran séquito de gente y preguntó por Boores y Lionel; la llevaron ante ellos, que al verla, fueron corriendo a su encuentro, mostrándole tal alegría como a la persona que más querían y como a aquella que les había hecho grandes bienes y honores en su infancia. Les pregunta por Lanzarote y le contestan que está sano y salvo.

—¿Y no ha venido con vosotros?

—No, se quedó con el rey Arturo en Gran Bretaña.

—¿No pensáis que vaya a venir?

—No sabemos.

Le dicen por qué se ha quedado. Al oírlo, contesta que no desea seguir más tiempo allí, ya que no está Lanzarote; a pesar de todo, se lo ruegan tanto que se queda con un caballero, con el que estaba casada, y con su séquito. Al conocer al caballero, Boores le inviste de inmediato con el castillo de Tors, que había conquistado, y con todo lo que dependía de él, de tal forma que fue rico para el resto de su vida. La Dama se marchó y los dejó en el asedio, del que no tenían intención de irse: lo mantuvieron hasta san Miguel y mientras tanto conquistaron todos los castillos que había cerca de allí. Tres días antes de san Miguel llegó la noticia de que los de Roma llegaban con mucha gente.

Al oír esta noticia, los de Gaunes tuvieron gran alegría, pues los necesitaban; hicieron saber a los de Roma en qué situación estaban y cómo los de Logres los tenían asediados, diciéndoles que el día de san Miguel a la hora de prima atacaran armados a los del campamento y que se enfrentaran con ellos con toda tranquilidad, pues debían saber, si querían hacerlo, que tan pronto como los vieran venir, ellos se armarían de tal forma que los de Logres serían atacados por dos partes: por los de Roma y por los de la ciudad. Al enterarse de esta información, los de Roma estuvieron de acuerdo inmediatamente; entraron en un bosque a cuatro leguas de Gaunes, la víspera de san Miguel; permanecieron allí durante todo el día, comprobando sus armaduras, para que no les faltara nada. Los de la ciudad sabían que estaban en el bosque y se dispusieron lo mejor que pudieron, de manera que sólo les faltaba montar. Mientras tanto, los del campamento no se esperaban la emboscada, y se ocupaban sólo de entretenerse y solazarse, como jóvenes, caballeros y de gran valor. Podrían haber sido afrentados si hubieran sido sorprendidos, pero la Dama del Lago se enteró por casualidad, pues pasó a caballo por el bosque en el que se habían escondido. Tan pronto como los vio, se dio cuenta de que eran romanos y pensó que eran los socorros.

Regresa entonces al campamento y va al pabellón de Boores; cuenta la noticia de los romanos a los que había visto en el bosque, «y estoy segura de que os atacarán hoy mismo o mañana por la mañana; si os encuentran desprotegidos, daos todos por muertos».

Al oír esta noticia, dicen que han tenido suerte porque los ha visto en tal momento: llaman a mi señor Galván y le cuentan el asunto de los romanos, que pueden atacar esa misma noche o por la mañana.

—¿Cómo lo sabéis?

Le contestan que la Dama del Lago los ha visto.

—Por Dios, bien nos ha socorrido Dios porque lo sabemos antes de que nos hayan sorprendido, pues podrían habernos afrentado y causado gran daño durante mucho tiempo y con facilidad si no nos hubieran avisado de su llegada.

Llamaron a todos los altos nobles de la hueste, reyes y condes; vino el rey Bandemagus, el rey Yon, el rey Cabarantín de Cornualles y el rey Caradoc Rompebrazos; vino Héctor de Mares, que ya estaba curado de la herida que le causó Claudín. Cuando estuvieron todos reunidos en el pabellón de mi señor Galván, que era hermoso y rico, pues había sido hecho para el rey Arturo, Boores les contó la noticia de que los romanos habían llegado a tres leguas de ellos y que los asaltarían esa misma noche o por la mañana.

—Como no sé a qué hora vendrán, estaría bien que hiciéramos que se armara la mitad de nuestros hombres, de forma que cuando vengan los romanos no nos encuentren desprotegidos como piensan, pues no saben que conocemos su llegada de la forma que lo sabemos. Ya que sois compañeros en este asunto, os pido por la fe que unos debemos a otros que la mitad de nosotros estén armados y los otros descansen hasta que llegue el momento necesario.

Todos alaban mucho este consejo y preguntan quiénes formarán la vanguardia. Los cuatro reyes se adelantan y contestan que protegerán el campamento con cuatro mil hombres armados de tal forma que si los romanos van a sorprenderles, los encontrarán con las armas.

Con esto terminó el consejo y fueron a comer por el campamento; se ocupan de los caballos y de las armaduras, para que no les falte nada en el momento necesario; esperaron hasta que llegó la noche. Tan pronto como la noche se mezcló con el día, los cuatro reyes se hicieron armar y mandaron que se vistieran de hierro cuatro mil hombres; no montaron en sus caballos, para que no los encontraran demasiado cansados llegado el momento, sino que los sujetaron por los frenos, cada cual el suyo a su lado, y permanecieron en pie esperando hasta medianoche. Al ver que no venían, fueron a dormir la mitad de ellos y los otros velaron hasta que llegó el día, y de esta forma durmieron un poco los que tenían que guardar el campamento: después estuvieron mucho más a gusto por el descanso que habían tenido aquella noche.

Por la mañana, tan pronto como amaneció el día, mi señor Galván, que se había levantado temprano, fue a ellos y les dijo que Dios les diera buenos días y ellos le devolvieron el saludo:

—Todavía no han venido los romanos; sé que vendrán en breve: decidid quién de nosotros cuatro irá delante.

El rey Bandemagus dice que irá en la vanguardia; el rey Brandegorre, que será el segundo; el rey Yon, el tercero, y el rey Caradoc el cuarto; cada uno de ellos tendrá mil hombres en su compañía. Mi señor Galván está de acuerdo con esta división y lo mismo hacen los demás. Ya habían tomado las armas y el sol había salido. Después de poner en orden los cuerpos del ejército lo mejor que pudieron, reservaron diez cuerpos, de los que mi señor Yvain debía guiar el noveno y Héctor y los otros nobles los demás; por encima habían puesto a mi señor Galván y a Boores como jefes y ordenaron los cuerpos del ejército, tal como pensaban que valdrían más.

Después de poner los cuerpos en orden delante de los pabellones, cuando ya estaban todos dispuestos y sólo faltaba ponerse en marcha, oyeron un griterío grande y extraordinario, pues los romanos, que pensaban sorprenderlos y encontrarlos desprotegidos, salieron del bosque mandando por delante cuatro cuerpos del ejército con las enseñas levantadas. Cuando el rey Bandemagus, que estaba delante de sus hombres, los vio venir, dijo: «¡A ellos! Procurad que de estos dos cuerpos no quede ningún caballero en la silla».

Les dice que vayan tranquilos. En el choque habríais visto lanzas que se rompían y caballeros que caían con tanta fuerza y tan numerosos que todo el campo de batalla estaba cubierto. Cuando los romanos vieron que eran recibidos de tal forma que se encontraron con la mejor caballería que podían encontrarse, no se sintieron a gusto; eran muy valerosos y confiaban mucho en la fuerza de la gente que habían llevado; estuvieron más tranquilos y eran más orgullosos al principio.

Después de romper las lanzas, tomaron las espadas y corrieron contra la gente del rey Bandemagus. Éstos los recibieron de tal forma que los romanos quedaron sorprendidos, aunque tenían muchos más hombres que el rey Bandemagus. Éste, que era uno de los caballeros más extraordinarios del mundo por su edad, desenvaina la espada y empieza a dar grandes golpes por delante y detrás, y hace que el campo quede vacío de los más valientes. Su sobrino Patridés, que era valiente y extraordinariamente decidido, toma la espada después de romper la lanza y empieza a repartir tajos a diestro y siniestro delante de su tío, de forma tan extraordinaria que no lo vería nadie que no lo tuviera por muy valiente. Pero los romanos tenían tanta gente que era maravilloso, y por eso el rey Bandemagus tuvo que dejar libre el campo; pero antes soportaron esfuerzos y trabajos, como hombres de gran valor: y hubieran quedado mal por las proezas que hicieron, si el rey Caradoc no hubiera ido en su socorro con mucha gente: entonces pudieron mantenerse sin tener que retirarse.

No tardaron mucho en empezar a tomarles tierra a sus enemigos, obligándolos a retroceder hacia el bosque del que habían salido. Salió entonces del bosque Julién, uno de los senadores de Roma, caballero joven y de gran valor, con numerosos caballeros. Se adelantó bien armado y con riqueza y vio al rey Bandemagus que perseguía, derribaba y mataba a sus hombres como si fuera un monstruo; se lo indica a sus compañeros, diciéndoles:

—¿Veis aquel caballero que realiza tales proezas?

—Sí.

—En mala hora me volveríais a creer en nada si no es Lanzarote del Lago, el buen caballero del que habla todo el mundo.

Le contestan que bien podría ser.

—¡A él! Quien pueda derribarlo recibirá riquezas para el resto de su vida.

Le atacan todos juntos y golpean al rey Bandemagus con tal fuerza que lo derriban al suelo y le matan el caballo. Se pone en pie de inmediato y piensa, cuando ve que se reúnen sobre él, que quieren hacerlo preso y se defiende lo mejor que puede; pero en vano, pues lo apresan a la fuerza; le atacan por todas partes y se lo llevan a buen recaudo, diciendo que lo enviarán prisionero a la ciudad; están muy contentos porque lo han apresado y piensan que gracias a él terminará la guerra. Después de apresar al rey Bandemagus, cuando sus hombres lo supieron, se quedaron muy preocupados y fueron fáciles de vencer, pues lo sentían tanto que no les importaban sus propias vidas; volvieron las espadas y abandonaron el campo de combate. El rey Yon, que guiaba el tercer cuerpo del ejército, al verlos venir tan apesadumbrados, les dice a sus hombres: «¡Socorredlos rápidamente y de inmediato! Éstos han encontrado a mucha gente y sin duda han hecho prisionero a alguno de nuestros nobles más importantes y por eso están tan afligidos».

Va en su ayuda lo mejor que puede y no tardaron mucho en salir del bosque otros dos cuerpos del ejército de los romanos; cuando se acercaron al combate, fue contra ellos el rey Brandegorre con toda su gente, aunque no entró directamente en batalla, sino que fue por fuera a enfrentarse con los dos cuerpos que acababan de llegar. De esta forma recomenzó la lucha en dos lugares; era violenta y peligrosa, pues en ella murieron muchos hombres valientes y buenos caballeros.

Cuando mi señor Galván vio que los cuerpos de ejército salían tan repentinamente del bosque que no los veían hasta que estaban sobre ellos, le dijo a Boores:

—Señor, sería muy buena cosa si pudiéramos saber cuánta gente tienen.

—Señor, de ninguna forma lo podremos saber hasta que hayan salido todos del bosque. Pero os diré lo que vais a hacer: enviad a nuestra gente poco a poco al combate y divididlos en escuadras de forma distinta a como están. ¿Sabéis cómo? Os aconsejo que hagáis de cada cuerpo del ejército tres y al frente de cada uno pongáis un buen jefe; no toquéis los dos últimos, pues ésa es nuestra esperanza, en caso necesario; en ellos

están los valientes y buenos caballeros, la caballería más temible del mundo.

Mi señor Galván lo hace todo tal como le aconseja y divide cada uno de los cuerpos del ejército en tres. Cuando ve que ha llegado el momento, va enviándolos con los otros. A la hora de prima, ya había enviado todos, sobre los dos últimos, y los de la ciudad pensaron que ya no les quedaba nada y salieron fuera, entrando en combate con tanta fuerza que derribaron a muchos en su llegada. Los de Logres habrían sido derrotados fácilmente en este momento, pero mi señor Galván les envió el noveno cuerpo del ejército, en el que estaban sus cuatro hermanos. Los romanos, que pensaban que ya había llegado el último cuerpo, mandaron en busca de sus otros hombres, en los que estaba el consejo de Roma. En este último cuerpo había tanta gente y tantos hombres importantes que no se debería pensar que iba a ser fácilmente vencido: en él estaba el estandarte de Roma que tenía encima un águila de oro y un dragón, levantados sobre dos bandas de hierro muy resistentes y todo lo llevaban cargado sobre cuatro caballos.

Salieron del bosque y entraron en el campo; mi señor Galván los vio y le dijo a Boores:

—Señor, ése es el último cuerpo del ejército de los romanos. Lo sé por el dragón que veo sobre el estandarte. Ahí está todo el orgullo de Roma. Si los derrotamos, estoy seguro de que no tendremos que preocuparnos por los del campo de batalla.

—Señor, creo que tenéis razón; os diré lo que podéis hacer, si os parece que está bien: vayamos por este camino de detrás de los pabellones y dirijámonos allí directamente; les atacaremos por sorpresa y se quedarán espantados; si podemos derribar el estandarte que estoy viendo, os aseguro que no resistirán mucho cuando vean su insignia caída.

Mi señor Galván dice que es el mejor consejo que encuentra.

Se dirigen a Héctor y le dicen lo que habían hablado y él acepta gustoso. Luego, se dirigen hacia los pabellones y van directamente al último cuerpo del ejército de los romanos que, al verlos venir, galopan contra ellos y los reciben lo mejor que pueden: fueron muchos los que cayeron en el choque, y algunos no pudieron levantarse después. Cuando quebraron las lanzas, tomaron las espadas cortantes y empieza la pelea, en la que murieron muchos nobles, para gran lástima y desgracia. Boores, mi señor Galván y Héctor desenvainaron las espadas tan pronto como quebraron sus lanzas y se metieron en donde había más gente, empezando a dar grandes tajos, uno tras otro, los tres compañeros; lo hacen de forma tan admirable que cualquiera que los viera los tendría por muy valientes. Pero por más que se esforzaban no podían acercarse al estandarte a menos de cuatro lanzas, pues había alrededor trescientos caballeros, todos ellos valientes y esforzados, y por eso no pudieron hacer lo que habían decidido.

Todo el día duró el combate, grande y peligroso, en el que hubo muchos hombres muertos por ambas partes; de todos los que participaron, el mejor fue Boores: en todo

el día no cesó de matar hombres y de derribarlos, y por su propio valor realizó tales hazañas, que los romanos, que no lo habían visto nunca, lo reconocían por los grandes tajos que daba y decían que pensaban que los de Logres habrían sido derrotados de no ser por él; sin lugar a dudas lo hizo tan bien ese día, que recibió el triunfo y la fama por parte de todos. Por la tarde, cuando la noche se acercó, se fueron los de Roma a la ciudad y los de Logres regresaron a sus pabellones. Algunos se desarmaron y otros no lo hicieron, sino que custodiaron el campamento durante toda la noche, para que los de la ciudad no los sorprendieran de improviso.

Cuando los nobles más importantes del campamento se desarmaron y vieron que el rey Bandemagus les faltaba, preguntaron por él y sus hombres les contestaron llorando que los romanos lo habían apresado y enviado como prisionero a la ciudad. Al oír esto, quedaron muy desconsolados y lo sintieron mucho, pues en él tenían gran ayuda y gran consuelo. Mi señor Galván pregunta si tienen algún prisionero suyo y le contestan:

—No.

—¿Cómo podremos tener prisioneros?

Le contestan que no saben.

—Dejad —dice mi señor Galván— que llegue el día de mañana y que volvamos a enfrentarnos con ellos; quizá nos caiga alguien entre las manos, si Dios quiere, por el que conseguiremos tener libre al rey Bandemagus.

Responden que Dios se lo conceda. Los de Gorre sufrieron mucho aquella noche; por la mañana, se armaron y lo mismo hicieron los demás y esperaron a que los de la ciudad salieran fuera a combatir contra ellos. Cuando ya estuvieron en campo abierto, unos ejércitos se enfrentaron con los otros y empezaron a derribar a los caballeros de forma admirable; duró el combate hasta llegada la noche, y fue duro y encarnizado. Hubo muchos muertos y heridos por ambas partes. Ese día, los de Logres llevaron la peor parte, pues los de la ciudad eran muy numerosos, y algunos decían que si mi señor Galván, Boores de Gaunes y Héctor no hubieran estado, habrían sido afrentados sin poder recuperarse. Llegada la hora de la separación, los de la ciudad hicieron muchos prisioneros y los encerraron en la torre de Gaunes. Cuando los del campamento regresaron a sus pabellones y se desarmaron, reconocieron las grandes pérdidas que habían tenido y empezaron a lamentarse de forma extraordinaria y se hubieran lamentado más aún si no pensaran que los de la ciudad podrían enterarse, y por eso dejaron de hacerlo.

De esta forma se enfrentaron los de la hueste de Logres por cinco veces y cada vez que chocaron perdieron mucha gente. Después de que los combates duraran una semana sin cesar, era muy grande la pestilencia de los que habían muerto en la batalla, pues sus amigos no habían tenido ocasión de enterrarlos. Los de Logres habían perdido más, pues eran muchos menos que los otros; a pesar de todo, cuando los de dentro notaron el gran mal olor de fuera, les hicieron saber que les darían quince días de

tregua para enterrar a sus amigos. Éstos, que estaban muy deseosos de hacerlo, aceptaron las treguas y las prometieron mi señor Galván y Pantelión, el jefe del consejo de Roma, poniendo a salvo a ambas partes. Fueron al bosque, cortaron madera y quemaron los cuerpos de los muertos que no se podían reconocer; los que se podían conocer los pusieron en tierra santa.

Después, los del campamento descansaron y lo mismo hicieron los de la ciudad, sintiéndose tranquilos; las treguas eran tan firmes que los de la ciudad podían ir al campamento y los del campamento a la ciudad a ver a los caballeros y la gran riqueza que había en ella. Pero cuando el rey Claudás supo que tenía prisionero al rey Bandemagus, señor de Gorre, lo hubiera matado de inmediato, de no ser porque sus hombres le suplicaron y le preguntaron por qué lo odiaba tan mortalmente.

—Porque mató con su propia mano a un primo mío, según me han dicho.

—¿Y por eso queréis matarlo, siendo rey consagrado y bendecido? Si fuera simple caballero, no debería morir a cambio de un escudero: os decimos que en justicia no debe morir un rey por la pérdida de un hombre.

Claudás, que se da cuenta de que no quieren que muera el rey Bandemagus, lo tolera y no hace nada más. Los del campamento preguntan con frecuencia qué rescate piden por él, pero Claudás no quiere escuchar a nadie, porque sabía que el rey Bandemagus era el hombre que mejores consejos daba a los de la hueste y por eso no quiere aceptar su rescate por más promesas que le hacen.

Mientras duraban las treguas, un día mi señor Yvaín se levantó temprano, tomó sus armas, montó un caballo fuerte y rápido y fue a distraerse en el bosque que estaba cerca; iba tan solo que no llevaba ningún escudero ni ningún muchacho. Se encontró en el camino a un criado a pie que venía muy de prisa, y le pregunta que a quién sirve; éste le contesta que viene del reino de Logres:

—Soy criado de mi señor Lanzarote del Lago, que me envía aquí con gran preocupación para saber si es cierto lo que le han dicho, que han llegado socorros de Roma a Gaunes, con abundante gente, y que los de Logres son derrotados diariamente y lo han perdido todo, desde que los socorros llegaron a la ciudad. Para saber la verdad me envió aquí; si es cierto que los de Logres necesitan socorro, Lanzarote llegará dentro de ocho semanas con mucha gente, y los de Gaunes no podrán resistir.

—Ciertamente, los de Roma han venido y los de Logres han soportado grandes esfuerzos diariamente, pues los de la ciudad tienen mucha gente y ellos poca. Si no fueran tan buenos caballeros como son, dado que son muy pocos, serían derrotados de continuo, pero el gran esfuerzo de Boores de Gaunes, que no se cansa por más esfuerzos y trabajos, nos mantiene en todo; si no estuviera él, habríamos perdido más del doble de lo que hemos perdido.

—Señor, ¿quién sois vos que me dais esas noticias?

—¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque si pensara que es verdad, regresaría ahora mismo y no pararía hasta que hubiera llegado ante mi señor y le diría lo que vos me habéis dicho.

—Soy hijo del rey Urián y me llamo Yvaín.

—Señor, quitaos el yelmo que os vea al descubierto.

Se quita el yelmo y le pregunta:

—Buen amigo, ¿soy yo?

—Señor, bien os reconozco. Ahora os encomendaré a Dios y me iré al reino de Logres, para llegar en breve allí. Por Dios, decidme si nuestros nobles están sanos y salvos.

—Sí, eso le podéis decir a Lanzarote; dile que el rey Claudás tiene prisionero al rey Bandemagus, lo que nos pesa mucho, pues era el hombre más prudente de nuestro campamento y el que mejor nos aconsejaba en las necesidades.

—¿Pensáis que le puede causar algún daño?

—No, estad seguro.

Con esto se marcha el criado y reemprende el camino, apresurándose a regresar con rapidez, pues le tarda llegar ante su señor y contarle las noticias que ha oído. Mi señor Yvaín, después de distraerse un rato en el bosque, volvió al campamento y descabalgó en los pabellones, contándole lo que le había ocurrido a mi señor Galván y diciéndole que había enviado otra vez al mensajero junto a Lanzarote, y que le diera noticias de cómo les iba. A mi señor Galván le parece muy bien, pues le tardaba a él y a todos los otros que Lanzarote estuviera a su lado, pues tenían puesta una gran esperanza en él y gran consuelo, como si fuera Dios mismo, por el gran valor que tenía, según sabían.

Cuando Boores supo que habían llamado a Lanzarote para que los socorriera, lo sintió más que nadie y dijo a solas a Héctor y a su hermano Lionel:

—Señores, hemos sido afrentados, pues lo hemos hecho tan mal en esta tierra que Lanzarote tiene que venir a socorrernos. Preferiría no haber venido, pues nos tendrá por cobardes y fracasados.

—Señor —le contesta Héctor—, procurad no decir eso nunca. Nadie que conozca la verdad os criticará, pues son muchos y nosotros pocos; sea quien sea censurado, nosotros siempre seremos alabados, pues los de ahí y nosotros mismos os hemos reconocido como el mejor caballero del ejército por el valor que tenéis; por eso no os debe pesar que Lanzarote sepa que necesitamos socorros. Por mucho que nos valga su ayuda cuando llegue, vos nos habéis ayudado cuando los más valientes de nuestro ejército se veían derrotados y de no ser por vos, lo hubiéramos perdido todo. Si Lanzarote estuviera, no sé cómo podría haber realizado mayores hazañas que vos.

—Héctor, ¿qué decís? Por Dios, si mi señor viniera a esta tierra, apenas lo supiera Claudás se marcharía sin tener corazón suficiente como para esperararlo.

Durante mucho rato hablaron de este asunto y, finalmente, Boores dijo que preferiría morir realizando tales proezas que consiguieran la victoria, antes que

Lanzarote hubiera venido, fuera cuando fuera.

Esperaron a que las treguas terminaran; se dispusieron los de la ciudad a salir completamente armados contra los de la hueste y dividieron las escuadras lo mejor que pudieron. Claudín llevaba la primera, que era el hombre del mundo en el que más confiaban por su valor, y tenían razón, pues era uno de los buenos caballeros y de los que mejor soportaban el trabajo en los momentos de necesidad; además, era tranquilo, como quien no temía nada. En los otros cuerpos del ejército, Claudás puso de jefes a quienes consideró necesarios; en el último, en donde estaba toda la fuerza de Roma, colocó a Pantelión, el cónsul de Roma, buen caballero, decidido y joven.

Los del ejército, cuando supieron que tendrían que combatir, muchos sintieron miedo por la abundancia de gente que tenían los otros; se dispusieron y formaron diez cuerpos lo mejor que pudieron. Héctor, que deseaba mucho combatir, les rogó que le permitieran llevar el primero; lo hacía para probarse con Claudín, pues le habían dicho que mandaría el primer cuerpo del ejército frente a ellos. Mi señor Galván y Boores, que eran jefes y guías del ejército, se lo concedieron porque lo había pedido; le entregaron a Patridés toda la mesnada del rey Bandemagus y tantos hombres de los otros que reunió en su compañía mil valientes, y buenos caballeros.

Los de la ciudad sintieron gran miedo al saber que Héctor de Mares mandaba el primer cuerpo del ejército, pues era hombre muy valiente y les había causado daño en varias ocasiones y por eso le temían mucho; y no debía extrañar. Pero les tranquilizaba mucho el tener a su lado a Claudín, que se enfrentará con Héctor.

Mi señor Galván puso en cada uno de los demás cuerpos un jefe según consideró que sería adecuado, al que indicó cuándo debería acudir al combate. En el último cuerpo, en el que estaban los de la Mesa Redonda, Gueheriet, el hermano de mi señor Galván, llevaba el estandarte del rey Arturo y numerosos caballeros de su compañía. Mi señor les ruega y amonesta que combatan bien y que los guíen con prudencia, como era menester; encontró tan buena respuesta que se puso muy alegre y contento.

Cuando el primer cuerpo del ejército de Gaunes salió de la ciudad, Claudín, que iba muy bien armado, con elegancia, y que deseaba combatir más que nadie, se colocó delante de sus compañeros con el estandarte desplegado, sobre un caballo fuerte, rápido y resistente. Héctor salió de la hueste en la que iba delante de todos sus compañeros para combatir con Claudín, al que deseaba enfrentarse; deja que su caballo galope delante de todos, como quien conocía mejor que nadie su propio valor. Se dirige a Claudín y éste a él; se golpean en los escudos con toda la rapidez de los caballos, dándose tan grandes golpes que las lanzas vuelan en pedazos. Después de que se quebraron las lanzas, chocan con los cuerpos y los escudos con tanta fuerza que los dos quedan aturridos. Pero Héctor, que era más joven y débil que Claudín, no tenía bastante fuerza y cae al suelo por encima de la grupa del caballo. Éste pasa de largo, sin estar demasiado aturrido.

Boores, al ver esto, mientras contemplaba cómo debían ir los cuerpos del ejército, lo siente tanto que piensa que va a perder el sentido, pues tenía gran amor a Héctor; toma una lanza fuerte y resistente, pica de espuelas al caballo y se dirige a Claudín ardiendo de saña; lo alcanza por bajo y lo golpea con tanta fuerza que lo derriba al suelo tan aturdido que no sabe si es de noche o de día. Entonces, Boores toma el caballo por la rienda, va junto a Héctor, su primo, que ya se estaba reincorporando, y le dice: «Señor, montad». Éste monta triste y pesaroso por la aventura que le había sobrevenido y agradece a Boores el favor que le ha hecho.

A este golpe, se atacan unos y otros, los primeros que habían llegado; los del campamento se esfuerzan y hacen lo posible para retener a Claudín, porque sabían que era el mejor caballero de la ciudad. Los de Gaunes, resisten sacando más de quinientas espadas para defenderlo. Empieza el combate grande y peligroso por él, pues unos quieren quedárselo y otros impedirlo; se dan grandes tajos en los yelmos y en los escudos y se derriban al suelo gravemente. Cuando Claudín ve que se reúnen a su alrededor de tal forma, no se siente a gusto, pues sabe que son muy valientes y que sólo piensan en apresarle. Toma la espada y la saca de la vaina con rapidez y empieza a dar tan grandes golpes a su alrededor que resulta admirable de ver, como hombre fuerte y atrevido; mata caballos y tulle caballeros, derribando a todos los que alcanza y defendiéndose tan bien que no hay nadie que lo vea que no lo tenga por muy valiente y que no diga que tiene valor y atrevimiento.

Patridés, el sobrino del rey Bandemagus y Héctor lo acosan tan de cerca que será raro que se les pueda escapar y le dan tales golpes en el yelmo que hacen que caiga aturdido al suelo; lo hubieran apresado en ese momento, si Canart y Esclamor no hubieran ido a socorrerlo con trescientos caballeros valientes y atrevidos, dejando los dos cuerpos de ejército que debían mandar. Canart golpea a Héctor de través, derribándolo al suelo, y le pasa por encima del cuerpo con el caballo, causándole dolorosas roturas. Esclamor alcanza a Patridés de tal forma que lo derriba del caballo sin causarle daño, pero dejándolo aturdido con la caída.

Con estos golpes volvió a empezar el gran combate peligroso, mucho mayor de lo que había sido hasta entonces. Se enfrentaron cuatro cuerpos del ejército, dos de cada parte, unos contra otros. Empezaron los golpes y los derribos, con tal violencia que no se habría oído a Dios tronando; chocan con tal vigor que veríais a muchos valientes acabar la vida y a muchos caballeros caer al suelo, unos heridos de muerte y otros tan tullidos que no se podían mover de donde habían caído; oiríais allí muchos gritos dolorosos de quienes se sentían acechados por la muerte. Y como el combate fue desde el principio tan cruel por los dos hombres más valientes de ambas partes, todos los cuerpos del ejército ya se habían enfrentado antes de la hora de prima: nunca hubo tan gran dolor como se podía ver allí, pues se golpeaban con tanta frecuencia que en poco rato toda la tierra quedó cubierta de hombres muertos, de caballeros derribados,

pisoteados y maltrechos.

Boores y mi señor Galván, que habían quebrado sus lanzas, tomaron las espadas y atacaron por las filas, dejándolas rápidamente vacías por los tajos que iban dando y por la fama que tienen. No llevaban mucho rato, cuando los de Gaunes los reconocieron por los golpes que les ven dar y porque van rompiendo las filas con tanta facilidad como si no encontraran a nadie armado. Con frecuencia ocurría que los de Gaunes decían: «Mirad ahí a Boores y a mi señor Galván». Cuando llegaron a donde Héctor había sido derribado, encontraron que Claudín lo sujetaba por el yelmo y que intentaba arrancárselo de la cabeza, pues lo había sorprendido cuando Canart le hizo caer; estaba tan aturdido que no sabía si era de noche o de día y por eso no intentaba defenderse. Boores se lo muestra a mi señor Galván y le dice:

—Señor, seguidme, socorrámosle.

Mi señor Galván le contesta que vaya tranquilo, que no lo dejará ni vivo ni muerto mientras pueda seguirlo. Galopa Boores y golpea a Claudín con tanta fuerza que ni el yelmo ni la cofia de hierro pueden impedir que sienta el filo de la espada en la carne, pero no lo hiere gravemente. Queda tan aturdido por el golpe que piensa que ha sido mortalmente alcanzado; cae y se desmaya por el dolor que siente. Héctor, que se había levantado y había vuelto en sí, sujeta a Claudín por el yelmo y se lo arranca de la cabeza. Al verlo Canart, dirige hacia él el caballo y golpea a Héctor en medio del pecho con tal violencia que lo hace volar al suelo de espaldas por encima del arzón, entre los otros. Le pasa por encima con el caballo y lo hiere de gravedad.

Al ver ese golpe, mi señor Galván no se preocupa poco; pica espuelas al caballo y golpea a Canart en medio del yelmo, con coraje y fuerza, de tal forma que hace que vuele de los arzones al suelo. Boores, que se había colocado junto a Esclamor, lo golpea con tal violencia que ni por el yelmo ni por la armadura dejó de causarle una herida grande y extraordinaria en mitad de la cara, y lo hace volar al suelo aturdido por la caída. Se levanta un griterío enorme alrededor de los que habían sido derribados. Mi señor Galván se dirige a Boores y le dice:

—Señor, ocupémonos vos y yo de retener a estos tres caballeros, pues si los hacemos prisioneros, creo que vengaremos nuestra guerra.

A continuación, mi señor Galván le da a Héctor un caballo bueno y fuerte y le hace montar a pesar de todos sus enemigos. Después, cuando ya había recobrado la fuerza y el vigor, Héctor se dirige hacia Claudín, como a quien no quiere mucho, pues le había hecho pasar sufrimientos y esfuerzos durante todo el día; le pasa por encima del cuerpo a caballo tantas veces que le rompe los huesos y lo deja sin fuerzas para volver a levantarse o a decir una palabra. Boores y Héctor lo sujetan y se lo entregan a cuarenta hombres para que lo lleven a las tiendas; así lo hacen de inmediato y se lo llevan a la de mi señor Galván, donde hacen que prometa que se quedará como prisionero; luego, lo desarman. Al verse desnudo, y ver que lo han llevado así, y que se encuentra en manos

de sus enemigos, lo siente tanto que nunca tuvo dolor semejante y maldice la hora en que nació y en que se puso las armas por primera vez, pues lo ha hecho tan mal hoy que ha caído en manos de sus enemigos; lo siente tanto que le parece que va a perder el sentido y no porque tema perder la vida, sino porque los de Gaunes sentirán gran miedo por su prisión y sufrirán mucho por ello.

De tal forma se lamenta Claudín de su desgracia; no llevaba mucho rato, cuando vio venir hasta cien hombres, entre caballeros y servidores, que traían a Canart, que durante todo el día se había esforzado mucho en liberar a Claudín y que frecuentemente se había arriesgado a morir para conseguirlo; lo habían golpeado tanto y pisoteado de tal forma que resultaba admirable que siguiera vivo, aunque no tenía ninguna herida grave. Cuando estuvo desarmado y se vio con Claudín, se puso alegre y triste: alegre porque estaban juntos; triste porque estaban prisioneros. Claudín dice que temía que la derrota cayera sobre ellos y Canart está de acuerdo; de este modo permanecen hasta la tarde.

Boores, Héctor y mi señor Galván habían realizado tales proezas durante el día, que era admirable, pues todos se animaban y aumentaban su valor por las hazañas de Boores, ya que lo ven derribar todo lo que alcanza; no hay nadie al que encuentre, por bien montado que vaya, al que no lo derribe al suelo si lo alcanza con un golpe certero; hace caer caballeros y caballos con la lanza y la espada, arranca escudos de los cuellos y yelmos de las cabezas; galopa arriba y abajo y lleva a cabo tales proezas que no hay nadie que se atreva a esperar sus golpes. En esta rabia y en esta locura lo había puesto el mensaje que le habían enviado a Lanzarote para que viniera a socorrerlos.

Por la tarde, cuando el día oscureció y la noche llegó, que estaban cansados los de ambas partes, Pantelión, el cónsul de Roma, que había visto las proezas de Boores, lo llamó porque iba a marcharse, y éste fue a verlo y se concedieron treguas de ocho días enteros. Luego, Pantelión, el cónsul de Roma, le dice:

—Señor, si tenéis prisioneros nuestros, entregádnoslos: haced una cortesía como la que os gustaría que os hicieran si os encontrarais en semejante situación.

—Buen señor —le contesta Boores—, no tienen que preocuparse, antes bien se les tratará como a nobles y a buenos caballeros que son, y de alto linaje.

Así terminó la entrevista y Boores regresó a los pabellones; descabalga y se encuentra a reyes, condes y altos nobles dispuestos todos a servirle; hicieron que los desarmaran a él y a mi señor Galván y los honraron y les mostraron alegría en todo lo que pudieron, diciéndoles que de no haber sido por ellos habrían sido derrotados pronto. Cuando ya estuvieron desarmados, piden ver a los prisioneros y se los traen. Al verlos llegar, se ponen en pie ante ellos y les muestran una gran alegría. Boores les pregunta si han prometido mantener la prisión.

—Señor —contesta Canart—, sí.

—Por Dios, entonces no seréis encadenados, ni se os pondrán grilletes; mantened

vuestras promesas como nobles, pues de lo contrario mal sería empleado el valor que Dios os ha concedido, si cometierais deslealtades o trampas.

Le responden que no harán nada por lo que puedan ser censurados ni acusados por nadie que viva.

Aquella noche los del campamento estuvieron más alegres que de costumbre, pues les había ido muy bien durante el día; hablaron bastante de las grandes hazañas que habían visto, hasta que Agravaín dijo que Héctor de Mares no había combatido tan bien como acostumbraba. Cuando mi señor Galván lo oyó, le contestó, diciéndole a Agravaín:

—No lo critiquéis donde yo esté, pues por la fe que os debo, recibí tales golpes al principio que resultaba admirable que pudiera continuar con las armas; por Dios, no habría nadie, por fuerte y resistente que fuera, que después de haber caído con tan gran golpe como él no se encontrara más agotado aún; después lo he visto dos veces en tales situaciones en las que no me hubiera gustado estar por todo el oro del mundo; no lo critiquéis en ningún sitio donde yo esté, pues es de los buenos caballeros del mundo, por mi cabeza, y es joven.

De tal forma hablaron los del campamento durante buen rato. El rey Claudás, que había entrado en su ciudad, se desarmó y lo mismo hicieron todos los demás, pero cuando supo que su hijo Claudín estaba prisionero, se puso triste y pesaroso, y lloraba con amargura, se rasgaba el vestido, se arrancaba el cabello y gritaba a voces:

—Desdichado, desgraciado, ¿qué vas a hacer?

Semejante dolor no habría cesado si los nobles no hubieran empezado a mirarlo y a decirle:

—Señor, por Dios, no os desconsoléis tanto. No debe un rey hacer semejante duelo por nada de lo que pueda recuperar, pues sin duda podréis recuperado fácilmente, ya que tenéis prisionero al rey Bandemagus; cambiadlo por vuestro hijo.

Tanto le dijeron unos y otros, que Claudás dejó las lamentaciones que estaba haciendo con la esperanza de recuperar a su hijo.

Por la noche, cuando colocaron las mesas y se pusieron a cenar, empezaron todos a hablar de las hazañas que habían realizado los de fuera, y dijeron que al principio había sido muy hermoso el combate.

—Por Dios —dice uno de los romanos—, de ninguna forma hubiera pensado que Claudín no pudiera resistir frente al caballero con el que estaba combatiendo, pues sé que es el más hábil de cuantos he visto y bien lo conozco; me extraña mucho que cayera.

—Os diré cómo fue —contesta Esclamor—. Claudín, sin lugar a dudas, es uno de los hombres más fuertes del mundo por su tamaño, es extraordinariamente resistente y podría sufrir todo tipo de esfuerzos y penas; es joven y tierno en comparación con cualquier hombre y por eso, tan pronto como chocó y tuvo que mostrar la fuerza del

cuerpo, el más tierno y el menos fuerte cayó, y por eso cayó el caballero del que estáis hablando. Pero el que quisiera ver grandes hazañas, tendría que mirar a Boores de Gaunes, el caballero más resistente y duro del mundo y extraordinariamente fuerte.

—¿Qué armas llevaba? —pregunta Pantelión.

—Señor, llevaba un escudo blanco con dos bandas rojas.

—Por Dios, tenéis razón: por él hemos sido derrotados hoy; en ningún momento dejó de golpear y de machacar y no lo vi que descansara una sola vez, como si hubiera un solo enemigo.

—¿Y qué diríais? ¿Cuál de los nuestros fue el mejor?

—Fue Claudín, y por parte de los otros, Boores de Gaunes; estoy seguro de que Claudín y Canart no hubieran sido hechos prisioneros de no ser por Boores, que es el mejor caballero de cuantos he visto, seguido de Claudín. Cada cual puede decir lo que piense, pues voy a callarme ahora, pero son los dos mejores caballeros del mundo.

Aquella noche la pasaron tristes y apesadumbrados los de Gaunes. Por la mañana, a la hora de prima, Claudás hizo saber a los de fuera que si le devolvían sus dos caballeros, él entregaría al rey Bandemagus. Cuando oyeron lo que Claudás les hizo saber, se reunieron en consejo doce hombres, de los cuales tres eran reyes y los demás simples caballeros, y eran los mismos a los que mi señor Yvaín les había dicho que le había pedido a Lanzarote que acudiera a socorrerles, y no había más gente en el campamento que lo supiera. Los del campamento habían acordado, mediante promesas y juramentos, que no se lo dirían ni a propios ni a extraños hasta que Lanzarote hubiera llegado. Cuando supieron lo que Claudás les había mandado decir, se preguntaron unos a otros qué harían, y el rey Brandegorre, que era hombre prudente y previsor, les dijo:

—Buenos señores, haced lo que queráis, pero por mi consejo no devolveríais a nadie y os diré por qué: porque los que están en nuestra prisión han tenido en jaque hasta ahora a los nuestros y sin lugar a dudas son los más nobles y mejores caballeros y los que más daño nos han causado; a partir de ahora estarán derrotados, si no tienen a esos dos. Ahora que podemos hacer que pierdan sus posiciones cada vez con más frecuencia, creo que obtendremos la victoria sobre ellos antes de que Lanzarote venga; será para nosotros un gran honor si podemos llevar a cabo aquello por lo que vinimos a esta tierra.

—¿Cómo —pregunta mi señor Galván—, cómo vamos a tolerar que mi señor el rey Bandemagus, que es el más noble de todos nosotros, permanezca prisionero? Ciertamente deberíais pensarlo, pues si estuvierais vos en la prisión igual que él, él haría por vos algo mayor que eso, hasta conseguir rescataros, pues es el hombre más cortés del mundo.

Mi señor Galván les dijo tantas cosas que al final aceptan lo que dice y le hacen saber a Claudás que les envíe al rey Bandemagus y ellos le devolverán sus dos caballeros

que están presos.

Cuando Claudás lo oyó, se puso tan contento como nadie e hizo que de inmediato dejaran libre al rey Bandemagus, le dio vestidos y caballos, tal como convenía a rey. Lo envió al campamento con gran séquito de gente. Cuando los del campamento lo vieron llegar, fueron a su encuentro, pues tenían un gran amor por él, y lo recibieron con gran alegría, honrándolo mucho a él y a los que iban con él, a los que retuvieron y les hicieron comer y que fueran servidos con riqueza; luego, les dan caballos extraordinariamente hermosos y los hacen regresar con gran riqueza. De tal forma fueron devueltos los dos prisioneros de Claudás a cambio del rey Bandemagus; más tarde se arrepentirían, pues les causaron grandes daños gracias a sus proezas.

Pero ahora la historia deja de hablar de ellos y vuelve al criado que mi señor Yvain había enviado al reino de Logres para que le contara a Lanzarote las noticias de los de Roma.

CLXXVI

Cuenta ahora la historia que cuando el criado se separó de mi señor Yvaín, se apresuró en cabalgar y pasó sus jornadas hasta que llegó al mar y lo atravesó; luego, cabalgó sin detenerse hasta que llegó a unos setos cerca de Camalot, donde el rey Arturo estaba cazando. Era un martes y el rey se encontraba completamente solo en el camino. No había cabalgado mucho cuando vio llegar al criado de Lanzarote. Entonces, el rey se detiene, pensando que es un espía o un mensajero. El otro galopa rápidamente y llega hasta el rey, lo reconoce y lo saluda; el rey le devuelve el saludo, reconociéndolo, pues lo había visto muchas veces según le parecía, y le pregunta que de dónde viene, pero el criado no se atreve a decírselo. Entonces el rey lo sujeta por el brazo y jura a Dios que si no se lo dice lo matará. Al oír esto, teme morir y contesta:

—Señor, por Dios, tened compasión.

—No tendré compasión si no me prometes que me dirás de dónde vienes.

Así se lo promete. Entonces el rey lo deja y le pide que se lo diga.

—Señor, vengo de Gaula; he estado en la ciudad de Gaunes, donde se encuentran los de esta tierra y tienen asediado al rey Claudás; allí hablé con mi señor Yvaín, que le pide a Lanzarote que vaya en su ayuda lo más rápidamente que pueda, pues Claudás tiene tal cantidad de gente por los refuerzos que le han llegado de Roma, que apenas pueden los nuestros resistir frente a ellos y si no fueran tan buenos caballeros como son, no habrían durado, pues los otros son muchos y han hecho prisionero al rey Bandemagus y a muchos otros caballeros, por lo que están muy a disgusto.

—Por Dios, bendito seas por lo que me has dicho, pues por Dios, eso me alegra mucho y ahora por nada dejaré de ir contra el traidor Claudás, el desleal, y nada me habría alegrado tanto como tus palabras.

Entonces se puso el cuerno a la boca y tocó tan alto que el sonido llegó lejos. No tardaron mucho en llegar sus gentes, a las que les pregunta dónde está Lanzarote.

—Creemos —le contestan— que os está buscando, igual que nosotros hacíamos hace un momento.

El rey vuelve a ponerse el cuerno en la boca y lo toca como si tuviera gran prisa. No tardó mucho en llegar Lanzarote por un estrecho sendero, cabalgando tan rápido como su caballo podía. Al acercarse al rey, éste empezó a gritarle:

—Lanzarote, Lanzarote, mi señor Yvaín os saluda y os pide que le socorramos, que lo necesitan, pues los refuerzos de Roma, que son muy numerosos, han acudido a apoyar a Claudás.

Al oír estas palabras, Lanzarote se queda muy preocupado y contesta diciendo:

—Señor, ya que me llama, iré con mucho gusto y así debo hacerlo.

—Por Dios, yo también iré y os daré compañía, y llevaré tanta gente a mi lado que

Claudás será muy insensato si me espera esta vez.

—Señor, salva sea vuestra gracia, no lo haréis; esta necesidad será cubierta sin vos, y no es justo que os esforcéis tanto por mí.

El rey se enfadó por esto con Lanzarote más que con nada de lo que había dicho nunca, ya que Lanzarote le había servido muchas veces tanto que no pensaba que le hubiera recompensado la mitad de su servicio, ni aunque le diera el reino de Logres: por eso se quedó bien preocupado, como demostró, pues apenas llegó a Camalot y le contó a la reina las noticias, envió por todas partes cartas selladas con su sello ordenando, a todos los que habían recibido tierras de él, que acudieran tan pronto como pudieran, de tal forma que antes de que hubieran pasado quince días se podía ver en su residencia a más de doce mil que eran buenos caballeros y buenos servidores.

De este modo reunió el rey Arturo a su gente. Cuando vio que era el momento de ponerse en marcha, emprendió el camino con Lanzarote y su mesnada, que era muy numerosa. La reina, al ver que se marchaban, sintió una gran preocupación, pues le pesaba mucho que se fuera Lanzarote; pero como ve que no queda más remedio, guarda silencio. Lloró con amargura cuando se marcharon y los encomendó mucho a Dios, para que los condujera al lugar donde fueran, y le rogó a Lanzarote que regresara lo antes posible.

Emprendieron el camino y cabalgaron hasta que llegaron al mar, donde encontraron las naves que el rey había mandado preparar, tan ricas y hermosas como correspondía a semejante hombre; entran en las naves y se hacen a la mar en un momento tan difícil como era alrededor de la fiesta de Todos los Santos. A pesar de todo, tuvieron suerte y pasaron a salvo, sin que nadie muriera, ni ninguna nave quedara en mal estado, y llegaron con gran alegría a la parte de Gaula. Después de salir de las naves, con los arneses, tomaron las armas y se armaron, pues habían entrado en tierra que estaba en guerra. El rey Arturo dejó buenas guardas en las naves, para que no fueran quemadas ni incendiadas, y se marcharon y cabalgaron hasta que llegaron a la tierra de Gaula, que todavía estaba sin señor, pues los nobles no se habían decidido a quién nombrarían rey. Por la gran discordia que había entre ellos desde que el rey murió, llegó un conde de Alemania que se llamaba Frole, con gran abundancia de gente, pues tenía la intención de quedarse con el reino y si no se lo otorgaban de grado, se lo quedaría a la fuerza, pues era hombre muy poderoso, tanto por sus riquezas como por sus amigos. Era más grande que cualquiera, al que le sacaría la cabeza.

Cuando el rey Arturo llegó y supo cómo estaban las cosas, según le contaron, dijo que tenía más derecho al reino que los demás, «pues Faramón, que ya vivía en tiempos del rey Ban de Benoit, recibió la tierra del rey Uterpandragón, mi padre. Por eso, juro que no me iré de aquí hasta que le haya conquistado el reino y puesto bajo mis órdenes».

Toma entonces su guante y llama a Lanzarote, al que le dice:

—Lanzarote, adelantaos, pues quiero que recibáis el reino de Gaula, con el que os invisto mediante este guante; no sé de nadie en el mundo que lo pueda utilizar mejor que vos y por eso os ayudaré a defenderlo contra todos aquellos que pretendan resistiros.

Lanzarote toma el guante y le da muchas gracias al rey. A continuación, el rey llama a un noble que se llamaba Aram, que era discreto y buen hablador, y le dice:

—Aram, id por la tierra de Gaula y decidles a los nobles que por la discordia, que ha durado tanto tiempo entre ellos, les hago saber que les voy a dar como señor a un hombre que los defenderá contra todos y los gobernará de forma justa y recta, como debe hacer todo buen señor. Decidles lo que os he ordenado y si no lo aceptan, que sepan que les combatiré con todos mis poderes.

—Señor, cumpliré con el mensaje.

A continuación se marcha, después de pedir permiso, y cabalga hasta que llega al castillo llamado Bestot. Allí, descabalga y sube al palacio principal, donde encuentra a los nobles del reino que se habían reunido en parlamento para saber qué iban a hacer con el reino. El mismo Frole estaba con toda su gente armada, y había hecho tanto por el miedo que le tenían que casi todos le habían otorgado el reino. Al llegar Aram, les dijo:

—Señores, por la discordia que ha habido durante tanto tiempo entre vos, el rey Arturo os hace saber que os dará por señor a uno que os protegerá contra todos los hombres.

Al oír esto, se ponen muy contentos y le preguntan quién es ese buen caballero.

—Por mi fe, bien se le puede nombrar ante todos, como el mejor caballero del mundo, el más noble y el más querido; pertenece al linaje más importante: Lanzarote del Lago.

Lo hubieran aceptado todos con mucho gusto de no ser por el temor a Frole, que estaba delante de ellos armado con su mesnada. Este se adelanta y le dice al mensajero:

—Buen amigo, vuestro señor está loco, pues quiere tener la tierra que me ha sido dada. Id y decidle de mi parte que se vuelva a su tierra, que es grande, y me deje ésta, pues bien puede estar sin ella y conformarse con la que tiene; si quiere retarme, que sepa que nunca emprendió locura semejante. Si consigue que me cuelgue el escudo del cuello, no escapará sin que le corte la cabeza.

—Buen señor —le contesta Aram—, si todo lo que decís fuera verdad, mal nos iría. Pero me consuela mucho que nunca se cumple todo lo que el loco piensa: os desafío de parte de mi señor y tendréis batalla a muerte al mediodía, si es que os atrevéis a esperar.

Frole contesta que le parece bien.

Aram cabalga hasta que regresa ante su señor y le dice lo que había encontrado y que los de Gaula lo habrían aceptado si se hubieran atrevido, y le contó el orgullo manifestado por Frole.

—¿Ciertamente es así? Entonces sólo queda ponernos en marcha y disponernos pronto y rápidamente, pues sentiré mucho si no hago que Frole se dé cuenta en breve de su locura.

Se disponen lo mejor que pueden, montan los caballos fuertes y rápidos; el rey pone en orden los cuerpos de su ejército, forma diez de ellos, todos con buen jefe, y coloca por encima de todos a Lanzarote como capitán mayor.

Después de que estuvieron ordenados y dispuestos, empezaron a cabalgar, hasta que llegaron bastante cerca de Bestot, el castillo del que Frole había salido con sus gentes armadas para recibir al rey Arturo. Cuando los dos se vieron, temieron el choque, debido a la gran cantidad de gente que tenían por ambas partes. Se atacan con fuerza unos y otros: habríais oído gran estruendo y enorme griterío al quebrar las lanzas; fueron muchos los caballeros muertos y caídos que no pudieron levantarse. Lanzarote, que había roto la lanza, tomó la espada como hombre deseoso de realizar proezas con las armas, pues hacía mucho tiempo que no había hecho nada. Empieza a golpear y a derribar en medio del camino a cuantos encuentra, matando caballeros y caballos y realizando tales maravillas que no había nadie que lo viera que no dijera que era un diablo, «pues un hombre mortal no podría hacer tanto como él hace, ya que va arriba y abajo, parte caballeros y caballos de una lanzada o de un tajo». No hay nadie, por atrevido que sea, que ose esperar su golpe; y realiza tales hazañas que muchos de los enemigos dejan de combatir para contemplarlo y él da valor y atrevimiento a todos los de su parte, ganándole tierra a la gente de Frole y haciéndoles retroceder más de un tiro de arco. Va buscando por las filas y salvando a sus gentes cuando las ve en mala situación; de tal forma dura el combate desde la hora de nona hasta la noche; Frole ha perdido a muchos hombres, que han quedado muertos, y hubiera perdido más de no ser porque la noche hizo que se separaran pronto: lo sintió mucho el rey Arturo, que ve que Frole habría sido derrotado si hubieran permanecido más tiempo en el combate. Pero tuvieron que separarse; Frole regresó pesaroso y preocupado por haber perdido tanto en esta batalla; llama a un mensajero, le hace saber su voluntad y le envía al rey Arturo, que se había alojado y había hecho plantar pabellones bastante cerca del castillo.

El mensajero llegó ante el rey, a su tienda en la que se había hecho desarmar, y en la que estaba acompañado por Lanzarote. El mensajero le dice:

—Rey Arturo, me envía a ti el valiente Frole, que te hace saber que le parece mal que tu pueblo y el suyo mueran de tal manera, sin haberlo merecido. Por eso pide que combatas cuerpo a cuerpo con él, vosotros dos solos. Si puedes vencerlo con la cortante espada, te declarará libre; si él te derrota, quedarás a su merced para hacer lo que él quiera: de esta forma no morirá más que uno de vosotros.

Al oír este mensaje, el rey Arturo siente más aprecio por Frole que antes y le dice al mensajero:

—Ya que Frole desea combatir, lo podrá hacer tal como quiere, y por su petición ha obrado como hombre de gran valor.

Se adelanta entonces Lanzarote y le dice al rey que le conceda el combate, y éste le contesta:

—Lanzarote, Frole me ha pedido que combata yo contra él a solas, y es justo que así sea. Si él hiciera combatir a otro, vos podríais hacerlo por mí; por otra parte, os he dado esta tierra y os debo proteger contra todos, pues si vos libráis el combate y vencéis, se podría decir, y sería verdad, que vos conquistasteis la tierra gracias a vuestro propio valor y yo habría faltado a mi promesa: por todo ello tengo que combatir personalmente, si no quiero faltar a mi juramento. Por eso os ruego que no os pese que no os conceda el combate, pues no puede ser de otra forma.

A continuación, el rey le dice al criado:

—Buen amigo, ve a tu señor y dile que ya que quiere combatir, podrá hacerlo tal como ha dicho.

De este modo queda fijado el encuentro para el día siguiente por la mañana, en una isla que había bajo el castillo y que entonces se llamaba Isla de Roldan. El día siguiente por la mañana, tan pronto como el sol salió, después de que el rey oyera misa, éste fue con Lanzarote y sus nobles al campo de batalla. El rey se hizo armar bien, con riqueza, e hizo que lo pasaran a la isla. Cuando ya estuvo en ella, hizo que le sacaran el caballo.

Al ver al rey, Frole lo estimó poco, pues era pequeño, y le dijo:

—Rey Arturo, antes de que sigas adelante, te aconsejo que no combatas y que te vuelvas a tu tierra, que es grande, y me dejes ésta que me ha sido otorgada, pues sería una gran desgracia que te matara, y bien sabes que no me puedes durar mucho.

—Frole, si pensara que me deberías matar, haría contigo la paz más honrosa que pudiera; pero me tranquiliza el tener la razón y que tú no la tengas: estate seguro de que no te temo.

—¿No? Por Dios, entonces te desafío.

Montan a caballo, se alejan el uno del otro y luego van a encontrarse tan rápidamente como pueden sus caballos, golpeándose de tal forma que las puntas de las lanzas atraviesan los escudos y las cotas de malla, entrando en la desnuda carne y haciendo que choquen con violencia los cuerpos y los escudos, y ellos caen al suelo por encima de la grupa del caballo, quebrándose las lanzas en la caída; permanecen buen rato en el suelo, tan aturridos que no saben si es de noche o de día; el rey Arturo es el primero en ponerse en pie; desenvaina la espada y ataca a Frole, que se estaba levantando; van el uno contra el otro, malheridos, y se dan grandes golpes en los yelmos, se despedazan los escudos, se rompen las cotas en los hombros y en los costados y hacen volar las mallas a la verde hierba, de tal forma que el campo queda sembrado en donde están combatiendo; están tan cerca el uno del otro que la sangre

vuela tras los golpes de las espadas y Frole se encuentra con tal resistencia por parte del rey Arturo que se queda sorprendido, pues pensaba que no hubiera tanto atrevimiento y valor ni en dos hombres semejantes; se mantienen el uno frente al otro con tanto esfuerzo que ninguno de los dos puede ganar ni un pie de terreno: de tal modo dura el combate desde la hora de prima hasta mediodía, sin que en ningún momento se pudiera saber quién llevaba la mejor parte.

Pero entonces empieza a cansarse Frole, pues se había precipitado en golpear al rey. El rey le hacía fallar en muchas ocasiones y tenía mejor espada que Frole, que además había perdido mucha sangre y eso es lo que le hace estar en peor situación. El rey, que se da cuenta de que se está cansando, le ataca cada vez más y lo golpea en el yelmo tan a menudo que lo deja aturdido y no se puede mantener en pie, sino que cae de rodillas. Vuelve el rey y le golpea y le da tantos tajos que lo hace caer. Entonces se le echa encima del cuerpo, le sujeta el yelmo y tira de él con fuerza, pero no puede arrancárselo. Frole, que tenía mucha fuerza y había recuperado el aliento, se vuelve a levantar con dificultades, como hombre esforzado, y ataca al rey intentando sujetarlo con los brazos, pues si lo hubiera conseguido, pensaba que no le duraría mucho. Pero el rey, que era de gran habilidad, salta hacia atrás, arroja el escudo al suelo y toma la espada con las dos manos, atacando a Frole tan encolerizado que no puede más, y le golpea en el yelmo con tal tajo que le hunde la hoja más de dos dedos y si la espada no se le hubiera vuelto, lo habría matado sin solución. El golpe fue grande y pesado y Frole quedó aturdido, cayendo al suelo completamente extendido, pues además le faltaba mucha sangre que había ido perdiendo. El rey lo sujeta por el yelmo, le rompe los lazos y lo arroja lejos; le baja la ventana y le da un gran golpe con el puño de la espada en la cabeza, a la vez que le dice que lo matará si no se da por vencido. Frole, que es traidor y orgulloso, le contesta que no quedará humillada su fama de caballero ante él, y que nadie podrá considerarlo cobarde.

—¿No? Por la Santa Cruz, entonces moriréis ahora mismo.

Le responde que no le importa; el rey levanta la espada y le da tal golpe que le hace volar la cabeza. Luego, mete la espada en la vaina.

Lanzarote se acerca muy alegre y le dice:

—Señor, por Dios, bien merecéis el reino, que bien lo habéis conquistado.

El rey se hace desarmar y manda que un médico le mire las heridas; éste le dice que no tiene ninguna herida que no se le cure en breve. Entonces, el rey ordena que se preparen todos para ponerse en marcha el día siguiente por la mañana para ir contra el rey Claudás.

En el momento que el rey decía estas palabras había allí un espía de Claudás que las oyó; de inmediato se marchó y cabalgó noche y día hasta llegar a la ciudad de Gaunes y presentarse al rey Claudás, al que le cuenta todo lo que había oído del rey Arturo, cómo le había dado muerte a Frole y que Lanzarote había ido con él y que

llegarían a la ciudad de Gaunes en tres días.

Al oír estas noticias, Claudás se siente muy a disgusto y se dice a sí mismo que sería demasiado loco si esperara a los dos hombres que Fortuna ha levantado más arriba del mundo. Llama a su hijo Claudín, que era en el que más confiaba, y le dice todo lo que el mensajero le había contado.

—Te ruego que me aconsejes lo mejor que puedas, según tu parecer.

—Por Dios, señor, no sé aconsejaros, pues es mucho el daño que le causasteis a Lanzarote, al que privasteis de sus tierras cuando era niño pequeño de cuna, y cuyo padre murió por el dolor que tuvo porque le habíais quitado sus posesiones. Sé que nadie os podrá salvar si os apresa. En cuanto al rey Arturo, habéis cometido tantos daños que no quisisteis haceros vasallo suyo y pusisteis vuestras tierras bajo el dominio de Roma: no veo cómo pueden perdonaros su cólera.

—Ya que no sabes qué consejo darme, lo pensaré yo.

Se marcha y ve a un escudero, al que había criado desde pequeño; lo llama y le dice:

—¿Podría fiarme de ti?

—Señor, por Dios, ¿qué decís? Os aseguro que cualquier cosa que me digáis no la descubriré.

—Entonces, te diré lo que vas a hacer. Tengo que hablar con un santo ermitaño que hay lejos de aquí; llevaré abundantes riquezas para un asunto mío; para eso es necesario que prepares tres acémilas buenas y fuertes: una para mí, otra para ti y otra para que lleve las riquezas que te entregaré, y dos palafrenes para dos caballeros que me acompañarán.

De esta forma lo hace el criado, tal como Claudás le manda, preparan el asunto lo mejor que pueden, sin que nadie se entere salvo dos caballeros, a los que les dice su secreto. Se pusieron en marcha por la noche, tan pronto como todos estaban en el primer sueño, y nadie se enteró menos ellos tres; cabalgaron y cuando llegó el día estaban a doce leguas largas de allí. Entonces, Claudás mira y ve venir tras ellos a un criado a pie, al que le dice:

—Vuelve a Gaunes y diles a los que encuentres allí que me voy con el emperador a Roma y que terminen lo mejor que puedan, pues yo no volveré a ayudarles. Que tengan por seguro que de ninguna manera los dejaría si pensara conseguir la paz con el rey Arturo y con Lanzarote.

El criado regresa a Gaunes, donde encontró a los nobles desconsolados porque no sabían a dónde había ido el rey Claudás. Entonces les dice el criado lo que le había ordenado. Al oír esta noticia, se quedaron asombrados y se reunieron hasta decidir que prenderían fuego a la ciudad por la noche y se darían a la fuga. Pero Claudín no lo quiso aceptar y dijo que tal deslealtad no sería hecha en ningún sitio donde él estuviera, pues no lo haría por amor a Lionel y a Boores, de quienes debería ser la ciudad:

—Son valientes y buenos caballeros; aunque yo haya sido enemigo suyo, a partir de ahora quiero ser su amigo y quiero mostrarles mi buena voluntad, porque son valerosos y caballeros extraordinarios.

Y no tenía ninguna intención de retener la ciudad frente a ellos.

—¿Qué haréis entonces? —le preguntan los demás.

—Me quedaré hasta que llegue el rey Arturo y si veo que puedo resistir en la ciudad, lo haré.

—Lanzarote —le contestan— odia tanto a vuestro padre, el rey Claudás, que si os puede prender, os destruirá sin tener compasión.

—No temo, pues Lanzarote es un caballero muy bueno y un buen caballero no cometerá nunca daño a otro buen caballero, a no ser que le haya causado un gran mal o que tenga el diablo en el cuerpo.

De esta forma se quedó Claudín en la ciudad y los otros, que tenían miedo, se marcharon llevándose todas las riquezas que pudieron. El rey Arturo, que ya se había ido de donde mató a Frole, se apresuró y al tercer día llegó a Gaunes; salieron a su encuentro los nobles de Logres y lo recibieron con gran alegría. Al descabargar el rey y Lanzarote, vieron salir de la ciudad a Claudín, a Canart, a Esclamor y a otros caballeros vestidos con gran riqueza, con telas de seda, aunque era en invierno; montaban hermosos caballos e iban derechos a los pabellones; Claudín llevaba las llaves de la ciudad en la mano. Cuando Boores lo vio, le dice al rey:

—Señor, ¿veis al caballero que cabalga delante de los demás?

—Sí.

—Sabed que es el mejor caballero del mundo, salvando el honor de mi señor Lanzarote.

El rey se sorprende y le pregunta a mi señor Galván si es cierto y éste le contesta que sí. Mientras, Claudín desmontó delante de los pabellones, junto con sus compañeros. Se presenta al rey y se arrodilla delante de él, diciéndole:

—Señor, tomad las llaves de la ciudad, pues os las entrego para que hagáis según vuestra voluntad, ya que el rey Claudás, que es mi padre, hace tres días que se marchó y no sabemos a dónde.

Al oír los nobles que se había ido, se quedaron muy preocupados y le dijeron al rey que recibiera las llaves; y éste las toma. Entonces van a la ciudad; el rey entró el primero y Lanzarote después.

De esta forma le fue entregada la tierra al rey Arturo. Tres días más tarde llegó la madre de Lanzarote con gran séquito de monjas; nunca hubo alegría semejante como la que hizo a Lanzarote y a sus dos sobrinos, Boores y Lionel, y al rey Arturo también le mostró una gran alegría. Luego llegó mi señora del Lago con gran acompañamiento de caballeros y le mostró gran gozo a Lanzarote. Se marchó la madre y se dirigió a la abadía, donde murió ocho días más tarde. Lanzarote hizo que la enterraran con tanta

riqueza como correspondía a tan alta dama.

Luego, el rey le dijo a Lanzarote:

—Lanzarote, hemos ganado esta tierra y el reino de Gaula: os aconsejo que toméis la corona y seáis nombrado rey en estas Navidades.

Lanzarote le contesta que de ninguna manera lo haría, pero que hiciera rey de Benoic a su hermano Héctor y a Lionel, del reino de Gaula. El rey lo acepta, Lanzarote llama a su hermano Héctor y le dice:

—Buen hermano, tomad el reino de Benoic, que mi padre y el vuestro tuvo durante largo tiempo.

Éste lo recibe. Después llama a Lionel y le dice:

—Buen primo, tomad el reino de Gaula y recibid la corona de manos del hombre más valioso del mundo.

Luego, llama a Boores y le dice que quiere investirle con Gaunes, y Boores le responde:

—Señor, ¿qué queréis hacer? Si yo quisiera recibir el honor de un reino, vos no deberíais permitirlo, pues tan pronto como lo reciba tendré que abandonar los hechos de armas, quiera yo o no, y sería mayor honor seguir como caballero, bueno aunque pobre, a ser rey rico y cobarde. Del mismo modo que lo digo de mí, lo digo de Héctor vuestro hermano, pues sería pecado mortal que lo sacarais de tan altos hechos como realiza y de tan grandes hazañas para hacerlo rey, pues no le faltará corona si vive mucho tiempo, pero si abandona la caballería, nunca jamás la recuperará y no lograremos nada de lo que hemos emprendido.

Habló tanto Boores con Lanzarote que al final consiguió sacarlo de su propósito, y le dijo al rey y a mi señor Galván que no haría más de lo que ya había hecho. Al oírlo el rey, lo sintió más que nadie; pero dejaron de hablar de ello, pues vio que a Lanzarote no le agradaba. Permaneció en Gaula hasta Pascua. Entonces reunió una corte grande y admirable en la ciudad de Gaunes, en la que se juntó tanta gente que era extraordinario de ver. Quince días después de Pascua se marchó, pues los nobles que estaban con él le dijeron que volviera a Bretaña, y así lo aceptó: se marcharon de Gaunes y cabalgaron hasta el mar; pasaron al otro lado tan pronto como pudieron y cabalgaron hasta Camelot, adonde llegaron ocho días antes de Pentecostés.

Cuando la reina, que había permanecido en el país, oyó decir que el rey regresaba, se puso muy contenta por él y por Lanzarote, pues sabía que volvería con él. Salió a su encuentro con gran acompañamiento de damas y doncellas y recibió al rey y a los demás nobles con el mayor honor que pudo. Ya en Camelot, el rey hizo llamar a todos sus nobles de Bretaña y a todos aquellos que tenían tierras y feudos de él, haciéndoles saber que reuniría corte el día de Pentecostés y que sería la mayor y más extraordinaria de cuantas había tenido. Les ordenó que acudieran con las mayores honras posibles. La noticia, que se difundió con rapidez, pronto fue conocida en Escocia y en Irlanda y en

todas las islas del mar cercanas; se prepararon los caballeros, las damas y las doncellas para cumplir la voluntad del rey y para ver la gran fiesta, según pensaban que sería.

Corrió la noticia lejos y cerca y la conocieron en la corte del rey Pelés. Su hija, que había tenido a Galaz de Lanzarote, y que lo quería tanto como una mujer puede querer a un hombre, pidió permiso a su padre para que la dejara asistir a la fiesta y éste se lo concedió con mucho gusto. Cuando tuvo el consentimiento, tomó a su aya Brisane, y hasta un total de ochenta damas, y llevó consigo a Galaz, al que portaba un escudero delante de sí en un palafrén, fuerte, rápido y de cómodo andar; de esta forma cabalgó hasta llegar a Camalot la víspera de Pentecostés, y desmontaron en el patio de abajo. El rey le salió al encuentro y le dio la mano para llevarla arriba. Al saber quién era, le mostró tan gran alegría como le había mostrado Boores en cuanto la vio, pero no fue nada en comparación con la que le mostró a Galaz.

Cuando los de la corte vieron su gran hermosura, dijeron con gran firmeza que nunca habían visto mujer tan bella. La reina le mostró la alegría que pudo al ver su gran belleza y al saber que pertenecía a tan alto linaje; le dejó una parte de su habitación para ella y para que colocara sus cosas. Lanzarote, al verla tan bella, se dijo a sí mismo que hubiera hecho gran crueldad si la hubiera matado; se arrepiente de sus intenciones de tal modo que no se atreve ni a mirarla. La joven, que lo ama tanto como a nadie, lo mira con gusto y se deleita en contemplarlo, lamentándose en secreto porque no la mira tan de grado como ella, y no se lo oculta a su aya, a la que le dice:

—Señora, obré como muy loca al poner mi corazón en tan alto hombre como es Lanzarote, que no se digna ni en mirarme.

—No os preocupéis, doncella —le responde Brisane—, pues, por Dios, antes de que nos vayamos de aquí lo pondré bajo vuestro dominio, de tal forma que no habrá cosa que deseéis tener de él que no la obtengáis.

Empezó la fiesta, grande y entretenida, la víspera de Pentecostés, y fue más estimada por la doncella, a la que el rey y todos los demás tuvieron por tan hermosa que se esforzaban en servirla todos, los pobres y los ricos. Por encima de todos, le hacen honores los tres primos, Boores, Héctor y Lionel, y lo hacían por Lanzarote, pues sabían lo que había ocurrido entre él y la doncella, y no había nada que contemplaran con tanto gusto como a su primo, el niño que se llamaba Galaz.

El martes por la tarde, después de Pentecostés, la reina le dijo a Lanzarote que enviaría en su busca mediante una doncella y él le contestó que acudiría tan pronto como enviara por él, pues amaba mucho a su señora la reina. Brisane, que era muy astuta y que estaba pendiente de cómo engañar a Lanzarote, oyó estas palabras y se puso muy contenta; le dijo a su doncella que por la noche le llevaría a Lanzarote, que podía estar segura de ello. La joven le contestó que le agradecería mucho y que tendría un gran gozo, pues amaba a Lanzarote más que cualquier mujer a ningún hombre.

Aquella noche, cuando todos se habían acostado, Brisane, que temía que la reina

sorprendiera a Lanzarote antes que ella, se acercó a la cama de Lanzarote y le dijo:

—Señor, mi señora os espera; daos prisa en acompañarnos.

Éste, pensando que es la mensajera de la reina, le contesta:

—Señora, voy...

Salta en calzas y camisa y la dama lo toma por la mano y se lo lleva a la cama de la doncella, acostándolo a su lado. Disfruta como hacía con su señora la reina cuando dormía con ella, pues ciertamente pensaba que era su dama. Con tal alegría y deleite se quedaron dormidos los dos, él a un lado y ella al otro; los dos se tienen por dichosos; él, porque piensa estar con su dama, y ella, porque está con la cosa del mundo que más le agradaba. Mientras tanto, la reina está en su cama esperando que llegue Lanzarote; después de haberlo esperado durante un buen rato, al ver que tarda tanto, se pregunta sorprendida qué puede ser, pues nunca le ordenó nada que no lo hiciera de inmediato. Llama a su prima, la que había estado prisionera en Gaunes tanto tiempo, y en la que confiaba tanto que le había contado su relación con Lanzarote, y le pide que vaya a su cama y lo traiga; le contesta que lo hará con mucho gusto.

La doncella va directamente adonde Lanzarote se acostaba y toca toda la cama, pero no encuentra nada; vuelve a tocar por arriba y por abajo, pero es en vano, pues no estaba. Después de buscarlo, regresa a su dama y le dice que no lo encuentra. Al oírlo, la reina no sabe qué pensar, más que se ha ido de la habitación; espera aún un rato y después vuelve a enviar a la doncella, que no lo encuentra más que la primera vez; vuelve a contárselo a su señora, que lo siente más que nada. La habitación en la que dormía la reina era grande y ancha, de forma que la hija del rey Pelés y sus doncellas tenían una parte y la reina y su prima estaban en la otra mitad; y había mandado que se retiraran las doncellas de su alrededor aquella noche, para que no se dieran cuenta de la visita de Lanzarote.

Pasada la medianoche Lanzarote empezó a lamentarse entre sueños, tal como ocurre muchas veces, que la gente se queja. La reina reconoció a Lanzarote tan pronto como oyó los lamentos y se dio cuenta de que estaba acostado con la hija del rey Pelés; sintió tal dolor que hizo algo por lo que después se arrepentiría mucho, pues Lanzarote no quería molestarla en nada. Lo sintió tanto que no hay nadie que os lo pueda contar: no pudo retenerse, se puso en pie y empezó a toser. Entonces se despertó Lanzarote y oyó a la reina lejos y la reconoció, a la vez que notaba a la otra a su lado: de inmediato se dio cuenta de que había sido engañado. Se viste la camisa y pretende marcharse, pero la reina, que se había adelantado para cogerlos juntos, lo sujeta por el puño, reconociendo la mano que muchas veces había visto, y pensando que va a perder el juicio, le dice:

—Ay, ladrón, traidor desleal, que en mi habitación y delante de mí habéis cometido vuestra felonía, huid de aquí y no volváis jamás a ningún sitio donde yo esté.

Cuando Lanzarote oyó esta orden, no quiso decir una sola palabra más, y se

marchó tal como estaba, sin vestirse. Baja al patio y se dirige al jardín, entra en él y emprende el camino hasta que llega a la muralla de la ciudad: sale por un postigo. Cuando ya estaba fuera de Camelot, al acordarse de su dama y de las grandes alegrías que había tenido con ella muchas veces, y al pensar que ahora tendrá que sufrir y soportar las desgracias, los pesares y los esfuerzos sin ella, se entristece y empieza a dolerse, a arrancarse los cabellos, que eran tan hermosos, y a arañarse el rostro de forma que la sangre le sale por todas partes. Se lamenta y maldice a la Fortuna, que ha sido tan cruel y traidora, pues hasta entonces había sido el hombre más bienaventurado del mundo y ahora se encuentra en tal situación que el resto de su vida tendrá que dedicarlo a llorar y a verter lágrimas y a vivir en la desgracia. Esto le mete el dolor en el corazón y preferiría haber muerto, sin importarle con qué clase de muerte.

De esta manera se lamenta Lanzarote y se atormenta hasta que llega el día. Cuando ve que viene el día y que tiene que irse, lo siente tanto que no sabe qué hacer, y dice:

—Ay, Camelot, buena y hermosa ciudad, bien provista de caballeros, bienaventurada por la belleza de las damas, en ti empecé a vivir.

Esto lo decía porque pensaba que había vivido gracias a su señora.

—También he tomado en ti el comienzo de la muerte y sin lugar a dudas he caído en la enfermedad por la que moriré.

Entra en el bosque gritando:

—Muerte, Muerte, apresúrate en venir a mí, pues ya me he cansado de vivir.

Cabalgó por el bosque durante tres días de esta forma, sin beber ni comer, por los lugares más apartados que conocía, como quien no quería ser reconocido por nadie que le encontrara. Durante seis días estuvo Lanzarote así, haciendo tal duelo que resultaba extraordinario cómo podía vivir; en ese tiempo, como no encontraba consuelo, no comió ni bebió: perdió el sentido de tal forma que no sabía lo que hacía y no había nadie, ni hombre ni mujer, con quien no se peleara en cuanto lo encontraba; causó graves daños a muchas gentes en ese tiempo, pues maltrataba a las damas y a las doncellas que veía antes de separarse de ellas: sorprende que por eso no fuera matado en alguna ocasión.

Pero la historia deja ahora de hablar de él y vuelve al rey Arturo y a los que están con él.

CLXXVII

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote se marchó de la habitación en la que había sido sorprendido, la hija del rey Pelés se dio cuenta de que se había marchado con dolor y a punto de perderse, si Dios no se ocupaba de él; y le dijo a la reina:

–Señora, habéis obrado mal expulsando de la corte al hombre más valiente del mundo. Aún os arrepentiréis.

–Doncella, por vuestra culpa ha sido, y sabed que si tengo ocasión, os lo recompensaré con tal recompensa como nunca se dio una tan extraordinaria. En mala hora fuisteis tan hermosa, pues vuestra belleza la pagarán cara muchos hombres y el mismo Lanzarote, lo que es una gran pena. Podéis decir que por ello sufrirá y tendrá tristezas esta corte que había estado tan alegre y contenta este Pentecostés; tan pronto como no encuentren al que acaba de marcharse, empezarán a buscarlo y emprenderán la mayor búsqueda de cuantas han existido.

La doncella no sabe qué contestar a esto, pues piensa que la reina tiene razón; se sienta en la cama, se viste y se arregla y llora amargamente y la reina hace lo mismo, arrepintiéndose de lo que ha hecho y pensando que no volverá a verlo en mucho tiempo, por lo que sufre y se entristece, pues lo quería por encima de todos los hombres.

Por la mañana, cuando amaneció, la doncella se levantó y despertó a su mesnada, diciendo que dispusieran los arneses, pues se irían de inmediato, tan pronto como se despidiera del rey; le contestaron que todo estaba dispuesto. Va al rey, lo saluda y le pide licencia, pues quiere regresar a su país. El rey le ruega que se quede todavía, pero ella no acepta. Al ver que no va a seguir allí, monta con un gran séquito de caballeros y la acompaña hasta el bosque de Camelot, la encomienda a Dios y regresa. La doncella llama entonces a Boores y le dice que quiere hablar con él a solas. Se retira lejos de los demás y la joven le cuenta lo que le había ocurrido a ella y a Lanzarote y cómo la reina los sorprendió juntos, cómo lo despidió y cómo se marchó en calzas y en camisa sin más vestidura, y descalzo, «y os aseguro que si no vais a buscarlo pronto, y no recibe consuelo por vos o por algún otro, dado que ama a la reina por encima de todas las mujeres, pronto enfermará y no podrá ser fácilmente curado; será una gran pena, pues es buen caballero».

Cuando Boores oye esta noticia, no se siente a gusto, pues quería demasiado a Lanzarote, y le contesta:

–Doncella, ya que os tenéis que ir, os encomiendo a Dios. Sabed que ahora mismo emprenderé la búsqueda de mi señor y seguiré en ella de tal forma que no cejaré hasta que tenga noticias ciertas de él.

Entonces se separan y la doncella se va a su tierra, doliente y apesadumbrada por la

aventura que le había ocurrido. Boores, que ha regresado a Camalot, va a la reina y le dice:

—Señora, ¿por qué nos habéis traicionado, expulsando de forma tan villana de la corte a mi señor Lanzarote, que era el hombre más valioso del mundo y el que más os amaba? Ciertamente, por ello habrá mucho daño y será mucho peor de lo que pensáis, pues a partir de ahora veréis cómo empieza una búsqueda que no terminará en toda vuestra vida, y en la que morirán muchos hombres valientes sin haberlo merecido: bien podéis decir que vuestro linaje ha sido humillado por vos y que jamás será tan profundamente vilipendiado.

La reina, que está tan triste que piensa que nunca volverá a estar contenta, le responde:

—Boores, he afrentado al hombre más valiente del mundo y lo siento tanto que preferiría haberme hundido en un abismo; por Dios, os ruego que tengáis compasión y lo mismo haría yo con él si estuviera aquí; no hay nadie en el mundo, y quiero que lo sepáis, al que ame tanto como a él; por eso lo sentí tanto al encontrarlo con la doncella, que perdí el sentido y no sabía lo que hacía.

—Señora, no tiene solución; no creo que esté lejos; por eso iré por mis armas y lo buscaré por todas partes, por si Dios me concede que lo encuentre.

—¿Quién irá con vos?

—Héctor de Mares y Lionel, mi hermano.

—Que Dios os guíe a un lugar donde lo encontréis, pues no volveré a estar a gusto hasta que sea hallado.

Boores se dirige a Héctor y a Lionel y les dice que tomen las armas, «y venid conmigo hasta el bosque, al que tenéis que venir».

Al oír estas palabras, le preguntan si los necesita.

—Os lo diré cuando estemos fuera de aquí, pero haced lo que os he dicho.

Van a sus alojamientos, se arman, montan y salen sin escuderos ni servidores. A la entrada del bosque, les dice Boores:

—Buenos señores, ¿sabéis por qué os he traído aquí?

—No.

Les cuenta entonces toda la aventura de Lanzarote y cómo la reina lo había sorprendido con la hija del rey Pelés, por lo que él sintió tal vergüenza que se marchó en calzas y camisa.

—Temo que vaya a algún sitio del que no pueda regresar en mucho tiempo. Por eso he hecho que os armarais y vinierais aquí, para buscarlo antes de que se haya alejado.

Lo sienten tanto que apenas se podría contar, pues temen las desgracias que pueden llegarle. Dicen que es mala aventura y que deben odiar mucho la hora en que Lanzarote empezó a tratar a la reina.

—Por mi fe —dice Lionel—, bien sé que aunque ella lo despida con malas formas, él

la ama tanto que bien temo que se mate y no sé qué decir en esto, más que nos esforcemos en buscarlo lo más deprisa posible.

Están de acuerdo con él y Boores añade:

—Buenos señores, no sé qué puede ocurrir en esta búsqueda, si lo encontraremos o no, os pido que regresemos aquí el día de san Juan, y que nos veamos en el castillo de Marán, que está cerca de aquí, al final del bosque. Entonces nos diremos lo que hayamos encontrado.

Así lo acuerdan; se separan y van cada uno por un sitio, buscando a Lanzarote por castillos, ciudades, regiones y ermitas, revolviendo todos los lugares en los que creen que puede estar el caballero, pero no llegan a ningún sitio donde lo encuentren, y todos les dicen que no saben nada. A muchos les pesó esta aventura.

De esta forma fueron cabalgando los tres primos hasta el día de san Juan, sin volver a verse antes; ese día se encontraron ante el palacio principal, se saludaron y se preguntaron cómo les había ido. Ninguno había obtenido noticias de lo que iban buscando; lo sintieron y se afligieron, pues temían que hubiera muerto o que hubiera caído enfermo. Mientras que hablaban así y pensaban qué hacer, vieron pasar delante de ellos a un caballero y una doncella con un escudero, que atravesaban el castillo siguiendo el camino. Boores se dirige al caballero y le pregunta que a dónde va.

—Señor, me gustaría estar en la corte del rey Arturo, ante quien debo presentarme tan pronto como sea posible.

—Señor caballero, ya que vais a la corte del rey Arturo, llevad un mensaje, que no os costará nada. ¿Sabéis lo que le vais a decir al rey? Que os encontrasteis a Héctor, a Boores y a Lionel en el castillo de Marán; decidle que yo y mis compañeros le hacemos saber que Lanzarote del Lago está perdido y que hemos emprendido una búsqueda por él, pues tenemos gran miedo, ya que no hemos podido obtener noticias suyas, ni buenas ni malas; que por eso le rogamos que haga que lo busquen por toda su tierra otros muchos caballeros, y que lo haga lo antes posible, por si pueden encontrarlo; si os pregunta quién os ha dicho esto, contestadle que Boores de Gaunes. Estos dos compañeros míos se llaman Héctor y Lionel.

El caballero le contesta que llevará el mensaje. Luego, se marchan y Boores le pregunta al separarse de él cómo se llama; le contesta que lo llamaban Mellic de la Colina.

Se va y cabalga hasta que llega a la corte del rey Arturo, en la que no encontró mucha gente, pues el rey y los otros nobles estaban tristes por los tres primos que habían desaparecido y no sabían nada de ellos. Cuando Mellic se presentó al rey, le dijo lo que Boores le había encargado junto con sus compañeros. El rey se entristeció y se afligió y le contesta que era una lástima, y muy grande.

Mi señor Galván, al que le pesaba más que a nadie de la Mesa Redonda, pide sus armas y dice que Dios no le vuelva a ayudar si sigue en la corte antes de encontrar a los

tres caballeros que están buscando a Lanzarote. Mi señor Yvaín dice que lo acompañará y lo mismo hacen Saigremor el Desmesurado, Aglován, Gueheriet, Guerrehet y Mordret y muchos otros, hasta treinta y dos. Se pusieron en marcha armados y se fueron de la corte, cabalgando por todas partes, hasta que encontraron a los tres primos que iban en busca de Lanzarote. Recomenzó entonces la búsqueda, que no cesó en todo el año y que duró ése y el año siguiente; unos permanecieron más que otros en ella, pero como no encontraron a Lanzarote, la historia no dice nada de las aventuras que ocurrieron en todo el año, más que de las de Aglován, que cabalgó durante dos años enteros sin encontrar a nadie que le diera noticias de Lanzarote.

Al final, después de cabalgar tanto, la aventura llevó a Aglován a casa de su madre, la buena dama que era de gran linaje, pero que por pena por su señor que había muerto, y por sus hijos, que eran caballeros valientes, que habían sido muertos, estaba tan desconsolada que vivía en gran pobreza. Al ver a Aglován, lo reconoció y sintió una gran alegría, pues hacía cinco años que no lo había visto y pensaba que hubiera muerto. Al reconocerlo, lloró bastante por la alegría que tenía.

Aglován descabalgó y de inmediato llegó un muchacho a él, hermoso, joven, sencillo y bien proporcionado en todos los miembros; no tenía más de quince años.

—Buen hijo —le pregunta la madre—, ¿conocéis a este niño?

—Señora, no.

—Es Perceval, vuestro hermano, el más joven de todos mis hijos.

Al oír estas palabras, Aglován corre a besarlo, pues parece hombre que debe cumplir grandes acciones, si Dios le concede tanta virtud como belleza; le muestra tan gran alegría como puede, a la vez que le dice a su madre:

—Señora, me llevaré a este niño conmigo a la corte del rey Arturo y allí recibirá la orden de caballería de manos del mismo rey.

—Buen hijo, ¿qué dices? No quiera Dios que sea caballero, pues no podría tener más honor en la caballería que mis otros hijos, que murieron con dolor y por lanza. Y ya que los otros han muerto, guardaré al que me queda, y si Dios quiere, no lo perderé por ningún dolor que me sobrevenga. Buen hijo, ¿no sabéis que yo he tenido seis hijos, que eran hermosa mesnada, y Nuestro Señor Dios me ha tratado de tal forma que sólo me quedáis vos, de quien pensaba que ya no os tenía?

—Señora, ¿y qué puedo hacer?

—Quiero que se quede conmigo mientras yo viva, pues lo amo con tan gran amor que moriría al punto si se separara de mí, porque ya no tengo consuelo de todas mis pérdidas y de todas mis desgracias.

Aglován se calla y empieza a hablar de otras cosas.

Cuando llegó la hora de comer, comieron abundantemente, pero no hay nada que le agrade tanto a Aglován como la belleza de su hermano y se dice a sí mismo que sería gran lástima que un niño tan hermoso pasara su juventud junto a su madre, pues no

puede ser que siendo caballero a la edad que tiene, no logre grandes alegrías, si Dios se ocupa de él, pues pertenece por todos los lados a familia de buenos caballeros; si pasa la edad de la juventud y llega a los treinta años sin haberse acostumbrado a la caballería, no conseguirá grandes cosas con las armas, y será pena si no es caballero.

Mientras estuvieron en la mesa, no dejó de pensar en esto. Luego, Aglován fue a distraerse a un jardín que había detrás de la casa de su madre. Su madre le envió a Perceval para que lo acompañara y el muchacho, al que le agradaba y deseaba la compañía de su hermano más que la de su madre, encontró a Aglován echado bajo un manzano; lo saluda afable y se sienta a su lado. Aglován lo recibe con dulzura y empieza a preguntarle si irá con él a la corte para ser caballero.

—No deseo nada tanto como ser caballero, si Nuestro Señor quiere; si pensara que me llevaríais a la corte del rey Arturo y que haríais que me nombraran caballero, me marcharía con vos en cuanto os fuerais.

—Buen hermano, si tanto deseáis ser caballero, me parece bien y os prometo lealmente que os llevaré tan pronto como me marche de aquí, y será enseguida, pues de ninguna forma me quedaré mucho más tiempo en esta tierra. Pero no quiero que habléis del asunto, pues si mi señora se entera, hará que os custodien tan de cerca que no os podréis marchar.

El niño le contesta que no se lo dirá a nadie, ni a hombre, ni a mujer.

Aglován permaneció allí cuatro días, y fue muy bien servido y muy agasajado por su dama y por todos los del lugar. El quinto día, le preguntó su hermano Perceval:

—¿Qué vais a hacer?

—No me voy a quedar más tiempo, sino que me iré mañana por la mañana. ¿Os quedaréis u os vendréis conmigo?

—Señor, os prometí que me iría con vos y cumpliré siguiéndoos en cuanto os pongáis en marcha.

—Entonces será necesario que lo hagamos de tal forma que mi señora no se dé cuenta, ni los demás que están aquí, pues si se da cuenta, hará que os custodien de tan cerca que no podréis escaparos.

—No os preocupéis; me ocuparé de eso y os diré cómo: cuando vos estéis armado y montado, pediré a mi señora que me dé permiso para acompañaros y ella lo hará con mucho gusto; yo me pondré en marcha de inmediato y me iré con vos de tal forma que no regresaré hasta haber sido armado caballero.

Aglován le responde que así lo podrán hacer bien y sin demasiadas dificultades.

Aquella noche, Aglován le dijo a su madre:

—Señora, ya he estado mucho tiempo aquí, más por amor y por piedad hacia vos que por otra cosa, pues me era más necesario cabalgar que quedarme: por eso os ruego que me deis licencia de tal forma que me pueda ir mañana y que pueda emprender el camino, pues ya me tarda mucho llegar a la corte de mi señor el rey Arturo, donde hace

más de dos años que no estoy.

Cuando la madre ve que desea marcharse y que no se va a quedar más tiempo, le da permiso, llorando por la noticia.

La mañana siguiente, tan pronto como amaneció el día hermoso y claro, se levantó Perceval, que estaba muy agitado por esto; preparó las armas de su hermano y se las llevaron. Cuando éste estuvo dispuesto y armado, encomendó a su madre a Dios, montó y se alejó de la casa. Ya estaba fuera de la salida cuando Perceval se dirigió a su madre y le dijo:

—Señora, dadme licencia para que acompañe a mi hermano hasta la entrada del bosquecillo que hay ahí. Me gustaría hacerlo, pues no sé si volveré a verlo.

—Buen hijo, id; os encomiendo a Dios y procurad no tardar; llevaos un escudero que os acompañe. Procurad regresar pronto, no tanto por vos como para tranquilizarme, pues tened por seguro que no estaré contenta hasta que os vuelva a ver.

Perceval, que no tiene intención de regresar tan pronto como ella piensa, y que quiere marcharse con su hermano a la corte del rey Arturo para ser caballero, que es lo que más desea, no quiere que vaya nadie con él, y la madre le insiste en que sí y hace que un escudero se prepare, que monte y le ordena que vuelva con su hijo y éste le contesta que así lo hará, si Dios quiere.

Perceval deja a su madre y se marcha con el escudero; cabalgan los dos hasta que alcanzan a Aglován a la entrada del bosquecillo. Aglován había ido despacio esperando a su hermano, pues estaba seguro de que le seguiría tan pronto como obtuviera la autorización de su madre. Cuando lo vio venir, se puso muy contento; entran en el bosque y se van hablando juntos de muchas cosas, hasta que el día estuvo bien entrado. El escudero se enfadó y le dijo a Perceval:

—Señor, regresemos. ¿No sabéis lo que os dijo vuestra madre? Temo que esté a disgusto, pues no nos dará tiempo de regresar hoy, según veo.

—Buen amigo, también lo veo yo, pero aguántate un poco y sigamos adelante, pues ya regresaré.

Luego, se calla el escudero y los dos hermanos cabalgan hasta la hora de nona, y después de que pasara, casi hasta la hora de vísperas. Entonces el escudero volvió a insistir a Perceval:

—Señor, os habéis olvidado, según me parece: os habéis alejado tanto que no podréis regresar de día a la casa.

—¿Cómo? Buen amigo —le dice Perceval riendo—, ¿crees que me he alejado de mi madre para regresar tan pronto? Ten por seguro que no volveré antes de ser caballero novel y de haber estado en la corte del rey Arturo, que me armará caballero, si Dios quiere, antes de que yo vuelva a ver a mi madre. Por eso quiero que regreses a nuestra casa y le digas a mi señora madre que no tema por mí, pues voy a la corte del rey Arturo con mi hermano; dile el motivo por el que voy y que esté segura de que en cuanto tenga

tiempo y ocasión volveré a verla como quien mucho la ama y debe hacerlo, pues me ha criado con gran dulzura.

Cuando el escudero oye estas palabras, siente un profundo pesar; empieza a llorar con amargura y dice:

—Señor, por Dios, ¿qué decís? No lo hagáis.

—Sí lo haré, tenlo por seguro.

—Señor, ya que es así, dejadme ir con vos y serviros como caballero lo mismo que lo hice cuando erais doncel; bien debéis hacerlo, según me parece, y por eso os ruego que me permitáis ir con vos y que me dejéis serviros como caballero igual que lo hice cuando erais niño.

—Lo acepto, pero antes tienes que ir a casa de mi madre a decirle que me voy con mi hermano a la corte del rey Arturo para ser caballero novel. Después de que hayas llevado el mensaje, regresa a la corte del rey: si de aquí hasta allí no puedes alcanzarnos, nos encontrarás en la corte.

El criado se lo agradece y le dice que cumplirá con el mensaje; se marcha de inmediato y llega a la hora de vísperas a la casa de su señora. Descabalgó y le contó las noticias que sabía a la madre, que amaba a Perceval tanto como una madre puede amar a su hijo y que empezó entonces a llorar de dolor por él, pidió a su capellán que la confesara, recibió el *Corpus Domini* y abandonó este mundo por la noche.

El día siguiente, después de ser enterrada, el escudero se marchó y cabalgó hasta que llegó a casa de un caballero que odiaba a Aglován por encima de todos los hombres, de forma que tan pronto como el escudero dijo que era de Aglován, el caballero ordenó que lo mataran y lo arrojaran a un foso.

Aglován estuvo durante dos días en una abadía, pues se encontraba un poco débil; se marchó de allí tan pronto como pudo. Pasó por delante de la casa del caballero el día que el escudero había sido matado, lo encontró en el foso y lo reconoció bien. Mientras lo miraba, salieron un criado y una doncella; les pregunta si saben quién le había dado muerte al escudero y le contestan:

—El señor de aquí, porque dijo que era de Aglován.

Al oír esto, se ata el yelmo y le dice a Perceval, que estaba llorando por el criado, que le espere; éste le contesta que así lo hará. Entra y encuentra al caballero esperándole, pues lo había visto venir de lejos, y Aglován le ataca con odio mortal y preguntándole por qué había matado a su servidor.

—¿Cómo? ¿Eres tu Aglován, el que mató a mi hermano?

—Sea lo que sea de tu hermano, yo soy Aglován y te desafío.

Desmonta del caballo y le ataca con la espada desenvainada y el caballero hace lo mismo; el combate dura hasta que el señor del lugar no puede resistir más y va retrocediendo por todas partes. Aglován, que lo odiaba mortalmente, le golpea de tal forma que ni el yelmo ni la cofia de hierro pueden impedir que sienta la espada en el

cerebro y que caiga muerto. Cuando los de allí ven a su señor muerto, se dan a la fuga por todas partes, con gran miedo de que Aglován los mate. Éste coge al señor, lo arrastra fuera y lo arroja al foso lleno de agua y después reemprende el camino. Perceval había tomado al criado muerto y lo había colocado en el caballo, delante de él.

Se marchan de allí, llevándose al criado muerto hasta la primera abadía que encuentran, donde hacen que lo entierren. Luego, reemprenden el camino y cabalgan hasta que llegan pasados los días a Carduel, en Gales, donde el rey tenía la corte el día de Todos los Santos. Los compañeros de la búsqueda habían regresado pesarosos y tristes, salvo los tres primos, sin encontrar nada. Cuando el rey los vio, los recibió con gran fiesta, diciéndoles que debían tomar alojamiento, pues hacía dos años que no habían estado en la corte.

Mira y ve a los treinta y cinco compañeros que se habían ido. Contaron al regresar las aventuras que les habían ocurrido, pero ninguno había tenido noticias de Lanzarote, por lo que el rey y todos los demás sintieron un gran pesar; pero fue a la reina a quien más le pesó, pues sabía que todo este daño había sido por su culpa. Lo siente tanto que no sabe qué hacer, y no hay nadie a quien se atreva a decírselo, por lo que piensa que va a morir del dolor que tiene. Al día siguiente a que Aglován llegara a la corte, el rey miró en el salón y vio a Perceval, que estaba sirviendo las mesas. Pregunta quién es y se lo dicen, y exclama que Dios lo mejore, pues es muy hermoso. Después de comer, Aglován se presenta al rey y le dice:

—Señor, el muchacho por el que habéis preguntado es mi hermano; os lo he traído para que lo hagáis caballero, pues pienso que será muy valiente.

—Ciertamente, habéis hablado muy bien y os lo agradezco; con gusto lo haré caballero cuando queráis.

—Señor —responde Perceval—, entonces os ruego que me arméis mañana.

—Con mucho gusto.

Perceval veló aquella noche en la iglesia mayor de Carduel y por la mañana el rey lo armó caballero. Llegada la hora de la comida, el rey se dirigió al salón, donde los compañeros estaban sentados en sus asientos, los de la Mesa Redonda a un lado y los demás a otro. Perceval se sentó en las mesas más bajas, donde estaban los caballeros menos famosos por sus hechos. Estaba muy pensativo y se le presentó una doncella de la reina, la más hábil artesana de la seda de cuantas se conocían en el mundo, pero que nunca hablaba, por lo que los de allí la llamaban la Doncella que Nunca Mintió y todos la conocían por ese nombre.

La doncella lo miró durante un buen rato y empezó a llorar. Entonces ocurrió algo extraordinario, que fue considerado milagro y debía serlo, pues la que nunca había hablado le dijo a Perceval:

—Perceval, servidor de Jesucristo, virgen y limpio, ven a sentarte arriba.

Lo lleva a un asiento de la Mesa Redonda, junto al Asiento Peligroso, y lo sienta

allí, a la derecha:

—En este asiento se sentará el Buen Caballero y tú estarás junto a él, a la derecha, pues te parecerás a él en la virginidad; a la izquierda se sentará Boores. Los caballeros de esta casa sabrán el significado de todo esto.

Perceval se sienta donde la doncella le ordena, y después ésta le dice:

—Acuérdate de mí cuando estés ante el Santo Grial y ruega por mí, pues moriré muy pronto.

A continuación la doncella se marcha y regresa a la habitación de la reina, donde se acuesta. No volvió a hablar más que cuatro días más tarde, que hizo que le llevaran el Corpus Domini, y todos pensaban que iba a morir. Cuando lo vio venir, dijo:

—Buen Señor Dios, gracias.

No dijo nada más. Murió después de recibir a su Salvador.

Todos los presentes tuvieron por extraordinario cómo había ocurrido y le hicieron grandes honras al cuerpo, como merecía una doncella de tan alto linaje, enterrándola en la iglesia mayor de Carduel. Después pusieron la aventura por escrito, para que la recordaran los que vinieran después de su muerte. Mantuvieron a Perceval con ellos y le mostraron grandes honores, diciendo que sería compañero de la Mesa Redonda y que serían grandes las aventuras que llevaría a cabo; hicieron que se quedara en la corte, quisiera o no, pues hubiera preferido ir en busca de Lanzarote tan pronto como oyó hablar de sus hazañas, y no quedarse allí dentro. Pero Aglován y los demás compañeros lo retuvieron de tal forma que la historia no dice que se pusiera en marcha en ese momento, sino que hubiera estado mucho tiempo en la corte de no ser por unas palabras que le dijeron y que os voy a contar.

Un día, a la entrada del invierno, el rey estaba en su castillo de Caradigais, sentado a la mesa; le servían caballeros de cuatro edades distintas: uno de alrededor de dieciocho años o un poco más; otro de treinta años; otro de alrededor de cuarenta años y el otro de más de ochenta años; entre los jóvenes estaba sentado Perceval, que tenía un rostro sencillo y parecía simple criatura. Keu el senescal, que lo había mirado durante mucho tiempo, se lo mostró a Mordret y le preguntó qué le parecía.

—Me parece caballero simple, que prefiere la paz a la guerra.

—Así me lo parece también y bien lo demuestra su escudo, que aún no ha recibido ningún golpe.

Estas palabras las oyó un loco de la corte y se las dijo a Perceval, riéndose de él y diciendo que no debía colocarse entre los caballeros.

—Loco —le pregunta Perceval—, dime cómo lo sabes.

—Dicen que en vuestro escudo nunca se dio ningún golpe.

Perceval siente gran vergüenza por eso y pregunta quiénes son los que han dicho tal cosa; el loco no sabe qué contestarle, más que son de la Mesa Redonda, y le señala a Keu y Mordret. Perceval cree que han dicho realmente estas palabras, se calla y decide

no seguir en la corte y emprender la búsqueda de Lanzarote, y que no volverá hasta que tenga auténticas noticias de si está muerto o vivo; le parece que será un gran honor si muere en la búsqueda de un hombre tan valiente como Lanzarote.

Perceval pensó en esto durante todo el día. Por la noche, cuando Aglován se acostó y todos los demás lo hicieron, Perceval se dirigió a un escudero suyo en el que confiaba mucho y le dijo:

—Prepárame las armas y mi caballo.

—Señor, seré afrentado y muerto si me quedo cuando os vayáis, pues vuestro hermano me mataría. Si os parece bien que vaya con vos, os las prepararé de inmediato.

—Ve ya, pues mucho me tarda.

El criado va a las armas y se las trae; Perceval se arma lo más rápidamente que puede y después monta a caballo, toma el escudo, el yelmo y la lanza y se marcha de allí con el escudero que va en un rocín tras él. Cuando ya han salido del castillo, emprenden el camino y cabalgan hasta que llegan a un bosque. Al cabo de diez leguas inglesas, encuentran una casa vieja y destruida, cuyos muros estaban por el suelo. Perceval le dice al escudero que tiene ganas de dormir.

—Señor, descansad y yo cuidaré los caballos.

—Átalos —le contesta Perceval— y duerme, pues tú también lo necesitas.

El criado le responde que no dormirá, pero Perceval le ruega tanto que al fin ata los caballos y se queda dormido. Entonces Perceval piensa que nunca lo podrá dejar mejor, pues no quiere ninguna compañía, ya que todo lo que haga a partir de ese momento, sea para alabanza o para censura, quiere hacerlo tan en secreto que nadie lo sepa, pues está dispuesto a hacer cosas que le consigan fama y renombre; se dirige a su caballo, monta y deja al criado durmiendo. Cabalga hasta salir del bosque.

Por la mañana empezó a llover y a hacer mal tiempo, pues se había cubierto. Perceval cabalga hasta la hora de prima. Mira delante y ve un castillo construido sobre un río negro y profundo; era el castillo llamado Galantón. Se dirige hacia allí, pues tal era su camino. Al llegar al puente, ve a un caballero sin yelmo ni escudo ni lanza, que estaba sujeto por el vientre con una cadena de hierro gruesa y fuerte, y la cadena estaba sujeta a un poyo. Cuando el encadenado ve venir a Perceval hacia el castillo, le dice:

—Caballero, si eres de la corte del rey Arturo y caballero andante, ven a ayudarme para sacarme de aquí; debes hacerlo porque yo también soy caballero como tú.

Al ver al caballero, Perceval se dirige hacia allá y le dice que no se preocupe; le pregunta cómo puede ayudarlo.

—Si tenéis una espada tan buena que pueda partir esta cadena, quedaré libre; de otra forma no podrá ser.

Perceval le responde que no quedará por falta de espada, aunque tuviera que partirla. Hace que se acerque el caballo al poyo y el caballero le pregunta cómo quiere hacerlo.

—Voy a partir la cadena al ras de vuestra cota de mallas; si lo hiciera de otra forma, permaneceríais encadenado.

Se echa el caballero en el poyo, Perceval desenvaina la espada y golpea en la cadena un tajo tan grande que la parte completamente y rompe también la cota del caballero; lo alcanza tan de cerca que poco faltó para que lo hiriera; la espada era tan buena y bien cortante que partió los dos dobleces de la cota de malla y la cadena y le dio al canto del poyo, cortándolo del mismo modo que un trozo de tierra. Cuando el caballero ve este tajo, se santigua y dice:

—Señor, en vuestros golpes no parecéis hombre, sino diablo; pero creo que se os ha mellado la espada.

La levanta, pensando que tiene razón, la mira y la encuentra perfectamente entera; esto le agrada mucho, pues a partir de ahora estima más que antes su espada.

En esto ve salir del castillo a un caballero armado con todas las armas, que le grita que en mala hora liberó al caballero, pues morirá por ello. Al verlo venir, Perceval toma la lanza y pica hacia él, alcanzándolo a la entrada del puente y golpeándolo de tal forma que a través del escudo y de la cota le mete la lanza en el hombro izquierdo y lo derriba al agua boca arriba; sin lugar a dudas se hubiera ahogado, pero se sujetó a una barca que había en el río. Perceval toma el caballo y se lo da al caballero que había puesto en libertad, diciéndole que monte y que lo llevará a salvo si puede. Así lo hace y no regresan hacia el castillo, sino que se dirigen al otro lado.

Entonces Perceval le pregunta cómo fue encadenado y el caballero le contesta:

—Señor, anteaer, yo, que soy caballero andante de la casa del rey Arturo, iba buscando aventuras y la fortuna me trajo a este castillo. Me albergué y la dama me vio tan hermoso a su parecer que me requirió de amores y yo le dije que no haría nada si no se venía conmigo. Así me lo prometió y nos fuimos juntos tan pronto como abrieron la puerta; nos marchamos de allí para ir al reino de Logres, pero los del castillo nos apresaron y nos hicieron volver, dejando encarcelada a la dama y poniéndome a mí en tal situación como me habéis visto y oído, y me dijeron que nunca volvería a comer, sino que moriría de hambre. Sin lugar a dudas hubiera muerto si Dios no os hubiera traído hacia acá para ayudarme. Ya os he dicho cómo fui encadenado.

—Os ruego que me digáis vuestro nombre.

El caballero le contesta que se llama Patridés, que es sobrino del rey Bandemagus. Perceval le responde que conoce bien al rey Bandemagus.

—Señor —le pregunta Patridés—, ¿sois de la casa del rey Arturo?

Le contesta que sí y que es compañero de la Mesa Redonda, contándole después cómo fue todo.

—¿Y cómo os llamáis?

Le contesta que se llama Perceval, hermano de Aglován.

—¿Por qué os marchasteis de la corte de cara al invierno?

Le responde que Keu y Mordret hicieron que se marchara por unas palabras que habían dicho sobre él, y le explica cuáles fueron.

Cabalaron juntos hasta llegar a casa de un caballero; cuando ya estaban cerca, Patridés le dijo a Perceval:

—Señor, descabalgad, pues aquí seréis bien alojado por amor a mí y porque os lo merecís.

Perceval le contesta que no desmontará.

—Señor, hacedlo, pues no habéis comido hoy en todo el día y ya es hora para quien no ha comido.

Se lo ruega tanto que al final descabalga; cuando los de dentro vieron a Patridés, le mostraron una alegría muy grande y honran a Perceval por su amor. Después de cenar, Perceval le pregunta a Patridés si pensaba marcharse.

—Sí, a la corte del rey Arturo.

—Entonces, os ruego que me saludéis a mi hermano Aglován y le digáis que no me busque, pues me he ido de la corte tras noticias de Lanzarote.

Patridés le responde que llevará el mensaje.

Luego se marchó Patridés y emprendió su camino y Perceval tomó otro. Patridés cabalgó hasta llegar a la corte del rey Arturo, lo saludó de parte de Perceval y dijo lo que le había visto hacer, y por qué se había marchado de la corte. Cuando el rey supo que lo había hecho por esa razón, se enfadó con Keu y con Mordret.

—¿Sabéis cómo habéis perjudicado a esta casa? Tened por seguro que le habéis quitado el mejor caballero, exceptuando a Galván. Si llega a la edad de hombre, logrará mayores cosas de las que os pensáis: por eso me pesa que se haya ido antes de ser más duro y más fuerte, pues ahora tendrá que sufrir mayores esfuerzos y trabajos de los que pertenecen a su edad.

Mucho habla el rey a Keu y a Mordret y les censura lo que habían dicho de Perceval.

Mientras, éste cabalga durante muchos días en busca de aventuras y probándose; tuvo la suerte de no encontrar ningún caballero que le venciera.

Estaba acostumbrado a oír misa y maitines y todas las horas del día, y se mantenía casto, confesándose todas las semanas y llevando esa vida siempre, de forma que pasó un año entero cabalgando y realizando las hazañas más hermosas del mundo, siendo grande su fama y más aún en la corte del rey Arturo que en otro sitio, pues allí llegaban las noticias de los hombres valientes.

Después de cabalgar de esa forma, un día se encontró con Héctor a la salida de un bosque, en tal estado que sus armas valían poco, pues el escudo estaba destrozado, y sólo se veían en él golpes, y la cota de mallas estaba rota, el yelmo partido y deshecho; y no debía extrañar, pues había cabalgado durante dos años sin descansar apenas; iba

pensando en que no veía nada que le consolara, pues no lograba tener noticias de su hermano y señor, por lo que estaba pesaroso y pensaba no volver a tener nunca alegría. Cuando se acercaron, no se conocieron, pues nunca se habían visto; embrazan los escudos y se disponen a combatir. Llevaban buenas lanzas y fuertes, y se golpean con la rapidez de los caballos, de tal forma que los escudos y las cotas no les protegen y sienten las puntas de las lanzas en las carnes desnudas, pero no se hacen ninguna herida de la que no puedan sanar rápidamente. Héctor, que combatía mejor que ningún otro caballero, derriba a Perceval por encima de la grupa del caballo, sigue de largo, descabalga y ata su caballo a un árbol. Mientras tanto, Perceval se había levantado dolorido por el choque, pues desde que había sido armado caballero no había encontrado a nadie que lograra hacerle vaciar la silla; desenvaina la espada, abraza el escudo y se dispone a mostrar el mayor valor posible, pues sabe que no es un muchacho el caballero con el que se ha encontrado; le ataca con la espada desenvainada. Héctor, que no era aprendiz en este oficio y que estaba acostumbrado desde la infancia, le da en el yelmo un tajo tan grande como puede con su brazo. Perceval sabía golpear bien con la espada y no estaba tan fatigado como Héctor: alza la hoja y le da cuatro golpes que hacen que Héctor se tenga por bien alcanzado cuando los recibe.

Empieza entonces un choque grande y peligroso, que no había nadie que los viera sin tenerlos por muy valientes; los dos se asombran del valor que encuentran en el compañero, pues Héctor no pensaba que hubiera tanto en Perceval y Perceval no creía que pudiera encontrar un caballero como le parece Héctor: por eso los dos sienten miedo de perder la cabeza; a pesar de todo, se defienden y se cubren con los escudos, pues saben que las espadas cortan bien, y mantienen la agilidad y la decisión frente al otro, que resulta admirable; resisten con dolor grandes heridas extraordinarias que se hacen con frecuencia y a menudo como caballeros valerosos; se destrozan los escudos y los yelmos con los golpes de las espadas y hacen que la sangre vuele por todas partes. Dura tanto la batalla, que los dos tienen diez heridas tales en el cuerpo que por la menor de ellas cualquier otro pensaría morir; bien se ve por dónde han ido, pues todo el suelo está cubierto o de trozos de escudo, o de mallas de la cota, o de sangre que cae del cuerpo, y si no tuvieran tanta fuerza, haría rato que hubieran muerto por el esfuerzo que han soportado. Pero el deseo que tienen de vengarse porque se ven heridos de muerte, los empuja a sufrir más de lo que deberían; a pesar de todo, han durado tanto y se han esforzado tanto que sus golpes valen poco, pues cuando piensan golpear mejor, les caen las espadas de las manos y vuelven al suelo muchas veces, y por eso siguen en pie, y no se atreven a decir una palabra por nada que ven que le ocurre al compañero; combaten con tal fuerza que tienen que descansar y retirarse por separado para tomar aliento y fuerzas, que todavía siguen deseando combatir.

Después de descansar un buen rato, Perceval le dice a Héctor:

—Señor caballero, ¿quién sois? Me gustaría saberlo, pues nunca encontré hombre

tan valiente como vos y a nadie a quien temiera tanto, pues me habéis llevado adonde ningún otro caballero me llevó.

—Señor, lo mismo habéis hecho conmigo, pues me habéis atacado tan de cerca que no puedo escapar sin morir, por lo que bien puedo decir que sois el mejor caballero que he encontrado desde hace tres años: os podréis vanagloriar de ello cuando me hayáis dado muerte, diciendo que habéis matado a Héctor de Mares, compañero de la Mesa Redonda y hermano de Lanzarote del Lago.

—Señor, ya que sois compañero de la Mesa Redonda, os pido piedad, pues os he causado graves daños: también soy yo compañero y por eso no debería enfrentarme con vos de ningún modo; por ese daño os pido piedad, pues si hubiera pensado que erais de ese lugar, no habría combatido contra vos por nada que ocurriera.

—¿Cómo? ¿Sois compañero de la Mesa Redonda?

—Señor, sí.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Perceval de Gales.

—Dios, qué desgracia la nuestra si me hubierais matado por tal infortunio.

—Señor, si os quejáis de mí, también me puedo quejar de vos, pues me habéis matado y bien sabréis por qué.

De esta forma se queja el uno del otro y sienten compasión por ellos mismos, pues se sienten de tal forma por las heridas y la sangre que han perdido, que creen que no llegarán a ver la noche. Héctor se quita el yelmo de la cabeza, tal como estaba, arroja el escudo al suelo y se acuesta encima del escudo y dice llorando:

—Mi señor Lanzarote, buen hermano, nunca me volveréis a ver; hoy terminará la compañía vuestra y mía. Grande fue el pecado de mi señora la reina cuando os expulsó de la corte, pues por buscaros morirán muchos hombres valientes y yo mismo voy a morir, aunque os deseaba ver más que nadie y encontraros antes que los demás. No debe extrañar, pues yo era el más cercano a vos.

Mientras hablaban así, mira Héctor a Perceval que había perdido tanta sangre que no podía mantenerse en pie. Cuando iba a ayudarle, no puede, pues no tiene fuerza para levantarse; y no lo siente menos que el mismo Perceval.

Perceval, después de estar un buen rato en el suelo, levanta la cabeza y se quita el yelmo, despedazado como lo tenía, y se aligera de las armas; luego, le pregunta a Héctor cómo está.

—Señor, me habéis dado la muerte igual que yo a vos. Nuestro Señor os lo perdone, y así lo hago yo, pues ciertamente no os guardo ningún rencor, ya que lo habéis hecho por ignorancia. ¿Cómo estáis vos?

—Creo que no podré ver la noche, porque he perdido tanta sangre y tengo tantas heridas pequeñas y grandes, que no podré escapar.

—Es gran lástima y lo siento, por Dios, pues resultará admirable nuestra muerte,

porque nunca murieron de tal forma dos caballeros que fueran amigos, como nosotros deberíamos serlo, ya que por ser compañeros de la Mesa Redonda deberíamos ser como hermanos.

De esta forma yacen en el suelo uno en una parte y el otro en otra, hasta que llegó la hora de prima; entonces, le dice Héctor a Perceval:

—Señor, montad en vuestro caballo e id ahí cerca a la derecha del bosque, donde encontraréis a un ermitaño; decidle que venga a verme y que traiga a mi Salvador, pues nunca temí tanto morir como ahora.

—Por Dios, no puedo, y no creo que pueda volver a montar a caballo.

De esta forma permanecieron juntos los dos caballeros hasta que la noche llegó oscura y negra; estaba tan oscuro todo que no se podían ver el uno al otro.

—Señor —le dice Héctor a Perceval—, me muero. Por Dios, si podéis vivir y la fortuna os lleva a la corte, apenas veáis a Lanzarote mi hermano, saludádmelo, pero, por Dios, no os preocupéis en contarle mi desgraciada muerte, pues se enfadaría con vos sin motivo.

Perceval le contesta que no tendrá ocasión de llevar el mensaje, pues no cree que llegue a ver el día de mañana.

Cuando estaban en tal peligro y en tal angustia, que pensaban que iban a morir, vieron que se les acercaba una claridad tan grande como si el sol bajara a ellos; se preguntaron admirados qué podía ser. Miraron y vieron un vaso que parecía un cáliz, cubierto de seda blanca; delante venían dos incensarios y otros dos venía detrás, pero no veían quién los llevaba ni quién sostenía el vaso; parecía algo sagrado; esperan tanta bondad de él que se inclinan a pesar de los dolores que tienen. Entonces ocurrió algo extraordinario, pues se sintieron sanos, salvos y curados de todas las heridas que tenían. No tardó mucho en desaparecer tan repentinamente el vaso que no supieron qué había sido de él.

Al cabo de un rato habló Perceval y le dijo a Héctor:

—Mi señor Héctor, ¿habéis visto lo que nos ha ocurrido?

—Sí, ciertamente lo he visto, pero no sé qué ha sido; tan pronto como estuvo entre nosotros, me curé de las heridas que me habías hecho y ahora me encuentro tan sano y curado como nunca.

—Por mi fe, lo mismo puedo decir yo: no me habéis causado ninguna herida hoy de la que no esté curado; bien nos ha socorrido Dios por su gracia y su misericordia, pues de otra manera no habríamos visto el día de mañana. Bien podemos decir que Nuestro Señor ha tenido misericordia de nosotros al enviarnos la curación mediante tan hermosa aventura.

Durante mucho tiempo hablaron juntos de esto, preguntándose qué podía ser lo que habían visto delante de ellos.

—Yo —dice Perceval— no sé lo que es.

—Os lo voy a decir —le contesta Héctor—, ya que no lo sabéis. Tened por seguro que es el Santo Grial, por el que han ocurrido en el reino de Logres tan extraordinarias aventuras. En muchas otras tierras Nuestro Señor ha mostrado grandes milagros por él.

—¿El Grial, señor? ¿Qué es eso?

—Os lo voy a decir. El Santo Grial es la escudilla en la que Nuestro Señor comió el cordero el día de Pascua con sus discípulos, en casa de Simón el leproso.

A continuación le cuenta cómo José de Arimatea lo había llevado al reino de Logres; desde entonces han visto tales milagros que gracias a él sus herederos han sido alimentados y el mismo rey Pelés con toda su mesnada recibe alimento por él; y así será mientras permanezca en este país.

—Por Dios, mi señor Héctor, me estáis diciendo algo extraordinario y creo que es cierto; por su poder y sus grandes virtudes, que ha mostrado en nosotros, os digo que no volveré a estar a gusto hasta que lo vea de forma clara, si es que se permite que algún hombre mortal lo vea.

Luego dan gracias a Dios que ha tenido tal merced con ellos y esperan allí hasta que llegue el día.

Por la mañana, cuando amaneció, se pusieron en pie y fueron a besarse uno al otro, prometiéndose que no se faltarán en nada mientras vivan, y que a partir de entonces serían compañeros leales, ya que juntos habían sido salvados y curados; toman las armas, tal como estaban, pues en cualquier caso era mejor que las llevaran a que fueran sin armas; buscan los caballos hasta que los encuentran. Cuando ya han montado, le dice Perceval a Héctor:

—Señor, ¿qué vamos a hacer?

—Lo que queráis.

—¿Qué ibais buscando cuando nos encontramos?

—Iba en busca de mi señor Lanzarote, mi hermano, al que hace dos años que no veo y lo he buscado desde entonces tanto que ya estoy cansado y no he conseguido tener de él ninguna noticia que me agrade: lo siento mucho porque era el mejor caballero del mundo, y el más hermoso.

—¿Cómo? ¿Desde que se perdió no oísteis hablar más de él?

—Así es, y aún tengo esperanza de que esté vivo y que no haya muerto, pues si hubiera muerto, sin duda habríamos tenido alguna noticia.

Perceval le dice que bien puede ser así.

—Pongámonos en marcha —añade Perceval—, para ver si Dios nos lleva a algún sitio donde podamos tener noticias tuyas.

Emprenden los dos el camino y cabalgan juntos durante muchas jornadas.

Pero la historia deja ahora de hablar de ellos y vuelve a Lanzarote.

CLXXVIII

Cuenta ahora la historia que cuando Lanzarote perdió la razón y la memoria, de tal forma que no sabía lo que hacía ni a dónde iba, erró desnudo, como había salido de Camelot, a pie, durante muchas jornadas sin una dirección fija, según lo llevaba la aventura; en poco tiempo se puso moreno y negro por el sol y por el calor, y se estropeó por el esfuerzo y porque comía poco: quedó en tal estado, antes de que hubiera pasado el primer invierno, que no habría nadie que lo hubiera visto antes y lo viera entonces que pensara que era Lanzarote, a no ser que se fijara mucho en él.

Un día de invierno, que hacía mucho frío, la aventura llevó a Lanzarote, en calzas y en camisa, que estaba completamente rota, a un pabellón que había plantado en una pradera, dentro del cual estaba acostado un caballero con una doncella; delante colgaba de una estaca un escudo blanco, y junto a él había una lanza y una espada. Lanzarote se dirigió hacia allí, miró el escudo, tomó la espada y la sacó de la vaina. A continuación empieza a dar grandes golpes en el escudo y a hacer tal ruido como si diez caballeros estuvieran combatiendo: destroza el escudo y lo estropea como quien no sabe lo que hace. Con este ruido y tumulto, salió del pabellón un enano que al verlo destrozando y estropeando el escudo intenta quitarle la espada sin pensar que estuviera tan enloquecido como estaba: se dirige a él y lo sujeta por el puño, tirando con toda la fuerza, pero por más que quiso no pudo quitársela. Lanzarote, que estaba enloquecido, se enfada y lo sujeta por los hombros, arrojándolo al suelo con tanta fuerza que por poco no le rompe el cuello; pero no le hizo mayor daño, y vuelve a golpear contra el escudo igual que antes.

En el momento en que el enano fue arrojado contra el suelo, sintió tal miedo que empezó a gritar: «¡Ayuda, ayuda!». No tardó mucho en salir un caballero calzado con botas y vestido con escarlata forrada con riqueza. Al ver a su enano, le pregunta qué le ocurre.

—Señor, por poco no me ha matado este diablo.

El caballero mira entonces a Lanzarote que estaba combatiendo contra el escudo y lo ve en tan mal estado, vestido con tal pobreza, que sabe que no podría ir de esa forma si estuviera en su juicio, pues hacía mucho frío y él iba descalzo, en camisa y sin caballo, como si fuera pleno verano. El caballero piensa que sería una gran limosna darle reposo por si pudiera recuperar el juicio. Se dirige hacia él para quitarle la espada del puño, y Lanzarote le grita:

—Señor caballero, no sigáis y dejadme mi batalla. Por Dios, si os entrometéis, os mataré.

Levanta la espada para golpearle, y cuando el caballero ve venir el golpe, piensa que sería una locura esperar, ya que está desarmado: retrocede y va al pabellón, toma sus

armas y regresa a Lanzarote, diciéndole que deje la espada, a la vez que alarga la mano para quitársela. Lanzarote levanta la espada cuando lo ve acercarse a él y le golpea con tal fuerza que la espada se parte en dos trozos y el caballero queda tan aturdido por el golpe que no puede mantenerse en pie y cae al suelo con el cerebro perturbado en la cabeza. Lanzarote lo deja en el suelo y entra en el pabellón, donde encuentra a la doncella, que se había despertado. Ésta, al verlo venir, se da cuenta de inmediato de que está fuera de su juicio: grita y salta de la cama en camisa, saliendo del pabellón.

Lanzarote se mete en la cama y la encuentra cálida y agradable a su parecer, pues tenía frío y por eso se acuesta y empieza a taparse. La doncella, que había salido fuera, se encuentra a su amigo en el suelo y piensa que ha muerto y empieza a gritar con dolor diciendo: «¡Ay, desgraciada de mí, estoy muerta!», y muestra el mayor dolor del mundo.

Al cabo de un rato, el caballero vuelve en sí, se sienta y abre los ojos. Al ver a la doncella que se lamentaba de tal forma, la censura mucho y le pregunta que dónde está el que le ha hecho tal cosa.

—Señor —le pregunta el enano—, ¿por qué lo preguntáis? No le hagáis ningún daño, pues sería un gran pecado, ya que está loco y ha perdido el juicio.

—Por Dios —responde el caballero—, si Dios quiere, no le haré daño, pero lo retendré conmigo si puedo hasta que esté curado y mejorado. Si lo puedo hacer, sé que seré servido y honrado por muchas gentes, pues si alguna vez conocí los golpes de alguien, éste es un caballero, por lo que nunca volveré a tener alegría hasta que le haya hecho recuperar su juicio con la ayuda de Dios, antes de que se vaya de mi lado.

—Por mi fe, señor —le dice la doncella—, está dentro del pabellón.

El caballero se pone en pie y se dirige hacia allí; al llegar a la entrada del pabellón, mira y ve a Lanzarote acostado en la cama, profundamente dormido como quien estaba muy cansado.

El caballero se puso muy contento por esto; entra, toma el vestido de la doncella para que se lo ponga y se lo da a ella; permanece fuera y le dice al enano que monte en el rocín y vaya al Castillo Blanco y le diga a su hermano que venga a hablar con él al galope. El enano cumple las órdenes, monta y se apresura en ir, hasta que llega a casa del caballero y le da el encargo; éste toma las armas y va a ver a su hermano.

El caballero que quería retener a Lanzarote se llamaba Bliant y el otro era Celinans; eran hermanos y caballeros de gran valor. Cuando llegó Celinans, Bliant le dijo:

—Buen hermano, os he llamado porque me ha ocurrido una de las aventuras más hermosas del mundo.

Le cuenta cómo un hombre completamente loco había llegado desnudo, sin ropa y de la forma más pobre que podría imaginar.

—Es tan simple que estuvo luchando durante buen rato contra mi escudo. Cuando corrí a quitarle la espada, me golpeó en el yelmo con tanta fuerza que desde que soy

caballero no me dio nadie semejante golpe: por eso estoy seguro de que ha sido buen caballero, de grandes hazañas y que si Dios le diera salud todavía seguiría siéndolo. Por eso os hice venir, para que me aconsejéis qué puedo hacer; quiero retenerlo conmigo hasta que se cure de alguna forma.

—Buen hermano, no sé qué deciros, pues quien quiera ocuparse de su salud, tendría que estar en un lugar tranquilo y lejos de la gente, donde no hubiera demasiada luz.

—Por Dios, si pudiéramos conseguir que viniera a mi fortaleza, le daría un sitio como el que decís. Pensemos en llevarlo, si puede ser.

Entran en el pabellón y se dirigen a Lanzarote, que seguía profundamente dormido, como quien no había tenido descanso desde hacía mucho tiempo. Al verlo, dicen que lo atarán a la cama con cuerdas y cadenas de hierro, para que no se pueda mover hasta que se despierte. Tal como lo dijeron, lo hicieron: lo ataron tan fuerte que apenas podría escapar, a no ser que tuviera gran vigor. Después de hacer esto, llaman a escuderos y servidores y les ordenan que lo lleven a la fortaleza de Bliant. Así lo hacen con la cama. Lanzarote, que había tenido tantos daños e incomodidades, al encontrar descanso se quedó tan profundamente dormido que no se despertó hasta que llegó al castillo. Cuando lo pusieron en el suelo, se despertó y abrió los ojos e intentó desatarse, pero no lo logró. Le desataron las manos y le dieron de comer, y él comió bien, pues durante mucho tiempo sólo había sufrido daño.

Bliant lo tuvo de esta forma el resto del invierno y durante todo el verano, pero por más que se esforzó no consiguió hacer que se curara; a pesar de todo, les pareció tan apacible que le buscaron un vestido hermoso y rico y le dejaban ir entre ellos, de forma que no estaba preso, pero llevaba una argolla pequeña en los pies para que no se alejara demasiado. Mejoró mucho en ese tiempo y recuperó algo de su belleza, pero nadie lo pudo reconocer, aunque decían que por la belleza debía haber sido buen caballero; estaban afligidos y preocupados por su enfermedad, pues no podían curarlo. De esta forma permaneció Lanzarote allí durante el verano y casi hasta Navidad, sin moverse en todo el tiempo más que para una aventura que ocurrió y que os voy a decir.

Un día que hacía mucho frío, Bliant se levantó temprano, tomó las armas y montó a caballo y se fue de la casa, armado y dispuesto a ir al bosque que estaba cerca, para combatir o en busca de algún caballero de aquellas mismas tierras o de otro lugar; estaba acostumbrado a hacer eso como uno de los mejores caballeros de todo el país. Se había alejado un poco, cuando se encontró con dos caballeros, que eran hermanos y habían nacido en aquella misma tierra, que lo odiaban mortalmente. Al verlo a solas, le gritan que se dé por muerto y le atacan tan deprisa como podían ir sus caballos. Bliant, que era muy valiente y buen caballero, no huye, sino que espera. Los dos que le atacan le rompen las lanzas contra el pecho, sin causarle ningún daño, pero no pueden hacer que se mueva de la silla y él golpea a uno quebrando su lanza sin otros daños; pasan de

largo y desenvainan las espadas, atacándose. Bliant se defiende, se cubre con el escudo y les da grandes golpes con frecuencia; pero los otros eran dos, buenos caballeros, y se ayudaban como hermanos con tanto valor que a la fuerza tuvo que abandonar el terreno o de lo contrario habría muerto inmediatamente; no debía sorprender que volviera la espalda, pues le habían herido en más de siete lugares y había perdido tanta sangre que estaba muy débil. Cuando lo ven que se da a la fuga, le gritan: «¡Cobarde, de nada os servirá que huyáis; vuestra fuga no os salvará de la muerte!». Lo persiguen mientras pueden, pero llevaba un caballo fuerte y rápido que lo sacó de sus manos y no lo pudieron coger: huyó de esta forma a su refugio, encontrando la puerta abierta y entrando a caballo como iba. Al entrar no encontró allí ningún servidor, ni nadie que pudiera ayudarlo. Los otros, que le seguían de cerca para matarlo, entran tras él, que al verlo, descabalga y corre a una habitación en la que Lanzarote estaba acostado vestido. Los dos hermanos desmontan y van a la habitación, entrando tras el que seguían. Bliant, que ve que no puede salvarse, toma la espada y se dispone a defenderse, pues no quiere dejarse matar mientras pueda. Los otros están muy contentos al ver que no hay nadie que pueda ayudarlo, y que son dos contra él: atacan con fuerza y él se defiende como puede, pero estaba tan mal por el otro encuentro que se sentía débil en su fuerza y teme que lo maten.

Lanzarote, que ve el combate delante de sí mismo, aunque estaba loco y carecía de juicio, reconoce a Bliant que le había hecho muchos bienes y ve que quieren matarlo; se enfurece tanto que se pone en pie para ayudarlo, pero cuando nota la argolla que tenía en los pies, que le molestaba, se detiene de rabia, la sujeta con las dos manos y tira con tal fuerza que la rompe, dejando libres los pies, aunque las manos se le ensangrentan y la piel de los dedos se le corta por el esfuerzo que había hecho. Después de romper las argollas, no tuvo tanto juicio como para tomar una espada y un escudo que le pudieran proteger, aunque en la habitación había muchos, sino que corre desarmado a uno de los caballeros, lo sujeta por el yelmo y tira de él con tanta fuerza que le hace dar contra el suelo, le sujeta el puño y le quita la espada, dejándolo tumbado, de modo que el caballero piensa que se le ha roto el cuello; ataca al otro y lo golpea con tanta fuerza que la armadura no puede impedir que le cause una gran herida. Al sentirse en tan mal estado, mira y ve que está desarmado: se sorprende y no sabe quién puede ser; pero como le había herido, quiere vengarse: levanta la espada para golpearle en medio de la cabeza, pero Bliant no lo permite y alza su espada y le corta el brazo entre el hombro y el codo. Al sentirse malherido, se da a la fuga. El otro, al que Lanzarote había derribado, al ver que la derrota se ha vuelto hacia ellos, sale de la habitación, va al caballo, monta junto con su hermano y se marchan temiendo cualquier desgracia peor; se alejan para salvar sus vidas.

Lanzarote permanece allí y se acuesta en la cama; Bliant, que está muy contento por lo ocurrido, se desarma al ver que los dos hermanos se habían marchado y espera a que

los servidores acudan, pues todavía no sabían nada de esto, y no dijo nada hasta que llegó la noche y regresó su hermano. Hizo que aquella noche Lanzarote cenara, pero cuando estaban sentados a la mesa, Celinans vio que el mantel estaba ensangrentado por la sangre que salía de la mano de Lanzarote, pues tenía la piel de los dedos desgarrada; se lo indica a Bliant y le dice:

—Mirad, buen hermano, cómo tiene vuestro huésped las manos destrozadas y sangran abundantemente. Gran pecado cometió el que lo ató con tanta fuerza.

—No me extraña que esté herido, pero me sorprende cómo pudo hacer lo que hizo, pues nunca vi a nadie que, estando enfermo, realizara tal hazaña como ha llevado a cabo él hoy. Os la voy a contar.

Entonces le cuenta cómo los dos hermanos le habían perseguido y le hubieran matado «de no ser por él, que para socorrerme rompió la argolla con la fuerza de sus manos y le quitó a uno de los caballeros la espada, y les hubiera dado muerte a los dos si no hubieran huido; así me rescató de la muerte en la que me encontraba, de no haber sido por la ayuda de su valor».

Cuando Celinans oye esto, se queda sorprendido y dice:

—Dios, qué lástima que no esté en su sano juicio. No me creeré nada, si éste no ha sido uno de los mejores caballeros del mundo.

Hablan de este modo de Lanzarote y sienten no saber quién es. El señor del lugar dice que no volverá a ponerle argolla ni cadenas, porque está bastante tranquilo; y así era sin lugar a dudas, pues estaba tan silencioso y apacible como si estuviera en su juicio; pero lo mataba el que no comía ni bebía más que un poco y eso era lo que lo mantuvo durante más tiempo en su enfermedad. Dos años estuvo Lanzarote así con Bliant, sin nada de memoria, que no sabía lo que hacía; y en ese tiempo no pasó nadie que lo conociera y no sabían cómo se llamaba, pues él mismo lo ignoraba.

A la entrada del invierno pasó delante de la torre en la que estaba un jabalí, perseguido por varios perros que querían cogerlo, pero el animal se defendía de forma extraordinaria y con frecuencia les daba combate; después de los perros no venían ni cazadores ni sirvientes. Cuando Lanzarote, que estaba en la torre, vio al jabalí que iba de tal forma, le entraron ganas de ir tras él. Baja rápidamente, va a la puerta y encuentra un caballo ensillado y una lanza apoyada contra la pared, y una espada que colgaba del arzón de la silla. Monta a caballo, toma la lanza y va tras el jabalí picando espuelas tan deprisa como puede. El animal se mete en el bosque por la parte que ve más espesa y Lanzarote lo sigue gritando y azuzando a los perros; cabalga de tal forma hasta que llega a un valle. Allí se detuvo el jabalí y empezó a combatir a los perros, matando a varios en poco tiempo. Lanzarote, que venía detrás, golpea al animal con la lanza bajada y lo alcanza en el hombro de tal forma que la lanza vuela hecha pedazos, pero no lo hiere demasiado. El jabalí estaba encolerizado y lleno de ira y ataca al caballo por el costado, lo abre completamente y lo derriba muerto en mitad del

camino. Lanzarote salta y tiene suficiente juicio como para desenvainar la espada; el jabalí le ataca y le hiere en el muslo, causándole una gran herida; Lanzarote lo alcanza con la espada en medio de la cabeza, se la hunde hasta el cerebro y lo derriba muerto, pero se encuentra tan mal por la herida que tiene que no puede ni avanzar ni retroceder, y se queda allí dolorido, sentado bajo un árbol, sin juicio bastante para restañar la herida, y que no le sangre demasiado.

A la hora de nona pasó por delante de él un hombre muy viejo, ermitaño de santa vida. Al ver al jabalí muerto y a los numerosos perros caídos alrededor, y a Lanzarote herido sobre la hierba, se dirige allí y lo saluda. Éste, que no conocía ninguna virtud, no le contesta y el santo hombre le pregunta qué le pasa, a lo que Lanzarote responde que está herido.

—Señor, ¿quién os lo ha hecho?

Es tan simple que no sabe decírselo, pero le señala el jabalí.

—Señor, os irá mal si no encontráis quien os ayude, pues habéis perdido demasiada sangre y por eso os aconsejaría, si podéis hacerlo, que vengáis a nuestra casa, que está cerca de aquí, y si Dios quiere, en ella encontraréis cura para vuestra enfermedad.

—Marchaos de aquí, que no tengo ningún daño.

—Señor, ¿qué decís? Así me salve Dios, pienso que estáis a punto de morir.

Al ver que le habla tanto, se enfada, toma la espada que estaba a su lado y la levanta para golpear al anciano ermitaño. Éste retrocede y Lanzarote, al ver que no puede alcanzarle, le arroja la espada pensando darle en medio de la cabeza, pero falla, pues el santo hombre la esquiva.

Entonces se da cuenta de que ha perdido el juicio y siente una gran compasión por él, porque lo ve hermoso y le parece valiente y noble; se marcha pensando regresar con gente que lo lleve a la ermita; va a la casa de un caballero y toma seis servidores a los que les dice que ha encontrado en el bosque al caballero más hermoso del mundo, que ha matado a un jabalí, «pero tiene la desgracia de estar fuera de su sano juicio; creo que eso le ha ocurrido después de ser herido, y por eso querría, si os parece bien, que lo traigáis a la fuerza y lo llevéis a nuestra ermita para que pueda sanar; si permanece mucho tiempo donde está, dado que la estación es fría, no dejará de morir y será una gran lástima».

Los sirvientes le contestan que lo harán así.

Se dirigen adonde estaba Lanzarote y preparan unas parihuelas para llevar a caballo; lo colocan en ellas, quisiera o no, y de tal forma lo llevan a la ermita del santo hombre, que tenía a un compañero que había sido caballero y sabía mucho de sanar heridas: se ocupó tanto de Lanzarote por Dios y con misericordia, que antes de que hubieran pasado dos meses fue sanado. Pero por el esfuerzo que había pasado y por la pobre comida, a la que no estaba acostumbrado, empeoró mucho en ese tiempo, empalideció, se debilitó y estaba mal vestido, por lo que estaba más loco que antes: por eso se

marchó de allí sin que se enteraran, descalzo y malvestido cuando hacía el mayor frío del invierno, tan delgado y flaco que apenas lo hubiera reconocido nadie.

De esta forma caminó Lanzarote hasta que llegó a Corbenic; cuando entró en el castillo, los niños y los muchachos, que rápidamente se dieron cuenta de que no estaba en su juicio, empezaron a golpearle y a pegarle, a hacer gran ruido y gran griterío tras él; lo trataban de tal forma que tomó piedras y empezó a tirárselas, hiriendo a varios. Al faltarle las piedras, que no encontró más que tirar, corrió tras ellos y los arrojaba al suelo; hirió a otros ese mismo día, hasta que empezaron a huir todos delante de él, ya que no encontraba a nadie tan fuerte como para no arrojarlo al suelo y maltratarlo.

Cuando huían de él, gritaban: «¡Huid! ¡Aquí está el loco!». En poco rato se hablaba tanto de él en el castillo que todos acudían a verlo, y él no permanecía en un sitio, sino que iba de calle en calle, persiguiendo a unos y a otros. Ese día encontró a bastantes que le causaron daño y a muchos que lo golpearon con palos en los hombros y en los brazos, de forma que no podía resistir las molestias que le causaban. Volvió la espalda y se marchó hacia la fortaleza del castillo; entró en ella, sin encontrar a nadie que le impidiera la entrada, pues los servidores del castillo eran muy corteses y afables.

Estaban comiendo en la corte cuando entró; y al verlo llegar, se dieron cuenta de que estaba loco y le hicieron comer y empezaron a llamarlo. Comió bien, pues tenía mucha hambre. Después fue a acostarse al extremo del salón, en unas pieles que encontró. De tal forma permaneció allí mucho tiempo sin que nadie lo reconociera, pues no pensaban que pudiera ser él. Tuvo comida y bebida abundantes y lo vistieron con vestidos viejos los servidores del castillo; por la comodidad y el descanso que allí encontró, mejoró tanto en tan poco tiempo que recuperó algo de su belleza, la fuerza del cuerpo y de sus miembros.

Después de Pascua, un día que el rey Pelés había hecho a un primo suyo caballero novel, por honrarle y como prueba de su amor, dio armas a muchos. El doncel que era primo del rey, quería a Lanzarote mucho y siempre lo tenía a su lado, no separándolo por nada que lo viera hacer. Tan pronto como fue caballero, se quitó el vestido que llevaba, que era muy hermoso y rico, llamó a un servidor suyo y le dijo:

—Ve a buscarme al loco.

Así lo hizo, y cuando éste llegó, el caballero novel le dio su vestido e hizo que se lo pusiera delante de él. Cuando se lo vistió, como era extraordinariamente hermoso, no hubo nadie allí que no sintiera gran lástima por él y todos se lamentaban diciendo que era una gran pena que un hombre tan hermoso hubiera perdido el juicio y la memoria. El rey Pelés, al verlo tan bello con aquel vestido, dijo que no creería que no hubiera sido noble y hombre valiente, pues bien lo parecía.

Aquel día, después de comer, Lanzarote entró en un jardín al pie de la torre: era un lugar hermoso y lleno de árboles, que tenía en medio, bajo un sicómoro, una fuente muy agradable. Se dirigió a la fuente, bebió y se quedó dormido junto a ella vestido

como iba. Estaba dormido de esa forma cuando no tardó mucho en llegar la hermosa doncella, hija del rey Pelés, por la que Lanzarote había sido expulsado de la corte, que llevaba consigo un gran cortejo de doncellas; empezaron a jugar, a bailar y a perseguirse unas a otras por el jardín, tal como hacen frecuentemente las doncellas. Mientras jugaban, una doncella, dama gentil de alta familia, cayó sobre Lanzarote, que estaba durmiendo junto a la fuente; al principio sintió miedo, pero se tranquilizó al ver que estaba dormido; se acercó a él y empezó a mirarlo, viéndolo tan hermoso y tan elegante que le parecía que nunca había visto un hombre tan bello, a su entender.

Tras contemplarlo un buen rato, regresa junto a sus compañeras y lo deja durmiendo. Al ver a la hija del rey Pelés, le dice:

—Doncella, si queréis ver al hombre más bello de cuantos he visto, os lo mostraré, pero no querría que viniera nadie más que vos, para que no se despierte.

—¿Cómo? ¿Lo habéis encontrado durmiendo?

—Sí, junto a la fuente.

—Vayamos las dos, sin que nos acompañe nadie más. Se apartan de sus compañeras con tanta discreción que ninguna se da cuenta y se dirigen a la fuente donde estaba durmiendo Lanzarote; lo miran un buen rato y dicen que es muy hermoso; se sientan junto a él y lo contemplan, hablando las dos un buen rato. La hija del rey Pelés lo mira con atención y se da cuenta de que es Lanzarote. Se pone tan contenta y tan triste como nadie: contenta, porque lo ha encontrado; triste, porque ha perdido el juicio, pues bien sabe que es el que ha estado tanto tiempo en la corte de su padre como loco. Pero no le dice a su compañera que es Lanzarote, sino que lo oculta bien. Se marchan de allí y regresan con las demás que las estaban buscando por el jardín, y les dice que quiere marcharse porque se encuentra un poco débil; marchan todas con ella y se van entonces.

Al regresar al palacio, la doncella pregunta por su padre y le dicen dónde está. Acude a él, lo aparta de la gente y le empieza a hablar:

—Señor, os puedo dar noticias extraordinarias.

—¿Cuáles son? Decídmelas.

—Señor, estaba aquí mi señor Lanzarote del Lago y nosotros no lo sabíamos.

—Callad, bella hija. Sabed que Lanzarote hace tiempo que murió, según dicen los de la Mesa Redonda.

—Por Dios, señor, no es así, pues acabo de verlo completamente sano de cuerpo. Venid conmigo y os lo mostraré.

Entran en el jardín los dos sin más acompañamiento y se dirigen a la fuente donde Lanzarote estaba durmiendo. Cuando el rey llega allí, ve que es el que tanto tiempo ha estado en su corte como hombre enloquecido.

—Señor —le dice su hija—, ¿qué os parece? ¿No es mi señor Lanzarote del Lago?

El rey no contesta, sino que lo mira más y más y lo contempla hasta que reconoce

que es Lanzarote. No puede callar más y lanza un profundo suspiro, las lágrimas le caen de los ojos por la cara. Cuando habla, dice:

—Ay Dios, ¡qué lástima! Ciertamente —añade dirigiéndose a su hija—, es el que vos decíais. Vayámonos de aquí, que no se despierte, y me ocuparé de él lo mejor que pueda.

Regresa el rey a su palacio y le dice a su hija que no le diga a nadie que es Lanzarote. Ésta le contesta que no lo hará por nada que pase. El rey llama a seis escuderos grandes y fuertes, los lleva a la fuente, les señala el loco y les dice que lo tomen a la fuerza sin causarle daño, le aten las manos y los pies y que después hará con él lo que le parezca bien. Éstos temen que lo haga matar; pero no se atreven a no cumplir sus órdenes: lo apresan mientras duerme. Lanzarote intenta escapar, pero no puede, pues los otros eran fuertes y valientes y lo sujetan a la fuerza, llevándose lo atado a una habitación bajo la torre.

Por la noche, cuando todos estaban acostados, el rey hizo que lo llevaran al Palacio Venturoso y allí lo dejaron sin compañía de nadie, pues pensaban que por la virtud del Santo Grial, en cuanto éste llegara al palacio, se curaría Lanzarote y recuperaría su memoria. Y ocurrió tal como pensaban, pues cuando el Santo Grial llegó, como era habitual, Lanzarote se curó y permaneció allí hasta la mañana siguiente por la mañana, cuando amaneció el día claro a través de las ventanas de cristal que eran numerosas, y Lanzarote se encontró en el palacio en el que había estado otra vez, se quedó sorprendido y se preguntaba cómo había llegado hasta allí; pero más se sorprendió al verse atado como estaba. Entonces empieza a romper las ataduras de la cama en la que lo habían puesto. Al sentirse libre, se dirige a las ventanas que daban al jardín en el que antaño mató a la serpiente, las abre y empieza a contemplar el vergel, viendo al rey, que ya se había levantado, junto con su mesnada y que se disponían a ir al palacio para saber cómo le había ido a Lanzarote, pues les alegraría mucho su curación, si Dios así lo hubiera querido.

El rey les estaba diciendo a sus nobles:

—Señores, vayamos a ver cómo le ha ido a nuestro caballero.

Les había dicho que el que estaba enfermo con ellos había sido el mejor caballero del mundo, «y si Nuestro Señor quiere que se cure, os lo presentaré».

Se dirigen a la puerta del palacio, abren y entran, viendo a Lanzarote que estaba apoyado en una ventana y aún contemplaba el jardín. Cuando ve venir al rey, al que reconoce, baja de las ventanas y se dirige a él, saludándolo; y el rey hace lo mismo.

—Señor —le pregunta el rey—, ¿cómo estáis?

—Señor, bien, gracias a Dios, pues me encuentro sano y fuerte.

A continuación, Lanzarote se retira con el rey y le dice:

—Señor, por Dios, decidme cómo he venido aquí, pues no sé cómo lo hice, ni cuándo.

—Señor, os lo diré, pero temo que os preocupéis más de lo que estabais.

Le cuenta entonces cómo llegó a Corbenic tan loco y sin juicio que nadie podía estar ante él y que estaba tan delgado y desnudo que «nadie os reconoció por Lanzarote. Así habéis estado mucho tiempo con nosotros sin que os reconociéramos por vuestra situación; pero mi hija os encontró durmiendo junto a una fuente y vino a decírmelo. Cuando oí tales noticias, fui a veros, muy contento de que estuvierais con nosotros; hice que mis servidores os prendieran y os trajeran a este palacio, donde pensaba que recuperaríais la salud tan pronto como llegara aquí el Santo Grial. Gracias a Dios ha ocurrido como yo pensaba, pues habéis sanado. Ya os he dicho lo que sabía de vos; no os preocupéis más que antes, pues gracias a Dios habéis tenido suerte, a juzgar por las aventuras que os han llegado. Consolaos a partir de ahora, disfrutad y permaneced con nosotros y os prometo como rey que no os faltará nada de lo que yo pueda daros, y os entregaré mi tierra y mis riquezas y el dominio de mis hombres, para que hagáis con mi reino según vuestra voluntad, como si fuera yo mismo».

Después de que le dijera esto, Lanzarote empieza a pensar profundamente e inclina la cabeza hacia el suelo, tan triste por esta aventura que no sabe qué decir ni qué hacer. Al cabo de un rato, le dice al rey:

—Señor, ésta ha sido una aventura villana y mala a mi parecer, pero a pesar de todo he tenido suerte, a juzgar por el comienzo. Os ruego por Dios que me contestéis a lo que os voy a preguntar.

—Con mucho gusto, si lo sé.

—Señor, ¿creéis que alguien de vuestra mesnada me ha reconocido en mi desgraciada situación?

—No, nadie os reconoció más que yo y mi hija.

—Señor, eso me agrada mucho. Es un gran honor para mí el no haber sido reconocido en el mal estado en que estaba. Y del mismo modo que no me conocieron por la gran pobreza en la que vivía, así sé que a partir de ahora me conocerían fácilmente si permaneciera con ellos. Por eso os ruego por Dios y por vuestro honor que me aconsejéis en lo que os voy a decir. Me ha ido tan mal en el reino de Logres, en donde tuve todos los bienes y honores que un pobre caballero podía tener, que no puedo regresar allí, pues me ha sido prohibida la entrada y no podré poner el pie sin que se me ordene; por esa prohibición me sentía tan triste que me fui y por el pesar perdí el juicio, tal como visteis; al perder mi reino que me daba alegría y esperanza de vida, me dirigí al lugar que más quería después de ése, aunque yo no lo sabía, pero así me lo concedió la Fortuna, que alguna vez ha sido dulce y afable conmigo. Vine, gracias a Dios, en un momento en que hubiera recibido todo tipo de desgracias si me hubiera quedado mucho tiempo, pero he sido curado y por eso amo esta tierra con tal amor que no me iré de aquí hasta que reciba de aquella por la que me fui el permiso para volver al reino de Logres. Mientras esté, aunque pase aquí toda la vida, quiero estar en

un lugar lejos de la gente, que nadie lo sepa, salvo vos y vuestra hija. Pensad dónde puede ser, en alguna isla del mar, de tal forma que podáis venir a verme cuando os parezca bien. Pero antes de que me vaya os ruego que nadie sepa la verdad sobre mí, pues los del reino de Logres me consideran perdido; eso lo podréis hacer durante mucho tiempo, pues mientras esté en esta tierra sin que lo sepáis más que vos y vuestra hija, no me daré a conocer a nadie que venga, por lo que podré ocultarme mejor.

—Señor, si queréis quedaros con nosotros, os ocultaremos tan bien que no se oirá ninguna noticia vuestra, y si no queréis quedaros, sino que deseáis esquivar la compañía de mucha gente, me ocuparé de eso de tal forma que será suficiente, a mi parecer.

—Señor, no me quedaría aquí de ninguna forma, pues sé que mis amigos íntimos y los compañeros de la Mesa Redonda me buscarán por aquí y por otros sitios; no podría permanecer mucho tiempo sin ser reconocido.

—Señor, ya que no queréis quedaros con nosotros, pensaremos en eso lo antes que podamos: os aseguramos que buscaremos un lugar como el que pedís, si podemos.

Después de estas palabras, dejaron de hablar los dos, y se levantaron de donde estaban sentados. El rey hace señas a los que habían acudido con él para que se retiraran y así lo hicieron. Toma a Lanzarote por la mano y lo saca de allí, llevándolo a una habitación junto a la sala, y deja al caballero novel, el que le había dado el vestido el día anterior, para que lo acompañe. El joven empieza a mirar a Lanzarote fijamente, pues le sorprende que el rey lo haya alabado tanto; piensa que de alguna forma le sacará de la boca quién es y cómo se llama, y le dice:

—Señor caballero, os ruego por la cosa que más améis que me digáis lo que os voy a preguntar y tened por seguro, buen señor, que no lo pregunto por vuestro mal, sino porque estaré más a gusto el resto de mi vida si puedo saber quién sois.

Cuando Lanzarote ve que el caballero lo conjura justamente por la cosa por la que más a disgusto está, lo siente tanto como nunca y le contesta de inmediato:

—Señor caballero, no sois cortés ni bien educado. ¿Acaso sabéis si me pesa lo que me habéis dicho? Os lo diré, pero mientras viva no os amaré y os causaré daño siempre que pueda, menos aquí. Sabed que soy el Caballero Desgraciado y me llamo Lanzarote del Lago, al que en mala hora visteis si tengo ocasión de demostrároslo, por lo que me habéis preguntado. No se lo hubiera dicho a nadie, de no ser por una razón muy importante.

A continuación empiezan a llorarle los ojos y se queda pensativo y tan triste que no podría más, al parecer. Cuando el caballero ve a Lanzarote tan apesadumbrado por lo que le había preguntado, se arrodilla ante él y le pide perdón con las manos juntas, diciéndole:

—Señor, por Dios, no os pese lo que os he preguntado. En verdad, pensaba que os hacía un gran honor con esa pregunta, pues bien creía que erais Lanzarote; no os

preocupe, buen señor, que conozca la verdad, pues tened por seguro que mientras que esté en esta tierra y vos os queráis ocultar, no seréis descubierto por mí; os lo prometo como caballero leal.

—Entonces, os perdono, ya que me prometéis mantener ese juramento.

De esta forma le habla Lanzarote al caballero. Cuando el rey llegó a la sala de abajo y encontró a su hija, le dijo:

—Bella hija, os puedo decir algo extraordinario de Lanzarote, pues se ha curado y ha recobrado el juicio.

Y le cuenta cómo Lanzarote le había pedido que lo pusiera en un lugar lejos de la gente, pues no quería estar con ellos para no ser encontrado por los de la Mesa Redonda cuando emprendieran su búsqueda.

—Señor —le dice la doncella—, bien espero poder aconsejaros sobre un lugar. A dos leguas de aquí hay un sitio muy hermoso en una isla y allí está el castillo que se llama Castillo de Bliant, que es hermoso y tan agradable que nunca veréis uno tan bien situado. Si mi señor Lanzarote fuera albergado allí, podría ocultarse el resto de su vida, pues es un lugar tan apartado de todas las gentes que no irá allí nadie si no lo lleva la aventura.

—Por mi fe, ahora me acuerdo de ese lugar; es bastante hermoso y conveniente para Lanzarote.

Regresa el rey a Lanzarote y le, dice:

—Señor, no será necesario marcharse de esta tierra en busca de un lugar apartado de las gentes: cerca de aquí tengo una isla en la que podréis ser bien atendido mientras permanezcáis fuera del reino de Logres y os aconsejo que os quedéis a vivir en ese sitio; os daré compañía frecuentemente y procuraré que tengáis todas las cosas agradables que pueda conseguir en mi reino.

—Señor, si queréis, iré allí cuando anochezca, sin otra compañía que la vuestra, pues no quiero que nadie sepa que estoy allí.

—Permaneceréis aquí hasta mañana al alba; mientras tanto, haré que lleven al lugar todas las cosas necesarias.

Lanzarote acepta quedarse hasta ese momento.

De esta forma permaneció Lanzarote durante todo el día tan oculto que nadie lo supo. Los caballeros que habían ido por la mañana al palacio le preguntaban a menudo al rey qué había sido del caballero loco.

—No os puedo decir su nombre, pues pronto lo sabréis todos, pero tened por seguro que es el mejor caballero del mundo, que me ha hecho grandes honores al curarse aquí.

Al oír que no sabrán nada más, dejan de hablar del asunto.

Ese día, el rey hizo que abastecieran el sitio con todas las cosas buenas para el cuerpo y mandó que llevaran juegos y todo lo que es agradable al corazón, para que se

alegre fácilmente.

Por la mañana, cuando amaneció, Lanzarote se fue de Corbenic y el rey lo llevó con diez caballeros que permanecerían con él mientras estuviera en aquella tierra. Al llegar allí, entraron en una nave y un marinero los pasó a la otra parte. Lanzarote contempló el castillo al llegar a él y vio que era hermoso y agradable en todo, y dijo que no se iría de allí nunca.

Al ver a la hija del rey que estaba también, Lanzarote la sujetó aparte y le dijo:

—Doncella, bien sabéis y es cierto que me habéis privado de todos los bienes y de todas las alegrías que tenía en el reino de Logres, y sabéis con quién. Ya que me habéis sacado de esa tierra en la que yo tenía todo tipo de honras, hacedme un favor por el que no seréis censurada por nadie.

—Señor, sin duda por mi culpa os habéis marchado del reino de Logres y habéis perdido las grandes alegrías y las grandes delicias de la Mesa Redonda, y por eso os prometo hacer por vos lo que me pidáis, si mi honor queda a salvo, mientras estéis en este país.

—No os pediré nada que os cause vergüenza.

—Decidme lo que queráis, pues lo haré de inmediato.

—Os pido que os quedéis en esta isla conmigo y me deis compañía mientras permanezca en ella. Cuando me vaya, si es que me voy alguna vez, podréis marcharos si así lo deseáis.

—Señor, lo haré con mucho gusto.

A continuación se dirige a su padre el rey y le dice lo que Lanzarote le había pedido; cuando el rey oye la petición, le dice a su hija:

—Doncella, concedédselo, pues tendréis mayor honra acompañándolo que rechazándolo.

Así lo acepta y el rey le dice que le mandará de su reino veinte de las más hermosas doncellas que pueda encontrar para que estén con ella y que nunca se irán mientras su hija permanezca allí. En ocho días lo hizo, tal como había dicho, de tal forma que antes de que hubieran pasado quince días Lanzarote tuvo a su lado a diez caballeros que lo acompañaban y la hija del rey, veinte doncellas, mujeres importantes y de gran linaje, que la servían. El castillo, que estaba en la isla, era tan hermoso, tan rico y estaba tan bien provisto de todas las cosas, que no faltaba de nada.

Lanzarote tuvo la suerte de que nadie supo quién era más que el rey, su hija y el caballero que le había preguntado su nombre, pero le había prometido que de ninguna manera lo sabrían otros. De esta forma permaneció Lanzarote en la isla con los caballeros y las doncellas que lo entretenían con todas sus ganas.

Todos los días Lanzarote tenía la costumbre, antes de beber o comer, de ir al extremo de la isla por la parte del reino de Logres y miraba hacia aquella tierra, a la que le arrastraba su corazón. Después de contemplar durante un buen rato la tierra y de

acordarse de las grandes alegrías que había tenido tantas veces y de las que había sido alejado y apartado, que no pensaba recuperarlas, comenzaba a lamentarse de tal forma que nadie podría soportar la pena más que él, y él mismo no podía resistir mucho. Pero esa misma pena y los esfuerzos que sufría por amor, le producían un alivio en el corazón tal que le daba gran dulzura y le parecía que era grande el consuelo que tenía.

Lanzarote permaneció en la isla de esta forma hasta la entrada del invierno, y bien que había perdido el hábito de las armas y de las proezas: pensó que haría algo para que vinieran a verlo caballeros que no lo conocieran y así sabría cómo combatían los de aquella tierra. Por eso le dijo al rey un día que había venido a verlo:

—Señor, os ruego que ordenéis que me hagan un escudo, pues tengo suficientes armas de otro tipo.

El rey le pregunta cómo quiere el escudo y él se lo dice.

Tres días más tarde un criado le llevó el escudo que había pedido. Cuando los del castillo lo vieron, se quedaron sorprendidos, pues nunca habían visto uno semejante: sin lugar a dudas era completamente distinto de todos los que había en aquel tiempo en el reino, pues era más negro que la mora y en el centro, donde debía estar la boca, tenía pintada una reina de plata y delante de ella un caballero de rodillas como pidiéndole perdón. Los que vieron el escudo y las imágenes, no supieron el significado y sólo Lanzarote y la hija del rey Pelés lo sabían.

Después de que hicieran el escudo tal como os he contado, Lanzarote lo colgó de un pino que había en la isla y todos los días iba a él y se lamentaba tanto que los que lo veían se quedaban asombrados.

Después llamó a un enano que le había dejado el rey y le dijo:

—Enano, ¿sabes si va a haber algún torneo pronto por aquí cerca?

—Señor, sí; dentro de cuatro días habrá uno en el castillo de abajo, que hay a media legua de aquí.

—Vete allí y cuando el torneo vaya a comenzar grita entre todos: «El Caballero Culpable hace saber a todos los que deseen fama y alabanzas como caballeros que no habrá ninguno que vaya a la Isla de la Alegría en busca de combate que no lo encuentre mientras esté allí el Caballero Culpable. Si alguien desea combatir, que vaya, pues no le faltará el combate».

De esta forma Lanzarote envió al enano al torneo, y cuando llegó y dio la noticia, lo tomaron todos como desdén y le contestaron que irían pronto a ver al caballero. Así lo hicieron, pero no hubo nadie que no se tuviera por loco después de haber ido, pues los vencía a todos con las armas y los derrotaba, tanto a los que llegaban de lejos como a los que venían de cerca; pero no mataba a nadie si se le rendían: fue tal la fama por toda la tierra que sólo hablaban de él y decían que ciertamente era el mejor caballero del mundo. De esta forma permaneció Lanzarote en la Isla de la Alegría; pero la isla era llamada así sólo por las doncellas que estaban con la hija del rey Pelés, pues tenían la

mayor alegría que se había visto, y por duro que fuera el invierno, no dejaban de ir a bailar todos los días alrededor del pino del que colgaba el escudo, y por eso llamaron a la isla, Isla de la Alegría.

Pero la historia deja ahora de hablar de Lanzarote y vuelve a Héctor y a Perceval, que iban buscándolo.

CLXXIX

Cuenta ahora la historia que Héctor y Perceval cabalaron durante mucho tiempo por tierras lejanas, por si la aventura los llevaba a algún sitio donde pudieran encontrar a Lanzarote; pero no llegaron a ninguna parte donde les pudieran dar noticias; estaban tristes, aunque no abandonaron su camino y cabalaron invierno y verano de tal forma, sin encontrarse aventuras que haya que contar en ningún libro, hasta que llegaron junto a un río profundo e impetuoso cerca de Corbenic: desde la orilla ven una isla cercana, con un castillo fuerte y bien situado. Contemplan el castillo durante un buen rato y dicen que es hermoso y que está en un bello lugar; pero no había ni puerta ni pasarela para llegar hasta allí.

—Mi señor Héctor —dice Perceval—, si hubiera un puente por el que pasar, podríamos ir a esa fortaleza para ver quién vive en ella, pues me parece un lugar muy hermoso y agradable.

—Por mi fe, no lo veo fácil, pues el río es impetuoso y profundo y si no hay un puente o una barca, pereceríamos al entrar en él.

—Detengámonos aquí hasta que Dios nos permita atravesar el río, pues no me moveré, por Dios, hasta que sepa quién vive allí.

Mientras hablaban de este modo, ven llegar a una doncella que iba entretenida por la orilla, llevando un hermoso gavilán en el puño. La saludan con la mayor cortesía que saben y ella hace lo mismo.

—Doncella, por Dios —le dice Perceval—, decidnos algo que no sabemos.

—¿Qué es?

—Qué gente vive allí.

—Os diré con gusto lo que sé. Vive la doncella más hermosa del mundo, de alto linaje; con ella hay un caballero al que no conozco bien, pero os puedo decir que todos los días va a aquel árbol a la hora de prima y se lamenta como nunca vi hacer; es el mejor caballero del mundo, pues hace seis años que vino a la isla y puso como costumbre que nadie se atreviera a entrar en ella, si no era el mejor caballero de los conocidos; hizo pregonar esa costumbre por toda la tierra y os diré de qué forma: «El Caballero Culpable hace saber a todos los caballeros de lejos y cerca que no les faltará el combate a los que lleguen a la isla entre la hora de prima y la de nona; si llegan a otra hora, no combatiré». Ya han sido más de dos mil, sin que ninguno pudiera marcharse sin ser derrotado y vencido. Es tan noble y afable, que no mata a nadie, aunque podría haberlos matado si hubiera querido. Ya me tengo que ir; os encomiendo a Dios.

—Doncella, por Dios, decidnos lo que os vamos a preguntar.

—Decid.

—¿Sabéis —le pregunta Héctor— quién es el caballero?

—Por Dios, sólo sé que la aventura lo trajo a esta tierra fuera de sí, pero fue curado en casa del Rey Pescador y luego vino a esta isla, donde actúa tal como os he dicho.

—Decidme —le pregunta Perceval—, si alguien quisiera ir, ¿por dónde podría pasar?

—Os lo diré. Por la parte de la isla, al pie de aquella torre hay una barca que lleva allí y en la que entran los que van a luchar contra el caballero; los marineros esperan todos los días, desde la hora de prima hasta la de nona, y los pasan cuando la aventura los trae; pero sólo puede pasar un caballero.

—Ahora os encomendamos a Dios, doncella.

La muchacha se va y Perceval le dice a Héctor:

—Alojémonos en algún sitio y volvamos mañana aquí. No me iré hasta que sepa cómo golpea con la espada ese caballero.

Se alejan de la orilla y cabalgan una legua para albergarse en casa de un caballero que vivía a la entrada de un bosque. Por la tarde, después de cenar, les preguntó el caballero de dónde eran y ellos le contestaron que de la casa del rey Arturo y que habían ido a aquel lugar a combatir contra el caballero de la isla.

—Por Dios, no os aconsejo que vayáis a combatir, pues si se ocupara de matar caballeros, habría matado a muchos desde que llegó aquí.

Dejaron de hablar del asunto hasta el día siguiente por la mañana. Cuando se levantaron, el caballero les dio buenas armas y buena cota a los dos, pues le parecían valientes y que las necesitaban. Después de oír misa y de comer un poco, el señor montó con ellos y les dijo que irían a ver el combate. Luego, se marcharon de la casa juntos y cabalgaron hasta la hora de prima en que llegaron al río, donde estaba la barca y los marineros.

—Mi señor Héctor —le dice Perceval—, os ruego que me concedáis este combate.

Héctor se lo otorga. Uno de los marineros toma un cuerno de marfil, se lo pone en la boca y lo toca con tanta fuerza que se podía oír desde lejos; luego le dice a Perceval que entre en la barca y éste así lo hace, pasándolo de inmediato a la isla. Cuando ya han llegado allí, le hacen salir y le entregan el caballo y las armas. Va a un árbol y mira que no le falte nada del arnés; luego, monta y espera a que salga el caballero de la torre, bien armado, con riqueza, con armas negras, a caballo y embrazando el escudo. Al ver al caballero, dirige hacia él el caballo y el otro hace lo mismo, sin temer nada; se golpean con fuerza, pues las lanzas son fuertes y las cotas apretadas; los arzones de las sillas crujen y las correas se rompen, derribándose al suelo de tal forma que ninguno de los dos puede burlarse del otro. Pero no permanecieron mucho rato así, pues eran valientes y buenos caballeros: se levantaron y sacaron las espadas, poniendo los escudos en alto. Perceval contempla el escudo del caballero porque tenía pintada una reina y un caballero delante, como si estuviera pidiéndole perdón; era un escudo muy hermoso, que nunca hubo caballero que llevara otro semejante.

Después de empezar la batalla, no había nadie que no los contemplara con gusto,

pues los dos eran muy valientes y difícilmente se podría encontrar nadie comparable; en poco rato se destrozaron escudos, yelmos y cotas de tal forma que quedan cubiertos de sangre. Y esto hace que se muestren más orgullosos el uno con el otro; dura el combate hasta que pasa la hora de nona y están tan cansados y fatigados que a la fuerza tienen que descansar para recuperar el aliento; se apartan un poco y se miran. Cuando ya han descansado, Perceval empieza a hablarle y le dice al caballero:

—Señor, quiero preguntaros cómo os llamáis, pues ciertamente no encontré nunca un caballero al que deseara conocer tanto como a vos; por eso os ruego con cortesía que me digáis vuestro nombre, si os parece bien.

—Señor caballero, sois tan valiente que no os lo ocultaré. Sabed que el que quiera llamarme de forma recta me llamará Caballero Culpable y bien nuestro las enseñas. Ya os he dicho mi nombre, os ruego y pido que me digáis el vuestro, y quién sois.

Le contesta que es de la casa del rey Arturo y compañero de la Mesa Redonda, «y me llamo Perceval de Gales, hermano de Aglován».

Al oír estas palabras, el caballero arroja su escudo al suelo, toma la espada, se arrodilla ante Perceval y le dice:

—Señor caballero, me tengo por vencido. No seguiré combatiendo contra vos ya que sois de esa casa, pues no tendré fuerza ni valor contra vos, por amor a la casa en la que está toda la dulzura.

Cuando Perceval ve delante de sí al caballero arrodillado, no lo permite, lo levanta y le dice:

—Señor, por Dios, ¿qué decís?

El caballero se quita el yelmo de inmediato y le tiende la espada diciendo:

—Señor, tomad todas mis armas.

Perceval lo mira y ve que está llorando con dulzura y se pregunta sorprendido por qué será:

—Señor, os ruego por la cosa que más queráis en el mundo que me digáis vuestro nombre.

Llorando le contesta:

—Señor, me habéis conjurado de tal forma que os lo voy a decir: me llaman Lanzarote del Lago.

—Señor, sed bienvenido. Iba buscándoos desde hace más de dos años y no paré nunca; gracias a Dios he terminado mi búsqueda, pues ya os he encontrado. ¿Sabéis quién es aquel caballero que me está esperando?

—No.

—Es mi señor Héctor de Mares, vuestro hermano.

Cuando Lanzarote oye estas palabras, empieza a lamentarse más que antes y dice:

—Buen hermano, pensaba que nunca más os volvería a ver.

Ordena entonces a los marineros que vayan en busca del caballero que hay en la

orilla, y así lo hacen.

Al pasar a la isla y ver a su hermano, Héctor empieza a llorar de alegría, lo abraza y lo besa. Salen entonces del castillo hasta siete caballeros, hombres viejos y ancianos, acompañados por la hermosa doncella, la hija del rey Pelés. Cuando ésta ve a Héctor, le muestra una gran alegría y los lleva al castillo, donde hace que se desarmen. Entonces empieza la gran fiesta y la gran alegría allí dentro.

Cuando Héctor reconoció a la hermosa doncella, la hija del rey Pelés, le preguntó por Galaz, el hijo de Lanzarote, sobrino suyo, y ella le contestó que era el niño más hermoso del mundo y tan grande como correspondía a los diez años que tenía.

—Me gustaría verlo —dice Héctor.

—Señor, está en casa del rey Pelés, mi padre, donde ha sido criado; lo veréis en breve, pues sé que acompañará a su padre cuando se vaya de esta tierra.

—¿Cómo vino aquí?

—Señor, vino tan fuera de su juicio, tan desnudo y en tal estado, que apenas se le podía reconocer como Lanzarote. Tan pronto como se acercó al Santo Grial, se curó; vino a esta isla porque no quería que lo reconocieran y se ha ocultado desde entonces tan bien que nadie lo reconoció, más que los de este castillo y mi padre.

Hablaron bastante de este asunto, y por la mañana Héctor le dijo a Lanzarote:

—Señor, mi señora la reina os llama y por eso tenéis que acudir a la corte.

—Eso no puede ser, pues me lo prohibió.

—Os digo lealmente que os hace ir.

Contesta que entonces irá con mucho gusto. Le hace saber al rey Pelés que se irá tres días más tarde y cuando éste lo supo lo sintió mucho; luego, le dice a Galaz:

—Buen nieto, vuestro padre se quiere ir.

—Señor, ¿qué decis? Hará su voluntad, pero dondequiera que vaya quiero estar tan cerca de él que lo pueda ver a menudo.

Cuando el rey oye la voluntad del niño y ve que no lo podrá retener, pregunta qué puede hacer.

—Señor —le contesta un caballero—, en el bosque de Camalot hay una abadía de la que una hermana vuestra es abadesa. Enviad allí al niño y que dos caballeros se ocupen de él; así podrá ver frecuentemente a su padre.

El rey acepta esto y prepara al niño lo mejor que puede; le entrega cuatro caballeros para que lo acompañen y seis escuderos para que le sirvan, y les da tantas riquezas que bien podrán vivir en cualquier sitio al que vayan.

Tres días más tarde llegó Lanzarote a Corbenic con gran séquito de caballeros. Héctor pide ver a Galaz y el niño acude; al verlo, Héctor siente por él tanto aprecio como por ningún otro niño. Cuando la madre supo que Galaz tenía que irse, hubiera perdido el juicio y en modo alguno hubiera dejado de irse con él, de no ser porque su padre el rey se lo prohibió, y por eso se quedó.

Por la mañana, cuando ya estuvieron dispuestos para montar, el rey llevó a Galaz ante Lanzarote y le dijo:

—Señor, dondequiera que encontréis a este niño, tenedlo por vuestro, pues fuisteis vos quien lo engendrasteis en mi hermosa hija.

Le contesta que se alegra mucho por eso. Luego se marchan y el rey, después de acompañarlos un buen rato, regresa, pues así se lo pide Lanzarote, que continúa su camino con Héctor y Perceval, cabalgando hasta llegar a Carlión, donde encontraron al rey Arturo, a Boores y a Lionel, que habían llevado a Elián el Blanco, el joven más hermoso de su edad, que iba a ser armado caballero en breve, y así lo fue de la misma mano de Boores.

Cuando supieron que venía Lanzarote, fueron todos a su encuentro y lo recibieron con gran alegría, sirviéndole en todo lo que pudieron; de todos, fue la reina la que lo recibió con más alegría, pues tenía el mayor gozo que puede pensar el corazón humano.

Galaz dejó a su abuelo y cabalgó hasta que llegó a la abadía de monjas; permaneció allí hasta los quince años, en que era tan hermoso, valiente y ágil que no se podría encontrar su parejo en el mundo.

Junto a la abadía había un ermitaño de santa vida que acudía con frecuencia a ver a Galaz y que gracias a la voluntad de Nuestro Señor sabía algo de las virtudes del niño y por eso un día después de Pascua le dijo:

—Buen hijo, ya estáis en edad de recibir la orden de caballería, ¿por qué no os armáis caballero en Pentecostés?

—Señor, si Dios quiere, así lo haré, pues mis maestros me lo han dicho.

—Entonces procurad confesaros para estar limpio y expurgado de toda suciedad.

Le contesta que así lo hará, si Dios quiere.

Ese día hablaron juntos mucho tiempo. La mañana siguiente, a la hora de prima, el rey Arturo, que estaba cazando en el bosque, fue allí a oír misa y después de que la cantaran, el ermitaño lo llamó y le dijo:

—Rey Arturo, te digo en confesión que el día de Pentecostés próximo será armado caballero el que pondrá fin a las aventuras del Santo Grial; ese día irá a tu corte y terminará con el Asiento Peligroso. Convoca a tus hombres para que acudan todos la víspera de Pentecostés a Camelot a ver las maravillas que les ocurrirán allí.

—Señor, ¿lo decís de verdad?

—Os lo digo como sacerdote.

El rey, muy contento por esta noticia, monta de inmediato y se marcha, permaneciendo en el bosque hasta el anochecer. Cuando llegó a Camelot, envió cartas por todo el reino de Logres convocando a sus nobles para que acudieran a la corte el día de Pentecostés, pues sería la corte mayor y más admirable de cuantas había tenido: se reunieron tantos la víspera de Pentecostés que cualquiera que los viera se admiraría.

Aquí termina maestro Gautier Map su libro y empieza *La búsqueda del Santo Grial*.

Índice de nombres propios

Recojo en este índice los nombres propios de personas y lugares citados en los siete volúmenes de la *Historia de Lanzarote del Lago*, ordenados alfabéticamente según la forma que reciben en la traducción; entre paréntesis ofrezco las variantes que presentan esos nombres en el original. Los números romanos remiten al capítulo correspondiente; incluyo también la referencia aunque el personaje no sea citado de forma explícita, sino mediante circunloquio. En general, de los personajes y topónimos más importantes sólo recojo las primeras alusiones (una decena de referencias), pues de lo contrario este índice habría sido demasiado extenso. Espero que, a pesar de todo, resulte útil.

A

ABADÍA DE LA PEQUEÑA LIMOSNA, *vid.* Abadía del Pobre Socorro.

ABADÍA DE LA POBRE LIMOSNA, *vid.* Abadía del Pobre Socorro.

ABADÍA DEL POBRE SOCORRO (*Abbaie del Povres Secors*), también llamada Abadía de la Pobre Limosna, Abadía de la Pequeña Limosna (*Abbaie de la Petite Aumosne*) y Telite, CLX, CLXI, CLXXII.

ABADÍA DEL SOCORRO DE LOS POBRES, CLX, CLXI; *vid.* también Abadía del Pobre Socorro.

ABADÍA DE TELITE, CLX; también llamada Abadía del Pobre Socorro.

ABETAL, *vid.* Bosque del Abetal.

ABILAS, sobrino del duque Karlés, CXLIII.

ACADOES, guardián del Puente de la Espada, LXXVI.

ACILLE LE BLONC, escudero, CLXVI.

ADAIM EL BELLO (*Adaim li Biax*), caballero, CXXII.

ADÁN, primer hombre, CXLIX.

ADRAGAÍN EL BRUNO (*Adragains li Bruns*), hermano de Mador el Negro, X.

AGARNICES, clérigo, LXXV.

AGLEOT, rey de los Sajones, LXX.

AGLONDE, *vid.* Río Aglonde.

AGLOVÁN (*Agloval*), hermano mayor de Perceval, CXXXI, CXXXII, CXXXIII, CXLII, CXLVIII, CLVI, CLVIII, CLIX, CLXVI, CLXVII, CLXXVII, CLXXIX.

AGOIER EL FELÓN (*Agoiers li Fel*), caballero de Brandegorre, CXIX.

AGRAVAÍN EL ORGULLOSO (*Agravains li Orgueillos*), hermano de Galván, sobrino del rey Arturo, XLI, LX, LXI, LXIII, LXIV, LXX, CXII, CXVIII, CXL, CXLI,

CXLII, CXLIII, CXLVII, CXLV, CLXII, CLXXI, CLXXII, CLXXV.
AGRESTES (*Egrestes*), rey, CXXXI.
AGRICOL EL DONOSO HABLADOR (*Agricol li Bials Parliers*), caballero de Brandegorre, CXIX.
AGRIPA (*Agrippes*), padre de la doncella aherrojada, CXVIII.
AGUINIER, compañero de Galahot, CXLI.
AGUISCÁN DE ESCOCIA (*Aguiscauz, Aguisans, Aviscans, Aguisars d'Escoche*), rey de Escocia, primo de Arturo, VIII, X, LI, LII, LXXVIII, LXXIX.
AIGLÍN DE LOS VALLES (*Aiglins, Aiglyns, Aglin des Vaus*), caballero, XXV, XXVI, LI, XCIV, XCVII.
ALANTINE, ciudad de Sorelois, por la parte de Logres, LXXIII.
ALEGRE GUARDIA (*Joiose Garde*), nombre que recibió la Dolorosa Guardia después de ser conquistada, XL, CXXI.
ALEGRÍA, *vid.* Isla de la Alegría.
ALEJANDRO (*Alexandre*), Alejandro Magno, CXIX.
ALIBIAUX, primo de Claudás, CLXXIV.
ALIBÓN (*Alybon*), hijo del vasallo del Vado de la Reina, guardián de este paso, XXIII, XXIV, XXV.
ALIER (*Allier*), padre de Marés, LXIII.
ALMERIA (*Aumarie*), CLXIV.
ALOUZ, conde, CXV.
ALTICE, reino de Ares, XXII.
ALTOS MUROS, *vid.* Castillo de los Altos Muros.
ALVERNIA (*Auvergne*), Marca, I.
AMIDE, doncella, CXV, CXVI, CXVII.
AMITE, hija del rey Pelés, madre de Galaz, VIII, CXVIII, CXLIX, CL, CLII, CLV, CLXIV, CLXIX, CLXX, CLXXII, CLXXVI, CLXXVII, CLXXVIII, CLXXIX.
AMOR (*Amors*), dios, XCI, CXIX, CXLVII, CLVII.
AMUSTANS (*Almustans*), ermitaño, LXXX.
ANGALE DE RAGUIDEL, prima de Lanzarote, CXXXVIII, CXLVIII.
ANGUINS, hijo mayor de Farién, LXXXIX.
APOLIN, dios de los sarracenos, CXXXII.
AQUITANIA (*Aquitainne*), CLXV, CLXXI.
ARAM, mensajero, CLXXVI.
ARAMONT, señor de Bretaña la Menor; también llamado Hoel, I.
ARAMONT, hermano de Agleot, LXX.
ARANS (*Arens*), conde de Flandes, CLXXIII.
ARBOLEDA, *vid.* Bosque de la Arboleda.

ARCOIS EL FLAMENCO (*Arcois li Flamens*), acompañante de Claudás, VIII.
ARES, rey de Altice, padre de Tors, XXII, XXV, XXXIV.
ARESBETH, *vid.* Castillo de Aresbeth.
ARESTUEL (*Arestueil, Arestel*), Lugar de Escocia, LXX, LXXI.
ARFUSAT EL GORDO (*Arfusat li Gros*), caballero de Brandegorre, CXIX.
ARGODRÁS EL RUBIO (*Argodras li Ros*), primo de Meleagant, CXX, CXXI, CXXII.
ARGON, señor del Castillo de la Roca, hermano de Mategrant, CXXXII.
ARGUEL, rey; padre de Galescalaín, duque de Clarence, LXXXII.
ARIMATEA (*Arrimathie*), Tierra de José, *vid.* José de Arimatea.
ARODIENS DE COLONIA (*Arodiens de Coloigne*), clérigo, LXXI.
ARRAMANT EL GORDO (*Arramant li Gros*), primo de Melián el Alegre, CXXI, CXXIV, CXXVII.
ARSIE, *vid.* Río Arsie.
ARTURO (*Arthur, Artus*), rey de Bretaña, I, VIII, X, XI, XIV, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, etc.
ASCENSIÓN, festividad, XX, LXXVII, LXXVIII, CVII, CVIII.
ASSURNE, *vid.* Río Assurne.
AUSILES, sobrino de Karlés, CXLIII.
AUTRAGAIS, caballero, XXIII.

B

BAN DE BENOIC, rey; padre de Lanzarote del Lago, I, II, III, IV, V, VII, VIII, IX, X, XI, XIV, XV, XVI, XVIII, XX, XXIV, XXXVII, XLI, XLII, XLIX, LIII, LX, LXVI, LXX, LXXV, LXXVI, CXIV, CXXI, CXXVIII, CXXXVIII, CXLV, CL, CLII, CLIV, CLVII, CLXII, CLXIV, CLXVI, CLXVII, CLXXI, CLXXII, CLXXIV, CLXXVI.
BANDEMAGUS (*Baudemagu, Baldemagu*), rey de Gorre, LII, LXXVI, LXXVII, CVII, CVIII, CIX, CX, CXI, CXIV, CXX, CXXI, CXXII, CXXIII, CXXIV, CXLIX, CLI, CLIV, CLV, CLVI, CLVII, CLVIII, CLIX, CLXIV, CLXVI, CLXXI, CLXXII, CLXXIII, CLXXV, CLXXVI, CLXXVII.
BANÍN, caballero; ahijado del rey Ban de Benoic, II, XX, CXXI, CLII, CLXII, CLXXIII, CLXXIV.
BEDUIER (*Beduiers, Bedoiers, Bedoins, Beduir*), condestable, X, XXII, CXI, CXII.
BELLA (*Bele*), Señora de las Islas de Tedares, LXXV.
BELLA JAYANA (*Bele Jaiande*), madre de Galahot, XI, XXXIII, XLVI, XLIX, III, LXI, LXIII, CXXXVI, CLXII.

BELLALANDA, *vid.* Bosque de la Bella Landa.

BELLO MALVADO (*Bials Malves*), nombre que se da a Boores el Desterrado en CXIX.

BELYAS EL NEGRO (*Belyas li Noin*), caballero, CLXIV, CLXVI.

BENOIC, reino, I, III, IV, V, VII, VIII, IX, X, XII, XIV, LXXVI, CXXI, CLXXI, CLXXIV, CLXXVI.

BENOIC, ciudad, I, II, CLXXI.

BERNANT, rey de Norgales, LXI.

BERRI, región, I, VIII, CLXV.

BERTHOLAI (*Berthelai, Bertolai, Bertelai, Bertoulai*), caballero, LXXIV, LXXVII, LXXVIII, LXXIX, LXXX.

BESTOT, *vid.* Castillo de Bestot.

BIENFAIS, monasterio, LX.

BLEUE, *vid.* Bosque de Bleue.

BLEVINE DE GLOCEDÚN, prima de la Dama de Honguefort, CXIX, CXXII.

BLIANT, *vid.* Castillo de Bliant.

BLIANT, caballero, CLXXVIII.

BLIOBLIERÍS (*Bliobleris, Blioberis*), caballero, LI, CLXII, CLXXIII.

BONIFACIO EL ROMANO (*Bonifaces li Romains*), clérigo, LXXV.

BOORES EL DESTERRADO (*Bohort, Boort, li Essilliez*), llamado también Boores de Gaunes, como su padre. Hijo de Boores de Gaunes, hermano de Lionel y primo de Lanzarote, IV, VII, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVIII, XIX, etc.

BOORES DE GAUNES (*Boors, Bobort, Bohours, de Gaunes*), padre de Boores el Desterrado y de Lionel; hermano de Ban de Benoic, I, IV, VII, VIII, XI, XII, XIV, XV, XVI, XVII, LUI, LXII, CL, CLII, CLV, CLXXI, CLXXII, CLXXIII, CLXXV.

BOSQUE DEL ABETAL (*La Sapinoie*), CXIV.

BOSQUE DE LA ARBOLEDA (*L'Arbroie*), CXLIII.

BOSQUE DE LAS AVENTURAS (*Forest Aventureuse*), bosque devastado, tierra del rey Pelés, LXXV.

BOSQUE DE LA BELLALANDA (*Bele Lande*), LX.

BOSQUE DE BLEUE, LXIV.

BOSQUE DE BREDIGÁN, LXXVIII.

BOSQUE DE BREQUEHAM, situado entre el ducado de Cambenync y el reino de Norgales, LVIII, LX, LXI, LXIII.

BOSQUE DE BRIOSQUE, XV.

BOSQUE DE BROCAIRE, CLXVIII.

BOSQUE DE BROCELIANDA, CXXXII.

BOSQUE DE CAMALOT (*Forest de Camelot*), CXXXI, CLXXI, CLXXVII, CLXXIX

BOSQUE DE LOS CUATRO PELIGROS (*dels Quatre Perilx*), CXXVII.

BOSQUE DE DARNANTES, VI.

BOSQUE DE LAS DESGRACIAS (*Forest Malaventurose*), XCII.

BOSQUE DEVASTADO (*Gaste Floreste*), tierra del rey Pelés; *vid.* Bosque de las Aventuras, llamado también Gasta Floresta.

BOSQUE EXTRAÑO (*Forest Estrange*), CLXVII.

BOSQUE DE GLOEVEN, CXXIX.

BOSQUE DE GLORINDE, LXXIII.

BOSQUE IMPRACTICABLE (*Forest Desvoiable*), CLVIII, CLXXII; también llamado Bosque Perdedor.

BOSQUE DE LANDONE, CXVII.

BOSQUE DE LONVEGO, CXXXVI.

BOSQUE PELIGROSO (*Forest Perilleuse*), CLIX, CLX, CLXII, CLXIV, CLXVII, CLXXII.

BOSQUE PERDEDOR, *vid.* Bosque Impracticable.

BOSQUE PERDIDO (*Forest Perdue*), CL, CLVII.

BOSQUE DE ROEVENT, CXVI.

BOSQUE DE SARPENIC, CXIV, CXIX, CXX.

BOSQUE DE TERIQUE, CXLVII, CXLVIII.

BOSQUE DE TINTAGEL, CVII.

BOSQUE DE LOS TRES PELIGROS (*Forest des Trois Perilx*), LXXI, CXXI.

BOSQUE DEL VALLE (*Bois en Val*), I.

BOSQUE DE LOS VALLES (*Forest des Combes*), LXIII.

BOSQUE DE VREGUEGNE, LXXXI.

BOURGES (*Boorges, Bohorges, Bouorges*), ciudad, I, VIII, XIV.

BRANDAGUE, rey de los Sajones, LXIV.

BRANDEBAN, duque de Taningues, CXXV.

BRANDEGORRE (*Brangoire, Brandegorre*), rey, CXVIII, CXIX, CLXX, CLXXII, CLXXV.

BRANDELIZ, caballero, III, LIV, CXXXI, CXXXIII, CXLVIII, CLVI, CLXXIII.

BRANDIS DE LAS ISLAS (*Brandis des Isles*), señor de la Guardia Dolorosa, XXIV, XXVI, XXVIII, XXIX, XXXVIII.

BRANDIS, caballero, LI.

BREDIGÁN (*Bedingran*), Castillo de la Marca de Irlanda, LXXIV, LXXVII, LXXVIII, LXXIX, LXXX.

BREQUEHAM (*Bresquehan*), región y bosque, LX.

BRETAÑA (*Bretaigne, Bertaigne, Grant Bretaigne*), I, VI, VIII, X, XV, XVI, XXI, XXIII, XXVII, XXXII, LX, LXI, LXIII, LXX, LXXI, LXXV, LXXVI, LXXVII,

LXXVIII, LXXIX, etcétera.

BRETAÑA LA MENOR (*Petite Bretagne, Bretagne la Menour*), I, VI.

BRIADAS, guardián, CLXVI.

BRINOL DE LA EMPALIZADA (*Brinos del Plaissié*), caballero, CLXIV.

BRIONS, *vid.* Castillo de Brions.

BRIOSQUE, *vid.* Bosque de Briosque.

BRISANE, aya de la hija del rey Pelés, CXLIX, CL, CLXXVI.

BROADÁS, caballero; padre de los dos guardianes de la Fuente de los Sicómoros, CLXVI.

BROCAIRE, *vid.* Bosque de Brocaire.

BROCELIANDA, *vid.* Bosque de Brocelianda; Duque de Brocelianda.

BROZAS, *vid.* Conde de las Brozas.

BRUMANTE EL ORGULLOSO (*Brumanz l'Orguilloux*), sobrino del rey Claudás, CLXXI, CLXXIV.

BRUNO EL DESPIADADO (*Bruns sans Pitié*), XXXV, XXXVII, CX, CXII.

BRUYERES, tierra del conde Alouz, CXV.

C

CABARANTIN DE CORNUALLES, caballero, CLXXI, CLXXII, CLXXV.

CABRIÓN, *vid.* Dama de Cabrión.

CADANT (*Cadanz*), primo de Claudín, CLXXIV.

CADOAIN, caballero, LI.

CALCAS EL PEQUEÑO (*Calcas li Petis*), caballero de Brandegorre, CXIX.

CALOGRENANT, caballero de la Mesa Redonda, CXXV.

CAMALOT (*Camaalot, Chamaalot, Camahalot, Kamaalot*), ciudad, XII, XXI, XXXIII, XLIV, XLV, XIVII, XLIX, LII, LIV, LXXIV, etc.

CAMALOT, *vid.* Bosque de Camalot.

CABALLERO DE LA EMPALIZADA (*Chevalier del Plaissié*), CXIV.

CABALLERO DE NORTHUMBERLAND, XXIII.

CAMBENYNC (*Chambenync*), ducado, ciudad, XXXIII, LVIII, LX.

CAMBENYNC, *vid.* Duque de Cambenync.

CAMINO DEL DIABLO (*Chemins al Diable*), XCII.

CAMINO GALES (*Voie Galesche*), CIX.

CAMINO SIN RETORNO (*Voie satts Retour*), CL.

CAMPERCORANTIN, ciudad, CLI.

CANAGUES, caballero, sobrino de Segurades, LVI, LVIII, LXIII.

CANART, caballero, sobrino de Claudás, hermano de Brumante y primo de Claudín, CLXXI, CLXXIV, CLXXV, CLXXVI.

CANDELARIA (*Candelier, Candeler, Chandelor*), festividad, XX, LXXIV, LXXVII, LXXVIII, CVII.

CANES DE OCCIRE, caballero de Uterpandragón, X.

CANTERBURY (*Cantorbire*), obispado, LXXX.

CAPILLA DERRUIDA (*Gaste Chapele*), CLV, CLVI.

CARADIGAIS, caballero, LI, LIV.

CARADÓS DE LOS BRAZOS CORTOS (*Caradeus, Karados, Karadels Briesbras*), rey; sobrino del rey Arturo, XXV, LI, LIV, CXXIV, CLXXI, CLXXII, CLXXIII, CLXXV.

CARADÓS EL GRANDE (*Karados li Grans*), señor de la Dolorosa Torre; es llamado también Caradós el Felón, LXXXII, LXXXIV, LXXXV, LXXXVII, LXXXIX, XCVII, XCIX, CXLVIII, CLVI.

CARAHAIS, ciudad, XX.

CARBARACONCIN DE CORNUALLES, rey, CXXIV.

CARDOAS DE LANVALE, caballero, LXXIX.

CARDUEL (*Cardueil, Cardoil*), ciudad de Gales, XLII, XLIV, LI, LIV, LX, LXVI, LXXVII, LXXVIII, LXXX, CLI, CLVIII, CLXV, CLXXII, CLXXV, CLXXVII.

CARLION (*Carlyon, Karlion*), ciudad, XXV, LIV, LXXI, LXXX, CLXXII, CLXXIX.

CARMADAN, caballero, CXLVII.

CARMELIDA (*Carmelide, Tarmelide, Tamelide*), Reino y ciudad de Leodagán, padre de la reina Ginebra, LXXIV, LXXVII, LXXVIII, LXXIX, CLXII.

CARNISI, *vid.* Castillo de Carnisi.

CASIBILANS, caballero, sobrino del duque Karlés, CXLIII.

CASTILLO ALEGRE (*Gais Chastials*), situado a orillas del Támesis, LXXXIV, LXXXIX.

CASTILLO DE LOS ALTOS MUROS (*Haus Murs*), castillo a orillas del Loira, XIV, XVI.

CASTILLO DE ARESBETH, CXXXVII.

CASTILLO DE BESTOT (*Bestoc*), CLXXVI.

CASTILLO DE LA BLANCA GUARDIA (*Chastel de la Blanche Garde*), LXXII, CLXIV.

CASTILLO DE LA BLANCA ESPINA (*Chastel de la Blanche Epine*), CLVI, CLXXII.

CASTILLO BLANCO (*Blanc Castel*), castillo de Gallidés, CXV, CXXI, CLXXVIII.

CASTILLO DE BLIANT, CLXXVIII.

CASTILLO DE BRIONS, XV.

CASTILLO DE LA CAJA (*Casse, Chasce*), CXLIX, CL, CLXIV.

CASTILLO DE CARNISI, CLXIV.

CASTILLO DE LA CARRETA (*Chastel de la Charete*), CXLIX, CLI, CLIV, CLV.

CASTILLO DE CATENIEUS, LXXVII.
CASTILLO DE CICAVERNE (*Chastel de Cicaverne, Chicaverne*), LXIII.
CASTILLO DE LA COLINA (*Chastel del Tertre*), CLI.
CASTILLO DE CORBENIC, CXXXVII, CXLIX, CLII, CLIII, CLXIX.
CASTILLO DE LAS CUATRO PIEDRAS (*Chastel as Quatre Pierres*), CXX, CXXIII.
CASTILLO DE CHAROSQUE (*Charosche*), XV.
CASTILLO DE CHARROT, VIII.
CASTILLO DE LAS DAMAS (*Chastel as Dames*), CXIV.
CASTILLO DE LA DOLOROSA TORRE (*Chastel de la Dolorose Tor*), LXXXII, LXXXIV, LXXXV, LXXXVII, XCI, XCII, XCVI, XCVII, XCIX, C, CXLVIII, CLVI.
CASTILLO DE LAS DONCELLAS (*Chastel as Puceles*), CXIV.
CASTILLO DE DUICHE (*Chastel Dukhe*), XC.
CASTILLO DE DUM, también llamado Essoudun, VIII, XIV.
CASTILLO DE LA EMPALIZADA (*Chastel del Plaissié*), CXIV, CXV.
CASTILLO DE LOS ENCANTAMIENTOS (*Chastel des Enchantements*), CLXIX.
CASTILLO DE ESCALÓN EL TENEBROSO (*Castel d'Escalon le Tenebros*), LXXXVII, XCII, XCV, XCVI, CI.
CASTILLO DE ESTRANGLOT, CLIX.
CASTILLO DE LA ESTRECHA MARCA (*Chastel de l'Estroite Marche*), LXI, LXV.
CASTILLO DE ESTRAUS, XCVI.
CASTILLO DE LA FLECHA (*La Fleche*), CXXI.
CASTILLO DE FLOEGS, CXX.
CASTILLO DE GALANTON, CLXXVII.
CASTILLO DE GALEDON, CXIX.
CASTILLO DE GALVOIE, LXXXI
CASTILLO DE GAZEUILTE (*Galzewitte*), VIII, LXV, LXVII.
CASTILLO DE GLOCEDUN, CXXII.
CASTILLO DE LA GUARDIA DOLOROSA (*La Dolorouse Garde*), castillo de Brandís de las Islas, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL, XLI, XIII, LII, CVIII, CXX, CXXI, CXXII, CLVII.
CASTILLO DE LA GUARDIA REAL (*Chastel de la Garde le Roi*), LXXIII.
CASTILLO DE HONGUEFORT, CXV, CXVII, CXX.
CASTILLO DE LA ISLA LEJANA (*Ile Estrange*), CLIX, CLX.
CASTILLO DE LAMBRIÓN, XIV.
CASTILLO DE LANGUE, CXX.
CASTILLO DE LAWENOR, XXI.
CASTILLO DE LEVERZEP, LXIII, LXIV.

CASTILLO DE MALAGUINE, LXX.
CASTILLO DE MARAN (*Maran, Marain*), CLXXVII.
CASTILLO DE LA MARCA (*Marche*), CXVIII.
CASTILLO DE MARÉS, LXI, LXV.
CASTILLO DEL MOLINO (*Chastel del Molin*), CXXXVI.
CASTILLO DE MONTIGNET, CLV.
CASTILLO DE NAGUER, CLVII, CLVIII.
CASTILLO DE LA ORGULLOSA GUARDIA (*Chastel de la Orgueilleuse Garde*), castillo de Galahot, LXXIIL.
CASTILLO DE PAGON (*Pagon, Pagan*), CLXXIII.
CASTILLO DEL PASO (*Chastel del Trespas*), CLI, CLVI, CLVIII, CLIX, CLXII, CLXXII.
CASTILLO DE PENIGUE (*Chastel de Penigue, Pannigue, Pinigue, Pingue, Peningue*), CLXVII, CLXVIII, CLXIX, CLXX, CLXXI.
CASTILLO DE PINTADOL (*Pintadol, Pintaduel*), LXXXVII, XCI.
CASTILLO DE RAGIDEL, CXLVIII.
CASTILLO DE LA ROCA (*Chastel de la Roche*), CXXXII.
CASTILLO DE LA ROCAMABON (*Chastel de la Roche Mabon*), CXVIII.
CASTILLO DE LA ROCA DE LOS SAJONES (*Chastel de la Roche as Saisnes*), LXX, LXXI, LXXIX, C.
CASTILLO DE ROEVENT, XCVI.
CASTILLO DE ROGUEDON, CXXXIII.
CASTILLO ROJO (*Vermeil Chastel*), CXII.
CASTILLO DE ROTESCHI, LVI.
CASTILLO DE LOS SAJONES (*Chastel as Saisnes*), CXXXII.
CASTILLO DE LA SERPIENTE (*Castel de la Herpe*), CXLIX.
CASTILLO DE SINDENORT, LXXV.
CASTILLO TENEBROSO, *vid.* Castillo de Escalón el Tenebroso.
CASTILLO DE LA TORRE (*Chastel de la Tor*), CLXXIII, CLXXIV, CLXXV.
CASTILLO DE TERIQUAM, CLVI.
CASTILLO DE TERRAGUEL, CLVII, CLVIII, CLXII.
CASTILLO DE TESSALINE, LXXIII.
CASTILLO DE TREBE, I, II, III, CXLV, CLII, CLXXI.
CASTILLO DEL VADO DE LOS BUEYES (*Chastel del Gué des Bués*), «Castillo de Oxford», LXXV.
CASTILLO DE VIDEBOR, LXXVII.
CASTILLO DE WANDEHENCHES, CVIII.
CASTILLO DE WINDSOR (*Chastel de Windesores*), CXXXII.

CATENIEUS, *vid.* Castillo de Catenieus.

CELISE, doncella de la Dama del Lago; llamada también Saraida, LXIV.

CICAVERNE, *vid.* Castillo de Cicaverne.

CLAMADEUS DE LAS LEJANAS ISLAS (*Clamados des Lontaines Illes*), caballero, LII.

CLARENCE,

1. Ciudad cercana al reino de Sowailes, LXXI.

2. Grito de guerra del rey Arturo, LXXI, CIX.

3. *vid.* Galescalaín, duque de Clarence.

CLAUDÁS DE LA TIERRA DESIERTA (*Claudás de la Deserte, de la Terre Deserte*), rey, I, II, III, IV, V, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXII, LXXVI, CXXI, CL, CLVI, CLXV, CLXXI, CLXXII, CLXXIII, CLXXIV, CLXXV, CLXXVI.

CLAUDÍN EL JOVEN (*Claudin le Juesnes*), hijo de Claudás, CLXXI, CLXXIII, CLXXIV, CLXXV, CLXXVI.

CLICE, prima de la Falsa Ginebra, LXXIV.

CLOIES, *vid.* Duque de Cloies.

COLINA DE AGRAVAÍN (*Tertre Agravain*), *vid.* Colina de los Desdichados.

COLINA DE LOS DESDICHADOS (*Tertre as Chaitis*), CXXI, CXXII, CXXIII.

COLINA DE LA FUENTE (*Tertre de la Fontaine*), CXXVIII.

COLINA PROHIBIDA (*Tertre Devee*), CLVIII, CLXII, CLXIV, CLXVI, CLXVII, CLXXI, CLXXLI.

COLONIA (*Coloigne*), ciudad, LXXV.

CONDE DE LAS BROZAS (*Comte des Broches*), CXXXVI.

CONDE DEL PARQUE (*Comte del Parc*), CLVI, CLVIII.

CONDE DEL PASO (*Comte del Trespas*), CLVII.

CONDE DE SORESTAN, CLXVII.

CONDE DE VALDONI, CXXII.

CONDE DE VALIGUES, CXXIII.

CONOAIN EL ATREVIDO (*Conoains li Hardis*), caballero, LI.

CONOIN, duque del Castillo de Naguer, CLVII.

CORBALAIN, *vid.* Dama de Corbalain.

CORBENIC, *vid.* Castillo de Corbenic; Puente de Corbenic.

CORNUALLES (*Cornuaille, Cornaille, Cornuaille*), VI, CVII, CLV.

CRUCE DE LOS SIETE CAMINOS (*Quarreforc des VII voies*), LX.

CRUZ ADORADA (*Croix Aouree*), festividad del Viernes Santo, CLXIV.

CRUZ BLANCA (*Blanche Crois*), I, CXXXII, CXXXV.

CRUZ DEL JAYÁN (*Croiz au Jaiant*), CLV.

CRUZ NEGRA (*Crois Noire*), CXXXI.

CUATRO PELIGROS (*Quatre Perilx*), *vid.* Bosque de los Cuatro Peligros.

CUATRO PIEDRAS (*Quatre Pierres*), *vid.* Castillo de las Cuatro Piedras.

CHANEVINCHE, burgo de la Dolorosa Guardia, XXIV.

CHAROSQUE, *vid.* Castillo de Charosque.

CHARROT, *vid.* Castillo de Charrot.

D

DAGUENET EL LOCO (*Daguenet li Fol*), caballero; llamado también Daguenet el Cobarde (*D. li Coars*), XLVII, XLVIII, LII.

DAMA DE LA BLANCA GUARDIA (*Dame de la Blanche Garde*), CLXIV.

DAMA DE LA BRETESCHE (*Dame, damoisele femme de la Bretesche*), CXLII.

DAMA DE CABRION (*Dame de Cabrion, de Cabriel*), prima del rey Arturo, LXXXVII.

DAMA DE GALVOIE, CXLIV, CXLVII, CLI, CLII.

DAMA DEL LAGO, *vid.* Niniana.

DAMA DE MALOHAUT (*Dame de Malohaut, Maloaut, Malahaut, Malehaut, Mahalot*), amiga de Galahot, XLIX, LII, LIV, LVIII, LIX, LXII, LXVI, LXX, LXXI, LXXIV, LXXVII, LXXX, LXXXIX, XCVII, C, CII, CVII, CXII, CXLIX.

DAMA DE LAS MARCAS, XLIX.

DAMA DE NOHAUT, XXII, XXIII, XXIX, XXXIII, XXXIV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, LII, LXXXVI.

DAMA DE NORGALES, hija de Tradelmán, rey de Norgales, LX, LXIII, LXIV, LXVI, LXIX, LXXVIII.

DAMA DE ROESTOC, LVI, LVII, LVIII, LIX, LX, CXLIII.

DAMA DE LA TORRE BLANCA (*Dame de la Blanche Tor*), prima de Galescaláin, LXXXII, LXXXV, LXXXVII, XCVII.

DAMA DE VALIGUES, CXLIII.

DARNANTES, *vid.* Bosque de Darnantes.

DAVID, rey bíblico, III, XV, XXI, XLIX, CXLII, CLXII.

DIANA (*Dyane*), reina de Sicilia, diosa, I.

DIANES (*Dyanes*), largo de Niniana, I, III, V, VI, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVII, XXI, LXIV.

DION, sobrino del duque Karlés, CXLIII.

DIONIS (*Dyonis*), sobrino del duque Karlés, CXLIII.

DIOS (*Diex, Dex*), III, VII, VIII, IX, X, XII, XIII, XIV, XX, XXI, XXII, XLIX, LII, LV, LXX, etc.

DISNADARON, lugar de residencia del rey Arturo, LXXX.

DON (*Do, Doon*), padre de Giflete, LI, LIV, LXIII, LXXIX, CLXII.

DODINEL EL SALVAJE (*Dodinials, Dodiniaux li Salvages*), hermano de Galescalaín; rey de Norohic, XXVII, LI, LXVII, LXXIV, CVII, CXII, CXIV, CXV, CLXII, CLXVII.

DOLOROSA CÁRCEL (*Dolerouse Chartre*), XXVIII, XXIX.

DOLOROSA TORRE, *vid.* Castillo de la Dolorosa Torre.

DOLOROSA TUMBA (*Dolorose Tombe*), CVIII.

DOLOROSO, *vid.* Río Doloroso.

DONCELLA DE AVANZADA EDAD (*Damoisele de Grant Aage*), CXXI, CXXIV, CXXVII, CXXIX, CXXXI.

DONCELLA DE LA BLANCA LANDA (*Damoisele de la Blanche Laude*), amiga de Guerrehet, CXLII.

DONCELLA DE HONGUEFORT (*de Honguefort, de Hongrefort*), CXV, CXVI, CXVII, CXIX, CXXII.

DONCELLA DEL LAGO, doncella de la Dama del Lago; se llama Saraida y Celise, XII, XIII, XIX, CXVI, CXVII, CXX.

DONCELLA ORGULLOSA (*Orgueilleuse Damoisele*), XCVI.

DORIEN, hijo de Claudás, VIII, XI, XII, XIV, XV, XVII, CLXXV.

DRIAN EL ALEGRE (*Driens li Gais*), hijo de Trahán el Alegre y hermano de Melián, LXXXIII, LXXXIV, LXXXIX.

DRUAS EL FELÓN (*Druas le Felón*), caballero, CXLI.

DUCADO DE RIVEL, LXXIII.

DUCADO DE TINTAGEL (*Tintajuel, Tintaguel*), XCV.

DUICHE, *vid.* Castillo de Duiche.

DUM, *vid.* Castillo de Dum.

DUN, *vid.* Señor de Dun.

DUQUE DE LA BLANCA GUARDIA (*Duc de la Blanche Garde*), CLXIV.

DUQUE DE BROCELIANDA, CLV.

DUQUE DE CAMBENYNC (*Duc de Cambenync, de Chambenync*), LX, LXI, LXIII, LXIV, LXVI.

DUQUE DE CLOIES (*Duc des Cloies*), LXXVI.

DUQUE DE MARÉS, CL.

DUQUE DE OC, CL

DUQUE DE TARILLAS, LIV; *vid.* también Tablante.

DUQUE DE TINTAGEL, padre de Morgana, VI.

E

EGERNE, mujer del duque de Tintagel y madre de Morgana; *vid.* también Igerne, XCV.

ELAINE (*Helaine, Helene, Elene*), mujer de Ban de Benoic, hermana de la reina Evaine y madre de Lanzarote del Lago; también llamada Reina del Gran Sufrimiento, I, II, III, IV, V, IX, X, XVI, XIX, XX, XLIX, CVIII, CXXXVI, CL, CLIV, CLV, CLVI, CLXII, CLXXII, CLXXVI.

ELENA SIN PAR (*Heleine, Heliene, Helyene sans Per*), mujer de Persidés, VIII, LXV.

ELIAN (*Elyam*), rey, CLXXII.

ELIAN EL BLANCO (*Elyam le Blanc*), hijo de Boores el Desterrado y de la hija del rey Brandegorre, CLXIX, CLXXII, CLXXIX.

ELIBEL, prima de la reina Ginebra, CXLV, CLXV, CLXXVI.

ELIEZER, hijo del rey Pelés, CXXXII.

ELIEZER (*Elyezer, Elier*), rey de la Marca de Escocia, CIX.

ELIMAS, clérigo, LXXV.

ELINAN DE LAS ISLAS (*Elynans des Illes*), LXVII, LXVIII, LXIX.

ELOIDES, caballero, CLXII.

EMPALIZADA (*Plaisseis*), *vid.* Caballero de la Empalizada; Castillo de la Empalizada; Ermita de la Empalizada.

ENCRUCIJADA (*Quarefors*), *vid.* Ermita de la Encrucijada; Landa de la Encrucijada.

ENEAS, héroe troyano, CLVII.

ERMITA DE LOS ANDANTES (*Hermitages as Erranz*), CLI.

ERMITA DE LA CRUZ (*Ermitage de la Crois*), LXIII.

ERMITA DE LA EMPALIZADA (*Ermitages del Plaisseis*), XXIX, XXXVIII, XL.

ERMITA DE LA ENCRUCIJADA (*Ermitages del Quarefor*), LXI, LXIII.

ERMITA DEL MONTE (*Ermitage del Mont*), CXXXIX.

ERMITA OCULTA (*Ermitage Repost*), LXIII.

ERMITA DEL SETO (*Ermitage de la Haie*), CXIII.

ESBARANTIN DE CORNUALLES, rey, CLV.

ESCALIBOR, espada de Galván, LXIV, LXVIII.

ESCALÓN DEL TENEBROSO, *vid.* Castillo de Escalón del Tenebroso.

ESCALONA, reino, LXXX.

ESCAN DE CAMBENYNC, duque, LX, LXI.

ESCAVALON, ciudad de Logres, LXXXII, CXIII.

ESCLAMOR, caballero, CLXXIV, CLXXV, CLXXVI.

ESCLAMOR DE LA CIUDAD BERMEJA (*Esclamor de la Cité Vermeille*), caballero, CLXII.

ESCOCIA, VI, VIII, X, LI, LII, LXVI, LXX, LXXV, LXXVIII, CXXXI, CLX, CLXVII, CLXIX, CLXXVI.

ESPÍRITU SANTO (*Saint Esperit*), XX, LXXV, LXXX, LXXXVII, XCVII, CXXXII, CL, CLXIV.
ESSENT, hijo de Patricio, VIII.
ESSOUDUN, *vid.* Castillo de Dum.
ESTOREL EL POBRE (*Escoriax, Estoriax li Povres*), caballero, LII.
ESTRANGLLOT, *vid.* Castillo de Estranglot.
ESTRANGOR, reino de Maguis, XXXIII.
ESTRANGORRE, reino, CXXIX, CXXXVI.
ESTRAUS, *vid.* Castillo de Etraus.
ESTREBERES, ciudad, LXIV.
ESTRECHAMARCA, *vid.* Castillo de la Estrecha Marca; Señor de la Estrecha Marca.
EVAINE, mujer del rey Boores, madre de Lionel y de Boores el Desterrado, IV, V, VII, IX, X, XIX.
EXTRAÑAS ISLAS (*Estraignes Illes*), dominios de Galahot; también reciben el nombre de Islas Lejanas, XI, XLIX, LIII.

F

FALERNE, región, LXI.
FARAMON, caballero, CLXXVI.
FARIEN (*Pharien*), tío de Lambegue, ayo de Lionel, IV, V, VII, XII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, CXXII.
FLANDES (*Flaingne, Flandres*), CLXXI, CLXXIII.
FLECHA, *vid.* Castillo de la Flecha.
FLOEGS, *vid.* Castillo de Floegs.
FLOUDEHUEG, puerto, XXI.
FORTUNA, diosa, CLIV.
FRANCIA, I, III, CIII.
FROLE, conde, CLXXVI.
FUENTE BAJA (*Basse Fontaine*), CLI.
FUENTE DE LOS DOS SICÓMOROS (*Fontaine des Deus Sicamors*), CLXIV, CLXVI.
FUENTE DE LA ERMITA (*Fontaine de l'Ermitte*), LXI.
FUENTE DE LAS HADAS (*Fontaine as Fees*), CXXIV, CXXV, CXXVI, CXXXI.
FUENTE DEL PINO (*Fontaine del Pin*), LV, LXIV, LXX, LXXI.

G

GADRAS EL NEGRO (*Gadras le Noir*), hermano de la madre de Caradoc, LXXXV.

GADRASOLAIN (*Gadraselain*), amigo de Gamille, LXXI.

GAHERIS DE CARAHAN, caballero, LII.

GAHERIS DE KAREHEU, caballero, XXIII, XXVII.

GALAAD, *vid.* Galaz el Virgen; *vid.* Lanzarote del Lago.

GALAAD DE HOSELICE (*Galahas*), hijo de José de Arimatea; rey de Hoselice, XXI, CVIII, CIX, CXII.

GALAHOT (*Galahos, Galahaus, Galehot, Galehout, Galohaut*), hijo de la Bella Jayana; rey de las Islas Extrañas o Lejanas, XI, XXXIII, XLVI, XLIX, LI, LII, LIII, LIV, LVII, LX, LXI, LXII, LXIII, LXIV, LXVI, LXVII, LXIX, LXX, LXXI, LXXII, LXXIII, LXXIV, LXXV, etc.

GALAIN, duque de Ronnes, LXX.

GALANTIN EL GALÉS, caballero, CLXII.

GALANTON, *vid.* Castillo de Galantón.

GALAZ EL VIRGEN (*Galaad li virges*), hijo de Lanzarote y de la hija del rey Pelés, CXLIX, CLXVII, CLXIX, CLXXI, CLXXII, CLXXVI, CLXXVII, CLXXIX.

GALEDE, *vid.* Río Galede.

GALEDÓN, *vid.* Castillo de Galedón.

GALEGANTIN EL GALÉS, caballero, XXV, XXVII, XXIX, XLVI, LI, LIV.

GALEGUINAN, hermano de Yvaín el Bastardo, LII.

GALEHODIN, sobrino y ahijado de Galahot, señor del castillo de Penigue, LXXVI, CXLIX, CLXVI, CLXVII, CLXVIII.

GALENIN, duque; padre de Mariale, CLII.

GALES, nombre, derivado de Galahot, que recibió el reino de Hoselice o Sorelice, XXI, LI, LIII, LXXVIII, CVIII, CXII, CLI, CLXV, CLXXII, CLXXVII, CLXXIX.

GALES EL ALEGRE (*Gales li Gais*), caballero, XXXIV.

GALES EL CALVO (*Gales li Caus*), caballero, LI, LIV.

GALESCALAIN (*Galechalain, Galeschin*), duque de Clarence, hijo del rey de Escavalón, hermano de Dodinel, sobrino del rey Arturo y primo de Galván, LXXXI, LXXXII, LXXXIV, LXXXV, LXXXVI, LXXXVII, LXXXIX, XC, XCI, XCV, XCVI, XCVII, XCIX, CXIV, CLXII, CLXIV, CLXVII.

GALESCONDES, caballero, XXV.

GALONE, *vid.* Reino de las Marcas de Galone.

GALORRE, *vid.* Valles de Galorre.

GALOS DE YBERGE, caballero, XXXIV.

GALVÁN (*Gauvain*), hijo del rey Loth, sobrino de Arturo, hermano de Guerrehet, Geheriet, Agravaín y Mordret, XX, XXII, XXIII, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII,

XXIX, XXX, XXXI XXXII, XXXIII, XXXIV, etc.

GALVOIE, *vid.* Castillo de Galvoie; *vid.* Dama de Galvoie.

GALLIDES, señor del Castillo Blanco, tío de la doncella de Honguefort, CXV, CXVI, CXVII.

GAMILLE (*Gamyle*), maga, encantadora, LXX, LXXI.

GANLANTÍN EL ALEGRE (*Gais Ganlantins*), caballero, XXV, LI.

GANOR DE ESCOCIA, caballero, CLVII.

GARENGAUS EL FUERTE (*Garengaus li Fors*), caballero de Brandegorre, CXIX.

GASAN, ciudad, CXXI.

GASCUÑA (*Gascoigne*), I.

GASOAIN DE ESTRAGOT (*Gasonain, Estrangot*), caballero, XXII, XXV, XXVII, LI, CXXXI.

GASOAIN DE ESTRAUZ, caballero, LIV.

GASTA FLORESTA, *vid.* Bosque Devastado.

GAULA, reino, I, VIII, XVII, XXII, CXIV, CXLV, CL, CLXIV, CLXV, CLXXI, CLXXII, CLXXIII, CLXXIV, CLXXV, CLXXVI.

GAUNES, reino, I, IV, V, VII, VIII, IX, X, XI, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, CXVI, CXLIV, CL, CLII, CLXV, CLXXI, CLXXIV, CLXXV, CLXXVI.

GAUTIER MAP, autor ficticio de la obra, CLXXIX.

GAZEVILTE, *vid.* Castillo de Gazevilte.

GENEROSIDAD (*Largesce*), personaje alegórico, CLXV.

GIFLETE DE DON (*Gifles, Girfles fiz de Do*), hijo de Don, XXVII, LI, LIV, LV, LXI, LXII, LXIV, LXXI, LXXIX, CXI, CLXII.

GINEBRA (*Genievre*), hija de Leodagán, mujer del rey Arturo, I, VIII, IX, XLVI, LX, LXI, LXV, LXVII, LXIX, LXX, LXXI, LXXIII, etc.

GINEBRA (FALSA), hija bastarda de Leodagán y de la mujer de su senescal, LXXIV, LXXVII, LXXVIII, LXXX.

GLADOAIN DE CAERMUZIN, caballero, LIV.

GLOADAIN, senescal de Cambenync, LXIV.

GLOCEDUN, *vid.* Castillo de Glocedún.

GLOEVEN, *vid.* Bosque de Gloeven.

GLOIER, sobrino del rey de Northumbeiland, CXXIV.

GLORINDE, *vid.* Bosque de Glorinde.

GODELONTE, desfiladero, LXXI.

GODEZ DE MÁS ALLÁ DE LAS MARCAS (*Godez d'Outre les Marches*), caballero, CXII.

GODOSAIRE (*Godorsone*), ciudad, XXXII, XXXIV.

GORRE, reino de Bandemagus, LXXVI, CVII, CIX, CXI, CXII, CXIV, CXV, CXVI, CXXI, CXXXIX, CLI, CLV, CLVI, CLXXV.

GORRUN (*Gohorru*), capital de Gorre, CIX, CX.

GRAIER DE LOS ALTOS MUROS (*Graters des Haus Murs*), primo del rey Boores de Gaunes y del rey Ban de Benoic, XIV.

GRAN LLANURA (*Grant Plain*), LXIII.

GRAN MONTAÑA (*Grant Montaigne*), LXXV.

GRAVADAIN DE LOS VALLES DE GALORRE (*Gravadain des Vaus de Galorre*), caballero, XXI.

GRECIA (*Grece*), CLXXI.

GRIAL (*Graal*), Vaso, VIII, XXIII, LI, CVIII, CIX, CXXI, CXXXII, CXXXVI, CLVI, CLXIX, CLXXII. *vid.* también Santo Grial.

GRIAL (*La búsqueda del Santo Grial*), libro, XXXVII, LXXI, CLXIX, CLXXIX.

GRIFÓN DEL MAL PASO (*Griffon del Mal Pas*), caballero, CXXI, CXXVII, CXXVIII, CXXIX, CXXXIII, CLV.

GROADAIN EL ENANO (*Groadain le Nain*), LV, LVI, LVIII, LIX, LXI, LXIV.

GROSENAIN DE ESTRANGOT (*Gosenain, Gocenain d'Estrangot*), CXLIII, CXLVIII, CLVI.

GUARDIA DOLOROSA, *vid.* Castillo de la Guardia Dolorosa.

GUARDIA REAL, *vid.* Castillo de la Guardia Real.

GUEHERIET (*Gaheriet, Gaharriet*), hermano de Galván, Guerrehet, Agravaín y Mordret; sobrino del rey Arturo, XLI, LI, LII, CXII, CXXXI, CXL, CXLIII, CXLVII, CLV, CLVI, CLXVII, CLXVIII, CLXX, CLXXI, CLXXII, CLXXV, CLXXVII.

GUENDEBORC, ciudad o región, CXIV.

GUERREHET, hermano de Galván, Gueheriet, Agravaín y Mordret; sobrino del rey Arturo, XII, XLII, LI, LXX, LXXI, CXII, CXXXI, CXXXII, CXL, CXLI, CXLII, CXLIII, CXLVII, CLV, CLVIII, CLXVII, CLXVIII, CLXX, CLXXI, CLXXII, CLXXVII.

GUIAMOR DE CARMELIDA, sobrino de la reina Ginebra, XCV.

GUIDAN, caballero, CXLIII.

GUINÁS, conde, CXLII, CXLIII.

GUINAS DE BLAHESTAN (*Guinas de Blasquestan*), caballero, LXI, LXIV, LXV.

GUIVRES DE LAMBALE, caballero, XXVII, CLXII.

H

HANGIST EL SAJÓN (*Hangist le Saisne*), LXX.

HARGADABRAN (*Hargadabrans, Agadabran*), jefe sajón, hermano de Gamille, LXXI.

HASART, senescal de la Tierra Desierta, CLXXI.
HÉCTOR DE MARES (*Hector, Hestor, Ector, Estor des Mares*), hermanastro de Lanzarote, LVI, LVIII, LIX, LX, LXI, LXIII, LXIX, LXXV, LXXVII, LXXVIII.
HELAIN EL BLANCO (*Helains le Blanc*), hijo de Boores el Desterrado y de la hija del rey Brandegorre; también llamado Elián, CXIX.
HELAIN EL AZULADO (*Helains li Blois*), LI.
HELAIN DE CHAVINGUES, LVII, LIX, LX.
HELAIN EL DRAGON (*Helains li Dragons*), XXXIV.
HELAÍN EL GORDO (*Helains li Gros*), hermano de Pelés de Listenois, XXI.
HELIES DE RAGRES, caballero, LXIX.
HELIES EL TOLOSANO (*Helies li Tolosans*), LXXV.
HELIENI, hija del rey de Norgales, LXXXVIII, XC.
HELIS EL RUBIO (*Helis li Blons, Helys li Blois*), hermano de Gales el Alegre, XXIII, XXXIV.
HERLION, rey; hermano del rey de Northumberland, CXII.
HERVIS DE RIVEL, caballero, X, LI, LII.
HONGUEFORT, *vid.* Castillo de Honguefort; *vid.* también Doncella de Honguefort.
HOSELICE (*Hosseliche*), reino de Galaad, hijo de José de Arimatea, XXI.
HUMBER, *vid.* Río Humber.
HUNGRÍA (*Hongrie*), LXXV.

I

IDIER (*Yders, Ydiers, Idiers*), rey, hijo de Nut, LI, LII, LIV, LXVII, LXX, LXXIX, CLV, CLVI.
IGERNE, mujer de Uterpandragón, *vid.* también Egerne, VI.
IGLESIA DE SAN ESTEBAN, en Camalot, CLXVII.
INGLATERRA (*Engleterre*), LXX, CXX.
ISLA DE LA ALEGRÍA (*Ille de Joie*), CLXXVIII.
ISLA EXTRAÑA, *vid.* Castillo de la Isla Extraña.
ISLA DE LAS MARAVILLAS (*Isle des Mervelles*), CLXXII.
ISLA NEGRA (*Isle Noire*), X.
ISLA PERDIDA (*Isla Perdue*), LXIX, LXX, XCIX.
ISLA RODANTE (*Isla Rolant*), CLXXVI.
ISLA SECA (*Isle Seche*), CXXV.
ISLAS DE JEDARES, LXXV.
ISLAS LEJANAS, LXXVIII, CXX, CXLIX, CLXVI.

ISLAS DE OCCIDENTE (*Isles d'Occident*), LXXIV.

J

JAYANA, *vid.* Bella Jayana.

JEDARES, *vid.* Islas de Jedares.

JENE, rey, LIX.

JERUSALÉN, LXXV.

JESUCRISTO, XX, XXI, XLIX, LXIII, CVIII, CXXXI, CXXXIII, CXXXVII, CXXXIX.

JOSÉ DE ARIMATEA (*Joseph, Josep d'Arrimathie, Arimachie, Arimacie, Barismachie*), caballero, tío de Simeón, llevó el Grial a Gran Bretaña, XXI, XXIII, XLIX, CVIII, CXXI, CXXXI, CXXXII, CXLII, CLX, CLXIV, CLXIX, CLXXVII.

JUAN DE IRCANIA (*Jehans li Ircaniens*), XXI.

JUDAS, II.

JUDAS MACABEO, uno de los primeros caballeros, XXI.

JULIÁN, senador romano, CLXXV.

JÚPITER, dios de los sarracenos, CXXXII.

K

KARLES (*Kales, Karles*), duque, CXLIII, CXLVII, CLV.

KALOGRENANT, caballero del rey Arturo, CLV.

KARADIGAN, castillo, CLXXVII.

KARADOAIN DE KARAMURAIN, caballero, XXVII.

KARLION, ciudad, CLIV.

KEHENDIS EL PEQUEÑO (*Kehendis li Petis*), caballero, XXVII.

KEU EL SENESCAL (*Kex, Quex, Keu, Kel, Kei*), senescal del rey Arturo, XX, XXII, XXIII, XXVIII, XXIX, XLIV, LII, LIII, LIV, LV, LXI, LXIV, LXX, LXXI, etc.

KEU DE ESTRAUS (*Keu d'Estraus, d'Estrox*), tío de Aiglín de los Valles, XXVII, LI, XCVI, XCVII, XCIX.

L

LADOMAS, caballero, hijo del señor de Marés, LXI, LXIV, LXV.

LAGO DIANES, *vid.* Dianés.

LAI EL ATREVIDO, caballero del rey Arturo, LI, CLXII, CL XXIII.

LAI EL ATREVIDO, caballero de Brandegorre, CXIX.

LAI DE PLOR, CLXIX.

LAMBEGUE, sobrino de Farién, maestro de Boores, XIV. XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XXI, CXXI, CLXXIII.

LAMBRIÓN, *vid.* Castillo de Lambrión.

LANZAROTE (*Lancelot*), rey de la Tierra Blanca, abuelo de Lanzarote del Lago, CLXII, CLXIV, CLXXII.

LANZAROTE DEL LAGO (*Lancelot du Lac*), hijo del rey Ban de Benoic; padre de Galaz el Virgen, I, III, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XIII, XIV, XV, XVIII, XIX, XX, XXI, etc.

LANDA DE LA ENCRUCIJADA (*Lande del Quarefor*), llamada también Landa de los Siete Caminos, LX, LXI, LXIII.

LANDA DE LOS SIETE CAMINOS (*Lande des VII Voies*), *vid.* Landa de la Encrucijada.

LANDOINE, caballero del rey Agrestes, CXI.

LANDOINE, hija de Malauguín; hermana de Marán, CLXIX.

LANDONE, *vid.* Bosque de Landone.

LANGUE, *vid.* Castillo de Langue.

LANVALES, hijo de Eliezer, rey de Escocia, CLX, CLXI.

LANVENIC, ciudad, CXVI.

LAWENOR, *vid.* Castillo de Lawenor.

LECHO DE LAS AVENTURAS (*Lis Aventuros*), CXXXVI.

LECHO DE LA MARAVILLA (*Lit de la Merveille*), CLIX.

LEODAGAN DE CARMELIDA (*Leodagan, Leodegan, Tarmelide, Carmelide*), rey; padre de Ginebra, LXXIV, LXXV, LXXVIII, LXXX.

LEONCHES DE PAERNE, primo de Boores, XV, XVI, XVII, XVIII.

LEONIS (*Loenois*), reino de Loth, padre de Galván, LXXIX.

LEUCAN, sobrino de José de Arimatea, XXIII.

LEVERZEP (*Leverzep, Leverzerp*), *vid.* Castillo de Leverzep.

LIBIA (*Libe*), LXXXIX.

LIMANGIN DE CAMALOT (*Limangins de Kamaalot*), caballero bretón, CLXXV.

LIMOSNA DE NUESTRA SEÑORA (*Aumone Nostre Dame*), casa de religión, CIII.

LIONEL (*Lionaix, Lyoneax, Lyonel, Lyon*), hijo del rey Boores de Gaunes; hermano de Boores el Desterrado, primo de Lanzarote, IV, VII, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVIII, XIX, etcétera.

LISANOR, madie de Lohot, XXVI.

LISCES, *vid.* Reino de Liscés.

LOGRES, *vid.* Reino de Logres.

LOGRES, capital del reino de Arturo, VIII, LII, LIII, LIV, LVIII, LXI, LXIII, LXVI, LXX, LXXIV, LXXVII.

LOHOT, hijo bastardo del rey Arturo y de Lisanor, XXVII, XXIX.

LOHOT, padre del rey Gloier, LIII.

LONVEGO, *vid.* Bosque de Lonvego.

LORE DE CARDUEL, hija del rey de Northumberland y de la hermana del rey Arturo, LII, LIV.

LOTH DE ORCANIA (*Loth d'Orcanie*), rey, padre de Galván, XXIII, LVI, CXXXII, CLXVI, CLXVII.

LUCANO EL BOTELLERO (*Lucam li Bouteilliers*), XXII, XXXV, LI, LIV, CXI, CXLIV.

L

LLANURA DE SALESBIERES (*Plains de Salebieres, de Salibieres*), CLXXII.

M

MADOR EL NEGRO (*Mador le Noir*), caballero, X.

MADOR DE LA PUERTA (*Mador de la Porte*), caballero del rey Arturo, XXVII, CXLIX.

MAGDALENA (*Magdalaine, Magdelaine, Madalaine*) festividad de Santa María Magdalena (22 de julio), XI, CVI, CXIV, CXX, CXXI, CXLVII, CLI, CLII, CLIV, CLVIII, CLIX.

MAGLOAS, caballero, LI.

MAHOMA (*Mahomet, Mahon*), CXXI, CXXXII.

MAINE, *vid.* Río Maine.

MAKABREZ, hermano del rey Eliezer, CLX.

MALAGUINE, *vid.* Castillo de Malaguine.

MALACUIN DE ESCOCIA (*Malacugins d'Escoce*), rep, CXXIV.

MALACUIN EL GALÉS (*Malacugins li Galois*), caballero de Brandegorre, CXIX.

MALACUIN (*Malacugin, Maguis, Malacugin*), rey de los Cien Caballeros, XXXIII, XXXIV, XXXV, XLIX, LII, LIII, LIV, LXX, LXXI, CLVII, CLXVII, CLXVIII, CLXIX.

MALDUIT EL NEGRO (*Malduit le Noir*), caballero, CXXV.

MALLIES DE LA ESPINA (*Mallies de l'Epine*), caballero de Brandegorre, CXIX.

MALOHAUT (*Malahaut, Malahot*), ciudad, XLVIII, XLIX, L, LII.

MALOHAUT, *vid.* Dama de Malohaut.

MALRUC EL PELIRROJO (*Malruc, Maruc le Rous*), CXXVI, CXXVII, CXXIX, CXXX.

MALTAILLIÉ, caballero, hermano de Ladomás, LXI, LXIV, LXV.

MANASSES (*Manasses, Manassel*), LXIII, LXIV.

MAR DE BRETAÑA (*La mer de Bretagne*), LIII, LX, LXXV.

MAR DE GRECIA (*La mer de Grece*), VIII.

MARABON, caballero, LXXV.

MARABRON, hijo del rey Vagor, CLIX, CLX.

MARADÓS EL MORENO (*Marados le Brun*), caballero, CXVI.

MARAN (*Maran, Marain*), *vid.* Castillo de Marán.

MARANT, hijo de Malauguín, CLXIX.

MARAVILLAS, *vid.* Isla de las Maravillas.

MARCAS, *vid.* Dama de las Marcas; *vid.* Rey de las Marcas.

MARCHE, reiría, antepasada de Lanzarote, CLXIV.

MARES (*Mares, Marec*), hijo de Alier, LXIII.

MARÉS, *vid.* Castillo de Marés; *vid.* Duque de Marés; *vid.* rey de Marés; *vid.* Señor de Marés.

MARGANOR, senescal de Malauguín, LXI, LXV.

MARGONDRE DEL CASTILLO NEGRO, CXIV, CXV.

MARÍA MAGDALENA, CL; *vid.* también Magdalena.

MARIALE, hijo del duque de Galenín, CLII.

MARIANS (*Mariens*), caballero de Claudás, CLXXIV, CLXXV.

MARIEL *vid.* Puente de Mariel.

MARIGART EL PELIRROJO (*Marigart le Ros*), CXXXVII.

MARLAGAN, caballero, CXXV.

MARLAN EL SIMPLE (*Marlan le Simple, le Maleoiz*), caballero, llamado también Marlán el Maldito, CLXIV, CLXVII.

MATAIN EL FELÓN o EL TRAIADOR, Señor de la Blanca Espina, CLVI.

MATEGRAN (*Mategrant, Mathagaus*) hermano del Señor del Castillo de la Roca, CXXXII.

MATHAMAS, caballero, CXXIV, CXXV, CXXVI, CXXXI.

MALDITO EL JAYÁN (*Mauduit, Maudit li Jaianz*), CLVI, CLVII, CLIX, CLXXII.

MAVACHES, ciudad en la región de Windsor, LXIII.

MELEAGANT (*Meleagans, Meleagan*), hijo del rey Bandemagus, LXXVI, LXXVII, CVII, CX, CXI, CXII, CXIII, CXIV, CXX, CXXI, CXXIII, CXXIV.

MARCA DE NORGALES, VIII, XXXIII, LVII, LVIII, LX, LXI, LXIII, LXV, LXVIII, CXLIX, CLI, CLIV, CXXVI.

MAS ALLÁ DE LAS MARCAS DE GALONE, *vid.* Rey de Más Allá de las Marcas de Galone.

MELIADUC EL NEGRO (*Meliadus le Noir*), caballero, CXIV, CXV.

MELIAN, señor de Carduel, CLXXV.

MELIAN, hijo de Trahán el Alegre, hermano de Drián el Alegre, XXII, XXXII, XLIII, XLVIII, LII, LXXXIV, LXXXIX, CX, CXXI.

MELIAN DE LIS, LXVII.

MELIDUN EL AGRADABLE (*Melidun li Envoisiez*), caballero de la corte de Brandegorre, CXIX.

MELLIC DE LA COLINA, CLXXVII.

MERLÍN, mago y profeta; también llamado Niño sin Padre, VI, LIII, LXXV, XCV, CVIII, CLXXI.

MESA DE LOS DOCE PARES, CXVIII, CXIX.

MESA REDONDA (*Table Reonde*), VIII, XX, XXV, LXIV, LXVII, LXXI, LXXIV, LXXVII, LXXIX, etc.

MOLIN, *vid.* Castillo de Molín.

MONASTERIO REAL (*Moustier Roial*), III, VII, IX, X, XVIII, XIX, CXLV, CL, CLXXII, CLXXV.

MONASTERIO DE SAN ESTEBAN (*Mostier Saint Estenne*), LXXIV.

MONTAÑA REDONDA (*Montaigne Reonde*), llamada también Montana Roja, LXIII.

MONTAÑA ROJA (*Rouge Montaigne*), *vid.* Montaña Redonda.

MONTE, *vid.* Ermita del Monte.

MONTIGNET, *vid.* Castillo de Montignet.

MONTLAIR, castillo de la reina Evaine, IV, V.

MORDRET (*Mordres*), hermano menor de Galván, hijo incestuoso de Arturo, LX, CXXXI, CXXXIX, CXL, CXLIX, CLV, CLVI, CLVIII, CLIX, CLXVI, CLXVII, CLXVIII, CLXX, CLXXI, CLXXII, CLXXVII.

MORGANA (*Morgue, Morgain*), hada; hermana de Arturo, XCIII, XCV, XCVI, XCVII, XCIX, C, CI, CU, CIV, CVIII, CX, CXLIX, CLIV, CLV, CLVI, CLVII, CLVIII, CLIX, CLXII, CLXX, CLXXI, CLXXII.

MOYSI (*Moysi, Moys*), hijo de Seymeu, CVIII.

MUERTO JOVEN (*Mort Jeun*), apodo de Saigremor, LXIV.

N

NABIN, senescal de Claudás, CLXXIV, CLXXV.
NADIEN, caballero de Benoit, CLXXIV.
NAGUER (*Naguer, Maguel*), *vid.* Castillo de Naguer.
NARBADUC, rey, CXXI.
NARBAOC, rey, CXXXVI.
NAVIDAD, festividad, XX, XLVII, LXXI, LXXIII, LXXIV, LXXVI, LXXVII, LXXX, CII, CVII, CXLIX, CLI, CLIV, CLVII, CLVIII, CLIX, CLXV, CLXXVI, CLXXVIII.
NEGRA, *vid.* Isla Negra.
NEORANGE, ciudad situada al principio del bosque de Briosque, XV.
NINIANA (*Ninienne*), Dama del Lago, protectora de Lanzarote, VI, IX, XIV, XV, XVIII, XX, XXI, XXII, XXIV, XXVIII, XXXI, XXXII, XLVIII, LII, LXXI, etc.
NOHAUT (*Nohaut, Noant*), ciudad, país, XXII, XXIII, XXVI, XXXVI, LII.
NOHAUT, *vid.* Dama de Nohaut.
NORFOU, topónimo, CLII.
NORGALES, *vid.* Dama de Norgales, Marca de Norgales, Reina de Norgales, Reino de Norgales, Rey de Norgales, Tierra de Norgales.
NORTHUMBERLAND (*Northumberlande, Norbeliande, Norbellanda*), *vid.* Caballero de Northumberland; Rey de Northumberland.
NORT (*Norz*), LIV.
NUESTRA SEÑORA, festividad (8 de septiembre), XXXI, XXXIII.
NUESTRO SEÑOR DIOS, III, IV, V, VIII, X, XII, XV, XVII, XIX, XXI, XXIII, XXIV, XLIX, LII, LVI, etc.
NUT, padre de Ydres, LI.

O

OBISPO DE LOGRES, LXXX.
OBISPO DE WINCHESTER, LXXX.
Oc, *vid.* Duque de Oc.
OCCIDENTE, *vid.* Islas de Occidente.
ORCANIA, *vid.* Reino de Orcania.
ORFEO (*Orfeu*), personaje mitológico, CLXIX.
ORGULLOSA GUARDIA, *vid.* Castillo de la Orgullosa Guardia.
ORKENISE, ciudad, XXXIV.
OSCURO, *vid.* Río Oscuro.
OSENAIN EL ATREVIDO (*Osenain li Hardis*), CLXIV.

OSOAIN EL OSADO (*Osoains li Hardis*), LI.

OXFORD (*Osenefort*), LXXV; *vid.* también Castillo del Vado de los Bueyes.

P

PAGON, *vid.* Castillo de Pagon.

PALACIO VENTUROSO (*Palais as Aventures*), CLII, CLV, CLXIX CLXXVIII.

PANTEÓN (*Panthelyon, Pantelins*), CLXXV.

PAPA DE ROMA, LXXX.

PARQUE, *vid.* Conde del Parque.

PARIDES DEL CERCO DE ORO (*Parides al Cercle d'Or, Patrises al Cercle d'Or*) caballero de la corte del Brandegorre, sobrino de Bandemagus, CXIX, CXXI, CXXII, CXXIII, CLVI, CLXXII, CLXXIII, CLXXV, CLXXVII.

PASO FELÓN (*Felon Pas*), XCVII, XCVIII, XCIX.

PASO DE LOS ESCALONES (*Pas des Perrons*), CIX.

PASO DE LOS PADRONES, *vid.* Paso de los Escalones.

PASCUA (*Pasques, Paske*), X, XX, LXIII, LXVII, LXXVIII, LXXX, CLVII, CLIX, CLXIV, CLXV, CLXXI, CLXXVI, CLXXVII, CLXXVIII, CLXXIX.

PASO (*Trespas*), *vid.* Castillo del Paso; Conde del Paso.

PATRICIO (*Patrices, Patrishes*), Señor de Charrot, tío de Claudás.

PELÉS DE LA TIERRA FORÁNEA (*Pelles de la Terre Foraine, de Listenois, Roi Mahaignie, Mehengnie, de la Gaste Foreste Adventureuse, Roi Pescheor*), Señor de Corbenic, padre de Eliezer y de Amite; llamado también Rey Tullido, Rey Pescador y Rey de la Gasta Floresta Aventurosa, VIII, CXXXII, CXLIX, CL, CLII, CLV, CLXIX, CLXXII, CLXXVI, CLXXVII, CLXXVIII, CLXXIX. En *La búsqueda del Santo Grial* se llama a este rey Varlán; en algún episodio de la *Historia de Lanzarote del Lago* el Rey Pescador o Tullido es el padre del rey Pelés.

PELÉS DE LISTENOIS (*Pelés de Listenois*), hermano de Helaín el Gordo; no es Pelés de la Tierra Foránea, aunque a veces se les designa con el mismo nombre, XXI.

PENEOR, rey, LXXVI.

PENIGUE (*Penigue, Pannigue, Pinigue, Pingue, Peningue*), *vid.* Castillo de Penigue.

PENTECOSTÉS (*Pentecoste*), XX, XXI, LXXIV, LXXVIII, LXXIX, LXXX, LXXXI, LXXXII, LXXXIII, LXXXVI, LXXXVII, LXXXIX, etc.

PEQUEÑA LIMOSNA (*Petite Aumosne*), *vid.* Abadía de la Pequena Limosna.

PERCEVAL EL GALÉS (*Perceval li Galois*), hermano de Aglován, CXXXI, CLXXVII, CLXXVIII, CLXXIX.

PERDIDA, *vid.* Isla Perdida.
PERSIDES (*Persides, Percides*), marido de Elena Sin Par, LXV.
PETRONES (*Petrones*), clérigo, LXXV.
PETRONIO (*Petroines*), caballero, CXVI.
PINTADOL, *vid.* Castillo de Pintadol; *vid.* Señor de Pintadol.
POBRE SOCORRO (*Povres Secors*), *vid.* Abadía del Pobre Socorro.
POMEGLAI, ciudad, CXI, CXII.
PONCIO ANTONIO (*Ponces Anthoines*), cónsul romano, I.
PRIMER VENCIDO (*Premier Conquis*), rey, XLIX, LII.
PUENTE DE CORBENIC, CLXXI.
PUENTE DE LA ESPADA (*Pont d'Espee*), LXXVI, CVII, CIX; *vid.* también Puente Peligroso.
PUENTE IRLANDÉS (*Pont Yrois*), LXVII.
PUENTE DE MARIEL, CLXXI.
PUENTE DE NORGALES (*Pont Norgalois*), LXVII.
PUENTE PELIGROSO (*Pont Perillous*), también llamado Puente de la Espada, CIX, CXI.
PUENTE PERDIDO, CVII.
PUENTE SUMERGIDO (*Pont sos Eve*), CVII, CX, CXI.

Q

QUEHEDINS EL BELLO (*Quehedins, Hedins li Bials*), caballero, XCIV.
QUEHERIN DE KAREHEU, caballero, XCVII.
QUENUS DE CAREO (*Canus de Caec*), LI, LIV.
QUINCPRECORENTIN, residencia del rey Arturo, LX, LXXI.

R

RADOLE, ciudad de Hungría, LXXV.
RAGIDEL, *vid.* Castillo de Ragidel.
REINA DOLOROSA (*Roine Dolerouse*), *vid.* Elaine.
REINA DEL GRAN SUFRIMIENTO (*Roine as Grans Dolors*), *vid.* Elaine.
REINA DE NORGALES, LXIV, CLIV.
REINA DE SORESTAN, CXLIX, CLIV.

REINO DE LISCES, LXXV.

REINO DE LOGRES, dominio del rey Arturo, I, VIII, XXXI, XLVII, LXXIV, LXXIX, LXXX, LXXXII, XCVII, CVIII, CIX, CXI, CXII, CXXI, CXXII, CXXXVII, etc; *vid.* también Reino Venturoso.

REINO DE LAS MARCAS DE GALONE, VIII, LXXIII.

REINO DE NORGALES, dominio del rey Tradelmán, VIII, XXIII, LVII, LVIII, LX, LXI, LXOI, LXV, LXVIII, CXLIX, CLI, CLIV, CLXVI.

REINO DE ORCANIA, CLXXII.

REINO SIN RETORNO (*Roialme sans Retor*), CVIII.

REINO DE SORELOIS, tierra de Galahot, VI, LIII, LXIII, LXIV, LXVII, LXVIII, LXXIII, LXXV, LXXIX, LXXXIX, C, CIII, CV, CVI, CVII, CXLIX.

REINO DE SOWAILES, LXXI.

REINO VENTUROSO (*Regne Aventuros, Roialme Aventureus*), nombre que se da al Reino de Logres, LXXV.

REY DE LOS CIEN CABALLEROS, *vid.* Malauguín.

REY DE LAS MARCAS, LXXVIII.

REY DE MARÉS, LI.

REY DE MAS ALLÁ DE LAS MARCAS DE GALONE (*Li rois d'Outré les Marches de Gallone*), VIII, X, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV, XLII, LII, LXXIX.

REY DE NORGALES, *vid.* Tradelmán.

REY DE NORTHUMBERLAND, XXII, XXIII, LIII, LIV.

REY PESCADOR, *vid.* Pelés de la Tierra Foránea.

REY DE SORESTAN, CXLIX.

REY TULLIDO, *vid.* Pelés de la Tierra Foránea.

REY DEL VADOAN, LII.

RIO AGLONDE, CXX.

RIO ARSIE, II.

RIO ASSURNE (*Ausurne*), río que separa el reino de Logres y la tierra de Sorelois, LIII, LXIII, LXVII, LXIX.

RIO DOLOROSO (*Eve Dolerouse*), CIX.

RIO GALEDE, CXIX.

RIO HUMBER (*Hombre*), XXIV, XXVII, XXIX, LXXIII.

RIO MAINE, XXXII.

RIO OSCURO, CXIV.

RIO SEVERN (*Saverne, Sauverne*), río de Inglaterra, LVI, LVII, LVIII, LXI, LXIII.

RIO TAMESIS (*Tamise, Thame*), LXXXI, LXXXV, LXXXIX.

RIO TARGEJURE, C.

RIO TENEBRE (*Eve Tenebre*), entre el reino de Gorre y el de Norgales, V.

RIO VARGONCHE, LXIV.
RIOUL DE CAUS, caballero, LXXIV.
RIVEL, *vid.* Ducado de Rivel.
ROCA, *vid.* Castillo de la Roca.
ROCA MABON (*Roche Mabon*), *vid.* Castillo de la Roca Mabón.
ROCA DE LOS SAJONES, *vid.* Castillo de la Roca de los Sajones.
RODANTE, *vid.* Isla Rodante.
ROESTOC, ciudad o región, LVI, LVII, LXIII; *vid.* también Dama de Roestoc.
ROEVENT (*Roevent, Roelent*), ciudad, CXI; *vid.* Bosque de Roevent; *vid.* Castillo de Roevent.
ROGUEDON, *vid.* Castillo de Roguedón.
ROMA, I, LXXV, LXXVI, LXXX, CLXV, CLXXI, CLXXII, CLXXIII, CLXXV, CLXXVI.
RONNES, ducado de Galaín, LXX.
ROTESCHI, *vid.* Castillo de Roteschi.

S

SABILOR DE LAS DURAS MANOS (*Sabilor as Dures Mains*), caballero de Brandegorre, CXIX.
SAIGREMOR EL DESMESURADO (*Saigremor li Desrees*), LI, LIV, LV, LVIII, LXI, LXIV, LXVI, LXX, LXXI, LXXIX, LXXXVIII, XC, XCI, XCVIII, etc.
SAINT CHIRRE, *vid.* Señor de Saint Chirre.
SALESBIERES, *vid.* Llanura de Salesbieres.
SAN AGUSTÍN, X.
SAN ESTEBAN, *vid.* Iglesia de San Esteban en Camalot y Monasterio de San Esteban.
SAN JUAN (*Le jor de Saint Jehan, Johan, Jean*), festividad, VIII, XXI, XXII, XXIII, XXV, CXV, CXXI, CXLIV, CXLVII, CLXV, CLXXI, CLXXII, CLXXVII.
SAN MIGUEL, festividad (29 de septiembre), CLXXV.
SAN PEDRO, LXXV.
SANTA CRUZ, VIII, IX, XIV, XVII, XVIII, XXI, XXIII, LXIV, LXX, LXXI, CVIII, CXX, CXXXII, CL, CLI, CLIV, CLV, CLVI, CLXV, CLXIX, CLXXVI.
SANTA MARÍA, XLIII, XLVII, LXI, LXIV, LXXIII, LXXXIII, CXIV, CXVII, CXLIII, CXLVI, CXLVII, CXLVIII, CXLIX, CLIV, CLXIV.
SANTO CEMENTERIO (*Sains Cimentieres*), CVIII, CIX.
SANTO GRIAL (*Saint Graal*), CXVI, CLII, CLV, CLXIX, CLXXVI, CLXXVIII, CLXXIX; *vid.* también Grial y Santo Vaso.

SANTO VASO (*Sains Vaissiaus, Saint Vessel*), Santo Grial, CLII, CLV, CLXIX; *vid.* también Santo Grial y Grial.

SAPIENS DE BAUDAS, LXXI.

SARAIDA, doncella de la Dama del Lago; también es llamada Celise, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVIII, XIX; *vid.* también Celise y Doncella del Lago.

SARDUC EL RUBIO (*Sarduc le Blont*), caballero de Brandegorre, CXIX.

SARPENIC, *vid.* Bosque de Sarpenic.

SARRAZ DE LOGRES, caballero, CLXIV, CLXV, CLXVI.

SECA, *vid.* Isla Seca.

SEDILE, reina, CXLIX.

SEGRE (*Segre, Secre*), ermitaño, CXXXVII.

SEGURA (*Seure*), espada del rey Arturo, LXXI.

SEGURADES, caballero, LVI, LVII, LVIII, LIX, IX, LXIII, CXLIII.

SENECAL DE GORRE, CX, CXII.

SEÑOR DE LA BRETESCHE, CXLII.

SEÑOR DE DUN, XIV.

SEÑOR DE LA ESTRECHA MARCA, LXI, LXV.

SEÑOR DE MARÉS, LXIV.

SEÑOR DE PINTADOL, LXXXVII.

SEÑOR DE SAINT CHIRRE, XIV, XVII.

SERSES, rey del Castillo Rojo, señor del Castillo de Pagón, CLII, CLXXIII.

SEVERN, *vid.* Río Severn.

SICILIA (*Secile*), I.

SIETE CAMINOS, *vid.* Landa de los Siete Caminos.

SIMEÓN (*Symons*), hermano de Judas Macabeo, XXI.

SIMEÓN EL LEPROSO (*Symon li Liepreux*), CLXXVII.

SINDENORT, *vid.* Castillo de Sindenort.

SOCORRO DE LOS POBRES, *vid.* Abadía del Socorro de los Pobres.

SORELICE, antiguo nombre de Gales, CVIII.

SORELOIS (*Sorelois, Soreillois, Zorelois*), *vid.* Reino de Sorelois.

SORESTAN, *vid.* Conde de Soreslán, Reina de Soreslán, Rey de Soreslán.

SORHAUT (*Sorhaut, Sorhan, Sorham*), ciudad de Sorelois, LXIX, LXXIII, LXXV, LXXVI, LXXX.

SORNEHAM DEL CASTILLO NUEVO (*Sorneham del Chastel Nuef*), hermano de Druás el Felón, CXXI, CXXII, CXXIII.

SOWAILES, *vid.* Reino de Sowailes.

SYMEU, sobrino de José de Arimatea y primo del rey Lanzarote, CVIII.

SYNADOS DE WINDSOR (*Synados, Sinados de Windesores*), LXI, LXIV, LXV.

T

TABLANTE (*Tollas, Taullas*), duque, XXVII, LI.

TAMESIS, *vid.* río Támesis.

TANAGUIN EL RUBIO (*Tanaguins li Blonds*), CXXXVI.

TANINGUES, *vid.* Brandebán.

TANTALIDES DE LOS VERGELES (*Tantalides de Vergeaus, Tardamides de Vergials*), clérigo, LXXI.

TARGEJURE, *vid.* Río Targejure.

TARILLAS, *vid.* Duque de Tarillas.

TARQUIN, vasallo de Claudás, CLXV.

TELITE, *vid.* Abadía de Telite.

TENEBRE, *vid.* Río Tenebre.

TERIQUAM, *vid.* Castillo de Teriquam.

TERIQUAM DEL BOSQUE PERDEDOR (*Teriquam, Tericam de la Forest Desvoiable*), caballero, CXLVIII, CLVI, CLVII, CLVIII.

TERIQUE, *vid.* Bosque de Terique.

TERRAGUEL, *vid.* Castillo de Terraguel.

TERVAGAN, dios de los sarracenos, CXXXII.

TESSELINE, *vid.* Castillo de Tesseline.

THAILAIS, rey de Sowailles, LXXI.

TIBERIO (*Tiberi, Tyber Cesar*), emperador romano, CLXXI.

TIERRA BLANCA, reino del abuelo de Lanzarote del Lago, CLXII, CLXIV.

TIERRA DE BRUYERES (*Terre de Bruires*), CXV; *vid.* también Bruyeres.

TIERRA DESIERTA (*Terre Deserte*), reino de Claudás, antiguo nombre de Berry, I, III, IV, VIII, IX, X, XII, XIV, CXII, CLXXI.

TIERRA DEVASTADA (*Terre Deserte Gaste*), CLXXII.

TIERRA FORÁNEA (*Terre Foraine*), dominios del rey Bandemagus, CVIII; dominios del rey Pelés, CXLIX, CL, CLI, CLVI, CLXII, CLXIV; dominios del rey Eliezer, CLX.

TIERRA DE LOS JAYANES (*Terre as Jaianz*), CLVI.

TIERRA DE NORGALES, VIII, XXXIII, LVII, LVIII, LX, LXI, LXIII, LXV, LXVIII, CXLIX, CLI, CLIV, CLXVI.

TIERRA DE PROMISIÓN, XLIX.

TINTAGEL (*Tintaguel, Tintajuel, Tintagoel*), *vid.* Bosque de Tintagel; Ducado de Tintagel; Duque de Tintagel.

TOADÁS, caballero de Claudás, CLXXIV.

TODOS LOS SANTOS (*Touz Sainz*), festividad, XX, XLVII, LXXI, CLVI, CLVIII, CLIX, CLXII, CLXXII, CLXXVI, CLXXVII.
TOLOMER, caballero, LXXVII, LXXVIII, LXXX.
TOMAS DE TOLEDO (*Thomas de Toulete*), clérigo, LXXI.
TORRE BLANCA (*Blanche Tor*), XCI, XCII.
TORRE DE MATHAMAS, CXXIV.
TORRE DE MERLIN, CXXI.
TORS (*Tors, Thors*), hijo de Ares, XXII, XXV, XXXIV.
TRADELMAN, *vid.* Rey de Norgales.
TRAHAN EL ALEGRE (*Trahans li Gais*), señor del Castillo Alegre, LXXXIV, LXXXIX.
TREBE, *vid.* Castillo de Trebe.
TRES PELIGROS, *vid.* Bosque de los Tres Peligros.
TRIDAN DE LA EMPALIZADA (*Tridans del Paissie*), CLI.
TROYA, CLVI.

U

URIÁN (*Urién*), rey, padre de Yvaín, X, XXII, XXIII, XLVII, LI, LII, LXXVI, LXXVII, LXXIX, LXXXI, XCVI, CXXXIX, CLI, CLXXV.
URIÁN DE BAST, padre de Yvaín el Bastardo, CLVI.
UTERPANDRAGÓN, rey; padre del rey Arturo, I, VI, X, LXXI, LXXVI, XCV, CL, CLI, CLXXVI.

V

VADALON, rey, hermano de Ttadelmán, CXVIII.
VADO DEL BOSQUE (*Gué del Bois*), CXIX.
VADO DEL BOSQUE (*Gué de la Forest*), CXI.
VADO DE LOS BUEYES, *vid.* Castillo del Vado de los Bueyes.
VADO DE LA REINA (*Gué de la Roine*), XXIII, XXV.
VADO DE LA SANGRE (*Gué del Sanc*), LXX.
VADOAN (*Vadoan, Vadehan*), *vid.* Rey del Vadoán.
VAGOR DE LA ISLA EXTRAÑA (*Vagor de l'Ille Estrange*), CLIX, CLX, CLXXII.
VALDON, *vid.* Conde de Valdón.
VALIGUES, *vid.* Conde de Valigues.

VALLE DOLOROSO (*Val Doleros, Doleros Val*), XCII, XCIII, XCIV, XCV, XCVI, XCVII, XCVIII, CLI; *vid.* también Valle de los Falsos Enamorados y Valle Sin Retorno.

VALLE DE LOS ENAMORADOS, XCVI; *vid.* Valle de los Falsos Enamorados.

VALLE DE LOS FALSOS ENAMORADOS (*Vals aus Faus Amans*), también llamado Valle Sin Retorno, XCIII, XCV, XCVI, XCVII, C.

VALLE SIN RETORNO (*Val Sans Retour*), XCII, XCIII, XCV; *vid.* también Valle Doloroso, Valle de los Enamorados y Valle de los Falsos Enamorados.

VALLES DE GALORRE, XX.

VARGONCHE, *vid.* Río Vargonche.

VIDEBOR, *vid.* Castillo de Videbor.

VIRGEN MARÍA (*la Virge, Virgene Marie, la Glorieuse Virge, Virge Pucele, Virgo Mere*), XLIX, LXV, CXXXII, CXXXVII.

VIRGILIO, I.

VORTIGER (*Vortigers*), rey sajón, LXX.

VREGUEGNE, *vid.* Bosque de Vreguegne.

W

WANDEHENCHES, *vid.* Castillo de Wandehenchés.

WINCHESTER (*Wincestre*), *vid.* Obispo de Winchester.

WISSANT (*Wissant, Huidesant*), puerto marítimo, CXXI, CXXIII.

WINDESORES, *vid.* Castillo de Windsor.

Y

YDRES, caballero, XXVII.

YON DE IRLANDA, rey, VIII, LII, IX, CXXIV, CLXXI, CL XXIII, CLXXV.

YVAIN EL BASTARDO (*Yvains li Avoltres, Yvain de Bast*), hijo de Urián de Bast, XXV, XXVII, LI, LII, CXII, CLVI.

YVAIN DE LAS BLANCAS MANOS (*Yvains las Blanches Mains*), LI.

YVAIN EL DONCEL (*Yvains li Dains*), LI.

YVAIN EL GRANDE (*Yvains li Grans*), hermano de Yvaín el Bastardo; hijo de Urián; primo de Galván, XXII, XXIII, XXV, XXVIII, XXIX, XLVII, XLVIII, LI, LII, LIII, LIV, LV, LXI, LXIV, LXX, LXXI, LXXIV, LXXVII, etc.

YVAIN DE LIONEL (*Yvains de Leonel, Lyonel*), caballero, XXVII, LII, LIV.

Z

ZELEGREBES, capital de Carmelida, LXXVII, LXXVIII.

Concordancia de capítulos

Por razones diversas, la numeración de los capítulos de nuestra traducción no coincide con la del texto original: A. Micha comenzó a publicar su obra siguiendo un orden de dificultad en la transmisión textual, y no según el orden normal; por eso, presenta una doble numeración en los capítulos; para evitar posibles confusiones y para mayor comodidad para los lectores interesados, ofrezco a continuación la concordancia de los capítulos de mi traducción con los de las dos únicas ediciones completas que existen de la obra en francés medieval.

<i>Traducción</i>		<i>Micha</i>		<i>Sommer</i>	
<i>Vol.</i>	<i>Capítulo</i>	<i>Vol.</i>	<i>Capítulo</i>	<i>Vol.</i>	<i>Pág.</i>
1	I-XLIII	VII	Ia-XLIIIa	III-I	3-199
2	XLIV-XLVIII	VII	XLIVa-XLVIIIa	III-I	199-210
2	XLIX-LXXI	VIII	XLIXa-LXXIa	III-I	210-430
3	LXXII-CVI	I	I-XXXV	IV-II	3-155
4	CVII-CXL	II	XXXVI-LXIX	IV-II	155-362
5	CXLI-CLV	IV	LXX-LXXXIV	V-III	3-192
6	CLVI-CLXX	V	LXXXV-XCIX	V-III	192-312
7	CLXXI-CLXXIX	VI	C-CVIII	V-III	312-409